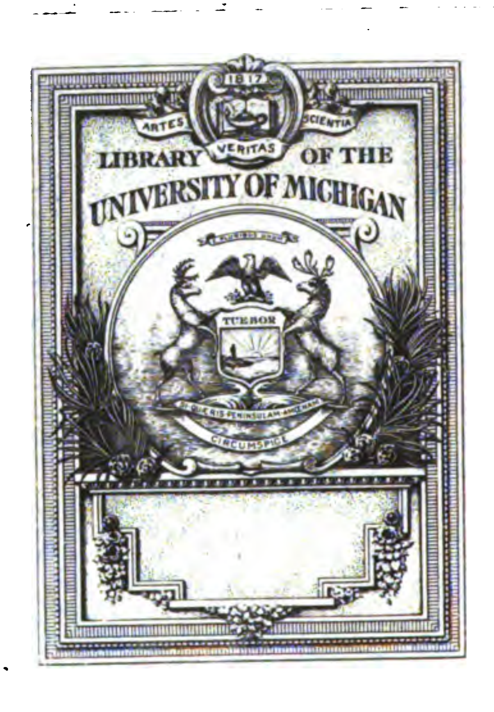



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

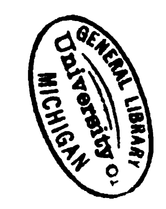
14

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.



COMEDIAS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Coleccion mas completa que todas las anteriores,

HECHA É ILUSTRADA

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO CUARTO.

Segunda edicion.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADERA, 8.

1858.

PRIMERO SOY YO.

PERSONAS.

DON GUTIERRE.	LISARDO, *viejo*.	LAURA, *dama*.	INES, *criada*.
DON ALVARO.	GONZALO, *gracioso*.	HIPOLITA, *dama*.	BANDOLEROS.
DON VICENTE.	FADRIQUE, *bandolero*.	JUANA, *criada*.	GENTE.

La escena es en Valencia y extramuros.

JORNADA PRIMERA.

Bosque á vista de una quinta cercana á Valencia.

ESCENA PRIMERA.

Por una parte, DON GUTIERRE, FADRIQUE Y BANDOLEROS; *por otra*, GONZALO.

DON GUTIERRE.

¿Quedan ya en la quinta?

GONZALO.

Aun no
Y ya en vano los aguardas.

DON GUTIERRE.

Pues ¿quién era quien venía
En la carroza?

GONZALO.

Su hermana.

DON GUTIERRE.

¿Luego ya su hermana está
Con ellos?

GONZALO.

Una críada
Con quien, ántes de servirte,
Tuve no sé qué barajas,
De paso me dijo ahora
(Llegándome á una ventana
A mirar quién habia entrado)
Que Doña Hipólita, á causa
De una grave enfermedad,
Dejó el convento en que estaba
Seglar desde niña, y vino
A convalecer á casa
De sus hermanos; y como
Es preciso, á fuer de dama,
Ser su mal melancolía,
Solicitando aliviarla,
Salió esta tarde á la quinta.

DON GUTIERRE.

Segun eso, mi esperanza
Hasta otra ocasion es fuerza
Suspenderla y dilatarla.

GONZALO.

Antes pienso que á las manos
Se ha venido.

DON GUTIERRE.

¿Cómo?

GONZALO.

Aguarda.
Pues di, ¿qué venganza puedes
Tomar de los que te agravian,
Mayor que en su honor? Y puesto
Que aquí estás con gente y armas,
Y que tienes á la quinta,
Por donde sabes, entrada,
A tiempo que tienen ellos
Donde no sabes, á Laura,
¿Qué esperas? Su hermana está
Sola en ella, y...

DON GUTIERRE.

Calla, calla,
Villano; que vive el cielo
Que te mate, si me hablas
En tan infame accion como
Fuera atreverme á las aras
Del honor de mi enemigo;
Porque, si bien se repara,
Tener mi enemigo honor
Es tener honor mi fama.—
Y así, Fadrique, podrás
Con tu gente á la campaña
Volverte; que yo, en habiendo
Otra ocasion mas hidalga,
Te avisaré.

FADRIQUE.

Aunque yo siempre
(Deudor de aquella pasada
Ocasion en que me diste
Vida y honor, cuando Italia
Nos vió en mas nobles empresas
Manejar mas nobles armas)
Vengo á tu órden, cumpliendo
Con tan puntosa ignorancia
Con la necia ley del duelo,
Que dice que al que se valga
De mí, nada le pregunte;
Con todo eso, dispensada
Su severidad (pues quien
La alega, no la quebranta),
Te he de pedir que me des
Licencia para que salga
De una duda.

DON GUTIERRE.

Sí doy.

FADRIQUE.

Pues
Aunque no ignoro que andas
Desterrado de Valencia,
Por reconocer ventajas
Al bando de tus contrarios,
Siendo una desierta casa
De monte sagrado tuyo,
Ignoro qué es lo que trazas,
Llamándome á aqueste bosque
Con todos mis camaradas.
Y así te pido me digas
(Porque, entendida la causa,
Mejor acuda á su efecto)
A qué vengo.

DON GUTIERRE.

Si me hallas
A la vista desta quinta,
Bien como serpiente cauta;
Si ves que envio á saber
A quién la carroza traiga,
Y que no siendo ellos, digo
Que te vuelvas, ¿cómo extrañas
Que si fueran ellos, fuera
Tu venida á que acabara
De una vez con todos, puesto
Que, siendo su plaza de armas
Esa casa de placer,
Donde, para que no hagan
Escándalo en la ciudad
Sus juntas, por partes varias
Deudos y amigos concurren
Mil tardes, adonde tratan
De solo acabar conmigo?
¿Qué duda hay de que te traiga
A acabar con ellos yo?
Y para que no te haga
Dificultad la osadía
De embestir dentro en su casa
A tantos, tan prevenidos
Como se sabe que andan,
Sabrás... Pero para esto
Retirar tu gente manda.

FADRIQUE.

Idos todos, y esperad
De aquese monte en la falda.
(*Vanse los bandoleros.*)

ESCENA II.

DON GUTIERRE, FADRIQUE, GONZALO.

DON GUTIERRE.

Sabrás que esa quinta tuvo
Para conductos del agua
Una mina, que ya ciega
El tiempo en sus ruinas guarda.
Esta pues, reconocida
De mí, haciendo confianza
De un ingeniero, dispuse
Que de noche trabajara
En aclararla, siguiendo
Las veredas de la zanja,
Siempre cubierta la tez
Del légamo y de la lama.
Hízolo así, y vino á dar
La luz de un resquicio clara
Vista á la deshecha obra
De una fuente que, tapada
De verdes hiedras, desmiente
La sospecha de que haya
Quiebra en ella: de manera
Que teniendo yo hecha entrada
Por donde sobreseguro
Los asalte, cosa es clara,
Guardándome tú las puertas,
Que nadie con vida salga.
Solo una dificultad
Resta ahora, y es que hagas
Concepto, viéndome hacer
Diligencias tan extrañas,

De que es la nueva ocasion
Que á tanto empeño me arrastra,
Segundo trance de honor.
Pues no, Fadrique, te engañas,
Si lo piensas; de amor es,
No de honor; mas ¿qué le falta,
Si es de amor, para que sea
De honor? Que en duelos del alma,
El que me agravia en el gusto,
Casi en el honor me agravia;
Mayormente cuando son
Mis celos de tan villana
Calidad, como pensar
Que me han robado una dama,
Sin saber, viva ni muerta,
Della, desde que una infausta
Noche... Pero aquesto es ir
Tocando noticias varias;
Y pues, por irlas tocando,
Unas á otras se enlazan
Las memorias, por tu vida
Que des licencia que salgan
Á desahogarse, no solo
Desde donde tú no alcanzas,
Mas aun desde donde sabes;
Porque quieren ver mis ansias,
Ya que aflігen padecidas,
Si referidas descansan.
—Bien te acordarás de aquel
Suceso que de mi patria
Me desterró en mis primeros
Años; que no es ménos larga
Mi vida que mi desdicha,
Pues desdicha y vida, hermanas,
Del vientre de mi fortuna,
Nacieron de un parto entrambas.
Bien te acordarás que fué
De mi destierro la causa,
Seguir mi ofendido honor...
Permíteme aquí hacer pausa;
Que aunque á decirlo voy todo,
Para esto el valor me falta;
Que no hay valor que repita,
Aun vengado, una desgracia
Tan cruel, como la de
Antes de ceñir espada
Tratarme como muchacho,
Porque arrojando la pala
En la pelota, no quise
Pasar por no sé qué falta.
En fin, en busca ¡ay de mí!
De Don Jerónimo de Ansa,
Primero enemigo mio,
Ya lo sabes, pasé á Italia,
Donde en una compañía
Siendo los dos camaradas,
Me debiste la fineza
Que yo olvido y que tú guardas.
No hallando aquí á mi enemigo,
Tras él pasando á Alemania,
Llegué al Albis á ocasion
Que la majestad cesárea
De Cárlos, de cuyo sol
Es primera luz el Alba,
Tenia su ejército contra
El de Sajonia en campaña.
En tercio de Don Fadrique
De Toledo senté plaza:
Tocóme en la marcha un dia
La hilera de la avanguardia;
Y haciendo alto, en no sé qué
Rotas fuertes barbacanas,
La artillería que iba
En el cuerpo de batalla,
Bordoneando la pica,
A ella me arrimé, con gana
De que me hallase indefenso
Alguna de muchas balas
Que ya de las baterías
Del enemigo alcanzaban
Nuestros escuadrones, cuando
Siento que á un costado avanzan
Tropas de caballería,
Que iban cubriendo la marcha.
Volví el rostro, más al ruido
De las bridas y corazas,
Que en desordenado son
Unas crujen y otras tascan,
Que al de la curiosidad
De ver qué escolta nos guarda;
Cuando veo que el primero
Batallon le gobernaba,
Capitan dél, mi enemigo;
Y sin reparar en nada
(Pero ¿cuándo en viles riesgos
Nobles cóleras reparan?)
Saliéndome de la hilera,
Contra él la pica calada,
Le dije (porque llevase
Sabido quién le quitaba
La vida; que este consuelo
Aun no perdoné á mi rabia):
«Muere, traidor.» El entónces,
Batiendo al bridon la ijada,
Caló el can á la pistola.
No dió lumbre al dispararla:
Con que, de caballo y pica
Unidas las dos contrarias
Violencias, al primer bote,
Falseando al arnes la falda
De la greva, entre el arzon
Y el borren salió á la espalda
Sangriento el hierro, cayendo
Por encima de las ancas.
Pedazos me hicieran todos
(Claro está), si no llegara
En esta ocasion el Duque,
Que distribuyendo andaba
Las órdenes para que
El ejército esguazara
El Albis; bien que impedian
El esguazo siete barcas,
Que al continuado teson
De las repetidas cargas,
Eran sobre la corriente
Siete volcanes del agua,
Que á pesar del nuevo centro,
Fuego escupen, humo exhalan.
Apénas oyó el suceso,
Cuando, conclusa la causa,
Manda que á un árbol me ahorquen;
Que no tienen mas demandas
En la provincia de Marte
Los procesos de campaña.
Mas desasido de todos,
Pude arrojarme á sus plantas,
No pidiéndole la vida,
Sino solo que otorgara,
Diciendo quién era, que
Un cuchillo mi garganta
Dividiese; porque fuera
Infelice circunstancia
Morir perdiendo la honra,
Quien moria por cobrarla.
Púsole en estimacion
La desesperacion vana
De morir noble; y queriendo
Saber de paso la causa,
Se la dije tan aprisa,
Que, sin costa de palabras,
Callando, le enseñé solo
Descolorida la cara,
Como quien dice: «Ya della
El postizo color falta.»
Las cejas arqueó, y tomando
Por achaque de su clara
Piedad qué linaje habia
De darme de muerte, manda
A una escuadra que me vuelva
Preso á los cuerpos de guardia.
No sé yo qué órden llevó
Secreta; pero la escuadra
Sé que no tuvo conmigo
El cuidado que se encarga
En semejantes prisiones;
Pues divertida con maña,
Me dió escape; y cuando todos
Pensaron que le lograra
Puesto en fuga, volví al frente
De banderas, donde en altas
Voces dije: «Ea, españoles,
Hoy es dia que la fama
Nos elija por asunto
De la victoria mas alta.
Siete barcas el esguazo
Del Albis nos embarazan,
En cuyo pasaje estriba
Fijar nuestro gran monarca
En sus sienes la corona.
¿Pues qué espera, pues qué aguarda
Vuestro no imitado heróico
Valor?»—Y echándome al agua,
Tras mí otros seis españoles
Se echaron con las espadas
En las bocas; y abordando
Uno á cada una, tanta
Fué la confusion, que puestos
En desórden los que estaban
De guarnicion, presumiendo
(Gracias á las siempre vagas
Nieblas del Albis) que habia
Quien nos guardase la espalda,
Unos sobre otros cayeron
Al rio: ¡gloriosa hazaña!
Las mismas pues que ántes fuéron
Contra nosotros murallas,
Puentes ya en nuestro favor,
Facilitaron la entrada
Del opuesto márgen. Dejo
Los trances de la batalla,
Pues basta saber que dió
La honra al César la alabanza,
La prision al de Sajonia,
Y la victoria al de Alba;
Que, vencidos los rebeldes
Y la ocasion acabada,
Dos veces airoso y noble
Pude dar vuelta á mi patria.
En ella pues, Don Vicente
Y Don Alvaro de Ansa,
Hermanos del muerto, al verme,
Resucitaron la saña,
Buscando siempre ocasiones
En que pudiesen lograrla:
Yo, prudentemente atento,
Procuré siempre apartarlas,
No concurriendo con ellos
En calle Mayor ni en Plaza.
En este medio (aquí entra
Aquella cita pasada
De amor; que siendo mi vida
Novela, ya le hace falta;
Que novela sin amor
Es como cuerpo sin alma)
Puse los ojos en una,
Bien que pobre, ilustre dama,
Tan discreta como hermosa;
Pero no, como se canta,
Puedo proseguir diciendo:
«Tan amante como amada;»
Pues á mis penas esquiva,
A mis finezas ingrata,
Aun no le permitió al ruego
El aire de la esperanza.
Pero como la porfía
Aceros y piedras gasta,
Sin quedar ménos divina,
Pude verla mas humana,
Dándome licencia que
Algunas noches la hablara
(Por la nota de la calle)
A una pequeña ventana
Que de su cuarto á un jardin
Cae desde una pieza baja.
Destas pues, acaso una,
En el festejo empeñada

De unas amigas, me dijo
Que á otro dia le enviara
El coche para ir al Grao.
Hícelo así; y en su playa,
Conociendo que era mio,
Al estribo llegó á hablarla
Don Alvaro, en ocasion
Que yo á lo largo pasaba;
Y pareciéndome que era
Grande desaire en mi cara,
Por el lado del estribo
Llegué, diciéndole: «Anda,
Cochero.—No andes,» le dijo
El; pero entre su amenaza
Y mi mandato, partió:
Con que, quitada la valla
Que hacia el coche, su lugar
Ocuparon las espadas.
No á poner paz, como suelen,
Llegó la gente que estaba
En el muelle, sino ántes
A encender la lid, á causa
De que al vernos se ponian
De su banda ó de mi banda.
Tanta fué la confusion,
Y la bulla en fin fué tanta,
Ya de muertos, ya de heridos,
Que obligó que del real salga
El Virey á desparcirnos;
Y aun pienso que no bastara,
A no ayudarle la noche,
Entre cuyas sombras pardas,
Yo, acordándome de que es
En todo trance la dama
La primera obligacion;
Por si acaso la alcanzaba,
Siendo conocida, parte
Del escándalo, á su casa
Fuí primero que á la mia.
Apénas pues la criada
La puerta entreabrió á mi seña,
Cuando yo...

ESCENA III.

HIPOLITA, JUANA.—DON GUTIERRE, FADRIQUE, GONZALO.

HIPÓLITA. (*Dentro.*)
¡El cielo me valga!

JUANA. (*Dentro.*)
¡Jesus mil veces!

DON GUTIERRE.
¿Qué estruendo
Hurta á mi voz las palabras?

FADRIQUE.
Aquel corredor se viene
Todo abajo con dos damas.

DON GUTIERRE.
¿Quién podrá no socorrerlas,
Siendo noble?

GONZALO.
Quien repara
Que, pendiente el paredon,
Segunda ruina amenaza.

DON GUTIERRE.
Por eso es mas el empeño,
Antes que sobre ellas caiga.

FADRIQUE.
Yo te seguiré.

GONZALO.
Yo no;
(*Vanse Don Gutierre y Fadrique.*)
Que aunque es mi querida Juana,
De dos la una, como apuesta,
Es mi lijereza tanta,
Que quiero dar á los dos
Dos caidas de ventaja.
(*Vuelve Don Gutierre con Hipólita en brazos, y Fadrique con Juana.*)

HIPÓLITA.
¡Ay de mí infeliz! (*Desmáyase.*)

DON GUTIERRE.
Señora,
Alentád; que ya apartada
Del riesgo, podeis segura
Pedir vuestro aliento al aura.

JUANA.
¡Ay de mí tambien!

FADRIQUE.
Tambien
Podeis vos cobrar el habla;
Que ya en salvo estáis.

DON GUTIERRE.
Fadrique,
Llega; ayúdame á llevarla
A su coche.

FADRIQUE. (*A Juana.*)
Esperad vos;
Que es fuerza ir donde me llaman.
(*Deja á Juana y llégase á Hipólita.*)

JUANA.
Ve aquí por lo que no puede
Caer una doncella honrada
El dia que cae su señora.

GONZALO.
Sí puede, mi caida Juana;
Que estoy yo aquí.

JUANA.
¡A muy buen tiempo,
Despues de ausencia tan larga,
Que aun á quien sirves no sé!

GONZALO.
Pues ¿qué mejor, si reparas
En que me debes la vida?

JUANA.
Pues ¿eres tú el que me amparas?

GONZALO.
No; pero soy el criado
Del amo del camarada
Que te ha librado.

JUANA.
Gonzalo,
Trae de aquese arroyo agua.

GONZALO.
¿En qué? Si no es que el sombrero
Búcaro de fieltro haga...

JUANA.
Toma aquesa bolsa turca,
Gonzalo, donde la traigas.

GONZALO.
Familiar, no veas que dejo
Por la turca la cristiana. (*Vase.*)

JUANA. (*Ap.*)
¡Que con una pierna coja
Y con una mano manca,
Destrozada una cadera,
Me dejen todos! ¡Mal haya
Yo, si cayere en mi vida
Otra vez que caiga mi ama!

HIPÓLITA. (*Volviendo en sí.*)
¡Jesus mil veces!

DON GUTIERRE.
Albricias;
Que ya el aliento restaura.
(*Vuelve Gonzalo con el agua.*)

GONZALO.
Aquí está el agua.

FADRIQUE.
Ya no es
Menester.

GONZALO.
¿Cómo no? Juana,
Para tí fuí yo por ella:
Toma.

JUANA.
Esto darás tú, el agua.

GONZALO.
Es lo que ha menester mas
Quien, por estar asomada,
Dió tan gran traspié.

HIPÓLITA.
Si deja
El susto algun uso al alma,
Aprovecharle será
Razon, puesta á vuestras plantas.

DON GUTIERRE.
¿Qué haceis, señora? Mirad
Que es daros por no obligada,
Querer que os vuelva á la tierra
Quien de la tierra os levanta.

HIPÓLITA.
Ninguna demostracion,
Por mas extremos que haga,
Sobra á mi agradecimiento.

DON GUTIERRE.
¿Cómo os sentis?

HIPÓLITA.
Aliviada
Del susto, no del dolor,
Mas siempre muy obligada.
Y porque empiece á mostrarlo,
Doña Hipólita de Ansa
Soy: ved ahora si puedo,
Siendo noble, ser ingrata
A la deuda de mi vida.

DON GUTIERRE.
Mucho agradezco que haya
Sido tanta mi fortuna,
Que en tan gran sugeto caiga.

HIPÓLITA.
Decid vos quién sois y en qué
Puedo libraros la paga
De aqueste agradecimiento.

DON GUTIERRE.
Dos cosas vuestra voz manda:
Que diga quién soy, y pida;
Una que obedezca basta.

HIPÓLITA.
Será decirme quién sois,
Y no pedir.

DON GUTIERRE.
Os engaña
El ir hácia lo mejor;
Porque, la suerte trocada,
Sin decir quién soy, os pido
Que, la carroza cobrada
Lo mas presto que podais,
Deis la vuelta á vuestra casa.
Tomad el coche, y adios.
—Vé tú por él.

ESCENA IV.

DON ALVARO Y DON VICENTE, *dentro.* — DICHOS.

DON ÁLVARO. (*Dentro.*)
Pára.

DON VICENTE. (*Dentro.*)
Pára.

HIPÓLITA.

Estos mis hermanos son,
Que yo esta tarde esperaba.

DON GUTIERRE.

Pues adios.

HIPÓLITA.

Ya que de mí
No quereis llevar las gracias,
Esperad, las llevaréis
Dellos.

DON GUTIERRE.

Fuera accion muy baja
Querer agradecimiento
De nadie; que dicha tanta
Como serviros, yo á mí
Que me la agradezca basta.
(*Ap. á él.* Vamos, Fadrique; que aunque
No era la ocasion muy mala,
Los dos á los dos, no quiero,
Dando otro susto á esta dama,
Desquitarme tan aprisa.)

FADRIQUE.

Digno sagrado los valga.
(*Vanse él, Don Gutierre y Gonzalo.*)

ESCENA V.

DON ALVARO, DON VICENTE. — HIPÓLITA, JUANA.

HIPÓLITA.

¿Qué hombre, cielos, tan atento
Es el que?...

DON ÁLVARO.

Hipólita...

DON VICENTE.

Hermana...

DON ÁLVARO.

¿Qué fué esto?

DON VICENTE.

¿Qué ha habido?

HIPÓLITA.

Una
Bien venturosa desgracia.
Saliendo á ese mirador
A fin de esparcir mis ansias,
Conmigo cayó...

JUANA.

Y conmigo
¿No?

HIPÓLITA.

De suerte que, llevada
Del golpe, fué menor; pero
A no haber quien me sacara,
Lo pendiente de la ruina
Que tras sí el balcon arranca,
Me hubiera muerto.

DON VICENTE.

¿Quién fué,
Para agradecerle tanta
Fineza?

HIPÓLITA.

Un hombre, que apénas
Me libró, cuando la espalda
Volvió.

DON ÁLVARO.

Puesto que el seguirle
No es ahora de importancia,
Por hacer las prevenciones
A tu salud necesarias...
—Hola, llega esa carroza.— (*Llama.*)
Ponte en ella, y vete á casa;
Que tras tí vamos los dos.

JUANA.

¿No hay quien dé una mano á Juana?

HIPÓLITA.

Vén, Juana.

JUANA.

¿Qué es eso?

HIPÓLITA.

No
Sé; pero pienso que...

JUANA.

Habla.

HIPÓLITA.

Que sé á quién debo la vida,
Y que no sé á quién pagarla.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

DON ALVARO, DON VICENTE.

DON ÁLVARO.

Solo esta desdicha, cielos,
Al número le faltaba
De tantas como mi vida
A un tiempo padece, para
Acabar con mi paciencia.

DON VICENTE.

Aunque confieso que hay hartas,
La principal, por lo ménos,
Treguas da al dolor.

DON ÁLVARO.

¿Cuál llamas
La principal?

DON VICENTE.

No acabar
Con Don Gutierre, en venganza
De nuestro difunto hermano;
Pues tenerle ausente basta
Para entretener siquiera
Nuestro rencor.

DON ÁLVARO.

Calla, calla;
Y puesto que hay otra que,
Si no la excede, la iguala,
No seas tú el que me consueles,
Pues eres tú el que me matas.

DON VICENTE.

¡Yo!

DON ÁLVARO.

Sí.

DON VICENTE.

¿Cómo?

DON ÁLVARO.

Si sabías
Que en la Seo vi una dama
Tan hermosa, que no fué
Primero verla que amarla;
Si sabias que siguiendo
Su hermosura soberana,
Supe quién era y que era
En nombre y vitoria Laura;
Y si sabes que la hallé
Tan dulcemente tirana,
Que aun no la debí mirarme,
Tanto, que si la apuraran,
Pienso que mi nombre ignora;
Si siendo, en fin, la que estaba
Aquella tarde en el Grao,
Y la que, llegando á hablarla,
Sin reparar cúyo fuese
El coche ni el que pasaba,
Dió ocasion á que saliera
A luz la no tibia llama
De nuestras vivas cenizas;
Y tú, buscando en su casa
A Don Gutierre esa noche,
Los dos escándalos causas
De su fuga y de mis celos,
Pues pretendiendo librarla
Del padre, carga con ella,
Para que della no haya
Sabido, muerta ni viva,
¿Qué te admira, qué te espanta
Que de tí me queje? Pues
Importa poco que salga
Desterrado de Valencia
Por temor de nuestras armas,
Si donde quiera que está,
Está con tan gran ventaja,
Que me tiene en su destierro
Presa la mitad del alma.

DON VICENTE.

Oye, espera.

DON ÁLVARO.

¿Para qué?

DON VICENTE.

Para que te satisfaga.
En una conversacion
Al anochecer estaba
El dia que á tí en el Grao
Te sucedió la trabada
Lid, que ya sabida, fuera
Impertinencia el contarla.
En busca de Don Gutierre
Salí; y viéndome con gana
De encontrarle alguno dellos,
Me dijo: «Yo sé dónde ama
Y acude todas las noches.»
Yo, viendo que á asegurarla
Iria aquella mas que otras,
Con su noticia y mi rabia
Fuí á la calle, donde apénas
Me asomé, cuando á la escasa
Luz de la luna le vi,
A tiempo que una criada
La puerta abria á su seña.
¿Qué te admira, qué te espanta,
Que por tí ó por mí cerrase
Con él, y que?...
(*Disparan dentro.*)

ESCENA VII.

GENTE, *dentro*; *despues*, FADRIQUE. — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

Ataja, ataja.

DON ÁLVARO.

¿Qué es aquello?

DON VICENTE.

A lo que veo,
Toda la justicia anda
Corriendo unos bandoleros,
Que dese monte á la falda
Estaban.

DON ÁLVARO.

Vamos de aquí;
Que aunque tenga tolerancia
La justicia con nosotros,
Desde que sabe que falta
Don Gutierre de Valencia;
Con todo eso, es bien la cara
Guardarla; porque no es noble
Ni digno de honor y fama,
Quien salvo no la venera,
Y delincuente la aguarda.

DON VICENTE.

Vamos; que por el camino
Proseguiré lo que falta.

GENTE. (*Dentro.*)

Al monte, al valle, á la selva.

FADRIQUE. (*Dentro.*)

Fadrines, á la montaña.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Álvaro, en Valencia.

ESCENA VIII.

HIPÓLITA, INES.

INES.

¡Que no quieras descansar
Un punto!

HIPÓLITA.

Yo bien quisiera,
¡Ay infeliz! si pudiera;
Pero es tan grande el pesar
Que apoderado del pecho
Se alimenta de la vida,
Que mal hallada vestida
Y mal hallada en el lecho,
En ninguna parte estoy
Mejor ni peor, ni sé
Dónde mi descanso esté,
Pues donde quiera que voy,
Va conmigo mi tormento.

INES.

Mejor Juana lo trazó.

HIPÓLITA.

¿Cómo?

INES.

Como aun no llegó,
Cuando se acostó al momento.
—Pero una dama, señora,
De un anciano acompañada,
En esa cuadra tapada
Há que espera mas de un hora,
Por si puede hablarte.

HIPÓLITA.

Llegue.

(*Va Ines á avisar y vuelve.*)

ESCENA IX.

LISARDO; LAURA, *pobremente vestida.* — DICHAS.

LISARDO.

Dadme, señora, á besar
Vuestra mano.

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué pesar!

HIPÓLITA.

Levantad.

LISARDO.

Aunque no niegue
Que mi pretension ahora
No llega á buena ocasion,
Temo que la dilacion
La estorbe; y así, señora,
Perdonad...

LAURA. (*Ap.*)

¡Pena cruel!

LISARDO.

Si ya tiempo no esperó.

HIPÓLITA.

¿Qué quereis?

LISARDO.

Mejor que yo
Os lo dirá este papel.

HIPÓLITA.

(*Lee.*) «Prima y señora mia: Habiendo »de vivir en tu casa, donde es preciso »aumentar la familia, que no habias »menester en este convento, á nadie »podrás recibir con mas satisfaccion en »tu servicio, que á Laura, hija de Li»sardo, á quien la fortuna ha puesto »en obligacion de servir; y porque sé »que mi ruego es la mejor autoridad »para su conveniencia, te lo suplico, »fiada en que, siendo él el preten»diente, has de ser tú la agradecida. »—Dios te guarde.»

Por cierto, cuando no fuera
Mi prima quien lo mandara,
Por vuestras canas deseara
Que la pretension tuviera
Algúna dificultad,
Porque hubiera que vencer;
Mas con todo, es menester,
Dándôs yo mi voluntad,
Que Don Alvaro mi hermano
Dé su licencia; y así
Podeis esperarle ahí.

LISARDO.

Llega á besarla la mano,
Laura.

LAURA.

Dadme (*Ap.* ¡Qué rigor!)
La mano á besar. (*Ap.* ¡Qué pena!)

HIPÓLITA.

Levante, amiga. (*Ap. á Ines.* ¡Qué buena
Cara!)

INES.

Así, así.

HIPÓLITA.

Mal mi amor
Duda que todos tendrán
A bien que en casa se quede;
Y así, desde luego puede.
Vos esperad, miéntras van
Mis justas obligaciones
A responder á mi prima
Cuánto este cuidado estima.

(*Vanse Hipólita é Ines.*)

ESCENA X.

LAURA, LISARDO.

LAURA. (*Llorando.*)

¡Ay, fortuna, en qué me pones!

LISARDO.

No llores; que esto ha de ser.

LAURA.

No lloro, ni fuera justo,
Porque me oponga á tu gusto;
Sino solo por temer
Que tan grande novedad
Como intentas, contra mí
Resulta. ¿Quién quieres, di,
Que haya en toda la ciudad,
Que oyendo que de tu casa
Me arrojas y que á la ajena
Me traes, dude que tu pena,
Bastarda hija de mi escasa
Fortuna, no sea nacida
De mi culpa?

LISARDO.

Bien está.

LAURA.

Pues, ¿ó la tengo, ó no?

LISARDO.

Ya
Basta, Laura...

LAURA.

¡Ay de mi vida!

LISARDO.

Que yo ni dudo ni creo,
Mas creo y dudo, que disculpa,
Si tu inocencia á tu culpa,
Mi desdicha á mi deseo.
Yo no puedo resistir
Con fuerza, orgullo ó valor
La osadía y el furor
De álguien que he visto asistir
A mis puertas noche y dia,
Siempre viva estatua dellas.

LAURA.

¿Quién?

LISARDO.

Don Gutierre Centellas;
Y aunque creo que su porfía
Contigo no habrá tenido
(Claro está) ningun lugar,
¿Cómo es posible dudar
Que allí le busque ofendido
De los Ansas el valor,
Y que resulte en mi casa
De lo que allá á ellos les pasa,
La nota y el deshonor?

ESCENA XI.

INES, *con un papel;* HIPÓLITA, *dentro.* — DICHOS.

INES.

Llevad vos esta respuesta.

(*Dásela á Lisardo.*)

LISARDO. (*A Laura.*)

No llores mas por mi vida. (*Vase.*)

INES.

Y vos seais bien venida,
Hermosa beldad, á esta
Casa, donde hemos las dos
De ser amigas.

LAURA.

En mi...

HIPÓLITA. (*Dentro.*)

Ines.

INES.

Mi ama llama: aquí
Os estad. Adios.

LAURA.

Adios.

(*Vase Ines.*)

¿Quién crêrá (hable yo conmigo,
Pues que no tengo con quién)
¡Ay Gutierre! que me dén
La casa de tu enemigo,
Que me defienda de tí?
¡Qué poco de tí importó
Que me defienda, si no
Me defiende á mí de mí!

ESCENA XII.

DON ÁLVARO. — LAURA.

DON ÁLVARO. (*Para sí.*)

Por presto que procuré
Seguir á Hipólita, hubo
Ocasion que me detuvo
En que á mi hermano dejé,
Por adelantarme yo,
Que como al alma la quiero;
Y ya por saber me muero
Si ha convalecido ó no
Con los remedios.

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué vi!

(*Repara en Don Álvaro, y tápase.*)

Sin duda me ha conocido

Por mi padre, y me ha seguido
Este hombre.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Tapada aquí!)
Señora...

LAURA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué haré?

DON ÁLVARO.

Decidme lo que mandais,
Y ved que en vano os tapais
Aquí de mí.

LAURA. (*Ap.*)

Cierto fué
Que me conoció.

DON ÁLVARO.

Y pues vengo
Á esta ocasion...

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON ÁLVARO.

Hablad: ¿qué quereis?

LAURA.

(*Ap.* Yo aquí
Otro remedio no tengo.
Hablarle claro deseo,
Antes que vean (¡muerta estoy!)
Que viene tras mí.) Yo soy,
Pues ya lo sabeis. (*Descúbrese.*)

DON ÁLVARO.

¡Qué veo!
Perdido y hallado dueño,
Y hallado ántes que perdido,
Si á buscarme habeis venido,
Para que de aquel empeño
Que en el Grao ocasion fuí
Y en vuestra casa causé,
Os asegure, y en fe
De quien soy, venis de mí
A valeros, bien haceis;
Que alma, vida, hacienda, honor,
Todo es muy poco en favor
Vuestro: y así, bien podeis
Decirme qué me mandais;
Que en albricias de que no
Don Gutierre os tenga, yo
Haré cuanto me pidais,
Con tan rendida atencion,
Que de costa os tenga al vella,
Decilla, y eso porque ella
No ve á la imaginacion.
Decid pues: ¿qué me quereis?
Qué mandais? Hablad, pedid.

LAURA.

Sola una cosa.

DON ÁLVARO.

Decid.

LAURA.

Que os vais y que me dejeis,
Pues que mi fortuna escasa
Así me tiene. Idos pues,
Antes que os vean.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Bueno es
Despedirme de mi casa!)
Si os habéis arrepentido
De haber venido á buscarme,
O es solo á desengañarme
Reconocer vuestro olvido,
Excusada diligencia
Ha sido.

LAURA.

¿A buscaros yo
A esta casa?

DON ÁLVARO.

¿Por qué no
Lo he de pensar?

LAURA.

La licencia
Que en seguirme habeis tomado,
¡Quereis así disculpar!

DON ÁLVARO.

Como vos la de pensar
Que aquí no me habeis buscado.

LAURA.

Mucho he extrañado el oiros.

DON ÁLVARO.

Bien como yo el escucharos.

LAURA.

Que yo no vengo á buscaros.

DON ÁLVARO.

Ni yo tampoco á seguiros.

LAURA.

Pues si eso á los dos nos pasa,
Idos, aunque á otra busqueis,
O yo me iré.

DON ÁLVARO.

¿Adónde habeis
Vos de iros?

LAURA.

En mi casa,
¿Por dónde voy preguntais?

DON ÁLVARO.

¡Vuestra casa!

LAURA.

Esta lo es.

DON ÁLVARO.

Huélgome saberlo.

LAURA.

Pues
Sabedlo, y no lo sepais
Para volver: idos presto.

DON ÁLVARO.

No solo no me he de ir,
Pero ni vos, sin decir...

LAURA.

Soltad.

DON ÁLVARO.

¿Cómo?

LAURA.

Ved...

ESCENA XIII.

HIPÓLITA. — DICHOS.

HIPÓLITA.

¿Qué es esto?

LAURA.

Yo... cuando... (*Ap.* ¿Qué he de decir,
Viendo que al primer instante,
Tras mí se viene un amante?)

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Algo me importa fingir.)
¿Cómo no estás recogida?

HIPÓLITA.

Por no melancolizarme
Mas, no he querido acostarme;
Que importa poco mi vida.
Pero á los dos, ¿qué ha obligado
Tan presto á alguna querella?

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¿Cómo no ha extrañado el vella?

LAURA. (*Ap.*)

¿Cómo el verle no ha extrañado?

HIPÓLITA.

¿Qué ha sido esto?

DON ÁLVARO.

Que tapada
Aquí esta dama encontré,
Qué mandaba pregunté,
Y viéndola recatada,
Porque eché al manto la mano,
Se enojó.

HIPÓLITA.

No hiciste bien
En guardarte dél.

LAURA.

Pues ¿quién
Es?

HIPÓLITA.

Don Álvaro mi hermano.

LAURA.

(*Ap.* ¿Esto mas? ¡Hado cruel!)
Él no haberle conocido
Bastante disculpa ha sido
Para procurar huir dél,
Queriéndome descubrir;
Pero ya que sé quién es,
Habré de echarme á sus piés.

DON ÁLVARO.

Levantad. (*Ap.* ¡Qué llego á oir!)
¿Qué es esto, hermana?

HIPÓLITA.

El cuidado
De mi prima hizo que escriba
Que esta doncella reciba,
De que ya á su padre he dado
Respuesta, en fe que tendré
Tu licencia.

DON ÁLVARO.

Bien has hecho;
Que aquestas cosas, sospecho
Que á tí te tocan, porqué
Tú eres la que has de vivir
Con tus criadas; que no.
Tengo de mandarlas yo. —
Y aunque vengais á servir
A mi hermana, creéd, señora,
Que en la estimacion debida,
Serviréis siendo servida.

LAURA.

¿Quién de igual valor lo ignora?

ESCENA XIV.

INES. — DICHOS.

INES.

Señor, el Virey te envía
A llamar con un soldado.

DON ÁLVARO.

¡A mí! Pero ¿qué cuidado
Hoy turbará mi alegría? (*Vase.*)

HIPÓLITA.

Ya con gusto de mi hermano,
Para que en casa te quedes,
Bien quitarte el manto puedes.

LAURA.

Antes presumo que en vano
Será el quitarle.

HIPÓLITA.

¿Por qué?

LAURA.

Porque con mi padre he de ir,

Cuando venga, á despedir
Otra casa que dejé
En habla, por si crüel
La poca fortuna mia
La dicha no conseguia
De servirte á tí.

HIPÓLITA.

Pues él
Que vaya, ¿no bastará?

LAURA.

No, señora; y aun, pues tarda,
Sin él iré.

HIPÓLITA.

Aguarda, aguarda;
Que siendo tan tarde ya,
De mi casa y sola no
Es justo salir.

LAURA.

Sí es;
Que yo volveré despues.

HIPÓLITA.

Miéntras él no venga, yo
Sola no he de dejarte ir.

LAURA.

Pues con manto esperaré.

HIPÓLITA.

¿Cúbreste á llorar?

LAURA.

No sé.

HIPÓLITA.

¿Tanto sientes el servir?

LAURA.

¡Pluguiera al cielo, señora,
Que de esclava te sirviera
Toda mi vida, y no fuera
Un solo instante el que ahora
Impide que aun de criada
Te sirva!

HIPÓLITA.

¿Por qué?

LAURA.

El por qué
Ignoro.

HIPÓLITA.

¿Qué ves...

LAURA.

No sé.

HIPÓLITA.

En mi casa?

LAURA.

No veo nada.

HIPÓLITA.

Pues ¿qué causa...

LAURA.

¡Loco extremo!

HIPÓLITA.

Para irte hay?

LAURA.

La que reprimo.

HIPÓLITA.

Declárala.

LAURA.

No me animo.

HIPÓLITA.

Pues di, ¿por qué?

LAURA.

Porque temo..

HIPÓLITA.

Mucho me das que pensar.

LAURA.

Y aun tengo mas que sentir.

HIPÓLITA.

Acábalo de decir.

LAURA.

Pues empiézalo á escuchar.
—Hija nací...

HIPÓLITA.

Ya lo sé.

LAURA.

Dese anciano...

HIPÓLITA.

Ya lo veo.

LAURA.

Noble en sangre...

HIPÓLITA.

No lo dudo.

LAURA.

Pobre en dicha...

HIPÓLITA.

Harto lo siento.

LAURA.

No faltó quien me mirase...
Advierte ¡qué aprisa empiezo
A darte pesar!

HIPÓLITA.

¡A mí
Pesar! ¿Cómo ó cuándo? ¿Tengo
Yo quien querido me dé
Contigo pesar?

LAURA.

No es eso,
Sino ántes, aborrecido
De tí, es fuerza que con ceño
Mires mi amor.

HIPÓLITA.

Aun no sé
Tampoco á quién aborrezco.

LAURA.

De Don Gutierre Centellas,
¿No sabes?...

HIPÓLITA.

¡Ah sí! Esos duelos
Allá para mis hermanos:
Al caso.

LAURA.

¡Cuánto me huelgo
Verte desapasionada!

HIPÓLITA.

Yo tambien me holgara el verlos.

LAURA.

Este pues, habiendo en mí
Puesto los ojos... No quiero
Con los lugares comunes
De amor, malograr el tiempo;
Pues papel, noche y ventana
Son personajes primeros
De cualquier farsa de amor.
Vivia, al parecer, contento,
Al paso que yo vivia
Triste, porque con afectos
Contrarios, nuestras pasiones
Con el trato iban creciendo;
No porque yo mal hallada
Estuviese en el empleo,
Sino porque mis caudales
Atrasaban mis deseos.
En este estado, tu hermano
Don Alvaro... Aquí recelo
Que te ofendas con mas causa
Que ántes.

HIPÓLITA.

¿Por qué?

LAURA.

Porque pienso
Que suele tener mas fuerza
A *contrario* el argumento.

HIPÓLITA.

¿Cómo?

LAURA.

Como si temí
Antes ofender tu pecho,
Queriendo al que aborrecias,
Ahora, al contrario, temo
Que te ofendas de saber
Que al que quieres aborrezco.

HIPÓLITA.

Poco ó nada se me dió
De esotro; mas desto ménos;
Que aborrecidos ó amados
Los hermanos, ¿qué tenemos?
Ni eso te embarace: al caso.

LAURA.

Salí una tarde al paseo,
Llegó Don Alvaro á hablarme,
Y Don Gutierre á este tiempo,
Sobre anda, cochero, ó no andes
(¡Mira qué breve lo cuento!),
Llegaron á las espadas:
Con que la gente acudiendo
A lo principal, el coche
Pudo ir á casa corriendo,
Sin que me signiese á mí
Mas que el ruido del empeño.
Estando pues (claro está)
Pendiente de aquel suceso,
Colgada el alma de un hilo,
Esperando por momentos
Si hacia la seña en la calle...
¿Quién ¡ay de mí! crêrá ¡cielos!
Que el hacerla y el rozarse
El pesar con el contento
Todo fué uno? Pues apénas
La criada acudió luego
A la seña, cuando en vez
De que entrase el que yo espero
A acabar mi sobresalto,
Entró á proseguir su riesgo.
Cinco ó seis hombres, desnudas
Las espadas, contra él veo,
Y él defendido de todos:
Tomar la puerta resuelvo
De una cuadra en que yo estaba,
Y arrojándome entre ellos,
Dejándole á mis espaldas,
Me adelanté á detenerlos.
Mató la luz la criada,
Crece á obscuras el empeño,
Mi padre da voces, baja
La poca gente que tengo,
En cuyo intermedio, yo
A Gutierre á buscar vuelvo.
«¿Eres tú, señor?» le digo.
«Sí,» me responde muy quedo.
«Pues sígueme,» proseguí,
Y él dijo en el tono mesmo:
«Sí haré; que yendo conmigo
Tú, no es nada lo que temo.»
Con que, en fin, como ladrona
De casa, á la puerta llego.
De la otra parte, abro y salgo,
Y en casa de un hombre me entro,
Que ya con luces al ruido
Habia su puerta abierto.
«No digais que estoy aquí,»
Dije; y cuando hallarme pienso
Con mi amante, veo á mi padre;
Que al bajar de su aposento

Con él me equivoqué, al ver
Que á las espaldas le tengo:
Con que me fué fuerza hacer
Ya del ladron fiel, diciendo
Que para desengañarle
De la culpa que no tengo,
A él fué al que busqué, y á él
Al que quise seguir; pero
Si lo creyó ó no, dirá
De aquesta causa el efecto;
Pues como mi padre ya
Tenia dél algun recelo,
No queriendo que volviese
Mas á casa, á la de un deudo
Me llevó, donde encerrada
Me ha tenido, hasta que... Pero
Al referir ¡ay de mí!
Tantos, tan varios sucesos,
Al golpe de sus desdichas,
Al tropel de sus tormentos,
Parece que el corazon
Se me ha estrechado en el pecho.
¡Jesus mil veces! (*Cae desmayada.*)

HIPÓLITA. (*A voces.*)

¡Traed luces!
¡Juana, Ines!

ESCENA XV.

DON VICENTE; JUANA É INES, *con luces.* — HIPÓLITA; LAURA, *desmayada.*

DON VICENTE.

¿Qué ha sido esto?

HIPÓLITA.

Que estando hablando conmigo,
Rendida ha dado en el suelo
Esta mujer, desmayada.

JUANA.

¿Acá se viene con eso?
Pues ¿no sabemos acá
Desmayarnos, si queremos?

ESCENA XVI.

DON ÁLVARO. — DICHOS.

DON ÁLVARO.

Hipólita, ¿qué das voces?
Mas ¡ay infeliz! ¡qué veo!

DON VICENTE.

Una desdicha.

HIPÓLITA.

Ines, Juana,
Llevadla las dos adentro.
(*Llévanla entre las dos.*)

DON VICENTE.

Vé tú, hermana, y por tu vida,
Que acudas á su remedio.

DON ÁLVARO.

Vé, hermana; que importa mas
Que piensas.

HIPÓLITA.

Fácil sospecho
Que fuera servir dos amos,
Mandando los dos lo mesmo. (*Vase.*)

DON VICENTE.

En mi vida, Álvaro, vi
Mas soberano sugeto
Que el desta mujer.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Fortuna,
Solo me faltaba esto
Tras lo que el Virey queria.)
¿Eslo mucho?

DON VICENTE.

Un mismo cielo.

DON ÁLVARO.

Pues bien presto te lo digo.
Esta es Laura. Adios.

DON VICENTE.

A tiempo
Ha llegado el desengaño.
¡Llevó mi esperanza el viento!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, HIPÓLITA.

HIPÓLITA.

Laura, otra vez y otras mil
Vuelvo á decirte que creas
Que tus bien sentidas ansias,
Tus mal merecidas penas,
De suerte han enternecido
Mi pecho, que por mí mesma
Me hallo obligada á ampararte,
Porque de quien soy es deuda.
Para no quedar conmigo,
Mil cosas me representas;
Mas de todas, una sola
Es la que á mí me hace fuerza;
Porque aquello de que ames
A quien yo, Laura, aborrezca,
¿Para qué lo has de sentir
Tú, como yo no lo sienta?
Las instancias de mi hermano,
Aunque hablen desde mas cerca,
Mas respeto han de tenerte
A mi lado que en mi ausencia.
Que te halle en la casa suya
Tu amante, cuando parezca,
Bastante disculpa es
De tu padre la obediencia.
Solo digo que de suerte
Al hechizo de la queja
Me ha enamorado tu ingenio,
Me ha movido tu belleza,
Que has de tener en mí quien
De mi hermano te defienda,
De tu padre te asegure,
Y con tu amante te vuelva.

LAURA.

Dicen, señora, que hay
Delitos tales, que atentas
Las leyes se los dejaron
Sin pronunciarles sentencia,
Por no prevenir que habria
Quien los cometiese. Esta
Razon, desde los delitos
A las piedades opuesta,
Parece que en tí la hay;
Y tal, que muda la lengua,
No hallando ley al pensarla,
No estudió el agradecerla,
Cuando ya se pierda todo,
Como solo no se pierda
La dicha de que me halle
Cualquier trance á tus piés puesta.

HIPÓLITA.

¡Si supieras cuánto gusto
Me haces!

LAURA.

Pues ¿hay en qué pueda
Servirte?

HIPÓLITA.

No sé ¡ay de mí!
Pero sé que la experiencia
Muchas veces dijo, ¡cuánto
El ejemplar escarmienta!
Tenerte á mis ojos, Laura,
Me importa para que tenga
Un acuerdo en tu hermosura
Y un aviso en tu tristeza,
De cuánto un afecto arrastra,
Cuánto una pasion arriesga.

LAURA.

¡Ay señora! no la haya;
Que una vez llegando á haberla,
No hay aviso que no calle,
Ni acuerdo que no enmudezca.
Nadie, hasta hoy, por ejemplares
Amó ni olvidó.

HIPÓLITA.

Pues sea,
Si no vale esta razon,
Otra la que favorezca
El gusto de que conmigo
Te quedes.

LAURA.

¿Y es?

HIPÓLITA.

Que el que enferma
De un dolor, se alivia hablando
Con quien el dolor padezca.

LAURA.

¿Tan al principio te hallas,
Que á dos luces te cautelas,
Para que no venga una,
Y otra para cuando venga?

HIPÓLITA.

Si no temiera que á alguien
Facilidad le parezca
Descubrirte el primer dia
Mi pecho, yo te dijera
Una duda en que me hallo;
Mas bien puede salvar esta
Objecion el ser tambien
El primero que á tenerla
Llegó; y siendo así que son
Tu conocimiento y ella
De una edad; pues juntos nacen,
¿Qué mucho que juntos crezcan?
Yo, Laura, debo la vida
A un hombre que en la deshecha
Ruina de un balcon me halló,
Cuyas generosas prendas,
Sin temer el amenaza
De lo que pendiente resta,
Me sacaron, impidiendo
Que en segundo estrago envuelta,
Me dejase mi desdicha
Sepultada ántes que muerta.
Tan galan conmigo anduvo,
Que sin decirme quién era,
Porque solo él á sí solo
Su misma accion se agradezca,
Se ausentó en volviendo en mí,
Dejándome como en prendas
De mi obligacion, su brío,
Su gala, su gentileza,
Tan impreso en la memoria,
Que sin apartarse della,
A todas horas me asiste,
Con una especie tan nueva
De agrado que no es agrado,
Y de pena que no es pena.
¿Qué afecto será este, Laura?
¿De agradecida, de atenta,
De inclinada, ó de curiosa?

LAURA.

No sé; que Amor, como vuela
Con alas, no hay en el aire
Quien le averigüe la senda.
Y en fin, ¿no sabes quién es?

HIPÓLITA.

Como desde tan pequeña
Con mi prima en un convento
Me crié, á nadie en Valencia
Conozco, Laura; y en fin,
Como yo quién es supiera,
Y en algo desempeñara
De mi obligacion la deuda,
Me parece que...

ESCENA II.

JUANA. — HIPÓLITA, LAURA.

JUANA.

Señora...

HIPÓLITA.

¿Qué hay, Juana?

LAURA.

Dame licencia
Para irme allá dentro.

HIPÓLITA.

Bien
Digo yo que eres discreta.
Vete: que aunque despues haya
De decir lo que me quiera,
No es bien que de mi confianza
Tan presto malicia tenga.
(*Vase Laura.*)

ESCENA III.

HIPÓLITA, JUANA.

HIPÓLITA.

Si esto esperabas, ya estoy
Sola. ¿Qué traes?

JUANA.

Unas nuevas...
Ello bien pueden ser malas,
Mas por Dios que no son buenas.
Ya te dije ántes de ahora,
Viéndote tal vez suspensa
En la deuda de tu vida,
Que en otra casa ántes desta
Habíamos servido juntos
Yo y aquella buena pieza,
Que hoy al caballero sirve
Que te libró, y ser pudiera
Que tú por aquí supieses
Dél.

HIPÓLITA.

Curiosidad fué necia.

JUANA.

Pues estando yo ahora acaso
En esa ventana puesta
(Que de achaques de ventana
Pocas mozas escarmientan),
Le vi pasar: destosíme,
Miró, hícele una seña,
Entendióla, aunque no es mudo,
Y queda en fin á la puerta.
Mira si quieres que algo
Le diga.

HIPÓLITA.

¿Y eso me cuentas
Con misterio? Di que suba;
Que saber yo á quién le deba
La vida ¿para qué es
Hacerlo delito?

JUANA. (*Yendo á la puerta.*)

Entra:
Que mi señora te llama.

ESCENA IV.

GONZALO. — DICHAS.

GONZALO.

Humilde beso la tierra
Que pisas, si es que la pisas
Con alhaja tan pequeña.

HIPÓLITA.

Estimo que hayas venido
A verme.

GONZALO.

Esa diligencia
Se debe á mayor cuidado.

HIPÓLITA.

Pues ¿cúya es?

GONZALO.

De quien desea
Saber si cierta salud
Que halló su refugio enferma,
Dejándola en la pasion,
Paró en la convalecencia.

HIPÓLITA.

Sepa yo quién es, porqué
Mida mejor la respuesta
Al sugeto.

GONZALO.

Ya una vez
La costa del temor hecha,
Por Dios que ha de salir todo,
Aunque no tengo licencia.
Es Don...

ESCENA V.

DON ÁLVARO. — DICHOS.

DON ÁLVARO.

Hipólita...

HIPÓLITA.

¿Qué
Traes, que algun disgusto muestra
Tu semblante?

DON ÁLVARO.

Aun es mayor
Que él significa y tú piensas.

GONZALO. (*Ap.*)

Si me ha conocido, y es
Conmigo, *requiem æternam.*

DON ÁLVARO.

Manda que al punto descuelguen
Esta casa; y cuanto en ella
Hay se lie y se componga
De suerte, hermana, que pueda
Llevarse todo á la quinta,
Porque aquesta noche mesma
Tengo de dormir allá,
Pues no toca en la vivienda
La ruina del mirador.

HIPÓLITA.

¿Qué causa hay que á eso te mueva?

DON ÁLVARO.

Cosas son de Don Gutierre...

GONZALO. (*Ap.*)

Malo.

DON ÁLVARO.

Las que no me dejan
En mi casa.

GONZALO. (*Ap.*)

Peor.

DON ÁLVARO.

Y ántes
Que me declare mas, sepa
¿Qué busca este hidalgo aquí?

GONZALO. (*Ap.*)

Peor que peor.

HIPÓLITA.

Desa reja
Le conocí y le llamé,
A mi obligacion atenta,
Por criado del que dije
Que me sacó medio muerta;
Y como en él será paga
Lo que en su amo sería ofensa,
Para darle esta sortija
Le llamé.

DON ÁLVARO.

Muy bien la empleas.
Y pues es justo que todos
Reconozcamos la deuda,
¿Quién es, hidalgo, vuestro amo?

GONZALO.

(*Ap.* El demonio que dijera
Ahora quién es.) Señor,
Don Iñigo de Ribera,
Caballero castellano,
Que allá por ciertas pendencias
De los celos de una dama,
Viene á vivir en Valencia,
Desterrado de Castilla.

DON ÁLVARO.

Yo le buscaré, y que tenga
En mí, diréis, quien le sirva
En cuanto aquí se le ofrezca.

GONZALO.

Conoceréis al mejor
Caballero.

DON ÁLVARO.

Id norabuena.

GONZALO.

Conoceréis...

DON ÁLVARO.

Yo iré á verle.
(*Vase Gonzalo.*)

HIPÓLITA. (*Ap. á ella.*)

Juana, pregunta allá fuera,
Ya que sabemos quién es,
Dónde vive.

JUANA.

Voy lijera;
(*Ap.* Que quizas me dará el premio,
Pues la sortija se lleva.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

LAURA. — DON ÁLVARO, HIPÓLITA.

LAURA. (*Ap.*)

Oyendo su voz, no quiero
Que á Don Alvaro parezca
Que fué cuidado el faltar
A su hermana en su presencia.

HIPÓLITA.

¿No sabré yo qué ocasion
A una novedad te mueva
Tan grande?

DON ÁLVARO.

Llamóme ayer,
Hermana, el Virey; y apénas
Me empezó á decir tenia
Apretado órden del César
Para ajustar estos bandos
O quitarnos las cabezas,
Cuando el despacho llegó:
Con que dejando suspensa
La plática, mandó que hoy
Con mi hermano á verle vuelva.

Fuímos los dos, y en efecto,
A mi pesar, dejo hechas
Con Don Gutierre, no sé
Si diga paces ó treguas.
Pero sean lo que fueren,
A todos el Virey fuerza
Con homenaje á que cesen
Las enemistades nuestras.
Y habiendo de vivir él
Desde hoy seguro en Valencia,
No quiero verle, ni ver
Que Laura de oirlo se huelga:
Y así della ausencia haga,
Miéntras no hago dél ausencia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

HIPÓLITA, LAURA.

HIPÓLITA.

¿Qué dices, Laura, de cuánto
Nuestras fortunas se enmiendan?

LAURA.

La mia sí, pues ya veo
Que Gutierre á vivir vuelva
Quieto á su casa.

HIPÓLITA.

Y la mia,
Pues he sabido quién sea
El caballero á quien debo
La vida.

LAURA.

¿De qué manera
Lo has sabido?

HIPÓLITA.

A su criado
Conoció Juana: esto era
Lo que me queria.

LAURA.

¿Y quién es?

HIPÓLITA.

Don Iñigo de Ribera,
Caballero castellano;
Y aunque no sé si me pesa
De que celos de una dama
De su patria le destierran;
Con todo eso, le agradezco
Que me le envíe á tan buena
Ocasion, que de su parte
Me dé la vida.

ESCENA VIII.

JUANA. — DICHAS.

JUANA.

En la mesma
Calle de la Mar, señora...

HIPÓLITA.

Prosigue: no te detengas,
Ni te recates de Laura.

JUANA.

Vive en una casa nueva
Que hace esquina, como vamos
A salir á la Olivera.

HIPÓLITA.

Vén conmigo; que has de hacer,
Juana, por mí una fineza.

JUANA.

¿Qué es?

HIPÓLITA.

Ponte el manto, entre tanto
Que yo escribo cuatro letras.

JUANA.

Llevarélas en volandas;
Que tambien saber quisiera
Quién fué el socorredor que
So el corredor me remedia.

LAURA.

¿A eso te resuelves?

HIPÓLITA.

Laura,
Nada tu ejemplar me advierta;
Que esto nunca ha de ser mas
Que una cortesana seña
De mi reconocimiento.

LAURA.

¡Plegue al cielo!

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

DON GUTIERRE, GONZALO.

DON GUTIERRE.

¿Qué me cuentas?

GONZALO.

Lo que me pasó; y por Dios,
Que es, señor, como una perla
La Hipólita, y me parece...

DON GUTIERRE.

No prosigas, cesa, cesa;
Que ya sé, Gonzalo, que es
Bizarra, entendida y bella,
Y que me está agradecida;
Pero ¿qué importa que sea
Bella, entendida y bizarra,
Si esta villana potencia
De la memoria no quiere
Que alivio ninguno tenga?
Pues absoluta, sin que
De mis arbitrios dependa,
Lo que ha de acordar olvida,
Lo que ha de olvidar acuerda.
Mejor es dejarlo todo.
Llama, Gonzalo, á esa puerta:
Entremos á descansar,
Si es que descansa el que pena.

GONZALO.

Solo en que vivias aquí
Dije verdad en aquella
Pasada turbacion.

DON GUTIERRE.

¿Cómo?

GONZALO.

Como salió á la escalera
Juana á preguntar adónde
Vivias; y como ella
No importó que lo supiese,
Le dí desta casa señas,
Donde veniste á apearte.

DON GUTIERRE.

Llama pues, necio. ¿Qué esperas?
¿No llamas?

GONZALO.

Ya llamo... y ya
Nos han abierto la puerta,
Sin ver quién la abre.

DON GUTIERRE.

¿Quién duda
Que será la criada?

GONZALO. (*Bajo.*)

Espera,
No entres.

DON GUTIERRE.

¿Por qué?

GONZALO.

Porque un hombre
Rebozado, detras della
Está con una pistola
En la mano.

DON GUTIERRE.

Tras mi entra;
Que en mi casa he de saber
Quién desta suerte me espera.

(*Éntranse en la casa.*)

—

Habitacion de Don Gutierre.

ESCENA X.

DON GUTIERRE y GONZALO, *que se encuentran con* FADRIQUE.

FADRIQUE.

Tened, Gutierre, la espada;
Que yo soy.

DON GUTIERRE.

¡Desta manera
Fadrique en mi casa! Pues
¿Qué accion, qué venida es esta?

FADRIQUE.

Despues que ayer me contasteis
Las raras fortunas vuestras;
Y que sin efecto hubimos
De dividirnos; apénas
Tomasteis vuestro caballo,
Y yo, Gutierre, la senda
Para el montecillo donde
Mi tropa estaba encubierta,
Cuando el Justicia, que ya
Sitiada tenia la selva
Con armada gente, dió
Con nosotros: de manera
Que nos fué fuerza poner
En fugitiva defensa.
Fuí á vuestra torre á buscaros,
Díjome el casero della
Que en esta casa posabais;
Y viniendo en busca vuestra,
Me conoció la criada,
Abrióme y se salió fuera.

DON GUTIERRE.

Muy bien venido seais;
Y aunque del lance me pesa,
En la parte de serviros
Es justo que la agradezca.
Mi casa... Pero esperad.

(*Llaman dentro.*)

¿Quién es quien llama?

GONZALO.

Cubierta
Una mujer hasta aquí
Se ha entrado. — ¿Qué busca, reina?

ESCENA XI.

JUANA, *tapada.* — DICHOS.

JUANA.

Ya yo he visto lo que busco.

(*A Don Gutierre.*)

—Léd vos, y dadme respuesta...
—Y vos oid. (*A Fadrique.*)

GONZALO.

Y para mí
¿No hay algo que oiga y que vea?

LAURA.

Que vea, que oiga y que calle.

GONZALO. (*Ap.*)

¿Qué tramoya será esta?

DON GUTIERRE.

(*Lee.*) «Habiendo librado el galardon

»de vuestra fineza en las noticias de »mi buena salud, os hago saber que »estoy buena. Dios os guarde.—Doña »Hipólita de Ansa.»
¡Breve y sucinto papel!
Y en venir firmado muestra
Que no trae mas intencion
Que urbana correspondencia.
Volveré en el mismo estilo
Breve y cortés la respuesta.

FADRIQUE.

Si no me decis quién sois,
Haréis que no os agradezca
Tanto favor.

JUANA.

¿Conocéisme?
(*Descúbrese por un momento.*)

FADRIQUE.

Muy bien; que vos sois aquella
Que yo saqué de la ruina.

JUANA.

Y muy servidora vuestra.

DON GUTIERRE.

Gonzalo, dime (porqué (*Ap. á él.*)
Firmado mi papel vuelva,
Y que viniéndolo el suyo,
Grosería no parezca
Hacerme mas misterioso
Yo) ¿cómo á Hipólita bella
Dijiste que me llamaba?

GONZALO.

¿Luego es suyo?

DON GUTIERRE.

¿Qué te altera?

GONZALO.

Pensar si es aquella Juana.

DON GUTIERRE.

Que lo sea ó no lo sea,
¿Cómo dijiste que yo
Me llamaba?

GONZALO.

Don...

DON GUTIERRE.

¿Qué piensas?

GONZALO.

Por Dios, que se me ha olvidado.

DON GUTIERRE.

¡Pues será una accion muy buena
No firmar ahora, y despues,
Si hubiere ocasion de verla,
No saber cómo me llamo,
Para poder responderla!

GONZALO.

Don...

DON GUTIERRE.

Acuérdate.

GONZALO.

No puedo;
Que esta villana potencia
Lo que ha de acordar olvida,
Lo que ha de olvidar acuerda.
Pero ¿no trae sobrescrito?

DON GUTIERRE.

Sí. «A quien Dios guarde.»

GONZALO.

A la vuelta
Mira si hay membrete.

DON GUTIERRE.

No.

GONZALO.

Pues esta entendida necia
¿Cómo firma á quien no pone
Sobrescrito en la cubierta,
Ni aun el membrete en la esquina?

DON GUTIERRE.

No me apures la paciencia,
Sino di cómo me llamo.

GONZALO.

Pon otro nombre cualquiera;
Que pues ella no le pone,
Quizá se ha olvidado ella
Como yo: cualquiera basta.

DON GUTIERRE.

¡Vive Dios, que si no fuera!...
Ahora bien, habré de hacer
Misterio de lo que ès fuerza. (*Vase.*)

GONZALO.

(*Ap.* Aquí entro yo ahora. ¿Cómo
Sabré si es Juanilla aquella?
Así.)—Juana, que te matan. (*Grita.*)

JUANA.

¿Quién á mí?...

GONZALO.

Cogite, perra.

FADRIQUE.

Estando hablando conmigo,
Es muy grande desvergüenza
Asustarla.

GONZALO.

No me asuste
Ella á mí en la frase mesma
De estar con usted hablando.
(*Vuelve Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Este lleva á tu ama, y lleva
Para ti esta niñería. (*Dala un bolsillo.*)

JUANA.

Excusada diligencia
Conmigo; mas por no ser
Ni descortés ni grosera...

DON GUTIERRE.

Y añade á lo que yo escribo
A tu señora, que advierta
Que si el dar uno una alhaja
Es privarse de tenerla,
Bien sin ser grosero puedo
Yo persuadirme á que sea
Verdad que la dí la vida,
Pues que me quedé sin ella.

JUANA.

¡Lástima es que ella no oiga
Lo bien que lo representas!

DON GUTIERRE.

¡Pluguiera al cielo!

JUANA.

Si yo
A decirte me atreviera
Que mis amos á la quinta
Se van esta noche mesma,
Y que Hipólita mi ama
Con las criadas se queda,
Yo te lo dijera; pèro
No me atrevo.

DON GUTIERRE.

Aguarda, espera.
¿Por qué se van á la quinta?

JUANA.

(*Ap.* ¡Oh, bolsillo, lo que aprietas!)
Por haber hecho las paces
Con Don Gutierre Centellas
El Virey, un hombre, á quien
Aborrecen de manera,
Que por no verle se van.

DON GUTIERRE.

¿Tu ama tambien?

JUANA.

La primera
Fuera ella que le matara
Donde quiera que le viera;
Y aun yo, segun los pesares
Que este mal hombre nos cuesta.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* ¿Quién crêrá que pueda mas
El saber que me aborrezca,
Que el presumir que me estime?
Pero quédese ahora esta
Hoja doblada.) Tambien
Diria yo, si me atreviera,
Juana, que...

JUANA.

Ahora bien, vé allá;
Que podria ser...

DON GUTIERRE.

¿La seña?

JUANA.

Solo un golpe.

DON GUTIERRE.

Adios.

GONZALO.

Sepamos
De los bolsillos que pescan
Las Juanas que hablan, ¿qué parte
De avería se les pega
A los Gonzalos que callan?

JUANA.

Toda aquella parte entera
Que toca á las Juanas de
Las sortijas que se llevan
Los Gonzalos. — Tú esta noche
No dejes de ir... (*A Fadrique.*)

FADRIQUE.

Norabuena.

JUANA.

Con tu amigo.
(*Vanse Fadrique y Juana.*)

DON GUTIERRE.

¿Hiciste, dime,
Memoria?

GONZALO.

¡Qué linda flema!
Quien no tiene entendimiento,
¿Quieres que memoria tenga? (*Vase.*)

DON GUTIERRE.

¿Quién he de decir que soy,
Si llego esta noche á verla?
(*Vuelve Fadrique.*)

FADRIQUE.

Un hombre, si estáis en casa,
Preguntando ahora queda
A Gonzalo.

DON GUTIERRE.

¿Qué hombre es?

FADRIQUE.

Criado parece en las señas.

DON GUTIERRE.

De algun amigo será.
(*Vuelve Gonzalo.*)

GONZALO.

¡Hemos hecho buena hacienda!

DON GUTIERRE.

¿Qué hay, Gonzalo?

GONZALO.

Llegó un hombre,
Parado estando á la puerta;

Preguntóme: «Vuestro amo
¿Está en casa?» y como era
Tan general la pregunta,
General di la respuesta.
«Sí,» dije, y él prosiguió:
«Mi amo viene á verle.—Venga,»
Respondí: y cátate aquí
A Don Alvaro, que llega;
Que en fe de que en casa estás
Y avisado, hasta aquí se entra.

DON GUTIERRE.

Decidle vos, porque no
Es justo que á mí me vea,
Que no estoy en casa.

FADRIQUE.

Yo
Lo haré.

GONZALO.

Escóndete apriesa.
(*Escóndese Don Gutierre.*)

ESCENA XII.

DON ÁLVARO.—FADRIQUE, GONZALO; DON GUTIERRE, *escondido.*

DON ÁLVARO.

Pasando por esta calle,
Y conociendo á la puerta
Ese criado, y por él
Ser vuestra posada esta,
No quise dejar de veros,
Agradecido á la deuda
De la vida de mi hermana;
Y así entro á reconocerla.
Don Alvaro de Ansa soy.

FADRIQUE.

Vengais muy enhorabuena.

DON GUTIERRE. (*Ap. al paño.*)

¿Quién á Fadrique, que lleve
Su engaño decir pudiera?

FADRIQUE.

(*Ap.* Mejor es, pues él se engaña,
Que ser yo Gutierre entienda.)
Y yo las manos os beso
Por la merced; que es mas muestra
De vuestro valor, que no
Mérito de una fineza
Tan corta.

DON GUTIERRE. (*Ap. al paño.*)

En mi pensamiento
Estuvo.

FADRIQUE.

Unas sillas llega,
Gonzalo.

GONZALO. (*Ap.*)

¿No fuera bueno
Decir que no quiero?

FADRIQUE.

Ea,
¿Qué aguardas?

DON ÁLVARO.

No hay para qué.
Perdonad; que estoy de priesa,
Y esta, señor, no es visita,
Sino, como dije, seña
De mi reconocimiento;
Y en otra ocasion que pueda,
Yo volveré mas despacio.
Mas tened sabido en esta
Que sé que por un disgusto
Habeis venido á Valencia
Desterrado de Castilla,
Y que en cuanto se os ofrezca,
Teneis quien os sirva en mí
Con alma, vida y hacienda,
De que os doy mano y palabra.

FADRIQUE.

Siempre yo á las plantas vuestras
Estaré, reconocido
Desta honra.

DON ÁLVARO.

¿Qué haceis?

FADRIQUE.

Licencia
Me habeis de dar...

DON ÁLVARO.

No, no habeis
De pasar de aquí. (*Ap. yéndose.* La priesa
Es con que he hecho esta visita,
Por lograr la diligencia
Con que pienso hoy escondido
(Pues sola Hipólita queda
Con sus criadas en casa)
Ver si hay ocasion en ella
De poder hablar á Laura,
Sin que mi hermana lo entienda;
Pues segura... Pero esto
Dirá el efecto.)
(*Vase Don Álvaro, y sale Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Si fuera
Posible daros el alma
En los brazos, os la diera,
Agradecido á lo bien
Que ha andado vuestra advertencia.
Digo que me adivinasteis
El concepto que en la idea
Estaba haciendo.

GONZALO.

A mí no,
Y en otra ocasion como esta
Que haga el papel de mi amo,
Buscará quien le obedezca.

DON GUTIERRE.

Véte de aquí...—Y vos conmigo
(*Vase Gonzalo.*)
Venid, pues que ya la negra
Noche baja.

FADRIQUE.

¿Dónde vamos?

DON GUTIERRE.

A ver á Hipólita bella.
Venid conmigo, Fadrique.

FADRIQUE.

Ya os sigo, y podré con esta
Ocasion hablar á Juana,
Que cuidadosa me espera.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Álvaro.

ESCENA XIII.

LAURA, *con luces;* HIPÓLITA, JUANA.

HIPÓLITA.

Pon esas luces ahí,
Y dime tú, Juana, ahora
Si le hallaste.

JUANA.

Sí, señora.

HIPÓLITA.

¿Y traes la respuesta?

JUANA.

Sí. (*Dale un papel.*)

HIPÓLITA.

(*Lee.*) «Que goceis la salud que yo de»seo, es para mí el mayor galardon de la »que vos llamais fineza, y yo ventura. »No dejeis de continuar estas noticias »á costa de ménos señas; pues aunque »el papel no venga firmado, su dis»crecion dirá que es vuestro; y no irlo »el mio, es por dejar á la turbacion la »mas conocida seña de su dueño.»

LAURA.

Bien cortesano te ha dado
A entender que mas quisiera
Que el papel sin firma fuera,
Como á luz de otro cuidado
Mas que el de la urbanidad.

HIPÓLITA.

Por eso le firmé yo,
Porque sospechoso, no
Presumiese la verdad
Del afecto que confieso,
Donde no lo escucha él,
Ni en mi voz ni en mi papel.

JUANA.

¡Ay, señora! que por eso
¿Deja él de pensar que tiene
El modillo de la accion
Mas que primera intencion?

HIPÓLITA.

¿Y de qué á inferirse viene?

JUANA.

De lo que me dijo á mí.

HIPÓLITA.

¿Qué te dijo?

JUANA.

Que vivia
Muy vano de que te habia
Dado vida, siendo así
Que el dejar él de tenella
Era principio asentado
De que te la hubiese dado,
Pues que se quedó sin ella.
Y aun dijo no sé qué mas,
De que esta noche sabía
Que estabas sola, y vendria
A ver si ocasion le das
De hablarte por una reja.

HIPÓLITA.

¿Eso habia de hacer?

JUANA.

Pues ¡qué!
¿Fuera mucho, una vez que
Sola el cuidado te deja
De tus hermanos?

HIPÓLITA.

¿Y fuera
Bueno que la vecindad?...

JUANA.

Aquesa dificultad
Se salva...

HIPÓLITA.

¿De qué manera?

JUANA.

No hablando en reja ó balcon.

HIPÓLITA.

¿Y no fuera peor en casa?

JUANA.

En visita que no pasa
De buena conversacion,
Y que otra ocasion no puede
En dos mil años tener,
¿Qué te queda que temer?

Y porque seguro quede
En todo tiempo tu honor,
Echame la culpa á mí,
Que sin tu gusto le abrí;
Y para honestar mejor
Tu justo agradecimiento,
Miéntras yo aseguro allá
La casa, Laura estará
Sin apartarse un momento
De tí. Con este testigo,
¿A qué se puede atrever?

HIPÓLITA.

¿Qué dices, Laura?

LAURA.

Oir y ver
Me toca; solo te digo
Que es presto.

JUANA.

Es verdad; mas ¿cuándo
Otra ocasion ha de haber?
Sola estás: ¿qué hay que temer?

LAURA.

Mucho, Juana.

HIPÓLITA.

Estoy dudando.—
Miedo tus miedos me dan, (*A Laura.*)
—Y tú el ánimo me ofreces. (*A Juana.*)

JUANA.

Alma de auto pareces
Entre el Angel y Satan.
(*Ruido dentro.*)
Ruido en la reja se oyó.
¿Voile á abrir, ó no?

HIPÓLITA.

No sé.

JUANA.

Ya has dicho que sí.

HIPÓLITA.

Yo, ¿en qué?

JUANA.

En que no has dicho que no. (*Vase.*)

HIPÓLITA.

Juana, oye.— Hoy á morir vengo.
—Vé tras ella á detenella,
Laura. (*Agárrala.*)

LAURA.

¿Cómo he de ir tras ella,
Si me tienes?

HIPÓLITA.

¿Yo te tengo?

LAURA.

¿No lo ves?

HIPÓLITA.

Amor tirano
Hizo que en igual porfía,
Mi voz obre como mía,
Y como ajena mi mano.

LAURA.

Ya la puerta abrió.

HIPÓLITA.

Yo estoy
Mortal: no, no estoy en mí.
Quédate tú, Laura, aquí,
Miéntras yo á cobrarme voy.
Haz primero la deshecha
Tú, y culpando á esa criada,
Muéstrate muy enojada
Con él: con que la sospecha
Será menor contra mí,
Saliendo á tus voces yo,
Como que allá las oí.

LAURA.

No
Vendré á hacer nada por tí
En enojarme, porqué
Lo estoy de verdad.

HIPÓLITA.

Criadas,
¡Cuántas amas disfamadas
Teneis! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

JUANA Y DON GUTIERRE.— LAURA.

JUANA. (*Hablando con Don Gutierre á la puerta.*)
Aquí la dejé.
Entra; y para disculparme,
Dila que hallaste entreabierta,
Llegando acaso, la puerta;
Que yo voy á asegurarme
De los demas. (*Ap.* Esto es
Que entrar en casa quisiera
Al que en la calle le espera.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, LAURA.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
Cobarde muevo los piés.

LAURA. (*Ap.*)
Turbada, apénas respiro.

DON GUTIERRE.

Señora, si mi deseo...

LAURA.

¿Quién aquí?... Pero ¡qué veo!

DON GUTIERRE.

Puede ser... Pero ¡qué miro!

LAURA. (*Ap.*)
Mas ¿qué mis penas admiro?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
Mas ¿qué extraño mis recelos?

LAURA (*Ap.*)
¿Gutierre no es este, cielos?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
Cielos, esta ¿Laura no es?

LAURA. (*Ap.*)
¿Qué ves, vida?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
Alma ¿qué ves?

LAURA. (*Ap.*)
¡Oh ira!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
¡Oh pena!

LAURA. (*Ap.*)
¡Oh rabia!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)
¡Oh celos!

LAURA.

Aleve, ¿tú desta suerte?

DON GUTIERRE.

Tirana, ¿tú en esta parte?

LAURA.

¿Aquí, en fin, hube de hallarte?

DON GUTIERRE.

¿Aquí, en fin, hube de verte?

LAURA.

¡Hado injusto!

DON GUTIERRE.

¡Dolor fuerte!

LAURA.

¡Cruel rigor!

DON GUTIERRE.

¡Pena inhumana!

LAURA.

¿Cómo, infiel...

DON GUTIERRE.

¿Cómo, tirana...

LAURA.

¡Qué ansia!

DON GUTIERRE.

¡Qué horror!

LAURA.

¡Qué castigo!

DON GUTIERRE.

Tú en casa de mi enemigo?

LAURA.

Tú en el cuarto de su hermana?

DON GUTIERRE.

Mas ¿qué acuso...

LAURA.

¿Qué condeno...

DON GUTIERRE.

Si eres mujer...

LAURA.

Si eres hombre...

DON GUTIERRE.

Que con traje...

LAURA.

Que con nombre...

DON GUTIERRE.

De tí extraño...

LAURA.

De tí ajeno...

DON GUTIERRE.

Llena de falsedad...

LAURA.

Lleno
De traicion...

DON GUTIERRE.

Culpes...

LAURA.

Condenes...

DON GUTIERRE.

Tu sér...

LAURA.

La fe que no tienes...

DON GUTIERRE.

Solo al ver...

LAURA.

Al oir no mas...

DON GUTIERRE.

Que en poder de Alvaro estás?

LAURA.

Que á ver á Hipólita vienes?

DON GUTIERRE.

¿Tú en su casa disfrazada?

LAURA.

¿Tú en su casa con fingido
Nombre?

DON GUTIERRE.

¡Ah fiera!

LAURA.

¡Ah fementido
Tú solo, tú! Que yo en nada

Cómplice soy, pues forzada
Aquí estoy.

DON GUTIERRE.

¿Forzada?

LAURA.

Sí;
Que á mi padre obedecí,
Sirviendo á Hipólita bella,
Porque el darla vida á ella,
Fuese el darme muerte á mí.

DON GUTIERRE.

Luego ¿Don Alvaro no
Te trajo?

LAURA.

¿A qué fin habia
De traerme? ¿Conocia
A Don Alvaro ántes yo?

DON GUTIERRE.

¿Y en el Grao?...

LAURA.

Acaso llegó,
Quizá á ocasionar dispuesto
Su antiguo rencor; y puesto
Que él nunca me tuvo amor,
Hoy has de ver mi rigor,
Falso, vil...

ESCENA XVI.

HIPÓLITA. — DON GUTIERRE, LAURA.

HIPÓLITA.

Laura, ¿qué es esto?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Muerto estoy!

LAURA.

(*Ap.* Finja hasta que
Pueda hablar mas declarada.)
Saliendo aquí descuidada,
Este caballero hallé,
Que no conozco; y porqué
Veo que á romper se atreve
La fe que á tu casa debe,
Tanto el mirarle he sentido,
Que de traidor, de atrevido,
De injusto, cruel y aleve
Le traté, por verle aquí.

HIPÓLITA.

Grande fué su atrevimiento;
Y aunque como tal lo siento,
No ha de castigarse así.

LAURA. (*Ap. á Hipólita.*)

¿No me lo mandaste?

HIPÓLITA.

(*Ap. á Laura.* Sí;
Pero que finjas me espanto
Tan bien la queja y el llanto.
No desa suerte le arrojes;
Que bien quiero que te enojes;
Mas no que te enojes tanto.)
(*Ap.* Vea que siento y que amo.)
Señor Don Iñigo, el modo...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Ya no se ha perdido todo,
Pues ya sé cómo me llamo.

HIPÓLITA.

De entrar aquí, no le infamo,
Ni disculpo; que ofendida
Hoy, y ayer agradecida,
Igual afecto me llama,
De parte uno de mi fama,
De parte otro de mi vida;
Y así, entre los dos dudosa,
Perdonad si veis que deja
La obligacion á la queja,
Por mas noble, mas airosa.
¿Qué osadía es?...

DON GUTIERRE.

No furiosa
Tambien me despidais vos,
Hasta que oigais cómo (¡ay Dios!)
Pude entrar aquí á esta hora:
Baste que aquesa señora
Se ha enojado por las dos.
De Castilla desterrado,
(*Ap.* Ni sé qué siento ó qué digo)
Avisan que mi enemigo
Me busca aquí disfrazado.
Yendo con este cuidado,
Ya lobreguecido el dia,
Vi que un hombre me seguia,
Y otros dos ó tres con él,
Y en vuestro umbral...

LAURA. (*Ap.*)

¡Ah cruel!

DON GUTIERRE.

Que aun ser vuestro no sabía,
Me reparé: de manera,
Que dél amparado, hallé
La puerta abierta; y porqué
Vengarse no consiguiera,
Entré, sin saber dónde era;
Que no soy tan atrevido...

HIPÓLITA.

¿Ves si disculpa ha tenido?

LAURA.

¿Hate parecido á tí
Disculpa?

HIPÓLITA.

Sí.

LAURA.

Pues á mí...

HIPÓLITA.

¿Qué?

LAURA.

No me lo ha parecido.
Yo no puedo ser traidora
A lo que mi amor te debe;
Tú no puedes ser infiel
Al seguro que me ofreces:
Y cuando estas dos razones
No basten, otra hay mas fuerte,
Que es, que no puedo, por mas
Que me reprima y me esfuerce,
Conseguir que de mi pecho
La mina no se reviente,
Y abrase lo que abrasare.
¿Quién, señora, te parece
Que es aqueste caballero?

HIPÓLITA.

Pues ¿qué duda aqueso tiene?
Don Iñigo de Ribera.

LAURA.

Pues no es sino Don Gutierre
Centellas, que á tí te engaña,
Al tiempo que á mí me ofende.
Riñe tú ahora por tí
La parte que te compete;
Que ya yo reñí la mia.

HIPÓLITA.

Pues ¿cómo ¡ay de mí! te atreves,
Traidor, con fingido nombre
A hacer?...

ESCENA XVII.

INES. — DICHOS.

INES.

Señora...

HIPÓLITA.

¿Qué quieres?

INES.

En el cuarto de tu hermano
Don Alvaro sentí gente;
Llegué, y vi que por la parte
De adentro la llave tuercen.

HIPÓLITA.

El es sin duda ¡ay de mí!,
Que como la maestra tiene,
Vendrá por algo, que acaso
Dejó olvidado.

LAURA.

¿No puede
Salir?

INES.

¿Cómo, si su cuarto
Cae al corredor?

DON GUTIERRE.

¡Qué fuerte
Empeño!

HIPÓLITA.

¡Qué temor!

LAURA.

¡Qué ansia!

HIPÓLITA.

¿Oyes, Laura?

LAURA.

¿Qué mé quieres?

HIPÓLITA.

Que mires lo que has de hacer,
Pues tú la que ama eres.

LAURA.

Míralo tú, pues que tú
Eres la que á buscar viene.

HIPÓLITA.

A tí te ama.

LAURA.

A tí te busca.

HIPÓLITA.

Como en mi cuarto me cierre,
Tú verás lo que has de hacer.

LAURA.

¿Que así al peligro me dejes?

HIPÓLITA.

Laura, *Primero soy yo.*
Sálvese la que pudiere.
(*Éntrase Hipólita, cerrando la puerta.*)

INES.

Que llega ya.

DON GUTIERRE.

¿Qué he de hacer?

INES.

Ya ¿no se sabe? Esconderse,
Lugar comun deste paso.

DON GUTIERRE.

¿Adónde?

INES.

En ese retrete.

DON GUTIERRE.

¡Oh si tuviera ventana
Por donde echarme!

INES.

Sí tiene;

Pero con su reja y todo.
(*Escóndese Don Gutierre.*)
El demonio que aquí espere. (*Vase.*)

LAURA.

Ni para irme ni quedarme
Valor hay. No sé qué hacerme.

ESCENA XVIII.

DON ÁLVARO. — LAURA; DON GUTIERRE, *escondido.*

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Ya recogida la casa,
Salgo á ver si ver pudiese
Qué hace Laura. Aquí está sola.
Amor la ocasion previene
Como pensé.) Laura mia...

LAURA.

¡Señor, tú!...

DON ÁLVARO.

¿Qué extrañas verme,
Cuando ladron de mi casa
Soy por tí...

LAURA. (*Ap.*)

¡Cielos, valedme!

DON ÁLVARO.

A fin solo de lograr
Esta ocasion que me ofreces?

LAURA.

¿Yo te la ofrezco?

DON GUTIERRE. (*Al paño.*)

¡Ah traidora!

DON ÁLVARO.

Claro está, pues me concedes
El que pueda sin mi hermana
Hablarte esta noche y verte,
A cuyo efecto escondido
Me quedé.

LAURA.

La voz suspende;
Que es fuerza que al cuarto vaya,
No me eche ménos.

DON ÁLVARO.

Detente;
Que yo acecharé qué hace. (*Vase.*)

DON GUTIERRE. (*Saliendo.*)

Mira, traidora, si puedes
Negar que tú esta ocasion
Le has dado.

LAURA.

Calla, que vuelve.
(*Retírase Don Gutierre.*)

DON ÁLVARO.

A mi hermana por la llave
Vi que hácia la puerta viene,
Y por si sale, no quiero
Que me vea.

LAURA.

Ni es bien: véte.

DON ÁLVARO.

Sí haré. Adios. Mas mejor es
Que pues ha de recogerse
Tan presto, hasta que lo esté,
Aquí retirado espere;
Que tengo mucho qué hablarte.

LAURA.

¿Dónde vas?

DON ÁLVARO.

A ese retrete.

LAURA.

No has de entrar en él. Aguarda.

DON ÁLVARO.

Tanto la puerta defiendes,
Que obligas que vea por qué.

DON GUTIERRE. (*Saliendo embozado.*)

Por esto. (*Mata la luz.*)

DON ÁLVARO.

Traidor, ¿quién eres?

LAURA.

¡Ay infelice de mí!

DON ÁLVARO.

¡Cielos! ¿que con él no encuentre?

LAURA. (*Ap.*)

¿A quién, sino á mí, en el mundo
Esto sucedió dos veces?

ESCENA XIX.

JUANA Y FADRIQUE; *despues,* HIPÓLITA.— DICHOS.

JUANA. (*Bajo á Fadrique.*)

¿Dónde vas?

FADRIQUE.

Oyendo el ruido
Adonde está Don Gutierre,
¿Puedo yo dejar de hallarme
A su lado? El cuarto es este.
Sí, porque aquí hay una puerta.

LAURA. (*Ap.*)

¡Triste lance!

JUANA. (*Ap.*)

¡Empeño fuerte!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

La puerta hallé. No es huir
Aquesto cobardemente,
Sino salvar de mi honor
El preciso inconveniente. (*Vase.*)

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

Allí oigo ruido. Mal hice
(Pero ¿qué habrá que yo acierte?)
En no tomar lo primero
La puerta: el error enmiende
Yendo tras él; y porqué,
Huyendo ella, nadie piense
Que se la lleve á mis ojos,
La puerta del cuarto cierre,
Pues no hay por donde salir. (*Vase.*)

HIPÓLITA. (*Dentro.*)

¿Qué ruido en mi cuarto es ese?

LAURA. (*Ap.*)

¡Ah, traidora! ¿la desbecha
Haces ahora? ¿Qué he de hacerme?
Pero pues que tras él va,
Quiera Amor que no le encuentre.
A ver qué hará la fortuna
De mí. (*Vase.*)

FADRIQUE.

Sin luz y sin gente
Ni ruido ha quedado todo.
¡Bueno me han dejado en este
Cuarto cerrado y á obscuras!
Mas nada me desconsuele.
Cumpla yo mi obligacion,
Y venga lo que viniere.

JORNADA TERCERA.

Antesala en casa de Don Álvaro.

ESCENA PRIMERA.

DON ÁLVARO, DON VICENTE.

DON VICENTE.

Viendo que ya amanecia,
Y que á la quinta no vienes,
Con cuidado de saber,
Alvaro, qué te detiene,
Vengo á buscarte, y no en vano.
¿Qué ha sucedido?

DON ÁLVARO.

¡Ay, Vicente!
¡Ay, hermano! que hay mas mal
Del que mi semblante puede
Significarte. — Sabrás...
Mas el cuarto me parece
De mi hermana que han abierto.
Veamos quién es.

ESCENA II.

HIPÓLITA, LAURA, JUANA. — DICHOS.

HIPÓLITA.

Pues que gente
Se oye ya en esta antesala,
Salgo á ver lo que sucede.

LAURA.

Y yo á quien dejó el empeño
De sus efectos pendiente.

HIPÓLITA.

Alvaro (déme el temor
Animo para que aliente).
Apénas anoche (¡ay triste!)
Quise, para recogerme,
Recoger la casa, cuando
Al salir aquí, suspende
Mi paso tu voz, diciendo,
Si bien me acuerdo: «¿Quién eres,
Traidor?» y en el mismo instante,
Muerta la luz, te resuelves
A cerrar el cuarto y irte:
Cuyo alboroto me tiene
En vela toda la noche,
Sin saber lo que te mueve
A quedarte en casa, á hacer
Ruido, á cerrar y volverte
Para que al amanecer
Al primer paso te encuentre.
¿Qué quiere ser esto?

DON ÁLVARO.

Es
Que no sabes á quién tienes
A tu lado y en tu casa.

HIPÓLITA.

Pues ¿qué ha habido?

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

Dude y tiemble
Al decirlo; que no sé
Cómo un noble decir puede,
Por más razon que le asista,
Desdoros de las mujeres.

ESCENA III.

LISARDO, *al paño.*—DICHOS.

LISARDO. (*Ap.*)

Dos dias há que dejé á Laura.
Mucha ausencia me parece;

Y así con el dia mi amor
Me trae á verla. Allí hay gente.
Sus amos son: no estorbemos.
Aquí retirado espere
Ocasion.

HIPÓLITA.

Pues ¿qué hay?

DON VICENTE.

Prosigue.

DON ÁLVARO.

Yo lo diré, aunque me pese.
A la quinta fuí ayer tarde;
Estando en ella, acordéme
De que dejaba olvidados
En mi cuarto unos papeles
De una dama, que importaba
Que nadie la letra viese.
Por ellos vine, y entrando
A hurto, como si no fuese
Mi casa, con maestra llave,
Sentí aquí hablar; acerquéme,
Y vi que aquesa enemiga,
Esa traidora, esa aleve
De Laura, ó porque oyó pasos,
O porque esperaba verte
Recogida á tí, ocultaba
Un hombre en ese retrete.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

HIPÓLITA.

¡Hay tan gran desvergüenza!
¿En mi casa se consiente
Tal atrevimiento?

LAURA. (*Ap. á Hipólita.*)

¡Tú
Tambien contra mí!

HIPÓLITA.

(*Ap. á ella.* ¿Qué quieres,
Laura? Primero soy yo.)

DON ÁLVARO.

Al ir á reconocerle,
Salió, matando la luz,
Que fué al decir yo: «¿Quién eres,
Traidor?» Y viendo que habia
(Porque yo, por ofenderle,
No traté mas que buscarle)
Tomado (anduve imprudente)
La puerta, tras él salí;
Y porque ella no pudiese
Escapar, cerré. En efecto,
No le alcancé: con que al verme
Desesperado en la calle,
Por si por dicha volviese
A saber lo que pasaba,
Me he entrado en ella: de suerte
Que esto pára, como dije,
En que veas á quién tienes
En tu casa y á tu lado.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Que á ocasion de oir esto llegue!

HIPÓLITA.

Por cierto, Laura...

LAURA.

Señora...

HIPÓLITA.

No sé yo de quién lo aprendes.

DON ÁLVARO.

Para tu recato es bueno.

HIPÓLITA.

¡Hombre aquí! ¡Jesus mil veces!
(*Ap. á ella.* Perdona, Laura, por Dios.)

DON VICENTE.

¿Quién creyera que tuviese
Tanto atrevimiento Laura?

HIPÓLITA.

Con oirlo, aun no parece
Que es posible.

DON ÁLVARO.

¿Cómo no?
Mira arrojado el bufete
En que tropezó al salir;
Porque al ir á acometerle,
El de esta misma manera
Salió...
(*Llega á la puerta, haciendo la accion, y al abrir, ve á Fadrique.*)

ESCENA IV.

FADRIQUE.—DICHOS.

DON ÁLVARO.

Mas ¡cielos! valedme.

DON VICENTE.

¿Qué es eso?

FADRIQUE. (*Ap. desde la puerta.*)

Ya aquí no hay mas
Que á todo trance venderme
Bien vendido. (*Retírase y cierra.*)

DON ÁLVARO.

¡Vive Dios,
Que aun aquí se está! Engañéme
En pensar que se habia ido.

DON VICENTE.

Mejor con eso sucede,
Pues no se irá sin castigo
Su atrevimiento.

HIPÓLITA. (*Ap.*)

¡Que fuese
Tal mi desdicha, que el riesgo
A su principio se vuelve!

LAURA. (*Ap.*)

¡Triste de mí! ¿Qué han de hacer,
Cuando sepan que es Gutierre?

JUANA. (*Ap.*)

Fadrique fué el que se fué;
Que allí él no habia de meterse.

DON VICENTE.

¿Qué esperas? Caiga la puerta
En tierra.

HIPÓLITA.

Alvaro, Vicente,
No el duelo de una criada
Tanto á los dos os empeñe.

LAURA. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer? ¡Ay infelice!

DON ÁLVARO.

¡Que á tantos golpes rebelde
Resista una puerta!

LAURA.

Ved
Que yo...

HIPÓLITA.

Calla y agradece,
Ingrata, que no te doy
El castigo que mereces.
(*Adelántase Lisardo.*)

LISARDO.

Yo se le daré por tí,
Señora, ya que traerme
Pudo á tiempo mi desdicha,
Que su desacierto oyese.

LAURA. (*Ap.*)

Solo aquesto me faltaba.
¡Mi padre, cielos!

HIPÓLITA. (*Ap.*)

¡Que hubiese
De venir su padre ahora!

LISARDO.

Hija ingrata, hoy en tu muerte
Me vengaré yo, primero
Que en la de un traidor se venguen
Esos caballeros, cuyo
Sagrado respeto ofendes.

DON ÁLVARO.

Un empeño llama á otro.

TODOS.

Tenéos, señor.

LISARDO.

¿Qué es tenerme?
Dejad que los tres partamos
Lo que á los tres pertenece
Del honor de vuestra casa.
Acabad los dos con ese
Traidor; que yo con aquesta
Hija vil...

LAURA.

Señor, detente,
Y tú, Don Alvaro, y tú
Tambien: quizá ¡ay Dios! en breves
Razones, si me escuchais,
Podrá ser que algo se enmiende
Tan no imaginado error
Como mi opinion padece.

HIPÓLITA.

(*Ap.* Sin duda, al ver á su padre,
Decir la verdad pretende.)
Mira, Laura, lo que dices.

LAURA. (*Ap. á Hipólita.*)

Nada ahora me aconsejes;
Que tambien yo soy primero.

HIPÓLITA.

No la oigais; que es evidente
Que no dirá la verdad,
Por disculparse.

LAURA.

No pienses
Tal de mí. (*Ap. á Hip.* Tú ¿no me mandas
Que á mí la culpa me eche?)

HIPÓLITA.

Sí.

LAURA.

Pues yo me la echaré...
(*Ap.* Mas de modo que te pese.)
Oid pues, y dadme luego,
No digo una, mas mil muertes,
Si no basta mi disculpa
A moveros.

TODOS.

¿De qué suerte?

LAURA.

El hombre que yo, es verdad,
Escondí en ese retrete,
Es mi esposo: con que ya
Mi atrevimiento, aunque deje
Cabal la queja al decoro,
En mucha parte la vence;
Y para lo que le falta
(*Ap.* No diré que es Don Gutierre
Hasta ver si les reduzco
A perdonarle sin verle)
De suplir, añada á esta
Razon otra que la esfuerce,
Que es el que á Hipólita dió
La vida. Mirad con este
Requisito en favor suyo,
Si, como dije, merece
Que á quien dió á Hipólita vida,
Deis en vuestra casa muerte.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué me toca hacer
En una ocasion tan fuerte?
Mas ¿qué duda mi valor,

Cuando el no ser Don Gutierre,
Pues es el que dió la vida
A mi hermana, me convence
Para comprar con los celos
De quien sé que me aborrece
El honor de quien sé que amo?

DON VICENTE. (*Ap. á su hermano.*)

Si yo gobernar hubiese,
Don Alvaro, aqueste lance...
Laura no te ama: ¿qué pierdes
En hacer noble el dolor?
Mejor será que se ausente,
Y llévese de camino
Todas tus penas.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Si fuese
Tal mi dicha, que piadosos
Su honor y mi honor remedien!

HIPÓLITA. (*Ap.*)

Mas ha sabido que yo,
Laura, pues mañosamente
Echándose á sí la culpa,
Me obliga á un tiempo y me ofende.
Si me pongo de su parte,
La caso con Don Gutierre;
Si no, la vida le quito
Que le debo; y finalmente,
Dirá que vino por mí.

LAURA.

¿A qué, señor, te resuelves?

DON ÁLVARO.

Como él sea el que dió vida
A mi hermana, porque pienses
Tú tambien que yo sé hacer
Granjería los desdenes,
Le perdono, y te perdono
El no lustroso accidente
De mi casa y de su lado.
Di que abra.

LAURA.

(*Llegando á la puerta del cuarto donde está Fadrique.*)

Pues á ver vienes
Mi desengaño y tu vida,
Sal, señor: seguro tienes
El paso.

FADRIQUE. (*Ap. al salir.*)

Aunque aquesta vez
Me engañe, he de abrir.

LAURA. (*Ap.*)

¡Oh llegue
Mi dicha á que no se muden,
Al mirar que es Don Gutierre!

FADRIQUE. (*Saliendo.*)

Señor Don Alvaro, errores
De amor...

LAURA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué hombre es este?

HIPÓLITA. (*Ap.*)

¡No es Gutierre! ¿Cómo aquí
Otro? Mas sea lo que fuere
(Que despues lo sabré), albricias,
Alma.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Presto vuelve
(¡Qué veo!) á ser pesar la dicha,
Si es este el que á Laura quiere.

JUANA. (*Ap.*)

¡Fadrique es! ¡Triste de mí!

DON VICENTE.

¿En qué ahora te detienes?
Errores de amor... Prosigue.

FADRIQUE.

Ser tan disculpados suelen,
Que hay adagio que los culpa
Y adagio que los absuelve.
Forastero soy: no supe
Que esta vuestra casa fuese.
Una criada...

DON ÁLVARO.

No mas,
Señor Don Iñigo: cese
Vuestra voz; que ya sabemos
Que aquí una criada os tiene.

JUANA. (*Ap.*)

Don Iñigo le ha llamado.

HIPÓLITA. (*Ap.*)

El por el criado entiende
Ser Don Iñigo, al oir
Que es quien mi vida defiende.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Don Iñigo! ¿Si mi poca
Vista el engaño padece?

DON ÁLVARO.

Y puesto que esta criada
Es tan noble, que merece
Vuestra fe y palabra, dadla
La mano, para que quede
Todo esto en paz.

FADRIQUE.

¡Yo la mano!

DON ÁLVARO.

Vos la mano; que no tiene
Otra enmienda de mi casa
El decoro, aun cuando fuese
Una esclava de mi hermana:
Demas, que la que os ofrece
Mi valor, es hija noble
Deste anciano.

FADRIQUE.

Sea quien fuere...
(*Repara en Lisardo.*)
(*Ap.* Mas ¡ay! que dudo al mirarle...)

LISARDO. (*Ap.*)

Suspenso he quedado al verle.

FADRIQUE.

Pues no me puede obligar
Nunca el liviano accidente
De un acaso á que con ella
Case...

HIPÓLITA.

En mi casa sí puede,
Y yo cuando no se hallaran
Hoy mis hermanos presentes,
Por mi respeto lo hiciera.

DON ÁLVARO. (*A Laura.*)

Si esto pides, ¿qué hay que esperes?

LAURA.

Mucho; que el que yo pensé
Que estuviera aquí, no es este.

DON ÁLVARO.

¿Cómo es posible? Pues cuando
Quedase uno y otro huyese,
Tú misma das por razon,
Con que mis piedades mueves,
Que es quien dió á Hipólita vida,
Y quien la dió vida es ese.

LAURA.

No es él tampoco.

HIPÓLITA.

Sí es tal.

DON ÁLVARO.

Pues eso, ¿qué duda tiene,
Si es Don Iñigo Ribera,
Y ayer fuí yo á hablarle y verle?

LISARDO.

Pues aunque le veas y hables,
Algun engaño padeces;
Que el que Don Iñigo llamas
Es Fadrique, un delincuente
Que conozco desde el dia
Que para darle la muerte,
A mi sobrino buscó
En mi casa; y he de hacerle
Pedazos ántes que á Laura
Yo por esposa le entregue.

DON ÁLVARO.

Mirad que estáis engañado.

LISARDO.

No estoy, señor.

FADRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué he de hacerme,
Por ambas partes cogido?

DON ÁLVARO.

Pues ántes que el vuestro empiece,
Dejad que mi duelo acabe.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Mas ya sé en qué resolverme.

DON ÁLVARO.

Señor Iñigo ó Fadrique,
(*Ap.* ¡Que con la dama á otro ruegue!)
Esta es la que habeis de dar
La mano.

FADRIQUE.

Otro error es ese;
Que no conozco esa dama.
—Esta es la que á mí me quiere.
(*Por Juana.*)

HIPÓLITA.

Aun peor está que estaba.

JUANA.

No está, señora; que miente.
Ni yo le he visto en mi vida.

DON VICENTE.

Dudas á dudas suceden.

DON ÁLVARO.

Pues si con cualquier palabra,
Si con cualquier accion crecen
Empeños y confusiones,
¿Cuánto es mejor sea quien fuere,
O Don Iñigo ó Fadrique,
Y venga por quien viniere,
Juana ó Laura, de una vez
Que acabemos con su muerte
Con todo?

FADRIQUE.

No será fácil.

TODOS.

¿De qué suerte?

FADRIQUE.

Desta suerte.
Ninguno mueva las plantas,
Si es que su vida pretende.
(*Amenázalos con una pistola, y vase por un balcon.*)

ESCENA V.

DON ÁLVARO, DON VICENTE, HIPÓLITA, LISARDO, LAURA, JUANA.

HIPÓLITA.

Por el balcon se ha arrojado.

LOS DOS.

Tras él me echaré.

HIPÓLITA.

Detente,

Alvaro, Vicente. Antes
Que yo esta puerta os franquee,
Me habeis de dar muerte á mí.

DON ÁLVARO.

¿Qué importa que el paso cierres,
Dando lugar á que él
Ya de la calle se aleje,
Si yo sé dónde buscarle?
Toma en tanto el coche, y véte
Con Juana y Laura á la quinta,
Sin permitir que se ausente;
Que hay mucho que averiguar
En que fuese uno el que huyese,
Y otro el que quedase aquí.

DON VICENTE.

Yo es fuerza que no le deje.
(*Vanse los dos hermanos.*)

LISARDO.

Yo, por excusar su empeño,
Iré á tratar de prenderle.
Tened vos con vos á Laura;
Que yo la haré que no os cueste
Otro pesar en su vida. (*Vase.*)

ESCENA VI.

HIPÓLITA, LAURA, JUANA.

HIPÓLITA.

¿Adónde vas?

LAURA.

A ponerme
El manto.

HIPÓLITA.

Eso no: tu padre
Te dejó aquí.

LAURA.

Pues ¿qué quieres?

HIPÓLITA.

No mas de que te halle aquí.

LAURA.

Ya te entiendo; y si pretendes
Tenerme siempre á tu vista,
Tambien á mi vista siempre
Estarás.

HIPÓLITA.

Pues es igual
El partido, irte no intentes;
Que no te has de ver primero
Tú que yo con Don Gutierre.—
(*Ap. á ella.* Juana, vén conmigo en tanto
Que la carroza previenen:
Diréte una diligencia
Que por mí has de hacer.)

LAURA.

Crueles
Desdichas, ¿qué haré?

HIPÓLITA.

Conmigo
Vén: no aquí sin mí te quedes.

LAURA.

¡Ay, honor, lo que me cuestas!

HIPÓLITA.

¡Ay, amor, lo que me debes!
(*Vanse.*)

—

Habitacion de Don Gutierre.

ESCENA VII.

DON GUTIERRE, GONZALO.

DON GUTIERRE.

Como le dejé en la calle
Y al salir no le encontré,
Ni sé donde está, ni sé
Adónde pueda buscalle.

GONZALO.

¿Cómo no me dices, pues,
Qué hubo? ¿Sintiéronte, di,
En cas de Hipólita?

DON GUTIERRE.

Sí;
Y lo peor dello no es
Sino que hoy perdí, entre fieras
Ansias y desdichas raras,
A Laura.

GONZALO.

No la jugaras,
Señor, y no la perdieras.
Pero ¿qué tiene que ver
Con Laura Hipólita bella?

DON GUTIERRE.

Pues ¿no está Laura con ella,
Como criada, en poder
De Don Alvaro?

GONZALO.

¡Qué dices!

DON GUTIERRE.

Que solo mi hado pudiera
Hacer que se compusiera
De tantos, tan infelices
Casos, como en mí ha dispuesto
Novela tal, que en sí encierre
Varios cabos.

ESCENA VIII.

FADRIQUE. — DON GUTIERRE, GONZALO.

FADRIQUE.

¡Don Gutierre!

DON GUTIERRE.

Seais bien venido. ¿Qué es esto?
Qué traeis?

FADRIQUE.

Muerto me hallo.

DON GUTIERRE.

¿Hay alguna novedad?

FADRIQUE.

Miéntras la digo, mandad
Que me ensillen un caballo;
Que á toda prisa conviene
A los dos que no esté aquí.

DON GUTIERRE (*A Gonzalo.*)

Que se le aderecen, di.
¿Qué ha habido?

GONZALO.

(*Ap.* Con mosca viene.)
Diréle, y vendré volando
Para saber lo que fué. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON GUTIERRE, FADRIQUE.

FADRIQUE.

En la calle me quedé,
Donde me dejasteis, cuando
Juana, que la puerta habia
Dejado abierta, volvió
A buscarme, y me metió
Dentro de casa

DON GUTIERRE.

Sí haria.

FADRIQUE.

Ruido á la puerta sentí,
Que estabais; y como yo
No sabía la casa, no
Supe en lo que me metí:
De modo (¡qué error tan grave!)
Que encerrado hasta esta hora
Me vi.

ESCENA X

GONZALO. — DICHOS.

GONZALO.

Nadie que enamora,
En lo que se mete sabe.

FADRIQUE.

Llegó el dia; pero aun no
Pude con él escapar.

DON GUTIERRE.

¿Quién pudiera imaginar
Que Juana os tenia allí?

GONZALO.

Yo.

FADRIQUE.

Sentido pues, y alterados
Los hermanos, por remedio
Toman que me case.

GONZALO.

Es medio
De todos los encerrados.

FADRIQUE.

Y aun no con Juana, sinó
Con no sé qué Laura, en quien
Cayó la sospecha.

GONZALO.

Y bien...

DON GUTIERRE.

¡Qué decis!

FADRIQUE.

Pues no paró
Aquí; que esta Laura es
Prima del que dí la muerte,
Y parte el padre; de suerte
Que hallándose allí, despues
Que la duda ventilaron,
Con mil lances importunos,
Llamándome Iñigo unos,
Y otros Fadrique, tomaron
Ultimo acuerdo, de que,
Iñigo ó Fadrique, muera
O me case.

GONZALO.

Todo era
Uno.

FADRIQUE.

Viendo esto, me eché
Por un balcon.

GONZALO.

¡Atencion!
Que es remedio singular,
A quien quisieren casar,
Echarse por un balcon.

FADRIQUE.

Con que es fuerza que á los dos
Esté bien faltar de aquí,
Porque el que es engaño en mí,
No sea desengaño en vos.

DON GUTIERRE.

Pues aun mas que imaginais
Importa; que aquesa Laura,
Que á Juana el riesgo restaura,
Es por la que me mirais
Arder en pasion tan ciega;
Y para mayor castigo,

En casa de mi enemigo
La vine á hallar.

GONZALO.

Y él que llega.

DON GUTIERRE.

¿Qué dices?

GONZALO.

Que viene aquí
Don Álvaro.

FADRIQUE.

No me vea,
Porque otro empeño no sea,
Ya que el faltar yo de aquí
Lo enmienda todo. (*Vase.*)

DON GUTIERRE.

¿Qué haré?
Que es fuerza que dé conmigo,
Porque si á Fadrique sigo,
Despues que aquí gente ve,
Sabrá que se han escondido.

GONZALO.

¿Qué importa hablarle?

ESCENA XI.

DON ÁLVARO Y DON VICENTE. — DON GUTIERRE, GONZALO.

DON ÁLVARO (*Ap. á él.*)

Vicente,
En ese portal de enfrente
Me espera.

DON VICENTE.

En él prevenido
A todo lance, aguardando
Estoy. (*Vase.*)

DON ÁLVARO.

¿Y vuestro amo?

GONZALO.

No
Ha venido hasta ahora.

DON GUTIERRE.

Yo
Tambien le estoy esperando.

DON ÁLVARO.

Guárdeos el cielo.

DON GUTIERRE.

Y á vos
Dé vida.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Tirana
Pena!

GONZALO. (*Ap.*)

¡Qué de mala gana
Se han saludado los dos!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Que fuerza esto haya de ser!

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

Mal disimular pretendo.

GONZALO. (*Ap.*)

¿No es bueno que se están viendo,
Y que no se puedan ver?

DON GUTIERRE.

Fué en la campaña mi amigo
Don Iñigo; no sabía
Que aquí estuviese, y venía
A verle.

DON ÁLVARO.

Lo mismo digo;
Que obligado yo tambien
Le busco, porque á mi hermana,
Cayendo de una ventana,
La socorrió; y así es bien
Que en su nombre, agradecido
Le visite.

DON GUTIERRE.

Claro está.

DON ÁLVARO.

¿Sabréis á qué hora vendrá?

GONZALO.

Pienso que á una holgura ha ido,
Y hasta la noche, no creo
Que venga.

DON GUTIERRE.

A mí me decia
Lo mismo, y yo ya queria
Irme. (*Ap.* Con esto deseo
Ver si se va.)

DON ÁLVARO.

Pues dejalle
Quiero un papel.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Despedido
Ya, en vano estar aquí ha sido;
Mas dando vuelta á la calle,
Volveré, por si los dos
Se llegan acaso á ver,
Y tambien para saber
Del papel.) Adios.

DON ÁLVARO.

Adios.

DON GUTIERRE. (*Ap. á Gonzalo.*)

No cierres tú. (*Vase.*)

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

Cierto está
Que de mí recelo tenga
Este hombre, y que no venga
A su casa: así será
Bien escribirle un papel,
Porque sepa que le espero;
Pues, bandido ó caballero,
Mi obligacion cumplo en él.
(*Pónese á escribir.*)

GONZALO. (*Ap.*)

Por si acaso se ha quedado
Con malicia de buscar
A Fadrique, he de cerrar
Aquella puerta. (*Vase.*)

ESCENA XII.

JUANA, *con manto y un papel.* — DON ÁLVARO.

JUANA.

(*Para sí.* No he hallado
A quien preguntar por él;
Mas si abierto está, no entiendo
Que es necesario. Escribiendo
Le veo.) Aqueste papel
Tomad, Don Iñigo, y sea
La respuesta... Mas ¡qué veo!

DON ÁLVARO.

Juana, ¡tú aquí!

JUANA. (*Ap.*)

Cierta creo
Que es mi muerte.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

El papel lea,
Y nuevo mal en él tema,
Pues que se facilitó
Tanto, que aun no me costó
Que le rasgase la nema.
¡Cielos! Letra es de mi hermana.
¡Bien temí nuevo pesar!

JUANA. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera escapar!

DON ÁLVARO.

¿Dónde vas? Detente, Juana.
(*Ap.* Turbado le empiezo á lêr;
Pero no ha de ser aquí,
No venga gente; y así
Pues nadie la pudo ver,
Mejor es pasar con ella
En aquel portal de enfrente,
Adonde está Don Vicente.)

JUANA.

Es la mia dura estrella.

DON ÁLVARO.

Calla, y vén.

JUANA.

Mira que eres
Soltero...

DON ÁLVARO.

Aquí no hay mas medio.

JUANA.

Y perderás tu remedio,
Si ven que andas con mujeres
Por la calle: yo me iré.

DON ÁLVARO.

Conmigo, Juana, has de ir.
(*Vanse Don Álvaro y Juana.*)

ESCENA XIII.

GONZALO.

¿Si ha acabado de escribir?
Pero sin dejar se fué
Papel, ni recado alguno.
¿Qué puede haber sucedido
Para que así se haya ido?
En la calle no hay ninguno. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XIV.

DON ÁLVARO, DON VICENTE, JUANA.

DON ÁLVARO. (*Ap. á Don Vicente.*)

Aquesto el papel contiene,
Y Hipólita es quien le llama.

DON VICENTE.

Pues á nuestro honor y fama
Lo que ahora mas conviene,
Es que Juana dé el papel,
Pues que le llama sabemos,
Y á qué hora, y le esperemos
A vengarnos della y dél.

DON ÁLVARO.

Dices bien.—Juana, la vida
Te importa que el papel des,
Sin decir que le abrí, pues
No va la nema rompida;
Y pues falta él, y el criado
Parado á la puerta está,
Dale á él; que él se le dará.

JUANA.

Yo iré, si en eso os agrado.

DON VICENTE.

Mira que desde aquí estamos
Mirando si se le das.

JUANA. (*Ap.*)

¿Pudiera el diablo hacer mas?

DON ÁLVARO.

Y mira que te esperamos,

Sin que pretendas huir;
Porque si escaparte quieres,
Adonde quiera que fueres
Los dos te hemos de seguir;
Y así, en dándole, aquí vuelve.
(*Retíranse.*)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE; GONZALO, *á la puerta.* — JUANA; DON ÁLVARO Y DON VICENTE, *retirados.*

DON GUTIERRE. (*Para sí.*)
¿Si habrá entendido que está
Allí Fadrique, ó habrá
Escrito? En fin, se resuelve
Mi cuidado á saber qué...
Mas Gonzalo está á la puerta.

JUANA. (*Ap.*)
Yo voy ni viva ni muerta.

DON GUTIERRE.
Gonzalo, ¿qué hay?

GONZALO.
Que se fué
Don Alvaro, sin decir
Nada.

DON GUTIERRE.
El papel que dejó...

GONZALO.
Tampoco le he visto yo.

DON GUTIERRE.
¿Quién pudiera discurrir,
Cielos, en qué puede ser
Querer escribir, y no
Escribir, y irse?

DON VICENTE. (*Al paño.*)
¿Llegó,
Juana?

DON ÁLVARO.
Aun hay mas que temer;
Que Don Gutierre ha llegado.

JUANA.
(*Ap.* Don Iñigo está con él.
Mejor es dar el papel
Al amo, que no al criado,
Pues ya están juntos los dos,
Y este es el fin á que van
Los que mirándome están.)
Léd ese papel, y adios.
(*Da un papel á Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.
Juana, oye.

JUANA.
No me sigais;
Que importa si me seguis,
Mas de lo que presumis.

GONZALO.
Ingrata...

JUANA.
No me tengais.

DON GUTIERRE.
Déjala ir. (*Lee.*)

DON VICENTE. (*Ap.*)
¡Viven los cielos,
Que porque todo se yerre,
Dió el papel á Don Gutierre!

JUANA. (*A Don Álvaro y Don Vicente.*)
Ya hasta aquí vuestros desvelos
Servidos están.

DON ÁLVARO.
¡Qué has hecho!
¿A quién el papel has dado,
Mujer?

JUANA.
Si con el criado
Ya el amo estaba, sospecho
Que hice bien en darle á él.

DON ÁLVARO.
¿A qué amo se le das,
Si es Gutierre?

JUANA.
Ciego estás;
Que Don Iñigo es aquel.

DON VICENTE.
¿Qué Don Iñigo?

JUANA.
Al que yo,
Señor, el papel traia,
Que es el mismo que aquel dia
La vida á Hipólita dió.

DON ÁLVARO.
¿Qué dices?

JUANA.
Que aquel, señor,
Don Iñigo es de Ribera,
No el de anoche.

DON ÁLVARO.
¿Quién creyera
Que ahora faltara este error
Sobre tantos?

DON VICENTE.
Mira bien
Lo que dices.

JUANA.
Bien mirado
Lo tengo; que aquel criado
Es de Don Iñigo, á quien
Di el papel.

DON ÁLVARO.
¿Qué fuera, cielos,
Yendo aclarando el error,
Que en el amor y el honor
Me dé Don Gutierre celos?

DON VICENTE.
Aqueso no es para aquí.
(*Ap. á Don Álvaro.* A Juana los dos llevemos,
Y en la gruta la encerremos
Del jardin, para que así
A nadie avise; que al ver
Quién va del papel llamado,
Saldrémos deste cuidado.)

DON ÁLVARO.
Dices bien.
(*Vanse los dos hermanos, llevándose á Juana.*)

ESCENA XVI.

DON GUTIERRE, GONZALO.

DON GUTIERRE.
Vuelvo á leer
Otra y mil veces, y aun no
Pienso que de otra y mil veces,
Segun las dudas me ofreces,
Podré descifrarte.

GONZALO.
Yo,
Miéntras tú en esa locura
Das, pues salir no se atreve,
Es bien que al otro amo lleve
Mandamiento de soltura. (*Vase.*)

DON GUTIERRE.
(*Lee.*) «De las confusiones que anoche dejasteis, aun mas en mi pecho »que en mi casa, me importa el advertiros las resultas. No me atrevo »á fiarlas del papel; la noche tiene »sombras, rejas los jardines de la »quinta, yo estoy afligida, y vos sois »caballero. — Dios os guarde.»
Esta vez sin firma viene
El papel; mas bien sin firma,
Breve su estilo, confirma
El sutil dueño que tiene.
A sus jardines me llama,
Despues de saber quién soy,
Y despues (¡confuso estoy!)
De saber tambien que me ama
Laura. Pero ¿qué mi estrella
Admira el nuevo favor,
Pues el mérito mayor
Desta es la eleccion de aquella? (*Vase.*)

—

Jardin con una gruta á un lado.

ESCENA XVII.

HIPÓLITA; LAURA, *detras de ella.*

HIPÓLITA. (*Sin ver á Laura.*)
Juana no vuelve: sin duda
Que su temor la ausentó;
Mas con todo, por si dió
El papel, es bien que acuda,
Ya que la noche cerrando
Baja, al jardin, por si viene
Don Gutierre; pues previene
Mi ventura, que llegando
A él mis hermanos, apénas
Pues la puerta falsa abrieron,
Cuando los dos se volvieron
A la ciudad; y pues llenas
Las nubes ya de horror vió
El sol, que á obscuras las deja,
Vea de una en otra reja
Si... Mas ¿quién está aquí?

LAURA.
Yo.

HIPÓLITA.
Laura, ¡tras mí!

LAURA.
Si es tu gusto
Que no te deje, ¿por qué
Te he de dejar?

HIPÓLITA.
¡Bien á fe!

LAURA.
Bien ó mal, servirte es justo.

HIPÓLITA.
¡Qué buena conformidad!

LAURA.
Tú lo dispusiste así.

ESCENA XVIII.

JUANA, *dentro.* — DICHAS.

JUANA. (*Dentro.*)
¡Ay desdichada de mí!

HIPÓLITA.
¿Quién en esta soledad
Llora?

LAURA.
De la voz el dueño,
Dijera que Juana era.

JUANA. (*Dentro.*)
¿Quién pensara que yo hiciera
Pasos de *La vida es sueño?*

HIPÓLITA.

¡Juana!

JUANA. (*Dentro.*)

¿Quién de la otra vida
Viene á visitarme?

HIPÓLITA.

No
Temas: quien te habla soy yo.
¿Adónde estás escondida?

JUANA. (*Dentro.*)

Oye; que es honra y provecho,
Y será en esta ocasion
La primera relacion
Que desde adentro se ha hecho.
De Don Iñigo en la casa
Con Don Álvaro encontré.
Cogióme el papel: con que,
Leido, á tanta furia pasa,
Que me mandó que le diera;
Y porque no te avisara,
Me encerró en aquesta rara
Obscuridad: de manera
Que sabiendo que le esperas,
Están para darle muerte.

LAURA.

¡Quién vió mas infeliz suerte?
¿Quién vió desdichas mas fieras?

HIPÓLITA.

¡Mi hermano el papel leyó,
Y sabe (¡hoy sin duda muero!)
Que le llamo y que le espero?

LAURA. (*Ap.*)

Dichosa fuera, si yo
Darle el aviso pudiera.
Mas ¿qué tengo que temer?
Saliendo al paso he de hacer
Que viva él, aunque yo muera. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON GUTIERRE, *dentro*. — JUANA, *dentro;* HIPÓLITA.

DON GUTIERRE. (*Dentro.*)

Aquí me esperad los dos.

JUANA. (*Dentro.*)

¡Ay desdichada de mí,
Que anda una culebra aquí!
Señora, por solo Dios,
Abras la puerta siquiera.

DON GUTIERRE. (*Dentro.*)

Calla, no des voces; que
Yo, Juana, te la abriré.

JUANA. (*Dentro.*)

¿Cómo?

DON GUTIERRE. (*Dentro.*)

De aquesta manera.
Sal conmigo ahora, y no
Temas

JUANA. (*Dentro.*)

No es, si verdad digo,
Fácil de acabar conmigo.

HIPÓLITA.

¡Hombre aquí! ¿Quién eres?

ESCENA XX.

DON GUTIERRE, FADRIQUE, JUANA y GONZALO, *que salen por la gruta.* — HIPÓLITA.

DON GUTIERRE.

Yo,
Yo, señora, que buscando
Modos de hallarte, he dispuesto
Que donde te dí la vida,
La tierra me aborte muerto.
Llamado de tu papel,
En esa gruta encubierto
Detras de esa hiedra he estado
(El cómo no importa) oyendo
Hasta asegurarme dellas,
En la fe de mi silencio,
Desa criada las voces:
De cuyos tristes lamentos
El riesgo supe en que vives;
Y así me atreví resuelto
A que veas que acompaño
La soledad de tu riesgo.
Mira qué quieres hacer;
Que yo solo te prevengo
Que puedes salir segura
Por la parte que yo vengo;
Para que el mundo conozca
Que adelantando el proverbio,
Si ántes que todo soy yo,
Antes soy yo que yo mesmo.

HIPÓLITA.

Don Gutierre, los acasos
Tan no esperados han hécho
Disculpados si no nobles,
Tal vez los atrevimientos.
Que esté á peligro mi vida,
Tú lo ves; mas ¿cómo puedo,
Siendo quien soy, atreverme
A ir donde?...

DON GUTIERRE.

Medio hay.

HIPÓLITA.

¿Qué medio?

DON GUTIERRE.

Que no seas tú quien te vayas,
Y yo te lleve, cumpliendo,
Tú forzada y yo atrevido,
Tú tu honor y yo mi afecto.
Fadrique y Gonzalo vayan
A la mira.

HIPÓLITA.

Si me dejo
Yo llevar, mal la violencia
Me disculpa.

LOS DOS.

Vamos presto.
(*Vanse Fadrique y Gonzalo.*)

ESCENA XXI.

DON ÁLVARO, LISARDO y LAURA, *dentro.* — DON GUTIERRE, HIPÓLITA, JUANA.

DON ÁLVARO. (*Dentro.*)

Pues ya vimos que al llegar
Un hombre, la puerta abrieron,
Muera.

LISARDO. (*Dentro.*)

¡Ay infeliz de mí!

LAURA. (*Dentro*)

¿No hay quien me socorra, cielos?

DON GUTIERRE.

La voz de Laura es aquella.
Llevadla, miéntras yo vuelvo.

HIPÓLITA.

¿Ya te olvidas de mi vida?

DON GUTIERRE.

No; mas de aquella me acuerdo,
Cuando de espadas y voces
Allí se escucha el estruendo.

JUANA.

Hácia aquí una mujer viene.

DON GUTIERRE.

Ya aquí no tiene remedio,
Sino los tres retirados
Esperar á todo riesgo,
Para ver lo que nos toca.
(*Sale Laura.*)

LAURA.

¡Ay de mí!

HIPÓLITA.

Laura, ¿qué es esto?

LAURA.

Oí que á Gutierre esperaban
Para darle muerte; y viendo
Que peligraba el que adoro
A manos del que aborrezco,
Al campo desesperada
Salir quise con intento
De que le aguardase al paso
La noticia deste riesgo.
Apénas la puerta abro,
Cuando con mi padre encuentro,
Contra quien tus dos hermanos...
—Mas ¿para qué me detengo
En decirlo, cuando él,
De sus rigores huyendo,
Hácia aquí viene?

ESCENA XXII.

LISARDO, *retirándose de* DON ÁLVARO y DON VICENTE. — DON GUTIERRE, HIPÓLITA, JUANA.

LISARDO.

¿Por qué
Me matais? ¿En qué os ofendo?

DON ÁLVARO.

¡Vos á estas horas, Lisardo,
En esta quinta! ¡Qué es esto!

LISARDO.

Por no dejaros en casa
El escándalo mas tiempo,
Fuí por Laura, despues que
Buscando aquel bandolero
Con la justicia, no pude
Hallarle; y que habiais oyendo
Venido á la quinta, á ella
En busca de Laura vengo,
Porque no os dé otro pesar
En su vida.

DON ÁLVARO.

Perdí ¡cielos!
La ocasion de mi venganza,
Equivocando el encuentro
Del que esperé, con Lisardo.

DON VICENTE.

Pues ya que la una perdemos,
No se pierdan todas. Muera
Una aleve.

HIPÓLITA.

Detenéos;
Que quizá, si me escuchais,
Veréis que culpa no tengo.
(*Ap.* Valor, primero soy yo
Que todo: aquí de mi imperio.)
Viendo anoche de mi casa
Tan profanado el respeto,
Y que de una confusion
En otra, iban sucediendo
Engaños á engaños, dudas
A dudas, riesgos á riesgos,
Quise averiguarlo todo,
Y supe que el primer dueño
De todo era Don Gutierre,
A quien yo la vida debo,
Aunque el temor del criado
Dijo otro nombre supuesto.

LAURA. (*Ap.*)

Ella va á decirlo todo.

HIPÓLITA.

Y por salvar los empeños,
Que de saberlo los dos,
Eran precisos, resuelvo
A que acabase la industria
Con todo, ántes que el acero;
Y así, le escribí un papel,
Que Juana llevó, diciendo
Que pues estaba afligida
Yo, y él era caballero,
Viniese á verme esta noche:
De manera, que viniendo
Antes que espirase el dia,
Pudo estar aquí encubierto,
Donde casado con Laura,
A ella en mi casa remedio,
A su padre satisfago,
A los dos os desempeño,
Y á él le pago finalmente
Con la vida que le debo,
Y á mí me dejo segura:
Para que se vea con esto
Que ántes soy yo que yo misma,
Pues á mí misma me venzo.

DON VICENTE.

¿Quién sino tu industria pudo...

DON ÁLVARO.

¿Quién pudo sino tu ingenio...

LISARDO.

¿Quién sino tu gran piedad...

LAURA.

¿Quién sino tu entendimiento...

DON GUTIERRE.

Y ¿quién sino tu valor...

DON VICENTE.

Dar á mi rabia sosiego?

DON ÁLVARO.

Satisfaccion á mis iras?

LISARDO.

A mis desdichas consuelo?

LAURA.

A mis fortunas descanso?

DON GUTIERRE.

Y á mi servicio este premio?
—Y pues que desengañado
De tu amor y de mis celos
Antes me dejó tu voz,
La mano, Laura, te ofrezco;
En cuyas albricias solo
En dote, señor, te ruego
Des á Fadrique el perdon.

LISARDO.

Yo le doy.

ESCENA XXIII.

FADRIQUE, GONZALO.—DICHOS.

FADRIQUE.

Yo á tus piés puesto,
Los beso humilde.

JUANA.

Y yo aquí
Desengrutada parezco
A dar la mano á Gonzalo.

GONZALO.

A Don Iñigo con eso;
Que yo no quiero mas mano
Que la que me tomo, puesto
A vuestros piés, con pediros
El perdon de nuestros yerros.

LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS.

PERSONAS.

GOMEZ ARIAS, *galan.*	FLORO, *criado.*	CELIA, *criada.*	MOROS.
DON FÉLIX, *galan.*	CAÑERI, *moro negro.*	JUANA, *criada.*	SOLDADOS.
DON JUAN ÍÑIGUEZ, *galan.*	FABIO, *criado.*	UN ESCUDERO.	ACOMPAÑAMIENTO.
DON DIEGO, *viejo.*	DOROTEA, *dama.*	UN CRIADO.	VILLANOS.
DON LUIS, *viejo.*	BEATRIZ, *dama.*	DAMAS DE LA REINA.	GENTE.
GINES, *criado.*	LA REINA DOÑA ISABEL.	MÚSICOS.	

La accion pasa en Granada, en Guadix, en Benamejí y sus cercanías.

JORNADA PRIMERA.

Calle en Granada.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, *con banda, como herido;* FABIO.

FABIO.

¿Adónde vas?

DON FÉLIX.

De mi estrella
Siguiendo el hado inclemente,
Voy á ver á Beatriz bella.

FABIO.

Apénas convaleciente
De la herida que por ella
Te dieron, ¡vuelves, señor,
A ese amor!

DON FÉLIX.

Tú mismo, Fabio,
Has respondido á tu error;
Que si has dicho amor, ¿qué agravio
Podré hallar, que no sea amor?
Mira si á la reja está;
Que como merezca vella,
Eso solo bastará
A desquitar cuanto ya
He padecido por ella.

FABIO.

No está á la reja, señor,
Y ántes creo que ahora viene
De fuera á su casa.

DON FÉLIX.

Amor,
Si el que es infelice tiene
Algun derecho al favor,
Yo, pues infelice he sido,
De justicia te lo pido.
Aumenta tanto mis daños,
Que de muchos desengaños
Componer pueda un olvido.

ESCENA II.

BEATRIZ Y CELIA, *con mantos;* UN ESCUDERO, *delante.* — DICHOS.

DON FÉLIX.

Habiéndome hallado aquí,
Ni yo excusarme podré
De iros sirviendo (¡ay de mí!),
Ni vos, señora, de que
La vida que no perdí,
De nuevo vuelva á ofreceros.

BEATRIZ.

Mucho me espanta, señor
Don Félix, de que poneros
Oseis donde mi rigor
Pueda escucharos ni veros;
Que el que ha puesto con engaños
Mi opinion en opiniones,
Y al cabo de tantos años
Se vale de sus traiciones
Mas que de mis desengaños;
El que falso y alevoso,
Con licencia de celoso,
En mi misma casa entró,
Donde á un tiempo aventuró
Fama, honor, dicha y esposo;
Y el que fingió finalmente
Su muerte en mi calle, al ver
Su contrario mas valiente,
Por librarse ó por hacer
Que de Granada se ausente,
Bien excusado pudiera
Tener ponerse jamas
Donde su persona viera,
Ni aun su sombra, cuanto mas
Donde le hablara ni oyera.

DON FÉLIX.

Siempre juzgué que ofendida
Habia de hallaros y airada;
Pero no entendí en mi vida
Hallaros mal informada,
Por no decir entendida.
Gomez Arias, con quien yo
Reñí, aunque es tan animoso,
Temor ninguno me dió:
Hirióme por mas dichoso,
Mas por mas valiente no.
Y puesto que mi valor
Quien me hirió no ha declarado,
Presumir fuera mejor
Que el que de mí se ha ausentado,
Se ha ausentado de temor.
Y aunque en mi vida pensé
Buscarle para vengarme,
Por no haber, Beatriz, de qué
(Que herirme no es agraviarme),
Desde este instante lo haré,
Para daros á entender
Cuánto siento ese desprecio,
Y cuántos yerros á hacer
Obliga al mas cuerdo, el necio
Discurso de una mujer.

(*Vanse Don Félix y Fabio.*)

ESCENA III.

BEATRIZ, CELIA, EL ESCUDERO.

CELIA.

¡Qué mal, señora, has andado
En haber ocasionado
Nuevos empeños!

BEATRIZ.

No estuve
En lo que dije, ni hube
La voz apénas formado,
Cuando en ella reparé.

CELIA.

¡Oh cuántas veces, señora,
Un acaso causa fué
De mil desdichas!

BEATRIZ.

No ahora
Me aflijas. Si confesé
Que hice mal, ¿qué he de decir?
No me des mas que sentir,
Pesar juntando á pesar;
Que harto tengo que llorar,
Que padecer y sufrir;
Pues Gomez Arias ausente,
Y con razon ofendido,
Aunque razon aparente,
Mi amor ha puesto en olvido,
Tanto, que aun no me consiente
Que sepa dél para que
Satisfacciones le dé.
Y amante que en sus pasiones
Huye las satisfacciones,
No arguye segura fe.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA IV.

BEATRIZ, CELIA Y EL ESCUDERO; *despues,* DON DIEGO.

BEATRIZ.

Toma este manto. ¡Ay de mí!
Celia, ¡cuán sin culpa mia,
Esposo y gusto perdí!

(*Quítanse las dos los mantos, y sale Don Diego.*)

DON DIEGO.

A solas, Beatriz, querria
Hablarte: — salios de aquí.

(*Vanse Celia y el Escudero.*)

Ya sabes como despues
Que Isabel y Don Fernando,

Nuestros católicos reyes
Que vivan felices años,
Ganaron esta ciudad,
Los moros que se quedaron
Con sus casas y familias,
Viviendo en ella debajo
De las capitulaciones
Que hicieron (bien como cuando
En la pérdida de España
Se quedaron los cristianos
Con los árabes, de donde
Mozárabes se llamaron),
Las han cumplido tan mal,
Que rebeldes á los pactos
Piadosos con que los Reyes
Los admitieron vasallos,
En toda Sierra-Nevada
Bandidos y rebelados,
Tienen á la Andalucía
Llena de ruinas y estragos,
Siendo el Cañerí, un adusto
Monstruo etíope africano,
Cabeza de sus motines
Y caudillo de sus bandos.
Pues hoy la ciudad habiendo
Tenido aviso que en dando
Abril la primer librea
De verde esmeralda al campo,
Isabel vendrá á Granada,
Previene para el asalto
De Benamejí, que es
La corte de sus peñascos,
Militares prevenciones
Y bélicos aparatos.
Capitan de la milicia
De la ciudad me han nombrado;
Y así, desde luego es fuerza
Disponerme para el cargo.
Sola una dificultad
En el aceptarle hallo,
Que eres tú, porque tú sola
Ocasionas mis cuidados.
Algunos, Beatriz, me cuestas,
De que hasta ahora no me he dado
Por entendido, ni es justo
Decirlos sin castigarlos.
Yo me he de ausentar, Beatriz;
Y tú en mi ausencia, está claro
Que no quedas bien sin mí,
Sin marido y sin estado;
Y así dártele he dispuesto.
Don Juan Iñiguez de Haro,
En Guadix señor ilustre
De un antiguo mayorazgo,
Tu esposo ha de ser: sus deudos
Y yo lo habemos tratado;
Y si tu altiva soberbia
Intenta oponerse acaso
A mi obediencia, un convento
Te habrá de tener, en tanto
Que te resuelves. Escoge,
O el matrimonio, ó el claustro. (*Vase.*)

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Otra desdicha, fortuna!
¡Otro ahogo! Pero ¿cuándo
Te quedaste en una sola,
Si de tí dijo aquel sabio
Filósofo, que tenerte
Por diosa era necio engaño,
Porque los dioses no son
Cobardes, y lo eres tanto
Tú, que en haciendo un pesar
Al hombre mas desdichado,
De miedo de que se vengue,
Le persigues, hasta tanto
Que á puros agravios muere,
Porque no vengue un agravio?
¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!
A Gomez Arias los astros,
Poderosamente doctos
Y blandamente tiranos,
Rindieron mi voluntad;
El huye de mí, pensando
(Y no con poca ocasion)
Que pude ofenderle, cuando
Mas fina en su ausencia yo
Ocasiono á su contrario;
Cuando mas confusa vivo,
Por instantes esperando
Que de mentidas sospechas
Le lleguen los desengaños.
Mi padre ¡ay de mí infelice!
Darme á mi disgusto estado
Dispone... ¿Qué he de hacer? Pero
¿Qué me aflijo? Qué me espanto?
El tiempo ¿no ha de decirlo?
Pues dejemos á su cargo
Mis desdichas, mis recelos,
Mis penas, mis sobresaltos;
Que él solo decir sabrá
Lo que he de hacer; y hasta tanto
Que llegue el último esfuerzo,
Cielos, dadme vuestro amparo;
Temor, dame tus cautelas;
Honor, dame tus recatos;
Amor, dame tus industrias;
Pesar, dame tus cuidados,
Y para tenerlo todo,
Ojos, dadme vuestro llanto. (*Vase.*)

—

Calle en Guadix.

ESCENA VI.

GOMEZ ARIAS, *de soldado;* GINES.

GOMEZ.

¿Habrás en toda tu vida
Hecho una cosa bien hecha?

GINES.

Sí, señor.

GOMEZ.

¿Cuál es?

GINES.

Tener
Para sufrirte paciencia.

GOMEZ.

¿Pues qué hay que sufrir en mí?

GINES.

¿Preguntas eso de véras?

GOMEZ.

¿Por qué no?

GINES.

Porque no hay
Señoril impertinencia
De cuantas tienen los amos,
Que tú solo no la tengas.

GOMEZ.

¿Yo impertinencia?

GINES.

Infinitas.

GOMEZ.

Dejemos la antigua tema
De que siempre que te llamo,
Tarde, mal ó nunca vengas,
Y vamos á cuáles son;
Que ya deseo saberlas,
Por si pudiere enmendarlas.
Dime una.

GINES.

¿Dasme licencia,
Y dirélas todas?

GOMEZ.

Sí.

GINES.

Pues vamos haciendo cuenta.
—Primeramente eres pobre.

GOMEZ.

Ser pobre ¿es impertinencia?

GINES.

Pues ¿qué cosa hay mas imper-
Tinente que la pobreza?

GOMEZ.

¿Fáltate algo en mi servicio?

GINES.

No, señor; mas considera
Cuánto aflige el pensar hoy
De dónde mañana venga.
—Sobre pobre, eres soldado.

GOMEZ.

¿Y es mala profesion esa?

GINES.

Yo no te digo que es mala;
Mas digome que no es buena
En cuanto á mí, que soy hombre
Que aborrecí una belleza
Que me adoraba de balde,
Por llamarse Ulana Guerra.
—Tahur eres, sobre soldado.

GOMEZ.

¿No quieres que me entretenga?

GINES.

Sí quiero; pero no quiero
Que tan á mi costa sea,
Que no me des cuando ganes,
Y que me des cuando pierdas.
Tu barato para mí
Es caro, pues cosa es cierta
El andar de vuelta yo,
En no andando tú de vuelta.
—Sobre tahur, eres hombre,
Que de alentado te precias,
Tanto, que estando acostado,
A media noche, aunque llueva,
Te volverás á vestir
Por reñir una pendencia...
O dígalo el caballero,
Que herido en Granada dejas.

GOMEZ.

A nadie he de sufrir nada.

GINES.

Que no has de sufrirlo, piensa,
Todo; mas todo tampoco
Lo has de reñir.

GOMEZ.

No es materia
Esa para tí.

GINES.

Pues vamos
Hácia otra que lo sea.
—Sobre ser valiente, eres...
Esto solo no quisiera
Decir.

GOMEZ.

¿Por qué?

GINES.

Porque aun tengo
Yo de decirlo vergüenza.

GOMEZ.

¿Cómo?

GINES.

Como es la mayor
Infamia, mayor bajeza
Y mayor ruindad, que pudo
Caer en hombre de tus prendas.

GOMEZ.
¿Yo tengo tan gran defecto?
GINES.
Tú.
GOMEZ.
Di cuál es.
GINES.
Si me aprietas,
Mira que lo diré.
GOMEZ.
Dilo.
GINES.
Hombre eres...
GOMEZ.
No te detengas.
GINES.
Tan ruin...
GOMEZ.
¿Qué?
GINES.
Que te enamoras,
Que es la última vileza
Que hacen los hombres honrados.
GOMEZ.
¡Qué loco!
GINES.
¿Locura es esta?
GOMEZ.
¡Qué mayor, si contradice
La misma naturaleza?
¿Qué fiera la mas inculta,
Qué ave la mas lijera,
Qué planta la mas silvestre,
No ama? Pues ¿qué mucho tenga
Yo afectos que no perdonan
La planta, el ave y la fiera?
GINES.
Que quiera un hombre, señor,
A una mujer, no te niega
Mi labio que es natural
Filosofía secreta,
Que hasta los brutos la saben,
Sin que los brutos la aprendan.
Que quiera al cabo del año
A dos, como las dos sean,
Por vanidad una hermosa,
Y por capricho otra fea,
Vaya; mas que quiera cuantas
Mujeres mira, y que apénas
Llegue á un lugar, cuando ya
Amor en el lugar tenga,
Es mucha filosofía.
GOMEZ.
Aunque tú tan necio seas,
Quiero probarte, Gines,
Que es voluntad mas perfecta
La voluntad que se muda,
Que no la que persevera.
GINES.
Tú bien lo podrás probar;
Pero mira no lo sepan
Los familiares de Amor,
Que es forzoso que te prendan,
Por sospechoso en su fe.
Mas ¿cuál es la razon?
GOMEZ.
Esta.
Para ser perfecto amor,
Perfecto ha de ser por fuerza
El objeto que se ame.
GINES.
La mayor concedo.
GOMEZ.
Espera.
No hay tan perfecta mujer,
Que algun defecto no tenga.
GINES.
Concedo la menor.
GOMEZ.
Luego
Preciso es que me concedas
Que no hay tan perfecto objeto,
Que todo un amor merezca.
Luego querer yo el aliño
De una, de otra la belleza,
De otra el ingenio, y de otra
La calidad y las prendas,
Es tener perfecto amor,
Pues quiero en cada una dellas
La perfeccion que hay en todas.
GINES.
Concedo la consecuencia.
Mas contra ese tu argumento,
¿Posible es que no te acuerdas
Los disgustos y pesares
Que Doña Beatriz nos cuesta
(Por quien de Granada estamos
Ausentes, viviendo en esta
Tu patria, falso testigo
De la salud y belleza
De las damas, pues Guadix
Es quien las da á todas ellas
El color que pocas veces
Debieron á su vergüenza),
Para que hoy desembarazo
De amar á otra dama tengas?
GOMEZ.
Confieso que á Beatriz quise,
Y aunque la adoré pudiera
Confesar tambien; mas tanto
Pudo la pasada ofensa
De los celos que me dió
Con Don Félix, que no queda
Esperanza á mis deseos
Con que yo á adorarla vuelva.
Tuve el disgusto que sabes,
Herido quedó, hice ausencia,
Víneme á Guadix por ser
Mi patria, ó por estar cerca
Para la ocasion que hoy
Por puntos, Gines, se espera
En Sierra-Nevada: aqui
Por divertir mis tristezas,
Puse los ojos acaso
En la hermosa Dorotea,
Humano hechizo de amor,
Que ufana y altiva ostenta
Muchos siglos de hermosura,
Como dice aquella letra,
En pocos años de edad...
¡Cuánto ignora, cuánto yerra
El que, químico de amor,
Vive de hacer experiencias!
Bien creí que no pasara
El mio en su edad primera
De un cortesano despique;
Mas ¡ay! que breve centella
Ocasiona mucho incendio,
Poco aire mucha tormenta,
Poca nube mucho rayo,
Poco motin mucha guerra.
Dígalo yo, pues vi en breve,
Cenizas la llama vuelta,
La tormenta disfrazada
En suavísimas violencias,
En pardas nubes el rayo,
El motin en voces tiernas;
Siendo en el principio sombra,
Blandura, halago y pavesa,
Amor que despues fué incendio,
Asombro, rayo y tormenta.
GINES.
Por mas que tus sentimientos
Críticamente encarezcas,
Ningun cuidado me dan.
GOMEZ.
¿Por qué, cuando á verme llegas
Morir?
GINES.
Porque sé que estás
Muy favorecido della,
Pues la hablas todas las noches
Por los hierros de una reja:
Y favorecido, tú
La olvidarás.
GOMEZ.
No haré.
GINES.
Deja
Que medio-mates á otro
Y nos vamos á otra tierra,
Y verás, en viendo á otra,
Cómo desta no te acuerdas.
GOMEZ.
Podrá ser.—Y ahora, Gines,
Vamos tomando la vuelta:
Pasemos su calle, á ver
Si acaso pudiese verla.
GINES.
Su padre ahora en las casas
Del Ayuntamiento queda.
GOMEZ.
Segun eso, no vendrá
Tan presto; y así, aunque ofenda
Su recato, entraré á hablarla;
Que no da mi amor espera
De aquí á la noche, teniendo
Ocasion ahora.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA VII.

GOMEZ ARIAS, GINES; *y luego*, DOROTEA.

GINES.
¿Qué intentas?
Mas ya te han sentido, y sale
A recibirte ella mesma.
(*Sale Dorotea.*)
DOROTEA.
¿Posible es, señor Don Gomez,
Que mi opinion no os merezca
Mas atenciones? ¿De dia
Os entrais desa manera
En mi casa? ¿No mirais
Cuánto en esta accion se arriesga
Mi crédito? ¿Tanto habia
De aquí á que la noche venga,
Para hablarme?
GOMEZ.
No os espante,
Bellísima Dorotea,
Pues vos misma de vos misma
Sois pregunta y sois respuesta.
Que si ha sido haber venido
A veros toda mi culpa,
Tambien toda mi disculpa
Venir á veros ha sido:
Y supuesto que ha nacido
De una causa el ofenderos
Y el obligaros, severos
No estén vuestros soles claros;
Que no merece enojaros
Quien os enoja por veros.
De aquí á la noche, encendidos
En mil civiles enojos,

Se hubieran muerto mis ojos
De envidia de mis oidos;
Que viéndolos preferidos
En otros, su tristeza
Presumió que era fineza
Veros, logrando esta accion
De noche la discrecion
Y de dia la belleza.
Y pues estar no se ignora
En una parte ofendida
Cuanto en otra agradecida,
No es bien confundir ahora
Castigo y perdon, señora;
Que ingratitud vendrá á ser,
Cuando pesar y placer
A elegir dan, elegir
Lo que teneis que sentir,
Y no lo que agradecer.

DOROTEA.

Mucho que haya andado siento
Tan necia mi voluntad,
Que lo que fué novedad,
Pareciese sentimiento.
Extrañar mi pensamiento
El veros aquí, no ha sido
Sentir que aquí hayais venido,
Sino equivocar turbado
Los colores de admirado
Con las señas de ofendido.
Si bien, lo que entónces fué
Novedad, ofensa es ya;
Pues la disculpa que da
Vuestro amor cuando me ve,
Disculpa es contra la fe
De oirme; y así, he presumido
Que ofensa segunda ha sido
En esta amorosa calma,
Quitar el mérito al alma
Para dársele á un sentido.

ESCENA VIII.

JUANA. — DICHOS.

JUANA.

Señora, mi señor...

DOROTEA.

Di.

JUANA.

Viene con un caballero,
Al parecer, forastero.

GOMEZ.

¿Qué he de hacer?

DOROTEA.

Fuerza es que allí
Os retireis.

GINES.

Siempre vi
Suceder desta manera
Este paso.

JUANA.

La escalera
Sube ya.

DOROTEA.

En entrando él,
Podréis saliros.

GOMEZ.

¡Cruel
Es mi suerte!
(*Escóndense los dos.*)

JUANA.

Considera
Que el hombre ahora ha dejado
Puesto á la puerta.

DOROTEA.

Quién sea
No conozco.

ESCENA IX.

DON LUIS. — DOROTEA, JUANA; GOMEZ ARIAS Y GINES, *ocultos.*

DON LUIS.

Dorotea...

DOROTEA.

¡Señor! ¿qué es esto? Turbado
Parece ¡ay Dios! que has llegado
A hablarme. ¿Qué traes?

DON LUIS.

No sé
Cómo he de decirte que
Grande cuidado me da
Un hombre que en casa está.

DOROTEA.

¡Hombre en casa!

DON LUIS.

Sí, y porqué
Salir de cuidado espero,
Retírate...

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Ansia cruel!

DON LUIS.

A tu cuarto; que con él
Hablar aquí á solas quiero.

DOROTEA.

Señor, si... (*Ap.* ¡Confusa muero!)

DON LUIS.

No te turbes ya; que no
Será disgusto, aunque yo
Ignoro lo que aquí quiera.

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Quién vió confusion mas fiera!

GOMEZ. (*Ap. al paño.*)

¿Quién mayor empeño vió?

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Dejarse un hombre á guardar
La puerta y decir que quiere
Hablar con quien estuviere
Aquí, da que sospechar.

GOMEZ.

Nada me ha de embarazar
Para salir bien de aquí.

GINES.

Tampoco, señor, á mí
Para salir mal.

DON LUIS.

No haré
Mas que saber dél cuál fué
Su intencion. Véte de aquí.

DOROTEA. (*Ap.*)

Temblando voy.

DON LUIS.

Tú tambien
Entrate allá dentro, Juana.

JUANA. (*Ap.*)

Afuera de mejor gana
Me saliera.

DOROTEA. (*Ap.*)

Cielo, ten
Piedad.

GINES. (*Ap.*)

Tomo bien á bien
Mil palos.
(*Vanse Dorotea y Juana.*)

ESCENA X.

DON FÉLIX, *en traje de camino.* — DON LUIS; GOMEZ ARIAS Y GINES, *ocultos.*

DON LUIS.

Ya entrar podrás.

DON FÉLIX.

Sí haré, pues licencia das.

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Al otro llama, por Dios.

GOMEZ.

¿Dos no somos para dos?

GINES.

No, señor; tú eres no mas.

DON LUIS.

Viendo, Félix, el recato
Con que á aquesta ciudad vienes,
A una posada me llamas,
Y dices que hablarme quieres
En la mia, entré primero,
A que testigo no hubiese
Alguno que te escuchase.
Ya estás solo. ¿Qué pretendes?

DON FÉLIX.

No te admires que con tanto
Secreto aquí hablarte intente,
Pues presto, señor, sabrás
Cuánto me importa el tenerle:
A cuyo efecto, no quise
Hablarte donde habia gente.

GOMEZ. (*Ap. á su criado.*)

¿No es Don Félix?

GINES.

Sí es, ó no
Hay en el mundo Don Félix.

GOMEZ. (*Ap.*)

¡Oh cuánto con cada acaso,
Cielos, mis desdichas crecen!

ESCENA XI.

DOROTEA Y JUANA, *escuchando á una puerta.* — DON LUIS, DON FÉLIX; GOMEZ ARIAS Y GINES, *ocultos.*

DOROTEA. (*Ap.*)

Aunque aventure la vida,
He de ver lo que sucede,
Pues ver el daño, no es tanta
Desdicha como temerle.

DON LUIS.

No andeis, Don Félix, por tantos
Rodeos; más claramente
Conmigo hablad.

DON FÉLIX.

Pues escucha.

DOROTEA. (*Ap. á ella.*)

Juana, oye.

GOMEZ. (*Ap. á él.*)

Gines, atiende.

DON FÉLIX.

Bien os acordais, señor
Don Luis, cuya vida aumenten
Los cielos, de la amistad
Que vos y mi padre siempre
Tuvisteis, desde que Flándes
Os vió en la edad mas ardiente.
Ser el Eurialo y Niso
De sus militares huestes.
Ya sabeis que esta amistad

Es fuerza que yo la herede,
Mejorado en ella, como
Sus mas principales bienes:
Pues antes que la ocasion
Diga que á sus intereses
Acrêdor me trae, es bien
Salvar un inconveniente;
Porque, poniéndome yo
En mis desdichas crueles
Primero las objeciones,
Accion á ninguno quede
De murmurarlas; y así,
No os extrañeis de que llegue
A valerme en esa edad
De vos para un accidente
De amor; porque cuando en parte
La reputacion padece,
No es yerro en todo fiarlá
De igual valor, si se advierte
Que la ilustre noble sangre
Helada en las venas hierve,
Bien como suele el volcan,
Y bien como el Etna suele
Exhalar llamas, aunque
Cubiertos estén de nieve.
Aquesto pues disculpado,
Digo que vengo á valerme
De vos, aunque vengo...

DON LUIS.

¿A qué?

DON FÉLIX.

A dar á un hombre la muerte.

GOMEZ. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que he de salir,
Porque me halle presto!

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Tente,
Señor. ¿Qué haces?

GOMEZ.

¿Qué sé yo?

GINES.

Bien se ve. A ocultarte vuelve.

DOROTEA. (*Ap.*)

Albricias, alma; no fué
Lo que temí.

JUANA. (*Ap. á su ama.*)

No te ausentes;
Escucha todo el suceso,
Ya que aquí estás.

DON LUIS.

Dignamente
Suspenso quedé al oiros;
Y aunque quiera resolverme
A responderos, no sé
Qué respuesta conveniente
Será, hasta saber qué causa
A tan grande empeño os mueve.
Contadme todo el suceso;
Que si trance de honor fuere,
Todavía ciño espada.

GINES. (*Ap.*)

Por Dios, que el viejo es valiente.

DON FÉLIX.

Habrá dos años y mas
Que sirvo con poca suerte
Una dama con intento
De casarme, si tuviese
Tanta dicha, pero ¿cuándo
Buscada la dicha viene?
Neutral mi amor la asistia,
Ni ofendido á sus desdenes
Ni admitido á sus favores,
Cuya calma indiferente
Ni me atormentaba triste,
Ni me consolaba alegre.
Sucedió en este intermedio
Que, retirada la gente
De Sierra-Nevada á causa
De los tiempos inclementes,
Viniese á Granada alguna,
Para que entre ella viniese
Un Gomez Arias, que aunque
Dicen todos que es valiente,
No para mí, pues previno
Contra una vida dos muertes.

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Ya vas entrando en la trova.

DOROTEA. (*Ap. á Juana.*)

Gomez Arias dijo, advierte.

DON FÉLIX.

Pues dió en festejarla el dicho,
Y como las mas mujeres,
Bozales indias de amor,
Plumas y colores creen
Mas que el oro de la dicha
Que en su misma patria tienen,
Haciendo dél desperdicio,
Le dió á trueco de una débil
Lisonja del aire, donde
Tanto en el cambio se pierde,
Que deja lo que mas vale
Por lo que mejor parece.

GOMEZ. (*Ap. á Gines.*)

Ya es dicha que Dorotea
Sin oir aquesto se fuese.

GINES.

Alá saber, dice el moro.

DOROTEA. (*Ap.*)

No fué en vano el detenerme.

DON FÉLIX.

Y como un celoso, en fin,
Alivio en su mal no siente
Mas eficaz que el quejarse,
Pude, señor, atreverme,
Sobornando á una criada,
A entrar hasta su retrete
Una noche, donde apénas
Me sintió, cuando impaciente
Dió tantas voces, que fué
Preciso que me saliese
De allí, á tiempo que su amante
Llegaba. Reconocerme
Quiso, la espada saqué,
En cuya ocasion, ó fuese
Tenerme ya la ventura
Ganada, ó querer hacerme
Mi vida aquella lisonja
De irse acercando á mi muerte,
De una estocada caí
En el suelo, y él ausente,
No pareció mas. Yo, pues,
A pesar de herida y fiebre,
Convalecí en pocos dias,
Tan obstinado y rebelde
En mi amor, que volví á hablarla;
Pero mas ingrata y fuerte,
Me hizo cargo que por mí
Su honor y su esposo pierde.

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Su esposo, cielos!

GOMEZ. (*Ap.*)

¡Qué buen
Desengaño, si no fuese
Tan tarde!

DON FÉLIX.

Esto aun no importara,
Si entre esto no me dijese
Que de cobarde fingí
Aquella noche mi muerte,
Por miedo de su galan.
¡Ah, cielos, y cuántas veces
De las mujeres destruyen
Los fáciles pareceres
La mas asentada fama,
Hablando en lo que no entienden!
Que como ellas, ignorantes,
No saben cuánto contiene
En sí una fácil palabra,
A no decirla no atienden.
Aqueste necio desaire,
Que oido de lo que se quiere
Aun trae otra circunstancia,
Es, señor, el que me mueve
A la determinacion
De buscarle, porque llegue
A noticia de su dama
Que supe darle la muerte.
A este efecto á esta ciudad
He venido: y porque tienen
Mis sentimientos noticia
De que en ella está, no quiere
Mi valor que me ayudeis
A buscarle; solamente
Que vos me tengais oculto
Es lo que de vos pretende;
Que de noche yo saldré
Donde espiado estuviere
De dos criados que traigo
No conocidos. de suerte
Que como él de mí no sepa,
No hay en qué la accion se arriesgue,
Ni vos aventurais nada,
No llegando nadie á verme
Con vos, ni aun en vuestra casa;
Que ya sé el inconveniente
Que hay para que un hombre mozo
En ella, señor, se hospede.
Y así, disponedlo vos,
Pues la obligacion mas fuerte
De un hombre en cualquiera edad,
Es amparar á quien viene
Ofendido: yo lo estoy
De celos y honor dos veces:
Noble sois; considerad
Cómo vuestra amistad puede,
Dejando de aconsejarme,
Dejar de favorecerme.

GOMEZ. (*Ap.*)

De albricias del desengaño
No salgo yo á responderle.

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Oh quién oido no hubiera
Sus celos tan claramente!

DON LUIS.

Señor Don Félix, aunque
Tanto prevenido hubieseis
El error de tratar estas
Cosas conmigo, no tienen
Merecida la disculpa.
Cuando aquese lance fuese
Precisamente de honor,
Hallarais precisamente
Amparo en mí; pero siendo
Un acaso contingente
De amor, me daréis licencia
Para que aquí os aconseje
Que desistais dese intento,
En que no es bien que os despeñe
Tanto la necia ignorancia
De una mujer.

DON FÉLIX.

Si os merece
Mi confianza favor,
Este me dad solamente;
Que yo no os pido consejo.

DON LUIS.

¡Qué importa, si es conveniente
El darle yo, y de mis canas
El mejor favor es este?

DON FÉLIX.

Yo no estoy capaz de oirle.

DON LUIS.

Mirad...

DON FÉLIX.

Es en vano hacerme
Discursos; que cuanto vos
Aquí decirme pudiereis,
Sé yo.

DON LUIS.

¿No hay remedio?

DON FÉLIX.

No.

DON LUIS.

Pues siendo ya desa suerte,
Yo tampoco quiero darle.
Idos pues, que ya anochece.
Solo no os vean conmigo;
Y decid á aquesa gente
Que traeis, dónde ha de hallaros,
Que es aquí, y volved en breve;
Que voto á Dios, que aunque ya
Vos matarle no quisieseis,
Le mate yo; que una cosa
Es aconsejar prudente,
Y otra acompañar restado.
¿Qué esperais?

GINES. (*Ap.*)

¡Ah viejo verde!

DON FÉLIX.

Solo echarme á vuestras plantas.

DON LUIS.

Excusado tiempo es ese.

DON FÉLIX.

Sois caballero, en efecto. (*Vase.*)

DON LUIS.

Por otra parte conviene
Ir yo á buscar algun medio
Mas cuerdo y mas conveniente,
Con que pueda embarazar
Una desdicha tan fuerte. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOROTEA, GOMEZ ARIAS, GINES, JUANA.

DOROTEA.

No sé, señor Gomez Arias,
Si en esta ocasion os dén
O pésame ó parabien
Mis voces, de tan contrarias
Razones como hoy en vos
Militan, porque no sé
Si dicha ó desdicha fué
Este aviso; y así, en dos
Mitades hoy dividida
Mi voluntad, os dará
Pésame de cuánto está
Puesta al riesgo vuestra vida;
Y parabien de ver cuánto
Están de vuestros desvelos
Desengañados los celos:
Y así, con la voz y el llanto,
En cuanto á la dama, digo
Que el alivio de la pena
Sea muy enhorabuena;
Y en cuanto á vuestro enemigo,
Que os guardeis de sus enojos,
Dándôs juntos mis agravios
El parabien con los labios
Y el pésame con los ojos.

GOMEZ.

Mal, cielo mio y mi bien,
Con semblante tan esquivo
De quien adoro recibo
Pésame ni parabien.
El pésame, porque no
Mi vida está perseguida;
Que habiéndôs dado mi vida,
Mal podré perderla yo.
Ni el parabien; que ya hoy
Llega tarde el desengaño
De aquel olvidado engaño:
Con que respondido estoy;
Que ardiendo hoy en vuestra llama,
Pena ni gusto recibo,
Ni del riesgo en mi enemigo,
Ni del crédito en mi dama.

DOROTEA.

Yo lo creo; y pues ha dado
El cielo aquesta ocasion
De rescatar mi pasion
De aquel penoso cuidado,
Hacedme merced por Dios
De iros ya.

GOMEZ.

¿De irme ya?

DOROTEA.

Sí.

GINES.

Dice bien: vamos de aquí.

GOMEZ.

Quedando enojada vos,
Mal en ausentarme hiciera.

DOROTEA.

¿Qué veis en mí que os persuada
A que yo quedo enojada?

GOMEZ.

El hablar desa manera.

DOROTEA.

Quejosa pudiera ser
Confesaros la razon.

GOMEZ.

Quejas que sin causa son,
Mal podré satisfacer.

DOROTEA.

Decis bien: yo anduve errada
En pensar que la tenia,
Cuando engañada vivia
De un ingrato, que en Granada
Deja otra fe y otro amor,
En cuyo alcance viniese
A darle la muerte ese
Celosísimo señor.

GOMEZ.

Antes que os viera, ¿qué culpa
Fué adorar otra belleza?

DOROTEA.

¿Y con toda esa fineza
Se da tan baja disculpa?
¡Finísima grosería! —
Juana, mira si salir
Puede, y... (*Vase Juana.*)

GOMEZ.

Ya no me he de ir,
Aunque aventure este dia
Vuestro amor, sin que primero
Digan las ansias que lloro
Que sois el dueño que adoro.

DOROTEA.

Adorador caballero,
Mirad el riesgo en que estáis.

GINES.

Dice muchas veces bien.

GOMEZ.

Pues no nace ese desden
De las causas que me dais,
Pensaré que otras han sido
Fin de vuestra voluntad.

DOROTEA.

Idos ahora, y pensad
Lo que fuéredes servido.

GOMEZ.

Si con aquesto os obligo,
El gusto de irme os daré.
¡Ah, plegue al cielo que esté
En la calle mi enemigo!

GINES.

¡Ah, plegue al cielo que no!

ESCENA XIII.

JUANA.—DOROTEA, GOMEZ ARIAS, GINES.

JUANA.

Señor, el paso deten;
Que ahora salir no es bien.

GINES.

¿Hay embargo?

JUANA.

Estando yo
Toda la calle mirando,
Me asomé por poder vella
A la reja, y llegó á ella
Don Juan de Haro preguntando
Por tu padre. Que ahora en casa
No estaba le respondí,
Y él me dijo: «Pues aquí
Le esperaré, si eso pasa;
Porque un negocio con él
Tengo.» A la puerta se puso,
Y á esperarle se dispuso;
Y aun ya el lance es mas cruel;
Que él y mi señor (no puedo
Hablar) están ya en la sala.

GOMEZ.

¿Qué pena á mi pena iguala?

GINES.

¿Qué miedo iguala á mi miedo?

DOROTEA.

Retiráos adonde estabais.

GOMEZ.

Vén, Gines.

GINES.

Esta, señor,
Es la carrera de amor.
(*Escóndense á un lado Gomez Arias y Gines, y al otro Dorotea y Juana.*)

ESCENA XIV.

DON LUIS, DON JUAN.—DOROTEA Y JUANA, *escondidas;* GOMEZ ARIAS Y GINES, *escondidos.*

DON LUIS.

¿A qué efecto me esperabais,
Don Juan?

DON JUAN.

A efecto de hablaros
En un negocio, y quisiera,
Señor...

DON LUIS.

¿Qué?

DON JUAN.

Que á solas fuera.

DON LUIS.

Pues aquí puedo escucharos.

DON JUAN.

Oidme.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Otro secreto, cielos,
En mi casa! Despues que
A Gomez Arias no hallé,
Vengo á hallar muchos recelos.

DON JUAN.

Ya sabeis que un mayorazgo
Ilustre y rico poseo
En Guadix, herencia antigua
De mis difuntos abuelos,
Y ya sabeis que en Granada
Tengo parientes y deudos,
Si nobles, vuestras noticias
Os aseguran de serlo.
Ellos pues, hoy deseosos
De mi quietud y mi aumento,
Un casamiento me tratan
Con una dama que el cielo
Dotó de todas las partes,
De sangre, hacienda é ingenio.
Doña Beatriz de Mendoza
Se llama, con que encarezco
Cuánto me estuviera bien
Conseguir tan alto empleo.

DON LUIS.

Es verdad: ya la conozco,
Y de su padre Don Diego
De Mendoza soy amigo.
Si á informaros venis, puedo
Aseguraros que...

DON JUAN.

Nada
Me asegureis; que no es eso
A lo que vengo. Escuchadme,
Y sabréis á lo que vengo.

GOMEZ. (*Ap. á él.*)

¿Oyes aquesto, Gines?

GINES.

Y aun lo otro, cuanto mas esto.

GOMEZ.

¿Tan consolada está ya
Beatriz, que de casamiento
Trata?

GINES.

A mí me ha parecido
Que es ya tarde, si á tí presto.

DON LUIS.

Decid pues.

DON JUAN.

Yo no quisiera
Que toda fuese conciertos
Mi dicha, sino que entrase
Hoy á la parte con ellos
La eleccion de mi albedrío,
Que en mas alta esfera he puesto.
Bien conozco que estas cosas
Se hablan mejor por terceros;
Pero donde la igualdad
Es lo mas, todos son ménos.
La señora Dorotea,
No merecido sugeto
De mi esperanza, lo ha sido,
Señor, de mis rendimientos.

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Cielos, qué escucho!

GOMEZ. (*Ap.*)

¿Quién tuvo
Jamas duplicados celos?

GINES. (*Ap.*)

Reves amagó y dió tajo:
Por Dios, que es jugador diestro.

DON JUAN.

No es atrevimiento hablaros
Con aqueste atrevimiento,
Si confesando adorarla,
Que no lo sabe confieso.
Y así, digo que quisiera
Ser de todo el mundo dueño
Para ponerle á esas plantas,
De tan grande logro en precio.
En ellas...

DON LUIS.

Señor Don Juan,
¿Qué haceis? Levantad del suelo;
Que es tiranizar la accion
A mis agradecimientos.
Yo soy quien, reconocido
A las vuestras estar debo,
En albricias de la dicha
Que á mi casa traeis; y puesto
Que por tal la reconozco,
Visto está que no la niego.

GOMEZ. (*Ap.*)

¡Esto escucho!

GINES. (*Ap.*)

Cierto que es
Bien partido caballero,
Pues deja de dos la una.

DOROTEA. (*Ap. á ella.*)

Muerta estoy, Juana.

DON LUIS.

En efecto,
Dorotea será vuestra:
Desde aquí su mano ofrezco,
Porque ella no tiene mas
Accion en sus pensamientos
Que mi obediencia.

DON JUAN.

No sé
Con qué palabras, qué extremos
Mi contento os signifique;
Y porque sé que le ofendo
Con cualquiera, será justo
Que lo remita al silencio.
Callando respondo, y voy
A mis amigos y deudos
A pedirles las albricias
Que deben á mis aciertos. (*Vase.*)

DON LUIS.

Hoy se me han entrado en casa
Juntos pesar y contento.
—¡Juana!

(*Sale Juana.*)

JUANA.

Señor...

DON LUIS.

Pon aquí
Unas luces al momento.

JUANA.

Aquí están ya.

DON LUIS.

Y si viniere
A buscarme el forastero
Que estuvo hoy conmigo, dile
Que espere; que ya yo vuelvo.
(*Ap.* Despues diré á Dorotea
Su ventura.) ¿Dónde, cielos,
Hallaré yo á Gomez Arias? (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOROTEA, GOMEZ ARIAS, GINES, JUANA.

GINES.

Cerrado en este aposento.

GOMEZ.

Pésames y parabienes
Mezclados á un mismo tiempo
Me disteis bien poco há;
Pero yo soy tan grosero
Amante y tan mal partido,
Señora, que solo os vuelvo
Los parabienes; que en fin,
Con los pésames me quedo.
Sea muy enhorabuena
El felice casamiento
Con el venturoso amante
Que os adora, y que ya... Pero
¿Qué digo? Quedad con Dios.

DOROTEA.

Mi bien, mi señor, mi dueño...

GOMEZ.

Mirad el riesgo en que estáis.

DOROTEA.

Eso os dije yo primero.
No os habeis de ir enojado.

GOMEZ.

Tambien dije yo lo mesmo;
Y pues vos no hicisteis caso
Dello entónces, ¿por qué tengo
De hacerle yo ahora?

DOROTEA.

Mirad
Que estoy quejosa y que os ruego.

GOMEZ.

Pues no me rogueis ni estéis
Quejosa.

GINES.

¡Oh cuánto deseo
De saber cuándo se alegran
Los enamorados, tengo!

DOROTEA.

De que me pida á mi padre
Este galan caballero,
¿Qué culpa tengo yo?

GOMEZ.

¡Bien!
Ninguna teneis por cierto;
Mas si es tan galan, ¿qué mucho
Que la otra dama á quien dejo
En Granada yo, sea hermosa?
—Juana, vé y mira si puedo
Salir.

DOROTEA.

No lo mires, Juana.
—Escúchame, y véte luego.

GINES.

¿Qué va que ántes que nos vamos
Vuelve el susodicho viejo,
Ordinario de su casa,
Pues la anda yendo y viniendo?

GOMEZ.

¿Qué he de escucharte?

DOROTEA.

Las causas
Que para quejarme tengo.

GOMEZ.

Y yo ¿no las tengo?

DOROTEA.

No,
Pues me engañaste primero
Tú á mí, teniendo otra dama.

GOMEZ.

Y tú otro galan teniendo,

DOROTEA.

Es engaño; que ya él dijo
Que no supe sus deseos,

GOMEZ.

Malo era que no dijese
A tu padre sus secretos.

DOROTEA.

¿Soy yo mujer que pudiera
Admitir á dos á un tiempo?

GOMEZ.

¿Qué sé yo? Déjame ir;
Porque daré, vive el cielo,
Voces que alboroten toda
La casa.

DOROTEA.

Tales extremos
Bien dicen que haber sabido
Que fuéron falsos los celos
Que de Granada trajisteis,
Allá la pasion ha vuelto,
Y siendo así que yo solo
He servido de hacer tiempo,
Idos presto. ¿Qué esperais?
Idos; que ya no os detengo.

GOMEZ.

Ya no me quiero yo ir,
Sin que asegure primero
Que no es razon que tú tienes,
Sino razon que yo tengo,
La que me aparta de tí.
¿Qué dijo aquel caballero?
¿Dijo mas que ántes de verte
Tuve amor á otro sugeto?

DOROTEA.

Malo era que no decia
Que despues, no lo sabiendo.

GOMEZ.

Eso sí : no te des tú
Por vencida, porque habiendo
Oido á tu padre y tu amante
La palabra casamiento,
Es bien asirte á la queja.

DOROTEA.

Eso sí : válete deso,
Y habiendo oido que han sido
Sus agravios fingimiento,
Aprovecha la disculpa
Traida por los cabellos.

GOMEZ.

Yo tengo razon.

DOROTEA.

Yo y todo.

GOMEZ.

Tú, ¿en qué?

DOROTEA.

Tú, ¿en qué?

LOS DOS.

Yo...

GINES.

¿Estáis ciegos?

GOMEZ.

En tu traicion.

DOROTEA.

En tu engaño.

GINES.

Mirad...

GOMEZ.

Pues...

DOROTEA.

Cuando...

ESCENA XVI.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Qué es esto?

GINES.

Cayóse la casa á cuestas,
Como dicen los fulleros.

DOROTEA.

¿Qué ha de ser? Que no sé á qué
Se ha entrado este caballero
Aquí, y porque le decia
Que se fuese, no queriendo,
Colérica yo...

GOMEZ.

La causa
Oid.

DON LUIS.

Decid; que ya recelo,
Señor Gomez Arias, cuál
Puede ser.

GOMEZ.

Estadme atento.
Díjome ahora ese criado...

GINES.

Lo que he dícho...

GOMEZ.

Calla, necio.
—Que en vuestra casa habia visto
Entrar hoy un forastero :
Vine á buscarle, porqué
Con él un negocio tengo.

DON LUIS. (*Ap.*)

Mirad si se descuidaba
Estotro en buscarle presto.

GOMEZ.

Y tanto esta mi señora
Se turbó, que yo, creyendo
Que èra negarle, dí voces;
Porque, si acaso está dentro,
Sé que oyéndome saldrá.

DON LUIS.

Mucho de hallaros me alegro
Antes que vos á él le halleis,
Porque de buscaros vengo.

GINES.

Pues bien cerca de aquí estaba.

GOMEZ.

Pues ¿qué me mandais?

DON LUIS.

Yo intento
Componeros con Don Félix,
Porque...

ESCENA XVII.

DON FÉLIX. — DICHOS

DON FÉLIX.

Ya los criados dejo
Avisados... Mas ¡qué miro!

GOMEZ.

A quien te busca, sabiendo
Que aquí estabas.

DON FÉLIX.

Donde quiera
Que yo á mi enemigo encuentro,
La cólera me disculpa
De cualquiera atrevimiento.
(*Sacan las espadas.*)

DON LUIS.

En mi casa, vive Dios,
Que el que no tenga respeto,
Al lado me halle del otro.

GINES.

Ponte al mio, que le tengo.

DON FÉLIX.

En tu confianza vine,
Y que has de ampararme es cierto.

DON LUIS.

Yo lo hiciera cuando fuera
Por trance de honor el duelo;
No siéndolo, he de estorbarlo.

LOS DOS.

Mal podrás ahora.

DON LUIS.

¿Qué es esto?

DOROTEA. (*Ap. á ella.*)

Juana, apaga aquesas luces,
Por si el daño así remedio.
(*Juana apaga las luces, y riñen á oscuras.*)

GÓMEZ.

¿Dónde estás, Félix?

DON FÉLIX.

Aquí.

GINES. (*Ap.*)

¿Tan cerca mudó de puesto?

DON LUIS.

¡Vive Dios, si no se tienen!...

DOROTEA.

¡Cielo! ¿en qué ha de parar esto?

GINES.

(*Ap.* Yo lo diré.) Muerto soy.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Huiré, pues le dejo muerto,
Y á los ojos de su dama
Airoso y vengado vuelvo. (*Vase.*)

DON LUIS.

Traed luces.

ESCENA XVIII.

UN CRIADO, *con luces.* — DON LUIS, DOROTEA, GOMEZ ARIAS, GINES, JUANA.

CRIADO.

Ya están aquí.

DON LUIS.

¿Quién fué el infeliz?

GINES.

Yo pienso
Que lo era; ya no lo soy,
Pues fué esparcirlos mi intento.

DON LUIS.

Bien hiciste. Iré á buscar
A Don Félix, pues creyendo
Que habia muerto á su enemigo,
Falta de aquí.

GOMEZ.

Tambien pienso
Seguirle yo, porque vea...

DON LUIS.

Eso no. Tenedle, os ruego,
Todos, y no le dejeis
Salir de aquí. (*Vase.*)

DOROTEA.

Detenéos.

GOMEZ.

No es posible, pues me fuera,
Por irme de vos huyendo,
Cuando no por alcanzar
A mi enemigo.

DOROTEA.

Yo intento

Daros las satisfacciones
Que querais.

GOMEZ.

Sola una quiero.

DOROTEA.

¿Cuál es?

GOMEZ.

Despues la diré.

DOROTEA.

Pues desde ahora la ofrezco,
Como espereis á que vuelva
Mi padre.

GOMEZ.

Yo lo prometo.

DOROTEA.

Amor, ¿qué no haré por tí?

GOMEZ.

¿Qué no haré por tí, deseo?

JORNADA SEGUNDA.

Bosque al pié de las Alpujarras.

ESCENA PRIMERA.

GOMEZ ARIAS y DOROTEA, *en traje de camino;* GINES, *dentro.*

GOMEZ. (*A Gines, que está dentro.*)
En el verde laberinto
Destas peñas y estas ramas,
Defendido aun á los rayos
Del sol, los caballos ata,
En tanto que en su florida
Verde lisonjera estancia,
El hermoso dueño mio
Un breve rato descansa.

DOROTEA.

Poco el cansancio le aflige
A quien va huyendo, pues cuantas
Leguas atras deja, son
Sagrado de su esperanza;
Y así, cuanto mas camina,
Mas descansado se halla,
Porque fatigas del cuerpo
Le son alivios del alma.
(*Sale Gines.*)

GINES.

Ya los caballos, señor,
Atados quedan, con harta
Queja de los tres, diciendo
En rocinantes palabras
Que ¿por qué, siendo los locos
Nosotros, á ellos los atan?

GOMEZ.

Ya vendrás arrepentida
De haber tenido tan rara
Resolucion.

DOROTEA.

¿Eso temes?
Mucho mi fineza agravias.
No digo yo haber dejado
Por tí mi padre y mi casa,
Mas los imperios del mundo,
Cuando por tí los dejara,
Aun me parecieran poco
Trofeo para tus plantas.
Sola una cosa debiera
Tenerme desconfiada,
Que es el peligro que pueden
Correr mi honor y mi fama;
Pero habiéndome tú dado
De esposo mano y palabra,
En cuya seguridad
Me trae mi confianza,
¿Por qué me he de arrepentir?
Y mas cuando tengo tantas
Disculpas que me ocasionen:
Una, ver que me trataba
Mi padre de dar esposo
A disgusto; otra, la extraña
Confusion de aquella noche,
Que tu enemigo te halla
En mi casa, cuyo riesgo
Entónces Gines restaura,
Y temer yo que otra vez
Suceda; otra, ver que estabas
Ya en Guadix desengañado
De los celos de Granada.
Pues si con sola una ausencia
Tantos daños se reparan,
Supuesto que yo me libro
De la sujecion tirana
De un esposo á mi disgusto,
Tú de la celosa saña
De un competidor celoso,
Y los dos de la pesada
Ocasion de nuestros celos,
¿Qué necia desconfianza
Podrá hacer que me arrepienta?
Y cuando no militaran
Tantas razones, el verme
Hoy en tu poder, ¿no basta
Para vivir, dueño mio,
Felice, alegre y ufana?
No digo yo que á Castilla
Me lleves, que es donde tratas
Ir, pero á la mas remota
Provincia donde el sol falta,
O donde preside el sol,
Y una hiela y otra abrasa,
Iré gustosa contigo.

GOMEZ.

Lo que me debes me pagas.
En esta florida alfombra
Que tejen colores varias,
Te sienta, en tanto que el sol
Templa su luciente llama,
Ya que porque no nos sigan,
Del camino nos aparta
El temor, y en despoblado
Estas dos ó tres jornadas
Hemos de hacer.
(*Recuéstase Dorotea, y siéntanse Gomez, Arias y Gines.*)

GINES.

Harto susto
Me cuesta el imaginarlas.

GOMEZ.

¿Por qué, Gines?

GINES.

Porque temo..

GOMEZ.

¿Qué?

GINES.

Que aquestas sierras altas,
A cuyo pié estamos, son
Las sierras de la Alpujarra,
Donde cada dia los moros
Que desde su cumbre bajan,
Hacen estragos y muertes.

GOMEZ.

Tu temor finge fantasmas.
Cuando de Guadix salimos
Dos dias há, y una cabaña
Nos dió albergue, ¿no tomamos
Luego la parte contraria
De Sierra-Morena?

GINES.

Sí;
Pero luego que dejada
La cabaña, que fué albergue
Desta Angélica gallarda,
De noche salimos, ¿quién
Nos asegura no haya
Nuestra ignorancia perdido
El camino?

GOMEZ.

Quedo habla;
Que entiendo que Dorotea
Duerme.

GINES.

Rendida y postrada
Al sueño quedó: ¿qué mucho
Si há tres noches ya que anda
En trabajo?

GOMEZ.

Dueño mio...

GINES.

¿De qué sirve despertarla?
Déjala dormir.

GOMEZ.

No quiero
Despertarla yo.

GINES.

Pues calla.

GOMEZ.

Asegurarme no mas
Quiero si duerme.

GINES.

¿No basta
Oirla roncar como un ángel?

GOMEZ.

Pues de ahí, Gines, te levanta
Con tal silencio, que apénas
Las plantas sientan las plantas.

GINES.

Bien haces en retirarte,
Si lo haces por no inquietarla
Y dejarla dormir.

GOMEZ.

No hago
Sino mal, pues esta instancia
No es por dejarla dormir,
Sino solo por dejarla.
Con cuanto recato puedas
Los dos caballos desata,
Y vamos de aquí.

GINES.

¿Qué dices?

GOMEZ.

¿Qué he de decir? Que esa rara
Belleza, que al parecer
Es una divina estatua
De Flora, que en estas selvas
El docto pincel del alba
De rosa y jazmin pulió,
Compuso de nieve y nácar,
Es un áspid para mí,
Pues entre sus flores varias,
Traidoramente mañosa,
Mortales venenos guarda.
¿Ves toda aquesa hermosura?
Basilisco es que amenaza
Con la vista, y solo ahora
Que no me ve, no me mata.
¡Oh nunca hubiera, Gines,
Con facilidades tantas
Creido de mis deseos
Las mentidas esperanzas!
Cuanto gusto liberal
Me ofreció amor al mirarla,
Me le negó al conseguirla,
Porque es mercader que trata
En piedras, que solamente
La estimacion las ensalza,

Y no valen nada el dia
Que la estimacion les falta.

GINES.

Aunque eso en tu condicion
Poca novedad me haga,
Me hace mucha novedad
La ocasion en que lo tratas.
¡Sola y dormida en un monte
Has de dejar una dama!

GOMEZ.

¿Por qué no, si desde el punto
Que mia pude llamarla,
La aborrecí de manera,
Que no hay víbora pisada
Mas ponzoñosa á mis ojos?
Y cuando esto no bastara
A hacerme ingrato con ella,
¿Adónde quieres que vaya
Cargado de una mujer,
Que cuando intente negarla
La palabra que la he dado,
Hallarla conmigo haga
La informacion contra mí?
Pues sin ella, cosa es clara
Que podré negarlo todo.
Mi profesion es la espada,
Mi caudal es mi valor,
Y la milicia mi patria;
Pues yo pobre y ella hermosa,
¿No es ocasionar la infamia
De vivir con su hermosura?
Y aun otra razon me falta
Mayor que todas. Beatriz
Ya conmigo disculpada
Está, es rica, y es su amor
Primero acrédor del alma.
Desata pues los caballos,
Y á verla vamos.

GINES.

¡Mal haya
Mujer que á hombre enamorado
De otra cree!

GOMEZ.

¿Ahora me sacas
Moralidades? Camina.
¿Qué te detienes?

GINES.

Repara,
Señor, en que es tu crueldad
Mayor que...

GOMEZ.

¿La voz levantas?

GINES.

No; mas digo que es accion
Indigna de tí que hagas
Traicion tal á una mujer,
A quien sacas de su casa,
Y que de tí se confía.
Modo habrá para apartarla
Ménos cruel: no la dejes
Sola en aquesta montaña.
Granada tiene conventos:
En uno puedes dejarla.
No la agravies en la vida,
Ya que en el honor la agravias.

GOMEZ.

¡Vive Dios, que de tu pecho
Sea llave aquesta daga,
Que abriendo mil bocas, cierre
La que mis secretos guarda!
O vén conmigo, ó aquí
Quedarás á puñaladas
Muerto.

GINES.

Si á escoger me das,
Escojo...

GOMEZ.

Mas quedo habla.

GINES.

Irme. Pero vuelve y mira
Esa hermosura gallarda.

GOMEZ.

Ya veo que es hermosura,
Y por eso es desdichada.
No me hubiera ella creido;
Que entónces yo la adorara;
Pero ya ¿para qué es buena,
Pues no hay cosa que mas valga
Que una hermosura, ni ménos
Que una hermosura gozada?

(*Vanse Gomez Arias y Gines.*)

DOROTEA. (*Soñando.*)

Mi bien, mi esposo, no así
De mi amor huyendo vayas.

ESCENA II.

CAÑERÍ y otros moros, *en lo alto de un monte.* — DOROTEA, *dormida.*

CAÑERÍ.

Bajad con silencio; que
De aqueste monte en la falda
Caballos y gente he visto
Entre esas espesas matas.

MORO 1.º

De aquel caballero que hoy
Dimos muerte en la montaña,
Quizá serán los caballos
Que dices que has visto.

CAÑERÍ.

Baja
Con silencio, no nos sientan,
Porque ya sabes que anda
(Temerosa de los robos,
Muertes, iras y venganzas
Que hacemos) corriendo el monte
La milicia de Granada,
Que en tanto que Isabel viene,
Asegura la campaña,
Sin atreverse á subir
A Benamejí ni á Gavia,
Plazas fuertes que sustenta
La cerviz de la Alpujarra.

MORO 2.º

Hácia esta parte fué donde
Se oyó el ruido.

(*Bajan los moros.*)

CAÑERÍ.

No te engañas;
Que aquí fué donde yo ví
Dos caballos. Pero aguarda;
Que he visto, si de mis ojos
No es ilusion ó fantasma,
Una divina deidad,
Que ostenta altiva y ufana,
Para viva, poca accion,
Para muerta, mucha alma.
Sobre el florido tapete,
Que con suavidad el aura
Mulló de silvestre yerba,
Tejió de bruta esmeralda,
Yace. En mi vida no ví
Belleza mas soberana.
A ser gentil y no moro,
Dignamente imaginara
Que eran aquestas las selvas
De Vénus ó de Diana.
No sé si me determine
A acercarme; que turbada
El alma, teme su riesgo,
Y no con pequeña causa,
Porque ¿de cerca qué hará
La que de léjos abrasa?

DOROTEA. (*Soñando.*)

¿En qué mi amor te merece
Tal rigor?

CAÑERÍ.

Entre sí habla.
Atreveréme á llegar,
Ya que su voz desengaña
Que no es deidad, pues que duerme.

(*Despierta Dorotea.*)

DOROTEA.

Espera, señor, aguarda;
No huyas. —Mas ¡ay de mí! ¡Cielos!
¿Qué oposiciones contrarias
Son estas? Entre los brazos
De mi esposo (¡pena extraña!)
Dormí (¡infelice desdicha!),
Y cuando (¡aliento me falta!)
Despierto (¡tirana suerte!),
Me hallo (¡el corazon se arranca!)
En brazos (¡de hielo soy!)
De un negro monstruo (¡qué ansia!).
Dime, ¿qué has hecho del dia,
Atezada nube parda?
Sombra, ¿qué has hecho del sol?
Noche, ¿qué has hecho del alba?
Esposo, señor, mi dueño,
¿Dónde estás? (*Quiere huir.*)

CAÑERÍ.

No huyendo vayas;
Que no podrás, aunque Amor
Te preste, mujer, las alas;
Y si por dicha es un jóven
Galan el dueño que llamas,
Y él á este monte te trajo,
En vano que venga aguardas
A socorrerte, porque
Entre aquestas peñas altas
Mi gente le ha dado muerte.

DOROTEA.

¡Falte á mis ojos la clara
Luz del dia, pues nací
Para ser tan desdichada!
Mas ¿qué digo? Muerto él
Y viva yo es repugnancia
Imposible; que no pudo
Morir sin mí quien estaba
En mi pecho, y no tenia
Mas sér, mas vida, mas alma
Que mi amor. Si acaso ¡ay triste!
Preso le teneis, y tanta
No ha sido vuestra fiereza,
Llevadme á mí por esclava,
Y dadle á él la libertad
Para que él á tratar vaya
El rescate de los dos;
Y no temais que haga falta,
Quedándome yo, porqué
Me adora, me estima y ama
De manera, que es lo mismo
Partir sin mí que sin alma.
Y si el precio de mi hacienda
Hoy para los dos no basta,
Quede él libre y yo cautiva.
Pero si es verdad (¡qué rabia!)
Que le habeis muerto (¡tal digo
Sin morir yo!), no hagais tanta
Sinrazon á mis finezas
Que viva me dejeis: haga
Esta piedad el rigor
Siquiera una vez, y haya
Un ejemplar en el mundo
De que las piedades matan.

CAÑERÍ.

Infeliz mujer, tu esposo,
Si era un jóven que hoy estaba,
Como he dicho, en este monte,
En él murió; y tus desgracias,
Aunque enternecen las peñas,
Aunque los riscos ablandan,
Y aunque los peñascos mueven,
No las bárbaras entrañas
De mi rigor; ni presumas,



Ya que en mi poder te hallas,
Que los diamantes de Oriente
Ni los tesoros de Arabia
Serán precio á tu rescate.
Mia has de ser: coronada
Te has de ver, no solamente
Por reina de la Alpujarra,
Pero del mundo. A la sierra
Conmigo vén.

DOROTEA.

Con tus armas
Mismas me daré primero
Mil muertes.

CAÑERÍ.

En vano tratas
Defenderte.— ¿Qué esperais?
Asidla los dos. Llevadla.

DOROTEA.

¿Esto los cielos consienten?
¿Cómo en ellos piedad falta,
Y en esta ocasion no tocan
Truenos y rayos?...
(*Dentro cajas.*)

ESCENA III.

SOLDADOS; *y despues*, DON DIEGO, *dentro*.— DOROTEA, CAÑERÍ, MOROS.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Al arma!

CAÑERÍ.

¿Qué es eso? Perdidos somos:
Una numerosa escuadra
Cercándonos viene. Pero
Sin pelear á la montaña
Nos retiremos, llevando
Esta mujer; que ella basta
Hoy para presa, y no quiero
Peleando aventurarla.

DOROTEA.

¡Cielos, doléos de mí!

CAÑERÍ.

En vano á los cielos llamas.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Hácia aquí se oyen las voces.
—Adusto bárbaro, aguarda;
Que has de dejar en mis manos
La hermosa presa que alcanzas.

CAÑERÍ.

Antes dejaré la vida.
(*Dentro las cajas.*)

MORO 1.°

Imposible es ya llevarla
Con nosotros, pues es fuerza
Que volvamos las espaldas.

CAÑERÍ.

Pocos somos, y ellos muchos.
Soldados, á la montaña.
Perdí el tesoro mayor
En una hermosa cristiana.
(*Dejan los moros á Dorotea, y vanse.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO Y SOLDADOS.—DOROTEA.

DON DIEGO.

Venid, señora, conmigo;
Que como noble, palabra
Os doy que vuestra fortuna
Me ha enternecido. En mi casa,
Hasta reparar el daño
Que os sigue, estaréis: mis canas
De vuestra seguridad
Son la mas digna fianza.
Con una hija que tengo
Estaréis, hasta que haya
Remedio en vuestras desdichas[1].

DOROTEA.

Perdonad si merced tanta
No rehuso recibir,
Porque es preciso aceptarla.

DON DIEGO.

Venid pues.

DOROTEA.

Sin vida voy.
(*Ap.* ¡Ay infeliz Gomez Arias,
La vida mi amor te cuesta:
Muriendo sabré pagarla.)
(*Vanse.*)

—

Calle en Granada.

ESCENA V.

DON FÉLIX, FABIO.

DON FÉLIX.

Hallándome ya vengado,
Y que Don Luis ofendido
Estaria, habiendo sido
El lance en su casa, osado
Salí de ella, y sin parar
En Guadix un breve instante,
Tomé un focin que arrogante
Me trajo sin descansar
A Granada, de un aliento
Corriendo esas nueve leguas.
Aquí pues, haciendo treguas
El temor y el ardimiento,
Me he estado aquestos tres dias
Escondido y retirado;
Y viendo que no ha llegado
De aquestas fortunas mias
Alguna nueva á Granada,
Y que no se cuenta en ella
El raro empeño de aquella
Muerte, sin mirar en nada,
El retraimiento dejar
Quise; que si no ha sabido
Beatriz lo que ha sucedido,
¿De qué me ha servido andar
Tan dichoso? Yo queria
Que el vulgo se lo dijera;
Pues él lo calla, quisiera
Que lo oiga de la voz mia.
Don Diego su padre ha ido
Por capitan de la tierra
A asegurar de la sierra
El paso: pues yo atrevido
Hoy en su casa entraré,
No estando Don Diego en ella,
Y vengado de su bella
Ingratitud quedaré.
Vamos llegando á su casa.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, FLORO.

DON JUAN.

Este es el medio mejor
Para templar de mi amor
El fuego con que me abrasa;
Bien que habiendo Dorotea
Tomado resolucion
Tan extraña, á mi pasion
No hay remedio que lo sea,
Como tratar de olvidarla.

FLORO.

En fin, ¿de casa faltó?

DON JUAN.

Aunque su padre intentó
Su afrenta disimularla,
Ya en el lugar se ha sabido
Que un Gomez Arias, soldado,
De su casa la ha sacado;
Y así, poniendo en olvido
Aquella loca pasion
Que tan ciego me tenia,
Acudir quiero este dia
A mi aumento y opinion,
Casando con Beatriz bella.

FLORO.

Esta de Don Diego es
La casa.

DON JUAN.

Entra, Floro, pues,
Y pregunta si está en ella.
(*Vanse.*)

ESCENA VII.

GOMEZ ARIAS, GINES.

GINES.

En fin, ¿que te has atrevido
A entrar en Granada?

GOMEZ.

Sí:
Pues ¿qué he hecho yo para que
De Granada ausente esté?
Si una herida á Félix dí,
Por quien celoso y cruel
Allá en Guadix me buscó,
Antes me importa que no
Presuman que yo huyo dél;
Que si me ausenté aquel dia
Que le herí, por pensar fué
Que se muriera, porqué
A la justicia temia.

GINES.

Y lo que te ha sucedido
Despues, ¿no te da cuidado?

GOMEZ.

No, porque lo bien negado,
Nunca es, Gines, bien creido.
Negar pienso que yo fuí
El que sacó á Dorotea
De su casa; y cuando crea
Todo el mundo que fué así,
¿Cómo me lo ha de probar?

GINES.

Tú tienes buen desenfado.

GOMEZ.

De Beatriz enamorado,
A Beatriz pienso adorar.

GINES.

Y si, aunque tan fino estás,
Te desagrada al gozarla,
¿Qué has de hacer della?

GOMEZ.

Dejarla
En otro monte: ¿habrá mas?
No sé cómo me he vencido
A no matarla; mas quiero
Hablar con Beatriz primero,
Para saber lo que ha habido.
En su misma casa hoy
Della sabré lo que pasa.
(*Vanse.*)

[1] Don Diego habla de las *desdichas* de Dorotea y del *daño que* la sigue, declarando que su fortuna *le ha enternecido;* sin embargo Dorotea nada le ha dicho.
Harto será que no falte aquí una relacioncita.

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA VIII.

BEATRIZ, CELIA; *despues*, GOMEZ ARIAS Y GINES.

CELIA.

Un hombre se ha entrado en casa.

BEATRIZ.

¿Quién es quien así?...
(*Salen Gomez Arias y Gines.*)

GOMEZ.

Yo soy,
Señora Doña Beatriz;
Que habiendo ahora sabido,
Adonde ausente he vivido
Estos dias, el feliz
Casamiento que tratais,
Venir me pareció bien
A daros el parabien,
Porque la razon veais
Que de quejarme de vos
Tengo; pues cuando á un galan
Hieren mis celos, están
Otros de repuesto. Dos
Quejas de vos mi amor tiene,
Y es fuerza que una á otra iguale:
Pues uno de noche sale
Desta casa, y otro viene
A ella de dia, ¿qué accion
Habrá que disculpa espere?

GINES. (*Ap.*)

¿No juzgará quien le oyere,
Que tiene mucha razon?

BEATRIZ.

Señor Gomez Arias, yo
No trato de dar disculpa;
Que hay cierta especie de culpa
En quien se disculpa; y no
Tengo de qué, pues jamas
Mi firme amor ofendí.
Don Félix, que fué el que aquí
Entró una noche, no hay mas
Verdad, de que fué movido
De mi desden y sus celos;
Y saben los mismos cielos
Que cuando le hallé escondido,
Dí voces, con que le obligo
A que de aquí se ausentase,
Sin que palabra me hablase.

GINES.

Bien concuerda este testigo.

BEATRIZ.

Si al salir vos le encontrasteis,
Y con él, señor, reñisteis;
Si colérico le heristeis,
Si quejoso os ausentasteis,
Harto vuestra ausencia yo
He llorado y he sentido;
Y si en fin darme marido
En esta ausencia trató
Mi padre; no habiendo dado
Yo en ausencia vuestra el sí,
¿Qué queja teneis de mí?
Dueño sois de mi cuidado.
Ni uno ni otro os dén pasiones:
Vuestra me nombran mis labios.

GOMEZ. (*Ap.*)

¡Qué bien, sobre hacer agravios,
Suena oir satisfacciones!

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Puesto que esté Beatriz bella
Tan fina, hazte de rogar;
Que todo, señor, es dar
En otro monte con ella.

GOMEZ.

Bien pensaréis que yo ahora
Quedaré muy satisfecho.

BEATRIZ.

La verdad nunca, sospecho,
Teme ser creida.

CELIA.

Señora,
Don Félix ¡ay infeliz!
En casa entra.

GINES.

La verdad
No teme jamas.

GOMEZ.

Mirad,
Señora Doña Beatriz...

CELIA.

A detenerle saldré. (*Vase.*)

GOMEZ.

Si es justa la queja mia,
Pues ya Don Félix de dia
A veros viene.

BEATRIZ.

Porqué
Veais que ocasion no le dí,
Hácia allí os retirad.

GOMEZ.

¿Yo
De mi enemigo? Eso no.

BEATRIZ.

No es por él, sino por mí.

GOMEZ.

Entre y hálleme aquí ahora.

ESCENA IX.

CELIA Y DON FÉLIX, *dentro.* — GOMEZ ARIAS, BEATRIZ, GINES.

CELIA. (*Dentro.*)

De aquí no habeis de pasar.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

No pretendo mas que hablar,
Celia mia, á tu señora
Una palabra.

CELIA. (*Dentro.*)

No es
Posible ahora, señor.

BEATRIZ.

Poco te debe mi honor.

GOMEZ.

Ménos á tí mi amor, pues
Quien de noche me ofendió,
Ya de dia á verte viene.

BEATRIZ.

Tan pequeña ocasion tiene
De noche como de dia.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

Déjame entrar, pues no está
En casa el señor Don Diego.

BEATRIZ.

Que te retires te ruego,
Y no por mi riesgo ya,
Sino por desengañarte
De que ocasion no le dí.

GOMEZ.

No he de esconderme.

GINES.

Yo sí,

BEATRIZ.

Llorando, esto he de rogarte.

GOMEZ.

¡Ah mujeres! ¿De qué modo
Podrá un hombre resistirse,
Si en efecto han de salirse
Vuestras lágrimas con todo?

BEATRIZ.

Débate yo esta fineza.

GOMEZ.

Harto á mi pesar la haré.
(*Escóndense Gomez Arias y Gines.*)

ESCENA X.

CELIA, DON FÉLIX. — BEATRIZ; GOMEZ ARIAS Y GINES, *ocultos.*

CELIA.

Advierte...

DON FÉLIX.

Entrar tengo, aunqué
Mas se ofenda su belleza.

BEATRIZ.

¿Qué es eso, Celia?

CELIA.

Señora,
El señor Don Félix es,
Que aquí entrar porfía.

BEATRIZ.

Pues
¿Qué nueva ocasion ahora,
Señor Don Félix, os mueve
A tan grande atrevimiento?
¿Qué favor á mi tormento
Vuestro cansado amor debe,
Para que en mi casa entreis
Desta suerte, ó qué ocasion
He dado para esta accion?

DON FÉLIX.

Escuchad, y la sabréis.
Vos me dijisteis un dia
Que de cobarde fingí
Yo mi muerte, porque así
Ver ausente pretendia
Vuestro amante y mi enemigo.

BEATRIZ.

Sí diria; no me acuerdo.
Cólera fué y desacuerdo.

DON FÉLIX.

Yo pues, aunque no me obligo
A satisfacer jamas
Desacuerdos de mujer,
Os quiero satisfacer,
Quizá por quereros mas;
Si bien es fuerza que os pese
De la fineza, supuesto
Que yo á buscarle dispuesto
Donde quiera que estuviese,
Quedé...

BEATRIZ. (*Ap.*)

Sin duda ha sabido
Que aquí está, y viene á buscarle.

DON FÉLIX.

Y soy tan feliz, que hallarle
Pude; y así hoy he venido...

BEATRIZ. (*Ap.*)

Mi temor ha sido cierto.

DON FÉLIX.

A deciros solamente
Que aunque él era tan valiente,
En Guadix le dejo muerto.

BEATRIZ.

Ha sido una ilustre accion.

DON FÉLIX.

Que lo sepais he querido.

BEATRIZ.

Cierto, vos habeis cumplido
Toda vuestra obligacion.

GOMEZ. (*Ap. á Gines, al paño.*)

¡Qué gusto y qué vanidad
Es ver al competidor
Desairado!

GINES.

A mí, señor,
Se me debe la mitad.

DON FÉLIX.

¿No siente mas el severo
Rigor vuestro aquesto oir?

BEATRIZ.

¿Pues tengo yo de sentir
Que ande airoso un caballero
Como vos? Y pues estoy
Satisfecha, y vos lo estáis,
Os ruego, señor, que os vais.

GINES. (*Ap.*)

A retraer.

DON FÉLIX.

Si no os doy
Mas sentimiento, no habrá
Conseguido mi esperanza
Cabal toda su venganza.

GINES. (*Ap. á su amo.*)

Ahora es cuando la da
Un bofeton.

GOMEZ.

¿Bofeton?

GINES.

¿No lo hizo desta manera
Al salir de la leonera
Manuel Ponce de Leon?

BEATRIZ.

¿Pues qué venganza de mí
Esperabais?

DON FÉLIX.

Esa sola
De sentirla, y...

(*Dentro ruido.*)

ESCENA XI.

DON DIEGO, *dentro*.—BEATRIZ, DON FÉLIX, CELIA; GOMEZ ARIAS y GINES, *escondidos*.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Tened, hola,
Este caballo.

BEATRIZ.

¡Ay de mí!
¡En buen lance me habeis puesto,
Que este es mi padre!

DON FÉLIX.

Yo haré
Que se remedie.

BEATRIZ.

¿Con qué
Se ha de remediar?

DON FÉLIX.

Con esto.
Escondiéndome aquí, no
Me verá.

(*Va á esconderse, y halla á los dos.*)

GINES.

Aquí no hay lugar:
Busque otro.

BEATRIZ.

¡Qué pesar!

DON FÉLIX.

Pues ¿quién está aquí?

(*Salen Gomez Arias y Gines.*)

GOMEZ.

Yo.

GINES.

Y yo.

DON FÉLIX.

Pues ¿cómo, cobarde, estás
Vivo á pesar de mi aliento?

GINES.

Murióse de cumplimiento,
Por bien parecer no mas.

GOMEZ.

Como para darme á mí
Muerte, no eras tú bastante.

DON FÉLIX.

Yo lo haré verdad delante
De Beatriz misma.

BEATRIZ.

No así
Mi vida, opinion y fama
Destruyais, pues lo primero
En quien nació caballero,
Es el honor de la dama.
Y ya que ha sido ventura
Que mi padre, al apearse,
Le miro, hablando, pararse
Con un hombre, la cordura
Vuestra...

DON FÉLIX.

Estoy muy desairado
Para estar tan advertido.

GOMEZ.

Y yo muy favorecido
Para estar desatinado.
Y pues no se ha de creer
De mí que aquesto es temor,
Sino atencion al honor
De una principal mujer,
Me escondo. Vuestros extremos
Miren cuán preciso es
Esto ahora; que despues
En la calle nos verémos.

(*Escóndense Gomez Arias y Gines.*)

ESCENA XII.

BEATRIZ, DON FÉLIX, CELIA.

BEATRIZ.

Señor Don Félix, por Dios
Que por esa puerta os vais
Del jardin; que aventurais
Mucho en mi honor.

DON FÉLIX.

Aunque vos,
Beatriz, no me merecéis
Esta templanza, yo quiero
Tenerla. En la calle espero
Que satisfecha quedeis
De cómo mi esfuerzo sabe
Desempeñarse de todo.

(*Vase con Celia.*)

BEATRIZ.

Yo ahora echando deste modo
A aquesta puerta la llave,
Le aseguro que atrevido
No salga. ¿Hay mas infeliz
Mujer que yo? pues...

ESCENA XIII.

DON DIEGO, DOROTEA; *despues*, CELIA.— BEATRIZ.

DON DIEGO.

Beatriz...

BEATRIZ.

Señor, seas bien venido.

DON DIEGO.

Aunque siempre que yo llego
A tus brazos, puedes darme
Muchos parabienes, nunca
Con mas razon que esta tarde.
Advierte ¡qué hermosa amiga
Te traigo!

DOROTEA.

En vuestras piedades
Llego á conocer humilde
El sagrado á que me trae
A retraer mi fortuna;
Y no satisfecha en balde,
Pues ya segura estará
Quien tiene por guarda un ángel.

BEATRIZ.

De la ocasion desta dicha
No he menester informarme,
Ni quién sois, pues basta ver
Tal belleza y tal donaire,
Para que os sirvais de mí.

DON DIEGO.

Pues cuando á saber alcances
Sus fortunas, aun harás,
Beatriz, finezas mas grandes.
Con su esposo atravesaba
De las montañas la márgen,
Cuando el fiero Cañeri,
Adusto bárbaro alarbe,
Le salió al paso: la muerte
Dió á su esposo...

DOROTEA.

¡Ay duro trance!
¿Cómo es posible que oido
Atormentes y no mates?

DON DIEGO.

Quedó en su poder cautiva,
Y á los extremos que hace,
A los suspiros que arroja
Y á las lágrimas que esparce,
Llegué yo. Pude en efecto
Librarla; y porque repare
El tropel de sus fortunas,
Movido á lástimas tales,
Miéntras á su padre escribe,
Quiero que en casa se ampare.

BEATRIZ.

Es piedad, de tu nobleza
Digna. No pudieras darme
Joya que estimara mas,
Que tan piadoso mostrarte
En sus desdichas. Y vos,
Señora, á vuestros pesares
Creed que hallaréis alivio,
Ya que remedio no hallasteis,
Pues alivia y no remedia
El que siente.

(*Sale Celia.*)

DOROTEA.

El cielo os guarde,
Y entended que libertad
No me ha dado vuestro padre,
Pues en mas esclavitud
Ahora me pone.

DON DIEGO.

Basten
Los corteses cumplimientos.—

Cansado estoy, Celia; trae
Luz á mi cuarto.— Y tú puedes
(*Vase Celia.*)
Al tuyo, Beatriz, llevarte
Contigo á esa dama.

BEATRIZ.

En él
Procuraré la agasajen
Mis deseos.

DON DIEGO.

¡Si supieras
Qué gusto en eso me haces!
(*Vuelve Celia con luces.*)

CELIA.

Un anciano caballero,
Y forastero en el traje,
Por tí pregunta.

DON DIEGO.

Saldré
Al recibimiento á hablarle.
(*Vanse Don Diego y Celia.*)

ESCENA XIV.

BEATRIZ, DOROTEA.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué he de hacer ahora,
De tantas dificultades
Cercada? Desta mujer,
De hoy conocida, fiarme
No es cordura; pues llevarla
A mi cuarto, es á que alcance
Mis secretos, cuando en él
Está encerrado mi amante.

DOROTEA. (*Ap.*)

Deshecha fortuna mia,
No te pido en mis pesares
Remedio: ya sé que vienen
Los tuyos mal, nunca ó tarde.

BEATRIZ. (*Ap.*)

Dar lugar á que él se vaya
Sin verle ella (que es lo fácil),
Es dar lugar á que al punto
El y Don Félix se maten.

DOROTEA.

(*Ap.* Una palabra siquiera,
Desde que se fué su padre,
Esta dama no me ha hablado.
¡Cuánto el ánimo cobarde
De un menesteroso en todo
Está temiendo que canse!
Esforcémonos á hacer
Rendimientos.) Tu semblante,
Señora, á entender me da
Algun sentimiento grave,
Porque el silencio es á veces
El mas parlero lenguaje;
Y mas cuando de los ojos
Mas que de la voz se vale.
Pesaríame ser yo
La ocasion que te obligase
A esa suspension.

BEATRIZ.

Pues ¿cuándo
Ha menester ayudarse
La desdicha de terceros,
Si ella por sí sola sabe
Desempeñarse con todos,
No valiéndose de nadie?
Antes que vinierais vos,
Triste estaba: no os espante
Que ahora lo esté.

DOROTEA.

No me espanto
De que sea en cualquier lance
Tristezas cuantas yo encuentre,
Desdichas cuantas yo halle;
Que sabiendo la fortuna
Que era, señora, esta parte
Donde habia de venir
Yo á parar, vino delante
Cargada de sinrazones,
Solo á hacerme el hospedaje.

ESCENA XV.

CELIA.— DICHAS.

BEATRIZ.

(*Ap.* A aquesto me determino.)
Celia, en tanto que yo trate
De que en mi cuarto aderecen
Lo que es necesario, baje
Aquesta dama contigo
Al jardin, para que halle
En él algun desahogo.

DOROTEA.

(*Ap.* Aquesto es gana de echarme
De aquí. Obedecer es fuerza.)
Segunda merced me haces
En dar licencia, señora,
A que puedan mis pesares
Regar con llanto la tierra,
Poblar con quejas el aire.

BEATRIZ.

¿Oyes, Celia?

CELIA.

¿Qué me mandas?

BEATRIZ. (*Ap. á ella.*)

Que un momento no te apartes
Della, ni volver la dejes,
Hasta que yo misma llame.

CELIA.

Su guarda seré de vista.
(*Vanse Dorotea y Celia.*)

BEATRIZ.

El mismo ha de aconsejarme
Lo que he de hacer. (*Abre y llama.*)

ESCENA XVI.

GOMEZ ARIAS, GINES. —BEATRIZ.

BEATRIZ.

Gomez Arias,
No dudo de que ya sabes
El mucho cuidado que hay
En casa.

GOMEZ.

Como cerraste
La puerta, que hablen se oye,
Mas no quién, ni lo que hablen.

BEATRIZ.

Pues sabrás...

GOMEZ.

Saber no quiero
Nada, sino que me saques
Presto de aquí, no presuma
Don Félix que es de cobarde
Esta tardanza.

GINES.

No hagas
Tal, así el cielo te guarde;
Que bien estamos aquí.

BEATRIZ.

Primero que... Mas mi padre
Vuelve.

GOMEZ.

Pues por si me ha visto,
No vuelvas á echar la llave.

BEATRIZ.

¿Cómo no? No has de salir
Hasta que...
(*Retíranse Gomez Arias y Gines.*)

ESCENA XVII.

DON DIEGO. — BEATRIZ.

DON DIEGO.

Beatriz, ¿qué haces?

BEATRIZ.

Aquí estoy, dando, señor,
Orden cómo acomodarse
Aquesta señora pueda.

DON DIEGO.

¿Dónde está?

BEATRIZ.

En el jardin.

DON DIEGO.

Hazme
Gusto de bajarte tú
Con ella por un instante;
Que el hombre que me buscaba,
No es hombre que puedo hablarle
En ese recibimiento,
Y quiero que aquí entre.

BEATRIZ.

(*Ap.*; Dadme
Favor, cielos!) Siempre yo
Obedezco cuanto mandes.
(*Ap.* Sin duda aqueste es Don Juan,
El que aquí vino esta tarde.
Cuatro riesgos tengo, pues
Tengo mi esposo y mi padre
Aquí, mi amante en mi cuarto,
Y á mi enemigo en la calle.) (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON LUIS, *en traje de camino.*
—DON DIEGO.

DON DIEGO.

Entrad, Don Luis; que mas despacio [quiero,
Ya de vuestras desdichas informado,
Saber qué me mandais, pues considero
Cuánto estoy á sentirlas obligado.

DON LUIS.

Por noble, por amigo y caballero,
Vengo en vuestros favores confiado.

DON DIEGO.

Proseguid, y hablad quedo.

DON LUIS.

¿En qué quedasteis?

DON DIEGO.

[hallasteis,
En que ménos, Don Luis, vuestra hija
A cuyo grave empeño mas atento,
En parte quise mas oculta oiros.

DON LUIS.

Y fué bien, para que cobrase aliento
El bastardo raudal de mis suspiros,
Al pronunciar la fuerza del tormento,
Que aun á vos con vergüenza he de de-
[ciros:
Porque ni es noble, honrado, cuerdo ó
[sabio,
El que sabe el idioma de su agravio.
Faltó pues de mi casa (¡dolor fuerte!)
Dorotea. (¡Ay desdicha rigurosa!)
Yo entónces afligido (bien se advierte)
Dispuse (¡prevencion dificultosa!) [te!)
Decir que en un convento (¡dura suer-
La tenia, creyendo (¡accion penosa!)
Que engañaba (¡ay de mí!) á quien lo
[contaba,
Y era yo mismo á mí quien me engaña-
[ba.)
Cuerdo, prudente, atento me imagino;
Ciego, loco, colérico me veo;
Sagaz, callado y mudo lo examino;

Furioso, osado é incapaz lo creo:
Una criada sola abrió camino
Al continuo anhelar de mi deseo,
Diciéndome quién era el homicida
De mi honor: ¡ fuéralo ántes de mi vida!
Gomez Arias me dice que se llama,
Porque mayor mi sentimiento sea,
Sabiendo que es de quien contó la fama
Que en vicios solo su vivir emplea:
Nuevo dolor, que nuevamente infama
La atrevida eleccion de Dorotea, [guna,
Mostrando así que no hay desdicha al-
Donde no haga otra suerte la fortuna.
Sabiendo pues que este hombre es un
[soldado,
Y que en Granada está su compañía,
Y que hoy á vos el cargo se os ha dado
De ser de todas cabo; la ansia mia
De vos viene á valerse, confiado
De que si dél sabeis, tener podria,
Si no remedio mi dolor, consuelo;
Pues en sabiendo dél...

ESCENA XIX.

BEATRIZ, *dentro; despues* DOROTEA. —DON DIEGO, DON LUIS.

BEATRIZ. (*Dentro.*)
¡ Válgame el cielo!

DON DIEGO.
No prosigais; que esta voz
Es de Beatriz. ¿Qué es aquesto?
¡Celia, Laura! A verlo iré.—
Perdonadme.
(*Vase Don Diego, y sale Dorotea.*)

DOROTEA.
Acude presto,
Señor, porque en el jardin
Ha caido... Mas ¡ qué veo!
¡Ay de mí infeliz!

DON LUIS.
¿Qué miro?
Trajo mi venganza el cielo
A mis manos.— ¡ Hija aleve!...

DOROTEA.
Señor...

DON LUIS.
Hoy aqueste acero...

DOROTEA.
¿Dónde huir podré? La luz
Se apagó.

DON LUIS.
Y ha sido cierto,
Porque mi rigor disculpe
Estar tantas veces ciego.

DOROTEA.
¡ Que me da muerte mi padre!

ESCENA XX.

GOMEZ ARIAS Y GINES, *dentro.* — DON LUIS Y DOROTEA, *á oscuras.*

GOMEZ. (*Dentro.*)
Rompe aquesa puerta presto.
¿No oyes decir que la da
Muerte su padre?

GINES.
No puedo.

DON LUIS.
¿Dónde estás?

DOROTEA. (*Ap.*)
¡ Oh quién pudiera
Decir que en el mismo centro!

GOMEZ. (*Ap.*)
El sabe que estoy aquí,
Y á matarla se ha resuelto.

DON LUIS. (*Ap.*)
Golpes dan en una puerta.
Iré sus pasos siguiendo.

GOMEZ.
Aunque fueras de diamante,
Diera contigo en el suelo.
(*Abre la puerta, y salen los dos.*)

GINES.
¡ Que con no ser inocentes,
Siempre por limbos andemos!

DOROTEA.
¡ Padre, señor!

GOMEZ. (*Ap.*)
Esta es
Beatriz, pues dice su acento
Señor y padre.

DOROTEA.
No así
Castigues un desacierto
De amor.

DON LUIS. (*Ap.*)
¿Dónde se ha escondido
Esta vil, que no la encuentro?
(*Encuentra Dorotea con Gomez Arias.*)

GOMEZ. (*Ap. á Dorotea.*)
No temas, señora; yo
Soy quien á mi cargo tengo
Tu defensa. Vén conmigo.

DOROTEA. (*Ap.*)
Este es sin duda Don Diego,
Pues que dice que á su cargo
Mi vida está.

GOMEZ. (*Ap. á Dorotea.*)
Sigue presto
Mis pasos.

DOROTEA.
Contigo voy.

GOMEZ. (*Ap.*)
Ya de una desdicha, cielos,
Saqué una dicha, pues ya
A Beatriz conmigo llevo.
(*Vanse Gomez Arias y Dorotea. Encuentra Don Luis con Gines.*)

DON LUIS.
¡ Hija aleve!...

GINES. (*Ap.*)
¡ Yo hija aleve!

DON LUIS.
Hoy morirás á este acero.

GINES.
¿A cuál? Que yo no veo nada.

DON LUIS.
¡ Qué voz oigo!

ESCENA XXI.

DON DIEGO, *con luz*, Y BEATRIZ. — DON LUIS, GINES.

DON DIEGO.
¿Qué es aquesto?

DON LUIS.
Hombre, ¿quién eres?

GINES.
No sé
Quién soy.

DON DIEGO.
¿Qué haces aquí dentro?

GINES.
Hago una Santa Susana
Metidita entre dos viejos...
(*Ap.* Y entrambos los santos padres
De los dos demonios nuestros.)

DON LUIS.
¿Dónde se fué una mujer
Que aquí estaba?

DON DIEGO.
¿Qué es tu intento?

GINES.
(*Ap.* Negar á todo me importa.)
No sé nada: ruido oyendo
En la calle, me entré aquí
Majaderamente necio.

DON LUIS.
Don Diego, á mi hija he hallado
En vuestra casa.

DON DIEGO.
Yo entiendo
Que es una que yo en la sierra
Encontré, su esposo muerto.

DON LUIS.
Sigámosla, pues ha huido;
Pero aunque la preste el viento
Sus alas, la alcanzaré. (*Vase.*)

DON DIEGO.
¡ Oh nunca hubiera suceso
A Beatriz tan infelice
Sucedido! Pues por esto
Falté yo de aquí.

BEATRIZ.
Señor,
No te aflija el sentimiento;
Que el susto, no la caida,
Fué por entónces el riesgo.

DON DIEGO.
Pues recógete á tu cuarto,
En tanto, Beatriz, que vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

BEATRIZ, GINES.

BEATRIZ.
Gines, ¿qué es esto?

GINES.
¿Pues yo
Ni el diablo sabe qué es eso?
¿No te mataba tu padre?

BEATRIZ.
¿A mí, por qué, no sabiendo
Que estaba aquí tu señor?
Las voces que he dado, fuéron
Causadas de una caida.

GINES.
¿Luego no eres, segun eso,
Una dama que él se lleva?

BEATRIZ.
¡ Calla; que esa voz me ha muerto!
(*Al esclamar, da á Gines.*)

GINES.
A mí aquese mojicon.

BEATRIZ.
¿Dama se lleva?

GINES.
Y sospecho
Que aunque es llevada, es traida,
Si es la hija dese viejo.

BEATRIZ.
De celos estoy rabiando.

GINES.

Pues no rabies mucho dellos;
Que en el primer montecico
Dará venganza á tus celos.

JORNADA TERCERA.

Campo á vista de Benamejí.

ESCENA PRIMERA.

GOMEZ ARIAS, DOROTEA, GINES.

GOMEZ.

Aborrecida mujer,
Cuya fiera vista asombra,
¿Eres acaso mi sombra,
Que tras mí te he de tener?
¿Cómo estás en mi poder?
¿De qué suerte (que lo ignoro)
Tus transformaciones lloro
Y tus engaños padezco,
Pues miro lo que aborrezco
Donde traigo lo que adoro?

DOROTEA.

Si yo he sido la que á tí
Ya por muerto te lloré
Y al verme te espantas, ¿qué
Me dejas que hacer á mí?
Siempre el vivo al muerto vi
Temer: siendo aquesto cierto,
¿Cómo al contrario lo advierto,
Pues en trance tan esquivo
Se asombra el muerto del vivo,
Y agasaja el vivo al muerto?
Cuando de un sueño, que en mí
Imágen dos veces fué
De la muerte, desperté
En poder de Cañerí;
Cuando restaurada fuí
De una generosa espada;
Cuando en su casa albergada,
Con Beatriz bella vivia,
Tu muerte solo sentia,
De tu sombra enamorada.
Pues ¿por qué ahora afligida
Intentas que de una suerte,
Quien ha llorado tu muerte
Tenga que llorar tu vida?
No quejosa, no ofendida
Quiero mostrarme, señor,
De aquel pasado rigor,
No de que me hayas traido
Por otra, y no de haber sido
Desengaño de tu amor,
Se valen mis desconsuelos;
Que á tu vida agradecida,
En albricias de tu vida
Perdono todos mis celos.
Mas ¿por qué en tantos desvelos
Nuevas penas solicitas?
¿Por qué el contento me quitas
De haberte llegado á ver?

GOMEZ.

Lo mas que yo he menester
Ahora, son dos lagrimitas.

GINES.

¡Oh nunca hubiera salido
De aquella casa jamas;
Nunca por servirte mas
Te hubiera hasta aquí seguido,
Para no ver afligido
Un corazon que te adora!
Mira que es mujer y llora;
Que es ser dos veces mujer.

GOMEZ.

Lo mas que yo he menester,
Son concepticos ahora.
¡Qué consuelo habrá que sea
Hoy para mi amor feliz,
Viendo perdida á Beatriz,
Y cobrada á Dorotea?

DOROTEA.

Ya que ofendida se vea
Tanto mi fe, tu valor
No ofendas: deja, señor,
De decirme agravios, pues
Una cosa es ser cortés,
Y otra no tener amor.
Paga siquiera con estas
Atenciones, aunque leves,
Los suspiros que me debes,
Las lágrimas que me cuestas.

GOMEZ.

¡Qué finezas tan molestas!

DOROTEA.

Fuerza es que lo hayan de ser;
Que al fin son mias.

GOMEZ.

Mujer,
¿Qué me lloras? Qué me quieres?
No te conozco. ¿Quién eres?
¿Qué te debo?

DOROTEA.

Honor y sér.

GOMEZ.

¿Quieres saber cómo yo
A nada estoy obligado?
Haber tu casa dejado,
O fué por amor, ó no.
Si tu amor no te obligó,
¿En qué obligacion pusiste
Tú á mi amor? Y si lo hiciste
Porque amor te obligó á ello,
¿He de agradecer yo aquello
Que tú por tu amor hiciste?
Luego, que tú, enamorada,
Tu casa dejes ó no,
De cualquiera suerte, yo
No vengo á deberte nada;
Que es doctrina muy errada
El juzgar que á una mujer
Algo se ha de agradecer,
Si es gusto ó es conveniencia,
En cualquier correspondencia,
El querer ó el no querer.
Y así, ser tú á quien traia,
Y no á Beatriz, de manera
Mi cólera irrita fiera,
Que volviera á dar el dia
Por la obscura noche fria;
Y si aquesto no ha bastado
A haberte desengañado,
Pues dormida te dejé
Una vez, ahora lo haré
Despierta.

DOROTEA.

¿Qué monstruo airado,
Que bárbaramente aleve,
No hay precepto que le dome,
Que helado cadáver come,
Que caliente coral bebe,
A una queja no se mueve?

GOMEZ.

Yo, á quien ha hecho el rigor
Nuevo caribe de amor.—
Vamos, Gines.

DOROTEA.

Considera
Que en una desierta esfera
Me dejas, donde mi honor
Segunda vez aventuras.
Mira que á vista ¡ay de mí!
Estás de Benamejí;
Mira que estas peñas duras
Teatros de desventuras
Son.

GOMEZ.

¡Qué mujer tan cansada!

DOROTEA.

¿No dirás enamorada?

GOMEZ.

Suelta. — Vámonos, Gines.

DOROTEA.

¡Que así me dejes!

GOMEZ.

Sí.

DOROTEA.

Pues
A tus plantas arrojada,
De tí no me he de apartar,
U otro medio has de elegir.

GOMEZ.

¿Cuál es?

DOROTEA.

Sin mí no te has de ir,
O la muerte me has de dar.

GOMEZ.

Ni uno ni otro he de otorgar,
Pues ya de otra suerte aquí
Sé cómo me he ir sin tí,
Y sin que te dé la muerte.

DOROTEA.

¿De qué suerte?

GOMEZ.

De esta suerte.
—¡Guardas de Benamejí! (*A voces.*)

ESCENA II.

CAÑERÍ, *en lo alto del muro*.—DICHOS

CAÑERÍ.

Desde aquellas altas peñas
Que yacen de sí pendiendo,
A esta ciudad viene haciendo
De paz un cristiano señas.

GOMEZ.

No son las tuyas pequeñas
Para no dudar de tí
Que tú eres el Cañerí.

CAÑERÍ.

Yo soy. ¿Qué quereis?

GOMEZ.

No mas
De saber...

CAÑERÍ.

¿Qué?

GOMEZ.

Si querrás
Comprar una esclava.

CAÑERÍ.

Sí.

DOROTEA.

¿Dónde tus intentos van?

GOMEZ.

A venderte, aborrecida.

GINES.

¿Qué mujer no está vendida
En poder de su galan?

DOROTEA.

Advierte...

GOMEZ.

En vano serán
Las lástimas ya.

CAÑERÍ.

¿Qué es della?

GOMEZ.

Aquesta mujer es bella.

CAÑERÍ.

Pues ¿cómo dudas si quiero
Comprarla, que un mundo entero
Daré, cristiano, por ella?
Pídeme por su hermosura
Cuanto avariento tesoro
Trajo á retraer el moro
A esta bárbara espesura:
No engendra del sol la pura
Luz por cuantos rumbos huella,
Ni el mar guarda, el monte sella,
Ni la ambicion descubrió
Tanto oro, como yo
Daré, cristiano, por ella.
Cuanta plata se recata
En los centros de la tierra
Daré, haciendo aquesta sierra
Sierra-Nevada de plata;
Cuanto cristal se desata
Y en sí mismo se atropella
Por esa campaña bella,
Por mas que huya despeñado,
En blancas perlas cuajado,
Daré, cristiano, por ella.
Toda esa yerba florida,
Que en la cumbre y en la falda
Ha sido bruta esmeralda,
Será esmeralda pulida:
La rosa ménos crecida
Rubí será; la mas bella,
Diamante, el diamante, estrella;
Y en fin, cuanto gran tesoro
Tengo en piedras, plata y oro,
Daré, cristiano, por ella.
Aguarda; que á tratar voy,
No el precio, sino la entrega.
Hácia la puerta te llega
Del rastrillo. ¡Cielos! hoy
Del mismo sol dueño soy.

GOMEZ.

Baja pues, baja por ella,
Si en tu poder quieres vella;
Que si tienes tú, al miralla,
Tanta gana de compralla,
Mas tengo yo de vendella.

(Quítase Cañerí del muro.)

ESCENA III.

DOROTEA, GOMEZ ARIAS, GINES.

DOROTEA.

Monstruo ingrato, bruto fiero,
Pasmo horrible, asombro vil,
Fiera inculta, áspid traidor,
Cruel tigre, ladron neblí,
Leon herido, lobo hambriento,
Horror mortal, y hombre, en fin,
Por decirte de una vez
Cuanto te puedo decir,
¿Qué intentas, qué solicitas,
Qué determinas, que así
En tu ofensa todo el cielo
Conjuras, sin advertir
Que á tanto delito ya
Todo su imperial zafir,
Piadosamente irritado,
Forjando está contra tí
Los rayos de ciento en ciento,
Las iras de mil en mil?
¡Venderme tratas, tirano!
¡Venderme sin prevenir
Que aunque el amor me hizo esclava,
Libre soy, libre nací!
¡A un monstruo venderme quieres!
¿De qué bárbaro gentil
Se cuenta accion tan infame,
Se dice hazaña tan vil?
¿Tú misma dama (no quiero
Tu misma esposa decir;
Ser dama basta, aunque sea
Dama aborrecida), di,
Entregas á ajenos brazos?
Véngueme el cielo de tí.
El sol te niegue sus luces,
Su aliento el aire sutil,
El agua su azul esfera,
La tierra su verde abril.
Bañado en tu misma sangre,
Un verdugo dividir
Veas por traidor tu cuello...
—Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!
Mi señor, mi bien, mi esposo,
Tu esclava soy, es así;
Mas no fugitiva esclava:
Pues ¿por qué he de presumir
Que, fiel y no fugitiva,
Te has de deshacer de mí?
Si yo te dí algun enojo,
Si algun enfado te dí,
Maltrátame, y no me vendas:
Muera yo, y vive feliz.
Favorable el sol te alumbre
Desde su hermoso cenit,
Suave el aire te regale,
La agua en su claro viril
Te sirva de espejo, y sea
Toda la tierra un jardin.
Cañerí, ese monstruo fiero,
Cuando en el verde país
Desa montaña me vió
Aquella tarde dormir,
Se mostró, al verme despierta,
Enamorado de mí;
Porque soy en ser querida
Y aborrecida infeliz.
¡Oh quién pudiera á los astros
La residencia pedir,
Por qué al que aborrezco yo
Me ha de amar, y por qué á mí
Me ha de aborrecer aquel
A quien el alma le dí!
Pero ¡qué locura! que esta
No es materia para aquí;
Solo lo digo porqué
Si no basto á prevenir
Yo tus piedades, los celos
Me ayuden. Dellos oí
Que aun de lo que se aborrece
Se saben hacer sentir:
¡Cuál debo yo de estar, cuando
Me valgo de gente ruin!
Cuando no de enamorado
Los tengas, de honrado sí,
Siquiera porque tal vez
Pude de tu labio oir
Que habias de ser mi esposo.
No pierdas pues desde aquí
Tanto el miedo á tus agravios,
Que en la mitad del decir
Te alcancen, pues en los dos
La duda se vió partir:
Tú, porque me lo dijiste,
Yo, porque te lo creí.
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
No me dejes presa
En Benamejí.
Si el temor de la palabra
Que me has dado, te hace huir,
Por no cumplirla, señor,
Yo te doy palabra á tí
(Con seguridad de que
La sabré mejor cumplir,
Cuanto va de alma que sabe
Hablar verdad ó mentir)
De no pedírtela, de irme
A un convento desde aquí,
Donde, ó fáltenme los cielos,
Ofrezco de no pedir
A ellos mismos otra cosa
Que venturas para tí,
Cuanto el dolor de tu ausencia
Me dilatare el vivir.
Si desto no te aseguras,
Por temer que en viéndome ir
A Granada, la has de dar
Celos conmigo á Beatriz,
Llévame á su misma casa,
De donde anoche salí
Por engaño, y yo diré
Que siéndolo, vuelvo allí
A darla satisfacciones;
Que aquello fué por huir
De mi padre; y por librarla
A ella, me libraste á mí;
Que no hay nada entre los dos;
Y si destinada, en fin,
A ser esclava me tienes,
Yo me quedaré á servir
En su casa: á mí me mande
Quien te ha enamorado á tí;
Que este es el último medio
A que se puede rendir
El desengañado amor
De una altivez mujeril.
Y cuando no te enternezca
Este llorar y gemir,
Por quien ahora soy, vuelve
Los ojos á lo que fuí.
Duélate ver que de ilustre
Y noble padre nací;
Que me viste dél amada;
Que me miraste asistir
Del vulgo y nobleza, siendo
El ídolo de Guadix;
Que al principio te escuché,
Y que despues te creí;
Que perdí patria y honor,
Y que un anciano infeliz,
Cuando á su noticia llegue
Tan triste nueva de mí,
Si con matar no se venga,
Se vengará con morir.
Y en efecto.. Pero ya
La voz falta, y el latir
Del corazon titubea
Intercadente entre sí,
Al ver que ya de la ruda
Babilonia, á quien pensil
Sirve ese murado alcázar,
Sobre la parda cerviz,
A hacer las entregas viene
Descendiendo el Cañerí,
Si ya no es obscura nube,
Que mirando el mar aquí
De mis lágrimas, á él
Se abate por compelir
Diluvios, que despues sean
Del mundo inundada lid.
Ea, señor, dueño mio,
Mi cielo y mi bien, en tí
Vuelve por tí mismo, y sea
El mirarte arrepentir
Mérito ya, y no delito;
Porque de no hacerlo así,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Sin alumbrar ni lucir;
Hombres, aves, fieras, peces,
Sin obrar ni discurrir;
Montes, peñas, troncos, fieras,
Sin albergar ni servir;
Agua, fuego, tierra y viento,
Sin animar ni asistir,
Atentos á accion tan fea,
Se volverán contra tí,
Viendo que de tantas veces
No te enternece el oir:
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
No me dejes presa
En Benamejí.

ESCENA IV.

CAÑERÍ, DOS MOROS. — DICHOS.

CAÑERÍ.

Mi gusto no ha de ponerse
En precio, cristiano: así,
Por no hablarte en él, te traigo
Mas que me puedes pedir.
Toma todas esas joyas,
Donde verás competir
A las estrellas y flores
Los diamantes y rubís.—
Cristiana, segunda vez
Eres mia.

DOROTEA.

¡Ay infeliz!

GINES. (*Ap.*)

¿Quién duda que, arrepentido,
Se vuelve ahora á desdecir?

GOMEZ.

Es verdad, yo te la entrego;
Y por hacer mas aquí
El delito, el precio tomo;
Si bien no es accion civil,
Pues cuanto esotras mujeres
Desde el dia en que nací
Me han llevado mal llevado,
Me lo vuelve una; y así,
Aunque aquesto sea culpa,
Juzgo que es restituir.
Tuya es la esclava.

CAÑERÍ.

Conmigo,
Cristiana hermosa y gentil,
Ven á coronarte reina
De todo el rudo confin
De estas ásperas montañas.

DOROTEA.

¡Hay mujer mas infeliz!

CAÑERÍ.

En vano las quejas son.
Llevadla los dos de aquí.

DOROTEA.

Dejad que le dé siquiera
Un abrazo al despedir.

CAÑERÍ.

Ya eres mia, y tendré celos.—
Traedla por fuerza, y venid.—
Alá te guarde, cristiano.

DOROTEA.

Estrellas que esto influis,
Luceros que esto mirais,
Cielos que lo consentis,
Altos montes que lo veis,
Aves que lo repetis,
Vientos que lo estáis oyendo,
Arboles que lo asistis
Y escuchais mi triste llanto,
A darme amparo acudid;
Y pues de mí no se duelen
Los hombres, doléos de mí;
Que me llevan presa
A Benamejí.
(*Llévanla los moros, y Cañerí los sigue.*)

ESCENA V.

GOMEZ ARIAS, GINES; *despues*, CAÑERÍ.

GINES.

Temiendo tu condicion,
Sin hablar ni discurrir,
Oyendo y mirando he estado
Lo que has hecho; y aunque aquí
Me quites una y mil vidas,
Lo que siento he de decir.
¿Es posible?...

GOMEZ.

¿Cómo, cómo?
¡Sermoncito escuderil
Tenemos! Aqueso no.
¡Ah valiente Cañerí!
(*Vuelve Cañerí.*)

CAÑERÍ.

¿Qué quieres?

GOMEZ.

¿Quieres comprarme
Tambien un cristiano?

CAÑERÍ.

Sí.

GOMEZ.

Pues barato le daré;
Que no tengo de pedir
Por él mas de que le lleves.—
Ea, Gines, pasa allí,
Besa la mano á tu dueño.

GINES.

¿Pues hasme gozado á mí,
Ni yo te he desagradado.
Siendo melon de Guadix
De mala calaña, para
Que tú me vendas así?

GOMEZ.

Tú no has de quedar conmigo.

GINES.

Yo me iré con el Sofí;
Pero vendido, eso no.
¿A qué jitano sutil
Me compraste en el mercado,
Que me vendes?

GOMEZ.

Cañerí,
Por tuyo el esclavo queda.

GINES.

¡Esclavo yo, que nací
Mas libre que aquella ave
Que en la cartilla de abril
No sabe mas de una letra!
¡Mal haya tu trato vil!

GOMEZ. (*Ap.*)

En mujer echo y criado
Dos enemigos de mí.
Rico y sin ellos, espero
Desenojar á Beatriz. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CAÑERÍ, GINES.

CAÑERÍ.

Calla, y conmigo vendrás:
Daréte buen trato aquí.

GINES.

Verde monte, cielo azul,
Blanca sierra, mar turquí,
Leonada amapola, parda
Peña, rosa carmesí,
Papagayos verdegayes
Y morados alhelís,
¿Cómo con vuestros colores
Os estáis, y no os vestis
Del color de mis tristezas?
¿Cómo no os doleis de mí,
Que soy niño y solo,
Y nunca en tal me vi,
Y me llevan preso
A Benamejí?
(*Vanse.*)

Sala en casa de Don Diego, en Granada.

ESCENA VII.

DON DIEGO, BEATRIZ.

DON DIEGO.

Beatriz, ya ves el cuidado
Que desde anoche he tenido.

BEATRIZ.

Harto, padre, me ha cabido
Dél á mí.

DON DIEGO.

Don Luis osado
A su hija anoche siguió,
Y aunque yo tras ella fui,
Ni al uno ni al otro vi,
Ni sé si la ha hallado ó no.
Dudo lo que habrá pasado,
Porque, como te conté,
Quien á él se la robó, fué
Gomez Arias, un soldado,
Que era á quien ella dejó
Muerto en el monte.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Pluguiera
Al cielo que verdad fuera;
Que ménos llorara yo!

DON DIEGO.

Está advertida de que
Le digas, si aquí volviere,
Que ruego yo que me espere.

BEATRIZ.

Yo, señor, se lo diré.
(*Vase Don Diego.*)

ESCENA VIII.

BEATRIZ.

Ya que de tantos enojos
Libres quedan mis agravios,
Salga la voz á los labios
Y salga el llanto á los ojos.
¿Qué ha pasado por mí, cielos?
El hombre que yo tenia
En mi cuarto, y quien venía
De mí á ampararse, con celos
Me mata, siendo los dos,
El quien la robó, y ella
Quien seguida de su estrella
Muerto le lloraba. ¡Ay dios
Vendado y ciego! no sé
Cómo tengo sufrimiento
A no rendirme al tormento
De tan mal pagada fe.

ESCENA IX.

GOMEZ ARIAS.— BEATRIZ.

GOMEZ. (*Ap.*)

Antes que corra la voz
Aquí de sucesos tales
(Que siempre la de los males
Suele ser la mas veloz),
A hablar me atrevo á Beatriz,
Y sin recelar el daño,
Valerme del mismo engaño,
Por si pudiese feliz
Hoy persuadirla mi intento
A que se vaya conmigo.)
Beatriz hermosa, testigo
Sea de mi sentimiento
El verme volver aquí.
Mi juicio entendí perder
Cuando vi que otra mujer
Anoche llevé, y no á tí;
Que como su voz decia:

«Mi padre me da la muerte,»
Atrevido, osado y fuerte,
Rompí las puertas. El dia
Me desengañó, y aquí
Considera mi fortuna,
¡Cuál quedaria con una
Mujer que en mi vida vi,
Cuando tenerte pensó,
Beatriz, á tí en su poder?

BEATRIZ.

¿Luego tú á aquella mujer
Nunca la habias visto?

GOMEZ.

No.

BEATRIZ.

¿Cómo no, si aquella dama
Es la hermosa Dorotea,
En quien tu aficion se emplea,
Y á quien tu voluntad ama?
De su casa la sacaste:
Si en el monte la perdiste,
Y buscándola veniste;
Si ya en fin te la llevaste,
Dime, ¿para qué es volver
A ofenderme dése modo?

GOMEZ.

Todo lo sabes, y á todo
Te quiero satisfacer.
Cuando á esa mujer amé,
Estaba de tí ofendido,
Y habiéndola aborrecido,
En el monte la dejé.
Tu padre la trajo aquí:
Es verdad que de aquí yo
La llevé anoche; mas no
Por ella, sino por tí.
Y tanto el enojo ha sido
De no ser tú, y de ser ella,
Que por no volver á vella,
A los moros la he vendido,
Porque á tus plantas estén
Joyas que su precio son.
¿Es buena satisfaccion?

BEATRIZ.

Y aun desengaño tambien;
Pues avisándome el daño
En que iba á tropezar,
De los dos quiero tomar
Solamente el desengaño.
Cadáver de amor ha sido
Esa dama, y en su estrago
Es ya tu traidor halago
Despertador de mi olvido.
Yerto, deshecho y perdido
Dentro de mí misma vi
Ese amor y honor, y así,
Mudamente me ha avisado:
Huye el verte en el estado
Tú, que me miras á mí.
No es buen modo, es desvarío
Hacer tan á costa ajena
Las finezas; que la pena
De otro es escarmiento mio.
¿Cómo dará mi albedrío
Licencias á mi deseo,
Cuando el desengaño veo
Hoy de una accion tan horrible,
De un delito tan terrible,
Tan triste, mortal y feo?
Si es su rùina un ensayo
De cuerdos avisos lleno,
Y si me ha avisado el trueno,
¿Por qué he de esperar el rayo?
Si á ese pálido desmayo,
Ceniza de amor, oí
Decirme: «Engañada fuí
De un falso amante traidor,
Cuando con padre y honor,
Como tú te ves, me vi;»
Crêrle quiero, y tu castigo
Sea tu misma locura;
Que á mí nadie me asegura
De que, si ahora te sigo,
No harás lo mismo conmigo.
Pues mi libertad poseo,
Huiré tu tirano empleo;
Que si hasta aquí pude oir,
No ha de acabar de decir:
Veráste como me veo. (*Vase.*)

GOMEZ.

Por donde pensé obligar
A Beatriz, á Beatriz, cielos,
Desobligué: bien sus celos
Supo prudente vengar.
Mas yo la sabré engañar.
Ella ¿no es altiva y vana,
Y tiene celos? Liviana
Es pues la duda en que estoy.
Yo volveré á hablarla hoy,
Y aun á venderla mañana. (*Vase.*)

—

Vista exterior de Granada.

ESCENA X.

Tocan chirimías y atabales, y salen SOLDADOS Y ACOMPAÑAMIENTO, Y DON DIEGO; *despues algunas* DAMAS, *y detras* LA REINA DOÑA ISABEL.

REINA.

Bellísima Granada,
Ciudad de tantos rayos coronada
Cuantos tus torres bellas
Saben participar de las estrellas,
Y á cuyos riscos liberal se atreve
Tu sierra altiva á convertir en nieve,
Cuando eminente sube
A ser cielo, cansada de ser nube:
Cada vez que te miro, [ro.
Grande te aclamo, si imperial te admi-
¿Qué mucho, si inmortal te considero
Heróico patrimonio de mi acero?
A tu nevada sierra
Vengo piadosamente á hacer hoy guer-
Que quiero, por ser tuya, [ra;
Que mi valor la gane, y no destruya.
Los moros que bandidos
Viven de su aspereza defendidos,
Me obligan á este empeño:
Con ellos es, que no contigo, el ceño.
Las leyes despreciando,
Que el grande, que el Católico Fernan-
Tu rey y señor mio, [do,
Les dió, ha sabido atropellar su brío.
Esta justa venganza,
De quien una tan gran parte me alcan-
A tí me trae ahora, [za,
Porque segunda vez hoy vencedora
Me vea tu campaña,
A quien riega el Genil, y el Darro baña.

DON DIEGO.

Vuelvan pues los veloces
Ecos del parche, y del metal las voces
A saludarla con sonora salva,
Dando envidia á los pájaros del alba
Su música festiva.
¡Isabel, nuestra reina, viva!

TODOS.

¡Viva!

ESCENA XI.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

[gaños
Viva tanto, que al tiempo haciendo en-
La memoria se pierda de los años,
Porque sagrado sea
Su valor, su piedad de quien desea
Ampararse de todo;
Y perdonad, señora, deste modo
Ver á un caduco, á un infeliz anciano
Arrojado á tus piés, besar tu mano.

REINA.

Alzad, alzad del suelo;
Que vuestro llanto, vuestro desconsue-
Grande suceso indicia. [lo
¿Qué pretendeis?

DON LUIS.

Pediros..

REINA.

¿Qué?

DON LUIS.

Justicia.

REINA.

Desde luego os la ofrezco.

DON LUIS.

La tierra que pisais aun no merezco
Besar.

REINA.

Pues porque empiece á consolaros,
Mas paso no he de dar sin escucharos.

DON LUIS.

Yo, señora, una hija bella
Tuve... ¡Qué bien *tuve* he dicho!
Que aunque vive, no la tengo,
Pues sin morir la he perdido.
Criéla... Pero esto es tomar
Las cosas muy de principio.
Noble soy... aunque no tengo
Necesidad de decirlo.
Cuerda, virtuosa y atenta
Creció, hasta que á turbar vino
Atencion, virtud, cordura,
El traidor aleve hechizo
De un hombre. Aqueste engañada
La sacó del poder mio,
Y... Mas ¿para qué, señora,
Con las voces lo repito,
Si mas presto y mejor, todo
Con las lágrimas lo digo?
Dejemos (que no quisiera
Con lástimas afligiros,
Pasándome fácilmente
De lastimado á prolijo)
Que la eché ménos, que vine
En su alcance, que la miro
Con otro nombre, amparada
De la casa de un amigo;
Y vamos (que hacer no quiero
Caso de aqueste delito,
Pues que tantos ejemplares
Ya le han el miedo perdido),
Y vamos, digo otra vez,
Al mayor, al mas indigno
Que pudiera imaginar,
El mas depravado juicio
De los hombres, el mas fiero,
Mas cruel y mas inicuo.
Pero ántes que lo diga,
Cómo lo sé he de deciros.
Un moro, que el interes
Le facilitó el camino
De Benamejí á Granada,
A traerme un pliego vino.
Hallóme porque traia
Mala nueva, fué preciso.
De mi hija era el pliego: en él
Me dice... Humilde os suplico
Vos le leais, porque vos
Sepais el caso dél mismo,
Excusando de una vez
Dos tormentos tan impíos
Como decirlo, y haber
En público de decirlo.
(*Toma la Reina la carta.*)

REINA.

(*Lee.*) «Padre y señor, las erradas
»Acciones nunca han tenido
»Mas disculpa, que llegar
»A confesar que lo han sido.
»Yo erré, de un hombre engañada:
»De esposo me dió al principio
»Mano y palabra; despues
»Con desprecios infinitos,
»Con engaños, con traiciones,
»La mayor que pudo hizo,
»Pues al fiero Cañerí
»Por esclava me ha vendido.
»Trata de mi libertad,
»Y dame despues castigo;
»Que no, señor, la deseo,
»Por no morir á los filos
»De tu acero, mas porqué
»En la esclavitud que vivo,
»Si no peligro en la fe,
»En la persuasion peligro.»
La gente que de Castilla,
Viene á Granada conmigo,
Y la que tiene Granada
Prevenida, al punto mismo
De Benamejí la vuelta
Marche, porque el celo mio,
Ni aun que descanse consiente;
Que esto es descanso y alivio.
¿Quién es este hombre? si es
Que es de nombre de hombre digno.

DON LUIS.

Gomez Arias es su nombre.

REINA.

Échese un bando en que digo
Que, pena de traidor, nadie
Le dé sustento ni abrigo
A Gomez Arias, un hombre
Fiero, alevoso y esquivo.
Y á cualquiera que le prenda,
Daré, habiéndole traido,
Si muerto, dos mil ducados,
Y cuatro, si le traen vivo.
Y hago homenaje á los cielos
De no quitarme el vestido
Ni entrar en poblado, hasta
Que avasallando esos riscos
Rebeldes á mi poder,
Tiranos á mi dominio,
Dé á esta mujer libertad,
Para que digan los siglos,
Si hubo una mujer burlada,
Que otra que la vengue ha habido.

(*Vanse.*)

—

Jardin en Benamejí al extremo de la villa.

ESCENA XII.

CAÑERÍ, MOROS; DOROTEA Y GINES, *vestidos de esclavos.*

CAÑERÍ.

Por no parecerte en todo,
Monstruo tan cruel y esquivo,
Que no merezca de humano
Tener el nombre, he querido
Este tiempo que aquí estás,
Bella cristiana, conmigo,
Afectar los sobresaltos
De verme, con los cariños
De escucharme, porque es vil
El amor que conseguido
Por fuerza, quita á su dueño
El merecer por sí mismo.
Tan finamente te adoro,
Que hasta saber si te obligo
Cortés y amante á que dejes
Tu ley y cases conmigo,
No he querido á tu hermosura
Perder el respeto digno
A esos soles que idolatro,
De amor atezado indio.

DOROTEA.

Ese cortés rendimiento,
Tanto, africano, te estimo,
Que no me ofrezco á pagarle
Con engaños; y así, digo
Que si mil vidas tuviera,
Fueran poco desperdicio
De tu acero, en la defensa
De mi fe y del honor mio.

CAÑERÍ.

No me quites está sola
Esperanza con que vivo.

DOROTEA.

No me hables tú en ella, pues
Has de oir siempre esto mismo.

CAÑERÍ.

Bien me aconsejas: y así,
Divertirla solicito.—
A los músicos mandad (*A los moros.*)
Que canten desde aquel sitio
Retirados, y que sea
De amor.

GINES.

Excusado ha sido
Mandarles eso; que amor
Siempre es todo su canticio.

CAÑERÍ.

Tú, cristiano, que por ser
Criado de mi bien, te libro
De la cadena ó la muerte,
¿Cómo te hallas conmigo?

GINES.

Malditamente, señor.

CAÑERÍ.

¿Maltrátante en mi servicio?

GINES.

Muchísimo.

CAÑERÍ.

¿Cómo?

GINES.

Como
No me dan gota de vino,
Ni he visto torrezno en cuanto
Tiempo há, señor, que te sirvo;
Y no puede haber holgura
Donde no hay vino y tocino.

CAÑERÍ.

¿Por qué, dime, aquel cristiano
Vendió á los dos?

GINES.

Por capricho.
Mas ya la música suena.

CAÑERÍ.

Oye la cancion, bien mio.

DOROTEA. (*Ap.*)

¿Si habrá mi padre ¡ay de mí!
Ya la carta recibido?

ESCENA XIII.

MÚSICOS Y GENTE, *dentro.*—DOROTEA, CAÑERÍ, GINES.

MÚSICA.

Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niña y sola,
Y nunca en tal me vi.

(*Llora Dorotea.*)

DOROTEA.

¿Ya anda en canciones mi historia?

CAÑERÍ.

¡Mal haya acento que ha sido
Con sus voces ocasion
De despertar tus suspiros!—
Callad, callad.

DOROTEA.

No, señor:
Que prosigan te suplico;
Que si oirlo es sentimiento,
Por sentir mas, quiero oirlo.

(*Cajas dentro.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

CAÑERÍ.

¿Qué estruendo de armas, qué ruido
Es este? Mas ¿qué pregunto,
Cuando ya desde aquí miro,
De castellanas escuadras
Irse poblando los riscos,
Que coronados de plumas,
Son Olimpos sobre Olimpos?
Al muro, alarbes, al muro
Salid; que por muchos lidio,
Pues lidio por mí y por esta
Hermosura á quien me rindo.

(*Vanse Cañerí y los moros.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Cajas.*)

ESCENA XIV.

DOROTEA, GINES.

DOROTEA.

Al cielo gracias,
Hados, que os mostrais benignos.
Dame tu aliento, fortuna,
Esfuerzo, valor y brio,
Para que siendo de todos
Los cristianos hoy caudillo,
Que en esas mazmorras yacen
Sepultados, aunque vivos,
Pueda divertir las fuerzas
Destos alarbes bandidos.—
Toma armas, Gines.

GINES.

Yo nunca
Tomo, que es bellaco vicio,
Sino solamente aquello
Que me dan.

DOROTEA.

Vénte conmigo.
Feliz me haga Marte, pues
Vénus infeliz me hizo. (*Vase.*)

ESCENA XV.

GINES; *despues*, DOROTEA.

GINES.

¿Yo ir? ¿No es mejor quedarme
Haciendo este silogismo?
Si los cristianos vencieren,
Yo por cristiano me libro;
Y si vencieren los moros,
Viendo que yo no me incito
Contra ellos, me darán
Despues premio y no castigo.
Luego á ganar, no á perder
Voy estándome quedito,
Y de camino me ahorro
Algun desmandado tiro,
Que sin estar convidado,
Me lleve á cenar con Cristo.
Cepos quedos; que van dando.

DOROTEA. (*Dentro.*)

Vuestra libertad, cautivos,
Os va en que tomeis las armas.

GINES.

Hagan bien para sí mismos,
Hermanos presos.— ¡Oh cómo
Con mis voces los animo,
Pues ya rompiendo las puertas,
Las cadenas y los grillos,
Hacen matanza en los moros,
Comuneros de poquito!

(*Dentro las cajas.*)

ESCENA XVI.

DON LUIS, CAÑERI Y DOROTEA, *dentro.* — GINES.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Yo he de ser el que primero
Ponga sobre el obelisco
Bárbaro destos peñascos
Las plantas.

CAÑERÍ. (*Dentro.*)

Habiendo sido
Yo quien le defiende, ¿cómo
Has de entrar?

GINES.

¡Por Jesucristo,
Que hay cristianos ya en el muro,
Y que entran al tiempo mismo,
Cristianos ya por las puertas!
Ahora sí que yo me animo.—
¡A ellos! ¡Mueran los perros! (*Vase.*)

DOROTEA. (*Dentro.*)

Pues tenemos el rastrillo,
Abrámosle.— Entrad, cristianos.

(*La caja y clarin tocan siempre.*)

ESCENA XVII.

LA REINA, DOROTEA, GINES Y LOS SOLDADOS. *Caen desde lo alto, abrazados,* EL CAÑERÍ Y DON LUIS.

CAÑERÍ.

¡Santo Alá!

DON LUIS.

¡Cielos divinos!

CAÑERÍ.

¿Quién eres, cristiano Cid,
Que á mi rendirme has podido?

DON LUIS.

Soy un rayo desatado
Desta esfera de mi mismo.

REINA.

¿Quién eres, cristiana, á quien
Esta victoria he debido?

DOROTEA.

Una infelice dichosa,
Pues á tus plantas me humillo.

REINA.

¿Eres tú la que vendió
Gomez Arias atrevido?

DOROTEA.

Antes que diga yo el sí,
Mi vergüenza te lo ha dicho.

DON LUIS.

Invicta Reina, á tus plantas
Hoy el Cañerí te rindo.

REINA.

Yo á tus brazos restituyo
Libre á tu hija, advertido,
Que debajo de mi amparo..

DON LUIS.

Triste y alegre te miro.

REINA.

Tú, bárbaro, rebelado
A mis preceptos, que píos
Por vasallo te admitieron,
Hoy morirás, en castigo
De aquestas comunidades,
Que osado has introducido.

CAÑERÍ.

Yo te excusaré, señora,
La venganza á mis delitos,
Pues no sé si las heridas
O el temor de haberte visto,
Me dan la muerte. A tus plantas
Rabiando y gimiendo espiro.

(*Cae muerto.*)

REINA.

Quitad ese tantas veces
Funesto cadáver frio,
De mis ojos, y á los cielos

(*Suena ruido dentro.*)

Darémos... Pero ¿qué ruido
Es aqueste?

DON FÉLIX.

Unos villanos,
De tanto interes movidos,
A Gomez Arias traen preso,
Y siguiéndote han venido
Hasta aquí.

ESCENA XVIII.

VILLANOS, *que sacan preso á* GOMEZ ARIAS. — DICHOS.

REINA.

¿Quién de vosotros
Gomez Arias es?

GOMEZ.

Yo he sido
El que fieramente loco
Cometí tantos delitos.

REINA.

(*Ap.* Sea este de mi justicia
Ahora el primer indicio;
Que en restaurando su honor,
Llega mejor mi castigo.)
Dale de esposo la mano
A esa mujer.

GOMEZ.

Y rendido
A sus piés que me perdone,
Humildemente la pido.

DOROTEA.

Yo lo hago, y con la mano
El alma te doy.

GINES. (*Ap.*)

Por Cristo,
Que si este se sale solo
Con casarse por castigo,
Que desde mañana vendo
Cuantas hallare.

REINA.

Ya has visto
De tu hija el honor, Don Luis,
Vengado y restituido.

DON LUIS.

Son dádivas de tu mano.
Ya os abrazo como á hijos.

REINA.

Aguarda; que si los dos
Estábamos ofendidos,
Tú estás vengado, y yo no

GINES.

Ni yo tampoco, que he sido
El criado que vendió.

REINA.

A ese hombre al punto mismo
Un verdugo corte el cuello,
Y su cabeza en el sitio
Que á su esposa vendió, quede
En una escarpia.

GOMEZ.

Rendido
A tus piés...

REINA.

Ea, llevadle.

GINES.

Deso yo seré ministro.
Juro á Dios, que habeis de ir
A ahorcar, pues habeis sido
Júdas de amor, que besais
Y vendeis.

GOMEZ.

¡Cielos divinos!
Pague mi culpa mi pena.

(*Llévanle.*)

DOROTEA.

Gran señora, si yo he sido
La parte, yo le perdono.
Perdónale, te suplico.

REINA.

En cualquier delito el Rey
Es todo. Si parte has sido
Tú, y le perdonas, yo no;
Porque no quede á los siglos
La puerta abierta al perdon
De semejantes delitos.

DON DIEGO.

Nuestros tratados conciertos,
Don Juan, en habiendo ido
A Granada, tendrán fin.

DON FÉLIX.

Y téngale á un tiempo mismo
La Niña de Gomez Arias.

GINES.

Que perdoneis os suplico
Sus errores, y nos deis
De piedad siquiera un victor.

NADIE FIE SU SECRETO.

PERSONAS.

ALEJANDRO, *príncipe de Parma*.
DON CÉSAR.
DON ARIAS.
DON FÉLIX DE CASTELVÍ.
LÁZARO, *criado*.
DOÑA ANA DE CASTELVÍ.
NÍSIDA, *dama*.
ELVIRA, *criada*.
UN MÚSICO.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Parma.

JORNADA PRIMERA.

Salon del palacio del Príncipe.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO, DON ARIAS.

ALEJANDRO.

Vila al dejar la carroza,
Y haciendo su estribo oriente,
O fuèron los soles dos,
O el uno alumbró dos veces.
¿Nunca has visto errante al viento
Preñada nube encenderse,
Y parto de luz un rayo
Hacer giros diferentes,
Que amenazando soberbios
La torre mas eminente,
La mas levantada punta
Ambiciosos desvanecen?
Tal es el rayo de amor,
Con llama dulce, aunque ardiente:
Por tocar lo mas supremo,
Deja el cuerpo, el alma enciende.
Yo, que desde el corredor
La miré, confusamente
Vi engendrar rayos de fuego
En una esfera de nieve,
Y confuso entre dos luces
De dos soles diferentes,
Al mas superior entónces,
Le tuve por ménos fuerte.
Entró Doña Ana en palacio,
Que á ver á mi hermana viene,
Con mas donaires que nunca,
Tan hermosa como siempre.
Seguí su luz con la vista,
Notando curiosamente
Que si el hombre es breve mundo,
La mujer es cielo breve.
Al fin se puso á mis ojos,
Y yo quedé como suele
Temeroso caminante,
Que el camino en el sol pierde.
Mas no quedé tan ajeno
Del suyo, que no creyese
(Tal fué la imaginacion)
Que la adoraba presente;
Porque pintor el deseo
Dió á la memoria pinceles,
Al pensamiento colores,
Con que desmintió lo ausente.
No sé si es amor, Don Arias,
Este fuego que me ofende;
Mas tiene mucho de amor
El que tanto lo parece.

DON ARIAS.

¿Nunca la habias visto?

ALEJANDRO.

Sí.

DON ARIAS.

Pues ¿de qué, señor, procede
Esa novedad?

ALEJANDRO.

Preguntas
Bien, aunque ignorantemente.
¿Tú no sabes que en el mundo
Un átomo no se mueve
Sin particular precepto
Que rigen causas celestes?
Lo que ayer se aborrecia,
Hoy con extremo se quiere;
Y hoy una cosa se adora,
Que mañana se aborrece.
Todo vive en la mudanza;
Y así, Don Arias, sucede
Lo que se trata, conforme
La disposicion que tiene.
Otras veces la habia visto;
Pero que hoy estuve, advierte,
Ménos ciego, ó ella estaba
Mas hermosa que otras veces.
Yo he de servirla, y de tí
He de fiar solamente
Este amor y este secreto.

DON ARIAS.

Dos novedades me ofreces
A un tiempo: la una es
El verte hablar tiernamente
En cosas de amor...

ALEJANDRO.

No son
Iguales los hombres siempre,
Ni es de un príncipe defecto
Amar tan honestamente;
Que quien una vez no amó,
Nombre de incapaz merece.
Ni tan necio (dijo un sabio
A un hombre), que no quisiese
Alguna vez; ni tan loco,
Que haya querido dos veces.

DON ARIAS.

Es la otra que conmigo
Trates tu amor; y aunque excede
Esta honra á mi esperanza,
Lo que me obliga me ofende.
Don César tu secretario,
De quien fias dignamente
El gobierno de tu Estado,
Y á quien con extremo quieres,
Es mi amigo; y no es razon,
Señor, que en tu gracia deje
Desocupado lugar,
Pues él solo le merece.
Llámale y dile tu amor,
Y hoy á tu gracia le vuelve;
Que no es razon que se diga
Que yo gano lo que él pierde.
Mi amistad paga con esto
Lo que á mi nobleza debe;
Pero aunque ofenda á un amigo,
Será fuerza obedecerte.

ALEJANDRO.

Don Arias, á César quiero
Con los extremos que siempre
Le he querido; y si es tu amigo,
Honrarte no es ofenderle.
Juntos nos hemos criado,
Fiándonos de una suerte
En las penas los disgustos,
En las glorias los placeres.
Hícele mi secretario,
Dile mi pecho, fiéle
El alma misma, por ser
Discreto, sabio y prudente.
De unos dias á esta parte
No sé qué trata ó qué tiene,
Que ni á mi servicio acude
Ni despacha mis papeles.
Mil veces en mi presencia,
Si le hablo, se divierte;
Sin propósito responde,
Y hablándome se suspende.
Y ya que tratamos desto...
Su mayor amigo eres:
De mi parte y de la tuya
Procura saber qué tiene.
Dile que de mis estados
Disponga, pues solo puede,
Como absoluto señor,
Dar preceptos, poner leyes;
Y dile, al fin, lo que el alma
Verle tan ajeno teme,
Porque sabiendo la causa,
O la sienta ó la remedie.

DON ARIAS.

No en vano te llama el mundo
Alejandro dignamente,
Pues á quien el nombre igualas,
Las alabanzas excedes.

ESCENA II.

LÁZARO. — ALEJANDRO, DON ARIAS.

LÁZARO. (*Para sí.*)

A César traigo un papel,
Y no le hallo: claras pruebas
De mi desdicha cruel;
Que á traerle malas nuevas,
Luego encontrara con él.
Hoy que esperé galardon,
No le he de hallar, cosa clara;
Mas cuando las nuevas son
Albricias de mala cara,
Presagios de un mojicon,
Luego al instante le hallo.
Pues, por Dios, que he de buscallo,
Aunque entre...

ALEJANDRO.

¿Quién está allí?

LÁZARO. (*Ap.*)

El Príncipe me vió: aquí
Escondo el papel, y callo.

ALEJANDRO.

¿Quién dices que es?

DON ARIAS.

Un criado
De César, que acaso ha entrado
Hasta aquí, y como te vió,
Luego, señor, se volvió.

ALEJANDRO.

Llámale, porque he pensado
Que este me declare aquí
De su señor la tristeza.

DON ARIAS.

Dices bien.— Lázaro.

LÁZARO.

¿A mí?

DON ARIAS.

A tí te llama su Alteza.

ALEJANDRO.

Llegad.

LÁZARO.

Bien estoy así;
Aunque si mi dicha es
Tal, que merezco llegar
A besar tus reales piés,
No me hartaré de besar
Cordobanes en un mes.
Buscando á César (perdona
Si te ofendo), hoy he llegado
A tus piés.

DON ARIAS.

Su humor le abona.

ALEJANDRO.

¿Sirvesle?

LÁZARO.

Soy su criado
Y tu tercera persona.

ALEJANDRO.

¿Cómo tercera?

LÁZARO.

¿Pues no?
César contigo privó,
Yo con César, por mi trato:
Luego es nuestro triunvirato
César, Alejandro y yo.

ALEJANDRO.

Tu humor conozco.

LÁZARO. (*Yéndose.*)

Eso ha sido
Despejar.

ALEJANDRO.

¿Por qué te vas?

LÁZARO.

Porque si me has conocido,
Señor, no me comprarás,
Y yo estoy como vendido.
Entretenerme no quieras,
Porque si bien consideras
Mi condicion por su indicio,
Há mucho rato que en juicio
Estoy condenado á véras.

ALEJANDRO.

Tu gusto alabo, y condeno
El que tan continuo sea;
Que el que de donaires lleno,
Siempre de burlas se emplea,
No es para las véras bueno.
Saber de César querria
La causa y el fundamento
De tanta melancolía,
Que como suya la siento,
Y la lloro como mia;
Pero fué contrario efeto
El que he venido á mirar;
Que aunque seas mas discreto,
Es necio quien piensa hallar
Entre burlas un secreto.

LÁZARO.

Antes por sacarle dellas,
Hace bien si allí se ofusca;
Y mal por necio atropellas
Al que en las burlas le busca,
Sino al que le pone en ellas.
Y pues César ha mostrado
Discrecion, no hay presumir
Que á mí me le habrá fiado;
Mas con todo, por cumplir
La obligacion de criado
(Que de un sirviente hablador
Es el precepto mayor
Entre todos los demas,
El cuarto, «no callarás
Defecto de tu señor»),
Te diré lo que he alcanzado
En lo que yo he discurrido
De su pena y su cuidado,
Mucho ménos que sabido
Y algo mas que murmurado.
De España vino con nombre,
Opinion, noticia y fama,
A Parma (esto no te asombre).
Cierto juego que se llama,
Señor, el juego del hombre.
César el juego aprendió,
Y un dia que le jugó,
Teniendo basto, malilla,
Punto cierto y espadilla,
La tal polla remetió.
Acabando de perder,
Hubo voces; y el senado
Miron tuvo en que entender
Si fué bien ó mal jugado,
Si pudo ó no pudo ser.
Con esto nos fuimos luego,
Y estando durmiendo yo
En mi casa y mi sosiego,
Desnudo se levantó,
Dando y tomando en el juego.
Y habiéndome despertado,
Cuanto encendido resuelto,
Me dijó muy enojado:
«Si aquella baza le suelto,
Reparto y quedo baldado;
Luego le atravieso yo,
Y con cuatro tengo hartas,
Y hago tenaza; ó si no,
Vuélvanme mis nueve cartas,
Y venga el que lo inventó.»
De aquí sin duda ha nacido
Su tristeza.

ALEJANDRO.

Yo me he holgado
De haberla de tí sabido,
Pues con eso has castigado
La culpa de haberte oido.
No quiero creer que fuera
Tan necio César que á tí
Su secreto te dijera,
Pues hoy me pesara á mí,
Cuando de tí lo supiera;
Que tu condicion extraña
Claramente desengaña
Que es para burlas ociosas
No mas.

LÁZARO.

Como desas cosas
Vienen cada dia de España.
Dios te guarde; y yo prometo,
Con la ocasion que me has dado,
De buscarte mas discreto.
(*Ap.* Bien las burlas me han librado
De descubrir el secreto.) (*Vase.*)

ESCENA III.

ALEJANDRO, DON ARIAS.

ALEJANDRO.

¡Notable hombre! Si estuviera
Con mas gusto, le tuviera
En oirle.

DON ARIAS.

Pues si á tí
Te agrada, siempre está así;
Que es hombre desta manera.
En su vida estuvo triste.

ALEJANDRO.

No será muy entendido;
Que en saber sentir consiste
Parte del alma.

DON ARIAS.

Ha nacido
Desta suerte. ¿Nunca oiste
Sus cuentos?

ALEJANDRO.

Nunca llegó
A mi noticia.

DON ARIAS.

Pues yo
Sé que si aquí te contara
Alguno, que te agradara.

ALEJANDRO.

¿De qué manera?

DON ARIAS.

Perdió
Conmigo el dinero un dia,
Y yo le empecé á jugar
Sobre prendas que traia,
Y en fin, le vine á ganar
La espada que se ceñia.
No quise entónces volvella,
Por ver lo que hacia sin ella;
Y él buscó sin dilacion
Una vieja guarnicion,
Y poniendo un palo en ella,
Le metió en la vaina: así
La trae hoy dia.

ALEJANDRO.

Yo espero
Burlarme dél... ¡Ay de mí!
Mal con burlas vencer quiero
El fuego en que me encendí.
Vé á hablar á César, allana
Tristezas de agravios llenas;
Que yo estaré con mi hermana,
Sintiendo de César penas
Y rigores de Doña Ana.
Iré á ver los rayos rojos,
Testigos de mis enojos;
Que si tengo de morir
Ausente, mas vale ir
Donde me maten sus ojos.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

DON CÉSAR, LÁZARO.

LÁZARO. (*Dándole un papel.*)

Toma, señor, el papel;
Que hoy Elvira me llamó,
Y para tí me le dió.

DON CÉSAR.

¿Y ahora vienes con él?

LÁZARO.

¡Vive Dios, que te he buscado
Hasta entrar, por ver si hablabas
Al Príncipe!

DON CÉSAR.

¿Y no me hallabas?

LÁZARO.

¿Qué quieres? Soy desdichado.

DON CÉSAR.

Pues no ha habido hombre que pase
A hablarle, que no me pida
Licencia.

LÁZARO.

En toda mi vida
Hallé cosa que buscase.
Toma, señor, el papel;
Y si su gusto codicias,
No perdono mis albricias.

DON CÉSAR.

¡Ay cielos! ¿Qué dirá en él?

LÁZARO.

Necedad de aquel que va,
Cuando el reloj está dando,
Con gran prisa preguntando:
«¿Sabe usted las cuántas da?»
Cuenta, y no preguntarás
Lo que tú puedes saber;
Y puesto que sabes lêr,
Abre el papel, y verás
Lo que dice.

DON CÉSAR.

Estoy cobarde.
Tarde me trajiste el bien.

LÁZARO.

Pues véngate tú tambien:
Dame las albricias tarde.

DON CÉSAR.

Pónte, Lázaro, el vestido
Que hice para la jornada
De Florencia.

LÁZARO.

Eso me agrada.
Mil veces los piés te pido.

DON CÉSAR.

Lázaro, en el bien que toco,
Con causa el sentido pierdo:
Hoy debo de estar muy cuerdo,
Pues confieso que estoy loco.
¿Doña Ana me escribe á mí
Tierna, alegre y amorosa?
¡Hay suerte mas venturosa!
¿Cuándo tal bien mereci?
El pecho romper quisiera,
Porque en su oculto lugar,
Siendo el corazon altar,
El papel la imágen fuera.
¿Dónde pondré este papel?

LÁZARO.

Puesto que eso te alborota,
Si está la soleta rota,
Cálzate, señor, con él.
Un tiempo, con tener fama
Que era de las mas discretas,
Me sirvieron de soletas
Los papeles de mi dama.
Mas ¿sabes qué considero?
Que aunque el vestido es cabal,
Parecerá un hombre mal,
Si no lleva algo en dinero.

DON CÉSAR.

Lázaro, á darte me obligo
Cuanto me pidieres hoy;
La espada no te la doy,
Porque me la dió un amigo.

LÁZARO. (*Ap.*)

El sin duda á saber llega
Que es de palo aquesta espada,
Pues cuando no niega nada,
La espada sola me niega.

ESCENA V.

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS.

Como agraviado, quejoso,
Don César, buscándôs vengo:
Agravios son de amor mio
Y quejas de amigo vuestro.
Hoy el príncipe de Parma,
Hoy Alejandro Farnesio,
Segundo solo en el nombre
Y en las grandezas primero,
Me llamó para saber
Vuestra tristeza, diciendo
Que solo yo la sabia,
Por ser alma en vuestro pecho.
Corrido entónces quedé
De ver que en su pensamiento
Merezca este nombre, cuando
Tan poco con vos merezco.
De su parte y de la mia
Vengo á hablaros; y así quiero
Deciros como criado
Su recado: estadme atento.
Dice el príncipe Alejandro
Que si á vuestro sentimiento
De sus estados importa
El mando todo, que en ellos
Como su señor mandeis,
Que dispongais como dueño,
Pues en vuestras manos deja
Su poder y su gobierno.
Hasta aquí dice Alejandro,
Y yo de mi parte empiezo,
No á ofreceros sus grandezas,
Sino un ánimo dispuesto
A vuestro servicio siempre:
Merezcan pues mis deseos,
Para sentirlos en todo,
Parte en vuestros sentimientos.
Quejoso el Príncipe vive
De vuestro descuido, y temos
Que servicios en señores
Son máquinas en el viento:
Cuanto aseguran mil años,
Borra un minuto de tiempo;
Que es sola una culpa olvido
A muchos merecimientos.
Divertíos, alegráos,
Ensanchad, César, el pecho,
Y aunque el corazon se abrase,
Finjan los ojos contento.
Como amigo os lo suplico,
Como criado os lo ruego,
Como leal os persuado,
Como noble os aconsejo.

DON CÉSAR.

Beso á su Alteza los piés,
Y á vos las manos os beso,
Pues debo á vuestra amistad
Lo que á sus grandezas debo;
Y agradecido á los dos
Iré á los dos respondiendo.
Diréis pues al poderoso
Alejandro...

LÁZARO. (*Ap.*)

¿Qué es aquesto?
¡Por poderoso Alejandro
Empieza! Ruego á los cielos
Que alguna loa no eche
Con su historia y con su cuento.

DON CÉSAR.

Que el cielo su vida aumente
Por tantos siglos eternos,
Que al número de los años
Pierda la memoria el tiempo;
Que mi tristeza no es causa
Para que en un pensamiento
Falte á su gusto rendido,
A su obediencia sujeto.
Una gran melancolía
Opone al alma estos medios,
Si oculta siempre en la causa,
Manifiesta en los efectos.
Mis estudios lo habrán sido:
Tanto en ellos me divierto,
Que para darme á los libros,
A su presencia me niego.
Esto le podeis decir,
Disculpando nobles yerros,
Que para solas ausencias
Amigos se introdujeron.
Y respondiéndôs á vos,
Porque veais que agradezco
El cuidado, he de fiaros
Lo que guardé de mí mesmo.
Mas no lo agradezcais mucho,
Porque habeis llegado á tiempo,
Que aunque quisiera encubrirlo,
Os lo dijera el contento.
¡Ay, Don Arias! no os espante
Verme en un instante haciendo
Extremos, alegre ó triste;
Que el amor todo es extremos.
Quiero deciros la causa...
Mas si os he dicho que *quiero*,
Ni vos teneis que escucharme,
Ni yo que deciros tengo.
Bien veréis que esto es amor;
Y si es mucho, bien lo muestro,
Pues presente no lo digo,
Cuando ausente lo confieso.
Puse en un cielo los ojos:
Disculpado atrevimiento;
Que quien glorias busca, solo
Pudiera aspirar al cielo.
En fin, la dije mis penas;
Que aunque no consiga efecto,
El intentar grandes cosas
Arguye merecimientos.
No os enfadeis si me alargo
En contaros mis sucesos;
Que vos me dais ocasion
Con oirme tan atento.
Respondióme con oirme;
Que en tan arrogante empleo
Bastó, sin gozar favores,
El no padecer desprecios.
Dos años há que la sirvo,
Sin que en todo aqueste tiempo
Perdiese al sol de su honor
Un átomo de respeto.
Amor, del llanto ofendido,
Si no obligado del ruego,
Con no merecidas glorias
Coronó mis pensamientos.
Hoy tuve suyo un papel;
Que nada encubriros puedo;
Que contentos repetidos
Son duplicados contentos.
Este fué el primer favor,
Y yo el amante primero
Que mereció por humilde
Lo que intentó por soberbio.
Diréis que encarezco mucho
Lo que tan poco encarezco;
Mas vos me disculparéis
Cuando sepais el sugeto.
Al decir quién es me turbo;
Mas poco en esto la ofendo;
Y mas estando advertido
Que aspiro á su casamiento.
Mirad, Don Arias, que os fio
Mucho, y que no soy de aquellos
Que por alabarse venden
A pregones sus secretos;
Que á saber en qué consiste
De una mujer la honra, creo
Que hiciera sus mismas lenguas
Mordazas de su silencio.
Discreto sois: en vos pongo
El alma misma, advirtiendo

Que á querer yo que supiera
Alejandro mis intentos,
Pues dos recados trajisteis,
Y á entrambos voy respondiendo,
Aquesta respuesta os diera
En el recado primero.
Doña Ana de Castelví
(Ya he dicho quién es, ya puedo
Aun mas allá del discurso
Pasar encarecimientos)
Es quien me tiene en su amor
De mí mismo tan ajeno,
Que no siento lo que digo,
Aunque digo lo que siento.
No fué tanta mi tristeza,
Como mi divertimiento,
Porque en su amor solo vivo,
Y solo en sus gustos pienso.
No diga que quiere bien
Quien libre, alegre y contento
Piensa ó habla en otra cosa;
Que amor es del alma dueño.
Y yo que de véras amo,
Por pensar en sus extremos
Quisiera pasar á siglos
Las breves horas del sueño.
Mucho he dicho y mucho callo,
Y ahora solo pretendo
Que leais este papel,
Para obligaros de nuevo
A que sintais mis pesares,
A que goceis mis deseos,
A que celebreis mis glorias,
A que alabeis mis intentos,
Y á que el secreto paseis
Desde los labios al pecho;
Que de la boca al oido
Está á peligro un secreto.

DON ARIAS.

Con causa contento os veo.

DON CÉSAR.

Pues tomad, léd el papel,
Veréis mi ventura en él.

DON ARIAS.

Por vuestro gusto le leo.
(*Lee.*) «Ya el confesarme querida,
»Es empezar á querer;
»Que es favor en la mujer
»El estar agradecida.
»Mas no es favor lisonjero
»Lo temeroso que estás,
»Pues sabe el Amor, que mas
»Que tú me estimas, te quiero.
»Si acaso por encubrillo,
»Amor venganza ha buscado,
»Bastame el haber pasado
»La vergüenza de decillo.
»Vén en pasando la tarde
»A la calle, y te diré
»Lo que apénas sentir sé.—
»A Dios, mi bien, que te guarde.»
Vos estáis bien empleado.

DON CÉSAR.

Al Príncipe le diréis
La otra respuesta; y si haceis
Que yo quede disculpado,
Le veré.

DON ARIAS.

Que he de serviros,
Tened por cierto.

DON CÉSAR.

Lucero,
Que amante fuiste primero,
Muévante tantos suspiros:
Corre con curso violento;
Que yo sé que adelantaras
El ocaso, si llevaras
A Dafne en tu pensamiento.
(*Vanse Don César y Lázaro.*)

ESCENA VI.

DON ARIAS.

De dos secretos cargado,
Aunque uno mismo en rigor,
Obligado de un señor,
Y de un amigo obligado,
Me hallo; y en tantos disgustos
No sé cuál á cuál prefiere:
¡Mal haya el necio que muere
Por saber ajenos gustos!
Si á César el amor digo
Del Príncipe, sus desvelos
Le han de dar celos; y celos
No se han de dar á un amigo.
Pues si al Príncipe el afeto
Digo de César, no sé
Si lo acierto, pues la fe
Rompo á César del secreto.
Si callo la voluntad
Del uno al otro, en rigor
Soy á la lealtad traidor
O traidor á la amistad.
Hoy del Príncipe ha nacido
El amor; y aunque el cuidado
Esté tan enamorado,
No está tan favorecido.
El á César quiere bien;
Y si su amor le encarezco
Y sus favores, me ofrezco
A que sus manos le dén
La prenda; que un desengaño
Con tiempo hace tal efeto;
Y yo no falto al secreto
Por remediar mayor daño.
Confusas máquinas son
Estas que dudoso sigo,
Porque, ignorando, un amigo
Mata con buena intencion. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ALEJANDRO, DON FÉLIX, DOÑA ANA, Y ACOMPAÑAMIENTO. — DON ARIAS.

ALEJANDRO.

Licencia me habeis de dar.

DOÑA ANA.

Vuestra Alteza no esté así,
O no pasaré de aquí.

ALEJANDRO.

Yo os tengo de acompañar,
Hasta que el cuarto dejeis
De mi hermana.

DOÑA ANA.

No haga eso
Vuestra Alteza; que es exceso
De mercedes.

ALEJANDRO.

¿Pues no veis
Que es justa obligacion mia,
Debida por ser mujer,
Y que en mí no puede ser
Exceso la cortesía?

DOÑA ANA.

Muy bien la que habeis tenido,
Vuestro heróico pecho muestra:
Ved que soy criada vuestra;
Y así, como tal os pido
Que mitigueis los enojos
De tan dulce resplandor;
Que como sois sol de honor,
Me vais cegando los ojos.

ALEJANDRO.

Mal de mis rayos infiero
Ese luciente arrebol;
Que voy delante del sol,
Por blasonar de lucero.
Mas porque no me acobarde
El fuego que en vos se ve,
Por fuerza me quedaré.
Guárdeos Dios.

DOÑA ANA.

El cielo os guarde.
(*Vase con el acompañamiento.*)

ALEJANDRO.

Don Felix, ¿no acompañais
A vuestra hermana?

DON FÉLIX.

Señor,
Agradecido al favor
Con que á los dos nos honrais,
A vuestros piés he quedado,
Como criado, rendido,
Como leal, reconocido,
Y como noble, obligado.
Esa vida el cielo aumente
Tanto, que sea en su gloria
Testigo á vuestra memoria
El olvido solamente.
La fama con vos ufana,
Dilatada por los vientos...

ALEJANDRO.

Dejad encarecimientos,
Y acompañad vuestra hermana
En mi nombre.
(*Vase Don Félix.*)

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, DON ARIAS.

ALEJANDRO.

¡Hay mas enojos,
Que escuchar inadvertido
Lisonjas para el oido,
Negándolas á los ojos!—
(*Llega Don Arias al Príncipe.*)
Don Arias, ¿qué hay de nuevo? ¿Viste á [César?

DON ARIAS.

A César vi y hablé; pero primero
Que sepas su respuesta, saber quiero
El término de amor á que has llegado.

ALEJANDRO.

Tienen mi pensamiento,
Triste César, Doña Ana enamorado,
Y con un sentimiento,
No sé cuál de los dos es lo que siento.
Entré galan al cuarto de mi hermana,
Y con ella y sus damas vi á Doña Ana:
Vi en un jardin de amores,
Que presidia entre comunes flores
La rosa hermosa y bella...
Mal digo; que si bien lo considero,
Yo vi entre muchas rosas una estrella,
O entre muchas estrellas un lucero;
Y si mejor en su deidad reparo,
Prestando á los demas sus arreboles,
Entre muchos luceros vi un sol claro,
Y al fin vi un cielo para muchos soles;
Y tanto su beldad les excedia,
Que en muchos cielos hubo solo un dia.
Hablando estuve, en ella divertidos
Los ojos, cuanto atentos los oidos,
Porque mostraba, en todo milagrosa,
Cuerda belleza en discrecion hermo- [sa.
Despidióse en efecto: si fué breve
La tarde, amor lo diga, que quisiera
Que un siglo entero cada instante fue- [ra,
Y aun no fuera bastante,
Pues aunque fuera siglo, fuera instan- [te.
La salí acompañando cortesmente,
Y aquí basta decirte [sente.
Que muero amante y que padezco au-

DON ARIAS.

Segun eso, imposible es persuadirte
Que olvides ese amor.

ALEJANDRO.

Hoy ha nacido,
Y á mas correspondencia pone olvido
El alma, si previene mayor daño.

DON ARIAS.

Pues á tiempo llegó mi desengaño.
Señor, si á César quieres, no la quieras,
Y básteme decir que si pretendes
A Doña Ana, es á César al que ofendes.

ALEJANDRO.

Don Arias, cuando alguna cosa digas
A quien no la pregunta, ya te obligas
A no dejar la plática empezada:
Dímelo todo, ó no dijeras nada. [ta;
¿Quiere á Doña Ana César? Poco impor-
Que César es mi amigo, y si me hallara
Muy prendado, por César la olvidara.
Prosigue pues, ¿qué temes?

DON ARIAS.

Que indiscreto,
Faltó á la fe jurada de un secreto.

ALEJANDRO.

Pues si callar debías,
¿Para qué los principios me decías?

DON ARIAS.

Yo tu quietud pretendo.
(*Ap.* Perdona, César, si el secreto ofen-
Señor, ellos se quieren. [do.)

ALEJANDRO.

¿Cómo es eso?
¡Luego Doña Ana sabe (pierdo el seso)
Que Don César la quiere?

DON ARIAS.

Y amorosa
Le corresponde.

ALEJANDRO.

¡Ay suerte rigurosa!
¿Quién se ha visto dudoso,
Triste y desesperado,
Antes desengañado que celoso,
Y celoso ¡ay de mí! que enamorado?
Si César la quisiera,
La dejara, y sus celos no sintiera;
Mas que ella quiera á César, son mas
[daños;
Que apadrinan los celos desengaños.
Pero si ellos se quieren, no se diga
De mí que amor me obliga,
Ofendido y celoso,
A amar ingrato y á querer quejoso.

DON ARIAS. (*Ap.*)

Ahora encareciendo
Sus favores, pretendo
Que del todo la olvide.

ALEJANDRO.

En mí el amor con el valor se mide.
En efecto ¿se quieren?

DON ARIAS.

Y yo he visto
Hoy un papel...

ALEJANDRO.

¡Mal mi dolor resisto!

DON ARIAS.

Que amorosa Doña Ana le escribia.

ALEJANDRO.

¿No bastaba saber que le queria?
Pero si ya olvidado
Estoy, ¿por qué un papel me da cuida-
Mas ¿quién tendrá paciencia [do?
En tan mortal dolencia,
Para no preguntar lo que decia,
Por no andar vacilando qué sería?
¿Qué escribió?

DON ARIAS.

Que esta noche quiere hablalle
Por las ventanas bajas de la calle.

ALEJANDRO.

¡Esta noche ha de hablalla,
Cuando el alma ofendida sufre y calla!
¡Ellos diciendo amores,
Yo padeciendo agravios y rigores!
¿Qué es lo que escucho, cielos?
¡Que en mí, mas que el amor, puedan los
Yo ¿no estoy declarado? [celos!
Pues que pongo silencio á mi cuidado
Por César, deje César por mis celos
Esta ocasion, si en ella reconoce
Mis penas y desvelos;
Y pues yo no la gozo, no la goce.— [to
Don Arias, ¿sabe César que yo he pues-
En Doña Ana mi amor? ¡Ay de mí triste!

DON ARIAS.

¿Cómo, si solo á mí me lo dijiste?

ALEJANDRO.

Como á ti solo dijo inadvertido
Tambien César su amor, y lo he sabido.

DON ARIAS.

Quien con buena intencion ofende,
Con disculpa. [yerra

ALEJANDRO.

Don Arias, hoy se encierra
En tu pecho mi gusto.
No es aquesto en amor término injusto;
Una curiosidad es solamente:
Confieso que parezca impertinente.
Cuanto á César pasare con Doña Ana,
Me has de decir; que si por él allana
Mi honor que no la quiera,
Y no puedo jugar; aunque picado,
Quiero mirar los lances desde afuera.

DON ARIAS.

Si el primero, señor, has condenado,
¿Cómo diré el segundo?

ALEJANDRO.

Antes disculpa
Te ofrezco con haberlo preguntado,
Pues en aqueste punto
Lo que tú me dijeras, te pregunto.

DON ARIAS.

Señor...

ALEJANDRO.

Esto ha de ser.

DON ARIAS.

Obedecerte
Es fuerza; pero mira...

ALEJANDRO.

Desta suerte
Entretendré mis penas, mis desvelos,
Divirtiendo sus gustos en mis celos.

DON ARIAS.

¡A qué de riesgos locos
Se pone quien no calla su secreto!

ALEJANDRO.

Todos lo dicen, y le callan pocos.

ESCENA IX.

DON CÉSAR, LÁZARO. — DICHOS.

DON CÉSAR. (*Sin ver al Príncipe.*)

Pasa, sol, con tu porfía
El cielo en dorado coche;
Que hoy amanece la noche,
Pues hoy anochece el dia.
Deposita en sombra fria,
Apolo, tus luces bellas:
Nacerá otro sol en ellas
De mas luciente arrebol,
Y verás que de mi sol
Van huyendo las estrellas.

LÁZARO.

Maldito de Dios el caso
Hace el sol de tu tristeza:
Tú te quiebras la cabeza,
Y él se va paso entre paso
Por su cabal al ocaso.
¿De qué sirve en tu porfía
Tanto sol y tanto dia?
¿Que es el sol, no echas de ver,
Cochero, y que no ha de ser
Llevado por cortesía?

DON CÉSAR.

Al Príncipe vi, y leal
El corazon en el pecho,
No sé qué extremos ha hecho,
Pronósticos de mi mal. (*Llega.*)
—Aunque á mi pena es igual
De mi descuido la culpa,
Noblemente me disculpa
Ver que á tus piés no llegara,
Si en Don Arias no enviara.
Prevenida la disculpa.
Perdóname haber faltado
A tu servicio ó tu gusto,
Si ya mi tormento injusto
No me tiene disculpado.

ALEJANDRO.

Ya Don Arias me ha contado,
César, la fiera porfía
De tanta melancolía,
Y tan bien la encareció,
Que con lo que dijo, yo
Vine á sentirla por mia.
Tan bien la supo sentir,
Que la causa del pesar,
No la supiera callar
Como la supo decir.
Cuando empeñado en oir
De tu mal las penas graves,
Le escuché; con tan süaves
Razones me las pintó,
Que de tu mal supe yo
La causa que tú no sabes.
Yo te quiero divertir:
Esto debo á tu amistad.
A andar toda la ciudad
Esta noche has de salir
Conmigo: podrémos ir
Encubiertos y embozados
A visitar disfrazados
Varios modos de placeres.
Músicas, juegos, mujeres
Entretendrán tus cuidados;
Que yo te quiero de suerte,
Que por verte alegre, diera
Todo mi Estado, y pudiera
Quedarme solo por verte.

DON CÉSAR.

Tú me honras; pero advierte
Que está ya mi pensamiento,
Con ese encarecimiento
Que llega á merecer hoy,
Tan gozoso, que ya estoy
Muy alegre y muy contento.
Desde aqueste instante empieza
En el alma misma á ser
Todo su pesar placer,
Gusto toda su tristeza.
No, no se canse tu Alteza
En divertirme mis quejas;
Que con aqueso me alejas
Del gusto; porque yo sé
Que aquesta noche estaré

Mas contento, si me dejas.
Claro está, pues mi cuidado
Ha de ser mucho mayor,
Viendo que tú estás, señor,
Por mi desasosegado.

ALEJANDRO.

Tanto, César, me ha pesado
De hablarte en tu pena ciego,
Que si yo á verte no llego
Esta noche, claro está,
De no verte nacerá
Mi mayor desasosiego.—
Lázaro...

LÁZARO.

Señor...

ALEJANDRO.

Tambien
Irás conmigo.

LÁZARO.

Eso sí.
Fiate, señor, de mí;
Que de ninguno mas bien.
¡Ah! plegue á Dios que nos dén
Ocasion en que, empleado
Este brazo y á tu lado...

ALEJANDRO.

¿Valiente eres?

LÁZARO.

¡Pese á tal!
Soy el mas largo oficial
Que puso herramienta á un lado.

ALEJANDRO.

Y la hoja ¿es buena?

LÁZARO.

(*Ap.* Aquí
Me coge vivo.) Señor,
La tuya será mejor;
Mas esta me sirve á mí
De lo que la mando.

ALEJANDRO.

¿Así
Por ensalzalla te humillas?
¿Corta?...

LÁZARO.

Que hace maravillas,
Tanto, que al golpe primero,
Aunque un broquel sea de acero,
Hará que salten astillas.
(*Ap.* Y es verdad que saldrán della.)

ALEJANDRO.

¿Buen temple?

LÁZARO.

El que tú le das.

ALEJANDRO.

¿Y qué ley?

LÁZARO.

No matarás.
No hay culpa mortal en ella.

ALEJANDRO.

Gana me ha dado de vella.

LÁZARO.

(*Ap.* De aquí puedo escapar mal.)
Por voto solemne...

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Hay tal!
¿Quién hay que á mi pena iguale?

LÁZARO.

Nunca de la vaina sale,
Sino es á caso fatal.
Empléala, gran señor,
En tu servicio, y verás...
Mas no quiero decir mas;
Que ella lo dirá mejor.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Hay mas pena! ¡hay mas rigor!
Hoy desesperado muero.)
Señor, si mi llanto fiero
Quieres que alegre contigo,
Ya mi gozo es buen testigo.

ALEJANDRO.

Mira, César, que te espero;
Que bien se ve que no cesa
Tu pena, y que la entretienes;
Y de la ocasion que tienes,
Ya como propria me pesa;
Y pues el alma confiesa
Que es una melancolía
La que en dos pechos se cria,
Para alegrarnos, andemos
Juntos, y divertirémos,
Yo tu pena, y tú la mia.

DON CÉSAR.

¿Quién no perderá la vida
En la ocasion deseada,
En tantos gustos hallada,
En tantas penas perdida?

(*Vase el Príncipe.*)

DON ARIAS.

Cumplí la amistad debida.
(*Ap.* Si el secreto le dijera...)
Pues á vuestra pena fiera
Remedios que busca son,
No os quitará la ocasion;
Que ántes él mismo os la diera. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON CÉSAR, LÁZARO.

DON CÉSAR.

Lázaro...

LÁZARO.

Señor...

DON CÉSAR.

Doña Ana
¿Qué dirá de mí?

LÁZARO.

Dirá
Lo que quisiere.

DON CÉSAR.

¿Qué hará?

LÁZARO.

Estará de mala gana
Esperando á la ventana.

DON CÉSAR.

Dirá que ha sido fingido
Mi amor, y el pecho ofendido,
Con el alma y con los labios
Dará á forzosos agravios
Satisfaciones de olvido.
¡Ay fiera desdicha mia!

LÁZARO.

Tu mal ¿quién podrá creello?
Mas ¿cómo es, señor, aquello?
Clara noche, obscuro dia...

DON CÉSAR.

¿Vuelve tu necia porfía?

LÁZARO.

De un loco, si eres discreto,
Toma un consejo. El efeto
No sé yo por dónde viene;
Mas tales peligros tiene
Quien no calla su secreto.

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO, DON ARIAS, DON FÉLIX, DON CÉSAR Y LÁZARO, *de noche.*

DON ARIAS.

Buena noche.

ALEJANDRO.

El sol parece
Que quedó á la sombra negra
En pedazos dividido,
Depositado en estrellas.

DON FÉLIX.

La luna, embozado el rostro
Entre pardas nubes, muestra
Trémulos rayos de plata,
Haciendo al sol competencia.

LÁZARO.

Cabal, sin faltarla un cuarto
Y sin cercenar la oblea,
Por no ser luna vacía,
Hoy quiso ser luna llena.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Ay de mí! ¿Quién creerá, cielos,
Que no siento que se pierda
La ocasion, sino pensar
Que tendrá tan justa queja
De mí Doña Ana?) Señor,
Recójase vuestra Alteza;
Que el sereno le hará mal,
Y ya la noche refresca:
Basta lo que hemos andado.

ALEJANDRO.

Como yo, por mi grandeza,
No puedo con libertad
Andar de dia, quisiera
Ver, una noche que salgo,
Toda la ciudad.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Paciencia!
Pues vive Dios, que he de ver
Si puedo con mi tristeza,
Divertido á su pesar,
Dejar de pensar en ella.)
¿Qué te pareció de Flora?

ALEJANDRO.

¿No es la dama milanesa?
Buen léjos tiene.

LÁZARO.

En verdad,
Mucho mejor es que el cerca;
Pero el léjos ha de ser
Tan léjos, que no se vea.

DON ARIAS.

Laura se prende muy bien.

LÁZARO.

Bien se prende y bien se prenda.

DON FÉLIX.

Buenas manos.

LÁZARO.

Pues las tiene,
Bien hace en dárselas buenas.

DON ARIAS.

Aquí la doncella vive...

LÁZARO.

Ni la oigas ni la veas,
Señor, hasta que se haga;

Que son como las comedias.
Sin saber si es buena ó mala,
Ochocientos reales cuesta
La primera vez; mas luego
Dan por un real ochocientas.
Déjala imprimir primero;
Que comedias y doncellas,
Como estén dadas al molde,
Las hallarás por docenas.

DON CÉSAR.

(*Ap.* Esta es la hora que está
Doña Ana puesta en las rejas,
Diciendo entre sí: « Pues ¿cómo?
¿No es hora que venga César?
Yo, que pensé que tardaba,
¡Vengo á esperarle! » Aquí es fuerza
Que se enoje. Mas ¡ay cielos!
Que no he de pensar en ella:
Olvidéme de olvidarme.)
Por extremo cantó Celia.

LÁZARO.

Buena voz y mala cara
Pocas veces son opuestas.

DON CÉSAR.

Con el dote de la hermosa
Casaba Roma á la fea;
Y por no darla, la hizo
De sus gracias heredera.

LÁZARO.

Laura vive aquí, que dijo:
« Con lo que la casa cuesta
De alquiler, he de hacer coche. »
Y respondiéndole á ella,
¿Dónde habia de vivir?
Dijo: « Cuando coche tenga,
En el coche todo el dia,
Y la noche en la cochera. »

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer? Vuelvo á olvidarme.)
Señor, la noche se aleja,
Y Nísida, mi señora,
Cuidadosa de tu ausencia,
Te esperará desvelada.
Ya sabes de su firmeza,
Que como hermana te quiere
Y como dama te cela:
No la des este cuidado.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Mas el tuyo me atormenta.

DON CÉSAR.

¿Qué dices?

ALEJANDRO.

Importa poco;
Que no sabe que estoy fuera.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Pasóse fuerte ocasion.

LÁZARO.

En esta casa pequeña
Viven dos hembras á quien
Ningun hombre, aunque mas sepa,
Miéntras con las dos hablare,
Hablará cosa á derechas.

ALEJANDRO.

Pues ¿por qué?

LÁZARO.

Porque es la una
Corcovada y la otra tuerta.

DON ARIAS.

Pues una niña ceceosa
Y pobre vive aquí.

LÁZARO.

Esa
Cuando cecea no llama,
Pues despide aunque cecea.

DON ARIAS.

Tiene tia.

LÁZARO.

Arredro vaya,
Y mas, si bien se me acuerda,
De la vieja del conjuro.

ALEJANDRO.

¿Cómo fué?

LÁZARO.

Desta manera.
Yo me enamoré, señor,
Un dia que no debiera,
O que no pagara... En fin,
Consultando cierta vieja,
Pidióme para el efecto [1],
De su cabello una trenza.
A fuer de Zayde busqué
Ocasion para cogerla,
Y halléla, señor, un dia
En que, durmiendo mi prenda,
Prematicario barbero,
La quité media guedeja;
Mas tal, que aunque avecindada
Vivió en su frente, no era
Natural de su copete,
Feligres de su mollera.
Guedeja heredada fué;
Y haciendo el conjuro en ella,
A la media noche entró
En mi aposento una muerta.
Troqué en miedos los amores,
En responsos las ternezas;
Y aunque allí por fuerza vino,
Pienso que se fué por fuerza.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¿De qué tanto olvido sirve,
Si nunca se olvidan penas,
Y ya se acuerda de amor
El que de olvidar se acuerda?
Paréceme ahora á mí
(Mas ¡qué de locuras piensa
Un amante!) que Doña Ana,
No porque hablarme desea,
Sino por desengañarse,
Vuelve otra vez á la reja,
Y que no viéndome, dice
(Que la oigo pienso): « Aunque vengas,
No podrá hacer el amor,
Que otra vez á verte vuelva. »
Mira, señora, mi bien...
¿Hay locura como esta?
¿Vióme alguno? No. Por Dios,
Que estaba hablando con ella.

ALEJANDRO. (*Ap. á él.*)

Don Arías, ¡qué mal encubre
Su divertimiento César!

DON ARIAS.

Harto procura por tí
Sacar fuerzas de flaqueza.

ALEJANDRO.

Pierda él la ocasion: no es mucho,
Pues yo callo, que él la pierda;
Que él padece ausencia, y yo
Padezco celos y ausencia.

DON ARIAS.

Mira que está aquí su hermano.
Habla quedo, no te entienda.

ALEJANDRO.

No importa; que un noble nunca
De su honor tuvo sospechas.

[1] ¿Para qué efecto? Segun lo que despues se dice, seria para hacer un conjuro, que obligase á la mujer consabida á buscar á Lázaro. Muy raro es que el autor omitiera expresar todas estas circunstancias: muy probable es que falten algunos versos suprimidos por la censura.

ESCENA II.

UN MÚSICO, *dentro*. — DICHOS.

MÚSICO. (*Canta.*)

Al despedirse de Anarda,
Dijo Eliso en triste voz:
¡Ay que me muero de ausencia!
¡Ay que me muero de amor!

DON CÉSAR.

Buena voz.

DON FÉLIX.

Es extremada.

ALEJANDRO.

¡Qué agradablemente suenan,
A un mismo tiempo conformes,
Voz, tono, instrumento y letra!
(*Ap. á él.* Ahora quiero probar,
Don Arias, de qué manera
Lázaro en esta ocasion,
Pues la da el músico buena,
Disculpa su espada.)

DON ARIAS.

¿Cómo?

ALEJANDRO.

Aquí quiero que lo veas.—
Lázaro.

LÁZARO.

Señor...

ALEJANDRO.

Pretendo
Que cierto disgusto sepas.
Todas las noches que salgo,
Canta este hombre, y me pesa
De que en esta calle cante.

LÁZARO.

Yo llegaré con prudencia
De tu parte, y le diré
Que se vaya.

ALEJANDRO.

No es aquesa
Mi pretension.

LÁZARO.

Pues será
De la mia. (*Ap.* Si me aprieta,
Yo soy muerto.)

ALEJANDRO.

No es bastante.

LÁZARO.

Pues ¿qué quieres hacer?

ALEJANDRO.

Llega,
Y dale una cuchillada.

LÁZARO.

Será superchería esa;
Que estoy muy acompañado,
Para un musiquillo. Deja
Que venga solo mañana,
Y te mando su cabeza.
Fuera deso, este hombre está
Inocente, y en conciencia
Debes primero avisarle,
Pues si culpado estuviera,
Con mas cólera llorara,
Cantara con ménos flema.

ALEJANDRO.

Haz lo que mando, ú diré
Que de gallina lo dejas.

DON CÉSAR.

Lázaro, ¿por qué no haces
Lo que te manda su Alteza?

DON FÉLIX.

¿Quieres que le dé yo?

DON ARIAS.

O yo
Le daré.

LÁZARO.

¡Brava sentencia!
Yo voy... (*Ap.* Y pienso escaparme
Por favor á la inocencia.)

(*Sale el Músico.*)

MÚSICO. (*Canta.*)

Rompió el silencio amoroso,
Diciendo con triste voz:
¡Ay que me muero de ausencia!
¡Ay que me muero de amor!

LÁZARO.

Plegue á Dios que, si inocente
Estás, que aquí se me vuelva
Aquesta espada de palo,
Porque ofenderte no pueda.—

(*Desenvaina: el músico huye.*)

¡Milagro, milagro!

ALEJANDRO.

Bueno
Anduvo.

LÁZARO.

Dios, que no deja
De su mano al inocente,
Volvió por su causa mesma.

(*Al Príncipe.*)

Toma esta espada; que tú
Eres digno de tal prenda;
Y aunque sea milagrosa,
Me darás otra por ella.

ALEJANDRO.

Yo te la mando.

DON FÉLIX.

¿Por dónde
Irémos?

DON CÉSAR.

Démos la vuelta
Hácia palacio, y allí
Te quedarás.

ALEJANDRO.

Tiempo queda
Para recogerme.

DON CÉSAR.

Mira
Que el dia, señor, se acerca.

ALEJANDRO.

Poco importa; que ya el alba
Me hallará desta manera.
¿Cómo te sientes?

DON CÉSAR.

Ya estoy
Muy alegre, aunque me cuesta
El alegrarme muy caro.

ALEJANDRO.

Tambien yo de mi tristeza
Estoy mejor.

DON CÉSAR.

Yo por tí
Digo, señor, que me pesa,
Y te juro de no estar
Triste en mi vida.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Aunque sea
Villanía del amor,
Parece que se consuelan
Con otros gustos sus gustos,
Con otras penas sus penas.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

DOÑA ANA Y ELVIRA, *á una reja.*

ELVIRA.

¿Otra vez vuelves?

DOÑA ANA.

No puedo
De una vez determinarme:
Vengo por desengañarme,
Y mas engañada quedo.
Hasta verme despreciada,
Imaginé ser querida,
Y hasta verme aborrecida,
No me he visto enamorada.
De su descuido ha nacido
En mí todo mi cuidado;
Mas para haberme olvidado,
Bastaba verse querido.
¡Ay Elvira! no te asombres
De verme hablar desta suerte:
El desprecio es el mas fuerte
Hechizo para los hombres.

ELVIRA.

Quejosa con causa estás;
Mas ¿que otra vez no vendrias
A la reja, no decias?

DOÑA ANA.

No pude sufrirlo mas.
¡Ay agravio riguroso!
Si esto llegara á advertir,
Bien le pudiera escribir
Papel ménos amoroso.
Ya mi desdicha cruel
Tarde el remedio me acuerda;
Mas ¿qué mujer fuera cuerda
A solas con un papel?

ELVIRA.

Si ahora, señora, viniera,
¿Habláraslе rigurosa,
O apacible y amorosa?

DOÑA ANA.

No sé, Elvira, lo que hiciera.
¿No puede ser que haya estado
En una ocasion forzosa,
De papeles ú otra cosa
De su señor ocupado?

ELVIRA.

¿Le disculpas?

DOÑA ANA.

Por buscar
Consuelo.

ELVIRA.

Quien le previene
La disculpa, gana tiene...

DOÑA ANA.

Di ¿de qué?

ELVIRA.

De perdonar.

DOÑA ANA.

Si viniera ahora (¡mira
Lo que es querer!) y me diera
Disculpa, aunque lo supiera
Yo misma que era mentira,
Por mi respeto me holgara;
Y por verle disculpar
Hoy, me dejara engañar.
¡Ojalá que él me engañara!

ESCENA IV.

LÁZARO, CÉSAR.—DICHAS, *á la reja.*

LÁZARO.

¿Dónde vamos desta suerte?
¿No ves que ya ha amanecido?

DON CÉSAR.

Voy, Lázaro, donde ha sido
Mi vida, á que vea mi muerte.
Dejé al Príncipe en palacio,
Y con un necio deseo
Vengo, por si acaso veo...

LÁZARO.

Tú vienes con lindo espacio.

DON CÉSAR.

Alguien en las rejas.

LÁZARO.

Sí:
Una mujer hay por Dios...
Y aunque digo una, son dos.

DON CÉSAR.

¿Cómo llegaré? ¡Ay de mí!
Llega tú, Lázaro, y mira
Si por ventura es mi bien.

LÁZARO.

¿Cómo he de ir yo? Que tambien
Estará enojada Elvira.

DON CÉSAR.

¿Sois vos, señora?

DOÑA ANA.

Yo soy,
César, la que os esperaba;
Que ajena entónces estaba
De lo que advertida estoy.
Pero soy la que ofendida
Tiene, ya desengañada,
Por culpas de declarada,
Castigos de arrepentida.
¡Al dia venis! A fe mia
Que ha sido invencion extraña:
Harto es que quien engaña
Venga á engañar con el dia.
Quisisteis, hasta alcanzar
Un favor que aun no teneis;
Y ya os mudais, porque os veis
Con algo que despreciar.
Y si el desengaño toco,
Que vuestro trato me ofrece,
Es poco lo que merece
Quien se contenta con poco.
No penseis por un papel,
Que fué liviano favor,
César, que ya de mi honor
Tomais posesion en él.
No hagais por eso desprecio
De la ocasion y de mí.
Si como loca os la dí,
No la perdais como necio.
Aprended á ser cortés
Con las damas otro dia;
Y si aprendeis cortesía,
Venidme á servir despues.

(*Quítanse de la ventana Doña Ana y Elvira.*)

ESCENA V.

DON CÉSAR, LÁZARO.

DON CÉSAR.

Pues que te he escuchado atento
Hasta castigar mi culpa,
Y no escuchas la disculpa,
Habré de decirla al viento.
Sabe el mismo Amor si lloro
Tu ausencia, y que en ella muero;
Sabe el alma si te quiero,
Sabe el cielo si te adoro.
No ha sido soberbia mia;
Que la ocasion me quitó
Mi desdicha, porque vió
Que yo no la merecía.

Y si esta ocasion perdida
Sospechas que me mudó,
Viva despreciado yo,
Y no estés arrepentida;
Que yo quiero, pues he sido
En venturas desdichado,
Ser mas cuerdo despreciado
Que necio favorecido.
De dia vengo, y lo sería
Para mí, aunque de noche fuera,
Pues en viéndote saliera
Claro el sol, alegre el dia.
Hasta verle me ha tenido
El Príncipe, que ha rondado
La ciudad: esto ha pasado,
Tu hermano testigo ha sido.
Verdad es; si el merecer
Piensas que me hace olvidar,
Vuélveme tú á despreciar,
Y vuelva yo á padecer.
Seamos extremos los dos:
Yo amante, y tú ingrata seas.
Escúchame y no me creas.

ESCENA VI.

DOÑA ANA y ELVIRA, *que vuelven á la reja.* — DICHOS.

DOÑA ANA.

Y eso ¿es verdad?

DON CÉSAR.

Sí, por Dios.
Pero ¿en efecto creiste
Que yo pudiera olvidarte?

DOÑA ANA.

Y tú, quizá por vengarte,
¿A voces no me dijiste
Que ya estaba arrepentida
De quererte? Pues ¿por qué
Pusiste duda en la fe,
Solo á tu gusto rendida?
Ya el sol con sus luces dora
Las cumbres, y le hacen salva
A un tiempo con risa el alba,
Con lágrimas el aurora.
Tarde es: yo daré ocasion
De hablarnos... y no la pierdas.

DON CÉSAR.

Si de mis penas te acuerdas,
Glorias mis desdichas son.

DOÑA ANA.

Véte.

DON CÉSAR.

Adios, mi prenda amada.

DOÑA ANA.

El te guarde y deje ver.

DON CÉSAR.

Oye.

DOÑA ANA.

¿Qué quieres?

DON CÉSAR.

Saber
Si quedas muy enojada.

DOÑA ANA.

Gustos serán mis enojos,
Estando juntos los dos.

DON CÉSAR.

Adios, mi enojada.

DOÑA ANA.

Adios,
Enojado de mis ojos.
(*Vase Don César, y retírase Doña Ana.*)

ESCENA VII.

ELVIRA, LÁZARO.

LÁZARO.

Y ella ¿qué me dice á mí?
¿No tiene estudiado nada
De enojito?

ELVIRA.

¡Yo enojada!
¿Por qué causa?

LÁZARO.

Porque sí.
Porque lo está su señora;
Que yo, porque mi señor
Amor tiene, tengo amor.

ELVIRA.

No lo he entendido hasta ahora.

LÁZARO.

El dia que mi amo tiene
Alegría, alegre estoy;
Si está triste, triste voy;
Vengo amante, si él lo viene.
Si tiene celos, celoso
Me verás; y si le han dado
Enojo, estaré enojado;
Mas si amoroso, amoroso.
Con desden, tendré desden;
Amaré cuando él amare,
Y el dia que él olvidare,
Yo te olvidaré tambien.
Serémos sombra los dos,
Sea justo ó no sea justo,
A la forma de su gusto.

ELVIRA.

Y eso ¿es verdad?

LÁZARO.

Sí por Dios;
Y pues ellos han reñido,
Riñamos los dos.

ELVIRA.

¿Por qué?

LÁZARO.

Por si hubiere para qué.
Escóndete, y yo ofendido
Llamaré como mi amo.

ELVIRA.

Pues si yo una vez me escondo,
¿Qué va que no le respondo?

LÁZARO.

¿Y qué va que no la llamo?
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio.

ESCENA VIII.

DON FÉLIX, ALEJANDRO

DON FÉLIX.

Parece que está triste,
Divertido consigo vuestra Alteza.

ALEJANDRO.

La pena que en mí asiste
No es tristeza: ¡ojalá fuera tristeza
La que ofende mi vida,
Y no una confusion mal entendida!
¡Qué de veces sucede
Hacerse mil, por remediar un daño!
¡Oh dichoso el que puede
Rendirse á la verdad de un desengaño,
Dando, mas advertido,
A libres gustos cárceles de olvido!

ESCENA IX.

DON CÉSAR, DON ARIAS, LÁZARO. — DICHOS.

DON CÉSAR.

Quedó al fin satisfecha.

DON ARIAS. (*Ap. á Don César.*)

Con el Príncipe está Don Félix.

DON CÉSAR.

Creo
Que quien no se aprovecha
De la ocasion, no estima su deseo;
Y es mas segura esta
Para dar el papel y traer respuesta.
Aquí á Doña Ana envío
Nuevas satisfacciones con la vida,
Porque dé al amor mio
La ocasion que le tiene prometida.
Toma, Lázaro, y mira
Si puedes por la calle hablar á Elvira;
Que pues estás seguro
De Don Félix, bien puedes descuidado.

LÁZARO.

Entrar dentro procuro
De su casa fingiendo algun recado;
Que pues él no está en ella,
Fácil será, señor, hablalla y vella.
(*Vase.*)

ESCENA X.

ALEJANDRO, DON CÉSAR, DON ARIAS, DON FÉLIX.

DON FÉLIX.

Don César y Don Arias han llegado.

ALEJANDRO.

(*Ap.* Su plática he entendido.
Mil confusiones varias
Pone una confusion á mis sentidos.)
¿Qué es lo que se trataba?

DON ARIAS.

César, señor, un cuento me contaba.

ALEJANDRO.

Oí algunas razones,
Aunque no le entendí, y saber deseo,
Por quitar confusiones,
El cuento en qué paró.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Qué es lo que veo?
Mal tu Alteza porfía
En saberle; que no es tristeza mia.
Alegre estoy ahora.

ALEJANDRO.

¿Y qué fué?

DON CÉSAR.

(*Ap.* De mí mismo desconfío.)
Don Arias no le ignora:
El le dirá mejor, y yo le fio
Que él la verdad te diga.

DON ARIAS. (*Ap.*)

Con estas confianzas mas me obliga;
Pero ya llega tarde.

DON CÉSAR. (*Ap. á Don Arias.*)

Mira lo que le dices, y no sea
Algo que me acobarde.

DON ARIAS. (*Ap. á Don César.*)

Diréle una mentira, que no crea
El que la verdad mira,
Cuál sea la verdad, cuál la mentira.

ALEJANDRO.

¿Qué hay, Don Arias?

DON ARIAS. (*Ap. al Príncipe.*)

Airada

La halló con mil razones rigurosas;
Pero desengañada
Quedó en fin á disculpas amorosas.
Un papel la ha enviado,
Viendo que está Don Félix ocupado:
Deste respuesta espera,
Y otra ocasion.

ALEJANDRO.

¿Há mucho?

DON ARIAS.

En este instante.

ALEJANDRO.

¿Hay confusion mas fiera?
Remediar ese daño es importante;
Que si el papel recibe,
¿Quién duda los amores que la escribe?
El papel me da celos,
Y temor la ocasion que en él aguarda.
¿Qué es lo que miro, cielos?
Esto me anima, aquello me acobarda.
—En fin, ¿eso ha pasado? (*En alta voz.*)

DON CÉSAR.

Don Arias la verdad te habrá contado.

ALEJANDRO.

Dejando aquesto aparte,
Don Félix, por no darte aquesta pena,
Excusaba contarte
Que de pasion y de congoja llena,
Un desmayo á Doña Ana
Ha dado.

DON FÉLIX.

¡Con desmayo está mi hermana!

ALEJANDRO.

Nisida me lo dijo;
Yo, por no apasionarte, lo encubria.

DON FÉLIX.

Más con eso me aflijo.

ALEJANDRO.

Dígolo ahora, viendo que podia
Importar tu presencia.

DON FÉLIX.

Iré á verla, señor, con tu licencia.
(*Vase.*)

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Eso es lo que deseo:
Que vayas á estorbarla que le escriba.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué es lo que veo?

ALEJANDRO.

Y cuando presuncion desto reciba,
Diré que engaño era
Del nombre: ¡ay si de amor solo lo fuera!
(*Vase.*)

ESCENA XI.

DON CÉSAR, DON ARIAS.

DON CÉSAR.

Pues Don Arias, ¿qué es esto?
¿Qué pena ó qué desdicha rigurosa
Es en la que me has puesto?

DON ARIAS.

¡Cúlpame á mí! Por Dios, que es linda cosa,
Tras haberte servido
Con lo que ahora al Príncipe he mentido.
El me dijo que habia
Oido «Don Felix y Doña Ana hermosa;»
Y como ya tenia
El camino cogido, fué forzosa
Ocasion hablar dellos,
Y el desmayo arrastré por los cabellos.

DON CÉSAR.

El á Lázaro halla
Con Doña Ana. ¿Qué haré?

DON ARIAS.

No habrá llegado
Lázaro para hablalla;
Que Félix volará con el cuidado;
Y gran ventaja arguye el que huye.
Quien corre al que anda, y á quien corre

DON CÉSAR.

Ello es desdicha mia,
Pues la ocasion perdida desengaña
Que ha de ser mi alegría
Mi pena, y el remedio quien me daña;
Y pues no hay otro medio,
Máteme el mal, pues muero del remedio.
(*Vanse.*)

—

Sala en la casa de Don Félix.

ESCENA XII.

DOÑA ANA, ELVIRA.

ELVIRA.

¿Acabaste de escribir?

DOÑA ANA.

Escribí; mas no acabé;
Que ántes pienso que empecé
En cada letra á sentir.
Quise en una breve suma
Cifrar mi pena cruel;
Puse encontrado el papel
Y tomé al reves la pluma.
En tanto que amor penetra
Las razones, le doblé;
Y al poner la pluma, fué
Un borron la primer letra.
Y yo dije: «Mi pasion
»Letras hace á su contento;
Que mal puedo el mal que siento
Decirle, sino en borron.»
Confusa y dudosa estaba
Qué principio tomaria,
Y aunque muchos prevenia,
Ninguno me contentaba.
¿No has visto en una redoma
Salir el agua con pena,
Ménos cuando está mas llena,
Hasta que algun viento toma?
Así fué, porque al sentir,
Tantas cosas concurrieron,
Que unas á otras sirvieron
De estorbo para salir.
Y yo, que confusa miro
Su impedimento, porqué
Pudieran salir, tomé
El viento con un suspiro.
Digo en efecto que hoy,
Por darle mas declarada,
Ocasion ménos notada,
A ver á mi quinta voy.
Mas abierto está, y mejor
Sabrás lo que dice dél.

ELVIRA.

¡Mi señor! Guarda el papel.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ESCENA XIII.

DON FÉLIX. — DICHAS.

DON FÉLIX.

Bien el color
Turbado, que, haciendo pausa,
Hoy tu belleza condena,
De tu dolor y mi pena
Me están diciendo la causa.
Pues cuando presente tengo
Esta desdicha infelice,
Ella claramente dice
El cuidado con que vengo.
¿Qué es esto?

DOÑA ANA.

Hermano, no ha sido
Cosa ninguna.

DON FÉLIX.

No ciegues
Mis ojos, ni mi mal niegues;
Que ya todo lo he sabido.
Y aunque tu pena quisiera
Disimular mi disgusto,
Este sentimiento injusto
Por fuerza me lo dijera.
Ya sé todo lo que pasa:
Bien me lo puedes decir;
Que no fué en vano venir
Á tales horas á casa.

DOÑA ANA.

No darte pena pretendo;
Que sabe el cielo mejor
Que no te agravia mi amor.

DON FÉLIX.

Ménos ahora te entiendo.
Si por desmentir mi pena,
Hermana, fingiendo estás,
¿Cómo me disculparás
Verte de pasiones llena?
¿Qué tienes?

DOÑA ANA.

No son indinos
Mis deseos...

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Bueno va!
Con el accidente está
Diciendo mil desatinos.

DOÑA ANA. (*Ap. á ella.*)

Elvira, ¿qué puedo hacer?

ELVIRA.

Negar en toda ocasion;
Que es mucha la dilacion
Del sospechar al saber.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto, Elvira?

ELVIRA.

Señor,
Un desmayo que la ha dado,
Desta suerte la ha dejado,
Sin aliento y sin color.

DON FÉLIX.

¿Luego fué mi pena cierta?
Que eso fué lo que temí.

ELVIRA.

Yo te aseguro que aquí
La hemos tenido por muerta.
Y aunque todavía estaba
De pena y congoja llena,
Por excusarte tu pena,
La suya disimulaba.

DON FÉLIX.

Hermana, no fué el fingir
Tu pasion, honrarme en ella;
Pues me alegro de sabella
Para ayudalla á sentir;
Y aunque holgarme es maravilla
De lo que es propio disgusto,
Me alegro ya, por el gusto
Que he de tener en sentilla.
Mas ¿para qué me decias
Que los tuyos por rodeos

No son indignos deseos.
Ni que en tu amor me ofendias?

DOÑA ANA.

Aunque encubrirte pensó
Mi amor esta pena fiera,
Si Elvira no la dijera,
Dijera la verdad yo.
Mas como encubrir deseo
Tu pena, dije, señor,
Que no te ofendia mi amor,
Ni era indigno mi deseo.

DON FÉLIX.

¿De qué, hermana, procedió
Ese tirano accidente?

DOÑA ANA.

(*Ap.* El aprieta bravamente;
Pero enmendaréla yo.)
Un ruido en la calle oí,
Estando muy descuidada,
Y entónces algo turbada
A la ventana salí.
Vi que estaban á la puerta
Mil hombres, desenvainadas
Para uno las espadas...
¡Oh lo que un temor concierta!
En todo le pareciste
Al otro que allí reñia;
Yo entónces mortal y fria
Me rendí á un desmayo triste
Que amenazó con mi muerte.
Lo demas te ha dicho Elvira.

ELVIRA. (*Ap.*)

¿Por qué he de decir mentira,
Si es la verdad desta suerte?

DON FÉLIX.

¿Y cómo te sientes ya?

DOÑA ANA.

Mas segura y descansada.

ESCENA XIV.

LÁZARO. — DICHOS.

LÁZARO.

Por Dios, sin topar en nada
Tengo de entrarme hasta acá,
Porque...

DON FÉLIX.

¿Qué es la turbacion?
Qué ha sucedido?

LÁZARO.

Porqué...

DON FÉLIX.

Di, Lázaro, lo que fué.

LÁZARO. (*Ap.*)

El es fantasma ó vision.
¿No quedó en palacio ahora?

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Todas vienen juntas hoy
Mis desdichas.

LÁZARO.

(*Ap.* Muerto soy,
Si una invencion no mejora
Mi peligro.) Porque en fin,
Quien á tal amparo viene,
Segura la vida tiene. —
¡Ah follon! Ah malandrin!

DON FÉLIX.

Sosiégate ya, y declara
Qué ha sido.

LÁZARO.

Ahí un poco era...
No es nada. Si esto no hiciera,
Presumo que reventara.
Sobre el juego me encontré
(Porque en efecto yo juego),
Y encontrado sobre el juego,
Vida y dinero jugué.
Encontréme al encontrar
Con un muy bellaco encuentro...
En efecto yo me encuentro
(*Ap.* ¡Cielos! ¿dónde iré á parar?)
Con un hombre... á quien doy nombre
De hombrecillo: así le nombro;
Pues un hombre le da asombro,
Aunque vive á sombra de hombre.
Y viendo que siempre gano
Otras veces que he reñido,
Pidióme once de partido,
Por no reñir mano á mano.
Yo que los doce miré,
Dije: «¿Armados y en cuadrilla?
De pícaros en gavilla
Libera nos Dominé.»
Saqué la que me dió ayer
El Príncipe (Dios le guarde):
Al fin, no la hice cobarde,
Porque los hice meter
A todos en un portal.
Luego los iba sacando
Uno á uno, y iba dando
Su recado á cada cual.
Juntos volvieron despues,
Y dividiéronse en breve,
Doce á este lado, á este nueve,
Y cara á cara los tres.
Para todos me acomodo.

DON FÉLIX.

Pues los doce, nueve y tres
Son veinte y cuatro.

LÁZARO.

¿No ves
Que cuento sombras y todo?
A no quebrarse la espada,
Cabo de año los hiciera.

DON FÉLIX.

Pues ¿cómo la traes entera?

LÁZARO.

Entera está... y fué extremada
Historia. Al uno tiré
La daga, y cuando saltó
La espada, hice daga yo
Del pedazo que quebré.
Riñendo atrevido y ciego,
Con saña y rabia cruel,
De un acerado broquel
Saltaban chispas de fuego.
Yo, cuando la lumbre vi,
Con gran presteza llegué,
Y los pedazos soldé;
Por eso la traigo así.

DON FÉLIX.

¿Cómo tiraste la daga,
Si en la pretina la tienes?

LÁZARO.

Pues eso es fácil, si vienes
A que á eso te satisfaga.
A quien yo se la tiré,
A tirármela volvió,
Y viéndola venir yo,
A tan buena hora llegué,
Que quiso mi buena estrella,
Porque todo venga junto,
Que estando la vaina á punto,
Volviese á envainarse en ella.
Oí justicia en los debates,
Y entréme corriendo acá.

DON FÉLIX.

Con la turbacion está
Diciendo mil disparates.

DOÑA ANA.

Aquí verás que esta fué
La pendencia que decia.

DON FÉLIX.

¿Y yo quien me parecia
A Lázaro?

DOÑA ANA.

No lo sé;
Pero un hombre mas lucido
Vi en ella.

DON FÉLIX. (*Ap. á su hermana.*)

Su señor era.

LÁZARO.

Al fin, yo desta manera
A vuestros piés he venido.

DON FÉLIX.

(*Ap. á su hermana.* Sin duda es el que riñó
César; y con brevedad,
Por no decir la verdad,
Estas mentiras fingió.)
Lázaro, yo voy á ver
Si está segura la calle. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA ANA, ELVIRA, LÁZARO.

ELVIRA.

Ahora puedes hablalle.

DOÑA ANA.

No me puedo detener
En decir lo que quisiera;
Pero ves aquí un papel.

LÁZARO.

Y ves aquí el trueco dél,
Trueco que premio no espera.

DOÑA ANA.

Dile que no deje de ir...

LÁZARO.

Sospecho que me detengo.

DOÑA ANA.

Donde le aviso; que tengo
Muchas cosas que decir.
Pero solo te diré
Que tu pendencia ha servido
Para un desmayo fingido,
Y que á propósito fué.
Da á entender que tu señor
Estuvo en ella; que importa
A mi propósito.

ELVIRA.

Acorta
De razones.

ESCENA XVI.

DON FÉLIX. — DICHOS.

DON FÉLIX.

No hay rumor
Alguno en toda la calle.
Quieta está.

LÁZARO.

Yo no lo estoy;
Que á buscar á César voy,
Y no lo estaré hasta hallalle.
¡Ay de mí! ¿si estará herido?

DOÑA ANA.

Pues ¿estuvo en la pendencia?

LÁZARO.

No tengo tanta licencia.
Que me perdones te pido. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿Qué mas claro ha de decir
Que estuvo en ella?

DOÑA ANA.

Yo estoy
Muy triste.

DON FÉLIX.

Pues salte hoy
Por el campo á divertir:
Dame este contento.

DOÑA ANA.

El mio
Es tuyo. (*Ap.* Y con tu licencia,
Será en fingida pendencia
Verdadero el desafio.)
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio.

ESCENA XVII.

LÁZARO, DON CÉSAR, DON ARIAS.

LÁZARO.

Pasáronme grandes cosas.

DON CÉSAR.

Déjame abrir el papel;
Que en sabiendo lo que dice,
Sabré lo demas despues.

DON ARIAS.

En fin, ¿cómo sucedió?

LÁZARO.

Pues que vivo vuelvo, bien.

DON CÉSAR.

Si el papel he de contaros,
Oid lo que dice en él.
(*Pónense á leer los dos.*)

LÁZARO. (*Ap.*)

¡Que se fie mi señor
Deste parleron, sin ver
Que él quien le dijo á Alejandro
La espada de palo fué!
¡Vive Dios que este le vende!
Que quien muere por saber
Lo que no le importa, es solo
Para contarlo despues.

DON ARIAS.

Bien escribe.

DON CÉSAR.

¡Qué bien junta
Casto amor con firme fe!

DON ARIAS.

Yo mas del papel alabo
Una queja tan cortés.
Hoy, en efecto, os espera
En su quinta.

DON CÉSAR.

Para el bien
Fué cada instante una hora,
Un dia cada hora fué,
Cada dia una semana,
Y cada semana un mes,
Cada mes un año entero,
Cada año un siglo...

LÁZARO.

Deten:
Y este el siglo de los siglos
Por siempre jamas, amen.

DON ARIAS.

El Príncipe.

DON CÉSAR.

Ya me pesa
Haberle visto.

DON ARIAS.

¿Por qué?

DON CÉSAR.

Porque temo que me estorbe
Esta ocasion.

DON ARIAS. (*Ap.*)

Temes bien.

ESCENA XVIII.

ALEJANDRO. — DICHOS.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Aquí está César, y yo
Deseoso de saber
En qué ha parado el estorbo
De mi celoso papel.
¿Cómo le enviaré de aquí?

DON CÉSAR.

Danos á besar tus piés.

ALEJANDRO.

¿Qué se trata ahora?

DON ARIAS.

Nada.

DON CÉSAR. (*Ap. á Don Arias.*)

Si pregunta lo que es,
Mira por Dios lo que dices:
No haya desmayo otra vez.

ALEJANDRO.

César, papeles quedaron
Por despachar desde ayer.

LÁZARO. (*Ap.*)

¿No lo dije yo? ¿Mas que hay
Otra ocupacion?

DON CÉSAR. (*Ap.*)

No fué
Vano mi temor.

ALEJANDRO.

Ahora
Puedes mirarlos, y vén
Con ellos luego.

DON CÉSAR.

(*Ap.* Eso sí.)
Luego al instante vendré;
(*Ap.* Que pues tú me dejas ir,
En este dia he de ver
Cómo me puede quitar
La fortuna tanto bien.)
(*Vanse Don César y Lázaro.*)

ESCENA XIX.

ALEJANDRO, DON ARIAS.

ALEJANDRO.

Deseando que se fuera
Estaba, para saber
Qué ha sucedido.

DON ARIAS.

Señor,
Lo que sucedió no sé,
Aunque Félix le halló en casa;
Solo sé que dió el papel,
Y que le trajo respuesta.

ALEJANDRO.

¿Hasle leido?

DON ARIAS.

Tambien.

ALEJANDRO.

¿Qué le escribe?

DON ARIAS.

Que le espera.

ALEJANDRO.

¡Hay fortuna mas cruel!
Lo mismo que ha de matarme,
Es lo que quiero saber.
¿Dónde?

DON ARIAS.

En su quinta esta tarde.

ALEJANDRO.

Ya ¿cómo le estorbaré
Esta ocasion, si yo mismo
Le dí licencia y se fué?
¿Qué haré, Don Arias?

DON ARIAS.

Señor,
Dando alguna causa, vé
A su quinta; y como en ella
Toda aquesta tarde estés,
No tendrá lugar de hablarle.

ALEJANDRO.

Bien dices; pero no es
Noble accion que para mí
Quite á ninguno su bien.
Con mas sutil invencion
El estorbarle ha de ser.

DON ARIAS.

Félix viene aquí.

ALEJANDRO.

Pues véte,
Déjame solo con él.

ESCENA XX.

DON FÉLIX. — DICHOS.

ALEJANDRO.

Don Félix, mucho me huelgo
De que hayas venido.

DON FÉLIX.

¿En qué
Te sirvo, señor?

ALEJANDRO.

Por mí
Hoy una cosa has de hacer.
Sabrás que ha tenido César
Un gran disgusto: ya ves
Lo que le estimo...

DON FÉLIX.

Señor,
Tambien el disgusto sé.

ALEJANDRO.

(*Ap.* Siempre este fué lisonjero.
¿Hay cosa como saber
Ya lo que no ha sucedido?)
Pues que lo sabes, tambien
Sabrás que no es la persona
Muy segura.

DON FÉLIX.

Bien se ve,
Pues á un hombre y un criado
Embistieron ocho ú diez.

ALEJANDRO.

(*Ap.* ¿Hay tan notable fingir?
¿Mas que me dice por qué
Fué la pendencia y adónde,
De qué manera y con quién?)
Yo he sabido despues desto
Que ha recibido un papel

Diciéndole que en el campo
(Junto á tu quinta ha de ser)
Le esperan; él sale solo,
Muy preciado de cortés;
La persona es sospechosa,
Y hame dado que temer.
Sabe Dios que yo saliera
A su lado; pero el ver
Que verme á su lado á mí
No le está á su opinion bien,
Me ha hecho que á ti te elija
Para esto.

DON FÉLIX.

¿Y qué he de hacer?

ALEJANDRO.

No mas, Félix, que buscarle,
Y sin decirle por qué
Ni darte por entendido,
Andarte todo hoy con él.
Esto te encargo, y en todo
Que no le des á entender
Que yo te envio.

DON FÉLIX.

Verás
Cómo te sirvo.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Y veré
Si contra fuerzas de amor
Tiene la industria poder.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XXI.

DON CÉSAR, LÁZARO.

LÁZARO.

A mi pendencia acogido,
Lindamente me escapé.
Díjome que habia servido,
Aunque no sé cómo fué,
Para un desmayo fingido;
Mas ella lo dirá hoy.

DON CÉSAR.

Con lo medroso que estoy,
No me puedo asegurar,
Ni pienso que he de llegar
Aunque en tantas alas voy.

ESCENA XXII.

DON FÉLIX.— DICHOS.

LÁZARO. (*Ap.*)

¿No es Don Félix? ¡Cosa brava!

DON FÉLIX.

Don César, bésôs las manos.

DON CÉSAR.

Guárdeos Dios.

LÁZARO. (*Ap.*)

Esto faltaba.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

No fuéron mis miedos vanos.

DON FÉLIX.

¿Qué os haceis?

DON CÉSAR.

Por aquí andaba
Sin tener qué hacer. Y vos
¿Dónde vais?

DON FÉLIX.

No sé, por Dios;
Y puesto que os he encontrado
Aquí tan desocupado,
Vámonos juntos los dos.

LÁZARO. (*Ap.*)

Pegóse.

DON FÉLIX.

No hay dia que pase
Mejor que con un amigo,
Si no hay que hacer.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Que llegase
A tal extremo conmigo
Amor, y no me acabase!)
Bien suele pasarse así
Una tarde; mas yo voy
A un negocio por aquí.
Adios.

DON FÉLIX.

Pues tan libre estoy,
Yo iré tambien por ahí.

DON CÉSAR.

Téngome yo de quedar
En una casa.

DON FÉLIX.

Pues yo
¿Qué os puedo en ella estorbar?

DON CÉSAR.

El ser léjos me obligó.

DON FÉLIX.

Poco me puedo cansar.
Vamos.

DON CÉSAR.

No, quedáos con Dios.

DON FÉLIX.

Más con eso me ofendeis.
¿No irémos juntos los dos?
Y al fin, porque no os canseis,
No me he de apartar de vos
En todo el dia.

LÁZARO.

¿Es cordel?

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Hay desdicha mas cruel!)
Pues ¿qué os mueve á honrarme?

DON FÉLIX.

Digo,
César, que soy vuestro amigo.

DON CÉSAR.

Es así.

DON FÉLIX.

Y amigo fiel:
Y basta que hayais sabido
Que buscándôs he venido
Para esto solo, y tambien...

DON CÉSAR.

Declaráos mas.

DON FÉLIX.

No es bien
Darme por mas entendido.
Basta haberme declarado
En decir que os he buscado,
Y que, por ser vuestro amigo,
Vuelvo á decir que hoy os sigo,
Porque importo á vuestro lado.
Yo sé que vos me entendeis:
No os hagais, César, de nuevas,
Pues vos donde vais sabeis.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Ay, cielos, y qué de pruebas
En un desdichado haceis!

DON FÉLIX.

Basta, César; que he sabido
Que un disgusto habeis tenido.

DON CÉSAR.

¿Yo disgusto? Os engañais,
Por Dios.

DON FÉLIX.

¿Que no me negais,
César, que habeis recibido
De desafío un papel,
Y que á mi quinta aplazado,
Hoy os llamaron en él?
Hartas señas os he dado
Para este enojo cruel.
Témome de una traicion,
Porque de quien os espera
No tengo satisfacion;
Y hallarme con vos quisiera
Por quitarle la ocasion.
Si al campo habeis de salir,
Decid, ¿con quién podréis ir
Que os pueda servir mejor?
Pues importando á mi honor,
Sabré dejaros reñir.
Salgamos juntos los dos:
Yo miraré, y reñid vos,
Procediendo como honrado;
Mas no yendo á vuestro lado,
No habeis de salir, por Dios.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¿Qué mas se ha de declarar?
Impórtame asegurar
Sus temores, y advertido
Responder tambien fingido.

LÁZARO. (*Ap.*)

El el papel me vió dar.

DON CÉSAR.

Don Félix, que yo he tenido
Disgusto, verdad ha sido;
Que he recibido el papel,
Que me llamaban en él,
Y al fin, cuanto habeis sabido.
Las mercedes que me haceis,
Estimo como es razon;
Mas del contrario que veis,
Tengo la satisfacion,
Don Félix, que no teneis.
Yo sé que solo estaria,
Y que me esperaba á mí
Sin tener mas compañía,
Porque siempre estará así
Si nunca llega la mia.
Y porque os asegureis
Dese temor que teneis,
Y creais que se acabó
Ese desafío, yo
Quiero que no me dejeis;
Que haciendo paces, es llano
Que así un noble amigo gano,
Pues en quien honra profesa,
Cualquiera disgusto cesa
El dia que da la mano.
Aquesta os ofrezco á vos
En fe desto.

DON FÉLIX.

Guárdeos Dios;
Que así me satisfaceis.

DON CÉSAR.

Esperad.

DON FÉLIX.

¿Qué me quereis?

DON CÉSAR.

Que hemos de ir juntos los dos.
(*Ap. á él.* Lázaro, disimulado
Vé donde Doña Ana espera,
Y dila lo que ha pasado.)
(*Vanse Don César y Don Félix.*)

LÁZARO.

Yo iré; pero no quisiera
Hallarle luego á mi lado.

Nunca he visto hermano tal.
Como mala nueva llega,
Está en todo como el mal,
Como los vicios se pega,
Y no es hermano carnal.

JORNADA TERCERA.

Sala en la quinta de Don Félix.

ESCENA PRIMERA.

DON CÉSAR Y LÁZARO, *de noche.*

DON CÉSAR.

Ya entre sus brazos me pinto.

LÁZARO.

Yo dibujándome voy
En los de mi Elvira.

DON CÉSAR.

Hoy
Salgo deste laberinto.

LÁZARO.

Más no entremos dentro dél;
Que es salir difícil cosa.

DON CÉSAR.

Siempre una industria ingeniosa
Vence la estrella cruel.
No he visto al Príncipe hoy,
Ni á Don Félix he encontrado;
A ningun amigo he hablado,
Y á su misma casa voy.

LÁZARO.

Así en este mundo pasa;
Que con osada cautela,
Quien mas su peligro cela
Es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraido
Ir honrando el cuerpo veo;
Que es sagrado para el reo
El lado del ofendido.
Mil damas, por ocasion
De qué en la calle dirán,
Meten en casa el galan,
Y vuelven por su opinion.

DON CÉSAR.

Yo de padecer cansado
Las injustas sinrazones
De perdidas ocasiones,
Este remedio he buscado.
Nadie me ha visto venir,
Todo el dia le he tenido
Donde sabes escondido:
Pues ¿cómo ha de prevenir
La fortuna siempre airada
Hoy industria contra mí?

LÁZARO.

¿Hablaste á Don Arias?

DON CÉSAR.

Sí.

LÁZARO.

Pues ves ahí la industria hallada.
Señor, si darme el papel
Don Félix acaso viera,
Que le tenias supiera;
Mas no lo que dijo en él.
Si quien se lo fué á decir
Hoy estorbarte desea,
¿Qué importa que no te vea,
Si sabe que has de venir?
Yo á ningun hombre señalo;
Pero que dirá, colijo,
Cualquiera cosa, quien dijo
Lo de la espada de palo.

DON CÉSAR.

Don Arias es muy discreto,
Muy noble y amigo mio,
Que basta; y así le fio
Este y cualquiera secreto.
Sé que le sabrá guardar,
Que es el secreto un tesoro.

LÁZARO.

Pues tesoro que no es oro,
Mejor le sabrá gastar.
Y mira que este conceto
Has de conocer despues;
Que el mas avariento es
Liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
Su secreto el que es discreto;
Mas por Dios que san secreto
Ya no es fiesta de guardar.
Dia de trabajo aguarde
A quien tan caro le cuesta,
Y pues quebrantas la fiesta,
No quieras que otro la guarde.

DON CÉSAR.

Repartida el alegría,
El gusto suele doblar:
Pues ¿á quién se ha de fiar,
Si á un amigo no se fia?

LÁZARO.

Que se dobla, es argumento
A mi opinion oportuno,
Pues lo que se dice á uno,
Vienen á saberlo ciento.
Y así, que se dobla es cierto;
Mas cuando doblarle ves,
Doblez del amigo es
Por el secreto que ha muerto.—
Pero mira que á la puerta
Siento ruido.

DON CÉSAR.

Advierte ahora
Con qué industria la fortuna
Hoy esta ocasion me estorba.
Dentro de su casa estoy.

LÁZARO.

Es verdad; pero no pongas
La seguridad en eso;
Que al fin se canta la gloria.

ESCENA II.

ELVIRA. — DICHOS.

ELVIRA.

¿Es Don César?

DON CÉSAR.

Sí, yo soy.

ELVIRA.

Miéntras sale mi señora,
Quiero cerrar esta puerta. (*Vase.*)

DON CÉSAR.

Mejor dirás que el aurora
Sale, á mi temor confuso
Desvaneciendo las sombras.
¡Bien haya cuanto esperé,
Desdichas, llantos, congojas,
Si á costa de aquellas penas,
Amor estos gustos compra!

ESCENA III.

DOÑA ANA; *y despues,* ELVIRA. — DON CESAR, LAZARO.

DOÑA ANA.

No dudo que habrás culpado
Mi atrevimiento.
(*Sale Elvira.*)

ELVIRA.

Señora,
Mi señor está á la puerta.

DOÑA ANA.

¡Qué dices!

DON CÉSAR.

¡Qué poco importa
Contra la estrella la industria!

LÁZARO.

¿Qué hemos de hacer?

DOÑA ANA.

Que te escondas
Será fuerza.

DON CÉSAR.

¿Dónde puedo?

DOÑA ANA.

Esta es una cuadra sola,
Donde él entra pocas veces.

DON CÉSAR.

Esconderéme, aunque ponga
A mayor riesgo mi vida;
Que el verme es accion forzosa,
Porque amor es fuego, y es
Imposible que se esconda.
(*Vanse Don César y Lázaro.*)

ESCENA IV.

DON FÉLIX. — DOÑA ANA, ELVIRA.

DON FÉLIX.

Hermana, ¿en qué te entretienes?

DOÑA ANA.

Aquí me divierto ociosa,
Corriendo en libres discursos
Imaginaciones locas.
Pero ¿qué novedad es
Venir, señor, á estas horas?

DON FÉLIX.

A estas horas me ha traido
Un negocio que me importa,
Y basta que esto te diga.
Elvira, haz que al punto pongan
La carroza, y dala el manto
A Doña Ana.

DOÑA ANA.

¡Ahora carroza!
¿Dónde pretendes llevarme?

DON FÉLIX.

¡Qué sin causa te alborotas!
Hay un festin en palacio:
Mandóme Nísida hermosa
Convidarte de su parte:
Tanto su Alteza te honra.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Ay cielos! sin duda él sabe
Esta ocasion, y la estorba
Cuerdamente, pues cifradas
Dice sus sospechas todas.
¡Ay amor! todas tus penas
Se hicieron para mí sola,
Pues yo siento lo que pierdo,
Y otras sienten lo que gozan.
(*Vanse Doña Ana, Don Félix y Elvira.*)

ESCENA V.

DON CÉSAR, LÁZARO.

LÁZARO.

Ya se fuéron: ¿qué suspiras?
¿Pues no te basta y te sobra
Estar dentro de su casa?
Hoy, señor, si bien lo notas,
Sales deste laberinto.
Mas ¡qué bien con sospechosas
Razones te dió á entender
Tu peligro y su deshonra!
Con casamiento te advierte,
Y asegurarle te importa.

ESCENA VI.

ELVIRA. — Dichos.

ELVIRA.

Ahora puedes salir;
Que ya se fuéron.

LÁZARO.

Acorta
De cuidados, y salgamos
Desta borrasca espantosa.

DON CÉSAR.

Para mí solo se hicieron,
Amor, tus desdichas todas;
Que yo siento lo que pierdo,
Y otros sienten lo que gozan. (*Vase.*)

LÁZARO.

¿Y cómo estamos de cuenta?

ELVIRA.

A mí nadie me la toma.

LÁZARO.

¿Que va que en ella la alcanzo,
Si hago la prueba, aunque corra?
No perdamos la ocasion,
Elvirilla.

ELVIRA.

Si soy sombra.
¿No ves que me voy?

LÁZARO.

¿Por qué?

ELVIRA.

Porque se fué mi señora. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LÁZARO.

Yo quedaré cual tahur,
Que viendo su suerte, toma
Aliento para contar
Pintas (que mil fueran pocas),
Y luego por una carta
Que estaba encubierta sola,
Sobre su suerte, admirado
La de su contrario topa;
Y el cinco que le estorbaba,
Sirviendo de encaje ahora,
Espuela de su carrera,
Hace que las pintas corran
Así á mí espadas y bastos
Me turban, gústanme copas;
Y porque no salgo de oros,
No tengo suerte con sotas. (*Vase.*)

—

Salon del palacio.

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, DON ARIAS.

DON ARIAS.

Buena la noche ha estado.
¿No alegró tu tristeza
Tanta gala y belleza,
Que junta has admirado?

ALEJANDRO.

Antes con su alegría
Doblé, Don Arias, la tristeza mia.
Si á Doña Ana miraba
Las acciones que hacia,
En su rostro leia
Que á César adoraba;
Y dije: «¿Quién vió ¡cielos!
Sin culpa agravio y sin agravio celos?»
Disculpaba otras veces
A César, porque llena
El alma de su pena,
Hizo á los ojos jueces;
Y aunque él la merecia,
No trocara su pena por la mia.

DON ARIAS.

¿En qué ha de parar esto?

ALEJANDRO.

Don Arias, en mi muerte;
Que en peligro tan fuerte
Tu secreto me ha puesto.

DON ARIAS.

Yo erré; mas no te espante
Que lo que erré una vez, lleve adelante.
Allí Don César viene.

ALEJANDRO.

Deste cancel cubierto,
Hoy de su boca advierto
El ánimo que tiene,
Si tú se le preguntas. (*Retírase.*)

ESCENA IX.

DON CÉSAR. — DON ARIAS.

DON CÉSAR. (*Para sí.*)

¿Quién en el mundo vió mas penas jun-[tas?

DON ARIAS.

¿Qué hay, Don César?

DON CÉSAR.

Desdichas
Siempre de agravios llenas;
Que solo para penas
Se inventaron mis dichas.
Entré, y en breve espacio
Llegó su hermano, y trájola á palacio.
Dió á entender que sabía
Todo lo que pasaba,
Y que escondido estaba.
Al fin, su cortesía
De suerte me ha obligado,
Que á pedírsela estoy determinado.
Con esta recompensa
Le aseguro mas sabio,
Hago gusto el agravio,
Obligacion la ofensa,
Y á casarme dispuesto,
El Príncipe tambien se holgará desto.
(*Vase.*)

ESCENA X.

ALEJANDRO; *despues*, DON FELIX. — DON ARIAS.

DON ARIAS.

Señor, ¿hásle escuchado?

ALEJANDRO.

Como á Félix la pida,
No habrá razon que impida
Dársela, y obligado,
Si á mí me la pidiera,
Presumo, que á ser mia, se la diera.
(*Sale Don Félix.*)

ALEJANDRO.

Don Félix, obligado
Estoy de vos, y quiero,
Por galardon primero,
Quitaros un cuidado,
Y no el menor que puedo.
(*Ap.* Así aseguro á esta ocasion el mie-[do.)
Un deudo mio en Doña Ana
Su pensamiento ha puesto...
Y (por hablaros presto)
Yo tengo á vuestra hermana
Casada de mi mano.

DON FÉLIX.

Dame tus piés por el honor que gano.

ALEJANDRO.

Por cartas he sabido
Su altivo pensamiento,
Y con mayor contento
Le tengo respondido
Que yo lo trataría.
Basta decir que tiene sangre mia,
Y desde aquí os prometo
Tomarlo yo á mi cargo.
Solamente os encargo,
Don Félix, el secreto;
Y pues queda tratado,
No dispongais de darla nuevo estado.

DON FÉLIX.

Guarde tu vida el cielo,
Para que el mundo vea
Honrar á quien desea
Servirte. Hoy en el suelo
Pondré humilde la boca.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

¡Ay necio fin de una esperanza loca!

DON FÉLIX.

Diréla esta ventura
Del nuevo casamiento;
Y si mi pensamiento
Anima su hermosura,
Y mi imposible allana,
Buenas albricias llevaré á mi hermana.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, ELVIRA.

ELVIRA.

¿Qué sientes?

DOÑA ANA.

Que ya estoy muerta,
Aunque para consolarme,
La muerte quiere matarme,
Y parece que no acierta.
Mal mis desdichas concierta.
Díjome Félix que amaba
A Nísida, y que aspiraba,
Elvira, á casar con ella,
Y que yo á Nísida bella
Dijese que la adoraba.
Si él de véras la quisiera,
A pesar de sus enojos,
Con el alma y con los ojos
Su sentimiento dijera.
No esperara que yo fuera;
Pero mas desentendida,

Con respuesta agradecida,
Quizá le despertaré
Una verdadera fe
De una voluntad fingida.

ESCENA XII.

DON FÉLIX. — DOÑA ANA, ELVIRA.

DON FÉLIX.

Si hace amor que una alegría
Dos pechos distintos mueva,
Plegue á Dios que sea tu nueva,
Hermana, como la mia.
En albricias te traia
Lo que ya decirte quiero,
Porque así obligarte espero;
Que no fuera trato justo
Que negaras tú mi gusto,
Sabiendo el tuyo primero.
Hermana, casada estás:
Deseoso de tu bien,
Por mujer te pide quien
Te estima y te quiere mas:
Mira qué albricias me das
De tu estado y de tu aumento.
Vuélveme á dar tu contento.

DOÑA ANA.

(*Ap. á ella.* Elvira, sin duda ha sido
César el que me ha pedido.
¡Qué dichoso casamiento!)
(*Vase Elvira.*)
Que he de obedecerte es llano;
Y así, no dudes que aquí
Puedes disponer de mí
Como padre y como hermano.
Si tanto en servirte gano,
Oye lo que me pasó.
A Nísida dije yo
Los suspiros que te cuesta,
Y fué la mejor respuesta...

DON FÉLIX.

¿Qué?

DOÑA ANA.

Que no me respondió.
Si á quien se llega á decir
Tu pasion, la voz esconde,
Es señal, pues no responde,
Que le queda mas que oir.
Vuelve de nuevo á sentir.
Tarde ó nunca se libró
Mujer que una vez oyó:
Prosigue, Félix; que bien
Responde callando, quien
Oyendo no respondió.

DON FÉLIX.

¿Qué dicha á mi dicha iguala?
Mas término injusto fuera
Que con tan buena tercera,
Esperara nueva mala.

ESCENA XIII.

ELVIRA. — DON FÉLIX, DOÑA ANA.

ELVIRA.

Don César está en la sala;
Dice que te quiere hablar.

DON FÉLIX.

Tú te puedes retirar.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Pues viene tan descubierto,
Sin duda mi bien es cierto.
Desde aquí quiero escuchar.
(*Retíranse Doña Ana y Elvira.*)

ESCENA XIV.

DON CÉSAR. — DON FÉLIX; DOÑA ANA, ELVIRA, *ocultas.*

DON FÉLIX.

Don César, mucho agraviais
Esta casa, pues en ella,
Sabiendo vos que lo es,
No entrais como en propia vuestra.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Ya como hermanos se tratan.

DON CÉSAR.

Yo me detuve á la puerta,
Por esperar, como es justo,
Que me diérades licencia.—
Don Félix, bien conoceis
De mis padres la nobleza,
De mi vida las costumbres
Y cantidad de mi hacienda.
El criado que mas quiere
El Príncipe soy: bien muestra
En mí su poder, pues hace
Mucho de nada su Alteza.
En su casa me ha criado,
Haciendo desde edad tierna
Confianza en mi persona,
Como en mi ingenio experiencia.
No volví el rostro á las armas
Por inclinarme á las letras;
Que valor y estudio vieron
La campaña y las escuelas.
Al fin, para no cansaros,
Soy vuestro amigo, y quisiera
Asegurar la amistad.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Aquí sin duda conciertan
Lo que ya tienen tratado:
Quiero escucharlos atenta.

DON CÉSAR.

Mi intencion y mi deseo,
Bien que atrevimiento sea,
Mas claro que las razones,
Os habrán dicho las muestras;
Que informándôs tan despacio,
Haber discurrido es fuerza
El fin, pues en vuestra casa
No teneis mas que una prenda.
Confieso que á ser del mundo
Señor, aun no mereciera
Mirarla: soberbia ha sido,
Mas disculpada soberbia.
Perdonad; y si os obligan
Mi calidad y mis prendas,
Servíos con mis deseos
Y honradme con su belleza.—
¿Qué pensais? Qué os suspendeis?

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Parece que agora empiezan
Lo que ya tienen tratado.

DON FÉLIX.

Saben los cielos, Don César,
Lo que estimo y agradezco
Vuestro deseo, y quisiera
Que de secretos del alma
Dieran las razones muestra.
A ningun hombre del mundo
Con mas gusto la ofreciera
Que á vos, porque sois mi amigo;
Mas no hay razon donde hay fuerza.
No os puedo dar á mi hermana,
Y no há un hora que pudiera;
Que eso habrá que está casada.
Tarde habeis venido, César.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?

DON CÉSAR.

Si pensais desa manera
Castigar no haberos dicho
Antes de ahora mis penas,
Yo quedo bien castigado.
Bastan, Don Félix, las pruebas,
Pues que nunca llega tarde
Conocimiento que llega.
A tiempo estáis de enmendar
Esas pasadas ofensas;
Y pues no habeis ignorado
Que os está bien que esto sea,
No desecheis la ocasion.

DON FÉLIX.

Ni ignoro vuestra nobleza,
Ni que á mí me está muy bien
Honrar mi casa con ella;
Pero solamente ignoro
En qué razon os ofenda,
Para enmendarlo. Por Dios,
Que está casada: quisiera
Poder deciros con quién;
Y aquí ahora, por mas señas,
A mi hermana la decia
De su casamiento, y ella,
Por ser mi gusto, lo oyó
Muy alegre y muy contenta.

DOÑA ANA.

¿Qué es esto, cielos? (*Ap. á ella.* Elvira,
Esto me importa: aunque sea
Atrevimiento terrible,
Hoy tengo de hablar á César.)

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Doña Ana alegre y casada,
Y yo con vida! Paciencia,
Pues si no pierdo la vida,
Es porque á Doña Ana pierda.)
Don Félix, bien os vengais
De mis deseos, pues eran
Aspirar á tanta gloria,
Y al fin me dejais sin ella.
Pues fué tan corta mi suerte
Que no pude merecerla,
Y mi señora Doña Ana
Está casada y contenta,
El nuevo dueño la goce
Tantos años, que no tenga
Memoria dellos la muerte.

ELVIRA. (*Ap. á su ama.*)

Mas ¡qué presto se consuelan
Los hombres en sus desdichas!

DOÑA ANA.

¡Ay, Elvira! ¡quién pudiera
Hablar á César!

ELVIRA.

Aguarda.
Veamos si mi industria llega
A lograrlo desta suerte.—
(*Sale Elvira.*)
Un hombre espera á la puerta,
Diciendo que quiere hablarte.

DON FÉLIX.

Perdonadme, y dad licencia
De ver quién es; que ya vuelvo
Al instante.

DON CÉSAR.

Id norabuena.
(*Vase Don Félix.*)
¿Hasta cuándo, hados impíos,
Habeis de afligirme?
(*Sale Doña Ana.*)

DOÑA ANA.

César,
¿Qué es esto?

DON CÉSAR.

Desdichas mias

Que con tirana violencia
El alma oprimen.

DOÑA ANA.

Escucha;
Que nunca mi fe pudiera
Negar lo mucho que estimo...

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

No veo á nadie.

ELVIRA.

Ya dió vuelta.

DOÑA ANA.

Infeliz de quien le falta
Tiempo aun de hablar en sus penas. (*Vase.*)

(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Hasta la calle salí.

ELVIRA.

Yo te aseguro que vuelva,
Si te ha menester.

DON CÉSAR.

Don Félix,
Encareceros quisiera
Lo agradecido que estoy
A mi desdicha, pues ella
Me ha dado aquí un desengaño
Tan grande, que no pudiera
Con otro satisfacerme.
Casada Doña Ana bella
Está: que ya no lo dudo:
Ruego á los cielos que sea
Con el gusto que deseo
Para mí.

DON FÉLIX.

Mirad, Don César,
Que soy muy amigo vuestro,
Y que por eso no cesa
Mi amistad.

DON CÉSAR.

No, pues la mia
En el mismo estado queda. (*Vanse.*)

—

Salon de palacio.

ESCENA XV.

ALEJANDRO.

Cuando de mi confuso pensamiento
Necio amor, locos casos imagino,
Ménos me atrevo y mas me determino;
Que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido á mi valor, intento
A un agravio remedio peregrino;
Y animándole, apénas adivino,
Verdugo de mi infamia el sentimiento.
Olvido ingrato, agradecido adoro,
Aborrezco cobarde, amo atrevido,
Llamo y me huyo, quiero y no deseo.
Canto mis penas, y mis glorias lloro:
¡Qué mucho viva ó muera arrepentido,
Si he de perder la vida ó el deseo?

ESCENA XVI.

LÁZARO. — ALEJANDRO.

LÁZARO. (*Para sí.*)

Mandóme Don César que
Buscase á Don Félix, por-
Que quiere hablarle, y aunqué
Me ha costado mucho tor-
Mento, á Don Félix no hallé,
Ni ahora á mi señor tampoco
Hallo en toda la ciudad.
Ellos me han de volver loco...
Mas si va á decir verdad,
Ellos tienen que hacer poco.
Mas aquí el Príncipe está.

ALEJANDRO.

Lázaro...

LÁZARO.

Buen caballero,
Te faltó.

ALEJANDRO.

¿Cómo va?

LÁZARO.

Ya
Puedes ver.

ALEJANDRO.

¿Qué hay?

LÁZARO.

No hay dinero,
Y así, no sé cómo va.
Remendaba con sigilo
Sus calzones un mancebo:
Yo que le acechaba, vilo,
Y pregunté: «¿Qué hay de nuevo?»
Y él respondió: «Solo el hilo.»
Yo á decirlo no me atrevo,
Porque aun el hilo no es nuevo;
Pero mirándome así,
Un famoso arbitrio dí.

ALEJANDRO.

Si fué tuyo, ya le apruebo.

LÁZARO.

¿Puesto en uso no se ve
Traer calzones de bayeta?
Pues yo fui quien lo inventé,
Que soy Adan desa seta.

ALEJANDRO.

¿Y de qué manera fué?

LÁZARO.

Si el saberlo te desvela,
Yo unos calzones tenia
Muy rotos, y con cautela,
Faltóme la tela un dia,
Y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no léjos
Del mio, muchos despues
Admitieron mis consejos:
Así que cuantos hoy ves,
Todos son calzones viejos.

ALEJANDRO.

¡Quién para poderte oir
No tuviera que sentir! (*Vase.*)

LÁZARO.

Rie el pobre, el rico llora,
Y así en este mundo ahora
Todo es llorar y reir.

ESCENA XVII.

DON CÉSAR. — LÁZARO.

DON CÉSAR.

A que el Príncipe se fuera,
Lázaro, esperando estuve,
Para hacer entre los dos
Glorias y penas comunes.
Don Félix casa á Doña Ana,
Y no conmigo, ni pude
Saber con quién. En efecto,
Mi bien de mi mal se arguye;
Que esta noche, cuando el sol,
En pavimentos azules,
Haga el tálamo de Tétis
Sepulcro undoso á sus luces,
La he de sacar de su casa.

LÁZARO.

Pues por todas estas cruces,
Que no ha de saberlo Arias.
¿Posible es que no rehuses
El descubrir tu secreto?
Desta ocasion se concluyen
Tu bien ó tu mal.

DON CÉSAR.

Es cierto.

LÁZARO.

Pues cuando decirlo excuses,
¿Qué pierdes? Cuando lo digas,
¿Qué ganas?

DON CÉSAR.

Porque no culpes
Que no estimo tu consejo,
Y porque del todo apure
Amor mi desdicha, hoy quiero
Callar mi secreto.

LÁZARO.

Hoy suben
Al cielo tus esperanzas,
Para que de todas triunfes.
Habla á todos, está alegre,
Y irémos, cuando las nubes
Por la muerte de las flores
Se vistan negros capuces.

ESCENA XVIII.

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS.

Don César...

LÁZARO.

No hay nada nuevo,
Porque no nos lo pregunte.

DON ARIAS.

¿Qué teneis?

LÁZARO.

Aunque está triste,
No es pendencia: no te juntes;
Que no ha menester tu lado.

DON ARIAS.

¿Qué ha sucedido?

DON CÉSAR.

Que tuve
Cultivada una esperanza,
Que á tiempo de darme dulce
Fruto, se secó en su flor,
Siendo mi estrella el octubre.
Don Félix casa á Doña Ana,
Que así su quietud presume;
Pedísela por mujer,
Respondióme que propuse
Tarde mi intento, y que está
Casada y contenta: ¿sufren
Los celos mayores penas?

LÁZARO.

Ya basta, señor. — Excuse
Vuesa merced el hablarle,
Porque le dan pesadumbre
Unos vaguidos muy grandes
Que á la cabeza le suben.

DON ARIAS.

¿En qué puedo yo serviros?

LÁZARO.

En callar.

DON ARIAS.

Por Dios, que encubre
Mi pecho harto sentimiento. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON CÉSAR, LÁZARO.

LÁZARO.

Porque cesan tus embustes.

DON CÉSAR.

Amor, si acaso te mueven,
Por dios, tantas inquietudes,
Ya es tiempo que con un bien
Mil sentimientos disculpes.
Ya basta lo que he sufrido:
No es mucho que disimules
Mis cortos merecimientos,
Por la gloria á que me opuse.
Ya no ha de ser el perderla
Lo que mas mis dichas turbe,
Mas ver que otro esté gozando
Lo que yo esperando estuve.

ESCENA XX.

ALEJANDRO, DON ARIAS.—DICHOS.

ALEJANDRO. (*Ap. á Don Arias.*)

¿Eso ha pasado?

DON ARIAS.

Aquí estaba.

ALEJANDRO.

Pues porque no se asegure,
Que cuando tuvo ocasiones
Solo, ocupado le tuve,
Y no advierta la malicia,
Esta noche es bien le ocupe
Porque no tiene que hacer,
Y un dia á otro se disculpen.—
César...

DON CÉSAR.

Señor...

ALEJANDRO.

Hasta el dia
He de escribir, porque es lúnes,
Y he de despachar á Roma
Y Nápoles.

DON CÉSAR.

Yo voy... (*Ap.* Huyen
De mis manos las venturas.
Lúnes fué, para que impugnen
Los dias como las horas.)
(*Ap. á él.* Mis dichas, Lázaro, suben
Al cielo mis esperanzas.)

LÁZARO.

Yo, señor, ¿qué culpa tuve?

DON CÉSAR.

Tú me dijiste que aquí
Estuviese.

LÁZARO.

No me culpes.

DON CÉSAR.

¿Quién te mete en dar consejos?

LÁZARO.

Mi desdicha.

DON CÉSAR.

(*Ap.* ¡Que me ayude
Tan poco el tiempo, que sean
Mártes para mí los lúnes!)
Aquí está todo aderezo.
(*Ap.* ¡Plegue al cielo no me turbe;
Que tengo el alma en Doña Ana
Llena de mil pesadumbres.)

ALEJANDRO.

Despejad.

(*Vanse Don Arias y Lázaro.*)

ESCENA XXI.

ALEJANDRO; DON CÉSAR, *que se sienta á un bufete con recado de escribir.*

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Hoy de los celos
Hacer experiencia pude,
Y en perdidas esperanzas
Veré los toques que sufren.

DON CÉSAR.

Decid.

ALEJANDRO.

Yo estoy...

DON CÉSAR.

Estoy... (*Ap.* Muerto de celos.)

ALEJANDRO.

Tratando con secreto...

DON CÉSAR.

Con secreto...
(*Ap.* ¡Aun no pude gozar la ocasion, cielos!

ALEJANDRO.

El casamiento...

DON CÉSAR.

El casamiento...(*Ap.* Efeto
No ha de tener.)

ALEJANDRO.

*Al fin, vuestros desvelos
Le tendrán.*

DON CÉSAR.

Le tendrán... (*Ap.* Mas no los mios,
Que vientos pueblo cuando aumento rios.)

ALEJANDRO.

Lo que yo os aseguro...

DON CÉSAR.

Os aseguro...
(*Ap.* Es mi muerte.)

ALEJANDRO.

Que vuestro honor procuro.

DON CÉSAR.

Procuro... (*Ap.* Divertirme; mas no puedo.)

ALEJANDRO.

Por ser Doña Ana...

DON CÉSAR.

(*Ap.* Aquí rendido quedo.)
Doña Ana...

ALEJANDRO.

*Castelví por su nobleza,
Y ángel por sus virtudes y belleza.*

DON CÉSAR.

¿Dónde tu Alteza aquesta carta envía?

ALEJANDRO.

A Flándes.

DON CÉSAR.

Para Flándes no es hoy dia,
Y así, podrá dejarse hasta mañana.

ALEJANDRO.

(*Ap.* Perdió el color al nombre de Doña Ana.)
No importa que hoy no sea;
Escrita se estará.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¿Quién hay que crea
Tan tirano rigor, pena tan fiera?

ALEJANDRO.

Proseguid, repitiendo la postrera
Razon.

DON CÉSAR.

Rendido quedo...

ALEJANDRO.

Pues yo, ¿he dicho
Tal razon? Dad acá.

DON CÉSAR.

Lo dicho he dicho.

ALEJANDRO. (*Tomando la carta.*)

(*Lee.*) «Yo estoy muerto de celos, tra-
»tando con secreto... aun no pude go-
»zar la ocasion... el casamiento efecto
»no ha de tener; al fin vuestros desve-
»los le tendrán, no los mios; lo que yo
»os aseguro, es mi muerte, que vues-
»tro honor procuro, por ser Doña Ana...
»aquí rendido quedo...»
¿Yo os he dicho que escribais
Desta suerte?

DON CÉSAR.

Si han podido
Obligarte en algun tiempo,
Alejandro, mis servicios,
Ahora le tienes de honrarme;
Que no es de tu pecho digno
Blason, que por el ajeno
Honor, me quites el mio.
Casado estoy con Doña Ana...
—Casado no; pero digo
Que á este fin habrá dos años
Que la quise y que me quiso.
No diré las ocasiones
Que por tu causa he perdido,
Anteponiendo leal
A mi gusto tu servicio;
Mas solo diré que hoy,
Sabiendo que el cielo impío
Su casamiento ordenaba,
Trató casarse conmigo.
Pensando que me estorbába,
Negué el secreto á un amigo;
Pero viendo que no tiene
En mí el secreto peligro,
Solo á algun planeta doy,
Solo atribuyo á algun signo
El querer con mala estrella,
Pues ellas la causa han sido.
Pero si suelen vencerse
Con reservados arbitrios,
Para que en mi estrella juzgues,
Hoy el cielo te previno.

ALEJANDRO.

Si en perdidas ocasiones,
Don César, has conocido
Que fué culpa de tu estrella,
No condenes al amigo,
Supuesto que no bastó
Hoy para haberla perdido,
Haber callado el secreto;
Que sucediera lo mismo,
Cuando siempre le guardaras.
Pero estoy muy ofendido
De que tratases casarte
Sin saber el gusto mio.
Dame la pluma; que yo
Quiero escribir; que ya he visto
Lo poco de que me sirves.

DON CÉSAR.

De poco, señor, te sirvo;
Pero ninguno...

ALEJANDRO.

Ya basta.

(*Siéntase y escribe.*)

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Si de la fortuna ha sido
Este juego, en solo un lance
Al rey y dama he perdido.
¿Hay mas tormento en el mundo?
¿Hay mas pena en el abismo?
No, pues no la tengo yo.

ALEJANDRO.

Cerrad el papel que he escrito,
Y llevádsele á Don Félix,
Que haga lo que en él le digo.

DON CÉSAR.

¿Hoy he de llevarle?

ALEJANDRO.

Sí.

DON CÉSAR.

Que no hay correo imagino.

ALEJANDRO.

Llevadle vos á su casa;
Que yo con propio le envío.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Perdida he visto una dama,
Y un señor airado he visto,
Y no sé para otra vez
Cuál de los dos he temido. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DON FÉLIX, DON ARIAS. — ALEJANDRO.

DON ARIAS.

Ya ha acabado de escribir.

ALEJANDRO.

Don Félix, nuevas ha habido
De que hoy entra en Parma el novio,
Y aun en vuestra casa han dicho.

DON FÉLIX.

Beso mil veces tus piés,
Y por Doña Ana te pido
Las manos. Yo voy á darla,
Con tu licencia, el aviso,
Para que esté prevenida. (*Vase.*)

ALEJANDRO.

Don Arias...

DON ARIAS.

¿En qué te sirvo?

ALEJANDRO.

Tú has de jurar en la cruz
De aquesta espada que ciño,
Que jamas ha de saber
Doña Ana que la he querido,
Ni César que le he estorbado.

DON ARIAS.

Así juro de cumplillo
En la cruz de aquesta espada,
Y yo ahora te suplico
Que no le digas á César
Que soy el que te lo dijo.

ALEJANDRO.

Yo lo prometo: partamos
A ser de su bien testigos:
Que hoy á Alejandro en grandeza,
Como en el nombre, le imito.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA XXIII.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, ELVIRA.

DOÑA ANA.

Esto es verdad.

DON FÉLIX.

¡Qué bien pagas,
Hermana, el cuidado mio!
¿Promesa de religion?

DOÑA ANA.

No lo dije á los principios,
Por pensar que no llegara
A efecto; mas ya que he visto
Que le tiene, que no puedo
Casarme, hermano, te digo.

DON FÉLIX.

¿Qué diré al Príncipe yo?

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Que no haya César venido!
Mas ya viene: bien podré
Irme con él.

ESCENA XXIV.

DON CÉSAR, LÁZARO. — DICHOS.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Mi mal sigo,
Pues del rigor que padezco
Soy instrumento yo mismo.

LÁZARO. (*Ap.*)

¿Mas que pára en casamiento?

DON CÉSAR.

Don Félix, no haber pedido
Licencia, es haberla dado
Este papel que hoy ha escrito
El Príncipe para vos.

DON FÉLIX.

Y yo el cuidado os estimo.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

¡Ay perdida gloria mia!

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Ay querido dueño mio!

DON FÉLIX.

(*Lee.*) «Porque prevenida la gloria, »hace menor el gusto, no os he dicho »ántes de ahora que la persona que »os tengo propuesta, es Don César. »En él concurren todas las calidades »que podeis imaginar: dadle á vuestra hermana; que él solo la merece, »si deja merecerse tanta ventura.»
César, el Príncipe escribe
Que para quien ha pedido
Mi hermana, sois vos.

DOÑA ANA.

¡Ay cielos!

DON CÉSAR.

¿Qué decís?

DON FÉLIX.

Que ya suspiro
Con otra causa, pues nunca
Hubo contento cumplido:
Que para que no os merezca,
Doña Ana ahora me dijo
Que no se puede casar,
Por una promesa que hizo.

DOÑA ANA.

Es verdad que yo lo dije.

DON CÉSAR.

¡Cielos! ¿qué es esto que miro?
(*Ap.* ¡Doña Ana finge promesas,
Por no casarse conmigo!)

DON FÉLIX.

Léd, Don César, el papel.

ESCENA XXV.

ALEJANDRO, NÍSIDA, DON ARIAS.— DICHOS.

ALEJANDRO.

No le leais; que si escribo
Ausente, presente estoy,
Y afirmaré lo que firmo.

DON FÉLIX.

(*Ap. á Doña Ana.* ¡En buena ocasion me has puesto!)
Dadnos tus piés.

NÍSIDA.

Yo he venido
Con mi hermano, por tener
Parte en vuestros regocijos.

ALEJANDRO.

Don César, desta manera
Enseño á premiar servicios.
Dadle á Doña Ana la mano;
Que yo vengo á ser padrino.

DON FÉLIX. (*Ap. á Doña Ana.*)

¿Qué he de decir?

DOÑA ANA.

No te aflijas;
Que en tal fuerza es permitido
Conmutarse en otra cosa
La promesa.

DON CÉSAR. (*De rodillas.*)

Si rendido
A tus piés...

DOÑA ANA.

Alza del suelo;
Que mi promesa he cumplido;
Pues prometí no casarme,
No siendo, César, contigo.

LÁZARO.

Ya, señor, casado estás.
¡Gracias á Dios, que salimos
Desta empresa con victoria!
Mas por Dios, que no te envidio.

ALEJANDRO.

Yo he de partir luego á Flándes
A servir al gran Filipo
Segundo, donde Mastrique
Venga á ser el blason mio;
Y por dejar en mi Estado
Gobierno, á Félix elijo,
Que á Nísida dé la mano.

DON FÉLIX.

Mil veces los piés te pido,
Por las honras que me ofreces.

NÍSIDA.

Tu gusto fué mi albedrío

LÁZARO.

Elvira...

ELVIRA.

¿Qué?

LÁZARO.

Yo me voy;
Que si me tardo un poquito,
Segun que vienen casando,
Te habrás de casar conmigo.

DON ARIAS.

Nadie fíe su secreto
Del mas cuerdo y mas amigo;
Que en la mas sana intencion
Está un secreto á peligro,
Y no se queje de agravio
Quien no calla el suyo mismo.

DON CÉSAR.

Y aquí da fin la comedia,
Por quien el perdon os pido.

—

EL PINTOR DE SU DESHONRA.

PERSONAS.

DON JUAN ROCA.
JUANETE, *su criado.*
DON LUIS, *viejo.*
PORCIA, *su hija.*
DON ÁLVARO, *su hermano.*
DON PEDRO, *viejo.*
SERAFINA, *su hija.*
EL PRÍNCIPE DE URSINO.
FLORA, *criada.*
JULIA, *criada.*
CELIO.—FABIO.
BELARDO, *vejete.*
HOMBRES, *de máscara.*
MUJERES, *de máscara.*
MARINEROS.—MÚSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Gaeta, Barcelona, Nápoles y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA.

Sala de casa de Don Luis, en Gaeta.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *vestido de camino;* DON LUIS.

DON LUIS.

Otra vez, Don Juan, me dad
Y otras mil veces los brazos.

DON JUAN.

Otra y otras mil sean lazos
De nuestra antigua amistad.

DON LUIS.

¿Cómo venis?

DON JUAN.

Yo me siento
Tan alegre, tan ufano,
Tan venturoso, tan vano,
Que no podrá el pensamiento
Encareceros jamas
Las venturas que poseo,
Porque el pensamiento creo
Que aun ha de quedarse atras.

DON LUIS.

Mucho me huelgo de que
Os haya en Nápoles ido
Tan bien.

DON JUAN.

Mas dichoso he sido
De lo que yo imaginé.

DON LUIS.

¿Cómo?

DON JUAN.

Ya os dije, señor
Don Luis, cuando por aquí
Pasé, que aunque siempre fuí
Poco inclinado al amor,
De mis deudos persuadido,
De mis amigos forzado,
Traté de tomar estado;
Siendo así que divertido
En varias curiosidades,
Dejé pasar la primera
Edad de mi primavera.

DON LUIS.

Ya sé las dificultades
Que hubo en vuestra condicion
Para esa plática, y que
Siempre que en ella os hablé,
Hallé vuestra inclinacion
Muy contraria, habiendo sido
De vuestro divertimiento
Lo postrero el casamiento;
Pues en libros suspendido
Gastabais noches y dias;
Y si, para entretener
Tal vez fatigas del lêr,
Con vuestras melancolías
Treguas tratábades, era
Lo prolijo del pincel
Su alivio, porque aun en él
Parte el ingenio tuviera:
De cuyo noble ejercicio,
Que en vos es habilidad,
Ó gala ó curiosidad,
Pudiera otro hacer oficio;
Pues es tanta la destreza
Con que sus líneas formais,
Que parece que le dais
Sér á la naturaleza.
Cuando vuestro huésped fuí
Y en esto ocupado os via,
Me acuerdo lo que os reñia.

DON JUAN.

Pues siendo todo eso así,
Ya rendido á la atencion
De mis deudos, ó á que fuera
Lástima que se perdiera,
Faltándome sucesion,
Un mayorazgo que creo
Que es ilustre y principal
Y no de poco caudal,
Correspondí á su deseo:
Y dando (lo que no habia
Hecho en mi menor edad)
Lugar á la voluntad
Que hasta entónces no tenia,
Tomar estado traté,
Dando a mi prima la mano,
Que es hija del castellano
De Santelmo.

DON LUIS.

Ya lo sé,
Y ya os dije, cuando aquí
Al pasar mi huésped fuisteis,
La buena eleccion que hicisteis.

DON JUAN.

Pues mas lo es hoy.

DON LUIS.

¿Cómo así?

DON JUAN.

Como aunque mi pecho ingrato,
Por las noticias que tuvo
Desde allá, inclinado estuvo
De Serafina al retrato;
Despues que vió á Serafina,
Tan del todo se rindió,
Que aun yo no sé si soy yo.

DON LUIS.

Es su hermosura divina,
Es su ingenio singular:
De uno y otro soy testigo.

DON JUAN.

Hoy, en fin, viene conmigo
A ser Vénus deste mar
O Flora de sus riberas,
Por no perder la ocasion
Para nuestra embarcacion,
En llegando las galeras.
Su padre con ella viene,
Que hasta Gaeta ha querido
Acompañarla: esta ha sido
La causa porque previene
Mi amistad adelantarme;
Porque como os ofrecí
Ser vuestro huésped aquí
Cuando volviese á embarcarme,
He querido preveniros
Del forzoso inconveniente
De venir con tanta gente;
Y así me atrevo á pediros...

DON LUIS.

¿Qué?

DON JUAN.

Que licencia me deis
Para ir á mi posada,
Que estará ya aderezada.

DON LUIS.

Notable agravio me haceis.
¿Soy hombre yo que pudiera,
Igual dicha deseando,
Nada embarazarme, cuando
Todo Nápoles viniera
Con vos?

DON JUAN.

Ya sé lo que os debo;
Pero...

DON LUIS.

No hay que responder.
O á mi casa, ó á no ser
Mas amigos.

DON JUAN.

No me atrevo
A aventurar amistad
Tan segura y verdadera.

DON LUIS.

¿Tan gran desaire pudiera
Hacerse á mi voluntad,
Y mas, cuando por solo esto,
Si os digo verdad, estoy
En el gobierno hasta hoy?

DON JUAN.

¿Cómo?

DON LUIS.

Como habia dispuesto
Retirarme á mi hacenduela,
Postrado á los desengaños
De mis ya prolijos años;
Que como no me desvela
El adquirir, desde el dia
Que á Don Alvaro perdí,
Estoy ya violento aquí.

DON JUAN.

Confieso que no querria
Hablaros en esto; pero
Ya la plática salió.
¿Nunca dél supisteis?

DON LUIS.

No,
Sino el aviso primero,
Que fué, habiéndose embarcado
A negocios que en España
Tuvo, que esa azul campaña
Le sepultó, derrotado
El bajel. Desto tuvimos
Aviso, porque una nave,
Que de la tormenta grave
Venir á abrigarse vimos,
Contó cómo á pique habia
Visto irse su bajel.

DON JUAN.

¿Y cómo supo ser él?

DON LUIS.

Como era desdicha mia.
Venia de Barcelona,
Donde el viaje habia de hacer,
Y lo confirma el no haber
Noticia de su persona.
Mas no hablemos mas en esto.
¿Cuándo decis que vendrá
Vuestra esposa?

DON JUAN.

Ya estará
Cerca de aquí.

DON LUIS.

Pues id presto
A esperarla y á decirla
De mi parte que ir no puedo
A servirla, porque quedo
Ocupado acá en servirla.

DON JUAN.

Desa suerte lo diré,
Pues vos...

DON LUIS.

No me digais mas.—
(*Vase Don Juan.*)
Porcia.

ESCENA II.

PORCIA. — DON LUIS.

PORCIA.

Señor...

DON LUIS.

Ya sabrás
(Mil veces te lo conté)
Las grandes obligaciones
Que á Don Juan Roca he tenido.

PORCIA.

Que eres su amigo te he oido
Decir en mil ocasiones.

DON LUIS.

Pues has de saber que ya
Con su esposa por aquí
Vuelve.

PORCIA.

¿Serafina?

DON LUIS.

Sí,
Y hasta embarcarse será
Mi huésped.

PORCIA.

Yo lo agradezco
De mi parte.

DON LUIS.

¿Qué te obliga?

PORCIA.

Ser Serafina mi amiga,
Y pensará que la ofrezco
El hospedaje.

DON LUIS.

Está bien.
Y supuesto, siendo así,
Que por tí, Porcia, y por mí
Agasajarlos es bien,
Te ruego que á tus criadas
Las mandes aderezar
Ese cuarto en que han de estar.

PORCIA.

Prevenciones excusadas
Son. ¿Cuándo no está, señor,
Uno y otro apercibido
Para huéspedes, si has sido
Aun mas que gobernador,
Hostalero?

DON LUIS.

Mi contento
Es festejar á quien pasa.

ESCENA III.

JUANETE, *de camino.* — DICHOS.

JUANETE.

Paz sea en aquesta casa;
Y á este propósito un cuento.
Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decia:
«Dos soldados para mí.»—
«Lo que excusar quieren todos,
Dijo uno, ¡con tales modos
Pides!» Y el respondió: «Sí;
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen cuando se van.»
Con esto pues, y con que
Mi amo aquí manda esperar,
Dadme los dos á besar,
Vos la mano, y vos el pié.

DON LUIS.

Juanete, seas bien venido;
Que ya te echaba mi amor
Ménos, viendo á tu señor.

PORCIA.

¿Cómo de boda te ha ido?

JUANETE.

Convidóle á merendar
Un cortesano en el rio
A un forastero, y muy frio
Le dió un pollo al empezar,
Pidió de beber, y estaba
Tan caliente la bebida
Como fria la comida.
Viendo pues que nada hallaba
A propósito, cogió
El pollo, y con sutil traza
Le echó dentro de la taza.
El amigo que tal vió,
«¿Qué haceis?» dijo. Él impaciente
Respondió: «Así determino
Hacer que el pollo enfrie el vino,
O el vino al pollo caliente.»
Lo mismo me ha sucedido
En la boda, pues me han dado
Moza novia y desposado
No mozo: con que habrá sido
Fuerza juntarlos al fiel,
Porque él con ella doncella,
O él la refresque á ella,
O ella le caliente á él.

PORCIA.

Deja locuras, y di
Cómo Serafina viene.

JUANETE.

En coche.

PORCIA.

Y eso ¿qué tiene
Que ver con lo que yo aquí
Te pregunto?

JUANETE.

Mucho, puesto
Que quien dice en coche, dice
Contenta, ufana y felice.

DON LUIS.

¿Por qué lo dices?

JUANETE.

Por esto.
Murió una dama una noche,
Y porque pobre murió,
Licencia el vicario dió
Para enterrarla en un coche.
Apénas en él la entraban,
Cuando empezó á rebullir;
Y mas, cuando oyó decir
A los que le acompañaban:
«Cochero, á San Sebastian;»
Pues dijo á voces: «No quiero.
Da vuelta al Prado, cochero;
Que despues me enterrarán.»

DON LUIS.

¿A quién tu lengua perdona
Con aquesos cuentecillos?

JUANETE.

A cuatro ó cinco chiquillos
Daba un dia en Barcelona
De comer su padre...

VOCES. (*Dentro.*)

Pára.

PORCIA.

Ya parece que han llegado.

JUANETE.

De la boca me han quitado
El cuento.

ESCENA IV.

JULIA. — DICHOS.

JULIA.

Señor, repara
En que ya el huésped que esperas
Llega.

DON LUIS.

A recibirle vamos.

JUANETE.

En los chiquillos quedamos.

PORCIA.

Ya suben las escaleras
Y llegan hácia esta parte.

ESCENA V.

DON JUAN, *que trae de la mano á* SERAFINA, *vestida de camino;* DON PEDRO, FLORA. — DICHOS.

DON LUIS.

Dadme ¡oh bella Serafina!
Cuya hermosura divina
Rayos con el sol reparte,
A besar la mano, en muestra
Del contento y alegría
Que hoy tiene esta casa mia,
En solo parecer vuestra.
Y perdonad si no es
Capaz esfera, señora,
De las luces del aurora.

PORCIA.

Eso á mí me toca, pues

Es mia la obligacion
Y la vergüenza de ver
Que no pueda merecer
Dichas que tan grandes son.
Tú seas muy bien venida.

SERAFINA.

Habiendo de responder
A los dos, bien menester
Será que partido os pida;
Que á dos favores ¡ay Dios!
Estilo no hallo oportuno;
Y así no respondo al uno
Por no agraviar á los dos.

DON PEDRO.

Mucho me pesa de que
Don Juan no os haya excusado,
Señor Don Luis, este enfado.

DON LUIS.

No me corrais; pues en fe,
Señor Don Pedro, de ser
Yo tan vuestro servidor,
Me hace Don Juan este honor.

JUANETE. (*Á Flora.*)

¿Hay paciencia para ver
Una plática molesta
De cumplimiento?

FLORA.

¿Peor
No es oir á un preguntador?

DON JUAN.

Vamos... Mas ¿qué salva es esta?
(*Disparan dentro.*)

ESCENA VI.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

La atalaya ha descubierto
De Nápoles dos galeras,
Que costeando sus riberas
Vienen ya tomando el puerto.

DON LUIS.

¡Qué placer me da el oir
Que vienen!

JUANETE. (*Ap.*)

Es gran placer
Al ver los huéspedes, ver
La recua en que se han de ir.

DON LUIS.

Junto viene todo el bien;
Pues en ellas, imagino
Que el gran príncipe de Ursino
Vuelve á Nápoles, á quien
Es forzoso que reciba,
Y aun que en mi casa le hospede,
Si quien no es su dueño puede
Disponer della.

DON JUAN.

Así viva,
Que me hagais merced de darme
Licencia...

DON LUIS.

No hay para qué
Volver á esto; que yo sé
Que sabré desempeñarme.—
Porcia, lleva á Serafina
Bella á su cuarto, y los dos
Esperadme en él.

DON PEDRO.

Con vos
Saldrémos á la marina.

DON LUIS.

Yo lo permito, porqué
De los dos acompañado,
Llegue, si es él, mas honrado.

JUANETE.

Y yo entre todos iré
Por ver si entre los corrillos
De la bulla hallo lugar...

DON LUIS.

¿Para qué?

DON JUAN.

Para acabar
El cuento de los chiquillos.
(*Vanse Don Juan, Don Luis, Don Pedro, Fabio y Juanete.*)

ESCENA VII.

PORCIA, SERAFINA, JULIA, FLORA.

SERAFINA.

¿Fuéronse?

PORCIA.

Sí, ya se fuéron.

SERAFINA.

Pues ¿qué aguarda mi pasion?

PORCIA.

¿Qué lágrimas esas son?

SERAFINA.

Son, amiga, las que fuéron;
Y pues tú no las ignoras,
No será facilidad
Fiarlas á tu amistad.

PORCIA.

No sé mas de ver que lloras.

SERAFINA.

Sí sabes; si ya no es
Que de mi olvido ofendida,
Te das por desentendida.

PORCIA.

No sé qué te diga.

SERAFINA.

Pues
Quedemos solas ahora·
Verás si soy la que era.

PORCIA.

Julia, salte tú allá fuera.

SERAFINA.

Véte tú con ella, Flora.

JULIA.

Vén, si desde el mirador
Ver las galeras quisieras.

FLORA.

Eso es echarme á galeras,
Y á dormir fuera mejor.
(*Vanse las criadas.*)

ESCENA VIII.

SERAFINA, PORCIA.

SERAFINA.

¿Estamos ya solas?

PORCIA.

Sí.

SERAFINA.

¿No nos oye nadie?

PORCIA.

No.

SERAFINA.

¿Quién supo mis dichas?

PORCIA.

Yo.

SERAFINA.

Pues oye mis penas.

PORCIA.

Di.

SERAFINA.

Ya te acuerdas, Porcia mia,
De aquel venturoso tiempo
Que en Nápoles las dos fuimos
Tan amigas, que pudieron
Juzgar nuestros corazones,
Regidos de un movimiento,
Que habia en un cuerpo dos almas
Ó estaba un alma en dos cuerpos.
Ya te acuerdas... No te extrañe
El ver que desde aquí empiezo
Las fortunas de un amor,
Que sabes tú y yo padezco;
Porque habiendo de ser este
El vale último, el postrero
Trance de mi vida, es bien,
Pues las exequias celebro
A una difunta esperanza,
Que nada te calle, puesto
Que cuanto diga de mas
Tendré que sentir de ménos.
En fin, ya te acuerdas, digo,
De cuánta ocasion tuvieron
Nuestras continuas visitas
Para hablarnos, para vernos
Yo y Don Alvaro tu hermano.
¿Cómo ¡ay infeliz! refiero
Su nombre, sin que el dolor,
Áspid que abrigué en el pecho,
Pisado de la memoria
Que le alimenta acá dentro,
No reviente, inficionando
El aire con mis alientos?
Mas ¡ay de mí! que no fuera
Tan mortal, tan cruel, tan fiero
Veneno que me matara
De una vez, como veneno
Que obstinadamente tibio
Y porfiadamente lento,
A todas horas está
Atormentando y no hiriendo.
De aquellas pues continuadas
Visitas, Porcia, nacieron
Su atencion y mi cuidado,
Su inclinacion y mi afecto;
Que aunque es verdad que al principio
Le respondí con despegos,
Acá en el alma quedaba
(Si ahora la verdad confieso)
Cierto género de agrado,
Cierta especie de contento,
Que ni bien era cariño,
Ni bien dejaba de serlo,
Porque á media luz no mas,
Andaba mi pensamiento
En crepúsculos de amor,
Si agradezco ó no agradezco.
Muy pocas mujeres, Porcia,
O ninguna, se ofendieron
De ser amadas: quien mas
Llore su aborrecimiento,
A los desaires atienda
De su dama, y verá en ellos
Que aunque el valor los anima,
Andan en visos y léjos
Rebozados los favores
A sombra de los desprecios.
Dígalo yo, y aun tú puedes
Decirlo tambien, supuesto
Que tantas veces me viste
Culpar sus atrevimientos.
Escribióme, ya lo sabes;
Rompí el papel, no fué exceso;
Quiso hablar, no le di oidos;
Volvió á escribir, hice extremos;
Valióse de ti, fiado
De tu amistad, culpé el medio;
Persuadísteme, enojéme;
Porfió, hice sentimiento;
Vile llorar, y reíme;
Siendo así que todo esto,
Quien me viera el corazon,

Viera con cuánto tormento
Hace el honor repugnancias,
Cuando hace el amor esfuerzos.
Una noche que yo acaso
Estaba tomando el fresco
A una reja que caia
Sobre el mar, pudo encubierto
Llegar á hablarme; y despues
De los usados afectos
De un rendido, que por ser
Lugares comunes, dejo,
Palabra me dió de esposo:
Con cuyo honestado medio,
Si no mejoró su dicha,
Mejoró su fingimiento;
Pues corriendo desde entónces
Mas licencioso el respeto,
Fué el desden el embozado
Y el favor el descubierto.
Esto he dicho, por (si acaso
Lo ignoras) que el mas pequeño
Escrúpulo no se quede
Contra mi honor. En efecto,
Desde aquella noche ¡ay triste!
Hablándonos en secreto,
Creció amor correspondido;
Aunque vulgares conceptos
Dicen que el amor sin trato
Ni es amor ni puede serlo.
En este medio mi padre
Trataba mi casamiento
Con Don Juan Roca, mi primo;
Y el tuyo en aqueste medio
Tambien trató de ausentarse,
Por venir á este gobierno,
Desde donde envió á tu hermano
A España á no sé qué pleitos;
Y confiriendo los dos
Si sería buen acuerdo
Que entre mi boda y su ausencia
Nos declarásemos; viendo
Que no era justo enojar
A entrambos padres á un tiempo,
Sin reservar al delito
Sagrado en que retraernos;
Hasta la vuelta ajustamos
Callar. ¿Cuándo, cuándo ¡cielos!
Le estuvo mal al amor
El valerse del silencio?
Despedímonos, fiando
El de mi parte el ingenio
Con que habia de apartar
De mi padre los intentos;
Yo, fiando de la priesa
Con que habian sus deseos
De dar la vuelta á mis brazos.
Mas ¡oh qué necios, qué necios
Son los que no tienen mas
Que una esperanza, y sabiendo
Que al viento se la quitaron,
Vuelven á dársela al viento!
Mi padre pues deseaba
Ejecutar los conciertos
Tratados...— ¡Jesus mil veces!

PORCIA.

¿Qué tienes?

SERAFINA.

No sé qué tengo.
No será nada. — Y yo atenta
A mi amor y á su respeto,
Me valia de razones
Contra la razon, diciendo
Que el haber de irme sin él
A España... Otra vez ha vuelto
A afligirme la congoja.
¡Válgame Dios! Yo me muero.

PORCIA.

Sosiégate, y no prosigas,
Si te aflige hablar en esto.

SERAFINA.

Claro está, pues entra ahora
El decir que en este tiempo
Llegó la nueva de que
Habia Don Alvaro muerto,
Derrotado desos mares,
Donde ahora —¡válgame el cielo!—
Con la muerte agonizando
Parece que le estoy viendo.
(*Desmáyase.*)

PORCIA.

¡Serafina! amiga! — Extraño
Accidente la ha cubierto
El corazon.— ¡Julia! Flora!
Nadie oye: todas subieron
A ver desde el mirador
Las galeras en el puerto.—
¡Flora! Julia!

ESCENA IX.

JUANETE. — PORCIA; SERAFINA, *desmayada*.

JUANETE.

Aunque no soy
Flora ni Julia, me atrevo
A entrar hasta aquí, porqué
A pedir albricias vengo.

PORCIA.

¿De qué has de pedirme albricias,
Si buena nueva no espero?

JUANETE.

Por eso será mejor;
Y por decirla de presto,
Tu hermano, señora, vive.

PORCIA.

¿Qué? Qué dices?

JUANETE.

Lo que es cierto.
Con el príncipe de Ursino
En las galeras ha vuelto.

PORCIA.

¿Pues cómo?...

JUANETE.

No sé de cómos;
Que yo decirte no puedo
Mas de que así como vi
Que el aviso no fué cierto,
Y vi á tu padre abrazarle,
Me he adelantado, creyendo
Que cuando nada me valga,
Me valdrá contar un cuento.

PORCIA.

Aunque las albricias mando,
Aunque la nueva agradezco,
Tengo mucho que sentir,
Más quizá de lo que siento;
Que este desmayo me quita
Grande parte del consuelo.

JUANETE.

¡Desmayo! ¡Cuerpo de Dios,
Que yo pensé que era sueño!
Por eso no me asustaba.
Asústome ahora, y vuelvo
A decirlo á mi señor. (*Vase.*)

PORCIA.

Oye. — El se va, y yo me quedo
Con dos gustos y una pena,
Tan sola como primero.
Iré á llamar quien me ayude,
Pues Serafina no ha vuelto.—
¡Hola! ¿no hay quien me responda?
(*Vase.*)

ESCENA X.

DON ÁLVARO. — SERAFINA, *desmayada*.

DON ÁLVARO. (*Sin ver á Serafina.*)

No me ha sufrido el deseo
De ver á mi hermana, hacer
Que asista á los cumplimientos
Del Príncipe; y así, á verla
Primero que todos, vengo.
Fuera de que el haber visto
Con mi padre allá á Don Pedro
El padre de Serafina,
Me trae con mejor afecto
A saber si tiene nuevas
Della. — Mas ¡qué es lo que veo!
¡En mi casa Serafina
Tan sola, y rendida al sueño!
Poca dicha es de un ausente
Hallar su dama durmiendo.—
¡Serafina! ¡Dueño mio!

SERAFINA. (*Desvariando.*)

Déjame; por Dios te ruego,
Don Alvaro, no me mates. (*Vuelve en sí.*)

DON ÁLVARO.

Sosiégate.

SERAFINA. (*Reparando en Don Álvaro.*)

¿Cómo puedo,
Si estoy mirando ¡ay de mí!
Mi fantasía con cuerpo,
Con voz mi imaginacion,
Con alma mi pensamiento?

DON ÁLVARO.

Mi bien, mi dueño, mi esposa,
Si el verme, por dicha, ha hecho
Horror á tus ojos, mira
Que vivo estoy.

SERAFINA.

Ya te entiendo;
Y si en venganza me buscas
De que tu fineza ofendo,
De que mi palabra rompo,
Bastante disculpa tengo.
Contando á tu hermana estaba
Que hasta saber que habias muerto,
No me persuadió mi padre
A haber elegido dueño.
Viuda de tí me he casado.

DON ÁLVARO.

Ahora conozco, ahora advierto
Que debe de ser verdad
El asombro tuyo, puesto
Que no es posible estar tú
Casada, y no estar yo muerto.
Vuelve, vuelve, y no el espanto
Te haga decir desaciertos.
Vivo estoy; que aunque corrí
La tormenta que dijeron,
Y se fué el bajel á pique,
Pude sobre sus fragmentos
Sustentarme hasta llegar
Las galeras que acudieron,
Por ser á vista de tierra,
A socorrerme. Si tengo
Culpa en no escribirlo, ha sido
No haber ocasion de hacerlo.
Dame los brazos.

SERAFINA.

Tambien
Ahora conozco, ahora veo
Que debe de ser verdad
Que vives, Alvaro, puesto
Que soy yo tan desdichada,
Que aun una dicha que tengo,
No lo es ya, pues muerto ó vivo,
De cualquier modo te pierdo.

DON ÁLVARO.
¿Luego...
SERAFINA.
¡Qué pena!
DON ÁLVARO.
Es verdad...
SERAFINA.
¡Qué ansia!
DON ÁLVARO.
Que tú...
SERAFINA.
¡Qué veneno!
DON ÁLVARO.
Serafina...
SERAFINA.
¡Qué dolor!
DON ÁLVARO.
Como has dicho...
SERAFINA.
¡Qué tormento!
DON ÁLVARO.
Estás...
SERAFINA.
¡Qué rigor!
DON ÁLVARO.
Casada?
SERAFINA.
¿Cómo puedo, cómo puedo
Decir que sí, si estás vivo,
Ni decir que no, si miento?
DON ÁLVARO.
Pues ¿cómo, ingrata, pues cómo?...

ESCENA XI.

PORCIA, FLORA, JULIA. — DICHOS.

PORCIA.
Llegad las dos.— Mas ¡qué veo!
FLORA.
¡Buena mi ama!
JULIA.
¡Mi amo vivo!
PORCIA.
Pues cesen mis sentimientos,
Y dame, Alvaro, los brazos.
DON ÁLVARO.
¡Ay Porcia! si esos extremos
Son porque me ves con vida,
Te engañas; que no la tengo.
Dime, Porcia, dime, Flora,
Y dime tú, Julia, presto
Si es cierto que se ha casado
Serafina.

ESCENA XII.

DON JUAN, DON PEDRO, JUANETE. — DICHOS.

DON JUAN.
¿Qué ha sido esto?
¡Mi bien, mi dueño, mi esposa!
DON ÁLVARO.
Ya no os pregunto si es cierto.
DON PEDRO.
A los dos ese criado
Dijo tu desmayo.
SERAFINA.
Un hielo
El corazon me cubrió.
PORCIA.
Y tanto, que te prometo
Que por muerto le ha tenido
Gran rato dentro del pecho.
SERAFINA.
Y es verdad, todo mi mal
Fué que le tuve por muerto.
DON JUAN.
¿Y cómo, mi bien, te sientes?
SERAFINA.
Aunque rendida me siento
Al dolor, sabré al dolor
Ponerle tantos esfuerzos,
Que no te dé otro cuidado.
JUANETE.
Aquí viene bien mi cuento.
A cuatro ó cinco chiquillos...
DON JUAN.
Quita, loco.
DON PEDRO.
Aparta, necio.
JUANETE.
Ello, hay cuentos desgraciados.
PORCIA.
Retírate á tu aposento.
DON PEDRO.
Vén, repararás el susto.
DON JUAN.
Vén, mi amor, mi bien, mi cielo.
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
¿Que esto escuche? Que esto vea?
SERAFINA. (*Ap.*)
¡Oh, si fueran los postreros
Pasos que diera en mi vida!
PORCIA.
Ya ves que dejar no puedo
De ir con ella: aguarda aquí,
Alvaro, que al punto vuelvo.
(*Vanse todos, ménos Don Álvaro y Juanete.*)
JUANETE.
Pues yo no he de reventar.
Alguien lo ha de oir: sobre eso
Haré que me oigan los sordos.
DON ÁLVARO.
¡Qué es esto que miro, cielos!
¡Serafina se ha casado,
Y viéndola yo en ajenos
Brazos, no pierdo la vida!

ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE, DON LUIS, CELIO, ACOMPAÑAMIENTO. — DON ÁLVARO, JUANETE.

PRÍNCIPE.
Cada dia que aquí llego,
Os debo nuevas finezas.
DON LUIS.
Yo soy, señor, el que os debo
Nuevas honras cada dia,
Y nunca os las agradezco;
Y esta de haberme traido
Hoy á Don Alvaro, creo
Que no pagaré en mi vida.
PRÍNCIPE.
Fué notable su suceso.
A vista de tierra estaba
Tormenta el bajel corriendo,
Como ya dije, y pasando
Las galeras, recogieron
Los desperdicios del mar
Y á Don Alvaro con ellos.
Estaba yo en Barcelona
Esperando viaje, y viendo
Que llegaba derrotado,
Procuré albergarle, siendo
Desde allí mi camarada.
DON ÁLVARO.
No sino criado vuestro.
DON LUIS.
¿Has visto á tu hermana?
DON ÁLVARO.
Sí,
Señor.
DON LUIS.
¡Oh cuánto me huelgo!
PRÍNCIPE.
¡Qué buen dia habrá tenido!
DON ÁLVARO.
No mucho, porque sospecho
Que un accidente que ha dado
Aquí á una amiga, la ha puesto
En cuidado de asistirla.
DON LUIS.
¡Accidente! Dadme, os ruego,
Licencia para saber,
Gran señor, qué ha sido esto. (*Vase.*)
DON ÁLVARO.
A mí para ir á buscar
Un grande amigo que tengo.
(*Ap.* No es sino enemigo, pues
Voy á buscarme á mí mesmo.)
(*Vase, y con él Juanete y el acompañamiento.*)

ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE, CELIO.

PRÍNCIPE.
Celio, que hemos malogrado
Toda la fineza, creo.
CELIO.
¿Por qué?
PRÍNCIPE.
Porque si no veo
A Porcia, ¿de qué el cuidado
Ni la prisa me ha servido?
CELIO.
Si su padre te previene
De que otros huéspedes tiene,
No te des ya por sentido
Del descuido.
PRÍNCIPE.
¿Cómo no,
Si son siglos los instantes?
CELIO.
Notables sois los amantes.
PRÍNCIPE.
¿Nunca tú has amado?
CELIO.
Yo
Miron del amor he sido;
Y, á pagar de mi dinero,
A la que me quiere, quiero,
Y á la que me olvida, olvido.
PRÍNCIPE.
Pues ya no extraño que aquí
Me culpes; que quien no tiene
Amor, juzgo no se aviene
Con quien ama.
CELIO.
¿Cómo?
PRÍNCIPE.
Así.

Quien ve de léjos danzar
Al que mas airoso ha sido,
Como no oye el dulce ruido
De la música, en juzgar
Que está loco, juzga bien,
Pues sin compas las acciones,
Parecen desatenciones:
Lo que no sucede á quien
De cerca oye la armonía,
Que es alma de su primor.
Así el que ignora de amor
Una y otra fantasía,
A cuyo compas quien ama
Se mueve, estar loco puede
Juzgar: lo que no sucede
A quien la dulzura inflama
Que le negó la distancia;
Pues atento al blando son,
No oye, no mira accion
Que no le haga consonancia.
Acércate pues un poco
Al ruido de amor: verás
Que está danzando á compas
El que piensas que está loco.

CELIO.

Bien pudiera replicar
Que en quien se acerca ó se aleja,
Aun siendo á compas, no deja
De ser locura el danzar.
Pero no es tiempo, pues vi
Que á verte Porcia salió.

ESCENA XV.

PORCIA. — DICHOS.

PORCIA.

Aquí mi hermano quedó.

PRÍNCIPE.

Pues ya, Porcia, no está aquí;
Y si en esto habeis querido
Decir que en dejaros ver
No tengo qué agradecer,
Yo me doy por entendido
Del disfavor.

PORCIA.

Son errores;
Que cuando tan feliz fuera
Que esa atencion os debiera,
En quejas, no en disfavores
La lograra.

PRÍNCIPE.

¿En quejas?

PORCIA.

Sí.

PRÍNCIPE.

¿De quién tenerlas podeis,
Sabiendo yo que sabeis
Las finezas que hubo en mí
Desde el venturoso dia
Que en Nápoles os amé?

PORCIA.

De vos, pues de vos no fué
Estimada la fe mia
En esta prolija ausencia.

PRÍNCIPE.

Yo sé que me disculpara,
Si gente, Porcia, no entrara.

PORCIA.

¿Cuánto diera Vuexcelencia
Por el estorbo?

ESCENA XVI.

SERAFINA. — DICHOS.

SERAFINA.

No puedo
¡Ay amiga! sosegar,
Y á tí te vuelvo á buscar,
Perdido á mi muerte el miedo.—
Mas ¡ay Dios! ¿quién está aquí?

PORCIA.

El Príncipe.

SERAFINA.

Vuexcelencia
Perdone mi inadvertencia.
Confieso que no le vi,
Como turbada venía.

PRÍNCIPE.

Yo os agradezco la accion,
Porque en vuestra turbacion
Pueda disculpar la mia.

SERAFINA.

Pues si turbados los dos
Reconocemos estar,
Poco tenemos que hablar.
Mil años os guarde Dios. (*Vase.*)

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

En toda mi vida vi
Cortesanía mas bella.

PORCIA.

Fuerza es, señor, ir con ella.
¿Veréisme esta noche?

PRÍNCIPE.

Sí.

(*Vase Porcia.*)

ESCENA XVII.

EL PRÍNCIPE, CELIO.

PRÍNCIPE.

¿Has visto, Celio, en tu vida
Plática mas bien cortada?

CELIO.

Si tan en sí está turbada,
¿Cómo estará prevenida?

PRÍNCIPE.

¿Quién aquesta dama es?

CELIO.

Yo ¿cómo lo he de decir,
Si ahora acabo de venir?

PRÍNCIPE.

Alvaro lo dirá, pues
A tan buena ocasion viene.

CELIO.

¿Qué te va en esto?

PRÍNCIPE.

Saber
No mas quién será mujer
Que tanta hermosura tiene.

ESCENA XVIII.

DON ÁLVARO. — DICHOS.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Qué mal descansa un dolor!
Apénas de aquí me fuí,
Cuando ya me vuelvo aquí.

PRÍNCIPE.

Don Alvaro...

DON ÁLVARO.

Gran señor...

PRÍNCIPE.

¿Quién es una hermosa aurora,
Huéspeda de Porcia bella,
Con quien el sol es estrella?

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Esto me faltaba ahora.)
Esta es, señor, Serafina,
Hija de aquel noble anciano,
De Santelmo castellano.

PRÍNCIPE.

Es su hermosura divina.

DON ÁLVARO.

¿Nunca la habiais visto?

PRÍNCIPE.

No,
Hasta ahora.

DON ÁLVARO.

Pues yo sí.

PRÍNCIPE.

Y en lo poco que la oí,
Discreta me pareció.

DON ÁLVARO.

Es su ingenio singular.
(*Ap.* ¿Hay confusion mas extraña?)

PRÍNCIPE.

¿Y qué hace aquí?

DON ÁLVARO.

Pasa á España.

PRÍNCIPE.

¿A qué?

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¿Hay mas preguntar?)
Es que va casada á ella.

PRÍNCIPE.

¿Con quién?

DON ÁLVARO.

Con un deudo.

PRÍNCIPE.

Y pues,
¿Quién aquese deudo es
Tan feliz, que merecella
Pudo?

DON ÁLVARO.

Don Juan Roca, aquel
Caballero que llegó
Con mi padre á hablarte.

PRÍNCIPE.

No
Reparé entónces en él,
Como no le conocía;
Y aun otra vez si le viera,
No sé si le conociera.

ESCENA XIX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

Si pudo la amistad mia
Mereceros, gran señor,
Una fineza, por mí
La habeis de hacer.

PRÍNCIPE.

Cuanto así
Tarda vuestra voz, mi amor
Tardará en obedeceros.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¿Hay confusiones mas fieras?

DON LUIS.

El patron de las galeras
Dice que solo á traeros
Hasta aqueste puerto viene,
Y que trae órden de que
En él un hora no esté.

PRÍNCIPE.

Es verdad, ese órden tiene.

DON LUIS.

Ya os dije que tengo aquí
Un huésped á quien quisiera
Festejar dos dias siquiera:
Ha de ir en ellas, y así
El dilatarlas...

PRÍNCIPE.

No puedo;

Que está empeñado mi honor
Con palabra que al señor
Don García de Toledo
Le di, de no detenellas.
Harto lo siento por vos.
(*Ap.* Y porque imagino ¡ay Dios!
Que se me va un bien en ellas
Que... Mas no imagino nada;
Que es necedad, que es locura
Idolatrar hermosura
Antes perdida que hallada.)
(*Vase con Celio.*)

ESCENA XX.

DON LUIS, DON ÁLVARO.

DON LUIS.

Pues si eso no puede ser,
Bien es que no se dilate
Su partida, y della trate.

DON ÁLVARO.

Aunque hoy el Príncipe hacer
No ha querido, ó no ha podido,
Esta fineza por tí,
Tú has de hacer, señor, por mí
Otra que humilde te pido.

DON LUIS.

¿Qué es?

DON ÁLVARO.

A España me enviaste.
Y en el riesgo que me vi,
Toda la hacienda perdí
Que al partirme me entregaste.
Hallándome en Barcelona
Pobre y desnudo, me fué
Forzoso volver, porqué
Mal pudiera mi persona
Ir á la corte á pleitear
Sin lucimiento y dineró;
Y es lo que pedirte quiero,
Que me vuelvas á enviar,
Pues hay hoy embarcacion.

DON LUIS.

No es el riesgo á que te ofreces,
Alvaro, para dos veces.

DON ÁLVARO.

Por esa misma razon
Te lo suplico, porqué
No se presuma de mí
Que á la fortuna rendí
Valor que de tí heredé.

DON LUIS.

Aunque agradezco el deseo,
No has de ir...

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¿Quién mi muerte ignora?

DON LUIS.

Por lo ménos, por ahora. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON ÁLVARO.

¡En qué confusion me veo!
¿Posible ¡ay de mí! posible
Es que Serafina, á cuya
Deidad idólatra el alma
Sacrificó la mas pura
Fe que en profanos altares,
Sacrílegamente injusta,
El ara sin sangre mancha,
La imágen sin luz alumbra,
Se ha casado? Pero ¿quién
A un infeliz, desventuras
Que padece como propias,
Como ajenas las pregunta?
Cierta es mi muerte, pues es
Cierta la mudanza suya:
Créamosla de una vez.
¿De qué sirve andar en busca
De alivio? Que lo peor
No debe dudarse nunca;
Y es echar á mal la queja
Lisonjear con la duda.
Y aun para que no me quede
En tanta queja, ninguna
Esperanza de consuelo,
Tanto el tiempo me apresura
Los términos, que no deja
Lugar de quejarme. ¡Dura
Desdicha! pero no tanto,
Que ya el dolor no lo supla.
Con mi hermana viene. ¿Quién
Creerá que cuando mas busca
Ocasion de hablar la voz,
Es cuando queda mas muda?
¡Oh qué de cosas tenia
Antes de ver su hermosura,
Que decir! Pero al mirarla,
Ya no encuentro con ninguna.

ESCENA XXII.

PORCIA, SERAFINA.—DON ÁLVARO.

PORCIA.

En fin, ¿es fuerza con tanta
Prisa partir?

SERAFINA.

¿Cuándo dura
Mas que un instante la dicha,
Mas que un punto el placer?

DON ÁLVARO.

Nunca.
Y estando yo aquí, ¿por qué
A Porcia se lo preguntas,
Pues nadie mejor que yo,
Aleve, falsa, perjura,
Te podrá decir cuán breve
Es la edad de la ventura?

SERAFINA.

Señor Don Alvaro, puesto
Que satisfagais la duda
Que acaso tuve, os suplico
No prosigais; que es injusta
Penalidad oir la queja
Quien no ha de dar la disculpa.

DON ÁLVARO.

¿Por qué, ingrata, no has de darla?

SERAFINA.

Porque no tengo mas que una,
Y esa muchas veces ya
La he dicho.

DON ÁLVARO.

Es error; que nunca
Son para quien las estima,
Las satisfacciones muchas;
Y una palabra en amor
Tanto los sentidos muda,
Que aunque es una en quien la dice,
Siempre es otra en quien la escucha.
Vuelve pues, vuelve á decir
Esa razon en que fundas
Tu sinrazon.

SERAFINA.

Ya no puedo,
Porque decir que viuda
De ti me casé, fué bien
Cuando tu vista me turba
Tanto, que es disculpa ahora
El dar entónces disculpa.

DON ÁLVARO.

Segun eso, ¿mejor fuera
Ser hoy, en la opinion tuya,
Muerto que vivo?

SERAFINA.

No sé;
Pues pudiera yo, segura
De quién soy, llorarte muerto;
Y vivo fuera locura
Llorarte, pues la que entónces
Era lástima tan justa,
Sería liviandad ahora,
Trocando mi fama augusta
Lástima que fué virtud,
Por satisfaccion que es culpa.
(*Quiere irse, y detiénela él.*)

DON ÁLVARO.

Pues aunque muerto me llores
O me olvides vivo, escucha;
Que has de llevarte mis quejas,
Pues me dejas tu injurias.

SERAFINA.

No he de escucharte.

DON ÁLVARO.

Escucharme
Tienes.

SERAFINA.

Porcia, ¿no me ayudas
A defender de un peligro,
En que ves que se aventura
Honor, sér y vida?

DON ÁLVARO.

Porcia,
¿Tú ese peligro no excusas
Con mirar quién viene?

PORCIA.

Sí;
Que yo entre los dos confusa
Ni quito ni pongo amor;
Pero hago en esta duda
Lo que debo á ser hermana.
Mi cuidado te asegura.
Quéjate, suspira, llora,
Pues no tienes mas fortuna. (*Retírase.*)

SERAFINA.

Pues si he de escuchar por fuerza,
Antes que empieces, escucha.
Don Alvaro, yo te amé
Cuando imaginé ser tuya,
Y pasando mi esperanza
Desde perdida á difunta,
Me casé: ahora soy quien soy.
Sobre esto tus quejas funda.

DON ÁLVARO.

¿Qué he de decir, si tú lloras?

SERAFINA.

Engáñaste, si lo juzgas.
Si lloran, mienten mis ojos.

DON ÁLVARO.

¿Es posible que reduzgas
Tan fácilmente á ser iras
Ya las ternezas? ¿Tan tuyas
Son tus pasiones, que puedes,
Cuando de un rendido triunfas,
Llorar y no llorar? ¿Son
Las lágrimas por ventura
Tan bien mandadas, que saben
Obedecer? Pues si alguna
Fineza has de hacer por mí,
Sea enseñarme cómo usas
De las lágrimas, si á tiempo
Las viertes y las enjugas.

SERAFINA.

Cuando me acuerdo quién fuí,
El corazon las tributa;
Cuando me acuerdo quién soy,
El mismo me las rehusa;
Y así entre estos dos afectos,
Como el uno á otro repugna,
Las vierte el dolor, y al mismo
Tiempo el honor me las hurta;
Porque no pueda el dolor
Decir que del honor triunfa.

DON ÁLVARO.
En fin, ¿sientes...

SERAFINA.
No lo niego.

DON ÁLVARO.
Ser ajena?

SERAFINA.
¿Quién lo duda?

DON ÁLVARO.
¿Luego...

SERAFINA.
No hagas consecuencias.

DON ÁLVARO.
Podré desde hoy...

SERAFINA.
No arguyas.

DON ÁLVARO.
Fiado en tu llanto...

SERAFINA.
¿En qué llanto?

DON ÁLVARO.
Esperar...

SERAFINA.
Será locura.

DON ÁLVARO.
Que algun dia...

SERAFINA.
No es posible.

DON ÁLVARO.
Se enmiende...

SERAFINA.
No ha de ser nunca.

DON ÁLVARO.
Mi desdicha...

SERAFINA.
Soy quien soy.

DON ÁLVARO.
Restituyendo...

SERAFINA.
¡Qué injuria!

DON ÁLVARO.
Mi perdido bien...

SERAFINA.
¡Qué engaño!

DON ÁLVARO.
A mis brazos?

SERAFINA.
¿Tal pronuncias?

DON ÁLVARO.
Sí, y á este efecto...

SERAFINA.
¡Qué pena!

DON ÁLVARO.
Tras tí...

SERAFINA.
Tu peligro buscas.

DON ÁLVARO.
Tengo de ir...

SERAFINA.
Mi muerte intentas.

DON ÁLVARO.
A España...

SERAFINA.
Mucho aventuras.

DON ÁLVARO.
Donde...

SERAFINA.
Me hallarás ajena.

DON ÁLVARO.
Serás mia.

SERAFINA.
¿Yo ser tuya?
Un rayo... ¡Válgame el cielo!
(*Disparan dentro.*)

DON ÁLVARO.
¡Ay de mí! ¡Cuánto me asusta
Que el aire ejecute el trueno,
Cuando tú el rayo pronuncias!
(*Vuelve Porcia.*)

PORCIA.
Mirad que la pieza ya
De leva el partir anuncia,
Y vienen por tí tu padre
Y tu esposo.

DON ÁLVARO.
¡Suerte dura!

SERAFINA.
¡Grave pena!

PORCIA. (*Á Don Álvaro.*)
No te vean
Con las dos.

DON ÁLVARO.
¡Sentencia injusta!
Adios, Serafina.

SERAFINA.
Adios,
Don Alvaro.

DON ÁLVARO.
Piensa...

SERAFINA.
Juzga...

DON ÁLVARO.
Que yo he de adorarte mucho.

SERAFINA.
Que yo no he de amarte nunca.

JORNADA SEGUNDA.

Casa de Don Juan, en Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA, *sentada;* DON JUAN, *retratándola.*

DON JUAN.
¿Cánsaste de estar así?

SERAFINA.
Si es tu gusto el retratarme,
¿Cómo puedo yo cansarme
De lo que te agrada á tí?

DON JUAN.
Muchas veces te pedí,
Si bien loco, altivo y vano,
Que por mi tu soberano
Cielo hiciera esta fineza
De tener de tu belleza
Un retrato de mi mano.
Y aunque estoy agradecido
Al haberlo tú otorgado,
No sé si me hubiera holgado
De no haberlo yo pedido.

SERAFINA.
¿Cómo así?

DON JUAN.
Como rendido
A tanto empeño, no sé
Si dél airoso saldré.

SERAFINA.
¿Tú, que á tí solo excedias,
Tanto de tí desconfías?

DON JUAN.
Sí.

SERAFINA.
¿Por qué?

DON JUAN.
Escucha por qué.
De la gran naturaleza
Son no mas que imitadores
(Vuelve un poco) los pintores;
Y así, cuando su destreza
Forma una rara belleza
De perfeccion singular,
No es fácil de retratar;
Porque como su poder
Tuvo en ella mas que hacer,
Da en ella mas que imitar.
Demas, que en una atencion
Imprime cualquier objeto
Con mas señas un defeto,
Mi bien, que una perfeccion;
Y como sus partes son
Mas tratables, se asegura
La fealdad en la pintura;
Y así, con facilidad
Se retrata una fealdad
Primero que una hermosura.

SERAFINA.
Confieso, esposo, que eso
Será en lo perfecto así;
Pero no conviene en mí
La razon.

DON JUAN.
Yo lo confieso
Tambien; que es tanto el exceso
De tu hermosura, que aun esta
Disculpa no lo es.

SERAFINA.
Dispuesta
A oir la razon estoy, ya
Que dicho el desaire está.

DON JUAN.
No está, si oyes la respuesta.
Deste arte la obligacion
(Mírame ahora, y no te rias)
Es sacar las simetrías,
Que medida, proporcion
Y correspondencia son
De la faccion; y aunque ha sido
Mi estudio, he reconocido
Que no puedo desvelado
Haberlas yo imaginado
Como haberlas tú tenido.
Luego si en su perfeccion
La imaginacion exceden,
Mal hoy los pinceles pueden
Seguir la imaginacion.
Y otra razon.

SERAFINA.
¿Qué razon?

DON JUAN.
Fuego, luz, aire y sol niego
Que pintarse puedan: luego
Retratarse no podrá
Beldad que compuesta está
De sol, aire, luz y fuego...
(*Levántase arrojando los pinceles.*)
Y así me doy por vencido,
Y te pido, si mi amor
Volver quisiere á este error,
No lo permitas, corrido
De ver que no he conseguido
Retratarte parecida.

SERAFINA.
Aunque quedo agradecida
A las razones que das,
Ofrezco no volver mas,
Si me costase la vida,
A dejarme retratar

De ti, porque disgustado
No he de verte.

DON JUAN.

Que me ha dado
Disgusto, enfado y pesar,
No te lo puedo negar,
Al ver que solo á este intento
Me falta el conocimiento
Que tengo de la pintura;
Mas culpa es de tu hermosura.

ESCENA II.

JUANETE.— Dichos.

JUANETE.

Aquí viene...

DON JUAN.

¿Quién?

JUANETE.

Un cuento.
Sordo un hombre amaneció,
Y viendo que nada oia
De cuanto hablaban, decia:
«¿Qué diablos os obligó
A hablar hoy de aquesos modos?»
Volvian á hablarle bien,
Y él decia: «¡Hay tal! ¡que dén
Hoy en hablar quedo todos!»
Sin persuadirse á que fuese
Suyo el defecto. Tú así
Presumes que no está en tí
La culpa; y aunque te pese,
Es tuya, y no la conoces,
Pues das sordo en la locura
De no entender la hermosura
Que el mundo te dice á voces.

DON JUAN.

¡Qué locura! Vén conmigo.

SERAFINA.

¿Adónde, mi señor, vas?

DON JUAN.

Hasta el muelle iré no mas;
Porque si verdad te digo,
Divertirme será bien
Deste necio sentimiento.

SERAFINA.

Pues ¿es tu divertimiento
El no verme?

DON JUAN.

Sí, mi bien,
Porque solo desa suerte
Que yo me divierta es justo;
Pues con no verte, es el gusto
Mayor de volver á verte.

SERAFINA.

No cortesano, señor,
Con esas galanterías
Las desconfianzas mias
Quiera divertir tu amor.
Ya sé que te llevará
El aplauso que pregona
La fama de Barcelona,
Viendo publicadas ya
Sus carnestolendas, pues
Mil disfrazadas bellezas
Merecerán tus finezas.

DON JUAN.

No desconfiada des
Ahora en pedirme celos;
Que á tí en el mundo no hay quien
Dárlos pueda.

SERAFINA.

Yo sé bien,
Mejor que tú, tus desvelos.

DON JUAN.

¿Mejor que yo?

SERAFINA.

¿Qué mujer
Propia, mas de su marido
Que aun él mismo, no ha sabido?

DON JUAN.

Eso ¿cómo puede ser?

JUANETE.

Cierto cura de un lugar
Con un vecino reñia
Donde su mujer lo oia;
Y entre uno y otro pesar,
Airado el cura y sañudo
Dijo aquel nombre inhumano
Que empezando en *cor*-tesano
Viene á acabar en des-*nudo.*
Su mujer á esta ocasion
Dijo con desenvoltura:
«Testigos me sean, que el cura
Revela mi confesion.»
Mira pues si habrá sabido
La mujer en sus defetos
De su marido secretos,
Que no sabe su marido.

DON JUAN.

¡Oh qué tema tan cansado!

JUANETE.

Aunque te enfades de oillos,
A cuatro ó cinco chiquillos...

DON JUAN.

Calla.

JUANETE.

¡Oh cuento desdichado!

DON JUAN.

Quédate, mi bien, adios;
Que al instante volveré.

SERAFINA.

Dios te guarde.— ¡Oh cuánto fué,
(*Vanse Don Juan y Juanete.*)
Vendado y desnudo dios,
El imperio tuyo! ¡Oh cuánto
Supo rendir y vencer
De tus flechas el poder!
Dígalo yo, pues el llanto,
Que jamas imaginé
Que ver enjuto podria,
Tanto á un dia y á otro dia
Domesticado se ve,
Que no es posible...

ESCENA III.

FLORA, *alborotada.*—SERAFINA.

FLORA.

Señora...

SERAFINA.

¿Qué tienes? Qué ha sucedido?

FLORA.

Llamando á la puerta...

SERAFINA.

Di.

FLORA.

Vi que era un hombre vestido
De marinero.

SERAFINA.

Pues bien.
¿Qué quieres?

FLORA.

Tiemblo al decirlo.
Darte...

SERAFINA.

¿Qué?

FLORA.

Una carta...

SERAFINA.

¿Cúya?

FLORA.

De Porcia.

SERAFINA.

Y eso ¿ha podido
Turbarte?

FLORA.

¿Pues no, si es,
Ya que la verdad te digo,
Don Alvaro el marinero?

SERAFINA.

¿Le has visto tú?

FLORA.

Yo le he visto.

SERAFINA.

¿Distete por entendida
De que él fuese?

FLORA.

Fué preciso.

SERAFINA.

¿Y qué te dijo?

FLORA.

Que á tí
Te lo dijese, me dijo.

SERAFINA.

Pues di que no te atreviste,
Medrosa de mi castigo;
Y como que de tí sale,
Añade de cuánto es digno
El disfraz, y haz de manera
Que sin verme (¡estoy sin juicio!),
Ni que sepa que lo sé,
Se vuelva al instante mismo.

FLORA.

Yo lo haré así.

ESCENA IV.

DON ÁLVARO, *de marinero.*—Dichas.

DON ÁLVARO.

¿Para qué?
Que habiendo entrado atrevido
Yo hasta aquí, porque de casa
Salir á Don Juan he visto,
Ya es excusado que Flora
Me diga lo que yo he oido.

SERAFINA.

Antes parece que no
Lo oisteis, pues habiendo sido
Lo que dije, que os volvieseis
Sin verme, más es indicio
El atreveros á verme
De no oirlo, que de oirlo.

DON ÁLVARO.

Es verdad; pero eso fuera,
Hermoso imposible mio,
Si de un delito no fuese
Consecuencia otro delito.
Y pues á verte no mas
En este traje he venido,
Atento solo al recato
Con que tu belleza estimo,
Con que tu respeto adoro
Y con que tu opinion miro,
No tanto extrañes el verme,
Que disgustada conmigo,
Sea ofensa la fineza
Y desmérito el servicio.

SERAFINA.

Señor Don Alvaro, no
Penseis que el pararme á oiros,

Es consentida licencia
Que para hablar os permito;
Que no es sino turbacion,
De que cobrada, os suplico
Me hagais merced de dejar
La plática en los principios;
Y si es verdad que esto puede
Ser que sea fineza, os pido
La ilustreis con una accion
Digna de vos.

DON ÁLVARO.

¿Cuál es?

SERAFINA.

Iros
Tan presto, que pueda yo
Veros á vos persuadido
A que el amor de mi esposo,
La paz del estado mio,
La obligacion de mi sangre,
El trato, el gusto, el cariño,
Me han trocado de manera,
Que robusta encina, fijo
Escollo será mas fácil
A los embates continuos
Del mar, ó á los destemplados
Soplos del ábrego frio
Moverse, que mi fineza,
Si contrastase mi brio
Todo el mar lágrimas hecho,
Todo el aire hecho suspiros.

DON ÁLVARO.

¿Qué importará que blasonen
Tus altiveces conmigo
De ser al viento y al agua
Dura encina, escollo altivo,
Si ántes que rebelde tronco
Fuiste girasol, que al vivo
Rayo de amor abrasado,
Enamoraste sus visos;
Y edificio ántes que escollo,
En cuyo apacible sitio
Vive amor idolatrado
Deste humano sacrificio?
Pues siendo así, ¿cómo puedo
Acobardar mis designios,
Si ántes de haber sido encina
Armada de hojas, yo mismo
Te conocí amante flor,
Y ántes tambien de haber sido
Escollo armado de hiedra,
Yo te conocí edificio?

SERAFINA.

No lo niego; mas tambien,
Si me valgo dese indigno
Concepto que contra mí
Hallaron tus desvaríos,
Desa humilde fácil flor
Hacer el tiempo ha podido,
Con las raices que ha echado
Dentro de mi pecho invicto,
Inmortal tronco, y tambien
Dese amoroso edificio
Caduca ruina: de suerte
Que uno atento al precipicio
Y otro á la raiz atento,
Olvidaron sus principios
Tanto, que aun no conservando
La memoria del olvido,
Han sido, son y han de ser
En fuerza y en desperdicios
Ejemplo de lo que acaba
La carrera de los siglos.

DON ÁLVARO.

¿Qué siglos, si aun por instantes
Cuentan hoy mis desatinos
Recien nacida la edad
De tus rigores esquivos?
Ayer fué cuando me amaste:
No pues con tirano estilo
Te valgas del tiempo ya;
Que ni es, ni ha de ser, ni ha sido
Posible que de un instante
A otro, de uno á otro improviso,
Confesando tú que fuiste
Primero flor y edificio,
Crea yo que tan mudado
(¡Oh hermoso, oh bello prodigio!)
De lo que fuiste primero
Estás tan desconocido.

SERAFINA.

No la culpa dese error
Quieras partirla conmigo,
Don Alvaro; que no es bien
Dudar tú lo que yo afirmo.
Demas de que yo á este efecto
De tí mismo solicito
Valerme. Tú mismo sabes
Mi honor, mi altivez, mi brio;
Y pues nadie como tú
Examinó en los principios
Lo ilustre de mis respetos,
Lo honrado de mis desvíos,
Lo atento de mis decoros,
Lo noble de mis designios,
A tí mismo te examina
En mi favor por testigo,
Porque si á tí mismo tú
No te vences, será indicio
Que de tí mismo olvidado,
No te acuerdas de tí mismo.

DON ÁLVARO.

Sí me acuerdo, sí me acuerdo.

ESCENA V.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¿Cómo, habiendo anochecido,
No hay aquí luz?

FLORA.

¡Mi señor!

SERAFINA.

¡Muerta estoy!

DON ÁLVARO.

¡Estoy perdido!

FLORA. (*Ap.*)

¡Que nunca falte á este paso
Galan, hermano ó marido!

DON ÁLVARO.

¿Qué he de hacer?

SERAFINA.

No sé.

FLORA.

Yo sí.

DON ÁLVARO.

¿Qué es?

FLORA.

Esperar, escondido
En este cancel, que él
Entre en su cuarto.

DON ÁLVARO.

Esto elijo,
No por mi peligro, tanto
Como ¡ay Dios! por tu peligro.

(*Vanse Don Álvaro y Flora, y sale Don Juan.*)

SERAFINA. (*Ap.*)

¿Que esto sin mi culpa pueda
Suceder, cielos divinos?

DON JUAN.

¿Cómo no hay aquí una luz?

SERAFINA.

Descuido, señor, ha sido
De las criadas.

ESCENA VI.

FLORA, *con luces.* — DON JUAN, SERAFINA; DON ÁLVARO, *escondido.*

FLORA.

Aquí
Están ya.

SERAFINA.

Mucho te estimo
(*Ap.* Esforcemos, corazon,
La pena que no resisto)
El haber vuelto tan presto.

DON JUAN.

Unos parientes y amigos
Me obligaron á volver
A casa, habiéndome dicho
Que importaba que viniese
A ella...

SERAFINA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

A darte aviso
De que han trazado una fiesta...

SERAFINA. (*Ap.*)

Vivamos, alma.

DON ÁLVARO. (*Ap. al paño.*)

De un hilo
Pendiente estuve.

DON JUAN.

En que salen
Mañana á los regocijos
De Barcelona, embozadas
Sus familias: permitido
Uso entre nosotros, pues
Lo mejor y mas lucido,
Con sus mujeres, hermanas
Y hijas, tienen por estilo
Gozar así los disfraces,
Juegos y otros artificios:
Y como este es el primero
Año que no los has visto,
Han querido festejarte,
Y aun á la vuelta imagino
Que en la quinta de Don Diego
De Cardona (que es el sitio
Mas deleitoso, porque es
Sobre el mar) han prevenido
Un banquete. De su parte
Y de la mia te pido
Que te disfraces y salgas
Con ellas; que yo el vestido
O traje que tú eligieres,
De aquí á mañana me obligo
A traerte. ¿Qué respondes?

SERAFINA.

¿Tengo yo eleccion ni arbitrio
Mas que tu gusto? El es solo
Alma y ley de mi albedrío:
Y porque veas, señor,
Con cuánto gusto te sirvo,
Vén á mi cuarto; que quiero,
Ya que este favor recibo
De tí, enseñarte unas muestras
De tela que habia traido
A otro propósito, y quiero
Que veas la que yo elijo.

DON JUAN.

¿Quién pudiera de diamantes,
No solo hacerte el vestido,
Mas para que le pisaras,
Irte empedrando el camino?

SERAFINA.

Aunque yo no te merezca
Esas finezas, te afirmo

Que las merece mi amor.
Vén, pues. (*Toma la luz.*)

DON JUAN.

¿Qué haces?

SERAFINA.

¿Qué? Mi oficio,
Que es servirte.

DON JUAN.

Toma, Flora,
Tú esa luz.

SERAFINA.

Es desatino;
Que Flora no ha de hacer mas
De aquello que yo la digo,
Pues ella me sirve á mí
(*Hace señas á Flora.*)
En ver como yo te sirvo.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

DON ÁLVARO. — FLORA.

FLORA.

Señor Don Álvaro, ya
Que está seguro el camino,
Seguidme. (*Toma la otra luz.*)

DON ÁLVARO.

Sí haré... con harto
Temor.

FLORA.

¿De qué?

DON ÁLVARO.

De haber visto
La verdad de cuán valiente
Es en su casa un marido.

FLORA.

Vamos de aquí.— Mas no salgas;
Espera.
(*Al ir tras ella, suena ruido.*)

DON ÁLVARO.

¿Qué ha sucedido?

FLORA.

Que viene Juanete.

DON ÁLVARO.

Mata
La luz, haciendo algun ruido;
Que yo tomaré la puerta
Sin que me vea.

FLORA.

Hecho y dicho.—
(*Déjase caer Flora y mata la luz.*)
¡Jesus mil veces!

ESCENA VIII.

JUANETE. — DICHOS.

JUANETE.

¿Qué es esto,
Flora?

FLORA.

Esto es haber caido,
Juanete.

JUANETE.

¿En la tentacion,
O en qué?

FLORA.

¿Qué sé yo en qué ha sido?
Toma esta vela, y volando
Vé á encenderla.
(*Al ir á tomar la vela Juanete, tropieza con Don Álvaro.*)

JUANETE.

¡Jesucristo!

FLORA.

¿Qué es eso?

JUANETE.

Ver, aunque á obscuras,
Cuán grande espanto has tenido,
Pues has barbado de espanto.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

¡Que hubiese de dar conmigo!
Pero ya hallé con la puerta. (*Vase.*)

FLORA.

¿Estás loco?

JUANETE.

Lo que digo
Es cierto: aquí anda mas gente.—
¡Señor!

ESCENA IX.

DON JUAN, *con luz.* — JUANETE, FLORA.

DON JUAN.

¿Qué voces, qué ruido
Es este?

FLORA.

No es nada.

JUANETE.

¿Cómo
Que no es nada? Es muchísimo.

FLORA.

Yendo á cerrar esa puerta,
Tropecé: esto solo ha sido.

JUANETE.

Mas ha sido que eso solo,
Pues yo tambien...

DON JUAN.

Dilo, dilo.

JUANETE.

Tropecé aquí con un hombre,
Que de tu cuarto escondido
Salia.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo!)
¡Hombre aquí!

JUANETE.

Y nada lampiño.

FLORA.

Yo era, señor, con quien él
Dió.

JUANETE.

No era, vive Cristo.
Miente, señor, por la barba.

DON JUAN.

¿Estás loco? ¿Estás sin juicio?
(*Ap.* Mas ¡ay cielos! yo lo estoy,
Si en un instante colijo
Que el llevarme Serafina
De aquí, y con traidor aviso
Dejar aquí á Flora... Pero
¿Qué es esto? ¡Ay de mí! Yo mismo
Miento si lo digo, y miento
¡Ay de mí! si no lo digo.)
Toma, toma aquesta luz;
Que quiero, aunque no imagino
Que digas verdad, mirar
La casa. Entra pues conmigo.
(*Ap.* Apuremos, corazon,
Todo el veneno al peligro.)

JUANETE.

Ello, bien podrás no hallarlo;
Mas, señor, lo dicho dicho.
(*Saca la espada y éntrase Don Juan, y Juanete con luz.*)

ESCENA X.

SERAFINA; *despues*, DON JUAN Y JUANETE.— FLORA.

SERAFINA.

Flora, ¿qué ha sido esto?

FLORA.

Apénas
Sabré, señora, decirlo.
Don Alvaro iba á salir,
Juanete á este tiempo vino;
Maté la luz, encontróle,
Dió voces, Don Juan al ruido
Salió, y va á mirar la casa.

SERAFINA.

¿Sabes si él habrá salido?
(*Vuelven Don Juan y Juanete.*)

DON JUAN.

La casa miré, y no hay nadie.—
Serafina, vén conmigo
A mi cuarto: escogerás
Qué joyas y qué vestido
Has de llevar á la fiesta.

SERAFINA.

Tu gusto solo es el mio.
(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¡qué de asombros
En solo un instante he visto!)

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Llevo que pensar conmigo!

FLORA.

Tú tienes culpa de todo.

JUANETE.

Pícara, lo dicho dicho.
(*Vanse.*)

—

Calle en Nápoles. Muros con rejas, del jardin de Don Luis.

ESCENA XI

EL PRÍNCIPE Y CELIO, *de noche.*

CELIO.

Notable es tu tristeza.

PRÍNCIPE.

¡Ay Celio! tan rebelde la extrañeza
Es de mi pensamiento,
Que solo siento el bien del mal que siento.

CELIO.

Yo juzgaba estos dias
Pasados, que eran tus melancolías
Vivir de Porcia ausente;
Mas despues que su padre cuerdamente
Dejó el gobierno y vino
A Nápoles, no creo ni imagino
Que sea la causa ella,
Pues que favorecido de tu estrella,
Con la seña que tienes,
A aquestas rejas cada noche vienes,
Y tu mal no mejora;
Y mas, señor, ahora
Que Don Alvaro ausente,
Aun te ha quitado ese inconveniente.

PRÍNCIPE.

¿Qué importa, Celio, ver á Porcia bella,
Si de mi pena no es la causa ella?
Este divertimiento
Es no mas que engañar el pensamiento.

CELIO.

Pues ¿qué causa has tenido
Para que no sea amor este ni olvido?

PRÍNCIPE.

Yo la causa dijera,

temiera
...icarse por locura.

CELIO.

... asegura
...n, explica tu tristeza.

PRÍNCIPE.

¿Acuérdaste de ver una belleza
Que huéspeda de Porcia el mismo dia
Que de España venia,
Fué á mis ojos, en espacio breve, [ve?
Monstruosa exhalacion de fuego y nie-

CELIO. [dia

Bien me acuerdo: por señas que ese
Se fué tambien; y novedad seria [cia,
Que en la ausencia empezase tu violen-
Cuando se acaban otras en la ausencia.

PRÍNCIPE.

No porque al primer paso,
Antes de ver las sombras del ocaso,
Tal vez el sol en nubes se obscurece,
Podrémos decir dél que no amanece;
No porque al primer susto
Del relámpago y trueno
Tal vez se desvanezca el rayo, es justo
Decir que no fué rayo de iras lleno;
No porque de su seno
Nazca tal vez, orilla
Del mar, á breve edad la fuentecilla
Donde su cuna en su sepulcro vea,
Dirán que su cristal cristal no sea;
No porque ardiente llama [ma
Al primer resplandor con que se infla-
Espirase tal vez de un soplo herida,
Se dirá que no tuvo sér ni vida;
Y no porque tal vez en el primero
Albor la flor examinase el fiero
Hielo que su esplendor adormeciese,
Se dirá de la flor que flor no fuese:
Luego no porque hallase en un mo-
[mento
La nube, el mar, el soplo, el hielo, el
Mi amor recien nacido, [viento
Sol, rayo, fuente, llama y flor no ha si-

CELIO. [do.

Bien argüir pudiera
Contra aquesa razon, si ya no oyera
En el jardin sonoro el instrumento
Que es la seña de Porcia.

PRÍNCIPE.

Escucha atento;
Que el tono ha de decirme
Si llegaré á la reja ó si he de irme;
Pues de concierto están nuestros des-
[velos,
Que llegue si es amor, que huya si es
[celos.

ESCENA XII.

PORCIA. — DICHOS.

PORCIA. (*Canta dentro.*)

¿Para qué es, Amor tirano,
Tanta flecha y tanto sol,
Tanta municion de rayos
Y tanto severo arpon?

(*Sale á la reja.*)

PRÍNCIPE.

Esperando, Porcia bella,
Estuve á ver si tu voz
Me despedia con celos
O llamaba con amor.

PORCIA.

Este es efecto, que aunque
No fuera seña en los dos,
Siempre sucediera, pues
Cualquiera dama, señor,
Con el amor ó los celos
Llama ó despide.

PRÍNCIPE.

Es error;
Que yo sé alguna que estando
Al reves desa opinion,
Suele llamar con los celos,
Y con los amores no.

PORCIA.

Muy necio será el amante
Que viendo agravio y favor,
Haga de aqueste desprecio,
Y del otro estimacion.

PRÍNCIPE.

No digo yo que será
Cuerdo; solo digo yo
Que lo rebelde tal vez
Hace su afecto mayor.

PORCIA.

Bien mi fineza amparara
La opinion desa opinion,
Si esta noche como otras
Tuviésemos ocasion
De hablar despacio.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué
Nos lo embaraza?

PORCIA.

El temor
De no estar ya recogido
Mi padre, pues le obligó
El disgusto de la ausencia
De mi hermano á la atencion
De unos despachos; y así
Lo que haya de hablar con vos,
Es fuerza que este instrumento
Lo acompañe, porque no
Pregunte por mí, escuchando
Que aquí divertida estoy;
Y pueda tambien el ruido
De la música, el rumor
Desmentir de nuestras voces.

PRÍNCIPE.

No será esta la ocasion
Primera que hablado haya
En cláusulas el amor
Y fantasías; que todas
Compuesta música son.

PORCIA.

Pues escuchadme; que tengo
Mil cosas que hablar con vos,
Y aunque sea desta suerte,
Importa decirlas hoy. (*Toca y habla.*)
Mi padre dejó el gobierno,
Ya lo sabeis, por razon
De retirarse á vivir
A la aldea de Belflor.
Mi hermano, que embarazaba
Aquesta resolucion,
Con haber sin su licencia
Idose, sin que él ni yo
Sepamos dónde, le ha dado
De apresurar la ocasion:
De suerte, que irse mañana
Intenta de aquí... — El dolor
Me enmudece, porque haya
En mí tan nueva pasion,
Que todos canten tañendo,
Y llorando sola yo.

PRÍNCIPE.

Bien es menester ¡oh Porcia!
Disfrazar al dulce son
Dese instrumento esa nueva,
Bien como para el dolor
Suele dorarse lo amargo
Del remedio; aunque mejor
Pudiera decir que es
Cierta especie de traicion
Halagar con la dulzura
Y matar con el rigor.

PORCIA.

¿Quién mas que yo deseara?...

ESCENA XIII.

JULIA, *y despues*, DON LUIS, *en el jardin*. — DICHOS.

JULIA.

Que ha bajado mi señor
Al jardin: sus pasos siento.
(*Apártanse de la reja el Príncipe y Celio.*)

PORCIA.

Esto es cumplir con los dos.
(*Canta.*) *Si celos han de vencerme,*
Aunque blasones de dios,
Para qué es, Amor tirano,
Tanta flecha y tanto sol?

PRÍNCIPE.

De celos canta, señal
Cierta que al jardin entró.

CELIO.

¿Quién sino tú tuvo puesta
En música su pasion?

JULIA.

¿Quién va?

PORCIA.

¿Quién es?
(*Por dentro llega Don Luis á la reja.*)

DON LUIS.

Yo soy, Porcia;
Que tanto me divirtió
Tu voz, estando escribiendo,
Que su dulce suspension
Me hizo bajar al jardin,
Bien que á pesar del dolor
De la ausencia de tu hermano.

PORCIA.

En estas rejas estoy,
Gozando en ellas el blando
Viento que corre veloz,
Con mi voz y este instrumento
Divertida.

DON LUIS.

¿Qué mejor?
Y miéntras yo me paseo
Por él, te ruega mi amor
Vuelvas á cantar.

PORCIA.

Sí haré,
Si en eso gusto te doy.—
(*Vase Don Luis por dentro del jardin.*)
Y mas si te alejas, pues
Volverá á ser la cancion...
(*Canta.*) *Amor, si de tus rigores*
Te vences, ¿para qué son
Tanta municion de rayos
Y tanto severo arpon?

CELIO.

Ya dice que volver puedes,
Pues vuelve á cantar de amor.

PRÍNCIPE.

¿Puedo llegar, Porcia?

PORCIA.

Sí;
Que aunque mi padre bajó
Al jardin, podrás oirme
El aviso que te doy.
Mañana se va á su aldea: (*Tañendo.*)
En ella tiene, señor,

Un castillo, que del bosque
Es rústica poblacion:
Si en achaque de la caza
A él quisieres ir, mejor
En el tendrémos mil veces
Para hablarnos ocasion.

PRÍNCIPE.

Digo que iré, Porcia mia,
A verte.

DON LUIS.

(Dentro del jardin, desde donde no se le ve.)

¡Porcia!

PORCIA.

Señor.

DON LUIS. *(Dentro.)*

Ya es hora de recogerte.

PORCIA. *(Al Príncipe.)*

Fuerza es irme.

PRÍNCIPE.

Adios.

PORCIA.

Adios;
Y ya que el tiempo me quita
Aun esta breve ocasion,
Hablando contigo iré,
Si no de celos, de amor,
En otro sentido.

PRÍNCIPE.

¿Cuál?

PORCIA.

Eso lo dirá mi voz.
(Vase y canta dentro.)
¡Ay mortal ausencia!
Ay partida union!
Ay noche sin dia!
Ay dia sin sol!

PRÍNCIPE.

Ya que de amor y de celos
Variar hubo la cancion,
Fué de ausencia, porque así
Tambien convenga á los dos;
Mas con una diferencia:
Que ella habla conmigo, y yo
Con aquel bello imposible,
Diciendo de ambos la voz...
(Ella canta dentro, y él representa.)

LOS DOS.

¡Ay mortal ausencia!
Ay partida union!
Ay noche sin dia!
Ay dia sin sol!
(Vanse.)

—

Plaza en Barcelona.

ESCENA XIV.

DON ÁLVARO Y FABIO *de gala, con máscaras.*

DON ÁLVARO.

Aquesta la puerta es
De palacio, á quien la fama
De catalan nombre llama
La plaza del Clos; y pues
Es aquí donde á parar
Todas las máscaras vienen,
Donde los músicos tienen
Tablado para danzar,
Aquí es donde esperaré
Ver aquella disfrazada,
Que de Flora acompañada
Salió de casa; pues fué
Fuerza no haberla seguido,
Hasta que desta manera
De máscara me vistiera,
Para no ser conocido.

FABIO.

No dudes que aquí, señor,
Ocasion de hablar tendrás,
Pues al máscara jamas
Se le ha negado el favor
De hablar todo el tiempo que
El rostro tenga cubierto,
Como no sea descubierto
Quién sea.

DON ÁLVARO.

Notable fué
La introduccion destos dias,
Pues aunque padre ó marido
Las acompañen, han sido,
Fabio, las galanterías
Permitidas.

FABIO.

Y es de suerte,
Que con ser tan belicosa
Nacion esta y tan celosa,
No ha sucedido una muerte.

DON ÁLVARO.

Ea, ya en la plaza entrando
Diversos disfraces vi.

FABIO.

Verlos podrás desde aquí
Pasar tañendo y cantando.

ESCENA XV.

Dentro suena grita, córrese una cortina, y están en un tabladillo los MÚSICOS, *y salen* MUJERES *por una parte bailando, con máscaras; y por otra* HOMBRES, *con trajes diferentes.* DON JUAN, SERAFINA, FLORA Y JUANETE.— DICHOS.

MUJER 1.ª *(Cantando.)*

Veníu las minonas
A bailar al Clos,
¡Tararera!
Que en las Carnestolendas
Se disfraz Amor.
¡Tararera!

HOMBRE 1.º *(Cantando.)*

Veníu los fadrines
Al Clos á bailar,
¡Tararera!
Que en las Carnestolendas
Amor se disfraz.
¡Tararera!

DON JUAN.

¿Qué, bien mio, te parece
Desta comun alegría?

SERAFINA.

Que no tuve mejor dia
En mi vida, y te agradece
Mi amor el haberme hecho
Tal festejo.

DON JUAN. *(Ap.)*

Para mí
Lo fuera tambien, si aquí
La confusion de mi pecho
Me le dejara gozar;
Aunque en vano me atormento
Con mi mismo pensamiento.

JUANETE.

Volver quieren á bailar.

MUJER 1.ª

Sonau, músicos, sonau.

HOMBRE 1.º

Prevenid las castañetas.

UN MÚSICO.

¿Qué voleu?

TODOS.

Las paradetas
Digan tots.

MÚSICO.

Que me plau.
(Bailan todos juntos; los unos quedan á una parte, y Don Alvaro y Fabio á otra.)

HOMBRE 1.º

Aném por tot el llogar.

MUJER 1.ª

Veníu vosaltres conmí.

JUANETE.

Aném, fadrines, de axí
A altre carret, á bailar.

FABIO. *(Ap. á su amo.)*

¿Hasla conocido?

DON ÁLVARO.

Sí;
Y el alma me lo dijera,
Aun cuando yo no supiera
Que era ella.

FABIO.

Pues aquí
Seguro puedes hablar,
Miéntras embozado estés.

DON ÁLVARO.

Gozaré la ocasion pues.—
Máscara ¿quereis danzar *(A Serafina.)*
Conmigo?

SERAFINA.

Vuestra esperanza,
Tarde pienso que llegó.

DON ÁLVARO.

¿Por qué tarde?

SERAFINA.

Porque yo
No estoy para hacer mudanza;
Y es vana la pretension
Vuestra.

DON ÁLVARO.

Pues yo presumia
Que una mudanza podria
Por mí hacerse.

SERAFINA.

Es ilusion.

DON ÁLVARO.

Alguna vez la habréis hecho.

SERAFINA.

Quizá que por eso estoy
Dispuesta á no hacerla hoy,
Porque la hice ya.

DON ÁLVARO.

Mi pecho
No debe desconfiar.

DON JUAN.

El máscara te ha pedido
Danza: si te ha conocido
O no, ya es fuerza el danzar;
Si te conoce, porqué
Sería descortesía,
Y si no, porque sería
Cuidado.

SERAFINA.

Yo danzaré
Si tú licencia me das;
Que yo por tí me excusaba.

DON JUAN.

¿Por qué por mí?

SERAFINA.

Porque estaba
Atenta á tu voz no mas.

DON JUAN.

Esto es permitido aquí.
(*Ap.* ¿Quién será el que á Serafina
Mas que á las demas se inclina?)

DON ÁLVARO.

En fin, ¿no respondeis?

SERAFINA.

Sí.—
¿Qué es lo que danzar quereis,
Máscara? Que ser no quiero
Grosera.

DON ÁLVARO. (*A un músico.*)

Toca el Rugero.

SERAFINA.

¿Por qué el Rugero escogeis?

DON ÁLVARO.

Porque á vuestra vista atento,
Decir pueda en esta calma...
(*Tocan, y miéntras danzan, representan, y la música responde, todo á compas, sin pararse nunca los instrumentos.*)

MÚSICA.

Reverencia os hace el alma,
Reina de mi pensamiento...

DON ÁLVARO.

Y mas, cuando en vos contemplo
Qué Amor os debe adorar...

MÚSICA.

Por ídolo de su altar,
Por imágen de su templo.

SERAFINA.

De nada ofenderme quiero;
Que quejarse de un rigor...

MÚSICA.

Licencia dará el Amor
A que pueda un caballero...

SERAFINA.

Mas lo que excusar intento,
Es que pueda vuestra llama...

MÚSICA.

En el sarao á su dama
Decirla su pensamiento.

SERAFINA.

Y así, para cortesía
Esto basta: perdonad.

DON ÁLVARO.

Bien dice en su brevedad
Esa dicha, que era mia.

SERAFINA.

Mejor lo dirá adelante,
Avisándos ofendida...

DON ÁLVARO.

¿Qué?

SERAFINA.

Que me importa la vida
Que os volvais luego al instante.—
Vamos, amigas, de aquí.
(*Cesan los instrumentos, y quedan todos suspensos.*)

DAMA 1.ª

¿Con tanta priesa? ¿Por qué
Irte quieres?

SERAFINA.

No lo sé.

FLORA.

¿No te agrada el puesto?

SERAFINA.

Sí;
Pero ya parece que es
Hora que nos recojamos.

HOMBRE 1.º

Por la Atarazana vamos
A mi quinta.

DON JUAN.

Mejor es;
Que allá sin publicidad
Nos podrémos divertir.

MÚSICO 1.º

Pues deja ya de venir
Gente, los puestos dejad.

DON JUAN. (*Ap. á él.*)

Juanete, saber procura,
Siguiéndole hasta despues,
Ese máscara quién es.

JUANETE.

Mi cuidado te asegura
Que seré su centinela
De vista, aunque al cabo vaya
Del mundo.
(*Vanse todos, ménos Don Álvaro, Fabio y Juanete.*)

ESCENA XVI.

DON ÁLVARO Y FABIO; JUANETE, *observándolos.*

FABIO.

¿De qué has quedado
Tan triste?

DON ÁLVARO.

De ver cuán vanas
Para mi imposible amor
Son todas mis esperanzas.
Presumiendo hallar ¡ay triste!
Algun alivio á mis ansias,
Fleté aquese bergantin
Que surto en el mar me aguarda,
Y sin despedirme ¡ay cielos!
De mi padre y de mi hermana,
Vine á ver á Serafina...
Mal dije: á esa fiera ingrata,
Esa esfinge, esa sirena,
Ese veneno, esa rabia.

JUANETE. (*Ap.*)

Sin duda es fraile y está
Convidado en otra casa,
Pues que va con tanta priesa.

DON ÁLVARO.

Y pues que finezas tantas
Merecerla, al verme, Fabio,
No han podido una palabra
De agrado, y la última fué
Decirme que el que me vaya
Su vida importa, ¿qué espero?
Crean mis desconfianzas
De una vez que ya este bien
Se perdió; y pues siempre se halla
El principio del consuelo
Con el fin de la desgracia,
Tratemos de vivir. Toma
Estos trajes y estas galas.
(*Quítase el capote y la máscara, y queda de marinero.*)
Vuélvelos á quien los dió;
Que yo, miéntras de aquí faltas,
La gente de mar haré
Que se junte, porque vayan
Por agua y viento mis dichas
A buscar sus esperanzas.

JUANETE. (*Ap.*)

¡Oigan, qué transformacion!
Aunque no le veo la cara,
Que es marinero sé ya,
Pues es el traje en que anda.

FABIO.

La resolucion mas cuerda
Es esa.

DON ÁLVARO.

Porque no haga
Mi pena, entrando en consejo
Conmigo, alguna mudanza,
Ya me hallarás embarcado
Cuando vuelvas; porque es tanta
La fe con que á Serafina
Ha querido y quiere el alma,
Que si á su vida le importa
Mi muerte, es justo buscarla.
(*Vánse Don Álvaro y Fabio.*)

JUANETE. (*Ap.*)

Voy tras él, porque no puedo
Verle; mas seguirle basta. (*Vase.*)

—

Marina.

ESCENA XVII.

DON ÁLVARO; JUANETE, *siguiéndole;* FABIO, MARINEROS, *y despues* GENTE, *dentro.*

DON ÁLVARO.

¡Ah del mar!
(*Salen algunos marineros.*)

MARINERO 1.º

Señor...

DON ÁLVARO.

¿Es tiempo
Para partir, camaradas?

MARINERO 2.º

El mejor tiempo es del mundo:
El mar se mira en bonanza.

DON ÁLVARO.

Pues alto, á embarcar, amigos.
(*Ap.* Adios, adios, esperanzas;
Adios, Serafina.)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Fuego,
Fuego!

DON ÁLVARO.

¿Qué voces son varias
Las que oigo?

MARINERO. 1.º

A lo que se ve,
Toda la quinta se abrasa
De Don Diego de Cardona.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Ay de mí, que en élla estaba
Serafina! Sentimientos,
No acudais á la venganza,
Sino al reparo.) Venid
Conmigo. (*Ap.* Que fuera extraña
Fortuna de mis desdichas,
Si hubiese venido á darla
La vida, cuando ella piensa
Que la muerte.)

JUANETE.

¡Cielos! Tanta
La violencia es del incendio,
Que en un instante á ser pasa
Volcan del mar.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

DON ÁLVARO.

Entre pavesas y llamas,
Monstruo de fuego, humo y polvo,
Un caballero á una dama
Saca en los brazos.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *con* SERAFINA, *desmayada.* — DON ÁLVARO, JUANETE, FABIO, MARINEROS; GENTE, *dentro.*

DON JUAN.

Amigos,
Si esta ruina, esta desgracia
Piadosos os ha traido
Para socorrer á tanta
Gente como aquí perece,
La mas noble, la mas alta
Será que aquesta hermosura
Tengais un instante en guarda,
En tanto que vuelvo yo
A costa de vida y alma
A su socorro; que son
Los que mi favor aguardan,
Deudos, parientes y amigos.

DON ÁLVARO.

Bien podeis, señor, dejarla.

DON JUAN.

Y adios; que el valor me lleva,
Y obligaciones me llaman
A su empeño. (*Vase.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

JUANETE.

Señor, oye, espera, aguarda.—
Otra vez se arroja allá.
El diablo que tras él vaya.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¿Quién en el mundo habrá visto
Jamas dicha tan extraña?
¿En mis brazos Serafina
No esta ya? ¿No está en la playa
Aguardando un bergantin?
Pues ¿qué espera, pues qué aguarda
Mi amor?) Amigos, al mar.

MARINERO 1.°

¿Qué es lo que intentas?

MARINERO 2.°

¿Qué trazas?

FABIO.

¿Qué es esto, señor?

DON ÁLVARO.

Despues
Lo sabréis. (*Ap.* Diga la fama
Que siempre la propria dicha
Está en la ajena desgracia.)

(*Vase llevándola; y síguenle Fabio y los marineros.*)

JUANETE.

¿Oyen ustedes? ¿Qué digo?
Miren que aquesa es mi ama.

UNO. (*Dentro.*)

Como la gente se salve,
La hacienda no importa nada.

OTRO. (*Dentro.*)

De todos no ha perecido
Sino sola una criada
De Serafina.

ESCENA XIX.

DON JUAN. — JUANETE.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Esperad
Que allá con vosotros vaya. (*Sale.*)
—Amigos, esa hermosura
Que os entregué desmayada,
Restituid á mis brazos;
Que ya...

JUANETE.

Señor, ¿con quién hablas?

DON JUAN.

Con unos hombres del mar,
A quien dejé vida y alma
En Serafina. ¿Haslos visto?
Que debieron de llevarla
Sin duda á albergar á alguna
De aquesas pobres barracas.

JUANETE.

No la llevan sino al mar,
Pues aquel bergantin, que alas
Le da el viento y piés los remos,
Lleva á Serafina.

DON JUAN.

Calla,
Si no quieres que mi aliento
Te abrase.

JUANETE.

¡Gentil venganza!
Llévate tu esposa quien
De máscara se disfraza,
Siendo un pobre marinero,
¡Y he de pagarlo yo!

DON JUAN.

Aguarda.
¿El máscara era; ay de mí!
El marinero que estaba
Ahora aquí?

JUANETE.

Sí, señor.

DON JUAN.

¡Matóme mi confianza!—
Pero ¿qué aguardo, que no
Me arrojo al mar en venganza
De mi honor?

ESCENA XX.

TODOS LOS DE LA MÁSCARA.—DON JUAN.

TODOS.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es
Una desdicha, una rabia,
Una afrenta, una deshonra
Tan grande ¡ay de mí!, tan rara,
Que no me atrevo á decirla
Hasta despues de vengarla...
Y ha de ser desta manera.—
Espera, ladron pirata
Destos piélagos; que yo
Contra el fuego y contra el agua
Lidiaré igualmente. Dadme,
¡Cielos! ó muerte ó venganza.

(*Éntrase arrojándose al mar; síguenle los de la máscara.*)

JUANETE.

Por aqueste, «hombre á la mar»
Se dijo ya.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al agua, al agua!

JUANETE.

A remo y vela el bajel
Huye, y él, racional barca,
En vano seguirle intenta.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡Amparo, cielo!

TODOS. (*Dentro.*)

El te valga.

JORNADA TERCERA.

Sala de la casa de Don Luis, en una aldea de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, *leyendo una carta.*

«Mandáisme que os avise de qué »causa pudo tener á Don Juan Roca »tantos dias sin escribiros; y aunque »quisiera excusarme de hablar en es»to, no puedo dejar de obedeceros. »Las Carnestolendas pasadas, estando »en la quinta de Don Diego de Cardo»na, se prendió en ella tan grande »fuego, que no sin peligro pudieron »escapar la vida. Don Juan sacó á su »esposa desmayada; y dejándola, por »acudir á los demas, en poder de unos »marineros (que no falta quien diga »que eran cosarios disfrazados), se »hicieron á la mar con ella, arroján»dose Don Juan desesperado al agua, »de donde le sacaron casi muerto al»gunos que acudieron á favorecerle; »y apénas se hubo reparado, cuando »faltó de su casa, sin llevar consigo »mas que un criado; y hasta hoy no se »ha sabido dél ni de su esposa.»

No leo mas; que no es posible
Que rendido, que postrado
El corazon, á los ojos
No salga deshecho en llanto.
¡Oh, valgame Dios, á cuántas
Desdichas y sobresaltos
Nace sujeto el honor
Del mas noble, el mas honrado!
Aquí el serlo lo disculpe,
Pues á los ojos humanos,
Por mas que esta sea desdicha,
No deja de ser agravio.
Diera por saber adónde
Don Juan está, y á su lado
Correr su misma fortuna,
Cuanto soy y cuanto valgo,
Para que juntos los dos
No dejásemos espacio
Escondido de la tierra
Que no inquiriésemos, dando
Con la muerte del ladron
Pirata, asombros y espantos
Al mundo.

ESCENA II.

PORCIA, JULIA. — DON LUIS.

PORCIA.

¡Señor!...

DON LUIS.

¿Qué hay, Porcia?

PORCIA.

¿Qué es lo que tienes, que hablando
Contigo á solas estás,
Colérico y enojado?

DON LUIS.

No sé, Porcia, lo que tengo.
(*Ap.* Débame en aqueste caso,
Ya que me deba el sentirlo,
Tambien Don Juan el callarlo.)
Una carta recibí
Acerca de los pasados
Pleitos de mi residencia.

PORCIA.

Pésame de haberte hallado
Sin gusto; porque venia
A pedirte mi cuidado
Que me hicieras un favor.

DON LUIS.

¿Y en qué reparas?

PORCIA.

Reparo
En que quien sin tiempo pide,
Es fuerza que desairado
Quede.

DON LUIS.

Para tí no hay tiempo:
Unos siempre mis halagos
Son contigo.

PORCIA.

Pues en esa
Confianza á hablarte aguardo.
Don Alvaro...

DON LUIS.

No prosigas.

PORCIA.

¿Ves si hay tiempo ó no?

DON LUIS.

Es engaño,
Pues en cualquiera diré
Que no me hable en él tu labio.
Hartas veces te lo he dicho.

PORCIA.

¿Qué es lo que ha hecho mi hermano,
Señor, para que con él
Te dure el enojo tanto?

DON LUIS.

¿Qué mas que sin mi licencia,
Sin saber cómo ni cuándo
Ni dónde, faltar de casa,
Y venir luego muy falso,
Con presumir que ha de hallar
La puerta abierta y los brazos?

PORCIA.

De todo eso le disculpa
La libertad de los años;
Fuera de que, ¿qué delito
Es, señor, si lo miramos
Sin pasion, que un hombre mozo,
Viendo que has determinado
Querer vivir en aldea,
Entre dos rudos villanos,
Neciamente se despeche,
Y que mal aconsejado,
Falte de tu vista un mes,
Que desde que vino ha estado
Temeroso de tus iras,
En la casa retirado
Del monte, sin salir della?
Merézcate pues mi llanto,
Que vuelva á casa.

DON LUIS.

Ahora bien,
Por tí en fin se ha de hacer algo.
Avísale de que venga.

PORCIA.

Guárdete el cielo mil años:
Y el aviso seré yo,
Que aquesta tarde cazando
Iré al monte, y le diré
Que venga á besar tu mano.

DON LUIS.

Haz tú allá lo que quisieres.
(*Ap.* ¿Qué hiciera yo ¡cielo santo!
Por saber dónde Don Juan
Está, y dónde su contrario?
Que vive Dios, que se viera
En mí el ejemplo mas raro
De amistad que ha visto el mundo.)

(*Vase.*)

ESCENA III.

PORCIA, JULIA.

JULIA.

Bien, señora, se ha logrado
La intencion.

PORCIA.

Es cierto, pues
No es cuanto dispongo y trazo
Amor de mi hermano solo,
Sino mio, procurando
Que la casa desocupe
Del monte, porque sin tantos
Riesgos, el Príncipe pueda
Ir allá tal vez, logrando
Mi amor la ocasion de verle:
Y así, Julia, á ese criado
Que trajo el papel, dirás
Que á caza esta tarde salgo;
Que bien puede en el castillo,
Pues ya conoce á Belardo
Su casero, entrar; que yo,
En diciéndole á mi hermano
Como mi padre le espera,
Podré hablarle en él.

JULIA.

No en vano,
Como es pobre Amor, es todo
Trazas, cautelas y engaños.

PORCIA.

Dame un arcabuz; que quiero
Por el camino ir tirando.—
Y venga atras la carroza.

JULIA.

Aquí está. (*Dale el arcabuz.*)

PORCIA.

¿Para qué me armo,
Amor, con armas de fuego,
Si cuando á campaña salgo
Contra tí, me vences solo
Con una flecha y un arco?

(*Vanse.*)

—

Sala en la casa de monte ó castillo de Don Luis.

ESCENA IV.

DON ÁLVARO, FABIO.

DON ÁLVARO.

¿Qué hace Serafina?

FABIO.

¿Ya
No sabes que es excusado
El preguntarlo?

DON ÁLVARO.

Eso es
Decirme que está llorando.

FABIO.

Es verdad.

DON ÁLVARO.

Desde el instante
Que desmayada en mis brazos
Pasó del golfo de fuego
A incendios de agua, trocando
Del un extremo á otro extremo
Dos elementos contrarios,
No se enjugaron sus ojos;
Pues apénas en el barco
Se vió en mi poder, cobrada
De aquel pálido desmayo,
Cuando á llorar empezó:
De suerte que un breve espacio
No han podido mis caricias
Hasta hoy suspender su llanto.
Pensé yo... mas no pensé;
Que aun tiempo para pensarlo
No tuve; que Serafina...

ESCENA V.

SERAFINA. — DON ÁLVARO, FABIO.

SERAFINA.

Espérate fuera, Fabio.—

(*Vase Fabio.*)

Y tú escúchame, porqué
Mi nombre oyendo en tus labios,
Y en él mi mal, y del nombre
Tambien el intento, trato
De aprovechar la ocasion,
Porque de una vez salgamos,
Tú de dudas, yo de penas,
Y de confusiones ambos.
¿Pensaste ¡ay de mí! que fuera
Mi decoro tan liviano,
Tan fácil mi estimacion,
Mi sentimiento tan vano,
Mi vanidad tan humilde,
Mi tormento tan villano
Y mi proceder tan otro,
Que me hubiera consolado
De haber en un dia perdido
Esposo, casa y estado,
Honor y reputacion,
Con solo hallarme en tus brazos,
Vencida de tus traiciones,
Forzada de tus agravios?

DON ÁLVARO.

No pensé; pero pensé...

SERAFINA.

¿Qué?

DON ÁLVARO.

Que por el mismo paso
Que fué tan desesperada
Mi accion, fueran tus agrados
Ménos crueles; pues vemos
Que amor en lo temerario
Vive, y disculpa no tiene
Un error enamorado,
Como no tener disculpa:
Tanto ama el que yerra tanto.

SERAFINA.

Esa razon, tan sin ella
Para mí está, que ántes saco
Que quien lo destruye todo,
Nada estima; y así, ingrato,
Y así, aleve, y así, fiero,
Traidor, injusto, tirano...
—Pero no, no digo bien:
Ya de otro estilo me valgo.
Don Alvaro, mi señor,
Supuesto que ya este caso
Ha sucedido, y no tiene
Remedio, ¿para qué andamos
Arguyendo en lo que hubiera
Sido mejor? Ya los astros
Lo dispusieron así,
Ya lo quisieron los hados,
Ya lo admitieron los cielos:
Pues bien, al remedio vamos;
Y débate yo el oirme,
Si es que he de deberte algo.
Yo, Don Alvaro, no aliento
Sin temer que inficionado
El aire de los suspiros
De Don Juan, encuentre: paso
No doy, que creyendo verle,
No me dé mi sombra espanto,
Siendo con estas pasiones
Aquesta casa de campo
Adonde tú me has traido,
Sepultura de mis años.
Tú, conseguida, no puedes
Conseguirme; pues es claro
Que no consigue quien no
Consigue el alma; y es llano
Que una hermosura sin ella
Es como estatua de mármol,
En quien está la hermosura

Sin el color del halago,
Vencida, mas no gozada.
¡Oh mal haya amor villano,
Que la fuerza del cariño
La funda en la de los brazos!
Don Juan es noble ofendido:
Solo en esto digo harto.
Que sepa de ti es forzoso,
Pues habiéndose quedado
Flora en Barcelona, ella
Lo habrá dicho. Pues pongamos
A este miedo, á este peligro
Y á esta desdicha un reparo.
Este solo puede ser
Que tu amor, desesperado
De que en mí ha de hallar consuelo,
Se resuelva en rigor tanto
A perderme de una vez.
Sea mi sepulcro el claustro
De un convento, en que ignorada
Mi vida...

DON ÁLVARO.

Suspende el labio.
No prosigas; que primero
Que yo viva sin ti, un rayo
Me mate...— ¡Válgame el cielo!
(*Disparan dentro un arcabuz.*)

SERAFINA.

¡Ay de mí! que ya este acaso,
Segunda vez sucedido,
Mi muerte está pronunciando.

DON ÁLVARO.

No, no temas; que yo, aunque
Me asusto, no me acobardo.—
¡Hola! ¿qué es eso?

ESCENA VI.

BELARDO. — DON ÁLVARO, SERAFINA.

BELARDO.

Que Porcia
Tu hermana viene cazando
Por el bosque, y á las puertas
Llega del castillo.

DON ÁLVARO.

En tanto
Que yo voy á recibirla,
Por si entrar quiere á este cuarto,
Serafina, al aposento
Te retira de Belardo.

BELARDO.

¿Cómo ha de salir de aquí,
Si ya Porcia ocupa el paso?

DON ÁLVARO.

Pues éntrate en esa cuadra.

SERAFINA.

Cielo, tu favor aguardo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

PORCIA, *de caza*. — DON ÁLVARO, BELARDO.

DON ÁLVARO.

Hermana, Porcia, ¿qué es esto?

PORCIA.

Llegar, Alvaro, á tus brazos
Con dos gustos: uno es
Decirte que mas humano
Mi padre, me envía por ti;
Y otro haber hecho, llegando
A las puertas de la torre,
El tiro mas acertado
Que hice en mi vida, porqué
Tan veloz pasaba un gamo,
Que con matarle corriendo,
Puedo decir que volando.

DON ÁLVARO.

Que vengas gustosa estimo.

PORCIA.

Tan ufana me ha dejado
El tiro, que no quisiera
Esta tarde tan temprano
Dejar el monte; y así,
Miéntras yo quedo cazando,
Vé tú á la aldea, porqué
Mi padre, que has estimado
El perdon vea, en la priesa
Con que le besas la mano.

DON ÁLVARO.

Dices bien; mas no te quedes
Tú aquí.

PORCIA.

Tras ti al monte salgo.

DON ÁLVARO.

Pues en él te dejaré.

PORCIA.

Norabuena. (*Ap. á él.* Oyes, Belardo,
Di al Príncipe que me espere
Aquí, si viniere acaso
Esta tarde.)

BELARDO.

Así lo haré.
(*Vase Porcia.*)

DON ÁLVARO.

Belardo, ¿oyes? En sacando
Yo de aquí á Porcia, retira
A esa dama dese cuarto. (*Vase.*)

BELARDO.

¡Que haya quien diga, señores,
Que es oficio aprovechado
El de alcahuete, y á mí
No sepa valerme un cuarto!
Ve aquí á Don Alvaro y Porcia
Que me hacen su secretario,
Y al cabo del año no
Me dan sino sobresaltos.

ESCENA VIII.

SERAFINA. — BELARDO.

SERAFINA.

¿Fuése Porcia?

BELARDO.

Ya se fué.

SERAFINA.

Y lo estuve deseando,
Porque si quisiera entrar,
No pudiera embarazarlo;
Que no tiene por de dentro,
Aunque la anduve buscando,
Llave ni aldaba esta puerta.
Pero ya segura salgo.

BELARDO.

No muy segura.

SERAFINA.

¿Por qué?

BELARDO.

Porque hasta aquí viene entrando
Un hombre.

SERAFINA.

Vuelvo á esconderme.

BELARDO.

Y yo á temblar.
(*Escóndese Serafina.*)

ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE: *despues*, PORCIA. — BELARDO; SERAFINA, *escondida*.

PRÍNCIPE.

¿Qué hay, Belardo?

BELARDO.

Seas, señor, bien venido.

PRÍNCIPE.

Habiendo Porcia avisado
De que hoy aquí la vería,
Faltando de aquí su hermano,
Vengo á verla. ¿Dónde está?

BELARDO.

Con él salió ahora al campo;
Mas dijo que aquí la esperes.
(*Sale Porcia.*)

PORCIA.

No será mucho el espacio,
Porque apénas el camino
De la aldea tomé, cuando
A verte vuelvo.

PRÍNCIPE.

¿Era hora
De merecer favor tanto?

BELARDO. (*Ap.*)

¿Cómo podré remediar
Que la otra no esté escuchando?

SERAFINA.

Porcia y el Príncipe son.

PORCIA.

El estar aquí mi hermano
Ha sido causa de que
Aquesta ocasion perdamos;
Pero ya este inconveniente
Mi ingenio lo ha remediado.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

PORCIA.

Haciendo con mi padre
Que á casa le vuelva, dando
Fin á su enojo.

PRÍNCIPE.

Yo estimo,
Como es justo, ese cuidado.
(*Ap.* Miento; que aun dura en mi pecho
Aquel incendio pasado;
Pero así, loca memoria,
Si no te venzo, te engaño.)

BELARDO (*Ap.*)

Ella oye cuanto se dicen.

SERAFINA. (*Ap. al paño.*)

¿A qué parte, Amor tirano,
Iré donde tú no reines?

PORCIA.

Siempre yo quejarme trato.

PRÍNCIPE.

¿Por qué ahora?

PORCIA.

Porque sé
Que os tiene un hermoso encanto
En Napoles divertido.

PRÍNCIPE.

¿Quieres ver cuánto eso es falso?
Pues há muchos dias que yo
De Nápoles tambien falto,
Porque una grande tristeza
Me tiene tan retirado,
Que en esta vecina quinta
Lloro tu ausencia; y es tanto
El gusto de vivir solo,
Que aquestos dias he dado
En no salir della, y tengo
Puesto el gusto en unos cuadros
Que para una galería
Me hacen los mas celebrados
Pintores de toda Italia,
Y aun España, pues yo he hallado
Alguno que á Apéles puede
Competir; y tan pagado
Desto estoy, que todo el dia
Solo en verles pintar gasto.

PORCIA.
A mí mi desconfianza
Me habia dicho...
BELARDO.
Esto va malo.
PRÍNCIPE.
¿Qué tienes?
PORCIA.
¿Qué ha sucedido?
BELARDO.
¡Ahi que no es nada! Tu hermano
Vuelve.
PORCIA.
Pues en esa cuadra
Te esconde.
PRÍNCIPE.
Por ti lo hago
Mas que por mí.
SERAFINA. (*Ap. al paño.*)
Mal podré
Resistirlo.
(*Éntrase del todo, y el Príncipe despues.*)
BELARDO. (*Ap.*)
¡San Hilario!
Zas, entróse ya.

ESCENA X.

DON ÁLVARO.—PORCIA, BELARDO.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)
No puedo
Asegurar el cuidado
De que Porcia á Serafina
No vea; y así tomando
La vuelta, vengo á saber
Si la ha escondido Belardo.
PORCIA. (*Ap.*).
¡Ay de mí! Sin duda viene
De algun aviso informado.
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
¡Aquí Porcia! ¿A qué habrá vuelto?
PORCIA. (*Ap.*)
Él llega: ¿si sabe algo?
DON ÁLVARO.
Porcia...
PORCIA.
Hermano...
DON ÁLVARO.
¿Cómo el monte
Dejas tan pronto?
PORCIA.
El cansancio
Me rindió, y vuelvo á buscar
En este sitio el descanso.
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
Eso sí.
PORCIA.
Mas tú ¿á qué vuelves?
DON ÁLVARO.
A que, habiendo reparado
La condicion de mi padre,
Advierto lo mal que hago
En ir sin ti...
PORCIA. (*Ap.*)
Aun eso, bien.
DON ÁLVARO.
Porque si vuelve á su enfado,
Tú le reportes.
PORCIA.
¿Pues hay
Mas de que juntos volvamos?
DON ÁLVARO.
Eso quiero yo.
PORCIA.
Yo y todo.
BELARDO. (*Ap.*)
¿Quién no os entendiera á entrambos?
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
Así excuso que no vea
A Serafina.
PORCIA. (*Ap.*)
Así trato
De que al Príncipe no vea.
DON ÁLVARO.
¿No vienes?
PORCIA.
Sí.
DON ÁLVARO.
Vamos.
PORCIA.
Vamos.
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
Lindamente se ha dispuesto...
PORCIA. (*Ap.*)
Lindamente se ha trazado...
DON ÁLVARO. (*Ap.*)
Pues mi hermana no la ha visto.
PORCIA. (*Ap.*)
Pues no le ha visto mi hermano.
(*Vanse los dos.*)
BELARDO.
¡Si bien lo supierais! Pero
Al fin, de mayores daños
Aqueste ha sido el menor.—
¡Ah señores encerrados!
Sin estorbo salir pueden.

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE; SERAFINA, *puesta la mano en el rostro.*—BELARDO.

SERAFINA.
En vano intentais osaros
A conocerme.
PRÍNCIPE.
Y aun vos
Tambien intentais en vano
No ser de mí conocida.
SERAFINA.
Advertid...
PRÍNCIPE.
Quitad la mano
Del rostro; que es poca nube
Para esconder cielo tanto.
Ya sé quién sois, y ya sé
Que ha sido de amor milagro
El traeros donde os vea;
Y aunque imposibles acasos
Lo hayan dispuesto, no quiero
Saberlos ni averiguarlos,
Porque no me estará bien
El perderos al hallaros
En esta casa: y así,
Porque me dure el engaño
De la duda, elijo el medio
De estar creyendo y dudando.
BELARDO. (*Ap.*)
Solo esto faltaba ahora:
Que estuviese enamorado
El amante de la hermana,
De la dama del hermano.
SERAFINA.
Generoso Federico
De Ursino, si intento en vano,
Como decis, ocultarme
De vos ¡oh infelice! en cuanto
Al ser de vos conocida,
No en cuanto al segundo caso;
Pues yo tambien contra vos
De dos razones me valgo.
La primera es el secreto
Que de mi vista os encargo:
Y la segunda es pediros
Que os vais, para que llorando
A mis solas mis desdichas,
Pueda aliviarlas en algo.
PRÍNCIPE.
Una y otra razon vuestra
Ya conmigo han alcanzado
Su pretension. Vuestro nombre
Jamas saldrá de mi labio;
Y apartándome de vos
(Bien que á mi pesar me aparto),
Daré esta penosa ausencia
En albricias deste hallazgo.
Quedad con Dios, advirtiendo
Que me debeis mas cuidados
Que pensais.
SERAFINA.
Reconocerlos
Ofrezco, si no pagarlos.
Id con Dios.
PRÍNCIPE.
Guárdeos el cielo.
BELARDO.
¿Ois? ¿Sabeis aquel adagio
Los dos, «cállate y callemos?»
PRÍNCIPE.
Yo os lo ofrezco.
SERAFINA.
Yo os lo encargo.
PRÍNCIPE. (*Ap.*)
¡Qué ventura!
SERAFINA. (*Ap.*)
¡Qué desdicha!
PRÍNCIPE. (*Ap.*)
¡Favor, cielos!...
SERAFINA. (*Ap.*)
¡Piedad, hados!...
PRÍNCIPE. (*Ap.*)
Que ya, viendo á Serafina,
Espero vivir amando.
SERAFINA. (*Ap.*)
Que ya, sabiendo quién soy,
Por puntos mi muerte aguardo.
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio del Príncipe, en Nápoles.

ESCENA XII.

DON JUAN, *con vestido pobre;* CELIO.

CELIO.
¿Qué es lo que quereis?
DON JUAN.
Hablar
Con el Príncipe quisiera,
Para que ese cuadro viera
Que acabo de retocar.
CELIO.
Pues ahora no está aquí;
Que á caza esta tarde fué.
DON JUAN.
¿Vendrá presto?
CELIO.
No lo sé. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

¿Qué es lo que pasa por mí,
Fortuna deshecha mia?
Pero no lo digas, no;

Que aun de tí no quiero yo
Oirlo, porque sería
Conmigo estar desairada
Mi pena, al ver que una vida
Que perdonó acontecida,
No perdona pronunciada.
¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Debe en el mundo de haber
Fáciles de suceder
Y de creér dificultosas!
Porque ¿quién creérá de mí
Que siendo ¡ay de mí! quien soy,
En aqueste estado estoy?
Mas ¿quién no lo creérá así,
Pues todos la escrupulosa
Condicion del honor ven?
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
Poco del honor sabia
El legislador tirano,
Que puso en ajena mano
Mi opinion, y no en la mia.
¡Que á otro mi honor se sujete,
Y sea (¡oh injusta ley traidora!)
La afrenta de quien la llora,
Y no de quien la comete!
¿Mi fama ha de ser honrosa,
Cómplice al mal y no al bien?
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
¿El honor que nace mio,
Esclavo de otro? Eso no.
¡Y que me condene yo
Por el ajeno albedrío!
¿Cómo bárbaro consiente
El mundo este infame rito?
Donde no hay culpa ¿hay delito?
Siendo otro el delincuente,
De su malicia afrentosa
¡Que á mí el castigo me dén!
¡Mal haya el primero, amen,
Que hizo ley tan rigurosa!
De cuantos el mundo advierte
Infelices, ¡ay de mí!
¿Habrá otro mas que yo?

ESCENA XIV.

JUANETE, *mal vestido*.—DON JUAN.

JUANETE.

Sí,
Pues cómplice de tu suerte,
Tu misma vereda sigo:
Luego otro hay mas desdichado.

DON JUAN.

Pues á este tiempo has llegado,
Vén discurriendo conmigo.
En busca de mi enemigo
Patria y hacienda dejé...

JUANETE.

Y no hallaste rastro, aunqué
Ya le llevabas contigo.

DON JUAN.

No hallando huella en el mar,
Disfrazado, solo y triste...

JUANETE.

A Nápoles te veniste.

DON JUAN.

La causa fué imaginar
Que si aquí fué amor primero,
Aquí sin duda vendria.

JUANETE.

Y aquí de un dia á otro dia
Nos hallamos sin dinèro.

DON JUAN.

A nadie quise llegar
Sin honra á decir quién era.

JUANETE.

Yo, juro á Dios, lo dijera
Con hambre á todo el lugar.
Don Luis ¿no es tu amigo?

DON JUAN.

Sí;
Pero ¿á qué amigo llegara
Yo á fiarme, en quien no hallara
Un testigo contra mí?
¡Yo á que ninguno supiera
Mi desdicha cara á cara,
Que con cuidado me hablara,
Y con lástima me viera!
No ha de saberse quién soy,
Pues no soy miéntras vengado
No esté; y así me he aplicado,
En cuanto inquiriendo voy,
A que la curiosidad
Nombre de oficio me dé.

JUANETE.

No eres el primero que
Sustenta su habilidad.

DON JUAN.

Y así, viendo que se hacia
Esta obra de pintura,
Como oficial (¡qué locura!
Pero honrada como mia)
En ella me acomodé;
Y si cúya era supiera,
Antes de hambre me muriera.

JUANETE.

Hicieras mal; mas ¿por qué?

DON JUAN.

Porque ya una vez me vió
El Príncipe, y recelara
El conocerme.

JUANETE.

Repara
En que tanto te trocó
La fortuna, que temer
No debes, y estás de modo,
Que te has demudado en todo
Cuanto es enflaquecer.
Fuera de que en este estado
Y en este traje, señor,
Fuera el presumirlo error,
Y mas de quien sin cuidado
Una vez sola te vió.
Pero este el Príncipe es.

ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE.—Dichos.

DON JUAN.

Dame, gran señor, tus piés.

PRÍNCIPE.

Español, ¿qué te obligó
A esperarme aquí?

DON JUAN.

Creyendo
El gusto que has de tener,
Príncipe invicto, en saber
Que el cuadro que estaba haciendo
Está acabado, he querido
Ser yo el que ántes te lo diga.

PRÍNCIPE.

Mucho tu atencion me obliga.
Pero ¿qué fábula ha sido
La que acabaste primero?

DON JUAN.

La de Hércules, señor,
En quien pienso que el primor
Unió lo hermoso y lo fiero.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

DON JUAN.

Como está la ira
En su entereza pintada,
Al ver que se lleva hurtada
El Centauro á Deyanira:
Y con tan vivos anhelos
Tras él va, que juzgo yo
Que nadie le vea que no
Diga: «Este hombre tiene celos.»
Fuera de la tabla está,
Y aun estuviera mas fuera
Si en la tabla no estuviera,
El Centauro tras quien va.
Este es el cuerpo mayor
Del lienzo, y en los bosquejos
De las sombras y los léjos,
En perspectiva menor
Se ve abrasándose, y es
El mote que darle quiero:
«Quien tuvo celos primero,
»Muera abrasado despues.»

PRÍNCIPE.

No solo en esta ocasion
Que el cuadro agradezca es bien;
Pero el concepto tambien
Te agradece mi pasion.
Y pues á tiempo has llegado
Que trayendo mis desvelos
Celos, me has hablado en celos,
Te he de feriar un cuidado
A precio de una fineza
Que quiero que hagas por mí.

DON JUAN.

Para servirte nací.

PRÍNCIPE.

Sabrás que de una belleza
Que una vez vi solamente,
Tan rendido llegué á estar,
Que no la pude olvidar,
Con haber vivido ausente.
Hoy, bien acaso, he sabido
Dónde retirada vive;
Y en tanto que amor percibe
Modo en que pueda rendido
Solicitar sus favores,
Imagino que no hubiera
Cosa que mas divirtiera
Mis penas y mis rigores,
Que tener suyo un retrato.
Tú al fin, como forastero,
No la conoces, y quiero
Fiarle de tí.

DON JUAN.

Solo trato
Servirte con alma y vida.
Mas no me atrevo, señor,
Si es beldad tan superior,
Sacarla tan parecida.

PRÍNCIPE.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque lo intenté
Alguna vez, y advertí
Que la hermosura ¡ay de mí!
No se pinta bien.

PRÍNCIPE.

Ya sé
Que es difícil de pintar,
Si es perfecta la belleza;
Pero de tu gran destreza
Puedo el acierto fiar.
Y cuando por el acierto,
Español, no te eligiera,
Por el secreto lo hiciera.

DON JUAN.

Que te he de servir es cierto.

PRÍNCIPE.

Pues vén conmigo, advertido
De que si nos dan lugar,
A hurto la has de pintar.

Yo á la puerta prevenido
A todo trance estaré,
Por lo que allí sucediere:
De que he de librarte infiere.

DON JUAN.

Digo, gran señor, que iré
En tu palabra fiado,
Y despues en mi valor;
Que aunque un humilde pintor
Soy, quizá por ser honrado
Vivo así.

PRÍNCIPE.

De tí lo creo;
Crê de mí que agradecido
Verás tu deseo cumplido. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, JUANETE.

DON JUAN.

No sabes tú mi deseo.

JUANETE.

Señor, ¿qué es esto?

DON JUAN.

En aquella
Caja pequeña pondrás
Colores y los demas
Pinceles, y trae con ella
Unas pistolas.

JUANETE.

¿Qué nueva
Aventura aquesta fué?
¿Dónde vas?

DON JUAN.

Yo no lo sé:
Donde el Príncipe me lleva,
Ya que ultrajes de mi honra
Quieren que pintor me vea,
Hasta que con sangre sea
El pintor de mi deshonra.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis, en la aldea.

ESCENA XVII.

DON ÁLVARO, DON LUIS.

DON ÁLVARO.

Ya, señor, que he merecido
Que mas humano me hables,
Habiendo debido á Porcia
Hacer estas amistades,
Segundo honor te merezca.
¿Qué es lo que tienes? Qué traes,
Que las pasiones del pecho
Se te ven en el semblante?
Mira que como yo soy
La causa de tus pesares,
Me tiene desconfiado
Tu tristeza, viendo que haces,
Como en las farsas, extremos
Disimulados aparte.

DON LUIS.

Don Alvaro, mi tristeza
De causa distinta nace.
No tienes la culpa tú:
Esto que te digo, baste
Por ahora.

DON ÁLVARO.

Poco fias
De mí.

DON LUIS.

¿Quieres no apurarme?
No me obligues que te diga
Que Don Juan Roca me trae
Con esta pena.

DON ÁLVARO.

¡Don Juan!

DON LUIS.

Sí.

DON ÁLVARO.

Pues dime, dél ¿qué sabes?
(*Ap.* Apuremos, corazon,
Toda la malicia al lance.)

DON LUIS.

Que es desdichado, por ser
Mi amigo.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Duda notable!)
Pues ¿qué es lo que ha sucedido?

DON LUIS.

¿Qué mas que haberle un infame,
Aleve, traidor, robado?...
—Aquí el aliento me falte,
Porque no es bien que contigo,
Ni aun conmigo, me declare.
Mas ya lo dije: — ¡á su esposa!
Sin ser posible ayudarle
Yo á vengar de su enemigo.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* ¡Ay de mí! Todo lo sabe,
Pues dice que no es posible
De su enemigo vengarle.
No sin mucha ocasion; ¡cielos!
Conmigo llegó á enojarse.
Desdichas, no me mateis.
Pues ya ¡ay Dios! que llega á hablarme
Hoy tan claro, bien será
Que yo de mano le gane,
Y cuente todo el suceso
Tratando de disculparme.)
Señor, si...

DON LUIS.

Nada me digas,
Que es en vano consolarme.
Ya sé que querrás decirme
Que es necia fineza darme
Por entendido en desdicha
En que no puedo ampararle,
Pues dél ni de su enemigo
Ni de su esposa se sabe
Desde el dia que robada
Faltó.

DON ÁLVARO.

(*Ap.* Mejoróse el lance.
Alentemos, corazon;
Que ya es el recelo en balde.)
¡Qué desdicha! Si supiera
Yo del agresor cobarde
De su afrenta, le buscara,
Vive Dios, para matarle,
Solo en fe de ser tu amigo.

DON LUIS.

¡Oh cuánto estimo escucharte!

DON ÁLVARO.

Pues, señor, si tú no puedes,
Como dices, ayudarle,
Divierte tu pena.

DON LUIS.

Mal
Se divierten penas tales
Pero con todo, porqué
No presumas que me falte
Lugar para tu consejo,
Al monte saldré esta tarde,
Ya que todos estos dias
Deste gusto me privaste.
Manda poner la carroza;
Que quiero, ya que las paces
Hicimos, dar por allá
La vuelta.

DON ÁLVARO.

Yo pues delante
Iré, para que Belardo
De casa, señor, no falte.
(*Ap.* No es sino por prevenir
Que Serafina se guarde.)

DON LUIS.

Paréceme bien.
(*Vase Don Álvaro.*)

ESCENA XVIII.

JULIA; *luego*, DON PEDRO. — DON LUIS.

JULIA.

Aquí
Don Pedro, señor, el padre
De Serafina, te busca.

DON LUIS.

Pues dile que entre: no aguarde.—
(*Vase Julia.*)
Sin duda el mismo cuidado
Que tengo, es el que le trae.
(*Sale Don Pedro.*)

DON PEDRO.

Señor Don Luis, vuestros brazos
Me dad.

DON LUIS.

¿Ventura tan grande,
Señor Don Pedro, merecen
Retiradas soledades?

DON PEDRO.

Un cuidado me ha traido.
Yo, señor Don Luis.. (*Ap.* Pesares,
Pues me afligis atrevidos,
No me consoleis cobardes.)
Traigo una pena estos dias,
Que de los olvidos nace
De mi hija y de Don Juan,
Pues no me escriben; y nadie
A quien yo escribo responde
A propósito. Pues sabe
El mundo que la amistad
Vuestra ejemplo es de amistades,
Merced me haced de decirme
Qué sabeis dél.

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Duda grave!
Pues decirlo y no decirlo
Es á su honor importante.
Mas menor inconveniente
Es que lo dude y lo calle;
Que en materias del honor
Hablar sin pensado exámen
Es muy difícil, aunque
A muchos parece fácil.

DON PEDRO.

¿Qué me respondeis?

DON LUIS.

Que ya
No extraño que á mí me falten
Cartas, faltándôs á vos.

DON PEDRO.

Pues paso mas adelante;
Pero dándome palabra
De que lo que os diga, á nadie
Lo diréis.

DON LUIS.

Sí doy.

DON PEDRO.

Pues yo...

ESCENA XIX.

PORCIÁ. — DICHOS.

PORCIA.

Si vas al monte esta tarde,
Señor... Mas ¿quién está aquí?

DON PEDRO.

Quien á vuestras plantas yace
Rendido siempre.

PORCIA.

Los brazos,
Señor, esta deuda paguen.

DON LUIS.

Perdona, Porcia, que yo
Los cumplimientos ataje.—
Señor Don Pedro, venid
Conmigo; y puesto que parte
El camino de la corte
El monte, que os acompañe
Hasta él es justo. (*Ap. á él.* Hablarémos
Sin estas dificultades.)

DON PEDRO.

Obedeceros me toca.—
Quedad con Dios.

PORCIA.

El os guarde.

DON LUIS.

Vén tú en la carroza, pues
Ya va tu hermano delante.
(*Vanse Don Luis y Don Pedro.*)

PORCIA.

Con mas gusto fuera sola,
Si fuera á ver á mi amante. (*Vase.*)

—

Monte con vista de la casa ó castillo de Don Luis.

ESCENA XX.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, JUANETE, BELARDO.

PRÍNCIPE.

Aquesto has de hacer por mí;
Y en prendas de que premiarte
Sabré, este diamante toma.

BELARDO.

Poco entiendo de diamantes;
Que no valen, si se venden,
Lo que sí se compran valen.
Pero volvamos al caso.
Mayores dificultades
Venceré por tí.—Venid (*Á Don Juan.*)
Conmigo vos; que yo en parte
Os pondré que podais verla,
Sin ser sentido de nadie.

DON JUAN.

Guiad vos; que obedecer
Me toca, no hacer exámen.

PRÍNCIPE.

Piensa, español, que por mí
Aquestas finezas haces.

DON JUAN.

Servirte, señor, deseo.

PRÍNCIPE.

Ningun temor te acobarde;
Que yo quedo aquí.

DON JUAN.

¿Temor?
Mal, señor, mi valor sabes;
Que no acobardan peligros
Á quien no matan pesares. (*Vase.*)

BELARDO.

Adios; y para otra vez,
Doblones, y no diamantes.

JUANETE.

¿De qué se queja el vejete?
Pues que yo he callado, calle.
(*Vase Belardo.*)

ESCENA XXI.

EL PRÍNCIPE, JUANETE.

PRÍNCIPE.

¿Qué tienes tú que decir?

JUANETE.

Un cuento lo diga ántes,
Si no es que llega primero
Alguno que me le ataje.
A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada dia; y como eran
Tantas porciones iguales,
Un dia se olvidó de uno.
El, por no pedir (que es grave
Desacato de los niños),
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entónces,
Y dijo el chiquillo: «¡Zape!
¿De qué me pides los huesos,
Si aun no me han dado la carne?»
—A este propósito dije
Al viejo no me maullase
Al oído, pues hasta ahora
Aun no me han dado qué darle.

PRÍNCIPE.

Ya te he entendido, y aquesta
Cadena el descuido salve.

JUANETE.

Y á tí te salve y regine,
Deseslabonada á partes
La cadena del demonio
En la vida perdurable;
Aunque solo oir el cuento
Para mí es paga bastante.
(*Vanse.*)

—

Jardin con un lienzo ó ángulo de la casa, y en él la puerta y ventana con reja, de un cuarto bajo.

ESCENA XXII.

DON JUAN, BELARDO.

DON JUAN.

Quitémonos de la puerta
Y esperemos á esta parte
Retirados.

BELARDO.

Desta cuadra
Al jardin la reja sale,
Donde ella suele venir
A divertirse las tardes.
Entrad dentro, y no hagais ruido.

DON JUAN.

No haré.— Mas ¿qué es lo que haces?
(*Belardo abre una puerta, y entra Don Juan por ella; Belardo cierra con llave.*)

BELARDO.

Por mas seguridad, echo
Por acá fuera la llave.

DON JUAN. (*Dentro.*)

No, no cierres. — ¿No es mejor
(*Asomándose á la reja.*)
Que yo tenga á todo trance
La puerta abierta?

BELARDO.

No es.

DON JUAN. (*Á la reja.*)

Advierte...

BELARDO.

Calla, no hables;
Que es la que viene hácia aquí.

DON JUAN. (*Á la reja.*)

Pues ya es tiempo de que saque
La lámina y los matices.
(*Retírase adentro.*)

ESCENA XXIII.

SERAFINA—Y BELARDO, *en el jardin;* DON JUAN, *en el cuarto.*

SERAFINA. (*Para sí.*)

¡Oh cuántas veces, pesares,
Os saco á campaña á solas,
Sin que en tan duro combate
Por vuestra parte ó la mia
La victoria se declare!

DON JUAN. (*Ap. asomándose á la ventana.*)

Aun no puedo verla el rostro;
Que está el villano delante.

BELARDO.

¿Pues todo ha de ser, señora,
Llorar?

SERAFINA.

No, amigo, te espantes,
Si ya no es de ver que el llanto
No haga la pena süave.

BELARDO.

Advierte...

SERAFINA.

Nada me digas;
Y si quieres consolarme,
Sea con dejarme sola;
Que quiero á la sombra que hacen
Esos emparrados, ver
(Tal el desvelo me trae)
Si con el sueño firmar
Puedo treguas, si no paces.
(*Siéntase de espaldas á la reja.*)

DON JUAN. (*Ap.*)

De espaldas se ha puesto: no es
Posible que la retrate.

BELARDO.

Pues no te sientes así:
Mejor será hácia esta parte,
Porque desas rejas corre
Mas templadamente el aire.

SERAFINA.

Dices bien.— ¡Oh sueño, vén
(*Vuélvese de cara á la reja.*)
A dar alivio á mis males!
(*Quédase dormida.*)

BELARDO. (*A Don Juan.*)

Cé... La dama es esa.

DON JUAN.

Ya
Aplico el pincel al naipe.
(*Vase Belardo, dejándola descubierta: Don Juan al verla se suspende.*)

ESCENA XXIV.

SERAFINA, *dormida en el jardin;* DON JUAN, *á la ventana.*

DON JUAN.

Mas ¡ay de mí! que ese sueño
Es de dos muertes imágen!
¡Qué miro! ¡Valedme, cielos,
Que quiere hacer el dolor
Que el retrato que el amor
Erró, le acierten los celos!
Todo horrores, todo hielos
Soy, sin sér, ni luz, ni trato;
Que de mi valor ingrato
Mudarme el arte procura,

Pues ha hecho una escultura,
Viniendo á hacer un retrato.
Tan fuera de mí he quedado,
Sin aliento y sin accion,
Que pienso que el corazon
A otro pecho se ha mudado;
Si ya no es que me ha dejado
Por irla á reconocer,
Dudando que pueda ser
Que sin ver, hablar ni oir,
Se haya atrevido á dormir
Quien se ha atrevido á ofender.
¿Cómo en tan dura batalla
Tengo, á pesar de mi estrella,
Valor para conocella
Y temor para matalla? —
Mas si encerrado me halla
El lance, ¿qué he de intentar?
¡Que haya sabido el pesar
Hacer que esté preso yo
Donde pueda verle, y no
Donde le pueda vengar?
Venganza ha de ser segura
La que ha de hacer el honor;
Que es la sobra de valor
Tal vez falta de cordura:
Fuera de que si se apura
Su venganza, á mi esperanza
La media parte me alcanza.
Pues sufrir, temer, penar,
Corazon, hasta tomar
Por entero la venganza.

(*Despierta Serafina asustada y levántase: ocúltase Don Juan.*)

SERAFINA. (*Agitada con lo que ha soñado.*)

Don Juan, esposo, señor,
Aguarda, espera: no manches
Tu noble acero en mi vida.
¡No me mates, no me mates!

ESCENA XXV.

DON ÁLVARO, *en el jardin.*— SERAFINA; DON JUAN, *en el cuarto.*

DON ÁLVARO.

¿Qué es esto, mi bien?

SERAFINA.

Haber
Visto entre sueños la imágen
De mi muerte. Nunca fuéron
Tus brazos mas agradables.

DON ÁLVARO.

La dicha de un desdichado
Siempre de un acaso nace.

DON JUAN. (*Ap. á la reja.*)

¡Don Alvaro es, vive el cielo,
Hijo de Don Luis, su amante!

DON ÁLVARO.

Repórtate; que á decirte
Que viene hoy aquí mi padre,
Me he adelantado.

DON JUAN.

(*Ap.* Ya, cielos,
No hay sufrimiento que baste.
Cuantas razones propuse
Aquí para reportarme,
Al verla en sus brazos, todas
Es forzoso que me falten.)
¡Muere, traidor, y contigo
Muera esa hermosura infame!

(*Dispara una pistola á él y otra á ella.*)

DON ÁLVARO. (*Herido.*)

¡Ay de mí!

SERAFINA. (*Herida.*)

¡Válgame el cielo!

DON JUAN.

Ahora mas que me maten;
Que ya no estimo la vida.

ESCENA XXVI.

DON LUIS, DON PEDRO, PORCIA. —SERAFINA, DON ÁLVARO; DON JUAN, *en el cuarto.*

VOCES (*Dentro.*)

El ruido se oyó á esta parte.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Entrad todos.

(*Salen Don Luis, Don Pedro y Porcia.*)

DON PEDRO.

¿Qué ha sido esto?

(*Cayendo Serafina y Don Álvaro, vienen á parar, ella en los brazos de Don Pedro, y él en los de Don Luis.*)

SERAFINA.

Llegar, infelice padre,
Muerta á tus brazos, porque
No tengas tú que matarme. (*Muere.*)

DON ÁLVARO.

Yo á tus plantas, porque en ellas
Mi vida infeliz acabe. (*Muere.*)

DON PEDRO.

¡Serafina!

DON LUIS.

¡Alvaro!

PORCIA.

¡Cielos!
¿Quién vió tragedia tan grande?

ESCENA XXVII.

EL PRÍNCIPE, JUANETE, BELARDO. — DICHOS.

JUANETE.

Sin duda le han descubierto.

PRÍNCIPE.

Al que pretenda injuriarle
Le quitaré yo mil vidas,
Puesto que está en esta parte
En mi confianza. — Pero
¿Qué espectáculo notable
Es aqueste?

DON JUAN. (*Desde la reja.*)

Un cuadro es,
Que ha dibujado con sangre
El pintor de su deshonra.
Don Juan Roca soy: matadme
Todos, pues todos teneis
Vuestras injurias delante:
Tú, Don Pedro, pues te vuelvo
Triste y sangriento cadáver
Una beldad que me diste;
Tú, Don Luis, pues muerto yace
Tu hijo á mis manos; y tú,
Príncipe, pues me mandaste
Hacer un retrato, que
Pinté con su rojo esmalte.
¿Qué esperais? Matadme todos.

PRÍNCIPE.

Ninguno intente injuriarle;
Que empeñado en defenderle
Estoy.— Esas puertas abre.

(*Abre Belardo la puerta que cerró, y sale Don Juan.*)

Ponte en un caballo ahora,
(*Á Don Juan.*)
Y escapa bebiendo el aire.

DON PEDRO.

¿De quién ha de huir? Que á mí,
Aunque mi sangre derrame,
Mas que ofendido, obligado
Me deja, y he de ampararle.

DON LUIS.

Lo mismo digo yo, puesto
Que aunque á mi hijo me mate,
Quien venga su honor, no ofende.

DON JUAN.

Yo estimo valor tan grande;
Mas por no irritar la ira,
Me quitaré de delante.

PRÍNCIPE.

Honrados proceden todos;
Y para que en mí no falte
Tambien otra ilustre accion,
La mano á Porcia he de darle
De esposo.

PORCIA.

Dichosa he sido.

JUANETE.

Porque en boda y muerte acabe
El pintor de su deshonra.
Perdonad yerros tan grandes.

LA DESDICHA DE LA VOZ.

PERSONAS.

DON JUAN DE SILVA.
DON PEDRO.
DON LUIS, *viejo*.
DON DIEGO, *su hijo*.
OCTAVIO, *viejo*.
LUQUETE, *gracioso*.
DOÑA BEATRIZ, *dama*.
DOÑA LEONOR, *dama*.
ISABEL, *criada*.
INES, *criada*.
CELIO, *criado*.
PEREZ, *escudero*.

La escena es en Madrid y en Sevilla.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, *leyendo un papel;* INES, PEREZ.

DOÑA BEATRIZ.

(*Lee.*) «Amiga mia, ya sabes
»Cuánto es hoy célebre dia
»En Madrid, porque los Reyes,
»Que eternas edades vivan,
»Salen en público á Atocha
»A ver su imágen divina
»En hacimiento de gracias
»De sus victorias invictas.
»A mi me han dado un balcon
»Donde verlo: no querria
»Tener holgura sin ti;
»Y así, mi amistad te avisa
»Desto, para que si quieres,
»Con coche y balcon te sirva.
»Dios te guarde.— Tu mayor
»Servidora, Doña Elvira.»
Perez.

PEREZ.

Señora...

DOÑA BEATRIZ.

Diréisle
A Doña Elvira mi amiga,
Que á la merced que me hace
Estoy muy agradecida;
Mas que no me atreveré
A lograrla y recibirla,
Sin que primero á mi hermano
Licencia para ir le pida.
Que se lo diré en viniendo,
Y avisaré á la hora misma
Con Ines; que me perdone
El que ahora no la escriba.

PEREZ.

Yo lo diré desa suerte. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, INES.

INES.

Mucho, señora, me admira
Ver que tanto de un hermano
A la obediencia te rindas,
Que á tentaciones de coche
Y de balcon te resistas.

DOÑA BEATRIZ.

No es todo, Ines, obediencia
Solo á mi hermano debida,
Puesto que él jamas, Ines,
Entra ó sale en mis visitas.
Tú sabes que tengo causa,
En quien postrada y rendida,
Es la atencion mas forzosa,
Es la obediéncia mas digna.

INES.

¿Que lo dices por Don Juan?

DOÑA BEATRIZ.

¿Por quién quieres que lo diga,
Si él solamente es el dueño
De mi alma y de mi vida?

INES.

¿No pudiera ser por otro
De tantos como te miran?

DOÑA BEATRIZ.

No; que mujer como yo,
Aunque haya mil que la sirvan,
No hay mas de uno que la agrade.

INES.

Yo pensé que la porfía
De Don Diego...

DOÑA BEATRIZ.

Calla, Ines:
Ni aun su nombre no me digas,
Porque aun su nombre me ofende.

INES.

Si esto te cansa y fastidia,
Hablemos solo en Don Juan.
Ahora estaba en esa esquina,
Hecho humano girasol
Del sol de tus celosías,
Al tiempo que por la calle
Don Diego á caballo iba,
Tan galan que...

DOÑA BEATRIZ.

Tente, espera;
Y para que no prosigas
La pintura del caballo,
Que es circunstancia precisa
De todas las relaciones,
A Don Juan, Ines, avisa
Con una seña que suba
A hablarme, porque queria
Avisarle de que voy
Esta tarde á esta visita.

INES.

¿Si viene tu hermano?

DOÑA BEATRIZ.

¿Luego
Ha de venir tan aprisa?
Llámale.

INES.

Ya es excusado
Que yo por señas le diga
Que suba, porque sin señas
Está, señora, acá arriba.

ESCENA III.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN.

Aunque sea atrevimiento
Entrarme, Beatriz, de dia
De aquesta suerte en tu casa,
Perdona tan atrevida
Accion, porque celos nunca
Mejor los respetos miran.

DOÑA BEATRIZ.

De haber entrado, Don Juan,
Aquí, no es bien que me pidas
Perdon, pues que te llamasen
Habia dicho yo misma;
De venir pidiendo celos,
Sí: de suerte, que tus iras
El modo han errado, pues
Conociendo que tenias
Hoy un perdon que pedirme,
Equivocadas te obligan
Que lo que has de decir, calles,
Y lo que has de callar, digas.

DON JUAN.

No son tan necias mis penas,
Que equivocadas elijan
La ménos forzosa causa.
Celos dije que venía
A pedir; celos mil veces
Es fuerza que te repita,
Sin que de pédirte celos
Jamas el perdon te pida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué causa he dado yo?

DON JUAN.

Estando ahora á esa esquina
Parado (porque al fin, soy
De tu calle estatua viva),
Por ella pasó Don Diego,
Mirando tus celosías
Tan atento, que ellas solas
Fuéron centro de su vista.
Al llegar á tus umbrales,
Llamó el caballo en que iba,
Al principio con tropeles
Y despues con armonías,
Y sacando de las piedras
Fuego, á su dueño decía:
«No temas, no te acobardes;
Pues ves que una piedra herida
De un eslabon, con centellas
Responde, á servir te anima;
Que ningun pecho es materia
Ni tan dura ni tan fria.»
¡Mal hayan las tentaciones
De tu honor! que yo le haria
Dejar la calle, si no
Las advirtiera. ¡Oh qué indigna
Ley del duelo es en las damas
Que el que aventura, no estima;
Siendo así que estima ménos
El que con celosas iras
Reportado, no aventura
Hacienda, honor, alma y vida!

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, noble dueño mio,
Cuando los celos indician
De causa, bien dices; pero

Sin ella no, pues serían
Extremos sin ocasion,
Locuras, y no caricias.
Yo no la he dado á Don Diego
Para que en mi calle asista,
Para que á mis rejas mire,
Para que mis pasos siga:
Luego tú no la tendrás
Para las quejas que animas,
Para los celos que formas,
Para los riesgos que avisas.
Por dicha, ¿hasle visto hablar
Con alguna criada mia?
¿Has hallado algun criado
Suyo con quien él me escriba?
Pues ¿qué culpa tendré yo
Desto, si en la mas altiva
Dama es peligro, y no culpa,
El ser de algunos bien vista?

DON JUAN.

¡Ay, Beatriz! que aunque es verdad
Todo cuanto significas,
Aun no basta para que
Al que ama, no le aflija
Que otro mire la que ama,
No mas que porque la mira;
Si bien agradezco ya
Aquel susto á mis desdichas,
Por ver las satisfacciones
Con que mis penas alivias.
Quédate con Dios; que habiendo,
Beatriz, merecido oirlas,
No será bien malograrlas
Estando aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Aunque peligra
Mi vida, no has de irte ahora,
Sin que primero te diga
Que esta tarde...

INES.

Mi señor
Ya por la escalera arriba
Sube.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

¿Qué he de hacer?

DOÑA BEATRIZ.

A esa cuadra te retira;
Que entrando en su cuarto, puedes
Salirte.

(*Escóndese Don Juan.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.—DOÑA BEATRIZ, INES; DON JUAN, *escondido.*

DON PEDRO. (*Para sí.*)

Las penas mias
Disimulen cuánto sienten
Ver que de noche y de día
Don Diego en aquesta calle
Tan continuamente asista.
¿Si sabe que yo á su hermana
Adoro? ¿Si solicita,
Buscándome á mí, vengarse?
Pero no, pues se retira
Siempre que me ve. No sé
Destos extremos qué diga,
Sino que soy desdichado,
Puesto que en una hora misma,
Con su ausencia y su asistencia
Mis desgracias solicita.

INES. (*Ap. á su ama.*)

Hablando consigo á solas,
Toda la color perdida,
Viene.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay infeliz de mí,
Si sabe algo, ó lo imagina!

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

La suerte está echada, cielos.

DON PEDRO.

Beatriz, hermana, ¿qué hacias?

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Apuremos de una vez
Toda al pecho la malicia.)
De tí con Ines hablaba.

DON PEDRO.

¡De mí! ¿Pues qué la decias?

DOÑA BEATRIZ.

Cuánto es grande la tristeza,
La pena y melancolía
Con que estos dias te veo.
Siempre con ceño me miras
Y con sequedad me hablas,
Volviéndote tan aprisa,
Que no parece que vienes,
Don Pedro, á tu casa misma,
Sino que de cumplimiento
Vienes á alguna visita.
¿Qué traes? ¿Qué tienes? ¿Qué es esto?

DON PEDRO.

No sé, hermana, cómo diga
Cuánto mi pecho y mi amor
Aquestas quejas te estiman,
Y que los celos de hermana
Tan como dama me pidas.
Mas esta inquietud en que
Has reparado, es nacida
De causa que no te importa
Saberla, ni á mí decirla...
—Aunque porque no presumas
Que no es, Beatriz, para dicha,
Quiero mudar parecer.—
Yo adoro la mas divina
Perfeccion, que en un sugeto
Ha desmentido á la envidia;
Y como en fin, en amor
El que favores consiga
Un amante, comunmente
No es mérito sino dicha,
Dichoso yo, he merecido
Ver á mis ansias rendida
La mas airosa belleza,
La discrecion mas altiva,
Que en los imperios de amor
Vió de laureles ceñida
El triunfo de sus arpones
Y el aplauso de sus iras.
Con tanta fortuna pues
Entré, Beatriz, á servirla,
Que en competencia del mas
Galan que en la corte habita,
El mas discreto, el mas noble
Caballero, mi porfía
Fué la que pudo obligarla;
Y porque mejor lo diga,
Aunque tú no le conozcas,
Por si oyeres algun dia
Su nombre, el competidor
Es, Beatriz, Don Juan de Silva.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Ah traidor!) No le conozco.

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¿Quién vió suerte mas esquiva?

DON PEDRO.

Por vanidad le he nombrado,
Porque mirando excedia
A sus méritos mi suerte,
Es lograrla el repetirla.
De la dama el nombre, es justo
Que callarle me permitas,
Pues basta saber que tiene
Ilustre sangre y antigua.
Para casarse con ella
La festeja y solicita,
Y ella á mí me favorece:
De que tan desvanecida
Mi presuncion está, que
No cabe en mí la alegría...
Si bien hoy mejor dijera
La tristeza; pues cuando iba
Tan viento en popa mi suerte,
Del mar de amor las tranquilas
Ondas sulcando, en un punto
Brama el golfo, el viento espira,
Amenazando al piloto
Montañas de nieve riza.
Desta tormenta la causa
Que ya en léjos se divisa,
La ausencia es, porque á su padre
El Rey con un cargo envia,
A que es forzoso que vaya
Con su casa y su familia.
Esta es la ocasion porqué
Tan extraño me imaginas;
No es otra. (*Ap.* ¡Al cielo pluguiera!)
Y así, hermana, no te aflijas
De verme triste, pues sabes
Ya la causa que me obliga
A estarlo: — y quédate adios,
Sin que el irme tan aprisa
Te parezca sequedad;
Que son pensiones precisas
De los vasallos de Amor,
Tributar á su divina
Deidad inquietudes, ansias,
Divertimientos, envidias,
Anhelos, suspiros, quejas,
Lágrimas, melancolías,
Sentimientos, penas, llantos,
Porque en la gran monarquía
De sus tiranos imperios
No hay ventura sin desdicha. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Muchísimo me ha pesado,
Mi señor Don Juan de Silva,
Que aquí os hallase esta pena.
Mas decidme, por mi vida:
Cuando entrasteis tan celoso
Dentro de mi casa misma,
¿Era de mí ó de mi hermano?
Porque grande error sería
Que sea el quien dió los celos,
Y sea yo á quien se pidan.

DON JUAN.

Aunque con tal falsedad
De mis pesares te rias,
Y aunque pudiera, Beatriz,
En venganza desa risa
No darte satisfacciones,
Oyelas, por ser debidas,
Ya que no á tu sentimiento,
A tu decoro. Yo habia
Antes, Beatriz, que te viera
(Poco importa que lo diga),
Querido (no te ofendí,
Pues no te conocia)
A esa divina hermosura,
A quien...

DOÑA BEATRIZ.

Tente, no prosigas;
Que no quiero saber mas,
Porque no ha de ser la mia
Hermosura pecadora,
Siendo la suya divina.—
Cierra esas puertas, Ines,
Y vé luego á Doña Elvira,
Que venga por mí en su coche;
Que ya no tengo á quien pida
Licencia para salir
De casa; que á la visita
Que me convidó, me lleve,
O que andemos todo el dia

Desde Palacio hasta Atocha,
Calle abajo y calle arriba,
Puesto que el señor Don Juan
Me da con sus groserías
Ya libertad de conciencia.

DON JUAN.

Advierte...

DOÑA BEATRIZ.

Nada me diga
Vuestra voz; que habeis andado
Muy necio. ¡En mi cara misma,
«Quise, y divina hermosura»!
Mas no me espanta ni admira;
Que el mas entendido suele
Decir mayor bobería.

DON JUAN.

Encarecer yo belleza,
Que de la tuya excedida,
Al verte, quedó, es lisonja,
No ofensa, porque sería
Victoria sin enemigo
Competencia sin envidia.

DOÑA BEATRIZ.

En declarados desaires
No hay, Don Juan, sofisterías.
Para casaros con ella
Servís esa peregrina
Beldad: mi hermano os compite,
Si no el mérito, la dicha;
Yo no soy mujer que es justo
Que por venganza se sirva:
Idos con Dios; que no habeis
De sanear á costa mia
Unos celos.

DON JUAN.

Beatriz bella...

DOÑA BEATRIZ.

Nada he de escucharos.

DON JUAN.

Mira
Que es engaño...

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo veo.

DON JUAN.

Que presumas...

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué porfía
Tan necia!

DON JUAN.

Que por venganza...

DOÑA BEATRIZ.

Es en vano cuanto diga
Vuestra voz.

DON JUAN.

Te adoro.

DOÑA BEATRIZ.

Nada
Aquesa disculpa alivia.

DON JUAN.

Pues muera de desdichado
Quien con verdades no obliga.

DOÑA BEATRIZ.

Y de desdichada muera
Quien se cree de mentiras.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA VI.

LUQUETE, ISABEL.

LUQUETE.

¡Gracias al cielo, Isabel,
Que puedo contigo hablar
Un rato en mi amor cruel!

ISABEL.

Ménos gracias puede dar;
Que yo no he de hablar con él.

LUQUETE.

¡Enojada!

ISABEL.

Y mucho.

LUQUETE.

Pues
¿Qué causa es la que yo he dado
Para tanto ceño?

ISABEL.

¿Es
Muy poco el haber estado
Hasta ahora con Ines?

LUQUETE.

¿Con qué Ines?

ISABEL.

Con la criada
Desa mi señora, á quien
Don Diego sirve.

LUQUETE.

Engañada
Estás.

ISABEL.

Yo lo sé muy bien
Todo.

LUQUETE.

Pues no sabes nada;
Que aunque es verdad que Don Diego,
Mi señor y tu señor,
Rendido, abrasado, ciego,
Tiene á Beatriz tanto amor,
Yo á Ines á hablarla no llego
Sino tal vez que enviado
De mi amo, á su casa voy:
Criado tan bien criado,
Que su recado la doy,
Y no la doy su recado.
Si miento en lo que te digo,
Muera de sed.

ISABEL.

Si testigo
Eres tú mismo de que
Me has contado que Ines fué
Piadosa un tiempo contigo,
¿Cómo quieres que yo, ahora
Que á su ama tu amo enamora,
Crea que ha de ser cruel?

LUQUETE.

Porque á ti sola, Isabel,
Mi alma estima y mi fe adora.
Solamente á ti te quiero:
De Inesilla no se trate;
Que aunque fué mi amor primero,
Fué amor de medio mogate,
Y este es de mogate entero.
Fuera de que ¿puede haber
Satisfaccion como ver
Que tratando de irse hoy
Mi amo á Sevilla, me voy
Con él, solo por tener
Ocasion de verte á ti,
Ya que tan dichoso fuí
Que en la casa que vivimos,
A dos hermanos servimos?

ISABEL.

Y esa ¿es satisfaccion?

LUQUETE.

Sí,
Pues ¿qué mayor que olvidar
A Madrid por tu belleza?

ISABEL.

Yo te creo; que el dejar
A Madrid es gran fineza,
Porque es bonito lugar.
Pero mi ama viene allí
Con su padre hablando: véte,
Porque no nos vean aquí
Hablando á los dos, Luquete.

LUQUETE.

¿Quedamos amigos?

ISABEL.

Sí.
(*Vase Luquete.*)

ESCENA VII.

DON LUIS, DOÑA LEONOR. — ISABEL.

DOÑA LEONOR.

¿Y cuándo piensas, señor,
Que irémos?

DON LUIS.

Yo bien quisiera
Que fuera luego, Leonor,
Por tener la primavera
En Sevilla; mi temor
Es que me han de detener
Algunos dias aquí
Los despachos.

DOÑA LEONOR.

Yo saber
Quisiera, señor, de tí
Cómo piensas disponer
La jornada, qué criados
Son los que hemos de llevar,
Y dónde, recien llegados,
Nos hemos de aposentar.

DON LUIS.

No tengas tú esos cuidados;
Que los criados que irán,
Son los que ahora en casa están;
Que allá, si menester hemos
Criados, los recibirémos,
Con que la costa ahorrarán
Del camino; y la posada
Ya desde aquí la prevengo,
Pues casa tiene buscada
Un grande amigo que tengo
En Sevilla: con que nada
Falta sino que me dén
Los despachos, y partir;
Y así, que á esto acuda es bien.
Quédate adios; que he de ir
Ahora á buscar á quien
Los tiene á su cargo.

DOÑA LEONOR.

Dia
De tan comun alegría,
Cuyo lucimiento pasa
Por las puertas de tu casa,
¿Vas á eso?

DON LUIS.

Sí, Leonor mia;
Que es primera obligacion.
Tú y tu hermano esta atencion
Me debeis, pues claro fuera
Que si yo hijos no tuviera,
No tuviera yo ambicion. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, ISABEL.

DOÑA LEONOR.

Isabel, cuando rendida
A tantas penas estoy,
Mil veces digo afligida:
Sin duda que inmortal soy,
Pues que no pierdo la vida.

ISABEL.

¿Qué pena tienes, señora,
Que sentir de nuevo ahora?

DOÑA LEONOR.

Bien has preguntado, pues

De nuevo el sentir no es
Quien antiguos males llora;
Pero ya que á mi tormento
La causa preguntas nueva,
Todas decirlas intento,
Por ver si dellos se lleva,
Alguna porcion el viento.
Yo sé bien que tú lo sabes;
Mas que esto repita deja;
Que al fin, los que son mas graves,
A los visos de la queja
Suelen parecer suaves.
Yo pues que un tiempo viví
Libre de amor; yo que fuí
Al imperio de su fe
País tan rebelde, que
Ningun tributo le dí;
Hoy á su poder rendida,
Tanto su deidad airada
De mí cobra, que ofendida,
Por no perdonarme nada,
No me perdona la vida.
Bien pensarás, Isabel,
Que es de mi pena cruel
Don Pedro la causa, viendo
Que de su amor no me ofendo,
Y gusto de hablar con él;
Pues no; que Don Juan ha sido
De Silva el que ha merecido
Deberme tantos enojos,
Teniendo en labios y ojos
El corazon desmentido.
El tiempo que me sirvió
Don Juan, constante encubrí
Mi afecto; pero aunque yo
Con la voz le despedí,
Con el alma, Isabel, no.
El pues de mí despreciado,
De mi desden ofendido,
Huyó; y necio mi cuidado
No supo que habia querido
Hasta que se vió olvidado.
Supe despues que servia
Otra dama; y mis desvelos
Crecieron desde aquel dia;
Porque al soplo de los celos
Arde la nieve mas fria.
Sentí, padecí, lloré
Desdichas, miedos, temores,
Y con recatada fe
Suspiré, gemí y callé
Penas, ansias y rigores.
En este tiempo ¡ay de mí!
Don Pedro me festejó,
Y yo, por vengar así
Lo que Don Juan me agravió,
Sus finezas admití,
Creyendo que si sabía
Don Juan que otro me adoraba,
Con los celos volveria;
Porque en efecto juzgaba
Su voluntad por la mia.
No me salió industria tal
Tan bien como imaginé;
Antes me salió tan mal,
Que un mismo veneno fué
Para los dos desigual,
Pues su efecto obró cruel
Siempre en mí, y en él jamas;
Y así, cuanto yo, Isabel,
Mas con celos quise, mas
Olvidó con celos él.
De suerte, que ya empeñada
En favorecer á quien
Nunca quise, y olvidada
De quien siempre quise bien,
Pierdo la suerte trocada.
Cuanto mas Don Juan me olvida,
Favorezco de celosa
Mas á Don Pedro; y mi vida,
Estando de uno quejosa,
Está de otro agradecida.
Porque Don Pedro, engañado
Del afecto que en mí ve,
Me sirve con tal cuidado,
Con tan cortesana fe,
Tan fino y enamorado,
Que aquí noble, allí rendida
Vivo, y dos veces vencida,
No sé en tormento tan fiero,
Ni cómo traiga al que quiero,
Ni al que me quiere despida.
Y en fin, cuando discurriendo
Entre dos afectos, cuando
Entre dos dudas temiendo
Estoy, á Don Juan amando
Y á Don Pedro agradeciendo,
Mi padre se va, y yo muero,
Pues al que quiero no espero
Ver, ni ser vista de quien
Me quiere á mí: mira bien
Si es mi mal harto severo,
Harto fuertes mis desvelos,
Harto grande mi dolor,
Harto tristes mis recelos,
Pues dejo todo mi amor
Y llevo todos mis celos.

ISABEL.

No sé qué te responder.

ESCENA IX.

DON DIEGO. — DICHAS.

DON DIEGO.

Leonor...

DOÑA LEONOR.

¿Qué traes, que turbado
Me llegas, Don Diego, á ver?

DON DIEGO.

No te aflija mi cuidado;
Más que pesar es placer.
Ya te he dicho algunas veces,
Leonor mia, hermosa hermana
(Que para aquestos requiebros
Licencia se tiene el alma),
Ya te he dicho como adoro
Una deidad soberana,
En quien belleza y ingenio,
Si no se exceden, se igualan
Tan conformes...

DOÑA LEONOR.

No prosigas
De nuevo sus alabanzas,
Porque, aunque no me dan celos,
Me da envidia el escucharlas.
Ya sé que es muy entendida,
Muy hermosa, muy bizarra,
Rica, noble, y en efecto,
Que no perdonando gracia
Alguna, sobre otras muchas,
Extremadamente canta,
Tanto, que en Madrid Sirena
De Manzanares la llaman.
Vamos al caso.

DON DIEGO.

Este pues
Bello imposible, que á tantas
Finezas incontrastable
Desveló mis esperanzas,
De una amiga persuadida,
Por no decir engañada,
Convidada á estos balcones,
Hoy viene, Leonor, á casa.

DOÑA LEONOR.

¡A casa! Pues ¿cómo, siendo
Mujer, dime, á quien alabas
De igual recato?

DON DIEGO.

No hay cosa
Que no la intente quien ama.
Es pues el caso, que tiene
Una amiga á quien las tramas
De mi amor han granjeado
Para que mis partes haga
Con ella. A esta anoche dije
Que para hoy la convidara
A un balcon, adonde viese
El lucimiento y la gala
Con que hoy sus Majestades
Por aquesta calle pasan.
Escribió un papel, y aunque
No respondió entónces nada,
La envió á decir despues
Que la merced aceptaba:
De modo que ella con otras
Amigas (¡ventura rara!)
Viene adonde pueda hoy
Despacio verla y hablarla.
Bien pudiera yo, supuesto
Que de aqueste cuarto aparta
El mio esa puerta, y que
Por otra parte se manda,
Traerlas, Leonor, á mi cuarto,
Sin haberte dicho nada;
Pero quiero que por mí
Hoy una fineza hagas;
Que yo te la pagaré
Con la joya y con la gala
Que mas de tu gusto fuere.
Esto es, que tus criadas
La sirvan una merienda
Que he prevenido, y que añadas
A ella el aliño que siempre
A los hombres mozos falta.

DOÑA LEONOR.

Solo quisiera, Don Diego,
Ya que de mi amor te pagas,
Que el ir fuera permitido
A servirla y festejarla
Yo misma; pero aunque sea
Ilustre y noble esa dama,
No habiéndonos visitado
Nunca, no será acertada
Accion que por entendida
Me dé yo de que está en casa.
Mas descuida de cuanto es
Festejo suyo.— A esa esclava
Di, Isabel, que saque al punto
Plata y ropa reservada,
De todos mis escritorios
Las bujerías y alhajas
De mas buen gusto: abanicos
De Nápoles, guantes de ámbar,
Pastillas de olor y boca,
Tocados, cintas y bandas;
Que es muy justo regalar
A mi señora cuñada,
Y yo quiero añadir esto
A lo que Don Diego manda.

(*Vase Isabel.*)

DON DIEGO.

Yo te agradezco, Leonor,
Con extremo tu bizarra
Galantería.

ESCENA X.

LUQUETE. — DOÑA LEONOR, DON DIEGO.

LUQUETE.

Señor,
Ya el coche á la puerta aguarda
Con un catorce de sotas.

DON DIEGO.

Luquete, á enseñarles baja
La puerta del cuarto, en tanto
Que yo por aquesta sala
Salgo á él: no se hallen solas.—
Hermana, adios. ¡Oh mal haya
La ausencia que nos espera
Cuando nace mi esperanza!

(*Vase, cerrando una puerta.*)

ESCENA XI.

ISABEL. — DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.
¿Viste, Isabel, en tu vida
Tanto gusto, alegría tanta?

ISABEL.
Al principio de un amor,
No hay ninguno que no haga
Estos extremos, señora.
Déjale que entrando vaya
En los favores, verás
Con la pereza que anda.
¡Oh fuego de Dios en todos!

DOÑA LEONOR.
¿Crerás que me ha dado gana
De verla?

ISABEL.
Sí; que á ninguna
Mujer curiosidad falta
De ver á otra.

DOÑA LEONOR.
Por la llave
He de ver si es tan bizarra
Y hermosa como mi hermano
La encarece. (*Mira por la cerradura.*)

ISABEL.
¿Qué ves?

DOÑA LEONOR.
Nada,
Porque están tapadas todas.
Mas mira, Isabel, quién anda
Allí.

ISABEL.
Don Pedro es, señora.

DOÑA LEONOR.
¡Ay de mí! que he dado causa,
Por solo tomar con él
De mis desaires venganza,
Para estos atrevimientos.

ESCENA XII.

DON PEDRO. — DICHAS.

DON PEDRO.
Viendo, Leonor soberana,
Léjos á tu padre, y viendo
Que dia de fiesta tanta,
Acudiendo á sus festejos,
No estará Don Diego en casa,
Me he atrevido á entrar á verte.

DOÑA LEONOR.
Pues ha sido temeraria
Accion, señor; y mirad
Cuánto el discurso os engaña,
Pues está en casa mi hermano;
Porque ha traido á su dama
De su cuarto á los balcones,
Y no ha salido de casa.
Idos con Dios ántes que
Me suceda una desgracia.

DON PEDRO.
Perdonad, Leonor, y sea
Disculpa de mi ignorancia
La obediencia con que os sirvo.

ISABEL.
La puerta abren.

DOÑA LEONOR.
¡Pena extraña!

DON PEDRO.
Pues si yo me voy ahora,
Fuerza es verme: en esta cuadra
Me escondo. (*Escóndese.*)

DOÑA LEONOR.
¡Válgame el cielo!
¡Qué empeñado lance!

ESCENA XIII.

DON DIEGO. — DOÑA LEONOR, ISABEL.

DON DIEGO.
Hermana,
Mucho me huelgo de que
Ocasion tan presto haya
En que te empiece á pagar
Finezas que por ti aguarda
Recibir el bien que adoro.
Ella pues aunque enojada
Al principio se mostró
De haber venido á mi casa,
Ya, á ruego de las amigas
Con quien viene, mas humana,
Aunque harto á disgusto suyo,
Por divertir lo que aguardan,
Se quieren entretener
Cantando: aquella guitarra
Con que divertirte á ti
Suelen, Leonor, tus criadas,
Me da.

DOÑA LEONOR.
¿Dónde está?

ISABEL.
En aqueste
Tocador.

DON DIEGO.
Iré á sacarla.

ISABEL.
¡Para echarme por ahí
Cuanto está compuesto!
(*Vase al cuarto donde entró Don Diego.*)

DOÑA LEONOR.
Aguarda;
Que ella te la sacará.
(*Saca Isabel la guitarra.*)

ISABEL.
Vesla aquí.

DON DIEGO.
Disimulada
Tú hácia la puerta te llega:
Yo haré descuido la maña,
Y abierta la dejaré.
Oirás, Leonor, qué bien canta. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, *desde la puerta del cuarto; despues*, DOÑA BEATRIZ, *dentro.*— DOÑA LEONOR, ISABEL.

DON PEDRO.
¿Podré salir?

DOÑA LEONOR.
No, Don Pedro;
Que se ha puesto cara á cara
Mi hermano, y como la puerta
Abierta dejó, que salgas
Sin verte ¡ay Dios! no es posible.

DON PEDRO.
Pues ¿qué haré?

ISABEL.
Escóndete y calla.
(*Don Pedro se oculta, dejando entornada la puerta.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Canta dentro.*)
Pena ausencias no te dén,
Jilguero que al viento igualas;
Que si yo tuviera tus alas,
Yo fuera volando donde está mi bien.

ISABEL.
¡Linda voz!

DOÑA LEONOR.
No sé si es buena;
Porque confusa y turbada
En mis penas, ¡ay de mí!
No he atendido á lo que canta.

DON PEDRO. (*Ap. al paño.*)
¡Cielos! ¡qué es esto que escucho!
Esta voz ¿no es de mi hermana?
Sí, porque para dudarlo
Aun no tiene aliento el alma.

DOÑA BEATRIZ. (*Canta dentro.*)
De ausencia la pena suma
No aflija á quien es veloz;
Que yo, ántes que de la voz,
Me valiera de la pluma.
Volar, no gemir presuma
Quien puede seguir su bien:
Vuela, vuela; no te dén
Temor, ó jilguero, ni flechas ni balas;
Que si yo tuviera tus alas,
Yo fuera volando donde está mi bien.

DON PEDRO. (*Ap. al paño.*)
¡Ay de mí infeliz! ¿Qué es esto
Que por mí en un punto pasa?
Don Diego, que tantas veces
Me dió, aunque con otra causa,
Cuidado en mi calle, ¡tiene
En su aposento á mi hermana!
¡Mi hermana ¡ay de mí otra vez!
Tan alegre y tan hallada
En el cuarto de Don Diego,
Que por divertirle canta?
¡Yo en el de Leonor ¡ay cielos!
Oyéndolo? ¡Pena extraña!
Mas ¿qué aguarda mi valor?
Mi sufrimiento ¿qué aguarda?
¡Vive Dios, que he de entrar donde
Están, y tomar venganza
De los dos, aunque aventure
A Leonor!

ESCENA XV.

DON DIEGO. — DOÑA LEONOR, ISABEL.

DON DIEGO.
Perdona, hermana;
Que como ya pasa el Rey,
Se ponen á las ventanas;
Y porque han sentido gente,
Cerrar la puerta me mandan.
(*Éntrase cerrando.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO. — DOÑA LEONOR, ISABEL.

DON PEDRO.
Romperéla yo.

DOÑA LEONOR.
Don Pedro,
¿Qué es esto?

DON PEDRO.
Leonor, aparta.

DOÑA LEONOR.
¿Qué intentas hacer?

DON PEDRO.
No sé.
(*Ap.* ¿Quién vió duda mas extraña?
Llamar yo ahora es causar
Escándalo sin venganza;
Dejar de llamar, flaqueza;
Cualquiera ruido es infamia.
Allí aventuro mi honor,
Aquí aventuro á mi dama:
¿Qué será lo mejor, cielos?)

DOÑA LEONOR.
En la accion que te embaraza,
En la pasion que te sobra
Y en la color que te falta,
Echo de ver que te importa
Mucho esa dama que canta;
Y si son celos, Don Pedro,

No ha de pagarlo mi fama.
Véte, véte de aquí luego;
Porque será accion tirana
Ser yo á la que das la muerte,
Siendo ella la que te agravia.

DON PEDRO.

(*Ap.* Solo que me pidan celos
De mis desdichas me falta.
Pero pues Leonor no sabe
Quién es, la mas acertada
Accion aquí es ¡ay de mí!
Que no lo digan mis ansias.
Mejor es disimular;
Que en empeños de honra tanta,
Lo que no vengan las obras,
No han de decir las palabras.
Un camino se me ofrece,
Con que quede asegurada
Mi opinion con mas cordura,
Y ménos aventurada.)
Leonor, quédate con Dios;
Que no he de decir palabra
Hasta que el tiempo te diga
Cuánto me debe tu fama
En aquesta ocasion. (*Ap.* ¡Cielos!
Dadme remedio ó venganza.) (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL.

Pues yo
¿Qué sé? Mas como él se vaya,
Mas que sea lo que fuere.

DOÑA LEONOR.

¿Quién vió acciones tan contrarias?
Cierra esas puertas. Fortuna,
Duélete de mis desgracias.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XVII.

DON JUAN; INES, *con luces.*

DON JUAN.

¿Dónde tu señora fué?

INES.

Con Doña Elvira salió
En un coche; pero yo
Adonde fuéron no sé.

DON JUAN.

Todo eso, Ines, es mentira,
Pues yo he andado con cuidado
Buscándola, y no he hallado
El coche de Doña Elvira.

INES.

Doña Elvira la llevó
Sin que á mí me lo dijera;
Y creé que si lo supiera,
Que te lo dijera yo.

DON JUAN.

Todo lo que estás diciendo
Es concierto de las dos.
No ha salido, vive Dios,
De casa, y estás fingiendo
Conmigo; porque pretende
Beatriz, dándome recelos,
Vengarse de aquellos celos
De hoy, sin ver que no la ofende
Mi amor por haber amado,
Antes de haberla querido,
A otra dama, cuyo olvido,
De cenizas sepultado,
Muere en mi pecho.

INES.

Bien creo
Que el ir sería porqué
Lo sintió; pero ella fué.

DON JUAN.

Si yo su casa no veo,
No te he de creer, Ines.

INES.

Pues entra, y verás que no
Te trato mentira yo.

DON JUAN.

Pues por quejarme despues,
Si está en su cuarto Beatriz
He de ver, viven los cielos,
Y satisfaré sus celos.
Haz mi osadía feliz,
Amor.

INES.

Mas mira, señor,
Que al punto te has de salir;
Que es hora ya de venir.

DON JUAN.

Sí haré. (*Ap.* Hasta que su rigor
Satisfaga, no saldré.) (*Vase.*)

INES.

¿Quién vió locura mas rara?
¡Que no crea!...

VOCES. (*Dentro.*)

Pára, pára.

INES.

Este es el coche: ¿qué haré?
Que si le halla aquí, ¡ay de mí!
Sin duda me ha de matar
Porque yo le dejé entrar.
Mas callaré que yo fuí
Cómplice en esto; y despues,
Al verle ella, diré yo
Que no sé por dónde entró.

ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ; *despues,* DON JUAN. —INES.

DOÑA BEATRIZ.

Quítame este manto, Ines.

INES.

¿Qué traes, señora, que vienes
Disgustada al parecer?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué tengo, Ines, de traer?
Muchos males, pocos bienes.
¿Mi hermano á casa ha venido?

INES.

No, señora.

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

Ya llegó
Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Pues calla el que yo
Fuera de casa he salido;
Que si el mentir es forzoso
Al decirle dónde fuí,
Mentir diciendo que aquí
He estado, es ménos dañoso.
Y entra á acostarme; que no
Podré fingirlo mas bien,
Que hallándome... Pero ¿quién
Está en esta cuadra?

DON JUAN. (*Saliendo.*)

Yo.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, ¿qué es esto?

INES.

Señora,
Yo no sé nada.

DON JUAN.

No des
Culpa á nadie; solo es
La culpa de quien te adora.
Yo he entrado aquí, por tener
Ocasion para decirte...

INES.

Tu hermano.

DOÑA BEATRIZ.

Vuelve á encubrirte.
(*Éntrase Don Juan.*)

ESCENA XIX.

DON PEDRO. — DOÑA BEATRIZ, INES; DON JUAN, *escondido.*

DON PEDRO.

(*Ap.* Cielos, aquesto ha de ser,
Pues es remedio mejor
Apelar á la cordura
Que al despecho, que es la cura
Mas eficaz del honor.)
Beatriz...

DOÑA BEATRIZ.

Señor...

DON PEDRO.

¿Quién aquí
Está?

DOÑA BEATRIZ.

¿Sola á Ines no ves?

DON PEDRO.

Pues salte allá fuera, Ines.
(*Vase Ines.*)

DOÑA BEATRIZ.

¿La puerta me cierras?

DON PEDRO.

Sí,
Porque quiero hablar contigo
Claramente; y es error
Que en las sumarias de honor
Se examine otro testigo.

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

Ya este lance no consiente
Apelacion. El me vió.
¿Qué aguardo?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

DON PEDRO.

Yo
Te lo diré brevemente.
¿Dónde esta tarde has estado?

DOÑA BEATRIZ.

Yo no he salido, señor,
De casa.

DON PEDRO.

Con eso añades
Otro indicio á tu traicion.
Tan desdichada en mentir
Como en cantar, fuiste hoy.
Ya me he declarado, ya
Verás en qué empeño estoy,
Habiendo dicho que sé
Que has estado, Beatriz, hoy
En el cuarto de Don Diego
De Lara.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡En el cuarto de Don Diego
Beatriz! ¿Hay pena mayor?

DON PEDRO.

El te adora.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

DON PEDRO.

Yo lo sé.

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Qué confusion!

DON PEDRO.

De su asistencia...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué agravio!

DON PEDRO.

En mi calle...

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Qué rigor!

DON PEDRO.

Tú le admites...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué violencia!

DON PEDRO.

Pues á su casa...

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Qué accion!

DON PEDRO.

Te vas á estar...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué fortuna!

DON PEDRO.

Tan hallada...

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Qué dolor!

DON PEDRO.

Que cantes...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué sentimiento!

DON PEDRO.

Por hacerle...

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Qué pasion!

DON PEDRO.

De tu hermosura y tu agrado
Amorosa ostentacion.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Que quien esto oyó no muera!

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

¡Que viva quien esto oyó!

DON PEDRO.

Pero aunque aquí, aleve hermana,
Solo un remedio me dió
Mi obligacion y mi sangre,
Yo quiero partirle en dos.
Mira cuán dichosa eres,
Pues cuando mas te buscó
La fuerza de mi desdicha,
Te hace la fuerza eleccion.
Dos caminos dice pues
Que quiere darte: estos son
Ó que te cases con él,
Ó te dé la muerte yo.
Y aun aquesto mas, tirana,
Tienes que agradecer hoy
A tu estrella, pues yo traigo
La ofensa y la intercesion,
Rogándote con tu vida;
Y no porque sea Leonor
A quien yo adoro, porqué
En llegando mi pasion
A acordarse de la honra,
Se ha olvidado del amor.
Lo que yo quiero de ti,
Es solo que me des hoy
El modo con que yo puedo
Conseguir esto mejor.
Hágalo la conveniencia,
Y no la resolucion,
Sabiendo en qué estado están
Mis desdichas. Pero no:
Turbada estás, y no quiero
Que te haga la turbacion
Decir lo que no dijeras
Sin ella. Tu hermano soy,
Tus aumentos solicito:
No me dan admiracion
Fortunas de amor; y así
Cóbrate, y piensa mejor
Lo que me has de responder;
Que yo doy á tu pasion
Tiempo; mas mira, Beatriz,
Que es muy poco el que te doy. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON JUAN.— DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Hay mujer mas desdichada?

DON JUAN.

No lo has sido mucho, no,
Pues te ruegan con lo mismo
Que deseas.

DOÑA BEATRIZ.

¡Plegue á Dios!..

DON JUAN.

No prosigas; que no tengo
De creerte nada yo,
Porque cada razon mas
Es mas otra sinrazon.
Don Diego, Beatriz, te adora;
Tú le favoreces; (¡oh,
Quién muriera al pronunciarlo!)
Tu hermano, con la atencion
Que debe á su honor, pretende
Casarte: pues ¿qué temor
Te aflige? ¿Para qué lloras?
Para qué esas ansias son,
Si estáis ya ¡ay de mí infelice!
Tan convenidos los dos,
Que ya de su casa has ido
A tomar la posesion?

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, mi señor, mi bien...

DON JUAN.

Beatriz, mi mal, mi pasion,
¿Qué me quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Que me escuches.

DON JUAN.

¿Para qué?

DOÑA BEATRIZ.

Para que ¡ay Dios!
Donde mi culpa has oido,
Oigas mi satisfaccion;
Que es mi hermano quien la pide,
Y eres tú á quien se la doy.

DON JUAN.

No la tienes.

DOÑA BEATRIZ.

Sí la tengo.

DON JUAN.

¿Querrás decirme tu error?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué error, si engañada fuí?

DON JUAN.

¡No te entiendo, vive Dios!
Si donde vas engañada
Cantas con tan dulce voz,
¿Dónde lloras?

DOÑA BEATRIZ.

Eso fué
A mucha importunacion
De otras amigas, Don Juan,
Que allí fuéron con las dos,
Y ántes tambien, por no hacer
Con extremos de dolor
Capaces á las demas
Que era segunda intencion.

DON JUAN.

¿Ves todas esas disculpas?
Pues necias disculpas son.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿qué he de hacer?

DON JUAN.

¿Qué? En volviendo
Tu hermano, con la ocasion
Que él mismo ha facilitado,
Decirle todo tu amor:
Casaráste con Don Diego,
Casaráse él con Leonor.

DOÑA BEATRIZ.

No pases mas adelante;
Que ya conozco que son
Tus celos, no por dudar
Las disculpas que te doy,
Sino por estar mi hermano
En parte donde me oyó.

DON JUAN.

Solo á mi pena faltaba
Ahora este torcedor;
Pero poco te valdrá
Haberle hallado, pues yo
Por no excusar eso ahora,
Y despues (¡fiero rigor!)
La respuesta que has de dar;
Aunque aquí en secreto estoy,
Por ir huyendo de tí,
Me echaré por un balcon.

DOÑA BEATRIZ.

Tente.

DON JUAN.

Suelta.

DOÑA BEATRIZ.

Ya la puerta
Mi hermano abre. Expuesta estoy
A morir ántes que dé
La respuesta que él pidió.
Caballero eres, Don Juan,
Mujer afligida soy,
Y pues tu obligacion sabes,
Cumple con tu obligacion.

DON JUAN.

Sí haré; que es guardar tu vida
Ahora, y despues morir yo. (*Escóndese.*)

ESCENA XXI.

DON PEDRO. — DOÑA BEATRIZ.

DON PEDRO.

Poco plazo da una pena.
Beatriz, ¿qué te aconsejó
Tu discurso?

DOÑA BEATRIZ.

Que me des
Una y mil muertes, señor,
Antes que le dé la mano
A Don Diego, porque yo
En mi vida le he querido;
Que el ir á su casa hoy
Fué sin saber dónde iba.

DON PEDRO.

Aun esa es culpa mayor,
Pues te confiesas tan vil
Mujer, que á entrar se atrevió
Donde no supo que entraba:
Y así, osado mi valor
Sabrá quitarte la vida. (*Saca la daga.*)

ESCENA XXII.

DON JUAN, *que sale y mata las luces.* — DICHOS.

DON JUAN.

Sabré guardársela yo.

DON PEDRO.

No podrás; que es muy valiente
El acero del honor.

DON JUAN. (*Ap. á ella.*)

Toma la puerta, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Sin saber dónde, me voy. (*Vase.*)

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Cielos, doléos de mí!)
Hombre, sombra, ó ilusion,
¿Dónde estás?

DON JUAN.

Hácia esta puerta.

ESCENA XXIII.

DON DIEGO, LUQUETE; *despues*, INES.—DON PEDRO, DON JUAN.

LUQUETE. (*Dentro.*)

Tente: no entremos, señor,
En cuchilladas del limbo.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Estando en la calle yo
De Beatriz, y oyendo dentro
De su casa tal rumor,
Mal haré en no entrar.

(*Salen Don Diego y Luquete.*)

DON PEDRO.

Traed luces.

(*Sale Ines con luces.*)

INES.

Aquí están.

LUQUETE. (*Ap.*)

¡Qué confusion
Tan notable!

DON DIEGO.

¿Qué es aquesto,
Señor Don Pedro?

DON PEDRO. (*A Don Diego.*)

Traidor
Caballero, habiendo estado
Mi hermana en tu casa hoy,
Y tú en mi casa escondido,
¿Preguntas qué es? Pero yo
Te lo diré con la espada,
Que es la lengua del honor.

LUQUETE. (*Ap.*)

Siempre he visto que quien pone
Paces, lleva lo peor.

DON DIEGO.

Responderé con la mia;
No porque tengas razon
En todo lo que me dices,
Sino porque mi valor
A nadie volvió la espalda.

DON JUAN.

(*Ap.* Válgame mi industria hoy.)
Habiendo yo entrado al ruido,
Y hallándome entre los dos,
Embarazar vuestro duelo
Es toda mi obligacion.

LUQUETE. (*Ap.*)

¿Aqueste fué el que entró al ruido?
Pensé que habia sido yo.

DON PEDRO.

Duelos de honor no embarazan
Los que caballeros son.

DON DIEGO.

Yo soy el que ahora ha entrado.

DON PEDRO.

¡Cobarde satisfaccion!

DON DIEGO.

En mí nada puede serlo.

DON PEDRO.

Don Juan, pues ilustre sois,
Valedme á mí, que ofendido
De ese caballero estoy,
Pues es él y su criado...

LUQUETE.

El es solo, yo no soy.

DON JUAN.

Sí haré. (*Ap.* Por vengar con esta
Disculpa mis celos hoy.)

DON DIEGO.

Aunque los dos me embistais,
Me defenderé á los dos.

DON PEDRO.

No podrás; que yo bastara
Solamente.

(*Riñen y éntranse.*)

DON DIEGO. (*Dentro.*)

¡Muerto soy!

DON JUAN. (*Volviendo.*)

Vengué mis celos, y di
La vida á Beatriz, Amor.

DON PEDRO. (*Volviendo.*)

Don Juan, pues tan noblemente
Vuestro esfuerzo me amparó,
Seguidme; que habeis de ser
En todo restaurador
De mi honra; y pues no puedo
Dejaros ahora yo
Por mí empeñado, corramos
Una fortuna los dos
En alcance de una ingrata.

DON JUAN.

De no dejaros os doy
Palabra, porque sin mí
No podais hallarla vos.

DON PEDRO.

De casa ha faltado: vamos
En su alcance.

DON JUAN.

Vamos.

DON PEDRO.

No
Huirá, pues lleva consigo
La desdicha de la voz.

JORNADA SEGUNDA.

Sala de casa de Octavio, en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, CELIO.

OCTAVIO.

¿Está todo prevenido?

CELIO.

Todo está como lo ordenas.

OCTAVIO.

Bien es menester, pues hoy
Don Luis á Sevilla llega,
Segun la carta me dice
De la pasada estafeta.

CELIO.

Pues ¿qué te escribió?

OCTAVIO.

Ella misma
Lo dirá mejor, que es esta.

(*Lee.*) «Ya hubiera muchos dias que »estuviera en esa ciudad, si la desgra»cia de Don Diego, mi hijo, lo hu»biera permitido: él está ya convale»ciente de sus heridas; y así, saldré »mañana de la corte: avísoos de todo, »porque me espere un criado vuestro »á la entrada de esa ciudad el miér»coles de la semana que viene, para »enseñarme la casa donde me teneis »aposentado. Dios os guarde.—Vues»tro amigo, Don Luis de Lara.»

Esto me escribe: de suerte,
Que hoy en todo el dia es fuerza
Que esté aquí Don Luis, á quien
Confieso tantas finezas.

CELIO.

Pues si has de ir á recibirle,
Ya el coche puesto te espera.
Pero hay un inconveniente
Para salir tan apriesa.

OCTAVIO.

¿Qué es?

CELIO.

Una mujer tapada,
Sin que decir quién es quiera,
Por tí pregunta, y te pide
De entrar á hablarte licencia.

OCTAVIO.

¡Mujer á mí! Dila que entre.—

(*Va Celio á avisar.*)

¿Quién puede ser?

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, *tapada, y sin galas.*—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Quien desea
A solas, señor Octavio,
Hablaros.

OCTAVIO.

Salte allá afuera,
Celio, y véte, porsi aquí
Me detengo, hácia la puerta
De Carmona: enseñarásles
La casa, si acaso llegan

(*Vase Celio.*)

En este tiempo.— Ya estáis
Sola.

DOÑA BEATRIZ.

Cerrad esta puerta.

OCTAVIO.

Ya lo está. Hablad.

DOÑA BEATRIZ.

¿Conoceisme?

(*Descúbrese.*)

OCTAVIO.

No sé qué respuesta sea
Digna respuesta, señora,
En confusion como esta;
Porque si digo que no,
Hago traicion, hago ofensa
Al noble conocimiento
Que debo á la sangre vuestra;
Y si digo que sí, hago
Agravio á vuestra nobleza,
Viéndôs en esta ciudad
Y ese traje: de manera
Que el desconoceros es
Ingratitud y bajeza,
Y el conoceros es culpa;
Y así, turbada y suspensa
Mi voz entre el no y el sí,
Dudando está la respuesta.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si de cualquiera suerte
Yo tengo de ser por fuerza
Del sí ó el no la quejosa,

Y me dais á elegir, sea
El sí el que digais; que yo
En fortuna tan adversa,
Para que me conozcais,
Os doy, Octavio, licencia.

OCTAVIO.

Pues dadme á besar, señora,
La mano, y ahora merezca
Saber qué es esto.

DOÑA BEATRIZ.

¡Oh si aquí
Hablara el dolor sin lengua!
Yo, Octavio, muerto mi padre,
Con quien amistad estrecha
Tanto tiempo profesasteis
(Dios en el cielo le tenga),
Quedé en poder de mi hermano
Don Pedro. Esto bien pudiera
Excusarme de decirlo,
Pues lo sabeis; pero es fuerza,
Por ir á lo que se ignora,
Pasar por lo que se sepa.
Mi hermano, mozo en efecto,
Rico y galan, todo era
Bizarrías, todo amores,
Todo galas, todo fiestas,
Haciéndome su descuido
Testigo de todas ellas,
Sin darme mas alimentos
Que escándalos por herencia.
Mas ¡ay de mí! todo esto
Es andar buscando necias
Disculpas: mejor será,
Sin valerme, Octavio, dellas,
Decir de una vez mi error;
Pues de las cosas mal hechas,
Ni es el ejemplo disculpa,
Ni el delito consecuencia.
Un caballero de ilustre
Sangre, de bizarras prendas,
Puso los ojos en mí,
Y yo á su mérito atenta,
Con la palabra de ser
Mi esposo (que no pudiera
Mi honor con ménos fianza
Obligarse á tanta deuda)
Le favorecí. A este tiempo,
Otro caballero, que era
Su competidor, dispuso
Una traicion en mi ofensa.
Tuve yo una amiga, á quien
La amorosa diligencia
Granjeó deste nuevo amante,
Y convidada á una fiesta
Me llevó á su misma casa.
(¡Quién excusarse pudiera
De decirlo! No es posible.)
Cantar me hicieron en ella
A ruego de otras amigas:
Si hice mal, harto me cuesta.
Oyó mi hermano mi voz;
Y aunque deciros pudiera
Cómo estaba donde pudo
Oirla, he de callarlo; que esta
Atencion me ha de deber
Hoy una dama en su ausencia;
Que el ser desdichada yo,
No es bien otra lo padezca.
Vino á casa, y vino á tiempo
Que estaba escondido en ella
Mi esposo: quiso al principio
Valerse de la prudencia;
No bastó; sacó la daga
Para mí, y en mi defensa
Salió mi celoso amante,
Dejando las luces muertas,
Porque con la obscuridad
Mejor escapar pudiera
Yo la vida, y...

VOCES. (*Dentro.*)

Pára, pára.

ESCENA III.

CELIO, *dentro.* — DICHOS.

CELIO. (*Llamando.*)

¡Señor!

DOÑA BEATRIZ.

Golpes á esa puerta
Dan.

OCTAVIO.

Un huésped que hoy espero,
Segun ese ruido muestra,
Debe ya de haber llegado:
Que salga, señora, es fuerza,
A recibirle, dejando
Vuestra relacion suspensa.
Perdonadme, y esperad;
Que presto daré la vuelta.

CELIO. (*Dentro.*)

Mira que el señor Don Luis
Ya con sus hijos se apea.

DOÑA BEATRIZ.

Acudid, señor Octavio,
A aquesa precisa deuda,
Que yo esperaré.

OCTAVIO.

Este cuarto,
Que es el mio, oculta os tenga
Miéntras salgo á recibirlos.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Que mis ansias no consientan,
Aun tiempo para decirlas,
Porque es medio de vencerlas! (*Vase.*)

OCTAVIO.

¿Quién vió tan raro suceso? (*Abre.*)

ESCENA IV.

CELIO; Y *despues,* DON LUIS, DON DIEGO, DOÑA LEONOR, É ISABEL. —OCTAVIO.

CELIO.

¡Señor!

OCTAVIO.

Ya voy: ¿qué voceas?

CELIO.

Que están ya aquí. Pero dime,
¿Y la mujer que encubierta
Contigo quedó?

OCTAVIO.

Despues
Lo sabrás, porque ya entran
Don Luis, Don Diego y Leonor.
(*Salen Don Luis, Don Diego, Doña Leonor é Isabel, de camino.*)
Una y mil veces merezca
Besar, señor, vuestra mano,
Pues tal mi dicha á ser llega,
Que os llego á ver en mi casa...
Pero mal dije, en la vuestra.

DON LUIS.

Señor Octavio, los brazos
Muda retórica sean,
Que con el alma os respondan,
La voz supliendo á la lengua.

OCTAVIO.

Vos, señora, perdonad
La cortedad de la esfera
Que os admite, siendo vos
Todo el sol de la belleza.

DOÑA LEONOR.

Bésôs la mano por tanta
Cortesana lisonjera
Merced como haceis, señor,
A esta servidora vuestra.

OCTAVIO.

No sabré encarecer cuánto,
Señor Don Diego, me pesa
Que no traigais la salud
Que mi aficion os desea;
Si bien se pueden mezclar
Pésames y norabuenas
En esta ocasion, porqué
Tuvimos muy malas nuevas
Al principio.

DON DIEGO.

El cielo os guarde;
Que de cualquiera manera,
A vuestro servicio vengo...
(*Ap.* Donde mas ansias padezca.)

OCTAVIO.

Cansados vendréis: no es justo
Que mas aquí en pié os detenga.
Venid; que aquel es el cuarto
Que aderezado os espera.

DON LUIS.

Vamos, Leonor, porque es bien
Que descanses, y que venzas
Las fatigas del camino.
(*Vanse Don Luis, Don Diego, Octavio y Dona Leonor.*)

ESCENA V.

CELIO, ISABEL.

CELIO.

¿Oye vuesasted, mi reina?

ISABEL.

Sí, por la gracia de Dios.

CELIO.

Pues muy bien venida sea
A esta su casa...

ISABEL.

¿Y qué mas?

CELIO.

Donde por suyo me tenga.

ISABEL.

¿Para qué le quiero yo?

CELIO.

Ya sabe vusted que es fuerza
Dar un abrazo á quien viene,
Como vuesarced, de fuera;
Y á ninguno en cortesía
Este favor se le niega.

ISABEL.

Despues hablarémos deso.

CELIO.

¿Melindricos? ¡Bueno fuera
Perder ahora la ocasion!
(*Quiere abrazarla.*)

ESCENA VI.

LUQUETE; *despues,* OCTAVIO. —DICHOS.

LUQUETE.

¿Dónde pondré esta maleta,
Isabel? Mas ya se dónde.

CELIO.

¿Dónde?

LUQUETE.

Sobre su cabeza.

CELIO.

¡Maletazo!

ISABEL.

Caballeros,
Mi honor la furia detenga;
Que ántes que todo es la dama.

CELIO.

Que viene mi amo agradezca.
(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.

¿Sois vos Isabel?

ISABEL.

Yo soy.

OCTAVIO.

Pues vuestro amo os espera.

ISABEL.

A ver qué me manda iré. (*Vase.*)

LUQUETE.

Id, pícara, y para esta. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Véte, Celio.
(*Vase Celio.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ. — OCTAVIO.

OCTAVIO.

Hasta volver
A otros, de dudas llena
El alma tuve; y así,
Dejando en su cuarto apénas
Los huéspedes, vuelvo á veros.

DOÑA BEATRIZ.

Yo quedé, si bien se acuerda
Mi memoria, confundida,
Señor, entre tantas penas,
En que en matando las luces
Mi esposo, tomé la puerta.
A la calle salí, donde
Sin discurso y sin prudencia,
Con la noche y con el miedo
Andaba dos veces ciega.
Vi una luz en una casa,
Enfrente de la mia abierta:
El dueño era un hombre pobre,
Que movido de mis quejas,
Salió á la calle á mirar
Lo que sucedia en ella;
Y al cabo de poco rato
Volvió con esta respuesta:
«Toda esa casa de enfrente
Está de justicia llena,
Porque en ella ha sucedido
Una muerte.» Considera.
Cómo yo me quedaria,
Escuchando tales nuevas,
Siendo preciso que el muerto
Mi hermano ó mi esposo fuera,
A quien yo habia dejado
Riñendo en mi casa mesma.
Y prosiguió: «Lo que yo
De los que salen y entran
Saber he podido, es
Que el dueño, señora, della,
Es el que esta muerte ha dado
A otro, en valiente defensa
De su honor: á quien en una
Silla ahora á su casa llevan:
Huyó el matador, y están
Embargándole la hacienda.»
Yo pues oyendo que estaba
Muerto mi esposo, y que era
El homicida mi hermano,
Triste, confusa y suspensa
Quedé, sin dar por entónces
Ni aun al aliento licencia,
Hasta que volví ¡ay de mi!
Diciendo de esta manera:
«Yo estoy fuera de mi casa,
Sin poder volver á ella,
Porque en sabiendo mi hermano
De mi, darme muerte es fuerza.
Don Juan, que era á quien tocaba
Morir hoy en mi defensa,
Ya lo ha hecho, adelantando
La mas costosa fineza.
Acudir á que me ampare
Su competidor, bajeza
Será; y aun despues de muerto,
No le he de hacer tal ofensa.
Valerme de deudos mios
Es irme á morir yo mesma,
Pues todos interesados
Están en su propria afrenta.
Encerrarme en un convento
Es ponerme á la vergüenza,
Sabiendo todos de mi;
Luego á mi suerte no queda
Otro recurso en tal caso,
Que el irme donde no sepa
Nadie en el mundo de mí.
Si lo erré, disculpa tenga
En que siempre en sus consejos
Son las desdichas muy necias.»
Con esta resolucion,
Obligando con ternezas
Al dueño de aquella casa,
Hice que otro dia vendiera
No sé qué joyuelas mias,
Que acaso las saqué puestas;
Y siendo adorno hasta entónces
Desde allí fuéron hacienda.
Compré este humilde vestido,
Y díle órden de que fuera
A buscarme en que salir
De Madrid aquella mesma
Noche, sin decir adónde;
Que el que huir no mas intenta,
No hace eleccion de caminos,
Sino el primero que encuentra.
Halló un coche que á Sevilla
Venia, y diciendo que era
Para una mujer casada
Que iba al pleito de una hacienda,
Se concertó: partí en él,
Llegó á Sevilla, y en ella
En una posada he estado
Casi un mes, sin que me atreva
A salir de la posada
Hasta que mi dicha ordena
Veros pasar por la calle.
Dije á un mozo que supiera
Vuestra casa, donde vengo
A echarme á las plantas vuestras;
Que si no es á vos, señor
Octavio, no me atreviera
A fiar de otro ninguno.
Si la amistad se os acuerda
Que con mi padre tuvisteis,
Mis desdichas os merezcan
Amparo y favor. No quiero
Que hagais por mí otra fineza
Mayor, que solo buscarme
Una casa, donde pueda
Pasar la vida sirviendo,
Disfrazada y encubierta.
Y sobre todo os suplico
Que la mayor merced sea
Tener secreto mi nombre,
Y que nadie quien soy sepa;
Que no tiene otro consuelo,
Perseguida la nobleza,
Que es el vivir ignorada,
Pues lo que mas la atormenta
En las deshechas fortunas,
Es pasarlas con vergüenza.

OCTAVIO.

Tanto, señora, he sentido
Oir las desdichas vuestras,
Como ver que yo no basto
A enmendarlas y vencerlas.
Pero lo que yo os ofrezco,
Es que vida, alma y hacienda
Siempre esté á vuestro servicio:
A cuyo efecto, desde esta
Hora estaréis en mi casa,
Beatriz, segura y secreta,
Si bien no servida como
Mereceis.

DOÑA BEATRIZ.

Aunque agradezca
Esa merced, para mí
Hoy, señor, no es conveniencia
El estar donde no esté
Sin rastro, indicio ni seña
De quien soy; y fuera desto,
Vos sois solo, no hay en ella
Mujer cuya compañía
Honeste mas mi asistencia:
Y así...

OCTAVIO.

No me digais mas;
Que aunque lo llore y lo sienta,
Yo he pensado donde esteis.
Aqueste huésped que hoy llega
A mi casa, no trae toda
La familia que convenga
A su puesto y calidad,
Y así que reciba es fuerza
Mas criados. Trae consigo
Sin estado una hija bella,
Y en su compañía estaréis
Muy bien, y de mí mas cerca:
Con que estaréis en mi casa
Y con buen título en ella.

DOÑA BEATRIZ.

Haced vos lo que quisiereis,
Que esa será la mas cuerda
Resolucion.

OCTAVIO.

Pues en tanto
Que voy á tratarlo, en esa
Cuadra esperad; que muy presto
Volveré con la respuesta. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Ya no soy quien soy, fortuna,
Sino una humilde y sujeta
Mujer. Adios vanidad,
Estimacion y soberbia,
Que ya espirasteis en mí;
Pues muerto Don Juan, no queda
A mi vida mas accion
Que el alma con que lo sienta. (*Vase.*)

—

Cuarto de una posada, en Sevilla.

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN.

Ya, Don Pedro, sabeis que desde aque- [lla
Noche infeliz que me llevó mi estrella
Por vuestra calle, y que escuchando el [ruido
De las espadas, me arrojé atrevido
A entrar hasta allá dentro, [tro
Donde riñendo con Don Diego encuen-
Vuestro valor (mas esto es excusado),
Me puse á vuestro lado, [cielos,
De vuestro honor movido. (*Ap.* Mejor,
Decir pudiera de mis mismos celos.)
Ya sabeis que teniendo allí por cierto
Los dos que le dejábamos por muerto,
Juntos de allí salimos, [vimos,
Vuestra hermana buscando, á quien no
Ni rastro ó seña della; [lla!)
(*Ap.* ¡Ay Beatriz, tan ingrata como be-
Y ya sabeis tambien que retraidos
Por la herida, estuvimos escondidos
En un convento, donde
Mi valor, que hoy á todo corresponde,
Palabra os dió ¡ay de mí! de no dejaros
Hasta satisfaceros y vengaros;
Y ya sabeis...

DON PEDRO.

Tened; que es excusado,
Pues eso entre los dos todo ha pasado,
Repetirlo de nuevo. [debo;
Ya la amistad sé yo, Don Juan, que os
Pues habiendo los dos de unos amores
Sido competidores,
En viéndome empeñado
En un trance de honor, puesto á mi lado
Os olvidasteis de la competencia,
De amor y gusto haciendo diferencia.
(*Ap.* ¡Ay Leonor! ¡cuán en vano
Te adoro, ya enemigo de tu hermano!)
Tratasteis, como noble, de ampararme
Entónces, y despues de no dejarme;
Fuera de que aunque vos, es cosa clara,
Me dejarais á mí, yo no os dejara;
Porque habiendo vos sido
Quien por mí se empeñó tan atrevido,
Mal en extremo hiciera
Si de vos me apartara; que no fuera
Justo que en ocasion tan importuna
No corriéramos hoy una fortuna:
Y así, pues retraidos
Los dos, en un delito introducidos,
Palabra el uno al otro habemos dado
De acompañarnos en cualquier estado,
Yo por parte del riesgo que os alcanza,
Y vos porque ya os toca mi venganza,
¿Para qué es bueno el repetirlo ahora?

DON JUAN.

Para saber mi pecho lo que ignora.
¿A qué habemos venido
Á Sevilla los dos? Que no he querido
Preguntarlo, hasta verme
En ella, por no hacerme
Sospechoso en la duda.

DON PEDRO.

Pues yo es razon que á deshacerla acu-
Convaleció Don Diego; [da.
Que esto supimos luego
Donde ocultos habiamos estado,
Y su padre al oficio que le han dado
Aquí, á Sevilla vino,
Adonde determino
Acabar de vengarme,
Si tanta dicha el cielo quiere darme.
Mi hermana no parece.
(Al pronunciarlo hasta la voz fallece:
Tanto, que si no fuera
A vos que lo sabeis, no lo dijera.)
¿Quién duda que habrá sido
Don Diego quien oculta la ha tenido?
Porque saliendo ella
Huyendo de mi casa (¡dura estrella!)
¿Dónde ampararse habia,
Sino en el dueño de la ofensa mia?
Que aunque él quedó por muerto,
Y no pudo ampararla entónces, cierto
Será que ella despues se haya valido
Dél, ó como su amante ó su marido.
Y así, con la sospecha que ahora tengo,
A Sevilla á los dos buscando vengo
Para darles la muerte,
Pues que la ley del duelo nos advierte
Que el que hizo cuanto pudo (¡ah ley se-
En la ocasion primera, [vera!)
Su agravio por entónces satisfizo,
Si hace despues lo que primero no hizo.

DON JUAN.

Vos me habeis satisfecho;
Pero ya es otro el riesgo que sospecho.

DON PEDRO.

¿Cuál es?

DON JUAN.

Si conocidos
Aquí somos los dos, somos perdidos.
El padre trae oficio poderoso:
En llegando á saberlo, es muy forzoso...

DON PEDRO.

No digais mas; que todo prevenido,
Don Juan, desde la corte lo he traido;
Que á Sevilla, es muy cierto
Que no viniera á andarme descubierto,
Pues fuera solo publicar mi agravio
Sin vengarle.

DON JUAN.

¿Y qué habeis de hacer?

DON PEDRO.

Octavio,
Un hombre de negocios poderoso
En Sevilla, aunque viejo, muy brioso,
Fué de mi padre amigo.
A este de todo le he de hacer testigo,
Y poniendo en sus manos
Mi honor, le he de obligar en tan tiranos
Lances á que me ampare; que no dudo
Lo haga, si á él en tanto empeño acudo.
Tendrános en su casa
Escondidos, sabiendo cuanto pasa
Con espías de dia;
Y en cerrando la noche obscura y fria,
Don Juan, con las noticias que tome-
[mos,
Los dos de embozo á la ciudad saldré-
[mos
A conseguir ó de una ó de otra suerte,
O bien mi desagravio ó bien mi muerte.

DON JUAN.

A todo con vos vengo.

DON PEDRO.

Pues oid ahora el modo que prevengo
Para hablarle. Yo soy muy conocido
Aquí; que muchas veces he venido
A negocios: no es bien ir á buscalle,
Porque no me conozcan por la calle;
Y así, yo en la posada
He de quedarme: vos, puesto que nada
Aventurais ahora,
Pues toda la ciudad quien sois ignora,
Os habeis de ir á hablalle.
Su casa es en la calle
De las Armas: diréisle que le espero
En la posada, donde hablarle quiero:
Que con recato venga;
Que no dudo que en él amparo tenga.

DON JUAN.

Yo voy á obedeceros.

DON PEDRO.

Yo espero aquí. ¡Ah Don Juan, cuánto á
Llego en la pena mia! [deberos
Sola esa dicha me quedó aquel dia.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

DON JUAN.

¿Quién creerá ¡oh hado enemigo!
Que me traiga tu rigor
A ser amigo mayor
De mi mayor enemigo?
Piensa Don Pedro que sigo
Su venganza, de obligado;
Y tan otro mi cuidado
Del suyo, Beatriz, ha sido,
Que él te busca de ofendido,
Pero yo de enamorado.
Que aunque es verdad que tambien
Estoy ofendido yo
De los celos que me dió
Don Diego, no fuera bien
Tratar de venganzas quien
Aguarda satisfacciones;
Y así, con dos atenciones
Han de mostrar mis desvelos,
Que una cosa son mis celos
Y otra mis obligaciones.
Con él voy, porque si aquí
Dispone el hado cruel
¡Ay Beatriz! que te halle él,
No te pueda hallar sin mí.
Si él por vengarse de tí
Te busca, por defenderte
Le acompaño yo: de suerte
Que con amistad fingida,
Cuál es tu muerte ó tu vida
Dirán tu vida y tu muerte.
Ahora bien, voy á buscar
A este Octavio, á este su amigo,
Para que sea testigo,
Si la llegamos á hallar,
De la accion mas singular
Que vió el mundo; pues mi estrella
Tantos riesgos atropella,
Que yendo dos á buscalla,
Es uno para matalla
Y otro para defendella. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Octavio.

ESCENA X.

OCTAVIO, DOÑA LEONOR.

OCTAVIO.

Como os he dicho, señora,
Es virtuosa y bien nacida,
Y que no pensó en su vida
Verse en lo que se ve ahora:
Murió su padre, y quedó
Huérfana y pobre; y aunqué
Hasta hoy un convento fué
Donde siempre se crió,
Poca salud ha tenido
Culpa de haberle dejado;
Que médicos la han mandado
Curarse fuera. Esta ha sido
La causa porque hoy está
Desacomodada fuera,
Y que de aquesta manera
Piensa que mejor podrá
Granjear con que poder
Tomar, señor, el estado
De monja que ha deseado;
Que aquesto de no tener
Para el dote, lo estorbó;
Que aunque es cosa verdadera
Que ella con ménos pudiera
Tomarle que otra, pues no
Hay mejor voz en España
Que la suya, á cuyo intento,
Sin dote hay mas de un convento
Que la ruegue; pero extraña
Tanto es su necesidad,
Que aun eso poco le falta;
Y así, en la ilustre, en la alta
Virtud de vuestra piedad
Su amparo espera, y yo os ruego
Que si habeis de recibir...

DOÑA LEONOR.

No teneis mas que decir,
Señor Octavio. Haced luego
Que venga á casa; que aunqué
Necesidad no tuviera
Della yo, la recibiera.
Pues sus buenas partes sé,
Y pues vos me lo pedis...

OCTAVIO.

Dios os guarde; y pues licencia
Tengo de vuestra clemencia,
Hablad al señor Don Luis.

DOÑA LEONOR.

No hay para qué; que criadas,
Yo las he de recibir,
Que soy la que he de vivir
Con ellas; y así excusadas
Esas prevenciones son,
Pues querer yo bastará.

OCTAVIO.
Al punto á besar vendrá
Vuestra mano. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR.

Corazon,
Ya que solo habeis quedado
Conmigo, hablemos yo y vos;
Que há mil siglos que los dos
Hemos sufrido y callado.
A dos pasiones rendida
A un tiempo me vi y postrada,
De Don Juan enamorada,
Y á Don Pedro agradecida.
Este ya desempeñó
La poca voluntad mia
Que por tema le tenia,
Pues fué el que á mi hermano hirió.
Mas ¡ay de mí! aquel á quien
Siempre yo adoré leal,
Y disimulando mal
Encubrí el quererle bien,
No se ha olvidado, pues hoy,
De tanta ausencia á despecho,
Vive dentro de mi pecho.
¡Ay, Don Juan, y cuánto estoy
Arrepentida de haber
Tratádote con rigor!
¿Quién pensara que el honor
Demérito podria ser?
Quién una dama será,
Con quien de mí despicado,
Don Juan vive enamorado?
Quién será aquella?...

ESCENA XII.

ISABEL, DOÑA BEATRIZ. — DOÑA LEONOR.

ISABEL.
Aquí está...

DOÑA LEONOR.
¿Quién?

ISABEL.
La persona por quien
Octavio te ha suplicado.

DOÑA BEATRIZ.
Y quien toma por sagrado
De su fortuna al desden
Hoy el centro soberano
De vuestros piés, donde espera
Que sea merced primera
Besar vuestra blanca mano.

DOÑA LEONOR.
Alcese, amiga, del suelo.—
Bonita cara, Isabel.

DOÑA BEATRIZ.
(*Ap.* ¡Qué mal me ha sonado el *él*,
Y aun el *amiga!*) Consuelo
A mi suerte no he debido
En mi vida, hasta llegar
A dicha tan singular
Como haberos conocido
Por dueño y señora mia.

DOÑA LEONOR.
Dios la guarde. (*Ap.* ¡Qué entonada
Criada!)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Qué ama tan mirlada!

DOÑA LEONOR.
¿Cómo se llama?

DOÑA BEATRIZ.
Lucía.

DOÑA LEONOR.
Bien puede quitarse el manto.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Que en esto me llegue á ver!

DOÑA LEONOR.
Y ¿qué labor sabe hacer?

DOÑA BEATRIZ.
Deso servir puedo en cuanto,
Señora, querais mandar,
Pues sé todo lo que es
La labor blanca, y despues
En cañamazo labrar,
Bordar de broca y pasado.
Valonas y enaguas sé
Aderezar; luego haré
Varias flores al tocado;
Redes, encajes y puntas
Sé, señora, hacer tambien.

DOÑA LEONOR.
Mucho es que en tal cara estén
Todas esas gracias juntas,
Y aun otra mas que ha callado.

DOÑA BEATRIZ.
Ninguna presumo yo
Que en mí haya.

DOÑA LEONOR.
¿Cómo no,
Si aquí Octavio la ha alabado
De que no hay voz en España
Mejor que la suya?

DOÑA BEATRIZ.
Octavio
A mí me ha hecho un agravio,
Y á vos, señora, os engaña;
Que sin destreza ó primor
Que pueda ser maravilla,
Solo canto á la almohadilla,
Miéntras hago mi labor:
Y esto aun lo pienso olvidar.

DOÑA LEONOR.
¿Por qué, si el cielo la dió
Esta gracia?

DOÑA BEATRIZ.
Porque yo
Soy desgraciada en cantar.

DOÑA LEONOR.
¿Desgraciada en cantar?

DOÑA BEATRIZ.
Sí,
Porque es tanta mi desgracia,
Que lo que es para otras gracia,
Es desgracia para mí.

DOÑA LEONOR.
¿De qué suerte?

DOÑA BEATRIZ.
Mi pesar
Se suele aumentar cantando:
Por esto lo digo.

DOÑA LEONOR.
Cuando
Treguas la permita dar
Su tristeza, estimaré
Oirla algun tono, á fe mia.—
Isabel, dile á Lucía
Lo que ha de hacer, para que
Sepa en qué se ha de ocupar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

ISABEL.
Yo se lo diré despues;
Que atenta á tanto interes,
Primero la quiero dar
Los brazos de amistad fiel,
Siendo fiador en las dos
Este nudo.
(*Abrázanse.*)

DOÑA BEATRIZ.
Guarde Dios
A la señora Isabel.

ISABEL.
Y la señora Lucía
Sea bien venida á casa.

DOÑA BEATRIZ.
(*Ap.* ¿Qué es esto que por mí pasa,
Deshecha fortuna mia?
Pero ya no es tiempo desto;
Que hasta estilo he de mudar,
Si no en sentir, en hablar.)
Señora Isabel, supuesto
Que vengo á ser desde hoy
Su compañera y su amiga,
Será justo que me diga
Desta casa donde estoy
Las costumbres, porque en nada
Ande ignorante mi error.
¿Es la señora Leonor
Muy mal acondicionada?
¿Es devota de la paz,
O es cofrada de la riña?

ISABEL.
De todo tiene la viña,
Uvas, pámpanos y agraz.
Es mujer que habiendo ya
Dos años que estoy con ella,
Aun no acabo de entendella
La condicion: ahora da
En que reine la tristeza.

DOÑA BEATRIZ.
¿Y no se sabe de qué?

ISABEL.
Yo para mí bien lo sé.

DOÑA BEATRIZ.
¿Es achaque de belleza
Con su poquito de celos?

ISABEL.
Y aun su muchito.

DOÑA BEATRIZ.
¿Y de quién?

ISABEL.
De un hombre á quien quiso bien,
Y por su honor con desvelos
Le despreció, y él muy presto
Se fué á buscar otro amor.

DOÑA BEATRIZ.
No era muy bobo el señor.

ISABEL.
Ausentámonos con esto,
Y ella y su hermano han llegado
Aquí con pena cruel,
Ella hipocóndrica, y él
Mal herido y bien curado.

DOÑA BEATRIZ.
¿Cómo?

ISABEL.
Como allá le hirieron
En casa de una señora,
De que aun no está sano ahora.

DOÑA BEATRIZ.
Poco agasajo le hicieron
En casa de la tal dama.
Y él ¿qué persona es?

ISABEL.
Un hombre
Muy galan y gentil hombre.

DOÑA BEATRIZ.
¿Cómo su merced se llama?

ISABEL.
Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.
(*Ap.* Un Don Diego fué
Mi mal.) Y ¿dónde está?

ISABEL.

Yo
Sé que de casa salió;
Mas donde salió no sé.

DOÑA BEATRIZ.

Señor mayor, ¿qué hombre es?

ISABEL.

Es un viejo impertinente
Muy ministro y muy prudente,
De aquellos que en todo un mes
Lo que riñen hablan.

DOÑA BEATRIZ.

Bien.
¿Y qué mas familia tray?

ISABEL.

Criadas de cocina hay
Y otros criados tambien,
Y entre ellos un picaron...
Mas no quiero hablarte dél,
Tú le verás.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR. — DICHAS.

DOÑA LEONOR.

Isabel...

ISABEL.

Señora...

DOÑA LEONOR. (*Ap. á Isabel.*)

Mi turbacion
Diga lo que no podrá
Decirte la lengua mia.

ISABEL.

¿Qué ha sucedido?

DOÑA LEONOR.

Lucía,
Entrese allá dentro.

DOÑA BEATRIZ.

Ya
Obedezco. (*Ap.* ¡Que por mí
Esto pase! ¡Oh si vivieras,
Don Juan, y en esto me vieras!) (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, ISABEL.

ISABEL.

Ya estás sola.

DOÑA LEONOR.

Escucha.

ISABEL.

Di.

DOÑA LEONOR.

Estando ahora, Isabel,
Vacilando y discurriendo
(No te digo en qué, tú sabes
Mis menores sentimientos),
Me puse á la celosía
Que cae sobre ese primero
Patio de casa, jugando
Con los claveles de un tiesto,
Cuando vi entrar por la puerta
De la calle á un caballero
Vestido de color. Dióme
El corazon en el pecho
Golpes, aun ántes de verle
La cara, como diciendo:
«Mírale bien, que es Don Juan.»
¡Oh, en amorosos afectos,
Cuánto ántes que los ojos
Ve el corazon desde adentro!
Aseguréme otra vez
Y otras mil de si era cierto;
Que como era dicha mia,
La dudé estándola viendo.
Entró en casa, y en el cuarto
De Octavio llamó: yo vengo
Solo á decirte ¡ay de mí!
Que mi amor en un momento
Ha hecho mil discursos, todos
En favor de mis deseos;
Y en fin, sea lo que fuere
Su venida, yo no tengo
Valor para mas recato,
Honor para mas silencio.
Y pues mi hermano y mi padre
Ahora á la audiencia fuéron,
Por aquesa celosía
Le llama, Isabel, al tiempo
Que salga.

ISABEL.

Con un criado
De Octavio hablando le veo.

DOÑA LEONOR.

Sí; que como él no está en casa,
No habrá querido entrar dentro.

ISABEL.

Ya se va.

DOÑA LEONOR.

Llámale aprisa.

ISABEL.

¡Ah, señor Don Juan!

ESCENA XVI.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

No creo
Que es á mí, porque en Sevilla
Quien me conozca no tengo.

ISABEL.

A vos es: subid por esa
Escalera.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Ya obedezco.—
¿Quién es quien me llama? (*Sale.*)

DOÑA LEONOR.

Yo,
Señor Don Juan, que deseo
Saber á qué es la venida
A Sevilla; que aunque tengo
De vos muchas quejas, no
Me acuerdo dellas, en viéndoos
En mi casa, porque fuera
Ruindad en un noble pecho,
Que se vengara en su casa.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Quién vió mas raro suceso!
Mas ¿cómo podré saber
Los designios de Don Diego,
Si trajo á Beatriz ó no,
Mejor que espías teniendo
En su casa? Sean amigos
Fortuna una vez y ingenio.)
Por dos cosas desconozco
Este favor que hoy merezco
De vos: porque es favor, una;
Y otra, porque á escuchar llego
Que teneis quejas de mí,
Siendo yo quien á desprecios
Alimentado he vivido
Tantos años, y ahora vengo
A Sevilla á vuestra casa,
Hermosa Leonor, por veros;
Que no sin causa buscaron
Hoy á Octavio mis intentos.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Albricias, alma: ya sabe
Decir verdad el contento.)
¿Pues cómo licencia os dió
Aquel divino sugeto
Que enamorabais? Que ya
De todo noticia tengo.

DON JUAN.

No me la dió, porque yo
No se la pedí; que habiendo
Sido por solo venganza
Ese cortés galanteo,
Faltando vos, faltó todo.
¡Así, Leonor, de otros celos
Pudierais vos disculparos!

DOÑA LEONOR.

Si son unos que yo pienso,
Es muy fácil; que yo nunca
Le di lugar á Don Pedro,
Y mas desde que á mi hermano
Hirió. Vos ¿no sabeis esto?

DON JUAN.

Algo oí; mas nunca yo
Lo que no me toca inquiero.

ISABEL.

¡Ay desdichada de mí!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿qué hay, Isabel?

DON JUAN.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Que debe de ser comedia
Sin duda esta de Don Pedro
Calderon; que hermano ó padre
Siempre vienen á mal tiempo.
Y ahora vienen ambos juntos.

DOÑA LEONOR.

Entrate en ese aposento.

ISABEL.

¿Si le ve la criada nueva?

DOÑA LEONOR.

Todo eso importa ménos
Que verle ellos: elijamos,
Pues nos da á escoger el riesgo,
Fuera de que ella no está
Hácia aquí. El recibimiento
Es este; y pues hay en él
Esa cuadra, nada temo;
Que en entrando ellos al cuarto,
Podrá irse.

ISABEL.

Escóndete presto.

DON JUAN.

¿Quién en el mundo se vió,
Sin pensar, en tanto empeño?
(*Escóndese.*)

ESCENA XVII.

DON LUIS, DON DIEGO, LUQUETE.
— DICHAS.

DON LUIS.

Leonor, ¿qué hacias?

DOÑA LEONOR.

Aquí
Estaba, señor, diciendo
A Isabel cuánto me agrada
Esta ciudad.

DON LUIS.

Yo me huelgo
De que te parezca bien.

DOÑA LEONOR.

Y tanto, que te prometo
Que desde que en ella estoy,
He tenido algun contento.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Aqueso no diré yo,
Que ni le tengo ni espero,
Pues de Beatriz no he sabido
Desde aquel triste suceso,
En que yo pagué el agravio
Que estaba Don Juan haciendo.

DON LUIS.

¡Hola! sacad unas luces.
¿No veis que va anocheciendo?

ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ, *con luces.* — DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Ya están las luces aquí.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¡Qué veo!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Beatriz ¿no es esta?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Don Diego!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Disimulemos, fortuna.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Corazon, disimulemos.

DON LUIS.

¿Qué nueva criada, Leonor,
Es la que en casa tenemos?

DOÑA LEONOR.

Una que Octavio ha traido,
Pidiendo con muchos ruegos
Que la reciba, señor;
Y sabiendo yo que en esto
Te hacia gusto, la he traido
A casa.

DON LUIS.

Muy bien has hecho;
Que por Octavio y por ella
Es ya dos veces acierto.

DOÑA BEATRIZ.

Como le tenga en serviros,
Mayor ventura no espero.

LUQUETE.

¡Qué magnífica criada!

ISABEL.

Pues no la mire.

LUQUETE.

Sí quiero;
Que me debes un abrazo,
Y he de cobrarle, si puedo.

DON DIEGO. (*Ap. á él.*)

Luquete...

LUQUETE.

Señor.

DON DIEGO.

¿Estoy
Yo por dicha absorto ó ciego,
O esta es Beatriz?

LUQUETE.

Pocas veces
La vi el rostro descubierto;
Pero paréceme que
Se parece como un huevo
A un estribo de jineta.

DON DIEGO.

Necio estás.

LUQUETE.

Tú estás mas necio,
Pues quieres que sea Beatriz
La que en Sevilla sirviendo
Está por órden de Octavio.

DON DIEGO.

No hablemos ahora en esto,
Porque mi padre y mi hermana
No entren en algun recelo;
Que despues sabrémos cómo
Puede ser. (*Ap.* Así ahora quiero
Hacer mejor la deshecha,
Disimulando y fingiendo.)
Isabel, toma una luz
Y llevala á mi aposento.

ISABEL.

Venga á servir á su amo.

LUQUETE.

¡A buen banquete por cierto
Me convida!

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Quién se vió
En tanta confusion, cielos!
(*Vase Don Diego, é Isabel y Luquete llevando luces.*)

DON LUIS.

Tú tambien, Leonor, al mio
Vén, porque contarte quiero
La demonstracion que toda
Sevilla conmigo ha hecho.—
Traiga, señora, esa luz.

DOÑA BEATRIZ.

Ya allá hay luces.
(*Vanse Don Luis y Doña Leonor.*)

ESCENA XIX.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Pues me veo
En tal peligro si acaso
Don Juan se queda aquí dentro,
Mejor es, aunque aventure
Una parte á mi respeto,
Fiarme de aquesta criada,
Ya que de Isabel no puedo.)
Lucía...

DOÑA BEATRIZ.

Señora mia.

DOÑA LEONOR.

La confianza que tengo
De tus buenas partes, me hace
Fiar de tí el dia primero
Que te conozco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué mandas?
(*Ap.* ¡Muerta estoy!)

DOÑA LEONOR.

Un caballero
Que de Madrid ha venido
Favores mios siguiendo,
En aquesa cuadra está
Encerrado; y yo te ruego
Que pues ya á mi hermano miro
Retirado en su aposento,
Y yo con mi padre voy,
En tanto que le entretengo
Le saques de aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré.

ESCENA XX.

DON LUIS. — DICHAS.

DON LUIS.

¿No vienes, Leonor?

DOÑA LEONOR.

Diciendo,
Señor, estaba á Lucía,
Que gustaré por extremo
De oirla cantar una letra;
Porque gran noticia tengo
De su buena voz.

DON LUIS.

A todos
Nos dará oirla contento.

DOÑA LEONOR.

Haz lo que te digo.

DON LUIS.

¿Qué es?

DOÑA LEONOR.

Que busque algun instrumento.

DON LUIS.

Haz lo que Leonor te dice.

DOÑA BEATRIZ.

Una y mil veces lo ofrezco.
(*Vanse Don Luis y Doña Leonor.*)

ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cielos! ¿qué pasa por mí?
A la casa de Don Diego
Me ha traido mi fortuna:
El golfo tomé por puerto.
Ya no es posible que en ella
Esté un instante. Mas esto
Mas espacio ha menester
Para discurrir en ello
Y ver el modo. Acudamos
A sacar de aqueste empeño
Ahora á Leonor; que por ser
Trance de amor, se lo debo,
Cuando no porque de mí
Ella se ha fiado. Luego
Se lo diré á Octavio todo.—
(*Llégase á la puerta del cuarto donde está Don Juan, y le habla bajo.*)
Escondido caballero,
Seguidme; que yo os pondré
En la calle.

ESCENA XXII.

DON JUAN.— DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.

Sí haré.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cielos!
¿Qué es lo que mirando estoy?

DON JUAN.

¡Cielos! ¿qué es lo que estoy viendo?

DOÑA BEATRIZ.

Son tantas cosas, Don Juan,
Las que en un instante mesmo
Mi imaginacion perturban,
Confunden mi entendimiento,
Que no sé cuál ¡ay de mí!
Atender debo primero,
Y por acudir á todas,
A ninguna acudo. Pero
Dije mal; que donde hay
Tan mal pagados afectos,
Tan mal sentidas fortunas
Como yo por tí padezco,
Haré mal en que no sean
Ellas las que en tanto empeño
Arrastren á las demas
Admiraciones que tengo.
En fin, para haberte visto
Venir á Leonor siguiendo,
Y para hallarte en su casa
Escondido y encubierto,
¡He llorado yo tu muerte!
¡Oh mal hayan sentimientos
Tan bien nacidos! Mas no,
Vive tú; que yo agradezco,
En albricias de tu vida,
Este dolor á mis celos.

DON JUAN.

¡Pluguiera al cielo, tirana,
Que estuviéramos á tiempo
De que yo pudiera darte
Satisfaccion de todo eso!
Mas ¿para qué he de gastar
Este instante que aun no tengo,
En darte satisfacciones
Que no han de ser de provecho?

En casa estás de tu amante:
No discurramos en esto.
Sácame de aquí: no me haga
El dolor hacer extremos,
Que á Leonor, á ti y á mí
Nos estén mal.

DOÑA BEATRIZ.

Aunque veo
El peligro con que estamos,
No has de irte sin que primero
Veas que en todo encontrados
Están los estilos nuestros,
Pues por no satisfacerme
Huyes tú, y yo te detengo
Por satisfacerte á ti.

DON JUAN.

¿Podrás?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

DON JUAN.

¡Pluguiera al cielo!

DOÑA BEATRIZ.

La noche...

DON JUAN.

¿Qué?

DOÑA BEATRIZ.

Que quedaste...

DON JUAN.

Di.

DOÑA BEATRIZ.

Con mi hermano riñendo...

DON JUAN.

Saliste á la calle.

DOÑA BEATRIZ.

Donde
Oí...

DON JUAN.

¿Qué?

DOÑA BEATRIZ.

Que él te habia muerto:
Y así...

DON JUAN.

Veniste á buscar
(¡Buena disculpa!) á Don Diego:
Con que aun la satisfaccion
Es otra culpa, pues veo
Que te dejó aquese gusto
De mi muerte el sentimiento.
Fuera de que aun es mentira
Cuanto dices: pues yo quiero
Que al principio te dijesen
Que yo era el herido; luego
¿No era fuerza que llegara
El desengaño, y mas viendo
Que era Don Diego el herido?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo el herido Don Diego?
Eso aun no sé yo hasta ahora.

DON JUAN.

Si quieres que yo crea eso,
Y que hallándote en su casa
Ignores todo el suceso,
Es querer que me dé muerte.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha y sabrás...

DON JUAN.

No quiero
Saber nada. Vamos, vamos
De aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay Don Juan! ya te entiendo.
Todo aqueso es barajar
Mi razon, por ir huyendo
Antes que empiece á quejarme
Yo.

DON JUAN.

¿Puede, di, no ser cierto
Que te he hallado en esta casa?

DOÑA BEATRIZ.

Tampoco puede ser ménos
De haberte yo hallado á ti
En ella.

DON JUAN.

Yo en fin te encuentro
En poder de mi enemigo.

DOÑA BEATRIZ.

Y yo en el cuarto encubierto
De mi enemiga te hallo.

DON JUAN.

Tú veniste con Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es mentira; tú sí
Veniste á Leonor siguiendo.

DON JUAN.

Harásme que pierda el juicio.

DOÑA BEATRIZ.

Harásme que pierda el seso.

DON JUAN.

¿Cómo...

DOÑA BEATRIZ.

Yo...

DON JUAN.

Puedes...

DOÑA BEATRIZ.

Aquí...

DON JUAN.

Estar?...

DOÑA BEATRIZ.

Viniendo...

ESCENA XXIII.

DOÑA LEONOR.—Dichos.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?
Pues, cuando me importa tanto
Hacer lo que te encomiendo,
¿Te paras á hablar, Lucía?

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Lucía la llama, cielos!
¿Qué es lo que aquí estoy mirando?

DOÑA LEONOR.

Don Juan, á mi padre dejo
Divertido en sus papeles;
Mi hermano de su aposento
Sale: véte ántes que pueda
Verte. Otra vez nos verémos
Mas despacio, en que podrá
Agradecerte mi pecho
Haber venido por mí
A Sevilla. Véte presto.

DON JUAN.

Sí haré; que me importa mucho
El salirme de aquí huyendo.
(*Ap.* ¡Oh cuántas cosas llevamos
Que discurrir, pensamiento!) (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Cierra, Lucía, esa puerta.

ESCENA XXIV.

DON DIEGO, LUQUETE.—DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DON DIEGO. (*Ap. á su criado.*)

A ver si está sola vuelvo
Beatriz, por saber...

LUQUETE. (*Ap. á su amo.*)

Leonor
Con ella está.

DON DIEGO.

(*Ap. á Luquete.* Pues no quiero
Despertar yo la malicia,
Sino esperar mejor tiempo.)
¡Tú aquí, Leonor! ¿Dónde sales?

DOÑA LEONOR.

Lucía me estaba diciendo,
(*Ap. á Beatriz.* Concede con cuanto diga,
Que me va la vida en ello.)
Viéndome triste, que quiere
Divertir mis sentimientos,
En ese jardin cantando,
Y á él iba.— Vén; que oirte quiero.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Mandarme ahora cantar
Solo falta á mi tormento;
Mas disimular me importa
Por esta noche á lo ménos;
Que mañana buscaré
En Octavio otro remedio.
(*Vanse las dos.*)

DON DIEGO.

Ver tengo si lo que oigo
Conviene con lo que veo.
Cantar es la mayor seña
De ser ella. Si hoy no pierdo
El entendimiento, es
No tener entendimiento. (*Vase.*)

LUQUETE.

Pues no le perderás hoy,
Si solo consiste en eso.

ESCENA XXV.

OCTAVIO.—LUQUETE.

OCTAVIO.

¿Qué hace el señor Don Luis?

LUQUETE.

En su cuarto está escribiendo.

OCTAVIO.

Pues no le quiero estorbar.
Diréisle, Luquete, luego,
Que entrar no quise en el mio
Sin verle; pero atendiendo
A su ocupacion, me voy;
Que mañana nos verémos.

LUQUETE.

Yo se lo diré. (*Ap.* ¡Que quiera
Mi amo persuadirse necio
A que es Beatriz, por quitarme
A mí la accion y el derecho
De vengar aquel abrazo!) (*Vase.*)

OCTAVIO.

Aqueste es mi cuarto.— ¡Celio!

ESCENA XXVI.

CELIO; *luego*, DON JUAN.—OCTAVIO.

CELIO.

Señor...

OCTAVIO.

¿Ha venido alguien
A buscarme?

CELIO.

Un caballero
Preguntó por tí esta tarde.

OCTAVIO.

¿Quién era?

CELIO

Era forastero,
No le conocí.
(*Sale Don Juan.*)

DON JUAN.

(*Ap.* Fortuna,
En hablarle me resuelvo

A este caballero ántes
Que se vea con Don Pedro,
Por informarle de todo
Para que él ponga remedio.)
¿Sois vos el señor Octavio?

OCTAVIO.

¿Qué mandais?

DON JUAN.

Buscándôs vengo,
Y ya con segundo fin,
Señor, que os busqué primero,
Porque importa descubriros
Aquí un extraño suceso.

OCTAVIO.

Decid.

DON JUAN.

Yo venía de parte...

ESCENA XXVII.

DON PEDRO. — DICHOS.

DON PEDRO.

Yo lo diré ya, pues viendo
Que tardabais y era noche,
A dos cuidados atento,
Vine buscándôs á vos
Y á hablar á Octavio.

DON JUAN.

No habiendo
Venido hasta ahora á casa,
Le esperé.

OCTAVIO.

¡Señor Don Pedro!
Dadme mil veces los brazos.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡En qué confusion me veo!

OCTAVIO. (*Ap.*)

Sin duda á Beatriz buscando
Viene.

DON PEDRO.

Menores extremos
Desempeñar no pudieran
La confianza que tengo
De vos, en fe de la cual
Hoy á buscaros me atrevo
Para haceros de mi vida,
De mi alma y de mi honor dueño.

OCTAVIO. (*Ap.*)

El sabe della sin duda,
Pues viene en su seguimiento.
Yo en cualquier lance á Beatriz
Tengo de amparar primero.

DON PEDRO.

Quedemos solos los tres;
Que descubriros mi pecho
Importa.

OCTAVIO.

Dejadnos solos.
(*Vase Celio.*)
Sentáos.

DON PEDRO.

Yo, Octavio, me veo
En la mas triste fortuna
A que haber llegado puedo,
Pues me veo (¡ah quién pudiera
Decirlo con el silencio!)
Sin honor, y en vuestro amparo,
Que le he de cobrar espero,
Consistiendo en vuestra casa
De mi fortuna el remedio.

OCTAVIO.

¿En qué puedo yo serviros?
(*Ap.* ¡Cielos! él sabe que tengo
Hoy en mi casa á su hermana.)

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Quién se vió en tan raro empeño,
Mi obligacion de una parte,
Y de otra mis sentimientos?

DON PEDRO.

Yo, Octavio, á Sevilla hoy
A satisfacerme vengo
De un agravio, de quien fué
Causa (falte aquí mi aliento)
Una hermana que faltó
De mi casa.

OCTAVIO.

(*Ap.* ¡Extraño empeño!)
Pues ¿dónde está?

DON PEDRO.

No lo sé.

OCTAVIO.

(*Ap.* Eso si: del mal el ménos.)
Pues ¿qué pretendeis?

DON PEDRO.

Hallarla.

OCTAVIO.

¿De qué suerte?

DON PEDRO.

Estadme atento.

ESCENA XXVIII.

DOÑA BEATRIZ, *cantando dentro.* — DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Yo quiero bien;
Mas no he de decir á quién.

DON PEDRO.

Ya lo sé; que esta es su voz.

OCTAVIO. (*Ap.*)

Perdióse todo el secreto.

DON JUAN. (*Ap.*)

Llegó el lance en que es forzoso
Descubrir yo mis intentos.

OCTAVIO.

¿Qué decis?

DON PEDRO.

Que esta es su voz,
Y vos la teneis ahí dentro.

OCTAVIO.

Entrad, ved todo mi cuarto:
Veréis que os engaña el viento.

DOÑA BEATRIZ. (*Cantando dentro.*)

Es tan sagrado el respeto
De la hermosura que adoro,
Que se ofende mi decoro
Aun dentro de mi conceto.
Morir y callar prometo;
Y si el callar y el morir
Por señas han de decir
Mi fineza y su desden,
Yo quiero bien;
Mas no he de decir á quién.

DON PEDRO.

Pues ¿dónde puede tan cerca
Estar?

OCTAVIO.

No sé: todos esos
Huertos de la vecindad
Confinan por aquí, y dellos
En alguno podrá ser
Que esté; mas yo no la tengo.
(*Ap.* ¡Oh quién pudiera dar solo
Un breve espacio á su riesgo.)

DON PEDRO.

Pues en cualquiera que sea,
Me he de arrojar.

DON JUAN.

Detenéos;
Que no es fácil, y es hacer
Público el agravio vuestro.

OCTAVIO.

Vuestro amigo os aconseja
Lo mejor.

DON PEDRO.

Soltad.

DON JUAN. (*Deteniéndole.*)

Tenéos.

DON PEDRO.

¿A esto venisteis conmigo?

DON JUAN.

Sí; que á que no os perdais vengo,
Sino á que os vengueis. (*Ap.* Esto es
Dar para escaparla tiempo.)

DON PEDRO.

Pues yo me quiero perder;
Porque no he de estar oyendo
Que esté una ingrata cantando,
Estándome yo muriendo. (*Vase.*)

OCTAVIO.

No le dejeis.

DON JUAN.

¡Ay, Beatriz,
En qué peligro te ha puesto
La desdicha de la voz! (*Vase.*)

OCTAVIO.

Cierra aquesas puertas, Celio.
No la vea él esta noche;
Que mañana habrá remedio.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, DON JUAN, DON PEDRO.

DON PEDRO.

En fin, ¿tengo de escuchar
Yo sus voces, sin que intente
Desesperado arrojarme
Adonde quiera que fuere,
Y con mi sangre y su vida,
Los dulces ecos alegres,
Cisne de honor, convertirlos
En exequias de su muerte?
Sea pues lo que quereis
Los dos, que favorecerme
Debierais, no reportarme,
En una ocasion tan fuerte.

OCTAVIO.

Los dos lo hacemos por ver
Cuánto es grande inconveniente
Querer arriesgarlo todo,
Sin que nada se remedie.
En uno desos jardines
Que confinan con aqueste
Cuarto, se escuchó la voz:
¿No fuera accion imprudente
Dejaros solo hacer ruido
Sin efecto? Considere
Vuestro honor que del honor
Son tan severas las leyes,
Que mandan que el ofendido
Sin ningun riesgo se vengue.

DON JUAN.

Yo vengo con vos, Don Pedro,
Y en todo trance, valiente
Me tendréis á vuestro lado;
Mas disponedlo de suerte,
Que sea uno el empeñaros
Y el desempeñaros. Entre
A parte con el valor
La cordura; que mil veces
Hemos visto que sin ella
El mas osado se pierde.

OCTAVIO.

Yo os ayudaré el primero.

DON JUAN.

Pensemos lo que conviene
Con mas atencion, y luego
Que se discurra y se piense
El modo, en su ejecucion
Vida, honor y alma se arriesguen.

OCTAVIO.

Aunque es verdad que no estoy
Yo informado (*Ap.* ¡Ah si supiese
Disimular lo que sé!)
De todo lo que os sucede,
Bien se deja conocer
Por señas tan evidentes
Que á vuestra hermana buscais.
Ya por lo ménos se tiene
Noticia que está aquí cerca:
Pues yo cautelosamente
Procuraré saber dónde,
Quién la trajo ó con quién viene,
Y en qué casa está; y en tanto
Que desto á informarme llegue,
Vos quedáos escondido
En este cuarto; que puede
El ser visto embarazar
Nuestros designios: de suerte
Que en volviendo yo informado,
Veréis el mas conveniente
Modo; y habiendo elegido
El que á vos os pareciere,
Entónces muramos todos.
(*Ap.* Así mi valor pretende
Poner en salvo á Beatriz.)

DON JUAN.

El mas cuerdo arbitrio es ese.
(*Ap.* Así mi ofendido amor
Es bien que dar tiempo intente
Para que á Beatriz avise.)

DON PEDRO.

Yo quiero que no se queje
De mí mi honor que no hice
Cuánto pude por tenerle;
Y así me quiero dejar
Regir de los dos en este
Caso: yerre con disculpa,
Ya que con disculpa yerre.
Con quien puede haber venido
Esa ingrata hermana aleve
A esta ciudad, (¡ay de mí!
¡Cuánto pronunciarlo sienten
Mis labios!) es con Don Diego
De Lara, un hombre que viene
Aquí con Don Luis de Lara
Su padre, á un cargo; porque este
Fué á quien yo y Don Juan dejamos
Por muerto, y á quien, valientes,
Siguiendo los dos venimos:
Y así, saber os conviene
Si él vive por aquí cerca;
Que siendo así, es evidente
Que fué en su casa el cantar.

OCTAVIO.

(*Ap.* ¡Quién vió confusion mas fuerte!
Las heridas de Don Diego
Fuéron por ella, y la tiene
En su casa, siendo yo
Quien á ella la lleva: ¿pueden
Juntarse en solo un discurso
Tantas dudas diferentes?
El uno de mí se fia,
Y á esto á mi casa viene;
Al otro le traigo yo
Por las finezas que debe
A su padre mi amistad;
La dama (¡penas crueles!)
Se ampara de mi piedad;
Y todos tres finalmente
Están dentro de mi casa.
¿Qué he de hacer? Ya se me ofrece
Un medio. Hablaré á los dos;
Y á no bastar, nada teme
Mi valor: pondréla en salvo,
Que es lo primero; pues tienen
En los hombres nobles tales
Privilegios las mujeres,
Que han de ser las preferidas,
Y venga lo que viniere.)
Ya pues de todo advertido
Voy. Con vos Don Juan se quede;
Que pues cómplice con vos
Fué, si acaso sucediese
Verle, nuestra diligencia
Podrá embarazar el verle.
Y mirad lo que os suplico:
Que no habeis de salir deste
Cuarto.

DON PEDRO.

Esa palabra os doy.

OCTAVIO.

(*Ap.* En ninguna parte puede
Mas seguro estar que aquí.)
Yo la acepto. (*Ap.* No receles
Si procedes bien ó mal,
Pensamiento: bien procedes;
Que amparar á la mujer
Es lo mas preciso siempre.) (*Vase.*)

ESCENA II.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Cómo ahora, al oir Octavio
Que Don Diego ¡ay de mí! fuese
De Don Pedro el enemigo,
Siendo Don Diego su huésped
Y estando con él Beatriz,
Tener á Don Pedro quiere
En su casa, y á informarse
De dónde ella está se ofrece?
No sé qué intento es el suyo.
Pero ¿quién á mí me mete
En pensar dudas ajenas,
Estando las mias presentes?
Beatriz está en gran peligro;
Y aunque á mí Beatriz me ofende,
Soy noble: avisarla ahora
Es lo que mas me compete.
¿Cómo podré de Don Pedro
Apartarme un solo breve
Instante? Pues para hablarla
Ocasion Leonor me ofrece.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Oh quién aquí se quedara
Solo, por ver si pudiese
Descubrir desde aquí algo!

DON JUAN. (*Ap.*)

Ya una industria se me ofrece.

DON PEDRO.

¿Qué estáis pensando, Don Juan?

DON JUAN.

Don Pedro, en unos papeles
Que son de mucha importancia,
De la maleta; y el huésped
Donde llegamos ayer,
Viendo que ninguno vuelve,
Podrá abrirla receloso.

DON PEDRO.

Decis bien; y me parece
Preciso que vos, que sois
Ménos conocido en este
Lugar, vais á asegurarle,
Porque en sospecha no entre.

DON JUAN.

Yo fuera, si no temiera...

DON PEDRO.

¿Qué os embaraza y suspende?

DON JUAN.

Dejaros solo.

DON PEDRO.

¿Qué importa
Que solo, Don Juan, me quede?
Id pues; que en casa segura
Quedo.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Si bien lo supiese!)
Pues con esa confianza
Voy: volveré brevemente.

DON PEDRO.

Vacilando me hallaréis
En mis desdichas crueles.

DON JUAN. (*Ap.*)

Beatriz, á avisarte voy
De los peligros que tienes.
(*Vanse.*)

—

Otro cuarto en casa de Octavio. Una gran ventana en el fondo, por la que se ve un corredor.

ESCENA III.

DON DIEGO, LUQUETE.

LUQUETE.

Apénas ha amanecido,
¡Y ya, señor, te levantas!

DON DIEGO.

Sí; que en confusiones tantas
Mal descansar he podido.

LUQUETE.

En fin, ¿en que es Beatriz das,
Esta criada?

DON DIEGO.

Ella es,
O yo estoy loco.

LUQUETE.

Ea pues,
Persuádete que lo estás.

DON DIEGO.

Yo la he de hablar, y saber
Qué causa aquí la ha traido,
Ya que tiempo no he tenido
Antes de ahora; porque ayer
La vi en casa, y de mi hermana
Un punto no se apartó:
Y así, por hablarla, yo
Me vestí tan de mañana.

LUQUETE.

Ella viene.

DON DIEGO.

Pues de aquí
Te retira; porque quiero
Solo hablarla.
(*Vase Luquete.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ. — DON DIEGO.

DOÑA BEATRIZ. (*Sin ver á Don Diego.*)

Tarde espero
Que haya dicha para mí.
Hablar á Octavio quisiera
En su cuarto, para que
Sepa que esta casa fué
De mi mal causa primera,
Para que me ausente della;
Pues consolada no puedo
Estar yo, sin tener miedo
Al influjo de mi estrella.
Voy; pero...

DON DIEGO.

¡Gracias al cielo,
Que puedo, hermosa Beatriz,
Aqueste instante feliz
Hablarte, sin el recelo

Que de mi hermana he tenido!
Dame mil veces los brazos;
Que bien tan dichosos lazos
Mi vida te ha merecido
Tan á riesgo suyo, pues
Por tí la tuve perdida,
Siendo mas feliz mi vida,
Muerta entónces, que despues
Restaurada; que aunque yo
Quejarme de tí pudiera,
Pues Don Juan de Silva era
Quien con tu hermano riñó
Cuando yo entré, no ha quedado
Para la duda razon,
Mirando tu estimacion
En tan infeliz estado.
¿Qué es esto? ¿Cómo has venido
Aquí? Las lágrimas deja,
Pues que ya toda mi queja
En lástima has convertido.

DOÑA BEATRIZ.

Saben los cielos, señor
Don Diego, cuánto quisiera
Que tambien se convirtiera
Hoy mi venganza en dolor
Antes de llegar á oiros
Y ántes de llegar á hablaros;
Mas ya que es preciso daros
Noticia de mí y pediros
Que me ampareis, mis enojos
Faciliten mis agravios:
Sean llanto de los labios
Las razones de los ojos;
Que está mi remedio en vos:
Y así, escuchad.

DON DIEGO.

Proseguid.

DOÑA BEATRIZ.

Yo...

ESCENA V.

OCTAVIO. — DICHOS.

OCTAVIO.

Beatriz, Don Diego, oid;
Que pues buscando á los dos
Vengo, porque importa hablar
A cada uno de por sí,
Mejor será, pues aquí
Juntos hoy os puedo hablar,
Juntos hablaros; que no
Se aventurará el secreto
De uno en otro, á cuyo efecto
Mi obligacion os buscó:
A vos, porque así pretendo
Decir el riesgo en que os veis;
Y á vos, porque lo escucheis.

DON DIEGO.

Ya os escucho.

DOÑA BEATRIZ.

Ya os atiendo.

OCTAVIO.

Vos, Don Diego, no ignorais,
Pues que su amante habeis sido,
Quién es Beatriz, y sabeis
El cómo á Sevilla vino.
Vos, Beatriz, no me podeis
Negar, pues me lo habeis dicho,
Que el que vuestro hermano hirió,
Vuestro esposo hubiera sido.
Pues siendo así que he llegado
Yo á saber destos avisos
Que es Don Diego esposo vuestro,
Pues fué Don Diego el herido
En vuestra casa, á quien vos
Por muerto tuvisteis, digo
Que ya no es tiempo de que
Deis mas larga á los designios
De vuestro amor, porque anda,
De un noble pecho ofendido,
De vos muy cercano el riesgo,
Y en vuestro alcance el peligro.
En Sevilla está Don Pedro,
Vuestro hermano y enemigo,
Y de donde vos estáis
Ya tiene muchos indicios;
Que cuando anoche cantasteis,
Lo oyó; que en efecto ha sido
La desdicha de la voz
Oirla el que no se quiso
Que la oyese: ved ahora
Si, habiendo hasta aquí venido
Buscándôs, juntos os halla,
Cuánto el empeño es preciso.
Y así, pues los dos estáis
Tan amantes y tan finos,
Que á vos por ella os hirieron,
Y ella á vos os halla vivo
Habiéndôs llorado muerto,
De que yo soy buen testigo,
El mejor fin que podeis
Dar á este noble delito
De amor, es que vuestro hermano
Casados os halle: arbitrio
Para el desempeño airoso,
Para el desagravio digno.
(*Miéntras Octavio está hablando, los dos están suspensos, y Beatriz llora.*)
Pues ¡cómo! ¿cuando pensé
Hallaros agradecidos
A vuestra fortuna, dando
Feliz fin á los prodigios
De tan peligroso amor,
El uno y otro indecisos,
Dais lágrimas á la tierra
Vos, vos al aire suspiros?
¿No fuisteis, decid, Don Diego,
Vos quien mas á Beatriz quiso?

DON DIEGO.

Tanto, que fuí en su hermosura
De amor idólatra indio.

OCTAVIO.

Vos, Beatriz, ¿no me dijisteis
Que á quien Don Pedro habia herido
Vuestro esposo era?

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad.

OCTAVIO.

¿No os hirió á vos?

DON DIEGO.

¡Y al divino
Cielo pluguiera que nunca
Hubiera convalecido!

OCTAVIO.

¿No es quien vos dijisteis?

DOÑA BEATRIZ.

No;
Que tuve error al decirlo.

OCTAVIO.

¿No estabais vos en su casa
Aquella noche escondido?

DON DIEGO.

No; que solo al ruido entré.

OCTAVIO.

Pues ¿cómo vos me habeis dicho
Que el que llorabais?...

DOÑA BEATRIZ.

No supe
Quién hubiese entrado al ruido.

OCTAVIO.

Luego ¿era el competidor
Don Diego, y no el elegido?

LOS DOS.

Sí.

OCTAVIO.

Pues peor está que estaba,
Si cuando el fin imagino
Facilitado, se vuelve
Á quedar en su principio:
Y así, acortemos discursos;
Que hay mucho que hacer. Yo miro,
Beatriz, muy cercano el riesgo.
No tengo de permitiros
Padecer en mi poder:
Y así, venios conmigo
Donde yo os guarde.

DON DIEGO.

Eso no;
Que una cosa en su peligro
Es el ser yo caballero,
Y otra el no ser su marido.
Yo soy á quien hoy Don Pedro
Busca como á su enemigo;
Beatriz en mi casa está:
Ved cuánto es para mí indigno
Que otro me excuse el efecto
De lo que yo causa he sido.
Y así, yo debo ampararla,
Ya que por fortuna vino
A mi casa: no se diga
De mí que solo he tenido
El brio para quererla,
No para guardarla el brio.

OCTAVIO.

Ella se amparó de mí,
Y la he de llevar conmigo...

DOÑA BEATRIZ.

Mirad que...

OCTAVIO.

Yo...

DON DIEGO.

Yo...
(*Alborótanse.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, LUQUETE. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Qué es esto?

DON DIEGO. (*Ap. á Octavio.*)

Disimular es preciso.
No entienda nada mi padre.

OCTAVIO.

(*Ap. á Don Diego.* Fingid vos, pues que yo finjo.)
Nada: alabóme Don Diego (*A Don Luis.*)
Aqueste aderezo mio,
Y estábasele ofreciendo.
Rehusó: á lo que yo porfío;
Y así, que vos se lo deis
De parte mia os suplico.

DON LUIS.

(*Ap.* Pues disimulan, no quiero
Darme yo por entendido.)
Desempeñamos tan mal
Mercedes y beneficios
Vuestros, que no extraño que
Tomarle no haya querido.
(*Ap.* De Octavio quiero saber
Qué ha sido aquesto.) Venios
Conmigo, Octavio; que tengo
Un negocio que deciros.—
Véte de aquí.

DON DIEGO.

Sí haré.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿A quién habrá sucedido
Tanto tropel de desdichas?

LUQUETE. (*Ap. á Don Diego.*)

Señor, ¿qué es esto? Qué ha sido?
¿Es Lucía, ó es Beatriz?

DON DIEGO.
Lucía: estaba sin juicio.

LUQUETE.
¿Quién lo duda? (*Ap.* Albricias, alma;
Que desta vez me enlució.)

DON DIEGO.
(*Ap.* Que es ella negar me importa
Hasta el fin que solicito.)
(*Ap. á ella.* Beatriz, en mi casa estás:
No temas ningun peligro.
Sírvate de algo, ya
Que de todo no te sirvo.) (*Vase.*)

DON LUIS.
Venid.

OCTAVIO.
(*Ap.* Por no darle mas
Sospechas, sus pasos sigo.)
(*Ap. á ella.* Está advertida, Beatriz,
De que vuelvo al punto mismo,
Y en tanto, que deste cuarto
No salgas, Beatriz, te aviso.)
(*Vanse Don Luis y Octavio.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, LUQUETE.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Habrá mas ansias, mas penas
Que padecer? ¡Qué bien dijo
El que dijo que los males
Eran cobardes, pues miro
Que nunca embiste uno solo,
Y cobran mayores brios
Cuando al que embisten le ven
Mas postrado y mas rendido!

LUQUETE. (*Ap.*)
Animo, amor, esto es hecho.
Sombrero y zapatos limpio.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Mi hermano en Sevilla, cielos,
Y ya con claros indicios
De la parte donde estoy,
Por haber mi voz oido!

LUQUETE. (*Ap.*)
¡Linda cosa fuera amor,
Si no tuviera principio!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Mal haya mi voz, amen,
Pues mi mayor enemigo
La desdicha de mi voz
En cualquiera parte ha sido!

LUQUETE. (*Ap.*)
Pero ¿qué temo? Quizá
Será mujer de capricho.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
Faltar desta casa ahora
No puedo, habiéndome dicho
Octavio que aquí le espere:
Estarme en ella ¡divinos
Cielos! es estar haciendo
Mas continuado el delito.

LUQUETE. (*Ap.*)
Yo llego á lo sevillano,
Que será el mejor estilo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
Y estas confusiones son
Sin tocar (¡rigor esquivo!)
En los celos de Don Juan;
Que no importaran los mios.
¡Cuál estoy yo, pues mis celos
Son los que ménos estimo!

LUQUETE.
Seora madre de mi vida,
Ya voaced habrá sabido
Que el enamorarse un hombre,
Muchas veces no es de vicio.

ESCENA VIII.

ISABEL, *al paño.* — DICHOS.

ISABEL. (*Ap.*)
Celos, vamos poco á poco;
Que hay en el campo enemigos.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Eso solo le faltaba
A mi discurso afligido:
Que un pícaro se me atreva!

LUQUETE.
Yo lo estoy desde que he visto
Esa cara y ese talle.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
Fortuna, ¡á qué me has traido!

ISABEL. (*Ap.*)
Démos otro paso mas.

LUQUETE.
Yo quiero pues.

DOÑA BEATRIZ.
Pues yo envido.
(*Dale un bofeton.—Sale Isabel.*)

ISABEL.
Lleve ese y venga por otro,
Seor Luquete.

LUQUETE.
¡Vive Cristo!...

ISABEL.
Ahora no me negarás,
Picaño, que yo lo he visto.
¿Peor que mi abrazo no es esto?

LUQUETE.
¡Y cómo! Tambien lo digo;
Pues tú ofendes abrazando,
Y yo escupiendo colmillos.

ISABEL.
¡Qué grande gusto me has hecho
¡Ay amiga! en despedirlo!

LUQUETE.
Y á mi, ¡qué grande disgusto!

DOÑA BEATRIZ.
En nada, Isabel, te sirvo;
Que yo así despido siempre
A picaños atrevidos.

LUQUETE.
Y para siempre jamas
Yo me doy por despedido.

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. — DICHOS.

DOÑA LEONOR.
Lucía, Isabel, ¿con quién
Hablabais aquí?

LUQUETE.
Conmigo
Hablando están por la mano.

DOÑA LEONOR.
Luquete, allá fuera idos.

LUQUETE.
Que me lo hubieras mandado,
Te lo hubiéra agradecido,
Una hora ántes.

ISABEL. (*Ap. á Luquete.*)
Para esta,
Infame.

LUQUETE.
Aqueso es muy lindo.
¿Ahora la juras? ¿No llevo
Ya adelantado el castigo? (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, ISABEL.

DOÑA LEONOR.
Amigas, pues que las dos
Sois de mis males testigos,
Sed de mis penas las dos
Tambien lisonjero alivio.

ISABEL.
Ya sabes con el amor
Y lealtad que te servimos.

DOÑA LEONOR.
Ya sabeis como Don Juan
De mí enamorado vino
A Sevilla; ya te dije
Anoche como me dijo
Que á darme satisfacciones
Solamente habia venido,
De unos celos que me dió
En Madrid; pues aunque fino
A una dama festejaba,
Era mañoso artificio,
En cortesana venganza
De mis desdenes esquivos.
Pues yo, hasta volver á oir
Tal desengaño, no vivo.
Si tú quisieras, Lucía,
¡Con qué vergüenza lo digo!
Hacer por mí una fineza,
Verás como te la estimo.

DOÑA BEATRIZ.
¿Qué es, señora, lo que mandas?

DOÑA LEONOR.
Yo, como mi padre vino,
Y no pude con espacio
Hablarle (¡oh rigor impío!),
No pregunté su posada,
Adonde yo le dé aviso
De las horas á que puede
Hablarme; y así te pido
Que pues eres de Sevilla,
Y sabrás (que esto es preciso)
Mejor que Isabel las calles,
La posada en que ha vivido
Busques, Lucía, y le lleves
Al instante un papel mio.
¿No lo harás?

DOÑA BEATRIZ.
Sí, mi señora.
¿Pues no, si en eso te sirvo?

DOÑA LEONOR.
Dios te guarde. Ponte el manto
Miéntras yo el papel escribo.—
Isabel, vén á sacarme
La escribanía.
(*Vanse Doña Leonor é Isabel.*)

DOÑA BEATRIZ.
¿Ha podido
Llegar á mas mi fortuna
Que á darme tan buen oficio?
Pero puesto que á Don Juan
Hablar así solicito,
Buscarle de espacio quiero
Y darle de todo aviso,
Aunque Octavio, que de casa
Hoy no saliese, me dijo.
Iré por el manto.

ESCENA XI.

DON JUAN. — DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.
Espera,
Beatriz; que una hora escondido

En ese portal de enfrente
He estado (mal dije, un siglo),
Esperando á que Don Luis
Se fuese, que con su amigo
Octavio se ha estado hablando,
Y por eso no he podido
Entrar ántes.

DOÑA BEATRIZ.

La señora
Leonor, por quien has venido
A Sevilla á solo darla
Satisfaccion de que ha sido
Cualquier otro amor venganza
De sus desdenes esquivos,
Te agradezca la asistencia.
Espera, miéntras la digo
Que no te escriba un papel,
Que ya por él has venido.

DON JUAN.

Beatriz, los lances están
En estado tan prolijo,
Que piden medios, no quejas;
Y pues yo celos no pido
De que en casa de Don Diego
Te estés, habiéndome visto
En Sevilla, no gastemos
Tiempo en estos desatinos,
Y calla tus celos tú,
Pues que yo no hablo en los mios.
Tú hermano en Sevilla está:
A darte muerte ha venido,
O á casarte con Don Diego.
Para mí todo es lo mismo.
Pero habiendo sido yo
Quien mas, Beatriz, te ha querido,
Quien mas, Beatriz, te ha adorado
(Bien pensaba en no decirlo;
Mas como há tanto que saben
Estas voces el camino
Que hay del corazon al labio,
Solo el uso las ha dicho),
No será justo que sepa
Yo que te busca el peligro,
Y no te avise dél. Mira
Lo que has de hacer: prevenido
Para todo me hallarás
Cuanto sea tu servicio;
Bien por la parte de noble,
No por la parte de fino;
Que en habiéndote dejado
Segura el despecho mio,
Palabra te da de que
Me ausente el fiero martirio
De verte en ajenos brazos.
Y así, lo que te suplico
Es que asegures tu vida,
Hallándote ¡trance esquivo!
Desposada con Don Diego
Tu hermano; que otro camino
Tu seguridad no tiene.
Si á esto inconveniente ha sido
De Don Diego algunos celos,
Y en tu estimacion previno
Poner duda (esto lo infiero
De que sirviendo te miro
Con otro nombre en su casa),
Dímelo; que yo, yo mismo
Tomaré de tu opinion
La causa, y en desafío
La muerte le sabré dar,
Porque se case contigo;
Que quiero mas tu opinion
¡Ay Beatriz! que el gusto mio;
Que no quiso como noble
Quien como celoso quiso.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, aquesa fineza
Yo la agradezco y la estimo;
Mas para valerme della
No es tiempo. Yo no he tenido
Con Don Diego mas empeño
Que traerme mi destino,
Sin saber cómo, á su casa.
Si desto quieres testigos,
Lo es Octavio; y sin Octavio,
Séalo lo que te digo.
Sácame de aquesta casa,
Llévame, Don Juan, contigo;
Que aunque hoy Octavio y Don Diego
Se han en mi amparo ofrecido,
Quiero que veas que solo
El que tú me das estimo,
Y hálleme mi hermano luego
Casada, pero contigo.

DON JUAN.

Beatriz, ya te he dicho cuánto
Mas tu opinion solicito
Que mi gusto. Yo no puedo
Casarme (¡muero al decirlo!)
Con quien (¡tiemblo al pronunciarlo!)
En poder (¡grave martirio!)
De otro amante (¡triste suerte!)
He hallado (¡rigor esquivo!)
Y así...

DOÑA BEATRIZ.

No me digas mas;
Que ya sé que no ha nacido
Ese escrúpulo, Don Juan,
De tu amor; que habiendo oido
Mi resolucion, debieras
No dudar; pues si se ha visto
Huir de un marido á un amante,
Alterando yo el estilo,
No habia de querer ahora
Huir de un amante á un marido.
Leonor es desta tibieza
Causa: por ella has venido,
Y... Pero no digo nada,
Harto en lo que callo digo.

DON JUAN.

Harás que me dé la muerte
Despechado el honor mio,
Si no quieres...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué?

DON JUAN.

Que tenga
Causa...

DOÑA BEATRIZ.

¿En qué?

DON JUAN.

En haber sentido
Hallarte en cas de Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

Bien que lo sientas lo estimo,
Mas no que lo sientas tanto,
Como que hagas desperdicio...

DON JUAN.

¿De qué?

DOÑA BEATRIZ.

De aquesta ocasion
Que te doy.

DON JUAN.

Si habiendo dicho
Que hasta estar desengañado
No me he de casar contigo,
Quieres que te lleve, vamos.

DOÑA BEATRIZ.

Tanto de mi verdad fio,
Que con esa condicion
He de aceptar el partido.
Espera, pondréme un manto. (*Vase.*)

DON JUAN.

Amor, ya me determino
A todo, ya nada temo,
Llevando á Beatriz conmigo,
Y que...

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR. — DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

Ya está aquí el papel,
Lucía.— Pero ¡qué miro!
Don Juan, mi señor, en vano,
Si estás presente, te escribo,
Pues la lengua del papel
Para la ausencia se hizo:
Y así le rompo al mirarte,
Siendo ya los brazos mios
Mejores cifras de amor.

DON JUAN.

(*Ap.* Muerto soy, si aquí no finjo,
Porque el enojarla ahora
Será estorbar mis designios.)
Leonor, señora, mi bien,
Cuánto aquese agrado estimo,
Mejor lo dirá la muda
Retórica de un rendido,
Haciendo de tales lazos
Cadenas al albedrío.
(*Al irse á dar los brazos, sale Beatriz.*)

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, *con manto.*— DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Don Juan... Mas ¡qué veo!

DOÑA LEONOR.

Lucía, no necesito
Ya de que vayas, supuesto
Que primero Don Juan vino
Que fueses tú; y así el manto
Te quita.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me le quito,
Pues no tengo que ir adonde
Iba, en habiéndole visto.

DOÑA LEONOR.

En fin, Don Juan, ¿que la dama
A quien amabas rendido
En Madrid, era por tema?
¿Qué dudas? Qué temes? Dilo
Una y mil veces; que yo
Tantas estimaré oirlo.

DOÑA BEATRIZ.

Si dirá.

DON JUAN.

Verdad es que
Por quien hasta aquí he venido
Es por quien estoy mirando;
Pues ni tengo ni he tenido
Dicha, sino solo ver
Una hermosura que miro.
(*Ap. á ella.* No tienes de qué enojarte,
Beatriz; que por ti lo digo.)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á él.*)

Favor que es comun de dos,
Ni le quiero ni le estimo.

DOÑA LEONOR.

¡Oh cuánto, Don Juan, me agrada
Esas finezas oiros!
Todas mi amor las merece.

ESCENA XIV.

ISABEL, *asustada.*— DICHOS.

ISABEL.

Señora...

DOÑA LEONOR.

¿Qué ha sucedido?

ISABEL.

¿Qué ha de suceder? ¿No es

El venir álguien preciso?
Octavio y Don Diego á un tiempo
Por dos puertas han venido
A casa, y en este cuarto
Entran.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién jamas ha visto
Mas penas?

DOÑA LEONOR.

Don Juan, ya sabes
Desde anoche este retiro:
Entrate, y las dos entrad
En esta sala conmigo;
Que estando haciendo labor,
Mejor la deshecha finjo.
Tú no salgas, hasta que
Una seña te dé aviso.
Aquesta será la voz
De Lucía: habiendo oido
Que canta un tono, sal luego;
Que es señal que se habrán ido.

DOÑA BEATRIZ.

¿Yo cantar ahora? ¡Cielos!

DOÑA LEONOR.

Esto, Lucía, es preciso
Para que Don Juan se vaya.

DOÑA BEATRIZ.

Solo el ser para su alivio
Pudiera hacerme cantar,
Cuando era el llorar mas digno.

ISABEL.

Que entran ya.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Quién se vió á un tiempo
A tantas penas rendido?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Don Juan.*)

¡Ay ingrato!

DON JUAN.

¿Pude yo
Excusarlo?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te hizo
Fuerza?

DON JUAN.

La ocasion.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué buena
Disculpa! —Yo me retiro.

DON JUAN.

Yo me quedo: no me halle
Hoy la desdicha escondido.
(*Escóndese Don Juan, y vanse ellas.*)

ESCENA XV.

OCTAVIO, DON DIEGO; *al fin*, DON JUAN.

OCTAVIO.

Señor Don Diego, con vos
Yo no he tener pendencia,
Pues ha de ser conveniencia
Cuanto tratemos los dos.
Siendo así, no embaraceis
La accion; que me toca á mí
Que traje á Beatriz aquí,
Sacarla de aquí.

DON DIEGO.

¿No veis
Que habiéndola hallado yo
En mi casa, aunque haya sido
Siempre amante aborrecido
De su rara beldad, no
Será bien visto que sea
De otra amparada? Y mas siendo
Yo, como estáis vos diciendo,
A quien su hermano desea
Dar la muerte. ¿Cómo puedo
Excusar el lance, pues
Lo que conveniencia es,
Podrán decir que fué miedo?

OCTAVIO.

Ella á Sevilla se vino
Porque el herido, juzgó
Que era su esposo, y creyó
Que era muerto; y pues previno
En mi hallar favor y amparo,
Es cierto que he de guardarla.
Yo la traje aquí, y llevarla
Me toca.

DON DIEGO.

Yo, aunque su raro
Rigor siempre examiné
Y un favor no merecí,
Habiéndola hallado aquí,
Sin apurar cómo fué,
La he de librar; que á ninguno
Le toca mas, ni aun á vos.

OCTAVIO.

Eso es por guardarla dos,
No favorecerla uno;
Y así, pues es un efeto
El que los dos procuramos,
Hoy los dos nos avengamos
A sacarla deste aprieto.
(*Vanse.*)

DON JUAN. (*A la puerta del cuarto.*)

En verme aquí retirado
Mil veces dichoso he sido,
Pues un desengaño he oido
Con que quedo asegurado. (*Éntrase.*)

ESCENA XVI.

En un corredòr, que se ve por la ventana del foro, aparecen DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR É ISABEL, *con almohadillas, haciendo labor.*

ISABEL.

Los dos sin pasar, señora,
De la sala, se volvieron.

DOÑA LEONOR.

¿Fuéronse ya?

ISABEL.

Ya se fuéron.

DOÑA LEONOR.

Pues, Lucía, canta ahora,
Para que Don Juan se vaya;
Que á trueco de asegurarle,
No quiero volver á hablarle.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Pues quiere el cielo que haya
Para Don Juan conveniencia
En mi voz, quiero cantar
A pesar de mi pesar.
El llanto le dé licencia
Hoy á mi acento veloz;
Que si á él servirle procura,
Ya será una vez ventura
La desdicha de mi voz.
(*Canta.*) *Ya no les pienso pedir*
Mas lágrimas á mis ojos,
Porque dicen que no pueden
Llorar tanto y ver tan poco.

ESCENA XVII.

DON PEDRO.—DICHAS, *en el corredor.*

DON PEDRO.

Donde Octavio me dejó,
Esperando ¡ay de mí! estaba
La respuesta de mi agravio,
Que ha un siglo entero que tarda,
Cuando la voz de Beatriz
Escuché; y siguiendo el alma
Su acento, salí del cuarto:
Pasando de sala en sala
A esotro de enfrente, ¡cielos!
Averigüé dónde canta.

ESCENA XVIII.

DON JUAN.—DON PEDRO; DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR É ISABEL, *en el corredor.*

DON JUAN.

Saldré, pues ya me asegura
La voz.

DON PEDRO

Entraré á buscarla.

DON JUAN.

¡Don Pedro!

DON PEDRO.

¡Don Juan!

DON JUAN.

Tenéos.
¿Dónde vais?

DON PEDRO.

Ya es excusada
Persuasion; que habiendo visto
Que Octavio y que tú me engañas,
Octavio, pues esa fiera
Tiene dentro de su casa;
Y tú, pues de adentro sales,
Y ambos á dos me lo callan,
Sin esperar mas razones
Tengo de entrar á matarla.

DON JUAN.

Mirad á qué os empeñais,
Porque tengo de guardarla.

DON PEDRO.

¡Vos de mí!

DON JUAN.

Yo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es aquello?
Lucía, mira quién anda
Allí.
(*Da vuelta Doña Beatriz desde el corredor á la sala.*)

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Don Juan?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser, aleve hermana,
Sino yo, que á darte muerte
Vengo?

DOÑA BEATRIZ.

¡Los cielos me valgan!

DON JUAN.

No temas; que en tu defensa
Perderé honor, vida y alma.

DON PEDRO.

¿A eso conmigo veniste?

DON JUAN.

Sí; que esto solo fué causa.

DON PEDRO.

Eres amigo traidor.

DON JUAN.

Soy leal amante, que basta.
(*Riñen los dos, y pasan Doña Leonor é Isabel á la sala, desde el corredor.*)

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¿Qué es esto? ¡Ay de mí infelice!
Don Pedro, á quien yo engañaba,
Celoso sin duda viene
Buscándome, y como halla

A Don Juan aquí, de celos
Los dos por mi amor se matan.)
¡Caballeros!

DON PEDRO.

¡Leonor! ¡tú
En este cuarto! Ya pasan
A mayores mis desdichas.
Pues en la casa se ampara
De Don Diego mi enemigo,
Mataréla.

DON JUAN.

He de librarla.

DOÑA LEONOR.

Don Pedro, si es que buscando
Vienes á la que te engaña,
No á costa de tanto honor
Quieras hoy tomar venganza.

DON PEDRO.

Buscando vengo, Leonor,
A quien me ofende y me agravia,
Y tengo de darle muerte.

DON JUAN.

Ya he dicho que yo ampararla.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Por mi lo dicen los dos.

ESCENA XIX.

DON LUIS, LUQUETE. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Qué ruido es este en mi casa?

LUQUETE.

¿Qué sé yo?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Mi padre, cielos!
Aquí el ingenio me valga.)
¿Qué ha de ser? Que aquestos dos
Caballeros hoy con tanta
Osadia se han entrado
Buscando aquesa criada,
Que sin mirar el respeto
Que deben...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Desdicha extraña!

DOÑA LEONOR.

A mi decoro y el tuyo,
En mi presencia se matan.
(*Ap. á Beatriz.* Lucía, convén en esto,
Pues tú no aventuras nada
Y me das la vida á mí.)

DON JUAN. (*Ap.*)

Ya Leonor desengañada
De todo está, pues á voces
Toda la verdad declara.

LUQUETE.

Isabel, ¿qué ha sido esto?

ISABEL.

Yo, Luquete, no sé nada.

DON LUIS.

Detenéos, caballeros;
Que estoy yo en medio. ¿No basta
Ser aquesta casa mia,
Y de mi hija esa criada,
Para tener mas respeto?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* El lo creyó. Albricias, alma.)
(*Ap. á Beatriz.* Lucía, por solo un Dios,
Que finjas que eres la causa.)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Bueno es pedirme que finja
Lo mismo que por mí pasa!

DON LUIS.

Lucía, ¡estas ocasiones
Dais vos!

DOÑA BEATRIZ.

Soy muy desdichada.
En tu casa estoy: mi vida
Defiende de una desgracia,
Porque quien me busca, intenta
Darme la muerte.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Bien hayas
Tú, pues que finges por mí
El ser aquí la culpada!

DON PEDRO.

Señor Don Luis, no os espante
Este despecho, esta rabia;
Que esa mujer que hoy aquí
He hallado, yo he de llevarla
Conmigo.

DON JUAN.

No ha de llevar,
Si primero no me mata.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Bien disimulan los dos.

DON LUIS.

Aun viéndome aquí, ¿no basta
Para reportaros? ¿Cómo?...

DON PEDRO.

No me obligueis á que haga
Decir el despecho...

DON LUIS.

¿Qué?

DON PEDRO.

Que esa mujer es mi hermana.
Mirad cómo, declarado,
Puedo dejar de llevarla.

DON JUAN.

Eso me hará á mí decir
Que es mi esposa: es cosa clara.
Y así mirad cómo puedo
Dejar tambien de ampararla.

DON PEDRO.

¡Vuestra esposa!

DON JUAN.

Sí.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué bien
Los dos de librarme tratan
Del empeño, con fingirla
Uno esposa y otro hermana!

ESCENA XX.

OCTAVIO, DON DIEGO.—DICHOS.

DON LUIS.

Pues siendo eso así... (*Desenvaina.*)

DON DIEGO.

¡Señor,
Tú con la mano en la espada!

OCTAVIO.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

Apénas lo sé.
Cosas son desa criada,
Que á mi casa habeis traido.

DON DIEGO.

(*Ap.* Este ¿no es Don Pedro?) ¿Tanta
Es, Don Pedro, la osadía
De tu briosa arrogancia,
Que así en mi casa te entras?
(*Saca la espada y embístele.*)

DON LUIS.

Hijo, espera, tente, aguarda.
No tomes desa manera
Cosas de poca importancia.
Por una criada ha sido.

DON DIEGO.

No ha sido; que esa criada
Es Doña Beatriz, por quien
Me hirió Don Pedro en su casa.

LUQUETE. (*Ap.*)

Aun le dura esta locura.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Esto solo me faltaba.

DON LUIS.

¡Cómo! ¿Que este es tu enemigo?

OCTAVIO. (*Ap.*)

¿Quién vió dudas tan extrañas?
En medio de dos amigos,
No sé á cuál de los dos valga.

DON JUAN.

Don Pedro, tu hermano soy,
Y ya á tu lado me hallas.

DON DIEGO.

Y aqueste es Don Juan de Silva,
Que con él riñendo estaba
Cuando yo entré.

DON JUAN.

Es la verdad
Que Beatriz es de mi alma
Dueño, y venimos los dos
Hoy á Sevilla á buscarla,
El para darla la muerte,
Y yo para asegurarla.

DON DIEGO.

¿Luego casado con ella
Estáis?

DON JUAN.

Sí; que si faltaba
Un desengaño á mi amor,
Ya le hallé.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué es lo que pasa
Por mí!

ISABEL. (*Ap. á su ama.*)

¡Qué bien disimulan
Por tu honor y por tu fama!

DON PEDRO.

Señor Don Diego, yo os dí
Una herida: si vengarla
Quereis, ya que restaurado
Veo el honor de mi hermana,
Ha de ser con un rendido,
Porque yo estoy á las plantas
Del señor Don Luis; que quiero
Que estas amistades haga
Otra conveniencia.

DON LUIS.

¿Cuál?

DON PEDRO.

Leonor divina, á quien ama
Mi vida.

DON LUIS.

De un enemigo
Hacer un amigo es tanta
Granjería, que os aceto
Esta merced.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Esperanza,
Pues ya no teneis remedio,
Disimulad vuestras ansias.

LUQUETE. (*A Don Diego.*)

De todos, ninguno queda
Mas airoso en esta danza
Que tú.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué?

LUQUETE.

Porqué
Te hieren y no te casas.

DOÑA BEATRIZ.

La desdicha de la voz,
Aquí, Senado, se acaba,
Y yo rendida os suplico
Que perdoneis nuestras faltas.

DE UNA CAUSA DOS EFECTOS.

PERSONAS.

FEDERICO, *duque de Mantua.*
FADRIQUE, *su hijo.*
CÁRLOS, *su hijo.*
PERNÍA, *truhan.*
ENRIQUE, *criado de Cárlos.*
MARCELO, *criado de Fadrique.*
FABÍO, *criado del Duque.*
FILIBERTO, *duque de Milan, viejo.*
DIANA, *infanta de Milan.*
ESTELA, *dama.*
FLORA, *dama.*
NISE, *dama.*
CLORI, *dama.*
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.—DAMAS.—GENTE.

La accion pasa en Mantua y en Milan.

JORNADA PRIMERA.

Salon del palacio ducal de Mantua.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE FEDERICO, *que trae una carta*; FABIO, ENRIQUE.

FEDERICO.

¿Qué hace Cárlos?

ENRIQUE.

Todo el dia
Encerrado con Platon
Y Aristóteles (que son
Luz de la filosofía)
Se ha estado, sin permitir
Que entre á verle, sino solo
Su maestro, nuevo Apolo
De nuestra edad.

FEDERICO.

Divertir
No quiero el noble ejercicio
De sus estudios; que aunqué
Es mi hijo, y en él fué
Mas curiosidad que oficio
El saber, tanto he estimado
El deseo, la aficion,
El gusto y la inclinacion
Con que á las letras se ha dado,
Que no lo quiero estorbar
Un punto, por conocer
Que tiene mas que saber
Quien tiene mas que mandar.
Diréisle, Enrique, en estando
Desocupado, que yo
Vine á buscarle, y que no
Quise embarazarle, dando
A sus estudios lugar:
Que me vea cuando esté
Desocupado; porqué
Tengo cosas que tratar
Con él, que importan.

ENRIQUE.

Así,
Gran señor, se lo diré. (*Vase.*)

FEDERICO.

Ahora (puesto que fué
La ocasion, Fabio, que aquí
Me trajo, hablar en un caso
A mis hijos), pues está
Cárlos prevenido ya,
A ver á Fadrique paso
A su cuarto, porque así
Mi amor á los dos iguale.

FABIO.

Marcelo del cuarto sale.

ESCENA II.

MARCELO.—FEDERICO, FABIO.

FEDERICO.

Marcelo...

MARCELO.

¿Qué mandas?

FEDERICO.

Di,
¿Qué hace Fadrique?

MARCELO.

Señor,
Ahí le dejo entretenido
Con un juglar que ha venido
A Mantua, de extraño humor:
Haciendo burlas con él
Toda la mañana ha estado.

FEDERICO.

¡Qué tiempo tan bien gastado!
¡Y qué distinto de aquel
Que en estudios divertido,
Todo el dia se ocupó!
¡Y qué dignamente yo,
Quejoso y agradecido,
A un tiempo gusto y pesar
Hoy, hallando á los dos, muestro,
Al uno con su maestro
Y al otro con su juglar!
Y puesto que á aquel dejé
Por no estorbar ejercicio
Tan justo, deste, que es vicio,
La ocupacion entraré
A embarazar.

ESCENA III.

PERNÍA Y FADRIQUE, *dentro.*—DICHOS.

PERNÍA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

FADRIQUE. (*Dentro.*)

Tenedle.

(*Ruido de risa dentro, y sale Pernía escupiendo sangre.*)

PERNÍA.

Jurado á Dios,
No pare...

FEDERICO.

¿Qué es esto?

PERNÍA.

¡Vos
Estáis, gran señor, aquí!

FEDERICO.

Aquí estoy, y saber quiero
Quién sois y por qué os quejais.

PERNÍA.

Huélgome, porque me hagais
Una justicia que espero.
Quién soy, no habré menester
Decirlo, puesto que ya
La querella lo dirá,
Que ante vos he de poner.

FEDERICO.

Decid

PERNÍA.

Aquesta mañana
En aquese cuarto entré
De vuestro hijo, porqué
A mí me hace el gusto llana
Cualquiera entrada.

FEDERICO.

¡Ah! ¿sí?
Ya sé quién sois.

PERNÍA. (*Cúbrese.*)

Pues despues
De haber dos horas ó tres
Que chistoso padecí
Baldones de sobrenombre,
Del Príncipe hinche y encaje,
Agudo alfiler de paje,
Pescozon de gentil hombre,
Se resolvió la cuestion
En que una muela vendiera,
Aunque de extraña manera.
Concertóse en un doblon
De á cuatro, y porque provoque
A mas risa y á mas fiesta,
Fué el barbero una ballesta
Y su gatillo un bodoque.
Una cuerda de vihuela
Fuerte en el bodoque ataron,
Y el otro cabo apretaron
En la condenada muela.
Con gafa el arco se armó,
Y en el aire disparado,
El tal bodoque enramado
Tras sí la muela llevó
Donde el aire fué servido.
Yo pues, para mi consuelo,
Al doblon de á cuatro apelo
Y en sangrienta voz le pido.
Dice el Príncipe que no
(Aquí entra la querella)
Era (¡qué maldad!) aquella
La muela que él concertó.
Porque habiendo yo, señor,
Dicho que barato hacia
Della, porque la tenía
Dañada y con gran dolor,
Dice que se ha de apurar
Si era aquella ó no era aquella;
Y así, que vaya por ella,
O no la quiere pagar.
Ahora alego yo en tu sala

Que mia será la pena,
Pues le he vendido la buena
Y me quedé con la mala.
El dice que la dañada
Concertó, y que no cumplí:
Que no ha de pagar, ó aquí
He de padecer gatada.

FEDERICO.

¿Qué es gatada?

PERNÍA.

Atento escucha:
Dirételo en breve rato.
Atase á una soga un gato
Y cuélgase á una garrucha:
Este se ha de recibir
Aporreado en tal lugar,
Que por ser particular,
No te lo puedo decir:
De suerte que cuando baja
Con su cólera rabiosa,
Como la parte es ventosa,
Como ventosa la saja.
Tiran del gato, despues
Que muy bien la presa ha hecho,
Y llévase un hombre al techo.
Esta la gatada es.
Mira tú con tu cordura,
Si aquesta es pieza tan leve,
Que será bien que la lleve
La muela de añadidura.

FEDERICO.

¡Qué crueldad! Qué tiranía!
Nombre de hombre no merece
Quien tal hace y tal padece.
Vos ¿cómo os llamais?

PERNÍA.

Pernía.

FEDERICO.

Justo es que yo satisfaga
Vuestra queja.

PERNÍA.

¡Gloria á Dios
Que hay justicia!

FEDERICO.

¿Pedis vos
Mas de que justicia os haga?

PERNÍA.

No pido mas de que notes
Si habré merecido bien
El doblon.

FEDERICO.

A ese hombre dén
El doblon... y cien azotes.

PERNÍA.

Basta el doblon.

FEDERICO.

No hace tal.—
Llevadle presto.

PERNÍA.

¿Por qué
Tal rigor en tí se ve?

FEDERICO.

Por vagamundo y por mal
Entretenido.

PERNÍA.

Señor,
Que oigas mi disculpa pido.
Si soy mal entretenido,
Soy buen entretenedor:
Con que á tu justicia atajo
La instancia de vagamundo,
Pues nadie vivió en el mundo,
Mas que yo, de su trabajo.

FEDERICO.

Llevadle.

PERNÍA.

Pues ¿para qué
En eso se han de ocupar?
No tienen que me llevar;
Que yo, gran señor, me iré.

FEDERICO.

Pues idos de Mantua luego,
Porque no habrá apelacion
Si os hallo en otra ocasion.

PERNÍA.

Nada en mi descargo alego.
Tus ojos no me verán
Mas en Mantua desde hoy,
Y de no parar, te doy
La palabra, hasta Milan,
Donde mas que principotes
De mí su infanta gustó.—
Cobre ucé el doblon; que yo (*Á Fabio.*)
Le libro por los azotes. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FADRIQUE, CRIADOS. — FEDERICO. MARCELO, FABIO.

FADRIQUE.

¿No le tuviérais aquí
Para que con él hiciera
Otra burla?

FEDERICO.

Tente, espera.

FADRIQUE.

Señor, ¡aquí estabas!

FEDERICO.

Sí,
Aquí estoy viendo y sintiendo
En cuán buena ocupacion
Divertido estás.

FADRIQUE.

No son
Culpables, segun entiendo,
En mí estas ocupaciones.
¿En qué me he de entretener
Sino en cosas de placer?

FEDERICO.

Dices bien; pero en acciones
Mas nobles, Fadrique, está
De los príncipes el gusto.
¿No hay divertimiento justo
Que pueda ocuparte?

FADRIQUE.

Ya
Querrás persuadirme á que,
Como Cárlos, todo el dia
Estudie filosofía,
Y sobre un libro me esté
Con un maestro viejo al lado,
Hablando siempre de véras.
Tú, señor, ¿no consideras
Que yo no he de ser letrado?
Fuera de que no he nacido
Tan necio, que haya de que
Murmurarme; que bien sé
Cuanto á un príncipe es debido.
Una cosa es estudiar,
Y otra cosa es no saber
Mas de lo que es menester.

FEDERICO.

Sea así; que si apurar
Quise al discurso el rigor,
Fué porque hallarte condeno,
Si no, hijo, en lo mas bueno,
Divertido en lo peor.

FADRIQUE.

¿Es lo peor á un juglar
Hacer una burla?

FEDERICO.

Sí,
Que es crueldad tratar así
A un hombre, y es enseñar
A rigor el pecho.

FADRIQUE.

Si él
Pone en precio su castigo,
El es el cruel consigo;
Que yo no lo soy con él.
La crueldad fuera tener
Con tales hombres piedad.
Y en fin, si aquesto es crueldad,
¿En qué me he de entretener?

FEDERICO.

Que hay mil ejercicios, nota,
Dignos: danzar, tornear...
¿No hay caballos, no hay jugar
Armas, trucos y pelota?

FADRIQUE.

¡Yo danzar y tornear! ¿No
Será mas grandeza, di,
Que otros me hagan fiesta á mí,
Que no hacer fiesta á otros yo?
Ponerme á caballo, igual
Riesgo tiene; porque quien
Me ve andar en él mas bien,
Me dice que lo he hecho mal.
En cuanto á armas, que hay destreza
No ignoro, que tiene maestros
Insignes; mas los mas diestros
Sacan rota la cabeza.
Y así, no quiero aprender
Ciencia de tan grande engaño,
Que se sabe todo el año,
Y no cuando es menester.
Pelota y trucos servil
Ejercicio son. ¿Molido
Me han de ver de haber corrido
Tras un cuero y un marfil
Todo el dia?

FEDERICO.

¿No te da
Envidia cuán celebrado
Cárlos vive, cuán amado
De toda la corte está
Por aquestas gracias?

FADRIQUE.

No.
Tenga él su habilidad;
Que en mí es mas autoridad
No tener alguna yo.
De un parto habemos nacido
Los dos, sin saber cuál fué
Mayor, y yo pienso que
Mayor debo de haber sido,
Al ver sus habilidades:
Y en justa razon lo fundo;
Que es muy del hijo segundo
Nacer con agilidades.

ESCENA V.

CÁRLOS, ENRIQUE. — DICHOS.

CÁRLOS.

Díjome Enrique, señor,
Que en mi cuarto me has buscado,
Y sentí no haberme dado
Cuenta de tan gran favor,
Para que luego viniera,
Arrojándome á tus piés,
A besar tu mano, que es
El punto, centro y esfera
De mi vida, y á saber
En qué te puedo servir.
Puesto que tardé en oir,
No tarde en obedecer.

FEDERICO.

En dos forzosos intentos
Hablar á los dos quisiera.—
Salíos todos allá fuera.—
(*Vanse los criados.*)
Estadme los dos atentos.

ESCENA VI.

FEDERICO, CÁRLOS, FADRIQUE.

FEDERICO.

Ya sabeis las grandes guerras
Que, heredados enemigos
El gran duque de Milan
Filiberto y yo, tuvimos.
Ya sabeis á cuántas ruinas
Estos estados rendidos,
Para padecer se vieron
El último parasismo.
Ya sabeis, en fin, que de uno
Y otro el poder extinguido,
Hizo la necesidad
Treguas que el valor no hizo;
Y que él y yo retirados
Dos años há que vivimos,
Ahorrando saños que el tiempo
Gaste despues en castigos.
En este intermedio pues,
Filiberto ha pretendido
Muchas veces mi amistad
Con cuerdo y prudente aviso:
A que yo, ni despidiendo
Ni aceptando, he respondido
Neutral siempre, por tener
Abiertos los dos caminos
De la paz y de la guerra,
No negándole á mi arbitrio
El uso de la eleccion
Que le dicten sus designios.
Pues hoy Filiberto ha hallado
Un medio con que ha podido
Obligarme á hacer las paces,
Sin dejar á mi albedrío
Qué dudar ni qué elegir;
Porque viene con partidos
Tales, que han sabido hacerse,
De voluntar os, precisos.
Con Lotario, un deudo suyo,
Que á Mantua, de Milan, vino,
Me escribe que... Mas la carta,
Mejor que yo, ha de decirlo.
(*Lee.*) «Muchos medios ha buscado
»El deseo y gusto mio
»Para que entre los dos cesen
»Nuestros rencores antiguos.
»A ninguno vuestra Alteza
»Derechamente ha salido,
»Sino respondiendo siempre
»Sospechoso en sus estilos.
»Yo, deseando acabar
»De una vez con homicidios,
»Desdichas, estragos, muertes,
»Pérdidas, robos, delitos
»Que siempre acarrea la guerra;
»De mi parte determino
»Hacer todo lo que puedo
»Por hacer virtud del vicio.
»Diana, mi única hija,
»Sea el íris cuyos visos
»Gratos á los dos, serenen
»Diluvios que no ha podido
»El tiempo; y así, os la ofrezco
»Para uno de vuestros hijos.
»Fadrique y Cárlos nacieron
»Juntos, y segun he oido,
»La vida de mi señora
»La Duquesa, en el peligro
»De su parto, embarazó
»Las matronas, que en olvido
»Pusieron el señalar
»Al primero; y pues los miro
»Tan iguales á los dos,
»De los dos ninguno elijo.
»El que vos quisiereis, sea
»Su esposo; pero advertido
»De que ha de heredar mi casa,
»Renunciando por escrito
»Todo el derecho á la vuestra,
»Y mis armas y apellido
»Ha de conservar: con esto
»Yo habré el gusto conseguido
»De echar la guerra de Italia,
»Y vos veréis convenidos
»A los dos, sin que ese Estado
»Llegue á verse dividido;
»Supuesto que al que dejare,
»Por ser heredero mio,
»De serlo vuestro, Diana
»Y Milan, bien imagino
»Que puedan desagraviarle:
»Desta conveniencia fio
»Tanto, que ya como cosa
»Hecha y asentada, firmo.—
»El gran duque de Milan,
»Filiberto vuestro amigo.»
Esto escribe el Duque, y yo,
Gustoso y agradecido
A sus deseos, intento
Responderle con los mismos.
A ninguno está mejor
Que á mí, pues así consigo
(Como él dice) que mi Estado
Nunca parcial ni diviso
Llegue á verse, y que los dos
Dos estados tan altivos
Tengais. Lo que resta ahora
Es, como hermanos y amigos,
Que los dos os convengais.
Milan estado es mas rico
Que Mantua: si de la patria
El heredero cariño
Os llama, en Diana hermosa
Disculpas hay: conveníos;
Que uno ha de casar con ella,
Y otro ha de mandar conmigo.

CÁRLOS.

Con tu licencia, señor,
Y de mi hermano, imagino
Que hablando el primero yo,
Está todo concluido.

FEDERICO.

Di.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Lo que Cárlos elija,
Puesto que es tan entendido,
Será lo mejor; y así,
Lo que él eligiere elijo.

CÁRLOS.

Bien te acordarás, señor,
Que á Mantua la nueva vino
De unas justas de á caballo
Que el gran príncipe de Ursino,
Como deudo de Diana,
Mantenia en su servicio,
Sustentando que era ella
De amor el mayor prodigio.
Bien te acordarás tambien
Que, á tu obediencia rendido,
Te pedí para ir á verla
Licencia, y que tú indeciso
Me la negaste, temiendo
Que yo fuese conocido
En la corte de Milan,
Siendo el Duque tu enemigo:
A que yo te di palabra
De ir secreto y escondido,
Tanto, que nadie supiese
Que era, gran señor, tu hijo.
Que me la otorgaste en fin,
Y que yo, nada lucido,
Salí de Mantua, quitando
A tu temor los indicios.
Pues oye desde aquí ahora
Lo que hasta aquí no has sabido.
Aunque de Mantua salí
De la manera que he dicho,
Ya tenia yo en Milan
Mis caballos prevenidos,
Criados, armas, libreas,
Joyas, plumas y vestidos.
Llegué á Milan de secreto
Antes de la justa cinco
O seis dias: la ciudad
Llena hallé de regocijos,
A que yo, como extranjero,
Muy particular asisto
De dia; pero de noche
El mas galan y lucido,
De máscara á los festines
De palacio iba. No pinto
Dellos la grandeza ahora,
Por no parecer prolijo;
Solo no podré excusarme
De pintar el peregrino
Bello celestial sugeto
De Diana, donde quiso
Esmerarse el cielo todo,
Pues tan despacio la hizo,
Que fué singular cuidado
De sus estudios divinos.
Las poéticas pinturas,
Los retóricos estilos,
Que de los rayos del sol
Han coronado los rizos
De una beldad; que de grana
Y nieve han hecho los visos
De sus mejillas, mezclando
Los dos colores distintos;
Que arcos de amor á las cejas,
A los ojos dos zafiros,
Menudas perlas los dientes,
Los labios claveles finos,
Torneado alabastro el cuello,
Las manos marfiles lisos;
Si es que lo han dicho por ella,
Verdad, gran señor, han dicho.
No vió el sol tal hermosura
En cuantos rumbos y giros
Hay de un polo al otro polo
Por azul campo de vidrio.
Vila y améla, señor,
Y todo tan de improviso,
Que no sé si haberla amado
Fué aun ántes de haberla visto.
Absorto quedé al mirarla,
Y tanto, que suspendido
A mí mismo, de allí á un rato
Me pregunté por mí mismo.
No digan que ha menester
Tiempo Amor, porque si ha sido
Dios, en Dios no se da tiempo;
Presentes tiene los siglos.
Empezó el sarao por ella,
Porque el príncipe de Ursino
La sacó á danzar; y yo,
Que tan airosa la admiro,
Me cobré, diciendo á voces
A mi confuso albedrío:
«Albricias, que no es deidad
Imposible la que sigo:
Mujer es, puesto que hacer
Tanta mudanza la miro.»
Al maestro del festin
Lugar pedí, habiendo dicho
Un nombre supuesto, y él
Me le concedió. En el sitio
Apénas me puse, cuando
(Aquí no importa decirlo)
El precio de mas galan
Me dieron: amor lo hizo.
Dancé con ella, sin darme
La mano, porque es estilo
No dar la mano la Infanta
A nadie; y así, de un limpio
Blanco lienzo, por las puntas
Danzamos los dos asidos.
Que comunica el veneno
Un nocivo pez, he oido,
Al incauto pescador
Por la caña y por el hilo:
Verdad debe de ser, puesto

Que ese monstruo peregrino
Por el contacto del lienzo
Me comunicó su hechizo.
Miéntras danzaba con ella
Pude decirla al oido :
« O la mejor, ó ninguna,
Siempre escogió mi albedrío : »
De donde para la empresa
Se ocasionó mi motivo.
Llegó de la justa el dia;
Y cuando ya estaba el circo
Con naturales y extraños
Caballeros, sin padrino
Ninguno, de negro y oro,
En un caballo morcillo,
Que viéndome entrar tan mudo,
Con noble, lozano instinto,
Al compas de las trompetas
Respondia con relinchos,
La tela ocupé, calada
La sobrevista, que Olimpo
De negras plumas, mosqueadas
De átomos de oro á los visos
Del sol, desesperacion
Y tristeza, afectos mios,
Publicaba en los colores
De lo negro y lo pajizo.
Dí la tarjeta á los jueces,
Ya que me ocasionó el dicho
Lo que en el festin la dije,
Para hacerme conocido.
Y así la empresa, señor,
Era un coronado risco
Cubierto de varias flores,
Y en el mas ameno sitio
Una bellísima rosa
Con esta letra por friso :
Fortuna,
O la mejor ó ninguna.
Empezáronse á correr
Las lanzas, adonde hizo,
Dando y negando los precios,
La gran fortuna su oficio.
Llegó mi puesto; y apénas
En la estacada me miro,
Cuando un clarin hizo seña
De embestir: á cuyo aviso
Respondió el bruto tan pronto,
Que dió á entender que era hijo
Del viento, y le obedecia
Aun en bronce repetido.
La primera lanza iguales
El Príncipe y yo corrimos,
Síncopa de la carrera,
Pues juntó el fin y el principio.
En la segunda, al rencuentro
Cargo el cuerpo en los estribos,
Doy de los piés al caballo,
El cuento en el ristre afirmo
Con tal dicha, que gozando
De su movimiento mismo,
Sacándole del borren,
Por las ancas le derribo.
Cayó en el suelo; acudieron
Sus deudos y sus amigos,
Para vengar el desaire.
Los extranjeros, movidos
Como era causa de todos
Tener hecho bueno el sitio,
Se pusieron á mi lado;
Y alterado y confundido
El campo en civiles guerras,
Confusion, voces y ruido
Fué, sin que el Duque bastase
Todo el dia á dividirnos,
Hasta que la negra noche
A ponernos en paz vino.
Aquesta misma salí
De Milan; mas tan rendido
A la beldad de Diana,
Que á pesar del dolor vivo.
El verla tan imposible
La causa, señor, ha sido
De la gran melancolía
Que padezco : los retiros
En que me ocupo, tomando
Por medicina los libros,
Desto nacen. Pues el cielo
A las manos ha traido
La ocasion en que yo pueda
Vencer mis hados esquivos
Y hacer mi suerte dichosa,
Como á padre te suplico,
Y como á hermano te ruego,
Que yo sea el elegido
Hoy de los dos para esposo
De Diana, luz que sigo,
Sol que adoro, bien que busco,
Vida que amo, alma en que animo,
Y finalmente deidad
Que idolatro y sacrifico.

FEDERICO.

Ménos encarecimientos,
Cárlos; que no son precisos
Para que tu amor consigas
Hoy con Fadrique y conmigo.

FADRIQUE.

Sí son, señor, y aun no bastan
Para que queden vencidos
Mis deseos, cuando yo
A la misma gloria aspiro.
Yo he de casar con Diana,
O quejoso y ofendido
De tu amor he de vivir,
Si es Cárlos el preferido.

FEDERICO.

Cuando pensé que de entrambos
Competencia hubiera sido
El quedar conmigo en Mantua,
¿Sin mí lo es á Milan iros?

FADRIQUE.

Por mi parte, sí, señor.

CÁRLOS.

Yo lo erré en no haber dicho
Que en Mantua queria quedarme,
Pues entónces, imagino
Que tú en Mantua te quedaras
Contento; que otro motivo
No tienes para elegir
Ir á Milan, que haber visto
Que eso es lo que yo deseo.

FADRIQUE.

¿Pues no tengo yo mis cinco
Sentidos, mis tres potencias,
Mi eleccion y mi albedrío,
Para saber escoger
Lo mejor?

FEDERICO.

Cuando haya sido
Lo mejor, Fadrique, habiendo
A Cárlos tu hermano oido
Su pasion, hacer debieras
Del interes desperdicio.

FADRIQUE.

Yo tambien tengo pasion,
Tambien de Diana vivo
Yo enamorado.

CÁRLOS.

¡Tú! ¿Cómo,
Si nunca á Diana has visto?

FADRIQUE.

Sí he visto.

FEDERICO.

¿Cómo, si nunca
De Mantua un punto has salido?

FADRIQUE.

En Mantua la he visto.

CÁRLOS.

¿Cuándo,
Si ella nunca á Mantua vino?

FADRIQUE.

Sí vino, y yo la ví en Mantua,
Y basta que yo lo digo.

FEDERICO.

¡En Mantua Diana!

FADRIQUE.

Sí.

CÁRLOS.

¿De qué suerte, ó cómo?

FEDERICO.

Dilo.

FADRIQUE.

En un retrato pintada.
(*Ap.* Bien del empeño he salido.
¡Qué linda cosa es tener
Ingenio! Miren si afirmo
Yo bien que un buen natural
No necesita de libros.)

CÁRLOS.

Una pintura no es
Bastante objeto al activo
Incentivo de amor.

FADRIQUE.

Yo
No entiendo bien de incentivos
Ni objetos, y solo sé
Que á una pintura me rindo.
Y ello, sea como fuere,
Yo tengo de ser marido
De Diana.

CÁRLOS.

Si pudiera,
Señor, acabar conmigo
El desistir desta dicha,
En tus manos mi albedrío
Pusiera á que usaras dél;
No puedo, porque no es mio.
A mí me has de hacer dichoso.

FADRIQUE.

De ser Cárlos preferido,
No me has de ver en tu vida.

FEDERICO.

Igualmente sois mis hijos,
Y estáis empeñados ambos;
Pero ya un medio previno
Mi industria. Yo escribiré
Al Duque, que tanto estimo
La conveniencia que trata,
Que á entrambos á dos envio
A Milan para que sirvan
A Diana, y elegido
Sea della, y no de mí,
El dichoso.

FADRIQUE.

Bien has dicho.

CÁRLOS.

Tú no estás enamorado,
Pues das tu amor á partido.
Déjame, Fadrique, aquesta
Dicha, y siempre agradecido
Me confesaré tu esclavo.

FADRIQUE.

No puedo, porque no es mio
Mi albedrío.

FEDERICO.

Esto ha de ser,
Y así al punto habeis de iros.

CÁRLOS.

Eso es querer que seamos,
No hermanos, sino enemigos.

FEDERICO.

En sagrados galanteos
No hacen los celos su oficio.
Id pues á Milan los dos,
Servid amantes y finos,

Y esté mal con su fortuna
Quien la pierda, y no conmigo. (*Vase.*)

FADRIQUE. (*Ap.*)

Diana, sin conocerte,
Voy á amarte por capricho.
Necio dicen que soy: hazme
Dichoso, y seré entendido. (*Vase.*)

CÁRLOS.

En competencia de otro,
Diana, á servirte me animo.
Cuerdo he sido: no me haga
Necio tu desden esquivo. (*Vase.*)

—

Jardin del palacio ducal, en Milan.

ESCENA VII.

DIANA, ESTELA, FLORA, NISE, CLORI.

ESTELA.

En esta apacible esfera,
Donde cortesanas flores
Con vanidad lisonjera
Siempre están diciendo amores
A la fértil primavera,
Dando envidia hermosa á Flora,
Desconfianzas al dia,
Celos á la blanca aurora,
Puedes divertir, señora,
Tu grave melancolía.

DIANA.

¡Ay Estela! que no fuera
Mi melancolía grave,
Si este alivio permitiera,
Porque no es pasion severa
La que divertirse sabe.

FLORA.

Tambien desesperacion
Es no tratar resistir
La fuerza de una pasion.

DIANA.

Eso se le ha de decir,
Flora mia, al corazon.
¿Qué me importará á mí hacer
Esfuerzos para vencer,
Si él en tan dudosa calma
Es libre pais del alma,
Y no quiere obedecer?

NISE.

Ninguna te ha merecido
Saber cuál la causa ha sido
Que á este extremo te obligó.

DIANA.

No puedo decirla yo,
Porque aun yo no la he sabido.

CLORI.

Desde el dia que mantuvo
Aquella justa el de Ursino,
Mas placer en ti no hubo.

ESTELA.

Si yo la causa en que estuvo
Tu sentimiento, adivino,
¿Confesarásla?

DIANA.

Es error
Decir que sí; que al rigor
La causa ignoro cruel.

ESTELA.

Hasta que se cae en él,
Tal vez se ignora un dolor

DIANA.

Si tú le hallas, sí diré.

ESTELA.

Yo he presumido que fué
Que el de Ursino, te ha pesado
Que vuelva tan desairado.

DIANA.

Pues haste engañado á fe.

FLORA.

Distinta la causa ha sido
En que habia discurrido
Yo.

DIANA.

Tambien te la diré.

FLORA.

Por Milan se dice que
A Mantua Lotario ha ido
A tratar tu casamiento
Con el uno de sus dos
Príncipes; y el sentimiento
Es rendir tu pensamiento
Al ciego vendado dios,
A quien siempre le ha negado
Vasallaje tu rigor.

DIANA.

Algo mas has despertado
El dolor; mas no el dolor
De que nace mi cuidado.
Bien pudiera mi pasion
Nacer de que tanto importe
Forzar yo mi condicion;
Mas mujeres de mi porte
No casan por eleccion.
Y así, puesto que ha de ser,
A mi padre le tocó
Tratar, á mí obedecer.

NISE.

Ahora me sigo yo.
Pero conviene á saber
Que yo á adivinar aquí
Tu tristeza no me atrevo.
¿Quieres oir un tono nuevo
Que anda ahora valido?

DIANA.

Di.

NISE. (*Canta.*)

Fortuna,
O la mejor ó ninguna.

DIANA.

Aguarda. ¿Quién escribió
Esa letra?

NISE.

El caballero
Que de negro y oro entró
En la justa aventurero,
Aqueste mote sacó,
Y un ingenio le ha glosado
Para poderse cantar.

DIANA.

Prosigue; (*Ap.* que tú has hallado,
Sin quererle, Nise, hallar,
El dolor de mi cuidado.)

NISE. (*Canta.*)

En los jardines de amor,
Por mas bella y mas hermosa,
Emperatriz es la rosa
De toda vasalla flor;
Y puesto que por mejor
La corona su beldad,
Sepulcro mi vanidad
Haga de su verde cuna.
Fortuna,
O la mejor ó ninguna.

DIANA.

No cantes mas.

ESTELA.

Pues ¿de qué
Te has disgustado?

DIANA.

No sé.
La música me cansó.

FLORA.

¿No te agrada el tono?

DIANA.

No.

CLORI.

Pues bien celebrado fué
En Milan.

DIANA.

Bien me parece
Que esos aplausos merece;
Mas música, cierto es ya
Que alegra al que alegre está,
Y al que está triste entristece.
Desto, Estela, habrá nacido
La causa, porque me dió
Pesadumbre haberla oido.
(*Ap.* ¡Ojalá no hubiera sido
Otra la que lloro yo!
Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!
¡Yo tan claramente digo
Que oir el mote sentí!
Pero ¿qué importó conmigo
A solas? Mucho; y así
Este pesar me he de dar:
Dejarme vencer no es justo
Del dolor.) Vuelve á cantar.
(*Ap.* Mas ¡ay! que es hacerme un gusto,
Queriendo hacerme un pesar.)

NISE. (*Canta.*)

Fortuna,
O la mejor ó ninguna.

ESCENA VIII.

PERNÍA, *embozado con capa de grana y sombrero de plumas.* — DICHAS.

DIANA.

Suspende, Nise, la voz,
No por la primera causa
Que la suspendió otra vez
El precepto de mis ansias,
Sino por otra, que á mas
Extremos que la pasada,
Obliga. ¿Qué hombre es aquel,
Que á la retirada estancia
Destos hermosos jardines,
Adonde estoy con mis damas,
Se atreve á entrar?

ESTELA.

En el rostro
El embozo de la capa,
No le deja conocer.

DIANA.

Dad voces que entre la guarda
A despejarle.

PERNÍA. (*Embozado.*)

No dé
Voces, sino es la que canta;
Que no gustaré de oir otras:
Aquesas solas me agradan,
Y quiero hacerla favor
Segunda vez de escucharlas.
Prosigue el tono; que no
Te faltará cualque alhaja;
Que en mi recámara hay
Para este efecto, á Dios gracias,
Desde el tiempo de los cuellos,
Unas calzas atacadas,
Con tales bordes, que puestas
Debajo de las enaguas,
Servirán de guardainfante.

DIANA.

¿Quién vió desvergüenza tanta?
¿El osado atrevimiento
De entrar aquí, no bastaba,
Sino el hablarme de burlas?
Hombre que el claustro profanas
Del templo de Amor, adonde
Tiene el respeto sus aras,

¿Quién te ha dado presuncion
De poner aquí las plantas?

PERNÍA.

Amor, poderoso rey
De las vidas y las almas.

DIANA.

Aun mas que con la osadía,
Con ese nombre me agravias.
¿Qué es amor?...

ESTELA.

Yo he de quitárle
El embozo de la cara,
Y ver quién es. (*Descúbrele.*)

PERNÍA.

Pues con eso
Acabóse la maraña.

DIANA.

Loco, ¿tú eres?

PERNÍA.

Pues ¿quién,
Señora, hasta aquí llegara
Sino yo, con la licencia
De estar confirmado en gracia
Tuya? Hasta tu cielo entré,
Y viendo cuán triste estabas,
Quise darte este picon,
Á que ocasionó esta gala.
Ahora la menor hoja
De aquesa azucena blanca
Me da á besar.

DIANA.

Yo confieso
Que me tiene disgustada
La burla; mas te agradezco
Tanto el que vuelvas á casa,
Que te la he de perdonar.
Toma, y del suelo levanta.

ESTELA.

Medrado vienes, Pernía,
De plumas, telas y grana.

PERNÍA.

Como he andado á pecorea,
Vengo lucido de alhajas.

CLORI.

¿Quién te dió aqueste vestido?

PERNÍA.

El gran duque de Ferrara;
Mas buen susto me costó,
Y partíme para Mantua.

DIANA.

¿En Mantua has estado?

PERNÍA.

Sí.

DIANA.

Huélgome, porque me hagas
Relacion de quiénes son
Sus príncipes.

PERNÍA.

Lindas lanzas.
El uno es un saturnino,
De aquellos que apénas hablan
Dos razones entendidas,
Y estas dos muy ponderadas.
Quise embestirle, y echóme
Muy mucho de noramala;
Que es hombre todo de véras,
Y tiene en el mundo fama
Del hombre mas entendido
Que hoy se conoce en Italia.
El otro es un majadero,
Si es majadero el que guarda
Sus doblones, caprichoso,
De presumida arrogancia
Y vanidad. Allá tuve
Con él no sé qué demandas
De cuatro escudos.

DIANA.

En fin,
¿Todo ese discurso pára
En que el uno es entendido
Y otro necio?

PERNÍA.

Sí, madama.

DIANA.

¿Mas que me cabe á mí el necio,
Segun soy de desdichada?

ESTELA.

¿Y cuál es el entendido?

PERNÍA.

Llámase...

ESCENA IX.

EL DUQUE FILIBERTO. — DICHOS.

FILIBERTO.

¿Qué haces, Diana?

DIANA.

Oyendo estaba á este loco,
Que ha divertido mis ansias.

FILIBERTO.

Daréle yo este diamente,
Porque á divertirte basta.

PERNÍA.

Divertiré yo á este precio
A un ginoves, cuando haga
Asientos en su favor.

FILIBERTO.

Véte, y allá fuera aguarda.
(*Vase Pernía.*)

ESCENA X.

FILIBERTO, DIANA, ESTELA, FLORA, NISE, CLORI.

FILIBERTO.

Ya, Diana, te dí cuenta
De como darte trataba
Esposo, y que habia de serlo
Fadrique ó Cárlos de Mantua.
A esto Lotario partió,
Y es la respuesta, que tanta
Codicia en los dos ha puesto
Tu hermosura soberana,
Que entrambos la patria propria
Dejan por la ajena patria.
Viendo su gran competencia
El Duque, á entrambos les manda
Vengan á servirte, y que
Se corone de esperanzas
Aquel que en tu galanteo
Llegue á merecer tu gracia.
A aquesto vienen los dos
Con sus familias y casas,
Sus caballos y libreas,
Diamantes, plumas y galas;
Y con tanta prisa, que
Dándoles Amor sus alas,
Han llegado hoy á Milan,
Y ahí fuera licencia aguardan
Para besarte la mano.
Yo, porque estés avisada
De todo, entré á prevenirte.
Examina, mide y tasa
Cuál te agrada para esposo;
Que aunque nacen destinadas
Las mujeres como tú
A no elegir con quien casan,
La novedad hoy dispensa
Albedrío con que hagas
Eleccion. Por excusar
De tus mejillas al nácar,
Mas respuesta que decirles
Que entren, no espero, Diana.
(*Llega hasta la puerta, y vuelve con los Príncipes.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS, FADRIQUE, ENRIQUE, MARCELO Y ACOMPAÑAMIENTO, *vestidos de color*. — DICHOS.

DIANA.

¿Hay, Estela, igual suceso?

ESTELA.

Mejor que tú imaginabas
Ha sido.

FLORA.

¿Que no dijese,
Para estar mas avisada,
Pernía cuál era el necio?

DIANA.

¿Eso, Flora, te embaraza?
No está un necio conocido
A la primera palabra?

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué hermosura tan divina!.

FADRIQUE. (*Ap.*)

¡Qué beldad tan soberana!.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Turbado he quedado al verla.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Absorto estoy al mirarla.

CÁRLOS. (*Ap.*).

Si no llego á ser ceniza
De aquella encendida llama,
¿Para qué añades mas fuego,
Amor? El pasado basta.

FADRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué nuevo afecto ; ay de mí!
Es el que siento en el alma
Despues que la ví, que á un tiempo
La voz hiela, el pecho abrasa?

FILIBERTO.

¿De qué os suspendeis? Llegad;
Que esta es, Príncipes, Diana.

CÁRLOS.

Agravio has hecho, señor,
A nuestro conocimiento
En advertirnos atento
Cuál es el rayo de amor.
Bien entre una y otra flor,
Por mas pura, por mas bella,
La rosa se admira al vella;
Bien entre una y otra rosa,
Por mas brillante y hermosa,
Se hace distinguir la estrella;
Bien en el mas lisonjero
Imperio de estrellas, ya
Entre una y otra se da
A conocer el lucero;
Bien en el claro hemisfero,
Entre uno y otro farol
De luceros, su arrebol
La luna ostenta oportuna;
Bien entre una y otra luna
Se sabe cuál es el sol.
Bien así en la soberana
Beldad desta verde esfera
Nuestra atencion conociera
Entre todas á Diana;
Porque su beldad ufana
Es la rosa entre las flores,
La estrella entre los candores,
Lucero entre las estrellas,
Luna entre breves centellas,
Y sol entre resplandores.
A tus piés turbado llego:
Disculpe mi turbacion
La precisa admiracion
De ver juntos nieve y fuego.
Que es desatencion, no niego
En competencia tan fuerte,

Llegar aquí; pero advierte
Que esta leve confianza
No nace de la esperanza,
Señora, de merecerte.
En lo inmenso no se da
Medida: del sol la lumbre
Distante está de la cumbre
Del Olimpo, cuanto está
Del mas hondo valle: ya
Que inmensa es tu beldad bella,
Suba á la cumbre mi estrella
De su luz, no por pensar
Que á tocarla he de llegar,
Sino por llegar á vella.

ESTELA. (*Ap.*)

¡Qué atento y galan habló!

FLORA. (*Ap.*)

¡Qué cuerdas cortesanías!

FADRIQUE.

(*Ap.* Tras tantas filosofías,
¿Qué tengo de decir yo?
Pero ahora se me acordó
Un mote que á él mismo oí,
Y no viene mal aquí.)
Aunque á veros he llegado
Sin estar enamorado,
Desde el instante que os vi,
Me parece que lo estoy
Muy superlativamente,
Porque lo que el alma siente
No lo ha sentido hasta hoy.
Mil alabanzas os doy,
Porque en todas no hay alguna
Que iguale vuestra fortuna,
Y yo os he de merecer,
Porque para mí ha de ser
O la mejor ó ninguna.

CÁRLOS. (*Ap.*)

De mi mote se ha valido.

ESTELA. (*Ap. á Diana.*)

Bien dijiste tú, que era
A la palabra primera
Cualquier necio conocido.

FLORA. (*Ap.*)

¡Qué vano!

NISE. (*Ap.*)

¡Qué presumido!

DIANA.

(*Ap.* El mote á entender me ha dado
Que este es el que le ha costado
A mi honor tanto recelo,
Tanto sueño á mi desvelo,
Tanta pena á mi cuidado,
Y es el necio; pero aquí
Disimular importó.)
Cuanto puedo decir yo,
Príncipes, diga por mí
El silencio; y pues que fuí
Tan feliz, callando intento
No agraviar mi sentimiento.
Seais bien venidos los dos.
(*Ap.* ¿Quién juntara en uno ¡ay Dios!
Estrella y entendimiento?

FILIBERTO.

Venid los dos, porque aquí
Cuartos á los dos os dén.

FADRIQUE. (*Ap. á él.*)

Marcelo, ¿no la hablé bien
Y bien despejado?

MARCELO.

Sí.

FADRIQUE.

No lo creyera de mí,
Segun me vi temeroso
Al verla.

CÁRLOS. (*Ap. á él.*)

¡Qué receloso,
Enrique, estoy!

ENRIQUE.

Es en vano.
¿Qué hay que temer?

CÁRLOS.

Que mi hermano
Es necio, y será dichoso.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, ESTELA.

DIANA.

¿Estamos solas?

ESTELA.

Sí estamos.

DIANA.

Pues has de saber, Estela,
Que ya faltó á mi silencio
Márgenes adonde pueda
Caber; y pues explayado
Hoy de sus cotos revienta,
Oyeme tú; que esto solo
Quiere el cielo que le deba,
Pues saliendo de mí, sale
Para quedarse en mí mesma.
Bien te acuerdas que el de Ursino
Con mil amantes finezas
A tratar mi casamiento
Vino á Milan; bien te acuerdas
Que el tiempo, Estela, que estuvo
En Milan, todo fué fiestas.
Pues una noche al sarao
Entró, la máscara puesta,
Un caballero, vestido
De azul y plata, en diversas
Cifras mi nombre bordado
De memorias...— Considera
Si olvidará al caballero,
Quien del vestido se acuerda.
Al maestro de la sala
Del festin pidió licencia
Para danzar: en secreto
Debió de decir quién era.
Sacóme á danzar con él,
Y (¡de cuántas menudencias
Tan particulares una
Memoria loca se acuerda!)
Esa letra que anda ahí
Puesta en tono, que fué empresa
Suya en la justa, me dijo:
Prevenida diligencia
Para que en la justa yo
Le conociese por ella.
El fin que la justa tuvo,
Tú le sabes, pues en guerras
Civiles viste la corte
Con tal confusion envuelta.
La noche la puso en paz,
Y sin que jamas supiera
Quién fuese aquel caballero,
Quedé en Milan. La tristeza
Que desde aquel mismo dia
Quiere el cielo que padezca;
Las melancolías que paso,
Son (aquí de mi vergüenza),
Corrida de que en el mundo
Haya un hombre que merezca
Los suspiros que me debe,
Las lágrimas que me cuesta.
Trató mi padre casarme
En Mantua. Pase mi lengua
Por esto aprisa, pues sabes
La amorosa competencia
De los dos que hoy en Milan
Me sirven y galantean;
Que uno es discreto en extremo,
Con todas las partes buenas
De caballero; que afable
Toda la corte se lleva
Tras sí; que nobleza y plebe
Le aplauden y le celebran;
Que el otro en extremo es necio;
Que vanidad y soberbia
Le deslucen tanto, que
Nadie le estima ni precia;
Y lleguemos de una vez
Al caso, para que veas
Con cuántas causas mis dichas
De mis desdichas se quejan.
Este necio, este de todos
Aborrecido, (¡qué pena!)
Es el mismo del festin
Y la justa, á quien confiesa
Tanta inclinacion el alma.
Mira ahora y considera,
Si habiendo de elegir uno,
Habrá confusion como esta.
Si á Cárlos elijo, voy
Contra el poder de mi estrella,
Que ya inclinada á Fadrique
Me tiene, sin que yo pueda
Echarle de mi memoria,
Por mas defectos que tenga.
Si á él elijo ¡ay cielos! dando
A mi inclinacion la rienda,
Culpable eleccion será,
Pues, en fin, será indecencia
De una mujer como yo
Ver que dos afectos tenga,
Por inclinacion al uno,
Y al otro por conveniencia.

ESTELA.

Con causa, señora, estás
Triste; mas dame licencia
Para hacerte una pregunta.

DIANA.

Ya la tienes.

ESTELA.

¿De qué llegas
A presumir que Fadrique
Aquese embozado sea
De la justa y del festin?

DIANA.

Fácil está la respuesta;
Pues cuando aquí llegó á hablarme,
A la palabra primera,
Entre muchas necedades,
Me repitió de la empresa
El mote, dando á entender
Que él el embozado era.

ESTELA.

¿Tienes mas indicios que ese
Para pensarlo?

DIANA.

No, Estela.

ESTELA.

Pues ese, señora, es
Muy tibio, si consideras
Que los que no saben mucho,
Siempre se valen de letras
Y motes que en otra parte
Oyeron; y estando hoy esta
Tan válida, pensaría
Que era gran gala usar della.

DIANA.

Sola esa breve esperanza
A mi desdicha le queda;
Y para desengañarme,
La primer vez que le vea,
Me he de dar por entendida
De que él fué; y tomando señas
Particulares, salir
Una vez de la sospecha.

ESCENA II.

PERNÍA. — DICHAS.

PERNÍA.

Par diez, señora Diana,
Que mas hallaros me cuesta
Hoy por aquestos jardines,
Que pudiera por las selvas
De Arcadia ó esotra Diana
Que fué deidad de la tierra.

DIANA.

Pernía, ¿de dónde bueno?

PERNÍA.

De cobrar vengo una deuda
Que Fadrique me debia
Desde Mantua.

DIANA.

¿Y dónde queda?

PERNÍA.

El y esotro circunspecto
Andan por redes y rejas
Deste jardin, acechando
Si hay por dónde los dos puedan
Verte.

DIANA.

¿Y has hablado á Cárlos?

PERNÍA.

¿Yo á Cárlos? Ni Dios lo quiera;
Pues ¿cómo he de hablar de burlas
A quien siempre oye de véras?
Todos te culpan, señora,
De que no des la sentencia
Difinitiva á estos novios;
Y yo solo en tu defensa
Digo que tienes razon
De dudar á cuál prefieras;
Porque tan malo es el uno
Como el otro, si se llega
A advertir que para esposo
Es tanta culpa que sepa
Como que ignore: y así,
Tomando en la competencia
Un medio á los dos extremos,
Yo un buen consejo te diera.

DIANA.

¿Y es?

PERNÍA.

Que te cases conmigo,
Que estoy en la region media,
Ni tan sabio que te aflija,
Ni tan necio que te ofenda.

DIANA.

Cierto, que estoy por tomar
El consejo.

ESCENA III.

FLORA Y CÁRLOS, *á la entrada de una calle del jardin.* — DICHOS.

FLORA. (*Á Cárlos.*)

Vuestra Alteza,
Que anda Diana mi señora
Por este jardin, advierta,
Con sus damas, y podrá
Disgustarse de que á verla
Entre, estando en sus retiros
Descuidada.

CÁRLOS.

Flora bella,
No quiera amor que al menor
Disgusto suyo me atreva.
Yo procuraré esconderme
Entre la varia belleza
De sus verdes laberintos.
Por tu vida, que licencia
Me des de entrar, y esta joya,
No dádiva, sino prenda
De voluntad, por fiadora
Saldrá de que te agradezca
Esta dicha eternamente.

FLORA.

No tengo de hacer por ella
Lo que no hago por vos solo.
Perdonadme, y salíos fuera.

CÁRLOS.

En tomando vos la joya,
Me iré; que ya mal contenta
Conmigo estará quien tuvo
Vanidades de ser vuestra.

FLORA.

Sin obligacion la acepto,
Por no parecer grosera.

DIANA.

Flora...

FLORA.

Señora.

DIANA.

¿Qué es eso?

FLORA.

No creyendo que tan cerca
Estuvieses, Cárlos quiso
Ver la hermosa primavera
Deste jardin, y yo estaba
Deteniéndole á la puerta.

DIANA.

Bien esa curiosidad
Pudo excusar vuestra Alteza,
Y mas si sabía que yo
Estaba aquí.

CÁRLOS.

De manera
Turbado he quedado al veros
Disgustada, que aunque quiera
Disculparme, no sabré;
Porque si dice mi lengua
Que no supe que aquí estábais,
Mentirá; y si á decir llega
Que porque lo supe, entré,
Será la verdad la ofensa:
Y así, entre una y otra duda
Se habrá de quedar suspensa,
Pues es tan malo que diga
Hoy verdad, como que mienta.

DIANA.

De aquestos atrevimientos
No puedo yo formar queja,
Pues ya con la dilacion
Les doy, Cárlos, la licencia;
Mas yo me resolveré
Presto, para que no tengan
Lugar estas bizarrías
Con máscara de finezas.

CÁRLOS.

Confieso que á una eleccion
Mi vida pendiente está,
Que su sentencia será
Mi gloria ó mi perdicion;
Pero una satisfaccion
Para consuelo prevengo.

DIANA.

¿Cuál es?

CÁRLOS.

Si á decirla vengo,
No poder vuestra venganza
Quitarme...

DIANA.

¿Qué?

CÁRLOS.

La esperanza.

DIANA.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque no la tengo.

DIANA.

Parece que contradice
A ese modo de sentir,
Veros, Cárlos, asistir
Al premio de mas felice.

CÁRLOS.

Eso á esotro no desdice;
Que el desahuciado de un fuerte
Mal, aunque su muerte advierte,
Los remedios apellida,
No por dilatar la vida,
Mas por no abreviar la muerte.

DIANA.

No hay mas modo de morir
Que el vivir no dilatar:
Luego el desear no abreviar
La muerte, es desear vivir.

CÁRLOS.

Sí; mas débese advertir
Que aunque uno el efecto sea,
La accion con que se desea,
No en sustancia, en accidente,
Puede hacerle diferente.

DIANA.

¿Cómo?

CÁRLOS.

Un ejemplo se crea.
El hombre que es desdichado,
Jamas al bien aspiró;
Con no ver al mal, vivió
En su esfera consolado:
Luego si en aquel se ha dado
Un defecto tan igual
Que al bien y al mal es neutral,
En mí se dará tambien
No desear vivir, que es bien,
Ni desear morir, que es mal.
Y así, en el alto trofeo
A que me veis asistir,
No deseo conseguir,
Solo no perder deseo:
En cuya atencion me veo
Con tanta desconfianza,
Que sombras del bien alcanza,
Asistiendo este favor
Más porque tengo temor,
Que porque tengo esperanza.

DIANA.

Quien al bien no aspira y quien
No siente el mal, claro está
Que ausencia no sentirá,
Pues ni es favor ni es desden:
Y así que os volvais es bien.

CÁRLOS.

Desconfiado mi amor,
Obedezca ese rigor;
Mas si fuere precio justo
De haberos dado un disgusto
Mereceros un favor,
Solamente os suplicara,
Sobornándoos con mi ausencia...

DIANA.

¿Qué?

CÁRLOS.

Que de vuestra sentencia
El dia se dilatara.

DIANA.

Pues ¿por qué?

CÁRLOS.

Porque durara
En la calma de mi estado
Ni envidioso ni envidiado;
Que mas quiero temeroso
Vivir en duda dichoso,
Que de cierto desdichado. (*Vase.*)

ESTELA.

¿Qué ingenio á su ingenio iguala?

PERNÍA.
Tú bien fueras á escucharle.
DIANA.
¿Para qué?
PERNÍA.
Para enviarle
Muy mucho de noramala.
Tanto entendimiento y gala,
Malograrla en un marido
Es lástima
FLORA.
¡Qué entendido!
ESTELA.
¡Qué cuerdo!
DIANA.
No le alabeis
Tanto.
ESTELA.
¿Por qué?
DIANA.
Porque haceis
Nueva guerra á mi sentido.

ESCENA IV.

NISE Y FADRIQUE, *á la entrada de otra calle del jardin.*— DIANA, FLORA, ESTELA, PERNÍA.

NISE.
Mirad que está aquí Diana,
Y se enojará si os doy
Paso.
FADRIQUE.
¿Qué importa que hoy
Vea su beldad ufana
Mal vestida, quien mañana
Mal tocada la ha de ver?
NISE.
A mí me ha tocado hacer
Este reparo.
FADRIQUE.
A mí no;
Y puesto, Nise, que yo
Tu amo tan presto he de ser,
No me disgustes.
NISE.
No sé
Que sea disgusto...
FADRIQUE.
¿Esto pasa?
¿Replicas? Mañana á casa
De tus padres te enviaré.
DIANA.
Nise...
NISE.
Señora...
DIANA.
¿Qué fué
Eso?
NISE.
Fadrique ha querido
Entrar hasta aquí atrevido,
Y porque yo le decia
Que disgustarte podia...
DIANA.
Prosigue.
NISE.
Me ha despedido.
FLORA.
¿Esas joyas da?
FADRIQUE.
Es así,
Porque no ha de haber criada
Tan bachillera, que en nada
Me haya de advertir á mí.
DIANA.
Orden mia fué que aquí
A nadie dejase entrar.
FADRIQUE.
Mia no, y considerar
Debiera que soy mas yo
Que nadie.
DIANA. (*Ap.*)
¿Quién, cielos, vió
En el mundo igual pesar?
¡Que una ciega inclinacion
Obligue á mi vanidad,
Oyendo esta necedad,
A dudar en la eleccion
Con aquella discrecion
De Cárlos! Mas ya que aquí
Hoy ha llegado, ¡ay de mí!
Si él el embozado fué
De justa y sarao sabré.
FADRIQUE.
No os espanteis de que así
Hoy, á riesgo de enojaros,
A este jardin, donde vengo,
Entre á hablaros, porque tengo
Muchas cosas en que hablaros.
DIANA.
Y yo dispuesta á escucharos
Estoy ya, porque no entreis
Otra vez adonde os veis.
Decid pues lo que intentais.
FADRIQUE.
Que tan gran merced me hagais,
Señora, que os declareis
De una vez, y no dudoso
Me tengais de mi ventura;
Que si de vuestra hermosura
Yo tengo de ser esposo,
Es estilo riguroso,
Aunque es tan grande el empleo,
Comprarle con el deseo;
Porque no es tan estimado
El bien que llega esperado,
Como aprisa.
DIANA.
Así lo creo;
Pero Cárlos me decia
Ahora que él estimara
Que jamas me declarara.
FADRIQUE.
Y esa opinion fundaria
Allá en su filosofía,
Sin ver que es error extraño,
Pues no ama el que en su engaño
Consolado, de su dama
No ama el favor.
DIANA.
Ménos ama
Quien no teme un desengaño.
FADRIQUE.
Saber ahora no quiero
Cuál lo mejor viene á ser;
Que á mí me basta saber
Que si espero, desespero.
DIANA.
Si otras causas considero,
No os juzgo tan mal hallado
En Milan, que os dé cuidado
Estar hoy en él.
FADRIQUE.
¿Por qué?
DIANA.
Porque al que embozado fué
De todos tan celebrado
(Que ya todo se ha sabido),
No sé por qué le ha de dar
Pena descubierto estar.
FADRIQUE.
(*Ap.* ¡Cielos! Diana ha creido
El mote la causa ha sido)
Que el de la justa fuí yo:
Y pues el amor me dió
Ocasion ahora con que
Pueda obligarla, diré
Que ella el riesgo me debió.)
Aunque jamas presumió
El corazon que os adora
Haceros cargo, señora,
De alguna fineza mia;
Viendo que este feliz dia
Vos la sabeis, mal haré
En negarla yo, porqué
Fuera agraviar la fineza
Que me debió esa belleza.
DIANA. (*Ap.*)
Cierta mi desdicha fué.
(*Ap. á ella.* Estela, no hay que apurar
Mas mi pena.)
ESTELA. (*Ap. á Diana.*)
Pues estamos
Hoy en la ocasion, veamos
Si es que te quiere engañar.
DIANA.
Mucho he estimado llegar
A haber sabido que fuisteis
Vos el que á Milan vinisteis,
Por ser la que os conocí
Yo; y afirmando ahora aquí
Ser el que tanto lucisteis,
No me lo queria creer
Estela, á quien lo decia.
FADRIQUE.
Estela es opuesta mia:
Darla estado es menester,
Porque no tengo de ver
Su persona á vuestro lado.
ESTELA.
Mirad que si yo he dudado
El que vos fuisteis, señor,
Quien con tal gala y valor
De todos tan celebrado
Salisteis, no por dudar
De vuestros méritos fué.
FADRIQUE.
Pues ¿por qué, Estela?
ESTELA.
Porqué
El atreveros á entrar
En Milan ántes de estar
La paz confirmada, no
Cordura me pareció,
Sino temeridad.
FADRIQUE.
¡Bien!
Pues ¿quién en el mundo, quién
Mas temerario es que yo?
ESTELA.
No fué mi intento negar
Que vos fuisteis; solo fué
Afirmar, gran señor, que
Se han podido equivocar
Las señas: y por mostrar
Cuál se engañó al discurrillo,
¿Qué color...
FADRIQUE. (*Ap.*)
Dudo al oillo...
ESTELA.
Vos sacasteis?
FADRIQUE.
(*Ap.* ¿Qué color
Diré? Diciendo el mejor,
No puedo errallo.) Amarillo.
ESTELA.
¿Ves como tú te engañaste
En las señas? pues aunqué
Fadrique del festin fué,
No fué el que tú imaginaste,
Señora, cuando danzaste.

FADRIQUE.

Yo fuí el que ella imaginó.

ESTELA.

Pues ¿qué compas se os tocó?

FADRIQUE. (*Ap.*)

¡Otro aprieto! ¡Ay ansias mias!

ESTELA.

¿Qué danzasteis?

FADRIQUE.

Las folías;
Que no sé otra danza yo.

DIANA.

No es menester advertillo
Mas, pues tan cierto sería
Que folías danzaría
Quien se vistió de amarillo.
Mucho me he holgado de oillo,
Mucho, Fadrique, he estimado
Las señas que me habeis dado
De vos mismo, si atendeis
Que con las señas me habeis
Sacado de un gran cuidado.

FADRIQUE.

Si ha errado mi pensamiento,
La disculpa está notoria
En ser flaco de memoria.

PERNÍA. (*Ap.*)

Y gordo de entendimiento.

DIANA. (*Ap.*)

No os disculpeis; que no intento
Culparos, de engaños lleno,
Ni que os tomeis os condeno,
De otro el mérito, si arguyo
Que quien no le tiene suyo
No yerra en buscarle ajeno.
(*Vanse las damas.*)

ESCENA V.

FADRIQUE, PERNÍA.

PERNÍA. (*Ap.*)

¡Bueno ha quedado el señor
Príncipe amarillo!

FADRIQUE. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué es lo que pasa por mí?
Qué oigo, qué escucho, qué veo?
¿Quién en el mundo se vió
En igual desaire? Pero
¿Qué me admiro, qué me espanto,
Si yo dél la culpa tengo,
Pues con mis desatenciones
Y vanos divertimientos,
Haciendo de todo cuanto
Es urbanidad desprecio,
Di la ocasion al desaire,
No pensando, no creyendo
Que era menester que yo
Tuviese merecimiento
Mayor que ser yo? ¡Mal haya
Tanto mal gastado tiempo!

PERNÍA.

(*Ap.* A preguntarle si acaso
Fué en casa de algun barbero
El sarao de las folías,
Iré.) Señor...

FADRIQUE.

Oir no quiero
Nada que digas, Pernía.

PERNÍA.

¿Por qué tal desabrimiento?

FADRIQUE.

Porque he conocido cuánto
Inútiles son aquellos
Que de sus conversaciones
No dejan algun provecho
Al que las oye: y así
No solamente pretendo
No oirte ahora porque estoy
Disgustado, mas precepto
Sea inviolable que en tu vida
Me hables, pues al escarmiento
Llegué ya de cuánto fuera
Mejor que todo aquel tiempo
Que con un loco gasté,
Lo gastara con un cuerdo.

PERNÍA.

Pues me destierras de tí,
Voy á cumplir el destierro;
Que ya sé cuán peligroso
El oficio es del contento,
Pues ha menester llegar
Siempre á ocasion. (*Vase.*)

ESCENA VI.

FADRIQUE.

Yo estoy muerto,
Y no siento haberme hallado
Diana en mentira, pues puedo
Disculparla con decir
Que fué un engañado afecto
De amor querer obligarla
Cauteloso; solo siento
Haber con vanos descuidos
Vivido tan poco atento
A cuanto es cortesanía,
Que ya que á fingir me atrevo
El hallarme en un sarao,
Errase tanto los medios,
Que aun no le supiese dar
Colores al fingimiento.
¡Oh quién enmendar pudiera
Tantos mal limados yerros
Como doró mi ambicion
Y desdoró mi desprecio!
¡Qué mal hice en persuadirme
Altivo, vano y soberbio,
A que era grandeza en mí
El ignorar todo aquello
Que urbanamente aun los reyes
Deben saber! Tarde llego
Al desengaño de que
El mejor, el mas supremo
Aplauso no es de la sangre,
Sino del entendimiento.

ESCENA VII.

MARCELO. — FADRIQUE.

MARCELO.

Señor...

FADRIQUE.

Marcelo, ¿qué quieres?

MARCELO.

A darte un aviso vengo.

FADRIQUE.

¿De qué?

MARCELO.

De que esta noche
Los celebrados ingenios
De Italia, pública tienen
Una academia, y sospecho
Que vienen á convidarte
A tí y á Cárlos: yo viendo
Cuán poco gustas de hallarte
En aquestas cosas, vengo
A avisarte de que aquí
No estés, porque en el empeño
De ir no te pongan, si acaso
Llegan á verte.

FADRIQUE.

Marcelo,
No solo dellos huiré[1],

[1] No solo dellos *no* huiré.

Mas saldré á verme con ellos,
Porque en esa obligacion
De ir me pongan; que hoy intento
Castigar la flojedad
De mis vanos pensamientos,
Con la vergüenza de verme,
Entre tantos sabios, necio.
Llegue á vista de su ciencia
Mi ignorancia; por lo ménos
Se verá que es ignorancia
Que quiere dejar de serlo.
Y tú, Marcelo, me busca
En Italia los maestros
Mas celebrados de cuantas
Buenas letras hay, y luego
Los de cuantos ejercicios
A un príncipe hacen perfecto,
Cabal á un buen cortesano
Y lucido á caballero.
Que si en la mina del alma
Diamante bruto mi ingenio
Fué, le ha de pulir mi amor,
Fondos dándole y reflejos.
Si fué oro que ignorado
Estuvo en obscuro centro,
Mi amor ha de acrisolarle,
Quilates dándole eternos.
Si fué perla mal pulida
En la concha de mi pecho,
Ha de esmerarla mi amor,
Dándola valor y precio.
Ni una accion ni una palabra
Sola hacer ni decir tengo,
Que consultada no esté
Y examinada primero
Con la razon y el discurso,
La censura y el consejo
De quien sepa mas que yo;
Y pues á confesar llegó
Que hay otro que sepa mas,
Ya no soy quien sabe ménos.
Hermosísima Diana,
Tarde mejorar intento
Mis defectos; mas pues eres
Casta deidad á quien dieron
Templo y aras los gentiles,
Y hoy en tus aras y templo,
Gentil mi amor todavía,
Tu nombre idolatra bello,
Débate aqueste milagro
La perpetuidad del tiempo:
Será la tabla mejor
Que penda entre los trofeos
De tus sagradas paredes,
Ver á un ignorante cuerdo,
Humilde á un desvanecido,
Desengañado á un soberbio;
Y para decirlo todo,
Será el prodigio mas nuevo
Ver que llegó á confesar
Hoy, que nada supo un necio. (*Vase.*)

—

Salon del palacio ducal.

ESCENA VIII.

CÁRLOS, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Sosiégate.

CÁRLOS.

¿Sosiego
Pides á toda la inquietud del fuego,
A toda la mudanza de la luna,
Del mar á la inconstancia y la fortuna?
¿A mi amor (que así es bien que le publique)
Cuando le miro, Enrique,
En mí dos veces ciego,
Ser la fortuna, el mar, la luna, el fuego?

ENRIQUE.

Pues ¿qué causa te obliga
A sentimiento igual?

CÁRLOS.

Cuando la diga,
Verás en su disculpa
A la culpa sin señas de ser culpa;
Que á mayores desvelos
Disculpa la disculpa de los celos.
Entré pues esta tarde
En un jardin, donde mi amor cobarde,
Mas á adorar que á merecer dispuesto,
El sol vio de Diana; mas tan presto
Me despidió, que la esperanza mia,
Síncopa haciendo de la edad del dia,
Vió en un instante, un punto,
La aurora y el ocaso todo junto.
A aqueste jardin mismo,
De flores y de encantos bello abismo,
Fadrique entró al instante,
Adonde mas feliz, no mas amante,
Mereció ¡pena rara!
Que Diana tan despacio le escuchara,
Que se estuvo con ella
Toda la tarde hablando. De mi estrella
Mira el rigor, pues él vive admitido
Al favor, de que muero despedido.

ENRIQUE.

Que está el consuelo, advierte,
Fácil en este caso.

CÁRLOS.

¿De qué suerte,
Si lo que mi amor pierde, su amor gana?

ENRIQUE.

Creyendo que á Fadrique oiria Diana
Por entretenimiento
Aun mas que por favor; y el sentimiento
Ser lisonja debiera,
Si su ingenio, señor, se considera;
Pues que haya sido, espero,
No tu competidor, mas tu tercero.

CÁRLOS.

Poco eso me asegura,
Porque el juicio ¡ay de mí! de una hermosura
Nunca procede á lo mejor atento;
Y un capricho de amor no es argumento
Que se funda en razones,
Y la pasion de amor toda es pasiones.

ENRIQUE.

Ella es muy entendida,
Y no se querrá ver tan deslucida
En la eleccion que hiciere;
Y miéntras el efecto no se viere,
Trata de desechar esa tristeza.
De Milan la nobleza
Toda está en el paseo:
Entra á lucir en él, señor, pues creo
Que el mirarte aplaudido
De todos y de todos tan querido,
Templen en parte aquese rigor fiero.

CÁRLOS.

Si no ha de estar Diana en el terrero,
¿De qué me servirá que yo en él sea
El mas galan, y que ella no lo vea?
Mas que sus partes luce, las infama,
Quien las ostenta á espaldas de su dama.

ENRIQUE.

Yo de tu sentimiento,
Que te diviertas solamente intento;
Y puesto que no quieres
Salir hoy al paseo, ya que eres
Docto en ciencia cualquiera,
En tu cuarto Lisandro...

CÁRLOS.

¿Qué?

ENRIQUE.

Te espera
Con libros, ellos pueden
Divertir tu pesar.

CÁRLOS.

Ya no conceden
Tregua maestros ni libros á mi enfado.
¡Mal haya, Enrique, amen, cuanto he estudiado,
Pues no he aprendido en todo
Cuestion que enseñe de obligar el modo
A una belleza ingrata!
Y así, al instante trata
De entregar cuantos libros traje al fuego,
Y despídeme luego
Los maestros que he tenido,
Pues que tan poco á todos he debido,
Que no le han enseñado
En tanto docto afan á mi cuidado
Cuestion de amor que la desdicha mia
Alivie, siendo amor filosofía.

ENRIQUE.

En la docta academia
Desta noche, señor, donde se premia
El ingenio, no dudo,
Luciendo en ella, adviertas cuánto pudo
Ser ilustre el saber.

CÁRLOS.

Yo lo confieso;
Pero yo en ella no he de estar por eso;
Y en fin, ya para mí no hay cosa alguna
Mas cansada, mas necia é importuna
Que estas juntas de ingenios;
Pues en los varios genios
De sus doctos desvelos,
No se habla de mi amor ni de mis celos.
Y pues Fadrique ha sido
El lucido, el galan, el entendido
A vista de Diana,
Su belleza obligando soberana,
Mereciendo su agrado,
El es el que ha lucido, el que ha estudiado;
Yo el necio, el ignorante.
Y así, de aquí adelante
Lucir en nada espero,
Ni quiero libros, ni maestros quiero.

ESCENA IX.

PERNÍA. — DICHOS.

PERNÍA. (*Ap.*)

Aquí está Cárlos: par diez
Para mí es azar su encuentro.
Sin verle me iré.

CÁRLOS.

Pernía,
¿Por qué de mí vas huyendo?

PERNÍA.

Porque siempre desgraciado
Fué contigo mi gracejo,
Y nunca te agradó.

CÁRLOS.

Aguarda;
Que hablar contigo deseo
Muy despacio.

PERNÍA.

Considera,
Señor, que no soy de aquellos
Yo, que te agradan á ti,
Porque soy un majadero.

CÁRLOS.

¿No me hablarás tú en Diana?

PERNÍA.

Sí.

CÁRLOS.

Pues solo á ti te quiero
Por maestro: si eso sabes,
Mas sabes que todos ellos.

PERNÍA.

¿Desde cuándo acá, señor,
Tanto favor te merezco?

CÁRLOS.

Desde que tan venturoso,
Tan feliz te considero,
Que mereces de Diana
Ver el sol divino y bello
A todas horas. ¡Quién fuera
Tú!

PERNÍA.

¿No habia mas que serlo?
De una fiesta á su lugar
Volvia un tamborilero,
Y un fraile tambien volvia
De la fiesta á su convento.
El tamborilero iba
En un burro caballero,
Y el fraile á pié. Preguntóle
El padre: —¿De dónde bueno?
—De tañer (dijo) esta flauta
Y este tamboril.— Por eso,
(Le preguntó),— ¿qué le han dado?
El respondió: — Poco, cierto.
Cincuenta reales, comido
Y bebido, que no es ménos,
Llevado y traido, sin otros
Regalillos que aquí tengo.
—¿Eso es poco? (dijo el padre)
Pues yo de predicar vengo,
Y ni aun de comer me han dado,
Y como ve, á pié me vuelvo.—
El tamborilero entónces
Dijo enojado y soberbio:
—Pues tamborilero y padre
Predicador ¿es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio,
Y no se quejara deso.—
La aplicacion está fácil.
Si queriais, señor, veros
Con Diana á todas horas,
Hubierais para ese pleito
Aprendido buen oficio,
Pues veis en el que yo tengo,
Que no somos todos unos
Frailes y tamborileros.

CÁRLOS.

¿Estabas tú en el jardin
Cuando entró Fadrique?

PERNÍA.

¿A eso
¿Va el agasajo? Y á fe
Que sucedió un lindo cuento.

CÁRLOS.

¿Qué fué?

PERNÍA.

Que Fadrique dijo
Que habia venido encubierto
Por solo ver á Diana
A las fiestas que se hicieron,
Que danzó con ella y que
La dijo un mote, que luego
Empresa fué de la justa;
Y al fin, paró todo esto
En que Diana...

CÁRLOS.

Detente,
No digas mas; que no quiero
Oir que paró en que Diana
Le dió en agradecimiento
Lugar de hablarla. ¡Oh traidor
Hermano! Oh mal caballero!
¡Nunca te hubiera contado
Yo de la justa el suceso,
Para hacer de ajenas glorias
Proprios los merecimientos!

PERNÍA.

Oye, y sabrás...

CÁRLOS.

¿Qué he de oir
Ni saber?

PERNÍA.

¿Qué? Todo el cuento.

CÁRLOS.

Ya le sé.

PERNÍA.

¿Quién te le ha dicho?

CÁRLOS.

Yo me le he dicho á mí mesmo.
Por temer que se ofendieran,
Siendo el de Ursino su deudo,
Cuando supiesen el Duque
Y Diana que yo fuí ¡cielos!
El que le echó del caballo
Y puso su corte á riesgo,
Mi silencio ocasioné,
Y me mató mi silencio,
Para que otro aprovechase
La vanidad de mis hechos.
Pero yo le buscaré,
Y en cualquier lugar ó puesto
Que le halle, he de vengar
De la traicion el intento.

ENRIQUE.

Aventuras la opinion
Que de entendido y de cuerdo
Tienes.

CÁRLOS.

Pues ¿qué importa, Enrique,
Si está todo el mundo lleno
De que en celos no hay cordura
Ni en amor entendimiento?
(*Vanse Cárlos y Enrique.*)

PERNÍA.

Bachillera lengua mia,
¡Buena hacienda habemos hecho!
¿Mas qué va que si colige?...

ESCENA X.

DIANA, ESTELA, DAMAS. — PERNÍA.

DIANA.

Pernía, ¿qué ha sido esto?
Que pasando ahora al cuarto
De mi padre, he estado oyendo
Mil desentonadas voces
Que en esta parte se dieron.

PERNÍA.

Un cuento que yo llevé
La causa ha sido, y pretendo
Que otro cuento que yo traiga,
Sea, señora, el remedio;
Pues yo no sirvo de mas
Que de traer y llevar cuentos.
Empecé á decir á Cárlos
De Fadrique el fingimiento;
Y asi como llegó á oir
Que habia dicho que encubierto
A Milan habia venido
A las fiestas de secreto,
Una legion de Fadriques
Se le revistió en el cuerpo.
Y en fin, diciendo que habia
Sido él, y que de respeto
Habia callado por ver
Que era el de Ursino tu deudo,
En busca fué de su hermano.
Y si da con él, sospecho
Que dé con él en el Limbo,
Que no es capaz del infierno. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DIANA, ESTELA, DAMAS.

DIANA.

Estela, ya mi fortuna
Han mejorado los cielos,
Pues el mérito y la estrella
Han juntado en un sugeto.
Cárlos fué el que á Milan vino,
Y Cárlos el que discreto
Dos veces mereció ya
La inclinacion y el afecto.
Albricias pudiera dar
Hoy el alma de saberlo;
Y así, sin mas competencia,
Declararme por él pienso.

ESCENA XII.

FADRIQUE Y CÁRLOS, *dentro.*— DICHAS.

CÁRLOS. (*Dentro.*)

No es mi hermano, es mi enemigo
Quien desluce mis aciertos.

FADRIQUE. (*Dentro.*)

Para defenderme solo
La espada saco.
(*Salen los dos riñendo.*)

DIANA.

¿Qué es esto?
Advertid que estoy aquí.

FADRIQUE.

Ya, señora, me detengo;
Que de mis acciones es
Rémora vuestro respeto:
En fe de lo cual, la espada
Rendida á la vaina vuelvo.

CÁRLOS.

Yo no, porque ántes á mas
Me he de atrever, cuando os veo
Presente, porque veais
Que á vuestros ojos me vengo
De la traicion de un hermano.

DIANA.

Si os escuchara sin veros,
Pensara que vuestras voces
Habian trocado los cuerpos,
Cuando á vos tan advertido
Os veo, y á vos os veo
Tan inadvertido.

FADRIQUE.

Yo
A mí esta atencion me debo;
Que como de saber poco
Estoy indiciado, temo
Que todos me dén la culpa
De cualquiera desacierto:
Y así, corregir procuro
Mis acciones.

CÁRLOS.

Yo pretendo
Despeñarlas, hasta que
Diana oiga que te has hecho
Dueño tú de mis aplausos,
Siendo yo solo su dueño.

FADRIQUE.

Eso yo lo diré á voces;
Que otra disculpa no tengo
De mi yerro, sino es
Confesar que ha sido yerro.
Yo me quise atribuir
Hoy, señora, los trofeos
De Cárlos; que como amor
Es guerra, y en guerra fuéron
Permitidos los ardides,
Creí era bien usar dellos.
De necio me motejasteis,
Cuyo desaire me ha puesto
En obligacion de hacer,
A vuestro servicio atento,
Estudio de mis acciones:
Con la que habeis visto empiezo
A parecer, si entendido
No, advertido por lo ménos;
Porque haciendo de mi parte
Cuanto puedan mis deseos,
Si el serlo no me debais,
Me debais el querer serlo.

CÁRLOS.

Aunque el desengaño pudo
Templar á mi enojo el medio,
Tiene dos partes la culpa;
Y aunque de la una le absuelvo,
Que es el haber declarado
La verdad, la otra no puedo,
Que es haber querido hacerme
El engaño: y así, intento
A vuestros ojos, señora,
Castigarle.

DIANA.

¿Qué es aquesto?
¡En mi presencia os mostrais
Hoy, Cárlos, tan desatento!
Cuando le debo á Fadrique
Que enmendado en sus afectos
Proceda, ¡vos procedeis
Tan despechado en los vuestros!

CÁRLOS.

Sí, y en mas obligacion
Os pongo yo, cuando llego
A empeorarme en mis acciones,
Que cuando él llega (esto es cierto)
A mejorarse en las suyas;
Pues trocados los extremos,
En el tribunal de Amor
Yo mejor sentencia espero,
Cuando él prudente y yo loco,
A un mismo tiempo aleguemos,
El, que por amor fué sabio,
Y yo, que dejé de serlo.

DIANA.

Para cuestiones de amor
No es este lugar ni tiempo:
A vuestros cuartos los dos
Os retirad.

FADRIQUE.

Yo obedezco;
Que como ando por no errar,
Ciegamente tus preceptos
He de observar, porque sé
Que nadie erró obedeciendo. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DIANA, CÁRLOS, ESTELA, DAMAS.

DIANA.

¿No os vais vos?

CÁRLOS.

Yo bien me fuera,
Si pudiera; mas no puedo.

DIANA.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque temo que
Despedirme vos tan presto
Es por hablar mas despacio
Con Fadrique, que es lo mesmo
Que sucedió en el jardin:
Y así, ausentarme no intento,
Porque no quiero que haga
Mi amor espalda á mis celos.

DIANA.

Esa plática es muy nueva
En mis oidos. ¿Qué es eso
De celos y amor? ¿Sabeis
Que soy la que os está oyendo?
Ese estilo, ese lenguaje,
Esa frase, esa voz... Pero
No quiero enojarme: idos.
Disculpado estáis, si advierto
Que es la mayor necedad
La necedad del discreto.
Idos pues.

CÁRLOS.

Sin mí dos veces
Me iré, cuando considero

Que voy por mi error sin mí,
Y sin mí porque me ausento. (*Vase.*)

DIANA.

Estela, ¿hay mayor desdicha
Que la mia? Cuando tengo
La aficion en una parte,
Están allí los defectos;
Cuando el desengaño puede
Mudarlos, tras ellos veo
Que los afectos se van.
¿En qué ha de parar aquesto,
Amor? ¿Qué te va en sacar
De una causa dos efectos?

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, FABIO Y ACOMPAÑAMIENTO, *por una puerta; y por otra*, FILIBERTO, *tambien con* ACOMPAÑAMIENTO.

FILIBERTO.

Vuestra Alteza haya sido,
Señor, á este su Estado bien venido.

FEDERICO.

Y vuestra Alteza hallado
En él con la salud que ha deseado
Quien centro suyo este palacio adora.
Y ¿cómo está Diana mi señora?

FILIBERTO.

Para serviros, tiene
Salud.

FEDERICO.

Dios se la dé como conviene
A nuestra paz, contando sin engaños
Su edad el tiempo á siglos, y no á años,
Con el aumento que mi amor desea.

FILIBERTO.

¿Que tan felice mi fortuna sea
Que llegue á mereceros
Esta dicha, señor, de poder veros
En Milan este dia?

FEDERICO.

La dicha y la fortuna solo es mia;
Si bien por pension tengo
Della el grande cuidado con que vengo.
Porque habiendo sabido
Que Cárlos y Fadrique no han tenido
En aquesta asistencia
La atencion que debió igual competencia;
Y habiéndome avisado
Por cartas un criado, que ha llegado
Á tanto su locura,
Que con necia, con vil descompostura,
Tantas sagradas leyes olvidadas,
Sacaron las espadas,
Sin tener advertencia
De la hermosa Diana á la presencia;
Me puse en el camino,
Porque así componerlos determino,
Castigando á los dos con que no sea
Alguno tan dichoso, que se vea
En tan grande ventura
Como dueño feliz de su hermosura;
Poniendo á vuestras plantas,
Si este es el fin de competencias tantas,
Mi persona y mi Estado,
Sin lo que entre los dos está tratado.

FILIBERTO.

Aunque ha sido tan justo
Vuestro enojo, señor, vuestro disgusto,
Una celosa culpa
Anticipada tiene la disculpa,
Y no han de hallarse en todas ocasiones
Prontas á lo mejor las atenciones,
Y mas jóvenes pechos,
De sus méritos mismos satisfechos.

FEDERICO.

Aunque la inadvertencia
De los dos fuese, me daréis licencia
A que crea que ha sido
Solo uno quien la culpa haya tenido
En tanto atrevimiento;
Que ya se deja ver cuán poco atento
La ocasion habrá dados.

FILIBERTO.

Yo no he de ser fiscal, sino abogado:
Y así, á ninguno espero
Culpar; que disculpar á todos quiero.
De Fadrique aquel cuarto es, y de Cárlos
Este: vos á los dos entrad á hablarlos,
En tanto que yo pido
Albricias á Diana de que ha sido
Tan dichosa, que huésped igual tiene,
Y á besaros, señor, la mano viene.
(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA II.

FEDERICO, FABIO, ACOMPAÑAMIENTO; *despues*, ENRIQUE.

FEDERICO.

Bien recelé siempre, Fabio,
Que Fadrique habia de dar
A estos extremos lugar;
Que Cárlos, en fin, es sabio,
Cuerdo y prudente.

FABIO.

Es así.

FEDERICO.

Puesto que ya aquí llegué,
Primero á Cárlos veré.
(*Sale Enrique.*)

FABIO.

¿No es aquel Enrique?

FEDERICO.

Sí.
¡Enrique!

ENRIQUE.

Dame, señor,
Tu mano.

FEDERICO.

Alzate del suelo.
¿Qué hace Cárlos?

ENRIQUE.

Con recelo
Lo diré.

FEDERICO.

Habla sin temor.

ENRIQUE.

Con Pernía todo el dia
Le dejo en conversacion.

FEDERICO.

¿Quién es Pernía?

ENRIQUE.

Un bufon.

FEDERICO.

Ya me acuerdo de Pernía.
Pero advierte que por quien
Pregunto, es Cárlos, Enrique;
No pregunto por Fadrique.

ENRIQUE.

Por él respondo tambien,
Porque él es por quien alcanza
El hombre que he referido
Tal agrado, que aquí ha sido,
Señor, toda su privanza.

FEDERICO.

Lisandro su maestro, ¿no
Asiste á Cárlos?

ENRIQUE.

No sé
Cómo he de decirte...

FEDERICO.

¿Qué?

ENRIQUE.

Que á Lisandro despidió
Despues de tanto servicio;
Que á su tierra se ha tornado,
Bien quejoso y mal premiado.

FEDERICO.

Pues ¿y aquel noble ejercicio
De los libros?

ENRIQUE.

Ya no tiene
Gusto en ellos; si no fuera
Por mí, todos los hubiera
Quemado. Pero aquí viene
Cárlos: dél sabrás mejor
Que nada te he encarecido.

ESCENA III.

CÁRLOS, PERNÍA. — DICHOS.

CÁRLOS.

Pernía, tú solo has sido
El Mercurio de mi amor;
Y así, contigo no mas
Hablo ya de buena gana;
Que en fin, me hablas de Diana.

PERNÍA.

Es así; pero jamas
De cuantas veces tu pena
Consuelo, tú de la mia
Te acuerdas.

CÁRLOS.

Toma, Pernía.

PERNÍA.

Por fuerza ha de ser cadena,
Que es consonante forzado.

FEDERICO.

(*Ap.* En mi vida no creyera
Que un solo instante estuviera
Cárlos tan mal ocupado.
Desta novedad sabré
La causa.) ¡Cárlos!

CÁRLOS.

¡Señor!
¡Tú en Milan!

FEDERICO.

No ha sido error
Al verme, admirarte; que
Con saber yo que tú aquí
Estás, tambien me he admirado
Ya de haberte á ti mirado.

CÁRLOS.

Pues ¿qué te admira de mí?

FEDERICO.

El que estás tan divertido,
Cárlos, con ese juglar...

PERNÍA. (*Ap.*)

¿Mas que me viene ahora á dar
El centenar prometido?

FEDERICO.

Y en tanta conversacion.

CÁRLOS.

Algo me ha de divertir.

FEDERICO.

Tú que solias decir
Que hombres inútiles son,

Y que un loco solamente
Puede á hombres dese humor
Hablar, ¿le escuchas?

CÁRLOS.

Señor,
Consejo muda el prudente.
Fuera de que si culpé
A quien con ellos trató,
Fué cuando en ellos no halló
Segunda intencion en que
Disculpar el mal gastado
Tiempo.

FEDERICO.

Y tú, ¿tiénesla?

CÁRLOS.

Sí,
Pues dél solamente oí
La ciencia que me ha agradado.

FEDERICO.

¿En qué ciencia (¡error notable!)
Ese loco hablará bien?

CÁRLOS.

En todas habla bien quien
Habla en lo que quieren que hable.

FEDERICO.

¿Y Lisandro?

CÁRLOS.

Yo mandé
Que me dejase y se fuese;
Que estaba caduco.

FEDERICO.

Y ese
¿Fué digno premio?

CÁRLOS.

Sí fué,
Pues en cuanto me enseñó,
Facultad no le debí
Que me aprovechase aquí:
Y desengañado yo
De haber echado de ver
Cuán poco puede ayudar
El saber para el amar,
He aborrecido el saber.

FEDERICO.

Muchas réplicas tuviera
Esa máxima, si yo
Quisiera argüir; mas no
He de hacer mas que una. Espera.
Amor ¿no es voluntad? di.

CÁRLOS.

Voluntad es el amor.

FEDERICO.

Y ¿no es potencia inferior
Del entendimiento?

CÁRLOS.

Sí.

FEDERICO.

Luego es en este argumento
Cierto que para tener
Voluntad, ha menester
Tener uno entendimiento:
Con que no me negarás,
Si á la voluntad prefiere
Y manda, que el que supiere
Mas, Cárlos, amará mas.

CÁRLOS.

El que á amar haya llegado
Con la ciencia que le das,
Concedo que amará mas;
Mas no será mas amado.
Yo, que con entendimiento
A ver á Diana llegué,
Cuanto pude amar amé:
Con que de mi sentimiento
Están mis discursos llenos,
Como al efecto verás,
Pues siendo quien quiere mas,
Soy quien la merece ménos.
Y así, no quiero saber
Lo que me ha de preferir
En el modo de sentir,
Y no en el de merecer.
Esté conmigo Pernia,
Que á todas horas me habló
En Diana, y de quien yo
Sé lo que hace cada dia.
Y no digo yo que fuera
Un hombre con quien ufana
Mi melancolía estuviera,
Que á un perrillo de Diana
El mismo agasajo hiciera.

FEDERICO.

Argüirte mas no intento,
Por el pesar que me da
Ver que aborrecido ya
De tí está tu entendimiento;
Hablemos en lo que ha sido
Lo que á los dos ha obligado
A haber la espada sacado,
Que es á lo que yo he venido.

CÁRLOS.

¿Eso preguntas?

FEDERICO.

¿Pues no?

CÁRLOS.

Pues ahí, ¿qué hay que discurrir?
Quien nos envió á competir,
A reñir nos envió:
Luego si habemos reñido
Compitiendo, no tenemos
Culpa, pues ántes habemos
Nuestra obligacion cumplido.

FEDERICO.

En sagrados galanteos
La competencia es cortés.

CÁRLOS.

Eso poner puertas es
Al campo de los deseos.
¡Vive Dios, si en tanto abismo
Yo á dividirme llegara
En otro yo, y este amara
A mi dama, que á mí mismo
Yo mismo no me sufriera
Competencias de igualdad,
Y que en mi misma mitad
Mis celos satisficiera!

FEDERICO.

Segun eso, tú habrás dado
La ocasion en esta accion.

CÁRLOS.

Yo no he dado la ocasion;
Mas tampoco la he rehusado.

FEDERICO.

Pues cuéntame cómo fué.

CÁRLOS.

Ya te acuerdas de que aquí
A una justa vine.

FEDERICO.

Sí.

CÁRLOS.

Y que á Fadrique conté
En tu presencia el suceso
Della.

FEDERICO.

De todo fuí yo
Testigo.

CÁRLOS.

Pues él contó
Que él habia sido: y por eso
Colérico le busqué,
Y matarle pretendí.

FEDERICO.

¿Estando Diana allí?

CÁRLOS.

Esa mi ventura fué;
Que si reñir bien mi fama
Solicitaba, señor,
¿Cuándo se riñe mejor
Que á los ojos de la dama?

FEDERICO.

De su respeto el preceto
¿No fuera justo que guardes?

CÁRLOS.

Mas de un millon de cobardes
Tiene en el mundo el respeto.

FEDERICO.

Y el estar tan deslucido
¿Es tambien parte de amor?

CÁRLOS.

Sí; que el descuido, señor,
Es gala del desvalido.
Ande galan el dichoso;
Que al uso de su cuidado,
Cuanto mas desaliñado,
Mas galan está un celoso.
Yo de Fadrique lo estoy;
Y viendo que ha merecido,
Por necio y por deslucido,
Mas lugar en Diana, voy
Haciendo por parecerle:
Y así, señor, hago aprecio
De ser deslucido y necio.

FEDERICO.

Con miedo llegaré á verle;
Que si tú tan necio estás
Habiendo tan entendido
Venido aquí, él, que ha venido
Necio, habrá de estarlo mas.
Y aunque mi temor cruel
Me llama á un tiempo y me admira,
A tu cuarto te retira;
Que le quiero ver á él.
Véte pues.

CÁRLOS.

De buena gana.—
Pernía...

PERNÍA.

Seguirte quiero.

CÁRLOS.

Vén; que há mas de un siglo entero
Que no hablamos de Diana.

(Vanse Cárlos y Pernía.)

FEDERICO.

Si así está Cárlos, ¿qué hará
Fadrique? Fabio, no sé
Qué género de amor fué
Este.

FABIO.

Allí Marcelo está.

ESCENA IV.

MARCELO.—FEDERICO, ENRIQUE, FABIO, ACOMPAÑAMIENTO.

FEDERICO.

Marcelo...

MARCELO.

Señor, tus plantas
Mil veces me da á besar.

FEDERICO.

¿Qué hace Fadrique?

MARCELO.

Estudiar.

FEDERICO.

Mas me admiras, mas me espantas

Con eso, que con haber
Visto á Cárlos.

MARCELO.

Pues, señor,
¿Por qué?

FEDERICO.

Porque lo mejór
No es tan fácil de creer
Como lo peor.

MARCELO.

De mí,
Diciéndolo yo, sí es.

FEDERICO.

Pues ¿qué ha sido esto?

MARCELO.

Despues
Que oyó de Diana aquí
No sé qué baldon, no ha hábido
Con vigilante cuidado
Ciencia que no haya estudiado,
Maestro que no haya tenido.
¿En qué agilidad, señor,
De lucido caballero
No se señala el primero?

FEDERICO.

¡Raros efectos de amor
Son estos, Fabio, que aquí
Llegamos á ver! No sé
Si aun viéndolo lo creré.

ESCENA V.

FADRIQUE, *muy galan*.—DICHOS.

FADRIQUE.

Tu voz, gran señor, oí,
Y aunque, como dicha mia,
Pude dudarla y temerla,
El deseo de creerla
Me persuadió á que sería
Verdad, siendo la primera
Vez en que mis ojos ven
Que diga verdad el bien.
Dame tus plantas, esfera
Donde como en centro está
Mi humildad.

FEDERICO.

Alza del suelo;
Que aunque tambien de Marcelo
Tu ocupacion dudé, ya
Oyéndote, la creí.
¿Qué hacias?

FADRIQUE.

Desear saber,
Señor, para merecer
Una hermosura que ví,
Porque está muy desairado
Con su dama un ignorante.

FEDERICO.

¿Pues es ciencia el ser amante?

FADRIQUE.

De harto desvelo y cuidado;
Porque aunque para sabella.
No es menester estudialla
(Pues el mas necio se halla,
Sin pensarlo, docto en ella);
Para aprovecharla sí.
Y no solo es ciencia amor,
Pero no hay ciencia, señor,
Que amor no contenga en sí.
La de artes, pues cada dia
Todo silogismo es;
La filosofía, pues
Natural filosofía
Es; la de leyes tambien,
Pues para que bien se avenga,
No hay república que tenga
Mas leyes que el querer bien.
Tambien es de astrología;
Que es ciencia de las estrellas,
Y el amor consiste en ellas:
Hasta la de téología
Es; pues si tiene, señor,
De la teología el efeto
A Dios mismo por objeto,
Tambien es dios el Amor.

FEDERICO.

Aunque contigo enojado
Por lo que supe venía,
Persuadido á que sería
Tuya la culpa, quitado
Me has el enojo.

FADRIQUE.

Señor,
Mia no mas fué la culpa;
Que á un error no hay mas disculpa
Que confesar el error.
Y así, enojado conmigo,
Y no con Cárlos, estés.
Yo le ocasioné: y si es
Justo darme á mí castigo,
A tus piés estoy.

FEDERICO.

Levanta.

FADRIQUE.

Si no es perdonado, no
Me levantaré.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Quién vió
En los dos novedad tanta?

MARCELO.

A buscarte con Diana,
Señor, aquí el Duque vuelve.

FEDERICO.

Pues retírate de aquí,
Hasta que su enojo cese.

FADRIQUE. (*Ap.*)

¡Ay, bellísima Diana,
Qué de cuidados me debes! (*Vase.*)

ESCENA VI.

FILIBERTO, DIANA, ESTELA, NISE, CLORI, DAMAS.—FEDERICO, MARCELO, FABIO, ENRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

DIANA.

Vuestra Alteza, gran señor,
Venga con bien á esta breve
Corte suya, que incapaz
De tan generoso huésped,
Corrida está.

FEDERICO.

Vuestra Alteza,
Si tanto favor merece
Mi humildad, me dé su mano;
Y crea que si es que debe
Correrse de algo su corte,
Será de que en mí no albergue
Mayor planeta, porque
Si hacen palacios los reyes,
Los soles harán esferas,
Y esta lo es, pues tantos tiene.

DIANA.

De vuestra salud mi padre
Me informó.

FEDERICO.

La vuestra aumente
El cielo, como deseo,
Que así será la del fénix.

FILIBERTO.

La paz pondré yo entre tantos
Cumplimientos tan corteses,
Suplicándôs que vengais
A vuestro cuarto.

FEDERICO.

Obediente
Estoy. Si aquí vuestra Alteza
No queda, mi amor se ofende.

DIANA.

Yo me quedaré, si en eso
Mi humildad os obedece.

FEDERICO. (*Ap.*)

En toda mi vida vi
Hermosura mas prudente.
(*Vanse todos los hombres.*)

ESCENA VII.

DIANA, ESTELA, NISE, CLORI.

DAMAS.

ESTELA.

Ya, señora, no podrás
Dilatar mas el haberte
De declarar por el uno
De los dos que te pretenden.

DIANA.

¡Ay Estela! ¡ay prima! no
Mis desventuras me acuerdes,
Pues hoy como mitad mia,
Tan de cerca las adviertes.

NISE.

¿Cómo quieres ya excusarte?

CLORI.

No es posible.

DIANA.

¿Cómo quieres
Que no me excuse, mirando
Que á su principio se vuelve
La duda, pues es la misma
Que fué ántes?

ESTELA.

¿De qué suerte?

DIANA.

Primero me persuadí
A que el de mi afecto fuese
Fadrique, y viéndole necio,
Traté olvidarle y perderle.
Supe despues que fué Cárlos;
Y cuando ufana y alegre
Por él quise declararme
(Hallando en él juntamente
El mérito de su aliento
Y el influjo de mi suerte),
Veo que tan desatento
En sus acciones procede,
Que delante de mí saca
La espada, y despues se atreve
A pedirme cara á cara
Celos, y tan imprudente,
En fin, que su ingenio ya
Mas que me obliga me ofende.
Pues si uno es necio, otro loco,
¿Cómo quereis que yo llegue
Por ninguno á declararme?
Antes me daré la muerte.

ESTELA.

Fadrique, señora...

DIANA.

Di.

ESTELA.

Hácia aquesta parte viene.

CLORI.

¡Lindo ingenio para que
En tus dudas te aconseje!

ESTELA.

¡Qué dirá de disparates!

ESCENA VIII.

FADRIQUE. — DICHAS.

FADRIQUE.

Si pensara que estuviese
Aquí vuestra Alteza, ántes
Que de mi cuarto saliese,
Con recelo de su enojo
(Pues lo es el llegar á verme),
Me dejara en él, señora,
Morir, haciéndole breve
Sepulcro de un desdichado,
Como su inscripcion dijese:
« Aquí un infelice yace
Que muere porque no muere.»

DIANA.

No estoy yo tan poco atenta
De urbanidad á las leyes,
Que me ofenda de que vos
Me hableis hoy, cuando sucede
El acaso de encontrarme
Aquí; que si algunas veces
Me ofendí, fué porque fué
Cuidado: y es diferente
Un cuidado que se niega,
A un descuido que se ofrece.

FADRIQUE.

Esa distincion, señora,
De que tan sutil me advierte
Vuestro soberano ingenio,
No era justo que la hiciese
Yo; que no me toca á mí
Mas de saber cuánto ofende
Un desvalido que adora
A una deidad que aborrece.
Y así, no advertí que aquesta
Ocasion, señora, fuese
Acontecida ó buscada;
Que el que sus errores teme,
Nunca á la disculpa acude
Por ir á la culpa siempre.
Pero ya que disculpado
(Vos lo dijisteis) merece
Mi deseo esta ocasion,
Bien será que la aproveche.
Dadme licencia de que
A vuestros piés obediente
Una merced os suplique.

DIANA.

Ya la teneis, si sois breve.

FADRIQUE.

Eso, señora, es negarla.

DIANA.

¿Por qué?

FADRIQUE.

Porque quién ofrece
Debajo de un imposible,
Antes niega que concede.

DIANA.

¿Qué imposible os he pedido?

FADRIQUE.

¿Qué mayor hallarse puede
Que ser breve un ignorante?

DIANA.

Pues decid lo que quisiereis;
Que ignorancia confesada
Mucho de cordura tiene.

FADRIQUE.

Yo, señora, os supliqué
Alguna vez que me hicieseis
Merced de que os declaraseis,
Sin atender neciamente
A cuán remoto el consuelo
Está para el que os perdiere.
Imaginaba yo entónces
Que podria ser que fuese
Yo el dichoso... Mal he dicho,
Porque no tan solamente
Lo imaginaba, mas ya
Lo creia. ¿Qué imprudente,
Aconsejado consigo,
A sí mismo no se cree?
Desengañóme un desaire,
Y de un instante á otro halléme
De mas acá de mis males,
Aun mas allá de mis bienes.
Traté curarme á experiencias
Que hice en mí mismo: de suerte
Que aunque mal convalecido
Estoy de aquel accidente
De mi ignorancia; temiendo
Cuanto quien os pierde pierde,
Suplico que dilateis
La sentencia de mi muerte
Hasta que acabe la cura;
Que en fin la herida mas fuerte,
Si blanda mano la halaga,
Sana mas y ménos duele.

DIANA.

Dos admiraciones son
Las que vuestra voz me advierte:
Una lo que emprende, y otra
El modo con que lo emprende.
La pretension y el estilo
Me han suspendido dos veces,
Y así, no sé responderos
Hasta saber cómo pueden
El valor, ingenio y gala
Mejorarse.

FADRIQUE.

Desta suerte.
De gala, ingenio y valor
Amor es dueño, pues fuera
Cierto que ingenio no hubiera,
Gala y valor sin amor.
El hombre que con mayor
Perfeccion lucir desea,
Y en solo salir se emplea
Mas galan que el mismo Apolo,
Amor lo hace, pues es solo
Porque su dama le vea.
El que mas ansia ha tenido
De mirarse señalado
Por su ingenio, y celebrado
De cortesano entendido,
La principal causa ha sido
Amor, para que pretenda
En una y otra contienda
De ingenio, por varios modos
Verse aplaudido entre todos,
Porque su dama lo entienda.
El que mas vanaglorioso
Coronado de victorias
En las humanas historias
Hizo su nombre famoso,
Amor es el poderoso
Afecto que á ellas le llama;
No es solo opinion y fama
Las que le ilustran valiente,
Pues lo hace solamente
Porque lo escuche su dama.
Yo así, como nunca he amado
Hasta ahora, no he tenido
Dama, ni galan he sido,
Ni entendido ni alentado;
Pero ya que enamorado
Sigo la imposible estrella
De la hermosura mas bella,
Los medios he de buscar;
Que con nadie quiero estar
Mas airoso que con ella. (*Vase.*)

DIANA.

¿Has visto, Estela, en tu vida
Estilo tan diferente?

ESTELA.

Yo lo he escuchado, dudando
Ser él.

ESCENA IX.

PERNÍA, CÁRLOS. — DIANA, ESTELA, NISE, CLORI, DAMAS.

CÁRLOS.

Déjame.

PERNÍA.

Advierte...

CÁRLOS.

Ya no hay qué: piérdase todo,
Pues que Diana se pierde.

PERNÍA. (*Ap.*)

Ya se vistió de amarillo
Este príncipe excelente.

DIANA.

Conmigo venid.

CÁRLOS.

Aguarda,
Y pues otro lugar tiene
De hablar, téngale yo, que
Soy quien mejor lo merece.

DIANA.

Nadie para hablar conmigo
Lugar mereció; y si puede
Llegar á tenerle alguno,
Tenerle no es merecerle.
Fuera desto, cuando fuera
Verdad que otro le tuviese,
Nunca estabais vos mas léjos
De tenerle, si se advierte
Que no soy yo en quien podia,
Por irse aquel, llegar este.

CÁRLOS.

Si tuviera entendimiento
Yo con que advertir pudiese
Que ninguna accion es mia,
Lo advirtiera; mas no puede
Proceder mas atinado
Quien sin discurso procede.

DIANA.

Pues yo me acuerdo de oir
Alabaros de prudente.

CÁRLOS.

Yo tambien; pero era cuando
Procedia libremente,
Desocupado mi ingenio
De la prision que hoy padece.
Ya ninguna accion es mia;
Que embargadas me las tiene
Una pasion poderosa,
Por que ni atienda ni piense,
Ni imagine ni discurra.

DIANA.

Pues ¿qué pasion hay que fuerce
Al entendimiento?

CÁRLOS.

Amor.

DIANA.

Yo vi efecto diferente,
Pues le puso en libertad.

CÁRLOS.

No amaba como yo ese.

DIANA.

¿Luego errar es amar?

CÁRLOS.

Sí.

DIANA.

¿De qué suerte?

CÁRLOS.

Desta suerte.
De gala, ingenio y valor
Por ruina amor se señala,
Pues no hay ingenio ni gala
Ni hay valor, donde hay amor.

El hombre que con mayor
Perfeccion galan se llama,
En el instante que ama
De sí se deja olvidar;
Que hay mucho de quien cuidar
En solamente una dama.
El que mas desvanecido
Del ingenio que alcanzó,
Se dió á sus estudios, dió
Sus estudios al olvido
En habiendo amor tenido;
Y solo á su dama atento,
Hace discursos al viento,
Porque tibiamente adora
Quien por su dama, señora,
No pierde el entendimiento.
El que mas noble y augusto
En la lid llegó á mirarse,
En llegando á enamorarse
Le cedió el valor al gusto,
Siendo el trofeo mas justo
Y la victoria mas cuerda,
Que por su dama se pierda
Todo; y con dama no hay fama,
Pues se olvida de su dama
Quien de su fama se acuerda.
Luego habiendo yo olvidado
Señora, mi lucimiento,
Mi valor, mi entendimiento,
Yo estoy mas enamorado.
Nada pues me dé cuidado;
Que si todo lo atropella
Una hermosa deidad bella,
De nada me he acordar,
Pues con nadie quiero estar
Mas airoso que con ella.

DIANA.

No me obliguéis á deciros
Que habeis echado imprudente
A perder una ocasion,
Que perdida tarde vuelve.
Y que ya resuelta...— Pero
¿Qué digo? Mi lengua miente.
Nada me creais, y baste
Saber (y esto aquí se quede)
Que si finezas obligan,
Desatenciones ofenden.
(*Vanse todas las damas y Pernía.*)

CÁRLOS.

Espera, detente, aguarda.
Sepa yo, señora... Fuése
Sin escucharme. ¡Mal haya
Pasion que llegó á ponerme
Del monte de la fortuna
Hoy en la cumbre eminente,
Pues fué solo para que
Al abismo me despeñe
De mis desdichas! que un triste
Solo á despeñarse crece.

ESCENA X.

PERNÍA; *despues*, FEDERICO.
—CÁRLOS.

PERNÍA.

A avisarte de que va
Diana al jardin, por si quieres
Seguirla, vuelvo.

CÁRLOS.

¡Ay Pernía!
Ya no hay para qué lo intente.

PERNÍA.

Pues tóquente las folías,
Bailarás las lindamente.

CÁRLOS. (*A voces.*)

¡Que ya espiró mi esperanza!
(*Sale el duque Federico.*)

FEDERICO.

¿De qué das voces? ¿Qué tienes?

CÁRLOS.

¿Qué sé yo? Ni ¿para qué
Lo pregunta quien no puede
Remediarlo?

FEDERICO.

Pues ¿qué estilo,
Qué modo de hablar es ese?

CÁRLOS.

El que me enseñó el dolor.

FEDERICO.

¿De cuándo acá desta suerte
Hablas tu?

CÁRLOS.

¿Cómo he de hablar,
Si he perdido (¡dolor fuerte!)
La ocasion de merecer
La deidad mas excelente
Que en el templo del amor
Colocó estatuas de nieve,
Coronadas de jazmines
Y ceñidas de claveles?

FEDERICO.

¿Estás loco?

CÁRLOS.

¿Quién lo duda?

FEDERICO.

¿Pues tú, que en ingenio excedes
Los mas doctos?...

CÁRLOS.

Sí; que amando,
No le tiene quien le tiene.

FEDERICO.

Mira...

PERNÍA.

Considera...

CÁRLOS.

Haréis
Los dos que me dé la muerte;
Y si no lo hago, es por dar
A mis desdichas crueles
Este gusto de quedarme
Con la vida que lo siente.
Y tanto el sentirlo estimo,
Que á pesar de mis desdenes,
A despecho de mis ansias,
Hoy vivo, porque no cesen
De una vez todos mis males;
Que son mis mayores bienes. (*Vase.*)

FEDERICO.

Espera, Cárlos, escucha.

PERNÍA.

Aguarda, Cárlos, detente.

FEDERICO.

Síguele, Pernía.

PERNÍA.

Primero
Siguiera un pleito. (*Vase.*)

FEDERICO.

No tiene
Esto mas que un medio, y es
Que declare quién merece
Ser mas dichoso, Diana,
De los dos que la pretenden,
Pues con esto cesará
Lo competencia; y quien fuere
Tan desdichado que pierda
Fortuna tan excelente,
Ausencia y tiempo le curen;
Porque nadie convalece
De amor mejor ni mas presto
Que un enamorado ausente. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA XI.

DIANA, ESTELA, NISE, FLORA,
DAMAS.

ESTELA.

Triste estás.

DIANA.

¿Cómo pudiera,
Estela, estar mas alegre
Quien hoy sitiada se mira
De pasiones tan crueles?

ESTELA.

Si hubiera de ser, señora,
Yo quien la sentencia diese,
Presto me resolveria
Dando el premio á quien mas debe
Amor.

DIANA.

¿Cuál de los dos fuera?

ESTELA.

¿Cuál? El que se hizo prudente,
Cuerdo y atento, de necio,
Eligiera solamente.

FLORA.

Es verdad; mas por usado
Estilo juzgar se debe
Cuerdo á amor; y esotro pudo
Causarse de otro accidente.

ESCENA XII.

FADRIQUE, *que se queda oculto á un lado; despues*, CÁRLOS.—DICHAS.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Cobarde mi pensamiento,
Haciendo de aquestas verdes
Hojas y tejidas ramas
Celosías y canceles,
Desde esta parte á Diana
Verá, pues que no se atreve
A pasar de aquí, por no
Aventurar si se ofende.

CÁRLOS. (*Ap. y oculto al lado opuesto que su hermano.*)

Ya que han de morir mis penas
A manos de sus desdenes,
Muera, sabiendo Diana
La enfermedad de que mueren.
Aunque no sé qué temor
Al mirarla me suspende,
Que pasar de aquí no puedo,
Hecho una estatua de nieve.

ESCENA XIII.

LOS DUQUES, GENTE; *despues*,
CLORI.—DICHOS.

FILIBERTO.

En esta parte Diana
Con sus damas se divierte.

FEDERICO.

Pues discurramos, primero
Que á hablarla en esto se llegue,
El mejor modo de hacer
Que se declare á quién quiere.
(*Sale Clori.*)

CLORI. (*A Diana.*)

Ya el instrumento está aquí:
A la letra y tono atiende.
(*Canta.*) *¿Quién me dirá cuál ha sido*
Amor de mayor aprecio:
El que hace entendido al necio,
O el que hace al necio entendido?

DIANA.

Aquesa es mi confusion.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Buena ocasion se me ofrece
De llegar á hablar.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Parece
Que amor me dió la ocasion
Para hablar en mi pasion.

FADRIQUE. (*Ap.*)

Pues el favor ó el desprecio
De uno buscamos, en precio
Nuestro la letra ha venido.

CLORI. (*Canta.*)

¿Quién me dirá cuál ha sido
Amor de mayor aprecio?

FADRIQUE. (*Llegándose á Diana.*)

De aquesa letra la duda
Licencia de responder
A ella ha dado.

CÁRLOS. (*Llegando tambien á Diana.*)

Yo he de ser
Quien á responder acuda.

FEDERICO.

A esa cuestion os ayuda
Nuestra venida, que ha sido
La que apurar ha querido
De vos cuál merece el precio...

CLORI. (*Canta.*)

¿El que hace entendido al necio,
O el que hace al necio entendido?

FADRIQUE.

Mio ha de ser en rigor
El mas digno premio, pues
Siempre mejor causa es
La que hace efecto mejor:
Luego si la de mi amor
Hizo en mí mejor efeto,
Cuanto hay de un necio á un discreto;
Más noble amor es, señora,
El que un sugeto mejora,
Que el que destruye un sugeto.

CÁRLOS.

Concedo cuán mejor es
Cuerdo hacerse un ignorante,
Mas no es eso en un amante
Mérito, sino interes.
Si tú has mejorado pues,
Yo empeorado; y siendo así,
Tú ganaste y yo perdí:
Si fué causa Diana bella;
Tú á ella lo agradece, y ella
Agradezcámelo á mí.

FADRIQUE.

Más tiene que agradecer
Quien da en cualquiera ocasion
La causa, á una ilustre accion,
De ganar, que de perder:
Luego yo he venido á ser,
Valiéndome tu conceto,
A quien tiene en este efeto
Que agradecer tu fortuna,
Pues la obligamos, yo á una
Perfeccion, y tú á un defeto.

CÁRLOS.

El alma, como es esencia,
Siempre á saber aspiró;
Amor, como es pasion, no:
Luego adquirir una ciencia
No es amor; si en su violencia
Perderla: luego en rigor
Los defectos del amor
Son perfecciones; y es tanto
Mayor la perfeccion, cuanto
Es el defecto mayor.

FADRIQUE.

Que el alma aspiró á saber,
Como esencia pura, yo
Lo concedo; pero no
Que el defecto pudo ser
Perfeccion en el querer;
Porque aunque amor en tal calma
Solo es pasion, á la palma
Irá de la esencia, pues
Quien pasion del alma es,
Costumbres tendrá del alma.

CÁRLOS.

Luego estando el alma ya
Solo en querer ocupada,
Su pasion acostumbrada
Solo á querer estará:
Luego tiempo no tendrá
De estudiar ni de saber,
Pues la ciencia del querer
El tiempo la está quitando:
Luego es mas fineza amando,
Ignorar, que no aprender.

FILIBERTO.

Aquesta cuestion de amor
Ya no te deja, Diana,
Mas que discurrir, y es fuerza
Que declares quién alcanza
Mayor mérito.

FEDERICO.

Yo humilde
Te lo suplico á tus plantas,
Porque cesen de una vez
Los efectos con la causa.

CLORI.

¿Qué dudas?

NISE.

¿De qué recelas?

ESTELA.

¿Qué es lo que esperas?

PERNÍA.

¿Qué aguardas?

DIANA.

Igualmente de los dos
Convencida y obligada
Estoy, viendo dos efectos
Tan opuestos, de una causa.
Igual el extremo ha sido,
Aunque con accion contraria:
Y así es fuerza que á ninguno
Prefiera.

PERNÍA. (*Ap.*)

¡Cuánto me holgara
De que á ninguno escogiera,
Y la comedia acabara,
Quedando esta vez solteros
Los galanes y las damas!

DIANA.

Y así, dejando á las dos
Pasiones de amor extrañas
En su estimacion, quedando
En igual crédito ambas;
Y acudiendo á haber tenido,
Antes que mi amor llegara
A aquesta experiencia, á Cárlos
Inclinacion reservada
Desde el dia que le vi
En el festin con mil galas,
Y con mil victorias luego
En la tela, él se señala
Por dueño suyo. Mi voz
Poco, Fadrique, os agravia,
Pues no os prefiere, porqué
Su amor excedido os haya,
Sino su estrella, primero
Que á veros á vos llegara.

FADRIQUE.

Yo estoy tan desvanecido,
Hermosísima Diana,
De que cuerdo he parecido,
Que no quiero esta alabanza
Malograr con los extremos
De mi necedad pasada;
Pues es la mayor cordura
Que el arte de amor alcanza,
Saber sufrir una pena
Y sentir una desgracia.

CÁRLOS.

A mí me da, Diana bella,
A besar tu mano blanca,
Que si amor me hizo indiscreto
Con penas, desvelos y ansías,
Cuerdo me hará con favores.

PERNÍA.

Con que en la comedia acaban
De una causa dos efectos,
Y nacerán de otra causa
Otros dos gustos, si es buena,
Y perdones, siendo mala.

EL POSTRER DUELO DE ESPAÑA.

PERSONAS.

DON PEDRO TORRELLAS.
DON JERÓNIMO DE ANSA.
CÁRLOS QUINTO, *jóven galan.*
EL CONDESTABLE DE CASTILLA, *viejo.*
EL ALMIRANTE, *jóven galan.*
EL MARQUÉS DE BRANDEMBURG, *galan.*
EL CONDE DE BENAVENTE, *viejo.*
GINES, *criado de Don Pedro.*
VIOLANTE, *dama.*
SERAFINA, *dama.*
FLORA, *criada.*
GILA, *villana.*
BENITO, *villano.*
GONZALO, *criado de Don Jerónimo.*
FERNANDO, *criado del Conde.*
UN TAMBOR MAYOR.
CUATRO REYES DE ARMAS.
MÚSICOS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.
VILLANOS.

La accion pasa en Zaragoza y sus cercanías, y en Valladolid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en un palacio de Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

Dentro atabalillos y chirimías y GENTE; *y con las primeras voces sale por una parte* DON PEDRO TORRELLAS, *vestido de camino, y por otra* DON JERÓNIMO DE ANSA, *de cortesano.*

UNOS. (*Dentro.*)
¡Nuestro heróico César viva!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Viva el invicto Rey nuestro!

UNOS. (*Dentro.*)
¡Viva Cárlos!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Viva Cárlos!

TODOS. (*Dentro.*)
¡Viva por siglos eternos!

DON JERÓNIMO.
Don Pedro, tan bien venido
Seais, como sois de mi afecto
Deseado.
(*Abrázanse.*)

DON PEDRO.
Y vos tan bien
Hallado como el deseo,
Don Jerónimo, se explica
En tal amigo y tal deudo.

DON JERÓNIMO.
¿Cómo venis?

DON PEDRO.
No tan solo
Con salud, pero contento,
Honrado y favorecido
Del jóven Cárlos, rey nuestro,
Y toda su corte. Vos
¿Cómo estáis?

DON JERÓNIMO.
Qué responderos
No sé; que es contrario estilo
A retóricos preceptos,
Hablándome en gozos vos,
Responder yo en sentimientos:
Y así, dejando mis penas
A ménos precioso tiempo,
Contadme vuestra jornada.

DON PEDRO.
¿No será mejor (supuesto
Que fundidos corazones
Son los dos en nuestros pechos,
Tanto que, comun de dos
Placer y pesar, han hecho
Tan vuestro el contento mio
Como mio el dolor vuestro)
Que me digais vos la causa
De vuestras penas primero,
Dejando para resguardo
De su alivio y su consuelo
Mis felicidades?

DON JERÓNIMO.
No;
Que en metáfora de enfermo,
Quien se cura en salud, goza
Anticipado el remedio.

DON PEDRO.
Si pretendiera argüiros,
No faltara á mi argumento
Fuerza, en que sobre seguro
Cae el que cae previniendo
Lecho en que caer.

DON JERÓNIMO.
Ni el mio
En que es socorro mas cuerdo
Aquel que ántes de caer
Repara el peligro: y puesto
Que yo soy el lastimado
Y vos el gustoso, medio
Mas seguro es que acudamos
En la precision de un riesgo
Al que necesita mas
Del alivio, que al que ménos
Ha menester el cuidado.

DON PEDRO.
Darme por vencido quiero,
Deponiendo mi dictámen
Por complacer con el vuestro.
Despues que el invicto Cárlos,
Como hijo y heredero
De Juana, hija de los Reyes
Católicos, y el primero
Felipe de Austria, á quien debe
España el blason excelso
De que siempre repetido
Vea el dulce nudo estrecho
Del castellano leon
Y el águila del imperio;
Despues que el invicto Cárlos
(Otra vez á decir vuelvo),
Su menor edad cumplida,
Tomó posesion del reino,
Con no sé qué graves causas
Que honestaron sus pretextos,
Fué fuerza dar vuelta á Flándes,
Dejando en el desconsuelo
De la ausencia de su rey
A España, que como centro
De la lealtad y el amor,
A fuer de dama, el pequeño
Espacio apénas de un año
Le contó á siglos eternos.
Supo pues como volvia,
Nuevo sol, á darla nuevo
Esplendor con la cesárea
Majestad, en que el imperio
Por sucesor del piadoso
Maximiliano, su abuelo,
Le juró rey de romanos:
Con que, si á lo amante vuelvo,
Adelantando esperanzas
Y anticipando deseos,
No hubo ciudad que á la raya
Diputados caballeros
A darle la bienvenida
No enviase. Yo, aunque ménos
Que otros esta honra esperabá
(No es la primer vez que ha hecho
Semejantes sinrazones
La dicha al merecimiento),
De parte de Zaragoza
Nombrado fuí: con que habiendo
Llegado á besar su mano,
Me parece que se ha puesto
Conmigo en paz mi fortuna,
Pues ya que envidiar no tengo.
Si le vierais cuán afable,
Si le vierais cuán severo
Daba lugar al amor
Sin quitársele el respeto,
Os admirarais de ver,
Entre temores de atento
Y licencias de admitido,
Lidiar dentro de mi pecho
Los dos encontrados bandos
Del cariño y el obsequio.
No paró mi dicha en verle
Usar grave y halagüeño
En diez y ocho años de edad
Diez y ocho mil de talento,
Sino en que habiendo salido
Con el mismo justo intento
Cuanta nobleza contienen
Las dos Castillas, no habiendo
Gran señor que no se haya,
Para su recibimiento,
Adornado de sí mismo,
Que es su mejor lucimiento;
Todos me honraron de suerte,
Que de mil honores lleno
Vuelvo á la patria; si bien
El que mas de todos ellos
Se esmeró en honrarme, fué
(Como mas señor, mas dueño
Mio) el señor almirante
De Castilla, que en sabiendo
Que estaba allí Zaragoza,

Me buscó en mi alojamiento
Y acompañó á la funcion
Del besamano, teniendo
Convidados, no tan solo
A los tres duques excelsos
De Alba, de Alburquerque y Béjar,
Pero á cuantos caballeros
De su casa y su familia
Gozan el blason de serlo.
Bien sé que tanto esplendor
No era, y tanto lustre, atento
A mí, sino á la corona,
En noble conocimiento
De la alta real sangre suya,
Desde el feliz casamiento
Que hizo Don Fadrique Enriquez,
Dando al invicto rey nuestro
Don Juan Segundo, el hermoso
Milagro, el prodigio bello
De su hija Doña Juana,
Para esposa y reina á un tiempo
De Navarra y de Aragon,
De quien fué tan digno nieto
El católico Fernando,
Primo hermano suyo; pero
Aunque era esta la razon,
No sé qué se tiene esto
De gozar uno la dicha
Que otro le adquirió primero,
Que no deja de alcanzarle,
Por lo personal del puesto,
De los méritos del otro
A él el desvanecimiento.
A este honor agradecido,
Al ver que Cárlos, viniendo
Por Francia, en Fuenterabía
Tomó de su español centro
Primer tierra, y que dejando
De Navarra á un lado el reino,
Por Aragon á Castilla
Ir quiere; correspondiendo
A la obligacion y al gusto,
Tuve osado atrevimiento
Para ofrecerle mi casa
El breve ó no breve tiempo
Que Cárlos en Zaragoza
Se detenga: él admitiendo
Mas por su benignidad
Que por mí, el ofrecimiento,
El hospedaje aceptó:
Con que he dicho cuanto puedo
Decir de mis dichas, pues
Aparte dejando el pleito
Del estado que hoy litigo,
Para todos mis aumentos,
Ya en la paz ó ya en la guerra,
O para cualquier suceso,
Ya de honor, ya de fortuna
(Que al fin no sabe el mas cuerdo
A qué nace destinado),
No ha de faltarme á lo ménos
Favor, pues para padrino,
Para valedor y dueño,
Para abrigo y para amparo
Tan alto Mecénas tengo.

DON JERÓNIMO.

Tan general esa dicha
Es hoy en todos, que entiendo
(Sin meterme á graduaciones
Donde todos son primeros)
Que no hay noble en Zaragoza
A quien no pase lo mesmo.
Dígalo yo, pues tambien
Habiendo con todos hecho
De precisa cortesía
Voluntario alojamiento
Dando á la corte mi casa,
Por huésped en ella tengo
Al marqués de Brandemburg,
Un aleman caballero,
Que no mal visto del Rey,
Goza por su heróico esfuerzo
El baston de general
De las armas del imperio.

DON PEDRO.

Es, sobre su ilustre sangre
Y su valor, el sugeto
Mas amable y mas bien visto.
Y dejando aparte esto,
Pues ántes que salga el Rey
A su capilla, da tiempo
Y ocasion la ociosidad
De haber de esperarle, os ruego,
Don Jerónimo, merezca
Saber el cuidado vuestro.

DON JERÓNIMO.

Mi cuidado, si es preciso
No negárosle, es, Don Pedro,
Haber visto una hermosura
Que, por no dar, no encarezco,
En los lugares comunes
De ser sus rizos cabellos
Peinados rayos del sol;
Su frente, bruñido y terso
Ampo de nieve, sus cejas
Arqueados iris, luceros
Sus ojos, rosa y jazmin
Sus mejillas, nácar bello
De blancas perlas su boca,
Torneado marfil su cuello,
Y toda el aura su talle.

DON PEDRO.

¡Cuánto de oirlo me huelgo!
Que estaba tibio este paso
Hasta aquí, pues es lo mesmo
Oir sin amor una historia,
Que vivir sin alma un cuerpo.

DON JERÓNIMO.

¿Burla haceis de mi cuidado?

DON PEDRO.

Pues ¿qué he de hacer, si pendiendo
De un hilo el alma tenia,
Creyendo algun mal suceso
Que os hubiese acontecido?

DON JERÓNIMO.

¿Qué mayor, si á manos muero
De una perdida esperanza,
Que apénas nació en el viento,
Cuando en el viento murió,
Deshecha á los soplos fieros
De iras, desdenes y agravios?

DON PEDRO.

Pues ¿qué mayor bien que veros
Con sentimiento, cuando es
Tan airoso el sentimiento?
Nunca mas galante, mas
Garboso, ni mas bien puesto
Está un amante, que cuando
Está llorando desprecios.
Dejad á los dichosazos
Lo querido; que un discreto
No ha menester mas que causa
De saber quejarse á tiempo:
Y así, padeced, sufrid,
Amad y esperad, creyendo
Que solo merece amando,
Aquel que ama padeciendo.

DON JERÓNIMO.

Bien el consejo viniera,
Si no viniera el consejo
Tarde.

DON PEDRO.

¿Cómo?

DON JERÓNIMO.

Como no
Nace solo mi tormento...

DON PEDRO.

Decid.

DON JERÓNIMO.

De sufrir rigores.

DON PEDRO.

¿Pues de qué?

DON JERÓNIMO.

De sentir celos.

DON PEDRO.

Ya es otro el caso. ¿De quién?

DON JERÓNIMO.

No sé, aunque sé que los tengo.

DON PEDRO.

¿Sin saber de quién?

DON JERÓNIMO.

Sí.

DON PEDRO.

¿Cómo?

DON JERÓNIMO.

Como en los lances primeros,
Sobornando á una criada
Por tener conocimiento,
Antes que á ella la sirviera,
Con un criado mio, el secreto
De otro amor me reveló,
Sin revelarme el sugeto.
Y fué el caso que ella há poco
Que la sirve; y pretendiendo
Averiguar si nacian
De otra causa mis desprecios,
A hurto escuchó á una criada
Antigua estarla diciendo:
«Presto volverá, señora,
A tus cariños, y el cielo
Querrá que llegue el dichoso
Dia en que tú, consiguiendo
Tu pretension y él su herencia,
Con gusto de entrambos deudos,
Le des la mano de esposa.»
A que ella respondió: «Si eso
Consigo, dichosas penas
Son cuantas por él padezco.»
De suerte que sin nombrarle,
El daño supe, y no el dueño;
Pues por mas que desvelado
Y celoso lo pretendo,
Sin faltar dia ni noche
De su calle, el mas pequeño
Indicio, rastro ni seña
He encontrado: de que infiero
Que el decir que volveria
A sus cariños, es cierto
Que es por retiro de algun
Amante desabrimiento;
Y así, habiendo vos llegado...

ESCENA II.

GONZALO. — DON PEDRO, DON JERÓNIMO.

GONZALO.

Señor...

DON JERÓNIMO.

¿Qué me dices, necio?

GONZALO.

Que ya es hora de que bajes,
Si es que á su acompañamiento
Has de asistir; porque ya
Se ha apeado en el primero
Zaguan de palacio.

DON JERÓNIMO.

Aquí
Quede el discurso suspenso,
En que habiendo vos llegado,
Habeis de ser... Pero luego
Desto hablarémos despacio;
Porque esta dama, viniendo
A dar hoy un memorial
Al Rey, cerca del derecho
Que tiene á un honroso cargo,
A vista suya no quiero
Faltar de entre sus criados.

Pues por ahora no puedo
Darme por mas entendido,
Esperadme miéntras vuelvo.
(*Vanse Don Jerónimo y Gonzalo.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¡Qué de otra manera yo
Trato mi pasion, supuesto
Que nadie ha sabido della
Sino solo mi deseo!
¡Por cuánto ¡ay Violante mia!
Al mas amigo, al mas deudo
Le fiara yo mis penas?
Dígalo el que cuando vengo
De torpe acusando al aire
Y de perezoso al tiempo,
Aun para ver tus umbrales
No he tenido atrevimiento
Sin licencia de la noche,
Que es sola la que al secreto
De nuestro amor supo echar
La llave de su silencio.

ESCENA IV.

GINES. — DON PEDRO.

GINES.
¡Gracias á Dios que te hallo
Solo y ocioso un momento!

DON PEDRO.
Pues ¿qué quieres?

GINES.
Que me ajustes
La cuenta de todo el tiempo
Que te he servido, y te quedes
Con Dios.

DON PEDRO.
Pues bien, ¿qué hay de nuevo
Para despedirte?

GINES.
Hay
El haber conmigo hecho
Una sinrazon á que
Ya me falta el sufrimiento,
Y basta haber esperado
Para irme, á que hayas vuelto
A tu casa.

DON PEDRO.
¡Sinrazon
Yo contigo!

GINES.
Tan sin duelo,
Que no se le da ejemplar
En cuantos hasta hoy subieron
De lacayos regoldanos
A gentil-hombres enjertos,
En servicio de amo mozo.

DON PEDRO.
¿Cuál es? que yo no la entiendo.

GINES.
Un amor de contrabando,
Que se me entra en coche, siendo
Escudero arrendador,
Sin pagarme los derechos.
¡Qué cosa es que un año andes
Hablando contigo mesmo
Sin que un hora hables conmigo,
Y solo, en anocheciendo,
Te vayas hasta la aurora,
Donde, si vienes contento,
Tú te lo estás, y si triste,
Sin comerlo ni beberlo,
Haya de pagarlo yo?
Matarme á coces, diciendo:
« Fulana es un basilisco,
Es un áspid, » vaya; pero
Matarme á coces, y no
Saber la Fulana, eso
Toca en pundonor, y no
Tengo de volver á verlo,
Si sé encontrar con un amo
Que hable en falsetes y recio.

DON PEDRO.
Sin duda vienes borracho.

GINES.
Ya no hay vino para eso:
Con que, negado el principio,
No hace fuerza el argumento.
O la Fulana ó la cuenta,
Y adios.
(*Dentro chirimías.*)

DON PEDRO.
Despues nos verémos.
Retírate; que no es
Ahora de locuras tiempo,
Que sale el César.
(*Las chirimías.*)

GINES.
Y al paso,
En el permitido puesto,
Concedido á principales
Damas, le sale al encuentro
Una, asistida de algunos
Caballeros, y entre ellos...

DON PEDRO.
¿Quién?
(*Las chirimías.*)

GINES.
Don Jerónimo de Ansa,
Tu primo y amigo.

DON PEDRO. (*Ap.*)
¡Cielos!
¿Qué miro? Violante es
La dama sin duda (¡hoy muero!)
En que me hablaba.

GINES.
Ya el Rey
Llega.
(*Las chirimías.*)

VOCES. (*Dentro.*)
Plaza, caballeros.

ESCENA V.

Salen con ACOMPAÑAMIENTO, *por un lado,* EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS DE BRANDEMBURG, *en traje de aleman;* CÁRLOS QUINTO, *y detras de él* EL CONDESTABLE; *y por otro lado, tambien con* ACOMPAÑAMIENTO, VIOLANTE, *vestida de negro, una* CRIADA *de la mano, y entre los demas* DON JERÓNIMO; *y en llegando Violante junto al Emperador, se arrodilla.*— DICHOS.

VIOLANTE.
Vuestra Majestad... si... cuando...
Yo, señor...

CÁRLOS.
Alzad del suelo.
(*Ve Violante á Don Pedro.*)

VIOLANTE.
(*Ap.* ¡Quién de dos sustos turbada,
Cobrar pudiera el aliento!)
Doña Violante de Urrea,
Hija, señor, de Don Diego
De Urrea soy, cuyos servicios
En guerra y paz merecieron,
Como casi hereditaria
Desde sus padres y abuelos,
La alcaidía de Alarcon;
Y habiendo sin varon muerto,
Por ser hija, la han vacado,
Sin quedar á mi remedio
Mas caudal que el de poder,
Aprobando vos el dueño,
Elegirle la atencion
De mis mas ancianos deudos.
Para mi estado, os suplico
Que con ella me honreis.
(*Da un memorial al Emperador.*)

CÁRLOS. (*Tomándolo.*)
Quedo
Con cuidado. —Condestable...

CONDESTABLE.
Señor...

CÁRLOS.
Acordadme luego
Aparte este memorial.— (*Dásele.*)
Y creed vos que deseo (*A Violante.*)
Que se conozca que en mí
Al mérito busca el premio,
No el premio al mérito.

VIOLANTE.
Guarde
Eternos siglos el cielo
Vuestra vida.
(*Va pasando el Emperador, y tras él los caballeros del acompañamiento.*)

CABALLERO 1.°
¡Hermosa dama!

CABALLERO 2.°
Y entendida, pues habiendo
(*Estos versos se representan, como van pasando, y haciéndola reverencia.*)
La primera turbacion
Restaurado (que aun en esto
Cabal anduvo), en lo poco
Que dijo, no sin ingenio
Se explicó.
(*Vanse los dos caballeros.*)

MARQUÉS.
Grandes ventajas
En el brio y el aseo
A otras naciones les hacen
Las españolas.

ALMIRANTE.
Si eso
Decis vos, señor marqués
De Brandemburg, ¿qué dirémos
Nosotros?

MARQUÉS.
Lo mismo, pues
El propio conocimiento,
Señor Almirante, no es
Vil jactancia.
(*Vanse el Almirante y el Marqués, y vuelven á tocar las chirimías.*)

VIOLANTE.
Detenéos,
Don Jerónimo; que no
Habeis de ir conmigo.

DON JERÓNIMO.
Esto
Es cumplir la obligacion,
Señora, de criado vuestro.

VIOLANTE.
Quedáos, ó no pasaré
De aquí.

DON JERÓNIMO.
Ved que iros sirviendo
No es licencia que me tomo,
Sino deuda que me tengo.

VIOLANTE.
Por no dar nota, no hago
Mayor la instancia. (*Ap.* ¡Ay, Don Pedro!
Si ha de ser mi dia la noche,
Quiera amor que llegue presto.)
(*Vanse ella, su acompañamiento y Don Jerónimo.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO, GINES.

GINES.

Ya que has vuelto á quedar solo,
Y viene la cuenta á cuento,
Yo te serví...

DON PEDRO.

¡Esto me hablas,
Infame, cuando estoy muerto
De ansias, penas, rabias é iras!

GINES.

¿Por dónde ó cómo vinieron?
¿No estabas ahora conmigo
Sosegado, afable y quieto?
Pues ¿quién el juicio, señor,
Que no te quitó, te ha vuelto?

DON PEDRO.

¿Tú me arguyes, ni preguntas
Lo que conmigo padezco?
(*Dale de empujones.*)

GINES.

Como lo padezco yo
Por concomitancia...

DON PEDRO.

Necio,
Calla, y no me apures.

GINES.

Tente;
Y pues saber no merezco
A boca lo que te pasa,
No me lo digas, te ruego,
Por la mano; que no soy
Galan que su cifra entiendo.
Y ya, señor, que de manos
A boca eso viene, vuelvo
A que me he de ir, ó saber
A qué Fulana la debo
Estimar los contrabajos
De todos tus contratiempos.

DON PEDRO.

Ni has de saberlo ni has de irte,
Y no me canses.

ESCENA VII.

DON JERÓNIMO. — DICHOS.

DON JERÓNIMO.

Don Pedro...

DON PEDRO.

Retírate allí.

GINES.

¿Esto mas? (*Retírase.*)

DON JERÓNIMO.

Ya habréis sabido el sugeto
Que adoro, por la razon
De lo que os dije primero,
De que á hablar al Rey venía.

DON PEDRO.

Sí.

DON JERÓNIMO.

¿Qué os parece? ¿No tengo
Causa de perder el juicio,
Pues cuerdamente le pierdo
En el soberano asunto
De tan generoso empleo,
Por su ingenio, su hermosura
Y su sangre?

DON PEDRO.

Sí por cierto.
(*Ap.* Hasta pensarlo mejor,
No sé á lo que me resuelvo.)

DON JERÓNIMO.

Pues ahora lo que por mí
Habeis de hacer (pues es cierto
Que en vos no hará ella reparo,
Como en quien nunca vió afecto
De verla para servirla),
Es que, la deshecha haciendo
De que mirais á otra parte,
No falteis solo un momento
De su calle, pues es fuerza
Que una ú otra vez notemos
Quién mas continuo la pasa,
O quién mira mas atento
Sus rejas.

DON PEDRO.

La diligencia
De estar en ella os ofrezco
Muy á todas horas.

DON JERÓNIMO.

Pues
Oid otra cosa que intento,
Por si esto no basta.

DON PEDRO.

¿Qué es?

DON JERÓNIMO.

Ya público el galanteo,
Escandalizar la calle
(Porque él sienta lo que siento)
Con músicas esta noche;
Que si es noble caballero
El que con favores calla,
Ruin es quien calla con celos:
Y esto le hará descubrirse,
Si lo es. Y ahora, adios; que quiero,
Ya abandonado el recato,
Ir la carroza siguiendo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO, GINES.

GINES.

¿Podré ahora llegar?

DON PEDRO.

Ni ahora
Ni nunca, villano. (*Ap.* Pero
¿Qué culpa tiene él?) Gines,
Hijo, amigo y compañero,
Todo cuanto tú quisieres
Será: déjame, te ruego,
Solo ahora.

GINES.

¿Quién serenó
Tan grande turbion tan presto?

DON PEDRO.

No sé, déjame.

GINES.

¿Inventó
Diocleciano igual tormento,
Como servir sin saber
De su amo los secretos,
Para decirlos siquiera
A cualquier persona? (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO.

¡Cielos!
¿Qué es lo que pasa por mí?
Yo adoro tan en secreto
A Violante, que ella, yo
Y una criada sabemos
(Fiados al paso de una
Casa, que á otra calle tengo)
No mas el empeño, en tanto
Que para el estado nuestro
Los alcances de los dos,
Saliendo yo con mi pleito
O ella con su pretension,
Dén á los caudales medios.
Decir mi amor es faltar
A homenaje, juramento
Y palabra que la he dado
De que nadie ha de saberlo
De mí; no decirlo, es
Hacer espaldas yo mesmo
Al desaire de saber
Que otro la ama. Fuera desto,
Ser yo quien le da el cuidado,
Sobre ser él quien ha hecho
De mí la confianza, es
Trato doble. Querer ciego
Dejarlo á la flojedad
De las mejoras del tiempo,
Es vileza; pues á mas
Tardar, será el casamiento
Quien lo diga, y será infamia
Que venga á saberse luego,
Que para amar á mi esposa
Presté yo el consentimiento.
A esto se llega haber dicho
Que será ruin caballero
El que no saque la cara
A sus declarados celos.
Sacarla es aventurar
A la dama lo primero,
Y lo segundo al amigo,
Pues él ha de hacerlo duelo,
Y ella agravio; no sacarla,
Casi viene á ser lo mesmo;
Que ella querida, él amante,
Miéntras con causa me ofendo
Del amigo y de la dama,
Ni dama ni amigo tengo.
¿Cómo hallara un medio yo
Que disculpando el despecho
Con Violante, hiciera sombra
A que me declare cuerdo
Con Don Jerónimo? Ya,
Si no lo sé, le prevengo.
Yo he de ir á verla esta noche,
Disimulando, si puedo,
Mi sentimiento; y tomando
De su música el pretexto
Para mi queja, culparla
De mudable: con que quedo
Bien con ella en la disculpa
De celoso, y ella luego
Mal conmigo, sin la accion
Para la queja, creyendo,
Que ella es la que da la causa.
Y cuando no baste esto,
Aunque se pierda Violante,
A tanto raudal de celos,
Tanta avenida de agravios,
Tanto embate de tormentos,
Tanta ráfaga de penas,
Rompa la presa el silencio,
Y ponga mi honor en salvo;
Que si dijo algun proverbio:
«Antes que todo es mi dama,»
Mintió amantemente necio;
Que ántes que todo es mi honor,
Y él ha de ser el primero. (*Vase.*)

—

Vista exterior de la quinta de Serafina.

ESCENA X.

Dentro grita de villanos; despues salen GILA, BRITO Y VILLANOS, *cantando y bailando delante de* SERAFINA.

VILLANOS. (*Cantando.*)

Dos higas dió á muesa ama,
Por no aojarla, aquel jazmin;
Y ella, por no agradecerlas,
Dió una á mayo y otra á abril, [*tis,*
Dejando de entrambos tan mustio el mar-
Que huyendo las rosas de ciento en cien-
Huyeron las flores de mil en mil. [*to,*

SERAFINA.

Por mas que solicitéis
Aliviar de mi tristeza
Su causa, mal la extrañeza

De tanta pena podréis:
Y así, amigos, no os canseis
En templar pasion tan vil,
Por mas que diga sutil
Vuestra lisonja en el viento...

ELLA Y LOS VILLANOS. (*Cantando.*)

Que huyendo las rosas de ciento en cien-
Huyéron las flores de mil en mil. [*to,*

BENITO.

Par diez, muesa ama, no sé
Qué causa hay tan rigurosa
Que tenga triste á una hermosa;
Que si yo lo fuera, á fe
Que allegre estoviera en que
Otros cantarañ de mí...

ELLA Y LOS VILLANOS. (*Cantando.*)

Que huyendo las rosas de ciento en cien-
Huyeron las flores de mil en mil. [*to,*

SERAFINA.

Es tan pública, Benito,
La causa de mi dolor,
Que callarla fuera error;
Y ántes tal vez la repito,
Por si, tratada, la quito
La fuerza á la sinrazon.

GILA.

Si esos los consuelos son
De quien llora, gime y siente,
Aunque con bárbula gente,
Descanse tu corazon.

SERAFINA.

Don Pedro Torrellas es
Mi primo; los dos tenemos
Una accion, á que creemos
(No de pequeño interes)
Ser ambos llamados: pues
Habiendo cuerdos querido
Con el mas igual partido
Nuestros deudos ajustarnos,
Pues quedara con casarnos
De ambos el derecho unido;
El (siendo así que algun dia
Mis favores estimaba,
Y que á mí no me pesaba
Ver que los agradecía)
Mudado en ofensa mia,
Tan grosero, tan tirano
Y tan poco cortesano
Aquesta plática oyó,
Que viniendo en ella yo,
Dejó de admitir mi mano.
Este agravio de manera
Me le ha hecho aborrecer
(Pues bastaba ser mujer,
Cuando su prima no fuera,
Para que de mí no hiciera
Desden), que vuelto el amor
En ira, rabia y furor,
Si yo pudiera vengarle,
Lo ménos fuera matarle.
Y así, huyendo mi dolor,
A esta quinta retirarme
Quise, donde no se vea,
Hasta que mi dicha sea
Tan feliz, que llegue á darme
Ocasion para vengarme
Deste ardor que el pecho inflama,
En su vida, honor y fama.

BENITO.

Tiene razon, á fe mia;
Y aun yo, con ser tonto, un dia
Que fui á la corte, muesa ama,
Le vi, y le dije que era
Un engrato, un enhumano,
Mal caballero y villano;
Y que si yo le cogiera
Puerco á puerco, yo le hiciera
Que ménos grosero fuese.

SERAFINA.

Y él ¿qué dijo?

BENITO.

El caso es ese,
Que nada me respondió;
Bien que no lo dije yo
De manera que él lo oyese.

SERAFINA.

¡Qué locura!

GILA.

Esto es querer
Que se alivie y se divierta,
En tanto que se concierta
Un baile, que hemos de hacer
A su venida.

SERAFINA.

Placer
No hay en mí sino sentir.

BENITO.

Con todo, habemos de ir
Cantando, que quiera ó no;
Que para eso el tono yo
Hice: volvedle á decir.

VILLANOS. (*Cantando.*)

Dos higas dió á muesa ama,
Por no aojarla, aquel jazmin;
Y ella, por no agradecerlas,
Dió una á mayo y otra á abril, [*tiz,*
Dejando de entrambos tan mustio el ma-
Que huyendo las rosas de ciento en cien-
Huyeron las flores de mil en mil. [*to,*
(*Vanse con Serafina cantando y bailando, y Benito detiene á Gila.*)

ESCENA XI.

BENITO, GILA.

BENITO.

Gila...

GILA.

¿Qué es lo que me quieres?

BENITO.

Si tengo de habrar de véras,
Yo te quiero que me quieras.

GILA.

¡Lindo rentólico eres,
Pues has hallado un camino
Tan nuevo de declararte!

BENITO.

Amar sin arte es el arte
De amar.

GILA.

¿Y no es desatino,
Donde tantos lo han oido?

BENITO.

Si no tengo otro lugar.

GILA.

(*Ap.* A fe que me ha de pagar
El habérseme atrevido.)
Yo tengo mañana de ir
Por leña al monte: si en él
En su espesura cruel
Te supieses encobrir
Tanto, que nadie te viera
Mas que yo cuando llegara,
Sin testigos te escuchara.

BENITO.

Esconderme dé manera
Sabré, que aunque la desdicha,
Que halló siempre á quien buscó,
Me busque, no me halle.

GILA.

Yo
Iré; mas mira...

BENITO.

¿Qué dicha
Pudo igualarse á la mia?

GILA.

Que ninguno te ha de ver.
(*Ap.* Por Dios, que le he de tener
En el monte todo el dia.)

BENITO.

Digo que muy escondido
Estaré, y que no saldré
Hasta verte á ti: con que
Al verte, en mijor sentido,
Contento diré al oido
Del mastranzo y toronjil,
Yerba buena y perejil,
Si hay escondido contento...

LOS DOS. (*Cantando.*)

Que huyendo las rosas de ciento en cien-
Huyeron las flores de mil en mil. [*to,*
(*Vanse bailando.*)

—

Sala en casa de Violante, en Zaragoza.

ESCENA XII.

VIOLANTE; FLORA, *con luz.*

VIOLANTE.

¿Está ya, Flora, la casa
Recogida?

FLORA.

Sí, señora,
Y cerrada aquesa puerta
De tu cuarto, donde sola
Yo contigo quedo.

VIOLANTE.

Pues
Ya es tiempo que el cuadro corras,
Que disimula el secreto,
Y que á la puerta te pongas,
Por si sientes que alguien llega
A escuchar; que hay muy curiosas
Criadas hoy nuevas en casa.
O miente mi pasion propia,
O ya Don Pedro estará
Esperando.
(*Corre Flora un cuadro de pintura, y detras se ve á Don Pedro, y vase Flora.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO. — VIOLANTE.

DON PEDRO.

¿Quién lo ignora?
Que siempre espera el que espera
La felicidad.

VIOLANTE.

¿Es hora,
Mi bien, mi señor, mi dueño,
De que merezcan dichosas
Mis ansias verte?

DON PEDRO.

Si tú
Quejas de la ausencia formas,
¿Qué haré yo (*Ap.* ¡Qué mal ¡ay triste!
Se disfraza una congoja!)
Que soy quien mas sentir debe
La pereza de las horas
Que sin ti vivió, mal dije,
Que murió sin ti?

VIOLANTE.

No ociosa
Cuestion movamos en cuál
De los dos padece y llora
Más, Don Pedro, en esta ausencia;
Que me está mal.

DON PEDRO.

¿De qué forma?

VIOLANTE.

Si tú me vences en ella,

Será señal de que gozas
Tú el querer mas; y si yo
Te venzo en la razon propria,
El querer ménos; y es
Experiencia muy costosa,
Si con la victoria salgo,
Quedar mi fineza corta;
Ó corta mi dicha, si
No salgo con la victoria.
Y así, basta que nos démos
Por buenos, con que conozcas
Que no hubo instante que fina,
Constante, tierna, amorosa,
De tí memoria no hiciese.

DON PEDRO.

Ya será la cuestion otra,
En si hice mas yo en no hacer
Memoria, Violante hermosa,
De tí.

VIOLANTE.

Pues ¿por qué?

DON PEDRO.

Porqué
Nunca pudo hacer memoria
Quien nunca hacer pudo olvido.

VIOLANTE.

Dejemos vanas lisonjas;
Vamos á verdades puras,
Que se explican en sí solas.
¿Cómo vienes?

DON PEDRO.

Como quien
Viene á verte. (*Ap.* ¡Ay pasion loca!)
Si no trajera otra pena,
¡Qué cabal fuera esta gloria!)
Tú ¿cómo estás?

VIOLANTE.

Hoy dos veces
Contenta, ufana y gozosa:
Por verte, señor, la una;
Porque presumo, la otra,
Que la audiencia en que me viste
Mis felicidades logra,
Pues lo benigno del César
Me da esperanzas dichosas
De honrarme: con que tendré
Eso mas que á tus piés ponga.
¿Te alegraste mucho cuando
Me viste?

DON PEDRO.

Muy pocas cosas
Más he sentido en mi vida.

VIOLANTE.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Como me apasiona
Lo escaso de mi fortuna,
Siempre que imagina ó toca
En que no te pueda hacer
De todo el mundo señora,
Para que no necesites
De pretender: y es de forma
Lo que haberte visto allí
Me aflige, angustia y congoja,
Que por no haberte allí visto,
Diera cuanto no es la honra.

VIOLANTE.

Si entendiera que podias
Sentirlo, y fuera la heróica
Majestad de dos imperios
La pretension...

DON PEDRO.

No supongas
Imposibles; que esto es solo
Sentir, Violante, mi corta
Dicha; pues siempre que yo
Imagine, mire ú oiga...

ESCENA XIV.

MÚSICA, *dentro.* — DICHOS.

MÚSICA. (*Dentro.*)

A los jardines de Chipre
Entró Amor cuando la aurora...

DON PEDRO.

No era esto lo que yo iba
A decir.

VIOLANTE.

Pues ¿qué te enoja?

DON PEDRO.

Nada; que una cosa es
Ir yo á llorar, y otra cosa
Ir otros á cantar; pero
¿Dónde no se canta y llora?

MÚSICA. (*Dentro.*)

A los jardines de Chipre
Entró Amor cuando la aurora
Escarcha el jazmin de perlas
Y nieva el clavel de aljófar.

VIOLANTE.

Parece que disgustado
Estás.

DON PEDRO.

¿Es cosa gustosa
Oir músicas en tu calle?

VIOLANTE.

La calle no es...

DON PEDRO.

Di.

VIOLANTE.

Mia sola;
Otras damas hay en ella.

DON PEDRO.

¡Ay! que como tú no hay otra.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Para Siquis escoger
Una flor quiso entre todas.

VIOLANTE.

No atiendas tanto; que á tí,
Cantar ó no ¿qué te importa?

DON PEDRO.

El oido fácilmente
Se va tras cualquier lisonja.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Para Siquis escoger
Una flor quiso entre todas,
La de mas brio en el garbo,
La de mas aire en la pompa.

VIOLANTE.

Dime...

DON PEDRO.

Sí diré; mas luego
Que amor esa flor recoja.
(*Ap.* Carguémonos de razon
Antes que la presa rompa.)

MÚSICA. (*Dentro.*)

Y aunque azar, rosa, clavel
Y jazmin ve, se aficiona...

VIOLANTE.

¿Es posible que te deba
Más su voz que mi persona?

DON PEDRO.

Antes por no oirla, quisiera
Que el alma estuviera sorda.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Y aunque azar, rosa, clavel
Y jazmin ve, se aficiona
A una morada violeta,
Por ser de amor color propria.
Vióla, pues, vióla,
Vióla ante azar, jazmin, clavel y rosa,
Y escogióla por ser la mas hermosa.

DON PEDRO.

«¡*Vióla-ante* azar, jazmin, clavel y rosa,
Y escogióla por ser la mas hermosa!»
(*Ap.* ¿Quién creerá que sobre aviso,
De susto el dolor me coja?)
Pues ¿qué aguarda el sufrimiento,
Que no?...

VIOLANTE.

¿De qué te alborotas?

DON PEDRO.

No te hagas desentendida;
Que ni eres necia ni tonta
Para no haber entendido
Que dice por tí la copla...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Vióla ante azar, jazmin, clavel y rosa,
Y escogióla por ser la mas hermosa.

VIOLANTE.

Plegue á Dios, Don Pedro mio...

DON PEDRO.

No á dar disculpas te pongas;
Que ya sé que es ausentarse
Más que morir, si se nota
Hacerle á un ausente ofensas,
Cuando á un muerto le hacen honras.
(*Finge que quiere salir.*)

VIOLANTE.

¿Dónde vas?

DON PEDRO.

A ver quién es
Quien nos canta y quien nos ronda,
Para estimarle el festejo.

VIOLANTE.

Cuando sea por mí, ¿es cosa
Que puedo impedirla yo
A una ciega pasion loca?

DON PEDRO.

No; pero ¿es cosa tampoco,
Si en eso tu culpa doras,
Que puedo yo consentirla?

VIOLANTE.

Mira...

DON PEDRO.

Suélta.

VIOLANTE.

Advierte...

DON PEDRO.

Acorta
Razones; que he de salir
Donde este galan conozca.

VIOLANTE.

Don Jerónimo Ansa es,
Si con eso te reportas.

DON PEDRO.

¿Luego ya tú lo sabías?
¡Ah falsa! ¡ah aleve! ¡ah traidora!
¿Cómo te hacias de nuevas?

VIOLANTE.

Como quise por mí propria
Asegurarte; que es necia
La que por su vanagloria,
Con el galan á quien ama,
De ser querida blasona,
Pues cuando piensa que vende
Finezas, desdoros compra.

DON PEDRO.

¡Ay! que no es eso.

VIOLANTE.

Pues ¿qué es?

DON PEDRO.

Asegurar cautelosa
Cuánto el acompañamiento
Con la música conforma.

VIOLANTE.

Ni á una di ni á otra licencia
Lugar.

DON PEDRO.

Mientes; que una y otra
Licencia, tan cara á cara,
Si no se da, no se toma.
(*Desde aquí prosigue el tono, sin dejar de cantar, aunque se representa.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

A los jardines de Chipre
Entró Amor, cuando la aurora...

DON PEDRO.

¡Vive Dios, que he de salir,
Pues á la música tornan!

VIOLANTE.

No has de salir, Pedro mio,
Mi señor.

DON PEDRO.

No te me opongas
Al paso; que si esa puerta,
Reservada á mí, me estorbas,
Me obligarás á que intente
Estotra abrir, y es mas nota
Verme salir de tu casa.

VIOLANTE.

¡Así mi fama abandonas,
Y así cumples la palabra
Del secreto!

DON PEDRO.

¿Qué te asombra,
Si tú me rompes la fe,
Que yo la palabra rompa?
Con amor juré callar,
No con celos. Quita.

VIOLANTE.

Nota...

DON PEDRO.

Nota tú.

VIOLANTE.

Que yo...

DON PEDRO.

Que yo...

LOS DOS.

Sí... cuando... pues...

ESCENA XV.

CRIADOS, *dentro; despues*, FLORA. — DON PEDRO, VIOLANTE; MÚSICA, *dentro*.

UN CRIADO. (*Dentro.*)

Mi señora
Da voces: abrid aprisa;
Que sin duda el cuarto roban.
(*Sale Flora alborotada.*)

FLORA.

¿Qué haceis? ¿No veis que el estruendo
Los criados alborota,
Creyendo en casa ladrones?
(*Golpes á una puerta, sin cesar la música ni la representacion.*)

CRIADOS. (*Dentro.*)

Abre aquesta puerta, Flora.

OTROS.

Quizá no podrá: romperla
Es mejor.

VIOLANTE.

Estoy absorta
Entre dos peligros; pero
El mas cercano socorra,
Que es verle aquí.— Flora, vé.
Di que un pasmo, una congoja
Dando voces me despierta;
Que ya voy tras tí furiosa
A dar fuerza á la disculpa.—
(*Vase Flora.*)
Tú véte, por si se arrojan,
Creido mi peligro, á entrar;
Mas mira que si me nombras
A nadie, en toda tu vida
Has de verme.

DON PEDRO.

Pues perdona;
Que con celos no me obligo
A callar. Tú lo ocasionas:
Echate la culpa á tí.
(*Ap.* Con esto bien podré ahora
Declararme á cuenta suya.)

VIOLANTE.

¿Yo?

DON PEDRO.

Sí, tú, pues haces que oiga...

VIOLANTE.

No hago tal, pues yo no digo
Sino una vil pasion loca...

LOS DOS; Y MÚSICA, *dentro*.

Vióla ante azar, jazmin, clavel y rosa,
Y escogióla por ser la mas hermosa.
(*Desde que se empieza á cantar la segunda vez, prosigue siempre continuada la música y representacion, procurando ajustarse, ya abreviando ó ya alargando las repeticiones, de suerte que vengan á acabar todos juntos, yéndose Don Pedro por la puerta del cuadro, y Violante por la del teatro.*)

JORNADA SEGUNDA.

Lonja de la Seo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, *hablando consigo;* GINES, *tras él, notándole á hurto las acciones.*

DON PEDRO.

Ya con Violante honestado
El despecho, sin peligro
De hacer mia la bajeza,
Pues hice suyo el delito,
Y sin peligro tambien
De su enojo, pues es visto
Que en locuras de celoso
Son méritos los delirios;
Lo que ahora falta, es
Hallar prudente camino,
Con que cumpliendo la ley
De caballero, de amigo
Y de amante á un tiempo, sepa
Don Jerónimo que ha sido,
Si yo quien le he desvelado,
El quien á mí me ha ofendido.
Para esto... Mas ¿quién tras mí
Viene? (*Ve á Gines al volver.*)

GINES.

Yo soy quien te sigo.

DON PEDRO.

¿Tú?

GINES.

Sí; que como hasta ahora
Ni la Fulana has querido
Ajustarme, ni la cuenta,
Y todavía te sirvo,
Voy tras tí.

DON PEDRO.

¿De cuándo acá
Tan puntual tu?

GINES.

Señor mio,
Dios toca los corazones.
No siempre he de ser maldito.
Como te he hecho algunas faltas,
Y trato irme, solicito
Restituirte los ratos
Que le sisé á tu servicio,
No faltándote un instante
Del tiempo que no consigo
O cuenta ó Fulana.

DON PEDRO.

¿Juzgas,
Loco, que no te he entendido?
Por si mis tristezas hacen
De alguna voz desperdicio,
Andas tan listo y tan cerca
De mí.

GINES.

El diablo te lo dijo.
Y pues es término diablo
Andar arrimado y listo,
Porque no pase á chismoso
Y se ande en cuentos, te pido
Que te duelas de un criado
Y le saques de adivino,
Siquiera porque no infierne
Su alma el temerario juicio
De entender que sea tu dama
(Puesto que tanto retiro
Le hace levantar figuras)
O nasa por lo rollizo,
O por lo flaco, cañirla,
O por lo moreno, tizo,
O por lo bermejo, hoguera,
O por lo chato, vestiglo,
O por todo vieja, que es
El mas enorme delito
Que comete una Fulana,
Que á ser de año en año vino
Ejemplo de lo que acaba
La carrera de los siglos.

DON PEDRO.

Deja locuras, y mira
Si de su casa ha salido
Don Jerónimo.

GINES.

Ya há rato
Que ir á palacio le he visto.

DON PEDRO.

Búscale, y que en esta lonja
De la Seo le suplico
Me vea, le di.

GINES.

Por echarme
De tí, señor, imagino
Que me envías.

DON PEDRO.

Algo hay deso.
Vé pues.

GINES.

Mosqueteros mios,
¿En qué comedia hasta hoy
Lacayo *à longè* se ha visto? (*Vase.*)

ESCENA II.

DON PEDRO.

En cuantos medios discurro
De declararme, no elijo
Uno sin inconveniente;
No porque no solicito
Valerme del mas süave,
Sino porque he conocido
En Don Jerónimo siempre
Un despejo mas altivo
Que cuerdo, y temo que pueda
A razones reducirlo.

Mas ya que la suerte echada,
Y aun echada á perder vino,
Cumpla yo mi obligacion,
Y haga fortuna su oficio.

ESCENA III.

DON JERÓNIMO, GONZALO, GINES. — DON PEDRO.

DON JERÓNIMO.

Si supiera dónde hallaros,
Yo hubiera, Don Pedro, ido
A buscaros.

DON PEDRO.

Yo lo he hecho,
Porque tengo que deciros.
Oid pues.—Retiráos los dos.

GONZALO. (*Ap. á él.*)

¿Qué es esto, Gines amigo,
En que andan los amos?

GINES.

Andan
En ser amos, que es lo mismo
Que trogloditas.

GONZALO.

Vén donde
Sepas lo que sé del mio.

GINES.

Más haré yo, que diré
Lo que no sé.

(*Vanse los dos criados.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, DON JERÓNIMO.

DON JERÓNIMO.

¡Cuánto estimo
La diligencia! No en vano
De vos vida y alma fio.
En fin, ¿que ya conoceis
Al galan?

DON PEDRO.

Como á mí mismo.

DON JERÓNIMO.

Sepa pues quién es.

DON PEDRO.

Primero
He de asentar dos principios.
(*Ap.* ¡Oh si obrara el rendimiento
Primero que el precipicio!)
Uno, que si él previniera
Que habia de competiros
En algun tiempo, no hubiera
Hecho empeño tan preciso
Que ya no pueda dejarle;
Y otro, que en habiendo oido
Quién es, os ha de pesar.

DON JERÓNIMO.

¿Por qué?

DON PEDRO.

Porque es vuestro amigo,
Y estáis en obligacion,
Puesto que él es admitido
Y vos no, en dejar de hacerle
El disgusto que él no hizo,
Pues aun érades moderno
Galan, cuando él era antiguo.

DON JERÓNIMO.

En cuanto á que dejaria
Por mí, á haberlo prevenido,
El empeño, le agradezco
Lo galante del estilo;
Pero en cuanto á que por él
Haya de dejar motivo
(Sea quien fuere) en que ya estoy
Tan restado, es desvarío;
Que si él prevenir no pudo
Antes el disgusto mio,
Tampoco yo el suyo ahora.
Y así, Don Pedro, os suplico,
Puesto que para este efecto
Habeis de mi parte ido,
Sepa quién es.

DON PEDRO.

Quien por mí
Se da á medio tan no digno
Como pedir que le dejen
A su dama, y yo rendido
A vuestros piés, os lo ruego
Como deudo y como amigo.
Haced por mí la fineza
De desistir del motivo;
Que es muy amigo de todos;
Y yo lo tendré en lo mismo
Que si lo hicierais por mí.

DON JERÓNIMO.

Que me digais, solicito,
¿Fuisteis á hacer su negocio
O fuisteis á hacer el mio?

DON PEDRO.

El vuestro, pues fuí á quitaros
De una sinrazon, oficio
De quien bien intencionado
Desea á los dos conveniros,
Antes que á mas rompimiento
Llegue el lance.

DON JERÓNIMO.

Pues si ha sido
Ese el intento, él, Don Pedro,
Os sea el agradecido,
Pues es quien quiere rebusarle;
Que yo, que le desestimo,
No os lo pienso agradecer. (*Yéndose.*)

DON PEDRO.

Oid.

DON JERÓNIMO.

¿Qué quereis?

DON PEDRO.

Advertiros
(*Ap.* ¡Qué bien, cielos, temia yo
Más su arrojo que su juicio!)
Que esto que he dicho en su nombre,
Aunque con ruegos lo he dicho
Y con rendimientos, no
Es porque le falta brío.

DON JERÓNIMO.

Pues ¿por qué?

DON PEDRO.

Porque le sobra
Cordura.

DON JERÓNIMO.

Siempre ha tenido
La flaqueza del valor
La cordura por padrino;
Y quien no riñe sus celos
Y envía á pedir partidos,
Bien lo acredita.

DON PEDRO.

¿Quereis
Ver que no, y que ser amigo
Vuestro solo le embaraza?

DON JERÓNIMO.

Sí.

DON PEDRO.

Pues sabed que es...

DON JERÓNIMO.

Decidlo.

DON PEDRO.

El competidor...

DON JERÓNIMO.

¿Quién?

DON PEDRO.

Yo.

DON JERÓNIMO.

¡Vos!

DON PEDRO.

Sí: yo á Violante sirvo
Yo soy el que della está,
No diré favorecido,
Que esto á un noble le está bien
El serlo, mas no el decirlo;
El no desdeñado basta:
Y si á otra voz me remito
Para no decirlo yo,
Soy por quien la criada dijo,
Estando ausente, que presto
Volveria á sus cariños.
Mirad...

DON JERÓNIMO.

Antes que lo mire,
¿Por qué cuando de vos fio
Mi pasion, no me dijisteis
Lo que ahora?

DON PEDRO.

Porque fino
Juzgué andar tanto con vos...

DON JERÓNIMO.

¿Qué?

DON PEDRO.

Que acabara conmigo
No estorbaros; pero habiendo
Cuánto es imposible visto
(Porque en fin esto no es fácil
De vencerse uno á sí mismo),
No me atrevo á proponerlo
Por no atreverme á cumplirlo.
Y habiendo ya en esta parte
A la objecion respondido
De no decíroslo entónces,
Vuelvo al mirar que indeciso
Se nos quedó: mirad pues
Si siendo yo el que os compito,
Esto de andar estudiando
Medios, rodeando caminos
De declararme con vos,
Es, ni puede ser ni ha sido,
Como dijisteis, callar
Con celos, pedir partidos,
Ni á sombra de la cordura
Andar rebozado el brio.

DON JERÓNIMO.

De haberlo dicho me pesa;
Pero yo nunca desdigo
Lo que ya dije: y así,
Don Pedro, lo dicho dicho.

DON PEDRO.

Y ¿qué es lo dicho?

DON JERÓNIMO.

A estar
En ménos público sitio,
Yo os lo dijera.

DON PEDRO.

Pues ved
Adónde quereis decirlo.

DON JERÓNIMO.

Por aquí se sale al Ebro.

DON PEDRO.

Guiad vos; que ya yo os sigo.

DON JERÓNIMO.

Juntos podemos ir.

DON PEDRO.

Vamos.

ESCENA V.

EL ALMIRANTE, CRIADOS.—DON PEDRO, DON JERÓNIMO.

ALMIRANTE.

Don Pedro...

DON PEDRO.

¡Señor invicto!

ALMIRANTE.
Mil quéjas tengo de vos.
DON PEDRO.
¡De mí! Pues ¿en qué os desirvo?
ALMIRANTE.
En darme á entender que soy
No buen huésped, pues os miro
Tanto de mí retirado,
Que desde ayer no os he visto.
DON PEDRO.
Aun vuestras quejas son honras:
Como tales las admito;
Y el no molestaros...
ALMIRANTE.
Basta,
Y ya que os hallé, conmigo
Venid; que os he menester
Esta tarde: despedíos
Dese caballero.
DON PEDRO. (*Ap. á Don Jerónimo.*)
Ya
Veis que si á este honor replico,
Será ponerle en sospecha.
DON JERÓNIMO.
Decis bien: poco hay perdido
En que yo os espere.
DON PEDRO.
¿Dónde?
DON JERÓNIMO.
Junto á Belflor hay un sitio,
Pequeño cuarto de legua
De aquí, en que podré escondido
Esperaros, sin que en nadie
Resulte el menor indicio
De lo que allí espero.
DON PEDRO.
Yo,
Cuanto ántes pueda, os afirmo
Que estaré con vos.

ESCENA VI.

GONZALO, GINES. — DICHOS.

DON JERÓNIMO. (*Llamando.*)
¡Gonzalo!
GONZALO.
Señor...
DON JERÓNIMO.
Tenme prevenido
De esotra parte del puente
Luego un caballo.— ¡Conmigo,
(*Vase Gonzalo.*)
Doble Don Pedro! Primero
Callado, y despues altivo,
Al ver que no consiguió
El mal estudiado estilo
De declararse! Los cielos
Viven, que ha de ver que ha sido
Traidor á mi confianza. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL ALMIRANTE, DON PEDRO, GINES, CRIADOS.

DON PEDRO.
Ya quedo á vuestro servicio.
GINES.
Y yo tambien.
ALMIRANTE.
¿Qué hay, Gines?
Que tampoco á tí te he visto
Estos dias.
GINES.
No te espantes;
Que hay negocios infinitos
A que acudir.
ALMIRANTE.
¿Qué negocios?
GINES.
Ciertas cuentas á que asisto,
De cierta Doña Fulana.
DON PEDRO.
Dirá dos mil desatinos.—
Quita, loco.
ALMIRANTE.
No, Don Pedro,
Le riñais, pues ya sabido
Teneis lo que gusto dél.
¿Y es la cuenta?
GINES.
No me animo
Ya á decirla, porque temo
En mi amo los recibos,
Y en mí los lastos.
DON PEDRO.
No un necio
Que me embarace, os suplico,
La dicha de merecer
Saber, señor, en qué os sirvo.
ALMIRANTE.
Pasear la ciudad quisiera,
Cuyo heróico nombre antiguo
De César Augusta, siendo
Veneracion de los siglos,
Pone en deseo de ver
Sus templos, sus edificios
Y calles; y nadie puede
Como vos, ilustre hijo
Suyo, guiarme donde goce
Lo que ántes de ahora he oido
De sus grandezas.
DON PEDRO.
No dudo
Que Zaragoza sea digno
Asunto de la atencion
Vuestra.— Da, Gines, aviso
De que llegue la carroza.
ALMIRANTE.
Venga detras; que les quito
Mucha parte á sus aplausos,
Si entrándome en ella, impido
La vista de tantas bellas
Hermosuras, como admiro
Por esos balcones, donde
Cada esfera es un divino
Sol, cada reja un pensil,
Cada marco un paraíso
Y cada celosía un iris,
Que de colores distintos
Dibuja el abril á rasgos,
Y el mayo ilumina á visos.
DON PEDRO.
El lucimiento, señor,
De la corte que ha seguido
A Cárlos, dispensa en todas
Hoy lo alegre y lo festivo
De salir á las ventanas.
ALMIRANTE.
Pues no hagamos desperdicio
De la ocasion.
DON PEDRO.
Con cuidado
Parece que vais.
ALMIRANTE.
Si os digo
Verdad, cuidado no, pero
Curiosidad sí, movido
De aquel primero deseo
Que deja un bello prodigio
De volver, Don Pedro, á verle,
Solo por haberle visto.
DON PEDRO.
¿Hácia qué parte? Quizá
Podré con algun indicio
Guiaros allá.
ALMIRANTE.
En la audiencia
Del Rey, donde á hablarle vino
En no sé qué pretensiones.
DON PEDRO. (*Ap.*)
¡Esto mas, hados impíos!
¿Aun no quereis perdonarme,
Sobre estar miéntras le asisto
Colgado de los cabellos?
ALMIRANTE.
¿Sabeis quién es?
DON PEDRO.
Mal decirlo
Podré; que no hice reparo.
GINES.
Estaba muy divertido
Ese dia, que fué el que
Le dió el primer parasismo
De un vaguido, que le anda
Llevando y trayendo el juicio.
Pero yo que estaba en mí,
Lo diré. Vénte conmigo;
Que en el Coso vive, donde
No dudo que haya salido
Tambien á sus rejas; que es
Hermosa y habrá querido
Parecerlo, como todas.
DON PEDRO. (*Ap.*)
¡Que me haya destruido
Este infame, sin saber
Lo que ha hecho!
ALMIRANTE.
Yo te estimo
La noticia.— Guia, Gines.
DON PEDRO.
¿Que hayais, gran señor, creido
A un loco? Pues él ¿qué sabe
De todo lo que os ha dicho?
GINES.
Si lo sé ó no, ello dirá,
Pues á la casa le guio
De Doña Violante Urrea.
ALMIRANTE.
Ese es el nombre que dijo.
GINES.
Ahí verás que yo no miento,
Y que estaba en mi sentido
Cuando no estaba mi amo
Ni en el suyo ni en el mio.
Vén pues.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. — DICHOS.

MARQUÉS.
Señor Almirante,
¿Dónde por aquí?
ALMIRANTE.
He querido
Ver la ciudad.
MARQUÉS.
Segun eso,
No os habrá hallado el aviso
De una grande novedad.
ALMIRANTE.
No.
MARQUÉS.
Pues sabed que ha tenido
Nueva Cárlos de que está
Valladolid en divisos

Parciales bandos revuelta,
Con que es fuerza que en camino
Presto se ponga.

ALMIRANTE.

Volver
Hácia palacio es preciso.

MARQUÉS.

Venid, os iré sirviendo.

ALMIRANTE.

Yo soy el que he de serviros.
Adios, Don Pedro: Gines,
La memoria deste anillo
Te acuerde para mañana.

GINES.

Y para de aquí á mil siglos.
(*Vanse el Almirante, el Marqués y criados.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, GINES.

GINES.

¡Jesus, y qué diamantazo!
Mira, señor.

DON PEDRO.

Mal nacido,
Pícaro, infame, villano...

GINES.

Volvióle á dar el delirio.

DON PEDRO.

¿Tú tienes atrevimiento
De haber de una dama dicho,
Ni aun las señas de su calle,
Cuanto mas su nombre mismo?

GINES.

Pues á ti ¿qué te va en eso,
Para que cuando recibo
Un diamante como un puño
De otro, me des tú mohino
Un puño como un diamante?
¿Heme yo acaso metido
Con tu Fulana?

DON PEDRO.

Villano...
(*Ap.* Pero mal hago, mal digo;
Que podrá ser, si repara
En que por ella le riño,
Que despierten mis extremos
Su malicia.) Gines, hijo,
Perdóname, y por tu vida
Que vayas, y al punto mismo
Hagas que un caballo aquí
Me traigan.

GINES.

¡Por Jesucristo,
Señor, que si has de matarme,
Que no sea con cuchillo
De dos tan contrarios cortes,
Como son, rabioso el filo
Por una parte, y por otra
Templado.

DON PEDRO.

Haz lo que te digo;
Que me importa.

GINES.

Y á mí y todo
Huir de ti. (*Vase.*)

DON PEDRO.

El alma de un hilo
Pendiente está, lo que tarde
En salir donde me dijo
Don Jerónimo.

ESCENA X.

VIOLANTE y FLORA, *tapadas con disfraz.* — DON PEDRO.

FLORA.

Señor
Don Pedro..

DON PEDRO.

¿A mí?

FLORA.

Sí.

DON PEDRO.

¿En qué os sirvo?

FLORA.

Una dama que sabiendo
Que aquí estabais, ha venido
Buscándôs, quiere allí hablaros.

DON PEDRO.

¡Dama á mí! Mucho me admiro.

VIOLANTE.

¿Por qué?

DON PEDRO.

Porque nací mas
Para ser aborrecido,
Que buscado.

VIOLANTE.

Bien pudiera
Fácilmente desmentiros.

DON PEDRO.

¿Cómo?

VIOLANTE.

Así. (*Descúbrese.*)—Mirad si sois,
Cuando yo, Don Pedro, os sigo,
Aborrecido ó buscado.

DON PEDRO.

Violante, ¡tú con vestido
Tan extraño á tu decoro!
¡Tú con tan no usado estilo
A tu recato!

VIOLANTE.

¿Qué mucho,
Si vos tratais destruirlos,
Que trate yo de perderles
El miedo?

DON PEDRO.

¿Yo?

VIOLANTE.

Sí, vos mismo,
Pues segun las amenazas
De ayer, temiendo el impío
Arrojo de declararos,
Disfrazada me he atrevido
A usar de no dignos medios
Contra despechos no dignos.
Y pues allí turbacion,
Llantos, voces, golpes, ruidos
Impidieron al discurso
El uso de los sentidos
Para elegir lo mejor,
Que ahora me escucheis os pido,
A ver si acaso, cobrada
De tanto susto, lo elijo.
Quiebras de hacienda, Don Pedro,
Por vuestro lustre y el mio,
El casamiento dilatan;
Pues en dos daños precisos,
Elijamos el menor:
Tratemos de descubrirnos
A nuestros deudos por medios
Públicos, justos y dignos,
Y padezcamos desaires
De cumplimientos altivos,
Poniendo las estrecheces
A cuenta de los cariños.
Como yo viva con vos
En el mas pobre retiro,
Y consiga lo dichoso,
¿Qué falta ha de hacer lo rico?
Si ha de salir á la calle
El secreto en desafíos
De celos, armas y duelos,
Salga por el real camino
De la fama y del honor;
Y pues casado conmigo,
No queda al atrevimiento
El mas pequeño resquicio
Que aun pudo quedarle al sol,
Porque es mi esplendor mas limpio,
Mejoremos lances, pues
Mas enfrena á un desvarío,
Que la espada de un amante,
El respeto de un marido.
Mi bien, mi señor, mi dueño,
Esto humildemente os pido,
En satisfaccion de que
Ninguna culpa he tenido
En vuestro desabrimiento.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Qué buen medio, á haber venido
Antes! Pero ¿cuándo ¡cielos!
Buen medio á buen tiempo vino?

VIOLANTE.

¿Qué es esto? A proposicion
Tan lícita, á tan rendido
Afecto, á amor tan postrado,
Mudo, absorto y suspendido,
¡Con suspiros respondeis!
¿De cuándo acá los suspiros,
Prendas de lo desdeñado,
Se hacen servir á lo fino?

DON PEDRO.

Violante, saben los cielos
(*Ap.* ¿Qué la diré? Estoy perdido;
Que ya obrado el daño, llega
Tarde el remedio) que estimo
Tu fineza, tu consejo,
Tu entendimiento, tu juicio,
Tanto...

ESCENA XI.

GINES. — DICHOS.

GINES.

Ya está allí el caballo.

DON PEDRO.

Pero adios. Nada te digo,
Ni puedo... Adios otra vez
Y otras mil.

VIOLANTE.

¿Te has ofendido
De que así te busque?

DON PEDRO.

No;
Que ántes en el alma imprimió
Igual fineza.

VIOLANTE.

¿Es mal medio
El que te he propuesto?

DON PEDRO.

Es digno
De tu cordura.

VIOLANTE.

¿No es buena
La satisfaccion?

DON PEDRO.

La admito
Como tuya.

VIOLANTE.

Pues ¿qué hay
Para que sin ley, sin tino
Me dejes sin responderme?

DON PEDRO.

Hay el no poder decirlo.

VIOLANTE.

No me des á presumir
Con tan preñados esquivos
Extremos como faltar
Razones, no dar oidos
A igual plática, que todos
Tus extremos son fingidos
A título de quejoso,
Quedando airoso conmigo
Para volver al pasado
Concierto de conveniros
Tú y tu prima Serafina.

DON PEDRO.

A eso y á esotro me obligo
A responder cuando vuelva,
Si vuelvo á tus ojos vivo.

VIOLANTE.

¿Y es justo dejarme así?

DON PEDRO.

Sí; que un empeño preciso
Me dió licencia á un despecho,
Y no me le dió á un alivio.
(*Ap.* ¡Ah tirana ley del duelo!
¡Mal haya, amen, quien te hizo,
Para que huyendo un agrado,
Se haya de ir hácia un peligro! (*Vase.*)

ESCENA XII.

VIOLANTE Y FLORA, *tapadas;* GINES.

VIOLANTE.

¿Qué es esto, Flora?

FLORA.

Esto es
Verse buscado y querido.
¡Oh fuego de Dios en todos!

VIOLANTE.

Mujer como yo (¡qué abismo
De confusiones, de penas,
De letargos, de delirios!)
Mujer como yo (otra vez
Y otras mil veces lo digo)
Se deja (¡qué sentimiento!)
En la calle (¡qué conflicto!)
Tan sin respuesta (¡qué ansia!),
Tan sin respeto (¡qué impío
Dolor!), que aun en cortesía
No se ofreciese a ir conmigo?
Pero ¿qué me desespero?
Qué me ahogo? Qué me aflijo?
Yo ¿no sabré?... Mas ¡ay triste!
¿Qué he de saber? Que el olvido
Mal podrá llevarle al fin
La que le ignora al principio. (*Vase.*)

GINES. (*Ap.*)

¡Esta es la Doña Fulana!
Y pues que se me ha venido
A las manos, saber tengo
De aquesta vez, si la sigo,
Quién es.

FLORA.

¿Adónde va, hidalgo?

GINES.

Voy, señora, mi camino.

FLORA.

Pues tuérzale por ahora;
Que si no, le doy aviso
Que habrá quien le muela á palos...

GINES.

Sentiré mucho el sentirlos.

FLORA.

O sino le mate á coces.

GINES.

Mi amo se hiciera lo mismo.
Vaya uced con Dios.

FLORA.

Adios. (*Vase.*)

GINES.

¿Cuándo, astros, planetas, signos,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Con todos los requisitos
De soliloquio furioso,
Saldré deste laberinto? (*Vase.*)

—

Monte.

ESCENA XIII.

BENITO, *entre unas ramas, dejando ver solo el rostro.*

Desde el alba escondido
Al sol y al aire Gila me ha tenido,
Como lienzo á curar, ó al reves, puesto
Que mas parece que á enfermar me ha puesto,
Segun la sed al frio corresponde.
¡Ah, lo que pasa amante que se esconde!
Pero allí siento ruido.
¿Si es Gila? No, si ya no es que haya sido
Que el poeta ponga al márgen de su nombre
Que Gila sale en hábito de hombre.
Un caballero es, que penetrando
Lo espeso, no sé qué viene buscando.
¿Si será á mí? Pensarlo me acobarda:
Agazápome mas.

ESCENA XIV.

DON JERÓNIMO. — BENITO, *oculto.*

DON JERÓNIMO.

¡Ah lo que tarda
Don Pedro! Mas quizá será el cuidado
Quien me hace á mí creer que él ha tardado;
Que corre muy lijera
La cólera impaciente del que espera.
O dígalo él; que allí volando veo
Ya su caballo mas que mi deseo.
Claro está que ser suya no podia
Tardanza que constó de prisa mia.
Para que me descubra, este pañuelo
La seña le ha de hacer.

ESCENA XV.

DON PEDRO. — DON JERÓNIMO; BENITO, *escondido.*

DON PEDRO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DON JERÓNIMO.

El caballo, en un tronco tropezando,
Le arroja: á socorrerle iré volando.
(*Al ir Don Jerónimo, sale Don Pedro como cayendo.*)

DON PEDRO.

Mucho siento, aunque fuese á costa mia,
Malograr tan hidalga bizarría.

DON JERÓNIMO.

¿Cómo?

DON PEDRO.

No me he hecho mal, y el lustre quito
Al socorro, pues dél no necesito.

DON JERÓNIMO.

Con todo, si os sentis no bien tratado,
El que esperó á que esteis desocupado
En esta soledad de penas lleno,
Esperará tambien á que esteis bueno.

DON PEDRO.

Ya lo estoy; que aunque el golpe en este brazo
Me lastimó, no tanto que del plazo
Me obligue á usar: demas que quien oyendo
Ser yo el competidor, creyó (diciendo
Estar lo dicho dicho) que podia
Ser flaqueza lo que era cortesía,
No quiero que ahora crea
Que tambien afectado el dolor sea;
Y miéntras que sacar puedo la espada,
Ni azares temo, ni me duele nada.

DON JERÓNIMO.

Cuanto es valor, de vos tengo creido.
(*Riñen.*)

BENITO. (*Ap.*)

¡Oigan, los bobos, á lo que han venido!
A matarse no mas. Pero del ama
El primo ¿no es aquel?

DON JERÓNIMO. (*Ap.*)

¡Qué honor!

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Qué fama!

BENITO. (*Ap.*)

Sí; ¿mas qué me va á mí? Silencio tenga;
Que no han de verme hasta que Gila venga.

DON PEDRO. (*Ap.*)

A pesar del dolor, me aliento en vano.
¡Ay infeliz!
(*Cáesele la espada á Don Pedro, pasa la daga á la mano derecha, y Don Jerónimo se retira.*)

DON JERÓNIMO.

La espada de la mano
Se os ha caido.

DON PEDRO.

El brazo entumecido
Y atormentado, al golpe se ha rendido;
Mas no el valor que siempre en mí se halla.

DON JERÓNIMO.

No os asusteis: tiempo hay para cobralla.
Alzadla pues del suelo,
Y volved á reñir.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!
¿Por quien sino por mí, pasar podia
Esta infelicidad?

BENITO. (*Ap.*)

¡Qué bobería!
¡A quien se cae volvella!
¿No es mijor dalle cuando está sin ella?

DON JERÓNIMO.

Don Pedro, ¿qué os suspendeis?
Volved á cobrar la espada,
Y si no es para reñir,
Porque ahora la fuerza os falta,
Para ir á convalecer,
Hasta que, bien restaurada,
Prosigamos nuestro duelo.

DON PEDRO.

(*Ap.* ¿Quién se vió en confusion tanta?)
De vuestra gran bizarría
Y de mi fortuna escasa,
Don Jerónimo, dos veces
Vencido estoy, y en la extraña
Confusion de tan no visto
Acaso, no sé qué haga.
Si alzo la espada del suelo,
Ha de ser para la vaina,
Porque ya contra vos, ¿cómo
Puedo otra vez empuñarla,
Si vos me la dais? Y siendo
Así que no puedo, haya
De mi parte otra hidalguía.

DON JERÓNIMO.

¿Qué es?

DON PEDRO.

Echarme á vuestras plantas,
Rogándôs me deis la muerte;
Que mas quiero que en campaña

Se diga que quedé muerto,
Que no que perdí las armas.

DON JERÓNIMO.

¡Bueno es, porque no sea vuestro
El desaire, querer le haga
Yo mio! ¿Cómo he de dar
Muerte con tan vil ventaja
A quien me la pide?

DON PEDRO.

Viendo
Cuánto es mas noble la fama
Que la vida; y si ya es fuerza
Vivir con nota, mas alta
Accion será darme muerte,
Que es darme lo mas, pues pasa
Lo que viviendo es desdoro,
A ser muriendo desgracia.

BENITO. (*Ap.*)

¿Han vido para matarse
Los comprimientos que gastan?

DON JERÓNIMO.

Quien atento á su valor,
Siempre hacer lo mejor trata,
Para quitaros lo mas
No os da lo ménos. La espada
Tomad, y tomad con ella
(Porque con desconfianza
Hombre como vos no viva)
La fe, la mano y palabra
De que lo que aquí ha pasado
Jamas de mi labio salga.

DON PEDRO.

Eso es dar vida y honor
Y quedaros con el alma,
Pues que queda esclava vuestra.

DON JERÓNIMO.

Es muy noble para esclava:
Ménos agradecimiento
Que tenga de vos, me basta.

DON PEDRO.

Pues ¿qué puedo hacer por vos?

DON JERÓNIMO.

Yo no he de pediros nada;
Que no vendo, sino doy.
Lo que á vos os persuada
Vuestra misma obligacion;
Teniendo por asentada
Cosa, que adoro á Violante,
Y que no puedo olvidarla. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO; BENITO, *oculto.*

DON PEDRO.

¡Ay infelice de mí!
¿Quién vió acciones tan contrarias
Como equivocar á un tiempo
El dar la vida y quitarla?
Competirle ya será
(Sobre acciones tan bizarras
Como hizo y promete hacer)
Villanía muy ingrata,
Y mas cuando está pendiente
Mi honor de su confianza.
Pues dejarle yo á Violante
(Dejo aparte las instancias
Que ha de hacerme su memoria)
Cuando Violante postrada,
Llorosa, constante y firme
Casi me ruega, es infamia.
Ahora bien (mejor dijera,
Ahora mal), más esperanza,
Más medio ni más remedio
Hay aquí, que buscar causa
Para una ausencia, y restado
Volver á todo la espalda.
Con eso queda Violante
Dudosa y no desairada,
Don Jerónimo seguro
De que oposicion le haga,
Y yo no ingrato á los dos;
Y pues qué ya imaginada
La causa para la ausencia
Se me ofrece, para darla
Mas colores de precisa,
Desde aquí he de ir á su casa
Sin aguardar á la noche;
Pues me asegura la entrada
Por otra calle el secreto
Con hacer la seña.

ESCENA XVII.

GENTE, *dentro.*— DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

Ataja
Por la ladera del monte.

DON PEDRO.

La batida de una caza
Viene sitiando el contorno.
Solo ahora me faltaba
Que álguien aquí me conozca.
Vamos, penas, vamos, ansias,
Entre dos obligaciones,
A costa de vida y alma,
Mezclando celos y ausencia,
A ver de cumplir con ambas. (*Vase.*)

GENTE. (*Dentro.*)

Al valle, al monte, á la selva.

BENITO.

Aunque viene gente tanta,
Yo, miéntras Gila no venga,
No es justo que de aquí salga.

GENTE. (*Dentro.*)

Herido el jabalí, corre
De aquel ribazo á la falda.

ESCENA XVIII.

SERAFINA, *con venablo*, Y GILA, *con un lanzon*, UN CRIADO. — BENITO, *oculto.*

SERAFINA.

Nadie primero que yo
Le ha de matar, pues que basta,
Ya de la sangre la huella,
Ya de los perros la ladra,
Para que siguiendo el rastro,
Rompa las espesas jaras
Desta intrincada espesura.

GILA.

Y yo es bien que tras tí añada
A tu venabro mi chuzo.

SERAFINA.

Allí se mueven las ramas,
Y parece que negrea
Un bulto en la enmarañada
Maleza suya.

GILA.

Sin duda
O allí se rinde ó descansa
El puerco jabalí.

SERAFINA.

Pues
¿Qué espero? Muera á la saña
De la acerada cuchilla,
Blandido el venablo.

(*Sale de entre las ramas Benito.*)

GILA.

Aguarda,
Y no le tires; que aunque
Es verdad que entre estas matas
El puerco está, no cabal,
Pues lo jabalí le falta.

SERAFINA.

¡Benito! ¿qué haces aquí?

BENITO.

Ver mil cosas tan extrañas,
Que te ha de espantar oirlas.

GILA.

Es, señora, tan gran mandria,
Que por no ir á la batida,
Se habrá escondido.

BENITO.

(*Ap.* ¡Ah tirana!
Para esta.) Viniendo al monte
Por leña aquesta mañana,
(*Ap. á Gila.* ¡Quién la susodicha leña
Hobiera hecho en tus espaldas!)
Me fué esconderme forzoso,
Temiendo, si me encontraran,
Que me habian de dar muerte.

SERAFINA.

¿Quién?

BENITO.

Escucha lo que pasa.

SERAFINA.

Sí haré, pues ya tramontado,
Ni aun el ladrido le alcanza.

BENITO.

A matarse en cortesía
Vinieron á aquesta estancia
Don Pedro tu primo y otro
Caballero: cochilladas
Se tiraron tan bien puestas
En razon y tan honradas,
Que debieron de servir
Al Cid en algunas calzas.
Finalmente, como digo
De mi cuento, cuando andaban
Mas en cólera, hé aquí...

SERAFINA.

¿Qué?

BENITO.

Que se le cayó la espada
A tu primo de la mano.

SERAFINA.

¿Y dióle la muerte?...

BENITO.

Aguarda.
Sobre «álcela su mested.—
No, su mested ha de alzarla»,
Hubo grandes comprimientos,
Porfiando uno y otro hasta
Que el otro la alzó y la dió,
Diciendo, en ella le daba
Honor y vida: con que
Se fuéron por partes varias,
Como es costumbre de todas
Las pendencias acabadas,
El valiente echando piernas,
Y el no valiente bravatas.

SERAFINA.

Vén acá. Y de sus razones
¿Pudiste entender la causa?

BENITO.

Allá á la postre entreoí
Que era por no sé qué dama
Pasa-Volante, pues dijo
Al dar la espada: «Tomadla,
Advirtiendo que á Volante
Adoro, y no he de dejarla.»
Y el otro quedó diciendo:
«Llorosa ni desairada
Dejar á Volante, cuando
Casi me ruega, es infamia.»

SERAFINA.

(*Ap.* ¡Qué escucho, cielos! Sin duda
Violante (¡oh fiera, oh tirana
Amiga!) la causa es

De que Don Pedro me haga
El desden de no admitir
Mi mano. ¿Para esto (¡qué ansia!)
El hospedaje (¡qué pena!)
Es, que me haces en tu casa
Siempre que yo á la ciudad
Voy, y el que yo (¡oh ira, oh rabia!)
Te hago en mi quinta, si vienes
A divertirte en su casa?
¡Para ofenderla se estrecha
Una amistad, sin que haya
Ni aun la disculpa civil
De la ley de la ignorancia,
Pues hablamos tantas veces
En lo que los deudos tratan
De convenir á los dos!
¡Conmigo ¡ay de mí! no basta
Andar grosero Don Pedro,
Mas tambien Violante falsa!
Si solo el desden sentia,
Cuando por mí me dejaba,
¿Qué será cuando por otra?...
Mas ¿qué digo, si ántes gracias
Debo dar á mi fortuna
Cuando con tal circunstancia
A las manos se ha venido
De uno y otro la venganza?
¡Vive el cielo, aleve primo,
Vive el cielo, amiga ingrata,
Que ha de hallar mi ofensa modo,
Que ha de hallar mi injuria traza,
Con que ella sin pundonor
Quede, ó él sin esperanza!)
Id, Fabio, decid que el coche
Que dese monte en la falda
Se quedó, venga al camino.
(*Vanse Serafina y el criado.*)

ESCENA XIX.

BENITO, GILA.

BENITO.
Agora, infame picaña,
Veréis qué es tener al hombre
A manera de alcarraza
Al sol y al aire, cubierto
De yerbas.

GILA.
No te comparas
Bien; di de zaque, que es vino,
No de alcarraza, que es agua.

BENITO.
¡Voto al sol!...

GILA.
¡Ay! no me muelas;
Que he estado muy ocupada.

BENITO.
Pues ¿qué has tenido que hacer?

GILA.
Echar á un pollo una calza.

BENITO.
Véte libre, mujer, pues
Para hacer á un galan falta,
Echar una calza á un pollo
Es bastantísima causa.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Violante.

ESCENA XX.

VIOLANTE, FLORA.

FLORA.
Aunque lágrimas, señora,
Desahoguen, al fin son
Pedazos del corazon,
Y le hacen falta.

VIOLANTE.
No, Flora,
Las culpes; que en la flaqueza
Nuestra no tiene un pesar
Mas venganza que llorar.

FLORA.
No digo que tu tristeza
No es justa, pues no tener
Palabras que responderte,
Dejarte de aquella suerte
En una calle y volver
La espalda, es muy de sentir;
Pero el sentimiento dar
Debe á la razon lugar.

VIOLANTE.
¡Ay, que dejas de decir
De mis penas la mayor!

FLORA.
Mi intento no lo adivina.

VIOLANTE.
Que es la causa Serafina.

FLORA.
Ese, señora, es temor
Imaginado; y pues él
Te dijo que volveria
Y á todo responderia,
No siempre á lo mas cruel
Vaya la imaginacion;
Que mal podemos saber
Lo que le pudo mover:
Quizá su satisfacion
Te dejará mas gustosa.
Vado á los temores da;
Que él con la noche vendrá.

VIOLANTE.
No seré yo tan dichosa;
Porque si él, Flora, quisiera
Satisfacerme; pues vió
Cómo me dejaba, no
Esperara á que viniera
La noche; que para el dia
Señas sabe con que esté
Seguro el cuarto.
(*Dentro golpes quedo, como señas.*)

FLORA.
Oye.

VIOLANTE.
¿Qué?

FLORA.
¡Albricias, señora mia!
La seña es; y pues tan bien
La satisfaccion empieza,
Que á pedir de tu tristeza
Venir tus ojos le ven,
No dudo que han de acabar
Tu llanto y tu sentimiento
A pedir de tu contento.

VIOLANTE.
La puerta vé á asegurar;
Que yo, Flora, correré
El marco.
(*Vase Flora, y Violante corre el marco.*)

ESCENA XXI.

DON PEDRO. — VIOLANTE.

DON PEDRO.
Bella Violante,
Ni de mi afecto constante
Ni de mi rendida fe
Me formes queja ninguna
Hasta oirme.

VIOLANTE.
Pues ¿de quién,
Cuando tan otro te ven
Mis ansias?

DON PEDRO.
De mi fortuna.
Hoy te dejé... (*Ap.* ¡En vano aliento!)

VIOLANTE.
Necio, ingrato y descortés.

DON PEDRO.
Sí. (*Ap.* No sé hablarla, como es
La primer vez que la miento.)
Pero oida la afliccion
De una aleve tiranía
Que turbado me tenia
Entónces el corazon,
Quizá me disculparás.
En Barcelona... ¡Ay de mí!
(*Ap.* Empiece el pretexto aquí
Para mi ausencia.) Sabrás
Que un correo que pasaba,
Segun un hombre contó
En la posada, dejó
Dicho que muerto dejaba
A manos de la mas fiera
Traicion que vió el hado impío,
A Don Alonso mi tio.
Yo por alcanzarle y si era
Verdad saber, con la rara
Prisa el caballo tomé,
Que viste: en fin, le alcancé,
Y supe dél...

ESCENA XXII.

GENTE, *dentro; despues*, FLORA. — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)
Pára, pára.
(*Suena dentro ruido, y sale Flora.*)

VIOLANTE.
¿Qué ruido es este?

FLORA.
Es, señora,
Como ya en uso lo tiene,
Que á ser tu huéspeda viene
Serafina.

DON PEDRO.
Con que ahora
Fuerza el retirarme es.
(*Vase á retirar por el cuadro.*)

VIOLANTE.
Sí, mas no aquí; que no has de irte
Hasta que acabe de oirte.
Aquí ha de ser.
(*Señalando otro cuarto.*)

DON PEDRO.
Sí haré; y pues
De nuestro amor Serafina
Tan sobre seguro está
Contigo, y cuenta te da
Hasta de lo que imagina,
Háblala en mí, y verás que,
Ya que dos tus quejas son,
Son dos mi satisfacion
Y la suya.

VIOLANTE.
Sí hablaré;
Que aun por eso á querer llego
Que donde la oigas estés.
(*Retírase Don Pedro.*)

ESCENA XXIII.

SERAFINA. — VIOLANTE, FLORA; DON PEDRO, *oculto.*

SERAFINA.
No quiten el coche, pues
Tengo de volverme luego.

VIOLANTE.
¿Cómo, Serafina mia,
Tan de paso tu belleza,
Que haya de entrar la tristeza

Primero que la alegría
En esta casa?

SERAFINA.

¡Ay, Violante!
¡Ay, amiga! que un pesar
Tan grande, que va á matar
Y aun no es á matar bastante,
Hoy á valerme de tí
Me trae, poniendo en tu mano
Vida, alma y honor.

VIOLANTE.

En vano
Me previenes, pues de mí
Sabes que puedes segura
Servirte. Alienta, respira,
Y lo que me mandas mira.

SERAFINA.

Solo...

VIOLANTE.

Dí.

SERAFINA.

Que tu hermosura
Dé lugar para que aquí
Dos palabras (*Ap.* ¡Mal reprimo
Mi ansia!) á Don Pedro, mi primo,
Hable delante de tí;
Porque has de saber que han vuelto
Aquestos impertinentes
Caducos de mis parientes
A hablarme en él, y he resuelto,
Ya que alguna vez oí
Su plática sin enfado,
Y él, habiéndola escuchado,
No dió desde luego el sí,
No darle yo; y aun cruel
Le aborrezco de manera,
Que si el rey del mundo fuera,
No digo casar con él,
Pero aun pensallo, aun decillo,
Juzgo ofensa entre los dos.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Buena pascua te dé Dios!

SERAFINA.

(*Ap.* ¡Lo que se alegra al oillo!)
Y siendo así que no puedo
Usar de mi libertad,
Perdiendo á la autoridad
De ancianas canas el miedo:
En mi propósito fiel,
Temerosa de ofendellos,
Lo que no les digo á ellos
Quisiera decirle á él,
Suplicándole que ya
Que él el desaire empezó,
Le prosiga: con que yo
Quedo bien, si es que me da
Licencia para llamalle
A tu casa tu amistad,
Pues no tengo en la ciudad
Otra donde pueda hablalle.

VIOLANTE.

Pues ¿qué inconveniente á mí
Se me sigue de que sea
Mi casa donde te vea,
Y mas para eso?

SERAFINA.

Pues...

VIOLANTE.

Dí.

SERAFINA.

Aun más has de hacer.

VIOLANTE.

¿Qué es?

SERAFINA.

Porque quien conmigo viene
Curia en la ciudad no tiene,
Que una persona me des
Que vaya de parte mia
(Pues presumir será error
Que aunque le falte el amor,
Le falte la cortesía),
Y le diga que soy quien
Hablarle pretendo.

VIOLANTE.

Flora,
¿Quién á esto irá?

FLORA.

Yo, señora.

VIOLANTE.

¿Conócesle tú?

FLORA.

Y tan bien
Que nadie mejor que yo
En toda la casa habrá
Que sepa dónde él está,
Ni mas presto.

VIOLANTE.

¿Quién te dió
Esas noticias?

FLORA.

Servia
Antes que á tí á un infanzon
Que tiene conversacion,
Donde acude cada dia,
Cerca de aquí.

VIOLANTE.

Si es así,
Vé y dile que Serafina
En mi casa determina
Hablarle. ¿Entiéndesme?

FLORA.

Sí.
(*Ap.* Que pues que puedo sacalle
Por detras de aquel cancel,
Finja que vuelvo con él
Por la puerta de la calle.)
(*Entra donde se ocultó Don Pedro, y le dice:*)
Vén tras mí.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Fuerza este instante
Es mi ausencia dilatar.
Quede, pues ha de quedar
Sin este susto Violante.
(*Vanse Don Pedro y Flora.*)

ESCENA XXIV.

VIOLANTE, SERAFINA.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Esto es lograr, pues me ofrece
Tan buena venganza aquí,
El que él delante de mí
Oiga que ella le aborrece.

SERAFINA. (*Ap.*)

¡Qué contenta está en pensar
Su desengaño, sin ver
Que la fiesta del placer
Es víspera del pesar!

VIOLANTE.

En fin, Serafina mia,
¿El pasado sentimiento
De que de tu casamiento
No aprecio tu primo hacia,
Ya aborrecimiento es?

SERAFINA.

(*Ap.* Otra vez lo quiere oir,
Y yo lo quiero decir,
Mas no todo hasta despues.)
Sí, Violante, porque ¿qué
Mujer dejada se vió,
Que en odio no convirtió
Su amor, en ira su fe?

VIOLANTE.

El tiene poca razon
En no adorar tal belleza.

SERAFINA.

Páguete Dios la terneza
Con que habla tu corazon;
Que estimo el fiar de tí.

VIOLANTE.

Bien te lo merezco.

ESCENA XXV.

Vuelven por otra puerta DON PEDRO Y FLORA. — DICHAS.

FLORA.

Ya
(Ved si dije bien) está
El señor Don Pedro aquí.

DON PEDRO.

Y confuso en no saber
A quién una dicha tal
Como pisar este umbral,
Se la debo agradecer:
Si á vos, Violante divina,
Que esta licencia me dais,
O á vos que la ocasionais,
Bellísima Serafina.
Y pues á un tiempo á las dos
Debo alma y vida rendiros,
Ved vos en qué he de serviros,
Y ved qué me mandais vos.
(*Vase Flora.*)

SERAFINA.

Señor Don Pedro, dejemos
Cortesanías, y vamos
A verdades, que quizá
Puede ser que importen á ambos.
Bien pensaréis que el haberos
A esta visita llamado
Es, tomándome licencias
De amiga indiscreta, á daros
Quejas de que hagais desden
De vuestros mismos aplausos,
Desairando en una misma
Sangre, lustre, honor y fausto.
Pues no, Don Pedro, no soy
Tan necia que haya juzgado
Que en mis tribunales puedan
Residenciarse los astros.
Y así, para que veais
Cuánto es mi intento contrario,
No solo he de daros quejas,
Sino gracias, suplicándoos
Que ya que la accion habeis
Lucido del desengaño,
Me dejeis lucir la accion
De dar gracias por agravios.
Vos teneis sacado el rostro
Al ceño; y pues ha empezado
En vos la desavenencia,
Prosiga en vos, excusando
Que haya de empezarla yo
Ahora de nuevo, sacando
La cara á segundo ceño;
Que no está bien al recato
De una mujer hacer hoy
Enojo el que ayer fué agrado.
Y para que no os parezca
Que livianamente vano
Hago este esfuerzo, escuchad
La causa con que le hago.
Hoy me han hablado de vos
Los que pretenden ancianos
Conservar de sus solares
El antiguo mayorazgo,
Sin que transversal en mí
O en vos, pase á algun extraño,
Que las armas de Torrellas
Borre del jaspe y el mármol;

Y siendo así que no he sido
Yo la que lo he repugnado,
Venirse á mí cuando deben
Para proceder mas sabios
Irse á vos, que sois quien tiene
Hecho el despego, me ha dado
Que pensar, que discurrir
Si son de vos enviados,
Escarmentado de haber
Tocado los desengaños
De alguna dama, por quien
Habeis hoy salido al campo.
Bien puede ser que este sea
En mi juicio temerario;
Si lo fuere, ¿qué hay perdido?
Si no lo fuere, hay ganado
Que sepais que no soy buena
Para sobstituta : y cuando
Os hayan los riesgos de otra
(Sea quien fuere; que si callo
Su nombre, otros lo dirán),
Como dije, escarmentado;
Por el mismo caso yo
Debo no hacer de vos caso.
Y así, otra vez y otras mil
Vuelvo, Don Pedro, á rogaros
Que os mantengais en ser vos
Quien desvíe ese tratado;
Que pues que yo me consuelo,
¿Qué haréis vos en consolaros,
Siendo yo la desdeñada,
Y siendo vos el ingrato?
Porque si vuelven á hablarme
En vos, y la cara saco
Al no quiero, habré de dar
La razon, diciendo á cuantos
O ya me persuadan cuerdos,
O ya me fuercen tiranos,
Que la mano no he de dar
A un hombre tan desairado
Que en campal duelo la espada
Se le caiga de la mano,
Y para vivir conmigo,
Venga con desdoro tanto,
Que lo que viva, lo viva
A merced de su contrario. (*Vase.*)

ESCENA XXVI.

VIOLANTE, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Oye.

VIOLANTE.

Aguarda.

DON PEDRO.

Mas ¡ay triste!

VIOLANTE.

Mas ¡ay infeliz!

DON PEDRO.

Que un pasmo...

VIOLANTE.

Que un hielo...

DON PEDRO.

Un terror...

VIOLANTE.

Un susto...

DON PEDRO.

Un parasismo...

VIOLANTE.

Un letargo...

DON PEDRO.

¡Suerte injusta!...

VIOLANTE.

¡Mortal pena!...

DON PEDRO.

¡Cruel influjo!...

VIOLANTE.

¡Fiero hado!...

DON PEDRO.

De hielo me cubre el pecho.

VIOLANTE.

De fuego me sella el labio.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Para romperla ¡ay de mí!
Vil caballero, la mano,
La fe y palabra me diste?

VIOLANTE.

(*Ap.* Mas ¿qué dudo? ¿Para cuándo
Se hizo acendrar el valor
Al crisol de los agravios?)
Bien, Don Pedro, pensaréis,
Si deja pensar el vago
Discurso de quien á un tiempo
Tiene que acudir á tanto,
Que ha de prorumpir en quejas
Mi dolor, haciéndôs cargo
De que ofendido el secreto
Y el honor abandonado,
Hayais rompido por todo.
Pues no; que hoy, amor postrado,
Vence el rencor de la ira
A la terneza del llanto.
Ni de mi injuria me acuerdo,
De vuestro arrojo me agravio,
Vuestro despecho me ofendo
Ni vuestro furor me espanto.
La disculpa de celoso
Admito; y si quereis, paso
A hacer méritos de fino
Errores de temerario,
A precio de que viviendo
En un sentimiento entrambos,
Dejemos lo que á mí toca,
Y á lo que á vos toca vamos.
Un acaso, claro está
(Segun de lo que ha contado
Esa tirana, se infiere;
Que mal pudiera en tan alto
Ilustre valor caer
La mancha sin el acaso),
Mal puesto os tiene, Don Pedro,
Pues que basta para estarlo
Que vuestro aleve enemigo,
Jactanciosamente vano,
De que os dió vida y honor
Se haya con ella alabado,
Y ella lo haya dicho á voces;
Que en causas de honor, es llano
Que solo un testigo sobra.
Y aunque á este pueda el descargo
Recusarle aborrecido,
No es fácil que el vulgo vario
Recoja una voz que ya
Corrió; que habiendo llegado
A su noticia, ¿quién duda
Que pase á otras, infestando
El honor? que mala fama
Tiene achaques de contagio.
Vuestra obligacion sabeis,
Y pues no en ella he de hablaros,
Solo os hablaré en la mia.
Cuanto soy y cuanto valgo
Todo es vuestro, para que
A todo trance restado,
Sin que os condolais de mí
(Que en los retiros del claustro
Sabré llorar vuestra ausencia,
Sin otro caudal que amaros),
Puesto en salvo vuestro honor,
Pongais la persona en salvo;
Que aunque os amo, aunque os esti- [mo,
Quiero, adoro é idolatro,
Idolatro, adoro, quiero,
Estimo, Don Pedro, y amo
Mas que á vos á vuestro honor:
Y así, adios, hasta miraros,
Don Pedro, vengado ó muerto. (*Vase.*)

DON PEDRO.

Oye, aguarda.— Cerró el cuarto
Sin dar lugar á que diga
Que estimo el consejo tanto,
Que no volveré á sus ojos
Si no es ó muerto ó vengado.

JORNADA TERCERA.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GINES.

GINES.

¿Era hora, señor, de hallarte?

DON PEDRO.

Pues vienes á muy buen tiempo,
Si vienes con tus locuras.

GINES.

¿Hay mas de aporrearme presto,
Para que presto tambien
Llegue el arrepentimiento,
Y discurramos amigos
En lo que quiere ser esto
De salirte al campo solo,
Triste, elevado y suspenso,
Dia que nobleza y plebe,
Con el tráfago y estruendo
De la partida del Rey
Concurre á palacio, y siendo
Tú el primero que llegó
A sus piés, ni aun el postrero
Quieras ser hoy?

DON PEDRO.

¡Ay, Gines,
Que porque todos contentos
Quedan y del Rey honrados,
Huyo de hablarlos y verlos!
(*Ap.* Y es verdad, pues á ninguno
De cuantos ¡ay de mí! encuentro
Desde que salí de casa
De Violante, no me atrevo
Ni aun á mirarle á la cara,
Con la vergüenza ó el miedo
De que sabe mi desdicha:
Y así á los campos me vengo
Conmigo á pensar qué modo
De satisfaccion dar debo
Al mundo de mi valor.
Ahora bien, sentimientos,
Lo primero discurramos
Qué sentirá de mí el pueblo,
Cuando esparcida la voz,
Diga en corrillos diversos...)

ESCENA II.

BENITO, *dentro.* — DICHOS.

BENITO. (*Canta dentro.*)

Salieron á reñir dos caballeros,
Cayósele la espada al uno dellos.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Mas ¡ay infeliz de mí!
Llegó mi pena á su extremo,
Pues á mí me lo pregunto
Y me lo responde el viento.

BENITO. (*Dentro.*)

Arre, burro de un ladron.
¡Miren cuál se va torciendo!
(*Canta.*) *Cayósele la espada al uno dellos.*

GINES.

¡Oiga el villano, y cuál canta
Al compas de su jumento!

Por vida tuya, señor,
Que dejando sentimientos
Desa mi señora Doña
Fulana por un momento,
Escuches aquel tonillo
De un rudo villano desos
Que traen de alquerías y aldeas
A la ciudad bastimentos;
Que no dudo que te dé
El oirle gran contento,
Pues dice á sí y á su burro,
Entre regaños y acentos...

ESCENA III.

GILA, *al otro lado, dentro.* — DICHOS.

GILA. (*Canta.*)

Salieron á reñir dos caballeros,
Cayósele la espada al uno dellos.

GINES.

Y aun otra villana allí
Viene cantando lo mesmo.
Como es el tonillo alegre,
Habráse esparcido presto.

GILA. (*Dentro.*)

¡Verá por dó va la burra!
¡Por el pantano! ¡Ah mal huego
De San Anton, que te obrigue
A echar por otros linderos!
(*Canta.*)*Cayósele la espada al uno dellos.*

GINES.

¿Qué te parece? ¿No es brava
La letra y el tono?

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Solo aqueste torcedor
Faltaba á mi sentimiento.
En fin, ya (¡ay desdicha!) eres
Hablilla, fábula y cuento
Del vulgo, pues ya por tí
Dice repitiendo el eco...
(*Sale Gila por un lado, y Benito por otro, cantando.*)

GILA Y BENITO.

Salieron á reñir dos caballeros...

DON PEDRO.

Callad, rústicos villanos...

BENITO.

¡San Dios!

GILA.

¡San *Dominus tecum!*

DON PEDRO.

O á mis manos moriréis.

GINES. (*Ap.*)

Dióle la furia á buen tiempo,
Pues tuvo otros en quien dar.

GILA Y BENITO.

¿En qué en decir le ofendemos
Cayósele la espada al uno dellos?

DON PEDRO.

Cuando me matais cantando,
¡Proseguis! (*Pégales.*)

LOS DOS.

¡Ay que me ha muerto!

GINES.

No se les dé nada, amigos;
Que es un vaguido que luego
Se le pasa, y les hará
Mil caricias, al momento
Que les haya muerto á coces.

DON PEDRO.

Decid, rústicos, groseros,
Bárbaros, viles, villanos,
¿Quién os enseñó esos versos?

BENITO. (*Ap.*)

¡Qué miro! El es. ¡Ay de mí
Infelice! Yo só muerto
Si Gila dice que juí
Quien lo vió.

GILA.

Yo no sé dello
Más de que todos lo cantan;
Benito lo dirá, puesto
Que es el que todo lo sabe.

BENITO.

Yo no sé mas de que viejos,
Niños, mujeres y cuantos
Hay, andan por ahí diciendo...
(*Canta.*)*Salieron á reñir dos caballeros...*

GILA.

Ni yo tampoco sé mas
De que prosigue el soceso...
(*Canta.*)*Cayósele la espada al uno dellos.*

DON PEDRO.

¡Vive Dios!... (*Ap.* Mas ¡ay de mí!
¿Qué dirán de mí si dejo
Vivo al agresor, y en unos
Pobres villanos me vengo?)
Idos, amigos, con Dios.

GINES.

¿No se lo dije yo? Luego
Que se le pasa, es un ángel.

LOS DOS.

¡Y cómo que nos irémos!

BENITO.

Y ya que desto se enoja,
Yo le juro...

GILA.

Yo le ofrezco...

BENITO.

De que en mi vida no diga...

GILA.

Que no diga en ningun tiempo...

LOS DOS. (*Cantan, yéndose.*)

Salieron á reñir dos caballeros

DON PEDRO.

Idos, villanos, de aquí:
No apureis mi sufrimiento.

GINES.

Señor, pues ¿qué te va á tí
Que vayan ó no contentos
Dos villanos su camino?
(*Vuelven Gila y Benito.*)

GILA.

Quede seguro...

BENITO.

Esté cierto...

GILA.

Porque otra vez no se enoje...

BENITO.

Que en muesa vida dirémos...

LOS DOS. (*Cantan.*)

Cayósele la espada al uno dellos.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Fortuna, ya aquí no hay
Que pensar extraños medios,
Sino atropellar por todo.
Donde quiera, vive el cielo,
Que le encuentre, he de matarle.
(*Vase.*)

GINES.

¿Adónde irá tan resuelto?
Hácia la ciudad se vuelve:
Tras él iré. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BENITO, GILA.

GILA.

¿Qué es aquesto,
Benito?

BENITO.

Gila, esto es...

GILA.

Di.

BENITO.

Que aqueste caballero
Anda de espada caida,
Como otros muchos que vemos
Que de capa caida andan.

GILA.

¡Oh quién hobiera á saberlo
Llegado ántes!

BENITO.

¿Para qué?

GILA.

Para que ser tú el parlero
Sopiera, y en tí vengara
Su enojo.

BENITO.

Aun bien para eso
Tenia yo que decirle
Que por tí estaba encubierto,
Y como á primera causa
Se vengara en tí primero.

GILA.

Si ambos culpados, Benito,
Somos, cállate y callemos.

BENITO.

Cállate y callemos, Gila.

GILA.

Sola una enfecultad tengo.

BENITO.

¿Qué es?

GILA.

Que por el mismo caso
Que debo callar, reviento
Por hablar.

BENITO.

Yo tambien.

GILA.

Pues
Queditito nos dirémos...

LOS DOS. (*Cantan.*)

Salieron á reñir dos caballeros,
Cayósele la espada...
(*Vanse.*)

—

Plaza.

ESCENA V.

Dentro cuchilladas y voces. DON PEDRO, DON JERÓNIMO, GENTE; *despues,* GILA Y BENITO.

DON PEDRO. (*Dentro.*)

¡Vive el cielo,
Que en tí he de vengarme!

DON JERÓNIMO. (*Dentro.*)

¿Este
Es el agradecimiento
De haberte dado la vida?

GENTE. (*Dentro.*)

Paz, ténganse.
(*Salen Gila y Benito.*)

GILA.

¿Qué es aquello,
Benito?

BENITO.

No sé; mas háncia
La praceta, á lo que veo,
De palacio, Gila, hay grandes
Cochilladas.

GILA.

No lleguemos;
Que música y cochilladas
Suenan mejor á lo léjos.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

Salen riñendo DON PEDRO Y DON JERÓNIMO, *y alguna* GENTE *en medio; y despues, por un lado* EL ALMIRANTE, *y por otro* EL MARQUÉS, *sin sacar las espadas;* GINES.

DON PEDRO.

Hoy morirás á mis manos,
Aleve, mal caballero.

DON JERÓNIMO.

¡Así se pagan finezas
Que hice por ti!

DON PEDRO.

Nada debo
A quien me quita el honor.

UNOS.

Apartáos.

OTROS.

Deteneós.

GINES. (*Ap.*)

Vaguido de primer clase.
¡Hasta con su amigo y deudo!

TODOS.

Ved, señores, dónde estáis.

MARQUÉS.

Don Jerónimo, ¿qué es esto?

ALMIRANTE.

¿Qué es esto, Don Pedro?

DON PEDRO. (*Riñendo.*)

Es
(Perdóneme tu respeto)
Satisfacer un agravio.

ALMIRANTE.

¿Agravio? Ya no os detengo,
Sino estoy á vuestro lado.
(*Empuñan el Marqués y el Almirante las espadas, sin sacarlas.*)

DON JERÓNIMO.

Es (perdone el valor vuestro)
Castigar la ingratitud
De un desagradecimiento.

MARQUÉS.

Sea lo que fuere, en vuestra
Casa me coge el empeño,
Y á vuestro lado estoy.

ESCENA VII.

EL CONDESTABLE, GENTE. — DICHOS.

CONDESTABLE.

¡Cómo
Aquí tal atrevimiento
Delante del Rey, y cuando
El pié en el estribo puesto,
Se deja ver! Pero ya
Nada prosigo, si advierto
Que sin tomar la carroza
Mueve aquí el paso.

ALMIRANTE.

El acero
Envainad: con él desnudo
No os halle.

MARQUÉS.

Retiráos, puesto
Que no es de vuestro enemigo,
Sino del Rey.

DON JERÓNIMO.

Ese el miedo
Es de los nobles: él me hace
Retirar. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS QUINTO, Y ACOMPAÑAMIENTO. — DON PEDRO, EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS, EL CONDESTABLE, GINES, GENTE.

CÁRLOS.

Marqués, ¿qué es esto?
¿Qué es esto, Almirante?

DON PEDRO.

Yo
Lo diré, señor, atento
A que no resulte en otro
La culpa que solo tengo.
Esto es, oh primero Cárlos,
Rey de España, y tan primero,
Que para ser Marte suyo
Traerá lo quinto el imperio,
Medir desde vuestros piés
A vuestros piés los extremos
Que hay del honor á la infamia,
Del lustre al abatimiento,
Del blason á la ignominia
Y del aplauso al desprecio;
Pues el que á ellos se vió ayer
De vos honrado y contento,
Hoy ajado y deslucido
Se mira, señor, á ellos
Hecho ejemplo miserable
De la fortuna y el tiempo;
Que al tiempo y á la fortuna
Acredita en sus sucesos
Cuando nace á ser estrago,
El que nace á ser ejemplo.
Y pues para el desagravio
De quien en público duelo
Intenta satisfacerse,
Es ley asentar primero
Del agravio la razon,
No obste al discurso el saberlo.
Con Don Jerónimo de Ansa,
Un ilustre caballero
(Que aun para retado importa
Serlo tambien), cuerpo á cuerpo
Salí á reñir en campaña;
Y de un caballo cayendo
(Que tal vez llega mas tarde
Quien quiere llegar mas presto),
Quedé lastimado un brazo;
Pero no le dí por eso
A torcer, atropellando
Al dolor el ardimiento.
El, flaqueando entumecido,
Dió con la espada en el suelo.
Que Don Jerónimo espacio
Me dió á cobrarla, no niego;
Que para acusar lo malo,
No he de deslucir lo bueno.
Pedíle, por no volverla
Contra tan ilustre pecho,
Me diese muerte, pues mas
Me honraba en campaña muerto
Que en la ciudad desairado:
A que con fe, juramento,
Mano y palabra ofreció
Lo inviolable del secreto,
Debajo de no sé qué
Para mí tiranos medios;
Que aunque él no llegó á pedirlos,
Empecé yo á obedecerlos.
Con esto pues tolerado
El desaire en el consuelo
De que uno que le sabía,
Testigo habia sido él mesmo
Del accidente, afianzado
En su mismo ofrecimiento,
Volví á la ciudad, adonde
En el primer paso encuentro
Que no solo habia guardado[1]
La fe y la palabra, pero
Jactanciosamente aleve
Lo habia esparcido, poniendo
Mi honor en tan bajo estado,
En tan vil predicamento,
Que el que lloro como oprobio,
Se canta como proverbio.
Dos satisfacciones son
Las que dar al mundo debo
De mi valor: la primera,
En que vea que un adverso
Acaso no es cobardía;
La segunda, en que vea luego
Que me satisfago en quien
Fe y palabra da á un secreto
Para romperla; y así,
Gozando, señor, los fueros
De Castilla y Aragon,
Cuyos establecimientos
En su verde libro mandan
Que al notorio caballero
Que agraviado pide campo,
No se niegue, me presento
Ante vos, y con el real
Soberano acatamiento
Que debo, de gracia pido
Lo que de justicia tengo.
Señalad vos pues, señor,
Campo donde cuerpo á cuerpo,
A pié, á caballo, desnudo
O armado, pues toca eso
A la eleccion del retado,
Le sustente á todo riesgo,
A todo trance de armas,
Que anduvo mal caballero
En no matar con la espada
A quien con la lengua ha muerto.

CÁRLOS.

Aunque no es en mis noticias
El fuero que alegais nuevo,
Nueva la práctica es dél;
Y así, para responderos,
Acudid al Condestable.

DON PEDRO.

A vos de vos mismo apelo.
Vos sois mi Rey, y me habeis
De hacer justicia.

CÁRLOS.

El haceros
Justicia y el remitiros
Al Condestable es lo mesmo.
De mis ejércitos es,
Por el antiguo derecho
De su dignidad, no solo
Capitan general, pero
General justicia, usando
(Mayormente cuando en ellos
Asisto por mi persona),
Sobre el militar gobierno
El político, pues no hay
Bando, ni ajuste ni precio
Que no sea en nombre suyo.
Bien lo acredita su sueldo,
Pues devenga cada mes
Lo que el ejército entero
Cada dia: y siendo así
Que el Condestable es supremo
Juez de cuantos militares

[1] No solo no habia guardado.

Trances de armas en mis reinos
Acontezcan en la parte
De tierra (que á ser el duelo
En el mar, el Almirante
Fuera el árbitro, supuesto
Que de puertos allá goza
De los mismos privilegios),
Bien á él os remito; y pues
Él ha de ser el juez vuestro,
Para que os haga justicia,
Os guarde vuestro derecho,
Sustente vuestros honores
Y mantenga vuestros fueros,
Acudid al Condestable. (*Yéndose.*)
¡Quién en las alas del viento,
Anciana Castilla mia,
Llegara á tus brazos presto!
(*Vase el Emperador con su acompañamiento.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS, EL CONDESTABLE, GINES, GENTE.

GINES. (*Ap.*)

Para llegar á sus brazos
No es *anciana* buen requiebro

VOCES. (*Dentro.*)

La carroza, plaza, plaza.

DON PEDRO.

A vos, generoso, excelso,
Gran Fernandez de Velasco,
Del Rey remitido vengo...

CONDESTABLE.

Ya lo sé, nada digais.—
Almirante... Marqués...
(*Hablan los tres aparte.*)

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué hablarán los tres?

CONDESTABLE.

Si no
Me engañé cuando primero
Llegué, me pareció que
Estabais los dos afectos
A los dos nobles rivales,
Pues hicisteis que el acero
El uno envainase vos,
Y vos que el otro al momento
Desapareciese.

LOS DOS.

Sí.

CONDESTABLE.

Pues yo suplicaros quiero
Que ántes que el campo les nombre,
Y llegue el trance sangriento,
Procuremos ajustarlos.

ALMIRANTE.

Yo de parte de Don Pedro
(*A él.* Llegad; que os importa oirlo.)
Que desistirá os ofrezco,
Como en la satisfacion
Que le dén, quede bien puesto.

DON PEDRO.

Todo lo que un Don Fadrique
Enriquez (dictados dejo;
Que ahora mas que gran señor
Me importais gran caballero)
Me aconsejare, ¿quién duda
Que me esté bien el hacerlo?

MARQUÉS.

Como vos estáis capaz
(Públicos sus sentimientos),
Podeis hablar de su parte;
Yo, que noticias no tengo
De Don Jerónimo, mal
Puedo hablar sin fundamentos.

ESCENA X.

DON JERÓNIMO. — DICHOS.

DON JERÓNIMO.

Habiendo, señor, oido
Lo que en mi ausencia Don Pedro
Ha articulado, no solo
Retado ante vos parezco
A aceptar el desafío,
Sino que tambien sustento
Que en imputarme de aleve
A la fe de su secreto,
Padece error, porque nunca
Ha salido de mi pecho.

MARQUÉS.

Ya puedo yo hablar por él,
Pues ya sé su sentimiento.
¿Qué mayor satisfacion
Puede dar un caballero
Que decir que no lo ha dicho?

DON JERÓNIMO.

Advertid, señor, os ruego,
Que yo desimaginado
De que hablásedes en esto
Por mí en mi ausencia, llegué
A confesarlo, cumpliendo
Conmigo; pero no dando
Satisfacion; que no tengo,
A vista del desafío,
De darla; y se advierte luego
Que lo que dije contando,
Lo negué satisfaciendo.

MARQUÉS.

Esa es mas satisfacion,
Pues es darla sin intento
De darla.

ALMIRANTE.

Y aun no es bastante,
Porque ha de darla sabiendo
Que la da, y aun....

MARQUÉS.

¿Qué?

ALMIRANTE.

Probarla.

MARQUÉS.

¡Probarla! ¿Cómo?

ALMIRANTE.

Trayendo
A quien lo dijo.

MARQUÉS.

No es fácil
Saber en todo un desierto
Quién verlo pudo.

ALMIRANTE.

Tampoco
Crêrlo los otros sin verlo.

MARQUÉS.

Harta satisfacion da
Quien la da sin darla.

ALMIRANTE.

Si eso
A todo un vulgo bastara,
Bien quedara satisfecho
Don Pedro; mas todo un vulgo,
Siempre á lo peor dispuesto,
Podrá juzgar, miéntras no
Le dén el mismo instrumento,
Que uno finge y otro acepta
Con fáciles fundamentos:
Con que sin salvarse uno,
Quedan entrambos mal puestos.
Y así, miéntras que no os diere
El real testigo, Don Pedro,
No os satisfagais.

MARQUÉS.

Ni vos,
Aunque le halleis manifiesto,
Le traigais; que no ha de estarse
A lo que diga un tercero
Más que á lo que vos dijisteis.

CONDESTABLE.

Yo escogí buenos terceros,
Para que nadie flaquease.

DON JERÓNIMO.

Pues afírmome en que quiero
Salvar la ruindad; mas no
La lid.

MARQUÉS.

Atenéos á eso.

DON PEDRO.

Yo en que por no dilatarla,
En ningun partido vengo.

ALMIRANTE.

Vos á esotro.

MARQUÉS.

Eso es querer
Que no se trate de medios.

ALMIRANTE.

Y esotro que no haya paces.

MARQUÉS.

Esto es justo.

ALMIRANTE.

Estotro es cierto.

CONDESTABLE.

Y eso y esotro es tirar
Lo mas que se puede al duelo.
En fin, ¿en qué os resolveis?

DON PEDRO.

Yo en no aceptar me resuelvo,
Satisfacion.

DON JERÓNIMO.

Yo en no darla.

CONDESTABLE.

¿No hay remedio?

LOS CUATRO.

No hay remedio.

CONDESTABLE.

Pues el campo que os señalo
Y me toca haceros bueno,
Es la plaza de palacio
De Valladolid; que quiero,
Ya que vió Cárlos la causa,
Vea tambien el efecto.
Esto es lo que á mí me toca,
A vos el dia.

DON PEDRO.

El mas presto.
A otro dia del que entrare
(Vamos abreviando tiempos)
El Rey en Valladolid.

CONDESTABLE.

A vos las armas.

DON JERÓNIMO.

De acero
Armado de punta en blanco;
Que á sus ojos fuera yerro
Caballeros parecer
Sin armas de caballeros.
Y para que no presuma
La vil malicia del miedo
Que por armas defensivas
Las elijo, elijo luego
Hachetas de desarmar,

En cuyo fatal manejo
La agilidad y la fuerza
Se ve ejercitada á un tiempo.

CONDESTABLE.

Pues, caballeros, adios;
Que donde nombré os espero. (*Vase.*)

MARQUÉS.

Don Jerónimo, á campaña,
Porque hasta ella yo no tengo
De dejaros de mi lado.

ALMIRANTE.

A la batalla, Don Pedro;
Que ya que aceptado el campo
Cuerpo á cuerpo está, aunque en due-
Públicos no se permite [los
Lidiar los padrinos, siendo
Su autoridad solo á causa
De partir el sol y el puesto
(Y no habiendo de reñir,
Hago mas por vos que habiendo
De reñir hiciera); á ser
Vuestro padrino me ofrezco.

MARQUÉS.

Yo vuestro tambien.

LOS DOS CABALLEROS.

Adios.

LOS DOS PADRINOS.

Adios.

LOS CUATRO.

Allá nos verémos.
(*Vanse todos, ménos el gracioso.*)

ESCENA XI.

GINES.

Señores, ¿habrá en el mundo
Dos tan grandes majaderos,
Que les cueste mas cuidado,
Mas diligencia y anhelo
Saber cómo han de matarse,
Que cuesta á muchos discretos
Saber cómo han de vivirse?
Yo apostaré que corriendo
Van tanto hácia su peligro,
Que para salvarlo presto,
A manera de comedia
Se haya de suplir el tiempo
Que ha menester la jornada;
Y no viene mal el serlo,
Pues la voz *jornada* llega
En la metáfora á cuento.
Y esto asentado, ¿qué haré
Yo ¡triste de mí! que quedo
Huérfano de amo y de ama?
De amo, pues partir le veo
Sin mas prevencion que irse
Con el Almirante, dentro
De su coche; y de ama, pues
Que no la conozco.

ESCENA XII.

FLORA Y VIOLANTE, *tapadas.* — GINES.

FLORA.

¿A eso
Te resuelves?

VIOLANTE.

Ya perdido
Una vez al manto el miedo,
No han de llegar las noticias,
Flora, á mi de igual empeño
Tan confusas como llegan,
Encerráda en mi aposento:
Y así, saber qué se dice
En este traje pretendo,
Comprando algo en estas tiendas
De mercader ó joyero,
Que es donde se sabe todo.

FLORA.

Aguárdate; que allí veo
A Gines, y él lo dirá
Por decirlo. — ¡Ah caballero!

GINES.

¿A mí?

FLORA.

A vos.

GINES.

No me conozco
Por ese nombre.

FLORA.

¡Si os veo
Con sortija de diamantes!

GINES.

Tambien me veis con arreos
Pícaros, y es mucho ver
La sortija y no el aseo.

VIOLANTE.

Eso no es del caso; vamos
A que mujeres tenemos
Curiosidad de saber.
Decidnos, ¿qué ha sido esto
Que á un Don Pedro de Torrellas
Ha pasado?

GINES.

Va de cuento;
Que yo, como su criado,
Lo dijera aun sin saberlo.
Erase una reina mora,
Que echó por aquesos cerros
Encantada, donde el rey
Moro la dejó, temiendo
No la dieran pan de perra,
Cuando á él daban pan de perro.
Vióla mi amo una mañana
De San Juan, rubios cabellos
Peinar al rayo del sol,
De cuyos...

FLORA.

Burlas dejemos,
Y vamos á la verdad.

GINES.

Esta lo es, á lo que creo,
Porque estando enamorado
De un fantástico sujeto,
Que nadie sabe quién es,
Por cuyos rabiosos celos
Se van á Valladolid
A matar, como unos puercos,
Don Jerónimo Ansa y él;
¿Qué mucho que donde hay reto
De andante caballería,
Tambien haya encantamiento?

VIOLANTE.

¿A Valladolid van?

GINES.

Sí.

VIOLANTE.

¿Por qué?

GINES.

Porque está mas léjos,
Y porque diz que ha de ser
Pública á los venideros
Siglos la satisfacion
De una espada y de un secreto,
Que de la mano y la boca
A uno y otro se cayeron.
Y siendo así que él se va
Tan veloz, tan desatento,
Que aun no le dijese: «Ahí quedan
Las llaves» á su escudero,
Quedad con Dios; que ir importa
A buscar un amo viejo,
En quien esté, por anciano,
Cubierto de orin el duelo.

VIOLANTE.

Oid; que pues vuestro amo,
Todo en su honor, no ha dispuesto
De nada mas que dél solo,
Quizá acomodaros puedo
Con quien á Valladolid
Os lleve, no ménos presto
Que llegue él: con que podeis
Volver á servirle, haciendo
Fineza haberle seguido.

GINES.

Será gran dicha... y espero
El amo saber.

VIOLANTE.

Es ama.

GINES.

Mejor que mejor.

VIOLANTE.

Pues luego
En cas de Doña Violante
De Urrea id; que á lo que entiendo
Estará ya de partida,
Porque va allá en seguimiento
De no sé qué pretension,
Y busca para ese efecto
Criados que la acompañen.

GINES.

Iré luego al punto. Pero
¿Quién la diré que me envia?

FLORA.

Doña Brianda Rivadeo.

GINES.

Quedad con Dios. (*Ap.* Gran ventura
Será si en servicio llego
De Violante, donde ya
Las albricias me prometo
Del Almirante.) (*Vase.*)

ESCENA XIII.

VIOLANTE, FLORA.

FLORA.

Señora,
¿Qué has dicho?

VIOLANTE.

Lo que hacer pienso;
Del memorial que di al Rey,
¿No bajó, Flora, el decreto
Que proponga la persona,
Y que la apruebe el Consejo
De Aragon, que allá en Castilla
Reside en su corte? Luego
Para honestar la jornada
Bastante motivo tengo;
Pues no hay principal mujer,
Que á pretensiones ó á pleitos
Parezca mal en la corte.
Y pues en ir me resuelvo,
¿Quién puedo llevar conmigo
Mejor que á su criado mesmo
Por testigo de mi llanto?

FLORA.

¿Y qué conseguirás deso?

VIOLANTE.

Ver mi dicha ó mi desdicha;
Que más que me mate quiero
El agudo filo, Flora,
De saber mis penas presto,
Que no el embotado filo
De imaginarlas; y puesto,
Si él vive que con él vivo,
Si él muere que con él muero,
Y que ha de afligirme mas
El dudarlo que el saberlo,
Y ha de ser, el viaje vamos
A disponer. ¡Ay Don Pedro!

Bien pudiera yo quejarme
Como tú de que al secreto
Me faltaron; pero estimo
Tanto tu opinion, que á riesgo
Del peligro de tu vida,
Que es la mia, te agradezco
El no volver á mis ojos
Ménos que vengado ó muerto.
(*Vanse.*)

—

Sala en la quinta de Serafina.

ESCENA XIV.

SERAFINA, BENITO, GILA.

GILA.
Yo lo tengo de contar.

BENITO.
Mijor lo contaré yo.

SERAFINA.
Decidme lo que pasó,
Y acabad de porfiar.

BENITO.
Cantando con mi pollino...

GILA.
Con mi pollino cantando...

BENITO.
Iba mi camino, cuando...

GILA.
Iba, cuando mi camino...

BENITO.
Hé aquí á tu primo con fiera...

GILA.
Con fiera hé aquí á tu primo...

BENITO.
Collera, furia y animo...

GILA.
Animo, furia y collera...

BENITO.
Salir al paso, diciendo...

GILA.
Diciendo salir al paso...

BENITO.
(Verle era estopendo caso.)

GILA.
(Caso era verle estopendo)

BENITO.
«¿Quién os dijo ese cantar?»

GILA.
«¿Quién ese cantar os dijo?»

BENITO.
Y con un pesar prolijo...

GILA.
Prolijo y con un pesar...

BENITO.
Habiéndomos aporreado...

GILA.
Aporreádomos habiendo...

BENITO.
Muy atufado corriendo...

GILA.
Corriendo muy estofado...

BENITO.
Entró en la ciudad, y luego...

GILA.
Y luego entró en la ciudad...

BENITO.
Hecho un fuego de crueldad...

GILA.
Hecho de crueldad un fuego...

BENITO.
Embistió con no sé qué hombre...

GILA.
Vistió hombre con no sé qué...

BENITO.
Que su nombre no le sé.

GILA.
No le sé yo, que su nombre.

BENITO.
Al ruido habiendo de aceros...

GILA.
De aceros habiendo al ruido...

BENITO.
Caballeros acodido....

GILA.
Sacodido caballeros...

BENITO.
Sobre si un defecto era...

GILA.
Sobre si un era defeto...

BENITO.
Como debiera secreto,...

GILA.
Secreto como debiera...

BENITO.
Allegró no sé qué ley...

GILA.
No sé qué ley allegró...

BENITO.
Que el mismo Rey la escochó.

GILA.
Que la escochó el mismo Rey.

BENITO.
Con que para Vallaolid...

GILA.
Para Vallaolid con que...

BENITO.
La lid citada se ve...

GILA.
Se ve encitada la lid...

BENITO.
Donde dos muerte se dén.

GILA.
Se dén muerte donde dos.

SERAFINA.
¡Malas nuevas os dé Dios!
¡Maldígaos el cielo!

LOS DOS.
Amen.

SERAFINA.
(*Ap.* Grande paciencia he tenido
En haberlos escuchado:
Bastaba ser mal contado
Para ser tan repetido.
Mas, ¡ay de mí! que por mal
Que ellos me lo han dicho, yo
Bien lo he entendido. ¿Quién vió,
Cielos, confusion igual
Como en mi han introducido
Estas noticias? Sin duda
Que Don Pedro, como duda
Que este villano escondido
Vió todo lo que pasó,
Juzga que fué su enemigo
Quien jactándose conmigo,
El desaire me contó;
Y á satisfacerse dél,
Usando de todo el fuero
Concedido á caballero,
Le llama, altivo y cruel,
A público desafío.
¡Oh quién prevenido hubiera
Que á tanto extremo pudiera
Llegar el despecho mio!
Bien dijo el que dijo que eras
¡Oh lengua! la mas esquiva,
Mas cruel y mas nociva
Fiera de todas las fieras;
Y que por eso te habia
Naturaleza encerrado
Donde uno y otro candado
Tuviese tu tiranía.
Mas ¡ay! que fué vano intento,
Pues de nada te acobardas,
Y para falsear sus guardas,
Te basta solo un aliento.
¿Cómo pudiera yo hacer
Que la verdad se supiera
Y el duelo se suspendiera,
En llegándose á creer
Que está de ruin trato ajeno.
Su contrario? Mas ¿qué dudo?
¿Dar la triaca no pudo
Víbora que dió el veneno?
Sí: luego la voz tambien,
Que con despecho mortal
Supo ocasionar el mal,
Podrá introducir el bien.)
Los dos os venid conmigo.

LOS DOS.
¿Dónde mos quiere llevar?

SERAFINA.
Donde yo fuere, á mostrar
Con uno y otro testigo
La verdad; bien que sospecho
Que tarde ó nunca ha de ser.
¡Ah, desprecio de mujer,
Y qué de daños has hecho!
(*Vanse.*)

—

Palacio en Valladolid.

ESCENA XV.

EL CONDE DE BENAVENTE
Y CRIADOS.

BENAVENTE.
Díceme ese correo
Que fué tanto de Cárlos el deseo
De llegar á Castilla,
Que en la primera villa
Donde hizo noche junto á Zaragoza,
Postas tomó, dejando la carroza: [ro,
Con que segun de su ardimiento infie-
De hoy á mañana, á mas tardar, le espe- [ro;
Y así, en dejando el cuarto prevenido,
Le saldré á recibir.
(*Sale un criado.*)

CRIADO.
Dicha he tenido
En hallarte, señor.

BENAVENTE.
Pues ¿qué hay, Fernando?

CRIADO. [rando
Que cuando todo el pueblo está espe-
En la puerta del campo al Rey, á efeto
De alegrarse en su vista, de secreto,
De dos señores solo acompañado,
Por la puerta del parque se ha apeado,
Y ya en palacio está.

BENAVENTE.
Ventura ha sido
Hallarme en él la nueva; que sentido
Mucho hubiera, y no en vano,
Llegara otro á besar ántes su mano.

ESCENA XVI.

CÁRLOS QUINTO, EL MARQUÉS, EL ALMIRANTE. — EL CONDE DE BENAVENTE, criados.

BENAVENTE.

Pues, señor, ¿cuándo el bien tan de re-
Se dejó ver? [pente

CÁRLOS.

¡Oh conde Benavente!
Bien hallado seais. Dadme los brazos.

BENAVENTE.

Prision del alma llaman á estos lazos.

CÁRLOS.

¿Cómo estáis?

BENAVENTE.

Disgustado
De que los bandos que han ocasionado
En Salamanca tantas disensiones
Infestando á Castilla, sus pasiones
No hubiesen reducido
Antes que á vos la nueva hubiera ido,
Para no haberos dado
La prisa de venir con tál cuidado.
Ya lo están, porque yo (si hubiere sido
Atrevimiento, perdonadle, os pido)
Para que Salamanca se enfrenara,
De su corregidor tomé la vara,
Poniendo á la justicia en mas respeto
Que el pueblo la tenia; y en efeto,
Prendiendo y perdonando,
Se fué tanto el tumulto apaciguando,
Que hallaréis ajustada
Ya su paz, y á Castilla sosegada [ron
Con la fuga que, huyendo de mí, hicie-
Los que cabezas de los bandos fuéron;
Que á fe, á no les valer su lijereza,
Que habian de ser cabezas sin cabeza.

CÁRLOS. [ros,

No solo hay, Conde, aquí que perdona-
Pero que agradeceros y estimaros
Que Salamanca en sus anales cuente
Despues, que un conde fué de Bena-
Corregidor en ella. [vente

BENAVENTE. [trella?

De tanto sol ¿qué hay mas que ser es-
Entrad á descansar; que fatigado
Vendréis.

CÁRLOS.

Quiérome hacer á ser soldado:
Por eso no rehuso las fatigas. (*Vase.*)

BENAVENTE. [migas

¡Qué huestes, gran señor, habrá ene-
Que en esa edad ese valor no espante?

ALMIRANTE.

Dadme, primo, los brazos.

BENAVENTE.

Almirante,
Bien venido seais.

ALMIRANTE.

Para serviros.
Mil novedades traigo que deciros:
Despues las tratarémos, [mos.
Porque ahora al Rey tan solo no deje-
(*Vase, y los criados.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE, EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Señor Conde...

BENAVENTE.

¿Qué mandais?
Perdonad no conoceros.

MARQUÉS.

Esa carta podrá haceros
Capaz de lo que ignorais.
(*Dále una carta.*)

BENAVENTE.

(*Lee.*) «El marqués de Brandemburg,
»mi pariente, va en servicio de Cárlos á
»esa corte: ya sabeis la deuda en que
»están los Pimenteles á Alemania,
»pues tantas veces les ha dado en
»sus campañas la gloria de lo que han
»lucido en ellas. Como extranjero, no
»estará en la ceremonia castellana; y
»así os le encomiendo á vos como al
»mejor ejemplo suyo. Dios os guarde.
—Maximiliano.»

Esta obligacion en que
Me pone el Emperador,
Sobre traer vos el favor
De ser quien sois para que
Os sirva, siempre obligado
Me tendrá á hacerlo.

MARQUÉS.

Pues ved
De tan segura merced
Cuánto vengo confiado,
Pues desde luego, señor,
La he de empezar á admitir.

BENAVENTE.

Sepa en qué os puedo servir.

MARQUÉS.

En darme vuestro favor
Para un empeño en que estoy.
Dos nobles aragoneses,
Allá por sus intereses,
Llegan aplazando de hoy
A mañana un desafío,
Segun los antiguos fueros
Que á notorios caballeros
Les da el heredado brio.
Por accidente de ser
Huésped del uno, me halló
En su casa el trance, y no
Pude excusarme de hacer
De padrino la fineza;
Y siéndolo el Almirante
Del otro, ¿quién es bastante
A competir su grandeza?
No quisiera que mi ahijado
Entrase desguarnecido
De honores, y no lucido
Por haberme á mí nombrado:
Y así, señor, lo que os ruego
Es que me honreis y le honreis.

BENAVENTE.

Seguro á mí me teneis,
Y á todos mis deudos luego;
Que aunque el Almirante sea
Padrino del otro, no
Es competencia que yo,
Cuando él á uno honrar desea,
Quiera honrar á otro, y á vos
Serviros.

MARQUÉS.

A ambos honrais,
Pues lustre y honor nos dais
A un mismo tiempo á los dos.
(*Dentro las cajas.*)

BENAVENTE.

Oid: ¿qué cajas serán estas?

MARQUÉS.

El toque dellas es bando.

BENAVENTE.

Es que ya irán empezando
Las ceremonias molestas
Deste gentílico duelo.
¡Quién sin él á España viera?

ESCENA XVIII.

EL ALMIRANTE. — Dichos.

ALMIRANTE.

Marqués, el Rey os espera.

BENAVENTE.

Id con Dios. (*Vase.*)

MARQUÉS.

Guárdeos el cielo. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON PEDRO.—EL ALMIRANTE.

DON PEDRO.

Habiendo, señor, llegado
Con tu familia y tu casa,
Despues que tú con el Rey
Por la posta te adelantas;
Para no errar ceremonia
Alguna, vengo á tus plantas
A saber qué debo hacer,
Viendo que trompas y cajas
Ya publican el primero
Bando al duelo.

ALMIRANTE.

Es tan no usada
Funcion esta, que no sé
En qué se excede ó se falta.
¿Qué dice el bando, si acaso
Lo sabeis?

DON PEDRO.

Bien se declara;
Que en lo que tanto me toca
No perdoné circunstancia,
Y así de todo informado
Vengo. Lo que el bando manda
Es que ninguna persona
Entre, gran señor, ni salga
En el circo que se hace
Dentro de la misma plaza
De palacio, ni requiera
Su terreno ni estacada.
A causa debe de ser
De que malicia no haya
Que la rompa, ó ponga en él
Tropiezos en que se caiga.
Y habiendo dado á su forma
El Condestable la planta,
A cuya órden está todo,
Un real trono se levanta
Para el Rey, donde segun
Dicen, ha de estar con vara
De oro en la mano, y despues
En otro de ménos gradas
El Condestable, dejando
A dos tiendas de campaña,
Que se arman á un lado y á otro,
Surtida para la entrada
De los combatientes solos
Y los padrinos.

ALMIRANTE.

¿No habla
El bando con los padrinos
O combatientes?

DON PEDRO.

No trata
Mas que desto ahora.

ALMIRANTE.

Pues si él
No nos advierte de nada,
¿Para qué habemos de darnos
Por entendidos de que hagan
Otros su deber? Y así,
Mi parecer es que á casa
Os vais, y no os dejeis ver;
Que es cosa muy desairada
Que anden, sabiendo quién sois,
Señalándôs.

ESCENA XX.

GINES. — DON PEDRO, EL ALMIRANTE.

GINES.

A Dios gracias,
Que á uno busco y hallo á dos.

ALMIRANTE.

Gines, bien venido.

DON PEDRO.

Tanta
La prisa (por no decir
O la cólera ó la saña)
Fué con que partí, que no
Cuidé ni dél ni de nada;
Pero su lealtad ha hecho
El que me siga.

GINES.

Te engañas;
Que yo no vengo por tí,
Ni á servirte, ni me pasa
Por el pensamiento, pues
Sin la cuenta y la Fulana,
Tengo ama á quien servir;
Y porque la dicha ama
No te importa, é importar
Puede á su Excelencia, vaya
De historia. Doña Violante,
Aquella hermosura rara
Que tanto allá en Zaragoza
Ver una tarde deseabas,
Está aquí, y es á quien vengo
Sirviendo; porque en demanda
De no sé qué pretension
Sigue la corte.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Tirana
Suerte! ¡Aquí Violante, cielos!

ALMIRANTE.

¿Qué dices?

GINES.

Que como vayas
A una posada en que ahora
Se apeó miéntras que casa
Toma decente, podrás
Verla, señor, y aun hablarla,
Si te entras como buscando
Otra persona, y yo traza
Te doy, dejando la puerta
Del cuarto abierta.

ALMIRANTE.

¿Qué aguardas?

DON PEDRO. (*Ap. á Gines.*)

¡Vive Dios, ruin alcahuete,
Que te he de sacar el alma!

GINES. (*Ap. á Don Pedro.*)

Pues ¿qué te va en eso á tí?

ALMIRANTE.

Don Pedro, lo que os encarga
Mi amistad haced, y adios.

DON PEDRO.

Señor... yo... si... cuando...

ALMIRANTE.

El habla
Y el color habeis perdido.

GINES.

Vaguidos son que se pasan.
Apártese Vuecelencia;
Que suele andar á puñadas.

ALMIRANTE.

¿Qué teneis?

DON PEDRO

No saber como
Deciros...

ALMIRANTE.

¿Qué?

DON PEDRO.

Que la causa
De todas mis penas, todas
Mis desdichas, mis desgracias,
Mis empeños, mis fortunas,
Mis riesgos, sustos y ánsias,
Es... Hablar no puedo.— Si una
Vez en vuestra confianza
Mi honra estuvo, ya son dos.
Discreto sois : esto basta. (*Vase.*)

ALMIRANTE. (*Ap.*)

¡Y cómo que basta! Pues
No pudisteis con mas clara
Voz decir que fué Violante.
Adios, perdida esperanza,
Antes muerta que nacida.

GINES.

¿Cómo en venir, señor, tardas?

ALMIRANTE.

Como soy quien soy; y si otra
Vez en tu vida me hablas
En esa señora, y tienes (*Agarrándole.*)
Osadía aun de nombrarla
Delante de mí...

GINES.

¡Ay señores!
De mi amo el mal, como es rabia,
Se le ha pegado.

ALMIRANTE.

Te haré
Castigar; que ilustres damas
No se toman en la boca
De gente tan vil, tan baja
Como tú y tan desigual,
Sino es para venerarlas. (*Vase.*)

GINES.

¡Vive Dios, que va de véras!
Y aun está peor que estaba;
Que en sus furores mi amo,
Ya que sacude, agasaja;
Y él no agasaja, y sacude.

ESCENA XXI.

GONZALO. — GINES.

GONZALO.

¿Quién vió cosas tan extrañas?

GINES.

¡Gonzalo!

GONZALO.

¡Gines!

GINES.

Supuesto
Que se les da poco ó nada
A los criados de todo
Cuanto los amos se matan,
Y á los dos no toca el duelo,
¿No me dirás qué te espanta,
Que haciéndote cruces vienes?

GONZALO.

Que segun la prisa anda,
Debe de ser el matarse
Cosa de mucha importancia.
Apénas Cárlos llegó,
Cuando el teatro se labra,
Y para entrar en la lid,
Ninguna prevencion falta.

GINES.

Pues tú llegaste primero
(Que yo, por venir con damas
Tardé algo mas), ¿no sabré
De tí algunas circunstancias?

GONZALO.

Lo que sé es que á tu amo
Para entrar en la batalla
El Almirante apadrina,
A quien despues acompañan
Por mas lustre los tres duques
De Alburquerque, Béjar y Alba:
Al mio apadrina el marqués
De Brandemburg, y no falta
Quien tambien por extranjero
Le favorezca y le valga:
Y así sus acompañados
Son, con igual alabanza,
El conde de Benavente
Con las dos ilustres casas
De Nájera y Aguilar,
Siguiendo grandeza tanta
Como influencia de toda
La nobleza castellana,
Cuantos astros inferiores
Su primer móvil arrastra.

(*Tocan cajas y trompetas dentro.*)

Mas ¿para qué lo repito,
Si ya trompetas y cajas
Lo dicen mejor que yo?
Y porque en aquesta entrada
Llevarle toca á un criado
El escudo de sus armas,
Adios, Gines. (*Vase.*)

GINES.

¿Luego á mí
Tambien me toca que haga
Lo mismo? Ahora bien, pan
Perdido, vuélvete á casa
Por este rato. ¡Oh los cielos
Quieran que la patarata
Le dé peleando, y le pegue
A su enemigo la rabia! (*Vase.*)

—

Plaza en Valladolid.

ESCENA XXII.

Tocan cajas y trompetas, y se ve en un trono á CÁRLOS *con una vara de justicia dorada en la mano, y mas abajo al* CONDESTABLE *en otro trono con un bufete delante, y en él un misal, y en dos fuentes dos arneses, dos martillos de desarmar y dos espadas. Al pié de ambos tronos estarán* CUATRO REYES DE ARMAS, *con casacas bordadas de las armas de Castilla y Leon, y en los lados habrá dos tiendas. Entran por el patio* LOS PADRINOS Y EL ACOMPAÑAMIENTO *que los versos han dicho, y despues* GINES, *con un escudo de las armas de los Torrellas, delante de* DON PEDRO; Y GONZALO, *con otro de las armas de los Ansas, delante de* DON JERÓNIMO, *y los dos en cuerpo, con plumas y bandas;* GENTE. *Despues,* UN TAMBOR MAYOR.

CONDESTABLE.

Vuestra Majestad, pues nunca
Mas justicia se retrata
Que cuando Marte español
Preside en tribunal de armas,
Dé licencia para que
Parezcan en su real valla
Los combatientes, de quien
Tiene ya vista la causa.

CÁRLOS.

Cumplid con la ceremonia.

CONDESTABLE.

Haced la primer llamada.

La segunda. La tercera.—
Y entren al son de su salva.
(*Dan tres toques de cajas y trompetas, y despues á marchar; los caballeros hacen su paseo y las reverencias.*)

DON PEDRO.

A vuestras plantas augustas...

DON JERÓNIMO.

A vuestras invictas plantas...

DON PEDRO.

Llego en fe de mi justicia.

DON JERÓNIMO.

De mi honor en confianza.

CONDESTABLE.

Hincad la rodilla en tierra,
Y en el pomo de la espada
La una mano, y la otra en estas
Divinas letras sagradas,
Jurad de decir verdad
En cuanto os fuere á mi instancia
Hoy preguntado.
(*Abre el misal, hincan los dos las rodillas, y ponen las manos como dice.*)

LOS DOS.

Sí juro.

CONDESTABLE.

Dios, si así lo haceis, os valga.
Vos, Don Pedro de Torrellas,
¿Jurais de que no es venganza
La que retador os mueve,
Por odio, rencor ó saña,
A esta lid, sino por solo
Manteneros en la fama
De honrada opinion?

DON PEDRO.

Sí juro.

CONDESTABLE.

Vos, Don Jerónimo de Ansa,
¿Jurais que venis retado,
De vuestro honor en demanda,
Por no incurrir, no viniendo,
En la nota de la infamia,
No por saña, odio ó rencor?

DON JERÓNIMO.

Sí juro.

CONDESTABLE.

Oid lo que ahora os falta.
¿Jurais los dos de consuno
Lidiar con iguales armas,
Sin que vengais prevenidos
De ardid, cautela ó ventaja
Uno contra otro?

LOS DOS.

Sí juro.

CONDESTABLE.

¿Jurais que en esta batalla
No entraréis mal ayudados
De nóminas, de palabras
Supersticiosas, de hechizos,
Caractéres ni medallas,
Ni otro algun pacto?

LOS DOS.

Sí juro.

CONDESTABLE.

Pues en esa confianza,
Idos á armar; que aquí están
Espadas, arneses y hachas
De igual temple y de igual peso.
Uno de los que acompañan,
De parte de cada uno
Se quede para llevarlas
Con su escudero.

MARQUÉS. (*Al de Benavente.*)

Señor
Conde, quedáos vos á honrarlas.

ALMIRANTE. (*Al de Alburquerque.*)

Duque primo, quedáos vos.

CONDESTABLE.

Acompáñenles las cajas
Y trompetas, miéntras vuelven
A sus tiendas de campaña.
(*Tocan cajas, y éntranse en las dos tiendas los combatientes, los padrinos y acompañamiento, cada uno con los suyos; y llegan el de Benavente y el de Alburquerque á la mesa, cada uno con el criado de su ahijado.*)
¿Qué demandais, señor duque
De Alburquerque?

DUQUE.

Por las armas
De Don Pedro de Torrellas
Vengo.

CONDESTABLE.

Llegad pues: tomadlas,
Y esperad un poco.— ¿Qué,
Señor Conde, me demanda
Vuestra voz?

BENAVENTE.

El arnes pido
De Don Jerónimo de Ansa.

CONDESTABLE.

Veisle aquí. Trocáos ahora;
Que vos habeis de llevarlas
(*A Alburquerque.*)
A Don Jerónimo, y vos (*A Benavente.*)
A Don Pedro, en cuya instancia
Uno y otro ha de asistir
A ver que con ellas se arma,
Y no con otras, y que
Debajo dellas no haya
Segunda defensa alguna
Que ventajoso le haga.

LOS DOS.

Vuestra órden obedecemos.
(*Vanse, trocando los puestos, y los reyes de armas se adelantan á la punta del tablado. Sale el Tambor mayor con dos cajas delante, el cual traerá un baston en la mano, sin otra insignia.*)

CONDESTABLE.

Ahora los reyes de armas
En cuatro esquinas silencio
Pidan, porque el bando en alta
Voz eche el tambor mayor.

LOS CUATRO REYES.

Oid todos, oid todos.

TAMBOR.

Mandan
El Rey y su Condestable,
Ninguna persona osada
Sea, pena de la vida,
A penetrar de la valla
La línea, ni en cuanto dure
El trance de la batalla,
Alce la voz aplaudiendo
O vituperando nada
Que acontezca, ni haga seña
Con mano, rostro, palabra,
O movimiento ó accion,
Que pueda á los que batallan,
Ni en mas cólera encender,
Ni entrar en desconfianza.

ÉL Y LOS CUATRO.

Oid, oid; que el Rey así
Y el Condestable lo mandan.

ESCENA XXIII.

Tocan las cajas, y sale de su tienda DON PEDRO, *armado, con sus* PADRINOS; Y EL CONDESTABLE *sale de su asiento para reconocerle.*— DICHOS.

CONDESTABLE.

¿Qué caballero es aquel
Que armado de todas armas
Se presenta?— Caballero,
¿Quién sois?

ALMIRANTE.

Quien os pide entrada
Es Don Pedro de Torrellas.

CONDESTABLE.

Miéntras no le veo la cara,
No le conozco.

ALMIRANTE.

A ese fin
(*Levántale la sobrevista.*)
La sobrevista levanta
Ya mi mano. ¿Conocéisle?

CONDESTABLE.

Sí, pase; mas desta raya
No entre otro alguno con él.—
Y esperad; que allí me llaman.

ESCENA XXIV.

Tocan otra vez, y de la otra tienda sale armado DON JERÓNIMO, *con sus* PADRINOS, *y llega á él* EL CONDESTABLE.— DICHOS.

CONDESTABLE.

¿Quién sois, decid, caballero,
Que armado entrais á esta plaza?

MARQUÉS.

Don Jerónimo Ansa es.

CONDESTABLE.

Miéntras no me desengaña
El rostro, dar fe no puedo.

MARQUÉS.

Con aquesto podeis darla.
(*Descúbrele el rostro.*)

CONDESTABLE.

Pase ahora, y detenéos
Los demas.— Ya en la campaña
Estáis, protestando al cielo
Que es honor, y no venganza.
Tocad al Ave-María.
(*Hincanse todos de rodillas, toca la caja los nueve golpes de tres en tres, y remata en rebato; y en acabando, se levantan, y el Condestable vuelve á su silla.*)
Las sobrevistas caladas,
Ahora de los Padrinos
Abrazáos.— Toca al arma.

TODOS.

Ea, caballeros, Dios
Y vuestra razon os valga.
(*Tocan arma y dase la batalla, primero con los martillos, luego con las espadas, y despues llegan á los brazos.*)

CONDESTABLE.

A los brazos han venido...
(*El César arroja la vara: con que los Padrinos llegan á esparcirlos, y ellos porfian. Alza la vara el Condestable. El César se pone en pié como enojado, y baja del trono.*)
Y el Rey arroja la vara

De oro en el campo, señal
De que cese la batalla,
Con que los Padrinos pueden
Llegar á que se despartan.

CÁRLOS.

¿Qué es esto? Pues ¿cómo, cuando
Yo depongo la bengala
De oro, en señal de que tomo
Sobre mí de ambos la causa,
Dándôs á los dos por buenos
Caballeros, la ira es tanta,
Que no os deteneis?— Prendedlos.

ALMIRANTE.

Señor...

MARQUÉS.

Señor...

CÁRLOS.

Basta, basta,
Y á tales Padrinos pueden
Agradecer que no haga
Mas demostracion. A entrambos
Desenlazad las celadas,
Y dáos las manos de amigos;
Porque, habiendo visto cuánta
Es vuestra bizarría, quiero
No me haga á otras lides falta
Mas generosas.

DON PEDRO.

Si vos
Me haceis, señor, honra tanta...

DON JERÓNIMO.

Si vos me haceis tanto honor...

DON PEDRO.

Que de mí os sirvais en altas
Empresas...

DON JERÓNIMO.

Que me empleeis
En las facciones mas árduas...

DON PEDRO.

Nada que desear me queda.

DON JERÓNIMO.

No me queda que hacer nada.

ALMIRANTE.

Pues siendo, señor, así,
Que emplear á los dos tratas
En tu servicio, porqué
De algo á Don Pedro le valga
Haber sido su padrino,
Te suplico que le hagas
De la alcaidía merced
De Alarcon.

CÁRLOS.

Está ya dada
A una dama, de su alcaide
Hija.

ALMIRANTE.

Bien puedes á él darla,
Puesto que el dársela á él,
No es quitársela á esa dama.
Vé, Gines, y dí á Violante
Que venga á echarse á las plantas
Del Rey; que está concedida
Ya la merced, y aprobada
La persona de Don Pedro.—

(*Vase Gines.*)

Para esto solo nombrarla
Pude, para hacerla vuestra.

DON PEDRO.

Séis quien sois.

MARQUÉS.

La misma instancia
De honrar á mi ahijado, pide
Que á él otra merced le hagas.

CÁRLOS.

¿Qué es?

MARQUÉS.

Oir á otra dama, que
Hablándome esta mañana,
Sabiendo soy su padrino,
A fin de que embarazara
El desafío, por ser
Tarde, mandé retirarla;
Y quiero que ahora la oigas,
Para que nunca la fama
De Don Jerónimo quede
Dudosa en sí á su palabra
Faltó, ó no. A llamarla vé,
Gonzalo.

(*Vase Gonzalo.*)

ESCENA XXV.

VIOLANTE, FLORA Y GINES. — DICHOS, *ménos Gonzalo.*

VIOLANTE.

Aunque disonancia
Haga introducirse ahora
En un campo de batalla
Una mujer, algo debe
Suplirse en alegría tanta,
Como, besando tu mano,
Ver, despues que su honor salva,
Vivo á Don Pedro.

ESCENA XXVI.

SERAFINA, BENITO, GILA Y GONZALO. — DICHOS.

SERAFINA.

Con esa
Disculpa llegue á tus plantas,
Y tambien para que sepa
El mundo que nunca en falta
Don Jerónimo incurrió;
Que este villano, que estaba
Escondido, vió el suceso.

BENITO.

Es verdad; pero la causa
Fué Gila.

GILA.

¡Ay pobre honor mio!
Que he de quedar por liviana
Delante del mismo Rey,
Si no me caso.

BENITO.

Pues daca
Esa mano.

GILA.

Vesla ahí.

DON JERÓNIMO.

Serafina, ¿con qué paga
Te podré satisfacer,
Que la duda que quedaba
Siempre en pié contra mi honor
Sospechosa, me restauras,
Sino con que, tuyo siempre,
Tu mano merezca? (*Ap.* Ingrata
Violante, véngueme el ver
Que hay quien me estima.)

SERAFINA.

(*Ap.* Haga
La necesidad virtud.)
Yo soy la felice.

ALMIRANTE.

Dadla
Vos á Violante.

LOS DOS.

¡Qué dicha!

GINES. (*Á Flora.*)

¿Luego la Doña Fulana
Violante es, que mi ama era
Aun ántes de ser mi ama?

FLORA.

¿Tan tonto es que ahora cae
En ello?

GINES.

Y aun á mas pasa
Mi tontería.

FLORA.

¿A qué mas?

GINES.

A que, pues todos se casan,
Me quiero casar contigo.

FLORA.

Tontería es; pero vaya.

CÁRLOS.

Condestable...

CONDESTABLE.

Gran señor...

CÁRLOS.

Escríbase luego al papa
Paulo-Tercero, que hoy
Goza la sede, una carta
En que humilde le suplique
Que esta bárbara tirana
Ley del duelo, que quedó
De gentiles heredada,
En mi reinado prohiba
En el concilio que hoy trata
Celebrar en Trento, siendo,
Si en este duelo se acaban
Los duelos de España, este
El postrer duelo de España.

TODOS.

De cuyas faltas pedimos
Perdon á esas reales plantas.

APOLO Y CLIMENE[1].

PERSONAS.

APOLO.	SÁTIRO, *villano gracioso.*	CLICIE, (damas.)	IRIS.
MERCURIO.	ERÍDANO, *viejo.*	CINTIA, (damas.)	PASTORES.
ADMETO, *rey, viejo.*	FITON, *mágico, viejo.*	LESBIA, (damas.)	GUARDAS.— MÚSICOS.
CÉFIRO, *galan.*	CLIMENE, *sacerdotisa.*	FLORA, (damas.)	ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Jardin.

A los primeros versos que se dicen dentro, sale CÉFIRO, *y atravesando el tablado como á obscuras, se entra por la boca de una gruta, llevándose tras sí un bastidor de yerba, con que quedará cerrada, uniéndose con lo demas del teatro; y salen despues, por una parte,* CLIMENE, *y por otra,* LESBIA, CINTIA, CLICIE Y FLORA, *con arcos y flechas, y luces.*

CLIMENE. (*Dentro.*)

¡Ah del templo! Ah del alcázar!
Ah del monte! Ah de la selva!
Ninfas que velais sus claustros,
Guardas que velais las cercas,
¡Traicion, traicion! Acudid
Todos.

FLORA. (*Dentro.*)

De Climene bella
Son las voces.

TODOS. (*Dentro.*)

¿Qué esperamos
Para ir á favorecerla?

(*Dentro á una parte los guardas, y á otra las ninfas.*)

UNO. (*Dentro.*)

Traicion se oye en los jardines:
¡Alerta, guardas!

GUARDAS. (*Dentro.*)

¡Alerta!

DAMAS.

¡A la gruta, al cenador!

GUARDAS. (*Dentro.*)

¡Al muro, al foso!

(*Sale Céfiro.*)

CÉFIRO.

¡Qué cierta
Es mi muerte, ¡ay infelice!
Si el asombro no me deja
Eleccion para encontrar
Con la boca de la cueva,
Y dejarla como estaba,
De hojas y troncos cubierta!

(*Vase, cerrando la gruta, y salen las damas.*)

CLIMENE.

¡Traicion, traicion! Acudid
Con luces, arcos y flechas
Todas á mi voz.

TODAS.

Señora,
¿Qué es esto?

CLIMENE.

Absorta y suspensa,
Apénas podré decirlo,
Y habré de decirlo á penas.
Que me dejásedes sola
Os mandé, por si pudiera,
Ya que tranquila la noche
Daba á mis desdichas tregua,
Desahogar conmigo en este
Jardin la mortal tristeza
De haber nacido á vivir
Sin vivir, pues mi primera
Cuna y último sepulcro
Su centro fué, sin que sea
Consuelo para no ser
Infausta prision estrecha,
Ver plateado el calabozo
Ni dorada la cadena.
(Pero esto ahora no es del caso:
Doy al discurso la vuelta.)
Que me dejásedes sola
Mandé, y soltando la rienda
Al llanto (que como es fuego
Mi mal, con agua se templa),
Apénas para enjugarle
(No porque enjugarle quiera,
Sino porque reprimido
Vuelva á correr con mas fuerza)
Saqué un lienzo, cuando ¡ay triste!
A la escasa luz que densa
Concede el bulto y retira
El semblante, de entre aquellas
Intrincadas murtas veo
Que hácia mi un bulto se acerca.

(*Túrbanse todas con los afectos que despues dicen los versos.*)

Ser ilusion al principio
Juzgué: de cuya sospecha
Me desengañó la voz,
Pues llegó diciendo: «¿Era,
Imposible dueño mio,
Hora ya de que la seña
Dese blanco lienzo diese
(Como quien solo entre negras
Sombras deja divisarse)
A mis temores licencia
Para llegar á tus plantas?»
Bien, incautamente atenta
A desentrañar quién fuese
Cómplice de igual ofensa,
Disimular quise; pero
En vano; que á la primera
Palabra, desconoció
O estilo ó metal. ¡Qué necia
Debe de ser en amor
Esta inútil diligencia
De engañar al alma, pues
Ni la noche ni la media
Voz pudo hacer que sonase
A cariño la cautela!
Por entendido del yerro
Se dió; y con tal lijereza
Volvió la espalda, que tardo
El viento en su competencia,
Ni tenerle ni seguirle
Pude: y siendo así que encierra
Este jardin al aleve
Amante, y á la que ciega
Sagrados cultos profana;
Y ya que voces y quejas
Han puesto en vela á las guardas
Que todo el contorno cercan,
Dadme arco y flechas: no quede

(*Toma uno de los arcos.*)

Arbol, flor, hoja ni piedra
Que no penetre el rencor
O que el valor no transcienda;
Porque corriendo nosotras
El jardin, y el monte ellas,
Yendo á parar en sus manos
Si es que escapa de las nuestras,
El agresor no se ignore,
La delincuente se sepa,
Y uno y otro de Diana
Torpe sacrificio sean,
Bien como deidad que es deste
Templo, alcázar, monte y selva.

CINTIA.

No, señora, no aventures

(*Detiénela como con temor.*)

Tu vida tú; que quien entra
Tan resueltamente osado
A ese jardin, sin que tema
Decretos del Rey que á muerte
Le traen condenado, es fuerza
Que no sin mucho resguardo
A tanto peligro...

CLIMENE.

Suelta.

(*Desásese de ella, y pasa á Lesbia, que hablará turbada.*)

LESBIA.

Dice bien, porque si... cuando...
Viendo... no... tú... que... La lengua
Al pasmo de tanto insulto,
Con las razones no encuentra.

(*Pasa Climene de ella, y da con Clicie, que estará llorando.*)

CLICIE.

Yo, ni atenta á aquel temor,
Ni á esta turbacion atenta,
Te animo ni desanimo;
Solo sé que es mi tristeza
Tal, que á no brotar en llanto,
Me matara su violencia.

(*Pasa Climene de ella, y da con Flora.*)

[1] Esta comedia y la siguiente, que es como su segunda parte, se reimprimen en la forma del original, por tener indicadas las mutaciones de escena.

FLORA.

Ni el temor de una, ni de otra
La turbacion ó terneza
Te acobarde: yo contigo
Iré, y seré la primera
(Segun el rencor, la ira
Y cólera que en mí engendra
Tanto ofendido decoro)
Que su aleve sangre vierta.

CLIMENE.

(*Ap.* No sé destos cuatro afectos
Qué inferir. Medrosa tiembla
Cintia al buscarle, turbada
Lesbia enmudece, suspensa
Clicie enternecida llora,
Y Flora animada alienta:
¿Cuál será de aquestos cuatro
Extremos (si es que entre ellas
La cómplice está) el que mas
O la condene ó la absuelva?
Esto es para mas de espacio.)
Todas las razones vuestras
No han de suspender mis iras.
La que se atreviere, venga
Conmigo.

FLORA.

Mal puedo yo
Dejar de ser, cuando expuesta
A morir en desagravio
De tu honor estoy resuelta.

CLICIE.

Yo tambien, por mas que el susto
La llave á mi llanto tuerza.

CINTIA.

Y yo; que el temer es uno,
Y otro que el temer me venza.

LESBIA

Ni á mí; que la turbacion
Grava, pero no amedrenta.

CLIMENE.

Pues decid todas, porqué
Las guardas estén en vela...

LAS CUATRO.

Traicion hay en los jardines:
¡Alerta, guardas, alerta!

GUARDAS Y DAMAS. (*Dentro.*)

Traicion hay en los jardines:
¡Alerta, guardas, alerta!

GUARDAS. (*Dentro.*)

¡Al muro, al foso!

DAMAS. (*Dentro.*)

¡A la gruta!
¡A la fuente!

Con esta repeticion se entran todas, y sale SÁTIRO, *armado ridículamente.*

SÁTIRO.

A la taberna,
Dijera yo, que es la ermita
Donde sus lámparas ceban
Los feligreses de Baco,
A quien, como tal, es fuerza
Que acuda hoy en la afliccion
De que á dar sobre mí venga
Todo ese escándalo. ¡Oh nunca
Aquesta maldita lengua
Que en su vida calló cosa,
A Céfiro dicho hubiera
Destos conductos del agua
La oculta mina secreta,
Que va á los jardines! ¡Nunca,
Como jardinero que era
Antes que pastor, hubiese
Cubierto en falso de hiedras
La gruta en que dan! Y ¡nunca,
En fin, á su dama bella,
A quien por su agricultura
Fué fácil la diligencia,
Llevara el papel de aviso
Con la seña y contraseña
Para conocerse! Pero
¿Quién pudo hacer resistencia
A dos tentaciones? una
(Que es la que me hizo mas fuerza)
Chismar el secreto; y otra,
Que á quien se le chisme sea
Céfiro, en quien la codicia
Pactó con la conveniencia.
Mas ¡ay de mí! que entre uno
Y otro, es preciso que tema,
Habiendo escuchado voces
Dentro del jardin, y fuera
Estruendo de gentes y armas,
Que algun desman le acontezca,
Con que dé todo el secreto
Al traste, si en él le encuentran,
Y es él por quien todos dicen...

Dentro CÉFIRO, *y sale despues por un escotillon, que estará abierto en el tablado á la parte contraria de la gruta.*

CÉFIRO.

¿Qué es esto, fortuna adversa?

SÁTIRO.

Pero ¿no es esta su voz?

CÉFIRO.

¿Te cansaste de que hubiera
Una dicha para mí?

SÁTIRO.

Céfiro...

CÉFIRO.

¿Quién es quien llega,
Sabiendo ese nombre?

SÁTIRO.

¿Quién
Puede ser sino quien sepa
Que tú solo desa sima
Salir á estas horas puedas?

CÉFIRO.

¿Sátiro?

SÁTIRO.

Sí.

CÉFIRO.

Pues ¿qué haces
Aquí?

SÁTIRO.

Las voces diversas
Me sacaron de la choza,
En fe de que, aunque me vean,
Con decir que vengo á darles
Favor, salvo la sospecha;
Y como siempre el cuidado
Guia donde se recela,
Hácia aquí vine. ¿Qué ha habido?

CÉFIRO.

La fuga corre mas priesa
Que la relacion. La boca
Me ayuda á cerrar con esta
Peña que la disimula
En brozas de grama y yerba:
No diga, ya que hizo el daño,
Dél la causa.

SÁTIRO.

Diligencia
Precisa es para que boca
Que yo manejo enmudezca,
Y que enseñada á mis mañas,
A voces no diga...

(*Al ir á levantar una como losa, disparan en lo alto un arcabuz, suena terremoto de truenos, y caen los dos como asustados.*)

UNA VOZ. (*En lo alto.*)

¡Muera
Precipitado á los montes
Quien á la deidad suprema
Se atreve á ofender!

CÉFIRO.

¿Qué es esto?

SÁTIRO.

Esto es dar conmigo en tierra
La voz de un trueno, que al ir
A despabilarla, deja
A buenas noches la noche.

(*Terremoto.*)

CÉFIRO.

¿Quién de un instante á otro en negras
Pavorosas sombras vió
La faz de la luna envuelta?

SÁTIRO.

Yo: por señas de que aun no
Lo puedo decir por señas.

(*Terremoto.*)

CÉFIRO.

Sin duda ¡ay de mí! sin duda,
Llevándose tras sí á ciegas
Las tropas de los luceros,
Las huestes de las estrellas,
Bien como casta, Diana
De mí ofendida se venga.

(*Terremoto.*)

SÁTIRO.

No, señor; que para tí
Y para mí no moviera
Tanto aparato una diosa:
Fuera de que, si ello fuera,
No errara el tiro. Otra causa
En las celestes esferas

(*El terremoto, y cajas de guerra en lo alto.*)

Debe de haber; pues no solo
Se oye rumor de violenta
Tempestad, pero de armas,
Como que encuentros de guerra
Entre sí mueven los dioses.

(*El terremoto, cajas y trompetas en lo alto al arma.*)

CÉFIRO.

Bien esa razon me diera
Qué discurrir, si al oido
(Sea verdad ó ilusion sea)
El idioma de aquel trueno
No me hubiera dicho...

(*El terremoto y el arma.*)

VOCES. (*En lo bajo.*)

A aquella
Parte, á la trémula luz
Que relámpagos dispensan,
Gente se ve.

SÁTIRO.

Peor es esto.
Las guardas, que ya andan cerca,
Nos han descubierto.

CÉFIRO.

Ménos
Importa que hallen abierta
La sima, que no que á mí
Me conozcan: diga ella
La traicion, mas no el traidor.
Retírate entre las quiebras
Mas intrincadas de aquellos
Incultos riscos.

(*Terremoto y arma.*)

SÁTIRO.

Prudencia
Es escoger de dos daños
El menor. (*Vase.*)

CÉFIRO.

No sé cuál sea
Menor, supuesto que iguales
Dicen los unos...

VOCES. (*Dentro en lo bajo.*)
A aquella
Parte se mueven las ramas.
(*El terremoto, el arma y otro tiro.*)
CÉFIRO.
Y los otros dicen...
UNA VOZ. (*En lo alto.*)
¡Muera
Precipitado á los montes!
CÉFIRO.
Con que en arma cielo y tierra,
Todo es horrores. (*Vase.*)

Cae APOLO *de lo alto en un pescante, como que baja despeñado.*

APOLO.
En vano
Lidiar con su competencia
Contra los rayos de acero
Los rayos de luz intentan.
¡Oh Júpiter! ya que airado
De tu imperio me destierras,
Y por un noble delito,
Del dia el carro me niegas,
Tomándote tú el gobierno
De su pértigo en mi ausencia,
¿Por qué ademas tan sañudo,
Forzándome á que parezca
En traje y persona humano,
Negado á todas las ciencias
Que me acreditaron dios,
Me arrojas y me despeñas
En donde mas pavorosa
La noche á estas horas reina?
Mas ¡ay! que si «muera» dijo
El rigor de su sentencia,
Y yo, por deidad, no puedo
Morir, bien para que sea
Cierto el decreto, me priva
De la luz, en consecuencia
De que la muerte civil
Del ánimo es que la trueca,
Al contrario de las dichas,
El linaje de las penas,
Bien como yo el dia á la noche,
Y la luz á las tinieblas.
¡Qué region, qué patria, qué
Monte será el que en sus breñas
Me admita?— Mas ¡ay de mí!
Que no solo mis tragedias
Quieren que el cielo me falte,
Mas que me falte la tierra,
Pues en segundo despeño
Voy á dar! ¡Qué horror! ¡Qué pena!
¡Qué abismo!

Cae en la boca de la mina, y dice los últimos versos en lo bajo, á cuyo tiempo salen CLIMENE Y DAMAS.

CLIMENE.
¿Qué confusion,
Qué furia, qué rabia es esta,
Que habiéndome helado el pecho,
A la imitacion del Etna,
Por entre incendios de nieve,
Copos de llama revienta?
LESBIA.
Advierto, señora...
CLICIE.
Mira...
CLORI.
Repara...
CLIMENE.
¿Qué habrá que advierta,
Que mire ni que repare,
Si habiendo la saña nuestra
Corrido jardin y alcázar,
Las guardas montes y selva,
No ha sido posible hallar
Al agresor de tan fiera
Traicion de amor, que la luna
Se obscureció por no verla,
Y aun el sol, pues el sol mismo
Parece que con pereza
Nos da hoy el dia, segun
Desalumbrado despierta?
¿No veis, no veis que su carro,
De la continua tarea
Errando el curso, y cayendo
Precipitado á la tierra,
Abrasa montes y mares,
De cuya encendida hoguera
Son las espumas cenizas
Y las montañas pavesas?
¡Que me quemo! Que me abraso!
Pero ¿qué digo? ¡Qué idea
Tan vana! Qué fantasía
Tan loca! Qué ansia tan necia!
Arrebatóme el dolor
Vida y voz.
CINTIA.
De tus tristezas
La justa razon, señora,
De nacer á vivir presa,
Cuando juzgó Etiopía que
Naciendo única heredera
De los estados de Admeto,
Nacias á ser su reina,
No me espanto que perturbe
Tus sentidos de manera,
Que te haga creer de noche
Que fingidas sombras veas,
Pues te hizo creer de dia
Que el sol despeñado...
CLIMENE.
Cesa,
Cesa, no prosigas; que es
Muy atrevida licencia
Pensar que yo... Mas no quiero
Que mi enojo por mí vuelva,
Sino mi razon: entremos
En la primera experiencia.
De la ilusion del sol, Cintia,
Nacida de que aborrezca
La luz solo por ser luz,
Me cobré: y lo mismo hiciera
De esotra ilusion, á no
Daria tú ahora mas fuerza.
CINTIA.
¿Yo, señora?
CLIMENE.
Tú, pues tú
Fuiste, Cintia, la primera
Que temerosa intentaste
Que yo en alcance no fuera
Del hombre que vi y hablé;
Y quien entónces sujeta
Del temor de que le hallase,
Ahora ser delirio esfuerza,
Es cierto que contra sí
Mueve la primer sospecha
De indiciada en el delito.
CINTIA.
Humilde á tus plantas puesta,
Te suplico que repares
Que, viendo cuánto te dejas
Ir tras tus melancolías;
Persuadirte á que las venzas,
Más mira á lealtad que á culpa.
Y en cuanto al temor, que adviertas
Tambien te suplico, que es
Natural pasion que reina
Igual al principio en todos;
Bien que luego diferencia
En que el cobarde le estima,
Y el valiente le desprecia.
¿Qué es lo que en mí viste, pues
Temí, y te seguí resuelta?
Y siendo así que aquel miedo
Nació de ver cuánto arriesgas
Tu vida en busca de un hombre
Que venir restado es fuerza,
Tercera vez te suplico
Que no mis lealtades tuerzas
A la parte de culpada,
Pues puedes á la de cuerda.
A otros afectos, señora,
Encamina la sospecha;
Pues quien se turba se acusa,
Quien se enternece la pesa,
Y quien se alienta, quizá
A mas no poder se alienta.
LESBIA.
Cintia, un escándalo en quien
Nunca juzgó que viniera
Ni pudiera venir, coge
Al corazon de manera
Desimaginado, que
Le embiste sin resistencia;
Y como del corazon
Es intérprete la lengua,
Lo que él la dicta turbado,
Pronuncia turbada ella:
Con que no solo es indicio [1]
De culpa, sino evidencia
De que como no esperado
Mal, sobresalta y altera,
Que es lo que no la acontece
A la que llora, pues cierta
Del daño, á riesgo de que
O se sepa ó no se sepa,
Ya la coge apercibida
El llanto á la contingencia.
CLICIE.
Que un corazon asaltado
Negar pueda voces, Lesbia,
Yo lo concedo; mas no
Que lágrimas negar pueda,
Porque las lágrimas son
Tan fugitiva materia,
Que á pesar del corazon,
Se exhalan sin su licencia.
Luego, que un afecto llore
Al paso que otro enmudezca,
Todo dice corazon
Turbado; con diferencia
De que de labios y ojos
Es tan contraria la senda,
Que palabras la rebalsan,
Y lágrimas la revientan;
Sin que por eso el efecto
Pueda presumirse dellas;
Que son manantial que nace
De tan equívocas venas,
Que tal vez llora la ira,
Y tal llora la clemencia.
Y pues no es fácil saber
Si mis lágrimas se mueven
De lástima del error
O de saña de la ofensa,
No al contrario las arguyas;
Que es desproporcion que quieras
Que á tí el fracaso te turbe,
Y que á mí no me enternezca.
Demas de que el llanto es noble,
Y no es posible que mienta
Como el temor, que es villano,
La turbacion, que es grosera,
Y el esfuerzo, que es traidor;
Pues tal vez finge á cautela,
Cuando, como dijo Cintia,
A mas no poder se esfuerza.
FLORA.
Eso habla conmigo; pero
Aunque responder pudiera
Que quien se esfuerza culpada,
Solo es cuando considera

[1] No solo no es indicio.

Léjos la averiguacion
(Porque cuando anda tan cerca
Que va en su alcance, sería
Temerariamente necia
La que en sus alientos diese
Las armas contra sí mesma),
No lo he de hacer, ni he de dar
En mi abono mas respuesta
Que no darla; porque fia
Muy poco de sí quien piensa
Que su inocencia se vale
De mas que ser inocencia.
Cúrese en salud quien teme,
Quien se turba y desalienta,
Y dé en fin satisfaccion
La que necesita della;
Porque no ha menester darla
Quien no ha menester tenerla.

CINTIA.

Quien de mí presuma...

LESBIA.

Quien
De mí piense...

CLICIE.

De mí crea...

CINTIA.

Que yo...

LESBIA Y FLORA.

Que yo...

CLIMENE.

Pues ¿qué es esto?
Ved que estáis en mi presencia.

LAS CUATRO.

Señora, si...

CLIMENE.

Bien está.
Idos de aquí; que molesta
Dos veces dolor que pasa
A cuestion; pues solo prueba
Que siempre que se repite,
Sin que se olvide, se acuerda.
Idos pues, idos de aquí.

CINTIA.

El obedecer es fuerza. (*Vase.*)

LESBIA. (*Ap.*)

Quiera el cielo que mis ansias
De mí la aseguren. (*Vase.*)

FLORA. (*Ap.*)

Quiera
Mi dicha que mis razones
Sus presunciones convenzan. (*Vase.*)

CLICIE. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera decir
A voces que mi tristeza
Es ver que hay para mí olvidos,
Cuando hay para otra finezas! (*Vase.*)

CLIMENE.

Mal me ha salido el exámen
Desta primera experiencia,
Pues á cuestion reducidas,
En pié la duda me dejan
Tan cabal como se estaba.
Pero no son solas ellas
Las que me asisten. ¿Quién, cielos,
Cuando es de uno la sospecha
Y de muchos el indicio,
Me dirá de qué manera
Se averigua una traicion
Con que, en discursos envuelta
La imaginacion, no sabe
Lo que dude ó lo que crea?
Y así, en tanto que los cielos
La verdad descubren, sea
El llanto el que me acompañe,
Ya que en mi triste, en mi adversa
Fortuna no me permiten
Otro consuelo. ¡Ay de aquella
Que solo en la queja libra
El alivio de la queja!

Pónese el lienzo en los ojos, y entreabre APOLO *el bastidor, sin salir.*

APOLO.

Pequeño rasgo de luz,
Penetrando la funesta
Sima en que caí, por breves
Resquicios de inculta quiebra,
Mi norte ha sido; y pues solo
Me defiende el que la vea
Cara á cara la celosa
Maraña que me dispensan
Mal entretejidas ramas,
¿Qué aguardo para romperlas
Y salir á ver adonde
Vine á dar?

(*Sale al tablado: Climene aparta el lienzo y vuelve á cubrirse otra vez los ojos.*)

CLIMENE.

Confusa idea,
Duélete de mí; que quieren
Quitarme el juicio las mesmas
Que con mi melancolía
Desmienten su error...

APOLO.

¡Qué bella
Fábrica! Qué sumptüoso
Alcázar! Qué primavera
Tan floridamente hermosa!
Y no es su menor grandeza
No haber en todo su espacio
Mas que una dama, y aquesta
Tan inmóbil, que á no dar
El lienzo en sus ojos muestra
De lágrimas mal enjutas
A los suspiros que alienta,
Estatua la imaginara
Destos cuadros.

CLIMENE.

Y pues llegan
A motejarme de loca,
Para que no lo parezca,
Dime mas claro si fué
Ilusion, si fué quimera...
Pero no, tan en mí estaba
Como ahora estoy, cuando en esta
(*Aparta el lienzo del rostro.*)
Misma parte vi que el hombre
Llegó á mí diciendo...

APOLO.

¿Era
Hora ya, hermoso prodigio,
Que ese blanco cendal diera
(Apartado de tus ojos,
Como concediendo treguas
Entre el consuelo y el llanto)
A mis temores licencia...

CLIMENE. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué miro y qué escucho?
Su voz y su accion ¿no es esta?

APOLO.

Para llegar á tus plantas?
Que no me atreví sin ella,
Por no impedir el aliento
Que dan las lágrimas tiernas
Al triste.

CLIMENE. (*Ap.*)

¿Quién creerá, cielos,
Que el que buscaba soberbia,
Tímida al verle me deje,
Torpe, helada, absorta y yerta?
Pero ¡qué digo! ¿yo temo?
Yo me acobardo?

APOLO.

Merezca...

(*Flecha el arco Climene.*)

CLIMENE.

¿Qué has de merecer, aleve
Agresor de tan severa
Ley, que el sol desde su esfera,
Si á quebrantarla se atreve,
Pasando esta línea bella,
Es porque en disculpa halla
La lisonja de alumbralla,
De la culpa de rompella?
¿Qué has de merecer sinó
La muerte que merecida
Te traes ya? Y dar á tu vida
El breve término yo
Que hay de mi flecha á tu pecho,
Es porque me importas vivo
Hasta saber el esquivo
Cómplice, cuyo despecho
Sagrados cultos profana,
Llevando á ambos mi valor
Por víctimas de mi honor
A las aras de Diana.
Y pues á tu alevosía
Lo equívoco no bastó
De la noche, y te engañó
Tambien con la seña el dia,
Dime ántes que acuda gente
Y ella la muerte te dé
Sin mas que verte, ¿quién fué
De tu amor la delicuente?
¿Quién eres, y cómo entraste
Aquí? ¿Cómo, ya que huiste,
De mi esconderte pudiste?
Y ¿cómo en fin, ya que osaste
Verme, merecer pretendes
Nada de mí, y no percibes
Que me ofende lo que vives
Aun mas que lo que me ofendes?

APOLO.

Divina hermosa beldad,
Si en este florido espacio
Reina eres de su palacio
O de su templo deidad,
Rendido á tus piés espero
Que veas que es en lid tan dura
Desaire de la hermosura
Matar con armas de acero,
Cuando puede con mirar.
Y pues llegaste á advertir
Que yo no excuso el morir,
Sino el modo de matar,
Suspende al arco el furor:
Que es mal ejemplar, advierte,
Que aprenda el odio á dar muerte
Con las armas del amor.

CLIMENE.

Por mas que desentendido
De mis preguntas te des,
Quién eres sabré, y quién es
La falsa que se ha atrevido
A tanto arrojo. ¿Por dónde
Entraste, por dónde fuiste,
Cuando anoche de mí huiste,
Y en fin, qué centro te esconde?

APOLO.

Muchas tus preguntas son,
Y tan corta mi fortuna,
Que la razon de ninguna
Es de todas la razon;
Porque no sé cómo aquí
Entré, ni por quién entré;
Que huyese de tí no sé,
Ni sé dónde me escondí,
Ni aun quien soy sé, porque estoy
De mí tan desconocido,
Que por callar lo que he sido,
No he de decir lo que soy.
Y porque ménos airada,
Al verme hablar deste modo,
Creas que respondo á todo
Cuando no respondo á nada,
Sola una razon por mí
Te asegure que otro fué
Quien huyó de tí, porqué

Nunca yo huyera de tí.
Pues si mil muertes hubiera,
Y en ver tu hermosura rara
Mil vidas aventurara,
Fueran pocas; y si fiera
Quieres la experiencia hacer,
La gente puedes llamar:
Verás dejarme matar
Por no dejarte de ver.
Despeñado de mí mismo
En una sima caí,
Luz entre unas ramas vi,
Con que á tu jardin su abismo
Troqué; si ya no es que sea
Que como el mundo pendiente
Del aire está, é igualmente
Todo el cielo le rodea,
Pasó antípoda mi anhelo,
Penetrando lo profundo,
De esotra parte del mundo
A esotra parte del cielo.
Esto es lo que sé de mí.

CLIMENE.

Pues lo que yo de mí sé
Es que aunque nunca escuché
Lisonjas que hasta hoy no oí,
No han de ser parte á que yo
Todo cuanto he preguntado
No sepa, ó aqueste alado
Arco que Diana me dió,
Emplearé en su desagravio
Antes que nadie te vea,
Porque otro ninguno sea
Quien de su agravio y mi agravio
Vengue á las dos.

APOLO.

Si sospechas
Que eso me ha de dar desmayos,
Quien ya está muerto á tus rayos,
¿Qué ha de temer á tus flechas?
Dispara pues.

CLIMENE.

Sí haré.—¡Cielo!
(*Al disparar se le cae el arco de la mano.*)
¿Quién el impulso retira,
Y siendo fuego la ira,
Quiere que la accion sea hielo?
Arco y saeta perdí.

APOLO. (*Ap.*)

Como es Diana mi hermana,
No pudieron de Diana
Ser las armas contra mí.

CLIMENE.

Si esto es que en la vanidad
De morir tan noblemente
Tu desdicha no consiente
Labrar tu felicidad,
A pesar de mi impaciencia
Dictámen he de mudar.
(*Ap.* No es sino hacer á pesar
Del valor otra experiencia.)
¡Ah del templo!

APOLO.

Tambien yo
De dictámen mudaré
Si llamas gente, porqué
Quien ya la dicha creyó
De que á tus manos moria,
No ha de dejarse matar
De otras armas.

CLIMENE.

Escapar
¿Cómo podrá tu osadía
Ya de mi castigo?

APOLO.

Huyendo.
(*Ap.* Esto es fingiendo temer
Deslumbrar mi inmortal sér.)

CLIMENE.

¿Cómo has de poder?

APOLO.

Volviendo
A salir por donde entré.
(*Abre el cancel, y ella le reconoce.*)

CLIMENE.

Eso sabré yo estorbar
No dejándote pasar,
Ya que la salida sé.

APOLO.

Tal lazo es poco embarazo.

CLIMENE.

Prueba á ver si lo es ó no.

APOLO.

Es que no quiero irme yo,
Por no desasir el lazo.
(*Luchan los dos.*)

CLIMENE.

¡Lesbia! Cintia! Flora! Clicie!

APOLO. (*Ap.*)

¡Clicie dijo! ¿Qué sucesos
Habrán traido á Clicie aquí?

CLIMENE.

Acudid, acudid presto
A mi voz.

FLORA. (*Dentro.*)

Acudid todas,
Climene llama.

Salen las DAMAS *por la parte que está de espaldas Apolo.*

LAS CUATRO.

¿Qué es esto?

CLIMENE.

Esto es volver á mis manos,
Sin que le valga lo presto
De la fuga como anoche,
Este aleve agresor fiero,
De quien ya no solo sé
Quién es, mas quién es el dueño
De su amor, y cómo aquí
Entra y sale.

FLORA.

(*Ap.* ¡Piedad, cielos!
Que esto sabido, no queda
Ya á mi vida mas remedio.)
¡Ay de mí infeliz! (*Cae desmayada.*)

CINTIA.

¡Qué pena!

LESBIA.

¡Qué asombro!
(*Lesbia y Cintia se retiran.*)

CLIMENE.

¿Qué ha sido eso?

CLICIE.

¿Qué quieres que sea, sino
Que la que afectó primero
Mas ánimo, desmayada
Yace?

CLIMENE.

(*Ap.* Logré el fingimiento.)
Flora la culpada es.

CLICIE.

Y porque veas si es cierto
Que desmiente mas sospechas
El llanto que no el aliento,
Yo la primera seré
Que, á no darse prisionero,
Le quite la vida.— Suelta,
(*Llega á desasirlos, y en viendo á Apolo, se retira como asustada.*)
Traidor, y... Pero ¡qué veo!
(*Ap.* ¡Apolo es! ¡Ay de mí triste!
Sin duda los sentimientos
Y lágrimas que formé
De su olvido, le trajeron
En mi busca: con que yo
A ser la culpada vengo.)
¡Duélase el cielo de mí! (*Desmáyase.*)

CLIMENE.

Tambien Clicie, al verle, ha hecho
El mismo extremo que Flora:
Con que á mi duda me vuelvo,
Pues ya no es la culpa de una,
Si es de dos el sentimiento.

APOLO. (*Ap.*)

¡Ah Clicie! no sé qué diga
De tu susto y de mi empeño.

CINTIA.

¿Qué es esto, Lesbia?

LESBIA.

No sé;
Mas si cuantas van viniendo,
Se han de ir, Cintia, desmayando,
Huyamos las dos.

CINTIA.

Llamemos
Gente.

LESBIA.

Bien has dicho.— ¡Guardas
Destos muros!...

CINTIA.

¡Jardineros
Destos pensiles!... (*Yéndose.*)

LESBIA.

¡Pastores
Destos ganados de Admeto!...

LAS DOS.

Acudid, acudid todos:
Entrad á favorecernos.
(*Vanse.*)

UNO. (*Dentro.*)

Otra vez del jardin llaman.

CLIMENE. (*Ap.*)

De turbada...

APOLO. (*Ap.*)

De suspenso...

CLIMENE. (*Ap.*)

Sin mí estoy.

APOLO. (*Ap.*)

No sé de mí.
(*Dentro golpes y ruido.*)

ADMETO. (*Dentro.*)

Ya que á la noticia vengo
Del escándalo de anoche,
Y duran todavía dentro
Las voces, romped las puertas
Y entrad conmigo; que ménos
Importan ya en mis temores
Los presagios que los riesgos.

CLIMENE.

Las puertas al jardin rompen.

APOLO.

¡Cuánto que veas me alegro,
Cuán poco da que temer
El morir, al que ya ha muerto
A manos de tu hermosura!

CLIMENE.

No veré tal; que no quiero
Que siendo la ofensa mia,
Sea de otro el vencimiento.
Véte pues, véte, y estima
A mi desvanecimiento
No querer que otros te maten.
(*Ap.* Mejor dijera á un afecto,
Con que sintiendo el que viva,

Tambien el que muera siento.)
Véte pues.

APOLO.

Sí haré, no tanto
A guardar mi vida atento
Por mia, cuanto por tuya.

CLIMENE.

Pues mira que es dada á precio
De que aquí no has de volver,
Porque en este mismo puesto
He de estar á ver si cumples
Mi mandato. Y véte presto;
Que yo, porque no te vean
Y sigan, saldré al encuentro.

APOLO.

Adios pues.

CLIMENE.

Adios.

APOLO. (*Ap.*)

Perdone
Clicie, cuando así la dejo;
Que si huyo un amor, ¿qué mucho
Que huya un aborrecimiento?
(*Éntrase cerrando el cancel.*)

CLIMENE.

Haga la deshecha ahora.—
Vaga fantasma del viento,
Oye, aguardá.

Sale ADMETO.

ADMETO.

Aquí os quedad
Todos.—Climene, ¿qué es esto?

CLIMENE.

¿Qué ha de ser, sino seguir
A la causa los efectos,
Y una vida que es prodigios,
Estar brotando portentos?
Dígalo hallarme entre dos
Vivos cadáveres, siendo
Clicie y Flora...
(*Vuelven en sí.*)

CLICIE.

¿Quién me llama?

FLORA.

¿Quién me nombra?

CLIMENE.

Mas supuesto
Que á su nombre han vuelto en sí,
Bien como natural eco,
Cuyo sonido mas vivo
Hiere al oido, no quiero
Hacer, diciéndolo yo,
Sospechoso mi despecho,
Sino que ellas mismas digan
Lo que esto ha sido.

CLICIE. (*Ap.*)

¡Qué veo!

FLORA. (*Ap.*)

¡Qué miro!

CLICIE. (*Ap.*)

Donde vi á Apolo...

FLORA. (*Ap.*)

Donde á Céfiro vi...

CLICIE. (*Ap.*)

¡Cielos!
¡Es Admeto el que está!

FLORA. (*Ap.*)

¡Es
El que llego á ver Admeto!

CLIMENE.

Hablad pues, decid qué ha sido:
Que yo en vuestros labios dejo
Mi verdad.

CLICIE. (*Ap.*)

Pues no está aquí
El asunto de mi empeño...

FLORA. (*Ap.*)

Pues falta de aquí el testigo
De mi culpa...

LAS DOS. (*Ap.*)

Negar pienso...

CLICIE. (*Ap.*)

La causa de mi desmayo...

FLORA. (*Ap.*)

La acusacion de mi yerro...

LAS DOS. (*Ap.*)

Que nunca lo bien negado
Fué bien creido.

CLIMENE.

¡Poniendo
Mi razon en vuestras manos,
Solo responde el silencio!

FLORA. (*Ap.*)

Déme su industria el amor.

CLICIE. (*Ap.*)

Déme su astucia el ingenio.

FLORA.

Yo solo sé que vi un hombre
Luchar contigo, y queriendo
Llegar á favorecerte,
Como tú viste primero
Caer despeñado al sol,
De su caida el efecto
Vi yo, pues vi en viva llama
Todo este jardin envuelto,
A cuyo terror perdí
Con el asombro el aliento.

CLICIE.

(*Ap.* Pues me hallo hecha la disculpa,
Della me valdré.) No ménos
Estrago vi yo, pues vi,
Cuando socorrerte intento,
Que un encendido volcan
El paso me impedia.

ADMETO. (*Ap.*)

¡Cielos!
De mis previstas desdichas
¿No son los anuncios estos?
(*Quédase como suspenso.*)

CLICIE.

Y pues á tanto pavor...

FLORA.

Y pues á tal pensamiento...

CLICIE.

No bien cobrada...

FLORA.

No bien
Segura, aun me abraso...

CLICIE.

Aun tiemblo...

FLORA.

¿Qué he de hablar...

CLICIE.

¿Qué he de decir...

FLORA.

Sino que gimo...

CLICIE.

Que peno...

FLORA.

La causa que yo no he dado? (*Vase.*)

CLICIE.

La culpa que yo no tengo? (*Vase.*)

CLIMENE.

(*Ap.* Aunque para mí han mentido,
Para con mi padre tengo
De valerme de su engaño.)
¿De qué, señor, tan suspenso
Has quedado? Bien se ve
Lo poco que á ti debo,
Pues te coge tan de susto
Lo mucho que yo padezco.
Y aun padecerlo yo sola
Ya fuera en parte consuelo,
Como no pasara á ser
Tan contagioso veneno
El de mis desdichas, que
Inficionados los vientos
Al infestado vapor
Del tósigo de mi aliento,
Le participen á cuantas
Me asisten: dígalo ¡ay cielos!
Entre otros frenesíes,
Delirios ó devaneos
Que por instantes me siguen
Y me alcanzan por momentos,
El de haber visto tal vez
Arrancado de su asiento
El sol, anegar la tierra
En piélagos de humo y fuego,
Talando montes y mares
La inundacion de su incendio,
De cuyas cenizas, no
Acaso, has visto tú mesmo
Las ruinas de Clicie y Flora.
(*Ap.* ¡Ah traidoras!) Y aun no es esto
Lo mas: al fin todo esto es
Ilusion sin alma y cuerpo;
Pero con cuerpo y con alma,
Ilusion que á un mismo tiempo
Es objeto de los ojos
Y es exhalacion del viento;
Ilusion que deja verse,
Hablarse y tocarse, haciendo
Al desvanecerse anoche
Titubear los elementos,
Y hoy que desmayen las huellas
De sus rayos y sus truenos,
Más es que ilusion: y pues
Llegas á ocasion que puedo,
A vista del pasmo en que
Me hallas, romper el silencio
Que há tantos años que vive
A fuerza del sufrimiento
El mas hondo calabozo
De las cárceles del pecho,
Perdona; que he de hablar claro.
¿Qué ley, qué razon, qué fuero,
Naciendo hija tuya, pudo
Encarcelarme en naciendo?
Nacer viviendo á morir,
En todos, señor, lo vemos;
Pero en mí sola se ve
Nacer á vivir muriendo.
Ser hija tuya ¿es delito
Que merezca tan severo
Castigo como ser saña
De las estrellas, ser ceño
De los dioses, ojeriza
De los hados, y en efecto,
En teatros de fortuna
Viva fábula del tiempo?
¿Qué fiera la mas inculta
Despues que dió á sus hijuelos
Bruto sér, alimentados
A blanca sangre del pecho,
No los pone en libertad,
El dia que los ve llenos
De presas, pieles y garras,
Y apartándolos del seno,
Los obliga á que el instinto
Les solicite el sustento?
¿Qué ave, despues que á sus pollos
Nutrió á piedad de su tierno
Pico, el dia que los ve
De plumas y alas cubiertos,
No los arroja del nido
Para que cobrando vuelo,
Sepan que es su patrimonio
Toda la region del viento?
¿Qué pez, sin padre y sin madre
(Que aun es mas, pues su primero

Sér se le debe á la peña
En que de su ovado huevo
Cobró vida), no discurre
En dulce libertad puesto
El nunca lineado coto
De su líquido elemento?
Pues si la fiera, ave y pez
Nacen libres, ¿cómo el cielo
Permite que nazca yo
Sin el natural derecho
Del pez, el ave y la fiera?
Y si á fiera, ave y pez vuelvo,
¿Qué fiera domesticada
En casa de noble dueño
Entre halagos y caricias,
No anhela por el desierto?
¿Qué pájaro, por mas que
Le cuiden de su sustento,
Por volverse al aire, no
Pica los dorados hierros?
Y ¿qué pez, en la resaca
Que no le tornó á su centro,
Al reves de todos, no
Se ahoga con su mismo aliento?
¿Pues qué mucho, siendo yo
Racional, y brutos ellos,
Que á fuer de ave, pez y fiera,
Aspire á mar, monte y viento?
Dirásme (que esto es lo mas
Que sé de mí) que un severo
Natálico juicio, que
En mi infeliz nacimiento
Tu estudio hizo, me amenaza,
Siempre á mi fortuna opuesto.
Si resguardarme á sus hados
Solicitas, ¿qué hado puedo
Padecer allá que sea
Mayor que el que aquí padezco?
Si no me guardas de mí,
¿De quién me guardas, supuesto
Que no tiene el desdichado
Mas contrario que á sí mesmo?
Dejo aparte si es cordura
Creer los fatales agüeros
Que en el celeste volúmen
De once hojas, cuyo cuaderno
A líneas de estrellas pautan
Caractéres y luceros,
Los futuros contingentes
Tal vez pronostican; dejo
Si en un punto, en un segundo
Que yerre su movimiento,
Se discrepan mas distancias
Que hay desde la tierra al cielo;
Dejo que aunque sean verdades
Sus avisos, no por serlo
Son tan precisos, que ignore
El ménos capaz ingenio,
Que es del vulgo de los astros
Monarca el entendimiento;
Y voy solo á si es cordura
Remediar un daño, á riesgo
De que ántes que venga el daño,
Me dé la muerte el remedio.
Y pues, á vista de tantos,
Llegas á ver cuán violentos
Los peligros de allá fuera
Saben buscarme acá dentro,
Duélete de mí; porqué
Si en mi llanto, si en mi ruego,
En mi afliccion, en mi pena,
En mi ansia y desconsuelo,
Como á padre no te obligo,
Como á rey no te enternezco,
Como á noble no te ablando,
Como á humano no te muevo,
Y como á mujer á cuantos
Me escuchan no compadezco,
Verás que desesperada,
Pues no me queda remedio
Ya que aplicar yo á mí misma,
Por sacarte verdadero
Me doy la muerte; pues cuando
Me falte un agudo acero,
Un mal tejido dogal,
Un bien templado veneno,
Viva brasa, áspid mortal;
No me faltará á lo ménos
La mas elevada almena
Dese homenaje soberbio,
Desde donde despeñada
Me dé undoso monumento
El Eridano, en quien diga
Leve epitafio de hielo:
«Aquí la infeliz Climene
Yace á manos de tan fiero
Padre, tan injusto rey
Y tan inhumano dueño,
Que cruelmente compasivo,
Hizo el homicidio ajeno
Propio homicidio, pues no
Dejó el hado lo sangriento,
Y por librarla del daño,
La mató con el remedio.» (*Vase.*)

ADMETO.

Oye, aguarda, escucha, espera.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva Climene!

ADMETO.

¿Qué es eso?

Salen CÉFIRO y SÁTIRO.

CÉFIRO.

(*Ap.* Hagamos del ladron fiel;
Que no seré yo el primero
Que en el lugar del delito
Asegure el retraimiento.)
El pueblo que te ha seguido
Llamado de sus afectos,
Habiendo visto en Climene
(Cuando juzgó que su encierro
De alguna monstruosidad
Nacia) un milagro tan bello;
Compadecido á su llanto,
Que es el hechizo mas tierno
De la hermosura, y movido
De sus piadosos lamentos,
Sobre la lealtad de ser
Heredera de tu reino,
La libertad apellida
En altas voces diciendo...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva Climene y no quede
Mas en la prision!

ADMETO.

¡Ay cielos!
¡Cuán en vano solicita
El corto discurso nuestro
Enmendar de las estrellas
Los influjos, pues los medios
Que pone para impedirlos
Le sirven para atraerlos!
Iré á publicar la causa
Que me movió, por si puedo
Disculparme y reducirlos. (*Vase.*)

CÉFIRO.

Sátiro, ¿qué dices desto?

SÁTIRO.

Que no es la primera vez
Que ha creido el vulgo necio
Trasgos, duendes y fantasmas;
Y apurado su embeleco,
El hurto de amor los finge,
Y los califica el miedo.

CÉFIRO.

Pues ya que de nuestro acaso
Se ha llegado á hacer misterio,
Porque no se desengañen,
Vén conmigo.

SÁTIRO.

¿Qué es tu intento?

CÉFIRO.

Cerrar la peña que anoche
Abierta quedó, supuesto
Que concurriendo aquí todos,
Nadie la habrá descubierto.
(*Éntranse, y dando la vuelta al vestuario, salen por la otra parte.*)

SÁTIRO.

No dices mal; y pues ella,
Tan extrañas cosas viendo,
Se está hecha un bausan, la boca
Abierta, papando el fresco,
Vuelva á cerrarla la losa.

CÉFIRO.

Llega pues...

Al ir á cerrar, sale APOLO.

APOLO.

Gracias al cielo,
Que segunda vez guiado
De otra luz, á verle vuelvo.
(*Embózase Céfiro.*)

CÉFIRO.

Hombre, aborto dese abismo...

SÁTIRO. (*Ap.*)

¿Ahora tenemos esto?

APOLO. (*Ap.*)

¡Que hubo de haber quien me viese!

CÉFIRO.

¿Quién eres, y cómo ahí dentro
Osaste entrar? ¿A quién buscas
En ese horroroso seno,
Siendo así que nadie tuvo
Tan osado atrevimiento
Que le examinase?

APOLO. (*Embózase.*)

Poco
Há que respondí á eso mesmo
Que ni sé quién soy, ni sé
A quién busco, ni á qué efecto
Aquí entro ni salgo.

CÉFIRO.

Pues
A mí me importa saberlo.

APOLO.

A mí no decirlo; y si es
Que cumple con todo el duelo
Quien con lo que intenta sale,
Y yo otro ninguno tengo
Mas de no decir quién soy,
Con dejaros voy bien puesto,
Pues yo me voy sin decirlo,
Y vos quedais sin saberlo. (*Vase.*)

CÉFIRO.

Eso es huir de cobarde;
Mas no te valdrá, si el centro
De la tierra no te esconde.—
Sígueme, Sátiro. (*Vase.*)

SÁTIRO.

Quiero
Cerrar primero la boca,
Por si acaso hay otro dentro,
No escape en tanto.— Señores,
Climene llorosa, el pueblo
Solevado, Clicie y Flora
Siguiendo asombros, Admeto
Pronosticando desdichas,
Céfiro siguiendo celos,
Y yo recelando palos,
¿En qué ha de parar aquesto? (*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA.

Dentro dicen las primeras voces, y salen luego los que pudieren con CLIMENE *y las* DAMAS, *por una parte,* Y ADMETO *por otra.*

TODOS.

¡Viva la hermosa Climene!

UNO.

¡Viva! y en público salga
Donde todo el reino goce
Ver su bellísima Infanta.

CLIMENE.

Aunque os agradezco, amigos,
El amor con que me aclama
Vuestra lealtad, de mi padre
Falta el ser gusto.

ADMETO.

No falta;
Que aunque debiera ofenderme
Que en voz de tumulto haga
Estos extremos el pueblo,
El celo la culpa salva.
Pero porque nunca quede
En opinion de tirana
La resolucion que tuvo
Oculta belleza tanta,
Será bien que el dia que doy
Mis oidos á sus ansias
Y mis piedades al pueblo,
A todos conste la causa:
A él para que no me acuse
De tirano, y á ella para
Que sabido su hado, sepa
Guardarse dél, ya que alcanza
Que el entendimiento es
Tan absoluto monarca,
Que con leyes de albedrío
Sobre las estrellas manda.—
El fausto felice dia
Que todos á ver la clara
Luz del sol nacen, nació
Climene á no verla, á causa
De que interpuesta la luna
Entre él y la tierra, estaba
Lidiando un mortal eclipse,
Con tan desigual batalla,
Que de las doradas luces
Triunfaban las sombras pardas.
No en este horóscopo, en este
Crísis solamente infausta
La previno el cielo, pues
Bien como víbora humana,
Nació reventando el seno
De las maternas entrañas,
Falseándome en que una muera,
El gozo de que otra nazca.
Yo, que ya sabeis cuán docto
Discípulo de las varias
Ciencias de Fiton, logré
En sus estudios la sabia
Astrología, observando
El punto de tan extrañas
Señales, las anteví
Tan opuestas, tan contrarias
Al trascurso de su vida,
Que no hubo estrella de cuantas
Ya benévolas inducen,
Ya retrógadas arrastran,
Que no influyese en Climene
Infortunios y desgracias.
No entero crédito dí
A mi infeliz judiciaria,
Y así su figura quise
Que la reviese la magia:
A cuyo efecto en lo mas
Oculto desas montañas
Que á esotra orilla del monte
El sacro Eridano baña,
Busqué de Fiton la cueva,
Y en su pavorosa estancia
Mi juicio le consulté;
Y aunque en él no enmendó nada,
Trató conferirle en todo
Con otras ciencias mas altas.
No sé si quiromancía
Fué la que le habló en las rayas
De la mano, ó en el aire
La eteromancia en fantasmas;
La nigromancia, no sé
Si en cadáveres ó estatuas,
Si la piromancia en fuego,
O si la hidromancia en agua;
Porque solo sé que lleno
De espíritus que le inflaman,
Cuando son suyas las voces,
No son suyas las palabras.
«Las desgracias é infortunios
(Dijo) que á Climene aguardan,
Son que della nacerá
Un jóven, de altivez tanta,
Tan indómita soberbia
Y tan feroz arrogancia,
Que en el siriaco idioma
Le dé renombre la fama
De *Faeton*, que significa
Rayo, cuya ardiente saña
Ha de abrasar á Etiopia
Con tal fuego, que no haya
Desde donde el Nilo empieza
Hasta donde el Nilo acaba,
Siendo en Egipto sus bocas
Hidra de siete gargantas,
Distrito que no sea hoguera:
De cuyo incendio á la llama
Y de cuya llama al humo,
La mas blanca tez, tostada
Quedará adusta, de suerte
Que venga á ser de la humana
Naturaleza Etiopia
Borron de tan triste mancha,
Que al sol parezcan sus gentes
Negras sombras de las blancas.»
—Si para temer desdichas
El ser desdichas les basta,
¿Qué harán desdichas que traen
Concordes dos circunstancias?
Y así, para prevenir
Que de Climene no haya
Sucesion que pueda nunca
Ser el Faeton de su patria,
Mi primera diligencia
Fué, desde su tierna infancia
Criarla sacerdotisa
De la pura deidad casta
De Diana: á cuyo efecto
Labré en esta fértil playa
Que el Eridano rodea
Y que mis ganados pastan,
Ese centauro de piedra,
Medio templo y medio alcázar;
Y porque ni aun el deseo
Violase nunca sus aras,
Atreviendo á su hermosura
La mas perdida esperanza;
Para que nadie la viese,
Cerqué de muros y guardas
El sitio, con tal recato,
Que porque ni un hombre entrara,
Desterré los jardineros,
Trayendo para labranza
De sus plantas y sus flores
A Flora, bella zagala,
A quien dió el cielo el dominio
De las flores y las plantas.
Para su divertimiento
No hubo en Etiopia dama,
A quien la naturaleza
Dotase de alguna gracia,
Que á servirla no trajese:
Clicie, sirena que encanta
Con su música, lo diga;
Dígalo... Mas las dos basta
Que nombre, pues son las dos
En cuyos desmayos me habla
Mas claro el cielo. Y pues viendo
En una parte sus ansias
Y en otra vuestras lealtades,
Es fuerza acudir á entrambas,
Viva en libertad Climene.
Entre pues del templo y salga
A ver gentes y ganado;
Diviertan pescas y cazas
Sus graves melancolías;
Bailes, músicas y danzas
Destierren de sus ideas
Las confusas sombras vagas,
Que sin cuerpo y alma, son
Ilusion con cuerpo y alma;
Mas con una condicion,
Y es que siempre de Diana
Se quede sacerdotisa,
Sujeta á que si quebranta
El voto de su pureza,
Cumpliendo la ley que manda
Que muera víctima suya,
Seré yo el primero que haga
Della el sacrificio, ya
Que inútil mi confianza
Me da por vencido, á que
No hay recatos ni murallas
Que guarden una hermosura,
Si ella misma no se guarda. (*Vase.*)

TODOS.

¡Viva la hermosa Climene!

LESBIA.

¡Viva! y nosotras con varias
Voces, que el eco repita
En sonoras consonancias,
Su libertad celebremos.
Cintia la cancion nos haga,
Clicie el tono, y yo pondré
En el baile las mudanzas.

TODOS.

Pues todos te seguirémos.
De música y baile vaya.

MÚSICA.

Venturoso es el dia
Que á estas montañas
Mejor sol amanece.
Con mejor alba.

CLIMENE. (*Ap.*)

¡Qué felice para mí
Fuera la alegre mañana
De la noche de mi ausencia,
Si permitiera gozarla
Enteramente un cuidado
Que á un tiempo ofende y halaga!
Pues sospechosa entre Flora
Y Clicie, traidoras ambas,
Me mata, y pretende que
Le agradezca que me mata.

MÚSICA.

Venturoso es el dia, etc.

CLIMENE.

Los festejos que el cariño
Hace, no tienen mas paga
Que admitirlos: y pues es
El darme por obligada
El premio de vuestro afecto,
Proseguid, para que vaya
A tomar la posesion
De libertad tan deseada,
Al son de vuestros acentos
Discurriendo las campañas
Del Eridano.

FLORA. (*Ap.*)

¿Quién, cielos,

Creyera que se lograran
Dos felicidades de una
Ficcion...

CLICIE. (*Ap.*)

¿Quién imaginara
Que de un engaño nacieran
Dos dichas...

FLORA. (*Ap.*)

Pues disculpada
Me dejó á mí, y á Climene
Libre?

CLICIE.

Pues sin que quedara
Climene en recelo, queda
En libertad?

CINTIA.

Ya que ufana
Quiere la rara belleza
De nuestra divina Infanta
Discurrir por los ejidos,
Vaya el baile otra vez.

TODOS.

Vaya.

MÚSICA.

Venturoso es el dia, etc.

Vanse bailando y cantando delante de Climene; sale CÉFIRO, *y detiene á Flora.*

CÉFIRO.

Pues la novedad del dia
Permite entre gente tanta
Que sin nota hablarte pueda,
Oyeme, Flora.

FLORA.

¿No basta,
Sobre el error de la seña
En que de noche te engañas,
El de haber vuelto de dia,
Pesándote el que quedara
Con pesadumbre Climene,
A verla, aleve, y contarla
A quién buscas, y por dónde
Al jardin entres y salgas,
Cuyo susto me costó
Verme tan sin vida y alma,
Que á no hallar en un asombro
Que fingí, mentida traza
Para que no bien creido
Fueras, sin duda acabara
Conmigo; sino que quieras,
Viéndote ahora, que haga
Verdad lo que cautelosa
Bien ó mal desmentí?

CÉFIRO.

¡Ah ingrata!
¡Qué de cosas y qué mal
Unidas y peor trazadas
Has compuesto, para hacer
Tuyas las quejas, á causa
De que yo no hable en las mias!

FLORA.

¿Tú quejas de mí?

CÉFIRO.

Sí, y hartas;
Pues no habiendo otro que sepa
La salida ni la entrada
Del jardin, la has dicho á quien
Vi yo salir de su estancia
Tan cobarde, que al querer
Saber quién era, la espalda
Volvió tan veloz, que no
Pude alcanzarle.

FLORA.

¡Qué mala
Industria y qué sin ingenio
Has imaginado, para
Disculparte de haber hecho
Tan vil accion, torpe y baja,
Por complacer á Climene,
Como haber dicho á quién amas,
Y por dónde sales y entras,
Siendo así, que no hay infamia
Como que á una dama obliguen
Los desdoros de otra dama!

CÉFIRO.

¿Pues cuándo á Climene yo
Vi ni hablé, desde la blanca
Seña que me engañó, y della
Fuí huyendo?

FLORA.

Cuando luchabas
Con ella por irte, á efecto
De que entre las que llamaba,
Me nombraba á mí.

CÉFIRO.

¿Yo?

FLORA.

Sí,
Tú; que aunque te vi de espaldas.
No pudo ser otro, pues
No hay otro que sepa...

CÉFIRO.

¡Ah, falsa,
Que sí hay, pues hay otro á quien
Vi yo salir! ¡Oh mal haya
El aliño de las flores
En que el cielo te dió gracia,
Para que el Rey te trajese
Violenta aquí á cultivarlas!
Pues la utilidad que yo
Juzgué que solo la usaras
Conmigo en fingir la gruta,
Ya sirve á otro.

FLORA.

Tú te engañas.

CÉFIRO.

Y tú mientes, que es peor.

FLORA.

Advierte...

CÉFIRO.

Mira...

LOS DOS.

Repara...

FLORA.

Que harás que diga mis celos.

CÉFIRO.

Tú harás que diga mi rabia.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Venturoso es el dia, etc.

FLORA.

La gente vuelve, y no solo
La que salió del alcázar,
Mas de todos los ejidos
Los zagales y zagalas.
Retírate; que será,
Si aquí contigo me hallan,
Dar fuerza á lo que tu voz
Dijo, y desveló mi maña.

CÉFIRO.

Debe venir entre ellos
Quien tus favores alcanza,
Y ese es tu mayor temor.

FLORA.

A eso y á todo intentara
Satisfacer, si la tropa
No llegase; y pues nos falta
Tiempo aquí de averiguar
Si te agravio ó si me agravias,
Vuelve esta noche, y verémos
Si hay otro que entre ni salga.

CÉFIRO.

Sí haré; pero ¿con qué seña
Te conoceré, frustrada
Ya la del lienzo?

FLORA.

La mas
Segura es que tú no salgas
Hasta que abra yo la gruta;
Pues si tú, como declaras,
No lo dijiste á Climene,
Ni yo á otro, cosa es clara
Que seré quien abra yo,
Pues no hay otra que la abra.

CÉFIRO.

Mira cómo no lo he dicho,
Pues vengo en ello. ¿Qué aguardas,
Que llega ya?

FLORA.

Adios, adios.
Forzoso es, porque no haga
Reparo en que me detuve,
Mezclarme con los que bailan.

(*Vanse.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

Venturoso es el dia, etc.

Salen los que se entraron, y otros de villanos; APOLO Y ERÍDANO.

ERÍDANO.

Recien venido pastor,
Que de otras tierras extrañas
Vienes buscando fortuna,
Convidado de la fama
De los ganados de Admeto;
Pues tu lenguaje y tu gala
Da á entender ser cortesano,
Noble pastor en tu patria,
Llega, y de parte de todos
Da tú á Climene las gracias
De haber logrado con verla
Todas nuestras esperanzas.

APOLO.

Aunque acobardarme pueda
Lo rudo de mi ignorancia,
Lo haré por primera cosa,
Mayoral, que tú me mandas;
Pero porque disimule
Mi mal estilo sus faltas,
De la música el concento
Siga mi voz con la blanda
Armonía, porque suplan
Mis yerros sus consonancias.

UNO.

Norabuena, di; que todos
Te acompañarémos.

OTRO.

Vaya.
Veamos cómo en baile á un tiempo
Se representa y se canta.

(*Representa Apolo, repite la música, y bailan todos, haciendo compas entre copla y copla.*)

APOLO.

Bellísima Climene...

MÚSICA.

Bellísima Climene...

APOLO.

Cuya florida planta...

MÚSICA.

Cuya florida planta...

APOLO.

A su contacto trueca...

MÚSICA.

A su contacto trueca...

APOLO.

En nieve la esmeralda...

MÚSICA.

En nieve la esmeralda...

(*Baile.*)

APOLO.

Pues al pisar el valle,
Reconoce la estampa
En lo que le florece
Mas que en lo que le aja.:

(*Música y compas.*)

Ufano al ver tu aurora
En nubes de oro y nácar,
Todo se regocija
Y todo te hace salva.
Apolo es el primero
Que aquí por mí te habla,
Diciendo : «No soy sol
Hasta tener tal alba.»
La solfa de las aves
Con plumas de sus alas,
En láminas del viento
Escribe lo que cantan.
Sus conceptos las fuentes
Sonoras acompañan,
Dando liras de vidrio,
Trastes y cuerdas de ámbar;
Bien que desvanecidas
Rosa y jazmin se agravian
De servir de coturnos,
Pudiendo de guirnaldas.
Y porque no disuene
La envidia de las ramas,
En los troncos y copas
Suenan Favonio y Aura.
Los ganados de Admeto,
Por toda la campaña,
Entre campos de espuma,
Son piélagos de lana.
Al rio y á la cumbre
Hurtan la tez de plata,
Porque el golfo y el monte
Los logres en su falda.
Todo, al fin, te obedece;
Pero en fin, todo es nada,
Por mas que todo junto
Repita en tu alabanza...

TODOS.

Venturoso es el dia, etc.

CLIMENE.

Ya que en nombre de todos,
Galan pastor, me hablas,
Por tí á todos responda.
(*Ap.* ¿Quién crêrá que turbada
Al verle en este traje,
No encuentre las palabras
Ni el juicio, hasta que sepa
A cuál de las dos ama?)
Dirás al noble afecto,
Que tanto el verme ensalza,
Que quedo (*Ap.* Mal me animo)
Como debo, obligada
A la fineza; pero
Que atenta á lo que manda
Mi padre, es fuerza que
Desde este instante haga
De la que fué precisa,
Cárcel tan voluntaria,
Que haya de despedirlos
Sin que entren al alcázar.
Y pues á nadie puedo
Permitir que la raya
Pase destos umbrales,
Di á todos que mañana,
Ya que hoy vi los ganados,
Al monte saldré á caza;
Y adviérteles (en esto
Con atencion repara)
Que nadie al jardin pase,
Porque si alguno pasa,
Ha de encontrar conmigo
Donde... Mas esto basta.

APOLO.

Todos á tu obediencia
Estamos.

ERÍDANO.

Y á tus plantas
Repetirémos siempre
Que al valle á vernos salgas...

TODOS.

Venturoso es el dia, etc.

(*Vanse todos delante de Climene, cantando y bailando. Clicie detiene á Apolo.*)

CLICIE.

Aunque sentir debiera,
Apolo, que contaras
A Climene que soy
De tu venida causa,
Cuyo susto al mirarte
Me dejó desmayada...

APOLO.

¿Qué dices?

CLICIE.

No lo niegues;
Que ya no importa nada,
Supuesto que ingeniosa,
Al ver que tú faltabas,
Hubo industria que pudo
Dejarme disculpada.
Y pues todas las quejas
Que hasta aquí tuve, salva
El ver que conmovido
De mis piadosas ansias,
No solo, cual solias,
De tus esferas bajas,
Pero en pobre pastor
De Admeto te disfrazas;
Para que darte pueda
De igual fineza gracias,
Sin el susto de que
Nadie en que hablamos caiga,
Vén esta noche á verme
Al jardin, pues la entrada,
Ya por deidad, la tienes
Seguramente franca.
La seña (porque no
Tome de tí venganza
Climene, y equivoque
El ser yo con quien hablas)
Mi voz será; y pues ella,
De Admeto á las instancias,
Fué la causa de que
Mi padre aquí me traiga,
Sirva á otro fin : atiende
A la letra que canta;
Que ella te dirá que
Te acerques ó te vayas.

APOLO.

Oye, espera.

CLICIE.

No puedo;
Que ya ves que hago falta.
Despacio allá hablarémos. (*Vase.*)

APOLO.

¡Quién, fortuna, pensara
Que Apolo se rindiera
A confusiones tantas,
Que es fuerza repetirlas
Para haber de acordarlas?
Por Júpiter, no solo desterrado
De mi luciente esfera
A la tierra bajé, mas de manera
De dotes y de ciencias despojado,
Que en infeliz estado,
Por un heróico yerro,
Paréntesis de luz es mi destierro:
Con que á nadie hacer puede repugnancia
Que Dios que tuvo error, tenga ignorancia.
Dígalo persuadida
Clicie á que fué por ella mi venida;
Dígalo aquel acaso
Que de la noche al dia me dió paso;
Dígalo de Climene
La hermosura, por quien mi amor previene
Servir en traje de pastor á Admeto;
Y en fin, dígalo equívoco el conceto
De que advertir que he de encontrar con ella,
No sé si es un decir que vaya á vella.
¡Ah, proprio amor; que lleno
De engaños, interpretas el ajeno!
Mas ¡ay! que aunque lo sea,
Y lo mejor livianamente crea,
No sé por dónde, pues aunque he buscado
La boca de la sima, no la he hallado.
¿Quién de Apolo crêria
Que halle la noche lo que pierde el dia?
Mas con todo, no tengo
De darme por vencido.
En su busca prevengo
El centro penetrar mas escondido.
Pero allí siento ruido,
Y gente hácia aquí viene.
Verme apartado y solo no conviene:
Iré por otra parte,
Pues que todo es buscarla.

Éntrase Apolo, y salen CÉFIRO *y* SÁTIRO.

SÁTIRO.

En fin, ¿negarte
Flora intentó que el hombre visto habias?

CÉFIRO.

Traiciones suyas y desdichas mias
¿Qué no harán? Aunque el ver que satisfecha
Desvanecer intenta mi sospecha,
Diciéndome que vuelva
Al jardin, y á salir no me resuelva
Hasta que ella la gruta abra, me ha puesto
En duda de que hay misterio en esto:
Y así, á apurarle acuda.
Máteme la evidencia, y no la duda;
Que no siempre han de ser en sus recelos
Las dudas asesinos de los celos.
Y pues la noche ya vistiendo baja
Al cadáver del sol negra mortaja,
Miéntras que yo á la mina
Me arrojo, tú esconderte determina
En las ramas, dejándotela abierta,
Siempre, Sátiro, alerta. (*Abre la sima.*)
Y si el hombre viniere,
Déjale entrar primero, sea quien fuere,
Y ciérrala despues; que una vez dentro,
Verá por dónde ha de huir, si yo le encuentro.

SÁTIRO.

¿Posible es que no ves que esa quimera
En metáfora está de ratonera,
Y habrá quien nos murmure
Lo civil del concepto?

CÉFIRO.

No me apure
Tu loco humor, y advierte
Que á mí me va la vida, á tí la muerte.

(*Vase por la gruta.*)

SÁTIRO.

¡Bien despachado quedo,
Si ya la apelacion no admite el miedo!
Veamos qué me aconseja,
Escuchemos su voz.— Sátiro, deja
La comision; que á tí no te conviene
Estarte á ver si viene ó si no viene;
Pues si no viene, nada habrá perdido;

Y si viene y te halla aquí escondido,
Podrá ser que otra vez de huir se aver-
[güence,
Y ruin á ruin, quien acomete vence.
Sano consejo. Cierro pues la losa.
Cuéstele abrirla, y vamos á otra cosa.
(*Cierra y vase.*)

Salen CLIMENE Y LAS DAMAS.

CLIMENE.

Ya que del alegre dia
Que en libertad llego á verme,
Es paréntesis la noche;
Porque ella tambien sea alegre,
Canta algo, Clicie, entre tanto
Que á oposicion me divierten
De los suspiros del aire
Las cláusulas de las fuentes.

FLORA.

¿No será mejor, señora,
Que esos aplausos celebre
Con sus lisonjas el sueño,
En cuyo descanso vuelve
A revivir la alegría
Con nueva alma?

CLIMENE.

Mal lo entiendes.
Quien duerme no vive, Flora:
Con que un mismo tiempo pierden
El desdichado que vela
Y el venturoso que duerme.
Y pues velé desdichada,
Deja que dichosa vele;
Que no quiere el alborozo
Esperar á que despierte.—
Canta, Clicie.

CLICIE.

Sí haré. (*Ap.* Pues
Con cantar ahora desdenes
De Diana, diré á Apolo
Que no es tiempo de que llegue.)
(*Canta.*) *Fatigas del bosque umbroso*
Y saña del sol ardiente
Templar presumió Diana
En un retirado albergue.
Depuesto el arco y depuestos
Los adornos en su verde
Márgen, á un puro cristal
Le dió otro cristal por huésped.
Detente, Acteon, detente;
No llegues á verla, no llegues;
Que hay fuego que arde
Envuelto en la nieve.

CLIMENE.

No prosigas; que no quiero
Oir los riesgos crueles
Con que Diana castiga
A quien á verla se atreve;
Que gozar de la ocasion
Que acaso el bosque le ofrece,
No es culpa: y porque no vana
Ardides de amor desprecie,
Muda tono y letra, y sea
Aquella en que cantar sueles
Que en busca de Endimion
De las esferas desciende.
Sepa Diana que amó,
Por lo que me sucediere;
Que al delincuente aseguran
Yerros de juez delincuente.

CLICIE.

No bien, señora, me acuerdo
Qué letra, qué tono es ese;
Mas ya que sé que te agrada,
Solicitaré traerle
A la memoria. (*Ap.* Esto es
Porque si Apolo le atiende,
Será decirle que venga
A mala ocasion.)

CLIMENE.

Pues véte,
E idos todas; que aquí es bien
Que sola conmigo quede,
Si ayer á sentir pesares,
Hoy á celebrar placeres.

CINTIA.

¿Cómo es posible, señora,
Que quedarte sola intentes,
Sin temor de aquel asombro,
De dia y de noche aparente?

CLIMENE.

Si de mis melancolías
Era causado, ¿qué tienen
Ya que temerle mis gozos?

FLORA.

No sé cómo á eso te atreves;
Que yo del desmayo mio
Aun no bien convaleciente
Estoy.

CLICIE.

Ni yo del incendio
Que fingió al desparecerse.

CLIMENE.

(*Ap.* No hay cosa que sienta tanto
Como que estas necias piensen
Que me engañan, y que el dar
Crédito yo á sus dobleces,
No fuese valerme dellas
Con mi padre, solamente
Por esforzar mis razones
Con sus delirios; mas deste
Desden que á mi juicio hacen,
Presto espero que me vengue
El mismo amante.) Idos pues,
Ya que nada me divierte
Mas que estar conmigo á solas.

CINTIA Y LESBIA.

Preciso es obedecerte. (*Vanse.*)

FLORA. (*Ap.*)

Aun bien que Céfiro no
Saldrá, miéntras yo no llegue
A abrirle la puerta. (*Vase.*)

CLICIE. (*Ap.*)

Aun bien
Que Apolo al jardin no entre,
Miéntras mi voz no le avise. (*Vase.*)

CLIMENE.

Ya se fuéron. Desta suerte
Veré si puedo apurar
Cuál es de las dos la aleve
Con quien el nuevo pastor...
A decir iba: me ofende...
—Y si lo digo, pues es
Bastante ofensa atreverse
A decirme á mí lisonjas,
Quien á otra finezas debe.
Y supuesto que el decirle
Que si osado al jardin vuelve,
Seré yo á la que halle, fué
Decirle que vuelva, deje
Al trance de lo futuro
Resultas de lo presente;
Y vamos á que ya era
Hora de venir, si hubiese
De venir. Hácia la mina
Que amor ingeniero tiene
Abierta contra la plaza
De mis vanas altiveces,
He de acercarme.

Sale FLORA *al bastidor.*

FLORA. (*Ap.*)

Por mas
Que haya mandado Climene
Que nadie la asista, entre esta
Murta tengo de esconderme;
Que aunque me asegura el ver
Que hasta que yo á abrirle llegue,
Céfiro no saldrá, tengo
De ver qué misterio encierre
Quedarse en el jardin sola,
Cuando tan creido tiene
Que fué ilusion, de que yo
Fingir supe el accidente.

CLIMENE.

Nadie á esta parte se mira.
¿Si erré el sitio? No; que aqueste
Es el fingido cancel
De hiedras que yo, al volverse,
Vi que abrió y cerró.

FLORA. (*Ap.*)

No sé
Qué juzgue al ver que se acerque
Tanto á la gruta.

CLIMENE.

¿Si acaso
Será lo que le detiene,
O que no me entendió, ó que,
Si es que me entendió, me teme?
Mas no: ahora caigo en ello.
Sin duda la que le ofrece
Esta ocasion, temerosa
De lo que ayer la sucede,
Porque nadie halló la gruta,
La ha asegurado de suerte,
Que abrirse no pueda: vea
Si es esto.

Abre el bastidor, y sale CÉFIRO.

CÉFIRO.

Ya de impaciente,
Viendo que tanto tardabas,
Determinaba volverme.

CLIMENE. (*Ap.*)

¿Cómo que tardaba?

FLORA. (*Ap.*)

¡Ay triste!
¿Quién la diria que abriese
Ella el cancel?

CÉFIRO.

Y si no
Fuera por satisfacerme,
Flora ingrata...

CLIMENE. (*Ap.*)

¿Flora dijo?

FLORA. (*Ap.*)

Mi nombre escuché. ¡Valedme,
Cielos!

CÉFIRO.

De qué traicion, qué
Cautela, qué engaño es este
Con que intentas disculparte,
No esperara. Dime, aleve,
Dime, ingrata, dime, fiera,
¿En qué fundas que dijese
Yo á Climene desta mina
El secreto, y que tú eres
La que la abriste?

FLORA. (*Ap.*)

Ya es
El secreto á voces este.

CLIMENE. (*Ap.*)

Mucho temo que ellos hagan
La mina, y yo la reviente.

CÉFIRO.

Porque hasta que apure yo
Esto, no tengo de hacerte
Cargo del nuevo galan
Que la sabe.—¡Ahora enmudeces!
Habla, di. ¿Cuándo la dije
A Climene yo que fueses
Tú de mi amor dueño?

CLIMENE.

Ahora,
Pues que ciego é imprudente,
Dos veces por Flora á mí
Me hablas, para que dos veces
Castigue tu error...

CÉFIRO. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

FLORA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Cierta es mi muerte.

CLIMENE.

¿Cómo, habiendo dicho yo
Á todos públicamente
Que habia de ser la primera
Que en este jardin encuentren,
Sabiendo que habias de dar
Conmigo, tanto te ciegue
Tu pasion, que no tan solo
En él atrevido entres,
Mas tan desimaginado
De hallarme? ¡Ahora enmudeces!
Ahora callas!

CÉFIRO. (*Ap.*)

Cruel fortuna,
Más remedio esto no tiene
Que pues repetí el error,
Repita la fuga: quede
De la traicion sabidora,
Mas no del traidor. (*Vase.*)

CLIMENE.

Detente,
Loco, atrevido, villano.—
Echóse á la mina y fuése.
¡Ay ingrata Flora! ¿tú eras
La alentada, la valiente,
Y la que mas me animaba
Á buscarle y darle muerte?
Yo me vengaré de tí. (*Vase.*)

FLORA.

Primero que tú te vengues,
Huiré de tu furia yo.
Tras él á la mina me eche,
Sin que tema despeñarme;
Que principales mujeres,
Como una vez se enamoren,
¿Qué innova el que se despeñen?
Salve pues con él la vida.

Al ir hácia la gruta, sale poniéndose CLICIE *delante.*

FLORA. (*Ap.*)

¿Mas quién al paso se ofrece?
Ella es, y vuelve sin duda,
Viendo que allá no me encuentre,
Aquí á buscarme. Desdichas,
¿Adónde podré esconderme,
Que no me halle, en tanto que
Seguro el paso me deje,
Para huir de su furor? (*Vase.*)

CLICIE.

Pues ya á su cuarto Climene
Se ha retirado, y no queda
Nadie en el jardin, que intente
Será bien decir á Apolo,
Porque mas tiempo no espere,
Que no es ocasion de hablarnos
Esta noche, por haberse
Retirado tarde. ¡Oh aura!
Dame tus acentos leves;
Y cuando Climene oiga
La seña que Apolo tiene,
Disculpada estoy con que
Repaso el tono que quiere
Que le cante.

Sale CLIMENE *al bastidor.*

CLIMENE. (*Ap.*)

No hallo á Flora,
Y pues que saber no puede
Lo que conmigo ha pasado,
¿Quién duda (¡ah fiera!) que al verme
Ya retirada, á este sitio
Venga? No mal me sucede,
Pues será aquella, sin duda,
Que allí se divisa. Llegue
Á que sepa que ya sé
Cuánto es su culpa evidente.
(*Al ir hácia ella, canta Clicie, y ella se detiene.*)

CLICIE. (*Canta.*)

Para establecer amor
Que en sus absolutas leyes
La dicha es de quien la goza,
Y no de quien la merece...

CLIMENE. (*Ap.*)

Clicie es, y repasa el tono
Que la mandé, por hacerme
Lisonja. Mal contra ella
Presumí, pues inocente
De todo, tan sin cuidado
Canta. Mas calle y aceche,
Hasta ver si al irse Clicie,
Flora á ver su amante viene.

CLICIE. (*Canta.*)

Los desdenes de Diana
Trocó en favores, de suerte
Que en busca de Endimion,
Diciendo al aire desciende...

Vuelve, abriendo la gruta, CÉFIRO.

CÉFIRO. (*Ap.*)

Mal hice en dejar á Flora
Nombrada en riesgo tan fuerte;
Mas en deshechas fortunas,
¿Qué habrá que un amante acierte?
Vuelva á todo trance á oir
Dónde contra ella se mueve
El menor rumor; y acuda
Á librarla, porque enmiende
El pasado error, aunque
Alma, honor y vida arriesgue.

CLICIE. (*Canta.*)

Feliz pastor, á mis voces atiende.
¿Qué temes llegar, qué temes,
Si ya son favores los que eran desdenes?

CÉFIRO. (*Ap.*)

Aunque cuando presumia
Que tristes lamentos fuesen
Los que escuchase, son dulces
Ecos, no por eso deje
De ir, oculto destas ramas,
Hácia el cuarto; que bien puede
Ser que una aquí cante, y otra
Llore allá.
(*Sale de la gruta por detras de Clicie, y ella canta, aunque él represente.*)

CLICIE. (*Canta.*)

¿Qué temes, qué temes,
Si ya son favores los que eran desdenes?

CLIMENE. (*Ap.*)

¡Qué miro, cielos! La gruta
Otra vez ha abierto, y vuelve
El traidor pastor.

CLICIE.

(*Ap.* Albricias,
Alma; que hácia allí se mueven
Las hojas... y á los reflejos
Que las estrellas conceden,
Es él, pues viene á mi voz,
Y ser otro aquí no puede.)
Adorado dueño mio,
Perdona á mi voz no haberte
Hecho ántes la seña en que
Te aviso que á hablarme llegues...

CÉFIRO. (*Ap.*)

Sin que pudiese ocultarme,
Por otro, cielos, me tiene
Esta dama.

CLIMENE. (*Ap.*)

¿Esto tenemos
Ahora? A Clicie tambien quiere.
¿Quién lo duda? pues llamado
De su voz, por ella vuelve;
Y aun por eso de la seña
Decirle el tono defiende.

CLICIE.

Que no he podido mas presto,
Porque hasta ahora Climene,
Aun con verse en libertad,
Todavía impertinente
Y cansada...

CLIMENE. (*Ap.*)

¿Y esto mas?

CLICIE.

No ha querido recogerse;
Y así, siendo ya tan tarde,
Que no pueda agradecerte
El alma, como ántes dije,
Las finezas que te debe,
Cuando movido á las ansias
De mis suspiros ardientes,
Por mí en diversos disfraces
De tu alto trono desciendes...

CLIMENE. (*Ap.*)

¡De tu alto trono!

CÉFIRO. (*Ap.*)

Ya aquí
Hay mas de lo que parece:
Con que veo que no es Flora
Quien toda la culpa tiene.

CLICIE.

Segunda vez te suplico,
Pues ya la luz del oriente
Va atropellando las sombras,
Perdones no detenerme;
Que otra noche que no esté
Tan desvelada Climene,
Hablarémos mas despacio.
No por un instante breve,
Perdamos para adelante
La ocasion que nos ofrecen
Voz, noche y jardin.

CÉFIRO.

Bien dices.

CLICIE.

Pues ¿qué aguardas? Véte, véte.

CÉFIRO.

Sí haré... (*Ap.* A prevenir disculpas
A Flora; y pues detenerme
Aquí, solo vendrá á ser
No librarla á ella y perderme;
Para no poder librarla,
Nadie culpe el que me ausente.)
Adios pues, hasta otra noche. (*Vase.*)

CLICIE.

Adios.— Ahora, por si sienten
Algun rumor, vuelva el tono
Repitiendo una y mil veces...
(*Canta.*) *Feliz pastor, á mis quejas atiende:*
¿Qué temes, qué temes?
Mas ¿quién está aquí?
(*Vase á entrar por donde está Climene.*

CLIMENE.

¿Qué temes?
Yo soy, Clicie...

CLICIE. (*Ap.*)

¡Ay infeliz!

CLIMENE.

(*Ap.* Calle, disimule y pene,
Pues cualquier extremo ahora
Será grave inconveniente
Para no saber despues
Qué traidor pastor es este

Que, amante de Flora y Clicie,
De su alto solio desciende.)
Que aunque yo me retiraba,
Volví á tu voz.

CLICIE.

Por hacerte
Gusto, obediente al deseo
De que este tono te alegre,
Le repasaba.

CLIMENE.

Ya sé
Que eres tú muy obediente.

CLICIE.

Pues ya que de tan pequeño
Gusto el favor agradeces,
¿No te recogerás?

CLIMENE.

No;
Que puesto que ya amanece,
Y para salir á caza
Prevenida está la gente,
Será mejor que tú vayas
A decir, porque no espere
Yo, que esté á punto.

CLICIE.

A servirte
Voy. (*Ap.* No sé lo que sospeche;
Que hay razones que en el modo
Uno dicen y otro sienten.
Sin duda que vió ú oyó
Algo; y para que no quede
Yo á la contingencia, es bien
Resguardarme, mayormente
Cuando para que me saque
De aquí y consigo me lleve,
Está tan fino conmigo
Apolo, que á servir viene
Por mí de pastor á Admeto.) (*Vase.*)

CLIMENE.

¡Ah Clicie ingrata! ¿tú eres
La llorosa? ¡Ved qué hay
Qué fiar de las mujeres!
Que si miente la que anima,
Tambien la que llora miente.

Sale FLORA.

FLORA. (*Ap.*)

Presto he vuelto, pues aun no
Se ha retirado Climene.

CLIMENE. (*Sin ver á Flora.*)

Una presumí culpada,
Y son dos; y aunque me ofenden
En la parte del decoro,
No es eso lo mas que siente
Mi vanidad, sino que
Hombre que ya llegó á verme,
Hombre que ya llegué á oirle,
Y (bien que tácitamente)
Favorecí en que sería
Yo á quien encontrase, quede
Sin advertir en mi aviso,
Tan libre que le atropelle
A otros afectos. ¡Aquí
De mis vanas altiveces;
Que no han de lograr su amor!
Y pues que ninguna puede
Saber que sé sus traiciones,
En tanto que el modo piense,
Calle, sufra y disimule. (*Vase.*)

FLORA.

Dicha ha sido que se fuese
Sin haberme visto. Pues
¿Qué aguardo para ponerme
En salvo? Ninguno extrañe
Una accion tan indecente
En una mujer, supuesto
Que, aunque lo diga mil veces,
Como una vez se enamore,
No innova el que se despeñe.

Vase por la gruta, y sale APOLO.

APOLO.

Mas fácil es de argüir
Que hay en el humano sér
Tropiezo para caer
Que escalon para subir.
Dígalo yo, pues el dia
Que como humano viví,
Me dió sima en que caí
La trémula noche fria,
Y ni ella ni el dia me dan
El mismo despeño; pero
¡Qué mucho, si considero
Cuánto distantes están
El bien y el mal para quien,
En la porcion de mortal,
Ve el bien convertirse en mal
Mas veces que el mal en bien!
Y ya que en mísero estado,
Extranjero pastor llego
A verme, ¿cómo á mi ruego
De los dioses indignado
El coro, por complacer
A Jove, tan sordo está,
Que aun Vénus bella no da
Oido á mi voz, con ser
Madre de amor? ¡Oh tú, hermosa
Deidad! duélete de mí,
Y ya que no encuentre aquí
La gruta que tenebrosa
Me dió paso á la ventura
De ver á Climene bella,
Y para volver á ella
Agrados de su hermosura;
Haz tú, supuesto que fuiste
Deidad del fuego, que abierta
Me dé el abismo otra puerta.

(*Ábrese la boca de la peña.*)

¡Felice yo, pues oiste
Mi lamento! y aunque sea
Volcan esta nueva boca
Que á su imperio abrió la roca,
Sin que ser aquella crea,
Ver si al jardin va deseo.

Al arrojarse á ella, sale CÉFIRO.

CÉFIRO. (*Ap.*)

¿Cómo, sin haber entrado
Nadie, Sátiro ha cerrado?—
Mas ¡qué miro! (*Embózase.*)

APOLO.

(*Ap.* Mas ¡qué veo!)
Hombre de tan nuevo sér,
Que si á otros les miro abrir
Sepulcros para morir,
Tú le abres para nacer,
¿Quién eres? y ¿cómo aquí,
Del centro aborto, con tales
Asombros á la luz sales?

CÉFIRO.

Ni sé quién soy ni quién fuí,
Ni cómo ese obscuro seno
De sí me echa; y pues acaso
Te hallas, oh pastor, al paso,
Por mas que me admires lleno
De confusiones, no irrites
A mi desesperacion...

Sale SÁTIRO, *y detiénese al verlos.*

SÁTIRO. (*Ap.*)

Yo vuelvo á mala ocasion.

CÉFIRO.

Ni intentes ni solicites
Saber mas.

APOLO.

No te has de ir
Sin decir qué pudo ser,
Porque yo lo he de saber.

CÉFIRO.

Pues yo no lo he de decir.

APOLO.

Mal podrás salir con ello.

CÉFIRO.

Antes bien, si al encubrillo,
Yéndome yo sin decillo,
Te quedas tú sin sabello.

(*Vase Céfiro, y al entrar Apolo, se atraviesa Sátiro y le detiene.*)

APOLO.

Aunque es razon mia, tras tí
El monte penetraré.

SÁTIRO.

(*Ap.* Que le siga estorbaré.)
Nuevo pastor, ¿cómo así,
De la cabaña olvidado
Que te encargó el mayoral,
Estás con descuido tal
Cuando...

APOLO.

Aparta.

SÁTIRO.

Alborozado
El valle con el placer
De que la hermosa Climene
A caza á sus montes viene...

APOLO.

Quita.

SÁTIRO.

Intenta disponer
Varias batidas?

APOLO.

En vano,
Perdido de vista ya,
Querer seguirle será.

SÁTIRO.

Y luego...

APOLO. (*Dentro.*)

Calla, villano.

SÁTIRO.

Pues qué ¿te enoja el que luego
Para divertir la siesta
Prevenga música y fiesta?

APOLO.

De ira y de cólera ciego,
No sé á lo que me resuelva.
¡Qué de cosas imagino!

UNOS. (*Dentro.*)

Tó, Melampo.

OTROS. (*Dentro.*)

Tó, Barcino.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al monte, al valle, á la selva!

SÁTIRO.

Ya las voces del ojeo
Los aires pueblan. O vén,
O quédate. (*Vase.*)

APOLO.

¡Cielos! ¿quién
Se vió, como yo me veo,
De confusiones cercado?
Aunque mejor discurriera
Si de evidencias dijera,
Pues que dudar no han dejado
Ni sima ni hombre, supuesto
Que lo uno y otro me dice
Bien claro...

Dentro FLORA, *á la boca de la cueva.*

FLORA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí infelice!
¡Dioses, favor!

APOLO.

Mas ¿qué es esto?

Dentro de la obscura boca
Por donde con tal pereza
No sin asombro bosteza
Melancólica la roca,
Se oyó el eco.

FLORA. (*Dentro.*)

¿No habrá quien
Me dé la mano?

APOLO.

La voz
Es de mujer: que veloz
Llegue á socorrerla es bien.—
Sí habrá.—Bello horror, ¿quién eres?

(*Llega á la cueva, y Flora sale como asombrada.*)

FLORA.

Una mujer afligida,
Que alma, sér, honor y vida
Pone á tus piés.

APOLO.

Pues ¿qué quieres?

FLORA.

Que vida, honor, alma y sér
Restaures, no tanto hoy
Porque infeliz mujer soy,
Cuanto porque soy mujer.
Convencida en un delito
De amor (que para obligarte,
No en vano ¡ay de mí! informarte
De que es noble solicito),
Huyendo vengo mi muerte,
Tan ciega y desesperada,
Que sin reparar en nada,
No pudiendo de otra suerte
Ponerme en salvo, me eché
A esta bóveda, juzgando
A un hombre alcanzar; mas cuando
A la lumbrera llegué,
O la maña ó el aliento
Me faltó para subir;
Y pues supo prevenir
El cielo que á mi lamento
Llegases, galan pastor,
Otra y mil veces rendida,
Alma, sér, honor y vida
Pongo á tus piés. El favor
Que espero lograr de tí,
Es que tu piedad me dé
Donde ocultarme, hasta que
Sepa mi amante de mí,
Llevándole tú el aviso
De que en tu poder estoy.

APOLO.

Palabra y mano te doy
De ampararte, ya que quiso
La fortuna que sea yo
El que repare tu daño;
Que mas que eso al desengaño
Mi ventura le debió
De que esa mina no sea
Cómplice para otro amor
Que el tuyo. De mi valor
Fia, y vén donde no vea
Nadie tu persona ni halle
Noticias de tí.

FLORA.

No en vano
El cielo previno...

(*Al irse á entrar, suenan allí unas voces, y volviendo á otra parte, otras.*)

UNOS. (*Dentro.*)

Al llano.

APOLO.

Vén por otra parte..

OTROS. (*Dentro.*)

Al valle.

FLORA.

¡Ay infeliz, que el ojeo
Cerca el monte! con que yo
Sitiada, sin verme, no
Podré pasar.

APOLO.

Pues no veo
Otro modo de ampararte,
Por ahora entre la maleza
Desta rústica aspereza
Forzoso será ocultarte;
Que yo descaminaré
La gente que aquí llegare,
Para que en tí no repare.

Escóndese Flora, y sale CLICIE, *como despavorida.*

CLICIE.

¡Gracias á Amor que te hallé!

APOLO.

Clicie, ¿qué es esto?

CLICIE.

Despues
Que á mi voz anoche fuiste
Y de mí te despediste...

APOLO.

¡Qué dices! ¿Cuándo yo?...

CLICIE.

No es
Tiempo ahora de embarazar
Lo que te importa saber.—
Climene te pudo ver.

APOLO.

Advierte...

CLICIE.

Déjame hablar;
Que importa mucho.—Y aunqué
Conmigo disimuló,
Mal asegurada yo,
Por lo que en ella noté,
Sin duda oyó lo que hablamos.

APOLO.

¿Quién?

CLICIE.

¿Quién ha de ser? Los dos.

APOLO.

Mira que yo...

CLICIE.

Oye por Dios,
Y á lo que esto importa vamos;
Pues aunque conmigo no
Se ha dado por entendida,
Alma, sér, honor y vida
Me va en que no quede yo
Mas á su vista; y así
Con recelos de culpada,
De la tropa desmandada,
Vengo á valerme de tí
En hados tan infelices.
Que veas qué has de hacer pretendo.

APOLO.

¿Qué puedo hacer, si no entiendo
Nada de lo que me dices?
¡Yo te ví! Yo te hablé!

CLICIE.

En vano
Ahora me niegas que
Te llamé, te ví y te hablé.

APOLO.

Más en vano...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al monte, al llano!

UNO. (*Dentro.*)

Atravesando la dehesa,
A esta parte se enfrascó
El fiero jabalí.

CLIMENE. (*Dentro.*)

Yo,
La primera que su espesa
Maraña rompa, seré.

CLICIE.

La voz de Climene es esta,
Y cumbre, valle y floresta,
Todo cercado se ve,
Y es ella la que hácia aquí
A todos adelantada
Viene. Contigo y culpada,
No es bien que me halle así:
Esta aspereza me encubra
Miéntras pasa.

APOLO.

Espera, aguarda.

CLICIE.

Pues ¿qué es lo que te acobarda?
¿Es mejor que me descubra
Y haga la duda evidencia?

(*Va á ocultarse, y halla á Flora.*)

Mas ¿quién está aquí?

FLORA.

Yo soy,
Clicie.

CLICIE.

¡Ah ingrato!

APOLO.

Sin mí estoy.

CLICIE.

¿Era esta la resistencia
De que aquí no me ocultara,
Y de negar que me oiste
Y que me hablaste y me viste?

FLORA.

No es eso, Clicie, y repara
Que una fortuna corremos.

CLICIE.

¿Qué fortuna, ingrata Flora?

APOLO.

Que llega. Ocultáos ahora;
Que despues discurrirémos.

UNO. (*Dentro.*)

En lo intrincado del bosque
Se entró acosado.

CLIMENE. (*Dentro.*)

Por esta
Parte en su alcance, al encuentro
Le he de salir la primera...

Sale CLIMENE, *flechando el arco.*

CLIMENE.

Y sin duda, pues se mueven
Allí las ramas, en ellas
Es adonde se repara.

APOLO.

Suspende al arco la cuerda;
Que quien las mueve soy yo,
Porque al ver cuánto te empeñas
En el alcance, señora,
De aquesa cerdosa fiera;
No perdiéndote de vista,
Sin embarazar que seas
(Por no malograrte el gusto)
Tú quien la alcances y venzas,
Quise escondido á la mira
Estar del tiro, por si era
Menester al rematarla
Acudir en tu defensa.

CLIMENE.

Porque en mi defensa tú
No acudas, ni yo te deba
Alguna atencion, me alegro,
Segun ladra y voces muestran,
De que haya tomado el viento
Tan á otro abrigo, que pierda
El deseo de alcanzarla.

Y así, pues volver es fuerza
Por otra parte á seguirla,
Puedes tú quedarte en esta;
Que no quiero que por mí
Ni vayas, pastor, ni vengas
Ya á ninguna donde yo
Pueda estar.

APOLO.

Si desa queja
(Si es que es queja) darme yo
Por entendido pudiera,
Pudiera ser que quedara
Tan del todo satisfecha,
Que...

CLIMENE.

Pues ¿por qué no podrás?

APOLO.

Porque es mi fortuna adversa;
Y aunque me está bien que hable,
Te está mejor que enmudezca.

CLIMENE.

Eso no entiendo.

APOLO.

Ni yo.

CLIMENE.

(*Ap.* Mucho temo que mi pena
Me ha de despeñar.) Pues ¿qué
Puede haber que á mí me pueda
Estar mejor ni peor?

APOLO.

No sé.

CLIMENE.

Yo te doy licencia.
Habla.

APOLO.

No puedo.

CLIMENE.

Pues ¿quién
Ha enmudecido tu lengua?

APOLO.

Mi desdicha.

CLIMENE.

¿Qué la obliga?

APOLO.

Tu respeto.

CLIMENE.

Si te alienta,
¿Qué temes?

APOLO.

No sé.

CLIMENE.

Eso es
Querer...

APOLO.

¿Qué?

CLIMENE.

Que mi impaciencia
Diga lo que tú no dices.

APOLO.

¿Cómo?

CLIMENE.

Como si tú niegas
Que no lo sabes, yo sí...

CLICIE. (*Ap. á ella, al paño.*)

Flora, ¿qué es esto?

FLORA.

Oye atenta,
Ya que declaradas, son
Tan unas las ansias nuestras.

CLIMENE.

Yo sí, fingido pastor;
Que si bastó mi prudencia
(Diciéndote que seria
Yo en el jardin la primera
Que encontrases) á que calle
El que por Flora me tengas...

APOLO. (*Ap.*)

¿Qué puedo yo hacer, si es
Quien se destruye ella mesma?

CLIMENE.

Si bastó á disimular
El que huyendo de mí, vuelvas
A la voz de Clicie, y oiga
Que de alto solio desciendas
Por ella en villano traje...

APOLO.

Advierte...

CLIMENE.

Nada hay que advierta.

APOLO.

Que vas...

CLIMENE.

Nada digas, calla.
Y en fin, si bastó á que cuerda,
No preguntando por una
Ni acusando á otra, me venza;
No basta para que viendo
La loca presuncion necia
Con que delante de mí,
Villano, á poner te atrevas,
Deje de abandonar todo
El resto de la paciencia.
Dime, traidor, dime, aleve,
Que con fingidas cautelas
A Clicie y á Flora engañas:
Si huyendo de mí, te ausentas
De noche, ¿cómo de dia
Osas parecer?

APOLO.

Espera;
Que si todos los baldones
Que has dicho y dirás, es fuerza
Que vengan sobre mi culpa,
No hay culpa sobre que vengan.

CLIMENE.

¿Cómo no?

APOLO.

Ya ¿de qué sirve
El que yo callar pretenda?
Pues cuando yo presumia
Que se fundaria la queja
En no ir al jardin, se funda
En ir: con que de manera
Corren quejas y disculpas
Tan varias y tan opuestas,
Que no es posible encontrarse,
Porque han errado la senda.
¡Yo entré en tus jardines, cuando
No entrar es toda mi pena!
¡Yo te hablé por Flora! ¿Quién
Es Flora? que á conocerla
Aun no llegué. ¡Yo por Clicie!
¿Quién es Clicie? (*Ap.* Que se ofenda
¿Qué importa?) Ni ¿quién soy yo
Para que á su voz por ella
Deje alto solio? ¡Ay Climene!
Si esta boca que está abierta
Para callar, lo estuviese
Para hablar, ella dijera
Tantas cosas...

CLIMENE.

¿Qué podia
Ella decir, que no puedas
Decir tú?

APOLO.

No sé.

CLIMENE.

Eso es
Volver á la conferencia
De que haya nada que á mí
Me esté bien ó mal: y piensa
Que lo he de saber, ó mal
O bien me esté.

APOLO.

¿Estás resuelta
En eso?

CLIMENE.

Sí.

APOLO.

¿Y si es pesar?

CLIMENE.

¿Qué importa?

APOLO.

Pues oye atenta.
(*Ap.* ¡Oh, halle modo con que obligue
A una, sin que á dos ofenda!)

CLICIE. (*Ap. á Flora, al paño.*)

¿Qué será lo que la diga?

FLORA.

Oye y calla.

CLICIE.

Escuche y tema.

APOLO.

Ese pálido bostezo,
De quien simulada peña
Es mordaza, donde acaso
Caí la noche que...

VOCES. (*Dentro.*)

¡A la selva,
Al bosque!

ERÍDANO. (*Dentro.*)

Por aquí fué
Por donde Climene bella
A todos se adelantó.

CLIMENE.

La gente se escucha cerca;
Y así, hasta que tú me digas
Lo que la boca dijera,
Sal al paso como en busca
Mia, haciendo la deshecha;
Que yo, para que me hallen
Como en acecho y espera,
Me esconderé entre estas ramas.

APOLO.

Mejor estarás entre estas.

CLIMENE.

¿Por qué?— Mas no me lo digas;
(*Halla á las dos.*)
Que ya me dan la respuesta
Clicie y Flora; y porque otra
Vez no niegues conocerlas,
Esta es Flora y esta es Clicie.

FLORA. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

CLICIE. (*Ap.*)

¡Qué dolor!

APOLO. (*Ap.*)

¡Qué pena!

CLIMENE.

¿Es esto lo que me habia
De decir la boca?— ¡Oh ciegas,
Traidoras á mí y Diana,
A tan vil amor sujetas,
Que estáis celosas y amigas!
Yo vengaré ambas ofensas.—
Cazadores...

APOLO.

No los llames.

CLIMENE.

¿Cómo no?— Venid apriesa;
Que si una fiera seguía,
Ya he encontrado con dos fieras.

CÉFIRO. (*Dentro.*)

Allí la voz de Climene
Se escucha.

ADMETO. (*Dentro.*)

A favorecerla

Corred todos; que sin duda
A grande peligro expuesta
Entre dos fieras se halla.

CLIMENE.

La voz de mi padre es esta.
¡Cuánto me alegro de que
A tiempo de saber venga
Vuestras traiciones!

APOLO.

Sin mí
Estoy.

CLICIE. (*Ap.*)

Yo absorta.

FLORA. (*Ap.*)

Yo muerta.

APOLO. (*Ap.*)

Mas para estar á la mira,
Mézclome con los que llegan.

Salen ADMETO, ERÍDANO, CÉFIRO, SÁTIRO Y PASTORES.

APOLO Y TODOS.

Aquí está Climene.

ADMETO.

¿Qué
Voces, Climene, son estas?

CÉFIRO. (*Ap. á Sátiro.*)

¿Qué será esto? ¡Clicie y Flora
Aquí!

SÁTIRO.

¿Qué quieres que sea
Sobre lo que me has contado,
Sino que Climene quiera,
Convencidas en sus yerros,
Echarlas la ley á cuestas?

ADMETO.

¿Cuando juzgué divertida
Hallarte, alegre y contenta,
Todavía vuelvo á hallarte
En nuevos sustos envuelta?
¿Aun no habemos acabado
Con las pasadas ideas?
¿Dónde las fieras están
Que te asombraban? ¿Qué es dellas?
Que aquí solo Clicie y Flora
Están.

CLIMENE.

¡Ay señor! que esas
Las fieras son que me quitan
La vida, pues... (*Ap.* Mas, ¡ay necia!
¿Qué voy á decir, no siendo
Posible que halle la lengua
Tan equívocas razones,
Que á ellas culpen y á él absuelvan,
Siendo así que es fuerza que
Librarle y culparle sienta?)

ADMETO.

Habla: sepa yo la causa,
Porque tú el castigo sepas.

CLIMENE.

(*Ap.* ¿Qué he de decirle?) Esa mina...

CÉFIRO. (*Ap. á Sátiro.*)

Reventó la mina nuestra.

SÁTIRO.

Como aquesas minas contra
Sus ingenieros revientan.

CLIMENE.

Que miras...

ADMETO.

¿Qué te acobardas?

CLIMENE.

Es la que... si yo... (*Ap.* ¿Hay violencia
Como que haya de dar vida
A quien me mata?)

ADMETO.

¿Qué esperas?
Prosigue.

CLIMENE.

Sí haré; mas es
Tal la causa, que no encuentra
Razones con que explicarse.

ADMETO.

¿Qué causa ¡oh locas, oh necias!
Para igual pasmo pudisteis
Darla?

FLORA.

Miéntras que suspensa,
Por no decir lo que ha sido,
Lo que ha de decirte piensa,
Pregúntaselo, señor,
A esa horrible, á esa funesta
Contramina; della sabe
Dónde va; y entónces della
Sabrás quién es el amante
Que de noche sale y entra
En sus jardines, y quién
Es la que le dió por señas
Ser la primera que encuentre,
A cuya causa se queda
En ellos sola á deshoras;
Que yo, aunque decirte quiera
Quién es, no lo sé. (*Ap.* Esto es
Agradecerle la deuda
Del favor que me ofreció.)
Digan Clicie, Cintia y Lesbia
Lo mas que desto supieren.

CLICIE.

Y añade que infausta, negra
Deidad nocturna es; pues pudo,
Para que nadie se atreva
A entrar al jardin, causar
Tempestades y tormentas
La noche que fué sentido;
Y el dia que las dos con ella
Le vimos, Etnas é incendios,
De que ahora testigos sean
Nuestros desmayos. (*Ap.* No diga
Quién es, porque la sospecha
De saberlo yo no caiga
Sobre mí.)

FLORA.

Con que ahora, al verla,
Reconociendo la mina...

CLICIE.

Quizá por valerse della,
Cuando no venga su amante...

CLIMENE.

Al decir las dos, atentas
A tu honor y al de Diana,
Que mire á lo que se arriesga...

FLORA.

Llamando á quien nos dé muerte...

CLICIE.

Con alguna mal supuesta
Causa, que aun fingir no sabe...

FLORA.

Dice que somos las fieras
Que la quitamos la vida.

CLICIE.

Y pues la verdad es esta...

LAS DOS.

Mejor será que lo pague
La culpa, que la inocencia.
(*Vanse las dos.*)

CLIMENE.

Mentis, traidoras, mentis;
Que el quedarme yo á cautela
Sola y á deshoras, fué
Por ver las traiciones vuestras
Para castigarlas.

CÉFIRO.

No
Las culpes... (*Ap. á él.* Sátiro, esfuerza
Sus razones). Que una cosa
Es que por mí no se sepa
El desdoro de una dama,
Atendiendo á su decencia;
Y otra es que, sabido ya,
Con mi silencio cometa
Esa especie de traicion.
Testigo hago á la suprema
Curia, señor, de los dioses,
Que á caza por estas breñas,
Al amanecer un dia
Vi un hombre salir de aquesa
Sima, y al reconocerle,
Cubierto de obscuras nieblas,
Se me desapareció,
Despues de haber oido: «¡Muera
Precipitado á los montes
El que á la deidad suprema
Se atreve á ofender!»

SÁTIRO.

Si á eso
Va, tambien la noche mesma
Que yo salí al terremoto,
Oí unas voces tremendas
Que iban diciendo: «¡Ay hermosa
Climene, lo que me cuestas!»

CLIMENE.

¡Que esto los dioses permitan!

APOLO. (*Ap.*)

¡Que esto mi valor consienta!

ADMETO.

¡Oh hija ingrata! ¿Esto de tí
Se ha de decir?
(*Saca el puñal, y Erídano le detiene.*)

ERÍDANO.

Considera
Que es primera informacion,
Y no es justo que se crea
Tan presto.

ADMETO.

¡Ay! que sobre tantos
Testigos que la contestan,
Ha dicho contra ella todo
El resto de las estrellas,
Que la amenaza de horrible
Monstruoso dueño; y pues cesa
De todo el reino la ruina
Con su muerte, ántes que sea
Sacrificio de Diana,
Que es lo que la ley ordena,
Ha de morir á mis manos.

ERÍDANO.

Sin que la verdad se sepa
(Y siéndolo, el sacerdote
A Diana se la ofrezca),
Es injusto.

ADMETO.

Pues en tanto
Que se sabe, á mas estrecha
Prision de la que ántes tuvo,
Presa vaya.

TODOS.

Vaya presa.

CLIMENE.

¡Oh vulgo infame! Ayer fuéron
Libertad las voces vuestras,
Y hoy son prision.

TODOS.

Presa vaya.

APOLO.

Ninguno llegue á ofenderla.—
Huye, Climene.

CLIMENE.

No puedo;
Que el rio el paso me cerca.

TODOS.

¿Quién podrá impedirlo?

APOLO.

Yo.

TODOS.

¿Cómo?

APOLO.

De aquesta manera. (*Llévasela.*)

CLIMENE.

¡Ay infelice de mí!

ADMETO.

Desesperado con ella,
Al Erídano se arroja.

ERÍDANO.

Los barcos que en la ribera
Varados están, al agua
Echad para socorrerla.

TODOS.

¡Al agua, al agua, barqueros!

ADMETO.

Mejor al fuego dijeran,
Pues ya del amenazado
Previsto incendio revienta
El volcan en mis entrañas,
Y en mi corazon el Etna.

JORNADA TERCERA.

Dentro CLIMENE Y APOLO, *y sale luego con ella.*

CLIMENE.

¡Ay de mí infeliz!

APOLO.

No temas,
Pues yo te llevo en mis hombros,
Y no es la primera vez
Que, árbitro del sol hermoso,
Si me ve un golfo morir,
Me ve nacer otro golfo.
(*Salen.*)
Ya en la orilla estás.

CLIMENE.

En vano
En ella el aliento cobro,
Que fallecido el aliento
Me falta. Hados rigurosos,
¿Para qué salí del agua,
Si con el aire me ahogo?
(*Cae desmayada sobre un risco, que á su tiempo ha de dar vuelta con ella.*)

APOLO.

¡Climene, mi bien, mi cielo!
—De vital ¡ay de mí! solo
Conserva un gemido, que
Ni es suspiro ni es sollozo.
¿Quién crérá, divinos cielos,
Que eclipsados en sus ojos
Dos bellos soles, espire
El dia en poder de Apolo?
¿Qué es esto, Jove? ¿De cuándo
Acá, si pasa el enojo
De un dios, del yerro al castigo,
Pasa del castigo al odio?
¡Tanto ¡ay infelice! tanto
Un noble delito heróico
Pudo ofender las deidades
De todo el celeste coro,
Que no habrá una que por mí
Interceda, y en socorro
De una inocente hermosura,
Me dé en trance tan penoso
Siquiera el pequeño alivio
De un rústico albergue corto
En que ampararla?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sí habrá.
Vea en su destierro Apolo
Que no es la primera vez
Que, árbitro del sol hermoso,
Si le ve un golfo morir,
Le ve nacer otro golfo.

APOLO.

¿Qué dulces voces son estas
Que no bien distintas oigo,
Del aire en blandos suspiros,
Del eco en gemidos roncos?
Por si fué ó no fué ilusion,
A escuchar otra vez torno.

Dentro ADMETO Y OTROS.

TODOS. (*Dentro.*)

Arribe el barco á la orilla...

ADMETO. (*Dentro.*)

Que sin duda en sus contornos
Tomó puerto el agresor
De aquel sacrílego robo.

APOLO.

¿Quién duda que ilusion fué,
Puesto que en vez de sonoro
Acento, confuso estruendo
De barcas en veloz corso
Viene proejando á la orilla?
¡Qué fácilmente entre el gozo
Y el pesar, siempre es mas cierto,
Que no el alivio, el oprobio!
Dígalo ¡ay de mí! el que ya
No dice el eco en mi abono
Que habrá consuelo.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sí habrá;
Que aun en su destierro á Apolo,
Si le ve un golfo morir,
Le ve nacer otro golfo.

APOLO.

¿Cómo es posible, si eres,
¡Oh tú! fantástico coro
Que no veo, y veo que es
Quien viene remando á bordo
Quien dice?...

TODOS. (*Dentro.*)

Arriba á la orilla;
Que sin duda en sus contornos
Tomó puerto el agresor
De aquel sacrílego robo.

APOLO.

¿A quién crérê, ¡ay infelice!
Si á un tiempo repiten todos,
Confundiendo tierra y cielo...
(*Esta repeticion se ha de hacer cantando unos y representando otros, todo á un tiempo.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que aun en su destierro á Apolo...

TODOS. (*Dentro.*)

Que sin duda en sus contornos...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Si le ve un golfo morir...

TODOS. (*Dentro.*)

Tomó tierra el agresor...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Le ve nacer otro golfo.

TODOS. (*Dentro.*)

De aquel sacrílego robo?

APOLO.

¿Qué he de hacer? Que si huyo, dejo
Empeñado el bien que adoro;
Y si la llevo conmigo,
Será ella misma el estorbo
Que me embarace la fuga;
Y aunque á mí no me dé asombro
El morir, el morir ella
En mis brazos, es desdoro
De mi noble sér. ¡Oh tú,
Que articulando favonios
Me hablas! ¿de qué modo puedo
Librarla de tan penoso
Trance, como es el dejarla
O llevarla?

Da vuelta el peñasco, y sale á las espaldas de él FITON, *viejo venerable, vestido de pieles, y vuelve* LA MÚSICA *á cantar.*

FITON.

Deste modo.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Pues no es la primera vez
Que, árbitro del sol hermoso,
Si le ve un golfo morir,
Le ve nacer otro golfo.

APOLO.

¿Quién eres, ¡oh tú! quién eres,
Que fieramente piadoso
Y piadosamente fiero,
Equivocas oidos y ojos,
Pues te escucho como humano,
Y te miro como monstruo?

FITON.

¿No me conoces?

APOLO.

Estoy
De mí mismo tan remoto
Y tan ajeno de mí,
Que aun á mí no me conozco.
¿Quién eres pues, que has podido
Hacer que, en mitades roto,
Conciba el risco un milagro,
Para parir un asombro?

FITON.

Soy á quien hoy de Climene
La vida importa, en abono
De hacer divinos estudios
Los que hasta aquí fuéron doctos.
Y supuesto, Apolo, que es
(No admires ver que te nombro;
Que para mí no hay disfraces)
Tu peligro mas notorio
Llevarla ó dejarla, y ya
Dejarla y llevarla estorbo;
Ponte tú en salvo, pues yo
En salvo á Climene pongo.

APOLO.

¿Cómo en salvo, cuando es
Sepulcro suyo ese bronco
Peñasco, en cuyos umbrales
Me han de hallar, á ver que tomo
Venganza en mí de su ruina,
Si es que por rústico ó tosco,
Con lágrimas no le muevo,
Con suspiros no le rompo?

FITON.

Mal podrás; y porque veas
Que solicito, no solo
Que no la hallen, pero que
Aun no la busquen dispongo,
Retírate, que ya llegan,
Porque no te vean tampoco,
Y al preguntarte por ella,

Les digas que yo la escondo,
O no sepas qué decirles.

APOLO.

Tan confuso estoy y absorto,
Que sin eleccion de que
Hago bien ó mal, me escondo.

TODOS. (*Dentro.*)

¡A tierra, á tierra!

Escóndese Apolo, y salen ADMETO, ERÍDANO, SÁTIRO, CÉFIRO, FLORA, CLICIE Y PASTORES.

ADMETO.

No quede
Espacio que en lo fragoso
Nuestro deseo no inquiera,
Peña á peña y tronco á tronco.

SÁTIRO.

Yo seré atalaya que
Desde aquel mas alto escollo
Descubra el campo. (*Vase.*)

CÉFIRO.

Yo el bosque
Corra. (*Vase.*)

CLICIE.

Yo el valle.

FLORA.

Yo el soto.
(*Vanse.*)

FITON.

¡Ay infelice hermosura,
Llore el mundo tu malogro!

ADMETO.

¡Fiton!...— ¿Qué lamentos son
Aquestos?

APOLO. (*Al paño.*)

¡Qué es lo que oigo!
¿Este es Fiton?

FITON.

Tan infaustos,
Tan tristes, tan lastimosos,
Que no en vano, gran señor,
El aire al suspiro es corto.
En mi retirado albergue,
Entregado al blando ocio
De mis estudios estaba,
Cuando dos gemidos noto
Que el aire alentaba mudo
Y el eco repetia sordo.
Del boreal norte llamado,
Apénas la orilla toco
Del sacro Erídano, cuando
Veo que en su proceloso
Raudal cortaba la espuma,
Animado Bucentoro,
Un jóven que á una mujer
Sacar anhelaba en hombros.
Por presto que acudir quise
A ver si era en su socorro
Posible hallar medio, un fiero
Remolino, que en lo undoso
Rebalsaba las espumas
De veloz corriente, en tornos
Los arrebató de suerte,
Que sumergidos, bien como
Viva exhalacion de fuego
Que cae á apagarse al Ponto,
A nunca mas ver la luz
En sus alcázares hondos
Los sepultó, y...

ADMETO.

Cesa, cesa:
No lo digas; que dudoso,
No sé, entre pena y consuelo,
Si lo aplaudo ó si lo lloro.

APOLO. (*Al paño.*)

¿A qué fin fingió Fiton
Nuestras muertes cauteloso?

ADMETO.

¡Oh qué mal hizo el que quiso,
Inútilmente estudioso,
Tiranizar á los dioses
El dominio que á ellos solos
Concedió en futuros hados
Su deidad, siendo forzoso
Que el bien ó el mal pronostiquen!
Pues si es el bien, es mas corto
Esperado; y si es el mal,
Anticipado es lo proprio.
Dígalo yo, y tú lo digas,
Fiton, pues fuimos nosotros
Los que de Climene hicimos
El juicio que prodigioso
La ocultó en vano: con que
Si por padre me congojo
En su infausto fin, por rey
Me consuelo y me recobro,
En que no venga por ella
A ser la patria despojo
Del rayo Faeton, que envuelta
La antevió en fatal destrozo,
Si arder de incendio en ceniza,
Volar de ceniza en polvo.

FITON.

¿Luego era Climene?

ADMETO.

Más
Con mis ansias te respondo
Que con mis voces.

FITON.

Y yo
Más con el alma las oigo
Que con el sentido. Puesto
Que hay en los celestes coros
Condicionados decretos,
Que atropellan imperiosos
Sus mismos influjos, cuando
Por castigar en nosotros
La presuncion de impedirlos
Y dejarlos sospechosos,
Sin dejar de ser severos
Compensan un daño en otro,
¿De qué sirven los estudios?
De qué los supersticiosos
Pactos? Y pues de mi juicio
Avergonzado me corro,
Iré desde aquí á romper
Cuantos judiciarios tomos
Estudié, cuantos creí
Astrolabios, mapas, globos,
Caractéres y conjuros.
(*Ap.* No iré sino á ver si logro
Que ellos salgan verdaderos
Antes que yo mentiroso.) (*Vase.*)

ADMETO.

Ya que, como Fiton dijo,
Compensado un daño en otro,
Quiso el cielo que Climene
Muera al atrevido arrojo
De aquel pastor, siendo de ambos
Cristalino mauseolo
El Erídano, compense
Yo tambien en alborozo
El dolor, y no me quede
En su ruina sino solo
El de que, habiendo rompido
De Diana templo y voto,
No pueda llevarla á que
En fe de su religioso
Culto, de su altar el blanco
Mármol, en púrpura rojo
Se tiña: y pues faltó en ella
El amenazado enojo
Del hado, miéntras lo siento
Yo, celebradlo vosotros,
Y al agua otra vez.

TODOS.

Al agua,
Barqueros destos contornos.
(*Vanse.*)

FLORA.

No pudo en tan fuerte lance,
Ya que venimos ansiosos
A ver lo que sucedia,
Sucedernos mas dichoso
Infortunio.

CÉFIRO.

Dices bien,
Pues muertos los dos, nosotros
Quedamos libres de que
Se pueda saber que somos
Los culpados.

CLICIE.

¡Ay qué necios,
Qué ignorantes ó qué locos
Os persuadís á que sea
Cierto su naufragio!

LOS DOS.

¿Cómo?

APOLO. (*Al paño.*)

¿Qué hablarán los tres aleves,
Que desde aquí no los oigo?

CLICIE.

Como (pues no importa ya
Hable claro con vosotros)
El disfrazado pastor
De Admeto, que tan brioso
Se echó al agua, Apolo es,
Y no es posible que Apolo
Pudiese morir.

CÉFIRO.

Ahora,
Si la memoria recorro,
Me acuerdo que me dijiste,
Cuando le llamaba el tono
De tu voz, y á mí por él
Me hablaste, que de alto solio
Por ti habia descendido.

CLICIE.

Es verdad que de su embozo
Me persuadí á que era yo
Causa; mintió el amor proprio,
Hasta que vi que Climene
Era el objeto amoroso
Del nuevo disfraz.

CÉFIRO.

Pues siendo
Así que haya cauteloso
Su muerte Fiton fingido,
Discurramos de qué modo
Lo averiguarémos.

FLORA.

Puesto
Que es hacernos sospechosos
Quedarnos de estotra parte
Del Erídano nosotros;
Para salvar la sospecha,
Embarquémonos con todos,
Y volvamos de secreto
A inquirir qué misterioso
Engaño es este.

CÉFIRO.

Bien dices.

FLORA.

Vamos pues.

CLICIE.

O podrán poco
Mis celos, ó tomaré
Venganza de mis enojos.
(*Vanse.*)

APOLO.

¡Ah fiera! ¿qué mas venganza

Quieres? Y tú, riguroso
Hado, por mas que reduzgas
Mi noble sér á penosos
Trances de humana fortuna,
Ansias, desdichas y ahogos,
No has de alabarte, á lo ménos,
De que mi espíritu heróico,
Confesándose vencido,
Huyó á tus ceños el rostro.
Y pues Fiton, de sus magias
Usando, hurtó de mis ojos
A Climene, y el efecto
De llorar la muerte ignoro,
Por no poderle seguir
Sin que me vean estotros,
Este risco que la oculta
Romperé.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

¡Ay de tí...

APOLO.

¿Qué oigo?

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Mísero Sátiro!

APOLO.

Pero
No me dé el proverbio asombro,
Pues precipitado miro
Que se lamenta á sí propio
Otro desdichado. — ¿Quién
Eres, oh tú...

Sale SÁTIRO.

SÁTIRO.

Un simple, un tonto,
Necio, insensato, menguado,
Maníaco, fatuo, chocho,
Un pazguato, un majadero,
Que sin dignidad de loco,
Zorrero bajel de hueso,
Se deja venir á fondo
En busca de aquel pastor
(Para quien guardé lo bobo,
Aunque andaba el asonante
Haciéndome reconcomios),
Que abrazado con Climene,
Por si acaso su amoroso
Afecto la viese dura,
Trató de echarla en remojo.
Con Admeto el rio pasé,
Y por descubrir los cotos
Del monte y ver por do iba,
Subí á aquese promontorio,
Desde donde sin hallarle,
Miré que se volvian todos;
Y por no quedarme yo
En un montecito solo,
Donde el magro Fiton es
Ermitaño del demonio,
Presuroso bajar quise;
Y tanto lo presuroso
Afecté, que fué volando,
Bien que pájaro de plomo.
Y pues tú, seas quien fueres,
Me ves brumados los lomos,
De una y otra pierna manco
Y de entrambos brazos cojo,
Llévame á cuestas siquiera
Hasta la orilla; que como
Una vez me embarque... (*Ap.* Pero
¡Qué miro! Por el dios Momo,
Que, asociado del dios Baco,
Es mi segundo devoto,
Que el mismísimo pastor
El por él es.)

APOLO.

Y no solo
Te daré el favor que pides,
Mas ya que se han ido todos
Y tú has quedado, has de ser,
Pues al falso testimonio
Testigo fuiste, testigo
Tambien al mas fino abono
De amor, de lealtad y fe.
Llega; que has de ver que rompo
(Para que haya quien al mundo
Haga mi afecto notorio)
Este risco, hasta sacar
Dél el dulce dueño hermoso
De la belleza que encierra.

SÁTIRO.

Desde aquí lo veré todo;
Que mejor se ve de léjos
Romper riscos, correr toros
Y tirar cohetes.

APOLO.

Villano,
De cerca has de ver que pongo
De mi parte cuanto me es
Posible, en felice logro
De restaurar á Climene.

SÁTIRO.

Pues ¿dónde está?

APOLO.

El pavoroso
Seno de aqueste peñasco
La oculta.

SÁTIRO.

¡Lindo escritorio
De guarda-joyas!

APOLO.

¡Oh tú,
Mineral del mejor oro,
Concha de la mejor perla,
Caja del mejor tesoro
Y boton de la mejor
Flor del mayo!...

SÁTIRO. (*Ap.*)

El está loco.

APOLO.

O enternécete á mi ruego,
O disponte á ser despojo
Del fuego que arde en mi pecho.

FITON. (*Dentro.*)

Sí hará, porque veas, oh Apolo...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Que no es la primera vez
Que, árbitro del sol hermoso,
Si te ve un golfo morir,
Te ve nacer otro golfo.

—

Múdase el teatro, y vese un palacio, y en él CLIMENE, *como cayó desmayada, en uno como trono.*

APOLO.

¡Cielos! ¿qué escucho y qué veo?

SÁTIRO.

Señores, ¿qué suntüoso
Palacio es este, que cupo
En la gaveta de un tronco?
Pero miéntras ella yace
Dormida, y él está absorto
Sin acordarse de mí,
¿Qué hago yo aquí, que no tomo
Mi barco, y voy á contar...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Que, árbitro del sol hermoso,
Si le ve un golfo morir,
Le ve nacer otro golfo? (*Vase.*)

APOLO.

Huyó el villano, y tras él
No voy, porque fuera ocioso
Perder de vista un instante
La beldad á quien me postro.
—Climene, mi bien, mi cielo,
Ya que hubo quien prodigioso
Convirtió el monte en palacio,
E hizo de un peñasco un trono,
¿Cómo no hay quien restituya
A su luz tu sol hermoso?
Porque volverte á mis brazos,
Bien que entre reales adornos,
Sin volverte á tus sentidos,
Es avaro y generoso,
Darlo todo y no dar nada;
Pues nada es verte del modo
Que te vi, cuando afligida
Dijiste...

CLIMENE.

Hados rigurosos,
¿Para qué salí del agua,
Si con el aire me ahogo?
Pero ¡qué es esto que veo!
¡Cielos! ¡qué es esto que miro!
¿Dónde estoy? Mas ¿qué me admiro,
Si al verte y al verme, creo,
Por fin de las ansias mias,
Lo que escuché á Clicie bella,
Cuando dijo que por ella
De alto solio descendias?
Y si eres deidad que pudo
El Erídano romper,
Y excelso alcázar hacer
De un tosco peñasco, dudo
Cómo eres deidad que engañas,
A Flora minas fingiendo,
Músicas á Clicie oyendo,
Y á mí ilustrando montañas.

APOLO.

Ni á tí ni á Clicie ni á Flora
Miento, ni finjo, ni engaño:
Hable en Clicie el desengaño
Con que mis olvidos llora;
En Flora hable el que aun ignoro
El favor que la ofrecí
Para otro amor; y hable en tí
La verdad con que te adoro.

CLIMENE.

¿Cómo es posible lo sea
Que á Clicie olvides, y á Flora
Ignores, si aunque yo ahora
Oculta deidad te crea,
Me lo contradice el que
Eres el que se engañó
Cuando por otra me habló,
Cuyo primer yerro fué
Consecuencia del segundo,
Pues á Flora me nombraste,
A Clicie oiste, y me faltaste
A mí? Cuyo agravio fundo
En tenerlas escondidas
Donde, oyéndome, pudieron
Valerse de lo que oyeron,
Para quedar defendidas
De su culpa con la mia;
E implica contrariedad
Que engañen á una deidad
Jardin, seña, noche y dia.

APOLO

No implica, pues no fuí á quien
La seña engañó, ni habló
A Flora, ni á Clicie oyó:
Muéstrelo el ver que tambien
Eres deidad no pequeña,
Y creyendo que yo fuí,
Tambien mintieron en tí
Jardin, dia, noche y seña;
Y aun al monte, donde no
Las oculté, de tí huyeron:
Con que de lo que te oyeron,
No tengo la culpa yo.

CLIMENE.

La duda se queda en pié.
¿Cómo, puesto que no fuiste

Tú el que me hablaste y me viste,
Fuiste el que yo vi y no hablé?

APOLO.

Acuérdate que te dije
La primer vez que te vi,
Que no supe cómo allí
Habia entrado.

CLIMENE.

Ahora me aflige
Más la razon de dudar.
¿Cómo puede ser, sin ser
Dios allá para saber,
Serlo aquí para admirar?

APOLO.

Como hay causa superior
Que me priva de saber,
Y no me priva de haber
Quien milite en mi favor.

CLIMENE.

Eso no entiendo.

APOLO.

Ni yo.

CLIMENE.

¡Siempre enigmas para mí!

APOLO.

Sóllo yo.

CLIMENE.

¿Enigma eres?

APOLO.

Sí.

CLIMENE.

Pues descífrate.

APOLO.

Eso no.

CLIMENE.

¿Por qué?

APOLO.

Porque no lo sé.

CLIMENE.

Eso ya es tema.

APOLO.

Es violencia.

CLIMENE.

Es agravio.

APOLO.

Es obediencia.

CLIMENE.

Pues persuádete...

APOLO.

¿A qué?

CLIMENE.

A que
Si yo allá sin albedrío
De tí me dejé llevar,
Con él no me he de fiar
Sin saber de quién me fio.
Quién eres he de saber,
Pues ya es tiempo de hablar claro,
O no he de admitir tu amparo,
Si supiera transcender,
De tí huyendo y mis pesares,
Por extraños horizontes,
Las entrañas de los montes,
Los cóncavos de los mares.
Con tu palacio y sin mí
Te queda; que sola yo...

APOLO.

Oye, espera.

CLIMENE.

Iré...

Al ir á entrar Climene, sale FITON.

FITON.

Eso no;
Que no has de salir de aquí.

CLIMENE.

Hombre ó fiera, ó lo que eres
(Que yo en vista tan severa,
No sé si eres hombre ó fiera),
¿Por qué detenerme quieres
En esta nueva prision
A que me reduce el hado?

FITON.

No es sino nuevo sagrado
Que venza su indignacion.
En tu libertad estás,
Y tanto, que las estrellas,
Para que tú triunfes dellas,
A mi obediencia verás.
—Dila quién eres, y no
Dude que hay hados felices,
Porque si tú no lo dices,
Habré de decirlo yo.

APOLO.

Cuando Júpiter, supremo
Dios de dioses, distribuye
Al universo, tomando
Cielos para sí en que triunfe,
Y dando á Saturno tierras
Que fructifique y fecunde,
A Pluton centros que habite,
Y á Neptuno ondas que sulque;
Yo, por hijo de Latona,
En tal concepto le puse,
Que fió de mi cuidado
Del sol el carro, en quien tuve
El imperio de los rayos
Y el tridente de las luces.
Viendo el mundo cuánto debe
A las primeras vislumbres
De mis auroras, pues no hay
Mañana que yo madrugue,
Que no sea en beneficio
Suyo, ó ya porque le alumbre
Cuando de Flegon y Etonte
Mi voz las coyundas unce,
O ya porque á mi influencia
Brotan sus frutos mas dulces
Los campos, ó ya porqué
Haciendo que se dibujen,
Todas sus plantas se aliñan,
Todas sus flores se pulen;
El mundo pues (otra vez
Y otras muchas lo divulgue),
Observando cuánto debe
A la regular costumbre
De un astro, que indeficiente
Tan continuamente luce
Que para unos se descuella
Cuando para otros se hunde;
Varios templos me labró;
Pero el mas noble é ilustre
Fué el que en la isla de Délfos
A mis estatuas construye;
Pues estrechando los vientos
Y fatigando las cumbres,
Eran su basa los montes
Y su capitel las nubes.
Viendo Júpiter que cuantas
Naciones el orbe incluye,
Olvidadas de su Olimpo,
Ya solo en Délfos concurren;
Envidioso (no, no extrañes
Que de envidioso le acuse;
Que no es mucho en dioses dados
A amorosas inquietudes,
Si hay lascivia que los aje,
Que haya envidia que los frustre),
Envidioso, digo, viendo
Que ya no tiene su lumbre
Ni un cordero que la apague,
Ni un incendio que la ahume,
Ardiendo en mis aras tanta
Degollada muchedumbre
De reses, que porque el templo
En púrpura no se inunde,
Las aromas se la embeben,
En cuyos blandos perfumes
Espiran claveles rojos
Los que eran lirios azules;
Trató de tomar venganza,
Y haciendo que se perturben
Mares y vientos al fiero
Ceño de su pesadumbre,
Mandó á Estérope y á Bróntes
Que de los rayos que funden
En el taller de sus iras,
La fábrica le ejecuten
Del mas ardiente de cuantos
Para sus violencias unen
En la empedernida pasta
Del alquitran y el azufre,
Las cóleras del martillo
Y las paciencias del yunque.
Este pues culebreando
Al aire que le sacude,
De cuyo bramido al trueno,
No hay mortal que no se asuste,
Al templo vibró de Délfos,
Haciéndole que caduque
Desde el pedestal mas bajo
Al mas alto balaustre.
En cenizas convertido
Yace; y viendo que no pude
Yo en Júpiter de su fuego
Vengar el fatal deslustre,
En sus cíclopes quebré
La saña; y así, dispuse,
Penetrando de sus fraguas
Las oficinas lugúbres,
Que ambos á mi mano muertos,
Sus bóvedas los sepulten.
Segunda vez ofendido
Júpiter de que le injurie
En sus ministros, segunda
Vez irritado, reduce
Al cónclave de los dioses
El que mi delito juzguen.
La diosa de la Discordia
(Que son sus solicitudes
Sembrar cizañas) sembró
La de opiniones comunes,
En que hubo quien fiscalice,
Y no faltó quien disculpe.
Viendo yo auxiliares votos
Que mis pretextos ayuden,
Me puse en defensa; pero
La defensa en que me puse
Fué mi ruina; pues apénas,
En vez de que el eco escuche,
A fuer de guerra, clarines,
Jabebas y sacabuches,
En articulados truenos
Que miedo y horror infunden,
La voz se escuchó de Jove:
A cuyo tonante númen
Despavorido se esconde
Quién no temeroso huye.
Pero ¿qué mucho, qué mucho,
Si estremecido confunde
Toda su fábrica hermosa
Ese celestial volúmen,
Retiemblan los artesones
De su dorada techumbre,
Los polos del cielo gimen,
Los ejes del orbe crujen?—
«Precipitado á los montes
Muera (dijo) quien presume
Empañar de mi deidad
El ménos ardiente lustre.»
Con que no solo del sacro
Gobierno me destituye,
Mas tambien de cuantos dotes,
Ciencias, artes y virtudes
Hay que á un espíritu eleven,
Y que á una deidad ilustren.
Desterrado pues del cuarto
Cielo en que brillé, destruye

De suerte mi noble sér,
Que á qué viva me reduce
Humano monstruo: la noche
Lo diga, que obscura encubre
La faz de la tierra, haciendo
Que por mi ausencia se enlute
De negras sombras el aire
Y el mar de negros capuces.
Pues entre la tempestad,
Que de sí me arroja, hube
De caer (imaginando
Que aun los montes no me sufren),
Sin saber dónde, en la sima
Que á tus jardines conduce
Ajeno amor. ¿Quién crêrá
Que equivocando arcaduces,
De minas que fuéron de agua,
Minas de fuego resulten?
Mas ¿quién no lo crêrá, puesto
Que sin ser quien señas hurte,
Sendas abra, grutas labre,
Ni á Clicie ni á Flora busque,
Ni sepa nada, sea quien
Lo supo todo, pues supe.
Que no hay del verte al amarte
Distancia que no se ajuste
Desde aquel instante?

CLIMENE.

No
Lo digas, no lo pronuncies;
Que en vez de que el desengaño
Me alivie, hace que me angustie
La memoria desa noche,
Pues fué la misma que tuve
Entre las vagas ideas
Que en la prision me consumen,
La del despeño del sol;
Y viendo que ahora se unen
Idea y despeño, no sé
La razon con que me arguye
El temor de imaginar
Que la amenaza se cumple
De mis hados, pues el fuego
Que en mi sentido introduces,
De aquella esperada ruina...

FITON.

No ya el pensarlo te asuste;
Que yo que anteví el amago,
Sabré hacer que no ejecute
El golpe; porque una cosa
Es que mis ciencias anuncien
Un horóscopo, y otra es
Que mi vanidad procure
Que ese horóscopo no logre
Lo trágico que en sí influye.
Estudiar para saber
Lo que ha de ser, ya es inútil
Ciencia para mí; estudiar
Lo que no ha de ser me incumbe,
Oponiéndome á los hados,
Porque de una vez apure
Que si pude prevenirlos,
Tambien atajarlos pude.
Esto, y ser Apolo á quien
Debí las primeras luces,
Pues sobre su astrología
No hay arte que no se funde,
Me obligó, Climene, á hacer
Que en las ondas no fluctúes,
Que las arenas te admitan,
Que los peñascos te oculten,
Y que creida tu muerte,
Ni te aflijan ni te busquen.
Y pues Júpiter, es fuerza
Que desenojado indulte
De Apolo el destierro, y vuelva
A regir el sol, no dudes
Que esposa una vez de Apolo,
Su voto el hado regule,
Y yo quede por deidad,
Viendo que no solo estudie
Cómo entender á los hados,
Mas cómo á los hados burle.

APOLO.

Permite que á tus piés...

FITON.

¿Qué haces?

APOLO.

¿Cómo quieres que me excuse
Aun de mas rendidas muestras?
Bien que hasta ver que concurren
Tus favores y mis dichas,
Cuando en Climene resulten,
Aun no soy dichoso.

CLIMENE.

¿Cómo
Quieres tú tambien rehusen
Futuras felicidades
Pasadas ingratitudes?

FITON.

Pues en tanto que el gran Jove
De sus piedades no use
En tu perdon, y Climene
A tu lado viva y triunfe,
Yo aquí ocultos á los dos
Tendré; y porque no os disguste
La soledad de los montes,
Veréis cómo sobstituye
Al alcázar de Diana
El de Vénus, en quien suple
Cupido cuantas delicias
Elisios campos incluyen.
Y para muestras de que
Desde luego las desfrute
Nuestro alborozo, en solemne
Celebracion, pompa y lustre
De vuestras bodas, oid
Y ved lo que á ellas dispuse.—
Driade bella, deidad de las selvas,
Náyade hermosa, beldad de las cum-
[bres,
Venid á mi voz, atended á mi ruego.

CORO 1.° (*Dentro.*)

¿Quién hay que nos llame?

CORO 2.° (*Dentro.*)

¿Quién hay que nos busque?

FITON.

A las bodas de Apolo y Climene,
Que un hado divide y un hado los une,
Festivas venid, á coros diciendo: [fen.
Que vivan y reinen, que venzan y triun-

Salen en dos coros HOMBRES Y MUJERES *con hachas, y forman lazos de máscara, acompañando la* MÚSICA.

TODOS.

A las bodas de Apolo y Climene,
Que un hado divide y un hado los une,
Festivas venid, á coros diciendo [fen.
Que vivan y reinen, que venzan y triun-

CORO 1.°

A las bodas de Apolo y Climene, [*yen,*
En fe que los astros no fuerzan si influ-
Venid repitiendo, á pesar de los astros,
Que vivan y reinen, que venzan y triun-

CORO 2.° [*fen.*

A las bodas de Apolo y Climene,
Trocando prisiones de amargas en dulces,
Lamente Diana y Vénus celebre [*fen.*
Que vivan y reinen, que venzan y triun-

APOLO.

¡Qué felicidad!

CLIMENE.

¡Qué dicha!

FITON.

Entrad pues, y nada os turbe.

LOS DOS.

¿Qué ha de turbarnos, si vemos
Que nuestras dichas divulguen...

APOLO.

Por tí venciendo zozobras...

CLIMENE.

Por tí gozando quietudes?

TODOS. [*fen.*

Que vivan y reinen, que venzan y triun-

FITON. (*Ap.*)

¡Qué ajenos de mis motivos
Su seguridad presumen,
Sin saber que van á fin
Solo de que se consume
Lo que ya dije una vez!
Pues si la hallaran, no dude
Que con su muerte mintiera
Mi estudio: y así, que dure
Quise en mi encanto con dueño,
Y dueño de quien se arguye,
Siendo el sol, que nazca el rayo
Que abrase, encienda y supure
Toda Etiopía, por mas
Que ahora en su favor pronuncie...

MÚSICA. [*triunfe.*

Que viva, que reine, que venza y que
(*Éntranse todos y desaparece el palacio. Queda Fiton.*)

Sale SÁTIRO.

SÁTIRO.

Haga, pues deste desierto
Salir solicito en vano,
Virtud la fuerza, y...

FITON.

Villano,
¿Dónde vas?

SÁTIRO.

A caerme muerto
De verte.

FITON.

Pues ¿cómo, loco,
Tan vivo te considero?

SÁTIRO.

Como siempre que me muero,
Me muero yo poco á poco;
Que otra vez que me morí,
Por ser de prisa lo erré;
Y así me resucité
Para morirme ahora aquí
Mas á placer.

FITON.

¿De qué suerte?

SÁTIRO.

De contento, porque no
Se diga de mí que yo
Soy hombre de mala muerte.

FITON.

¿Cómo no te partes? Cuando
Todos se van, ¿tú te quedas?

SÁTIRO.

Como entre esas arboledas
Tardé, con venir volando,
Porque el barco que dejé
En la orilla para mí
Amarrado, no está allí.
Y ya que á morir quedé,
Para morir mas despacio
Donde mas gusto se esconde,
Dime por tu vida, ¿dónde
Vive por aquí un palacio?

FITON.

¿Palacio por aquí?

SÁTIRO.

Sí,

Por señas de que contiene
En sí á la hermosa Climene.

FITON.

¿Tú la viste?

SÁTIRO.

Yo la ví,
Porque un diablo de un pastor,
Que fué el mismo que con ella
Al rio se arrojó, por ella
Rompió un peñasco.

FITON.

(*Ap.* ¡Qué error
Que este lo viese y lo sepa!
Pero yo lo enmendaré.)
Tú estás loco.

SÁTIRO.

Si no cré
Que dentro de un risco quepa
Un alcázar... por aquí
Ha de ser: venga conmigo,
Verá que verdad le digo.

FITON.

No tan solamente á mí
Me lo has de decir, villano[1],
Pero á ninguno podrás.

SÁTIRO.

¿Desa manera te vas?
Pues ¿no eres mas cortesano
Que eso? ¿Sin respuesta á un hombre
Como Sátiro se deja?

FITON.

Presto, Sátiro, á esa queja
Te satisfará tu nombre;
Pues sátiro fuiste y eres,
Y sátiro al fin serás,
Si á otra especie origen das. (*Vase.*)

SÁTIRO.

In satyrum reverteris
Solo le faltó decir.
Mas no he negociado mal,
Pues me deja sin señal,
Con ser diablo. ¿Dónde he de ir?
Que el palacio no parece
Ni el pastor; y siendo así
Que soy niño y solo,
Y nunca en tal me ví,
Sobre todo me entorpece
No sé qué sueño el sentido.
Hácia allí, si no me engaño,
(*Música dentro.*)
Músicas hay...— Mas ¡qué extraño
Pasmo el paso ha suspendido!
Y no es de vino; que son
Fuentes cuantas llego á oir:
Y beber agua y dormir
Implica contradicion.
De los ojos la linterna
Se apaga. ¡Buenos estamos,
Que veo ramos, mas no ramos
Que penden ante taberna!
Con que á tan fuertes porfías
Rendirme es fuerza. (*Vase.*)

—

Abrese otra vez el peñasco, y se ve la mutacion de un jardin, y en él CLIMENE, *sentada, y* APOLO, *reclinado junto á ella, y* LOS MÚSICOS *en pié.*

APOLO.

Cantad
Y mis dichas celebrad.

CLIMENE.

Mejor dijeras las mias.

CORO 1.º

No puede amor
Hacer mi dicha mayor.

[1] *No* me lo has de decir.

CORO 2.º

Ni mi deseo
Pasar del bien que poseo.

APOLO.

Por mí, divina Climene,
La letra se escribió, pues
Tan grande mi dicha es,
Que peregrina no tiene
Igual; y así bien previene
Decir que hacerla mejor...

ÉL Y CORO 1.º

No puede amor.

CLIMENE.

Aunque me está bien creer
Tu amante cortesanía,
Sí puede, pues lo es la mia,
A quien ya no ha de exceder
Ni ventura ni placer
Ni esperanza, ni mi empleo...

ELLA Y MÚSICA.

Ni mi deseo.

APOLO.

Solo pudo ese favor...

MÚSICA.

Hacer mi dicha mayor.

CLIMENE.

Solo el gozo que en tí veo...

MÚSICA.

Pasar del bien que poseo.

APOLO.

Luego bien digo...

CLIMENE.

Bien creo...

APOLO.

Que en tu agrado...

CLIMENE.

Que en tu honor...

ELLOS Y MÚSICA.

No puede amor
Hacer mi dicha mayor,
Ni mi deseo
Pasar del bien que poseo.

CLIMENE.

No canteis mas: cesen cesen
Vuestros músicos acentos;
Que como siempre fué el canto
Atractivo iman del sueño,
A él se ha rendido; y porqué
No perturben su sosiego
Tan de cerca vuestras voces,
Venid conmigo; que quiero
De aquestos nuevos jardines
Gozar los primores bellos.—
Mas porque, si despertare,
Le suenen mejor de léjos,
Y sepa hácia dónde estoy,
No ceseis: venid diciendo...

MÚSICA.

No puede amor, etc.
(*Vanse Climene y la música, repitiendo.*)

APOLO. (*Entre sueños.*)

Sí puede, pues puede hacer
Que su hermosa madre Vénus,
A mi ruego conmovida,
Esté á Júpiter pidiendo
Que con la hermosa Climene
Me vuelva mi trono excelso.

En lo alto se descubren ÍRIS *y* MERCURIO.

MERCURIO.

Apagada luz de Apolo...

ÍRIS.

Oculto esplendor de Febo...

MERCURIO.

Atiende á mi canto...

ÍRIS.

Atiende á mi acento...

LOS DOS.

Pues vengo en tu busca
En las alas del viento.

APOLO.

¿Quién de mi sueño interrumpe
El apacible sosiego
De un bien soñado, en que via
Casi lo mismo que veo?
Si no es que allí ví dormido
Lo que ahora sueño despierto.

MERCURIO.

Atiende á mi canto...

ÍRIS.

Atiende á mi acento...

LOS DOS.

Pues vengo por tí
En las alas del viento.

APOLO.

¡Oh tú, bella embajatriz
De las diosas! ¡oh tú, bello
Nuncio de los dioses, Iris
Divina, Mercurio excelso!
¿Esto es verdad?

LOS DOS.

Sí.

APOLO.

¿No es
Ilusion?

LOS DOS.

No.

APOLO.

Pues ¿qué es esto?

MERCURIO.

Atiende á mi voz...

ÍRIS.

Atiende á mi acento...

LOS DOS.

Pues vengo por tí
En las alas del viento.

MERCURIO.

La hermosa madre de Amor,
Enternecida á tus ruegos...

ÍRIS.

La castísima Diana,
Quejosa de tus desprecios...

MERCURIO.

Con Júpiter ha alcanzado
El perdon de tu destierro...

ÍRIS.

Mas no el de Climene, que
Quebró el voto y violó el templo...

MERCURIO.

Y así, conmigo te envia
El indulto de tu yerro.

ÍRIS.

Y conmigo el ceño que
Merece su atrevimiento.

MERCURIO.

Con calidad pues, que vuelvas
Tú solo al dorado asiento...

ÍRIS.

Y quede Climene á ser
De sus víctimas trofeo...

MERCURIO.

Sube conmigo en las alas
Que te da mi caduceo.

IRIS.

Ven conmigo sobre el Iris,
Arco de paz que te ofrezco.

MERCURIO.

Y para que no dudoso...

IRIS.

Y para que no suspenso...

MERCURIO.

De tí el amor te enajene...

IRIS.

De tí te prive el afecto...

MERCURIO.

Atiende á mi canto...

IRIS.

Atiende á mi acento...

LOS DOS.

Pues vengo por ti
En las alas del viento.

APOLO.

Crueles piadosos nuncios
Del bien y el mal, pues á un tiempo,
Arbitros suyos, traeis
Juntos gozo y sentimiento:
Qué responderos no sé,
Porque dudo al responderos
Cuál pesa mas, la ventura
Que gano ó el bien que pierdo;
Y así os ruego que troqueis
Los dos contrarios extremos.
¿Traes tú el perdon? Sea á Climene;
¿Traes tú el riesgo? Sea á mí el riesgo:
No tendré que discurrir
En la eleccion.

LOS DOS.

Mal podrémos...

MERCURIO.

El decreto interpretar...

IRIS.

Y pues es este el decreto...

MERCURIO.

Atiende á mi voz...

IRIS.

Atiende á mi acento...

LOS DOS.

Pues vengo por ti
En las alas del viento.

APOLO.

¿Qué he de hacer, dioses? Dejar
De ser planeta supremo
En el cielo, por ser solo
Un pobre pastor de Admeto
En la tierra, es tiranía
Usada conmigo; pero
Dejar á Climene ¿no es
Tambien dejar otro cielo
Y otro sol, y con doblada
Tiranía? Sí, supuesto
Que aquella es contra mí, y esta
Contra ella y contra mi mesmo.

MERCURIO.

¿Qué resuelves?

IRIS.

¿Qué respondes?

APOLO.

Que os vais en paz; que mas quiero
Dejar de ser astro noble,
Que dejar de ser atento
Y fino amante.— Climene,
Mi bien, mi gloria, mi cielo,
¿Cómo me has dejado solo
La eternidad de un momento?
Bella Climene...

Sale CLIMENE.

CLIMENE.

¿Qué quieres?

APOLO.

Quiero que veas que quiero.
Mercurio y Iris me llaman
A mi alto solio, trayendo
De Júpiter el perdon
Partido entre Diana y Vénus.
Con calidad que sin tí
Vuelva, me vuelve el imperio
De la luz; y así he querido
Llamarte á que veas que aprecio
Mas la lumbre de tus ojos
Que no la del firmamento.
Volved pues los dos, y al alto
Júpiter decid...

CLIMENE.

Primero
Que te resuelvas, escucha.
Que te estimo como á dueño,
Que te adoro como á amante,
Que como á esposo te quiero,
Amor lo sabe, y amor
Sabe tambien que este ruego,
Bien á pesar del cariño,
Le dicta el cariño mesmo.
Ménos importa que yo
Muera de mis sentimientos,
Que no, Apolo, que tú vivas
Desterrado de tu centro.
En fe de que tú gozoso
Ilustres campos de cielos,
Páramos de montes yo
Alegre viviré, viendo
Al amanecer tus rayos;
Que como me digan ellos
Que tú triunfas...

APOLO.

¡Ay Climene!
Que ese género de afecto
Ruega uno y manda otro,
Pues á contrario argumento,
Es que me quede mandato
Lo que es que me vaya ruego.—
Volved, digo, alados nuncios,
Sin mí, y decid que mas quiero...

CLIMENE.

Volved; pero no sin él,
Y decid que mas aprecio...

APOLO.

Yo su beldad...

CLIMENE.

Yo su lustre...

APOLO.

Yo su amor...

CLIMENE.

Yo su trofeo...

APOLO.

Que mi esplendor.

CLIMENE.

Que mi dicha.

MERCURIO.

Tratad pues de resolveros;
Que vuelven barcos al monte.

IRIS.

Y para que sea mas presto...

LOS DOS.

Atiende á mi voz,
Atiende á mi acento.

CLICIE. (*Dentro.*)

A tierra, á tierra, barqueros;
Que allí á Climene y á Apolo
A lo largo he descubierto.

ADMETO. (*Dentro.*)

Arriba, arriba, ya que
A verme con Fiton vuelvo.

CLIMENE.

¿Qué voces son estas?

APOLO.

Mal
Las distingo.

Sale FITON.

FITON.

¡Extraño empeño!

LOS DOS.

Fiton, ¿qué es eso?

FITON.

Que Flora,
Céfiro y Clicie aquí han vuelto,
Y como fuera salisteis
Del palacio en que yo os tengo,
Os han visto: con que ya,
Aunque yo ocultaros puedo,
No puedo hacer que no sepa
Que os oculto...

LOS DOS.

¿Quién?

FITON.

Admeto,
Que tambien en busca mia
Viene, no sé con qué intento.
Mirad pues qué hemos de hacer.

CLIMENE.

Aquí solo hay un remedio.

APOLO.

¿Qué es?

CLIMENE.

Que pues desenojado
Júpiter, te da tu imperio,
Y con él te restituye
Deidad, luz, poder é ingenio,
Aceptes la condicion
De dejarme á mí, supuesto
Que desde el cielo podrás,
Sin hacer desaire á Vénus,
Desenojar á Diana
A costa de un rendimiento,
Y favorecerme á mí,
Pues mitigado su ceño,
Podré parecer segura.

APOLO.

Sí; mas miéntras yo lo intento,
¿He de dejarte al peligro?

FITON.

Como hallásemos un medio
Para que Admeto no sepa
Que vive, yo te prometo
Tenerla oculta entre tanto.

APOLO.

Pues eso yo te lo ofrezco.

CLIMENE.

¿Cómo?

APOLO.

Si los tres te han visto,
A los tres desvaneciendo
De suerte que no lo digan,
Ya que usar de poder puedo,
Castigando de camino
De los tres el fingimiento.

FITON.

Pues ¿qué esperas?

CLIMENE.

Pues ¿qué aguardas?

APOLO.

Que sepas tú, si me ausento,

Que es por conveniencia tuya,
Y no mia.

CLIMENE.

Así lo creo.

APOLO.

Pues retírate, Climene,
A los palacios que dentro
Te aseguran, miéntras yo
A mi esfera subo, en medio
De Iris y Mercurio.

ÍRIS Y MERCURIO.

Ufanos
Contigo diciendo irémos...
(*Suben á lo alto Mercurio, Íris y Apolo, cantando.*)
Que logró su voz,
Que logró su acento
Quien vino á buscarte
En las alas del viento.

CLIMENE.

Yo, Fiton, en confianza
Tuya, á tu encanto me vuelvo. (*Vase.*)

FITON.

Pues sea presto; que ya llegan.

Salen ADMETO, CLICIE, FLORA; CÉFIRO Y SÁTIRO *se quedan al paño.*

SÁTIRO. (*Ap.*)

Desde aquí veré encubierto
Qué nuevas voces son estas.

ADMETO.

Fiton, en tu busca vengo
Con deseo de saber
Qué pastor era extranjero
Aquel que se despeñó
Con Climene, por si puedo
Investigar de sus hados
El último influjo.

CLICIE.

Eso
No á Fiton se lo preguntes;
Que él no lo dirá, supuesto
Que cómplice en sus traiciones
Es, sino á mí; que mis celos
Mejor que él te lo dirán.
El pastor era... —¡Mas, cielos!
¿Quién me ha embargado, no solo
Las voces, mas los alientos?
El pastor... No puedo hablar...
Era...

ADMETO.

Prosigue.

CLICIE.

No puedo
Ni aun respirar.

CÉFIRO.

Cuando á ella
La hayan mudado de afecto
Sus celos ó su amor, yo
Lo diré, pues no los tengo.
El pastor... Mas ¡ay de mí!
Que yo tambien enmudezco
Al ir á decir su nombre.

FLORA.

Si á él le turba tu respeto,
Y á ella la trueca su amor,
Yo te lo diré mas cierto.
El pastor... Mas ¡qué temblor
En viva estatua de hielo
Me ha convertido!

ADMETO.

Prosigue.

FLORA.

No es posible, porque á un tiempo
En animado volcan
De fuego y nieve ardo y tiemblo.

ADMETO.

¿Qué es esto, Clicie?

CLICIE.

No sé.

ADMETO.

Flora, ¿qué es esto?

FLORA.

Yo ménos.

ADMETO.

Céfiro, ¿qué es esto?

CÉFIRO.

Mal
Lo diré.

Sale SÁTIRO *en traje que lo parezca.*

SÁTIRO.

Hable yo por ellos.
Esto es, señor...

ADMETO.

¿Qué terrible
Monstruo, tan extraño y nuevo
Es este, Fiton?

SÁTIRO.

¿Yo monstruo?

ADMETO.

Hoy todo el monte es portentos.
¿Qué es esto, cielos?

CLICIE.

Que á Clicie
Han convertido sus celos
En pajiza flor del sol,
Que va sus rayos siguiendo.
(*Desaparece Clicie convertida en flor.*)

CÉFIRO.

Céfiro, amante de Flora,
Se ha desvanecido en viento.

FLORA.

Flora, de Céfiro amante,
Vivirá de sus alientos.
(*Vuelan los dos y desaparecen.*)

SÁTIRO.

Y Sátiro quedará
Mas sátiro que primero.

ADMETO.

Pues los prodigios lo callan,
Dime tú, Fiton, ¿qué es esto?

FITON.

Esto es salirse los hados
Con sus influjos severos,
Y yo con mis ciencias, pues
A pesar de humanos medios,
Habemos ellos y yo
De salirnos verdaderos
En sus amenazas.

ADMETO.

¿Cómo,
Muerta ya Climene?

FITON.

Eso
Dirá en la segunda parte
El infausto nacimiento
De Faeton, hijo de Apolo.

SÁTIRO.

Si á esta perdonais los yerros,
Por la novedad siquiera,
Dama y galan dividiendo,
De acabar ella en divorcio,
Cuando otras en casamiento.

EL HIJO DEL SOL, FAETON.

PERSONAS.

FAETON, *galan.*	BATILLO, *gracioso.*	ÍRIS, *ninfa.*	SOLDADOS.
EPAFO, *galan.*	TÉTIS.	DÓRIS, *ninfa del mar.*	NINFAS Y SIRENAS.
EL REY ADMETO, *viejo.*	AMALTEA.	SILVIA, *villana.*	TRES COROS DE MÚSICA.
ERÍDANO, *viejo.*	CLIMENE.	UNOS EMBOZADOS.	ACOMPAÑAMIENTO.
APOLO.	GALATEA.	CAZADORES.	PASTORES.— GENTE.

JORNADA PRIMERA.

El teatro será de bosque.

Salen FAETON Y EPAFO, *vestidos de pastores.*

FAETON.

¡Hermosas hijas del Sol,
Bellas náyades, á quien
(Ninfas de fuentes y rios)
Neptuno ha dado el poder
En los minados cristales,
Que de su centro se ven
Anhelando por salir
Y anhelando por volver!...

EPAFO.

Bellas hijas de la Aurora,
Dulces dríades, en quien
(Ninfas de flores y frutos)
Depositó el rosicler
De sus primeros albores
En la iluminada tez,
Que dió la nieve al jazmin
Y la púrpura al clavel!...

Sale por un lado el CORO PRIMERO, *y con él* GALATEA.

CORO 1.°

¿Quién nos busca?

Sale por el otro lado el CORO SEGUNDO, *y con él* AMALTEA.

CORO 2.°

¿Quién nos llama?

FAETON.

Quien pretende que le deis...

EPAFO.

Quien que le deis solicita...

FAETON.

Un felice parabien.

EPAFO.

Una alegre norabuena.

LOS DOS COROS.

¿De qué? sepamos.

FAETON.

De que
La divina Tétis, hija
De Neptuno, que el dosel
Tal vez de nácar trocó
A la copa de un laurel...

EPAFO.

De que Tétis, hija bella
De Anfitrite, que tal vez
Trocó su nevado alcazar
A este divino verjel...

FAETON.

A cuya deidad rendí...

EPAFO.

A cuya beldad postré...

FAETON.

Desde que la vi una aurora
Estos campos florecer...

EPAFO.

Desde que un alba la vi
Estos cristales vencer...

FAETON.

Sér, vida, alma y libertad...

EPAFO.

Libertad, vida, alma y sér...

FAETON.

Hoy (ó miente aquel escollo,
Que su triunfal carro es)
Costeando viene la orilla.

EPAFO.

Hoy (si no es que miente aquel
Peñasco, que su marina
Carroza otras veces fué)
Viene arribando á la playa.

FAETON.

Y puesto que la debeis
Vasallajes de cristal...

EPAFO.

Y puesto que aumentar veis
La copia de vuestras manos
Al contacto de sus piés...

FAETON.

En muestras del alborozo...

EPAFO.

En albricias del placer...

FAETON.

Su belleza saludad.

EPAFO.

Salva á su hermosura haced.

GALATEA.

Sí harémos; pues cuando no
Fuera, Erídano, por ser
Deidad nuestra, por deidad
Tuya lo hiciéramos; que
En las hijas del Sol tienes
(La causa oculta no sé)
Tan ganados los afectos,
Que hemos de favorecer
Siempre tus hados.

AMALTEA.

Sí harémos,
Por ella, Epafo, y porqué
En las hijas de la Aurora
Afecto adquieres tan fiel,
Que han de valerte. (*Ap.* Y mas yo,
Que de Erídano cruel,
Contigo el amor de Tétis
Tengo de desvanecer.)

FAETON.

Pues ya, divinas deidades,
Que haceis vuestro mi interes...

EPAFO.

Pues ya, deidades divinas,
Que tanto favor me haceis...

FAETON.

Lógrele, al ver que en el mar
Allí descollar se ven...

CORO 1.°

*Cuatro ó seis desnudos hombros
De dos escollos ó tres...*

Descúbrese la mutacion de mar, y enmedio un escollo cerrado, que se abrirá á su tiempo.

EPAFO.

Lógrele, al ver que en la tierra,
Los riscos que acercar veis...

CORO 2.°

*Hurtan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.*

FAETON.

¿Escuchais de esotra parte...

EPAFO.

¿De esotra parte atendeis...

FAETON.

Otros coros?

EPAFO.

Otras voces?

GALATEA.

Dríades deben de ser,
Que al concento de sus hojas
La saludarán tambien.

AMALTEA.

Al compas de sus cristales,
Náyades serán, que hacer
Querrán salva á su hermosura.

Ábrese el escollo, y se ve TETIS, *sentada en una concha, y* DÓRIS, *sobre un pescado, y entre las ondas algunas* NINFAS Y SIRENAS, *que forman el* CORO TERCERO.

FAETON.

Pues aunque en favor estén
De Epafo, mi opuesto hermano,
Cantad vosotras; porqué
Celosas ya de su ausencia,
Viendo el peñasco mover...

CORO 1.°

*Cuánto lo sienten las ondas,
Batido lo diga el pié.*

EPAFO.

Pues aunque Erídano sea
A quien sus favores dén,
Proseguid; porque la espuma
De envidia se vuelve al ver...

CORO 2.°

Que por boca de las piedras,
La agua repetida es.

FAETON.

Y pues ya mirar se deja,
Volved al acento.

EPAFO.

Y pues
Ya se permite mirar,
A la música volved.

CORO 1.°

Cuatro ó seis desnudos hombros
De dos escollos ó tres...

CORO 2.°

Hurtan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.

FAETON.

No ceseis porque ellas canten.

EPAFO.

Porque canten, no ceseis.

LOS DOS.

Cuánto lo sienten las ondas,
Batido lo diga el pié,
Que por boca de las piedras
La agua repetida es.

TÉTIS. (*Al coro* 3.°)

Ya que de fuentes y flores
Las hermosas ninfas veis,
De Amaltea conducidas
Y de Galatea, romper
El aire en sonoro aplauso
De mi vista, responded
A sus canciones.

DÓRIS.

Sí harémos,
Y mas al reconocer
Que para ser norte tuyo,
De aquel monte en la altivez...

CORO 3.°

Modestamente sublime,
Ciñe la cumbre un laurel.

TÉTIS.

Pues á su falda salgamos,
Obligadas de que esté...

CORO 3.°

Coronando de esperanzas
Al piloto que le ve.
(*Pasan al tablado, y ciérrase la marina.*)

EPAFO.

Ya que á mi ruego, divina
Tétis, viendo amanecer
Hoy al sol del mar, y que hoy
En ti nace el dia al reves;
Ya que á mi ruego, divina
Tétis, repito otra vez,
Con sus ninfas Amaltea
Ufana llega á ofrecer
Sus triunfos; por ella, y no
Por mí, los admite, en fe
De que corridas las flores
Apénas se atreven; pues,
Como huyendo de tus labios
Al sagrado de tus piés...

CORO 2.°

Confusas entre los labios
Las rosas se dejan ver.

EPAFO.

Bien que á tu vista pudieran
Atreverse á parecer...

CORO 2.°

Bosquejando lo admirable
De su hermosura cruel.

FAETON.

No que al reves sale el dia,
Yo, bella Tétis, diré;
Que donde amaneces tú,
Es solo el amanecer;
Mas diré que al ruego mio
Agradecida tambien
Galatea, sus cristales
Te rinde en tributo, bien
Como alma de sus paises,
En quien cada arroyo es...

CORO 1.°

Sierpe de cristal, vestida
Escamas de rosicler.

FAETON.

O aquel lo diga, que huyendo
De la nieve de tu pié...

CORO 1.°

Se escondia ya en las flores
De la imaginada tez.

TÉTIS.

Vuestras dos nobles lisonjas
Igual admito; que aunque
En agradecer á dos
Peligra el agradecer,
No en mí se entiende; que siendo
Quien soy, no puede correr
Riesgos de ser dividida
La reconocida fe.
(*Ap.* ¡Pluguiera á Amor!... Pero esto
Es mejor para despues.)
Y así, respondiendo á entrambos,
Que á tierra me trae diré...

CORO 3.°

Nubes rompiendo de espuma,
Alado leño un bajel.

TÉTIS.

Risco fácil, solo á dar
Sin favor y sin desden...

CORO 3.°

Señas de serenidad,
Si al arco de Amor se cré.

EPAFO.

Quien sabe que no merece,
Merece en no merecer.

FAETON.

Harto espera en esperar
Quien no espera merecer.

EPAFO.

Con que á mi humildad le basta...

FAETON.

Con que le sobra á mi sér...

EPAFO.

Que digan por mí las flores...

FAETON.

Por mí las fuentes tambien...

CORO 1.°

Confusas entre los labios
Las flores se dejan ver,
Bosquejando lo admirable
De su hermosura cruel.

CORO 2.°

Sierpe de cristal, vestida
Escamas de rosicler,
Se escondia ya en las flores
De la imaginada tez.

TÉTIS.

Hasta acompañaros, yo
Os puedo favorecer:
Y así, en obsequio de tanta
Dulce salva, estimad que...

CORO 3.°

Modestamente sublime,
Ciñe la cumbre un laurel,
Coronando de esperanzas
Al piloto que le ve.

EPAFO.

Con tal favor alentad.

FAETON.

A tal dicha responded.

TÉTIS.

Sea uniendo á sus dos coros
La armonía de los tres.
(*Cantan los tres coros juntos.*)

TODOS.

Cuatro ó seis desnudos hombros
De dos escollos ó tres
Hurtan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.
Nubes rompiendo de espumas,
Alado leño un bajel...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Al monte, al valle, á la selva!

TODOS.

¿Qué ruido es este?

Salen huyendo BATILLO, SILVIA, Y OTROS PASTORES.

BATILLO.

Corred,
Pastores.

SILVIA.

Corred, zagales.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Al risco, al valle!

FAETON.

Deten,
Batillo, el paso.

EPAFO.

Tú, Silvia,
Deten la planta tambien.

SILVIA.

Yo lo hiciera, á no llevar
Otra gran cosa que her,
Que importa mas.

UNOS.

¿Qué es?

SILVIA.

Huir.

BATILLO.

Yo lo hiciera, á no tener
Otra gran cosa que her, más
Mijor que esa.

OTROS.

¿Qué es?

BATILLO.

Correr.

TODOS.

No os habeis de ir sin decirlo.

SILVIA.

Batillo, si ello ha de ser,
Pues ves que enturbiada estó,
Ayúdame tú.

BATILLO.

Sí haré.

SILVIA.

Ya sabeis que en este monte...

BATILLO.

Monte en este ya sabeis...

SILVIA.

Pudo verse, há muchos dias...

BATILLO.

Muchos se pudo há dias ver...

SILVIA.
Una cruel fiera horrible...
BATILLO.
Fiera horrible una cruel...
SILVIA.
Que dél es mortal asombro.
BATILLO.
Mortal asombro que es dél.
SILVIA.
Pues sabiendo su terror...
BATILLO.
Su terror sabiendo pues...
SILVIA.
Admeto, rey de Tesalia....
BATILLO.
Tesalia Admeto de rey...
SILVIA.
De su valor persuadido...
BATILLO.
Su valor suadido per...
SILVIA.
Por ver si hay mas que matalla...
BATILLO.
Matalla si hay mas por ver...
SILVIA.
Fué al amanecer á caza.
BATILLO.
Fué á caza al amanecer.
SILVIA.
A la primer, pues, batida...
BATILLO.
Pues batida á la primer...
SILVIA.
En la red cayó la fiera.
BATILLO.
Cayó en la fiera la red.
SILVIA.
Romperla pudo feroz...
BATILLO.
La feroz pudo romper...
SILVIA.
Y correr, sin que ninguno...
BATILLO.
Ninguno, y sin que correr...
SILVIA.
La dé, ni dar pueda alcance.
BATILLO.
Pueda alcance dar, ni dé.
SILVIA.
Y haciendo dos mil estragos...
BATILLO.
Tragos mil haciendo y cien...
SILVIA.
En cuantos á ver alcanza...
BATILLO.
Alcanza en cuantos á ver...
SILVIA.
Se entró al monte: con que ambos...
BATILLO.
Ambos al monte: con que...
SILVIA.
Nos lo dejamos allá...
BATILLO.
Por siempre jamas, amen.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Al monte, á la cumbre, al llano!
ADMETO. (*Dentro.*)
Talad, penetrad, romped
Su centro; que he de seguirla
Hasta morir ó vencer.
EPAFO.
Ya que las blandas delicias
De tierra trocar se ven
En escándalos, pasando
A ser pesar el placer,
Vuélvete, señora, al mar.
TÉTIS.
Cuantas veces escuché
De aquesta fiera el horror,
Tantas entre mí pensé
El ser quien libre á Tesalia
De sus asombros: y pues
Me halla hoy en tierra el acaso
De haberla visto, no sé
Si el no conseguirlo pueda
Acabar con mi altivez.
Diana á Delfinio mató
En el mar, que de hombre y pez
Era monstruoso aborto:
Y si allá en las ondas fué
Tridente el venablo, hoy tengo
En su oposicion de ver
Si el tridente tambien mio
Venablo en sus selvas es.
Y pues por aquella parte
La va acosando el tropel,
Al guarecerse por esta,
La he de salir al traves.
La que pudiere me siga. (*Vase.*)
TODAS.
¿Quién ha de dejarte?
BATILLO.
Quien
Se estuviere queditito
Como yo.
SILVIA.
Y aun yo tambien.
(*Vanse Galatea, Dóris, pastores y coros.*)
EPAFO.
Vivo escudo de su riesgo
Delante della seré
A todo trance. (*Vase.*)
FAETON.
Yo y todo.
AMALTEA.
No harás tal.
FAETON.
Suelta.
AMALTEA.
Deten
El paso, aleve; que no has
De seguirla tú.
FAETON.
Si ves
Que es empeño y es cariño,
¿Cómo me he de detener
Cuando otro hácia el riesgo va?
AMALTEA.
¡Ah falso! Ah fiero! Ah cruel!
Que á no ser cariño ántes,
No fuera empeño despues.
FAETON.
Mal haces en apurar
A quien se disculpa; que es
Querer que pase á grosero,
No mantenerle cortés.
AMALTEA.
¿Quién te ha dicho que no son
Groserías de peor ley
Cortesías afectadas?
FAETON.
Pues siendo así que á perder
Yo nada voy, suelta, suelta.
AMALTEA.
Sí haré, villano, sí haré;
Que no es tuya, no ¡ay de mí!
La culpa, sino de aquel
Que encontrándote sin mas
Padres que la desnudez
De hijo espurio de los hados,
Piadosamente cruel
Te crió con tantas alas,
Como dicen la esquivez
Con que desdeñas deidad,
A quien Júpiter despues,
Del imperio de las flores
Dió la copia.
FAETON.
Dices bien:
Y pues de las flores fruto
Somos los dos, yo al nacer
Y tú al vivir, aprendamos
Dellas...
AMALTEA.
¿Qué hemos de aprender?
FAETON.
Yo, que pueden ser mañana
Pompas las que hoy sombras ves;
Y tú, que hoy puedes ver sombras
Las que eran pompas ayer. (*Vase.*)
SILVIA.
Aprended, flores, de mí
Nunca encajara mas bien.
BATILLO.
No todo se ha de glosar.
AMALTEA.
¡Oh plegue al cielo, cruel,
Falso, fementido, aleve,
Sin lustre, honor, fama y sér,
Villano al fin, mal nacido,
Que esa soberbia altivez
De tu presuncion castigue
Tu mismo espíritu! y que
Della despeñado, digas...
ADMETO. (*Dentro.*)
¡Ay de mí infeliz!
AMALTEA.
Mas ¿quién
Mis sentimientos prosigue?
ADMETO. (*Dentro.*)
Diana, yo te ofrezco hacer
Sacrificio de la fiera,
Como tu amparo me des.
SILVIA.
Un hombre, á quien su caballo,
Rompiendo al freno la ley,
De sí arroja.
BATILLO.
En el estribo
Mal engargantado el pié,
Le arrastra.
SILVIA.
Eridano, puesto
Delante, le hace torcer.
BATILLO.
Con que embazado en las matas
El bruto, carga con él
En brazos.
AMALTEA.
Tan noble accion
Ver no quiero, por no ver
Que de quien me trate mal
Nada me parezca bien. (*Vase.*)

Sale FAETON, *con* ADMETO *desmayado en brazos.*

FAETON.

(*Ap.* Perdone esta detencion
Tétis; que primero es
El primer riesgo.) Ya estáis
En salvo: alentad, volved
En vos.— Pero sin sentido
Ha quedado.— Socorred,
Bato, Silvia, aquesta vida,
(*Ap.* En tanto que yo á correr
En el alcance de Tétis
Al monte vuelvo. Cruel
Fortuna, no haya perdido.
Por un rigor una vez
Y otra por una piedad,
La ocasion de merecer
Algo en su servicio.) (*Vase.*)

BATILLO.

¡Buena
Carga nos deja, par diez!

SILVIA.

¿Qué hemos de her con él, Batillo?

BATILLO.

¿Pues qué hay, Silvia, mas que her
Con un muerto, que dejalle
En la tierra?

SILVIA.

Dices bien,
Y aun otra razon hay mas.

BATILLO.

¿Qué es?

SILVIA.

Que nunca vi que esté
De humor un difunto para
Entreteneise con él.

VOCES. (*Dentro.*)

Aquel ribazo atraviesa
La fiera.

SILVIA.

¿Aquesto mas?

BATILLO.

Vén
Conmigo.

SILVIA.

Vamos.

LOS DOS.

Seor muerto,
Guarde Dios á su merced.
(*Vanse.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al monte, á la cumbre, al llano!

UNO. (*Dentro.*)

Todos sus cotos corred;
Que se ha perdido de vista
Entre la maleza el Rey.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al llano, á la cumbre, al monte!

Sale EPAFO.

EPAFO.

En la enmarañada red
De troncos, peñas y jaras
A Tétis perdí: no sé
Qué senda en su alcance siga.

ADMETO. (*Vuelve en sí.*)

¡Ay de mí infeliz!

EPAFO.

Mas ¿qué
Triste mísero lamento
Me suspende?

ADMETO.

Socorred,
Cielos, mi vida.

EPAFO.

¡Qué miro!
La venerable vejez
De un anciano caballero
Allí yace, al parecer,
Fallecida: ¿qué valor
No se mueve á socorrer
A un afligido?

TÉTIS. (*Dentro.*)

De mí
Mal te podrán defender,
Ni por lo veloz la planta,
Ni por lo feroz la piel.

EPAFO.

¿Mas no es de Tétis aquella
Voz? Tras sus ecos iré.

ADMETO.

¡Qué mal me aliento! ¡Ay de mí!

EPAFO.

Pero llamado otra vez
De aquel gemido, mal puedo
Dejar de acudir á él.

TÉTIS. (*Dentro.*)

Seguirte tengo, horroroso
Monstruo.

EPAFO.

Empeñada se ve:
Tras ella iré.

ADMETO.

¡Ay infelice!

EPAFO.

Mas ¿cómo no puedo ser
Piadoso con un anciano,
Siendo así que no escuché
Voz en mi vida que mas
Me haya podido mover?

TÉTIS. (*Dentro.*)

Dioses, aliento me dad.

ADMETO.

Cielos, mi vida valed.

EPAFO.

Sí harán, pues en dos balanzas
De amor y lástima, el fiel,
A pesar de amor, declina
A la lástima.

ADMETO.

Ya sé,
Valiente jóven, que os debo
La vida; que aunque al caer
Perdí el sentido, no tanto
Que no advertí, no noté
Vuestro socorro.

ERÍDANO. (*Dentro.*)

El caballo
Despeñado está allí.

UNO. (*Dentro.*)

Y él
De un pastor en brazos.

Salen ERÍDANO, Y OTROS.

TODOS.

Danos
A todos, señor, los piés.

ERÍDANO.

¿Qué ha sido esto?

ADMETO.

Haber debido
La vida á este jóven, pues
Me despeñara, si no
Hubiera sido por él.

EPAFO.

Mi valor no ha de jactarse
De accion que suya no fué:
Y así, señor, advertid
Que á mí nada me debeis,
Sino haberme detenido.
Y pues ya seguro os veis
Con mejor favor que el mio,
Perdonad; que voy á ver
Dónde otro empeño me llama. (*Vase.*)

ADMETO.

Oid.— Hasta en no querer
Que le agradezca la accion,
Generoso el jóven es.—
Sabed quién es.

ERÍDANO.

Hasta eso
Yo, señor, os lo diré.
Hijo es mio. (*Ap.* Y es verdad,
Pues son Erídano y él
Hijos mios desde el dia
Que con ellos consolé
La pérdida de Climene.
Pero ¡ah memoria! no es
Esto para aquí.)

ADMETO.

Esperad
De mí él y vos tal merced,
Que iguale al servicio.

ERÍDANO.

Solo
La que os quisiera deber,
Es, señor, que á repararos
En mi pobre albergue entreis,
Si no por el mas capaz,
Por el mas cercano.

ADMETO.

Quien
Le debió á un hijo la vida,
Que os deba á vos será bien
El hospedaje. Guiad,
Ya que es forzoso el hacer
Del monte ausencia, hasta tanto
Que pueda tornar á él
En demanda desa fiera;
Que no tengo de volver
Sin ella á la corte.

ERÍDANO.

Creo
Que ya dese empeño estéis
A estas horas libre.

ADMETO.

¿Cómo?

ERÍDANO.

Como á un villano escuché,
Que de los montes venía...

ADMETO.

¿Qué?

ERÍDANO.

Que Tétis bella, al ver
Que vos la seguíades, quiso
Seguirla, señor, tambien.
Y de su valor no dudo
La alcance y la mate.

ADMETO.

Pues
Si ella se empeñó por mí,
Dejarla yo á ella no es bien.
¡Al monte otra vez, monteros!

TODOS.

¡Al monte, al monte!
(*Vanse.*)

Sale TÉTIS, Y CLIMENE, *vestida de pieles, con un chuzo.*

TÉTIS.

Otra vez
Vuelvo á decir que de mí
Librarte no ha de poder,

Ni por lo fiero el semblante,
Ni por lo lijero el pié.

CLIMENE.

Pues ya que hacer has querido,
Tétis, empeño, hasta que
El desaliento me obliga
A lidiar y no correr,
Llega á embestirme. ¿Qué esperas?
Qué aguardas?

TÉTIS.

No sé, no sé;
Que mas que fiera asombrabas,
Me has asombrado mujer,
Y al ver el rostro y oir
Humana voz, cuanto fué
Valor, es pasmo.

CLIMENE.

Ya es tarde
Para pesarte de haber
Tanto acosado mi vida;
Pues por lo mismo que ves
Quién soy, me importa que no
Puedas decirlo. Preven
El tridente, y no me yerres;
Que en el punto que á perder
Su arpon llegue el tiro, esta
Cuchilla verás romper
Tu pecho, y el corazon
Sacarte, porque despues
De muerta, quedar no pueda
Tan grande secreto en él.

TÉTIS.

Primero deste acerado
Rayo el golpe...— Pero ¿quién
Del labio me hurta la voz
Y de la mano el poder?
O el desaliento ó el pasmo
O la novedad de ver
Mas terror del que creí,
Me obligan á estremecer.
Vista, voz perdí, y accion.

CLIMENE.

Pues muere á mi mano.

FAETON. (*Dentro.*)

Ten
El golpe, fiera...

TÉTIS.

¡Ay de mí!

Cae desmayada Tétis, y sale FAETON.

FAETON.

Que primero que á ofender
A Tétis llegues, sabrá
Morir Eridano.

CLIMENE.

¿Quién?

FAETON.

Eridano, y haber dicho
Mi nombre estimo, porqué,
Sabido quién soy, no pueda
Atras el valor volver.

CLIMENE.

¿Tú eres Eridano?

FAETON.

Sí.

CLIMENE.

¿Tú, á quien la anciana vejez
Crió de Eridano, aquel rio,
En cuya márgen se ven
Los ganados que guardó
Apolo, de Admeto rey,
Y él ese nombre te dió?

FAETON.

Sí, yo soy: ¿qué admiras?

CLIMENE.

Ver
A quien es todo mi mal
Y á quien es todo mi bien.

FAETON.

Escándalo destos montes,
Si asombras á quien te ve,
¿Qué harás á quien te ve y oye?
Y mas llegando á crecer
Tanto la admiracion, cuanto
En humano parecer,
No solo la voz anima,
Pero el enigma tambien.
¡Yo tu bien, y yo tu mal!

CLIMENE.

Sí.

FAETON.

¿Pues quién eres?

CLIMENE.

Nó sé

FAETON.

¿Cómo así...

CLIMENE.

Nada preguntes.

FAETON.

Vives?

CLIMENE.

No he de responder
Sino solo que tú solo
Hoy pudieras suspender
Mi furor, pues solo en tí
No tiene mi ira poder.
Y pues por ti vivo y muero
En aquesta desnudez,
Este pasmo, este terror,
Este ceño, este desden
Del hado y de la fortuna;
Cansancio, afan, hambre y sed,
No procures saber mas;
Que harto sabes en saber
Que tú eres todo mi mal
Y tú eres todo mi bien. (*Vase.*)

FAETON.

Oye, escucha, aguarda, espera;
Que tan confusa preñez
De ideas y de ilusiones
Imposibles de entender,
No es para no averiguado.
Y pues mas el riesgo no es
De Tétis sin tí, tras tí
Tengo de ir. (*Vase.*)

Sale EPAFO.

EPAFO.

Hácia aquí fué
Donde de Tétis la voz
Se oyó... Mas ¿qué llego á ver?
A manos sin duda ¡ay cielos!
Del fiero asombro cruel,
Muerta yace ¡ay infeliz!
Tétis.

(*Vuelve Tétis en sí.*)

TÉTIS.

¿Quién me nombra?

EPAFO.

Quien
Mil vidas diera en albricias
Hoy de la tuya.

TÉTIS.

Ya sé
¡Oh jóven! lo que te debo;
Pues aunque sin luz quedé
A tanto espanto, bien vi
En la breve luz de aquel
Crepúsculo de mi vida,
Que pudiste interponer
Entre su acero y mi pecho
Tu valor y...

EPAFO.

Advierte que
Yo esa fineza no hice.

TÉTIS.

Eso es volverla ahora á hacer;
Que duplica el obligar
Quien corta el agradecer.

EPAFO.

¿Cuándo llegué?...

TÉTIS.

Bien está.
(*Ap.* Y aun estuviera mas bien,
Si quien me hubiera amparado
Fuera Erídano, y no él.)

NINFAS. (*Dentro.*)

Hácia allí Tétis está.

HOMBRES. (*Dentro.*)

Llegad todos.

Salen por un lado LAS NINFAS, *y por otro* LOS PASTORES, Y ERÍDANO, ADMETO, FAETON Y GENTE.

ADMETO.

Detened
El paso, porque primero
Llegue yo.

FAETON. (*Ap.*)

Pues ya observé
Donde se ocultó, volvamos
Adonde á Tétis dejé.

TODOS.

Con bien te hallemos, señora.

TÉTIS.

Y todos vengais con bien.

FAETON. (*Ap.*)

Mas toda la gente en busca
Suya viene: hasta despues
Calle, pues por ahora basta
El que tan cobarde esté.

ADMETO.

Sabiendo, hermosa y bella
Deidad del mar, que tu divina huella
La tierra florecia,
(Mas ¿cuándo el mar no es árbitro del [dia?)
En tu busca he venido,
A tanto altivo aliento agradecido,
Como haber penetrado
Lo oculto, lo horroroso, lo intrincado
Desta caduca esfera,
En heróica demanda desa fiera
Que sus cotos espanta.

TÉTIS.

A tanta honra, señor, á merced tanta,
No respondo cual debo agradecida,
Hasta saber á quién; que inadvertida,
No es bien que sin estilos de la tierra
Yerre la voz lo que la accion no yerra.

ERÍDANO.

Admeto el rey es de Tesalia.

TÉTIS.

Ahora
Que mi atencion no ignora
Con quién habla, los brazos
Me dé tu Majestad, de cuyos lazos
Será el nudo tan fuerte,
Que no le pueda desatar la muerte.

ADMETO.

Infelice la mia,
Si de un caballo en que me vi arrastrado
Muerto quedara, sin haber logrado
La suprema ventura
De llegar á adorar tanta hermosura.
Gracias á quien, valiente, de su ira
Me pudo rescatar...

FAETON. (*Ap.*)

Hácia mí mira.

Conocióme al caer. ¿Quién ganó fama
De que á su rey dió vida y á su dama?

ADMETO.

Que fué aquel jóven; que deber confie-
No menor deuda... [so

FAETON.

Humilde tus piés beso
Por la merced, señor, de haberte dado
Por servido de mí, cuando del hado
Fué la dicha, y no mia.

ADMETO.

¿Quién os dijo ser vos quien yo decia?

FAETON.

Pues ¿quién?... si... cuando... yo...

ADMETO.

Quitad, villano.
Llegad vos á mis brazos. (*Á Epafo.*)

EPAFO.

Si mi hermano
El dueño fué de tan feliz fortuna, [na
A él, señor, le premiad; que á mi ningu-
Razon me asiste para que él no sea
Quien preferido en vuestro honor se
[vea,
Puesto que ha sido él quien os dió vida.

ADMETO.

Hasta en esto mostrais cuánto lucida
La accion hacer quereis, partiendo ufa-
[no
La fama en vos, el premio en vuestro
[hermano.
Yo le honraré tambien; mas no por eso
Dueño le hagais de tan feliz suceso.

EPAFO.

Yo...

ADMETO.

Bien está.

FAETON. (*Ap.*)

¡Hay hado mas impío!

TÉTIS.

Pues no ménos feliz, señor, fué el mio;
Que siguiendo lijera
Las veloces estampas de la fiera,
No sé si por desdicha ó por ventura,
Con ella cuerpo á cuerpo en la espesura
Me hallé. Con el terror de ver con rostro
Humano, humana voz, tan fiero mos-
Sobre mi desaliento, [tro,
Turbó la vista y perturbó el acento,
Tanto, que fallecida,
Estrago fuera de su horror mi vida,
Si ese jóven...

FAETON. (*Ap.*)

Como esto no se pierda,
Piérdase lo demas.

TÉTIS.

Segun concuerda
Hallarle allí con lo que vi primero,
Entre mis devaneos y su acero
No interpusiera osado
En mi defensa su valor.

FAETON.

Si el hado
Movido de mi queja,
Ya que aquel bien me quita, este me de-
Piadoso anda conmigo. [ja,

TÉTIS.

Pues ¿quién os dijo que por vos lo digo?

FAETON.

Quien sabe...

TÉTIS.

En todo introduciros vano
Quereis. — ¿Por qué os vais vos?
(*Á Epafo.*)

EPAFO.

Porque mi hermano,
Sin que yo me atribuya
Fineza que no es mia, sino suya,
Logre tambien...

TÉTIS.

Pues nadie aquí ha ignorado
Quién de una y otra es dueño, es excu-
[sado
Empeño en vos el de modestia tanta.

ADMETO. (*Á Faeton.*)

Y mal fundada, espanta
En vos tanta locura.

FAETON. (*Ap.*)

¡Hay mas pena!

ADMETO.

Y volviendo á la ventura,
Bella Tétis, de hallarte
En estos montes, he de suplicarte
Que, dejando el horror para otro dia,
Se convierta el de hoy en alegría.
Vén pues, donde celebre mi grandeza
La huéspeda feliz de tu belleza.

TÉTIS.

Tus honras recibiera,
Si de volver al mar hora no fuera;
Que ya declina el sol: y así te pido
Licencia de ausentarme.

ADMETO.

Habiendo sido
Esa tu voluntad, no he de impedilla;
Mas téngala de ir hasta la orilla
Sirviéndote. Amaltea
Divina, soberana Galatea,
Logren vuestros primores
Las músicas de fuentes y de flores.

AMALTEA.

Sí haré. (*Ap.* En albricias yo de cuán aja- [do
Erídano queda hoy, cuán desairado.)

GALATEA.

Sí haré. (*Ap.* En albricias yo de cuán di-
Epafo queda hoy, y cuán airoso.) [choso

ERÍDANO.

Que anduvieras tan necio no creyera:
Dejaras la ventura á cuya era.

FAETON. (*Ap.*)

Solo esto me faltaba.

TÉTIS.

Vamos; que el sol ya su carrera acaba.

ADMETO.

Cantad pues, y venid, y tú á mi lado,
Jóven, no ya por ser quien me haya dado
Vida á mí, sino á Tétis; pues por ella
Crece la inclinacion hoy de tu estrella,
Tanto, que al verte, cada vez sospecho
Que un nuevo corazon le das al pecho.

EPAFO. (*Ap.*)

Si la suerte porfía,
Diciendo yo cúya es, que ha de ser mia,
Gócela; que traicion no habiendo algu-
[na,
No he de echar en la calle mi fortuna.

FAETON.

Poca envidia me diera
Aquel engaño, si este no temiera.

TÉTIS.

Pues quedáos; que no quiero
Oir aquel ni este, cuando considero
Cuán poco honor arguye
Quien acciones ajenas se atribuye.
Y á poder detenerme, hubiera sido
Solo á deciros lo que habeis perdido...
Pero esto baste.— Dóris, con tu coro
Acompaña á las dos.

DÓRIS.

Cuál sea no ignore
La letra que acompañe estos extremos

TODAS.

Empieza tú; que todas seguirémos.

DÓRIS. (*Canta.*)

Los casos dificultosos...

TODAS.

Los casos dificultosos...

DÓRIS.

Con razon son envidiados...

TODAS.

Con razon son envidiados...

DÓRIS.

Inténtanlos los osados...

TODAS.

Inténtanlos los osados...

DÓRIS.

Y acábanlos los dichosos.

TODAS.

Y acábanlos los dichosos.

(*Vanse, repitiendo la copla, y queda Faeton.*)

FAETON.

«¿Los casos dificultosos
Y con razon envidiados,
Inténtanlos los osados,
Y acábanlos los dichosos?»

Quédase suspenso, y salen SILVIA Y BATILLO.

SILVIA.

Pues ves, Bato, cuánto Dios
Mijora las horas, puesto
Que todo ántes era espantos,
Y ahora todo es contentos,
Vamos háncia allá los dos,
Para saber qué hay de nuevo,
Que obrigue á trocar asombros
En músicos instrumentos,
Ya de la fiera olvidados.

BATILLO.

Vé tú; que para saberlo,
No he menester yo ir allá.

SILVIA.

¿Pues sábeslo tú?

BATILLO.

¡Y qué cierto!

SILVIA.

¿Y qué es la causa?

BATILLO.

¿No andaban
Por aquesos vericuetos
Todos tras la fiera?

SILVIA.

Sí.

BATILLO.

Pues díme, boba, ¿quién, viendo
Las hermosas, no se olvida
De las fieras?

SILVIA.

Calla, necio,
Y si no quieres venir,
Quédate; que yo iré á verlo.

BATILLO.

Erídano, que aquí solo
Quedó, lo dirá: yo llego.

SILVIA.

Galan Erídano, dinos,

Por otra tal... Mas sospecho
No me oye.

BATILLO.

En pié, como mula
De alquiler, se está durmiendo.—
Mire lo que le decimos.

LOS DOS.

¡Hola! ¡aho!

FAETON.

¡Valedme, cielos!
Que á tanta pena ya no hay
Ni valor ni sufrimiento.

SILVIA.

¡Ay, que me ha despachurrado!

BATILLO.

¡Ay, que á mí no mas me ha muerto!

FAETON.

¿Quién está aquí?

SILVIA.

Quien quisiera
No estarlo.

BATILLO.

Ni oirlo ni verlo.

FAETON.

Silvia, Batillo, ¿qué haciais
Ahora aquí los dos?

BATILLO.

Ponernos
A tiro de tus puñadas.

FAETON.

¿No fuisteis los dos (¡hoy muero!)
Los que visteis que yo fuí
El que dió la vida á Admeto
Al caer del caballo?

BATILLO.

¡Y cómo!

SILVIA.

Por aquestos ojos mesmos.

FAETON.

Pues ¿cómo, villanos, cómo
No lo dijisteis, oyendo
Que á Epafo se atribuia?

BATILLO.

La disculpa que tenemos
De no haberlo dicho, es...

FAETON.

¿Qué es la disculpa?

BATILLO.

Que viendo
Los dos, detras de unas ramas
Escondidos y encubiertos,
Que diste la vida á Tétis,
Entre ella y la fiera puesto,
Tampoco no lo dijimos,
Y fuera gran desacierto
Decir lo uno sin lo otro.

SILVIA.

Y de que no lo dirémos
Esté seguro, por mas
Que nos lo pescuden.

FAETON.

¡Buenos
Testigos me dió mi dicha!
¡Ah infames, viles! ¿qué espero,
Que no os hago mil pedazos?

LOS DOS.

El que acá queramos serlo.

Sale EPAFO.

EPAFO.

Erídano...

FAETON.

¿Qué me quieres?

EPAFO.

Ansioso á buscarte vengo,
En tanto que Admeto y Tétis
Con festivos cumplimientos
Se despiden.

FAETON.

¿Y á qué fin?

EPAFO.

De que sepas que no puedo
Consolarme de tener
Prestados merecimientos,
Que hizo mios el acaso,
Que mal pudiera el intento;
Pues no fué ni fuera mio,
Cuando sé que es argumento
De que no los tiene propios
Quien usa de los ajenos.
No tener uno una dicha
No es culpa del valor; pero
Tenerla mal adquirida,
Es fiar poco de su esfuerzo.
Y así, dejando á una parte
El que compitamos necios
Un amor tan desigual,
Que lo alto deste empleo
No pasa de adoracion,
En cuyo comun obsequio,
Viendo que es en balde, aun no
Paga la esperanza el viento;
Vamos á que hermanos somos,
Y desairar no podemos
Uno á otro; y si el acaso,
Como ántes dije, lo ha hecho
Sin la intencion, mira como...

FAETON.

No prosigas; que no quiero
De ti hidalguía ninguna;
Y ántes, que goces, me alegro,
Estos desperdicios mios.
Y adelante, te aconsejo
Que no me pierdas de vista,
Para que, como yo haciendo
Vaya heróicos hechos, tú
Te vayas honrando dellos.

EPAFO.

No merece esa respuesta
Esta atencion.

FAETON.

Ya yo veo
Que si hubiera de tener
La que merece el grosero,
Falso trato tuyo, fuera...

EPAFO.

¿Qué fuera?

FAETON.

Romperte el pecho
Tan en átomos, que fueras
Vil desperdicio del viento.

EPAFO.

Si hasta aquí con mi modestia
Cumplido he con lo que debo,
No sufriré desde aquí
De tu siempre altivo fiero
Espíritu otro desaire.

FAETON.

Pues ha de ser el postrero,
Sea haciéndote pedazos.

(*Luchan los dos.*)

BATILLO Y SILVIA.

¡Que se matan!

Sale ERIDANO.

ERÍDANO.

¿Qué es aquesto?

LOS DOS.

Que se matan.

FAETON.

¿Qué ha de ser?
Acabar mis sentimientos
De una vez con todo.

ERÍDANO.

Tente.—
Tente tú.

EPAFO.

Ya yo obedezco.

FAETON.

Yo no; y aqueste puñal...

(*Saca Faeton á Erídano el puñal que trae á la cinta.*)

LOS DOS.

¡Que se matan!

ERÍDANO.

Tente, fiero.

FAETON.

Será quien me dé venganza.

LOS DOS.

¡Que se matan!

ERÍDANO.

El acero
Suelta.

FAETON.

No haré.

EPAFO.

Sí harás tal.

LOS DOS.

¡Que se matan!

ADMETO. (*Dentro.*)

¿Qué es aquello?

ERÍDANO.

Ved que el Rey, déjando á Tétis
Ya en el mar, viene á los ecos
Desos bárbaros villanos.

FAETON.

Antes que llegue...

Salen ADMETO, AMALTEA, GALATEA Y GENTE.

TODOS.

¿Qué es esto?

LOS DOS.

Que Erídano con su padre
Y hermano riñe.

ADMETO.

Tenéos.

GALATEA. (*Ap.*)

Quiera el amor que resulte
Contra Erídano el estruendo.

AMALTEA. (*Ap.*)

Que resulte contra él
La culpa, quieran los cielos.

ADMETO.

Villano, atrevido, loco,
¡Vos, con tanto atrevimiento,
Puñal contra vuestro padre!

ERÍDANO.

No, señor; que ántes es cierto
Que el puñal es mio.

ADMETO.

Soltad
Todos; que en mi mano quiero
Que quede depositado,
Como previsto instrumento
De mi justicia, cuando él
Sea quien divida el cuello
De quien se atrevió á su padre;
Y así en mi poder (¡qué veo!)
Ha de quedarse (¡qué miro!)
Guardado.— Sí, él es, es cierto;
Que no me engañara á mí

La anagrama de Peleo.—
¿Cúyo es aqueste puñal?

ERÍDANO.

Mio, señor.

ADMETO.

¡Válgame el cielo!
¿Quién os le dió?

ERÍDANO.

Una mujer.

ADMETO.

¿Dónde está?

ERÍDANO.

Dias há que ha muerto.

ADMETO.

¿Dónde os le dió?

ERÍDANO.

En esa playa.

ADMETO.

¿En qué ocasion?

ERÍDANO.

En un riesgo.

ADMETO.

¿Quién era?

ERÍDANO.

No sé quién era.

ADMETO.

¿Qué os dijo al darle?

ERÍDANO.

Secreto
Se quedó lo que me dijo.

ADMETO.

¿Cómo?

ERÍDANO.

Como á un mismo tiempo
Fué darme aqueste puñal,
Y dar el último aliento.

ADMETO.

¿Quién la trajo aquí?

ERÍDANO.

Un barquillo.

ADMETO.

¿De dónde venia?

ERÍDANO.

No puedo
Decirlo.

ADMETO.

Pues ¿cómo fué
Verla y hablarla?

ERÍDANO.

Oye atento.
A esa procelosa orilla
Del Eridano soberbio,
Vasallo del mar, que baja
Á darle en Tesalia el feudo;
A esa procelosa orilla
(Otra vez á decir vuelvo)
Del Erídano, de quien,
Por los frutos que á ella tengo,
O porque de Diana en ella
Soy ministro de su templo,
Tomé el nombre, que tambien
En Erídano conservo;
Corriendo llegó fortuna,
Cascado, roto y deshecho
Un destrozado barquillo,
Que sin vela, jarcia ó remo,
Encallado en las arenas,
Tomó, como pudo, puerto.
Yo, que habia aquella aurora,
Si ahora la verdad confieso,
Salido á buscar á Apolo,
Por ser en el mismo tiempo
Que del cielo desterrado
Júpiter le tenia, á efecto
De castigar la osadía
De haber sus cíclopes muerto;
Y yo solamente era
Dueño de tanto secreto,
Como que pastor guardase
Tus ganados, por quien luego
Perdonado, se llamó
Sagrado pastor de Admeto...
En fin, saliendo una aurora
(Que ahora no importa esto),
Puse en el barco los ojos,
Como batel extranjero
Desas playas, pues no era
Pescador alguno nuestro.
Y cuando mas discursivo
Le estaba desconociendo,
Oí que tímidos daban
Mortales gemidos dentro.
Curiosidad ó piedad
O inspiracion de los cielos
(Que á nosotros no nos toca
Averiguar sus intentos),
Me hicieron que en otro barco
A bordo llegase; y viendo
Que una mujer sola era,
Con un bello infante tierno
En los brazos, la afligida
Alma de todo aquel cuerpo,
Entré en él, diciendo: «Triste
Susto del hado, ¿qué es esto?
—Ser infeliz, respondió;
Y pues en vos, noble viejo,
Los dioses la apelacion
Otorgan de mis lamentos,
Este puñal y este niño
Tomad; que quizá habrá tiempo
Que no os pese, cuando uno
Y otro déis...» y al decir esto
Espiró: con que no supe
A quién, cómo ó cuándo, siendo
Jeroglífico la barca
Del nacer y el morir, puesto
Que constaba de un cadáver,
Un infante y un acero.
Yo pues, en confusion tanta,
Lo que hice fué dar atento
Al cadáver sepultura,
Al infante crianza, y dueño
Al acero, que fui yo;
Pues desde aquel punto mesmo
No le quité de mi lado,
Como esperando que el cielo,
Si hay misterio en estas cifras,
Que yo ni alcanzo ni entiendo,
En su grabazon talladas,
Diga cuál es el misterio.

ADMETO.

Sí dirá, si hay para qué
Decirlo; que si no, ménos
Importa que esté callado:
Y así, decid lo primero
Si ese infante vive.

ERÍDANO.

Sí,
Señor; y aun él lo está oyendo,
Sin saber quién es.

ADMETO.

Pues ántes
Que yo lo sepa, oid atentos.
En las guerras que Tesalia
Tuvo con la isla de Lémnos,
En un trance de fortuna
Quedé ¡ay de mí! prisionero
Yo de Anfion su rey: en cuya
Tiranía más consuelo
No tuve que los favores
(¡Con cuánto dolor me acuerdo!)
De Erífile, bella hija
Suya, á quien dí de secreto
(Porque Anfion nunca quiso,
Con el aborrecimiento
De nuestro heredado odio,
Dar plática al casamiento)
Fe y mano de esposo. En este
Estado supo que fiero
Darme la muerte intentaba
Su padre con un veneno,
Para invadir mas seguro
Sin mí de Tesalia el reino;
Y restaurando el peligro,
En el nocturno silencio
Puesta una escala en la torre,
Y en el mar un barco puesto,
Me dijo: «Salvad la vida;
Señor; que en mi desconsuelo
Me basta que en mis entrañas
Me quede un retrato vuestro.
Si el cielo le diere á luz,
Y amparado del secreto
Escapare de otras iras,
A vos irá, por acuerdo
De la deuda en que vos vais,
Y el peligro en que yo quedo.»
Dejemos aquí ternezas,
Ansias, penas, sentimientos;
Que á la vista de las canas,
Como perdidos, es cierto
Que se avergüenzan los años
De haber pasado tan presto;
Y vamos á que no tuve,
Pobre allí, afligido y preso,
Otra prenda mas á mano,
Ni de mas valor ni precio
Que este puñal, para seña
(Que por ser de un gran maestro,
No fácil de contrahacer,
Aseguraba otros riesgos)
De que quien con él viniese,
Traia escrita en sus aceros
La carta de mas creencia
Para mi conocimiento.
Ausentéme; y confidentes
Despues ¡ay de mí! escribieron
Que el hurto de amor sabido
De su padre, en el primero
Horóscopo de la vida
Del misero infante tierno,
Con lo agravante de ser
Yo de su esclavitud dueño,
Y ella de mi libertad,
Creció el aborrecimiento
Tanto, que á su vista á entrambos,
Dando á un barquillo un barreno,
Mandó echar al mar, en cuyo
(No culpeis que me enternezco)
Conflicto no se olvidó
De mí: dígalo el efecto
De haber sacado el puñal
Por penate de su incendio.
Y pues el cielo ha querido
Que á mis manos haya vuelto
Por tan no esperado acaso,
¿Quién duda que quiere el cielo
Que no pague el inocente
Yerros del culpado, atento
Quizá á que los del amor
Son los mas dorados yerros?
¿Dónde pues está ese jóven?

ERÍDANO.

Antes que lo diga, al cielo
Hago testigo, y á cuantos
Dioses contiene su imperio,
Astros, sol, luna y estrellas,
Aire, agua, tierra y fuego,
De que diré la verdad,
O fáltenme todos ellos.
Y así, Erídano...

FAETON. (*Ap.*)

¿Quién duda
Que sea yo?

ERÍDANO.

Aunque en mis afectos
Fué el preferido, perdone;
Que de se puñal el dueño
Épafo es.

ADMETO.

Ya lo habia dicho
El corazon acá dentro,
Desde el punto que me dió
La vida su noble esfuerzo.—
Llégate, Epafo, á mis brazos.

EPAFO.

Aun tus plantas no merezco.

FAETON. (*Ap.*)

¡Esto mas, fortuna mia!

AMALTEA.

¡Cuánto de que él sea me alegro!

GALATEA. (*Ap.*)

Y ¡ cuánto me pesa á mí
De que él no sea!

ADMETO.

Y supuesto
Que con mas solemnidad
Que el teatro de un desierto,
Te han de admitir mis vasallos
Por mi hijo y mi heredero,
Conmigo á la corte vén,
Donde te aclame mi reino
Príncipe suyo, trocando
De Epafo el nombre en Peleo,
Que es el que en este puñal
La grabazon tiene impreso,
Como nombre de mi padre,
Que fué su primero dueño.
Vén pues, y todos decid:
¡Viva el príncipe Peleo!

SILVIA.

¿A ser príncipe le llevan? (*Llora.*)

BATILLO.

Pues ¿de qué es él sentimiento?

SILVIA.

¿Qué sé yo si es bueno ó malo?

BATILLO.

Tan bueno es y tan bueno,
Que un príncipe basta á ser
Alborozo de su reino.

SILVIA.

Si es así, digamos todos:
¡Viva el príncipe Peleo!

EPAFO.

Conmigo, Erídano, vén;
Que aunque ya otro padre tengo,
Siempre hijo de tu amor
He de ser.

ERÍDANO.

Asi lo creo
De tu valor.

EPAFO.

Vén tú, hermano,
Conmigo tambien.

FAETON.

No quiero.
Goza tus dichas sin mí.
(*Vanse el Rey, Epafo y los demas, y queda Amaltea, Faeton y Galatea.*)

AMALTEA.

Bien haces en no ir á objeto
Ser de la envidia.

FAETON.

Pues ¿quién
Te ha dicho que yo la tengo?
Cuando entiendo que soy mas,
Me valgo yo de mí mesmo.

AMALTEA.

Pensamiento de amor propio
No pasa de pensamiento.

FAETON.

Sí pasa, cuando se funda
En altos merecimientos.

AMALTEA.

¿Dónde están?

GALATEA.

En él; y cuando
No estén, ¿es estilo cuerdo
Afligir al afligido?

AMALTEA.

Pues ¿quién te mete á tí en eso?

GALATEA.

Natural amor no mas,
Que, hijas del Sol, le tenemos
Las náyades; que no nace
Este generoso afecto
De otra causa, como nace
Ese odio de otros pretextos.

AMALTEA.

Mísera deidad de vidrio,
Sujeta á prision de hielo...

GALATEA.

Caduca deidad de flores,
Sujeta á embates del cierzo...

AMALTEA.

¿Tú competencias conmigo?

GALATEA.

Dices muy bien que no puedo
Competirte; que no es
Competencia el vencimiento.

AMALTEA.

Pues llega á mis brazos.

GALATEA.

Llega
(*Sacan puñales.*)
A los mios.

FAETON.

Deteneos.

AMALTEA.

Este acero...

GALATEA.

Este puñal...

LAS DOS.

Dirá...

FAETON.

Mal podrá; que en medio
He de ser blanco de entrambas.

AMALTEA.

Ya lo eres de mis desprecios.

GALATEA.

Ya lo eres de mis favores.

FAETON.

Tente.

LAS DOS.

Aparta.

FAETON.

¿No habrá, cielos,
Quien entre opuestas deidades
A quien odio y amor debo,
El duelo divida?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sí,
Hasta que se llegue el tiempo
De saber si es tu fortuna
Amor ó aborrecimiento.

GALATEA.

¿Quién me arrebata? Mas ¿cuándo
No fué vapor mi elemento? (*Vuela.*)

AMALTEA.

¿Quién me lleva? Pero yo
¿Cuándo al aire no obedezco? (*Vuela.*)

FAETON.

Sin saber quién las divide,
Faltan. ¡Hasta cuándo, cielos,
Mi vida ha de ser prodigios?
Mas ya me respondió el eco
Que á ellas aparta, pues dijo...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Hasta que se llegue el tiempo
De saber si es mi fortuna
Amor ó aborrecimiento.

JORNADA SEGUNDA.

Sin mudarse el teatro de bosque, salen TÉTIS, DÓRIS Y NINFAS.

DÓRIS.

Desde el dia que de Admeto,
Señora, en esta ribera
Te despediste, tan triste,
Que no has tenido en su ausencia
Hora de alivio, juzgara
Que no volvieras á ella
Jamas.

TÉTIS.

Bien juzgaras, Dóris,
Y mas si con mi tristeza
Consultaras la razon
Que tengo de aborrecerla;
Pero no siempre se sale
El valor con lo que intenta.

DÓRIS.

Eso y lo que yo imagino,
Casi es una cosa mesma.

TÉTIS.

¿Qué imaginas?

DÓRIS.

Que no puedes
Acabar con la suprema
Altivez de tu constancia
El no volver á estas selvas,
Corrida de no haber dado
Muerte á la sañuda fiera,
Ya que con ella te viste
Cuerpo á cuerpo en la desierta
Campaña del monte: á cuya
Causa, sin otra grandeza,
Que el silencio con que hoy
Llegar á su falda intentas,
Dejas el mar, como dando
A entender que no se sepa
Tu venida, porque nadie
Te acompañe, ni se deba
A otro que á tí este trofeo.

TÉTIS.

¡Ay Dóris mia! Aunque fuera
Esa mi mayor razon,
Mi mayor razon no es esa.
A esta playa vuelvo solo
A divertir mis tristezas,
Por ver si donde ganarlas
Pude, pudiese perderlas.
No de la fiera el empeño
Me trae; que no fácil fuera
Sin mas batida encontrarla;
Y puesto que sola es esta
La causa, cogiendo vamos
De las doradas arenas,
Nácares y caracoles,
Corales, conchas y perlas.

NINFA 1.ª

¿Quieres, pues solo es, señora,

La diversion de tus penas
Asunto de tu venida,
¿Que algun tono te divierta?

TÉTIS.

Sí, cantad, y por aquí
Vamos tomando la vuelta,
Iré yo al compas ¡ay triste!
De las blandas voces vuestras,
Glosando con mis suspiros
Las cláusulas. (*Ap.* ¿Quién creyera
Que á mí me diera cuidado?...
¿Cuidado? erróse la lengua:
Pesar... Pero ¿qué es pesar?
Enfado: ahora lo acierta.
Y ya que dí con el nombre,
¿Quién creyera que me diera
Enfado que á socorrerme
No fuera Erídano, y fuera
Epafo? Y enfadó tal,
Que á pesar de mi soberbia,
Mi presuncion, mi arrogancia,
Me obliga á que á buscar venga
Ocasion (por eso dije
Que canten, porque se sepa
Que estoy aquí) de decirle,
Ya que entónces en presencia
De tantos no pude, cuánto
Me dió en rostro la bajeza
De querer hurtar la dicha,
O por lo ménos ponerla
En duda de deslucirla,
Sin la ventura de hacerla.
Pero si esto solo es
Un enfado, accion es necia
Pensar tanto en él.) Cantad,
Y tras mí venid.

DÓRIS.

¿Qué letra
Quieres que cante, señora?

TÉTIS.

Vuelve á repetir aquella
De osados y de dichosos;
Que no hay otra que convenga
Mas á mi intento, pues vi
Que uno ose y otro merezca. (*Vase.*)

NINFA 1.ª

No la dejemos, en tanto
Que Dóris la lira templa.

DÓRIS.

Ya yo os sigo.
(*Vanse.*)

Salen FAETON y BATILLO, *de soldados.*

FAETON.

Ya, Batillo,
Que por mí la patria dejas,
Y en hábito de soldado
Seguir mi fortuna intentas,
Desas pajizas cabañas,
Miserables cunas nuestras,
Desde aquí nos despidamos,
A nunca volver á verlas,
No volviendo sino llenos
De triunfos, trofeos y empresas
Por nuestro valor ganados.

BATILLO.

Linda cosa será esa
De no volver sin rellenos
De tufos, tresfeos y prensas,
Ganados por nueso olor.

FAETON.

Ingrata patria primera,
A quien apénas debí
El nacer, pues nací á penas....

BATILLO.

Ingrata pata segunda
De Silvia, á quien mas de treinta
Mil patadas te debí...

FAETON.

A mi última voz atenta...

BATILLO.

Atenta á mi última coz...

FAETON.

Oye de mí esta protesta.

BATILLO.

De mí esta por esta oye.

FAETON.

Palabra doy á tus selvas...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Los casos dificultosos...

FAETON.

Pero ¿qué música es esta?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Y con razon envidiados...

BATILLO.

Háncia aquella parte suena.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Inténtanlos los osados...

FAETON.

La voz conozco y la letra.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Y acábanlos los dichosos.

FAETON.

Pero ¿qué mucho ser ella,
Si es un torcedor del alma,
Que repetido me acuerda
Adonde otra vez caí,
Para que otra vez lo sienta?

BATILLO.

Y no solo son las voces
Las que á muesos oidos llegan,
Mas tambien á muesos ojos
Las que las chillan.

FAETON.

Con ellas
Tétis viene, á cuya vista,
Por una parte me alienta,
Mi verdad, por otra parte
Me acobarda la vergüenza
De lo que creyó de mí.
¡Oh quién á un tiempo pudiera
Hablarla ¡ay Dios! sin hablarla,
Y verla ¡ay de mí! sin verla!

BATILLO.

Pues uno y otro es bien záfil.

FAETON.

¿Cómo?

BATILLO.

Hablándola por señas,
Sin hablarla la hablarás;
Y viéndola por vidriera
Que no sea cristalina,
Tambien la verás sin verla.

FAETON.

Calla, loco.

Vuelven TÉTIS, DÓRIS *y las* NINFAS.

TÉTIS.

Repetid
La cancion...— Pero suspensa
(*Ap.* No me ha sucedido mal)
La dejad, hasta que vea
Quién tan atrevido al paso
Está.

FAETON.

Quien no es la primera
Vez que el acaso le trueque
Las venturas en ofensas.

TÉTIS.

¿Vos sois? Desconocí el traje:
Por eso os extrañé. Vuelva
El tono; que no es quien puede
Merecer ni aun la advertencia
De si estaba aquí ó no estaba.

FAETON.

Vuelva el tono norabuena;
Que ninguno dirá mas
Por mí lo que yo dijera,
Que él mismo.

TÉTIS.

¿Que él mismo?

FAETON.

Sí,
Señora.

TÉTIS.

¿De qué manera?

FAETON.

De la pena...

TÉTIS.

Cantad: no
Presuma que yo le atienda.

MÚSICA.

Los casos dificultosos...

FAETON.

De la pena y la alegría,
De la vida y de la muerte
Medir las líneas un dia
Quiso el hado; y en la suerte
Se logró de Epafo y mia,
Viendo cuánto rigurosos
Para mí, para él piadosos,
En deslucir y premiar,
Se saben facilitar...

ÉL Y MÚSICA.

Los casos dificultosos.

UNA VOZ.

Y con razon envidiados.

FAETON.

Al rayo del sol se mira
Ser la vista ceguedad;
Pues ¿quién en el hombre admira
Que peligre una verdad,
Si aun hay en el sol mentira?
Así á otra luz nuestros hados
Se miraron confundidos,
Siendo méritos trocados
De mí sin razon tenidos...

ÉL Y MÚSICA.

Y con razon envidiados.

UNA VOZ.

Inténtanlos los osados.

FAETON.

Tenidos, pues dueño fuí
Suyo; envidiados, pues vi
Pasar á otro: con que infiero
Que soy el hombre primero
Que tuvo envidia de sí.
Y si méritos buscados
No son premios de una fe,
Y merecen mas hallados
Que adquiridos, ¿para qué...

ÉL Y MÚSICA.

Inténtanlos los osados?

UNA VOZ.

Y acábanlos los dichosos.

FAETON.

No es la razon que me aflige
Porque vos lo agradezcais,
Sino porque yo lo dije.

Y pues á la mira estáis
De lo que un error colige,
Dadme albricias, perezosos
De amor: favores divinos
Hay tan felizmente ociosos,
Que los empiezan los finos...

ÉL Y MÚSICA.

Y acábanlos los dichosos.

FAETON.

Y pues mi intento no es mas,
Señora, de que se crea
Que puedo ser desdichado
Y no ruin, dadme licencia
De que (pues con vos no hablaba,
Sino con mi patria) pueda
Proseguir lo que decia
Cuando llegasteis.

TÉTIS.

Pues esa,
¿Vos no la teneis sin mí?

FAETON.

Sí; mas hay gran diferencia;
Que tenerla concedida
Es algo mas que tenerla.

TÉTIS.

¿Qué falta os hará la mia,
Si os bastaba ántes la vuestra?

FAETON.

La de cierta circunstancia,
Que quizá pasará á esencia.
— Ingrata patria, decia,
Que fuiste cuna primera
De quien apénas nació
De ti, cuando nació á penas...

BATILLO.

Yo tambien, ingrata pata,
Decia.

FAETON.

Apártate, y espera
Allí.

BATILLO.

Como entré en la danza,
Pensé que entraba en la cuenta.
(*Apártase.*)

FAETON.

Si espurio aborto del hado
Me arrojaron á las puertas
De quien piadoso me dió
De hijo el nombre, sin que sepa
De mí mas de que nací;
En cuya fortuna mesma
Naciendo Epafo, la dicha
Halló en un puñal envuelta,
Y tan grande, que admirada
Lo oyó Tétis en su esfera,
Pues ya príncipe Peleo,
Le da el reino la obediencia;
¿Qué mucho que yo, mirando
Mi suerte á la suya opuesta,
Ya que no la tengo hallada,
Buscada intente tenerla,
Porque á los ojos de Tétis?...

TÉTIS.

Deten, villano, la lengua.

FAETON.

¿De qué te ofendes, señora?

TÉTIS.

¿De qué quieres que me ofenda
Sino de que á hablarme á mí
Tan libremente te atrevas?

FAETON.

¿Yo á ti? Con mi patria hablando
Me hallas, y has dicho tú mesma
Que para hablar con mi patria
Yo me tengo la licencia.

TÉTIS.

Pues si es á ella y no á mí,
Proseguid, hablad con ella.

FAETON.

Y pues hijos de fortuna
Fuimos próspera y adversa,
Ya que no la espero hallada,
Buscada he de pretenderla,
Porque á los ojos de Tétis
Tan airoso algun dia vuelva,
Que se decida en los dos
La argüida competencia
Que hay del hacerse la dicha
Uno, al hallársela hecha.
Y así la palabra os doy,
Fuentes, rios, mares, selvas,
Montes, prados, cumbres, valles,
Plantas, flores, riscos, peñas,
De no volver mas á veros
Hasta que por mí merezca
Que Tétis se desengañe
De que quien por sí se alienta
A adquirir eterna fama,
No se achacará la ajena.

TÉTIS.

¿Eso es hablar con la patria?

FAETON.

Claro está.

TÉTIS.

Pues si por ella
Soy yo quien lo escucha, dadme
Licencia á mí de que sea
La que por ella responda.

FAETON.

¿Vos no la teneis?

TÉTIS.

Quisiera
Que el tenerla concedida
Fuera algo mas que tenerla.

FAETON.

¿Qué falta os hace la mia,
Si vos os teneis la vuestra?

TÉTIS.

Ignorado hijo del viento
(Que solo á tanta soberbia
Él pudiera dar las alas),
No me amenace tu ausencia;
Que si vas á ganar fama,
¿Por qué de Tétis esperas
Él mas descuidado aprecio?
Es en vano, y...

FAETON.

Ten la lengua,
No desahucies la esperanza
De un infeliz que no lleva
Otro caudal ni otro alivio.

TÉTIS.

¿Quién te ha dicho que yo sea
Quien la desahucie, puesto
Que es voz de tu patria esta,
Y no mia?

FAETON.

Pues si es suya
No tengo por qué temerla.
Prosigue.

TÉTIS.

Pues cuando mas
El hado te favorezca,
Poco mérito te añade;
Que las deidades supremas
De una misma suerte miran
Al valle que á la eminencia.
Tan léjos del sol está
El que en la cumbre se asienta,
Como el que en la falda yace,
Porque en la distancia inmensa
Es átomo el monte, que
Ni la alarga ni la abrevia:
Y cuando de la fortuna
Huelles la cerviz suprema,
Del sol no estarás por eso
Ni mas léjos ni mas cerca.

FAETON.

¿Mi patria dice eso?

TÉTIS.

Sí.

FAETON.

Nunca la vi lisonjera
Sino es hoy.

TÉTIS.

Pues ¿qué lisonja
Hallais en esta respuesta?

FAETON.

Que aunque me imposibilita,
Por lo ménos me aconseja
Que no me ausente, que es como
Decirme que hay quien lo sienta.

TÉTIS.

Mirad vos que hablais conmigo,
No con la patria, y aun esa
Razon no la dije yo
Como yo, porque si hubiera
Yo como yo de decirla,
Fuera...

FAETON.

¿Qué?

TÉTIS.

No sé qué fuera.

FAETON.

Mirad vos tambien que hablais
Ahora como vos mesma,
Y me dejais en la duda
De qué...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Venga norabuena,
Norabuena venga.

TÉTIS.

¿Qué ruido es aquel?

BATILLO.

Del monte
Viene de música y fiesta
Una tropa.

FAETON.

Por no oirlos,
Huyendo iré.

Sale GALATEA.

TÉTIS.

Galatea,
¿Qué es esto?

GALATEA.

Que al monte á caza
En demanda desta fiera
Que á tantos atemoriza,
Y que tan pocos encuentran,
Viene el príncipe Peleo,
Que ayer destos montes era
Epafo, pastor; y tanto
Todos de verle se alegran
En tan grande majestad,
Fausto, honor, pompa y grandeza
Que coronados de flores,
Rosas, lirios y azucenas,
Bien como auxiliado alumno
De las ninfas de Amaltea,
Vienen hácia aquesta parte,
Diciendo en voces diversas...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Venga norabuena, etc.

FAETON.

De tu concepto, señora,

Se ha reducido á experiencia
El sentido, pues estoy
En el centro de la tierra,
Cuando él puesto está en la cumbre
De la fortuna, y se muestra
Sol en no olvidar el valle,
Porque alumbra la eminencia.
Adios; que yo no me atrevo
A verle ni que él me vea,
Si ya no es seguir del sol
La metáfora, en que sean
Esos aplausos el dia
De la noche de mi ausencia.
Adios quedad.

TÉTIS.

Id con Dios.

FAETON.

Retírate entre estas peñas.

BATILLO.

Pues ¿no he de bailar si bailan?

FAETON.

¿No ves que no es bien te vean
En el traje de soldado,
Y que vas conmigo sepan?

BATILLO.

Pues ¿no bailan los soldados?

FAETON.

Retírate; que ya llegan.
Y tú, porque vea sin verme,
Hazme espaldas, Galatea.

GALATEA.

Sí haré, ya que por haber
Oculta deidad suprema
Que nuestros duelos impida,
Pues arrastradas por fuerza
Hubimos de dividirnos,
No te serví en que Amaltea
Me pague el rencor de estar
Siempre á tu fortuna opuesta.

Salen SILVIA, Y PASTORES *delante, cantando y bailando, y detras* AMALTEA Y CAZADORES: *Faeton y Batillo se retiran al paño, poniéndose delante de ellos Galatea.*

AMALTEA.

Pues ya que á vista llegamos
De Tétis, para que sea
Mas de Peleo el aplauso,
La música y baile vuelva.

MÚSICA.

El Príncipe nuestro
Es con su presencia
Lustre de los montes,
Honor de las selvas.
Venga norabuena.

SILVIA.

Norabuena venga;
Que hoy me tengo de hacer rajas,
Alegre, ufana y contenta,
Tanto por aquesto como
Porque Bato no parezca.
Gracias á Dios, que me veo
Sin él.

BATILLO.

¡Ah, pícara, espera!

FAETON.

¿Dónde vas?

BATILLO.

Solo á pegarla
Dos bofetadas siquiera,
Y vuelvo.

FAETON.

¿Eso habias de hacer?

BATILLO.

Pues los soldados ¿no pegan
A las Silvias?

FAETON.

No.

BATILLO.

¿Ni bailan?

FAETON.

Ménos.

BATILLO.

Pues ¿cuándo se huelgan?

MÚSICA.

Todos estos montes
Le dén la obediencia,
Y ciña de rosas
Su frente Amaltea.
Venga norabuena.

EPAFO.

Hasta que de tu hermosura,
Bello iman de mi deseo,
Fué mi ventura trofeo,
No conocí mi ventura;
Ahora sí que segura
Por tal la conozco, pues
El mas glorioso interes,
El honor mas soberano,
No fué adorno de mi mano
Hasta serlo de tus piés.
Bien que al verle en ellas, toco
Nuevas dudas con que lucho,
Pues para mi mano es mucho
Y para tus piés es poco.
Cuerdo el rendimiento, y loco
El alborozo es tambien,
Porque al crisol del desden,
De tanto sol celestial,
Lo que el uno diga mal,
El otro asegure bien.

TÉTIS.

Cuanto á la suma alegría
Que goceis de aplausos llena,
Recibid la enhorabuena.
Que es vuestra suerte la mia,
Toca á la cortesanía;
Pero en cuanto á que ella os dé
Presuncion de que se ve
A mi sol acrisolar,
Licencia me habeis de dar
De suplicaros se esté
En menor predicamento
Aun del que ella se tenia;
Que si era galantería
Desde el no merecimiento,
A quien da cierta licencia,
Puesta en salvo la eminencia
De soberana deidad,
Ya desde la autoridad
Corre riesgo la decencia..
Y así, puesto que al crisol
Del sol probais mi desden,
Sabed que ahora, no sé á quien
Diciendo estaba que al sol
No se mide el arrebol,
Y que tanto de su lumbre
Dista la alta pesadumbre
Como el valle; y siendo así
Que desde el valle os oí,
No os oiré desde la cumbre;
Que si en la desigualdad
Corrió libre la licencia,
Ya paró en la reverencia
Que debo á la majestad.

EPAFO.

Advertid...

TÉTIS.

Aquí os quedad,
No habeis de pasar de aquí.
(*Vase, y las ninfas.*)

EPAFO.

Si porque dichoso fuí
A ser vengo desdichado,
Cruel, no piadoso, el hado
Habrá sido para mí.

TODOS.

Hasta que al valle lleguemos,
La música y baile vuelva.

SILVIA.

Y hasta que parezca Bato;
Que hasta entónces todo es fiesta.

BATILLO.

¡Vive Dios!...

FAETON.

Detente, loco.

BATILLO.

¡Ni dar ni bailar! Paciencia.

MÚSICA.

El Príncipe nuestro
Es con su presencia...

EPAFO.

Callad, villanos, callad:
Cesen las músicas vuestras,
Pues que toda su alegría
Ha parado en mi tristeza.
Idos de aquí todos, idos:
Ni oiga, ni escuche, ni vea
Acento que no sea llanto,
Festejo que no sea exequia.

SILVIA.

Pues si esta letra le cansa,
¿Hay mas de mudar de letra?
Venga noramala,
Noramala venga.

EPAFO.

Idos, villanos, de aquí.
(*Vanse los pastores, y Silvia.*)

AMALTEA.

Pues ¿de qué te desesperas?

EPAFO.

De que el permitido agrado
Que mereció en la belleza
De Tétis tosco sayal,
La púrpura desmerezca;
Mas ¿cuándo amor y fortuna
Se dieron las manos?

AMALTEA.

Deja
La de tu dicha en las mias;
Que mi industria y tu asistencia
Han de vencer imposibles.

Sale ERÍDANO, *y arrodíllase.*

ERÍDANO.

Ya, señor, está dispuesta
Por el monte la batida,
Y es la hora; que las siestas
La fiera á una fuente baja.

EPAFO.

No me hableis desa manera,
Miéntras que no esté delante
Mi padre. Alzad de la tierra;
Que el respeto y el cariño
De haberlo sido no cesa
En mí. ¿Cómo no me ve
Erídano?

ERÍDANO.

La extrañeza
De su condicion...

EPAFO.

Mal hace
Con su Príncipe en tenerla.
Vé, y haz que la gente esté
Prevenida, mas no puesta;
Que no sé si iré hoy al monte.
(*Vase Erídano.*)

AMALTEA.

Mucho en dilatarlo aciertas,
Pues con eso tomas plazo
Para que con la deshecha
De la caza haya ocasion
De lograr tu amor.

EPAFO.

Tú alientas
Solamente mi esperanza.

AMALTEA.

Vame mas de lo que piensas.
(*Vanse Epafo, Amaltea y cazadores.*)

GALATEA.

¿Haslo oido? Despreciada
Una mujer, ¿qué no intenta?
Pero tambien de mí fia
La mejora de tus penas,
Que no he de ser del Sol hija,
O he de verte en las estrellas. (*Vase.*)

FAETON.

Ya que hemos quedado solos,
Vén por esta inculta senda,
Y ayúdame á discurrir.

BATILLO.

Eso muy en hora buena,
Y nadie mijor, porqué
Discurro como una bestia.

FAETON.

¿Qué será que habiendo yo
Nacido en tanta miseria,
Espíritu tan altivo
Tenga, que á adorar me atreva
Tan alta deidad?

BATILLO.

Será
Tener...

FAETON.

Dí.

BATILLO.

Poca vergüenza,
Que es lo que tienen los que
Cómo nacen no se acuerdan.

FAETON.

¿Qué será que habiendo visto
Príncipe á Epafo en tan nueva
Dignidad, no me persuada
A que mejor que él no sea?

BATILLO.

Será, pues cochillos y horcas
Exprican las prèminencias,
Querer que si á él fué el cochillo,
Que á ti la horca te venga.

FAETON.

Amaltea, ¿qué será
(Ninfa de las flores bella)
Que lo que un tiempo fué agravios,
Haya trocado en ofensas?

BATILLO.

Será que como los pobres
Todos son flores, sospecha
Que le has de gastar las suyas.

FAETON.

¿Qué será que Galatea
(De las fuentes ninfa hermosa)
Tan solo me favorezca?

BATILLO.

Será, como tus achaques
Son vaguídos de cabeza,
Haberte ordenado fuentes,
Y que son las suyas piensa.

FAETON.

¿Qué será, por mí empeñadas,
Que entrambas se desparezcan?

BATILLO.

Que algun tramoyero dios
Se andaba haciendo apariencias.—
Pero entre estas y entre estotras,
Que es como entre estotras y estas,
¿Dónde vamos, penetrando
Las mas intrincadas breñas?

FAETON.

A dar principio á una vida
Que toda ha de ser tragedias.
A buscar la fiera voy.

BATILLO.

¿La fi... qué, señor?

FAETON.

La fiera.

BATILLO.

Pues aquí el rocin-soldado
Tuerce al tornillo la vuelta.
Adios.

FAETON.

¿Dónde vas?

BATILLO.

A casa;
Que fiera, señor, por fiera,
Allá me tengo yo á Silvia.

FAETON.

Ya el volver será bajeza.

BATILLO.

Agrandarla y será altura.

FAETON.

Si mi espíritu se empeña
En buscar riesgos, ¿será
Bien que á patrias extranjeras
Pase, sin que de la mia
Primero el asombro venza?
Fuera desto, ¿será bien
Que Epafo ó Peleo se venga
Al monte donde yo habito,
A hacer suya la fineza
Para con Tétis? El cielo
Vive, que yo he de ponerla
Primero á sus piés.

BATILLO.

Yo no.
Y pues que tú has de ir por ella,
Tú has de buscarla y hallarla,
Tú has de lidiarla y vencerla
Y llevarla y presentarla,
¿Qué he de hacer yo?

FAETON.

Más que piensas.
Mira, un dia la seguí
Deste centro en la aspereza
Mas inculta; y por dejar
Ni bien viva ni bien muerta
A Tétis, no registré
Las entrañas de una cueva,
Adonde me pareció
Que se habia entrado. Las señas
Volví observando, y ahora
La voy buscando por ellas,
Con intento de que á tí
Puesto á la boca te vea,
Y cuando á despedazarte
Salga...

BATILLO.

¡Linda diligencia!

FAETON.

Yo, que estaré entre unas matas,
Que recatado me tengan,
De traves saldré á rendirla
O matarla.

BATILLO.

Esa es la cuenta
De los que desde un tablado
Socorren al que torea;
Que cuando llega el socorro,
Le ha dado el toro cien vueltas.
No, señor: vamos por otra
Traza; que aquesa no es buena.

FAETON.

¡Ay, si supieras, Batillo,
Lo que me importa vencella!

BATILLO.

¡Ay, si, el que no sea conmigo,
Lo que me importa supieras!

FAETON.

Porque sabrás que me dijo,
Huyendo de mí, que era
Yo su bien y su mal

BATILLO

Luego
¿La bestia habla?

FAETON.

Sí: no temas
Tanto; que habla y es humana.

BATILLO.

Pues ahora hay mas que tema;
Que humanas bestias que hablan,
Son, señor, las peores bestias.

FAETON.

No hagas en las ramas ruido,
Porque ya llegamos cerca
De las señas de la gruta.

BATILLO.

Malditas sean las señas,
Y el alma que no dijere...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Al monte, al valle, á la selva!

FAETON.

A mal tiempo la batida
A correr el monte empieza,
Pues al ruido no saldrá.

BATILLO.

¿Y es mal tiempo?

UNO. (*Dentro.*)

A la ribera.

OTRO. (*Dentro.*)

A la fuente.

OTROS. (*Dentro.*)

Hácia su márgen.

EPAFO. (*Dentro.*)

Corre, ántes que en la aspereza
Se pueda ocultar: seguidla,
Ya que os adelanta el verla.

TÉTIS. (*Dentro.*)

Ya que á las voces volví,
Antes que enfrascarse pueda
En la aspereza, atajadla.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al monte, al valle!

CLIMENE. (*Dentro.*)

¡Clemencia,
Cielos! doléos de una vida
De tantas desdichas llena.

FAETON.

De aquel risco á este ribazo
Acosada se despeña.

BATILLO.

Hace muy mal.

Baja CLIMENE *despeñada.*

CLIMENE.

¿Hasta cuándo,
¡Oh Apolo! contra tus fuerzas
Ha de haber ira en Diana,
Y no en Júpiter clemencia?

¿Hasta cuándo contra mí
De ambos la ojeriza opuesta
Ha de apurar á los astros
El resto de las violencias,
Tanto, que un poco de agua
Que da de balde la tierra
A todos, á mí no ménos
Que vida y alma me cuesta?
(*Queda desmayada, y llegan los dos á socorrerla.*)

FAETON.

¿Quién creyera que el asombro
En lástima se convierta?
Llega á socorrerla, Bato.

BATILLO.

¿Qué llama usted socorrerla?

FAETON.

Del hado enigma primera,
Pues entre el ser y no ser,
Para fiera, eres mujer,
Para mujer, eres fiera,
Cobra aliento, persuadida
Aquí, que en tan triste suerte,
Viviendo, te diera muerte,
Muriendo, te diera vida.
Alienta pues.
(*Vuelve en sí Climene.*)

CLIMENE.

¡Ay de mí!

FAETON.

Llega, Bato: ya volvió
En sí.

BATILLO.

Y aun por eso yo
Vuelvo en no, porque ella en sí.

CLIMENE.

¿Quién eres, oh tú, el primero
Que en toda mi vida vi
Tener lástima de mí?

FAETON.

Tu bien y tu mal, si infiero
De lo que ántes me dijiste,
Cifradas las dudas hoy.

CLIMENE.

¿Erídano?

FAETON.

Sí, yo soy,
Que á saber en qué consiste,
Vengo, tan alto secreto;
No como otros, como fiera
A matarte.

CLIMENE.

¡Oh quién pudiera
Revelarle, solo á efeto
De mejorar tu fortuna!
Pero ¡ay! que así aventurara
No ver del Sol la luz clara,
Que opuesta á la de la Luna,
Con el eclipse mayor
Amenaza el mundo el dia
Que de tu suerte y la mia
Se sepa: y pues el temor
Me obliga á vivir cual ves,
Y ves cuánto inconveniente
Es que me alcance esa gente,
Te suplico que me des
Paso á esa entreabierta roca,
De quien, como entre en su centro,
Un risco, que por de dentro
Es mordaza de su boca,
De que me hallen me asegura.
Y pues por lo ménos, ya
Sabes que en mi voz está
Tu desdicha ó tu ventura,
Bien á ampararme te mueves;
Y mas si en ansias como estas,
Aun es mas lo que me cuestas,
Si es mucho lo que me debes.

FAETON.

Aunque á una dama he ofrecido
Que te tengo de llevar
Por su víctima al altar
De las aras de Cupido;
El deseo de saber
Ese enigma, ó el deseo
De no sé qué que en tí veo,
Que me obliga á defender
Tu vida, el paso te da.
Véte pues; que ruido siento.

CLIMENE.

Déme sus alas el viento.

Al entrarse Climene, sale TÉTIS.

TÉTIS.

Ya contra mí no podrá,
Pues desatada del hielo
Que ántes me pudo embargar,
Llego á ocasion de acabar
Nuestro comenzado duelo.
Llega á embestirme.

CLIMENE.

¡Ay de mí!
(*Tropieza y cae.*)
Caí, por correr mas lijera.

TÉTIS.

Pues muere á mi mano.

FAETON.

Espera,
No la mates.

TÉTIS.

¿Contra mí
La defiendes?

FAETON.

No lo creas.

TÉTIS.

¿Cómo no, cuando lo advierto?

FAETON.

Como eres deidad, y es cierto
Que igual en tus obras seas.
Y pues no creiste que fuí
Quien á tí te libró della,
Tampoco crêrás que á ella
La libro ahora de tí.

TÉTIS.

Cuando eso fuese verdad,
Ya ¿qué crédito he de darte
En ocasion de vengarte?

FAETON.

No es venganza la piedad.

TÉTIS.

Aparta.

FAETON.

No has de matalla.

TÉTIS.

No haré; pero he de prendella.

FAETON.

Aun deso he de defendella.

TÉTIS.

¿Contra mí?

FAETON.

Empeñada se halla
Mi fe, y has de perdonarme
Temple tus sañas esquivas.

TÉTIS.

¿Es esta la fama que ibas
A ganar para obligarme?

FAETON.

Es ser infeliz.— De aquí (*Á Climene.*)
Huye.

TÉTIS.

¿A una fiera me igualas?

CLIMENE.

El viento me dé sus alas.

Va á huir por otro lado, y sale EPAFO *al encuentro.*

EPAFO.

Ya no podrá contra mí:
Y pues en mi mano has dado,
Ser quien de tí triunfe intente.

FAETON.

No has de matarla, detente.

EPAFO.

¡Tú contra mí tan osado
En defensa de una fiera!

TÉTIS.

¿Qué te admira, qué te ofende,
Si aun contra mí la defiende?

EPAFO.

Pues á nuestras manos muera.

FAETON.

No á eso os arrojeis...

CLIMENE.

¡Ay Dios!

FAETON.

Que quien la amparó hasta aquí
De cada uno de por sí,
La amparará de los dos.

TÉTIS.

¡Conmigo tanta osadía!

EPAFO.

¡Conmigo tanto descuello,
Que aun viéndolo, dudo crêllo!

FAETON.

¿Qué no hará la suerte mia?

TÉTIS.

Librarte de mí no hará.

EPAFO.

Ni de mí, ya una vez puesto
En....

Salen ADMETO, SOLDADOS Y PASTORES

ADMETO.

Llegad todos. ¿Qué es esto?

EPAFO.

Señor, ¡tú aquí!

ADMETO.

Cuando está
Tu persona tan despacio
Que es su centro este horizonte,
Y vuelto al amor del monte,
No te acuerdas del palacio,
¿Qué mucho que haya venido,
Cuidadoso de que fuera
Algun riesgo de la fiera
Quien te hubiera detenido
Tanto?

EPAFO.

No; solo, señor,
Causa aquesta fiera es,
Cuando postrada á tus piés
La miras por el valor
De Erídano, que este dia
Seguirla pudo y postrar.
(*Ap. á Faeton.* Esto es, villano, pagar
La deuda que te debia,
Cuando entre los dos se arguya
Que á deberte no quedé
Una accion que mia no fué,
Con otra que no fué tuya.)

FAETON. (*Ap.*)

¡Villano á mi Epafo! Cielos,
¿A qué mas llegar pudiera
Mi desdicha?

ADMETO.

Humana fiera,

Que con tantos desconsuelos
Toda esta patria has tenido,
¿Quién eres?

CLIMENE.

No sé quién soy.

ADMETO.

¿Cómo este monte hasta hoy
Bárbaramente has vivido?

CLIMENE.

No sé.

ADMETO.

¿Cuál la causa fué
Que á esto te pudo obligar?

CLIMENE.

No sé.

ADMETO.

¿Qué te forzó á dar
Tanto escándalo?

CLIMENE.

No sé.

ADMETO.

Pues si nada sabes, yo
Sé que á Diana ofrecí,
Cuando por seguirte á tí,
El caballo me arrastró,
Sacrificarte en su templo,
Como á diosa de las fieras,
No presumiendo que fueras
Humana; y aunque contemplo
Que fué error el ofrecer
Sin saber lo que ofrecia,
Ya fué voto, y este dia
Víctima suya has de ser.—
Retiradla.

CLIMENE. (*Ap.*)

En fin, ¡concluyo
Con vida tan inhumana,
Vuelta al templo de Diana,
A ser sacrificio suyo!

(*Llévanla los soldados.*)

ADMETO.

Tú ahora, puesto que has sido
Quien en el bruto trofeo
Dese horrible monstruo feo
La mayor parte has tenido,
Vé, Erídano, á prevenir
A tu padre, pues que fué
Su sacerdote, que esté
A las puertas para abrir
El templo, y que prevenida
Tenga el ara, acero y fuego.

FAETON. (*Ap.*)

Cielos, si os obliga el ruego
De la mas infeliz vida,
Doléos de mí, que he perdido
Hoy de Tétis la esperanza,
De Peleo la venganza,
Y del enigma el sentido (*Vase.*)

TÉTIS.

Aunque de Diana fuí
En otra ocasion opuesta,
No tengo de serlo en esta;
Que habiéndome hallado aquí,
Será justo acompañarte
Hasta hacer el sacrificio.

ADMETO.

Es de tu piedad indicio.
Y cuantos en esta parte
Libres de su horror os veis,
Instrumentos prevenid,
Y á vuestra usanza venid
Donde sus himnos canteis
A la diosa sobre el ara.

(*Vase, y los pastores.*)

TÉTIS.

¿Quién de Erídano creyera,
Que en defensa de una fiera
Contra mí se declarara? (*Vase.*)

EPAFO. (*Ap.*)

¿Quién creyera que podia
De Erídano el ciego error
Ser tercero de mi amor? (*Vase.*)

BATILLO.

¿Quién creyera que yo habia
De callar tan grande rato?
Mas cualquiera lo creyera,
Si por de dentro supiera
El miedo que gasta un Bato.
Desde que á la fiera vi,
Tan pasmado me quedé,
Que el aliento no cobré
Hasta que á ella la perdí.
Ahora bien, vamos á ver
Del sacrificio la fiesta.

Sale SILVIA.

SILVIA.

Seor soldado...

BATILLO. (*Ap.*)

Silvia es esta.
Que no me vea he de hacer,
Siempre de medio perfil.

SILVIA.

Ya sabe que en la mujer
El deseo de saber...

BATILLO.

Es una alhaja civil.

SILVIA.

Dícenme que aquí han pasado
Grandes cosas, y quijera
Que vusted me las dijera.

BATILLO.

Sí diré, á fe de soldado.
La fiera encontraron dos,
Que estaba en cierto pradillo
Merendándose un Batillo.

SILVIA.

Buenas nuevas te dé Dios.

BATILLO.

Cuando ya despedazado
Le tenia, de traves
Llegaron ambos.

SILVIA.

¿Y eso es
Verdad?

BATILLO.

A fe de soldado.
Acudió gente á sus voces,
Y hallándole hecho pedazos...

SILVIA.

De albricias doy mil abrazos.

BATILLO.

Y yo de hallazgo mil coces. (*Pégala.*)

SILVIA.

¿Que seas tan gran menguado,
Que el no conocerte yo
Pensaste?

BATILLO.

Por sí ó por no... (*Pégala.*)

SILVIA.

¡Aun das!

BATILLO.

Sí, á fe de soldado.

SILVIA.

Mira que te conocí,
Aunque en ese traje estabas.

BATILLO.

Y cuando sin mí bailabas,
Porque bailabas sin mí,
¿Conociasme?

SILVIA.

El enfado
Basta ya, Bato.

BATILLO.

No basta
Hasta que te muela.

SILVIA.

¿Hasta
Molerme?

BATILLO.

A fe de soldado.

SILVIA.

¿No hay quien me ampare? ¡Ay de mí!
(*Huye Silvia, y suena dentro música.*)

BATILLO.

Agradece á los acentos
Desos dulces instrumentos
El que no vaya tras tí,
Porque á ver voy en qué pára
La que nuestro asombro fué,
Ya que desde aquí se ve
Templo, sacerdote y ara. (*Vase.*)

—

Descúbrese el templo de Diana, y salen ADMETO, EPAFO, TÉTIS, GALATEA, AMALTEA, MÚSICA, Y OTROS, *y traen á* CLIMENE, *cubierto el rostro.*

EPAFO.

Al templo inmortal de la sacra Diana...

MÚSICA.

Al templo inmortal, etc.

EPAFO.

Hermosa y gentil...

MÚSICA.

Hermosa, etc.

EPAFO.

Moradores de aquestas riberas...

MÚSICA.

Moradores, etc.

EPAFO.

Venid, venid.

MÚSICA.

Venid, venid.

AMALTEA.

Como á diosa divina, Amaltea...

CORO 2.°

Como á diosa, etc.

AMALTEA.

De selvas y bosques...

CORO 2.°

De selvas y bosques...

AMALTEA.

A sus sienes ofrezca guirnaldas...

CORO 2.°

A sus sienes ofrezca, etc.

AMALTEA.

De rosas y flores.

CORO 2.°

De rosas y flores.

GALATEA.

Como á diosa de rios y fuentes...

CORO 1.°

Como á diosa, etc.

GALATEA.

Tambien Galatea...

CORO 1.°
Tambien Galatea...

GALATEA.
En despojos ofrezca á sus plantas...

CORO 1.°
En despojos ofrezca, etc.

GALATEA.
Cristales y perlas.

CORO 1.°
Cristales y perlas.

TÉTIS.
Hasta las ninfas del mar este dia...

CORO 3.°
Hasta las ninfas, etc.

TÉTIS.
Pisando su playa...

CORO 3.°
Pisando su playa, etc.

TÉTIS.
El coturno la argenten de nieve...

CORO 3.°
El coturno, etc.

TÉTIS.
Aljófar y nácar.

CORO 3.°
Aljófar y nácar.

ADMETO.
Al sacro voto de Admeto...

MÚSICA.
Al sacro voto de Admeto...

ADMETO.
Los que concurris...

MÚSICA.
Los que concurris...

ADMETO.
Ante la estatua os postrad de la diosa...

MÚSICA.
Ante la estatua, etc.

ADMETO.
Y todos decid...

MÚSICA.
Y todos decid...

TODOS.
Al templo inmortal de la sacra Diana,
Hermosa y gentil,
Moradores de aquestas riberas,
Venid, venid.

Salen FAETON *y* BATILLO.

FAETON. (*Ap.*)
Para todos es aplauso
Lo que es pena para mí;
Pero es forzoso, á pesar
De mis ansias, asistir.

ADMETO.
Sacerdote de Diana,
Yo en un peligro ofrecí
Sacrificar esta fiera
En sus altares; y aquí,
Para que cumplas el voto,
Te la entrego.

CLIMENE. (*Ap.*)
¡Ay infeliz!

ERÍDANO.
Yo en nombre suyo la acepto;
Mas no puedo recibir
Víctima, sin ver primero
Lo que recibo: y así,
Antes que la llegue al ara,
La tengo de descubrir.
(*Quítala el velo del rostro.*)
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
¿Es delirio, ó frenesí,
Fantasía, ó ilusion?
Racional fiera, en quien vi
De unas difuntas memorias
Las cenizas revivir,
¿Quién eres?

CLIMENE.
Quien piensas soy.

ERÍDANO.
Mira que pienso ¡ay de mí!
Imposibles.

CLIMENE.
No lo son.

ERÍDANO.
Luego eres...

CLIMENE.
Digo que sí;
Que no ménos imposibles
Facilita el hado en mí.

ERÍDANO.
¡Ay hija del alma mia!
Mejor diré, ¡ay infeliz
Fiera, una vez para todos,
Y dos veces para mí!

FAETON. (*Ap.*)
¿Hija dijo?

UNO.
¡Qué portento!

OTRO.
¡Qué admiracion!

ADMETO.
¿Cómo, di,
Ya que tan no imaginado
Caso á todos turba, así
Te huiste, si eras su hija?

TÉTIS.
¿Cómo, al verte perseguir,
No declarabas quién eras?

GALATEA.
¿Cómo del orbe vivir
Escándalo tolerabas?

AMALTEA.
¿Cómo destinada á vil
Asombro te reducias?

EPAFO.
¿Cómo callabas, en fin,
Dejándote dar la muerte?

BATILLO.
¿Cómo á merendarme á mí
Te atrevias?

TODOS.
¿Cómo ahora
Aun no respondes?

CLIMENE.
Oid.
De Erídano, sacerdote
De Diana, hija nací,
En sus claustros me crié,
Y en sus altares crecí
Una de sus ninfas, cuando
Por la escandalosa lid
De los cíclopes, á quien
Dió muerte (sin advertir
Que á Júpiter le forjaban,
Para vibrar y blandir,
La municion de los rayos),
Del celeste azul zafir
Desterrado estaba Apolo,
Bien lo pudieran decir
Esos ganados de Admeto,
En cuya guarda asistir
Le vió la escarcha de enero,
Y le halló el verdor de abril.
Vióme un dia en este templo...
No digo que yo á él le vi:
Débaos el que lo entendais
Del color... Mas ¡ay de mí!
¡En qué poco se embaraza
La vergüenza, siendo así
Que para mayor empeño
La he menester prevenir!
Y pues es fuerza que diga
Que al ver se siguió el sentir,
Al sentir el suspirar
Y al suspirar el gemir,
Al gemir el esperar
Y al esperar, inquirir
Medios, ¿á quién le faltaron
Tercero, noche y jardin?
Bien pensaréis que acabada
La licencia que pedí
A la vergüenza, estará
Con lo que he dicho hasta aquí;
Pues aun mas la he menester.
¡Oh si hubiera algun sutil
Ingenio inventado frase
Para decir sin decir!
Excusárame de que,
Volviéndose él á asistir
El imperio de las luces,
Hubo noche en que me vi
Obligada á que en los mimbres
De un canastillo sutil,
Bien como áspid del amor,
Entre uno y otro matiz,
Fiase del jardinero
De quien ántes me valí,
No sé qué reciente flor,
Por lo pálido alhelí,
Si por lo morado lirio
Y por lo tierno jazmin.
Súpolo Diana, y saliendo
A ese intrincado pais
A lidiar fieras, me dió
La investidura ¡ay de mí!
De su imperio, destinada,
No solo á ser desde allí
Fiera, mas fiera de fieras,
Pues me dejó en su confin,
Echando voz de que á manos
De una dellas perecí,
A la merced de su horror,
Sin que ni escapar ni huir
Pudiese, siendo de un duro
Tronco á que atada me vi,
A un lado, esposa la rama,
Y á otro, grillo la raíz.
Apolo, que tenia á un tiempo
Indignados contra sí
A Júpiter y á Diana,
O no me pudo asistir,
O no quiso, que sería
Lo mas cierto, si advertís
Cuánto vive el olvidar
Vecino del conseguir.
Solo el mágico Fiton
(Que ya sabeis que era allí
Su estancia) vino á mis voces,
Y albergándome en la vil
Bóveda suya, queriendo
Della otra aurora salir
A investigar mi fortuna,
Me dijo: «¡Triste de tí
El dia que dese centro
Salgas, Climene, á vivir
En oprobio de Diana,
Pues ese se irá tras tí
El cruel hado, que á su templo
Te ha de llevar á morir!
Y no es tu daño esto solo,
Sino el haber de decir
Por qué mueres: con que el hijo

Se sabrá; que aunque es así
Que le halló envuelto en las flores
Del cestillo y del pensil
En que le echó el jardinero,
Quien... (*Ap.* El nombre iba á decir,
Pero ahora es bien callarle,
Aunque él me le dijo á mí.)
Quien como su hijo le cria;
El dia que él sepa de sí
Y quién es, será del mundo
La ruina, el estrago, el fin,
Tanto que *Faeton* por nombre
Tendrá, que es como decir
Fuego ó *lumbre*, ó *llama* ó *rayo*.
Consideradme ahora á mí
Entre estos dos vaticinios:
El de Diana á quien temí,
Y el del hijo á quien guardé,
Obligándome á vivir
Racional humana fiera.
Mas ¡ay! que aunque pretendí,
Heredera de Fiton,
De su cueva no salir,
La hambre y la sed me obligaba:
Con que el verme discurrir
Con estas pieles (de quien
Me fué forzoso vestir)
El monte, dió á los pastores
Que temer y que sentir
Tanto, que hasta Admeto y Tétis
Se movieron contra mí.
¡Oh vulgo, qué no sabrás
Encarecer y mentir!
Y supuesto que ya el cielo
Cumplió en cuanto que al salir
Del monte, al templo me traigan
A dar á mi vida fin,
¿Qué espera el acero? Qué
La llama? Tiña en rubí
A esa pira, de mi cuello
El desatado carmin.
Conseguiré dos efectos:
Uno, que venganza di
A Diana; y otro, que
El horror que concebí,
Muriendo en mí este secreto,
No pueda saber de sí.

FAETON.

Ni uno ni otro efecto ya
Has de poder conseguir:
El de morir, porque yo
Te libraré de morir;
Y el de no decir quién es
De Apolo hijo, pues te oí
Que soy tu bien y tu mal,
Y que padeces por mí
Tanta deshecha fortuna;
A que se añade el decir
Amaltea por baldon
Que de unas flores nací,
En que Erídano me halló:
Y de uno y otro inferir
Debo, y todos lo debeis,
Que yo el hijo del Sol fuí.

ADMETO.

Este es loco: cuanto hay,
Se quiere á sí atribuir.

FAETON.

Ya sabido, habla mas claro.

CLIMENE.

(*Ap.* ¡Quién pudiera prevenir
Que lo que allá he dicho, hubiese
De ser consecuencia aquí?
Pero yo lo enmendaré.)
Lo que yo te dije...

FAETON.

Di.

CLIMENE.

Fué engañarte, por el miedo
De verme libre de tí.

AMALTEA.

Y lo que yo dije fué
Un acaso.

FAETON.

Ambas mentís.

ADMETO.

¿No digo yo bien que es loco?
Echadle luego de ahí.

TODOS. (*Echándole.*)

Vaya el loco, vaya el loco.

FAETON.

Loco ó no, he de presumir
Desde hoy de hijo del Sol. (*Vase.*)

GALATEA. (*Ap.*)

El afecto que hay en mí
Ayuda á su presuncion. (*Vase.*)

ADMETO.

Erídano, ya cumplí
El voto: ahí la dejo, ó viva
O no, no me toca á mí. (*Vase.*)

TÉTIS. (*Ap.*)

Ni á mí mas que llevar ¡cielos!
Que pensar y discurrir. (*Vase.*)

EPAFO. (*Ap.*)

Ni á mí mas que á todas luces
El sol que adoro seguir. (*Vase.*)

AMALTEA. (*Ap.*)

Ni á mí mas que el ilustrar
A uno, y á otro deslucir. (*Vase.*)

ERÍDANO.

A mí consultar la diosa
Lo que debo hacer de tí. (*Vase.*)

CLIMENE.

A mí llorar hasta que
Se duela el cielo de mí. (*Vase.*)

SILVIA.

¿Y á ti qué te toca, Bato?

BATILLO.

Pegar, ver, callar y oir.

JORNADA TERCERA.

Bosque.

Dentro voces de HOMBRES *á una parte, y de* MUJERES *á otra; y salen como que los arrojan, por una parte* FAETON, *y por otra* CLIMENE.

HOMBRES. (*Dentro.*)

Vaya el loco y no nos pare
En todo este valle, vaya.

MUJERES. (*Dentro.*)

Vaya fuera, en nuestro templo
No quede.

LOS DOS.

¡El cielo me valga!

FAETON.

¡Climene!...

CLIMENE.

¡Erídano!...

FAETON.

¿Qué
Ha sido eso?

CLIMENE.

Que aun no acaban
Conmigo mis penas. Y eso
¿Qué es?

FAETON.

Que ahora empiezan mis ansias.

CLIMENE.

En el templo me quedé
Esperando á ver qué manda
De mí hacer la diosa, cuando
En tanto que consultaba
Al oráculo mi padre,
Sus ninfas contra mí airadas,
Desdeñándose de mí,
Hasta este monte me arrastran.

FAETON.

Persuadida á que yo estoy
Loco con tema tan alta
Como ser hijo del Sol,
Tambien toda esa villana
Plebe, del valle y de sí
Me arroja; mas no me espanta
Tanto su error como el tuyo,
Pues das á un tiempo, tirana,
Causa á mí de que lo crea,
Y á ellos de no creêrlo causa.

CLIMENE.

¡Yo!

FAETON.

Sí, pues á mí me dices
Cifras que quién soy declaran,
Y las descifras á ellos
Con que de miedo me engañas.

CLIMENE.

¡Ay, Erídano, si hubiera
Quien entre los dos juzgara
Tu razon y mi razon!...

FAETON.

Sí habrá. Las náyades llama
Desas fuentes, que por hijas
Del Sol son interesadas,
Puesto que para no ser
O para ser mis hermanas,
Harán mas atento el juicio.

CLIMENE.

Dices bien.— ¡Ah de la clara
Música de los cristales,
Que el aire sulca!

CORO 1.º (*Dentro.*)

¿Quién llama?

CLIMENE.

Quien de vosotras desea
La sentencia de una instancia.

CORO 1.º (*Dentro.*)

Para árbitros no somos
Buenas, adelante pasa;
Que nunca á gusto responden
Cristales que desengañan.

FAETON.

Antes sí, pues quien os busca,
Es para que en todos haya
Un desengaño.

Sale GALATEA Y SU CORO.

GALATEA.

A esa voz
Responded.

CORO 1.º

¿Qué es lo que mandas?

GALATEA.

Habiéndote conocido,
De la cristalina estancia
Que en urnas de vidrio alberga
Mi deidad, fuerza es que salga.
¿Qué quieres?

FAETON.

Climene á mí
Me dijo en esa montaña
Enigmas (ya lo escuchaste
En el templo; mas no hagas
Molestia el que lo repita),
Que evidentemente claras,
Hijo del Sol me coronan;

Y cuando empeñado me halla
En entenderlas, las niega.

CLIMENE.

O fuéron ciertas ó falsas
Las que dije, sin pensar
Que nunca á exámen llegaran.
Si falsas, ¿no será error
Que ahora mi voz le añada
Otro segundo? Si ciertas,
¿No será rigor que ingrata
Le facilite el influjo
Del astro que le amenaza,
Pues el dia que se sepa
Ha de ser por su desgracia?

FAETON.

Para mí ya lo sé yo:
Y si saberlo yo basta
Al astro, ¿no será injuria
Vivir sujeto á sus sañas
Sin sus honores? ¿Quién dijo
Que porque al riesgo no vaya,
No venga él á mí?

CLIMENE.

No está
Solo en tí la cirgunstancia,
Sino en los demas.

FAETON.

¿Y no hay
Razon que los astros manda?

CLIMENE.

Cuando ceda á la razon
El furor de la amenaza,
¿Dejará de ser ya, en cuantos
Me vieron ayer negarla,
Sospechosa hoy la verdad?
Pues ¿qué enmienda el que deshaga
Hoy lo que hice ayer?

FAETON.

En fin,
En estas dudas nos hallas:
Con que en ti comprometidos,
Queremos que tú nos valgas
En callarlas ó en decirlas.

GALATEA.

Habiendo atendido á entrambas,
No me atrevo á si es mejor
El decirlas que el callarlas:
Y así, á mayor tribunal
Pasad. La hora en que descansa
De las tareas del dia
El Sol, dejando fiada
La rienda á Flegon y Etonte,
Se acerca ya: id á su alcázar;
Que á nadie le toca mas
El decidir vuestra causa.

FAETON.

Sí; mas para que á él subamos,
¿Quién nos ha de dar las alas?

GALATEA.

La ninfa del aire, Íris,
Debe sus visos al agua,
Pues reverberando en ella
El sol entre sombras pardas,
En bosquejos que la fingen,
Da al aire colores varias;
Y á mi ruego, no dudeis
Que volante nube traiga
Que á sus palacios os lleve.

CLIMENE.

Pues ¿qué esperas?

FAETON.

Pues ¿qué aguardas?

GALATEA.

Si á eso os atreveis, vosotros
Acompañadme á llamarla.—
¡Ah de la esfera del aire...

CORO 1.°

¡Ah de la esfera del aire...

GALATEA.

Bella república vaga...

CORO.

Bella república vaga...

GALATEA.

De cuyo imperio es la Íris...

CORO.

De cuyo imperio es la Íris...

GALATEA.

La embajatriz soberana!...

CORO.

La embajatriz soberana!...

GALATEA.

Decidla qué Galatea...

CORO.

Decidla que Galatea...

GALATEA.

La ruega que á su voz salga...

CORO.

La ruega que á su voz salga...

GALATEA.

Que necesita de que...

CORO.

Que necesita de que...

GALATEA.

Hoy sus favores la valgan.

CORO.

Hoy sus favores la valgan.

Baja un arco al modo del íris, y en el medio un globo hecho de nubes, y en cesando la música, se abre, y dentro estará la ninfa ÍRIS.

ÍRIS. (*Canta.*)

Ya á tu acento y de tu coro
A las dulces voces blandas,
Deudora que tus cristales
Al arco de paz le esmaltan,
Cuando á los reflejos suyos,
Desvaneciendo borrascas,
Alistado se ilumina
De verde, pajizo y nácar,
El aire ilustra, rompiendo
De su vagorosa estancia
La raridad que le ofusca
Entre mudas sombras pardas;
Y desplegando las hojas
De la nube que la guarda,
El tiempo que no se esparce
El rubí, oro y esmeralda;
A tu invocacion atenta,
Amanece sin el alba,
Pues á media tarde viene
A saber lo que la encargas.

GALATEA.

De Eridano y de Climene
Las tristes fortunas varias
En obligacion me han puesto
De que pretenda ampararlas.
Al sacro solio de Apolo,
Con no ménos noble causa
Que la ambicion de hijo suyo,
Íris, me importa que vayan.

ÍRIS. (*Canta.*)

Pues haz que de los vapores
Que tus cristales levantan,
Y meteoros al aire
En tupidas nubes cuajan,
Uno á la media region,
Donde yo llego, los traiga,
Hasta que de aquesta nube
Los puedan valer las alas;
Que yo de Apolo me ofrezco
A ponerlos en la sala,
Donde, hasta el afan del dia,
La noche el sueño le guarda.

(*Suben en dos pirámides los dos hasta la nube, y en igualándose con la Ninfa, suben los tres.*)

GALATEA.

Ya, hasta igualarse contigo,
En pirámides de plata,
A que el congelado humor
Les va sirviendo de basa,
Suben los dos.

CLIMENE.

No sin suma
Admiracion...

FAETON.

No sin rara
Suspension...

CLIMENE.

De tocar tanto
Pasmo...

FAETON.

Maravilla tanta.

ÍRIS. (*Canta.*)

Ya que de la esfera tuya
A pisar mi esfera pasan,
Y te ves obedecida,
En paz te queda.

(*Desaparecen.*)

GALATEA.

En paz vayas.
Y repitan unidos
Vientos y aguas...

TODA LA MÚSICA.

Y repitan, etc.

GALATEA.

Al compas que forman
Cristales y auras...

MÚSICA.

Al compas, etc.

GALATEA.

De unos y otros acentos
Las consonancias...

MÚSICA.

De unos y otros acentos, etc.

GALATEA.

Para hacer al palacio
Del Sol la salva.

MÚSICA.

Para hacer al palacio, etc.

TODOS.

Y repitan unidos, etc.

Desaparecen, vase Galatea y su coro, y salen TÉTIS Y DÓRIS, *como oyendo la música.*

TÉTIS.

«¿De unos y otros acentos
Las consonancias,
Para hacer al palacio
Del Sol la salva?»
Quédense todas: tú sola,
Bella Dóris, me acompaña;
Que desas sonoras voces,
Desa dulce consonancia,
No sé qué infieren mis dudas,
Y solicito apurarlas,
Por ver si es verdad un eco
Que suena dentro del alma.

DÓRIS.

De tus tristezas, señora,
Y del salir á esta playa

Mas continuo que solias,
Crecen las desconfianzas
De lo poco que mi amor
Ha merecido en tu gracia.
¿Qué tienes, dime, qué es esto?

TÉTIS.

Aunque no lo preguntaras,
Tú, Dóris, te lo dijera
Yo, porque al tropel de tantas
Confusiones, por vencido
Se da el silencio, y no basta
Que á él le sobre la razon,
Si á mi la razon me falta.
Eridano, ese pastor
Que á mi deidad soberana
En permitidos festejos
Atrevió las esperanzas,
Mereció que consiguiesen
No sé qué atencion sus ansias,
Que sin holgarme de oirlas,
No me pesó de escucharlas.
Dejo si él me socorrió
O no; dejo que empeñada
Con la que juzgamos fiera,
Osó contra mi ampararla;
Dejo tambien las noticias
De sus fortunas extrañas
Que el sacrificio impidieron,
Que es lo que todos alcanzan;
Y voy á lo que yo sola
Dudé, que es la circunstancia
Con que ¡ay infeliz! se dió
Por entendido que hablaban
Con él las señas de ser
Hijo del Sol: cuya causa
Confieso que es la que hoy
De mí y mi esfera me saca;
Pues siendo así que quedaron
Pendientes cosas tan varias,
Esta sola es el deseo
De saber en lo que pára:
Con que, habiendo oido esas voces
Que al palacio del Sol hablan,
Curiosa vengo á saber
De qué novedad se causan.
¿A quien lo preguntarémos,
Que nos responda?

SILVIA. (*Dentro.*)

¡Mal haya
Ambicion, diré mil veces,
Que á mas de lo que es se ensalza!

TÉTIS.

¿Qué voz es esta, que suena
A oráculo?

DÓRIS.

Una villana,
Riñendo con un soldado,
Del monte á esta parte pasa.
No del acaso hagas caso.

TÉTIS.

¿Cómo quieres no le haga,
Si al preguntar qué habrá nuevo,
A responder se adelanta?

BATILLO. (*Dentro.*)

Quien no sabe lo que pide,
¿Qué mucho, Silvia, que caiga
O tarde ó nunca en la cuenta?

TÉTIS.

Otra vez parece que habla
Con nosotras.

DÓRIS.

Para que
De aquese escrúpulo salgas,
Llamarlos tengo.— ¡Ah soldado!

Retírase Tétis, y salen SILVIA
Y BATILLO.

BATILLO.

Ese soy yo, por la gracia
De Marte.

DÓRIS.

¡Ah villana!

SILVIA.

Y yo esa,
De Mártes por la desgracia.

LOS DOS.

¿Qué nos quereis?

DÓRIS.

¿Qué pendencia
Es esa?

BATILLO.

Yo he de contarla.

SILVIA.

No sino yo.

BATILLO.

Como digo
De mi cuento...

SILVIA.

Bato, calla.—
Sabrá en Dios y enhorabuena
Que esta bestia...

BATILLO.

Ella es mi albarda.

SILVIA.

Palabra me dió de esposo,
Y por seguir temas raras
De Erídano, otro villano
Que da en que hijo del Sol nazca,
Se va y me deja: con que
A voces dije: «¡Mal haya
Ambicion que á un majadero
A mas de lo que es le ensalza!»

BATILLO.

Si la palabra la di,
Y la dejo la palabra,
¿Qué la debo? Con que yo
Dije al tenerla y cobrarla:
«Quien no sabe lo que pide,
Que nunca en la cuenta caiga.»

DÓRIS.

¿Ves cómo todo, señora,
Acaso ha sido?

TÉTIS.

¿Qué tardas
En preguntar qué hay de nuevo?

DÓRIS.

Y ese pastor ¿en qué pára?

SILVIA.

En que por loco le tengan,
Y en que arrojado le hayan
Del valle como á furioso.

DÓRIS.

¿Y Climene?

BATILLO.

En que Doña Ana,
Como allá probó la fuerza,
Volver al monte la manda.

DÓRIS.

¿Y qué voces eran estas
Que ahora hácia aquí sonaban?

SILVIA,

Ese es mucho pescudar.

BATILLO.

Algunas ninfas que cantan,
Porque cantan solamente.

. *Sale* EPAFO.

EPAFO.

Pastores destas montañas,
Decidme si á sus orillas
Ha salido hoy...— Pero nada
Quiero ya que me digais,
Pues todo cuanto esperaba
Saber, me han dicho estas flores,
Reverdeciendo á sus plantas.

TÉTIS. (*Ap.*)

¡Que hubo de verme!

EPAFO.

Divina
Tétis...

BATILLO.

¡Miren lo que traza
El diabro! ¿Acá estaba Tétis?

SILVIA.

Con justa razon te espantas,
Pues nadie tuvo hasta ahora
Las tetas á las espaldas.

EPAFO.

No porque ya de la fiera
Cesó la engañosa caza
Que tras ella nos traia,
Cesa el venir yo á buscarla;
Mas con una diferencia
Tan opuesta y tan contraria,
Como que ántes fué el anhelo
Tan solo una fiera humana,
Y hoy una divina fiera
Que tan ventajosa mata,
Cuanto hay de ser homicida
Del cuerpo, á serlo del alma.
En hora dichosa vine
A esta florida campaña,
Pues vine á ocasion de que
De tu huella á las estampas,
Estas arenas de oro,
La nieve las trueque á plata,
Igualándoles los precios
Con el precio de pisarlas.

SILVIA. (*Ap. á Batillo.*)

Más que principe Poleo.
Parece en la que derrama,
Principe juncia.

BATILLO.

¿Tu has vido
Lo que el principar ensalza?

TÉTIS.

Señor principe Peleo,
Afectos que desengañan,
Aunque les falte la dicha,
La estimacion no les falta.
Yo hago de vos la que debo;
Pero con la circunstancia
De lo que me debo á mí:
Y así os suplico se añadan
A finezas del amor
Las de la desconfianza.
A poder favoreceros,
Yo lo hiciera, interesada
En méritos tan ilustres
Con unas prendas tan altas;
Mas esto de los influjos,
Jurisdiccion reservada
Es á los astros, tan suya,
Que aun deidades no la mandan.
Desengaños tan corteses
Admitid, porque obligada
No este á usar de los groseros,
Si los corteses no bastan. (*Vase.*)

EPAFO.

Oye, espera.

SILVIA.

En vano es
El seguirla; que no alcanza

Planta que por tierra corre,
Deidad que vuela por agua.

EPAFO.

¡Infeliz de quien la adora...

BATILLO.

Pues ¿hay mas de no adorarla?

EPAFO.

Tan sin esperanza!

BATILLO.

¿Hay mas
De comprar una esperanza?

EPAFO.

Si hubiera feria de ella,
Bien, villano, aconsejabas
A mi desesperacion.

BATILLO.

¿Luego no la hay? Tome y vaya
Al terrero de palacio,
Verá cuán de lance la halla;
Que allí á cualquiera le sobra,
Porque ninguno la gasta.

EPAFO.

Calla, rústico, atrevido,
Villano. (*Dale.*)

BATILLO.

Calla, villana, (*Da á Silvia.*)
Rústica, atrevida.

SILVIA.

¡Date
Esotro, y de mí te enfadas!

BATILLO.

Cada uno da donde puede
En descargo de su alma.
Y pues ves que vienen dando,
¿Qué esperas? Da de puñadas
Tú a ese tronco que te sigue.

SILVIA.

Mas vale á tí.

BATILLO.

Si me alcanzas.
(*Vanse.*)

EPAFO.

Hermosas lucientes flores,
Que deste monte en la falda
La senda por donde huyó
Me estáis ostentando ufanas
Más por lo que la florece,
Que no por lo que la aja:
Decid á la deidad vuestra
Que Peleo es quien la llama;
Que á la voz de mis suspiros
Del florido albergue salga,
Donde á las tardes reposa
En la mullida fragrancía
De los cotos que guarnecen
Catres de oro y lechos de ámbar.

Sale AMALTEA.

AMALTEA.

Aunque es verdad que es la tarde
La mansion en que descansa
La vanidad de las flores
Adormecida hasta el alba;
No cuando iras las despiertan
Del cierzo que las abrasa,
Bien como el de tus suspiros,
Tras cuyos embates anda
Desvanecida su pompa,
Al ver cuán poco tus ansias
Favorece. ¿Qué me quieres?

EPAFO.

Ver si pudiese templarlas
Con decirlas; que así un mal
Que no se vence se aplaca.
Sabrás...

AMALTEA.

Ya lo sé: que Tétis
Cortesanamente ufana
(Que es lo mismo que dorarte
El puñal con que te mata),
Te despide; que á la mira,
Desde que supe que estabas
En el monte, te he seguido.
Y pues del ruego se cansa,
Entre á alcanzar la violencia
Lo que el mérito no alcanza.
Todas aquestas auroras
(Yo no sé lo que la traiga;
Mas sin saberlo, lo temo)
Sale tan sola á esta playa,
Que Dóris, valida suya,
No mas es quien la acompaña.
Vén con gente, que encubierta
Detras de unas verdes ramas
(Que yo haré crecer la noche
Y florecer la mañana,
En esas quiebras que hace
En los riscos la resaca
Del mar), el paso la impida,
Cuando huyendo de tí vaya
A guarecerse en las ondas:
Con que en la florida estancia
De una gruta, que cavó
Mi artificio en las entrañas
Del monte, sin que lo sepa
Nadie, podrás ocultarla.
Hurta esta deidad al mar,
Pluton de su centro, y...

EPAFO.

Basta,
No prosigas: y supuesto
Que acciones tan temerarias
Es lo de ménos decirlas,
Pues fué lo de mas pensarlas;
Hacer la deshecha quiero,
Al ver que la noche baja,
De que me vuelvo á la corte;
Y de secreto mañana
Vendré á este puesto con gente,
De quien con mas confianza
Pueda fiar el secreto.

AMALTEA.

Dices bien. Véte: ¿qué aguardas?

EPAFO.

Solo arrojarme á tus piés.

AMALTEA.

No hay que agradecerme nada,
(*Ap.* Y es verdad.) Véte.

EPAFO.

Ninguno
Esta accion acuse, hasta
Que sea tan desdichado,
Que adore sin esperanzas. (*Vase.*)

AMALTEA.

Y es verdad, digo otra vez,
Que no hay que agradecer nada
A quien por sí lo obra todo.
Y mas hoy con mayor causa,
Pues una música (¡qué ira!)
Que ántes escuché (¡qué rabia!)
A las flores (¡qué veneno!),
Saludando al sol (¡qué ansia!)
De parte (¡qué confusion!)
De la tarde (¡qué ignorancia!)
Me ha puesto en duda de ¿qué
Le dejan que hacer al alba?
Y mas cuando este tirano,
Que con vanidades tantas
Desperdició mis favores,
Aunque por loco le tratan
Todos, para mí no sé
Qué razon tiene en que haya
Su madre (si es que lo es)
Con equívocas palabras
Dichole ántes entre enigmas
Cosas, que él une y engarza
Con hallarle entre las flores:
Y así, ántes que a luz salga
El embrion destas sombras;
Por si con la gloria se halla
De hijo de Apolo, no pueda
Adelantar la esperanza
Para con Tétis, importa
Que procure adelantarla
Hoy yo para con Peleo:
Tanto es lo que me acobarda,
Lo que me aflige, me angustia,
Me asusta y me sobresalta
Aquel canto. Mas ¿qué mucho
Si aun ahora parece que anda
Sonándome en los oidos
Como susurro que guarda
Por algun rato el rumor?...
—O díganlo esas lejanas
Cláusulas, que van diciendo
En voces dos veces altas...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

Y repitan unidos
Vientos y aguas,
Al compas que forman
Cristales y auras,
De unos y otros acentos
Las consonancias,
Para hacer al palacio
Del Sol la salva. (*Vase.*)

—

Descúbrese el teatro de cielo, con la luna y algunas estrellas, y salen por lo alto en dos elevaciones CLIMENE *y* FAETON, *y en medio, en la parte superior, la ninfa* IRIS.

IRIS.

Ya á las puertas os dejo
Del palacio del sol. (*Vuela.*)

FAETON.

Bien el reflejo
Sin tu voz lo dijera,
Que en estrellas la noche reverbera.

CLIMENE.

Mejor la humana planta
Que grave estremeció fábrica tanta.

FAETON.

Ya en nítidos fulgores
Declarándose van los resplandores.
¡Qué comun alegría!

CLIMENE.

Son el primer crepúsculo del dia.
Ya de sus luces bellas
Se van obscureciendo las estrellas,
En cuya muchedumbre
Una lumbre se apaga de otra lumbre.
Ya con llama mas pura
Del alcázar se ve la arquitectura,
Y en su todo y su parte
Poder y estudio obrar tan sin miseria,
Que la materia sobresale al arte,
Y al arte sobresale la materia.

FAETON.

Bien la sería fatiga,
Ya del buril, ya del cincel lo diga,
Puesto que se halla en su menor esconce
Sólido al vidrio y familiar al bronce.

CLIMENE.

Ya habiendo de la luz rasgos primeros
Desvanecido estrellas y luceros,
Entre líneas descubre las perfetas
Imágenes de signos y planetas.

FAETON.

Y ya rasgando los cerúleos velos,

Coluros ilustrando y paralelos
En regio solio en que à dormir declina,
El sol hácia el zodíaco camina,
En cuya faja bella
La senda de la eclíptica es su huella.

CLIMENE.

¡Qué jóven se mantiene!
Pero ¿qué mucho si en su mano tiene
Del dia la continua monarquía,
Siendo para él toda la edad un dia?

FAETON.

Antes que del bizarro
Trono transcienda al pértigo del carro,
Como extrañando el peso que padece
Su gran mansion, que quiere hablar pa- [rece.

CLIMENE.

Será sin duda en métrica alegría; [nía.
Que aquí cuanto se escucha es armo-

—

Córrese en el foro la mutacion del palacio del Sol; y en un trono, á quien guarnecen las imágenes de los signos, se descubre APOLO, *y canta* LA MÚSICA.

MÚSICA.

Aves, pues llora la aurora,
Decidle al Sol que madrugue,
Porque con solo cendales de oro,
Es justo que llanto de perlas se enjugue.

APOLO. (*Canta.*)

¡Oh vosotros, á quien Íris
En alas del viento sube
Sobre piras de vapores
En pedestales de nubes!
¿Cómo os habeis atrevido,
Sin que ni el aire os asuste,
Sin que ni el fuego os asombre
Ni el esplendor os deslumbre,
A pisar, estremeciendo
Almenas y balaustres,
Destos dorados retretes
Los pavimentos azules?
¿Cómo os habeis atrevido,
Segunda vez lo pronuncie,
Deste reservado solio,
Que yo solo es bien que ocupe,
Tocar la línea, sin ver
Que su inmensa pesadumbre
Es el taller de los rayos
Y oficina de las luces?
Pero ya al reconoceros
Cese el enojo, y rehuse
Al sentimiento el amor.
¿Qué quereis?

LOS DOS.

Que nos escuches.

CLIMENE.

Sagrado dios de Delo...

FAETON.

Alma del mundo...

CLIMENE.

Corazon del cielo...

FAETON.

Vida de las humanas monarquías...

CLIMENE.

Arbitro de las noches y los dias...

FAETON.

Espíritu admirable...

CLIMENE.

De racional, sensible y vegetable...

FAETON.

Esplendor de esplendores...

CLIMENE.

Aliento de los frutos y las flores...

FAETON.

Anhélito süave...

CLIMENE.

Del bruto, de la fiera, el pez y el ave...

FAETON.

Padre comun del hombre... [bre!
¿Padre dije? ¡qué bien me sonó el nom-

CLIMENE.

Hoy á tus plantas derrotada viene
La fortuna de Eridano y Climene.

APOLO.

Antes que me digas mas,
No *Eridano* le pronuncies;
Faeton es su nombre, en muestra
Que el fuego al fuego produce.
Y si es vuestra pretension
Que por hijo le divulgue,
Ya lo está, pues lleva el nombre
Que es carácter de mi lumbre.
Y no haberlo dilatado
Hasta aquí, Climene, acuses;
Que á Júpiter y á Diana
Airados hasta ayer tuve,
Sin poderle declarar,
Porque uno ni otro no juzgue
Que blasonando el delito,
Segunda vez los injurie.
Pero ayer, viendo cuán fiero
El hado su influjo cumple,
A revocarle mis ansias
Tan rendidamente acuden,
Que la apelacion entrambos
Me admitieron: con que hoy pude,
Con su desenojo, hacer
Que hijo mio le intitule.
Con que batiendo otra vez
Iris las alas que pulen
Rosa y jazmin, con los dos
Los golfos del aire sulque;
Que me dan prisa las aves,
Diciéndome que madrugue...

ÉL Y MÚSICA.

Porque con solo cendales de oro,
Es justo que llanto de perlas se enjugue.

FAETON.

Aunque llevo en tus honores
Cuanto pretendido truje,
Climene ha dado ocasion
A que ser verdad se dude.

CLIMENE.

Dice bien; y si no lleva
Una seña que le ilustre,
Tan por loco como ántes
Has de ver que le presumen.

APOLO.

¿Qué seña quieres?

FAETON.

Si una
A que mi altivez me induce,
A que mi aliento me llama
Y mi soberbia me infunde,
Me otorgaras, ella fuera
Su desengaño y mi lustre.

APOLO.

Nada habrá que tú me pidas
Que otorgarte no procure,
En desagravio del tiempo
Que hizo el temor que te oculte.

FAETON.

Que lo cumplirás, permite
Que te pida que lo jures.

APOLO.

¿Qué importa jurarlo quien
Aun lo que no jura cumple?
Mas porque no te acobardes
En pedir, ni de mí dudes,
Por la gran laguna Estigia,
Juramento indisoluble
De los dioses, cumplir hoy
Juro cuanto tú pronuncies.

FAETON.

Pues déjame que su carro
Hoy rija, para que triunfe
Tan de todos de una vez,
Que todos de mí se alumbren.
Galatea, Amaltea y Tétis
Vean (puesto que traslucen
Las deidades, de tu alcázar
Las mas lejanas vislumbres)
Que hijo tuyo me acredita
Tu mismo esplendor, y suple
Tu persona la mia; puesto
Que como las tres lo anuncien,
Duda á los demas no queda
Para que desde hoy me encumbre
En las aras que por hijo
Tuyo merecidas tuve.

APOLO.

Mucho me pides, Faeton;
Que regir mi carro incluye
Mas dificultoso examen
Que tus pocos años sufren.
Tan precisa es mi carrera
Por la línea que la incluye,
Que desmandada, verás
Que mas abrasa que luce.
Si se elevara, encendiera
Esta celeste techumbre;
Y si declinara, hiciera
Que toda la tierra ahume.
Si á diestra ó siniestra se hacen,
Sin que a la rienda se ajusten
Los dos, Etonte y Flegon,
Caballos que le conducen,
Los signos desbarataran
En no usadas inquietudes,
Todo el órden de la tierra
Viviera contra costumbre,
Y al descender presumieras
Que todo el cielo se hunde.
Y así de mi juramento
El voto absuelve: no impugne
Que tú pidas lo que ignoras,
Y yo ignore lo que jure.

FAETON.

A mi espíritu valiente
No hay recelo que le turbe.
Ya pedí yo y tú juraste.

CLIMENE.

Y yo su intencion ayude.
Si es justo que en tu memoria
Aquella obligacion dure,
Con que por tu amor á riesgo
Vida, alma, sér y honor puse,
Rija tu carro Faeton.

FAETON.

Y sepa el mundo que hube...

CLIMENE.

Yo en tus ojos gracia.

FAETON.

Yo
En tu gracia honor y lustre.

CLIMENE.

No receles...

FAETON.

No recates...

CLIMENE.

No resistas...

FAETON.

No rehuses...

CLIMENE.

Cuando aclamando tu luz...

FAETON.

Te dan prisa á que madrugues...

LOS DOS Y MÚSICA.

Porque con solo cendales de oro
Es justo que llanto de perlas se enjugue.

APOLO.

Ya lo juré; y pues no puedo
Revocarlo, llega y sube,
Porque deste trono al carro
Pases, para que dél uses.

FAETON.

A él y á tus plantas me eleva
Mas la ambicion que la nube.

CLIMENE.

Y yo á la tierra desciendo,
Donde sus dichas promulgue.

APOLO. (*Ap.*)

Con temor voy de que tanto
Esplendor no le perturbe...

FAETON. (*Ap.*)

Con ansia voy de que vea
Todo el orbe que dél triunfe...

CLIMENE. (*Ap.*)

Con deseo voy de que
Por hijo del Sol le juzguen.

LOS TRES. (*Ap.*)

Cuando vean que por él,
Y no por el Sol se escuche...

ELLOS Y MÚSICA.

Aves, pues llora el Aurora,
Decidle al Sol que madrugue,
Porque con solo cendales de oro
Es justo que llanto de perlas se enjugue.

—

Desaparecen los tres, cúbrese la mutacion, y salen BATILLO Y SILVIA.

SILVIA.

En fin, ¿porfias en que
Has de irte á ser soldado?

BATILLO.

Si no basta lo rezado,
Cantado te lo diré.
(*Canta.*) *¡Ay que me vó, que me vó, que* [*me vó!*
Si te diere el aire en la cara,
Sospiros son que los envio yo.
Mira si es bien claro ó no;
Y adios; que ir á buscar quiero
A mi campintan.

SILVIA.

Primero
Tambien he de cantar yo... [*me quedo!*
(*Canta.*) *¡Ay que me quedo, me quedo,*
Si te diere un garrote en la espalda,
Palabras son que van dando y pidiendo.

BATILLO. (*Canta.*)

De palabras no hagas
Aprecio, boba,
Porque es de mercadantes
Cumplir parola.

SILVIA.

Llévame contigo;
Que mas me agrada
Gozar ser de soldado,
Que de soldada.

BATILLO.

En mi partida basta
Que llores, Silvia.

SILVIA.

Y que yo diga sobra,
¡Gentil partida!

BATILLO.

Y pues no hay remedio,
Los brazos, y adios.
¡Ay que me vó, que me vó, que me vó!

SILVIA.

Toma, y yo prosiga,
Pues no hay remedio,
¡Ay que me quedo, me quedo, me quedo!

BATILLO.

Si te diere el aire en la cara...

SILVIA.

Si te diere un garrote en la espalda...

BATILLO.

No dudes, no:
Sospiros son, que los envio yo.

SILVIA.

Ten tú por cierto,
Palabras son que van dando y pidiendo.

Salen AMALTEA, EPAFO *y algunos* HOMBRES, *con máscara.*

AMALTEA.

Aquellas recientes ramas
Que entre la ola y el escollo
Parece que á luz nacieron,
Y no fuéron sino aborto,
Es la celada en que habeis
De estar ocultos vosotros.
Tú en la quiebra dese risco
Tambien lo has de estar á esotro
Lado, miéntras la desbecha
Hago yo de que lo ignoro,
Con mi coro al Sol cantando.
Y cuidado con el tono,
Porque él te ha de dar aviso
Si Tétis saliere.

UNO.

En todo
Verás que te obedecemos.

EPAFO.

Y yo, que soy cauteloso
Áspid de amor hoy verás,
Pues en las flores me escondo.
(*Pasan los embozados por delante de Batillo y Silvia, y Epafo se esconde.*)

AMALTEA.

Y yo veré si impedir
De Erídano el amor, logro,
Y una vez perdida Tétis,
Mas que sea hijo de Apolo. (*Vase.*)

SILVIA.

¿Qué embozos son estos, Bato?

BATILLO.

Yo no entiendo bien de embozos;
Pero si un tonto me era,
He quedado hecho dos tontos.
Retirémonos de aquí,
No sea que dén con nosotros.

SILVIA.

¡Aun no acabamos con fieras,
Y ya empezamos con monstruos?

Al entrarse los dos, salen CLIMENE Y GALATEA.

BATILLO.

No muy acabado, Silvia,
Pues al decirlo me topo
Ella por ella con ella.

SILVIA.

No temas, pues es notorio
Que es mujer.

BATILLO.

Peor que peor;
Que mujer fiera es lo proprio
Que si se pusieran juntos
Un basilisco sobre otro.
(*Vanse.*)

GALATEA.

¿Qué me dices?

CLIMENE.

Lo que pasa.
Hoy jurado hijo de Apolo,
Le verás regir el dia.

GALATEA.

No fué en vano el amoroso
Afecto que le tuvimos
Las náyades, en fin, como
Hermanas suyas. ¡Oh si
Ya amaneciese á mis ojos!

TÉTIS. (*Dentro.*)

Pues ya las cumbres del monte
Rayándose van, á bordo
El risco llegad; que hoy quiero
Dejar por la playa el golfo.

CLIMENE.

No ménos para mí es,
Galatea, el alborozo
De que ántes que él salga Tétis
En el peñasco vistoso
Que ya otras veces la vimos.
Venga á estos verdes contornos,
Para que si fué testigo
De mis pasados enojos,
Lo sea de mis venturas.

—

Descúbrese el mar, y TÉTIS *en él,* DÓRIS *y algunas* NINFAS.

GALATEA.

Vén, y verás que convoco
Mis ninfas para que hoy
Hagan salva con mas gozo
Que nunca al Sol.
(*Vanse. Pasan Tétis, Dóris y las ninfas al tablado.*)

TÉTIS.

Por no hacer,
Dóris mia, sospechoso
El salir las dos á tierra
Solas tantas veces, tomo
Por partido el volver hoy
Con todo el primer adorno;
Si bien es de mi cuidado
Siempre el intento aquel proprio
De saber en qué paró
El suceso prodigioso
Del templo, y qué se habrá hecho
Erídano, que por loco
Echaron dél.

DÓRIS.

Quiera el cielo
Que Peleo, riguroso
Como otras veces, no sea
De nuestra venida estorbo.

TÉTIS.

Por eso, Dóris, salir
Hoy ántes que el Sol dispongo,
Pues no es hora de que él
Aquí esté ahora.

Sale AMALTEA *con su* CORO.

AMALTEA.

Pues ya noto
Que está Tétis en la playa,
Ya es hora que nuestro coro
Dé aviso á Peleo, y mas cuando
El Sol parece que pronto
Para salir, esperaba
A que ella saliese solo.

CORO 2.°

Bellos triunfos de Amaltea,
A quien inspira el Favonio,
Avisad á quien le aguarda
Que ya está el Sol con vosotros.

Sale EPAFO.

EPAFO. (*Ap. al paño.*)

«¡Bellos triunfos de Amaltea,
A quien inspira el Favonio,
Avisad á quien le aguarda
Que ya está el Sol con vosotros!»
Conmigo esta letra habla...
Y es verdad, si reconozco
Allí á Tétis. Pues ¿qué espero?

Salen á otro lado GALATEA *y su* CORO.

GALATEA.

Pues que sus hermanas somos,
Cantad; que á nadie mas toca
Saludar sus rayos rojos.

CORO 1.°

No á ver hoy el Sol corrais,
Cristales, tan presurosos;
Parad, tened, y veréis
Que parece uno, y es otro.

EPAFO. (*Ap.*)

«¡No á ver hoy al Sol corrais,
Cristales, tan presurosos;
Parad, tened y veréis
Que parece uno, y es otro!»
Que me detenga me avisan,
Pues dijo que con el coro
Me hablaría. Otro sin duda
Está al paso: atras me torno.

TÉTIS.

Pues que flores y cristales
Hacen salva con sonoros
Acentos al Sol, hagamos
Nosotras tambien lo proprio.

CORO 3.°

Marinas ninfas de Tétis,
Saludad al Sol hermoso,
Pues no ménos luz le deben
Que las campañas, los golfos.

AMALTEA.

(*Ap.* No me ha entendido, ó mis ecos
Ha confundido con otros.)
Volved á llamar; que allí
Galatea importa poco.

CORO 2.°

Bellos triunfos de Amaltea,
A quien inspira el Favonio,
Avisad á quien le aguarda
Que ya está el Sol con vosotros.

EPAFO. (*Ap.*)

«¡Avisad á quien le aguarda
Que ya está el Sol con vosotros!»
Ya vuelve á decir que llegue.

GALATEA.

No esté vuestro canto ocioso.

CORO 1.°

No á ver hoy el Sol corrais,
Cristales, tan presurosos;
Parad, tened, y veréis
Que parece uno, y es otro.

EPAFO (*Ap.*)

Pero otra vez que no salga,
Dice.

TÉTIS.

Repetid el tono.

CORO 3.°

Hermosas ninfas de Tétis
Saludad al Sol hermoso,
Pues no ménos luz le deben
Que las campañas, los golfos.

EPAFO. (*Ap.*)

No sé á lo que me resuelva,
Más que á suspenderme absorto.

Descúbrese en lo alto FAETON, *en el carro.*

FAETON.

Más en la gran majestad
De tanto esplendor heróico
El solio me desvanece,
Que no la altura del solio.
La seguridad lo diga
Con que etéreos campos corro,
Siendo en piélagos de plata
Luciente bajel de oro.
Cuando á los dos movimientos
Discurro el celeste globo,
Con el natural á giros
Y con el rápido á tornos,
¡Oh cuánto mundo descubro,
Más ostentándose hermoso
Con el desaliño á partes,
Que á partes con el adorno!
Las poblaciones lo digan
De los montes en contorno,
En quien campea no ménos
Lo pulido que lo bronco.
¡Qué bien parecen los mares,
De toda la tierra fosos,
Redutos siendo los rios
Y surtidas los arroyos!
¡Qué bien la visten las plantas,
En cuyo vulgo frondoso
Son las flores la nobleza
Y los villanos los troncos!
La variedad de los brutos
¡Qué bien la adorna, si noto
Cuán distintos unos vuelan,
Otros corren, nadan otros!
Tras de tanto inmenso objeto
(Perdóneme esta vez todo)
De Tesalia el horizonte,
Que ya descubierto doro,
De mis vanidades es
El mas valiente alborozo;
Que al fin no es dichoso quien
No es en su patria dichoso;
Y mas cuando en Tétis veo
Un sol que desde otro adoro,
A Galatea diviso
Y á Amaltea reconozco.
¿Cómo hiciera yo que en mí
Repararan, pues sus ojos,
Bien como deidades, pueden
Vencer luces? que no logro
Mis vanidades, si no
Me ven.

GALATEA.

Ya en el regio trono
Se deja ver.

TÉTIS.

Pues ya sale
El Sol...

AMALTEA.

Aunque escuche sordo,
Volved á cantar.

GALATEA.

No cese
La voz.

TÉTIS.

La vuestra tampoco.

CORO 1.°

Bellos triunfos, etc.

CORO 2.°

No al ver hoy, etc.

CORO 3.°

Marinas ninfas, etc.

EPAFO. (*Ap.*)

Babel de música es
El valle. Salir no oso,
Ni estarme oculto; que á un tiempo
Mucho escucho y nada oigo.

Sale CLIMENE.

CLIMENE.

Bello prodigio del mar,
De las flores bello asombro,
Del cristal portento bello,
Y bellos lustres de todo,
Volved los ojos al dia,
Que saluda tan sonoro
Vuestro canto, de las tres
Confundidos los tres coros;
Y veréis, pues podeis verlo,
Que ese plaustro luminoso
Del Sol conducido viene
Del que tuvisteis por loco.
Faeton, no Eridano ya,
Le trae, como hijo de Apolo:
Sed testigos de su honor,
Pues lo fuisteis de su oprobio.

FAETON.

O escuche ó no, ¡ah del mundo!
Repara en mí, y mira cómo,
Dueño de la luz del dia,
La sombra á la noche rompo.

TÉTIS Y SU CORO.

¡Qué maravilla tan rara!

AMALTEA Y SU CORO.

¡Qué nunca creido asombro!

GALATEA Y SU CORO.

¡Qué admiracion tan extraña!

EPAFO.

(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué es esto que oigo?
¿Eridano es ya Faeton?
Pues perdóneme el decoro;
Que si atendí enamorado,
No puedo atender celoso.)
¿Qué admiras, Tétis?

TÉTIS.

A un tiempo
De Faeton el triunfo heróico
Y el atrevimiento tuyo;
Pues no ménos ambicioso,
Si él se atreve al Sol, tú a mí.
Y pues que ya el no es el loco,
Sino quien el desengaño
Quiere escuchar como enojo,
¿Qué me quieres?

EPAFO.

Que me escuches.

TÉTIS.

Es en vano, pues que solo
Conseguirás que de ti
Huyendo me vuelva al golfo.

Al irse al mar, salen LOS EMBOZADOS *y cogen á Tétis.*

UNO.

Mal podrás, porque sabrémos
Tu paso impedir nosotros.

TÉTIS.

¿Qué traicion es esta?

EPAFO.

Es
Un desesperado arrojo

Que empezó el amor y acaban
Los celos.

TÉTIS

¡Cielos piadosos!
¡Traicion!

TODAS.

¡Qué horror!

EPAFO.

Vén conmigo.
Vea Faeton que me nombro,
Si el Sol él, yo su Proteo,
Pues su mejor luz le robo.

(Vanse y llevan á Tétis.)

FAETON.

¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!
Traidor Epafo, alevoso,
¡Robada á Tétis se lleva!

NINFAS Y TODOS.

Acudid, acudid todos.

Sale ADMETO, *por una parte; y* ERÍDANO, BATILLO Y SILVIA, *por otra.*

ADMETO.

Cada vez que al monte vuelvo
En busca de Peleo, topo
Una confusion.

ERÍDANO.

¿Aun no
Hemos, hado riguroso,
Acabado con mis penas?

LOS DOS.

¿Qué será aqueste alboroto?

SILVIA.

Sepamos qué es esto, Bato.

BATILLO.

Sepamos.

TÉTIS. *(Dentro.)*

¡Cielos! socorro!

LOS DOS.

¿Qué es esto?

TODOS.

Peleo robada
Lleva á Tétis.

ADMETO.

Presurosos
Le sigamos, no cometa
Delito tan grande.

AMALTEA. *(Ap.)*

Poco
Importa, si una vez yo
En mis albergues le escondo.

(Vanse Admeto, Erídano, Amaltea y las ninfas.)

SILVIA.

¿No vamos tras ellos, Bato?

BATILLO.

Si; mas vamos poco á poco.

(Vanse.)

FAETON.

¡Valedme, cielos! que es
De vuestros claustros desdoro
Que a ellos los celos se atrevan,
O perdonadme si rompo
De la carrera la línea,
Alterando el órden todo
Del dia; que he de seguirla,
O morir en su socorro.
—Mas ¿qué es esto? Los caballos
Desbocados y furiosos,
Viéndose abatir al suelo,
Soberbios extrañan otro
Nuevo camino... Y no ¡ay triste!
En esto resulta solo
El desman, sino en que ya
La cercanía del solio
De la ardiente luz de tantos
Desmandados rayos rojos
Montes y mares abrasa.

—

Descúbrese el teatro de fuego, que será de chozas y árboles abrasados.

TODOS. *(Dentro.)*

¡Clemencia, cielos piadosos!

UNOS. *(Dentro.)*

¡Piedad, Júpiter divino!

Salen EPAFO Y LOS EMBOZADOS *con* TÉTIS.

UN EMBOZADO.

¿Dónde vamos con el robo,
Si mas nos importa huir
De incendio tan riguroso?

TÉTIS.

De cuantas veces el agua
Vengó del fuego el destrozo,
El del agua hoy venga el fuego.

EPAFO.

Si es castigo, en tu socorro,
De mi atrevimiento, aplaca
La ira; que á tus piés me postro,
Y no ya para tu agravio,
Para tu amparo me expongo.

TÉTIS.

¡Hay estrago tan terrible!

FAETON.

¿Quién crêrá que en tanto asombro
Yo abrase al mundo y á mí?
Mas ¿qué mucho, si á mis ojos
A Tétis ¡ay infelice!
Llego á ver en brazos de otro?
Y así perdido lo mas,
Ni rienda que airado arrojo,
Ni curso que ciego pierdo,
Podrán hacer que sea estorbo
De no despeñarme al mar:
Y pues ardo yo, arda todo.

Salen BATILLO, SILVIA, AMALTEA, GALATEA, CLIMENE, ADMETO, ERÍDANO Y LOS DEMAS.

SILVIA.

¿Qué es esto, Bato?

BATILLO.

No es nada:
Que el cielo sobre nosotros
Se cae y no mas.

ADMETO Y ERÍDANO.

Los ejes
Del cielo caducan todos.

AMALTEA.

¡Júpiter, piedad! que hoy
De plantas, flores y troncos
El verde ornato perece.

GALATEA.

¡Piedad, Júpiter! que undoso
El cristal perece, secos
Los rios, fuentes y arroyos.

CLIMENE.

Que sería su desdicha
Cumplió el hado riguroso,
El saber Faeton quién era.

TODOS.

¡Clemencia, cielos piadosos!

(Cae Faeton despeñado, y cúbrese el carro.)

ERÍDANO.

Ya Júpiter aceptó
Vuestros lamentos piadoso,
Pues cortando con un rayo
El brio de su ambicioso
Espíritu, que abrasando
Iba el mundo, en el undoso
Eridano, que la cuna
Le dió, hoy le da el mauseolo.

EPAFO.

Si lo que te ofendí amante
Puedo restaurar esposo,
Sea el temor de sus iras,
De Júpiter desenojo.

TÉTIS.

Ya en tu poder y en tus brazos
Me ví: débame el decoro
Que con esto el desagravio
Del pásado agravio compro.

ADMETO.

Felice él y feliz yo.

AMALTEA. *(Ap.)*

Y yo, pues venganza logro.

CLIMENE.

Solo para mí no hay
Consuelo en mal tan penoso.

GALATEA.

Ni para nosotras, puesto
Que apénas hermanas somos
De Faeton, cuando obligadas
A lágrimas y sollozos
Quedamos.

TÉTIS.

Climene y todas
Las náyades al asombro
Inmóbiles han quedado.

ADMETO.

Y aun convertidas en troncos
De álamos blancos.

AMALTEA.

Serán
Desde hoy sus cortezas ojos,
Que las lágrimas destilen
Del ámbar.

BATILLO.

Con que los bobos
Lo crêrán, y los discretos
Sacarán cuán peligroso
Es desvanecerse, dando
Fin *Faeton, hijo de Apolo.*

LA SIBILA DEL ORIENTE[1].

PERSONAS.

SALOMON, *rey de Jerusalen.*
HIRAN, *rey de Tiro.*
CANDÁCES, *rey de Egipto.*
LIBIO, *rey de Palmira, indio.*
ELIUD, *criado de Salomon.*
SEMEY.
JOAB.
MANDINGA, *negro, gracioso.*
SABÁ, *reina de Etiopía.*
IRÍFILE, *negra.*
CASIMIRA, *negra.*
IRENE, *negra.*
UNA VISION.
HEBREOS.— NEGROS.
MÚSICOS.
CRIADOS.— SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La accion pasa en Jerusalen y extramuros, en el monte Líbano y en el reino de Sabá.

JORNADA PRIMERA.

Palacio de Salomon en Jerusalen.

ESCENA PRIMERA.

Suena MÚSICA, *córrese una cortina, y debajo de un dosel aparece* SALOMON, *durmiendo; y por lo alto, en una apariencia, sale* UNA VISION, *cubierto el rostro.*

SALOMON. (*Entre sueños.*)
Dios grande, inmenso Señor,
¡Vos á visitarme á mí!
¡Vos á vuestro esclavo haceis
Tan grandes favores?

LA VISION.
Sí.

SALOMON.
¿Qué me mandais?

LA VISION.
Salomon,
(Que es lo mismo que decir
Pacífico y manso), hijo
Del real profeta David,
Tú, cuyo imperio será
Quieto, apacible y feliz,
Quiero que me labres casa
En que morar y vivir:
Yo te he de asistir á ella.
Pide, y espera de mí
Mercedes; què yo concedo
Cuanto me quieras pedir.

SALOMON. (*Entre sueños.*)
Grande Dios de las batallas,
Pues hoy cargas sobre mí
Todo el peso de tu pueblo,
Porque mi humilde cerviz
No desmaye, dame ciencia
Con que me pueda regir.

LA VISION.
Justa fué tu peticion,
Yo la concedo: y así,
Ninguno será mas sabio
Antes ni despues de tí.
Aprovéchate de serlo,
Si eterno quieres vivir;
Porque saber para errar
No es saber, sino morir.
(*Cúbrese la apariencia, y despierta Salomon.*)

SALOMON.
Espera, sagrada nube,
Corre ese velo sutil:
Veré cara à cara al sol.
Pero no es tiempo ¡ay de mí!
De que á su deidad se corra
El velo, ni descubrir
Tesoros que el cielo guarda
Para siglo mas feliz.
(*Suena música dentro.*)
Pero ¿qué música es esta?
¿Ya no se ausentó de aquí
La Majestad que adoré,
La maravilla que vi,
Por quien quedé sabio y rico?

ESCENA II.

ELIUD. — SALOMON.

ELIUD.
Si vuestra Alteza salir
Quiere á un corredor, podrá
En él mirar y advertir
Su poder, viendo dos reyes
De quien es rey.

SALOMON.
¿Cómo así?

ELIUD.
Candáces é Hiran, señores
De Egipto y Tiro, de tí
Llamados, entran ahora
En Jerusalen; que al fin,
Aunque el egipcio no es
Vasallo, súbdito sí,
Y te obedece, viniendo
A tu presencia.

SALOMON.
Decid
Que solos entren los dos.

ELIUD.
Ya los dos vienen aquí.

ESCENA III.

Tocan cajas, y sale por una parte CANDÁCES, *de egipcio, y por la otra* HIRAN, *de tirio.* — DICHOS.

HIRAN.
Jóven invicto, en cuya augusta frente
Verde el laurel sin marchitarse viva...

CANDÁCES.
Grande hijo de David, á cuyo oriente
Ceda el laurel imperios á la oliva:
Tú cuyo nombre viva eternamente,
Tú cuyo imperio eternamente viva:
Salve, y reines, del orbe obedecido;
Salve, y triunfes del tiempo y del olvido.

HIRAN.
Miéntras Hiran, invicto rey de Tiro,
Habla, ¡te atreves, bárbaro jitano,
A interromper su voz! Mucho me admiro
De tu arrogancia y presuncion en vano.

CANDÁCES.
Candáces, rey de Egipto soy, y aspiro
A lugar mas supremo y soberano;
Y tú aquí no me igualas ni prefieres,
Pues yo soy rey donde vasallo eres.
Con libre imperio y absoluto estilo
Me aclamo rey desde las altas rocas,
Adonde tan callado nace el Nilo
Que apénas saben dél naciones pocas,
Hasta donde, ya hidra ó cocodrilo,
Le miran respirar por siete bocas
Con escándalo tal los horizontes,
Que ensordece los huecos de los montes.

HIRAN.
Cuando vasallo deste imperio sea
Tiro, mayor aplauso me previenes
Pues ya dices que en mí la suerte emplea
Aquesa dignidad que tú no tienes.
¿Quién no anhela á ser mas? Quién no desea
Adelantar sus glorias y sus bienes?
Pues no es pequeño triunfo, honor pequeño,
Llevarte de ventaja tan gran dueño.
¿Deja por eso mi sagrada esfera
De ser hiblea en galas y en primores,
Escuela donde va la primavera
A aprender los matices y colores
Que ha de sacar abril? Pues de manera
Se tejen los claveles y las flores,
Que si Egipto al oido causa enojos,
Tiro da admiraciones á los ojos.
Y así, con mayor causa solicito
Preferirte por dueño y por estado.

CANDÁCES.
Antes verás que á tu soberbia quito
Las alas, que tan altas han volado.

SALOMON.
Basta, no mas.

LOS DOS.
Señor...

SALOMON.
El rey de Egito
Hable.

HIRAN.
Como á extranjero me has tratado.

[1] Es una refundicion del auto sacramental titulado *El Arbol del mejor fruto.* Lo que hay aquí del auto, es de CALDERON; lo demas no lo parece.

SALOMON.

El tirio hará lo que le mande.

HIRAN. (*Ap.*)

Ciego
De enojo, soy volcan de nieve y fuego.

CANDÁCES.

Apénas supe que mi dicha suma
A tu servicio, gran señor, me llama,
Cuando rompiendo la rizada espuma
Del rubio mar que da á tu pueblo fama,
En un delfin que es pájaro sin pluma,
En una águila que es pez sin escama,
Monte de velas, huracan de pino,
Selva de jarcias, vecindad de lino,
Aré los campos de cristal y nieve,
Donde bebe en carámbanos la aurora
La blanca espuma que en aljófar llueve
Y el argentado humor que en perlas llora
El viento, á cuyo son las plantas mueve
Este del mar caballo, solo ahora
Torpe me pareció; mas bien hacia,
Anteviendo el honor á que venia.
Al fin, llegué, si puede vida humana
Los rayos penetrar de tanta esfera,
Donde la majestad mas soberana
En tu semblante luce y reverbera;
Y por ver cuánto adquiere, cuánto gana
Quien por premio el servirte solo espera,
En alas del deseo y del cuidado
Vengo obediente adonde me has llamado.

SALOMON.

Hable el de Tiro.

HIRAN.

A tu obediencia atento,
Apénas vi lo que tu carta encierra,
Cuando en veloz caballo, cuyo aliento
Jeroglífico ha sido de la guerra,
Sierpe del agua, exhalacion del viento,
Volcan del fuego, escollo de la tierra,
Caos animal, pues con tan nuevo modo,
No siendo nada desto, lo era todo,
Llegué en efecto, donde á mi deseo
El egipcio, señor, ha preferido
En tu gracia y amor, no en el empleo,
Aunque á besar tus plantas ha venido.
No digo que es esfera, ni lo creo,
Del sol tu solio; que desvanecido
A tanta luz, si al sol honrar quisiera,
Dosel de Salomon el suyo hiciera.

SALOMON.

Reyes de Egipto y de Tiro
Que á mis decretos venis
Obedientes y leales,
La causa que os trajo oid.
Hijo nací generoso
De Bersabé y de David,
Si heredero de sus glorias
No, de sus imperios sí.
Es mi nombre *Salomon*,
Que es lo mismo que decir
Pacífico: bien el cielo
Cumplió su palabra en mí;
Pues desde que el rey mi padre
Juntó al nacer y al morir
Oriente y ocaso, y yo
Sombra de su cuerpo fuí,
Se suspendieron las armas
En Palestina; y así,
No veis en Jerusalen
Vestido un arnes, ni ois
Los militares estruendos
De la caja y el clarin.
La oliva cede al laurel,
Habiendo sido hasta aquí
Escuela y leccion de Marte;
Pues desde que en juvenil
Edad esgrimió la honda
Contra el jayan filistin,
Hasta que en su senectud
Venció en una y otra lid
Al apóstata idumeo
Y al idólatra gentil,
No se desnudó las armas:
Por cuya causa (advertid)
No quiso nuestro gran Dios
De sus manos recibir
Casa y templo en que morar,
Altar y ara en que vivir.
Y así, dejando piadoso
Tan gran carga sobre mí,
Me manda en su testamento
Que yo piadoso y feliz
Labre al Arca del Señor
Templo, que pueda partir
Con el sol rayos y luces,
Pues él desde su cenit
No sabrá á quién debe el dia
El resplandor, porque así
Han de brillar en sus muros
Las puntas de oro y marfil,
Que de tanta Babilonia
Todo el cielo sea pensil.
Esta fábrica eminente,
Que no podrá competir
Antes ni despues el tiempo,
Fian los cielos de mí:
¡Ved si es cuidado que debo
Consultar y repartir
Con todos, y siendo Atlante
De tanto peso, advertid
Si es bien que busque á quien pueda
Ayudármele á sufrir!
Con este intento os llamé,
Con esta ocasion venis
A Jerusalen los dos,
Porque los dos conseguis
En mi amor y mi privanza
Mas lugar y honor, que mil
Reyes, que son mis vasallos:
Y así os pretendo advertir
Que para empezar el templo
Me faltan de prevenir
Dos provincias solamente.
Con mas atencion oid.
El Líbano, excelso monte,
En cuya verde cerviz
Descansa el cielo los ejes
Dese pabellon turquí,
Poblacion es donde tiene
Sus imperios el abril,
Porque sus árboles son
En el ameno jardin
Lechos de la primavera,
Pues cuando empieza á reir
El alba, y llorar la aurora,
Sus flores á medio abrir
Son las copas en quien bebe
El sol maná del cenit.
Deste pues sagrado Olimpo
Habemos de conducir
Leños á Jerusalen;
Y tú, Candáces, has de ir
A talarle, y á cortar
De las palmas de Efrain
Los troncos, sin que te quede
Por traer una raiz.
Tú, Hiran, sabe que al Oriente,
Donde de rosa y jazmin
Coronado nace el sol
En su cuna de zafir,
Hay una parte que llaman
India Oriental, hasta aquí
No descubierta de nadie,
Si conocida de mí.
Aquí pues has de llegar,
Y de mi parte decir
A Nicaula de Sabá,
Que es su docta emperatriz,
Que si mi amistad desea,
Y solicita de mí
Valerse, para mi templo
En estoraque y menjuí,
Cinamomo y calambuco,
Quiera dar y remitir
Cuantos árboles y peñas
Tiene su adusto país;
Para que pueda labrar
Con fábrica tan feliz,
Templo, altar, casa y sagrario
A la ley de Sinaí,
A la vara de la sierpe
Y al maná de Rafidin,
Del arca del Testamento
Del sagrado Adonaí,
Del inmenso Sabaot,
Del gran Jehová, que decir
Quiere, que es Dios de los dioses,
Por deidad, principio y fin.

CANDÁCES.

La respuesta, señor, sea
Obedecer y servir.
Iré al Líbano, y verás
Cuán dignamente de mí
Te fias: todo ese monte
A Sion ha de venir
En fragmentos, tan cabal,
Que se pueda presumir
Que en vez de traerle yo,
Él se ha venido hasta aquí. (*Vase.*)

HIRAN.

Donde el decir es hacer,
Vive de mas el decir.
No digo que iré á Sabá,
Ni que informaré de ti
A su Reina; solo digo
Que yo te voy á servir,
Que es el premio que deseo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SALOMON.

En paz ¡oh reyes! partid
Juntos los dos; que no sé
Qué grave espíritu en mí
Dice que habeis de traerme
El tesoro mas feliz
Que tenga Jerusalen,
Si en troncos puede venir;
Y la riqueza mayor
Que hoy está por descubrir
En la India, porque yo
Espero gloria sin fin
Del Líbano y de Sabá;
Y no es mucho, pues que oí
Que á la gran Jerusalen
La mayor le ha de venir
Por una mujer y un árbol
De la casa de David. (*Vase.*)

—

Monte en el reino de Sabá.

ESCENA V.

MÚSICA, *dentro; despues* LIBIO, *por un lado, y* MANDINGA, *por otro.*

MÚSICA.

La Sibila soberana
De la grande India oriental,
La emperatriz de Etiopia
Y la reina de Sabá,
Inspirada de un fervor
Que la asiste celestial,
Se ha retirado á saber
Secretos que revelar.

(*Salen Libio y Mandinga.*)

LIBIO.

(*Ap.* Misteriosa es la cancion.

Acercarme quiero mas
A informarme.) Dime, amigo...

MANDINGA.

¡Yo amigo! ¿De cuándo acá,
Si entre el branco y entre el neglo
Nunca hay cegura amistad?

LIBIO.

Dime...

MANDINGA.

¿Qué quiele que diga?

LIBIO.

¿Dónde desa suerte vas?

MANDINGA.

A eza monta.

LIBIO.

¿A qué efecto?

MANDINGA.

A efétulu de buzcal
Nueza Reya.

LIBIO.

¿Vuestra Reina?

MANDINGA.

Zi.

LIBIO.

Pues dime, ¿qué hace allá?

MANDINGA.

Zá allí retirara.

LIBIO.

¿A qué?

MANDINGA.

Muy pleguntonsica zá. (*Quiere irse.*)

LIBIO.

Detente.

MANDINGA.

No zá poziple;
Que la múzica ze va,
Y turos mis gurgonillos
Hacen mucha farta allá. (*Vase.*)

LIBIO.

¡Villano al fin! El lenguaje
Rústico claro lo da
A entender, porque los nobles
Hablan mas cortado y mas
Político.

ESCENA VI.

IRÍFILE. — LIBIO.

IRÍFILE. (*Ap.*)

¿Dónde, amor,
Guias mis pasos? Si ya
Eres dueño de la vida,
¿Qué mas pretendes, qué mas?
Dejé la música, y vuelvo
A aquesta parte á buscar
A Libio, que aquí le vi.
¡Oh qué fácil es de hallar
En quien despreciada vive
Un desaire ó un pesar!

LIBIO.

Dígasme, Irífile bella,
Que por este monte vas
A penetrar las entrañas
De su centro, ¿qué deidad
Vive en él? Qué oculto dios,
Sacrificio, ara y altar
Admite en rústico templo,
Que así buscándole vas?
Que despues que en Sabá vivo
Cautivo, con haber ya
Dos lustros del sol, no vi
Esta admiracion jamas.

IRÍFILE.

Gran Libio, rey de Palmira,
A cuya felicidad
Debió el tiempo mas trofeos
Que cuenta desdichas ya,
Escúchame atentamente;
Que aunque del cetro real
Y la corona depuesto
Hoy en nuestro reino estás,
Eres rey á quien respeto,
Porque al fin, la majestad
Por sí sola admiracion
Tiene, y no por el lugar.
Ese ejército festivo,
Que ceñido de arrayan,
De palma y laurel, al monte
Hoy se conduce, al compas
De sonoros instrumentos,
Cuya música turbar
Puede el aire, herir el cielo
Y pasmar el sol, sabrás
Que á su reina va buscando:
Que como la gran Sabá,
Emperatriz del Oriente,
Reina única y singular
De los imperios del sol,
Es una adusta deidad
Que con espíritu ardiente
De Dios, merece alcanzar
De sibila y profetisa
Nombre altivo é inmortal;
Cuando el divino fervor
Que la inflama y que la da
Aliento, en su pecho vive,
Es un ardiente volcan;
Y furiosa, del poblado
Huye, y á la soledad
Se retira, donde escribe
Versos, en que anuncios da
De los arcanos secretos
De un Dios; que aunque dicen que hay
Tantos de barro y madera,
De oro, de plata y metal,
Ella solo uno concede,
Con que niega los demas,
En oprobio y menosprecio
De Moloc y de Baal.
Deste pues Dios uno, suele
En varios bosquejos dar
Mil noticias, escribiendo
Ya en las arenas del mar
Con el dedo, ya en los troncos,
Siendo la pluma un puñal,
Y el papel esas cortezas
Heridas tal vez, y tal
Verdes hojas de laurel
Que esparce el viento á volar,
Con caractéres escritos,
Siendo en su velocidad
Aves con alma y sin vida.
Ahora preguntarás
¿Por qué escribe y habla así,
Pudiendo escribir y hablar
Descubiertamente? Y es
Porque el rato que le da
El furor y la ilumina
Una llama celestial,
Divinos misterios ve,
Y entónces quiere observar
Sus secretos; porque luego
Que pasa aquella deidad,
De cuanto vió y alcanzó
No vuelve á acordarse mas,
Y queda como asombrada.
Mas pues pudiste llegar
A tiempo de ver lo que hoy
Nos revela, como allá
Llegues conmigo, no dudes
Que altos secretos oirás.

LIBIO.

Admirado me has tenido,
Oyendo la novedad
De que me informas. Iré
Contigo hasta examinar
Las entrañas deste monte,
Cuya opaca amenidad
Los imperios de la luz
Niega al sol, pues no le da
Licencia para que un rayo
Pueda ver ni registrar
Los senos adonde oculta,
Avara de su beldad,
Tesoros la primavera
En jazmin, rosa y azár.
(*Vanse.*)

—

Otro punto del monte, con una gruta.

ESCENA VII.

LIBIO, IRÍFILE; *y despues*, CASIMIRA, IRENE, MANDINGA, NEGROS Y MÚSICOS.

IRÍFILE.

No pases deste puesto, ni hagas ruido:
No de los que aquí vienen seas sentido.
(*Salen Casimira, Irene, Mandinga y músicos.*)

CASIMIRA.

Cesen los instrumentos
De dar admiraciones á los vientos,
Y las sonoras voces
Que al sol llegaron dulces y veloces,
Suspendan su alegría,
Y suceda el silencio á la armonía.

MÚSICO 1.°

Ninguna planta errante
Malogre hermosa flor de aquí adelante,
Pues ya de aquí miramos,
Entre las verdes hojas de los ramos,
La cueva donde yace
El etiope sol que al mundo nace.

IRENE.

Aquí pues esperemos
Los divinos misterios que sabrémos.

LIBIO.

Admirado me tiene
La grande fe con que á buscarla viene
Su gente á esta espesura.

IRÍFILE.

Cuando veas en ella una locura
Tan cuerda y tan divina,
Que su mismo fervor la desatina,
Te admirarás de nuevo.

IRENE.

Mandinga, con la música me elevo.

MANDINGA.

Mucho en zalir ze talda.
¿No echa de vel la gente que la agualda?
Pero ¡ay Dioza! ¿qué es esto? no lo cleo.
Voto al zol, que es aquella que allí veo.

ESCENA VIII.

LA REINA DE SABÁ, *que sale con unas hojas en la mano.* — DICHOS.

IRÍFILE.

Atiende, que ya sale.

MANDINGA.

Ea, afuera.

LIBIO.

En su asombro mi vista considera
Otro mayor espanto.

CASIMIRA.

Tanto la priva, la enajena tanto
El fervor que la inspira,
Que ni oye ni ve, ni habla ni mira.

IRENE.

Suelto el cabello viene;

Que aunque etíope adusta, como tiene
Tal cuidado con ello,
Es un rayo del sol cada cabello.
Mal compuesto el vestido,
Sin atencion, sin alma y sin sentido,
Con ardiente despecho
Parece que se quiere abrir el pecho,
Porque en él no le cabe
El corazon.

MÚSICO 2.°

¡Qué admiracion tan grave!

SABÁ.

Espíritu divino
De un Dios que adoro solo, aunque Dios
Cuyo grave misterio [trino,
Los cortesanos dicen de tu imperio,
Cuando en sonoro canto
Una vez *Dios* te aclaman, y tres *santo*;
Dando á entender en estos
Versos un solo Dios y tres supuestos:
Tú, que mi pecho inflamas
Con dulce fuego de amorosas llamas,
A cuya mansa herida
El fénix soy; dilátame la vida,
Que solamente quiero
Hasta adorar el celestial madero,
El árbol soberano,
Ramo de paz cuando el linaje humano
Agonice abrasado, anhele ciego
En diluvio fatal de sangre y fuego.
Oid, oid, mortales;
Que sé de la salud de vuestros males.
Estas hojas, que el viento
Mueve sutil y desvanece atento,
Misterios comprehenden
Que se dejan mirar y no se entienden.
Estudiad pues en ellas;
Que letras son del cielo las estrellas,
Y del viento las hojas:
Aliviadas veréis vuestras congojas,
Borrados hallaréis vuestros delitos,
Si entendeis sus carácteres escritos
En aqueste cuaderno,
Corónica inmortal de un Dios eterno.

(*Esparce las hojas, llegan todos á cogerlas, y ella se desmaya.*)

LIBIO.

Desmayada ha quedado.

IRENE.

¿Quién vió al sol entre sombras eclip-

CASIMIRA. [sado?

Una estatua es de hielo.

MANDINGA.

De azabache dirás.

SABÁ.

¡Válgame el cielo!
¿Adónde estoy? ¡Qué miro!

LIBIO.

Segunda vez con ocasion me admiro.

SABÁ.

¡Yo aquí, tan descompuesto
El cabello y las ropas! Pues ¿qué es es-
¿Quién aquí me ha traido? [to?

LIBIO.

Vuelve á la luz primera tu sentido;
Que cuantos aquí estamos,
Los rayos de tus sombras adoramos.

SABÁ.

Huiré de que me vean
Desta suerte: los troncos solo sean
Testigos fieles hoy de mi fatiga;
Que aun de mi sombra huyera, [ra.
Si diferencia en mí y mi sombra hubie-
(*Vase.*)

ESCENA IX.

LIBIO, IRÍFILE, CASIMIRA, IRENE, MANDINGA, MÚSICOS.

LIBIO.

Oye, espera.

IRÍFILE.

Detente,
No la sigas; no ofendas neciamente
Su precepto sagrado.
Y pues solos sin ella hemos quedado,
Las hojas que cogimos repitamos,
Porque en ellas leamos
Lo que su voz enseña.

CASIMIRA.

Esta, virtud contiene no pequeña.

LIBIO.

Pues ¿cómo dice? que saberlo espero.

CASIMIRA. (*Lee.*)

«Y cuando el parasismo vea postre-

IRÍFILE. [ro...»

¡Problema no entendida!

MÚSICO 1.° (*Lee.*)

«Con dulce fruta en su sazon cogida...»

LIBIO.

Tampoco esa se entiende.
Más felice aquí habla á mis cuidados.
(*Lee.*) «Los dichosos serán los señala-

MÚSICO 2.° [dos.»

Yo lêr mi verso quiero.
(*Lee.*) «Un celestial, un singular made-
Nada hasta aquí se entiende. [ro...»

IRENE.

El mio ni se alcanza ni comprende,
En quien leo confusa y aturdida:
(*Lee.*) «Porque uno muerte dé y otro

MANDINGA. [dé vida.»

Yo tambien quielo agola
Mi velso lêl; pero leero ignola
Mandinga; y así piro
Que lo lea pol mí el mas entendiro.

IRENE.

Yo leértele quiero. [mero...»
(*Lee.*) «Antídoto ha de ser de aquel pri-

IRÍFILE.

Este amenaza alguna gran caida.
(*Lee.*) «La fábrica del orbe desasida...»

CASIMIRA.

Y deste quedaréis mas admirados.
(*Lee.*) «Con él, á juicio universal llama-

LIBIO. [dos.»

Nada hemos entendido.

ESCENA X.

SABÁ. — DICHOS.

SABÁ. (*Dentro.*)

Etíopes confusos, que el sentido
Ignorais desos versos soberanos,
A voces repetid los ecos vanos.

MANDINGA.

Si ha de sel, estodial mi velso quielo.
«Antiroto ha de sel de aquel plimelo.»

LIBIO. [dos,

Vaya á una voz, pues pueden desos mo-
No entendiéndose uno, lêrse todos.

MÚSICO 2.°

«Un singular, un celestial madero...»

MÚSICO 1.° [da...»

«Con dulce fruta en su sazon cogi-

MANDINGA.

«Antídoto ha de ser de aquel prime-

IRENE. [ro...»

«Porque uno muerte dé, y otro dé vi-

CASIMIRA. [da.»

«Y cuando el parasismo vea postre-

IRENE. [ro...»

«La fábrica del orbe desasida...»

CASIMIRA.

«Con él, á juicio universal llamados...»

LIBIO.

«Los dichosos serán los señalados.»

IRENE.

Alto sentido encierra.

LIBIO.

Paz publica al principio, y luego guerra
A todo el universo.

CASIMIRA.

Misterio da el enigma, verso á verso,
Anunciando un madero.

MANDINGA. [ro...»

«Antiroto ha de sel de aquel plime-
No he de olvidal rason yo tan divina,
Aunque tome dezde hoy la anacaldina.

IRENE.

Leño ha de ser divino.

LIBIO.

Si un árbol ha de ser tan peregrino,
¿Quién duda que esta tierra
Le tiene, pues encierra
Esos verdes trofeos
En los troncos y árboles sabeos?

CASIMIRA.

Bien es que le busquemos,
Pues en Sabá sin duda le tenemos
Entre tan bellos ramos.

LIBIO.

Vamos pues á buscarle, etíopes.

TODOS.

Vamos.

(*Suena un clarin, y espántanse.*)

LIBIO.

Mas ¡ay cielos! ¿qué voz es la que suena,
Que ni es ave del viento ni es sirena
Del mar?

IRENE.

Pierdo el sentido.

CASIMIRA.

Su música otra vez no hemos oido.

IRENE.

Con sonoros acentos [tos.
Vuelve á poblar de admiracion los vien-

UN MÚSICO.

¡Qué eco tan lijero!

MANDINGA.

«Antiroto ha de sel de aquel plimero.»

Sale en lo alto SABÁ.

SABÁ.

Moradores de Sabá,
Primera cuna del sol,
Donde su hermoso arrebol
Recibe la luz que da
A otros hombres, cuando va
Su dorado rosicler
A ser hoy el que era ayer,
Pues si en ondas de zafir
Nace allá para morir,
Muere aquí para nacer:
Huid la playa arenosa

Que ocupais, dejad la orilla
Del mar; que una maravilla
Estupenda y prodigiosa
Os viene á ver. Yo, furiosa
Con la mansa pesadumbre
De mi espíritu, la lumbre
Toque dese monte, que
Verde salamandra fué,
Sustentándose de lumbre.
Sobre su cima eminente
Medi todo el horizonte,
De la estatura del monte
A los campos de occidente;
Y como tan claramente
Agua y tierra presidia,
Por ver qué descubriria,
Vi en anchos campos del mar
El monstruo mas singular
Que vió el grande Autor del dia.
Ni es pez ni es bruto ni es ave,
Siendo ave, bruto y pez,
Porque en sus señas tal vez
Uno y otro nombre cabe.
Cuando nada altivo y grave
Por el reino de la espuma,
Es pez de grandeza suma;
Cuando en diáfanas salas
Vuela, batiendo las alas,
Es un pájaro de pluma;
Cuando brama, cuyo acento
Causa admiracion y espanto,
Es bruto; y así, entre tanto
Que discurre el pensamiento,
A su gran prodigio atento,
No sé qué nombre le dé,
Porque solamente sé,
Si no es pez, bruto ni ave,
Que sin duda alguna nave
De extranjero reino fué.

ESCENA XI.

HIRAN. — Dichos.

HIRAN. (*Dentro.*)

Ya estamos en tierra: ahora
Cada cual tome su senda
Y examine las noticias
Destos montes y estas sierras. (*Sale.*)

SABÁ.

Hombre, aborto de la espuma
Que esa marítima bestia
Sorbió sin duda en el mar
Para escupirte en la tierra,
No des mas paso, porqué
Cada paso mas te acercas
A morir, y vas pisando
En las tostadas arenas
Desos montes, las cenizas
De tu vida, cuando en ellas
Cadáver midas el suelo,
Herido de la violencia
De una flecha en forma de áspid,
O áspid en forma de flecha.

HIRAN.

Deidad destos altos montes,
En quien la naturaleza
Con estudio hizo un borron,
Porque examine y advierta
Que hay descuido en el acaso,
Y en el descuido belleza:
Si eres la sombra del sol,
Que en el oriente la deja,
Por no llevar sombra cuando
Luces pisa y rayos huella;
Si eres la diosa á quien dan
Estos montes y estas selvas
Estatuas de ébano y jaspe,
Porque en la tez se parezca;
Si eres tú misma, en efecto,
Porque no habrá mas que seas,
Siendo tú misma, tú misma;
No desdigas, no desmientas
Las vislumbres de divina
Con rigor y con soberbia;
Que emplear tirana en quien
Humilde tus plantas besa,
Las puntas desos arpones,
Será malograr sus fuerzas,
Pues no les da que vencer
Quien no les quita que venzan.
De paz navego estos mares,
Espejos en quien contempla
El sol su hermosura, cuando
Medio dormido despierta.
De paz estos montes piso,
Pirámides que sustentan
En sus espaldas los rumbos
De una esfera y otra esfera.
Y así, nobles y piadosos,
Decidme qué parte es esta
De la India, y dónde caen
Por estos mares y tierras
Las provincias de Sabá;
Que voy buscando á su reina,
En vez de darla temores,
Para rendirla obediencias.

MANDINGA.

Turo aquezo zá embeleco.
Mila, siola, no le cleas;
Que la gente branca zá
Mentiroza. ¡Para eya!
Exturunémule turo:
Haya grita, fizga é fezta.

SABÁ.

Ignorante peregrino,
Que vienes de lejas tierras,
Donde noticia del sol
Aun habrás tenido apénas,
Puesto que no la has tenido
Desa emperatriz, pues della
La fama informa primero,
Cuando generosa vuela
Del un polo al otro polo,
Llena de ojos y de lenguas;
Porque tan grave ignorancia
Otra vez no te suceda,
Quiero de Sabá informarte:
Escucha, porque lo sepas.
En los desiertos del Asia,
Primera cuna y primera
Estacion del sol, adonde
La luz su fatiga empieza,
Yace una fértil provincia,
A quien engastan y cercan
Dos mares; que ménos fosos
A los muros de sus peñas
No bastaran, si no es
Que contemplándose en ellas,
Son espejos de cristal
A mil Narcisos de yerba.
Tan jóven la luz del dia
Está aquí, y con tanta fuerza
Hiere, que en los moradores
Abrasa el color y quema:
De suerte que, adustos todos,
Cuando al sol están, no aciertan
Cuál es la sombra ó el cuerpo,
Que es todo una cosa mesma.
Deste pues lunar del orbe,
Si bien lunar con belleza,
Desta pues mancha con arte
Es emperatriz y reina
Sabá; que aunque no es su nombre
Sino Nicaula Maqueda,
Por sus imperios así
La suelen llamar, y ella
Lo permite, porque tanto
De sus imperios se precia.
No te quiero numerar
Su majestad y grandeza,
Su poder y su valor,
Aunque decirte pudiera
Que son sus montes de oro,
Puesto que en ellos se engendra
Tanto, oye, que si tal vez
Alguna mina revienta
De plata, dicen que ha sido
Un aborto de la tierra,
Y como mal parto suyo,
Ni le nombran ni le cuentan.
¿Qué leño no es una aroma?
Qué copa no es una hoguera?
Qué peña no es un brasero,
Holocausto de estas selvas?
¿Ves todo ese monte? Ves
Toda esa verde eminencia,
Embarazo de los vientos
Y de los rayos ofensa?
Pues es una ara no mas,
En cuya llama sabea
Salamandra el sol se abrasa,
Fénix el sol se renueva,
Pues aquí en dulces olores
Las doradas alas quema,
Haciéndose cada dia
El natal y las exequias;
Y así, cenizas del sol,
Arboles, plantas y yerbas,
Sangre, bálsamos y gomas,
Sepulcro, montes y peñas,
Todo olores le tributa,
Todo le rinde riquezas.
A Libio, rey de Palmira,
Venció en batalla sangrienta,
Y desposeído ya,
Preso le tiene en su tierra.
Y con ser tal el poder
De Sabá, tal la grandeza,
No son estas las mayores,
Porque las mayores que ella
Tiene, son la majestad
De su ingenio, de sus ciencias.
Libro con alma y con voz
Es, que doctamente enseña
Lo mas oculto que el tiempo
O dificulta ó reserva.
Mira si quien esto sabe,
Mira si quien esto reina,
Podrá ofenderse de que
Tú lo ignores, y no sepas
Que es poderosa, que es sabia,
Que es generosa, que es bella,
Y que lo preguntes cuando
Estás hablando con ella,
Y que ella misma te haya
De decir que es ella mesma.

HIRAN.

Saberse tu nombre ántes
Que tu persona se sepa,
Anticipando la fama,
Es lisonja y no es ofensa.
Mas si te ofendes de mí,
Como sabia y como reina,
Y como hermosa, no hagas
Hoy de una culpa tres quejas;
Pues á la de hermosa solo
No te sabré dar respuesta;
Porque en cuanto á rica y sabia,
No me admiro; que está hecha
El alma á tratar y ver
Mas majestad y mas ciencia.

SABÁ

¿En quién?

HIRAN.

En Salomon, rey
De cuanto el Eufrates riega
Hasta Filistin, y cuanto
Desde Egipto señorea
El Nilo hasta la otra parte
De Eufrates: cuantos en estas
Provincias los reyes son,
Vasallos suyos se cuentan.

Es señor de Palestina,
De Samaria y de Idumea,
Caldea, y de las Arabias
Feliz, Desierta y Petrea.
De las Indias del Ofir
Tres flotas al año llegan
Cargadas de plata y oro,
Metales, joyas y telas,
Tanto, que en Jerusalen
Hoy que hacer un templo intenta,
Para la fábrica hermosa
Están las calles cubiertas
De materiales, de suerte
Que se ve mas plata en ellas
Que piedras, con haber tantas,
Que de sola una pudiera,
Si se ahuecara, labrar
Una casa toda entera,
Sin que estuviera ajustada,
Sino toda de una pieza.
Cincuenta y seis mil caballos
De su servicio sustenta,
Y gasta al año en su casa
Cuatro millones de hanegas
De trigo.

MANDINGA.

¡Válgame Dioza,
Y quién aquí las tuviela!

HIRAN.

Y dejando á parte cuanto
Es majestad y grandeza,
Tiene las ciencias de cuantos
Sabios ha habido en la tierra
Y ha de haber, porque ninguno
De cuantos nazcan y mueran
Supo mas ni sabrá mas.

SABÁ.

Extrañas cosas me cuentas,
Y de escucharte, admirada
Te prometo que me dejas.

MANDINGA.

Y plegunto yo, siola:
¿Qué haráz cuando no lo clea
Esto yo?

SABÁ.

Haré castigarte
Por incrédulo; que es fuerza
Que aqui me diga verdad,
Y todo cuanto refiera
Hoy se ha de creer por fe.

MANDINGA.

Digo que so una glan bestia,
Y si habrare mas, la boca
Al colodliyo me vuelva.

HIRAN.

De parte deste gran rey
Te vengo á pedir audiencia;
Que ya te he dicho, señora,
Que un templo labrar intenta
Adonde viva su Dios,
Y su fabrica desea
Ilustrar con dones tuyos.
Mi embajada, al fin, es esta...
—Pero mas despacio quiero
Que en tu palacio lo sepas;
Que es trono rústico un monte
Para que informarte quiera
En él de tantos sucesos.

SABÁ.

Mi vida tambien espera
Informarse mas despacio
De las cosas que me cuentas.
Véte á palacio, y contigo,
Capitan, tus gentes vengan;
Que quiero hospedarlas todas.
Y cree que, si deseas
Llevar dones de Sabá
Para enriquecer tu tierra,
Que creo que has de llevarle
El mayor que se halla en ella,
Que es á mi, porque he de ver
Si es verdad que tu rey sea
El mas rico y el mas sabio
De los reyes de la tierra,
Pues lo será, si es que á mí
Me vence en poder y en ciencias,
Que soy *Sibila de Oriente*,
Que soy del Ocaso reina.

JORNADA SEGUNDA.

Monte Líbano.

ESCENA PRIMERA.

IRÍFILE, CASIMIRA, IRENE, LIBIO *y demas* NEGROS Y MÚSICOS; *y luego*, HIRAN Y SABÁ.

HIRAN.

Ese monte, coronado
De verdes copas, en quien
Hoy tantas gentes se ven,
Es el Líbano sagrado.
Cuarenta mil hombres son
Los que á talarle han venido,
De quien general ha sido
Candáces; y con razon,
Porque su cuidado es
De quien tal accion se fia.
Por el mar desde aquí envía
La palma, el cedro, el cipres
A Jerusalen; y así
Puebla de árboles el mar,
Que se deja imaginar
Que se ha arrancado de aquí
El monte, cuando á ver llega
Que su sagrado horizonte
Discurre á cargas el monte,
Y á pedazos le navega.
En sus faldas descansar
Puedes, en tanto, señora,
Que las sombras hacen hora
De volver á caminar;
Que ha sido largo el viaje,
Y no dudo que vendrás
Cansada.

SABÁ.

Pues que me das
Verde y florido hospedaje,
En la falda lisonjera
Descansaré deste prado,
Donde creo que ha fundado
Su corte la primavera,
Segun las flores que veo.

HIRAN.

Pues que ya tan cerca estás
De Jerusalen, verás
Allá cumplido el deseo;
Porque admiracion tan grave
Como darán sus despojos,
Cabe, señora, en los ojos,
Y en el concepto no cabe.
Ya prevenida tu entrada
En Jerusalen está,
Y yo he de llegar allá
Primero con tu embajada.

SABÁ.

Dejadme sola; que aquí
Esperar quiero que el sol
Temple su ardiente arrebol.

LIBIO.

Aquí hay un árbol, señora,
Que al sol los rayos defiende,
Cuya hermosura suspende,
Cuya beldad enamora.

HIRAN.

Derecho el tronco é igual
Hasta su remate, sube
A ser una verde nube,
Gigante piramidal.

LIBIO.

En fin, en sus resplandores
El muestra bien que por ley
De naturaleza, es rey
De las plantas y las flores.

IRÍFILE.

Y que su autor soberano,
Por favor particular,
Le quiso hacer y labrar
Todo de su propia mano,
Como quien dice: «Yo fuí
Quien hizo por varios modos
Los árboles para todos,
Y este solo para mí.»

MANDINGA.

En sus froriras alfomblas
Cansal podiás tú, pues son
Catro, lecho y paveyon,
Rozas, álboles y zomblas.

SABÁ.

Aquí pues descansaré.
Todos de aquí os retirad,
Y alguna cosa cantad.—
Tú no te vayas, porqué
Si algo se ofreciere, puedas
Avisar.

MANDINGA.

Aquí zaré.

(*Échase la Reina debajo del árbol, y vanse todos.*)

Turo se va; yo he queraro
Solo.

SABÁ.

Mandinga...

MANDINGA.

Siola...

SABÁ.

Diles que canten.

MANDINGA.

Ya agola
Lo ezturumento han templaro.

(*Cantan los músicos dentro, y duérmese Sabá.*)

CORO 1.° (*Dentro.*)

Un singular, un celestial madero...

CORO 2.° (*Dentro.*)

Con dulce fruta en su sazon cogida...

MANDINGA.

Antiroto ha de sel de aquel plimero...

IRENE. (*Dentro.*)

Porque uno muerte dé, y otro dé vida.

CASIMIRA. (*Dentro.*)

Y cuando el parasismo vea postrero ..

IRENE. (*Dentro.*)

La fábrica del orbe desasida...

CASIMIRA. (*Dentro.*).

Con él, á juicio universal llamados...

LIBIO. (*Dentro.*)

Los dichosos serán los señalados.

MANDINGA.

Paleze se za dolmiro
Al zon de lo ezturumento,
Y el zol, el agua y el viento
No ze atleven á hasel ruido,
Pol no dezpeltaya: yo
Tambien la quiero dejal,
Que ez pecaro dezpeltal
A quien de gana dulmió. (*Vase.*)

ESCENA II.

GENTE, *dentro; despues* JOAB. — SABÁ, *dormida*.

UNO. (*Dentro.*)

No le sigais mas.

OTRO. (*Dentro.*)

Al viento,
Disforme monstruo, te igualas:
No corres; vuelas sin alas.

(*Sale Joab vestido de pieles.*)

JOAB. (*Sin ver á los otros.*)

Flaco y cansado me siento;
Mas ¿qué mucho, si los daños
Que dan espantos y asombros
Huyendo llevo en mis hombros
Y el peso de tantos años?
En tu vientre, oh peña dura,
Vivo á sepultarme voy;
Que es bien, pues cadáver soy,
Que busque mi sepultura.

(*Va á entrar por una cueva, y despierta Sabá.*)

SABÁ. (*Ap.*)

¿Qué ruido es este? ¡Ay de mí!
¿Qué monstruo tan torpe y feo
Es el que presente veo?

JOAB. (*Ap.*)

No puedo pasar de aquí.
¡Qué extraña mujer!

SABÁ.

Deten,
Oh fiera, el paso veloz;
Y si no puede mi voz
Pararte, pueda el desden
Deste arpon, porque presumas
Que á él mis temores apelan,
Pues todos con plumas vuelan,
Y tú pararás con plumas.

JOAB.

Mujer prodigiosa, tanto
Que al contemplar tus despojos,
Los oidos y los ojos
Horror padecen y espanto,
Y en tan grave confusion,
Por saber, dentro en mí luchan,
Si á lo que miran ó escuchan
Le deben la admiracion:
No soy fiera, aunque me ves
Con tantas señas de fiera;
Hombre soy y ser quisiera
Vil trofeo de tus piés
Antes que desos arpones,
A no importarme ir huyendo
De quien me viene siguiendo.
Si palabras ó si acciones
De un hombre que es desdichado
Tu pecho han enternecido,
Paso á esa cueva te pido,
Adonde vivo enterrado.

SABÁ.

Pierde, hombre ó fiera, el temor:
Nadie te sigue, y aquí
Aunque te sigan, en mí
Tienes amparo y favor;
Que soy Sabá, emperatriz
De los montes del Oriente.

JOAB.

Aunque tu beldad lo intente,
No harás mi vida feliz.

SABÁ.

No temas, pues te asegura
Mi respeto y mi piedad.

JOAB.

No valdrá la inmunidad
De tu divina hermosura
A un delincuente, que hoy
Vive á muerte condenado.

SABÁ.

¿Quién eres?

JOAB.

Un desdichado,
Con que te he dicho quien soy.
Pero pues treguas nos da
La gente que me seguia,
Y amparas la suerte mia,
Escucha.

SABÁ.

Atenta estoy ya.

JOAB.

Hermosa mujer, en quien
La naturaleza puso
Competencias generosas
De lo blanco y de lo adusto,
Yo soy Joab infelice,
A cuyo valor, á cuyo
Esfuerzo las cuatro partes
De la fábrica del mundo
Temblaron, aunque ya solo
Soy un cadáver caduco,
Que al soplo ménos lijero
De cualquier viento me turbo.
Capitan fuí general
De los ejércitos sumos
De David: digan el Tigris,
El Eufrátes y el Danubio,
Si en sus hermosas riberas,
Que son de esmeraldas rumbos,
Tuvieron hartos laureles,
Para coronar mis triunfos.
Pero contemos desdichas;
Pues está mas puesto en uso
El introducir tragedias
Por los actos del disgusto.
Cuando Absalon, hijo hermoso
De David, bello trasumpto
De Adónis, pues fué su sangre
De su hermosura dibujo,
A un tiempo vasallo y hijo
Inobediente y perjuro,
Contra su padre y su rey
En armadas huestes puso
El imperio, siendo entónces
A tanto escándalo injusto
Los montes de Gelboé
Testigos sordos y mudos;
Con su rey y con su campo
Salí á estorbar el orgullo
Del ejército, que osado
La batalla nos dispuso
A la hora que ya el sol
Entre reflejos confusos
Iba, declinando rayos,
A ser huésped de Neptuno.
Frente á frente los dos campos
Se vieron en el nocturno
Silencio, si ya no fué
Que el sol se vistió de luto.
Hizo al alba de embestir
Señal un metal robusto,
Que es voz y aliento de Marte,
Y de los dos campos juntos
Brillando al sol los aceros
Y los grabados escudos,
Eran un Etna de fuego,
Eran un volcan de humo.
Tan sangrienta, tan cruel
Fué la lid, que el valle estuvo
Hecho de púrpura humana
Un pavimento cerúleo.
Declaróse la vitoria:
Decirte por quién rehuso,
Porque parece injusticia
Del cielo; aunque en sus influjos,
Cuando injusto nos parece,
Es justiciero, no injusto.
La gente pues de David
Rota y deshecha, se expuso
A la fuga, y el Rey mismo,
De sus afectos desnudo,
A espalda vuelta volvia
Contra su valor augusto.
Mas Semey, jóven valiente,
Que el calabozo profundo
De esa bóveda conmigo
Habita, ciego y sañudo
De ver á su rey huyendo,
Dijo á voces: «Del Dios sumo
De Israel maldito sea
Rey que á padecer nos trujo.»
Oyólo David, y dijo:
«Aunque de tu boca escucho
Mi maldicion, Semey, hoy
No has de pensar que procuro
Mi venganza: miéntras viva
Yo, tú vivirás seguro.»
Y volviendo á la batalla,
Tanto esfuerzo en ella puso,
Que barajó á la fortuna
La suerte, y victoria tuvo.
¿Viste exhalacion deshecha
Correr por azules rumbos,
Que deja un rastro de fuego
Por donde corre? Presumo
Que esto Absalon parecia
Desamparando á los suyos,
Cuando veo (¡qué prodigio!)
Que de los cabellos rubios
Pendiente á una encina queda,
Siendo en su desdicha á un punto
La misma encina y cabello
El suplicio y el verdugo.
De no matarle llevaba
Orden yo; pero ¿quién tuvo
Freno para la impaciencia
Y rienda para el impulso?
La accion, que violenta ya
Parada en el aire estuvo,
A pesar de mis afectos,
Sin saber cómo, ejecuto;
Y pasándole la espalda
Hasta el pecho el hierro agudo,
Siendo en la region del aire
Toda la esfera un sepulcro,
Fué una admiracion del cielo
Y espectáculo del mundo.
Los campos de Gelboé
Maldijo cuando lo supo
David: por cuya ocasion
Siempre secos, siempre mustios,
Ni les da el alba rocío,
Ni congela dulces frutos
De las flores del abril,
Ni las espigas de julio.
En mí quisiera vengarse;
Mas como siempre me tuvo
Tan grandes obligaciones,
Nunca á hacerlo se dispuso.
Vivido he; pero muriendo;
Y en el testamento suyo
Deja mandado que muera
Por tan riguroso insulto.
Huyendo de Salomon
La justicia, no procuro
Mi perdon, por saber cierto
Que es juez sabio, que es rey justo,
Y conmigo lo será
Mas, pues un tiempo que hubo
Bandos entre él y Adonias
Su hermano, sobre el augusto
Laurel que ciñó, ayudé
De Adonias los discursos.
Por todo pues vivo aquí
Ese calabozo obscuro
Con Semey, que es aquel
De la maldicion; y juntos
Los dos, por guardar las vidas
De las manos de un verdugo,

Lo somos nosotros mismos,
Viviendo como unos brutos.
De yerbas nos sustentamos,
Y estas cogemos á hurto
De la gente que este monte
Saquea de troncos, cuyo
Número excede á sus hojas.
Si pudo mi voz, si pudo
Obligarte mi desdicha,
Lo mas que de tí procuro
Es, que con Candáces puedas,
Rey de Egipto, que entre muchos
Arboles que van cautivos
Hoy á Jerusalen, uno
Reserve, que es este árbol,
Porque su tronco caduco
Prodigioso es: corte cuantos
El tiempo vistió de lustros.
Tradicion es verdadera
De los moradores rudos
Del Líbano, que este tronco
De Hebron á estos montes trujo
Jericó, de Noé nieto,
Que fué el que en herencia tuvo
Esta parte, cuando él
Partió entre los hijos suyos
La tierra, la vez segunda
Que volvió á nacer el mundo.

SABÁ.

Es tu historia prodigiosa:
Admiracion me ha debido:
Y supuesto que he venido
Donde sabia y poderosa
En pena tan rigurosa
Pueda valerte, lo haré.

JOAB.

Jamas piedad esperé.

SABÁ.

Venid juntos tú y tu amigo
á Jerusalen conmigo;
Que yo al Rey le pediré
Vuestras vidas la primera
Cosa que se llegue á hablar;
Que siento vuestro pesar
Como si mi pena fuera.

JOAB.

Semey...

ESCENA III.

SEMEY, *vestido de pieles.* — SABÁ, JOAB.

SEMEY.

¿Qué es lo que me quieres?

JOAB.

Darte de un suceso parte.

SEMEY.

Desde aquí pude escucharte,
Y así, informarme no esperes:
Y me ha pesado de que eres
Ciego y desagradecido
A tu bien. ¿Por qué no has sido
Alfombra á esos piés primero?

JOAB.

Porque yo, Semey, no espero
El perdon que me ha ofrecido
Esa mujer. Si yo á muerte
Estoy condenado ya,
¿Quién á romper bastará
Lazo tan duro y tan fuerte?

SEMEY.

Que podrá romperlo, advierte,
Una reina soberana,
Tan divina como humana,
Que en el Oriente nació
Hija del Sol.

JOAB.

Nunca yo
En esperanza tan vana
Mi vida aseguraré.

SEMEY.

¿No la asegura un madero?

JOAB.

Ya tampoco en él espero,
Pues que ha de cortarle sé
La gente que aquí se ve.

SABÁ.

Pues no estés desesperado,
Hombre á muerte condenado
Por decreto de un rey fuerte.
Si heredero de tu muerte
Vives pobre y desdichado,
Vida por mí has de tener,
Porque digan que ha rompido
El decreto establecido
Un árbol y una mujer:
Y mujer cuyo poder
Es de virtudes crisol,
Cuyo divino arrebol
Es hermoso y refulgente,
Porque es reina del Oriente,
Provincia hermosa del sol.

SEMEY.

La vida espero por tí,
Hermosa Sabá.

JOAB.

Yo no.

SEMEY.

¿Quién del bien desesperó?

JOAB.

Quien nació como nací,
No espere vivir.

SEMEY.

Yo sí.

JOAB.

Eres loco.

SEMEY.

Tú obstinado.

SABÁ.

Dios inmenso, Dios sagrado,
Que aquí mi espíritu enciendes,
¿Qué gran misterio pretendes
Revelar á mi cuidado?
Entre dos hombres que á muerte
Están condenados ya,
Un madero hermoso está
Que luces y rayos vierte.
¿Qué duda tan grave y fuerte
De aquí se puede inferir?
Uno espera que vivir
Puede, y otro desespera
De la vida: ¡quién pudiera
Los secretos descubrir
Qué me dicta el corazon!
Pero no puedo, no puedo;
Que muerta y vencida quedo
A manos de mi pasion.
¡Qué soberana vision
En vislumbres considero
Otra vez, de que un madero
Comun remedio sería
Del universo, y pedia
Al cielo, que lisonjero
Me le diese á conocer!
¡Quién el secreto pudiese
Penetrar, ó quién supiese
Cómo ha de venirse á ver
Nuestro remedio y placer!
Mas aunque el camino ignoro,
Como á sagrado te adoro:
Arbol de Dios debes ser.

ESCENA IV.

CANDÁCES, HEBREOS. — SABÁ, JOAB, SEMEY.

CANDÁCES.

Por esta parte, que el mar
Es espejo transparente
Del Líbano, y que sus flores
Narcisos se desvanecen,
Id cortando... Mas ¿qué miro?
El paso, pueblo, suspende
A ver un caso admirable,
Que á nuestros ojos se ofrece.
En lo intrincado del monte,
En una parte eminente,
Está un árbol, y á sus lados
Dos hombres, que mas parecen
Dos fieras, y una mujer
A sus piés lágrimas vierte.

UN HEBREO.

Con poca causa te admiras.
¿Qué prodigio hallas presente?
¡Una mujer y dos hombres
Te turban y te suspenden!
Ella sin duda será
Vecina de aqueste albergue,
Donde árboles adoran,
Porque dicen que aquí tienen
Un árbol que Jericó
Les dejó á sus descendientes.
Los hombres en ese traje
Será, que como mil gentes
En el Líbano trabajan,
Y de tantas partes vienen
Del mundo, quizá de alguna
Que se visten desa suerte,
Habrán venido.

CANDÁCES.

Bien dices:
A talar el monte vuelve.
Empieza por aquel árbol;
Que su copa y tronco debe
Ser preferido entre cuantos
A la fabrica excelente
Del templo navegan.

HEBREO.

Voy
A cortarle.

JOAB.

Gente viene.

SEMEY.

No temas, pues con la Reina
Estamos.

SABÁ.

Hebreo, detente.
No pongas la mano, no,
En el árbol que presente
Miras; que es árbol sagrado.
No le toques, no le llegues:
Maldito serás de Dios,
Si á profanarle te atreves;
Porque en ofender sus hojas
Hoy á todo el cielo ofendes;
Y si al golpe que levantas
Su tronco divino hieres,
Sangre verterán sus poros
Que te manche y ensangriente,
Cuya mancha no saldrá
De todos tus descendientes.

CANDÁCES.

Mujer, en traje y color,
En palabras y obras eres
Prodigiosa. ¿Qué amenazas
Son estas que nos previenes?
Si es sagrado este madero,
¿Adónde estar mejor puede
Que en la casa del Señor?
Pues por eso mismo debe

Cortarse y llevarse al templo.—
Corta pues, su tronco hiere.

HEBREO.

¿Cómo, si es árbol divino,
Al golpe no se defiende?
(*Dale golpes, y suenan truenos, relámpagos y tempestad.*)

CANDÁCES.

¿Qué es esto? El blanco rocío
Que en sus bellas hojas tiene,
Se vuelve en sangre.

SABÁ.

Y sus ramas
Caen rojas, siendo verdes.

CANDÁCES. (*Al Hebreo.*)

Hoy el cielo sobre tí
Diluvios de sangre llueve.
No le cortes, no le cortes.

HEBREO.

¿De qué te afliges? ¿Qué temes?
Algun pájaro, que herido
De agudo arpon hizo albergue
Desta copa, ensangrentó
Sus hojas, y ahora al verse
Sacudido, las despide.
Que brame el viento, que tiemble
La tierra, no son efectos
De un árbol, puesto que tiene
Causas la naturaleza
Que esos efectos engendren.
Deja, señor, que le corte.

CANDÁCES.

Yo no he de mandar que llegues
A ofenderle ni á cortarle:
Córtale tú, si quisieres,
Hebreo.

HEBREO.

Como gentil,
Que en el Nilo adorar sueles
Los cocodrilos por dioses,
Jitano, que en tanto tienes,
Piensas que es Dios este árbol.
Yo le cortaré.

CANDÁCES.

Arbol fuerte,
Los golpes son del hebreo,
No del gentil: él te ofende.

SABÁ.

¿No le ves, que con el alma
Vegetativa que tiene,
Al amago ha parecido
Que se encoge y se estremece?

CANDÁCES.

La tierra, al considerar
Que hijo tan hermoso pierde,
Quiere, abortando prodigios,
Abrir su preñado vientre.

HEBREO.

Ya su tronco mide el suelo.
(*Cae el árbol, y vuelven los terremotos.*)

SABÁ.

Y al inclinar su alta frente,
Delirios el mundo sueña,
Eclipses el sol padece.
(*Oscurécese el teatro.*)

CANDÁCES.

Arbol, que la vida y alma
Sangre llora y penas siente,
¿Qué árbol es?

HEBREO.

¿No ves que es palma?

SEMEY.

¿Que tanto el temor te ciegue,
Que llames palma á un cipres?

JOAB.

¡Aqueste es cipres! Tú eres
El ciego, pues al que es cedro
Llamas cipres.

HEBREO.

¿Cedro es este?

JOAB.

¿Pues no es cedro? Mira aquí
Si esto es cedro.

CANDÁCES.

Razon tienes.

HEBREO.

No es posible que no sea
Esto palma: ahora advierte
Si es palma en aquesta parte.

CANDÁCES.

Palma es.

SEMEY.

Se le parece;
Pero mira si es cipres.

CANDÁCES.

Cipres es: tres nombres tiene
De por sí; mas todos juntos
Es un ramo solamente.

SABÁ.

Hasta en eso hay mas misterio.
El cedro, que es árbol fuerte,
Es como el Padre divino,
Que engendra perpetuamente.
La palma, que dice amor,
Pues sin el amor no crece
Ni da fruto, semejante
Es al Espíritu ardiente
Que enciende en amor los pechos.
El cipres, que dice muerte,
Como el Hijo es, pues él solo
De las tres Personas muere.
Y así, cipres, cedro y palma
Declara, explica y contiene
En Padre, Espíritu y Hijo,
Unidad, amor y muerte.

CANDÁCES.

Funesto enigma del dia,
Tus razones no se entienden.

HEBREO.

Como es obscura la casa,
Así el alma, que es su huésped,
Tienes obscura tambien.

CANDÁCES.

Sin duda mágica eres,
Que habitas en estos montes,
Y así, digo que nos dejes.—
Alzad aqueste madero;
Que será bien que le lleve
A Salomon por prodigio;
Pues tambien la tierra tiene
Arboles monstruos, que dan
A una forma tres especies.
(*Vanse, llevando el árbol.*)

—

Plaza y atrio de un palacio de Jerusalen.

ESCENA V.

SALOMON.

Desde esta parte, donde
A la fábrica hermosa corresponde
El supremo palacio,
Alcázar de David, quiero despacio
Considerar ahora
La beldad que á los cielos enamora,
Que los vientos suspende,
Y á solo el sol con presuncion ofende,
Porque tantos reflejos
Se levantan á soles desde léjos,
Y hay cuestion y porfía
Sobre á cuál de los dos se debe el dia.
Jerusalen sagrada,
Ciudad de Dios, en Asia fabricada,
Tres montes te sustentan,
Que Atlantes de su cielo, nunca alientan,
Porque su gran fatiga,
A gemir mudamente les obliga,
Y á respirar tan quedo,
Que los ecos son voces de su miedo.
De aquestos pues tres montes
Que dividen al cielo en horizontes,
Moria, Sion, Calvario,
Hice eleccion y le juré de erario,
Archivo de su gloria,
A la cumbre feliz del monte Moria;
Porque dice en hebreo
Moria, especulacion; y así, bien creo
Que el templo comenzado
Sobre especulacion esté fundado
Con soberano indicio,
Pues la oracion, el ruego, el sacrificio
Siempre dan por efetos
Especular de Dios altos secretos.
Bien conforme la planta
Del mismo Dios, la fábrica levanta
La frente, y es coluna
De la cóncava esfera de la luna.
Las piedras ajustadas
Vienen desde los montes, y labradas
Las vigas, de manera
Que aunque errar el artífice quisiera,
No pudiera con arte
Que ninguna viniera en otra parte,
Sino solo en aquella
Para donde su artífice la sella:
Y así andan entre proprios y extranjeros
En ella novecientos mil obreros.
Su concordancia es mucha,
Pues una voz ni un golpe no se escucha.

ESCENA VI.

HIRAN. — SALOMON.

HIRAN.

Dame á besar tus plantas,
Si mi humildad merece dichas tantas.

SALOMON.

Hiran, dame los brazos,
Dignos sujetos de tan nobles lazos.
¿Cómo en Sabá te ha ido?
Que aunque cartas y avisos he tenido,
No será accion impropia
Saber á boca nuevas de Etiopia.

HIRAN.

Llegué á Sabá, señor, donde admirada
Nicaula, de Sabá reina sagrada,
Que competencias debe
Al alba, á la azucena y á la nieve,
De escuchar tus grandezas,
El honor de tus ciencias y riquezas,
Quiso venir á verte, y peregrina
Cortó del mar la esfera cristalina.
Dones que presentarte
Trae, y enigmas que ha de preguntarte;
Que en ciencia y poder quiere
Examinar si á tu deidad prefiere,
Porque es la negra estrella
Tan piadosa y sabia como bella;
Y aquesta tarde llega
Donde la luz de tanto sol la ciega.

SALOMON.

Ya sabido lo tengo,
Y grandes triunfos á su honor prevengo.

ESCENA VII.

CANDÁCES. — DICHOS.

CANDÁCES.

Ya el Líbano, ciudad de bellas flores,
Vulgo de plantas, plebe de colores,
Talé con varias gentes;
Mas entre tantos troncos diferentes
Que vienen, te encarezco
Uno, y este en mi nombre te le ofrezco,
Porque es árbol con alma
De un cedro, de un cipres y de una palma.
No le vió semejante
El sol desde su trono de diamante;
No le vió en sus entrañas
La tierra igual: sus hojas son extrañas,
Extraña su grandeza,
Su pompa extraña es y su belleza.
Al desasir los lazos,
Que en sus raices con caducos brazos
Tenia dados la tierra,
Ella y el viento nos hicieron guerra,
Aumentando portentos
Al despedirse dél los elementos.

SALOMON.

Los dos me habeis traido
Las dos cosas que mas he agradecido.
En un jardin aparte
Se ponga con estudio, ciencia y arte
Solo ese árbol, donde yo le vea,
Porque hermosura de mi templo sea;
Y Sabá aquesta tarde
Llegue á mi trono.

HIRAN.

Fuerza es que no aguarde,
Pues ya los instrumentos,
Que de apacible horror llenan los vientos,
Y el rumor nos avisa
Que la adusta sibila y profetisa
Del reino del Oriente
Llega á palacio...

SALOMON.

Generosamente
Mi pueblo la reciba.

ESCENA VIII.

GENTE, *dentro*. — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

¡La gran sibila del Oriente viva!

SALOMON.

Que es bien que honre á quien tiene
Tanto valor, que á visitarme viene
Desde la India; y quiero,
Miéntras que yo en mi altivo trono espero,
Que los dos en mi nombre
La recibais, para que mas se asombre
De que por solas leyes
Emprenden estos triunfos tales reyes.

HIRAN.

A obedecerte vamos.

CANDÁCES.

Muy justamente admiraciones damos
A mujer tan altiva.

(*Vanse Candáces é Hiran. Salomon sube á un trono puesto en el atrio.*)

GENTE. (*Dentro.*)

La gran sibila del Oriente viva.

ESCENA IX.

HEBREOS, MÚSICOS, NEGROS, JOAB, SEMEY; SABÁ, *en un carro*; CANDÁCES E HIRAN. — SALOMON, *en su trono.*

HIRAN.

Ya Salomon te espera,
Planeta siendo de tan alta esfera.

MÚSICA.

Morena soy, pero hermosa,
Hijas de Jerusalen,
Morena soy, pero hermosa:
Bien podeis venirme á ver.

SABÁ.

Príncipe soberano
Del gran pueblo escogido
De Dios, que en tí ha excedido
Las obras de su mano,
Pues eres peregrino
Un casi humano Dios, hombre divino...

SALOMON.

Deidad alta y suprema
De la zona abrasada,
Donde de luz bañada,
El sol las alas quema,
Y los rayos envia,
Hermosa noche, emperatriz del dia...

SABÁ.

Tú, que de Dios amado,
Eres tesoro vivo,
De su poder archivo,
De sus ciencias dechado,
Digno de que te nombres
El mas rico y mas sabio de los hombres...

SALOMON.

Tú, que el concepto obscuro
A descifrar te atreves,
Cuando el aliento bebes
Del Espíritu puro,
Voz, que de Dios avisa,
Sibila negra, hermosa profetisa..

SABÁ.

Salve, y puesta á tus plantas,
Eterna vida tengas.

SALOMON.

Salve, y felice vengas
A ensalzar dichas tantas,
Donde yo te reciba.
¡Viva Sabá! decid.

SABÁ.

¡Salomon viva!

(*Baja Salomon, y Sabá se apea.*)

SALOMON.

A tantos rayos, ciego
Dignamente he quedado;
Mas ¿qué mucho si osado
Mares sulco de fuego?
Que aunque negra, eres bella,
Y ya toda la noche es una estrella.

SABÁ.

La sombra con el dia
No ha de hacer competencia.
Haga tu luz ausencia
A mi tiniebla fria;
Que al mirarte me asombras,
Anegado tú en luces y yo en sombras.
(*Ap.* ¡Qué notable grandeza!)

SALOMON. (*Ap.*)

¡Qué divina hermosura!

SABÁ. (*Ap.*)

¡Qué majestad tan pura!

SALOMON. (*Ap.*)

¡Qué singular belleza!

SABÁ. (*Ap.*)

Absorta á cada paso
Grandezas miro.

SALOMON. (*Ap.*)

A su sol me abraso.

SABÁ.

A tus soberanas plantas,
A tu sagrado dosel,
Gran Salomon, hijo heróico
Del Profeta, sabio Rey:
A tu solio sin segundo
Llega una humilde mujer
Que en la India del Oriente,
Que mancha del mundo es,
Nació reina, sabia, rica,
Y nació hermosa; si bien
La cólera allí del sol
La pudo turbar la tez.
Llamada de las noticias
De tu ciencia y tu poder,
Vine á verte y á escucharte:
Digno precio á tanta fe.
Si he hallado gracia en tus ojos,
Halle piedades tambien,
Pues hoy es dia, señor,
De hacer á todos merced.
Prometí que pediria,
Cuando te llegase á ver,
Las vidas de dos que hoy
Por un decreto cruel
A muerte están condenados,
Que son Joab y Semey.
Si á visitarte no mas,
Sabio y poderoso Rey,
Tantas tierras discurrí,
Tantos mares navegué,
A entender da que eres sabio,
Perdonando injurias, pues
Saber saber perdonar
Dice tu Dios que es saber.

SALOMON.

Sabá, justicia y piedad
En igual línea se ven;
Que son virtudes las dos
Que no pueden exceder
Una de otra, como efectos
Participados de quien
Ni puede ser mas ni ménos,
Y siempre vive en un sér.
Sabio es el rey que castiga,
Y poderoso es el rey
Que venga agravios de Dios,
Ministro de su poder,
Sin que deje la justicia
Ofendida, por hacer
Lisonjas á la piedad,
Si virtud tambien lo es.
Pero para que lo admires
Todo junto, escuchamé.
Ni he de hacer lo que me pides,
Ni lo he de dejar de hacer;
Ni tengo de ser piadoso,
Ni justiciero he de ser.
Uno doy á la justicia
Y otro á la piedad, porqué
Ninguna virtud en mí
Pueda quejarse despues.
Escoge el que ha de vivir,
Y mira que escojas bien,
Porque aun en eso, Sabá,
Sinrazones no he de hacer.

SABÁ.

Para haber de juzgar yo,
Informarme he menester
Mas despacio.

SALOMON.

Pues los dos
Estén presos; que tambien
No es esta ocasion de juicios.
Prosiga el triunfo; que en él
Quiero acompañarte yo;
Y vea Jerusalen
Dos planetas en un carro,
Dos reyes en un dosel,
Dos soles en una esfera,
Dos triunfos en un laurel.

JORNADA TERCERA.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

IRÍFILE, IRENE, CASIMIRA, CRIADOS.

IRÍFILE.
Notables grandezas son
Las del rey de los hebreos.

CASIMIRA.
Dignamente las celebra
La fama.

IRÍFILE.
No en vano fuéron
Las noticias á Sabá
De sus celebrados hechos.

IRENE.
Y no en vano nuestra reina
Vino á verle.

CASIMIRA.
Ya te entiendo
La malicia.

IRENE.
Tú te engañas,
Si presumes que es mi intento
Mas que hablar de los aplausos
De su poder y su ingenio.

CASIMIRA.
¿Y no te acuerdas de amor?

IRÍFILE.
Ni me olvido ni me acuerdo;
Mas si por él lo entendiste,
Poco importa cuando vemos
Tan manifiestas las causas,
Hacer juicio en los efectos.

IRENE.
En fin, ¿se rindió al amor
Un rey tan docto y supremo?

IRÍFILE.
Un rey tan supremo y docto
Se rindió, Irene, por serlo;
Porque no puede ninguno
Amar sin entendimiento.

CASIMIRA.
Grandes las fiestas han sido
Que Jerusalen ha hecho.

IRÍFILE.
Y no ha sido la menor
La de hoy, pues en aquestos
Jardines la ha festejado
Con músicas y con versos.

CASIMIRA.
Y para sobrecomida
Quedan los dos arguyendo,
Y él responde á cuantas dudas
Nuestra emperatriz le ha puesto.

ESCENA II.

MANDINGA. — DICHOS.

MANDINGA.
¡Vive Dioza, que una nima
He esturiaro, y que teneme
De cogé á ezte Zalomon!
Que ez tan zabiondo, con eyo,
Puez no ha de dal en el chizte,
Pol maz que zepa.

IRENE.
¿Qué es eso,
Mandinga?

MANDINGA.
Acá que no ez nara.
Hoy quien mas zabe velémo.

ESCENA III.

SABÁ, SALOMON, HIRAM. — DICHOS.

SALOMON.
En la hermosa primavera
Destos jardines amenos,
Que hacen verdes pabellones
De las palmas y los cedros,
Podrás, hermosa Sabá,
Sombra del mayor lucero,
Con tus etíopes sabios
Proseguir los argumentos.

SABÁ.
Generoso dueño mio,
Para mis ojos mas bello
Que este monte que es coluna
Dórica del firmamento,
Mas agradable á mi vista
Que esos árboles compuestos
De fruta y flor, mas süave
Que las luces y bosquejos
De sus sombras, en la siesta
Que hiere al sol mas severo;
Aunque de tus ciencias ya
Bastante experiencia tengo,
Por divertirte no mas
Hacer academia quiero
Este jardin, noble envidia
De los pensiles sabéos.
Diviértante pues mis damas.
Cada cual vaya poniendo
Una duda, y tú responde.

MANDINGA.
¿Damaz dijio? Puz empiezo,
Y plopongo aquezta nima.
Eztéme uzanzed atento
A lo nima que plopongo.

IRENE.
Aparta, loco.

MANDINGA.
No quielo;
Que á mí ¿quién me quita sel
Dama hoy, pues lo palecemos
Turos? que mueltas las luces,
Turos los gatos son neglos.

IRENE.
¿Podrá el monarca mayor,
Con poder ó con ingenio,
Criar, señor, una rosa?

SALOMON.
No; que el clavel mas pequeño
Del pincel de Dios es rasgo,
Y no hay poder en el suelo
Que criar una flor pueda,
Porque este nombre supremo
De criar, es de Criador,
No de criatura.

IRENE.
Yo puedo
Haber una flor criado.

SALOMON.
No es posible.

IRENE.
Yo lo pruebo.
¿Qué es mas la flor mas hermosa,
Que una burla, engaño y juego
Que hace la naturaleza
A los ojos, pues es cierto
Que no tiene mas beldad,
Mas vida ni mas aliento
Que aquella que le dispensa
La mano, el aire ó el fuego,
Como pavesa del prado?
Luego si yo hacer hoy puedo
Una flor que engañe al sol,
Al hombre, al agua y al viento,
Diré que una flor crié.
Hable mejor el efecto.
Unas deste cuadro son
Mi estudio y otras del tiempo.
Di cuál es cierta ó fingida.

SALOMON.
Tú con natural aseo
Podrás haberla imitado;
No podrás haberla hecho.

SABÁ.
Tambien la naturaleza
Se imita, y por flor tenemos
La que se parece á otra.
Di: ¿cuál es cierta?

SALOMON.
No puedo
Distinguirlas desde aquí.

SABÁ.
Luego ya una mano ha hecho
Lo que la naturaleza,
Si á tí te engaña.

SALOMON.
Eso niego;
Que el ver no le toca al sabio,
Pues un rústico grosero
Pudiera ver mas que yo
Y distinguirlas mas presto.
Lo que á los sabios les toca,
Es examinar secretos
Naturales. Yo diré,
Oh Sabá, por el primero,
Cuál es verdadera, y cuál
Fingida: y así te ruego
Lo dejes estar; que yo
Te daré respuesta presto.
Vaya otra pregunta.

MANDINGA.
Vaya,
Y si la acielta, es dizcleto.
Soble un álbol que no ez álbol
Eztaba un pájaro puezto,
Que no ez pájaro...

CANDÁCES.
¿No callas,
Mandinga?

MANDINGA.
Ya callarémo.

SABÁ.
Pregunta, Irífile, tú.

MANDINGA.
Nola buena.

IRÍFILE.
Calla, necio.

MANDINGA.
Soble un álbol que no es álbol
Eztaba un pájaro puezto,
Que no ez pájaro, y cantó.

IRÍFILE.
¡Oh qué enfadoso te has hecho!

SALOMON.
Aguárdate un poco, Irene.
Aquella rosa que veo
Entre un clavel y un jacinto,
Es rosa fingida.

IRENE.
Es cierto.

SABÁ.
¿En qué lo viste?

SALOMON.
En que andaba
Una abeja haciendo cercos
Sobre ella, y nunca llegó
A picarla: de aquí infiero
Que es flor fingida, pues no es
De gusto ni de provecho.

SABÁ.
No quiero cansarte mas
Con ignorancias, supuesto

Que es ignorancia mi estudio
Comparado con tu ingenio.
Solo para que me admire,
Verte hacer un juicio quiero.
Tú me dijiste, señor,
Que yo de aquesos dos presos
Escogiese como sabia,
Con atencion y consejo,
El que habia de vivir.
Hélos escuchado, y quedo
Dudosa de sus razones,
Y á tu tribunal los vuelvo
Para ver el que tú eliges.
Decid que lleguen, y dellos
Te informa y juzga su causa.—
Mas ¿qué es lo que miro? ¡Cielos!
En las flores se ha quedado
Salomon durmiendo, al tiempo
Que de justicia le hablo.
No es mucho, si su desvelo
Hasta la aurora le tiene
A mis umbrales cubierto
De la escarcha del rocío,
Blancas lágrimas del cielo,
Que en este jardin se duerma.
Y así en tanto que él al sueño
Se rinde, venid conmigo,
Y una guirnalda le harémos
De las flores del Setim,
De las hojas de los cedros
Y cogollos de las palmas,
Que corone los cabellos
En quien blanco aljófar vierte
El alba. Soplad mas quedo
Y no hagais ruido, airecillos;
Que está mi vida durmiendo.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

Suenan cajas destempladas: aparécese UNA MUJER, *vestida de luto, con una espada de fuego.* — SALOMON, *dormido.*

LA VISION.

Salomon...

SALOMON. (*En sueños.*)

¿Quién me nombra,
Que suspende su voz, su vista asom-
Y en una nube obscura, [bra,
De mi vida funesta sepultura,
Admira su semblante?

LA VISION.

¿Quién, tan sabio, se ve tan ignorante?
Porque el mayor agravio
De la ciencia es errar el hombre sabio.
Teme, teme en castigo,
Si extranjeras mujeres
De otra ley, de otro dios amas y quie-
Que esgrima la cuchilla [res,
Que relámpagos luce y rayos brilla,
Y te anegue el segundo
Diluvio que ha de sepultar el mundo.
(*Desaparece.*)

SALOMON. (*Despertando.*)

¡Justo y divino cielo!
A tu piedad, á tu piedad apelo
De la ignorancia mia,
Con ser el rey de la sabiduría.
Deten la ardiente espada
Contra mi flaco sér desenvainada,
Que es abismo de fuego
Que me deslumbra y que me deja cie-
¡Ay mísero infelice! [go.
Cuando el brazo de Dios advierte y dice
Que tema su castigo,
¿Dónde seguro iré, si voy conmigo
Yo mismo á despeñarme?
Nada sabré, si yo no sé salvarme.
(*Vase.*)

—

Márgenes del Cedron.

ESCENA V.

ELIUD, HIRAN, CANDÁCES, HEBREOS.

HIRAN.

Esto manda Salomon.

ELIUD.

Pues ¿cómo tan brevemente
Se ha de fabricar la puente
Sobre el arroyo Cedron?

CANDÁCES.

Como no ha de ser labrada
De piedra y jaspe inmortal,
Ni en columnas de metal,
Sino solo fabricada
Para el paso necesario
Del concurso popular,
Y en que el Rey pueda pasar
Del monte Moria al Calvario.
No es menester mas cuidado
Que atravesar dos maderos,
Los que halláredes primeros,
De tantos como han sobrado
De la fábrica del templo,
Que son con caduco indicio
Antes ruina que edificio,
Puesto que en ellos contemplo
Que los dejan sin servir.

HIRAN.

Y esto con brevedad sea,
Porque esta tarde desea
Con la sabia negra ir
A los jardines que tiene
En el Calvario labrados,
Donde á sus dulces cuidados
Mayor aplauso previene:
Y quiere allí hacer alarde
De su mucha majestad.

ELIUD.

Si con tanta brevedad
Se ha de labrar, que esta tarde
Pasar por ella pretende,
Solo un madero será,
Y este cubierto estará
De rosas.

HIRAN.

Mira que ofende
La dilacion al deseo.

ELIUD.

Aqueste tronco ha de ser
El que aquí se ha de poner.
(*Unos hebreos sacan un tronco.*)

CANDÁCES.

No vendrá bien, porque creo
Deste tronco que ha nacido
Para mayor ocasion.
Dos mil artífices son
Los que ponerle han querido
En la fábrica, y ninguno
Le ha podido aprovechar,
Y no ha tenido lugar
En todo el templo oportuno
Para sí, porque tal vez
Viene grande, tal pequeño,
Y al fin, de su estrella dueño,
De sus misterios júez,
A la fábrica ha sobrado,
Perdiendo la estimacion
Que le dió la admiracion
Con que fué, hebreos, cortado
Del Líbano.

UN HEBREO.

Así es verdad.
Mas para servir aquí,
¿Cómo ha de excusarse, si
No ha menester igualdad
Ni correspondencia?

HIRAN.

Sea
El tronco, que es eminente,
Desde una á otra parte, puento
Del Cedron, y en él se vea
Pisada de todos, rama
Que no se quiso asentar
En mas dichoso lugar
A hacer eterna su fama.
(*Pónenle sobre dos peñas.*)

CANDÁCES.

Bien la dicha ó la desdicha
Con que vive ó con que nace
Uno, se ve aquí, pues hace
Tal desprecio de la dicha
Un madero, cuando pudo
Nacer para estar cubierto
De oro y plata; y triste y yerto,
Pisado, humilde y desnudo
Se ha de ver, y atropellado
De una planta y otra planta.

HIRAN.

Y en su lugar se levanta
Otro, quizá destinado
Para puente; que estas son
Maravillas que Dios hace.

CANDÁCES.

Todo con su estrella nace,
Todo con su inclinacion.
¿Qué sabeis si mas ufano
En esa humildad está
Sirviendo de puente ya,
Que en el templo soberano
Siendo columna inmórtal?
Que creo que no estuviera
Mejor cuando cima fuera
Deste templo celestial.

HIRAN.

¿Hasta un tronco, hasta un madero
Nace con su estrella?

CANDÁCES.

Sí.

ELIUD.

La música suena allí.
Ya llegan: cubrirle quiero;
Y ya que es camino, en fin,
Camino apacible sea,
Y matizado se vea
Del clavel, rosa y jazmin.

CANDÁCES.

¡Gracias á Dios que sirvió,
Y vino á una parte bien,
Ramo que á Jerusalen
De tan mala gana dió
El Líbano!

HIRAN.

Arbol tan vario,
Que ignora su corazon,
Sirva de puente al Cedron,
Que es el paso del Calvario.

ESCENA VI.

SABÁ, SALOMON, JOAB, SEMEY, ACOMPAÑAMIENTO, SOLDADOS. — DICHOS.

SABÁ.

¿Tanto, señor, un sueño te divierte?
Quien tanto sabe, ¿ignorará que el sue-
[ño,
Aunque es pálida imágen de la muerte,
No es de la vida ni del alma dueño?
Que es sombra mira, que es fantasma
[advierte,
Fácil es su poder, su horror pequeño.
Vuelve á mirarme, cesen tus enojos.

SALOMON.

Dices bien: no hay pesar al ver tus [ojos.

SABÁ.

¿Músicas no te alegran ni cantares,
Aunque tan dulces son los que has [compuesto
A mis amores hoy? Pues tus pesares
No se divierten, gran señor, con esto,
Hoy quiero que una duda me declares:
Así divertirás tu mal, supuesto [ve
Que no hay cantar mas dulce y mas süa-
Que hablar en ciencias al que ciencias
Semey y Joab muriendo viven, [sabe.
Y por instantes uno y otro esperan
Vida y muerte: á tus piés hoy se aperci- [ben;
Pues uno ha de vivir, los dos no mue- [ran.
Juzga su causa que con llanto escriben;
Que yo no sé qué méritos prefieran,
Ni qué culpa, señor, pues considero
La razon en aquel que habló postrero.

JOAB.

Yo, señor, fuí general
De David, con tantas glorias,
Que en bronce, en jaspe y metal,
Hoy me deben las historias
Eterna fama inmortal.
En las guerras de Absalon
Yo le serví y ayudé,
Y cuando de su escuadron
Absalon huyendo fué,
Le seguí con atencion;
Que ceñido de laurel,
Seguí á Absalon, y fiel
Quise hacer lo que ordenó
Tu padre, pues me mandó
Que le mirase por él.
Vile del tronco pendiente,
Un racional bruto hecho;
Y de santo celo ardiente
Movido, le pasé el pecho,
Desesperado y valiente.
El error fué de una accion,
El impulso fué del cielo,
La culpa de la ocasion:
Mira si merece el celo
Tener nombre de traicion.

SEMEY.

Yo en la pena que me aflige,
Sin razon, sin Dios, sin ley,
Confieso que un error dije,
Y que blasfemo maldije
Injustamente á mi rey.
Pero si llegó á alegar
Por disculpa de su error
Joab en tanto pesar
El ser una accion, señor,
Tan fácil de ejecutar;
Tanto mas lo viene á ser
Una voz, que fué mi mengua,
Cuanto es mas fácil mover
Que todo el brazo la lengua,
Y es el decir, que el hacer.

SABÁ.

Si yo tengo de escoger,
Joab vida ha de tener;
Que en él la razon consiste.

SALOMON.

¡Oh qué mal, Sabá, escogiste!
Semey solo ha de vencer;
Porque siendo claramente
Uno aleve, otro infiel,
Sacrílego é imprudente,
Joab ha sido mas cruel,
Y homicida inobediente.
El uno al Rey ofendió,
Y otro un hijo le mató;
Y quiero que el mundo vea
Que cuando David desea
Que vengue sus culpas yo,
Hago lo que hiciera él,
Pues si él ahora viviera,
Una maldicion cruel,
De quien él la parte era,
Perdonara justo y fiel;
Pero un homicidio no,
Que es causa de Dios: y así,
Haciendo lo mismo yo
Que él hiciera, pues aquí
En su lugar me dejó,
Quiero mostrar en los dos
La que mas al cielo cuadre.
Vivid vos, y morid vos;
Que el agravio de mi padre
Perdono, mas no el de Dios.
(*Llévanse unos soldados á Joab y Semey.*)

ESCENA VII.

SALOMON, SABÁ, ELIUD, HIRAN, CANDÁCES, HEBREOS, ACOMPAÑAMIENTO, SOLDADOS.

SABÁ.

¡Oh jóven venturoso!
Grande don de los cielos mereciste,
Tan sabio y poderoso.
¡Bendito el vientre sea en que anduvis-
Los pechos que tocaste, [te,
Y feliz el imperio en que reinaste!

SALOMON.

¿Qué estilo, di, qué modo
Hay de salutacion tan dulce y nueva?
Que tu valor en todo
El alma pasma, el corazon eleva.

SABÁ.

En tan confuso abismo
Quise en tí saludar á tu Dios mismo.

SALOMON.

Dame la hermosa mano,
Sabá divina, y del Cedron la puente
Pasarás.

SABÁ.

Es en vano
Que yo pisarla ó profanarla intente
Con atrevida planta.

SALOMON.

¿Qué tienes? ¿qué te admira? ¿qué te
Sube, Sabá. ¿Qué miras? [espanta,
¿De quién huyes, te escondes y retiras?

SABÁ.

Miro la luz que me deslumbra ciega
De un volcan, que en humo y fuego ane-
Al sol, dando desmayos [ga
Con truenos, con relámpagos y rayos.

SALOMON.

Mi admiracion es mucha.

SABÁ.

Pueblo de Dios, advierte, atiende, es-
Que á mi docto desvelo [cucha;
Nada le encubre ni le oculta el cielo.
Era la estacion del sol,
Primavera de los dias,
Floreciente edad del mundo,
Era la estacion florida.
Llamó Adan á Set su hijo;
Que de toda su familia
Era Set, jóven hermoso,
El hijo que mas queria,
Y díjole así: —Ya sabes,
Set, que han sido las fatigas
Que causó la inobediencia,
Cosa forzosa y precisa.
No las quiero repetir;
Mas solo es bien que te diga
Que cuando fuí desterrado
De la hermosa patria mia,
Dios me dijo: —Adan, Adan,
Tus lágrimas me lastiman,
Tus suspiros me enternecen
Y me duelen tus desdichas.
Fuerza es salir desterrado;
Mas porque contento vivas,
Te ofrece el estar en gracia
La misericordia mia.—
Dios me la ofreció; y así,
Viendo ya el fin de mis dias,
Cuando ya mi sepultura
El pié decrépito pisa;
Quiero, obedeciendo á Dios,
Desta merced ofrecida
Hacerte mi embajador,
Set; y así, te determina
A seguir esta vereda.
Por ella sola te guia:
Llegarás á unas murallas
Que con el cielo terminan,
Cuyas piedras son topacios,
Crisólitos y amatistas.
Y al ángel que está á la puerta
Di que tu padre te envía
Por el oleo del Señor;
Que á él basta que se lo digas.—
Despidióse Adan con esto
De Set, lleno de caricias,
Y Set siguió su vereda
Por mil campañas floridas.
Llegó en fin al paraiso,
Cuya hermosura escondida
Era una nube tan parda,
Que solo ver permitia
Un edificio divino,
Por ser monumento y pira
De su esplendor, una nube
Pálida, funesta y fria.
Suspenso el jóven estuvo,
Hasta que pendiente arriba
Al ángel vió, blandeando
En su mano la cuchilla.
Pasmóle el temor, y dijo:
—Angel, mi padre me envia
Por el oleo de la justa
Misericordia.— Admitida
La disculpa, dijo el ángel:
—Quiero, para que le digas
A tu padre que le has visto,
Enseñártele por cifra.—
Desde la puerta miró
Una vision exquisita
En un árbol, cuyas hojas,
Secas, mustias y marchitas,
Desnudo el tronco dejaban;
Que entre mil copas floridas
De los árboles, él solo,
Sin pompa y sin bizarría,
Era cadáver del prado;
Y como todos vivian
Con almas, él solamente
Sin alma vegetativa,
Era un árbol esqueleto,
Con armadura y sin vida.
Este el ángel le enseñó
Con el dedo, y dijo: — Mira
El oleo de la piedad:
Aquel es, aunque está en cifra.—
Volvió á su padre con esto
Set; y Adan, que conocia
De la forma de aquel árbol
La maravillosa enigma,
Le dijo así: — Set, yo muero:
Lo que mi amor determina,
Es, que me des sepultura
En Hebron; y mira encima
De mi sepulcro, que un árbol
Nace; que esto significa
Ver tú el árbol de la muerte
Cuando el árbol de la vida
Quieren piadosos los cielos
Que nazca de mis cenizas.—

Espiró Adan; y Set, viendo
Tan á la letra cumplida
En la muerte de su padre
Del ángel la profecía,
Le dió sepulcro. Aquí es fuerza
Que el discurso se divida,
Y que pase á otro suceso.
Corrió el tiempo, y llegó el dia
Que el último parasismo
Presumió que padecia
El mundo, y Noé anhelando
Se vió entre las ondas rizas
Del mar, que rompió las leyes
Y prisiones que le habia
Puesto Dios, y colocado
Sobre las mas altas cimas
De los montes, dijo al cielo:
—Ya el mundo muere, ya espira.—
Pasó el diluvio, y las aguas,
A su estancia recogidas,
Dieron paso á la paloma
Que trajo la verde oliva
Del austro mas riguroso
Que el diciembre determina.
En el Líbano le puso,
Y como cosa divina,
Los siglos le veneraron,
Y los hombres le acreditan
Por palma, cedro y ciprés,
Porque no se determinan
Si es ciprés, si es palma ó cedro,
Aunque todo parecia.
Llegó al Líbano Candáces,
Buscando maderas ricas
Para la casa de Dios,
Y cortarle determina.
Trájole á Jerusalen,
Y la arquitectura misma
Por inútil le dejó
Entre estas selvas y ruinas.
Arrojado en un jardin,
De adonde, para que sirva
De puente al Cedron, le traen:
Ocupacion propria y digna
De su virtud y piedad,
Y mas al monte en que habita
La calavera de Adan,
Pues Calvario se apellida.
¿Ves ese sagrado leño
Que la ignorancia no estima,
O que el descuido desprecia?
Es soberana reliquia
De la sierpe de metal
Que al pueblo defiende y libra:
Y así, no admires que sobre
Hoy á tu fábrica rica,
Si para templo mejor
Le guarda el cielo y destina;
Pues ya parece que veo
Que sobre su cuello estriba
Otra fábrica mas bella,
Que ha de ser fábrica viva.
¿No veis un hermoso jóven
Que al sol los imperios quita
De la luz, cuya diadema
Es de juncos y de espinas?
¿Largo el cabello, que en ondas
Peina el aura, y por las rizas
Guedejas caen deshojadas
Las rosas y clavellinas,
Que las espinas hirieron,
Desmelenada y partida
La crencha, al sol de sus ojos
Ser nube, si no cortina?
Pues este hombre ó este Dios
Que pende desas dos líneas,
Es Hijo de Dios eterno,
Es verdadero Mesías.
Aun al pronunciarlo ahora,
Parece que el sol se eclipsa,
Que la luna se obscurece,
Que las estrellas no brillan;
Y al fin todo el universo,
Ya caduca, ya delira,
Ya fallece, ya desmaya,
Ya desvanece, ya espira,
Previniendo las tragedias
De tan estupendo dia.

SALOMON.

El espíritu de Dios
Habla en ella: ¡qué gran dicha!

HIRAN.

¡Qué prodigio!

CANDÁCES.

¡Qué portento!

IRÍFILE.

¡Qué asombro!

CASIMIRA.

¡Qué maravilla!

SALOMON.

Vara feliz, yo te adoro
Por rara y por exquisita,
Y en mis brazos desde aquí
Te he de llevar este dia
Donde estés depositada
Como riqueza escondida.

SABÁ.

Yo he de ayudar á llevar
Su tronco, pues es mi dicha
Tan gran bien: y no será esta
La vez postrera que asistan
A su triunfo tales reyes;
Pues podrá ser que otro dia
Le hallen otro rey y reina,
De oculta ley conocida,
Y le lleven en sus hombros
Donde respetado viva
Con la misma adoracion
Que Dios, pues será latría.—
Y con la invencion primera
Del que es Arbol de la vida,
La Sibila del Oriente
Da fin: y humilde os suplica
El autor le perdoneis
Sus faltas, que hay infinitas.

EL MONSTRUO DE LOS JARDINES.

PERSONAS.

AQUÍLES.	LIDORO, *príncipe.*	DEIDAMIA, *infanta.*	SIRENE, *dama.*	NINFAS.—MÚSICA.
ULÍSES.	DANTEO, *criado.*	LA DIOSA TÉTIS.	ARMINDA, *dama.*	DAMAS.—GENTE.
EL REY DE EGNIDO.	LIBIO, *criado.*	CINTIA, *dama.*	CRIADOS.—MARINEROS.	ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Egnido y en una isla perteneciente al rey de Egnido.

JORNADA PRIMERA.

Marina, con algunos escollos, y como isla desierta.

ESCENA PRIMERA.

MARINEROS, GENTE; *despues*, LIDORO, LIBIO.

TODOS. (*Dentro.*)
Vira al mar.
UN MARINERO.
Es inútil la porfía,
Porque el viento que corre es travesía.
OTRO. (*Dentro.*)
Amaina la mayor.
OTRO. (*Dentro.*)
Iza el trinquete.
OTRO. (*Dentro.*)
A la triza.
OTRO. (*Dentro.*)
A la escota.
OTRO. (*Dentro.*)
Al chafaldete.
UNO. (*Dentro.*)
Dé el esquife en la playa,
Y el Príncipe no mas á tierra vaya,
Ya que abismos de hielos
Nos cubren.
UNOS.
¡Piedad, dioses!
OTROS.
¡Piedad, cielos!
LIDORO. (*Dentro.*)
¡Piedad, cielos! Piedad, dioses sagra- [dos!
Y si del voto que ofrecí obligados,
En este esquife, este fragmento poco,
Que ha sido mi delfin, la orilla toco
Desta desierta playa,
Que del mar la soberbia tiene á raya,
Veréis que fiel en clima tan remoto,
La arena beso, y revalido el voto;
Pues desdicha no hay, no hay descon- [suelo
Que no enmiende el vivir.
(*Sale.*)
LIBIO. (*Dentro.*)
¡Válgame el cielo!
LIDORO.
¿Cúya esta voz ha sido?
(*Sale Libio.*)
LIBIO.
De un cofrade de Baco, que ha salido
Por no hacerle traicion, del mar á nado,
Pues el no beber agua le ha escapado.
LIDORO.
¡Libio!
LIBIO.
¡Señor!
LIDORO.
Notable es mi alegría,
Viéndote vivo.
LIBIO.
¿Cuál será la mia?
LIDORO.
En fin, solo los dos hémos salido
A tierra.
LIBIO.
En que se ve cuán bueno ha sido
(Pues vencimos los dos las amenazas
Del mar) el ser los hombres calabazas.
LIDORO.
Mira si en lo fragoso destas peñas
Sendas hallas, ó señas,
Que de sus moradores dén indicio.
LIBIO.
Ni cabaña descubro ni edificio,
Ni cosa que no advierta
Ser esta isla bárbara y desierta.
LIDORO.
Dices bien, pues sus troncos,
Que de quejarse al ábrego están ron- [cos,
Mal pulidos los veo,
Sus plantas sin cultura, sin aseo
Sus flores, solo oyendo en ecos graves
Bramar las fieras y gemir las aves.
Todo dice terror, puesto que dice...

ESCENA II.

AQUÍLES; *y luego*, MÚSICA.—DICHOS.

AQUÍLES. (*Dentro.*)
¡Ay mísero de mí! Ay infelice!
LIDORO.
¿Oiste una voz?
LIBIO.
Y lleno
De asombro, juzgaría qué en el seno
De aquesta peña bruta
Se formó su lamento.
LIDORO.
Ni aquí hay gruta,
Ni quiebra alguna que su dueño oculte,
Si ya no es que en su centro le sepulte.
Pero escuchemos otra vez, y vamos
Lo intrincado rompiendo destos ra- [mos,
Hasta saber qué voz, qué tierra es esta.
(*Suenan dentro instrumentos.*)
MÚSICA. (*Dentro.*)
Venid, venid, zagales,
Al templo divino de Vénus y Marte.
LIDORO.
Bien, que este no es desierto, juzgo [ahora.
República es entera, pues con tanta
Variedad, ya se canta, ya se llora.
LIBIO.
¿Adónde no se llora y no se canta?
Bien que á mí mas me espanta
Aquesta voz que dice...
AQUÍLES. (*Dentro.*)
¡Ay mísero de mí! Ay infelice!
LIBIO.
Que me consuela aquella,
Por mas que, oposicion de su querella,
En conceptos repita desiguales...
MÚSICA. (*Dentro.*)
Venid, venid, zagales, etc.
LIDORO.
Un escuadron festivo,
Pisando el seno deste escollo altivo,
Ni bien mar, ni bien tierra, de su cum- [bre
Vencer juzga la inmensa pesadumbre.
LIBIO.
Salgámosles al paso,
Y informados del náufrago fracaso
Que nos ha sucedido,
El susto reparemos y el vestido.
LIDORO.
Necio será quien en asombro tanto,
Antes crea á la música que al llanto;
Y así, Libio, es mejor que recatados,
Destas peñas y troncos amparados,
Un instante esperemos.
Sepamos de qué gente nos valemos;
Que puede ser que sea
Isla, que el mar en círculos rodea,
De bárbaros; y mas cuando advertidos
Estamos de otros míseros gemidos..
LIBIO.
Pues ya llegan, escóndete, y veamos,
Señor, qué gente es.
LIDORO.
Incultos ramos,
Miéntras cobro el aliento,
Sedme un rato prestado monumento.
Sepa por qué un lamento triste dice...
AQUÍLES. (*Dentro.*)
¡Ay mísero de mí! Ay infelice!
LIDORO.
Cuando festivos otros dicen graves...
MÚSICA. (*Dentro.*)
Venid, venid, zagales, etc.
(*Retíranse los dos.*)

ESCENA III.

EL REY DE EGNIDO, ULÍSES, DEIDAMIA, DAMAS, MÚSICA Y ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Esa eminencia, que tan alta sube
Que empieza monte y se remata en nu- [be,
Asiento es peregrino
Del templo que buscamos.

ULÍSES.

Ya al camino,
Entre aspereza tanta,
La senda nos enseña
Aquella ó tarde ó nunca hollada peña
De bruta huella, ni de humana planta.

DEIDAMIA.

Aunque su inmensa elevacion espanta,
Por áspera que sea,
Llegar al templo mi piedad desea.

ULÍSES.

Ven pues, porque propicio
Por tí Marte responda al sacrificio.

DEIDAMIA.

Ya te sigo, mostrando
Mi obediencia.

ULÍSES.

Venid todos cantando,
Porque admire veloces
El dios de las batallas nuestras voces;
Que si su culto aprecia,
Presto de Troya ha de vengarse Grecia.

MÚSICA.

Venid, venid, zagales, etc.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

LIDORO, LIBIO.

LIDORO.

¡Cielos! ¡qué es lo que veo!
¿Cuándo fué la verdad mas que el de-
¿Viste, Libio, en tu vida [seo?
Tropa mas bella, escuadra mas lucida,
Así por la dulzura
De su canto süave,
Como por la hermosura
Que honestamente grave,
Reina de todas coronarse sabe?

LIBIO.

Digo que yo he quedado
Atónito y pasmado,
Viendo que tan extraña
Gente habite esta bárbara montaña.

LIDORO.

Sigámoslos; que ya no hay que tema-
Rigores ni crueldades, [mos
Pues entre ellos deidades admiramos,
Y es fuerza ser piadosas las deidades.
Dónde estámos sabrémos,
Y cúya fué la voz, que en sus extremos
Nos asombró, diciendo ántes...

ESCENA V.

DANTEO. — DICHOS.

DANTEO. (*Dentro.*)

¿Adónde,
Bella Deidamia, tu beldad se esconde,
Cuando en tanta aspereza,
Sigo tu voz y pierdo tu belleza? (*Sale.*)

LIDORO.

Si la lástima, si el llanto
Para los humanos pechos
Siempre cartas de favor
Han sido, á esas plantas puesto
Un peregrino del mar,
Que derrotado y deshecho,
Aborto fué de la espuma,
Os pide... Pero ¡qué veo!

DANTEO.

¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!
¡Señor invicto!

LIDORO.

¡Danteo!

DANTEO.

Dame tus piés.

LIDORO.

En tus brazos
He de asegurar el puerto.

DANTEO.

¡Libio!

LIBIO.

Por mas que te admires,
Te admiras poco.

DANTEO.

¿Qué es esto?

LIDORO.

¿Qué ha de ser? Desdichas mias.
Y porque absorto y suspenso
No te embaraces conmigo,
Cuando yo de tí pretendo
Informarme de qué tierra
Es esta, cómo el desierto
Destos peñascos habitas,
Y quién es quien vive en ellos,
Con mis pasadas fortunas
Te he de salir al encuentro,
Por desocuparles todo
El campo á mis sentimientos.
Ya sabes que el Rey mi padre,
Prudente, advertido y cuerdo,
Trató casarme en Egnido
Con el divino sugeto
De Deidamia, infanta suya...
Mas ¿para qué lo refiero,
Y mas á tí, siendo tú
Quien vino á tratar los medios?
Escribiste pues que estaban
Ajustados, añadiendo
De la beldad de Deidamia
Sumos encarecimientos.
Yo atento, no sé si diga
A su fama ó mi deseo
(Que es gran principio de amar
Estar uno á amar dispuesto),
Pedí licencia á mi padre
Para venir á su reino
Por ella en persona: él
Liberal me la dió, haciendo
Estimacion del agrado
Y de la fineza aprecio.
En un bajel pues que pudo
Ser mejor que el de Argos mesmo,
Dibujado por imágen
De estrellas y de luceros,
Salí una tarde de Epiro
Ufano, alegre y contento,
Tanto como ahora estoy
Triste, confuso y suspenso.
Pero no me quejo, no,
De la fortuna, aunque veo
Ejecutadas en mí
Sus sañas; de mí me quejo;
Que es merecido castigo
De quien imprudente y necio,
Sin mandar al viento, fia
Sus esperanzas del viento.
Dichosamente apacible
Me favoreció algun tiempo,
Mas ¿qué bien, fundado en aire,
No se desvanece presto?
Al lobreguecer la noche
De ayer, algo mas violento
Empezó á inquietar las ondas,
Y todo ese vago imperio
A amotinarse, no solo
Contra mí, mas contra el cielo,
Pues en odio de sus luces,
Gigante de agua soberbio,
Se rozó con las estrellas,
Montes sobre montes puestos.
Tal vez pude mis desdichas
Escribirlas con el dedo
En ese papel azul,
Y tal en el mismo centro
Escribirlas en la arena,
Las dos distancias midiendo
De la sombra del abismo
Y la luz del firmamento.
Ya el rumbo pierde el piloto,
Ya el timonel pierde el tiento,
Y en no entendidas faenas,
Por mandar mas, obran ménos.
Babilonia de las ondas
Era el bajel, cuyo estruendo
De voces nos confundia
Más que aliviaba. ¡Oh qué cierto
Es que donde todos mandan
Nadie obedece, y que el riesgo
Mayor es cuando provee
La necesidad los puestos!
Cruje el pino atormentado
De uno y otro embate; el lienzo,
De una ráfaga y de otra
Azotado, cruje, haciendo
Rumor como hacia gemido;
Que hasta un cáñamo y un leño
Parece que sienten, cuando
Mal confundido el consejo,
Con el acuerdo de todos,
No es de ninguno el acuerdo.
En este horror, esta grima
Pasamos la noche, siendo
Del marinaje el estudio,
De la náutica el precepto
Albedrío de las ondas,
Hasta que el primer reflejo
Nos divisó los celajes
Deste monte, sucediendo
A los peligros del mar
Los de la tierra, supuesto
Que apénas la lealtad quiso
Que á mí el esquife pequeño
Salve, cuando desbocado
Bruto el bajel, en aquellos
Peñascos, vuelta la quilla,
Fué lóbrego monumento
Tan de todos, que no mas
Que Libio gozó del puerto.
De mi venida la causa
Es esta, este mi suceso:
Dime pues dónde he llegado,
Quién es el prodigio bello
Que aquí habita, y cómo aquí
Estás tú; porque con esto
Se consuelen mis desdichas,
Se alivien mis sentimientos,
Se cobren mis esperanzas
Y se restauren mis riesgos.

DANTEO.

Bien ántes que te informara
De todo, quisiera, atento
Al reparo de tu vida,
Llevarte á un barco que tengo
En el mar; pero mirando
Cuánto está sañudo y fiero
Por una parte, y por otra
Que las dudas de tu pecho
No es posible que te dén
Espera, escúchame atento,
Y lo tardo del abrigo
Salve el informe de presto.
Llegué á Egnido, efectüé
Los ya tratados conciertos,
Dí aviso al Rey mi señor,
Escribíte á tí lo ménos
Que pude, y lo mas que supe
De Deidamia... Pero esto
No es ahora del caso: vamos
Tus dudas satisfaciendo.
Ya sabes cuánto ofendida
Grecia del atrevimiento
De Páris, tratando vive
De su venganza los medios,
Y que todos cuantos reyes

Contiene el poblado cerco,
Que el archipiélago baña,
Conjurados á este efecto,
Se han aliado, de cuyos
Grandes apercibimientos
Es el movedor Ulises,
A quien por valor é ingenio,
Para la guerra de Troya
Da Grecia el marcial gobierno.
Este pues á Egnido vino,
Donde prevenido y cuerdo
Su rey, dijo que en la liga
No habia de entrar, si primero
El oráculo de Marte
No le daba avisos ciertos
De que auxiliar prometia
Los militares aprestos
De aquesta guerra. Aquí ahora
Importa que mas atento
Me oigas, porque empieza aquí
El mas extraño suceso
De cuantos guarda la fama
En los archivos del tiempo.
Este monte, que por todas
Partes el mar ciñe, siendo
A su fortificacion
Foso inexpugnable, un tiempo
Isla fué habitada, donde
Sus moradores vivieron
Con política, aunque hoy
No es mas que escollo desierto.
La causa de despoblarse,
Dicen que fué que su ameno
Pensil la deidad de Tétis
Tuvo por divertimiento,
A que del mar con sus ninfas
Salia, y aquí Peleo,
Príncipe jóven, llevado
De sus amantes afectos,
Forzó su hermosa beldad,
Dando el robo á sus deseos
La ocasion. Ella, ofendida
Del injusto atrevimiento,
El tálamo destruyó,
Inundando á nieve y fuego
Los edificios, los troncos
Y los vecinos, que fuéron,
Sin cuidar de su defensa,
Cómplices de su desprecio.
Desde entónces en sus grutas
Diz que se oyen por momentos
Tristes gemidos, de quien
La mitad responde el eco.
Nadie á examinar se atreve
El ignorado portento
De una cueva, que sellada
De un peñasco está, aunque dentro
En humana voz se escuchan
Quejas, ansias y lamentos.
De la ruina solamente
Perdonó el sagrado incendio
En la cúpula del monte
El edificio de un templo
Consagrado á Marte. En él,
Atropellando los miedos
De la inhabitada isla,
El rey de Egnido, Polemio,
Con Deidamía y con Ulises,
Nobleza y plebe del reino,
Hacer quiso el sacrificio
De Marte, porque con eso
Mas obligado responda,
Al ver que, á su culto atento,
Viene á renovar las aras
Que cubrió de olvido el tiempo.
Esta es la causa de hallarnos
Todos aquí.

LIDORO.

Segun eso,
¿Deidamía es aquel hermoso
Prodigio, aquel pasmo bello
Que arrebató mis sentidos
Al verla ahora, encubierto
Destas peñas?

DANTEO.

Es sin duda.

LIDORO.

¡Cuánto á mis fortunas debo!

DANTEO.

Pues que ya informado estás,
Vén conmigo, porque luego
Que te repares, señor,
Vuelvas, al bajar del templo,
A hablar al Rey y á tu esposa.

LIDORO.

Eso no; que fuera necio
Quien á vista de su dama,
Y mas al lance primero,
Llegara con el desaire
De llegar pobre.

LIBIO.

¡Y qué cierto!
Porque el ser pobre da un asco
Tan grande, que aun parecerlo
De prestado, causará
En ella aborrecimiento.

DANTEO.

Pues ¿qué has de hacer?

LIDORO.

Encubrir
Mi nombre, hasta que escribiendo
A mi padre, su asistencia
Me adorne de lucimientos
Dignos de decir quién soy;
Y así...

(*Dentro terremoto.*)

ESCENA VI.

GENTE; *despues*, ULÍSES.— DICHOS.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Qué horror!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Qué portento!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Qué asombro!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Qué confusion!

(*Terremoto.*)

LOS TRES.

¡Dioses divinos, qué es esto!

DANTEO.

Dentro del templo de Marte
Se oyen marciales estruendos
De trabada lid.

LIDORO.

Y al duro
Terror, el monte soberbio
Estremecido, parece
(*Terremoto. Sale Ulises asombrado.*)
Que se arranca de su centro.

ULÍSES.

¡Qué admiracion tan notable!

DANTEO.

Valiente Ulises, ¿qué es esto?

ULÍSES.

Apénas al templo entramos,
Cuando Marte, respondiendo
Al piadoso sacrificio,
Prorumpió en horrible acento:
«Troya será destruida
Y abrasada por los griegos,
Si va á su conquista Aquíles,
A ser homicida de Héctor.
Aquíles, humano monstruo
De aquestos montes, en ellos
Un risco...»—Y aquí troncada
La voz quedó, confundiendo
Las señas que iba á decir,
Turbados los elementos,
La tierra hablando en temblores,
En relámpagos el fuego,
El mar en roncos bramidos
Y el aire en tristes concentos;
Porque otra deidad sin duda
(¿Quién ignora que sea Vénus,
Que es afecta á los troyanos?)
Ofendida que el agüero
El oráculo descifre,
Quiso con este portento
Desvanecerle, juzgando
Que el susto, el pasmo ó el miedo
Nos embarace buscar
Al monstruo Aquíles, queriendo
Que nos le oculte el asombro,
O nos le ignore el estruendo.

DANTEO.

¿Y el Rey y Deidamía?

ULÍSES.

Todos
Admirados del suceso,
Descienden ya.

LIDORO. (*Ap. á Danteo.*)

Nadie entienda
Quién soy.

DANTEO.

Seguiré tu intento.

ESCENA VII.

SIRENE, CINTIA, EL REY, DEIDAMÍA, DAMAS, GENTE. — DICHOS.

REY. (*Á Ulises.*)

Pues de Marte la sagrada
Voz nos avisa, diciendo
Que en este monte está Aquíles,
Y que en él el vencimiento
De Troya consiste, en tanto
Que él no parezca, no debo
Firmar la liga; y así
Lo mas que ofrecerte puedo,
Es la diligencia. Todos
Las entrañas penetremos
Deste monte en busca suya.

ULÍSES.

Tronco á tronco y centro á centro,
En escuadras divididos,
Sus grutas examinemos.

DANTEO.

No quede sitio que no
Le averigüe el valor vuestro.

LIDORO.

Si un extranjero, señor,
Que hoy del mar, pobre y deshecho,
Tomó puerto en estas rocas,
Merece, á tus plantas puesto,
Licencia de hablar, diré
En qué parte escuché, dentro
De una roca, humanas voces.

REY.

El aviso te agradezco.
Llévame allá; que sin duda
Es la gruta que ha encubierto
Este asombro.

DEIDAMÍA.

Yo he de ser
La primera que corriendo
El monte vaya.

REY.

Eso no;
Que es fragoso su desierto
Para tus plantas: y así,
Que tú te quedes te ruego,
Con Cintia y Sirene.

DEIDAMÍA.

¡Cuánto
A mi pesar te obedezco!

REY.

Por si la cueva otra boca
Tiene, no se escape huyendo,
Tú, Ulíses, por esa parte
Corre el monte; tú, Danteo,
Por esotra; y tú conmigo
Vén, generoso mancebo.

ULÍSES.

Tú verás mi diligencia.

DANTEO.

Tú conocerás mi afecto.

REY.

Pues con cualquier novedad,
Volverémos á este puesto;
Y para no errarle, es bien
Que las voces é instrumentos
Sirvan á los tres de aviso,
Y á ti de divertimiento:
Y así, Deidamia, haz que siempre
Sonando estén sus acentos.

ULÍSES.

Al monte.

DANTEO.

A la cumbre.

TODOS.

Al llano.

REY.

Vén, jóven.

LIDORO.

Ya te obedezco:
Sígueme, Libio.

LIBIO.

Sí haré;
Aunque para un forastero,
Convidarle á cazar monstruos,
Por mal agasajo tengo.

LIDORO.

Vén, Libio. (*Ap.* ¡Ay bella Deidamia!
Mintió tu encarecimiento.)

(*Éntranse todos los hombres, y dicen dentro.*)

TODOS.

Al llano, á la cumbre, al monte.

ESCENA VIII.

DEIDAMIA, CINTIA, SIRENE, DAMAS.

DEIDAMIA.

¡Oh qué injustamente, cielos,
Con mas penas que las mias
Ocupais mis sentimientos!

CINTIA.

¿De qué suspiras?

SIRENE.

¿Qué lloras?

DEIDAMIA.

¿Las dos me preguntais eso,
Cuando á las dos el decirlo
No importa para saberlo?
¿Ignorais que el Rey mi padre,
Tirano de mis deseos,
Casarme trata en Epiro,
Sabiendo de mí que tengo
Por natural condicion
Tan grande aborrecimiento
A los hombres, que no ha habido
Quien me merezca un desprecio?
Y cuando no fuera tanta
Esta altivez, ¿cómo puedo
Dejar de sentir que un hombre,
Sin vencerme los despegos,
Sin sufrirme los desvíos,
Haya de llamarse dueño,
Introduciéndose ántes
Al dominio que al afecto?

CINTIA.

Las soberanas deidades,
Antes de nacer, tuvieron
Sabido para quién nacen.

DEIDAMIA.

Aun eso es lo que yo siento.
Y dejando este cuidado,
Que aflige como primero,
¿Cómo puedo no tener
Otro segundo que hoy tengo?

SIRENE.

¿Qué cuidado?

DEIDAMIA.

Astrea mi prima,
Con quien en mis años tiernos
Pasé la primera infancia,
Sin que haya podido el tiempo
Apartar los corazones
(Pues aunque es verdad que puedo
Asentar que de sus señas
O poco ó nada me acuerdo;
Con todo, no la han sacado
De los cariños del pecho
La ausencia ni la distancia
Mantenidas del acuerdo),
Desde el gobierno de Acaya,
Donde su padre habia muerto,
Llamada viene de mí
A vivir conmigo; y temo
Que esa pasada tormenta,
Que echó á pique en estos puertos
Un bajel, sea el que á ella
La traia.

CINTIA.

Los sucesos
No gustosos, mejor es
Desecharlos que temerlos.

SIRENE.

Siéntate, y descansa un rato;
Que nosotras cantarémos,
Sirviendo el canto á dos luces
De aviso y de pasatiempo.

DEIDAMIA.

Cantad pues, miéntras yo doy
Treguas á mis sentimientos.

(*Siéntanse sobre unos peñascos.*)

CINTIA Y SIRENE. (*Cantan.*)

¡Desdichado
Del que no vive engañado!

CINTIA. (*Canta.*)

¿Qué importa si ofendo estoy,
Nise, tu agrado amoroso,
Que tú no me hagas dichoso,
Si yo juzgo que lo soy?

SIRENE. (*Canta.*)

Crédito al semblante doy,
Aunque me mienta el semblante,
Pues ya vivo aquel instante
En que me miente tu agrado.

LAS DOS.

¡Desdichado
Del que no vive engañado!

(*Duérmese Deidamia.*)

ESCENA IX.

AQUÍLES, *vestido de pieles, asomándose á la boca de una gruta.*—DICHAS.

AQUÍLES. (*Sin ver á las damas.*)

¡Cielos! ¿qué voz tan sonora
Es la que hiere mi oido?
¿Qué nuevo pájaro ha sido
Este que hoy llama á la aurora?
Todo mi vida lo ignora;
Pero ¿qué mucho, si he estado
Desde que nací encerrado
En esta bóveda obscura,
Sin ver del sol la luz pura,
Ni qué es cielo, ni qué es prado?
La deidad que aquí me cria,
Y á verme de noche viene,
Puesto precepto me tiene
Que no salga á ver el dia;
Y aunque la obediencia mia
Las leyes pudo guardar,
Este canto singular
A romperla me resuelve.
La gruta abro, por si vuelve
Segunda vez á cantar.

CINTIA. (*Canta.*)

Si disimulá el engaño
El amor que no hay en ti,
¿Qué importa haber daño en mí,
Si yo no conozco el daño?

SIRENE. (*Canta.*)

Nunca llegue el desengaño,
Pues mejor me está vivir
Engañado, que morir
Celoso y desesperado.

LAS DOS.

¡Desdichado! etc.

AQUÍLES. (*Ap.*)

¡Qué dulce voz! Qué süave!
Ya que he podido romper
La prision, tengo de ver
Qué plumas se viste ave
Que robar el alma sabe.

CINTIA.

Parece que se ha dormido
Deidamia.

SIRENE.

No hagamos ruido;
Que no importa el avisar
Mas que el verla descansar.

(*Vanse las damas.*)

ESCENA X.

AQUÍLES; DEIDAMIA, *dormida.*

AQUÍLES.

Ya de la cueva he salido,
Y al ver del sol la luz pura,
Se ciega la vista mia.
Salgo á ver el claro dia,
Y doy con la noche obscura.
¡Qué variedad! Qué hermosura
Tan admirable! Y si creo
A mis noticias, no veo
Cosa que como ellas sea.
¡Oh cuánto finge la idea!
Oh cuánto vuela el deseo!
Aquel azul resplandor
El cielo debe de ser.
La tierra, á mi parecer,
Será este hermoso verdor;
Este árbol, esta flor,
Ave esta, esta transparente
Fuente, aquel mar... Mas detente,
Discurso; que tu voz yerrá;
Que esto solo es cielo, es tierra,
Mar, árbol, flor, ave y fuente.
Cielo, pues está adornado
Del sol y de las estrellas;
Tierra, pues colores bellas
Su vestido han matizado;
Arbol, pues de su tocado
El viento las ramas mueve;
Flor, pues aljófares bebe;
Mar, pues riza albas espumas;
Ave, pues tremola plumas;
Y fuente, pues toda es nieve.
De todo cuanto llegué
A ver, esto es en rigor,
Lo mejor de lo mejor,
Como esta su mano fué.
¡Ay Dios, si me atreveré
A tocarla! Osado llego.
¡Ay que me abraso! Ay que ciego
Me hielo! ¡Oh áspid aleve!
¡A la vista eres de nieve,

Y eres al tacto de fuego!
Mas con tu hielo ó tu ardor
Tan poco daño me has hecho,
Que ántes siento acá en el pecho
Bien hallado mi dolor.
No tuve pena mayor
Jamas, pues de gozo llena
La alma, otra vez se condena
A sentirla, discurriendo
Cuál será su gloria, siendo
Tan apacible su pena.
Mas ¡ay esperanzas vanas!
Que entre las cosas que oí
A quien me ha criado aquí,
Una es (¡desdichas tiranas!)
Que hay deidades soberanas;
Y si aquestas son verdades,
Ya con dos contrariedades
Arguyen mis pareceres:
Si hay deidades, tú lo eres;
Si no lo eres, no hay deidades.
Y supuesto que ya aquí
Tal te conoce y adora
Mi vida, tengo...

ESCENA XI.

SIRENE. — AQUÍLES; DEIDAMIA, *dormida.*

SIRENE.

Señora,
Ya todos... Mas ¡ay de mí!
¡Qué miro!

AQUÍLES.

No huyas así...

SIRENE.

¡Fiero monstruo!

AQUÍLES.

Y dime, puesto
Que has hablado...

SIRENE.

Suelta presto.

AQUÍLES.

¡Tan grande asombro te doy?
Oye, aguarda.

SIRENE.

¡Muerta soy!
¡Valedme, dioses!
(*Cae desmayada Sirene, despierta Deidamia, y queda Aquíles entre las dos.*)

DEIDAMIA.

¿Qué es esto?
¿Quién da voces? Mas ¡ay cielo!
¿Quién vió asombro semejante?

AQUÍLES.

Oyeme tú, y no te espante
Mi vista, ni dé recelo...

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Viva estatua soy de hielo.

AQUÍLES.

Que solo saber quisiera,
En la confusion primera
De tantas dudas esquivas,
Si importó, porque tú vivas,
Que esotra deidad se muera.
Cuando tú sin vida estabas,
Ella con vida venía;
Cuando ella es estatua fria,
Tú de respirar acabas:
Dime si el alma la dabas
Prestada por el instante,
Que no te era á ti importante;
Porque siendo así que á dos
Una alma sirve, por Dios,
Que mi rudeza ignorante
A tu sér ha de pedir
Que á cobrarla se resuelva,
Y porque ella á sentir vuelva,
Que vuelvas tú á no sentir.
No porque he de conseguir
Mas gusto en que viva aquella
Que tú, siendo tú mas bella;
Sino porque yo al pasar
Me pueda el alma abrazar,
Para quedarme con ella.

DEIDAMIA.

De tu semblante feroz
El susto en horror se muda;
Que no es racional tu duda,
Aunque es racional tu voz.
Ya mi discurso veloz
Se atreve á juzgar, no en vano,
Que hombre humano eres.

AQUÍLES.

Tirano
Tu sér el alma imagina:
Téngote yo por divina,
¡Y tiénesme por humano!
Hijo soy de una deidad;
Que esto solo sé de mí,
Porque desde que nací
No la debo otra piedad.

DEIDAMIA.

¿Pues cómo así?

AQUÍLES.

La crueldad
Suspende.
(*Vuelve Sirene del desmayo.*)

DEIDAMIA.

Ya en sí volvió
Sirene.

AQUÍLES.

¿Cómo cobró
Su sér, sin faltarte á ti?
¿Tienes alma y vida?

SIRENE.

Sí.

AQUÍLES.

¿Luego tuyas eran?

DEIDAMIA.

No.

AQUÍLES.

Gran autor debe de ser
El que con eterna palma
A cada cuerpo da un alma
Y una vida á cada sér.—
¿Quién eres tú?

SIRENE.

Una mujer.

AQUÍLES.

¡Dulce nombre!— Y tú ¿quién eres?

DEIDAMIA.

Una mujer.

AQUÍLES.

¡Qué placeres
Tan tiernos, tan amorosos!
¡Vive Dios, que sois hermosos
Animales las mujeres!
Mas ¿cómo, si viendo estoy
En las dos una excelencia,
Hay tan grande diferencia
En las dos, que al veros hoy,
Con igual afecto os doy
Una alma que tengo bella,
Y tan al contrario della
Usais, que al irla á cobrar,
Tú me la vuelves á dar,
Y tú te quedas en ella?
¿Qué poder en ti mas fuerte
Puso el cielo? pues á ti
El verte me basta á mí,
Y á ti no me basta el verte.
Tu hermosura me divierte,
La tuya me da pasion,
Y en igual admiracion,
Con desiguales enojos,
Tú te quedas en los ojos,
Tú te entras al corazon.

SIRENE.

Señor monstruo, que hay, confieso,
En lo que va á discurrir,
Muchísimo que decir;
Mas yo no estoy para eso.

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Muerta estoy, estoy sin seso
Al ver tanta rustiqueza
En tan inculta belleza.

SIRENE.

Huye, señora. (*Vase.*)

DEIDAMIA.

No puedo;
Que grillos me ha puesto el miedo.

AQUÍLES.

¿Por qué con tal lijereza
Huyó de la vista mía?
Aunque si digo verdad,
No me hace soledad,
Si tú me haces compañía.

DEIDAMIA.

No, no te acerques: desvia.

AQUÍLES.

No huyas tú: detente, espera.
(*Detiénela.*)

DEIDAMIA.

Suelta.

AQUÍLES.

No haré, hasta que infiera
Quién vida y muerte me da.

SIRENE. (*Dentro.*)

Corred; que Deidamia está
En los brazos de una fiera.

ESCENA XII.

GENTE, *dentro; despues,* LIDORO.— AQUÍLES, DEIDAMIA.

GENTE. (*Dentro.*)

Acudid todos al llano.

AQUÍLES.

¿Qué voces aquestas son?

DEIDAMIA.

De mis gentes, cuya accion
Te dará muerte.

AQUÍLES.

Es en vano
Que tema el sér soberano
De Aquíles.

DEIDAMIA.

¡Qué es lo que oí!
¿Tú eres Aquíles?

AQUÍLES.

De mí,
Eso es todo cuanto sé.
(*Detiene Deidamia á Aquíles.*)

DEIDAMIA.

Pues ahora yo seré
La que te detenga á ti.

AQUÍLES.

¡Qué poco habrás menester!
(*Tiene asido Deidamia á Aquíles.*)

DEIDAMIA.

¡Ah de toda la montaña!
¿No hay quien venga á mi voz?
(*Sale Lidoro.*)

LIDORO.

Sí;
Que perdida la esperanza
De hallar la gruta, no pierda
La de darte vida en tanta

Confusion.— Bárbaro monstruo,
Muere á mis manos.
(*Al acometer á Aquíles Lidoro, le ase Deidamia, y le detiene.*)

DEIDAMIA.
Aguarda.
Extranjero que esos mares
Arrojaron á estas playas,
No le mates, que es Aquíles.

LIDORO.
¿Qué es lo que escucho?

AQUÍLES. (*Ap.*)
¡Qué rabia
Ha introducido en mi pecho
El ver que con él se abraza,
Que es un casi aborrecerla
Lo que juzgué que era amarla?

LIDORO.
Tu advertencia me suspende,
No su vista me acobarda,
Para no darle la muerte:

AQUÍLES.
Pues no le tengas, aparta.
Veamos si mata lidiando
Quien ántes de lidiar mata.

LIDORO.
¿Tú eres Aquíles?

AQUÍLES.
Yo soy.

LIDORO.
Pues desa loca arrogancia
Quiero remitir el duelo
Por tí y por quien me lo manda;
Porque siendo, como eres,
A quien destinan las sacras
Deidades para que Grecia
Logre de Troya venganza,
Quiero ser tu amigo.

AQUÍLES.
Yo
No quiero; que será infamia
Ser amigo con la voz,
Y enemigo con el alma.

LIDORO.
¿Por qué enemigo?

AQUÍLES.
No sé.

LIDORO.
¿Qué causa he dado?

AQUÍLES.
La causa,
Aunque sé bien cómo es,
No sé bien cómo se llama.

DEIDAMIA.
Pues fué mia la ventura
De hallarte, y el duelo basta,
Conmigo has de venir.

AQUÍLES.
Eso
No es posible, aunque me arrastra
Tu hermosura y mi dolor.

DEIDAMIA.
¿Pues por qué?

AQUÍLES.
Porque haré falta
A una deidad por quien vivo,
Y si viene y no me halla
En la prision que rompí,
No dudo que sus venganzas
Harán mi vida infelice:
Y así, á pesar de las ansias
Que á un tiempo siento é ignoro,
Adios, deidad soberana,
Y agradéceme el dolor
Que llevo dentro del alma.

DEIDAMIA.
Oye.

LIDORO.
Aguarda.

AQUÍLES.
No es posible. (*Vase.*)

LIDORO.
Sí lo será, si te alcanza
Mi velocidad.— Espera;
Que yo le traeré á tus plantas. (*Vase.*)

DEIDAMIA.
Mal podrás; que el viento mismo
Debió de darle las alas,
Segun penetra veloz
El monte.

ESCENA XIII.

EL REY, DANTEO, ULÍSES, LIBIO, GENTE, DAMAS. — DEIDAMIA.

REY.
Hermosa Deidamia,
¿Qué ha sido esto?

DEIDAMIA.
Examinar
Que las dichas no las halla
Quien las busca, sino quien
Mas empereza el buscarlas;
Pues yo, que á buscar no fuí
A Aquíles, en esta playa
Le hallé.

ULÍSES.
¿De qué sabes que él
Fuese?

DEIDAMIA.
De que él lo declara.

DANTEO.
¿Y dónde está?

DEIDAMIA.
Se ha ido huyendo.
Mas seguidme; que aunque vaya
Tras él el gallardo jóven
Que del mar la horrible saña
Arrojó á tierra, no juzgo
Que le alcance, si no atajan
Vuestros pasos por aquí.

TODOS.
Guia; que tus soberanas
Luces seguirémos todos.

DANTEO.
Libio, pues ves que quien anda
En alcance deste monstruo
Que un dios revela, otro guarda,
Es Lidoro, vé tras él,
No suceda una desgracia.
(*Vanse todos, ménos Libio.*)

ESCENA XIV.

LIBIO; *y despues*, GENTE, *dentro*.

LIBIO.
Vaya el gran Sofí; que yo
Nunca fuí amigo de caza
De monstruos; aun de perdices
Y de conejos me cansa,
Porque despues de molerse
Un hombre tarde y mañana,
No trae mas que cuatro reales,
Que es lo que cuesta en la plaza.

UNOS. (*Dentro.*)
A la marina.

OTROS. (*Dentro.*)
A la selva.

OTROS. (*Dentro.*)
Al monte.

ESCENA XV.

AQUÍLES, *que sale cayendo.* — LIBIO.

AQUÍLES.
¡El cielo me valga!

LIBIO.
A mí tambien, que no ménos
Lo he menester.

AQUÍLES.
Desas altas
Peñas me dejé caer,
Porque nadie me alcanzara
De cuantos me siguen. ¡Cielos!
¿En qué mi vida les cansa?

LIBIO. (*Ap.*)
¡Ay qué tamañito monstruo!
Pero para mí, este basta:
Y así, entre aquestas dos peñas
Me esconderé miéntras pasa.
(*Escóndese.*)

AQUÍLES.
¿No soy bruto de su especie?
¿Por qué me persiguen? ¿Tanta
Fué la culpa de salir
Tras una voz que arrebata
Los sentidos? Mas ¡ay cielos!
Que entre confusiones tantas,
El tino perdí á la gruta.
¿Por dónde iré hasta encontrarla?

LIBIO. (*Ap.*)
Por donde no dé conmigo.

ESCENA XVI.

DEIDAMIA, LIDORO, DANTEO Y ULÍSES, *dentro*. — DICHOS.

DEIDAMIA. (*Dentro.*)
Desde aquellas peñas altas
Fué de donde se arrojó.

LIDORO. (*Dentro.*)
Sitiad el monte.

DANTEO. (*Dentro.*)
A la playa.

ULÍSES. (*Dentro.*)
A la marina.

REY.
A la selva.

AQUÍLES.
Pues tan en mi alcance andan,
Aquesta quiebra me esconda.

LIBIO.
¿No habia otra desocupada,
Sino esta?

AQUÍLES.
¿Quién está aquí?

LIBIO.
Un lobo que dió en la trampa.

AQUÍLES.
¿Quién eres?

LIBIO.
Iré á saberlo:
Ya vuelvo.

AQUÍLES.
¿De qué te espantas?

LIBIO.
De poco, pues es de tí.

AQUÍLES.
¿Por qué?

LIBIO.
Porque tengo gana
De espantarme.

AQUÍLES.
(*Ap.* Ahora conozco
Que hay en las sangres distancia,

Pues hay hombres que me temen
Donde hay hombres que me agravian.)
Vén acá.

LIBIO.

Aquí estoy muy bien.

AQUÍLES.

¿Has visto en esta montaña
Una boca, de quien es
Todo un peñasco mordaza?

LIBIO.

¿Pues no? Vaya usted; que á aquella
Parte está.

AQUÍLES.

Vén tú á enseñarla.

LIBIO.

Desde aquí daré las señas.

AQUÍLES.

Tu temor me ha dado causa
A obligarte que conmigo
Vengas, y ya con dos causas:
Que por dónde voy no puedas
Decir, y de paso me hagas
Capaz de un dolor que ignoro.
Vén acá: ¿cómo se llama
Una dulce pesadumbre
Que á un tiempo hiela y abrasa
Todo el corazon, corriendo
Desde los ojos al alma?

LIBIO.

¿Qué habias visto?

AQUÍLES.

Una mujer.

LIBIO.

O todas mis ciencias faltan,
O esa pasion es amor.

AQUÍLES.

Luego, despues de mirarla,
Otra mas fuerte pasion,
Hija de aquella y contraria,
¿Cómo se llama?

LIBIO.

¿Qué habias
Visto?

AQUÍLES.

Que á un hombre se abraza.

LIBIO.

Pues esos se llaman celos.

AQUÍLES.

¿Celos? Mientes, tú me engañas;
Que celos no pueden ser
A quien una letra falta
Para cielos, y les sobran
Para ser infierno tantas.
Y cuando lo sean, ¿qué cura
Tener pueden?

LIBIO.

Olvidarla.

AQUÍLES.

Dame tú un poco de olvido.

LIBIO.

Hémelo dejado en casa;
Mas si un tantico me esperas,
Iré por él, y en volandas,
De tantísimo de olvido
Vendré cargado.

AQUÍLES.

¿Qué aguardas?
Corre veloz.

LIBIO.

Al instante
Verás que vuelvo... (*Ap.* La espalda.
Mamóla el seor monstrecillo.) (*Vase.*)

DEIDAMIA. (*Dentro.*)

Allí se mueven las ramas:
Cercad el sitio.

AQUÍLES.

¡Ay de mí!
El despeñarme ¿no basta
Para que el centro me esconda?
Pero la fuga me valga
Por esta parte.

ESCENA XVII.

Al irse AQUÍLES, *le sale al encuentro* LIDORO; *despues,* ULÍSES, DANTEO, EL REY, DEIDAMIA, DAMAS Y GENTE.

LIDORO.

Detente,
Prodigiosa fiera humana;
Que mia ha de ser la dicha
De que á los piés de Deidamía
Vuelvas.

AQUÍLES.

Porque tú no logres
Esa dicha de agradarla,
No por temor, otra vez
El monte cruzaré.

(*Al huir por otro lado, sale Ulíses al paso.*)

ULÍSES.

Aguarda,
Racional humano monstruo,
Ya que para mi esperanza
Quiere el cielo que yo sea
Quien te dedique á las aras
De Marte, para blason
De Grecia.

AQUÍLES.

Pretension vana
Es para mi curso.

(*Al huir por otro lado, sale Danteo.*)

DANTEO.

Espera,
Prodigio destas montañas;
Que mio ha de ser el triunfo.

AQUÍLES.

¿Dónde pueden ir mis ansias,
Cercado de tantos?

(*Al huir, salen al paso el Rey y gente.*)

REY.

Donde
Sea mia la alabanza
De tu rendimiento.

(*Va por otra parte, y salen Deidamia y damas.*)

DEIDAMIA.

No huyas,
Sabiendo que no te agravia
Quien para tu honor te busca.

AQUÍLES.

Eso no sé, y sé que airada
Una deidad que ofendí,
Quedará, si no me halla
Donde me dejó: y así,
Entre todos, las espaldas
Fiadas deste peñasco,
He de lidiar en demanda
De mi libertad.

TODOS.

Pues ¿cómo
De tantos librarte aguardas?

(*Arranca una rama de un árbol.*)

AQUÍLES.

Muriendo y matando.

REY.

Date
A prision, pues que no tratas
Darte á partido.

(*Riñen todos con él.*)

AQUÍLES.

Divina
Deidad, ¿cómo en pena tanta,
Por un pequeño delito
Me falta tu amor?

ESCENA XVIII.

Ábrese un peñasco, sale por él TÉTIS, *y abrazando á Aquíles, le retira.* — DICHOS.

TÉTIS.

No falta;
Que este peñasco abrirá
Sus pavorosas entrañas,
Para librarte de que
Cumpla el hado su amenaza.

AQUÍLES.

¡Ay de quien vivo un sepulcro
Le esconde, sin esperanza
De que nunca ha de volver
A ver el sol de Deidamia!

(*Vanse Tétis y Aquíles.*)

REY.

¡Qué prodigio!

LIDORO.

¡Qué portento!

DANTEO.

¡Qué maravilla!

ULÍSES.

¡Qué ansia!

DEIDAMIA.

Pues el centro de la tierra,
Para escondérnosle, rasga
Sus duros senos, ¿quién duda
Que oculta deidad le ampara?

REY.

Si contra oculta deidad
Humano poder no basta,
Desamparemos el monte.

DANTEO.

Al mar.

LIDORO.

Al golfo.

TODOS.

A la playa.

ULÍSES.

Aunque todos huyan, yo
Quedaré donde dé trazas
Opuestas, deidad, de hallarle
Donde quiera que le guardas.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Vuelve á abrirse el peñasco, y se ve en él á AQUÍLES *y á* TÉTIS, *luchando, y con los primeros versos salen al tablado, y ciérrase el peñasco.*

AQUÍLES.

¿Esta es piedad?

TÉTIS.

Sí.

AQUÍLES.

Pues no
Quiero admitirla.

TÉTIS.

¿Qué intentas?

AQUÍLES.

Arrojarme despechado
Desde esa mas alta peña
Al mar, adonde mi vida,
Desesperada y resuelta,
De un sepulcro á otro sepulcro

Pase de una vez, y tengan
Fin tantas ansias.

TÉTIS.

Advierte...

AQUÍLES.

Es en vano.

TÉTIS.

Considera...

AQUÍLES.

No es posible.

TÉTIS.

Mira...

AQUÍLES.

¿Qué
Hay que mire, qué hay que advierta,
Qué hay que considere, cuando
Sujeto á tirana fuerza,
Segunda vez solicitas
Reducirme á mas estrecha
Prision que la que echó á mal
Los años de mi edad tierna?
Cuando juzgué que el abrirse
En duras bocas la tierra,
Amparándome de tantos
Como me sitiaron, fuera
Para mí seguridad,
¡Vuelve á ser para mi afrenta!
Pues no, no ha de ser; que ya
Es tarde para obediencias.
Antes que viera del sol
Las luces, ántes que viera
De los cielos la armonía,
De los montes la soberbia,
De las flores la hermosura,
De las aves la belleza
Y la inquietud de los mares,
Ya toleraba mi estrella
En la fe de la ignorancia
El voto de la paciencia.
Pero despues que los vi,
Y vi que juraba reina
De la hermosura á Deidamia
Toda la naturaleza,
¿Cómo quieres que otra vez
Sin ellos viva y sin ella,
Y me consuele de hallarla
Tan solo para perderla?
Y así, piadosa cruel,
Que me amparas y me fuerzas,
Que me crias y me afliges,
Me halagas y me atormentas,
Perdóneme tu respeto;
Que aunque obedecerte quiera
Mi voluntad, mi pasion
No quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
La luz, aunque lo defiendan
Los hados, ó has de quitarme
La vida, porque no tenga,
A pesar de mi valor,
Aqueste triunfo su ausencia.

TÉTIS.

¡Ay, Aquiles! si supieses
Cuán piadosamente atenta
Esta que llamas crueldad,
Tu vida ampara y reserva
De opuesto influjo...,

AQUÍLES.

¿Qué influjo
Habrá tan cruel que pueda
Mas que quitarme la vida?
Pues si tú me quitas esta,
¿Qué me das? Y así, perdona,
Digo otra vez; y pues fiera
Constelacion una vida
Destina á dos muertes, deja
Que la pierda á gusto mio,
Si es preciso que la pierda.—
Vuelve pues, bella Deidamia,
Y cuantos te siguen vuelvan
A lograr en mí las iras
Con que mi muerte desean.
Aquiles os llama, Aquiles. (*A voces.*)

TÉTIS.

Suspende la voz, y piensa...

AQUÍLES.

Ya te digo que es en vano,
Si ya no es que me convenza
Superior razon: y así,
Miéntras la causa no sepa
Que te obliga á que me ocultes
Quién eres y soy, y miéntras
No volviere á ver el cielo
De aquella deidad, aquella
Sin quien ya será imposible
Que alivio mis ansias tengan,
No ha de volver á domarme
El yugo de tu obediencia.

TÉTIS.

¿Tanto una beldad te arrastra?

AQUÍLES.

Tanto, que seguirla es fuerza.

TÉTIS.

¿No hay olvido?

AQUÍLES.

No sé dél.

TÉTIS.

¿No hay cordura?

AQUÍLES.

No sé della.

TÉTIS.

¿No hay albedrío?

AQUÍLES.

No es mio.

TÉTIS.

¿No hay libertad?

AQUÍLES.

Es ajena.

TÉTIS.

¿No hay remedio?

AQUÍLES.

No hay remedio.

TÉTIS.

¿No hay prudencia?

AQUÍLES.

No hay prudencia.
Morir, ó ver á Deidamia.

TÉTIS.

Pues ya que á su extremo llega
Tu pasion; llegue á su extremo
La mia tambien, y sea
Un asombro de otro asombro
Reparo infeliz.

AQUÍLES.

¿Qué intentas?

TÉTIS.

Que tú sepas tu peligro,
Y yo poner medio sepa
Con que tú á Deidamia asistas
Y yo seguro te tenga.

AQUÍLES.

¿Pues qué aguardas?

TÉTIS.

Temo que
No verosímil parezca.

AQUÍLES.

Al amor todo le es fácil.

TÉTIS.

¿Si es terrible?

AQUÍLES.

No le temas.

TÉTIS.

¿Si es temerario?

AQUÍLES.

¿Qué obsta?

TÉTIS.

¿Si es extraño?

AQUÍLES.

Que lo sea.

TÉTIS.

¿Y si acaso...

AQUÍLES.

Di.

TÉTIS.

Peligra
En términos de novela?

AQUÍLES.

¿Qué importará, si es mi vida
Fábula, que lo parezca?
¿De que manera, di, pues
Ha de ser?

TÉTIS.

Desta manera.
Yo soy, prodigioso Aquiles,
Ya que declararme es fuerza,
Tétis, hija de Neptuno,
Primer deidad de su esfera.
Algunas tardes que el mayo
En su hermosa primavera
Conchas me ferió y corales
A claveles y azucenas,
Con otras ninfas del mar
Discurria la ribera
Deste monte, coronada
De aljófares y de perlas.
Peleo, príncipe altivo
De la isla, tras las fieras,
La campaña discurria,
Cuando viendo mi belleza
(Para desdichas no es
Vanidad que la encarezca),
Solicitó mis favores;
Y advirtiendo cuánto era
Imposible á su deseo
Ingrata mi resistencia,
Dispuso... Pero permite
Que aquí turbada la lengua,
La retórica dispense
Con el semblante, pues ella
Ménos dirá con la voz
Que él dice con la vergüenza.
Basta pues (¡ay infelice!)
Que embrion de una violencia
Fuiste, porque no te quejes
De mí, sino de tu estrella;
Pues eres tan desdichado,
Que cuando todos se precian
Que nacieron de un amor,
Naciste tú de una fuerza.
Yo ofendida, yo quejosa,
Porque nunca se supiera
Que tuvo logro su injuria,
Ni que dió fruto mi afrenta,
A él le di muerte, y la isla
Quemé, no dejando en ella
Racional testigo en quien
No sepultase mi ofensa,
Sin reservar, no mi ira,
Sino superior clemencia,
Mas que ese templo que Marte
Sobre sus cumbres conserva.
Entre este horror, este asombro,
Este pasmo, esta inclemencia,
Lidiando en mi pecho, al verte,
El rencor con la terneza,
Y que culpas de malicia
Iba á pagar la inocencia,
Te crié con tal secreto,
Que encomendado á las peñas,
Creciste á merced de solas
Silvestres frutas y yerbas.

Viendo pues tu prodigioso
Nacimiento, quise atenta
Al discurso de tu vida,
Lêrle en las doradas letras
Dese volúmen, usando
De la no adquirida ciencia
Sino heredada, bien como
Deidad de mares y selvas;
Y hallé que al tercero lustro
Te amenaza la mas fiera
Lid, la mas dura batalla,
La campaña mas sangrienta
De cuantas en sus teatros
La fortuna representa:
Con que al ver por una parte
Que á mi decoro es decencia
Tenerte oculto, y por otra
Que á tu vida es conveniencia,
Quise añadiendo razon
A razon y fuerza á fuerza,
Que no salieses al mundo
Hasta que mi diligencia,
Haciendo que el fatal crísis
De la amenaza transcienda,
Quebrase al hado los ojos.
Mas ¡ay de mí! ¡cuánto yerra
Quien al poder de los dioses
Previene hacer resistencia!
Marte lo diga, pues viendo
Que al ceño de sus violencias
Contigo el horror anima,
Contigo el estrago alienta,
En su oráculo ha mandado
Que en los centros desas quiebras
Te busquen, porque tú solo
Importas en esa guerra
Tanto, que sin tí no puede
Acabarla toda Grecia;
Y dígalo Vénus, pues
Siendo en el robo de Elena
Cómplice, como soborno
Que fué de la competencia
De Páris, con los estruendos
De agua, fuego, viento y tierra
El oráculo impidió,
Dejando en tu nombre y señas
Declarada la noticia
Y dudosa la certeza.
Y siendo así que tu hado
Y su oráculo convengan,
A tiempo que tú vencido
Te ves de pasion tan ciega,
Que el retirarte á que vivas
Es retirarte á que mueras,
¿Qué mucho que yo, al arbitrio
De una imaginada idea,
Procure hacer tiempo en que hado,
Amor y oráculo venzas?
Astrea, prima de Deidamia,
A quien en su infancia tierna
Llevó al gobierno de Acaya
Su padre, muriendo en ella,
Llamada fué de Deidamia
A que en sus palacios tenga
Las dignidades de dama
Con los honores de deuda.
Embarcóse pues, y al fiero
Temporal de una tormenta
Dió al traves, siendo la nave
Su tumba, la quilla vuelta:
Con que yo ahora, vañida
De la blanda primavera
De tu edad, apadrinada
De tu divina belleza,
En fe de que nadie puede
En Egnido conocerla,
Puesto que de infante á jóven
Dan las facciones mil vueltas,
Solícito, como dije,
Que el mundo en tu historia vea
La mas extraña que el tiempo
Repite en plumas y lenguas.
Pues como tú, Aquíles, tomes
El traje y nombre de Astrea,
Y yo bajel y familia
Y demas faustos prevenga,
No dudo que como el reo
Que delincuente se alberga
A la sombra del cadalso
Donde nadie le sospecha,
Te ampares tú en tu peligro,
Desimaginando señas
De que allí puedan buscarte
Ni el amor que te atormenta,
Ni el hado que te amenaza,
Ni oráculo que te arriesga:
En cuyo disfraz tú ahora
Discurre, imagina y piensa
Cuál viene á estarte mejor:
Que de tí tu influjo sepa,
O estar sirviendo á tu dama.
Y cuando no te convenzan
Tres razones tan precisas,
Discurrir es la mas cuerda
Que esto no ha de durar mas
Que solo hasta que transcienda
El punto que te amenaza,
Que ya se divisa cerca;
Y una vez pasado, yo
Seré, Aquíles, la primera
Que de la tascada brida
El tiento te dé en la rienda,
La noticia en el estribo
Y en el borren la firmeza;
Que el blanco acero te ciña,
El limpio arnes te prevenga,
El duro yelmo te enlace
Y el fuerte escudo te ofrezca
Para que glorioso vivas;
Mas deja hasta entónces, deja
Que averigüemos al cielo
Si tiene el ingenio fuerzas
Contra el poder de sus hados
E influjo de sus estrellas.

AQUÍLES.

Si á cada razon de cuantas
Me ha dicho tu voz, hubiera
De responderte, confuso
Me hallara entre las respuestas;
Y así, por no confundirlas
O no embarazarme en ellas,
Todas las dejo, pues todas
En una sola se abrevian.
Si á vivir voy con Deidamia,
Si á adorar voy su belleza,
Nombre, ser, honor y fama,
¿Qué se pierde en que se pierda?
No me dilates la dicha
Que me ofreces: considera
Que persuadido un deseo
A siglos las horas cuenta.

TÉTIS.

Pues ya que lo estás, escucha.—
¡Ah del mar!

ESCENA II.

NINFAS, *dentro*. — AQUÍLES, TÉTIS.

NINFAS. (*Dentro.*)

¡Ah de la tierra!

TÉTIS.

¡Hermosas ninfas de Tétis!

(*Salen cuatro ninfas.*)

NINFA 1.ª

¿Qué mandas?...

NINFA 2.ª

¿Qué quieres?...

NINFA 3.ª

¿Qué dices?...

NINFA 4.ª

¿Qué ordenas?...

TODAS.

Pues sabes que estamos
Siempre á tu obediencia.

TÉTIS.

Que con los mas suntüosos
Adornos, joyas y telas
Que en los archivos del mar
La hidrópica sed encierra,
A aqueste bruto diamante
Pulir trateis, de manera
Que el que fué asombro de horror,
Pase á serlo de belleza,
Cuando mujeriles pompas
Tanto su forma desmientan,
Que sea monstruo en los jardines
El que fué monstruo en las selvas.

LAS CUATRO. (*Cantan.*)

Norabuena sea,
Sea norabuena,
Trocando su forma
De horror en belleza,
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas:
Sea norabuena.

NINFA 1.ª

Vén donde tus ninfas...

NINFA 2.ª

A tu gusto atentas...

NINFA 3.ª

Su hermosura labren...

NINFA 4.ª

Pulan su belleza...

NINFA 1.ª

De suerte que como...

NINFA 2.ª

Has dicho tú mesma...

NINFA 3.ª

Tanto su semblante...

NINFA 4.ª

Disfrace, que sea...

TODAS.

Trocando su forma
De horror en belleza,
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

TÉTIS.

Vén á la orilla del mar,
Donde ya, Aquíles, te espera
El fantástico bajel
En que, de todas sus señas
Informada, te acompañe.

AQUÍLES.

Cielo, sol, luna y estrellas,
Montes, mares, troncos, flores,
Brutos, aves, peces, fieras,
Ya que es fuerza que mi vida
Fábula al mundo parezca,
Dadme ingenio con que supla
Mi ignorancia, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

TODAS.

Norabuena sea,
Sea norabuena.
Veamos si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

(*Vanse cantando.*)

ESCENA III.

ULÍSES, *oyendo las voces; luego* MÚSICA, *dentro.*

ULÍSES.

«¡Veamos si sus hados
Vence, cuando sea

Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas!»
¡Qué nuevo oráculo, cielos,
Es este que al aire suena,
En que parece que Marte
Se obliga de la fineza
Con que me quedé en el monte
Cuando dél todos se ausentan,
Por si averiguar pudiese
El alma de su respuesta,
Intentando declararla?
Pues para su inteligencia,
Que allí impidió el terremoto,
Dice aquí en voces diversas...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

A ver si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

ULÍSES.

Tropa de marinas ninfas
Es la que hácia la ribera,
Alegremente festiva,
Llevando el monstruo, se acerca.
Tras ellas iré...— Aunque en vano
Será, pues en hombros dellas
Ya al mar se introduce, donde
Hermoso bajel le espera,
A cuyo borde llegando,
Vuelven á decir contentas,
Como que á Marte en baldon
Dicen de su competencia...

ÉL, Y MÚSICA, *dentro.*

Veamos si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

ULÍSES.

Ya, el buque dentro del mar,
En las náuticas faenas
Del marinaje, las voces
Dicen, en música envueltas...

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡A leva, á leva!
La ancla desamarra,
Despliega las velas,
Y gozando el viento
Que sopla de tierra,
¡A leva, á leva!
Veamos si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.
¡A leva, á leva!
La ancla desamarra,
Despliega las velas.

ULÍSES.

Ya engolfado en alta mar,
Tan favorable navega,
Que siendo delfin que nada,
Parece neblí que vuela.
Pero no me desconfíe,
Al pensar que las cautelas
De Ulíses... Pero ¿qué digo,
Si es tan imposible haberlas,
Cuanto lo es el contrastar
Alguna deidad suprema,
Que al resguardo de sus riesgos,
De aquí, diciendo, le ausenta...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

¡A leva, á leva!
Veamos si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas?

(*Vase Ulíses.*)

—

Salon del palacio real de Egnido.

ESCENA IV.

LIDORO, *leyendo una carta;* DANTEO, LIBIO.

DANTEO.

¿Qué escribe el Rey mi señor?

LIBIO.

Que habiendo la voz corrido
De haberse el bajel perdido,
Ya de mi muerte el rigor
Tuvo por cierto; mas luego
Que á la voz siguió el aviso,
Ponerse en camino quiso
Para Egnido: tanto llego
A deber á su fineza.
Y al fin, que presto vendrán
Prevenciones que podrán
Desempeñar la tristeza
Con que hoy vivo disfrazado
A vista de tanto bien.

DANTEO.

Aunque disculpas me dén
Tus razones, lo has errado
En callar desde aquel dia;
Pues ¿qué importara llegar
Derrotado tú del mar?

LIBIO.

Muchísimo importaria.
Lleno á su novia envió
De joyas y de cadenas
Su retrato uno, y apénas
La dicha novia le vió,
Cuando con dos mil placeres
Dió el sí. El, muy amante y fino
Se puso luego en camino.
Ciertos hombres y mujeres
De los que alzando figura,
Dicen sin saber de estrellas,
La buenaventura ellas,
Y ellos la malaventura,
Dieron con él, y tomaron,
A la vista del lugar
Adonde se iba á casar,
Cuanto en su poder hallaron.
El, bien ó mal, como pudo,
Hasta su novia llegó;
Ella, así como le vió
Descadenado y desnudo,
Dijo: «Este no se parece
Al retrato que yo amé,
Ni he de casarme; porqué
Quien no parece, perece.»

DANTEO.

¡Extraña frialdad!

LIDORO.

Espera;
Que bajando á los jardines,
Donde rosas y jazmines
Aguardan su primavera,
Deidamia hermosa ha salido
De su cuarto.

DANTEO.

Llegaré
A hablarla al paso, porqué
Puedas, señor, divertido
En su hermosura, lograr
La breve ocasion que ofrece
El sitio.

LIDORO.

Y si te parece,
En mi la puedes hablar,
Para ver si su semblante,
Iris del cielo de amor,
Corre algun rasgo en favor
De mi fortuna inconstante.

DANTEO.

Ya llega cerca, y así,
Es bien que, el papel trocado,
Hagas el de mi criado.

ESCENA V.

DEIDAMIA, SIRENE.— *Cúbrese* DANTEO, Y LIDORO *está descubierto, y tambien* LIBIO.

DEIDAMIA.

¿Quién, Sirene, estaba aquí?

SIRENE.

Al embajador vi ahora
De tu esposo.

DEIDAMIA.

(*Ap.* ¡Qué rigor!)
¿Qué hay de nuevo, embajador?

DANTEO.

Mucho que temer, señora,
Y que dudar.

DEIDAMIA.

¿De qué modo?

DANTEO.

Carta del Rey he tenido,
En que me dice que ha sido
Tan amante y fino en todo
Cuanto á su afecto ha tocado
Lidoro, el príncipe mio,
Que, obediente á su albedrío
Así como efectuado
Vió el concierto, se embarcó
Porque no quiso que fuera
Otro quien por vos viniera.

LIDORO. (*Ap. á Libio.*)

¿Alégrase de oirlo?

LIBIO.

No.

DANTEO.

Y haber llegado sin él
El aviso, me ha tenido
Triste, y mas habiendo oido
La pérdida de un bajel,
Segun me contaba aquí
Este extranjero, que igual
Corrió el mismo temporal.

LIDORO. (*Ap. á Libio.*)

Y ahora ¿se alegra?

LIBIO.

Sí.

LIDORO.

Mientes; que primero fué
Cuando el semblante alegró,
Y ahora le entristece.

LIBIO.

Yo
Poco de semblantes sé;
Pero ni uno ni otro vi.

DEIDAMIA.

Mucho siento, embajador,
Que tenga vuestro temor
Tanta razon contra sí.

LIDORO. (*Ap. á Libio.*)

¿Ves si lo siente?

LIBIO.

Muy bien.

DEIDAMIA.

Decid á ese forastero
Que llegue á hablarme; que quiero
Informarme yo tambien
De las noticias que tiene.

DANTEO.

Mirad que llama su Alteza.

LIDORO.

Si esa divina belleza

Tantos favores previene
Al que llega perseguido
De la fortuna y el hado,
Ya fuera mas desdichado,
Si ménos lo hubiera sido.

DEIDAMIA.

¿No fuisteis vos el primero
Que á socorrerme llegó,
Cuando mi temor creyó
Ser Aquíles monstruo fiero?

LIDORO.

Yo fui el primero, señora,
Que presumió que pudiera
Ser tan felice que diera
Por vos la vida, que ahora
Rinde humilde á vuestros piés.

DEIDAMIA.

Confieso que agradecida
Os quedé, y compadecida
De vuestras penas despues
Que supe que derrotado
Habiais salido del mar:
Y para desempeñar
La deuda en que os he quedado,
En algun cargo poned
Los ojos; que desde ahora
Ser ofrezco intercesora
En que se os haga merced.
(*Va retirándose.*)

LIDORO.

La tierra que pisais beso,
Si la tierra que pisais
Besar merezco; y pues dais
Con tan liberal exceso
Ocasion á mis enojos
De alentarse, yo os diré
Una pretension en que
Tengo ya puestos los ojos.
(*Vuelve Deidamia.*)

DEIDAMIA.

Decid.

LIDORO.

No ha de ser ahora.

DEIDAMIA.

¿Por qué?

LIDORO.

Porque no me atrevo.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

LIDORO.

Como ahora debo
Pensarlo mejor, señora.

DEIDAMIA.

¿Pues no me decis que ya
Mirada la teneis?

LIDORO.

Sí;
Pero habiendo vos por mí
De empeñaros, claro está
Que el atreverme es forzoso
A mas; que muy otro ha sido
Juzgar como desvalido
Que pedir como dichoso.

DEIDAMIA.

Pues volvedme á ver aquí
En habiéndolo mirado.

LIDORO.

¡Cómo, habiéndome llamado
Para informaros de mí
Cuándo mi naufragio fué,
Tan poco cuidado os da
Saber si cierto será
El de Lidoro?

DEIDAMIA. (*Ya junto á la puerta.*)

No sé...
— Porque ó es verdad ó no.
Si no es verdad, necedad
Es sentirlo; y si es verdad,
¿Qué culpa le tengo yo?
Y pasando á otro temor
Que mas que aqueste lo ha sido,
Sepa si el bajel perdido
De Acaya era; que el rigor
Que mas me aflige es pensar
Si en él Astrea venía.

LIDORO.

No, señora; que él traía
Contrario rumbo de mar,
Y el bajel era de Egnido,
Y Lidoro venía en él.

DEIDAMIA.

Como quiera que el bajel
El de Astrea no haya sido,
Por esa segunda nueva
En segunda obligacion,
Valdré vuestra pretension.

LIDORO.

Con tal favor, que me atreva
A mas que entendí, será
Dicha, no jactancia.

DEIDAMIA.

Pues
Dadme el memorial despues.
(*Vase, y Sirene.*)

ESCENA VI.

LIDORO, DANTEO, LIBIO.

LIDORO.

¿Quién darme á un tiempo crérá
Muerte y vida? Poco gusto
Muestra de mi casamiento
Deidamia.

DANTEO.

Ese sentimiento
Recelo es de amor injusto;
Que claro es que su recato
No habia de hacer exceso
Alguno.

LIBIO.

Tampoco es eso.

LIDORO.

¿Pues qué?

LIBIO.

Vuélvome al retrato.
Venimos descadenados,
Y así somos recibidos
Como hombres mal parecidos.
Deja que lleguen criados,
Vestidos, joyas, dineros,
Caballos, coches, libreas,
Y que cercado te veas
De pajes y de escuderos;
Deja que haya hoy un festin,
Que haya mañana un torneo,
Esotro justa y paseo,
Máscara esotro, y en fin
Verás entónces, señor,
Cómo con grandeza igual,
Si ahora has parecido mal,
Pareces mucho peor.

DANTEO.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LIDORO.

Escribir, Danteo, con tal
Atencion el memorial,
Que sin llegar á saber
Quién soy, la ponga en cuidado
De querer saber quién soy,
Para cuyo intento hoy...

DANTEO.

Calla; que el Rey ha llegado. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL REY, ULÍSES, ACOMPAÑAMIENTO.— LIDORO, LIBIO.

REY.

Ya que quedaste en el monte,
Dime si algun rastro ó seña
Volviste á hallar.

ULÍSES.

Peña á peña
Corrí todo su horizonte;
Ni indicio ni rastro hallé.
(*Ap.* El oráculo que oí
Reservaré para mí.)
Y en tanto que mas no sé,
Mira qué quieres que diga
A los príncipes de Grecia.

REY.

Cuánto mi amistad aprecia
Entrar en la heróica liga
Que contra Troya se trata;
Pero que en aquesta parte
El oráculo de Marte
Mis prevenciones dilata.
Porque miéntras yo no vea
Que Aquíles á Troya va,
A quien todos vimos ya,
Sin que sepamos cuál sea
La deidad que nos le oculta,
Yo no me atreveré á hacer
Lid en que se va á perder,
Pues Marte lo dificulta.

ULÍSES.

Desa suerte lo diré
De tu parte, y de la mia
Protesto desde este dia
A Grecia mi patria, en fe
Del hijo de mas valor
(Y segun dicen mas sabio),
En venganza de su agravio
Y en demanda de su honor
No perdonar diligencia
Que mis engaños sutiles
No hagan en busca de Aquíles
Hasta traerle á tu presencia,
Si sé en varios horizontes
Abrir, sufriendo pesares,
Las entrañas de los mares
Y los senos de los montes.
(*Ap.* Deidad que le guardas, si
Para otros ocultos fines
Ya es monstruo de los jardines,
¿Dónde está Aquíles?)

ESCENA VIII.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO. (*Dentro.*)

Aquí
Esperad. (*Sale.*)

REY.

¿Qué es eso?

CRIADO.

Astrea,
Que ahora acaba de llegar,
Licencia pide de entrar.

ULÍSES. (*Ap.*)

¡Otro proverbio! Aunque sea
Acaso, pues dijo *aquí*,
Aquí le empiece á buscar.

REY.

¿Qué espera para llegar
Mi sobrina? Celio, di
Tú á Deidamia que á la bella
Astrea salga á recibir;
Que aunque la viene á servir,

Hay tanta nobleza en ella,
Que es justo honralla.

LIBIO.

Esta esfera
Hoy nuevo cielo será.

LIDORO.

Calla, porque llegan ya.

LIBIO.

Yo callara, si pudiera.

ESCENA IX.

Tocan chirimías, y sale por una parte AQUÍLES, *de dama*, Y TÉTIS, *con* ACOMPAÑAMIENTO; *y por otra*, DEIDAMIA, SIRENE Y DAMAS. — EL REY, ULÍSES, LIDORO, LIBIO, ACOMPAÑAMIENTO.

AQUÍLES. (*Ap. á Deidamia.*)

Apénas vi del palacio
La inmensa fábrica augusta,
Cuando todos mis sentidos
Se desvanecen y turban.

TÉTIS.

Pues vuelve en tí, y con prudencia
Recóbrate y disimula.

AQUÍLES.

Vuestra Majestad, señor...
Yo... si... cuando... los piés nunca
Merecí.

REY.

Esa turbacion
Mas os abona y disculpa,
Que pudiera la mas docta
Retórica, y mas aguda.
Besad la mano á Deidamia.

AQUÍLES.

Hermosa Deidamia, en cuya
Competencia, de los cielos
Es sombra la luz mas pura,
Dadme á besar vuestra mano,
Y perdonadme que muda
Tanta dicha no encarezca;
Que aunque mi rudeza estudia
Muchas cosas que deciros,
No se me ha acordado alguna
Desde que os vi, y esta sola
Siempre en mi memoria dura,
Porque tocar vuestra mano
Mal puede olvidarse nunca.

DEIDAMIA.

(*Ap.* En toda mi vida vi
Mas peregrina hermosura.)
Alzad, Astrea, del suelo,
Y créd que tengo á ventura
Que á ser vengais, no mi dama,
Sino mi amiga; que hay muchas
Razones para estimar
(Mis brazos os lo aseguran)
Las prendas de vuestra sangre.

AQUÍLES.

(*Ap.* ¡Oh qué bien dicen, fortuna,
Que no se consigue mucho,
Si mucho no se aventura!
A los brazos de Deidamia
Llegué: si es que alguno culpa
El disfraz, amé y verá
Cuántos él discurre y busca.)
Hoy de su mina arrancada
Llega tosca piedra inculta
Una alma, á que los crisoles
Del ingenio y la cordura
Con ejemplares la labren,
Y sin castigos la pulan.

SIRENE.

Todas de vos, bella Astrea,
Aprenderémos, sin duda,
En vuestra beldad lecciones
Del ingenio que os ilustra.

REY.

Ya, Ulíses, que la ocasion
De que esta obligacion cumpla,
Corté la plática nuestra,
A ella volvamos. No una
Vez sola, pero mil veces
Doy á las deidades sumas
Palabra de que en el dia
Que el cielo á Aquíles descubra,
Daré contra Troya á Grecia
Todo mi favor y ayuda.

AQUÍLES. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¿Tanto importa
Que el cielo mis hados cumpla?

ULÍSES.

Y yo vuelvo una y mil veces
A dar palabra á las sumas
Deidades tambien de andar
El orbe todo en su busca,
Hasta que el valor le encuentre
O el ingenio le descubra.

ESCENA X.

DANTEO. — DICHOS.

DANTEO.

Cerca está de aquí, señor...

ULÍSES.

¿Adónde...

AQUÍLES. (*Ap.*)

¡Qué desventura!

ULÍSES.

Aquíles está?

DANTEO.

Yo digo
Un bajel, que haciendo puntas,
Veloz neblí de las ondas,
El nido del puerto busca...

ULÍSES. (*Ap.*)

¡Otro proverbio! No acaso
El cielo mi intento ayuda.

DANTEO.

Y vengo á pedir albricias,
Porque en él viene sin duda
Lidoro, segun las cartas
Me dicen, y lo aseguran
El rumbo y señas que trae;
Si bien las hace confusas
La distancia.

REY.

Si es Lidoro
El que nuestros mares sulca,
Seguras albricias tienes.

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Las mias son mas seguras;
Que, como lágrimas son,
Están mas prontas.

LIDORO. (*Ap.*)

Fortuna,
¡Cuando el Rey se alegra, ella
Se entristece y se disgusta!

DANTEO.

Si ese bajel es de Epiro,
Verás cuán presto se muda
La tristeza en alegría.

LIDORO.

Ya tarde la espero, ó nunca;
Pero porque no se queje
Mi omision de mí, la industria
De hablar en mi pretension
Su afecto hará que descubra.

REY.

Vamos al muelle; que quiero
Desde su elevada punta
Ver ese nevado cisne
Nadar sobre las espumas.—
Adios, Deidamia.

(*Vanse todos, ménos Aquíles y las damas.*)

DEIDAMIA.

Los cielos
Te guarden. — Decid que acuda
La música á los jardines.—
Vén, Astrea.

(*Vanse Deidamia, Sirene y damas.*)

TÉTIS. (*Ap. á Aquíles.*)

Antes escucha.
Ya has oido los desvelos
Con que tu persona buscan.

AQUÍLES.

Sí.

TÉTIS.

Pues no te digo mas
De que en conservarla oculta
Está tu seguridad.
Y pues queda tu fortuna
En tu mano, adios, Aquíles,
Y ten silencio y cordura,
Pues ya falta poco para
Que el término tu hado cumpla.

AQUÍLES.

Eso díselo á mi amor;
Que no es posible que sufra
Silencio el fuego, sin que
Ahume, ya que no luzca.

(*Vanse Tétis y Aquíles.*)

—

Jardin.

ESCENA XI.

ULÍSES.

¡Cielos! si á vuestras estrellas
Persuadisteis á que influyan
En mi favor los afectos
Que caudillo me intitulan
De toda Grecia, ¿por qué,
Despues que el nombre me ilustra,
Me andais regateando el medio
Y escaseando la ventura?
Sin Aquíles esta guerra
No tendrá, segun pronuncia
El oráculo de Marte,
Favorable la fortuna.
Pues ¿cómo á dar la noticia
Basta su deidad augusta,
Y á descubrirle no basta?
Mas ¡ay de mí! que sin duda
Opuesto poder le ampara.
Bien lo muestra y asegura
Hacer, cuando deja verse,
Que por los vientos nos huya.
Pues yo no me he de rendir
A dificultad alguna;
Que si hay un dios que le guarda,
Otros hay que le descubran.
Y si por humanos medios
Esto puede ser, mi industria
Dará trazas con que á efecto
Llegue... y esta ha de ser una.
Muchos dias há que noto
Que en la milicia no supla
La humana voz otra voz
Superior á todas, cuya
Orden gobierne las tropas,
Ya divididas, ya juntas:
Un horroroso sonido
Que ánimo y valor infunda
En los pechos de los hombres,
De suerte que su confusa
Armonía, con variarla
De las cláusulas algunas,
Todo un ejército entero,
Si una vez el son escucha,
Entienda lo que le manda,
Porque lo ejecute y cumpla.

Con esta imaginacion
Han trazado mis astucias
Dos instrumentos : el uno
De curadas pieles rudas,
Y el otro de retorcidos
Metales : ambos retumban
De suerte, que armoniosos
En una y otra voz juntan
Los apartados extremos
Del horror y la dulzura.
Destos instrumentos dos
Que erizan y que espeluzan
Al que los oye, he de usar
Hoy de Aquíles en la busca :
Y siendo así que de monstruo
De las montañas, le muda
A monstruo de los jardines
Quien nos le guarda, ¿quién duda
(Pues la voz sola entrar puede
En la estancia mas oculta)
Que como este horror su oido
Hiera, la prision no sufra?
Porque jóven á quien Marte
Para sus triunfos anuncia,
Gran corazon le guarnece,
Gran espíritu le ilustra,
Y no es posible que quien
Ya en los vaticinios triunfa
Y en los oráculos vence,
Oyendo este idioma, cumpla
Con su mismo natural,
Si arrebatado no busca
La horrible voz de la guerra
Que sus aplausos pronuncia.
Y cuando no se consiga
Por tal medio tal ventura,
Otros habrá, sin que dé
Por vencidas mis industrias;
Pues ántes... Mas ¿qué instrumentos
La voz de mis labios hurtan?
Músicos son de Deidamia...
Y por detras destas murtas
Ella viene. Embarazarla
No quiero. ¿Dónde, fortunas,
Hallaré á Aquíles?

ESCENA XII.

DEIDAMIA. — ULÍSES.

DEIDAMIA. (*Dentro.*)
Conmigo
No venga ahora ninguna.

ULÍSES.
¡Otro acaso! Pues no quiero
Crêr que misterio no incluya.
(*Vase Ulíses, y sale Deidamia.*)

DEIDAMIA.
Quedáos, y decid que no
Canten, porque me disgusta
Aplicar injustos medios
Contra tristezas tan justas.
¡Oh tu, soberbio bajel,
Que bollando cristales vienes,
Si de mi pena crüel
El dueño en tu esfera tienes,
No tomes puerto con él :
Mira que son contra mí
(Pues para no amar nací)
Todos cuantos bordos das.

ESCENA XIII.

AQUÍLES. — DEIDAMIA.

AQUÍLES. (*Ap.*)
¿Dónde, pensamiento, vas?
Mas si está Deidamia aquí,
¿Qué mucho que aquí vinieras
Sin que la eleccion hicieras,
Pues siempre va el corazon
Al riesgo sin eleccion?

DEIDAMIA.
Vuelve, vuelve al mar : no quieras
Ser de un tirano tercero,
Que al viento dos veces sigue.

AQUÍLES. (*Ap.*)
Sola está : volverme quiero.
No haya ocasion que me obligue
A decir del mal que muero.

DEIDAMIA.
No de la libertad mia
Quieras... Mas ¿quién (¡ay de mí!)
Mis sentimientos oia?

AQUÍLES.
Yo llegué aquí, y como vi
Que estás sola, me volvia,
Por no escuchar lo que hablabas.

DEIDAMIA.
Poco importara, ¡ay Astrea!
Ser tú la que me escuchabas :
Y para que tu amor crea
Que tú no me embarazabas,
Lo que me hubiera pesado
Que alguien me hubiera escuchado,
Te diré á tí, porque así
Veas que fio de tí
La causa de mi cuidado :
Tanto, si verdad confieso,
Aunque parezca temprano,
Te estimo.

AQUÍLES.
Tu mano beso...
(*Ap.* Aunque no tanto por eso
Como por besar tu mano.)

DEIDAMIA.
Mi padre, sin mi albedrío,
Con Lidoro me casó,
Príncipe de Epiro.

AQUÍLES.
(*Ap.* ¡Impío
Rigor!) ¿Casada estás?

DEIDAMIA.
No...

AQUÍLES. (*Ap.*)
Vivamos, corazon mio.

DEIDAMIA.
Hechos los conciertos sí.

AQUÍLES.
Pues si aun no lo estás, ¿de qué
Es tu pena?

DEIDAMIA.
Escucha.

AQUÍLES.
Di.

DEIDAMIA.
Tanto el sentimiento fué
De dar, á quien nunca vi,
Mi padre mi libertad,
Que ofendida la crueldad
De mi altivo pensamiento,
Se ha hecho aborrecimiento
Lo que aun no fué voluntad.
Si mi padre me casara
Con un hombre que yo viera,
Y este con fineza rara
Mis desaires padeciera,
Y padeciendo ganara
Hoy el agrado, el afeto
Mañana, esotro el favor,
Pudiera ser que discreto,
Galante y fino su amor,
Hiciera en mi amor efeto.
Pero querer que yo quiera
A quien no sé si sabrá
Estimar mi mano, es fiera
Esclavitud : ¿quién podrá
No sentirla?

AQUÍLES.
De manera
Que si supieras, señora,
Que un amante que te adora,
Padeciendo te servia,
Ménos te disgustaria
Su deseo.

DEIDAMIA.
¿Quién lo ignora?
Porque el quererme á mí bien
No es ofensa para mí.

AQUÍLES.
Vida los cielos te dén.

DEIDAMIA.
Pues ¿qué te va en eso á tí?

AQUÍLES.
Mucho mal y mucho bien.

DEIDAMIA.
¿Cómo?

AQUÍLES.
No sé.

DEIDAMIA.
Mi castigo
Teme, ó declara por qué
Lo has dicho.

AQUÍLES.
A eso me obligo;
Que si digo que lo sé,
No sabré lo que me digo.

DEIDAMIA.
Pues yo lo quiero saber.

AQUÍLES.
Y aun decirlo quiero yo.

DEIDAMIA.
Di pues.

AQUÍLES.
(*Ap.* Presto (¡oh fácil sér!)
Hábito de hablar me dió
El hábito de mujer.)
Hermosísima Deidamía,
Cuya perfeccion feliz
Pragmáticas pone al mayo
Y leyes le da al abril :
En la grande isla de Marte
Te vió un jóven preferir
A lo rojo del clavel,
A lo blanco del jazmin.
Allí te vió; mas no pudo
Declarar su amor allí,
Porque entónces no sabía
Mas que sentir sin sentir.
Tu ausencia y su sentimiento
Le han obligado á venir
A tu corte disfrazado;
Que como es guerra civil,
Amor nunca se desdeña
De valerse del ardid.
Su sangre es ilustre, tanto
Que bien puede competir
Con la mas sagrada prole
Desa curia de zafir.
Su nombre, por no saberle,
No te le puedo decir.
(*Ap.* Solo esto he de reservar
Del secreto para mí,
Porque no la escandalicé
De Aquíles el nombre oir.)
Pero ya que no le diga,
Podré, fiándome de tí
En que no te has de enojar,
Enseñarte (¡ay infeliz!)
Su persona alguna vez;
Aunque en vano es prevenir
Enseñarle yo, pues tú
Le conoces como á mí.

DEIDAMIA.

Mucho el aviso te estimo,
Y porque podrá servir
El conocerle de que
No me haga acaso incurrir
La ignorancia en los descuidos
Ya de hablar y ya de oir,
Mira que te ruego, Astrea,
Y aun te mando desde aquí,
Que en la primera ocasion
Que me lo puedas decir,
Me digas quién es ese hombre,
O me quejaré de tí.

AQUÍLES.

Porque veas si deseo
Obedecer y servir...
(*Ap.* Amor, á mucho te atreves.)

DEIDAMIA.

¿En qué te suspendes? Di.

AQUÍLES.

Desde aquí le puedes ver.

DEIDAMIA.

No veo á nadie desde aquí.

AQUÍLES.

Míralo bien; que sí ves.

DEIDAMIA.

Digo que en todo el jardin
No estamos mas que las dos
Solas.

AQUÍLES.

¿Solas las dos?

DEIDAMIA.

Sí.

AQUÍLES.

Pues si tú dices que estamos
Solas, y yo que está aquí
Tu amante, bien fácil es
La enigma de descubrir.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Como entre las dos
Está...

ESCENA XIV.

LIDORO, *que llega por entre los dos á dar el memorial.* — AQUÍLES, DEIDAMIA.

LIDORO.

Pues que permitis
Que en mis pretensiones hable...

DEIDAMIA. (*Ap.*)

¡Qué es lo que miro!

AQUÍLES. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

LIDORO. (*Ap.*)

Este memorial, señora,
Os dirá quién soy.

DEIDAMIA.

Así (*Rómpele.*)
Despacho yo memoriales
De quien con trato tan vil
En mi corte, en mi palacio
Se atreve...

LIDORO. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

DEIDAMIA.

A asistir
Disfrazado y encubierto.

AQUÍLES. (*Ap.*)

Ella llegó á presumir
Que yo lo decia por él.

LIDORO. (*Ap.*)

De álguien conocido fuí
Sin duda, y quién soy le han dicho.

DEIDAMIA.

Ni he menester...

LIDORO. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DEIDAMIA.

Saber quién sois: ya lo sé.

LIDORO.

Pues si lo sabeis, oid. (*Cúbrese.*)

AQUÍLES. (*Ap.*)

Miren ¡qué grave se ha puesto!

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Corazon, ¿esto sufris?

LIDORO.

Derrotado de los mares,
De Marte á la isla salí,
Donde vi vuestra hermosura.

DEIDAMIA.

Lo que tú me dices.

AQUÍLES.

Sí...
(*Ap.* Basta que he venido á ser
Tercero yo contra mí,
Pues me declaré por otro.)

LIDORO.

Viéndome tan infeliz,
Por no verme desairado
Persona y nombre encubrí.
Y pues ni el venir por vos
En persona, ni el fingir
Mi nombre es ofensa vuestra...

DEIDAMIA.

¿Cómo es eso de venir
Por mí en persona?

LIDORO.

Vos misma
¿Saber quién soy, no decis?

DEIDAMIA.

Pues ya no quiero saberlo
Despues que lo sé: y así,
Si habeis de decir quién sois,
A mi padre lo decid;
Que mujeres como yo
Nunca acostumbran oir
Finezas tan desmandadas,
Que hayan de llegar á mí
Sin que sepan el camino
Por donde deben venir.

LIDORO.

Si yo...

DEIDAMIA.

No mas.

LIDORO.

Pude...

DEIDAMIA.

Basta.

LIDORO.

Juzgar...

DEIDAMIA.

Nada os he de oir.
Idos pues.

LIDORO.

Sí haré, por daros
Tiempo.

DEIDAMIA.

¿De qué?

LIDORO.

De advertir
Que es tan noble mi delito,
Que solo erró contra sí
No atreverse á parecer
Por no atreverse á lucir. (*Vase.*)

ESCENA XV.

AQUÍLES, DEIDAMIA.

DEIDAMIA.

Tampoco, Astrea, me sigas
Tú.

AQUÍLES.

¿Pues yo te ofendí?

DEIDAMIA.

Sí.

AQUÍLES.

¿En decir quién fuese?

DEIDAMIA.

No.

AQUÍLES.

Pues ¿en qué?

DEIDAMIA.

En no lo decir.
¿Puede haber mas traidor trato,
Puede haber accion mas vil
Que, tercera de su amor,
Hablarme en que está por mí
Un amante disfrazado,
Y recatar y encubrir
Quién era?

AQUÍLES.

Eso no sabía.

DEIDAMIA.

Pues ¿cómo pudiste, di,
Saber que me vió en el monte,
Que vino encubierto aquí,
Y no quién era?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Eso es volverme á mentir
Segunda vez.

AQUÍLES.

No me injuries;
Que si enojada te vi
Sin culpa, quizá con ella,
La costa hecha á lo infeliz,
Me atreveré á verte.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Obligándome á decir
Que no lo dije por él.

DEIDAMIA.

Pues ¿por quién, fiera?

AQUÍLES.

Por mí...
Vuelva mi honor. Por quien es
Tan cifra deste pensil,
Tan enigma deste alcázar,
Que andando siempre tras tí,
Le ves y no le ves, le hablas
Y no le hablas, le oyes y
No le oyes, porque delirio
De los hados, frenesí
De la fortuna y prodigio
Del amor, oculto en fin,
Es deste jardin el monstruo. (*Vase.*)

DEIDAMIA.

Tente, oye, espera: no así
Me dejes dudosa, pues
La he de matar, ó inquirir
Quién por mí puede ser ¡cielos!
El monstruo deste jardin.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Por una parte AQUÍLES, *en traje de hombre, y por otra* DEIDAMIA, *sin verse.*

AQUÍLES.
Pálido ceño de la noche fria,
Que limitada sombra,
Desvanece y asombra
La luz del sol, el rosicler del dia,
Siendo en asombro tanto
Todo horror, todo miedo y todo espanto...

DEIDAMIA.
Todo horror, todo miedo y todo espanto
Es cuanto toco y piso,
Pues apénas diviso
En las arrugas del nocturno manto,
Atenta á mi querella,
Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella.

AQUÍLES.
Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella
En el cielo parece.
¡Oh cuánto favorece
Mi pretension y de Deidamia bella!
Pues cuando en este traje vengo á hablalla,
Falta el sol, la luna huye, el viento calla!

DEIDAMIA.
Falta el sol, la luna huye, el viento calla,
Cuando firme y constante
Vengo á ver un amante,
Tan enigma de amor, que á descifralla
No hay valor que se atreva:
Tal mueve, tal admira, tal eleva.

AQUÍLES.
Tal mueve, tal admira, tal eleva
De mi vida el suceso, por eso
Que...— Mas Deidamia es esta, y aun
Su nueva Síquis con fragrancia nueva
Saludan los verdores
De las hojas, las ramas y las flores.

DEIDAMIA.
De las hojas, las ramas y las flores
El vulgo ha respirado;
Sin duda que ha llegado
El cuidado, que es dios de los amores.

AQUÍLES.
¡Mi dueño!

DEIDAMIA.
¡Gloria mia!

AQUÍLES.
Salió el sol.

DEIDAMIA.
Vino el alba.

LOS DOS.
Llegó el dia.

DEIDAMIA.
Ya acusaban tu tardanza,
Viendo que la noche viene
Y que tú te detenías.
Arboles, flores y fuentes.

AQUÍLES.
No te admire, no te espante,
Hermosa deidad de nieve,
A quien vistieron jazmines
Y coronaron claveles,
Que tema el verte hoy.

DEIDAMIA.
¿Por qué?

AQUÍLES.
Porque quien de celos muere,
No es mucho que el encontrarlos
Dilate.

DEIDAMIA.
La alfombra verde
Destos cuadros nos convida.
Siéntate, y di lo que sientes.
(*Siéntanse los dos.*)

AQUÍLES.
Con tal licencia, perdona
Que desde el principio empiece.
Yo, bellísima Deidamia,
En aquel inculto albergue
Que fué mi primera cuna,
Te vi un dia.

DEIDAMIA.
No me acuerdes
Dónde y cómo, puesto que
Ya me lo has dicho otras veces.

AQUÍLES.
Tan sin mí quedé sin tí,
Que para que no muriese
A manos de mis tristezas...

DEIDAMIA.
La hermosa deidad de Tétis,
Que segun me has dicho, es
La que te ampara y defiende,
Buscó á tu vida reparos.

AQUÍLES.
Y porque amando viviese...

DEIDAMIA.
Del nombre y traje de Astrea,
A quien sepulcro de nieve
Ella construyó en las ondas,
Saneó los inconvenientes
En tu edad y en tu hermosura.
Y puesto que sé quién eres
Y cómo estás aquí, vamos
Al pesar que hoy te entristece.

AQUÍLES.
¿Para qué, si has de atajarme
A todo cuanto dijere?

DEIDAMIA.
Aquesto es aprovechar
El tiempo, porque parece
Inútil conversacion
La de hablar siempre imprudentes
En lo que sabemos.

AQUÍLES.
Pues
Si los amantes no hubiesen
De hablar siempre en lo que saben,
¿Qué tendrian que hablar siempre?
Ya disfrazado en tu casa,
Quiso mi estrella atreverse
A declararse contigo,
Y hablándote en mí...

DEIDAMIA.
Sucede
Que se declaró Lidoro,
Por quien mi engaño lo entiende.

AQUÍLES.
Aquí quedamos. Tu enojo
Me obligó á que te dijese
Quién era tu amante.

DEIDAMIA.
Y yo
Afable lo escuché, ó fuese
Porque ya mi inclinacion,
Tu ingenio y belleza hubiesen
Ganádome el albedrío,
O porque á Lidoro, al verle
(Otra vez lo dije) como
Esposo y no como huésped,
Le aborrecí sin mas causa
Que empezar á aborrecerle.

AQUÍLES.
Gustaste de que de noche
En este traje viniese
A este jardin.

DEIDAMIA.
Sí, porqué
En el de mujer parece
Que está violento el cariño.

AQUÍLES.
Monstruo pues de dos especies,
Tu dama de dia, y de noche
Tu galan, no te merece
Mi amor de galan ni dama,
Ni favores ni desdenes,
Pues ni dama me despides
Ni galan me favoreces.

DEIDAMIA.
Eso no quiero que digas,
Pues ¿qué mas favores quieres
De mí, que ver que un engaño
Tal que ejemplares no tiene,
Le disimule? ¿Qué mas
Finezas, si me mereces,
Pudiendo hablarte de dia,
Por hacer hurto el quererte,
Que á aquestas horas te hable?
¿Qué mas agrados, si debes
A mis pesares que finjan
En mi salud accidentes
Que el casamiento dilaten?

AQUÍLES.
No te enojes, razon tienes.
Mas ¿qué importa ¡ay dueño mio!
Haber llegado á deberte
Esas finezas, si todas
Me han de servir solamente
De mayor pena? Mañana
Dicen que casarte quiere
Tu padre: mira si ha sido
Piedad el favorecerme,
Pues es guardarme la vida
Solo para darme muerte.

DEIDAMIA.
¿Puedo yo no ser quien soy?

AQUÍLES.
¿Lloras?

DEIDAMIA.
No; que aun no me deben
Aquese alivio mis ansias.

AQUÍLES.
Pues ¿qué es eso?

DEIDAMIA.
Es solamente
Querer llorar sin llorar,
Bien como en pecho rebelde.

ESCENA II.

MÚSICA, *dentro.* — DICHOS.

MÚSICA. (*Dentro.*)
Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes...

AQUÍLES.
¿Qué voces son las que escucho?

DEIDAMIA.
No te asustes, no te alteres.
Músicos son de Lidoro,
Que desde ese parque suelen
Cantar, porque así presumen
Que mis tristezas divierten.

AQUÍLES.
¡Con buena disculpa ¡ay triste!
Que no me ofenda pretendes!
¡Con decir que es de Lidoro
Música! que ya dos veces
La debo sentir: por suya,

Y porque á impedirles llegue
A estas flores que reciban
En el nácar que guarnece
Tu pié, las hermosas perlas
De las lágrimas que viertes.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles...

DEIDAMIA.

Que él cante cuando yo lloro,
Contrariedad es que debe
Estimarse, pues que dice
Su amor y mi olvido.

AQUÍLES.

¿Puede
No sentir quien siente?

DEIDAMIA.

No;
Mas puede hacer que consuele
Al sentimiento el agrado,
Viendo el alma de quien siente.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Cuyas lágrimas risueñas,
Quejas repitiendo alegres...

(*Quiere Aquíles levantarse, y Deidamia le detiene.*)

AQUÍLES.

No me detengas; que tengo
De salir adonde intente
Hacer que lloren, pues lloras;
Que no es bien que tú te quejes
Y ellos canten, sin que yo
Su sangre y tu llanto mezcle.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Entre conceptos de cantos
Y murmúreos de corrientes.

DEIDAMIA.

No has de salir.

AQUÍLES.

Ya no haré;
Que si entra en el jardin gente,
¿Para qué he de salir yo?

DEIDAMIA.

¡Gente aquí! ¡Cielos, valedme!

ESCENA III.

LIDORO, LIBIO. — AQUÍLES, DEIDAMIA.

LIDORO. (*Ap. á Libio.*)

¿Dijiste, porque mejor
La deshecha hagan, no dejen
De cantar miéntras adoro
De mas cerca las paredes
De los cuartos de Deidamia,
Ya que ruegos ó intereses
Vencieron los jardineros
Para que la puerta abriesen?

LIBIO.

Sí, señor: ya prevenidos
Quedan de que canten siempre.

DEIDAMIA.

Yo soy muerta, si por dicha
O por desdicha, acontece
Ser conocida.

LIDORO.

Hácia allí
Que siento ruido parece...
Y es verdad, dos bultos son.

LIBIO.

Y grandes: cada uno tiene
Veinte anas de caida.

LIDORO.

¡Hombres aquí! Conocerles
Es ya forzoso.

LIBIO.

No es.

LIDORO.

Pues ¿qué puedo hacer?

LIBIO.

Volverte:
Mira ¡qué cosa tan fácil!

LIDORO.

¡Que eso, necio, me aconsejes!
¿Cómo puedo no saber
Quién á estos jardines entre
A estas horas?

LIBIO.

No queriendo
Saberlo.

DEIDAMIA.

A nosotros vienen.

AQUÍLES.

Retírate tú; que yo
Me quedaré á detenerles;
Que como no te conozcan,
Los demas inconvenientes
Importan ménos.

DEIDAMIA.

Forzoso
Es ¡ay de mí!, aunque pendiente
Deje en tu vida mi vida. (*Vase.*)

ESCENA IV.

AQUÍLES, LIDORO, LIBIO; *despues*, MÚSICA, *dentro*.

LIDORO.

El uno la espalda vuelve.

LIBIO.

Parécese á mí.

LIDORO.

Y el otro
Queda.

LIBIO.

Ese no se parece.

LIDORO.

¿Quién va?

AQUÍLES.

¿Quién me lo pregunta?

LIDORO.

Un hombre que saber quiere
Cómo habeis entrado aquí.

AQUÍLES.

La duda es impertinente,
Pues preguntándôs á vos
Cómo entrásteis, me parece
Sabréis cómo he entrado yo.

LIDORO.

Yo tengo causas que pueden
Darme aqueste atrevimiento.

AQUÍLES.

Yo tambien.

LIDORO.

Y me compete
El saber quién sois.

AQUÍLES.

A mí
El no decirlo.

LIDORO.

Pondréisme
En obligacion de que
Lo pregunte desta suerte.

AQUÍLES.

Y á mí responder de estotra.

(*Sacan las espadas y riñen; y la música, que estará algo léjos, sin cesar canta todas las coplas.*)

MÚSICA.

Ojos eran fugitivos, etc.

LIBIO.

¡A muy lindo tiempo vuelven
A cantar los otros! ¿Quién
Puso espadas y broqueles
En solfa jamas?

LIDORO.

¿Qué haces?

LIBIO.

La fuga deste motete.
A decir que callen voy,
Porque en estilo no entren
De matarse dos debajo
De compas. (*Vase.*)

LIDORO.

Aunque valiente
Os mostrais, sabré quién sois.

AQUÍLES.

Soy, si el valor se resuelve,
El monstruo destos jardines.

LIDORO.

El nombre.

AQUÍLES.

No ha de saberse.

LIDORO.

Aunque vos me le calleis,
Me lo dirá vuestra muerte.

ESCENA V.

ULÍSES. — DICHOS.

ULÍSES. (*Ap.*)

¡En los jardines espadas,
Y abiertas sus puertas! Llegue
A saber qué es esto.

LIDORO.

Pues
No es bien que el empeño deje,
Hasta que sepa quién es
Hombre que á decir se atreve:
«Monstruo soy destos jardines.»

ULÍSES.

¡Qué escucho! ¿Luego tú eres
El que busca mi deseo
Tanto que á esta hora me tiene
Desvelado á estos umbrales?
Y así, yo he de conocerte.

(*Pónese al lado de Lidoro.*)

AQUÍLES. (*Ap.*)

Pues equivocado llega,
Cielos, en mi favor este,
Dejándole el riesgo, es bien
Que la ocasion aproveche,
Y me retire á mi cuarto,
Donde ántes que puedan verme,
Mude de traje y de nombre. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ULÍSES, LIDORO.

LIDORO.

Hombre, si buscando vienes,
Como has dicho, ¡ay de mí! al monstruo
Destos jardines, advierte
Que á él le dejas ir, y á quien
Tambien le busca detienes.

ULÍSES.

A tí te oí decir que tú
Lo eras: y pues tú lo eres,
No te defiendas de mí;
Que no te busco imprudente
Para tu muerte, sinó
Para tu aplauso, y hacerte
Dueño de Troya; y porqué
Seguro de mí no intentes
Defenderte, Ulíses soy,

Que en este jardin previene
Por un oráculo hallarte.

LIDORO.

¿Ulíses?

ULÍSES.

Sí.

LIDORO.

Pues si ese
Es tu intento, contra tí
Tu diligencia se vuelve,
Pues le dejas cuando yo
Tambien le busco.

ULÍSES.

¿Quién eres?

LIDORO.

Lidoro soy.

ULÍSES.

Pues, señor,
¡Vos aquí! Vos desta suerte!
¿Qué es esto?

LIDORO.

No sé. ¡Ay, Ulises!

ULÍSES.

Sepa qué es.

LIDORO.

Pues se nos pierde
Entre manos la ocasion
De saber (¡desdicha fuerte!)
Al que vuestro valor busca
Y vuestro valor defiende,
Y ya la primera luz
En su crepúsculo vence
Las tinieblas de la noche,
No es bien que aquí nos encuentren.
Salgamos de aquí, y sabréis
Lo que á mi vida sucede,
Pues solamente de vos
Lo fiara.

ULÍSES.

Y justamente;
Que soy vuestro amigo: y puesto
Que no es bien durar en este
Sitio sin que respetemos
El honor destas paredes,
Tomemos la vuelta al parque.

(*Vanse.*)

—

Parque.

ESCENA VII.

ULÍSES, LIDORO.

LIDORO.

De su enmarañado albergue
Este es el sitio mas solo.

ULÍSES.

Proseguid pues.

LIDORO.

Atendedme.
Yo, llevado de mi amor
(No os encarezco si es grande,
Pues basta no ser dichoso
Para saber que es constante),
Con música divertia
Desde la esfera del parque
Las tristezas de Deidamia
Esta noche. ¡Qué mal hace
Quien cura males ajenos,
Pudiendo sus propios males!
Los efectos de rendido
Facilitaron que entrase
Al jardin: ¡nunca pisara,
Pluguiera al cielo, su márgen,
Pues no hallara de mis penas
Entre sus flores el áspid!
Dos bultos vi. ¡Ay infelice!
Huyó uno, otro ocultarse
En las ramas pretendia,
De atento, no de cobarde,
Porque igual valor jamas
Depositó el cielo en nadie.
Embestile, y lo que dél
Supe, fué que se nombrase
El monstruo de los jardines:
En cuyo empeñado lance
Llegasteis, equivocado
De ver que yo me lo llame,
Y fué que yo repetí
Lo que él habia dicho ántes.
Y pues, vencido el error,
De vos mi valor se vale
Por amigo y extranjero,
¿Qué he de hacer en semejante
Pena, sabiendo que un hombre
Galan y airoso en el talle,
Valeroso en el denuedo,
Recatado en el lenguaje,
Prevenido en la cautela
Y en la ejecucion constante,
Monstruo de aquestos jardines,
En ellos puede ocultarse
Tan seguro, que no teme
Que el dia se le declare,
Para no quedarse en ellos,
Pues por la puerta que entrasteis
No fué por dónde él se huyó?
Pues presumir que lo sabe
Deidamia, es pensar que al sol
Obscuras nubes le manchen:
Pensar que lo ignora, siendo
A quien yo adoro, es quitarme
En los miedos de celoso
Los privilegios de amante.
Confieso que hay otras damas;
Mas para mí no es bastante
Satisfaccion; que ninguna
Merece que la idolatren
Sino ella: y mas grosero
Fuera mi dolor en darse
Por entendido de que
A otra donde ella está amen,
Que no en presumir que es ella.
Y así, atento á mis pesares,
Decidme, ¿cómo sabré
Qué hombre es este, y?...

ULÍSES.

No adelante
Paseis; que ya á mí me toca
Por vos y por mí empeñarme
En saberlo; que mis dudas
Y vuestras, si en una parte
Desiguales son, en otra
Parece que son iguales;
Pues saber quién es un hombre
A los dos inquietos trae,
Con la distancia no mas
Que se da entre Amor y Marte.
Y así, pues á vos y á mí,
Aunque con causas distantes,
Toca saber quién sea el que
Oculto en ellos se llame
El monstruo de los jardines,
Hoy he de determinarme
A entrar de Deidamia al cuarto;
Que no dudo que en él halle
Algun indicio de tanta
Novedad, pues cuando callen
Los recatos de la voz,
No podrán los del semblante;
Que aunque es verdad que no habrá
De ponérseme delante
Estando en el cuarto yo,
Haré un estruendo tan grande,
Que su espíritu le obligue
A que quizá se declare,
Viendo titubear al orbe,
Si se cae ó no se cae.

LIDORO.

¿Con qué industria habeis de entrar?

ULÍSES.

¿A Ulíses quereis que falte?
Con solamente un recado
Que lleve de vuestra parte.

LIDORO.

¿De mi parte? ¿Y qué ha de ser?

ULÍSES.

Pues os trajo aquella nave
Tantas riquezas de Epiro
Para declararos, dadme
Dellas algunas, bien como
Telas, perlas y diamantes,
Y tambien (porque mejor
Un mercader se disfrace,
Viendo que lleva de todo)
Espadines y plumajes,
Bandas, escudos. Y en tanto
Que me empeño en el exámen
Yo, vos habeis de ayudaros
Del valor y de la sangre
Para no dar á entender
Los sentimientos á nadie,
Prosiguiendo los festejos
Y músicas como ántes,
Aun entrando en los jardines
Por donde esta noche entrasteis:
De suerte que nunca mas
Fino, rendido y galante
Deidamia ha de haberos visto.

LIDORO.

Aunque no es eso muy fácil
De obedecer, pues callar
Con celos no lo hizo nadie,
Yo lo acabaré conmigo.

ULÍSES.

Esto es lo mas importante.
Un hombre no conocido
Que me asista y me acompañe
He menester: mirad vos
Si de cuantos en la nave
Vienen, hay uno de quien
Pueda el secreto fiarse.

LIDORO.

Un criado tengo, en quien
Concurren las calidades
Que me decis, porque aunque
Me ha asistido, los disfraces
Le encubrirán.

ULÍSES.

Pues, Lidoro,
A disimular pesares.

LIDORO.

Ulises, á hacer finezas.

ULÍSES.

Que hombre que pudo llamarse
El monstruo de los jardines...

LIDORO.

Que hombre que pudo ocultarse
En ellos de dia y de noche..

ULÍSES.

Indicios me ofrece grandes.

LIDORO.

Grandes temores me ofrece.

ULÍSES.

Y no sin causa...

LIDORO.

Y no en balde...

ULÍSES.

Si tantos avisos creo...

LIDORO.

Si dudo tantos desaires...

ULÍSES.

Como los cielos me envian.

LIDORO.

Como Deidamia me hace.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Deidamía.

ESCENA VIII.

DEIDAMIA, SIRENE, CINTIA.

SIRENE.
No en vano las luces bellas
Que el sol en sus lumbres dora,
Osan, con tan bella aurora,
Competir con las estrellas.)

DEIDAMIA.
¡Lisonjas, Sirene, á mí!

CINTIA.
No es posible que lo sea
La verdad.

DEIDAMIA.
Bien está.— Astrea
¿Ha pasado por aquí?
(*Ap.* Bien sé que en su cuarto está
Mudando el traje y el fin
Del empeño del jardin;
Mas esta es deshecha.)

SIRENE.
Ya
Ella viene.

ESCENA IX.

AQUÍLES, *de dama.* — DICHAS.

DEIDAMIA.
¿En qué has estado?
¿Qué traes? Qué tienes?

AQUÍLES.
No sé.
Pasando ahora escuché...

DEIDAMIA.
¿Qué?

AQUÍLES.
Que te traia un recado...

DEIDAMIA.
¿Quién?

AQUÍLES.
Ulises.

DEIDAMIA.
¿Y qué ha sido?

AQUÍLES.
Lidoro...

DEIDAMIA.
¡Qué mal empiezas!

AQUÍLES.
Por divertir tus tristezas,
Sabiendo que llegó á Egnido
Un mercader extranjero,
Que trae de la India Oriental
Empleado su caudal
En uno y otro lucero,
Hijos del sol, te le envía
Con él, porque de sus bellas
Joyas, las que gustes dellas
Tomes.

DEIDAMIA. (*Ap.*)
Esa bizarría,
Sobre la loca arrogancia
De anoche que hasta ahora lucha
En mi pecho, arguye mucha
Malicia ó mucha ignorancia.
Mucho me da que temer;
Pero ¿cómo de mí ¡ay cielos!
Se atreverá á tener celos?

AQUÍLES.
Mira qué has de responder.

DEIDAMIA. (*Ap. á Aquíles.*)
No lo sé, porque si aquí
Respondo airada y cruel,
Le doy otro indicio á él;
Y si no, otro enojo á ti.

AQUÍLES.
Pues ya que á dudar te obligas
Lo que debes hacer, yo
Diré que entre. (*Ap. á ella.* Porque no
Quiero que tú se lo digas.)

SIRENE.
Notable desaire fuera,
Si en su fineza reparas,
Que la entrada le negaras.

ESCENA X.

ULÍSES; LIBIO, *vestido como extranjero, y trae en un cofrecillo lo que dirán despues los versos, y en las manos un sombrero con plumas, una espada de plata y un escudo dorado.* — DICHOS.

ULÍSES.
¡Dichoso yo que esta esfera
Soberana merecí
De tanto sol penetrar!
Mas esto es servir y amar.

LIBIO. (*Ap.*)
Y desdichado de mí,
Que hecho una portátil tienda,
Soy, como bestia cargado,
Envidioso, á quien ha dado
Pesadumbre ajena hacienda.

ULÍSES.
El gran príncipe Lidoro,
Que de mí su atencion fía,
Conmigo este hombre os envía,
Porque del grande tesoro
De un mercader que ha venido
Hoy al puerto, algo ferieis.

DEIDAMIA.
Veamos qué joyas traeis...

ULÍSES. (*Ap.*)
A todo estaré advertido.

DEIDAMIA.
Porque aunque yo para mí
Ninguna pienso tomar,
Hoy á mis damas feriar,
Ya que se han hallado aquí,
Las que les agraden, quiero.

ULÍSES.
Quita el cofre.

LIBIO.
Aqueso haré
De buena gana, porqué
Como es rico, es majadero,
Y cansa tarde y mañana.

ULÍSES.
Ábrele.

LIBIO.
Eso haré tambien,
Porque á un pesadazo ¿quién
No le abre de buena gana?
Poner esto aparte quiero,
Que no es de aquí, y lo traia
Por si en el camino habia
Quien lo comprase primero.
(*Pone á un lado espada, escudo y sombrero.*)

ULÍSES.
Saca esas telas, y vé
Desdoblándolas ahora.
(*Saca unas piezas de tela y tiéndelas.*)

LIBIO.
¿Qué color destos, señora,
Mas os agradó?

DEIDAMIA.
No sé.

LIBIO. (*Ap.*)
¡Telas su vista desprecia,
Y tras ellas no se va!
Bien se echa de ver que está
El Córpus léjos de Grecia.

ULÍSES.
Ve aquesas joyas sacando.

LIBIO. (*Sacando una.*)
¿Qué os parece este Cupido
De diamantes?

DEIDAMIA.
Necio ha sido
Quién dellos labra amor, cuando
Para lo que el mas perfeto
Dura, aun la mas blanda cera
Materia rebelde fuera.

SIRENE.
Dejando aparte el conceto,
Joya mas bella no vi:
Rica y de buen gusto es.

LIBIO.
Si es rica, claro está.

DEIDAMIA.
Pues
Sea, Sirene, para ti.

SIRENE.
¿Amor tuyo á merecer
Llego?

DEIDAMIA.
Engáñaste; que yo
No te doy mi amor, sinó
El amor del mercader.

LIBIO.
No es poco eso, pues delante
Hay mas de alguna mujer,
Que el amor del mercader
Es el que tiene á su amante.—
Por firmeza aquesta pieza (*Otra.*)
Fuerza es que á tu gusto informe.

DEIDAMIA.
No es; que eso ha de ser conforme
Cúya fuere la firmeza.

CINTIA.
De cualquiera en quien se vea,
Merece ser estimada.

DEIDAMIA.
Si eso es decir que te agrada,
Tuya la firmeza sea.

CINTIA.
La mano beso á tu Alteza.

LIBIO.
Atala bien al poner,
Porque se suele caer
Fácilmente una firmeza.
Esta corona querria
Que te agrade.

DEIDAMIA.
Della ¿qué
Dices?

AQUÍLES.
Mal.

DEIDAMIA.
¿Por qué?

AQUÍLES.
Porqué
Está en tu mano, y no es mia.

DEIDAMIA.
Si es, toma.

AQUÍLES.
Eso no, perdona.

DEIDAMIA.
¿Por qué de verla te pesa?

AQUÍLES.
Porque tú lo entiendes desa,
Y yo hablo de otra corona.

LIBIO.
Esta una águila imperial
Es, que al sol las plumas dora.

DEIDAMIA.
¿Te agrada esta?
AQUÍLES.
No, señora;
Que me están sus vuelos mal.
LIBIO.
Un áspid de rubíes.
DEIDAMIA.
Di,
¿Este acaso te agradó?
AQUÍLES.
Pues digo al águila no,
A nada diré de sí.
DEIDAMIA.
Que algo no elijas, me enfada.
AQUÍLES.
¿Tú lo quieres?
DEIDAMIA.
Yo lo quiero.
AQUÍLES.
Pues este escudo, este acero,
Estas plumas y esta espada
Tomaré.
DEIDAMIA.
¿Eso has elegido?
AQUÍLES.
Sí.
DEIDAMIA.
¿A qué fin?
AQUÍLES. (*Ap. á ella.*)
¿No puede sèr
Que lo hayamos menester
En habiendo anochecido?
ULÍSES.
Mucho extraño la eleccion.
¿Donde hay joyas, armas quieres?
AQUÍLES.
Sí, pues hay entre mujeres
Mujeres que no lo son.
DEIDAMIA.
Necia estás.— No digas nada
Desto á Lidoro, sinó
Cuánto agradecida yo,
Conocida y obligada,
Nunca sus finezas dudo,
Y que en su nombre escogí
Estas cintas para mí.
AQUÍLES.
Yo este acero y este escudo.
ULÍSES.
Yo, señora, le diré
Todo cuanto me mandais.
LIBIO.
Y si vos no os disgustais,
Otro dia volveré,
Pues podrá ser que otro dia
De otra cosa os agradeis.
DEIDAMIA.
Cuando quisiereis podeis.
CINTIA.
Dime, desta bizarría
¿Qué sientes?
SIRENE.
Mucho hay que hablar;
Mas por hoy lo suspendamos;
Que dia que dan los amos
No es dia de murmurar.

ESCENA XI.

EL REY, LIDORO, DANTEO Y ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

REY.
Deidamia hermosa, á tu cuarto
Vengo con dos novedades.
DEIDAMIA.
Venir contigo Lidoro,
¿No es ya, señor, la mas grande?
REY.
Importa para la una...
Pero ¿qué es esto que haces?
DEIDAMIA.
Dese mercader que Ulises
Me ha traido de su parte,
Feriando estaba unas joyas.
LIDORO.
Todo el sol puesto en engaste
Fuera para mí atrevido,
Bien que para vos cobarde.
DEIDAMIA.
Guárdeos el cielo.
ULÍSES.
Recoge
Esto.
LIBIO. (*Ap.*)
Ya me es importante,
Porque alguien no me conozca,
Y me dé con algo alguien.
LIDORO. (*Ap. á Ulises.*)
¿Qué tenemos?
ULÍSES.
Poco ó nada,
Pues solo he visto un notable
Espíritu de mujer.
REY.
La una es que tengo de parte
De Acaya, patria de Astrea...
¿Dónde está?
AQUÍLES.
A tus plantas yace.
REY.
¿Qué armas y plumas son estas?
Permite que el verte extrañe
Con insignias de Belona,
No siendo hermana de Marte.
AQUÍLES.
Como la guerra de Troya
Por toda Grecia se trate,
Para un deudo mio...
REY.
Está bien;
Mas la duda que me trae
Confuso, es haber tenido
Cartas, en que por constante
Se tiene que dió al traves
En un escollo la nave
En que Astrea venia.
AQUÍLES. (*Ap.*)
¡Ay triste!
REY.
Y así es justo que repare
Que allí perezca una Astrea,
Y que otra aquí te acompañe.
AQUÍLES.
Pues ¿cómo, señor, si yo...
Cuando aquí llegué?...
LIDORO. (*Ap.*)
¡Notable
Turbacion!
ULÍSES. (*Ap.*)
Esta mujer
El júicio ha de quitarme,
Y mas con esta sospecha
Del fingido nombre.
REY.
Ya hacen
La nueva y la turbacion
Mayor la duda.
DEIDAMIA.
Es en balde
Dar crédito á esa voz, pues
No hay alguno que se embarque
A quien no le anegue el vulgo,
O le cautive ó le mate.
Esto se dice de todos;
Despues la verdad se sabe.
REY.
Bien puede ser: y así, en tanto
Que el tiempo nos desengañe,
Dejemos aquesto, y vamos
A lo que es mas importante.—
El Rey vuestro padre escribe
(*Á Lidoro.*)
La gran falta que le hace
Vuestra persona; y aunque
Tantos accidentes graves
De la salud de Deidamia,
De un dia en otro dilaten
Las bodas, ya no es posible
Que no venzan, que no arrastren
Mayores inconvenientes
Menores dificultades.
Y así, quiero que mañana
Las ceremonias nupciales
Se celebren, empezando
Las músicas esta tarde
La invocacion de Himeneo,
Usado rito inviolable
De sus ninfas, cuyas voces
Ya en ecos el viento esparce,
Para que tú las admitas.
DEIDAMIA.
Ya, señor, que hay en mí sabes
Obediencia, y no eleccion.
REY.
Pues con la antorcha que traen
Para tí y Lidoro, en muestra
Del amor que en los dos arde,
Daréis principio los dos.
AQUÍLES. (*Ap.*)
¡Oh qué bien dijo, pesares,
Pues siempre embestis en tropas,
Quien dijo que sois cobardes!
LIDORO. (*Ap. á Danteo.*)
¿Qué he de hacer?
DANTEO.
Disimular,
Pues de aquí á mañana caben
Mil siglos, y un triste puede
Mejorar mucho un instante.
AQUÍLES. (*Ap.*)
Buena ocasion es aquesta
De que mi honor se declare.

ESCENA XII.

DAMAS, *en traje de ninfas, con hachas encendidas;* MÚSICA. — DICHOS.

MÚSICA.
Al tálamo casto de virgen esposa,
Que dulce y hermosa
Corona de amor el mas alto trofeo,
Vén, Himeneo, vén, Himeneo.
Al tálamo casto de jóven amante,
Que fino y constante
Corona de amor el mas dulce empleo,
Vén, Himeneo, vén, Himeneo.
Al tálamo casto donde üne el amor...
(*Tocan dentro caja y clarin, y suspéndense todos.*)
UNOS.
¡Qué asombro!
OTROS.
¡Qué pasmo!
OTROS.
¡Qué susto!
OTROS.
¡Qué horror!

REY.

Gran Júpiter, ¿qué es esto, [puesto?
Que en tanta confusion al mundo ha

DEIDAMIA.

¿Qué nueva fiera ha sido
La que ha dado tan bárbaro bramido?

LIDORO. [nos,

¿Cómo, sin que se rasguen pardos se-
Se oyen puestos en música los truenos?

DANTEO.

¿Cómo, sin dar desmayos,
(*La caja.*)
Se miran sin escándalo los rayos?

LIBIO.

¿En qué infernal abismo
Se habla deste lenguaje el barbarismo?

REY.

¿Qué será este terror?
(*La caja.*)

TODOS.

Prodigio, asombro, escándalo y horror.

AQUÍLES.

Vuestro discurso yerra;
Que aqueste es el idioma de la guerra
Que á grandes cosas llama,
Pues su concento grave,
Mezclando lo horroroso y lo süave,
El pecho anima, el corazon inflama,
Y la muerte apellida
En glorioso desprecio de la vida.
(*La caja.*)
¿Quién sus templadas cláusulas escu-
Y á la campaña por salir no lucha? [cha,
¡Viva el imperio griego,
Y Troya se destruya á sangre y fuego!
No quede á vida bárbaro enemigo...
—Mas loca estoy: no sé lo que me digo.
Perdona, gran señor; que este portento
Mi atencion se ha llevado tras mi acen-
(*Arroja el escudo y la espada.*) [to.

REY.

Vamos á ver qué ha sido
Lo que causó tan pavoroso ruido.

ULÍSES.

Tened: ¿ya no sabeis lo que esto sea?

TODOS.

No.

ULÍSES.

Sí sabeis, pues ya lo dijo Astrea.
Yo, de Grecia caudillo, he fabricado
Esos dos instrumentos
Que, voz de Marte y lengua de los vien-
Animen y gobiernen al soldado; [tos,
Si bien ya me ha pesado,
Pues donde hay tantos hombres,
Su ruidoso conceto
Solo en una mujer hizo su efeto.
(*Vase.*)

LIDORO.

Oye, Ulíses, espera.

REY.

¿Adónde vas?

LIDORO.

Darle á entender quisiera
Que extrañar su armonía
La novedad, no es falta de osadía.
(*Vase.*)

DEIDAMIA.

Síguelos: no suceda
Que acontecer una desdicha pueda.

REY.

Sí haré; pero aunque invente
Máquinas, no he de darle armas ni gen-
Miéntras que sus sutiles [te,
Trazas no sepan descubrir á Aquíles.
(*Vanse todos los hombres.*)

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Harto le han descubierto, [muerto.
Y con la misma accion á mí me han

SIRENE.

Ya sabido lo que es, ¿de qué turbada
Has quedado?

DEIDAMIA.

No sé, no me hables nada.
Dejadme todas. ¿Tú tambien me dejas,
Astrea?
(*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA XIII.

DEIDAMIA, *siguiendo á* AQUÍLES.

DEIDAMIA.

¡Tú tambien de mí te alejas!

AQUÍLES.

Sí, pues en esta parte
Nadie tiene mas causa de dejarte.

DEIDAMIA.

¿De dejarme?

AQUÍLES.

Sí, ingrata,
Pues tu crueldad con tal rigor me mata,
Que has dado ya, tirana,
El sí de que serás de otro mañana.

DEIDAMIA.

Yo...

AQUÍLES.

Mas ¿qué importa? Acábese el engaño.

DEIDAMIA.

Quise...

AQUÍLES.

Que á tiempo llega el desengaño.

DEIDAMIA.

Desvelar...

AQUÍLES.

No prosigas.

DEIDAMIA.

La sospecha de ayer.

AQUÍLES.

Nada me digas.
Cásate norabuena; [na!)
Que yo (¡qué rabia!) me sabré (¡qué pe-
Despicar en la lid, donde pretendo
Entrar matando, pues que voy murien-
Estos adornos viles [do.
Que afeminaron el valor de Aquíles,
Dejaré por ejemplo
Colgados en el templo
De Amor, adonde estaba
Trocada en rueca, de Hércules la clava.

DEIDAMIA.

Mi bien, mi vida, mi señor, advierte...

AQUÍLES.

¿Qué he de advertir? Mi mal, mi horror,

DEIDAMIA. [mi muerte.

Que te destruyes tú, y que me destru-

AQUÍLES. [yes.

¿Para qué te me acercas, si me huyes?
Sepa el mundo que fuí...

DEIDAMIA.

Calla.

AQUÍLES.

¡Qué agravios!
¿Abresme el pecho, y ciérrasme los la-
Sepan que soy... [bios?

DEIDAMIA.

Mi dueño solo eres.

AQUÍLES.

¿Tú no te casas?

DEIDAMIA.

Sí.

AQUÍLES.

Pues ¿qué me quieres?

DEIDAMIA.

Que sepas que me muero,
Porque es en mí mi obligacion primero
Que mi pasion.

AQUÍLES.

¿Y es buena la disculpa
De una virtud fundada en una culpa?
Ese traidor estilo
La vecindad te le pegó del Nilo;
Que dar vida y matar, dulce tirana,
Traiciones son y encantos de gitana.

DEIDAMIA.

No son sino un forzado, un triste efeto,
Que aquí es inclinacion, y allí es respe-
[to,
Y á un tiempo allí aborrece, y aquí ama.

ESCENA XIV.

SIRENE. — Dichos.

SIRENE.

Señora...

DEIDAMIA.

¿Qué me quieres?

SIRENE.

El Rey llama.

DEIDAMIA.

Haz por mí una fineza.

AQUÍLES.

¿Qué es?

DEIDAMIA. (*Ap. á Aquíles.*)

Que no te despeñe tu tristeza,
Hasta que vuelva á verte.

AQUÍLES.

Yo callaré, y en mí será de suerte
Sagrado tu preceto,
Que ya que lo prometo,
Tanto á callar me obligo, [migo.
Que estando solo, aun no hablaré con-
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XV.

ULÍSES. — AQUÍLES.

ULÍSES.

(*Para sí.* Ofendióse Lidoro
De lo que dije, y puesto que no ignoro
Que ha sido opinion sabia [agravia,
Que quien habla en comun, á nadie
Poco podrá importar no haberle dado
Satisfaccion: y en fin, tras mi cuidado,
Sin decirle á él cuál sea,
Vuelvo á ver si pudiese ver á Astrea,
Por ver en qué consiste
Que una mujer... Pero suspensa y triste
Está, tan divertida,
Que es un mentido engaño de la vida.
¡Cielos! en tal violencia, [cia?
¿Qué se pierde en hacer esta experien-
Nada; y mil cosas veo á cada paso
Que parecen misterio, siendo acaso.
Ya lo he pensado: sea desta suerte.)
Guárdate, Aquíles; que te dan la muer-
[te.
(*Este último verso le dice entrando por un lado y saliendo por otro, y al oirle Aquíles, se alborota.*)

AQUÍLES.

¿Quién me da la muerte? ¿Quién
Tan piadoso es?... Pero ¡ay cielos!
¿Qué digo?

ULÍSES.

No disimules;
Que ya es en vano, supuesto

Que no has podido vencer
Aquel descuidado afecto
Natural, que tras el nombre
Lleva el primer movimiento.

AQUÍLES.

¿Qué es lo que decís? ¿Con quién
Hablais? que yo no os entiendo.

ULÍSES.

Perdonadme, hermosa Astrea;
Que desalumbrado y ciego
Llegué á hablar con vos, juzgando
Que hablaba ¡qué devaneo!
Con Aquiles: ¡tal en busca
Suya traigo el pensamiento!
Loco estuve. Perdonadme,
Digo otra vez; que ya veo,
Señora, que no sois vos
Aquiles, ni podeis serlo;
Porque jóven á quien Marte,
Dios de las lides sangriento,
Destina para caudillo
De sus mayores trofeos;
Jóven á quien apellidan
Para héroe suyo los cielos,
Para honor suyo los dioses,
Los astros para instrumento
De sus influjos, los hados
Para honor de sus decretos,
La fama para su asunto,
La historia para su ejemplo,
La patria para su amparo,
Y para su aplauso el tiempo;
Claro es que no habia de estar
En viles ropas envuelto,
Cuidando de los afeites,
Perfumes, galas y aseos,
Que son fealdades del alma,
Y no hermosura del cuerpo.
Y así, pues yo me engañé,
Quedad con Dios, advirtiendo,
Si no le descubro ahora,
Que yo le descubra presto.

AQUÍLES.

Aguarda, Ulises, espera.

ULÍSES.

¿Qué me quieres?

AQUÍLES.

Los sucesos
Que improvisamente asaltan
El muro del pensamiento,
La mayor ruina que dejan,
Despues de saquearle al pecho,
Es no dejarle palabras.

ULÍSES.

Pues ¿qué quieres?

AQUÍLES.

Solo quiero
Lugar para responder.

ULÍSES.

¿Qué tanto plazo?

AQUÍLES.

Un momento.

ULÍSES.

Pues yo vendré.

AQUÍLES.

No te vayas.

ULÍSES.

¿Tan presto ha de ser?

AQUÍLES.

Tan presto.
(*Ap.* Deidamia (¡ay de mi infelice!)
Es tan imposible empleo,
Que mañana será de otro,
Y á los baldones sujeto
Estoy, que excusé. Amor dice
Que él toma á cargo el desprecio;
El valor no lo consiente,
Representándome (¡ay cielos!)
La guerra que me apellida,
La grande fama que pierdo,
La patria que desamparo;
Y despues de todo esto,
El riesgo á que no me excuso,
Pues ya desde ahora le tengo
Aquí mas que allá: con que
Estar respondidos veo,
Deidamia, yo, amor, honor,
Guerra, fama, patria y riesgo.)

ULÍSES.

¿Qué has resuelto? Porque viene
Hácia aquí gente.

AQUÍLES.

He resuelto...

ULÍSES.

Prosigue.

AQUÍLES.

Duda la lengua.

ULÍSES.

Habla.

AQUÍLES.

Fáltame el aliento.—
Poner en salvo mi honor.—
Ya lo dije, ya no puedo
Volver á coger la voz:
Y así, pues va anocheciendo,
Y á mi deseo la noche
Extiende su manto negro,
Tenme en el parque un caballo,
Y la seña de estar puesto,
Será hacerme una llamada,
Ulises, tus instrumentos;
Que yo saldré de palacio.

ULÍSES.

Deja que, á tus plantas puesto,
Bese la tierra que pisas.
Adios. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

AQUÍLES.

Adios. — Esto es hecho.
Fortuna, piérdase todo
Dia que á Deidamia pierdo.
Aquestos adornos viles,
No, como dije primero,
Daré al templo del amor,
Mas del desengaño al templo
Los daré; y pues que lo ha sido
Para mí este jardin bello,
Adonde mis desengaños
Son víctima de mis celos,
Queden en él por despojos,
Bien como anciano trofeo
De culebra que renueva
Juntas la piel y el aliento.
(*Desnúdase, y queda en traje de hombre.*)
Así yo, habiendo dejado
La nupcial ropa de Vénus,
Solo túnicas de Marte
Vestiré, y aqueste acero
(Que oculto entre aquestas ramas
Anoche dejé, temiendo
Que el rumor llamase gente,
Y con él me viesen dentro
Del cuarto) llevaré solo.
Adios, teatro funesto.
Donde mi primer amor
Representó sus afectos;
Adios, bastardos adornos,
De mi cautela instrumentos;
Adios, flores, adios, fuentes;
Adios, Deidamia.

ESCENA XVII.

DEIDAMIA. — AQUÍLES.

DEIDAMIA.

¿Qué es esto?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Escucha.

AQUÍLES.

No es posible.
Suelta.

DEIDAMIA.

¿Adónde vas?

AQUÍLES.

Huyendo
De tí.

DEIDAMIA.

¿Esa es la palabra
Que me diste?

AQUÍLES.

¿En qué la quiebro?
De callar la dí, y la cumplo,
Pues no hablo en mis sentimientos.

DEIDAMIA.

¿A qué propósito estás
En ese traje tan presto?
¿Pues no quedamos anoche,
Por el ruido, de no vernos
Esta?

AQUÍLES.

Todo eso es verdad;
Pero yo á verte no vengo.

DEIDAMIA.

¿A qué vienes?

AQUÍLES.

A no verte.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Habla.

AQUÍLES.

No puedo
Decir; que ya no es posible
Durar el engaño nuestro.
Yo estoy conocido ya.

DEIDAMIA.

¿Qué? Qué dices?

AQUÍLES.

Lo que es cierto.

DEIDAMIA.

¿Quién fué quien lo supo?

AQUÍLES.

Ulíses.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Eso es lo que no entiendo.

DEIDAMIA.

¿Qué dijo?

AQUÍLES.

Nombró mi nombre.

DEIDAMIA.

Negaras.

AQUÍLES.

No pude hacerlo.

DEIDAMIA.

¡Ah, que tu altivez fué causa!

AQUÍLES.

¡Ah, que tu traicion fué efecto!
Esto pues por una parte,

Por otra tu casamiento,
¿Qué remedio puede haber
Sino?...

DEIDAMIA.

¿Qué?

AQUÍLES.

No haber remedio.
Y así, adios, adios, Deidamia,
Pues con dos causas me ausento
De tí, entrambas tan forzosas,
Como no verte en ajenos
Brazos, y salvar mi vida;
Y pues me guardan los cielos
Para tragedias de Marte,
No empiece por las de Vénus.
Adios otra vez, adios
Otra y otras mil.

DEIDAMIA.

Primero
Has de escucharme. Yo, Aquíles,
Hice (á pronunciar no acierto;
Pero ¿qué acertaré yo?)
Por mi misma ¡ay de mí! esfuerzo
A mi inclinacion; mas ya
Que pisar la línea veo
De lo imposible á mi amor,
Pierdo el vivir si te pierdo.
No te ausentes, no me dejes
Conmigo á mí, y yo te ofrezco
Ser tuya, aunque se aventuren
Padre, esposo, honor y reino.
Tuya he de ser: no te vayas.

AQUÍLES.

Pues ¿cómo me he de ir con esto?
Piérdase vida y honor,
Fama y gloria — Mas ¿qué es esto?
(Clarin, dentro.)
La voz de Marte me llama.
Deidamia, adios; que no puedo
No responder á esta seña. *(La caja.)*

DEIDAMIA.

Mi bien, mi señor, mi dueño...

AQUÍLES.

Ya es tarde, Deidamia.

DEIDAMIA.

¿Cuándo
Fué tarde para requiebros?

AQUÍLES.

Cuando ya está apoderado
De toda el alma otro acento.

ESCENA XVIII.

MÚSICA, *dentro.* — AQUÍLES, DEIDAMIA.

MÚSICA. *(Dentro.)*
Pues celos y amor
Son gloria é infierno,
Viva el amor
Y mueran los celos.

DEIDAMIA.

Mueran los celos, y viva
Amor, dice en blandos ecos
Otra música, que es
El primer gusto que debo
A Lidoro.

AQUÍLES.

¡Y qué bien dice!
Viva, y viva en nuestros pechos,
A pesar de la fortuna. *(La caja.)*
Mas ¿qué digo, cuando veo
Que el honor me está llamando
Con mas generoso estruendo?
(Quiere irse, y Deidamia le detiene.)

DEIDAMIA.

Vuelve, vuelve: no te lleve
Mas un bronce que un acento

MÚSICA. *(Dentro.)*
Viva el amor
Y mueran los celos.

AQUÍLES.

No hará; que estas dulces voces
Son iman de mis afectos.

DEIDAMIA.

Eso sí, viva el amor.
(Clarin.)

AQUÍLES.

Viva; pero no en mi pecho.
Ya voy, Ulíses: aguarda;
Que fama y honor pretendo.

MÚSICA. *(Dentro.)*
Viva el amor
Y mueran los celos.

AQUÍLES.

Pero no me aguardes, véte.
No llores tú; que ya vuelvo.
(La caja, clarin y la música suena á un tiempo todo.)

ESCENA XIX.

LIDORO. — DICHOS.

LIDORO.

(Ap. Entre músicas y trompas
Lugar otra vez se ha hecho
Hácia esta parte.) ¿Quién va?

AQUÍLES.

Ya pudiérades saberlo.
El monstruo de los jardines.

DEIDAMIA. *(Ap.)*

¡Esto me faltaba, cielos!

LIDORO.

Ahora veré si otro engaño
Te libra de mí.

AQUÍLES.

No quiero
Que ya el engaño me libre,
Sino el valor y el esfuerzo.
(Riñen.)

MÚSICA. *(Dentro.)*
Pues celos y amor
Son gloria é infierno, etc.

DEIDAMIA.

Ya que está perdido todo,
La vida, que es lo de ménos,
Se pierda tambien.— ¡Ulíses,
Cintia, Sirene, Danteo,
Padre, señor! — Mas mis voces
Otras confunden.

ESCENA XX.

EL REY, ULÍSES, DANTEO, LIBIO, DAMAS, Y CRIADOS *con hachas*, GENTE. — AQUÍLES, DEIDAMIA, LIDORO.

TODOS.

¿Qué es esto?

LIDORO.

Conocer quién es un monstruo
Destos jardines.

AQUÍLES.

Primero
Mil vidas perderé.

REY.

Astrea...

AQUÍLES.

Ya dese engaño no es tiempo;
Que con la espada en la mano,
De oir tal nombre me avergüenzo.
Aquíles soy, que á tu casa
Y á tí tal traicion he hecho,
De Deidamia enamorado.
A quien por esposa tengo.
Vengan pues, y llegad todos.

REY.

Matadle.

DEIDAMIA.

¡Ay de mí!

ULÍSES.

Tenéos;
Que si le busqué hasta aquí,
Ya desde aquí le defiendo.

REY.

¡Tú, Ulises, á quien ofende
Mi palacio...

LIDORO.

¡Tú, al que ha hecho
Tal traicion contra mi honor...

REY.

Amparas!

LIDORO.

Defiendes!

ULÍSES.

Esto.
A todos importa.

TODOS.

¿Cómo?

ESCENA XXI.

Ábrese un peñasco, y vese á TÉTIS *en un caballo, sobre ondas marinas.* — DICHOS.

TÉTIS.

Yo lo diré, estadme atentos.
Hoy es el dia fatal
Que amenazo con agüeros
A Aquíles: bien lo publica
El trance en que se ve puesto.
Deste riesgo librar quise
Su vida infeliz, creyendo
Que sería en la campaña,
Y en la paz le traje al riesgo.
Y pues hoy transciende el punto,
Siendo desde aquí trofeos,
Victorias, triunfos y aplausos,
No os quiteis, valientes griegos,
La felicidad matando,
Que dél esperais viviendo.
(Vuela atravesando el patio.)

TODOS.

¡Viva Aquíles, viva Aquíles!

DANTEO.

Su vida defiende el pueblo.

REY.

Pues si la fama le aclama
Caudillo de sus empleos...

LIDORO.

Si los dioses le aseguran
Asunto de sus decretos...

REY.

Yo le perdono mi agravio.

LIDORO.

Yo desisto de mis celos.

REY.

Dale la mano á Deidamia.

AQUÍLES.

Feliz soy.

DEIDAMIA.

Gran dicha adquiero.

LIBIO.

Yo, por hacer algo ahora,
Diré que acabe con esto
El monstruo de los jardines:
Perdonad sus muchos yerros.

LA AURORA EN COPACAVANA.

PERSONAS.

GUÁSCAR INGA, *rey*.
YUPANGUÍ, *indio, galan*.
TUCAPEL, *indio, gracioso*.
ANDRES, *indio*.
UN SACERDOTE INDIO.
DON FRANCISCO PIZARRO.
DON DIEGO DE ALMAGRO.
PEDRO DE CANDIA.
DON LORENZO DE MENDOZA, *conde de la Coruña, virey*.
DON JERÓNIMO MARAÑON, *gobernador*.
GUACOLDA, *sacerdotisa india*.
GLAUCA, *india, graciosa*.
LA IDOLATRÍA, *en traje de india*.
UN JÓVEN.
UN DORADOR.
CUATRO DAMAS.
ÁNGELES Y SERAFINES.
INDIOS É INDIAS.
ESPAÑOLES.
MUSICOS.
SACERDOTISAS DEL SOL.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Túmbez, en el Cuzco, en Copacavana y otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Playa de Túmbez, con vista de mar.

ESCENA PRIMERA.

Dentro suenan instrumentos y voces, y salen en tropa INDIOS É INDIAS Y MUSICOS *cantando y bailando; despues,* YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, GLAUCA Y TUCAPEL; *y detras de todos* GUÁSCAR INGA, *rey: todos con arcos y flechas.*

YUPANGUÍ.

En el venturoso dia
Que Guáscar Inga celebra
Edades del Sol, que fuéron
Gloria suya y dicha nuestra,
Prosiga la fiesta.

MÚSICA.

Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
Al son de las voces repitan los ecos
Que viva, que reine, que triunfe y que venza.

INGA.

¡Cuánto estimo ver que á honor
De la consagrada peña
Que desde Copacavana
Sobre las nubes se asienta,
En hacimiento de gracias
De haber sido la primera
Cuna del hijo del Sol,
De cuya clara ascendencia
Mi origen viene, os mostreis
Tan alegres!

YUPANGUÍ.

Mal pudiera
Nuestra obligacion faltar
A tanta heredada deuda.
Cinco siglos, gran señor,
De dádiva tan excelsa
Como darnos á su hijo
Para que tú dél desciendas,
Se cumplen hoy, y otros tantos
Há que cada año renuevan
La memoria de aquel dia
Todas tus gentes, en muestra
De cuánto á su luz debimos:
Y así no nos agradezcas
Festejos que de dos causas
Nacen hoy: una que seas
Tú nuestro monarca, y otra
Que al culto en persona vengas,
Á cuyo efecto hasta Túmbez,
Donde el Sol su templo ostenta,
A recibirte venimos,
Diciendo en voces diversas...

ÉL Y MÚSICA.

Que vivas, que reines,
Que triunfes y venzas.

INGA.

De una y otra causa, á ti
No poca parte te empeña,
Yupanguí, pues que no ignoras
Desciendes tambien de aquella
Primera luz, por quien de Inga,
Ya que no la real grandeza,
La real estirpe te toca.

YUPANGUÍ.

Mi mayor fortuna es esa.
(*Ap.* Bien que mi mayor fortuna,
Si he de consultar mis penas,
No es sino ser el felice
Dia en que á Guacolda, bélla
Sacerdotisa del Sol,
Llegue á ver. ¡Ay de fineza
Que al cabo del año, un dia
Está con mirar contenta!)

SACERDOTE.

Pues en tanto que llegamos
A la falda de la sierra,
Donde las sacerdotisas
Deste templo es bien que vengan;
Puesto que allá ha de ser hoy
La inmolacion de las fieras
Que llevamos encerradas
Para sus aras sangrientas,
Prosiga el canto.

GUACOLDA.

Bien dice.
El baile, Tucapel, vuelva.

TUCAPEL.

¿Es por mostrar, Glauca, cuánto
De hacer mudanzas te precias?

YUPANGUÍ.

¡Que siempre habeis de reñir!

LOS DOS.

¿Pues quién sin reñir se huelga?

YUPANGUÍ.

¿Ni quién sino yo tendrá
Para sufriros paciencia?

MÚSICA.

Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
Al son de las voces repitan los ecos
Que viva, que...

ESCENA II.

ESPAÑOLES, *dentro.* — DICHOS.

ESPAÑOLES. (*Dentro, á lo léjos.*)
¡Tierra, tierra!

INGA.

Oid. ¿Qué extrañas voces son
Las que articuladas suenan
Como humanas, sin saber
Lo que nos dicen en ellas?

YUPANGUÍ.

No extrañeis que en estos montes
Voces se escuchen tan nuevas,
Pues tantos ídolos tienen
Como peñascos sus selvas.
Desde aquí á Copacavana
No hay flor, hoja, arista ó piedra,
En quien algun inferior
Dios no dé al Sol obediencia:
Y así no solo se oyen
Aquí equívocas respuestas
De idiomas que no entendemos,
Pero se ven varias fieras
Que por los ojos y boca
Fuego exhalan y humo alientan.
Y ¿qué mayor que haber visto
Una escamada culebra
Tal vez, que todo el contorno
Enroscadamente cerca
Hasta morderse la cola
Dando á su círculo vuelta,
Como que da á entender cuánto
Es misteriosa la selva
A quien hacen guarda
Tales prodigios?

INGA.

Que este lo sea
No será razon que á mí
Me turbe ni me suspenda.
Prosiga la fiesta. (*Bailan.*)

MÚSICA.

Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo...

ESCENA III.

FRANCISCO PIZARRO Y ESPAÑOLES, *dentro; despues,* GUACOLDA. — DICHOS.

PIZARRO. (*Dentro, á lo léjos.*)
Pues ya vemos tierra
Para arribar á su orilla,
Amaina.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)
Amaina la vela.
(*Dejan los indios de bailar.*)

INGA.

Callad, pues vuelven las voces,
Por si podeis entenderlas.

UN INDIO.

Silencio.

OTRO.

Silencio.

GUACOLDA. (*Dentro.*)

¡Ay triste!

INGA.

¿Qué nuevo eco se lamenta
Ya en nuestro idioma?

TUCAPEL.

El de una
Mujer, y segun las señas,
Sacerdotisa.

YUPANGUÍ.

Guacolda
Es la que diciendo llega...

(*Sale Guacolda asustada.*)

GUACOLDA.

Valientes hijos del Sol,
Cuya clara descendencia
Hasta hoy lograis en el grande
Inga que en vosotros reina,
Suspended los sacrificios
Que á su alta deidad suprema
Prevenis, y acudid todos
A mi voz y á la ribera
Del mar, á ver el prodigio
Que á nuestros montes se acercá.

INGA.

Hermosa Sacerdotisa,
Cuya divina belleza
Te acredita superior
A cuantas el claustro encierra
A su deidad consagradas,
¿Qué es esto? (*Ap.* Hablar puedo apénas,
Admirado de hermosura
Tan rara.) Cuando te espera
Tanto concurso á que tú
Sus ricos dones ofrezcas,
¡En vez de venir festiva
Y acompañada de bellas
Ninfas del Sol sola, triste,
Confusa, absorta y suspensa
A turbarlos vienes!

GUACOLDA.

No
Me culpes hasta que sepas,
Generoso Guáscar Inga,
La causa.

INGA.

¿Qué causa es?

GUACOLDA.

Esta.

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

¿Quién creerá que muero ya
Por saberla y no saberla?

GUACOLDA.

Dese templo que á la orilla
Del mar brilla en competencia
Del que á la orilla tambien
De la laguna que cerca
De Copacavana el valle
Yace, á vista de la peña
En cuya eminente cumbre
El Sol una aurora bella
Amaneció para darnos
A su hijo, porque fuera
No ménos noble el cacique
Que domine las setenta
Y dos naciones que hoy,
Despues de partir herencias
Con tu hermano Atabaliba,
Mandas, riges y gobiernas;
Dese templo, otra vez digo,
Salí con todas aquellas
Que al Sol dedicadas, hasta
Que por su suerte merezcan
Ser su víctima algun dia,
Viven á su culto atentas,
Con deseo de llegar
Tan rendida á tu presencia,
Que fuese mi alma y mi vida
El primer don de la ofrenda;
Cuando volviendo los ojos
Al mar, vimos en su esfera
Un raro asombro, de quien
No sabré darte las señas;
Porque si digo que es
Un escollo que navega,
Diré mal, pues para escollo
Le desmiente la violencia;
Si digo preñada nube
Que á beber al mar sedienta
Se abate, diré peor,
Porque viene sin tormenta;
Si digo marino pez,
Preciso es que me desmientan
Las alas con que volando
Viene; y si digo velera
Ave que nadando viene,
Tambien desmentirme es fuerza:
De suerte que á cuatro visos
Monstruo es de tal extrañeza,
Que es escollo en la estatura,
Que es nube en la lijereza,
Y aborto de mar y viento,
Pues con especies diversas,
Parece pez cuando nada,
Y pájaro cuando vuela.
Los gemidos que pronuncia,
Voces son de extraña lengua
Que hasta hoy no oimos. Al verle,
Todas huyeron lijeras
A salvar la vida, viendo
Que si á tierra una vez llega,
Será en vano que la huida
Las ampare ni defienda,
Pues quien corre tan veloz
Por el mar, ¿qué hará por tierra?
Sola yo, no al valor tanto
Como al desmayo sujeta,
Absorta me quedé; y viendo
Que habian cerrado las puertas
Del templo á mi retirada,
Ni bien viva ni bien muerta
Hasta este sitio he llegado,
Donde para que no creas
Mas á mi voz que á tus ojos,
Te pido que al mar los vuelvas.
Mírale pues cuán horrible
Ya á las orillas se acerca.
Sálvete, señor, la fuga,
Pues no puede la defensa.

INGA.

¡La fuga salvarme á mí,
Contra quien en vano engendra
Portentos ni tierra ni agua,
Ni aire ni fuego! Las flechas
Que contra otros animales,
Bien que no de igual fiereza,
Emponzoñadas usamos
De mil venenosas yerbas,
Contra este flechad; que yo
Seré el primero que emprenda
Lograr el tiro.

YUPANGUÍ.

A tu vida
Mi pecho el escudo sea.
(*Ap. á ella.* ¡Ay Guacolda, si entendieses
Tan equívoca fineza,
Que es lealtad cuando me obliga,
Y es amor cuando me fuerza!)

GUACOLDA. (*Ap. á él.*)

¡Oh si tú, Yupanguí, vieses
Los pesares que me cuestas!

TODOS.

Todos harémos lo mismo.

TUCAPEL.

Sino yo, Glauca.

GLAUCA.

¿Qué intentas?

TUCAPEL.

Que tú te pongas delante,
Con que á todos nos remedias.

GLAUCA.

¿Yo á todos?

TUCAPEL.

Sí.

GLAUCA.

¿Cómo?

TUCAPEL.

Como
Si te coge la primera
A tí, de tí quedará
Tan ahito, que no tenga
Hambre para los demas.

INGA.

Pues ya que la lealtad vuestra
En mi defensa se ponga,
No venga á ser en mi ofensa.
Igual con todos, harémos
Ala, y de nuestras saetas
Tan espesa sea la nube,
Que sobre su escama llueva
Los congelados granizos
De piedra y pluma, que muera
En las ondas desangrada.

PIZARRO. (*Dentro.*)

Echa el áncora y aferra,
Haciendo á estos montes salva.

GUACOLDA.

¿Qué esperais, cuando ya expuesta
Al tiro está?

UNA VOZ. (*Dentro.*)

Dale fuego.

(*Al disparar ellos las flechas, disparan dentro una pieza, y todos se espantan.*)

UNOS INDIOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué horror!

TODOS.

¡Qué pena!

TUCAPEL.

¡Qué bravo metal de voz
Tiene la señora bestia!

INGA.

Monstruo que con tal bramido
Al verse herido se queja,
De los abismos sin duda
Aborto es.

GUACOLDA.

Pues no aprovechan
Contra él las flechadas iras
De nuestros arcos y cuerdas,
Defiéndanos de los montes
La espesura.

TUCAPEL.

Entre sus breñas
Nos amparemos.

(*Vanse todos, ménos el Inga y Yupanguí.*)

ESCENA IV.

EL INGA, YUPANGUI; *y al fin*, INDIOS, *dentro*.

INGA.

¡Cobardes!
¡Así á vuestro rey se deja!

Pero ¿qué importa, si quedo
Yo conmigo?

YUPANGUÍ.

Considera
Que cuando de conocido
La vida, señor, se arriesga,
Todos dicen que es valor,
Mas ninguno que es prudencia.
En ventajosos peligros
Donde no alcanza la fuerza,
Alcance la industria.

INGA.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Manda desatár las fieras
Que están para el sacrificio
En diversas grutas presas,
Y fieras á fieras lidien,
Cebándose ántes en ellas
Que en las gentes, ese raro
Asombro.

INGA.

Bien me aconsejas.
Ceda el brío á la razon
Una vez. (*Ap.* Mejor dijera
Ceda al gusto, pues por solo
Salvar la vida de aquella
Hermosa sacerdotisa,
Lo acepto.)

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

Guacolda bella,
Ya cumplí con la lealtad;
Cumpla ahora con la fineza.
¿Dónde el temor te ha llevado?
(*Vanse.*)

UNOS INDIOS. (*Dentro.*)
Al monte.

OTROS. (*Dentro.*)
Al monte.

ESCENA V.

Descúbrese una nave, y en ella FRANCISCO PIZARRO, DIEGO DE ALMAGRO, PEDRO DE CANDIA Y OTROS ESPAÑOLES.

PIZARRO.

La tierra
Que desde aquí se descubre,
No es como las otras, yerma,
Que atras dejamos, pues toda,
Coronando de sus sierras
Las mas eminentes cimas,
Se ve de gentes cubierta.

ALMAGRO.

¡Gracias á Dios, gran Pizarro,
Que despues de tan deshechas
Fortunas, naufragios, calmas,
Hambres, sedes y tormentas
Como habemos padecido,
Desde que abriendo las sendas
Del mar del Norte al del Sur,
Atravesamos la Nueva
España, y en Panamá
Nos hicimos á la vela;
Gracias á Dios (otra vez
Y otras mil á decir vuelva)
Que despues de tantos riesgos,
Ansias, sustos y tragedias,
Hemos llegado á lograr
El descubrimiento destas
Indias, que hasta hoy ignoradas,
Solamente supo dellas
La estudiosa geografía
De quien halló por su ciencia
El ser preciso que siendo
El orbe circunferencia,
Hubiése, miéntras no daba
Una nave al mundo vuelta,
Aquella remota parte
Que no constaba, encubierta!

PIZARRO.

Ya que á solo descubrirla
Venimos, bástanos verla
El dia que no tenemos
Para su conquista fuerzas:
Y asi, pues estas noticias
Son el fin de nuestra empresa,
Volvamos, ya que tenemos
Destos mares fijas señas,
Donde mejor prevenidos
De mas pertrechos de guerra,
Mas navíos y mas gente,
Víveres, pólvora y cuerda,
Volvamos á su conquista
En nombre del quinto César
Cárlos, que felice viva.

CANDIA.

Fuerza será, pues no quedan
De los treinta que salimos,
Mas que trece hombres que sean
De armas tomar, y la gente
De mar poca, y esa enferma.
Pero ántes que nuevos rumbos
Tomemos para la vuelta,
Será bien, ya que llegamos
Aquí, que llevemos destas
Remotas partes (porqué
Podrá ser cuando nos vean,
Que si lo crên los valientes,
Los cobardes no lo crean)
Algunas señas, bien como
Frutas, árboles ó yerbas
Que allá no haya; y fuera desto,
Será tambien accion cuerda,
Por si el mar, que siempre ha sido
Teatro de contingencias,
Acabare con nosotros,
Y otros al fin mismo vengan,
Dejar señas de que aquí
Llegamos, y no se adquieran
La gloria de que ellos fuéron
Los primeros en empresa
Tan ardua y dificultosa.

PIZARRO.

¿Qué señas han de ser esas,
Que aquí podamos dejarlas?

CANDIA.

¿Qué mas declaradas señas,
Pues es la propagacion
De la fe causa primera,
Que una cruz en estos montes?
Pues nadie habrá que la vea
Que no diga: «Aquí llegaron
Españoles; que esta es muestra
Del celo que los anima
Y la fe que los alienta.»

PIZARRO.

No solo es heróica, pero
Es religiosa propuesta.

ALMAGRO.

Pues ya que es de otro el consejo,
Porque alguna parte tenga.
En accion tan generosa,
Mia la ejecucion sea.
Yo iré á tierra en el esquife.

CANDIA.

Eso no, ni es bien se entienda,
Señor Don Diego de Almagro,
Que en aquesta conferencia,
Siendo la propuesta mia,
Sea la ejecucion vuestra.
Mio fué el voto, y el riesgo
Mio ha de ser.

ALMAGRO.

Por la mesma
Razon es bien que partamos
En los dos la diferencia.
Contentáos, Pedro de Candia,
Con que vuestro el valor sea,
Y dejadme á mí la accion.

CANDIA.

Primero que yo consienta...

ALMAGRO.

Primero que yo...

PIZARRO.

¿Qué es esto?
Ved que aunque la amistad nuestra
A todos nos hizo iguales,
En llegando á competencias,
Del puesto usaré con que
El Rey mis servicios premia,
Pues vengo por general,
Y al que no mire, no atienda
Que estoy aquí...

LOS DOS.

Pues da el órden
A quien á tí te parezca.

PIZARRO.

Sí haré. Perdonad, Almagro;
Que hace esta razon mas fuerza.
Id, Pedro de Candia, vos.

CANDIA.

Piloto, el esquife echa
Al agua, miéntras que yo
Mis armas tome y prevenga
El cruzado leño.

PIZARRO.

En tanto,
Para que de la ribera
La gente huya amedrentada,
Y el mayor espacio tenga,
Da fuego á otra pieza.
(*Disparan, y pasa la nave.*)

ESCENA VI.

INDIOS, *dentro*; TUCAPEL, YUPANGUÍ.

INDIOS. (*Dentro.*)

¡Cielos,
Clemencia! Cielos, clemencia!
(*Saca Yupanguí á Tucapel arrastrando.*)

TUCAPEL.

¿Cómo quieres que los cielos
De tí ¡ay infeliz! la tengan,
Si tú de mí no la tienes,
Arrastrándome por fuerza
A vista de aquese horrible
Parapeto, que bosteza
Truenos y estornuda rayos?

YUPANGUÍ.

Si en la confusion primera
Que escuchamos su bramido
Huyó Guacolda, y por ella
Preguntando, me dijiste
Que habia venido por esta
Parte, ¿qué extrañas traerte,
Ya que en salvo el Inga queda
Y ella no parece ¡ay triste!
A que me digas la senda
Por donde echó?

TUCAPEL.

No es muy fácil
El saber por dónde echa
Una niña que encerrada
Está, el dia que se suelta.
Por aquí vino; mas no
Sé por dónde escapó.

YUPANGUÍ.

Estrella
Siempre á mi eleccion afable
Y siempre á mi dicha opuesta,
Dime de Guacolda. Pero
Si es mi empeño defenderla

De aquel asombro, con que
Yo de vista no la pierda,
Sabré el rato que á él le veo
Y á ella no, que él no la ofenda
Y que ella está asegurada,
Consolando la tristeza
De no verla yo, con ver
Que él tampoco puede verla:
Y así yo solo en la playa
Desvelada centinela
He de ser de sus acciones.

TUCAPEL.

Si has de ser tú solo, deja
Que yo me vaya.

YUPANGUÍ.

Eso no.

TUCAPEL.

Pues ¿cómo, di, se concuerda
Solo y conmigo?

YUPANGUÍ.

Muy bien,
Pues en el punto que él venga
Acercándose á la orilla,
Te irás...

TUCAPEL.

Linda cosa es esa.

YUPANGUÍ.

A decir que se desaten
Las fieras...

TUCAPEL.

Ya no es tan buena.
¿Las fi... qué?

YUPANGUÍ.

Las fieras digo;
Pues sabiendo dónde queda,
Con huir hácia aquella parte,
Darán con el monstruo ellas.

TUCAPEL.

Y ellas y el monstruo conmigo,
Que será una diligencia
Muy saludable.

YUPANGUÍ.

Oye y calla;
Que aun hay mas terror que piensas.

TUCAPEL.

Mucho será.

YUPANGUÍ.

¿No reparas
En que él en el mar se queda,
Y que de su vientre arroja
Otro menor?

TUCAPEL.

Voy apriesa
A traer las fieras.

YUPANGUÍ.

Aguarda:
Que aunque este á la orilla llega,
Tampoco sale á la orilla,
Donde de su seno echa
Un hombre, al parecer.

TUCAPEL.

¡Cielos!
¿Qué generacion es esta,
Que una bestia grande pare
Otra pequeñita bestia,
Y esta bestia pequeñita
Un hombre?

YUPANGUÍ.

Y de raras señas,
Así en el blanco color
Del rostro, como en la greña
Del cabello y de la barba,
Cuya admiracion aumentan
El traje y modo de armas
Que trae.

TUCAPEL.

Voy á que prevengan
Las fieras contra él.

YUPANGUÍ.

Detente;
Que es de mi valor flaqueza
El pensar que para un hombre
He menester yo defensa,
Mayormente cuando entrando
Voy en no sé qué sospecha
Tal, que aunque puedo tirarle
Desde aquí, será bajeza
Matarle sin apurar
Qué maravillas son estas.
Saldréle al paso.

TUCAPEL.

Yo no,
Ni aun huir podré ya: esta quiebra
Me ha de esconder. (*Escóndese.*)

ESCENA VII.

PEDRO DE CANDIA, *armado, y con una cruz hecha de dos troncos bastos.* — YUPANGUÍ; TUCAPEL, *escondido.*

CANDIA.

Cuando digan
Las edades venideras
Que Don Francisco Pizarro
Quebró del mar las primeras
Ondas al sur, en demanda
Del descubrimiento destas
Nuevas Indias de occidente,
Digan tambien que fué en ella
Pedro de Candia el primero
Que puso el pié en sus arenas.

YUPANGUÍ.

Hombre aborto de la espuma,
Que esa marítima bestia
Sorbió sin duda en el mar
Para escupirle en la tierra,
¿Quién eres? ¿De dónde vienes,
Y dónde vas?

CANDIA. (*Ap.*)

De su lengua
El frase no entiendo; pero
De su accion es bien que entienda
Que debe de ser cacique
De valor y de nobleza;
Pues cuando desamparada
Todos la marina dejan,
Solo él queda en la marina.

YUPANGUÍ.

¿Cómo no me das respuesta?
¿Quién eres? ¿De dónde vienes,
Y dónde vas?

CANDIA.

Si te alteras
De ver mi nave en tus mares
Y mi persona en tus selvas,
Oyeme, y sabrás la causa.

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

Como yo habla, sin que infiera
Lo que me dice.

TUCAPEL.

Que se hablen
Dos, sin que uno ni otro sepan
Lo que se dicen, no es nuevo.

YUPANGUÍ.

Si eres humano y deseas
Hallarte en los sacrificios
Que al Sol hacemos, y en prueba
De que al dios de rayos buscas,
Forjando sus truenos llegas,
De paz te recibirémos.
Dinos pues, ¿qué es lo que intentas?

CANDIA.

Noble cacique (que bien
Tu valor lo manifiesta),
No de tus minas el oro,
No la plata de sus venas,
Me trae en su busca; el celo
Sí, la Religion suprema
De un solo Dios, y el sacarte
De idolatría tan ciega
Como padeces, á cuyo
Efecto esta es la bandera
De su cristiana milicia,
La mas estimada prenda.
(*Levanta en alto la cruz.*)

YUPANGUÍ.

Sin saber lo que me dices,
Sé lo que decirme intentas;
Pues arbolando ese tronco
Contra mí, bien claro muestras
Que me llamas á batalla:
Y así en el arco la flecha
Te responderá. (*Flecha el arco.*)

CANDIA.

Aunque ignoro
Qué es lo que decirme intentas,
No ignoro que á lid me llamas,
Pues embebida la cuerda,
Me aguardas. Dispara pues;
Mas mira que si me yerras,
Has de morir á este acero.

YUPANGUÍ.

De la ventaja que lleva
El ser mi arma arrojadiza,
Y no la tuya, me pesa,
Porque mas quisiera á brazos
Rendirte, que no que mueras...
Mas ¿qué es esto? ¿Quién me pasma
La mano, que helada tiembla,
El corazon, que no late,
Y el suspiro, que no alienta?
Pero ¿qué mucho, qué mucho
Que todo ¡ay de mí! fallezca,
Si el resplandor que me abrasa,
Carámbano es que me hiela?
(*Cáesele el arco de la mano.*)
Tronco que despide rayos
Y á puras luces me ciega,
Mas es que tronco. No huyo
De tí, quien quiera que seas,
Sino de tan ventajosas
Armas que á hechizos me venzan.
Soltad las fieras. porqué (*Yéndose.*)
Cebe su veneno en ellas
Este tósigo de luces
Que me asombra y me ahuyenta:
Y á la selva, al valle, al monte,
Peruanos; que hoy son tierra
Y mar abismos de abismos
Contra nosotros. (*Vase.*)

CANDIA.

Espera. (*Síguele.*)
Tras él... Mas ¿quién está aquí?
(*Al ir tras Yupanguí, halla á Tucapel.*)

ESCENA VIII.

CANDIA, TUCAPEL; *despues*, INDIOS, *dentro.*

TUCAPEL.

(*Ap.* ¡Oh quién decirle supiera
Que soy tonto, y que de un tonto
Es mas tonto el que hace cuenta!)
Yo... sí... cuando...

CANDIA.

Aguarda, no huyas.

INDIOS. (*Dentro.*)

Al monte, al valle, á la selva;
Que las fieras se desatan.

TUCAPEL. (*Ap.*)

¿Mas que el primero que encuentran
Soy yo?

CANDIA.

¡Ay infeliz! ¡Qué miro!
De las profundas cavernas

Destos montes, bostezando
Nuevos horrores sus quiebras,
Mil feroces animales
Toda la marina pueblan.
(*Salen un leon y un tigre, haciendo lo que dicen los versos.*)
Y dellos un leon y un tigre,
Garras aguzando y presas,
A mí se vienen.— Aunque es
Imposible la defensa,
Moriré matando.— Pero
Por mas furiosos que llegan,
En viéndome se reparan,
Y en vez de embestirme, tiemblan:
Con que el leon, arrastrando
La desgreñada melena
De sus coronados rizos,
Y el tigre, pecho por tierra,
Vienen, postrando á mis plantas
Las nunca domadas testas.
Justo es que yo corresponda
A tan cortesana deuda. (*Halágalos.*)

TUCAPEL.

¡Oiga cómo los regala,
Y cómo ellos le festejan!
¿Quién tigre de falda vió,
Y leon de brazos, que juegan
Con su dueño y él con ellos,
Haciéndose muchas fiestas?

CANDIA.

Señor, pues este favor
Tan anticipado premia
El deseo de arbolar
Vuestra militar bandera
Entre estos bárbaros, donde
Vuestra fe plantada crezca,
En vuestro nombre, subiendo
A este risco, en su eminencia
La fijaré. (*Sube á lo alto del monte.*)

TUCAPEL.

¡Ay de mí! que entre
El leon y el tigre me deja.
Mas yendo tras él, seguro
Iré...— Pero en su defensa
Se vuelven contra mí.

CANDIA.

Ahora
Que ya tremolada queda,
Deste bruto baluarte
En la mas rústica almena
Vuestro estandarte, Señor,
(*Deja la cruz, y baja cortando ramas.*)
Volveré al mar con las señas
Destas ramas... y estos frutos...
Y este indio, de quien la lengua
Aprendamos, para que
La entendamos á la vuelta.—
Vén tú conmigo, y vosotros,
Amigos....

TUCAPEL.

¡Ay, que se acercan!

CANDIA.

Quedad en paz. Que me vaya
Yo en paz, que me dicen muestran,
Volviendo al monte.— Vén tú.

TUCAPEL.

Glauca, pues ves que me llevan
A ser de una bestia pasto,
No seas pasto de otras bestias
Tú en mi ausencia.

CANDIA.

Nuevos mundos,
Cielos, sol, luna y estrellas,
Aves, peces, fieras, troncos,
Montes, mares, riscos, selvas,
Buena prenda os dejo, en fe
De que si hoy la gente vuestra
Adora al Sol que amanece,
Hijo de la aurora bella,
Vendrá tan felice dia
Que sobre estas mismas peñas,
Con mejor sol en sus brazos,
Mejor aurora amanezca.
(*Vase, llevando á Tucapel.*)

ESCENA IX.

LA IDOLATRÍA, *en traje de india, negro y salpicado de estrellas, con bengala y plumas; despues,* PIZARRO, ESPAÑOLES É INDIOS, *dentro.*

IDOLATRÍA.

Primero que ese dia
Llegue á ver yo, que soy la Idolatría
Desta bárbara gente, [te,
Que en los trémulos campos de Occiden-
Sin saber de otro sol ni de otra aurora,
Por adorar la luz la sombra adora;
Primero (otra vez digo) que ese dia,
Contra la inmemorial posesion mia,
El Perú llegue á ver en su campaña
Las invasiones de la Nueva-España,
Verá (si Dios la accion no me limita
Y los poderes que me dió me quita)
Que mis ansias, mis penas y temores
Con el mágico horror de mis horrores
Perturban de manera
De tierra y mar hoy una y otra esfera,
Que el mar, ántes que desta hallada pla-
Aquel bajel con las noticias vaya, [ya
Le embata, le zozobre y le persiga,
Por mas que ahora, viento en popa, diga
En mi oprobio y mi ultraje...

PIZARRO. (*Dentro.*)

Vira al mar.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

Buen viaje, buen pasaje.

IDOLATRÍA.

Y la tierra tambien verá en sus daños
Revalidar error de tantos años,
No tan solo volviendo al ejercicio
Del que dejó suspenso sacrificio,
Pero aun con mas terror, pues si ántes
Víctima bruta aquesa ú otra fiera, [era
Ahora he de hacer que víctima sea hu-
[mana;
Porque siendo, como es, Copacavana
Templo del Sol, y su ara aquella peña
Contra quien puso el español por seña
El cruzado madero
A cuya vista pasmo, gimo y muero;
En ella es bien (sin que atreverme pue-
A sus ultrajes, porque no suceda [da
Lo que en la Nueva-España,
Que arbolando otra cruz otra montaña,
Hice ponerla fuego,
Y ardiendo sin quemarse, lo que el ciego
Insulto consiguió, en vez de abrasarla,
Fué temerla, admitirla y venerarla:
Y así digo otra vez, sin que me atreva
A que este vulgo en su baldon se mueva)
Es bien satisfacer mi desvarío,
Con que á su vista el sacrificio mio
Con sacrílego intento
Trascienda desde bárbaro á crüento:
A cuyo efecto, ya en süaves voces,
Ya en voces tristes, sonarán veloces
En todo el monte oráculos, diciendo...

VOCES. (*Dentro.*) [yendo.

Albricias; que ya el monstruo se va hu-

IDOLATRÍA.

Pero no, no prosiga:
Dígalo el tiempo sin que yo lo diga,
Pues vuelven á juntarse, repitiendo...

INDIOS. (*Dentro.*) [yendo.

Albricias; que ya el monstruo se va hu-
(*Vase la Idolatría.*)

ESCENA X.

INDIOS É INDIAS, *con arcos y flechas,* SACERDOTISAS, MÚSICOS, EL INGA, GUACOLDA, EL SACERDOTE; *despues,* YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

¿Qué mucho, si en hileras
El armado escuadron vió de las fieras
Contra él tan prevenido?

INGA.

¿Quién duda que haya sido
Quien írse sin salir á tierra le hace?
(*Sale Yupanguí.*)

YUPANGUÍ.

No, señor; de mas alta causa nace
Su vuelta y su venida:
Maravilla mayor hay escondida.

INGA.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Como volviendo á la ribera,
En dejándote á tí, por si pudiera
Averiguar quién tanto horror nos daba,
Pequeña embarcacion vi que arrojaba
Al mar, bien como algunas
Balsas en que sulcamos las lagunas.
Aquí empecé á formar primera idea
De que mas que animal, fábrica sea:
Confirmólo despues ver cuánto asom-
[bre
Que esta balsa arrojase á tierra á un
[hombre
De extraño aspecto. Referir no quiero
Que le hablé y que me habló, si consi-
Que no nos entendimos, [dero
Y no puedo decir qué nos dijimos;
Baste saber que en duelo tan prolijo
Dijo la accion lo que la voz no dijo.
Un tronco que traia
Arboló contra mí; la aljaba mia
Un arpon contra él; pero al instante
Que le quise flechar, una radiante
Luz me cegó, y, el brazo entumecido,
Tras el arco y arpon perdí el sentido.
Culparás mi pavor; pues no le culpes
Hasta que con las fieras le disculpes.
Yo vi á lo léjos que un leon le hacia
Brutos halagos, cuya accion seguia
Un tigre, y que de ambos amparado,
Subió á ese risco, en que dejó fijado
Sobre su pardo ceño
De basto tronco el no labrado leño:
Con que volviendo al mar, llevó consigo
A Tucapel, criado que conmigo
Estaba en la marina.

GLAUCA.

¿Cómo dices no ser cosa divina
La que daño no ha hecho [vecho?
A nadie, y me ha hecho á mí tanto pro-

SACERDOTE.

Calla, necia.

YUPANGUÍ.

De suerte,
Que si en sus hechos la razon advierte,
En la que naturalmente me fundo,
Sin que el discurso deba nada al arte,
Es que debe de haber de esotra parte
Del mar otra república, otro mundo,
Otra lengua, otro traje y otra gente,
Y aquesta tan mañosa ó tan valiente,
Que se ha sabido hacer con singulares
Fábricas vivideros esos mares;
Y para mas desmayos
Se ha sabido forjar truenos y rayos,
Con relámpagos tales,
Que deslumbran á hombres y animales.
Y pensar que han movido tanto empeño
Como venirse á playas extranjeras,

Y para solo colocar un leño
Vivir ondas, traer rayos, domar fieras,
No, señor, no es posible.
Aquí hay misterio mas incomprensi-
Y así es bien discurramos [ble;
Qué hemos de hacer, y que nos preven-
Por si otra vez volviere, [gamos,
Y prevenidos, sea lo que fuere.

INGA.

A tu suceso atento,
Ménos le alcanzo cuanto mas le siento,
Y así, no sé, no sé lo que debamos
Hacer.

SACERDOTE.

Yo sí.

INGA.

¿Qué es?

SACERDOTE.

Que prosigamos,
Dejándonos plantado ahí ese bruto
Leño hasta ver qué flor nos da ó qué fru-
El sacrificio; y todos invoquemos [to,
Hasta su templo al Sol, por si podemos
Alcanzar que nos diga
Qué hemos de hacer.

YUPANGUÍ.

Y es justo.

GUACOLDA.

Pues prosiga
La invocacion; mas con tan otro acento,
Que lo que fué armonía, sea lamento.

INGA.

Hermoso padre del dia,
De tanta confusion, di,
¿Querrás restaurarnos?

ESCENA XI.

LA IDOLATRÍA, *invisible*. — DICHOS.

IDOLATRÍA. (*Cantando.*)

Sí.

INGA.

Ya respondió á la voz mia.

GUACOLDA.

Pues ¿qué debemos hacer,
Si á mí te mueves á darme
Tambien respuesta?

IDOLATRÍA.

Obligarme.

SACERDOTE.

Si obligándote ha de ser,
¿Con qué te podrá obligar
Mérito, que aunque se crea,
Obrar no sabe?

IDOLATRÍA.

Desea.

UN INDIO.

Ya que es mérito desear,
Yo deseo saber qué
Naturaleza tirana
Fué la que aquí llegó.

IDOLATRÍA.

Humana.

YUPANGUÍ.

Si humana, cual dices, fué,
¿Cómo asombra con horrores,
Y deja tan confundida
La razon, la alma y la...

IDOLATRÍA.

Vida?

OTRO INDIO.

Porque del todo mejores
Nuestra ciega confusion,
¿Cuál será el mejor indicio
De nuestra fe?

IDOLATRÍA.

El sacrificio.

OTRO INDIO.

Si los sacrificios son
El mejor ruego, á ellos vamos.

OTRO.

Haz que aqueste en que se emplea
Tu pueblo hoy, sea acepto.

IDOLATRÍA.

Sea.

INGA.

De todo cuanto escuchamos,
Nada inferimos.

SACERDOTE.

Sí harémos,
Si de lo que ha respondido
Componemos el sentido.

YUPANGUÍ.

¿Y cómo le compondrémos?

SACERDOTE.

Diciendo cada uno, ya
Que á todos nos respondió,
Lo que á él dijo.

INGA.

¿Empiezo yo?

GUACOLDA.

Sí, y mi voz te seguirá.

INGA Y MÚSICA.

Sí...

GUACOLDA Y MÚSICA.

Obligarme...

SACERDOTE Y MÚSICA.

Desea...

UN INDIO Y MÚSICA.

Humana...

YUPANGUÍ Y MÚSICA.

Vida...

OTRO INDIO Y MÚSICA.

El sacrificio...

OTRO Y MÚSICA.

Sea.

TODOS Y MÚSICA.

Si obligarme desea,
Humana vida el sacrificio sea.

SACERDOTE.

Sin duda el Sol, ofendido
De que en tu presencia fuera
Bruta víctima una fiera,
Hoy elevarla ha querido
A que sea racional,
Dando de su enojo indicio
No ser real el sacrificio
Que asiste persona real.

INGA.

Si eso es lo que nos advierte,
¿Cómo qué vida es no avisa?

SACERDOTE.

Como es la sacerdotisa
A quien le toque la suerte.
Las mas nobles dedicadas
Para eso en el templo están,
Deseando el cuándo serán
A su dios sacrificadas.

SACERDOTISAS.

A eso obligadas vivimos
Las que al Sol nos consagramos.

GLAUCA.

Y desto nos excusamos
Las que patanas nacimos.

INGA. (*Ap.*)

Si á aquella toca, ¡ay de mí!

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

¡Qué pena será tan fuerte,
Si á ella tocase!

INGA.

Y la suerte,
¿Cómo suele echarse?

SACERDOTE.

Así.
Cada una una flecha dé,
Y en mi mano y en su mano,
El mas noble ó mas anciano
Se ha de nombrar, para que,
Vendados los ojos, llegue,
Porque en señas no repare;
Y de aquella que él tomare,
El dueño al ara se entregue,
Cuando cumplidos estén
Los cuatro legales dias,
En que de sus alegrías
Padres y deudos se dén
La norabuena.

SACERDOTISAS.

Obedientes
Ya aquí las flechas están
(*Pone cada una su flecha en manos del Sacerdote, teniéndolas él por un lado juntas, y ellas por otro, cada una la suya.*)

GLAUCA. (*Ap.*)

¡Luego que es malo dirán
El no ser ninfas las gentes!

INGA.

Nombra ya el que ha de llegar.

SACERDOTE.

Hallándote tú aquí, no,
No es bien que le nombre yo:
Tú, señor, le has de nombrar.

INGA.

Yupanguí...

YUPANGUÍ.

Señor..

INGA.

A tí,
Pues el mas noble ha de ser,
Te nombro.

YUPANGUÍ.

El obedecer
Es fuerza.

SACERDOTE.

Y fuerza que aquí
Los ojos te venden.

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

Bien
Se pudo excusar, pues llego,
Aunque no los venden, ciego.
(*Véndanle los ojos.*)
¿Quien, cielos, creyera, quién,
Que donde Guacolda está,
Estimara no ser ella
La que eligiese mi estrella?

SACERDOTE.

Llega hácia esta parte.

YUPANGUÍ.

Ya
Con todas las flechas dí.

SACERDOTE.

Una has de tomar no mas.—
(*Llega y toma la flecha de Guacolda.*)
Ya descubrirte podrás.

YUPANGUÍ.

¿A quién he elegido?

GUACOLDA.

A mí.

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

¡Grave pena!

GUACOLDA. (*Ap.*)

¡Dolor fuerte!
(*Retíranse los dos á las dos esquinas del tablado.*)

INGA.
Pues no es justo que me vea,
Aunque feliz muerte sea,
Nadie condenado á muerte,
No sin lástima me ausento,
Hermosa beldad, de tí.
(*Ap.* No es sino excusar que aquí
Reviente mi sentimiento.)

SACERDOTE.
¡Dichosa tú, que crisol
Hoy de nuestra fe serás!

SACERDOTISAS.
¡Venturosa tú, que vas
A ser esposa del Sol!

GLAUCA.
¡Buen parabien! pero dél
No gusta. Mas ¿cómo estoy
Tan fiera, que á hacer no voy
Que lloro por Tucapel?
(*Vanse todos, ménos Yupanguí y Guacolda.*)

ESCENA XII.

GUACOLDA, YUPANGUÍ.

YUPANGUÍ.
Dos culpas, Guacolda bella,
Resultan hoy contra mí:
Que con vista te elegí,
Y que te elegí sin ella;
Pero ni desta ni aquella,
Feliz é infeliz mi suerte
Se ha de disculpar, si advierte
Que una fué para adorarte,
Otra para sublimarte,
Y entrambas para perderte.

GUACOLDA.
De una y otra ¡ay de mí! fuera
Cualquiera disculpa error,
Y voy, dejando al amor
En aquella edad primera,
A que no sé si sintiera
Más que eligieras tú, y no
Fuera la elegida yo;
Y así, que errases te niego
Ciego; que no estuvo ciego
Quien lo que hubo de ver vió.

YUPANGUÍ.
Ahora es mayor mi afliccion,
Viendo que en mi ceguedad
Resignes tu voluntad.

GUACOLDA.
Quizá no es resignacion.

YUPANGUÍ.
¿Pues qué?

GUACOLDA.
Desesperacion
De que mi padre su esquiva
Enemistad vengue altiva
En los dos, pues porque fuiste
Tú quien á Guáscar seguiste
Cuando él siguió á Atabaliba,
Por no darme á tí, forzada
Me trajo al templo, y no sé
Si conformarme podré
A morir sacrificada;
Pues cuando no hubiera nada
De aquel violento rigor
Ni deste infelice amor,
Ni cuanto da que temer
Pasar del ser á no ser,
Tuviera el mismo dolor
Por no sé qué natural
Luz que repugna infinito
A que en mí no haya delito
Y haya en un Dios celestial
Sed de humana sangre, tal
Que obligue fiero y cruel,
Sin odio de fe, á que un fiel
Mate á otro fiel. ¿Es ley, di,
Que un dios no muera por mí,
Y que yo muera por él?

YUPANGUÍ.
No sé; mas sé que admirada
Mi razon con tu razon,
Me ha puesto en tal confusion,
Que... Mas no te digo nada,
Sino solo que si entrada
Pudiera hallar para qué,
Sin argüir en la fe
Del Sol, ántes que rendida
Tu vida, viera mi vida...

GUACOLDA.
No, no prosigas; que aunqué
Tiene á la laguna puerta
Este templo, y ella tiene
Balsas en que á tiempo viene
Bastimento, y puedo, abierta
De noche, irme á una desierta
Isla, á ocultarme oportuna,
Temiendo al Sol mi fortuna,
En vano mi dolor cay
En que hay noche y templo, y hay
Puerta, balsa, isla y laguna. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

YUPANGUÍ.

¿Qué mas claro ha de decir
Su abandonado despecho
Que fué cómplice mi amor
Del estado en que la ha puesto
Su suerte; ni qué mas claro
Me pudo su sentimiento,
Para que salve su vida,
Facilitarme los medios?
Mas ¿cómo podré ¡ay de mí!
Arrojarme á atrevimiento
Tan grave como quitarle
Al Sol tal víctima? Pero
¿Qué dudo ni qué reparo?
Que si no hubiera preceptos
Que romper, no hubiera culpas,
Y quedaran sin aprecio
Finezas de amor, que dellas
Alimentan sus efectos.
Iré donde, si ella sale
A ver si temo ó no temo
Al Sol, vea que...

ESCENA XIV.

EL INGA.— YUPANGUÍ.

INGA.
Yupanguí...

YUPANGUÍ.
Señor...

INGA.
A buscarte vuelvo
Con una pena, que solo
La fiara de tí.

YUPANGUÍ.
¿En qué puedo
Servirte? que ya tú sabes
Mi amor, mi lealtad y celo.

INGA.
De uno y otro asegurado,
Sabrás que desde aquel mesmo
Instante que vi la rara
Hermosura sin ejemplo
De aquella sacerdotisa,
Que entre el asombro y el miedo,
Por vencer con ménos armas,
Venció sin color ni aliento,
Ni vivo, ni sé de mí;
Y mas despues que añadiendo
Fuerza á fuerza, rayo á rayo,
Llama á llama, incendio á incendio,
La lástima de su suerte
Aumentó el dolor. No quiero
Tenerme en cuán poderosos
Son dos contrarios afectos
Que para embestir aúnan
Lástima y cariño á un tiempo.
Porque no muriera, diera
La vida. No, no suspenso,
No turbado, no confuso
Me escuches, como diciendo
Entre tí, que ¿cómo al Sol
A quien tantas glorias debo,
Me atrevo contra su culto
Ni aun á imaginarlo? Pero
Antes que tú lo pronuncies,
Saldrá mi voz al encuentro
Con decirte que un amor
Que no tiene mas remedio
Que morir de ver morir,
No dudo dore sus yerros
A rayos del mismo Sol;
Mayormente cuando puedo
Desenojarle con otras
Dádivas; y remitiendo
A que, sea lo que fuere
O su perdon ó su ceño,
Ella ha de vivir, y tú
Has de ser el instrumento.
Los cuatro legales dias
En que sus padres y deudos
La celebran, engañando
El dolor con el obsequio,
Te doy de plazo á que pienses
Cómo ha de ser, ya tu ingenio,
De la noche, la laguna,
Balsas y puertas del templo
Se valga, ó ya tu valor,
A todo trance resuelto,
De disfraces para el robo
Ó de armas para el estruendo.
Tú en fin me la has de poner
En salvo, y despues el tiempo
El desagravio del Sol
Nos dirá.

ESCENA XV.

LA IDOLATRÍA. — DICHOS.

IDOLATRÍA. (*Dentro.*)
¡Guáscar!

INGA.
El viento
Mi nombre pronuncia: gente
Será que en mi seguimiento
Viene. Para que no vean
Que hablamos solos, haciendo
La plática sospechosa,
Miéntras salirles intento
Yo por esta parte al paso,
Quédate tú aquí: advirtiendo
Que en tu ingenio ó tu valor,
Honor, alma y vida dejo.
Viva esta beldad, y viva
Tu rey, ó ambos mueran. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

YUPANGUÍ.

¡Cielos!
¿Quién en el mundo se ha visto
Embestido tan á un tiempo
De celos, lealtad y amor?
¿Celos dije? Bien por ellos
Empecé; que son un mal
Tan descortés y grosero,
Que en concurso de otros males
Siempre se toma el primero
Lugar. De celos ¡ay triste!
Vuelvo á decir, pues que veo
De otro adorada á Guacolda;

De lealtad, pues es sugeto.
Con quien yo ni declararme
Ni satisfacerme puedo,
Y de amor, pues cuando estoy
(Contra los divinos fueros
Que amenazaron su vida)
A restaurarla resuelto,
Aun los propios medios mios
Se vuelven contra mí mesmo.
Pues ó los consigo, ó no.
Si no los consigo, dejo
Que muera; y si los consigo,
Es para otro: con que en medio
De la argüida cuestion
Vengo á estar, de ¿cuál es ménos
Dolor, morir para mí,
O vivir para otro dueño?
En cuya confusion...

ESCENA XVII.

LA IDOLATRÍA y EL INGA, *dentro.* — YUPANGUÍ.

IDOLATRÍA. (*Dentro.*)
¡Guáscar!
¡Guáscar Inga!

INGA. (*Dentro.*)
Veloz eco,
Ya que me vienes buscando,
¿Para qué te vas huyendo?

YUPANGUÍ.
Otra vez la voz le llama,
Tras cuyo sonido el centro
Del monte penetra. Quede
Aquí mi dolor suspenso,
Supuesto que ni es ni ha sido
Para terminado presto,
Y vaya á ver qué será
(Puesto que todo es misterios
De Copacavana el valle)
Voz, que sin dar con el dueño,
A lo mas fragoso, mas
Enmarañado y desierto,
Diciendo le lleva... (*Vase.*)

—

Monte con peñascos.

ESCENA XVIII.

EL INGA; *y despues,* LA IDOLATRÍA.

INGA.
Dime,
Pues te sigo y no te encuentro,
Siquiera quién eres.
(*Sale la Idolatría.*)

IDOLATRÍA.
Yo.

INGA.
Al verte más, lo sé ménos:
Y así, á preguntar quién eres,
Aun despues de verte, vuelvo.

IDOLATRÍA.
Soy la deidad á quien tocan
Los cultos del Sol, y vengo
A lidiar por él contigo.
Y pues ha de ser el duelo,
Para mas victoria mia,
Cara á cara y cuerpo á cuerpo,
¿Qué esperas? Llega á mis brazos.

INGA.
Si rendido me confieso
Yo á tus sombras ó á tus luces,
¿Para qué es la lid?

IDOLATRÍA.
¡Qué efecto
Tan propio es de los ingratos
Darse por vencidos presto!
¿Cómo es posible que quien
Debe al Sol tantos imperios,
Impida sus sacrificios?

INGA.
Como yo no se los debo
Al Sol. Si él los dió á su hijo,
Y yo de su hijo desciendo,
Ya no es dádiva la mia,
Si no herencia; y fuera desto,
Cuando se los deba al Sol
Como á padre, si hoy le ofendo,
¿Qué hará en perdonar mañana
Tan bien disculpado yerro
Como amar una hermosura
Que él crió?

IDOLATRÍA.
Más que piensas.

INGA.
Eso
Es amenazar, y amor
No teme amenazas.

IDOLATRÍA.
(*Ap.* ¡Cielos!
Durar él en su pasion
Sin darle pavor ni aspecto,
Bien me da á entender que el dia
Que entra el sagrado madero
De la Cruz en el Perú,
Es para que lo sangriento
Cese de mis sacrificios.
Mas ¿qué lo extraño, si advierto
Que en el Ara de la Cruz
Cesó todo lo cruento,
Pues desde allí fuéron todas
Hostias pacíficas? Pero
No, no me dé por vencida;
Que aunque revele secreto
Que há tantos años que guardo,
Con él le pondré tal miedo,
Que no se atreva á impedir
Que á vista del Sacro Leño
Sean víctimas humanas
Triunfos mios.) En efecto,
¿Te fundas en que es herencia,
Y no dádiva, este reino,
Y en que es perdonar un padre
Fácil?

INGA.
Sí.

IDOLATRÍA.
Pues porque en eso
No te fies, ni el Sol fué
Tu padre, ni pudo serlo,
Ni este imperio sin mí pudo
Ser tuyo.

INGA.
¿Cómo?

IDOLATRÍA.
Oye atento.
Manco-Cápac, rico y noble
Cacique, fué á quien el cielo...
— Pero, ántes que yo á decirlo,
Quiero que llegues tú á verlo;
Que no he de hacer sospechosa
Mi verdad: y así, pretendo
Que en su crédito afiance
Un portento á otro portento.

ESCENA XIX.

Ábrese un peñasco, y vese á UN JÓVEN [1], *vestido de pieles, recostado en una peña.* — DICHOS.

IDOLATRÍA.
¿Qué ves en aquesta gruta?

INGA.
Un hermoso jóven bello,
Que sobre una peña yace,
De toscas pieles cubierto.

IDOLATRÍA.
Pues escucha lo que dice.

INGA.
Ya á sus razones atiendo.

EL JÓVEN.
¿Cuándo, padre, será el dia
Que de aqueste obscuro centro
Me saques á ver la luz?
Si ya bien sabidas tengo
Tus lecciones; si ya cuanto
Me has instruido lo aprendo
Tan á satisfaccion tuya,
Que te has admirado, viendo
Que el entendimiento tuyo
Trasladé á mi entendimiento,
¿Qué aguardas para que llegue
A verme en el trono excelso
Que me has prometido? Mira
Que un bien esperado es ménos
Todo aquello que le quita
De estimacion el deseo;
Que aunque la dicha es gran joya,
Esperarla es mucho precio.
Vén pues, vén á que segunda
Vez nazca del duro seno
De aquesta roca, si no
Quieres que á mis sentimientos
Lleguen tarde tus alivios,
Llegando mi muerte presto.
(*Ciérrase la gruta.*)

INGA.
Aunque entiendo sus razones,
El propósito no entiendo.

IDOLATRÍA.
¿Qué mucho si ha de decirlo
Otro prodigio primero?
Ya has visto el centro del monte;
Pues pasa de extremo á extremo,
Y mira ahora la cumbre.

ESCENA XX.

Va saliendo por lo alto del peñasco un sol, y tras él un trono dorado, con rayos, y en su araceli sentado el mismo JÓVEN *de ántes, vestido ricamente, con corona y cetro.*—LA IDOLATRÍA, EL INGA.

IDOLATRÍA.
¿Qué ves en ella?

INGA.
No puedo
Decirlo; que me deslumbra
Un sol que va amaneciendo
En su oriente.

IDOLATRÍA.
Pues porfía
A mirarle; que lo mesmo
Hacen cuantas gentes ves
Concurrir á ese desierto.

INGA.
Es verdad: todo poblado
De gentes está, y ya intento
Verlo.

IDOLATRÍA.
¿Y qué ves?

INGA.
Entre varios
Tornasoles y reflejos,
Que como sin ver al sol
No se ven, ciegan al verlos,
Miro que como pedazo
Suyo, va otro sol saliendo
En un luciente, un hermoso
Trono, en quien, como en espejo,

[1] *Guáscar,* dice en las ediciones anteriores; pero el hijo de Manco-Cápac se llamaba *Sinchi-Roca.*

Parece que él mesmo está
Retratándose á sí mesmo.

IDOLATRÍA.

¿Quién viene en él colocado?

INGA.

Si de sus señas me acuerdo,
Aquel afligido jóven
Que vi entre pieles cubierto,
Ricamente ataviado
De ropas, corona y cetro,
Me parece.

IDOLATRÍA.

Oye sus triunfos,
Pues oiste sus lamentos.

EL JÓVEN.

Generosos peruanos,
Cuya fe, piedad y celo
En la adoracion del Sol
Logra hoy sus merecimientos:
Albricias, que ya ha llegado
El felice cumplimiento
De aquellas ya confundidas
Noticias que dejó un tiempo
En la primitiva edad
De vuestros padres y abuelos
Un Tomé ó Tomás sembradas
En todo el Perú, diciendo
Que en los brazos de la aurora
Mas pura, el Hijo heredero
Del gran Dios habia venido,
Luz de luz, al universo.
Pero aunque dijo que habia
Venido, habeis de entenderlo
Como invisible Criador
De todos los elementos,
Hombres, fieras, peces y aves;
Pero no en alma y en cuerpo,
Como mi padre me envía
Hoy á ser monarca vuestro.
Si me recibis, veréis
Que deste monte desciendo
A vivir entre vosotros,
Regiros y manteneros
En ley, en paz y en justicia;
Y si no, á su trono excelso
Con él me volveré, donde
Ofendido en mi desprecio,
Os amenazan sus rayos,
Sus relámpagos y truenos.

ESCENA XXI.

INDIOS Y MÚSICA, *dentro*. — DICHOS.

INDIOS. (*Dentro.*)

Desciende, señor, desciende,
Pues te aclamamos, diciendo...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sea bien venido
En jóven tan bello
El hijo del Sol,
Para ser rey nuestro.

EL JÓVEN

Ya voy á vosotros,
Pues que voy oyendo...

MÚSICA Y TODOS. (*Dentro.*)

Sea bien venido, etc.

(*Desaparecen, el sol por lo alto, y por lo bajo el trono.*)

ESCENA XXII.

LA IDOLATRÍA, EL INGA.

INGA.

Aun no lo he entendido.

IDOLATRÍA.

Ahora
Lo entenderás: oye atento.
Manco-Cápac, rico y noble
Cacique, fué á quien el cielo
Dotó, entre otras naturales
Prendas, de sutil ingenio.
Este, maquinando (el dia
Que su bella esposa un tierno
Infante dió á luz) cómo
Lograria verle dueño
Del imperio del Perú,
Me consultó su deseo,
Como deidad á quien toca
(Ya te lo dije primero)
La adoracion del Sol. Yo,
Hallando el camino abierto
Para que creciese el culto
Con el agradecimiento,
Le dije que, publicando
Que el infante se habia muerto,
Con secreto le criase;
Y él lo hizo con tal secreto,
Que aun la nutriz que encerró
Con él, yace muerta ahí dentro.
Miéntras el jóven crecia,
Tambien le dí por consejo
Que publicase que el Sol
Le habia revelado en sueños
Que presto enviaria á su hijo
A dominar sus imperios;
Y como esta voz corria
Sobre aquellos fundamentos,
Que arruinados del olvido
Los fabricaba el acuerdo,
Equivocando verdades
A sombra de fingimientos,
Andaba el vulgo ni bien
Dudando ni bien creyendo,
Hasta que á determinado
Dia convocó los pueblos,
Para que ocurriesen todos
A recibirle; y habiendo
Con mi arte y con su industria,
Como has visto, en lo supremo
Del monte fingido rayos,
Pudo hacer que sus reflejos,
Desmintiendo lo distante,
Acreditasen lo excelso:
De suerte que deste engaño
Desciendes; y aunque en quinientos
Años de la inmemorial
Posesion, ya es tuyo el reino,
Pues no hay ninguno que no
Se introdujese violento;
Con todo eso, el dia que impidas,
U otro por ti, los decretos
Que en nombre del Sol disponen
Sus oráculos, es cierto
Que no habiendo conseguido
El que vayan en aumento,
Me he de vengar: y así, teme
Mis saños, pues ves que puedo
En desagravios del Sol
Desvanecer tus trofeos,
Pompa y majestad, bien como
Ves que yo me desvanezco.

(*Desaparece.*)

INGA.

Oye, aguarda, escucha, espera.

ESCENA XXIII.

INDIOS Y YUPANGUÍ. — EL INGA.

INDIOS. (*Dentro.*)

Allí se oye, llegad presto.

INGA.

¿Qué es lo que por mí ha pasado?

(*Salen varios indios y Yupangui.*)

TODOS.

¿Qué es esto, señor, qué es esto?

INGA.

No sé, no sé. Cinco siglos
He vivido en un momento,
Retrocediendo los años,
Y lo que he sacado dellos
Es que el Sol por mí no pierda
Sus cultos: y así, el precepto
Que te dí, Yupangui, no
Le ejecutes, ni por pienso.
Muera esa beldad y viva
Tu rey. (*Vase.*)

YUPANGUI. (*Ap.*)

¿Quién crêrá que al tiempo
Que siento el mandar que viva,
El mandar que muera siento?
Pero nada me acobarde.
En que viva me resuelvo,
Y enójese ó no se enoje
El Sol, pues es tan severo
Dios, que en su culto nos manda
Contra el natural derecho,
Que mueran otros por él,
No habiendo él por otros muerto.

JORNADA SEGUNDA.

Arboleda lindante con los muros del Cuzco.

ESCENA PRIMERA.

INDIOS Y ESPAÑOLES; *despues*, TUCAPEL.

(*Dentro cajas y trompetas.*)

INDIOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

INDIOS. (*Dentro.*)

Caciques, á la muralla.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

A la muralla, españoles.

INDIOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Al arma, al arma!

(*Sale Tucapel huyendo.*)

TUCAPEL.

Si no hubiera un coronista
Que huyera de las batallas,
No hubiera cómo saberlas,
No habiendo cómo contarlas;
Y pues este es el papel
Que me toca, miéntras andan
Allá como suelen, yo
Escondido entre estas ramas,
Tambien, como suelo, tengo
De estar á ver en qué pára
El trance de hoy; que hasta ahora
Solo dicen voces altas...

UNOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

(*Las cajas.*)

OTROS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva el Perú!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva España!

TUCAPEL.

¡Oh si el señor Sol quisiera
Que sus paisanos lograran
La victoria, y yo el deseo
De poder irme á mi casa!
No tanto porque en la propria
Bien un marido descansa,
Cuanto por hacerme el gusto
De hacerle disgusto á Glauca;
Pues desde que el español,

Cautivándome en mi patria,
Conmigo, sin saber cómo,
Dió en unas tierras extrañas,
Donde su lenguaje y mio
Hicieron tal mescolanza,
Que ya ni es mio ni suyo,
Bien que hasta entendernos basta;
Y desde que, pertrechados
De gente, bajeles y armas,
Volvieron él y los suyos
A navegar á estas playas,
De donde tomando tierra,
Han talado las campañas
Que hay desde el Callao al Cuzco,
Cuya gran corte hoy asaltan;
(*Dentro las cajas.*)
Nunca me han dado lugar
De escaparme, por dos causas:
Una, servirles de guia
Para ir salvando sus marchas
De pantanos y lagunas;
Y otra, que á decir no vaya
Cuán faltos de municiones
Y de víveres se hallan:
Y así, por ambos pretextos
Con tal cuidado me guardan,
Que al que desmandarme viere,
Que me dé la muerte mandan;
Con que me es fuerza esperar
Dia en que huyendo les hagan
Volverse al mar. Mas no creo
Que hoy sea el desta esperanza,
Pues entre las confusiones
Que solo repiten varias...
(*Las cajas dentro.*)

TODOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

TUCAPEL.
Lo que desde aquí se alcanza,
Es, que aunque las eminencias
De la ciudad coronadas
De Indios están, no por eso
Los españoles desmayan,
Por mas que de sus almenas
No solamente disparan
Diluvios de flechas, pero
De los peñascos que arrancan,
Despedazados los montes,
Rodando sobre ellos bajan.
Alguno lo diga, pues
Cae de la escala mas alta,
Diciendo...

ESCENA II.

Dentro suena ruido de armas, cajas y trompetas, y sale PIZARRO *cayendo, con espada y rodela; despues,* ALMAGRO, CANDIA Y ESPAÑOLES. — TUCAPEL.

PIZARRO.
¡Virgen María!
Vuestra gran piedad me valga.

ALMAGRO. (*Dentro.*)
Acudid á retirarle:
No consigan la alabanza
Estos bárbaros de que
Ni aun muerto pudo su saña
Triunfar dél.
(*Salen Candia, Almagro y españoles, y Pizarro se levanta muy en sí.*)

CANDIA Y ALMAGRO.
¡Pizarro!

PIZARRO.
¡Amigos!

LOS DOS.
¿Qué desdicha es esta?

PIZARRO.
Nada.

TUCAPEL.
Pues no enterreis al mozo, Luis Quijada.

PIZARRO.
Esta fué una bagatela:
Volvamos á la batalla.

CANDIA.
¿Cómo es posible que el golpe
De la peña y la distancia
Del precipicio te deje
Con la vida?

PIZARRO.
¿Qué os espanta,
Si quien invoca á María
Aun de mas riesgos se salva,
Mostrando su piedad (puesto
Que en el Perú nos ampara,
Repitiendo los favores
Que nos hizo en Nueva-España)
Cuánto de aquestas conquistas
Se da por servida, á causa
De que mejor sol se adore
En brazos de mejor alba?
Y pues conserva mi vida
Para que vuelva á emplearla
En su servicio, ea, amigos,
Volvamos á las escalas;
Que hoy en la corte del Cuzco
Hemos de entrar, si esa valla
Primera rompemos, ántes
Que á socorrerla mañana,
Segun dicen las espías,
En persona llegue el Guáscar
Con inmensas gentes.

ALMAGRO.
¿Quién
Lo duda, si en esperanza
De propagacion de fe
Y honor de María, se ensalzan
La invocacion de su nombre
En tí, y en Pedro de Candia
La exaltacion de la Cruz,
Pues vemos que en las montañas,
Como á árbol prodigioso
Que vence fieras, la exaltan
Ya infinitos indios?

PIZARRO.
Pues
Con estas dos confianzas,
¿Qué hay que temer? Ea, españoles,
Al arma otra vez.
(*Vanse los tres, y los demas españoles, y tocan cajas.*)

ESCENA III.

INDIOS; *y despues*, ESPAÑOLES, *dentro.*— TUCAPEL.

INDIOS. (*Dentro.*)
¡Al arma
Otra vez, fuertes caciques!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Viva el Perú!

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)
¡Viva España!

TODOS.
¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!

TUCAPEL.
Pues nunca en estas andancias
Están bien los coronistas
Donde las flechas alcanzan,
¿Qué haré yo de mí, y mas viendo
Que embisten con furia tanta,
Que habré de llorar mi ruina
Si ellos su victoria cantan,
Pues en venciendo me quedo
En mi patria sin mi patria,
Y si quiero irme, á peligro
Es de la vida? ¡Oh mal haya
Aquella sacerdotisa,
Pues por volver á buscarla
Con Yupanguí, á mí me toca
Todo el daño! Y pues de nada
Ella se duele, ¡oh si hallase,
De cuantos demonios hablan
En nuestros ídolos, uno
Que á costa de vida y alma
Me diga lo que he de hacer!

ESCENA IV.

LA IDOLATRÍA *despues*, INDIOS Y ESPAÑOLES, *dentro.*—TUCAPEL.

IDOLATRÍA.
(*Ap.* Sí habrá, pues que tú le llamas;
Que esa es la razon con que
Dios la cadena me alarga.)
Vente, Tucapel, conmigo;
Que yo te pondré en tu casa.
(*Ap.* Por lo que en ella me importas
Para que vuelva á sus aras
La hurtada víctima al Sol.)

TUCAPEL.
¿Quién eres tú que me agarras
Sin que te vea?

IDOLATRÍA.
Quien puede
(Abreviando las distancias
Que hay desde el Cuzco á tu tierra,
Valle de Copacavana)
Llevarte sin que te vean
Las mas vigilantes guardas,
Solo á precio de que tú
Por mí en el camino hagas
Primero la diligencia
Que te dictaren mis ansias.

TUCAPEL.
Si tienes tanto poder,
¿Cómo no la haces tu, y tratas
De que un hombre la haga?

IDOLATRÍA.
Como
No puedo yo cara á cara
Oponerme á quien me opongo,
Y así, es fuerza que me valga
Del hombre. (*Ap.* Que él, poseido
De mí, dándome la entrada,
Basta á cometer delitos
A que el demonio no basta.)

TUCAPEL.
¿Y cómo ha de ser el irme?

IDOLATRÍA.
Prestándote yo mis alas.

TUCAPEL.
¿De qué suerte?

IDOLATRÍA.
Desta suerte.—
Ministros en quien entabla
Su imperio la Idolatría,
Dad al viento mi esperanza.

TUCAPEL.
¿Pues soy tu esperanza yo?

IDOLATRÍA.
Eres quien ha de lograrla.
(*Desaparece Tucapel.*)
Pues revestido en tí el fiero
Espíritu de mi rabia,
Tuyas han de ser las voces,
Pero mias las palabras,
Cuando diciendo su efecto
El trance desta batalla,
Digan el suyo mis iras;
Y hasta entónces, en dos varias
Partes suene el eco, aquí
Diciendo unos...
(*Las cajas á rebato.*)

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)
¡Arma, arma!

IDOLATRÍA.
Y allí repitiendo otros...
(*Suena otra caja á lo léjos á marchar.*)
INDIOS. (*Dentro.*)
Alto, y pase la palabra.
IDOLATRÍA.
Con que á un mismo tiempo yo,
Entre horrores y venganzas,
Entre escándalos y estruendos,
Diré influyendo en entrambas..
ESPAÑOLES. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
INDIOS. (*Dentro.*)
Alto, y pase la palabra.
(*Vase la Idolatría.*)

ESCENA V.

Suena la marcha, y sale EL INGA *con* INDIOS, *armados á su modo, y* EL SACERDOTE; *despues*, YUPANGUÍ.

INGA.
Supuesto que ya la noche
Cubierta de sombras pardas
Nos va retirando el dia,
De aqueste monte en la falda
Podrá restaurar la gente
Las fatigas de la marcha,
Para que con nuevo aliento
Al amanecer mañana
Demos vista á la ciudad,
Llamando á campal batalla
A sus sitiadores, ya
Que el socorrerla y librarla
A que yo en persona venga
Me obliga.
(*Sale Yupanguí.*)
YUPANGUÍ.
Dame tus plantas.
INGA.
¡Oh Yupanguí! bien venido
Seas.
YUPANGUÍ.
Quien llega á besarlas,
Fuerza es serlo.
INGA.
¿Qué responde
Atabaliba?
YUPANGUÍ.
La fama
Le tenia ya informado
Desta prodigiosa entrada
Que han hecho los españoles,
Y ántes de oir tu embajada,
Dijo que él mismo vendria
A darte auxiliares armas.
INGA.
¡Con qué vergüenza lo escucho,
Ofendido de que hayan
Cuatro desnudos, descalzos
Y hambrientos hombres, en tanta
Confusion puesto mis gentes,
Que sea fuerza que me valga
De mi hermano y mi enemigo,
Solo en fe de la ventaja
Que artificiales sus rayos
Llevan á nuestras aljabas!
En llegando á ponderar
Que en una y otra campaña,
Si se contara la gente,
Mas de mil indios se hallaran
Para cada español, pierdo
El juicio, la vida, el alma,
Y no sé...— Dejadme solo,
Idos todos; que se arranca
El corazon, y no quiero
Que nadie me vea en la cara
El semblante de la ira
Sin ver el de la venganza.
YUPANGUÍ. (*Ap. al Sacerdote.*)
¿Qué extraño furor es este
Que su sentido arrebata?
SACERDOTE.
No sé mas de que estos dias
Le aflige.
INGA.
Tú no te vayas,
Yupanguí.
YUPANGUÍ.
Siempre yo estoy
Atento á ver lo que mandas.
(*Vanse los indios y el Sacerdote.*)

ESCENA VI.

EL INGA, YUPANGUÍ.

INGA.
Oye, pues solo contigo
Pueden descansar mis ansias.
Desde el dia ¡ay infelice!
Que te mandé que libraras
Aquella sacerdotisa,
Todo es para mí desgracias,
Sin que el mandarte despues
Que en su suerte la dejaras,
Basta á que el Sol me remita
De aquella primera instancia
La culpa, pues en castigo
Trae contra mí tan extrañas
Gentes, como si el faltar
Despues fuese por mi causa.
YUPANGUÍ.
Ya que el querer impedir
Un sacrificio le agravia,
¿Por qué no mandas que otro
Igual á aquel satisfaga
Sus sentimientos?
INGA.
Porqué
Cuando lo intento, declaran
Los sacerdotes del Sol
Que sus sacros ritos mandan
Que en echándose una vez
La suerte, porque no haya
Favor ó pasion que excuse
Aquella sobre quien caiga,
No pueda hasta que ella misma
Sea la sacrificada,
Echarse otra suerte. Y esto
Dejado á sus observancias,
¿Cómo pudo una mujer
Intentar fuga tan ardua?
YUPANGUÍ.
Si es fácil amar, señor,
Dos á una hermosura rara,
Y fácil dar en un mismo
Pensamiento dos que aman,
¿Qué admiras que otro intentase
Lo mismo, y que?...
INGA.
Calla, calla;
Que son mucho mal los celos,
Para que el desden les haga
De acuadrillarlos con otros
Cuando ellos á matar bastan...
Mas ¿qué digo? En mí no hay celos.
YUPANGUÍ.
¿Por qué?
INGA.
Por la confianza
De que aquí no hubo segundo
Amante.
YUPANGUÍ.
¿De qué lo sacas?
INGA.
Si soberana deidad
Tanto mi vida amenaza,
Que no ménos que de siglos
Alimentó mi mudanza,
¿Cómo habia de dejar,
Siendo deidad soberana,
Sin temor á otro?
YUPANGUÍ.
Bien dices.
(*Ap.* Quédese con su ignorancia;
Que á mí me está bien que nunca
En que hubo otro amante caiga.)
Es sin duda que ella, ó mal
Conforme ó desesperada,
Del templo se huyó.
INGA.
El asombro
No es ese, sino que haya
Ocultádose de suerte
Que diligencias tan varias
No la hayan hallado. ¿Cuál
Será el centro que la guarda?
YUPANGUÍ.
Eso es lo que yo no puedo
Decir. (*Ap.* ¡Ay Guacolda amada!
¡Y cómo que es verdad! pues
No puede decir quien te ama
Ni el villaje que te esconde,
Ni el traje que te disfraza.)
INGA.
Supuesto que en que parezca
Estriban las esperanzas
De que el Sol se desenoje
Para que venzan mis armas,
Ya que todos por vencidos
Se dan de que no la hallan,
Haz tú por mí la fineza
De ser quien ponga en buscarla
Desde hoy nuevos medios.
YUPANGUÍ.
Yo
Te doy, señor, la palabra,
En habiéndote asistido
En la faccion de mañana
(Que no es bien desparecerme
Víspera de una batalla),
De ir á buscarla con tal
Deseo, cuidado y ansia,
Que ni descanse ni duerma
Ni sosiegue hasta encontrarla.
Y así, si me echares ménos,
No preguntes por mí, á causa
De que en busca de Guacolda
Estoy.
INGA.
Otra vez me abraza;
Que bien de tí esa fineza
Fio.
YUPANGUÍ.
Cree que he de hallarla,
Aunque sus recatos digan...

ESCENA VII.

INDIOS; *y despues*, EL SACERDOTE Y TUCAPEL.— DICHOS.

INDIOS. (*Dentro.*)
Sepúltennos las entrañas
De los montes, pues nos echa
De las suyas nuestra patria.
INGA.
¡Qué confusas voces son
Las que parece que hablan
En nombre suyo? pues dicen...
INDIOS. (*Dentro.*)
Sean tumbas las montañas,
Que ántes nos entierren vivos
Que esclavos.
INGA.
¡Ah de la guardia!
¿Qué voces aquestas son?
(*Salen el Sacerdote é indios.*)

SACERDOTE.

De tropas que desmandadas,
Con sus mujeres é hijos
Y ancianos, en mil escuadras
Huyendo á ampararse vienen
De los montes.

INGA.

¿Pues qué causa
Puede obligarles á tanto
Desórden?

(*Sale Tucapel.*)

TUCAPEL.

Oye y sabrásla.

INGA.

Sin duda traes malas nuevas,
Pues á todos te adelantas.
¿Quién eres?

TUCAPEL.

El indio soy
Que cautivó en esa playa
Aquel primero español
Que en ellas puso las plantas:
Con él fui, y volví con él
Sin poderme librar hasta
Que la confusion de hoy
Me ha dado la puerta franca;
Pues habiendo la ciudad
Entrado á fuerza de armas
Los españoles, en tanto
Que hidrópicamente apagan
En su saco las dos sedes
De riquezas y viandas;
En tanto que por salvar
Las vidas, la desamparan
Sus naturales, dejando
Bienes, familias y casas,
Sin poner en mas la mira
Que en el celo con que sacan
Los ídolos de los templos,
A fin de que sus estatuas
Sin ultraje se retiren
En la custodia y la guarda
Del mayor adoratorio
Del Sol, que es Copacavana;
En fin, en la confusion
De hoy logrando mi esperanza,
Vengo sin que lo veloz
Sea en fe de traer las malas
Nuevas, que quizá podrá
Hacer buenas una traza,
Con que pérdida tan grande
Se trueque en mayor ganancia.
Los mas principales cabos
Desa española canalla
Con los mas soldados suyos
Se alojan en ese alcázar
De los Ingas: este tiene
Al reparo de las aguas
Que suelen de la ciudad
Inundar calles y plazas,
Entre otras muchas surtidas,
Una mina que desagua
Cerca de aquí, cuya boca
Es preciso que ignorada
De hombres tan recien venidos,
Esté á estas horas sin guardas;
Y si por ella, eligiendo
El cabo de mayor fama,
Hicieses que con la gente
Tambien de mas importancia,
La mina entrase llevando
Seca fagina á la espalda
Y oculto fuego, no dudes
Que si por el pié la llama
Prende una vez, vuele todo,
Pues su arquitectura rara
Toda es preciosas maderas;
Y mas si á este tiempo mandas
Que se inficionen las flechas,
En vez de nocivas plantas,
De embreadas cuerdas que
Entre piedra y pluma, al asta
Pendientes, el aire corten,
Y medida la distancia
Por elevacion, hicieses
Darlas fuego al dispararlas;
Siendo como son los techos
Solamente de enea y paja,
Será fuerza que volando
En cada saeta una ascua,
Sean tambien rayos nuevos
Adonde quiera que caigan.
Y pues á darte este aviso
Y este arbitrio me adelanta
Quizá alto espíritu que
La voz mueve, el pecho inflama,
No le desdeñes, creyendo
Que no te habla quien habla,
Pues aunque son mias las voces,
No son mias las palabras. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL INGA, YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Oye, espera.— Detenedle.

SACERDOTE.

Si aun el viento no le alcanza,
No es posible.

INGA.

Yupanguí,
Bien este aviso declara,
Pues por sendas nos le envía
Tan nuevas y tan extrañas,
Que ya el Sol se desenoja:
Y pues empresa tan alta
Parece que para tí
La tuvo el cielo guardada,
Pues esperó á que vinieses,
Para haber de ejecutarla,
De toda esa gente escoge
La de mayor confianza,
Y á ejecutar la sorpresa
Parte; que en tu retaguardia,
Porque en todo trance tengas
Segura la retirada,
Con todo el grueso iré yo
Guardándote las espaldas.

YUPANGUÍ.

Por tanto honor tus piés beso;
Que en la guerra cosa es clara
Que no sirve el que obedece
Tanto como honra el que manda.
A obedecerte voy. (*Ap.* Bien
Que con temor de que vaya
Tucapel donde Guacolda
Está en la choza de Glauca.
¡Oh quiera amor que sin verla
Se oculte!) (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL INGA, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Sin tocar arma
Marche el ejército en mudo
Silencio.—No, deidad sacra,
Pues no proseguí en mi afecto,
Prosigas en tu venganza;
Que cuando me desengañen
Ilusiones y fantasmas
No ser mi natural padre,
Al fin no me desengañan
No ser mi natural dios;
Y de un dios ser hijo basta
Adoptivo, para ser
Del mundo el mayor monarca.—
Marche el campo en tal silencio,
Que aun la sordina bastarda
No dé el órden.

(*Vanse.*)

Sala en un palacio del Cuzco.

ESCENA X.

PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA; *despues*, ESPAÑOLES.

ALMAGRO.

Pues ya quedan
Las centinelas dobladas,
Bien puedes, lo que á la noche
Resta, dormir.

PIZARRO.

Vigilancias
De un heróico pecho, miéntras
Ménos duermen, mas descansan.
No solo al sueño[1] he de dar
El tributo desta humana
Propension, pero escribiendo
Lo que de la noche falta
He de estar, porque es forzoso
Que de tan gloriosa hazaña
Como hoy hemos conseguido,
Lleguen las nuevas á España,
Y sepan dos majestades,
Cárlos que en Yuste descansa,
Y Felipe que en su nombre
Reina, que ya es bien que añadan
A los coronados timbres
De sus católicas armas
Las columnas del Perú,
Que fijas sobre las aguas,
Como el *plus ultra* al *non ultra*
Las de Hércules aventajan.

CANDIA.

En tanto que desvelado,
Tú en eso la noche pasas,
Almagro y yo rondarémos
Con divididas escuadras
El palacio.

ALMAGRO.

Y no será
Fineza; que su dorada
Riqueza y sumas grandezas,
Aun mas deleitan que cansan.

(*Vase cada uno por su puerta.*)

PIZARRO. (*Llamando.*)

Traedme aquí la escribanía
Y el bufete.— Esté la carta
Escrita, porque con ella
Fernando mi hermano parta
Al punto que...

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

PIZARRO.

Mas ¿quién en confusion tanta
Ciudad y palacio pone?
Iré á ver de qué se causa.

ESCENA XI.

CANDIA; *despues*, ALMAGRO. — PIZARRO, ESPAÑOLES.

CANDIA.

¿De qué ha de causarse, si es
Un volcan todo el alcázar,
Que del centro de la tierra
Humo aborta y fuego exhala?
De sus bóvedas empieza,
Y es que sin duda minadas
Los bárbaros las tenian.

PIZARRO.

Acudamos á atajarlas.

CANDIA.

Por aquí será imposible,
Porque el incendio tomadas
Tiene esas puertas.

[1] No solo *no* he de dar al sueño, *etc.*

PIZARRO.

Pues vamos
Por estotra parte.
(*Sale Almagro.*)

ALMAGRO.

Aguarda;
Que no solo...

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

ALMAGRO.

La salida el fuego ataja,
Pero de un incendio en otro
Irás á dar cuando salgas.
Encendidas flechas tanto
Del aire la esfera abrasan,
Que vagas exhalaciones,
Puntas haciendo en su estancia,
Neblíes de fuego suben
Y sacres de fuego bajan
A hacer la presa.

CANDIA.

Perdidos
Somos, pues no hay quien nos valga,
Cuando en toda la ciudad
Comun el incendio clama...

UNO. (*Dentro.*)

¡Que me abraso!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Que me quemo!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Vírgen pura...

OTROS. (*Dentro.*)

Madre intacta...

UNOS. (*Dentro.*)

Inmaculada María...

OTROS. (*Dentro.*)

María llena de gracia!

TODOS. (*Dentro.*)

¡Favor, piedad!

PIZARRO.

¡Oh españoles!
¡Qué bien vuestra fe declara
Que ella es sola en las tormentas
Cabo de Buena Esperanza!
A morir iré con todos,
Porque con todos añadan
Mis voces la aclamacion.

CANDIA.

Ya que la muerte nos halla,
Sea con su dulce nombre
En los labios.

LOS TRES; Y OTROS. (*Dentro.*)

Madre intacta,
Inmaculada María,
¡Favor, piedad!
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del Cuzco.

ESCENA XII.

EL INGA. YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS.

INGA.

Pues lograda
Tan felizmente la accion
Dejas, para que no haya
Tan generosa osadía,
Que española salamandra
Se atreva á salir del fuego,
Toda la ciudad sitiada
Tened, y dé en nuestras flechas
Quien saliere de sus llamas.

YUPANGUÍ.

¿Quién ha de salir, no habiendo
Atomo que no sea brasa,
Y ya los gemidos suenan
En voces tan desmayadas,
Que apénas se oyen ó escuchan?

ESCENA XIII.

Dentro, á lo léjos y en voces bajas, PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA, ESPAÑOLES; *despues*, MÚSICA. — DICHOS.

PIZARRO: (*Dentro.*)

Hija elegida sin mancha,
Del Padre...

CANDIA. (*Dentro.*)

Madre del Hijo,
Doncella y fecunda...

ALMAGRO. (*Dentro.*)

Casta
Vírgen, esposa de Santo
Espíritu...

PIZARRO. (*Dentro.*)

Tú nos salva.

CANDÍA Y ALMAGRO. (*Dentro.*)

Tú nos favorece.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

Tú
Nos socorre y nos ampara.

INGA.

¿Quién será esta á quien invocan?

YUPANGUÍ.

Quien no les responde.

INGA.

Calla,
Y volvamos á escuchar,
Pues tan bien suenan sus ansias.
(*Se oye música celeste en los aires.*)

MÚSICA.

El que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

YUPANGUÍ.

¿Qué es esto? Tristes lamentos
De un instante en otro pasan
A ser dulces armonías
De sonoras voces blandas.

ESCENA XIV.

Suenan chirimías, y baja de lo alto una nube en forma de trono, con varios SERAFINES, Y DOS ÁNGELES *que traen la imágen de Nuestra Señora de Copacavana, con el Niño en las manos; y al tiempo que empieza á descubrirse, y todo lo que dura el paso hasta desaparecerse, estará nevando la nube.*— EL INGA, YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, INDIOS, MÚSICA.

INGA.

No es eso, no es eso solo
Lo que admira y lo que pasma,
Pues del oido á la vista
El prodigio se adelanta.
¿No ves, no ves que los cielos
Sus azules velos rasgan,
Y dellos luciente nube
Sobre todo el fuego baja
Lloviendo copos de nieve
Y rocío, con que apaga
Su actividad?

YUPANGUÍ.

Y aun mas veo,
Pues veo que la nube, basa
(Guarnecida á listas de oro
Y tornasoles de nácar)
Es de una hermosa mujer,
Que de estrellas coronada
Trae el sol sobre los hombros,
Y trae la luna á sus plantas.
Hermoso niño en sus brazos
Trae tambien. ¿Quién vió que nazca
Mejor sol á media noche,
A quien con voces mas claras
Hijo de mejor aurora
Mejores pájaros cantan?

MÚSICA.

El que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

INGA.

Verla intento; pero apénas
A ella los ojos levanta
La vista, cuando un rocío
Me ciega.

SACERDOTE.

A todos nos pasa
Lo mismo; que un suave polvo
De menuda arena blanca,
Ciegos nos deja.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué maravilla!
(*Tropiezan unos con otros, como ciegos.*)

INGA.

¡Qué magia,
Diréis mejor! Y pues no
Hay contra ella fuerza humana,
Acudid á la divina.

SACERDOTE.

Pues todas nuestras estatuas
Ya en Copacavana están,
Todos á Copacavana
Vamos á pedir en todas
Clemencia. (*Vase.*)

INGA.

Fuerza es buscarla
Contra quien apaga un fuego
Y con otro nos abrasa.
(*Vanse el Inga y los indios.*)

YUPANGUÍ.

Con todos huiré; mas no
Por el temor que me causa,
Sino porque en mí conozco
Que no merezco mirarla.
Pero aunque ya no la mire,
Tan fija llevo su estampa
En mi idea, que ha de ser
Vivo carácter del alma. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Va pasando la nube con la imágen y los ÁNGELES; *y salen oyendo las voces como elevados*, PIZARRO, ALMAGRO, CANDIA Y ESPAÑOLES.

UN ÁNGEL.

Católicos españoles,
Ya María el fuego aplaca,
Porque perdió su violencia
En ella desde la zarza.

OTRO ÁNGEL.

Vivid y venced, pues ya
Es tiempo que á estas montañas
Amanezca mejor sol
En brazos de mejor alba.

LOS DOS.

Y América sepa
Con la fe de España...

ELLOS Y MÚSICA.

Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios,
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

(*Desaparece todo.*)

PIZARRO.

Pues tan milagrosamente
Vemos que el fuego se apaga,
Debiendo á la invocacion
De María dicha tanta;
En nombre suyo, pues va
De su vista huyendo Guáscar,
Sigamos su alcance, y diga
El hacimiento de gracias:
Si María es con nosotros,
¿Quién contra nosotros basta?

TODOS.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

UNOS.

Vea América...

OTROS.

Y vea España...

TODOS Y MÚSICA.

Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma.

TODOS.

¡Guerra, guerra! ¡Arma, arma!

(*Con esta repeticion, sonando á un tiempo las cajas y trompetas, la música y la representacion, se entran los españoles.*)

ESCENA XVI.

LA IDOLATRÍA, *oyendo las voces á lo léjos, y repitiéndolas con* TODOS.

IDOLATRÍA.

«¡Que el que pone en María
Las esperanzas,
De mayores incendios
No solo salva
Riesgos de la vida,
Pero del alma!»
Bien se deja conocer,
Pues cuando creí que habia
Logrado la industria mia
En ver la ciudad arder,
No solo para acabar
Con los españoles fué[1],
Mas para aumentar su fe
Y destruir y turbar
La de los indios, pues ciegos,
En ellos crece el temor,
Y en los otros el valor
Viendo aceptados sus ruegos:
Con que ya mi monarquía
Se va estrechando tirana,
Pues solo hoy Copacavana
Corte es de la Idolatría.
En ella me han retirado
Con mis ídolos; mas no
Por eso he de darme yo
Por vencida; que obstinado
Mi espíritu que no ha sido
Capaz nunca de enmendarse,
Vencido puede mirarse,
Mas no darse por vencido.
A cuyo efecto, pues cuantas
Estatuas culto me dan,
Ya en Copacavana están,
En ellas influirán tantas
Sañas, iras y venganzas
Mis respuestas, que me atrevo
A hacer que vuelvan de nuevo
A vivir mis esperanzas.
Y así, siguiendo el intento
De que una amante pasion
No quite á mi adoracion
Lo horroroso y lo sangriento
De mis sacrificios, hoy
El Guáscar ha de saber
De Guacolda, para hacer,
Si al Sol este obsequio doy,
Mayor la victoria mia;
Que si fué odio de la Cruz,
Ya lo es della y de la luz
Que trajo tras sí María.
Esté Guacolda segura
En el oculto villaje
Que allí veo, y fie al traje
Rústico y vil la ventura
De verse libre de mí;
Que aunque la desdicha no
Ha menester medios, yo
Sabré hacer que la halle allí. (*Vase.*)

—

Sala de una alquería.

ESCENA XVII.

GUACOLDA, *de villana;* GLAUCA.

GLAUCA.

Notable melancolía
Es la tuya.

GUACOLDA.

¿Cómo puedo
Perder, Glauca amiga, el miedo
A la triste suerte mia?

GLAUCA.

Viendo cuán segura estás
De villana disfrazada,
Y demas deso encerrada
Donde no ha entrado jamas
Nadie que á buscarme viene:
Y no dejándote ver,
Ni pudiendo otro saber
Quién eres ni quién te tiene
Aquí sino yo, parece
Que es desconfiar de mí.

GUACOLDA.

No lo creas; que ya vi
Cuánto tu lealtad merece.
Si sé que en casa naciste,
Hija de antiguos criados
De Yupanguí, y que en tus hados
Primeros con él creciste;
Si sé que con Tucapel,
Criado tambien, te casó,
Y que esta alquería te dió,
Para pasarlo con él,
Si no rica, acomodada;
Si sé que el dia que hubo
De fiarse de álguien, no tuvo
Satisfaccion mas fundada
Que en ti, por tu obligacion,
Y porque sola vivias,
Pues tan ausente tenias
A tu esposo, ¿qué razon
Pudo haber para pensar
Que desconfie de ti?
Y porque creas que aquí
No me aflige ese pesar,
Sabe que mi desconsuelo
No es sino que un bien que hubiera
Solo para mí en que viera
A Yupanguí, aun ese el cielo
Le niega á mi suerte esquiva;
Pues apénas me dejó
Aquí, cuando le envió
El Guáscar á Atabaliba.
Dél no he sabido; y con ser
La ausencia ruina de amor,
Aun no es ese mi mayor
Cuidado, sino temer
No haya muerto en tanto estruendo,
Como noticias nos dan
Cuantos desde el Cuzco van
A Copacavana huyendo
Por todo aqueste distrito,
Donde en fe estoy solamente
De que nadie al deli cuente
Busca donde hizo el delito.

GLAUCA.

De dos extremos no sé
Cuál venga á ser el mayor,
Tu temor ó mi temor.

GUACOLDA.

¿Cómo?

GLAUCA.

Como en ambas fué
Una la pena cruel
Y contraria, pues si no
Sabes de Yupanguí, yo
Tampoco de Tucapel:
Y en tormento tan esquivo,
Que el mio es mayor es cierto,
Pues tú temes que esté muerto,
Y yo temo que esté vivo.

GUACOLDA.

¿Eso dices?

GLAUCA.

Si supieras
Tú lo que un marido ha sido
A todas horas marido,
Eso y mucho mas dijeras.
¡Qué es verle entrar muy hinchado
Diciendo!...

ESCENA XVIII.

TUCAPEL. — GUACOLDA, GLAUCA.

TUCAPEL.

Glauca, la mesa,
Y trae la comida apriesa;
Que aunque no vengo cansado,
Porque en diablos de alquiler
Es gran cosa caminar;
Con todo, si no el andar
Cansa, cansa el no comer.

GLAUCA.

¡Qué miro!

GUACOLDA. (*Ap.*)

Desdichas mias
Que han de descubrirme, pues
Posible esconderme no es.

GLAUCA.

Al cabo de tantos dias,
¿Es ese modo de entrar
En tu casa?

TUCAPEL.

Dices bien:
Abrázame en parabien,
Mas no sirva de ejemplar;
Que abrazo recien venido
No es abrazo propietario,
Sino supernumerario
Con gajes de entretenido.

GLAUCA.

De cualquier suerte que sea,
Agradece mi deseo
El verte vivo.

TUCAPEL.

¡Qué veo!
Vuelva á inflamarse mi idea.
Hermosa sacerdotisa,
Que por mas que te disfraces,
No pueden obstar al sol
Nubes de villano traje,

[1] No solo *no* fué para acabar con los españoles, *etc.*

Ahora veo que eres
La deidad cuyas piedades
(Compadecida de ver
Que por volver á buscarte
Con Yupanguí á la marina,
Ocasionaras mis males)
Me han buscado y me han librado
Del cautivo vasallaje
En que estaba: y pues á precio
De ejecutar el dictámen
Que en mi inspiraron tus voces,
Favor á favor añades;
Pues no contenta con que
Libre en mi casa me halle,
Tambien la palabra cumples
De que cuando á ella llegase
Habia de saber quién eras;
Ya que lo sé, y sé que sabes
Favorecida del Sol
Obrar prodigios tan grandes,
Permite que á tus piés, ya
Que tanta deuda no pague,
La reconozca á lo ménos.

GUACOLDA.

¡Hombre! ¿qué dices? Qué haces?

GLAUCA.

El fué simple, y vuelve loco.

GUACOLDA.

¿Cuándo yo he podido hablarte?
Cuándo dictar en tus voces
Que nada en mi nombre entables,
Ni cuándo darte palabra
De que en tu casa me hallases?

TUCAPEL.

No disimules conmigo;
Que ya sé que las deidades
Hacen el bien, y no quieren
Blasonar de que le hacen.—
Glauca, este hermoso milagro,
Que sin querer desdeñarse
De pisar de nuestro albergue
Los siempre humildes umbrales,
Se desdeña de que cuente
Yo sus liberalidades,
Es á quien debo la vida.
Llega pues, llega á postrarte
A sus piés, agradecida
De que á tus ojos me trae.

GLAUCA.

Tucapel, no una aprension
Tanto tu discurso engañe;
Que aquesa aldeana es
Mi hermana, que á acompañarme
Vino en tu ausencia.

TUCAPEL.

¡Qué presto,
Lisonjeramente afable,
Viendo que su gusto es ese,
Te pones tú de su parte!
Pero una cosa es que ella
Modestamente recate
Sus prodigios, y que tú
Complacer con ella trates,
Y otra obligarme las dos
A que yo ingrato los calle.
Sepa el mundo sus venturas.—
¡Moradores destos valles, *(A voces.)*
Vecinos de aquestas selvas!...

GUACOLDA.

No los nombres.

GLAUCA.

No los llames.

TUCAPEL.

¿Cómo no? De igual bien todos
Han de ser participantes. —
Vuestro antiguo compañero
Tucapel os llama: á darle
Venid todos de sus dichas
El parabien.

ESCENA XIX.

INDIOS. — DICHOS.

UN INDIO. *(Dentro.)*

¿No escuchasteis
Sus voces?

INDIOS. *(Dentro.)*

Sí.

EL INDIO. *(Dentro.)*

Pues lleguemos
Todos á verle y hablarle.

GUACOLDA.

¡Ay de mí! Forzoso es verme.

GLAUCA.

Retírate á aquesta parte.

(Retírase Guacolda, y salen algunos indios.)

INDIOS.

Tucapel, muy bien venido
Seas.

TUCAPEL.

Que á todos abrace
Es mi mejor bienvenida.

INDIO 1.°

Desde el dia que faltaste
De la marina, por muerto
Te tuvimos.

TUCAPEL.

Dios os guarde
Por la merced.

INDIO 2.°

¿Es posible
Que te vemos?

TUCAPEL.

¿Veis cuán tarde
Os parece que he venido?
Pues ha sido por el aire,
Gracias á aquesa deidad. *(Por Guac.)*
—No te escondas, no te apartes;
Que es bien que sepan la mucha
Piedad que conmigo usaste.
Ella es la que prodigiosa
Ha tratado mi rescate:
Llegad, llegad, porque todos
La deis gracias de mi parte.

INDIOS.

Todos á tus piés rendidos
Te estimamos que le ampares
Y nos le traigas.

GUACOLDA. *(Ap.)*

¿Quién, cielos,
Pudo nunca semejante
Acaso prevenir?

GLAUCA. *(Ap.)*

Dimos
Con todo el secreto al traste,
Si la conocen.

INDIO 1.° *(Ap. á los otros.)*

¿No es esta,
Si no es que el deseo me engañe,
Aquella sacerdotisa
Que por no sacrificarse,
Del templo huyó?

INDIO 2.°

Sí, y por quien
Tantas diligencias hace
Guáscar, que á quien diga della
Ofrece tesoros grandes.

INDIO 3.°

¡Famosa ocasion tenemos
De enriquecer, en contarle
Que está aquí! Pues segun dice
La gente que va delante,
A Copacavana viene
A que el Sol su enojo aplaque,
Para volver á la lid.

INDIO 1.°

Supuesto que estos villajes
Al paso son, al camino
Le salgamos para darle
La nueva.

INDIO 2.°

Disimulemos.

INDIO 3.°

Tucapel, justo es descanses.
Despues despacio hablarémos.

TUCAPEL.

Sabréis sucesos notables.
Id ahora con Dios.

INDIOS.

Adios.

(Vanse.)

ESCENA XX.

GUACOLDA, TUCAPEL, GLAUCA.

TUCAPEL.

Glauca, ¿qué hay con que regales
A tal huéspeda?

GLAUCA.

Bien digo
Yo, oyendo tus disparates,
Que fuiste simple y que vienes
Loco. ¿Que es, no me escuchaste,
Mi hermana?

TUCAPEL.

Tambien á mí
Me escuchaste tú que en balde
Por complacerla, á que no
Es quien yo sé me persuades
Y cuando tú, por llevar
Tus lisonjas adelante,
No la agasajes, sabré
Traer yo con qué la agasaje,
Pues por lo ménos estamos
En tan goloso paraje,
Que no faltarán tortillas
De maiz y chocolate. *(Vase.)*

GUACOLDA.

¿A qué mas pudo llegar
Mi desdicha? Ya quedarme
Aquí no es posible ni irme:
Quedarme, por si se esparce
Quien soy; ni irme, pues no sé
Dónde Yupanguí me halle.

GLAUCA.

Solo un medio se me ofrece.

GUACOLDA.

¿Qué es?

GLAUCA.

Por si vuelve, oye aparte.

(Hablan las dos bajo.)

ESCENA XXI.

YUPANGUÍ.—GUACOLDA, GLAUCA.

YUPANGUÍ.

(Ap. Vémente aprension que siempre
Me estás poniendo delante
Aquella hermosa deidad
Que vi iluminando el aire,
Deja, deja de seguirme
Siquiera un rato, en que allane
Que el vivir absorto no es
Dejar de vivir amante.)
Hermosa Guacolda mia,
Si otros hicieron constantes
Los instantes de la ausencia
Siglos, no ¡ay de mí! te espantes
Que hallándolos yo hechos siglos
Los haya hecho eternidades.
Dame los brazos mil veces.

GUACOLDA.
Es tan inmenso, tan grande
El bien, Yupanguí, de verte,
Que es forzoso que le extrañe,
Porque persuadirse un triste
A que hay contento, no es fácil.
En hora dichosa vengas;
Que aunque siempre fuera amable
Tu presencia para mí,
Pues con afectos iguales
Tambien para mí eran siglos
Las vidas de los instantes,
Nunca en mejor ocasion
Verte pude.

YUPANGUÍ.
¿Cómo?

GUACOLDA.
Sabe
Que Tucapel ha venido,
Y no sé con qué dictámen,
Empeorado de talento,
Mejorado de lenguaje,
Se ha persuadido á que soy
Yo la que pude sacarle
De su esclavitud: con que
Solicitando mostrarse
Agradecido, me ha muerto:
Culpa de amigo ignorante,
Matar con buena intencion.
De suerte que ya ocultarme
Aquí no es posible: mira
Adónde podrás llevarme,
Pues ya, á no haber tú venido,
Me iba yo á las soledades
De los montes mas incultos,
En cuyos páramos, ántes
Que los ministros de Guáscar
O los del Sol, me encontrasen
O las saña del leon,
O las astucias del áspid.

YUPANGUÍ.
No dudes que cuidadoso
Solicite yo ausentarte
Adonde nuestro amor pueda,
Sin que el rencor nos alcance,
Celebrar de nuestras bodas
Las mas amorosas paces.
(*Ap.* ¡Oh bello divino asombro!
No tanto tras tí me arrastres;
Yo iré tras tí.)

GUACOLDA.
¿No prosigues?

YUPANGUÍ.
Sí, mi bien. (*Ap.* Vuelva á cobrarme.)

GLAUCA. (*Ap.*)
Cuantos vienen, no parece
Que traen los juicios cabales.

YUPANGUÍ.
Por poder celebrar, digo,
De nuestras bodas las paces,
Me valí de Atabaliba,
A quien dí de todo parte.
El, por hija de quien tanto
Siguió sus parcialidades,
Tomándome la palabra
De que yo en su vasallaje
Haya de vivir, me ofrece
Dichosas seguridades.
Jurado lo dejé, en cuya
Fe, prevenido el viaje
Tengo: vénte pues conmigo...
(*Ap.* Si no es que el ir me embarace
Contigo ya otra hermosura.)

GUACOLDA.
¡Qué ventura! Glauca, dame
Los brazos, y adios.

GLAUCA.
Los cielos
Con bien te lleven. (*Vase.*)

GUACOLDA.
Cobarde
Tus pasos sigo.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de la alquería. Árboles á un lado, á otro una cruz, en medio un ídolo del sol.

ESCENA XXII.

YUPANGUÍ, GUACOLDA.

YUPANGUÍ.
¿Qué temes?
Que cuando el asegurarte
No fuera en mí obligacion,
Me obligara el homenaje
De haber dado á quien le dí
La palabra de llevarte
A su presencia.

ESCENA XXIII.

Al entrarse diciendo estos versos, salen oyéndolos GUÁSCAR, EL SACERDOTE Y LOS INDIOS.— DICHOS.

INGA.
No era
Menester que yo escuchase,
Para saber tus finezas
Y acrisolar tus lealtades,
Que cumpliendo, Yupanguí...

GUACOLDA. (*Ap.*)
¡Triste pena!

YUPANGUÍ. (*Ap.*)
¡Extraño lance!

INGA.
Con la palabra que á mí
Me diste, seas quien trate
De llevar á mi presencia
Esa infeliz; y no en balde,
Al decirme esos villanos
Dese camino en el márgen
Que aquí quedaba, previne
Que fueses tú quien la hallases:
A cuya causa la nueva
Me movió á que me adelante
A ser el primero yo
Que á ella admire y á tí abrace.

GUACOLDA. (*Ap.*)
¡Qué dolor!

YUPANGUÍ. (*Ap.*)
Ya aquí no hay mas
Que morir á todo trance.

INGA.
Infausta, triste hermosura,
Que tímida é inconstante
Desdeñas en ser esposa
Del Sol la dicha mas grande,
El sabe que cuanto hubiera
Dado por hallarte ántes
De verte, diera despues
Por no haber llegado á hallarte.
Superior causa, que tú
No puedes saber ni nadie
Saber puede, es quien me obliga
A que á mi pesar restaure
Su sacrificio á las aras,
Su víctima á los altares.—
Llevadla al templo; que hoy,
Sin esperar dias legales,
Ha de morir. ¿Qué esperais?
Quitádmela de delante;
Que temo que me enternezcan
Los desatados cristales,
Que aun suelen ser vivo afeite
De ménos bello semblante.

GUACOLDA.
Primero...

YUPANGUÍ. (*Ap.*)
¡Ay de mí!

GUACOLDA.
Que llegue
A morir, has de escucharme.

INGA.
¿Qué podrás decirme, cuando
Apóstatamente fácil,
Contra el Sol has cometido
El mas sacrílego ultraje?

GUACOLDA.
Aunque pudiera valerme
De la repugnancia que hace
A toda ley natural
Que un dios beba humana sangre,
Y dentro de una ley misma
El fiel muera y el fiel mate,
No lo he de hacer; que no quiero
(Aunque en mí esta razon cabe)
Escandalizar, y así
Para otra apelo. Mi padre,
A quien desterrado tienes
Desde las enemistades
Tuyas y de Atabaliba,
Sabiendo que me inclinase
Amor á un cacique noble,
Por ser de opuesto linaje
Forzada me trajo al templo,
Donde miéntras él no falte,
He vivido, con estar
Casada en secreto ántes:
Y así, no pudiendo ser
Sacerdotisa, tocarme
No pudo la suerte, y pudo
Aquel natural dictámen
Ausentarme sin delito.

INGA.
Contra que esas sean verdades
Y no inventadas disculpas,
Una sola razon baste.
¿Quién fuera noble y felice
Tanto, que esposo y amante
Mereciera entrambas dichas,
Y en tantas penalidades
Morir te dejara aleve?
Y así, miéntras no declares
Quién es, y él muera en castigo
De robarte y de ocultarte,
Rompiendo el templo en lo uno,
Y en lo otro mis bandos reales,
Será en balde que te admita
La apelacion.

GUACOLDA.
Más en balde
Será, advertida en su riesgo,
Decirlo yo, pues librarle
A él de su afrentosa muerte
Hará la mia süave.

INGA.
¿A eso te resuelves?

GUACOLDA.
Sí.

INGA.
Yupanguí, ella no sabe
La lástima que se quita
Con los celos que se añade.
Persuádela tú á que diga
Quién es, pues con eso hace
Ménos grave su delito,
Y podrá ser que la salve
La apelacion.

YUPANGUÍ.
¿Para qué
Quereis, señor, que me canse
En persuadírselo á ella,
Si el decirlo yo es mas fácil
A precio de que ella viva?

INGA.

¿Luego tú el cómplice sabes?

TUCAPEL.

Sí, señor.

INGA.

Por tí me vienen
Todas las felicidades,
Y hoy la mayor en saber
De un agresor tan cobarde,
De quien no estaré vengado
Sin que el corazon le arranque.
¿Qué aguardas, pues? ¿Quién es?

YUPANGUÍ.

Yo.

INGA.

¿Qué dices?

TUCAPEL. (*Ap. al Inga.*)

Que no te espantes,
Pues de ocultacion y hurto
Fuiste tú quien me enseñaste
El modo, cuando dijiste
Que para tí la robase.

INGA.

Pues ¿cómo, traidor vasallo,
Falso amigo, criado infame,
La confianza ofendiste
Que hice de tí?

GUACOLDA.

No le ultrajes;
Que no es él.

YUPANGUÍ.

Sí soy.

GUACOLDA.

No es;
Que yo, creyendo librarme,
Fingí esposo, que no tengo,
Y él, por pensar que templases,
Siendo él, tu enojo, eso ha dicho:
Y así, ¿qué esperais? Llevadme
Donde á precio de que él viva,
Con roja púrpura bañe
Las aras.

YUPANGUÍ.

Yo soy: á mí
Me llevad donde derrame
Deshecho coral que ilustre
Mas el altar que le manche,
A precio de que ella viva.

INGA.

Si ambos lo desean constantes,
Ya que por sacerdotisa
El castigo no la alcance,
Alcáncela por haber
Profanado el templo. Iguales
Mueran los dos. ¿Qué esperais?
Llevadlos pues de aquí.
(*Al llevarlos, se desasen y se abrasan.*)

YUPANGUÍ.

Antes,
Dulce esposa...

GUACOLDA.

Amado dueño...

YUPANGUÍ.

Que yo espire...

GUACOLDA.

Que yo acabe...

YUPANGUÍ.

Feliz con mirarte muera.

GUACOLDA.

Feliz yo con abrazarte.

INGA.

Apartadlos, divididlos.
(*Apártanlos, y volviéndose á desasir, se buscan.*)

YUPANGUÍ.

¡Triste pena!

GUACOLDA.

¡Dolor grave!

YUPANGUÍ.

Mas aunque todos me fuercen...

GUACOLDA.

Mas aunque todos me arrastren...

YUPANGUÍ.

Volver podré...

GUACOLDA.

Podré ir...

LOS DOS.

A darle el último vale.

GUACOLDA.

¡Noble dueño!

YUPANGUÍ.

¡Esposa mia!

INGA.

¡Que esto sufran mis pesares!
Llevadlos, digo otra vez,
Donde no se vean ni hablen.

GUACOLDA.

Hasta perderle de vista
A aqueste tronco me enlace.
(*Abrázase á una cruz.*)

YUPANGUÍ.

En aqueste árbol me enrede,
Hasta que á verla no alcance.
(*Abrázase á un árbol.*)

GUACOLDA.

Y pues que no acaso fuiste
El que vencer fieras sabe,
A cuya causa te han puesto
Colocado en tantas partes...

YUPANGUÍ.

Y pues plátano no acaso
Eres, en quien veo la imágen
Que desde que la vi tuve
En el alma por carácter...
(*Los indios quieren desasirlos, y no pueden.*)

GUACOLDA.

Tú me favorece, puesto
Que tienes poder tan grande
En fieras, y fieras son
Los hombres que usan crueldades.

YUPANGUÍ.

Tú me ampara, pues en tí
Me ocurre su luz radiante.

GUACOLDA.

Infeliz amante esposo...

YUPANGUÍ.

Infeliz esposa amante...

GUACOLDA.

Adios.

YUPANGUÍ.

Adios.

INGA.

¿Cómo así
Permitís verse ni hablarse?

UNO.

Como á apartarla del tronco
No hay fuerza, señor, que baste.

OTROS.

Como no hay para moverle
Fortaleza que le arranque.

INGA.

¡Todo, cielos, ha de ser
Prodigios en estos valles
De Copacavana, siempre
Que á pisar llego su márgen?
¿Con qué, oh soberano sol
Que adoro, no digo padre,
Desenojarte podré,
Si traerte no es bastante
Por una víctima dos?
Respóndeme, ¿qué te aplace
De mí, para que ejecute
Tus órdenes?

ESCENA XXIV.

LA IDOLATRÍA, *en el ídolo del sol.* — DICHOS.

IDOLATRÍA. (*Ap.*)

Que los mate
Le diré.

INGA.

Si en una estatua
Mil respuestas solías darme,
¿Cómo en mil estatuas hoy
Que á tu templo se retraen,
Aun no das una respuesta?

IDOLATRIA.

Sí daré.

INGA.

¡Dicha notable,
Pues que ya desenojado
Responde! ¿Qué haré? di.

IDOLATRÍA.

Darles...
(*Ap.* Muerte iba á decir, y no
Puedo pronunciar.)

INGA.

No calles
Tu decreto, pues me ves
Obediente á ejecutarle.

IDOLATRÍA.

Si deseas... (*Ap.* Proseguir
No puedo; que al declararme,
Tengo un dogal en el cuello
Y en el corazon un áspid.)
Si pretendes... (*Ap.* No es posible
Que ya en mis ídolos hable,
Siendo para mí dos veces
Bronce el bronce y jaspe el jaspe:
Con que mas estatua que ellos
Todos mis sentidos yacen.)

INGA.

Si á hablarme empiezas, ¿por qué
No prosigues? Y si es darme
A entender que hasta que mueran
No merezco que me ampares,
Ya que apartar á los dos
De los dos troncos no es fácil,
Flechados en ellos mueran
Por sacrílegos amantes.—
Disparad contra sus pechos.

GUACOLDA.

Arbol, pues tal poder traes...

YUPANGUÍ.

Deidad, pues tal poder tienes...

GUACOLDA.

Tú me ampara.

YUPANGUÍ.

Tú me vale.
(*Desaparecen los dos, asidos á los árboles, y suenan truenos y ruido de terremoto.*)

INGA.

¿Qué aguardais? Disparad, digo.

UNO.

¿Contra quién, si ciego el aire,
El mismo polvo, la misma
Arena nos ciega que ántes?
(*Terremoto y cajas al mismo tiempo.*)

ESCENA XXV.

ESPAÑOLES, *dentro.* — EL INGA, EL SACERDOTE, INDIOS, LA IDOLATRÍA.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

INGA.

Si el español en mi alcance
Viene, ¿quién duda que venga
Con él quien al viento esparce
Nieblas que á la vista cieguen,
Nieves que el incendio apaguen?
No doy paso que no sea
Tropezando en mi cadáver;
Y pues contra sus encantos
No hay fuerza ó poder que baste,
¡Al templo! (*Vase.*)

UNOS.

¡Al monte!

OTROS.

¡A la selva!

INDIOS.

Sin duda ¡cielos! es grande
Éste Dios de los cristianos,
Pues tantos portentos hace.
(*Vanse huyendo.*)

ESCENA XXVI.

PIZARRO, ESPAÑOLES. — LA IDOLATRÍA.

PIZARRO. (*Dentro.*)

¡A ellos, españoles!

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

¡A ellos!

PIZARRO. *Dentro.*)

Mueran ántes que se amparen
De las breñas.

IDOLATRÍA.

¡Cielos, luna,
Sol, estrellas, montes, mares!
¿No bastaba enmudecerme,
Sino á mí de mí privarme?
Pero ¿qué mucho que vea
Contra mí prodigios tales
El dia que ella se ampara
De la Cruz, y que él se vale
Del plátano, que atributo
De María es, cuya imágen
Tan fija en el alma lleva?
Mas no por eso desmayen
Mis rencores; y pues soy
Genio de las tempestades,
Mi aliento el aire inficione,
Mi fuego los campos tale,
Mi rabia los frutos hiele,
Mi ira las mieses abrase,
Para que muriendo todos,
Primero que á Cristo aclamen,
A los embotados filos
De pestes, sedes y hambres,
Ninguno pueda lograr
En las siguientes edades
Ver que mejor sol en brazos
De mejor aurora nace.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa del gobernador de Copacavana.

ESCENA PRIMERA.

Tocan chirimías, y sale por una parte el virey DON LORENZO DE MENDOZA, *conde de Coruña, con* ACOMPAÑAMIENTO, *y por otra* DON JERÓNIMO MARAÑON, *gobernador de Copacavana.*

GOBERNADOR.

¡Oh feliz, gran Don Lorenzo
De Mendoza, rama invicta
Del Infantado, y glorioso
Blason de Coruña, el dia
Que del Segundo Felipe,
Que eternas edades viva,
Virey, señor, os merecen
Estas conquistadas Indias!

CONDE.

Su Majestad, que Dios guarde,
Sin propios méritos, fia
De mí su gobierno, en fe
De que en la obligacion mia
Le sirva el afecto, ya
Que el mérito no le sirva.
Y pues para el que desea
Acertar, tomar noticias
El primer paso es, ¿de quién
Puedo mejor adquirirlas
Que de quien, por montañes
Marañon, es en Castilla
Tan ilustre, y por su cargo
Es en aquestas provincias
Gobernador de tan grave
Puesto como él mismo explica,
Pues al de Copacavana
Pocos hay que le compitan?

GOBERNADOR.

¿Qué noticias podré daros
Que vos no traigais sabidas,
Pues todas han ido á España
Ya contadas y ya escritas?
Fuera de que son tan grandes
Las inmensas maravillas
Que obró Dios y obró su pura
Vírgen Madre sin mancilla
Desde el dia que en Perú
La Cruz entró, y desde el dia
Que la invocacion del nombre
Dulcísimo de María
Se oyó en él, que me parece
Que un casi agravio seria,
Presumiendo no saberlas
Vos, el osar yo decirlas.
Y así, os suplico, señor,
Me excuseis de que repita
Que la Cruz domeñó fieras,
Victoria muy suya antigua;
Que María apagó incendios,
Nevando sus manos mismas
Blancos copos; que con lluvias
De arena y polvo la vista
Al idólatra dos veces
Cegó; y que tan peregrinas
Obras (viendo que sus vanos
Idolos enmudecian
Al sonido de aquel nombre
Y de aquel tronco á las líneas)
Introdujeron la fe;
Que entre los que se bautizan
Y los que idólatras quedan
Hubo bandos, hubo cismas
Y disensiones; y en fin,
Que siguiendo las conquistas,
Despues que se redujeron
Cuzco, Chucuitos y Lima,
De cuyos conquistadores
Apénas uno hay que viva,
Murió Guáscar prisionero
De su hermano Atabaliba
No sé cómo: y pues no son
Estas cosas para dichas
Tan de paso, remitamos
A la historia que lo escriba,
Y vamos á lo que hoy
Toca á la obligacion mia,
Y en Copacavana hablemos
No mas, pues cosa es sabida
Que á un gobernador no toca
Hablar como coronista.
Es Copacavana un pueblo
Que casi igualmente dista
En la provincia que llaman
Chucuitos, las propias millas
De la ciudad de la Paz
Y Potosí. Sus campiñas
Son fértiles, sus ganados
Muchos, y sus alquerías
De frutas, pescas y cazas
Abundantes siempre y ricas:
Cuya opulencia, en su lengua,
A la nuestra traducida,
Copacavana lo mismo
Que *piedra preciosa* explica.
Pero aunque pudiera ser
Por esto grande su estima,
La hizo mayor que en sus montes
Yace aquella peña altiva
Que adoratorio del sol
Fué un tiempo, por ser su cima
Donde diabólico impulso
Hizo crêr que el sol podia
Dar á su hijo para que
Los mande gobierne y rija.
A esta causa, entre la peña
Y la procelosa orilla
De una gran laguna, que hace
El medio contorno isla,
Se construyó templo al sol,
En cuyas aras impías
Faubro al ídolo llamaron
Superior, que significa
Mes santo; y miéntras el cielo
No nos revele el enigma,
Ocioso es que discurramos
Ahora en su etimología.
En él, por los reservados
Juicios de Dios, las insidias
Del antiguo áspid, y en otros
Oráculos, respondian
Inspirando abominables
Ritos, cuya hidropesía
De sangre, mal apagada
Con la de las brutas vidas,
Pasó á beber la de humanas
Vírgenes sacerdotisas.
En fin, siendo como era
Copacavana la hidra
(Principalmente despues
Que á su templo retraidas
Trajo la guerra en estatuas
Todas sus falsas reliquias),
En fin, siendo (á decir vuelvo)
Copacavana la hidra
De tantas cabezas cuantas
El padre de la mentira
En cada garganta mueve,
En cada anhélito inspira,
Fué la primera en quien Dios
Logró la feliz semilla
De su fe, siendo primeros
Obreros de su doctrina,
De Domingo y de Agustino
Las dos sagradas familias.
Roma de América hay
Quien piadoso la publica;
Pues bien como Roma, siendo

Donde mas vana tenía
La gentilidad su trono,
Fué donde puso su silla
Triunfante la Iglesia; así
Donde mas la idolatría
Reinaba, puso la fe
Su española monarquía,
Mostrando cuán docta siempre
La eterna sabiduría,
Donde ocurre el mayor daño,
El mayor remedio aplica.
Tan fecundas sus primeras
Raices prendieron, tan fijas,
Que á marchitar no bastaron
Sus flores todas las iras
Del tiempo; pues padeciendo
Destemplado todo el clima
Hambre, peste y mortandad,
No por eso desconfian,
Atribuyendo á que sean
Sus dioses quien los castiga;
Pues ántes atribuyendo
A Cristo y su Madre pia
Que sus pasados errores
Trata con blanda justicia,
Para aplacarla trataron
Hacerla una cofradía,
Porque, al fin, en voz de muchos
Suenan mas las rogativas.
Mas como siempre el demonio
Obstinadamente lidia
En estorbar devociones,
Bandos introdujo y riñas
Entre dos nobles linajes
Sobre qué patron elijan.
Los Urisayas, de quien
Cabeza es Andres Jaira,
Anciano cacique noble,
Que allá en sus ritos solia
Ser sacerdote del sol,
Sabiendo cuánto domina
Sobre las pestes su santa
Intercesion, solicita
Que sea San Sebastian
Titular de la obra pia.
Otro, de los Anasayas
Cabeza, que hoy se apellida,
Por ser de aquella real sangre,
Francisco Yupanguí Inga,
En que María ha de ser
La patrona, y no otro, insta.
Estas pues dos opiniones,
Excusando que á rencillas
Pasasen, convine en que
A los votos reducidas,
La mayor parte venciese;
Pero la noche del dia
En que habian de juntarse
A resolver la porfía,
Con estar las heredades
De unos y otros tan vecinas,
Que en todos aquesos pagos
Unas con otras alindan,
Amanecieron las mieses
De aquellos que defendian
Que María habia de ser
La patrona, tan floridas
Con el riego de una nube
Celestial, que daba grima
El ver las de los opuestos
Tan áridas y marchitas,
Dando consuelo mirar
Tan juntos triunfos y ruinas,
Y que en un espacio mismo
Hubiese union tan distinta,
Como ser todo esto flores,
Siendo todo aquello aristas.
Por algunos dias duró
La admiracion, repetida
La lluvia desde la noche
Al alba, y desde su risa
Hasta otra noche tan claro
Sol, que brotaban opimas
(A vista de otras que estaban
Mustias, yertas y marchitas)
Las mazorcas del maiz
Y del trigo las espigas.
Con este prodigio ¿quién
Dudará que, reducidas
Las opiniones, quedase
Por su patrona divina
La siempre llena de gracia,
Siempre intacta y siempre limpia?
¿Ni quién dudará tampoco
Que ya una vez elegida,
Fuese todo frutos, todo
Salud, abundancia y dicha?
Pero entre tantos favores
No faltan penas que aflijan,
Bien que tales penas, ellas
Se padecen y se alivian,
Siendo ellas mismas remedio
Del achaque de sí mismas.
Es pues el gran desconsuelo
De los que mas solicitan
Su culto, no tener para
Colocar en la capilla
Que labra la Esclavitud,
Una imágen de María.
Mil diligencias se han hecho;
Pero como á estas provincias
Aun no han pasado los nobles
Artes de España, es precisa
Cosa que supla la fe
Lo que no alcanza la vista.
Dirá la objecion que ¿cómo
No habia arte donde habia
Estatuas de tantos dioses?
Y hallárase respondida
Con saber que eran estatuas
Tan toscas, tan mal pulidas,
Tan informes y tan feas,
Como una experiencia diga;
Pues el cristiano cacique
Que dije que defendia
De María el patrocinio,
Viendo la gente afligida
Y ansiosa por una imágen,
Se ofreció á que él la daria
Como la tenia en su mente,
Hecha por sus manos mismas.
Bien creímos todos, viendo
Entrar con tanta osadía
En su fábrica gloriosa,
Que por lo ménos sería
Una que supliese, ya
Que no primorosa, linda;
Pero con ser la materia
De que intentó construirla
Tan dócil como es el barro,
Pues no hay, sin que se resista,
Cincel á que no obedezca,
Buril á que no se rinda;
Muy pagado de su hechura,
La trajo tan deslucida,
Tan tosca y tan mal labrada,
Sin proporcion en sus líneas
Ni primor en sus facciones,
Que, irreverente, movia,
Mas que á adoracion, á escarnio,
Mas que á devocion, á risa:
De que se infiere cuán brutos
Sus simulacros serían,
Pues este juzgó bastar
Hechura tan poco digna.
Tan corrido de baldones
Se vió, de vayas y gritas,
Que desde allí no ha salido
De un aposento en que habita,
Donde apénas deja verse
De su esposa y su familia,
Con qué intento no sé; pero
Sé que durando en la villa
El desconsuelo de verse
Las esperanzas perdidas
De hallar imágen, dilatan
El formar la cofradía,
A que entiendo que hago falta
Si mi fe no los anima.
Y así, que me deis licencia
Mi rendimiento os suplica,
Por juzgar que en esto mas
A Dios, al Rey y á vos sirva.

CONDE.

De vuestras noticias quedo,
Por mas que excuseis decirlas,
Bastantemente informado;
Y pues no es justo que impida
Mi detencion vuestro celo,
Id, donde de parte mia
A la Esclavitud diréis
Que la ruego que me admita
Por su hermano, y en mi nombre
La ofreceréis para el dia
Que haya imágen, las coronas
De Hijo y Madre, y sea precisa
Ley que me hayais de avisar
De cuanto logre y consiga
Tan piadoso afecto.

GOBERNADOR.

En eso
Y en todo es justo que os sirva
Mi obediencia.

CONDE.

El cielo os lleve
Con bien.

(*Vase el Conde y acompañamiento.*)

GOBERNADOR.

Guarde él vuestra vida.
—Vamos, deseos: no haga
Falta la persona mia,
Porque primeros fervores
Que la necesidad dicta,
En viéndola remediada,
Con poca causa se entibian. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Yupanguí.

ESCENA II.

YUPANGUÍ, *en traje humilde de español, con taller, herramientas y demas instrumentos de escultor, labrando una estatua tosca de madera, cuya altura ha de ser de una vara, poco mas ó ménos.*

YUPANGUÍ.

Ya, purísima María,
Que mejorando de suerte,
Te adoró sin conocerte
La ciega ignorancia mia;
Y ya que el felice dia
De conocerte llegó,
Llegue el de que logre yo
Esta aprension, que vémente
Insta en que copiarte intente,
Y en que lo consiga no.
Bien sé que nunca aprendí
Este arte; pero no sé
Qué interior carácter fué
El que en el alma imprimí
Desde el punto que te vi,
Que aunque tan ruda se halla
Al desbastar desta talla
La agilidad de mi estrella,
Siendo imposible el tenella,
Es imposible el dejalla.
Si cuando al barro fié
El primer diseño mio
Te hallaste de mi albedrío
No bien servida porqué
Masa quebradiza fué
Del primer Adan, en cuyo

Daño original arguye,
No comprendida, cuán mal
Pudiera en su original
Copiarse retrato suyo;
Ya en mejor materia fundo
Este segundo diseño,
Pues te fabrico de un leño
A honor del Adan segundo.
Permite pues que vea el mundo
Que en esta fábrica mia,
Pues á un madero se fia,
Se aúnen á mejor luz
La materia de la Cruz
Y el retrato de María.
Y vos, Niño Dios, que aquí
Gozando los tiernos lazos
De sus amorosos brazos
Significar pretendí,
Pues no hay facultad en mí
Ni para dejar la accion
Ni para su perfeccion,
Usad de vuestra piedad.
O dadme la habilidad,
O quitadme la aprension.

ESCENA III.

GUACOLDA, *vestida ya en traje de española*. — YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

Aunque te enojes, Francisco,
De que entre donde deseas
Tanto estar solo, no puedo
Excusarlo.

YUPANGUÍ.

María bella,
Dulce amada esposa mia,
¡Contigo enojarme! Ofensa
Haces á mi amor.

GUACOLDA.

Si veo
Que á todos, señor, ordenas
Que no entren aquí, ¿qué mucho
Que yo disgustarte sienta?

YUPANGUÍ.

La ley de todos, María,
No es bien contigo se entienda:
Fuera de que tú no haces
Compañía, con que es fuerza
Que la soledad tampoco
Estorbes.

GUACOLDA.

De qué manera
Ni estorbar la soledad
Yo, ni hacer compañía pueda,
No sé; que al parecer son
Proposiciones opuestas.

YUPANGUÍ.

No son; que el que ama y lo amado
Son solo una cosa mesma:
Y así, viviendo yo en tí
Y tú en mí, la consecuencia
Es fácil de que no añades
Nuevo número á la cuenta;
Con que alma del alma, y vida
De la vida, cosa es cierta
Que ni acompañas ni estorbas;
Pues de la misma manera
Que en presencia estás conmigo,
Conmigo estás en ausencia.

GUACOLDA.

Solo puedo responder
A tan hidalga fineza,
Que el no entrar á todas horas
Aquí, no es en consecuencia
De que otros no entren, sino
Porque nada te divierta
La ocupacion; pues por mucho
Que te desveles en ella,
Mas la debemos á quien
Hacer el obsequio intentas,
Pues debemos á María,
Despues de tantas tragedias
Como pasámos, huyendo
De Guáscar, tantas miserias
Como despues padecimos
Acosados de la guerra,
Hasta venir á tomar
Puerto en nuestra misma tierra,
La suma felicidad
De llegar á conocerla,
Y admitir la ley de un Dios
De tan divina clemencia
Y tan humana piedad,
Que primero que yo muera
Por él, ha muerto por mí,
Que fué el dictámen de aquella
Natural luz, que á no verme
Sacrificada hizo fuerza.
Y así, dándole las gracias,
Libres de tantas tormentas,
Pasemos á la disculpa
De que á embarazarte venga.
Los Urisayas, movidos
De Andres Jaira, su cabeza,
La ocasion aprovechando
De tu retiro y la ausencia
Del Gobernador, han hecho
Hoy junta, y resuelto en ella
Que no se haga cofradía,
Pues no hay para quién hacerla,
El dia que no hay imágen.
Los Anasayas con esta
Novedad, viendo que tú
En el empeño los dejas
Y no pareces, se han dado
Por vencidos: de manera,
Que á estas horas están todas
Tus pretensiones deshechas,
Tus diligencias frustradas
Y tus esperanzas muertas.

YUPANGUÍ.

No están; y pues tan á un tiempo
De unos la accion, y la queja
De otros llega, que podré
A entrambas satisfacerla:
A los unos con que tienen
Imágen, pues ya está hecha;
Y á los otros con que no
Me ausentó menor tarea
Que la de estarla labrando,
No dudes que se convenzan.
Cierra este taller, y nadie
Entre en él hasta que vuelva. (*Vase.*)

ESCENA IV.

GLAUCA. — GUACOLDA.

GUACOLDA.

¡Ines!

GLAUCA.

¿Qué mandas?

GUACOLDA.

Que cierres
Deste aposento la puerta
Y traigas la llave.—Virgen
Soberana, Madre y Reina
De ángeles y de hombres, llegue
Dia en que nos amanezca
Tu aurora en Copacavana. (*Vase.*)

GLAUCA.

La llave no da la vuelta,
Y temo que he de quebrarla,
Si porfío: quede puesta
En la cerradura, pues
Aquí nadie sale ni entra. (*Vase.*)

Zaguan de casa de Yupanguí.

ESCENA V.

TUCAPEL, GLAUCA.

TUCAPEL.

Cé, Glauca, Glauca.

GLAUCA.

¿Quién es
Quien dese nombre se acuerda?

TUCAPEL.

El menor marido tuyo,
Que humilde tus manos besa.

GLAUCA.

Mejor dirás mi mayor
Quebradero de cabeza.
Vén acá, bestia en dos piés,
Que son las peores bestias,
Si sabes que nuestro amo
Obligado á la fineza
Con que á su esposa la tuve
Disfrazada y encubierta,
Apénas se vió en su casa
Cuando nos redujo á ella,
En tiempo de tantas hambres,
Ansias, pestes y miserias;
Si sabes que no queriendo
Admitir la verdadera
Ley que ellos y yo admitimos,
Durando siempre aquel tema
De los pasados furores,
Fantasías y quimeras
Que á tiempos de tí te privan,
Te echó de casa, con pena
De que si volvias á entrar
Idólatra por sus puertas,
Te habia de moler á palos,
¿Cómo con tal desvergüenza
Osas llegar hasta aquí,
Sin que su castigo temas?

TUCAPEL.

Como la necesidad
Tiene la cara de hereje
Tan mala, que es menor daño
El ver la tuya que el verla.
Desacomodado y pobre
Perezco; y viéndole hoy fuera
De casa, me atreví á entrar
A pedirte que te duelas
En este estado de mí;
Porque esperar á que sea
Cristiano, será imposible;
Que hay otro yo que en mí reina,
A quien ofrecí alma y vida
Cuando presumí que fuera
La sacerdotisa quien
Me habia traido á tu presencia.

GLAUCA.

Pues dile á ese señor diablo
Que tus acciones gobierna,
Que digo yo que es un tonto,
Pues ya que á pedir te fuerza,
Pedir diciendo pesares
Es política muy necia.
Con esto, y con que en tu vida
Ni me hables ni me veas,
Véte, ó no te vayas, pues
Podrá ser que el amo venga,
Y á los susodichos palos
Ejecute la sentencia. (*Vase.*)

TUCAPEL.

Oye, aguarda.—No es posible
Seguirla, sin que me vea
La demas gente de casa;
Y ya que solo me deja
En este zaguan, adonde
Hay á un aposento puerta,
Y está en él la llave, tengo

De ver si hay algo que pueda
Llevarme hácia allá, con que
Repare alguna pequeña
Parte á mi necesidad.
(*Mira, entreabriendo la puerta.*)
Mas ¡qué inútil diligencia!
Pues todo cuanto hay aquí,
Solo son cuatro herramientas
Y una mal formada estatua.
¿Quién crérá ser tan adversa
La infame de mi fortuna,
Que ya que á hurtar me resuelva,
Cuando me da la ocasion
Me quita la conveniencia?
Pero por poco que valgan
Cepillos, cinceles, sierras
Y escoplos, algo valdrán:
Con todos cargar pretenda. (*Éntrase.*)

ESCENA VI.

LA IDOLATRÍA. — TUCAPEL.

IDOLATRÍA. (*Dentro.*)
¡Ladrones, ladrones!
(*Suena dentro ruido, como de quien tropezando derriba un banco, y sale huyendo Tucapel.*)

TUCAPEL.
¡Cielos!
Muerto soy, si aquí me encuentran:
Quiera mi suerte...

IDOLATRÍA. (*Dentro.*)
¡Ladrones!

TUCAPEL.
Que acierte á dar con la puerta. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LA IDOLATRÍA; *despues*, INDIOS.

IDOLATRÍA.
Sí darás, porque estas voces
Solo en tus oidos suenan,
Articuladas de mí
Porque al ir huyendo dellas,
Te haya hecho el temor que en todo
Tropieces como tropiezas,
Para que, sin que haya mano
Tan sacrílega, tan fiera,
Tan bárbara, tan enorme,
Que ejecute la violencia
De derribar esa estatua,
La halle quebrada y deshecha
Su artifice; que aunque yo
Por mano del hombre pueda
(Ya lo dije) obrar insultos,
No sé qué se tiene esta
Aun no imágen de María,
Que su respeto me fuerza
A haber hecho en el acaso
Tolerable la indecencia.
Diga la historia que halló
Su fábrica descompuesta;
Mas no diga que hubo quien
Osase descomponerla.
¿Quién crérá que cuando estoy
Huida, arrojada y depuesta
De tan alta monarquía,
De majestad tan suprema
Como en esta mayor parte
Del mundo tuvo sujetas
A mi imperio tantas gentes,
Tantos mares, tantas tierras
Y tantas adoraciones,
Solo gima, llore y sienta
Pensar que en Copacavana,
Que el adoratorio era
Del gran ídolo de Faubro,
Cuerpo que con tres cabezas
Equivocaba lejanas
Noticias de que Dios sèa
Uno y Trino, se ha de ver
¡Ay de mí! la imágen puesta
De María, porque es
Cerrarme todas las puertas
A la esperanza de que
Jamas á cobrarse vuelvan
Imperios, aras ni altares;
Que ya sé que donde llega
La devocion de María,
Para siempre vive y reina?
¿Pues qué, si á aqueste dolor
Se añade (que no hay pequeña
Circunstancia que no aflija,
Si entre las grandes se encuentra)
El ver que un indio bozal,
Sin mas arte ni mas ciencia
Que un rasgo, un viso, un bosquejo
Que él se dibujó en su idea,
Se persuade á que ha de hacer
Escultura tan perfecta,
Que, retrato de María,
Ser colocada merezca?
Bien sé cuánto es imposible
Conseguirlo su torpeza;
Mas la fe con que la labra
Me ofende de tal manera,
Que por vengarme en la fe
Aun mas que en la suficiencia,
No ha de haber medios que no
Ponga, astucias y cautelas,
No solo en desvanecer
El afan de sus tareas,
Pero el efecto á que aspira,
Haciendo que no le tenga
La Congregacion: á cuya
Causa moveré pendencias,
Rencillas y disensiones
Entre aquesas dos opuestas
Familias: de suerte, que
Tan desde luego se enciendan,
Que desde luego se escuche
Decir á espadas y lenguas...

ELLA; É INDIOS. (*Dentro.*)
¡Mueran hoy los Anasayas!

ELLA; Y OTROS. (*Dentro.*)
Hoy los Urisayas mueran.
(*Vase la Idolatría.*)

—

Calle.

ESCENA VIII.

ANDRES JAÍRA Y YUPANGUÍ, *á la cabeza de* DOS BANDOS DE INDIOS, *acuchillándose;* TUCAPEL, *y despues,* EL GOBERNADOR.

ANDRES.
¡Aquí, deudos!

YUPANGUÍ.
¡Aquí, amigos!

TUCAPEL.
¿Ver de léjos, no es gran fiesta,
Cuchilladas?

VOCES. (*Dentro.*)
Pára, pára.

GOBERNADOR. (*Dentro.*)
Acudid todos apriesa.
(*Sale el Gobernador.*)
Tened, apartad. ¿Qué es esto?
¡En cuatro dias de ausencia
Hace mi persona falta
De suerte, que lo que encuentra
Primero, es un alboroto
Tan grande!

YUPANGUÍ.
Que me detenga
Tu respeto, es justo.

ANDRES.
Solo
El mi cólera pudiera
Suspender.

GOBERNADOR.
Esa atencion
Por ahora os agradezca
En no enviaros á una cárcel
Hasta que la causa sepa,
Por si ántes de escribirla
Es capaz de componerla.
¿Qué ha sido esto?

YUPANGUÍ.
Andres Jaíra
Lo dirá; que es bien prefiera
La autoridad de sus canas,
Y fio de su nobleza
Que no dirá cosa que
No esté en toda razon puesta.

ANDRES.
En fe desa confianza,
Usaré de la licencia.
Yo, señor, que un tiempo fuí
(Bien como todos) de aquella
Idólatra ceguedad
Que creyó que el sol pudiera,
Siendo sin alma y sin vida
Solo un material planeta,
Habernos dado á su hijo;
Oyendo la diferencia
Que hay de Criador á criatura,
Y viendo las excelencias
De ley tan en natural
Razon que para creerla,
Sin sus milagros, bastara
La suavidad de sí mesma;
Convencido en mi pasado
Error, la admití y con ella
La piadosa Esclavitud
De la gran patrona nuestra.
He asentado este principio
Para que nunca se crea
Que es relajacion en mí
Haber hecho resistencia
A que miéntras que no haya
Decente imágen que pueda
Colocarse, estén la obra
Y la Esclavitud suspensas.
En esto yo y mis parciales
Hablamos; y como llegan
Las voces de un barrio á otro
Tan otras que no son ellas,
Quejoso Francisco Inga
De que yo hiciese en tu ausencia
Junta sin él, llegó á hablarme
Con mas pasion que paciencia.
Yo tambien (no me disculpo)
Debí de dar la respuesta
Sin paciencia y con pasion:
De suerte que á las primeras
Razones, viendo él y yo
Cuánto mejor se remedia
Una injuria de la espada
Que una herida de la lengua,
Llegamos á lo que has visto.
Diga él si hay mas causa que esta.

YUPANGUÍ.
¿Cómo puedo yo negar
Que esa es la verdad, si es vuestra?
Solo añadiré, señor,
Que reñimos tan apriesa,
Que no hubo lugar de que
Lo que iba á decirle, sepa:
Y así, permitid que aquí
Diga lo que allá dijera.

GOBERNADOR.
Decid.

YUPANGUÍ.
Concedo que erré
En la escultura primera
La materia de la imágen
Que ofrecí, y en consecuencia
De que no hay humano yerro

Que no le dore la enmienda,
De las varas del maguey,
Por ser preciosa madera
E incorruptible, otra imágen,
Desbastadas las cortezas,
Del corazon he labrado,
Por parecerme que sea
Corazon é incorruptible,
De ambos decente materia.
A satisfacer con esto
A unos de que imágen tengan,
Y á otros de que mi retiro
No de otra causa proceda,
Iba, cuando (ya lo dijo
Andres) la cólera nuestra
No dió á pláticas lugar:
Y puesto que tu presencia
Le da, y que lo que ahora digo
Es lo que entónces dijera,
Quien quiera satisfacerse
De verdad tan manifiesta,
En buen paraje se halla,
Pues está mi casa cerca.

GOBERNADOR.

Yo, no por satisfacerme;
Que fuera dudarlo ofensa;
La hechura iré á ver, por sola
La curiosidad de verla.

TODOS.

Todos sirviéndote irémos.

YUPANGUÍ.

Venid, pues.

TUCAPEL. (*Ap.*)

Porque no tenga
Sospecha de que yo fuí
El que dió con todo en tierra,
Con todos iré; que no
Hay mejor quita-sospechas
Que no huir el agresor.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Yupanguí.

ESCENA IX.

Los mismos.

YUPANGUÍ.

Antes que os abra la puerta
Donde la imágen está,
Habeis de oirme una advertencia.

GOBERNADOR.

¿Qué es?

YUPANGUÍ.

Que estando solo en blanco,
Haber de suplir es fuerza
Ahora en lo que no es
Lo que será cuando tenga
La encarnacion de los rostros
Y manos, y la viveza
De la estofa del ropaje,
Que es lo que no he de ponerla
Yo, sino un pintor que dora
El retablo de la iglesia,
Que en la ciudad de la Paz
La órden de Francisco ostenta.

GOBERNADOR.

Claro está que en blanco, solo
Da de lo que ha de ser muestra.

YUPANGUÍ.

Pues con esta prevencion,
La imágen que labré es esta.
(*Abre una puerta, y vese el taller derribado, la estatua deshecha, y los instrumentos esparcidos.*)

TODOS.

¿Qué imágen?...

YUPANGUÍ.

¡Cielos! qué miro!

GOBERNADOR.

Que aquí solo á verse llegan
Mal desunidos pedazos,
Que esparcidos por la tierra,
No solo imágen son [1], pero
Aun de serlo no dan señas.

ANDRES.

¿Esto es lo que me traeis
A ver con tan satisfecha
Presuncion?

GOBERNADOR.

¿Cómo en disculpa
No hablais desta inadvertencia?

YUPANGUÍ.

Como un dolor, que en menores
Pedazos que esos me quiebra
El corazon en el pecho,
Ha embarazado á la lengua
La voz, y tras ella el uso
De sentidos y potencias.

ANDRES.

Bien se ve que esto no es mas
Que un imaginario tema
De manía; y pues que tengo
Tan á vista la evidencia
De lo poco que esto puede
Venir á ser, no os parezca
Rebeldía el mantener
Que hasta que haya imágen bella,
No ha de haber Congregacion:
Y así, vos, por vida vuestra,
Que esto de labrar estatuas
Lo dejeis á quien lo entienda.

GOBERNADOR.

¿Quién os persuadió á que pudo
Haber sin estudio ciencia?

TUCAPEL Y UNOS.

¡Qué delirio!

OTROS.

¡Qué locura!
(*Vanse el Gobernador y los indios.*)

ESCENA X.

YUPANGUÍ.

Por mas que todos me afrentan,
Perdido desvelo mio,
Me aflige y me desconsuela
Mas el mirar vuestro ultraje,
Que el padecer mi vergüenza.
Si es, Señora, esto en castigo
De que un bruto indio se atreva
A copiar vuestra hermosura,
Humildemente sobre estas
Antes que fábricas ruinas,
Os ruego, pecho por tierra,
Que me quiteis la aprension
O me deis la suficiencia;
Porque miéntras que de vos
O el olvido no me venga,
O no me venga el favor,
Por mí no ha de quedar esta
Viva fe de que he veros
En Copacavana puesta
En alto solio, y...

ESCENA XI.

GUACOLDA.—YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

Francisco,
¿Qué es esto? que la pendencia
Antes, despues el concurso
De gente, absorta y suspensa
Me tuvo: sepa qué ha sido.

YUPANGUÍ.

¿Qué quieres, María, que sea
Sino poca suerte mia?

[1] No solo *no* son imágen.

Mira... Pero no lo veas:
(*Corre la cortina.*)
No te quiebre el corazon
Ver mi dicha en polvo envuelta.
¿Quién aquí cuando salí
Entró?

GUACOLDA.

Nadie, que yo sepa.

YUPANGUÍ.

Pues sabrás...

ESCENA XII.

GLAUCA; *y despues*, TUCAPEL. — DICHOS.

GLAUCA. (*Dentro.*)

¿Qué atrevimiento
Es este?

YUPANGUÍ.

Mas oye, espera.
(*Salen Glauca y Tucapel.*)
¿Qué es eso, Ines?

GLAUCA.

Que no solo
Aquí Tucapel se entra,
Pero que no hay como echarle
De casa.

TUCAPEL. (*Ap.*)

Mi muerte es cierta.

YUPANGUÍ.

Vén acá: ¿no te he mandado
Que no entres por estas puertas?

TUCAPEL.

La novedad de entrar todos
Me permitió la licencia.

YUPANGUÍ.

Y cuando todos se van,
¿Cómo tú solo te quedas?

TUCAPEL.

Como aunque mas lo procuro,
Nunca encuentro con la puerta.

YUPANGUÍ.

¡Qué necia disculpa! Pero
Aunque castigar debiera
De otra suerte tu osadía,
No ha de ser sino de aquesta.
Entra á esa cuadra.

TUCAPEL. (*Ap.*)

Los palos
Llegaron, pues quiere que vea
El daño que hice.

YUPANGUÍ.

Y en una
Caja que hallarás en ella,
Pon cuanto hallares allí
De instrumentos y herramientas,
Y carga con ello, y vén
Conmigo, porque tú á cuestas
Lo has de llevar donde yo
Te mandare.

TUCAPEL.

Considera...

YUPANGUÍ.

¿Qué?

TUCAPEL.

Que no podré llevarlo.

YUPANGUÍ.

¿Por qué?

TUCAPEL.

Porque ya experiencia
Tengo de que para eso
No alcanzan, señor, mis fuerzas.

YUPANGUÍ.

No repliques; que ha de ser.

TUCAPEL.

No ha de ser.

YUPANGUÍ.
Si ha de ser : entra;
Que es servicio de María.

TUCAPEL.
Ya el obedecerte es fuerza.
(*Vase, y Glauca por otro lado.*)

ESCENA XIII.

YUPANGUÍ, GUACOLDA.

YUPANGUÍ.
Tú, querida esposa mia,
Licencia me da á una ausencia;
Que nadie ha de verme hasta
Que con la escultura vuelva
Hecha toda una ascua de oro,
Por si suple la riqueza
Lo que al arte le ha faltado.

GUACOLDA.
¿Para eso pides licencia,
Cuando para eso aun mi amor
Te rogara que te fueras?
Solo me pesa que esté,
De pestes, hambres y guerras,
Tan en necesidad suma
Nuestro caudal, que cubierta
No la puedas traer, Francisco,
De oro, diamantes y perlas.
Pero ya que no es posible,
Débate yo una fineza.

YUPANGUÍ.
¿Qué es?

GUACOLDA.
Que te lleves contigo
Las pocas pobres joyuelas
Que me han quedado, y si no
Te bastare el precio dellas
Para pagar el dorado,
Con una *S* y clavo sella
Mi rostro; que pues esclava
Dos veces, de María bella
Una, y otra tuya soy,
A ninguno hará extrañeza
Ver que esclava de dos dueños,
Uno para otro me venda.

YUPANGUÍ.
¿Qué quieres que te responda,
Sino que no me enternezcas?
Yo llevo con que pagar.

GUACOLDA.
Pues ya está la caja puesta,
Y con ella Tucapel
Esperándote á la puerta.

YUPANGUÍ.
Dame los brazos, y adios.

GUACOLDA.
El con bien á ellos te vuelva.

YUPANGUÍ.
¡Quién no sintiera el dejarte!

GUACOLDA.
¡Quién el verte ir no sintiera!

YUPANGUÍ.
¡Qué pena!

GUACOLDA.
¡Qué pena!
(*Vanse cada uno por su parte.*)

ESCENA XIV.

IDOLATRÍA.

¿Qué
Dolor puede ser, qué pena
La que empezando en ultraje,
Camina á ser excelencia?
¿Qué es esto, cielos? ¿Tan firmes
Raices prende, flores echa
Y frutos brota una planta
De fe en tan árida tierra
Como el corazon de un indio,
Que no impiden á que crezca
Ni el ábrego de mis iras
Ni el cierzo de mis violencias?
¿De qué me ha servido ¡ay triste!
Que en la escultura primera
Oyese tantos baldones,
Ni que en la segunda vuelva
Con nuevo escarnio de todos
A ver ruinas y oir afrentas,
Si nada le desconfía,
Si nada le desespera,
Y ántes de los mismos medios
Que usé yo para romperla,
Usa él para fabricarla,
Pues me obliga, pues me fuerza
En aquel indio á quien yo
Asisto, á que le obedezca,
Siendo yo misma en mi agravio
Cómplice contra mí mesma,
Pues puse á servir mi noble
Espíritu de soberbia?
Y aun no pára aquí el prodigio
De su fe, sino en que quiera
Mi cólera adelantarme,
Mal valida de mis ciencias,
Todo su triunfo, porqué
Aun ántes de ser le sienta.
Dígalo el que sincopando
El tiempo, le veo que llega
Ya al dorador, á quien oigo
Que le dice...

—

Aparece una calle de la ciudad de la Paz.

ESCENA XV.

YUPANGUÍ, UN DORADOR. — LA IDOLATRÍA.

YUPANGUÍ.
Yo quisiera,
Pues ya habeis visto la imágen,
Que lo que yo en componerla
Tarde, tardeis en dorarla,
Porque de aquesta manera
No perdamos tiempo.

DORADOR.
Amigo,
Lo que he sacado de verla,
Es que vuestro celo es bueno,
Mas la habilidad no es buena.
Cuanto gasteis en dorarla
Perderéis, pues imperfecta
Siempre ha de quedar, supuesto
Que está tan sin arte hecha,
Tosca y mal pulida.

YUPANGUÍ.
Eso
No corre por vuestra cuenta.

DORADOR.
Sí corre. ¿He de poner yo
Mano en cosa que no sea
Despues de provecho?

YUPANGUÍ.
No
Deis tan áspera respuesta
A quien humilde os suplica,
Y lo que ha de pagar ruega;
Pues cuanto al precio, si no
Bastaren estas monedas
De oro, que es cuanto ha podido
Dar de sí mi corta hacienda,
Yo me quedaré á serviros
Hasta quedar satisfecha
La paga, y un año mas
De balde sobre la deuda.

DORADOR.
No sé qué os diga. Ese afecto
Me ha trocado de manera,
Que no solo he de doraros
La imágen, pero ni aun esas
Monedas he de tomar:
Guardadlas para la vuelta,
Y venid conmigo, no
A servir, sino á que sea
Vuestro hospedaje mi casa
El tiempo que aquí estéis.

YUPANGUÍ.
Si era
Mi obligacion ser criado,
Ya me hace esclavo la vuestra.

DORADOR.
Venid conmigo.

YUPANGUÍ.
Los cielos
La piedad os agradezcan.
(*Vanse.*)

ESCENA XVI.

IDOLATRÍA.

Sí harán, pues es obra suya
El que un corazon se mueva
Tan de un instante á otro. ¡Cielos!
Baste, baste la experiencia,
Sin que querais que mis ansias
A mas tormento transciendan,
Anteviendo que dorada
La Imágen, vuelva con ella
A Copacavana, adonde
Porque en su casa no tenga
Otro riesgo, fray Francisco
De Navarrete en la aldea
De San Pedro, que es doctrina
Suya, la guarda en su celda.
¡Qué de luces, qué de voces
En ella alumbran y suenan
Todas las noches! De cuyo
Divino pasmo da cuenta
A los de Copacavana,
Para que viniendo á verla,
Della agradados, la lleven
En procesion á su iglesia.
Con que una sola esperanza
A mis sentimientos queda,
Y es que haya quien todavía,
Por dorada que la vea,
Dure en la opinion de que
No ha de colocarse, miéntras
No se halle otra mas hermosa.
¡Oh si en esta conferencia
Venciese Jaira, pues viene
Diciendo despues de verla...

—

Se ve una calle de Copacavana.

ESCENA XVII.

ANDRES, YUPANGUÍ, EL GOBERNADOR *y algunos* INDIOS. — LA IDOLATRÍA.

ANDRES.
Por mas dorada que esté,
De estar informe no deja.

YUPANGUÍ.
Para suplirme algo, hay una
Fuerte razon.

ANDRES.
¿Cuál es?

YUPANGUÍ.
Esta.
Si en lo inmenso no se da
Médida, y no está mas cerca
Del sol el que está en la cumbre
Que el que en el valle se asienta,
Claro está, pues de María
Es la perfeccion inmensa,
Que el mejor retrato suyo
No se acerque á su belleza
Mas que se acerca el que ménos
Hermosa la manifiesta.

Pues siendo así que hay en todos
Que suplir, suplid en esta
Copia aquello mas que hoy
La necesidad dispensa.

GOBERNADOR.

Dice bien.

ANDRES.

Yo lo concedo
En cuanto á que nadie pueda
Hacer perfecto retrato;
Mas no ha de ser de manera
Que al verle, la devocion
Peligre en la irreverencia.
Y así, en tanto que no haya
Mejor hechura que ésa,
No ha de entrar en la capilla.

GOBERNADOR.

Sí ha de entrar; que la fe es ciega
Y no mira á lo que es,
Si no á lo que representa.

ANDRES.

Aqueso es querer que el mando
A la razon haga fuerza.

GOBERNADOR.

No es sino querer que el celo
Con el tiempo no se pierda,
Mayormente cuando hoy
Tenemos tres concurrencias
Que en ningun dia del año
Habrá...

TODOS LOS INDIOS.

¿Qué son?

GOBERNADOR.

La primera,
Que aquel ídolo de Faubro,
Que mes santo se interpreta,
Simboliza al de febrero,
Que es el que mañana empieza.
La segunda es que al segundo
Dia suyo se celebra
La gran Purificacion
De María; y la tercera
Que aquesta festividad
Se llama de las Candelas:
Luego si el ídolo Faubro
En febrero se destierra,
Y el lugar que estuvo inmundo
Se purifica con bella
Luz de fe, ¿qué dia tendrémos
Para celebrar la fiesta,
En que Purificacion
Haya, mes santo y luz nueva?

ANDRES.

¿Veis todas esas razones?
Pues á mí no me contentan.

TODOS.

Ni á nadie, miéntras no haya
Escultura mas perfecta.

(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

EL GOBERNADOR, YUPANGUÍ.—LA IDOLATRÍA.

GOBERNADOR.

Francisco, ¿veis esto? pues
Nuestra fe no descaezca.
Yo tengo al Virey escrito
Cuanto nos pasa, y que tenga
Memoria de las coronas
Que ofreció, con que con ellas
Mas adornada la Imágen,
No dudo mejor parezca.
Cuidad della vos, en tanto
Que yo andas y altar prevenga,
Coro y música; que vos
Y yo hemos de hacer la fiesta
Solos, aunque nadie acuda. (*Vase.*)

YUPANGUÍ.

María divina y bella,
Yo no supe mas, ni pudo
Extenderse á mas mi idea.
Perdonadme, y si por mí
El pueblo no os reverencia,
No corra eso á cuenta mia:
Volved vos por la honra vuestra. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

IDOLATRÍA.

¡Quién no fuera inmortal para
Matarse ántes que lo viera!
Mas ¡ay! que no solo tengo
De verlo cuando suceda,
Pero aun desde ahora, pues
En la aprension de mis ciencias
Estoy (¡oh ansia, lo que corres!)
Viendo (¡oh dolor, lo que vuelas!)
Que el generoso Mendoza
Que hoy estos reinos gobierna,
Como quien tiene á María
En el corazon impresa,
Pues el *Ave María* es
El timbre de su nobleza,
Avisado (¡ay infelice!)
Del Gobernador, en muestra
De su devocion, trayendo
Las coronas de la ofrenda,
A hallarse en su traslacion
Viene: con que unirse es fuerza
Para su recibimiento,
Ambos bandos, de manera
Que saliéndole al camino,
Veo que á decirle llegan...

—

Aparece un camino.

ESCENA XX.

INDIOS, SOLDADOS, EL GOBERNADOR, EL VIREY, YUPANGUÍ, ANDRES. —LA IDOLATRÍA.

INDIOS. (*Dentro.*)

¡Viva el ínclito Mendoza,
Que en justicia y paz gobierna!

GOBERNADOR.

¡Vuexcelencia, gran señor,
En estos valles!

CONDE.

Habiendo
Sabido por vuestro aviso
Que está ya todo dispuesto
Para ir á Copacavana
Desde el lugar de San Pedro
La Imágen que labró el indio,
A hallarme en la fiesta vengo,
Como congregante suyo;
Y á cumplir mi ofrecimiento
Trayendo las dos coronas,
Bien que humilde corto obsequio;
Mas no todas veces puede
Seguir el don al deseo.

GOBERNADOR.

Vos seais muy bien venido;
Que bien menester habemos
Este honor para que sea
Grande su acompañamiento;
Que sin vos fuera muy solo.

CONDE.

¿Pues no están todos los pueblos
Convocados?

GOBERNADOR.

Hay, señor,
Mucho que decir en eso.

CONDE.

¿Qué hay que decir?

ANDRES.

Si me dais
Licencia, yo, pues que tengo
La culpa, daré, señor,
La disculpa. Yo me he puesto
En que no es decente imágen
La que hasta ahora tenemos,
Porque es labrada de un hombre
Sin arte, ciencia ni ingenio;
Y por no ver deslucido
Su culto en el desaseo,
Han seguido mi opinion
Muchos, que no quieren cuerdos
Colocar una escultura
Que hace indevoto el afecto.

CONDE.

¿Quién la labró?

YUPANGUÍ.

Yo, señor.

CONDE.

Pues ¿qué os movió no teniendo
Ciencia ni experiencia, á ser
Escultor?

YUPANGUÍ.

Un pensamiento
En que fué mas imposible
Que el serlo, el dejar de serlo.

CONDE.

Yo la he de ver, y veré
De ambos la razon.

YUPANGUÍ.

Bien presto
Podeis.

CONDE.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Como está
En ese cercano pueblo:
Por no tenerla en mi casa
Sin el debido respeto,
Está en la de un religioso.

CONDE.

Pues vamos allá; que quiero
Desengañarme yo á mí,
Y componer este duelo
Como mas convenga á gloria
Y honra suya.

ANDRES (*Ap.*)

Yo me alegro
De que vaya á verla, pues
Es fuerza ofenderse, en viendo
Su deformidad.

YUPANGUÍ. (*Ap.*)

Señora,
En vista está vuestro pleito:
Pues de todos abogada
Sois, hoy sedlo vuestra.

(*Vanse.*)

IDOLATRÍA.

¡Cielos!
¿Qué fe es esta deste indio,
Que penetrando los cielos,
Logra ¡ay de mí! que las nubes
Rasguen sus azules velos,
Y que alados querubines,
Iluminando los vientos,
Desciendan sobre la Imágen?
A tan alta fe, á misterio
Tan grande, á favor tan sumo,
Ni hay ciencia ni hay sufrimiento.
Canten ellos, miéntras yo
Sufro, lloro, gimo y peno. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

Tocan chirimías, córrese la cortina, y vese en un altar adornado de luces y flores la Imágen dorada, y al mismo tiempo en dos apariencias, que llaman sacabuches, bajan DOS ÁNGELES, *con paletas, colores y pinceles en las manos; y miéntras ellos cantan y toda la* MÚSICA *responde dentro, van tocando* LOS ÁNGELES *la Imágen, y ella se va convirtiendo, como mejor pueda ejecutarse, en una imágen de nuestra Señora, con el Niño Jesus en los brazos, la mas hermosa, adornada y vestida que se pueda, que será aquella misma que se vió en la apariencia del incendio y de la nieve.*

ÁNGEL 1.°

Venid, corred, volad,
Y al terreno pensil
Trocad, ángeles, hoy
El trono de zafir.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.°

Venid, corred, volad,
Pues es la causa á fin
De hermosear el retrato
De vuestra Emperatriz.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.°

Venid, corred, volad;
Donde puedan suplir
Aciertos del pincel,
Errores del buril.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.°

Venid, corred, volad;
Que hay quien quiera argüir
Mancha en copia de quien
Nunca la tuvo en sí.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.°

Venid, corred, volad,
Veréis que al esparcir
Al aire su cabello,
Tremola á todo Ofir.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 2.°

Venid, corred, volad,
Y en el blanco matiz
De su frente hallaréis
Deshojado el jazmin.

MÚSICA (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.°

Venid, volad, veréis
En sus ojos lucir
Luceros ciento á ciento,
Estrellas mil á mil.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.°

Venid, corred; que en dos
Mitades da á un rubí
Su púrpura el clavel,
La rosa su carmin.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 1.°

Venid, corred, volad;
Que en su mano á bruñir
Da torneado alabastro
Lecciones al marfil.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 2.°

Venid, corred; volad,
Que de uno á otro confin
Hoy lucen en febrero
Las flores del abril.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Corred, volad, venid.

ÁNGEL 1.°

Y vosotros, mortales,
A admirar, á advertir...

ÁNGEL 2.°

Que los yerros del hombre
Enmienda el serafin.

LOS DOS; Y MÚSICA, *dentro.*

Corred, volad, venid,
Veréis cuánto mejoran
En vuestra Emperatriz
Aciertos del pincel
Errores del buril.
Corred, volad, venid.

ESCENA XXII.

Tocan las chirimías, y desaparecen los ÁNGELES, *quedando en las andas la Imágen vestida; y salen* YUPANGUÍ Y GUACOLDA *por distintas puertas, sin verse.*

YUPANGUÍ Y GUACOLDA.

«¡Corred, volad, venid,
Veréis cuánto mejoran
En vuestra Emperatriz,
Aciertos del pincel,
Errores del buril!»

YUPANGUÍ.

¿Qué salva, cielo, es
La que en el viento oí?

GUACOLDA.

Sin duda es nueva aurora
A quien se canta así.

YUPANGUÍ.

A aquella parte suena.

GUACOLDA.

Pues se escucha hácia allí...

YUPANGUÍ.

Seguiré su armonía.

GUACOLDA.

Su acento he de seguir.

YUPANGUÍ.

Pero ¿qué es lo que veo? (*Vense.*)
¡Tú, bella esposa, aquí!

GUACOLDA.

Si estás tú aquí, ¿qué extrañas
El que venga tras tí?

YUPANGUÍ.

La fineza agradezco;
Mas déjame sentir
Que dia que en el valle
Tanto concurso vi,
Que aun el mismo Virey
Corona su confin,
Tan desacompañada
Vengas a deslucir,
Sin mas fausto, la heróica
Real sangre que hay en tí.

GUACOLDA.

No eso te desconfie;
Que si vengo á asistir
Al culto de María,
De quien humilde y vil
Esclava soy...

YUPANGUÍ.

Espera;
Que segun advertí,
Viene el Virey.

GUACOLDA.

Sí haré,
Volviendo á discurrir...

YUPANGUÍ.

Y vuelva yo á pensar...

LOS DOS.

¿Qué quisieron decir
«Que mejorar verémos
En nuestra Emperatriz
Aciertos del pincel,
Errores del buril?»

ESCENA XXIII.

EL VIREY, EL GOBERNADOR, ANDRES É INDIOS.—DICHOS.

YUPANGUÍ.

Esta, señor, es la breve
Esfera donde hoy la tengo
Depositada, hasta ver
Si tanta dicha merezco
Como verla colocada.

ANDRES. (*Ap.*)

Ahora es cuando al verla, es cierto
Que se ha de desagradar.

CONDE.

¡En mi vida vi mas bello
Simulacro de María!

YUPANGUÍ.

¡Qué es esto, cielos, que veo!

GOBERNADOR.

¡Cielos, qué es esto que miro!

ANDRES.

¿Quién retocó aquel bosquejo,
Que tan inculto dejamos?

YUPANGUÍ.

Pasóse de extremo á extremo
A ser alcázar mi ruina,
Pues la que allá en un momento
Encontré deshecha, aquí
Tan adornada la veo,
Siendo la misma que yo
Vi nevar sobre el incendio.

CONDE. (*A Andres.*)

¿Cómo vos tan atrevido,
Tan rara perfeccion viendo,
A decir os atrevisteis
Que era retrato imperfecto?

ANDRES.

Como no es esta la estatua
Que aquí dejamos.

GOBERNADOR.

Sí es, puesto
Que nadie aquí entró, ni ha habido
Por diligencias que ha hecho
Nuestro cuidado en buscarla,
Otra en todos estos reinos.

ANDRES.

Pues si es ella, aquí han andado
Mas celestiales obreros.

CONDE.

Es sin duda, porque no
Pudo el humano desvelo,
Sin divino auxilio, haber
Tal hermosura compuesto.
Ampos y copos parece
De su rostro y de su cuello
La blancura.

GOBERNADOR.

Yo dijera
Que agraciado lo trigueño,
En ella hicieron union
Nieve y azabache á un tiempo.

UNOS.

Ninguno dijera bien;
Que sonrosados reflejos,
Rosas y claveles son
Sus tornasoles.

YUPANGUÍ.

Yo ciego
A sus rayos, de colores
No puedo hacer juicio; atento
A la risa con que mira.

ANDRES.

¿Qué risa, si lo severo
De su semblante está dando
Igual temor y respeto,
Si no es que sea á mí, por mas
Que de mi error me arrepiento?

TODOS.

A todos ha parecido
Diferente.

CONDE.

Fuerza es, puesto
Que á lo divino no alcanzan
Los humanos ojos nuestros.

YUPANGUÍ.

Dichosa mi insuficiencia
Fué, pues si docto maestro
La hubiera labrado, á él
Se atribuyera el acierto,
Y no pasara de allí
La admiracion á portento.

CONDE.

Dadme los brazos; que bien
Se ven los merecimientos
De vuestra fe: y pues teneis
Vos tratado su respeto
De mas cerca, poned vos
Las coronas á sus dueños.

(*Toma Yupanguí las coronas, sube á ponerlas, y en tanto el Gobernador reparte á todos velas, que traerá un criado.*)

YUPANGUÍ.

Ya no como á hechura mia,
Como á reina os reverencio,
Pues os entrego coronas.

GOBERNADOR.

En tanto iré repartiendo
Las velas que ha de llevar
Todo el acompañamiento.
Vos, pues venisteis á honrarnos,
Habeis de ser el primero.
Id ahora tomando todos.

CONDE.

Apartáos todos; que quiero
Ver si las coronas vienen
A medida. ¡Oh cuánto siento
Que la del Hijo á la Madre
Cubra el rostro! ¿Podrá esto,
Decid, pues vos la labrasteis,
Tener agora remedio,
Con que bajando las manos,
Deje el rostro descubierto?

YUPANGUÍ.

Mal podré atreverme yo
A retocarla, teniendo
Oficiales que sabrán
Mucho mejor que yo hacerlo.

CONDE.

Pues desconsuelo es bien grande.

YUPANGUÍ.

No es muy grande el desconsuelo.

CONDE.

¿Cómo?

(*Aparta la Imágen el brazo derecho, y deja en el lado izquierdo el Niño, que le tenia con las dos manos, y queda con la mano derecha desocupada.*)

YUPANGUÍ.

Volved á mirarla,
Veréis que aparta de en medio
Del pecho, donde tenia
A su Hijo, el brazo izquierdo,
Y recostándole al lado
Del corazon, el derecho
Tambien desviado, deja
Todo el rostro descubierto.

UNO.

¡Qué maravilla!

OTRO.

¡Qué asombro!

OTRO.

¡Qué prodigio!

OTRO.

¡Qué portento!

CONDE.

No solo portento, asombro
Es y maravilla, pero
Aun todo eso incluye en sí
Mas reservado misterio.
Haber reclinado al Hijo
Al abrigo de su pecho,
Dejando la mano diestra
Desocupada, ¿no es cierto
Que es para que yo esta vela
Ponga en ella, conociendo
Que es la Purificacion
Su principal ministerio?
(*Pone la vela á la Imágen en la mano.*)
Mirad cómo representa
De la suerte que fué al templo,
Mostrando que al templo hoy
Va tambien; y si allí vemos
Que fué purificacion
Su festividad, lo mesmo
Vemos aquí, pues el ara
Sacrílega tanto tiempo
Purifica de su antorcha
La luz, á cuyos reflejos
Se van de la idolatría
Las sombras desvaneciendo.
(*Dentro ruido de tempestad.*)

ESCENA XXIV.

LA IDOLATRÍA. — DICHOS.

IDOLATRÍA. (*Dentro.*)

Y para confirmacion
De que es verdad que me ausento
Para siempre, resignando
En María mis imperios,
Cuantos espíritus tuve
En los idólatras pechos
Aposentados, conmigo
Irán de su vista huyendo.

TODOS.

¿Qué nuevo prodigio es este?

ESCENA XXV.

GUACOLDA.—DICHOS.

GUACOLDA.

Yo lo diré, pues viniendo
A lograr hoy en mi esposo
El triunfo de sus desvelos,
He hallado por el camino
Sanos á muchos enfermos,
Con piés á muchos tullidos
Y con vista á muchos ciegos,
Y lo que es mas, muchos indios,
Que poseidos de fieros
Espíritus, han quedado
Libres, á voces diciendo...

INDIOS. (*Dentro.*)

¡María es la Vírgen Madre
Y Cristo el Dios verdadero!

ESCENA XXVI.

TUCAPEL Y OTROS INDIOS. — DICHOS.

TUCAPEL.

Dígalo yo, pues cobrado
En mi natural acuerdo,
A voces pido el bautismo.

UNOS.

Todos decimos lo mesmo.

TODOS.

¡María es la Vírgen Madre,
Cristo es el Dios verdadero!

YUPANGUÍ.

¡Feliz el dia que logra
Tantas dichas mi deseo!

GUACOLDA.

¡Feliz el que yo en tu busca
Vine á merecer el verlo!

ANDRES.

¡Feliz para mí el que miro
Tan mejorados mis yerros!

GOBERNADOR.

¡Feliz el que en mí ha logrado
La devocion de mi afecto!

CONDE.

¡Y mas feliz para mí,
Que descubrí en mi gobierno
Tan alto tesoro! Y pues
Más que esperar no tenemos,
Empiece la procesion;
Que yo he de ser el primero
Que aplique el hombro á las andas.

GOBERNADOR.

Intentarlo para ejemplo
De todos, basta. Llegad
Los nombrados para eso,
Y los músicos entonen
Dulces cánticos.

ESCENA XXVII.

Salen MÚSICOS, *y las* MUJERES *vestidas de estudiantes, con sobrepellices.* — DICHOS.

MÚSICA.

Sí harémos.
(*Canta.*) *Venturosa la mañana*
Que en duplicado arrebol
Nos nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

VOZ 1.ª

Piedra preciosa solia
Llamarse su esfera hermosa;
Pero hoy la piedra preciosa
Es la Imágen de María.

VOZ 2.ª

Del Faubro la Idolatría,
Que la poseyó tirana,
Mas luz en febrero gana,
Pues de nuestra fe crisol...

TODA LA MÚSICA.

Nos nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

TUCAPEL.

Yo, pues de mi esclavitud
Libre por ella me veo,
Por mí y por todos, es bien
Pida perdon de los yerros.

YUPANGUÍ.

No es, pues de todos la ufana
Voz dirá al reino español,
Que en su imágen soberana...

MÚSICA Y TODOS.

Hoy nace con mejor sol
La aurora en Copacavana.

(*Con esta repeticion, encendidas las luces en forma de procesion, y los músicos delante, darán vuelta por el tablado con la Imágen en las andas; y porque no se embaracen al entrar, caerá una cortina que lo cubra todo.*)

FINEZA CONTRA FINEZA.

PERSONAS.

ANFION, *rey de Chipre.*
CELAURO, *general de Tesalia.*
LELIO, *criado de Celauro.*
LIDORO, *soldado.*
CUPIDO.
ISMELA, DÓRIS, LIBIA, *damas.*
SOLDADOS.
SACERDOTISAS.
MÚSICA. — GENTE.

La escena es en Tesalia.

JORNADA PRIMERA.

Campo inmediato á un templo de Diana.

ESCENA PRIMERA.

Dentro cajas y trompetas, y habiéndose dicho los primeros versos, salen LIDORO Y OTROS SOLDADOS, *riñendo con* CELAURO, *que sale ensangrentado el rostro, y tropezando. Despues,* ANFION.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Victoria por Anfíon!

ANFION. (*Dentro.*)

¡A sangre y fuego! No quede
Piedra sobre piedra, y sea,
Porque mas presto me vengue,
El gran templo de Diana
El primero en quien empiece
El incendio.

(*Salen Celauro y soldados.*)

CELAURO.

Antes que osados
Os atrevais á ofenderle,
Me atreveré á morir yo
En su defensa.

LIDORO.

¿Qué emprendes,
Habiendo quedado solo,
Puestas en fuga tus gentes
A ampararse de los montes?

CELAURO.

Hacer gloriosa mi muerte,
Matando y muriendo ántes
Que á ver los ultrajes llegue
Del templo, á cuyos umbrales
Tengo de morir.

UN SOLDADO.

Si ese
Es tu deseo, cumplido
Le verás presto.

(*Cae Celauro; y al ir á herirle, sale Anfion.*)

ANFION.

Detente,
No le mates.

SOLDADOS.

¡Tú, á quien tantos
Tuyos ha muerto, defiendes!

ANFION.

Sí; que es bueno para amigo
Enemigo tan valiente.—
¿Quién eres, jóven?

CELAURO.

Si ántes
De decir quién soy, se atreve
A decirlo mi valor
Tan desesperadamente,
¿Qué será despues que lo haya
Dicho? Y para que me empeñe
De nuevo el nombre, Celauro
Soy, general de las huestes
De Aristeo, hoy en Tesalia
Rey, cuyos montes contienen
Este templo de Diana,
En cuya defensa (*Ap.* Déme
Esfuerzo el dolor) intento
(*Ap.* ¡Ay, Dóris, lo que me debes!)
Morir, porque vivo, no
Se diga de mí...— ¡Valedme,
Cielos! que vista y sentidos
Desalentados fallecen;
Bien que altivamente ufanos,
Al ver cuán gloriosos mueren,
Más por la fama que ganan
Que por la sangre que pierden.

(*Cae desmayado.*)

ANFION.

Retiradle, retiradle;

(*Retíranle.*)

Y si por dicha no hubiere
Espirado, como si
Mi misma persona fuese,
Cuidad de su vida. Pero
No por una piedad piense
Tesalia que mis rencores
En ella el furor suspenden.
Seguid el alcance á sangre
Y fuego, y aunque mil veces
Lo repita, el templo sea
De Diana en quien empiece
La hoguera, cuyas cenizas
Tan desvanecidas vuelen
Al aire, que de su ruina
La memoria aun no se acuerde.

SOLDADOS.

Arda el templo de Diana.

(*Vanse los soldados y Lidoro.— Cajas y trompetas dentro.*)

ANFION.

¿Qué concento habrá que suene
Mejor que al compas de trompas
Y cajas, decir mis gentes?...

(*Suena dentro música.*)

ESCENA II.

CORO DE SACERDOTISAS; *despues,* LIDORO Y SOLDADOS.—ANFION.

SACERDOTISAS. (*Dentro, unas hablando y otras cantando en coro.*)

Suspende, invicto Anfíon,
La saña, el furor suspende;
Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.

ANFION.

Pero ¿qué voces son estas
Que á sus estruendos suceden?

(*Salen Lidoro y soldados.*)

LIDORO.

Apénas los embreados
Haces que aplicar previenen
Tus soldados á su muro,
La primera llama encienden,
Cuando de adentro se escuchan
Dos ecos tan diferentes
Como son música y llanto:
A cuyo compas se ofrecen,
Abierto el templo, sus bellas
Sacerdotisas, que vienen
Cantando á un tiempo y llorando,
Porque sus extremos muestren
El que tu victoria aplauden
Y el que su desdicha sienten.

ESCENA III.

ISMELA, LIBIA Y CORO DE SACERDOTISAS. — ANFION, LIDORO, SOLDADOS.

ISMELA. (*Dentro.*)

Venid todas, respondiendo
A lo que yo diga siempre.

ANFION.

Mucho temo que sus blandos
Ecos mi cólera templen;
Que cláusulas y gemidos
Son dos hechizos muy fuertes.
Pero no me venceré,
Por mas que diciendo lleguen...

(*Salen Ismela, Libia y coro de sacerdotisas.*)

ISMELA Y CORO.

Suspende, invicto Anfíon,
La saña, el furor suspende;
Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.

ISMELA.

Suspende, invicto Anfíon,
La saña, el furor suspende;
Que no es digno aplauso, heróico
Triunfo, ni blason decente
De tus siempre victoriosas
Armas, que ya que te adquieren
El laurel contra el valor
De los hombres, le ensangrienten
En los femeniles pechos
De tan rendidas mujeres,
Que en fe de noble, de tí
Contra tí se favorecen.
Cuantas de Diana el templo
Habitan, á tus piés tienes,
Con segura confianza
De que han de vivir, si atiendes...

CORO.

Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.

ISMELA.

Si ya en la campal batalla,
Atropellando lo fuerte,
Te coronas vencedor,
No en lo flaco á perder eches
El segundo lauro que
Lograr victorioso puedes,
Pues vencer y perdonar
Es ser vencedor dos veces.
El rayo sus ejemplares
Te dé, que sañudo hiere
Mas que en pajizas cabañas
En dorados chapiteles.
Las iras del noto mas
Se ceban en lo rebelde,
Del roble que se resiste,
Que en la caña que se tuerce.
¿Qué raudal precipitado
Del monte en deshecha nieve,
Cuando le arranca lo bronco,
No le perdona lo débil?
El mas corpulento bruto
Que sobre su espalda suele
Sufrir armados castillos,
En la sangre se detiene;
Que aun un bruto á sangre fria
La furia en lástima vuelve.
No pues tu valor disfames,
No pues tu valor afrentes;
Que el que de valiente pasa
A cruel, ya no es valiente,
Pues no repara, no mira,
No considera, no advierte...

CORO.

Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.

ISMELA.

El triunfo del victorioso
Mas le ilustra y le engrandece
El vivo esclavo que uncido
Arrastra el carro eminente,
Que el que yace en la campaña;
Pues nada mas claramente
Dice la ruina de aquel,
Que la servidumbre deste.
Y pues nuestro llanto dice
Nuestro dolor, é igualmente
Nuestro canto tu victoria,
No abandones, no desprecies,
Cuando á merced de las vidas
Por tus cautivas nos lleves,
Que cláusulas y gemidos
Tan en tu aplauso se mezclen,
Pues celebran lo que lloran,
Que lloren lo que celebren:
Y siendo así que uno y otro
Mas te ensalza que te ofende...

CORO.

Suspende, invicto Anfion,
La saña, el furor suspende.

ISMELA.

No digan de tí, si lidias
Contra quien no se defiende...

CORO.

Que quien vence sin contrario,
No puede decir que vence.

ANFION.

Quien viere puesta á mis plantas
Tan hermosa tropa, y viere
Que ni su canto me obliga
Ni su llanto me enternece,
Siendo así que en la hermosura
Son (ya esté triste ó ya alegre)
El canto la mejor gala
Y el llanto el mejor afeite,
Pensará que soy tan fiero,
Tan bárbaro y tan aleve,
Que falto á lo racional;
Y para que no lo piense,
En público manifiesto
Será preciso que honeste
Que me mueve mayor causa
Que las dos que no me mueven.
Todas la sabeis; mas no
Sabeis todas qué accidente
La hace mayor cada dia:
Y así es bien que aquella acuerde
Para entrar en esta, puesto
Que es menor inconveniente
Que moleste repetida,
Que el que ignorada moleste.
—Hijo de Anteon de Chipre
Quedé, en tan temprano oriente,
Que no supe de mi vida
Primero que de su muerte.
El primer idioma en que
Aprendieron mis niñeces
A hablar, fué el comun gemido
De su nobleza y su plebe,
Lamentando su horroroso
Trágico fin; que no tienen
Públicas desdichas ménos
Coronistas que las cuenten.
Dél pues supe que arrastrado
De la inclinacion vêmente
Que siempre tuvo á la caza,
Vino desde Chipre á este
Monte de Tesalia, á fin
Quizá de que á un tiempo fuesen
De sus bosques y su alcázar
Tan sacrificio las reses,
Que los despojos de uno
Coronasen los dinteles
De otro, siendo en ambos ruina
Y adorno testas y pieles.
No bien le salió el intento,
Pues cuando mas diligente
Penetraba de sus grutas
El mas intrincado albergue,
Rendido á sed y cansancio,
Propensiones que traen siempre
Fatigas del bosque umbroso
Y sañas del sol ardiente;
Llamado del blando silbo
De una cristalina sierpe
(Bien dije, pues en Tesalia
No hay planta que no avenene
Con lo amargo de sus hojas
Lo dulce de sus corrientes),
Siguió su concento; pero
Recatándose prudente
De que el hallado cristal
Mas que le alivie le infeste,
Se contuvo, por mas que
Brindaba halagüeñamente
Sobre salva de esmeralda
Búcaro de yerba el césped:
Con que burlando su risa,
Hasta que sanear pudiese
Lo nocivo del arroyo
Lo nativo de la fuente,
Entró á lo mas escondido
De un marañado retrete,
Que el natural sin el arte
Fabricó, haciendo canceles
De melancólicas hiedras
Y encubertados cipreses.
Aquí en un neutral remanso
Que hacia timidamente
El agua, como dudando
Si se pare ó se despeñe,
A lo largo descubrió
Por entretejidas redes
A Diana con vosotras,
O vuestras antecedentes
Ninfas; que no quiero que
Curiosos impertinentes,
Habiendo dicho mi infancia,
Vuestra edad por la mia cuenten.
Depuestos pues los adornos
En la hermosa márgen verde,
Al líquido cristal daban
Cuajado cristal por huésped.
Hidrópica aquí la vista
Mas que el labio, con dos sedes,
Ya fuese de fuego helado
O ya de encendida nieve,
A su acecho se atrevió;
Pero no tan cautamente,
Que por aclarar quizá
El corto resquicio breve,
No hiciese ruido en las ramas:
Con que corrida de verse
Vista Diana, bien como
A la verdad pintar suelen
(Por no decir que desnuda),
Tanto su indecoro siente,
Que á fuer de casta deidad,
Se vengó como si fuese
Delito el acaso. En fin
(Que no quiero detenerme
En retóricas pinturas;
Que peligra lo decente
Donde hay baños y beldades),
Para que nunca pudiese
Decir que la vió, en tan nueva
Forma su aspecto convierte,
Que de especie racional
Transformado en bruta especie,
Hallado fué de sus canes,
Que en lo real ó lo aparente
De su semblante engañados,
Para que cuando le encuentren
Halle la fiera rendida,
Por servirle le acometen
Traidoramente leales.
¡Oh lisonja, cuántas veces
Juzgas que á tu dueño halagas,
Y es tu dueño á quien ofendes!
Dígalo... Mas no lo diga
Nadie, porque nadie puede
Decir mas de que fué en ellos
La lealtad la delincuente.
Muerto pues, aunque el dolor
Creció conmigo igualmente,
No el rencor; que venerando
La deidad de Diana siempre
Por casta deidad, no tuve
Accion que no se rindiese
A que ya dada una vez
Por ofendida, se vengue;
Pero en habiendo sabido
Que tanto pundonor (entre
De aquella primera causa
Aquí el segundo accidente)
Paró en rendir á un villano
Pastor, de sus altiveces
La vanidad, pues por él
De noche incauta desciende
A estos montes, no me queda
Ni atencion que la venere,
Ni adoracion que la estime,
Ni temor que la respete.
Deidad que en sus estatutos,
Contra naturales leyes
Manda al aborrecimiento
Que á pesar del amor reine;
Deidad que por el melindre
De un fácil acaso leve
Mata á un noble Anteon, y admite
A un vil Endimion, ó miente
Aquel honor ó este amor
O entrambos; que no convienen
Bien un amor que se abata
Con un honor que se ostente.
Manténgase en sus recatos
Igual la que altiva quiere
Que sea igual su estimacion;

Que emprende mal la que emprende
(Miéntras no enmudezca el vulgo
O la malicia no ciegue)
Que se callen los favores
Y se digan los desdenes.
Y pues no debo guardarla
Respetos que ella se pierde,
Deba persuadirme á que
Aquel estrago no fuese
Todo honestidad, sinó
Ojeriza que nos tiene
A los de Chipre, por ser
Adonde mas reverente
Adoracion se da á Vénus.
Y aunque ella vengada quede
Viendo todos cuán en vano
El arco de Amor desprecie,
Yo no, porque un heredado
Dolor, aunque le tolere
La pereza de los dias,
Tan sobre sí mismo duerme,
Que es fuerza que á poca voz
Sobresaltado despierte.
Y así, naciendo mi agravio
Segunda vez como fénix,
De cenizas que no estaban
Ni apagadas ni calientes;
Sin entrar en el temor
De que en mí su saña emplee
Como en mi padre (que en fin
Es Vénus quien me defiende,
Y poder contra poder
Ningun privilegio tiene);
En venganza suya intento
Hacer que el mundo celebre
Con desdones de Diana
Triunfos de Vénus: de suerte,
Que no me quede en su ultraje
Templo suyo que no queme,
Alcázar que no derribe,
Clausura que no violente,
Bosque ó selva que no tale,
Flor ó fruto que no asuele,
Y en fin, estatua que no
Profane, deshaga ó quiebre;
Si ya no es (porque no digan
Que mis armas impacientes,
Porque se vieron validas,
Dejaron de ser corteses)
Que entre el rendido lamento
Vuestro y mi cólera medie
Capitulacion en que
Unos y otros intereses
Ni bien castiguen piadosos,
Ni bien perdonen crueles.
Con calidad pues de que
La imágen de Diana deje
A la de Vénus altar,
Ara y trono en que se asiente;
Y vosotras, que hasta aquí
A sus cultos obedientes
La servisteis, desde hoy,
Mudados ritos y leyes,
Sacerdotisas de Vénus,
Troqueis ufanas y alegres
Sus vanas austeridades
A regalados placeres
De honesto amor (que tampoco
Soy tan bárbaro que intente
Que los deleites de Vénus
Sean no dignos deleites,
Pues si es madre de Cupido,
Tambien de Antéros prudente);
Viviréis y vivirá
Vuestro templo, felizmente
Mejorado de deidad;
Pero si altivas hiciereis
Repugnancia á este partido,
Iréis esclavas, y este
Templo arderá: de manera
Que en vosotras mismas, jueces
De vosotras mismas, pongo
Vuestra vida ó vuestra muerte.
Resolvéos pues el dia
Que mis saňas se resuelven
A darse por satisfechas
Con que, auxiliar de mis huestes,
En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.

ISMELA.

¡Cielos! ¿qué diré?

CORO.

La vida
Es amable: que la aceptes.

LIBIA.

Y mas cuando en libertad
Nos pone; que aunque se suele
Decir que es cadena de oro
Con la que Diana prende,
¿Qué vale el oro en cadena
Que se arrastra y no se vende?

CORO.

Libertad y vida admite.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Que á esto los hados me fuercen!

ANFION.

¿Qué respondeis?

ISMELA.

Yo que fuí
La que hablé con los poderes
De todas para obligarte,
Lo haré para responderte.
(*Ap.* Esto es fuerza, dando al tiempo
Tiempo para que se enmiende.)
No solo una libertad
Y una vida te agradece
Nuestro rendimiento, pero
Dos, pues dos son las que ofreces
A quien perdonas y á quien
Restauras piadosamente
De la opresa esclavitud
De austera deidad, que quiere
Que á fuer de fieras vivamos
Montaraces y silvestres,
Siempre por selvas y bosques.
(*Ap.* ¡Qué esto diga!) Y porque llegues
A ver que todas en mí
Comprometidas convienen
En la adoracion de Vénus;
Pues que ya decir no deben
Que quien vence sin contrario
No puede decir que vence,
Dirán, depuesto el lamento
Y no el canto, una y mil veces...

CORO.

Sí dirémos, repitiendo
Todas ufanas y alegres...
(*Cantando.*) *Pues el invicto Anfion*
La saña en piedad convierte,
En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.

ESCENA IV.

DÓRIS, *furiosa.* — DICHOS.

DÓRIS.

Ni reine, triunfe ni viva,
Sino gima, llore y pene.

TODAS.

¿Qué intentas?

DÓRIS.

Desesperada
Venir buscando mi muerte.
¿Cómo es posible, cobardes,
Traidoras, falsas y aleves,
Que en baldon de vuestra sacra
Deidad, tanto os amedrente
La muerte ó la esclavitud,
Que abandonando laureles,
Tan nobles como hoy consigo,
Traen esclavitud ó muerte,
El voto de su pureza
Rompais, y?...

CORO Y LIBIA.

Como no debe
Obligarnos voto en que
Ella misma nos absuelve
El dia que del amor
Es cómplice.

DÓRIS.

La voz cese,
Cese el labio, no lo digas,
Que aunque mil vidas me cueste,
(*Ap.* ¿Para qué las quiero ya?)
Sabrá Anfion y el mundo dese
Engaño la verdad. (*Ap.* ¡Ay
Celauro, lo que me debes!)
Endimion, el mas sabio
Pastor que Tesalia tiene,
Entre otros varios estudios
Que su juventud divierten,
El principal fué observar
De aquesos órbes celestes
Los nunca parados rumbos,
Que en siempre constantes ejes,
El rápido y natural
Impulso arrebata y mueve,
Yendo el rápido al ocaso
Y el natural al oriente.
Y siendo así que de cuantos
Flamantes astros contiene
La iluminacion hermosa
Dese volúmen luciente,
No hay constelacion, ya fija
O ya errante, que no observe,
Solo halló dificultad
En el claro transparente
Cerco de la luna, en quien
Diana es la que resplandece.
Y dándose por vencido
A que por sí no penetre
De sus tres semblantes tres
Aspectos tan diferentes
Como mostrarse ya llena,
Ya menguante y ya creciente;
A efecto de que piadosa
Tanto caso le revele,
Acudió continuas noches
A sacrificarla á este
Monte, cuya invocacion
Era repetir: «Desciende,
Desciende, hermosa Diana,
A la voz de quien se atreve
A investigar tu deidad,
En fe de que no te ofende,
Pues ántes te obliga, cuando
Salvar tu deidad pretende
De la objecion de mudable,
Persuadido á que no puedes
Haber entrado en el uso
Tú de las demas mujeres.»
Agradecida la diosa
Al culto, si ya no fuese
Ofendida de que haya
Quien sus mudanzas condene,
O ya en sueños ó ya en voces
Le reveló que depende
Su luz del sol, y que como
Opaco el orbe terrestre
Se interpone entre los dos,
Es preciso que se alternen
Con las luces que la aclaran,
Las sombras que la obscurecen.
Y así, cobrando del año
Los alimentos por meses,
Se descuella en las dos puntas
De su coronada frente,
Al menguar, contra el levante,

Y al crecer, contra el poniente.
Con que aquella invocacion
Junta con esta evidente
Demonstracion de que él solo
El curso á la luna entiende,
Al vulgo ocasionó á que
Murmure, malicie y piense
Que dueño de sus secretos,
Lo es de su amor. ¡Oh inclemente,
Fiero, desbocado monstruo!
¡Cuántos decoros padecen,
No porque yerran, sinó
Porque á tí te lo parece!
Con que siendo como es
Clara, pura y limpia siempre
La luz de Diana...

ANFION.

Calla,
Tú tambien la voz suspende;
Que ya se sabe que á quien
Amantes yerros comete,
Nunca faltaron buscadas
Disculpas que los enmienden.
Esa lo es: y porque veas
Cuán poco conmigo puede
Tu hallada razon, no quiero
Darte castigo mas fuerte
Que el que veas cuánto ultraje
Sufre, llora, gime y siente.—
Entrad al templo, y su estatua
(*A los soldados.*)
Caiga en átomos tan breves,
Que dudando el aire, el bronce
Le crea polvo y se lo lleve.—
Y vosotras, pues usais
De mi clemencia prudentes,
Venid conmigo, porqué
Quitada de su eminente
Solio, traigais la de Vénus
(Que siempre conmigo viene
En pequeña estatua, grande
Capitana de mis huestes)
Desde mi tienda á sus aras,
Donde triunfante se asiente.
Y para que desde luego
Su primer aplauso empiece
Hasta que se hagan mañana
Sacrificios mas solemnes,
Repetid vuestras canciones,
Cuyos concentos se mezclen
Con cajas y trompas, todos
Diciendo confusamente:
Pues el invicto Anfïon...

CORO Y TODOS.

Pues el invicto Anfion...

ANFION.

La saña en piedad convierte. .

CORO Y TODOS.

La saña en piedad convierte...

ANFION.

En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.

CORO Y TODOS.

En el templo de Diana
Vénus viva, triunfe y reine.
(*Cajas, trompetas y música, todo á un tiempo: éntranse todos, ménos Dóris.*)

ESCENA V.

DÓRIS; *despues*, CORO, *dentro.*

DÓRIS.

¿Quién, cielos, habrá que crea
Que este aplauso que sería
Ayer suma dicha mia,
Hoy suma desdicha sea?
Mas ¿quién no lo crerá ¡oh hado
Cruel! si, imaginada ó dicha,
Siempre corre á ser desdicha
La dicha del desdichado?
Dígalo el que siendo yo
Quien mas la fiera, tirana
Esclavitud de Diana
En estos montes sintió,
Sea quien con mas esquiva
Causa sienta el ver que ufana...

CORO. (*Dentro.*)

En el templo de Diana
Vénus triunfe, reine y viva.

DÓRIS.

Enigma parecerá
Verme defender á quien
Aborrecí, y ver tambien
Que á quien amé, no me da
Gozo el mirarla aplaudida.
Pero si enigma no fuera
Mi vida, ¿cómo pudiera
Atormentarme mi vida?
Dígalo otra vez, cuán ciegas
Mis ansias son, pues precisas...

ESCENA VI.

LIBIA.— DÓRIS; CORO, *dentro.*

LIBIA.

Como entre sacerdotisas
No hacemos falta las legas,
Sin que reparen en mí,
Con una duda que tengo,
En tu busca, Dóris, vengo.

DÓRIS.

A mal tiempo es; pero di.

LIBIA.

Si en mi secreto no ignoras
Que asegurada tu fama,
Sé que Celauro te ama
Y sé que á Celauro adoras,
Pues en confianza mia
Contabais los dos amantes
La edad de la noche á instantes,
Y á siglos la edad del dia,
Cuando sin temer tan graves
Riesgos, lograbais abiertas
Por mí del jardin las puertas,
Falseando al templo él las llaves;
¿Cómo acusando los dos
Los preceptos de Diana,
Y amando á la soberana
Madre del vendado dios,
En vez de que agradecida
Veas logrado tu deseo,
Tan al contrario te veo
Ser tú sola la ofendida
De que aquesa voz altiva
Mil veces repita ufana?...

ELLA; Y CORO, *dentro.*

En el templo de Diana
Vénus reine, triunfe y viva.

DÓRIS.

¡Ay hermosa Libia mia!
Que esa duda y la que yo
Padezco es una; y pues no
En vano á solas queria
Mis desdichas apurar,
Oye cómo puede ser
Darme pesar el placer
Y darme el placer pesar.

LIBIA.

¿Pesar el placer?

DÓRIS.

Es cierto,
Pues cuando el placer tenia
De ver que Vénus vencia,
Tuve el pesar de haber muerto
Celauro en la lid.

LIBIA.

¡Qué dices!

DÓRIS.

Bien dudas; que no debí
De decirlo, pues no dí
Envuelta en tan infelices
Voces la vida.

LIBIA.

¿Quién fué
Quien esas nuevas te dió?

DÓRIS.

Quejosa de no ser yo
La elegida, para que
Por todas á Anfïon hablase,
A la mira del suceso
La última quedé: con eso
Fué fácil el que llegase
A hablarme Lelio, bañado
En lágrimas, que decian
Mas que el labio...

LIBIA.

¿Qué?

DÓRIS.

Que habian
Los contrarios retirado
Muerto á Celauro, porqué
Muerto aun les daba temor
En el campo su valor.
Tan á un tiempo oir esto fué
Y el que Vénus se aplaudia,
Que viendo cuánto su estrella
Contra mí era, contra ella
Volví toda la ansia mia.
¡Deidad que infiel veneré
En servicio de Diana,
El dia que á su templo ufana
A solo premiar mi fe
Creí que hubiera venido,
Es á quitarme la vida!
Por esto, y crér que ofendida
Diana empezar ha querido
Su venganza en él y en mí,
No habiendo ya que temer
A una ni que agradecer
A otra, acabar pretendí
De una vez con todo, siendo
Yo misma en dolor tan fuerte
Quien solicite mi muerte:
Y así, contra mí moviendo
De Anfïon la saña esquiva,
Fingí aquella ilusion vana,
Para que ménos altiva...

ELLA; Y CORO, *dentro.*)

En el templo de Diana
Vénus reine, triunfe y viva.

LIBIA.

Cuando una desdicha está
Para venir, Dóris bella,
Justo es oponerse á ella;
Pero sucedida ya,
No es justo que el desconsuelo
Mate: sentencia es muy dicha...

DÓRIS.

¿Qué?

LIBIA.

Que el fin de la desdicha
Es principio del consuelo.

DÓRIS.

Para quien le puede haber;
Pero ni le hay para mí,
Ni puede haberle: y así,
Pues solamente ha de ser
Mi muerte el consuelo mio,

Por si muriendo restauro
En el Elisio á Celauro,
Turbará mi desvarío
Dese triunfo lo solene,
Pues cuantas veces previene
Decir su pompa festiva...

ELLA; Y CORO, *dentro.*

Vénus reine, triunfe y viva...

DÓRIS.

Diré yo...

ESCENA VIII.

ANFION, SOLDADOS Y GENTE.— DÓRIS, LIBIA.

ANFION.

Que llore y pene
Vas á decir; pero no
Lo dirás; que aunque veloces
Corten el aire tus voces,
Sabré detenerlas yo,
Y con castigo mas fuerte
Que aun el de ser tu homicida;
Que darle á un infeliz vida
No es dejar de darle muerte.—
Y así, porque mayor sea
Dilatado su pesar
Siempre que en su nuevo altar
La estatua de Vénus vea,
Presa al templo la llevad,
Con órden de que no intente
Salir dél: veamos si siente,
Con culto y sin libertad,
Ver que en las verdes florestas
De Tesalia, al nuevo modo
De Chipre, es sin ella todo
Bailes, músicas y fiestas.
Llevadla pues.

DÓRIS. (*Ap.*)

¿Quién vió, cielos,
Que hoy por castigo me dén
Lo que ayer fuera mi bien?

LIBIA. (*Ap.*)

Aunque de sus desconsuelos
No poca culpa he tenido,
No por eso he de dejar
De cantar y de bailar;
Que si á otros decir he oido:
«Con amor y sin dinero,
¡Mirad con quién y sin quién,
Para que nos vaya bien!»
Mejor yo decir espero:
«Con Vénus y sin Diana,
¡Mirad con cuál y sin cuál,
Para que nos vaya mal!»

(*Vanse Libia, Dóris y soldados.*)

ESCENA VIII.

LIDORO Y OTROS SOLDADOS, *con* LELIO, *preso.*— ANFION, GENTE.

LIDORO.

Llegad...

LELIO.

De muy mala gana
Lo haré.

LIDORO.

Y echáos á sus piés.

LELIO.

Ya desde aquí se los beso
Interiormente.

ANFION.

¿Qué es eso?

LIDORO.

Este hombre, señor, que ves,
Sin duda es espía que viene
De parte de los que huidos,
En los montes escondidos
Están, é inquirir previene
Tus designios.

LELIO.

Es engaño;
Que, cruel la suerte mia,
Espía no es, pues que no es pia;
Y para mas desengaño,
Yo soy, invicto Anfion,
De Celauro desdichado
Criado leal, si leal criado
No implica contradicion.
Viendo en la batalla que
Tu gente le retiró
Muerto, á saber si es que yo
Por su heredero quedé
Como hijo suyo (respecto
De que siempre que venia,
«Vén acá, hijo,» me decia),
Vine tras él; y en efecto,
Habiéndome detenido
En decir á no sé quién
De su hado el fatal desden,
De vista el tropel perdido
Que le traia, empeñado
Entre tus tiendas me hallé,
Y con ser tiendas, no sé
Si vendido ó si comprado.
Y pues me traen ante ti
Quizá á saber lo que valgo,
Y es tan poco que aun no es algo,
Duélete, mi bien, de mí.

ANFION.

Si de Celauro criado
Eres, sabrá mi piedad
Agradecer tu lealtad;
Pero si no, despeñado
Morirás.

LELIO.

¡Ay infelice!
Que mal probarlo podré
Yo aquí.

ANFION.

Ni yo lo creeré,
Si él mismo no me lo dice.

LELIO.

¡Buen despacho tengo yo,
Si para haber de vivir
El muerto lo ha decir!

ANFION.

¡Muerto! ¿Qué escucho? ¿Pues no
Me dijisteis que no era
Mortal una ni otra herida,
Y que la sangre vertida
Fué causa de que rindiera
Al desmayo su valor,
Y en fin que convalecido
Estaba y restituido
Ya á su salud?

LIDORO.

Sí, señor,
Y habiéndose levantado
Y hecho homenaje de que
Guardará en la prision fe,
Salir le habemos dejado:
Y para que veas si es
Verdad, viene allí.

ESCENA IX.

CELAURO.— DICHOS.

CELAURO.

Y no en vano
A besar tu invicta mano
Postrado á tus reales piés.

LELIO.

El por él es y está vivo.
Salto y brinco de contento.

ANFION.

Levanta, y llega á mis brazos
Para descansar en ellos;
Que esta es la distancia que hay
De estimar al prisionero
Cuando se rinde lidiando,
A cuando se rinde huyendo.

CELAURO.

Por el trato y por las armas,
Que tu piedad y tu esfuerzo
Me ha cautivado dos veces,
Solo yo con verdad puedo
Asegurar; y así una
Y otra vez tus plantas beso,
Una como á rey piadoso,
Y otra como á invicto dueño.

ANFION.

A darme por entendido
Desas dos deudas me atrevo,
En fe de que las finezas
Logren su agradecimiento.

CELAURO.

Tuyo soy, tuya es mi vida.

ANFION.

Pues porque no embaracemos
Despues lo que importa mas
Con lo que ahora importa ménos,
¿Qué hombre es este?

LELIO.

Mira bien
Que soy yo.

LIDORO.

Callad.

LELIO.

No quiero
Que cuando está para todos
Vivo, esté para mí lerdo;
Y no es bien aventurar
A que el desvanecimiento,
O por la falta de sangre
O sobra de valimiento,
Le tenga corto de vista
Como á otros muchos que veo,
Que porque sangre les falta
O por verse en mejor puesto,
A nadie conocen.

CELAURO.

Este,
Criado es mio, el nombre Lelio
Y su buena ley no dudo
Le traiga en mi seguimiento.

LELIO.

¡Bien haya quien te parió!
Mira, señor, si te miento.

ANFION.

Libre estás, y este diamante
Sea por ahora premio
De tu lealtad. (*Dale una sortija.*)

LELIO.

Tantas veces
Tus reales juanetes beso
Cuantas él centellas brilla.
—Tú, resucitado dueño,
Permite que te ria vivo,
Pues que te he llorado muerto.

CELAURO.

Quita, loco.

(*Abrázale Lelio.*)

ANFION.

Retiráos
Todos.

(*Vanse Lelio, Lidoro, los soldados y gente.*)

ESCENA X.

ANFION, CELAURO.

ANFION.

Tú ahora oye atento.
La entrada que he hecho en Tesalia,
Ya públicos mis pretextos,
No ignorarás que es á fin
De desvanecer los fueros
De ingrata deidad, que quiso...
Mas ¿para qué lo refiero,
Si ya dijo Anteon la causa
Y Endimíon el efecto?
La entrada pues que en Tesalia
(Vuelvo á repetir) he hecho,
Es fuerza que á restaürar
Su tierra obligue á Aristeo,
Mayormente cuando sepa
Que en el suntuoso templo
De su Diana adorada,
Triunfa la deidad de Vénus,
A quien ya todas sus ninfas,
Movidas al sabio acuerdo
De una que tomó la voz,
Entonan amantes versos.

CELAURO. (*Ap.*)

¡Ay bella Dóris! ¿quién duda
Que fuese tuyo el trofeo
De que, depuesta Diana,
No embarace el amor nuestro?

ANFION.

Yo, aunque en fe de victorioso,
Pasar adelante puedo,
Con dos causas esperarle
Determino en este puesto
Fortificado: la una,
Ser político consejo
Mantener lo conquistado
Mas que conquistar de nuevo;
La otra, que Vénus, quizá
Agradecida á mi obsequio,
Bien como á Páris, intenta
Darme una hermosura en premio.
Para uno y otro es forzoso
Valerme de tí, supuesto
Que el hacer de un enemigo
Un amigo, ha sido á efecto
De que en lo primero admitas
Las ventajas de mi sueldo,
Pues como tú en mi favor
Milites, el mundo entero
Será poco ásunto mio;
Y en lo segundo, seas dueño
De los secretos del alma:
Con que en ambas me prometo
Coronarme vencedor
De Marte y Amor á un tiempo.
Sabrás pues que entre las raras
Hermosuras que salieron
Del templo á templar mis iras
Con tan contrarios extremos.
Como ser gemido el canto
Y ser cláusula el lamento,
Una (que fué la que dije
Que habló por todas) mi afecto
Ganó primero llorando:
¿Qué haria despues riyendo?
En mi vida (sobre ser
El mas hermoso portento
Que vieron jamas mis ojos)
Vi mas soberano ingenio
Que el que mostró en apagar
De mi cólera el incendio;
Mas ¡ay! que no dije bien
En apagarle, supuesto
Que en encenderle dijera
Mejor. Mas ¿qué mucho, siendo
Experiencia tan usada
Que con un suspiro mesmo
Se mate una llama y otra
Se avive, que ella en mi pecho
El fuego al odio apagase,
Y á amor le encendiese, haciendo
Que con un aliento muera
Y viva con otro aliento?
No solo pues como dije
(Fuerza es repetirme en esto),
De mi venganza la fiera
Indignacion venció, pero
Hizo que todas viniesen
En la adoracion de Vénus,
Y yo en la adoracion suya.
Su nombre decir no puedo,
Que nunca escuché su nombre;
Bien que ocasion habrá presto
De que tú le sepas, pues
Ya no hay retiros severos
Que las nieguen á los ojos:
Y así, Celauro, pretendo
Que al señalártela yo,
Me informes de su sugeto,
Su nombre, su calidad,
Su condicion y su genio;
Que lleva grande ventaja
Quien entra en un galantéo
Sabiendo, y no adivinando
En qué agradará á su dueño.

CELAURO.

En cuanto, señor, á que
Tu sueldo admita, te ruego
Adviertas que si el valor
Que viste en mí, fué el empeño
De tus favores, no es justo
Que me adquiriese su esfuerzo
Estimaciones de honrado
Para que deje de serlo.
Aristeo es el rey mio,
No puedo contra Aristeo
Tomar las armas: y asi,
Pues que soy tu prisionero,
Con no darme libertad,
Tampoco contra tí, es cierto,
Podré tomarlas: y pues
Esta vida que te debo
Tuya es, y en tenerla honrada
Mas te obligo que te ofendo,
Paso á que, aunque sé muy poco
Del arte de amor, te ofrezco...

ANFION.

Nada me ofrezcas. Negado
Lo mas, ¿qué importa lo ménos?
Buena es tu razon, Celauro;
Mas por buena que es, te advierto...

CELAURO.

¿Qué?

ANFION.

Que el que viva quien vence
Es político proverbio. (*Vase.*)

ESCENA XI.

CELAURO.

Enojado va. ¿Qué mucho?
Que á un poderoso soberbio,
Aunque él la razon conozca,
Se la desconoce el ceño
De no verse obedecido.
Pero mi honor es primero;
Que el ser dueño de mi vida
No es ser de mi fama dueño.
Obre yo lo mejor, y obre
El lo que quisiere en esto.
Y á la estimacion dejando
Lo que della hiciere el tiempo,
Vamos, imaginacion,
Al anticipado miedo
De pensar si sería Dóris...

ESCENA XII.

LELIO. — CELAURO.

LELIO.

Gracias á Dios que te veo
Solo, y podrémos hablarnos
En puridad.

CELAURO.

Y mas, Lelío,
Si es que vienes á aliviarme
En lo que iba discurriendo.
Vén acá, ¿sabes si fué,
Cuando salieron del templo
Las sacerdotisas, Dóris
La que habló á Anfion?

LELIO.

No puedo
Decirlo; que salir ellas
Y venirte yo siguiendo
Fué tan en un punto todo,
Que aun no sé si entre el estruendo
De fuego y armas, me oyó
Que te retiraban muerto.
Mas ¿quién duda que sería
Ella?

CELAURO.

¡Maldígate el cielo!
Que en vez de darme un alivio,
Me has dado dos sentimientos.

LELIO.

¿Dos?

CELAURO.

Sí.

LELIO.

¿Cuáles?

CELAURO.

El pesar
Que á ella diste, y el tormento
Que á mi me das, no dudando
Que ella sería.

LELIO.

Al primero
Respondo con que quizá
No fué pesar: ¿qué sabemos
Si ella lo tendria por gusto?
Que verse amada en extremo
Una dama, dicen que es
Agasajo muy molesto.
Y al segundo satisfago
Con que ántes la lisonjeo
En juzgar que ella seria
La elegida por su ingenio.

CELAURO.

¡Ay, que en buenas prendas fundan
Su política los celos!

LELIO.

¿Celos?

CELAURO.

Sí.

LELIO.

¿De quién?

CELAURO.

No sé.

LELIO.

Lo mejor es no saberlo,
Y no quererlo saber
Mejor que mejor.

CELAURO.

¡Ay Lelio!
Que aunque tengo la razon,
No sé la razon que tengo.

LELIO.

Ni la sepas en tu vida;
Y sírvate de consuelo
La general de pensar
Que tener amor sin cèlos

Es lo mismo que querer
Tener coche sin cochero,
Conditio sine qua non
Se da amor.

CELAURO.

Con todo, intento
Por desengañarla, si es
Que te oyó, y por si son ciertos,
Apurarlos.

LELIO.

Mal harás,
Porque todos cuantos medios
Pongas ahora por hallarlos,
Pondrás despues por perderlos.
Mas ¿cómo ha de ser?

CELAURO.

¿No cierra
Negra la noche? ¿No tengo
Llave al jardin?

LELIO.

¿Qué sé yo?
Que en volteando á un caballero
El toro, la diligencia
Primera de socorrerlo
Es limpiarle ántes que el polvo
La faldriquera, y lo mesmo
Juzgo que sucede á quien
Le voltean prisionero,
Pues no le dejan un *plus*
Ni un *ultra*.

CELAURO.

¿Quién quieres, necio,
Que de una llave, que ignora
De dónde es, hiciese aprecio?

LELIO.

Una por una, de que
Salves la objecion me alegro;
Que hay ingenios de puntillas
Que sienten el que haya ingenios.
Y volviendo á noche y llave,
¿Cómo has de apurarlos?

CELAURO.

Yendo
A ver á Dóris; que aunque,
Porque no me espera, creo
Que no esté en el jardin, una
Vez en él, al cuarto puedo
Hacer seña que conozca.

LELIO.

¿Y si en tanto te echan ménos
Y te dan por fugitivo?

CELAURO.

El homenaje que he hecho,
Con verme despues, verán
Que ni le rompo ni quiebro.
Y porque no te pregunten
Por mí en aqueste intermedio,
Vén conmigo: esperarásme
A la puerta.

(*Vanse.*)

—

Jardin del templo de Diana.

ESCENA XIII.

DÓRIS, LIBIA.

DÓRIS.

Pues te debo
La fineza, Libia mia,
De que en tantos desconsuelos
Sola me acompañes, no
Me dejes conmigo, puesto
Que no tengo otro enemigo
Mayor que mi pensamiento.

LIBIA.

Que yo te acompañe es justo.
A horas competentes; pero
A no competentes horas
Es mucho acompañamiento.
Cuando Celauro venia,
Y yo era, á costa del sueño,
Centinela desvelada,
Ya me consolaba el serlo,
Ocupada en buenas obras;
Mas ahora toda me duermo;
Que velar el muerto he oido,
Mas no desvelar el muerto.
¿Es posible que de noche,
En el jardin y en el puesto
Adonde á verle venías,
Vengas á no verle?

DÓRIS.

¿Eso
Te admira? ¿Qué amor no es loco
Si quiere parecer cuerdo?
Si estas sombras, si estas ramas,
Este horror, este silencio,
Estas fuentes y estos cuadros
Callados testigos fuéron
De mis gozos, ¿por qué no
Lo han de ser de mis tormentos?
No á buscar alivios, Libia,
En estas deshoras vengo;
Memorias sí; y no porqué
Falten á mi sentimiento,
Sino porque aflija mas
Desde mas cerca el acuerdo.
Y así, déjame llorar
Sobre estas ruinas, diciendo:
« Aquí fué amor. »

ESCENA XIV.

CELAURO. — DICHAS.

CELAURO. (*Ap.*)

A la escasa
Luz de estrellas y luceros
Dos bultos distingo; y pues
No me espera Dóris, necio
Seré en llegar sin oir,
Destas hojas encubierto,
Alguna voz que me acerque
O me retire.

DÓRIS.

En efecto,
Para mí es consuelo ver
Las cenizas del incendio.

CELAURO. (*Ap.*)

Dóris es; que esta es su voz.
Pues ¿qué aguardo, que no llego
A hablarla? Pero no sé
Quién es la otra: y así, á precio
De la paciencia, es forzoso
Dar espera al sufrimiento.

DÓRIS.

Aquí fué donde le oí
Tantos rendidos afectos,
En la esperanza fundados
(Pero ¡qué mal fundamento!)
De que de Diana habria
Apelacion para Vénus,
Que fué lo que me obligó
A hablar con tanto despecho
A Anfion.

CELAURO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho?
Ella es la que le habló, ¡cielos!

DÓRIS.

Y con tan fuerte aprension,
Con tan vago devaneo,
Tan eficaz fantasía
Y tan aparente objeto
Me le representan, Libia...

CELAURO. (*Ap.*)

Libia dijo: llegar puedo.

DÓRIS.

La noche en sus negras sombras
Y en sus fantasmas el viento,
Que como si me escuchara
(¡Con qué poco me contento!)
Al aire diré: Celauro,
Mi bien, mi señor, mi dueño,
¿Cómo tan tarde esta noche
A verme vienes?

CELAURO. (*Ap.*)

¿Qué espero?
Mientes, temor; que mas valen
Sus lágrimas que tus celos.

DÓRIS.

¿Cómo tanto olvido, tanto
Descuido, tanto despego
Con quien te idolatra?

CELAURO. (*Llega.*)

Como
No pude venir mas presto,
Adorada Dóris mia.

DÓRIS.

¡Ay de mí infeliz! ¿Qué veo?

LIBIA.

¡Ay triste de mí! ¿Qué miro?

DÓRIS.

¡Qué pasmo!

LIBIA.

Toda yo tiemblo.

CELAURO.

No te asustes, no te asombres;
Que ese temor, ese miedo,
Bien se deja ver que nace
De lo que te dijo Lelio.

DÓRIS.

Ya lo sabe.

LIBIA.

En la otra vida
Hay grandísimos parleros.

CELAURO.

Pero aunque no te mintió
En que iba el cadáver preso,
Vivo estoy para adorarte,
Y así, á verte, Dóris, vengo
Mas muerto de tus amores
Que de mis heridas muerto.

DÓRIS.

Celauro, yo creo que vives
Elisios campos, y creo
Que las ondas de Aqueronte
Movidas de mis lamentos
Te dén paso; pero ¡ay triste!
Que si yo en tu ausencia (¡hoy muero!)
Tuve valor para hablarte,
Para verte no le tengo.
Véte en paz, y no me aflijas
Mas; que harto lo estoy.

CELAURO.

Mi dueño,
Mi bien, mi esposa...

DÓRIS.

No llegues
A mí.

CELAURO.

Advierte...

DÓRIS.

¡Piedad, cielos!
Que á tanto susto me faltan
Alma, vida, voz y aliento.

(*Cae desmayada.*)

CELAURO.

¡Qué miro!

LIBIA.

Caer, si no muerta,
Desmayada por lo ménos.

CELAURO.

Infelice Dóris mia,
Vuelve en tí, cobra el acuerdo;
Que tú la muerta y yo el vivo,
Es trocar los sentimientos.
¡Ay Libia!

LIBIA.

No te me acerques:
Mira que haré yo lo mesmo.

CELAURO.

¿Qué puedo hacer en tan raro
Trance?

LIBIA.

Volverte al infierno;
Que si hablábamos de tí
Con tantísimos de afectos,
No lo dijimos por tanto
Que sea el por tanto portento.
Véte en paz.

CELAURO.

Espera.

LIBIA.

¡Ay
Que me agarra! —Acudid presto
Todas á ampararnos. (*Grita.*)

CELAURO.

Calla:
No esas voces des.

LIBIA.

Sí quiero.—
¡Ah de los claustros! Venid,
Venid á favorecernos.

ESCENA XV.

SACERDOTISAS É ISMELA, *dentro.* — CELAURO, LIBIA; DÓRIS, *desmayada.*

SACERDOTISAS. (*Dentro.*)

Voces dan en los jardines.

ISMELA. (*Dentro.*)

Para ver quién anda en ellos,
Traed luces, arcos y flechas.

CELAURO. (*Ap.*)

¿Quién se vió en igual aprieto?
Dejarla así es villanía,
Hallarme aquí, grave empeño;
Cargar con ella es hacer
Público escándalo el nuestro;
Llevarla donde no sepan
Ni de mí ni della, es yerro
Infame, pues es faltar
Al homenaje.

ISMELA. (*Dentro.*)

Allí fuéron
Las voces.

LIBIA.

Aquí son: todas
Llegad.

CELAURO. (*Ap.*)

A estar me resuelvo
Escondido entre estas ramas
A la mira del suceso;
Que él dirá qué debo hacer,
Pues ni me estoy ni me ausento.
(*Escóndese entre las ramas.*)

ESCENA XVI.

ISMELA Y SACERDOTISAS, *con luces, arcos y flechas.* — LIBIA; DÓRIS, *desmayada;* CELAURO, *escondido.*

SACERDOTISAS.

¿Qué voces son estas, Libia?

LIBIA.

¡Ay que anda por aquí muerto
Celauro en pena! Yo y Dóris
Le vimos, todo sangriento
El rostro, de la manera
Que unos soldados dijeron
Que le habian retirado.

ISMELA.

Ilusion ú devaneo
Sería; que yo no soy
Tan venturosa que creo
Ser verdad que en la batalla
Haya ese tirano muerto.

UNA.

Sea lo que fuere, Ismela,
A su cuarto la llevemos,
Y cuidemos de que cobre
Sus sentidos.

LIBIA.

Es tan cierto,
Como que á ella ha desmayado,
Y á mí me ha mayado, puesto
Que me arañó por asirme.

ISMELA.

Aunque lo dudo, bien creo
Que si á vengar de Diana
Agravios tarda Aristeo,
Por mi han de pasar á mas
De Tesalia los portentos.
(*Levantan entre todas á Dóris, llévanla dentro, y sale de entre las ramas Celauro.*)

CELAURO.

Impedir el que la lleven
Es impedir sus remedios;
Y pues en estar yo aquí
Nada alivio y mucho arriesgo,
Dejando en que fué ilusion
Lo que Libia y Dóris vieron,
Vuelva á mi prision, y deje
Todo lo demas al tiempo.

JORNADA SEGUNDA.

Vista exterior del templo de Diana.

ESCENA PRIMERA.

Dentro chirimías, atabalillos y MÚSICA; *y en habiendo cantado los primeros versos, salen* LIBIA Y ALGUNAS SACERDOTISAS, *con guirnaldas y ramos en las manos,* Y ISMELA, *con un azafate, y en él unas tórtolas.*

CORO DE SACERDOTISAS.

Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio
Que se introduce en ellas.
Venid, venid al templo
Que ayer alcázar era
De la hermosa Diana,
Y hoy lo es de Vénus bella.
Venid, y en nuevo culto y nueva ofrenda
Dad nueva aclamacion á deidad nueva.

ISMELA. (*Ap.*)

Sacra hermosa Diana,
Perdona; que esto es fuerza,
Pues á no haber rendido
El cuello á la violencia,
Creyendo que Aristeo
Vengue tu honor, ya fueran,
Si tus aras cenizas,
Polvo las vidas nuestras.
Y pues por conservarte
Altares donde vuelva
A su culto tu imágen
Y mi fe á tu obediencia,
Fué preciso doblar
La cerviz, no te ofendas
De que yo tambien diga
En tu oprobio violenta...

ELLA Y CORO.

Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio
Que se introduce en ellas.
(*Tocan chirimías.*)

ESCENA II.

ANFION Y SOLDADOS. — ISMELA, LIBIA, SACERDOTISAS.

ANFION.

¡Qué bien las consonancias
De ambos concentos suenan,
Oyendo Amor y Marte
La lira y la trompeta,
Cuando unísonas dicen
Sus cláusulas diversas
Al eco que las trae
Y al aire que las lleva!...

ÉL Y CORO.

Venid, venid al templo
Que ayer alcázar era
De la hermosa Diana,
Y hoy lo es de Vénus bella.

ISMELA.

Y pues siempre mi celo
Sus memorias venera...

ANFION.

Y pues nunca mejor
Sonaron sus cadencias...

ISMELA.

Fuerza es que yo repita...

ANFION.

Justo es que yo refiera...

LOS DOS Y CORO.

Venid, y en nuevo rito y nueva ofrenda,
Dad nueva aclamacion á deidad nueva.

ISMELA.

Ya, valeroso Anfïon,
Que á tus preceptos atentas,
Hemos salido á los montes,
No á ser fieras de las fieras,
Sino á coronar de rosas
Nuestras sienes, porque sea
La real púrpura de Vénus
La mejor guirnalda nuestra;
Ya pues, invicto Anfïon,
Que todas á tu obediencia,
En vez de las toscas pieles
Y de las armadas testas,
Como en vez de blancos cisnes,
Que símbolo de pureza,
Víctimas de Diana fuéron,
Llevamos tórtolas tiernas,
Porque símbolos de amor
Hoy á su madre la ofrezcan;
Vén al templo, donde alegres
Volvemos de gala y fiesta:
Honrarás el sacrificio
Con tu vista; y porque veas

Que la primera que pudo
Mover tu ira, es la primera
Que sabe ganar tu agrado,
Seré la que en sus excelsas
Aras destas simples aves
La inocente sangre vierta.

ANFION.

(*Ap.* ¡Ay, que mas quisiera verte
Piadosa yo que cruenta!)
Aunque te agradezco ver
Cuánto á todas te prefieras
En los obsequios... (*Ap.* Mejor
En la hermosura dijera.)
No has de hacer tú el sacrificio.
(*Ap.* Quite el agüero de verla
Cruel, aun en crueldad piadosa.)
¿Cómo no viene aquí aquella
Que en loor de Diana, tanto
Se mostró á Vénus opuesta?

LIBIA.

Como mandaste, señor,
Que del templo no saliera...

ANFION.

Pues ahora mando que salga,
Siendo, porque mas lo sienta,
Ella la que á Vénus lleve
Las primicias de la ofrenda.
Vé por ella.

LIBIA.

Anoche estuvo
Casi en un desmayo muerta,
Y creo...

ANFION.

No me repliques;
Que es bien que humillada sepa
Que al rayo, al raudal y al voto
No se ha de hacer resistencia.
(*Vase Libia.*)
(*Ap.* ¡Oh si cayera en cuán vivas
Sus razones se me acuerdan!)
Y en tanto, porque el aplauso
Un breve instante no pierda,
Miéntras llegamos al templo,
La música á decir vuelva...

TODOS Y CORO.

Venid, hermosas ninfas
Destas incultas selvas,
Al nuevo sacrificio...

ESCENA III.

SOLDADOS, CELAURO.— ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS, MÚSICA, SOLDADOS.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
(*Dentro cajas y trompetas, y sale Celauro por enmedio de los dos, de suerte que para hablar á Anfion, tenga de espaldas á las sacerdotisas.*)

ANFION.

¿Qué alboroto es este?

CELAURO.

Es,
Señor, que las centinelas,
Que de las cimas del monte
Ocupan las eminencias...

ISMELA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿No es este Celauro?
Ya me espantaba que fuera
Yo tan feliz, que la muerte
De un aleve fuese cierta.

CELAURO.

A lo largo han descubierto
Una armada que navega,
Segun su rumbo, á esta playa,
Y segun buques y velas,
No dudo que es de Aristeo.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Oh, quiera el cielo que él sea,
Si es que puede traer Celauro
Nada que bien me parezca!

CELAURO.

Y porque del homenaje
Te asegure mi presencia,
Ser quise el primero yo
Que con la noticia venga,
Fiado en que en salvo mi honor
Ponga una accion.

ANFION.

¿Qué accion?

CELAURO.

Esta.
(*Saca la espada, y pónela á los piés de Anfion, hincado de rodillas.*)
Rendir mi espada á tus plantas,
Porque hallándome sin ella,
Ni la deuda de mi sangre
Ni de mi vida la deuda
Pueda interpretar, si acaso
Al toque de la baqueta
O al aliento del clarin
Por uso ó naturaleza
Me arrebatase á empuñarla,
Si es de mi rey en ofensa
O en ofensa de mi dueño:
Y pues de cualquier manera,
Aun en el primer amago
Mi fe y mi lealtad se arriesgan,
Con él, contigo y conmigo
Cumplir mi valor intenta
Arrojándola de mí;
Que á vista de mi nobleza,
De mi esclavitud á vista,
Y á vista en fin de la guerra,
Para tenerla envainada,
Mejor me está no tenerla.

ANFION.

Alza del suelo, y la espada
Cobra, supuesto que verla
A mis plantas ó en tu mano
Todo es una cosa mesma,
Segun de ti fio; que aunque
Me ofendí en ver que no aprecias
Mis ofrecimientos, tiene
La razon por si tal fuerza,
Que sin valedores, sabe
Ella volver por sí mesma.
Tú harás lo mejor, y así,
Libre el arbitrio te queda,
No la persona, porqué
Basta á mayores defensas
No tenerte en contra, ya
Que en mi favor no te tenga.—
(*A un soldado.*)
Toca al arma;—y porque no
Se juzgue de mí que pueda
Turbarme la armada, en tanto
Que voy á reconocerla
Y hacer que contra su orgullo
Todas mis gentes prevengan
A su opósito, vosotras
Repetid las voces vuestras
Prosiguiendo el sacrificio.—
(*Aparte á Celauro, volviendo este las espaldas á las sacerdotisas.*)
Tú me escucha. Porque veas
Que sé estimar la razon
Y desestimar la queja,
Vuelvo á valerme de ti
En lo que el honor no arriesgas.
La beldad que dije es
La que el sacrificio lleva
De las tórtolas de Vénus.
No vuelvas ahora á verla;
Que atenta á los dos, podrá
Conocer que hablamos della.
Despues me dirás quién es,
Y si acaso á hablarla llegas,
Podrás decirla...
(*Hablan bajo.*)

ESCENA IV.

DÓRIS, LIBIA.— ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS, MÚSICA, SOLDADOS.

DÓRIS.

¿A qué efecto,
Mandándome que esté presa,
Envió á llamarme?

ISMELA.

Si Libia
No lo ha dicho, de que seas
La que á la deidad de Vénus
Sacrifiques la primera:
Y así, pues la inmolacion
Has de hacer, toma la ofrenda.

DÓRIS.

¡Yo á Vénus, deidad ingrata!
Mas preciso es que obedezca.
(*Toma el azafate.*)

ANFION. (*Á Celauro.*)

Esto la dirás.
(*Vase, y con él los soldados.*)

ESCENA V.

CELAURO Y DÓRIS, *aun sin haberse visto;* ISMELA, LIBIA, SACERDOTISAS, MÚSICA.

CELAURO. (*Ap.*)

Ya es tiempo
De salir de la sospecha.

DÓRIS.

Vamos, Libia, pues ya dije
Que el obedecer es fuerza.
(*Vuelven los dos á un tiempo, y quedan suspensos, viendo Celauro á Dóris con el azafate.*)
(*Ap.* Mas ¡qué miro!)

CELAURO. (*Ap.*)

Mas ¡qué veo!
Dóris es. ¡Oh nunca hubiera
De la sospecha salido
Para entrar en la evidencia!

DÓRIS. (*Ap. á ella.*)

Celauro es. ¿Qué es esto, Libia?

LIBIA.

Es, pues nadie al verle tiembla,
Que anoche en temblar nosotras
Fuimos grandísimas bestias.

DÓRIS. (*Ap.*)

¡Oh, quién sin publicidad
A decirle se atreviera
Cuánto me privó de mí
Tener su muerte por cierta!

CELAURO. (*Ap.*)

¡Oh, quién sin tantos testigos
Decirla ¡ay de mí! pudiera
Que ahora mejor que anoche
De mi espantarse debiera,
Pues ahora es cuando mas
Muerto llego á su presencia!

DÓRIS. (*Ap. á Libia.*)

La voz que corrió fué engaño.

LIBIA.

Claro es.

DÓRIS.

¡Qué dicha!

CELAURO. (*Ap.*)

¡Qué pena!

DÓRIS.
¡Qué felicidad!
CELAURO. (*Ap.*)
¡Qué ansia!
DÓRIS.
¡Qué alegría!
CELAURO.
¡Qué tristeza!
LIBIA. (*Ap. á Dóris.*)
Disimula.
DÓRIS.
(*Ap. á Libia.* Mal podré.)
Sea muy enhorabuena,
Celauro, de la cobrada
Salud la convalecencia. (*Yéndose.*)
CELAURO.
Guárdeos el cielo.
LIBIA.
La voz
Que corrió, con grande pena
Tuvo á todas.
ISMELA.
Sino á mí,
Que aun mi agravio se me acuerda,
Y no he de verme vengada
Hasta que tu sangre vierta.
DÓRIS. (*Ap.*)
Ahora sí, Vénus mia,
Iré á adorarte contenta,
Diciendo mi corazon
Mas que esos bronces y lenguas...
ELLA Y CORO.
Venid, y en nuevo rito y nueva ofrenda
Dad nueva aclamacion á deidad nueva.
(*Con esta repeticion se entran todas, y queda Celauro.*)

ESCENA VI.

CELAURO.

¡Cielos! ¿Quién creerá que á un tiempo
Dándome una norabuena
Y un pésame, no sé cuál
Desestime ó agradezca?
La norabuena de Dóris
Viene en mis celos envuelta,
Cuando envuelto en su rencor
Viene el pésame de Ismela.
¡Oh quién pudiera trocarlos,
Y que el sentimiento fuera
De Dóris al verme vivo,
Y el gozo de que viviera
Fuera el de Ismela, olvidada
De aquella pasada ofensa
De que dió muerte á su hermano
Más mi razon que mi diestra!
Pues con eso, todos tres
Mejoráramos tristezas,
Vengada Ismela en su enojo,
Dóris en su amor contenta,
Y yo muerto de una herida
Que era honor, y ya es afrenta.

ESCENA VII.

LELIO. — CELAURO.

LELIO.
¡Que siempre tengo de hallarte
De soliloquio!
CELAURO.
¡Pues llegas
A buen tiempo para burlas!
LELIO.
¿Quién quieres que esté de véras
Sobre haber sido fantasma
De capa y espada?
CELAURO.
Desa
Causa, infame, tienes tú
La culpa. (*Maltrátale.*)
LELIO.
¿Yo?
CELAURO.
Si no hubieras
Esparcido tú la voz...
LELIO.
Deten la mano: no quieras
Que sea cuerpo en pena yo
Porque tú fuiste alma en pena.
¿Qué novedad hay ahora
Para que así te enfurezcas,
Cuando á cobrar Aristeo
Viene su perdida tierra
Y á ponerte en libertad?
CELAURO.
No sé, porque aunque debiera
Sentir el que haya de estar
Neutral mi espada y suspensa
Entre mi rey y mi dueño,
No es lo que mas me atormenta.
Anfion á Dóris ama.
LELIO.
Ame muy enhorabuena,
Y quédese el noramala,
Señor, para cuando ella
Ame á Anfion.
CELAURO.
¿Pues no basta
Solo el que bien le parezca,
Para sentirlo yo?
LELIO.
No,
Y pruébelo una experiencia.
Estaba yo enamorado
Tal vez de una rica fembra,
En cuya alabanza oia
Por donde quiera que fuera,
A unos ¡qué maldita cara!
A otros ¡qué maldita vieja!
A otros ¡qué mujer tan boba!
A otros ¡qué mujer tan puerca!
Y siendo para mi oido
Cualquiera lisonja destas
Un duro puñal, ¿por qué
Tú al contrario no te alegras
Que parezca bien tu dama?
CELAURO.
Porque no hacen consecuencia
Materias tan despreciables
A soberanas materias.
Cuando ama la vanidad
Solo para que se sepa,
Suenan bien las alabanzas
Del garbo, ingenio ó belleza
De la dama; pero cuando
Ama el recato suprema
Beldad, aun en el silencio
Hace la alabanza ofensa.
LELIO.
Anfion.
CELAURO.
De aquí te retira.
(*Vase Lelio.*)

ESCENA VIII.

ANFION, LIDORO, SOLDADOS. — CELAURO.

ANFION.
Ya que costeando se acerca
La armada á estas playas, haz,
Lidoro, que se prevenga
Toda la gente, porqué
En órden militar puesta
Siempre esté, para acudir
Donde intente tomar tierra;
Que yo, en habiendo asistido
Al culto de Vénus bella
De quien fio la victoria,
Daré al ejército vuelta
Para dar con los retenes
Calor donde mas convenga.
LIDORO.
Así á disponerlo voy. (*Vase.*)
ANFION.
Celauro...
CELAURO.
Señor... (*Ap.* Ea, penas,
Haya valor para oirlas
Pues le hubo para verlas.)
ANFION.
¿Viste el hermoso milagro
Cuya divina belleza
Se ha apoderado del alma
Con tan dominante estrella,
Que no le deja lugar
Donde el sobresalto quepa
De haber visto en esos mares
Tan poderosa y tan nueva
Errante ciudad de pinos
Y república de velas,
Que parece que Neptuno
Ha trasladado á su esfera
Con las cumbres de los montes
Los árboles de las selvas?
CELAURO.
Sí, señor.
ANFION.
¿Y no es la mas
Hermosa de todas ellas?
CELAURO.
A mí así me lo parece.
ANFION.
¿Y quién es?
CELAURO.
(*Ap.* ¡Oh ley severa
De sacra verdad, que aun no
Permites que el noble mienta
Tal vez en su favor!) Dóris
Es su nombre, su nobleza
En la corte de Tesalia
De las mas ricas y excelsas.
Consagrósela á Diana
Su padre en edad muy tierna,
Y así, en condicion ó genio
No puedo darte mas señas.
ANFION.
¿Hablástela?
CELAURO.
Aquí, señor,
Fuera escándalo.
ANFION.
No fuera;
Que ya las austeridades
De Diana, á las finezas
De lícitos galanteos
Dan permitidas licencias:
Y así, en habiendo ocasion
(Pues no hay otro de quien pueda
Por natural, por amigo
Y por conocido della,
Valerme, sino de tí),
Háblala en mí, porque lleva,
Sobre la que dije ántes,
Otra ventaja el que llega,
Habiendo dado principio
A su pasion quien la media.
Sepa que amo, y sabré yo

Decir que amo; que á primera
Vista declararse, no hay
Discrecion que no sea necia:
Y entra ahora al templo conmigo,
Asistiré á lo que resta
Del sacrificio. (*Vase.*)

CELAURO. (*Ap.*)

Tonante
Dios, ¿para cuándo reservas
La cólera de tus iras,
La saña de tus violencias?
¿No hay un rayo para un triste?
(*Ruido de tempestad.*)

ANFION. (*Volviendo.*)

¡Qué es esto, cielos! Apénas
Del templo la primer grada
Sintió el peso de mi huella,
Cuando obscurecido el cielo,
Todo su edificio tiembla.

CELAURO. (*Ap.*)

Si es que Júpiter me ha oido
Y avisó el trueno, ¿qué espera
El rayo?

SOLDADOS.

¡Qué confusion!

ESCENA IX.

DÓRIS, ISMELA, SACERDOTISAS. — ANFION, CELAURO, SOLDADOS.

SACERDOTISAS. (*Dentro.*)

¡Qué desdicha!

DÓRIS É ISMELA. (*Dentro.*)

¡Qué tragedia!
(*Salen todas las sacerdotisas asombradas.*)

ANFION.

¿Qué es esto, hermosas beldades?

DÓRIS.

¿Qué ha de ser sino que venga
Diana así sus agravios?
(*Ap.* Aunque lo contrario sienta,
Lleve mi tema adelante.)

ISMELA.

¿Qué ha de ser sino que premia
(*Ap.* Aunque sienta lo contrario,
Lleve adelante mi tema)
Así sus obsequios Vénus?

DÓRIS.

Pues al punto que sangrientas
Vió por mi mano las aras...

ISMELA.

Pues al instante que muertas
Vió las simples avecillas...

DÓRIS.

En fe de cuánto la ofenda
El sacrificio, turbó
Las cristalinas esferas
De su alto alcázar.

ISMELA.

En fe
De que el sacrificio acepta,
Apagó la luz al sol,
Envuelto entre nubes densas.

ANFION.

¡Siempre en vuestras opiniones
Os tengo de hallar opuestas!—
¿En qué fundas tú que es (*A Dóris.*)
Venganza de Diana esta?—
Y tú ¿en qué que este de Vénus
Agradecimiento sea? (*A Ismela.*)

DÓRIS.

Yo en que es tormenta, que dice
Enojo.

ISMELA.

Yo en que es tormenta,
Que dice piedad, supuesto
Que desde aquí ver se deja
Que, como hija de la espuma,
Turba el aire, el mar altera
En favor tuyo, dejando
Desbaratada y deshecha
Esa poderosa armada
Que navegaba en tu ofensa.
Mira allí un bajel que sube
A rozar con las estrellas
De la gavia el tope: mira
Allí otro, de quien era
El casco mecida cuna,
Ser tumba, la quilla vuelta.
Cuál choca entre los peñascos,
Cuál encalla en las arenas,
Y cuál sin rumbo, sin norte
Ni bitácora se entrega
A la discrecion del mar,
Que con ciclope soberbia
Montes de piélagos finge,
Cumbres sobre cumbres puestas.
Y pues vencerla ha querido
Primero que tú la venzas,
Mira si Vénus te ampara,
O si Diana se venga. (*Vase.*)

ANFION.

Oye, aguarda; que tú tienes
Razon. (*Ap.* ¡Que nunca la tengas
Tú para mí! Y pues me da
El tener que agradecerla
Ocasion de hablarla, ¿qué
Hago que no voy tras ella?)
Aguárdame aquí, Celauro.
(*Vase, y síguenle los soldados.*)

ESCENA X.

CELAURO, DÓRIS, SACERDOTISAS.

CELAURO.

Dejarte á tí é ir tras ella
Y decir que yo le aguarde,
Todo esto es hacer deshechas,
¡Ay Dóris! para que yo
Me quede a hablarte en sus penas...
Mejor dijera en las mias.

DÓRIS.

¿Qué penas hay que lo sean,
Ni mias, ni tuyas, ni suyas,
El dia que á verte llegan
Mis ojos vivo, despues
De aquella aprensiva idea
Que arrebató el corazon
Con tan helada violencia,
Que me desmayó temida?
Mira lo que hiciera cierta.

CELAURO.

¡Ay Dóris! que de tu fe
No dudo; mas no te ofenda
Que dude de mi fortuna.
Y pues declararme es fuerza;
Porque tú estés advertida
Y yo cumpla con la deuda,
Pues vengo con la embajada,
De volver con la respuesta;
Sabe que Anfion ¡ay triste!
A tu ingenio, á tu belleza
Rendido, se fia de mí.
Sabe...

DÓRIS.

Pues ¿hay mas que sepa
El dia que sé que tú
En otro me hablas?

CELAURO.

Peor fuera
Que otro te hablara, y no yo,
Y que tú le respondieras
Lo que no responderás
Conmigo, Dóris, siquiera
Por este último riesgo
De los muchos que me cuestas.
¿Ves amarte con recato
Tal, que aun la menor sospecha
No resultó de la muerte
De Fabio, hermano de Ismela,
Contra tí? ¿Ves la prision
Y destierro, en cuya ausencia,
A este templo de Diana
Tu padre quiso que vengas?
¿Ves al transcurso del tiempo
Las extrañas diligencias
Que por este puesto hice
Por mirarte de mas cerca,
En cuyo gobierno todo
Ha sido una concurrencia,
En los amores de sustos,
En las armas de tragedias,
Hasta verme esclavo? Pues
Todo es nada con que venga,
Tercero de otros amores,
A decirte...

DÓRIS.

Ten la lengua:
No lo digas; que no quiero
Verte cometer bajeza
Tan ruin como...

CELAURO.

No lo digas
Tampoco tú, y considera
Que no es decirte que él ama
Decirte que tú agradezcas,
Sino que estés advertida.

DÓRIS.

Con todo eso, nunca adviertas
A tu dama de que hay,
Celauro, otro que la quiera;
Que aunque la voz no oiga, oye
El ruido, como quien llega
A oir música desde léjos,
Y sin percibir la letra,
Le suena bien la armonía.

CELAURO.

¿Luego á tí no te disuena
Oir?

DÓRIS.

Yo no lo digo; tú
Te sacas la consecuencia:
Cúlpate á tí. Y sino, dime,
Necio amante... Pero Ismela
Vuelve; quédate, porqué
Hablar á los dos no vea.

CELAURO.

¿Y qué respondes?

DÓRIS.

No sé;
Que de una parte mi queja
Y de otra mi amor batallan,
Y así, por si hicieren treguas,
No dejes de ir esta noche
Al jardin por la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ISMELA. — CELAURO, SACERDOTISAS.

ISMELA. (*Ap.*)

Aquí está Celauro. ¡Oh nunca
Por esta parte viniera!

CELAURO.

(*Ap.* Peor será irme sin hablarla,
Ya que esta ocasion me alienta.)

Divina Ismela, aunque sé
Que de mi vida te pesa,
Tambien sé que de mi vida
Nadie puede sino ella
Desenojarte: y así,
Porque tú no la aborrezcas,
De mí aborrecida, viene
A ampararse, á tus piés puesta.
La desgracia de tu hermano
Sin traicion y sin cautela
Fué, en igual duelo; la causa
Entre los dos tan secreta,
Que aunque la espada la dijo,
No la ha de decir la lengua.
Baste saber que no hubo
Trance de honor en que deba
Lo ilustre de nuestra sangre
Dejar el odio en herencia:
Y así humilde te suplico...

ISMELA.

No prosigas: cesa, cesa;
Que haberte oido no es estar
Atenta, sino suspensa.

ESCENA XII.

ANFION *que se queda escuchando.* —DICHOS.

ANFION. (*Ap.*)

No pude alcanzarla, hasta
Que Celauro á hablar con ella
Llegó: ¡oh si pudiera oir
Escondido entre estas hiedras
Si es de mí!

ISMELA.

Mas ya cobrada
De la suspension, y atenta
Tambien al osado arrojo,
Tirano, de que te atrevas
A haber hablado conmigo
En plática tan ajena
De mi estimacion...

ANFION. (*Ap.*)

Sin duda
Que la habla en mi amor.

ISMELA.

Es fuerza
Que en nueva ira, en nueva rabia
Volcanes el pecho encienda.
¿Cómo es posible, villano,
Loco, bárbaro, que tengas
Atrevimiento de hablarme
En tan odiosa materia
Para mí?

CELAURO.

Como no pude
Nunca entender que lo fuera;
Que un noble rendido afecto
Que solamente desea
Verse en el agrado tuyo,
Más es obsequio que ofensa.

ANFION. (*Ap.*)

Bien me disculpa.

ISMELA.

¿Qué obsequio
Es crêr de mí que yo pueda
Domeñar de mi altivez,
De mi sangre, mi nobleza,
Mi pundonor y mi duelo
La nunca rendida fuerza?

CELAURO.

El de persuadirte á que
No hay deidad que no agradezca
Verse rogada.

ANFION. (*Ap.*)

No mal
La persuade. ¡Qué fineza
Tan de amigo!

ISMELA.

Ruego injusto
Ninguna deidad le acepta.
Y para que no alterquemos
En demandas y respuestas
Tan indignas de mi oido,
En tu vida á hablarme vuelvas
En esto... y véte de aquí:
Quítate de mi presencia.
No me fuerces, no me obligues
A que con la espada mesma
Que tú...

CELAURO.

Detente.

(*Vale á sacar la espada, detiénela él, y sale Anfion.*)

ANFION.

¿Qué es esto?

CELAURO.

Una cólera, que ciega
Conmigo, quizá, señor,
Contigo estará mas cuerda. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANFION, ISMELA, SACERDOTISAS.

ANFION.

Poca razon, soberana
Beldad, que á la primavera
Das en tu coturno flores,
Dando en tu guirnalda estrellas;
Poca razon has tenido
En mostrarte tan severa
Contra un afecto que solo
Aspira á que te venera.
Cuanto te ha dicho Celauro
¿Es mas de que quien desea
Tus piedades no merece
Tus rigores? Pues si esta
Es la culpa, y viene á ser
La suya y la mia una mesma,
Véngate en mí, que sabré
Hacer ménos resistencia,
Pues es lo propio morir
A tu ira que á tu belleza.

ISMELA.

¡Esto solo le faltaba
A mi ofendida paciencia!

ANFION.

Desde el instante primero
Que te ví...

ESCENA XIV.

SOLDADOS, LIDORO. — DICHOS.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra!
(*Las cajas.*)

ANFION.

Pero ¿qué alboroto es este?

SOLDADOS. (*Dentro.*)

Mueran todos.

OTROS. (*Dentro.*)

Nadie muera.
(*Sale Lidoro.*)

ANFION.

¿Qué es eso?

LIDORO.

Acude, señor,
A impedir el que sucedan
Mil desdichas. La resaca
De la pasada tormenta
En desatados fragmentos
Gente desas playas echa
Derrotada: con que alguna
De la tuya, mal resuelta,
No les da cuartel, bien que otra
Los ampara y los alberga.
En cuya desigualdad
Opuestos...

ANFION.

No me refieras
Que hay quien disfame mis armas
Con los rendidos soberbias.
Iré á enmendar el desórden.—
Tú entre tanto considera (*Á Ismela.*)
Que quien vence sin contrario
(Si de tí misma te acuerdas),
No puede decir que vence.
Con que tampoco el que llega
A vengarse sin agravio,
Podrá decir que se venga.
(*Vanse Anfion, Celauro y Lidoro.*)

ESCENA XV.

ISMELA, SACERDOTISAS.

ISMELA. (*Ap.*).

¡Esto solo me faltaba
(Otra vez á decir vuelva
Y otras mil) para apurar
El resto de mi paciencia!
¿No te bastaba, fortuna,
Que forzadamente atenta
A conservar (bien lo sabes)
El templo y las vidas nuestras,
Tomase la voz de Vénus?
¿No te bastaba que puestas
En esa armada, corriesen
Mis esperanzas tormenta,
Sino que una vez perdidas,
Sobre que dure depuesta
Diana, y Vénus colocada,
Las sinrazones padezca
De que Anfion y Celauro
Osadamente se atrevan
El uno á olvidar respetos
Y el otro á acordar ofensas?
Pero ¿qué me desconfía?
¡Aquí, cielos, de mí mesma!
No se pierda la venganza,
Ya que el socorro se pierda;
Que si la noche me ayuda
(Dejando aparte las quejas
De Celauro para otra
Ocasion, pues no son desta),
Verá Anfion de su Vénus
Todas las pompas deshechas,
Diana todos sus agravios
Vengados, todas mis penas
Consoladas yo, y el mundo
Verá que el valor de Ismela
En los montes de Tesalia
Supo hacer su fama eterna.
(*Vase, y con ella las sacerdotisas.*)

ESCENA XVI.

LELIO, LIBIA.

LELIO.

Libia hermosa, no te asombre
Que de amarte no dé gana,
Pues ya en Libia de liviana
Tienes la mitad del nombre.

LIBIA.

¡Ay Lelio! los accidentes
De tan mal bochorno entibia;
Que soy Libia, y Doña Libia
Solo ha engendrado serpientes.

LELIO.

Bien se ve, pues cuando en esta
Montaña no hay quien no halle

Todo músicas el valle,
Todo bailes la floresta,
En regocijo de que
La armada desvaneció
Vénus, y diosa quedó
De Tesalia, en cuya fe
Una y otra juventud
Celebran con igualdad
Las ninfas su libertad,
Los ninfos su esclavitud;
Sola tú, sorda á mis quejas,
Ni me oyes ni me escuchas.

LIBIA.

Aunque son tus quejas muchas,
Ya son mas las que me dejas.
¿Sorda yo? ¡Loco, atrevido!
¿Sorda yo? ¡Tonto, insensato,
Necio, simple, mentecato,
Grosero y mal advertido!
¿Sorda yo, siendo yo quien
A sátiros que me llamen,
Como lega digo *amen*,
En vez de decir *amén*?
¡Sorda yo! ¡Qué grosería!
En castigo pues, menguado,
Que de mí has desconfiado,
Vén á hablarme cada dia:
Verás si soy sorda ó no.
Esto, cielos, es volver
Por mi honor; y ha de saber
Que á cualquiera escucho yo;
Porque como no sea mucha
La parola en que se apoye,
No es sorda la que no oye,
Sino aquella que no escucha. (*Vase.*)

LELIO.

¡Qué constancia y qué valor
Tan heróico y singular!
¡Oh qué gran cosa es amar
A damas de pundonor!
Albricias pedir quisiera
A todo el mundo.

ESCENA XVII.

CELAURO. — LELIO.

CELAURO.

¿De qué?

LELIO.

De que á Libia hablar podré
Tan bien yo como cualquiera.

CELAURO.

¡Qué necedad!

LELIO.

Si lo es
El amar, cúlpate á ti,
Pues que de ti lo aprendí.

CELAURO.

¡Qué siempre tan necio estés,
Que no pueda consolar
(Siendo así que otro testigo
No hay ni puede haber) contigo
Siquiera el menor pesar
De tantos como padezco?

LELIO.

Pues ¿quién te lo quita?

CELAURO.

Quien
Está siempre loco.

LELIO.

Aun bien
Que hoy á estar cuerdo me ofrezco.
Cuanto quisieres me di;
Que en oir te pago atento...

CELAURO.

¿Qué?

LELIO.

Pago el neutral contento
De que Libia me oiga á mí.

CELAURO.

A Dóris (¡qué confusion!)
De parte de Anfion hablé.

LELIO.

Tambien yo á Libia; mas fué
De parte de mi aficion.

CELAURO.

Que esta noche la respuesta
En el jardin me daria,
Dijo.

LELIO.

A mí Libia de dia.

CELAURO.

No solo mi pena es esta,
Que á Ismela llegué rendido,
Y tambien se enfureció.

LELIO.

Fuéraste, como hice yo,
Sin darte por entendido.

CELAURO.

Colérica...

LELIO.

Estotra brava...

CELAURO.

No oyó aun mis voces primeras.

LELIO.

Llamárasla sorda, y vieras
Como de estilo mudaba.

CELAURO.

Véte, bárbaro, de aquí;
Que sin ti, con mi dolor
Hablaré á solas mejor,
Ya que tan triste nací
Que no tengan mis cuidados
Con quien hablar de otros modos.

LELIO.

Paciencia, señor; que todos
Estamos enamorados,
Y nos hemos de sufrir,
Sin hallar, si yo me fuera,
Ni tú otro que te sirviera,
Ni yo otro á quien servir. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

CELAURO.

De cuantos disfamaron,
Obscura noche fria, [ron
Tu lóbrega estacion, á quien nombra-
Emula infausta de la luz del dia,
Te ha de desagraviar la pena mia;
Pues á pesar del sol verás que nombra
Mi fortuna su oráculo tu sombra,
Alumbrándome en ella [lla,
Aun mas que todo el sol, sola una estre-
Que grata me responda: [da.
Y mas que á nunca ver el sol se escon-
Duélete pues ¡oh noche! de una vida,
De tan contrarios vientos combatida,
Que á morir ó vivir se arroja expuesta
A la equívoca voz de una respuesta,
Y no porque deseo
Mas vivir que morir, segun me veo
A todo prevenido,
Sino por fallecer de una vez, pido
A tu deidad que el arrugado velo
Borre con negra tez la azul del cielo.
Desciende pues, y para mas obscura,
Vístete del color de mi ventura.
Mas ¡ay! que necio invoco [co;
A quien mi ruego ha de estimar en po-
Pues aunque no la ruegue, [gue
De oficio es fuerza que por sí desplie-
El ceño de sus pálidas tinieblas,
Con que en este horizonte, [monte.
Ni el valle es verde ya, ni pardo el
Bien me parece que acercarme puedo
Al templo. ¿Quién llevó valor y miedo
A un tiempo tan iguales?
Mas ¿quién pudo llevar bienes y ma-
Tan á un tiempo tampoco? [les
La yerba apénas con la planta toco.
¡Oh qué cobarde pisa una fortuna
Siempre infeliz! (*Vase.*)

—

Tránsito del templo de Diana al jardin.

ESCENA XIX.

ISMELA.

Si el orbe de la luna
Dosel es de Diana,
Si la noche su imperio, y las estrellas
Su vasallaje son, no con liviana
Satisfaccion, no con erradas huellas
En su favor me vengo á valer dellas.
Fúnebre tropa, ¡oh tú! que vas huida
Del sol, tu alta deidad está ofendida:
Yo la ofendí fiada en la esperanza
De que Aristeo la daria venganza.
Deshízose el intento [to,
Por la inconstante condicion del vien-
No porque Vénus, diosa de la espuma,
Turbase el mar, cual dije, ni presuma
Que han menester sus cóleras violentas
Que haya milagros para haber tormen-
[tas,
Siendo en el puerto, el golfo y en la
[playa
El milagro mayor que no las haya.
Y pues de mí sin culpa está agraviada,
De mí á mi riesgo se ha de ver vengada.
Sed pues testigos, si la reverencio,
¡Oh noche obscura, oh tímido silencio!
En el altar que puro ostentó honores,
¿La infiel diosa no está de los amores?
Pues si una dél se vió desposeida,
Ultrajada y rompida,
Véase otra robada,
Y en términos rompida y ultrajada.
Vea si al verla desaparecida
El valgo,cré que es darse por vencida,
Dejando, como ménos soberana,
Desocupado el trono de Diana, [plo
Y dejando tambien yo al mundo ejem-
De celo, amor y fe. (*Vase.*)

ESCENA XX.

CELAURO.

Pues ya del templo
La puerta abrí, abra ahora la que pasa
Al jardin. Ruido siento, y á la escasa
Luz de trémula lámpara que densa
Apénas un crepúsculo dispensa,
A medio viso, como que agoniza,
Temiendo siendo lumbre ser ceniza,
Subir las gradas veo
Una mujer. Bien lo que dudo creo,
Pues creo que llegar al trono pudo,
Y que pudo quitar la estatua dudo;
No porque no es pequeña,
Sino por admirar en qué se empeña.
Con ella carga, y hácia el claustro vuel-
[ve.
Atienda á ver qué es lo que hacer re-
[suelve.

ESCENA XXI.

ISMELA, *con un ídolo de Vénus, de bronce, sin ver á* CELAURO.

ISMELA.

Pues mi fuerza no basta á deshacella,
Para que nadie rastro encuentre della
La arrojaré en la sima
En cuyo centro nadie á entrar se anima.
Y pues cerrar no puedo ahora la puerta,
Hasta volver, fuerza es dejarla abierta.
(*Vase.*)

CELAURO.

Tras ella iré. Mas no; que no quisiera
Que otra me viese ó que ella me sintiera,
Mayormente no yendo
Hácia el jardin. ¿Y para qué pretendo,
Por lo que no me importa,
Lo que me importa aventurar, perdiendo,
Vencida ya la noche, la edad corta
Que resta para el dia?
Volveré hácia el jardin (¡ay Dóris mia!)
A saber tu respuesta.
¿Pero gran flojedad no será, ó poca
Curiosidad, que novedad como esta
Se quede sin saber? Mas ¿qué me toca?
Bien que no sé qué influjo de mi estrella
Mas que mi amor me mueve: iré tras ella.
(*Al entrar él, sale Ismela, encuéntranse los dos, y él se cubre el rostro con una banda.*)

ISMELA.

(*Para sí.* Cierre ahora la puerta.)
Mas... ¿Quién va?

CELAURO.

No va nadie.

ISMELA.

(*Ap.* Yo estoy muerta.)
Hombre ó fantasma, ó quien eres,
¿Cómo aquí (*Ap.* ¡El cielo me valga!)
A estas horas estás?

CELAURO.

¿Cómo,
Mujer ó sombra ó fantasma,
En este sagrado tú
Tambien á estas horas andas?

ISMELA.

Yo en mi casa estoy.

CELAURO.

Pues yo
En la ajena.

ISMELA.

Esa arrogancia
Llamaré quien la castigue.

CELAURO.

(*Ap.* ¡Cielos! yo conozco esta habla.)
Llama norabuena; pero
Advierte ántes que si llamas...

ISMELA.

¿Qué?

CELAURO.

Que llamas de camino
A quien castigue la osada
Accion de haber dese altar
Quitado á Vénus la estatua;
Que todo lo he visto.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Ay triste!
Que aunque diga que el llevarla
Fué para adorarla, ya
No me es posible sacarla
De donde la eché.

CELAURO.

¿Enmudeces?

ISMELA.

No, porque cuando (¡qué ansia!)
Lo digas, diré tambien
Que su sagrado profanas,
Y te quitarán la vida.

CELAURO.

(*Ap.* Ismela es, si no me engaña
La voz, y así he de apurarlo.)
Pues calle yo si tú callas,
Y adios, bella Ismela.

ISMELA.

Espera;
Que conocida y nombrada
De tí, tengo de saber
Tambien yo, ántes que te vayas,
Quién va dueño de un secreto
En que me van vida y alma.

CELAURO.

No lo intentes, porque yo
No he de decirlo.

ISMELA.

Repara
Que si el partido es igual
De que calle pues tú callas,
Se desiguala el partido
Llevando tú la ventaja
De poder decirlo todo
Sin poder yo decir nada:
Y así he de saber quién eres
Para quedar resguardada
De mi secreto en el tuyo.

CELAURO.

Para ese resguardo basta
Saber, Ismela, que soy
Noble yo, y que tú eres dama,
Y no has de perder por mí.

ISMELA.

Todo eso el temor no salva;
Que no asegura que es noble
Quien nombre y rostro recata,
Y mas á una dama á quien
La deja mal confiada
De su verdad.

CELAURO.

Quizá es
Esto por asegurarla
De que en sabiendo quien soy
No entre en mas desconfianza.

ISMELA.

Ya esa es enigma que pone
Mas deseo en apurarla,
Y no has de irte sin que yo
Sepa quién eres.

CELAURO.

Repara
Tú tambien que ya la noche
Huye, vencida del alba:
Y pues á su media luz
Es fuerza, si aquí nos hallan,
Que ambos secretos se pierdan,
Adios, adios.

ISMELA.

Oye, aguarda;
Que aunque se aventure todo,
No he de quedar obligada
A guardar dos vidas yo
Sin ver quien una me guarda.

CELAURO.

¿Dos?

ISMELA.

Sí.

CELAURO.

¿Cuáles son?

ISMELA.

La tuya
Y mas la de la que ingrata
Te da estos atrevimientos:
Con que si tú me restauras
De una culpa, de dos yo
Te restauro á tí.

CELAURO.

Te engañas,
Pues con decir que eres tú,
Vendrás tú á tenerlas ambas.

ISMELA.

¿Cómo dices que eres noble,
Si te defiendes y amparas
Ya de vil mentira?

CELAURO.

Como
Quizá es verdad. (*Ap.* ¡Ay amada
Dóris! Esto es prevenir
El que en sospecha no caiga,
Si el dia dice ser tú
La que en el jardin aguardas.)

ISMELA.

Ser yo y guardarte de mí
Hace tan gran repugnancia,
Que ella misma te desmiente:
Y así, con mayor instancia
Me importa saber quién eres.

CELAURO.

¿Y cómo saberlo aguardas?

ISMELA.

Pues me favorece el dia,
Quitando al rostro la banda.
(*Quítale la banda del rostro.*)
¡Celauro es! ¡Valedme cielos!

CELAURO.

¿Ves si bien te aseguraba
Que en viéndome habias de entrar
En mayor desconfianza?

ISMELA.

(*Ap.* ¿Qué haré, cielos? Mas ¿qué puedo
Hacer cuando, á la garganta
El agua, todo va á pique,
Sino asirme de la espada?)
Celauro, de nuestra diosa
El celo (la voz me falta)
Me movió (el labio entorpece)
A que (el aliento desmaya)
Viendo perdido (¡qué pena!)
El socorro (¡qué desgracia!),
Robase (el corazon tiembla)
De Vénus (¡qué horror!) la estatua,
De Diana (¡qué congoja!)
En desagravio (¡qué rabia!),
Para que fuese (¡qué injuria!)
Otro ultraje su venganza.
Con que yo... si... cuando... ¡Ay triste!

CELAURO.

Pues ¿de qué es turbacion tanta,
Si te aseguras con solo
Volver la imágen al ara?

ISMELA.

¡Ay, que no puedo! Y así,
Pues mas obliga que agravia
Un noble afecto rendido,
Mi infelice vida ampara,
Que aborrecida de mí,
Llega á ponerse á tus plantas.
Morir es fuerza, si tomas
De mis rencores venganza,
Diciendo que por mí vienes
Y por mí la imágen falta.
Humilde pues...

CELAURO.

No prosigas;
Que es nueva especie de infamia
Dejar pedir lo que es fuerza
Que uno por sí mismo haga.

Yo soy quien soy, y te doy,
Testigos haciendo á cuantas
Deidades contiene el cielo,
La fe, la mano y palabra
De que ni lo uno ni lo otro
Jamas de mis labios salga.

ISMELA.

En esa confianza... Pero
Gente ya en los claustros anda.
Véte, véte, miéntras yo,
Saliendo al paso, hago espaldas
A tu fuga.

CELAURO.

Adios.

ISMELA.

Adios.
(*Ap.* ¿Quién, cielos, imaginara...

CELAURO. (*Ap.*)

¿Quién imaginara, cielos...

ISMELA.

Que mis iras...

CELAURO.

Que mis ansias...

ISMELA.

Se hayan convertido en que
De mi enemigo me valga?)

CELAURO.

Se hayan trocado en que yo
Sin ver á Dóris me vaya?

LOS DOS. (*Ap.*)

¡Ay de quien deja honor, vida y alma,
Pendiente hasta ver si es ventura ó des[gracia!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

ANFION, *empuñando la daga, tras de* ISMELA, DÓRIS Y LIBIA, *y otras* SACERDOTISAS, *que salen huyendo; y deteniéndole*, CELAURO, LIDORO, LELIO Y GENTE.

UNAS.

¡Piedad, dioses!

OTRAS.

¡Favor, cielos!

CELAURO.

Señor...

LIDORO.

Señor...

ANFION.

Quita, aparta;
Que todas han de morir
A los filos desta daga,
Si no me dicen cuál es
La que ha quitado la estatua.

TODAS.

Ninguna lo sabe.

ANFION.

¿Cómo
Ninguna, si es cosa clara
Que no pudo ser de fuera
El que allí entrase á robarla?
¿Cerrado el templo no estuvo?

TODAS.

Si estuvo.

ANFION.

Luego de casa
Es la sacrílega aleve
Que la tiene y que la guarda,
Mayormente cuando veo
Entre esa vil tropa ingrata
Alguna que contra Vénus,
Siempre en favor de Diana
Se mostró. Pero no quiero
Que parezca el condenarla
Violenta pasion, sinó
Justicia igual: y así, hasta
Que al trono se restituya,
Y la que fuere, del ara
Manche el jaspe, el mármol tiña,
Y humano holocausto arda,
No han de templarse las iras
De mi furia, de mi rabia;
Tanto, que porque una no
Pueda escapar de mi saña,
Habeis de perecer todas.

DÓRIS.

Advierte...

LIBIA.

Mira...

ISMELA.

Repara
Que es suma justicia sumo
Rigor.

ANFION.

No me digas nada;
(*Ap.* Que ya sé que vencerás
Si tú del ruego te encargas.)

TODAS.

A tus plantas...

ANFION.

Ya otra vez
Perdonaron mis hazañas
Vuestras vidas: era mia
En aquel trance la causa;
Esta no es mia, es de Vénus.

UNAS.

Señor...

OTRAS.

Señor...

ANFION.

Retiradlas,
No las vea, no las oiga,
Adonde ninguna salga
Hasta que entre sí confieran
Y me entreguen la culpada,
O mueran todas.

LIBIA.

Aun bien
Que yo y Dóris la coartada
Probarémos; que estuvimos
En el jardin hasta el alba,
De que no habrá tulipan
Que no sea testigo.

ANFION.

Calla.

CELAURO. (*Ap.*)

¡Ay de quien no pudo en él
Verla, ni ahora disculparla!

DÓRIS. (*Ap.*)

¡Ay de quien aquí el indicio
Llora, y allá la tardanza! (*Vase.*)

ISMELA. (*Ap.*)

¡Ay de quien en su enemigo
Ha puesto la confianza! (*Vase.*)

LELIO. (*Ap.*)

¡Ay de quien se enamoró
Solo para que á su dama
Se la pasen a cuchillo!
(*Vanse las sacerdotisas.*)

ESCENA II.

ANFION, CELAURO, LIDORO, LELIO, GENTE.

ANFION.

Celauro.

CELAURO.

Señor.

ANFION. (*Ap. los dos.*)

¿No acabas
De oir á una desas aleves
Que ella y Dóris hasta el alba
En el jardin estuvieron?

CELAURO.

Sí, señor.

ANFION.

Dime, ¿qué traza
En eso fundar podemos,
Para que no entre en la airada
Pena de todas?

CELAURO.

¿Qué mas
Que quererlo tú? (*Ap.* ¡Que haya
Trance en que pueda en un noble
Ser conveniencia la infamia
De sus celos!)

ANFION.

Yo quisiera
Que con industria ó con maña
Su exencion se disimule:
No diga despues la fama
Que abandonó la justicia
Mi interes, pues entre tantas
Reservar una es dejar
Sabida la circunstancia.

CELAURO.

Entre dos en un delito
Indiciados, si se halla
Que uno solo fué agresor,
Piadosas las leyes mandan
(*Ap.* ¡Oh quién pudiese templar
De tanto rigor la instancia!)
Que se perdonen entrambos,
Teniendo por mas fundada
Razon que el culpado viva,
Que no que al suplicio vaya
El no culpado. Esta ley
Se ve en la guerra observada,
Pues cuando algun motin mueven
Muchos, ó un bando quebrantan,
Sortean á uno: con que puedes
(Puesto que un ejemplo basta
Para un delito) mandar
Que en una la suerte caiga;
Que no ha de ser luego en Dóris
Tan precisa la desgracia,
Que caiga en ella: con que
Sin nota su vida salvas
Y la opinion de cruel,
Dejando a la soberana
Providencia de los dioses
El que ellos la eleccion hagan.
Y dado caso que sea
Ella la mas desgraciada,
Podrás, disponiendo que
Se eche llorosa á tus plantas,
Fingir tú que la piedad
Al enojo se adelanta,
Y perdonarla.

ANFION.

Bien dices.—
Lidoro.

(*Llega Lidoro.*)

LIDORO.

¿Qué es lo que mandas?

ANFION.

Mudar consejo el prudente
Dicen que es sentencia sabia,

Y así, mi cólera quiero
Que suspenda la amenaza
De que todas mueran, siendo
Quizá una sola culpada.
Pero para que no quede
El delito sin venganza,
Remitiéndome á los dioses
El que vuelvan por su causa,
Échese suerte entre todas,
Muera la que ellos señalan:
Quéjese de su fortuna,
No de mí; y porque no haya
Sospecha de que en mi gente
(Que al fin es nacion contraria)
Hubo maña, fraude ú dolo,
Asiste, Celauro, á echarla
Tú, pues con esto verán
Que hay quien justicia las guarda.
Y oye aparte. (*Ap. á él.* Si pudieres,
Sea dolo, fraude ó maña,
Hacer la suerte precisa
Para que en Dóris no caiga,
Hazlo así: mira que en Dóris
Me van amor, vida y alma.) (*Vase.*)

CELAURO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿á quién se ha pedido
Que dé la vida á su dama,
Sino á mí? Pero ¿á quién, cielos,
Se ha pedido que el guardarla
Sea para verla ajena?

LIDORO. (*Á Celauro.*)

Venid, pues Anfion lo manda,
A ser testigo de cuánto
Regularmente se trata
Esta accion entre nosotros.
(*Vanse Lidoro y gente.*)

ESCENA III.

CELAURO, LELIO.

CELAURO. (*Ap.*)

¿Quién se vió en confusion tanta,
Persona que hace y padece?
Pues si á Dóris (¡pena extraña!)
No toca la suerte, es fuerza
Que Anfion del poder se valga
Contra mi amor: si la toca,
Es fuerza tambien que haga
Mérito de la fineza
Que ha de hacer en perdonarla:
De suerte que contra mí
Resulta, salga ó no salga,
Ser desgraciada la dicha
O dichosa la desgracia,
Sin que para uno ni otro
Pueda servirme de nada
El que sepa yo quién es
Quien tanto escándalo causa. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LELIO.

Aquí entro yo. Fortunilla,
Siempre fiera, siempre infausta,
Siempre necia, siempre loca,
Y siempre... A decir *borracha*
Iba; pero no mereces
Verte en dignidad tan alta.
¿Qué será de mí ¡ay de mí!
Si á Libia la suerte alcanza,
O no la alcanza la suerte?
Cuando de lo uno se saca,
Que si no hace caso della,
No es persona de importancia;
Y sobre mal empleado,
Perderé dicha tan rara
Como ver en vivo fuego
Hecha polvos á mi dama;
Y lo otro, que si hace caso,
Perderé tambien la gana
Que tengo de verla mia
Para matarla á patadas,
Que es el último desquite
Que tienen los que se casan:
Con que, salga ó no, es preciso
Que diga...

ESCENA V.

LIBIA. — LELIO.

LIBIA.

A los cielos gracias,
Que ya me libré del susto.

LELIO.

¿Qué es eso, Libia?

LIBIA.

Que echada
La suerte, escapé por dicha.

LELIO.

¿Y en quién cayó la desgracia?

LIBIA.

Hasta ahora no lo sé,
Porque todavía se andan
Brujuleando las que quedan.

LELIO.

¿Y cómo saberlo aguardan?

LIBIA.

Echáronse en una urna
Muchas cedulillas blancas,
Y una escrita, que decia,
«Esta es la desdichada.»
Despues que se barajaron,
Porque no haya engaño ó trampa,
Ni nadie pueda quejarse
Sino de sí misma, mandan
Que cada una por su mano
Sacando una suerte vaya,
Hasta que en la que sacare
La escrita, la pena caiga.
Llegué yo, saqué la mia,
Salí en blanco, aunque no en blanca
Mano (que tambien hay duelo
Que negras manos no agravian):
Con que ya libre, escapar
Pude, dando al cielo gracias
De haber salido del susto.

LELIO.

Yo tambien, Libia; que estaba
Pendiente el alma de un hilo,
Si hacen calcetas las almas.

LIBIA.

Ismela por aquí viene
Libre tambien.

ESCENA VI.

ISMELA; *despues*, DÓRIS Y GENTE. — LELIO, LIBIA.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Cuánto engañas,
Oh fortuna, á quien previno
Su oráculo en tus mudanzas!
Dígalo yo, pues que siendo
Yo la cómplice, me sacas
Libre del peligro, y dejas
En el peligro empeñada
A la que inocente diga...

DÓRIS. (*Dentro.*)

No era menester que hablaras,
Suerte, para decir que
Yo soy la mas desdichada.

ISMELA.

La voz de Dóris es esta.
¡Qué dolor!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Qué pena!

LIBIA.

¡Qué ansia!

LELIO.

¡Pobre Celauro! ¿Quién te hizo
Testigo de tu desgracia?

ISMELA.

¿Qué le va á Celauro en eso?

LELIO.

No le va, señora, nada;
Que ántes le viene gran pena.

ISMELA.

¿Por qué?

LELIO.

¿Qué sé yo? ¡Mal haya
Mi lengua!

LIBIA.

Amen.

ISMELA.

Pues yo tengo
De saberlo.

LIBIA. (*Ap. á él.*)

Infame, calla.
(*Hace señas Libia á Lelio de que calle, y Ismela repara en ellas.*)

ISMELA.

¿Qué señas son esas, Libia?

LIBIA.

¿Yo señas?

ISMELA.

Prosigue, habla:
Di, ¿por qué?

LELIO.

Porque se tienen
Simpatía las dos casas
Desde que un abuelo suyo,
Saliendo de una batalla
Victorioso, á un Lauro dijo:
«¡Ce, Lauro!» Los que allí estaban,
Viendo que el Lauro se hacia
Sordo, dijeron: «¿Qué aguardas
Para que sus sienes dores?»
Con que se hizo la alianza
De los Celauros de Armenia
Con las Dóris de Tesalia,
Y así, sentirá ser Dóris
La infeliz. Esta es la causa;
Y por si fuere otra, voy
Con tu licencia á buscarla. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ISMELA, LIBIA.

ISMELA.

Libia, las locuras deste
Y tus señas me declaran
Que hay algun secreto en esto,
Que te obliga á que le hagas
Callar, forzándole á que
Diga necedades tantas.

LIBIA.

Yo no sé nada, señora.

ISMELA.

Dóris, ya la suerte echada,
Ha de morir: mejor soy,
Libia, si bien lo reparas,
Viva yo, que muerta ella,
Para amiga.

LIBIA.

No sé nada.

ISMELA.

Mira que me importa mas
Que piensas el que yo salga
De una duda.

LIBIA.

No porfies;
Que no diré, si me matas,
Que á Dóris Celauro adora,
Que á Celauro Dóris ama,
Y que porque él no lo diga,
Quitándome á mí la gana
Que tenia de decirlo,
Segun reventando estaba,
Le decia que callase.

ISMELA.

¡Qué me dices!

LIBIA.

Lo que pasa.

ISMELA.

¿Celauro á Dóris?

LIBIA.

Por señas,
Que el quedarse desmayada
Una noche, fué creyendo
Que muerto Celauro estaba;
Y por señas de que anoche,
Como ya dije, hasta el alba
En el jardin esperando
Estuvimos á que entrara,
Como suele, por el templo,
Y no entró.

ISMELA.

Ya eso me basta
Para salir de una duda
Y entrar en muchas. (*Ap.* Tirana
Fortuna, ¿á qué mas extremo
Pudo llegar tu inconstancia,
Que hacer dueño de un secreto
A un hombre que es fuerza que haya
De dar vida á su enemiga,
O ver dar muerte á su dama?
¡En grande peligro, cielos,
Estoy!)

LIBIA.

Dóris, mal hallada
Con su suerte, como muchas;
Celauro con su esperanza,
Como muchos, mal contento,
Sin hablarse una palabra,
Enternecidos los dos,
Solos han quedado.

ISMELA.

No hagas
Reparo en ellos, y vén
Conmigo por otra estancia;
Que hay mucho en que hablemos, Libia,
Las dos.

LIBIA. (*Ap.*)

¡Oh, quiera Doña Ana
O Doña Vénus (que á mí
Basta cualquiera) no salga
Desta junta un nuevo amor
De que ser yo secretaria!
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VIII.

DÓRIS, CELAURO.

DÓRIS.

Más siento, Celauro, verte
Las lágrimas en los ojos,
Que todos cuantos enojos
Me pudo acarrear la suerte.
No te enternezca mi muerte;
Que yo desde anoche puedo
Decir que la perdí el miedo;
Que el dia que así me olvida
Tu amor, no quiero la vida.

CELAURO.

¡Ay Dóris! tan sin mí quedo
Al mirarte, que no sé
Qué responder á esa queja;
Y pues entender se deja
Que libre un punto no esté
Quien prisionero se ve,
Culpa á Anfion, y no á mí:
El me detuvo, y así,
(*Ap.* ¡Quién declararse pudiera!)
No ser justo, considera, [1]
. . . .
Se sienta, cuando tenemos
Tantas cosas que sentir.

DÓRIS.

¿Quién te ha dicho que el morir
Trae mas sensibles extremos
Que el presumir que nos vemos
Olvidadas las mujeres?
Y si consolarme quieres,
Pues lo mas es que he sentido,
Consuélame de tu olvido,
Y adios.

CELAURO.

No llores; que no eres
Tú quien mueres, sino yo;
Ni la olvidada tampoco,
Sino yo tambien, que loco
De celos moriré.

DÓRIS.

No
Sé que hasta hoy ninguno vió
Que celos quien muere dé.

CELAURO.

Hoy yo tampoco lo sé;
Mas sé que tú vivirás
Y yo moriré.

DÓRIS.

¿En qué vas
Fundando ese trueco?

CELAURO.

En que
Es mas infeliz mi suerte
Que la tuya: bien mostrando
Lo está el que yo viva, cuando
Tú estás condenada á muerte.
Yo fuí quien á Anfion dí (advierte)
Medio con que darte pueda
La vida, cuando suceda
El caer la suerte en tí.
Ya sucedió: mira si
Causa de morir me queda,
Pues de Anfion adorada,
Y de mí, Dóris, perdida,
Siendo quien pone tu vida
A su fineza obligada,
Fuerza es temerte mudada;
Que aunque movió la cuestion
Ciega desesperacion
De cuándo daria mas pena,
Muerta una dama ó ajena;
Es tan fina mi pasion,
Que ella modo le advirtió
Con que dél vida recibas;
Que á precio de que tú vivas,
¿Qué importa que muera yo?
No me lo agradezcas, no;
Y pues el modo ha de ser
Darte lugar de poder
Llegar á sus piés rendida,
Triste, llorosa, afligida
Para dar él á entender
Que tu llanto le ha movido [2],
Dóris, y no su pasion,
A que te otorgue el perdon,
Que te consueles te pido,
Pues la suerte no ha caido
De morir tú, sino yo.

[1] Falta el último verso de esta décima.

[2] Desde aquí, hasta *Te hizo dueño de mi vida*, inclusive, hay en lugar de una décima una combinacion de doce versos.

DÓRIS.

No desconfies; que no
Porque mi vida le pida
Y dél sea concedida,
Podré yo disponer della,
Supuesto que ya mi estrella
Te hizo dueño de mi vida.
Vivamos pues, y esperemos,
Tú en amar, yo en resistir.

CELAURO.

¿Quién te ha dicho que es vivir
Vivir entre dos extremos
Tales?

DÓRIS.

Pues si en ambos vemos
Que tu vida amenazó
Que yo la pida ó que no,
¿Para qué la he de pedir?
Que habiendo tú de morir,
¿Para qué he de vivir yo?
Y así, el medio que buscaste
Contra mi estrella cruel,
No habiendo yo de usar dél,
Presume que no le hallaste,
Y que no me ofenda baste;
Que ¿quién finezas llevó
De otro á su dama?

CELAURO.

Quien vió
Que su dama á morir iba:
Y á precio de que ella viva,
¿Qué importa que muera yo?

DÓRIS.

Pues si esto no basta, advierte
Otra razon tú.

ESCENA IX.

LIDORO, SOLDADOS. — DÓRIS, CELAURO.

LIDORO.

Llegad,
Y un velo al rostro le echad,
En fe de que es la que á muerte...

CELAURO.

¡Duro trance!

DÓRIS.

¡Pena fuerte!

LIDORO.

Lleva el hado destinada:
Y venid, porque adornada
De lutos pueda llegar
Donde entre pira y altar
Ha de ser sacrificada.
(*Echan á Dóris un velo en el rostro.*)

CELAURO.

Lidoro, escucha.

LIDORO.

¿Qué quieres?

CELAURO. (*Ap. á Lidoro.*)

Orden tengo de Anfion
Para que en esa ocasion,
Cuando cercano le vieres,
La dejes como pudieres,
Sin nota, echarse á sus piés.

LIDORO.

Lo mismo, Celauro, es
Lo que me ha ordenado á mí
Cuando noticia le di
De que Dóris era.

CELAURO.

Pues
Hazlo así.— ¿Quién, cielos, vió?...
(*Lidoro y los soldados se llevan á Dóris.*)

Mas deje la queja esquiva;
Que á precio de que ella viva,
¿Qué importa que muera yo?

ESCENA X.

ANFION. — CELAURO.

ANFION.

Celauro, pues ya llegó
El caso que prevenimos
Cuando los dos discurrimos
En dar vida á Dóris bella
Si la suerte caia en ella,
Obremos lo que dijimós.
Vén al templo, donde creo
Que el riesgo me ha estado bien,
Si obligando su desden,
Agradecida la veo
En favor de mi deseo.

CELAURO.

¿Quién dudará que lo esté,
Si tan gran fineza ve
Que obra por ella tu amor?
Que al dar la vida, señor,
Ninguna dádiva sé
Que pueda igualar.

ANFION.

A tí
Te la debo yo, pues fuiste
El que el arbitrio me diste.

CELAURO.

(*Ap.* Mejor dijeras que fuí
El que le dió contra sí;
Pero no; que bien obró
En lo que dijo y calló
Mi siempre opinion altiva:
Y á precio de que ella viva,
¿Qué importa que muera yo?)
Mas ¿qué es esto?
(*Dentro cajas destempladas.*)

ESCENA XI.

LELIO. — DICHOS.

LELIO.

Que arrastrando
Negros lutos, y despues
Al compas de destempladas
Cajas, ir Dóris se ve,
Si no por su pié á la pila,
A la pira por su pié.

ANFION.

Salgamos, Celauro, al paso,
Para que pueda mas bien
Lidoro hacer la deshecha,
Como yo se lo mandé
Y tú preveniste.

CELAURO. (*Ap.*)

¡Ay triste!
Que lo que previne fué,
Por ser con ella piadoso,
El ser conmigo cruel.
(*Las cajas, y suena dentro ruido.*)

ESCENA XII.

DÓRIS, LIDORO. — ANFION, CELAURO, LELIO.

DÓRIS. (*Dentro.*)

Soltad, tiranos.

LIDORO. (*Dentro.*)

Tenedla,
Antes que á vista del Rey
Pueda llegar.

ANFION.

¿Qué es aquello?
(*Sale Lidoro.*)

LIDORO.

Que del militar tropel
Qué la lleva, desasida,
Sin que la impida el no ver,
Por transparente el cendal,
El descubrirte, y sin que
Los que la cercan, la puedan
Resistir ni detener,
Hácia aquí viene, señor.

ESCENA XIII.

Sale DORIS *huyendo con el velo echado,* Y SOLDADOS *tras ella; despues,* LIBIA Y SACERDOTISAS.—ANFION, CELAURO, LELIO.

DÓRIS.

No es eso solo.

ANFION.

¿Pues qué es?

DÓRIS.

Querer los cielos que tome
El sagrado de tus piés,
Facilitándome el paso,
Compadecidos de ver
Que muero inocente.

ANFION.

El llanto
Suspende, la voz deten;
Que yo no pude hacer mas
Que haber hecho al cielo juez,
Puesta tu suerte en tu mano.—
Llevadla, llevadla pues.
(*Ap. á él.* Dime, Celauro, si finjo
Bien la deshecha.)

CELAURO.

Y muy bien.

DÓRIS.

Ya que no por infeliz,
Permíteme por mujer
Que pueda decirte, ¿cuándo,
Señor, dió fuerza de ley
A la suerte el que prudente
Supó en sus mudanzas ver
Que ceños de la fortuna,
Contra la razon tal vez,
Por salir con su dictámen
Suelen votar al reves?
¿Al condicional acaso
De un mal doblado papel,
Que yo misma le elegí
Sin saber lo que habia en él,
Se ha de dar crédito, mas
Que á la lástima de quien
En su abono hace testigo
A todo el cielo tambien
De que no cometió el robo?
Y cuanto, señor, á haber
Puesto mi suerte en mi mano,
¿Qué prueba contra mí? Pues
Antes prueba en mi favor;
Que en manos de una mujer
Desdichada ántes, no es mucho
Prosiga el serlo despues.
Y cuanto...

ANFION.

No mas: de aquí
La llevad. (*Ap. á Lidoro.* No la lleveis.)
(*Ap. á Celauro.* Dila tú que ruegue mas.)

CELAURO.

(*Ap.* A mi pesar lo diré.)
Prosigue, pues mi pesar,
Viviendo tú, es mi placer.

DÓRIS.

Señor, si yo...

ANFION.

Baste, baste.

DÓRIS.

¡La espalda vuelves? Mas ¿qué
Me aflige? Que todo es rostro,
Y no tiene espalda el Rey.

ESCENA XIV.

ISMELA. — DICHOS.

ISMELA.

(*Ap.* Aunque aventure el quedar
Obligada á agradecer
Lo que haga por mí, sabiendo
Que Anfion me quiere bien,
Algo he de hacer por Celauro;
Que mas es lo que hace él
En guardar contra su dama
Mi secreto.) Si á tus piés
Un ruego mas, ya que no
Mérito haga, puede hacer
Número, á ellos te suplico...

ANFION. (*Ap.*)

¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿No es esta la que yo adoro?

ISMELA.

Que ya que á lograr llegué
La primera vez tu agrado,
Le logre segunda vez;
Que en ánimos generosos
Dignos de eterno laurel,
Es de una merced el fin
Principio de otra merced.
Si por mí vivieron todas
Cuando á Vénus aclamé,
Supuesto que no se sabe
Que ella la agresora es,
No por un acaso deje
De vivir Dóris tambien.
Su vida en nombre de todas
Te pido humilde.

ANFION.

(*Ap.* No sé
Lo que me sucede. ¡Cielos!
¿Si son dos de un parecer?
Entre la noche y el dia
Confuso me llego á ver.
Allí el nombre todo es sombras,
Aquí todo es rosicler
El semblante; mas si es sol,
¿Qué mucho, á desvanecer
La oposicion de la niebla
Se venga la luz tras él?
¿A cuál creeré de las dos?
Pero ¿qué lo dudo, qué,
Si tan cerca el desengaño
Está?) Ese velo corred
Al rostro desa infelice.

CELAURO.

Esto es, llegándola á ver,
Honestar lo compasivo.

ANFION.

¡Qué miro! ¿Tú no eres quien,
Osadamente soberbia
Y atrevidamente infiel,
Contra Vénus á Diana
Disculpaste? Mira si es
Acaso el haber caido
La suerte en tí, ó si es haber
Concurrido todo el cielo
De tu fortuna al desden.
El te condena, no yo;
Que su claro azul dosel,
Que espejo es de la verdad,
No habia de empañar la tez
En la inocencia, pudiendo
En la malicia mas bien.

Y pues que no es suerte ya
Sino justicia la que
Te condena, convencida
En que otra no pudo ser
La que intentase aplacar
De Diana el ceño, volved,
Volved á cubrirla el rostro,
Y llevadla donde dé
La vida en aras de Vénus;
Que aunque en el altar no esté,
Verá que está en el altar
A la que la robó dél.—
Tú perdona no otorgarte (*A Ismela.*)
Lo que me pides; yo haré
Otras finezas por tí.

CELAURO. (*Ap. á Anfion.*)

Advierte, señor, que es
Ya ese mucho fingir: puesto
Que has de perdonarla, ¿qué
Esperas?

ANFION.

¿Quién, di, tirano,
Ingrato á mi buena ley,
Te dijo que esto es fingir
Ni que la perdonaré,
Si en lugar de la que adoro,
Me pone tu falsa fe
La que aborrezco á los ojos?

CELAURO.

Pues esta, señor, ¿no es
La que tú me señalaste,
Cuando volviéndola á ver,
La ofrenda en sus manos vi?

ANFION.

Cuando eso llegase á ser,
Error que ya yo imagino
Cómo pudo suceder,
¿Cómo de mi parte hablabas
A esotra, cuando despues
La decias que pagase
Un rendimiento cortés,
Y ella ofendida, á tu espada
Acometió, y yo llegué
A embarazar su furor?

CELAURO.

Advierte que eso no fué
Hablar yo de parte tuya
A Ismela, señor, porqué
Eso fué de parte mia,
En órden á merecer
Su desenojo.

ANFION.

¡Eso mas!
Solo falta que me des
Ahora celos.

CELAURO.

No es materia
De celos esta; que aunqué
A Ismela, que es esa, hablaba,
Era á fin...

ANFION.

La voz deten;
Que á ningun fin, ni á mirarla
Tú por tí te has de atrever.
Y pues ese es duelo para
Averiguado despues,
Quitadme ahora de delante
Esa alevosa, esa infiel;
Y cuando por delincuente
No muera, muera por ser
Aborrecida.

CELAURO. (*Ap.*)

Fortuna,
¿Habrá amante padecer,
Que ya quitados los celos,
Le dejen la pena en pié?

LIDORO. (*Deteniendo á los otros soldados.*)

Todo esto es fingido; no
A retirarla llegueis,
Aunque él lo mande.

ANFION.

Oye tú
Disculpas de no poder
Ahora obedecerte.

(*Habla aparte á Ismela.*)

CELAURO. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué es lo que aquí debo hacer?
Dejar que inocente muera
Dóris á quien amo, es
Cruel dolor: guardar su vida,
Contra la palabra y fe
Que á Ismela jurada dí,
Tambien es dolor cruel,
Y tan contrarios, que uno
De amor mira el interes,
De honor el interes otro.
Por ser amante, ¿he de ser
Ruin? No. Mas por no ser ruin,
¿No he de ser amante? ¡Oh quién
Hallara medio!... No hay otro
Sino el que ya imaginé.
Anfion ¿no perdonaba
A Dóris bella al creer
Que era la que amaba? Luego
Ha de perdonar tambien
A Ismela, en viendo que Ismela
Es la delincuente; pues
Si no aventuro su vida,
¿Qué importan palabra y fe?
Mas ¡ay de mí! mucho importan;
Que aunque no llegue á perder
La vida ella, pierdo yo
La opinion. ¿Qué hombre de bien
Dijo nunca criminal
Dicho contra una mujer?
¡Yo delator de una dama,
Aun cuando no hubiera ley
De fe y palabra! Eso no;
Que aunque ella viva por él
Despues, ya yo habré hecho ántes
La infamia, y no me está bien
Ser mia ántes la infamia, y suya
La fineza de despues.
Pues medio ha de haber, fortuna,
Y glorioso. Este ha de ser
Que yo...

ANFION.

Espera.— ¿Todavía
Ahí esa fiera os teneis?

LIDORO.

Como me mandaste...

ANFION.

Ya
No es tiempo. Llevadla pues,
Quitádmela de delante.

CELAURO.

Esperad, no la lleveis;
Que no merece morir.

ANFION.

¿Por qué, tirano?

CELAURO.

Porqué
Ella no robó la estatua;
Que yo quién la robó sé.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Ay infelice de mí!
Mas ¿qué me espanto de ver
Que por dar vida á su dama,
A mí la muerte me dé,
Y mas siendo su enemiga?

ANFION.

¿Tú lo sabes?

CELAURO.

Sí.

ANFION.

Bien ves
Si eres traidor, pues que tratas
Mis favores con doblez.
¿Cómo sabiéndolo, hásta ahora
Callaste?

CELAURO.

Como pensé
Que nunca llegara á tanto
Extremo como perder
Nadie la vida; mas viendo
Que es forzoso, mejor es
Que muera quien cometió
El delito, que no quién
No le cometió.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ANFION.

Pues ¿qué aguardas? Dilo pues,
Di quién le cometió.

CELAURO.

Yo.

DÓRIS. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

ISMELA. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

CELAURO.

Que al ver
Cuán mi opuesta Vénus fué,
Disponiendo contra mí
La batalla que perdí,
La prision en que quedé;
No pudiendo mi dolor
Vengar inmediato en ella,
Le vengué en su imágen bella.
Yo soy pues el agresor,
Que ultrajando su deidad,
De sus aras la robé;
Yo el que desluci y ajé
La pompa y la vanidad
Del sacrificio que habia
Hecho Dóris; que esto fué
En lo que me equivoqué.
Y pues es la culpa mia
Y suyo el obsequio, en mí
Venga el delito, no en ella;
Que temo que su querella
Clame al cielo, siendo así
Que de un pecho noble y fiel
Mejor es diga la fama
Que murió por una dama,
Que no una dama por él.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Qué generosa hidalguía!
¡Por no romper mi secreto
Condenarse á sí!

DÓRIS. (*Ap.*)

¡Qué afeto
Tan hijo de su osadía!
Pero no le ha de valer:
Haya pues en mi nobleza
Fineza contra fineza.

ANFION.

No sé qué te responder,
Sino que pues despechado,
Sin temor mio te ofreces
A la muerte que mereces,
Quizá en mi amor confiado,
No ha de valerte el favor,
Si en él tu esperanza estriba.
Muera él y Dóris viva.

CELAURO. (*Ap.*)

Eso pretende mi amor
El dia que sé que sin mí,
No siendo ella la querida,
Queda de tí aborrecida.

ANFION.

Cubridle el rostro, y de aquí
Al ara en que ha de morir
Le llevad. ¿Qué esperais pues?

DÓRIS.

No le lleveis; que no es
El el que debe morir,
Pues no cometió el delito.

ISMELA. (*Ap.*)

El, que yo fuí, la contó.

ANFION.

Pues ¿quién le cometió?

DÓRIS.

Yo,
Que viendo que solicito
Con mis razones en vano
Volver por Diana bella,
Y que en el sacro altar della
Pudo tu rigor tirano
Forzarme á sacrificar
A Vénus, desesperada
La robé, porque vengada
Quedase en su mismo altar.
Celauro, que enamorado
(Perdone aquí mi altivez)
Desde mi primer niñez
Me amó, viendo el triste estado
A que mi suerte me guia,
Porque su fineza arguya,
Pretende hacer que sea suya
La culpa que solo es mia.
Y así, ya que cometí
Yo el delito, pague yo
El castigo, pues él no
Le ha merecido, y yo sí.

CELAURO.

¿Cómo es posible creer
Que ella robarla pudiese,
Y siendo bronce, tuviese
Tanta fuerza una mujer,
Que del altar la quitase?

DÓRIS.

¿Cómo es posible tambien
Que hubiese de noche quien
Al templo cerrado entrase!

CELAURO.

A esa duda satisface
Dar por testigo y ejemplo
Esta llave, que del templo
A todas las puertas hace.

DÓRIS.

Yo en fin...

CELAURO.

Yo en fin...

ANFIÓN.

Oye, aguarda;
Que es sobrada mi paciencia,
Sin llegar á una experiencia,
Que há mucho rato que tarda.
Ya que uno por otro quiere
Morir, y que en duda está,
La fineza cumplirá
El que la estatua me diere
Hoy de los dos.

DÓRIS.

¡Qué crueldad!

CELAURO. (*Ap.*)

¡Quién hubiera visto dónde
Fué donde Ismela la esconde!

ANFION.

¿Cuál de ambos la tiene? Hablad.

CELAURO.

Yo no te la puedo dar...

DÓRIS.

Ni yo entregarla podré...

CELAURO.

Porque yo al fuego la eché.

DÓRIS.

Porque yo la arrojé al mar.

ISMELA. (*Ap.*)

¡Que aquesto suceda ¡ay Dios!
Por lo que yo cometí?

ANFION.

Pues si uno es cómplice aquí
Y otro miente de los dos,
Que entrambos mueran ni es ira
Ni es despecho ni es crueldad,
El uno por la verdad
Y el otro por la mentira.
Llevadlos pues sin oir
Réplicas. ¿Qué os deteneis?

ISMELA.

Esperad, no los lleveis;
Que no merecen morir
Ni uno ni otro.

ANFION.

¿Cómo no?

ISMELA.

Como ellos no ejecutaron
La culpa que confesaron.

ANFION.

Pues ¿quién la ejecutó?

ISMELA.

Yo.
Molesto á nadie parezca
Recopilar cabos, cuando
Irlos recogiendo es fuerza.
Yo, que siendo de Diana
La mas fina, mas afecta
Sacerdotisa, la voz
De Vénus tomé en su ofensa,
En esperanza de que
A vengarla Aristeo venga,
Cuya faccion frustró el fiero
Huracan de la tormenta;
De lo que contra ella dije,
Dispuse satisfacerla:
Y así, hollando de la noche
Las obscuras sombras densas,
Entré al templo, y del altar,
Tímidamente soberbia,
Quité la imágen, á tiempo
Que con la llave maestra
(Para que no haya testigo
Que no sirva en su defensa)
Al templo Celauro entró:
Si fué ó no por Dóris bella,
Cállelo mi lengua, puesto
Que ya lo ha dicho su lengua.
Cogióme el hurto en las manos;
Y con ser las casas nuestras
Siempre enemigas á causa
De alguna casual tragedia
Que dió ocasion para que
Desenojarme pretenda
(Porque aun desto no se queden
Sin desvanecer sospechas
De verme empuñar su espada);
Y con ser (á decir vuelva)
Yo su mayor enemiga,
Es tan grande su nobleza,
Que cumpliendo fe y palabra
De que ninguno dél sepa
Que fuí la agresora yo,
Se deja morir, y deja
Que muera con él su dama.
Pues siendo esto así, y que á ella,
Por desdichada, la suerte
Tocó, y que él por defenderla
Y defenderme, se acusa,
¿Cómo es posible que pueda
Dejar mi valor de entrar
En tan noble competencia?
Contra la fineza que él
Por Dóris hace, ¿no intenta
Hacer la fineza Dóris
De volver contra sí mesma
La acusacion del delito
Que no cometió? Pues vea
El mundo que entre Celauro
Y Dóris, tambien Ismela
Tiene valor para hacer
Fineza contra fineza.
Yo fuí quien robó la estatua;
Y pues tu última sentencia
Fué que el que te la entregare
Haya de ser el que muera,
Muera yo, pues yo seré
Quien te la entregue por ella.
Vén, sabrás adónde está. (*Vase.*)

ANFION.

Oye, aguarda, escucha, espera.—
Seguidla todos, y en tanto
La ejecucion se suspenda.
(*Vanse las sacerdotisas y soldados.*)
(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué he de hacer, si es
Que es la delincuente Ismela?) (*Vase.*)

DÓRIS.

Vamos, Celauro, á saber
Si nuestra ventura es cierta.

CELAURO.

¿No has oido que yo sé
Que lo es?

DÓRIS.

Sí; mas ¿quién creyera
Que contra tí y contra mí
Lo callaras?

CELAURO.

Quien supiera
Lo que fe, mano y palabra
Dada de hombre noble, fuerza,
Y mas á una dama.
(*Vanse Celauro y Dóris.*)

ESCENA XV.

LELIO, LIBIA.

LIBIA.

Lelio,
Dime en Dios y en tu conciencia,
¿Has reparado en cuán muda
He estado mas de hora y media,
Sin hablar una palabra?

LELIO.

No; que hube menester esa
Admiracion para mí,
Que callé casi las mesmas.

LIBIA.

Pues desquitémonos. ¿Viste
Jamas porfía tan necia
Como andar estos menguados
Matándose sobre apuesta?

LELIO.

Primores son de amor.

LIBIA.

Yo
Bien sé que no me muriera
Por tus pedazos.

LELIO.

Yo sí,
Por verte pedazos hecha,
Me muriera por los tuyos.
Y dejando esta materia,
¿Dónde van y dónde vamos
Tras ellos?

LIBIA.

Hácia unas peñas
Que en lo apartado del parque
Se incorporan con la cerca.

Pero mira cómo pisas
Por allí, que hay unas cuevas,
Cuyas bocas por encima
Brozas cubren, y están llenas
De escuerzos abajo y sapos,
De lagartos y culebras.

LELIO.

¿Luego ya son tres las Libias?

LIBIA.

¿Qué tres?

LELIO.

Africa, tú y esa.

LIBIA.

¡Desdichado del que caiga
En una!

(*Vanse.*)

—

Parque.

ESCENA XVI.

ISMELA, ANFION, LELIO, CELAURO, DÓRIS, LIBIA, LIDORO, SACERDOTISAS, SOLDADOS, GENTE.

ISMELA.

Esta es la funesta
Sima donde la arrojé:
Manda que álguien baje á ella,
Verás si hallada, soy yo
La que merece que muera
Más por el ultraje que
Por el hurto.

ANFION.

¿Quién pudiera
Hacer que no hubieses sido
Tú de tan pública ofensa
La agresora?

ISMELA.

No sería
Tan noble la recompensa
De la fineza que hizo
Celauro por mí, si fuera
Ménos restada la mia,
Que verme á morir expuesta.
Manda pues que alguno baje,
Y saque la estatua desa
Pavorosa horrible boca.

ANFION.

¿Quién ha de haber que se atreva?

CELAURO.

Yo; mas será á no sacarla,
Porque contra mí se vuelva
A quedar la presuncion,
Y vivan Dóris y Ismela.

ANFION.

Detente; que es tarde ya
Para andar fino con ellas.—
Busca, Lidoro, un esclavo,
U hombre vil, que aunque perezca
No importe.

LIDORO.

El que ménos monta
De cuantos aquí se encuentran
Es este.

LELIO.

Mire vusted
Que no ha hecho muy bien la cuenta;
Que yo soy lacayo, y hoy
Montan mucho, pues apénas
Manda el amo que el caballo
Lleve á casa de la rienda,
Cuando no solo le monta,
Pero le mata á carreras.

ANFION.

Con una cuerda le atad,
Y echadle abajo.

(*Atan á Lelio por la cintura con un cordel.*)

LELIO.

Que adviertas,
Te suplico, que esto mas
Es cordelejo que cuerda.

UNOS.

Vaya abajo.

OTROS.

Abajo vaya.

LELIO.

Libia, adios.

LIBIA.

Vé norabuena;
Que apénas saldrás mordido
De sabandijas tan fieras,
Cuando me enamore de otro,
Para que de mí se sepa
Que tambien supe yo hacer...

(*Al ir á arrojarle, suena música dentro de la sima, y todos se suspenden.*)

ESCENA XVII.

MÚSICA, *debajo de tierra.*—DICHOS.

MÚSICA.

Finezas contra finezas,
Más la madre del Amor,
Que las castiga, las premia.

UNOS.

¡Qué prodigio!

OTROS.

¡Qué portento!

ISMELA.

Dentro de la sima suenan
Dulces acentos.

CELAURO.

El aire
Sonoras músicas pueblan.

DÓRIS.

No hay eco que no publique
Sus blandas cláusulas tiernas.

ANFION.

Oid, por si repite que...

MÚSICA. (*Dentro de la tierra.*)

Finezas contra finezas,
Más la madre del Amor,
Que las castiga, las premia.

ESCENA XVIII.

CUPIDO, *que sale de la cueva con la estatua de Vénus en brazos.* — DICHOS.

TODOS.

¡Sagrados, divinos dioses!
¿Qué es esto?

CUPIDO.

Que Vénus bella,
A los ruegos de Cupido
Ha remitido su queja;
Que viendo cuánto resulta
En triunfo mio su ofensa,
Logrando en Celauro y Dóris
Tan amante competencia,
Quiere que os la restituya
El mismo Amor; con que Ismela,
Pues su fineza no fué
De amor, sino de nobleza,
Sea la víctima que ellos
Habian de ser, y se vea
Que castiga insultos cuando...

MÚSICA. (*Dentro de tierra.*)

Finezas contra finezas,
Más la madre del Amor,
Que las castiga, las premia.

ISMELA.

Muera yo, pues sola yo
La culpada fuí.

ANFION.

Oye, espera;
Que si en finezas de amor
Vénus sus enojos templa,
Finezas de amor te alcanzan
Que de la muerte te absuelvan.

CUPIDO.

¿Qué finezas?

ANFION.

Perdonarla
Yo, que soy quien mas desea
Que en Tesalia Vénus triunfe
Por laurel de mis empresas
Y timbre de mis hazañas:
Con que aunque su agravio sienta
Ya es triunfo de amor vencerme
Yo á mí mismo: de manera
Que es justo verse en mí el que...

ÉL Y MÚSICA.

Finezas contra finezas,
Más la madre del Amor,
Que las castiga, las premia.

CUPIDO.

Convencido, de su parte
Te perdono yo, con que ella
Te dé la mano de esposa.

ISMELA.

De esclava, á sus plantas puesta.
Siendo quién ya, no fingida,
La imágen al altar vuelva,
Acompañándome todos
Con música, baile y fiesta.

CELAURO.

Dame tú, Dóris, la mano.

DÓRIS.

Mi amor tal dicha merezca.

LIBIA.

Lelio, venga acá esa mano.

LELIO.

No haberme librado fuera
De echarme á las sabandijas.

TODOS.

Vaya de música y fiesta,
Repitiendo todos que...

TODOS Y MÚSICA.

Finezas contra finezas,
Más la madre del Amor,
Que las castiga, las premia,

—

DUELOS DE AMOR Y LEALTAD.

PERSONAS.

IRÍFILE, *dama.*
DEIDAMIA, *dama.*
LAURA.
ISMENIA.
DÓRIS.
LIBIA.
FLORA, *villana.*
CÓSDROAS, *viejo.*
MORLACO, *gracioso.*
TOANTE, *galan.*
LEONIDO, *galan.*
CENON, *galan.*
ANTEO, *criado.*
ALEJANDRO, *rey.*
SOLDADOS PERSAS.
SOLDADOS FENICIOS.
SOLDADOS MACEDONIOS.
DAMAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Tiro y en otro puerto.

JORNADA PRIMERA.

Playa de Tiro.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y trompetas, fingiéndose dentro una batalla. SOLDADOS PERSAS, SOLDADOS FENICIOS, LEONIDO, CENON, TOANTE Y MORLACO, *dentro; despues, sale* IRÍFILE.

SOLDADOS PERSAS. (*Dentro.*)
¡Viva Persia!

SOLDADOS FENICIOS. (*Dentro.*)
¡Tiro viva!

PERSAS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma!

FENICIOS. (*Dentro.*)
¡Guerra, guerra!

TODOS. (*Dentro.*)
¡Guerra, guerra!

LEONIDO. (*Dentro.*)
¡Al arma!

CENON. (*Dentro.*)
¡Al arma!

FENICIOS. (*Dentro.*)
¡Tiro viva!

PERSAS. (*Dentro.*)
¡Viva Persia!

UNOS. (*Dentro.*)
¡Guerra, guerra!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Al arma, al arma!

TOANTE. (*Dentro.*)
Por mas que la suerte adversa
Se nos declare, el morir
Es desdicha, mas no afrenta.
Volved pues, volved, soldados,
A la lid.

MORLACO. (*Dentro.*)
Salve el que pueda
La vida.

TOANTE. (*Dentro.*)
¡Valedme, cielos!

UN SOLDADO PERSA. (*Dentro.*)
Si el caballo le despeña,
Sin general, ¿qué esperamos?

UNOS. (*Dentro.*)
¡Al monte!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Al valle!

OTROS. (*Dentro.*)
¡A la selva!

FENICIOS. (*Dentro.*)
¡Victoria por los de Tiro!
(*Sale Irífile con espada desnuda, cimera de plumas y bengala.*)

IRÍFILE.
Miente alevosa la lengua
Que infamemente industriosa
Desmaya con lo que alienta;
¡Que aun estoy yo viva!— Pero
¿Adónde ¡ay de mí! me lleva
El despecho? pues por mas
Que desatentada quiera
Seguir la voz de Toante,
(*Cajas.*)
No puedo, segun le empeña
Su valor. Dígalo el ver
Que en fuga sus tropas puestas,
Cobardemente la espalda,
Destrozadas y deshechas,
Vuelven sin él. Mas ¿qué dudo
Ir en su alcance, si es fuerza
Que vivo ó muerto, á su lado
Irífile viva ó muera,
Si le halla muerto, en sus brazos,
Y si vive, en su defensa?

ESCENA II.

LEONIDO, SOLDADOS FENICIOS. — IRÍFILE.

LEONIDO.
¿Dónde, valiente persiana,
Vas, cuando tus huestes dejan,
Por ampararse en los montes,
Desamparadas las tiendas?

IRÍFILE.
Donde muriendo y matando
Desesperada y resuelta,
Me encuentre mi fama viva
Antes que la tuya muerta.

FENICIOS.
Si ese es tu intento...

LEONIDO.
Tened
Las armas, nadie la ofenda.
Y tú, invencible beldad,
Sin que ni mates ni mueras,
Date, no digo á prision,
Sino á cuartel, en que veas
Que los fenicios que el hado
A Africa ha arrojado, intentan
Mas mantenerse en la paz
De huéspedes, que en la guerra
De conquistadores.

IRÍFILE.
Antes
Que á ese partido me venza,
Me ha de vencer el acero:
Y así, que me lidien deja
Tus soldados, hasta que
La vida á sus manos pierda.

LEONIDO.
En vano te precipita
El valor, porque aunque quieras
Tú morir, no querré yo
Sino que vivas; que fuera
Deslustre de mi victoria
El baldon de tu tragedia.
Date pues, otra vez digo,
A mi fe y palabra atenta,
No á prision, sino á hospedaje
De noble estimacion.

IRÍFILE.
Esa
Generosa accion de dar
Vida á quien no la desea,
No es piedad. ¡Huiré de tí
En busca de quien no tenga
Clemencia tan sospechosa
Que deja de ser clemencia.

LEONIDO.
Seguiréte yo, porqué
Aunque le halles no te ofenda,
Yendo yo en tu salvaguardia.
(*Vase Irífile, y síguenla todos.*)

Campo inmediato á un templo.

ESCENA III.

CENON, *saliendo al paso á* IRÍFILE; *despues*, LEONIDO Y SOLDADOS FENICIOS; MORLACO, *tendido en el suelo, como muerto.*

CENON.
¿Adónde, persiana bella,
Desmandada de tu gente,
Tan sola el pavor te lleva?

IRÍFILE.
Poco há que respondí
A aquesa pregunta mesma
Que adonde muera matando:
Y así, no extrañes que sea,
Siendo una la pregunta,
Una tambien la respuesta.

CENON.
De tan bizarra osadía
Baste que cumplas la media,
Que es matar; mas no morir,
Hallándome en tu defensa.
(*Salen Leonido y soldados fenicios.*)

LEONIDO.
En su seguimiento traigo
Yo ofrecida esa fineza,

Y así, me toca el cumplirla,
Pues me tocó el ofrecerla.

CENON.

Ya son mis empeños dos:
Uno, haber llegado ella
A mi vista; otro, que tú,
Leonido, en su amparo vengas.
Y así, pues todo tu duelo
Es asegurarla, y queda
Segura conmigo, puedes
Dar á tu puesto la vuelta.

LEONIDO.

Eso es desairarme mas,
Cenon, que obligarme, en prueba
De que hubo menester
Tu amparo para mi ofensa.

CENON.

Si esa razon no me basta,
Valdréme de otra.

LEONIDO.

¿Qué es?

CENON.

Esta.

(Pone á Irífile detras de sí.)

Yo no sé mas de que viene
Huyendo de tí, y que al verla,
Librarla ofrecí: con que
El primero en quien me empeña
A defenderla, eres tú.

LEONIDO.

Válgame tu razon mesma.
Huir de mí y seguirla yo
¿No es precisa consecuencia
De que ya fué prenda mia?

CENON.

No; que la garza que vuela
No es del alcon que la sigue,
Sino del que hace la presa.

LEONIDO.

La corza que herida huye,
Es del dueño de la flecha
Que va en su alcance.

CENON.

Dejemos
Metáforas aquí necias,
Y vamos á realidades.

LEONIDO.

Vamos.

IRÍFILE. *(Ap.)*

Deidades supremas,
¿Quién se vió trágico asunto
De tan rara competencia?

CENON.

Desde aquel infausto dia
Que, huyendo las iras fieras
De Jove, desamparamos
A Fenicia, patria nuestra,
En la peregrinacion
De ir buscando en las ajenas
Terreno que nos admita;
Deidamia, en quien se conserva
De nuestros reyes la estirpe,
A tí el gobierno te entrega
De la tierra, á mí del mar:
Y pues que por tuya queda
De esclavos y de despojos
Toda la campaña llena,
¿Qué mucho será que lleve
Yo, de mi socorro en prueba,
Sola una esclava?

LEONIDO.

Esa esclava
Vale mas que toda Persia.

CENON.

Pues mira cómo ha de ser;
Que no he de volver sin ella
Yo al mar.

LEONIDO.

Desta suerte.

(Riñen los dos.)

IRÍFILE. *(Ap.)*

¡Cielos!
¿Quién se vió en lid tan opuesta,
Que igualmente le esté mal
El vencido que el que venza?

LEONIDO.

Conmigo vén.

CENON.

Vén conmigo.

ESCENA IV.

DEIDAMIA, LAURA, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.— DICHOS.

DEIDAMIA.

Pues ¿qué novedad es esta
Que la batalla campal
En civil batalla trueca?

LEONIDO. *(Ap.)*

Feliz soy, pues en favor
Mio estar Deidamia es fuerza.

CENON. *(Ap.)*

Infeliz soy, si Deidamia
A saber la causa llega.

DEIDAMIA.

Cuando afable la fortuna
(Quizá apurada de penas
Que ya quebrantando mares,
Que ya penetrando selvas
En nosotros ha cumplido)
Tan otro el semblante muestra,
Que no pudiendo impedirnos
El que tomásemos tierra
En esta africana playa
Todo el poder de los persas [1];
Y no pudiendo tampoco
Impedirnos el que en ella
Vamos fundando ciudad
Tan regularmente excelsa,
Que aun no murada, ha podido
Ponerse tan en defensa,
Que tres veces asaltada
Y tres defendida, ostenta,
Segun los cautivos que
Para su labor nos deja,
Que mas viene á fabricarla
Su orgullo que á demolerla;
Cuando el comun alborozo
De la juvenil belleza
En este templo que á Apolo
Edificó la fe nuestra
Como á nuestro tutelar
Dios, hoy añadir intenta
En honor de la fortuna
A cultos bailes y fiestas;
Los dos, en cuyos dos polos,
En fe de la fama vuestra,
Nuestra peregrinacion,
Ya que no descansa, alienta,
Solicitais que ofendida
De ver cuánto se desdeñan
De sus favorables auras
Las prósperas influencias,
La ingratitud castigando,
Al pasado ceño vuelva,
Tomando por instrumento
La disension, que es quien trueca
Tal vez aplausos á ruinas,
Tal victorias á tragedias?
¿Qué monarquías, qué imperios,
Qué conquistas, qué proezas
En ambas campañas no
Perdió la desavenencia
De sus cabos, sin ver cuánto
Valen mas en mar y tierra
Dos flacas fuerzas unidas
Que desunidas mil fuerzas?
¿Será justo que se cuente
Que cuando (á decirlo vuelva)
Favorable la fortuna
Mueve su inconstante rueda
De adversa en próspera, somos
Nosotros quien contra ella
Forcejamos á que no
Haya de ser sino adversa?
¿Qué importa que el enemigo
Huya vencido, si deja
Militar discordia, que
Desde allá en su nombre os venza?
Volved pues, volved, valientes
Caudillos, á la primera
Jurada fe de valeros
Unos á otros: no se entienda
Que lo que gana el valor,
El mismo valor lo pierda;
Y sepa yo qué ocasion
Os mueve, para que sepa,
Ya que es razon el oirla,
Si la hay para componerla.

LEONIDO.

Entre los varios despojos
Que montes y valles pueblan,
Esta invencible persiana
Quedó por mi prisionera.
De mi piedad ofendida,
Antes á morir resuelta
Que á darse á partido, huyendo
De mí...

CENON.

Llegó donde al verla
Seguida dél, me empeñó
A que yo la favorezca.

LEONIDO.

Solicitando cobrarla...

CENON.

Obligado á defenderla...

LEONIDO.

En fin, como presa mia...

CENON. *(A Deidamia.)*

Yo no sino como presa
Tuya; que mi intento solo
Fué ser yo á quien tú le debas
Tan peregrina hermosura
Puesta á tus piés.

LEONIDO.

Si dijera
Eso entónces, claro está
Que de mi accion desistiera;
Que tú sola ser mereces
Dueño de tan alta prenda;
Mas no dijo sino que
No habia de volver sin ella
Al mar.

DEIDAMIA. *(Ap.)*

¡Oh aleve! ¡qué mal!...
Pero no es esta materia
Para aquí.

CENON.

De mi intencion
No habia yo de darle cuenta,
Valiéndome de disculpas
Que pusiesen en sospecha
Mi valor en no ampararla.

DEIDAMIA.

Pues siendo desa manera

[1] CALDERON pone á *Tiro* en África: de manera que hay que considerarla como *otra Tiro*, diversa de la Fenicia. Así en otras comedias ha hecho á *Gnido* puerto de mar, y ha dado á un monte el nombre de *Peloponeso*. Ya se ha dicho mas de una vez que la geografía de CALDERON es imaginaria.

(*Ap.* Disimule hasta mejor
Ocasion en que hablar pueda),
Compuestos estáis los dos,
Pues quedando su belleza
Por mi prisionera, tú,
Leonido, haces lo que hubieras
Hecho ántes, y tú, Cenon,
Logras tambien la fineza
De mirar tan peregrina
Hermosura á mis piés puesta.

IRÍFILE.

Y no ya de mi fortuna
Quejosa; que no le queda
Accion á la queja el dia
Que, esclava de tu belleza,
Ha enmudecido la dicha
El gemido de la queja.

DEIDAMIA.

Alza del suelo; á mis brazos,
Hermosa persiana, llega.
Y pues cartas de favor
Que dió la naturaleza
Á la hermosura, bien como
Primer sobrescrito dellas,
No he de tenerlas cerradas
Sin ver lo que me encomienda,
Vén al sacrificio ahora;
Despues irás donde sepa
Qué tratamiento te debo
Conforme á las nobles señas
De tu valor y tu traje.
Y vosotros, pues os deja,
Yendo ella conmigo, iguales
Y airosos la competencia,
Proseguid en la jurada
Alianza, sin que sea
Quizá otra vez escarmiento
Lo que ahora es advertencia.

LEONIDO.

Yo á tu órden atento...

CENON.

Yo
Siempre humilde á tu obediencia...

DEIDAMIA.

Bien está: acudid á vuestros
Puestos, y pasando muestra,
Los nuevos esclavos que hoy
En nuestro servicio quedan,
A los que los han ganado
Los dejad, con ley expresa
Como hasta aquí, que á ninguno
Dejen salir por las puertas,
Y que encerrados de noche
Dentro de sus casas mesmas,
Hayan de acudir de dia
A la precisa tarea
De las murallas de Tiro;
Pues basta que cuando vengan
De paz á canjearse algunos,
Sus dueños el precio adquieran:
De suerte, que á un tiempo iguales
Afan é interes, los tenga
La fábrica como esclavos
Y el soldado como hacienda.—
Y ahora, porque no el aire
Infestado se convierta
En el destemplado crísis
De contagiosa epidemia,
Id todos, y el mar sepulcro
De los cadáveres sea.
(*Ap.* ¡Así lo fuera de quien
Ingrato!...) Persiana bella,
Sigue mis pasos.

IRÍFILE.

Sí haré,
Ufana de que no pueda
Mi estrella hacerme infeliz,
Pues á pesar de mi estrella
Todo un sol me alumbra. (*Ap.* ¡Ay,
Toante, lo que me cuestas!)

(*Vanse Deidamia, Irífile, las damas, el acompañamiento y soldados fenicios.*)

ESCENA V.

LEONIDO, LAURA, CENON; MORLACO, *tendido en el suelo.*

LEONIDO. (*Ap. á ella.*)

Laura.

LAURA.

¿Qué quieres?

LEONIDO.

Fiar
De tí, prima, una fineza,
Con la disculpa de que es
Oficio para discretas.

LAURA.

Ya te he entendido.

LEONIDO.

Despues
Hablarémos.

LAURA.

Norabuena. (*Vase.*)

CENON. (*Ap.*)

Si tal vez el ceño dice
Lo que no dice la lengua,
Enojada va Deidamia:
Tras ella iré, hasta que tenga
(Bien que á costa del dolor
De que tal cautiva pierda),
Esforzando la disculpa,
Lugar de satisfacerla. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LEONIDO; MORLACO, *tendido en tierra.*

LEONIDO.

¡Qué breve es la edad del gozo!
Bien dijo quien dijo que era
Efímera de las flores,
Que con el alba despiertan
Y fallecen con la sombra.
Dígalo yo, pues apénas
Me vi dueño de una dicha,
Cuando hubo contra ella,
Sobre envidia que la turbe,
Poder que la desvanezca.
A nadie admire la prisa
Con que su pérdida sienta;
Que siendo instante el ganarla
Y siendo instante el perderla,
Argumento es de que á siglos
Amor los instantes cuenta.
¿Qué tiempo fué menester
Para ver una belleza
Tan hermosamente heróica,
Tan heróicamente excelsa?
Ninguno. Luego ninguno
Habrá menester mi pena,
Si para verla bastó,
Para sentir el no verla.
Si yo hubiera de decir
Mi sentimiento, dijera...

ESCENA VII.

TOANTE, CÓSDROAS Y SOLDADOS FENICIOS.— DICHOS.

TOANTE. (*Dentro.*)

¡Ay de mí infeliz!

LEONIDO.

Mas ¿quién
Hurta el suspiro á mi queja?
Por si fué acaso ó si fué
Vaticinio, á escuchar vuelva.

CÓSDROAS (*Dentro.*)

Tened, soldados, piedad,
Y no deis, ántes que muera,
Sepulcro á un vivo.

SOLDADOS FENICIOS. (*Dentro.*)

El caduco
Vaya.

(*Sale Cósdroas vestido de cautivo, y como arrojado cae á los piés de Leonido; y despues cuatro soldados que llevan á Toante desmayado.*)

LEONIDO.

¿Qué voces son estas?

SOLDADO 1.°

Esto, señor, es hacer
Lo que el bando nos ordena.

CÓSDROAS.

No es sino exceder el bando
Con injusta saña fiera,
Pues antes de ser cadáver,
Vivo á echarle al mar le llevan.

SOLDADO 1.°

¿Qué mas cadáver que ver
Que ni respira ni alienta,
Agonizando?

LEONIDO.

Cobardes,
¿Qué inhumanidad mas que esa?
¿Quién os dijo que la ira
Pudo ser nunca obediencia,
Si anticipada al mandato
Pasa de justa á violenta?
A un hombre que aun vive, darle
Por muerto, es accion tan fuera
De razon natural como
Dudar que en la mas extrema
Ansia le abrevia mil siglos
Quien un instante le abrevia.

TOANTE. (*Volviendo en sí.*)

¡Quién, ya que tiene el sentido,
Aliento ¡ay de mí! tuviera
Para!... No puedo, no puedo
Hablar.

LEONIDO.

En vano te esfuerzas.
Dejadle en los brazos deste
Venerable anciano. Llega,
Carga con él; y pues no,
Por mas que tu dueño sea
De los nobles de Fenicia,
Tendrás albergue en que puedas
Cuidar dél, llévale al mio,
Adonde con la asistencia
De mi gente, muera ó viva,
Vea el mundo que la ajena
Crueldad suele despertar
Tal vez la propia clemencia.

CÓSDROAS.

Mil veces tus plantas beso,
Y no con menor terneza
Que la de padre; que es mi hijo,
Y viendo que en la primera
Ocasion me perdí, vino
Tambien á perderse en esta,
Por buscar mi libertad.
(*Ap.* Su lustre y nombre desmienta:
Si muere, porque no el lauro
De que dél triunfaron tengan,
Y si vive, porque no,
En sabiendo quién es, sea
Imposible su rescate.)

(*Vase, llevando á Toante en brazos.*)

LEONIDO.

Vosotros de otra manera

Entended los bandos, viendo
Que la deidad que os gobierna
Siempre manda lo mejor.
(*Ap.* Tú déjate ver, ó bella
Persiana, porque los ojos
Siquiera el desquite tengan,
Miéntras no ven tu hermosura,
De lo que lloran tu ausencia.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SOLDADOS FENICIOS; MORLACO, *en tierra.*

SOLDADO 1.°

Pues este se nos escapa,
Otros en su lugar vengan.
(*Descubren á Morlaco, echado en el suelo.*)

SOLDADO 2.°

Aquí hay uno que sin duda
Está muerto.

SOLDADO 3.°

Cosa es cierta,
Pues ni alienta ni respira.

MORLACO. (*Ap.*)

Harto el fingirlo me cuesta,
Respirando hácia otra parte.

SOLDADO 4.°

Cógele tú desa pierna,
Yo le cogeré destotra,
Y vaya arrastrando.

SOLDADO 1.°

Espera;
Que yo ayudaré de un brazo.

SOLDADO 2.°

De otro yo, y desta manera
Llegará mas presto al mar.
(*Álzanle entre los cuatro.*)

MORLACO.

No haré tal; que pues me aprietan
Amarrado á cuatro potros,
Decir la verdad es fuerza.

LOS CUATRO.

¡Por Dios, que está tambien vivo!
(*Déjanle caer.*)

MORLACO.

Niégoles la consecuencia;
Que ya no estoy sino muerto,
Segun de golpe me sueltan.
¡Ay de mis espaldas! ¿Quién
Vió que el que iba sin molestia
En silla de manos, en
Silla de costillas vuelva?

SOLDADO 4.°

¿Qué es esto? Pues ¿cómo, estando
Tan sano y bueno, te quedas
Entre los muertos?

MORLACO.

Muy poco
Sabe usted destas pendencias,
Pues hacer la mortecina
Se le hace cosa nueva.
Yo soy Morlaco: asentado
Aqueste principio, sepan
Que aun ánimo para huir
No tuve; y como es prudencia
Que se valga de la maña
A quién le falta la fuerza,
Muerto me fingí, esperando
Queditito á que anochezca
Para escapar sin ser visto.
Mintióme la estratagema,
Pues vustedes (Dios les guarde),
Dando conmigo, me llevan
A ser pescado del mar,
Siendo así que de la tierra
Lo soy desde que han en mí
Cogido una linda pesca.

LOS CUATRO.

Vaya á dar muestra el Morlaco.

MORLACO.

Si de que soy gentil pieza
He descubierto la hilaza,
¿A qué fin he de dar muestra?

SOLDADO 2.°

A fin de que por esclavo
Asentado, mio lo sea,
Pues yo el primero le vi.

SOLDADO 4.°

Yo el primero de una pierna
Le así.

SOLDADO 3.°

Yo de un brazo.

SOLDADO 1.°

Yo
De otro.

MORLACO.

Buen remedio: tengan.

LOS CUATRO.

¿Qué remedio?

MORLACO.

Hacerme cuartos.
Voy á avisar á que venga
El portero de despojos
Por asadura y cabeza.

SOLDADO 1.°

Claro está que á hacerle cuartos
Irá; pero de moneda,
En viniendo á restatarle.

MORLACO.

¡Muy linda esperanza es esa!
¿Quién ha de haber que por mí
Dé un cuatrin?

SOLDADO 2.°

Cuando eso sea,
Se quedará siempre esclavo;
Y pues no ha de haber pendencia
Entre nosotros, juguemos
Cúyo ha de ser.

LOS OTROS TRES.

Norabuena.

MORLACO.

Voy por los dados.

SOLDADO 1.°

Despues
Irá, ahora no se detenga...

LOS CUATRO.

Venga al registro.

MORLACO.

Que soy
Pellejo de vino, adviertan,
Presentado, y ir no debo
A derechos ni á derechas;
Que tambien soy zurdo.

SOLDADO 1.°

Vaya
El mandria...

SOLDADO 2.°

La mosca muerta...

SOLDADO 3.°

El berganton...

SOLDADO 4.°

El gallina...
(*Péganle.*)

MORLACO.

¡Ay, que sin duda me pelan!

ESCENA IX.

MÚSICA. — DICHOS.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sea norabuena,
Norabuena sea.

MORLACO.

¡Mal haya el alma y la vida
Que de mi dolor se alegra,
Diciendo una y otra vez,
Alegres de que me muelan!...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sea norabuena,
Norabuena sea.
(*Vanse.*)

—

Jardin de Deidamia, en Tiro.

ESCENA X.

DAMAS, *cantando y bailando, con guirnaldas de flores;* MÚSICOS; *detras,* DEIDAMIA, IRÍFILE Y FLORA.

FLORA. (*Canta.*)

Que de la fortuna
La deidad suprema
En ser inconstante
Tan constante sea...

MÚSICA.

Sea norabuena.

FLORA.

Que de sus mudanzas
Resulte que vuelvan
Hoy en alegrías
De ayer las tristezas...

MÚSICA.

Norabuena sea.

FLORA.

Que los que han tomado
En Africa tierra,
Al gran dios Apolo
Altares ofrezcan...

MÚSICA.

Sea norabuena.

FLORA.

Que de los fenicios
Vencidos los persas,
Celebren sus triunfos
Jóvenes bellezas...

MÚSICA.

Norabuena sea.

FLORA.

Que á su noble templo
Coronadas vengan
De lirios, claveles,
Rosas y azucenas...

MÚSICA.

Sea norabuena.

FLORA.

Que dellas guirnaldas
A Deidamia tejan,
Para que en su nombre
Reine, triunfe y venza...

MÚSICA.

Norabuena sea.

DEIDAMIA.

No sea norabuena,
Pues... (*Ap.* Mas ¿qué voy á decir?
Enmiende mi sentimiento.)
Pues no es lícito el contento
De ver matar y morir.
Si desiguales los hados
Son tan cruelmente piadosos,
Que no saben que hay dichosos
Sin saber que hay desdichados,
¿Por qué adquiridos despojos

Que constan de otros agravios,
Los han de aplaudir los labios
Sin lágrimas en los ojos?
Y así, pues ya el sacrificio
En cultos de la fortuna,
Viva imágen de la luna,
Dió de nuestro celo indicio,
No á sangre fria festivo
Dure el gozo; y al mirar
Tanto estrago, haga lugar
Lo heróico á lo compasivo;
Que ni es valiente ni honrado
Quien complacido en su horror
Se gloría. (*Ap.* Bien mi dolor
En lástima disfrazado
Se ha sabido desmentir.)
¿Qué esperais? Retiráos pues.

TODAS.

Fuerza obedecerte es.

FLORA.

Mas no dejar de decir,
Segun el contento ha sido
Que el imaginar me ha dado
Qué es lo que traerá pillado
De campaña mi marido...
(*Canta.*)
Que de la fortuna
La deidad suprema
En ser inconstante
Tan constante sea...

MÚSICA.

Sea norabuena.

DEIDAMIA.

No sea norabuena.
(*Vanse Flora, las damas y músicos.*)

ESCENA XI.

DEIDAMIA, IRÍFILE.

DEIDAMIA.

Y ya que en este jardin,
Que de mi palacio fué
Primer fábrica, quedé
Contigo, persiana, á fin
De saber, como ántes dije,
Quién eres, para saber
Qué hospedaje te he de hacer,
¿Qué esperas?

IRÍFILE.

Aunque me aflige
Pensar que mi libertad
Impida el saber quién soy,
Por serlo, obligada estoy
A decir siempre verdad.
Irífile, hija heredera
De Aristóbolo nací,
Por cuya muerte adquirí
A Ceilan, esa primera
Ciudad, que á tres vientos hace
Tres frentes, pues singular
Atalaya de la mar,
Entre Asia y África yace.
Viendo que tu poderosa
Armada arrojaba en tierra
Tanta gente, y que la guerra
A impedirlo era forzosa,
Levas hice presumiendo
Que á mi solo mi poder
Me bastaba para hacer
Que al mar volvieses huyendo.
Engañóme mi denuedo,
Pues dos veces rechazada
Mi gente, y fortificada
Sin ver la cara del miedo
La tuya, no solo no
Me dejó esa playa bella,
Mas fué delineando en ella
Nueva ciudad: con que yo
A Ciro, de Persia rey,
Escribí que puesto que era
Ceilan vanguardia y frontera
Del reino, era justa ley
Defenderla. El liberal,
O forzado ó receloso,
Ejército numeroso
Me envió, y por su general
A Toante... No te espante (*Llora.*)
Que el dolor la voz impida;
Que una pena repetida
Son dos penas. — A Toante
(Vuelvo á decir) su valido,
A quien quise acompañar,
Porque viniendo auxiliar,
Viese que el haber pedido
Favor no era en mí temor,
Sino fuerza; bien lo abona
El que saliendo en persona
A campaña, mi valor
Vería en ella: con que habiendo
En batallones é hileras
Hecho frente de banderas,
Tú al opósito saliendo
De tus muros, la batalla
Me presentaste. Yo que
Con el reten me quedé,
Para en siendo tiempo, dalla
Calor, viendo que volvía
Deshecha y desordenada
Mi gente, desesperada
Me empeñé, por si podia
Reducirla; pero en vano;
Que una vez introducido
El desman, solo ha podido
Recobrarle el soberano
Marte, de las lides dios.
Y pues en duelo oportuno,
Para no ser de ninguno
Fuí prisionera de dos,
Permite que no prosiga
Lo que ya sabes, porqué
No sé qué angustia, no sé
Qué congoja, qué fatiga,
Qué desmayo, qué afliccion,
Qué pasmo, qué ira ó despecho
Me está á pedazos del pecho
Arrancando el corazon,
Con impulso tan violento
En dos mitades partido,
Que con llevarse el sentido
No se lleva el sentimiento.
¡Ay infelice de mí!
(*Cae desmayada en brazos de Deidamia.*)

DEIDAMIA.

¡Laura, Ismenia, Dóris, Flora!
¿No hay quién me escuche?

ESCENA XII.

LAURA, ISMENIA, DÓRIS, FLORA.— DEIDAMIA; IRIFILE, *desmayada.*

LAS CUATRO.

Señora,
¿Qué nos mandas?

DEIDAMIA.

Que de aquí
Me retireis el pavor
Que, al ver cuán mortal está,
Esa persiana me da.

LAS DOS.

¡Qué lástima!

OTRAS DOS.

¡Qué dolor!

DEIDAMIA.

¿Qué esperais? Corred veloces:
A mi cuarto la llevad,
Y de su salud cuidad
Como de la mia.
(*Las damas se llevan á Irífile.*)

ESCENA XIII.

CENON. — DEIDAMIA.

CENON.

¿Qué voces,
Hermosa Deidamia, fuéron
Las que disculpan entrar
Hasta aquí?— Mas ¿qué pesar
(*Viendo llevar desmayada á Irífile.*)
Es el que mis ojos vieron?

DEIDAMIA.

Si ellos le vieron, ya no
Tendré yo que referiros,
Pues se anticipó á deciros
Lo que no os dijera yo,
Por excusaros el susto
De que eclipse su luz pura
Tan peregrina hermosura,
Sobre el pasado disgusto
Que ajena os causaba el vella,
Y el de llegar yo á estorbar
La propuesta de que al mar
No habiais de volver sin ella.

CENON.

Ya, señora, (*Ap.* Estoy sin mí)
Satisfice (*Ap.* Mal me aliento)
Con que (*Ap.* Muerto estoy) mi intento
Fué ser (*Ap.* ¡Qué ansia!) para ti
Digna esclava la persona...

DEIDAMIA.

Próseguid.

CENON.

(*Ap.* ¡Pena tirana!)
Desa Pálas africana,
Desa persiana Belona,
Que con la espada en la mano
Mataba, sin lo que hería,
Con tan alta bizarría,
Con valor tan soberano,
Que si... para ti... yo... cuando...

DEIDAMIA.

Turbado estáis, no advirtiendo
Cuán necio vais destruyendo
Lo mismo que vais saneando.
Disculpa tan descortés,
Que para ella bien buscada
Y para mí mal hallada
Está, no es disculpa, pues
Habeis á un tiempo los dos
Sentido y juicio perdido.
En cobrando ella el sentido
Y en cobrando el juicio vos,
Podrá ser... Pero ¿qué digo?
Que no podrá ser que yo
Vuelva á escuchar á quien no
Supo consultar consigo
La dicha de quien alcanza...
—Esperanza no diré,
Porque un no desden ni fué
Ni pudo ser esperanza.
Y así, sin ella y sin mí
Quedad para... Mas no quiero
Ni aun decir para qué. (*Ap.* Pero
Yo me vengaré de ti.) (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CENON; *y despues,* LEONIDO.

CENON.

Si al ver beldad tan ajena
De sí y de mí, alguno culpa
Que no esforcé la disculpa
Ni disimulé la pena,
Pruebe á verse en la dudosa
Lid de un alma, combatida
De una hermosura perdida
Y otra hermosura celosa:
Verá como no se deja,

En duda de lo mejor,
Ni desmentir el dolor
Ni desvanecer la queja.
Yo lo diga ¡ay de mí! pues...
(*Sale Leonido.*)

LEONIDO.

Decidme... (*Ap.* No conocí
A Cenon, como le vi
De espaldas: ya fuerza es
Proseguir.) ¿Qué causa ha sido
La que á Deidamia ha obligado
A unas voces...

CENON. (*Ap.*)

¡Otro enfado!

LEONIDO.

Que á lo léjos se han oido?

CENON.

No lo sé, y pues que los dos
Una duda padecemos,
De otro saberla podemos.

LEONIDO.

Id con Dios.

CENON.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

LEONIDO.

¿Qué puede haber sucedido?
¿De quién saberlo podré?

ESCENA XV.

CÓSDROAS. — LEONIDO.

CÓSDROAS.

Albricias, señor.

LEONIDO.

¿De qué?

CÓSDROAS.

De que habiendo piedad sido
De tu generoso pecho
Dar vida á un casi difunto,
No dudo que es digno asunto
Ver logrado el bien que has hecho,
Para dar albricias dél.

LEONIDO.

Dices bien, y yo las mando.

CÓSDROAS.

Apénas se albergó, cuando
De la caida cruel
Que le privó del sentido,
Muerto el caballo, cobró
Aliento; y aunque se halló
En varias partes herido,
Ninguna mortal: con que,
La sangre restituida,
Viene á darte de la vida
Rendidas gracias.

ESCENA XVI.

TOANTE, *de cautivo.* — LEONIDO, CÓSDROAS.

TOANTE.

Si sé
Lo que te debo, señor,
¿Qué mucho que haya querido,
Aun no bien convalecido,
Adelantar el honor
De verme humilde á tus piés,
Ilustrada mi persona
Con el traje que me abona
Dos veces esclavo, pues
Dos veces esclavo soy
El dia que á pagar me atrevo
Una vida que te debo
Con una alma que te doy.

LEONIDO.

Alza del suelo á los brazos,
Y cree de mí que diera
Cuanto posible me fuera
Porque no acaso estos lazos
Usara solo contigo,
Sino con todos, en fe
De que nuestro ánimo fué
Mas ser huésped que enemigo.
No nos quisisteis creer,
Y poniéndôs en recelo,
Por nuestra inocencia el cielo
Tres veces quisò volver.

TOANTE.

¿Quién pudiera imaginar
Que no viniese de guerra,
Viendo que arrojaba en tierra
Tan grande ejército el mar?

LEONIDO.

Quien plática hubiera dado
Hasta saber qué ocasion
Nuestra desembarcacion,
Para haber puerto tomado
En el Africa, tenia.

TOANTE.

Yo me holgara de sabella,
Por si resultaba della
Algun convenio algun dia;
Que ser tu esclavo no quita,
Antes añade, que sea
Sugeto á quien se le crea
Lo que decir me permita
Tu noticia.

LEONIDO.

Aunque me halla
De otro cuidado pendiente
Esta materia, que intente,
Ya que la toque, apuralla,
Es bien; que otra vez contigo
Podrá ser que no me veas
Tan familiar; que aunque seas
Sobre mi esclavo mi amigo,
No por eso he de querer
Que vivas privilegiado
Del trabajo que ha obligado
A los demas á poner
En regular perfeccion
Esos muros.

CÓSDROAS.

Yo, porqué
No faltemos dos, iré
A esperarte allá, Estraton,
Miéntras hablais. (*Ap.* No será
Sino á prevenir no nombre
Nadie á Toante por su nombre.) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

LEONIDO, TOANTE.

LEONIDO.

Entre las varias provincias
Del Asia al Oriente, el reino
De Fenicia, fué primera
Colonia de sus imperios.
Fértil y rica duró
Largos siglos, poseyendo
En tranquila paz sus reyes
La quietud de su gobierno.
Júpiter, quizá ofendido
De que ofreciese en sus templos
Mas sacrificios á Apolo
Que á él, en agradecimiento
De ser la estacion primera
Que iluminaban sus bellos
Rayos; ó quizá ofendido
(Que sería lo mas cierto)
De que la felicidad
Nos tuviese en ocio envueltos,
Y el ocio en vicios, dispuso
Castigarnos, advirtiendo
Que los bienes de la tierra
No sean olvidos del cielo.
Júpiter en fin, ó bien
Celoso ó bien justiciero
(Que el averiguar no es fácil
A los dioses los decretos),
Airado se mostró. ¿Quién
Duda que una vez el ceño
Arrugado, sequedades
Anuncie? Y así, el primero
Azote fué retirar
Las lluvias: con que no amenos
Ya los campos, espiraban
Mustios, áridos y yertos.
Al hambre de algunos años
Sucedió la peste, abriendo
El aire en quebradas grietas
La tierra, como diciendo:
«No todo es rigor, mortales;
Piedad hay, pues el supremo
Dios que os envía las muertes,
Os abre los monumentos.»
A estas dos fatalidades
Varios temblores siguieron;
Que como todo hecho bocas
Estaba el terrestre centro,
De su destemplada fiebre
Cada gruta era un bostezo,
A cuya respiracion
No solo se estremecieron
Los muros, pero los montes
Caducaron: con que viendo
Fuego y agua que se alzaban
Con la ruina tierra y viento,
Se encapotaron las nubes,
Y los párpados abiertos,
Llovieron sus cataratas
Todo lo que no llovieron.
¿Quién crêrá que un embrion mismo,
Aborto de un mismo seno,
Tan contrario nazca que
Llore agua y escupa fuego?
De inundaciones lo digan
Asolados varios pueblos,
Varias fábricas de rayos,
De relámpagos y truenos:
De suerte que combatidos
De todos cuatro elementos,
A puros lamentos era
Toda Fenicia un lamento.
Dispuestos pues á salvar
Las vidas, ó por lo ménos,
Ya que no fuese á salvarlas,
A dilatarlas dispuestos;
En esas naves que ántes
Eran todo el caudal nuestro,
Pues ellas de nuestros frutos
Trajinaban los comercios;
Abandonando la patria
Mujeres, niños y viejos,
Recogimos las reliquias
Que pudimos, reduciendo
A portátiles tesoros
Lo mas precioso del reino
En perlas, plata, oro y joyas;
Bien que la de mas aprecio
Fué Deidamia, en quien hoy sola
Dura el último consuelo
De que nuestra real estirpe
Vuelva á cobrarse, supuesto
Que esto y mas cabe en la escena
De los teatros del tiempo.
Hechos pues al mar, sin mas
Norte ó rumbo que haber puesto
La posesion en el agua
Y la esperanza en el viento,
Tomamos en los playazos
De Sidon el primer puerto.

No pudiendo en él sufrirnos
Lo estéril de sus desiertos,
Y de sus ascalonitas
Los bárbaros tratamientos,
Reconocido el paraje,
Volvimos al mar, poniendo
En el Africa las proas:
Con que habiendo descubierto
De las dos cumbres de Atlante
Los homenajes soberbios,
Que en descollados celajes
Nuestra aguja eran ya, habiendo
En una pequeña lancha
Ofrecídome el primero
Yo á reconocer el sitio,
Le hallé al propósito nuestro,
Por sus árboles frondoso,
Por sus frutales ameno,
Por sus cristales fecundo,
Templado por su terreno,
Por su soledad baldío,
Y en fin, por un paso estrecho
Que hay entre el monte y el mar,
Defensable para hacernos
Fuertes en él, si por dicha
O por desdicha en recelo
Entrasen sus moradores,
Como lo dijo el suceso;
Pues apénas en la tierra
Hubimos las plantas puesto,
Cuando sin querernos dar
Platica en ser nuestro intento
Estar á su proteccion,
Fuéron marciales estruendos
Lo primero que escuchamos,
Trompas y cajas diciendo...

ESCENA XVIII.

Dentro golpes de fábrica, y cantan sin instrumentos, á compas del golpe de las azadas LOS SOLDADOS PERSAS, *ya esclavos.*—LEONIDO, TOANTE.

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo
Que á la fortuna representa el tiempo!

LEONIDO.

Mas proseguir no es posible,
Tanto porque lo que desto
Resultó ya tú lo sabes,
Pues sabes que dos encuentros
Nos dieron lugar á que
Esos muros fabriquemos
Con el renombre de *Tiro*,
Que en el sirio idioma nuestro
Significa *estrecho paso*,
Cuanto porque á lo que veo,
De las fortificaciones
Va Deidamia recorriendo
La labor: á cuya vista
Los esclavos prisioneros,
Porque alivie sus tareas
Enternecido su pecho,
Al son de zapas y palas,
Destemplados instrumentos,
Su llanto entonan; y es fuerza
Asistirla, por si veo
Entre las que la acompañan
Una beldad, de quien tengo
Pendiente alma y vida. Tú
Procura mezclarte entre ellos,
Porque no te hallen ocioso
Sobreguardas é ingenieros,
En tanto que yo les mando
Tengan mejor tratamiento
Hoy contigo. (*Vase.*)

ESCENA XIX

TOANTE; PERSAS ESCLAVOS, *dentro.*

TOANTE.

Mal podrán
Hallarme ocioso, si es cierto
Que con todos y mejor
Que todos repetir puedo...

ÉL, Y PERSAS, *dentro.*

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo
Que á la fortuna representa el tiempo!

TOANTE.

Mejor que todos con todos
Dije, y dije bien, supuesto
Que yo solo en un cuidado
Todos los de todos tengo.
¡Ay bella Irífile mia!
¿Quién supiera si al ver puesto
Tu ejército en fuga, habias
Tú con sus reliquias vuelto
A Ceilan? Que como tú
Viva escapases del riesgo,
Aunque lo demas fué todo,
Todo lo demas fué menos.
Vive tú, y muera yo ¡ay triste!
Esclavo, cautivo y preso;
Que no perdido el honor
(Pues las desdichas, es cierto
Que aunque le ajen, no le injurian),
Si tú vives, nada pierdo,
Aunque pierda la esperanza
De volverte á ver, diciendo
Entre tantos tristes, ya
Que no soy mas que uno dellos...

ÉL; Y PERSAS, *dentro.*

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo...

ESCENA XX.

IRÍFILE, *sin ver á*—TOANTE; PERSAS ESCLAVOS, *dentro.*

IRÍFILE.

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo...

TOANTE; Y PERSAS, *dentro.*

Que á la fortuna representa el tiempo!

IRÍFILE.

Que á la fortuna representa el tiempo!
En tanto que va Deidamia
Las líneas reconociendo
De las murallas, ¡ay triste!
Tomando yo por pretexto
En mi pasado desmayo
La falta de los alientos,
Atras me quedé por ver
Si por ventura entre estos
Míseros, tristes cautivos,
Hablar con alguno puedo
Que me diga de Toante;
Que como yo sepa ¡ay cielos!
Que él viva, morir esclava
¿Qué importa? que no hay suceso
Tan fatal, que otro que pudo
Ser mayor, no le haga ménos.—
De cuantos miro, á ninguno
A declararme me atrevo.—
Si habias de acobardarme,
¿Para qué, piadoso afecto,
Me animabas?

TOANTE. (*Sin ver á Irífile.*)

¿Para cuándo
Que era, dijo algun ingenio,
Astrólogo el corazon,
Si cuando me importa el serlo,
No me sabe adivinar
Qué habrá la fortuna hecho
De Irífile?

IRÍFILE.

¿Para cuándo
Se dijo que hace en el viento
Caso la imaginacion,
Si cuando mas lo pretendo,
Representarme no sabe
Que habrán los hados dispuesto
De Toante?

TOANTE.

Y pues no tienen
Mis penas otro consuelo...

IRÍFILE.

Y pues no tiene otro alivio
La lid de mis sentimientos...

TOANTE.

Sino la voz...

IRÍFILE.

Sino el llanto...

TOANTE.

Por si el aire sus acentos
Llevare donde los oiga...

IRÍFILE.

Por si llegaren sus ecos
Adonde pueda escucharlos...

LOS DOS.

Diga en el comun lamento...

ELLOS, Y PERSAS, *dentro.*

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo
Que á la fortuna representa el tiempo!

TOANTE.

¡Ay Irífile!

IRÍFILE.

¡Ay Toante!

TOANTE.

Mas ¿qué aprension...

IRÍFILE.

Mas ¿qué afecto...

TOANTE.

Me hace creér...

IRÍFILE.

Dudar me hace..

TOANTE.

¡Qué ilusion!

IRÍFILE.

¡Qué devaneo!

TOANTE.

Que me han nombrado?

IRÍFILE.

Que he oido
Mi nombre?

TOANTE.

Cierto...

IRÍFILE.

O no cierto...

TOANTE.

Dejarme quiero engañar...

IRÍFILE.

Dejarme burlar intento...

TOANTE.

Persuadiéndome...

IRÍFILE.

Pensando...

(*Vuelven y vense.*)

TOANTE.

Que á esta parte... Mas ¡qué veo!

IRÍFILE.

Que á este lado... Mas ¡qué miro!

TOANTE.

¿Si es delirio del deseo?

IRÍFILE.

¿Si es frenesí del desmayo?

TOANTE.

Mal me animo.

IRÍFILE.

Mal me aliento.
¡Toante!

TOANTE.

¡Irífile!

IRÍFILE.

¿Aquí tú?

TOANTE.

¡Tú aquí!

IRÍFILE.

¿Qué es esto?

TOANTE.

¿Qué es esto?

IRÍFILE.

Si entrambos nos preguntamos,
¿Quién habrá de respondernos?

TOANTE.

Pues porque otro no responda,
Esto es que, el caballo muerto,
Del golpe y de las heridas
Caí sin sentido en el suelo.
Por muerto al mar me arrojaran,
Si ya no el prudente celo
De Cósdroas, por encubrirme,
Que era su hijo diciendo
Con el nombre de Estraton,
No moviera el noble pecho,
Con mi lástima y su llanto,
De un fenicio caballero,
De quien esclavo quedé,
A darme la vida.

IRÍFILE.

¡Cielos!
¡Qué escucho! ¿Tú esclavo? ¡Oh nunca
Venido hubiera tu esfuerzo
Por auxiliar de mis ansias!
¡Nunca hubiera el signo nuestro
En confrontadas estrellas
Dominante influjo puesto,
En fe de que en dando fin
A la guerra, esposo y dueño
Serías de Ceilan y mio!
¡Oh nunca!...

TOANTE.

Cese el despecho;
Que es fuerza sentir que haya
Dictámen al tuyo opuesto;
Pues si estuviera en mi mano,
No solo lo que padezco,
Mas todo cuanto posible
Padecer me fuera, es cierto
No lo trocara al dejar
De haberte visto, creyendo
Que tan gran dicha no habia
De comprarse á ménos precio.
Si esto y mas diera por verte,
¿Qué será verte de nuevo,
Asegurada la vida
De tanto temido riesgo?
Dime: ¿has por dicha venido
A tratar algun convenio
De paz con Deidamia?

IRÍFILE.

¡Oh quién
Callar pudiera cuán presto
La alegre cuenta de un triste
Dice gozo y es tormento!

TOANTE.

¿Luego medios no te traen?

IRÍFILE.

No; que en mis males no hay medio.

TOANTE.

Pues ¿cómo estás aquí?

IRÍFILE.

Como
Por ir en tu seguimiento,
Prisionera fuí de dos
Capitanes, cuyo empeño
Llegó á componer Deidamia,
Siendo ajuste de su duelo
Que yo por esclava suya
Quede, y...

TOANTE.

Suspende el acento;
Que á tanto alcance no tiene
Caudales el sufrimiento.
¡Tú prisionera! ¡tú esclava!
¡Oh nunca hubieran mis hechos
Empeñadome á venir
En tu favor! ¡Nunca haciendo
Recíproca consonancia
De nuestros astros el cielo,
Te hubiera visto en el mio
Favorable, pues hoy pierdo
Solo en perderte, no ya
Lid, fama y libertad, pero
Honor, vida y alma! ¡Oh nunca
Hubiera!...

IRÍFILE.

Cese el despecho;
Que mudaré de opinion
Si mudas tú de argumento,
Pues tampoco yo...

ESCENA XXI.

DEIDAMIA, LEONIDO, CÓSDROAS, PERSAS ESCLAVOS, *dentro*. — TOANTE, IRÍFILE.

DEIDAMIA. (*Dentro.*)

Por esta
Parte tambien mirar quiero
Qué defensas hay.

IRÍFILE.

Deidamia,
Los muros reconociendo,
Hácia aquí se acerca.

LEONIDO. (*Dentro.*)

Yo,
Por lo que en ella hay, me alegro
De que ahí te acerques.

TOANTE.

Con ella
Viene mi piadoso dueño.

CÓSDROAS. (*Dentro.*)

Pues llega Deidamia, vuelva
El músico llanto nuestro.

PERSAS. (*Dentro, cantando.*)

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo
Que á la fortuna representa el tiempo!

IRÍFILE.

Que no nos hallen hablando
Será bien, no despertemos
Alguna malicia. Adios.

TOANTE.

Adios. Mas dime primero,
En tan deshecha fortuna
¿Qué hemos de hacer?

IRÍFILE.

¿Qué podemos
Hacer, si solo nos queda
Un remedio?

TOANTE.

¿Qué remedio?

IRÍFILE.

Que esperemos y suframos.

TOANTE.

Pues suframos y esperemos.
Adios otra vez.

IRÍFILE.

Adios.

TOANTE.

¡Qué pena...

IRÍFILE.

¡Qué sentimiento...

TOANTE.

La que no deja otro alivio...

IRÍFILE.

El que no da otro consuelo...

TOANTE.

Que vivir callando!...

IRÍFILE.

Que morir diciendo!...

LOS DOS, Y LOS ESCLAVOS, *dentro*.

¡Ay de quien nace á ser trágico ejemplo
Que á la fortuna representa el tiempo!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

DEIDAMIA, LAURA.

DEIDAMIA.

Esto ha de ser.

LAURA.

Ya, señora,
Que fias de mí tus ansias,
Permíteme que te diga
Que para que vea mudanza
En tu semblante Cenon,
Te ofendes con poca causa.

DEIDAMIA.

Si sabes que en las fortunas
Que vamos corriendo varias,
Los ancianos que me siguen,
Los nobles que me acompañan
Me han representado el sumo
Desconsuelo en que se hallan
De que en mi la sucesion
Falte de su real prosapia,
A efecto de que yo elija
Esposo, necesitada
A haber de ser uno dellos;
Si sabes que en esta instancia
Fué á quien ménos ofendida
Escuché, ménos airada
Y aun ménos sorda, á Cenon,
No porque le dí esperanza,
Mas porque no la negué
(Que en mujeres de mi fama
El no desden es favor);
¿Cómo poniendo tan alta
La mira, en que ser oido,
Si no respondido, basta,
Poca causa te parece
Empeñarse en la demanda
De otra dama?

LAURA.

Si creyó
Que afligida se amparaba
Dél, ¿cómo excusarlo pudo?

DEIDAMIA.

Y decirme á mí en mi cara
La peregrina hermosura
Desa divina persiana,
¿Tocaba al empeño?

LAURA.

No;

Pero él noble y ella dama,
La libre cortesanía
Es lisonja, no alabanza.

DEIDAMIA.

Está bien; mas el decir
Que no habia sin llevarla
De volver al mar, ¿sería
Tambien lisonja?

LAURA.

Eso salva
El ser porque no creyesen
Que de cobarde dejaba
El empeño, siendo así
Que traerte tal esclava
Era su intencion.

DEIDAMIA.

¡Ay necia!
Que á no ser disculpa hallada,
Acaso fuera disculpa;
Mas si al querer esforzarla,
El fué quien perdió el sentido,
Siendo ella la desmayada,
¿Cómo ha de ser verdadera
Con tantas señas de falsa?
Si le vieras qué turbado
Quedó, sin color, sin habla,
Al verla llevar, qué torpe
Se tropezó en las palabras,
Y qué grosero paró
En pintarme cuán bizarra,
Espada en mano, habia visto
Una Belona, una Palas,
Nunca tú por él volvieras.
Y en fin, si no sabes, Laura,
Que con razon ó sin ella
Hay cierta pasion tirana,
Que se aparece al sentirla
Y se huye al explicarla...
(*Ap.* Más he dicho que juzgué.)
Y en fin, vuelvo á decir, Laura,
—Si no sabes que hay un cierto
Rencor, una cierta saña,
Que sé cómo se padece
Y no sé cómo se llama,
No me culpes de que invente
Tan nunca vista venganza,
Que empezando al primer viso
En heróica accion hidalga,
Villana, y no heróica accion,
Sea en el segundo.

LAURA.

Extrañas
Cosas propones. ¿A un tiempo
Hidalga accion y villana
Puede haber?

DEIDAMIA.

Sí.

LAURA.

¿De qué suerte?

DEIDAMIA.

Desta suerte: oye y sabrásla.
Lo primero es que de vista
La pierda; y no bien vengada
Con esto, he de hacer que cuando
Venga á saber della...

LAURA.

Calla;
Que viene gente.

ESCENA II.

CÓSDROAS. — DICHAS.

CÓSDROAS.

Si pueden,
En fe de nieve, mis canas
Osar á tocar esotra
Nieve de tus manos blancas,
Te ruego me lo permitas...
Y oigas.

DEIDAMIA.

Pues ¿qué esperas? Habla.

CÓSDROAS.

En el lleno de la luna
De marzo, que es cuando ufana
Parte imperios con el sol,
Pues dias y noches iguala,
Acostumbra Persia hacer
(Como en fin nocturna hermana
De Apolo, su auxiliar dios)
Sacrificios á Diana.
Y fiando tus cautivos
Sus afectos á mi anciana
Edad, por mí te suplican
Que á la obra en que trabajan
Les des este dia de asueto,
Y puedan en una casa
Yerma, la que les señales,
Entrar en ella sin armas,
Y poniéndola á la puerta
Bastante gente de guardia,
Juntarse todos á hacer
El sacrificio á su usanza.

DEIDAMIA.

Si con tan pequeño alivio
Sus sentimientos reparan,
Vuelve, anciano, y di que yo
Desde luego hago la gracia.

CÓSDROAS.

Vivas los años, señora,
De aquel pájaro de Arabia,
Y aun mas que él, pues sin morir,
A nuevas edades nazcas.
Diré lo á todos, porqué
Te dén todos alabanzas. (*Vase.*)

ESCENA III.

DEIDAMIA, LAURA.

DEIDAMIA.

Aunque otra cosa pidiera
Mas difícil, la otorgara
Por echarle de aquí.

LAURA.

¿Qué
Diré yo, que tengo el alma
Mas que de un hilo pendiente
De tan nueva, de tan rara
Venganza, como perderla
De vista, y no ser venganza?

DEIDAMIA.

Claro está, porque la ausencia
Ya deja con esperanza
De volverse á ver; y aun esta
Tan del todo he de atajarla,
Que cuando venga á saber
Della, sea para hallarla
En ajeno poder.

LAURA.

¿Cómo?

DEIDAMIA.

Yo he de decir...

ESCENA IV.

MORLACO, FLORA. — DEIDAMIA, LAURA.

MORLACO. (*Dentro.*)

¡Que me matan!

LAURA.

Otro estorbo.

MORLACO. (*Dentro.*)

¡Aquí de Baco,
Dios de carpetas y mantas,
Que penden ante tabernas!

FLORA. (*Dentro.*)

A los filos desta estaca,
Infame, has de morir.

DEIDAMIA.

Mira
Qué voces son esas, Laura.

LAURA.

Flora, aquella jardinera
Que con Fineo casada,
El en tu ejército sirve,
Y ella en tus jardines labra,
Corriendo tras un cautivo
Viene.

(*Sale Morlaco, y Flora tras él con un palo.*)

MORLACO.

Tu amparo me valga.

DEIDAMIA.

¿Qué es esto?

MORLACO.

Sin ser pastel,
Fuí de á cuatro en la pasada
Refriega: echada la suerte,
Aunque para mí fué echada
A perder, á ganar fué
Para el amo desa ama,
Que segun es regañona
Y mal acondicionada,
Pensé ser ama que cria,
Y no es sino ama que mata.
Apénas vengo de estar
Trabajando en la muralla,
Cuando, para que descanse,
Traer agua y leña me manda,
Que son mis dos enemigos,
Pues mi bebida es el agua
Y mi comida la leña.
Tan fiera, tan inhumana
Es, que á falta de asno, hay dia
Que á mí á la noria me ata:
¡Mira si hay desdicha como
Suplir de un asno las faltas!

DEIDAMIA.

¿Esto de tí ha de decirse?

FLORA.

Si cuando de la campaña
Esperaba que trajese
Fineo una buena alhaja,
Esa buena alhaja fué
Con la que se vino á casa;
Si sobre no ser sugeto
De quien se tenga esperanza
De canje, pues por aquel
Talle, por aquella cara,
¿Quién ha de dar una negra,
Cuanto y mas dar una blanca?
Y en fin, si sobre esto no es
De provecho para nada,
Pues sin ser cochero, hace
Al reves cuanto le mandan,
¿Qué mucho que le castigue
Y que?...

DEIDAMIA.

No mas: basta, basta;
Que estoy muy de véras yo
Para burlas tan cansadas.
Trátale, Flora, mejor:
No oiga yo que le maltratas
Otra vez.

MORLACO.

Si desde hoy
No enmienda sus paparrabias,
Mañana vendré á quejarme.

FLORA.

Tambien sabrá irse mañana
A mis manos el garrote,
Y el garrote á tus espaldas.
(*Vanse Flora y Morlaco.*)

ESCENA V.

DEIDAMIA, LAURA.

LAURA.

Prosigue ántes que nos venga
Otro embarazo.

DEIDAMIA.

¿En qué estaba?

LAURA.

En que la primera accion
Ha de ser el ausentarla.

DEIDAMIA.

Eso toca á la accion noble
Que yo he de hacer.

LAURA.

Luego pasa
A que la ha de hallar ajena.

DEIDAMIA.

Eso toca á la villana,
Que has de hacer tú.

LAURA.

¿De qué suerte?

DEIDAMIA.

Yo tengo de poner, Laura,
A Irífile en libertad;
Tú en viéndola libre...

LAURA.

Aguarda;
Que aun no habemos acabado
Con los que nos embarazan,
Y ella viene.

DEIDAMIA.

Ella no importa;
Y ántes juzgo que adelanta
Nuestra plática, supuesto
Que es lo que á ti te contara,
Lo que he de decirla á ella.
Y así, en mis voces repara,
Con que excuso repetirlo,
Hablando á un tiempo con ambas.
Déjala llegar.

ESCENA VI.

IRÍFILE. — DICHAS.

IRÍFILE. (*Sin verlas.*)

En estos
Jardines, si no me engaña
La imaginacion, he visto
Desde una desas ventanas
De la torre á Toante: y pues
A ellos hoy Deidamia baja,
Como que vengo en su busca
Veré si mi suerte avara
Que le hable me permite;
Que de sola una palabra
Componer muchos consuelos
Suele amor. Pero Deidamia.

DEIDAMIA.

Irífile...

IRÍFILE.

Gran señora...

DEIDAMIA.

¿Cómo, di, en Tiro te hallas?

IRÍFILE.

Si siendo una esclava humilde,
Como á huéspeda me tratas,
¿Cómo he de hallarme? Muy bien,
Y nunca mas bien hallada
Que aqueste rato que estoy
Puesta, señora, á tus plantas.
Y así, viendo desde el muro
Que en estos jardines andas,
A ellos bajé, solo á fin
De saber si algo me mandas.

DEIDAMIA.

Muy contra ese rendimiento
Era lo que yo trataba
Con Laura ahora.

IRÍFILE.

Sepa yo
Lo que tratabas con Laura,
Por si alguna culpa es mia,
Que solicite enmendarla.

DEIDAMIA.

Yo, Irífile, desde el dia
Primero que en esta playa
Tomé tierra, en proteccion
De su dueño imaginaba
Ser admitida, á merced
De algunos feudos ó parias.
Antes que tomase voz
De en qué paraje me hallaba,
Me saludaron los ecos
De tus trompas y tus cajas:
Con que hallándome imposible
De volver al mar, á causa
De que las naves traian
De navegacion tan larga
Atormentados los buques
Y rotas velas y jarcias,
Nos hubimos de poner
En defensa. He hecho esta salva
En fe de que nunca quise
La guerra, pues lo que pasa
Desde aquí, ya tú lo sabes.
Dejo desde aquí doblada
La hoja, y voy á que tus nobles
Prendas, tu hermosura y gracia
Me tienen compadecida,
En una parte á tus ansias
Y en otra á mis conveniencias
Atenta; pues si lograra
El quedar en paz contigo,
Y remitidas las armas,
En conforme vecindad
Viviésemos, ajustadas
Capitulaciones que
Estuviesen bien á entrambas,
Fuera el mas glorioso fin:
Y así, he resuelto te vayas
Libre á tu ciudad, y en ella
Me pagues la confianza
Que hago de ti; que no quiero
Capitular con ventaja
Teniéndote prisionera,
Sino que á tu arbitrio hagas
Lo que te dicte tu noble
Sangre y honor, lustre y fama.

LAURA. (*Ap.*)

Ya he visto la noble accion;
Ahora la no noble falta.

IRÍFILE.

Mil veces, señora, beso
Tu mano por piedad tanta
Como usas conmigo, y cree
Que allá he de ser mas tu esclava
Que aquí; que aquí lo es la vida,
Y allá lo ha de ser el alma.
Cuanto á capitulaciones,
Persuádete á que te hallas
Mas dueño de Ceilan que
De Tiro, con fe y palabra
De firmarlas como tú
Las envies; ó las altas
Deidades, á quien testigos
Hago, con sus soberanas
Influencias me destruyan,
El dia que proceda ingrata
A tanto favor. (*De rodillas.*)

DEIDAMIA.

¿Qué haces?

IRÍFILE.

Volverme á echar á tus plantas,
En fe de que dueño mio
Has de ser siempre.

DEIDAMIA.

Levanta,
Y porque en resoluciones
De tan grave circunstancia
No todos son de un sentir,
Y será posible que haya
Partidos votos, no es bien
Que desto se entienda nada
Hasta estar ejecutado;
Que es muy grande la distancia
Que hay de saber que se hizo,
A consultar que se haga:
Y así, yo te avisaré,
Para que en secreto salgas,
La noche que de las puertas
Estén con órden las guardas
De que sin reconocerla
Dejen salir una escuadra,
En cuyo convoy irás
Oculta y asegurada.
Y ahora, porque no me des
Desto, Irífile, las gracias,
Quédate á pensar contigo
En qué obligacion te hallas...
Y piensa que hay que pensar
Más de lo que piensas.—
(*Ap. á ella.* Laura
Ya hice yo la hidalga accion;
Vén á hacer tú la no hidalga.)
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VII.

IRÍFILE.

Oye, escucha... Sin oirme,
Airosa volvió la espalda.
Sin duda alguna me quiere
Por su deudora Deidamia,
Pues no quiere que agradezca;
Que el que agradece, ya paga.
Generosa anda conmigo:
Fuerza es que yo satisfaga
Con igual fineza. ¡Oh quién
Todo esto participara
A Toante! Daré vuelta
Al jardin, por si me engaña
O no el pensar que le vi.

ESCENA VIII.

TOANTE. — IRÍFILE.

TOANTE.

Irífile...

IRÍFILE.

¿Quién me llama?

TOANTE.

Quien en aquel breve espacio
Que le permite esta azada
Mirar al cielo, te vió,
Y á hurto de afan y labranza,
De paso saber desea
Cómo estás, cómo lo pasas.

IRÍFILE.

Como noble prisionera.
No te pregunto á ti nada:
Ya veo cuán afligido...

TOANTE.

Para lo que otros afanan,
Aun esto es lo mejor.

IRÍFILE.

¿Cómo?

TOANTE.

Como mi dueño á las guardas,
Sobrestantes é ingenieros
Mi buen tratamiento encarga:
Y así, al jardin me aplicaron,
Que al fin es labor mas blanda.

IRÍFILE.

Gente viene. ¡Oh quién pudiera
Decirte que el cielo trata
Mejorar nuestras fortunas!
Mas son tantos los que pasan
Por aquí, tantos los que
Nos ven, que temo que hagan
Reparo en ver á los dos
Hablar, y mas si á oir alcanzan
Cualquier razon que aventure
Un gran secreto.

TOANTE.

Pues haya
Industria contra esa fuerza.
Yo estaré abriendo esta zanja,
Conducto de aquella fuente,
Que es lo que hoy hacer me mandan.
Paséate por estas calles,
Como que al descuido andas
Cogiendo flores; y siempre
Que pases por aquí, habla
Una palabra no mas:
Yo juntaré las palabras
Despues, y sabré lo que
Decir quieres.

IRÍFILE.

Bien lo trazas.

TOANTE.

Pues á la deshecha.

IRÍFILE.

Pues
A la industria. Atiende y cava.

ESCENA IX.

CENON, *á un lado;* LEONIDO, *al otro.*
—IRÍFILE, *cogiendo flores;* TOANTE, *cavando en medio del jardin.*

CENON. (*Ap. quedándose oculto.*)

¡Qué triste y qué pensativa
De uno en otro cuadro anda
Irífile!

LEONIDO. (*Ap. quedándose oculto.*)

¡Qué suspensa
Y sola Irífile pasa,
Hablando como entre sí,
De una estancia en otra estancia!

CENON. (*Ap.*)

Entre estas redes oculto,
Por el temor de Deidamia...

LEONIDO. (*Ap.*)

Por la nota de la gente,
Escondido entre estas ramas...

CENON.

Pues hablarla no es posible,
Conténteme con mirarla.

LEONIDO. (*Ap.*)

Me contentaré con verla,
Pues no me es posible hablarla.

IRÍFILE (*Ap.*)

Largo he tomado el paseo
Por desvanecer la causa.

TOANTE. (*Ap.*)

¿Qué es lo que querrá decirme?
Sin duda es dicha, pues tarda.

CENON. (*Ap.*)

Hácia aquí viene.

IRÍFILE.

De aquestas
Flores sobre esotras haga
(*Ap.* Para mayor disimulo)
Un ramillete.

CENON.

Repara
Que aunque tan varias las ves,
Rojas, azules y blancas,
Cualquiera es ya maravilla
En llegando tú á tocarla.

IRÍFILE.

¿Quién está aquí?

CENON.

Quien con verte
Está engañando sus ansias.

IRÍFILE.

Volveré por otra parte.

CENON.

¿Quién á huir te obliga?

IRÍFILE. (*Pasando cerca de Toante.*)

Deidamia.

TOANTE. (*Ap.*)

«Deidamia» al pasar me dijo.

IRÍFILE. (*Al otro lado.*)

Ya que aquellas no me agradan,
Corto otras flores.

LEONIDO.

Advierte
Que aunque las mires tan varias,
Cualquiera es la siempreviva
Si con mi fe la comparas.

IRÍFILE.

¿Quién aquí escondido?...

LEONIDO.

Quien
Sus sentimientos engaña
Con solo verte.

IRÍFILE. (*Ap.*)

Los pasos
Me ha cogido mi desgracia.
Si quiero por otra parte
Echar, no le digo nada.
¿Qué haré? Mas ménos importa,
Pues él a verlos no alcanza,
Que ellos me cansen, que no
Que á él no le avise.

LEONIDO.

¿Qué extrañas
El ardid de amor?

IRÍFILE.

No extraño
Sino presuncion tan vana.
Si porque fui prisionera
Tuya, creyó tu ignorancia
Que, sobre las persuasiones
De tu necia prima Laura,
A esto atreverte podias,
Creyó mal; que aunque contraria
Fortuna en prision me pone,
Para aborrecer, mi fama —
(*Pasa junto á Toante.*)
Me pone en mi libertad.

TOANTE. (*Ap.*)

«Me pone en mi libertad,»
Dijo ahora.

IRÍFILE. (*Ap.*)

Fuerza es que haya
De dar con ellos, por no
Alejarme.
(*Llega cerca de donde está Cenon.*)

CENON.

(*Ap.* Albricias, alma;
Que pues vuelve hácia aquí, es cierto
Que mi acecho no la cansa.)
Bien merecen mis finezas
El que vuelvas á escucharlas
Segunda vez.

IRÍFILE.

No merecen,
Miéntras para acreditarlas
No veo algun amante extremo.

CENON.

¿Qué extremo habrá que no haga?

IRÍFILE.

Si esperas que yo le diga, —
(*Pasa junto á Toante.*)
Enviarme á Ceilan trata.

TOANTE. (*Ap.*)

«Enviarme á Ceilan trata.»
(*Llega cerca de donde está Leonido.*)

LEONIDO.

Dicha fuera, ya que vuelves,
Volver ménos enojada.

IRÍFILE.

Pues ¿qué has hecho para que
Yo me desenoje?

LEONIDO.

Nada
Puedo hacer, miéntras no sé
Dónde ir pueda mi esperanza.

IRÍFILE. (*Pasando cerca de Toante.*)

A disponer dignos medios.

TOANTE. (*Ap.*)

«A disponer dignos medios.»

LEONIDO. (*Ap.*)

Esto es sentir que yo haya
Fiado á Laura mi amor.
(*Llega Irífile cerca de donde está Cenon.*)

CENON.

Si mi dicha fuera tanta,
Que enviarte a Ceilan pudiera,
No dudes que te enviara:
No esta eso en mi mano.

IRÍFILE.

Pues —
(*Pasando junto á Toante.*)
Ten paciencia, sufre y calla.

TOANTE. (*Ap.*)

«Ten paciencia, sufre y calla.»
(*Vuelve Irífile al lado donde está Leonido.*)

LEONIDO.

Si donde hallar dignos medios
Supiera, yo los buscara;
Mas no los hallé mejores.

IRÍFILE.

En tanto que él no los halla,
Vanidad mia, no sientas
Lo que Leonido te agravia; —
Que yo volveré por tí. (*Pasa.*)

TOANTE. (*Ap*)

«Que yo volveré por tí.»
(*Vuelve Irífile al lado donde está Cenon.*)

CENON.

¿Cuándo, di, podrán mis ansias
Alentar?

IRÍFILE.

Si lo consigues, —
Luego que de Tiro salga. (*Pasa.*)

TOANTE. (*Ap.*)

«Luego que de Tiro salga.»

IRÍFILE. (*Ap.*)

Ya le dije lo que pude;
Que él lo haya entendido falta. (*Vase.*)

CENON. (*Ap.*)

Dejó Irífile el paseo;
Mi vista la siga hasta
Que tropiecen mis temores
En los celos de Deidamia;
Bien que entre dos hermosuras,
Una celosa, otra ingrata,
Mejor me será volverme
Al mar, huyendo de entrambas. (*Vase.*)

ESCENA X.

TOANTE, LEONIDO.

LEONIDO.

Tomó Irífile otra senda,
Y al seguirla, me acobarda
Tanto su ceño, que no
Me atrevo á mover las plantas.

TOANTE. (*Sin ver á Leonido.*)

Ya se fué. ¡Oh si yo pudiese
Recopilar las palabras
Que destroncadas me dijo!
Si fuesen estas: «Deidamia
»Me pone en mi libertad:
»Enviarme á Ceilan trata
»A disponer dignos medios:
»Ten paciencia, sufre y calla;
»Que yo volveré por tí
»Luego que de Tiro salga.»
—¡Libre Irífile! ¡Qué dicha!

LEONIDO. (*Ap.*)

¿Con quién allí Estraton habla?

TOANTE.

¡Oh quién, Deidamia, pudiera
Construirte por tan alta
Generosa accion un templo,
En cuyas piadosas aras
Mármoles, jaspes y bronces
Te consagrasen estatuas,
En cuyo obsequio!...

LEONIDO.

¿De qué
Das á Deidamia esas gracias?

TOANTE. (*Ap.*)

Destemplóme el alborozo.
¿Qué diré?

ESCENA XI.

CÓSDROAS Y PERSAS ESCLAVOS, *dentro*. — TOANTE, LEONIDO.

CÓSDROAS Y PERSAS. (*Dentro, cantando.*)

¡Viva Diana!
Y pues hoy tenemos
Para su alabanza
Las vidas cautivas
Y libres las almas,
Venid, venid á sacrificarla.

TOANTE.

Esas voces te respondan
Por mí, pues ellas declaran
El justo agradecimiento
Que á Deidamia debo, á causa
De habernos dado licencia
De que nos juntemos para
Celebrar á nuestro modo
Un sacrificio.

LEONIDO.

¿Qué aguardas
Para ir con los demas
Que se van llamando en altas
Festivas voces?

TOANTE.

No quise
Concurrir con ellos hasta
Tener tu licencia.

LEONIDO.

Pues
Ya la tienes, y ya tardas;
Que se van juntando todos.

TOANTE.

Iré, pues que tú lo mandas,
Con todos diciendo...

ÉL; Y PERSAS, *dentro.*

¡Viva Diana! etc. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LEONIDO.

¡Con qué poco se contenta
Un triste! que como halla
No esperada la alegría,
Cualquiera que encuentra, ensalza.
¡Ay de mí, que no la tengo!
Si supiera al ampararla
Quién era Irífile, nunca
Conviniera yo en dejarla
Ni aun á Deidamia, aunque todo
Su respeto aventurara.
¡Que la viese en mi poder,
Y la dejase! ¡Oh mal haya
Ocasion y honra, que nunca
Si se pierden se restauran!
¡Quién en su poder la viera
Otra vez!

ESCENA XIII.

LAURA. — LEONIDO.

LAURA.

Al cielo gracias
Que te hallé; que ando en tu busca
Todo el dia.

LEONIDO.

Pues ¿qué hay, Laura?

LAURA.

¿Oyenos alguien?

LEONIDO.

No.

LAURA.

Pues
Oye tú lo que me encargas.
(*Ap.* Aunque dijera mejor
Lo que me encarga Deidamia.)
Habiendo de mí fiado
Que amas á Irífile bella,
Y que procure con ella
Introducir tu cuidado,
No te quiero encarecer
Si lo hice ó no; que no quiero
Galardon ni gracias, pero
Tampoco quiero perder
La mas felice ocasion
De servirte Yo he sabido,
Por no sé qué que he entreoido,
Que tiene resolucion
Deidamia de que á Ceilan
Libre vuelva, en esperanza
De que haciendo confianza
Della, las paces podrán
Capitularse mejor;
Y porque, si esto se sabe,
Podrá causarse algun grave
Escandaloso rumor,
Quiere en secreto envialla:
Y sin llegarte á decir
Para qué, te ha de pedir
Gente para convoyalla.
Pues de tierra general,
Te toca que el órden des
A cualquiera escuadra, y pues
Se viene ventura igual
A las manos, nombra á quien
Te sirva en no defendella,
Y á quien, saliendo tras della,
Robarla pueda tambien;
Que una vez en tu poder,
Ella y los suyos vendrán
En que seas de Ceilan
Dueño, llegándolo á ser
Suyo, casando los dos;
Que es el único remedio.
Este es el aviso; el medio
Tú le has de poner. Adios. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LEONIDO; *despues*, PERSAS ESCLAVOS.

LEONIDO.

Oye... Pero ¿para qué
Saber mas della procuro,
Si de mi fama seguro,
Sé lo que basta, pues sé
Que fué mia en la batalla?
Y ya que por mia no quede,
Cualquiera su prenda puede,
Donde la encuentre, cobralla.
Y así, beldad soberana,
Pues te gané y te perdí,
Vuelva á ganarte; que á mí
No ha de obstar...

PERSAS. (*Dentro cantando.*)

¡Viva Diana! etc.

LEONIDO.

Hácia aquí el tumulto viene
De los esclavos: iré
Donde mas á mano esté,
Si es que pedirme previene
Deidamia la escuadra, ufana
De que hace una generosa
Accion; bien que sospechosa
La saldrá. (*Vase.*)

—

Una casa inhabitada de Tiro.

ESCENA XV.

PERSAS ESCLAVOS, TOANTE, CÓSDROAS, MORLACO, MÚSICOS.

TODOS.

¡Viva Diana!
Y pues hoy tenemos
Para su alabanza
Las vidas cautivas
Y libres las almas,
Venid, venid á sacrificarla.
(*Bailan.*)

TOANTE.

Pues ya, Cósdroas, el pretexto
Que en tu idea has fabricado,
A todos nos ha juntado,
Dinos á qué fin es esto

CÓSDROAS.

¿Está cerrada la puerta?

UN PERSA.

Las guardas que se quedaron,
Por defuera la cerraron.

CÓSDROAS.

Pues para que no esté abierta,
Sin el nuestro, á su albedrío,
Id, cerradla por de dentro.

MORLACO.

Si yo con la estaca encuentro
De mi ama, bien confío
Que nadie la romperá,
Que es durísima en extremo.

CÓSDROAS.

Que escucharnos pueden temo.

UN PERSA.

Ni oirnos ni entrar pueden ya.

PERSAS.

Sepamos pues para qué
Nos juntas.

CÓSDROAS.

Para deciros,
Mirándôs unos en otros
Tan pobres, tan abatidos
Y tan míseros, que ¿dónde
Están los persianos brios
Que en Asia y Africa os dieron
Tantos blasones antiguos?
Y si no es bastante espejo
Veros en vosotros mismos,
Volved á ese muro, á ese
Campo los ojos, y tinto
Uno en sangre y otro en llanto,
Veréis que os dicen á gritos:
«Aquí los que fallecieron
Peleando, se han construido
En cada flor una pira,
En cada hoja un obelisco;
Y allí los que se toleran
Infamemente cautivos,
En cada piedra un padron
Y en cada azada un delito.»
Que al trance de una batalla
Se muestren ménos benignos
Los hados, y que llevando
Adelante sus motivos,
Tenaces, si dan en ser
Ya opuestos ó ya propicios,
Sea una victoria de otra
Batallado silogismo,
Ya lo vimos muchas veces;
Pero pocas veces vimos
Que el laurel del vencedor
Sea argolla del vencido
Con tan grande infamia como
Ver que unos advenedizos,
Arrojados de su patria,
Desos mares peregrinos
Y huéspedes destos montes,
Hollando espumas y riscos,
A avasallarnos en ella
A la nuestra hayan venido
Tan afortunados, que
No nos dejen albedrío
A que en nuestro desempeño
Osemos abrir caminos
Que ilustren con intentarlos,
Cuando no con conseguirlos.
Si os mantiene la esperanza
De que seréis socorridos
De Ciro, ya esa espiró;
Que hoy un mercader que vino
A traer con pasaportes
No sé qué canjes, me dijo
Que Alejandro, á quien la fama
Da el Magno por apellido,
(Pero ¿qué mucho, si es
Del grande Filipo hijo,
Que hijo de Filipo el Grande,
El mundo avasalle invicto?)
Que el Magno Alejandro pues
(Segunda vez lo repito)
Entra por Persia: con que
Puesto en su opósito Ciro,
Acudir al proprio daño
Más que al ajeno es preciso.
Ya ni aun aquella lejana
Esperanza de su auxilio
Os queda: con que obligados
Os hallais á reduciros
A duradera prision
En tan penoso ejercicio
Como el gusano de seda,
Que labrando de sí mismo
La cárcel, muere encerrado
En el hilado capillo
Que fabricó su tarea
De su sustancia hilo á hilo.
Pues siendo así que á un gusanó
Somos hoy tan parecidos,
Que con nuestro propio afan
En esos muros de Tiro
Nuestras cárceles labramos,
Séamoslo en romper altivos
De tan violenta prision
Las cadenas y los grillos.
El ¿no renace con alas,
De sí proprio tan distinto,
Que al que se encerró gusano,
Salir mariposa vimos?
Pues ¿por qué, por qué nosotros,
Con mas razon, mas instinto,
No habrémos de cobrar alas?
Muramos, ya que morimos,
De ardiente encendida fiebre,
No de yerto pasmo frio.
Diréisme que ¿con qué medios,
Por mas alas, por mas brios
Que criemos, nos podemos
Alentar á competirlos?
Ellos de las armas son
Los dueños, sin permitirnos,
Ni aun para el uso comun
De la vianda, un cuchillo.
Todos acerados arcos
Y flechas, todos bruñidos
Arneses y escudos tienen,
Cuando desnudos vivimos
Nosotros, sin mas defensa
Al invierno ni al estío
Que estos serviles ropajes,
Que sin decoro ni aliño,
Toscos nos urdió el telar
Sin primor del artificio.
Esto diréis; y respondo
Que para eso se previno
Que á quien le falta la fuerza
Se guarnezca del arbitrio.
A su política atentos
Los extranjeros fenicios,
¿Más que en la campaña muertos,
No nos conservaron vivos
En la esclavitud, á causa
De que el tenernos rendidos
Miraba á dos conveniencias,
Dejándoles á dos visos,
O ya el canje ó ya el sudor,
Fortificados ó ricos?
Esta ansia de prisioneros
Y sed de esclavos, ¿no hizo
Que nuestro número crezca
Mas que el suyo, pues es visto
Que ninguno hay sin esclavo,
Y muchos á cuatro y cinco?
Pues ¿quién nos quita, ya que
De dia al trabajo acudimos,
Y de noche cautelados
Cada uno al domicilio
Se va de su dueño, que
Cada uno pueda, valido
Del silencio de la noche,
Del prestado parasismo
Del sueño, y sus mismas armas,
Gloriosamente atrevido
Matarle en su mismo lecho?
Con que, casero enemigo,
Vendrá á tener mas ventaja
Que él tuvo, pues mas distrito
Que hay del desnudo al armado,
Hay del despierto al dormido.
Mueran pues en indefenso
Callado motin sin ruido,
Reservando solamente
Las mujeres y los niños
Que no pasen de diez años,
Para que en nuestro servicio
Ellas vivan y ellos crezcan:
Con que poniendo advertidos
A Irífile en libertad
Y á Deidamia en su servicio,
Con las preciosas riquezas
Que de Fenicia han traido,
Quedarémos, no tan solo
Libres, vengados y ricos,
Pero absolutos señores,
Eligiendo á nuestro arbitrio
Rey que nos gobierne; pues
Siendo de nosotros mismos,
Es fuerza en paz y justicia
Mantenernos, advertido
Que podrémos deponerlo,
Pues pudimos elegirlo.
Con que dueños de nosotros,
Sin reconocer dominio
A nadie, darémos nombre
Al nuevo reinó de Tiro,
En cuyo muro y en cuyas
Láminas de piedra escrito
Lerá la fama á la historia
De los venideros siglos:
«Esta es la venganza que
Osados, fuertes y altivos
En su esclavitud tomaron
Los persas de los fenicios.»
—¡Todos callais! Pues ¿no hay quien
Responda?

UN PERSA.

Si suspendido
Está Toante, ¿quién quieres
Que hable ántes que él?

TOANTE.

Pues yo digo,
Ya que he de hablar el primero,
Que ¿quién será tan indigno
Persa, tan vil, tan cobarde,
Que al verse tan oprimido,
Se acuerde de que hubo ofensas,
Y se olvide de que hay brios?
Y así, yo seré el primero
Que olvidando beneficios
Y acordándome de agravios,
Le dé la muerte á Leonido.
Y al que no diga lo propio,
Sin que de aquí salga vivo,
Muera á nuestras manos.

TODOS.

Muera.

MORLACO.

Yo con ser norial borrico,
No solamente lo juro,
Mas lo voto y lo porvido,
Con circunstancia agravante;
Pues no solo al dueño mio
Mataré, pero á mi dueña.
Ved si á todos me anticipo,
Pues ser mata-dueñas es
Mas que ser mata-vestiglos,
Aunque me llamen despues
Licenciado mata-asnillos.

CÓSDROAS.

Señalar el dia nos falta,

La hora y el punto fijo,
Porque como en todos sea
A un tiempo el susto, es preciso
Que no puedan socorrerse
Unos á otros.

UN PERSA.

Atrevidos
Impulsos son mas vehementes
Cuanto son ménos remisos.
Si lo dilatamos, Cósdroas,
Podrá ser que algun indicio,
O la astrologia del pueblo,
Que suele ser adivino
De sucesos, que contados
Se saben ántes que vistos,
Nos descubran: y así, es bien
No dar al tiempo un resquicio.

OTRO.

Eso en una parte; en otra,
Ser posible que el activo
Calor de hoy esté mañana,
Ya que no resfriado, tibio,
Pide mas prisa. Y pues ya
Anochece, y prevenirnos
No hemos menester de mas
Que de nuestro precipicio,
Esta misma noche sea;
Y la hora, cuando en filo
De su mitad, la divida
La luna en dos equilibrios.

TODOS.

Ha dicho bien.

CÓSDROAS.

Pues no hay
Sino ejecutar lo dicho.
La seña será las trompas
Y cajas que ya previno
Mi celo, porque asaltados
Todos juntos de improviso
Dentro y fuera de sus casas,
Sea todo un confuso abismo.
Y ahora, quitando á la puerta
El fiador que la pusimos,
Volved, para que nos abran,
A entonar mas alto el himno.

TODOS. (*Cantan.*)

¡Viva Diana! etc.

VOCES. (*Dentro.*)

Ya abrir las puertas podemos.

CÓSDROAS.

Salgamos agradecidos
Al favor, sin mudar nadie
Semblante, color ni estilo.

PERSAS. (*Cantando.*)

Y pues hoy tenemos, etc.
(*Vanse todos, ménos Toante y Cósdroas.*)

ESCENA XVI.

TOANTE, CÓSDROAS.

TOANTE.

Cósdroas...

CÓSDROAS.

¿Qué quieres?

TOANTE.

Que pues
Ya todos van divididos
A sus casas, industriados
De lo que han de hacer, conmigo
Te vengas hácia la mia,
Porque tengo en el camino
Que hablarte á solas.

CÓSDROAS.

¿Qué esperas?

TOANTE.

¿Acuérdaste que Leonido
Me dió la vida?

CÓSDROAS.

Yo fuí
El instrumental testigo.

TOANTE.

¿Sabes que en mi esclavitud,
Más que mi dueño, mi amigo,
Sobre aliviar mis fatigas
Fuera de su casa, hizo
En ella tal confianza
De mí, que siendo preciso
Venir tarde algunas noches
Del jardin adonde asisto,
A causa de que Deidamia
Bajaba á su ameno sitio,
Mandó que me diesen llave,
No solo de aquel postigo
Que cae á mi albergue, pero
Maestra de su cuarto mismo,
A fin de lo que gustaba
Tal vez conferir conmigo?

CÓSDROAS.

Sí lo sé.

TOANTE.

¿Sabes tambien
Que soy quien soy?

CÓSDROAS.

Yo el que finjo
Que no lo eres soy.

TOANTE.

Pues ¿cómo,
Sabiendo que por él vivo,
Sabiendo su tratamiento,
Su confianza y cariño,
Y finalmente que soy
Quien soy, has de mí creido
Que vida, trato y fe puedo
Pagar con un homicidio?

CÓSDROAS.

Tú fuiste quien mi consejo
Aprobaste.

TOANTE.

Muy distinto
Es cumplir yo con la patria,
Que haber de cumplir conmigo.
Leonido no ha de morir
A mis manos: dame arbitrio
Cómo podré tus intentos
Carear con sus beneficios.

CÓSDROAS.

No dándole tú la muerte,
Pero no quedando él vivo;
Que general de sus armas,
Es mucho para enemigo,
Si vivo queda.

TOANTE.

¿Cómo eso
Puede ser?

CÓSDROAS.

Ya lo imagino.
Yo juntaré de los nuestros
Algunos que irán conmigo,
Diciendo que allí el esfuerzo
(Por ser principal caudillo,
Donde hay guardia y hay familia)
Conviene: y así, eximido
Tú de la nota de ingrato
Con que el tumulto lo hizo,
Pones en salvo tu honor.

TOANTE.

No pongo, si lo permito;
Que en lo mal hecho, aun es ménos
Hacerlo que consentirlo;
Que uno dice bien vengado,
Y otro publica malquisto.

CÓSDROAS.

Eso es reventar de honrado.

TOANTE.

Esto es ser agradecido.

CÓSDROAS.

Es ser no fiel á la patria
Por ser con un hombre fino.

TOANTE.

Es ser fiel y fino á un tiempo,
Pues ya voté los designios
De la patria en su favor,
Y ahora consulto los mios.
De ingrato no ha de acusarme.

CÓSDROAS.

¿Qué muerto al matador vino
A residenciar de ingrato?

TOANTE.

El que quedó en mi fe vivo.

CÓSDROAS.

Bastante disculpa es
Decir que el motin lo hizo.

TOANTE.

Si eso, sin saberlo yo,
Me lo hallara sucedido,
Decias bien.

CÓSDROAS.

¿Quién, sino tú,
Lo sabrá?

TOANTE.

¿Qué mas testigo?
Para ser yo ruin ¿no basta
Saberlo yo de mí mismo?

CÓSDROAS.

Pues prevente á embarazarlo.

TOANTE.

Pues prevente tú á cumplirlo.

CÓSDROAS.

Sí haré; que ménos importa
Que un comun, un individuo;
Y quizá habrá cómo salve
Tu honor y mi patria...

TOANTE.

Dilo.

CÓSDROAS.

¿Para qué, si es tu disculpa
No saberlo? Y no hay camino
Mejor de que no lo sepas...

TOANTE.

¿Qué?

CÓSDROAS.

Que irme yo sin decirlo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

TOANTE.

¿Quién ¡cielos! en confusiones
Tantas como yo se ha visto?
Cuando pendiente de que
Si se habrá Irifile ido
A Ceilan estoy, bien como
Troncadamente me dijo;
Nueva duda me combate,
Y tan grande como ha sido
Ser á mi patria traidor
O traidor al dueño mio.
Si le digo que conviene
Guardar su vida, le digo
De quién; si lo callo, ¿cómo
Le he de decir el peligro
De que ha de guardarse? (*Vase.*)

—

Sala ó tránsito en casa de Leonido.

ESCENA XVIII.

TOANTE.

¡Cielos!
Alumbradme en tanto abismo...
Y dije bien, «alumbradme,»
Pues cuando ya el umbral piso
De mi albergue, y paso al cuarto,
Solo y á obscuras le miro.
Sin guardia está estotra puerta
Y cerrada. ¿Si han oido
Algo los que se quedaron
Fuera, y trayendo el aviso,
Para reparar el daño
A juntar la gente ha ido
Leonido, á este fin llevando
Familia y guardia consigo?
¡Ah discurso! ¿á lo peor
Siempre? El mas vehemente indicio
Desto es ver si retiraron
Tambien las armas. Preciso
Es para verlo traer luz;
Que no he de fiar al tino
Tan grande experiencia. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

LEONIDO Y ANTEO, *trayendo á* IRÍFILE.

IRÍFILE.

¡Cielos,
Favor!

LEONIDO.

Cesen los suspiros;
Que en brazos vas de quien mas
Te estima á ti que á sí mismo.

IRÍFILE.

¡Ay de mi infeliz!

LEONIDO.

Anteo,
Pues solo de ti me fio,
A cuya causa esta noche
Familia y guardia retiro,
Quédate á esta puerta, y nadie
(Pues no ha de haber mas testigo
Que tú) entre aquí, miéntras yo
Un instante, un improviso
Me dejo ver de Deidamia,
En prueba de que no he sido
Yo el agresor deste robo.

ANTEO.

Parte seguro; que fijo
A esta puerta me hallarás.
(*Vase Leonido por una puerta, y Anteo se entra por otra.*)

IRÍFILE.

¡Valedme, dioses divinos!
Que no sé ni dónde estoy
Ni lo que me ha sucedido,
Pues solo sé que me hallo
En un ciego laberinto.

ESCENA XX.

TOANTE, *con luz; despues,* ANTEO.—IRÍFILE.

TOANTE.

Reconoceré si están
Las armas... Pero ¡qué miro!

IRÍFILE.

Luz ha entrado... Mas ¡qué veo!

TOANTE.

¡Otro asombro!

IRÍFILE.

¡Otro prodigio!
¡Toante!

TOANTE.

¡Irífile!
(*Anteo aparece á la puerta escuchando.*)

ANTEO. (*Ap.*)

¡Aqui luz!...
¿Y *Toante* ella no dijo?
Oiga y calle.

TOANTE.

Pues ¿qué es esto?

IRÍFILE.

Volvernos á aquel principio
En que ambos nos preguntamos
Y en que ambos nos respondimos.

TOANTE.

¿Cómo?

IRÍFILE.

¿Entendiste bien cuanto
Mi voz al pasar te dijo?

TOANTE.

Sí.

IRÍFILE.

Pues habiendo ¡ay de mí!
De las murallas salido
Con el convoy que Deidamia
Me dió, nos salió al camino
Una tropa: huyó la mia:
Con que, un soldado al estribo
Y otro á la rienda, el caballo
De ambos gobernado vino
Donde á obscuras me han dejado,
Y donde, habiéndote visto,
No sé cómo aquí estás.

TOANTE.

Como
Es la casa de Leonido,
Mi amo...

IRÍFILE.

¡De Leonido!

TOANTE.

Sí.

IRÍFILE.

Ya es mas mi mal sucedido
Que fué imaginado.

TOANTE.

¿Cómo?

IRÍFILE.

Como el primer dueño mio
Fué Leonido, y de su amor...

TOANTE.

No, no tienes que decirlo;
Que ya me lo han dicho ántes
Mis desdichas, pues me han dicho
Que se guardaban los celos
Para el último martirio.
Darle la vida pensaba,
A mi vida agradecido;
Agradecido á mi muerte,
No lo he de hacer, pues ya es visto
Que delito sobre celos
Es disculpado delito.
Muera Leonido.—Mas ¡ay!
Que es muy desigual partido;
Que sé yo que él me ha obligado,
Y él no que á mí me ha ofendido.
¿Quién vió contrato en que es fuerza
Valer yo mas que yo mismo?
Viva Leonido, y yo muera.—
Pero ¿qué digo? ¿qué digo?
¡Oh mal haya tanto honor!
¿Será de mi fama digno
Decir que dejé mi dama
A otro amante, consentidos
Mis celos? Eso no: muera
Con todos cuantos fenicios
Hoy han de morir.

ANTEO. (*Saliendo.*)

¿Qué es eso
De morir todos...

TOANTE. (*Ap.*)

¡Qué he dicho!

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Otro susto, cielos!

ANTEO.

Si ántes
Que llegues á presumirlo
Sabrá Leonido quién eres,
Que estás con nombre fingido
Y eres de Irífile amante?

TOANTE.

No harás tal; que yo rendido
A tus piés, te rogaré
Que lo que un despecho dijo,
No es para que dello hagas
Aprecio, y...

ANTEO.

No hay que impedirlo;
Que todo lo ha de saber.

TOANTE.

Haz lo que yo te suplico,
Antes que otro te lo mande.

ANTEO.

¿Quién será?

TOANTE. (*Quitale la espada y acométele.*)

Tu acero mismo.
Muere á mis manos. (*Le hiere.*)

ANTEO. (*Huyendo.*)

¡Ay triste!

TOANTE.

Ahora, si pudieres, dilo.
(*Anteo cae muerto dentro.*)

IRÍFILE.

¿Qué has hecho?

TOANTE.

Cerrar con puerta
De acero nuestro peligro.
Y ya que á los piés del lecho
De Leonido á caer vino,
Miéntras que no se declare
Aun otro mayor prodigio,
Vénte tú conmigo.

ESCENA XXI.

LEONIDO.—TOANTE, IRÍFILE.

LEONIDO.

¿Dónde
Irífile ha de ir contigo?
¿Y mas cuando usando ingrato
De la entrada que has tenido
A este cuarto, veo ese acero
En tu vil mano, teñido
En roja sangre! ¿Qué es esto?

TOANTE.

Volver por tu honor, el mio
Y el suyo. En mi albergue estaba,
Cuando oigo un triste gemido
De mujer, pidiendo al cielo
Favor: tomo luz, movido
De la novedad, y entro
Adonde un soldado miro...
Con Irífile... No sé
Cómo me atreva á decirlo,
Por no decir que luchando.
Y porque llegué á impedirlo,
Me atropelló de manera
Que me obligó á que á los filos

Muera de su acero. Mira,
El en tu casa atrevido,
Ella ofendida en tu casa,
Yo en tu casa agradecido,
Si hice bien ó no en salvar
Su honor, el tuyo y el mio:
Con que viéndola confusa,
Sin saber cómo aquí vino,
Le dije, como tú oiste:
«Vénte, Irífile, conmigo,»
Para volverla á Deidamia.

LEONIDO.

¡Oh traidor, oh fementido
Anteo! No ya enojado,
Estraton; agradecido
A tu valor, con los brazos
Te pago el justo castigo
Del agraviado respeto
Deste hermoso dueño mio.
Y pues que ya de mi amor
Y mi secreto te hizo
Capaz el acaso, bien
De tus buenas prendas fio
Que nunca digas...

ESCENA XXII.

CÓSDROAS, PERSAS Y FENICIOS, *dentro.* —TOANTE, IRÍFILE, LEONIDO.

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

(*Cajas dentro.*)

LEONIDO.

Mas ¿qué asalto no previsto
Tan súbito al arma toca?

FENICIOS. (*Dentro.*)

¡Socorro, cielos divinos!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Dioses, favor!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

LEONIDO.

En general alarido
Clama toda la ciudad.

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Cajas.*)

IRÍFILE.

¡Oh hado impío!
¿Hasta dónde ha de llegar
El rigor de tu destino?

LEONIDO.

¿Qué aguardo que no voy?

TOANTE. (*Deteniéndole.*)

Mira...

LEONIDO.

Quita.

TOANTE.

Teme tu peligro,
Pues yo dél te aviso, y hago
No poco en darte el aviso.

FENICIOS. (*Dentro.*)

¡Traicion, traicion!

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Arma, guerra!

CÓSDROAS. (*Dentro.*)

¡Mueran todos los fenicios!

LEONIDO.

Pues ¿qué es esto?

TOANTE.

Solevado
Tumulto de los cautivos,
Que á esta hora no habrá dejado
Alguno á su dueño vivo,
Sino yo.

(*Golpes dentro.*)

CÓSDROAS. (*Dentro.*)

Romped las puertas.

TOANTE.

Y pues se acerca el conflicto,
Procúrate retirar
En el mas oculto sitio,
Miéntras muero en tu defensa,
Si no basto á reducirlos
Con que en casa no estás.

LEONIDO.

¡Yo
Retirarme! Solo altivo
Entraré á tomar mis armas;
Que si el trenzado arnes ciño,
El templado escudo embrazo
Y el ardiente acero esgrimo,
Antes que, rota la puerta,
Entren, saldré á recibirlos.

(*Vase por donde vino.*)

TOANTE.

No harás; que impedirlo yo
Sabré.

LEONIDO. (*Dentro.*)

¿Cómo has de impedirlo?

TOANTE.

Cerrándote, pues la llave
Está puesta en el pestillo. (*Cierra.*)

LEONIDO. (*Dentro.*)

¿Qué haces, traidor?

TOANTE.

Ser leal,
Y porque voces ni ruido
No te descubran, y sepas
Cuán seguro estás conmigo,
Toante soy, no Estraton: mira
Si tu vida solicito,
Pues para serte traidor
No hubiera mi nombre dicho.—

(*A Irífile.*)

Ponte ahora tú á mis espaldas.

IRÍFILE.

¿Qué intentas?

TOANTE.

Ver si consigo,
Dél esclavo y de tí amante,
Ajustar leal y fino
Duelos de amor y lealtad,
Viendo que á él de todos libro,
Y á tí dél.

(*Dentro golpes.*)

PERSAS. (*Dentro.*)

Cayó la puerta.
Entrad, y muera Leonido.

ESCENA XXIII.

CÓSDROAS, MORLACO, PERSAS.— TOANTE, IRÍFILE.

TOANTE.

Detente, Cósdroas; que ya
De tu razon convencido,
Mudé parecer, y al verle
Sobre su lecho dormido
(Que, á fuer de buen capitan,
Se recostaba vestido),
Le di la muerte. Llegad:
Ved que al postrer parasismo,
Con las ansias de la muerte,
Al pié del lecho caido
En tierra está. (*Señala dentro.*)

MORLACO.

Atun de *requiem*,
En ella yace tendido.

CÓSDROAS.

En efecto eres quien eres.
Pero ¿quién aquí ha traido
A Irífile?

TOANTE.

De Deidamia
(Que vengar en ella quiso
El sobresalto de todos)
Huyendo, á ampararse vino
De mí. No aquí te la dejes:
Llévala, Cósdroas, contigo.—
Véte tú con ellos. (*Á Irífile.*)

IRÍFILE.

Pues
¿No vienes tú?

TOANTE.

Ya te sigo,
(*Ap. á ella.* Y advierte que honor y vida
Me va en callar lo que has visto.)

IRÍFILE. (*Ap. á Toante.*)

Juramento hago á los dioses
De que nunca he de decirlo.

CÓSDROAS.

Vén, bella Irífile, donde
Puesta Deidamia en retiro
Y tú en libertad, digamos:
¡Viva por los persas Tiro,
Y Toante, no ya Estraton,
Que dió la muerte á Leonido!
. . . .

PERSAS.

¡Viva por los persas Tiro!

(*Vanse Cósdroas, Irífile, Morlaco y los persas.*)

ESCENA XXIV.

TOANTE *abre la puerta, y sale* LEONIDO.

TOANTE.

Mira si bien te he pagado
La vida que te he debido;
Y ahora, hasta ponerte en salvo,
Sabré tenerte escondido,
Como Toante en mi fe, y como
Estraton en tu servicio.
Asegúrate de mí;
Que á todo ese cristalino
Coro de los altos dioses,
A quien pongo por testigos,
Hago jurado homenaje
Con todo solemne rito
De que, aunque importe á mi vida,
No descubra el que estás vivo.

LEONIDO.

Tarde he sabido quién eres.
Pero dime, ¿qué se hizo
Irífile?

TOANTE.

¡Ahora te acuerdas
Della, cuando yo me olvido!
Hallándola aquí el tumulto,
Como á su dueño, consigo
Se la han llevado.

LEONIDO.

¿No hubieras
Escondídola conmigo?

TOANTE.

No era fácil. A esconderte
Vuelve: no seas de alguien visto,
Miéntras yo desde ese muro,
Antes que sea conocido,
Echo al mar ese cadáver.

LEONIDO.

En fin, ¡tú no mas has sido
Leal entre tantos traidores! (*Vase.*)

ESCENA XXV.

TOANTE; *despues*, FENICIOS, PERSAS Y CENON, *dentro*.

TOANTE.

En agravios conocidos
No es la venganza traicion,
Por mas que digan á gritos
Unos...

FENICIOS. (*Dentro.*)

¡Clemencia, piedad!

TOANTE.

Otros...

PERSAS. (*Dentro.*)

Nadie quede vivo.

TOANTE.

Y aun otros desde el mar...

CENON. (*Dentro.*)

Leva
La áncora, despliega el lino,
Y huyamos, pues vemos que es
Toda la ciudad prodigios.

TOANTE.

Y todos juntos...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

FENICIOS. (*Dentro.*)

¡Socorro, dioses divinos!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Cielos, favor!

TODOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

TOANTE.

Pues de ecos tan distintos
Podrá componer la fama
Otro en que diga á los siglos
Que hubo esclavo tan leal,
Que celoso, amante y fino,
Le dió la vida á su dueño,
Cuando en los muros de Tiro
Tomaron justa venganza
Los persas de los fenicios.

JORNADA TERCERA.

Un puerto de mar.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y trompetas, y salen marchando por una parte ALEJANDRO *y* SOLDADOS MACEDONIOS, *y por otra* CENON.

CENON.

Si merece, señor, un derrotado
Náufrago peregrino,
Que á merced del destino,
Que á discrecion del hado,
Por varios casos á tus plantas vino,
Besar, postrado á ellas,
La ménos fija estampa de sus huellas,
Humilde te suplico
Me des audiencia.

ALEJANDRO.

¿Cuándo yo no aplico
El oido igualmente
A amigo y enemigo, si prudente
Sé que tal vez consigo
Del enemigo aun mas que del amigo?
Y así, sepa quién eres,
Adónde es tu derrota, y qué me quieres.

CENON.

Magno Alejandro, á quien aclama el mundo
Segundo al gran Filipo sin segundo,
Cenon soy, héroe un tiempo de Fenicia,
A quien Júpiter...

ALEJANDRO.

Ya desa noticia
Capaz estoy, y sé que destruida,
Quedó desierta.

CENON.

De los que la vida
Por el mar escaparon...

ALEJANDRO.

Ya sé tambien que en África arribaron.

CENON.

Uno fuí, que al tomar en ella tierra...

ALEJANDRO.

Tambien sé los progresos desa guerra.

CENON.

Triunfantes pues de Irífile y de Ciro...

ALEJANDRO.

Fabricásteis la gran ciudad de Tiro.
Hasta aquí sé de vuestros hechos graves.

CENON.

Pues oye desde aquí lo que no sabes.
Habiendo por derecho de armas sido
Del vencedor la vida del vencido,
La natural piedad hizo costumbre
Que estén en cautiverio ó servidumbre:
Con que apresando algunos persas vivos,
Los conservamos solo de cautivos
En el nombre, supuesto
Que en lo demas les era manifiesto
Que al que canjearse trate,
No le impidiese el dueño su rescate;
Y el que no le tenia,
Devengase la costa que le hacia,
En la pública fábrica del muro:
Con que no maltratado, y bien seguro,
De nadie queja alguna
Le quedaba, si no es de su fortuna.
En este pues recíproco contrato
De que me sirva pues que no le mato,
Conjurados hicieron tan notable
Traicion, motin tan fiero y execrable,
Tan bárbaro despeño,
Como dar cada cual muerte á su dueño.
Que el preso busque á riesgo del despecho
La libertad, es natural derecho;
Mas no es derecho natural que sea
Con tan torpe traicion, tan vil, tan fea
Como romper con alevoso ultraje
La contratada ley del homenaje.
Si de algun fuerte puesto apoderados,
Si de escondidas armas prevenidos,
Declarados lidiasen atrevidos,
Y sus hados trocando á nuestros hados,
Atrevidos venciesen declarados,
Heróica empresa fuera;
Mas con ira, y tan duramente fiera,
Como contra su dueño
Conspirar el esclavo,
Y en la quietud pacífica del sueño,
Como ántes dije, cruel, sañudo y bravo
Darle á su salvo muerte,
Es tan enorme, tan atroz, tan fuerte
Insulto, que te empeña en su castigo:
A cuyo fin por tierra y mar te sigo;
Pues por humanas y divinas leyes,
Toca á la real vindicta de los reyes
Conocer del doméstico enemigo
Que el fuero humano al inhumano pasa,
Sin que le valga á un desarmado pecho
Ni el seguro sagrado de su casa
Ni el no violado albergue de su lecho.
En una noche pues, en tanto estrecho
Tiro se vió, que no hubo en toda Tiro
Calle sin llanto, casa sin suspiro,
Plañendo, sin cuidar de otros haberes,
Padres y esposos, hijos y mujeres,
Al verse sin tener recurso á nada,
Deidamia presa, Irífile aclamada...
Y no el comun clamor tanto te obligue,
Como en particular el que se sigue.
Yo, que en el mar me hallaba,
Por ser el que la armada gobernaba,
De algunos que en sus casas no durmieron
Porque de guardia aquella noche fueron,
Supe, echándose al mar ántes del dia,
Que desta alevosía
El estruendo mayor habia salido
De la infelice casa de Leonido.
Leonido, de la tierra
General, que en los trances de la guerra
Hallando á un persa herido
Sin aliento, sin voz y sin sentido,
En su casa albergado,
Asistido y curado
Hasta cobrar la vida,
Cabeza del motin, fué su homicida
Segun lo que entendieron
De las confusas voces los que oyeron
Decir al pueblo errante:
«¡Viva, no ya Estraton, sino Toante,
Pues dió la muerte al general Leonido!»
De suerte que Toante, con fingido
Nombre, convalecidas sus fatigas,
Movió el motin, pagando...

ALEJANDRO.

No prosigas;
Que aunque el traidor tumulto
Me mueve por lo extraño del insulto,
Más por tener un hombre tan aleve
Que da la muerte á quien la vida debe.
Corra la voz, y marche,
Herido el bronce y castigado el parche,
El campo, no en alianza ya de Ciro;
Tome á Tiro la vuelta;
Que mi piedad en cólera resuelta
Ha de dar en su último suspiro
Nombre á la roja púrpura de Tiro,
Cuando navegue, en vez de undosa planta,
Bajel de piedra en ondas de escarlata;
No tanto ya por su alevoso trato,
Cuanto por mantener en sí á un ingrato.
Pues por mayor victoria habré tenido
Ver á mis piés á un desagradecido,
Que cuantas en memoria
Esculpirá en sus láminas mi historia;
Porque ¿qué triunfo, qué laurel, qué palma
Como el de un homicida
Que da la muerte á quien le da la vida,
Y de su ingatitud sus triunfos labra?
A Tiro pues, y pase la palabra.

SOLDADOS.

A Tiro pues, y pase la palabra.
(*Vanse, tocando caja y clarin.*)

—

Jardin en Tiro.

ESCENA II.

FLORA, *huyendo de* MORLACO, *que la persigue con un palo.*

FLORA.

La furia, Morlaco, aplaca.

MORLACO.

No hay que llorar ni gemir;
Que hoy, infame, has de morir
A los filos desta estaca.

FLORA.

Cuando mi vida te enoje,
¿Por qué con palo me das?
La mano baste, y no mas.

MORLACO.

Amiga, á quien dan, no escoge.

FLORA.

¿No basta en el cuerpo? Ya
Que tan airado te ves,
No en la cabeza me des.

MORLACO.

Todo, Flora, se andará.

FLORA.

Ten ese golpe... ¡Ay de mí!

MORLACO.

Ya este que se llegó á ver
En alto, fuerza es caer;
Que no he de quedarme así.

FLORA.

Dél me procure escapar.
(*Va á darla; ella huye, y da en el suelo.*)

MORLACO.

Si con este no te toco,
Vaya estotro; que tampoco
Así tengo de quedar.

FLORA.

¿No basta que á mi marido,
Porque dormido le hallaste,
Como un gallina mataste?

MORLACO.

No basta, pues no has sabido
Matar otra, y cada dia
Que á comer y á cenar entro,
El nombre *gallina* encuentro
En tu boca, y no en la mia.
¿Qué cosa es que un hombre honrado
De holgarse á su casa venga,
Y en ella una esclava tenga
Tan poquísimo cuidado,
Que no halle la mesa puesta,
Ni agua ni leña traida,
Ni guisada la comida?

FLORA.

¿Qué comida traes tú?

MORLACO.

Esta. (*Pégala.*)
¡Buen modo de agradecer
Que desde que su amo soy,
No conozca que está hoy
Mucho mas moza que ayer!

FLORA.

¿Mas moza? Eso me alboroza.

MORLACO.

Claro está, porque ¿qué dama
Que envejece siendo ama,
Si se entra á servir, no es moza?
Y pues piedad no pequeña
Es que cuanto sirvas mas
Tanto mas moza serás,
Véme por un haz de leña.
Haya leña, ya que no
Haya que cocer con ella.

FLORA.

¿Cómo puedo yo traella?

MORLACO.

A cuestas, como hacia yo.
Y si el tener las costillas
Doloridas te acobarda,
Vén, echaréte la albarda
Con todas sus angarillas.
Y para hacer mas notoria
Mi piedad, no diré yo
Que traigas agua, sinó
Que la saques de la noria.

FLORA.

¡Yo noria! Yo albarda!

MORLACO.

Y presto:
No de otra suerte lo diga.

FLORA.

¡Yo albarda y noria!

MORLACO.

Sí, amiga.

FLORA.

¡Justicia de Dios!

ESCENA III.

IRÍFILE. — DICHOS.

IRÍFILE.

¿Qué es esto?

FLORA.

Es ser, en el desconsuelo
Que toda Fenicia llora,
El mio el mayor, señora,
Pues me da por amo el cielo
Quien matarme á palos quiera.

IRÍFILE.

¿Cómo así á Flora se trata?

MORLACO.

Como quien á estaca mata
Es justo que á estaca muera.
Si cualquiera camarada,
En la casa en que quedó
Por dueño, todo lo halló
Cumplido, y yo no hallo nada
Mas que esa fiera, esa rara
Serpiente deste verjel
(Y si no, dígalo aquel
Talle con aquella cara);
Si cuando á otros mesa franca,
Ajuar y dinero alegra,
Hallo yo una verdinegra
Por quien no daré una blanca;
¿Qué mucho que vengar quiera
En que ella me sirva á mí,
Lo que yo á ella la serví?

IRÍFILE.

Cobarde, ¡desta manera
Te vengas de una mujer!
¿No la basta su dolor
Sino hacerle tú mayor?—
¡Hola!

ESCENA IV.

DOS SOLDADOS PERSAS. — DICHOS.

UN SOLDADO.

¿Qué mandas?

IRÍFILE.

Poner
En un cepo á ese villano
Miéntras un trato le dén
De cuerda; que ver es bien
Que quiso el cielo, no en vano,
Convalecer mi fortuna,
Pues es para hacer justicia
De quien con torpe malicia
Intente violencia alguna
En la casa que adquirió.—
¿Qué esperais? Llevadle pues.

MORLACO.

Humildemente á tus piés...

FLORA.

Mentehumilde á tus piés yo...

MORLACO.

Lograr tengo...

FLORA.

He de deber...

MORLACO.

Que el cepo...

FLORA.

El trato y la cuerda...

MORLACO.

La ira temple.

FLORA.

El furor pierda.

MORLACO.

¡Miren la buena mujer!

IRÍFILE.

¿Tú lo pides?

FLORA.

Yo lo ruego.
Cepo, trato y cuerda, tres
Penas, muchas son: haz pues
Que le ahorquen desde luego,
Que es una no mas: aquesto
Mi llanto ha de merecer.

MORLACO.

¡Miren la mala mujer!—
No hagan tal; que yo protesto
Tanto enmendarme, señora,
Que no solo he de ofenderla[1],
Pero ni oirla ni verla.

IRÍFILE.

Eso basta por ahora;
Pero has de advertir que sea
Para que no vuelva á mí
Con la queja. Idos de aquí.

FLORA.

Como la enmienda no vea,
A que te ahorquen volveré.

MORLACO.

Miéntras me ahorcan ó no,
Volveré á mi estaca yo.
(*Vanse Flora, Morlaco y los soldados.*)

ESCENA V.

TOANTE. — IRÍFILE.

TOANTE.

Que se fuesen esperé
Para hablarte á solas, ya,
Bella Irífile, que puedo
Sin aquel pasado miedo
Lograr la ocasion que da,
Bien que á costa del rigor,
Mejorada nuestra suerte.

IRÍFILE.

Solo la mejora es verte
Y hablarte sin el temor
Que en verte y hablarte habia,
Cuando el recato de todos
Andaba buscando modos
De explicarse; y pues el dia
Llegó de que vencedores
Dueños de Tiro seamos,
Será bien que confiramos,
Toante, los medios mejores
Para establecer su nuevo
Dominio.

TOANTE.

¿Qué puede haber
En eso que establecer,
Si á coronarte me atrevo
Hoy reina de Tiro, á cuyo
Fin he dispuesto que esté
Junto el pueblo para que
Te aclame?

IRÍFILE.

El afecto tuyo

[1] No solo no he de ofenderla

Estimo como es razon;
Mas no lo intentes.

TOANTE.

¿Por qué?

IRÍFILE.

Porque me empeñas en que
Desdeñe su aclamacion;
Porque ¿cómo, Toante, cómo,
Si Deidamia fabricó
La ciudad, y della yo
Una vez posesion tomo,
Podré pagarla despues
La gran deuda en que me puso,
Cuando enviarme dispuso
Libre á Ceilan? Que aunque es
Verdad que no conseguí
Por la traicion de Leonido
Haberme á mi salvo ido,
Ya á lo ménos recibí
Su generosa hidalguía;
Y no es de la mia disculpa
Que sea de otro la culpa,
Para que ella no sea mia.

TOANTE.

Esa es pequeña objecion,
Pues con tenerla en decoro
Y en estimacion, no ignoro
Cumples con tu obligacion.

IRÍFILE.

No cumplo; que si ella á mí
En estimacion me tuvo
Y en decoro, y luego anduvo
Tan liberal como vi,
¿Qué haré por ella en tenella
En estimacion tambien
Y en decoro, si no ven
Que paso á igualarme á ella
En otra gloriosa accion?
Pues no corren paridad
Ponerme ella en libertad
Y tenerla yo en prision.

TOANTE.

Poco mis finezas amas,
Pues que no estimas su fe.

IRÍFILE.

¿Ahora, Toante, sabes que
Tambien hay duelo en las damas?
¿Quieres verte convencido?
Si á tí Leonido te dió
La vida, á mí me ofendió:
Y siendo así que escondido
Por una piedad le amparas,
Y por un agravio no
Te vengas dél, ¿cómo yo,
Si en mí la piedad reparas
Sin el agravio, podré
Faltar á la obligacion?

TOANTE.

Duelos de damas no son
Tan escrupulosos que
Las desdoren.

IRÍFILE.

Si son, cuando
Son las damas como yo.
Y persuádete á que no
Acepte de Tiro el mando
Que tus favores me dan,
Pues si á Deidamia no miro
Quedar por reina de Tiro,
La coronaré en Ceilan.

ESCENA VI.

DEIDAMIA. — DICHOS.

DEIDAMIA. (*Ap. quedándose retirada.*)

«¡Pues si á Deidamia no miro
Quedar por reina de Tiro,
La coronaré en Ceilan!»

TOANTE.

Si á eso obliga el ser quien eres,
A esto ser quien soy provoca.
Yo iré á hacer lo que me toca,
Y tú harás lo que quisieres. (*Vase.*)

DEIDAMIA. (*Ap.*)

¡Oh fuerza de lo bien hecho!
Que aun siendo con intencion
Doble, es tal tu perfeccion,
Que al fin resulta en provecho.
No me dé por entendida. (*Sale ahora.*)

IRÍFILE.

Deidamia...

DEIDAMIA.

Llegando á ver
Desde esa torre que andabas,
Señora, en este verjel,
Por si tienes que mandarme,
En busca tuya bajé,
Ya que besar no merezca
Tu mano, á estar á tus piés.

IRÍFILE.

¿Qué haces?

DEIDAMIA.

Aprender de tí
Humildemente cortés,
Aunque murmuren las flores
Que su oficio les hurté,
Lo que va de ayer á hoy,
Pues tú me enseñaste á ser
Fiel prisionera.

IRÍFILE.

Levanta;
Que si aprendiste lo fiel,
Yo podré poco, ú de Tiro
Reina has de ser.

ESCENA VII.

SOLDADOS PERSAS Y TOANTE, *dentro.* — IRÍFILE, DEIDAMIA.

PERSAS. (*Dentro.*)

No ha de ser.

OTROS. (*Dentro.*)

Sí ha de ser.

IRÍFILE.

¿Qué estruendo es este?

DEIDAMIA.

No apures su acento; que es
Oráculo contra mí,
Y es fuerza ser cierto.

TOANTE. (*Dentro.*)

Aunqué
Lo resistais, la habeis hoy
De aclamar y obedecer.

PERSAS. (*Dentro.*)

Antes perderémos todos
Las vidas.

(*Ruido de armas dentro.*)

TOANTE. (*Dentro.*)

¿Qué esperais pues?

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Muera Toante, que nos quiere
Avasallar!

ESCENA VIII.

TOANTE, *riñendo con algunos* SOLDADOS PERSAS; CÓSDROAS, *deteniéndolos; despues,* MORLACO, *detras de todos.* — IRÍFILE, DEIDAMIA.

CÓSDROAS.

Detened
El furor: puedan mis canas,
Ya que á este tiempo llegué,
Reportaros.

IRÍFILE.

¿Qué es aquesto,
Soldados? ¡Así perdeis
La obediencia, en la milicia
La mas inviolable ley!
¡Contra vuestro general
Armas tomais!

PERSAS.

No lo es
Quien fe y palabra nos rompe.

IRÍFILE.

¿Qué palabra ni qué fe?

PERSA 1.°

Con tu licencia, señora,
Por todos responderé.

MORLACO.

O yo, puesto que soy ya
Hombre de decir y hacer.

PERSA 2.°

¡Tú, villano!

MORLACO.

Pues ¿no soy
Mata-dormidos tambien?

PERSA 1.°

La primer proposicion
Que hizo Cósdroas para que
Nos alentásemos todos
A tan gran venganza, fué
Que habíamos de quedar
Libres, sin reconocer
Vasallaje á nadie, haciendo,
Con Tiro en nuestro poder,
Nuevo reino aparte: contra
Cuya prometida ley,
Toante propone que seas
Tú nuestra reina, sin ver
Que para quedar esclavos
De quien electivo rey
No sea de nosotros mismos,
Mejor nos está volver
Los que auxiliares venimos
En tu socorro con él,
Sin él y sin tu socorro
A serlo segunda vez
De Ciro: con que logrado
Nada habrémos, sino haber
Hecho un estrago sin fruto,
Pues no nos permite ser
La autoridad de lo libre
Disculpa de lo cruel.

CÓSDROAS.

Es verdad: yo lo propuse
Así, y es fuerza que esté
De parte de mi propuesta
Y de su razon. Y pues
No mal servida, señora,
Coronada de laurel,
Vuelves libre y victoriosa,
Vengado el fatal desden
De tu rota y tu prision
A tu primero dosel;
No á tus auxiliares culpes
Que se quieran mantener
En lo que ganaron, libres
Y victoriosos tambien.

TOANTE.

Primero que yo...

IRÍFILE.

Tampoco
Respondas tú; yo lo haré.

TOANTE.

Pues si has de responder tú,
Y lo que has de responder
Sé ya, no lo quiero oir,

Por no obligarme á tener
Queja de tí en que resistas
A mi intento; y así habré
De huir el desaire de ahora
Hasta enmendarle despues. (*Vase.*)

ESCENA IX.

IRÍFILE, DEIDAMIA, CÓSDROAS, MORLACO, PERSAS.

IRÍFILE.

Pensaréis que me ha ofendido
Vuestro empeño; pues sabed
Que mucho mas que sentir
Me ha dado que agradecer;
Pues aunque quisierais todos
Aclamarme, es mi altivez
Tan mia, que no admitiera
Aun mas supremo interes
A la vista de Deidamia,
Cuando suyo es el laurel.
Admitidla á ella; que yo
Gozosa...

CÓSDROAS.

La voz deten;
Que de haber de admitir otra,
Tú nos estabas mas bien.

PERSAS.

Rey que elijamos queremos.

MORLACO.

Sí; que es gran dicha tener
Rey que hiciera la eleccion,
Aunque no naciese rey.

IRÍFILE.

(*Ap.* ¡Oh vulgo, espejo de tantas
Lunas cuantas al primer
Viso su parecer miran,
Y adoran su parecer!
¿Quién te podrá resistir?)
Deidamia, conmigo vén;
Que ya que no sea bastante
A que obediencia te dén,
Partiré á Ceilan contigo. (*Vase.*)

DEIDAMIA. (*Ap.*)

¿Quién, cielos, se llegó á ver,
Huido Cenon con la armada,
En el mar sin un bajel,
Sin un vasallo en la tierra,
Y en tierra y mar á merced
De una piedad engañada,
Pues ignorando el doblez,
No venga lo que hice mal,
Y premia lo que hice bien? (*Vase.*)

ESCENA X.

CÓSDROAS, MORLACO, PERSAS.

CÓSDROAS.

Para atajar semejantes
Competencias, fuerza es
Abreviar con la eleccion,
Y así los ojos poned
En quien ha de preferiros.

PERSA 2.°

Supuesto que no ha de ser
Toante, á quien por general
Le tocaba preceder,
Respecto de que ya estamos
Todos sospechosos dél;
Excluido una vez, ¿quién duda
Que me toca suceder
En su segundo lugar,
Pues las tropas goberné
De Irífile y de Ceilan,
Antes que él viniese á ser
Auxiliar caudillo suyo?

PERSA 1.°

Ese pretexto mas es
Contra tí que en tu favor,
Pues no es justo anteponer
El natural al extraño
Que la vino á socorrer.

PERSA 2.°

Sí es en fueros de dominio,
Pues al natural, mas fiel
Que al extraño mirará
El que le ha de obedecer.

PERSA 1.°

¿A qué huésped no se da
El primer lugar?

PERSA 2.°

Al que,
Queriéndoselo él tomar,
No aguarda á que se le dén.

PERSA 1.°

El socorrido es deudor
Al que se empeñó por él.

PERSA 2.°

Pagarse uno de su mano
No es socorro, es interes.

UNOS.

Es razon.

OTROS.

Es tiranía.

CÓSDROAS.

Mirad...

TODOS.

¿Qué habemos de ver?

CÓSDROAS.

Que á vista de monarquía
Que está por establecer,
Mover cuestion que las armas
Hayan de ajustar, más es
Empezarla á destruir
Que acabarla de vencer.
Haya medio que os ajuste.

TODOS.

¿Qué medio?

CÓSDROAS.

El que yo os daré,
Sin excepcion de personas,
Igual á todos.

TODOS.

Di pues.

CÓSDROAS.

La primer fábrica altiva
Que se labró en Tiro, fué
Un templo á Apolo, bien como
Tutelar patron á quien
Siempre encargó sus progresos
De los fenicios la fe;
Y supuesto que ha querido
Que venga á nuestro poder,
Claro está que nos querrá
Agradecidos: con que
A él debemos acudir,
Para que nos diga él
A quién en su nombre quiere
Que le aclamemos por rey.

PERSA 2.°

¿Cómo nos lo ha de decir,
Si mudo oráculo es
Y no responde?

CÓSDROAS.

Con una
Señal que no puede ser
De otro, sino suya.

TODOS.

¿Cómo?

CÓSDROAS.

Lo primero habeis de hacer
Sacrificios á sus aras,
Suplicándole que os dé
Rey de su mano; y fiando
Que os oiga, salir despues
Todos á la falda dese
Monte excelso á cuyo pié
Yace un valle que capaz
De albergar á todos es,
Tan igual, que superior
Ni inferior ninguno esté.
Aquí velaréis la noche
Invocando al sol, de quien
Ya sabeis que, árbitro Apolo,
Gobierna el carro; y aquel
Que le salude el primero,
Dél permitiéndose ver
Antes que de los demas
Mañana al amanecer,
Claro está que el elegido
Vendrá entre todos á ser,
Pues á él primero que á todos
Le ilustra su rosicler:
Con que ninguno podrá
Queja del otro tener,
Pues influida de Apolo,
La luz del sol será el juez.

TODOS.

En tan prudente consejo
Fuerza es venir todos.

CÓSDROAS.

Pues
Empiece la aclamacion
Desde luego, y sin perder
Tiempo al templo vamos, donde
En religioso tropel
Digamos, tal vez festivos,
Y enternecidos tal vez:
«Vén, sacro Apolo, vén,
Y oráculo sin voz, dinos á quién
Laurel y luz han de ceñir, poniendo
Tú la luz y nosotros el laurel.»

TODOS. (*Cantando.*)

Vén, sacro Apolo, vén,
Y oráculo sin voz, etc.

(*Vanse.*)

—

Habitacion donde está oculto Leonido.

ESCENA XI.

LEONIDO, *sentado junto á un bufete; despues*, PERSAS, *dentro.*

LEONIDO.

Cielos, ¿qué lejanas voces
Ya dulcemente festivas,
Ya confusamente altivas,
Pueblan los vientos veloces
Con tan nueva confusion,
Que sonando en todo Tiro,
Deste escondido retiro
La voluntaria prision
Han podido penetrar,
Sin que me dén á entender
Si las entona el placer
O las lamenta el pesar,
Puesto que mezclarse ven
Los desiguales acentos
De voces y de instrumentos,
Diciendo ni al mal ni al bien?...

ÉL; Y PERSAS, *dentro, cantando.*

Vén, sacro Apolo, vén, etc.

ESCENA XII.

TOANTE, *con luz, y una cestilla en las manos.*— LEONIDO.

LEONIDO.

Seas, Toante, bien venido;
Que aunque siempre he deseado
La deshora en que el cuidado
Tuyo entra á verme, hoy ha sido
Con mas ansias.

TOANTE.

Como entrar,
Leonido, de dia no puedo,
Hasta que la noche el miedo
Me asegure con dejar
La familia recogida
(Y hoy á causa de una grande
Novedad es fuerza que ande
Desvelada), la comida
Antes no pude traer.
Siéntate y come.

LEONIDO.

Primero
Que alimente el cuerpo, espero
De otro manjar mantener
El alma. ¿Qué novedad
Es la que te ha detenido?
Que unas voces que han podido
Romper desta soledad
La clausura, en confusion,
Toante, me han puesto. Ya ves
Cuán mal adivina es
La vaga imaginacion
De un triste, y que el pensamiento
Es verdugo tan cruel,
Que aunque uno confiese, él
Prosigue con el tormento.
Dime pues la novedad,
Rescátame á mí de mí.

TOANTE.

A Irífile pretendí
Poner en la majestad
De reina de Tiro.

LEONIDO.

¿Eso
Mas te debo? Agradecida
Mi alma, segunda vida,
Toante, deberte confieso;
Pues empeñarte por ella
No dudo sería en favor
De aquel trance que mi amor
Te descubrió.

TOANTE. (*Ap.*)

Dura estrella
Es la que á un noble le obliga
A estar en neutralidad,
Lidiando amor y lealtad.

LEONIDO.

Prosigue.

TOANTE.

No que prosiga
Pretendas, porque si ha sido
Pensar que reina se vea,
Sentirás que no lo sea.

LEONIDO.

¿Cómo?

TOANTE.

Como habiendo oido
Todos mi proposicion,
Quieren, sin razon ni ley,
Fundar reino cuyo rey
Ha de ser á su eleccion.
Y no aquí la novedad
Pára; otra hay que si la historia
La encomienda á la memoria,
Pondrá en duda su verdad.

LEONIDO.

¿Qué es?

TOANTE.

En bandos divididos
Sobre si le han de nombrar
Del ejército auxiliar
O natural, persuadidos
De Cósdroas en cuánto fuéron
Las públicas elecciones
Motivos de sediciones,
Todos se comprometieron
En que Apolo haya de ser
Arbitro, y que su rey sea
El primero que el sol vea
Mañana al amanecer:
A cuyo fin van diciendo,
Por si aquí no lo oyes bien...

ESCENA XIII.

PERSAS, *dentro, cantando.*—TOANTE, LEONIDO.

TOANTE; Y PERSAS, *dentro.*

Vén, sacro Apolo, vén,
Y oráculo sin voz, dinos á quién
Laurel y luz han de ceñir, poniendo
Tú la luz y nosotros el laurel.

TOANTE.

Mas ¿por qué te has suspendido?

LEONIDO.

Por informarme mejor.
En fin, el que el resplandor
Del sol vea amanecido
Primero, ¿será rey?

TOANTE.

Sí.

LEONIDO.

¿Qué harás por mí cuando seas
Tú el primero que le veas?

TOANTE.

¿De qué suerte?

LEONIDO.

Escucha.

TOANTE.

Dí.

LEONIDO.

Mas déjamelo pensar;
Que el concepto que se ofrece
Muy luego, tal vez padece
De no saberse explicar.
—Al anochecer el sol,
Cuando las sombras venciendo
Van, y las luces huyendo,
¿No es el último arrebol
Que de nuestros ojos falta
Aquel que las cumbres dora?

TOANTE.

Sí.

LEONIDO.

Luego al contrario ahora:
Si en la eminencia mas alta,
Cuando nos va anocheciendo
Hiere su luz, claro está
Que en la mas alta herirá
Cuando venga amaneciendo;
Porque si en un horizonte
Es la cumbre lo postrero,
Tambien será lo primero
La cumbre deste otro monte:
Y así, cuando otros á oriente
Miren del valle en la falda,
Vuelve tú á oriente la espalda
Con la vista en occidente;
Que si á despuntar comienza,
Subiendo para bajar,
No puede al valle llegar
Si no es que la cumbre venza:
Con que al brujulear su lumbre
Todos para saludalle,
Antes que ellos en el valle,
Le habrás visto tú en la cumbre.

TOANTE.

Aunque pensaba, ofendido
Dese bruto vulgo infiel,
No ir á concurrir con él,
De tu ingenio iré advertido
Por dos razones: la una,
Dado caso que yo sea
El primero que le vea,
Por mejorar tu fortuna
El dia que coronado,
Partiendo el laurel contigo,
Te declare por mi amigo;
La otra, por verme vengado
Del desaire en que me vi
Cuando á Irífile pensé
Coronar. (*Yéndose.*)

LEONIDO.

Oye: pues fué
Ese tu intento, por mí
No Irífile ha de perder
La accion que ya se tenia;
Que industria que ha sido mia,
Contra ella no ha de ser.
Y pues por darte la vida
La vida me diste, si hoy,
Toante, un reino te doy,
¿Quién duda que, repetida
La deuda, repetirás
Tambien su igual recompensa?
Que á mí el reino me das, piensa,
Si á Irífile se le das.
Por mí y por tí á Tiro adquiera,
Pues por mas fácil arguyo
Dar un don, cuando sea tuyo,
Que no cuando no lo era.

TOANTE. (*Ap.*)

¡Que oiga esto y que calle! Sí;
Que no enmienda mis recelos
El hablar, pues darle celos
No es quitármelos á mí,
Y es deslucir mi lealtad;
Pues si á un tiempo (¡pena fiera!)
Vida con celos le diera,
¿Dónde estaba la piedad?

LEONIDO.

¿Qué dices?

TOANTE.

(*Ap.* ¡Extraña lucha!)
Que pues la noche vencida
Va, no el ir tarde lo impida.
Adios.

LEONIDO.

Adios.— Pero escucha.
Pues que sabe, como quien
Presente estuvo, que vivo,
Sepa que de tí recibo
Lo que á ella ofrezco; que es bien
Que de aquel amante arrojo
Que ciego me despechó,
Perdon la pida, y que yo
Te fio su desenojo.
Satisfazla tú por mí.

TOANTE.

Cuanto á mí me toca haré,
Y doy palabra...

LEONIDO.

¿De qué?

TOANTE.

De que si consigo...

LEONIDO.

Dí.

TOANTE.

La corona que los dos
Nos prometemos, con ella
Corone á Irífile bella.
¿Quieres mas?

LEONIDO.

No.

TOANTE.

Pues adios.
(*Vanse.*)

—

Valle inmediato á Tiro.

ESCENA XIV.

CÓSDROAS, MORLACO, FENICIOS Y PERSAS, HOMBRES Y MUJERES; DOS COROS DE MÚSICA.

TODOS. (*Cantando.*)

Vén, sacro Apolo, vén, etc.

CÓSDROAS.

Cese ya la aclamacion
Tantas veces repetida,
Pues se acerca la ocasion
De que aplaudais la venida
Del sol con nueva cancion.

CORO 1.°

Luciente alma del dia,
Que en campos de zafir
De otro cenit buscando
Vienes nuestro cenit...

CORO 2.°

Gran corazon del cielo,
Que en ese azul viril,
Si un nadir obscureces,
Luces otro nadir...

CORO 1.°

Arrebolando luces
De nieve y de carmin...

CORO 2.°

Abrevia el curso, pues
Te invocan á ese fin...

CORO 1.°

La aurora con llorar...

CORO 2.°

El alba con reir.

ESCENA XV.

TOANTE. — DICHOS.

TOANTE. (*Ap.*)

«¿La aurora con llorar,
El alba con reir?»
Bien dicen, pues al sol
Siempre alumbrar le vi
A unos para gozar,
A otros para sentir.
Y pues todos á oriente,
Para verle venir,
Atentos están, yo
Al contrario, seguir
De Leonido el consejo
Intento.
(*Todos estarán mirando á una parte, y Toante se pone á mirar á otro lado.*)

CÓSDROAS.

Proseguid.

CORO 1.°

La aurora con llorar
Al ver que has de salir
A hacer mil desdichados
Para hacer un feliz.

CORO 2.°

Con reir el alba, al ver
Que traes al repartir
Las dichas una á una,
Las penas mil á mil.

CORO 1.°

Y pues el bien y el mal
Siempre pende de ti...

CORO 2.°

Bien viene que tus rayos
Salgan á recibir...

CORO 1.°

La aurora con llorar.

CORO 2.°

El alba con reir.

PERSA 1.°

Pero ¿no haceis reparo
En un hombre que allí,
Al oriente la espalda,
Nos quiere persuadir
Que él solo no desea,
Desconfiado de sí,
Ver al sol?

PERSA 2.°

Si la luna
Me deja percibir
Sus señas, es Toante.

CÓSDROAS.

¡Toante!

TOANTE.

¿Quién llama?

CÓSDROAS.

Di,
¿Por qué al sol ver no quieres,
Siendo solo el que aquí
Al oriente no miras?

TOANTE.

Porque para regir
Un reino, no el acaso
Es el que ha de elegir.
¡Bueno será que vea
Al sol un hombre ruin,
Y ese os mande! A los dioses
No se deben pedir
Precisos los decretos;
Ellos sabrán por sí
Obrar, hallando á quien
Haya de preferir:
Y si por mi justicia
Quieren volver, aquí
Me hallarán.

TODOS.

¡Qué jactancia
Tan vana!

MORLACO.

Proseguid,
Y dejadle en su tema;
Que si yo á descubrir
Llego al sol, se verá
Quién es rey ó rüin.

CORO 1.°

¡Oh tú, fénix, que en blanda
Hoguera de rubí,
Si para morir naces,
Mueres para vivir!...

CORO 2.°

¡Oh tú, que siempre viva
Flor del mejor pensil,
Sabiendo qué es nacer,
No sabes qué es morir!...

CORO 1.°

Desmarañada al peine
De plata y de marfil...

CORO 2.°

Esparce la madeja
Del fino oro de Ofir...

LOS DOS COROS.

Ya que árbitro te esperan
Deste nuevo pais
La aurora con llorar,
El alba con reir.

TOANTE.

Suspended la voz, pues
Ya no hay que repetir
La invocacion, pues ya
Salió el sol, á quien vi
Yo el primero de todos.

TODOS.

¿Dónde le has visto, si
Apénas el lucero
Se deja ver?

TOANTE.

Allí.
—Volved, volved los ojos
Al nevado perfil
De aquel opuesto monte,
Veréis que su cerviz
En dorado reflejo
De arrebol carmesí,
Con soñolienta luz
De madrugado abril,
Ve el carro coronado
De rosa y de jazmin;
Y veréis juntamente
Que cuando pretendí,
Despechado, no verle,
El verle es un decir
Que el mas glorioso lauro,
El triunfo mas gentil,
No es de quien le pretende,
De quien le rehusa sí.

CÓSDROAS.

¿A quién tanta evidencia
Deja de concluir,
Siendo tan clara como
La luz del sol?

MORLACO.

A mí,
Pues nadie negará
Que yo primero vi
Que él al sol.

CÓSDROAS.

¡Tú, villano!
¿Cuándo?

MORLACO.

Cuando nací,
Treinta años ántes que él.

CÓSDROAS.

Quita, bárbaro, vil.
Y vosotros llegad,
Y á sus plantas rendid
La debida obediencia,
En que todos venis
Juramentados.

PERSA 1.° (*Ap.*)

¡Que hubo
De ser Toante ¡ay de mí!
El dichoso!

PERSA 2.° (*Ap.*)

¡Que fuese
Toante el que á conseguir
Llegase el lauro!

PERSA 1.° (*Ap.*)

Pero
Preciso es el fingir.

PERSA 2.° (*Ap.*)

Mas disimular fuerza
Es.

CÓSDROAS.

¿Quién ya resistir
Tan especial decreto
Podrá?

TODOS.

Dese sentir
Todos, á él nos postramos.

TOANTE.

(*Ap.* ¡Oh popular civil
Aplauso! ¡cuántas veces
Tu necio discurrir
Atribuye á misterio
Lo que no es sino ardid!)
A todos con los brazos
Reciba, y creéd de mí
Que no rey, sino amigo
Os he de ser.

CÓSDROAS.

Decid
Todos en altas voces:
¡Viva Toante, feliz
Primero rey de Tiro!

TODOS Y MÚSICA.

¡Viva! y en su confin
Suene su nombre, dando
Al céfiro sutil
El eco su trompeta,
La fama su clarin.

CÓSDROAS.

El laurel que tenia
Ya prevenido aquí,
Sus sienes ciña: — en tanto
Vosotros repetid (*Pónele el laurel.*)
En su festivo aplauso...

TODOS.

¡Viva Toante, feliz
Primero rey de Tiro!

MÚSICA.

¡Viva! y en su confin
Suene su nombre, dando
Al céfiro sutil
El eco su trompeta,
La fama su clarin.
(*Dentro cajas.*)

ESCENA XVI.

ALEJANDRO, Y SOLDADOS MACEDONIOS, *dentro; despues*, IRÍFILE, LAURA, FLORA Y DAMAS. — DICHOS.

MACEDONIOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡A tierra, á tierra!

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

A sangre y fuego publicad la guerra.

UNOS PERSAS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué confusion!

TOANTE.

¿Qué es esto?
(*Sale Irífile.*)

IRÍFILE.

Infelices persas,
Esto es llegar el castigo
De vuestras iras violentas,
Y tan cercano ¡ay de mí!
Como mi dolor os muestra.
Que habiendo el Magno Alejandro
Sabido la saña fiera
De una esclavitud traidora,
Sin mas noticias, de Grecia
A castigar el insulto
Viene tan á toda priesa,
Que en adelantadas marchas
A vista de Tiro llegan
Tan avanzadas sus tropas,
Que son las primeras nuevas
De su venida los ecos
De sus cajas y trompetas.
(*Cajas.*)

MACEDONIOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma!

TOANTE.

Cuando ellas no lo dijeran,
Lo dijera aquel influjo
Que al repartir las viviendas,
A espaldas de la alegría
Aposentó la tristeza.
Bien que á mí no me perturban
Los riesgos en que me empeña
El conseguido laurel.
Ea, valerosos persas,
No bien vista nuestra accion
Al mundo ha sido; pues sea,
Ya que no bien vista, bien
Mantenida; que no queda
A lo temerario otro
Recurso, que el que se vea
Junto al rencor que lo obra,
El valor que lo sustenta.
A ocupar pues el fragoso
Paso, que en la Siria lengua
Dió nombre á Tiro...

MACEDONIOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

TOANTE.

Que delante...

MACEDONIOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

TOANTE.

De todos voy.

ESCENA XVII.

DEIDAMIA. — DICHOS.

DEIDAMIA.

¿Dónde has de ir,
Si ya vencida la estrecha
Línea del monte, de esotra
Parte á los muros se acerca?

TOANTE.

Pues á los muros, amigos:
Vea Alejandro que esa fuerza
Que fabricamos esclavos,
(*Cajas.*)
Defendemos libres. Bella
Deidamia, Irífile hermosa,
Recogiendo las dos esas
Mujeres, que el nuevo acaso
Esta noche tuvo fuera
De la ciudad, retiráos
Al templo, en cuya defensa
Seguras estéis, en tanto
Que yo en vuestro amparo muera
Tan á toda costa, que
Vuelva vencido aunque venza
Ese ejército, por mas
Que en él Alejandro venga
Contra el primer rey de Tiro
Con todo el poder de Grecia.
(*Vase, y síguele Cósdroas. Tocan caja y clarin.*)

IRÍFILE.

¿Qué es retirarme? Contigo
Vine á quedar prisionera;
Pues ¿por qué á quedar triunfante
Contigo no iré? (*Vase.*)

DEIDAMIA.

Tras della
Ninguna vaya.

PERSA 1.°

Sin duda
Jove hoy de Apolo nos venga
En la eleccion de Toante.

OTRO PERSA.

El castigue su soberbia.
(*Vanse los persas, fenicios y música.*)

MORLACO.

Flora, adios; que voy á dar
Muerte en su persona mesma
A Alejandro.

FLORA.

¿Tú?

MORLACO.

Sí.

FLORA.

¿Cómo?

MORLACO.

¿Qué dificultad es esa?
No mas de con que me pongan
Juntico á él cuando duerma. (*Vase.*)

LAURA. (*A Deidamia.*)

Cuando todos á las armas
Corren á tomar las puertas,
¿Te quedas tú en la campaña?

UNA DAMA.

¿Qué solicitas?

OTRA.

¿Qué intentas?

DEIDAMIA.

Pagar á Irífile, Laura,
La agradecida fineza
De una piedad engañada,
Que fué falsa, y salió cierta.
Por ella á empeñarme voy
En tal accion...

ESCENA XVIII.

SOLDADOS MACEDONIOS, CENON, ALEJANDRO. — DEIDAMIA, LAURA, FLORA, DAMAS.

SOLDADOS MACEDONIOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

DEIDAMIA.

Mas luego lo sabrás. Todas
Haced lo que yo.

CENON. (*Dentro.*)

Por esta
Surtida es por donde el muro
Tiene ménos resistencia.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

Pues á escala vista y cuerpo
Descubierto entren por ella
A un tiempo incendio y asalto,
Sin que piedra sobre piedra
Quede en Tiro, que no arda
En encendidas pavesas
Que lleve el aire, sin que
Decir sus cenizas puedan:
«Aquí fué Tiro.»
(*Salen Alejandro, Cenon y soldados macedonios. Arrodíllanse Deidamia y las damas.*)

DEIDAMIA.

Invencible,
Magno, heróico, augusto César...

ALEJANDRO.

¡Qué miro! ¿Cómo decias,
Cenon, que esta parte era
La ménos fuerte, teniendo
Beldades que la defiendan?

CENON.

Esta, señor, es Deidamia.
(*Ap.* ¡Oh cuánto estimo que vea
Que soy quien con su socorro
En su busca he dado vuelta!)

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Cenon ¿no es aquel? ¡Oh cuánto
De haberle visto me pesa!

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Agradecida de que
En su desagravio venga,
Quiere esforzar mi venganza.

DEIDAMIA.

Magno, invicto augusto César,
A cuyos triunfos es todo
El orbe poca palestra,
Deidamía soy, principal
Parte ofendida de Persia,
Pues que soy quien sus victorias
Labró para sus tragedias.
Bien pensarás que obligada
De que á castigarla vengas,
Vengo á tu campo con cuantas
Desamparadas bellezas
Huérfanas dejó la ira;
Pues no; que á tus plantas puestas,
No á que te irrites venimos,
Sino á que te compadezcas.
¡Piedad, piedad, señor! En tí se vea...

LAS DAMAS.

¡Piedad, piedad, señor! En tí se vea...

DEIDAMIA.

Cuán hija del valor es la clemencia.

DAMAS.

Cuán hija del valor es la clemencia.

ALEJANDRO.

¡Que se quejen las mujeres
De que los hombres las niegan
El uso de letras y armas!
¿Qué mas armas, qué mas letras
Para que doctas persuadan,
Para que imperiosas venzan,
Que humedecidas razones
De blandas lágrimas tiernas?
Alza, Deidamía, del suelo;
Que tu piadosa terneza,
De las hijas de Darío
Con quien yo lloré, me acuerda:
Y tanto con su memoria
Mis altos afectos truecas,
Que he de perdonar á Tiro
Por tí. Mas porque no tenga
Ejemplar una traicion
Sin castigo, será fuerza
Que entre tu ruego y mi enojo
Partamos la diferencia.
¿Quién es Toante, un aleve
Que con ingratitud fiera
Dió muerte á quien le dió vida,
Y fué del motin cabeza?

DEIDAMIA.

El que hoy han jurado rey
Por no sé qué vana, ciega
Supersticion de que el sol
Antes que á otros le amanezca.

ALEJANDRO.

Pues como me entregue Tiro
A ese hombre, y á mi presencia,
Reo de su ingratitud,
Preso y aherrojado venga,
Perdono á Tiro.— Cenon,
Haciendo con un trompeta
Llamada al muro, el indulto
De mi parte manifiesta:
Con el pretexto de que
Si á Toante no me entregan,
Pondré fuego á la ciudad.
(*Vase Cenon con otro, y dentro hacen llamada.*)

DEIDAMIA.

Aunque es forzoso que sientan
Haber de dar á prision
A quien han dado obediencia,
El interes de las vidas
No dudo que parte sea,
Y aun todo, para que diga
El pueblo en voces diversas...

ESCENA XIX.

PERSAS, *dentro.* — DICHOS.

PERSAS. (*Dentro.*)

¡Vivamos todos y Toante muera!
(*Vuelve Cenon.*)

CENON.

¡Qué notable confusion!

ALEJANDRO.

¿Qué es eso, Cenon?

CENON.

Apénas
Tu indulto el pueblo oyó, cuando,
A lo que entender se deja,
Entre varios pareceres
Prevaleció el de que muera
Uno, y no todos: y así
Con él á tu vista llegan.

ESCENA XX.

CÓSDROAS Y PERSAS, *trayendo preso á* TOANTE; IRÍFILE, *deteniéndolos.* — DICHOS.

IRÍFILE.

¿No es mejor morir, cobardes,
Peleando, que con la afrenta
De vivir á merced de otro?

CÓSDROAS.

Déte el pueblo la respuesta.

PERSAS.

¡Vivamos todos y Toante muera!

TOANTE.

¿A qué amaneciste, sol,
Si fué para que anochezcas
Antes de la edad de un dia?

IRÍFILE.

A que yo dos veces sienta
El que la dicha no goces,
Y la desdicha padezcas.

PERSA 1.°

Este, señor, es Toante,
Que Tiro á tus piés entrega.

ALEJANDRO.

Decid el áspid que abriga,
Aterido entre la yerba,
Simple seno, para que
Cobrado al calor le muerda.
Deponedle del laurel;
Que con majestuosas señas
Nunca delincuentes, no,
Es bien que en juicio parezcan.

CÓSDROAS.

Yo le puse y yo le quito.
Perdona, Toante; que es fuerza.
(*Quítale el laurel.*)

ALEJANDRO.

Ahora, porque nadie juzgue
Que coartada mi paciencia,
Habiendo indultado á todos,
En uno solo se venga,
Sabed que no sedicioso,
Sin que el perdon le comprenda,
Le castigo, sino ingrato,
Que es delito tan sin venia,
Que público en su probanza,
Ha de serlo en mi sentencia.—
Dime, fiero, dime, aleve:
Segun que la fama cuenta,
¿Dióte Leonido la vida
En algun trance de guerra?

TOANTE.

Sí, señor.

ALEJANDRO.

¿Llevóte donde
Albergado convalezcas?

TOANTE.

No debo negarlo.

ALEJANDRO.

¿No hizo
De tí tan gran confidencia,
Que te trató como amigo
En su casa, y fuera della
Mas que como esclavo?

TOANTE.

Sí.

ALEJANDRO.

¿Tú con traidora cautela,
Calidad fingiendo y nombre,
Pagaste tantas finezas,
Víbora humana del siglo,
Con darle la muerte?

TOANTE. (*Ap.*)

¡Oh fuerza
De aquel jurado homenaje
A las deidades supremas,
De no descubrirle nunca,
Aunque una y mil vidas pierda!

ALEJANDRO.

¡Ahora callas! Pero no
Me espanto de que enmudezcas;
Que de un ingrato el suplicio
Mas sensible es la vergüenza.
¿Matástele? Habla.

TOANTE.

No sé;
Que tal confusion me cerca,
Que no sé si le maté
O si no le maté.

ALEJANDRO.

Esa
Mas parece á mi pregunta
Enigma, que no respuesta.
Llevadle donde un acero
Su sangre alevosa vierta.

IRÍFILE.

No le lleveis, hasta que
Yo á hablar por él me resuelva.

ALEJANDRO.

¿Quién eres tú que oponerte
A mis decretos intentas?

IRÍFILE.

No es oponerme pedirte,
Señor, que á mi voz atiendas.
Irífile soy, y no

En su disculpa me empeña
Ni el que enviado de Ciro,
Auxiliar á Ceilan venga,
Ni el que yo pude tener
Parte en accion tan sangrienta,
Sino saber que de esotras
Culpas absuelto, por esa
No debe morir.

TOANTE.

Sí debo.
No á disculparme te atrevas
Contra la fe que juraste.

IRÍFILE.

Duelos de damas no fuerzan
Tan escrupulosos que
Ni las desdoren ni ofendan.

TOANTE.

Sí hacen, cuando son las damas
Como tú.

ALEJANDRO.

¿Qué competencia
Es esa, fuera del trance
En que te hallas?

TOANTE.

No es muy fuera,
Pues consta su ejecucion,
Señor, de que no la creas
Lo que te diga, porqué
El venir en su defensa,
Sin duda en obligacion
La habrá puesto de que quiera
Inventar en mi disculpa
Alguna industria que...

IRÍFILE.

Espera,
Y puesto que mi verdad
Está ya puesta en sospecha,
No creas lo que yo digo,
Pero cré lo que tú veas.
Manda que por un instante
La justicia se suspenda,
Y sígueme: vean tus ojos
Lo que iba á decir mi lengua. (*Vase.*)

ALEJANDRO.

Oye, aguarda...—Suspended
La ejecucion, y tras ella
Venid todos. Apuremos
Qué duda ó verdad es esta. (*Vase.*)

TOANTE. (*Ap.*)

¡Oh secreto, en la mujer
Qué fácilmente te arriesgas!
Mas como yo no lo diga,
No rompo mi fe.

PERSA 1.°

Sus huellas
Es bien que sigamos todos.
(*Vanse, llevando á Toante.*)

—

Habitacion de Leonido.

ESCENA XXI.

ALEJANDRO, IRÍFILE, *dentro*; *despues*, LEONIDO.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

¿Dónde, Irífile, me llevas?

IRÍFILE. (*Dentro.*)

A la casa que ántes fué
De Leonido, y hoy hospeda
A Toante.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

¿A qué fin?

IRÍFILE. (*Dentro.*)

Manda
Que derriben esa puerta
Que oculta de unos canceles
Está.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

¿Qué esperais? Rompedla.
(*Dentro golpes, y sale Leonido.*)

LEONIDO.

¡Valedme, dioses! Sin duda
Algun criado que acecha
La deshora en que Toante
Cada noche á verme entra,
De mi ha sabido; y habiendo
Dado á los persianos cuenta
De que vivo, á darme muerte
Vienen.

IRÍFILE. (*Dentro.*)

Ya cayó la puerta.
Entra, señor, y entrad todos.

ESCENA XXII.

IRÍFILE, *y tras ella*, ALEJANDRO, DEIDAMIA, CÓSDROAS, MORLACO, LAURA, FLORA, DAMAS, MACEDONIOS, PERSAS, FENICIOS, TOANTE. —LEONIDO.

LEONIDO.

Mas ¡qué miro! ¿No es aquella
Irífile?

IRÍFILE. (*Saliendo la primera.*)

Cierra el labio,
Y advierte que en la presencia
De Alejandro estás, Leonido.
(*Salen todos.*)

LEONIDO.

Pues ¿qué novedad es esta?
¡Vos, señor!...

TODOS.

¡Qué es lo que vemos!

ALEJANDRO.

¿Qué hay que á todos os suspenda?
¿Quién es este hombre?

FENICIOS Y PERSAS.

Leonido.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo desta manera
Aquí encerrado estás?

LEONIDO.

Como
(Que á tí accion indigna fuera
Ocultarte la verdad)
Aquí Toante me reserva
De aquel general peligro,
Agradecido á la deuda
De la vida que le di
En otra ocasion, y...

IRÍFILE.

Espera;
Que cuanto desde aquí digas
Será relacion superflua,
Pues basta saber que aquí
Te guarda, sirve y sustenta
Mas esclavo ahora que ántes.—
Mira si es mi verdad cierta.
(*Alejandro.*)

ALEJANDRO.

Y mi admiracion, al ver
Tan bien pagada fineza.—
¿Por qué tú no lo decias?

TOANTE.

Porque para que estuviera
Seguro de mi lealtad,
Juré á todas las supremas
Deidades no descubrirle
Aunque mil vidas perdiera,
Hasta que para ponerle
En salvo ocasion se ofrezca.

ALEJANDRO.

De tal valor y lealtad
A admirarme otra vez vuelva.

IRÍFILE.

Pues obre esa admiracion
Conforme á esta consecuencia.
Todos hemos visto cómo
Tu siempre justicia recta
Castiga á un ingrato; ahora
Saber á todos nos resta
Cómo, á oposicion de ingrato,
A un agradecido premia.

ALEJANDRO.

Dices bien. Restituyendo
El laurel á su cabeza,
Y confirmándole yo
Rey de Tiro, dande fuerza
Al vaticinio de Apolo.

LEONIDO.

Antes que á sus sienes vuelva...
—La industria de ver al sol
Fué mia, y fué ley expresa
Que, adquirido el reino, habia
De darle á Irífile bella.

TOANTE.

Pues ¿habrá mas de cumplirla?
Y así yo, con tu licencia,
En Irífile renuncio
El laurel.

IRÍFILE.

Yo, con la mesma,
Tambien, señor, en Deidamia;
Y no tanto por ser ella
Señora de Tiro, cuanto
Por pagarla otra fineza
Que usó liberal conmigo
Cuando era su prisionera.

LAURA. (*Ap.*)

Si hablara yo, ¡cuál quedara
Mi ama! Mas detente, lengua;
Que mejor es que lo noble
En su opinion se mantenga,
Que no lo villano.

LEONIDO.

Puesto
Que por mí el laurel aceptas
De la mano de Toante,
Y tú á Deidamia le entregas
Por una deuda, justo es
Pagarme á mí esotra deuda.

IRÍFILE.

Lo que pasó entre los dos
No lo sé yo; sé que llega
A mí el laurel de la mano
De Toante: y así, es fuerza,
Si tú se le diste á él,
Que él á tí te lo agradezca,
Y yo á quien me le dió á mí.
(*Dale la mano á Toante.*)

TOANTE.

Leonido, ya ves que esta
No es dicha para partida,
Sino para que se infiera
Cuán leal contra mi amor
Te serví, lidiando á fuerza
De celos, *duelos de amor*
Y lealtad.

LEONIDO.

Solo pudiera
Consolarme que igual dicha
Páre en tí.

IRÍFILE.

Pues porque veas
Que donde queda el laurel
Es donde la accion te queda,

Suplicaré yo á Deidamia
Te dé á tí la mano.

CENON.

Esa
Esperanza ántes fué mia.

DEIDAMIA.

El que en el riesgo me deja
Y va á buscar quien me ampare,
Justo será que la pierda.
Esta, Leonido, es mi mano.
(*Dale la mano á Leonido.*)

MORLACO.

Flora...

FLORA.

¿Qué?

MORLACO.

La tuya venga;
Que laurel para tí habrá.

FLORA.

¿Dónde es posible le tengas?

MORLACO.

En un barril de escabeche.

ALEJANDRO.

Tan obligado me deja
El haber visto en los cuatro
Tan nobles correspondencias,
Que de la guerra los triunfos
No hacen falta á mi grandeza;
Que el hacer paces tambien
Suele ser triunfos de guerra.

TODOS.

Y todos agradecidos
A tus piés, en mil diversas
Voces, dirémos, pues son
Esas tus mejores señas...

ESCENA XXIII.

TODOS Y LA MÚSICA, UNOS *cantando*, Y OTROS *representando á un mismo tiempo.*

El poderoso Alejandro,
Magno, augusto, heróico César,
Hijo de Filipo el Grande,
¡Viva, reine, triunfe y venza!

BIEN VENGAS, MAL.

PERSONAS.

DON LUIS, *galan*.
DON JUAN DE LARA, *galan*.
DON BERNARDO, *viejo*.
DON DIEGO DE SILVA, *galan*.
DOÑA ANA, *dama*.
DOÑA MARÍA, *dama*.
GUZMAN, *criado*.
ESPINEL, *criado*.
INES, *criada*.
JUANA, *criada*.
UN CABALLERO.

La escena es en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, *en traje de noche;* GUZMAN.

GUZMAN.

Al amor, tiempo y fortuna
Todo es posible, señor:
No hay cosa que á su rigor
Se defienda.

DON LUIS.

Si no es una:
Una sola es imposible.

GUZMAN.

¿Y cuál juzgas?

DON LUIS.

La mujer
Cuando da en aborrecer;
Que es su condicion terrible,
Si ya con fuerza suprema
El gusto y la bizarría
Hace del rigor porfía
Y hace del agravio tema.

GUZMAN.

A la opinion respondiera,
Defendiendo las que son
De aquesa regla excepcion,
Si ya tan tarde no fuera.
Entrate á acostar; que el alba
En los brazos de la aurora
Aljófar y perlas llora,
Y los pájaros con salva
Despiertan al sol.

DON LUIS.

¡Qué poco
Descansará mi dolor!

GUZMAN.

Siempre duerme poco amor.

DON LUIS.

Por lo que tiene de loco.

GUZMAN.

Entremos en casa presto;
Que yo, como no he querido,
Estoy al sueño rendido.

DON LUIS.

Vamos pues.— Pero ¿qué es esto?
(*Cuchilladas dentro.*)

GUZMAN.

El ruido adelante pasa.

DON LUIS.

¿Es dentro de casa?

GUZMAN.

Sí.

DON LUIS.

¡Cuchilladas ¡ay de mí!
A estas horas y en mi casa!
Quién son tengo de mirar.

GUZMAN.

Ya ellos nos dicen que son
Hombres de honra y de opinion.

DON LUIS.

¿Por qué?

GUZMAN.

Riñen sin hablar.

DON LUIS.

Entra conmigo.

GUZMAN.

Sí haré.
—Mas ya á la calle han salido.
(*Embózanse Don Luis y Guzman.*)

ESCENA II.

DON JUAN *y* UN CABALLERO, *riñendo.*—DICHOS.

DON LUIS.

(*Ap.* Cubierto y desconocido,
Mejor la ocasion sabré
De mi agravio y mi deshonra.)
(*Acércase á los que riñen.*)
Caballeros, por si acaso
Un hombre que sale al paso
Con obligaciones de honra,
Algunas treguas previene
A vuestro acero...
(*Don Juan retira á su contrario fuera de la vista del espectador.*)

EL CABALLERO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!
Muerto soy.

DON JUAN. (*Volviendo.*)

Y á mí de aquí
Ausentarme me conviene.

DON LUIS.

Caballero, á mí tambien
Me conviene el deteneros,
Hablaros y conoceros;
Que en esta calle no es bien
Que nos dejeis empeñados
A un notable desconcierto
En prendas de un hombre muerto.

DON JUAN.

Caballeros embozados,
Si el advertir, si el mirar
A un hombre ya tan restado,
En vuestro necio cuidado
No ha merecido lugar,
Dádmele por mí, pues no
Os va nada en conocerme...
—O el lugar habré de hacerme
Con aquesta espada yo;
Que aunque sois dos, vive Dios
Que aquí no me dais cuidado;
Que un hombre de bien restado
Una vez, vale por dos.

DON LUIS.

Si restado en un teatro
Sangriento, el hombre de bien
Importa por dos, tambien
Los dos valdrémos por cuatro.
Tambien estamos los dos
Restados, tambien tenemos
Los dos valor, y os habemos
De conocer, vive Dios.

DON JUAN.

Justicia debeis de ser,
Que tanto esfuerzo habeis puesto
En conocerme; y supuesto
Que ello, hidalgos, no ha de ser,
Y que yo lo he de estorbar
Como pueda; ya que aquí
No habeis de pensar de mí
Que lo haré por excusar
La pendencia, sino solo
Por guardarme y encubrirme,
Disponéos a seguirme;
Que desde este al otro polo
Mi aliento llegar desea,
Si así me puedo encubrir;
Que quien me ha visto reñir,
Poco importa que me vea
Correr; pues haciendo alarde
De valiente y recatado,
Verá que huye de alentado
Quien no huyera de cobarde. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON LUIS, GUZMAN.

DON LUIS.

Síguele, Guzman.

GUZMAN.

Apénas
El viento podrá.

DON LUIS.

¿Qué harémos
En tan dudosos extremos
De desdichas y de penas?

GUZMAN.

Señor, si el riesgo miramos
Que en esta calle tenemos,
Muerto un hombre, mal hacemos
En estar en ella. Vamos
A casa, pues lo que aquí
Puede detenernos es
Saber quién es, y despues
Ello se sabrá; que así
Encubrirse no es posible:
Y al fin seguros sabrémos
Lo que ahora no podemos

Sin la evidencia infalible
De encontrarnos aquí (y mas
Si amanece) álguien que oyó
Que de tu casa salió
La pendencia.

DON LUIS.

Tú me das,
Guzman, el mejor consejo,
Si mi pena y rabia fiera
Para admitirle estuviera.

GUZMAN.

Al tiempo tus dudas dejo.

DON LUIS.

No me determino en esto,
Porque en grande riesgo estoy
Si me quedo y si me voy.
¡Ay, hermana, en qué me has puesto!

ESCENA IV.

ESPINEL. — DICHOS.

ESPINEL. (*Ap.*)

Ya la calle sosegada
De la pendencia se ve:
Ahora salir podré
Sin recelarme de nada.

GUZMAN. (*Ap. á su amo.*)

Otro hombre solo ha salido
De casa.

DON LUIS.

¡Ay rigor cruel!

GUZMAN.

¿Qué hemos de hacer?

DON LUIS.

Saber dél
Lo que habemos pretendido.—
¿Quién va?

ESPINEL.

Si ese acero ya
Ocupado el paso tiene,
Pregunte quién se detiene,
Y no pregunte quién va;
Pues no va un hombre que aquí
No tiene por dónde pueda,
Y mas que se va, se queda.

DON LUIS.

Diga quién es.

ESPINEL.

Eso sí.
Ahora que ha preguntado
En forma, responderé
Quién fuí, quién soy y seré.

DON LUIS.

Decid presto.

ESPINEL.

Soy criado
De un honrado caballero
Andaluz y granadino,
Que á la corte á un pleito vino
Con mas amor que dinero.
Este aquí gastando pasa
La vida, y fué de su llama
Causa, señor, una dama
Que vive en aquesta casa.
Hoy que en ella hemos entrado
A acechar por una reja
Dese patio (que no deja
Mayor lugar el cuidado
De un caballero que es
Su hermano), un hombre se entró
Tras nosotros, que obligó,
U atrevido ú descortés,
A decir que ¿qué esperaba?
Él, ó galan ó celoso
De la dama, muy brioso
Le respondió que allí estaba
Porque en el mundo no habria
Quien del puesto le quitase,
Estorbase ó no estorbase.
Entónces la bizarría
De mi amo respondió
Con el acero. Riñeron,
Y hasta la calle salieron...
Lo demas no lo vi yo,
Porque entre el confuso ruido,
Entre el rigor impaciente,
Yo, como no soy valiente,
Me quedé en casa escondido;
Porque fuera cobardía
Reñir, con quien solo estaba,
Dos, y donde yo me hallaba
Hubiese superchería.
Esta es la trágica historia:
Y pues habréis entendido
Quién yo soy, seré y he sido,
Aquí paz y despues gloria.

DON LUIS.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?)
(*Ap. á él.* Mi duda en tus manos dejo,
Guzman.)

GUZMAN.

Señor, mi consejo
Es ahora el que ántes fué.
Retirémonos del daño
Que aquí tan preciso ves:
Te satisfarás despues,
Si como te desengaño,
Te pudiera consolar;
Pues si este hombre mas supiera,
Mas dijera.

ESPINEL.

Si dijera.
Mirad si hay qué preguntar;
Que yo no me atrevo á ir
Sin licencia de los dos.

DON LUIS. (*Ap. á Guzman.*)

Estoy por matar, por Dios,
A este hombre.

GUZMAN.

Eso es decir
Quién eres; y mejor es
No darte por entendido,
Sino cuerdo y advertido
Salir á todo despues.

DON LUIS. (*Á Espinel.*)

El nombre al punto declara
De tu amo.

ESPINEL.

Eso al instante;
Que soy doncel declarante.
Llámase Don Juan de Lara.

DON LUIS.

No le conozco.

ESPINEL.

Es favor
Del cielo: ¡al mismo pluguiera
Que yo no le conociera!
Pero ¿no me dais, señor,
Licencia?

DON LUIS.

De mala gana.

ESPINEL.

Yo tan obediente soy,
Que de muy buena me voy. (*Vase*)

DON LUIS.

¡Ay honra mia! Ay hermana!—
Mas tu acuerdo he de tomar.
A la fortuna dejemos
Este suceso, y entremos
En casa á disimular
Las penas y los enojos,
Haciendo á nuestros agravios
Estrecha cárcel los labios,
Ultima línea los ojos.
Yo fingiré mis desvelos,
Porque es un despertador
De las horas del amor
El hombre que pide celos:
Y así, en callar y fingir
Mas el valor se acrisola;
Que celos de la honra, sola
Una vez se han de pedir.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Bernardo.

ESCENA V.

DOÑA ANA, INES.

INES.

¡Qué hermosa te has levantado!
Esta vez sola, señora,
No hiciera falta la aurora,
Cuando en su cristal nevado
Dormida hubiera quedado,
Pues tu luz correr pudiera
La cortina lisonjera
Al sol, siendo sumiller
De uno y otro rosicler,
Deidad de una y otra esfera.
Bien el concepto español
Dijera, viéndote ahora...

DOÑA ANA.

¿Qué?

INES.

Que en tus ojos, señora,
Madrugaba el claro sol.
Dijera, al ver tu arrebol,
Quien á tu rigor se ofrece,
Quien tus desdenes padece,
Don Luis...

DOÑA ANA.

La lengua deten;
Que eres la primera en quien
La alabanza desmerece.
Tu discurso, dando igual,
Ines, el gusto y enfado,
Fué caballo desbocado,
Corrió bien y paró mal.

INES.

No te precies de leal
Tanto, porque no ofendió
A quien tu amor mereció,
Mi voz. ¿Qué mujer se enfada,
Señora, de ser amada?

DOÑA ANA.

Yo sola, Ines, porque yo
Temo en pensarlo; que ha sido
Ofendido aquí el honor.

INES.

Las ceremonias de amor
Ese escrúpulo han tenido
En el pecho del marido;
Pero en el galan no es justo;
Que uno es honor, y otro es gusto,
Y no advertir es error
Lo que hay del gusto al honor.

DOÑA ANA.

¡Qué argumento tan injusto!
Ofender, Ines, no es bien
Lo que ha de quererse; y piensa
Que quien al gusto hace ofensa,
Se la hará al honor tambien;
Que si en el alma se ven
Gusto y honor, quien provoca
Su ofensa atrevida y loca,
Al alma ofende; y no es justo,
Porque el agravio del gusto
Tambien al alma le toca.

Yo (bien lo sabes) ya oí
A Don Diego, ya le amé.
Eleccion y fuerza fué:
Fuerza, porque me rendí,
Y eleccion, porque me vi
Con sus prendas estimadas
Gustosa: y así me enfadas,
Y es tiranía pensar
Que hayan las amas de amar
Al gusto de sus criadas.

ESCENA VI.

DOÑA MARÍA, JUANA. — DICHAS.

DOÑA MARÍA.

¡Qué descuidada estarías
De tener, bella Doña Ana,
Visita tan de mañana!
Déte Dios muy buenos dias.

DOÑA ANA.

Si tú los rayos envías
Del dia al amanecer,
Es fuerza que hayan de ser
Muy buenos. Dame los brazos.

DOÑA MARÍA.

Serán nudos, serán lazos
A quien no pueda romper
La muerte.

DOÑA ANA.

Vén al estrado.

DOÑA MARÍA.

No; bien estamos aquí.
Siéntate, porque de tí
(*Toman sillas.*)
Vengo á fiar un cuidado
Tan grande, que me ha dejado
Con vida; porque no fuera
Gran cuidado el que pudiera
Darme á mí la muerte, pues
La pena que mata es
La pena mas lisonjera.

DOÑA ANA.

Que es el rostro, oí decir,
En el gusto ó la pasion,
Un papel del corazon
Donde se suele escribir
Dicha pena; y si yo argüir
Puedo de tí alguna cosa,
Sin duda es pena dichosa
La que tu pecho recibe,
Pues en tu rostro se escribe
Con jazmin, clavel y rosa.

DOÑA MARÍA.

¡Ay amiga! Muerta vengo,
Y solamente de tí
Me atrevo á fiar aquí
Un gran disgusto que tengo.

DOÑA ANA.

Ya para oir me prevengo.
(*Vanse las criadas.*)

ESCENA VII.

DOÑA ANA, DOÑA MARÍA.

DOÑA ANA.

Prosigue.

DOÑA MARÍA.

Conmigo lucha
La vergüenza, porque es mucha,
Y muchas las ansias mias.

DOÑA ANA.

Bien sabes de quién te fias.
Di, no temas.

DOÑA MARÍA.

Pues escucha.
Yo, bellísima Doña Ana
(Que ya negarte no es bien
Secretos que tantas veces
A mí misma me negué),
Yo...— No sé por dónde empiece;
Pero ¿qué importa, si sé
Por donde acabe? ¡Ay de mí!
Yo vi, yo quise, yo amé:
Ya no tengo que dudar
Ni tú tienes que saber,
Pues en que yo amé se cifran,
Por decirlas de una vez,
Cuantas desdichas pudiera
Repetir y encarecer.
No fué la mayor de todas,
Con ser tan grande, el querer,
Sino las que se siguieron
A la primera, porqué
Nunca viene solo un mal;
Y así en el mundo se ve
Que del mal que viene solo
Se debe dar parabien.
El favor que mereció
En mí un caballero, fué
Dar licencia á ojos y oidos
Para oir y para ver
Lo turbado de la voz,
Lo advertido de un papel.
Mirábale pues de dia,
De noche le hablaba pues
Por una reja, á las horas
Que mi hermano, amante fiel
De tu hermosura, rondaba
Tu calle; que ya lo sé
Todo, pues hasta esto debo
Agradecerte tambien.
Anoche, estando conmigo,
Sentimos, Doña Ana, que
A la reja se acercaba
Con lento y turbado pié
Un hombre. Causó á los dos
Grande novedad, por ser
Dentro de casa la reja
Donde hablábamos; si bien
A mí me dió el corazon
Que era un caballero á quien
(Y fué la verdad) habia
Muchos años mi desden
Desengañado. Don Juan,
En viéndole, se fué á él.
Pocas razones se hablaron,
Que yo apénas escuché,
Cuando al acero los dos
De la causa hicieron juez:
Mira tú valido este,
Mira tú celoso aquel,
Cómo los dos reñirian,
Y bien se deja entender;
Que con celos y favores
Dicen que se riñe bien.
Salieron pues á la calle,
Donde (¡ay amiga! no sé
Cómo prosiga) cayó
Muerto el uno: echa de ver,
Pues que yo quedé con vida,
Que el aborrecido fué;
Si bien es fuerza que sienta
El caso por mí y por él;
Que al fin le costó el quererme
La vida: y no fuera ley
Humana que hasta las aras
Le acompañase cruel.
Vino mi hermano á este tiempo,
Lo que vió yo no lo sé;
Lo que ha sospechado sí,
Pues aunque se quiso hacer
Desentendido, me dió
Con acciones á entender
Su sentimiento; que agravios
No se disimulan bien.
Con esto apénas el dia
Empezaba á amanecer,
Cuando vine á darte parte
De mi desdicha, y tambien
A fiar de tí mi alma,
Mi honor, mi vida y mi sér.
Lo que tú has de hacer por mí,
Lo que de tí quiero, es
Que con secreto me guardes
Estos papeles que ven
Tus ojos, y este retrato;
Que no es bien que en mi poder
Estén prendas que descubran
Los extremos de mi fe,
Cuando celoso mi hermano
Dellos pudiera saber
Su agravio, porque hablan mucho
Una pluma y un pincel.
Secretario de mi amor
Tu pecho, amiga, ha de ser,
Archivo tu corazon:
Guárdame secreto en él,
Y no leas por tu vida,
Aunque en tu poder estén,
Los papeles que te doy,
Porque aunque discreto es
Su dueño, á una necedad
La da estimacion tal vez
La ocasion en que se dice,
Y no es discreto un papel
Sino en manos de su dueño;
Que á quien desde afuera ve,
Como ignorante de amor,
Nada le parece bien.

DOÑA ANA.

Bien pudiera, amiga hermosa,
Tu pena en la condicion
Mas dura hacer impresion,
Por tuya y por amorosa:
Mira lo que hará en un pecho
Que te quiere, y finalmente,
Que ya por tan propia siente
Tu desdicha, satisfecho
De que perderá por fiel
La vida y alma por tí.
Mira qué quieres de mí,
Mira lo que quieres dél;
Porque guardarte un retrato,
Dos papeles y un secreto
Son acciones, te prometo,
A que el pecho mas ingrato
No se pudiera negar,
Cuanto mas, amiga, el mio,
Que sin razon ni albedrío
Tan obediente ha de estar
A tu gusto: y pues que sabes
Que esta es sencilla verdad,
No fio la voluntad
A juramentos mas graves;
Y dime, para que yo
Sin temer ni dudar nada
De todo quede informada,
Qué escándalo se causó
En la calle, y qué se dice
Del muerto, y qué hicieron dél.

DOÑA MARÍA.

Aquel asombro cruel,
Aquel estrago infelice
En una silla llevaron
A su casa; y solo sé
Que la voz entónces fué
De que acaso le mataron
En la calle, sin que alguno
Dijese cómo ni quién;
Que no se sabe.

DOÑA ANA.

Está bien,
Y ya el fracaso importuno
Sucedido, dicha ha sido
No darte la culpa á tí,
Y haberse callado así

Que de tu casa ha salido
La pendencia.

DOÑA MARÍA.

En este estado
Está mi pena hasta hoy.
Y porque es tarde me voy;
Que no me deja el cuidado
Que he traido, sosegar.

DOÑA ANA.

Pésame de que haya sido
Cuidado el que te ha traido,
Y con tanta causa, á honrar
Mi casa: solo te pido
En noble satisfaccion
De la amistad y aficion
Con que siempre te he servido,
Me avises de cuanto pase;
Que ya ves cómo me dejas.

DOÑA MARÍA.

Mis lágrimas y mis quejas
Quiso amor que mitigase
A tus umbrales: y así
A consolarme vendré
Del todo á ellos.

DOÑA ANA.

Ya sé
Que me dejas prenda aquí
Que te traerá alguna vez;
Porque estando el dueño ausente,
Podrá el retrato...

DOÑA MARÍA.

Detente,
Porque hago al cielo juez
Que aunque le estimo y le quiero
Y pudiera traerme, ya
Tu amor, Doña Ana, será
El que me traiga primero. (*Vase.*)

DOÑA ANA.

Ines.

ESCENA VIII.

INES. — DOÑA ANA.

INES.

Señora.

DOÑA ANA.

¿Has oido
Todo lo que pasa?

INES.

Sí,
Y dudar eso de mí
Pregunta excusada ha sido
Por dos razones.

DOÑA ANA.

¿Y son?

INES.

La una porque sirviendo,
Era forzoso que viendo
A mi ama en conversacion,
Yo me llegase á escuchar
Lo que hablaba (que esta es
Ley nuestra), porque despues
Tuviese que murmurar.

DOÑA ANA.

Hablando quedo, decia
Una dama que llamaba
Su criada: y no mentia;
Que lo que mas quedo hablaba,
Era lo que mas sentia.

INES.

Es la segunda razon
Para haberlo yo sabido,
Haber con Juana tenido
Aparte conversacion;
Y nosotras no tenemos
Otra cosa de que hablar,
Sino solo de contar
Todo aquello que sabemos
De nuestras amas: y así
Por dos partes lo supiera,
Pues Juana me lo dijera
Cuando no lo oyera aquí.

DOÑA ANA.

Pues ya que todo lo sabes,
¿No mirarémos, Ines,
Quién aquel Adónis es
Que causa extremos tan graves
En condicion tan altiva?

INES.

El retrato lo dirá.

DOÑA ANA.

Ten los papeles allá.
(*Dale unos papeles.*)

INES.

Descubre esa imágen viva
A quien pincel y color
Dan alma, para que aquí
Sepa hablar... Mas ¡ay de mí!

DOÑA ANA.

¿Qué ha sido eso?

INES.

Mi señor.

DOÑA ANA.

Ten, guarda el retrato luego.

INES.

Cóbrate; que te has turbado.

DOÑA ANA.

No estoy en mí: ten cuidado.

INES.

¡Entre bobos anda el juego!
Mas leyendo un papel viene:
No trae recelo de nada.

DOÑA ANA.

Parece que no le agrada
Lo que la letra contiene.

ESCENA IX.

DON BERNARDO, *leyendo un papel, y* ESPINEL. — DOÑA ANA, INES.

DON BERNARDO.

(*Lee para sí.*) «La vida me va el hablaros con secreto: no me importa ménos. Esperadme en vuestra casa, y procurad estar solo en ella. — Don Juan de Lara.»
(*Ap.* En extraña confusion
Me ha dejado este papel.
¡Qué querrá decirme en él
Don Juan? Que la prevencion
Y la brevedad declara
Gran secreto y gran cuidado.)
Decidme vos: ¿sois criado
(*Ap. á Espinal.* Del señor Don Juan de Lara?
Pero no me respondais
Hasta que solos estémos,
Porque temo los extremos
Que él escribe y vos mostrais.)
Ana, ¿tú estabas aquí?

DOÑA ANA.

Que acabases de leer
Esperé, para saber
De tu salud y de tí.

DON BERNARDO.

Yo estoy bueno: véte ahora,
Porque me importa quedar
Solo; que tengo que hablar
Con este hidalgo.

INES. (*Ap. á ella.*)

¡Ay, señora!
¿Qué haré del retrato?

DOÑA ANA.

Ines,
Esperar adentro un rato
A mi padre; que el retrato
Ya le verémos despues.
(*Vanse Doña Ana é Ines.*)

ESCENA X.

DON BERNARDO, ESPINEL.

DON BERNARDO.

Decidme ahora, soldado.
¿Sois criado de Don Juan?

ESPINEL.

Mis desdichas lo dirán.

DON BERNARDO.

¿Qué es esto que le ha pasado,
Que con tantas prevenciones
Me escribe?

ESPINEL.

Yo no lo sé,
Porque á esas horas me hallé
Rezando mis devociones.
Anoche le sucedió
Allá no sé qué desman.

DON BERNARDO.

Mocedades de Don Juan
Serían.

ESPINEL.

Mas pienso yo
Que vejeces.

DON BERNARDO.

¿Fué de amor
La causa?

ESPINEL.

Si te confieso
La verdad, amor fué.

DON BERNARDO.

Y eso
¿No es mocedad?

ESPINEL.

No, señor,
Sino vejez.

DON BERNARDO.

¿Qué pasó?

ESPINEL.

No lo sé; pero yo infiero
Que dió muerte á un caballero.

DON BERNARDO.

¡Qué decis!

ESPINEL.

Lo que él contó.

DON BERNARDO.

¿Muerte á un caballero?

ESPINEL.

Sí.

DON BERNARDO.

Y esta, ¿no fué mocedad?

ESPINEL.

Herejía es en verdad
Creer eso.

DON BERNARDO.

¿Cómo así?

ESPINEL.

A Cain traigo por juez.
La fe en la Escritura advierto

Que no es mocedad dar muerte,
Sino la mayor vejez.

DON BERNARDO.

¡Qué gracias, señor, tan frias!
Dejadlas ya, porque son
Para quien habla en razon
Necias las bufonerías,
Y decidme dónde queda
Don Juan.

ESPINEL.

En San Sebastian
Espera un coche Don Juan
De un amigo, donde pueda
Venir acá; que no quiso,
Porque no os canseis, por Dios,
Que fuésedes allá vos,
Y así, criado de aviso,
Vine yo.

DON BERNARDO.

Pues vamos presto;
Que no quiero que de allí
Salga y suceda por mí
Un disgusto.

ESPINEL.

Ya es en esto
La diligencia excusada;
Que Don Juan del coche sale.

ESCENA XI.

DON JUAN. — DON BERNARDO, ESPINEL.

DON JUAN.

Bésòs la mano, señor
Don Bernardo.

DON BERNARDO.

Dios os guarde,
Señor Don Juan.

DON JUAN.

Novedad
Os habrá hecho muy grande
El papel y la visita.

DON BERNARDO.

Estilo extraño y lenguaje;
Pero dispuesto á serviros
Con mi hacienda, con mi sangre,
Con mi honor y con mi vida.

DON JUAN.

Tomad silla y escuchadme.
(*Siéntanse, y vase Espinel.*)

ESCENA XII.

DON BERNARDO, DON JUAN.

DON JUAN.

Ya sabeis el amistad
Que profesais con mi padre,
Señor Don Bernardo, y ya
Sabeis que es fuerza ampararme
Por él, por vos y por mí
En cualquier desdicha ó trance
Que me suceda: por él,
Por las grandes amistades
Que los dos teneis cursadas
En las escuelas de Marte,
Donde á ser buenos amigos
Aprenden los que las saben;
Por mí, porque hoy en la corte
No tengo en mi amparo á nadie;
Por vos, porque sois quien sois,
Y es fuerza que pechos tales
Amparen y favorezcan
A quien humilde se vale
De su favor: y asentado
Que habeis, señor, de ayudarme
Por él, por vos y por mí,
Voy con el caso adelante.
Anoche (por no cansaros)
Con ocasiones bien grandes,
A las puertas de una dama
Principal, ilustre y grave,
A un caballero, señor,
Dí la muerte en una calle.
Deste suceso no sé
Si se ignora ó si se sabe
El agresor: y así estoy
En este caso cobarde,
Porque hay criados que fuéron
De mi amor participantes.
Si me estoy en mi posada,
Es muy posible buscarme,
Hallarme en ella y prenderme;
Si pretendo que me guarde
Iglesia ó embajador,
Es darme luego por parte,
Y culparme yo á mí mismo:
Y así quisiera á una parte,
Ni público ni secreto,
Unos dias retirarme:
Con esto estaré á la mira,
Seguro que no me hallen
Si me buscan, y si no
Me buscan, aventurarse
Puede poco en esconderme;
Que aunque pudiera indiciarme
La fuga, no es en la corte
Caso posible ni fácil
A un forastero echar ménos.
No tengo de quien fiarme
Sino de vos: ved ahora
Dónde podré estar, y amparen
Vuestros años á un rendido
Huésped que de vos se vale,
Amigo, criado y esclavo,
Que llega á vuestros umbrales,
Que en vuestras manos se pone,
Y que á vuestras plantas yace.

DON BERNARDO.

Vos discurristeis tan bien
A riesgos y hostilidades,
Que á mi discurso, Don Juan,
Poco ó nada le dejasteis
Que hacer por vos. Bien decís;
Pues estando en una parte
Retirado, podré yo
Secretamente informarme
De todo lo que se dice
O se imagina ó se sabe,
Y conforme esto, verémos
Lo que convenga. Y pues tales
Discursos no me dejaron
Lugar á mí de mostrarme
En esa parte advertido,
Liberal en esta parte,
Quiero hacer algo por vos;
Y así en tanto que ahora pase
La furia, ha de ser mi casa,
Don Juan, la que os tenga y guarde.
No teneis que disculparos;
Que fuera necio desaire
Venir á mí por consejo,
Y volveros sin tomarle.

DON JUAN.

Dadme mil veces los brazos.

DON BERNARDO.

Solo ahora falta (escuchadme)
Que los criados que os viero
Ahora entrar, se desengañen
De que os volvisteis: y así
Es el desvelo importante.
Despedid ese cochero,
Démos la vuelta á otra calle,
Y entrarémos sin que os vean.

DON JUAN.

Para todo es bien que halle
Favor el que en vos le busca.

DON BERNARDO.

Ya os sigo: salid delante.—
(*Vase Don Juan.*)
¡Ana!

ESCENA XIII.

DOÑA ANA. — DON BERNARDO.

DOÑA ANA.

Señor.

DON BERNARDO.

Ese cuarto
Bajo, que á esta cuadra sale,
Se aderece; que tenemos
Huésped. Adios.

DOÑA ANA.

Él te guarde.
(*Vase Don Bernardo.*)

ESCENA XIV.

INES. — DOÑA ANA.

INES.

¿Se fué señor?

DOÑA ANA.

Ya se ha ido.

INES.

Puesto que solas estamos,
Este retrato veamos
De aquel Adónis, porqué
Muero por verle.

DOÑA ANA.

Y en eso
¿Qué te va?

INES.

¡Graciosa estás!
Saber una cosa mas
Que contar despues.

DOÑA ANA.

Confieso
Que es curiosidad que á mí
Me ha movido: muestra pues
Ese retrato.
(*Ruido dentro.*)

INES.

Este es.

DOÑA ANA.

Mira ántes quién anda allí.

INES.

¡Ay, señora!

DOÑA ANA.

¿Qué?

INES.

Don Diego,
Que como á tu padre vió
Salir fuera, en casa entró.

DOÑA ANA.

Ahora á mas penas llego;
Pues de verme á mí con él,
Gran disgusto me prometo,
O he de romper el secreto.
Lance será mas cruel
Si le ve, que si le viera
Mi padre.

INES.

Aun bien que sabemos
La escapatoria.

DOÑA ANA.

¿Qué harémos?

INES.

Lo mismo que ántes.

DOÑA ANA.

Espera;

Que ahora yo le esconderé.
Mas ¡ay! (*Cáesele.*)

INES.

¿Qué fué?

DOÑA ANA.

Cayó al suelo.

ESCENA XV.

DON DIEGO. — DICHAS.

DOÑA ANA. (*Ap. á Ines.*)

Si le alzo, daré recelo.

INES.

Pondréle yo encima el pié.

DOÑA ANA.

Pues no te apartes de ahí.

INES.

El pisarle no dilato.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por retrato!

DON DIEGO.

Luego que á tu padre vi,
Ana hermosa, me atreví
A entrar á verte; y no ha sido
Poco, pues me ha sucedido
Una desdicha tan fuerte,
Que á mi primo han dado muerte:
Ya verás si lo he sentido.
Pero ¿cómo me recibes
Tan cruel? ¿Qué novedad
Divierte tu voluntad,
O por qué enojada vives,
Que en tu rostro hermoso escribes
Penas y enojos? Turbada
Estás, al color negada
De tus mejillas. ¿Qué ha sido?
Qué tienes? Qué ha sucedido?

DOÑA ANA.

Engáñaste, porque nada
Me suspende ni divierte.
¿Qué novedad es en mí
Turbarme de verte aquí,
Con el riesgo que se advierte
Si mi padre?...

DON DIEGO.

De otra suerte,
Doña Ana, me recibías
Otras veces, y tenias
El mismo riesgo que ahora.
¡Oh cómo el alma no ignora...

DOÑA ANA.

Prosigue.

DON DIEGO.

Desdichas mias!

DOÑA ANA.

¿Qué ves tú de que lo arguyas?

DON DIEGO.

La lengua aquí pronunció
Desdichas mias, por no
Decir...

DOÑA ANA.

¿Qué?

DON DIEGO.

Mudanzas tuyas.
Y para que al fin concluyas
De una vez con darme muerte,
Quédate con Dios, y advierte
Que en sentimiento tan justo,
Para no verte con gusto,
Tengo por mejor no verte.

DOÑA ANA.

¿Así, Don Diego, te vas?
Espera.

DON DIEGO.

O me tengo de ir,
Doña Ana, ó me has de decir
De qué tan turbada estás;
Que en tu semblante me das
Muestras de gran sentimiento.

INES.

Yo te lo diré: oye atento.

DOÑA ANA.

¿Qué has de decirle, si aquí
No hay nada?

INES.

Fia de mí,
Que hablarle verdad intento.—
Está triste mi señora,
Y es muy justa su querella...

DON DIEGO.

Calla, Ines, el labio sella.—
Ya que mi vida no ignora (*A Doña Ana.*)
Que has tenido causa ahora
De estar triste, di, ¿qué es?
Retírate tú allá, Ines,
Y dirásme luego á mí
Esa ocasion; porque así,
Si no conforman despues
Los dos dichos, sabré yo
Que me tratas con engaño.
Para ver un desengaño,
Esta industria me enseñó
La justicia.

DOÑA ANA.

Pues llegó
A ese exámen tu cuidado,
Retírate aquí á este lado,
Y diréte lo que ha sido.—
(*Lleva á Don Diego hácia delante, y hace señas á Ines.*)
¿Oyes, Ines?

INES.

Ya he entendido.

DON DIEGO.

¿Qué la dices?

DOÑA ANA.

Yo ¿la he hablado?
Porque no pienses de mí
Eso, ántes digo que cuando
Contigo esté aparte hablando,
No se quite ella de allí.
Clavada has de estar ahí,
Ines.
(*Pónese Ines sobre el retrato.*)

DON DIEGO.

Pues dime en secreto
¿Quién ocasionó este efeto
De tu tristeza?

DOÑA ANA.

Aquí ha sido
Un enfado que he tenido
Con mi padre: y te prometo
Que porque son niñerías
Caseras, he resistido
El que tú lo hayas sabido;
Porque fueran boberías
Contarte á ti demasías
Del que á ser viejo llegó...
Si se gastó ó no gastó...
Cosa que, si en casa pasa,
Es buena dentro de casa;
Mas para contada no.

DON DIEGO.

Ya tú has dicho.— Ines...
(*Aparta á Doña Ana.*)

INES.

No puedo
Dar paso adelante yo.
Mi señora me mandó
Que me estuviese á pié quedo:
Tengo á sus preceptos miedo.
De aquí no me he de quitar;
Como tudesco he de estar
Resistiendo hielo y fuego.
Lléguese el señor Don Diego,
Si tiene que preguntar.

DOÑA ANA.

Vénto.

INES.

¿Quieres tú?

DOÑA ANA.

¿Pues no?—
Y si sospecha tuviste, (*A Don Diego.*)
Donde Ines estaba (¡ay triste!)
Me quedaré ahora yo.
(*Va Doña Ana al puesto de Ines.*)
Háblale allá.

DON DIEGO. (*Á Ines.*)

¿Quién causó
La tristeza de Doña Ana?

INES.

(*Ap.* ¿Qué le diré?) Esta mañana...

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Oh si yo coger pudiera
El papel sin que me viera!
(*Quiere coger el retrato, y velo Don Diego.*)

DON DIEGO.

Aguarda; que no fué vana
Mi sospecha. ¿Qué papel
Es este que está en el suelo?

INES.

¿Papel?

DON DIEGO.

Sí.

DOÑA ANA.

¡Válgame el cielo!
¡Qué sospecha tan cruel!

DON DIEGO.

Pero si saberlo dél
Puedo, ¿por qué á dudar llego?

INES. (*Ap.*)

Dimos con todo en el fuego.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Temor, el alma me robas.

INES. (*Ap.*)

Paréceme que entre bobas
Anduvo esta vez el juego.

DON DIEGO.

Retrato es, y dice así
El papel en que está envuelto:
(*Lee.*) «Enviándole á su dama
»Con un retrato: soneto:
«Cuando sutil pincel me repetia,
»Yo en vos, hermoso dueño, imaginaba,
»Y tanto en vos mi amor me trasformaba,
»Que en vos el alma mas que en mí vivia.
»Y así, cuando volver quiso á la mia,
»Ya en dos mitades dividida estaba,
»Y ella entre dos semblantes ignoraba
»A cuál de aquellos dos asistiria.
»Así el retrato, á quien el alma muestro
»Partiéndole mi amante desvarío,
»Por parecerse mio, va á ser vuestro,
»Y por ser vuestro, ya parece mio;
»Porque el pincel le iluminó tan diestro,
»Que retrató tambien el albedrío.»
El castellano epigrama
Es docto, elegante y cuerdo,
Y de conceptos y voces
Florido, elegante y crespo.
Abrió con llave de plata
Para cerrar el concepto
Con llave de oro; advertido

Guardó rigor y precepto
En retrato y en papel;
Iguales se compitieron
Pincel y pluma: retrata
El pincel gala en el cuerpo,
Brio y perfeccion; la pluma
Pinta en el alma el ingenio.
Tomad soneto y retrato,
Y gocéisle, ruego al cielo,
En vida del nuevo amante,
Por muchos años y buenos.
Y adios; que las quejas fueran
Buenas sobre amor y celos;
Pero sobre agravios no,
Y estos son agravios ciertos.

DOÑA ANA.

¿Ha dicho vuesa merced?
Pues escuche ahora atento,
Diré yo.

DON DIEGO.

¿Qué has de decir?

DOÑA ANA.

Mis disculpas, con que puedo
Satisfacerte.

DON DIEGO.

Podrás
Poco ó mal; y así no quiero
Escuchar satisfacciones
Que me maten.

DOÑA ANA.

Yo me acuerdo
De que otra vez me dijiste,
Don Diego, en un caso destos:
«Dame una satisfaccion;
Que aunque sepa yo de cierto
Que es mentira, la crêré,
Engañándome á mí mesmo,
Porque te disculpes tú.»

DON DIEGO.

Es verdad, yo lo confieso;
Mas ¿sabes tú lo que va
Desde sospechas de celos
A evidencias?

DOÑA ANA.

¿Cuáles son?

DON DIEGO.

Turbarte tú lo primero,
Engañarme lo segundo,
Y hallar el retrato puesto
A tus piés, que aunque pintado,
Te reconoció por dueño.

DOÑA ANA.

Turbarme yo no fué culpa.

DON DIEGO.

Pues ¿qué pudo ser?

DOÑA ANA.

Respeto
Que debes agradecerme;
Ponerle á mis piés, trofeo
De tu amor, pues porque entrabas,
Hice dél tanto desprecio.

DON DIEGO.

A todo has de hallar razones.
Yo me rindo, y desde luego,
Si quieres satisfacerme,
Me daré por satisfecho
A trueco de que me dejes
Ir.

DOÑA ANA.

Pues oye, y véte luego.

DON DIEGO.

¿Qué querrás decirme? ¿Que este
Retrato es de un caballero
Que vino á ver á tu padre,
Que se le cayó en el suelo?
¿Querrás decirme que ha sido
Un tratado casamiento,
Y que tu padre le trajo,
Quizá porque es forastero?
¿Querrás decirme que fué
De una amiga, que por miedo
De su padre ó su marido,
Te le trajo á ti en secreto?
¿Cuál destas cosas eliges
Por disculpa? Dila presto;
Que porque me dejes ir,
La que tú escogieres creo.
¿Quieres mas?

DOÑA ANA.

No quiero mas;
Que ya solamente quiero
Que te vayas.

DON DIEGO.

¿Que me vaya?

DOÑA ANA.

Que te vayas; pues fué cierto
Que si te detuve fué
Por decirte de secreto
La verdad; ya tú la sabes,
Una es de las que has propuesto:
Y así, ni tú que saber,
Ni yo que decirte tengo.

DON DIEGO.

Ya que yo he dado las armas,
Doña Ana, contra mí mesmo,
Sola una cosa te pido,
Y es...

DOÑA ANA.

No temas, dila presto.

DON DIEGO.

Que pues tienes tres disculpas
En que escoger, y yo creo
Que es lo mismo una que otra,
Que elijas el casamiento,
Que es de los tres menor mal.

DOÑA ANA.

Pues ¿no fuera mas mal, siendo
El galan que le perdió?

DON DIEGO.

No; porque es claro argumento
Que una mujer principal
Nunca dijo: «Galan tengo,»
Y «Tengo marido», sí:
Con que son menores celos
De marido, cuanto va
De ser dudoso á ser cierto,
Pues aquesto es sospechoso,
Y esotro fuera saberlo.

DOÑA ANA.

Pues ni celos de marido
Ni de galan son ni fuéron;
Que una amiga me le dió.

DON DIEGO.

Tomaste el mejor consejo.

DOÑA ANA.

Sí, que es decir la verdad.

DON DIEGO.

Pues dime cuál es, supuesto
Que ya lo sé.

DOÑA ANA.

Es imposible.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Impórtame el secreto.

DON DIEGO.

¿Importa mas que mi vida?

DOÑA ANA.

Baste decir que no puedo
Decirlo.

DON DIEGO.

No es grande amor
Amor que guarda silencio.

DOÑA ANA.

Importan honras y vidas
Los secretos.

DON DIEGO.

Yo lo creo;
Mas honras y vidas saben
Aventurarse queriendo.

DOÑA ANA.

Las propias sí.

DON DIEGO.

¿Y es ajena
La mia?

DOÑA ANA.

No; mas por eso
Te desengañé.

DON DIEGO.

No hicieras,
Si yo no diera el remedio.
O dime quién es la amiga,
O no lo crêré.

DOÑA ANA.

No puedo.

DON DIEGO.

Mujer eres, poco importa
Que descubras un secreto.
No aspires, Doña Ana, á ser
El prodigio destos tiempos.

DOÑA ANA.

Quien fué prodigio de amor
Sabrá serlo del silencio.

DON DIEGO.

No quiere la que á su amante
No descubre todo el pecho.

DOÑA ANA.

No es noble quien le descubre
Cuando va una vida en ello.

DON DIEGO.

En fin, ¿no lo has de decir?

DOÑA ANA.

No.

DON DIEGO.

Pues en nada te creo. *(Vase.)*

DOÑA ANA.

¡Válgate Dios por retrato,
En qué confusion me has puesto!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

DON BERNARDO, DOÑA ANA.

DON BERNARDO.

No lo he podido excusar,
Y hospedarle me conviene.

DOÑA ANA.

Un hombre que en casa tiene
Una hija por casar,
Bien excusarse pudiera
A huésped que es tan galan.

DON BERNARDO.

Tengo al padre de Don Juan
Obligaciones, y fuera

El hombre de mas vil trato
Del mundo, si lo negara
Yo, y en su ausencia faltara,
A honras y deudas ingrato.
Acuérdome que le debo
La vida: un traidor cruel
Me mata, si no es por él.
Mira si en vano me muevo...

ESCENA II.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

De mi aposento salí
Con ánimo de llegar
A vuestros piés á pagar
La merced que recibí
(Con razones solamente,
Que con obras no podré),
Y en mirándôs me turbé.
Confieso que dignamente,
Porque al dar satisfaccion
De dicha y merced tan alta,
Falta voz á la voz, falta
A la razon la razon.
Y ya que gracias no puedo
Dar, daré quejas de vos,
Señores, pues de los dos
Con causa ofendido quedo,
Pues al temor que me indicia
Huyo persona y hacienda
Que la justicia me prenda,
Y entrambos sin ser justicia
Me prendeis: y no es, sospecho,
Sino verdad lo que veis,
Pues hoy los dos me poneis
En obligacion, que el pecho
Satisfacer no pudiera
Si con la vida pagara,
Y esta á pagar no llegara
Con mil vidas que tuviera.

DON BERNARDO.

Señor Don Juan, cumplimientos
De ociosas urbanidades
Ofenden las amistades
Sencillas, sin fingimientos.
Esta es vuestra casa; en ella
Os servirán: no la hagais
Prision, pues tan libre estáis
Que teneis las llaves della.

DOÑA ANA.

No, señor, no digas tal;
Deja que en esta ocasion
Haga la casa prision,
Pues le va en ella tan mal.
Muy bien se lo ha parecido:
Razon debe de tener,
Pues que prision viene á ser
Donde está tan mal servido.

DON JUAN.

Que es prision, yo lo confieso
Otra vez, y con razon,
Donde vive el corazon
Y el entendimiento preso.

DON BERNARDO.

Bien es que yo entre los dos
Ponga paz.

DON JUAN.

Y yo la pido;
Que me confieso rendido.

ESCENA III.

ESPINEL. — DICHOS.

DON JUAN.

¡Espinel!

ESPINEL.

¡Gracias á Dios,
Señor, que he llegado á verte
Con vida!

DON JUAN.

¿Qué ha sucedido?

ESPINEL.

Todo el caso se ha sabido.

DON JUAN.

¿De qué suerte?

ESPINEL.

Desta suerte.
Para coger los caminos
Y saber lo que pasó,
De aquella calle prendió
La justicia á los vecinos.
No faltó quien con verdad
Diese al punto el desengaño,
(¡Oh, bien haya un ermitaño
Que vive sin vecindad!)
Y aquesta noche pasada
La justicia nos rondó
La posada: al fin entró
En ella de mano armada.
Preguntó por tu aposento;
Y diciéndole que habias
Faltado dél muchos dias,
Le mandó abrir al momento;
Y viendo que era un estrago,
La ropa desenvolvieron
Muy corridos, porque dieron,
Como dicen, golpe en vago.

DON BERNARDO.

Esperadme; que yo iré
A informarme con buen modo
En la Provincia de todo;
Que yo sé que lo sabré.
Tú no te salgas de aquí,
Espinel; que fuera error:
Preso como tu señor
Has de estar, porque si allí
Hoy te hubieran conocido,
¡Buen descuido habíamos hecho
Confiando de tu pecho
Lo que callar se ha querido!
Esta es la hora que ya
Te hubieran dado tormento.

ESPINEL.

¿Tormento á mí? ¡Lindo cuento!

DON BERNARDO.

¿Pues no?

ESPINEL.

El tormento se da
A hombrecillos de nonada,
Porque á mí, aunque me cogieran,
Sé bien que no me le dieran.

DON BERNARDO.

¿Por qué?

ESPINEL.

Es cosa averiguada:
No tienes que preguntarme.

DON BERNARDO.

¿Eres hidalgo?

ESPINEL.

Sí soy;
Mas sin esa causa, hoy
Sé yo otra para librarme
Mejor.

DON BERNARDO.

¿Cuál es?

ESPINEL.

Yo la sé,
Y baste decir que á mí
No me le dieran.

DON BERNARDO.

¡Ah, sí!
¿Eso sabes?

ESPINEL.

Sí.

DON BERNARDO.

¿Por qué?

ESPINEL.

Pues tanto aprietas, lo digo.
Confesara yo al momento,
Y no me dieran tormento.

DON BERNARDO.

¡Buen criado y buen amigo!

ESPINEL.

No hay amigo ni criado;
Que en llegándome á doler,
Vive Dios, que han de saber
Papa y rey cuanto ha pasado.

DON JUAN.

No hagais caso desto vos;
Que si en la ocasion se viera,
Diferentemente hiciera.

ESPINEL.

No hiciera tal, vive Dios.

DON BERNARDO.

Ahora bien, quedad aquí
En tanto que mi cuidado
Vuelve de todo informado. *(Vase.)*

DOÑA ANA.

Mucho me pesa que así
Esta posada os reciba,
Y halleis lo primero en ella
Tal pesar.

DON JUAN.

Doña Ana bella,
Antes fué bien que aquí viva
Tan vecino del consuelo,
Pues en esta casa he hallado
A mis desdichas sagrado.

DOÑA ANA.

Guárdeos Dios. *(Vase.)*

DON JUAN.

Guárdeos el cielo.

ESCENA IV.

DON JUAN, ESPINEL.

ESPINEL.

Pues ¿así la dejas ir?

DON JUAN.

¿Qué he de hacer?

ESPINEL.

¿Qué? Detenella,
Enamorarla, y con ella
Engañar y divertir
El retiro y la prision.
Desconsolado viviera
En ella yo, si no hubiera
Mujeril conversacion.
Donde hay mujer no hay pesar.

DON JUAN.

Sí; pero ¿no echas de ver
Que esta mujer no es mujer?

ESPINEL.

Yo no, si á considerar
Me pongo su talle y cara.
Vuelve, y echarás de ver
Que es mujer, y muy mujer.

DON JUAN.

Espinel, mira y repara
En que es mujer en quien vive
De un grande amigo el honor,
Que me ofrece su favor,
Que en su casa me recibe,
Que sus espaldas me fia,

Que su hacienda no me niega,
Que sus secretos me entrega,
Que su opinion me confia:
Conocerás luego aquí
Que esta mujer no es mujer,
Pues que nunca lo ha de ser,
A lo ménos para mí.

ESPINEL.

Aun bien que en leyes de honor
No llegan á los criados
Titulillos tan honrados,
Y podrán tener amor
En la casa del Sofí
De Persia y del Preste-Juan.

DON JUAN.

No podrán.

ESPINEL.

¿No?

DON JUAN.

No podrán;
Y por Dios, que si de tí
Que miras en casa sé
Una esclava, que te mate.

ESPINEL.

Fuera grande disparate.
Pero no la miraré,
Si es eso cuanto procuras,
Pues puedo, sin ofenderte,
Enamorar.

DON JUAN.

¿De qué suerte?
Dilo.

ESPINEL.

Enamorando á oscuras.
Mochuelo seré de amor.

DON JUAN.

Mi amistad sirva de ejemplo,
Que esta casa ha de ser templo
De las aras del honor.

ESPINEL.

Si ese decoro tuviera
Gonzalo Bustos de Lara
En su prision, ¡cuánto errara,
Pues Arlaja no le oyera!
No oyéndole, no se hallara,
Si mejor se considera,
Preñada la mora arriera;
No estándolo, no llegara
A parir; y no pariendo
La enamorada morilla,
No naciera Mudarrilla;
Y su ilustre sangre, entiendo
Que por vengar se quedara.
No vengándose tambien,
No hubiera en el mundo quien
A Rui Velazquez matara.
No matándole, viviera
Con vida y alma traidora
Aquel bellaco: así, ahora
¡Mira tú qué bueno fuera!
Atrévete tú tambien,
Galantea en lance igual;
Que tal vez un grande mal
Viene por un grande bien.

DON JUAN.

Hoy de la opinion te sales
De todos. No digas tal,
Porque un mal fiero y fatal
Es nuncio de muchos males:
Y así, no llego á sentir
Tan rendido á mi destino
El mal, Espinel, que vino.

ESPINEL.

Pues ¿cuál?

DON JUAN.

El que ha de venir.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

DON DIEGO.

Amante que ha de volver
Con mas sentimiento y quejas
A pedir satisfacciones,
¿Para qué se va sin ellas?
¿Para qué, quien ha de verse
Humilde, tiene soberbia,
Quien ha de buscar se esconde,
Quien ha de rogar desprecia,
Y al fin, al fin, para qué
Quien ha de volver se ausenta?
¿Para qué en estos umbrales
Juré con lágrimas tiernas
De no volver á pisarlos,
Si apénas lo dije, apénas
Lo pronuncié, cuando al punto
El juramento quisiera
Quebrantar? Y es la verdad,
Pues al tiempo que la lengua
Dice que no ha de volver
A esta calle y á estas rejas,
Sin saber quién me ha traido,
Me vuelvo á mirar en ellas.
¿Con qué ocasion entraré
A hablarla, porque no vea
En mí tanto rendimiento?
¿Diré que vengo á dar quejas
De que?...Pero no; qué amante
Que llega á quejarse, muestra
Sentimientos. Pues ¿diré
No mas de que vengo á verla?
Si; que en hombres como yo
Y en mujeres de sus prendas,
La correspondencia es bien
Que viva, aunque el gusto muera.
Pero es achaque á lo antiguo;
Que nadie hay ya que no sepa
Que tienen las amistades
En pié las correspondencias.
Mas ella viene: yo quiero
Hablarla aquí, sin que entienda
(Ocasion me da el retrato)
Que siento tanto su ausencia.
Corazon, esto se llama
Sacar fuerzas de flaqueza.
(*Retírase á un lado.*)

ESCENA VI.

DOÑA ANA, INES. — DON DIEGO, *retirado.*

INES.

Digo que Don Diego entró
En casa.

DOÑA ANA.

Albricias te diera,
Si no fuera poco precio
El alma de tales nuevas.
¡Qué gusto me has hecho, Ines!

INES.

Si tú misma lo confiesas,
¿Por qué, dí, no le llamaste,
Puesto que el quejoso era,
Y con razon?

DOÑA ANA.

Necia estás,
Ines; que la gracia es esa,
Que teniendo él la razon,
Yo tiranice la queja,
Y él sin queja y con razon,
Sin que le llame se venga.

DON DIEGO. (*Llegando.*)

Novedad os habrá hecho
La visita; mas es fuerza
Venir ahora á cansaros;
Que á no serlo, no viniera.
Y así, os ruego que me oigais.

DOÑA ANA.

¡Hola, Ines!

INES.

Señora...

DOÑA ANA.

Llega
Silla á aqueste caballero;
Que visitas como estas
De tan grande cumplimiento,
Y que al fin se hacen por deuda
(*Ap.* Pagarme tiene la entrada.)
No se reciben sin ella.
Sentáos, y decid ahora
Qué mandais; que si no yerran
Ideas, de haberos visto
Alguna vez se me acuerda.

DON DIEGO.

Sí habeis visto; y no me espanto
Que no conozcais las señas,
Porque me visteis dichoso,
Y ya los favores truecan
Las desdichas.

DOÑA ANA.

Deso mismo
He visto yo una comedia.
Pero en efecto, señor,
¿Qué buena venida es esta?

DON DIEGO.

Un recado que os traia
De un caballero, quisiera
Que me oigais.

DOÑA ANA.

Pues ya os escucho:
Proseguid.

DON DIEGO.

Estadme atenta.

DOÑA ANA.

Decid.

DON DIEGO.

Don Diego de Silva...

DOÑA ANA.

Tened un poco la lengua.
¿Quién es ese caballero?

DON DIEGO.

No os puedo yo dar respuesta;
Que no sé quién es. Si vos
Me preguntarais quién era,
Yo lo dijera.

DOÑA ANA.

Está bien.
¡Don Diego! Ya se me acuerda.
¿Y qué dice el tal Don Diego?

DON DIEGO.

Dice, señora... que besa
Vuestras manos... (*Ap.* Vive Dios,
Que estoy mudo.)

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Yo estoy muerta;
Pero beberá el veneno
De quien visita por fuerza.

DON DIEGO.

Y que viendo que el amor
Con alas de fuego vuela
Tan veloz, que deja atras
Al tiempo (y esto se prueba
Por muchos años de afecto,
De amor y correspondencia,
Que en un instante de tiempo
Quiere el cielo que se pierdan);
Olvidado de su agravio,
Dejando aparte las quejas,
(*Ap.* Miente la voz si lo dice,
Miente el alma si lo piensa.)

Este retrato os envía,
Este soneto os entrega,
Lámina y papel que amor
Obró con tal sutileza,
Que excedió el ingenio y arte;
Porque no es razon que tenga
Prendas él de vuestro gusto
En depósitos de ausencia.
Y dice mas: que os lo envía
Para testimonio y prueba
De que ya no sentirá
Que vuestras manos le tengan;
Que el tiempo que dilató
Remitir la tal presea,
Fué porque entónces temia
Que le diera alguna pena
Saber que en vuestro poder
Estuviese; mas hoy llega
A tan grande desengaño,
Viendo la mudanza vuestra,
Que él os le da y yo le traigo;
Porque mujer que así deja
Acreditada su culpa
En manos de la sospecha,
Que no da satisfacciones
A justificadas quejas,
Que estima el honor en poco,
Que no teme sus ofensas,
Que hace de la presuncion
Determinada evidencia,
Y que no busca culpada
A quien con rigor se ausenta,
Ni quiere bien, ni ha querido:
Y así, la olvida y la deja,
Porque mujer sin amor,
¿Qué se pierde en que se pierda?
(*Levántase.*)

DOÑA ANA.

Eso mismo, sin quitar
Y sin poner una letra,
Le dijo en cierto romance
Bras á su querida Menga.
Mas, Don Diego, ya que es tiempo
Que hablemos todos de véras,
Volved á tomar la silla;
Y cuando por mí no sea,
A quien el recado trae
Toca llevar la respuesta.
Yo soy quien soy: vos teneis
De mí muy bastantes muestras,
Pues sabeis un favor mio
Cuántos desvelos os cuesta.
Pésame que en tanto tiempo
De amor y correspondencia
Como vos decis, no hayais
Conocido por las señas
Mi condicion tan altiva,
Que en sus presunciones llega
A competir rayo á rayo
Con el sol y las estrellas,
A quien en número y luces
Han vencido mis finezas:
Y ya que tan al principio
Está la voluntad vuestra,
En esta parte no mas
Volveré á informaros della.
Yo os dije que ese retrato
Me dió una amiga, y que es fuerza
Callar el nombre. No hice
En esto mas diligencias
Para que vos lo creyeseis,
Porque la verdad se prueba
Sin mas testigos de abono
Que con ser la verdad mesma.
Dadme que hubiera mentido
En la disculpa primera,
Que yo os hubiera buscado,
Y con extremos hubiera
Acreditado el engaño;
Que como mentira fuera,
La misma desconfianza
No me dejara tan quieta,
Hasta que la hubieseis vos
Creido: y es verdad tan cierta
Que tenemos las mujeres
Tanto gusto de que crean
Nuestras mentiras los hombres,
Que solamente por esta
Ocasion hubiera hecho
Yo mayores diligencias.
La verdad es la que os dije;
Si vos no quereis creerla,
Parte es tambien de verdad
El haber dudado della,
Porque si fuera mentira
Con mas ventura naciera;
Mas como no las usamos,
No me espanto que os parezca
Imposible en mí el decirlas,
Como en vos el conocerlas.

DON DIEGO.

Decidme quién es la amiga,
Y os creré.

DOÑA ANA.

Si lo dijera,
Si os importara el saberlo;
Mas quien dice aquí que es fuerza
Que me olvide, quien no siente
Que yo este retrato tenga,
¿Para qué ha de saber nada?

DON DIEGO.

Por esa razon, por esa
Merezco mas la disculpa.

DOÑA ANA.

No entiendo cómo ser pueda.

DON DIEGO.

Amante que dice agravios,
Celoso que dice quejas,
Olvidado que baldona,
Aborrecido que afrenta,
Desesperado que injuria
Y triste que desespera;
Ese siente, ese se abrasa,
Ese estima, ese desea,
Ese obliga, ese pretende,
Ese se rinde, ese ruega,
Porque á la lengua los celos
Le dieron esta licencia.

DOÑA ANA.

Cobardes deben de ser,
Pues se valen de la lengua.
Mas dama que satisface,
Y ofendida no se queja,
Agraviada no se enoja,
Baldonada no se venga,
Despreciada no aborrece,
Aborrecida no deja;
Esa perdona, esa admite,
Esa disimula ó cela,
Esa adora y esa estima,
Esa quiere y esa precia;
Que es vil mujer la que á un hombre
Descubiertamente ruega:
Porque tiene la mujer
Tan altiva prêminencia,
Que han de buscarla quejosos,
Y entónces con mas finezas;
Y aun plegue á Dios que nos hallen
De la suerte que nos dejan.

DON DIEGO.

Y si volviera á buscaros
Al instante la fineza
De un amante, ¿de qué suerte
Os hallara?

DOÑA ANA.

Con mil quejas
De que de mí se creyesen
Tan declaradas bajezas.

DON DIEGO.

Quien quiere, teme.

DOÑA ANA.

Es verdad;
Y es bien que quien quiere tema
Perder el bien, pero no
Mudanzas tan manifiestas.

DON DIEGO.

¿Pudiera desenojaros
Cuando rendido volviera?

DOÑA ANA.

No volverá quien me dijo...

DON DIEGO.

No lo digas: cierra, cierra
Los labios. Mas si volviese...

DOÑA ANA.

No sé entónces lo que hiciera.

DON DIEGO.

¿Diérasle una blanca mano
Para que jurase en ella,
Con homenaje de amor
De no hacerte mas ofensa?

DOÑA ANA.

Para que jurase sí.

DON DIEGO.

¿Qué mano le dieras?

DOÑA ANA.

Esta.

DON DIEGO. (*Toma la mano.*)

¡Qué dicha!

INES.

¡Gracias á Dios
Que llegamos á la venta!

DON DIEGO.

¿Y el retrato?

DOÑA ANA.

Ténle tú
Hasta que al dueño le vuelva.

DON DIEGO.

Eso no, porque llevarle
Fuera durar la sospecha
En mí: quédate con él,
Y adios; que temo que venga
Tu padre.

DOÑA ANA.

Guárdete el cielo
Como mi vida desea.

DON DIEGO.

¿Podré fiarlo á sus ruegos?

DOÑA ANA.

Sí; que entónces fuera eterna.

DON DIEGO.

Y aun será para adorarte
Poco tiempo, aunque lo sea.
Adios. ¡Oh qué dulces paces!

DOÑA ANA.

Adios. ¡Oh qué dulces guerras!
(*Vase Don Diego.*)

ESCENA VII.

DOÑA ANA, INES.

INES.

Gracias á Dios, que ya estamos
En paz; y gracias á Dios,
Llegó el tiempo en que las dos
Ese retrato veamos.
Descubre este encanto, esta
Sombra: sepamos quién fué
Quien, sin qué ni para qué,
Tantos disgustos nos cuesta.

DOÑA ANA.

Bien dices.— ¡Ay Dios!
(*Mirando el retrato.*)

INES.

¿Qué ves?

DOÑA ANA.

¿Cómo decirlo dilato?
Ines, dime: este retrato
¿De nuestro huésped no es?

INES.

Sí, señora, y el estar
Por una muerte escondido
Conviene con haber sido
El que en aqueste lugar
Nos contó Doña María.

DOÑA ANA.

Si esto acaso se escuchara
En una farsa, ¿faltara
Quien dijese que no habia
Sido posible causar
Tantas cosas un sugeto?
Que estoy rendida prometo
A un pesar y otro pesar.
Ines, ¿qué tengo de hacer,
Viéndome en esta ocasion
En tan grande confusion,
Sin elegir, sin saber
Qué camino es el que siga
Que seguro puerto halle,
Pues es forzoso que calle
Lo que es forzoso que diga?
Si callo á Don Diego yo
Que está en mi casa escondido
Un hombre que retraido
Vive en ella, ¿cómo no
Se ha de ofender con razon
Cuando lo llegue á saber
De que yo pude tener
Alma, vida y corazon
Para guardar un secreto,
Cuando en pecho enamorado
No hay secreto reservado?
Si con diferente efeto
Se lo digo, ¿quién podrá
Satisfacerle de mí,
Sabiendo que un hombre aquí
A todas horas está,
Y mas si adelante pasa
El temor, y llega á ver
El retrato en mi poder
Y el caballero en mi casa?
Callar aquí no es amar,
Y este yerro vendrá á ser
El primero que mujer
Haya hecho por callar.
Hablar aquí (triste quedo)
Es advertirle; y no es justo,
Porque es de mi padre gusto,
Que yo remediar no puedo.
Despertar estos desvelos
Es hacer de noche y dia
Una continua porfía
De agravios, penas y celos.
Hablar y callar temí,
Y hablar y callar deseo:
Conmigo misma peleo,
Defiéndame Dios de mí.

INES.

Pues, señora, el desengaño
Viva donde hay voluntad:
La verdad siempre es verdad,
Y el engaño siempre engaño.

DOÑA ANA.

Que la verdad es verdad
Confieso; pero tambien
Con la verdad yerra quien
Castiga la voluntad.

INES.

Calla; que viene el señor
Huésped de espadilla allí.

DOÑA ANA.

¿Por qué le llamas así?

INES.

Porque es huésped matador.

ESCENA VIII.

DON JUAN, ESPINEL. — DICHAS.

DON JUAN.

Un cuidado os vengo á dar.

DOÑA ANA.

No será el primer cuidado
Que vos, Don Juan, me habeis dado.

DON JUAN.

Pesárame de llegar
A ser tan necio que fuese
Causa yo, porque no es justo
Dar cuidado ni disgusto
En esta casa.

DOÑA ANA.

No os pese
Deso á vos, porque no ha habido
Causa para haberos dado
Este cuidado cuidado,
Aunque para mí lo ha sido.
¿Y qué mandais en efeto?

DON JUAN.

Solo os quisiera pedir,
Porque me importa salir
Aquesta noche en secreto
A ver una hermosa dama
(Perdonad; que la licencia
Ha dado en vuestra presencia
La disculpa de quien ama),
Que vos se la deis á Ines
De abrir la puerta.

DOÑA ANA.

¡Tan grave
Cuidado es ese?— La llave (*Á Ines.*)
Da al señor Don Juan despues,
Para que pueda salir;
Que yo sé en fineza tal
(No de buen original
Como se suele decir,
Empero de buen retrato)
Que haréis en verla muy bien,
Porque sé que os quiere bien,
Y haréis mal en ser ingrato.
Y al fin, ¿hoy quereis salir?

DON JUAN.

Al punto que espire el dia.

DOÑA ANA.

¿Solo vos, ó en compañía?

DON JUAN.

Espinel conmigo ha de ir,
Porque, delante de mí,
Si acaso acierto á encontrar
La ronda, pueda escapar...

ESPINEL.

¿Miéntras me prenden á mí?
¡Muy buena piedad, por Dios!

DON JUAN.

Y tambien quiero llevallo,
Porque se quede en la calle
Miéntras hablamos los dos.

ESPINEL.

¡Yo en la calle! ¿Quién te ha dicho
Que soy valiente? Detente;
Que tenerme por valiente
Es un galante capricho.

DON JUAN.

¿Qué valentía es estar
Para avisar si alguien viene?

ESPINEL.

Pues vamos; que ya previene
Una industria singular
Mi ingenio. No solo quiero
Avisarte diligente,
Mas de un escuadron de gente
Guardar aquel barrio entero.
Un alma no ha de pasar
Por la calle, no señor,
Ni otras diez al rededor;
Que yo las quiero guardar
Con mi capa y con mi espada
No mas. Venza á la fortuna
La industria; y hoy para una
Que yo tengo fabricada,
Convido á vuesas mercedes.
Hombre no me pasará,
Porque yo haré... Pero allá,
Dijo Agrájes, lo veredes.
(*Ruido dentro.*)

DON JUAN.

La puerta abrieron, por Dios.

DOÑA ANA.

Es verdad, y pasos siento.

DON JUAN.

Espinel, á este aposento
Nos retiremos los dos.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX.

DOÑA ANA, INES.

INES.

Doña María es.

DOÑA ANA.

Leal
Vendrá este instante, este rato,
A solo ver un retrato
Donde está el original.

INES.

¿Y piensas decir que aquí
Está Don Juan?

DOÑA ANA.

¿Para qué?
En decírselo no sé
Si acierto, en callarlo sí,
Porque si su gusto es
Que ella sepa dónde está,
Puesto que ha de verla allá,
Podrá decirlo despues.

INES.

¿Y le has de callar tambien
De su retrato el suceso?

DOÑA ANA.

¿Para qué ha de saber eso?

INES.

Parecióme á mí que quien
Te fió su amor aquí,
Saber el tuyo podia.

DOÑA ANA.

Siempre fué doctrina mia
Que nadie tenga de mí
Que callar: con que así yo
Que á saber secretos vengo,
De todas que callar tengo;
Mas ellas de mí, eso no.

ESCENA X.

DOÑA MARÍA, JUANA.—DOÑA ANA, INES.

DOÑA MARÍA.

Las visitas de amigas
Dan mas gusto y contento
Sin mayor cumplimiento.

DOÑA ANA.

Más en eso me obligas,
Porque las amistades
Han de ser sin urbanas vanidades.
¿Cómo estás?

DOÑA MARÍA.

Estoy buena
Y siempre á tu servicio.

DOÑA ANA.

Tu hermosura da indicio
De que acabó la pena.
¿Cómo va? ¿Qué hay de nuevo?

DOÑA MARÍA.

Apénas á contártelo me atrevo.
Dos amantes tenia
A un tiempo juntamente,
Y uno muerto, otro ausente,
Los dos perdí en un dia.

DOÑA ANA.

En nosotras, es cierto [to.
Que el ausente contamos por el muer-

DOÑA MARÍA.

No porque de mi olvido
Se queje el del retrato,
Mas porque tan ingrato
Conmigo ha procedido,
Que á mi tambien se esconde
Sin avisarme cuándo, cómo ó dónde.

DOÑA ANA.

El quizá lo desea.
Alentarte procura:
Podrá ser por ventura
Que aquí te escuche y vea
Él mismo del retrato.

DOÑA MARÍA.

Sin él me iré, por no mirarle ingrato.

DOÑA ANA.

¿Que nada dél supiste?

DOÑA MARÍA.

No, amiga, ni aun noticia del criado
Que aquí se habia quedado,
Con quien la ausencia triste
A ratos divertia:
Ya tampoco sé dél.

DOÑA ANA.

¡Qué tiranía!

DOÑA MARÍA.

Busquéle; pero en vano.
Esto hay en esta parte
De que pueda avisarte.

DOÑA ANA.

Y dime, de tu hermano
¿Cómo están los recelos?

DOÑA MARÍA.

Muy malos.

DOÑA ANA.

¿Cómo así?

DOÑA MARÍA.

Mátame á celos.
Si supiera que habia
Llegado aquí, no hubiera
Quien en casa cupiera.

DOÑA ANA.

Pues ¿él de mi podia
Tener sospecha alguna?

DOÑA MARÍA.

Como á eso me ha traido mi fortuna.
De tí no sospechara
Cosa que indigna fuera;
Pero de mí tuviera
Queja evidente y clara,
Sabiendo que he salido
A la calle Mayor, y aquí he venido.

DOÑA ANA.

Pues no estás muy segura [1]
Aquí de que te vea, y tendrá queja.

INES.

Aunque es cosa muy vieja
Decir cuando la voz ocasion toma,
Esto del ruin de Roma
Y el lobo en la conseja,
Tu hermano en casa ha entrado.

DOÑA MARÍA.

Escóndame este cuarto.

DOÑA ANA.

Está cerrado:
No entres en él.

DOÑA MARÍA.

Abierto está.

DOÑA ANA.

Detente.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿sálesme al encuentro?

DOÑA ANA.

Sí, porque es entrar dentro
Mayor inconveniente
Que verte aquí tu hermano.

DOÑA MARÍA.

¿Mayor inconveniente?

DOÑA ANA.

Sí, y es llano.

DOÑA MARÍA.

Poco de mí confias.

DOÑA ANA.

Es mucho lo que guardo.

DOÑA MARÍA.

Ya en esconderme tardo.

DOÑA ANA.

Pues en corto venias,
Cúbrete con el manto;
Que no ha de conocerte.

DOÑA MARÍA.

¡Ay cielo santo!

(*Tápanse Doña María y Juana, y retíranse.*)

[1] Verso suelto.

ESCENA XI.

DON LUIS.—DOÑA ANA, INES; DOÑA MARÍA Y JUANA, *tapadas.*

DOÑA ANA.

Señor Don Luis, ¿qué es esto?

DON LUIS.

Es la ocasion en que un rigor me ha
No dudo yo, señora [puesto.
Doña Ana, que tengais esta locura
A atrevimiento ahora;
Pero mi amor examinar procura
Si á la osadía sigue la ventura.
Si me he atrevido á veros,
Sin temer enojaros y que airada
Me hableis, fué por saber que en ofen-
Poco aventuro ó nada, [deros
Pues que siempre conmigo os vi enoja-
[da.

DOÑA ANA.

Señor Don Luis, ya vuestro estilo pasa
De galan á grosero. ¿Con qué intento
Entrais en esta casa,
Donde aun veloz el viento
Recela introducir un pensamiento?
¿Qué dirá esta señora
Amiga, que ha venido á visitarme,
Viéndos entrar tan atrevido ahora
En mi casa?

DON LUIS.

Que quise aventurarme
A morir. Ya esa dama recatada
Sabrá lo que es amor.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

Estoy turbada.

ESCENA XII.

DON DIEGO.—DICHOS.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Seguí á Don Luis, celoso de miralle
Estar en esta calle,
Y á tanto el temor pasa,
Que despues le vi entrar dentro de ca-
Y así, desesperado, [sa:
Sin reparar en nada, aquí he llegado.

INES.

Don Diego.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

La ventura mia
Le trajo.

DON DIEGO.

Aunque no ha sido cortesía
Introducirse cuando
Dos en conversacion están hablando,
Esta vez fuera necio, si no fuera
Descortés.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Muerta estoy.

DON DIEGO.

Y de manera
Mi poco ingenio precio,
Que he de ser descortés por no ser ne-
Vaya pues adelante [cio:
La plática: mi vista no la espante.

DON LUIS.

Señor Don Diego, que llegueis ahora
(*Ap.* De cólera estoy loco.)
A la conversacion importa poco,
Pues lo público della no se ignora;
Mas que llegueis pensando
Que haceis disgusto en el llegar...

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Temblando
Estoy.

DON LUIS.

Importa mucho:
Y así...

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

¡Cielos, qué escucho!

DON LUIS.

A quien imaginare
Que á mí me hace pesar, cuando llegare
A ver el sol, en solo un pensamiento,
Un átomo, un intento,
Una imaginacion, sabré...

DON DIEGO.

Salgamos



De aquí, porque no estamos
Bien entre damas, para respondernos.

DON LUIS.

Calle la lengua y hablen los aceros.

DOÑA ANA.

¡Ah Don Diego! Ah señor!

DON LUIS.

Veníos conmigo.
(*Vase Don Luis.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON DIEGO, INES; DOÑA MARÍA Y JUANA, *tapadas*.

DON DIEGO.

Guiad donde ya os sigo.

DOÑA ANA.

No seguirás; detente.

DON DIEGO.

Suelta, ó harás que alguna accion in-
Contra tanto respeto. [tente
Suelta, Doña Ana.

DOÑA ANA.

Ya ningun efeto
Que ha de ofenderme espero,
Como tú no le sigas.

DOÑA MARÍA.

Si es que acaso te obligas (*Llega.*)
De ruegos de mujer, por caballero,
Por noble y por amante,
Detenga tu furor el ver delante
Una mujer.

DON DIEGO.

Solicitais en vano
Tenerme todas ya.

DOÑA MARÍA.

Ved que es mi hermano.

INES.

(*Ap.* Pues nada le detiene,
Esto le detendrá.) Mi señor viene.

DOÑA ANA.

Ya no puedes salir sin riesgo mio.

DON DIEGO.

Pues en este aposento me desvío
Hasta que salir pueda,
Y la ocasion el cielo me conceda
De vengar mis agravios y mis celos.

DOÑA ANA. [los.)

(*Ap.* Aun mayor confusion es esta, cie-
No entres aquí: detente, espera, aguar-

DON DIEGO. [da.

Todo te aflige, todo te acobarda.
Temores te concedo
Si me voy, si me escondo y si me quedo.
Si me voy, te parece
Que á la muerte mi cólera me ofrece;
Si me estoy, que me encuentra
Tu padre que ya entra; [esto,
Si me escondo, tambien. ¿Qué ha de ser
Cuando en tres confusiones estoy

INES. [puesto?

Bien puedes sosegarte;
Que yo, por detenerte y reportarte,
Y porque no salieses, he fingido
Que mi señor venía; pero ha sido
Engaño.

DOÑA ANA.

Bien has hecho,
Ines; que el alma le volviste al pecho.
Ya para ir tras Don Luis, señor, es tar-
Sosiega. [de.

DON DIEGO.

Con indicios de cobarde,
¿Cómo un hombre pudiera
Sosegar, si otra causa no tuviera
Que aquí le detuviese?
Yo he de saber, aunque al honor le pe-
Qué inconveniente habia [se.
De entrar á este aposento quien temia
Que tu padre le hallase.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Que á tal extremo mi desdicha pase!

DON DIEGO.

Porque el pecho turbado,
Torpe la lengua, el corazon helado,
El labio temeroso,
Suspensa el alma, el ánimo dudoso,
No sé si es mayor daño
Seguir mi muerte, ó ver el desengaño
Desta sospecha vil. ¡Valedme, cielos,
Porque mi agravio aflige mas mis ce-
Y así, de dudas lleno, [los!
Tántalo de veneno,
Teniendo á mi despecho
Al cuello un lazo y un puñal al pecho,
Ignoro en mal tan fuerte,
Habiendo de morir, cuál es mi muerte.

DOÑA ANA.

Don Diego, si me estimas,
Si á obligarme te animas,
Cré de mí que te adoro,
Que siento tu dolor, tu pena lloro,
Que agradarte pretendo,
Que no puedo agraviarte ni te ofendo:
Y no quieras saber por qué he tenido
Reservado ese cuarto, pues no ha sido
Ofensa tuya.

DON DIEGO.

Dasme mas recelo
Con tantas prevenciones. ¡Vive el cielo,
Que he de saber quien el retrete escon-

DOÑA MARÍA. (*Ap.*) [de!

A mi gusto su enojo corresponde,
Porque saber deseo
Qué encanto es el que aquí...

DOÑA ANA.

(*Ap.* Mi muerte veo.)
Mi bien, señor, Don Diego,
Mira...

DON DIEGO.

Todo soy rabia y todo fuego.

DOÑA ANA.

Que me pierdo y te pierdes dese mo-

DON DIEGO. [do.

Donde me pierdo yo, piérdase todo;
Que he de entrar á apurar en dudas ta-
[les
Mis penas, mis desdichas y mis males,
Publicando mi voz en tanto dolo [lo.
Que con *Bien vengas, mal,* si vienes so-

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *embozado*, Y DON DIEGO, *las espadas desnudas; tras ellos*, DOÑA MARÍA, *tapada*, DOÑA ANA, INES Y JUANA.

DON DIEGO.

No os encubrais, caballero;
Que es en vano, vive Dios,
Porque á riesgo de mi vida
Tengo de saber quién sois.

DON JUAN.

En vano lo solicita
Osado vuestro valor,
Porque de mi vida al riesgo
Tengo de callarlo yo.

DOÑA MARÍA.

Llega presto.

DOÑA ANA.

Caballeros,
Tened las armas por Dios,
Mirad que está de por medio
Poniendo paces mi honor.
¡Así atropellais mi fama,
Así mi reputacion!
¡Así á una ilustre mujer
Quereis destruir los dos!
Por lo que puede acabar
Mansamente la razon
Sin perder nadie, ¿quereis
Que todo lo pierda yo?
Don Diego, escucha... si pueden
Las alas del corazon
Enviar desalentadas
Algun socorro á la voz.
Y vos, ilustre Don Juan,
Generoso huésped, vos
No tengais á liviandad
Dar esta satisfaccion
A quien aun no es mi marido;
Que pues noble y cuerdo sois,
Ya habreis visto que esto es...
—No sé si lo diga— Amor.
Amor tan sin esperanza,
Que es verdad que no llegó
A tener de los deseos
Celos siquiera el honor;
Mas cuando se ve culpada
Una mujer como yo,
Siendo un átomo de ofensa
Sobra de una presuncion,
Todo lo ha de aventurar;
Que para aquesto nació
La que es principal mujer
Con honra y obligacion,
Para tener que perder
Cuando llegue la ocasion.
Defendiendo yo esta puerta,
Y estando encerrado vos
Dentro del cuarto, mirad,
Mirad si tendrá razon
De tener de mí Don Diego,
No recelo ni temor,
Sino evidencia y certeza
De que he afrentado á quien soy.
Volved por mí, pues vos fuisteis
La causa: esta obligacion
Tiene á cualquiera mujer
El hombre mas inferior,
Cuanto mas el caballero,
Que parece que nació
—Es verdad; no lo parece—
Para defensa y favor,
Para amparo, para guarda,
Para columna y blason
Del honor de una mujer,
Y esto le importa á mi honor.

DON JUAN. (*Ap.*)

En dudas tan imposibles
¿Quién en el mundo se vió
Cercado de tantos males,
Viendo en mí, cuando llegó
El primero, los que habian
De seguirle, porque son
Eslabones unos de otros?
¡Qué duda! Qué confusion!
Si me descubro, es el riesgo
De mi ausencia ó mi prision
Evidente; si porfío
En encubrirme, es error,
Pues la opinion desta dama

Padece sin ocasion.
Pues si lo callo, él de amante,
Desesperado y feroz,
Ha de querer conocerme,
Y es el peligro mayor.

DOÑA ANA.

Señor Don Juan, ¿qué dudais?
Hablad; que si vos quien sois
No decís, pues yo lo sé,
Habré de decirlo yo.

DON JUAN. (*Ap.*)

De dos daños ya rendido
Aquí, siendo este el menor,
Me descubro. (*Descúbrese.*)

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Ay Dios! ¿Qué veo?

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

¡Qué miro! ¡Válgame Dios!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Donde busco desengaños,
Desdichas hallando voy.

DOÑA MARÍA. (*Ap. á Juana.*)

Aquel ¿no es Don Juan?

JUANA.

Señora,
¿Puede eso dudarse?

DOÑA MARÍA.

No.
¡Encubierto en esta casa
Don Juan, y me lo negó
Doña Ana, viendo el retrato!

DON DIEGO. (*Ap.*)

¿Qué es esto que viendo estoy?
Este el dueño es del retrato
Que vi: ¿qué agravio mayor?
¡El escondido en su casa!
¡El retrato en ella, y yo
Dispuesto á esperar disculpas!
¿Puede haberlas? ¡Plegue á Dios!

DON JUAN.

Caballero, ántes que os hable,
Importa una prevencion.

DON DIEGO.

Decid.

DON JUAN.

Si vos me pidieseis
Aquesta satisfaccion,
No os la diera; que no saben
Caballeros como yo
Dar satisfaccion á quien
Tiene con tanto valor
La espada en la mano, y es
Bien el prevenir que vos
No me la pedís: por eso (*Envaina.*)
(Guardad la espada) os la doy.
Yo soy desta casa huésped:
En ella escondido estoy
Por una desgracia, huyendo
A la fortuna el rigor;
Porque el deudo ó la amistad
De Don Bernardo llegó,
Yo á fiar mi vida dél,
Y él de mí á fiar su honor.
No le ofendiera por esto
Mi amistad; no, vive Dios,
Si me quitase la vida
Con mis propias manos yo.
Esto es verdad, y pensad
(Sí, Don Diego) que hombre soy
Que la trata; y si tuviera
Sola una imaginacion
Ocupada en su hija bella
(Cuando discurra mi amor,
En esta parte atrevido,
Fuera de mi obligacion),
Lo dijera, porque tengo
Por hombre de poco honor,
De abatidos pensamientos,
De baja reputacion,
A quien disimula dama
Que sola una vez miró
Un deseo, ¿qué es deseo?
Una pasion, ¿qué es pasion?
Un cuidado, ¿qué es cuidado?
Una sombra, una aprension,
Un átomo, un pensamiento
De otro gusto y de otro amor,
Cuanto mas un desengaño
Como el que os he dado á vos.

JUANA. (*Ap. á Doña María.*)

¿Qué te parece, señora,
La disculpa?

DOÑA MARÍA.

¿Qué sé yo?
De todo tiene: volvamos
A callar y á oir las dos.

DON DIEGO.

Señor Don Juan, yo no dudo
Una verdad, pues en vos,
En vuestro estilo y persona
Se descubre bien quién sois.
Pero un hombre enamorado
De todo tiene temor,
Todo le asombra y espanta;
Y celos, dicen que son
Antojos de aumento, que hacen
Cualquiera cosa mayor.
No os pese de que los tenga
En esta parte de vos,
Pues bien puede una persona
Dar celos al mismo amor.
En cuanto á mí, yo confieso
Que ya satisfecho estoy;
En cuanto á mi amor, no puedo,
Que es mas descortés que yo:
Y así el amor es quien pide
Otra disculpa mayor.
Decidme: vuestro retrato
¿Qué delito cometió,
Que se vino á retirar
A aquesta casa con vos?

DON JUAN.

¿Qué retrato?

DON DIEGO.

Uno que tiene
Doña Ana vuestro.

DON JUAN.

Eso no,
Porque yo no se le he dado.

DOÑA ANA.

Una amiga me le dió,
Que yo no digo quién es,
Porque de mí se fió,
Pues si ella quiere decirlo,
Puede tan bien como yo.

DON DIEGO.

Para que me satisfaga,
Don Juan, muchas cosas son;
Y miéntras yo no os conozca,
Fuera necedad y error
Fiarme de vos. Decidme
Abiertamente quién sois,
Y os creré, y vos me tendréis
Para mandarme desde hoy;
Que hallaréis en mí un amigo
De alguna satisfaccion.

DON JUAN.

Hombre enamorado tiene
Disculpa en cualquiera accion:
Y así, lo que os digo ahora,
Tampoco os lo digo á vos,
Sino á vuestro amor, teniendo
Lástima de su pasion.
Mi nombre es Don Juan de Lara,
Caballero andaluz soy,
Di la muerte á un caballero
Porque ocasiones me dió:
Llamábase Don Fadrique
De Silva.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!

DON JUAN.

Pues ¿qué os suspende? ¿Qué os turba,
Y niega al rostro el color?

DON DIEGO.

Ninguna cosa. (*Ap.* ¡Ya tengo,
Cielos, otra confusion!
Don Fadrique era mi primo
Y mi amigo; el matador
Está en mi mano, fiado
Su secreto á mi valor.
No hay aquí ya mas remedio,
Alma, vida y corazon,
Que callar, porque si aquí
Por entendido me doy,
Me toca satisfacerme,
Y no sabiéndolo, no.)
Señor Don Juan, satisfecho
De vuestra verdad estoy,
Por ser hija dese aliento,
Por ser rayo dese sol:
Y así de vos no me quejo,
Porque de quien debo yo
Quejarme, me quejaré
A su tiempo. Guárdeos Dios.

DON JUAN.

Tampoco eso me está bien,
Porque puesto en daros yo
Satisfaccion, por lo propio
Que aquí le toca al honor
De Doña Ana, vos no habeis
De dejar la obligacion
Que teneis, pues corre ya
Por mi cuenta; y la razon
Es ésta.—Escuchadme ahora.—
O me habeis creido ó no.
Si me habeis creido, haréis
Mal en durar al dolor,
Pues cesó la pesadumbre
Donde la causa cesó.
Si es que no me habeis creido,
Clara mi ofensa se vió,
Pues teneis por sospechosa
Mi verdad.

DON DIEGO.

Es gran rigor
Querer tasar de mi pecho
Los sentimientos, señor.
Si no os hubiera creido,
De aquí no me fuera yo,
Ni os dejara. No querais
Saber mas desta ocasion
Para saber que os creí,
Sino que os dejo y me voy.

DON JUAN.

Y cuando en tanta sospecha
Tuviereis algun rencor
Y escrúpulo en vuestro pecho,
Aquí me hallaréis, y yo
Os daré donde querais
Cualquiera satisfaccion.

DON DIEGO.

Si la hubiere menester,
La pedirá mi valor;
Que la que yo he de tomar
En algun tiempo de vos,
En otra parte ha de ser.

DON JUAN.

A todo dispuesto estoy,
Y aquí me hallaréis, repito.

DON DIEGO.

Pues aquí os buscaré. Adios. (*Vase.*)

DOÑA ANA.

Tenle, Ines, porque de casa
No ha de salir sin que yo
Le desenoje.— ¡Ah Don Diego!
¡Mi bien, esposo, señor!
(*Vanse Doña Ana é Ines.*)

ESCENA II.

ESPINEL. — DON JUAN; DOÑA MARÍA Y JUANA, *tapadas.*

ESPINEL.

¿En qué ha parado este caso?
Que yo, porque no me viesen
Y por mí te conociesen,
Me retiré paso á paso
Con lindo compas de piés
Adonde he estado escondido.

DON JUAN.

Eres tú muy prevenido
En tales casos.

ESPINEL.

Di pues,
¿Qué hubo?

DON JUAN.

Dudas y cuestiones
Retóricas y molestas,
Mil demandas y respuestas,
Quejas y satisfacciones;
Y en efecto se acabó
Mejor que yo habia pensado.

DOÑA MARÍA.

No, Don Juan, muy acabado,
(*Llega y descúbrese.*)
Porque ahora falto yo,
Que aquí dudé el descubrirme
Hasta ahora, por no echar
A perder en tal lugar,
Mas ofendida ó mas firme,
La satisfaccion que vos
Disteis á aquel necio amante;
Pues estando yo delante,
Y padeciendo los dos
Una fortuna de celos;
Si á mí ofendida me viera,
El no me satisfaciera
Tampoco de sus recelos;
Y así estuve retirada,
Porque es peligrosa mengua
Que haya mujeres con lengua
Donde hay hombres con espada.

ESPINEL.

¡Válgame Dios! ¿Es tramoya?

DON JUAN.

Hermosa Doña María,
Luciente blason del dia...

DOÑA MARÍA.

Tente, tente.

ESPINEL. (*Ap.*)

Aquí fué Troya.

DON JUAN.

Pues ¿por qué desden tan fiero?
¿Ha de cobrar tu hermosura
Pensiones de mi ventura?

DOÑA MARÍA.

Ingrato, mal caballero,
Descortés, villano, ¿es bien
Que despues de aventurar
Mi opinion, os venga á hallar
Donde mis ojos os ven?
¿Es bien, cuando tanta pena
Mi vida y mi suerte pasa,
Vos me perdais en mi casa,
Y yo os halle en el ajena?
¿Es bien, desagradecido,
Que en un peligro tan cierto
Ande mi honor descubierto
Y vos esteis escondido,
Pues para saber adónde
Estabais, fué menester
Que otro viniese á romper
Esta prision que os esconde?
Pero yo tuve la culpa,
Pues vuestro retrato di
A la que me ofende así.

DON JUAN.

Mi ignorancia me disculpa.
¿Supe yo que érades vos
Su amiga? No: y por pensar
Que era imposible llegar
A veros aquí los dos,
No lo dije.

DOÑA MARÍA.

Y ya sabido
Que era su amiga, ¿por qué
Ella me calló...

DON JUAN.

No sé.

DOÑA MARÍA.

Que aquí estabais escondido?
Estadlo pues.

DON JUAN.

No ha de ser,
Quedando con tal cuidado.

ESCENA III.

DOÑA ANA. — DOÑA MARÍA, DON JUAN, JUANA, ESPINEL.

DOÑA ANA.

Fuése Don Diego enojado:
No le pude detener.
Mas ¿qué es esto?

DON JUAN.

Es un rigor
De dos luceros crueles.
Troquemos los dos papeles
En esta farsa de amor,
Y di tú como pedia
Que me mandases abrir
Hoy la puerta para ir
A ver á Doña María.

DOÑA MARÍA.

No, Don Juan, no he menester
Satisfaccion tan liviana
Yo; porque ántes á Doña Ana
La tengo que agradecer
Que no culpar, pues su trato
Conmigo es tan liberal,
Que me da un original
En réditos de un retrato.
Y es alcaidesa muy bella
La que os tiene por confianza
En prision, y sin fianza
No os dejará salir della.
Y pues la puerta guardó
Porque no entrase tambien,
No querrá que salgais quien
No quiso que entrase yo.

DOÑA ANA.

Escucha ahora á los dos
Satisfaccion.

DOÑA MARÍA.

No ha de ser.
Si la hubiere menester,
Yo vendré por ella. Adios.
(*Vanse Doña María y Juana.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, DOÑA ANA, ESPINEL.

ESPINEL.

¡Buenos habemos quedado,
Mi Doña Ana y mi Don Juan,
Sin la dama y el galan!

DOÑA ANA.

Perdí un dueño que he adorado.

DON JUAN.

Perdí una amada beldad.
Aquí murió mi esperanza.

ESPINEL.

Dios la perdone.

DOÑA ANA.

Aquí alcanza
Sepulcro mi voluntad.

ESPINEL.

Un remedio prodigioso
Dar quiero á vuestros cuidados.

DON JUAN.

¿Cuál es?

ESPINEL.

De dos desdichados
Se suele hacer un dichoso.
Doña Ana perdió por ti
A su amante; tú por ella
A tu dama hermosa y bella:
Entrambos jugais aquí
La pretina, y pues engaños
Os ponen en tal rigor,
Quien hizo burros de amor,
Que pague al otro los daños.

DON JUAN.

Necio remedio será.

DOÑA ANA.

Yo á lo ménos no podré
Aplicarle.

ESPINEL.

¿No? ¿Por qué?

DOÑA ANA.

Porque no sale de acá. (*Vase.*)

DON JUAN.

Ven conmigo; que hemos de ir[1]
A desenojarla.

ESPINEL.

Vamos[2].
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Luis.

ESCENA V.

DOÑA MARÍA, JUANA; *despues*, DON LUIS.

DOÑA MARÍA.

Toma allá ese manto, Juana.

JUANA.

Triste vienes.

DOÑA MARÍA.

Vengo muerta.

JUANA.

No tienes razon, pues viste
Satisfacciones tan ciertas.

DOÑA MARÍA.

No admite satisfacciones
Quien está tan loca y ciega

JUANA.

Pues tu hermano viene aquí,
Riñe con él ahora.

[1], [2] Dos versos sueltos entre una escena en redondillas y otra en romance.

DOÑA MARÍA.

Necia
Estás. ¿A qué mujer quieres
Que le falte una pendencia,
Cuando la haya menester?
(*Sale Don Luis.*)

DON LUIS.

Hermana, escúchame atenta,
Porque vengo á darte parte
De mis desdichas y penas.
Yendo en casa de Doña Ana...

DOÑA MARÍA. (*Ap. á ella.*)

¡Ay Juana! ¿mas que nos cuenta
Lo mismo que habemos visto?

DON LUIS.

A visitarla y á verla
Entró tras mí un caballero,
Que puede ser que en las señas
Conozcas: en fin, se llama
Don Diego de Silva.

DOÑA MARÍA.

Espera;
Que no lo he entendido bien.
¿Quién estaba allí con ella?

JUANA. (*Ap.*)

Bien disimula.

DON LUIS.

No sé...
Una señora encubierta.

DOÑA MARÍA.

¿Conocístela?

DON LUIS.

No tuve
Ni cuidado ni advertencia;
Pero no es esto del caso.

DOÑA MARÍA.

Pues yo juzgué que pudieras.
En fin, ¿qué pasó?

DON LUIS.

El entró
Con la capa descompuesta,
Perdido el color, la voz
Turbada, torpe la lengua.
No sé lo que dijo...

DOÑA MARÍA.

¡Ay Dios!
¿Reñiste con él?

DON LUIS.

Afuera
Le dije que le esperaba,
Y estuve un rato á la puerta
Esperando.

DOÑA MARÍA.

¿Y él salió?
Que de imaginarlo tiembla
El corazon.

DON LUIS.

No salió.

DOÑA MARÍA.

¡Ay Jesus! que estaba muerta.
Buenas nuevas te dé Dios.

DON LUIS.

La verdad, hermana, es esta.

DOÑA MARÍA.

En fin, ¿qué quieres ahora?

DON LUIS.

¿Qué quieres que un hombre quiera,
Celoso? Trazas y engaños
Que amor cauteloso intenta.
Finge que estás disgustada
Y que de mí tienes quejas,
Y véte en cas de Doña Ana;
Que siendo huéspeda en ella,
Podrás saber de su amor
El estado. Esta fineza
Has de hacer, hermana mia.
No habrá cosa que agradezca
Como que á su casa vayas,
Y con arte y con cautela
El estado deste amante
Y deste celoso sepas.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

Por la mano me ha ganado
Mi hermano.

DON LUIS.

¿Qué estás suspensa?

DOÑA MARÍA.

Estoy pensando ¿qué quieres
Que en una mujer parezca,
De mi honor y obligaciones,
Dejar su casa por quejas
De su hermano?

DON LUIS.

¿Aconsejara
Cosa yo que indigna fuera
A tu honor? Con una amiga
De su calidad y prendas,
Debiera hacerlo hoy el gusto,
Cuando el disgusto no fuera.

DOÑA MARÍA.

El gusto pudiera hacerlo
Por su misma conveniencia;
Pero el disgusto...

DON LUIS.

No vayas,
Si eso te da tanta pena.
¿Cuándo has de hacer una cosa
Que te pida?

DOÑA MARÍA.

Espera, espera:
No te disgustes tan presto.
Yo iré.

DON LUIS.

Porque no te deba
Nada, no quiero que vayas.

DOÑA MARÍA.

Pues yo quiero, aunque no quieras.
¿Cuándo ha de ser la partida?

DON LUIS.

Luego.

DOÑA MARÍA.

¿Luego?

DON LUIS.

Pues ¿qué esperas?

DOÑA MARÍA.

¿No ves que es de noche ya?

DON LUIS.

Así tendrán por mas cierta,
Siendo á deshora la ida,
La causa que allá te lleva.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

¡Oh cuánto, hermano, me agradas,
Cuando mi gusto me ruegas!
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VI.

DON JUAN, ESPINEL.

DON JUAN.

Quédate aquí, miéntras yo
Hago en la calle la seña
Por no entrar dentro de casa.

ESPINEL.

Bien puedes: seguro entra,
Porque no me ha de parar
En la calle ni en la puerta
Hombre humano ni viviente,
Aunque un ejército venga.

DON JUAN.

¿De cuándo acá tan valiente?

ESPINEL.

Cuando esto verdad no sea,
Quéjate de mí.

DON JUAN.

¿Qué armas
Traes para tan grande empresa?

ESPINEL.

Una daga y una espada.
¿Ves tú mas?

DON JUAN.

Aquí me espera;
Que con esa confianza
He de entrar hasta la reja
Del patio, donde otras veces
Hablamos.

ESPINEL.

Sea norabuena.
(*Vase Don Juan.*)

ESCENA VII.

ESPINEL.

Ya estamos, señor don miedo,
En la estacada y palestra
De donde hemos de salir
Con la buena diligencia.
Juego de manos parece,
Y será la vez primera
Que el miedo juegue de manos,
Pues siempre las tuvo quedas.
Salga de la guarnicion
De la daga (en que está puesta)
Luego una cuerda encendida,
Que en la guarnicion revuelta
De la espada, nadie duda
Que aquí á lo obscuro parezca
Un mosquete, que cargado,
Tiene calada la cuerda.
La vaina venga tambien,
Para que la horquilla sea
Deste mosquete mental:
Y puesto desta manera,
A lo tudesco plantado,
Daré á todas partes vuelta.
Mosqueteros de la paz,
Arbitros de la comedia,
Todos somos de la carda,
Y á todos pido clemencia.

ESCENA VIII.

DON DIEGO. — ESPINEL.

DON DIEGO. (*Sin ver á Espinel.*)

Salgo á buscar á Don Luis
A su casa, porque entienda
Que hoy no dejé de seguirle
Por temor de sus bravezas,
Sino por otras desdichas
Que siguieron la primera.
Y bien se conoce, pues
Si se mira con mas fuerza,
No le viniera á buscar
Solo á su casa, y quisiera
Hallarle presto, por dar,
Desocupado, la vuelta
A ver qué quiere Doña Ana,
Que por un papel desea
Con grande encarecimiento
Que vaya esta noche á verla,
Diciéndome que esta noche
Me tendrá la puerta abierta.

ESPINEL.

Vuesa merced, caballero,
Eu cortesía se vuelva,
Y pase por otra calle;
Que hay inconveniente en esta
Y emboscada, que le hará
Que luego al punto se vuelva;
Ó la boca de un mosquete
Lo dirá de otra manera
Asestando con dos balas,
Que son de su boca lengua
Elegante.

DON DIEGO.

Caballero,
Mucha prevencion es esa
Para que un hombre os responda,
Que acaso á esta parte llega
Con su capa y con su espada;
Y si me importara en ella
Entrar, vive Dios, entrara
Por aquesa causa mesma.
Y si quereis ver si tengo
Animo y valor, depuesta
La ventaja, con la espada
Defended la entrada della.

ESPINEL.

Para haber de deponer
La ventaja, no viniera
Cargado desde mi casa
Con un mosquete que pesa
Cien arrobas. Vuesarced,
Pues habla tan bien, se vuelva,
Ya que no aventura nada.

DON DIEGO.

Yo lo haré, como se entienda
Que me voy por no importarme
Pasar por aquí; y aquesta
Accion tan aventajada
No la tengais á flaqueza.

ESPINEL.

No tendré sino á gordura.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Con mosquetes á la puerta
De Don Luis la misma noche
Que ha tenido una pendencia!
Miedo gasta. Mas de dia
Le buscaré, porque vea
Cómo se ha de recatar
De los hombres de mis prendas. (*Vase.*)

ESPINEL.

Lumbre ha dado la invencion
Sin poder dar lumbre. Buena
Es la industria.

ESCENA IX.

DON LUIS. — ESPINEL.

DON LUIS. (*Para sí.*)

Ya mi hermana
Con Doña Ana en casa queda.
Yo vengo ahora á mudarme,
Por volver á dar la vuelta
A la calle, á ver si encuentro
A aquel caballero en ella,
Que hoy no salió de cobarde.

ESPINEL.

Hidalgo, sea quien sea,
Por otra calle habrá paso;
Que está muy cerrada esta.

DON LUIS.

¿Quién lo dice?

ESPINEL.

A la pregunta,
Si quiere llevar respuesta,
La de un mosquete lo dice.

DON LUIS.

Tened: no caleis la cuerda;
Que para un hombre no mas,
Ya es mucha ventaja esa.

ESPINEL.

Si un hombre no mas estorba,
Un hombre no mas se vuelva;
Que un hombre no mas lo pide.

DON LUIS.

Es demasiada llaneza
Querer que un hombre no entre
En su casa.

ESPINEL.

Quizá es esa
La causa que aquí me tiene.

DON LUIS.

Obedeceros es fuerza;
Mas ya sé quién os envía...

ESPINEL.

Sabed muy enhorabuena.

DON LUIS.

Que quien no tuvo valor
Hoy para salir afuera,
Y se quedó entre mujeres,
No es mucho que temor tenga
Tan grande, que con mosquetes
Me venga á rondar las puertas.
Pero yo le buscaré
De dia, y haré que sepa
Lo que ha de hacer. (*Ap.* ¡Que esto, cielos,
En la corte se consienta!) (*Vase.*)

ESPINEL.

Viendo un mosquete á la vista,
El mas alentado tiembla.

ESCENA X.

DON JUAN. — ESPINEL.

DON JUAN. (*Para sí.*)

¡Que no haya Doña María
Querido escuchar siquiera
Disculpas! Con Juana estuve
Hablando por esas rejas,
Y dice que no está en casa
Su ama: en fin, ella se niega.
Don Luis sin duda me ha visto
En su casa, y así intenta
Darme muerte. Pues restado
Muera yo, y matando muera.

ESPINEL.

¿Quién viene?

DON JUAN.

¿Quién va? ¿Es Don Luis?

ESPINEL.

Señor...

DON JUAN.

Espinel, ¿qué intentas?

ESPINEL.

Guardarte la calle.

DON JUAN.

Necio,
¿Qué es esto?

ESPINEL.

Un mosquete en pena,
Pues fantástico no mas,
Tiene solo la apariencia.

DON JUAN.

¡Pues con escándalo tal
Me destruyes! Loco, bestia,
Vil, cobarde, vive Dios,
Que tengo mucha paciencia,
Si por tan necia locura
No te rompo la cabeza.
No me sigas; que no quiero
Verte en mi vida. (*Vase.*)

ESPINEL.

No sea.
Vuelvan todas mis alhajas
A su forma y su materia.
Iré tras él, y aunque tarde,
A casa daré la vuelta. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Bernardo.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA MARÍA.

DOÑA ANA.

¿Quién dijera que podia
Rodearse de manera
El suceso, que viniera
Yo á agradecerte en un dia
Pesares tuyos, María?
Y aqueste te he agradecido,
Por haber la causa sido
De haberte visto otra vez,
Donde al amor haga juez
Que en nada te he deservido.
Porque callarte que estaba
Don Juan escondido aquí,
Fué por ver que no de mí
El su secreto fiaba.
Y como á Don Juan callaba
Que tú el retrato me diste
Por lo que tú me dijiste,
Así te callé tambien
Lo que él me dijo.

DOÑA MARÍA.

Está bien;
Mas piensa que no consiste
El sentimiento en razon,
Pues un celoso sin ella
Por todo, amiga, atropella.

DOÑA ANA.

No quieras otra ocasion
De mayor satisfaccion
De que Don Juan ha salido
De casa. A buscarte ha ido
Quejoso, ofendido y loco;
Y no me tengo en tan poco
Que lo hubiera consentido,
Si una palabra siquiera
De amor le hubiera escuchado;
Ni él, si lo hubiera pensado,
Tan libremente se viera
Que á buscar otra se fuera.

DOÑA MARÍA.

Más satisfaccion no espero.

DOÑA ANA.

Sí; que al dominio primero
No volviera, aunque huyó esquivo,
De cautivo fugitivo,
Voluntario prisionero.

ESCENA XII.

DON DIEGO, INES. — DICHAS.

INES.

Aquí mi señora está.
Entra, no tengas temor.
Don Bernardo, mi señor,
Está recogido ya.
La noche tiempo te da,
Y ella el lugar te procura:
Tiempo y lugar asegura.

DON DIEGO.

¿Y qué me vendrá á importar
El tener tiempo y lugar,
Si me falta la ventura?

(*Vase Ines.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DOÑA MARÍA, DON DIEGO.

DOÑA ANA.

Ya estamos, señor Don Diego,
Solos; que Doña María
Es mitad del alma mía.
Escuchadme atento, y luego,
Ya que á tanto extremo llego,
Me responderéis: y así
Saldrémos los dos de aquí,
O satisfechos ó no.
¿En qué os he ofendido yo?
¿Qué queja teneis de mí?
¿No os habeis asegurado
De una vana presuncion,
Viendo la satisfaccion
Que á vuestros celos he dado?

DON DIEGO.

Doña Ana, yo no he quedado,
Yo lo confieso, celoso;
Mas de vuestro amor quejoso
Sí, con bastante ocasion.

DOÑA ANA.

Poned la queja en razon.

DON DIEGO.

Escuchad. Un cauteloso
Pecho ha tenido un secreto
Tan recatado de mí,
Que jamas capaz me ví
De su causa ni su efeto;
Y amor que guardo secreto
Ni fué amor ni serlo pudo:
Y así esas finezas dudo,
Cuando á ver, Doña Ana, llego
Que amor que en todos fué ciego,
En tí solo ha sido mudo.

DOÑA ANA.

Don Diego, mayor fineza
Fué callar una mujer
Lo que te pudo ofender,
Causándote mas tristeza:
Y así el callar fué firmeza
De mi amor, por excusar
Tu tristeza y tu pesar.
Saca pues deste conceto
Que quien te calló el secreto
Es quien mas te supo amar.

DON DIEGO.

No es; que la que me calló
El secreto, afirmo y digo
Que ha sido doble conmigo,
Aunque el pesar me excusó;
Pues quien el pesar me dió
De toda traicion desnudo,
Yo no ignoro ni lo dudo
Que á la amistad satisfizo,
Pues en no callarlo hizo
De su parte cuanto pudo.

DOÑA ANA.

Mas fácil es el hablar
Que el callar en la mujer,
Y pues yo llegué á escoger,
Donde hay razon de dudar,
Lo difícil que es callar,
De mi parte hice (no dudo)
Mas; pues si, el pecho desnudo,
Hizo entónces el que habló
Lo que pudo, el que calló
Hizo mas de lo que pudo.

ESCENA XIV.

INES, *alborotada.* — DICHOS.

INES.

¡Ay, señora, muerta vengo!

DOÑA ANA.

Ines, ¿qué dices, qué tienes?

INES.

Vino de fuera Don Juan
Ahora, y me dijo: «Advierte
Que Espinel se queda fuera,
Porque léjos de mí viene:
Baja á abrirle de aquí á un rato.»
Yo bajé...

DOÑA ANA.

Y bien, ¿qué sucede?

INES.

Estaba embozado un hombre
En la calle... ¡Mal hubiesen
Las comedias, que enseñaron
Engaños tan aparentes!
Díjele si era Espinel,
Dijo que sí, entró, y halléme
Que no era Espinel.

DON DIEGO.

¿Y adónde
Está el hombre?

INES.

Escucha, advierte
Que hay mas desdichas. Dí voces,
Y el mayor daño es aqueste,
Que despertó mi señor;
Y al escuchar que anda gente,
Se levantó de la cama,
Y á la luz escasa y breve,
Que entraba á este cuarto ví.
Mas ¿qué he de decir, si él viene?

DOÑA ANA.

Don Diego, procura ¡ay Dios!
Retirarte y esconderte,
Porque hallándonos mi padre
Sosegadas desta suerte
Hablando á las dos, verá
Que éramos nosotras. Véte.

DON DIEGO.

Mal sé la casa; mas ya
Miré en el cuarto de enfrente
Una luz, y allí podré
Retirarme y esconderme.
(*Ap.* Solo me resta saber
¡Cielos! qué embozado es este.)
(*Vase.*)

ESCENA XV.

DON BERNARDO, *con espada desnuda.* — DOÑA ANA, DOÑA MARÍA, INES.

DON BERNARDO.

¿Quién estaba ahora aquí?

DOÑA ANA.

Doña María, que viene
A estar conmigo.

DON BERNARDO.

Ya sé
Cuanto en eso decir puedes.
Mas no era Doña María
La que estaba solamente;
Que un hombre salió de aquí.

DOÑA ANA.

Señor, ¡qué dices! Advierte
Que nosotras dos no mas...

DON BERNARDO.

Dadme aquesa luz...

DOÑA ANA.

Detente.

DON BERNARDO.

Que desta suerte he de ver
Mi desengaño ó mi muerte.
(*Toma una de dos luces que habrá, y vase.*)

DOÑA ANA.

¡Ay triste de mí!

DOÑA MARÍA.

¿Qué harémos?

DOÑA ANA.

¡Qué de males me suceden!
Pero viniendo el primero,
¿Cuándo ménos que estos vienen?
(*Vanse.*)

—

Otro cuarto de la misma casa.

ESCENA XVI.

DON LUIS.

Las voces de la criada
Toda la casa revuelven.
Mal hice en aventurarme;
Mas ya estoy dentro: no puede
Excusarse. Aquí me escondo,
Y venga lo que viniere.
(*Vase por una puerta lateral.*)

ESCENA XVII.

DON DIEGO, DON JUAN.

DON DIEGO.

Señor Don Juan, pues que sois
Un caballero que tiene
Obligaciones, y sabe
Las que en tal caso se deben
A un hombre que en vuestras manos
Pone su vida, valedme
En esta ocasion; que yo
Os doy palabra que puede
Mi amistad favoreceros
En otra no ménos fuerte.
Con Doña Ana estaba hablando,
Cuando su padre nos siente.
Quise esconderme, y hallé
Abierta esta puerta: entréme
Donde estáis... Mi dicha ha sido,
Si esa piedad me concede
Algun lugar donde esté
Escondido.

DON JUAN.

Detras dese
Pabellon podeis estar...
Y presto, que siento gente;
Que en ocasiones de amor,
Cuando excusarse no pueden
Los lances, sé yo muy bien
El amparo que se debe
A un amante y á una dama.
(*Escóndese Don Diego.*)

ESCENA XVIII.

DON BERNARDO. — DON JUAN.

DON JUAN.

¡Señor! pues ¡vos desta suerte!
¿Dónde vais?

DON BERNARDO.

Buscando un hombre
Que corriendo velozmente,
Desde mi cuarto se vino
Huyendo, y se ha entrado en este.

DON JUAN.

Aquí ningun hombre ha entrado.
Solo estoy. No me parece
Que sentí ruido.

DON BERNARDO.

Yo sí,
Que seguí sus pasos leves,
Y á la vislumbre ví el bulto.

DON JUAN.

Pues yo os afirmo que en este
Cuarto estoy solo.

DON BERNARDO.

Me dais
Ocasion en que sospeche,
Don Juan, que erais vos.

DON JUAN.

Señor...

DON BERNARDO.

Porque veros desa suerte
A tales horas vestido,
Negando lo que no puede
Dejar de ser, pues yo mismo
Le vi entrar, claro me ofrece
Que erais vos.

DON JUAN.

Yo vengo ahora
De fuera... y por evidente
Seña, no vino Espinel
Conmigo, para que llegue
A haber testigos de todo.
Y con esto solamente
Respondo á las dos preguntas
De estar vestido y de verme
Entrar. Y cuando yo fuera,
Decidme, ¿qué inconveniente
Fuera decir que era yo?

DON BERNARDO.

El daño, Don Juan, es ese,
El negarlo. Y pues negais
Lo mismo que claramente
Ven mis ojos, mayor daño
Hay aquí del que parece.
Yo os ví salir de mi cuarto.

DON JUAN.

Pues muera yo infamemente
A manos del mas amigo,
Si yo fuí quien os parece.

DON BERNARDO.

Pues otro fué y está aquí,
Y sois de cualquiera suerte,
Ya encubridor ó ya reo,
A mi honor ingrato huésped.

DON JUAN.

Reportáos, porque yo
En todo cuanto se debe
A vuestro honor y respeto,
Sé cuerda y honradamente
Cumplir mis obligaciones.

DON BERNARDO.

Pues perdonadme que entre
A ver aqueste aposento;
Que mi agravio no consiente
Menores satisfacciones.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Hay mas desdichada suerte!
¿Quién en tal lance se ha visto?
Si le defiendo que llegue,
Me hago cómplice en su agravio;
Si le permito que entre,
Falto al amparo y palabra
Que di de favorecerle.

DON BERNARDO.

¿Qué pensais? ¿Son casos estos
Para admitir pareceres?
¡Vive Dios, que lo he de ver!

DON JUAN.

Detente, señor, detente.
No has de verlo, vive Dios;
Que á tí tambien te conviene.

DON BERNARDO.

¡Vos me defendeis la entrada
En mi casa!

ESCENA XIX.

DOÑA ANA, DOÑA MARIA.— DICHOS.

DOÑA ANA.

(*Ap.* Si suceden
Dos daños, es el menor
El que ha de elegirse siempre.
Una industria con mi padre
Este peligro remedie.)
Señor, si quieres saber
Quién estaba en mi retrete,
Don Juan era.

DON JUAN.

¡Yo!

DOÑA ANA.

Don Juan,
No es tiempo de que lo niegues.
El es de Doña María
Amante, y por eso viene
Ella á mi casa cuál ves,
Por poder hablarle y verle.
Por ella le sucedió
La desgracia que le tiene
Retraido: ¿no es verdad?

DOÑA MARÍA.

Eso ¿quién negarlo puede,
Si yo misma lo confieso?

ESCENA XX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

(*Ap.* Ya disimular no puede
Más mi sufrimiento, ¡cielos!)
Nadie se admire de verme;
Que yo diré cómo estoy
Escondido desta suerte.
Yo he venido, Don Bernardo,
Por mi hermana, que presente
Está; y faltando de casa,
No supe dónde estuviese,
Y por saber si aquí estaba
Rondé la calle mil veces.
Estando en ella, bajó
Una criada, y lleguéme
Diciéndola que era un hombre
Que esperaba; y así entréme
Hasta aquí, donde ya he visto
Mis desdichas claramente,
Pues he visto á un hombre aquí
Por quien mi opinion padece,
Causando en mi misma casa
Mil escándalos y muertes;
Y aunque ahora esté en la vuestra,
Tengo de satisfacerme.

(*Empuña la espada, y detiénele Don Bernardo.*)

DON BERNARDO.

Tened la espada, Don Luis;
Que si vuestro agravio es ese,
Os estará á vos muy bien
La satisfaccion que tiene,
Si le da á Doña María
Mano de esposo.

DON LUIS.

Aunque fuese
Así, yo estoy ofendido,
Pues mi hermana á verle viene
Hoy á tu casa.

DOÑA MARÍA.

Tú mismo
Me rogaste que viniese;
Que yo no queria venir.

Y para satisfacerte
Le doy la mano de esposa.

DON LUIS.

Ya el callar es conveniente.
Y pues por vos, Don Bernardo,
Quiero que mi agravio cese,
Cese tambien la ocasion
Que tan confusos nos tiene.
Dadme, pues sabeis de mí
Quién soy, y que la merece
Mi sangre, á Doña Ana.

DON BERNARDO.

Yo
Gano en eso.

ESCENA XXI.

DON DIEGO. — DICHOS.

DON DIEGO.

Pues quien pierde
Se descubra; que ya aquí
No es mayor daño la muerte
Que todos me podeis dar,
Que casarse...

DON LUIS.

Si viniese
Con vos aquel gentilhombre
Cargado con el mosquete,
Pudiera ser vuestro amor
Que con eso se saliese.

DON DIEGO.

Eso es achacarme á mí
Los temores que tu tienes.

(*Van á acometerse, y embarázalo Don Bernardo.*)

DON BERNARDO.

Dentro de mi misma casa,
¿Qué encanto, cielos, es este?
Una pendencia y un hombre
De cada razon procede.

ESCENA XXII.

ESPINEL. — DICHOS.

ESPINEL.

Si quieres que yo te saque
De todo, oye atentamente.
El mosquetero fuí yo
Que burló á vuesas mercedes.
Don Juan y Doña María
Há mil años que se quieren.
Ya están casados, adios.
Don Diego y Don Luis pretenden
A tu hija: elija ella
El que mejor le parece.

DOÑA ANA.

Esto conviene á mi honor,
Y así Don Diego merece
Mi mano.

DON DIEGO.

Dichoso soy.
Y por pagar lo que debe
Hoy á Don Juan mi amistad,
Yo le perdono la muerte
De Don Fadrique, pues soy
La parte á quien le compete.

ESPINEL.

Ahora entro yo con Ines,
Porque vean desta suerte
Que no viene solo un mal,
Pues tantos juntos nos vienen
El dia que nos casamos.
Perdonen vuesas mercedes.

EL SEGUNDO SCIPION [1].

PERSONAS.

SCIPION, *jóven galan.*
LUCEYO, *primer galan.*
LELIO, *general de tierra.*
EGIDIO, *general de mar.*
FABIO, *viejo.*
MAGON, *gobernador de Cartago* [2].
MÁXIMO.
CURCIO.
TURPIN, *soldado gracioso.*
BRUNEL, *soldado gracioso.*
ARMINDA, *dama.*
FLAVIA, *dama.*
LIBIA, *dama.*
DAMAS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
MARINEROS.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Transmútase el teatro de la loa [3], *que será la fábrica de un suntuoso templo, y se ve la perspectiva de una campaña rústica, poblada de chozas, cabanas y villajes; y al son de cajas y trompetas dicen* :

UNOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Guerra, guerra!

MAGON. (*Dentro.*)
Antes que á impedirnos llegue
Las surtidas de los montes
Ese ejército que viene
Contra españolas campañas
Marchando en romanas huestes,
Salgan de Cartago aquellos
Que en ella inútiles fueren
Para las armas, llevando
Cuanto tolerar pudiere
Sobre el peso de sus males
Lo precioso de sus bienes.

UNOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Guerra, guerra!

UNOS. (*Dentro.*)
¡Scipion viva!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Viva y reine!

MUJERES. (*Dentro.*)
¡Infelices de nosotras!

Salen FLAVIA *y* LIBIA.

FLAVIA.
No el rigor os desconsuele
Con que de sí nuestra patria
Nos arroja : y pues conceden
Paso á los montes las tropas
Que avanzadas se detienen
En ir tomando los puestos,
Sus malezas nos alberguen
Hasta que obscura la noche
Entre sus sombras nos lleve
Donde, ya que no nos libre,
Por lo ménos nos aleje
De un peligro en otro.

Ahora salen TODAS LAS MUJERES, *trayendo cada una algunas alhajas, como ropa ó joyas; y por otra parte,* SOLDADOS, *y entre ellos* TURPIN *y* BRUNEL.

TURPIN.
En vano,
Hermoso escuadron, pretende
Vuestro valor que un peligro
De otro os salve; que no tiene
El infelice lugar
Donde su hado no le encuentre.

TODOS LOS SOLDADOS.
Dáos á prision.

MUJERES.
¡Que desdicha!

FLAVIA.
Si preciosos dones pueden
Hacer que vuestra codicia
En ellos el rigor quiebre
(Que no es poca conveniencia
Que ántes que la prision llegue,
Llegue el rescate), ya dueños
Sois de los pobres haberes
Que llevamos con nosotras,
Pues todas os los ofrecen
Por mí á vuestras plantas.
(*Arrojan á los piés lo que llevan.*)

TODAS.
Dadnos
Paso, sin que osada intente
Embarazar nuestra fuga
Vuestra saña.

TURPIN.
Neciamente
Procediera quien trocara
Por humanos intereses
Divinas preseas: y así,
Aunque los dones se acepten,
No el partido.
(*Recogen las presas los soldados.*)

BRUNEL.
Claro está;
Que fuera injuriar la suerte
Contentarse con lo ménos
Quien cargar con todo puede.

TODOS.
Venid pues adonde esclavas
Nuestras vivais.

TODAS.
Si no os mueve
La hacienda, muévaos el llanto.

BRUNEL.
El llanto más que enternece,
Tal vez enamora; que es
El mas natural afeite
De la hermosura.

FLAVIA.
Pues ántes
Que á vuestro dominio entregue
Nuestro pundonor la vida,
Sabrá entregarse á la muerte.

TODOS.
¿Cómo habeis de defenderos?
(*Quieren llevarlas, y ellas se defienden.*)

TODAS.
¡Socorro, dioses clementes!

TODOS.
No hay socorro.

TODAS.
¡Piedad, cielos!

TODOS.
No hay piedad.

TODAS.
¡Hados crueles,
Favor!

TODOS.
No hay favor.

SCIPION. (*Dentro.*)
Llegad
Y ved qué lamento es ese.

Sale SCIPION, *jóven romano,* FABIO, *viejo,* Y SOLDADOS.

FABIO.
Quitad, apartad.

SCIPION.
¿Qué es esto?

FLAVIA.
Si ello no lo ha dicho, atiende,
Segundo Scipion (que aunque
Hasta hoy no merecí verte,
El parecido retrato
Que con boreales pinceles
En las láminas del viento
Copió tu imágen al temple,
En lo grave de tu aspecto,
Lo afable y lo reverente
De tu semblante, lo amable
De tu vista, y finalmente
Lo florido de tu edad,
Pues en cuatro lustros breves
Caben valor y hermosura,
Me está diciendo quién eres),
Segundo Scipion, segunda
Vez digo, sin ofenderte,
Pues ser segundo á tu padre
Es ser primero á tus gentes:
Esa inmensa poblacion
Que entre villajes silvestres
Yace por su planta altiva,
Por sus abundancias fértil,
Por su puerto inexpugnable
Y por sus murallas fuerte,
Es la segunda Cartago;
Que hoy este número tiene
No sé qué prerogativas,
Que no hay donde no le encuentre.
Sus primeros fundadores
Fuéron los cartaginenses,

[1] Se reimprime literalmente porque tiene las acotaciones necesarias.

[2] Es *Carthago nova*, es decir, *Cartagena*, dentro y fuera de cuyos muros pasa la accion del drama.

[3] Las loas que servian de prólogo á las comedias de CALDERON solian ser obra de otros autores, y pocas de ellas se han conservado.

Que de la primer Cartago
De Africa su orgullo ardiente
Trujo á conquistar á España;
Y como los accidentes
De la milicia no obligan
A ser vencedores siempre,
Para retirada suya
Sitio eligieron que fuese
Arbitro de tierra y mar:
Y así, poblaron en este,
Que de úna parte anchos mares,
De otra montes eminentes,
De ráfagas y de embates
Por sí solos le defienden.
Segunda Cartago dije,
Porque sus hijos, al verse
De su patria enajenados
Y de su cariño ausentes,
Por engañarse á sí mismos
Pensando que la poseen,
Tan regulares tiraron
De sus líneas los niveles,
De sus zanjas los diseños,
Que una y otra se parecen,
No solo en el nombre, pero
En su gran fábrica, desde
Almenas y baluartes
A torres y chapiteles.
Magon, hoy alcaide suyo,
Viendo cuán altivo emprendes
En la herencia de tu padre
Perpetuar los laureles;
Pues si él en Africa pudo
Triunfar tan gloriosamente
De la primera Cartago
Con la desastrada muerte
De Anibal, de quien vivió
Mortal enemigo siempre,
Por cuya grande victoria
El alto renombre adquiere
De Scipion el Africano,
Por ser Africa en quien vence;
Tú en heróica emulacion
Suya, porque en nada quedes
Deudor al sacro laurel
Con que Roma orló tus sienes,
En quien las canas del juicio
Aun ántes que nazcan crecen;
A conquistar en España
La nueva Cartago vienes,
Queriendo con su ejemplar
Que la fama te celebre
Por español Scipion...
—Quédese esto aquí pendiente,
Y vamos al caso en que hoy
Mi voz á enlazarse vuelve.—
Magon, pues, alcaide suyo,
Dando á entender que no teme,
Por mas que el terreno ocupe,
Por mas que el golfo navegue
Tu armada con tantas velas,
Tu campo con tantas huestes,
Ni en sus muros tus escalas,
Ni en sus puertas tus arietes,
Sino el asedio (que al fin
Al hambre no hay plaza fuerte);
Por si, dando tiempo al tiempo,
Lograr con él consiguiese
Que tu ejército deshagan
Los dos destemplados meses
Del resistero de agosto,
De la escarcha de diciembre;
Atenido á aquella ley
Que entre otras severas leyes
Dispone la guerra, que
No coma quien no pelee;
Haciendo bienes comunes
Todos los ajenos bienes,
De los víveres de todos
Proveyó sus almacenes,
Echando bando de que
Niños, viejos y mujeres
Salgan de la plaza, adonde
La tierra adentro se entren
A guarecer, persuadidos
A que volverán alegres,
No durando tú en sitiarle
Lo que él dure en defenderse.
Yo y las demas que conmigo
Corriendo fortuna vienen,
Presumiendo que ese monte
Escondidas nos albergue
Hasta que norte la luna
De nuestro destino fuese,
A él caminábamos, cuando
Una tropa de tus gentes
Desmandada salió al paso;
Y no contentos con verse
Dueños de las pobres prendas
Que llevábamos, crueles
Intentaron reducirnos
A su esclavitud: de suerte
Fieros, que el ruego ni el llanto
Ni el despecho de la muerte
Bastaron á no temer
Que si en su poder...

SCIPION.

Suspende
La voz, y no lo pronuncies;
Que no quiero que te cueste
Vergüenza explicar tan noble
Temor, sin que consideres
Que escrúpulos del honor
Sin que se digan se entienden.—
Pues ¿cómo, villanos, cómo,
Infames, viles, aleves,
Ignorais el natural
Respeto que se les debe
A las mujeres en todo
Trance, sean las que fueren?
¿La milicia, que es la corte
Donde son los procederes
El mayor caudal del hombre,
Pues al de mejor progenie,
Sin mirarle á cómo nace
Se mira á cómo procede,
Haceis choza de bandidos?
¿Con qué valor que le aliente
Irá hácia la formidable
Quien va enseñado á lo débil?
Las mujeres, que corona
Son del hombre, las mujeres,
Que archivo son de su honor,
¿Es justo que se le entreguen
A quien, despues de entregado,
Ofenda porque le ofenden?—
Fabio.

FABIO.

Señor...

SCIPION.

A esas damas
Restituid en sus bienes,
Y á esos — á decir soldados
Iba; pero no merecen
Tan noble nombre,— á esos ruines
Hombres, sin que se motejen
(Porque al fin fuéron soldados)
De mas que de descorteses,
Al son de roncas sordinas
Y de destempladas pieles,
Haced, borradas las plazas,
Que del campo se destierren;
Que no me harán falta en él,
Pues no puede ser valiente
Con los hombres, quien no es
Cobarde con las mujeres.
Quitádmelos de delante,
Llevadlos.— Y agradecedme,
Villanos, que no quedais
De aquesos troncos pendientes.

BRUNEL. (*Ap. á Turpin.*)

Por tí, pícaro, gallina,
Esta afrenta me sucede.

TURPIN.

¿Por mí?

BRUNEL.

Sí. Dime con quién
Andas, diréte quién eres.
Nunca yo viniera á esto,
Si tú no me persuadieses.

TURPIN.

¿Y es peor ser yo aconsejante
Que ser tú *citò credente?*

BRUNEL.

Calla, infame, y en tu vida
Ni á hablarme ni oirme ni verme
Te atrevas.

TURPIN.

No haré... (*Ap.* Si no es
Que halle ocasion que me vengue
Destos baldones.)

BRUNEL. (*Ap.*)

Fortuna,
Aunque desterrado me eches,
Yo volveré por mi fama.

TURPIN. (*Ap.*)

Pues es fuerza que me ausente,
No habiendo ya pecorea,
Tambien lo será que lleve
Para ayuda de camino
Cuanto robarle pudiere
Al villano que en su choza
Me alojó, sin que le queden
Aun sábanas en la cama.

(*Unos soldados, á quienes Fabio ha dado la órden, se llevan á Brunel, Turpin y otros.*)

SCIPION.

Ahora, porque llegue á verse
Que el castigar á culpados
Es amparar inocentes,
De todos esos villajes,
Que han de ser nuestros cuarteles,
El mejor, mas bien parado
Y mas capaz se reserve
A esas mujeres, y á cuantas
Desamparadas vinieren
A valerse de nosotros.
Y para que nadie llegue
A ofenderlas, mandaréis
De salvaguardia ponerles
Siempre una escuadra; y de cuantos
Víveres, granos y reses
O condujera la armada
O el pais contribuyere,
Se las asista, con bando
Que el que se las atreviere
A razon que las enoje
O accion que no las respete,
Tenga pena de la vida.

FLAVIA.

El cielo la tuya aumente,
Pues eres fénix de Europa,
Las duraciones del fénix.

FABIO.

Venid donde tan piadosa,
Tan liberal, tan prudente
Resolucion mi obediencia
Disponga.

MUJER 2.ª

Libia, ¿no vienes?

LIBIA.

No.

MUJER 3.ª

¿Por qué?

LIBIA.

Porque no sé
Si ha sido accion mas clemente
Que me destierre Magon,
Que no que Scipion me encierre.
¿Para qué quiero encerrada

Que los hombres me veneren,
Sino que me chicolíen
Por donde quiera que fuere?

FLAVIA.

No digas tal, cuando á todas
Ir diciendo nos compete...

TODAS.

¡Scipion viva!

VOCES. (*Dentro.*)

¡Scipion viva!

TODAS.

¡Viva y reine!

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva y reine!

(*Vanse las mujeres, acompañadas por Fabio y varios soldados; y tocan dentro cajas.*)

SCIPION.

Oid; que de tierra y mar
Distintas voces parece
Que son en el aire unas,
Y en el eco diferentes.

SOLDADO 1.°

A lo que de aquí se mira,
De los fortines del muelle
Mal defendida la boca,
Entrando en el puerto viene
Tu armada... Y si no me engaña
La vista, entre sus bajeles,
Que son de velas latinas,
Redondo buque se ofrece
De extranjero mar, segun,
Si la distancia no miente,
Están banderas de cuadra,
Flámulas y gallardetes
Sin águilas imperiales.

SCIPION.

Sin duda alguna que debe
De ser vaso que ha apresado
Egidio: á reconocerle
Démos vuelta á la marina.

(*Cajas y clarines.*)

SOLDADO 2.°

Antes, señor, que te ausentes
Deste sitio, será bien,
Puesto que tiempo no pierdes,
Llevar sabido qué tropa
De caballos, de aquel verde
Frondoso bosque, á nosotros
A rienda abatida viene.

SCIPION.

Nuestros son sus estandartes:
Con que, bien como pendiente
Acero entre dos imanes,
No resuelvo á cuál me acerque.

(*Á una parte suenan faenas marítimas, á otra cajas y trompetas.*)

UNOS. (*Dentro.*)

Amaina, amaina.

OTROS. (*Dentro.*)

Á la entena.

OTROS. (*Dentro.*)

A la escota.

OTROS. (*Dentro.*)

Al chafaldete.

LELIO. (*Dentro.*)

Aquí haced alto, y pié á tierra.
Ninguno conmigo llegue
A Scipion, sino solo
Ese prisionero.

EGIDIO. (*Dentro.*)

Aferre
La áncora y vaya el esquife
Al agua, y ninguno entre
En él sino esa divina
Hermosura.

LELIO. (*Dentro.*)

Otra y mil veces
Vuelva á repetir la salva...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Scipion viva, Scipion reine!

Sale EGIDIO *con* ARMINDA Y SOLDADOS.

EGIDIO. (*Dentro.*)

Permite, pues mi fortuna
Tan feliz me favorece
Que haya llegado á tus plantas,
Que humilde, señor, las bese.

Sale LELIO *con* LUCEYO Y SOLDADOS.

LELIO.

Pues no puedo competir
Yo á lo que Egidio merece,
Con solo besar tu estampa
Es justo que me contente.

SCIPION.

¡Lelio! ¡Egidio! Bien venidos
Seais los dos; y pues sois fuertes
Atlantes de Roma, á quien
Fama y fortuna os ofrece,
A uno en la tierra el baston, (*Á Lelio.*)
A otro en el mar el tridente, (*Á Egidio.*)
Sepa de vuestra arribada
Qué nuevo bajel es ese,
Y de vuestra marcha, qué
Nueva tropa es la que viene
Con vos, que segun sus trajes
Extranjera me parece.—
¿No habl is, suspensos entrambos?

EGIDIO.

Espero que Lelio empiece,
Porque en igual concurrencia,
Es él á quien se le debe
Siempre el primero lugar.

LELIO.

Aunque no se deba siempre,
Esta vez le acepto; y ya
Que es mio, ¿quién hay que niegue
Que puedo disponer dél?
Y así, como mio, á ofrecerle
A Egidio con tu licencia
Vuelvo.

EGIDIO.

A que yo no le acepte
Tambien la darás.

SCIPION.

Ya sé
Que vuestra amistad excede
A la de Euríalo y Niso,
La de Pílades y Orestes.
Y porque logreis entrambos
Tan finos afectos fieles,
Hablad los dos alternados;
Que no quiero se interpreten
Ni á desdenes ni á favores
Que á uno elija y á otro deje,
Cuando en mi igualdad no hay
Ni favores ni desdenes.

EGIDIO.

A la invasion de España,
Yo por el mar y tú por la campaña,
Con lijerezas sumas,
Tú ajando flores, yo rizando espumas,
Tan iguales partimos,
Que nunca de la vista nos perdimos,
Hasta llegar seguros
Hoy de Cartago á saludar los muros.

LELIO.

Viendo sus horizontes
Sitiados yo de piélagos y montes, [da,
Porque no hubiese en ellos embosca-
Me adelanté, batiéndote la entrada.

EGIDIO.

Del norte que seguia,
Me divirtió que al despuntar el dia
Un bajel á lo léjos
Descubrí.

LELIO.

Entre los últimos reflejos
Yo de la tarde, una lucida tropa
De caballos...

EGIDIO.

Y viendo, viento en popa,
Que el rumbo que traia,
Era á la plaza...

LELIO.

Y viendo que volvia
A enfrascarse en el bosque...

EGIDIO.

El barlovento
Mi capitana le ganó.

LELIO.

El intento
Con que escaparse piensa,
Cortó mi batallon.

EGIDIO.

Puesto en defensa...

LELIO.

Puesto en fuga...

EGIDIO.

A su anhelo...

LELIO.

A su deseo
Escollo fué el avance de mi ofensa.

EGIDIO.

Rémora fué la amarra de mi arpeo.

LELIO.

Con que, por mas trofeo,
Entregadas las riendas de las bridas,
A buen cuartel les concedí las vidas.

EGIDIO.

Con que rendido á la ley de buena [guerra,
Capitulé á remolque traerle á tierra.

LELIO.

Venia por su cabo
Ese gallardo jóven. No te alabo
Su valor; que sería
Quererle encarecer, jactancia mia.

EGIDIO.

Ya apresado, el tesoro que en él topa
Mi gente, fué en su cámara de popa
Llorando una hermosura,
Con quien la luz del sol es ménos pura.

LELIO.

Y para que él te diga
Quién es, y qué motivo el que le obliga
A ocultarse del monte en la aspereza...

EGIDIO.

Y porque nadie ser de igual belleza
Dueño merece...

LELIO.

Viene prisionero
A tus piés.

EGIDIO.

En tus manos ver espero
La liberalidad y la fineza
Que á su piedad le debe tu grandeza.

LELIO. (*Á Luceyo.*)

Llega. ¿Qué esperas?

LUCEYO. (*Ap.*)

Hoy sin duda muero.
En sabiendo quién sóy.

EGIDIO. (*Á Arminda.*)

Llega. ¿Qué aguardas?

ARMINDA.

(*Ap.* ¿Por qué en llegar, fortuna, me acobardas,
Cuando infelice puedo
Llevar perdido á tu rigor el miedo?)
Si tu mano... (*Ap.* ¡Qué veo!)

LUCEYO.

Si tus plantas... (*Ap.* ¡Qué miro!)

(*Al inclinarse se miran los dos, y Lelio repara en ella.*)

ARMINDA. (*Ap.*)

Ciégueme el llanto.

LUCEYO. (*Ap.*)

Ahógueme el suspiro.

LELIO. (*Ap.*)

Déjame, imaginado devaneo,
Si es que eres ilusion de mi deseo.

LUCEYO.

Besar, señor, merezco...

ARMINDA.

Tocar logro...

LUCEYO.

Mi vida á ellas ofrezco.

ARMINDA.

En ella mi fortuna
No tendrá que envidiar dicha ninguna.

(*Saca Lelio un retrato.*)

LELIO. (*Ap.*)

Ella es, si bien cotejo
Aquel sol á la luna deste espejo.

SCIPION.

Del suelo alzad. (*Ap.* ¡No vi mas sobe-
Beldad jamas!) [rana

(*Hace Luceyo seña á Arminda.*)

ARMINDA. (*Ap.*)

¿Qué espera mi tirana
Suerte, pues llega á verle, para hablalle?
Pero señas me ha hecho de que calle.

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Quién decirla pudiera
Que quién es y á qué viene no dijera!

SCIPION.

(*Ap.* ¿Qué no entendido afecto [efecto
Que hasta hoy no supe, con contrario
Es este, que él se enciende y él se apaga,
Pues con lo mismo que atormenta halaga?
Mas lo que fuere sea.)
Bellísima deidad, cuánto desea
Curioso examinar el pensamiento
Quién eres, y el intento
Que á navegar te obliga,
Excusado será que yo lo diga,
Pues á luz de tu sol mirarse deja:
Y así, omitan tus lágrimas la queja,
Principalmente cuando,
Tu traje y tu beldad considerando,
Es tambien fin que en apurarlo llevo,
Saber el tratamiento que te debo.

ARMINDA.

Heróico Scipion, á quien aclama
Marte español profética la fama [fieres,
Viendo el valor con que á la edad pre-
Mal te puedo negar, siendo quien eres,
El ser quien soy.

SCIPION.

Di, pues.

ARMINDA.

Escucha atento.
Yo...

(*Hácele seña Luceyo de que calle.*)

SCIPION.

¿No prosigues?

ARMINDA.

Cobraré el aliento.
(*Ap.* Otra vez de que calle me hace se-
Fortuna, ¿en qué me empeñas? [ñas.
Considera que son muchos agravios
Abrir los ojos y cerrar los labios.)

SCIPION.

Si el aliento has cobrado,
Prosigue.

ARMINDA.

(*Ap.* Injusto hado,
¿Qué he de hacer, cuando obliga
Uno á que calle y otro á que lo diga?)
Yo soy... (*Ap.* ¿Qué he de decirle?)

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Ay infelice!
Que yerra si lo dice,
Y si lo calla yerra.

ARMINDA.

Hija del...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

SCIPION.

Oye, espera. ¿Qué alboroto
Es ese?

Sale FABIO.

FABIO.

Que de la plaza,
Antes que tu gente pueda
Cubrirse, fortificada
En las líneas del cordon
Que aun no han abierto las zanjas,
Salida hace el enemigo
Con tan soberbia arrogancia,
Que en doblados escuadrones
Y á banderas desplegadas,
Parece que el sitio quiere
Que se reduzga á batalla.

SCIPION.

Quien teme el asedio mas
Que el asalto, siempre halla
Conveniencia en las salidas,
Pues quedando las murallas
Guarnecidas, perder gente,
Más que pérdida es ganancia.—
Lelio, á disponer tus tropas.—
Egidio, á guardar tu armada:
No sea en esta diversion
Que por otra parte salgan,
Y con máquinas de fuego
Quemarla intenten.—Tú manda,
Fabio, que á esos prisioneros,
Ya que este trance dilata
Oir sus informes, se pongan
Fieles soldados de guardia,
Que no los pierdan de vista.
Quien me busque, en la avanguardia
Me hallará el primero. (*Ap.* Afecto
Ignorado, basta, basta:
No hables al alma en idioma
Que aun no te lo entiende el alma.)

(*Vanse Scipion, Fabio y soldados.*)

LELIO.

¡Ay, Egidio, quién tuviera
Lugar en que desahogara
Contigo no sé qué raro
Suceso que por mí pasa!

EGIDIO.

¡Ay, Lelio, quién te dijera
La mas nueva, mas extraña
Confusion que ha padecido
Nadie en el mundo!

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

(*Cajas.*)

EGIDIO.

Mas ya ves con cuánta prisa
Aquesas voces me llaman.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

LELIO.

Y á mí estotras.

EGIDIO.

Si de un riesgo y otro escapan
Nuestras vidas, hablarémos
Despues despacio.

LELIO.

Doblada
La hoja quede. Adios.

EGIDIO.

Adios.

LELIO. (*Ap.*)

Hado, por mas que me arrastras,
Por lo ménos me has cumplido
La mitad de mi esperanza.

(*Vase y con él sus soldados.*)

EGIDIO. (*Ap.*)

Estrella, nada me digas;
Que ya sé que en penas tantas,
Cumplida mi obligacion,
Cumplir contigo me falta.

(*Vase y con él sus soldados.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

LUCEYO.

¿Quién ¡ay Arminda! pensara
Que siendo mi mayor dicha
El llegarte á ver, trocada
La suerte, el llegar á verte
Fuera mi mayor desgracia?

ARMINDA.

Yo no lo pensara; que es,
Luceyo, dicha tan rara,
Que no hay ansia que con verte
No alivie las demas ansias.

Salen DOS SOLDADOS, *que se quedan al paño.*

LUCEYO.

¡Quién pudiera esa fineza
Agradecer á tus plantas!
Mas no me atrevo, porqué
Las centinelas de guardia
No colijan de la accion
Lo que no de las palabras
Colegir pueden, supuesto
Que nos miran retiradas,
Y no alcanzan los oidos
Lo que los ojos alcanzan.

(*Las cajas.*)

ARMINDA.

¿Tanto el recato te importa?

LUCEYO.

Sí.

ARMINDA.

Sepa yo con qué causa.

LUCEYO.

Aun no me atrevo á decirla;
Que si en que hablamos reparan
Quizá harán juicio de que
Nos conocemos.

ARMINDA.

Pues haya
Medio en que hablemos, sin que ellos
Lo entiendan. Como que andas
Hablando contigo á solas
(Que yo haré lo mismo), pasa
Junto á mí; y lo que digamos

Sea á media voz, tan baja,
Que á los dos llegue, y no pueda
Transcender á su distancia,
Mayormente interrumpida
De voces, trompas y cajas,
Siempre diciendo á lo léjos...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra! ¡Arma, arma!

SOLDADO 1.°

Desaire es que otros peleen,
Y estémos los dos de guardia.

SOLDADO 2.°

Al soldado no le toca
Mas que hacer lo que le mandan.

LUCEYO.

¡Dura estrella!

ARMINDA.

¡Hado infelice!

LUCEYO.

¡Fiero influjo!

ARMINDA.

¡Suerte ingrata!

SOLDADO 1.° (*Al 2.°*)

De su fortuna se quejan.

SOLDADO 2.°

Quéjense, si así descansan,
Y no estorbemos su alivio,
Pues verlos desde aquí basta.
(*Tocan cajas y trompetas.*)

LUCEYO.

Si sabes que de Aníbal
Hijo soy, cuya heredada
Enemistad de ambos padres
A mí y á Scipion declara
Tan enemigos, que aunque
Nunca nos vimos las caras,
Siempre nos aborrecimos,
Instando en ambos la saña,
A él por temerse de mí,
Y á mí por tomar venganza...

ARMINDA.

Sí lo sé, y que ese recelo,
Mirando cuánto le ensalza
En tierna edad la fortuna,
Te retiró á la Dorada
Isla, en que virey mi padre
Te favorece y ampara.

LUCEYO.

Si sabes que en ella tuve
La dicha de que llegara
A verte, que fué lo mismo
Que amarte, pues cosa es clara
Que á soberanas bellezas
Lo mismo es verlas que amarlas...

ARMINDA.

Eso no sé; mas sé que una
Estrella influyó en dos almas.

SOLDADO 1.° (*Al 2.°*)

No deben de conocerse,
Pues ni se miran ni se hablan.

SOLDADO 2.°

¿Qué han de conocerse, él
Español, y ella africana?

LUCEYO.

Si sabes que en este tiempo
Hube de venir á España,
Llamado al heredamiento
De mi celtíbera patria,
Cuyo estado me atrevió
A que á pedirte aspirara
A tu padre..

ARMINDA.

Tambien sé
Que teniendo él en su casa
Hijo varon, la que habia
De ser justicia hizo gracia,
Capitulando contigo
El que tú te adelantaras
A tomar la posesion,
En tanto que él aprestaba
Las nupciales prevenciones
De embarcacion y jornada,
Señalando nuestras vistas
En Cartago, como raya
Que es de Africa y Europa.

LUCEYO.

Pues si eso sabes, ¿qué extrañas
Que viniendo tú á su puerto,
Y yo á esperarte en su playa
Tan á un tiempo, que es lo mismo
Hallar la ciudad sitiada
Que haber corrido fortuna
Yo en la tierra y tú en el agua,
Tema que Scipion, sabiendo
Quién eres y quién soy, haga
Que consigan sus rencores
En mi muerte dos venganzas?
Mal dije, porque el perderte
Y el morir son una entrambas.
A este fin te hice la seña
De que no le digas nada
De quién eres ni quién soy,
Ni dónde vas.

ARMINDA.

¿No reparas
Que así la gente del mar
Como la que me acompaña,
No sé yo lo que habrán dicho
Al general de la armada
(Que al fin, secreto de muchos
O tarde ó nunca se guarda),
Y hará mayor su sospecha
Mi mentira? Y si no basta
Esta razon, ¿será bien
Negarnos á la esperanza
De que mi padre no sepa
Mi prision, y esfuerzos haga
A mi libertad?

LUCEYO.

Bien dices;
Que si tú tu riesgo salvas,
¿Qué importa el mio? Quién eres
Le di, dile con quién casas:
Muera yo como tú vivas.

ARMINDA.

¿No será mejor que parta
Nuestra desdicha el camino?

LUCEYO.

¿Cómo?

ARMINDA.

Como si recatas
Tu nombre, y si yo le digo
Que en tus estados me aguardas,
Poniendo allá el odio, aquí
No pasará á mas instancia
Que lo que tú le dijeres:
En cuyo intermedio que abran
Podrá ser los hados senda,
Que diga en nuestra desgracia...
(*Dentro cajas y trompetas.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Victoria por Scipion!

SOLDADO 1.°

Ya la gente rechazada
No sin gran pérdida suya,
Vuelve á encerrarse en la plaza.

SOLDADO 2.°

De su cuartel las mujeres
Que dél viven amparadas,
En muestra de agradecidas
Salen cantando la gala.

SOLDADO 1.°

Bien en sus ecos lo dice
Dulce y militar la salva.
(*Música é instrumentos.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Viva Scipion!
Y entre voces varias
Publiquen su aplauso,
Digan su alabanza
Pífanos, clarines,
Trompetas y cajas.

ARMINDA.

Señores soldados...

SOLDADOS.

¿Qué es,
Señora, lo que nos mandas?

ARMINDA.

¿Será contra órden que oyendo
Que la victoria se canta
Por Scipion, al camino
Mi rendimiento le salga
A darle la enhorabuena?

SOLDADO 2.°

Como esotro tambien vaya
Con vos, y él á los dos vea,
Que es lo que se nos encarga,
Que sea aquí ó que sea allá
Viene á importar poco ó nada.

ARMINDA.

¿Quereis venir, caballero?

LUCEYO.

Sobre ser justo que haga
Tambien yo ese rendimiento,
Será segunda ganancia
El iros sirviendo á vos.

ARMINDA.

¿En qué vamos?

LUCEYO.

En que salgas
Tú bien, y yo á mi pesar
Tambien diga en su alabanza...
(*Música, clarines y cajas.*)

TODOS.

¡Viva Scipion!
Y entre voces varias,
Publiquen su aplauso,
Digan su alabanza
Pífanos, clarines,
Trompetas y cajas.

Con esta repeticion se entran los cuatro, y sale como de una cueva TURPIN, *con un lio de ropa.*

TURPIN.

Victoria por Scipion
Dice el eco: pues ¿qué aguarda
Mi miedo para salir,
Ya que acabó la batalla,
Desta cueva, en que escondido
He estado con las alhajas
Que al villano le robé?
Pues aunque tan poco valgan
Que dellas diria el adagio,
«Mas vale poco que nada;»
Servirán para el camino,
Si es que algun marchante halla
La desdichada almoneda
De tan negra ropa blanca.
Pero hácia aquí viene gente.
Entre tanto que ella pasa
Vuelva á esconderme, y aun sea
En su mas obscura estancia,
Donde nadie pueda verme.

Escóndese en la cueva, y sale BRUNEL, *con una bandera envuelta en el asta.*

BRUNEL.

Ya que fié de mi fama
Que ella volveria por mí,
Y esta bandera ganada
Al enemigo me pone
En segura confianza
Del perdon y de la medra,
Y ahora no es tiempo (entre tanta
Gente como ha concurrido
A dar del suceso gracias)
Para que pueda hablar yo,
En esta cueva guardada
Hasta mejor ocasion
Quede; que no es bien que vaya
Haciendo ostentacion della
Hasta que pueda lograrla
Sin tanto alboroto y ruido. (*Vase.*)

Sale TURPIN.

TURPIN.

¡Banderita y esperanza
De la medra y el perdon,
Y yo sin medio ni traza
Para uno ni otro! Eso no.
Troquemos, fortuna, alhajas;
Y pues la arrojó en lo obscuro,
Donde, si vuelve á buscarla,
Es fuerza que á tiento sea,
Sirva este tronco de asta,
En que revuelta la ropa,
En mayor engaño caiga.
Y ahora, por si volviere
A ver lo que halla, y no halla,
No me encuentre ántes que logre
Su pérdida y mi ganancia.
Pues todos por aquí vienen,
Haya bulla ó no la haya,
Sin perder tiempo, será
Bien que al camino les salga,
Diciendo con todos,
Por si en mí repara...
(*Cajas, clarines y música.*)

ÉL Y TODOS.

*¡Viva Scipion!
Y entre voces varias,
Publiquen su aplauso,
Digan su alabanza
Pífanos y clarines,
Trompetas y cajas.* (*Vase.*)

Con esta repeticion van saliendo todas las MUJERES, *cantando y bailando, y todos los* SOLDADOS, ARMINDA, LUCEYO, EGIDIO Y LELIO; Y SCIPION, *detras de todos con* ACOMPAÑAMIENTO.

SCIPION.

No prosigais; que aunque estimo
De vuestra festiva salva
El afecto, tambien siento
Que anticipeis la alabanza.
Rechazar una salida
No es victoria, es circunstancia
De las muchas que consigo
Trae la guerra; mas no pasa
A graduarse por triunfo
Con los méritos de hazaña.
Magon es tan cortesano,
Que mirándome en campaña,
A darme la bienvenida
Quiso que su gente salga:
Y así, guardad el aplauso
Para el dia que yo vaya
A pagarle la visita
Dentro de su mismo alcázar.

FLAVIA.

Entónces y ahora, señor,
Es justo con vidas y almas
Mostrarnos agradecidas
A tu piedad.

ARMINDA.

Que allá añadas
La que has de tener conmigo,
Tambien humilde á tus plantas
Te súplico yo.

LUCEYO.

Y yo á ellas
Espero ver qué me mandas.

SCIPION.

Ya que paréntesis fué
La salida á la deseada
Noticia de que yo sepa
Quién eres y adónde pasas,
Será justo que prosigas
La relacion que empezada
Quedó.— Despues hablaréis
Vos, español.

LELIO. (*Ap.*)

Amor, gracias
Te doy, sobre haberla visto,
De saber quién es.

EGIDIO. (*Ap.*)

Aunque haya
Sabido ya de su gente
Quién es, y á qué fin se embarca,
Atienda á lo que ella diga,
Por si finge ó no.

SCIPION.

¿Qué aguardas?
Di pues. (*Ap.* No entendido afecto,
¿Qué nieve es esta ó qué llama
Que abrasa como que hiela
Y hiela como que abrasa?)

ARMINDA.

Yo, heróico Scipion, que el cielo
Edades prospere largas,
Logrando en tu claro dia
La aurora de su mañana
Tantos triunfos, que volando
Tu renombre con las alas
Del águila de dos cuellos,
De oriente á poniente esparza,
No solamente en los bronces
De sus esculpidas tablas
Tu eterna memoria, pero
De tu persona la estampa,
Para que en humano culto
Te veneren y te aplaudan,
Como Roma primer cónsul,
El orbe primer monarca:
Hija soy de Curcio, que hoy
Virey de la Isla Dorada,
Por el africano imperio
La rige, gobierna y manda.
(*Quítase Scipion el sombrero.*)
Mi nombre es Arminda, el fin
Que de sus brazos me aparta,
Es haberme dado estado,
Por conveniencias que él guarda
En sí, sin tener yo en ellas
Ni eleccion ni repugnancia;
Que mujeres como yo
Se casan porque las casan.
Luceyo, hijo de Aníbal,
Que por su madre, heredada
Hoy la citerior provincia
Goza, que el Ibero baña,
Partiendo jurisdicciones
Entre Celtiberia y Galia,
Es el esposo; y porqué
Allá por no sé qué causas
Que como se heredan dichas,
Tambien se heredan desgracias,
Obligado vive á que
De sus límites no salga;
En las capitulaciones
Que firmaron fe y palabra,
Fué condicion que mi padre
Me condujese hasta España:
A cuyo efecto á la sombra
De las venerables canas
De Máximo, hermano suyo,
Con la familia y la casa
Que viene en séquito mio,
En ese bajel me embarca.
La derrota que traia
Era arribar á la playa
De Cartago, no en fe solo
De la tranquila esperanza
Del abrigo de su puerto
Por los montes que le guardan,
Sino en fe del pasaporte
Que en la hermandad y alianza
Que España y Africa tienen
Hoy contra Roma juradas,
Me aseguraban el paso,
Trayéndole á Magon cartas
Para allanarme el camino.
Pero ¿qué importa que haya
Fe en los hombres, en los vientos
Paz, y quietud en las aguas,
Si no hay quietud, paz ni fe
En la fortuna, que varia
Sabe hacer que se transforme
En tormenta la bonanza?
Dígalo...

SCIPION.

No hay para qué;
Que en lo que la vista alcanza,
Ahorrar deben los oídos
La costa de las palabras.—
Fabio, mi tienda con cuanto
Menaje, adorno, oro y plata
Para mí estaba dispuesto,
Se quede como se estaba
Para Arminda; que en su obsequio,
A mí un villaje me basta.
Y porque en su corto espacio
No haga á su asistencia falta,
Con su tio del bajel
Toda su familia salga.
Vosotras, si agradecidas
Os veis, ya que no obligadas;
Por ella mas que por mí
Asistidla y festejadla;
Que si en buena guerra al noble
Prisionero se agasaja,
A tan noble prisionera,
¿Cuánto es mas digna la usanza?
Y así, pensad que al decoro,
A la estimacion, la fama,
Veneracion y respeto
No habeis de echar ménos nada
De cuanto dar de sí pueden
Hospedajes de campaña,
Miéntras Cartago no sea
Quien os aloje en su alcázar,
Desde donde como dueño
(Ya que hoy conmigo no hablan
Enemigos pasaportes),
Hablarán sus circunstancias.
Venid, pues; que iros sirviendo
Es precisa deuda, hasta
Sus umbrales.

ARMINDA.

No sé cómo
Tanta piedad, honra tanta,
Aceptarla ó despedirla
Pueda, porque el aceptarla
Es obligarme á un empeño
A que alma y vida no bastan,
Y despedirla es un casi
Desdoro, pues es dejarla,
Siendo gracia no admitida,

Al riesgo de no ser gracia.
Y pues en ambos extremos
Dice mas el que mas calla,
Hable el silencio por mí.

SCIPION. (*Ap.*)

Y aun por mi; que en muda calma
No sé, discreta y hermosa,
Qué para deidad te falta.

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Ay de quien duda si tanto
Favor es dicha ó desgracia!

EGIDIO.

Cuanto ha dicho, Lelio, es
Lo mismo que me declara
Su gente á mí.

LELIO.

Luego, Egidio,
Hablarémos.

SCIPION.

(*Ap.* ¡Oh villana
Pasion, hija de la envidia!
¿Por qué has de sentir que vaya
En busca de mi enemigo
Una ventura tan alta?
Mas yo te divertiré,
Por si de cansar te cansas.)
Español, porque no quede
Pendiente adelante nada,
Miéntras voy sirviendo á Arminda,
Quién eres, y con qué causa
Ocultarte pretendias
Ó defenderte pensabas,
Me vén diciendo.

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Ay Luceyo!
Si al empeño en que te hallas
Quiso el odio que en él entres,
Quiera el amor que dél salgas.
(*Van andando por el tablado.*)

LUCEYO.

(*Ap.* No sé qué le he de decir;
Que el mentir es tan no usada
Frase para mí, que no
Sé si sabré pronunciarla;
Si ya no es que amor me dé
Tan equívocas palabras,
Que sean mentira al oirlas,
Y verdad al apurarlas.)
Mi nombre, Scipion invicto,
Es Uliceo, mi patria
Esta citerior provincia,
Y mi suerte es tan escasa
De dichas, que me fué fuerza
El que della me ausentara,
Por una muerte en que tuve
Poca culpa y mucha falta:
Con que habiendo de vivir
Peregrino en tan ingrata
Tierra como Africa es
Para los hijos de España,
Me hube de valer de arte,
Que siendo aprenderle gala
De ociosa juventud, mas
Por agilidad y gala
Que por profesion (si bien
Tan noble que aunque le usara
Por profesion, me sería
Mas que objecion alabanza,
Por ser el de la escultura);
Para cobrar en él fama,
De la diosa del amor
Labrar intenté una estatua.
Y aunque elegí la materia
Tan dura, difícil y ardua
Como un mármol, con todo eso
De mi asistencia á la instancia,
De mi afecto á la porfía
Y de mi fineza al ansia,
El mármol se dió á partido
Convertido en cera blanda.
Tan hermosa, tan perfecta
Salió, que por no injuriarla,
Jamas en precio la puse:
Tanto porque no pensara
Nadie en el mundo que habia
Tesoros que tanto valgan,
Cuanto porque para mí
La reservé, en confianza
Del voto que á su deidad
Hice de que si á mi patria
Me volvia, habia de ser
Templo de Vénus mi casa,
A ella dedicado. Apénas
Lo ofrecí, cuando obligada
Aceptó; pues á muy pocos
Dias, señor, tuve carta
De que estaba ya compuesta
De mi destierro la causa;
Pero que me convenia,
Cuanto ántes pudiese, vaya
Veloz á restituirme
En mi hacienda, que embargada
Quedó: con que fué forzoso
Tan á la lijera parta,
Que no habiendo nave en que
Segura osase embarcarla,
Fleté para mí un jabeque,
Dejándola encomendada
A tan confidente amigo,
Que atento á la vigilancia
De no perder ocasion,
Me avisó en postas de Italia
Que en la embarcacion de Arminda
Procuraria enviarla;
Que acudiese al puerto yo
De Cartago, como á escala
Que es de Africa y Europa,
Por si era mi suerte tanta,
Que con Arminda viniese
El logro de mi esperanza.
A este fin me adelanté,
No sabiendo que tu marcha
Sobre Cartago venia...
—Lo que desde aquí me pasa,
Es tan evidente como
Que viniendo en camarada
De otros á quien no conozco,
Ni ellos á mí, al mirar tantas
Armadas tropas, quisimos
Valernos de la maraña
Del bosque. No nos valió
A tan superior ventaja
El ponernos en defensa,
Ni osáramos intentarla,
A saber que era la dicha
De haber de besar tus plantas.

SCIPION.

Di las de Arminda, á quien debes
El porte de dicha tanta.

ARMINDA.

No debe, porque hasta ahora
No sé que tan soberana
Encarecida deidad
El bajel conmigo traiga;
Que no habia de tomar
Razon yo de las alhajas
Que entre las de mi servicio
Familia ó patron embarcan.
Mas lo que me deberá
Es, que mandaré buscarla
Y dársela, pues es suya.

LUCEYO.

Eso á mi fortuna basta.

SCIPION.

Pues esperadla, seguro,
Español, de que no trata
Hacer en vuestra conquista
Todo el poder de mis armas
Prisioneros, sino amigos,
Desuniendo la alianza
Que contra el romano imperio
Hoy con Africa jurada
Teneis. Esto no es de aquí,
Pues solo es de aquí que vaya
Arminda donde descanse.

LELIO.

Ya que en ella has de alojarla,
Para llegar á tu tienda,
Por aquí hay ménos distancia.

SCIPION.

Ven pues, y todos venid.

FLAVIA.

Sea nueva consonancia
Parabien en que se mezclen
Su venida y nuestra salva.

MÚSICA.

Norabuena venga
La hermosa africana,
Que presa aprisiona
Las vidas y almas.
Y pues Scipion
Tanto la agasaja,
Que de prisionera
Á huéspeda pasa,
Su vista saluden
A fuer de campaña,
Resonando en ecos
Entre voces varias,
Pífanos, clarines,
Trompetas y cajas.

—

Con esta repeticion, cajas y trompetas, se entran todos por una parte, y salen por otra: en cuyo intermedio, sin cesar la música y baile, se mudan los bastidores de villajes en las tiendas de campaña, cuyo foro será una tienda mayor, con puertas que descubran algunos adornos á lo léjos, como sillas, bufetes y escritorios; y á su tiempo entrarán por ella ARMINDA *y las* MUJERES, *quedándose* LOS DEMAS *en el tablado.*

EGIDIO.

Ya desde aquí se descubre
Nueva ciudad, que fundada
Sobre piélagos y riscos,
A las nubes se levanta
En armados pabellones,
Que han transmutado la estancia
De rudos villajes en
Nobles tiendas de campaña.

FABIO.

Destas la real de tu corte
Es esta, señor.

SCIPION

Te engañas,
Fabio; que si donde está
El rey es la corte, es clara
Cosa que donde está el sol
Sea esfera.— Entra, ¿qué aguardas?
(*Á Arminda.*)
Que yo me quedo á su umbral,
Y dél mi atencion no pasa,
Porque basta que en él quede
A ser su posta de guardia.

ARMINDA.

Al que liberal ofrece,
(Si vuelvo á aquella pasada
Duda) no aceptarle el don
Es desairarle la gracia.
Con cuya disculpa, puesto
Que admitirla es estimarla,
Usaré della. (*Ap.* ¡Ay Luceyo!)

LUCEYO. (*Ap. á ella.*)
¡Ay Arminda!

LOS DOS. (*Ap.*)
¿Quién pensara...

ARMINDA.
Que mi dicha es tu desdicha?

LUCEYO.
Que tu gracia es mi desgracia?

ARMINDA. (*Ap. á Luceyo.*)
Pero espera...

LUCEYO. (*Ap. á Arminda.*)
Mas confia...

ARMINDA.
Que si en tal pena...

LUCEYO.
En tal ansia...

LOS DOS.
El odio quiso que entres,
El amor querrá que salgas.
(*Pasa Arminda á lo interior de la tienda, y vase Luceyo.*)

LELIO. (*Ap.*)
Al ausentarse...

EGIDIO. (*Ap.*)
Al partirse...

LELIO. (*Ap.*)
Sin vida estoy.

EGIDIO. (*Ap.*)
Yo sin alma.

SCIPION.
No la dejeis sola ir.
Id todas á acompañarla.

TODAS.
Sí harémos, una y mil veces
Diciendo alborozo y salva...
Sea bien venida
La hermosa africana,
Que presa, etc.
(*Con esta repeticion se entran las mujeres en la tienda principal, y se cierran las puertas.*)

FABIO.
¡Qué digna de tu valor
Ha sido accion tan bizarra!

SCIPION.
Servir á las damas es,
Fabio, deuda tan hidalga,
Que el ser quien soy me la debe
Y el ser quien soy me la paga.
Vamos á ver en qué forma
Del recinto que se labra
Van trincheras y reductos.

Dentro TURPIN Y BRUNEL.

TURPIN.
Tengo de llegar.

BRUNEL.
Aguarda;
Que no has de llegar primero
Que yo.

TURPIN.
¿Cómo que no? Aparta.

SCIPION.
Ved qué es eso.
(*Salen Turpin y Brunel asidos á una bandera.*)

BRUNEL.
Yo, señor,
Lo diré.

TURPIN.
El no sabe nada.
Mejor que él lo diré yo,
Que lo sé todo.

SCIPION.
Pues habla.

TURPIN.
Uno de aquellos soldados,
Señor, que desterrar mandas
Por aquella femenina
Pecorea en que nos hallas,
Soy: en ella me metió
Ese infame camarada,
Cómplice en la hablilla que
Dijo: «dime con quién andas.»
Viéndome pues indiciado
De accion tan ruin, vil y baja,
De tu enojo y mi destierro
Apelé para mi fama:
Y así en aquesta salida,
Esta bandera ganada
Al enemigo, á tus piés
Traigo. El con envidia y rabia
De ver que ella en tu piedad
Para aclararme la plaza
Y levantarme el destierro
De medianera me valga,
Impedir quiere que á ellos
Llegue, y...

BRUNEL.
No es esa la causa,
Sino que teniendo yo
Otra bandera guardada,
Hasta tener ocasion
De poderte hablar sin tanta
Gente como te ha seguido,
Le dije que me esperara
Que fuera por ella, y juntos
Llegásemos; él con gana
De ganar las gracias antes,
No quiso que yo...

TURPIN.
Te engaña;
Que él ni ha tenido ni tiene
Bandera, porque es un mandria,
Que en toda su vida ha visto
Al enemigo la cara.
Y si quieres ver quién es,
Mándale que te la traiga.

BRUNEL.
Aun bien que la gruta está
Cerca, y entraré á sacarla. (*Vase.*)

SCIPION.
¡Rara competencia!

FABIO.
Tales
Son tus soldados, que andan
Siempre á cuál es mejor.

TURPIN. (*Llegándose al paño.*)
¿Cómo
Tanto con ella te tardas?

BRUNEL. (*Dentro.*)
Como está todo esto obscuro.
Mas ya encontré con el asta.
(*Sale con una sábana revuelta á un palo.*)
Esta es, señor, mi bandera...
Mas ¡qué miro!...

TURPIN.
Que le falta
Lavandera á la bandera,
Pues su alabarla es lavarla.

SCIPION.
Este debe de ser loco.

TURPIN.
Antes es cuerdo, pues trata
Mostrarte que es tan valiente
Que lidia con dos espadas,
Pues sacando á la tizona,
Va á buscar á la colada.

BRUNEL.
Esta cueva ¡vive Baco!
Sin duda es cueva encantada.
Magiquillo, sal aquí,
Si eres hombre.

SCIPION.
Basta, basta.
Echadme de ahí ese loco.—
Tú, de tu bandera en paga,
Toma esta cadena, libre
Ya del destierro. (*Ap.* Tirana
Pasion, déjame siquiera
Un breve espacio.)
(*Vanse Scipion, Fabio, soldados y acompañamiento.*)

TURPIN.
¡Bien haya
Quien sirve á buenos!

BRUNEL.
Y mal
Quien á coces y patadas
No te la quitare.

TURPIN.
Eso
Será...

BRUNEL.
¿Cómo?

TURPIN.
Si me alcanzas.
(*Vanse corriendo los dos.*)

EGIDIO.
¿No sigues al cónsul, Lelio?

LELIO.
Es mi pena tan extraña,
Que para nada me deja
Eleccion.

EGIDIO.
A mí me pasa
Lo mismo; y pues entre tanto
Que al ataque de la plaza
Da vuelta, falta no hacemos,
Aquella hoja que doblada
Quedó, desdoblemos. Dime
Tu pena: alienta y descansa
Conmigo, porque contigo
Descanse yo.

LELIO.
Oye, y sabrásla.
Un extranjero pintor
Murió en Roma; y yo, por ver
Cuánto el pueblo encarecia
El primor de su pincel,
Fuí á su almoneda, y entre otras
Curiosidades noté
En un espejo el retrato
De una divina mujer.
Pregunté al hijo quién era,
Y él me respondió: «No sé;
Que nunca mi padre dijo
El dueño; lo mas que dél
Supe fué que su hermosura,
Por rara, le movió á ver
Si la suma perfeccion
Se retrataba tal vez.
A esta general noticia,
Quizá por encarecer
Su habilidad, añadia
A los del arte, que fué
Retrato copiado al aire,
Paseándose en un verjel;
Y que á no decir quién era
Le obligaba el no romper
La fe y palabra jurada
Que dió al que le escondió en él.»

Yo (ya lo dije) por sola
Curiosidad le ferié,
Estimándome el buen gusto
De tenerle en mi poder.
Cuantas veces le miraba
(Que eran muchas), sin saber
La causa, sentia un pesar,
Que á manera de placer,
Era molestia primero
Y complacencia despues;
Que como estaba en cristal,
Y por los claros que en él
Dejaba el matiz sin mancha,
Yo me miraba tambien
Dentro del mismo cristal,
Dí en dudar ó dí en creer
Si del desden y el favor
Jeroglífico era, pues
Permitir la cercanía,
Sin volver el rostro á ver
Quién estaba á sus espaldas,
Daba en enigma á entender
El favor en que la viera,
Y en no verme ella el desden.
En fin, para no cansaros,
Siendo yo verdad de aquel
Mentido adagio que dijo
«Amar sin saber á quién»,
Mi mayor batalla era
El procurarlo saber,
Y hoy es mi mayor batalla
Haber sabido quién es.

EGIDIO.

¿Hoy lo habeis sabido?

LELIO.

Sí,
Y á tan mala ocasion, que
Saberlo y saber que es de otro
Es dejarlo de saber.

EGIDIO.

¿Saberlo y saber que es de otro?
(*Ap.* ¿Qué fuera ¡pena cruel!
Que fuera Arminda? que entrambas
Señas la convienen bien.
Por sí ó por no, declararme
Con él es fuerza, porque él
No se declare conmigo.)

LELIO.

¿De qué os suspendeis?

EGIDIO.

De que
Haya amor donde no hay vida,
Y donde no hay alma, fe.

LELIO.

Monstruosidades de amor
A cada paso se ven.

EGIDIO.

¿Y á quién las monstruosidades
No dan horror? ¡Ay de quien
Adora una realidad,
Que su monstruosidad es
El ser monstruo de hermosura!
Apresando ese bajel,
En su cámara de popa
Fui yo el primero que entré,
Porque muriera el primero,
Al ver entre el rosicler
De arreboles de cristal
Segunda aurora llover
Uno y otro hilo de perlas
Sobre uno y otro clavel.
Hermosa estaba y llorando,
Que es ser hermosa otra vez,
Una deidad...

LELIO.

Esperad:
No prosigais; que no es bien
Que quede por monstruoso
Mi amor, sin satisfacer
A la objecion, y querais
Que entre en el vuestro ántes que
Quede disculpado el mio.
(*Ap.* Declararéme con él
Antes que él se me declare.)

EGIDIO.

¿Qué disculpa puede haber
A idolatrar un retrato?

LELIO.

La de dejárosle ver. (*Dale el retrato.*)
Ved si es bastante disculpa.

EGIDIO.

Bastante disculpa es.

LELIO.

Pues aun es mas que bastante,
Si añadis á ella que en fe
De que Scipion no quiera
Que casando con quien es
Su enemigo, él y su padre
Unan poder á poder,
Y en premio de mis servicios,
Ya que en su poder la ve
Obligada á su obediencia,
Me la otorgue por mujer.

EGIDIO.

Sobre esa razon milita,
Ya que es tan forzoso haber
De hablar claro, otra que yo
Tengo, y vos no la teneis.

LELIO.

¿Qué razon?

EGIDIO.

Que ya fué mia
El dia que la apresé,
Y no habeis de querer vos
Hermosura que mia fué.

LELIO.

Antes que vos la apresarais,
La amaba yo: luego es
Mas antiguo amor el mio;
Y es mas fácil de vencer
Que un amor de muchos años,
Un amor que nació ayer.

EGIDIO.

No son pleitos de acreedores
Las damas, para tener
Antelacion.

LELIO.

Ved que soy
Vuestro amigo.

EGIDIO.

Yo tambien.
Y para que lo veais,
Servid, amad, mereced,
Galanteándola los dos,
Y obre fortuna despues.

LELIO.

¡Competidores y amigos!
Eso no.

EGIDIO.

¿Por qué?

LELIO.

Porqué
Mi alma, mi vida y mi honor,
Mi hacienda y todo mi sér
Es de mi amigo; mi dama
Solamente no lo es:
Y el que la mirare, crea
Que soy su enemigo.

EGIDIO.

Pues
Ya yo lo llevo creido.

LELIO.

Esperad.

EGIDIO.

¿Qué me quereis?

LELIO.

Que me volvais mi retrato.

EGIDIO.

¿Cómo le puedo volver,
Y mas á quien no es mi amigo?
Y así, ved cómo ha de ser,
Porque yo no lo he de dar.

LELIO.

Ni yo volverme sin él.

EGIDIO.

Pues porque no presumais
Que le intento defender
Con la ventaja de estar
En mi mano, le pondré
(Perdone el culto de dama)
Entre el vario rosicler
Destas plantas, que la sirvan
De tapete y de dosel.
Ahí le teneis: ved ahora
Cómo cobrarle emprendeis.

LELIO.

Desta suerte...

Empuñan las espadas, y sale SCIPION.

LOS DOS.

Que el retrato...

SCIPION.

¿Qué retrato?

LOS DOS. (*Ap.*)

¡Hado cruel!

SCIPION.

¡Empuñadas las espadas!
¿Qué es esto?

LELIO.

Yo no lo sé.

EGIDIO.

Ni yo tampoco.

SCIPION.

Pues yo
Desta suerte lo sabré,
Sin decírmelo ninguno,
Ya que ambos no lo sabeis.
(*Levanta el retrato.*)
(*Ap.* ¡Qué miro, cielos!) Egidio,
Vos á la armada volved;
Vos á vuestra tienda, Lelio:
Y el uno y otro entended
Que este duelo, sea el que fuere,
Queda en mí, y que yo daré
El retrato á quien le estime,
Y no le arroje otra vez.

LELIO.

Señor, yo... si...

SCIPION.

Bien está.

EGIDIO.

Si yo, señor...

SCIPION.

Está bien.
Idos, digo.

LELIO. (*Ap.*)

¡Vil fortuna!

EGIDIO. (*Ap.*)

¡Fiera suerte!

LELIO. (*Ap.*)

¡Estrella infiel!

EGIDIO. (*Ap.*)

¿No te bastaba quitar...

LELIO. (*Ap.*)

¿No te bastaba perder...

LOS DOS. (*Ap.*)

El mas verdadero amigo,
Sino el retrato tambien?

(*Vanse los dos.*)

SCIPION.

¡Otro torcedor, fortuna,
A una pasion tan cruel,
Que yo solo he de sentir
Y nadie la ha de saber!
Pues ¿cómo?... Mas esto quiere
Mas espacio: y así habré
De remitírselo al tiempo,
Y que él lo diga despues.

JORNADA SEGUNDA.

Múdase el teatro de las tiendas en el de fuego, y salgan las MUJERES *con las voces siguientes, atravesando el tablado por diferentes partes.*

VOCES. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

MUJERES.

Al monte.

OTRAS.

Al valle.

OTRAS.

A la marina.

OTRAS.

A la selva.

UNAS.

¡Piedad, cielos!

OTRAS.

¡Piedad, dioses!

Vanse, y sale LIBIA *con una caja, y* TURPIN, *acechándola.*

LIBIA.

¡Ay desdichada belleza!
¿Quién te trajo á que tostaras
Tez tan blanca, pura y tersa
Como Dios te dió? Mas no
Te aflijas, puesto que llevas
Contigo de tus tesoros
El caudal. (*Vase.*)

TURPIN. (*Ap.*)

«¿Puesto que llevas
Contigo de tus tesoros
El caudal?» Iré tras ella
A quitárselе; que no
Será esta la vez primera
Que el que acude á apagar fuego,
No acuda á apagar la hacienda
Que se halla desmandada. (*Vase.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

EGIDIO. (*Dentro.*)

¡A tierra, á tierra!
Y sígame el que pudiere;
Que es el cuartel que se quema
El de Lelio, cuya vida
Hoy mas que nunca me empeña
En su socorro.

Sale SCIPION; *y* FABIO, *deteniéndole.*

FABIO.

Señor,
¿Dónde vas?

SCIPION.

Donde no vea
Que abortados desde el muro
Rayos de embreadas flechas
Que alquitran y azufre forjan,
Artificiales cometas
Rasguen el aire á diluvios
De llamas que el campo enciendan,
Y perezcan mis soldados
Sin que con ellos perezca.

FABIO.

Más tu vida importa que
Todo el ejército.

SCIPIÓN.

Deja
(Y mas al ver que de aquel
Cuartel, vanguardia primera
De Lelio, á mi tienda pasa
El fuego) que á sacar della
Acuda á Arminda: no digan
Que solo tuve clemencia
Para hospedarla, y no tuve
Valor para socorrerla.

FABIO.

¿Quién lo ha de decir de tí?

SCIPION.

Fabio, aparta.

FABIO.

Señor...

SCIPION.

Suelta.

FABIO.

No he de dejarte, por mas
Que oigas en voces diversas.

ARMINDA. (*Dentro.*)

¡Piedad, soberanos dioses!

LELIO. (*Dentro.*)

¡Piadosos cielos, clemencia!

Salen por una parte LUCEYO *con* ARMINDA *en los brazos; y por otra,* EGIDIO, *que saca á* LELIO.

LUCEYO.

Alienta, Arminda, y respira...

EGIDIO.

Respira, Lelio, y alienta...

LUCEYO.

Que ya estás segura.

ARMINDA.

¡Qué ansia!

EGIDIO.

Que ya en salvo estás.

LELIO.

¡Qué pena!

ÉL Y ARMINDA.

¿Quién me da la vida?

LUCEYO Y EGIDIO.

Yo.

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Otra dicha!

LELIO. (*Ap.*)

¡Otra tragedia!

SCIPION.

¿Qué es eso, Egidio? Español,
¿Qué es eso?

LUCEYO.

Que al ver que vuelan
En culebrinas de fuego
Las encendidas pavesas,
Llevadas del viento hasta
Prender el fuego en tu tienda,
Y que á todas las mujeres
Arrojaba el susto fuera
Desalentadas, sin que
Saliese Arminda con ellas,
Me atreví á entrar donde hallé
Su peregrina belleza
Rendida á mortal desmayo,
Ni bien viva, ni bien muerta.
Con que cortesano el riesgo,
Dando el decoro licencia,
Con ella cargué en los brazos.

EGIDIO.

Viendo yo que el cuartel era
De Lelio el que se abrasaba
(*Ap.* Ya que no hice una fineza,
Mantengámonos en otra
Porque entrambas no se pierdan),
Con la gente que del mar
Sacar, señor, pude á tierra,
A su socorro acudí.

LELIO.

Tal, que sin él pereciera,
Pues de improviso asaltado
Con el humo que me ciega
Y la luz que me deslumbra,
Perdí el tino de manera
Que le he debido la vida.

EGIDIO.

Más que eso, á poder, hiciera
Por tí.

SCIPION.

(*Ap.* ¡Tanto rompimiento
Ayer, y hoy tanta fineza,
Y en mi poder el retrato?
Mas tampoco esta materia
De aquí es.) Ya que el cielo quiso
Que á Arminda y Lelio no pierda
A que el incendio se ataje
Acudamos.

Salen SOLDADOS.

SOLDADO 1.°

Ya está hecha
Por tus invictos soldados,
Señor, esa diligencia;
Pues cortado el fuego en zanjas,
No á poca fatiga abiertas,
Consumiéndose en sí mismo
Yace en apagada hoguera,
Que alimentada en su ruina,
Ahuma tibia y arde lenta.

SOLDADO 2.°

Y no es tanto el daño como
Se presumió: muy apriesa
Verás toda la campaña
A sus pabellones vuelta.

SCIPION.

Pues si aquese empeño, ya
Que no hace paces, da treguas,
Bien será, español, y bien,
Egidio, será que vuelva
A que envidioso de entrambos
Y obligado á entrambas deudas
Me dejais.

ARMINDA.

La mia, señor,
Justo es que se la agradezcas;
Que á tí te guardó mi vida,
Pues es tuya.

LELIO.

Aunque lo sea
La mia tambien, no, señor,

Tienes por qué agradècerla;
Que ya ese agradecimiento
La amistad puso á su cuenta.

SCIPION.

Está bien: y pues de una
La amistad me desempeña,
Desempéñeme de otra
El que por tí, Arminda, tenga
De su adorada deidad
El premio en la estatua bella
Que aguarda.

ARMINDA.

Ya hubiera yo
Entregádola, si hubiera
Estado en mi mano; pero
Hasta ahora no sé della.
(*Ap.* Y es verdad, pues que no sé
De mí.) Que no habiendo á tierra
Salido, señor, mi tio,
Hasta que el patron entrega
Haga del cargo que trae,
No ha sido fácil que sepa
Si viene ó no.

SCIPION.

Pues en tanto
Que él su esperanza entretenga,
Será bien que tú te cobres
Del pasado susto.

ARMINDA.

Fuerza
Será ¡ay de mí! que me valga
Desa piadosa licencia,
Porque tan desalentada,
Tan confusa, tan suspensa
Me tiene el pasmo, que temo
Que balbuciente la lengua
Titubeando el labio, torpe
La voz y la vista ciega,
Al corazon desamparan...
Pues cuando... si...
(*Cae desmayada en brazos de Luceyo.*)

LUCEYO.

Helada y yerta
Cayó en mis brazos.

ARMINDA. (*Ap.*)

Porqué
En ellos cobres la deuda,
Siendo ábrazo de cariño
El que ántes fué de violencia.

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Qué felicidad!

LELIO.

¡Qué ansia!

EGIDIO.

¡Qué sentimiento!

SCIPION.

¡Qué pena!
Arminda... Pero ¿qué digo?
Fabio...

FABIO.

¿Qué me mandas?

SCIPION.

Lleva
A tu tienda á Arminda, en tanto
Que á restaurarse mi tienda
Vuelve en sus adornos.

EGIDIO Y LELIO.

Todos
Irémos, señor, con ella.

SCIPION.

No hay para qué: el español
Basta, con la consecuencia
De que merezca llevarla,
Pues que mereció traerla.

FABIO.

Vén pues conmigo; que yo
Te ayudaré.

LUCEYO. (*Ap. á ella.*)

Arminda bella,
¡Ay lo que me debes!

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Ay,
Luceyo, lo que me cuestas!
(*Vanse los tres.*)

SCIPION. (*Ap.*)

En mi silencio, fortuna,
¿No me bastaba la pena
De la resistencia mia,
Sin la de la resistencia
De la plaza?

Salen TURPIN Y BRUNEL, *asidos de la caja de Libia.*

BRUNEL.

Suelta, digo,
Ladron, la caja.

TURPIN.

¿Qué es suelta,
Si á que se la guarde, el dueño
Me la ha entregado?

BRUNEL.

No mientas;
Que yo alcancé á ver que tú
Se la quitabas por fuerza.

TURPIN.

Quien miente, miente.

BRUNEL.

¿Tú á mí
Desmentirme?
(*Dale una bofetada á Turpin.*)

TURPIN.

Tómate esa.

BRUNEL.

Nunca tomo lo que doy.

SCIPION.

Ved qué voces son aquellas.

TURPIN.

Que quien malas mañas ha,
No es posible que las pierda.
Ese ladron á una pobre
Mujer...

BRUNEL.

Señor, no le creas.

SCIPION.

Callad vos; que ya yo sé
Que son locuras las vuestras.—
Di tú.

TURPIN.

A una pobre mujer,
Que del fuego con aquella
Caja iba huyendo, llegó
A quitársela; yo, al verla
Que iba llorando, le dije
Que era cosa muy mal hecha.
Respondióme no sé qué,
Que me obligó á que le diera
Tan gran bofetada...

BRUNEL.

¿Tú
A mí, infame?

TURPIN.

Sí, por señas
De que, si mal no me acuerdo,
Pienso que fué á mano abierta;
Que á ser á puño cerrado,
No hubiera quedado muela
Que no hubieras escupido.

SCIPION.

¡Hay tan grande desvergüenza!—
(*A los soldados.*)
Haced que al instante á ese
Ladron dos tratos de cuerda
Le dén.— Toma tú esa caja: (*A Turpin.*)
Véte volando con ella
A la mujer; que de tí
Fio que tú se la vuelvas.

TURPIN.

Sí haré. (*Ap.* Bien dijo quien dijo:
«Dios me dé mala pendencia
Y buen coronista.») (*Vase.*)

BRUNEL.

—Mira,
Señor...

SOLDADO 1.°

No aquí te detengas.

SOLDADO 2.° (*Ap. á Brunel.*)

Huye, pues te doy escape.

BRUNEL. (*Ap.*)

¿No es buena particion esta,
Que él lleve la bofetada,
Y á mí me quede la afrenta?
(*Vanse Brunel y los soldados.*)

SCIPION.

(*Ap.* ¿No te bastaba, fortuna,
Vuelvo á repetir, la pena
De la resistencia mia,
Sin la de otra resistencia?)
¡A mí, cielos, el desaire
De ver abrasar mi tienda!

LELIO.

Nunca desaires han sido
Hostilidades de guerra;
Antes para el vencedor
Son lauros, pues cosa es cierta
Que nunca vence con gloria
El que vence sin defensa.

EGIDIO.

Estas máquinas de fuego,
Ardides, estratagemas,
Minas y emboscadas, son
El crisol en quien acendra
Sus quilates el valor.

SCIPION.

Aunque es forzoso que vengan
Tales frangentes, tambien
Es forzoso que se sientan.
(*Ap.* Y mas yo; que si hubo quien
Entre dos aguas padezca,
Yo padezco entre dos fuegos,
El que abrasa y el que hiela,
Sin saber cuál es peor.
¿Habrá quien de uno siquiera
Aliviarme pueda?)

Sale FLAVIA.

FLAVIA.

Yo
Hablarte, señor, quisiera
A solas; que el atreverme
A llegar á tu presencia
No ha sido acaso, sinó
Quizá importancia.

SCIPION.

(*Ap.* ¿Que fuera
Que esta supiera el secreto
Del retrato y la pendencia,
Que á preguntar no me atrevo
A nadie, porque no sepa
Nadie de mí lo que yo

De mí no sé? Y si es que ella,
Sin que yo se lo pregunte,
Viene á decirlo, ¿qué esperan
Mis dudas?) Pues tanto importa
Hablarme á solas, la vuelta
Tomemos. Di, pues.

FLAVIA.

Escucha...

(*Éntranse los dos hablando bajo.*)

LELIO.

Pues haciendo la deshecha
De ir con la mujer hablando,
Aun sin mirarnos se ausenta,
No quiere que le sigamos.

EGIDIO.

Notablemente cautela
No darse por entendido
Del retrato y la contienda
En que á los dos nos halló.

LELIO.

Es la mayor excelencia
De un príncipe, en sus motivos
Saber obrar con reserva.
Y ya que me da lugar
A que agradecido...

EGIDIO.

Espera;
Que no tienes de qué estarlo;
Que lo que obran mi nobleza
Y mi amistad por sí mismas,
Que ellas mismas lo agradezcan
Me basta.

LELIO.

A ti sí; mas no
A mí; que es accion diversa
Que tú no me lo permitas,
Ó que yo no te lo ofrezca.
Obligado estoy de ti,
Y he de...

EGIDIO.

Que la voz suspendas,
Te ruego otra vez; y si es
Que agradecido te muestras,
Sélo; mas no me lo digas;
Que no quiero que se entienda
Que, marchante de amor, hice
Granjería la fineza.
Salga de tí el estimarla,
Y no de mí el proponerla;
Que lo que obres ó no obres
Lo ha de decir la experiencia.

LELIO.

Quizá no podrá.

EGIDIO.

¿Por qué?

LELIO.

Porque habrá quien la enmudezca.
Agradecer como puedo
Es reconocer la deuda;
Mas como no puedo, no;
Que es tambien accion opuesta,
En órden á obligaciones
En que domina una estrella,
Sin saber si he de cumplirlas,
Arrojarme á prometerlas.
La vida te debo, y...

EGIDIO.

Tú
Dices lo que no dijera
Yo jamas; y ya una vez
Pronunciado de tu lengua,
Siendo quien lo olvida yo,
Y siendo tú quien lo acuerda,
Dime, ¿es justo que hombre en quien
Concurren tantas excelsas
Prendas de honor, sangre y fama,
Confiese que á otro hombre deba
Tener vida, y luego para
Hacerle pesar la tenga?

LELIO.

No; mas tampoco será
Generosa accion suprema
El darla para quitarla,
Obligándole á que muera
A manos de otro dolor:
Con que es forzoso que pierda
Tambien las prerogativas
De honor, fama, sangre y prendas.

EGIDIO.

No es mucho dolor borrar
Una imaginada idea.

LELIO.

Ni mucho desistir de una
Tan recien nacida pena.

EGIDIO.

Recien nacida ó no, es
Realidad y no apariencia.

LELIO.

Ser apariencia ¿qué importa,
Si es realidad su dolencia?

EGIDIO.

Eso es locura.

LELIO.

Y esotro
Es desta locura el tema.

EGIDIO.

No nos vamos empeñando
En demandas y respuestas.
Tú verás, Lelio, lo que
Ser quien eres te aconseja.

LELIO.

Tambien el ser tú quien eres
Te dirá si es bien que pierda
Por ti el retrato, y por ti
El original.

EGIDIO.

Si esa
Vaga, lejana esperanza
Es fundada en la propuesta
De que Scipion quizá
Te satisfaga con ella
Tus servicios, ya te dije
Entónces que en mí la mesma
Razon milita; y ahora,
Porque quizas te convenza,
Añado cuánto intratable
Cosa es romper por belleza
Que sin saber nuestro amor,
Está en que quiera ó no quiera
Scipion que case ó no case
Dentro ó fuera de su tierra.
Y así, pues esto han de hacer
O la fortuna ó la estrella,
Siga cada uno la suya.

LELIO.

A eso dí yo por respuesta
Que en la dama no hay partido.
Tenga esperanza ó no tenga,
Sepa ó no sepa mi amor,
En interviniendo ella,
Es primer móvil que á todos
Tras sí arrebatados lleva,
Sin dejar al albedrío
Mas sentidos, mas potencias,
Mas alma, vida ni sér,
Que adorarla sin quererla.

EGIDIO.

Eso es querer que, volviendo
A la plática primera,
Vuelva ella al primero duelo.

LELIO.

¿Dígote yo que no vuelva?

EGIDIO.

Pues si ha de volver, ¿qué aguardas?

LELIO.

Pues si ha de volver, ¿qué?...

Sacan las espadas, y salen SCIPION Y FLAVIA.

SCIPION.

Espera;
Que luego proseguirás,
Flavia.—¿Qué es esto?

EGIDIO. (*Ap.*)

¡Qué apriesa
Volvió á doblarse el acaso!

LELIO. (*Ap.*)

¿Qué mal hay que solo venga?

SCIPION.

¿Qué es esto? digo otra vez.
Mas no, no me deis respuesta;
Que yo me sabré buscarla.

(*Mira á un lado y á otro.*)

EGIDIO.

¿Qué hay que mires?

LELIO.

¿Qué hay que veas?

SCIPION.

Si hay por aquí otro retrato,
Puesto que hay otra pendencia.
Y que le haya ó no le haya
(Que esto al decoro se queda
De quien es y de quien soy),
Agradeced que no inquiera
La causa, y que no la sé
Porque no quiero saberla;
Pero no quiero tampoco
Dejar de valerme della.
Llega, Flavia, di á los dos
Lo que á mí á solas me cuentas,
Pues son los dos á quien mas
Les tocan tus advertencias.

EGIDIO. (*Ap.*)

¿Qué le habrá dicho?

LELIO. (*Ap.*)

Sin duda
Ella oyó algo, y él intenta
Que ella lo diga, por no
Decirlo él.

SCIPION.

¿Qué es lo que esperas?
Di pues.

FLAVIA.

Que atentos me escuchen.

LOS DOS. (*Ap.*)

Ponga amor tiento en tu lengua.

FLAVIA.

Las mujeres de Cartago,
Esa ingrata patria nuestra,
Que mas madrastra que madre,
Aborrecidas nos echa
De sí con el vil pretexto
De que nuestro valor sea
Solo para la paz útil,
Y no útil para la guerra;
Por una parte ofendidas
Del bando que nos destierra,
Y agradecidas por otra
Al valor que nos alberga;
Solicitamos que el mundo
En nuestro despecho vea
Que donde hay hombres que agravien,
Hay mujeres que se vengan.
Y así, de parte de todas,

Para que el despique tengas,
Y Magon tenga el castigo
De haber tocado en tu tienda
De su arrojadizo fuego
Aun la mas leve centella;
Vengo á decirte por dónde
Esa incontrastable fuerza
Que montes, muros y mares
Tan á todas partes cercan,
Para padecer asaltos
Tiene su menor defensa.
Esta es la puerta del mar,
Porque como sobre arena
Corre su cortina, á tiempos
Derrubiada, suele en quiebras
Ruina amenazar, que es como
Estaba cuando la nueva
Llegó á Cartago de que
A ella doblabas la vuelta.
Con que mal terraplenada
Por de dentro, y por defuera
No mas que unida, dejó
Facilitada la brecha
De tus arietes, al choque
De sus aceradas testas.
De suerte que si á un costado
Haces frente de banderas,
Y á escala vista dispones
Que tu ejército acometa,
Fuerza es que Magon que con todo
Su grueso á impedirte venga:
A cuyo tiempo, si mandas
Que saque su gente á tierra
La armada, y por ambas partes
Acometido, le estrechas,
Será preciso tambien
Que, divididas sus fuerzas,
Hayan de flaquear; y mas
Si tú á su principal puerta
De reten, das vista para
Reclutar donde convenga.
Y para que no presumas
Que el empeñarte es cautela,
Haciéndonos sospechosas
Ser contra la patria nuestra;
Todas tomarémos armas,
Y todas en tu defensa
Morirémos; porque el mundo
(Aunque á repetirlo vuelva)
Vea cuánto miente quien
De cobardes nos moteja
Y de desagradecidas;
Pues verá cuánto resueltas,
Ya fieramente apacibles,
Ya apaciblemente fieras,
Damos asunto á la fama
Para que en plumas y lenguas
Diga en nuestro manifiesto
A las edades eternas,
Que en favor de quien nos honra
Y contra quien nos afrenta,
Hubo mujeres que lidien
Y mujeres que agradezcan. (*Vase.*)

SCIPION.

Cuando esto una mujer dice,
Ved si será heróica empresa,
A vista del enemigo
Blandir las cuchillas vuestras
Contra vosotros, primero
Que contra él. Las dos cabezas
Que allá el águila de Roma
Ciñó de imperial diadema,
¿Neutral índice no son,
Que mira á las dos esferas
De la tierra y de la mar?
Pues ¿cómo haciéndôs en ella,
A tí de la mar Neptuno,
Y á tí Marte de la tierra,
Antes de ir á las victorias
Anticipais las tragedias?
Dejad pues, dejad enigmas
De odio y amistad compuestas:
No me obligueis á que yo
Diga lo que siento dellas,
Que quizá es mas que pensais;
Y pues da desde tan cerca
La mural corona voces
Al primero que acometa
Y fuerce la línea al muro,
Lelio, en formadas hileras
Los tercios y batallones
De pertrechos se prevengan
Para el asalto. Tú, Egidio,
Cuando cajas y trompetas
Te avisen de que ya está
La embestidura dispuesta,
Echa tu gente en la playa;
Que no es justo que te vean,
Hasta que en segundo abordo
Segundo peligro sientan;
Que yo á vista de los dos
Estaré, con la reserva
Del cuerpo de la batalla,
A opósito de la puerta,
Para acudir á quien mas
Lo necesite: y pues esta
Es la obligacion que os llama
Para hacer mi fama eterna,
No se diga de vosotros
Que abandonasteis la vuestra,
A Roma ingratos, y omisos
A los puestos que os entrega,
Donde hay mujeres que lidien,
Y mujeres que agradezcan. (*Vase.*)

EGIDIO.

Lelio...

LELIO.

Egidio...

EGIDIO.

Puesto que ir
A nuestros cargos es fuerza,
Sepamos cómo los dos
Vamos.

LELIO.

En cuanto á la guerra,
Tan amigos como ántes.

EGIDIO.

¿Y en cuanto á la paz?

LELIO.

En ella
Como ántes enemigos.

EGIDIO.

Norabuena.

LELIO.

Norabuena.

EGIDIO.

Pues adios.

LELIO.

A Dios, que ampare
Tu vida...

EGIDIO.

Él te favorezca...

LOS DOS.

Que una cosa es nuestro honor,
Y otra nuestra competencia.
(*Vanse.*)

—

Córrese el teatro del fuego, y vuelve á verse el de las tiendas de campaña, y salen FABIO, LUCEYO Y ARMINDA.

FABIO.

Ya que cobrada quedais
Del desmayo, aunque no bien
Hospedada, en parabien
De la salud que gozais,
A ganar con Scipion
Las albricias volveré,
Con vuestra licencia.

ARMINDA.

Que
Tales vuestras honras son,
Le podeis tambien decir,
Que solas ellas pudieran
Suplir las suyas.

FABIO.

Si fueran
Lo que hubieran de suplir,
Deseos, bien juzgo yo
Que en ellos no me excediera.
Y porque sé que me espera
Con este cuidado, no
Me detengo mas.

LUCEYO.

Con vos
Sirviéndôs, señor, iré.

FABIO.

Quedáos; que no es justo que
Sin el uno de los dos
Quede, por si repetido
Vuelve el desmayo, que tenga
Quien con cariño prevenga
Su alivio; que como ha sido
Nueva familia la mia,
Con ella se extrañará;
Y por lo ménos tendrá
Conocida compañía
Con vos.

LUCEYO.

¿Cómo he de dejar
De iros sirviendo?

FABIO.

Con ver
Que os lo ruego yo.

LUCEYO.

Por ser
Gusto vuestro, á mi pesar
Obedeciéndôs, no os sigo.—
(*Vase Fabio.*)
¡Ay Arminda! ¿quién creyera
Que el ruego menester fuera
Para quedar yo contigo?

ARMINDA.

Gracias á aquel fingimiento
Que á Scipion dijiste, pues
Él te tiene aquí.

LUCEYO.

Y él es
Mi alivio y mi sentimiento.
Mi alivio, porque te veo;
Mi sentimiento, porqué
Que pueda durar, no sé,
Cuando por tan fácil creo,
En tanta gente extranjera
Como al sitio ha concurrido,
Ser de alguno conocido;
Y doblar desdichas fuera
Que sobre el odio heredado,
Él del engaño aumentara.
Y si á este fin me ausentara,
Dejara en tí mi cuidado,
Y en él el del fingimiento,
Viendo que la ausencia mia,
Antes de ver si venia
La estatua, mudaba intento.
Con que de estarme ya ves
El peligro, y de ausentarme
El dolor: y pues quedarme
O irmé un mismo riesgo es,
Quedarme expuesto á la muerte
Es el que habré de elegir;
Que no es dejar de morir
Haber de vivir sin verte.

ARMINDA.

En una y otra fatiga
Un consuelo solo el cielo
Me permite.

LUCEYO.

¿Qué consuelo?

ARMINDA.

Ese papel te lo diga,
Que en secreto recibí
De un hombre del mar, despues
Que no te vi.

LUCEYO.

¿Cúyo es?

ARMINDA.

De mi tio.

LUCEYO.

Dice así.

ARMINDA.

Espera ántes que le leas.—
¡Libia!

Sale LIBIA, *llorando.*

LIBIA.

¿Qué es lo que me quieres?

ARMINDA.

Que ya que tú sola eres
La que asistirme deseas
Más que todas las demas,
Pues al entrar vi que has sido
La que hasta aquí me has seguido,
A esa puerta avisarás
Si vuelve Fabio.

LIBIA.

Sí haré.

ARMINDA.

¿Lloras?

LIBIA.

Presumo que sí.

ARMINDA.

¿Qué te ha sucedido? Di.

LIBIA.

Cuando del fuego escapé,
Una caja en que tenia
Todo mi caudal librado,
Un demonio de un soldado
(*Ap.* ¡Ay pobre belleza mia!)
Llegó, y me la arrebató,
Y huyendo se fué con ella.

ARMINDA.

No llores: satisfacella
Podré con el tiempo yo.
Haz lo que digo.

LIBIA.

Sí haré. (*Vase.*)

ARMINDA.

Ahora que aunque Fabio venga,
No habrá sospecha que tenga
De hallarte leyendo, lé.

LUCEYO.

(*Lee.*) «El no haber salido á tierra, »no ha sido por entregarme (como he »dado á entender) en los encargos del »Patron, sino por ver si podia desde »el bajel con mas brevedad dar aviso »á tu padre del estado en que te ha»llas. Anoche tuve ocasion para que, »sin sospecha de la armada, pudiese »echar al agua el esquife: con cuya »noticia no dudo que acuda á los me»dios que convengan así á tu liber»tad como á tus bodas. Hasta tener »su aviso, no saldré á tierra. Dios te »guarde.»
¿Qué consuelo hallas aquí?

ARMINDA.

¿Es poco la brevedad
Del amor y autoridad
Con que ha de cuidar de mi
Mi padre? ¿Fuerza no es
Que contra nuestro destino
Haya de buscar camino
A mi libertad? Y pues
En este breve intermedio
El que seas conocido
Es tu riesgo, yo te pido
(Porque á gran mal, gran remedio)
El que te ausentes; que cuando
Ponga en sospecha tu ausencia,
No es la sospecha evidencia.

LUCEYO.

¿Eso dices?

ARMINDA.

Sí, llorando
Te pido que prisionera,
Sin el consuelo de que
Te vea, me dejes, en fe
De que ella es tan verdadera
Como infelice mi suerte;
Pues tambien sabrá sentir
Que no es dejar de morir
Haber de vivir sin verte.

LUCEYO.

Que mi ausencia, Arminda, quieras
Porque á mi vida importó,
Quisiera decirlo yo,
Y que tú no lo dijeras.

ARMINDA.

¿No desdice á lo que siento
Ver que tu ausencia no impida?
Que donde importa tu vida,
¿Qué importa mi sentimiento?

LUCEYO.

Importa haber de sentir,
Si en mis hados infelices
Eso mismo que me dices
Me dejaras de decir.

ARMINDA.

Pues si el decir y el callar
Uno mismo viene á ser,
Habrá de darme á entender
El idioma del llorar,
Que ni es callar ni decir.

LUCEYO.

Antes el llorar, de un modo
Lo dice y lo calla todo.

ARMINDA.

Pues ¿qué medio he de elegir?

LUCEYO.

El de mi tirana suerte.

ARMINDA.

Ya sé cuál es.

LOS DOS.

Repetir
Que no es dejar de morir
Haber de vivir sin verte.

Salen FABIO Y LIBIA, *por diferentes partes.*

LUCEYO.

Y pues mi ausencia conviene...

LIBIA. (*Ap. á los dos.*)

Fabio, sin que le vea yo,
Por otra puerta se entró.

LUCEYO.

(*Ap. á Arminda.* Por si algo escuchó,
Mi ingenio disimular. [previene
No te des por entendida,
Arminda, de su venida.)
Lo que os debo suplicar
Es, que si mi estatua bella
Parece, la guardeis vos.

ARMINDA.

Id con Dios.

LUCEYO.

Quedad con Dios;
Que yo volveré por ella.—
Señor, ¿tu estabas aquí?

FABIO.

Envíame Scipion
A que dé satisfaccion
A Arminda...

ARMINDA.

¿Scipion á mí?

FABIO.

De no haberte visitado
En el nuevo alojamiento,
Porque á otras cosas atento
Le tiene el nuevo cuidado
De haber de satisfacer.
Mas no importa ahora esto.
¿Por qué vos os vais tan presto?
Que, á lo que pude entender,
Os estabais despidiendo
Los dos.

LUCEYO. (*Ap.*)

Forzoso es fingir.

ARMINDA. (*Ap.*)

Cielos, ¿qué le ha de decir?

LUCEYO.

Sí, señor: irme pretendo
Por no verme desairado;
Que si intenta Scipion
Alguna heróica faccion,
No sé á qué estoy obligado.
El, con ser su prisionero,
A que aguarde mi deidad
Me deja en mi libertad.
Si tomar las armas quiero
En su favor, soy traidor
A mi patria; si en defensa
Suya, es de Scipion ofensa
Ser ingrato á su favor;
Si la neutralidad sigo,
A andar solo me condeno,
Porque el neutral nunca es bueno
Para amigo ni enemigo:
Y en fin, señor, suspendido,
Viendo pelear, sin pelear,
Es dejarme motejar
De cobarde: con que ha sido
El ausentarme mejor
Medio; y así, de irme trato,
Por no ser neutral ni ingrato,
Ni cobarde ni traidor.

ARMINDA.

Como le debo la vida,
(*Ap.* Esto es que de mis enojos
No digan algo los ojos.)
Confieso que enternecida
Me deja verle partir,
Sin que el corto tiempo quiera
Ver, si la deidad que espera
Viene ó no.

FABIO.

Verte sentir
Con tanta causa que á él
Dándole su estatua en paga,
Su deuda no satisfaga
Tu vida, y luego cuán fiel,
Atento á su pundonor,
No hay conveniencia que aguarde,
Por la nota de cobarde,
De ingrato ni de traidor,
Me pone en obligacion

De aplicar un medio, en que
Seguro ese tiempo esté
De la una y otra objecion.

ARMINDA.

¿Qué medio?

FABIO.

Estar retirado
Aquí, pues que con no verle,
No hay ninguna que ponerle.

LUCEYO.

De tu favor amparado,
Claro está que mi opinion,
Señor, siempre queda bien.

ARMINDA.

Gracias mis brazos te dén
Por tan nueva obligacion.

FABIO.

Venid; que yo entre mi gente
Mandaré que oculto estéis.

LUCEYO.

Un esclavo en mí tendréis.

ARMINDA.

El cielo tu vida aumente,
(*Vase Fabio.*)
¿Qué dices?

LUCEYO.

Que nuestra suerte
Se enterneció.

LOS DOS.

Sí, al oir
Que no es dejar de morir
Haber de vivir sin verte.
(*Vanse los dos.*)

LIBIA.

Ya que aquí fué mi venida
Consolar con el favor
De Arminda, el sumo dolor
De mi hermosura perdida;
Pues sola pude quedar,
Un soliloquio he de hacer;
Que á una afligida mujer
¿Quién quita el soliloquiar?
¡Deshermoseada belleza!
—¿Qué quieres, señora mia?
—Que digas á mi tristeza
Noche y dia:
«Perdí mi bien, perdí mi compañía.»

Sale TURPIN, *huyendo, con la caja.*

TURPIN.

Mujer, quien quiera que seas,
(Perdona en estilo hablar
De fantasma) si estorbar
Una desdicha deseas,
Un hombre que me ha seguido
Y con mas de ochenta viene,
Darme la muerte previene.
¿Dónde estar podré escondido,
Miéntras tú á decirle sales
Que aquí no entré ni salí?

LIBIA.

(*Ap.* ¿No es mi caja aquella? Sí.
¡De buen sagrado te vales!
Mas si quitársela quiero,
Sola estoy: tambien huirá
De mí, ó quizá me dará
Con algo; cobrarla espero
Valiéndome del que huyendo
Viene.) Retírate aquí.
Seguro estás, pues de mí
Te fías. (*Vase.*)

TURPIN.

Sacar pretendo,
Pues ya abierta la tenia,
Y echarme en la faldriquera
Algunas joyas siquiera,
Y dejársela vacía
En pago de la piedad,
Y de excusarme el enfado
De andar con ella cargado.
Ea, vil necesidad,
Hoy mejoras de fortuna,
Pues por lo que sucediere,
Llevaré lo que pudiere.
¿Qué joya será esta?—Una
Salserilla es de color.
Este es un casco de espejo.
Este un desdentado y viejo
Peine. Un papel de alcanfor
Este... y en estotro están
Dos moros. Ojos, miraldos:
Veréis al bajá Albayáldos
Con el turco Soliman.
Botes hay y redomillas,
A quien con salvas no pocas,
Están de rostro dos tocas
Sirviéndolas de rodillas.
¡Por Dios, que es riqueza brava!

Salen LIBIA Y BRUNEL.

BRUNEL.

¿Adónde está el que de mí
Dices que entró huyendo?

LIBIA.

Aquí

TURPIN. (*Ap.*)

Aun peor está que estaba.

LIBIA.

La caja que estás mirando,
Es la que á mí me quitó.

TURPIN.

Para volvértela yo,
Mujer, te venía buscando,
Que es lo que á mí Scipion
Me mandó.

BRUNEL.

Cuando eso fuera,
¿Mandóte que no te diera
Muerte yo?

TURPIN.

Eso no mandó.

BRUNEL.

Dime, infame: yo ¿no fuí
Quien te dió la bofetada?

TURPIN.

Sí por cierto, y tán bien dada,
Que fué lástima que en mí
Una cosa se emplease
Hecha con tanto primor.

BRUNEL.

¿Cómo dijiste, traidor,
Darla tú?

TURPIN.

Que castigase,
Creyendo en tí la osadía,
Temí; y así mi valor
Dijo, por salvar tu error,
Que la dádiva era mia.

BRUNEL.

Buen error salvaste; pero
A mi mano morirás. (*Saca la espada.*)

LIBIA.

Tente, no te empeñes mas
Hasta que cobre primero
Yo mi hacienda.

TURPIN.

Vesla ahí;
Que á mí tambien me importó
Desembarazarme yo.
(*Arroja la caja, y salen de ella los trastos que ha dicho, y otros vidrios, y riñen los dos, pisándolo todo.*)

LIBIA.

En que es mi cara ¡ay de mí!
Eso que arrojas, repara.

TURPIN.

Yo de defenderme trato.

BRUNEL.

¿Qué mucho, si ves que es gato,
Que haya saltado á la cara?

LIBIA.

¡Ay mi belleza por tierra!

BRUNEL.

El defenderte es locura.

LIBIA.

¡Ay pisoteada hermosura!
(*Tocan dentro cajas.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

TURPIN.

Pues que la puerta cobré,
Del arma y dél sabré huir. (*Vase.*)

BRUNEL.

Y yo te sabré seguir. (*Vase.*)

LIBIA.

Y yo recoger sabré
Lo que así arrojais en tierra,
Diciendo al veros ajadas:
¡Ay dulces prendas, por mi mal halladas!
(*Vase Libia recogiendo sus trastos.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

—

Córrese el teatro de tiendas, descubriendo el de murallas, y en sus almenas MAGON Y SOLDADOS.

MAGON.

Heróicos cartaginenses,
Nobles reliquias de aquellos
Primeros conquistadores
Y pobladores primeros
Destos montes y estos mares,
Pues con africano esfuerzo,
Para la invasion de España
Fortificaron en ellos
Contra las campañas muros,
Y contra los golfos puertos:
Ese generoso jóven
A quien el romano imperio
Por aclamacion juró
Su cónsul en años tiernos,
No contento (que pudiera
Solamente con haberlo
Intentado, haber llegado
A Cartago), no contento,
Vuelvo á decir, con haber
Sitio á sus murallas puesto,
Que bastaba para gloria
Que hiciera su nombre eterno;
Hoy, quizá porque no digan
Que abandonando el acero
Se valió de la embotada,
Torpe segur del asedio,
Intenta dar el asalto,
Segun desde aquí estoy viendo
En cerrados batallones
Venir avanzando puestos
La caballería, á quien siguen
De la infantería los tercios,

Tan en órden, que parecen
Unos y otros, á reflejos
Del sol, siendo en unos y otros
Caña el asta, espiga el hierro,
Mies abrigada á la sombra
De armados montes de hielo:
A cuyo diestro costado,
Otro menor trozo, haciendo
Cuerpo aparte de batalla,
En real marcha á paso lento
Le sigue, partiendo vista
Entre el golfo y el terreno.
Ea pues; que hoy es el dia
Que nos favorece el cielo,
Puesto que precipitado
De su jóven ardimiento,
Su ejército trae á ser
Glorioso despojo nuestro,
Pues viene por donde está
Mas fortificado el riesgo.

SOLDADO 3.°

Ya en bandas los tiradores,
Desunidas de su grueso,
Poblando el aire de flechas,
Se adelantan con intento
De desalojar del muro
La guarnicion.

MAGON.

Y tras ellos
Las artificiales hondas
De los trabucos pedreros,
Por quien, nubes de madera,
Graniza piedras el cierzo.

LELIO. (*Dentro.*)

Ea, soldados, al muro
Las escalas, que ya es tiempo,
Y á embestir trompas y cajas
Hagan señal.

(*Cajas y clarines.*)

EGIDIO. (*Dentro.*)

Pues los ecos
De las cajas y las trompas
Ya en militares estruendos
Nos avisan de que están
Para el asalto dispuestos,
¡A tierra, á tierra, soldados!
Y como vayan saliendo,
Acudan al terraplen
Zapas y palas.

MAGON.

¿Qué es esto?

SOLDADO 4.°

Que de la armada ha salido
Otro ejército no ménos
Numeroso.

MAGON.

Ya veo que
Es cada bajel de aquellos
Marino paladion,
Que de su preñado seno
Aborta gentes, sin mas
Máquinas, sin mas pertrechos,
Que escalas y gastadores
Con rústicos instrumentos
Para picar la muralla.
¿Quién les habrá dicho, cielos,
Que es lo ménos defensable?
Mas no desmayeis por eso,
Sino de la plaza de armas
Acudan á echar sobre ellos
Despedazados los riscos,
Que allí estaban de repuesto
Para las reclutas.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva
Cartago!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el imperio!

Salen por una parte LELIO, BRUNEL *y* SOLDADOS, *con escalas.*

LELIO.

Aquí arrimad las escalas;
Que yo he de ser el primero
Que de la mural corona
Merezca gozar el premio.

BRUNEL.

Hoy la perdida opinion
Cobrar con Scipion intento,
Siendo el que arrime la escala
Y suba en su seguimiento.

Sale por otra parte EGIDIO *y* SOLDADOS, *con escalas.*

EGIDIO.

No prosigais en abrir
La brecha; que ya no quiero
Sino que arrimeis escalas,
Por no perder el derecho
De la corona mural,
Si por el muro no entro.

TODOS.

¡Arma, arma! ¡Guerra!

UNOS. (*Arriba.*)

¡Viva
Cartago!

OTROS. (*Abajo.*)

¡Viva el imperio!

(*Dan la escala unos y otros, y suben Lelio y Egidio los primeros, y tocan cajas.*)

LELIO. (*En lo alto.*)

Los cielos me sean testigos
De que yo he sido el primero
Que he puesto el pié sobre el muro.

(*Éntrase riñendo, y dice Egidio en lo alto, en otra parte.*)

EGIDIO.

Testigos me sean los cielos
De que yo el primero he sido
Que el pié sobre el muro he puesto.
Mas ¡ay infeliz! que como.
Cavado estaba el cimiento,
Tiembla el terraplen.

SOLDADO 1.°

Desciende
Antes que se venga al suelo.

EGIDIO.

¿Qué es descender? ¡Yo pié atras!
¿No es mejor, pues me despeño,
Siendo lo mismo caer
Hácia fuera que hácia dentro,
Caer donde el mural laurel
Consiga despues de muerto?
¡Valedme, dioses! (*Cae hácia dentro.*)

LELIO. (*Dentro.*)

Cayó
Desplomado todo el lienzo
Que Egidio minaba: acuda
En su amparo. (*Éntrase.*)

MAGON.

Pues nos vemos
En dos partes asaltados,
Sea el último remedio,
A mas no poder, rendidos
Abrir las puertas, pidiendo
A merced las vidas.

(*Vanse.*)

TODOS.

¡Muera
Cartago, y viva el imperio!

Salen FLAVIA, LIBIA, *y las demas* MUJERES.

FLAVIA.

Pues los romanos el muro
En una parte han deshecho
Y en otra le han asaltado,
Solo queda á nuestro esfuerzo
Ganar la puerta. Pedid
Que avancen los ingenieros
Los acerados arietes
Que están en sus fustas puestos,
Con satisfaccion de que
Nosotras la batirémos.

LIBIA.

Excusada diligencia
Será; que ya la han abierto
Los de adentro.

Salen MAGON *y* SOLDADOS, *por la puerta del muro.*

TODAS.

¿Dónde vais,
Cobardes?

MAGON.

Adonde puestos
A los piés de Scipion,
Queremos que su real pecho
A merced nos dé las vidas.

FLAVIA.

Pues nosotras no queremos
Sino que todos murais
A nuestras manos, primero
Que sus piedades escuchen
Vuestros míseros lamentos.

MAGON.

¡Vosotras contra la patria!

TODAS.

No es patria la que del seno
Nos arroja.

FLAVIA.

Ahora veréis
Si somos para el manejo
De las armas.

TODAS.

Mueran todos.

FLAVIA.

A ellos, Libia.

LIBIA.

Flavia, á ellos.

Éntranlos retirando, y sale TURPIN.

TURPIN [1].

Ya que se da puerta franca,
Y que entrar de balde puedo,
Por si manda Scipion,
A sus piedades atento,
Que cese el saco, no pueda
Por mí decir el proverbio
Que honra y provecho en un saco
No caben. De honra y provecho,
Que del saco he de sacar
Llena la bujaca pienso. (*Vase.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Victoria por Scipion!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Muera
Cartago!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el imperio!

[1] Los diez versos siguientes no se hallan en la coleccion de Vera Tasis; se han tomado de un ejemplar de esta comedia, impresa suelta en Nápoles por Salvador Castaldo, *Regio impresor*, año 1681.

Salen SCIPION, FABIO Y SOLDADOS.

FABIO.

Entra á tomar posesion,
Pues las puertas te han abierto,
Demolidas y asaltadas
Sus murallas.

SCIPION.

No me atrevo
A pisar sus calles, Fabio,
Cuando inundadas las veo
De humana púrpura, ser
Cadáver cada tropiezo.

FABIO.

¿Ahora el valor te retira?

SCIPION.

No es falta de valor esto;
Que el valor al conseguirlo
Se vuelve en lástima al verlo.
Iguales pasiones, Fabio,
En un corazon excelso,
Magnánimo y generoso,
Son piedades y ardimientos.
Ningun cruel fué valiente,
Ningun valiente fué fiero:
Y así, no extrañes que yo
Valiente y piadoso á un tiempo,
En la victoria me glorio,
Y en la sangre me enternezco.
Toca á retirar.—Soldados,
Baste, baste lo sangriento.
Ni la mortandad prosiga,
Ni el saco.

Salen por una parte LELIO, *con* EGIDIO *en los brazos, como desmayado; y por otra* LAS MUJERES, *con* MAGON Y SOLDADOS, *rendidos.*

EGIDIO.

¡Valedme, cielos!

LELIO.

Aliénta, Egidio, y respira,
Pues ya estás en salvo puesto.

EGIDIO.

¿Quien me dió la vida?

LELIO.

Quien
Diera la suya á igual precio.

FLAVIA. (*A Magon.*)

Llega, arrójate á sus plantas,
Porque ántes que te démos
Muerte, tengas eso mas
Que sentir.

SCIPION.

Ved qué es aquello.

LELIO.

Que debajo de la ruina
Que habia fabricado él mesmo,
Dentro ya de la ciudad
En polvo y fagina envuelto,
Victorioso mas que vivo
Y enterrado ántes de muerto,
Sin temer el amenaza
De lo que quedó pendiendo,
A Egidio saqué en mis brazos.

EGIDIO.

A él, señor, la vida debo,
Pues... Mas no... No puedo hablar.

LELIO.

Nada me debes, supuesto
Que yo lo que debo pago.

SCIPION.

(*Ap.* ¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
¡Ayer la espada en la mano,
Y hoy la hidalguía en el pecho!
¡Oh! lo que pienso no sea,
Porque es mucho lo que pienso.)
Y esotro ¿qué es?

TODAS.

Que nosotras
Ganamos la puerta, haciendo
Que ninguno salga vivo.

FLAVIA.

Y en pago de su destierro
Y de tu amparo, á Magon
Preso á tus plantas traemos.

SCIPION.

Retira tú á Egidio donde,
Reparado, cobre aliento,
Y retirad á Magon
Tambien; que al verle no quiero
Me compadezca rendido
Más que me enojó soberbio.

MAGON.

Rendido, Scipion, de ti,
Honor es el rendimiento.

SCIPION.

Llegad todas á mis brazos,
Y en justo agradecimiento
Del vuestro, tendrán desde hoy
Especiales privilegios
Las mujeres de Cartago.

TODAS.

Y todas, será, diciendo,
Miéntras se previene el triunfo
Para tu recibimiento...

ELLAS Y TODOS.

¡Viva el valiente Scipion,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

SCIPION. (*Ap.*)

¡Qué poco me desvanece
El aplauso, cuando temo
Que no venzo á mi enemigo,
Si á mí mismo no me venzo!

TODOS.

¡Viva el valiente Scipion,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

JORNADA TERCERA.

Cajas y trompetas: SCIPION Y SOLDADOS, *dentro.*

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Viva el grande Scipion,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

SCIPION. (*Dentro.*)

Pase la palabra, y cesen
Lo saqueado y lo sangriento.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

Pase la palabra, y cesen
Lo saqueado y lo sangriento.

Sale TURPIN, *con una bujaca al hombro.*

TURPIN.

Bien temí que Scipion,
A sus piedades atento,
Habia de mandar que el saco
Cesase: con que en oyendo
El rigor del bando, hube
De cebarme en lo primero
Que hallé en una casa, que era
Sin duda de Baco templo,
Segun la ofrenda que estaba
Puesta en su recibimiento.

Sale BRUNEL, *tambien con bujaca, sin ver á Turpin.*

BRUNEL.

Hoy Scipion ha de ver
Que no soy yo el embustero,
Ni el gallina, ni el ladron;
Pues mas entregado al riesgo
Que al interes, buen testigo
En la bujaca le llevo
De mi valor.

TURPIN. (*Ap.*)

¿No es aquel
Brunel? Sí. Al mirarle temo
Que me coja en descampado:
Y así retirarme intento
Entre esas ramas, adonde
Despeñado un arroyuelo,
Con su ruido encubra el mio.
(*Escóndese.*)

BRUNEL.

Cansado estoy y sediento;
Y pues no sé dónde hallarle,
Porque él anda discurriendo
La campaña, y hácia allí
Entre aquellas ramas siento
Que corre un arroyo, en él
Cansancio y sed templar pienso,
Pues hasta saber adónde
Le halle, no se pierde tiempo.

TURPIN. (*Ap.*)

Hácia aquí viene buscando
El agua; y lo que yo tiemblo
Es que ha de dar con el vino,
A contrario el argumento
De la conclusion que hoy
Sustentan los taberneros,
Que es ir por vino y dar agua.

BRUNEL.

De bruces echarme pienso,
Segun la sed que me aflige.
La bujaca, con el peso,
Metida á estomaticon,
No solo me estorba, pero
Aun me abruma la garganta.
Estése aquí miéntras bebo;
Que no he de brindar con agua
Al huésped que tiene dentro.
(*Quítase la bujaca y pónela detras de sí.*)

TURPIN. (*Ap.*)

La bujaca se ha quitado,
Y que en ella tenga, es cierto,
Pues tanto el peso le abruma,
Alhaja de mucho precio.
Trocaréla por la mia,
Si es que me vale el proverbio
Que dijo que la fortuna
Ayuda al atrevimiento.
(*Se la quita, poniéndole la suya en su lugar.*)

BRUNEL.

¡Qué bien sabe el agua á ratos!

TURPIN. (*Ap.*)

Y á ratas tambien, supuesto
Que habitan en los molinos.

BRUNEL.

Y pues ya he cobrado aliento,
En busca de Scipion
Iré; que la hora no veo
(*Vuelve á tomar la bujaca, que es la de Turpin.*)
De que conozca mis brios
Y conozca los enredos
De aquel infame Turpin,

Que matar á palos tengo
Donde quiera que le halle.

TURPIN. (*Ap.*)

Antes que te veas en eso,
Me veré yo en lo que tú
Del saco has sacado.

BRUNEL.

Pero
¿Dónde voy, si allí gran tropa
Viene, que en su seguimiento
Debe de ser, segun dicen
Repetidos los acentos?...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva el grande Scipïon,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

BRUNEL.

Por esta parte atajando,
Podré salirle mas presto
Al encuentro... ¿Quién está
Aquí? (*Ve á Turpin.*)

TURPIN.

El azar dese encuentro.

BRUNEL.

Pícaro, ¿qué haces aquí? (*Agárrale.*)

TURPIN.

Buscando un arroyo vengo
Con sed; y si usted me dice
Dónde está el agua, yo creo
Que podré decirle dónde
Está el vino.

BRUNEL.

En fin, ¿te tengo
Donde no puedes huir?

TURPIN.

Suélteme, y verá si puedo.

BRUNEL.

Primero te he de dar muerte.

TURPIN.

Pues si me mata primero,
Despues ¿para qué he de huir?

BRUNEL.

Mas ya matarte no quiero...

TURPIN.

Hace bien.

BRUNEL.

Sino que pues
Scipïon, en hacimiento
De gracias, pasando vista
A batallones y tercios,
Viene hácia aquese cuartel,
Que desde hospedaje y fuego
Con sus tiendas le ha servido
De prestado alojamiento,
Llegues conmigo á sus plantas,
Y veas que te desmiento
Con mis hazañas.

TURPIN.

Ya sé
Que usted es un hazañero,
Y me doy por desmentido.

BRUNEL.

Vén; que hás de ver lo que llevo
Que ofrecerle.

TURPIN.

Tambien sé
Que no he menester saberlo.

BRUNEL.

No te detengas; que ya
Se ha apeado, segun veo
Que se despiden las tropas,
Una y otra vez diciendo...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva el grande Scipïon,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

Tocan cajas, y salen SCIPION, FABIO *y* SOLDADOS.

SCIPION. (*Ap.*)

¡Qué poco me desvanecen,
Si es que á repetirlo vuelvo,
Los aplausos, cuando en otra
Civil batalla no creo
Que he vencido á mi enemigo,
Miéntras á mí no me venzo!

BRUNEL.

Puesto que á tus piés, señor,
Otros soldados han puesto
Los trofeos que han ganado
En este asalto, bien puedo
Atreverme yo á poner
Tambien mi humilde trofeo.
Un capitan enemigo,
Que señalado entre ellos
Con insignias militares,
La muralla defendiendo
Por aquella parte estaba
Que yo subí, fué el postrero
Que en el almena quedó:
Con que con él cuerpo á cuerpo
Lidiando, le dí la muerte,
Y no con ella contento,
La cabeza le corté,
Que es lo que á tus piés ofrezco.
(*Saca una bota.*)
Mas, ¡cielos! ¿qué es lo que miro?
¿Quién en bota me la ha vuelto?

TURPIN.

¿Cuántas cabezas se vuelven
En botas cada momento?

SCIPION.

Ya otras veces este loco,
Con sus raros desaciertos
Me ha cansado: retiradle
De aquí.

TURPIN.

No te enojes deso;
Que yo tampoco hago caso
Del pasado lance nuestro,
Porque es un pobre menguado
Sin razon ni entendimiento.
Todo lo que te ha contado
Le venía yo diciendo;
Y con su locura hizo
Tan vêmente aprension dello,
Que cré que es suya la accion.
Y porqué veas que no miento,
Esta la cabeza es
De aquel cartagines fiero
Que yo destronqué.

SCIPION.

Tambien
De ver ese horror me ofendo.
¿Quién mató otro y pasó á mas
Que al dolor de haberle muerto?

BRUNEL.

¿Mi cabeza no es aquella?
Infame, dame mi muerto.
(*Embístense los dos.*)

TURPIN.

Para lo que á mi me sirve,
Vesla aquí. (*Tirasela.*)

UNOS.

Apartáos.

OTROS.

Tenéos.

SCIPION.

Tambien á ese retirad;
Que ver locuras no quiero
Ni atrocidades: y todos
Me dejad, por ver si puedo
Descansar conmigo un breve
Rato. Idos todos.
(*Vanse.*)

FABIO.

¿Qué es esto?
Dia, señor, que consigues
Tan glorioso vencimiento,
Que á Scipïon en Cartago
La fama ha de hacer eterno,
Sin que la melle sus bronces
La sorda lima del tiempo;
Dia que de tu piedad
Movido todo su pueblo,
El que empezó en sobresalto
Viene á parar en obsequio,
Pues para tu triunfo está
Carros y arcos previniendo;
¡De tu gente te retiras
Tan absorto y tan suspenso!
¿Qué sientes?

SCIPION.

Si yo supiera
Decir ¡ay Dios! lo que siento,
De tí, Fabio, lo fiara;
Pero es un dolor tan nuevo,
Que por mas que me habla claro,
Le oigo, pero no le entiendo.
Déjame tú tambien solo.

FABIO.

A mi pesar te obedezco. (*Vase.*)

SCIPION.

Gracias, ¡oh Júpiter, dios
De dioses! que alentar puedo
Sin temor de que alabarse
Pueda aun el mas leve acento
De que rompió delincuente
Las cárceles del silencio;
Pues solo le oirá quien sé
Que sabrá guardar secreto,
Tanto que á su dueño aun no
Le dirá mi atrevimiento.
(*Saca el retrato.*)
Hermoso asombro sin vida,
Sin alma hermoso portento,
Que sin alma y vida tienes
En vidas y almas imperio:
¿Qué duelo fué aquel en que
Te hallé? que aunque mi deseo
Fué saberlo, tambien fué
Ignorarlo; que al respeto
Tuyo no quise atrever
Ni ignorarlo ni saberlo.
Ni ahora te lo preguntara,
Si bastaran los esfuerzos
De mi callado dolor
En sí á mantenerse; pero
Como no hay nada que no
Tenga terminado aumento,
¿Qué mucho que haya llegado
Al suyo mi sufrimiento,
Y mas siendo el preguntarlo
A quien no ha de responderlo?
¿Qué duelo pues aquel fué,
Tan nunca acaecido duelo,
Como que viese en la tierra
La hermosa deidad de Vénus
El ídolo de su altar
Y la imágen de su templo?
Cuyo sacrílego ultraje
Solo me dejó el consuelo,
Al quererte llevar dos,
Que ninguno era tu dueño,
Pues el que lo fuera, no
Te pusiera en igual riesgo.

Luego si Lelio ni Egidio
Lo eran, ¿con qué accion de serlo
Lelio y Egidio decian?...

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Egidio!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Lelio!

SCIPION.

Pero ¿quién, al pronunciarlos,
Publica, cuando yo muero,
Que ellos vivan?

Sale FABIO.

SCIPION.

¿Qué alboroto,
Fabio, es ese?

FABIO.

Acude presto,
Señor; que en civil batalla
Tus dos ejércitos puestos,
Para venir á las manos
Están, en morir resueltos.
La gente del mar pretende
Que el siempre glorioso premio
De la corona mural
(Insignia de tanto aprecio,
Que es una guirnalda de oro,
Militar honor supremo),
A su general Egidio
Se debe, pues fué el primero
Que dentro del muro entró,
En su misma ruina envuelto.
La de la tierra, que á escala
Vista y cuerpo descubierto,
Su general Lelio fué
El primero que entró dentro:
Con que unos y otros, al ver
Que siempre resulta en ellos
De sus cabos el honor,
Se van á embestir, diciendo...

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Lelio!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Egidio viva!

Salen en dos bandos los SOLDADOS, Y EGIDIO *deteniendo á los unos, y* LELIO *á los otros.*

LELIO.

Tenéos, amigos.

EGIDIO.

Tenéos,
Soldados...

LELIO.

Que no es razon...

EGIDIO.

Que no es justicia...

SCIPION.

¿Qué es esto?

LELIO.

Detener yo á mis soldados,
A fin de que su pretexto
No es lícito...

EGIDIO.

Y yo á los mios,
A causa de que su intento
No es justo...

LELIO.

Pues siendo quien
Pretende el blason excelso
De la corona mural
Egidio, nunca yo puedo
Competir con él; que siempre
Es suyo el merecimiento.

EGIDIO.

Lo mismo á mi gente yo
Persuado, reconociendo
Que no hay servicios en mí
Que igualen á los de Lelio.

LELIO.

Y así que á él le des su lauro
Te suplico.

EGIDIO.

Yo te ruego
Que á él se le des, pues él es
Su mas legítimo dueño.

LELIO.

El haberle competido
Me basta á mí para premio
De inmenso honor.

EGIDIO.

Que él le goce
Me basta á mí para eterno
Renombre.

LELIO.

En darsele á él
Me le das á mí.

EGIDIO.

Lo mesmo
Debo yo decir.

SCIPION. (*Ap.*)

¿Quién vió
Dos tan contrarios afectos
Como que se dén las vidas
Y los honores á trueco,
Y que de honores y vidas
Apelen á los aceros?

SOLDADO 1.°

Aunque ellos, señor, compitan
En corteses cumplimientos...

SOLDADO 2.°

No son dueños desta accion;
Que todos somos sus dueños...

TODOS.

El dia que en su valor
Está interesado el nuestro.

SCIPION.

Soldados, ese litigio
Quiere mas prudente acuerdo,
Y así, le reservo en mí
Para que con mas consejo
Que el del furor de las armas
Le determine: y los cielos
Viven, que si habiendo oido
El que yo en mí le reservo,
Hubiere quien... Pero ¿quién
Ha de haber? Vuélvase al pecho
La voz sin que la pronuncie
El labio, porque no quiero
Que me pague la amenaza
Lo que me debe el respeto,—
Retirad al mar, Egidio,
Vuestros soldados;—vos luego
Tambien, Lelio, retirad
A sus cuarteles los vuestros.

EGIDIO.

Soldados, al mar.

LELIO.

Soldados,
Al cuartel.

UNOS.

Todos irémos
Contentos, señor, en fe...

OTROS.

De reservar en ti el medio
En que podamos decir...

UNOS.

¡Viva Egidio!

OTROS.

¡Viva Lelio!

(*Vanse los dos con sus soldados.*)

FABIO.

Ya, señor, que este alboroto
Está por ahora suspenso,
Sabe que Máximo, tio
De Arminda, habiendo compuesto
Las cosas de su viaje
Que en el mar le detuvieron,
Licencia para salir
A tierra te pide.

SCIPION.

Eso,
Desde que yo á Arminda vi,
¿No lo concedí, diciendo
Que él y toda su familia
Saliesen?

FABIO.

Con todo eso,
Te hace esta segunda salva,
A ley de buen prisionero.

SCIPION.

Excusada ceremonia.
Y ya que hablamos en esto,
¿Qué se hizo el español
(Que há mucho que no le veo)
Que le dió la vida á Arminda?

FABIO.

Si la verdad te confieso,
Yo le tengo retirado.

SCIPION.

¿A qué fin?

FABIO.

Es tan atento,
Que al ver que á dar el asalto
Estabas, señor, resuelto;
Por no tomar armas contra
Su patria, y al mismo tiempo
No poder en tu favor,
Contra su agradecimiento
(Que el neutral es sospechoso,
Que no está airoso el suspenso
Que ve lidiar sin lidiar),
Sin esperar el efecto
De aquella estatua que aguarda,
Le vi á ausentarse dispuesto.
Moviéronme sus razones
A que le diese por medio
Ausentarse y no ausentarse,
Y es que estuviese secreto.
Dar el consejo y no dar
Ayuda para el consejo
Es, segun suelen decir
No sé que vulgares versos,
Darlo todo y no dar nada:
Y así en mi tienda le tengo
Retirado.

SCIPION.

Bien hiciste;
Que yo tambien le agradezco
El socorro que hizo á Arminda,
Y que consiga deseo
La deidad que aguarda, y verla,
Segun los grandes extremos
Con que la encarece.

Sale EGIDIO.

EGIDIO.

Ya,
Señor, embarcada dejo
La gente del mar.

Sale LELIO.

LELIO.

Y yo
La de la tierra en sus puestos.

EGIDIO.

Desembarcada pudiera
Decirte tambien, supuesto
Que Máximo, en fe de haber
Revalidado el primero
Liberal permiso tuyo,
Conmigo ha salido al puerto,
Y para besar tu mano
Licencia espera.

SCIPION.

Mal puedo
Negar lo que di.

LELIO.

Tambien
Arminda, señor, sabiendo
Que está aquí su tio, gozosa
Viene á su recibimiento.

Sale MÁXIMO *por una parte, y* ARMINDA *por otra.*

MÁXIMO.

Una y mil veces, señor,
Humilde tus plantas beso,
Bien que á tan altos favores
Como Arminda y yo debemos
A tu piedad, dudo que
Baste un agradecimiento:
Y así, dejándole ahora
A que te le explique el tiempo,
Paso al feliz parabien
De la victoria, que el cielo
Te deje gozar los años
Que merece el que en tan tiernos,
Tan heróico, tan glorioso,
Tan invicto y tan excelso,
Nació segundo para ser primero.

SCIPION.

Alzad del suelo, á mis brazos
Llegad.

MÁXIMO.

Permitid que en ellos
Al tribunal del cariño
Apele del del respeto.—
Dame tú, Arminda, los brazos.

SCIPION. (*Ap.*)

¡Qué bien hace mi silencio
En que no me atreva á hablarla,
Pues á verla no me atrevo!

ARMINDA.

Tú seas tan bien venido
Como te esperó el deseo
Que ya de verte tenia.

MÁXIMO.

Todo es debido al afecto
De mi amor. (*Ap. á ella.* Con tu rescate
Tu padre vendrá muy presto
El mismo en persona.)

ARMINDA. (*Ap. á Máximo.*)

En tanto,
Porque importa, te prevengo
Que si vieres aquí...

SCIPION.

Arminda...

ARMINDA.

Señor... (*Ap.* Yo lo diré luego.)

SCIPION.

Lo agradecido que estoy
Al español Uliceo
De haberte dado la vida,
En obligacion me ha puesto,
Ya que Máximo ha salido
A tierra, que él vea si es cierto
Venir su deidad. Esto es
Prevenirte de que quiero
Ganar las albricias yo.—
Fabio, pues á lo que creo,
Vos sabréis adónde está,
Decidle que yo le espero,
Que venga con vos; mas no
Le digais para qué efecto:
Yo se lo diré.

(*Vase Fabio.*)

ARMINDA.

(*Ap.* Perdida
Soy, si á mi tio no advierto.)
(*A Máximo.*) Oyeme.

MÁXIMO.

Di.

ARMINDA.

Cuando vieres...

SCIPION.

Máximo...

MÁXIMO.

Gran señor...— Luego
Me lo dirás.— ¿Qué me mandas?

SCIPION.

Pues habeis venido á tiempo
Que vuestra sangre, que vuestras
Canas, y que el valor vuestro
(Que ya sé cuánto habeis sido
En letras y armas experto)
En un duelo en que me hallo
Me podrán dar el consejo
De que necesito (pues
No siendo amigo ni deudo
De las partes, juzgaréis
Desapasionado y cuerdo),
Venid conmigo, porqué
Sin ellas os diga el duelo
En que habeis de aconsejarme.

MÁXIMO.

Dichoso seré si acierto;
Si no, al que en obligacion
De elegir está, sospecho
Que es darle que desechar
Desahogarle el pensamiento.

(*Vanse los tres.*)

ARMINDA. (*Ap.*)

¡No bastó ¡ay de mí! que no
Le escribiese, por el miedo
De no fiar de un papel
Tan importante secreto,
Sino que para advertirle
Me hubiese de faltar tiempo?
Aquí no hay otro camino
Sino salirle al encuentro,
Y decirle que no venga
Hasta que avise primero
Yo á mi tio.

LELIO. (*Ap.*)

Amor...

EGIDIO. (*Ap.*)

Fortuna...

LELIO. (*Ap.*)

¿Qué me acobardo?

EGIDIO. (*Ap.*)

¿Qué temo?

ARMINDA.

¿Dónde, caballeros, vais?

LELIO.

Acompañándos.

EGIDIO.

Sirviéndos.

ARMINDA.

Aunque como debo estimo
Este galan cumplimiento,
Os suplico no paseis
Adelante.

LELIO.

Si el deseo
De que conozcais en mí,
Señora, un esclavo vuestro,
Esta ocasion pierde, ¿cuándo
La ha de lograr?

EGIDIO.

Si el afecto
(No de esclavo, que en mí es
Voluntario el cautiverio)
Desaprovecha esta dicha,
¿Cuándo?...

ARMINDA.

Suspended, os ruego,
Estilos que yo no alcanzo;
Que esto de afecto y deseo,
Libertad y esclavitud,
Para mí idioma es tan nuevo,
Que nunca llegó á mi oido
De sus voces el estruendo.
Quedáos, os suplico.

(*Caésele á Arminda, al irse á entrar, un guante.*)

EGIDIO.

Un guante
Que se ha caido os advierto,
Porque prenda vuestra yo
A tocarla no me atrevo.

LELIO.

Yo sí; que no he de esperar
Que me dé el merecimiento
Lo que no me da la dicha.

EGIDIO.

De que vos le alceis me huelgo
Para llevarle yo.

LELIO.

¿Cómo?

EGIDIO.

Como por mas fácil tengo
El quitárosle ahora á vos,
Que el levantarle del suelo.

LELIO.

Eso falta de ver.

EGIDIO.

Pues
Así se verá bien presto.

(*Sacan las espadas y riñen.*)

ARMINDA.

Oid, esperad.—¡Scipion!
¡Fabio! ¡Máximo!

Salen SCIPION, FABIO, MÁXIMO; *y despues*, LUCEYO.

TODOS.

¿Qué es esto?

ARMINDA.

Habérseme caido un guante,
Y haberse estos caballeros
Empeñado sobre cuál
Ha de llevársele.

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Esto me faltaba ahora,
Cuando temeroso llego,
Llamado de Scipion,
Sin saber á lo que vengo.

SCIPION.

¿Hasta cuándo han de durar

Tantos locos devaneos,
Como haberos de hallar siempre
Amigos, y siempre opuestos?
Apénas de la mural
Guirnalda de oro el supremo
Honor cedeis uno á otro,
Y yo para componeros,
Con vuestos mismos soldados
Ando consultando medios,
¡Cuando lidiais por un guante!

LOS DOS.

Pues ¿por qué te admiras desto?

EGIDIO.

¿Es una guirnalda de oro
Alhaja de tanto precio
Como el guante de una dama?

LELIO.

¿Es un dorado ornamento
Mas que un honor añadido?
Pues ¿porqué no he de echar ménos,
Si yo me tengo el honor,
El guante que yo no tengo?

LUCEYO. (*Ap.*)

Calle hasta ver en qué pára;
Qué yo le cobraré luego.

SCIPION.

¿Cómo, habiendo yo llegado?

LELIO.

Como en su ira...

EGIDIO.

En su despecho...

LOS DOS.

Locura es puesta en razon
La locura de los celos.

SCIPION.

Soltad el guante.— Tomadle
(*Quitale el guante á Lelio y dásele á Arminda.*)
Vos, Arminda, pues es vuestro.—
Y no os halle yo otra vez
Finezas mezclando y duelos,
Porque si otra vez...

LOS DOS.

Señor...

SCIPION.

Baste por ahora esto.

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Oh cuánto me desempeña
Ver que á su mano haya vuelto!
Pues si no, fuera preciso
El desafiar á Lelio.

LELIO. (*Ap.*)

De grave empeño me saca
El haberla el guante vuelto.

EGIDIO. (*Ap.*)

El que volviese á su mano
A mi suerte le agradezco.

MÁXIMO. (*Mirando á Luceyo.*)

¡Qué es lo que miro! Tus plantas,
En nuevo agradecimiento,
Otra y mil veces, señor, (*A Scipion.*)
Me da á besar.

SCIPION.

Pues ¿qué nuevo
Favor veis en mí? Volver
Un guante á quien es su dueño
¿Merece extremos tan grandes?

MÁXIMO.

Aun son cortos mis extremos
El dia que llego á ver
Que está en tu gracia Luceyo,
Pues á tu persona asiste.

SCIPION.

¡Qué oigo!

EGIDIO.

¡Qué escucho!

LELIO.

¡Qué veo!

MÁXIMO.

Dame, Luceyo, los brazos.
(*Va á abrazar á Luceyo.*)

LUCEYO. (*Ap.*)

¡Oh si fueran en mi cuello,
No brazos, sino dogales
Que me ahogasen, pues es cierto
Que nunca está mas dichoso
Un infelice que muerto!

LELIO. (*Ap.*)

¡Raro empeño!

EGIDIO. (*Ap.*)

¡Lance extraño!

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Quién vió que á quien no pudieron
Matarla tantos pesares,
Tantas ansias y tormentos,
Tantas penas y fatigas,
Un acaso la haya muerto?

FABIO. (*Ap.*)

¡Buen huésped metí en mi casa!
¡Vive Dios, que yo el tercero
He sido de sus amores!

MÁXIMO.

¿De qué estáis todos suspensos?
¿Qué os admira el que yo hable
A mi sobrino Luceyo,
Habiéndole hallado donde
No esperaba?

SCIPION.

(*Ap.* ¡Santos cielos!
Solo aqueste torcedor
Le faltaba á mi silencio.)
¿Tú eres Luceyo?

LUCEYO.

Yo soy;
Que nunca mi nombre niego,
Para que la fama diga
Que vuelvo la espalda al riesgo.

SCIPION.

¿Cómo no, si me dijiste
Al referirme el suceso
De tu venida á Cartago,
Que era tu nombre Uliceo?

LUCEYO.

Como las letras mudé,
Mas no el nombre, pues es cierto,
Si bien, Scipion, lo advierte
De tu discurso lo excelso,
Que con unas mismas fui
Anagrama de mí mesmo.
Embozar una verdad
Cuando me importa el hacerlo,
No es mentir, pues siempre queda
Verdad al correrla el velo.
Y así decir que por una
Muerte dejé el patrio suelo,
Verdad fué, pues de mi padre
Quedé en su muerte heredero
De la enemistad del tuyo,
De cuyo poder huyendo,
Pasé á Africa. Si en ella
Te dije que arte y ingenio
Me hicieron escultor, dije
Bien, pues de Arminda fué el pecho
En su desdea duro mármol,
Y á mi llanto mármol tierno.
Que en mi celtíbera patria
Gocé un noble heredamiento,
El principado lo diga,
Que me dió ilustres alientos
Para pedirla á su padre
Por esposa. Que á este tiempo
A tomar la posesion
Hube de venir tan presto,
Que no la traje conmigo
Por falta de lucimientos,
Tambien es verdad, bien como
Que ajustados los conciertos,
Quedó encomendada á quien
La remitiese á este puerto,
Donde para las entregas
Habíamos los dos de vernos.
Y en fin, si dije que era
Aquí mi venida á efecto
Que con Arminda vendria,
Para llevarla á mi templo,
De Vénus la hermosa imágen,
¿En que te mentí, supuesto
Que con Arminda ha venido
La hermosa imágen de Vénus?
Y así, si tu piedad...

SCIPION.

Basta,
Basta; que con todo eso,
El equívoco sentido
No me da por satisfecho;
Pues cuando no hubiera contra
Su sofístico concepto
Mas que haber desconfiado
De mi generoso pecho
En que habian de durarme
Enojos de tanto tiempo,
Ni vengarme á sangre fria
En quien es mi prisionero,
Bastaba para delito.—
A un cuerpo de guardia preso
Le llevad, soldados.—Vos,
Fabio, hasta su alojamiento
Id acompañando á Arminda.

FABIO.

Advierte...

SCIPION.

Ya nada advierto.

MÁXIMO.

Mira, señor...

SCIPION.

Nada miro.

ARMINDA.

Atiende que...

SCIPION.

Nada atiendo.
Dejadme todos, dejadme;
(*Ap.* Que he de ver si es ¡vive el cielo!
Locura puesta en razon
La locura de los celos.) (*Vase.*)

LELIO. (*Ap.*)

Pues va con él tan airado,
Ahora de hablarle es tiempo. (*Vase.*)

EGIDIO. (*Ap.*)

No es esta mala ocasion
De hablarle en mi sentimiento. (*Vase.*)

MÁXIMO.

¡Oh nunca hubiera salido
A tierra á ser instrumento
De tanto escándalo! Iré
Tras él, por ver si entre el duelo
Que me hablaba, introducir
Alguna disculpa puedo. (*Vase.*)

LUCEYO.

¡Feliz ¡ay Arminda! quien
Sin ti va á morir, supuesto

Que morir un desdichado
Es el último consuelo!

ARMINDA.

¡Infeliz quien sin ti queda,
Luceyo, á vivir, sabiendo
Que no es la vida del triste
Mas que un prolijo tormento!

FABIO.

Vén, Arminda.

SOLDADO 1.°

Venid vos.

ARMINDA.

Oid, os suplico...

LUCEYO.

Oid, os ruego...

LOS DOS.

Que al despedirse dos almas,
Es muy precioso un momento.

FABIO.

Esto es preciso.

ARMINDA.

¡Ayer tanto
Cariño, hoy tanto despego!

SOLDADO 2.°

Esto es fuerza.

LUCEYO.

¡Ayer mis guardas
De vista, y hoy mis opuestos!

FABIO.

Sí, pues hiciste mi casa
Cómplice en tu fingimiento.

SOLDADOS.

Sí; que hoy delincuente sois,
Y ayer erais prisionero.

TODOS.

Venid pues.

LUCEYO.

¡Qué ansia!

ARMINDA.

¡Qué pena!

LUCEYO.

¡Qué dolor!

ARMINDA.

¡Qué sentimiento!

LUCEYO.

Adios, bellísima Arminda...

ARMINDA.

Adios, infeliz Luceyo.

LUCEYO.

A nunca mas ver.

ARMINDA.

Di á nunca
Ver la clara luz del cielo.

LUCEYO.

Pues el que humano con todos...

ARMINDA.

Solo contigo severo...

LOS DOS.

No permite que podamos
Decir con la voz del pueblo...

TODOS, *dentro*, Y LOS DOS.

¡Viva el grande Scipion,
Que á honor del romano imperio,
Nació segundo para ser primero!

Vanse, y salen todas las MUJERES.

FLAVIA.

Otra y mil veces veloces
Nuestras voces lleve el viento;
Que nunca las del contento
Ser pueden molestas voces.

LIBIA.

Dices bien, y pues es dia
Que agradecidas las nuestras
Vienen á dar claras muestras
De su comun alegría,
Justo es que de nuestra fiesta
La aclamacion oiga altiva.

TODAS.

¡Scipion reine, triunfe y viva!

Sale SCIPION.

SCIPION.

Pues ¿qué novedad es esta?

FLAVIA.

Aunque de Cartago viste
Que á nuestro avance las puertas
Estaban, señor, abiertas,
En ella entrar no quisiste,
A causa de que al valor
Que tu espíritu acompaña,
El que es triunfo en la campaña,
En el poblado es terror:
Y así á pedirte venimos
Que ya que nuestro cuidado
Las lástimas ha quitado
Que al entrar en ella vimos,
No te excuse la piedad
Gozar el alto blason
Que de español Scipion
Nuestra española ciudad
Te ofrece; y ya que constante
No quisiste, al ver su horror,
En ella entrar vencedor,
Entres en ella triunfante.

MUJER 1.ª

No solo de lo fatal
Limpia está, pero adornada
De arcos, que para tu entrada
Ha dispuesto.

LIBIA.

Y un triunfal
Carro, en cuyas esperanzas,
Cada calle es un abril,
Cada balcon un pensil,
Y todo bailes y danzas.

FLAVIA.

Vén pues: su posesion toma.
Sea aplauso el que fué estrago.

TODAS.

Y ensáyate hoy en Cartago
Para los triunfos de Roma.

SCIPION.

Desagradecido fuera,
Si ese afecto no estimara.
Y pues fineza tan rara
Su logro en mi triunfo espera,
Yo le acepto, y presto iré
Donde su aplauso reciba.

TODAS.

¡Scipion reine, triunfe y viva!
(*Vanse todas.*)

Sale LELIO.

LELIO.

¡Viva, triunfe y reine! en fe
De que premie los servicios
Que yo en su milicia he hecho.

SCIPION.

Ahora, ¿á qué fin?...

LELIO.

Si el despecho
Que en mi viste, no da indicios
De ser Arminda por quien
Me precipitó el furor
(Que los vislumbres de amor
A muy poca luz se ven);
Sabe que el retrato bello
De Arminda acaso llegó
A mi mano, y sin que yo
Supiese cúyo era; al vello
Tan perfecto, le entregué
Alma, vida y libertad.
En fe de nuestra amistad,
A Egidio se le fié:
El...

Sale EGIDIO.

EGIDIO.

Cuando al bajel entró,
Tambien en suspensa calma,
La libertad, vida y alma
A su original rindió:
De suerte que aquel cuidado
Tan distante deste está,
Cuanto la ventaja va
De lo vivo á lo pintado.
Si él á que el retrato viera,
De mi mano le fió,
Tambien se le puse yo
Donde cobrarle pudiera,
Quedando de allí adelante
(Tus ojos fuéron testigos)
En lo caballero amigos,
Y enemigos en lo amante.
Y ya que á hablarte empezó
De su parte, hable en la mia,
Pues es lo que él te decia
Lo que te dijera yo.

LELIO.

El presupuesto primero
Que asiento en esta materia,
Es que Arminda á Celtiberia
Va comprometida, pero
No casada: de manera
Que en el trance que hoy los ves,
Luceyo tu preso es
Y Arminda tu prisionera.
El padre della africano
Y él español, es querer
Unir poder á poder
Contra el imperio romano:
Y así, que aquí la detengas
Y que aquí la dé tu agrado
Esposo, es razon de estado,
En que de paso te vengas
De Luceyo.

EGIDIO.

Sí hasta aquí
Lelio por mí y por sí habló,
Desde aquí es justo que yo
Hable por él y por mí;
Porque si bien considero
Lo que de su voz se infiere,
Soy su amigo, y lo que él quiere
Es lo mismo que yo quiero.
Y así, si el consejo toma
Tu acuerdo, que le concede
Razon, con que Arminda quede
Naturalizada en Roma,
Te suplico no te olvides
De mis victorias navales.

LELIO.

Yo de los triunfos campales
Que he conseguido en tus lides.

EGIDIO.

Y pues te hallas en empeño
De que con mérito igual...

LELIO.

De la corona mural
Hayas de elegir el dueño...

EGIDIO.

Y lo mismo te sucede,
Si el consejo has de admitir...

LELIO.

En cuanto á haber de elegir
Quien lograr su mano puede...

EGIDIO.

Yo te ruego...

LELIO.

Yo te pido...

EGIDIO.

Que á él el dorado laurel
Entregues.

LELIO.

No, sino á él.

EGIDIO.

Pues sobre honor adquirido...

LELIO.

Pues sobre segura fama...

LOS DOS.

No vale tanto, señor,
De una guirnalda el favor
Como el desden de una dama.

(*Vanse.*)

SCIPION.

¿A quien habrá sucedido
Verse en tan confuso estado
Como á un silencio obligado
Y á dos violencias rendido?
Lelio un retrato que vió,
Le rindió á su celestial
Belleza; el original
Vió Egidio, y tambien rindió
A su belleza el sentido;
Pues yo que el retrato vi
Y el original, ¿no fui
Quien de uno y otro ha tenido
Entrambas disculpas? Sí.
¿Pues cómo vencerme trato,
Si original y retrato
Se conjuran contra mí?
Si uno de otro está celoso,
Yo de uno y otro lo estoy:
Luego con dos celos soy
Dos veces ménos dichoso,
Y aun tres si atiendo advertido
Que á Luceyo tambien dan
Posesiones de galan
Esperanzas de marido.
¡Pues de qué provecho me es
Tener en disculpa ¡ay Dios!
Al ejemplar de amor dos,
Y al dolor de celos tres?
Rompa pues el labio mio
La estrecha cárcel del pecho,
Salga y goce á su despecho
Sus fueros el albedrío.
Declarado desde aquí,
Sabrá Arminda... Mas ¡qué digo!
El que venció á su enemigo,
¿No sabrá vencerse á sí?
No; que en esta interior guerra,
El vencedor el vencido
Viene á ser, pues siempre he oido...

MUJERES. (*Dentro.*)

¡Scipion viva!

HOMBRES. (*Dentro.*)

¡A tierra, á tierra!

Suena dentro á un lado música, y á otro voces de marineros y chirimías; y salen MÁXIMO Y FABIO *por distintos lados.*

FABIO.

El triunfo que ha prevenido,
Sumamente alborotada
La ciudad, para tu entrada,
Dice ese festivo ruido.

MÁXIMO.

Un bajel que ha descubierto
La armada costeando viene,
Y segun el viento tiene,
Su rumbo es á nuestro puerto.

FABIO.

Ven adonde logres pues
Tan bien merecido honor.

MÁXIMO.

Vén donde sepas, señor,
De dónde viene y quién es.

SCIPION.

(*Ap.* Un triunfo á un tiempo y una
Novedad me llaman, cuando
Están en mí vacilando
Amor, celos y fortuna:
Y pues nada resolví,
Tome plazo para que
Lo mejor resuelva. Iré
Primero al mar.) Fabio, di
A esa pública alegría
Que á reconocer me llego
Ese bajel, y que luego
Al punto vuelvo. Tú guia (*A Máximo.*)
A la marina: sabré
Lo que ha en el pasado duelo
Discurrido tu desvelo.
(*Ap.* Aunque mas discurriré
Qué medio habrá, qué partido,
En que hipócrita mi honor,
No entre como vencedor,
Pues sé yo que va vencido.)

—

Vanse, y córrese el teatro de muralla, y se descubre el de la marina, sin dejarse ver mas que la proa del bajel grande, donde estarán CURCIO Y MARINEROS. *Tocan á este tiempo chirimías.*

CURCIO.

Amáinese la vela,
Y este neblí del mar, delfin del viento,
Que desde un elemento á otro elemento
Tan equívoco anhela
Que ignora cuando nada ó cuando vuela;
Gozando el blando halago
Del aura que le inspira, de Cartago
Las almenas salude,
Y al compas que sus flámulas sacude,
La salva de la paz que en él espera,

(*Chirimías.*)

Mar en traves, tremole la bandera.

Salen MÁXIMO Y SCIPION.

MÁXIMO.

Blanca bandera ha puesto
En su tope la gavia.

SCIPION.

Haced, supuesto
Que de paz nos saluda,
Que á responderle nuestra salva acuda.

(*Tocan cajas y clarines.*)

MÁXIMO.

Del timonel guiñada ya la quilla,
Quebrantando las olas, ha dispuesto
La proa su aviada hácia la orilla.

SCIPION.

¡Qué extraña maravilla
Será la que tan bello buque encierra?

CURCIO.

Pues nos han respondido, ¡á tierra!

MARINEROS.

¡A tierra!

(*Tocan chirimías, pasa el bajel, y ciérrase el foro.*)

MÁXIMO.

De un bordo en otro, ya en el puerto
ha entrado.

SCIPION.

Y en el esquife, poco acompañado,
Tierra toma, segun desde aquí infiero,
Un venerable anciano caballero.

MÁXIMO.

Y si no es que la edad la vista rinda,
Curcio mi hermano es, padre de Arminda.

SCIPION.

(*Ap.* Solo ese requisito me faltaba,
Sobre las dudas en que yo me estaba.)
Salirle á recibir es cortesía.

Sale CURCIO.

CURCIO.

Esa, señor, obligacion es mia,
Ya que las señas de tan real persona
La majestad en juventud abona.
Vuestra mano me dad.

SCIPION.

Habiendo oido
Quién sois, mas noble don serán los
brazos.

CURCIO.

Por ser prision, admitiré sus lazos.

SCIPION.

Vos seais bien venido.

CURCIO.

Fuerza es serlo quien viene, agradecido
Al favor que en Arminda considero,
A ser de envidia vuestro prisionero;
Bien que una y otra libertad que trate,
Por lo amables que son, de su rescate,
Me habeis de perdonar.

SCIPION.

No soy tan necio
Ni avaro que presuma que haya precio
En el mundo que iguale
Lo que solo un chapin de Arminda vale.

CURCIO.

Estimacion es esa
Tal, que á una luz complace y á otra pesa;
Pues es fuerza, señor, darme cuidado
Cuánto desconsolado
El príncipe Luceyo, que en la esfera
De su patria celtíbera la espera,
Estará sin saber este suceso.

SCIPION.

No estará; que aquí yo le tengo preso.

CURCIO.

¡Preso!

SCIPION.

Sí; y pues no es caso
Este para tratado tan de paso,
Y mas cuando el deseo
De ver á Arminda, creo
Que ansioso os tenga, id pues: acompañadle,
Máximo, vos, y donde está guiadle.
Perdonad que no os voy acompañando,
Porque me está esperando
La ciudad con el triunfo prevenido
A mi recibimiento;
Que no sé con qué intento
Entrar hasta ahora en ella no he querido.

CURCIO.

[rendido,
(*Ap.* ¡Oh vil fortuna!) A vuestros piés
De su victoria os doy la enhorabuena,
(*Ap.* Cuando el pésame á mí de mayor
Sobre la que traia.) [pena
Y ya que vine en tan felice dia,
A acompañar el triunfo me apercibo,
Añadiendo á su carro otro cautivo. —
(*Ap. á él.* Máximo, ¿qué es aquesto?)

MÁXIMO.

No sé á lo que dispuesto
Su antiguo enojo está; mas mucho te-
Algun trágico extremo, [mo
Segun de tanta sequedad colijo.

CURCIO.

¡Qué bien dijo el que dijo [andado
Que es cobarde el pesar, pues nunca ha
Solo, y siempre acomete acompañado!

(*Vanse los dos.*)

SCIPION.

¡Qué de cosas revuelvo [vuelvo!
En mi imaginacion, si es que á unir
¿Cómo mi honor, hipócrita fingido,
Triunfará vencedor, yendo vencido?
Y mas habiendo ¡ay cielos!
En muda muestra sido,
Del reloj de un silencio adormecido
En callados desvelos,
Despertador el ruido de los celos.
Si á Egidio y Lelio su pasion reñia,
¿Qué dirán, sabidores de la mia?
Si Curcio, que ha venido
De mi cortesanía agradecido,
Halla que fué mi amparo fantasía,
Pues fué intencion y no cortesanía,
¿Qué dirá? ¿Qué dirá Luceyo viendo
Que es mi enemigo, y en su honor le
[ofendo,
Cuando no tengo yo para conmigo
Mas honor que el que tiene mi enemi-
Pues si él no le tuviera, [go,
No mi enemigo, mi desprecio fuera?
Y en fin, el mundo contra mí ofendido,
¿Qué dirá si me vengo en un rendido?
Pues ello ha de haber medio,
Aunque duela el remedio,
Para sanar los males con que lidio,
Y ha de ser...

(*Dentro caja y clarin.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Lelio!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Egidio!

MUJERES. (*Dentro.*)

¡Scipion solo viva!

(*Dentro instrumentos de música.*)

SCIPION.

¿Otra vez militar voz y festiva?
¿No bastaban tantas dudas?

Sale LELIO.

LELIO.

Viendo cuánto estás remiso
En dar la mural corona
Que ha resultado á tu arbitrio,
Mayormente dia, señor,
Que triunfantemente invicto
Te espera Cartago, siendo
Así que siempre fué estilo
Que coronado acompañe
El plaustro aquel que en el sitio
Mas se señaló; la gente
De tierra y mar ha movido
Nuevo alboroto, creyendo
Que sin este requisito,
Por no desairar á uno,
Dejando á dos ofendidos,
Celebrar el triunfo intentas.

Sale EGIDIO.

EGIDIO.

¿Qué mucho haberlo creido,
Cuando, sin ver que hayas dado
Sentencia al marcial litigio,
Tan adelantado está
Lo plausible y lo festivo,
Que su nobleza y su plebe
Los instantes cuenta á siglos?
Ó díganlo esos tres ecos,
Que en tres bandos divididos,
Diciendo están á tres voces...

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Lelio!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Egidio!

MUJERES. (*Dentro.*)

Solo viva Scipion.

SCIPION.

Volved los dos, y decidlos
Que al triunfo concurran todos,
Y sabrán á quién elijo.

EGIDIO. (*Ap. á Scipion.*)

Más para esotra eleccion
Que para esa, te suplico
Te acuerdes de mí.

SCIPION.

Sí haré,
Y lleva, Egidio, entendido
Que Lelio no te prefiera.

LELIO. (*Ap. á Scipion.*)

No en esta eleccion te pido
Que de mí te acuerdes.

SCIPION.

Ya
Entiendo por cuál lo has dicho;
Y lleva entendido, Lelio,
Que no te prefiera Egidio.

EGIDIO. (*Ap.*)

Dichoso soy, pues que llevo
Esa esperanza conmigo. (*Vase.*)

LELIO. (*Ap.*)

Felice yo, que con esa
Esperanza aliento y vivo. (*Vase.*)

SCIPION.

Ea, fortuna, ya estamos
En el término preciso
En que es fuerza resolverme.
¿Habrá medio, habrá camino
Que quedando bien con todos,
No queden Lelio ni Egidio
Vengados en mis afectos,
Ni sin premio en sus servicios?
¿Habrá camino, habrá medio
Que no queden persuadidos
Curcio y Máximo á que tuvo
Mi cortesía mas viso
Que mi liberalidad,
Sirviendo á Arminda tan fino
Que nunca llegue á saber
Cuán á mi costa la sirvo,
Ni cuán á mi costa sea
Hoy de Luceyo el castigo
Tan generosa venganza,
Que vengado en un rendido,
Airoso quede y vengado?
Mucho haré si lo consigo,
Y consigo que vea el mundo
Que de mí mismo vencido,
De mí mismo vencedor,
Valgo yo mas que yo mismo. (*Vase.*)

VOCES. (*Dentro.*)

Pues ya á nuestro ruego viene
Scipion agradecido,
Recíbale nuestra salva,
Diciendo en alegres ritmos...

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Viva Scipion!
De cuyos floridos
Años la memoria
Numeren á siglos,
La tierra con flores,
El mar con arenas,
El sol con reflejos,
Y el aire con visos.

Salen CURCIO, ARMINDA *y* MÁXIMO.

ARMINDA.

Cuando de los hados corren,
Señor, los vientos esquivos,
Que traen el agua á los ojos
Y á los labios los suspiros,
No hay mas prudente remedio
Que el de dominar los brios,
Puesto que es el tolerarlos
Mas fácil que el resistirlos.
La caña y el roble sean
Su ejemplar, pues siempre vimos
Que la caña que se agobia,
Se cobra en su sér antiguo,
Y el roble que se resiste,
Caduca en su precipicio.
Luceyo preso, Scipion
Poderoso y ofendido,
Máximo y yo prisioneros,
Tú huésped advenedizo
En fe del salvoconducto
Que su blanca seña hizo,
¿Qué resistencia podemos
Hacer que no sea rendirnos?
Y así, pues que tan alegre,
Quizá á su pesar, previno
Cartago, disimulando
Su ruina en su regocijo,
Triunfales arcos y carros,
Hagamos los tres lo mismo;
Que yo seré la primera,
Por ver si á piedad le obligo,
Que con las demas mujeres,
Cuyo afecto agradecido
Es el que el triunfo ha dispuesto,
Mezclada entre sus festivos
Coros, acompañe el metro
De sus armónicos himnos,
Diciendo con todas...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

Que de sus floridos
Años la memoria
Numeren á siglos,
La tierra con flores,
El mar con arenas,
El sol con reflejos,
Y el aire con visos.

CURCIO.

Dices bien, y ántes que á él
(Porque el espíritu mio
Vaya á rendirse enseñado)
A tu parecer me rindo.

MÁXIMO.

Pues ya de que la marina
Atras dejamos el sitio,
Y transcendiendo los muros,
Abierta la ciudad miro,
Que en sus adornos parece
Artificial paraíso;
Y que al umbral de su alcázar
Está el triunfo suspendido;

Lleguemos á que nos vea
Que sus aplausos seguimos.

ARMINDA.

Llegad los dos, porque yo
Me he de mezclar, como he dicho,
Con las damas de Cartago,
Con ellas diciendo á gritos...

TODOS; Y MÚSICA, *dentro.*

¡Viva Scipion!
De cuyos floridos
Años la memoria
Numeren á siglos,
La tierra con flores,
El mar con arenas,
El sol con reflejos,
Y el aire con visos.

—

Con esta repeticion se cierra la marina, y se descubre el teatro de la calle, en cuyo foro estará SCIPION *sentado en el carro triunfal, y á sus lados* LELIO Y EGIDIO, *y delante* MAGON *con una fuente, y en ella una corona de laurel, doradas las hojas; y algunos de* CAUTIVOS, *en accion de tirar el carro: delante todas las* MUJERES *cantando y bailando, y se introduce* ARMINDA *con ellas, y* LOS DOS [1] *con* FABIO Y LOS DEMAS.

SCIPION.

Oid, esperad, suspended
Los acentos repetidos;
Que no tengo de salir
A los públicos distritos
Triunfante, sin que primero,
Ya que mi valor lo ha dicho,
Diga tambien mi justicia
Si soy ó no dellos digno.
(*Ap.* A Máximo, Arminda y Curcio
Entre otras gentes he visto:
Hasta mejor ocasion
No me dé por entendido.)
Y pues para esto ha de ser
Luceyo el primer testigo,—
Id, Fabio, y de la prision
Traedle aquí.

ARMINDA.

¡Cielos divinos!
El quiere que conste á todos
El cargo de su delito.

MÁXIMO.

Mucho su venganza temo.

CURCIO.

De imaginarla me aflijo.

EGIDIO. (*Ap.*)

Sin duda, puesto que envía
Por él para su suplicio...

LELIO. (*Ap.*)

Sin duda, puesto que quiere
Público hacer su castigo...

EGIDIO. (*Ap.*)

Que es para que Arminda libre
Se pueda casar conmigo...

LELIO. (*Ap.*)

Que es para que libre Arminda,
Conmigo case...

LOS DOS. (*Ap.*)

Pues dijo...

EGIDIO. (*Ap.*)

Que no me prefiera Lelio.

LELIO. (*Ap.*)

Que no me prefiera Egidio.

SCIPION.

Ahora, en tanto que viene
Luceyo al llamado mio,
Porque en el triunfo no falte
Tan principal requisito
Como que entre coronado
El que en el asalto ha sido
Mas señalado, rompiendo
El primero los altivos
Homenajes de sus muros;
Y consta que á un tiempo mismo
Entraron Egidio y Lelio,
Es bien, pues están partidos
Los méritos, que lo estén
Los lauros de que son dignos.
Mostrad pues esa mural
Corona que habeis traido
Vos, Magon, á fin de que,
De vuestro oprobio ministro,
Veais que á vuestro vencedor
Con ella las sienes ciño.

MAGON.

Ya sé que esta ceremonia
Padron es de los vencidos.

SCIPION.

Bien veis que es una, y que son
Dos los que la han merecido.
Pues porque ninguno quede
Desdeñado ó preferido,
Ya que tan amigos sois,
Que la partais como amigos
Es la sentencia que debo
Dar en el triunfal júicio.
Llegad pues, llegad entrambos:
Partid su laurel invicto,
Y llévele cada uno
Entero, aunque va partido.

(*Divide la corona en dos, y lleva cada uno la suya.*)

Con que ya podrán decir
Entrambos bandos unidos,
Viendo laureados sus cabos,
Que vivan Lelio y Egidio.

TODOS.

¡Viva Lelio y viva Egidio [1]!

LELIO.

Aunque este premio, señor,
Bien como tuyo le admito...

EGIDIO.

Aunque este lauro, bien como
Dádiva tuya la estimo...

LELIO.

El que aguardo...

EGIDIO.

La que espero...

SCIPION.

Necios sois, pues no habeis visto
Que el premio que ambos pedís,
No es premio para partido;
Y pues no puedo igualaros
En él, tened entendido
Que dél á quien yo he de darle,
Es mas que vosotros digno.

LELIO.

¿Mas que yo?

EGIDIO.

¿Mas que yo?

LOS DOS. (*Ap.*)

¡Cielos!
Sin duda por sí lo ha dicho.

Salen FABIO Y LUCEYO.

FABIO.

Aquí está Luceyo ya.

LUCEYO.

Postrado, señor, humillo
A tus plantas la persona
Y la garganta al cuchillo.

SCIPION.

Sabe, Luceyo, y sabed
Todos (haciendo testigos
A los dioses que heredadas
Enemistades omito)
Que el delito de que solo
Hoy me ofendo, es el delito
De desconfiar de mí,
Habiendo de mí temido
Que soy hombre en quien podian
Durar rencores antiguos.
Esto es de lo que vengarme
Justamente solicito;
Y para que la venganza
No sea vil en un rendido,
Y sea en un vencedor
Noble; lo que determino
Es vengarme sin vengarme,
Pues de quien á mí me hizo
Un pesar, ¿qué mas venganza
Que hacerle yo un beneficio?
Dale la mano de esposo
A Arminda, y libre, contigo
A tus estados la lleva.—
Vosotros ved si he cumplido
La palabra que á ambos dí
En no haberos preferido
El uno al otro, y en que
Habia de darla al mas digno,
Pues nadie mas digno es
Que él, que es su proprio marido.

LUCEYO.

¿Quién sino tu valor pudo
Trocar en honra el castigo?

ARMINDA.

¿Quién pudo sino tu fama
Hacer el rigor benigno?

TODOS.

¿Quién sino tu ingenio á todos
Dejarnos agradecidos?

CURCIO Y MÁXIMO.

¿Ni quién añadir al triunfo,
Voluntarios los cautivos,
Sino tú?

CURCIO.

Y en fe de serlo,
Que recibas te suplico
Como tributo un tesoro,
No escaso, ya que no rico,
Que era de Arminda rescate.

SCIPION.

Aunque ya otra vez te he dicho
Que para Arminda no hay precio,
Con todo, ahora le recibo
Para añadirle á su dote.—
Luceyo, haz dél sacrificio
A aquella hermosa deidad
Que tu metáfora dijo,
Al colocarla en su templo;
Y en vez del trasunto vivo,
Pon en su ara ese retrato. (*Dásele.*)

LUCEYO.

Este es el que un pintor hizo,
Que para copiarla tuve
Yo en un jardin escondido;
Y no sé por qué desgracia,
Saliendo de la isla huido,
Sin dármele, se ausentó.

SCIPION.

Sin saber cúyo era vino,
Por primoroso, á mi mano:

[1] Máximo y Curcio.

[1] Repeticion que no se cuenta por verso.

Desta verdad claro indicio
Es tener yo por mas fácil
Ir tuyo que quedar mio.
Añade esa joya mas
Al dote; y pues habeis visto
Todos que he vencido, no
Sólo al campal enemigo,
Sino al doméstico, pues
A mí mismo me he vencido,
Siendo la mayor victoria
El vencerse uno á sí mismo,
Prosiga ahora el triunfo.

FLAVIA.

Todos
Será repitiendo á gritos...

MÚSICA Y TODOS.

¡Viva Scipion!
De cuyos floridos
Años la memoria
Numeren á siglos,
La tierra con flores,
El mar con arenas,
El sol con reflejos,
Y el aire con visos.

Sale BRUNEL.

BRUNEL.

No todos; que falto yo,
Que tambien justicia pido
De un infame que me ha hurtado
Honra y fama.

Sale LIBIA.

LIBIA.

Yo testigo,
A quien tambien la robó
Todo su dote.

TURPIN.

¡Eso es lindo!
¿Quién vive hoy, que haciendo robos,
No diga que son arbitrios?

FABIO.

Quitad, apartad; que ya
No es tiempo de desatinos,
No, sino de que mudando
El cántico su sentido,
Puesto que Fortuna y Fama
Tienen ya el velo corrido
Al segundo Scipion,
Español César invicto,
Digan que el Segundo Cárlos...

TODOS Y MÚSICA.

¡Viva! De cuyos floridos
Años la memoria
Numeren á siglos,
La tierra con flores,
El mar con arenas,
El sol con reflejos,
Y el aire con visos.

HADO Y DIVISA DE LEONIDO Y DE MARFISA,

COMEDIA CON LOA, ENTREMES, BAILE Y SAINETE[1].

PERSONAS DE LA LOA.

LA HISTORIA.
LA POESÍA.
EL AURA.
LA AZUCENA.
EL CLAVEL.
LA FAMA.
CORO DE MÚSICA.

La escena es á las puertas y dentro del templo de la Fama.

PERSONAS DE LA COMEDIA.

LEONIDO.
ADOLFO.
FLORANTE.
POLIDORO.
CASIMIRO.
ARGANTE, *viejo*.
AURELIO, *viejo*.
FLAVIO, *viejo*.
MERLIN, *gracioso*.
MARFISA.
ARMINDA.
MITILENE.
ALFREDA.
FLÉRIDA.
MEGERA.
LA FAMA.
UN SARGENTO.
DAMAS.
MÚSICOS.
PASTORES.
VILLANOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La accion pasa en Trinacria y en Mitilene.

PERSONAS DEL ENTREMES, INTITULADO **LA TIA.**

DON ESTÉBAN.
DON NUÑO.
DON TORIBIO.
DOÑA ALDONZA, *dueña*.
LAÍNEZ, *vejete*.
BONIFACIA.
CENOBIA.
ESTEFANÍA.

La accion pasa en Madrid.

PERSONAS DEL BAILE, INTITULADO **LAS FLORES.**

LA ROSA.
LA AZUCENA.
EL NARCISO.
EL CLAVEL.
LA MOSQUETA.
EL JAZMIN.
EL AZAHAR.
LA CLAVELLINA.
EL TULIPAN.
AMAPOLAS.—MÚSICOS.

La accion pasa en un campo.

PERSONAS DEL SAINETE, INTITULADO **EL LABRADOR GENTIL-HOMBRE.**

GIL SARDINA, *simple*.
EL VEJETE.
LA GRACIOSA.
HOMBRE 1.°
HOMBRE 2.°
CRIADOS.
MOROS.

La accion pasa en una aldea y en Madrid.

Descripcion de la comedia intitulada Hado y divisa de Leonido y de Marfisa, *que se hizó á sus Majestades Don Cárlos II y Doña María Luisa en el coliseo del Retiro, el dia* 3 *de marzo del año de* 1680.

Entre los festejos que mandó prevenir la ansiosa fineza de su Majestad para su esposa, fué uno el de una comedia, vestida del mayor aparato de mutaciones y teatros que se pudiese ejecutar, dejando atras otras que en diferentes ocasiones se han hecho, y que, como el motivo para que se prevenia era el mas felice de nuestro siglo, fuese tambien el mas lucido del desempeño.

Escribióla DON PEDRO CALDERON DE

[1] Esta comedia, última, que escribió DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, va precedida é interpolada de una relacion, que explica circunstanciadamente cómo fué puesta en escena, comprendiendo ademas la loa, intermedios y fin de fiesta con que la exornaron. La relacion y la loa deben ser obra de CALDERON mismo; el baile se da por de Alonso de Olmedo; el entremes y el sainete no llevan nombre de autor. Relacion, loa, entremes, baile y sainete eran inéditos, en nuestro entender, hasta ahora, y se hallan, juntos con la comedia, tambien manuscrita, en la Biblioteca nacional, estante CC. núm. 41.

LA BARCA, caballero de la órden de Santiago, y capellan de honor de su Majestad [1].

Ejecutóse en el sitio del Retiro; pues sobre ser casa real sumptuosa y amena, y tan cerca de la corte que la distancia del camino no puede estorbar el rato de la diversion, tiene dentro de sí un coliseo fabricado para semejantes fiestas, dispuesto de suerte, que cuando el cariño del Rey á sus vasallos dispone hacerles partícipes de sus festejos despues de haberlos logrado, se puede unir el que los asientos del pueblo no impidan la decencia de los canceles del monarca.

Es el coliseo de forma aovada, que es la mas á propósito para que casi igualmente se goce desde cada una de sus partes. Está vestido de tres órdenes de balcones; y aunque enfrente del teatro, en su primer término, vuela uno que llena el semicírculo del óvalo, quedando en forma de media luna, al que se entra por el cuarto de su Majestad; no ve en él las fiestas, porque por gozar del punto igual de la perspectiva, se forma abajo un sitial, levantado una vara del suelo. Este se cubrió de riquísimas alfombras, que felices lograron mantener un camon [2] de brocado encarnado, fundadas sus puertas en doradas molduras, cuyos cuatro lados terminaban ramilleteros de oro, prosiguiendo la techumbre con diminucion de las própias molduras y brocado, y rematando en un bellísimo floron de oro. Estaba cubierta esta luciente esfera de una brillante nube; que con razon se puede llamar así á vista de la luz que habia de tener dentro.

Vistiéronse las paredes de diferentes colgaduras, á cuya rica variedad asistia gran número de luces, repartidas en sus sitios y colocadas en bellísimos asientos, cuyas doradas oposiciones enviaban los reflejos tan ardientes, que envidioso el sol trocara por estas luces sus rayos.

La techumbre del coliseo estaba pintada de una perfecta perspectiva, que representaba una media naranja rodeada de corredores, y servia de dosel á un escudo en que estaban fielmente unidas las armas de las dos coronas, rodeadas de las dos insignias de los reinos, y festones de flores y cupidos, obra de Don Dionisio Mantuano, insigne pintor de este siglo.

De la techumbre pendian dos arañas de extraordinario artificio, desde cuyo dorado centro repartian en desiguales líneas gran copia de luces, tejidas de suerte, que se podia dudar cuál era la antorcha que brillaba, ó cuál el oro que ardia.

Manteníase el fróntis del teatro sobre cuatro columnas altísimas de órden compuesta, cuya robustez ayudaba la imitacion de su materia, que era jaspe verde salpicado de diferentes colores: tenian sus basas cornisas y capiteles entretallados de variedad de hojas, en cuyo follaje se consideraban raros primores del artificio, debidos á máquina tan augusta.

Entre columna y columna habia á cada lado un nicho, que colocaba una estatua de Pálas y otra de Minerva, de elegante forma, cuya valentía ayudaba el resplandor del oro de que se componian.

Sobre estas columnas cargaba el arquitrabe, friso y cornisa; y dando la vuelta ella de un extremo en otro en proporcion de círculo, guarnecia un medallon que servia de clave. En él se miraba de relieve el augustísimo blason de España: un leon coronado descansando sobre un orbe, al cual asistia una cruz, cetro y espada, jeroglíficos de la religion y el poder. Pendia de su cuello el toison, insignia de nuestros monarcas: todo esto de brillantísimo oro, uniéndose amigablemente la ferocidad con el resplandor. Tremolaba por cima de su cabeza esta letra latina:

AD NULLIUS PAVET OCCURSUM.

Estaba guarnecido el medallon de una guirnalda de laurel en campo de oro, á la cual seguia una orla de niños en diferentes movimientos, tejiéndose por entre la guirnalda de laurel y la orla de los muchachos una cartela, en que de crecidas letras de oro estaban los nombres de nuestros reyes.

En los dos extremos, perpendiculares á las columnas, estaban dos estatuas de mas que el natural, que significaban las Famas, con ramos de laurel y oliva, trompas y otros trofeos proprios de su asumpto, de admirable hermosura y variedad.

En la cortina que cubria el teatro, parece que se cifraron todos los abriles y las primaveras que han gozado los siglos, vertiendo en ella sus flores y sus matices. Orlábase de unas bellísimas guirnaldas, que enlazadas una en otra, hacian una hermosa cadena de vistosos eslabones: imitadas tan al vivo las rosas que las componian, que casi se percibió su fragancia; porque no le pareció al olfato que cumplia con tal prodigio, si no siguiese al engaño de la vista. Pendian á trechos de los eslabones unos muchachos que ansiosos se abrazaban de ellos, temiendo (y con razon) no se los arrebatasen.

Seguíase á esta otra guirnalda de cupidillos, que colocados en diferentes movimientos se fijaban todos á una propria accion, que era vibrar con la tirante fatiga de sus arcos un cetro por flecha, en cuya extremidad habia una letra de oro en cada uno, de suerte que juntas unian este sagrado mote:

VULNERASTI COR MEUM.

De suerte que la primer orla de la cadena de flores mantenia la guirnalda de los cupidos, y esta al círculo de las letras, y las tres servian de engaste á un corazon ardiente que estaba enmedio, al cual se encaminaba la dulce tarea de sus arpones, cuya suavidad se declaraba en la letra castellana que habia abajo, que decia así:

FLECHAS QUE TAN DULCES HIEREN
AL LLEGAR AL CORAZON,
FLORES, QUE NO FLECHAS SON.

Esta era la forma y disposicion en que estaba el coliseo; y llegada la hora de la comedia, empezó el número de los instrumentos á imitar aquella sonora salva que el dulce murmurio de la aurora hace á la brillante venida del sol. Poblóse de suave armonía la esfera, y empezó á salir tanta copia de resplandor, que entre el alborozo, la suspension y el respeto, fué milagro del cariño que acertase la vista con tan soberanos objetos.

Salieron las tres Majestades, y despues de aquel cariñoso y galan rendimiento, tomó el Rey nuestro señor el lugar, á quien se le siguió la Reina nuestra señora, y á esta la majestad de la Reina madre, quedando tan unidos en los lugares como lo están en los corazones.

Al lado del Rey nuestro señor, en la propria tarima, habia un taburete en que se sentó el condestable de Castilla y de Leon, mayordomo mayor de su Majestad, y al otro lado, en el mismo género de asientos, el marqués de Astorga y el marqués de Mancera, mayordomos mayores de la Reina nuestra señora y Reina madre: delante de los cuales estaban las dos camareras mayores de sus Majestades, la duquesa de Terranova y la marquesa de Baldueśa. Abajo tiraban dos líneas cubiertas de riquísimas alfombras, en que se vió el prodigio de hallarse los astros desprendidos á nuestra esfera; pues á entrambos lados se miraban las damas de la Reina nuestra señora y de la Reina madre, tan bellas, que intentar copiarlas sería aun mas delito que atenderlas, siéndolo este tanto, que solo las acierta á mirar la veneracion y el respeto.

Todos los señores estaban realzando su grandeza con el primor de su rendimiento, asistiendo como luces á la vista del sol de quien la recibian.

Los títulos, caballeros y criados de

[1] Obsérvese que se nombra á CALDERON sin ningun epíteto laudatorio, siendo así que en la misma relacion se alaba al pintor de las decoraciones, al tramoyista, y al mayordomo mayor de Palacio que tuvo á su cargo la fiesta: indicio muy fuerte de que escribió la relacion el que habia compuesto el drama. Ademas, comparada aquella con las extensas y copiosas acotaciones que lleva la comedia de *Fieràs afemina amor*, incluida en el tomo II de nuestro poeta, aparecerá evidente que ambas son de la propia mano.

[2] Cancel.

las tres Casas Reales estaban en los lugares que les tocan, aumentando con la multitud la decencia.

En los balcones de arriba estaban los embajadores que tienen lugar en las funciones públicas, en los sitios que les pertenecen.

Las bien aprendidas y respetuosas etiquetas de la Casa Real redujeron á tanta brevedad el acomodarse todas estas jerarquías de personas, que en un punto se halló el coliseo sin mas voz que la de la muda ansia con que esperaban la comedia.

Dióse principio á la

LOA,

Saliendo sin correr la cortina, á una parte la HISTORIA, y por otra la POESIA, de damas, escuchando la MÚSICA, que cantó dentro de la cortina los tres versos, y repitiéndola como entre sí.

CORO DE MÚSICA. (*Dentro.*)

Flechas que tan dulces hieren
Al llegar al corazon,
Flores, que no flechas son.

LAS DOS. (*Repiten.*)

¡Flechas que tan dulces hieren! etc.

HISTORIA.

¡Oh tú, hermosa maravilla
De las selvas del Parnaso!...

POESÍA.

De las cumbres del Olimpo,
¡Oh tú, divino milagro!...

HISTORIA.

¿Sabrásme decir qué ecos
Tan sonoramente varios
Son los que se oyen?

POESÍA.

¿Sabrásme
Decir tú qué acentos blandos
Son los que se escuchan?

HISTORIA.

No;
Que hasta ahora no han llegado
A tomar la razon dellos
Mis doctos anales sabios.

POESÍA.

Ni mis numerosos ritmos.

HISTORIA.

¡Historia y Poesía ignoramos
Tan recien nacido asumpto!
Adelantemos el paso
Hácia donde el Aura suena,
Y de la duda salgamos
De cómo pueden las flechas
Ser flores, diciendo el canto
En su métrica cancion,
Segun sus ecos refieren...

LAS DOS; Y MÚSICA, *dentro.*

Flechas que tan dulces hieren, etc.

POESÍA.

Y pues hemos de seguir
El boreal norte, buscando
Dónde sus cláusulas suenan,
Démos voces, por si acaso
Antes de vernos nos oyen.

HISTORIA.

Dices bien.—¡Hola! ¡Aho!

POESÍA.

¡Hola! ¡Aho!

ECOS DE MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Hola! ¡Aho!

POESÍA.

¡Ah de la dulce armonía!

MUSICA. (*Dentro.*)

¿Quién nos busca?

POESÍA.

La Poesía.

HISTORIA.

¡Ah desa aparente gloria!

MUSICA. (*Dentro.*)

¿Quién nos invoca?

HISTORIA.

La Historia,
Que vida de la memoria...

POESÍA.

Que alma de la fantasía...

HISTORIA.

De una y otra monarquía...

POESÍA.

Hacen la fama notoria...

LAS DOS.

Pues lo que cuenta la historia,
Lo celebra la poesía.

MUSICA. (*Dentro.*)

¿Quién las guia?

POESÍA.

El deseo...

HISTORIA.

La razon...

POESÍA.

De saber con qué ocasion...

LAS DOS.

Siendo en lícitos amores
Unas flechas y otras flores,
Flores y no flechas son.

Aquí bajó por medio de la cortina una flor de lis, cuya estatura ocupaba casi todo el espacio de ella. Era de perfectísima hechura, á quien realzaban el oro y los matices de que estaba salpicada á proporcionados trechos. Aparecieron tres mujeres que representaban EL AURA, LA AZUCENA Y EL CLAVEL, sentadas, el Aura en el pié de la flor, y las dos en los hombros de ella. Llegó abajo, á cuyo tiempo, con movimiento igual é imperceptible, la que estaba en el pié subió á la punta, y las que estaban en los brazos ocuparon la extremidad en que estaba la primera: cuyo trueque se ejecutó con tal primor, que se halló la atencion con la novedad, sin conocer el camino de ella, haciéndose miéntras cantó el Aura.

AURA. (*Cantando.*)

Pues porque no se dude[1]
Que el Aura inspira en vano[2]
De flechas hoy y flores
Reales epitalamios,
Sabed que el himeneo
Del mas heróico lazo,
Del mas felice nudo,
Asumpto es de su canto:
Por quien Amor, quitada
La cuerda de su arco,
Le ha transformado en íris
Que al aire tremolado,
Jeroglífico sea
Que signifique en rasgos
De iluminados visos
Amante yugo, dando
En bello maridaje
De lo rojo y lo blanco,
La púrpura el Clavel
Y la Azucena el ampo.
Y es porque no se dude
Que el Aura inspira en vano
De flechas hoy y flores
Reales epitalamios.

HISTORIA.

Aunque el disfraz he entendido
De asumpto tan soberano...

POESÍA.

Aunque de tan alto empleo
Yo la metáfora alcanzo...

HISTORIA.

Con todo, para escribirle,
Como quien tiene á su cargo,
Siendo la Historia, la edad
Del jaspe, el bronce y el mármol...

POESÍA.

Con todo, como Poesía,
Liberal don de los astros,
Que tambien á cargo tiene
El resto de los aplausos...

HISTORIA.

Que hables mas claro te ruego.

POESÍA.

Te pido que hables mas claro.

AURA.

Eso Clavel y Azucena
Lo harán, pues les toca á entrambos.

CLAVEL.

El Clavel, de las flores
Rey coronado,
Ya lo ha dicho en las bellas
Señas de CÁRLOS.

AZUCENA.

La Azucena, de flores
Reina divina,
Ya lo ha dicho en las señas
De MARÍA LUISA.

CLAVEL.

Pero como el respeto
Temió el nombrarle,
En el real Clavel quiso
Significalle.

AZUCENA.

Pero como el respeto
No osó mirarla,
Quiso que lo dijera
La lis de Francia.

LAS DOS.

Mas á Historia y Poesía

[1], [2] Pues porque no se dude
Que el Aura *no* inspira en vano, *etc.*

Así es como debe entenderse el sentido. CALDERON suele omitir la segunda negacion en casos iguales: indicio vehemente de que esta loa es composicion suya, como lo están diciendo el estilo y lenguaje.

¿Cómo negarse
Puede que una lo cuente
Y otra lo cante?

AZUCENA.

Y porque veais que no
Lisonjera los ensalzo...

CLAVEL.

Y porque no presumais
Que afectada los aplaudo...

AZUCENA.

Pues al templo de la Fama
Habeis hoy juntas llegado...

CLAVEL.

Llamad y entrad en los ricos
Salones de su palacio:
Veréis en dorados orbes
Sobre piras de alabastro
Cómo en las vivas estatuas
De parecidos retratos
Conserva la Fama héroes
De quien participan ambos.

HISTORIA Y POESÍA. (*Cantan.*)

¡Ah del templo de la Fama!

FAMA. (*Dentro.*)

¿Quién me llama?

LAS DOS.

Quien de tus favores fia
Que, para eterna memoria
De los triunfos deste dia,
Lo que cantare la Historia,
Lo celebre la Poesía.

Subió la flor de lis, arrugando tras sí la cortina con tan hermoso desaliño, que quedaron sus extremos en forma de un pabellon, que asistia á un teatro que representaba un salon regio de arquitectura corintia, con la techumbre de artesones de florones de oro, que asistidos de todo el caudal de las luces, deslumbró la atencion que le aguardaba.

Desde su primer término hasta el último habia catorce reyes, siete á cada lado, los cuales eran figuras naturales adornadas con los aparatos regios de ricos mantos, cetros y coronas. Cargaban sobre unos orbes, teniendo cada uno por respaldo un pabellon en que se unia la púrpura y el oro.

En la frente del salon, ocupando el medio de la perspectiva, se hizo un trono cubierto de un suntuoso dosel, debajo del cual habia dos retratos de nuestros felicísimos monarcas, imitados tan al vivo, que como estaban frente de sus originales pareció ser un espejo en que trasladaban sus peregrinas perfecciones; y el ansia que desea verlos en todas partes, quisiera hallar mas repetidas sus copias.

En la parte superior del teatro estaba en el aire LA FAMA sentada en un trono de nubes, con su trompa y demas insignias; y con las matizadas plumas de sus alas parecia que inflamaba los asumptos de los héroes á quien asistia.

FAMA. (*Canta.*)

Peregrinas beldades,
Que en divinos y humanos
Fueros, tal vez fatigas
Sois y tal vez descansos:
Si al templo de la Fama
Venis peregrinando
A efecto de observar
Los héroes que en él guardo,
Para que una en eternos
Anales, y otra en claros
Panegíricos, muestren
Al orbe que sus lauros
En real jóven, en real
Esposa, el heredado
Esplendor tira á un punto
Las líneas de los años;
A buen tiempo venis,
Pues es al que me hallo
Al mismo efecto en este
Salon en que hoy descanso.
Dígalo ser ilustre
Capítulo su espacio
De aquel dorado siglo,
Dignamente dorado,
De otras felices bodas
De quien se propagaron
En Francia los Borbones
Y en España los Austros.

(*Representa.*)

Y porque lo veais mejor,
¿Quién es ese?

HISTORIA.

Este es Fernando
Tercero.

POESÍA.

Y este Lüis.

FAMA.

¡Mirad, siendo reyes santos
Quien fundan sus monarquías,
Si están bien asegurados
De cristianísimos reyes
Y católicos, entrambos!

HISTORIA.

Roberto Primero es este.

POESÍA.

Este Don Alfonso el Sabio.

HISTORIA.

Ludovico de Borbon
Se sigue.

POESÍA.

Por eso paso
Yo algunos reyes, atenta
A igualar Borbones y Austros.

HISTORIA.

Lo mismo haré yo, porqué
En nada los excedamos.

POESÍA.

Este del Austria el primero
Filipo es, á quien llamaron
El Hermoso.

HISTORIA.

Aquí, el segundo
En la línea deste bando,
Ludovico de Borbon.

POESÍA.

Y en estotra el quinto Cárlos.

HISTORIA.

De Borbon primer Francisco.

POESÍA.

Nombrado *el Prudente*, hallo
Aquí el segundo Filipo.

HISTORIA.

Y yo aquí al Enrique Cuarto.

POESÍA.

Este Filipo Tercero,
El Piadoso, es.

HISTORIA.

Y este el Magno
Ludovico Trece.

POESÍA.

Y este
El grande Filipo Cuarto,
De la fe escudo y defensa,
Y de quien desciende Cárlos
Segundo, heredero suyo,
Por renombre *el Deseado.*

HISTORIA.

El duque de Orliens se sigue,
Del Cristianísimo hermano,
Padre de la mejor flor
Que el terreno castellano
Ha visto, la que hoy ilustra
Nuestros españoles campos.

FAMA.

Pues ya que en noticias veis
Presentes siglos pasados,
Anteviendo las futuras
Sucesiones que esperamos,
¿A qué venis?

HISTORIA.

Yo á ofrecerme
A notar sucesos raros
De los héroes de ambas casas.

POESÍA.

Yo á celebrar los aplausos
Nupciales con una fiesta
De magnífico teatro,
Desempeño del que atento
Cifró en él todo el cuidado.

FAMA.

¿Qué título?

POESÍA.

Hado y divisa
De Leonido y de Marfisa.

FAMA.

Pues á mí me toca el cargo
De publicarla, resuene
Mi trompa en el vago espacio
Del aire.

POESÍA.

Ten; que primero
Será razon que veamos
Cómo sale.

HISTORIA.

Fiesta que
Se hace á sugetos tan altos,
Ser corta es fuerza, y así
Publicarla es excusado.

FAMA.

Dad principio, por si es larga,
Y ese real aparato
Encubran nubes, pues ya
Su alfombra son esos astros,
A quien la música sigue
Sonora en acentos blandos.

(*Cantan y bailan todas.*)

UNA.

Tengan héroes famosos
Piras de mármol,
Y sírvanles de solio
Del sol los rayos.

OTRA.

Deste himeneo alegre
El fruto aguarda
En sucesion dichosa
Hoy toda España.

OTRA.

Un corazon herido
De amor al golpe,
Nadie duda que sean
Las flechas flores.

OTRA.

Vivid, vivid gustosos
Edades sumas,
Las que España os desea,
Que serán muchas.

Miéntras cantó la música estas últimas coplas, los orbes en que estribaban los reyes, se fuéron subiendo hasta cubrirse con la techumbre, mantenidos en unas agujas ó pirámides, figuras proprias que dedicó la antigüedad á los varones insignes, rematando en sus pedestales, en cuyas frentes se miraban diversos trofeos. Quedó el teatro, con variedad tan suntuosa, de admirable vista; y bien contra la atencion que le deseaba firme, se fué desvaneciendo con mucha brevedad toda aquella máquina. Acabó la *Loa*, y para empezar la

COMEDIA,

Se transmutó todo el teatro, que ántes era salon real, en un bosque, á trechos frondoso y obscuro, y á trechos claro, imitando la naturaleza. Hábia á partes señas de márgen de mar, entretejidas á la esmeralda del boscaje vagas perlas, que declaraban haber dentro raudales.

Estaban en este teatro ejecutadas todas las calidades de un bosque, ya en lo desigual de los horizontes, ya en lo yerto de algunos troncos, ya en lo verde de las espesuras. A un lado habia un peñasco, no fingido en los bastidores, sino sacado al teatro, cuyo artificio dispuso que se le mirara como muy altiva eminencia; y despues de haber sonado dentro rumor de trompetas, voces y cajas, se apareció en él LEONIDO, armado de todas armas, á caballo, cuyos movimientos se ejecutaron con tal primor, que la atencion engañada estaba temiéndole el despeño, segun lo desbocado del bruto y lo fragoso del terreno en que se mantenia; y no en balde, pues diciendo...

(JORNADA PRIMERA.)

ARMINDA. (*Dentro.*)

Seguidle todos: no quede
Tronco á tronco, peña á peña,
Estancia que no registre
Vuestro valor y mi ofensa.

SOLDADOS Y GENTE. (*Dentro.*)

¡Al monte!

OTROS. (*Dentro.*)

¡A la cumbre!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Al llano!

OTROS. (*Dentro.*)

¡A la marina! A la selva!

LEONIDO.

Desbocado bruto, ¿dónde
Precipitado me llevas,
Más de la espuela irritado
Que corregido á la rienda?

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al monte! Al llano!

LEONIDO.

¡Valedme,
Cielos!...

Se vió despeñar con tan proprio precipicio, que se volvió en lástima la admiracion, cayendo arrojado del caballo; y él, libre del peso que le oprimia, solicitó buscar la libertad por las intrincadas breñas.

POLIDORO. (*Dentro.*)

Pues ellos le truecan
El precipicio á piedad,
Del peñasco en que tropieza
Su caballo; para que
El nuestro le favorezca,
Tenle tú, Merlin, en tanto
Que él en mis brazos alienta.

MERLIN. (*Dentro.*)

¿Cómo he de tenerle yo,
Si apénas suelto le dejas,
Cuando de su libertad
Usando, veloz se ausenta?

(*Sale Polidoro.*)

POLIDORO.

Síguele.—Y tú, señor, cobra
Aliento, espíritu y fuerzas.

LEONIDO.

Mal podré; que la caida,
Si al despeño me reserva,
No al peligro.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Al monte! Al llano!

LEONIDO.

Y mas cuando no me quedan
Esperanzas de que puede
Ocultarme la maleza
Del monte, segun la gente
Que á todas partes le cerca.

POLIDORO.

Ni la fuga, pues cansado
Tu caballo, entre esas peñas
Rendido yace; y el mio
Suelto en el bosque se entra,
De Merlin seguido.

LEONIDO.

Añade
Que aunque esforzarme pretenda
A pié y armado á romper
Los sitiados cotos desta
Enmarañada espesura,
Por ninguna parte hay senda
Que no encuentre con el mar.

POLIDORO.

Quizá podrá ser que sea
Nuestra dicha la que aquí
Juzgas ser desdicha nuestra.

LEONIDO.

¿Cómo?

POLIDORO.

Como en su marina
Atada á un tronco la cuerda
De la sirga de un barquillo
Está, que, segun las señas
De pobres remos y redes,
Humilde pescador deja
Fiado al mar, miéntras descansa:
Con que podrás, si en él entras,
Trocar el preciso riesgo
De las fortunas de tierra
A las fortunas del mar,
Dando por lo ménos tregua
El riesgo que viene, al riesgo
Que puede ser que no venga.

LEONIDO.

Dices bien: la precision
Apele á la contingencia;
Que no es huir conocer
Imposible la defensa.
Al barco pues, Polidoro:
Y porque no queden señas
De quien soy en la divisa
Que es timbre de mis empresas,
Tráete contigo ese escudo;
Que me importa mas que piensas
Que no se sepa quién soy.
Y ¡oh quién retirar pudiera
A Merlin tambien!

POLIDORO.

¿Quién quieres
Que ser tu criado sepa
Un hombre no conocido?
En el barco, señor, entra;
Que como una vez los remos
Nos aparten destas peñas,
Mal podrán darnos alcance
Los que nos siguen.

LEONIDO.

Deshecha
Fortuna, ¿por cuánto en mí
El proverbio no cumplieras
De «á gran fiesta, gran desdicha?»

GENTE. (*Dentro.*)

¡A la marina! A la selva!

(*Vanse Leonido y Polidoro.*)

Salen ARMINDA, FLAVIO, SOLDADOS Y GENTE.

ARMINDA.

Sitiad el monte, no quede,
Mil veces á decir vuelva,
Tronco á tronco, rama á rama,
Risco á risco y peña á peña,
Estancia que no registre
Vuestro valor y mi ofensa.

Sale ADOLFO.

ADOLFO.

En vano será; que yo,
Siguiendo, Arminda, la huella
Del caballo que rendido
Hallé, juzgándole cerca,
Seguí el rumbo, y vi que al mar
Se entregó en una pequeña
Barquilla, que acaso estaba
Dada cabo en la ribera.
Y aunque tu dolor y el mio
Tras él me echaron, fué fuerza
La tierra ceder al mar,
Por la ventaja que lleva

El delfin que ménos nada
Al caballo que mas vuela:
Con que triste en no ser quien
Vivo ó muerto te le ofrezca,
Vuelvo al desaire de que
Sin él á tus ojos vuelva.

Sale FLORANTE *con* MERLIN, *vestido de librea de máscara.*

FLORANTE.

Con no menor sentimiento
Tambien llego á tu presencia
Yo; bien que en señal de que
No hubo centro que no inquiera,
Te traigo aqueste criado,
Que un caballo de la rienda
En socorro le traia,
Segun traje y temor muestran.

ARMINDA.

Pues ya que habemos perdido
Una y otra diligencia,
La noticia de quién es,
Y seguirle donde quiera
Que le lleve su fortuna,
Por lo ménos no se pierda.—
¿Quién vuestro dueño es? (*Á Merlin.*)

MERLIN.

Si yo
Quién es mi dueño supiera,
Supiera que es un derriba-
Príncipes, y no le hubiera
Servido de lo que llaman
Lacayo *ad honorem*.

ARMINDA.

Esa,
Mas que respuesta, es locura.

MERLIN.

Pues yo no sé otra respuesta;
Que aunque no puedo negar
Que el caballo y la librea
Son suyos, tampoco puedo
Decir, señora, quién sea;
Porque entre otros, alquilados
A que en ellos resplandezcan
Oropeles y velillos,
Percances de dia de fiesta,
Me tocó que de respeto
Ese caballo le tenga.
Por no quedarme con él,
Viendo cuán veloz se ausenta,
A luz de restitucion
Le seguí, para que entienda,
Ya que alquilé la persona,
Que no alquilé la conciencia.

ARMINDA.

Todo eso dirás mejor
En un potro.

MERLIN.

Esa sentencia
La naturaleza implica;
Que si la naturaleza
Es ir de potro á caballo,
Será contra su etiqueta
Ir yo de caballo á potro.

ARMINDA.

Llevadle, y nada os detenga,
A que en manos de un verdugo
Ó diga verdad ó muera.

MERLIN.

¡Piedad, señora!

ARMINDA.

No hay
Piedad.

MERLIN.

Pues haya clemencia.

SOLDADOS.

Venid.

MERLIN.

¿Qué les va á vustedes
En llevarme tan apriesa?

SOLDADO 1.°

La obediencia.

MERLIN.

Pues por solo
Que no logren su obediencia,
Perdone mi amo; que tengo
De cantar ántes que sea
Mi instrumento el arpa en quien
Son de cáñamo las cuerdas.

ARMINDA.

Di pues, di. ¿Quién es tu dueño?

MERLIN.

Aquel rayo de la guerra,
Que hijo expósito del hado,
Es lo mas que dél se cuenta
Que el gran duque de Toscana,
Andando á caza en sus selvas,
Recien nacido le halló
A la boca de una cueva,
Con ricos paños de oro
Su inocente infancia envuelta,
Y una lámina, que nadie
Ha leido qué contenga.
En su familia criado,
Creció con tanta soberbia,
Que todo es caballerías,
Divisas, motes y empresas.
El caballero del Febo
Con él fué un mandria, una dueña
Palmerin de Oliva, un zote
Arturo de Ingalaterra,
Y en fin, Amadis de Gaula
Un muchacho de la escuela,
Y un niño de la doctrina
El gran Belianis de Grecia.
Con que, corriendo fortunas,
Ya prósperas y ya adversas,
Con el nombre de Leonido,
Y un leon de oro por empresa,
Orlado con el enigma
De las no entendidas letras,
Llegó, de Tiro auxiliar
En las heredadas guerras
Que con Sidon tuvo, á hacerse
Lanzgrave de Tiro en Persia.

ARMINDA.

¡Esto mas!

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Qué escucho, cielos!

ADOLFO. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

ARMINDA.

¡Qué dolor!

LOS DOS.

¡Qué pena!

MERLIN.

En ella oyó que tu hermano
Lisidante, en real palestra,
A ostentacion de su gala,
Su valor y su fineza,
Una justa mantenia,
Y que sustentaba en ella
(Retando á cuantos amantes
De finísimos se precian)
Que la mas hermosa dama
Que habia en todo el orbe, era
Mitilene, que en la isla
De su mismo nombre reina,
Con quien casarse trataba
Por cariño, y conveniencia
De ser prima hermana suya.
El, acusando la ofensa
En comun de cuantas damas
Su amor desairar intenta,
Y en particular de una,
Cuya ignorada belleza
En un retrato idolatra,
Salir quiso en su defensa.
Para venir disfrazado
Sin la pompa y la grandeza
De sus ganados blasones,
No sé yo qué causa tenga;
Y así, entró de aventurero,
Donde...

ARMINDA.

Suspende la lengua:
No la tragedia repitas
A vista de la tragedia.
Tened aquese criado
En prision, hasta que sepa
De mas cierto si es verdad
Lo que ha dicho.

MERLIN.

¿De manera,
Que castigado al mentir
Y al decir verdad, se prueba
Que siempre yerra el criado,
Ó diga verdad ó mienta?

ARMINDA.

Generoso Adolfo, ilustre
Florante, cuya fineza,
Pagándome el pundonor
La costa de la vergüenza,
A darme por entendida
En este trance me fuerza
De haber venido por mí
A la fama de estas fiestas:
Ese monstruo de fortuna
Fué el que auxiliar en aquella
Solevacion que intentó
Contra mi hermano la fiera
República de Catania,
Llamado para que fuera
Gobernador de sus armas
Con la traidora promesa
De coronarle su duque,
Infestó las playas nuestras
Con tan poderosa armada,
Que en civiles bandos puesta
Toda Trinacria, se vió
A mas desdichas expuesta
Que si á un tiempo reventaran
Volcan, Mongibelo y Etna.
En este conflicto el cielo,
Reduciendo la violenta
Saña á un perdon general,
Dejó frustrada y deshecha
De su ambicion la esperanza;
Sin que en tantas conferencias
Como en sus ajustes hubo,
Darle mi hermano quisiera,
Por mas que lo pretendió,
Ni plática ni licencia
De salir á tierra: cuyo
Desden sintió de manera,
Que protestando vengarse,
Dió desairado la vuelta.
Con que las noticias dese
Criado sin duda son ciertas;
Pues el venir encubierto;
No presentarse en presencia
De los jueces que el seguro
Juraron; sin su licencia
Y sin firmar el cartel,
Aparecerse en la tela;
Romper la valla el caballo,
Correr las lanzas sin ella
Al desesperado choque
De las dos armadas testas,
Señas son de que venia
Mas de duelo que de fiesta.
Bien pudo ser que el acaso
De agilidades tan necias,
Que son para burlas mucho

Y son poco para véras,
Dispusiese el trance; pero
No pudo ser que no sea
Añadir la presuncion
En mi dolor pena á pena,
Furia á furia, saña á saña,
Ira á ira y fuerza á fuerza:
Mayormente cuando no
Es bien dejar la sospecha
Contra mí, de que el consuelo
De haber quedado heredera
De Trinacria, lisonjee
El dolor de la tragedia.
Y así, príncipes heróicos,
Timbres de Rusia y Süevia,
En habiendo celebrado
Las funerales exequias,
Será un obscuro retiro
Mi mas precisa vivienda,
Sin que hasta verme vengada
Dese tirano, me vea
Ninguno el rostro. Y supuesto
Que de la fineza vuestra
Ya me dí por entendida,
Coronad vuestra fineza
En mi venganza, porqué,
Como caballero sea
El que la logre, será
Quien mas conmigo merezca;
Y si sobre caballero
Hay lustre que le guarnezca,
Será mi mano laurel
Del que á mis plantas le ofrezca
O rendida la persona,
O troncada la cabeza.

(*Vase, y síguenla todos, ménos los dos príncipes.*)

FLORANTE. (*Ap.*)

En notable confusion
Su resolucion me deja...

ADOLFO. (*Ap.*)

En grande empeño me pone
Su vengativa propuesta...

FLORANTE. (*Ap.*)

Pues haberle de buscar,
O perder á Arminda es fuerza.

ADOLFO. (*Ap.*)

Pues es fuerza que le busque,
O á la hermosa Arminda pierda.

FLORANTE. (*Ap.*)

Y así, pues juntas me embisten
Mi fama y mi conveniencia...

ADOLFO. (*Ap.*)

Y así, pues me embisten juntos
Mi cariño y mi nobleza...

FLORANTE. (*Ap.*)

En busca suya...

ADOLFO. (*Ap.*)

En su alcance...

FLORANTE. (*Ap.*)

Mas no lo diga la lengua;
Dígalo el tiempo.

ADOLFO. (*Ap.*)

Y pues esto
A cargo del tiempo queda,
Obre el valor, y la voz
Quede por ahora suspensa.

FLORANTE.

Adolfo...

ADOLFO.

Florante...

FLORANTE.

Puesto
Que en la noble competencia
De soberanas deidades
Donde el mérito no llega
A mas que adoracion, bien
Cabe el que dos se convengan
A la luz del sacrificio
En el culto de la ofrenda;
Pues víctima á la deidad
De Arminda es Leonido, sea
El convenirnos los dos
En buscarle, de manera
Que dejando á la fortuna
Que al que elija favorezca,
Empeñadas no se encuentren
Las dos intenciones nuestras.
Decidme pues...

ADOLFO.

Detenéos;
Que en imposibles bellezas,
Tan negadas al amor
Que al mismo tiempo qué fuera
Él no quererlas delito,
Fuera delito el quererlas,
No puede darse el afecto
A partido que no sea
Que el que sirviere á mi dama,
Por enemigo me tenga.
Yo vi á Leonido arrojarse
Al mar; y aunque en él no hay senda,
El ir yo por donde sé
Que él va, escrúpulo no deja
Al valor de que en su alcance
El riesgo mayor no emprenda:
Con que asentado que donde
Hay dama no hay conveniencia,
En el mar me hallará quien
Seguirle á él y á mí pretenda.

FLORANTE.

Quien tiene aceptado un duelo,
No le cumple si otro acepta:
Y para no embarazarme
En daros otra respuesta,
Solo diré que no es
El mar campaña tan cierta
Como la tierra: y así,
Yo le buscaré en la tierra
Dentro de Tiro, su estado,
Donde es preciso que vuelva,
Y donde tambien seguirnos
A mí y á él podréis.

ADOLFO.

En esa
Suspension de armas quedamos.

FLORANTE.

Norabuena.

ADOLFO.

Norabuena.

FLORANTE.

Seguid pues vuestra fortuna,
Y adios.

ADOLFO.

Seguid vos la vuestra,
Y adios tambien.

FLORANTE.

El os guarde.

ADOLFO.

El á vos os favorezca;
Y en fin, el que venza viva.

FLORANTE.

Y viva en fin el que venza.

(*Vanse.*)

—

Entrándose cada uno por su parte, se mudó el teatro de bosque en uno que representaba firmes peñascos, fundados sobre las inconstancias de las olas del mar á quien oprimian; y ellas ofendidas del grave peso, conjuraban sus espumas, azotando los hombros de las peñas con la impetuosa furia de sus raudales.

En el foro habia una gruta, que se abrió á su tiempo, cubiertas sus puertas con la imitacion de los proprios peñascos, y encima una natural rotura, cuya horrorosa boca suponia la profunda concavidad á que daba paso, siendo capaz de que cupiesen por ella unas armas.

A un lado del foro estaba un peñasco, que se descollaba mas que los otros, por cuyas quiebras se despeñaba al mar (que se miraba cerca) un arroyo de tan extraño artificio, que nunca podia asegurarse mejor el engaño de que lo era, que cuando con mas atencion se mirase. El movimiento de las olas, los visos de los reflejos, los remolinos de las ensenadas y el rumor que hacia en las peñas, eran cuatro prodigios, que cada uno de por sí bastaba para embelesar la atencion; y haciendo unidos el horror armonía, no se sabía á cuál atender mas. Fué sin exageracion el engaño mas disculpado que hasta hoy ha padecido la vista.

Por esta garganta de rio pasaba un barco en que venían LEONIDO y POLIDORO proejando contra el raudal que navegaban con los remos que apartaban las ondas, levantando con sus alternados impulsos las espumas que salpicaban sus congojas.

LEONIDO.

Pues proejar no podemos
A fuerza de los brazos y los remos
Contra el raudal que en rápida aviada
Hace el mar rebalsado en la ensenada
De escollos que rebaten su corriente,
Dejémonos llevar de la inclemente
Cólera del destino.

POLIDORO.

Fuerza será; que ya no hay mas camino
De vencer tanta guerra
Que osar morir, osando tomar tierra.

LEONIDO.

Pues si ya no concede tregua alguna,
Sálgase con sus ceños la fortuna,
Y entre montes y hielos,
O á morir ó á vencer. ¡Socorro, cielos!

POLIDORO.

No en vano los invocas,
Pues conmovidos, ántes que en las rocas
Llegue á chocar la mísera barquilla,
Rozándose en la arena,
De légamos, de broza y ovas llena,
Ha encallado la quilla.

LEONIDO.

¡Felice, oh tierra, el que cobró tu orilla
Despues de la tormenta!

Saltaron en tierra, y el barco se fué llevado de la corriente que le violentaba, hácia el lado que representaba el mar, cubriéndose entre olas y peñascos.

POLIDORO.

Dices bien; pero pon, señor, á cuenta
Del gozo la zozobra

De no saber qué tierra es la que cobra.
Y mas al ver en sus primeras señas
Desnudos riscos de peladas peñas,
Solo habitadas de funestos troncos
Que de quejarse al ábrego están ron-
Cuyo susurro perezosas aves, [cos,
Graznando tristes y volando graves,
En entrambas esferas
Alternan con los ecos de las fieras,
Cuatro ruidos uniendo á solo un ruido
Él mar, el aire, el canto y el bramido.

LEONIDO.

Bien temes, puesto que es asombro [tanto
Todo horror, todo susto, todo espanto.
Y pues nos es preciso que intentemos
Saber qué tierra es esta á que arriba-
[mos,
Porque al mirarme, si es que gente
[hallamos,
En este traje escándalo no démos,
Será bien que dejemos,
Hasta buscar reparo á nuestras vidas,
Las armas escondidas,
Resguardando el empeño [ño
De que hayan de quedar para otro due-
Que las encuentre acaso, que seria
Ultimo vale de la suerte mia,
Si... (*Ap.* Mas ¿qué es lo que digo?
Que su enigma aun conmigo
No le debo tratar.)

POLIDORO.

Aquí una roca
Descubre infausta entre su abierta bo-
Lóbrego seno, en que depositadas [ca
Podrán estar ocultas y guardadas,
Dejando seña tal, que las hallemos
Si por ellas volvemos.

LEONIDO.

¿Qué mas segura seña
Que lo cavado de la misma peña?
Y así, para encubrillas,
Desenlazando vé pernos y hebillas.

Polidoro fué quitando las armas á Leonido, y las piezas que le iba desenlazando, las arrojaba por la boca de la sima, haciendo dentro rumor de la profundidad en que paraban.

POLIDORO.

Ya celada y escudo
A la sima entregué, donde no dudo
Que no solo capaz es su secreto
Del brazalete, el espaldar y el peto,
Segun que iluminada ó tarde ó nunca
Del sol, semeja ser honda espelunca,
Pero si acaso necesario fuera,
Aun á nosotros esconder pudiera.

LEONIDO.

¿A qué fin, si ántes es fuerza que va- [mos
Discurriendo hasta ver si es que en-
[contramos
En tan deshecha y mísera fortuna
Alguna poblacion, ó gente alguna?

POLIDORO.

A ese fin, más veloces
Que no las plantas, llegarán las voces.

LEONIDO.

De todo nos valgamos.

POLIDORO.

Pues discurriendo y dando voces va-
[mos.

LOS DOS.

¡Ah de los soberbios montes...

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Ah de los soberbios montes...

LEONIDO.

Oye, y por si acaso ha sido
Ilusion, vuelve á llamar.

LOS DOS.

Ah de los incultos riscos...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que siendo del mar escollos...

LOS DOS.

Sois de la tierra obeliscos!...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sois de la tierra obeliscos!
Dad paso á mis suspiros,
Por si un prodigio vence otro prodigio.

LEONIDO.

¡Qué es esto, cielos! ¿De cuándo
Acá el eco ha respondido
Tan sin sisar los acentos,
Que vuelve mas que le dimos?

POLIDORO.

No solo la admiracion
Es oirlos, sino oirlos
Tan sonoros, cuando suenan
En tan cóncavos vacíos.

LEONIDO.

Vuelve á oir, por si fué eco,
O fué otra voz la que dijo...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Escollo armado de hiedra,
Yo te conocí edificio...

POLIDORO.

Otra voz fué, pues hablando
Al monte, acuerda haber sido...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Ejemplo de lo que acaba
La carrera de los siglos.

LEONIDO.

¿Cúya será tan alegre
Música en tan triste sitio?
Que por baldon dice al monte,
Como acusando su olvido...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

De lo que fuiste primero
Estás tan desconocido...

POLIDORO.

Es verdad, pues le moteja,
Al mirarle tan altivo...

ÉL; Y MÚSICA, *dentro.*

Que de sí mismo olvidado,
No se acuerda de sí mismo.

LEONIDO.

No es eso solo, sinó
Que añade, glosando el ritmo...

ELLOS; Y MÚSICA, *dentro.*

Dad paso á mis suspiros,
Por si un prodigio vence otro prodigio.

POLIDORO.

A aquella parte parece
Que es donde el canto se ha oido.

LEONIDO.

Y á lo que se deja ver
(Segun desde aquí diviso)
Donde del mar la ensenada
Remata, y deja contiguo
Lo áspero de la maleza
Con lo afable del camino,
Lucida tropa de damas
Viene, cuyos repetidos
Ecos vuelven á decir,
Si bien llegamos á oirlos...

MÚSICA. (*Dentro, á lo léjos.*)

¡Ah de los soberbios montes,
Ah de los incultos riscos,
Que siendo del mar escollos,
Sois de la tierra obeliscos!
Dad paso á mis suspiros,
Por si un prodigio vence otro prodigio.

POLIDORO.

Por otra parte han echado.

LEONIDO.

Salgámoslas al camino
Por esotra; que no dudo,
Si patria y nombre fingimos,
Que nos escuche piadoso
Tan bello escuadron festivo;
Que no es fuerza que anden siempre
Juntos lo huraño y lo lindo.

POLIDORO.

Por esta parte parece
Que atravesando salimos
Al encuentro.

LEONIDO.

Sigue pues
Mis pasos.

(*Vanse los dos.*)

MITILENE. (*Dentro.*)

No haya escondido
Centro en el monte, que no
Penetren los repetidos
Concentos vuestros, diciendo
Sus voces y mis designios...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

Dad paso á mis suspiros...

Entráronse los dos, y al ruido de voces y á la armonía de los instrumentos y músicas, abrió MARFISA la puerta de la gruta, que disfrazaban peñascos; y como los imitó el arte con tanta propriedad, pareció haber rasgado sus senos la montaña. Descubrióse el interior de lo funesto de la cueva, en cuyo desaliño se fundaba el primor de la mutacion, por atender á la propriedad del sitio que representaba: descubriéronse las armas al mismo lado que correspondia al hueco por donde ántes las arrojaron, y salió Marfisa vestida de pieles.

MARFISA. (*Canta.*)

¡Dad paso á mis suspiros...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Por si un prodigio vence otro prodigio.

MARFISA.

Por si un prodigio vence otro prodigio!
¡Cielos! ¿qué violenta fuerza,
Hados, qué impulso atractivo,
Fortuna, qué poderoso
Afecto, astros, qué preciso
Influjo es el que en mí tiene
Tan absoluto dominio,
Que siendo norte del alma,
Es iman de los sentidos
Al escuchar...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

Dad paso á mis suspiros,
Por si un prodigio vence otro prodigio!

MARFISA.

Si cuando rudos pastores
Destos escollos vecinos,
Por quien el Peloponeso
Competencia es del Olimpo,
Por solazar las tareas
De sus menudos apriscos

Con sus rústicos cantares
Tal vez alegran festivos,
Me arrebatan de manera,
Que á pesar del padre mio,
Con el ansia de imitarlos
Y con el gozo de oirlos,
Rompo la prision en que
Cruel me guarda y cela esquivo;
¡Qué mucho ¡ay de mí! que hoy
Que de la cueva ha salido
Por silvestres frutas que
Son nuestro vital alivio,
A hurto suyo solicite
Oir desde este inculto sitio,
Sin que me vean, tan dulces
Voces, y á solas conmigo,
Mi natural complaciendo,
Pruebe á ver si las imito,
Alternando con sus ecos?
(*Canta.*) *Dad paso á mis suspiros...*
(*Va á salir, y tropieza en las armas.*)
Mas ¿qué es en lo que tropiezo?
¿No basta, cielos divinos,
Que me admire lo que oigo,
Sino tambien lo que miro?
¿Qué destroncado animal
Es el que yace esparcido
Tan á pedazos, que á una
Parte el cuerpo dividido
De su cabeza, y los brazos
Tambien del cuerpo distintos,
Tanto entorpece los labios
Y ensordece mis oidos,
Que no puedo pronunciar,
Por mas que lo solicito,
Con la voz que ya no oigo,
Ni el eco que ya no imito,
(*Canta titubeando.*) *Dad paso á mis suspiros,*
Por si un prodigio vence otro prodigio?
Huyendo dél y de mí
Iré...

Sale ARGANTE.

ARGANTE.
¿Dónde?

MARFISA.
Donde impío,
Ya que de mí supo el hado,
Sepa él de mi precipicio.
A arrojarme desos montes
Al mar, rompiendo los grillos
Y cadenas de la ley
Con que á tu obediencia vivo
Monstruo racional, negados
Los fueros del albedrío.

ARGANTE.
Bien temí cuando en el monte
Oí músicos sonidos,
Que habias de dejar llevarte
De su armonioso hechizo:
Y así á impedir tu salida
Veloz vuelvo, persuadido
A que sabiendo que tienes
Tan inclinado el oido
A la dulzura del canto,
Pretenden con este arbitrio
Los comarcanos villajes
Destos bárbaros distritos
Que al Archipiélago dan
En Mitilene principio,
Armarte lazos con que
Caigas en su red, movidos
Del pavor que les causaste
Tal vez que saliste á oirlos.
Y así, á retirarte dellos...

MARFISA.
¡Ay! que no eso solo ha sido
Lo que hoy me ha despechado.

ARGANTE.
Pues ¿qué mas te ha sucedido?

MARFISA.
¿Qué mas que ver ese asombro,
Despedazado vestiglo,
Muerto á manos de otra fiera,
Que en él tal destrozo hizo
Dentro ¡ay de mí! del obscuro
Albergue nuestro?

ARGANTE.
No admiro
Tu discurso, porque tengo
Mas que admirar en el mio;
Que tú admiras como quien
Nunca otras armas ha visto,
Y yo como quien no sabe
Quién pudo haberlas traido
Y arrojado á nuestra gruta
Por el pequeño resquicio
Que quizá dejó entreabierto
O el acaso ó el olvido.
Y para que no te asombre,
Ese templado bruñido
Acero, que destroncado
Cuerpo á ti te ha parecido,
Defensas son que inventó
El militar ejercicio
Contra el peligro á que va
Quien va á buscar el peligro.
Y para que mejor veas
Que no tan solo vestido
Dél el lidiador resiste
Los golpes del enemigo,
Le añade, porque el resguardo
Se adelante á recibirlos,
(*Alza el escudo.*)
Este escudo, que embrazado
Desta suerte... (*Ap.* Mas ¡qué miro!
¡Valedme, cielos! no pase,
Ya que es asombro, á delirio.
Su divisa es un leon,
Que de relieve esculpido
Trae, y por orla unas letras
Con los caractéres mismos
De aquella lámina... ¡Oh hados!
¡Qué de cosas ha movido
La memoria, reduciendo
A un instante todo un siglo!)

MARFISA.
Trocado habemos afectos;
Pues con eso que me has dicho,
Soy yo la que se ha quietado,
Y tú el que se ha suspendido.
¿Qué es esto, padre?

ARGANTE.
¡Ay Marfisa!
Si yo pudiera decirlo,
La austeridad disculparas
Con que al parecer te crio
En estos montes. Mas no,
No es tiempo, hasta que el destino
Haya pasado la línea
De aquel término preciso,
Que en la docta magia mia
Tengo á tus hados previsto:
Y así, baste que ahora sepas
Que hay impiedad que es cariño,
Que hay rigor que es agasajo,
E injuria que es beneficio.
¿Ves estas letras? Pues ellas
Me están diciendo...

MITILENE. (*Dentro.*)
Este sitio,
Que no hemos tocado, no
Quede sin nuestro registro.
Venid por él, prosiguiendo
La música.

ARGANTE.
Hácia aquí miro
Venir la gente. A la cueva,
Marfisa; que harto te he dicho
En que en estas letras y esas
Voces te ronda el peligro.

MARFISA.
¿Qué mas peligro me puede
Venir que el que ya me vino,
Buscándome como fiera,
Humana habiendo nacido?
¡Y mas el dia que sé
Que hay contra el mas enemigo,
Para su reparo escudo,
Y armas para su homicidio!
Deja pues, deja que al paso
Les salga, ya que ha influido
Tan nuevo espíritu en mí
Ese acero, que ha podido
Trocar el pavor en saña,
Mudar el temor en brio.

ARGANTE.
Deja pasar tú el fatal
Término al opuesto signo
Que viene en tu busca.

MARFISA.
En vano
A no salir me resisto.

ARGANTE.
Advierte...

MARFISA.
Ya nada advierto.

ARGANTE.
Mira que...

MARFISA.
Ya nada miro.

ARGANTE.
Repara...

MARFISA.
Nada reparo.

ARGANTE.
Obligarásme, ofendido
De tu inobediencia, á que
Lo que por ruego te pido,
Hagas por fuerza.

MARFISA.
Será
Forzarme á que diga á gritos..

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*
¡Ah de los soberbios montes,
Ah de los incultos riscos,
Que siendo del mar escollos,
Sois de la tierra obeliscos!

ARGANTE. (*Ap.*)
Cierro la peña, llevando
Al mas oculto retiro
Estas armas, hasta ver
Si el que aquí con ellas vino
Vuelve por ellas, y qué
Quiso decir cuando dijo...

LOS DOS, Y MÚSICA, *dentro.*
Dad paso á mis suspiros,
Por si un prodigio vence otro prodigio.

Llevándose por fuerza á Marfisa, cierra Argante la gruta, y salen cantando MITILENE, ALFREDA, DAMAS Y PASTORES.

MITILENE.
No prosigais, pues habiendo
Rodeado todo el recinto
Del monte, no hemos logrado
El intento á que venimos
En busca del nuevo monstruo,
Que estos villanos han dicho

Que de la música al canto
Seguirles tal vez han visto.

PASTOR 1.°

Y es tan verdad, que no solo
Tal vez, mas muchas le vimos
Venirse tras nuestros ecos.

PASTOR 2.°

Y alguna vez que quisimos
Seguirle, no fué posible,
Segun corre fugitivo
Hasta perderse de vista,
Sin saber dónde es su asilo.

MITILENE.

Pues hoy que por la extrañeza
Que de sus señas he oido,
Con gente y música vengo,
Solo por ver si consigo,
Ya que inclinada á la caza
Alto espíritu me hizo,
Ser yo de igual presa dueño,
¿Cómo no sale al oirnos?

DAMA 1.ª

Quizá habiendo tanta gente,
Señora, no se ha atrevido.

ALFREDA.

Tambien puede ser que sea
El quien en callado ruido
Viene, moviendo las ramas
Del fragoso laberinto
Hácia aquella parte.

MITILENE.

El bulto
Veo; mas no le distingo.
Prevenid arcos y flechas,
Porque si llevarle vivo
No logro, le lleve muerto.

Salen LEONIDO Y POLIDORO.

LEONIDO.

Suspende, hermoso prodigio,
La cuerda al arco; que sobran
Las armas contra un rendido.

MITILENE.

¿Quién eres, hombre, que cuando
Es nuevo monstruo el que sigo,
Tú sales al paso?

LEONIDO.

Quien
No te ha trocado el motivo;
Que con nuevo monstruo has dado,
Puesto que has dado conmigo,
Que monstruo de la fortuna
Soy, de sus mudanzas hijo.

MITILENE.

¿Pues quién eres?

LEONIDO.

Un humilde
Derrotado peregrino,
Que arrojado desos mares,
A dar á estos montes vino.
Mi nombre es Lelio, mi patria
Alejandría de Egipto,
De cuyos grandes comercios
Ayer poderoso y rico
Mercader me vi, cuanto hoy
Pobre y mísero mendigo,
En tan extranjero clima,
Que no sé qué tierra piso.
A las provincias del Norte,
A emplear el caudal mio
A precio de sus caudales,
Fleté á mi costa un navío.
Embarquéme en él; y cuando
Mas sereno, mas tranquilo
El mar, que para engañar
Se finge á veces dormido,
Sus verdinegros damascos
Encrespados y movidos
Del blando céfiro eran
Espejos de nieve y vidrio,
En quien se miraba el sol,
Enamorado Narciso;
Una transmontada nube,
Tan pequeña que al principio
Una garza parecía,
Extendió en trémulos visos
Las alas de tal manera,
Que los cielos cristalinos
Dejó obscuros, y los vientos
Despertaron el esquivo
Sueño del mar, que elevando
Montes de piélagos, hizo
Que pareciese el farol
Tal vez estrella que quiso,
Desencajada del cielo,
Errar por otros caminos;
Y tal exhalacion, que
De su propio fuego activo
Huyendo, por apagarle
Se echó culebreando á giros
Al mar: con que gavia y quilla
Tocaron á un tiempo mismo
Con las estrellas del cielo
Las arenas del abismo.
De un embate pues en otro
El buque, cascado el pino,
Arrebujado el velámen,
Al Norte el iman no fijo,
La bitácora sin muestra
Y la brújula sin tino,
Dió en iras de un huracan,
Que de undosos remolinos
Pirámide, á sepultarnos
Embistió tan de improviso,
Que á no saltar al esquife
Veloces yo y ese amigo,
No hubiéramos escapado
Del náufrago torbellino,
En que perecieron cuantos
Salvar en él no pudimos.
Con que dejando las vidas
Del mar y el aire al arbitrio,
Dimos en esta ensenada,
Donde, aunque pudo afligirnos
Atemorizado el ceño
De sus encumbrados riscos,
Tambien pudo consolarnos
Ver, señora, convertidos
Con vuestra vista, desiertos
Montes en campos Elísios,
De quien no en vano esperamos
Favor, amparo y auxilio.

MITILENE.

De vuestra fortuna se ha
Mi piedad compadecido.
Acudid pues á la corte,
Adonde convalecidos
Del mar, con alguna ayuda
De costa para el camino,
Podréis dar vuelta á la patria;
Que no es el menor alivio
De un peligro cuando queda
Para contado un peligro.

LEONIDO.

Mil veces vuestros piés beso.

Sale AURELIO.

AURELIO.

Y yo otras mil os suplico
Me deis á besar la mano.

MITILENE.

Seais, Aurelio, bien venido.

AURELIO.

En cuanto á hallaros, señora,
(Despues de haberos servido
De embajador en Trinacria)
Con vida y salud, que á siglos
Cuente el tiempo, fuerza es serlo:
De cuyo gozo testigo
La prisa es con que por veros,
A los montes me anticipo;
Pero en cuanto á mi venida,
No sé si bien recibido
Seré.

MITILENE.

¿Cómo?

AURELIO.

Porque traigo
Dos nuevas tan á dos visos,
Que una es pesar, bien que otra
Consuelo del pesar mismo,
Y no sé por cuál empiece.

MITILENE.

Si una es pesar, ¿no es preciso
Ser preferida, porqué
Sobre el pesar, ya que vino,
Llegue á enmendarle el consuelo?

AURELIO.

Otros, al contrario, han dicho
Que á consuelo anticipado
Embiste el pesar mas tibio.

MITILENE.

No lo hagamos argumento;
Que mas que pesar sabido
Vale el consuelo ignorado.

AURELIO.

Con esa aprobacion, digo
Que ya sabeis cuán amante,
Por no entrar á ser marido
Sin dejar de ser galan,
Lisidante vuestro primo,
Una real justa en lór vuestro...

MITILENE.

No prosigais...

POLIDORO. (*Ap. á Leonido.*)

¿Haslo oido,
Señor?

LEONIDO.

Sí.

POLIDORO.

Pues oye y calla.

MITILENE.

Que ya la fama me dijo
Su loca fineza.

AURELIO.

Amor
Tiene locuras en juicio:
¡Así en dicha las tuviera!

MITILENE.

¡Cómo! Ved que enternecido
Y suspenso, me dais mucho
Que temer.

AURELIO.

Fuerza es deciros
Cómo un aventurero
Que en el mote que dió dijo:
«La sola hermosa es aquella
Que yo adoro y que no digo,»
Entró encubierto en la tela;
Y al primer encuentro, quiso
La fortuna que falseada
La sobrevista y rompido
El baberol de la gola...

MITILENE.

No digais mas; que harto ha dicho
Antes que la voz el llanto.
Y en su venganza, ¿qué hizo
Toda su corte?

AURELIO.

Seguirle
En vano.

MITILENE.

¿Y no se ha sabido
Quién es?

AURELIO.

A lo que un criado,
Que se halló ser suyo dijo,
Leonido de Tiro, en Persia
Lanzgrave, añadiendo indicios
A que fué caso pensado,
Por aquel rencor antiguo
Con que en la solevacion
De Catania, á darla auxilio
Vino, y volvió desairado.

MITILENE.

¿Y qué hizo Arminda?

AURELIO.

Sentirlo
Con tanto extremo, que nadie
La ve el rostro, habiendo dicho
Que al que, siendo caballero,
Se le entregue muerto ó vivo,
Será Trinacria y su mano
Premio á igual fineza digno.

MITILENE.

Y á tanta desdicha, ¿qué
Consuelo traeis prevenido?

AURELIO.

Ser de Trinacria heredera
Vos; que habiendo recaido,
Faltando el varon, en hembra
Su estado, y habiendo sido
Hija de hermana mayor,
Sois...

MITILENE.

No paseis á decirlo;
Que ofende el imaginarlo:
Mirad qué será el oirlo.
¿Soy yo mujer á quien puede,
Cuando no fuera tan digno
El sentimiento, aliviarle
Tan desairado motivo
Como que desdicha de otro
Resulte en interes mio?
Por el mismo caso, Aurelio,
Antes que llegue á litigio
Judicial este derecho,
O pase al último juicio
Del tribunal de las armas,
Que es quien ha de decidirlo,
Seré la que en busca dese
Traidor, aleve Leonido,
Que encubrió en festivas señas
Las señas de vengativo,
Más enemiga se muestre,
Sin que haya en el mundo asilo
Que de mí le libre. Y pues
Ya es de mi espíritu altivo
Tan otro el duelo, dejemos
Al monte con sus prodigios;
Que harto prodigio llevamos,
Pues que llevamos sabido
Cuánto en un instante mudan
Semblantes los regocijos,
Viendo que vamos llorando
Las que cantando venimos. (*Vase.*)

DAMA 1.ª

No en vano en fatal presagio
Fué la letra que elegimos,
«Ejemplo de lo que acaba
La carrera de los siglos.»

(*Vanse todos, ménos Leonido y su criado.*)

LEONIDO.

Más en vano será ¡ay cielos!
Pensar que por mí no dijo
«Que de mí mismo olvidado,
No me acuerdo de mí mismo».

POLIDORO.

Aunque el sentimiento tenga
Razon, en un pecho invicto
No ha de pasar la razon
Del sentimiento al sentido.
¡Tú despechado!

LEONIDO.

Si ves,
Polidoro, que ninguna
De sus iras la fortuna
En mí ha perdonado, pues
Todas cifradas en mí,
Atropelladas las miras,
¿Qué extrañas darme á sus iras
Por vencido? Y mas aquí,
Donde Mitilene al verme
Apénas quiso ampararme,
Cuando el principio de honrarme
Fué medio de aborrecerme;
Siendo, á contrario sentido,
Por un infame criado,
En la persona amparado
Y en el nombre aborrecido.
Y esto con nota de que
Muerte por venganza dí
A su primo, siendo así
Que entrar en su duelo fué
Solo á fin que Arminda bella
Supiera que la ofendia
Quien sustentaba que habia
Otra mas hermosa que ella;
Que aunque no podia decir
Que era yo, esto de saber
Que servir por merecer
Ni es merecer ni servir,
Bastó á complacer, Lidoro,
Ya que sin alivio muero,
La verdad con que la quiero
Y la fe con que la adoro;
Que aunque hasta aquí ni aun conmigo
Lo hablé, viéndome apurar,
¿Con quién he de descansar,
Si no descanso contigo?
Yo vi su retrato un dia...
—Pero mal digo: yo vi
Al dia en su retrato, y fuí
A ver si ganar podia
Triunfos que ofrecerla: no
Me lo permitió mi estrella,
Pues sin Catania y sin ella
Me hallé, en estado que aun yo
No sé dónde he de ir á dar,
Haciéndome á un tiempo guerra,
Con sobresaltos la tierra
Y con naufragios el mar.
Y mas hoy, puesto que en vano
Mi vida está defendida,
Siendo talla de mi vida
Un premio tan soberano.
Bien que de aquesta querella
Airoso creyendo salgo
Que valgo mucho, pues valgo
La mano de Arminda bella.

POLIDORO.

Si juntas un hombre viera
Todas las penalidades
Que traen las adversidades,
El mas constante se diera
Por vencido; pero si
No juntas las considera,
Y que le embistan espera
Cada una de por sí,
Bien podrá de cada una
Defenderse, cuando no
Pueda de todas: y yo,
A pesar de la fortuna,
Viendo que es lo que insta hoy mas
Que desta tierra salgamos,
Te aconsejo nos volvamos
A Tiro, donde estarás
(Sin que de Arminda los llantos,
De Mitilene el empeño,
Del Peloponeso el ceño
Te aflijan con sus encantos)
Más defendido; pues cuando
Allá te vayan siguiendo,
Podrás irlas tú venciendo
Como ellas fueren llegando.
Para el camino, conmigo
Oro y joyas saqué.

LEONIDO.

Mal
Podrá el mas rico caudal
Compensar, si verdad digo,
Con el tesoro mayor
De cuantos dar el sol pudo,
La pérdida de un escudo
Que es timbre de mi valor.
¿Qué harémos para llevalle,
Ya que, ménos conocidas
Las armas, quedan perdidas,
Pues cuando haya quien las halle,
No hallará señas en ellas
Que digan que fuéron mias?

POLIDORO.

Si de la gruta no fias
En que pudimos ponellas,
Saquémos della el escudo.

LEONIDO.

¿Cómo le hemos de llevar
Sin nota?

POLIDORO.

Con esperar
A que anochezca, no dudo
(Pues forzoso es que tomemos
Hasta aprestar la jornada,
Algun albergue ó posada)
Que sin ver lo que es, podrémos,
Yendo en esta banda envuelto,
Como que es ropa, ocultarle.

LEONIDO.

A precio de no dejarle,
A sacarle estoy resuelto.
Y pues no habemos perdido
Nunca de vista la peña
En que dejamos por seña
La quiebra donde escondido
Quedó, por él entraré.

POLIDORO.

Tente; que el que tú entres no
Es justo; que cuando yo
Las armas en ella eché,
Lóbrego reconocí
Un espacio en que quizá,
Señor, algun riesgo habrá.

LEONIDO.

Pues háyale para mí,
Ya que dije que he de entrar;
Que no me ha de detener
El riesgo que hay que temer.

POLIDORO.

Tampoco me ha de culpar
A mí el desaire de que
Habiendo yo prevenido
No haya algun riesgo escondido,
Que tú le emprendas dejé.

LEONIDO.

Eso es competir extremos.

POLIDORO.

Competir lealtades es.

LEONIDO.

Yo he de entrar.

POLIDORO.

Yo tambien.

LEONIDO.

Pues
Entrémos los dos.

POLIDORO.

Entrémos;
Pero tú sin mí, eso no.

LEONIDO.

Antes de llegar, la roca
Ha abierto una infausta boca.
¿Quién es quien está aquí?

Sale MARFISA.

MARFISA.

Yo,
Yo, porque habiendo salido...

LEONIDO.

¡Qué prodigio!

POLIDORO.

¡Qué portento!

MARFISA.

Por la oculta contramina
Deste pavoroso centro,
Por frutas que ántes no trajo,
Llamado de otros acentos
El que de un miedo me guarda
A costa de muchos miedos;
Hallándome sin él, quise,
Humanas voces oyendo,
Averiguar de una vez
Los amenazados riesgos
Del hado; porque no puede,
Apurado el sufrimiento,
El sentirlos afligirme
Más que me aflige el temerlos.
Y así, si sois los que habeis
Armádome tan opuestos
Lazos como armas y voces,
Para que tropiece á un tiempo
El espíritu en lo altivo,
El sentido en lo halagüeño,
Hasta dar en vuestras manos;
Ya está sucedido, puesto
Que ya el terror, ya el halago
Han despertado al despecho
Para que publique á voces
Que soy el monstruo que tengo
Atemorizado el monte,
Pues á mí sola me vieron
Los pastores los dias que,
Arrebatado el afecto,
Me llevó tras su armonía
El boreal iman del viento.
Y pues ya veis que no soy
Monstruo, aunque sí lo parezco,
¿Qué es lo que quereis de mí?
Si ya no es que á cargo vuestro
De mi destinado influjo
Esté el fatal cumplimiento;
Que en este caso seré
Yo la primera que haciendo
Pretension la ruina, el daño
Súplica, el destino ruego,
Os pida me deis la muerte;
Pues, como dije, no temo
Tanto el riesgo padecido
Cuanto imaginado el riesgo.
Y si no es uno ni otro,
Dejadme en mi retraimiento,
Desengañados de que
Asombro, pero no ofendo.

LEONIDO.

Extraño prodigio, en quien
Concurren, juntando extremos,
Si montaraz la hermosura,
No montaraz el ingenio,
¿Quién eres? Porque aunque has dicho
El agorado pretexto
De vivir en estos montes,
No la causa con que á ellos
Veniste, ni quien te trajo,
Infausta amenaza huyendo.
No temas pues, para que
Tu nombre y patria sabiendo
Y el temor de quién te guarda,
No digo tu ruina, pero
Tu libertad y tu vida
Corra á cuenta de mi esfuerzo.
Porque no sé tan primera
Vista qué interior afecto
En el pecho ha introducido,
Que con tener en el pecho
Otro por huésped del alma,
Tan raro lugar se ha hecho
Que cabe sin estorbar,
Con un género tan nuevo
De cierto amor, que no es
Amor ni deja de serlo,
Pues sin celos uno y otro
Se han avenido acá dentro.
Di pues, ¿quién eres?

MARFISA.

Si yo
Supiera quién soy, es cierto
Que te lo dijera, pues
Tambien al mirarte, siento
No sé qué gozo en el alma,
Que sin entrar sin recelo,
Te franqueara el corazon
Sus mas íntimos secretos.
Pero no sé mas de mí
De que vi en este desierto
(Que es de la isla Mitilene
El monte Peloponeso),
La primera luz del sol,
En poder de un padre viejo,
Y de que una ciervecilla
Me dió el primer alimento.
Enseñóme á hablar, y dióme
De los humanos comercios
Noticia sin experiencia
Y memoria sin acuerdo;
Pero no pasó de aquí
Su enseñanza, pues aun siendo
Sabio en las mágicas artes,
No quiso que sepa desto
Mas de que ellas á guardarme
Le obligan: con que no puedo
Decir mas de que mi nombre
Es...

ARGANTE. (*Dentro.*)

¡Marfisa!

MARFISA.

Mas ¡ay cielos!
Que aquella es su voz.

ARGANTE. (*Dentro.*)

¡Marfisa!

MARFISA.

Por todo el obscuro centro
Buscándome anda; y si fuera
Me halla, que me mate es cierto.
Queda en paz.

LEONIDO.

Espera, aguarda.

MARFISA.

No me detengas.

LEONIDO.

Habiendo
Oido que forzada vives,
Y que quedas con recelo
De que te dén muerte, ¿cómo
He de dejarte en dos riesgos?

MARFISA.

Por mas razones que hallen
Tus nobles atrevimientos,
No has de conseguirlo.

LEONIDO.

¿Cómo
Lo has de resistir?

MARFISA.

Huyendo.

LEONIDO.

Tendréte yo.

MARFISA.

Será en vano.

LEONIDO.

Más será en vano tu esfuerzo.

MARFISA.

Es tiranía.

LEONIDO.

Es piedad.

MARFISA.

Es violencia.

LEONIDO.

Es rendimiento.

MARFISA. (*Ap.*)

¿Quién pudiera defenderse
Y no defenderse á un tiempo?

LEONIDO.

Llega, Polidoro, para
Que entre los dos la llevemos
Mas veloz, donde una vez
Fuera del monte, pensemos
Cómo asegurar su honor
Y su vida.

POLIDORO.

Para eso,
Con llevarla á Mitilene,
Lograrás de una el obsequio,
Y de otra vida y honor.

LEONIDO.

Dices bien.

POLIDORO.

Pues sea tan presto,
(*Llévandola entre los dos.*)
Que ántes que salga del monte,
Su hermosa tropa alcancemos.

MARFISA.

¡Ay infelice de mí!
Que, desmayada, el aliento
Fallece.

LEONIDO.

Segura vas,
No temas.

MARFISA.

(*Ap.* ¡Oh qué mal, cielos,
Lidia quien lidia sin gana
De lograr el vencimiento!
Pero cumplamos con todo.)
¡Padre! ¡Señor! (*Éntrase con ellos.*)

(*Sale Argante.*)

ARGANTE.

¿Qué es aquesto?
Fuera de la gruta da
La voz de Marfisa el eco.

MARFISA. (*Dentro.*)

¡Favor, amparo!

ARGANTE.

¡Qué escucho!

MARFISA. (*Dentro.*)

¡Piedad, socorro!..

ARGANTE.

¡Qué veo!

MARFISA. (*Dentro.*)

Que ajeno poder me lleva
A poder de dueño ajeno.

ARGANTE.

Tras ella... Mas ¡ay de mí!
Que aunque mas seguirla intento,
Con el peso de los años
A cada paso tropiezo.
Y aunque la siga, ¿qué fuerza,
Qué valor conmigo llevo?
Pues si es que yo tengo alguno,
Conmigo mismo le tengo,
Para que la cobre el arte,
Ya que no quede el esfuerzo.—
¡Oh tú, pálida Megera,
De las furias del averno
Principal ira, á quien toca
De las magias el imperio!
Atiende á mi voz.

Con esta exclamacion de Argante, se apareció MEGERA sentada en una sierpe, y se fué desprendiendo por el aire, en cuyo espacio desenroscaba y recogia su desmesurada estatura, cuyas erguidas escamas daban espanto y admiracion, pues á veces ocupaba todo el teatro, y á veces se recogia, embebiéndose casi al tamaño de la mujer que en ella venía sentada.

MEGERA. (*Canta.*)

¿Qué quieres?

ARGANTE.

Que atemorizado el viento,
De sus diáfanos espacios
Corran las nubes los velos,
Que en caliginosa lid
Perturben el universo
De suerte, que confundidos
De su horror y de su estruendo,
Se pierdan de vista cuantos
El monte contiene, haciendo
Que no logren de Marfisa
El robo; y vuelta á mi centro,
Enmiende de su resguardo
Yo el modo, porque el despecho
Segunda vez no aventure
Su vida.

MEGERA. (*Canta.*)

Ya te obedezco,
Dando sin tiempo al tiempo
Lluvias, rayos, relámpagos y truenos
Y no solo ha de parar
En terremoto mi incendio,
Pero en favor de Marfisa,
Si me da licencia el cielo,
Despues que haya amotinado
La lid de los elementos,
En castigo de Trinacria,
Reventaré el Mongibelo.—
(*Canta.*) *Gima á temblores la tierra...*

MÚSICA. (*Dentro.*)

Gima á temblores la tierra...

MEGERA.

Gire á cometas el fuego...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Gire á cometas el fuego...

MEGERA.

Asombre á embates el agua...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Asombre á embates el agua...

MEGERA.

Brame á ráfagas el viento...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Brame á ráfagas el viento...

MEGERA.

Dando sin tiempo al tiempo...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Dando sin tiempo al tiempo...

MEGERA; Y MÚSICA, *dentro.*

Lluvias, rayos, relámpagos y truenos.

Habiendo cantado Megera estos versos, se obscureció impensadamente el teatro, cuya novedad creció á susto con el ruido de truenos que se le siguió, imitados tan al natural, que parecia se desplomaba no solo aquella material arquitectura, sino toda la máquina celeste. Viéronse los desórdenes de todos los elementos, y tocadas las cóleras de los terremotos, ayudadas con la asistencia de Megera, que rodeaba el teatro con lo espantoso de su sierpe, saliendo TODOS despavoridos y asombrados.

UNO.

¡Qué asombro!

OTRO.

¡Qué confusion!

OTRO.

¡Qué pena!

OTRO.

¡Qué ânsia!

VILLANO 1.°

¡Qué miedo!

AURELIO.

¿Qué súbita tempestad
Nos anochece tan presto?

MITILENE.

La que, cerrando el camino,
Todo es golfo y nada es puerto.

Salen LEONIDO Y POLIDORO *con* MARFISA.

LEONIDO.

Mitilene...

MITILENE.

¿Quién me nombra?

LEONIDO.

Quien viene en tu seguimiento
Para ofrecer á tus aras
El hermoso monstruo bello
Que buscabas.

MITILENE.

Esto solo
Podrá servir de consuelo
Al susto del terror que
Nos ha salido al encuentro.

LEONIDO Y POLIDORO. (*Á Marfisa.*)

Llega, arrójate á sus plantas.

A este tiempo, bajando la sierpe con Megera, arrebató á Marfisa, y juntas dieron un vuelo, cruzando todo el teatro tan rápido, que se juzgó ser relámpago de la tempestad que corria, pues no hubo quien percibiera instante entre el arrebatarse y desparecerse.

MEGERA.

No hará tal, porque primero
Se arrojará ella á las suyas.

MARFISA.

¿Dónde voy? ¡Valedme, cielos!

MITILENE.

¿Dónde está?

POLIDORO Y LEONIDO.

De entre los brazos
Nos la ha arrebatado el viento.

UNOS.

¡Qué maravilla!

OTROS.

¡Qué espanto!

TODOS.

¿Qué es esto, ¡cielos! qué es esto?

ARGANTE.

Eso el tiempo lo dirá.

TODOS; Y MÚSICA, *dentro.*

Pues miéntras lo dice el tiempo,
Gima á temblores la tierra,
Gire á cometas el fuego,
Asombre á embates el agua,
Brame á ráfagas el viento,
Dando sin tiempo al tiempo
Lluvias, rayos, relámpagos y truenos.

Juntándose á esta variedad el horror de la tempestad que continuaba, la confusion de las voces que la seguia, y la armonía de músicas é instrumentos que no cesaban, se dió fin á la primera jornada con la mayor variedad y extrañeza que hasta hoy se ha visto.

ENTREMES DE LA TIA.

El prado de San Jerónimo, en Madrid.

Salen DON ESTÉBAN, DON NUÑO Y DON TORIBIO.

DON ESTÉBAN.

Vamos, y en el primer árbol
De los que en el Prado nuevo
Ha dejado sin vestido
Ese ladron del enero,
En sana salud los tres
Amigos nos ahorquemos.

DON NUÑO.

Vamos, pues nuestra desdicha
Solo nos da este remedio
Breve, y libre de doctor,
De boticario y barbero.

DON TORIBIO.

Yo traigo cordel delgado
Para que acabemos presto.

DON ESTÉBAN.

Pues veamos entre los tres
Quién se ha de ahorcar primero.

DON NUÑO.

Ahórquese Don Toribio,

Que es hombre de mas respeto,
Y ha sido corregidor
Dos años en Ciempozuelos.

DON TORIBIO.

Don Estéban ha corrido
Máscaras, y un año entero
Vimos todos que un vizconde
Le dió su lado derecho.

DON ESTÉBAN.

Para eso Don Nuño es
Hombre de acompañamiento,
Y que ha sácado á la calle
Con franjas un lacayuelo.

DON NUÑO.

Yo de ninguna manera
Me he de adelantar en eso.

DON TORIBIO.

Perdónenme; porque yo
Me he de ahorcar el postrero.

DON ESTÉBAN.

Ea, vaya; que entre amigos,
¿Para qué son cumplimientos?

DON TORIBIO.

Yo no he de exceder.

DON NUÑO.

Ni yo.

DON ESTÉBAN.

Paréceme, á lo que veo,
Que tenemos poca gana;
Y no lo admiro, supuesto,
Amigos, que el ahorcarse
No debe de ser muy bueno.

DON NUÑO.

Yo, como otro lo estrenara...

DON TORIBIO.

Como yo viese primero
El ejemplar...

DON ESTÉBAN.

Pues, amigos,
Ahorcarnos dilatemos:
Y pues de desesperarnos
Era la causa aquel fiero
Vestiglo de Doña Aldonza,
Cuyo maldito esqueleto,
Por no poderle sufrir,
Nos le ha echado acá el infierno:
Aquella inhumana tia
De aquellos ídolos bellos
Que adoramos, pues los guarda
Con tan rabioso desvelo,
Que es en su comparacion
Una oveja el Cancerbero,
Sin ser posible lograr
El que por aquel estrecho
Sitio de la tia pueda
Introducirse un requiebro;
Vamos á hablarla, y veamos
Si algun resquicio pequeño
Se abre con el eficaz
Petardo del casamiento.
Propongámoslo; y si acaso
Se resistiese, podemos
Volver á ahorcarnos, pues
Estos troncos tan atentos
Son, que juzgo que en cualquiera
Ocasion los hallarémos.

DON NUÑO.

Vamos, aunque será en balde.

DON TORIBIO.

Vamos, aunque no lo creo.

DON NUÑO.

De la tia desconfio...

DON TORIBIO.

De la tia desespero...

DON NUÑO.

Porque es una fiera...

DON TORIBIO.

Un áspid...

DON NUÑO.

Un basilisco...

DON TORIBIO.

Un infierno...

LOS TRES.

Una dueña, que es lo mas
Que hay que ser en lo perverso.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Aldonza.

Sale DOÑA ALDONZA, *de dueña*, Y LAÍNEZ, *vejete, armado y con un lanzon.*

DOÑA ALDONZA.

Buen Laínez, alerta:
Téngame gran cuidado con la puerta.
Ni el pensamiento, ¿qué es el pensa-
[miento?
Ni el viento aquí ha de entrar, con ser el
[viento.

LAÍNEZ.

Si el viento entrare, no le cause enojos;
Que el viento no se ve por los antojos.

DOÑA ALDONZA.

¿Tiene bien prevenida la escopeta?

LAÍNEZ.

De cargada no cabe la baqueta.

DOÑA ALDONZA.

¿Y el lanzon, de mis deudos heredado?

LAÍNEZ.

En este propio dia le he amolado.

DOÑA ALDONZA.

No me pise tan quedo;
Y pues les ha de dar á todos miedo,
Paséese tan firme como roca.

LAÍNEZ.

Para dar miedo présteme su toca.

DOÑA ALDONZA.

Calafatee muy bien...

LAÍNEZ. (*Ap.*)

¡Pension tirana!

DOÑA ALDONZA.

Aquel agujerito á la ventana.

LAÍNEZ.

Unas estopas puse. (*Ap.* ¿Hay quien tal
[crea?)

DOÑA ALDONZA.

Esas estopas cúbralas con brea.
¿Cuánto há que no ha mirado
La buhardilla que cae junto al tejado?

LAÍNEZ.

Poco há que la miré. (*Ap.* Cosa bien ra-
[ra.)

DOÑA ALDONZA.

Es menester echarle una mampara.

LAÍNEZ.

Impertinencias tienes peregrinas.

DOÑA ALDONZA.

Esto, Laínez, es tener sobrinas,
Cuyo honor me ha dejado
Mi tio y mi señor encomendado.—
¡Bonifacia, Cenobia, Estefanía!
¡Hola, muchachas!

Salen LAS TRES SOBRINAS.

BONIFACIA.

Tia...

CENOBIA.

Tia...

ESTEFANÍA.

Tia...

DOÑA ALDONZA.

¿Qué hacian, eh?

LAS TRES.

Rezar... (*Ap.* ¡Maldita seas!)

LAÍNEZ.

Pues como rezan, medren.

LAS TRES.

Porque veas
Cuán ajustadas son nuestras acciones.
(*Ap.* Los demonios te lleven.)

LAÍNEZ.

¡Qué oraciones!

DOÑA ALDONZA.

Rapazas, esos ojos siempre al suelo.

LAS TRES.

Nuestra patria miramos, que es el cie-
[lo.

BONIFACIA.

¿Nos querrá dar la tia
Un ratico...

DOÑA ALDONZA.

¿De qué?

BONIFACIA.

De celosía?

DOÑA ALDONZA.

¿Celo-qué? ¡Hay tal desgarro!

BONIFACIA.

No te asombre.

DOÑA ALDONZA.

¡Tú has de saber de celosía el nombre!

BONIFACIA.

¿No he de saber hablar?

DOÑA ALDONZA.

Una doncella
La celosía ha de llamar la *aquella*.

LAS TRES. (*Ap.*)

¿Tal desdicha nos pasa?
¡Plegue á Dios que revientes!

DON ESTÉBAN, DON NUÑO Y DON TORIBIO, *dentro.*

LOS TRES.

¡Ah de casa!

DOÑA ALDONZA.

¿Llamaron?

LAÍNEZ.

Sí, señora.

DOÑA ALDONZA.

Pues cuidado.

LOS TRES. (*Salen.*)

Entremos, pues abierto hemos topado.

DOÑA ALDONZA.

¿Abierto está? La vida se me inquieta.
¡Laínez, al lanzon, á la escopeta!

LAS TRES. (*Ap.*)

Nuestros amantes son.

LOS TRES. (*A Doña Aldonza.*)

Que oigais os ruego.

DOÑA ALDONZA.

Laínez, déle fuego.

LAÍNEZ. (*Cayéndosele el lanzon y la escopeta.*)

Con todo he dado en tierra.

DOÑA ALDONZA. (*Poniéndose delante de las muchachas.*)

Huid, sobrinas:
Escondéos detras de las cortinas.
¡Desdichada de mí!

LOS TRES.

Dejad extremos.

DOÑA ALDONZA.
Aprisa, retiráos.

LAS TRES.
No queremos.

DON ESTÉBAN.
Escucha...

DON NUÑO.
Atiende...

DON TORIBIO.
Mira...

LOS TRES.
No te asombres.

DOÑA ALDONZA. [hombres!
¡Ay, Dios, que han visto mis sobrinas

DON ESTÉBAN.
Doña Aldonza, yo soy un caballero,
Gran cortesano, gran ceremoniero.
En máscara he corrido,
Para ajustar un duelo fuí elegido,
Tengo treinta cajones de hidalguía,
Y á la beldad de Doña Estefanía
Pretende mi deseo
Para ilustrar los triunfos de Himeneo.

DOÑA ALDONZA.
¡Hay tan grande locura! [mosura?
¿No veis que está muy tierna esa her-

DON ESTÉBAN. [aprovecha?
Pues ¿qué haré cuando mi ansia no

DOÑA ALDONZA. (*Ap. á él.*) [cha.
Quererme á mí, que soy mujer mas he-

DON ESTÉBAN. (*Ap.*)
¿Qué es esto que he escuchado?

DON NUÑO.
Yo la vida he gastado
En ser un sempiterno acompañante
De boda, de pendon, disciplinante,
Sin que otro se vea
Que tenga mejor gusto en su librea.
Si me hiciéredes gracia
Del consorcio con Doña Bonifacia,
Fuera mi suerte en todo peregrina.

DOÑA ALDONZA.
Todavía está en cierne esa sobrina.

DON NUÑO. [flecha?
Pues ¿qué he de hacer con tan amante

DOÑA ALDONZA. (*Ap. á él.*) [cha?
Quererme á mí, que soy mujer mas he-

DON NUÑO. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿qué es lo que oido?

DON TORIBIO.
Corregidor he sido
Dos años, admirando mis acciones.
He estrenado cuarenta comisiones,
Y puede ser que sea
Consultado en la enviada de Guinea.
De Cenobia al prodigio soberano
Estos despojos rindo con mi mano.
Que deis licencia os ruego...

DOÑA ALDONZA.
¡Mi Cenobia!...
Cuatro yerbas le faltan para novia.

DON TORIBIO. [cha?
¿Qué he de hacer, si tu ira me dese-

DOÑA ALDONZA. (*Ap. á él.*) [cha.
Quererme á mí, que soy mujer mas he-

DON TORIBIO.
¿Hay tan gran atrevimiento?

DON NUÑO.
¿Hay tan grande desvergüenza?

DON ESTÉBAN.
¿Hay tan gran bellquería?

LOS TRES.
Niñas, si la tia vuestra
No se casa, no espereis
Casaros, porque os capea
Los novios.

DON ESTÉBAN.
A mí me ha dicho
El que me case con ella.

DON NUÑO.
A mí me ha dicho lo propio.

DON TORIBIO.
Y á mí.

DOÑA ALDONZA.
¡Jesus! ¡qué vergüenza!

LAS TRES.
¿Es cierto?

LOS TRES.
¡Y cómo que es!

LAS TRES.
Pues la tia nos enseña,
Aprendamos la licion.

BONIFACIA. (*Dando la mano á Don Nuño, y la Tia estorbándolo.*)
Don Nuño, mi mano es esta.

CENOBIA.
Don Toribio, esta es la mia.

ESTEFANÍA.
Y la mia, Don Estéban.

DOÑA ALDONZA.
¡Que se conjuran! — Laínez,
¡Al lanzon, á la escopeta!

DON ESTÉBAN.
Ya no hay remedio.

DON NUÑO.
Ya es tarde.

DON TORIBIO.
Ya están estas bodas hechas.
Señora, ya no hay remedio.

DOÑA ALDONZA.
Y en fin, ¿los novios se llevan
Mis sobrinas?

LOS TRES.
Ya es forzoso.

DOÑA ALDONZA.
¿Y sin marido se quedan
Mis tocas almidonadas?

LAS TRES.
Busque un diablo que la quiera.

DOÑA ALDONZA.
Ea, corazon, hagamos
Una accion, que como ella
No se haya escuchado otra
De romanas ni de griegas.
Laínez, déme esa mano,
Y hágase señor con ella
De Doña Aldonza Gutierrez
De Vargas y Salvatierra.

LOS TRES.
¡Vítor!

LAS TRES.
¡Vítor!

LAÍNEZ. (*Turbado.*)
¡Yo, señora!

LAS TRES.
Laínez, no se detenga.

LAÍNEZ.
Si... cuando...

DOÑA ALDONZA.
La turbacion
Es hija de la modestia.
Déque esa mano.

LAÍNEZ.
No quiero
Replicar.

BONIFACIA.
Pues se celebran
Juntas las bodas, sean juntas
De todas cuatro las fiestas,
Aplaudiéndolas un baile.

TODOS.
Vaya muy enhorabuena.

BONIFACIA. (*Canta.*)
El tener esta cuenta
Con las sobrinas,
Parece que es cuidado;
Pero es envidia.

DOÑA ALDONZA. (*Canta.*)
Buen Laínez, cuidado
Con lo que digo:
Mire no se le olvide
Que es mi marido.

LAÍNEZ. (*Canta.*)
Si es que se me olvidare
Que nos casamos,
Acuérdemelo, Aldonza,
De cuando en cuando.

CENOBIA. (*Canta.*)
Y acabando el sainete [1],
Sirva de ejemplo
De que todas las tias
Paran en esto.

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Acabado el entremes, se dió principio á la segunda jornada, transmutándose el teatro en dos clases de bastidores, pues el primero, segundo y tercer término eran de bosque, y los otros hasta donde se fingia el foro para aquella escena, eran de peñascos, que juntos con el bosque que les antecedia, compusieron de dos desigualdades una union apacible; y salieron LEONIDO Y POLIDORO.

LEONIDO.
Pues ya á caballo no da
Paso la inculta maraña
Para penetrarla, á un tronco
Esos dos caballos ata,
Y sígueme.

POLIDORO.
Viendo cuánto
(Por el riesgo de que haya
Quien te conozca) te importa,
Señor, que desta isla salgas,
Que, dos veces Mitilene,
Por su dueño y por su estancia
Una te amenaza á iras,
Y otra á asombros te amenaza,
¿A qué propósito, cuando
Tienes ya para la patria
La jornada prevenida,
Te vuelves á su montaña,
Toda encantos, toda horrores,
Grutas, monstruos y borrascas?

LEONIDO.
Si otro que tú me pusiera

[1] En el título se llama *entremes* á este dramita; aquí se le llama *sainete*. Se ve que entónces ambos nombres significaban á veces una misma cosa.

La objecion, no me admirara
Que en mis deshechas fortunas
Incurriese su ignorancia;
Pero tú, que tan capaz
Dellas estás, ¿cómo extrañas
Que todo sea delirios,
Penas, confusiones y ansias?
Si sabes que de mi vida
Es inestimable talla
La bella mano de Arminda,
Y que me importa guardarla,
No tanto por vivir, cuanto
Por vivir con esperanza
De que nadie la merezca;
¿Cómo quieres que sin armas,
Cuando mas las necesito,
Con el desconsuelo vaya
De que las dejé á perderlas
Donde juzgué que á guardarlas?
Mayormente en una gruta,
De cuyas duras entrañas
Fué aborto el bello prodigio
De aquella hermosura rara,
Que con fugas de divina
Sobre temores de humana,
Partir con Arminda pudo
La entera mitad del alma.
¿Qué ha de decirse de mí
El dia que, mi empresa hallada
Escondida en una gruta,
Pueda interpretar la fama
Que porque en ella habia asombro,
Volví al asombro la espalda?
¡Vive Dios, que he de saber
Qué portento es el que guarda
Este inhabitable seno,
Y si es verdad ó fantasma
Terror que como mujer
Siente, y como deidad falta!
Y así, pues que ya sabemos
Que esa peña, que mordaza
Es de su funesta boca,
Con artificiosa maña
Dispuesta está, de manera
Que hay quien la cierre y la abra;
Llega, porque de una vez
En tan gloriosa demanda,
O pierda el valor mi vida,
O cobre mi honor sus armas.

POLIDORO.

Pues ¿qué esperas? Que una cosa
Es que yo el reparo haga,
Y otra que excuse el empeño.

LEONIDO.

Ya sé, Polidoro, cuánta
Es tu lealtad. Llega pues:
Tú dese lado la aparta,
Miéntras yo de estotro.

—

Llegaron Leonido y Polidoro á desencajar el robusto quicio de las peñas de la gruta, y consiguiéndolo, á su impulso se descubrió una maravilla, que no solo pudo ser afrenta de cuantas ficciones hasta hoy ha imitado la habilidad del arte, sino envidia de los mas suntuosos y verdaderos edificios que ha fabricado el arquitectura.

Era un gabinete real, compuesto todo de arcos de oro y blanco: todos sus frisos, pilastras y artesones estaban sembrados de variedad de piedras de diferentes colores, que así por la materia de que se componian, como por la cantidad de luces que tenian á sus respaldos, imitaban con tanta propiedad esmeraldas, rubíes, amatistas y turquesas, que pareció habian las dos Indias enviado á porfía sus tesoros, desangrando sus brillantes venas y poniéndolas en aquel retrete.

Era el tamaño de las piedras grande; pero al beneficio de la distancia se proporcionaban de suerte, que parecian estar todos los arcos sembrados de joyas, haciendo dicha labor igual todas ellas: de suerte que hasta el primor del dibujo ayudaba la elegancia del resplandor.

No puede la retórica hallar entre la variedad de sus tropos, frases que imiten la menor parte del lucimiento que allí hubo: y así culpe á su exceso el dejar sin exageracion sus primores.

Dilataba lo interior del gabinete una perspectiva en que estaban todos los adornos competentes á tan majestuoso sitio; y aunque imitadas las alhajas con todo el primor del arte, nada brillaba mas que la luciente arquitectura de los arcos.

En medio estaba un estrado donde se veia á MARFISA, vestida ricamente, cercada de DAMAS que la estaban tocando: y el adorno de las figuras que asistian, acabó de poner la mutacion inimitable.

Salió ARGANTE y la habló hincando la rodilla, miéntras LA MÚSICA alternaba la suavidad de la letra; y Leonido y Polidoro se apartaron fuera de los bastidores del gabinete, justamente asombrados del pródigio de hallar todo el exceso de la luz, donde buscaban el horror de una gruta.

POLIDORO.

¡Cielos!
¿Qué es aquesto?

LEONIDO.

Ellos me valgan;
Que á tanto esplendor, la vista
Ciega y el discurso pasma.

CORO 1.°

Si yo gobernara el mar...

CORO 2.°

Si yo tuviera el poder...

CORO 1.°

Yo le quitara el crecer...

CORO 2.°

Yo le quitara el menguar.

VOZ 1.ª

Si cuando mas en la suma
Inconstancia de su esfera
Ser monte de nieve espera,
Vuelve á ser golfo de espuma,
Porque ser nadie presuma
Más de lo que nace á ser...

CORO 1.°

Yo le quitara el crecer.

VOZ 2.ª

Poco á su espíritu debe
Quien de su parte no hace
Por ser mas de lo que nace;
Y ya que á monte se atreve
Naciendo golfo de nieve,
Porque lo llegue á lograr...

CORO 2.°

Yo le quitara el menguar.

MARFISA.

Yo, que gozosa me veo
De escuchar vuestra cuestion,
En cuya dulce cancion
Complacido mi deseo
Que pueda imitaros creo,
Ni aprobar ni reprobar
Pienso sus fueros al mar:
Y así, dejado en su sér...
(*Canta.*) *Ni le quitara el crecer*
Ni le quitara el menguar.

TODA LA MÚSICA.

Si yo gobernara el mar,
Si yo tuviera el poder,
Ni le quitara el crecer
Ni le quitara el menguar.

POLIDORO.

A tan no esperado asombro,
Sin vida estoy.

LEONIDO.

Yo sin alma.
(*Sale Argante.*)

ARGANTE.

Ya que de ir á nuevo dueño
Mi invocacion te restaura,
Volviéndote, en vez de obscuro
Albergue, á luciente alcázar,
Con tal atencion, que viendo
Cuánto el afecto te arrastra
De la música, porqué
No tengas que desear nada,
La familia que te asiste
Tan sonoramente canta,
Todo á fin de que el despecho
Que previno en tu crianza
Por tenerte mas segura,
Tenerte mas ignorada,
No te obligue á que otra vez
A ver y á ser vista salgas;
Débate yo una fineza.

MARFISA.

¿Qué es?

LEONIDO. (*Ap. á Polidoro.*)

Del viejo que la habla
Al oido, cuyo aspecto,
Todo pieles, todo canas,
Estremece, nada oigo.

ARGANTE.

El jóven que te llevaba
O robada ó persuadida,
Que es lo mismo que robada,
Es sin duda el que introdujo
En nuestra gruta sus armas.
A qué vuelve, no sé; pero
Sé que viendo en tu mudanza
Que como monstruo te pierde
Y como deidad te halla,
Sin pasar destos umbrales,
Ha quedado viva estatua.
Yo, aunque por la magia puedo
Saber sus fortunas varias,
No puedo saber el fin
Del que lo que piensa calla,
Porque interiores afectos
Que del corazon no pasan
Al labio, allá en sus archivos
Solo el cielo los alcanza.
Y así, para que yo pueda
Rastrearlos, lo que te encarga
Mi recelo es que procures
Tú con ingeniosa traza
Desentrañarlos; que en esto
De los secretos del alma,
Conjuros de mujer son
La mas poderosa magia.

Y porque no te parezca,
Si hoy contigo se declara
Mas que otras veces mi amor,
Moverme con poca causa,
Sabe que el hombre que mas
Te quiera y tú quieras...

MARFISA.

Pasa
Adelante.

ARGANTE.

Al cuarto lustro
(Mira si conviene, hasta
Que pase, que oculta vivas)
Te pondrá en tan gran desgracia,
Que ó tú has de matarle á él,
Ó él á tí: ahora repara
En que si le matas, mueres,
Y mueres, si no le matas.
Y sobre este aviso, y sobre
Que ese hombre en tu alcance anda,
Y que es apurar su intento
Nuestra mayor importancia,
Advierte que á ser querida
Ni á querer no des entrada;
Que no podré yo guardarte,
Si tú misma no te guardas. (*Vase.*)

MARFISA.

(*Ap.* Tarde temo que ha llegado
El aviso; que obligada
Al afecto con que quiso
(Por no dejarme empeñada
En el temor de tu enojo
Ni en el rigor de mis ansias)
Sacarme de aquí, no sé
Qué pasion equivocada
Halaga como que aflige
Y aflige como que halaga.
¿Si será esto amor? Mas no;
Que es fuerza que tiempo haya
Para estar agradecida
Primero que enamorada:
Y así, haciendo la deshecha,
Como que al descuido salga,
Daré con él.) Venid todas;
Que divertirme en la playa
Quiero esta tarde.

DAMA 1.ª

Cantando,
Porque mas gustosa vayas,
Te seguirémos.

MARFISA.

Pues sea
El tono que mas me agrada.

DAMA 2.ª

¿Cuál?

MARFISA.

El de la nueva flor,
Hija del sol y del alba.

LEONIDO. (*Ap.*)

Hácia aquí vienen: no sé
Si irme, ó si al paso la salga.

UNA VOZ.

Viendo Amor en un jardin
Una nueva flor hermosa,
A quien listó su carmin
La púrpura de la rosa
Con la nieve del jazmin...

OTRA VOZ.

Sin poner en otra alguna
Los ojos, dijo: Si una
Me das, fortuna, á escoger,
¿Quién duda que haya de ser
O la mejor ó ninguna?

TODA LA MÚSICA.

Fortuna,
O la mejor ó ninguna.

UNA VOZ.

Y así en lirio transformado,
Siendo el morado color
Jeroglífico del prado,
Se vió entre el lirio y la flor
El Amor enamorado.

OTRA VOZ.

Ella, viendo cuánto fiel
El galan lirio excedia
Al narciso y al clavel,
Le admitió en la monarquía
De su querido verjel.

UNA VOZ.

Con que uniendo en oportuna
Paz las dos almas en una,
Eligieron lirio y flor
O ninguno ó el mejor,
O la mejor ó ninguna.

TODA LA MÚSICA.

O ninguno ó el mejor,
O la mejor ó ninguna.
Amor, fortuna,
Fortuna, Amor,
O ninguno ó el mejor,
O la mejor ó ninguna, etc.

MARFISA.

Oid, esperad, hasta ver
Quién á estos umbrales anda.—
¿Quién es quien está aquí?

LEONIDO.

Quien
Tan de extremo á extremo pasa,
Que con la noche se alumbra
Y se ciega con el alba.

MARFISA.

En pié se queda la duda;
Que eso es decir que os espanta
El ver cuán de extremo á extremo
Ha pasado mi mudanza;
Pero no es decir quién sois.
Y puesto que en la pasada
Primer vista yo os fié,
Naturalmente llevada
De no sé qué oculto afecto,
El ser mi suerte tan rara,
Que pudo volverme á tal
Fausto sobre tal crianza;
Justo será me digais
Vos quién sois, y por qué causa
A estos páramos volveis,
Donde visteis señas tantas
De desdichas que os empeñan
Y de venturas que os pasman.

Sale ARGANTE *y quédase entre los bastidores.*

ARGANTE. (*Ap.*)

Bien le empeña á que la diga
Quién es, qué intenta y qué trata
Conseguir en estos montes.

LEONIDO.

Mal hiciera, si excusara
La desconfianza mia
Pagar vuestra confianza;
Pues no es menor el afecto
Que hubo en vos, que el que en mí
Leonido es mi nombre. [manda.

ARGANTE. (*Ap.*)

A esto
Me importa atender.

LEONIDO.

Mi patria
Toscana, y mi primer cuna
Un peñasco de Toscana.

ARGANTE. (*Ap.*)

¡Ay perdida patria! Cielos,
¿Cuándo volveré á cobrarla?

LEONIDO.

Más padres no conocí
Que al Duque: criéme en su casa,
De cuya marcial escuela
Salí inclinado á las armas.
En militares manejos
Ejercitado, la varia
Suerte dispuso que diese,
Por la suya y mi desgracia,
Muerte á un generoso jóven:
Con que contra mí indignada
Toda Trinacria, fué fuerza
Huir, no tanto la ventaja
(Que fuera infamia la fuga)
Cuanto la ofendida saña
De una dama; que esto de huir
Los enojos de las damas
Es tan gran valor, que él solo
Puede hacer noble la infamia.
Entregado pues al mar
Armado de todas armas,
De un embate en otro dieron,
Si en este escollo la barca,
Ellas en tu gruta: y puesto
Que hasta aquí lo que ignorabas
Es, no habrá que repetirte
Lo que sabes: con que falta
Solo saber á qué vuelvo,
Y es, Marfisa, con dos causas:
Una, saber de tí, atento
A, si fué violencia extraña
La que te ausentó de mí,
Vengarte de quien te agravia:
Otra, si cobrar pudiese
De las incultas entrañas
Dese prodigioso seno
Arnes y escudo. Y pues te halla
Mejorada de fortuna
Quien te perdió llena de ansias,
Vuelva mejorado yo
Tambien de mis prendas. Manda
Que me las vuelvan; que importa
Mas que piensas el llevarlas
Para mi defensa, el dia
Que sé que mi muerte trata
Aquella dama ofendida
Con tan rencorosa instancia,
Que no hay príncipe en el Norte
Que no empeñe en su venganza.

ARGANTE. (*Ap.*)

Suspenso es fuerza que esté
Hasta ver en lo que pára.

MARFISA.

Dos veces compadecida
Me tienen vuestras desgracias:
Una por ser vuestras, y otra
Por no poder remediarlas.
Las armas que me pedis
No está en mi mano entregarlas,
Porque mi padre en su mas
Cerrado estudio las guarda,
No sé á qué efecto, si ya
No es entender unas raras
Cifras de su escudo; y puesto
Que sé que os importan para
Resguardo de vuestra vida
Que yo no puedo dar, haya
Otro que dar pueda yo,
Que es, miéntras el tiempo pasa
(Que ya se sabe que el tiempo
Odios y cariños gasta),
Os retraigais á estos montes,
Huésped deste real alcázar,
Donde nadie saber puede
De vos.

ARGANTE. (*Ap.*)

No mal le agasaja,

A fin de apurar si es otro
Su intento.

LEONIDO.

Aunque á vuestras plantas
Agradezco la fineza,
Perdonadme el no aceptarla;
Que de mí no ha de entender
Nadie, que escondí la cara
Mas que á la dama; mas no
A quien está con la dama
Airoso con la disculpa
De decir que no me halla.
Y así, adios; que parecer
Tengo.

MARFISA.

Y á eso ¿qué embaraza
Descansar aquí unos dias?

LEONIDO.

¿Quién con cuidados descansa?
Miéntras que yo no supiere
Lo que allá en mi ausencia pasa,
Tendrá la imaginacion
Pendiente de un hilo el alma.
Yo he de saber quién me busca,
Con qué industrias, con qué trazas
Se solicita mi muerte,
Quién ofende ó quién agrada
Con éllas á Arminda... ¡Oh cielos!
¡Y qué mal hice en nombrarla!

MARFISA.

¿Por qué lo sentis?

LEONIDO.

Porqué
En presencia de una dama,
Grosero es quien da á entender
Que otra sus desvelos causa.

MARFISA.

Aunque sé de cortesanos
Duelos de amor poco ó nada,
Bien sé que hay un cierto amor
De inclinacion tan hidalga,
Que agradece sin deseo
Y quiere sin esperanza.
Y porque veais que este
Ofrecimiento no pasa
A sentir que vuestro afecto
Por otra hermosura vaya,
Sino porque vaya al riesgo
Que habeis dicho que os aguarda;
Vuelvo á pediros que aquí
Os repareis: y si el ansia
De saber, como dijisteis,
Lo que en vuestra ausencia pasa,
Disgustado ha de teneros,
(*Ap.* Bien puedo hablar, confiada
En que mi padre me oye)
Yo haré que cuanto se trata
En órden á vos, aquí
Lo veais y oigais.

POLIDORO.

¡Extraña
Proposicion!

ARGANTE. (*Ap.*)

Bien le empeña,
Para que de aquí no salga
Sin descifrar el enigma.

LEONIDO.

¿Aquí he de ver...

MARFISA.

¿Qué os espanta?

LEONIDO.

Aquí he de oir...

MARFISA.

¿Qué os admira?

LEONIDO.

Lo que...

MARFISA.

¿Qué temeis?

LEONIDO.

Trinacria
Siente de mí?

MARFISA.

Sí.

LEONIDO.

¿Y veré,
Ya que no importa nombrarla,
A Arminda?

MARFISA.

Tambien.

LEONIDO.

Pues ¿qué
Es lo que esperas? ¿Qué aguardas?
¿De qué suerte?...

MARFISA.

Esa respuesta
Ha de dar quien pueda darla.

—

Fuése Arminda, y se cerró el gabinete, quedando el teatro como ántes, y todos absortos y sentidos de que se les arrebatase tan apacible objeto.

LEONIDO.

Oye, espera.

POLIDORO.

¡Otro prodigio!

LEONIDO.

Y tal, que es fuerza que añada
Duda á duda. ¿Cómo puede
Ser, sin grande repugnancia,
Que vea cuando me ciegas
Y oiga cuando no me hablas?
Si vuelvo á verme en el monte
Sin que haya en toda su estancia
Mas que sus primeros riscos,
¿Quién lo que oir y ver pensaba,
Ha de decírmelo?

ARGANTE.

Yo.
Vuelve á abrir esa cerrada
Boca, y verás dentro della,
A pesar de la distancia,
Lo que la sucede á Arminda
En su palacio en Trinacria. (*Vase.*)

—

Forcejó Leonido otra vez con el peñasco que descubrió ántes el gabinete, y en su lugar se miró un palacio adornado de pilastras y artesones, ostentando un salon regio de suntuosísima arquitectura, ayudada de molduras y adornos tan ricos, que hizo olvidar los primores del antecedente; y habiendo sido tal, es bastante encarecimiento de esta mutacion. En la parte convexa del palacio se miraban cuatro balcones, de suerte que atendió tanto el artificio en ellos como en lo interior del salon, en el cual se miró ARMINDA en un sitial, cercada de DAMAS, y AURELIO sentado en una silla.

ARMINDA.

Ya que habeis vuelto segunda
Vez con segunda embajada,
Aquesta es de Mitilene
La respuesta; y de palabra
Podréis decirla (porqué
De una en otra voz se esparza
Lo que contiene) que en vano
Reinar pretende en mi patria;
Pues cuando de su derecho
Todo el orbe árbitro haga,
Saldré yo, de todo el orbe
A pesar, á la campaña,
Donde la última razon
Son la pólvora y las balas:
Y que mejor la estuviera,
Pues fué ella la celebrada
En la desgracia infelice
De Lisidante, llorarla,
Que no hacer vanagloriosa
Interes de la desgracia.
Y que cuando no tuviera
Yo la justicia asentada,
Del último posedor
Heredera, sustentara
Serlo por no abandonar
Los fueros de soberana,
Limitándome el poder
De mover al mundo hasta
Tomar del traidor Leonido
La merecida venganza.

LEONIDO.

¡Oh qué mal hizo el pincel,
Que sin ceño la retrata!
Que aunque afable estaba hermosa,
Más hermosa está enojada.

AURELIO.

Mucho sentiré, señora,
El ser forzoso que haya
De llevar esa respuesta,
Porque sé que de llevarla
Ha de resultar...

ARMINDA.

¿Qué?

AURELIO.

Que
Mitilene con su armada
Venga á Trinacria en persona,
Segun su valor la ensalza.

ARMINDA.

Pues añadid que me precio
Yo tanto de cortesana,
Que la saldré á recibir
Luego que sepa la marcha...
Y id con Dios.

AURELIO.

Guárdeos el cielo.
(*Ap.* ¡Ay, miserable Trinacria,
¡Qué de desdichas te esperan
En castigo de la infausta
Pérdida de tus dos hijos!
Pues transversales dos damas
Te ponen en la ocasion...
Mas ¿qué digo? Lengua, calla;
Que irremediables desdichas
Mejor será no acordarlas.) (*Vase.*)

POLIDORO.

Mal despachado va Aurelio.

LEONIDO.

Oye, hasta ver lo que trata.

ARMINDA.

Sin duda cré Mitilene
Por ser inclinada á caza
Que es imágen de la guerra,
Que porque sea inclinada
Yo á otros estudios, me lleva
El ánimo de ventaja;
Pero presto de su orgullo
Verá que la desengaña
Mi valor, cuando en persona
Al opósito la salga.

ALFREDA.

Todas tus damas, señora,
De sus adornos y galas
Depuesto el uso, sabrémos
A tu imitacion trocarlas
Al arnes, no por lisonja
(Que no hay lisonja en las damas),
Sino por gozo de estar
A los ojos de su ama
Airosas, con el cariño
Que engendra la semejanza.

ARMINDA.

Pues para no perder tiempo,
Las que estáis á esas ventanas
(Ya que á este retiro no entra
Hombre alguno), en voces altas
Que oigan todos como si
Fueran de Céfiro y Aura,
A la compañía que está
A sus umbrales de guardia,
Dad órden de que al instante
Reseña de leva hagan,
Para que alistando gente,
Suenen por toda Trinacria
Los militares estruendos
De las trompas y las cajas.

DAMAS.

A servirte irémos todas.
(*Vanse á los balcones.*)

ARMINDA.

Detente, Alfreda, no vayas
Tú, porque quiero contigo
Discurrir en cuán burlada
Ha de hallarse Mitilene...

POLIDORO.

Atiende á esto.

LEONIDO.

Escucha y calla.

ALFREDA.

El favor estimo.

ARMINDA.

Cuando,
Al presentar la batalla,
Trenzado el bruñido acero,
La sobrevista calada,
Con la fuerza en el borren
Y la noticia en la planta,
Sobre el polaco corcel,
Bridon que con noble saña
Al compas de la trompeta
La brida del freno tasca,
Me reconozca ocupando
La frente de la avanguardia.
Y mas si por las divisas,
Que es fuerza ser señaladas,
Ella me busca y la busco:
Con que reducido á entrambas
El duelo se verá, cuando
Desde las cujas las lanzas
Pasando al ristre, al furioso
Choque hechas trozos las astas,
En desatadas astillas
Suban hasta al sol tan altas,
Que encendidas en su fuego,
O caigan tarde ó no caigan,
O caigan tan otras que
Suban fresno y bajen ascua.

LEONIDO. (*Ap.*)

¡Bella, sabia y valerosa!
Mucha tiranía es para
Añadirme pena á pena,
Añadirse gracia á gracia.

ALFREDA.

Fia que el cielo, señora,
Siempre la justicia ampara.

ARMINDA.

Tanto esta imaginacion
El espíritu me inflama,
Que la hora no veo en que diga
Marcial voz...

LAS CUATRO DAMAS. (*Cantando asomadas á los balcones.*)

¡Ah de la guardia!
Oid, atended, escuchad.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¿Quién va? Quién es? Quién nos llama?

LAS CUATRO.

Quien de Arminda trae el órden.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Pues ¿qué quiere? Pues ¿qué manda?

LAS CUATRO.

Que las cajas y trompetas
Reseña de leva hagan,
Diciendo en los ecos
De Céfiro y Aura:
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma;
(*Cajas y trompetas.*)
Que sale la hermosa
Arminda en campaña!

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que sale la hermosa
Arminda en campaña.

ARMINDA.

¡Cuánto de oirlo me alegro!

LEONIDO. (*Ap.*)

¡Cuánto al verlo duda el alma!

LAS CUATRO.

Para alistarse la gente
Que en su seguimiento vaya,
Y para que desde luego
Trinacria en furores arda...

DAMA 1.ª

Suenen los clarines...
(*Clarin dentro.*)

DAMA 2.ª

Resuenen las cajas...
(*Caja dentro.*)

DAMA 3.ª

Repitan las trompas...
(*Trompetas dentro.*)

DAMA 4.ª

Con Céfiro y Aura...

TODAS.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma;
Que sale la hermosa
Arminda en campaña!

Salen ADOLFO *y* FLORANTE.

ADOLFO.

Con la licencia, señora,
Que da esta bélica salva...

FLORANTE.

Con el seguro que ofrece
Quien gente á alistarse llama...

POLIDORO.

Aun mas que admirar nos queda.

LEONIDO.

Pues atiende á lo que falta.

ADOLFO.

Disculpado á este retiro
Oso entrar...

FLORANTE.

Bien á estas salas
Puedo atreverme.

ADOLFO.

Y mas cuando
Militan en mí dos causas.

FLORANTE.

En mí otras dos. Proseguid;
Que quizá son una entrambas.

ADOLFO.

En alcance de Leonido
Me hice al mar, corrí las playas
Que el archipiélago moja;
Y aunque en todas hice instancia,
En ninguna hallé noticia
De que arribase tal barca.
Con que persuadido á que
Sin duda corrió borrasca,
Y que le sepulta el mar,
Perdidas las esperanzas,
Porque todo no se pierda,
Pues llego á ocasion que mandas
Gente alistar, te suplico
Me permitas sentar plaza
En tu servicio, que supla
Del ya perdido la falta.

FLORANTE.

Bien dije que habian de ser
Una nuestras dos instancias,
Pues yo en seguimiento suyo
Tomé el rumbo de Toscana
Como primer patria suya,
Persuadido á que la patria
De cuantos corren fortuna
Es el centro en que descansan.
Tampoco en ella noticias
Hallé que aportado haya
A su abrigo: y así, vuelvo
Por si puedo tu venganza
Conmutar á otro servicio:
Con que hasta aquí cosa es clara
Que convenimos los dos.
Mas desde aquí la distancia
Es, que Adolfo se persuade
A que el mar en sus entrañas
Le sepulta, y yo á que el miedo
Es solo quien le resguarda.

LEONIDO.

¡Miedo yo!

ADOLFO.

¿No es mas piadoso,
Florante, crêr que su fama
Perezca, que no que huya?

FLORANTE.

Esa es piedad afectada.

ADOLFO.

No es sino que el noble piensa
Siempre lo mejor.

ARMINDA.

Aguarda;
Que á mí responder á Adolfo
Me toca. Mucho os engaña
La pasion; que lo mejor
Es pensar que le acobarda
El tenerme á mí ofendida.

LEONIDO.

Mi sufrimiento ¿qué aguarda?
Muera quien...

Sale ARGANTE, *deteniendo á Leonido.*

ARGANTE.

¿Dónde vas?

LEONIDO.

Donde
Arminda no se persuada
A que á mí el miedo me esconde.

ARGANTE.

¿Cómo has de desengañarla,
Si no es ella, ni son ellos,
Sino aparentes fantasmas?

LEONIDO.

En fantasmas aparentes
Sabré desmentir mi infamia.

ADOLFO.

Pensar lo mejor el noble
Más merece tu alabanza
Que tu enojo.

FLORANTE.

Lo mejor
Es lo mejor.

ARMINDA.

Las espadas
Suspended; que estoy aquí.

ARGANTE. (*A Leonido.*)

Mira...

LEONIDO.

Suelta.

POLIDORO.

Advierte...

LEONIDO.

Aparta.

ADOLFO.

Yo, señora...

FLORANTE.

Yo, señora...

ARMINDA.

No prosigais: basta, basta.
No me obligueis...

ARGANTE. (*A Leonido.*)

No me fuerces,
Ya que no te desengaña
Ni mi voz ni mi respeto,
Lo haga...

LEONIDO.

¿Quién?

ARGANTE.

Mi ciencia sabia,
Castigándote en que no
Veas todo esto en qué pára.

LEONIDO.

¿Cómo?

ARGANTE.

Así.— Toda esta pompa
Se desvanezca y deshaga
Con cuanto en el no fingido
Palacio de Arminda pasa,
Durando las voces solas
Porque el orbe en lides arda,
Diciendo en los ecos
De Céfiro y Aura,
Sonando clarines,
Trompetas y cajas... (*Vase.*)

TODOS Y MÚSICA.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma;
Que sale la hermosa
Arminda en campaña!

—

Con esta representacion y música desapareció el palacio con la propia brevedad que el gabinete, y quedó el foro de los peñascos como ántes.

POLIDORO.

¿Qué no vistas maravillas
Son estas, señor?

LEONIDO.

Hay tantas,
Que no me atrevo á creerlas,
Por no atreverme á dudarlas.
Marfisa con sus prodigios
Me obliga á un tiempo y me espanta;
Con sus mágicas su padre
Me admira y me sobresalta;
Con su piedad Mitilene
Me admite; y con su amenaza
A ir me obliga huyendo della.
Arminda tiene en balanzas
Por mí su reino en la lid
De si le pierde ó le gana;
Adolfo me favorece
Cuando Florante me agravia,
Y ambos me ofenden aun mas
Que no en buscarme, en amarla.
¿Cómo he de acudir á tanto
Tropel de acciones contrarias?

POLIDORO.

Dando tiempo al tiempo; que él
Sabe ciertas sendas varias
Que acá ignoramos.

LEONIDO.

Bien dices.
Vé, y los caballos desata.
(*Vase Polidoro.*)
Salgamos de aquí una vez;
Que allá...

Sale MARFISA.

¿Esa es la palabra
Que me diste de que en viendo
Lo que sucede en Trinacria,
Huésped mio quedarías?

LEONIDO.

¡Ay Marfisa! que la causa
Que tuve para ofrecerla,
Tengo para no guardarla.

MARFISA.

¿Cómo?

LEONIDO.

Como cuanto he visto
Es contra mi honor y fama.

MARFISA.

¿Contra tu fama y honor?

LEONIDO.

Sí.

MARFISA.

Pues ¿qué esperas? ¿qué aguardas?
Vuelve por ellas, Leonido;
Que es mi aficion tan hidalga
(Antes lo dije), que quiere
Que mueras con alabanza
Más que el que sin ella vivas.
Y si para restaurarla,
De mí hubieres menester
Favor, lleva esta medalla,
Que desde que nací es
Mi mas estimable alhaja:
Será carta de creencia
A cualquiera que la traiga,
Para poner alma y vida
En cuanto de mí te valgas,
Y quizá te llevará
Para ese empeño tus armas.

LEONIDO.

Yo la estimo, y agradezco
Que recíproca la paga
Tan á mano esté. Esta es
Otra que á mí me acompaña
Tambien desde que nací.
Toma; y será tambien carta
De creencia para que,
Si hubiere en ti otra mudanza
Que á mayor fausto no sea,
Te acuda con vida y alma.
(*Danse la medalla uno á otro.*)

MARFISA.

Parte pues.

LEONIDO.

Adios.

MARFISA.

Adios.

LOS DOS. (*Ap.*)

¿Qué contendrá esta medalla?

MARFISA.

Mas ¡qué miro!

LEONIDO.

Mas ¡qué veo!

MARFISA.

Esta es la mia.

LEONIDO.

Al trocarlas,
O ella se erró ó yo me erré.—
¡Marfisa! Marfisa!

MARFISA.

Nada
Me digas. (*Ap.* Mi padre viene.)
Si has visto lo que deseabas,
Hombre, y de tu fuerte escudo
No me revelas el alma,
¿Qué me quieres? Véte, véte
Donde, inmensa la distancia,
Ni te oiga ni te vea.
(*Ap.* Crea, al verme ir enojada,
Que querer ni ser querida
Es lo que de mí le aparta.) (*Vase.*)

LEONIDO.

Oye. ¿Qué mujer es esta,
Cielos, que en un punto pasa
Del favor al odio, ó qué
Afecto el que me arrebata
A mí el corazon tras ella,
Que es quererla y no es amarla?

Sale POLIDORO.

POLIDORO.

Ya están aquí los caballos.

LEONIDO.

Aunque este impulso me arrastra,
El del honor es primero.
Vamos á ver en qué pára
En el palacio de Arminda
(Pues ya lo dice la fama)
El pendiente duelo en que
Me honra uno y otro me agravia.

POLIDORO.

¿En qué ha de parar delante
De Arminda, sino en que haga
Su respeto que no pase
Mas que á empuñar las espadas,
Y en que se pierdan las voces,
Diciendo trompas y cajas...

GENTE Y MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma;
Que sale la hermosa
Arminda en campaña!

—

Repitiendo la música, las trompetas y las cajas, se entraron, y volvió á descubrirse el palacio en la misma forma y asistido de las propias figuras que ántes. — ARMINDA, ADOLFO, FLORANTE Y DAMAS.

ADOLFO.

Ya he dicho que lo mejor
Se ha de creer.

FLORANTE.

Yo, que nada
Es peor que el huir de miedo.

ARMINDA.

Tambien yo he dicho que basta,
Y es mucho durar porfía
Tan inútilmente vana.

LAS DAMAS.

(*Quitándose de los balcones.*)
Vamos á asistir á Arminda,
Pues ya aquí no hacemos falta.

ARMINDA.

Y advertid que desde aquí,
Para que allá no suceda
Dél resulta alguna, queda
Este duelo sobre mí.
Y crea el que desatentó
Le rompa, que halle añadido
Sobre el odio de Leonido
Segundo aborrecimiento.
Y si vuestra bizarría
Aspira al que mas merece,
Buena ocasion se le ofrece
Hoy en la defensa mia.
Ya declarada la guerra
En Mitilene está, ya
Puesta en mi favor está
En arma toda la tierra.
En la campaña emplead,
No en el palacio, la saña;
Que del valor la campaña
Es campo de la verdad,
Y mostrad en el vencer
El furor que en los dos arde.

FLORANTE.

Quedad con Dios.

ADOLFO.

El os guarde.

ARMINDA.

¿Cómo os vais sin responder?

FLORANTE.

Como al que á serviros va
Solo le toca serviros,
Y lo que yo he de deciros,
La campaña os lo dirá.

Vanse los dos, y salen SOLDADOS, *que traen asido á* MERLIN.

SOLDADO 1.°

Como mandaste, señora,
A tus piés hemos traido
Al criado de Leonido.

ARMINDA.

Llegad.— Retiráos ahora.
(*Retíranse los soldados.*)

MERLIN. (*Ap.*)

¿Para qué me traerá aquí?

ARMINDA. (*Ap.*)

¿Qué no intentará mi ira?

MERLIN.

(*Ap.* ¡Ay, señores, cuál me mira!)
Tengan lástima de mí,
Que soy niño y solo, y nunca en tal me [vi.

ARMINDA.

Sabiendo yo que es verdad
Cuanto dijisteis primero,
Satisfaceros espero
Poniéndos en libertad.
Pero habeisme de decir
Dónde vuestro amo tenia
Mas amor, dónde solia
Con mas cariño asistir,
Y en qué provincia os parece
Que, si es que salió del mar,
Habrá ido á asegurar
Su vida.

MERLIN.

No se me ofrece
Parte en que descanso tenga;
Que es tan vario, tan activo
Su espíritu ambulativo,
Que sin que vaya ni venga,
Va y viene sin descansar:
Tanto, que yendo y viniendo,
Saldrá de un lugar lloviendo,
Sin saber á qué lugar.
Jamas en él conocí
Cariño yo, que no fuera
Cariño de faldriquera.

ARMINDA.

¿Estáis loco?

MERLIN.

Creo que sí,
Pues que digo la verdad,
Y no, pues sé que la digo;
Que una caja que consigo
Trae, de no sé qué beldad
Incógnita, al parecer,
Contiene el bello retrato,
Que adora con tal recato,
Que á nadie le deja ver.
Con él á solas suspira,
Y tan tierno le enamora,
Que cuando le mira llora,
Y llora si no le mira.
Con que sé de cierto que
Donde está la dama irá.

ARMINDA.

¿Y dónde la dama está?

MERLIN.

Eso es lo que yo no sé.

ARMINDA.

¿Nunca la visteis?

MERLIN.

Ni oirlo.

ARMINDA.

¿Ni de qué patria es?

MERLIN.

Ni verlo.

ARMINDA.

¡Qué os diera yo por saberlo!

MERLIN.

¡Qué os diera yo por decirlo,
Vengándome dél y della!
Della, pues por ella ha sido
Haber al duelo venido
De que hubiese otra mas bella,
Y dél, pues si le buscaras
Y matarle consiguieras,
A mí la vida me dieras.

ARMINDA.

¿Cómo?

MERLIN.

Como si reparas
En que te dije quién es,
Donde quiera que me vea
Me ha de matar. Esta idea
Me trae tan sin mí, despues
De no ver en tantos dias
La luz del sol, que no puedo
Vencer el usado miedo
De hipocóndrias fantasías,
De que para asegurarme,
Fuerza que me valga es
Del sagrado de tus piés.
De vivir aquí has de darme
Licencia, puesto que aquí
Es cierto que él no vendrá;
Que aquí no se atreverá
A entrar nunca.

ARMINDA.

Pues yo fuí
La causa dese temor,
Bien es que al reparo acuda.
Aquí os quedad. (*Ap.* Nueva duda
Ha engendrado mi temor,
Persuadido á que no ignora
Este la dama quién es:
Asegurémosle pues
De otra suerte.) ¡Hola!

UN SOLDADO.

Señora...

ARMINDA.

Oid aparte. A ese criado
Habeis de asistir de modo,
Que vais observando todo
Cuanto diga y haga, y dado
Una vez por muy su amigo,
Procurad desentrañar
Su pecho hasta averiguar
(Pues mas con vos que conmigo
Se declarará) quién es
Y dónde vive esa dama
Que dice que su amo ama.

SOLDADO.

Descuida conmigo, pues
O no seré yo quien soy,
O cuanto su pecho encierra
Le haré decir.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma! ¡Guerra!

Tocan dentro cajas, y sale ALFREDA.

ARMINDA.

¿Qué es lo que escuchando estoy?
¿Qué novedad habrá habido
Para tocar arma ahora?

ALFREDA.

La novedad es, señora,
Haber aviso venido
De que ya de Mitilene
La armada se ha descubierto,
Y de un bordo y otro, al puerto
Del Faro costeando viene.
Y como pasando estaba
Muestra la gente que ya
Listada á tu bando está,
En fe de cuanto deseaba
Que des órden de que marche,
Ese rebato ha tocado.

ARMINDA.

Pues no cesen, inspirado
El clarin y herido el parche;
Que ántes que ella tome tierra...
Dadme un caballo... A la playa
Es bien que á impedirlo vaya.
(*Vanse todos, ménos un soldado y Merlin.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

SOLDADO.

Miéntras la marcha se ajusta,
El alma de gozos llena,
Una y otra norabuena
Es justo que, de la injusta
Prision libre, os dé.

MERLIN.

Pues ¿qué
(Aquí para entre los dos),
Señor soldado, os va á vos
Que preso ó que libre esté?

SOLDADO.

¿Qué me va? La compasion
De la sinrazon que han hecho
Con vos; que en un noble pecho
La sinrazon es razon
Para que, compadecido
Por pobre y por extranjero,
Vuestro amigo verdadero
Sea.

MERLIN. (*Ap.*)

El cielo me ha venido

A ver en este soldado
Tan tierno de corazon,
Pues dirá su compasion
A qué ejercicio ó qué estado
Aquí me podré aplicar
Para ingeniarme á vivir,
Ya que no tengo de ir
A parte que pueda dar
Mi amo conmigo.

SOLDADO.

Venid,
Refrescarémos primero;
Que luego llevaros quiero
Adonde para la lid
Senteis en mi compañía
Plaza.

MERLIN.

En cuanto á refrescar,
Convengo; en cuanto á sentar
Plaza, excusarlo querria,
Si fuese posible.

SOLDADO.

No
Lo puede ser; qué no puedo
Tener yo amigo con miedo.

MERLIN.

Ni amigo sin miedo yo.

SOLDADO.

Ya sé que esa es falsedad;
Que vuestra fisonomía
Muestra grande valentía.

MERLIN.

¿Mi frisoni— qué?— Mirad
Lo que decis; que á fe mia,
Que la que os dió aquesa muestra
Será la frisona vuestra,
Mas no la frisona mia;
Que en mi vida conocí
A esa señora.

SOLDADO.

Dejemos
Las burlas, y refresquemos.
Aloja de nieve allí
Hay.

MERLIN.

Para hacer la razon
Que á tanto agasajo os mueve,
Mejor que aloja de nieve
Será vino de carbon.

SOLDADO.

¡Oh! ¿corriente sois? No en vano
A ser desde aquí me obligo,
Mas que vuestro hermano, amigo.

MERLIN.

Y yo amigo mas que hermano.

(*Tocan dentro caja y clarin.*)

SOLDADO.

Venid; que toques de guerra
A marcha llaman.

MERLIN.

Bebamos,
Y donde quisiereis vamos.

(*Vanse.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro á lo léjos.*)

¡Tierra, tierra!

—

Con la confusion de instrumentos militares y de náuticas faenas á una y otra parte, se transmutó el teatro en un bosque enmarañado, sin que lo confuso le quitase nada de lo hermoso.

En el foro estaba el monte Etna, elevado en la mayor altura que dispensaba el sitio (y lo que le faltaba se suplia con el artificio), cuya robusta falda iba creciendo en desiguales tránsitos formados de peñascos, aunque acechaban con susto algunas ramas que no querian crecer hasta sus puntas, temerosas de ver en su eminencia el denso humo que vomitaba, exhalando á ratos chispas de fuego, indicios del volcan que hospedaba dentro.

Estaba el monte ostentando la majestad de su elevacion, á quien le formaba dosel el humo que exhalaba, siendo una de las singulares obras que se han visto; y despues de las voces, salieron á tierra MITILENE, AURELIO, DAMAS Y SOLDADOS.

UNOS. (*Dentro.*)

Amaina la mayor.

OTROS. (*Dentro.*)

Larga el trinquete.

OTROS. (*Dentro.*)

A la escota.

OTROS. (*Dentro.*)

A la entena.

OTROS. (*Dentro.*)

Al chafaldete.

MITILENE. (*Dentro.*)

Pues nos ofrece el puerto,
Tan poco defendido, el paso abierto,
Abátase la vela,
Ala de lino con que nada y vuela
De uno en otro elemento
Tanto neblí del mar, delfin del viento,
Como á sulcar se atreve [ve.
Con máquinas de fuego ondas de nie-

AURELIO. (*Dentro.*)

Echa la áncora, aferra.

UNOS. (*Dentro.*)

Los esquifes al mar.

TODOS. (*Dentro.*)

¡A tierra, á tierra!

(*Salen todos.*)

MITILENE.

Salve, Trinacria, oh tú de mi fortuna
Primer patria, pues fuiste primer cuna
De la que á darme el sér, en nupcial yu-
Llevar su estrella plugo [go,
Al nido donde fué mi nacimiento
Tan general contento,
Que del Peloponeso, su alto monte,
Por todo su horizonte
Consagrado á mi nombre el suyo, viene
A ser el de la isla, Mitilene.
Salve, y permite que en tu esfera bella
Imprima, en fe de posesion, la huella,
Tanto porque á mí mas que á Arminda [toca,
Cuanto por su respuesta y por la poca
Instancia en seguimiento del tirano,
Que dió la muerte á su infelice herma- [no.
Desembarcando, Aurelio, haced que [vaya
La gente, y vaya, al ocupar la playa,
Para no perder tiempo mis blasones,
Doblándose en formados escuadrones,
Porque yo desde luego [go.
La guerra he de llevar á sangre y fue-

AURELIO.

De tu valor lo fio;
Bien que un recelo, inútil como mio,
Mal agüero me ha dado.

MITILENE.

¿Qué recelo?

AURELIO.

Que al occidente, donde el Mongibelo
Es terror de Trinacria...

MITILENE.

¿Qué?

AURELIO.

Presumo
Que aquello mas que exhalacion es hu-
Que aborta de su seno, [mo
Primer señal de que de horrores lle-
Solo en esto clemente, [no,
Suele avisar primero que reviente.

MITILENE.

Aquese, más que agüero,
Para mí es vaticinio, si es que infiero
Que cuando hace, temiendo su casti-
Llamada el enemigo [go,
Para parlamentar, fuegos enciende;
Y eso debe de ser lo que pretende
Arminda: y como el sol con su luz ciego
Al fuego deja sin lucir el fuego,
No vemos dese monte en lo mas sumo
El fuego arder, sino empañarle el hu-
De fantásticas sombras ni crueles [mo.
Hados nunca hice caso. Los cuarteles
Como se van formando recorramos,
Porque en real marcha vamos
Talando cuanto opósito al encuentro
Salga, hasta dar con el guardado centro
Que oculta dicen que contiene á Armin-

AURELIO. [da.

A tu valor ¿qué habrá que no se rinda?
Y mas cuando la fama te previene
Tan justa empresa.

(*Tocan caja y clarin.*)

UNOS. (*Dentro, á una parte.*)

¡Viva Mitilene,
Gloriosamente altiva!

OTROS.

¡Gloriosamente heróica, Arminda viva!

MITILENE.

¿Qué salva será esta?

AURELIO.

Bien clara el monte ha dado la respues-
Dando hácia aquella parte [ta,
A voces de Belona ecos de Marte.
Gente de guerra á embarazarte el paso
Será sin duda.

MITILENE.

Vamos, que no acaso
Tan presto á nuestra vista el triunfo se
A poner al ejército en batalla. [halla,

AURELIO.

Bien tu denuedo á todo se previene.

UNOS.

¡Arminda viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Mitilene!

Cajas y trompetas: y entrándose todos, salen LEONIDO *y* POLIDORO, *en trajes humildes de soldados.*

LEONIDO.

A buena ocasion llegamos,
Pues desde aquí frente á frente
Los dos campos se descubren
De Arminda y de Mitilene,
Que para darse batalla
Uno y otro se previenen.

POLIDORO.

La ocasion es buena; pero
El pretexto con que vienes
A hallarte en ella, no sé
Que lo sea, pues no atiendes
Al peligro en que te pones
De ser conocido.

LEONIDO.

Este
Es poco reparo, el dia
Que nadie aquí llegó á verme;
Y viendo á un pobre soldado
En traje tan diferente
Y diverso nombre, no
Es fácil el conocerle.
Fuera desto, ¿quién habrá
Que imagine ni qué piense
Que soy yo, y que vengo donde
Tanto se desea mi muerte?
En ninguna parte está
Retraido un delincuente
Mas seguro que en la cárcel,
Si hay quien en ella le albergue;
Porque si traerle á ella
Es la instancia de los jueces,
¿De dónde le han de traer,
Si está donde han de traerle?
Esto en una parte; en otra,
Las razones que me mueven
A que esta temeridad
Como fábula se cuente
Son dos: una, si por mí
(Que aunque Arminda me aborrece,
No dejo yo de adorarla)
Empeñado en una suerte
Tiene de Trinacria el reino,
¿Será bien que yo la empeñe
En el peligro, y que luego
En el peligro la deje?
Otra es que corra la fama
De que de temor me ausente.
Y si mi valor aquí
Algun noble lauro adquiere,
Lo que de persona á nombre
Va. siendo el nombre voz leve
Y realidad la persona,
Irá de que allá me afrente
Y aquí me alabe: de modo,
Que al ver que lidia valiente
El que moteja cobarde,
Es fuerza que se avergüence
De ser lo mismo que dice
Lo mismo que la desmiente.

POLIDORO.

No me toca con razones
Argüirte; obedecerte
Con lealtades sí: dispon
Tú; que yo á tu lado siempre,
Leal criado he de seguirte,
Aunque la vida me cueste.

LEONIDO.

No digas leal criado; di
Leal amigo, pues lo eres.

POLIDORO.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LEONIDO.

Estar á la mira deste
Primer encuentro, hasta ver
Si la fortuna me ofrece,
Quizá por yerro, ocasion
En que mi denuedo muestre
Que á un tiempo es persona que hace
Y persona que padece.

POLIDORO.

Pues retírate á lo espeso
Destas ramas, porque vienen
Hácia aquí algunos soldados.

LEONIDO.

Que no nos vean conviene,
Desmandados, y pregunten
Quién somos.

Escóndense, y salen MERLIN Y EL SOLDADO.

SOLDADO.

Hombre, detente;
Que ya en la ocasion, implica
Ser mi amigo y que te ausentes.

MERLIN.

Señor amigo de ayer,
Que hoy me sigue, y me parece
Que me seguirá mañana,
No implicará á quien supiere
Que ya no puedo sufrir
Que á preguntas me atormente.

SOLDADO.

¿Pues qué es lo que te pregunto
Yo, mas que de dónde eres,
Cómo te llamas, tus padres
Cómo, cuántos años tienes
Y cuántos há que á Leonido
Sirves, en qué isla mantiene
El su casa y su familia,
Si es casado ó si pretende
Casarse, con quién y dónde?
Cosas que un amigo debe
Saberlas para contarlas
A otro amigo, si se ofrece;
Que esto es ser corriente amigo.

MERLIN.

Esotro amigo moliente.
Y pues á aquestas preguntas
Te he respondido otras veces
Lo que sé y lo que no sé,
Déjame ir donde quisiere;
Que si en el pasado brindis
De aquel refresco caliente
Me hice mona, no por eso
Será justo que sospeches
Que necesito de maza.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Arminda!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Mitilene
Viva!

SOLDADO.

Ya, dándose vista,
Entrambos campos se mueven:
Por eso no te respondo;
Que no es justo que me echen
Ménos en mi puesto; pero
Yo volveré á responderte. (*Vase.*)

MERLIN.

¿No basta ser preguntante
Sino tambien respondiente?
¿Cómo huiré dél, cuando es fuerza
Que en esta tierra me quede
A vivir, por el seguro
De que en ella mi amo no entre?
Y pues la vida es alhaja
Que no se halla si se pierde,
En lo espeso destas ramas
Me escondo. (*Ap.* En ellas hay gente.
Otros gallinas serán:
Con que entra aquí lindamente
Lo de «cállate y callemos».)

(*A Leonido y Polidoro, que están escondidos.*)

Señores soldados, si este
Es cuartel de la salud,
Admitan vuestras mercedes
Un achacoso, que trae
Todo el miedo competente
Para...

Salen LEONIDO Y POLIDORO.

MERLIN. (*Ap.*)

Mas ¿qué es lo que miro?

LEONIDO.

¡Qué veo! Merlin es este.
Pues ¿cómo, traidor?...

MERLIN. (*Ap.*)

A esto,
Cuando han errado la suerte,
Caérseles la casa á cuestas
Llamar los fulleros suelen.

LEONIDO.

¿Delante de mí?

POLIDORO.

Señor,
Mira que...

LEONIDO.

¿Tú me detienes?

POLIDORO.

Sí; que hizo él como quien es,
Y has de hacer como quien eres
Tú en no vengarte en un hombre
Tan vil.

LEONIDO.

¿Es mejor que quede
Vivo, á que pueda decir
Quién soy otra vez?

MERLIN.

Detenle,
Polidoro, miéntras yo
Huyendo, me amparo dese
Primer tercio.

LEONIDO.

Suelta, digo;
Que tengo de darle muerte;
Que nadie mejor que el muerto
Guarda un secreto.

MERLIN.

¡Valedme,
Cielos!

ADOLFO. (*Dentro.*)

Acudid, soldados,
Y mirad qué ruido es ese.

Salen UN SARGENTO Y SOLDADOS.

SARGENTO.

Tenéos.

MERLIN.

Eso, seor Sargento,
Dígalo á quien no se tiene.

(*Sale Adolfo.*)

ADOLFO.

¿Qué es esto?

SARGENTO.

Que ese soldado
Desnuda la espada viene
Tras esotro.

ADOLFO.

¿Qué esperais?
¡Desnuda la espada en frente
De banderas, y mas cuando
Arma se toca! Prendedle,
Llevadle al cuerpo de guardia,
Donde yo haré que escarmiente
A los demas su castigo.

LEONIDO. (*Ap.*)

¡Triste hado!

POLIDORO (*Ap.*)

¡Desdicha fuerte!

LEÓNIDO.

Señor, yo... si... cuando...

ADOLFO.

Nada
Digais: sea lo que fuere,
No lo he de saber de vos;
Que en boca del delincuente
Siempre vive sospechosa
La verdad.—Vos, que prudente
(*A Merlin.*)
No habeis sacado la espada,
Viendo el peligro que tiene
El sacarla aquí, decidme
¿Qué ocasion es la que mueve
Contra vos ese soldado,
Y quién es?

LEONIDO. (*Ap.*)

Cierta es mi muerte;
Que es fuerza en decir quién soy
Que se asegure y se vengue.

MERLIN.

Ese soldado...

ADOLFO.

Oye, aguarda,
Antes que prosigas. ¿No eres
Tú el criado de Leonido?

MERLIN.

¡Pluguiera á Dios no lo fuese!
Pues él, ya preso, ya libre,
Me trae en trabajos siempre.

LEONIDO. (*Ap. á Polidoro.*)

El sin duda se declara.

POLIDORO.

Con justa razon lo temes.

MERLIN.

Ese soldado, que yo
Ni le conozco ni á verle
Llegué otra vez en mi vida,
Sobre juzgar una suerte
Hoy en el cuerpo de guardia,
Con licencia de quien pierde
Dijo que la habia juzgado
Muy apasionadamente
Por no perder el barato
Del que ganaba. Impaciente
Dije: «Quien de mí pensare
Tal, *mi...*» Y sin llegar al *ente*
De la razon, se interpuso
En medio toda la gente.
Tocóse al arma: con que
Viniendo á mi puesto, en ese
Bosque contra mí la espada
Sacó; que sin duda debe
De ser bisoño, pues no
Sabe militares leyes.
No quise sacar la mia,
Y mas al ver detenerle
Esotro soldado, á quien
Tampoco conozco. Este
Es todo el caso. Supuesto
Que no hay herida ni muerte,
Te suplico que si algo
Contigo, señor, merece
Quien obedeciendo á Arminda
La dice cuanto ella quiere,
Y dijera mas si mas
Supiera, que no le lleven
Preso; que para seguro
De que aquí nada hay pendiente,
Delante de ti la mano
Doy de ser su criado siempre.

ADOLFO.

Volvedle la espada.—Y vos
A él, soldado, agradecedle
Que para daros la vida,
Servicios de Arminda alegue.

LEONIDO.

A vos por la piedad beso
Las plantas una y mil veces,
Y á él por el ruego le doy
Los brazos; y creed que intento
Pagaros mi valor cuanto
Mi valor sabe que os debe.

ADOLFO.

Si tanto de vos fiais,
Buena ocasion se os ofrece;
Que ya á la caballería
Se ha dado órden de que empiece
A trabar la escaramuza.
Y pues manda que gobierne
Yo este derecho costado,
Cuartel donde Arminda tiene
Su corte, á darles calor
Vaya avanzando la gente.
(*Vanse Adolfo y los soldados.*)

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!
(*Tocan cajas.*)

MERLIN.

Ya que solos
Quedamos, ¿podré atreverme
Á pensar que lo que dije
Con lo que he callado enmiende?

LEONIDO.

Llega, Merlin, á mis brazos.

POLIDORO.

Y á los mios.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Mitilene
Viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Arminda!

MITILENE, *dentro.*

Dadme
Un caballo, y nadie entre
Antes que yo en la batalla,
Porque Arminda conocerme
Pueda.

ARMINDA, *dentro, á otra parte.*

Un caballo me dad,
Y nadie llegue á ponerse
Delante, porque conozca
Mi divisa Mitilene.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, güerra!

LEONIDO.

¡Oh, si los cielos me diesen
Ocasion en que mostrarme!

Entrándose unos y otros, en esta confusion se descubrió encima del monte, MEGERA en una tan horrorosa hidra, que con razon se la juzgaba mensajera del daño, á que incitaba al Etna; y dando diferentes tornos con extraño artificio por él, despues de haber dicho estos versos...

MEGERA.

Antes que las dos se encuentren,
Y castigada Trinacria,
Ni la una ni la otra reine,
Su seno rasgue el volcan,
Y de su preñado vientre
En nubes de humo que aborte,
Globos de fuego reviente.

Reventó el volcan con estruendo tan terrible, que la admiracion que le atendia, perdonara tanto primor á lo fingido, por no verse con tanto susto en lo imitado. Abrió sus senos el monte desencajando todas las peñas de que se componia, y con ira impetuosa las arrojó por el teatro, dejando descubiertas sus ardientes entrañas, llenas de fuego natural; y aunque la máquina del monte se deshizo, no se deshizo ni el susto ni la admiracion, porque quedaron sus quebrados senos arrojando llamas; y las piedras que repartian por el teatro estaban tan encendidas, que en cada una se podia temer un nuevo Etna. Fué un pensamiento admirablemente ejecutado, porque el horror del ruido, lo continuado del fuego y las ruinas del monte junto en un instante, fué un todo de maravillas, que sola cada una de sus partes bastaba para la admiracion.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Cielos, favor!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

POLIDORO.

¿Qué nuevo escándalo es este?

LEONIDO.

Que el volcan ha reventado,
Con que la negra corriente
De su derretido azufre,
Y de sus llamas ardientes
El fiero embrion, la tierra
Inundan y el aire encienden.

POLIDORO.

Ambos campos se retiran.

LEONIDO.

¿Qué mucho, si hay quien los vence?

MITILENE. (*Dentro.*)

Soldados, al mar; que bien
Habrá menester valerse
De tanta agua tanto fuego.

ARMINDA. (*Dentro.*)

Al monte, soldados; quede
Suspensa la lid en tanto
Que el cielo sus iras temple.

AURELIO. (*Dentro.*)

¡Oh justos juicios de Dios!
Sin duda, pues no consiente
Que litigue la injusticia,
Que por la inocencia vuelve.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Al monte!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Al mar!

TODOS. (*Dentro.*)

¡Fuego, fuego!

LEONIDO

¿Dónde iré yo que no lleve
Tras mí mis hados? El mar
Con sus tormentas me ofende.
El Cáucaso con sus magias
Me aflige, con sus crueles
Diluvios el aire, y ahora
El fuego con sus ardientes
Iras.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Socorro, piedad!

POLIDORO.

Pues aun hay otro accidente.
Las encendidas pavesas
Que al aire es fuerza que vuelen,
Sobre aquel vecino bosque
Diluvios de chispas llueven.

MERLIN.

Dél huyendo salen cuantos
Le tuvieron por albergue.
(*Van pasando soldados de una parte á otra.*)

ARMINDA. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!

TODOS. (*Dentro.*)

El monte en que el fuego prende,
El cuartel de Arminda es.

ADOLFO Y FLORANTE. (*Dentro.*)

¡Soldados, á socorrerle!

LEONIDO.

¿Qué es lo que escucho? ¿El cuartel
De Arminda? Pues ¿qué hay que espe-
[re?
Pierda en su favor mil vidas. (*Vase.*)

POLIDORO.

Fuerza es que tras él me empeñe.
(*Vase.*)

MERLIN.

Y yo tras tí. Pero no;
Que podrá ser que me queme.

Sale FLORANTE.

FLORANTE.

¡Oh, si yo fuera el dichoso...

Sale ADOLFO.

ADOLFO.

¡Oh, si yo el felice fuese
Que la socorra!...

FLORANTE.

La ampare!

Sale LEONIDO *con* ARMINDA *en los brazos.*

LEONIDO.

¡Ay de mí!

ARMINDA.

¡Cielos, valedme!

LEONIDO.

Pero como alenteis vos,
¿Qué importa que yo no aliente?

FLORANTE.

¡Qué es lo que miro!

ADOLFO.

¡Qué veo!

LOS DOS.

Señora, ¿qué estrago es este?

ARMINDA.

Nada. Cuidad dese hombre,
A quien mi vida se debe.

LEONIDO.

¡Feliz quien tal dicha goza!

ADOLFO. (*Ap.*)

¡Infelice quien la pierde!

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Y felice é infelice
Quien lo que ha de estimar siente!

En el asombro que trujo el volcan, y el incendio que causó en las tiendas de Arminda, y el socorro de Leonido, se acabó la segunda jornada igualmente á la primera.

BAILE DE LAS FLORES, DE ALONSO DE OLMEDO.

Salen CUATRO MÚSICOS, *y cantan las coplas siguientes.*

LOS CUATRO.

En la campaña de Flora,
Hoy en batalla campal,
Desavenidas las flores
Al aire sus hojas dan.
Guerras civiles fomentan
Sobre quién florece mas,
De la Azucena y la Rosa
Opuesta la majestad.
Y mándase publicar
Que una y otra pretenden
El regio solio
De abril, porque á noticia
Llegue de todos.

Sale LA ROSA.

ROSA.

A mí por Rosa me toca
Sola en las flores reinar,
Pues desde mi primer cuna
Visto la púrpura Real.

Sale LA AZUCENA.

AZUCENA.

Y á mí, que soy la Azucena,
El reino me ha de tocar,
Pues mi blancura acredita
Mas limpia la calidad.

ROSA.

Eso dirán mis hazañas.

AZUCENA.

Eso mis triunfos dirán.

ROSA.

Pues al arma toca.

AZUCENA.

Al arma
Toca.

ROSA.

Parciales, llegad.

AZUCENA.

Venid, parciales.

LAS DOS.

Y todos
Al campo haced tribunal
Donde disputen las armas
Mi fragante autoridad.
(*Vueltas.*)

LAS DOS.

Y así sirvan á todos,
Porque se junten,
De pregones las voces
Que lo divulguen.

Sale EL NARCISO.

NARCISO.

Yo, el Narciso, á la Azucena
La sirvo de general,
Aunque al esguazar cristales
Logre otra fatalidad.

Sale EL CLAVEL.

CLAVEL.

Yo, el Clavel, rijo las tropas
De la Rosa, su galan...
(*Canta.*) *Desde un fortin de esmeraldas*
Que corono de coral.

ROSA.

El Clavel y la Rosa
Por verse mueren;
Pero solo el Narciso
Muere por verse.

Salen LA MOSQUETA, EL JAZMIN Y EL AZAHAR.

MOSQUETA.

De la Azucena ofrecemos
Seguir la parcialidad,
Armados de punta en blanco
Jazmin, Mosqueta y Azahar.

Salen VARIAS AMAPOLAS.

UNA AMAPOLA. (*Canta.*)

Rojo el vulgo de Amapolas
Sigue en tumulto marcial
A la Rosa, que se lleva
Todo el aplauso vulgar.

AZUCENA. (*Canta.*)

El Jazmin y Amapola
No sirven finos;
Que él se arrima, y ella echa
Por esos trigos.

Sale LA CLAVELLINA.

CLAVELLINA. (*Canta.*)

Entre Rosa y Azucena
La Clavellina neutral,
Aunque mas disciplinada,
No se atreve á declarar.
De las dos á un tiempo soy
Parienta con igualdad,
Pues su estirpe roja y blanca
Sangre y limpieza me dan.

ROSA. (*Canta.*)

Entre nácar y blanco
La Clavellina
Igualdades discurre,
Y está indecisa.

Sale EL TULIPAN.

TULIPAN.

En uno y en otro campo
Con uno y otro disfraz,
Me cautelo, espía doble,
Extranjero tulipan.
Como su color me visto,
Aunque soy de allende el mar,
Cada caudillo á que asisto
Me tiene por natural.

AZUCENA. (*Canta.*)

El ver flor con cautelas
A nadie asombre,

Porque en muchas campañas
Hay estas flores.

TULIPAN. (*Á la Clavellina.*)

¿Qué hay, señora flor mestiza?

CLAVELLINA.

¿Qué hay, villano? ¿Qué le dan?

TULIPAN.

¡Yo villano!

CLAVELLINA.

Una cebolla
Fué tu vientre original:
Con que por este principio
Y el fin de tu nombre, ya
Te cantan como al villano,
«La cebolla con el pan.»

TULIPAN.

¡Pues tú hablas, disciplinada,
Tú, de cuantas son tu igual,
Cuyas ronchas te hacen rayas
Como carta de marear!

CLAVELLINA.

¡Tú conmigo, papagayo
De las flores, tan bozal,
Que el idioma de oloroso
No le has sabido jamas!

TULIPAN.

¡Tú conmigo, que pareces
Pared de universidad
Á quien víctores de almagre
Ensangrentaron la faz!

CLAVELLINA.

Vete á mudar de colores,
Camaleon.

TULIPAN.

Garibay
De las flores, que no sirves
De la Rosa á la beldad,
De la Azucena al candor,
Mezcla de grana y cambray...

CLAVELLINA.

Déjame aquí, advenedizo.

TULIPAN.

Ya te dejo, tal y cual.

CLAVELLINA.

Frionazo...

TULIPAN.

Entremetida...

CLAVELLINA.

Bobo hermoso.

TULIPAN.

Desigual.
(*Canta.*) *Tus remiendos me dicen*
Que te desprecie.

CLAVELLINA. (*Canta.*)

De flor son tus colores;
Mas no lo hueles.

TULIPAN. (*Ap.*)

El nombre destos dos campos
Sé, para salir y entrar,
Y qué es lo que significa
El color de cada cual.
Vestido de rojo busco
La Rosa.

AMAPOLA. (*Cantando.*)

¿Quién viene allá?

TULIPAN.

Amigos.

AMAPOLA.

¿Qué amigos?

TULIPAN.

Buenos.

AMAPOLA.

Diga el nombre.

TULIPAN.

Ira.

AMAPOLA.

Entrad.

ROSA.

¿Qué sabes de la Azucena?

TULIPAN.

Tan desvanecida está,
Que da dolor de cabeza
Solo de olerla no mas.

ROSA.

¿Qué dice?

TULIPAN.

Que aunque de nácar
Dobles tus hileras ya,
Ha de formar de tus hojas
Cinco mangas de cristal.

ROSA.

¿Tiene asedio?

TULIPAN.

No: su abasto
Sirven con puntualidad
Vivanderos los arroyos
De un próvido manantial.

ROSA.

Pues alerta, y toda flor
Se deshoje en vigilar
Hasta que el último trance
Acredite mi deidad.

TULIPAN. (*Ap.*)

Aquí no soy de provecho:
De blanco me he de mudar,
Y al campo de la Azucena
Me arrojo.

MOSQUETA.

¿Quién viene allá?

TULIPAN.

Amigos.

MOSQUETA.

Que no hay amigos.
Diga el nombre.

TULIPAN.

Castidad.

MOSQUETA.

Entre, pues.

TULIPAN. (*Ap.*)

Para el engaño
Puerta cerrada no hay.

AZUCENA.

De la Rosa, di, ¿qué sabes?

TULIPAN.

Vergüenza es verla...

AZUCENA.

Habla ya.

TULIPAN.

Tan sangrienta, que la ira
No puede disimular.

AZUCENA.

¿Qué dice?

TULIPAN.

Que á sangre y fuego
Tus huestes ha de talar,
Aunque pongas, Azucena,
Blancas banderas de paz.

AZUCENA.

¿Hace minas?

TULIPAN.

Su ingeniero
Es un profundo raudal,
Que minas secretas labra
De aljofarado alquitran.

AZUCENA.

Pues al arma toca.
(*Tocan.*)

ROSA.

Al arma
Toca.

AZUCENA.

Parciales, llegad.

ROSA.

Venid, parciales.

LAS DOS.

Y todos
Al campo haced tribunal,
Donde disputen las armas
Mi fragante autoridad.

TULIPAN. (*Ap.*)

Pues la batalla se traba,
Yo me quiero retirar,
Vistiéndome de amarillo,
Color que el miedo me da.

UNAS Y OTRAS.

¡Al arma, al arma! Acuda
Cada uno á su lugar,
Y del aire al impulso,
Moviéndose á compas,
La escaramuza traben
El marfil y el coral.
(*Bailan las flores.*)

LOS CUATRO MÚSICOS.

Rojas y blancas escuadras
Se empiezan á deshilar,
Con eleccion desconforme,
Y con ardimiento igual.
Ya se mezclan, ya se tejen,
Llegándose á equivocar
Si se encanece la grana,
O se ensangrienta el cristal.
Una embiste, otra repara,
Sin saber cual vence mas,
O la violencia de herir,
O el ardid de reparar.
Fatigados del combate
El blanco y rojo boreal,
Sin que el uno al otro ceda,
La noche los pone en paz.

CLAVELLINA.

Cese la escaramuza,
Y á nuestros reyes
Hagan juntas las flores
Un ramillete.

ROSA.

Y tejiendo matices
De flores varias,
A sus sienes ofrezcan
Una guirnalda.

JORNADA TERCERA.

Hízose el sainete [1], y por no traspasar tan luego desde los horrores del Etna á las delicias con que aguardaba el jardin, empezó la tercera jornada con el teatro de bosque. Tocaron chirimías y atabalillos, y salió MERLIN y EL SOLDADO, cantando LA MÚSICA.

MÚSICA. (*Dentro.*)

De los palacios de Vénus,
Casimiro, invicto César,
A las campañas de Marte
En hora dichosa venga.

[1] Es baile este intermedio, como dice su título.

MERLIN.

De cuanto usted me pregunta,
Podré yo una vez siquiera
Atreverme á preguntarle
¿Qué novedades son estas?
¿No estaba toda Trinacria
Con aparato de guerra,
Para darse la batalla
En militar órden puesta?
¿No reventó el Mongibelo
A ocasion que les fué fuerza,
Dejando una lid por otra,
Retirarse en su defensa,
A su armada Mitilene,
Y nuestra Arminda á la selva?
Socorridas del incendio,
Una en agua y otra en tierra,
¿No quedó para otro dia
La tal batalla suspensa?
¿Pues cómo impensadamente,
En vez de volver á ella,
Los estruendos militares
Se han trocado en los de fiesta?

SOLDADO.

Como corriendo la voz
De tanto escándalo miéntras
Una y otra reparaban
Las ruinas de la violencia,
Llegó á Chipre la noticia,
Donde hoy Casimiro reina,
Tio de las dos; y viendo
Cuánto militan opuestas
Su sangre contra su sangre,
Y contra entrambas el Etna;
Y que es preciso que á un tiempo,
Aun mas que le alegre, sienta
El dolor de la vencida,
El gozo de la que venza;
A ser árbitro entre entrambas,
Fiando de su prudencia,
Su autoridad y sus canas,
Conseguir el componerlas,
Venir á Trinacria quiso.
Y aunque se dijo que era
Su intento en secreto, como
Esto de reales ausencias,
Por secretas que sean, son
Públicamente secretas,
Llegó ántes que la persona
La voz; y sabiendo que entra
Hoy en palacio, está Arminda
A recibirle á sus puertas.
Con que persuadido el pueblo
A que su venida sea
El arco de la paz, tanto
En su venida se alegra,
Que todo es aclamaciones,
Galas, músicas y fiestas.
Y pues en términos yo
Le he respondido, ya es deuda
El que á lo que le pregunto,
Dé en términos la respuesta.
¿Dónde su amo le parece
Que estará á estas horas?

MERLIN.

Esa
Es pregunta intolerable,
Que no obliga; y mas con esta
Ocasion, cuando el concurso
Siguiéndole, hasta las puertas
Llega del jardin, porqué
No sepa nadie que llega,
Por mas que lo sepan todos.

SOLDADO.

No es por eso, pues abiertas
Están, y entran cuantos vienen
Tras él.

MERLIN.

Pues si todos entran,
Entremos tambien nosotros,
Dando por aquí la vuelta.

—

Entráronse los dos, y se mudó el teatro, representando todo, desde su primero hasta su último término, un jardin, donde parece que envió la naturaleza todos sus primores, sin que en ellos tuviese mérito el arte.

Los primeros bastidores eran, fiando la entrada, dos pedestales de bronce en que estaban colocados dos caballos, que mantenian dos figuras mucho mayores que el natural, todo de la propria materia. Habia abajo balaustres que guarnecian las entrecalles, y encima balcones volados llenos de macetas de flores.

Tomaba el medio del teatro una glorieta, que correspondia á otra que habia en el último foro, adornada de fuentes que enviaban los líquidos raudales de sus perlas por tributo de aquella esfera que gobernaban los abriles.

Toda la fábrica del jardin era de arquitectura, en columnas revestidas de flores, hechos los arcos del propio adorno, tejiendo entre ellos naranjos y cipreses, de suerte que no se embarazaba la arquitectura con el follaje.

El suelo estaba poblado de cuadros en que se imitaba en varios dibujos todo cuanto se podia hallar en los jardines que mas hubiese cultivado el tiempo y el estudio.

En el foro habia otro caballo con su figura encima, que respecto del punto de la perspectiva en que se miraba, tenia la propria majestad que los dos primeros.

Estaba todo el teatro con inimitable hermosura; y para que tuviesen tantos matices mas variedad de la que les infundieron los colores, dispuso el artífice un pavon que anduvo paseando sus cuadros y galanteando sus flores con la pompa vistosa de sus plúmas, y extendiendo su variado manto con los lucientes ojos de que se componia. Registraba la hermosa esfera de sus pensiles, hasta que por llenar el aire de los esplendores que gozaba la tierra, giró el vuelo cruzando el teatro: circunstancia que deleitó con particularidad sobre las muchas que tuvo esta mutacion. Salieron LAS DAMAS de ARMINDA, y ella detras en medio de ADOLFO Y FLORANTE, y por otra parte ACOMPAÑAMIENTO, y detras CASIMIRO, viejo venerable.

MÚSICA.

De los palacios de Vénus, etc.
(*Suenan chirimías.*)

ARMINDA.

Vuestra Majestad, señor,
Una y muchas veces sea
Bien venido á este su reino,
Donde como yo merezca
Besar su mano, será
Doblar la dicha primera
De verle con la segunda
De verme á sus plantas puesta.

CASIMIRO.

Los brazos, hermosa Arminda,
Muda retórica sean;
Que en la admiracion mas dice
El silencio que la lengua.

ARMINDA.

Vuestra Majestad perdone,
Señor, y déme licencia,
(Ya que los lutos el traje
De la campaña dispensan)
Para que no en el estrecho
Retiro de mis tristezas
Entre tropezando en sombras,
A que le reciba en esta
Galería del jardin,
En tanto que se prevenga
El cuarto que ha de hospedarle;
Que como mi suerte adversa
Ninguna dicha esperaba,
No pudo prevenir esta,
En que vuestra Majestad
Que haya de suplir es fuerza
Con miedos de no esperarla
Culpas de no merecerla.
(*Siéntanse.*)

CASIMIRO.

Como yo, divina Arminda,
Con la salud que desea
Mi amor os halle, no tengo
Que desear mas conveniencia,
Pues no vengo por la mia
Tanto como por la vuestra
Y de Mitilene; que
No quiero desta fineza
Haceros á vos deudora,
El dia que entre vos y ella
Solo el número os distingue:
Fuera de que para hacerla,
La lástima de Trinacria
Bastara, y mas cuando llega
La imaginacion á haber
Hecho aprension en la idea
De que abrirse el Mongibelo
En ocasion tan violenta
Como al darse la batalla,
No fué acaso, pues es cierta
Cosa que nada hay acaso
En quien todo es providencia.
Quizá es castigo de que
Donde hay leyes que gobiernan,
Del tribunal de justicia
Se apele para el de guerra,
Monstruo que de humana sangre
Hidrópico se alimenta:
Y así mi piedad...

ARMINDA.

Segunda
Vez, señor, suplico á vuestra
Majestad que á mi atencion
La dé segunda licencia
Para pedirle que ántes
Que toque en otra materia,
Trate la de su descanso
Y salud.—Vuestras Altezas
Acompañen á mi tio
A su cuarto.

CASIMIRO.

Sin que sepa
A quién con tanto decoro
Lo encargais, dudar es fuerza
Su obsequio y mi estimacion.

ARMINDA.

A Florante de Süevia
Y Adolfo de Rusia.

CASIMIRO.

A mí
Me daré la enhorabuena
Desta dicha

LOS DOS.

La de estar
A vuestros piés es la nuestra.

CASIMIRO.

Llegad, llegad á mis brazos.

ARMINDA.

Hallándose en la tragedia
De mi hermano, hasta vengarla
No han querido hacer ausencia;
Y habiendo en este intermedio
Tomado la armada tierra,
Una vez aquí, han querido
Militar en mi defensa.

CASIMIRO.

Con tales soldados, no
Admiro que tan severa
La plática divirtais,
Que mira á la conveniencia
De una comun paz.

ARMINDA.

No es
Sino que esa conferencia
Ha de ser con Mitilene,
No conmigo; que si ella
Viene á echarme de mi casa,
Forzoso es que me defienda.
A ella reducid, y en tanto
Id, señor, donde os espera
Humilde esfera, que vos
Haréis soberana esfera;
Que sois sol, y el sol no mide
Distancias: con la luz mesma
Que lo sublime ilumina,
Iluminar no desdeña
Lo no sublime; que iguales
Participan su belleza
La torre que la cabaña,
Y la cumbre que la selva.

CASIMIRO.

Por obedeceros, mas
Que por descansar, acepta
El partido de dejaros
El de no veros tan bella.
¡Qué lástima hubiera sido
Que el fuego, de envidia hubiera,
Porque luciera su lumbre,
Logrado apagar la vuestra!

ARMINDA.

En unas peñas que como
Materia ménos dispuesta
Que los troncos, no habia el fuego
Conseguido el que se enciendan,
A todas partes sitiada,
Del fuego y del humo ciega,
Sin buscar senda al entrar
Y al salir hallando senda,
A un soldado de fortuna
Debí la vida.

CASIMIRO.

¡Quién fuera
Fortuna de ese soldado!

FLORANTE. (*Ap.*)

Harto á mis ansias le cuesta
El no haberlo sido yo.

ADOLFO. (*Ap.*)

Poco le debí á mi pena,
Pues no me quitó la vida
La envidia de que otro fuera.

CASIMIRO.

¿Adónde, Príncipes, vais?

ADOLFO.

Sirviéndôs hasta la puerta
Del cuarto.

CASIMIRO.

Eso no, quedáos.

FLORANTE.

Esto Arminda nos ordena,
Y á fuer de soldados suyos
Estar al órden es fuerza.

CASIMIRO.

Obedezcámosla todos.—
¡Oh Aurelio! ¿quién nos dijera
Que habia de volver á veros
Con estas canas y en esta
Edad, cuando de Trinacria
Salí en jóven edad tierna
Con esperanza de que
Habia de cobrar la prenda
Que en ella ¡ay dolor! quedaba?

AURELIO.

Mejor, señor, lo dijeras
Si hablara yo.

CASIMIRO.

¡Oh vil memoria!
Bien dijo el que dijo que eras
Alhaja de desdichados,
Pues condicional potencia,
Lo que has de acordar olvidas,
Lo que has de olvidar acuerdas.
(*Vanse Casimiro, Florante, Aurelio, Adolfo y acompañamiento.*)

MERLIN.

Si hace bien el que ántes que
Le despejen se despeja,
Salgamos de aquí. (*Vase.*)

SOLDADO.

Salgamos.

ARMINDA.

Llama á ese soldado, Alfreda.

ALFREDA.

¡Ah, soldado!

SOLDADO.

¿Qué mandais?

ARMINDA.

¿Qué hay de aquella diligencia?

SOLDADO.

Nada, señora; que ese hombre
Es loco: ni da respuesta,
Ni en cuanto discurre ni habla
Razon con razon concuerda.

ARMINDA.

Pues dejadle para loco,
No prosigais mas en ella;
Que perdidas otras, nada
Importa que esa se pierda.

SOLDADO.

¡Gracias á Dios que salí
De andarme tras una bestia! (*Vase.*)

ARMINDA.

Retiráos todas, dejadme
Sola.

DAMA 2.ª (*Ap. á otra.*)

¡Qué poco la alegra
La venida de su tio!

DAMA 3.ª

¿Quién duda que la tristeza
Con cualquiera novedad,
Mas que se alivia, se aumenta?

ARMINDA.

Si te he dicho, Alfreda, ya
Que contigo no se entienda
Lo que con todas, ¿por qué
A acompañarme no quedas?

ALFREDA.

Porque me lo mándes tú;
Que del cariño las muestras,
Por ver si en tí el repetirlas
Es maña, en mí es no saberlas.
(*Vanse todas las damas, y queda Alfreda con Arminda.*)

ARMINDA.

Pues sabe (logra la maña)
Que nunca con mayor pena
Hube menester á quien
Contándola, la divierta.
Pensarás que la venida
De mi tio, y que pretenda
Nuestra paz, en que es preciso
Que algo en mi derecho pierda,
Es la causa: pues no; que esto
Y que hasta ahora no sepa
(Bien que he mandado le asistan
Como á mi persona mesma)
Si vive ó no aquel soldado
A quien debí la fineza
De haberme dado la vida,
No son cosas que me cuestan
Mas de un cuidado, que no
Pasa de cuidado á pena.
Lo que de pena y cuidado
Pasa á ira, á rabia, á impaciencia
Es que no me basten medios,
Trazas, industrias, cautelas
Para saber de aquel fiero
Leonido; y mas hoy que fuera
Especie de baldon que
Mitilene y mi tio vieran
Que siendo sangre de todos,
Soy yo sola quien la venga.
Esta presuncion, que en una
Parte rencorosa y fiera,
Y en otra heróica y altiva,
A todas horas molesta,
Me han puesto en el pensamiento
Una imaginada empresa
Con que le mate en la honra,
Ya que en la vida no pueda.

ALFREDA.

¿En la honra?

ARMINDA.

Sí.

ALFREDA.

¿De qué suerte
Has de conseguirlo?

ARMINDA.

Desta:
Yo tengo comprometida
(Conozco que fué imprudencia
De arrebatado furor)
Mi mano á quien, como sea
De real generosa sangre,
Vivo ó muerto me le ofrezca.
Y para desempeñarme
De cumplir esta promesa,
Y no dejar de cumplir
Con mis rencores, quisiera
Hallar un hombre de tal
Valor y de tal esfera,
Que aunque se atreva al empeño
A la paga no se atreva.
La industria que he imaginado
Es que...

ALFREDA.

No prosigas; que entra
Gente en el jardin, y creo,
Si no me engañan las señas,
Que es el soldado, señora,
Del incendio.

ARMINDA.

(*Ap.* Mas ¿qué fuera
Que no acaso con valor
Y sin lustre me le ofrezca
El cielo?) Pídeme albricias
De su salud. (*Ap.* ¡Oh qué apriesa
Piensa un vêmente deseo
Que no hay mas que lo que piensa!)

Salen LEONIDO Y POLIDORO.

LEONIDO.

Pues las puertas del jardin
Están á esta hora abiertas,
Licencia debe de haber
De entrar en él.

POLIDORO. (*Ap. á Leonido.*)

Oye, espera;
Que está en él Arminda.

LEONIDO.

Mas
Respeto que no licencia
Debe de ser quien le guarde.

POLIDORO.

Retirémonos afuera,
No de que hayamos entrado
Inadvertidos se ofenda.

ARMINDA.

¿Quién anda ahí?

POLIDORO. (*Ap. á Leonido.*)

Pues contigo
Que ménos se enoje es fuerza,
Respóndele tú; que yo
Quedaré escondido en estas
Altas murtas. (*Retírase.*)

LEONIDO.

Quien, señora,
No entendió que vuestra Alteza
Aquí... porque yo... si...

ARMINDA.

No
Os turbeis; que mas sintiera
Que por mí hubierais dejado
De entrar á esta verde esfera,
Que no que entrado hayais, pues
Desigual retorno fuera
Que quien en otras por mí
Pisando volcanes entra,
Dejara por mí de entrar
Pisando flores en esta.

LEONIDO.

Para entrar aquí, señora,
No tener licencia vuestra
Me acobardó; pero allá
No hube menester tenerla,
Porque para arder por vos
Yo me tomo la licencia.

ARMINDA.

¿Y cómo os sentis?

LEONIDO.

Mejor,
Y mas hoy con una nueva
Que de mi patria he tenido.

ARMINDA.

¿De qué?

LEONIDO.

De que estoy muy cerca
De una dicha, que en mi vida
Esperé llegar á verla.

ARMINDA.

¿De dónde sois?

LEONIDO.

Alemania
Es mi patria.

ARMINDA.

¿Noble en ella?

LEONIDO.

Mis padres no conocí;
Solo sé, criado en la guerra,
Que hijo de la guerra soy:
¡Ved vos si tendré nobleza,
Siendo la madre que mas
Ilustres hijos engendra!
Oyendo cómo en Trinacria
Vuestra persona hacia levas
Para salir en campaña,
Movido de oculta estrella
Que á vos mas que á Mitilene
Me inclinó, con conocerla
A ella mas que á vos, llegué
A vuestro campo en tan buena
Ocasion, que pude daros
De mi valor primer muestra,
Para que os sirvais de mí
En lo demas que se ofrezca.

ARMINDA.

(*Ap.* ¿Soldado extranjero, pobre,
Osado y de corta esfera?
Sin duda el cielo dispone
Mi venganza.) Que agradezca
La eleccion es justo; y pues
No hay modo de agradecerla
Mas pronto que el de aceptarla,
Pasemos á su experiencia.
¿Tendréis valor?...

LEONIDO.

Sí, señora.

ARMINDA.

¿Antes que mi voz refiera
Para qué, decis que sí?

LEONIDO.

Es que sé por cosa cierta
Que le tengo para todo.

ARMINDA. (*Ap. á ella.*)

Retírate de aquí, Alfreda,
Donde puedas avisarme
Cuando alguien por aquí venga,
Y donde puedas oirme;
Pues lo que á tí te dijera,
Es lo que á él he de decirle.

ALFREDA.

No, señora, te resuelvas
A fiar de quien no conoces.

ARMINDA.

En la ira no hay espera:
Demas de que en este hombre
Es segunda conveniencia
Para mi agradecimiento
Juntar en una dos deudas.
(*Vase Alfreda.*)

POLIDORO. (*Ap.*)

¡Oh si pudiera yo oir
Desde aquí la conferencia!

LEONIDO. (*Ap.*)

¿Qué será lo que de mí
Quiere fiar? Pero sea
Lo que fuere, ¿qué mas dicha
Puede haber que obedecerla?

ARMINDA.

Para lo que he de fiaros,
La primera diligencia
Ha de ser jurar secreto.

LEONIDO.

Sí juro: la mano puesta
Sobre la cruz de la espada,
Protesto á una y otra esfera
Que el cielo con su poder,
El sol con sus influencias,
Con sus horrores la luna,
Con sus ceños las estrellas,
Con sus ráfagas el aire,
Con sus temblores la tierra,
El fuego con sus ardores
Y el agua con sus tormentas,
A ojerizas me destruyan
El dia que llegue mi lengua
A romperle.

ARMINDA.

Pues oid.
Yo aborrezco de manera
A ese embrion de los montes,
Abortivo hijo de fieras,
Que prohijado en Toscana,
Tiro hizo Lanzgrave en Persia,
A ese en fin traidor Leonido,
Que no ha habido diligencia
Que no haya hecho en busca suya,
Y viendo cuánto le ausenta
El miedo, que de cobarde
Se esconde, he dado resuelta
En una imaginacion
Que le obligue á que parezca,
Ó á que perezca su fama.
Esta es que haya quien se atreva
A retarle de traidor,
Pues con aleve cautela,
Rompiendo las vallas, hizo
Por particulares quejas
Que de mi hermano tenia,
Su festividad tragedia.
De que se siguen tres cosas:
Una, que si es como piensan
Muchos, que murió en el mar,
Me quiete yo, satisfecha
Con que contra el muerto no hay
Noble rencor que trascienda.
Otra, que si vive y no
Parece donde le retan,
Para todas las naciones,
Ya proprias y ya extranjeras,
Quedará, sobre la nota
De cobarde, con la afrenta
De traidor, pues contra todo
Buen duelo rompió la tela
Para ganar la ventaja
De ir uno á lid, otro á fiesta.
La otra en fin, que dado caso
Que como retado, venga
Con seguros de retado
Que haberle de dar es fuerza,
Cumpliré conmigo, pues
Escrúpulo no me queda
De que no hice cuanto pude,
Dejando desde allí á cuenta
De la fortuna el relance
De que el que venciere venza.
Vos sois el primero á quien
Esta imaginada idea
He participado, en fe
De ser relativa empresa
Que la que os debe la vida,
Tambien la venganza os deba.
Y pues no triunfa glorioso
Quien osado no se arriesga,
Ved vos si os atreveréis,
Fijando en cortes diversas
Firmado cartel que lleve
La fama en plumas y lenguas,
A mantenerle estacada;
Que para los lustres della,
Galas, armas y caballos
Os darán mis asistencias
Sin que digan que son mias,
Porque no quiero que entiendan
Que es motivo mio, mi tio
Ni el de Rusia ni el de Suevia,
Hasta mejor ocasion.
Y no me deis la respuesta
Ahora; que tampoco quiero
Que os resolvais tan apriesa,
Sin que lo penseis muy bien;
Pues basta ahora que sepa
Valor que es tan para todo,
Que no menor premio espera
Que el de mi mano. (*Ap.* Esto es
Empeñarle, con reserva
De que el decir de mi mano
No es decir mi mano mesma.) (*Vase.*)

LEONIDO.

¿Habrá hombre á quien el hado

Haya puesto en tanto abismo
Como haber de ser él mismo
El retador y el retado?

POLIDORO. (*Llegándose á Leonido.*)

Ya que al cuarto retirada,
Arminda, señor, se ha ido,
¿Qué es lo que habeis conferido
En todo este tiempo?

LEONIDO.

Nada.
De dónde era preguntó:
De Alemania respondí.
Preguntó el nombre: y la dí
El que primero ocurrió.
En esto y en cómo estaba
De mi padecido ardor,
Y en responder que mejor,
Toda la plática acaba.

POLIDORO.

Hablemos mas claro: di
Lo demas que hablasteis.

LEONIDO.

Yo
No sé mas que esto.

POLIDORO.

¿Que no
Sabes mas?

LEONIDO.

No.

POLIDORO.

Pues yo sí,
Porque cuanto habeis hablado,
Desde allí escuché escondido.
Y puesto que tú has cumplido
Con el secreto jurado,
Fuerza es por capaz me dé
De tus hados infelices;
Que lo que tú no me dices
Y yo por mí me lo sé,
No obsta, aun en caso mas grave,
Al juramento; que no
Estoy obligado yo
A callar lo que otro sabe.
En notable empeño estás,
Cuando Arminda contra tí
De tí se vale.

LEONIDO.

De ahí,
Polidoro, inferirás
Cuál está mi corazon:
Y pues no rompo el secreto
Hablando contigo, á efeto
De saber tú su razon,
Dime lo que debo hacer.
Yo adoro á Arminda; ofendida
Ella, aborrece mi vida.
Cuando llego á merecer
El verla afable, obligada
Del riesgo que la saqué,
Solamente es para que
Vuelva á verla mas airada.
Que yo á mí me desafie
Me manda: ¿cómo ha de ser
Llamarme y no responder?
¿No es fuerza que desconfie
Si yo como á otro me llamo
Y como yo no respondo,
Y que crea que me escondo
De temor, con que disfamo
En mi nombre mi valor?
Si me dejo de llamar,
¿Cómo á Arminda he de obligar
A premio de tanto honor
Que es su mano conseguir?
¿O cómo se ha de ajustar
Que sea yo el que he de esperar,
Y sea yo el que ha de venir?

POLIDORO.

Es tan extraño y tan nuevo
El fin de uno y otro daño,
Que si no es nuevo y extraño
El medio que á dar me atrevo,
No es posible que igualar
Pueda la cura al dolor.

LEONIDO.

Dile; que nada es peor
Que dejarle de curar.

POLIDORO.

¿Si no es fácil de creer?

LEONIDO.

Quien creyere lo que á mí
Me pasa, lo crêrá. Di,
¿Qué he de hacer?

POLIDORO.

Lo que has de hacer
Es el aceptar, señor,
El duelo que te propone;
Que yo, en cuanto te baldone,
Volveré allá por tu honor.

LEONIDO.

¿Cómo?

POLIDORO.

Saliendo por tí,
Pues que no eres conocido
Con el nombre de Leonido.

LEONIDO.

¿No será fuerza que allí
Tú y yo hayamos de lidiar
Hasta morir ó vencer?

POLIDORO.

No; que pues toca escoger
Al retado armas, yo, al par
Desmintiendo aquella idea
De que del caballo fué
La ventaja, escogeré
Que á pié nuestro duelo sea.

LEONIDO.

¿Qué mejoramos con eso,
Si á pié es fuerza que vencido
Te des tú como Leonido,
Con que es contra mí el suceso,
O por vencido me dé
Yo, con que desdoro allí
Tambien será contra mí,
Pues el premio perderé
De la victoria que espero?

POLIDORO.

No harás, pues entre esos plazos
Podrémos venir á brazos:
Con que por preciso infiero
Que que quien el campo asegure,
Nos haya de dividir
Para volver á partir
El sol; y como procure
Yo en este intermedio hacer,
Sin que te rinda ó me rinda,
Pública protesta á Arminda
Y al cielo de que en mí haber
No pudo intencion alguna
Mas de que delante della
Se aplaudiese otra mas bella[1],
Y que fué de la fortuna
Lo demas del trance; no
Dudes, volviendo á embestir,
Que lo haya de impedir
El pueblo, que siempre dió
Oidos á la razon;
Y que ella...

LEONIDO.

En vano prosigues;
Que aunque á ella y al pueblo obligues
Con esa satisfaccion,
Es persuadirnos nosotros
Acá á nuestro parecer
A lo mejor, sin saber
Qué harán ó no harán los otros.
Demas, que contigo nada
Puede obligarme á lidiar.

POLIDORO.

Señor, quien se mira ahogar,
Se ase de desnuda espada.
Piensa tú otro medio, puesto
Que aqueste no te conviene.

LEONIDO.

No sé...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arminda y Mitilene
Vivan!

LEONIDO.

¿Qué puede ser esto?

POLIDORO.

Merlin que viene hácia allí
Tras otro, nos lo dirá.

Salen MERLIN Y EL SOLDADO.

SOLDADO.

Pues no te pregunto ya,
Hombre, ¿qué quieres de mí?

MERLIN.

Preguntarte yo, por ver
Si bien de tí lo aprendí.

SOLDADO.

Si á eso va, tambien de tí
Yo aprendí á no responder.
Déjame; que ya no quiero
Ser tu amigo.

MERLIN.

¿Cómo no?
Has de serlo, porque yo
Lo fuí al envite primero;
Y has de mantenerme mano,
Haciendo al mundo testigo
Ser mi hermano mas que amigo,
O mi amigo mas que hermano.
Escoge pues.

SOLDADO.

Huir de tí
Solamente escogeré. (*Vase.*)

MERLIN.

¿Qué importa, si tras tí iré?

POLIDORO.

Merlin, tente; y pues aquí,
Como que no nos conoces,
Sin sospecha hablar podemos,
Dinos, ¿qué nuevos extremos
Son esas confusas voces?

MERLIN.

Mitilene en cortesano
Estilo, desde la mar,
A Arminda, para besar
Al Rey su tio la mano,
Salvoconducto pidió.
Ella con galantería
(Que esto de la cortesía
En la guerra se aprendió)
Ha salido á la marina
A recibirla; y mirando
Que el Rey las está esperando,
Alegre el pueblo imagina
La paz; y como este es
Tiempo de carnestolendas,
Dando tregua á las contiendas
De la guerra, como ves,
De gala, máscara y fiesta
Delante el concurso viene.

UNOS. (*Dentro.*)

¡El Rey viva!

[1] *No* se aplaudiese.

OTROS. (*Dentro.*)

¡Mitilene
Viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Arminda!

LEONIDO.

Esta
Para tomar tu consejo
La mejor ocasion fuera,
Si una cosa no temiera.

POLIDORO.

¿Qué es?

LEONIDO.

La causa porque hoy dejo
De aceptarle es porque no
(Ya que á tan mal tiempo viene)
Me conozca Mitilene,
A quien patria y nombre yo
De otra manera fingí.

POLIDORO.

Eso no tu intento ataje;
Que tan de paso y en traje
Tan otro del que vió allí,
Sobre las manchas del fuego
Que aun en el rostro te duran,
Esa objecion aseguran.

LEONIDO.

Pues vén; que resuelto y ciego,
Sea extraño ó nuevo el modo,
Sea la accion loca ó cuerda,
Como Arminda no se pierda,
¿Qué importa? Piérdase todo. (*Vase.*)

Tocan atabalillos, y salen ARMINDA, MITILENE, ALFREDA, FLÉRIDA, FLORANTE, ADOLFO, CASIMIRO, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO, SOLDADOS Y MÚSICOS.

CORO 1.°

Mitilene, deidad de los mares,
Hermosa y divina...

CORO 2.°

Divina y hermosa deidad de los montes,
Bellísima Arminda...

CORO 1.°

El arco de paz, que del cielo de Chipre
Banderas despliega,
Para esmaltar sus matices, le ofrece
Corales y perlas.

CORO 2.°

El arco de paz, que del cielo de Chipre
Banderas tremola,
Para pulir sus cambiantes, le rinde
Claveles y rosas.

TODA LA MÚSICA.

Y entrambas publican [*viva.*
Que reine, que venza, que triunfe, que

MITILENE.

Vuestra Majestad, señor,
Me dé su mano.

CASIMIRO.

Los brazos,
Que son los mejores lazos
Que supo tejer amor.

MITILENE.

Vos, hermosa prima mia,
La vuestra me dad.

ARMINDA.

Sí haré;
Pero de amistad, en fe
De lo que seguro fia
Del vuestro mi corazon.

MITILENE.

Bien puede; que el pretender
Es lidiar, no aborrecer.

CASIMIRO.

No es ésta hora ocasion
Pára mas que festejar
Vuestras vistas. Ea, venid,
Y vosotras proseguid
Vuestro aplauso.

ARMINDA. (*Ap. á ella.*)

¡Qué pesar
Llevo, Alfreda!

ALFREDA.

¿De qué ahora?

ARMINDA.

De no saber qué resuelva
El soldado.

TODOS.

El baile vuelva.

ALFREDA.

Pues disimular, señora.

MÚSICA.

Mitilene, deidad de los mares,
Hermosa y divina...
(*Tocan cajas.*)

CASIMIRO.

Oid, esperad: ¿qué es esto?

ARMINDA.

¿Quién, sin órden de tocar
A bando, en marciales ecos
Confunde los que festivos
Son hoy lisonja del viento?

FLÉRIDA. (*Á Mitilene.*)

¡No sea, señora, que Arminda
Finja algun levantamiento
Para hacerte prisionera?

MITILENE.

No digas, Flérida, eso;
Que tan vil traicion no cabe
En tan generoso pecho.

TODOS.

¿Quién este alboroto causa?

Sale LEONIDO.

LEONIDO.

Quien á vuestras plantas puesto,
Valeroso rey de Chipre,
Siempre invicto, siempre excelso;
Quien tambien á vuestras plantas,
Hermosos prodigios bellos,
Que en Trinacria y Mitilene
Competidos los extremos,
Sois en valor y hermosura
Ambas Pálas y ambas Vénus;
Quien, oh príncipes heróicos
De Rusia y Süevia, oh pueblo
De militares blasones
Y políticos compuesto,
Viene á valerse de todos
Para el mas glorioso empeño,
En que todos comprendidos
Os hallais. á cuyo efecto,
Por no perder ocasion
De hablar con todos á un tiempo,
Con esta salva os previene,
En fe de no ser exceso
El atrevimiento, cuando
Es noble el atrevimiento.

ARMINDA.

El soldado que me dió
La vida es:

CASIMIRO.

¡Cuánto me alegro
De conocerle! — Decidnos
Quién sois y qué es vuestro intento.

LEONIDO.

Caballero aleman soy,
Que por un delito huyendo,
A la discrecion del hado
Corriendo fortuna vengo.
Huyendo y delito dije;
De uno ni otro me avergüenzo;
Que el delito fué de amor
En venganza de unos célos,
Y el huir, de la justicia:
Con que de uno y otro á un tiempo
Ennobleciendo el delito,
Tambien la fuga ennoblezco,
Pues el miedo de los nobles
Es de la justicia el miedo.
Ausente pues de mi patria,
Buscando á la vida medios,
Seguir la guerra elegí;
Que un ejército es el centro
Donde corren líneas todos
Los bien nacidos alientos.
De las guerras de Trinacria
Noticias tuve; y viniendo
A probar fortuna en ellas,
Quizá cansada del ceño
Con que infausta nunca pudo
Apurar mi sufrimiento,
Se dió por vencida al daño
Y acudió con el remedio.
Este fué el del valeroso,
Arrebatado denuedo
Con que Prometeo segundo,
Si atrevido Prometeo
Hurtó á todo el sol un rayo,
Yo todo un sol al incendio.
Y vanaglorioso en ver
Que en paz conmigo se ha puesto,
Y que en empezando á dar
Males ó bienes, es cierto
Que así bienes como males
Siempre los lleva en aumento;
Ya que ha torcido el camino
De mis pesares, pretendo
Saber si lleva adelante
Tambien el de mis deseos
En otro triunfo que altivo
Me ha dictado el pensamiento.
Que todos interesados
Sois en él, dije: lo pruebo
En que es vengaros á todos
De aquel Leonido soberbio
Que en tanto estrecho á Trinacria,
Y aun á todo el orbe, ha puesto.
El, ó es cierto que murió
En el mar, ó que de miedo
Se guarda; si murió, en que haya
Otra razon de creerlo,
Nada se aventura; y si es
Que vive ó que está encubierto,
Por no vivir con la nota
De cobarde y el recelo
De que Tiro le degrade
De su dignidad, es cierto
Que le obligue á que parezca,
Si por carteles le reto,
Que en sus plumas y sus bronces
Entregue la fama al viento.
Para fijarlos, señor,
A pedir licencia vengo;
Y para que del seguro
Tan soberano y supremo
Arbitro me deis, que no
Pueda salvarle el recelo
De que viene aventurado,
Firmado en todo buen duelo
Su salvoconducto. Y pues
A todos el sentimiento
De su ofensa toca, toque
A todos aplicar medios

Que si no viene le infamen,
Y si viene, venga al riesgo
De vernos á vuestras plantas,
Á él vencido ó á mi muerto.

ALFREDA. (*Ap. á Arminda.*)

Ya no hay que dudar, señora,
Qué habrá el soldado resuelto.

ARMINDA. (*Ap.*)

En toda mi vida vi
Concurrir en un sugeto,
Ni mas discreta la gala,
Ni mas valiente el ingenio.

MITILENE. (*Ap. á ella.*)

Mira, Flérida, si fué
Ocioso tu pensamiento.

FLÉRIDA.

Ya veo que fué no cuerda
Malicia.

MITILENE. (*Ap.*)

Que he visto creo
Otra vez á este soldado;
Pero dónde no me acuerdo.

ADOLFO. (*Ap.*)

¡Que no hubiese mi fortuna
Dictádome á mí este empeño!

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Que hubiese mi poca dicha
Negádome á mí este riesgo!

CASIMIRO. (*Ap.*)

La novedad de una accion
Tan rara, absorto y suspenso
Me ha dejado, si ya no es
La admiracion del denuedo
De tan valeroso jóven.
¡Qué glorioso en su pretexto!
En su ejecucion, ¡qué airoso!
En sus razones, ¡qué cuerdo!
¡Y qué amable en su persona!
Mucho haré si me detengo
En no arrojarme á sus brazos,
Segun me robó el afecto.

LEONIDO.

Si para el duelo, señor,
La licencia no merezco,
Para el consuelo merezca
La respuesta, por lo ménos.

CASIMIRO.

A mí, donde Arminda está,
No me toca responderos.

ARMINDA.

Ni á mí, donde Mitilene
Está, el dia que la tengo
Por huéspeda.

MITILENE.

A mí tampoco,
Donde está mi tio, á quien debo
Dar siempre el primer lugar.

CASIMIRO.

Por poner en paz el duelo
De vuestras cortesanías,
Ser árbitro suyo acepto,
Y quizá por ensayarme
En otro mayor á serlo.
Valiente jóven, los brazos
Me dad.

LEONIDO.

Los piés no os merezco.

CASIMIRO.

Llegad, llegad; que esto y mas
Merece el asunto vuestro.

ADOLFO. (*Ap.*)

De honrada envidia no vivo.

FLORANTE. (*Ap.*)

De rabiosa envidia muero.

CASIMIRO. (*Ap.*)

¿Qué es esto que el corazon
Me está diciendo acá dentro
En mudas calladas voces?
Mucho escucho, y nada entiendo.

LEONIDO. (*Ap.*)

Cielos, ¿qué nuevo alborozo
Es el que en el alma siento,
Que me dice que ya es
La temeridad acierto?

CASIMIRO.

Ley es de todas las islas
De los divididos reinos
Que el archipiélago boja,
Mostrando que en su terreno
Es pais libre cada uno,
Que al que pida campo en ellos,
Mayormente cuando es
Honorífico el pretexto,
No se le niegue: y así,
No solamente os concedo
La licencia que pedis
De fijar carteles, pero
De que en ellos mi seguro
Publiqueis, y de que luego
Seré juez, y tan padrino
Suyo en la lid como vuestro.—
Vamos, sobrinas.

ARMINDA. (*A Leonido.*)

No solo
La fineza os agradezco,
Pero el modo.

LEONIDO.

¿Quién logró,
Antes que el peligro, el premio?

MITILENE.

De mi parte tambien yo
Las gracias os doy.

LEONIDO.

El cielo
Os guarde.

MITILENE. (*Ap.*)

¡Que no me acuerde
Dónde le vi ni en qué tiempo!

ADOLFO.

Gran desdicha hubiera sido
Si cuando mandé prenderos,
No lo suspendiera, pues
Ni Arminda librara al fuego,
Ni Trinacria en su desaire
Se desempeñara. (*Ap.* Esto
Sacar fuerzas de flaqueza
Llama un prudente proverbio.)
Ved en qué puedo serviros.

LEONIDO.

Honrarme, señor; que excelsos
Príncipes no sirven, honran.

ADOLFO. (*Ap.*)

Todo esto es buscar consuelo
En que tan particular
Soldado no aspire á premio
Mas que el que su corta esfera
Le dé á su merecimiento.

(*Vanse todos, ménos Polidoro y Leonido.*)

POLIDORO.

¿Has reparado que solo
Florante, señor, no ha hecho
De ti estimacion?

LEONIDO.

Quien habla
Mal de otro en ausencia, bueno
Para amigo ni enemigo
Es. No hagas pues caso deso,
Sino vamos á que tú,
Ya que á la nave el barreno
En alta mar hemos dado,
Partas, y que vuelvas luego
Que esparza el cartel la fama,
Con todo aquel lucimiento
Que viniera yo, y que dieren
De si joyas y dineros
Que de la mar escapamos.
¡Oh si pudieras ¡ay cielos!
Venir con mis proprias armas
Y mi proprio escudo! Pero
¿Cómo es posible?

POLIDORO.

Quizá
Habrá cómo pueda serlo.
Yo he de parecer en parte
Que me asegure primero
De Casimiro el indulto.
Sea esta el Peloponeso,
Firmando tú en el cartel
En que has de aceptar el duelo,
Valido esta misma noche
De su nocturno silencio,
Que en él te hallará: con que
Diré á Marfisa el empeño
En que te hallas, y que voy
De tu parte, aunque no llevo
Su lámina, por aquel
Acáso de errarse el trueco.
Y encareciéndola cuánto
Echas hoy tus armas ménos
Para este duelo, no dudes
Que hará con su padre esfuerzos
Para entregármelas.

LEONIDO.

Bien
Discurres: y añade á eso
Que tambien es bien que lleves
Contigo á Merlin; que siendo
Solo el único testigo
Que á mí me conoce, temo,
Ya que el un yerro enmendó,
Que no incurra en otro yerro.
Y porque el que presto vayas
Facilite el llegar presto,
Dame los brazos, y adios.

POLIDORO.

¿Quién crêra, señor, al vernos
Abrazar, al despedirnos
Con tal cariño, cuán presto
Volverá á ver abrazarnos
Lidiando á los dos?

LEONIDO.

Si esos
Maravillosos, extraños,
Raros y varios sucesos,
Ya en verdaderas historias,
Ya en fabulosos ejemplos,
El tiempo no los labrara,
¡Qué ocioso estuviera el tiempo!

(*Vanse.*)

Sale FLORANTE.

¡Cielos, qué sañuda envidia,
Qué saña envidiosa es, cielos,
La que este aleman soldado
Ha introducido en mi pecho
Con haber hallado industria
Tal, que aunque en el vencimiento
El trofeo no consiga,
Ya el intentarle es trofeo!

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva el valiente aleman,
Heróico vengador nuestro!



FLORANTE.

Ya el cartel publica el vulgo,
De cuyos confusos ecos
Tomará la voz la Fama,
Alimentada del viento.
¿Qué modo habrá para que
No llegue á su plazo el duelo?
Dar la muerte á este soldado
Determinado y resuelto
Fuera el mas fácil; mas fuera
El mas peligroso, siendo
Tan en agravio de todos,
Que es fuerza en busca del reo
Se empeñen, y es, si lo sabe
Arminda, á quien mas ofendo.
Mejor será, y mas bien visto
A ella y todos, que sea el muerto
El mismo Leonido, pues
Salvo al soldado con eso
Que la dió la vida, y doy
Venganza á sus sentimientos:
Con que, ausente Casimiro,
Que fuí yo diré yo mesmo,
Declarándome acredor
De su mano, pues le he muerto.
No mal lo he pensado, y pues
El es fuerza que primero
Se manifieste en seguro,
Para esperar el decreto
Del indulto para entrar
En Trinacria; yo sabiendo
(Pues será público) donde
Está, le saldré al encuentro,
En el traje de bandido
Disfrazado y encubierto:
Con que no importa que ahora
Diga alborozado el pueblo...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva el valiente aleman,
Heróico vengador nuestro!

FLORANTE.

Ni que la Fama despues
Diga en repetidos ecos... (*Vasc.*)

—

Aquí se corrieron los bastidores, cubriendo el jardin y dejando el teatro de arboledas y montañas, y entre la desigualdad de los horizontes unos pedazos de nubes. Fuése apareciendo por el aire una de diferente resplandor y estatura sobre la cual venía sentada LA FAMA, los piés sobre un globo, donde se descubrian las dos estrellas polares, contrapuestas con claridad brillante, de suerte que arrojaban luz para ayudar los tornasoles de la nube. Llevaba la Fama sus alas, y estas, la nube en que iba sentada y el globo, se fuéron moviendo por el aire todo el tiempo que duró cantar el pregon, que fué lo que tardó en cruzar todo el teatro muy despacio, porque se fuéron percibiendo y admirando los movimientos, los cuales pusieron esta apariencia muy vistosa.

FAMA.

Venga á noticia de cuantos
En uno y otro confin,
Sin dejarse ver la Fama,
La Fama se deja oir;
Venga á noticia de cuantos,
Repito otra vez y mil,
Contiene el orbe debajo
De todo el azul zafir,
El aplazado cartel
De la mas heróica lid,
Digna de bronces y plumas,
Que vió el sol: á cuyo fin
Volando veloz,
Da al aura sutil
El ala la pluma
Y el bronce el clarin.

Sale MARFISA.

MARFISA.

¿Qué voz es esta que corte,
Que hasta el desierto país
Destos montes, sus noticias
Llega la Fama á esparcir?

FAMA.

Su tenor es que citado
De militar adalid
Leonido de Asia, en la nota
De que fué traidor ardid
El de su encuentro, le reta
De mal lidiador y ruin
Caballero, indigno ya
De que pueda hallar en mí
Honor que merezca
En su loor adquirir,
Ni al ala la pluma,
Ni al bronce el clarin.

MARFISA.

¡Leonido de Asia! ¡Qué escucho!
Mas no impida el proseguir.

FAMA.

Y protestando que no
Ha podido descubrir
Adonde el miedo le esconde,
Temerosamente vil;
Fijado el cartel, le espera
Desde uno á otro cenit,
De sol á sol, en el puesto
Que Casimiro, feliz
Rey de Chipre, les señale
Para haber de combatir,
Como árbitro que ha de ser,
Hasta vencer ó morir,
Fiando que yo
Dé al triunfo feliz
Del ala la pluma,
Del bronce el clarin.
Y para que nunca pueda
Excusarse de venir,
En su seguro su real
Palabra da, y de asistir
A toda la ley del duelo,
Siendo él quien ha de partir
El sol y medir las armas
Que el retado ha de elegir;
Y tomando el homenaje
De que ninguno entre allí
Con supersticioso hechizo,
Reservando para sí
La gloria á quien dén
Lámina y buril
Del ala la pluma,
Del bronce el clarin. (*Desaparece.*)

MARFISA.

¡Leonido, cielos, por quien
La primer vez que le ví
Sentí un nuevo afecto, que era
Mas complacer que sentir;
Leonido á quien, sin saber
Qué astro dominaba en mí,
Dí á la primer vista cuenta
De mi fortuna infeliz;
Leonido, que compasivo
Sacarme intentó de aquí,
Y viendo que me volvia
Mi padre á restituir
Horrorosamente al monte,
Al monte sin advertir
Magos encantos volvió
A solo saber de mí;
Leonido, que aunque me halló
En estado mas feliz
Y mas poderoso, pues
Pude hacer que desde allí
Viese lo que deseaba
(Mejor pudiera decir
Lo que no deseaba, puesto
Que le obligó á que por ir
A satisfacer su honor
Se excusase de admitir
Mi hospedaje, abandonando
En cristalino viril
Real alcázar, opulenta
Mesa, florido jardin
Y dulce música), ahora
Retado de oculto y ruin
Caballero, le publica
La Fama! ¿Cómo, decid,
Hados, es posible que
Espíritu tan gentil
Que por mí supo volver,
No sepa volver por sí?
Miente la Fama; que no
Tengo yo de presumir
Que falte á su honor, por mas
Que diga la voz...

FLORANTE. (*Dentro.*)

Aquí
La vela amainad.

POLIDORO. (*Dentro.*)

La senda
Aquí echad.

MARFISA.

¿Qué es lo que oí?
A una parte y á otra á un tiempo
Uno y otro bergantin
La ancla aferra. Bien será,
Ya que quise divertir
A mis solas mis tristezas,
Que sola no me hallen si
Echan gente á tierra; y bien
Será tambien advertir,
Aunque á lo léjos, qué señas
Dan en sus trajes: y así
Esta maleza me oculte. (*Escóndese.*)

POLIDORO. (*Dentro.*)

Solo conmigo Merlin
A tierra salga.

Salen POLIDORO y MERLIN.

MERLIN.

Me alegro,
Porque la guerra civil
De la rana y del mosquito
Fué sobre si era morir
En vino mejor que no
Vivir en agua.

POLIDORO.

Tú aquí
Has de esperar que la gente
Que ya á tierra veo salir,
Y es sin duda la que trae
El indulto, llegue á ti
Y te pregunte si está
Leonido en la isla. Que sí
(Pues ya sabes cuánto importa
Que soy Leonido fingir)
Dirás, y que aquí vendré;
Que esperen: con que acudir
Podré, ántes que me vean,
A lo que me hizo elegir
Este monte para hacerme
Manifiesto en él.

MERLIN.

Así
Lo haré.

POLIDORO.

Grande dicha fuera

Si pudiera conseguir
Ver á Marfisa y llevar
Las armas. (*Vase.*)

MARFISA. (*Ap.*)

De dos que vi
Salir del mar, uno queda
En su orilla, y otro ir
Veo hácia la gruta, al mismo
Tiempo que tambien venir
A otros veo desde el mar
Al monte, sin distinguir
Mas que los bultos, porqué
La distancia percibir
No deja rostros ni trajes.

Salen FLORANTE *y* SOLDADOS, *de bandoleros.*

FLORANTE.

Todos conmigo venid
Donde hasta saber de cierto
Si está ó no Leonidó aquí,
Esperemos embozados,
Pues fuerza es el ver ú oir
O seña ó voz que nos diga
Si está ó no.

SOLDADO 1.°

Un hombre hácia allí
Solo se ve.

MERLIN. (*Ap.*)

¡Ay qué figuras!

FLORANTE.

Ya él nos vió : todos cubrid
Los rostros.— Soldado...

MERLIN.

No
Soy soldado, no es á mí.

FLORANTE.

¿Con quién hablo?

MERLIN.

¿Qué sé yo?

FLORANTE.

Llegad, llegad y decid...
— Pero no me digais nada,
Id en paz.

MERLIN.

Harélo así,
Porque soy muy inclinado
A obedecer y servir
A cuantos en paz me envian,
Y porque es justo esparcir
Cuán pacíficos señores
Habitan este pais. (*Vase.*)

SOLDADO 2.°

¿Cómo, sin que de Leonido
Te diga, le dejas ir?

FLORANTE.

Como, sin decirlo, ha dicho
Todo cuanto hay que decir.
Este es el criado que
De Leonido conocí,
Desde que dijo quien era;
Y como encontrarle aquí
Sobre responder tan presto
Al cartel, da á presumir
Tener allá confidente,
Y que para ir y venir
No puede tener espía
Mejor que este, como en fin
Quien tiene allá introduccion
Y tiene cariño aquí;
No quise apurarle mas,
Para poderle seguir
Sin sospecha, hasta que yendo
Tras él, pues él ha de ir
Donde está su amo, podamos
Nuestro intento conseguir.
Alistad pues las pistolas,
Y venid todos, venid,
No de vista le perdamos.
(*Vanse.*)

MARFISA.

Nada he podido inferir
Mas que solamente ver
A lo léjos sin oir.
Hácia la gruta el primero
Fué, tras él el otro, y
Tras el otro los demas.
No me atrevo á discurrir
Qué será su intento; pero
Tampoco me atrevo á ir
A averiguarle, hasta que
Sepa si es esto venir
A buscarme como fiera
Que era ántes de su confin,
Y ahora como deidad
De su encantado pensil.
Pero sea lo que fuere,
Yo no me he de descubrir
Ni parecer hasta que
Alguien me venga á decir
De los que me asisten...
(*Disparan dentro.*)

FLORANTE. (*Dentro.*)

¡Muera
El traidor!

POLIDORO. (*Dentro.*)

¡Ay infeliz!

MARFISA.

¡Qué truenos son estos, cuando
Claro el sol en su cenit,
No hay nube que por tupida,
No hay vapor que por sutil
Entre él y el aire interponga
Su raridad!

POLIDORO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

FLORANTE. (*Dentro.*)

¡Muera! Y para hacer verdad
Que en el mar vino á morir,
Vaya el cádaver al mar,
Y todos al bergantin.

VOCES. (*Dentro.*)

Vaya el cádaver al mar,
Y todos al bergantin.

MARFISA.

¡Cielos! ¿qué será esto?

Sale MERLIN.

MERLIN.

¿Dónde
Podré esconderme?

MARFISA.

Hombre, di...
— Detente.— ¿Qué es eso?

MERLIN.

Esto
Es solo y ha sido huir.

MARFISA.

¿De quién?

MERLIN.

De quien viene dando,
Porque como á mi amo, á mí
No me maten.

MARFISA.

¿Qué violentos
Truenos fuéron los que oí?

MERLIN.

Los de los rayos que abortan
Uno y otro serpentin.

MARFISA.

Eso no entiendo; mas baste
Oir que hay sierpe de tan vil,
Desvergonzado veneno,
Que sobre matar y herir
Se alabe, diciendo á voces :
« Quien lo cometió yo fuí. »
Y eso aparte, ¿quién tu amo
Fué?

MERLIN. (*Ap.*)

¿Quién me mete en decir
Que fué Polidoro, y desto
Se saque el que estuve aquí,
Y me prendan otra vez
Por cómplice del ardid?
Mejor es correr con todos.

MARFISA.

¿Cómo no respondes, di?
¿Quién fué tu amo?

MERLIN.

Un Leonido
De Asia, que dió que decir
Tanto á la Fama, que la
Hizo añicos el clarin.

MARFISA.

¡Qué escucho, cielos! Leonido
De Asia ¿ha sido el infeliz?

MERLIN.

Sí, porque estando retado
De un forastero malsin,
Que teniéndole por muerto
Quiso de balde lucir,
Y hallándose tan burlado
Como estar vivo y pedir,
Aceptando su cartel,
El duelo; para cumplir
El con no sé qué seguro,
Y otro no sé qué que oí
De una dama y unas armas,
Eligió esperar aquí :
Con que el tal desafiador,
Viendo que ya el combatir
Fuerza es, desos asesinos
Se ha valido. Y porque á mí
Lo mismo no me suceda,
Paso entre paso he de huir;
Que si él supo pasar de
Baladron á malandrin,
Tambien yo sabré pasar
De bergante á bergantin. (*Vase.*)

MARFISA.

¿Hasta dónde, fortuna,
Has de llevar el fin
De apurar el valor
De un pecho femenil?
¿Hasta dónde, si apénas
De la prision salí
De una gruta á un alcázar,
De un peñasco á un pensil,
Cuando mas de tropel
Me vuelven á embestir
Pesares ciento á ciento,
Desdichas mil á mil?
¡Muerto Leonido á manos
De enemigo tan vil,
Que creyéndole muerto
Le reta, y por lucir
Con su jactancia, viendo
Que va á volver por sí,
Atrasando el lidiar,
Le adelanta el morir!
¡Y esto á mis ojos, siendo
Mi bárbaro confin
Teatro de su tragedia,
Por comprenderme á mí
En su delito, puesto
Que quien la trajo fui,
Sus armas procurando
Cobrar para la lid!

Pues ¿cómo, cielos, cómo
Aquesto permitís?
Cómo, hados, lo dictais?
Cómo, astros, lo influis?
Mas no me respondáis:
Dejadme presumir
Que es porque este castigo
Se quede para mí.
Mi padre ¿no salió
Hoy al mar á adquirir
Dese vecino escollo,
En cuya alta cerviz
Pafo y Egnido suelen
Las perlas producir
Que en sus nácares cuaja
El rocio sutil
Del aurora al llorar
Y del alba al reir,
Para que de mis rizos
Coronen el Ofir?
¿No puedo yo en su ausencia
Sus estudios abrir,
Quebrarle sus cristales,
Romper y destruir
Cuadrantes y astrolabios,
Porque restituir
No pueda á su prision
Mi libertad, y en fin,
Hurtándole las armas
De Leonido, suplir
La ausencia (que no acaso
El me las trajo aquí.
Y ellas á él me trajeron),
Porque nunca decir
Pueda el traidor, que vive
Y que dejó de ir
De temor, y haya quien
Lo crea? Y siendo así
Que yo nada aventuro
(Que si mi hado infeliz
Es amante ó amada
O matar ó morir,
No llega el caso, pues
Ni le amo ni él á mí)
Y vuelve por su honor
Mi espíritu gentil;
Por mí, despues de muerto,
Su fama ha de vivir,
Para que no le niegue
Restaurada por mí,
Honor que merezca
En su loor adquirir
Al ala la pluma
Y al bronce el clarin.

—

Entrándose Marfisa, se volvieron á correr los bastidores, repitiendo la mutacion del jardin; y como el ansia habia quedado tan prendada de su vista, la recibió la segunda vez con tanta admiracion como la primera, pues estaba quejosa la vista de que la hubiesen arrebatado tan apacible objeto. Salió CASIMIRO y AURELIO.

CASIMIRO.

La mitad de Chipre diera
Por no haber venido, Aurelio,
A Trinacria.

AURELIO.

¿Qué hay que pueda
Causarte ese sentimiento?

CASIMIRO.

Aunque suele la memoria
Morir á manos del tiempo,
Tambien suele revivir
A vista de los objetos,
Mayormente cuando son
Para dolor sus acuerdos.
¿Veis ese alcázar? ¿Veis ese
Jardin? Pues no hay en su centro
Flor ni adorno que no sea
Torcedor del pensamiento,
Representándome á todas
Partes fantástico el viento
De la infelice Matilde
(Al nombrarla me enternezco)
La imágen; y porque vos
Sabeis la razon que tengo,
De que vos me veais llorar,
Poco ó nada me avergüenzo.

Sale ARMINDA *al paño.*

ARMINDA. (*Ap.*)

A ver á mi tio venía
A su cuarto; y advirtiendo
Cuán triste del llanto enjuga
Los ojos...

Sale MITILENE *al paño.*

MITILENE. (*Ap.*)

Aunque á hablar vengo,
Para volverme á mi armada,
A mi tio, al ver cuán tierno
Con Aurelio habla...

ARMINDA. (*Ap.*)

No oso
Llegar...

MITILENE. (*Ap.*)

El paso suspendo...

ARMINDA. (*Ap.*)

Porque temo que conmigo
El sentimiento es, respecto
De que á su dictámen no
Me reduzgo.

MITILENE. (*Ap.*)

Porque temo
Que es porque sin ajustarme
A su dictámen me vuelvo.

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Oh si pudiera entreoir,
Si es este su sentimiento!

MITILENE. (*Ap.*)

¡Oh si pudiera rastrear
Si nace su dolor desto!

AURELIO.

No me admiro de que hagais,
Señor, tan justos extremos.

CASIMIRO.

Sí; pero es con tal violencia,
Que me parece que veo
A las voces del estrago,
Que nunca son en silencio,
Allí público el delito,
Allí rompido el secreto,
Allí amenazado el daño,
Allí ejecutado el riesgo,
Allí malogrado el fruto...
—Los frutos dijera, puesto
Que el hado quiso doblarlos,
Porque era para perderlos.

ARMINDA. (*Ap.*)

Ya esto es muy de otra materia.

MITILENE. (*Ap.*)

Ya es muy de otro caso esto.

CASIMIRO.

Y pues desdichas no tienen
Ya sucedidas mas medio
Que llorarlas acordadas;
Porque crezca el sentimiento
Al paso de la memoria,
Repitámonos, Aurelio,
Lo que sabemos. Decidme
Ahora mas por extenso
Lo que entónces me escribisteis;
Que si un dolor fué el saberlo,
El saberlo y escucharlo.
Serán dos, y mi consuelo,
Ya que siento mis desdichas,
Verme sentir que las siento.

AURELIO.

¿Para qué quereis, señor,
Que tan trágico suceso
Nuevo os hagan mis noticias?

CASIMIRO.

Para sentirlo de nuevo.
No, no os excuseis.

AURELIO.

¿Es fuerza?

CASIMIRO.

Sí, fuerza es.

AURELIO.

Pues oid atento.

ARMINDA. (*Ap.*)

Deseo de saber, oigamos.

MITILENE. (*Ap.*)

Curiosidad, escuchemos.

AURELIO.

En las guerras que heredadas
Chipre y Trinacria tuvieron
(Ya que he de decirlo, sea
Con todo su fundamento),
En un lance de fortuna
Vuestro padre prisionero
Quedó de Trinacria; y como
Para ajustar los conciertos
De su canje, su persona
Hacia falta, fué convenio
Que en rehenes de vuestro padre,
A ser huésped mas que preso
Quedásedes vos. En este
Entónces florido tiempo,
Pusisteis, señor, los ojos
En aquel prodigio bello
Del ingenio y la hermosura,
En quien la desdicha el ceño
Declaró que siempre tuvo
Contra hermosura é ingenio.
Con la palabra de esposo,
Y aun desposado en secreto,
Ajustadas conveniencias,
Se publicaron diciendo...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva el valiente aleman,
Que restaura el honor nuestro!

CASIMIRO.

Ved qué novedad es esa.

(*Vase Aurelio.*)

ARMINDA. (*Ap.*)

La deshecha hacer pretendo
De que no estaba escuchando.

MITILENE. (*Ap.*)

De que aquí no estaba oyendo,
El disimular me importa.

(*Salen las dos.*)

LAS DOS.

¿Qué es esto, señor?

CASIMIRO.

Ya Aurelio
A saberlo fué.

Sale AURELIO.

Mejor
Lo dirá Adolfo, supuesto
Que él á decirlo venía.

Salen FLORANTE *y* ADOLFO.

FLORANTE. (*Ap.*)

Sin duda quien llevó el pliego
Del indulto, en el camino
Supo que á Leonido han muerto,
Y de que el soldado venza
Sin lidiar, se alegró el pueblo.

ADOLFO.

Esto, señor, es que el parte
Que salió con el decreto
Del indulto, en el camino
Noticias tuvo...

FLORANTE. (*Ap.*)

Ello es cierto.
Gran dicha ha sido volver
Sin haberme echado ménos.

ADOLFO.

Del viaje que Leonido
Trae, le salió al encuentro,
Dióle el parte, y trae las nuevas
De que estará aquí muy presto.

FLORANTE. (*Ap.*)

Buenas nuevas trae el parte!

ADOLFO.

Con que el aleman, sabiendo
Que se le acerca el lidiar,
Por cumplir con todo el duelo,
En la plaza de palacio,
Que es el señalado puesto
Por tí para el desafío,
En bridon corcel soberbio
Armado de todas armas
Salió á pasear el terrero,
Como quien dice: «Aquí estoy:»
Con que aplaudiéndole el pueblo,
Prorumpió en festivas voces.
En mi vida caballero
Vi mas galan; que una cosa
Es la envidia que yo tengo
De no ser él, y otra es
Negarle el merecimiento.

CASIMIRO.

¡Cuánto me alegro de oiros
Con noble envidia del riesgo,
Y no con villana envidia
De los méritos ajenos!
Y no admiro, invicto Adolfo,
Que á vos os gane el afecto;
Que desde que yo le vi
Me sucede á mí lo mesmo.

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Qué corridos se han de hallar
Uno y otro afecto, en viendo
Que sin Leonido no hay
Victoria ni vencimiento!

(*Dentro tocan un clarin.*)

CASIMIRO.

Oid. ¿Qué clarin será aquel
Que del mar nos trae el viento?

MITILENE.

De mi armada no será.

CASIMIRO.

Aurelio, id vos á saberlo.

(*Vase Aurelio.*)

ARMINDA. (*Ap.*)

¡Que no quisiese mi dicha
Que prosiguiese el suceso
Aurelio, que iba contando!

MITILENE. (*Ap.*)

¡Que no permitiese el cielo
Saber dónde iba á parar
La rara historia de Aurelio!

Sale AURELIO.

AURELIO.

La llamada que el clarin,
Señor, á la tierra ha hecho,
Es de un jabeque en que viene
Leonido.

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Qué escucho, cielos!
¿Cómo es posible que venga
Leonido despues de muerto?

AURELIO.

Y aunque pudiera tomarle
En fe del seguro vuestro,
Con todo, vuestra licencia
Aguarda, sin tomar puerto.
Y añade que de retado
Gozando los privilegios
De nombrar armas, porqué
No se sujete el esfuerzo
A los desmanes de un bruto
Sino á los del proprio aliento,
Ni falten tampoco en él
Las armas de caballero,
Armado de todas armas
Y á pié, remite el encuentro
Tras los botes de las picas
Al escudo y al acero.

CASIMIRO.

Pues volved, decid que salga,
Y para no perder tiempo,
Que vaya donde le espera
Ya su contrario en el puesto.
Y pues ceremonia es
De todo público duelo,
Mayormente en el que yo
A ser árbitro me ofrezco,
Que no haya ventaja en uno
Ni otro lidiador, os ruego,
Invictos príncipes, que
El campo que yo hice bueno,
Autoriceis, y le hagais
Mejor con el lustre vuestro.—
Vos, Adolfo, habeis de ser,
Porque no se atreva el pueblo
A valer á uno ni á otro,
Dese gallardo mancebo
Aleman padrino; —vos
Habeis, Florante, de serlo
De Leonido.

FLORANTE. (*Ap.*)

¡Bueno es
Ser padrino del que he muerto!

CASIMIRO.

Lo que os toca es registrar
Las armas, reconociendo
El que en todo sean iguales
En la gravedad del peso,
Lo doble de las defensas
Y temple de los aceros.

ADOLFO.

De todo (¡ay de mí!) informado
Voy. (*Ap.* Vos, imposible dueño,
Ved, ya que arbitrio en lidiar
No tuve en servicio vuestro,
Que asistir á quien le tuvo
Aun juzgo que no merezco.) (*Vase.*)

CASIMIRO.

Vos, Florante, ¿no vais?

FLORANTE.

Sí,
Señor; que ya os obedezco.
(*Ap.* O aquí hay grande encanto, ó hay
Grande error, que yo no entiendo.)

(*Vase.*)

CASIMIRO.

Pues para la conferencia
Nuestra despues queda tiempo,
Desde aquese mirador
Que del palacio el terrero
Y plaza domina, entrambas
Podeis ver en qué el suceso
De la lid pára.

ARMINDA.

Aunque yo
Valor para lidiar tengo,
Para ver lidiar no sé
Si le tendré, y mas si atiendo
A ser causa mia; que fuera
Desaire de mi ardimiento
Que un particular soldado,
Sin mi arbitrio ni consejo,
Mi mandato ó mi dictámen,
Se hubiera en su riesgo puesto,
Y me pusiera yo á ver
En qué paraba su riesgo.
No, señor: en mi retiro
Aun recatearé el saberlo,
Para callarlo si es malo,
Para gloriarme si es bueno. (*Vase.*)

MITILENE.

Con tu licencia, señor,
Seguir á mi prima intento,
Siquiera porque conforme
En algo el motivo nuestro. (*Vase.*)

CASIMIRO.

Bien haceis; que si pudiera,
Tambien yo hiciera lo mesmo.
Mas ya es fuerza, pues lo dije,
Proseguir en el empeño,
Y mas tan á vista dél
Que ya se escuchan los ecos
De las cajas y las trompas,
Repetidas de los vientos.
Vamos, fortuna, á saber
Si sobre el pesar que llevo
De haber aceptado el campo,
Añades el del tormento
Que para mí será ver
Tendido ó herido ó muerto
Aquel jóven que llevó
Tan arrastrado mi afecto. (*Vase.*)

Salen EL SOLDADO Y MERLIN.

MERLIN.

Dime, amigo *ad litem*...

SOLDADO.

Tente;
Que yo pregunté primero,
Y hasta que esté respondido,
No me toca. Lo que quiero
Saber es si este Leonido
Que viene llorando duelos,
Es aquel Leonido mismo,
Tu amo, que juzgaban muerto
En el mar.

MERLIN.

Que si en el mar
Murió no es él, sé de cierto;
Que el que viene no murió,
Tambien lo sé, y que es el mesmo
Leonido el que en la estacada
Estará, siendo y no siendo
El que se ahogó y no se ahogó,
El que vendrá no viniendo,
Y el que cumplirá el refran
De «cátale vivo y cátale muerto».

SOLDADO.

Hombre, ¿quién quieres que entienda
El revoltillo que has hecho?

MERLIN.

Nadie; que no puedo dar
Yo á nadie el entendimiento.
Y ya que te he respondido,

Responde tú. ¿Qué hay de nuevo
Que yo no sé, porque de otra
Parte en este instante vengo?

SOLDADO.

Lo que hay...

Sale ARGANTE, *de gala.*

ARGANTE.

Señores soldados,
Si la ley de forastero
Y licencia de las canas
Consigo traen los respetos
Y cortesanas licencias
Apadrinadas con serlo,
(*Ap.* Lo que yo sé les pregunto
Por encubrirme) ¿qué estruendo
De trompetas y de cajas
Es el que se oye?

SOLDADO.

A mal puerto
Habeis llegado, porqué
El uno y otro tenemos
Solo el don de preguntarnos,
Pero no el de respondernos.

MERLIN.

¡Miren con qué se venia
Ahora el maldito viejo,
Solo para embarazarnos
Que vamos á tomar puestos!
(*Ap.* Y yo con mas causa, pues
No sé qué Leonido nuevo
Es el que nos ha venido.)

(*Vanse los dos.*)

ARGANTE.

¡Oh crueles hados! Oh cielos,
Oh sol, oh luna, oh estrellas,
Planetas, signos, luceros!
¡Cuán en vano solicita
El humano entendimiento
Torcer de vuestros influjos
Los soberanos decretos!
Marfisa lo diga, pues
Criada con tanto secreto,
Sin ser vista ó ver el vario
Tráfago de los comercios,
No pudo toda la ciencia
De mis mágicos desvelos
Ocultarla, hasta que el punto
De su amenazado riesgo
Cumpla el hado; pues el dia
Que á su auge llegó el agüero,
Es el que mi estudio roba
Y de mí se viene huyendo.
Bien pudiera yo cobrarla
Como otra vez hice; pero
Si imperio en Megera tuve,
En su influjo no me atrevo
El dia que por vencido
Me doy á mayor imperio.
Y así, lo mas que mi amor
Puede hacer (porque no puedo
Dejar de amarla), es venir
Tan otro en su seguimiento,
A ver en qué pára haber
Traido consigo el veneno
De amor, que amando ó amada,
La destina...

—

Mudóse el teatro de jardin en uno que representaba la plaza de palacio de su Majestad, imitando la forma en que ha quedado con los adornos que en ella se hicieron para la entrada de la Reina nuestra señora, que la han añadido grave variedad á la perfeccion con que ántes se hallaba. Estaba la imitacion dispuesta de suerte, que empezaba por el arco que da entrada á la plaza, siguiendo los bastidores la imitacion de dos corredores que tiene de arcos, adornados de estatuas que significan los rios y fuentes mas celebrados de España, en que habia diferentes tarjetas, en que se colocaron cifras, motes y versos á tan feliz asumpto. En el foro estaba el frontispicio del palacio, todo imitado con gran propiedad y hermosura.

Mas ¿qué es esto?
Divertido mas que el vulgo
Que va de tropel corriendo,
A la plaza de palacio
He llegado, donde veo
A Casimiro en su trono,
Y todo el mirador lleno
De bellas y hermosas damas,
Y con acompañamiento
De padrinos, ir entrando
Dos armados caballeros
En la valla, á cuya vista
Repiten todos diciendo...

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva el valiente aleman,
Que restaura el honor nuestro!

Salen TODOS *como lo dicen los versos, y* MARFISA *armada, con el escudo y armas de* LEONIDO.

CASIMIRO.

Echad bando de que nadie
Dé voz que á uno infunda aliento
Ni desconfianza al otro.

UNA VOZ.

Silencio todos.

TODOS.

Silencio.

LEONIDO. (*Ap.*)

Fortuna, ¡qué es lo que miro!
Mi arnes y mi escudo mesmo
Es el que trae Polidoro.
¡Oh, cuánto á Marfisa debo!

FLORANTE.

(*Ap.* Las mismas armas que trajo
Cuando entró de aventurero,
Son las que he reconocido.
El es Leonido: ó fué yerro
O malicia del criado:
Con que ya no hay otro medio
Que el de llevarlo adelante.)
Ya, señor, medido habiendo
Las armas de uno y de otro,
De igual temple y de igual peso...

ADOLFO.

Y de traicion ó ventaja
Recibido el juramento...

FLORANTE.

Esperan que la señal...

ADOLFO.

Mandes hacer, porque á un tiempo...

LOS DOS.

Puedan embestirse.

CASIMIRO.

Toca
Al arma.

MARFISA. (*Ap.*)

Vea el universo
Que de Leonido restauro
Su honor, y su muerto vengo.

LEONIDO. (*Ap.*)

Pues contra mis proprias armas
Conmigo mismo peleo,
Déjate lograr, fortuna.

(*Tocan cajas, y pelean Leonido y Marfisa con lanzas.*)

ADOLFO.

Pues ya de las lanzas vemos
Ejecutados los golpes,
Al escudo y al acero
Apelad.

FLORANTE.

Para esta lid
Las sobrevistas quitemos.

MARFISA. (*Ap.*)

¡Oh si al verle el rostro, en mí
Se aumentara el ardimiento!

LEONIDO. (*Ap.*)

Para llegar á los brazos
Yo y Polidoro ya es tiempo.

(*Descúbrense.*)

Pero ¡qué miro! ¡Marfisa!

MARFISA. (*Ap.*)

¡Leonido! ¿Qué es lo que veo?

(*Luchan los dos* [1].)

CASIMIRO.

Apartadlos, divididlos;
Que la lucha es de groseros
Gladiatores, no es batalla
De valientes caballeros.

FLORANTE Y ADOLFO.

No es posible que podamos
Dividirlos.

CASIMIRO.

¿Cómo es esto?
Quitad, apartad, veamos
Si es verdad lo que sospecho.
Lidiar espacio tan grande
Sin haberse herido ó muerto,
Me da á entender que aquí hay pacto
O ya implícito ó ya expreso.
¿Qué lámina, qué carácter,
Qué hechizo ó contraveneno
Traeis, que á tanto golpe os hace
Impenetrable el acero?

MARFISA.

Porque de mí no presumas
Que en fe de algun pacto vengo,
Esta lámina que traigo
Conmigo desde el primero
Aliento que respiré,
Hoy á tu mano la ofrezco.

LEONIDO.

Yo esta, que tambien á mí
Desde mi primer aliento
Me acompaña.

CASIMIRO.

Mostrad pues.
¡Qué es esto que miro, cielos!
Mejor diré lo que admiro.
Ellas son. Decidme, Aurelio,
¿Las láminas no son estas?

Sale ARMINDA, MITILENE Y DAMAS.

ARMINDA.

Señor, ¿qué extraño suceso
Es este, de quien la voz

[1] En la comedia impresa y en la manuscrita se halla esta acotacion, *luchan*. Pero salta á los ojos que el efecto teatral del lance consiste en que los amantes se abrazan estrechamente llenos de sorpresa y de júbilo, y los jueces del campo y demas espectadores-actores creen que se abrazan para luchar. Varias enmiendas se han hecho en nuestra edicion por el manuscrito de la Biblioteca Nacional, pero aun se necesitaba otro mejor.

Llegó á mi cuarto, diciendo
Que hay una gran novedad
Que á todos tiene suspensos?

CASIMIRO.

Lo que á Aurelio preguntaba
Lo dirá. Decidme, Aurelio,
¿Las láminas no son estas
Que, por si injurias del tiempo
Perdian una, duplicadas,
Fiando de vos el secreto,
A Matilde dejé, cuando
Ajustados los conciertos
De los rehenes y el canje,
Salí á mi pesar del reino
De Trinacria?

AURELIO.

Sí, señor.

CASIMIRO.

¡Pues cómo aquí á hallarlas vengo
En la reñida batalla
De tan distantes sugetos?

AURELIO.

Como aunque yo os escribí
El lastimoso suceso
De la muerte de Matilde,
No que su padre, sabiendo
Cuál fué el accidente (que
Durar no pudo encubierto),
Coléricamente hizo
Tan equívocos extremos,
Que pareciendo de amor,
Eran de aborrecimiento.
Y así, habiéndome entregado
En el nocturno silencio
De la noche la que era
Confidente del secreto
La amenazada inocencia
De los dos infantes tiernos,
Sobre ricas vestiduras
Las dos medallas al cuello;
Temiendo que la venganza
Tomara de vos en ellos,
Porque dellos no supiese,
Y cumplir con el precepto
De que á vos los entregase,
Llevarlos quise yo mesmo.
Embarquéme; y por no ser
Sentido, fué un pobre leño
Mi sagrado: alborotóse
El mar, y sañudo y fiero
En un monte de Toscana,
Naufragando tomé puerto.
En él me dejó el arraez,
Porque no le echasen ménos,
Y cómplice de tal hurto,
Corriese su vida riesgo:
Con que hallándome en un monte
Solo, por no ir discurriendo
Con dos infantes, buscando
Albergue en que guarecerlos,
A la sombra de unos sauces,
De varias flores cubiertos,
Los puse; y á poco espacio,
Que no me apartaba de ellos
Para perderlos de vista,
Vi una leona, del yermo
Páramo aborto, cargar
Con uno, y meterse dentro
De una estrecha cueva, donde...

LEONIDO.

Me halló el Duque, pues no tengo
Mas señas que dar de mí,
Cuando el nombre que me dieron
Por la leona, fué Leonido.

MARFISA.

Pues ¿tú eres Leonido?

LEONIDO.

Eso
Se averiguará despues.

CASIMIRO.

Prosigue tú; que suspenso
Al oirte estoy.

AURELIO.

Sucedida
Ya una desdicha, temiendo
No fuesen dos, á amparar
A la otra fuí, cuando veo
Otro, bien que humano, monstruo,
De brutas pieles cubierto,
Cargar con ella y llevarla,
Tan veloz hijo del viento,
Que nunca puede alcanzarle.

(*Llega Argante.*)

ARGANTE.

Ese fui yo, porque huyendo
Desterrado de Toscana
Por mágico y agorero,
Para vivir mas seguro
Pasaba al Peloponeso,
Llevando conmigo...

MARFISA.

A mí,
Que en sus bárbaros desiertos
Me criaste tan altiva,
Que de Leonido sabiendo
Que estaba retado, y que
Un su amigo, que viniendo
A suplir por él, habian
Villanos bandidos muerto,
Quise yo suplir su falta.

LEONIDO.

¡Muerto Polidoro, cielos!
Perdí un verdadero amigo;
Que no faltara á su empeño,
Es cierto, por ménos causa.

ARGANTE.

Piedad fué, pues anteviendo
El peligro en que ahora te hallas,
Pues te ves en el aprieto
De haber de vivir matando,
O haber de matar muriendo,
Con que...

CASIMIRO.

No prosigas, no;
Que pues revoca el decreto
De que mates ó que mueras,
Con sus piedades el cielo,
Trayéndome á mi poder
Por tan extraños sucesos
Estas láminas que dicen
Y yo solamente leo:
«Este hado y divisa
De quien soy te avisa;»
Y pues me avisa que eres
Tú mi hijo y heredero
De Trinacria, y que es tu hermana
Marfisa, y el hado fiero
Ha mejorado la suerte;
Ambos llegad á mi pecho,
¡Pedazos del corazon!

LOS DOS.

¡Cielos! ¿es verdad ó sueño?

TODOS.

¡Vivan Leonido y Marfisa,
De Trinacria heróicos dueños!

ARMINDA.

Vuestra Majestad, señor,
La goce siglos eternos.

LEONIDO.

Mi mayor logro será
Que os reconozca por dueño
Suyo á vos. Vuestra es Trinacria,
Y aun de todo el mundo entero
Si pudiera os coronara.
Este retrato presento
Por testigo de mi amor,
Porque sepais que no tengo
De la pasada desdicha
Causa para vuestros ceños
Más que adoraros constante.

CASIMIRO.

No es tiempo de sentimientos.

ARMINDA.

Seráło de que agradezca
Yo la vida que le debo.
Y pues mi mano ofrecí,
Siendo tan alto el sugeto,
Por tu persona sabrás
Que cumplo lo que prometo.
Esta es mi mano.

LEONIDO.

¡Qué dicha!
A Adolfo, príncipe excelso
De Rusia, con tu licencia
Dar á Marfisa pretendo;
Que á quien ausente me honró,
Presente, esto y mas le debo.

ADOLFO.

Celebre mi dicha el mundo.

MARFISA.

La mano y el alma ofrezco.

LEONIDO.

Florante con Mitilene
Vivirán en lazo estrecho.

MITILENE.

Sola esta dicha faltaba
Sobre el general contento
De vernos en paz á todos.

FLORANTE. (*Ap.*)

Pues mi delito en silencio
Queda, venturoso he sido.

CASIMIRO.

Y repita ufano el pueblo...

TODOS.

¡Vivan Leonido y Marfisa,
De Trinacria heróicos dueños!

CASIMIRO Y TODOS.

Y dén fin *Hado y divisa*
De Leonido y de Marfisa.

Puso el sainete fin á la fiesta, volviendo á desplegarse la cortina y á cubrir tanta máquina de variedades vistosas como mostró el teatro, cuya artificiosa grandeza explicó mudamente haber salido del desvelo del condestable de Castilla y de Leon, mayordomo mayor de sus Majestades, á cuyo cargo estuvo. Las mutaciones y pinturas fueron de Josef Candi, valenciano, en quien concurren una idea admirable y una ejecucion primorosa.

ENTREMES DE EL LABRADOR GENTIL-HOMBRE.

—

Plaza de una aldea cercana á Madrid.

Salen dos HOMBRES.

HOMBRE 1.°

Este es el sitio mas acomodado
Para explicarte todo mi cuidado.

HOMBRE 2.°

Saberle de ti alcance,
Sin ponerte en postura de romance.

HOMBRE 1.°

Aqueste simple rico, que en la aldea
En su simpleza su riqueza emplea,
Irse quiere á la corte
A introducirse á hombre de gran porte,
Y á ser mas majadero,
Gastando vanamente su dinero:
Y así, he trazado que los dos seamos
Los que aqueste dinero recibamos.
Pero saber conviene...
Mas luego lo sabréis; que él aquí viene.

Salen GIL SARDINA Y EL VEJETE, *ridículamente vestidos.*

GIL.

A la corte he de irme.
No hay detenerme, en vano es persuadirme.

VEJETE.

¡Cuando habias de casarte con mi hija,
Huyes della! Razon es que me aflija.

GIL.

Sí, señor, sí...

VEJETE.

¡Que aquesto me sucede!

GIL.

Que despues de casado no se puede.

VEJETE.

¿Es posible que des en tal locura?

GIL.

Ha de ser: nó seais mi matadura;
Que he de ver á la Reina, mi señora,
Que diz que es mas hermosa que la aurora.

VEJETE.

¿Cómo has de conseguirlo?

GIL.

Fácilmente.
Sabré cuándo hay comedias, de la gente,
Y á verla en dos instantes
Me llevarán allá...

VEJETE.

¿Quién?

GIL.

Los farsantes.
Y he de hablarla en frances.

VEJETE.

Pues ¿estáis diestro
En la lengua?

GIL.

Buscar un güen maestro.

HOMBRE 1.°

Aquí estoy yo ¡oh ilustre Gil Sardina!
Que te sabré enseñar. (*Ap.* Ya dí en la mina.)

GIL.

Pues ¡qué! ¿tú sabes habrar
Frances?

HOMBRE 1.°

¿No sabes que he estado
En la corte de Paris
Poco ménos de diez años?

VEJETE.

Yo lo sé.

GIL.

¿No me dirás
Algo en frances?

HOMBRE 1.°

De contado.
Tu es le bourgeois gentilhomme.

GIL.

Que quiere decir, es claro,
Que los bucles son gatillos...
Para tirar los zapatos.

HOMBRE 1.°

No es eso; que en lo que digo
Yo, solamente te llamo
El labrador gentilhombre,
Porque has de imitar un caso
Que allá vi yo en un bailete [1].

GIL.

Pues eso ha de ser: andallo,
Y verémos si se acuerda
Alguien que lo está escuchando [2].

HOMBRE 1.°

Pues á Madrid.

GIL.

A Madrid.

HOMBRE 1.°

Amigo, sigue mis pasos.
(*Vanse Gil y el Hombre* 1.°)

VEJETE.

¡Así te vas y me dejas!
¡A mi hija has despreciado!
Tú la pagarás, traidor.

HOMBRE 2.°

No os desconsoleis, y vamos
Tras él á Madrid; que allí
Con lo que ya va trazado,
Vuestro intento ha de lograrse,
Con que finjais... Mas callarlo
Ahora es mejor.

VEJETE.

Será en balde;
Que trae metido en los cascos
Sardina que ha de casarse
Con una princesa.

HOMBRE 2.°

Acaso
Estriba su engaño en eso.
Venid.

VEJETE.

No nos detengamos.
(*Vanse.*)

—

Posada de Gil en Madrid.

Salen GIL, HOMBRE 1.° Y CRIADOS.

GIL.

Ea, mostrad, empezad
A enseñar... Mas he pensado
Q'un resquiebro me escribais,
Para mejor estudiarlo,
Que he de decirle á una dama,
Por quien ando ya penando
Mas há de un dia cabal.

HOMBRE 1.°

¿En verso?

GIL.

No.

HOMBRE 1.°

¿En prosa?

GIL.

Es malo.
No ha de ser verso ni prosa.

HOMBRE 1.°

(*Ap.* ¿Quién vió mayor mentecato?)
Si no es en prosa ni en verso,
¿Cómo ha de ser?

GIL.

Avriguadlo
Vos.— ¿Qué es verso?

HOMBRE 1.°

Consonantes
Y asonantes concertados.

GIL.

Y prosa ¿qué es?

HOMBRE 1.°

Lo que ahora
Estamos los dos hablando.

GIL.

¡Lo que habro yo es prosa!

HOMBRE 1.°

Sí.

GIL.

¿De modo que cuando llamo
«¡Ah Casildilla!» esa es prosa?

HOMBRE 1.°

Es sin duda.

GIL.

Sesenta años
Há que estoy haciendo prosa
Sin saber lo que me hago [3].

HOMBRE 1.°

Pues vamos á la licion.

GIL.

Vaya el maestro emprencipiando.

HOMBRE 1.°

Madame...

GIL.

Mañana...

HOMBRE 1.°

¿Qué
Decis?

GIL.

Lo que vais habrando.

HOMBRE 1.°

Vos beaux yeux...

GIL.

Tú eres el bobo;
Que eso lo entiendo bien craro.

HOMBRE 1.°

No es eso.

GIL.

Proseguid pues.

[1] *Le Bourgeois gentilhomme*, de Molière, de donde está sacado este sainete ó entremes (pues de ambos modos se le llama), es en efecto una comedia-baile.

[2] Expresion dirigida á la Reina, que diez años ántes habria visto en Francia *le Bourgeois gentilhomme*, pieza estrenada en Chambord por octubre de 1670, y repetida en Paris á 23 de noviembre inmediato. Probablemente aquello de *he estado en la corte de Paris poco ménos de diez años*, y lo de *un caso que vi yo allá en un bailete*, no será ficcion poética, sino verdad. El autor de este fin de fiesta debió haber residido en Francia mucho tiempo, y por consiguiente no es CALDERON.

[3] *Par ma foi, il y a plus de quarante ans que je dis de la prose, sans que j'en susse rien.*— La traduccion es mejor que el original.

HOMBRE 1.°
D'amour me font mourir[1].

GIL.
Aspacio.
Escomenzaldo otra vez.

HOMBRE 1.°
Pues vamos diciendo.

GIL.
Vamos.

HOMBRE 1.°
Madame...

GIL.
Madame ¿qué
Quiere decir?

HOMBRE 1.°
(*Ap.* ¡Insensato!)
Señora. — *Vos beaux yeux*...

GIL.
¿Qué?

HOMBRE 1.°
Vuestros ojos... soberanos...
—*Me font mourir d'amour*.

GIL.
¿Y eso?

HOMBRE 1.°
Me hacen morir de amor.

GIL.
Vamos.
Madama...

HOMBRE 1.°
¡Qué lindamente!

GIL.
Bobosiá... ¿Voy bien?

HOMBRE 1.°
Es llano.

GIL.
Me font mourir d'amour.

HOMBRE 1.°
¡Bueno!

GIL.
Digo ¿me voy espricando?

VOCES. (*Dentro.*)
Fuera, fuera; aparta, aparta.

GIL.
¿Qué es aquello?

Sale el HOMBRE 2.°

HOMBRE 2.°
Que ha llegado
La princesa de Marruecos,
Gran Sardina, á tu palacio,
Y dice viene á casarse
Contigo.

GIL.
Aquesa no paso...

[1] Hay que pronunciar casi imperceptiblemente la *e* muda de *me* para que conste el verso

—Mas si lamestad lo dice,
Digo que así habrá pasado.
(*Ap.* ¿Si será esta la princesa
Que há tanto que ando buscando?)
Entre pues, nos casarémos.

HOMBRE 2.°
Aqueso requiere espacio;
Que si no te vuelves moro,
Es imposible lograrlo.

GIL.
Pues ¿qué defecultad tiene?

HOMBRE 1.°
Yo me ofrezco en breve rato
A que moro hecho y derecho
Seas.

GIL.
Pues ejecutarlo;
Que para eso es el dinero.

HOMBRE 1.°
Pues aquí vuelvo volando. (*Vase.*)

HOMBRE 2.°
Vén, te pondrás un vestido
Que te trae aparejado
La gran princesa tu esposa.

GIL.
Cierto, que estoy ombrigado
A la señora princesa,
A quien la beso las manos.
(*Vanse.*)

Salen al paño EL VEJETE Y LA GRACIOSA, *de moros.*

VEJETE.
¡Lindamente se ha dispuesto!

GRACIOSA.
Ya mi intento se ha logrado.
(*Grita dentro.*)

VEJETE.
La algazara empieza.

GRACIOSA.
Pues
Aquí dentro retirados
Estémos.
(*Retíranse.*)

Salen GIL Y EL HOMBRE 2.°

GIL.
¿Qué gritería
Es esta?

HOMBRE 2.°
Son los bizarros
Moros que á la ceremonia
Llegan.

GIL.
Pues vayan entrando.

HOMBRE 2.°
Ya vienen.

Salen el HOMBRE 1.° *y varios* MOROS.

GIL.
¡Jesus, y qué
Malas caras de cristianos!

HOMBRE 1.°
Poner de rodillas.

GIL.
¡Hola!
Ser moro es mucho trabajo.

HOMBRE 1.° (*Canta.*)
Mahometa por Sardina
Mé rogar noche y matina
Que facer un bailarina.
De Sardina, de Sardina.
Dar torbanta y alfanjina
Por defendre Palestina.
¿Non estar bellaca?

TODOS LOS MOROS.
No, no, no.

HOMBRE 1.°
¿Non estar moriaca?

TODOS.
No, no, no.

HOMBRE 1.°
¿Non estar berganta?

TODOS.
No, no, no.

HOMBRE 1.°
Donar torbanta.
(*Bailete.*)

GIL.
¿Para dar un turbante
Ha sido menester tanto danzante?

HOMBRE 1.° (*Canta.*)
Ti estar nóbile: ¿no estar fábola?
Dar alfánjola.
(*Bailete, durante el cual los moros golpean con sus sables á Gil.*)

GIL.
Los alfanjes conmigo en este chasco
Mas parecen de felpa que Damasco.

MOROS.
Yoc, yoc, yoc, yoc.

GIL.
Pues ya estoy moro, venga la princesa.

Salen LA GRACIOSA Y EL VEJETE.

GRACIOSA.
Aquí está.

GIL.
¡Qué tarasca!

GRACIOSA.
Yo soy esa.

GIL.
Y yo soy tu marido,
Pues granjear mi amor tanto has sabido.
(*Danzan y se acaba.*)

COMEDIAS

QUE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

ESCRIBIÓ EN COMPAÑIA DE OTROS AUTORES.

EL PRIVILEGIO DE LAS MUJERES[1],

COMEDIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN Y DON ANTONIO COELLO.

PERSONAS.

EL REY SABINO.
ASTREA, *reina.*
CORIOLANO.
ENIO.
AURELIO, *viejo.*
VETURIA, *dama.*
FLAVIO.
TISBE.
MORFODIO, *gracioso.*
ROMANOS Y ROMANAS.
SOLDADOS ROMANOS.
SOLDADOS SABINOS.

La escena es en Roma y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Campo cercano á Roma.

ESCENA PRIMERA.

SABINO, ASTREA; SOLDADOS SABINOS, *que salen al son de cajas.*

SABINO.

Ya la ciudad contraria se descubre
Que con su falda siete montes cubre.
Divina Astrea, amigos,
Roma es aquella: aquí seréis testigos,
Admirando mis glorias,
De venganzas aun mas que de vitorias.
Y pues ya tan vecinos
Estáis de la ciudad, nobles sabinos,
Haced alto, hasta tanto que una espía
Venga informada ya por órden mia
Del estado de Roma, y si pretende
Rendirse á mi piedad, ó se defiende.

ASTREA.

Ya, señor, que he venido [sido
De Chipre, que es mi patria; ya que he
Tan feliz, que he llegado á tu presencia
A ser tu esposa; Rey, dame licencia
De preguntar curiosa
La causa misteriosa
Que con este furor, armas y saña
Te obliga á recibirme en la campaña,
Amenazando en muerte y en estragos
A Roma inundacion de rojos lagos.
¿Tan forzosa es la guerra
Que te obliga á salirte de tu tierra,
Cuando el tálamo nuevo de una esposa
Detenerte pudiera?

SABINO.

Es tan forzosa,
Que si mi amor un punto ó un momento
Retroceder me hiciera deste intento,
Indignamente con accion tan fea
Pudiera ser tu esposo, bella Astrea;
Que quien está ofendido,
Todo el tiempo que gasta divertido
En lo que no es vengarse,
No vive; que por muerto ha de contarse
Lo que dura la ofensa. [sa,
Luego, si así mi honor vengarse pien-
Cada paso que doy cuando camino,
A merecerte mas mas me avecino,
Y cada paso que hácia tras tornara,
Mas hácia mi deshonra me acercara.
Luego, mas te festejo desta suerte,
Pues mas y mas me acerco á merecerte,
Porque tuyo me llame
Cuando dejando voy de ser infame.

ASTREA.

¡Tú infame! Tú sin honra!
¿Pues tantas alas tiene la deshonra,
Que hasta á la majestad volar se atreve
Que al aliento del sol purezas bebe?
Gran rey de los sabinos,
¿En qué, di, los romanos, tus vecinos,
Ofenderte pudieron,
Que tu opinion real obscurecieron
Con injuria tan grave?

SABINO.

¿Tú sola ignoras lo que el mundo sabe?

ASTREA.

Yo lo ignoro, y te pido
Que me cuentes la causa.

SABINO.

Mucho ha sido
Que uno solo en el mundo se haya ha-
[llado
Que ignore el deshonor de un desdi-
[chado.

ASTREA.

Dilo pues.

SABINO.

Oye atenta; [ta,
Que aunque es desaire referir la afren-
Esta vez por tu gusto la refiero.—
Y á vosotros tambien deciros quiero
Lo que sabeis, para que os mueva á fu-
Hiriéndôs las orejas una injuria, [ria
Que en vosotros refresque con su his-
[toria
Su antigua cicatriz á la memoria.
—Esa ciudad que se asienta
Sobre las cervices duras
De siete montes, que en ella
Sufren no poca coyunda,
Cuatro lustros habrá ó cinco
Que tuvo principio, injusta
Poblacion de unos bandidos
Que en ella su abrigo buscan.
Rómulo y Remo, de padres
Ignorados, cuya obscura
Sangre, de Marte y de Vesta
Sagrados estirpes hurta,
Despojo fuéron ó aborto,
Al nacer, de la espesura,
Donde siendo de una loba
Que los crió, adopcion bruta,
Abrigo sangriento en pieles
Cubre su infancia desnuda,
Cariñoso viento á soplos
Los mece en silvestre cuna,
Y la irracional tutora,
Cuyo instinto dellos cura,
A bramidos los acalla
Y á gemidos los arrulla.
Crecieron pues cada cual
Siendo en la saña y la furia
Fiera añadida del monte;
Que de su madre segunda
La fiereza y el rigor
Les dieron condicion cruda.
Ya mancebos, otros tales
Que por bandidos se juntan
Al abrigo de los montes
(Fuese valor ó fortuna),
Por capitanes los nombran;
Y tanto la infame turba
Creció, que los que ántes eran
Tumulto y escuadra ruda
De salteadores, ya es
Milicia que vence y triunfa.
Para abrigo de sus vidas
Políticamente fundan
Esa ciudad; y al principio,
Antes que las torres suban,
Artificiales montañas
Que crió la arquitectura,
En la primer providencia
De la gran ciudad promulga
Rómulo (que ya con Remo
Partir el laurel no gusta)
Una ley para que nadie
Miéntras la fábrica dura
Pase del muro; mas Remo,
O por desprecio ó por burla,
Saltó el muro inviolable,
Y en él la ley se ejecuta.
Así vivieron diez años
Con vida libre y inculta,
Sin mujeres; pero viendo
Que es fuerza que se consuman
Si la sucesion les falta,
Porque no hay nadie que supla
Al que muere, si no nace
Otro que le sustituya;
Mujeres buscar pretenden,
Y con cautela y industria,
Con nosotros los sabinos
Paces y amistades juran.
Convídannos á unas fiestas:
Nosotros con fe segura
Llevamos nuestras matronas
A las fiestas que divulgan.
Y despues de ver torneos,
Saltos, carreras y luchas,

[1] Es el original ó primer bosquejo de *Las armas de la hermosura*. La edicion que se ha seguido, única que conocemos de esta comedia, es muy defectuosa, como lo echará de ver el lector, principalmente en la segunda y tercera jornada

Un gran convite nos hacen,
Donde opulenta la gula,
Ave que se calza viento,
Pescado que el mar fecunda,
Fruta que guarda la tierra,
No perdonó; porque en suma,
Sirviendo tres elementos,
Lucieron las mesas suyas
La tierra, el viento y la mar,
En peces, aves y frutas.
Ya pues que lisonjas tantas
Nuestra amistad aseguran,
Como si hubiese soborno
Bastante para una injuria;
Cuando ya en torpes aplausos
Casi de nosotros triunfa
Baco, á quien el tardo otoño
Líquida en corrientes rubias,
Con las armas que previno
Su traicion, con saña injusta,
De repente nos embisten.
Nosotros, á quien descuidan
Nobles confianzas nuestras
De infames cautelas suyas,
Sin armas (que siempre el ocio
Por ociosas las repudia)
Defensa buscamos todos,
Y nadie halla lo que busca;
Que ellos hiriendo y matando
Les obligaron en suma,
A los valientes que mueran
Y á los cobardes que huyan.
Y para mayor afrenta...
—Aquí las palabras dudan,
Aquí la voz se estremece,
Porque es infame sin duda
Quien halla palabras hechas
Cuando un agravio pronuncia.
—En fin, por ser mas traidores...
(¡Oh nunca mis ojos, nunca
Hubieran sido jüeces
De tan grande desventura!)
¡Nuestras mujeres nos roban!
—Una llora, otra se turba,
Aquella se escapa en vano,
Esta en vano lo procura.
El uno á su hija ampara,
El otro á su esposa busca,
Este á su dama da voces,
Aquel defiende á la suya.
Diluvios de sangre corren,
Confusas quejas se escuchan,
Crueldad á crueldad se añade,
Sangre á sangre se acumula.
Crece el odio, crece el daño,
Absorto el rigor se frustra,
Perplejo el odio se eleva,
Y entre tantas desventuras
Solo la muerte se huelga,
Que destas lisonjas gusta;
Pero el que mas de nosotros
Se esfuerza, nada se ayuda;
Que el valor, sí, le dilata
La muerte, mas no la excusa.
En fin, ya rendidos todos
Igualmente á dos fortunas,
A la muerte los que yacen
Y á las ansias los que duran,
Obedeciendo al destino
Que en nuestro mal se conjura,
De Roma huyendo salimos;
Y yo, aunque torpe en la fuga,
(¿Qué mucho, llevando á cuestas
El peso de tanta injuria?)
A mi patria amada llego,
Donde mis gentes se aúnan,
Mis banderas se tremolan
Y mis soldados se juntan.
Tres veces les hice guerra;
Mas el valor ó la industria
Del gran Rómulo su rey
Dejó mis venganzas justas
Burladas; mas hoy, que muerto
Rómulo, la infame turba
Por Senado se gobierna,
Porque le han negado á Numa
El reino, y él por cobrarle,
Ausente de Roma, busca
Socorros por toda Italia;
Agora yo mas que nunca,
En este interregno, quiero
Lograr mis venganzas justas.
Agora el clarin se queje,
Agora el parche se hunda,
Agora giman las trompas,
Agora las armas crujan.
¡Mueran, mueran los romanos
Que las sabinas usurpan,
Haciendo nuestros sepulcros
Tálamos de sus venturas!
No pretendemos cobrar
Las mujeres, que es locura;
Que ¿quién es tan vil é infame
Que mujer admite ó busca,
Que hecha á caricias ajenas,
Viene extranjera á las suyas?
Solo venganza queremos.
Muera Roma, y en caducas
Pavesas el mas rebelde
Edificio se reduzga.
Rojo diluvio de sangre
Sus anchas campañas cubra,
Ardiente incendio de fuego
Sus altas torres consuma,
Porque en carmin que desate
Mi mano en bermejas lluvias,
Se vuelva Roma un teatro
De la muerte y la fortuna.

ESCENA II.

UN SOLDADO SABINO. — SABINO, ASTREA, SOLDADOS SABINOS.

SOLDADO.

Preven, señor, tus escuadras.
Porque ha salido en tu busca
El ejército de Roma,
Y es gran ventaja la suya;
Que tiene delante el rio,
Cuyas corrientes profundas
Son cristalinas trincheras
Que los guardan y aseguran.

SABINO.

¿Quién los rige?

SOLDADO.

Coriolano,
Tierno amante de Veturia.
Más mujeres que hombres vienen
En el campo; que se adulan
Tanto ya de las matronas
Que tiranos nos usurpan,
Que no dan paso sin ellas.

SABINO.

¡Buenos soldados!

ASTREA.

Tan justa
Es la causa de tu enojo,
Que, revestida en tu injuria,
Ya como propria la siento.
Haz que las trompetas tuyas
Pongan terror á los montes.

SABINO.

Ea, soldados, aturdan
Los parches el campo; y tú,
Otavio, ganar procura
El puente al Tiber.

SOLDADO.

Ya es tarde;
Porque ya la gente suya
Tiene guarnecido el puente.

SABINO.

No importa; que pues la obscura
Noche, descogiendo horrores
Los horizontes enluta,
Puede mi caballería
Con silencio y con industria
Buscar el vado del rio,
Y en sus escuadras confusas
Hacer estrago.

ASTREA.

Bien dices,
Y yo, como sombra tuya,
Te seguiré hasta vengarte.

SABINO.

¡Ay dellos, si tú me ayudas
Con un rayo de tus ojos!

ASTREA.

Roma cruel...

SABINO.

Roma injusta...

ASTREA.

Guárdate de tanto enojo...

SABINO.

Teme tan divina furia...

ASTREA.

Que contra tus escuadrones...

SABINO.

Que contra las vidas tuyas...

ASTREA.

Va el valor del Rey mi esposo.

SABINO.

Va de Astrea la hermosura.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

AURELIO, ENIO.

AURELIO.

¿Cómo te vuelves á Roma,
Enio valeroso, á tiempo
Que á Coriolano mi hijo
Dejas en tan grande aprieto?
Cuando apénas mil soldados
Saca de Roma, saliendo
A resistir los sabinos,
Porque los romanos ciegos
Tan rendidos yacen todos
A ese universal veneno
De las mujeres y el ocio,
Muerte segunda del cuerpo,
Que nadie las armas toma
Por no apartarse un momento
De las mujeres, y todos
Al animoso instrumento
De trompas y cajas yacen
Sordos, desnudos y muertos;
¡Tú tambien le desamparas?
¿Eres tú tambien de aquellos
Áspides del ocio blandos,
Que de la fama á los ecos
Cierran las orejas? Dime:
¿Qué causa te trujo?

ENIO.

Aurelio,
Noble senador de Roma,
Mejor cumplo, aunque plebeyo,
Con la obligacion de honrado.
No del ejército vuelvo
Rendido de amor; que yo
A un niño no me sujeto;
Que de parte de tu hijo,
Cuando lidiando le dejo,
A dar aviso al Senado
Y á pedir socorro vengo.

AURELIO.

¿Aviso de qué?

ENIO.

Ya sabes
Que apénas mil hombres fuéron
Los que de Roma sacamos;
Que en vergonzoso sosiego
Se quedaron los demas
En ocio y en vicio envueltos.
Pues sabrás que aquestos pocos
A quien despertó el estruendo
Del clarin, sirviendo á Marte
Aun no estaban bien despiertos;
Que ya que no se quedaron,
Como los otros han hecho,
Con las mujeres en Roma,
Tan cautivos y tan presos
En los lazos de amor viven,
¡Oh infamia! que los mas dellos
Las llevaban en el campo,
El ronco atambor siguiendo:
De suerte que se contaban
En el ejército nuestro
Mas mujeres que soldados.

AURELIO.

Ya lo supe, y ya lo siento.

ENIO.

Pues Coriolano, corrido
De tanto desórden, viendo
Que estraga sus iras Marte
A los halagos de Vénus,
Y que ya en teatro infame
De ocio y amor se ha vuelto
La gran campaña que tantas
Lides romanas tiñeron,
Determinó echar un bando
Para que del campo luego
Se volviesen las mujeres
A la ciudad; y poniendo
En ejecucion el bando,
Embelesados y ciegos,
Como bruto que se deja
Guiar donde quiere el freno,
La mayor parte del campo,
De la noche en el silencio,
Con ellas se vuelve á Roma,
Su infamia en su amor trayendo.
Apénas quinientos hombres
En la campaña tenemos
Contra el sabino; ya Roma
Tiene su estrago no léjos:
Propon pues en el Senado
Como senador, Aurelio,
Que el pueblo tome las armas,
O por rigor ó por ruego.
Alguna gente se junte:
Podrá ser que en tanto aprieto
Haga la necesidad
Lo que el pundonor no ha hecho.
Vuelva á su valor antiguo
Roma, y de tan torpe sueño
Recuerde de alborotado,
Si no de animoso, el pueblo.

AURELIO.

Enio, el suceso que dices
No es en mis oidos nuevo;
Que ya ha sabido el Senado
Que los soldados se han vuelto.
Esta dolencia, este daño,
De que casi espirar veo
Nuestra república, pide
Alivio y remedio á un tiempo,
El alivio para agora,
Para adelante el remedio;
Y ya lo uno y lo otro,
Próvido el Senado y cuerdo,
Lo tiene dispuesto, amigo.
El alivio es haber hecho
Que todos tomen las armas,
Pena de la vida; y luego
Saldrémos marchando todos;
Que aun yo, por darles ejemplo,
El báculo haciendo espada,
Veré si al helado incendio
Centella alguna reservan
Las cenizas de mi esfuerzo.
El remedio es... Mas si está
Mi hijo en tan grande aprieto,
En contarte lo que ha sido
No quiero gastar el tiempo.
Voy á hacer marchar la gente;
Que agora, por ir mas presto
A prevenir el caballo,
No he de decirte el remedio. (*Vase.*)

ENIO.

¿Qué remedio habrá que baste
A tanto mal, cuando vemos
Tan envejecido el daño?

ESCENA IV.

TISBE, MORFODIO. — ENIO.

MORFODIO.

Aguarda, mujer.

TISBE.

No quiero.

MORFODIO.

¿Pues qué pretendes?

TISBE.

Huir.

MORFODIO.

¿Dónde vas con tal denuedo?

TISBE.

A tierra donde haya moños.

ENIO.

Morfodio amigo, ¿qué es esto?

MORFODIO.

Aquesta mujer...

TISBE.

Yo soy,
Que de la ciudad me ausento.
No hay quien [illegible] en la ciudad. (*Vase.*)

ESCENA V.

ENIO, MORFODIO.

ENIO.

¿Qué hay en la ciudad de nuevo?

MORFODIO.

Hay la novedad mayor
Que se ha visto en ningun tiempo.

ENIO.

¿Qué novedad?

MORFODIO.

Que el Senado,
Viendo que el arte, el aseo,
La hermosura y el adorno
De las mujeres pudieron
Tanto estragar la milicia
Y el pasado valor nuestro;
Por remediar este daño,
De las mujeres quisieron
Disminuir la hermosura
Tan dañosa á Roma: y viendo
Que es parte muy principal
El artificio en el cuerpo
De la hermosura, y que el arte
En la mujer no es lo ménos
(Pues la que es fea, con él
Sabe enmendar sus defetos,
Y á la hermosura el aliño
Da á su perfeccion aumento),
Una ley han publicado,
Una premática han hecho,
Por bajar de las mujeres
El exterior lucimiento,
Moderándoles los trajes,
Galas, joyas y embelecos,
Que son oropel de gasto,
Que brilla y no vale un bledo.
En fin, se publicó ayer
La premática en el pueblo,
Censurándoles su adorno,
Su estimacion desluciendo,
Prohibiéndoles los coches,
Que es lo que ellas mas sintieron.
No quedó mujer en Roma
Que no confesase luego
Al potro del desaliño
Los pecados de su cuerpo.
Las flacas, que á puras naguas
Sacaban para sus huesos
Cuanta carne ellas querian
De en casa de los roperos,
Volvieron á ser buídas,
Y los ojos mas traviesos
Ya no se atreven, señor,
A mirarlas, sin coleto.
Las gordas, que introducidas
A lo jarifo y cenceño,
A la pollera achacaban
Tantas arrobas de sebo,
Se volvieron á ser cubas,
Y sin embuste salieron
A ser cada cual por Roma,
Con faldas un Polifemo,
Un promontorio de carne
Y un obelisco de miembros.
Las morenas, que afectando
Blancura añadida, hicieron
Constantinopla la cara
Del bajá Soliman perro,
Ya salieron tapetadas;
Y las calvas, que fingieron
Sus frentes proporcionadas
Haciendo calvos los muertos,
De calaveras quedando
Sin el moño y sin el pelo,
Les llega la frente ya
Hasta el cogodrillo mesmo.
Ya dicen la verdad todas,
Ya todas son lo que vemos,
Sin que hipócrita el aliño
Finja virtudes al cuerpo.
Ya las galas, afufon,
Ya el artificio al infierno,
Los moños... no hay que tratar,
Las jaulillas ni por pienso,
El soliman, ni por lumbre,
Las blandurillas, arredro,
Los alcandores... es chanza,
Los tocinillos... es cuento,
La clara de huevo, tate,
El resplandor, quedo, quedo,
El albayalde, *exi foras*,
La neguilla, *vade retro*;
Y en fin, para no cansarte,
Con exorcismos tan recios,
De Roma como demonios
Todos los trajes salieron,
Y en un dia todos juntos,
Moños, jaulillas y espejos,
Guardainfantes, perifollos,
Botes, botijas, morteros,
Moldes de rizar, redomas,
Rosas, vueltas, puños, fluecos,
Tocas, valonas, pericos,
Polleras y sereneros,
Verdugados, escobillas,
Naguas de telas de anjeo,
De ruan, de cotonía,
De cambray, holanda, lienzo,
Gasa, bofetan, sopilillo,
Beatilla, estopilla y rengo,
Y otras muchas sabandijas
Que no digo, amanecieron
Colgadas de la picota,
Para público escarmiento.

ENIO.

¡Grande novedad! Mas ya
Sale con la gente Aurelio
En busca de Coriolano.

ESCENA VI.

AURELIO, FLAVIO, Y SOLDADOS ROMANOS, *tocando cajas.*—ENIO, MORFODIO.

AURELIO.

Ea, romanos, marchemos.

FLAVIO.

Toda la ciudad te sigue.

AURELIO.

Flavio, los nobles, muriendo
Por su honor y por la patria,
Consigo mismo cumplieron.
A socorrer á mi hijo
Caminad.

ENIO.

Y yo el primero
Por su amistad y mi honor
He de morir defendiendo
Mi patria y su vida. Vamos.
(*Tocan cajas.*)
Mas ¿qué militar estruendo
Viene rompiendo los aires?

AURELIO.

¡Cielos! ¿Si acaso vencieron
Los sabinos á mi hijo?

ENIO.

Detras deste último cerro
Vecino á nosotros, ya
Soldados se han descubierto.

AURELIO.

Si son los sabinos, todos
Por la patria morirémos.

ENIO.

Antes, si yo no me engaño,
Las divisas que allí veo
Son las águilas de Roma.

AURELIO.

Si es Coriolano, ¿á qué efecto
Vuelve á la ciudad? ¿Si ácaso
Los sabinos le vencieron?

ENIO.

El llega, y podrá informarte
De tan dudoso suceso.
(*Tocan cajas.*)

ESCENA VII.

CORIOLANO, SOLDADOS ROMANOS.—DICHOS.

CORIOLANO.

Toda Roma á recibirme
Ha salido. ¿Si supieron
El fin de la guerra acaso?
A hablar á mi padre llego.—
Dame, señor, esos brazos.

AURELIO.

Espera, aguarda; que quiero
Saber si vienes vencido.

CORIOLANO.

Vitorioso, señor, vengo.

AURELIO.

Pues toma agora los brazos,
Coluna de Roma: en ellos
Quisiera darte la vida
Otra vez.

CORIOLANO.

Y yo mi aliento
Con los mios á tus canas,
Que son de Roma el espejo.

AURELIO.

¿Vitorioso vienes?

CORIOLANO.

Sí.

AURELIO.

Pues ¿cómo (apénas lo creo)
Vencer á tantos pudiste?
¿Fué valor ó fué portento?

CORIOLANO.

No sino valor.

AURELIO.

¿Dé quién?

CORIOLANO.

Mio.

AURELIO.

De verte me alegro.
¡Ay hijo del alma mia!
¿Y los contrarios?

CORIOLANO.

Huyeron.

AURELIO.

¿De qué suerte?

CORIOLANO.

Deste modo...

AURELIO.

Di pues.

CORIOLANO.

Escuchad atentos.
Huyeron, por el bando,
Del ejército muchos; yo mirando
Mi escuadron tan pequeño, y al sabino
Poderoso y tan fuerte, determino
Suplir con el ardid, ganando el puente,
El desigual concurso de su gente.
Era ya la estacion del dia, cuando
La sombra envuelta con la luz, luchando
Formaban el crepúsculo noturno,
Y la noche con lóbrego coturno
Pisó al hacha inmortal las rojas huellas,
De quien son mariposas las estrellas;
Cuando el sabino, airado
De ver que el puente guardan, ciego
Su gran caballería,
envia
Para que pase el Tibre, y yo avisado,
Con cien caballos mi valor espera
Para impedir que tomen la ribera.
Ellos pues que sin tino
Se arrojan al abismo cristalino,
Como sin experiencia
Del furioso raudal á la violencia,
Ciegos perdiendo el vado,
Pretenden esguazar el Tibre á nado.
Al abreviado piélago se entregan,
Donde por rumbos fáciles navegan
En los brutos bajeles y vivientes;
Que, espolones las frentes,
El cuello proa, viento las espuelas,
Remos los brazos y las clines velas,
Jarcia el arzon mas alto de la silla,
El jinete piloto, el viento quilla,
Jarcias las riendas y timon la cola,
Y por si el Tíber crespo se enarbola,
Ancoras breves siendo los estribos,
Pasó terrestre flota en leños vivos.
Puerto tomar pretenden en la orilla;
Y yo con los soldados que acaudilla
Mi valor, hago que les salga incierto
Tomar su armada de la orilla él puerto;
Que hiriendo, que matando
A cuantos á la playa van llegando,
Fué mi gente con ímpetus crueles
Tormenta racional destos bajeles.
Todos osados á la márgen llegan,
Y en sintiéndose herir, luego se entregan,
La muerte huyendo de mi brazo airado,
Al Tíber otra vez, que conspirado
Se hace beber en ondas repetidas,
Y es cristalina parca destas vidas:
De suerte que turbados,
Si matando murieran mas honrados,
Cuando en sus vidas manda la fortuna
Y les da en qué escoger á cada una,
Corales derramando al valor mio,
O cristales bebiendo al Tíber frio;
Ellos huyendo el mal, al mal se fuéron,
Y por no morir bien, morir quisieron.
¡Qué ceguedad tan fuerte,
Esconderse en la muerte de la muerte!
Muchos despojo fuéron de mi espada,
Muchos trofeo á la corriente helada,
Y los pocos que desto escaparon,
De la infamia no pienso se libraron,
Pues resaca cobarde del corriente,
Llevan al Rey las nuevas de su gente.
El mirando perdido
Lo mejor de su campo, embravecido
Un rayo escupe al cielo en cada queja,
Y el real sosiego de su tienda deja.
Entónces yo pasando por el puente,
Hiriendo en los descuidos de su gente,
Hago que por los campos derramados
Fugitivos se esparzan los soldados,
Y siguiendo el alcance
De la lid en el mas sangriento trance,
Rompo, atropello, rindo, mato, hiero,
Y el Rey se escapa huyendo de mi acero.

ESCENA VIII.

VETURIA, TISBE, ROMANAS.—DICHOS.

VETURIA. (*Dentro.*)

Dejadme llegar.

TISBE. (*Dentro.*)

Detente.

CORIOLANO. (*Ap.*)

La voz es del dueño mio.
(*Salen Veturia, Tisbe y romanas.*)

VETURIA.

No prosigas, Coriolano,
Tantos aplausos mentidos,
Tanta ostentacion de glorias
En la rota del sabino.
Y vosotros ¡oh romanos!
¿Cómo blasonais indignos
De tanta adquirida hazaña,
Si cobardes os publicó?
¿Para qué quieren los hombres
Ser valientes, entendidos,
Galanes, cuerdos, discretos,
Osados, sabios y finos?
Para las mujeres solo;
Que á fin de engendrar cariño
En ellas, pretenden todos
Valor, ingenio, artificio.
Pues si tú, aunque valeroso,
Si vosotros, aunque altivos,
En medio de hazañas tantas,
De tantos hechos invictos,
Teneis todos de cobardes
Opinion á un tiempo mismo,
Vosotros con vuestras damas,
Tú, Coriolano, conmigo:
Inútil es el valor,
De poco provecho el brio,
La resolucion sin logro
Y sin aplauso el peligro.
Si sois valientes, decid,
Decid, ¿cómo habeis sufrido
Derogar de las mujeres
Los privilegios antiguos?
Dejo aparte lo que toca
A los trajes y al aliño,
Que es material sentimiento,
Aunque tambien es preciso;
¿Qué nacion bárbara, donde
Nunca llegar ha podido
Natural el uso en leyes,

O aprendido el artificio;
Qué bárbaro inculto, á quien
Tostó ardiente, erizó esquivo
El sol la tez en ardores
Y el aire la greña en rizos,
Por ley hubiera mandado,
Por decreto hubiera dicho
Que á las mujeres excluyan
De todo honroso ejercicio [1];
Que su estimacion se abata,
Que ultrajado y abatido
Su nombre, en los labios sea
Como infamia en este siglo;
En fin, basta hacer que necios,
Groseros, descomedidos,
Nos nieguen la urbanidad,
Uso tan introducido,
Que ya como natural
No ha de cesar sin prodigios?
Esta estimacion nativa,
Este aplauso repetido,
Esta costumbre heredada,
Y este estilo sucedido
De estimar á las mujeres,
O es voluntario ó preciso.
Si es preciso, ¿cómo osados
Rompiendo leyes y ritos,
Nos derogais lo que darnos
Naturaleza ha querido?
Y si es voluntario, ¿cómo
Avaros, necios, indignos,
Lo que ya una vez nos distes
Nos quitais? que siempre ha sido
Gran bajeza arrepentirse
De haber hecho un beneficio.
Porque viven los soldados,
De cobardes ó remisos,
Al vicio y ocio entregados,
Muerto el valor ó dormido,
¡Para infamar las mujeres
Tomais injustos motivos!
Antes siempre las mujeres
Grandes ocasiones dimos
De valor. ¿Quién tan cobarde
Que al soborno apetecido
De los ojos de su dama,
Del amor clarines vivos,
Por andar valiente entónces,
No saca de madre el brio?
¿No bastaba que envidiosos
Hayais siempre procedido,
Que inhábiles las mujeres
Al militar ejercicio
Y á los estudios sutiles
(Porque siempre os excedimos,
Ya doctas ó ya valientes),
Nos usurpeis atrevidos
En el ruido de las armas
Y en el ocio de los libros,
Manchado el laurel de Marte,
Y el laurel de Pálas limpio?
Las mujeres, á quien deben
Primer albergue nativo
Los hombres, y á quien los hombres
De dos maneras han sido,
Tan costosos al nacer
Y al criarse tan prolijos;
En fin, aquellas que cuando
De temprano está impedido
El uso de las acciones,
Para alimento preciso
En la disfrazada sangre
El primer regalo os dimos,
¡Hemos de ser despreciadas!
¡Oh víbora, que en el mismo
Vientre que á beber le saca,
Estrena el primer delito!
(*Á Coriolano.*)
—¡Esto sufres siendo osado!
¡Esto sufres siendo altivo!
No eres noble, eres infame...
Y si osado y bien nacido,
Descubre aquí los quilates;
Que si oro bronco te miro,
Ya líquido te examina
El crisol del llanto mio;
Que yo en nombre de las otras,
A tí, cielo donde vivo,
A tí, gloria donde anhelo,
A tí, centro donde aspiro,
Quejosa, ofendida y ciega,
Despreciado el artificio,
La lengua anegada en quejas,
La voz ardiendo en suspiros,
Ajado y triste el semblante,
Muerto el color ó perdido,
Brotado el aliento en rayos,
Destilado el llanto en hilos,
Sin parcialidad la gala,
Sin preceptos el aliño,
Sin ley vagando el cabello,
Sin órden puesto el vestido;
Te empeño, te pido y ruego,
Te propongo y te suplico
Que por galan, por osado,
Por cortés, por entendido,
O por hombre solamente
(Y harto al empeño te obligo),
Que aquesta infamia derogues,
Haciendo que aqueste arbitrio
Se borre de las memorias
Y se escriba en el olvido.
Y si acaso á tanta hazaña,
De cobarde y de remiso,
No te dispone el halago,
No te soborna el cariño;
Yo de mi parte á tí solo,
Y á vosotros (advertidlo)
De parte de las demas,
Os digo, os juro y intimo,
Por esa antorcha del dia,
Que con afan repetido
Apaga la mar en ondas
Y enciende la aurora en visos,
Que ha de ser siempre en nosotras,
Si no haceis esto que os digo,
El agasajo forzado,
Poco seguro el cariño,
El favor poco constante,
El despego siempre fijo,
Desabrido y triste el lecho,
El gusto forzado y tibio,
Con melindres la fineza
Y el halago con retiros,
La voluntad mal dispuesta
Y el engaño mal fingido,
Siempre el enojo rebelde,
Nunca seguro el alivio.
Y cuando aquesto no baste,
Monstruos somos vengativos:
Temed que el desabrimiento
Quizá se pase á peligro;
Que en manos de las mujeres
Tambien con violentos brios
Son veneno los puñales,
Y cortar sabe el cuchillo.

CORIOLANO.

Aguarda, señora, espera.

VETURIA.

¿Qué dices? Qué quieres?

CORIOLANO.

Digo...

AURELIO.

¿Qué pretendes, Coriolano?

CORIOLANO.

Pretendo...

VETURIA.

¿Qué? Acaba, dilo.

AURELIO.

¿Contradices á las leyes?

VETURIA.

Ablándete el ruego mio.

AURELIO.

Eres hijo el mas ingrato...

VETURIA.

Eres amante el mas fino.

AURELIO.

¿Qué callas?

VETURIA.

¿Qué te enmudece?

CORIOLANO.

¡Ay amor! Ay patria! digo.

VETURIA.

Mira bien lo que respondes...

AURELIO.

Advierte primero, hijo...

VETURIA.

Que en sola una voz me pierdes

AURELIO.

Que en una voz te has perdido.

VETURIA.

No faltes á mi fineza.

AURELIO.

No te faltes á tí mismo.

VETURIA.

Mi amor está en tu eleccion.

AURELIO.

Y tu amor está en tu arbitrio.

VETURIA.

A mi fe favores debes.

AURELIO.

Honras á Roma has debido.

CORIOLANO.

(*Ap.* ¿Qué haré, patria? Qué haré, honor?)
En esto me determino...

AURELIO.

¿Contradices al Senado?

VETURIA.

¿No intentas lo que te pido?

AURELIO.

¿Eres traidor con tu patria?

VETURIA.

¿Eres ingrato conmigo?

AURELIO.

Pues anéguenme mis quejas.

VETURIA.

Pues mátenme mis suspiros.

AURELIO.

Honras te ofrece el Senado.

VETURIA.

Finezas el amor mio.

AURELIO.

Mas ya me voy sin respuesta.

VETURIA.

Ya te dejo.

AURELIO.

Ya te olvido.

CORIOLANO.

Más pesa aquesta balanza.
Amor, amor ha vencido.

AURELIO.

¿Qué dices, hijo traidor?

CORIOLANO.

Que pudo mas el hechizo
De amor, y que en fuerza dél

[1] En la relacion de Morfodio (escena V) no se da cuenta de esta cláusula del edicto: allí debe faltar algo.

He de hacer romper altivo
La injusta ley del Senado.

VETURIA.

Es justicia.

AURELIO.

Es desvarío.

CORIOLANO.

Es fineza, por lo ménos.—
Ea, soldados invictos,
¡Vivan las mujeres, vivan!
Entremos en Roma, amigos;
Que contra el mundo he de hacer
Derogar el necio arbitrio
En favor de las mujeres.

VETURIA.

Agora sí que te estimo.

CORIOLANO.

¿Ya me quieres?

VETURIA.

Ya te quiero.

CORIOLANO.

Pues piérdase el honor mio
A trueco de que me quieras;
Que poderoso y antiguo
De la mujer el imperio
Siempre con el hombre ha sido.

LOS SOLDADOS.

¡Vivan las mujeres!
Las mujeres vivan!
(*Tocan cajas, y éntranse todos.*)

JORNADA SEGUNDA.

(DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.)

Sala de tribunal, en una torre.

ESCENA PRIMERA.

AURELIO.

Esta decrepitud, línea postrera
Adonde el tiempo pára su carrera,
Esta edad que buscando la salida,
Crepúsculo segundo es de la vida,
Donde anochecen mis prolijos años
Cansados de encontrar tantos enga-
[ños...
Aqueste tronco á quien por nuevos ma-
[les
Mis canas son sus ramas naturales...
Obra en el alma para darme enojos,
Si sale á florecer junto á los ojos.
Un hijo tuve solo y he criado...
¿Un hijo dije? Llámole un cuidado;
¡Un cuidado! Este solo es muy prolijo;
Que siempre hay muchos males si hay
[un hijo.
Coriolano es la sangre de mis venas;
Mas tambien es la causa de mis penas,
Porque, su heróico empeño malogra-
[do,
Preso está en esta torre y aherrojado
Por romper del Senado los decretos;
Mas ¿cuándo los valientes son discre-
[tos?
Volver por las mujeres ha intentado,
Y la romana plebe concitado.
Mató dos senadores[1],
Y con iras, incendios y rigores,
Sin mirar en el riesgo de su muerte,
Por su defensa tanto coral vierte,
Que en sangre humana rebosando Ro-
Tan nuevo color toma, [ma,
Que las calles son rios desatados,

[1] La plebe los mató, segun se infiere despues, habiéndolos defendido Coriolano.

Donde hirvientes claveles deshojados,
Que á ser raudal anhelan,
Cuando se paran es porque se hielan.
¡Que á un hijo, siendo mio,
Suspender no le pueda el albedrío,
Y aquella mata en líquidos humores
Recoja las entrañas de las flores,
Y si el viento sus hojas amenaza,
Las une, las abriga y las abraza,
Y la obedecen al mirarse altivas,
Por ser hijas, con ser insensitivas![dre,
¡Que esta razon hasta á las plantas cua-
Y un tronco racional niegue á su padre!
El Senado me fia la sentencia
Que se debe á su heróica inobediencia,
Y en tan penoso abismo [mo.
Padre y juez he de ser á un tiempo mis-
Su amigo en nombre de la plebe viene,
Que voto en este caso tambien tiene:
De suerte ¡oh cielo! que ha de ser juz-
[gado
De la plebe, los nobles y el Senado;
Y solo en un consuelo el mal mitigo,
Que son votos un padre y un amigo.
Mas habréle de ver si he de juzgalle,
Y su amigo tambien ha de ayudalle.
¡Ah, canas, llenas de esperanzas vanas!
No los años, los hijos son las canas.

ESCENA II.

ENIO. — AURELIO.

ENIO.

Aurelio, senador siempre el primero
Que tiñó en la campaña el limpio acero,
Y á un mismo tiempo su nobleza en-
[cierra
El consejo en la paz, la espada en guer-
[ra,
¡Hoy que te has de ayudar de valor tan-
Te vistes de piedad, bañas de llanto![to,
No destiles la sangre en esa calma,
Que por las venas alambica el alma,
Porque en la enfermedad de tus enojos
No está tu edad para sangrar tus ojos.

AURELIO.

¡Oh, Enio! ¿aquí estás tú?

ENIO.

Sí, que he venido
A sentenciar tu hijo, y no he sentido
Ser voto por la plebe que me envía;
Pues si consiste en la sentencia mia
Su libertad, de mi cuidado espera.
Que soy su juez y amigo considera.

AURELIO.

Tente, Enio. ¿Tú no eres á quien llama
Portento de valor la heróica fama?

ENIO.

Soy quien por mis hazañas he llegado
A ocupar un lugar en el Senado,
Siendo tribuno, y por mayor grandeza,
De la plebe tambien soy la cabeza.

AURELIO.

¿No sabes que es traicion y que es mali-
No ayudar?... [cia

ENIO.

Es verdad, á la justicia.

AURELIO.

¿No vas, Enio, á ser juez?

ENIO.

A serlo llego.

AURELIO.

¿No debe el juez ser recto?

ENIO.

No lo niego.

AURELIO.

¿No deben ser las leyes preferidas
A las honras, haciendas y las vidas?

ENIO.

Dices bien.

AURELIO.

Pues supuesto lo que digo,
No mires, Enio, no, que eres su amigo;
Pues porque mas á mi entereza cuadre,
No pienso yo mirar que soy su padre.

ENIO.

El perdonar justicia siempre ha sido.

AURELIO.

Eso es al ofensor, no al ofendido.

ENIO.

¿Pues no es ley la piedad, y es preferida
A la ley del castigo instituida?

AURELIO.

Eso es si no hay traicion.

ENIO.

Y aquí ¿la ha habido?

AURELIO.

No; pero ha habido engaño.

ENIO.

¿Engaño ha sido?
Yo juzgaré como quien vió el suceso.

AURELIO.

Yo conforme lo escrito en el proceso,
Que es de las culpas y delitos llave;
Que el juez no ha de juzgar por lo que
[sabe.

ENIO.

Es rigor.

AURELIO.

Es justicia al fiel amigo.

ENIO.

Esta opinion, por ser piadosa, sigo.

AURELIO.

¡Qué yerro!

ENIO.

¡Qué crueldad!

AURELIO. (*Ap.*)

De temor lleno,
Lo mismo que procuro le condeno.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Que muera Coriolano!

AURELIO.

Mas ¿qué escucho?
(*Ap.* Con mis desdichas y mis penas lu-
[cho.)

ESCENA III.

MORFODIO. — DICHOS.

MORFODIO.

Si quieres ver á Roma alborotada,
La nobleza tambien amotinada, [gua,
Porque en mi relacion no os calle men-
Dad los dos cuatro oidos á mi lengua.
Ya sabes que tu hijo, el que mas quie-
La plebe alborotó por las mujeres [res,
Como grande menguado,
Porque prohibe en ellas el Senado
Los vestidos, afeites y las mudas,
Siendo mejores cuanto mas desnudas.
Ayer pues sin ayuda de doctores,
Tu hijo despachó dos senadores:
Prendieron á tu hijo y los culpados.
Pues hoy los nobles todos conjurados
A voces dicen que tu hijo muera.
. . . .[2]
Pero en esta refriega los barberos
Les tiran las guitarras, los tableros;
Los herreros tambien soplan la fragua;
Pero los taberneros tiran agua,

[2] Debe faltar un verso que consuene con el anterior.

Y el zapatero busca, cuando empieza,
La horma, no del pié, de la cabeza.
Los pasteleros por defensa cierta
Sueltan todas las moscas por la puerta,
Y el escribano al darle la disculpa,
Dispara un «Yo doy fe que en mí no hay culpa».
Récipes los doctores les tiraban;
Los boticarios, de temor, se armaban
De recetas fiadas que tenian
De aquellos proprios que los ofendian;
Y ellos, cuando atrevidos se indignaban,
Por no mirar la cuenta, los dejaban.
Pero en efecto airados,
Atrevidos, soberbios y arrojados,
A Flavio, hijo del senador muerto,
De negra veste lúgubre cubierto,
Que le traen al Senado, un hombre dijo,
Porque vote en la muerte de tu hijo,
Pues de su padre el voto le han dejado.
Dicen que, hijo afligido y lastimado,
Siente la injuria de su padre muerto;
Pero era rico el padre, y no es muy cierto.
. . . .
Harto le he defendido[1],
Como criado al fin que le he servido.
Yo les dije: «Romanos homicidas,
A Coriolano le debeis las vidas,
Que por daros contentos y placeres
Les robó á los sabinos las mujeres.»
Pero dijo un romano: «No lo creas;
Que para ser robadas, son muy feas.»
Esto en fin ha pasado,
Y ya trae el Senado
Al hijo del difunto compañero,
Que en voz de la nobleza es el primero,
Que con los dos ha de ofrecer su voto.
Pero yo, aunque el peligro fácil noto,
O gallina ó valiente,
Por la espada y la daga ó por el diente,
He de ser un criado tan honrado,
Que sirva á mi señor como criado.
Pues como yo no riña sus pendencias[2],
Como no sea quitarme la comida
Ni aventurar el arca de la vida,
No dejar de sisar lo que alcanzare,
Y no hacer nada que se me mandare
(Que este es de un buen criado el ejercicio),
Estaré eternamente en su servicio.

AURELIO.

Salgamos á recibir
A Flavio agora, pesares.
Tú, Enio, á la torre entra
Por Coriolano: estas llaves
Son de la prision.

ENIO.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FLAVIO. — AURELIO, MORFODIO.

FLAVIO. (*Dentro.*)

No llegue conmigo nadie.—
¡Aurelio, ya estáis aquí! (*Sale.*)

AURELIO

Adelantéme á esperarte
Y á pedirte que perdones,
Si en ti sangre noble arde,
A Coriolano, señor;
Pues cuando su error te agravie,
Porque des muerte á mi hijo
No restauras á tu padre.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Muera Coriolano!

AURELIO.

(*Ap.* ¡Cielos!
Si no acabais de matarme,
Sin duda me conservais
Para desdichas mas grandes.)
Señor, vos sois ofendido,
Y aunque la ofensa es tan grave,
La piedad en gran delito
Sube á mayores quilates.

FLAVIO.

Aurelio, estas vestiduras
Y ornamentos funerales
Lástima son de mi llanto,
No venganza de mi sangre.
De mi padre tengo el voto
Por la muerte de mi padre;
Si el ser yo parte es el todo,
Yo os perdono como parte.

AURELIO.

El tiempo en tu edad florida,
¡Oh noble jóven! descanse,
Y tu edad en verdes años
Cuentes por eternidades.
(*Ap.* ¿Quién puede ser el que entienda
De mi amor tantos disfraces?
A este le pido perdon,
Y á aquel justicia en mi sangre:
A este que me honre pido,
Y á aquel pido que me ultraje.
Y es que como aqueste es noble
Y aquel es de baja sangre,
Aquel no hará lo que pido,
Y este hará lo que rogare.)

ESCENA V.

ENIO, *que aparece á la puerta del tribunal acompañando á* CORIOLANO, *con cadenas.* — AURELIO, FLAVIO, MORFODIO.

AURELIO. (*Ap.*)

Mi hijo sale á la sentencia.
Llorad acá dentro, males,
Pena, llorad acá dentro;
Y no todos los pesares
Salgan á los ojos luego;
Que es crueldad, sobre desaire,
Que tenga el alma la culpa
Y que los ojos lo paguen.

MORFODIO. (*Ap.*)

¡Luego hubiera una mujer
Que hiciera este disparate
Por los hombres! Coriolano
Ha sido un grande salvaje,
Y lo vendrá á ser mayor
El que no le condenare.

AURELIO.

Tomad los dos vuestro asiento.
(*Siéntanse los tres jueces en sillas.*)

MORFODIO. (*Ap.*)

Ya empiezan á empicotarse.

ENIO. (*Ap.*)

¡Ay amigo de mi vida!
Déjeme el cielo librarte.

CORIOLANO. (*Ap.*)

Mi padre es juez de mi causa,
Y mi amigo ha de librarme;
Mi enemigo es bien nacido:
Los tres son votos iguales.
Segura tengo la vida,
Si ya no es que yo me engañe.

FLAVIO.

El tribuno de la plebe
Este delito relate.
(*Saca Enio unos papeles.*)

ENIO.

Atencion, pueblo romano,
Senadores, escuchadme.
(*Lee.*) «Coriolano, capitan,
»Llegando á Roma triunfante
»De los sabinos, sabiendo
»La ley dispuesta á los trajes
»De las mujeres, airado
»Violó los decretos reales;
»Y conjurando los suyos,
»Se arguye que quiso alzarse
»Con el imperio de Roma;
»Y atrevido y arrogante
»Dió muerte á dos senadores,
»Hiriendo la mayor parte
»De la nobleza romana.
»Este cargo se le hace,
»Y el Senado le remite
»A que tres votos iguales,
»Un senador, un tribuno
»Y un noble, el pleito sustancien.»

AURELIO.

No ha dado descargo el reo.

CORIOLANO.

Pues escuchad.

MORFODIO. (*Ap.*)

El romance
No se ha podido excusar.
Los obligados le amparen.

CORIOLANO.

Yo soy aquel capitan
Cuyo nombre impreso yace
Sobre mármoles y bronces
Con buriles de diamantes.
Aquel soy que en la Sabinia
Arboló tanto estandarte
A ser asombro á sus huestes
Y ser vanagloria al aire.
El que nunca fué vencido,
El que en las lides campales
Contra los fuertes sabinos,
De su púrpura cobarde
Tanta corriente en claveles,
Tanto diluvio en corales
Derramó sobre los prados,
Que del humor que renace,
A quejarse exhalacion
Entre las nieblas errantes,
Las nubes al recogerse
Fuéron cuerpos racionales.
Tal ejército junté,
Que á veces mis tafetanes
Arbolados para ofrenda
De Palas, Belona y Marte,
Dejaron al sol confuso,
Que por mirarlos triunfantes,
Entre las rojas banderas,
Sombras de su luz variables,
Hizo como entre las nubes
Reflexiones de celajes.
Vencí, llegué á Roma ufano,
Y del clarin y del parche
El marcial estruendo siempre
Me fué aclamando triunfante.
Llegué... ¡Nunca yo llegara!
Miro á Veturia que sale,
Desmayando la hermosura
Con deslucidos disfraces.
Recibeme descompuesta,
Y atrevida y arrogante
Vuestras leyes me refiere,
Derramando dos raudales
De alfójar ya derretido,
Que las rosas de su márgen
Le entregaron á la boca,

[1] Defendió á Coriolano, y aquí parece que habla de Aurelio. Mas abajo se nota, en la expresion *yo les dije*, que el pronombre *les* no tiene quien le rija. Ha de estar el texto corrompido, si no falta algun trozo de versificacion.

[2] Verso suelto.

Que era el mar de sus corales.
«Coriolano (me dijeron),
Tú á los nuestros nos robaste,
Y despues que los romanos
Nos fuerzan las voluntades,
Rompen nuestros privilegios:
Restaura agravios tan grandes,
Deroga tan viles leyes,
Y estatutos tan infames.»
Yo arrojado, valeroso,
Indignado, noble, amante,
Por las mujeres me indigno
Al mismo tiempo que salen
Los populares ministros,
No discretos á obligarme,
Con las armas, si, á ofenderme,
Con el valor á irritarme.
Pruebo el enojo en su esfuerzo,
Arde Roma en ira, y arden
De mi venganza celosa
Las llamas accidentales.
Muere un senador, prendeisme...
Esto es en cuanto á esta parte.
El suceso ha sido este;
La razon falta: escuchadme.
Pregunto á vuestro rigor:
¿Cómo admitis inconstantes
Que se agravie en la hermosura,
Que en la belleza se ultraje
La mujer, que es el descanso,
El alivio de los males,
La parte de los cuidados
Y de las penas la parte;
La que siente, la que llora,
La que cuida, la que sabe
Hacer los males menores
Con alivios amigables;
La que enojada es hermosa,
La que está divina afable;
Si está llorosa, está finà,
Si está celosa, está amante;
El objeto de los ojos,
El anhelo de la sangre?
Sin ella, ¿qué vale el oro?
Sin ella, el alma ¿qué vale,
Si sin ella las potencias
No tienen en que ocuparse?
Y si no, acordáos, romanos,
Sin ellas lo que llorastes.
Si cuando estábades solos,
Era la gala desaire,
Era el ardor accidente,
El valor poco estimable;
Ya por su dama el valiente
Se arroja á riesgos mas grandes;
Se conservan las riquezas,
Como hay mas en que se gasten;
Se aprende la gentileza,
Se purifica el donaire.
De suerte que las mujeres
Son de nuestros bienes parte,
Y el que no las reverencia,
El que no las estimare,
Si no fuere irracional,
Podrá llamarse ignorante.
Volvamos pues á la culpa.
Si yo os conquisté ciudades,
Si os he dilatado imperios,
Si del Tíber los cristales
De mis vitorias y triunfos
Trujeron la nueva en sangre,
Si os he coronado á Roma
De banderas y estandartes,
Si os he poblado el imperio,
¿Cómo quereis que se manche
De mi sangre valerosa
Purpúreo el acero infame?
Temed que indignado el cielo
Las montañas desencaje,
Y en vez de cristal copioso
Cometas granice Marte;
Que cruja el eje en que carga
El coche del dios de Dafne,
Y de racionales muertes
Esas campañas se escarchen.
Y si no, dadme la muerte:
Veréis correr tantos mares
De la púrpura romana,
Que será si se atajaren,
Porque la noche los hiele,
O porque el alba los cuaje.
Vuestros enemigos todos
Os vencerán arrogantes,
Y de vuestros corazones
Harán alimento fácil.
Ea, subidme al cadalso,
Porque aunque querais culparme,
Yo haré trono de la infamia
Y de la desdicha esmalte.
Ea, el ministro villano
De mi garganta derrame
La sustancia, que por mia
Tendrá tan nobles quilates.
Si la enfermedad de Roma
Cesa porque yo me sangre,
Médicos de la justicia,
Curad las enfermedades.
Yo vuelvo por las mujeres;
Y cuando quereis juzgarme,
La envidia es quien me sentencia,
Mi valor es quien lo hace,
Mi esfuerzo quien lo ocasiona,
Quien lo ejecuta mi padre,
Mi enemigo es quien lo quiere,
Mi amigo el que ha de ayudarles.
Dénme su favor los cielos;
Que cuando todos me falten,
De padre, pueblo y envidia,
De amigo, de plebe, es fácil
Que me venguen justicieros,
Puesto que son celestiales.

ENIO.

Agora os toca, señor,
Dar primero la sentencia.

AURELIO.

(*Ap.* Mucho mas que mi prudencia
He menester mi valor.)
Dadme la pluma.

ENIO.

Tomad.

AURELIO.

Apartad. (*Ap.* Mi pena irrito.
(*Retírase Coriolano adonde está Morfodio.*)
Darle perdon es delito,
Darle la muerte es crueldad.
Aquí á pesar de mi fama
Me está templando el dolor,
Y en esta mano el rigor
A un mismo tiempo me llama.
Por ver cuál mas pesará,
Mis manos balanzas son:
En esta se ve el perdon,
Y en esta el castigo está.
No hay en el peso malicia
Que á mis extremos dispuse,
Pues donde la pluma puse
Ha cargado la justicia.
A mis penas esta vez
No habrá consuelo que cuadre,
Pues trueco el amor de padre
Por la fineza de juez.
Cuando al dolor apercibo
De tan sangrientos despojos
El llanto de mis enojos,
No quiero ver lo que escribo.
En un *muera* ó *viva* estriba
Mi sentencia ó mi poder:
Él *muera* quiero poner,
No quiero poner *que viva*.) (*Escribe.*)
Ya como noble he juzgado,
Ya la ley he obedecido.
(*Ap.* El papel habrá sentido
Lo que la pluma ha llorado.
Pero mas siente el papel
Entre el recelo y temor,
Pues ella deja el dolor,
Y este se queda con él.
La hoja quiero volver
A sentencia tan ajena;
Que si un padre le condena,
¿Qué hará quien no le dió el ser?
Darles ejemplo no es bueno,
Cuando á la piedad no acudo:
Yo con los demas le ayudo,
Y conmigo le condeno.)

CORIOLANO. (*Ap. á Morfodio.*)

Hoy mi desdicha acredito
En la sentencia que ves.

MORFODIO.

Recúsalos todos tres
Y harás el pleito infinito.
Y tambien he imaginado
Que cuando las causas ven,
A las mujeres tambien
Les han de dar su recado.
Y este viejo en quien me fundo,
Las ha de echar á perder;
Que él no las ha menester
Para cosa deste mundo.

FLAVIO. (*Ap.*)

Mi padre murió, y yo vengo
A ser quien su muerte sigo:
La venganza y el castigo
Juntos en la pluma tengo.
De misericordia espero
Ser ejemplo misterioso:
No quiero ser riguroso,
Más quiero ser justiciero.
Y así en sus extremos digo,
Cuando mi piedad abono,
Que la ofensa le perdono,
El delito le castigo. (*Escribe.*)

AURELIO. (*Ap.*)

Mi pena el cielo mitigue.

MORFODIO. (*Ap. á Coriolano.*)

Tu amigo agora se sigue:
¡Plega á Dios que sea amigo!
Y aunque tú mejor lo alcanzas,
En un consejo (bien digo)
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.

ENIO.

(*Ap.* Yo soy juez deste rigor
Y ejemplo desta amistad:
Castigarle es deslealtad,
Y darle perdon error.
Si sentencio contra él
Me ha de llamar inconstante,
Y juez tambien ignorante
Si á su amistad soy fiel.
Y en tales ejemplos digo:
Perdone Roma esta vez;
Que mas quiero ser mal juez
Que á su amistad mal amigo.)
Ya escribí mi parecer.

AURELIO.

Los tres votos relatad,
Y por el vuestro empezad.
(*Ap.* ¡Hoy, hijo, te he de perder!)

ENIO.

Que debe un mes estar preso,
Miéntras Roma se sosiega
De la pasada refriega,
He firmado en el proceso.—
(*Mira lo que escribió Flavio.*)
Flavio agora ha sentenciado...
(*Ap.* Ya no habrá piedad humana.)

Que á la costumbre romana
Merece ser desterrado.—
Su padre... (*Mira el voto de Aurelio.*)

AURELIO. (*Ap.*)

Agora llegad,
Penas.

ENIO.

Por su voto dijo
Que está sin culpa su hijó,
Y merece libertad.

AURELIO.

¡Qué dices!

ENIO.

Que esto es así.

AURELIO.

¿Yo en su favor he firmado?

ENIO.

Aquesto habeis sentenciado.

AURELIO.

¿Eso he sentenciado?

ENIO.

Sí.

AURELIO.

¿Cómo puede ser?

ENIO.

Mirad
Cómo la verdad os digo.
Yo cumplo con ser su amigo.

AURELIO.

¡Yo lo he firmado! ¡Es verdad!
(*Ap.* Sin duda con la pasion,
Y entre temores y miedos,
Al firmarlo, por los dedos
Se ha bajado el corazon:
Y como no quise ver
La sentencia que escribia,
Escribí lo que queria,
Y no lo que quise hacer.)

ENIO.

Los tres han diferenciado
El modo de castigar,
Y así los ha de ajustar
La otra sala del Senado.

AURELIO.

Pues llevad los votos vos
A que dén su parecer.

FLAVIO.

De los tres uno ha de ser.
Aurelio, adios.

AURELIO.

Id con Dios.

(*Vase Flavio.*)

ESCENA VI.

AURELIO, CORIOLANO, ENIO, MORFODIO.

ENIO. (*Ap. yéndose.*)

Ya han cesado mis enojos,
Ya no hay temor que lo impida.

AURELIO. (*Ap. yéndose.*)

Del contento de su vida
Se sale el alma á los ojos.

CORIOLANO.

Los dos ¿cómo os vais así?
¡Quién tantas crueldades vió!
¿Estoy sentenciado?

AURELIO.

No.

CORIOLANO.

¿Estoy condenado?

ENIO.

Sí.

CORIOLANO.

Pues sin sentencia, ¿hay ya muerte?

AURELIO.

No te puedo responder.

CORIOLANO.

¿Puede esto ser?

ENIO.

Puede ser.

CORIOLANO.

¿De qué razon? De qué suerte?

AURELIO.

Tú lo verás.

ENIO.

No lo sé.

CORIOLANO.

Esa es injuria, es rigor.

AURELIO.

No es sino sobra de amor.

ENIO. (*Ap.*)

¡Que no me obligue esa fe!

AURELIO. (*Ap.*)

Responderé... pero no.

ENIO. (*Ap.*)

Quiérole hablar... mas no puedo.

CORIOLANO.

¿Qué es esto?

AURELIO.

Horror ó miedo.

CORIOLANO.

¿Quién causa este miedo?

ENIO.

Yo.

CORIOLANO.

¿Os vais?

AURELIO.

Eso pretendemos.

CORIOLANO.

¿Me dejais?

ENIO.

Eso intentamos.

AURELIO. (*Ap. á Enio.*)

¡Oh qué crueles estamos!

CORIOLANO.

¿No respondeis?

LOS DOS.

No podemos.

(*Vanse.*)

CORIOLANO.

¡Cielo hermoso! agora digo
Que, ó causais mi muerte vos,
O es preciso que estos dos,
Ni uno es padre ni otro amigo.

(*Vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Roma.

ESCENA VII.

ASTREA Y SABINO, *de romanos.*

SABINO.

Valerosa matrona,
Esta es Roma, del mundo la corona,
De la Europa amenaza,
La que dos elementos embaraza,
La que sus tres regiones atropella
Y á los cielos compite estrella á estrella.
A vengar esta sangre otra vez vengo:
Mi ejército de aquí dos leguas tengo,
Y en tanto que descansa Coriolano,
Disfrazado en el traje de romano
Vengo á mirar si mi discurso halla
Por dónde he de asaltar esta muralla;
Que ántes que el sol, contrario de la noche,
En el mar cristalino busque el coche,
Y de sus ruedas arrastrando el tiro
Salgan á nado Flegetonte y Piro,
Mis ínclitos soberbios estandartes
He de arbolar sobre sus baluartes,
Y aunque el valor romano me lo impida,
A Coriolano he de quitar la vida.

ASTREA.

Pues yo en varonil traje disfrazada,
Echada al lado la valiente espada,
Revestida en tu enojo,
A ser, fiada en mi valor, me arrojo
En esta márgen verde,
Quien cobre en sangre lo que su sangre pierde.

SABINO.

La muralla miremos.

ASTREA.

Aquellos dos extremos,
Ductores atalayas del aurora,
A quien primero el sol ardiente dora,
Con ser torres y ser artificiales,
Dos montañas parecen naturales.

SABINO.

Todo este lienzo entero es sillería,
Todo aquel torreon mampostería,
Y ese castillo que á los cielos toca,
Descansa en el cimiento de una roca.

ASTREA.

Aunque en su traje estamos,
Habla quedo: no vean que miramos.
Por asalto es dudosa aquesta gloria.

SABINO.

En lo grande se acendra la vitoria.

ASTREA.

¿No ves que al riesgo están mas advertidos?

SABINO.

Siempre son los cobardes prevenidos.
Mas si bien lo miramos, á esta parte...

(*Tocan cajas dentro.*)

Pero la insignia del furioso Marte
Ronca y confusa con acentos graves[1],
Por las campañas de los vientos cruza.

ASTREA.

Palpita el pecho, el pelo se espeluza
De oir ese instrumento[2].

ESCENA VIII.

VETURIA Y TISBE, *en la muralla.* — ASTREA, SABINO.

VETURIA.

No me detengas, Tisbe. ¡Ay desdichada!
¿No miras la nobleza alborotada?
¿No escuchas hacer fúnebres clamores
Roncas cajas, confusos atambores?
¿Si es que mi esposo es muerto?

TISBE.

No, señora.

VETURIA.

Lágrimas, aquí, aquí llegad agora,
No guardeis las corrientes tan avaras.
¿La turba de la gente no reparas,
Y que un pregon la confusion divierte?
Atiende bien. El es pregon de muerte.
Mi esposo por mí causa ha estado preso:
Yo he causado este mal, este suceso,
Y en fin de todo yo la causa he sido.
¡Siempre es el yerro tarde conocido!

(*Tocan otra vez.*)

SABINO.

Ronca otra vez la trompa se dilata.

[1], [2] Versos sueltos.

ASTREA.

Pues, señor, ardidoso te recata
En este laberinto de retamas.
Sagrado nuestro sean estas ramas:
No sea que nos hayan conocido,
Y al pueblo llamen con secreto ruido.

SABINO.

Dices, Astrea, bien: el riesgo huyamos.
Sígueme á esta espesura, Astrea.

ASTREA.

Vamos.

(*Vanse.*)

ESCENA IX.

VETURIA y TISBE, *en la muralla.*

VETURIA.

¿No miras ¡ay de mí! que alborotada
Sigue toda la plebe convocada
A un hombre maniatado y ofendido?
Mas perseguido es siempre el perseguido.
Que es para ejemplo este rigor contemplo.
¡Ay de aquel que ha nacido á ser ejemplo!

TISBE.

Señora, aunque está preso Coriolano,
Es tu temor y tu recelo en vano.
No hagas las presunciones ciertos males;
Que no cabe la afrenta en hombres tales.
Espera agora, siente, sufre y calla,
Y supuesto que estás en la muralla,
Contra el pregon, contra el posible daño,
Desde ella podrás ver el desengaño.

VETURIA.

Un temor, Tisbe mia, el alma hiela.
No tiene buen amor quien no recela.

ESCENA X.

MORFODIO.—VETURIA y TISBE, *en el muro.*

MORFODIO.

Siguiéndole por las calles,
Poco á poco me he venido,
Viendo al noble Coriolano
De la plebe perseguido.
Fuera de Roma le sacan,
Porque la sentencia ha sido
Que le arrojen de sus puertas
Los dos que mas le han querido.
Su padre le va siguiendo
Sin hablar, triste, afligido,
Y en vez de secar los ojos,
Le es el lienzo un cebollino.
El pregonero, ¡no es nada
Lo que va diciendo á gritos!
«Porque ha alborotado á Roma,
Y tambien porque ha querido
Alzarse con el imperio,
Le hacen este sacrificio...»
—«Y porque causó dos muertes»
Dice tambien; mas no dijo
Por defensor de mujeres,
Con ser el mayor delito.
Quien tal hace, que tal pague.
¡Qué grande tonto! Yo digo
Que no entenderá á mi amo
La madre que le ha parido.
¡Un hombre que es italiano,
De mujeres tan amigo!
Quien tal hace, que tal pague.
Pero en las murallas miro
Dos mujeres; y por Dios,
. . . . [1]
Es Veturia.

[1] Falta un verso.

VETURIA.

¡Ah, caballero!
Si por mujer os obligo...

MORFODIO.

No, señora.

VETURIA.

Me decid
Quién el desterrado ha sido.

MORFODIO.

Es un menguado de atar,
Salvaje desde *ab initio*,
Bobo de veintidoseno
Y tan tonto como él mismo.
Por cierta Veturia, dicen
Que hizo dos mil desatinos,
Porque le ofreció ocasion
Para hacerla un Veturico,
Y hoy le han sacado de Roma
Para darle este castigo.

VETURIA.

Por hablarle me suspendo,
Y por verle me apaciguo.

ESCENA XI.

Tocan cajas, y sale por una puerta grande CORIOLANO, *con una banda en los ojos y un baston en las dos manos atadas, un laurel en la cabeza, y ceñida la espada; y salen con él* FLAVIO, AURELIO, ENIO, ROMANOS. — DICHOS.

AURELIO.

Ya de las leyes romanas
Los preceptos se han cumplido;
Agora á la ejecucion
Faltan los postreros ritos.
(*Ap.* El no sabe con quién viene,
Pues cubierto le han traido.
¡Que siendo natural padre,
Haya de ser el ministro
De su injuria en mi justicia,
De mi amor en el suplicio!
¡Y que esto el Senado mande!
¡Oh! ¿para cuándo han querido
Guardarse todos los males?
Son traidores, imagino;
Que para obrar á su salvo,
Nunca llegan divididos.)

ENIO. (*Ap.*)

¿No me bastaba la pena
De haber perdido un amigo,
Sino ser la ejecucion
Yo proprio deste castigo?
Pero siempre la fortuna
Para un hombre perseguido
Obró con lo mas dañoso.
¿Por qué le quereis, indignos,
Si podeis con lo contrario,
Castigar con lo propicio?

FLAVIO. (*Ap.*)

La piedad no me aprovecha:
Confuso estoy y corrido.
El Senado me ha mandado
Que ejecute este castigo;
Y aunque yo tengo piedad,
Como no la significo,
Pensarán que me he vengado,
Como me ven ofendido.

AURELIO.

Porque no es acto el pregon,
Que vaya delante he dicho.
La banda quiero quitarle,
Y estas ligaduras quito.
(*Desátale las manos y descúbrele.*)

CORIOLANO.

¡Padre, Flavio, amigo Enio!
¡Todos tres á un tiempo! Amigos,
¿Qué es esto? ¡Yo con baston!
¡Yo la ardiente espada ciño!
¡Yo el laurel guardo en mis sienes!
¡Yo os hallé á todos conmigo!
Sin duda estoy perdonado;
Que estas insignias que miro,
Más que son de morir señas,
Son de mi perdon indicios.
¡Con el llanto respondeis!
¿Qué es esto, padre? Decidlo.

AURELIO.

Coriolano, pues no bastan
Para mi lengua suspiros,
Gastar pienso mis finezas
Y mis pesares contigo.
Y agradéceme el decirlas;
Que estoy tal, que he presumido
Que no me quedan palabras,
Si las que pienso te digo.
El Senado te destierra
Airado á un tiempo y benigno:
Airado por la deshonra,
Y por tu vida propicio.

ENIO.

Manda que arrojado seas,
Como inobediente hijo
Que contra su propia patria
Vibraste el acero limpio.

FLAVIO.

Que nadie pueda ampararte,
Ni desde aqueste castillo
Ninguno escuche tus quejas,
Ni airado ni compasivo.

AURELIO.

Que nadie te dé el sustento,
Y quedes destituido
De ser hijo natural
Por estatutos divinos.

ENIO.

A los culpados perdonan,
Y á tí que los has movido,
Te dan castigo por todos.

FLAVIO.

Busca en los montes abrigo.

AURELIO.

Busca en las sierras amparo.

ENIO.

Mueve á quejas esos riscos,
Que son puntales del cielo
O empinados obeliscos.

AURELIO.

Desde hoy no he de ser tu padre.

FLAVIO.

Ni yo puedo ser tu amigo.

ENIO.

Ni yo te puedo ayudar.

AURELIO.

Otro eres ya del que has sido.

CORIOLANO.

Pues si otro soy, esta espada...
(*Saca la espada.*)

AURELIO.

Tente, soberbio, atrevido;
Que miéntras no te he arrojado,
Aun te dura el ser mi hijo.
Otra ceremonia falta,
Porque entre los tres que has visto,
Te hemos de quitar el grado
De general que has tenido.

VETURIA. (*Ap.*)

¡Qué esto consientan los cielos!

AURELIO.

Esta espada te desciño, (*Quitasela.*)
Que en mis manos ha de ser

Instrumento vengativo,
Si otra vez á pisar vuelves
Los romanos edificios.

FLAVIO.

Yo te quito aquesta insignia
Del rojo laurel invicto,
Que en tus alevosas sienes
Estaba constituido, (*Quítale el laurel.*)
Y en las mias le traspaso
Porque así el cielo ha querido
Dar venganza á una traicion
Y dar premio al valor mio.

ENIO.

Yo tambien este baston...
No te le quito... le pido.

CORIOLANO.

Tómale, porque en mi mano
Como vara le administro
De justicia, que hoy el cielo
Trocarle á instrumento quiso
De ofensa.

ENIO.

Quédate adios.

AURELIO.

Flavio...

FLAVIO.

Señor...

AURELIO.

Vén conmigo.—
Morfodio, sigue mis pasos
Y cierra esos dos postigos.—
Adios, señor Coriolano.

CORIOLANO.

¡Tú, padre, ser vengativo!
¡Tú, señor, tan indignado!
¡Qué de pasiones reprimo!
¡Padre!

AURELIO.

No me llames padre,
Porque ya no eres mi hijo.
De mi patria potestad
Por las leyes te emancipo.
(*Vanse Aurelio, Flavio y Morfodio.*)

ENIO.

Yo bien lo quisiera ser;
Mas no puedo ser tu amigo.
(*Vanse Enio y los romanos.*)

ESCENA XII.

CORIOLANO; VETURIA Y TISBE, *en el muro.*

CORIOLANO.

Pues que todos me faltais,
¿Cómo el cielo enternecido,
Cómo esos montes de nieve,
Cómo esos cristales limpios
Ni me escuchan favorables
Ni me ayudan compasivos?
¿No hay quien escuche mis quejas?

VETURIA.

Aquí estoy yo, esposo mio,
Que las lloraré por todos,
Pues por todos lo he sentido.

CORIOLANO.

¿Ahí estás, esposa amada?

VETURIA.

Aquí, Coriolano, he visto
La ingratitud de tu patria,
Y aquí mis ojos han sido
Dos arroyos desangrados,
Desde el alma al Tiber frio.

CORIOLANO.

¡Ay, esposa de mi vida!
¡Así paga los servicios
Roma desta heróica espada!

VETURIA.

A no ser porque imagino
Que te he de causar la muerte
Si arrojarme solicito
Destas murallas... ¡Ay Dios,
Con qué afecto te lo digo!
Precipitada yo propria,
Fuera mi escarmiento mismo.

VOCES. (*Dentro.*)

Subid á aquella muralla,
Y mueran los que han rompido
Del Senado los decretos.

TISBE.

Señora, vén, ¿no has oido
El rigor que te amenaza?

CORIOLANO.

Huye el cercano peligro;
Que á darte la muerte suben
Solo porque hablas conmigo.

VETURIA.

Pues ¿qué mayor dicha quiero?
Muera yo, pues por ti vivo.

CORIOLANO.

Véte, por Dios.

VETURIA.

Ya me voy.

. . . .

(*Vanse Veturia y Tisbe.*)

CORIOLANO.

¿Qué aguardo que no me arrojo
Entre estos cristales rizos
De aquí?

ESCENA XIII.

Vase á arrojar CORIOLANO, *y sale* EL REY SABINO, *y detiénele.*

SABINO.

Tente, Coriolano.

CORIOLANO.

¿Quién eres?

SABINO.

El rey Sabino.

CORIOLANO.

Si has venido á darme muerte,
A tan buen tiempo has venido,
Que iban á ayudar al Tiber
Las lágrimas que destilo,
Y será mejor blason
Deste pecho no vencido,
Que en lugar de los cristales
Me arroje á tu acero invicto.

SABINO.

Dime: tú, ¿no me venciste?

CORIOLANO.

Confieso que te he vencido.

SABINO.

¿No me diste libertad?

CORIOLANO.

Es verdad.

SABINO.

Dime: ¿no has sido
Quien mi ejército rompió?

CORIOLANO.

Aquel monte fué testigo.
Ea, dame ya la muerte.

SABINO.

Agora he estado escondido,
Y viendo lo que ha pasado,
Tus injusticias he visto.

CORIOLANO.

No me detengas la vida.

SABINO.

Tu patria, ¿no te ha ofendido?

CORIOLANO.

El laurel quitó á mi frente.
¿Qué dices? Acaba.

SABINO.

Digo
Que si esa tu patria ingrata
Tu valor no ha conocido,
Yo que conozco tu brazo,
En mi imperio te recibo;
Que un enemigo valiente
Sabrá ser valiente amigo.
Por el laurel que te quitan,
Mi corona te apercibo;
Por la bengala mi cetro,
Y por la espada me obligo
Ceñirte la que á mi lado
Fué honor del campo sabino.
Astrea me está esperando,
Mi ejército prevenido
A mis órdenes aguarda
En la falda de aquel risco.
Rige mi escuadron valiente,
Venga este agravio atrevido,
Roma sus yerros conozca;
Porque á ayudarte me inclino
Por infeliz, por valiente:
Y como te ofrezco el mio,
Te diera los dos imperios
Del Antártico y Calisto.

CORIOLANO.

Pues, señor, al arma toca,
Los parches castigue el pino.

SABINO.

El clarin fuego publique.

CORIOLANO.

Refiéralo el viento á silbos.

SABINO.

Sepa Roma...

CORIOLANO.

El mundo sepa...

SABINO.

Qué á fuego y sangre publico...

CORIOLANO.

La venganza de mi agravio.

SABINO.

La ofensa del honor mio.

CORIOLANO.

Tema el haberte enojado.

SABINO.

Llore el haberte ofendido.
Voime: toma tú esta senda,
Porque vamos divididos.
Yo voy á llamar á Astrea
A ese ameno laberinto
A quien el Tiber argenta
De diamantes y zafiros.
Allá nos encontrarémos.

CORIOLANO.

Yo me voy.

SABINO.

Y yo te sigo.

CORIOLANO.

Hoy has de ver, patria ingrata,
Lo que en mi brazo has perdido.

SABINO.

Hoy con este capitan...

CORIOLANO.

Y con aqueste caudillo...

SABINO.

Tus levantadas murallas...

CORIOLANO.

Tus elevados castillos...

SABINO.

Frágil defensa serán.

CORIOLANO.
Serán defensa de vidrio.

SABINO.
Adios, valor de romanos.

CORIOLANO.
Adios, honor de sabinos.
(*Vanse. — Tocan dentro cajas y clarines.*)

JORNADA TERCERA.

DE DON ANTONIO COELLO.

ESCENA PRIMERA.

CORIOLANO.

Ingrata patria mia,
Llegó el fatal, llegó el funesto dia,
Que ha sido en mi esperanza
Línea de tu castigo y mi venganza.
Hoy la esfera eminente
Que al sol empina su elevada frente,
Y sobre siete montes
Cada sol dividió en siete horizontes,
Por fin de glorias tantas
Siete cervices rendirá á mis plantas.
Hoy ¡oh rebelde muro,
Bárbaro Atlante de zafir mas puro!
Un hijo despechado,
De su paterno amor desheredado,
Hoy severo te aflige,
Siendo su agravio quien su espada ri- [ge.
Piedad de mí no esperes:
Sepa mi ofensa que á mi ofensa mue- [res.

ESCENA II.

SABINO, ASTREA. — CORIOLANO.

SABINO.
Invicto Coriolano,
Noble sabino ya, que no romano,
¿Qué novedad ha sido
La que al arma tocó, cuyo rüido
Me saca de mi tienda?

CORIOLANO.
Nada, señor, que á tu opinion ofenda.

ASTREA.
Dime qué ha sido, y lo que fuere sea.

CORIOLANO.
Sabino Marte y celestial Astrea,
Una salida hicieron
De la ciudad algunos que quisieron,
Ya las vidas perdidas,
A precio del valor rendir las vidas.
Mas nosotros entónces, retirados
A los muros que fuera están labrados,
Burlamos sus deseos;
Pues sin lograr el fin de sus trofeos,
Como solos se hallaron,
Hácia el muro otra vez se retiraron.

SABINO.
¿Pues embestirlos, di, mejor no fuera,
Y poco á poco adelgazando fuera
El número la muerte
De los contrarios?

CORIOLANO.
No: la causa advierte.
Si tú, señor, vinieras á hacer guerra
Sin mí á Roma, que sé lo que en sí en- [cierra
Y lo que dentro pasa,
Como ladron de casa;
En tus gentes fiado,
Ya hubieras á sus muros arrimado
Castillos arrogantes
Movidos sobre espaldas de elefantes.
Ya hubieras asestado los copetes
De los duros arietes
A sus puertas; y luego
Diluvios de metal, orbes de fuego,
Hubieras, nuevo Júpiter, llovido:
En cuya lid trabada hubiera sido
Dudosa la fortuna,
Llena y menguante, imágen de la luna.
Y cuando los vencieras (que no hicie- [ras),
A costa de tu sangre los vencieras.
. . . .[1]

SABINO.
Bien de tu esfuerzo y de tu ingenio fio
Mi imperio, mi corona y mi albedrío.
Dame, dame los brazos,
Cuyos valientes ñudos, cuyos lazos
Podrá del golpe fuerte
Romperlos, desatarlos no, la muerte.

ASTREA.
Y yo, sabino nuevo,
Con mas razon darte los brazos debo,
Pues infelice eres
Por valer el honor de las mujeres,
Cuya noble venganza
Por sabino, por tí y por mí me alcanza.

CORIOLANO.
Con tan grande favor, con honras tan- [tas
Al cielo desde el suelo me levantas.
. . . .

ESCENA III.

UN SOLDADO, *que trae á* MORFODIO. —DICHOS.

SOLDADO.
De la gente que este dia
De la muralla salió,
En el campo se quedó
Este por perdido espía.

MORFODIO.
Ha dicho entre bien y mal,
Pues hoy he de ser y fui,
Espía no, perdido sí:
Y siendo y no siendo tal
La triste persona mia,
Mirándome en tal estado,
Si no espía en lo alentado,
En lo remendado es pia.
Y si hay un espía humano
A quien su piedad es pia,
Y piadosamente gano
Por lo que mi campo pia
En invierno y en verano,
Ya de noche, ya de dia;
En tres sentidos es llano
Que es pia, es pia y es pia,
La copla pareceria
De poeta valenciano.

CORIOLANO.
¡Morfodio!

MORFODIO.
¡Dueño y señor
De aqueste humano episodio
De tus fortunas! Morfodio
Apelando á tu favor,
Se arroja triste á tus piés.
No con traicion vengo aquí;
Expulso de Roma sí,
Como tú, porque despues
Que tú veniste á ofendella,
Y está en tan misero estado,
El hambre, que no el Senado,
A mí me ha arrojado della.
Con este intento salí:
Si en tus campos me quedé
Por matar el hambre fué,
No otra cosa; porque así
Me persigue noche y dia,
Y me apura y me enflaquece
Y me acaba, que parece
Que te sirvo todavía.

CORIOLANO.
Este es un loco, señor,
Que ha sido criado mio;
Y de su lealtad confío
Que merece algun favor,
Aunque es de nacion romano.

SABINO.
Si en mis ejércitos eres
General, cuanto quisieres
Puedes hacer, Coriolano.
Yo solo en este lugar
Un soldado tuyo soy
Que á tus órdenes estoy.
La vida le puedes dar;
Pero con decir qué trata
Roma triste y afligida,
Compre su vida.

MORFODIO.
En mi vida
Compré cosa tan barata.
Hoy de hambre Roma está,
Señor, en tan grande estrecho,
Que un hora apénas sospecho
Que resistirse podrá,
Porque el bastimento todo
Seis dias há que ha faltado,
Y que nos hemos pasado
Bostezando así: de modo
Que, el mas gloton mas hambriento,
No hay nadie que le socorra;
Antes son tripas de borra
Las tripas que eran de viento.
Coléricos los soldados
Viendo la muerte que esperan,
Morir matando quisieran,
Fieros y determinados;
Mas las damas afligidas,
(Que son todas imagino
Damas de hijo de vecino,
Muertas de hambre y mal vestidas)
. . . .
Y como á todos alcanza
Esta pena, este dolor,
Ellas alaban su honor
Y ellos culpan tu venganza.

ASTREA.
Pues la venganza no ha sido
Sombra de lo que ha de ser.

SABINO.
Por Júpiter, que has de ver,
Roma, tu muro rendido
A mi orgullo, á mi ardimiento,
Cuando postrada te veas
Tanto, que tú misma seas
De tí misma monumento.
(*Vanse el Rey, Astrea y el soldado.*)

ESCENA IV.

CORIOLANO, MORFODIO.

CORIOLANO.
Solo contigo he quedado,
Y aunque repetir quisiera
Esta grande, esta severa
Instancia de mi cuidado,
No puedo; que en pena tal,
A todas lleva la palma
Aquel ardor que del alma
Fué carácter inmortal.
¿Cómo está aquella primera

[1] Claro es que el razonamiento de Coriolano queda incompleto, porque no dice al Rey lo que le convenia hacer en lugar de lo que hubiera hecho. En *Las armas de la hermosura*, siguen á este trozo diez y seis versos que pueden verse en el tomo III de *Calderon* ó XII de la BIBLIOTECA, página 204, columna segunda.

Ocasion de mi fortuna,
Tan bella como ninguna,
Y tan como todas fiera?
Que aunque mi fama inmortal [1]
Su condicion atropella,
Quiero en desventura tal,
Mal su condicion, y á ella
No puedo querella mal.

MORFODIO.

Desde el dia que saliste
De Roma, nadie la vió
El rostro, y solo vistió
De luto funesto y triste
Su familia y su persona,
Y en ceremonia y vestido
Se ha conservado y vivido
Como una viuda matrona.

CORIOLANO.

Perdona, hermosa mujer,
Perdona, leal amigo,
Perdona, padre enemigo,
Que no puedo detener
En tu ira y mi castigo
El curso de mis enojos,
Ya crueles y ya humanos.
Yo lavaré en tus despojos,
A la sangre de las manos
Con el agua de mis ojos.
. . . .

MORFODIO.

Con todo eso, no he de ser
Tan necio yo. ¿Qué he de hacer?
Buscar asado ó cocido,
Porque ¿para qué he venido,
Si no tengo de comer?

ESCENA V.

ROMANOS, *dentro.*—CORIOLANO, MORFODIO.

ROMANOS. (*Dentro.*)

Aclamemos libertad.

CORIOLANO.

Mas ¿qué miseros acentos
Repetidos de los vientos
Se escuchan en la ciudad?
Para informarme mejor
Llegar al muro procuro.

MORFODIO.

¡Sin temor de los del muro!
Mira, señor, que es error.

CORIOLANO.

Déjame, cobarde.

MORFODIO.

Advierte
Que buscas tu muerte.

CORIOLANO.

No
Me asombra su golpe fuerte,
Porque si la busco yo,
¿Cómo he de hallar á la muerte?
(*Vanse.*)

ROMANOS. (*Dentro.*)

Entréguese la ciudad:
No mas las miserias duren.
En nosotros este dia
Sabinos de Roma triunfen.

[1] Esta escena ha principiado en redondillas; aquí entra una quintilla, despues van dos redondillas y siguen las quintillas de nuevo. Estas irregularidades, y el desórden é incorreccion que se nota en la frase, manifiestan que la escena está mutilada, habiéndosele quitado versos sueltos y quintillas enteras.

—

Plaza en Roma.

ESCENA VI.

AURELIO, ENIO, FLAVIO, *y algunos* ROMANOS; *despues*, ROMANOS, *dentro*.

AURELIO.

Invicta ciudad de Roma,
Si es que de eterna presumes
Cuando tu fama inmortal
A par de los cielos luce,
No á la fortuna te postres
Que á este trance te reduce;
Que es fácil deidad, y es fuerza
Que en un estado no dure.

FLAVIO.

En vano es, Aurelio, en vano
Que de reducir procures
A esperanzas las desdichas.

ENIO.

Sin valor que nos ayude,
Sin socorro que nos valga
Y sin suerte que se mude
Estamos hoy, aun no hallando
En tan graves inquietudes
Ni un acero que nos mate
Ni un campo que nos sepulte.

AURELIO.

Solo pudo Coriolano
Inventar esta costumbre
De vencer, que aun la paciencia
Quiere que al valor se apure.

FLAVIO.

El al sabino aconseja
Y él es el que nos destruye.

ENIO.

Aunque le culpeis, forzoso,
Forzoso es que le disculpe,
Porque la patria al que es noble
Infamemente no injurie,
Porque es flecha que se vuelve
Contra el mismo que la induce.
Oye las miseras voces
Que al cielo vuelan y suben
Con repetidos lamentos
Que en sí mismos se confunden.

ROMANOS. (*Dentro.*)

Entréguese la ciudad,
Sabinos de Roma triunfen.
¡Libertad, libertad!

AURELIO.

¡Cielos!
Haced que un rayo apresure
El término de mi vida,
Porque estas voces no escuche.

ESCENA VII.

VETURIA, *con luto.* — DICHOS.

VETURIA. (*A Aurelio.*)

Noble senador de Roma,
No te admire, no te turbe
Verme arrastrar por las calles
Este luto que me cubre.
Veturia soy, que otra vez
Con las quejas que dispuse,
Con los extremos que hice,
Tu hijo y mi amante ilustre
Se puso en arma, moviendo
A civiles inquietudes
Los corazones que hoy
A mas quietud restituye.
No te espante que esta voz
Con que aconsejarle pude
Entónces iras y muertes,
Paces y vidas pronuncie.—
(*A los romanos.*)
Y como aquellas seguistes
Cuando aquellas os propuse,
Seguid estas cuando estas
Os proponga: no os acuse
La malicia cuando diga
Que daño y remedio truje,
Que persuadir pude al daño
Y que al remedio no pude.
Y pues ya nuestras desdichas
Claramente nos arguyen
Que donde la industria vence
Es todo el valor inútil,
A la piedad apelemos.
Sabino es rey tan ilustre,
Tan magnánimo varon
Es, Aurelio, que no dudes
Que si á tus plantas te postras,
Tantas vidas asegures;
Que el capitan generoso,
Cuando de serlo presume,
Se contenta con que el golpe
Señale, sin que ejecute.
Rindámonos á partido
Que las vidas asegure;
Porque entrando á sangre y fuego
Sus huestes, sin que las culpen
De rigor, en nuestra sangre
Con tiranas inquietudes
Ejercitarán su saña,
Si el hambre que nos consume
Sangre ha dejado en las venas
Que sus aceros deslustre.
Sabina soy de nacion:
Experiencia dellos tuve
Que jamas en el rendido
Lucen las ingratitudes.

FLAVIO.

Dices bien: lance es forzoso
De la guerra que se excuse
La muerte de tantas vidas,
Pues no infame se presume
El que al rigor de la suerte
Se rinde.

AURELIO.

Porque no acusen
Que no tomo tu consejo
Alguna vez, desarruguen
Blancas señales de paz
Sobre aquellos balaustres.
Yo mismo (porque no es bien
Que ningun riesgo rehuse)
De parte iré del Senado
A ver si á paz se reduce
El sabino. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VETURIA, ENIO, FLAVIO, ROMANOS.

VETURIA.

Yo entre tanto
El tumulto que confunde
A voces el aire, haré
Que aguarde lo que resulte. (*Vase.*)

ENIO.

Sí harás, Veturia. — ¡Oh mujeres!
¡Oh con cuántas prontitudes
Vuestra voz en nuestros pechos
El bien y el mal introduce!

VETURIA. (*Dentro.*)

Bellas matronas de Roma,
Gran plebe, nobles ilustres,
Esperanza hay de las vidas:
No os aflija, no os angustie
La necesidad de hoy,
Pues, rendidos, no se dude
Que los sabinos son nobles
Y de las piedades usen.

ROMANOS. (*Dentro.*)

Esperemos la respuesta.

VETURIA. (*Dentro.*)

Y si á la piedad no acuden,
Entreguémonos, aunque
Sabinos de Roma triunfen.

(*Vánse.*)

—

Vista exterior de Roma.

ESCENA IX.

Tocan cajas, y salen CORIOLANO, SABINO Y SOLDADOS SABINOS.

CORIOLANO.

Entre las voces que oí
Repetidas de los vientos,
Cuyos míseros lamentos
Llegar pudieron aquí,
Solo tu nombre entendí,
A quien victorioso aclama
La fama que se derrama
Por sus esferas veloz;
Y aun para tí es poca voz
Todo el clarin de la fama.

SABINO.

No es mucho, no, que mi altiva
Gloria articular presumas,
Si tú le has dado las plumas
Con que vuele y con que escriba.
En tí la opinion estriba
De mi triunfo, de tí alcanza
Nueva gloria mi esperanza:
Sea con un albedrío
El agravio tuyo y mio,
Mia y tuya la venganza.

UN SOLDADO.

Dese gran muro romano,
En señal de paz, abierta
¡Oh Rey invicto! una puerta,
Salió un venerable anciano.
Besar pretende tu mano.

SABINO.

¿Qué será aquesto?

CORIOLANO.

Embajada
De la ciudad enviada,
Que intenta darse á partido.
Licencia, señor, te pido
Para no mirar postrada
Tanto á mi patria.

SABINO.

Eso no:
Tu honor mi amistad desea,
Y quiero que Roma vea
Que mas que ella te quitó,
He sabido darte yo.
Recibe al romano aquí,
Porque pretendo que á tí
Hoy la embajada te dén;
Que á tí, Coriolano, es bien
Que te hablen por tí y por mí.
Recíbela tú, y fiél
Con los dos cumple este dia:
Pues la causa es tuya y mia,
Sé piadoso y sé cruel.
Toma mi cetro y laurel,
Toma mi anillo; y testigo
Sea Roma de que contigo
Parto mi cetro y mi trono;
Que á quien perdonas perdono,
Y á quien castigas castigo.

CORIOLANO.

Ménos consuelo así arguya
Roma, pues pude este dia
Remitir la ofensa mia,
Y ya no podré la tuya;
Que no es bien que me concluya
En que usé mal honras tantas.

(*Vanse Sabino y los soldados.*)

ESCENA X.

AURELIO, *conducido por* UN SOLDADO. — CORIOLANO.

SOLDADO.

Allí está.

AURELIO.

Dame tus plantas...
Pero ¡qué es esto que miro!

CORIOLANO.

(*Ap.* ¡Mi padre es! ¡Qué bien me admiro!)
¿De qué te turbas y espantas,
Romano?

AURELIO.

De verte así
Ha sido mi suspension.

CORIOLANO.

Mudanzas del tiempo son.
A lo que has venido di.

AURELIO.

No vengo á buscarte á tí;
A Sabino vengo á hablar.

CORIOLANO.

Pues yo estoy en su lugar:
Sombra de sus rayos soy.
Por él en su trono estoy.

AURELIO.

Pues escucha, á mi pesar.
Roma, fénix sin segundo,
Que hoy pobre y mísera yace,
Y de sus cenizas nace
A ser cabeza del mundo;
Roma, de cuyo fecundo
Seno que ha nacido, advierte
(*Ap.* ¡Fuerte horror! Desdicha fuerte!)
El hijo que la asoló,
Y cual víbora engendró
En las entrañas su muerte;
Salud, Sabino, te envía,
Y dice que pues mayor
Aplauso del vencedor
Es no usar de tiranía;
Que des piadoso este dia
Favor á sus desconsuelos,
Des alivio á sus desvelos;
Pues sin que padezca mas,
Vitorioso obligarás
Hoy á Roma y á los cielos.
Ménos triunfo no ha de ser
Este, pues si haces memoria,
No está en vencer la vitoria,
Sino el poderla tener.
Ella te quiere ofrecer
Feudo...

CORIOLANO.

¡Qué escucho! ¡Ay de mí!

AURELIO.

¿Haste enternecido?

CORIOLANO.

Sí.
Pero sus penas y enojos,
Si hallan piedad en mis ojos,
No le hallará Roma en mí.
Y así á Roma le dirás
Que hoy tan afligida muere,
Que piedad ninguna espere
De aqueste brazo jamas,
Pues tú mismo la verás
Asolada, pero no
Perdonada: si obligó
A que en mí piedad se vea,
Cuando yo su ruina sea,
Lloraré su ruina yo.

AURELIO.

¡Esa respuesta me has dado!

CORIOLANO.

Esto responde mi honor.

AURELIO.

¿Quién te dió tanto rigor?

CORIOLANO.

El padre que me ha engendrado.
Padre y juez en un estrado,
Fué jüez, y padre no.
Si él á ser padre faltó
Por ser juez aquella vez,
¿Qué mucho, por ser jüez,
Que falte á ser hijo yo?

AURELIO.

El procedió cuerdo y sabio,
Pues ejerció la justicia
Castigando una malicia.

CORIOLANO.

Yo castigando un agravio.

AURELIO.

El con la pluma y el labio,
Que lavó un delito, piensa.

CORIOLANO.

Yo lavo una injuria inmensa.

AURELIO.

El con valor y disculpa
Ya satisfizo una culpa.

CORIOLANO.

Yo satisfago una ofensa.

AURELIO.

¿Quién te ha dicho que es valor
El ser uno vengativo?

CORIOLANO.

Yo, que hasta vengarme, vivo
Con aplauso y sin honor.

AURELIO.

Ese es engaño, es error;
Que si á vengarte te ofreces,
Hoy dos baldones padeces,
Pues tu honor (el cielo es juez)
Por restaurarle una vez,
Le habrás perdido dos veces.

CORIOLANO.

De mi acero despojado,
De mi honor destituido,
Seco el laurel adquirido
Y roto el baston ganado,
Laurel, cetro, espada he hallado
En quien de mi parte está:
Mira si justo será
En quien honor solicita,
Por dárselo á quien lo quita,
Quitárselo á quien lo da.

AURELIO.

Ya que así te persuadieres,
Mira que es Roma tu madre,
Mira que soy yo tu padre.

CORIOLANO.

Tú has dicho que tal no eres.
Si te creo, ¿qué mas quieres?

AURELIO.

Advierte...

CORIOLANO.

Ya lloras tarde.

AURELIO.

¿No hay remedio?

CORIOLANO.

Ni se aguarde.

AURELIO.

Mira, ¡oh jóven imprudente!
Que ser de enojo valiente
No es dejar de ser cobarde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ASTREA, SABINO. — CORIOLANO, MORFODIO.

ASTREA.

No he visto valor igual.

SABINO.

A mí me han enternecido
Lágrimas, que no han podido
Vencer hoy tu natural.

CORIOLANO.

Por ser contigo leal,
Ingrato tengo de ser
Con mi patria, y la has de ver,
Con horror y espanto sumo,
Envuelta en cenizas y humo
Antes del amanecer.
(*Tocan dentro cajas.*)
Pero ¿qué rumor es este?

MORFODIO.

Si deja determinarse,
Despeñado allí un soldado
Desde el muro al campo cae.

CORIOLANO.

Aqueste es Enio, mi amigo.
(*Ap.* ¡Valedme, cielos! que es grande
Desdicha escuchar desdichas
A un amigo tras de un padre.)

ESCENA XII.

ENIO. — DICHOS.

ENIO.

¿Está Coriolano aquí?

CORIOLANO.

Sí, aquí me tienes delante.

ENIO.

Pues escucha á lo que vengo.
Habiendo en desdichas tales
Visto lo que respondiste
Al senador que de parte
De la nobleza de Roma
Te vino á hablar esta tarde;
Yo, cabeza de la plebe,
Por toda ella vengo á hablarte,
Tan ciego y desesperado,
Que viendo que no me abren
Las puertas á tiempo, quise
Desos muros arrojarme
Por llegar ántes, señor,
A tus piés, por llegar ántes
Con lástimas á moverte,
Con desdichas á obligarte.
Roma, tu patria infeliz,
Humilde á tus plantas yace,
O por instantes viviendo
O muriendo por instantes.
¿Ves ese soberbio muro
Que intrépido y arrogante
Con la frente abolla el cielo,
Con el bulto estrecha el aire?
¿Ves ese olimpo de piedras,
Ese monte de pilares,
Esa coluna de acero,
Ese Encélado de jaspe?
Pues no muro, pues no olimpo,
No coluna ni gigante
Es ya; monumento sí,
Que entre sus cenizas yace,
Pues son de los hijos suyos
Sepulcro todas las calles.
Si eres noble, si no son
Tus entrañas de diamante,
Pues dicen que está en tu mano
Que perdones ó que mates,
Muévante tantas desdichas,
Muévante tantos pesares;
Y cuando ofendido quieras
De la nobleza vengarte,
¿Qué culpa tuvo la plebe
Que se puso de tu parte,
Que te ayudó en tus fortunas
Y lloró despues tus males?

CORIOLANO.

Enio, si al embajador
Respondí severo y grave,
Fué porque á la pretension
El Rey no estaba delante,
Y así pude yo, en su ausencia,
Castigarle ó perdonarle.
Pero estando el Rey aquí,
No soy para nada parte,
Porque en presencia del sol,
Luz de una estrella no arde.

SABINO.

Pues ya que el lucero mio
Eres, porque no te falte
Luz jamas, me ausentaré
De tí, solo por mostrarte
Cuánto estimo que tú luzgas,
Aunque, pues has de quedarte,
Mis rayos quedan contigo:
Y así, en confusiones tales,
Yo sol, mis rayos te doy,
O ya alumbres, ó ya abrases.
(*Vanse el Rey y la Reina.*)

MORFODIO. (*Ap.*)

Sin duda que desta vez
Roma ha de quedar triunfante. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CORIOLANO, ENIO.

ENIO.

Ya, señor, que de mi vida
Eres dueño, no me falten
Las esperanzas que truje,
Fiadas de amistad tan grande.

CORIOLANO.

Enio, no soy de tu vida,
A pesar de mis piedades,
Arbitro. Saben los cielos,
Y aun mis desventuras saben,
Que soy tu amigo, y que aquí
Quisiera, hecho dos mitades,
Partir mi vida contigo,
¡Ay Enio! para mostrarte
Que siendo una parte mia,
No perdonaba esa parte.
Dile á Roma que, aunque el Rey
Tan grandes finezas hace
Que me fia los rigores,
No me fia sus piedades,
Pues que con ellas me obliga
Más á que con Roma acabe.
Que mi agravio le perdono,
Ya con las iras afable;
Pero que el del Rey no puedo;
Porque fuera error notable
Que de los agravios suyos
Él me alumbre, y yo me abrase.
Y dile á Roma, en efeto...
— Pero de decir no trates
Mas de que, llorando, Enio,
Me ausento por no mirarte;
Que si ella sabe que lloro,
Ya por lo que lloro sabe. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ENIO.

Oye, escucha, espera: advierte
Que son rigores notables,
Ya que agrados no merezco,
Que yo merezca crueldades.
Miserable patria mia,
Las puertas á un hijo abre,
Que viene á morir en tí,
Antes, ¡infelice! ántes
Que fiera de tus entrañas,
El sentimiento le mate.
(*Dirígese á la puerta de la ciudad.*)

ESCENA XV.

AURELIO; *luego* ENIO, VETURIA Y ROMANOS.

AURELIO. (*Dentro.*)

Albricias, Roma; sin duda
Enio buenas nuevas trae,
Pues con tanta priesa llega
A pediros en tal trance
Que le abran la puerta.
(*Salen Aurelio, Veturia y romanos.*)

ENIO.

¡Oh cuánto
Hoy el deseo persuade!
Porque á nuestro parecer
Cualquiera ventura es fácil.

AURELIO.

Enio, seas bien venido.

VETURIA.

Enio, ¿qué nuevas nos traes?
¿Estamos ya perdonados?

AURELIO.

¿Posible es que no nos hables?

VETURIA.

¿Hay piedades?

ENIO.

No hay clemencia:
Mirad cómo habrá piedades.
Ese prodigio, ese monstruo,
Esa víbora, ese áspid,
Que nació para romper
Las entrañas de su madre,
Desconsolado me envía,
Diciéndome que no es parte
A remitir las ofensas
De los sabinos infames.
Morirémos en fin.

VETURIA.

Tente,
No pases mas adelante;
Y si habemos de morir
No nos vendamos de balde.
¿Cuál es la tienda que encierra
La causa de tantos males?

ENIO.

Esa que miras.

VETURIA.

Pues todos
Os retirad y escuchadme.—
(*Retíranse.*)
¡Romano aborrecido,
Sabino desdichado,
Que de su patria echado
Y en la ajena admitido,
Con varios pareceres
Ni eres romano ni sabino eres;
Hijo en efecto ingrato,
Falso amante y amigo,
Que haciendo al sol testigo,
Amante, hijo y amigo en un instante,
Ni eres amigo, ni hijo, ni aun amante;
Monstruo de la fortuna,
Prodigio de la guerra,
Asombro de la tierra,
Imágen de la luna,
Espanto de la fama!...

ESCENA XVI.

CORIOLANO. — VETURIA; ENIO, AURELIO Y ROMANOS, *retirados*.

CORIOLANO.

Aquestas son mis señas: ¿quién me llama?

VETURIA.

Yo soy la que te llamo,
La que tu nombre infamo,
La que de tí ofendida,
Vengo á tus ojos á perder la vida.
¿Tú eres noble? ¿Tú eres
Quien fué por mil renombres
El honor de los hombres,
La paz de las mujeres,
La gloria de la fama?
Miente mil veces quien así te llama,
Pues hoy...

CORIOLANO.

Si vengativo
Con mi patria peleo,
Si sus ruinas deseo,
Si su fin apercibo...

VETURIA.

Cuando olvidarme de mi error quisie-[ra,
No me lo digas tú. Detente, espera:
Déjame hablar.

CORIOLANO.

No puedo;
Que tengo á tu voz miedo.
La furia ó el desden que me provoca,
Escúchese en mi boca, no en tu boca.

VETURIA.

Á mas penas me obligas,
Pues me obligas, matándome, á que [calle.

CORIOLANO.

Mi agravio no rehuso yo escuchalle;
Solo rehuso yo que tú lo digas.

VETURIA.

Pues de mí lo has de oir.

CORIOLANO.

Ya será en vano.

VETURIA.

Traidor sabino, no leal romano,
¿Son estos los blasones
Que te debo? ¿La injuria
Que de mi amor?... (*Llora.*)

CORIOLANO.

¡Veturia!...
Acortemos razones
¿Qué pretendes?

VETURIA.

Que viva Roma altiva.

CORIOLANO.

¿Eso pretendes?

VETURIA.

Sí.

CORIOLANO.

Pues Roma viva.
Porque no es hombre honrado,
Noble ni bien nacido,
Valiente ni entendido,
Ni docto ni soldado
El que grosero niega
A una mujer cuando llorando ruega;
Que lágrimas y enojos
Siempre, Veturia, han sido
Encanto del oido
Y encanto de los ojos:
Unidos voz y llanto,
¿Quién podrá resistir hechizo tanto?
Viva Roma triunfante,
Pues su vida codicias.

VETURIA. (*Á los romanos.*)

¡Dame, gran Roma, albricias!
Firme quede y triunfante
Nuestra gran fama altiva.
¡Roma viva, romanos!

ROMANOS.

¡Roma viva!

AURELIO.

Y todos á tus plantas...

ENIO.

Postrados...

AURELIO.

Detenéos;
Que de tantos trofeos,
Que de victorias tantas
Como la fama en láminas escriba,
Veturia es la ocasion.

TODOS.

Pues ¡Roma viva!

ESCENA XVII.

SABINO, ASTREA, MORFODIO, SABINOS. — DICHOS.

SABINO.

¡Qué horribles, qué extrañas voces
El aire hermoso suspenden,
Y llegando á mis oidos,
O me turban ó me ofenden?
¿Qué alborozo, Coriolano,
Todo el ejército mueve,
Diciendo que Roma viva?

CORIOLANO.

Usando de los poderes
Que me has dado, la piedad
Que con tus rayos me ofreces
Me ha obligado, gran señor,
Que hoy por tí alumbre y no queme.

SABINO.

No prosigas, Coriolano.
¿Qué dices? Espera, tente.
¿No me dijiste que habias,
Vengativo, altivo y fuerte,
Por mi ofensa, cuando no
Por la tuya, viva siempre,
Negado la libertad
A la nobleza y la plebe
De Roma, viniendo á hablarte
Tu padre y tu amigo?

CORIOLANO.

Advierte
Que nunca dije que habia
Negádosela rebelde
A mi dama; porque un hombre
Negar puede justamente
Lo que le pidió, si es noble,
A su padre, á sus parientes,
A sus amigos y hijos;
Pero á su dama no puede.

MORFODIO.

Es verdad; que aunque son feas,
Les basta que son mujeres.

CORIOLANO.

Veturia me lo ha pedido.
Si de mirarme te ofendes
Liberal, pague mi vida
Lo que mi vida te debe.
Mas ántes que muera, quiero,
Porque mi opinion ofendes,
Decirte las condiciones
Con que Roma á tus piés viene.
Las mujeres que robadas
Tuvieron tiranamente,
Puestas en su libertad
Se han de ver todas, pues este
Es pretexto de la guerra
Que haces á Roma.

SABINO.

Detente;
Que aunque yo vine á vengarme
De aquella traicion aleve,
No á cobrar vine y llevar,
Coriolano, las mujeres;
Pues los sabinos no son
Tan villanos, que pretenden
Sacarlas de ajenos brazos
Para sí; que es indecente
Venir uno en sus agravios,
Ni sé que haya hombre que llegue
A recibir con caricias
A una mujer de quien puede
Darse á presumir siquiera
Que de ajenos brazos viene.
Yo estoy vengado con que
Roma viva á mis mercedes,
Pues el poderme vengar
Me basta, aunque no me vengue.

VETURIA.

Ni nosotras, aunque estamos
Cautivas (¡ay triste suerte!)
Volverémos con vosotros:
Sea el argumento este.
O nos admitis ó no.
. . . .
¿Habrá tan necias mujeres
Que quieran ver que los hombres
Las baldonen y desprecien?
Y si al fin nos admitis,
¿Qué mujeres, qué mujeres
Harán caso de unos hombres
Tan infames, que no pueden
Darse á presumir que ignoran
Agravios en que ellos vienen,
Pues los que pasan por ello,
Es decir que lo consienten?
En Roma hemos de quedarnos
A morir ó vivir siempre.

CORIOLANO.

Pues eso ha de ser con todos
Los privilegios siguientes;
Que estos quiero que se guarden.

VETURIA.

La fama tu gloria cuente.

CORIOLANO.

Que os han de restituir
Las joyas que os enriquecen,
Las galas que os hermosean,
Púrpura vistiendo alegre,
Y prendiendo los cabellos
Con mil lazos diferentes,
Que rayos del sol parezcan
Entre rosas y claveles.
Que el hombre que á una mujer,
Donde quiera que la viere,
No la hiciere cortesía,
Por necio y grosero quede;
Y que podais, si ofendidas
De vuestros maridos fuereis,
Castigar, como los hombres,
Su adulterio con la muerte;
Y por mayor privilegio,
Mas grave y mas eminente,
Pues yo por una mujer
Sin honra me vi, se entregue
Todo el honor de los hombres
Al poder de las mujeres,
Porque han de ser absolutos
Dueños de la honra siempre.
Y con estas condiciones
Que Roma ufana concede,
Este, señor, es tu anillo,
Tu laurel, Sabino, es este:
Yo sin él triunfando quedo,
Tú con él triunfante quedes.
Roma queda agradecida,
Yo con tu piedad alegre,
Porque entre los dos partimos
Aplauso tan excelente
Como ver restituidas,
Ufanas y honradas siempre
En sus heróicos y grandes
Privilegios, las mujeres,
Para que dellas merezcan
El perdon, si es que no hubiesen
Servido los tres ingenios
Como la beldad merece.

POLIFEMO Y CIRCE[1],

COMEDIA DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA, DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN

Y DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS.

POLIFEMO.
ULÍSES.
ÁCIS.
TURSELINO.
CIRCE, *encantadora.*
IRENE, *dama.*
TISBE, *dama.*
CHITON, *gracioso.*
GALATEA, *pastora.*
ÍRIS.
GRIEGOS.
NINFAS, CÍCLOPES, MÚSICA.

La escena es en Trinacria, ó Sicilia.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON ANTONIO MIRA DE MÉSCUA.)

Mar y costa de Trinacria.

ESCENA PRIMERA.

ULÍSES, ÁCIS, TURSELINO Y OTROS GRIEGOS, *en una nave.*

ULÍSES.

Sagrado dios Neptuno,
¡Griegos ofendes á pesar de Juno!
¡Piedad, dios soberano,
Que en montañas de espuma dejas cano
Este reino de plata,
Cuyos abismos tu furor desata!

ÁCIS.

Enfrene tu tridente
Vientos que erizan tu nevada frente.

TURSELINO.

Ya con fuerza mas grave
El viento sopla que batió la nave.

GRIEGO 1.°

Naufragios nos promete.
Amaina la mayor, caza el trinquete.

GRIEGO 2.°

Al cielo casi sube.
Estrella es el farol, el bajel nube.

ÁCIS.

Fatal es este dia,
Ulíses, porque el viento es travesía.
Rasgando están los senos
Las nubes con relámpagos y truenos;
Los rayos abortados
En giros por los aires arrojados
Rompiendo están los montes.

ULÍSES.

De sombras y de horror los horizontes
Se visten, y del dia
Confunde el resplandor triste armonía.

GRIEGO 1.°

En tan confusa guerra
Celajes se descubren. ¡Tierra, tierra!

ULÍSES.

¡A Júpiter adoro!
La arena besaré de perlas y oro.
(*Tocan y desembarcan.*)

ÁCIS.

Confusos bosques miro,
A quien el mar salobre baña en giro
Por ásperas riberas,
Lóbrega habitacion de ocultas fieras.

ULÍSES.

Mirad si habita gente
Esa montaña que empañó la frente
Al orbe de la luna, [na.
Donde hoy nos derrotó nuestra fortu-

GRIEGO 1.°

Peña, tronco ni gruta
Que el verdinegro mar reserve enjuta,
Perdonará la vista.

TURSELINO.

Una águila seré que al sol resista.
(*Vanse los griegos.*)

ULÍSES.

Vaya Chiton.

CHITON.

Y es razon,
Porque si con ellos fuere,
No callaré lo que viere,
Aunque me llamo Chiton. (*Vase.*)

ESCENA II.

ULÍSES, ÁCIS.

ÁCIS.

Horror dan estas selvas,
No coronadas, no, de madreselvas;
No vestidos sus riscos
De madroños hermosos ni lentiscos,
En quien besan las olas
Que el mar desata, bellas amapolas,
Con callados requiebros;
Antes las ciñen pálidos enebros.
No corren linfas puras,
Antes las ondas pálidas y obscuras,
En curso tardo y feo
Pedazos me parecen del Leteo.

ULÍSES.

¿No ves en varios puestos
Escuadrones de pájaros funestos
Que gimen y no cantan,
Y de los rayos de la luz se espantan?
¿No escuchas los bramidos
En el lóbrego viento detenidos,
Porque su densa esfera
No les deja romper y salir fuera,
Y así en cóncavos huecos
Se quiebran, repitiendo sordos ecos?

ÁCIS.

Contra nosotros viene [ne!
Presuroso un leon.—¡Qué aspecto tie-
(*Sale un leon.*)

ULÍSES.

La espada con que Aquíles
Maravillas obró y hechos gentiles
Asombro dará eterno,
Si desata sus furias el infierno.

ÁCIS.

El bruto humildemente
La melena ha postrado de su frente,
Y con piadosas señas
Las guedejas sacude entre las peñas.

ULÍSES.

¿Eres fiera? ¿Eres hombre, [bre?
Que acaso te han quitado forma y nom-

ÁCIS.

Que sí te ha respondido.

ULÍSES.

¿Si es compañero nuestro[2]?

ÁCIS.

Dice que sí, y veloces
Vuelve las plantas. Mal formadas voces
En el viento derrama;
Que se quiere quejar, y en vano brama.

ULÍSES.

¿Si son las selvas estas
De Circe la cruel?

ÁCIS.

Sí, que funestas
Amenazan los cielos,
Oponiendo á su luz pintados velos.
(*Suena música en lo alto.*)

ULÍSES.

¡Júpiter poderoso!
Si náufrago en el mar tan proceloso
Las sirtes he pasado,
Los Cilas he vencido y sujetado,
Si en vano el viento mueve
En campos de zafir montes de nieve,
¿Por qué en la tierra ordenas
Que escuche por mí mal otras sirenas?
Si el incendio y la ruina
De Troya ha de vengar fuerza divina,
Tú, solo y soberano,
Desata una centella de tu mano,
Y no pueda vencerme
La que en las flores de beleño duerme,
La Circe rigurosa, [sa.
Que á las fieras imita aunque es hermo-

[1] Es el original de *El mayor encanto amor.*

[2] Verso suelto en una escena toda de pareados.

ESCENA III.

ÍRIS, *que aparece en el aire.*—ULÍSES, ÁCIS.

ÍRIS. (*Canta.*)

Pasó el rigor de Neptuno
En los campos de cristal,
Y ya el Iris celestial
Es mensajero de Juno.
Ulises, Juno te envía
Este ramo y estas flores,
Que en encantos y en amores
Tendrán poder este dia,
Porque es su virtud tan fuerte
Que deshace con espanto
Lo funesto del encanto,
Lo pálido de la muerte.
Toca el mas esquivo pecho
Y el veneno mas constante,
Que el uno verás amante
Y el otro verás deshecho.
Toma, Ulíses, y los dioses
Tu inmortal fama refieran.
Gloria y fatigas te esperan.
Queda en paz, y no reposes.
(*Desaparece.*)

ESCENA IV.

ULÍSES, ÁCIS.

ULÍSES.

Iris bella, reverencio
Tus consejos y tu don:
Responda la admiracion,
Agradézcalo el silencio.—
Acis amigo, este ramo
Hoy he de partir contigo,
Porque sepas que tu amigo,
Mejor que Ulíses, me llamo.
Toma, toma, y deste modo
Vida te doy y salud,
Si es que asiste su virtud
En las partes y en el todo.
Mas si asiste: alentar puedes;
Que una suprema deidad
Ni abrevia su potestad
Ni limita sus mercedes.

ESCENA V.

TURSELINO; *despues*, MÚSICA.—ULÍSES, ÁCIS.

TURSELINO.

Dese palacio que empina
Entre murtas y laureles
Al cielo en sus chapiteles
Láminas de plata fina,
Sale agora una mujer
De aire y brio tan inmenso
Y tan gallardo, que pienso
Que Circe debe de ser.

MÚSICA. (*Dentro.*)

En hora dichosa venga
A los palacios de Circe
El rayo de los troyanos,
El discreto y fuerte Ulíses.

ESCENA VI.

CIRCE, NINFAS. — ULÍSES, ÁCIS, TURSELINO.

CIRCE.

Mas culto desde hoy prevengo
Al curso de las estrellas,
Porque he sabido por ellas
Quién es el huésped que tengo.
Brutos y plantas celebran
El gozo que á verte truje:
La arboleda cuando cruje,
Las fuentes cuando se quiebran,
Los pájaros cuando cantan
Y cuando braman las fieras,
Ulíses dicen, porque eras
Su esperada gloria.

ULÍSES.

Espantan
Tus lisonjas y hermosura.
¿Eres Circe?

CIRCE.

Circe soy,
Que apénas crédito doy
A mi gusto y mi ventura,
Y que muero si no cabe
En mi humilde pecho mas.
Cansado, Ulíses, vendrás:
Bebe este néctar süave,
Que te dará en un momento
Nuevo gusto y alegría.
Apolo, padre del dia,
Cuando al húmedo elemento
Llega su plaustro, lo bebe,
Y con aliento bizarro
Gira el pértigo del carro
Por círculos de oro y nieve.
(*Ap.* Veneno trae su bebida.)

ULÍSES.

(*Ap.* Amagos son de la muerte
Sus regalos.) Desta suerte
Doy mas edad á la vida.
(*Moja las flores y bebe.*)

CIRCE.

(*Ap.* Bebe, insensato; que así,
Así verá mi poder
Si en fiera te sé volver.)
¿Es sabroso el néctar?

ULÍSES.

Sí.

CIRCE.

Agora, cobarde griego,
Con lágrimas y pesares
Verás que en cielos y mares
Sé hacer abismos de fuego.
Verás que en el vago viento
Imágenes formo bellas,
Y obscurezco las estrellas,
Lunares del firmamento.
Hoy en bruto convertido
Admirarás mi poder,
Y un ánimo de mujer
A Júpiter parecido.—
¡Hola, llevadlo de aquí
Entre esas humanas fieras
Que pacen en las riberas
El narciso y alelí.

ULÍSES.

Engañada, Circe, estás.
Si tu saber es inmenso,
Castigar el uso pienso;
Que sé mas y puedo mas.
Morir debes, y mi mano
No perdone una mujer,
Pues la mato con poder
De Júpiter soberano. (*Saca la daga.*)

CIRCE.

(*Ap.* ¡Qué es esto, Fortuna! ¿ansí
Limitas saber eterno?).
Cielos, montes, mar, infierno,
¿Cómo no tembláis de mí?—
Detente, griego, detente: (*De rodillas.*)
No ministre, no, el furor
Ese acero; que el rigor
No es virtud en el prudente.
Confieso que sabes mas,
Pues que su fuerza ha perdido
El veneno que has bebido,
Y confieso que me das
Muerte digna; pero advierte
Que á aquel que heróico se llama,
Da el laurel, da el nombre y fama
La victoria, no la muerte.

ULÍSES.

Si eso sabes, como debo
Seré piadoso y süave.

CIRCE.

Obrar mal el que bien sabe
No es en el mundo muy nuevo.

ULÍSES.

Trae mis compañeros.

CIRCE.

Vengan
Cuando riguroso estás
Contra mí, porque haya mas
Que tu cólera detengan.

ULÍSES.

Yo te perdono. Levanta,
Porque igualmente enamora
Una hermosura que llora
Y una sirena que canta.

CIRCE.

¡Cómo mi pecho has mudado!
Ser tuya, Ulíses, deseo.
O esa piedad que en ti veo,
O el ramo que me ha tocado...
Mas ¿qué mucho que á tu frente
Dé el amor esta corona,
Si enamora el que perdona,
Porque es la accion mas valiente?

ESCENA VII.

CHITON Y GRIEGOS.—DICHOS.

GRIEGO 1.°

Ya del rigor cauteloso
Desatados los sentidos,
Nos vemos restituidos
A la luz del sol hermoso.

GRIEGO 2.°

El que te avisé leon,
Hombre ya ves á tus piés.

GRIEGO 1.°

Sierpe he sido.

ULÍSES.

Imágen es
De tu fiera condicion.

CHITON.

Yo fuí un bruto, que al comer,
Bellotas apetecía,
Y queriendo hablar gruñía:
Mirad lo que puede ser.

ULÍSES.

Bárbara mujer, ¿es justo
Hacer de los hombres fieras?
¿Más celebrada no fueras
Y tu nombre mas augusto,
Obrando bien? Si Dios hace
Esta forma á su modelo,
¿No es enemigo del cielo
Quien la borra y la deshace?
Esta vitoria me deba
Isla de encantos tan fieros.
Ya, libres mis compañeros,
Alto al mar: toquen á leva.
(*Tocan.*)

CIRCE.

No huyas, griego, no alejes
Un bien que el amor me dió,
Porque no soy Troya yo

Para que ardiendo me dejes.
No es vitoria huir. Advierte...
—Si todos matan siguiendo,
Tú me matarás huyendo,
Que es nuevo modo de muerte.

ULÍSES.

(*Ap.* Ambos con mutua terneza
Muriendo estamos de amores:
Ella en virtud de mis flores,
Yo en virtud de su belleza.)
Acepto mercedes tantas.

CIRCE.

Pídanme albricias y dén
A mi dicha el parabien
Fieras, aves, flores, plantas;
Que glorias tan deseadas
Que posibles no parecen,
Hallar aplauso merecen
En cosas inanimadas.
Ayúdenme á celebrar
Mi bien todos los vivientes,
Con sus arrullos las fuentes,
Con sus bramidos el mar.
Aunque sé de dónde vienes,
Porque excedo á muchos sabios,
Quiero oirlo de tus labios.

ULÍSES.

Oye, si ese gusto tienes.
Cuando Páris robó á la hermosa Elena,
Coléricos los griegos, como sabios
Sintieron de su rey la ardiente pena,
Y vengar propusieron sus agravios.
Todos supimos cómo el hado ordena,
Abriendo los oráculos sus labios,
Que la infelice Troya no podia
Ser abrasada sin la industria mia.
Rey de las islas Ítacas me llamo:
Amaba yo á Penélope mi esposa...
¿Amaba? dije mal: sus ojos amo
A pesar de la ausencia rigurosa.
Al fin, temí dejarla: en esto infamo
Mi nombre y mi grandeza generosa;
Que para no perder tanta hermosura,
Con verdadero amor fingí locura.
La industria no bastó: fuí persuadido,
Y las guerras troyanas he pasado:
Mi ingenio y mi valor la causa han sido
De que el troyano Ilion fuese abrasado.
¿Cómo entónces el cielo no ha llovido,
Si estaba en sus desdichas lastimado?
Mas era necesario que arrojase
Un piélago que el Asia se anegase.
Tanto era el fuego y era el humo tanto,
Que con la obscuridad y las centellas
Parecia que el mundo al cielo santo
Dispensaba la noche y las estrellas.
La esfera de los signos con espanto
Un velo á las imágenes mas bellas
Corrió con turbacion, segun presumo,
Porque mancharlas no pudiese el humo.
Hecha Troya ceniza, que aun señales
De su pasada pompa no quedaron,
Coléricos los ojos inmortales
De Vénus y Neptuno me miraron.
Embarcámonos pues, y los cristales
Del Tirreno crujieron, y quebraron
Sus ondas por tragarse mis bajeles
Coronados de flores y laureles.
Hace Vénus que el mar montes esgrima
Y el aire tronador escupa balas,
Porque mi leño peregrino gima,
Rotas las velas que le fuéron alas.
Náufrago pues, de un clima en otro clima,
Con piedad y favor de Juno y Pálas
A España discurrí; que en su occidente
Dejo fundada una ciudad valiente.
Mi trémulo bajel que titubea,
Aquí y allí impelido de los vientos,
Y ya por descansar morir desea,
Perseguido de dioses y elementos,
A esta selva llegó, que obscura y fea,
La oficina feroz de los tormentos
Me pareció, causándome desmayos
Hasta asomar esos divinos rayos.
Sigo estrella fatal: á Troya abraso,
Injurias satisfago, al mar me atrevo,
Engaño las sirenas, sirtes paso,
Venzo los Cilas, sus blasones llevo,
Doy á Escila temor, voy al ocaso,
Climas discurro, soy segundo Febo,
Imperios fundo, paz á Vénus pido,
Y solo de tus ojos soy vencido.

CIRCE.

Si mis grandezas ignoras,
No me espanto, no te culpo;
Pero escucha, porque sepas
Quién es Circe.

ULÍSES.

Ya te escucho.

CIRCE.

Prima nací de Medea,
Aquella que pára el curso
De los astros y penetra
Esos cóncavos profundos
Del mar. Mis reinos dejé,
Donde poder absoluto
Me dió el hado, y á Trinacria
Me trae la piedad de Juno,
Y entre esos montes y valles
Tan amenos como obscuros,
Palacios que el sol envidia
Con arte mágica fundo.
Sospecho que la fortuna
Me arrojó en parto fecundo,
Y que en Cólcos me engendraron
Todos los planetas juntos,
Porque en mi favor á todos
Los hallo si los consulto,
Porque infausta oposicion
Hallar no supe en alguno.
La luna, siempre inconstante,
De tal suerte se dispuso,
Que la inclinacion dudosa
Llevó á las ciencias Mercurio.
Dióme Vénus hermosura,
Y el bello planeta rubio
Tesoros que desprecié;
Marte el corazon robusto;
Júpiter los pensamientos
En mí ha engendrado; que juzgo
Que aunque adorados se vieran,
No lo estimaran en mucho.
Atrocidades, delitos,
Traiciones, muertes, insultos,
Me agradan; que estos extremos
Aun no perdonó Saturno.
De las ciencias mas me agrada
La mágica, en quien arguyo
Por caractéres y sombras
Todos los casos futuros.
Por darme á mi inclinacion,
Dejo el poblado y procuro
Las soledades, en quien
Siempre maravillas busco.
Reina soy destos desiertos,
Viviendo de lo que hurto,
Dedicando á varios tiempos
Los robos y los estudios.
Aquí al terminar el dia,
Del sol considero el curso,
Y el de la luna contemplo
En el silencio nocturno.
No hay astro fijo ni errante
De celestiales influjos,
Que no penetre, borrando
Paralelos y coluros.
Con la ciega inclinacion
Deste diabólico impulso,
Llegué á mas, que fué á saber
Los secretos mas ocultos
De las fieras, aves, hombres,
De piedras, yerbas y frutos,
De agua, tierra, fuego y viento;
Y ayudada de conjuros,
A los mortales asombro;
Con la sangre de los brutos
Hago que los cielos lluevan
Maravillosos diluvios;
Por las aves sé el suceso
Bueno ó malo; porque cuido
De sus vuelos agoreros,
De sus caminos y rumbos.
Letras son para mi ingenio
En esos aires sus surcos,
Vaticinio son sus cantos,
Agüeros son sus arrullos.
Sucesos tristes y alegres
De un cádaver conjeturo,
Cuando en redomas le guardo
Hecho pedazos menudos.
En el agua represento
Lo ausente, aunque en el profundo
Se esconda, porque de mí
Ningun lugar hay seguro.
En el viento, de las formas
Retrato aparentes bultos:
En él puedo hacer que vuelen
Todos esos montes juntos.
Con lenguas mudas responde
El fuego á lo que pregunto,
Cuando letras de centellas
Escribe en papeles de humo.
De la tierra desentraño
Los temerosos difuntos,
Que pálidos han dejado
Pirámides ó sepulcros.
Pero ¿para qué te canso?
El cielo altero, el sol turbo,
La tierra estremezco, el viento
Enciendo y el mar confundo,
Luz doy á la obscura noche,
Tinieblas al aire puro;
Que nubes que me obedecen
Visten los cielos de luto.
Yo soy (no puedo llegar
A mas) quien las formas mudo
De cuantos hombres me ven,
Sin perdonar á ninguno.
Circe soy, que los convierto
En fieras. Pero ¿qué mucho,
Si de mí tiembla el infierno,
Cuando al infierno conjuro?
Y porque puedas mejor
Decir quién soy, te aseguro
La vida; mas no te vayas
Sin mi licencia y mi gusto;
Porque primero pretendo
Que entres á ver mis estudios,
Donde puedas de mi amor
Saber lo que disimulo.
Vén y verás á mi lado,
Vén y admirarás confuso
Mis palacios y tesoros,
Despojos, grandezas, triunfos,
En cuyo aliento la fama
Ocupa el metal robusto,
Empleando en su memoria
Por las tres partes del mundo
Del tiempo siempre veloz
Siglos, edades y lustros,
Años, meses y semanas,
Dias, horas y minutos.

ÁCIS.

Por ese monte desciende
Una ninfa soberana,
Que si acaso no es Diana,
Parecérnoslo pretende.
El céfiro y aura pura
Las sueltas hebras ondean,

Porque caractéres sean
Que nos digan su hermosura.
Ya el pradillo ufano toca
Respirando luz y enojos:
Las lágrimas de los ojos
Suplen quejas á la boca.

ESCENA VIII.

GALATEA, *de pastora.*—DICHOS.

GALATEA.

Hermosa Circe, á quien sea
Un siglo vida felice,
Ya mi lástima te dice
Que yo soy la Galatea,
Por estos valles famosa
En las desdichas, pues hoy,
Segun desdichada soy,
Debiera ser muy hermosa.
Tras dese monte supremo,
En el valle mas profundo
Vive el prodigio del mundo,
Vive el monstruo Polifemo.
Un ojo ilustra su frente,
Porque el infierno ha querido
Ser al cielo parecido
Teniendo un sol solamente.
En él un monte se ve,
A quien un bosque acompaña:
Su estatura es la montaña
Y su barba el bosque fué.
Su cabello largo y feo
Ovas son de la laguna
Estigia, y sin duda alguna
Que son ondas del Leteo.
En los árboles mayores
Muestra fuerzas peregrinas,
Porque troncha las encinas
Como pámpanos y flores.
Este pues que al mundo asombra,
Me enamora y me persigue,
Y como sombra me sigue.
¡Nunca yo tuviera sombra!

CIRCE.

Hoy dese monstruo cruel
Segura estás, Galatea:
No hayas miedo que hoy te vea,
Aunque hablando estés con él.

ULÍSES.

Gloria daré á tus pesares;
Que el cielo no sin misterio
Me trae por el hemisferio
Destos climas, destos mares.

CIRCE.

Huésped valiente y gallardo,
Vén a descansar; que estoy
Rica en verte.

ULÍSES.

Tuyo soy,
Circe, tus preceptos guardo.

MÚSICA.

En hora dichosa venga, etc.
(*Vanse Circe, Ulises, Chiton, las ninfas y los griegos.*)

ESCENA IX.

ÁCIS, GALATEA.

ÁCIS.

Antes que al valle (dichoso
Porque en él tus ojos viven,
Haciendo á los doce meses
Que allí sean doce abriles),
Antes que vuelvas á ser
Aurora, cuando infelice
Llora su hermosura, dando
A claveles y alelíes
Aljófares trasparentes,
Oyeme un rato; que vine
Destinado á ser tu esclavo,
Pues te adoran los horribles
Monstruos, y tú eres prodigio
De hermosura.

GALATEA.

Una alma triste
Ni sus alabanzas oye
Ni ajenos males admite.
Queda en paz.

ÁCIS.

Aguarda, espera;
Que aun mi pena no te dije.
(*Tócala con las flores.*)
Deja que solo este bien
En tus ausencias la alivie.
Griego soy de los que en Troya
Dieron al famoso Aquíles
Tumba en abismos de fuego:
Compañero soy de Ulíses.
Vengativos y piadosos
Los altos dioses, que asisten
Sobre esferas turquesadas,
Quisieron que peregrine
Por estos mares: ya veo
Que es venganza, pues me oprimen
El alma á incendios mayores.
Las mas procelosas sirtes
Pasé del mar, y aunque espantos
Me dieron Scila y Caribdis,
Mayores son los peligros
De la tierra: amor embiste
Con mas fuerza á los humanos,
Su fuego es mas invencible.
Como exhalacion que sube
A los círculos sutiles
Del aire, y en sus regiones
De rayo á Júpiter sirve,
Tal es amor soberano;
Que atropellando imposibles,
En un instante despierta
La inclinacion, y recibe
Este afecto, y en su esfera
Rayos vibra y luz esgrime.
En sereno y claro dia
Repentino rayo fuiste,
La libertad me usurpaste:
Desdicha será que envidien
Los mismos dioses y cielos.
Y ya que mi mal oíste,
No te pido, no, el remedio;
Que soy cortés, y no piden
Desalumbrados los griegos,
Ni groseramente sirven.
Solo te pido licencia
Para amarte; que aunque es libre
La voluntad, con tu gusto
Quiero padecer. Mal dije;
Porque siendo fuerza amarte,
En mi eleccion no consiste,
Ni es razon que eso pretenda
Un amor que ha de ser firme
Como puro: y yo seré
Dichoso si me permites
Vivir en aquestos valles,
Y como pastor humilde
Apacentar tu ganado,
Trocando el blason y timbre
De mis armas, por las fuentes
Que entre esas peñas se rien,
Por estos campos que alegres
Producen blancos jazmines
Para que tus manos corten,
Para que tus plantas pisen.
Acis me llamo, y seré
En este amor tan insigne,
Que las historias del mundo
Le celebren y eternicen.

GALATEA.

No sé, griego, qué letargo
En el alma me infundiste,
Que me obliga á que te escuche,
Que me fuerza á que te mire,
Que me manda que te aguarde.

ÁCIS. (*Ap.*)

Obran las flores del Íris,
Obran los ramos de Juno.

GALATEA.

Esas lisonjas que dices,
Ese amor puro que ofreces,
Oiré en mi valle.

ÁCIS.

De Circe
Ciencia heredé, pues que supe
Obligarte y persuadirte.

GALATEA.

¿Es amor honesto?

ÁCIS.

Sí:
Los rayos del sol compite
En pureza.

GALATEA.

¿Es grande?

ÁCIS.

Tanto,
Que con el cielo se mide.

GALATEA.

¿Serás firme?

ÁCIS.

Esas montañas
No están al cierzo mas firmes.

GALATEA.

¿Serás pastor?

ÁCIS.

Y seré,
Imitándote, felice.

GALATEA.

Pues, Acis...

ÁCIS.

¿Qué, Galatea?

GALATEA.

Mi sombra y mis pasos sigue.

ÁCIS.

Y seré á tu sol hermoso
Imágen viva de Clicie.—
Adios, Ulises; que amor
Dilaciones no permite.
(*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA X.

POLIFEMO, *en lo alto del monte.*

POLIFEMO.

Por estos montes ásperos y amenos,
Huyendo se ha venido Galatea,
Dejándolos de luz y flores llenos.
¡Oh, quiera amor que desde aquí la vea!
Cuanto circunda el mar con hondos senos
Y cuanto el rosicler del sol rodea,
Tiembla de verme; y esta ninfa ingrata
Flechando su beldad, de amor me mata.
Olimpo humano soy, monte eminente,
Y parezco una intrépida coluna
Del cielo; que en el orbe de mi frente
Émulo soy del sol: mi luz es una.
Viendo que soy asombro de su gente,
Un poeta me dijo que en la luna,
Desde la cumbre deste monte, puedo

Escribir mis desdichas con el dedo[1].
En el silencio destas selvas yace [ve,
Una fuente en que el sol plata disuel-
Y á tan corto vivir del monte nace,
Que en viendo luz, á sus entrañas vuel-
Verdes madejas de las ovas hace, [ve.
En pardos juncos su cristal envuelve,
En curso tan inculto y tan incierto,
Que ni ha regado flor ni sed ha muerto.
En esta inútil y secreta fuente
Me quise contemplar el otro dia,
Si bien la imágen bella de mi frente
En los breves cristales no cabia;
Y viéndome tan raro y eminente,
Casi lo que Narciso, hacer queria;
Y admirándome dije á Galatea :
Solo á tus ojos mi altivez es fea.
¿Qué cóncavo del mar ó qué supremo
Astro en el firmamento colocado,
El nombre no escuchó de Polifemo
Y al eco de mi voz quedó admirado?
Solo á esta ninfa reconozco y temo,
De quien soy girasol tornasolado,
Pues que la sigo sin perderla un pun-
[to,
Y al trasmontar su luz, quedo difunto.

ESCENA XI.

CHITON, ÁCIS, GALATEA.
— POLIFEMO.

ÁCIS.

Chiton, pues eres mi amigo,
Vén haciendo compañía
Tambien á la luz del dia.

CHITON.

No temas, yo voy contigo.
A Galatea llevemos
A su valle...

ÁCIS.

En quien pastor
Desde hoy seré por su amor;
Que el amor todo es extremos.

CHITON.

Delante voy, porque igual
Otro en el amor no sea.
(*Van subiendo el monte.*)

POLIFEMO.

¿Adónde estás, Galatea,
Que no te duele mi mal?

GALATEA. (*Bajo á él.*)

Acis, el curso suspende
A tus plantas : nó prosigas.
La causa de mis fatigas
Ya nos ha visto y desciende.

ÁCIS. (*Á Polifemo.*)

Así por extraños modos
Tu brazo el mundo posea,
Y fénix tu vida sea,
Aunque es efímera en todos,
Y no se cuente por años
Tu vivir, que un siglo es breve;
Campos parezcan de nieve
Y olas del mar tus rebaños;
Tus mieses tambien gigantes
Dén su pródigo tesoro;
Montañas de granos de oro
Hasta los cielos levantes;
Y así produciendo vayas
Gigantes, y tanto crezcan,
Que vivos montes parezcan
Nacidos en esas playas;
Que esta ninfa celestial
Agravios tuyos no vea.

[1] Verso de Góngora en su *Polifemo.*

POLIFEMO.

¿Adónde estás, Galatea,
Que no te duele mi mal?

GALATEA. (*Ap. á los dos griegos.*)

No nos ha visto : cumplió
Circe su palabra aquí.

CHITON.

El me está mirando á mí :
A mí sin duda me vió.

GALATEA.

No nos ha visto : volvamos
Por diferente camino.

ÁCIS.

Vamos, Chiton.
(*Vanse Galatea y Acis.*)

ESCENA XII.

POLIFEMO, CHITON.

CHITON. (*Ap.*)

Imagino
Que á las peñas y á los ramos
Estoy asido. No puedo
Dar paso atras ni adelante.
Si él es á todos gigante,
¿Qué será á quien tiene miedo?

POLIFEMO.

¡Oh Galatea divina!
Sube á ver quien te desea.

CHITON. (*Ap.*)

¡Yo divina Galatea!

POLIFEMO.

Tu belleza peregrina
Suba ya : ¿qué teme y duda?

CHITON.

(*Ap.* ¡Oh miserable Chiton!
Enredos de Circe son,
Que todas las formas muda.
Con estas barbas y talle,
¡Soy Galatea divina!)
No quiero subir.

POLIFEMO.

Camina.

CHITON.

Váyase el cíclope, y calle.

POLIFEMO.

Por no causarte temor,
Me voy, señora, delante.

CHITON.

Hágalo así, buen gigante,
Si me tiene mucho amor.—
(*Vase Polifemo.*)
Gracias á Dios que se ha ido,
Y Galatea no soy.
¡Oh Circe bruja!

ESCENA XIII.

CIRCE Y ULÍSES; *despues*, TURSELINO Y DOS GRIEGOS.— CHITON.

CIRCE.

Aquí estoy.

CHITON. (*Ap.*)

¡Ay de mí! mas mal ha sido.

CIRCE. (*Ap.*)

Hoy has de mostrar á todos
Forma de brutos diversos.
(*Vase con Ulises.*)

CHITON.

¿Qué has de hacer, pobre Chiton,
Entre Circe y Polifemo?
¿Cuál de los dos es peor?
(*Sale Turselino.*)

TURSELINO.

¿Qué tigre es este tan fiero? (*Vase.*)

CHITON.

No soy sino Galatea,
O no estoy como me vieron
Circe y Ulíses sin duda.
(*Sale otro griego.*)

GRIEGO 1.°

¿Qué hace aquí tan gran camello?
(*Vase.*)

CHITON.

¿Camello? ¿Soy corcovado?
(*Sale un griego.*)

GRIEGO 2.°

¿Qué hace aquí este negro cuervo?
(*Vase.*)

CHITON.

¡Cuervo! pues ¿tíñome yo?
¡Tigre soy, camello y cuervo! (*Vase.*)

—

Jardin de Circe, con una fuente.

ESCENA XIV.

ULÍSES, CIRCE, NINFAS; *despues* TURSELINO Y GRIEGOS.

ULÍSES.

Divina Circe, á tus rayos
Averiguo pensamientos
Como el águila á sus hijos :
Los que en tí no están, no debo
Llamarlos mios.

CIRCE.

Ulises,
Hoy estás muy lisonjero.
En las flores destos prados,
Que son tapetes amenos
Que tejió naturaleza,
Será bien que cobre aliento
Nuestro amor con su fragancia.
Siéntate, valiente griego,
Y regalen tus oidos
Mis sirenas con su acento. (*Siéntase.*)

ULÍSES.

En los regazos del alba
Podré decir que me he puesto.
¿Qué amante fué mas dichoso?

CIRCE.

Eso escucho y no lo creo.
(*Salen y quédanse ocultos á un lado Turselino y el griego 1.°*)

TURSELINO. (*Ap. á su compañero.*)

¡Que en los palacios de Circe
Con sus nobles compañeros
Esté Ulises sin valor,
O ya encantado ó ya preso!

GRIEGO 1.°

El en Troya ¿no inventó
Un estupendo instrumento
Para dar cólera á Aquiles?
Haz lo mismo con su ejemplo.

TURSELINO.

Dices bien : sacarle es justo
Deste infame pasatiempo.
(*Vanse Turselino y el griego.*)

CIRCE. (*A sus ninfas.*)

Decid canciones süaves
Hijas de mi amor inmenso.

NINFAS. (*Cantan.*)

En los montes de Sicilia
Donde Aretusa corriendo
Y tropezando en sus flores,
Llega á su sepulcro eterno...

(*Tocan dentro cajas.*)

TURSELINO. (*Dentro, cantando.*)

Capitan insigne Ulíses,
Esta música da aliento
A los varones famosos
Que para empresas nacieron
Belicosas, y esas liras,
Ya de Apolo, ya de Orfeo,
Delicias son del amor:
Alto, á embarcar; que ya es tiempo.

(*Tocan.*)

ULÍSES.

Dices bien, tras ti me voy.
Esa música deseo,
Esas son trompas de Marte;
Ese es mi gusto y mi centro.

(*Hace que se va.*)

CIRCE.

Espera, Ulíses, espera,
Mi señor, mi rey, mi dueño.
¿Dónde vas? ¿Cómo me dejas?
Regaladlo, detenedlo.

NINFAS. (*Cantan.*)

La hermosura y el amor
En los jardines de Febo
Regalos dan á los dioses;
Que tambien amaron ellos.

ULÍSES.

Si los dioses han amado,
Sienta amor mi blando pecho;
Que es su deidad poderosa.
Mi Circe, á tus brazos vuelvo.
Necio es quien no tuvo amor.
Espere el errante leño,
Calle el parche; amad vosotros.
Mi Circe, á tus brazos vuelvo.

TURSELINO. (*Dentro.*)

¿Aquí en efecto quedamos?
¿A la patria no volvemos?

GRIEGO 1.° (*Dentro.*)

Toca al arma. ¡Guerra, guerra!

(*Tocan cajas.*)

ULÍSES.

Guerra, sí; batallas quiero.

(*Levántase.*)

GRIEGOS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

NINFAS.

¡Amor, amor!

ULÍSES.

El amor venció. No dejo,
Circe, tus hermosos brazos.

(*Siéntase y duérmese.*)

CIRCE.

Yo infundo en tus ojos sueño.
Todo lo alcanza mi ciencia.
Retiráos miéntras contemplo
Dormido al mayor soldado
Que los troyanos temieron.

(*Vanse ellas.*)

ESCENA XV.

CIRCE; ULÍSES, *dormido.*

CIRCE.

Aquí tengo de saber
Si su amor es verdadero;
Si de mi muerte ó ausencia
Tendrá Ulíses sentimiento.
Ya entre sus ojos asiste
La potestad de Morfeo,
El que del tiempo preciso
Tiraniza siempre el medio.
Que los dioses me convierten
En estatua, fingir quiero,
Que está Minerva envidiosa,
Y que está celosa Vénus.
A las voces que daré
Le he de examinar despierto,
Si tiene amor ó si finge.

(*Sube á una fuente del jardin, y toma la forma de estatua.*)

¡Dioses, piedad! ¡Piedad, cielos!

ULÍSES. (*Despierta.*)

¿Qué es esto? ¿Dormido estaba?
¿Tus brazos eran mi lecho?
¿Dónde estás, hermosa Circe?
¡Ay de mí! mármol la han vuelto
Los dioses, quizá envidiosos
De su beldad y su ingenio.
Estatua, dame esos brazos;
Que aun el alma estará dentro.
Martinetes de cristal,
Cuando á darle abrazos llego,
Le puso el cielo. Ya es fuente:
Como mis ojos la han hecho
Los dioses. Dos fuentes somos:
Ella en perlas se ha resuelto,
Y yo en coral; porque es sangre
La que de mis ojos vierto.
Adios, palacio de Circe,
Porque estar sin vuestro dueño
En vosotros no podré.
¡A embarcar, mis compañeros!
A embarcar! ¡Al mar, al mar! (*Vase.*)

CIRCE.

Viva estoy, mi forma tengo.
Oye, Ulíses.— El me adora,
Si no le mudan los tiempos. (*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA.

(DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.)

Llano al pié de un monte.

ESCENA PRIMERA.

POLIFEMO, TRES CÍCLOPES.

POLIFEMO.

Idos, dejadme todos, idos presto;
Que no quiero testigos en mi muerte,
Ni quiero valedores en mi vida,
Mi vida es mi morir: y así, supuesto
Que muero por vivir, ¡ay triste suerte!
Dejadme á mí de mi ser homicida.
Nadie mi muerte impida
Ni de mi vida dude,
Porque estriba mi vida en que se mude
Mi fortuna, aunque muera Polifemo.
Llegue del alma el parasismo extremo,
Para que me despoje y me desnude
De tantas, ya supuestas ó fatales,
Como me afligen, ansias inmortales.

(*Vanse los cíclopes.*)

Deste inculto peñasco en la eminencia
Que sirve de registro á todo el prado,
Me vengo á descansar: aquí entretengo
Mi vida, mi dolor y mi cuidado,
Con ver la diferencia
De los tesoros que á mi mando tengo.
Mas ¡cielos! ¿á qué vengo,
¡Ay dura Galatea!
Si aunque la vista vea
Tantas desde este monte cosas varias,
Que pudieran por muchas ó contrarias
La memoria borrarme de tu idea,
No es posible que puedan ni que acierten,
Puesto que algunos ratos me divierten?
Aquí se mira un monte despeñado,
Cuyos cabellos son verdes pinares
Que se rizan con fúnebres labores;
Allí se ofrece guarnecido un prado
De jazmines, mosquetas y azahares,
Que el ámbar son de las hidalgas flores.
Cantan los ruiseñores,
Despéñase el aurora;
La Filomena llora,
Lame una abeja de la flor la nieve,
Cruza el cristal, el pastorcillo bebe,
Aféitase el clavel, el sol le dora,
Solloza el alba, quéjase el rocío,
Y va de todo murmurando el rio.
Pero ni el ver desde esta excelsa cumbre
Que del sol acechando está la esfera,
Flores, cristales, riscos y ganados,
Y todo cuanto el alba con su lumbre
Ilustra, dora, mira y reverbera,
Alivia ni divierte mis cuidados;
Porque está con candados
A mi remedio el pecho,
Hasta que satisfecho
Los favores merezca desta ingrata,
Que del alma las fuerzas me arrebata.
¡Oh! el corazon en lágrimas deshecho
Salga como vapor humedecido,
De la carne y la sangre desasido.
Cansado estoy, porque los piés apénas
Pueden tener de mi desdicha el peso;
Que pesan siempre las desdichas mucho;
Y mas estando de remedio ajenas.
Como las que me están quitando el seso,
Con cuya sombra eternamente lucho.
Y así miéntras escucho
De mis ojos las fuentes,
Cuyas tiernas corrientes
Las puede prohijar cualquier peñasco;
Arrimado á este globo de damasco
Daré, si al sueño no, con reverentes
Víctimas del amor que me recrea,
El cuerpo al sol y el alma á Galatea.

(*Échase en la tierra, como para dormirse.*)

ESCENA II.

GALATEA, *sin ver á* — POLIFEMO.

GALATEA.

En busca de mi pastor,
Y huyendo de Polifemo
(Cuyo injusto nombre temo,
Porque hasta el nombre da horror),
Vengo, sin saber adónde,
A saber por todo el prado,
Miéntras sestea el ganado,
Dónde mi dueño se esconde.
Mas el monte es tan inculto,
Que aunque dél mas cerca esté,
Ni le veré, ni podré
Divisar siquiera el bulto.
Y así el remedio mas cuerdo
Es llamarle, porque tenga
Señas de mi voz, y venga
A hallarme donde le pierdo.
¿Si acaso la senda erró
Cuando le truje conmigo?
Yo le llamo. — ¡Hola! ¿qué digo?

POLIFEMO. (*Ap.*)

Esta voz conozco yo.

GALATEA.

Galatea soy.

POLIFEMO. (*Ap.*)

¿Qué tengo?

GALATEA.

Corta por entre estas ramas.

POLIFEMO.

Ya estoy aquí, si me llamas.

GALATEA.

(*Ap.* ¡Ay cielos!) Yo, Polifemo,
No te llamo; ántes de tí...

POLIFEMO.

Sosiégate.

GALATEA.

(*Ap.* Muerta estoy.)
Huyendo digo que voy.

POLIFEMO.

¿De mí vas huyendo?

GALATEA.

Sí.

POLIFEMO.

¿Por qué?

GALATEA.

Porque tengo miedo
A tu talle y tu semblante.

POLIFEMO.

Lábrame como diamante,
Y seré galan.

GALATEA.

No puedo.

POLIFEMO.

¿Por qué?

GALATEA.

Porque quiero bien.

POLIFEMO.

¿A quién?

GALATEA.

Al pastor que sabes,
Que es como el sol.

POLIFEMO.

No le alabes,
Ya que es tanto tu desden.

GALATEA.

Vile primero que á tí.

POLIFEMO.

¿Qué importa, si valgo mas?

GALATEA.

Temor en verte me das.

POLIFEMO.

Tambien me le das tú á mí.

GALATEA.

Pues si dices que me quieres,
Déjame libre volver;
Que querer no es ofender.

POLIFEMO.

Primero quiero que esperes
A que sepas el amor
Que debes á mi porfía,
Y lo que darte podria
Si me hicieses un favor.

GALATEA.

Ya sé las obligaciones
En que estoy á tu piedad;
Mas no tengo libertad.

POLIFEMO.

Pues oye en breves razones,
Y verás la diferencia
Que hay dese pastor á mí.

GALATEA.

Temblando te escucho. Di.

POLIFEMO. (*Ap.*)

¡Qué hermosura!

GALATEA. (*Ap.*)

¡Qué violencia!

POLIFEMO.

Ese pastor que goza tu cuidado[1],
Querer con mi persona comparalle,
Es un monte poner con un collado
Y cotejar un risco con un valle;
Porque tan alto soy, tan levantado,
Que si juntos pasamos por la calle,
Pino parezco yo con hojas tantas,
Y él una yerba que nació á mis plantas.
Desde ese monte que caduca ufano
Con la nieve que aun goza en el estío,
Cuanto cristal se viste el Océano
Examino, sin ser fuente ni rio:
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y si acaso tal vez me siento frio,
Con extenderme sobre el vago viento,
A la region del fuego me caliento.
Cuando quiero hacer sombra á mi ganado,
Si el sol por el otoño le molesta,
En pié me pongo, y escurezco el prado,
Pues cuanto duro en pié dura la siesta;
Y si el agua me falta, despejado
A la nube primera ó mas dispuesta
Me llego, y aunque el tiempo lo repruebe,
Si no de bien á bien, por fuerza llueve.
Cuando canto, la selva se adormece,
Cuando lloro, la isla se lamenta,
Cuando piso, la tierra se estremece,
Cuando suspiro, el sol se desalienta,
Cuando amanezco, el monte reverdece,
Cuando me quejo, el aire se ensangrienta,
Y cuando silbo por aquestos huecos,
Veinte leguas de aquí se oyen los ecos.
Si me quisieras tú, bella serrana,
Del Cáucaso te diera los rubíes,
Del Ebro el oro por su márgen llana
Y de Tiro las sedas carmesíes,
De Flándes paños, de Sicilia lana,
Olor de Oriente y de Milan tabíes,
Y del Gánges las perlas que atesora,
Recien cuajadas de la blanca aurora.
Ese que ves, ejército de ovejas,
Ese que miras, piélago de flores,
Ese que ves, tumulto de madejas,
Ese que miras, golfo de pastores,
Ese que ves, océano de abejas,
Ese que miras, escuadron de olores,
Ese que ves, de leche ondoso rio,
Todo puede ser tuyo, todo es mio.
Pues si de darte cuento soy no excuso,
Y he procedido tan galan contigo,
Que aun sin enojo tu desden acuso,
Atento solo á que tu gusto sigo,
¿Qué decreto, qué ley, qué amor dispuso,
Qué furia, qué rigor ó qué castigo,
Que yo te ofrezca el alma por despojos,
Y aun no me vuelvan á mirar tus ojos?
Basten ya, Galatea, los desvíos
Con que tratas mi amor; que si me quieres,
¡Ay dulce dueño de los ojos mios!
Dueño serás de cuanto tú quisieres.
Mas si llevada de tus locos bríos
(Condicion en efecto de mujeres),
Porque te doy favores me das celos,
Mi rigor has de ver, ¡viven los cielos!

GALATEA.

Señor, advierte... (*Ap.* ¡Ay tirano!)
Que quiero bien, y no es bien
Siendo de otro...

POLIFEMO.

Quedo, ten;
Que el remedio está en la mano.

GALATEA.

¿Cómo?

POLIFEMO.

Dándomela á mí,
Cómo se la quieres dar
A ese que debes de amar,
Y que buscabas aquí.

GALATEA.

¿No ves que es el alma ajena,
Y que fuera estelionato?

POLIFEMO.

Imposibles vence el trato.

GALATEA.

Más que imposible es mi pena:
Y así no hay que desvelarte
En quererme, porque es mucha
Mi voluntad.

POLIFEMO.

Pues escucha
Otro medio.

GALATEA.

¿Cuál?

POLIFEMO.

Llevarte
A mi cueva por buen modo
Hasta que tu llanto cese,
Y gozarte aunque te pese,
Con que se remedia todo.

GALATEA.

No podrás.

POLIFEMO.

¿No ves que yo
Puedo todo lo que quiero?

ESCENA III.

ÁCIS. — DICHOS.

ÁCIS.

Mataréte yo primero.

GALATEA. (*Ap.*)

Acis es: mi fin llegó.

ÁCIS.

Yo, que aunque soy á tu lado
Un clavel junto á una palma,
Tengo tan gigante el alma,
Que pequeño te he juzgado.

GALATEA.

¡Es posible, ay dueño mio!
¿Que vengas á darme enojos?

ÁCIS.

Con el favor de tus ojos
No tengo miedo á su brío.

GALATEA.

¡Ay, Acis, que es muy feroz!

ÁCIS.

Eso será en el semblante.

GALATEA.

Tiene la voz de gigante.

ÁCIS.

Mi corazon es mi voz.

GALATEA.

Tú estás, señor, desarmado.

ÁCIS.

El amor es arma fuerte.

GALATEA.

Mucho recelo tu muerte.

[1] Estas octavas se hallan con algunas mas en *El Polifemo*, auto sacramental incluido en la obra de Montalvan titulada *Para todos*, impresa en Huesca, año 1633.

ÁCIS.
Nunca muere un desdichado.
Mas no te cases con él,
Si me mata ese traidor.

GALATEA.
No es tan poco mi valor
Ni es mi pecho tan cruel.

ÁCIS.
Pues ¿qué has de hacer?

GALATEA.
¿Qué? Morir.

ÁCIS.
Fuerza ha de ser si me empeño.

GALATEA.
Soy tu esclava.

ÁCIS.
Eres mi dueño.

GALATEA.
Sin tí no quiero vivir.

ÁCIS.
¿Qué mas triunfos? Qué mas palmas?

GALATEA.
Mias serán tus heridas.

ÁCIS.
Junte una muerte dos vidas.

GALATEA.
Junte una vida dos almas.

POLIFEMO.
¡Hay tan grande desvergüenza!

GALATEA. (*Ap.*)
Mucho su cólera temo.

POLIFEMO.
¿Sabes que soy Polifemo?

GALATEA. (*Ap.*)
Ya mi desdicha comienza.

ÁCIS.
Sé que eres ó te regulas,
Si no un monte organizado,
Un vivo escollo formado
De huesos y de medulas.

POLIFEMO.
¿Sabes que el alma se emplea
Y pone toda su fe
En Galatea?

ÁCIS.
Ya sé
Que adoras en Galatea.

POLIFEMO.
¿Y sabes que si á enojarme
Llegas, aunque así me ves,
No hay donde seguro estés?

ÁCIS.
Ya sé que puedes matarme.

POLIFEMO.
Pues si estás dé mi querella
Y mi poder satisfecho,
¿Tu vida, di, qué te ha hecho,
Que tan mal estás con ella?

ÁCIS.
Mas quiero morir que oir
Mi afrenta y tu atrevimiento.

POLIFEMO.
Morir es mayor tormento.

ÁCIS.
Esto es dos veces morir.

POLIFEMO.
Pues que pierdas ó no el seso,
Véte y deja á Galatea.

ÁCIS.
Es mi vida.

POLIFEMO.
Aunque lo sea.

ÁCIS.
Es mi esposa.

POLIFEMO.
Y aun por eso,
Porque siendo su marido,
Es fuerza haberla gozado,
Y te excusas el enfado
De mirarte arrepentido.

ÁCIS.
Tengo honor.

POLIFEMO.
Eso es error:
En otro tiempo se usaba;
Mas todo el tiempo lo acaba.

ÁCIS.
Enojaráse mi amor.

POLIFEMO.
¿No es peor que yo me enoje?

ÁCIS.
Mas temo á mi amor que á tí.

POLIFEMO.
¡Eso me dices á mí,
Sin que desde aquí te arroje
Hasta el abismo sin vida?

GALATEA. (*Ap.*)
¡Muerta soy!

POLIFEMO.
Ya me he enojado.

GALATEA.
Huyamos. (*Vase.*)

POLIFEMO.
Será excusado.

ÁCIS.
Tras tí voy, prenda querida. (*Vase.*)

POLIFEMO.
¿Qué importa si os sigo yo? (*Vase.*)

GALATEA. (*Dentro.*)
¡Acis!

ÁCIS. (*Dentro.*)
¡Galatea!

GALATEA. (*Dentro.*)
¡Al llano!

POLIFEMO. (*Dentro.*)
Todo es cansaros en vano.

ÁCIS. (*Dentro.*)
¡Muerto soy!

GALATEA. (*Dentro.*)
¡Acis murió!

POLIFEMO. (*Dentro.*)
Y tú tambien, si de huir
Tratas, hermosa homicida.[1]
. . . .
. . . .

ESCENA IV.

CHITON.

El monte he discurrido,
Y Acis no parece: él se ha perdido.—
¡Acis! ¿adónde estás? Adónde, adónde?
Ni aun el eco responde.
Sin duda que los árboles rodea,
Buscando á Galatea
Entre la confusion deste horizonte.
Depáretela el monte,
Pastor enamorado,
Y Apolo te la enseñe por un lado,
Pues vas buscando su hermosura bella;
Que si con ella das, darás con ella.
Mas ¿qué peligros mi temor barrunta,
Pues por Acis pregunta,
Cuando por mí pudiera?
¡Famoso lance fuera,
Empeñado en buscarle,
Haberme yo perdido por hallarle!
Volverme á mi posada determino.
Aquí estaba en denántes el camino,
Y agora no está aquí. Yo soy de un oso
Alimento forzoso.
¿Mas que un lobo me embiste,
Que es maestresala de mi carne triste?
Mas de dos mil serpientes
Me están mostrando desde allí los dientes,
Mas de cien mil lagartos
Sentenciándome están á hacerme cuartos;
Pero á ninguno temo
Tanto como al gigante Polifemo.

ESCENA V.

POLIFEMO. — CHITON.

POLIFEMO.
Desta suerte castiga
Mi mano á quien me ofende y desobliga.
Entrambos muertos quedan,
Sin que verse jamas ni hablarse puedan:
El, de un peñasco la cabeza hendida,
Y ella, en ninfa del agua convertida,
Para que tenga (¡oh, quiéranlo los cielos!)
Fin la ocasion de mis ardientes celos.

CHITON.
Voces oigo: sin duda
Que ya el cielo me ayuda.
(*Ap.* Mas ¿qué es esto? ¡Qué extraña maravilla!
Con Polifemo dí, voime á la villa.)

POLIFEMO.
Si no me engaña el viento,
Ruido á esta parte siento.
Si es que ha vuelto á vivir aquel villano,
Volveréle á matar mi propia mano.

CHITON. (*Ap.*)
¡Oh nunca yo viniera!

POLIFEMO.
Detente, aguarda, espera.

CHITON.
Tenido estoy. (*Ap.* ¿Qué haré?) ¿Qué es lo que quieres?
Que estoy mortal.

POLIFEMO.
¿Quién eres,
Que á mis ojos te pones?

CHITON.
El miedo con ropilla y con calzones.
(*Ap.* El me come en jigote y picadillo.
¡Que pude yo morir de un tabardillo!
Mas ya que he de morir frito ó asado,
Cocido ó estofado,
Su buen gusto se note.)
No me coma, señor, hecho jigote;
Que soy carne dañada,
Y ha menester comerse perdigada,
Si no es que me meriende por jalea.

POLIFEMO.
¿Eres de Galatea
El pastor desdichado,
Que á darme celos has resucitado?

CHITON.
Par diez, si en ello advierto,
Resucitar pudiera, pues ya he muerto.

POLIFEMO.
Di quién eres: aprisa.

[1] Faltan dos versos para una redondilla.

CHITON.

Una mujer que está con su camisa.
Mas lo cierto es, señor, que soy del va-
(Bien me lo dice el talle) [lle
Un pastor mentecato.

POLIFEMO.

Pues si aquí no te como ni te mato,
Es porque al punto vayas á tu aldea,
Y digas que la ingrata Galatea
Y su cobarde amante,
En este mismo instante
Murieron á mis manos.

CHITON.

Fué bien hecho.

POLIFEMO.

Con aquesto he quedado satisfecho,
Aunque enemigos flacos.

CHITON.

Eran unos grandísimos bellacos.

POLIFEMO.

Pesadumbre me dieron.

CHITON.

No supieron, por Dios, lo que se hicié-
Si le hicieron enfado; [ron,
Que es usted un gigante muy honrado.

POLIFEMO.

En fin, ¿qué lo dirás?

CHITON.

Mal me conoces.
Digo que yo lo iré diciendo á voces.

POLIFEMO.

Harásme un grande gusto.

CHITON.

Soy tu amigo.

POLIFEMO.

Véte, y mañana comerás conmigo.

CHITON.

Será grande favor. (*Ap.* Mucho me quie- [re;
Mas lleve el diablo el alma que volvie- [re.)
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del palacio de Circe.

ESCENA VI.

ULÍSES, TURSELINO.

ULÍSES.

No hay cosa que me divierta
La memoria de mi esposa:
Solamente Irene hermosa,
Por ser su retrato, acierta.

TURSELINO.

¿Y Circe?

ULÍSES.

Es amor injusto.

TURSELINO.

Mudado estás.

ULÍSES.

Dices bien:
Lo que fué amor es desden,
Y pena lo que fué gusto.
Obligué, rogué, fingí,
Vencí, gocé, conquisté,
. . . .[1]
Y en efecto, entretenido,
O á lo ménos obligado,
Con Circe ¡ay Dios! me he quedado,
Si bien siempre el alma ha sido
De mi esposa. No te asombres
De mi descargo en mi culpa;
Que estos modos de disculpa
Tenemos siempre los hombres.
Aunque estando ayer mirando
Las bellezas diferentes
Que entre estos prados y fuentes
Van sus flores aumentando,
De una dama la hermosura
Vi, cuyo cielo, aunque esquivo,
Era retrato tan vivo,
Era tan clara pintura
De mi esposa, que intenté
Allegarme, aunque sin vida,
A darle la bien venida;
Y si de hacerlo dejé,
Fué porque la vi templada;
Y si ella fuera mi esposa,
Estuviera mas celosa
Y no ménos enojada;
Que es virtuosa mujer,
Y si con Circe me viera,
Ni callara, ni pudiera;
Que mujer que llega á ver
A su galan ó marido,
Estando ausente ó presente,
Con otra, y se lo consiente,
O es mala ó no le ha querido.
Esta, amigo, es la ocasion
De estar de Circe cansado:
Mira si es justo mi enfado,
Mira si tengo razon.

TURSELINO.

Pues ¿cómo, si eso es así,
No tratas de que nos vamos?

ULÍSES.

¿Cómo, si presos estamos
Desde que estamos aquí?
Porque del Iris la flor
Bastó para no encantarme,
Pero no para librarme
De la prision.

TURSELINO.

Pues, señor,
Siquiera porque te adora,
Responde á Circe...— Y agora
Por ella, por ti y por mí,
Mira á Tisbe y á tu Irene;
Que siendo cualquiera dellas
Un epiciclo de estrellas,
Cantando y matando viene.
(*Apártanse.*)

ESCENA VII.

IRENE, TISBE, MÚSICA. — DICHOS, *retirados.*

IRENE Y MÚSICA.

Quien muere de amor, zagales...

TISBE Y MÚSICA.

Quien de amor muriendo está...

IRENE Y MÚSICA.

Quien vive de lo que muere...

TISBE Y MÚSICA.

¿Qué hará para descansar?

IRENE Y MÚSICA.

Penar...

TISBE Y MÚSICA.

Arder...

IRENE Y MÚSICA.

Morir...

TISBE Y MÚSICA.

Y callar.

TISBE.

Ya yo sé que amar sin premio
Es el verdadero amar;
Que es la voluntad grosera,
Si pasa de voluntad.

IRENE.

Amor que mira accidentes
No es amor de nuestra edad,
Sino niño que arrimarse
Ha menester para andar.

TISBE. (*Canta.*)

Pero quien muere de amor...

IRENE. (*Canta.*)

Quien de amor muriendo está...

TISBE.

Quien vive de lo que muere...

IRENE.

¿Qué hará para descansar?...

TISBE.

Penar...

IRENE.

Arder...

TISBE.

Morir...

IRENE.

Y callar.

TURSELINO.

Digo mil veces que es ella.

ULÍSES.

Oye, señora.

IRENE.

No puedo.

ULÍSES.

¿Por qué?

IRENE.

Porque tengo miedo
A mi señora.

ULÍSES. (*Ap. á Turselino.*)

¿No es bella?

TURSELINO.

Es Penélope, que basta.

ULÍSES.

Irene...

IRENE.

Di presto.

ULÍSES.

Irene,
A mi vida me conviene
(*Ap.* ¡Oh imágen de la mas casta
Mujer!) esta noche hablarte.

IRENE.

Pues á esta reja te aguardo;
Que por valiente y gallardo
Debo servirte y amarte.
Pero advierte que ha de ser
Sin que Circe... Ya me entiendes.

ULÍSES.

Mi valor con eso ofendes.

TURSELINO.

Yo tambien vendré, por ver
A mi Tisbe de camino,
Y estarémos dos á dos.

TISBE.

Vén, Irene.

IRENE.

Adios.

ULÍSES.

Adios.
Vé tras della, Turselino.—
(*Vanse las dos, Turselino y música.*)
Perdóname, Circe hermosa.
A ver voy los ojos bellos
De Irene, adorando en ellos
La hermosura de mi esposa.

[1] Faltan dos versos para una redondilla.

ESCENA VIII.

CIRCE. — ULÍSES.

CIRCE.

No quiero yo que los veas,
Ni tal de tu amor espero;
Solo quiero, solo quiero
Que si mi gusto deseas,
Pues me he mostrado contigo
Liberal y generosa,
Sin ser ingrato á tu esposa
Seas mas cortés conmigo.
Desbaratadas tus naves,
Del mar que tu gente esconde
Llegaste á mi tierra, donde
Te recibí como sabes.
Y cuando el mundo en mis ojos
Me temió enojada ó triste,
Tú solo en mis ojos fuiste
Excepcion de sus enojos.
Yo que al infierno mitigo,
Yo que del cielo blasono,
Yo que á ninguno perdono,
Y yo que á todos castigo,
Porque con voces severas
(Asómbrate ó no te asombres)
Las fieras convierto en hombres,
Los hombres convierto en fieras;
Cuando pudiera contigo
Ejecutar mi poder,
Me acordé que era mujer,
Y se me olvidó el castigo.
Yo te amé así que te vi,
Siendo por diversos modos,
Rigurosa para todos
Y piadosa para tí.
Pues si es aquesto verdad,
¿Qué intentas contra mi fe?
¿Por qué (dímelo), por qué
Me tratas con tal crueldad?
Duélate lo que padezco.
¿No respondes? ¡Qué rigor!
¿Es posible, mi señor,
Que aun respuesta no merezco?

ULÍSES.

Óyeme. (*Ap.* Corrido estoy.)

CIRCE.

¿No respondes?

ULÍSES. (*Ap.*)

¿Qué diré?
Desgracia y descuido fué.

CIRCE.

Pasos á mi muerte doy.

ULÍSES. (*Turbado.*)

Señora, si por pagarte...
Digo... (*Ap.* Si no he de poder...)

CIRCE.

¿Ya enmudeces?

ULÍSES.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer?)
Yo quiero...

CIRCE.

¿A quién?

ULÍSES.

A mi esposa...
Digo que á mi esposa quiero,
Y ausente por ella muero;
Que aunque no es tan hermosa
Como tú...

CIRCE.

¡Qué infiel!

ULÍSES. (*Ap.*)

¡Qué airada!

CIRCE.

¡Qué ingratitud!

ULÍSES.

(*Ap.* ¡Qué porfía!)
La quiero bien porque es mia,
Y tambien porque es honrada
Y...

CIRCE.

No pases adelante;
Que ya te tengo entendido.

ULÍSES.

Soy el mas firme marido.

CIRCE.

Y el mas descortés amante.
¿Es posible que mis ojos
Nada merecen contigo?
Baste, Ulises, el castigo:
Cesen, señor, los enojos;
Que cuando el alma te doy
No es mucho, aunque mas la quieres,
Que dejes de ser quien eres,
Pues dejo de ser quien soy.

ULÍSES.

Si mal ejemplo me diste,
No porque eres reina, no,
Deberé imitarte yo
En hacer lo que tú hiciste.
Tú haces mal, ¡oh Circe hermosa!
En deslucir tu poder,
Y yo haré mal en querer
A quien no fuere mi esposa;
Pues la quiero de manera,
Que á ser posible querer
En el mundo otra mujer
Que ménos que tú valiera,
A Irene solo mirara,
Porque aunque ménos merece,
De suerte se le parece
En brio, donaire y cara,
Que al momento que la vi,
Sin poder irme á la mano,
De su rostro soberano
Sin duda idólatra fuí.
Porque cuando la miré,
Como el corazon pensaba
Que á Penélope miraba,
Venció el sentido á la fe.
Y así deja de quererme,
Porque aunque intentes matarme,
Ni yo he de poder mudarme,
Ni tú has de poder vencerme. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CIRCE.

Espera, tirano huésped,
No te vayas, oye un poco:
Déjame, pues ves que muero,
Lograr mi muerte á tus ojos.
Mas ¿cómo es esto? ¡Yo triste!
¡Yo, cielos, yo con enojos!
¡Yo celosa, yo ofendida!
Y aquese azul promontorio,
Ese muro de diamantes,
De plata cándido globo,
No baja al suelo deshecho
Y al mar se despeña roto!
¿De qué me sirven mentidos
Caractéres fabulosos,
Con que las plantas animo,
Con que las fieras informo,
Si cuando todo me atiende,
Cuando me obedece todo,
Solo un hombre me desprecia,
Y me injuria un hombre solo?
¡Ay Ulises! Ay ingrato!
Ay cielo! Ay amor! ¡qué poco
Vale burlada una queja,
Y mal oido un sollozo!
Porque te busco me dejas,
Y te vas porque te adoro;
Pues ¿qué dejas para cuando
Estés de mi amor quejoso?
¡No me engañaras siquiera
De obligado ó de piadoso!
Que es cortesía el engaño
Cuando el desden es oprobio.
¡Tan poco vale este imperio
Que humilde á tus plantas pongo,
Tan poco valgo yo misma,
Y mi hermosura tan poco?
Irene, ¿es mejor que yo,
Aun siendo retrato propio
De Penélope? ¿Es mejor
Tu firmeza que mis ojos,
Tu lealtad que el ruego mio,
Y tu amor que mi decoro?
La culpa de tu mudanza
Echas al ser firme esposo;
Que nunca faltó al mal trato
Un achaque ó un estorbo.
¡Diérasme tú que mi amor
Te agradara de algun modo,
Que tú fueras mas ingrato,
Si estuvieras mas gustoso!
Pues no, Ulises: si me olvidas
Porque despreciada lloro,
Y eres monstruo en el agravio,
Seré en la venganza monstruo.
¡Yo por tus desdenes ciega,
Y tú á mis suspiros sordo!
Yo quejosa, y tú querido!
Yo triste, y tú vitorioso!
No, ingrato. ¡Viven los cielos,
Vive el sol, amante loco,
Y vivo yo, griego infame,
Vivo yo, que es mas que todo,
Que me han de pagar tus celos
Su atrevimiento alevoso,
Y que no has de hablar á Irene
Esta noche; y si me enojo,
Que no has de ver en tu vida
A Penélope tampoco!
Pues cuando al agravio mio
Y á los desprecios que toco,
Importara ver del cielo
Descuadernados los polos,
Vestir de luces la noche,
Poblar el dia de asombros,
Y lo que es mas, confundir
Un elemento con otro,
Yo que obedientes los tengo
Al precepto riguroso
De mis conjuros, con que
Los violento ó los exhorto,
Conseguiré de mi olvido
La venganza que propongo,
Para que conozca Ulises,
Fingido amante, alevoso,
Cuánto puede lo que olvida,
Cuánto vale lo que lloro. (*Vase.*)

ESCENA X.

ULÍSES y TURSELINO, *de noche.*

ULÍSES.

De cólera, por Dios, pierdo el sentido.
¡Que el gigante atrevido,
Porque del monte potentado sea,
Quitase á Galatea
¡Oh bárbaro homicida!
Y á su esposo la vida?
¡A su esposo, que fué mi caro amigo!

TURSELINO.

Chiton lo ha dicho así, que fué testigo
De la venganza de sus viles celos.

ULÍSES.

Pues viven, traidor ciclope, los cielos,
Que esa sangre inocente
Que sacaste mas fiero que valiente,
Has de pagar con tanta de tus venas,
Que las campiñas llenas
De calientes arroyos nacarados,

Han de bañar las selvas y los prados,
Hasta que arrebolados sus verjeles,
Los jazmines se pasen á claveles,
Las yerbas todas tórnense bermejas,
Y pazcan entre sangre tus ovejas,
Cuyo humor repartido ó todo junto
Marca será de su pastor difunto.
Yo á Circe pediré para esta empresa
Licencia, con promesa
De volver á sus ojos obediente;
Y embarcado en el húmedo tridente,
Fingiendo que he llegado
De la mar derrotado,
Mas valiente que Marte,
Ya con valor, ya con ingenio y arte,
Sea gigante ó fiera,
Le quitaré mil vidas que tuviera.
Mas tente; que en la reja siento ruido.

ESCENA XI.

IRENE Y TISBE, *á una reja del palacio.* —ULÍSES, TURSELINO.

TURSELINO.

Irene y Tisbe son.

ULÍSES.

Pues han venido,
La cólera se temple y se suspenda.

IRENE.

¿Es Ulíses?

ULÍSES.

¿Sois vos, querida prenda?

TISBE.

¿Es Turselino?

TURSELINO.

Soy esclavo vuestro.

ULÍSES.

No os admireis, si os muestro
En agravio de Circe, bella Irene,
Amor tan grande, porque el alma tiene
Bastante causa para amaros mucho.

ESCENA XII.

CIRCE, *en lo alto del palacio.* — ULÍSES, IRENE, TISBE Y TURSELINO, *sin ver á Circe.*

CIRCE. (*Para sí.*)

Son tantes los desvelos con que lucho
Con esta nueva cisma,
Que por mí me pregunto yo á mí misma;
Y como no me hallo,
Sufro, muero, padezco, lloro y callo,
Tiemblo, juro, porfío,
Apasióname, velo, desconfío,
Y á manos voy muriendo de mi llanto.

ULÍSES.

Esta es la causa de quererte tanto;
Que sin faltar en nada á tu decoro,
Te respeto y adoro,
Te busco y te deseo.

CIRCE. (*Ap.*)

¡Cielos! ¡qué es lo que escucho y lo que [veo!
¿No es este Ulíses? Sí, y aquella Irene.
Pues ¿cómo Irene tiene
Tan poca reverencia á mi corona,
Y él tan poco respeto á mi persona,
Que intentan á mis ojos
Mis agravios y enojos?
Pues no ha de ser así; que cuando pe- [no,
Ya que no mio, no ha de ser ajeno;
Porque ya que no pueda transformarle
En fiera, ni privarle
De su juicio y sentido,
Por lo ménos podré contra su olvido
Impedir sus amores,
Ya que no con caricias, con rigores.
Y así pues que mis celos,
Si en tantas penas puede haber con- suelos,
No pueden aliviarse
Ménos que viendo ¡ay cielos! apartarse
Aquestos dos amantes, luego, luego,
Por si no basta el ruego,
Tan léjos han de verse los traidores,
Que aun á voces no escuchen sus amo- [res.

(*Terremoto.*)

ULÍSES.

Parece, Irene hermosa,
Que la tierra turbada ó revoltosa
Se altera y se enfurece.

TURSELINO.

Todo junto el palacio se estremece.

IRENE.

Algun daño recelo.

TISBE.

Sin duda el sitio se nos viene al suelo.

IRENE.

Arrímate á esa reja.

ULÍSES.

Bien tu amor me aconseja.

CIRCE. (*Ap.*)

¡Amor dijo el traidor! Agora, agora
Importa mi poder.

ULÍSES.

Adiós, señora.

IRENE.

¡Valedme, santos cielos!

CIRCE.

Esto es vengarse una mujer con celos.

(*Vuela la reja con Ulíses, y Turselino y las damas se entran.*)

JORNADA TERCERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Monte á orillas del mar.

ESCENA PRIMERA.

POLIFEMO.

¡Qué derrotado bajel,
Pájaro de espuma breve,
Pez de los vientos veloz,
Monstruo de sus dos especies
Es aquel, que zozobrando
Entre soplos y vaivenes,
Bola parece del aire,
Atomo del mar parece?
¿Aquel que paladion
De las ondas inclementes,
Hombres á la tierra aborta
Desde su preñado vientre?
Mas ¿qué fuera que Neptuno,
Ese dios cuyo tridente
El cetro es con que se rigen
Imperios de espuma y nieve,
En venganza de los hijos
De Dóris que le obedecen
Desangrándose en cristal
Uno ninfa y otro fuente,
Quisiera tomar venganza,
Y de su temprana muerte
Satisfacerse en mi vida?
¡Ojalá que esto quisiese,
Porque no puede engendrar
En sus ondas tantas fuentes,
Como yo arrojar peñascos
Desde mis hombros valientes,
Para que imiten ansí
En pirámide eminente
Dos amantes, que en un risco
Tálamo y sepulcro tienen!
Quiero esconderme en el valle
Y saber lo que pretenden. (*Vase.*)

ESCENA II.

ULÍSES, CHITON, GRIEGOS.

ULÍSES.

Todo es prodigios la vida
De un desdichado.

GRIEGO 1.°

Mal puede
Tu fortuna resistir
A tantos inconvenientes.

CHITON.

Apénas una desdicha
El desengaño te ofrece,
Cuando vas entrando en otra.

ULÍSES.

¿Agora sabes que vienen
Las desdichas y las penas,
Chiton, enlazadas siempre?
Celosa Circe de que
Yo quiero adorar á Irene
Porque en hermosura y voz
A Penélope parece,
De delante de mis ojos,
Monte, palacio y mujeres
Robó; que en su confusion
Como exhalacion se vencen,
Como sombra se deshacen,
Como humo se desvanecen,
Como llama se consumen,
Y como todo se pierden.
Y cuando con tal suceso
Me admira el cielo y suspende,
Antes que empiece á saber
Lo que fué, quiere que empiece
A dudar lo que será,
Otro prodigio mas fuerte.
Pues acudiendo á vengar
De Acis la sangre que vierte
Un peñasco al prado herboso,
Vengo á tomar por albergue
La casa en que su homicida
Prodigioso al sol ofende,
Para que venza el ardid
Lo que la fuerza no vence.

GRIEGO 1.°

Palabra á Circe le diste
De postrarle y de vencerle
Y de volver á sus montes,
Dejándole por rehenes
De tus compañeros parte.

GRIEGO 2.°

A mucho, señor, te atreves.

ULÍSES.

Antes á nada, si al fin
Nada un desdichado teme.

CHITON.

¿Nada teme un desdichado?
Debe de ser desa suerte,
Porque yo lo temo todo.
Y para que esto se pruebe...
Este es Polifemo, este es.
Sí, por Dios: él me parece.

ESCENA III.

POLIFEMO. — DICHOS.

POLIFEMO.

Ignorantes peregrinos,
Cuyo errado pié se atreve

A ser carácter de arenas
Engendradoras de sierpes,
Suspended el paso errante,
Y si no os moris de verme,
Decidme : ¿qué dios teneis
Enojado, que inclemente
Os trae á ser sacrificios
De las aras de la muerte?

ULÍSES.

Si acaso, valiente cíclope,
Generoso descendiente
De aquellos que contra el cielo
Montes sobre montes crecen,
Eres destas selvas rey,
Dios destas campiñas eres,
¡Qué justamente, qué bien
De mi cuidado te ofendes,
Pues ignorante, al pisarlas
No previne que en ardientes
Aras, la piedad del fuego
Sacrificios te ofreciese!
Peregrino soy del mar,
Que en esos rotos bajeles
Que hoy á tu puerto llegaron,
Discurro inconstante siempre.
Seis veces dorado el sol
Ha con líneas diferentes,
Desde la escama del Piscis
Hasta el vellon del Ariete,
Y yo por campos de vidrio
Le vi inconstante seis veces,
Ciudadano de las ondas
Y de un frágil leño huésped.
Griego soy de nacion, hijo
De mis obras solamente,
Y así es mi nombre, *Ninguno;*
Que este á un pobre le conviene,
Porque no es *ninguno* un pobre;
Que en los libros y papeles
De la fortuna son ceros,
Que por sí valor no tienen.
A tus piés llegué : si acaso
Obligar desdichas pueden,
Templa el rigor y la ira,
Di dónde estoy y quién eres,
Porque rendido te adore,
Porque humilde te respete,
Porque esclavo te obedezca
Y vasallo te celebre.
(*Ap.* Bien el engaño que traigo
Le dispongo desta suerte.)

POLIFEMO.

(*Ap.* Si aquí respondo soberbio,
De mis venganzas crueles
Podrán algunos librarse:
Y así fingir me conviene.)
Esta montaña que ves,
Que con la empinada frente
Si no rompe, aja á lo ménos
Ese pabellon celeste,
Es, míseros paregrinos,
El Lilibeo á quien tiene
Por tumba el grande Tifeo,
Y á su estatura es tan breve
Que parte con siete montes
Su grandeza, pues son siete
Los que le oprimen soberbios,
Los que prolijos le hieren:
Cuyo peso le fatiga
Tan poco, que muchas veces
Tiemblan todos, si cansado
Se esperezа ó se estremece.
Yo soy Polifemo, hijo
De Júpiter, el que aleve
Bandolero destos montes,
Pobló el infierno de muertes.
Pero no sé qué poder
En mí tus razones tienen,
Que retóricas me mudan
Y tristes me compadecen;
Pues con ser este mi imperio,
Y ser mi ejercicio este,
Hoy quiero usar de piedades
Con vosotros. A mi albergue
Venid; que aunque sus espacios
La luz del sol aborrecen,
Porque debajo de tierra
No hay rayo que los penetre,
Podréis descansar en ellos.

ULÍSES.

A tus palabras corteses
Segunda vez nos rendimos.

GRIEGO 1.º

Aquí á tus plantas nos tienes.

ULÍSES.

Hoy ya los cielos piadosos
Mis intentos favorecen.

POLIFEMO.

Venid.

ULÍSES.

Guianos. (*Ap.* ¡Qué mal
Mi industria, bárbaro, entiendes,
Pues voy á ser tu homicida,
Cuando piensas que tu huésped!)

CHITON. (*Ap.*)

Yo no tengo devocion
Con los mejores retretes,
Y mas quiero en este campo
Ver al sol la cara alegre,
Que ir á vivir á una cueva,
Y así aquí quiero esconderme.

POLIFEMO.

¿Quién es aquel que se queda
Allí?

CHITON.

Ninguno se quede;
Que se enojará el señor.

POLIFEMO.

Tú que quedabas, ¿quién eres?

CHITON.

Quien tú quisieres que sea;
Que una madre muy prudente
Me dijo que fuese solo
Lo que tú, señor, quisieses.

POLIFEMO.

¿Cómo te llamas?

CHITON.

Imito
Al reves á mi amo siempre,
Y así yo me llamo *Todos;*
Y este nombre me conviene,
Pues todos topan en mí.

POLIFEMO.

Pollo enfermo, ¿de qué temes?

CHITON.

Yo no tiemblo; que el temblor
Es una pálida fiebre.

POLIFEMO.

Pasa adelante...

CHITON.

Ya paso,
Pues hombre no puedo hacerme.

POLIFEMO. (*Ap.*)

Que tú serás el primero
Que á mis rigores se entregue.

ULÍSES. (*Ap.*)

Pues voy con él, lograré
La ocasion que el tiempo ofrece.

POLIFEMO. (*Ap.*)

En viéndoles en mi cueva,
En prision he de ponelles.

ULÍSES. (*Ap.*)

En viéndole descuidado,
Tengo de darle la muerte.

(*Vanse.*)

—

Marina al otro lado del monte.

ESCENA IV

CIRCE, IRENE, TISBE.

IRENE.

¡Tú sentimientos y enojos!
¿Cuándo puso la tristeza
Turbacion en tu belleza
Y lágrimas en tus ojos?

TISBE.

¡Tú suspiros por despojos,
Que dejen al aire ciego!

CIRCE.

¡Ay triste! Este astuto griego
Que era sin duda pensó
Troya mi pecho, y metió
Por engaño tanto fuego,
Pues viendo que el fuego allí
Tantas vitorias apoya,
Despues de abrasar á Troya
Me quiso abrasar á mí.
Su agrado al principio vi,
Y celos, Tisbe, despues.

TISBE.

Si tanta tu ciencia es
Que hombres, fieras y aves mudas,
¿Por qué, Circe, no te ayudas
A tí misma, pues ya ves
Que fuera el medio mejor[1]?

CIRCE.

A mí, Tisbe, no me agrada[2]:
No quiero deberle nada[3]
A mi ciencia en mi favor[4].

TISBE.

¿Y qué respuesta nos da
Tu voz á otra duda?

CIRCE.

Di.

TISBE.

¿Por qué no sabes de tí,
Señora, qué fin tendrá
Este amor, puesto que ya
A muchos has prevenido
Prodigios que han sucedido?

CIRCE.

Porque aunque puedo saber
Lo que me ha de suceder,
Nunca saberlo he querido.
Solo disculparse puede
Lo que saber hoy pretendo,
Que es lo que está sucediendo,
Porque el tiempo no se excede
En ver hoy lo que hoy sucede:
Y así pues cobarde temo
Una desdicha en extremo
Que el alma enciende y abrasa,
Tengo de ver lo que pasa
A Ulíses y á Polifemo.
No quiso de mis encantos
Ayudarse, aunque pudiera,
Porque de su esfuerzo espera
Entre asombros y entre espantos
Vencer imposibles tantos;
Y yo que lo dudo todo,
Para saberlo acomodo
Voz, carácter y conjuro;
Con cuya fuerza procuro
Informarme.

TISBE.

¿De qué modo?

CIRCE.

¿No está su retiro, di,
En el opuesto horizonte,

1, 2, 3, 4 Una redondilla entre décimas, principio quizá de una décima cercenada...

De quien es cárcel un monte
O valla una sierra?

TISBE.

Sí.

CIRCE.

Pues yo haré que desde aquí,
Con prodigio sin segundo,
Se penetre lo profundo
Que contiene la ribera
De esotra parte, si fuera
De esotra parte del mundo.
Abra pues su vientre el centro[1]
Desas rústicas montañas,
Despedace sus entrañas
A mi voz, á cuyo encuentro
Manifieste cuanto dentro
De sus abismos encierra
En calabozos obscuros.
Asistan á mis conjuros
Cielo y mar, infierno y tierra.
(*Da vuelta el monte, y se ve un trozo de la cueva de Polifemo, inmediato á la entrada.*)

IRENE.

Ya el monte gime, y la sierra
Al poder de fuerza tanta[2]
Hace humano sentimiento.

TISBE.

Cada flor es un portento,
Un prodigio es cada planta.

CIRCE.

¿Ya no ves desde aquí cuanta
Distancia el monte ocupó,
Desmentida, Tisbe? Y ¿no
Ves, Irene, transparente
Lo opaco y obediente
A lo que le mando yo?
Y ¿á las dos juntas no admira
Ver en medio de la roca
Melancólica una boca
Por quien el monte respira?
Pues esa que vierte ira,
Esa que sombras bosteza,
Esa que escupe tristeza,
Esa que articula horror,
Esa que vierte sudor,
Siempre abierta de pereza,
Es (bien lo explica su extremo,
Bien su tristeza lo dice)
El lóbrego y infelice
Palacio de Polifemo.
Aun yo de mirarle temo,
Aun yo de verle me espanto.

IRENE.

El sale.

CIRCE.

Callad en tanto
Que un caso veis admirable,
Porque la primera que hable
Deshará todo el encanto.
(*Pónense á un lado las tres mujeres.*)

ESCENA V.

POLIFEMO, *en la cueva.* — DICHAS.

POLIFEMO.

Esta bóveda obscura,
De griegos marineros sepultura,
Que en fúnebres desiertos
Cárcel de vivos es que habitan muer-
Siendo en estos abismos [tos,
Vivientes esqueletos de sí mismos,
Asegurar quisiera
En tanto que á la sombra lisonjera
De la caduca palma
Le doy al sueño la mitad del alma.

[1], [2] Décima irregular, con los dos últimos versos pareados.

Mas no sé cómo puedo;
Que al valor de Ninguno tengo miedo.
Si les cierro la boca
Con la dura mordaza desta roca,
No podrán mis ganados
Salir, desvaneciendo los collados
Desa montaña cana,
Redil de nieve, océano de lana;
Y si la dejo abierta,
Para su libertad abro la puerta.
Pero en ella arrojado,
Mi recelo aseguro y mi ganado;
Pues cuando salgan ó entren,
Todos es fuerza que conmigo encuen-
Y despierto del sueño, [tren,
Seré otra vez de mis acciones dueño.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

ULÍSES, CHITON Y GRIEGOS, *en la cueva.*— CIRCE, IRENE, TISBE.

CHITON.

La puerta de la cueva se ha dejado
Abierta.

GRIEGO 1.°

Ya ha llegado,
Ulises, la ocasion en que podrémos
Volver al mar, vencidos los extremos
De la fortuna nuestra, [tra.
Que su deidad contra nosotros mues-

CHITON.

Señor, de aquí salgamos,
Y deste ciego laberinto huyamos;
Que muchos buenos huyen.

ULÍSES.

Vuestras razones poco honor arguyen.
Si vencer á este cíclope no espero,
Cumpliré con morir.

CHITON.

Pues yo no quiero
Andar en esos cuentos;
Que nunca amigo fuí de cumplimien-
Y así pienso escaparme... [tos:
(*Va á salir y vuélvese.*)
Mas ¡ay triste!
Cueva pido otra vez.

ULÍSES.

¿Qué es lo que viste?

CHITON.

A Polifemo, y temo
Decirlo.

ULÍSES.

¿Dónde estaba Polifemo?

GRIEGO 1.°

Durmiendo está á la boca
De la cueva.

ULÍSES.

Y su cuerpo es una roca
Que la salida cierra [ra.
Desta horrible prision, echado en tier-
Mas del ganado ya los escuadrones
Vestidos de vellones [te
Pacer hoy quieren. La ocasion presen-
Arrebate mi espíritu valiente.
Al sueño el monstruo agora está rendi-
Imágen de la muerte y del olvido: [do,
Seré medio homicida,
Pues el sueño le quita media vida;
Que para tanto empeño
Aun parecemos poco yo y el sueño.

GRIEGO 2.°

¿Con qué has de darle muerte,
Si nos quitó las armas?

ULÍSES.

¡Dura suerte!
Una encendida tea
En aquesta ocasion quiero que sea
Hoy mi puñal ardiente:
Y no es impropio que matarle intento
Con cuchilla de fuego,
Que ya son armas con que vence el
Blanco pues de la herida [griego.
Sea aquel medio sol, de quien erguida
Su frente se guarnece.
Hoy, compañeros míos, anochece
El sol de Polifemo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

POLIFEMO Y ULÍSES, *dentro.*—DICHOS.

POLIFEMO. (*Dentro.*) [quemo!
¡Infiernos, que me abraso, que me

ULÍSES. (*Volviendo.*)

Esta, vestigio fiero, hazaña es mia.

POLIFEMO. (*Dentro.*)

¿Cómo tan presto me ha dejado el dia?

GRIEGO 1.°

Huyamos.

GRIEGO 2.°

No podemos
Salir, si al paso tan feroz le vemos.
(*Sale Polifemo: los griegos se retiran á lo interior de la caverna.*)

POLIFEMO.

¡Tan presto
El sol á este horizonte se ha traspues-
¡Herido estoy y ciego! [to!
¿Cuándo con fuego se ha apagado el
[fuego?
¡Oh pena! Oh muerte! Oh rabia!
Ninguno es quien me ofende y quien
[me agravia.
¿Quién ¡ay triste! creyera [ra,
Que al que á todos les daba muerte fie-
En caso tan cruel, tan importuno,
Le matara Ninguno?
En la cueva escondido
Está; que no ha podido
Salir. Yo de su centro
Arrancaré los montes, porque dentro
A todos nos oculte
Y en alcobas de mármol nos sepulte.
Mas pues está seguro,
Tomar venganza del traidor procuro;
Que esta cueva le guarda.
(*Éntrase por la cueva adelante.*)

CIRCE. [da,
¡No le mates! Detente, espera, aguar-
(*Vuelve el monte, y queda todo como ántes.*)

ESCENA VIII.

CIRCE, IRENE, TISBE.

CIRCE.

Mas ¡ay triste! que burlada
De mí misma en dolor tanto,
Y de mi afecto llevada,
Hablé, y fué todo el encanto
Sombra, ilusion, humo y nada.

IRENE.

En aquel instante breve
Que se articuló tu voz,
Todo el peñasco se mueve,
Para que el viento veloz
A otro horizonte le lleve.

CIRCE.

¡Oh nunca saber quisiera
Tan lastimoso suceso!
¡Nunca de Ulises supiera,
Pues no supiera con eso
El peligro que le espera!

Dentro de la cueva está,
Y Polifemo le va
Buscando; que en este estado
El encanto me ha dejado.
¡Quién duda ¡ay de mí! que ya
Con el enojo y el fuego
Llega soberbio y cruel
Donde está, dos veces ciego,
Y que topando con él
Le hace mil pedazos luego?
¿Quién con ánimo se hallara
Para volver á saber
En qué su tragedia pára?
Pero ¿quién de ver se holgara,
Si es su mal el que ha de ver?

IRENE.

Advierte que su valor
Le podrá agora librar.

CIRCE.

¡Ay Irene! que es error.
¿Qué valor ha de bastar
A vencer tanto furor?
Marineros, que del suelo
Azul vais quebrando el hielo,
Ya no huyais de mis rigores,
Pues ya son selvas de amores
El Etna y el Mongibelo.
Ya Circe amando murió.

ESCENA IX.

ULÍSES. — DICHAS.

ULÍSES. (*Dentro.*)

Ya espiró, Circe.

CIRCE.

¡Ay de mí!
El eco no lo creyó,
Y otra vez lo preguntó.
Circe murió.

ULÍSES. (*Dentro.*)

Circe...

CIRCE.

Sí.

IRENE.

¡Qué fácilmente, señora,
Del viento engañar te dejas!
¿Cómo tu discurso ignora
Que son repetidas quejas
Las que escuchamos agora?
Que el eco no respondiera
Lo que postreró no oyera.

ULÍSES. (*Dentro.*)

Circe, Circe.

IRENE.

¿No lo ves?

TISBE.

De Ulises esta voz es.
(*Asoma Ulises en una altura.*)

IRENE.

Y aquel Ulises.

CIRCE.

Espera;
Que cuando la dicha es mucha,
Un infelice la ignora.
El placer conmigo lucha.
(*Baja Ulises.*)

ESCENA X.

ULÍSES, CHITON, GRIEGOS.—CIRCE, IRENE, TISBE.

ULÍSES.

Dame los brazos, señora.

CIRCE.

¿Cómo te escapaste?

ULÍSES.

Escucha.
Llegué al pié del Lilibeo,
Monte soberbio que opone
Al cielo sus puntas, siendo
Excelsa pira de flores.
Tomé tierra, salté en tierra,
Y apénas las plantas pone
Mi aliento en su arena, cuando
Crujidos oigo discordes.
Pensamos que despeñado
El monte bajaba, y vióse
En el feroz Polifemo
Bajar de un monte otro monte.
Albergarnos prometió.
Yo que buscaba ocasiones
A mi venganza y su muerte,
Agradezco los favores.
Mi nombre pregunta, y digo
Que era *Ninguno* mi nombre.
Por sendas mil le seguimos,
Hasta que llegamos donde
Una peña estorbó el paso;
Mas él abriéndole entónces,
A nuestra vista quitó
La peña, y por mas temores,
La que el paso nos cerraba
Abrió una boca disforme,
Cuyo espacio guarnecian,
En vez de apacibles flores,
Pálidos álamos negros
Y rústicos alcornoques.
«Entrad (dijo); que no tengo
Otros palacios mejores.»
Y sepultándonos vivos,
Fuimos en eterna noche
Presos miserablemente
De un bárbaro tan enorme,
Que se bebe humana sangre,
Helado el cadáver come.
Estuvimos tan cobardes,
Que faltó en los corazones...

CIRCE.

No prosigas; que no quiero
Con prolijas digresiones
Dilatar el fin. Ya sé
Que en esa cueva de horrores
Fuerzas busca la venganza,
Ira buscan los rigores.

ULÍSES.

Sí; mas yo considerando
Que no rinde á pechos nobles
La desdicha, y que el valor
Alienta á cosas mayores,
Determinado á su muerte,
Una vez que las acciones
Rindió al sueño, y que otorgaba
Descanso á sus miembros torpes...

CIRCE.

Por no haber armas, tomaste
Uno de algunos tizones
Que en pequeña lumbre ardian,
Con que asegurando el golpe,
El ojo que dió á la frente
Resplandor, fué blanco donde
Ejecutando venganzas
Aseguraste temores.
Quedó sin sentido el bruto,
A cuyo bramido el orbe
Se volvió á cerrar, y airados
Se estremecieron los montes.
Vuelve á decir desde aquí
Lo mas que sucedió.

ULÍSES.

Oye.
A la boca de la cueva
Sangriento el bruto se pone,
Porque ninguno saliera,
Sin que sus manos feroces
Le registrasen, tocando
El ganado que por órden
Iba saliendo. Yo viendo
Tan cercanos mis temores,
Pido consejo á la industria,
Y el pensamiento dispone
Que le matase el ganado,
Y de sangrientos vellones
Vestidos, nos registrase
Su tacto. Favorecióme
El cielo, pues sucedió
Tan felizmente, que sobre
Nosotros pone las manos,
Y nos toca y desconoce.
Con esto luego vinieron
A su voz cuantos pastores
El Etna habitan, y todos
Movidos de sus pasiones,
Quién le dió muerte preguntan;
Y él, como á todos responde
Ninguno me ha muerto, piensan
Que él mismo se ha muerto. Entónces
Yo, por no volver al mar,
Trueco sus campos salobres
Por las cumbres destos riscos,
Golfos de plantas y flores,
Hasta llegar á tus brazos,
Para que en ellos adore
En un mundo dos milagros
Y en un cielo muchos soles.

CIRCE.

Como vienes de vencer
El prodigio destos bosques
Con engaños, enseñado
A fingimientos tan nobles,
Quieres engañarme á mí.
Mira que no son blasones,
Para una mujer que adora,
Esgrimir las armas dobles
Que para un bruto. (*Llora.*)
. . . .

ULÍSES.

No llores;
Que no es bien que desperdicies
Lágrimas de tantos soles.
Que eras hechicera dijo
La fama en lenguas de bronce,
Y hasta que te vi llorar
Lo dudé por mil razones;
Mas ya sé qué hechizos tienes,
Pues tienes ojos que lloren.

CIRCE.

¡Qué dulcemente me engañas!
No quiero de mis temores
Apurar el desengaño,
Sino creer tus favores;
Que si al fin me das la vida
Con tan fingidas razones,
Mejor es que yo me engañe:
Y así quiero que esta noche
Cenes conmigo en albricias
De las victorias, que goces
Eternas.

ULÍSES.

Tuya es mi vida.
Si como dueño dispones,
Forzoso es obedecerte.

CIRCE.

Venció Amor, dios de los dioses.
Pedidme, fuentes, albricias,
Pedidme mercedes, flores.
(*Vanse Circe, Irene y Tisbe.*)

ESCENA XI.

CHITON, GRIEGOS. — ULÍSES.

GRIEGO 1.° (*Ap. á los otros.*)

Si vuelven á divertirle

Esos lascivos amores,
Tarde á Grecia volverémos.

GRIEGO 2.º

Ya serán estas prisiones
Eternas.

CHITON.

Desde hoy serémos
Vecinos y moradores
De los montes de Sicilia
Entre tigres y leones.

ULÍSES.

¿Qué dices?

CHITON.

Que haces muy bien
En divertir tus rigores
Siendo en este nuevo Chipre
De aquella Vénus Adónis.
Lo mismo me hiciera yo;
Que al fin no es de piedra un hombre.

ULÍSES.

Retírese la gente:
Descansaré á la márgen lisonjera
Desta apacible fuente,
Que es á la solfa de la primavera
Instrumento sonoro
Con cuerdas de cristal y trastes de oro.
(*Vanse Chiton y griegos.*)

ESCENA XII.

ULÍSES.

Quiero aquí discursivo
Un suceso advertir y otro suceso
De mi vida. Si vivo
De una hermosa mujer cautivo y preso,
A quien mi fe desprecia,
Sin esperanzas de volver á Grecia...
. . . . [1]
Pues si ya cortesano
He de ser desta isla eternamente,
Yo me resisto en vano,
Y á Circe he de querer.—Parlera fuen-
Tu cláusula de plata [te,
El discurso suspende y arrebata.
Brindando estás con hielos,
A tu favor ¿quién resistió los labios?
(*Va á beber.*)

UNA VOZ. (*Dentro.*)

No has de beber.

ULÍSES.

¡Ay cielos!
Estos mas que favores son agravios,
Pues el cristal que vierte
La peña, agora en sangre se convierte,
Y voz articulada
Me amenaza con iras y desdenes.
Fuente, que despeñada
Del corazon desa montaña vienes
Con asombro tan fuerte,
¿Qué pretendes?

ESCENA XIII.

Ábrese un peñasco, y sale ÁCIS, *ensangrentado.*— ULÍSES.

ÁCIS.

Vivir y darte muerte.

ULÍSES.

Oh Júpiter! ¿qué miro?

ÁCIS.

Un griego que en helado monumen-

ULÍSES. [to...

Segunda vez me admiro.

[1] Ha de faltar algo, quizá mucho.

ÁCIS.

Vive á tu fama y opinion atento,
Cuando tú con tu dama
De tu opinion te olvidas y tu fama.
¡Tú, Ulíses valeroso,
A quien ampara el sol en esta ausencia,
Júpiter generoso
Da su sangre, Mercurio su elocuencia
Y sus armas Aquíles,
Así te vences de lisonjas viles!
Tú, que al cíclope fiero
Matar osaste por venganzas mias,
¡Amante lisonjero
De una vil hechicera, desconfías
Poder librarte della,
Por ser injusta mas que por ser bella?
Pues no bebas cristales
Que oprimido mi noble pecho vierte;
Venenos sí mortales
Con que el cristal en púrpura convier-
Culparásme de ingrato, [te.
Pues cuando tú me vengas yo te mato;
Mas esto es ser tu amigo:
Darte la muerte por mirarte honrado.
Y porque seas testigo
Cuánto un amor lascivo me ha costado;
Mira como esta roca
Urna es mucha, pirámide no poca.
(*Vase, y ciérrase el peñasco.*)

ESCENA XIV.

ULÍSES.

Detente, aguarda, espera,
Ácis... — ¿Si fué ilusion ó fantasía?
Pero cuando lo fuera,
No lo eran las razones que decia,
Pues tal efecto han hecho,
Que han muerto el corazon dentro del
Yo que el mar he domado, [pecho.
Yo que tierras y pasos he medido,
Las sirtes he pasado,
Y del golfo las músicas vencido,
¡De una mujer cautivo
Hoy en los montes de Sicilia vivo!
Pues no: de otra manera
Hé de quedar, ya nada me acobarda.

ESCENA XV.

CHITON, GRIEGOS. — ULÍSES.

CHITON.

Circe, señor, te espera
En sus palacios.

GRIEGO 1.º

Ya la mesa aguarda.

GRIEGO 2.º

Circe te llama.

ULÍSES.

Amigos,
Sed á mi bien como á mi mal testigos.
Miéntras que divertida,
Circe en regalos de mi amor se emplea,
Pues la noche convida,
Sagrado nuestro el ancho campo sea
Del mar: de aquí salgamos
Y deste ciego laberinto huyamos.—
Todos los compañeros (*A un griego.*)
Recoge con silencio; y pues que grave
Con soplos lisonjeros
Hincha el noto las velas á la nave,
Nos recojamos todos.
(*Vase el griego.*)

CHITON.

Dándonos libertad, con muchos modos
Cautivos...

ULÍSES.

Yo el primero
He de salir desta prision ó encanto.
Ver á Circe no quiero:
No me dé que sentir su tierno llanto;
Que una mujer que llora,
Al mismo paso mata que enamora.
Al mar, al mar, amigos.
Venid por la espesura deste monte;
Que no serán testigos
De mi traicion sus troncos.

GRIEGO 1.º

A ver ponte
Tu gente, que ya viene.

ULÍSES. [ne.

Alto á embarcar, pues nada nos detie-
(*Vanse.*)

ESCENA XVI.

CIRCE.

No me sufre el corazon
Ver que tarde tanto Ulíses,
Dando pension al cuidado
Una vez que fué felice.
Aquí le dejé... y aquí
No está. Pues por donde vine,
Que es del palacio la senda,
Él no ha ido. — ¡Ay de mí triste!
Al mar sus gentes caminan.
¿Qué novedad hay que obligue
Á entrar en la nave todos?
Ya las áncoras despiden
De las peñas, ya se hace
Al mar aquel monstruo horrible,
Haciendo que sus espumas
O se encrespen ó se ericen.
Babilonia es de las ondas,
De quien fuéron los pensiles
Flámulas y gallardetes,
Pareciendo al desasirse
Del puerto con tantas voces,
Montaña que se divide,
Peñasco que se desata,
Cuando en crecientes terribles
Algun caudaloso rio
Traslada á sus ondas libres
De los montes los eneros,
De los campos los abriles.
(*Descúbrese la nave, y empieza á andar.*)

ESCENA XVII.

ULÍSES, CHITON Y LOS GRIEGOS, *en el mar.* — CIRCE, *en tierra.*

ULÍSES.

Altos montes de Sicilia,
Cuya hermosura compite
Con el cielo, pues sus flores
Con las estrellas se miden,
Yo soy de vuestros engaños
Triunfador, Teseo felice
Fuí de vuestros laberintos
Y muerte de vuestra esfinge.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Buen viaje, buen viaje!

CIRCE.

Escucha, engañoso Ulíses,
Pues te habla, no cruel,
Sino enamorada, Circe.
¿Huyendo quieres vencerme?
Tú mismo te contradices;
Que ninguno venció huyendo,
Pues ántes vence el que sigue.
Escucha, ingrato Ulíses,
Mis lágrimas y voces. Mas ¡ay triste!
Que ántes doy para hacer mejor camino
Agua en mis ojos, viento en mis suspi-
[ros.

ULÍSES.

No han de poder obligarme
Las voces que al viento oprimen;
Que tengo orejas de bronce
Cerradas á encantos viles.

(*Pasa la nave.*)

CIRCE.

¡Así favores se premian!
¡Así servicios se admiten!
Si con lágrimas no puedo,
¿Con qué quieres que te obligue?
¡Para esto me aseguraste!
Dos veces ingrato fuiste;
Mas ¡qué fácilmente cree
Quien enamorada vive!
Ya la nave de la vista
Se pierde, ya no habrá lince,
Que mas que los bultos vea
Sin que la forma divise.
Escucha, ingrato Ulíses. Mas ¡ay triste!
Que ántes doy para hacer mejor camino
Agua en mis ojos, viento en mis suspiros.

ESCENA XVIII.

IRENE, TISBE. — CIRCE.

IRENE.

¿Qué tienes?

TISBE.

¿De qué te quejas?

CIRCE.

¡Ay, Irene hermosa! Ay, Tisbe!
¿No veis de velas y jarcias
Aquel monte que describe
El mar? ¿No veis de madera
Aquella ciudad, que mide
A su playa azul? ¿No veis
Sobre campañas turquíes
Ir navegando una selva?
¿No veis disformes delfines
De leño quebrar las ondas,
Y siendo nevados cisnes
De la espuma, ser del viento
Arrebatados neblíes?
Pues aquel monte que corre,
Aquella ciudad que gime,
Aquella selva que nada,
Aquel delfin que describe,
Aquel pájaro que vuela,
Aquel pegaso que esgrime
Los vientos, casa que anda,
Belerofonte que rige
El mar, y nave en efecto,
Que errados sulcos imprime,
Sagrado es de un pecho ingrato,
Que obligaciones escribe
En el agua, y en el viento
Siembra el favor que le hice.
Escucha, ingrato Ulíses,
Mis lágrimas y voces. Mas ¡ay triste!
Que ántes doy para hacer mejor camino
Agua en mis ojos, viento en mis suspiros.
Pero ¿para qué me quejo
Piadosa, amante y humilde?
Júpiter que venga agravios,
Ardientes rayos le vibre,
Y tú, volcan, de las ondas
Fuego exhales, humo aspires.
El viento, que ahora sopla
En tu favor apacible,
Furioso despierte el mar,
Y entre sus ondas horribles
La tierra te oponga escollos
Adonde te precipites,
Y chocando desbocada
Se vaya la nave á pique.
Mas ¿de qué sirven rigores?
Maldiciones, ¿de qué sirven,
Si conocidos agravios
Mayores venganzas piden?
Y pues no puedo causar
Contra ti un mortal eclipse,
Ni desasir con mis brazos
Montes que á tu nave tiré,
Yo me vengaré en mí misma.
No dirás que me venciste,
Porque no se alabe el cielo,
Porque el mundo no publique
Que hubo, sino es ella misma,
Quien pudo triunfar de Circe.
No huyas, ingrato Ulíses,
Mis lágrimas y voces, porque triste
No he de dar para hacer mejor camino
Agua en mis ojos, viento en mis suspiros. (*Vase.*)

IRENE.

Al mar se arroja.

TISBE.

Y en él
Nace un escollo sublime,
Que entre nácares y perlas
De monumento le sirve,
Para que con los sucesos
De *Polifemo y de Circe*
La comedia acabe: y tres
Poetas perdon os piden,
Porque lo que dos merecen
El uno consiga humilde.

NOTA.

Se ha reimpreso esta comedia teniendo á la vista dos manuscritos que el señor Don Agustin Duran nos ha franqueado, con su bondad acostumbrada. La parte segunda de *Comedias de varios autores*, en que fué incluido *El Polifemo*, segun aparece del índice de Don Juan Isidro Fajardo, no nos es conocida. Esa segunda parte, que Fajardo llama *antigua*, debe pertenecer á la primera y rarísima coleccion de este género y nombre, de cuyo tomo XXX, uno de los pocos que se conservan, hemos copiado *El privilegio de las mujeres*.

ENFERMAR CON EL REMEDIO,

COMEDIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, LUIS VELEZ DE GUEVARA Y DON JERÓNIMO CÁNCER.

PERSONAS.

AURORA, *duquesa de Urbino.*
DIANA, *su hermana.*
LAURA, *dama.*
FLORA, *dama.*
LUDOVICO, *duque de Ferrara.*
ROBERTO, *viejo.*
ALEJANDRO, *duque de Parma.*
CÁRLOS, *galan.*
JULIO, *gracioso.*
DAMAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Urbino.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Salon en el palacio ducal de Urbino.

ESCENA PRIMERA.

MÚSICOS, *cantando; y despues*, AURORA, *leyendo un papel.*

MÚSICOS.

Aspid de plata un arroyo,
Los piés le muerde á una peña,
Escondido entre las flores
De sus márgenes amenas.

(*Sale Aurora leyendo para sí.*)

AURORA.

(*Lee.*) «En amorosa querella
»Nunca está el dolor en calma,
»Porque amor que está en el alma
»No sale sin salir ella.»
(*Ap.* ¡Que obligue á tanto desden
Una aversion natural!
Bien dice Cárlos su mal;
Mas no me parece bien:
Y aunque vencerme en la lid
Quiero de mi obligacion,
Puede mas que la razon
El destino.) Proseguid. (*Vuelve á leer.*)

MÚSICOS.

Naciendo cristal de un risco,
Al valle desciende en perlas,
Que se las hurtó á la aurora
De las que lloró en la yerba.

AURORA.

(*Lee.*) «Yo vengo á ser mi enemigo,
»Pues no os acierto á obligar:
»Con que sin vos, vengo á estar
»Mal con vos y mal conmigo.»
(*Ap.* Razon tiene: á crueldad
Juzga en mi tanto rigor;
Pero de causa mayor
Sin duda nace.) Cantad.

MÚSICOS.

Siendo espejo de las flores,
Por ser de los prados lengua,
Envidioso las murmura
Y alegre las reverencia.

ESCENA II.

ROBERTO. — DICHOS.

AURORA.

¡Oh Roberto! Ea, llegad.
¿Qué quereis? Qué me advertís?
¡Qué cuidadoso venís!

ROBERTO.

Quiero hablaros.

AURORA.

Despejad.
(*Vanse los músicos.*)

ROBERTO.

Ya sabeis, divina Aurora,
Que Dios muchos años guarde,
De la beldad para fénix
Y del dia para ultraje,
Ya sabeis que el testamento
De vuestro difunto padre,
Que en imperios de zafir
Eternamente descanse,
Ordena que vuestra Alteza
Precisamente se case
Con Cárlos, su primo hermano,
Porque pueda asegurarse
La sucesion, dilatada
En su misma heróica sangre,
Y tambien porque el derecho
Que tiene al reino, excusase
Con aquesta conveniencia
Alguna disension grande.
Y esta voluntad postrera
Fué con tan fuerte gravámen,
Que si el tiempo limitado
Que puso, acaso pasase
Sin que felizmente lleguen
Las bodas á efectuarse,
Con la misma condicion
Su herencia á Diana pasase,
Aunque hija menor, queriendo
Que esta fuerza os obligase,
Porque excusaran las guerras
Estas amorosas paces.
Tambien yo, por gusto suyo,
Para que de su dictámen,
Por mas cercano pariente,
El intento ejecutase,
Con la tutela quedé
De entrambas, sin que embarace
En mi amor y mi obediencia
El gobierno al vasallaje.
Pero hoy el término viendo
Tan vecino á los umbrales,
Que ya en el gusto de todos
Lo pide el deseo casi;
Y viendo que en vuesa Alteza
Aun no se advierten señales
De observar, como es razon,
Precepto tan inviolable;
Solicitado del pueblo,
En cuya lealtad constante
De vuestro padre se miran
Vivas las memorias reales;
Os vengo á acordar, señora,
Esta obligacion, que yace
Tan dormida en vuestro olvido,
Porque no despierte tarde;
Que esto es cumplir con la mia;
Que fuera delito grave
Que andeis vos sobre el descuido,
Y que en mí el cuidado falte.
Los mas príncipes de Italia
De vuestras dudas se valen,
Y á vuestra eleccion atentos
Pueden disculpar lo amante.
Bizarros y misteriosos
En el amoroso exámen,
De amor encienden el fuego,
De galas pueblan el aire.
Diana, de vuestro gusto
Vive en la prision süave;
Que cadenas del cariño
Mas son libertad que cárcel.
Y ya que, como Diana,
De los soles celestiales
Vuestros participa solo,
De los rayos que sobraren
Partid, dándole las luces:
Y pues ser el dia os cabe,
Con las sombras de las dudas
No hagais la noche mas grande.
El tiempo ya lo requiere,
La razon lo persüade,
Vuestros vasallos lo piden
Y lo manda vuestro padre.
Cárlos no lo desmerece,
Pues solo sus buenas partes
De tan soberana dicha
Pueden la gloria llevarse.
Esto es lo que mas importa,
Y en ocasion semejante
No es bien que á la conveniencia
Eche á perder el dictámen.
Yo cumplo así con la ley
De mi obediencia y mi sangre:
Lo que os conviene os advierto:
Si os enojo, perdonadme.

AURORA.

De vuestros cuerdos avisos
Yo quedo para adelante
Advertida, y obligada,
Roberto, á vuestras lealtades.
Y así, á mis vasallos quiero
Que les digais de mi parte
Que yo haré lo que me piden
Sin que el término dilate,
Pues de mi resolucion
Verán los efectos ántes
Que en la tardanza se arriesgue
La obediencia de mi padre.
Y de mi recato esquivo
No la dilacion extrañen;
Que anticipar un deseo
Es querer lisonjearle;

Y esperar que tiempo llegue
Preciso para casarme,
Es no aventurar lo atento
A que peligre en lo fácil.
Pero que yo ordenaré
Que de mis bodas se trate;
Que su cuidado agradezco,
Y quiero este gusto darles.

ROBERTO.

Vivas los años del sol,
Que burlando las edades,
Con novedad cada dia
En brazos del alba nace.
Y dame licencia ahora;
Que con alborozo grande
Voy á dar la enhorabuena
Al Senado.

AURORA.

Dios os guarde.
(*Vase Roberto.*)

ESCENA III.

AURORA.

¡En buen empeño ha quedado
Mi rebelde obstinacion,
Sin que de mi inclinacion
Pueda sacarme el cuidado!
La ley de mi padre ordena
Que ponga en Cárlos mi amor;
Pero sin ley mi rigor
A aborrecer me condena.
Quiero amar, y desespero
De ver que no acierto á amar,
Sin que baste el porfiar
A querer lo que yo quiero.
Si de mi despego injusto
Pruebo á vencer la violencia,
En la misma resistencia
Crece el odio y mengua el gusto.
Cárlos me quiere, y deshace
Mi rigor cuanto me quiere,
Pues como delito, muere
Lo que á ser lisonja nace.
Antes no le aborrecia;
Desde que quererle trato,
Examino mas lo ingrato
En la resistencia mia.
Para vencerla me ajusto;
Que en mi atenta obligacion
Ha de mandar la razon
Y ha de obedecer el gusto.
Deseara amar, aunque veo
Tan obstinado mi amor;
Mas para entrar al favor
No es mala puerta el deseo.
Hablaréle, y divertidos,
Puede ser que, en mis antojos,
A quien despiden los ojos,
Quieran llamar los oidos;
Que si adora mi hermosura,
Y está por mi obligacion
De su parte la razon,
No ha de vencer la locura.
Diana viene.

ESCENA IV.

DIANA. — AURORA.

DIANA.

Señora,
¿Dónde escondes tu arrebol?
Que parece falta el sol,
Como no he visto á la Aurora.

AURORA.

¡Lisonjas, hermana!

DIANA.

En tí
No cabe la falsedad,
Y lo que hace tu beldad
No ha de ser lisonja en mí.

AURORA.

Que te merezco el favor,
Mi fineza te asegura.

DIANA.

Es deuda de tu hermosura.

AURORA.

Más es paga de mi amor.

DIANA.

¿Qué tienes tan retirada?

AURORA.

Algunas melancolías
Me traen, Diana, estos dias
De mí misma arrebatada,
Y quisiera descansar
Contigo en cierto cuidado.
. . . . [1]

DIANA.

Bien me le puedes fiar,
Pues nos rige un albedrío
A las dos con lazo estrecho,
Y no es salir de tu pecho
Haber de entrar en el mio.

AURORA.

Hasta ahora no te he dado
De mi pensamiento cuenta,
Que con un desvelo intenta
Ser de mi atencion enfado;
Que aunque mi hermana y mi amiga,
Cosas desta calidad
No deja la vanidad
Que la llaneza las diga;
Pero viendo que no es medio
El silencio, y que á mortal
Suele pasar poco mal,
Si se descuida el remedio,
A decirle me he rendido;
Que no quiero que callado
Peligre en lo mal curado
Por tema de bien sufrido.
Ya sabes la verdadera
Fe con que Cárlos me adora,
Que por mí suspira y llora...

DIANA. (*Ap.*)

¡Ojalá no lo supiera!

AURORA.

Tambien sabes que mandado
Dejó con preciso empeño
Mi padre el hacerle dueño
De mi favor y mi estado.

DIANA.

Ya sé que obligada estás
A casar (*Ap.* ¡Pena cruel!)
Precisamente con él.

AURORA.

Pues quiero que sepas mas.
Caprichoso mi desden
Ha dado en que he de obstinarme,
Y con él no he de casarme
Hasta que le quiera bien,
Porque siento que es locura
Que pueda con mi eleccion
Hacer desesperacion
Lo que puede hacer ventura.
Toda una vida me advierte
Que malogro inadvertida,
Pues no amanece á ser vida
Cuando anochece á ser muerte:
Y así, quiere mi temor,
Aunque es su intento tan justo,
Que por la senda del gusto
Llegue solo á mi favor:
Para lo cual he buscado
Todos los medios posibles;
Y parece que imposibles
Los hace el mismo cuidado;
Pues cuando á quererle bien
Quiero persuadir mi amor,
Perdida, yendo al favor,
Doy en manos del desden.
Si acordarme he pretendido
De su pena para gloria,
Voy á buscar la memoria,
Y encuentro con el olvido.
Si quiero con su dolor
Lastimar mi voluntad,
Aun no sueña ser piedad
Cuando despierta el rigor.
Si me escribe algun papel,
Le veo con desagrado.
Hoy en uno, mas airado
Examiné lo cruel,
Pues le leí por si hallaba
Con que templar mi rigor, [2]
. . . .
En vano solicitaba.
Yo no sé qué medio elija
Entre tan precisa fuerza,
Que mi dictámen no tuerza
Y mi condicion corrija,
A un tiempo quedando bien
De Cárlos con el cuidado,
Con mi obediencia y mi estado,
Con su amor y mi desden.

DIANA.

En tanta contrariedad,
Aurora, como me has dicho,
No es fácil con el capricho
Conformar la voluntad;
Porque si has de enamorarte
Antes de casarte, creo
Que aunque te ayude el deseo,
No has de acertar á casarte.

AURORA.

Pues ¿qué haré, Diana mia,
Con tan necia obstinacion,
Que pudiendo ser razon
Se ha querido hacer porfía?
Enséñame tú á querer.

DIANA.

Mal te podré yo enseñar,
Porque para aconsejar,
Experiencia es menester.
Nunca de amor he sabido;
Fuera de que este cuidado,
Juzgo que es para olvidado
Mejor que para aprendido.
La que quiere fina ser
Nadie la debe enseñar;
Que para saber amar
De sí misma ha de aprender.
Natural ciencia el amor
Es en cualquiera, y así
Estúdiala, Aurora, en tí
Para saberla mejor.

AURORA.

Bien conozco esa verdad;
Mas la presuncion tal vez
Hace á la razon júez
De la desconformidad.

DIANA.

¿Pues qué ha de importarte, Aurora,
Para conseguir tu intento,
Saberlo el entendimiento,
Si la voluntad lo ignora?

AURORA.

Queriendo el gusto inclinar,

1 Falta un verso para la redondilla.

2 En lugar del verso que corresponde á este lugar, se halla en la impresion que copiamos uno que dice: *Si la voluntad lo ignora*, el cual viene luego en esta misma escena.

Ménos fácil viene á ser
Obligarle á aborrecer,
Que no persuadirle á amar,
Píntese mi obligacion
Que peligra en la tardanza
Su fineza, á ver si alcanza
A vencer mi obstinacion.
Veamos si desta suerte
Es de la razon trofeo
Y acierta á amar mi deseo.

DIANA. (*Ap.*)

Ruego á Dios que nunca acierte,
Porque de mi inclinacion
No burle la pena amante,
Que aunque se niega al semblante,
Se concede al corazon.

AURORA.

¿Qué dices?

DIANA.

Que á tu obediencia,
Como á tu eleccion, me ajusto.

AURORA.

Venza la razon al gusto
Y el juicio á la resistencia.
Dirásme de Cárlos bien
Para templar el rigor.

DIANA. (*Ap.*)

¡Y habrá de enfermar mi amor
Para curar tu desden!

AURORA.

Porfiarásme, cuando airada
Solo á despreciar aciente,
Para yo quererle.

DIANA.

Advierte
Que soy poco porfiada.

AURORA.

Yo espero vencer por tí
Este despego cruel,
Y así, has de acordarme dél,
Para olvidarme de mí.

DIANA. (*Ap.*)

¿Y quién de mí ha de olvidarme,
Cuando esta pena comience?

AURORA.

Solo con amor se vence
El desden.

DIANA. (*Ap.*)

Y con matarme.

AURORA.

Rigor, ya es preciso amar.

DIANA. (*Ap.*)

Penas, forzoso es sufrir.

AURORA. (*Ap.*)

Mi desden he de rendir.

DIANA. (*Ap.*)

Mi muerte has de ocasionar.

AURORA.

Vamos á probar remedio
Con que el mal curar confio.

DIANA. (*Ap.*)

Yo habré de morir del mio,
Si á ti te sana el remedio.

(*Vanse.*)

Habitacion de Cárlos en el palacio ducal de Urbino.

ESCENA V.

CÁRLOS, LUDOVICO.

LUDOVICO.

¿Cómo os va, Cárlos, de amor?

CÁRLOS.

Ludovico, mi fineza
Ni en la obstinacion se cansa,
Ni en la sinrazon se arriesga.
Adoro firme un desden,
Sin que contrastarme puedan
El miedo á desconfianzas
Ni los rigores á penas.
Bien sé que en Aurora intento
Enternecer una piedra;
Que con ella comparada,
Aun tiene ménos dureza.
Pero en vano del destino
Podré resistir la fuerza,
Si en mis ofensas se vale
De sus dos soles mi estrella;
Bien que, rendida tal vez,
De su crueldad mi paciencia,
En el mar de mi fortuna
Zozobra, si no se anega.

LUDOVICO.

Aunque la beldad de Aurora
Disculpa vuestra fineza,
Al veros tan mal tratado,
Permitidme que lo sienta;
Que en nuestra amistad no es mucho,
Pues de tan fina se precia,
Que me aquejen vuestros males
Y como propios me duelan.

CÁRLOS.

Ya sé el favor que me haceis,
Y en fe desta confidencia,
Os confieso que me apura
Su ingratitud de manera,
Que temo, al primer despecho,
Dar fin á tan loca empresa,
O morir, que en mí será
La mas fácil diligencia.
Su desden me ha de matar.

LUDOVICO.

No os rindais desa manera.
Alentad vuestra esperanza;
Que es forzoso que florezca,
Por mas que tantos desdenes
Marchitar sus flores quieran.

ESCENA VI.

JULIO. — DICHOS.

CÁRLOS.

¿Qué hay, Julio?

JULIO.

De cuantas sierpes
La Libia arenosa engendra,
No se pudiera hacer una
Tan venenosa y tan fiera.

CÁRLOS.

¿Qué dices?

JULIO.

Vengo aturdido.

LUDOVICO.

¿Qué tienes?

JULIO.

Cuarenta suegras
Son en su comparacion
La blandura de la tierra.

CÁRLOS.

¿Diste el papel?

JULIO.

Ya le dí.

CÁRLOS.

Y ¿qué tenemos? Di apriesa.

JULIO.

Mas flema y mas atencion
Ha menester la respuesta.

LUDOVICO.

Adios, Cárlos.

CÁRLOS.

¿Por qué os vais?

LUDOVICO.

Quiero dar lugar que tengan
Desahogo los cuidados
Que vuestro pecho atormentan.

CÁRLOS.

Pues ¿embarazáislos vos?

LUDOVICO.

Si al sentimiento se entregan,
Están con ménos testigos
Mas bien halladas las quejas.
Despues nos verémos, Cárlos,
En la antecámara.

CÁRLOS.

Niega
El alivio de los males
Quien ignorarlos desea.

LUDOVICO.

En vos le solicitara
Si de provecho yo os fuera
Capaz; pero yo algun dia
Procuraré que le tengan,
Si estáis mas dispuesto. Arriba
Os espero.

CÁRLOS.

Norabuena.

(*Vase Ludovico.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS, JULIO.

JULIO.

Cortesano es Ludovico.

CÁRLOS.

¿Qué hay de Aurora?

JULIO.

Que no hay seña
De ver nunca en tu esperanza
Una hoja verde siquiera.

CÁRLOS.

¿Qué hay del papel?

JULIO.

Hay que á Aurora
Se le dió en sus manos mesmas
Con muy grande cortesía
Laura, muy fina y atenta;
Que le arrojó desabrida,
Que la respondió severa,
Que luego volvió á tomarle,
Y entre ingrata y desatenta,
Nos envió noramala
A tu amor, á mí y á ella.

CÁRLOS.

Esta de mi sufrimiento
Es la última experiencia.

JULIO.

Laura me dijo despues
Que á Aurora no hay entenderla;
Pero que en su condicion
Conoce por cosa cierta
Que de tu amor hace burla,
Que te aborrece de véras,
Que no hay que esperar mudanza
En su condicion resuelta,
Y que...

CÁRLOS.

Detente; que corres
Con mucha prisa á mi pena.

JULIO.

Mira, no sé qué se tienen

Esto de las malas nuevas,
Que el decirlas muy aprisa
Es golosina en cualquiera.

CÁRLOS.

Yo enmendaré mi locura.

JULIO.

Será una cosa muy cuerda.

CÁRLOS.

Conmigo su ingratitud
Puede mas que su belleza;
Y mi enojo me advierte [suerte.
Que esto se ha de hacer ya de aquesta
Cierra, Julio, esas puertas:
No estén al gusto ni al deseo abiertas.
La soledad me agrada.

JULIO.

Tú la quieres sin duda hacer cerrada.

CÁRLOS.

No haya apénas resquicio
Por donde de mi amor salga un indicio.
No mas locas porfías.

JULIO.

Sin Aurora tendrás mejores dias,
Pues burlando tu queja,
A buenas noches tu esperanza deja.

CÁRLOS.

No vaya mi cuidado
Al carro del desprecio aprisionado,
Ni ponga la belleza
Por despojo en el templo mi fineza,
Siendo infame trofeo
De sus ingratitudes mi deseo;
Antes del desengaño,
Pues son de hierro que doró el engaño,
Limadas por mis penas,
Se cuelguen por victoria mis cadenas.
Viviendo desairado,
Ya no quiero favor ni quiero Estado:
Todo de hoy mas se pierda.

JULIO.

Eso sí, Cárlos: del valor te acuerda;
Que para ser, señor, dueño de Urbino,
Por el amor tan grande y peregrino
Que te tiene este Estado,
Por tu razon, y luego por tu agrado,
No has menester á Aurora, que parece
Que para tu favor nunca amanece.

CÁRLOS.

Bárbaro, yo no quiero [ro;
Que su desden me enseñe á ser grose-
Que aunque olvidarla trato,
Eso no hará que aprenda á ser ingrato,
Por mas que estoy corrido
Que aun no puedo valer para rendido.
Antes del monstruo airado
Que lidia con mi pecho enamorado,
Veré si amor se escapa,
Del interes dejándole la capa.
Vuélvame el albedrío:
Todo sea suyo, como yo sea mio.

JULIO.

Ya que tanto te enoja,
Corre bien, porque temo que te coja,
Y enojada y resuelta
A todo ese deseo dé una vuelta.

CÁRLOS.

A morir ó vencer me determino,
Luchando la razon con el destino.

JULIO.

Yo recelo la lucha,
Aunque de la razon la fuerza es mucha.

CÁRLOS.

Mi rabia la acaudilla.

JULIO.

Mira no te arme alguna zancadilla;
Que es ardid de la guerra
El dar con toda la razon en tierra.

CÁRLOS.

Deste triste aposento
No he de salir hasta mudar intento,
Trocando sus rigores
En aborrecimiento los amores,
La memoria en olvido,
El cuidado en descuido convertido,
La fineza en despego,
Y el lince amor, que ha sido en mí tan
Negando á su belleza [ciego,
El cuidado, el amor y la fineza.
Cesen las ansias mias.

JULIO.

¡Que haya quien quiera arreo tantos
[dias!

CÁRLOS.

La memoria se acuerde
No el bien que tuvo, sino el mal que
La voluntad sin freno [pierde;
Ni ley, no penda del imperio ajeno,
Y esté el entendimiento en mis pasio-
[nes
Dándole á la razon nuevas razones.
Libres ya del tormento
Vivan la voluntad y entendimiento;
Sin fe la confianza,
En lo cierto escarmiente la esperanza;
El desvelo rendido
A tanto vacilar, quede dormido;
Y de amor sordo el ruego,
El aire en humo desvanezca el fuego;
La porfía enfadosa
Parezca cuerda en ser ménos temosa;
Y acaben en un dia
Esperanza, desvelo, amor, porfía.

JULIO.

Bueno fuera el capricho,
Si lo hicieras tan bien como lo has di-
[cho.

CÁRLOS.

¿Cómo no? Cuando loco [co,
Tanto escarmiento en mi desdicha to-
¿Qué aventuro el ser cuerdo? [do?
En lo que nunca he de ganar ¿qué pier-
No he de salir de aquí sin que de Aurora
Olvide la beldad, la fe traidora;
Y si llevada acaso [so,
Mi pasion del incendio en que me abra-
Salir á verla quiera,
No me dejes salir, aunque me muera.
Deten mi desatino,
Borrándome las señas del camino.

JULIO.

Véte á espacio: ten modo,
Porque el amor es al reves de todo.
Hácese en un instante,
Pasando desde niño á ser gigante;
Y la experiencia avisa
Que nunca se deshace tan aprisa.

CÁRLOS.

Violencia fué mi amor sin resistencia,
Y mi olvido ha de ser tambien violen-
Más mi pena no espere [cia.
Alivios: viva el que á desprecios mue-
[re.

JULIO.

Yo que no tengo de olvidar á Aurora,
Que cabal no he querido á nadie un ho-
¿Qué he de hacer encerrado? [ra,
Que el comer y el vivir me da cuidado;
Y ántes que algun desmayo me suceda,
Olvido lo mas presto que se pueda.

CÁRLOS.

¡Gracias ahora, cuando
Estoy con mil pesares batallando!

JULIO.

Si es batalla tu olvido,
¿No pelearás mejor muy bien comido?

CÁRLOS.

Solo morir intento.

JULIO.

¿Quién se encierra á olvidar sin basti-
Que he reparado ahora [mento?
Que nos puede coger por hambre Au-
[rora.

CÁRLOS.

Con burlas mi paciencia desesperas.

JULIO.

Pues el comer es cosa muy de véras.

CÁRLOS.

¡Oh belleza tirana!
Oh Aurora de luz mas soberana!
¿Tan sin razon me has muerto?

JULIO.

¡Muy lindo modo de olvidar por cierto!

CÁRLOS.

¿Quién llama?

JULIO.

No han llamado.

CÁRLOS.

¡Qué en vano me resisto á mi cuidado!
(*Música dentro.*)
¿Cantan? Un instrumento
En gratos sones aprisiona el viento.

JULIO.

De Aurora alguna dama ser podria,
Que andará encima desa galería.

CÁRLOS.

Amanecerá ahora
A dar al dia mas divina Aurora.
Escucha; que comienza.

JULIO.

Ríndete: no lo dejes de vergüenza

ESCENA VIII.

MÚSICA, *dentro.* — DICHOS.

MÚSICA.

Quien firme ha llegado á amar,
No quiera al amor vencer;
Que olvida para querer
El que mas quiere olvidar.

CÁRLOS.

«¡Quien firme ha llegado á amar
No quiera al amor vencer;
Que olvida para querer
El que mas quiere olvidar!»
Bien dice, pues de mi olvido
Solo mi amor ha sacado
Estar mas enamorado
Y ménos arrepentido;
Que en vano para olvidar,
No dejando de querer,
Mudable ha de aborrecer
Quien firme ha llegado á amar.
Quien olvidar por castigo
De amor quiere, errado va,
Pues su deseo hallará
De parte de su enemigo;
Que el que olvida por querer,
Hace lo que no desea,
Y pues vencido pelea,
No quiera al amor vencer.
Vertiendo el arroyo risa,
A buscar su centro viene,
Y en las guijas se detiene
Para correr mas aprisa:
Así el amor viene á ser,
Pues de un desprecio ofendido,
Es arroyo detenido,
Que olvida para querer.
No es para solicitado,
Como la dicha, el olvido;
Que en quien le busca perdido,

Siempre estará mas hallado.
Su pena quiere engañar
Quien dél se quiere valer,
Porque mas ha de querer
El que mas quiere olvidar.
Y pues está el olvido
Vencido del amor, dése á partido,
Y de Aurora los ojos
Vuelvan de nuevo á acrecentar despo-
Bien como el pajarillo [jos.
Que de la jaula que á su pié fué grillo
La cárcel quebrantando,
Quiere á la libertad salir volando,
Y apénas surca el viento,
Cuando se vuelve á la prision ham-
Rondando la cadena, [briento,
Haciendo ya lisonja de la pena;
Así yo despechado,
En la cárcel de amor aprisionado,
Volver quise al olvido
Para volver á la prision, rendido
De Aurora á la belleza.
De nuevo arda en sus luces mi fineza,
Y entre su llama hermosa
Viva fénix ó muera mariposa.

JULIO.

¿Adónde vas? Detente.

CÁRLOS.

Ya es mas apresurada mi corriente.

JULIO.

¿Qué es de tu desengaño?

CÁRLOS.

De nuevo vuelve á la prision mi engaño.

JULIO.

Pues ¿de qué te ha servido
El querer olvidar?

CÁRLOS.

De haber querido.

JULIO.

De aquí no has de salir hasta que olvi-

CÁRLOS. [des.

En vano el curso de mi amor impides.

JULIO.

No tienes que venir con manoteos.
Olvida; que no gusto de acarreos.

CÁRLOS.

¿Vencer quiere, villano,
Lo que no puede mi razon, tu mano?
Apártate, no acierte
Antes que con la puerta con tu muerte.

JULIO.

Mas que te lleve el diablo.

CÁRLOS.

Venciste, amor.

JULIO.

De un loco, guarda, Pablo.

CÁRLOS. [siera

¿Porqué quise olvidar? Mas que qui-
¿Qué importa, si eres fuego, y yo soy

JULIO. [cera?

¡Vencer á amor no puedes!... Yo lo nie-
[go
Que cualquiera que ve, rindiera á un
(*Vanse.*) [ciego.

—

Galería con una puerta en medio y dos á los lados.

ESCENA IX.

LUDOVICO, ROBERTO, ALEJANDRO.

ALEJANDRO.

¿Han salido sus Altezas?

ROBERTO.

Juzgo que presto saldrán.

LUDOVICO.

De Aurora há dias que están
Muy validas las tristezas.

ALEJANDRO.

De la belleza es pension.

ROBERTO.

Su mesurada cordura,
Aun mas que de la hermosura,
Nace de la condicion.

LUDOVICO.

Sobre lo lindo, el perfeto
Traje su donaire viste;
Que es lo misterioso y triste
La gala de lo discreto.

ALEJANDRO.

Tambien ostenta Diana
Despegos en su belleza.

LUDOVICO.

En todo es de su extrañeza
Y de su hermosura hermana.

ALEJANDRO.

En cualquiera dellas creo
Que está lo bello apurado.

LUDOVICO.

Y tanto que no han dejado
Con que disculpar lo feo.

ROBERTO.

¿Cómo están en las balanzas
De vuestras dos atenciones,
Diferentes las pasiones,
Iguales las alabanzas?
Pues en una el pensamiento
Solo se puede tener
Para amar y encarecer.

ALEJANDRO.

Parece que en vuestro aliento
Entre esas cenizas vivo
El antiguo fuego está.

ROBERTO.

Esta antecámara da
A estos discursos motivo.

ALEJANDRO.

Alabar á dos y amar,
Aun eso se puede hacer;
Que no es estorbo al querer
La obligacion de alabar;
Pues cumpliendo con lo justo
A un tiempo y con la aficion,
Se alaba con la razon,
Y se ama con el gusto.
Fuera de que son tan una
Las dos, que bien se pudiera
Encarecer á cualquiera,
Sin ofender á ninguna.
(*Ap.* Y es que á entrambas enamora
Mi fineza cortesana:
Por aficion á Diana,
Y por conveniencia á Aurora.)

LUDOVICO.

Yo, del amor sin recelo,
Celebro mas descuidado;
Que es amor en mi templado,
Ni bien fuego ni bien hielo;
Y neutral en la aficion
No aflojo la voluntad,
Temiendo en la libertad
El riesgo de ser prision.
Pero aunque desconfiado,
De amor el fuego he temido,
No me niego á lo rendido;
Resistome á lo abrasado.

ROBERTO.

No ser víctima en su ardor,
Es no estimar su poder.

LUDOVICO.

No deja el temor de ser
Tambien lisonja de amor.

ROBERTO.

Por lo que habeis dicho sé,
Señor duque de Ferrara,
Qué pretendeis.

LUDOVICO.

Es muy rara,
Es muy extraña mi fe.

ROBERTO.

Del duque de Parma mas
Las finezas acredito:
Saber su amor solicito;
Que no le entiendo jamas.
Bien que su pecho hasta ahora
En sí guarda la prision,
Por ver si la dilacion
Puede ocasionar de Aurora.

ALEJANDRO.

Temerosos mis enojos
Como el fuego que me inflama,
Arde hácia el pecho la llama,
No sale el fuego á los ojos.

ROBERTO.

Siempre el que ama hacer procura
Ostentacion de su empleo;
Que tal vez templa el trofeo
El rigor de la hermosura.

ALEJANDRO.

Para lograr el favor,
Bueno es vencer el desden;
Pero para querer bien,
A mí me basta el amor.

LUDOVICO.

No tiene por enemigo
El desprecio desairado
Amor tan acomodado
Que se contente consigo.

ALEJANDRO.

No hay que advertir á lo hermoso
Penas de ningun amor,
Pues basta á tener rigor
Su recato sospechoso.

ESCENA X.

JULIO. — DICHOS.

JULIO.

¡Caballeros!...

LUDOVICO.

¡Julio, amigo!...

JULIO.

En aquestas galerías,
Para dar los buenos dias
¿Hay algun sol por testigo?

ALEJANDRO.

Hasta ahora no lo sé.

JULIO.

Trabajando sin provecho
Anda en los ojos y el pecho
Duende del alma la fe.

LUDOVICO.

¿Y Cárlos?

JULIO.

Al parque ha ido
A caza de una quimera:
A estar de Aurora en espera,
Que es conejo de Cupido.

ROBERTO.

Yo le he deseado hablar,
Mas que nunca, esta mañana.

JULIO.

Yo sé que de buena gana
Os vendrá él aquí á buscar,
Y mas ahora flechado
Del arco de una experiencia,
Cuya tirana violencia
Le arrojará despechado.

ROBERTO.

¿Qué tiene?

JULIO.

Hoy le desatina
Mas su pena: loco está,
Y á hético de amor se va
Con su violencia contina.

ROBERTO.

Pues ya puede su fortuna
Y su esperanza alentar.

JULIO.

En él no lo puede errar
La dicha, de dos la una.

ALEJANDRO.

Señor Julio, el desenfado,
Con pretension de tijeras,
Nos valga...

JULIO.

En burlas y en véras
Soy yo muy despabilado.

ALEJANDRO.

Porque alguna luz se vea
De amor que el desden impide;
Que Ludovico lo pide.

LUDOVICO.

Alejandro lo desea.

JULIO.

Alejandro, aunque os hagais
Sordo, por mas que os obligo,
Y lo Alejandro conmigo
Como un César defendais,
Seré, por obedeceros,
Quien de aquestos arreboles...
—Pero á cuenta de dos soles,
Ya han salido dos luceros.

ESCENA XI.

LAURA, *á la puerta con un papel*. — DICHOS.

LAURA.

Julio...

JULIO.

Laura, laureada
Por bizarra, por hermosa,
Por gallarda y por donosa,
Como laurel venerada;
Laura, lauro del amor,
Aunque en ninguno lo empleas.

LAURA.

Pues que tanto me laureas,
Te quiero hacer un favor.

JULIO.

Ya que afable lo cruel
Por mí quieras olvidar,
¿Cuál es?

LAURA.

Dejarme alabar.

JULIO.

Para los dos hay en él.

ALEJANDRO.

De Aurora ni de Diana
Un rayo apénas no veo.

LUDOVICO.

¡Qué impaciente es el deseo!

ALEJANDRO.

No hay esperanza temprana.

ROBERTO.

De Cárlos en el querer
¿Cómo este descuido cabe?

JULIO.

No quiera que yo le alabe,
O aprenda á favorecer.

LAURA.

¿Dónde está Cárlos?

JULIO.

Perdido,
Por lo poco que ha ganado.

LAURA.

¿Cómo le va de cuidado?

JULIO.

Así le fuera de olvido.

LAURA.

Qué, ¿no está aquí?

JULIO.

Es bien que notes
Que el fino una vez faltó.

LAURA.

Que trajese me mandó
Esta cabeza de motes
A la antecámara Aurora,
Y viese si estaba aquí.

JULIO.

¿No le trae fuera de sí?
¿Qué nos quiere esa señora?

LUDOVICO.

Que estos son indicios buenos,
En su fortuna verás;
Que es preguntar por él mas
Empezar á echarle ménos.

JULIO.

Pues le mira tan rendido,
Cánsese de ser cruel,
Y acabe de hacer con él
Lo que Dios fuere servido.

LAURA.

Toma; que me voy. Su Alteza
Aguarda. (*Dale un papel y vase.*)

JULIO. (*Ap.*)

A estos dos daré
Aquesta cabeza, que
Será sin piés ni cabeza.

ALEJANDRO.

¿Qué hay?

JULIO.

Un plato regalado.

ALEJANDRO.

Veamos.

JULIO.

No te alborotes.
Una cabeza es de motes.

LUDOVICO.

Golosina es del cuidado.

JULIO.

Desvélese la agudeza,
Lo entendido y lo amoroso;
Que esta cabeza es famoso
Quebradero de cabeza.

ALEJANDRO.

Yo la tengo de leer.
. . . . [1]

LUDOVICO.

Aunque tan léjos de amor,
He de dar mi parecer.

[1] Falta un verso.

ESCENA XII.

FLORA, *á otra puerta*. — DICHOS.

FLORA.

Señor Roberto...

ROBERTO.

Señora...

ALEJANDRO.

Suspendamos la atencion
Hasta mejor ocasion,
Por ver á qué sale Flora.

JULIO. (*Ap.*)

Flora salió. Otro pellizco
A su amor dará mi ruego,
Porque el mio no es muy ciego:
Cuando mucho, mira bizco.

ROBERTO.

¿Qué es lo que quereis? Hablad.

FLORA.

Que á los jardines desean
Pasar, y sin que las vean,
Sus Altezas.

ROBERTO.

Perdonad,
Y despejemos, señores.
(*Vase Flora.*)

ALEJANDRO.

¡Ah rigurosa sentencia!

ROBERTO.

El mérito en la obediencia
Lisonjea los rigores.

LUDOVICO.

Vamos; que en el mal ni el bien
Nunca me alcanza el amor. (*Vase.*)

ALEJANDRO. (*Ap.*)

De una deseo el favor,
Y de dos sufro el desden. (*Vase.*)

ROBERTO.

A Cárlos voy á buscar. (*Vase.*)

JULIO.

A estos dos quiero seguir,
Por si acierto con pedir
Adónde les cae el dar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

AURORA, LAURA.

AURORA.

¿Fuéronse ya?

LAURA.

Sí, señora.

AURORA.

Déjame á solas, y espera
En la sala mas afuera.

LAURA. (*Ap.*)

Toda es enigmas Aurora. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

AURORA.

Pretendo del favor darme á partido,
Y de los hielos del desden templarme,
Y por mas que de amor pruebo á acor-
[darme,
Solo hay memoria en mí para el olvido.
Siento la ingratitud, y sin sentido
Me veo á los desprecios inclinarme;
Quiero perder la tema de obstinarme,
Y lo que quiero hallar es lo perdido.
¿Qué mucho, si agasajos y rigores
Juegan con la esperanza, y conformar-
[se

No es propio en ellos, ó es peligro en [ella,
Que tan marchita flor dén los favores,
Si el aire con que viene á marchitarse
Es el mismo que quiere florecella?

ESCENA XV.

CÁRLOS, *sin ver á* — AURORA.

CÁRLOS.

Con poco norte incierto mar navego,
En cuyo golfo incierto como extraño;
Aunque me ofrece tabla el desengaño,
Ménos veces escapo que me anego.
Una luz sigo, muchas veces ciego,
Al timon arrimado de un engaño;
Y si á mi sentimiento apela el daño,
Donde agua busca el llanto, encuentro [fuego.
De todo el sol un rayo aun no me al-[canza,
La suerte á tempestades me importu-
Y á las ondas me entrega sin piloto; [na,
¡Y aun no quiere librarme la bonanza!
Mas ¿qué bonanza espera en la fortuna,
Quien surca mar sin puerto en leño ro-
(*Ap.* Aurora está aquí: yo quiero [to?
Aprender en ella olvidos,
Pues de su rigor ingrato
Me enseñan tantos avisos.
Mas si ausente de sus ojos
Olvidarla no he sabido,
Cuando me abrasan sus rayos
¿Cómo he de aprender á tibio?
Pero puedan mas mis quejas.)

AURORA. (*Ap.*)

Cárlos ¡ay de mi! ha venido.
Mas ¿qué digo? ántes pretendo,
Dando á mi intento principio;
Alentarme y alentarle.
Yo le llamo.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Yo me animo
A decirle mis pesares,
De sus sinrazones hijos.

AURORA. (*Ap.*)

Venza el favor al desprecio.

CÁRLOS. (*Ap.*)

A ofensas muera el cariño.

AURORA.

Cárlos...

CÁRLOS.

Aurora, ya visteis
Cuánto volcan encendido
En mi pecho y en el aire
Fué escándalo de sí mismo.
(*Ap.* ¡Turbado estoy!)

AURORA.

¿Qué quereis?

CÁRLOS.

Quisiera... no haber querido.

AURORA.

Nunca yo lo echara ménos
Para con vos y conmigo.
(*Ap.* ¡Oh qué mal con el agrado
Encuentra el despego mio!)

CÁRLOS.

¿Que en la tema de mi amor,
Teniendo el riesgo en lo fino,
No haya en tantos escarmientos
Bastante para un olvido?
¿Y que os merezca tan poco
Mi pena, que compasivo
Nunca deje lo cruel
Vencerse de lo rendido?
Lástima y despego pueden
Caber en un pecho mismo:
No faltar á las piedades
No es ir hácia los cariños.

AURORA. (*Llamando.*)

Laura.

ESCENA XVI.

LAURA. — DICHOS.

LAURA.

Señora...

AURORA.

(*Ap.* No acierto
Del amor con el camino.)
¿Están los jardines solos?

LAURA.

En sus flores yo no miro
Mas de unos olmos, que son
De sus cristales narcisos.

AURORA.

Llama á Diana.

(*Vase Laura.*)

CÁRLOS.

Decidme:
¿Aun me negais el alivio?

AURORA.

Suénanme muy mal las quejas.
(*Ap.* ¡Qué ociosamente porfío!)

CÁRLOS.

¿Qué instrumento destemplado
Fué lisonja del oido,
Y á qué pena debió el aire
Mas voz que la del suspiro?

AURORA.

Los suspiros que del alma
Dan de los males avisos,
En la disonancia arriesgan
La lástima del oirlos.

CÁRLOS.

Pension es de un desdichado
Que aun cuando mas ofendido,
No ha de tener desahogo
Que no parezca delito.

ESCENA XVII.

DIANA. — AURORA, CÁRLOS.

DIANA.

¿Qué es lo que mandas?

AURORA. (*Ap. á ella.*)

No sé.
Mal, Diana, me resisto
A mi condicion.

DIANA.

¿Tan poco
El remedio prevenido
Te aprovecha?

AURORA.

Antes me mata.

DIANA. (*Ap.*)

Albricias, recelo mio;
Que de mi parte está ahora
Nuestro mayor enemigo.

CÁRLOS.

¿No me bastan mis temores,
Sin que me busque el desvío
A mi desahogo estorbos
Y á vuestro desden testigos?

AURORA. (*Ap. á ella.*)

Ayúdame tú, Diana;
Que yo ya por mí me rindo.

DIANA.

Lo que contigo no puedes,
¿Quieres que pueda contigo?

AURORA.

Quiero probar á vencer
Con tu ayuda mi capricho.

DIANA.

Pues escúchale.

AURORA.

Bien dices.

DIANA. (*Ap.*)

¡Con qué desmayo la animo!

CÁRLOS.

Señora, ya que el desden
En vano intento rendirlo,
¿No hará la piedad, mediando
Entre lo altivo y lo lindo,
Si no paces con mi amor,
Treguas con mis desvaríos?

AURORA.

¿Tan léjos de lo piadoso
Está lo favorecido?

CÁRLOS.

Mas allá de las crueldades
Vuestro rigor averiguo.

AURORA.

Quejáos, Cárlos, á la estrella
Que tan desgraciado os hizo.

CÁRLOS.

¡A una estrella he de quejarme
De dos soles ofendidos,
Cuando mi amor!...

AURORA.

Al jardin
Vén, Diana.

DIANA.

Ya te sigo.
(*Ap.* Aliéntese mi esperanza.)

CÁRLOS.

¿No hay remedio?

AURORA.

El que yo aplico,
Más os daña que aprovecha.

CÁRLOS.

Pues ya que tan desvalido
Veo mi amor, yo os ofrezco,
A pesar de mi cariño,
Tratar solo de olvidaros,
Al paso que os he querido:
Y lo hermoso, en quien ahora
Tanto desden solicito,
Dejará de ser cuidado,
Dejando de ser peligro.

AURORA.

Yo os ofrezco, retirada
Aun de mi desden esquivo,
Porfiar basta vencer
Con mi razon mi destino.

DIANA. (*Ap.*)

Enfermar con el remedio
Solo es deste mal alivio.

CÁRLOS.

Yo trataré de olvidaros...

AURORA.

Yo trataré de admitiros...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Aunque en mi pena reparo...

AURORA. (*Ap.*)

Aunque mi tema examino...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Que si quiero olvidar, quiero.

AURORA. (*Ap.*)

Que si quiero amar, olvido.

JORNADA SEGUNDA.

(DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.)

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, JULIO.

CÁRLOS.

¡Que esté yo tan incapaz
(Téneme loco el amor)
Que no trate del mejor
Remedio y mas eficaz!

JULIO.

¿Has hallado esa receta
En los libros que has juntado?

CÁRLOS.

Hijo es de mi cuidado
El medio á que se sujeta.

JULIO.

Y dime, ¿cómo se llama
El dicho medicamento?
¿Es suave ó es violento?

CÁRLOS.

Es festejar otra dama.
Que aproveche es necesario
Por natural consecuencia,
Porque cualquiera dolencia
Se cura con su contrario.
¿Que encuentre no puede ser
Dama que llegue á agradarme?
Pues ¿por qué he de limitarme...

JULIO.

Soy de aquese parecer.

CÁRLOS.

Hoy á ser de Aurora esclavo?

JULIO.

Sé de otra dama galan,
Y ándate con el refran
De «un clavo saca otro clavo».
Tú verás cómo mejora
Un hechizo al otro hechizo,
Y haz tú lo que el otro hizo
Con la mancha de la mora.
Salgamos de aqueste enfado,
Pues es de tanta importancia,
Que yo por concomitancia
Ando como espiritado.
Diana es bella, y su beldad
Te pudiera entretener,
Antes de llegar á ver
Que te fleche su hermandad.
¿No son sus ojos serenos
Bastantísimos á dar
Al mismo sol que envidiar?
Y tiene tres años ménos.

CÁRLOS.

Penetraste mi intencion.
Diana ha de remediarme;
Que bien podrá despicarme
Su hermosura y condicion.
Mudaré de objeto, pues
Con nada mi mal mejora;
Y hoy que á los años de Aurora
Dia de festines es,
Y en este jardin florido
(Donde tiene amor su esfera,
Y donde la primavera
Ha mudado de vestido)
Tiene un amante licencia
De decir su voluntad,
Y la osada libertad
Hace paz con la decencia;
He de tomar el lugar
Con la discreta Diana,
Y si la hallo mas humana,
Siempre la he de festejar.
En los motes y el festin
A encarecerla me obligo,
Y de aquesto hago testigo
Al cortesano jardin;
Que no ha de vivir mi amor
Tan ciego, que he de dejar
Un gusto por un pesar,
Por un desden un favor.

JULIO.

Digo que es famosa cura,
Y porque tu amor se dome,
Contra una hermosura tome
Las armas otra hermosura.
Diana te quiere, y es franca:
Festéjala, pese á mí;
Que yo quizá por ahí
Iré entrando en ropa blanca.
Deja á Aurora, que ha vivido
Siempre allá en sus fantasías,
Y entre tantas baterías
Ni un lienzo se le ha caido.
¿Qué es lienzo? Ni dos florines
En su vida no me ha dado.

CÁRLOS.

Todo el cielo se ha abreviado
A estos amenos jardines.
Las damas con libertad
Corren sus confusas calles.

JULIO.

Busca á Diana, porque halles
Remedio á tu enfermedad.

CÁRLOS.

Quédate tú, Julio, aquí;
Que yo la voy á buscar:
Y si la ves, el lugar
Apercibe para mí.

JULIO.

Cadena tendré y diamante,
Si tu fe á Diana adora
Y si acabas con Aurora.

CÁRLOS.

Desde hoy no he de ser su amante.
Con Diana he de vencer
Esta lid del corazon;
Que yo pondré la razon,
Y su hermosura el poder. (*Vase.*)

JULIO.

Hoy mis dichas se previenen
Y el amor me las reparte.
Pero por estotra parte
Diana y Aurora vienen.

ESCENA II.

AURORA, DIANA, LAURA, FLORA. — JULIO.

AURORA.

Dejadnos solas las dos.
Nada alivia mi pesar.

FLORA.

Vámonos pues á buscar,
Laura, la gracia de Dios.

AURORA. (*Ap.*)

¡Oh, si hallara mi desvelo
Remedio á esta ciega llama!

LAURA.

Vámonos; que allí me llama
Un visaje entre un pañuelo.
(*Vanse Laura y Flora.*)

ESCENA III.

AURORA, DIANA, JULIO.

JULIO. (*Ap.*)

Yo llego.

AURORA.

¿Quién es?

JULIO.

Quien campa,
Como dicen, con su estrella,
Y viene á besar tu huella,
Que es una devota estampa.

AURORA.

Despeja. (*Ap.* ¡Que me haga enfado
Este por ser prenda suya!)

JULIO. (*Ap. á Diana.*)

Cárlos anda en busca tuya;
Que hoy por tí se ha declarado.

AURORA.

Véte, acaba.

JULIO. (*Ap. á Diana.*)

La mañana
Es tuya, y te ha de asistir.

DIANA.

No te vayas sin decir
A los años de mi hermana,
Pues ves que los cumple hoy,
Un gustoso parabien.

JULIO.

Aunque pese á su desden,
Mil parabienes la doy...
¿Qué es mil? Cuatrocientos mil;
Y plegue á Dios que sin daños
Cumpla diez millones de años,
Sin apurar un abril.
Su beldad no se corrija
Al tiempo ni á su carcoma.

DIANA.

Basta lo que has dicho. Toma,
Julio, en premio esta sortija. (*Se la da.*)

JULIO.

¡Sortija! Tu alma sea
Delante el acatamiento
De Dios.. Mas cese el contento
Hasta que la tasa vea;
Que en sabiendo que son buenos
Los diamantes que adquirí,
Tendré razon, y de aquí
Me he de holgar un tercio ménos.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

AURORA, DIANA.

DIANA.

Aurora, hoy que á la alegría
Tus años principio han dado,
Y el sol y el mayo esmaltado
Besan la mano á este dia,
¡Triste tu beldad recibe
Las fiestas que amor le hace!

AURORA.

Quien para desdichas nace,
Pena sabiendo que vive,
Y afligeme en el contento
Ver que mi edad repetida
Se cumple para la vida,
Pero no para el tormento.
Porque es tanta mi pasion
Que á todo gusto me niega,
Y es tan tirana, que llega
A ser desesperacion.
Vase acercando, Diana,
Del testamento el preceto,
Y no vence mi respeto

Á esta violencia tirana;
Antes para mas dolor,
Como tan cerca le veo,
Le doy priesa á mi deseo,
Y responde mi rigor.
He dado ahora en pensar
Que esta desdeñosa llama
Se aplacara si otra dama
Viera á Cárlos festejar.
Quizá estorba mi camino
Verle siempre tan atento;
Que dar todo el rendimiento,
Es querer con desatino.
Adorar siempre la saña
Y el rigor, puesto á los piés,
Mérito muy grande es,
Pero es poquísima maña;
Que aunque no tengo experiencia,
Por lo que he visto y notado
Sé que el pecho mas helado
Se deshace á la violencia
De los celos; y colijo
Que si festejar le viera
Á otra dama, le quisiera.

DIANA.

(*Ap*. Si es verdad lo que me dijo
Julio, no podrá quejarse
Aurora, pues lo concierta;
Y Cárlos, es cosa cierta
Que me querrá por vengarse.
Mas tal vez ha sucedido
Que un vengativo furor,
Porque se ha llamado amor
Prueba de aquel apellido.)
Digo que tienes razon:
Los celos te harán querer.

AURORA.

¿Cómo puedo yo emprender
Lo que está en ajena accion?
Ni admitirá por respeto
Nadie su galantería.

DIANA.

Hoy la licencia del dia
Ha de ayudar al efeto.
Sin duda hoy Cárlos, por darte
Pesadumbre, ha de tomar
Con otra dama lugar.
Pero esto no es olvidarte;
Que ántes saldrá mas picado
De la fingida venganza.
(*Ap*. Llégola á la confianza,
Por pasarla del cuidado.)
Véle en su amor proseguir
Por si acaso obra el veneno,
Discurre en que ya es ajeno,
Y procúralo sentir.
Acéchale, si pudieres,
De algun oculto lugar,
Porque mas te ha de inquietar
Aquello que no le oyeres
(*Ap*. Así le hablaré mejor),
Porque la voz mal distinta
Es un papel en que pinta
Varias formas el amor.
El no puede amar de véras
Á otra, y nada se aventura;
Que á imperios de tu hermosura
Le tendrás siempre que quieras.

AURORA.

En fin, ¿apruebas, Diana,
El remedio á que me entrego?

DIANA.

Solo busco tu sosiego.

AURORA.

Eres tú muy buena hermana.
Pues desde aquel mirador
Que este jardin señorea,
Haré que el cuidado vea
De Cárlos el nuevo amor;
Que en mi presencia recelo
Que él ni las damas se atreven.

DIANA.

Si los celos no te mueven,
El alma tienes de hielo.

AURORA.

Celos tengo de tener
De Cárlos, aunque no quiera,
Y he de vencer esta fiera
Pasion.

DIANA. (*Ap.*)

Ya no puede ser,
Porque el remedio te impiden
Tus errados pensamientos;
Que los celos avarientos
Nunca dan lo que les piden.

AURORA.

Yo me voy.

DIANA.

¿Oyes? Si fuere
Yo la dama que ha de hablar,
Porque limite el pesar
Que su amor darte pudiere,
Alguna seña me ordena
Con que puedas explicarte;
Que yo quisiera ayudarte,
Mas no á costa de tu pena.

AURORA.

Dices bien, y sea tal
Que no descubra el cuidado.
(*Hablan en secreto.*)

ESCENA V.

CÁRLOS, JULIO. — DICHAS.

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

Quedo, señor; que hemos dado
Con toda la armada real.
(*Quédanse escuchando.*)

CÁRLOS.

Aurora y Diana son,
Y tanto se han divertido,
Que apénas nos han sentido.

AURORA.

Sea indicio en mi pasion
La música; y si al hablar
Tú con Cárlos, una voz
Hiriere el viento veloz,
Es señal de que aplacar
No puedo mi necio intento...

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

De mí hablan.

JULIO.

Me parece.

AURORA.

Y que contra Cárlos crece
Mi injusto aborrecimiento;
Pero si canta mas de una,
Es que ya inquieto se mueve
Mi pecho de helada nieve.

DIANA. (*Ap.*)

No lo quiera la fortuna.

AURORA.

Y desta seña he de usar
Siempre que contigo hablare
Cárlos, porque así declare
Mi tibieza ó mi pesar.

DIANA.

Véte al sitio retirado.

AURORA.

Las voces dirán mi intento. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DIANA; CÁRLOS Y JULIO, *apartados de ella.*

CÁRLOS.

¡Ah, tirana, que del viento
Fias todo mi cuidado!
Aquesto ¿qué puede ser,
Julio?

JULIO.

Tampoco lo infiero.

CÁRLOS.

De su desden solo espero
La seña de aborrecer.

JULIO.

No es malo, á lo que parece,
Que busque senda al querer.

CÁRLOS.

Dime: ¿y es bueno saber
De cierto que me aborrece?

JULIO.

Arrimándote á su hermana,
Sus celos puedes vengar;
Que es bella.

DIANA.

Cárlos...

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

Andar.
Háblala.

CÁRLOS.

Hermosa Diana...

DIANA.

Aurora, Cárlos, ahora
De este lugar se apartó.

CÁRLOS.

A vos sola os busco yo,
Que sois sol, si ella es Aurora.

DIANA.

¿Lisonjas?

CÁRLOS.

No es lisonjero
Mi amor.

DIANA.

Es muy impensado.

JULIO.

De lance le hemos comprado.

CÁRLOS.

A vos solamente os quiero...
Ni atiendo á objeto ninguno...

JULIO. (*Ap. á Cárlos.*)

Apénas puedes hablar.

CÁRLOS.

(*Ap*. Todo se me va en pensar
Si cantarán muchos ó uno.)
En vuestras aras me veo
Arder con tanta atencion,
Que en ellas la adoracion
No se fia del deseo.

DIANA.

Estimo las no pensadas
Finezas tan bien fingidas,
Con tanto miedo sentidas,
Con tanta fuerza explicadas.

CÁRLOS.

Los hipérboles de amor
No son mejores por más.

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Cómo te suena?

CÁRLOS.

Jamas

Me ha parecido peor.

DIANA.

No es fácil haber vencido
Amor que tanto os empeña.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Si no aguardara la seña,
Por Dios que me hubiera ido,
Porque en un infierno estoy.
Y mi pena no es hablarla;
Lo que siento es requebrarla.

DIANA.

¿Conmigo finezas hoy,
Cuando á Aurora tierno amais?

CÁRLOS. (*Ap. á él.*)

Ya, Julio, yo no la atiendo,
Ni sé lo que está diciendo.

DIANA.

Divertidísimo estáis.

CÁRLOS.

No he visto en Európa cosa
Como este jardin se pinta;
Ni en toda Venecia hay quinta
Tan verde y tan deleitosa.
Yo he estado en Chipre, y me fundo
En que esto es mucho mejor.

JULIO.

Sepa usted que mi señor
Ha corrido mucho mundo.

DIANA.

Muy ciegos son los extremos
Que os hacen ménos galan.

CÁRLOS. (*Ap. á él.*)

Julio, amigo, ¿cantarán
Muchos?

JULIO.

Ahora lo verémos.
(*Suena dentro un instrumento.*)

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

Ya la seña reconoces
Del amar ó aborrecer.

JULIO.

¿Qué dieras tú por tener
Con Aurora muchas voces?

ESCENA VII.

UN MÚSICO, *dentro*.--DIANA, CÁRLOS, JULIO.

MÚSICO. (*Dentro.*)

¡Qué dulcemente se queja
Aquel triste ruiseñor!
¿Por qué ha de llorar tan triste
Quien pena sin mi razon?

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

Que á esta voz sigan cantando
Otras mi amor esperó.

JULIO.

Una voz sola te dió,
Y te ha dejado temblando.

MÚSICO. (*Dentro.*)

¡Qué lástima es que su llanto
Sobre para su dolor!
O sienta con mi tormento,
O présteme á mí su voz.

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

Que me aborrece, el acento
Me refiere al repetillo.

JULIO.

Decírtelo con tonillo
Es, señor, lo que yo siento.

DIANA.

Cárlos, ¿qué es esto?

CÁRLOS.

Un furor
Que toda el alma me apura,
Una rabia, una locura,
Un nuevo incendio, un rigor,
Una eterna tiranía
De Aurora, que en mí se emplea...
Mas voime donde no sea
Mi tormento grosería.

JULIO.

¡Bien habemos negociado!

CÁRLOS.

Tú toda la culpa tienes. (*Dale.*)

JULIO.

¡Ay! que me has roto las sienes.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII.

DIANA.

No desmaye mi cuidado;
Que aunque su fineza apuro
Y de su amor no mejora,
Miéntras le aborrece Aurora
Tengo yo á Cárlos seguro;
Que si es tanta su violencia
Que el tiempo deja pasar,
Conmigo le harán casar
El pueblo y su conveniencia.
Y si de aqueste cuidado
Tiene queja el pundonor,
Diré yo que no es amor,
Sino materia de estado. (*Vase.*)

—

Habitacion de Cárlos en el palacio de Aurora.

ESCENA IX.

CÁRLOS, JULIO.

CÁRLOS.

¡Que Aurora así me aborrezca!
Estoy que pierdo el júicio.

JULIO.

Que le pierdas no era malo;
Mas ya le tienes perdido.

CÁRLOS.

¿Qué haré yo para olvidar?

JULIO.

Beber muchísimo vino.

CÁRLOS.

Diera el alma por no amarla.

JULIO.

Por amarla das lo mismo.

CÁRLOS.

¡Que en fin, Cárlos, que yo soy
Quien ménos puede contigo?
¡Que no acierte yo á olvidar!
¡Ah, sí! dame aquellos libros:
Buscaré entre sus remedios
Alguno al achaque mio.

JULIO.

Par diez, que esta vez habemos
De hallar por ciencia el olvido.

CÁRLOS.

Quizá, quizá encontraré
Algun medio en sus escritos.
¿No puede ser, Julio?

JULIO.

¡Y cómo!
Sí, señor, y yo lo fio
De la mucha cortesía
De aquestos señores mios.
Ya no lo puedes errar,
Porque de aquí á cuatro ó cinco
Años, despues que estudiando
Te hayas roto los hocicos,
Si no olvidares, al ménos
Te opondrás á un beneficio...

CÁRLOS.

Borracho, no hables de burlas
Cuando véras solicito.

JULIO.

O te ordenarás de misa.

CÁRLOS.

Aqueste autor, que es Ovidio,
Escribió mas claramente
Remedios de amor y olvido.
Fué de su hermosa Corina
Raro ejemplar peregrino
De amor, y aquellos remedios
Con que él sanó, dejó escritos
En este libro: veamos
Si vienen al amor mio.

JULIO.

Dígote que es imposible
Errarlo, estando metido
A estudiante y trabajando,
Pues Dios te dió genio vivo.
Yo, si fuera tú, tomara
Unas pasitas en vino
Por las mañanas...

CÁRLOS.

Escucha.
Da aquí por remedio Ovidio,
Imaginar en las faltas
De la dama. Julio amigo,
Yo, con la gran ceguedad
De amor, ni atiendo ni miro,
Y juzgo por perfecciones
Quizá los defectos mismos.
Dime tú: ¿en rostro y en talle
Has notado ó conocido
En Aurora algun defecto?
Quizá abriré los sentidos,
Y me servirán de voz
Tus desahogados avisos.
Dime en esto lo que sientes.
Ya ves que estoy reducido
A curarme y olvidar:
No recates nada.

JULIO.

Digo
Que no sé, si no es estando
O borracho ó aturdido,
Cómo has dejado de ver
Así algunos defectillos
Que tiene Aurora en la cara.

CÁRLOS.

¿Cuáles?

JULIO.

In primis, te afirmo
Que tiene un ojo mayor
Que otro, y de puro dormidos
Le roncan tan bravamente
Que despiertan los vecinos.

CÁRLOS.

Dormidos, eso es verdad;
Pero esotro es desatino.

JULIO.

¿Y es dormirse poca falta?
Pues ¿cómo ha de haber aliño
En ojos que tanto duermen?
Y así, suelen ser las cinco,
Y el grande se está en la cama,
Y en la cuna se está el chico.
Pues el habla es tan helada,
Que en oyéndola, tirito,

Enciendo lumbre, la cama
Me calientan, y entapizo.

CÁRLOS.

A mí me abrasaba, helando,
El pecho amante, y admiro
Que haya en el mundo quien diga
Que es fria.

JULIO.

Oye un cuentecillo.
En una mesa sin traza,
Donde cucharas no habia,
Un buen hombre repartia
Con la mano calabaza.
Quemaba como una yesca,
Y él decia con fatiga:
«¡Que haya en el mundo quien diga
Que la calabaza es fresca!»
—Fria es Aurora, no hay duda;
Pero aliéntala tu amor
Con un casual ardor
Que de esencia no la muda.
Pues ¿la nariz?

CÁRLOS.

¿La nariz?
Con que no impida lo lindo
Basta, porque en la hermosura
No es parte, sino testigo.

JULIO.

Pues la boca es boca de hucha
Y boca de lobo, y chirlo
De oreja á oreja.

CÁRLOS.

¡Bergante!
Ya yo no puedo sufrirlo.
¿De su boca dices mal,
Que afrenta al clavel mas fino,
Y con sus labios hermosos
Vuelve en sí el mayo florido?
¿Mas no éres tú quien dijiste
Mal de sus ojos divinos?
¡Vive Dios, que has de pagarme
El atrevimiento indigno!

(*Corre tras él, y Julio huye por el tablado.*)

JULIO.

Aflojósele la venda.
Señores, que se le ha ido
La sangre.

CÁRLOS.

¡Viven los cielos,
Bergante!... Pues, atrevido,
Con sus ojos ¿no es el sol
Relámpago mal distinto?
¿Hay estrellas como ellos?
Di: ¿no influyen á su arbitrio?
¡Ojos bellos de mis ojos!
Los necios libros maldigo:
No quede ninguno en casa,
Y deshechos y rompidos,
Pues aconsejar no saben,
Queden al enojo mio. (*Arroja el libro.*)

ESCENA X.

LUDOVICO. — DICHOS

LUDOVICO.

Cárlos amigo, ¿qué es esto?

JULIO.

Esto es el demonio mismo,
Que en el cuerpo se le ha entrado,
Y ha menester exorcismos.

CÁRLOS.

Este es un loco furor
Que en el alma se alimenta,
Y una llama que se alienta
A los soplos del rigor.
Este es un grande despecho
Que en otro sér me transforma,
Y este es un monstruo que forma
De variedades mi pecho.
Esta es una ceguedad
Que el sentido descompone,
Y un engaño que se pone
Las galas de la verdad.
Es un miedo que asegura,
Es una oculta traicion,
Donde sirve la razon
A sueldos de la locura.
Es un achaque mortal
Y una llaga peregrina,
Adonde la medicina
Se hace de parte del mal.
Es una ley inhumana,
De quien la razon no gusta,
Que en los sentidos es justa,
Pero en el alma tirana.
Es un alevoso medio
Con que me quise engañar,
Y en fin es querer sanar,
Y enfermar con el remedio.

LUDOVICO.

Pues decidme: ¿en qué pecaron
Los libros, para ofendellos?

CÁRLOS.

Busqué mi remedio en ellos,
Y el dolor me acrecentaron.

JULIO.

Un agua fuerte tomó
De Ovidio, y echóla luego.

CÁRLOS.

Amigo, mi ardiente fuego
Entre su ciencia creció.
Decidme: ¿qué puedo hacer
Para que llegue á sanar
Deste rabioso pesar
Que me condena á querer?

LUDOVICO.

¿Qué habeis de hacer? Sujetaros
A una fácil medicina,
Que es la última doctrina
De Ovidio, que entre sus raros
Consejos asienta un medio
Por mas seguro y mejor.

CÁRLOS.

Y en fin...

LUDOVICO.

Dice que el amor
Se ha de curar sin remedio.
¿Vos quereis que os sane yo?

CÁRLOS.

Ningun medio el alma encuentra

JULIO.

Sí, señor: ahora que entra
El buen tiempo...

LUDOVICO.

A quien amó
Nada fácil se le ofrece;
Mas no hallo dificultad
En curar la enfermedad
Que con el remedio crece.
Vuestro deseo obstinado
De olvidar, os empeora;
Que mal del amor mejora
Quien enferma del cuidado.
Vuestra resistencia ha sido
Quien aumentó vuestra fe,
Y muy claro os probaré
Que amor crece resistido.
Cuando violencia os haceis
A olvidar, es evidente
Que habeis de tener presente
A lo que olvidar quereis.
¿No es preciso que digais:
«A Aurora olvidar pretendo,»
Y que os esteis repitiendo
El nombre de la que amais?
Pues mal saldréis con victoria
De un combate tan reñido,
Si para entrar al olvido
Os pasais por la memoria.
El pájaro que se ve
En la red sin voluntad,
Si aspira á la libertad,
Le da que sentir al pié.
Y como acortar el plazo
Pretende y quiere volar,
El mismo no da lugar
A que se descuide el lazo.
El delincuente que á ajena
Cárcel se ve reducir,
Hasta que se quiere huir
No conoce la cadena.
En la dolencia menor,
En el mas leve pesar
El deseo de sanar
Está llamando al dolor.
Pensar vos que del poder
De amor podeis defenderos,
Es engaño; que sus fueros
Nadie los puede romper.
Poneros es necedad
Contra su fuerza severa,
Sino aguardar á que él quiera
Volveros la voluntad.
Y así, si encontrar el medio
De vuestra pena os agrada,
Aquesto os advierto: nada
Habeis de hacer por remedio.
Y á Aurora, que os avasalla
Cuando pretendeis rendirla,
El no verla no sea oirla,
Y el verla no sea buscalla.
Asistid, amigo, el dia
Que os lleve la obligacion,
Y haced que vuestra pasion
Se vea en la cortesía.
No torzais los cumplimientos
Que pide la majestad,
Y esta atenta urbanidad
Dé á vuestro olvido alimentos.
Querer del todo la asida
Flecha del pecho arrancar,
Solo servirá de dar
Mas motivos á la herida.
Arpon que ciego y tirano
Tanto el alma penetró
Que aun las plumas escondió,
Siempre burlará la mano.
Dejad correr la violencia
Sin tasa, porque se aplaque
Su rigor; que vuestro achaque
Crece con la resistencia;
Y amor á quien ofendeis
En llevar mal vuestra pena,
Os quitará la cadena
Que no quiere que os quiteis.

CÁRLOS.

Parece que el pecho siente
Entre cariñoso y tibio,
En vuestra voz un alivio
Sospechoso al accidente;
Que como no me pedís
Nada, tambien puede ser
Que nazca aqueste placer
De lo que me consentís.
Y así apénas determina
El alma con quien se halaga,
Si este gusto es de la llaga
O si es de la medicina.

LUDOVICO.

Vamos al jardin, adonde
Hoy se celebra el festin.

CÁRLOS.

Aquesta puerta al jardin
Por mi cuarto corresponde.

(*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA XI.

CÁRLOS, LUDOVICO Y JULIO.

LUDOVICO.

No excuseis ningun primor
Que os dictare la licencia,
Y á nada hagais resistencia.

JULIO.

¡Oh santísimo doctor!
¡Oh médico en quien se fragua
La mas gustosa visita,
Que al enfermo no le quita
La fruta, queso ni agua!
Y no como otros que son
Unos fieros Diocleciancs,
Que curan á los cristianos
Con recetas del Japon.
Yo por lo ménos, señor,
Si va á decir la verdad,
No temo la enfermedad
En sanando del doctor.
Pero ya señas festivas
De que viene Aurora suenan,
Y en el jardin se equivocan
Las flores y las sirenas.

CÁRLOS.

Y ya viene hácia esta parte
Donde el festin se celebra,
Aurora.

JULIO.

Y el parmesano
Viene asido de la oreja
De Diana; que ha tomado
Lugar dos horas y media
Antes.

LUDOVICO.

Y las voces dicen
La causa de tanta fiesta.

ESCENA XII.

AURORA, DIANA, LAURA, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO; ALEJANDRO, *al lado de Diana, y* LA MÚSICA, *cantando.* — DICHOS.

MÚSICA.

Los dulces años de Aurora
Que hoy repite hermosa y grave,
Solo el aplauso los sabe,
Pero el tiempo los ignora.

AURORA. (*Ap.*)

Aquí está Cárlos, y el pecho
A salir de sí comienza.

DIANA.

Si el de Ferrara con Cárlos
Está, ya aquí no parezca
Que vuestra atencion por mí
Anda con ellos grosera.

ALEJANDRO.

Estando con vos, no hay cosa,
Diana hermosa, que pueda
Apartarme de miraros;
Y es ignorante la queja
Del que culpare mi vista,
Que solo ve estando ciega.

AURORA.

(*Ap.* ¡Que cuanto mas solicito
Quererle, peor me parezca!
¡Oh quién de sí se apartara!)
Cárlos, Duque, norabuena
Vengais á hacer mas honrosos
Los aplausos de las fiestas.

LUDOVICO.

Enhorabuena, señora,
Cumpla años vuestra Alteza,
Para ser vida del sol,
Que en tibios rayos los cuenta.

CÁRLOS.

En hora buena, señora,
Los cumplais gustosa, y sean
Los que un humilde vasallo
A vuestra vida desea.

AURORA. (*Ap.*)

¿No es bueno? Ni en cortesía
Nada que dice me suena.

CÁRLOS. (*Ap. á Ludovico.*)

Duque, no puede mi amor
Hablarla con mas tibieza,
Y estoy rabiando, pues da
El dia tanta licencia,
Por decirla muchas cosas.

LUDOVICO.

Pues ¿quién, Cárlos, os lo veda?
Decidlas y descansad.

CÁRLOS.

Sí por Dios; que me atormenta
El deseo, y reconozco
Que crece en la resistencia.—
(*Á Aurora.*)
Hoy que el tiempo multiplica
Luces á ese cielo hermoso,
Y vuestro dia dichoso
Se escribe y no se rubrica,
Bien en el jardin se explica
(Pues con vivos resplandores
Respira aromas mejores,
Restaura pasados daños)
Que aunque vos cumplís los años,
Es para edad de las flores.
Bien en su aliño se ve,
Pues llevais bella y gentil
Sin albedrío el abril
Divertido en vuestro pié.
El tiempo vano no esté
De que en circular esfera
Cumplió con su ley severa
Para que mas se acredite,
Porque siempre se repite
Mas verde la primavera.
No temais su enemistad
Ni su tirana justicia;
Que en las horas no hay malicia
Al pasar por vuestra edad.
Del sol os asegurad;
Que si en carrera violenta
Dias y años alimenta
Y por grados los divide,
Los vuestros por ley los mide,
Y por amor no los cuenta.

AURORA.

Soles y abriles ya son
Viejos en quien encarece.

CÁRLOS. (*Ap. á él.*)

Duque, con este parece
Que he ensanchado el corazon,
Y esta era obligacion.

LUDOVICO.

Quizá voluntad sería,
Que entre el consejo asistía;
Pero no lo averigüeis,
Ni la capa le quiteis
Del rostro á la cortesía.

AURORA.

Tiempo es ya de dar principio
Al festin: indicios sean
Los instrumentos, que son
Sonora ley que gobierna
Sus ajustados compases
Al dictámen de las cuerdas.
Príncipes, tomad lugares;
Que hoy la alegría dispensa
El que la haga dulces hurtos
El amor á la decencia.

ALEJANDRO.

Yo tomo el lugar que el alma
En cultas aras venera.

LUDOVICO.

Yo, que independiente asisto,
Cualquiera dama me asienta.

JULIO. (*Ap.*)

Zuza, Cárlos, zuza, perro.

CÁRLOS.

¿Quién con tantas experiencias
De rigor no está cobarde?
Pero ya tomar es fuerza
Este lugar, porque así
La urbanidad me lo ordena.
(*Ap.* Ni la huyo ni la busco:
Quiebre aquí el amor sus flechas.)

AURORA.

(*Ap.* Ya el deseo de que acierte
A agradarme tiene inquieta
Toda el alma, y el temor
De que mejor me parezca
Va despertando mi enfado,
Y ya estoy con él violenta.)
Empezad, y á nuestra usanza
El sarao principio tenga.

MÚSICA.

A los años lucientes de Aurora,
Que hoy cumple hermosa, discreta y gentil,
La festejan amantes las flores,
Y sin que las pise, ninguna hay feliz.
A los años hermosos de Aurora
Hacen los campos alegre festin.

(*Al empezarse el sarao con las hachas en las manos, sale Roberto.*)

ESCENA XIII.

ROBERTO. — DICHOS.

ROBERTO. (*Á Aurora.*)

Yo tengo que hablar con vos.
Ordenad que se suspenda
El festin; que en la tardanza
Mucho peligro se encierra.

AURORA.

Suspended los instrumentos;
Y yo con vuestra licencia
Escucharé de Roberto
Esto que decirme intenta.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué á gusto de su desden
Se ha suspendido la fiesta!

AURORA.

Ea, decid qué quereis.

ROBERTO.

Esta carta ós lo refiera,
Que es de un confidente mio,
Y leal á vuestra Alteza.

AURORA. (*Lee.*)

«A un mismo tiempo, Roberto,
»Todas las plazas y fuerzas
»De Urbino, toman la voz
»De Cárlos, y alzan banderas
»En su nombre; y esta en fin,
»Que está de Urbino tan cerca,
»Se ha declarado por él
»Y le ha jurado obediencia.
»Dicen que el Estado es suyo,
»Y que la mano le niega
»Aurora, que á algun extraño
»Dueño dársela desea.

»El conde Otavio, señor,
»Es quien la faccion alienta,
»A quien el pueblo y los nobles
»Obedecen por cabeza;
»Pero nadie culpa á Cárlos.
»En la tardanza se arriesga
»El suceso. Dios os guarde.
»Quien mas serviros desea.»

JULIO. (*Ap.*)

Granizó sobre el festin.
Roberto le ha helado en berza.
¿No es cosa rara que siempre
Los viejos vengan con piedra?

AURORA.

Pues ¿qué es lo que puedo hacer?

ROBERTO.

¡Ah señora! vuestra Alteza,
Con no dar la mano á Cárlos
Ha ocasionado esta ciega
Resolucion en su Estado.
Pero vamos á la enmienda;
Que no es tiempo de afligiros
Cuando aliviaros quisiera.
El mejor medio de todos
Es el casarse, y que vieran
Vuestros vasallos...

AURORA.

Pasad
A otro medio que no tenga
Tan claros inconvenientes;
Que casarme yo por fuerza,
Porque el pueblo lo pretende,
Fuera cobardía, y fuera
Hacer infame el motivo
De mi amor y mi obediencia;
Y en el júicio de todos
Quedaran sin diferencia
Mi albedrío desairado
Y mal puesta mi grandeza.

ROBERTO.

Pues pasemos á otros medios,
Porque importa la presteza.
Prender á Cárlos no es bueno;
Que es irritar la insolencia
Del pueblo, que le ama mucho;
Y si vos me dais licencia,
Diré que tiene razon,
Porque él por sí lo granjea.
Mejor es hacerle dueño
Desta difícil empresa,
Y poner vos en sus manos
La quietud desta resuelta
Sedicion, y le empeñais
Con la confianza mesma.
Habladle luego; que ahora
Fácilmente se remedia
El daño, y con la tardanza
Puede ser que tanto crezca
Que á vuestros ojos mañana
El pueblo ciego se atreva.
Decidle que vaya luego
A Rímano, y su presencia
Deshaga el fiero tumulto
Antes que cobre mas fuerza.
Hacedle que aquesta noche
Se parta, pues es tan cerca
Rímano, que el vago estruendo
Casi en Urbino resuena.
No démos lugar, señora,
A que el Conde, que gobierna
El pueblo, viéndose dueño
Y árbitro de tanta empresa,
Acabe en traicion rebelde
Lo que es celo en la apariencia.
Hablad á Cárlos ahora,
Y el sarao se suspenda,
Porque ya la desazon
Quitará el gusto á la fiesta.
Esto es lo que me parece,
Esto es lo que os aconseja
Mi amor, porque aquesta llama
No cobre mayor violencia.

AURORA.

Haré lo que me decís,
Pues hace que os obedezca
El miraros como á padre.—
Príncipes, la fiesta cesa
Por ahora; que un cuidado
No me consiente que pueda
Proseguirla.—Y á vos, Cárlos,
Ahora hablaros quisiera
A solas.

CÁRLOS.

Siempre soy vuestro.

AURORA.

Mas porque no forme quejas
De mis propios intereses
La cortesanía atenta,
Ni penseis que es excusar,
O de vana ó de soberbia,
Pagaros con el decente
Cortejo tanta fineza,
Tocad; que Diana y yo
En breves sucintas muestras,
Esta dilacion precisa
Libraremos de grosera,
Porque así cumplo con todos,
Y así el tiempo se granjea.
(*Canta la música, y danzan las dos.*)

MÚSICA.

A los años lucientes de Aurora,
Que hoy cumple hermosa, discreta y gentil,
La festejan amantes las flores,
Y sin que las pise, ninguna hay feliz.

AURORA.

Ya veis que no se ha excusado
De vana quien os festeja.
Dejadme á solas con Cárlos,
Y discurrid por la amena
Estancia destos jardines;
Que para nadie no cesa,
Sino es para mí, del dia
La permision lisonjera.

ALEJANDRO.

¡Qué atenta!

LUDOVICO.

¡Qué cortesana!

DIANA. (*Ap.*)

El alma llevo suspensa
Entre el pesar y la duda.

JULIO. (*Á Ludovico.*)

La cura á perder se echa
Quedándose el pan, el queso
Y el agua á la cabecera.

AURORA.

No cese el gusto, cantad,
Porque el dia se divierta.
(*Vanse todos, y la música cantando, y quedan Cárlos y Aurora solos.*)

ESCENA XIV.

AURORA, CÁRLOS.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué puede quererme Aurora?

AURORA. (*Ap.*)

¡Oh si el amor permitiera
Que mi pecho se ayudara
De mi propia conveniencia,
Y porque le he menester
Mi rigor se corrigiera!
Puede ser; que el interes
Propio muchas veces llega
A empeñar la voluntad
Con mentidas apariencias.
¡Ah si esta civilidad
Mas que mi razon pudiera!

CÁRLOS. (*Ap.*)

En el tono que me hablare,
En ese he de responderla:
Tibio, si me hablare tibio,
Y tierno, si me habla tierna.

AURORA. (*Afable.*)

Cárlos...

CÁRLOS.

Bellísima Aurora,
A cuyos ojos se abrevia
El índice de mi vida,
Pues en ella siempre encuentra
La razon de lo que vive
El alma fina y atenta...

AURORA.

(*Ap.* Ya yo estoy en un tormento.)
Eso no es de la materia.

CÁRLOS.

Pues ¿qué es lo que se ha perdido?
¿Hay mas de que no lo sea?

AURORA.

El tiempo es lo que se pierde.

CÁRLOS.

Pues que el tiempo no se pierda.

AURORA.

Dejemos lances de amor.

CÁRLOS.

Dejemos enhorabuena.

AURORA.

Ahora no os quiero amante;
Vasallo solo os quisiera.

CÁRLOS.

Como leal vasallo os hablo,
Pues es feudo y no fineza.

AURORA.

Pues aquesta carta, Cárlos,
Os dará de un riesgo cuenta
Que amenaza mi persona.
A vos os toca la enmienda.
Tratad de atajarle cuerdo,
Y esto luego al punto sea,
Para que conozca Urbino
Y el mundo tambien entienda
Que vos, como tan leal,
Mirais solo á mi obediencia.

CÁRLOS.

¿Os queda mas que mandarme?

AURORA.

Nada que decir me queda.

CÁRLOS.

Pues, Aurora, Dios os guarde.

AURORA.

El cielo con bien os vuelva.
(*Ap.* Esto no tiene remedio,
Por mas que yo lo pretenda.)

CÁRLOS. (*Ap.*)

Esto así se ha de curar,
Blandamente y sin violencia.

JORNADA TERCERA.

(DE DON JERÓNIMO CÁNCER.)

ESCENA PRIMERA.

AURORA, ALEJANDRO.

ALEJANDRO.

Señora, ya que de Urbino
Tan inquieto el pueblo está,

Y hasta la nobleza da
Lugar á su desatino;
Y aunque Cárlos ha intentado
Sosegar su alteracion
Con cordura y discrecion,
A vencerlos no ha bastado;
Siendo disculpa al intento
No haber cumplido hasta ahora
De vuestro padre, señora,
Como es justo, el testamento;
Viendo que crece el tumulto,
Para que mejor se allane,
Sin que rebelde profane
De vuestra deidad el culto
(Pues es contra la atencion
De vuestra soberanía
Que quiera la tiranía
Ser lealtad, siendo traicion);
Aunque siempre habeis de obrar
Con la libertad que es justo,
Sin que se atreva en el gusto
La fuerza á predominar;
Porque no os lleguéis á ver
De su violencia apretada,
Dejad que al vuestro se añada
De mis armas el poder.
Yo de mi Estado á ofreceros
Vengo con que castigallos
Podeis á aquesos vasallos,
Mas que traidores, groseros;
Y desde luego en campaña
Ostentaré mi valor,
Y será en vuestro favor
Vencerlos muy poca hazaña,
Siendo á un tiempo yugo y freno
Del rebelde y del osado,
Que hoy á vuestro propio Estado
Quiere tratar como ajeno.

AURORA.

Alejandro, la fineza
Estimo, como es razon,
Que es en aquesta ocasion
Hija de vuestra grandeza.
Y en fe de que la agradezco,
Contra el pueblo mi contrario,
Cuando sea necesario,
Valerme della os ofrezco.
Mas la razon considera
Que no será menester,
Porque no se ha de querer
Tan mal, que enojarme quiera.
Aquella es del vulgo ciego
Una llama, en cuyo estrago
Solo es peligro el amago;
Que es mas el humo que el fuego
Que aunque á conspirar se atreve
Contra la lealtad jurada,
Será como llamarada
De alguna exhalacion leve,
Que solicita abrasarse,
Y para desvanecerse,
Lo que tarda en encenderse
Tarda solo en apagarse.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

¡Con qué bizarras acciones
Se niega á cualquier recelo!
Que no admite como el cielo
Peregrinas impresiones.

AURORA.

Presto lo sosegará
Mi respeto y su atencion,
Y cuando no la razon,
La fuerza lo allanará.

ALEJANDRO.

Para eso ofrezco la mia.

AURORA.

Y yo lo estimo y lo aceto,
Cuando llegare á ese efeto
En mi ofensa su porfía.

ALEJANDRO.

Pues dadme licencia ahora;
Que no quiero embarazaros:
Solo á entender quiero daros
Que es vuestro mi Estado, Aurora.

AURORA.

En todo habeis hecho alarde
De vuestra heróica nobleza.

ALEJANDRO.

Guarde Dios á vuestra Alteza.

AURORA.

Alejandro, Dios os guarde.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Bien veo que es diligencia
Esta de amante traidor;
Pero si enojo al amor,
Halago á la conveniencia. (*Vase.*)

ESCENA II.

AURORA.

¡Qué en vano, aun con lo forzoso,
Cuantos en mi ofensa están
El dictámen vencerán
De mi desden caprichoso!
Que á Cárlos no he de elegirle
Por esposo, aunque atropelle
Por todo, sin que el querelle
Me haya enseñado á admitirle;
Que la fuerza y la razon,
Miéntras que á amarle no acierto,
No han de valer.

ESCENA III.

ROBERTO. — AURORA.

AURORA.

¿Qué hay, Roberto?

ROBERTO.

Riesgos de tu obstinacion.

AURORA.

¿Cómo?

ROBERTO.

Ha llegado, señora,
De mis temores el plazo,
De la tardanza el peligro
Y del recelo el cuidado.
Urbino teme que quieres
A extraño dueño entregarlo,
Pues en el propio rehusas
Efectuar el contrato,
Rompiendo por la obediencia
De tu padre y de tu Estado,
Por la razon, y cruel
Por la fineza de Cárlos.
Y así del término viendo
El último desengaño
Sin que el testamento cumplas,
Se resuelven tus vasallos
A que á Diana la herencia
Pase, dándole la mano
A Cárlos, pues solo gusta
Tu desden de despreciarlo.
Y si á buena luz se mira,
Tienen razon; que lo airado
De tu ingrata condicion
Disculpa sus desacatos.
¿Qué habemos de hacer ahora?

AURORA.

Roberto, puesto que en vano
De mi pecho á la entereza
Se atreven los sobresaltos,
Confieso que estoy confusa;
Y no puede el riesgo tanto
En mis dudas como el ver
De mi condicion lo extraño.
Yo he dado en que sin quererle,
No he de llegar á nombrarlo
Por mi esposo, aunque arriesgara
Imperios mas dilatados.
Bien saben mis resistencias
Que obligarme he deseado,
Y que imposible conmigo
Ha sido el solicitarlo;
Que por mas que á los deseos
La razon quiera ayudarlos,
Si no los logra la dicha,
No los consigue el cuidado.
Y así en vano á las violencias
Rendiré los agasajos,
Que contra mi intento han sido
Tantas veces obstinados.

ROBERTO.

Eso es querer reducirse
Al peligro desairado
De quedarse sin Urbino.

AURORA.

Yo á mí por imperio basto.

ROBERTO.

Advierte...

AURORA.

Ya estoy resuelta.
Mirad si hay medio mas blando
Para asegurar el pueblo
Sin dar á Cárlos la mano,
Porque, aunque se pierda todo,
No he de casarme con Cárlos.

ROBERTO.

Otro medio mas conforme
A la razon, no le hallo.

AURORA.

Pues ese en mí es imposible.

ROBERTO.

Mirad bien...

AURORA.

Bien lo he mirado.
(*Hablan bajo.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS, JULIO. — DICHOS.

CÁRLOS. (*Ap. á él.*)

Julio, muy temprano llego
A ver de Aurora los rayos;
Que ya en su incendio amoroso
Mas me hielo que me abraso.

JULIO.

¿Para qué son esos hielos,
Si sé yo que estás rabiando
Por ella, y es menester
Darte un favor saludado?

CÁRLOS.

Una queja y otra queja
Desazonan los halagos;
Que al mas hidalgo cariño
Hace el desprecio villano.
Ya en mí van los desahogos
Los desdenes olvidando,
Trocando el morir de loco
Al vivir de escarmentado.

JULIO.

Todos estos disimulos
Son, como te estás curando,
Lisonjear el remedio
Mas que no sanar el daño.

CÁRLOS.

No digo yo que del todo
Esté de mis males sano,
Sino que los accidentes

Los hallo en mí mas templados:
Y es gran remedio el descuido.

JULIO.

Allá lo verémos cuando
Vuelvas á hablar con Aurora.

CÁRLOS.

No podré ahora excusarlo.

AURORA.

En vano os cansais, Roberto.

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

Con Roberto está.

JULIO.

Tengamos
Cuenta con la recaida,
Porque estás muy delicado.

ROBERTO.

A tanta resolucion
Los consejos son en vano,
Y asi me voy. Vuestra Alteza
Podrá obrar en ese caso
Como mas fuere servida;
Que yo, por leal vasallo,
Cumpliré en obedecerla
Con lo que estoy obligado.
(*Ap.* Pero yo haré que la obligue
Con mi industria el pueblo tanto,
Que á la sinrazon conceda
Lo que á lo justo ha negado.) (*Vase.*)

ESCENA V.

AURORA, CÁRLOS, JULIO.

AURORA.

(*Ap.* Hasta Roberto parece
Que es de mi gusto contrario.
Cárlos está aquí: yo quiero
Comunicarle esto, y hago
Testigo al amor, á quien
Pretendí obligar en vano,
Que es esta la vez primera
Que le hablo sin el cuidado
Que tanto me desazona;
Que, pues resuelta me hallo
En no casarme con él,
Sin el tema porfiado
De que mejor me parezca,
Podré de aqueste embarazo
Comunicarle el remedio.)
Seais bien venido, Cárlos.

CÁRLOS.

El que llega á vuestros piés,
La mejor dicha ha logrado.

AURORA.

(*Ap.* Forzoso es valerme dél,
Y así pretendo empeñarlo
Con su misma bizarría.)
Cárlos, yo tengo que hablaros.

CÁRLOS.

El tener yo en qué serviros
Es de mi lealtad aplauso.

AURORA. (*A Julio.*)

Salte allá fuera.

JULIO.

Sí haré.
(*Ap.* Mas quedemos escuchando
En que pára este misterio;
Que para eso soy criado.) (*Ocúltase.*)

ESCENA VI.

AURORA, CÁRLOS.

AURORA.

Al fin, ¿que mi Estado quiere
Con traidores desacatos
Sujetarme el albedrío
Que tan libre me dejaron
Los cielos, siendo del alma
Siempre dueño soberano?

CÁRLOS.

A las fronteras partí
Solo para aseguraros
Sin violencias y sin riesgo
La fe de vuestros vasallos;
Y en ellos, por las memorias
De vuestro padre, fué en vano
Mi diligencia; que quieren,
En esta razon fundados,
Que vivan en su respeto
Veneradas de los años.
Y siendo yo la ocasion
Desta inquietud, deseando
Serlo tambien del sosiego,
De mi vencido he quedado,
Volviendo á Urbino corrido
De que quieran obligaros
A mi favor sus violencias,
Cuando estoy solicitando,
Porque vos lo deseais,
Remedio para olvidaros.
Y así ved lo que hacer puedo
En vuestro servicio, dando
A entender que mas estimo,
A pesar de lo que os amo,
La atencion de vuestro gusto,
Que el favor de vuestra mano.

AURORA.

Cárlos, ya que esta materia
A declararse ha llegado
Tanto, que de mis oidos
Aun no se recata el daño,
Porque en el remedio della
Mas atentos discurramos,
Apartémonos á un tiempo
De nuestros afectos ambos,
Olvidando vos lo amante,
Deponiendo yo lo ingrato.
No me mireis como á dama
Que ha podido ocasionaros
Con el amor alborotos
Y con el desden enfados;
Como duquesa de Urbino
Me mirad, pues así os hablo,
Sin que el parentesco estorbe
Que escucheis como vasallo.
Primero se ha de asentar
Que de casarme no trato
Por ahora, por pretextos
A mi razon reservados:
Demas de ser cobardía
De mi corazon bizarro
Reducirme á la violencia,
Sin rendirme al agasajo;
Y fuera contradecirme
En este tumulto vario,
No temer la ejecucion
Y obedecer al amago.
Que soy legítimo dueño
De Urbino, no hay que dudarlo;
Y que mi padre no pudo
(Aunque fué suyo el mandato)
Con cláusula tan precisa
Forzarme á tomar estado
Contra mi gusto, es muy cierto;
Pues fuera costoso cambio
Por tan poca tierra dar
Imperio tan dilatado.
Que mis vasallos pretendan
Este precepto tirano
Hacer que yo le obedezca
Por fuerza, será en mi agravio
Confundir el señorío
Con la obediencia; achacaros
A vos el designio, á cuenta
Del amor vuestro, es reparo
Indigno de vuestra sangre,
Pues no ha de querer lograrlo
De mi sentimiento á costa,
Y de mis desprecios, cuando
Para remediarlo todo
De sus lealtades me valgo.
Y así para acreditar
Lo obediénte y lo bizarro,
Aunque quede de lo atento
Quejoso lo enamorado,
Ved qué podemos hacer
Los dos en aqueste caso,
De modo que esté segura
Mi grandeza, sosegado
Urbino, y mi gusto libre
Del riesgo de ejecutarlo.

CÁRLOS.

Bien sabe el cielo, señora,
Lo mucho que me ha pesado
El que mi nombre haya sido
De vuestros tiros el blanco:
Y porque del interes
Conozcais que no hago caso,
Todo el derecho de Urbino
Lo renuncio en vuestras manos.
Yo no os quiero á vos sin vos,
Ni ha de obligarme un Estado
A que pueda lo ambicioso
Deslucirme lo gallardo;
Pues ¿qué le importa al deseo
Que á la fineza consagro,
Que esté ufana la ambicion,
Si está el amor desairado?
Lograr el bien resistido,
Nunca viene á ser lograrlo;
Que peligra en la violencia
De la ventura el aplauso.
De dos conformes deseos
De amor se compone el lazo:
No quiero nudo que siempre
Se rompe por desatarlo.
Los violentados favores
Son placeres de tiranos,
Que tienen en la lisonja
El pesar disimulado.
No quiero amor sin amor,
Que es tener flecha sin arco:
No quiero Estado sin gusto,
Ni gusto sin agasajo.
Yo daré á entender al pueblo
Que yo soy el que no trato
De casarme, por no ser
Al casamiento inclinado.
Desmentiré mi fineza,
Pues todo conmigo es falso,
Y ostentaré desahogos
En vez de llorar agravios.
Persuadiréle á que deje
El intento temerario;
Que no quiero que os obligue,
Pues yo no puedo obligaros;
Y de su intencion, si así
No se detienen los pasos,
Haré que venza el rigor
Lo que no pudo el agrado.
Para esto de mis amigos
Y de mis deudos juntando
Las fuerzas, haré á las armas
Arbitros de empeño tanto;
O si no, me iré del mundo,
Porque excusando el estrago,
A ménos costa quedeis
Libre de aqueste embarazo. (*Véndose.*)

AURORA.

¿Adónde vais? Detenéos;
Que esto ha de ser mas despacio.

CÁRLOS.

Para obedeceros, nunca
De la dilacion me valgo.

AURORA. (*Ap.*)

Yo confieso que esta vez
Sin violencia le he escuchado,
Mezclándose en los sentidos
Lo gustoso con lo ingrato.
Debe de ser, como está
Mis conveniencias tratando,
Que lo agradable se deja
Llevar de lo interesado.
Mas sea agradecimiento
O gusto, es mucho reparo,
Y no estamos él ni yo
En tiempo de examinarlo.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿De qué se suspende ahora?

AURORA. (*Ap.*)

No entiendo aqueste milagro.

CÁRLOS.

¿No me diréis el camino
Mas fácil de aseguraros
Para que yo no le yerre?

AURORA.

A vuestra lealtad lo encargo.
(*Ap.* ¡Que así se confunda el gusto!
¡Que este hallamiento impensado
No pueda en mí conocer
Si es aliento ó si es desmayo!
Mas ya está echada la suerte.
Esto ha de ser: no volvamos
A las pasadas porfías,
Donde peligra el cuidado.)

CÁRLOS.

Qué he de hacer, saber espero.

AURORA.

(*Ap.* Corra libremente el daño.)
Como no me case, haced
Lo que vos quisiereis, Cárlos.
—Y dejadme; que no estoy
Para veros ni escucharos. (*Yéndose.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué extraño desabrimiento!

AURORA. (*Ap.*)

De tanto confuso caos
¿Cuándo á pesar de mis dudas
Saldrá mi desvelo, cuándo? (*Vase.*)

ESCENA VII.

JULIO. — CÁRLOS.

JULIO.

¿Fuése aquesa mi señora?

CÁRLOS.

¿Habrá á nadie sucedido
Lo que á mí? Pierdo el sentido.

JULIO.

¡Válgate Dios por Aurora!

CÁRLOS.

¿Cómo puede haber paciencia
Para tan necio rigor?
Enfadóse del amor,
Pero no de la violencia.

JULIO.

Su pretension he escuchado.
El modillo me ha aturdido.

CÁRLOS.

El desden no me ha ofendido;
El despecho me ha irritado,
Y aun no hallo á mis males medio.

JULIO.

De Aurora con la porfía,
¿No dije yo que se habia
De avinagrar el remedio?

CÁRLOS.

Este desigual furor
Que ahora en su ceño vi,
Le debo sentir por mí
Mucho mas que por mi amor;
Pues cuando aguardar pretendo
Sus designios, para dar
A sus desdenes lugar,
Aun con servirla la ofendo:
Y es que su desprecio injusto,
Enseñado ya al rigor,
Como no pudo en mí amor,
Quebró la fuerza en su gusto.
¡Vive Dios, que ella ha de ver
Castigados sus extremos!

ESCENA VIII.

LUDOVICO. — DICHOS.

LUDOVICO.

¿A la locura volvemos?

CÁRLOS.

Y con nuevo parecer.

LUDOVICO.

Pues si al mal restituido,
Por no hacer lo que conviene,
Vuestro desórden os tiene,
De curaros me despido.

CÁRLOS.

¿Qué he de hacer, si en el mortal
Achaque de que adolezco,
No bien de un mal convalezco,
Cuando enfermo de otro mal?

LUDOVICO.

¿Cómo?

CÁRLOS.

Hablé á Aurora, olvidado
De lo tierno y de lo amante,
Dejándole á lo galante
Los peligros del cuidado;
Y, su desden sin mudanza,
Fiándose en su belleza,
Pretendió de mi fineza
Valerse su confianza.
Que el pueblo la asegurase
Me mandó: yo le ofrecí;
Y cuando atento creí
Que mi lealtad la obligase,
A no casarse resuelta,
Con mucha severidad
Respondió una sequedad
En mil rigores envuelta,
Dejándome sin sentido,
A nueva pena entregado.

JULIO.

Si de desdenes se ha hartado,
¿No quiere haber recaido?

LUDOVICO.

Cárlos, puesto que el desden
De Aurora nunca es menor,
Viendo que en él aventura
El Estado que heredó,
Y lo que no hace por sí,
No es mucho no hacer por vos;
De lo que importa tratemos,
Pues en cualquiera ocasion
Asegurar á Diana
Es el camino mejor.
Dejad las galanterías;
Que nunca las mereció
La ingratitud en quien obra
Siempre la desatencion;
Y divirtiendo el pesar
Que mataros intentó,
Despique la conveniencia
Los desprecios del amor.
De mas, que viendo burlado
Lo fino de una aficion,
La mas tierna voluntad
En odio se convirtió.
Enojos pide la queja,
Venganzas la sinrazon:
No se alabe la crueldad
Que sin castigo quedó,
Y el mejor será pasarse
A otra dama, en mi opinion;
Que juzgándolo por suyo,
Siente el despego mayor
Ver en ajeno poder
Aun lo que nunca estimó.

CÁRLOS.

Bien decís, y mi locura
Enmiende así mi razon;
Y aunque de estar de su parte
La he dado palabra hoy,
No ha de cumplirla ofendido
Quien despechado la dió.
Vivan Diana y mi queja...
Solo reparo en que estoy
Tal, que no acertaré á hablarla;
Que otra vez me sucedió
Buscar en ella remedio,
Y aumenté mas el dolor.

LUDOVICO.

No la hableis en amor: id
Mañoso, y amante no,
A la conveniencia solo;
Que puede ser que al calor
De sus agrados se aliente
Vuestro helado corazon,
Y mas cuando es instrumento
De una venganza.

CÁRLOS.

El furor
De mi sentido será
Escándalo desde hoy
De mis amantes finezas,
Sin que perdone traicion
Villana que no ejecute
En quien tanto me ofendió.
Pase la herencia á Diana,
Logre con ella favor,
Tenga Aurora extraño dueño;
Que quizá en la division,
Teniendo léjos la causa,
Vendrá á ser mi mal menor.

LUDOVICO.

Cárlos, no ha de ser así;
Que la amistad de los dos
No ha de perder la fineza,
Y mas en esta ocasion.
Aurora no ha de casarse,
Y he de embarazarlo yo
Dando á entender que la quiero,
Mudando de condicion.
Pues los celos, que son sombras
Que empañan la luz del sol,
Embarazarnos pudieran
El efecto á la atencion,
Yo así quiero aseguraros.

CÁRLOS.

Hallé mi remedio en vos,
Ludovico; que eso solo
Desmayaba á mi temor.
¡Oh ejemplo de la amistad!
Ahora sí que alentó
El pecho, y dar puede ahora
Para otro intento valor.
Ahora sí que á Diana
Veré con mas atencion,
Con mas gusto, y trataré
De mi venganza mejor;
Que si al parecer está
Seguro lo que se amó,
Con mas falsedad se atreve

Un deseo á ser traidor.
A vos os debo la vida.

LUDOVICO.

Pues id á la ejecucion.
Hácia acá viene Diana...
Y mirad que será error
No tratar de lo que importa.

JULIO.

Atá tu dedo, señor;
Que es el término que viene
Pintado á esta ejecucion.

CÁRLOS.

Yo me vengaré de Aurora.

LUDOVICO.

Pues yo á guardaros voy
Las espaldas.

CÁRLOS.

Sois mi amigo.

LUDOVICO.

Cuidado, Cárlos, y adios. (*Vase.*)

JULIO.

Para tu gusto es Diana,
Y pues que dél se rié
Aurora, pápenla celos,
Que son los duelos de amor.

ESCENA IX.

DIANA.—CÁRLOS, JULIO.

DIANA. (*Ap.*)

Pésame de haber hallado
Aquí á Cárlos; que está ahora
En la galería Aurora,
Y podrá darla cuidado
Vernos hablar; que la herida
De los celos, que despierta
Tanto el amor, es mas cierta
Cuando está ménos temida.

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

Prevente para obligarla,
Si no del todo á querella;
Que vive Cristo que es bella.

CÁRLOS.

(*Ap. á Julio.* Ya con gusto llego á hablarla.)
¡Diana hermosa!

DIANA.

El favor
Como lisonja le estimo,
Mas que de galan, de primo.

CÁRLOS.

Verdades son de mi amor.

DIANA.

Ese todo le empleais
En la belleza de Aurora.

JULIO.

Ya está muy otro, señora.

DIANA.

Siempre conmigo os burlais
Por divertir su desden,
Y este hallado atrevimiento
Por tan deudo os lo consiento.

CÁRLOS.

Tratad, Diana, mas bien
Vuestra hermosura y mi amor,
Que nunca ha necesitado
Para buscar vuestro agrado
Vivir de ajeno rigor;
Que solicitando el bien
Que en vos mi atencion procura,
He dejado su hermosura
A solas con su desden.

DIANA.

No, sino que despechado
Aquí amor os arrojó,
Y quereis que alumbre yo
Lo que Aurora os ha cegado.
Mas creo la cortesía.
(*Ap.* ¡Qué poco que ha menester
Quien ama, para creer!)

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Va bien?

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

Mejor que temia.

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

Tu conveniencia asegura;
Y Aurora, aquesto ajustado,
Sin galan y sin Estado,
Vaya á ser ama de un cura.

DIANA.

Al fin, ¿que tan grande amor
En vos se pudo acabar?

CÁRLOS.

Tema la podeis llamar,
Aunque locura es mejor.

DIANA.

Tema es cualquiera porfía
Del gusto que ciego está.
(*Tocan dentro.*)

CÁRLOS.

¿Adónde cantan?

DIANA.

Será
De Aurora en la galería;
Que ahora allí la dejé...
(*Ap.* ¿Si me ha visto y se acordó
De la seña que me dió
Cuando por su órden hablé
A Cárlos, y cuidadosa
Así avisarme ha querido
Que lo ha visto y lo ha sentido,
Y sin duda está celosa?)
(*Tocan dentro.*)

CÁRLOS. (*Ap. á Julio.*)

De su desden obstinado
Segunda seña parece.

JULIO.

No dudes que te aborrece,
Pues te lo dice cantado.

ESCENA X.

MÚSICA.—DICHOS.

MÚSICA, *dentro, á cuatro voces.*

Por mas que aquella montaña
Resiste del mar los golpes,
Se miran en sus peñascos
Las señas de sus rigores.

DIANA. (*Ap.*)

Tantas voces de sus celos
Acreditan mi temor.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh si fueran de su amor
Hijos aquestos desvelos!

MÚSICA. (*Dentro.*)

De dos elementos sufre
Las violentas disensiones,
Siendo en la guerra del tiempo
Atalaya de las flores.

DIANA.

Yo me voy. (*Ap.* Por no aumentar
Mas su sospecha y mi pena.)

JULIO. (*Ap. á Cárlos.*)

Las voces son de sirena
Que te pretende engañar.

CÁRLOS.

¿Por qué os vais?

DIANA.

(*Ap.* Aurora bien
Explica su sentimiento.)
No embarazaros intento.

CÁRLOS.

Si no es cuidado es desden.

DIANA.

A Aurora temo.

CÁRLOS.

Es en vano,
Pues hablar conmigo es culpa
Que el parentesco disculpa.

JULIO.

No lo querrá tan cercano.

DIANA. (*Yéndose.*)

¿Para qué es ocasionar,
Pues vuestro amor no se ignora,
Una malicia en Aurora,
Y en vos, Cárlos, un pesar?

CÁRLOS.

No entiendo vuestro temor,
Ni de Aurora los desvelos.

DIANA. (*Ap.*)

Ya tiene con estos celos
Mas enemigos mi amor. (*Vase.*)

CÁRLOS.

No se temple mi venganza
Con un engaño tan necio,
Que está seguro el desprecio,
Y está en duda la esperanza. (*Vase.*)

JULIO.

Que mas á ser se acomoda
Aurora con esto, es llano,
El perro del hortelano
Que la vaca de la boda. (*Vase.*)

—

Sala del palacio.

ESCENA XI.

LAURA Y FLORA, *con dos luces.*

LAURA.

Pon aquesas luces, Flora,
Y pues todo anda revuelto,
Un breve rato de nuestras
Humanidades tratemos.
Mujeres somos tambien
Las de palacio, es muy cierto;
Pero esto de ser mujeres
Es con notable secreto.
Sujetas como las otras
Nacimos al galanteo,
Y aunque nada nos obliga,
Famoso gusto tenemos,
Pues todos los que nos buscan
Son hombres de lindos gestos.
Pues si esto es así, mi Flora,
Aflojemos el misterio,
Y leamos las dos juntas
Los papeles que tenemos
De diferentes amantes,
Y hagamos gran burla dellos.

FLORA.

Yo no tengo mas que seis.

LAURA.

Yo catorce ó quince tengo,
Y algunos extraordinarios.

FLORA.

Laura, pues vamos leyendo,
Y conforme sus delitos
El castigo les darémos.

LAURA.

Con solos aquestos pocos
Hoy ha entrado mi correo.

FLORA.

Mi estafeta, aunque es menor,
Ha entrado con todos estos.

LAURA.

Oye este, por vida tuya,
Que es de un grande majadero,
Preciadísimo de rico,
Y que alaba con extrêmo
Sus alhajas, y hace dellas
Grandes encarecimientos.
Ha echado coche estos dias
Y ha vestido un lacayuelo.
Dice de aquesta manera
Mi alhajadísimo necio.

(*Lee.*) «Ayer por la tarde, yendo en »mi coche, como tiene tan lindo mo- »vimiento, me dió deseo de escribi- »ros, y volví á casa, y sacando papel »y tinta de una escribanía, harto rica »por cierto, fié á estos pocos renglo- »nes lo ardiente de mi pasion; y esta- »ba tan embelesado, imaginando en »vuestra hermosura, que me dijo »Juanillo, mi lacayo, que es la mejor »sabandija del mundo, y despues que »le vestí de nuevo está graciosísimo: »—Señor, por amor de Dios, que usted »vuelva en sí. — Y no fué mucho que »me lo dijese, porque estuve diverti- »do en vuestra memoria tanto tiempo, »que se gastaron dos velas de sebo »que estaban en dos candeleros. Vol- »ví en mí, y hallé que habia gastado »cinco horas en conceptos, y no horas »de las ordinarias, sino de mi reloj de »porcelana, que no las hay mayores en »España; y esto os lo refiero porque »sepais lo que me debeis: y Dios os »guarde los años que há que se fundó »un mayorazguillo mio, que á fe que »serán mas de quinientos. — Vues- »tro...»

FLORA.

¡Jesus, y qué desatino!
Mas yo sé que son tan buenos
Los deste, que es de un galan
Que habla siempre con misterio,
Y jamas lo dice todo,
Y da á entender que en aquello
Que encarece, algo reserva,
Y nunca da todo el pecho,
Y la mitad de las cosas
Siempre se caen hácia dentro.
Dice así mi misterioso
Galan, á medio concepto:

(*Lee.*) «Sola una mujer hay en el »mundo que pueda llamarse perfec- »tamente hermosa; y fuera yo muy »grosero y muy ruin si dijera que »erais vos, porque hay tiempos de »hablar y tiempos de callar. Solo diré »que llegar yo á quereros fué un caso »muy extraño y muy terrible; y mas »es, que yo aun no habia caido en lo »mucho que os adoraba, hasta que me »lo dijeron personas á quien no pude »perder el respeto; y lo cierto dello »es que si yo llegara á mereceros, que »yo me casara con vos bien diferen- »temente que otros: y quizá y quizá »nos alcanzaran las bendiciones de la »Iglesia tanto como al que mas; que »esto de la gracia de Dios es para »quien lo entiende. Y con esto no soy »mas largo. Dios os guarde los años »que yo me sé.— Fecha en casa á 4 de »cierto mes.»

LAURA.

Tan gran tonto es como esotro.
Señores, ¿no es muy mal hecho
Que tengan tambien licencia
De enamorarse los necios?

FLORA.

Es muy gran bellaquería;
Y ya que aman, por lo ménos
No se les consienta cosa
De seda en el pensamiento.

LAURA.

Tambien aqueste papel
Es raro... Mas pasos siento
Aquí cerca.

FLORA.

Y de basquiñas
Es el rumor.

LAURA.

Con aquesto, (*Mata las luces.*)
Si es Aurora, no verá
Quién somos ni lo que hacemos,
Porque hoy está endemoniada.

FLORA.

Por aquí entrarnos podemos.

LAURA.

Vámonos, Flora, á otra parte
A despachar el correo.
(*Éntranse por una puerta, y por otra sale Diana.*)

ESCENA XII.

DIANA, *á oscuras.*

Sin luces está la sala:
Con la confusion sospecho
Que se les habrá olvidado,
Y de hallarlo así me huelgo,
Porque con mas libertad
Hablaré con mis deseos.
Demas de que por aquí
Pasa siempre, á lo que entiendo,
A la antecámara Cárlos,
Y si le encuentra mi afecto,
He de hacer una experiencia,
Por ver si su amor es cierto;
Que hoy parece que me habló
Ménos forzado y violento;
Y por mas que se asegure
De su fineza mi pecho,
Una prueba ha de afirmar
Mi duda. Mas pasos siento
Aquí cerca. Quiera amor
Que se logre lo que emprendo.

ESCENA XIII.

CÁRLOS, JULIO. — DIANA.

CÁRLOS.

Julio, no puedo hacer mas
Por Aurora.

JULIO.

Ya lo veo...
Mas no lo veo, por Dios;
Que está á obscuras todo aquesto.

CÁRLOS.

De mi cuarto me he venido,
Porque no me encuentre el pueblo,
Que en tumulto acelerado
Me aclama ya por su dueño,
Y á las puertas de palacio
Por instantes va creciendo,
Ayudado de la noche.
¡Oh, qué mal, Julio, que acierto
A ser de Aurora enemigo!

JULIO.

¡Oh, señor, y cómo tiemblo
De miedo y de verme á obscuras!

CÁRLOS.

¿De qué tiemblas, majadero?
Tu miedo es sin ocasion.

JULIO.

De gula tengo yo miedo.

CÁRLOS.

¡Qué bravo gallina que eres!

DIANA. (*Ap.*)

Este es Cárlos.

JULIO.

No lo niego.
Mas dime, ¿no puede ser
Que haya aquí mil y quinientos
Hombres por órden de Aurora,
Para darte pan de perro?
Porque muerto tú, se acaba
La causa de tantos pleitos.
Pues, por Dios, que me parece
Que veo relucir un peto
Hácia allí y un espaldar.
Ea, señor, esto es hecho.
Diez compañías de corazas
Son y un batallon entero.

DIANA. (*Ap.*)

Mudando la voz, á Cárlos
Hablar ahora pretendo.

JULIO.

¡Buena gente y bien armada!

DIANA.

¡Ah, señor Cárlos!

JULIO.

¡San Pedro!
Uno de los capitanes
Te habla. ¡Qué voz tiene el perro!

CÁRLOS.

Véte, necio: no me estorbes
Lo que presume el deseo.

JULIO.

Juro á Dios que le conozco,
Que es un capitan tudesco.

CÁRLOS.

Véte.

JULIO.

De muy buena gana.

CÁRLOS.

Véte aprisa.

JULIO.

Ya me voy. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CÁRLOS, DIANA.

CÁRLOS.

¿Quién es quien á Cárlos llama?

DIANA.

Quien solo para poderos
Hablar, aquí os esperaba.

CÁRLOS.

¿Quién sois, porque mi respeto
No dude cómo ha de hablaros?

DIANA.

Entre las damas me cuento
De palacio, y la Duquesa
Me fia todo su pecho.
Sé que habeis de agradecerme

Lo que deciros intento,
Y por ganar las albricias
De vuestro amor, me resuelvo
A deciros lo que Aurora
Depositó en mi silencio.
(*Ap.* Así sabré si la quiere.)
Yo sé que ya no es tan fiero
Su desden, y que trocara
En agrado todo el ceño,
Como llegara á saber
Que vuestro amor era el mesmo.
Decidme vos si la amais;
Que de mi parte os ofrezco
Su favor; que solo aguarda
A examinar vuestro pecho.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Algun engaño se encierra
Aquí, que yo no penetro.
Dudosamente averiguo
Lo que responderla puedo.

ESCENA XV.

AURORA. — CÁRLOS, DIANA.

AURORA. (*Para sí.*)

Huyendo vengo de todos
Y de mí. ¡Cielos! ¿qué es esto?
¡Sin luz están estas piezas!
De todo se asusta el pecho,
Y es novedad que me pone
De examinarla deseo.

CÁRLOS.

(*Ap.* Mejor es que la responda
Neutral en lo que reservo,
Porque si es Aurora, ántes
Se picará del despego,
Y si es Diana, la gano
Para cualquiera suceso.)
Digo que puso mi amor
Su injusto aborrecimiento
Tan cobarde, que aun yo mismo
A examinar no me atrevo
Si hoy mi fineza es la propia.

DIANA.

¿Vos ignorais vuestro pecho?

AURORA. (*Ap.*)

Aquí me parece que oigo
Hablar.

DIANA.

¿Vos estáis tan léjos
De vos, que no penetrais
El alma de vuestro intento?

AURORA. (*Ap.*)

Hablando están y es la voz
De mujer; pero no entiendo
Lo que dicen.

CÁRLOS.

Es tan grande
El temor que sus desprecios
Me han causado, que mi amor
Debe de callar de miedo.

AURORA.

(*Ap.* Hablando están: es sin duda.
Alguna traicion recelo
Contra mí ó contra mi Estado,
Y averiguarlo pretendo.)
¡Luces, hola!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Esta es Aurora.

DIANA. (*Ap.*)

Mi hermana es.

AURORA.

Luces presto.

DIANA. (*Ap.*)

Mucho temo que me vea
Con Cárlos. ¡Oh quiera el cielo
Que yo encuentre con la puerta!

AURORA.

Luces.

DIANA. (*Ap.*)

Ya la hallé.

ESCENA XVI.

LAURA, *que salia con luz.* — DIANA, *que encontrándose con Laura, le quita la luz y vuelve;* AURORA, CÁRLOS.

LAURA. (*Bajo á Diana.*)

¿Qué es esto?

DIANA.

(*Ap. á Laura.* Suelta.) Ya yo traigo luz.
(*Ap.* Socorrió mi pena el cielo.)

AURORA.

¿Tú, hermana, la luz trajiste?

DIANA.

Yo soy quien mas te obedezco.

AURORA. (*Ap.*)

Ahora es mayor mi duda.
Cárlos está aquí, y no encuentro
La mujer con quien hablaba.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Por la cuenta, Aurora pienso
Que era la que habló conmigo.

AURORA. (*Ap.*)

Pues que hablaban es muy cierto.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pues ¿cómo fué quien pidió
Las luces? Yo no lo entiendo.

AURORA. (*Ap.*)

Pues ¿cómo está solo Cárlos?

DIANA. (*Ap. á ella.*)

Laura, calla.

LAURA.

Yo lo ofrezco.

AURORA.

¿Viste acaso, cuando entraste
Que saliese de aquí dentro
Alguna mujer?

DIANA.

Ni un alma.
Laura y yo vinimos, luego
Que te oimos; mas no vimos
A nadie.

AURORA.

Pues esto es cierto.
Cárlos con una mujer
Estaba hablando aquí dentro;
Y pudiera muy bien Cárlos,
Pues se precia tan de atento,
Ya que me turba la paz,
No profanar el respeto;
Que hablar en mi propio cuarto
Con una mujer, tan léjos
Está de ser cortesía,
Que casi le hace grosero.
(*Ap.* Mal encubro mi cuidado.)

CÁRLOS.

Señora, nada os entiendo.

AURORA.

Dejadme todos; que todos
Sois partes en mi despecho.
Idos, Cárlos; véte, Diana.
(*Ap.* Otro nuevo galanteo
Le hemos descubierto á Cárlos,
Sin mi hermana. ¡Bueno es esto!)

DIANA.

Voime por obedecerte.
(*Ap. á ella.* Laura, acá fuera hablaré-
[mos.)

LAURA.

Ya yo voy en la maraña. (*Vase.*)

CÁRLOS.

Ya, señora, os obedezco.
(*Ap.* Si Aurora muda el desden,
Ocioso vive el remedio,
Porque veo en su cuidado...
Mas ¿qué sé yo lo que veo?) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

AURORA.

¿Qué es esto que me sucede?
Otro no esperado efecto,
La duda de aqueste caso
Ha ocasionado en mi pecho.
¡Cárlos festeja otra dama
Sin mi hermana, y otro objeto
Divierte su voluntad
Y entretiene sus deseos!
Bien puede ser, porque yo
Damas en palacio tengo
De mi sangre y de mi casa;
Y no era notable yerro
Que Cárlos fuese de alguna
Firme amante y verdadero.
Demas de que para darme
Pesar, no las diferencio;
Porque para mi cuidado
Todo viene á ser lo mesmo:
Cualquier mujer que quisiera,
Fuera agravio. Mas ¿qué es esto?
Ya en lo que siento me sobra
Inquietud para unos celos.
¿Celos puedo yo tener
Desto que dudo y no entiendo,
Y que si llego á tocarlo,
Todo es sombra y nada es cuerpo?
¡Oh! ayúdeme aquí el discurso;
Y esta inquietud que padezco,
Pues que me cuesta un cuidado,
Me valga un conocimiento.
Cuando vi á Diana hablar
Con Cárlos, y fué concierto
Entre las dos, no turbó
Su vista la paz del pecho;
Y esta tarde me dió pena
Verlos juntos, y mi inquieto
Desasosiego mostró
La música en sus acentos.
Y ahora que casualmente
Son presuncion mis recelos,
Rompe el alma todo el gusto
Tratado de mi deseo.
Luego el no moverme allí
(Este es preciso argumento)
Nació de que yo busqué
Por medicina los celos.
Luego nunca estuvo en Cárlos
La ocasion de mi despecho,
Sino en mí, que deseaba
Labrarme mi agrado mesmo.
Bien conocia mi engaño
El alma, que el tema necio
Repugnaba de manera,
Que no se osaba el deseo
Quedar sin algun cuidado,
Consigo á solas, creyendo
Que era inhumana crueldad,
Con tanto aborrecimiento,
No salir de mí á buscar
A mi achaque algun remedio.
Mi deseo me ha enfermado:
Es sin duda, y ya penetro
El haberme parecido
Cárlos ménos mal. Ya es tiempo
Que le hable sin la porfía

De forzar mis pensamientos.
En extraña obstinacion
He vivido; mas ¿qué yerros
La voluntad no comete,
Cuando da en hacer empeño
De su opinion, y al discurso
Hace cómplice en su intento?
Pero ya tarde conozco
Mi ignorancia, cuando advierto
Que yo ni Cárlos estamos...
Pero ¿qué impensado estruendo
Es este junto á mi cuarto?—
¡Hola!

ESCENA XVIII.

DIANA, CÁRLOS, ROBERTO, ALEJANDRO, LUDOVICO, JULIO, LAURA, FLORA.—AURORA.

ROBERTO.

Gran señora, el pueblo...

LUDOVICO.

Obstinado...

ALEJANDRO.

Y ofendido...

ROBERTO.

Vuestra dilacion temiendo,
Junto ha venido á palacio,
Y su intencion no sabemos.

LUDOVICO.

Solo sé que aclama á Cárlos.

CÁRLOS.

Mi amor sabe lo que siento...

DIANA.

Acábese ya esta duda.

JULIO. (*Ap.*)

Seamos duques, y ande el pleito.

AURORA.

¿Pues qué es lo que puedo hacer?

ROBERTO.

Mi vigilancia ha dispuesto
Que esté en defensa el palacio...
(*Ap.* Aunque es traza de mi celo
El que el pueblo mas la obligue.)
Pero ¿qué importa, no habiendo
De darle la mano á Cárlos?

AURORA.

Pues ¿remédiase con eso?

ROBERTO.

Claro está que se remedia.

AURORA.

¿Y sabeis vos si está en tiempo
Cárlos de querer casarse?

CÁRLOS.

Toda mi fortuna abrevio
Al sí desa hermosa boca.

AURORA.

Pues ántes que el pensamiento
En varias formas confunda
Las verdades de mi pecho,
Que ya cariñoso abraza
La que despreció primero,
Aquesta es mi mano, Cárlos.

CÁRLOS.

Y esta es mi boca, que sello,
Indigno de tanta dicha.

AURORA.

Y esto á mi amor se lo debo,
Cárlos, y no al sobresalto
Ni á la violencia del pueblo.

CÁRLOS.

Mi amor lo merece todo.
Ludovico, en conociendo
Que Aurora no me aborrece,
En vano son los remedios.

LUDOVICO.

Yo solo, Cárlos, queria
Curaros de su desprecio.

AURORA.

Alejandro, de Diana
Despues será feliz dueño;
Que acelerarse mis bodas
Es porque lo pide el riesgo.

ALEJANDRO.

Dichoso seré mil veces.

DIANA.

Yo la fortuna obedezco.

AURORA.

Roberto, ya el pueblo tiene
Razon para no estar ciego.

ROBERTO.

Yo le llevaré las nuevas,
Que soy quien mas las celebro.

FLORA.

Laura, sin novios quedamos.

LAURA.

En cuanto mujer, lo siento.

CÁRLOS.

Aquí tenga fin dichoso,
Si lo merecen sus yerros,
Curar el mal con el mal,
Y enfermar con el remedio.

EL MONSTRUO DE LA FORTUNA,

LA LAVANDERA DE NAPOLES FELIPA CATANEA,

COMEDIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN Y DON FRANCISCO DE ROJAS.

PERSONAS.

CÁRLOS, *príncipe de Salerno.*
EL REY ANDRES.
EL INFANTE.
OCTAVIO URSINO, *viejo.*
CALABRES, *gracioso.*
LIRON, *segundo gracioso.*
LA REINA JUANA.
FELIPA CATANEA.
BEATRIZ.
JULIA.
UN CAPITAN.
DAMAS.
SOLDADOS NAPOLITANOS.
SOLDADOS HÚNGAROS.
UN CRIADO. — GENTE.

La accion pasa en Nápoles y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Vista exterior de una quinta real cerca de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, *á un balcon de la quinta;* CÁRLOS, LIRON, CALABRES Y SOLDADOS NAPOLITANOS, *delante de la quinta.*

CÁRLOS. (*Á los soldados.*)

Abatid las banderas,
Del céfiro tejidas primaveras,
Y con sonora salva,
Mejor que hacen los pájaros al alba,
Saludad dulcemente
Aquel balcon, aquel divino oriente,
Que con luz soberana
Nos amanece á la divina Juana,
Reina en Nápoles bella,
Cuyo esplendor á la mejor estrella,
En campañas del dia,
Flor á flor, rayo á rayo desafía.

REINA.

Príncipe generoso,
Cuyo valor tu nombre hará dichoso
En dignidad suprema
Adonde hiela el sol y adonde quema,
Pues á un punto reduces
Sus abrasadas, sus heladas luces:
Valerosa milicia,
Apoyo singular de mi justicia:
El rey Andres de Hungría
Hoy en demanda de la mano mia
Vuelve, como si fuera digna palma
Querer por guerra avasallar un alma.
¿Cuándo las voluntades
Se ganaron á modo de ciudades?
Y así, fieles vasallos, diligentes
Salidle al paso, á defender valientes
La empresa que hoy os fio,
En defensa feliz de mi albedrío.

CÁRLOS.

Ante tus ojos juro
Por cuantos ese sol hermoso y puro
Azules campos dora,
Que en la defensa noble
De tus designios muera, sin que doble
El hado mi constancia,
Mi denuedo la suerte, mi arrogancia
La inconstante fortuna,
En quien jamas se halló firmeza alguna.

REINA.

Así de tí lo creo,
Y victorioso ya como deseo,
Príncipe, te imagino
En Nápoles, adonde al peregrino
Valor tuyo, á tu esfuerzo soberano,
Feliz te espera el premio de mi mano.

CÁRLOS.

Ella sola pudiera
Premiarme, si mi amor lo considera.

REINA.

Tu fama vuele á coronarse altiva.

CÁRLOS.

¡Viva la reina Juana!

TODOS.

¡Viva, viva!

(*Vuelven á tocar.*)

ESCENA II.

OCTAVIO URSINO, *de camino.* — LA REINA, CÁRLOS, LIRON, CALABRES, SOLDADOS.

OCTAVIO.

¡Viva! sin que del tiempo los engaños
Adelgacen el número á sus años;
Pero inmortal, ilustre y coronada,
Viva, Cárlos, mejor aconsejada
De tí, que sus aplausos aventuras
Cuando alentar esta faccion procuras.

CÁRLOS.

Lo que dices, Octavio Ursino, advierte.

OCTAVIO.

La razon.

CÁRLOS.

¿De qué suerte?

OCTAVIO.

Desta suerte;
Que pues hablando á tí te considero
En público, yo en público hablar quie-
—Tu padre, que está en gloria, [ro
(*Á la Reina.*)
Vinculando en su acierto su memoria,
Mandó en su testamento,
A la prudencia atento
Con que aquestos estados gobernases,
Que con el rey de Hungría te casases.
Él, viendo tu hermosura, [tura?)
(¿Quién gozó por desgracia una ven-
A coronarse vino
A Nápoles, adonde, ó su destino
A él opuesto, ó tu ceño riguroso,
Ni rey le recibió ni admitió esposo.
Corrido y desairado,
Esposo y rey, dos veces desdeñado,
Hizo á Nápoles guerra,
Los términos talando de su tierra;
Que tal vez que en un bien miente la
[suerte,
El amor en venganza se convierte
Tú en tu intento constante,
El altivo, tú ingrata y él amante,
Tuvisteis éste Estado
Al parasismo último postrado,
Y Nápoles sitiada
Se vió en caliente púrpura anegada.
Vino el helado invierno,
Y por marcial, político gobierno, [das
Cuando ya nuestras fuerzas extingui-
La sangre echaban ménos y las vidas,
Se retiró su campo
Pisando ocioso de la nieve el ampo,
Paréntesis haciendo á su despojo [jo;
La tregua entónces, pero no á su eno-
Pues apénas la verde primavera
Vuelve á acordarse desta verde esfera,
Cuando él, que á su venganza se resuel-
[ve,
O amante ú ofendido ú todo vuelve.
Luis, su hermano, arrogante
Jóven, de Hungría y de Bohemia infan-
Socorro le ha traido, [te,
Con cuyo aliento mas desvanecido
Hoy conquistar procura
La corona imperial de tu hermosura.
Yo lo sé porque tengo
Mis estados al paso, y así vengo
A decirte que él viene poderoso.
Tu reino no le estorba temeroso,
Y la necesidad el gusto fuerza: [za,
Haz voluntad lo que ha de ser por fuer-
Pues es fuerza, si á tanto horror le obli-
Que vencedor... [gas,

REINA.

Detente, no prosigas;
Que es bajeza que Andres pueda con-
[migo,
Aun mas que por galan, por enemigo.
Nápoles victoriosa,
Yo no he de ser avasallada esposa,
Ni mujer conquistada
Ha de ser vuestra reina. — La jornada
Seguid, y ántes que el sol llegue á su
[ocaso,

En campal duelo le impedió el paso;
Que yo de acero y de valor armada,
Con mis mujeres guardaré la entrada
A Nápoles, adonde altiva y fuerte,
Con mis damas no mas le dé la muerte.
(*Quítase del balcon.*)

CÁRLOS.

Octavio, tu consejo,
Mas que de jóven fuerte, de hombre [viejo,
Ni persuade ni obliga.

OCTAVIO.

Mis canas quieren que esto ahora diga,
Y mi valor, que eterno se venera,
Que despues de decirlo, altivo muera:
Y así, Cárlos, te sigo.
Yo el primero he de ser que al enemigo
Mi lealtad y valor con sangre escriba.

CÁRLOS.

¡Viva la reina Juana!

TODOS.

¡Viva, viva!

(*Vanse Octavio y los soldados, y al irse á entrar Cárlos, va hablando con Liron, y quédase Calabres mirándole.*)

ESCENA III.

CÁRLOS, LIRON; CALABRES, *retirado.*

CÁRLOS.

Liron...

LIRON.

Señor...

CÁRLOS.

Un punto,
Miéntras que marcha todo el campo [junto,
Quedarme aquí me importa.
Para alcanzarme una jornada corta,
Con un caballo en ese parque espera.

LIRON.

Ya sabes, gran señor, de la manera
Que te sirvo obediente.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Anhele mi ambicion osadamente;
Que aunque pese á mi estrella,
Rey he de ser de Nápoles la bella.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

LIRON, CALABRES.

CALABRES. (*Ap.*)

¿Habrá paciencia y valor
Para ver un hombre honrado
Tan valido á aquel menguado
Del príncipe su señor,
Que lado á lado con él
Vaya hablando desde aquí,
Y no halle yo quien á mí
Me diga ¿qué haces? Cruel
Fortuna, si verdad digo,
Mi consuelo en tu ignorancia;
Que soy hombre de importancia,
Pues tan mal estás conmigo.

LIRON.

(*Ap.* Aquesta es buena ocasion
Para mis intentos.) Pues
¿Qué se hace el buen Calabres?

CALABRES.

Servir al señor Liron.

LIRON.

¿Ofrécese por acá
Algo en que valerle pueda?

CALABRES.

(*Ap.* La fortuna tiene rueda
Tambien de pícaros ya.)
No, señor; que aunque es verdad
Que há muchos dias que he estado...

LIRON.

Diga.

CALABRES.

Desacomodado,
Muy poca necesidad
He tenido; que no falta
Quien haga á los pobres bien.

LIRON.

¿Y quién, por mi vida, quién?
¿Es princesa baja ó alta?

CALABRES.

Ni alta ni baja ha danzado;
El pié jibao, sí, señor,
Con la alemana de amor.

LIRON.

(*Ap.* Celos, vive Dios, me ha dado,
Que ya sé que es obra pia
Beatriz deste picaron.
Alto pues: resolucion.)
Yo con Calabres tenia
Cierto negocio.

CALABRES.

Aquí estoy
A cuanto quiera mandar
Vuesa mercé.

LIRON.

Hemos de estar
Solos los dos; y pues hoy
A ver el vistoso alarde
De la gente que marchó,
La misma Reina salió
A aquesta quinta esta tarde,
Por entre esos verdes ramos
Que al pié de la quinta son
Una amena poblacion,
Siguiendo la senda vamos
Que hace este arroyo.

CALABRES.

Está bien.

(*Va Liron delante.*)

Sin duda, pues me ha llamado,
Y hácia el arroyo ha guiado
Donde cada dia se ven
Las lavanderas lavar,
Y hoy de su casa ha salido
Beatriz, que ella misma ha sido
Quien me llama á merendar.
Aunque yo mas estimara
Que quien me llamara fuera
Felipa, su compañera,
Que en fin tiene mejor cara.
Mas, al cabo, con Beatriz
Bien ó mal se ha de pasar.
Harto buena cara es dar:
No quiero amor mas feliz. (*Vase.*)

—

Campo y arboleda á orillas de un arroyo.

ESCENA V.

LIRON, CALABRES.

LIRON.

¿No vienes?

CALABRES.

No es por ahí
Por donde hemos de ir.

LIRON.

Sí es;
Que esto es lo mas solo.

CALABRES.

Pues
¿Quién es ermitaño aquí?

LIRON.

¿Hay gente?

CALABRES.

No, ni rumor.

LIRON.

¿Estamos solos?

CALABRES.

Sí estamos.

LIRON.

Pues riñamos.

CALABRES.

No riñamos;
Que será mucho mejor.

LIRON.

Pues aquesto solo ha sido
A lo que he venido. Ea, presto.

CALABRES.

A espacio, pues solo es esto
A lo que yo no he venido.

LIRON.

Aquí hemos de desnudarnos
Para matarnos los dos.

CALABRES.

¿Desnudarnos?

LIRON.

Sí, por Dios.

CALABRES.

Pues eso basta á matarnos.

LIRON.

Yo vengo desta manera
Desarmado á reñir.

CALABRES.

Yo
Tambien; mas á reñir no;
Que un peto fuerte trajera.

LIRON.

Un coleto que traia,
En casa me le dejé.

CALABRES.

Pues hizo vuesa mercé
Una grande bobería,
Porque ¿para qué es sufrir
Todo el año ese pesar,
Si se le habia de quitar
El dia que ha de reñir?

LIRON.

¿Qué espera?

CALABRES.

Saber por qué
Es este enojo conmigo.

LIRON.

Porque es un fingido amigo.

CALABRES.

Pues desde hoy no lo seré.
¿Habrá mas que eso?

LIRON.

Eso es nada.

CALABRES.

Pues á cuanto uced me pida
Su boca será medida,
Que es mas fácil que su espada.

LIRON.

Yo quiero bien á Beatriz,
Y Beatriz ha de ser mia
Desde aqueste mismo dia.

CALABRES.

Y ella será muy feliz
En ser de un hombre de tal
Valor, y hoy en buena fe
Yo mismo se lo diré
Muy bien, y ella hará muy mal

Si tan buen arte no goza.
Mas aquesto solo digo:
¿Quién es el fingido amigo?
¿Quien quita ó quien da la moza?

LIRON.

O he de matarle, ó aquí
La palabra me ha de dar
De que no la ha de mirar
En su vida.

CALABRES.

Harélo así.
Pero si no se me tiene
A soberbia y demasía,
Una preguntilla mia
Saber, señor, me conviene.
Si Beatriz, por estar yo
Tiempo há desacomodado,
De mi regalo ha cuidado,
¿Podré yo olvidarla?

LIRON.

No.

CALABRES.

¿No estamos solos?

LIRON.

Sí estamos.
El sitio es bien escondido.

CALABRES.

¿Hay gente alguna?

LIRON.

Ni ruido.

CALABRES.

Pues riñamos...

LIRON.

Pues riñamos.

CALABRES.

Que yo bien puedo ofrecer
Palabra de no mirar;
Pero yo no puedo dar
Palabra de no comer.
Que aunque haya oido decir
Que al hombre honrado en su vida
Por el dinero ó comida
No se le ha de ver reñir,
Yo al reves lo considero;
Porque el hombre honrado no
Hay por qué riña, sinó
Por comida ó por dinero.

LIRON.

Con aqueso mi pesar
Cesará. Empiece mi ira.
(*Riñen.*)

CALABRES.

¡Hombre del demonio, mira
Que me tiras á matar!

ESCENA VI.

BEATRIZ, *dentro.* — LIRON, CALABRES.

BEATRIZ. (*Canta dentro.*)

Por mí riñen dos bravos;
Yo mas querría
Uno que me regale
Que dos que riñan.

CALABRES.

¿Oye uced aquella voz,
Señor Liron?

LIRON.

Oigo aquella
Voz.

CALABRES.

¿Y sabe cúya es?

LIRON.

Y sé cúya es.

CALABRES.

Pues detenga
Uced la del Pichilin;
Que las cosas como estas
Y como las otras, todas
Tienen con el tiempo enmienda.
Ya sabrá vuesarced que
La razon no quiere fuerza,
Y que victorias con sangre
Son victorias con la regla,
Y hacen asco.

LIRON.

Pues ¿qué quiere
Uced?

CALABRES.

Que pues Beatriz llega
A este arroyo á tan buen tiempo,
Diga que me deje ella;
Que yo lo haré al punto, aunque el
Pasto meridiano pierda.

LIRON.

Eso aceto porque sé
Que ha de decirlo ella mesma;
Que claro está que á un valido
De un príncipe que hoy espera
Ser rey de Nápoles, es
Uced poca competencia.

CALABRES.

Uced honra á sus criados.
Enválnese miéntras llega.

ESCENA VII.

BEATRIZ y FELIPA, *cantando y con dos lios de ropa, vestidas de lavanderas.* — DICHOS.

BEATRIZ. (*Canta.*)

Por mí riñen, etc.

FELIPA.

No cantes mas por tu vida,
Porque la voz lisonjera
Es iman de los sentidos,
Y no es justo que á ella vengan
Mil ociosos que á estas horas
Bajan al parque.

BEATRIZ.

¡Que seas
Tan extraña, que no solo
A lo mas oculto vengas
Siempre á lavar, mas tambien
Que nadie nos siga quieras!

FELIPA.

Sí; que da á mi vanidad
Este ejercicio vergüenza.

BEATRIZ.

¿Es posible que en tu vida
Te alegres ni te diviertas?

FELIPA.

No; que ya es mi pena en mí
Segunda naturaleza.
Anoche leí en un libro
Que habiendo la docta ciencia
De la astrología antevisto
En esa rápida esfera,
En cuyo papel azul
Son caractéres y letras
Tantos brillantes luceros,
Tantas lucientes estrellas,
Que habia de morir un rey
De veneno, la prudencia
Con veneno le crió,
Porque poco á poco fuera
Acostumbrándose al daño,
Perdiendo el daño la fuerza.
La costumbre hizo alimento
El tósigo, de manera
Que adolecia al instante
Que faltaba su violencia.
Yo así, de tristeza creo,
Beatriz, que estuviera muerta,
Si no estuviera mi vida
Alimentada con ella
Tanto, que la echara ménos,
A faltarme: es cosa cierta,
Pues de tristeza acabara,
Si acabara mi tristeza.

BEATRIZ.

Yo, Felipa, nunca supe
De historias ni sutilezas;
Solo sé que no te entiendo.

FELIPA.

Pues ¿hay álguien que me entienda?

BEATRIZ.

En ese remanso puedes
Quedarte á lavar: tú empieza;
Que yo me iré á esotra parte.

FELIPA. (*Ap.*)

¿Para qué desta manera
Vengo á buscar aquí el agua,
Si están mis ojos mas cerca?
(*Pónese á lavar.*)

CALABRES.

Beatriz, lavandera hermosa,
Que has tenido la bandera
En este cuerpo de guardia,
Pues le guardas y sustentas,
El señor Liron y yo
Hoy con las mil y quinientas
En grado de apelacion
Traemos una pendencia.
Dice su merced, y dice
Bien, que há dias que desea
Tenerte por cosa propria;
Yo digo que eres ajena:
Por lo cual los dos venimos
Ante tí por via de fuerza.
Tú has de decir...

BEATRIZ.

Pues ¿el mandria
Se viene con esa flema,
Sabiendo que ya en el mundo
Espiró el dígalo ella?
Cuando pensé que ninguno
A mirarme se atreviera,
¡La que es dama en propriedad,
Pone uced en contingencia!
¿Conmiliton y gallina
Me es uced? En mi conciencia,
Que estoy corrida del tiempo
Que hipócrita su braveza
Me engañó: y así, en castigo
De tantas estafas hechas,
Digo que Liron es ya
El cúyo de mis potencias;
Que desde aquí le revoco
La racion en mi despensa,
El domicilio en mi casa
Y el crédito en mi taberna.

LIRON.

Dijo Beatriz, y pues dijo,
No hay sino tener paciencia,
Ó pues Calabres se llama,
Mejor es que no la tenga.

CALABRES.

Como hubiera hoy que comer,
Esta es la mayor fineza
Que Beatriz ha hecho por mí.

BEATRIZ.

Deja á ese mandria.

LIRON.

¿Oye? Advierta
Que Beatriz es cosa mia.
Dígolo porque me entienda.
(*Vanse Liron y Beatriz.*)

ESCENA VIII.

FELIPA, CALABRES.

CALABRES. (*Á Felipa.*)

No crêrás cuanto deseaba
Verme un instante sin ella.

FELIPA.

¡Quién tuviera sus deseos
Aposentados tan cerca
De su olvido, que trocarlos
De un instante á otro pudiera!
(*Ap.* ¡Ay loca voluntad mia!
¿Dónde generosa vuelas
Tan remontada, que quieres
Que aun yo de vista te pierda?)

CALABRES.

Seora Felipa, no sé
Si vuesa merced se acuerda
De que há dias que la miro
Con mas de alguna terneza
De corazon.

FELIPA. (*Ap.*)

Solo aquesto
Le faltaba á mi soberbia,
Cuando un Cárlos de Salerno
No he querido yo que entienda
Que hay inclinacion en mí,
Porque no se desvanezca.

CALABRES.

Por ser su amiga Beatriz
Dije mi aficion por señas,
E *in voce* la digo ahora,
Que no hay amiga que tenga
Sede vacante en mi amor:
Y así, uced á la prebenda
Se oponga.

FELIPA.

Calla, villano;
Que no es posible que tenga
Atrevimiento de hablarme
Así nadie, que no vea,
Escarmiento de sí mismo,
La mas costosa paciencia.

CALABRES.

¡No dijera, vive Dios,
Una infanta de comedia
Razones mas ponderadas!

FELIPA.

¡Ah vil fortuna! ¿Que quieras
Que yo sufra que un lacayo
Desta suerte se me atreva?

CALABRES.

Pues ¿cuándo no se atrevieron
Lacayos á lavanderas?

FELIPA.

Cuando en ellas hay valor.

CALABRES.

Por tu vida, ¿qué te piensas?

FELIPA.

Piénsome una mujer pobre,
Y tanto, que me sustenta
Este repetido afan,
Esta continua tarea
De enturbiar estos cristales;
Si bien tal vez mi soberbia
Presume que porque es dar
Luz, candidez y pureza
A lo no tal, ejercita
Este oficio mi miseria.
Esto me pienso, si miro
Mis desdichas por defuera;
Pero si me miro al alma
Por de dentro de mí mesma,
Igual me pienso á la hidalga,
A la señora, á la reina;
Que para aquesto hizo Dios
Todas las almas eternas.

CALABRES.

No lo dije yo por tanto;
Pero aunque así me desdeñas,
Tú lo pensarás mejor;
Pues es la cosa mas cierta
Que la mujer que responde
Por defuera zahareña
Al hombre que la enamora,
Por allá dentro no deja
De cobrarle algun cariño.
Dijo una mujer discreta
Que aquella que quiere ménos
Al galan que la requiebra,
Le quiere mas que á un pariente,
El mas cercano que tenga. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FELIPA.

¡Cielos! en la confusion
Que aflige mi pensamiento,
O dadme otro sufrimiento
O dadme otro corazon.
Mirad que no es proporcion,
Ya que tan pobre nací,
Darme la altivez así,
Queriendo que en dura calma
Dentro de mí viva un alma,
Sin caber dentro de mí.
Nace con belleza suma
El ave, al hielo temblando,
Y apénas mira al sol, cuando
Se halla vestida de pluma:
Antes que el hambre presuma,
Sustento llega á tener
Criado; y el hombre, al ver
Alma en sí mas singular,
Nace desnudo á buscar
Que vestir y que comer.
Nace el bruto mas airado,
Y apénas se ve nacido,
Cuando de una piel vestido,
De balde le ofrece el prado
Sustento que no ha buscado,
Sin pensar ni discurrir,
Sin afanar ni adquirir;
Y el hombre (¡triste pesar!)
Nace desnudo á buscar
Que comer y que vestir.
Nace el pez de ovas y lamas,
Tan mudo que aun no respira,
Y en un instante se mira
Cubierto de alas y escamas:
Juncos y marinas ramas
Le alimentan, sin tener
Que desear; y con mas ser
El hombre (¡duro pesar!)
Desnudo nace á buscar
Que vestir y que comer.
¿Cómo, una vez y otra vez,
¡Cielos! en discurso igual
No excede lo racional?
A la fiera, al ave, al pez!
Mas ¡ay Dios, divino Juez!
No ha sido una obra tan grave
Acaso; tu deidad sabe
Cuánto al hombre preferiste,
Pues mayor razon le diste
Que á la fiera, al pez y al ave.
Con razon, no falta nada
Al hombre: hallarlo presuma
O ya en la paz con la pluma,
O en la guerra con la espada.
Mas la mujer desdichada,
A quien ni la espada honra
Ni la pluma la da honra,
¿Qué ha de vestir y comer,
Si el buscarlo ella ha de ser
Con fatiga ó con deshonra?
Yo en mi ejercicio lo diga,
¡Misera! pues por no dar
A mi deshonra lugar,
Se le doy á mi fatiga.
Y pues mi suerte me obliga
A abatir nobles alientos,
Lleven mis voces los vientos
Y mis lágrimas el mar.
¡Corazon! ¿no has de lograr
Tan altivos pensamientos?

ESCENA X.

CÁRLOS, *sin ver á* — FELIPA.

CÁRLOS. (*Para sí.*)

Apénas un breve instante
(¿Qué instante de amor no es breve?)
Mi dicha á mi dicha debe
Verse venturoso amante
De un cielo, cuando al instante
Salgo igualando á los vientos,
Porque puedan mis intentos
El ejército alcanzar.
Juana, adios.

FELIPA. (*Para sí, lavando.*)

¡No has de lograr
Tan altivos pensamientos!

CÁRLOS (*Ap.*)

¿Qué voces son las que dan
Tan á costa de mis daños
A mi vida desengaños?
¿Serán acaso ó serán
Verdades? Solos están
Estos campos: mis tormentos
Fingieron estos acentos,
Por hacer este pesar
A mi amor.

FELIPA. (*Para sí.*)

No has de lograr
Tan altivos pensamientos.

CÁRLOS.

Mujer, que rizando estás,
Porque Vénus te presumas,
Esos cristales de espumas
Con los golpes que les das,
¿Con quién hablas? ¿A quién vas
Anunciando su castigo?
Dime si hablabas contigo
O conmigo.

FELIPA.

No lo sé;
Que pienso que á un tiempo hablé
Con vuestra Alteza y conmigo.

CÁRLOS.

Conmigo y contigo hablar,
¿Cómo á un tiempo puede ser?

FELIPA.

Con vos por vuestro placer,
Conmigo por mi pesar.

CÁRLOS.

¿Qué placer se puede hallar
En mí?

FELIPA.

El de veros valido.

CÁRLOS.

¿Qué pesar en vos?

FELIPA.

Mi olvido.

CÁRLOS.

No os entiendo, vive Dios.

FELIPA.

No sois el primero vos,
Señor, que no me ha entendido.

CÁRLOS.

¿Por qué mas claro no hablais?

FELIPA.

Tengo á mis desdichas miedo.

CÁRLOS.

Perdérsele pues.

FELIPA.

No puedo,
Por mas que vos me alentais.

CÁRLOS.

Enigmas son cuanto hablais.

FELIPA.

Y que no habeis de entender.

CÁRLOS.

Yo nó me he de detener.
No me envieis á discurrir.

FELIPA.

Tanto aun no pensé decir.

CÁRLOS.

Pues mas pensé yo saber.
¿Con quién estabas aquí?

FELIPA.

Solas mis penas y yo.

CÁRLOS.

¿Habiasme visto?

FELIPA.

No.

CÁRLOS.

¿Y hablabas conmigo?

FELIPA.

Sí.

CÁRLOS.

¿Cómo puede ser?

ESCENA XI.

LIRON, BEATRIZ. — DICHOS.

LIRON.

Allí
Está el caballo.

BEATRIZ. (*A Felipa.*)

¡Tú cuentos
Con el Príncipe!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Tormentos...

FELIPA. (*Ap.*)

Penas...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Desdichas...

FELIPA. (*Ap.*)

Pesar...

LOS DOS. (*Ap.*)

En fin, ¿no hemos de lograr
Tan altivos pensamientos?

(*Vanse.*)

ESCENA XII.

EL REY ANDRES Y EL INFANTE LUIS, *con bastones*, Y SOLDADOS HÚNGAROS.

ANDRES.

Pues de Nápoles estamos
Una jornada tan breve,
Y hemos llegado hasta aquí
Sin que nadie lo impidiese,
Marche á Nápoles el campo
Siempre en órden, porque llegue
A sus muros de manera,
Que aun á formarse no espere
Para darles el asalto,
Antes que mas se refuercen
Sus cansados baluartes
De municiones y gente.

LUIS.

Aunque de Hungría he venido
A servirte y socorrerte
Como á mi rey, á mi hermano
Y á mi amigo, me parece
Que aunque emprendas esta guerra
Por motivos que te mueven
Contra una mujer hermosa,
Con mucho rigor la emprendes.
¿Qué causa es que una mujer,
O sea reina ó sea quien fuere,
No quiera casar contigo,
Para que á casar la fuerces
Por armas? Y cuando sea
Tu intento mostrar valiente
Tu esfuerzo, porque su amor
Sepa el esposo que pierde,
A ménos costa de sangre
Pudieras satisfacerte;
Que mas que hacer el pesar,
Es, señor, poder hacerle.

ANDRES.

No puede negar mi enojo
Que dices bien; mas no puede
Mi enojo dejar, Infante,
Tampoco de responderte,
Porque no pienses que son
Mis acciones tan crueles,
Que sin ocasion se manchan
Entre la sangre que vierten.
Yo vi á Juana, y yo vi en ella
Una deidad á quien debe
Mas victorias el amor
Que á sus flechas, porque tiene
Obediente á su hermosura
Y á su desden obediente
Todo el imperio del fuego
En una esfera de nieve.
Vencido quedé á sus ojos,
Si ya mi lengua no miente;
Que en batallas de amor, son
Los vencidos los que vencen.
Y cuando me imaginaba
Dueño ya de tantos bienes
Mas allá de esposo suyo,
Mas acá de pretendiente
Me hallé de un instante á otro:
Ya sabrás cuánto se siente
Perder una dicha, cuando
De entre las manos se pierde.
El que no tiene esperanza
De la dicha que pretende,
No busque la dicha; busque
La esperanza que no tiene;
Pero quien la tuvo ya
Por segura, justamente
Llora dichas y esperanzas
Perdidas: y así es aqueste
Mas infeliz, porque es
Infelicidad dos veces
Ver que sus males sean males,
Y sus bienes no sean bienes.
Pues siendo así que de extremo
A extremo pasó mi suerte,
¿Qué mucho que mi amor pase
De extremo á extremo, si tiene
A la vista el alma quien
Tales mudanzas le enseñe?
¡Oh con qué facilidad
La peor costumbre se pierde!
Esto es cuanto á mi pasion:
Cuanto á que llevarla intente
Adelante, ¿habrá algun hombre
Que por fuerza pueda hacerse
Dichoso, que no lo haga?
Cuantos los mares trasciendep,
Cuantos las armas menean,
Cuantos varias ciencias leen,
Cuantos al trabajo acuden,
¿A qué aspiran? ¿Qué pretenden
Sino hacerse mas dichosos
Que nacieron? Luego debe
Un rey tambien atarearse
A algun afan, cuando quiere
Labrar su dicha; y así,
Por armas pretendo hacerme
Tan dichoso, que merezca
Su mano, porque no tienen
Para hacerse mas gloriosos
Otro camino los reyes.
¡Vive Dios, que ha de ser mia
La divina Juana! Entre
Mi ejército destruyendo;
Tale, abrase, postre y queme
A Nápoles: no es pretexto
Injusto, no, el que me mueve.
Rey soy, no tengo otro arbitrio
Con que mejorar mi suerte.

(*Tocan á rebato.*)

ESCENA XIII.

UN CAPITAN. — ANDRES, LUIS, SOLDADOS HÚNGAROS.

CAPITAN.

El ejército de Italia,
Señor, á la vista tienes,
Que á recibirte ha salido,
De quien por caudillo viene
El príncipe de Salerno.

ANDRES.

Más mi cólera no espere.
Toca al arma.

LUIS.

Al arma toca;
Que aquesto es obedecerte,
Si aquello fué persuadirte.

ANDRES.

La mitad del alma eres.
En tu muerte ó vida están
Mi vida, Infante, ó mi muerte.

(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

SOLDADOS HÚNGAROS Y SOLDADOS NAPOLITANOS, ANDRES Y OCTAVIO, *dentro.*

NAPOLITANOS. (*Dentro.*)

¡Viva Italia!

HÚNGAROS. (*Dentro.*)

¡Viva Hungría!

(*Dase la batalla dentro.*)

ANDRES. (*Dentro.*)

Ea, húngaros valientes,
Nuestra ha de ser la victoria.

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Hoy, napolitanos fuertes,
Nos es infeliz el dia
Y la fortuna: eminentes
Los húngaros, en el puesto
Y número nos exceden.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Hungría!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Italia!

ESCENA XV.

CÁRLOS.

Contraria me es hoy la suerte;
Que vencidas ¡ay de mí!
Mis nunca vencidas huestes
De los húngaros, la espalda
Infamemente les vuelven;
Que como tan cerca están

Del muro, á favorecerse
Van á él. Volved, volved,
Napolitanos aleves;
Que mi pecho será muro
En quien la cólera quiebre
El hado. No así cobardes
Os desespereis.

ESCENA XVI.

ANDRES, LUIS, EL CAPITAN, SOLDADOS HÚNGAROS. — CÁRLOS.

ANDRES.
¿Quién eres
Tú, que solo en todo el campó
Has quedado?

CÁRLOS.
Quien no teme
A la muerte.

ANDRES.
Y aun por eso
Te ha perdonado la muerte.

CAPITAN.
Este es Cárlos.

LUIS.
A prision
Te da, si la vida quieres.

CÁRLOS.
No la quiero, si á los ojos
De mi reina has de volverme,
Porque he jurado morir
Antes que vencido llegue
A mirarme.

ANDRES.
Ya es en vano
Librarte ni defenderte,
Pues solo en esta campaña,
Que ensangrentada convierte
En encarnados dibujos
Todos sus dibujos verdes,
Has quedado.

CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Que sea yo
Tan infeliz, que aun no quiere,
Pues nada le pido suyo,
Darme la muerte mi muerte!

ANDRES.
Seguid el alcance á cuantos
Dentro en Nápoles pretenden
Ampararse, donde intento
Llegar, ántes que ellos lleguen,
A coronarme, y á ser
Rey suyo, aunque á Italia pese.

CÁRLOS. (*Ap.*)
Fama, honor, corona y dama
He perdido en una suerte.
(*Vanse.*)

—

Salon en el palacio real de Nápoles.

ESCENA XVII.

LA REINA, JULIA, DAMAS; GENTE, *dentro; despues,* CALABRES.

GENTE. (*Dentro.*)
Entréguese la ciudad.

REINA.
¿Qué alboroto, Julia, es este?
(*Sale Calabres.*)

CALABRES.
¿Adónde estaré seguro?

REINA.
Hombre, ¿dónde vas? ¿Qué empren-[des?

CALABRES.
Para aquí se hizo sin duda
El éntrome acá que llueve:
Y es verdad, porque son tantas
Las balas, que mas parecen
Llovidas que disparadas.

REINA.
¿Deste modo un hombre teme?

CALABRES.
Si no sabe temer de otro,
¿Qué ha de hacer?

REINA.
Pues ¿qué hay que fuerce
A este alboroto? ¿Qué es esto?

CALABRES.
Es pues, si el vulgo no miente,
Que á una marchada de aquí
Toparon con los Andreses
Los Juanes, y estos vencidos
Hácia Nápoles se vuelven,
Adonde ya escarmentados
De tajos y de reveses,
Todos tratan de entregarse
Para cuando esotros lleguen,
Amotinados de ver
Que por casarse pelee
Un hombre, cuando en el mundo,
Por muchos inconvenientes,
Pelean por descasarse
Tantos hombres y mujeres.

REINA. (*Llegándose á un balcon.*)
Vasallos y amigos mios,
Ilustre nobleza y plebe,
De vuestro honor y mi infamia
Está la ocasion presente.
Tomad las armas, y todos
Defendamos noblemente
Nuestros muros: yo seré
La primera que se arriesgue.

GENTE. (*Dentro.*)
Mas fácil, señora, es
Casarse que defenderse.

OTROS. (*Dentro.*)
Entréguese la ciudad.

ESCENA XVIII.

FELIPA. — DICHOS.

FELIPA. (*Dentro.*)
Mienten vuestras voces, mienten
Vuestros acentos, villanos,
Cobardes, una y mil veces;
Que no ha de ser nuestro rey
Quien nuestra reina no quiere
Que lo sea.

JULIA.
Una mujer
Desesperada y valiente
Es sola quien resistir
En vano el motin pretende,
Y las puertas de palacio
Con una espada defiende,
Cuando hasta al palacio mismo
Ya los soldados se atreven.

CALABRES.
¡Qué no harán hoy por salir
Con la suya las mujeres!

GENTE. (*Dentro.*)
¡Viva Hungria!

REINA.
¡Infames voces!

GENTE. (*Dentro.*)
¡Viva el Rey!

REINA.
¡Tirana suerte!
Dadme una espada; que yo
Sola haré...
(*Sale Felipa cayendo.*)

FELIPA.
¡Jesus mil veces!

REINA.
¿Qué es aquesto?

FELIPA.
Una infelice
Que hoy agradecida, muere,
Al cielo, porque la dió
Ocasion para que hiciese
Su fama en el mundo eterna.

REINA.
No en vano á mis brazos vienes
A morir. ¿Cómo te llamas?

FELIPA.
Felipa.

REINA.
¿De dónde eres?

FELIPA.
De Catanea.

REINA.
¿Fuiste tú
La que mi causa defiendes?

FELIPA.
Sí, señora.

REINA.
¡Ilustre sangre
Sin duda ninguna tienes!

FELIPA.
Si no lo fué, lo será,
Pues á tus ojos se vierte.

REINA.
¿Qué te obliga?

FELIPA.
Tu defensa.

REINA.
¡Oh gran Catanesa! Déte
Vida el cielo; que yo haré
Que de tu nombre se acuerde
El mundo.

CALABRES.
Solo Macías
Entónces podrá atreverse
Al'noramala.

GENTE. (*Dentro.*)
Entrad.

REINA.
¡Cielos!

ESCENA XIX.

OCTAVIO; *despues,* ANDRES, CÁRLOS Y GENTE.—LA REINA, FELIPA, JULIA, CALABRES, DAMAS.

OCTAVIO.
Esta es la Reina; ponerme
Quiero delante.

REINA.
¡Ay, Octavio,
Qué tarde os creo!

ANDRES. (*Dentro.*)
No entre
Ninguno con armas donde
Su Majestad estuviere,
Y entra tú conmigo á ser
Testigo de mis laureles.
(*Salen el Rey, Cárlos y gente.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)
Para que no me perdone
Esta vergüenza mi suerte.

REINA.

¡Ay de mí! ¿Dónde?...

ANDRES.

No huyas;
Que en vano, señora, temes,
Porque no son ni han de ser
Mis finezas tan aleves,
Tan groseros mis extremos,
Mis ansias tan descorteses,
Que hayan de vencerte á tí,
Porque á tus vasallos vencen.
Solamente he pretendido
Estos triunfos excelentes
Para que estén á tus piés
Aun primero que en mis sienes.
A Cárlos, tu general
Es el que miras presente;
Coronado de trofeos
Tuyos, Reina, llego á verte,
Y nunca mas tuyos fuéron
Pues dueño de todos eres.
Ya tengo un mérito mas,
Si tú un reino ménos tienes:
Si no por vencedor, pueda
Por vencido merecerte.

REINA.

Confusa, ciega y turbada,
No sé cómo responderte;
Que soy la primer mujer
¡Oh Rey! á quien le sucede
Capitularse por armas.

FELIPA.

No te cases, sino muere.

ANDRES.

¿Quién eres tú que te opones
Á mis dichas solamente?

FELIPA.

Una mujer que á su Reina
Sirve leal.

ANDRES.

Mas pareces
Monstruo.

FELIPA.

Soilo de fortuna.

OCTAVIO.

Mira que tu reino pierdes.

JULIA.

Ya esta es tu estrella, señora.

FELIPA.

A tu albedrío no fuerces.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué rigor!

ANDRES.

¿Qué determinas?

REINA. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

ANDRES.

¿Qué hay que pienses?

REINA. (*Ap.*)

¡Qué pesar!

ANDRES.

Pues ¿no respondes?

REINA. (*Ap.*)

¡Qué pena!

ANDRES.

¿Qué te suspendes?

REINA. (*Ap.*)

¡Qué dolor!

ANDRES.

¿A qué te arrojas?

REINA. (*Ap.*)

¡Qué furia!

ANDRES.

¿A qué te resuelves?

REINA.

Que pues el cielo á mi padre
Que obedezca muerto quiere,
Esta, señor, es mi mano.

ANDRES.

¡Bañada en sangre la ofreces!

REINA.

Mano conquistada, mal
Estuviera de otra suerte.

ANDRES.

De cualquier suerte la estimo,
Aunque el verla me entristece
Con tantas funestas señas
De presagios de la muerte.

REINA.

Y si el dia de tus bodas
Es dia de hacer mercedes,
De Cárlos la libertad
Sea, señor...

ANDRES.

Ya la tiene.

CÁRLOS.

Fuerza es, pues que tú te casas,
Que yo libertad tuviese.

REINA. (*Ap. á él.*)

¡Ay, Cárlos! ¡Gran ocasion
Perdiste!

CÁRLOS. (*Ap. á la Reina.*)

No me lo acuerdes.

ANDRES.

Hoy las túnicas de Marte
En ricas galas se truequen,
Y tantos encuentros tristes
Sean festines alegres.

CALABRES.

Ya casados, no haya mas
Comedia.

LUIS.

¡Viva el valiente
Rey de Nápoles y Hungría!

ANDRES.

Salgamos pues desta suerte
Donde la corte nos vea,
Porque mis dichas celebre.

REINA.

Cárlos, aquesta mujer
En mi palacio se albergue;
Como á mi misma persona
Se le cure y se remedie.—
Y no temas que te falte, (*Á Felipa.*)
Si vida el cielo concede
A tu valor, miéntras viva;
Que has de ser, mujer valiente,
En Nápoles otra yo.

FELIPA.

Tus plantas beso mil veces.

CÁRLOS. (*Á Felipa.*)

Tu agüero dijo verdad
Para mí, y para ti miente,
Pues el cielo mis altivos
Pensamientos desvanece,
Viendo acabar mi fortuna
Para que la tuya empiece,
¡Mujer prodigiosa!

FELIPA. (*Ap.*)

Suba
Mi presuncion, aunque teme
Que fortuna que con sangre
Empieza, se acabe en muerte.

CALABRES. (*Ap.*)

Quien lavó tantos pañales
Bien ser privada merece.

JORNADA SEGUNDA

(DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.)

ESCENA PRIMERA.

GENTE, *dentro; despues*, LA REINA, *medio desnuda;* CÁRLOS, OCTAVIO, FELIPA, DAMAS.

(*Tocan dentro atabales.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva Andres, y Húngría viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el Rey!

REINA. (*Ap.*)

¡Rabiando muero!
¡Oh infames voces! Primero
Me mate mi pena esquiva.

FELIPA.

¿Dónde vas?

REINA.

No estoy en mí.

DAMAS.

Señora, ¡así vuestra Alteza!...

FELIPA.

¿Tanto puede una tristeza?

CÁRLOS.

¿Tu Alteza se sale así
De su cuarto sin acuerdo?

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Qué terrible condicion!

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva el rey Andres!

REINA.

(*Ap.* Al son
De la música recuerdo.
¡Mal hayan!...) Dejadme todos.

DAMAS. (*Ap.*)

¡Qué extrañeza!

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Qué rigor!

REINA.

Dejadme; que mi dolor
Me aflige de muchos modos.

CÁRLOS.

Si puede tu mal...

REINA.

No sé.

OCTAVIO.

Si gusta tu Alteza...

REINA.

Nada.
¡Qué lisonja tan cansada!

FELIPA.

Si yo, que á tus piés llegué...

REINA.

¡Oh Felipa!

FELIPA.

Dime cuál
Es la causa que te aflige.

REINA.

Mi esposo el Rey: ya lo dije

FELIPA.

¿Qué te da cuidado?

REINA.

Un mal.

FELIPA.
¿Quién le ocasionó?
REINA.
Mi suerte.
FELIPA.
¿Qué causa en tí?
REINA.
Una pasion.
FELIPA.
¿Es amor?
REINA.
Es ambicion.
FELIPA.
¿Gustas de algo?
REINA.
De la muerte.
FELIPA.
Diviertе tu mal.
REINA.
Ya pruebo.
FELIPA.
Consuélate.
REINA.
Será ocioso.
FELIPA.
¿Qué te falta?
REINA.
Tengo esposo.
FELIPA.
Habla claro.
REINA.
No me atrevo.
FELIPA.
¿No soy tu hechura?
REINA.
En las dos,
No sé qué amor se ha engendrado
Tan grande...
FELIPA.
Tú, como Dios,
¿De nada no me has criado?
REINA.
Ya Nápoles te venera.
FELIPA.
¿No subí de lavandera
A tu gracia?
REINA.
Hete cobrado
Voluntad tan excesiva,
Que he de hacer que Italia aquí
Te venere como á mí.
FELIPA.
Pues ¿en qué tu pena estriba?
REINA.
¿Quiéresme bien?
FELIPA.
¿Quién lo duda?
REINA.
¿Dasme palabra...
FELIPA.
Sí doy.
REINA.
De ayudarme?
FELIPA.
Tuya soy.
REINA.
¿Tendrás silencio?
FELIPA.
Soy muda.
REINA.
Pues si entre solas las dos
Partirse mi mal espera,
Salid vosotros afuera,
Y quedad, Felipa, vos.
(*Vanse Cárlos, Octavio y damas.*)

ESCENA II.

LA REINA, FELIPA.

FELIPA. (*Ap.*)
Ya temo prevencion tanta...
REINA. (*Ap.*)
Mucho á su fe mi amor fia...
FELIPA. (*Ap.*)
Mas suya soy...
REINA. (*Ap.*)
Mas si es mia...
FELIPA. (*Ap.*)
¿Qué recelo?
REINA. (*Ap.*)
¿Qué me espanta?
FELIPA. (*Ap.*)
Servirla mi riesgo intenta.
REINA. (*Ap.*)
Ayudarme es su interes.
FELIPA. (*Ap.*)
¿Qué dudo?
REINA. (*Ap.*)
¿Qué dudo pues?
FELIPA.
Sola estoy.
REINA.
Escucha atenta.
El generoso Roberto,
Rey de Nápoles invicto,
Duque en Calabria y Provenza,
Y lo que es mas, padre mio,
Usurpando neciamente
Al morir aquel dominio
Que contra el fuero del alma
Aun Dios tomarse no quiso;
Viéndome moza y sin dueño,
De Italia objeto divino,
Por el dote gran contienda,
Por la beldad mucho hechizo;
Dejándome á mi nombrada
Por heredera, á mi primo
El rey de Hungria y Bohemia,
Haciéndole mi marido,
Le dejó mi libertad
Y mi mano. ¿Quién ha visto
Mandar en un testamento
Como albaja un albedrío?
Yo, que hasta morir mi padre,
Con melindrosos desvíos,
O fuese altivez del alma
O flojedad del sentido,
De amor, rayo de los hombres,
Burlé los ardores tibios.
Quedé mal hallada entónces
Con precepto tan esquivo,
Sin saber por qué, quejosa,
Sin ver de quién, con desvío.
Dí en temer el casamiento,
No mas de porque al principio
Dí en pensar que era bajeza
Sujetarme á ajeno arbitrio;
Y despues, calificando
Con mas razon el capricho,
Me pasé á culpar el dueño,
Hallándole á mi marido
En las faltas de forzoso
La razon de no ser mio.
Vacilando el pensamiento
En estas dudas remiso,
Y el gusto vagando en estas
Inquietudes desabrido,
La voluntad perezosa,
La memoria sin aviso,
La inclinacion sin objeto,
Todo el cuidado baldío,
El pecho en calma, y en fin,
El alma con desaliño
(Que son galas los cuidados
De un corazon bien nacido),
Estaba yo, cuando un hombre...
—Aquí he menester arbitrios
Que me callen lo que soy
O me olviden lo que digo.—
En fin, rodeando tantas
Excusas, me determino
De una vez (hágase sordo
El recato, si es delito)
A decir que quise bien
A un hombre... Mas ya lo he dicho.
Mujer soy: ya lo parezco;
Que miéntras tienen corrido
Con el velo del decoro
Los afectos de hombre indignos,
Son deidad los reyes: ya
Que soy mujer has sabido.
Con la majestad cubiertos
Tuve los afectos mios:
Tuvísteme por deidad;
Mas ya que el velo he corrido,
Humana quedé, Felipa,
Pues las pasiones me has visto.
Y así, pues he descifrado
Aqueste enigma contigo,
Ya que soy como tú humana,
Te diré este afecto impío.
Este amor, este tormento
En el alma introducido,
Hizo que me persuadiese
A que era mas cuerdo aviso
Dar rey vasallo á mi reino
Que darme extraño marido.
Así creílo y pensélo;
Aprobélo, y admitido,
Empecé (como mi honor
Se perdió el miedo á sí mismo)
A querer ya sin zozobra,
Y á aborrecer á mi primo;
Que como halló aquel dictámen
De atreverse el amor mio,
Se soltó por toda el alma;
Que en hallando algun motivo
Para honestarse, se explayan
Con gran fuerza los delitos.
En tanto pues que yo amante
Meditaba estos delirios,
Dió Andres en apresurar
Los medios de hacerse mio.
Declaróse mas la instancia;
Yo mas clara me resisto.
Suplica, y si no, amenaza;
Dilato, y si no, despido:
Publica mas su aficion;
Yo mas mi aversion publico:
Y en fin, ya, ya reventando
Los encontrados motivos
En los dos, yo me despecho,
Y él se da por ofendido.
Juntó contra mí sus huestes;
Ya la fama lo habrá dicho.
Llenó de horrores á Italia;
Ya lo temieron sus hijos:
Sonó el parche, ya lo sabes;
Hizo guerra, ya lo has visto;
Cercó á Nápoles, no es nuevo;
Resistíme, era preciso.
Peleamos, no lo ignoras;
Vencióme, tú eres testigo;
Casámonos, ya lo viste;
Sentilo... eso solo ha sido
Lo que has de saber mas claro;
Que no cupo en los indicios.

Casóse el Rey, que no yo,
Pues el alma el sí no dijo:
Hospedéle como á extraño;
No le admití como mio.
Procuro buscar remedios
Contra mi amor; busco olvidos,
Borro imágenes, ideas,
Pensamientos y delirios.
Procuro estar bien con él,
Hago cuenta que le elijo,
Pienso que no estoy forzada,
Que él me conquistó de fino,
Que no me obligó por armas;
Mas es en vano este arbitrio;
Que fingiendo lo que pienso,
Todo es pensar que lo finjo.
Si pretendo proponerle
Amable, galan, bienquisto
A mi pensamiento, hallo,
Que tengo ya aprehendido
Que él me violentó sangriento.
¡Oh! ¡qué mal quiso el que quiso
Meterse en fueros de amado
Por los medios de temido!
En fin, impaciente y ciego,
Si me ve, soy basilisco,
Si le miro, es un asombro,
Si me halaga, es un martirio.
La mesa es toda venenos,
El lecho es todo delirios,
La plática es toda quejas,
El favor todo retiros,
Melindres todo el halago,
Y el gusto, si lo hay, fingido,
Ensayando en lo forzado
Tantas lecciones de tibio.
Yo le aborrezco, y no quiero,
Yo en odio y amor milito:
El odio desenfrenado,
Y el amor mal reprimido:
Yo aborrezco al Rey, y quiero
Al Príncipe de...— Al Rey digo,
Que he de hacer Rey...

ESCENA III.

ANDRES.—LA REINA, FELIPA.

ANDRES.

¿Qué es aquesto?

REINA.

Señor...

FELIPA.

Señor...

ANDRES. (*Ap.*)

Mucho he oido.

REINA.

Vuestra Alteza... (*Ap.* ¡Un mármol soy!
¿Si me oyó?)

ANDRES.

(*Ap.* Yo determino
Disimular.) ¿Qué es aquesto
Que hablaba en este retiro
Vuestra Alteza con Felipa?

FELIPA. (*Ap.*)

Esto ha de ser. Yo me animo.
Peor es negarlo todo.

REINA.

Yo... quejosa...

FELIPA.

Yo lo digo;
Que mejor habla un tercero
De ajeno mal.

ANDRES.

Pues decidlo.

REINA.

¿Qué quieres decir, Felipa?

FELIPA.

Déjame á mí.

REINA.

Yo, Rey mio,
Quejas le daba...

ANDRES.

¿De quién?

REINA.

De... de...

FELIPA.

De vos. Esto ha sido.

ANDRES.

¿De mí?

FELIPA.

Sí, señor. Mas vale
Reventar... (*Ap.* Y de camino
Se remedia la sospecha
De si la plática ha oido.)

ANDRES.

Pues decid; que yo deseo
(*Ap.* Rabiando estoy aunque finjo.)
No tener quejosa (*Ap.* ¡Ah ingrata!)
A su Alteza y dueño mio.

FELIPA.

Andres de Hungría y Bohemia,
Tú, de Roberto elegido
Para esposo de la Reina,
Pusiste á Nápoles sitio.
El resistirlo su Alteza
(Yo de su boca lo he oido)
No fué por vos; solo fué
Porque errasteis el camino,
Librando á apoyos de un muerto,
Lo que sois vos por vos mismo.
Con esto estáis satisfecho
En cuanto al ser despedido;
Pues entre ahora la queja
Del modo de conseguirlo.

REINA.

Eso á mí me toca mas,
Que tengo el dolor mas vivo.
Y cuando yo no eligiera
(Fuera aversion ó capricho)
A vuestra Alteza, ¿es buen modo
De hacerse un hombre querido,
Obligar con una guerra?
Estruendos, armas y tiros,
¿Enamoran ó amedrentan?
Antes amor, como es niño,
Se espanta al ruido de Marte:
Tu Alteza ha espantado el mio.
¡Por fuerza de armas pretende
Que le quiera! Esclavos hizo
La guerra, que no casados:
Si algo soy vuestra, esto he sido.
La política ha trocado
Vuestra Alteza. Los castillos
Y ciudades se conquistan,
No las damas, con peligros.
¿Buscándome á mí tu Alteza,
Le pone á Nápoles sitio?
Con Nápoles se ha casado
Vuestra Alteza, no conmigo:
O ya que en el nombre solo
(Que ahora no lo averiguo),
O en la verdad, vuestra Alteza
Es mi esposo ó es marido;
Ya que consiguió el casarse,
Ya que sujetó mis bríos,
Ya que le obedecen todos,
Ya que es suyo el reino mio,
¿Para qué desconfiado
De mis vasallos rendidos,
Con su ejército?...

FELIPA.

Eso, eso,
Perdonad, yo he de decirlo,
Que hablaré como vasalla;
Pues de rey, no de marido
Son estos cargos. Los otros,
Como eran de amor, decirlos
Pudo, señora, tu Alteza,
Que habla el amor con mas bríos;
Pero estos, que los pronuncia
La sujecion, yo los digo;
Que ella se queja rogando,
Y el amor tiene otro estilo.
Y así, en el nombre del reino
Me quejo á vos (esto he oido)
De que os valgais de la fuerza
En lo que nosotros mismos
Voluntariamente harémos,
A vuestro gusto rendidos.
Ya casado vuestra Alteza,
Ya que Nápoles á gritos
Le apellida rey, ya que
Los grandes están rendidos,
Ya que el pueblo le obedece,
Ya que su lealtad ha visto,
El ejército de Hungría,
Brioso, ufano y altivo,
En Nápoles alojado
Se está; y el invierno frio,
Que á todos cuelga la espada,
No envaina vuestros designios.
Haced, señor, que la gente
Se vaya á Hungría, y benigno
Nos lleve en vos el respeto;
No nos arrastre el castigo.
Sepa en vos la majestad
Que por respeto os servimos,
Y el rendimiento en nosotros
Que obramos por albedrío.
Y así, mandad como amado;
No forceis como temido:
Y obedezcamos nosotros,
No de asustados, de finos.

ANDRES.

Perdóneme vuestra Alteza;
Que porque el enojo mio
No eche á perder los descargos
Que pienso daros rendido,
He de responder primero
A esos locos desvaríos
Que dicta el atrevimiento,
Y no puedo mas conmigo.
Pues ¿cómo vos, cómo, loca,
Pronunciais con labio indigno,
Siendo quien sois, contra un rey
Tan despejados avisos?
¡Vos os atreveis!...

FELIPA.

Señor,
Estos cargos no son mios;
Del reino son: yo los oigo,
El los siente, y yo los digo.

REINA.

¿Son justos los cargos?

ANDRES.

Sí.

REINA.

Pues si son justos, oidlos
Por justos, no por el dueño;
Que por eso en los oidos
No hay pasion como en los ojos.
Jueces tan antojadizos,
Que viendo las diferencias,
Se sobornan de los visos.

ANDRES.

Yo no repruebo los cargos,
Sino la voz que los dijo;
No culpo yo las verdades,
Sino el traje en que han venido.
Consejeros tengo yo
Y mas decentes ministros,
De quien yo con mas decoro
Escuche tales avisos.

Vuestra voz, Felipa, esta
Hablando desde el abismo
De la bajeza; yo estoy
Encumbrado en el Olimpo
De la majestad. Rey sóy;
Mujer humilde habeis sido:
Desde vos, vuestros consejos,
Venciendo espacio infinito,
Vuelan hasta mis orejas:
Pues ¿cómo tengo de oirlos,
Si vos hablais desde vos,
Y oigo yo desde mi mismo?

FELIPA.

Cuando el clavel, rey ufano
De todo el prado florido,
Mustias las hojas, sediento
Se alimenta del rocío
De la fuente, no repara
En que el cristal ha venido
Por arcaduces de barro,
Sino en que es cristal y limpio.
Rey sois vos como el clavel;
Agua mi verdad ha sido;
De la verdad se alimentan,
Como el clavel del rocío,
Los reyes; y aunque de barro
Los arcaduces han sido,
Bebed el agua, señor;
No mireis por dónde vino;
Que el arcaduz poco importa,
Como llegue el cristal limpio.

ANDRES.

Tambien aquese cristal,
Que es puro y claro en sí mismo,
De los conductos tal vez
Participa algunos vicios,
Hallándole el que le bebe
Para el gusto desabrido,
Para la salud dañoso;
Siendo este defecto (oidlo)
No resabio del cristal,
Sino culpa del camino.
Y así, venga á mí en buen hora
El licor desos avisos;
Pero ha de venir por sendas
De grandes y de ministros;
Que aunque ellas por sí son buenas,
Si el instrumento es indigno,
Se les pega á las verdades
El sabor de quien las dijo.
Pero porque no parezca
Que en todo no justifico
En vuestra Alteza las quejas
Y en el reino los avisos,
Quiero cumplir de una vez
Con tu Alteza, y de camino
Con el reino. (*Ap.* ¡Ah ingrata Juana!
Yo lograré mis designios.)

REINA.

¿Cómo?

FELIPA.

¿Cómo?

ANDRES.

Deste modo.
Felipa, ¿qué cargo ha sido
El de la Reina?

FELIPA.

De amor,
Y de lealtad es el mio.

ANDRES.

¿Qué me culpa vuestra Alteza?

REINA.

Ser mas soldado que fino.

ANDRES.

¿Y el reino?

FELIPA.

El no confiaros
De su lealtad ha sentido.

ANDRES.

¿Cómo os desobligo?

REINA.

Haciendo
Violencias en mi albedrío.

ANDRES.

¿Qué medios habrá?

REINA.

Ir ganando
Mi voluntad mas rendido.

ANDRES.

Y el reino ¿qué pide?

FELIPA.

Paces,
Y confiar en los brios
De su lealtad.

ANDRES.

¿Qué medios
Habrá?

FELIPA.

Sacar el presidio
De Nápoles.

REINA.

Ser amante...

FELIPA.

Ser confiado...

REINA.

Ser fino.

FELIPA.

Y entónces desahogados
De los húngaros altivos...

REINA.

Y entónces, yo poco á poco
Venciendo mi pecho invicto...

FELIPA.

Sabrás tú que el ser leales
Se lo debes á ellos mismos.

REINA.

Sabré yo que el elegirte
No es miedo, sino cariño.

ANDRES.

¿Eso mandais?

REINA.

Eso os ruego

ANDRES.

¿Eso quereis?

FELIPA.

Eso pido.

ANDRES.

Pues para cumplir con todo,
Pues yo por soldado he sido,
Para ser rey, mas violento,
Para esposo, poco fino;
Porque no me estorbe á entrambas
Profesiones este oficio,
Hoy colgando aqueste acero,
De tantas lides invicto,
Dejaré de ser soldado.
Salgan los húngaros mios
De Nápoles, calle el parche,
No suene una trompa, un tiro
En toda Italia, de paz
Hoy se coronen sus hijos.
Y por empezar con esta
Demostracion á ser fino,
Si os desobligo con armas,
Ya las armas me desciño.
(*Desciñese la espada.*)
Estas son: déjenme adornos
Con que tanto os desobligo.
Y por parecer en esto
De vuestros soles divinos
Idólatra, por ofrenda
A ese altar las sacrifico.
(*Pone á los piés de la Reina la espada.*)
Ya empiezo á ser rey piadoso,
Ya empiezo á ser buen marido,
Ya con la paz os granjeo,
Ya con la fineza os sirvo,
Ya dejé de ser soldado:
Buen ejemplo en mí habeis visto.
Esta es prenda, este es despojo.
Yo mi altivez mortifico.
La primer fineza es
Dejar de ser lo que he sido.
Cada uno mire bien
Que le toca hacer lo mismo;
Que volveré á ser soldado,
Si cortesano no obligo.
(*Hace que se va.*)

FELIPA.

Señor...

REINA.

Señor...

FELIPA.

¿Cómo vos...

REINA.

Enojado...

FELIPA.

Airado...

REINA.

Esquivo...

FELIPA.

Contra el reino...

REINA.

Contra mí?
Volved.

ANDRES.

Ya vuelvo rendido.
¿Qué quereis? Aquesto es
Solo empezar á ser fino
Con vuestra Alteza, que es cielo,
Que obediente adoro y sirvo.
(*Ap.* ¡Ah tirana!)

REINA.

Pues, señor,
La mano obediente os pido
En pago desa fineza.
(*Ap.* ¡Ah tirano aborrecido!)

ANDRES.

Los brazos de vuestra Alteza
Podrán, como lazos dignos,
Hacerme dichoso.

REINA.

En ellos
Mi amor descansa rendido.
(*Abrázanse.*)
(*Ap.* ¡Así se volvieran muertes!

ANDRES.

(*Ap.* ¡Así fueran basiliscos!)
¿Qué decis?

REINA.

Dichosa callo.
¿Y vos?

ANDRES.

Temo enmudecido.

REINA. (*Ap.*)

Por librarme del engaño...

ANDRES.

(*Ap.* Por lograr mi intento, finjo.)
A tantos favores temo
Morir.

REINA. (*Ap.*)

Eso solicito.

ANDRES.
Y yo mataros á vos
De amores.

REINA.
¡Dulce martirio!

ANDRES.
Muerto voy sin vuestros ojos.

REINA.
Pues andad; que yo confio
Que algun dia he de mostrar
Tanto ese amor...

ANDRES.
¿Qué? Decidlo.

REINA.
Que os ahoguen mis favores.

ANDRES.
Todo lo tengo creido
De vuestro amor. (*Ap.* ¡Ah cruel!)

REINA. (*Ap.*)
¡Ah engañoso cocodrilo!

ANDRES. (*Ap.*)
¡Qué mal entiendes mi pecho!

REINA. (*Ap.*)
¡Qué mal sabes mis designios!

ANDRES.
Guarde el cielo á vuestra Alteza.

REINA.
Guárdeos Dios como le pido.
(*Vanse los reyes.*)

FELIPA.
El Rey muda ya de intento,
Juana me ha favorecido,
Duquesa de Almafi soy:
Fortuna, mucho has crecido.
Súbeme á esposa de Cárlos,
Pues tanto con Juana privo,
O si no, vuelve tu rueda;
Que sin amor no hay bien fijo. (*Vase.*)

—

Sala de audiencia.

ESCENA IV.

BEATRIZ, *muy tiesa;* LIRON, *muy grave, y* CALABRES, *con un memorial.*

CALABRES.
Suplico á vueseñoría
Reciba aqueste papel.

BEATRIZ.
Yo veré lo que hay en él.

LIRON.
Memorial de infantería.

CALABRES.
Espero, como es razon,
Que me haréis merced.

BEATRIZ.
Venid.

CALABRES.
¿Qué respondeis?

BEATRIZ.
Acudid
Al secretario Liron.

CALABRES.
(*Ap.* ¡Ah fortunilla cruel!
¡Esto escucho! ¿Hay tal pesar?)
Recúsole.

LIRON.
No ha lugar.

BEATRIZ.
Pues ¿qué es lo que pide en él?

CALABRES.
No sé qué camisa mia,
Que olvidada me dejé
De aquellos tiempos en que
Lavaba vueseñoría,
Cuando sin ser confesion,
A cuantas manchas tenia
La ropa, las absolvia
Las culpas con el jabon.

LIRON.
¡Hay tal desvergüenza! Ciego
De cólera estoy. ¡Qué escucho!

BEATRIZ.
Dejadle. No sabe mucho.
Es el lacayo mas lego
Que he visto en toda mi vida.

CALABRES.
Y vuesasted fué fregona
Muy abierta de corona;
Mas parece que se olvida.

LIRON.
¡Necio, descortés, villano,
Escuderon!... ¡Vive Dios!
¿Con la camarera vos?...
¡Vive Dios...

BEATRIZ.
Deten la mano.
Mengua es que señores tales
Caso de un pícaro hagamos;
Que nunca nos enojamos,
Sino es con nuestros iguales.
A Italia manda Felipa;
Que Juana la quiere bien,
Y mi persona tambien
Valimientos participa
De Felipa Catanea,
Y de otro modo ha de hablar.
Mas quiérole aconsejar,
Si acaso medrar desea.
Buen Calabres, en palacio,
En estando alguno erguido,
En decirle lo que ha sido
Se vaya un poco despacio;
Que personas soberanas
Que en tan grande puesto estamos.

CALABRES.
¿Qué?

BEATRIZ.
Nunca nos acordamos
De cuando fuimos humanas.

CALABRES.
¿Y es ya divino tambien
Liron?

BEATRIZ.
Claro está; que es mio.

CALABRES.
¡De aquestas cosas me rio!

BEATRIZ.
(*Ap.* A Calabres quiero bien,
Aunque le trato tan mal;
Mas por picarle lo hago.)
Mi esposo ha de ser, en pago
De su amor tan singular,
Don Liron.

CALABRES.
Pues algun dia
Me acuerdo (¡mudanza brava!)
Cuando Beatriz ser gustaba
Mi esposa, y yo no queria.

LIRON.
¿Vuestra?

CALABRES.
Sí.

LIRON.
Mucho me espanto.

CALABRES.
¿Por qué, si os escoge á vos?

LIRON.
Pues ¿no hay distancia en los dos?
Yo soy mucho.

CALABRES.
Yo otro tanto.—
¿De un Liron serás mujer?

LIRON.
¿Fuera mejor que lo fuera
De un calabres?

BEATRIZ.
Salíos fuera.
Aqueste es mi parecer:
Mejor es para escogido,
De mas gusto é interes
Un Liron que un Calabres;
Porque en fin, para marido,
Lo Liron no es de sentir,
Y lo Calabres me altera;
Que un calabres me vendiera,
Y un liron sabrá dormir.
Y así, bien claro se entiende
Mi acierto, pues en rigor,
Para marido es mejor
El que duerme que el que vende.

CALABRES.
Concluyóme: dice bien.

LIRON.
¿Está contento?

CALABRES.
Sí estoy.

LIRON.
¿Es mas que yo?

CALABRES.
No lo soy.
Mas en tan fiero desden,
Solo un consuelo pequeño
Me ha quedado.

LIRON.
¿Y cuál ha sido?

CALABRES.
Que á vusted le han escogido
Por hombre de mejor sueño.

BEATRIZ.
La Reina sale: idos luego.

CALABRES.
Ya que perdí oficio tal,
Darle quiero un memorial
A la Reina.

BEATRIZ.
¿Palaciego,
Buen Calabres, quiere ser?

CALABRES.
Pedir quiero una alcaidía
A la Reina.

LIRON.
Aqueste dia
Tambien la he de pretender.

CALABRES.
¿Siempre me has de perseguir?

LIRON.
No te he de dejar medrar.
La alcaidía me han de dar.

CALABRES.
Yo la tengo de pedir.

LIRON.
¿Qué importa? Alcaide seré.

CALABRES.
Si aquesa la ha de pedir
A título de dormir,
Poco miedo le tendré.

LIRON.

¿Por qué? Su razon condeno.

CALABRES.

¿Por qué? Porque sí: veráło;
Porque para alcaide es malo
Quien para marido es bueno;
Que uno un Argos ha de ser
Por guardar y por servir,
Y otro ha menester dormir
Por guardar á su mujer.

LIRON.

Pues mi intento se anticipa,
Ya es bien que el mérito iguale.
Pero Felipa es quien sale.

CALABRES.

Pues yo me voy, si es Felipa.

LIRON.

Valer mas con ella intento
Que con la Reina valiera.

CALABRES.

Yo, cuando fué lavandera,
La dije mi pensamiento;
Y de galan satisfecho,
Por presuncion ó capricho,
Cierta tarde, desde el dicho
Me quise pasar al hecho.

. . . .

Que me dé, llego á temer
El alcaidía en *Moguer*
Y la renta de ella en *Palos*:
Y puesto que no consigo
Mi pretension, yo me voy.

LIRON.

Pues yo esperándola estoy.

CALABRES.

Yo me escurro. Dió conmigo.

ESCENA V.

FELIPA. — DICHOS.

FELIPA.

Beatriz, ¿qué haces con Liron?

BEATRIZ.

Liron á pedirte espera...

FELIPA.

¿Qué pedis?

LIRON.

(*Ap*. Va de lisonja:
Yo quiero llamarla Alteza.)
La alcaidía que está vaca
Del castillo de Floresta.

FELIPA.

Y vos, ¿por qué os retirais?

CALABRES.

Señora, es naturaleza
Eso de ser retirado.

FELIPA.

¿Pretendes algo?

CALABRES.

Quisiera...

FELIPA.

¿Qué quieres?

CALABRES.

Irme á otra parte.

LIRON.

Señora, sepa tu Alteza
Que pretende mi alcaidía.

CALABRES.

Señora, su merced sepa
Que yo no pretendo tal.

FELIPA.

No entiendo estas diferencias.
¿Vos Alteza me llamais,
Y vos merced?

LIRON.

Tu grandeza
Bien merece este apellido.

CALABRES.

Pensé que eras lavandera,
Y como solia hablarte
Siempre con tanta llaneza,
Lo que no te hable de tú
Es justo que me agradezcas.

LIRON.

Idos de aquí.

CALABRES.

Ya me voy.

FELIPA.

Tente, Calabres, espera.
(*Ap*. Este humilde se recata,
Y este lisonjero ruega:
Pues á este quiero premiar.)
Liron...

LIRON.

Señora...

FELIPA.

Es ya fuerza
Que dueño desta alcaidía
Quien lo mereciere sea.

LIRON.

Viva tu Alteza mil años.

FELIPA.

Dejad de llamarme Alteza;
Que á Calabres hago alcaide.

CALABRES.

Hágate el cielo alcaidesa
Del alcázar de Sevilla,
Ya que le guardas las puertas.

LIRON.

Señora...

FELIPA.

Y venidme á ver;
Que quiero pagar las deudas
De vuestro primero amor.

LIRON.

Señora...

CALABRES.

Salid afuera.

LIRON.

Advertid...

CALABRES.

No hay que advertir.

FELIPA.

Mirad que sale la Reina.
Idos, y venidme á ver.

LIRON.

Calabres, di á la Duquesa...

CALABRES.

Yo os prometo, buen Liron,
Hacer por vos cuanto pueda.

BEATRIZ.

¿Y por mí?

CALABRES.

Veámonos luego.

BEATRIZ.

¡Oigan, qué presto se espeta!

LIRON. (*Ap.*)

¡Qué presto, infame fortuna,
Pará mí saliste adversa!

CALABRES. (*Ap.*)

Próspera corres, fortuna:
Estáte cien años queda.

(*Vanse.*)

ESCENA VI.

LA REINA, OCTAVIO.— FELIPA.

OCTAVIO.

Suplico á tu Majestad
Mis servicios favorezca
Con la merced que la pido
En este...

REINA.

Tomad, Duquesa;
Tomad, Felipa. Estos son
Los oficios y las rentas
Que en Nápoles están vacos.
Dia de mercedes sea:
Hacedlas vos, pues sois yo.

FELIPA.

Señora, si mi bajeza...

REINA.

No me repliques, Felipa.
Tú mis favores granjeas;
Yo te quiero mas que á mí;
Pues ¿qué mucho que tú seas
El monstruo de la fortuna?
Mira que es infiel modestia
El rehusar los vasallos
La merced con que los premian:
Porque es un querer vencer
Del príncipe la grandeza
Con su humildad, por quedar
Airoso en cierta manera
Más este con lo que excusa,
Que no aquel con lo que premia.

OCTAVIO.

¿Qué me respondeis á mí?

REINA.

Hablad á Felipa; que ella
Es quien mi favor reparte
Y mis mercedes dispensa.

OCTAVIO.

¿Quién es Felipa?

REINA.

Felipa
Es de Almafi la duquesa,

OCTAVIO.

¡Ah! ¿sí? No la conocia.

REINA.

Pues miradla, conocedla;
Que Felipa es otra yo.

OCTAVIO.

Mucho ha de ser quien lo sea.

FELIPA.

Dice bien; que vos sois sol...

REINA.

Remedo es del sol la estrella.

OCTAVIO.

A vuestra Alteza he servido;
Vuestra Alteza, pues es reina,
Me ha de premiar.

REINA.

A Felipa
Acudid.

OCTAVIO.

¡Felipa premia!
¿He servido yo á Felipa,
O á vos?

REINA.

¡Necia resistencia!

OCTAVIO.

Octavio Ursino soy yo,
Y en la paz como en la guerra

Os he servido leal,
Tanto que...

REINA.

Callad.

OCTAVIO.

Quisiera
Poder callar; mas no es justo
Que con tanta sangre vuestra
Y tantas hazañas, calle
Cuando remite tu Alteza
El premiar á Octavio Ursino,
A una mujer...

FELIPA.

Lavandera
Quereis decir: ¿es verdad?

OCTAVIO.

Es verdad.

REINA.

¡En mi presencia
Osais perderme el decoro
Tanto vos!

OCTAVIO.

Señora...

REINA.

Fuera
Salid luego de mi corte,
O haré que vuestra cabeza...

OCTAVIO.

¡Tanto castigo!

REINA.

Aun es poco.

OCTAVIO.

Yo obedezco.

FELIPA.

Octavio, espera.
Vuestra Alteza ¿me da á mí
Licencia de que yo sea
Ya que castigais á Octavio,
La que le dé la sentencia?

REINA.

En tu mano está el castigo.
(*Ap.* Ella vengarse desea.)

OCTAVIO. (*Ap.*)

Vengarse quiere en mi vida.
Grande peligro me espera;
Que es mujer, y en fin, villana.

FELIPA.

Octavio, oid la sentencia.
Yo soy humilde, es verdad;
Vos sois noble, es cosa cierta;
Vos injurias me habeis dicho:
Pues quiero vengarme dellas.
De Nápoles condestable
Sois ya. La cédula es esta:
Más que pedis quiero daros.
Su poder me dió la Reina
Para el premio y el castigo:
Pues este el castigo sea.
Tomad, gozadlo por mí,
Y en albricias desta nueva
Decidme: de aquí adelante,
¿Quién tiene mayor nobleza?
¿Quien dice injurias sin causa,
O quien puede y no se venga?

OCTAVIO.

Dadme mil veces los piés,
Heróica envidia moderna
De Césares y Alejandros;
Que ya estimo que me debas
Haberte dado ocasion
De tan heróica grandeza.

REINA.

¿De qué Alejandro ó Pompeyo
Pudo exceder lo que cuentan
Las historias, á esta hazaña
De una mujer?

FELIPA.

Juana excelsa,
Impulsos son de tu mano.
Estatua soy, tú me alientas.
Besad, Octavio, la mano,
Por la merced á su Alteza.

OCTAVIO.

Siempre he sido hechura suya,
Hoy empiezo á serlo vuestra.

FELIPA.

Solo quiero que seais...

OCTAVIO.

¿Qué quereis?

FELIPA.

Para si rueda
La fortuna, agradecido.

OCTAVIO.

Yo os prometo que esta deuda
Dure eterna en mí.

FELIPA.

Ya somos
Amigos.

OCTAVIO.

Gran Catanea,
Tuyo seré miéntras viva.
Cierta será esta promesa. (*Vase.*)

FELIPA. (*Ap.*)

Ya he ganado un enemigo.
¡Plegue á Dios que por bien sea!

ESCENA VII.

LA REINA, FELIPA.

REINA.

¿Hay mujer tan valerosa?
Llégate á mis brazos, llega,
Monstruo, no ya de fortuna,
Sino de valor. ¿Qué esperas?
Pide mercedes.

FELIPA.

(*Ap.* Amor,
¿Qué dudo? Necia modestia
Será pensar que no puedo
Ser de Salerno princesa.
Yo me atrevo.) Gran señora,
Una pretension...

REINA.

No temas

FELIPA.

Tiene con vos...

REINA.

¿Quién?

FELIPA.

La cosa
Mas favorecida vuestra.

REINA.

Tú debes de ser, ó Cárlos;
Mas ya es otro tiempo el que era.

FELIPA.

Yo solo intercedo y pido...

REINA.

¿Qué dudas? ¿De qué materia
Es la pretension?

FELIPA.

De amor.

REINA.

¿De amor tú?

FELIPA.

Juana suprema,
Tu mismo amor me ocasiona
A que á decirlo me atreva.
El príncipe de Salerno...

REINA

¡Cárlos!

FELIPA.

Sí, me obliga á esta
Demostracion.

REINA.

Ya os entiendo.

FELIPA.

¿Ya me entendeis? Sois discreta

REINA.

¿Os ha hablado?

FELIPA.

No; mas yo...

REINA. (*Ap.*)

¡Que así el Príncipe se atreva,
En fe de mi amor pasado!

FELIPA.

Si vos...

REINA.

En vano lo intentas.

FELIPA.

¿En vano, si sois mi dueño?

REINA.

Pues ¿qué importa que lo sea?
Primero es mi honor, Felipa.

FELIPA.

¡Vuestro honor! ¿Qué duda es esta?

REINA.

Pues ¿fuera honor que ya en mí,
Despues de casada, hubiera
Para con Cárlos memorias,
Que aun á mí no se revelan?

FELIPA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

REINA.

Ya es otro tiempo: vos mesma
Me aconsejais que yo olvide
Estas cosas. Yo soy reina,
Yo tengo esposo, y no es justo
Que mis pasiones no venza.
Yo le quise...

FELIPA. (*Ap.*)

¡Ay de mí triste!

REINA.

Yo pensé hacerle...

FELIPA. (*Ap.*)

¡Estoy muerta!

REINA.

Rey de Nápoles; no pude:
Callad pues. No me hagais guerra
Con la cosa que mas quise,
Si habeis de ser quien mas quiera.
Ya estoy con Andres casada,
Ya está mi fe ménos ciega,
Ya está mi amor ménos loco,
Ya está mi vida mas quieta.
Ya se marchitó mi engaño,
Ya voy estando mas cuerda,
Ya no hay Cárlos para mí,
Ya mi memoria está muerta,
Ya el de Salerno murió.

ESCENA VIII.

CÁRLOS. — DICHAS.

CÁRLOS.

Es verdad; que no pudiera
Sin morir haber perdido
Un hombre tan alta empresa.
Muerto estoy de mi desdicha;

Y la vida que me queda
Fué hasta oir de vuestra boca
Pronunciada la sentencia.
Ya la escuché: y así os pido,
Por huir la contingencia
De darme vida esos ojos,
Quizá por postrer fineza...

REINA.

No entiendo lo que decis,
Y en mí esa plática es nueva
Entre reyes y vasallos.
Si pedis mercedes, sea
Con lenguaje que no extrañe,
Con estilo que yo entienda.

CÁRLOS.

¿No entendeis? Pues algun dia
Me acuerdo yo...

REINA.

Será necia
Vuestra memoria.

CÁRLOS.

Que vos
Mas favorable planeta...

REINA.

¡Yo mas favorable! ¿Cuándo?
Será ilusion ó quimera.

CÁRLOS.

Claro está, pues eran dichas.

REINA.

Dichas fueran, á ser ciertas.
Yo no me acuerdo de mas
Sino de que soy la reina
De Nápoles siempre, y vos
Para mí (*Ap.* ¡Al cielo pluguiera!)
No mas que un vasallo, á quien
Sabré yo, si acaso alienta
Locas memorias, cortarle
El lugar donde se engendran.
(*Ap.* ¡Muerta soy! Honor, suframos.
Esto es forzoso, aunque muera.)
(*Vase.*)

ESCENA IX.

CARLOS, FELIPA.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo, qué tarde
Este desengaño llega!

FELIPA. (*Ap.*)

¡Válgame Dios, qué temprano
Quedó mi esperanza muerta!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Que la Reina se ha olvidado
Tanto de tantas finezas!

FELIPA. (*Ap.*)

¡Que Cárlos era el amante
De quien hablaba la Reina!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Muera mi amor de imposible,
Pues perdí tan alta empresa.

FELIPA. (*Ap.*)

Vuelva al pecho mi pasion,
Y sin declararla muera.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Rey de Nápoles ser pude,
Y ya Juana me desprecia.

FELIPA. (*Ap.*)

A ser de Cárlos volaba,
Y abatió mi error la Reina.

CARLOS. (*Ap.*)

Siendo de Andres y mudable,
Locura será el quererla.

FELIPA. (*Ap.*)

Siendo de Juana querido,
Traicion será que le quiera.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pues muera desesperado.

FELIPA. (*Ap.*)

Pues calle, y callando muera.

CÁRLOS.

Felipa, ¿sabes mis males?

FELIPA.

¿Quién hay, Cárlos, que los sepa
Como yo? porque los míos
Se han copiado de tus penas.

CÁRLOS.

¿Qué me aconsejas?

FELIPA.

Morir.

CÁRLOS.

¡Fuerte medio, que es perderla!

FELIPA.

Si te doy el que me tomo,
Con poca razon te quejas.

CÁRLOS.

¿Tú mueres?

FELIPA.

Sábelo el alma.

CÁRLOS.

¿De qué?

FELIPA.

De tu misma pena.

CÁRLOS.

¿Qué es la causa?

FELIPA.

Yo la oculto.

CÁRLOS.

Dila.

FELIPA.

Ignóralo la lengua.

CÁRLOS.

Pues ¿qué haré?

FELIPA.

Lo que yo, Cárlos.
No ver y morir: no veas.

CÁRLOS.

Siempre agüero de mis dichas
Has sido; nunca me alientas.

FELIPA.

Es porque siempre á las mias
Se parecen tus empresas.

CÁRLOS.

Pues adios; que ya enseñado
De tí, moriré de ausencia.

FELIPA.

Si yo te enseño á morir,
Tú morirás bien de véras.

CÁRLOS.

¿Sientes mis males?

FELIPA.

Sí, Cárlos.

CÁRLOS.

¿Remediáraslos?

FELIPA.

Sí hiciera.

CÁRLOS.

¿Y no puedes ser mi abono?

FELIPA.

No te está bien que lo sea.

CÁRLOS.

No te entiendo.

FELIPA.

Soy enigma.

CÁRLOS.

¡Rara mujer!

FELIPA.

Soy quimera.

CÁRLOS.

Adios.

FELIPA.

Adios.

CÁRLOS.

¡Ay Felipa,
Si yo tan dichoso fuera!...

FELIPA.

¡Ay Cárlos! Que ya es en vano.
Véte con Dios. ¡Quién pudiera!...

CÁRLOS.

¿Qué dices?

FELIPA.

Conmigo hablaba.

CÁRLOS.

Guarde Dios á vuecelencia. (*Vase.*)

FELIPA.

Loca voy de amor callado.
¡Oh quién reventar pudiera!
Vamos á llorar.

ESCENA X.

LA REINA.— FELIPA.

REINA. (*Dentro.*)

Felipa.

FELIPA.

¿Quién llama?

REINA. (*Dentro.*)

Felipa, espera.
(*Sale asustada con una luz.*)

FELIPA.

¿Qué me quieres?

REINA.

¿Estás sola?

FELIPA.

Sola estoy. ¿Quién es?

REINA.

La Reina.

FELIPA.

¡Señora, vos! ¿Cómo vos
A estas horas...

REINA.

¡Vengo muerta!

FELIPA.

Dejando el lecho...

REINA.

Hay gran causa.

FELIPA.

Con esa luz...

REINA.

Estoy ciega.

FELIPA.

Mal vestida?...

REINA.

No te asombre.
Felipa, ten esa vela.
A tí te busco.

FELIPA.

¡A mí vos!
¿Hay novedad?

REINA.

Nunca es nueva
La desdicha.

FELIPA.

¿Pues qué ha habido?

REINA.

No cabe el mal en la lengua.

FELIPA.

Cobra aliento.

REINA.

No haré poco.

FELIPA.

Temblando estás.

REINA.

¡Estoy muerta!

FELIPA.

¿Murió el Rey?

REINA.

No es ese el mal.

FELIPA.

¿Hay traicion?

REINA.

Todos sosiegan.

FELIPA.

Pues ¿qué será?

REINA.

No discurras.

FELIPA.

Pues dilo.

REINA.

Haré lo que pueda.
Descubrite mi amor el otro dia,
Y segun el efecto, el Rey lo oia,
Disimulando cauteloso ó sabio,
Por deber mas noticias á su agravio.
Quéjome yo oprimida,
Quéjaste tú, del reino persuadida;
Y él hipócrita y falso en el semblante,
A los cargos de rey como de amante
Respondiendo templado,
Su ejército despide; que ha intentado
Hacerse amable al pueblo para el dia
Que lograr sus traiciones prevenia.
Dispone sus traidores pensamientos,
Granjea á todos, cubre sus intentos,
Agasájame blando;
Y aquí esta noche, cuando
El silencio dormia,
Su traicion, como ya salir queria,
Aunque él la sosegaba,
Al semblante tal vez se le asomaba.
Manda quitar la guarda
De mi cuarto: suspenso se acobarda,
Y yo suspensa dudo,
Retórico el dolor y el labio mudo.
Finjo amor, sin mostrar lo que sospe-
[cho,
Y él, encargando su traicion al lecho,
Andaba inquieto y ciego,
Mirábame suspenso y sin sosiego,[ces,
Empezábame á hablar, y aunque velo-
La mitad se le helaban de las voces.
Yo le halagué medrosa, y aun le riño,
Pasando el miedo plaza de cariño;
Y que fuéramos vi muy poderosas,
Si halagáramos siempre temerosas.
El entónces, en fin, por engañarme,
O por no resolverse, ó por matarme,
O porque alguna prevencion aguarda,
O porque tanto empeño le acobarda,
O porque la sentencia de mi vida
Espera pronunciármela dormida,
O qué sé yo por qué, cambió de aviso:
Quizá por su castigo Dios lo quiso.
Por entónces se quieta enmudecido
En sueño, yo presumo que fingido.
Acéchole á los ojos,
Asegúrome mal de sus enojos,
Finjo sueño tambien (¡penas extrañas!)
Y haciendo celosías las pestañas,
Atiendo temerosa:
Todavía parece que reposa.
Un poco mas me atrevo.
Hácia su pecho helada el tacto muevo.
Acaso lo hice yo; pero la mano
Apénas toca el corazon villano,
Cuando á brotar empieza
(O sea secreto de naturaleza,
O contingencia de su oculto intento)
En balbuciente y mal formado acento
Indicios y señales
De su traicion, con ecos desiguales;
Que aun no estamos seguros en el sue-
[ño
De que duerma la lengua cuando el
Yo, que su intento toco, [dueño.
Procuro asegurarme, y poco á poco
Voy el lecho dejando,
No pisando esta vez, toda temblando.
Reprimo los alientos,
Pidiéndole al temor sus movimientos;
Noto, averiguo, miro,
Llego á mirar, y luego me retiro,
Y en fin, al lado suyo,
Cuando me acerco osada y cuando hu-
(¡Mira qué horror tan fiero!) [yo,
Oculto contra mí miré este acero.
El Rey matarme intenta,
Y no es de honrado, no, que no hay
De ambicioso me mata. [afrenta;
Nápoles es mi culpa, reinar trata. [da.
Yo le estorbo á reinar; esto es sin du-
Pues me escuchas llorosa, no estés mu-
Y mira que es pequeño [da:
El plazo de mi vida, que es su sueño,
Porque cuando él despierte,
Yo he de dormir el sueño de la muerte.

FELIPA.

Juana, señora, no gastes
En mas noticias el tiempo;
Que ya el furor y el enojo
No me caben en el pecho.
Salga este primero rayo
De mi lealtad, y en incendios
Haga escándalos que turben
El sol y el mar con sus ecos.
Convoquemos el palacio,
Y alborotando el silencio
De la noche, á darte ayuda
Salga Nápoles; que el fuego
De mis ojos, cuando todos...

REINA.

Felipa, espera: remedios
Te pido yo mas templados,
Y que hagan mayor efecto.

FELIPA.

Habla al pueblo.

REINA.

Está bienquisto,
Y ayudarme será incierto.

FELIPA.

Di su traicion.

REINA.

Será error;
Que como es sospecha aquesto,
Con negarla se disculpa.

FELIPA.

Habla á los grandes.

REINA.

No hay tiempo.

FELIPA.

Deja al palacio.

REINA.

Es culparme.

FELIPA.

Pues habla al Rey.

REINA.

¿A qué efecto?

FELIPA.

Porque sepa que lo sabes,
Y te agradezca el silencio.

REINA.

Es error, porque despues
Me quedo en el mismo riesgo.

FELIPA.

Llora amante.

REINA.

Es mi enemigo.

FELIPA.

Quéjate osada.

REINA.

Está ciego.

FELIPA.

Pide perdon.

REINA.

No hay delito.

FELIPA.

Ruega tierna.

REINA.

Está resuelto.

FELIPA.

Pues si todo está difícil,
Y está tu vida en tal riesgo,
Pues que te quiere matar,
Madruga y mata primero.

REINA.

¿Tendrás valor?

FELIPA.

Esa daga
Haré que en sangre... (*Quitasela.*)

REINA.

Habla quedo.

FELIPA.

Sígueme.

REINA.

Espera.

FELIPA.

¿Qué dices?

REINA.

¿Sabrás callar?

FELIPA.

El silencio
Vive en mí.

REINA.

Pues si tú callas,
Muera, sin que aventuremos
En ti el riesgo de tu vida,
Y en mí del amor el riesgo.

FELIPA.

¿Cómo?

REINA.

No preguntes cómo;
Que aun yo no pienso saberlo.

FELIPA.

¿Quién ha de ayudarme?

REINA.

Tú.

FELIPA.

Pues, Juana, no nos tardemos.

REINA.

Sígueme.

FELIPA.

Yo voy tras tí.

REINA.

¿Llevas temor?

FELIPA.

Valor llevo.

REINA.

Pues muera Andres.

FELIPA.

Muera Andres.

REINA.

Pague su vida su intento.

FELIPA.

Lave su sangre tu enojo.

REINA.

Noche, dilátale el sueño.

FELIPA.

Sueño, infúndele letargos.

REINA.

¿Oyes, Felipa?

FELIPA.

Ya entiendo.

REINA.

Pues secreto por vivir;
Que haré contigo lo mesmo.

JORNADA TERCERA.

(DE DON FRANCISCO DE ROJAS.)

ESCENA PRIMERA.

Por una puerta, LIRON Y OCTAVIO; *por otra*, FELIPA Y BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Á Felipa.*)

Ya llegó el Conde.

LIRON. (*Á Octavio.*)

Ya espera:
Dice que te quiere hablar.

FELIPA. (*Á Beatriz.*)

Aquí te puedes quedar.

OCTAVIO. (*Á Liron.*)

Tú tambien véte allá fuera.

LIRON.

Vén, Beatriz.

BEATRIZ.

Tú, Liron, vén.

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Dudoso estoy!

FELIPA. (*Ap.*)

¡Yo estoy muerta!
Tú, Beatriz, guarda esa puerta.

OCTAVIO.

Tú guarda esotra tambien.

LIRON. (*Ap.*)

En no escuchar haré mucho.

BEATRIZ.

Yo voy á tener cuidado.
(*Vanse Liron y Beatriz.*)

ESCENA II.

FELIPA, OCTAVIO.

OCTAVIO.

Ya vengo de tí llamado.

FELIPA.

Oye, Condestable.

OCTAVIO.

Escucho.

FELIPA.

Tú ¿eres mi hechura?

OCTAVIO.

Es verdad.

FELIPA.

¿Débesme tu fama?

OCTAVIO.

Sí.

FELIPA.

¿Puedo fiarme de tí?

OCTAVIO.

Tengo nobleza y lealtad.

FELIPA.

Ya sabes que contra mí,
Desde que tu rey murió,
A un tiempo se conjuró
Toda la Italia.

OCTAVIO.

Es así.

FELIPA.

Pues dicen...

OCTAVIO.

¡Airada suerte!

FELIPA.

Que solo...

OCTAVIO.

¡Sospecha impía!

FELIPA.

Porque á mí me aborrecia,
Fui yo quien le dió la muerte.
Pues atiende á la disculpa;
Que le importa á mi opinion.

OCTAVIO.

¿Por qué das satisfaccion
Á quien no te da la culpa?

FELIPA.

Porque te pido consejo,
Pues en prudencia me ganas.

OCTAVIO.

Ya adviertes que tengo canas.
No te faltará consejo.

FELIPA.

O mi pena ó mi temor
Solo te han llamado aquí,
Para que vuelvas por mí.

OCTAVIO.

Consúltame tu dolor.
Mas solo saber quisiera
Quién á mi rey muerte dió.

FELIPA.

Juana fué quien le mató.

OCTAVIO.

¿Cómo fué?

FELIPA.

Desta manera.
Fingian, como sabes, que se amaban,
Y con tan vivo ardor disimulaban,
Que con crecida mengua
Desmentian sus ojos á su lengua.
Quiso el Rey dar la muerte á Juana be-
Debióle de influir tirana estrella. [lla:
Díjola sin querer tan grande agravio;
Que es calentura el odio y sale al labio:
Ella, que conoció su pensamiento,
Prefirió ejecuciones al intento,
Y por hacer eterno su renombre,
Con ira de mujer y ánimo de hombre,
Tomando por espejo,
Para indignar su enojo, á mi consejo,
Vuelve á irritar la ira; [mira.
Que hay espejo que indigna al que le
Sobre su lecho el rey Andres dormia;
Y viendo la ocasion que se ofrecia,
Me manda Juana con silencio mudo
Que le llegue á matar: discurro, dudo,
Echo de ver que puedo; [do.
Llamo al valor, y respondióme el mie-
Darle la muerte allano;
Y cubriendo mi aliento con mi mano,
Al lecho llego. Entre inconstancia tan-
Una liga prevengo á su garganta, [ta,
Que dispuesta en mi enojo prevenia:
Infundióme crueldad su cobardía.
Al lecho pues la prendo:
Despierta y se resiste; yo le ofendo;
Pero al precipitarle su impaciencia,
Se hiere con la misma resistencia.
Quiere hablar satisfecho,
Y la voz se sufoca ya en el pecho;
Quiere decir su queja con su agravio,
Y faltándole aliento para el labio,
Se entró con ansia, en ira dividida,
En el postrero sueño de la vida.
Así, hallándole muerto en su palacio,
Discurre la sospecha mas de espacio.
Todos juzgan que yo le dí la muerte:
Su hermano desde Hungría me lo ad-
[vierte;
Y viendo el riesgo contra mí preciso,
Al infante de Hungría doy aviso
Que Juana le mató por ser tirano.
Viene contra su Reina por su hermano,
Italia me aborrece,
Crece la indignacion, la envidia crece.
Yo quisiera ausentarme.
Si llego á declararme,
Es culpar á la Reina mi señora.
No sé pues lo que puedo hacer ahora.
Si espero, me ha de dar Italia muerte.
De suerte, Conde, que mi adversa suer-
Con tu consejo... [te,

OCTAVIO.

Detente,
Porque á un tiempo se ha pasado
A todo el mal de irritado,
Todo el amor de obediente.
Por servir mi rey mejor,
Honor y fama me has dado;
Pues si á mi rey me has quitado,
¿Para qué quiero el honor?
Iba á creer tu disculpa
Con bien segura evidencia,
Y al entrar en tu inocencia,
He tropezado en tu culpa.
Y así, porque no se diga
Que no soy noble y fiel,
De hoy mas, Felipa cruel,
Te nombraré mi enemiga.
Y voime; que será agravio
Hecho contra mi opinion
Que yo sepa tu traicion
Y que la oculte mi labio.

FELIPA.

Condestable, espera, advierte.

OCTAVIO.

Hoy tu traicion cometida
A mí me valdrá la vida,
Pues te ha de costar la muerte.

FELIPA.

En haberlo yo intentado,
¿No tengo disculpa?

OCTAVIO.

No.

FELIPA.

Si mi Reina lo mandó...

ESCENA III.

LA REINA. — DICHOS.

REINA.

¿Qué es lo que yo os he mandado?

FELIPA.

Señora... porque yo, ya...
Digo que decia... fué...

REINA.

Conde, ¿qué es lo que mandé?

OCTAVIO.

La Duquesa lo dirá.

FELIPA. (*Ap.*)

¡Oh, acabe mi vida, acabe!
¿Qué diré? ¡Válgame Dios!

REINA.

Pues ¡qué! ¿no lo sabeis vos?

OCTAVIO.

La Duquesa es quien lo sabe.

FELIPA. (*Ap.*)

A mi propia me aborrezco.

REINA.

Saberlo mejor quisiera.
Condestable, salios fuera;
Pero no os vais.

OCTAVIO.

Obedezco. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA REINA, FELIPA.

REINA.

¿Qué es esto, Duquesa amiga,
Que con semblante suspenso,
A media razon dejais
Turbados vuestros afectos?
¿Qué era lo que yo os mandé?
Decid, ¿cuál era el despecho
Que al renovarle en palabras,
Lo atajasteis con respetos?
¿Puédolo yo remediar?

FELIPA.

Señora...

REINA.

Decidlo presto.

FELIPA.

Era...

REINA.

Sin llanto, Duquesa.

FELIPA.

Que como tengo el gobierno
De Italia, siendo mujer,
Todos se ofenden por serlo.
Decíame el Condestable
Que hago mal si no le dejo;
Pero yo le respondí,
Para disculpar mis yerros:
«Si mi Reina lo mandó...»
Y entrasteis vos á este tiempo.

REINA.

¿No importará mas mi gusto
Que los humanos respetos?
¿No soy ántes en Italia
Que todos?

FELIPA.

Así lo creo.

REINA.

Pues obedecedme á mí,
Haced lo que os amonesto,
Y del cuerpo de mi amor
Regid el brazo derecho.
Y porque Nápoles vea
Que os estimo y os aprecio,
De las mercedes antiguas
Renovado el privilegio,
Todos estos memoriales,
Que en la antesala me dieron
Al pasar á vuestro cuarto,
Quiero que leais, y quiero
Que hagais todas las mercedes
Que me pidieren por ellos.
Tomad y leed, Duquesa. (*Siéntase.*)

FELIPA.

Leyes son vuestros preceptos.

REINA.

Sentáos luego y empezad.

FELIPA.

Como me mandais empiezo.
(*Lee.*) «Quien bien quiere á vuestra Alteza
»Le da este aviso del cielo:
»Que se guarde de Felipa,
»Porque recela su imperio
»Que quien dió la muerte á Andres
»Ha de hacer con vos lo mesmo.»
(*Levántase la Reina, y quítale el memorial.*)

REINA.

¡Grave ignorancia del vulgo,
A tu lealtad desatento!
Suelta el memorial, Duquesa;
Que á saber, viven los cielos,
Quién es el que me le dió,
De su inficionado pecho
Disfrazado en roja sangre
Bebiera el mortal veneno.

FELIPA.

Advierte...

REINA.

No te disculpes,
Si estimas mi amor, supuesto
Que quien da satisfaciones
Da sospechas por lo ménos.
Y como tanto te estimo,
Duquesa, no te consiento
Que en tí pueda haber indicio
De que en tí pueda haber yerro.

FELIPA.

Prosigo otro memorial.
(*Ap.* Dejadme, viles recelos.)
(*Lee.*) «Juana, de Nápoles reina,
»No está decente el gobierno,
»Que de una mujer humilde
»Se reduce á los preceptos.»
Señora, si esta razon,
Si mi lealtad, si mi ruego,
Si las lágrimas que enjugo,
Si los sudores que vierto
Son bastantes, Reina mia,
Sino para enterneceros,
Con la caricia del llanto
A blandear vuestro real pecho;
Dejad que segunda vez
Lave el cristal lisonjero
Esta mancha que causaron
Las novedades del tiempo.
Vivid sin murmuraciones
Absoluta entre los vuestros,
Y no encargueis á la fama
Lo que podeis al silencio.
Tanto como vos perderme
Habré de sentir perderos;
No es mucho cortar un brazo,
Porque no adolezca un cuerpo.
La mano que á mí me dais
Para levantarme al cielo,
Poned sobre la corona:
Mirad que se está cayendo.
Advertid...

REINA.

Calla, Duquesa:
No me enternezcas con eso,
Porque mi amor á diluvios
Se quiere salir del pecho.
Nápoles te quiera mal,
Aborrézcate mi reino,
Lo popular te calumnie,
Goce la envidia sus fueros:
Todos contra tí, Duquesa,
Yo contra todos me ofrezco.
Mira... Con sola una cosa
Que segunda vez te acuerdo,
No innovarán mi valor
Las persuasiones del miedo.
Mira que esté aprisionado
En la cárcel del secreto
De mi aborrecido esposo
El infelice suceso.
A nadie, Duquesa, digas
Que por mi causa le has muerto:
En esto de mi fortuna
Está el eficaz remedio.
Sospechen este delito,
Y no lo sepan de cierto;
Y de otra suerte, Duquesa...
(*Tocan dentro sordina.*)
Mas ¿qué lúgubre instrumento
De la junta de las aves
Asusta el libre colegio?
(*Ap.* Contra la Duquesa viene
Conjurado todo el pueblo.)
Véte, Duquesa, á tu cuarto.

FELIPA.

Quiero obedecerte. ¡Cielos!
De mi propia me librad,
Pues soy mi enemigo mesmo. (*Vase.*)

REINA.

Saber quiero lo que pasa.—
Hola, soldados, ¿qué es esto?

ESCENA V.

LIRON.— LA REINA.

LIRON.

El heredero de Hungría,
El hermano del Rey muerto,
Dice que te quiere hablar;
Y que ha llegado sospecho
A esta antesala, tan triste,
Que no parece heredero.

REINA.

Entre el Infante, Liron.
(*Ap.* Estas novedades temo.)

ESCENA VI.

EL INFANTE LUIS, *de luto, y* OCTAVIO.— LA REINA.

OCTAVIO.

Llegue vuestra Alteza á hablar.

LUIS.

A sentir mi agravio llego.
(*Adelántase.*)
Yo propio, Juana divina,
(Que esta alabanza te debo:
¡Así fueras de piedad
Como de belleza extremo!)
Yo propio, vuelvo á decir,
Con este ejército vengo
Para tomar de mi ofensa
Justicia y venganza á un tiempo.
Del mar en la azul orilla
Treinta mil soldados dejo:
Ya saben vencer la Italia,
Bien puede Italia temerlos.

REINA.

¿Contra quién, infante Luis,
O precipitado ó ciego,
De vuestro enojo inducido,
Indignais ira y acero?

LUIS.

Contra quien mató á mi hermano.

REINA.

Pues ¿quién á mi esposo ha muerto?

LUIS.

¿Consentirás el castigo
Contra el agresor?

REINA.

Es cierto.

LUIS.

Y si morir no pudiere
De la ley á los preceptos,
¿Permitirás la venganza?

REINA.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?)
Digo que al que dió la muerte
Dar el castigo prometo.
¿Quién es el que le mató?

LUIS.

Lea tu Alteza este pliego.
Al tribunal de justicia
Para este delito llego.
Yo soy la parte y actor:
Aquí viene escrito el reo.

(*Lee.*) «Contra mí, aseguran en Italia, que viene vuestra Alteza en satisfaccion de la muerte de su hermano. ¿Quién ha visto que paguen los piés los errores de la cabeza? Juana es reina ofendida; yo vasalla desapasionada. Ella aborreció á Andres; yo le debia obligaciones. Satisfagan estos indicios ese engaño, y no embarace vuestra Alteza todo su poder en toda mi humildad. Este aviso sirva para mi crédito y su desengaño á quien suplico recompense con la obligacion de callarle la fineza de escribirle.—*Felipa Catanea.*»

REINA. (*Ap.*)

Su firma ¡viven mis iras!
Su letra ¡viven los cielos!
Es la que turbada miro,
Y es la que cobarde leo!
¡Contra mí Felipa, cuando
Dispuesta á tanto desprecio,
Roca racional, me expuse
A los embates de un reino!
Pues medie mi indignacion
En dos contrarios afectos.
Mas no; que la quiero bien.
Es mi hechura, y en efecto
No es justo... No, no es posible.
. . . .

LUIS.

Vuestra Alteza
¿Qué me responde?

REINA.

Que quiero,
Dándome el castigo á mí,
Dar castigo á quien le ha muerto.

LUIS.

Luego vos...

OCTAVIO.

Tened, Infante:
No mancheis el claro cielo,
Que despues de tanta niebla
Ha de renacer mas bello.
Felipa es quien le mató.

LUIS.

¿Cómo lo sabeis?

OCTAVIO.

Yo mesmo
A su labio dí el oido,
Y á su amistad el secreto.

REINA.

No puede ser; que Felipa
Es leal.

OCTAVIO.

Otra vez vuelvo
A decir que fué Felipa.

REINA.

Idos, Conde; que no puedo
Ver, aunque volvais por mí,
Tan ingrato un caballero.

OCTAVIO.

Primero sois vos, señora.

REINA.

Salíos fuera.

OCTAVIO.

Obedezco. (*Vase.*)

LUIS.

Yo tambien, insigne Juana,
Con vuestra licencia, os dejo.
El delito ya se sabe,
La sinrazon ya la creo.
El papel dice que vos
Disteis la muerte al Rey nuestro;
Dice el Conde que Felipa
Es quien á mi hermano ha muerto:
La culpa en vos no es creible;
En ella es posible serlo.
Yo he venido á la venganza:
Razon y soldados tengo.
O castigad á Felipa,
O mirad por vuestro reino. (*Vase.*)

REINA.

Ojos, aquí de mi llanto
Derramad el sentimiento.
¿Que la Duquesa?...

ESCENA VII.

FELIPA. — LA REINA.

FELIPA.

Señora...

REINA.

No os llámaba yo.

FELIPA.

¿Qué es esto?
Señora, ¡tan de repente,
Sin accidentes del tiempo,
Corre tormentas el mar,
Que ahora estaba sereno!
¡Sin mirarme os vais, señora!
¿Hase levantado el cierzo
Para avivar las cenizas
De vuestro aborrecimiento?

REINA.

¿Es vuestro aqueste papel?

FELIPA.

Mia es la letra.

REINA.

Leedlo.

FELIPA.

No es menester... Es verdad
Que temerosa...

REINA.

En efecto,
¿Escribisteis al Infante?

FELIPA.

Que yo le escribí, confieso.

REINA.

(*Ap.* Disculpas no sabe darme,
Y es que tan infames yerros,
Antes de hacerlos se están
Confesados ellos mesmos.)
Mirad bien que este papel
Podrá ser que no sea vuestro.

FELIPA.

Señora, yo le escribí.

REINA.

¿Por qué?

FELIPA.

Por tener recelo
Que me culpase el Infante.

REINA.

¿No es contra mí?

FELIPA.

No lo niego.

REINA.

¿Y le dijisteis al Conde
Que le matasteis?

FELIPA.

Es cierto.

REINA.

¿Y que fui quien lo mandó?

FELIPA.

Tambien le dije tu intento.

REINA.

¿Y no habrá alguna disculpa
Para todo?

FELIPA.

No la tengo.

REINA.

Pues, Duquesa, de mi parte
Hice por vos cuanto puedo.
De humilde os subí á reinar,
Puse en vuestra mano el cetro,
Lo mas oculto os fié
De todo mi pensamiento.
Por satisfaccion de todo
Os pedí solo un secreto;
No le supisteis guardar:
Mucho sentiré perderos.
Yo haré por vos lo posible,
Esta palabra os ofrezco;
Pero vos misma os culpad
Si no tuviere remedio.

FELIPA.

Pues ¿adónde vais, señora?

REINA.

Esto ha de ser, en efecto.—
¡Ah Condestable!

ESCENA VIII.

OCTAVIO, LIRON. — DICHAS.

OCTAVIO.

Señora...

REINA.

En ese cuarto primero,
Que es la torre de palacio,
Prended á Félipa. (*Ap.* ¡Cielos,
Mucho sentiré perderla!)

FELIPA. (*Ap.*)

¡Oh, temor, en qué me has puesto!

REINA.

Los criados y allegados
De Felipa con secreto
Prended tambien.

OCTAVIO.

Ya sabeis
Que en mí es ley obedeceros.

FELIPA.

Señora...

REINA.

Quedáos, Duquesa.

FELIPA.

Advertid...

REINA.

Mucho lo siento.

FELIPA.

Que me debeis...

REINA.

Es verdad,

Duquesa. Yo me enternezco.
Dejadme ir.

FELIPA.

¿Dónde vais?

REINA.

A volver por vos; que pienso
Que contra vos se acrimina
De mi delito el proceso,
Y no habrá quien os defienda,
Si no voy á defenderos. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Tú, Liron, parte á prender
A Calabres.

LIRON.

Obedezco. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Vén, Duquesa.

FELIPA.

Vamos, Conde.

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Qué pena! Qué desconsuelo!

FELIPA. (*Ap.*)

Fortuna, aunque me derribas
Desde un extremo á otro extremo,
No dirás que no me hallaste
Prevenida por lo ménos.
(*Vanse.*)

—

Habitacion de Calabres.

ESCENA IX.

CALABRES, *con bigoteras*, UN CRIADO *con un espejo*, OTROS *con recado de aguamanos*, Y OTRO *con un azafate, con golilla y peine y escobilla de cabeza.*

CALABRES.

¿Qué hora será, en conclusion?

CRIADO 1.°

Las doce pienso que he oido.

CALABRES.

Muy temprano habeis corrido
La cortina, berganton.

CRIADO 1.°

Son las doce.

CALABRES.

Sean las trece
O las catorce si no;
Que á un señoron como yo
A la tarde aun no amanece.

CRIADO 1.°

Señor...

CALABRES.

Callad, noramala.
Dejadme tener razon,
Y sabréis servir, tonton.—
¿Qué gente hay en esa sala?

CRIADO 2.°

Como en Italia segundo,
Por servirte y obligarte
Todo el mundo quiere hablarte.

CALABRES.

Decid que entre todo el mundo.
(*Vase el criado* 1.°)
Así cobro grande fama:
Agradézcolo á la suerte.

ESCENA X.

EL CRIADO 1.°, Y BEATRIZ, *tapada.*—CALABRES, CRIADOS.

CRIADO 1.°

Esta dama viene á verte.

CALABRES.

Venga en buen hora la dama.
¿Qué hay por acá, reina mia?

BEATRIZ.

Hablar á vusted quisiera.

CALABRES.

Decid á esa majadera
Que me llame señoría;
Que me llegaré á perder.

CRIADO 1.°

Pues siendo mujer, señor...

CALABRES.

Es muy ciego el pundonor:
No miré que era mujer.
(*Vanse los criados.*)
Donaire en el talle muestra.
A fe de señor, me holgara
Saber cómo os va de cara.

BEATRIZ. (*Descúbrese.*)

Esta es mi cara y la vuestra.

CALABRES.

¡Beatricilla! ¡tan tapada!
¿A qué habeis venido?

BEATRIZ.

A verte,
Pues me ha traido mi suerte...

CALABRES.

¿A qué?

BEATRIZ.

A estar enamorada.

CALABRES.

¿De quién?

BEATRIZ

Eso has de saber.
De tí; que nací infeliz.

CALABRES.

Lástima os tengo, Beatriz,
Porque yo no os puedo ver.

BEATRIZ.

¿Con tanta llaneza empieza
A decir que me aborrece?

CALABRES.

En los señores parece
Lindamente la llaneza.

BEATRIZ.

Ya pues que mi amor no alcanza
Un alivio á tanto mal,
De tu boca de coral
Merezca yo una esperanza.

CALABRES.

Aunque teneis tal trabajo,
Indignísima Beatriz,
Como os miro fregatriz,
No me inclino al estropajo.
Pero por Dios, que me pesa;
Que habeis llegado á obligarme.
Ahora tratan de casarme
Con Felipa la duquesa,
Y con brevedad será.
En habiéndome casado
Estaré mas sosegado:
Venid despues por acá.

BEATRIZ.

Quedad, Calabres, con Dios;
Pero solo os pido aquí
Que no os olvídeis de mí.

CALABRES.

Yo me acordaré de vos.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Que á esto mi desdicha pasa!
¿Quién de aquesta sinrazon
Me dará satisfaccion?

ESCENA XI.

LIRON. — CALABRES, BEATRIZ.

LIRON.

Dios sea en aquesta casa.

CALABRES.

¡Lironcillo! ¿Qué hay, menguado?

LIRON.

Don Calabres, yo he venido...

CALABRES.

¿De qué estáis tan suspendido?

LIRON.

Señor, de que soy mandado.

CALABRES.

¿Qué os mandaron?

LIRON.

Soy fiel...

CALABRES.

No me deis tantos enojos:
Acabad.

LIRON.

Pasad los ojos,
Señor, por este papel.

CALABRES.

(*Lee.*) «Liron, nuestro ministro, »prended la persona de Calabres, por »cómplice con Felipa en la muerte de »Andres, y traedle á la torre de pala- »cio.»

LIRON.

¡A tí torre! A tí prision!
Señor, el cielo es testigo...

CALABRES.

Mandadero sois, amigo,
Non tenedes culpa, non.

LIRON.

Que esta es la fortuna, digo,
Que anda contigo importuna.

CALABRES.

¿Quién le mete á la fortuna
En regodearse conmigo?
Ya sabes el beneficio
Con que siempre te he obligado.
Di que no me has encontrado.

LIRON.

Señor, yo he de hacer mi oficio.

CALABRES.

Di, Liron: ¿y hanme quitado
Por cómplice la alcaidía
En que mi honor consistia?

LIRON.

Señor, á mí me la han dado.

CALABRES.

Beatriz, en esta ocasion,
En que ser tuyo profeso,
Haz que no me lleve preso
Tu carísimo Liron.

BEATRIZ.

Señor, ahora he reparado,
Despues que á prenderle viene,
Que vueseñoría tiene
Propria cara de ahorcado.

CALABRES.

¿Ya te mudas? Eso ¿es bien?
¡Hola! ¿no hay ningun criado?

LIRON.

Todos, señor, te han dejado.

CALABRES.

Pues dejadme vos tambien.

LIRON.

Antes, por este desórden,

Pues os tengo de llevar,
Fuerza es que os haya de atar.
(*Saca unos cordeles.*)

CALABRES.

¿A mí atar?

LIRON.

Traigo esta órden.

CALABRES.

Atad. Hombres, que esto veis,
Escarmentad.

(*Liron le ata.*)

LIRON.

Y me han dado
Orden que vais agarrado.

CALABRES.

Muchas órdenes traeis.

BEATRIZ.

No le aprietes mas, Liron.
¡Cierto que me ha enternecido!
(*Llora.*)

LIRON.

Y yo á piedad me he movido.

CALABRES.

Y yo me hago compasion.

BEATRIZ.

Llévale.

CALABRES.

Pues que mi suerte
Hoy, mi Beatriz, se mudó,
Si me ahorcaren, no os vea yo
A la hora de mi muerte.
(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA XII.

CÁRLOS, FELIPA; *despues*, CALABRES.

FELIPA.

¿Quién entra á hablarme á la torre?

CÁRLOS.

El que tu consuelo busca.

FELIPA.

Si es mi muerte será alivio,
Si es mi vida será injuria.

CÁRLOS.

El que trae una borrasca
Para una calma de dudas.

FELIPA.

Príncipe, ¿á qué me llamais?

CÁRLOS.

Duquesa de Almafi... ¡Nunca
Lo fueras!

(*Sale Calabres.*)

CALABRES.

Acá estamos todos;
Y aunque yo no tengo culpa,
Por ti...

FELIPA.

Calla, Calabres.

CALABRES.

No haré poco.

FELIPA. (*Á Cárlos.*)

Acaba.

CÁRLOS.

Escucha.
A mí me manda la Reina
Que te diga tu fortuna,
Y aunque siento tu desdicha,
En mí es la obediencia justa.

FELIPA.

Puesto que debes llorar
Mi fortuna y su rigor,
¿Para darme mas dolor,
Me la vienes á contar?

CÁRLOS.

Mandóme la Reina (¡ ah cielo!)
Que avise tu mal preciso,
Para que con el aviso
Sepa mezclarte el consuelo.

FELIPA.

Pues di, si de tí me obligo,
Pues ya mi amor te disculpa,
Con lo grave de mi culpa
La crueldad de su castigo,
Porque yo me culpe á mí,
Ya que en mí el error esté.

CÁRLOS.

Tu culpa yo no la sé;
Pero tu castigo sí.

FELIPA.

No quieras que tan de espacio
Mi pena llegue á sentir.

CÁRLOS.

Felipa, hoy has de morir
En la plaza de palacio.
La ley que disponen es,
La pasion muy irritada,
Que mueras atenaceada,
Y degollada despues.

FELIPA.

Porque no ignore tambien
Los que me persiguen, di:
¿Quién ha sido contra mí?

CÁRLOS.

Los que tú hiciste mas bien.
Por qué lo hacen, no sé yo.

FELIPA.

Ni aun yo la causa diré.
Mas responde, y lo sabré.
¿Firmó la Reina?

CÁRLOS.

Firmó.

FELIPA.

¿Y quiere mi muerte?

CÁRLOS.

Sí.

FELIPA.

¿Y así lo manda?

CÁRLOS.

Es constante.

FELIPA.

Pues, Príncipe, no te espante
Que se vuelvan contra mí;
Que son por usadas leyes
Los que en la lisonja asisten,
Camaleones que se visten
Las colores de sus reyes.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡El alma me ha enternecido!

FELIPA.

Mas si mi muerte ha de ser,
Hazme este favor, por ser
El postrero que te pido;
Que á rogártele me atrevo,
Cuando á mi piedad te mueves,
Por lo mucho que me debes.

CÁRLOS.

Pues ¿qué es lo que yo te debo,
Porque sabiéndolo yo,
Lo satisfaga tambien?

FELIPA.

Es que te he querido bien.

CÁRLOS.

¿Y no lo has mostrado?

FELIPA.

No.

CÁRLOS.

¿Llama conservaste fria,
La que activa pudo arder?

FELIPA.

Fué por no echar á perder
Tu fortuna con la mia.
Y no pienses que es desden
El que oculto he reservado,
Pues te hiciera desdichado
Con solo quererte bien.
Y solo te pido ahora,
Por ser la merced postrera,
Que vea yo ántes que muera
A la Reina mi señora.

CÁRLOS.

Voy á obedecerte luego;
Que por pagarte amor tanto,
Lo pediré con mi llanto,
Si no bastare mi ruego.

FELIPA.

Si eso llego á merecer...

CÁRLOS.

Aquí puedes esperar;
Que yo te vendré á buscar,
Si no te viniere á ver.

FELIPA.

Ya siento tus sentimientos.

CÁRLOS.

Yo tu pena he de llorar.

LOS DOS.

¡Que en fin no se han de lograr
Tan altivos pensamientos!
(*Vase Cárlos.*)

CALABRES. (*Ap.*)

Fuése con resolucion,
No me habló viéndome aquí:
Sin duda no es contra mí
De Juana la indignacion.
Que muriéramos los dos,
Nunca yo lo imaginaba.

ESCENA XIII.

LIRON.—FELIPA, CALABRES.

LIRON.

¡Ah! sí; que se me olvidaba.

CALABRES.

¿Qué?

LIRON.

Que os pongais bien con Dios.

CALABRES.

¿Por qué culpa ó qué pecado?
(*Vase Liron.*)
¡Ah, Liron! ¿así te vas?
¿Eso poquito no mas
Se te quedaba olvidado?

ESCENA XIV.

FELIPA, CALABRES.

FELIPA.

¡En un cadalso ultrajada
La que á Nápoles mandó!

CALABRES.

Pues dime, señora, yo

¿Me he quedado en la posada?
Que hoy nos sacarán arguyo.

FELIPA.

¡Contra mí tanto rigor!
¿Por qué te condenan?

CALABRES.

Por
Privado *à latere* tuyo.
(*Retírase á un lado Felipa.*)
Mas supuesto que ha de ser,
Y puesto que me han de ahorcar,
Ahora bien, quiero pintar
Lo que me ha de suceder.
Ya dudan en su cuadrilla
Los que condenarme infieren,
Si echarme á galeras quieren;
Y me echan en la capilla:
Y ya yo llego á escuchar,
Porque mi escarmiento asombre:
«Señores, para este hombre,
Que sacan á ajusticiar.»
Ya sobre un burro mohino
Me pone el que nos ahorca;
Que para una legua de horca,
No hay cosa como un pollino.
Ya empieza á andar el jumento,
Y yo empiezo á temblar:
Ya me llevan á pasear
Con mucho acompañamiento.
Ya me dice un fraile ó dos
Con justo afecto y cristiano:
«Ea, buen ánimo, hermano;
Que vais á comer con Dios.»
Y viéndome hacer las pruebas,
Que á todos llevo la palma,
Dicen: «¡Bien haya tu alma!
¡Qué buen ánimo que llevas!»
Ya con atencion devota
De cristiano y obediente,
Miro muy humildemente
A la señora picota.
Ya porque al cielo le plugo,
Con autoridad severa,
Para subir la escalera
Es mi bracero el verdugo.
Ya el postrer paso se ve,
Ya desmayado me quedo,
Ya dicen que diga el credo,
Ya digo que no lo sé.
Ya el verdugo me previene;
Y como el perdon espero,
Digo que miren primero
Si viene el perdon...

ESCENA XV.

LA REINA.—CALABRES; FELIPA, *retirada.*

REINA.

Ya viene.
Vuestros cargos se han mirado,
Ninguna la culpa es:
Ya os podeis ir, Calabres,
Porque ya estáis perdonado.
Atribuid esta victoria
A lo que yo hice por vos.

CALABRES.

No te lo perdone Dios;
Que me has quitado la gloria.

REINA.

Pues ¿no lo agradeces?

CALABRES.

Yo,
Siendo tanta la deshonra,
Lo agradezco por la honra;
Pero por la vida no. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LA REINA, FELIPA.

FELIPA. (*Ap.*)

La Reina ha entrado en la torre.

REINA. (*Ap.*)

Aquí á la Duquesa he visto.

FELIPA. (*Ap.*)

Llégome á hablarla.

REINA. (*Ap.*)

Yo la hablo.

FELIPA.

Reina hermosa, dueño mio,
Primer móvil, que ha arrastrado
La esfera de mi albedrío...

REINA.

Felipa, ¿qué es lo que quiéres?

FELIPA.

Saber de ti solicito
(Y véte luego con esto)
¿Por qué he de morir?

REINA.

(*Ap.* Suspiros,
Dejad la voz á mi lengua,
No estorbeis todo el camino.)
Porque al Infante escribiste
Tus intentos y los mios,
Encargándote el secreto.

FELIPA.

En fin, ¡es error tan digno
Que tú mandes la venganza
Como que yo la haya escrito!

REINA.

Dices bien; pero conoce
Que se indicia por préciso
Que fuiste quien le dió muerte:
Y el que sentenciarte quiso,
No ha sabido mi precepto,
Y ha sabido tu delito.

FELIPA.

Para agravar este error
Bastantes son los indicios;
Pero á esa culpa, señora,
Tu precepto dió el motivo.

REINA.

Es verdad.

FELIPA.

Confiesa, pues,
Que muero inocente.

REINA.

Digo
Que hay culpa tambien.

FELIPA.

¿En qué?

REINA.

Cuando me arrojé al castigo,
Tú me aconsejaste airada,
Puesto que indigné el cuchillo
Mucho mas con tus razones
Que con mis propios delirios.
Consejo y brazo pusiste;
Yo el precepto, tú el suplicio;
Yo solo la indignacion;
Tú el efecto, yo el arbitrio;
Yo la pasion, tú la ira:
Luego es mas grave delito
Dar un consejo, si es malo,
Que el haberlo yo admitido.

FELIPA.

Yo, señora, si lo advierte
Tu grandeza y tu poder,
Soy una humilde mujer
De infeliz y baja suerte.
Quisiste que se concierte
Mi bajeza con tu estado:
Luego eres tú la que ha errado,
Cuando á tu opinion me dejo,
Más en pedir el consejo,
Que yo en habértele dado.

REINA.

Mira cuál es tu temor
Que ántes era atrevimiento,
Pues culpas tu nacimiento
Por dar crédito á tu error.

FELIPA.

Si de las dos en rigor
Igual delito has sabido,
Si tan tolerable ha sido
La culpa que en él se vió,
Porque no la pague yo,
Dí tú que la has cometido.

REINA.

Como le viene á vengar
El Infante rigoroso,
Este delito es forzoso
Que se haya de castigar.
Si me llego á declarar,
A su indignacion me obligo,
Y han de castigarte, digo,
Aunque intime esa disculpa.
¿De qué servirá mi culpa
Si no estorbo tu castigo?

FELIPA.

Una cosa solamente,
Y con esta me despido,
Quiero preguntarte.

REINA.

Dila.
(*Ap.* ¡Qué de pasiones reprimo!)

FELIPA.

¿Qué consigues con mi muerte,
Que la permites?

REINA.

Consigo
Que el hermano del rey muerto
No ponga á Nápoles sitio.

FELIPA.

¿Qué mas?

REINA.

Que toda la Italia
No se amotine conmigo.

FELIPA.

¿Hay más razon?

REINA.

Que presuman
Que tú hiciste este delito.

FELIPA.

Pues ya que estoy advertida
De lo que tu celo advierte,
Quiero consentir mi muerte
Para restaurar tu vida.
Italia está pervertida
Porque yo te he aconsejado;
El Infante está indignado;
Por mí este mal se causó:
Pues justo es que pague yo
Lo mismo que yo he causado.
La vida en pago te doy
Del favor que te he debido:
No sea yo mas lo que he sido,
Si por tí soy lo que soy.
Gozosa á la muerte voy,
Y quisiera mi pasion,
Por darte satisfaccion,
Ir á tan justa crueldad
De solo mi voluntad,
Y no de tu indignacion.
Y aun yo me holgara, sabrás,

No solo nó dar disculpa,
Mas tener toda la culpa
Porque me debieras mas.
Hoy en mi lealtad verás
Las finezas de mi amor,
Pues intentará el error
Que á morir me ha conducido,
Si con temor te he ofendido,
Pagarte con mi valor.
Y no estorbemos ahora
Mi fineza en mi sentir.
Ea, yo voy á morir:
Quédate con Dios, señora.

REINA.

¡Lágrimas, ahora, ahora!

FELIPA.

No en aljófar divertida,
Salga tu sangre ofendida;
Suspende corriente tanto,
Porque importa mas tu llanto
Que puede importar mi vida.

REINA.

Lo que siente el corazon,
Porque este mal me consuma,
Es que Nápoles presuma
Que en ti pudo haber traicion.

FELIPA.

A ti te dará opinion
Que lo imaginen ahora:
Tu delito propio dora,
Pues en mi no hay que perder.
Yo fuí una humilde mujer,
Y tú naciste señora.
Olvide el llanto tu celo,
Señora; que es cosa fuerte
Que yo padezca la muerte,
Y haya de dar el consuelo.

REINA.

¡Mortal me discurre un hielo!
En fin, ¿vas á morir?

FELIPA.

Sí,
Con gusto, pues es por tí.

REINA.

Pagas lo que te he querido.

FELIPA.

Solo una cosa te pido.

REINA.

¿Qué?

FELIPA.

Que te acuerdes de mí.

REINA.

¡Ah! ¡quién contigo muriera!

FELIPA.

Muerte tu pena me da.

REINA.

Véte, Felipa; que ya
El grave rigor te espera
Del hado. ¡Ah violencia fiera!

FELIPA.

Valor, señora, por Dios.
Muera, pues muero por vos.

REINA.

Pon á mi cuello tus brazos.
(*Ap.* ¡Qué valor!)

FELIPA.

Dadme los brazos.
Juana, adios.

REINA.

Felipa, adios.
(*Vanse.*)

—

Galería de palacio cerrada con cortinas.

ESCENA XVII.

LUIS, CÁRLOS, LIRON, CALABRES Y BEATRIZ.

CÁRLOS.

Ya ha salido de la torre
La Reina.

BEATRIZ.

Y á un tiempo mismo
Por esotra puerta sale
Felipa al mortal suplicio.

CALABRES.

Lástima me hace, por Dios;
Que en efecto la he querido.
Muy bien hice en no casarme.

LIRON.

¿En qué lo ves?

CALABRES.

Hélo visto
En que si mató Felipa,
No mas que por su capricho,
Al marido de la Reina,
¿Qué hiciera con su marido?

LUIS. (*Ap.*)

Yo presumo que aunque fué
El brazo deste delito
Felipa, no fué la causa;
Pero si vengo al castigo,
Basta por satisfaccion
Que piensen que lo he creido.

ESCENA XVIII.

LA REINA. — DICHOS.

REINA.

Suspende, ministro infame,
La ejecucion al cuchillo,
O quitame á mí la vida.
. . . .

CÁRLOS.

Juana, de Nápoles reina,
¿Tanto el amor ha podido
De Felipa, que á este sitio
Así te sales?

REINA.

Ya he dicho
Que no ha de morir Felipa.
Yo soy quien ha hecho el delito.
Viva Felipa: en mi amor
Esto es lo que determino.

LUIS.

Entrarán á sangre y fuego
Mis soldados vengativos
La gran Nápoles.

REINA.

Entrad:
Vuestro es el reino que es mio;
Pero no asalteis, soldados,
De mi amor este presidio.

LUIS.

Felipa viva, y tu reino
En rojo coral teñido
Pagará mi indignacion.

REINA.

Derribad ese suplicio,
Romped aquese aparato,
A Felipa no debido.

CALABRES.

Pues derribo esta cortina.
(*Descúbrese la cabeza de Felipa á una parte y el cuerpo á otra.*)

REINA.

¡Ay cielos! ¿qué es lo que miro?
¡Que tan presto obró el rigor
Cobarde y no compasivo!
Y es que siempre la inocencia
Tiene mas cerca el peligro.

CÁRLOS.

¡Oh monstruo de la fortuna!
Subiste al laurel invicto,
Bajaste á ser escarmiento.

REINA.

Pues mi llanto repetido
Entre á anegarme en mi pena.

LUIS.

Pues mis soldados invictos
Marchen á Hungría.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Y mi amor
Se quede oculto en mí mismo.

CALABRES.

Y Don Francisco de Rojas,
Por el celo de serviros,
Pide para tres ingenios,
Con ser tres, no mas de un vítor.

EL MEJOR AMIGO EL MUERTO,

COMEDIA DE LUIS DE BELMONTE, DON FRANCISCO DE ROJAS

Y DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS.

EL PRÍNCIPE ROBERTO, *galan.*
DON JUAN DE CASTRO, *galan.*
ARNESTO, *barba.*
LIDORO, *barba.*
CLARINDA, *dama.*
ROSAURA, *dama.*
FLORA, *criada.*
BONETE, *gracioso.*
TIBALDO, *jóven.*
UN ALCAIDE.
DOS MERCADERES.
ENMASCARADOS.
CABALLEROS.
DAMAS.
SOLDADOS.
MÚSICA.
CRIADOS.
GENTE.

La accion pasa en Plymouth, en Lóndres y sus cercanías.

JORNADA PRIMERA.

(DE LUIS DE BELMONTE.)

Playa de Plemúa (Plymouth).

ESCENA PRIMERA.

(*Dentro ruido de tormenta.*)

LIDORO Y ROBERTO, *dentro.*

LIDORO.

¡Cielos, piedad; que la borrasca crece,
Y á los escollos amenaza el viento!

ROBERTO.

Rompió el timon la nave, que parece
Escarmiento fatal de su elemento.

LIDORO.

Sin luz la aguja, porque al mar la ofre- [ce
El furioso huracan, falta el aliento.
Ya, quebrado el baupres, rota la quilla,
Encalla en los peñascos de la orilla.

ESCENA II.

TIBALDO, *en lo alto de unos peñascos.*

En la barra de Plemúa,
Nuestro puerto, ¡airados cielos!
Despojo del crespo mar,
Se rinde un cascado leño.
Las espumas vencedoras
Muestran con feroz estruendo
Una muerte en cada escollo...
—Ya están de horrores cubiertos.
¡Suerte infeliz! La resaca
Arroja difuntos cuerpos,
Y ofrece á los que se libran
Tablas el bajel deshecho.
Más cerca ya de la playa,
Conozco, aunque sin remedio,
Que es el bajel de mi padre.
No perezca en él su dueño,
Si hay en los cielos piedad;
Pues conduciendo á Roberto,
Príncipe de Irlanda, viene
A ejecutar los conciertos
De sus bodas con Clarinda,
Nuestra reina, pues á un tiempo
Dará á Ingalaterra en lutos
Lo que prometió en deseos.
En una embreada tabla
Vienen dos bultos, venciendo
Las olas con la esperanza,
Y con la dicha los riesgos.
¡Ah Lidoro, padre mio!
Si me diera el cielo en premio
De sus piedades tu vida,
Fuera mi desdicha ménos.
Desde aquí con ansias mil
Veré, en lágrimas deshecho,
Los que á cuenta de milagros
Tocan los márgenes nuestros.

ESCENA III.

LIDORO, *que saca en brazos á* ROBERTO, *medio vestido, y le deja en el suelo.* — TIBALDO, *sobre las peñas.*

LIDORO.

Príncipe, pues que la vida
Te he dado cuando la pierdo
En tu servicio, ántes que
Despida el último aliento,
En quien eres me aseguro.
Valerme de tí pretendo
Para morir confiado...
¡Ay de mí!

ROBERTO.

Pues ¿qué remedio
Puedo darte yo?

LIDORO.

El mayor
Para que muera contento.

ROBERTO.

Acaba: ¿en qué te detienes?

LIDORO.

Señor, á mi cargo tengo...
No muera con esta carga,
Porque la justicia temo
De Dios, á quien he ofendido.

ROBERTO.

Hombre, ¡qué dices! Sospecho
Que en la muerte desvarías,
Y gastas en vano el tiempo.

LIDORO.

No será si tú me ayudas.

ROBERTO.

Pues no me tengas suspenso.

TIBALDO.

Roberto y mi padre son.
¿Qué aguardo? Qué me detengo?
(*Baja por detras de los peñascos.*)

LIDORO.

La memoria de un difunto,
Que no cumplí, es la que debo,
Y temo no restaurarla.

ROBERTO.

En esta ocasion mal puedo
Ayudarte en lo que pides.

LIDORO.

De tí mi remedio espero.
Ten piedad, pues que contigo
La usé yo.

ROBERTO.

Poca te debo.
Si en el batel te libraste,
Fué acudir á tu remedio;
Y si la entena rompida
Te hirió, quéjate á los cielos,
Y no á mí, pues tu desdicha
La ocasionaste tú mesmo.
La Reina en Lóndres me aguarda
Para que me dé su reino
La corona, y son ya siglos
Las horas que me detengo.

LIDORO.

¡Tal crueldad en pecho noble!
Advierte, señor, que muero
Descomulgado por deuda
Que ya ni pagarla puedo,
Porque me ha quitado el mar
Hacienda y vida, y carezco
De los sufragios divinos.

TIBALDO. (*Saliendo por lo llano.*)

¡Padre y señor!...

LIDORO.

Hijo, á tiempo
Has llegado que mi vida
Te da el abrazo postrero. (*Muere.*)

ROBERTO.

Pagaras cuando pudiste,
Y no aguardaras á tiempo
De deber ahora en la muerte.
Yo no he de darle consuelo:
Voime pues. (*Vase.*)

ESCENA IV.

TIBALDO; LIDORO, *muerto.*

TIBALDO.

Aun el dolor,
Por incapaz de remedio,
Vergonzoso se retira
Desde los labios al pecho.
¡Ay padre! ¡Quién imitara
En el mayor sentimiento
La leona, que á bramidos
Resucita el hijo muerto!
Que á gemidos, si no á voces,

Os diera vida, temiendo
Que la impiedad de los hombres
Os niegue el bien que deseo.
¡Quién pudiera, oh, quién pudiera
Daros sepulcro en mi pecho!
Que fuera, aunque no tan rico,
Por lo ménos mas funesto.
Quiero ver si hay quien me ayude
Á llevar el dulce peso,
Para enterrarle en sagrado.

ESCENA V.

Dos MERCADERES. — DICHOS.

MERCADER 1.°

¡Ay, Lisardo! voy temiendo
Que es el perdido bajel
De Lidoro, con que pierdo
Mi deuda.

TIBALDO.

Llegad, señores,
Si un lastimoso suceso
Á tierno afecto os obliga.
Mi padre, en mis brazos muerto,
Pide con suspiros mios
Lo que siempre concedieron
Piedad y lástima.

MERCADER 1.°

Calla;
Que se anega el sufrimiento
En ira. Aqueste es Lidoro,
Que no me pagó pudiendo,
Y he de vengarme en su muerte,
Ya que en su vida no puedo.
Por mí está descomulgado
Tan mal hombre.

TIBALDO.

¡Piedad, cielos!

MERCADER 1.°

La tierra le ha de negar
La sepultura á su cuerpo.

TIBALDO.

¡Hubo mas fiera crueldad!
Señor... Advertid (¡ah cielos!)
Ambos la piedad...

MERCADER 1.°

Las aves
Y las fieras (y aun no vengo
Mi enojo) le despedacen.

TIBALDO.

¿En qué bárbaro, sediento
De humana sangre, cupiera
La crueldad que considero
En un corazon cristiano?
Dénme su favor los cielos.

MERCADER 1.° (*Al otro.*)

Dos hombres que del naufragio
Se han escapado, sospecho
Que se acercan; mas vendrán
Solo á su reparo atentos.
Pero por si acaso aquí
Pretenden llevarle, quiero
Que esperemos retirados
Hasta saber qué es su intento.

(*Retíranse los dos mercaderes.*)

ESCENA VI.

BONETE, Y DON JUAN DE CASTRO, *medio desnudo.*— TIBALDO; LIDORO, *muerto.*

BONETE.

Tierra, mil besos te doy,
Y agradéceme estos besos,
Pues los que te doy á tí,
Se los quito á un pié de puerco.
¡Ah señor Don Juan de Castro!

DON JUAN.

¿Qué quieres?

BONETE.

¡Estamos buenos!

DON JUAN.

Pues escapamos las vidas,
Muchas gracias doy al cielo.
Tú ¿no das al cielo gracias?

BONETE.

Déselas un jubileo,
Que tiene muchas; que yo
Mal daré lo que no tengo.

DON JUAN.

Dos bultos están allí:
Acércate, y los verémos.
Mas ¡qué miro! Lidoro es;
Que sin duda el mar le ha muerto.

BONETE.

Pues ¿qué importa que lo sea?

DON JUAN.

Sobre cruel, eres necio.
Es el patron de la nave.

BONETE.

Pues muriérase allá dentro:
Mi patron es Santiago,
Y nunca dejé su templo.

TIBALDO.

Señor, no os pido socorro,
Cuando á vos tambien os veo
Salir del mar tan perdido,
Que habeis menester remedio.
Mi padre es el que mirais:
Solo he menester consuelo
Para las desdichas mias.

DON JUAN.

¿Qué roca opuesta á los vientos
No se ablandara al exámen
De tan justo sentimiento?
Hombre soy que á mis desdichas
Las doy todo el sufrimiento,
Y guardo la compasion
Para trabajos ajenos.
Y aunque solo con la vida
Escapo, y soy extranjero
Que ignoro la tierra, tú,
Á quien desde ahora ofrezco
Piedades ejecutadas,
Pide lo mismo que debo.

TIBALDO.

Págueos el cielo, señor,
El bien que ofreceis; mas temo
Que mis desdichas me nieguen
Vuestro favor.

DON JUAN.

Pues ¿no hay pueblo
Cercano á aquesta ribera?
Yo solo, viven los cielos,
Le he de llevar. (*Va á coger el cadáver.*)

ESCENA VII.

EL MERCADER 1.° — DICHOS.

MERCADER 1.°

¿Qué intentais?

DON JUAN.

Dar sepultura á este cuerpo.

MERCADER 1.°

Hay quien lo estorbe.

DON JUAN.

¿Quién?

MERCADER 1.°

Yo.
Es mi deudor, y le he puesto
Censuras, y no ha tenido
Con que pagarme, y ha muerto
Descomulgado.

DON JUAN.

No falta
En los casos como aquestos
A nadie piedad.

MERCADER 1.°

Pues dadle,
Si tan compasivo os veo,
Sepulcro entre esos peñascos.

DON JUAN.

Estaba ¡viven los cielos!
Por despeñaros al mar,
Porque troqueis elementos.
En los muertos ¿hay venganza?
Pero no es justo que démos
Tanto lugar á la ira,
Cuando en piedades me empleo.
¿Y qué cantidad os debe?

MERCADER 1.°

De una memoria que tengo
A cargo mio, es deudor.
Tres mil ducados.

DON JUAN.

Yo quiero
Pagar por él. Estas joyas,
Que entre lo demas que pierdo
Saqué del mar, bien los valen.

MERCADER 1.°

Y yo quedo satisfecho,
Y le haré alzar las censuras.

DON JUAN.

El beneficio agradezco.

BONETE. (*Ap.*)

¿Qué es lo que ha hecho mi amo?
Las joyas da por un muerto,
¡Y no da racion á un vivo!

TIBALDO.

Desde hoy soy esclavo vuestro
Por el mayor beneficio
Que cupo en cristiano pecho.

BONETE.

¡Que un difunto socarron
Se lleve nuestros dineros!—
Entréguéselos á él, (*Al mercader.*)
Y seré su camarero.

MERCADER 1.°

Ya él no los ha menester,
Y á mí me harán mas provecho. (*Vase*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, TIBALDO, BONETE; LIDORO, *muerto.*

DON JUAN.

Yo he pagado una memoria.

BONETE.

Yo pago un entendimiento;
Mas le pago de vacío,
Pues que te vengo sirviendo.

DON JUAN.

Lidoro, pues yo pagué
Por tí, ya estás obligado,
Pues el recibo has firmado
En el papel de mi fe.
Logro conocido fué;
Mas fué sin engaño el trato,
Pues en nuestro fiel contrato
Sé por lo ménos que estás
Adonde pagar podrás
Sin los resabios de ingrato.

Dos veces muerto (¡qué esquivo
Dolor!) estabas aquí;
Mas ya advierto que por mí,
Estando muerto, estás vivo.
El sepulcro te apercibo
Con que mas te he de obligar;
Pues si llego á granjear
Tu favor, he de tener
Una vida que perder,
Pero otra que asegurar.

BONETE.

¿No tratarémos de ir
Adonde nos enjuguemos?

DON JUAN.

Sí, Bonete, sígueme;
Porque ya va anocheciendo.

BONETE.

Aun esto estará mejor,
Porque vendrá por lo ménos
La ronda de los demonios,
Y cargará con el muerto.

DON JUAN.

Vén; que le quiero llevar
Hasta el mas cercano pueblo,
Porque le dén sepultura.

TIBALDO.

Si tanto bien os merezco,
Dejad, señor, que os ayude.

DON JUAN.

Yo solo llevarle intento;
Que es muy flaca la piedad
Que parte el merecimiento.

TIBALDO.

Ejemplo seréis al mundo
De tan dichoso suceso.
(Lleva Don Juan el cadáver en brazos, y vanse.)

—

Salon en un palacio de Lóndres.

ESCENA IX.

CLARINDA, ROSAURA.

ROSAURA.

Admiro en tu entendimiento
La injusta melancolía.

CLARINDA.

¿Injusta llamas la mia,
Cuando el aborrecimiento
Sabes que siempre he tenido
A Roberto, y que me ofende
Cuando mi mano pretende?

ROSAURA.

Del reino llamado ha sido
Por excusar disensiones,
Pues sois en derecho iguales.

CLARINDA.

De Roberto los parciales
Causan las alteraciones
Que en Ingalaterra veo:
Su reina nací, y no es bien
Que á mi disgusto me dén
Esposo que no deseo;
Que le he cobrado aversion
Por su cruel natural;
Y ni el derecho es igual,
Y es mia la posesion:
Y aunque la mire arriesgada,
No me tengo de casar
Con quien llegue á imaginar
Que pude hacerlo forzada.

ESCENA X.

FLORA. — CLARINDA, ROSAURA.

FLORA.

Señora, nueva ha venido
Que el Príncipe se anegó
En el mar.

CLARINDA.

Para que yo
Cobre el sosiego perdido.
No te admire mi contento,
Rosaura, en esta ocasion,
Pues salgo de la aprension
De un forzado casamiento.
Y no porque haya tenido
Deseo yo de su muerte;
Mas ya que esta fué su suerte,
Me huelgo de que haya sido.

ROSAURA.

Ya del Príncipe se infiere
Que á obligarte se apercibe,
Pues si ofende cuando vive,
Ya te obliga cuando muere.

ESCENA XI.

ARNESTO. — DICHAS.

ARNESTO.

Señora, el Príncipe...

CLARINDA.

Ya
Noticia he tenido: sea
General el sentimiento,
Y con la regia grandeza
Que Lóndres siempre acostumbra,
Le traed.

ARNESTO.

Tu Alteza advierta
Que ya ha llegado á palacio.

CLARINDA.

Pues labre el cincel en piedra,
Ostente el buril en bronce
Su real sepulcro, y vea
En su funeral el mundo,
Cuando esta desdicha sepa,
De la suerte que á sus reyes
Sabe honrar Ingalaterra.

ARNESTO.

Admiracion me ha causado
Ver que este engaño padezcas.
Vivo está, y entre el aplauso
De la ilustre y la plebeya
Aclamacion de tu corte,
Entra en palacio.

CLARINDA. *(Ap.)*

¡Qué cierta
Es la opinion del que dijo
Que sola la dicha llega
Al que nació desdichado,
Porque sienta mas perderla!
Mi engañada confianza
Fué flor que en su edad primera,
Del cierzo al violento impulso
Ajó su muda belleza.

ROSAURA. *(Ap.)*

Mucho su venida siente.

ARNESTO.

Mira que el Príncipe llega.

FLORA. *(Ap.)*

Corrida estoy de haber dado
La primer nueva á la Reina.

ARNESTO.

Ya viene entrando en tu cuarto.

CLARINDA. *(Ap.)*

Mal el corazon se alienta.

ESCENA XII.

ROBERTO. — DICHOS.

ROBERTO.

Del llegar á vuestros piés
Sin la prevencion que intentan
Hombres como yo, señora,
Cuando á ser dichosos llegan,
Fué la causa mi naufragio.

CLARINDA.

Bien excusarlo pudierais,
Príncipe de Irlanda, pues
Nada puede haber que os mueva
A dejar las tierras propias
Para venir á la ajena,
Sin haber sido llamado
De mí, que nací su reina,
Sin que puedan impedirlo
Traidoras estratagemas.

ROBERTO.

Nunca por ajeno tuve
El reino de Ingalaterra,
Pues que sabeis que el derecho
Tan igual en los dos queda,
Que porque parcialidades
No causen civiles guerras,
Lo que ha sido gusto en mí,
Puede en vos ser conveniencia.
Si bien no vengo fiado
En esperanzas inciertas;
Que ya vuestro enojo dice
Que si las truje, las pierda;
Que la causa de venir
Con tal prisa á Ingalaterra
Fué el haber sido llamado
De quien por vos la gobierna,
Con nombre de vuestro esposo,
Sin que para mi defensa
De mas armas me valiese
Que el derecho que confiesa
El reino de parte mia,
Y el mundo todo.

CLARINDA.

No niegan
La razon jamas las leyes.
Sí la teneis; pero entienda
Vuestra Alteza que la mia
Es fuerza que la defienda,
No solo en los tribunales,
Sino saliendo yo mesma
A tremolar en campaña
Las rosas de Ingalaterra,
Y en el mar del Albion,
Que ya de mi nombre tiembla,
Sobre su desnuda espalda
Pondrá mi valor mas velas
Que peces su centro habitan,
Contra quien negar intenta
Que del Rey mi padre soy
La legítima heredera,
Sin precepto que me obligue
A que me case por fuerza.

ROSAURA.

Príncipes, no ocasioneis
Que algun alboroto pueda
Introducir en el reino
Civiles inobediencias.
El pueblo ocupa el palacio,
Por ventura con inquieta
Intencion escandalosa,
En que mil daños se arriesgan,
Pues ya de encontradas voces
La esfera del aire pueblan,
Diciendo en una voz...

ESCENA XIII.

GENTE, *dentro*. — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva
Roberto, que el reino hereda!

CLARINDA.

¡Qué escucho!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Clarinda,
Nuestra legítima reina!

ARNESTO.

Alterado el pueblo dice
Que, excusando controversias
Forzosas, le dé la mano
Al Príncipe vuestra Alteza;
Mas dicen los que se oponen,
Que no es justo que á su reina
La obligue nadie en el mundo
A que se case por fuerza.
Y si el daño que amenaza,
Y si el fuego que comienza
A encenderse á los principios,
No le ataja la prudencia,
Saliendo en público, temo
Que desta viva centella
Se enciendan civiles llamas,
Que cuando apagarse quieran,
Para su voracidad
No baste industria ni fuerza.

ROBERTO.

Señora, en esta ocasion
La mas cuerda diligencia
Es no aguardar á que el daño
Mas con la tardanza crezca.
No ocasionemos al vulgo
A que la vergüenza pierda;
Que es gran materia de estado
Conservarle la vergüenza.
Yo sosegaré la furia
Por la parte que la ostenta
En mi favor, aclamando
Mi nombre; vos de la vuestra
Haréis que cese el motin,
Pues será vuestra presencia
Iris de paz que serene
Tan peligrosa tormenta.
Discurramos la ciudad
Los dos.

CLARINDA.

El consejo acepta
Por ahora la ocasion.—
Publica un bando, que, pena
(*Á Arnesto.*)
De la vida, nadie saque
La espada.

ARNESTO.

Como lo ordenas
Lo haré. (*Vase.*)

CLARINDA. (*Ap.*)

Roberto ocasiona,
Para que mas le aborrezca,
Este comun alboroto.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Oh si obligarla pudiera!

CLARINDA. (*Ap.*)

El concepto que ya tengo
De su crueldad y soberbia,
A aborrecerle me inclina.

ROBERTO. (*Ap.*)

Conquiste amor, no la fuerza.

CLARINDA. (*Ap.*)

No es amor el que le obliga;
La ambicion su pecho alienta.

ROBERTO. (*Ap.*)

El dueño es de mi albedrío,
Clarinda en mi pecho reina.

CLARINDA. (*Ap.*)

No será suya mi mano,
Si dos mil reinos perdiera...

ROBERTO. (*Ap.*)

Cuando su desden me irrita,
Me reporta su belleza.

CLARINDA. (*Ap.*)

Que no ha de rendirse un alma
A la tirana violencia,
Teniendo su imperio libre
Sobre ese globo de estrellas.
(*Vanse.*)

—

Una plaza de Lóndres.

ESCENA XIV.

BONETE.

¿Qué es de mi amo? Esta ha sido
La primer vez que he dejado
Desde que nací, su lado.
¿Si á palacio habrá venido?
Dónde pueda hallarle, dudo.
Juntos en Lóndres entramos,
Y hasta su plaza llegamos:
Pues ¿quién apartarnos pudo?
—La hambre.— ¿Quién respondió?
¿Si en el estómago hay eco,
Despues que le tengo hueco,
Y la duda resolvió?
Hételе por dó viene
Mi Juan Redondo,
Y seré yo con hambre
Largo y angosto.

ESCENA XV.

DON JUAN.— TIBALDO.

DON JUAN.

Bonete, ¿dónde quedaste?

BONETE.

Al olor de una hostería
Te perdió la hambre mia
Cuando á la plaza llegaste.

DON JUAN.

Tibaldo no me dejara,
Porque es mas reconocido.

TIBALDO.

Muy ingrato hubiera sido
Si al beneficio faltara:
Y miéntras vivas, señor,
Para muestras de mi fe,
En tu servicio estaré,
Con que templaré el dolor;
Pues si á mi padre perdí
En fortuna tan cruel,
Hoy vengo á cobrar por él
Dueño que me ampare, en tí.

BONETE.

¿Qué bolsa hay que te socorra
Para que el convite acete?
¿No tiene para un bonete,
Y ha de haber para una gorra?

DON JUAN.

A nadie ha faltado, si
Del cielo la confianza
Humano favor alcanza.
El se acordará de mí.

BONETE.

Cualquier cristiano lo apoya;
Pero entre tanto que acuda
A socorrernos, en duda
No fuera mala una joya,
Porque ellas fueran bastantes
Para lograr tu intencion.
Sin duda la excomunion
Era de participantes,
Pues que no ha quedado nada
Que absuelva la hambre mia.
(*Dentro ruido.*)

DON JUAN.

El alboroto porfía
De la plebe, que alterada
Toda, en bandos dividida,
Su rey á Roberto llama
Y á voces su nombre aclama,
Aunque á su reina apellida
Gran parte de la ciudad.

TIBALDO.

Clarinda en extremo siente
Que el reino casarla intente
Forzando su voluntad,
Porque Clarinda aborrece
A su primo, y con razon;
Que es fiera su condicion.

BONETE.

Grande socarron parece.

DON JUAN.

Desde que me has referido
Lo que con tu padre usó
Cuando en tal trance le vió,
Tambien yo le he aborrecido.
Y á no estar desta manera,
Solo por esta razon,
La dudosa posesion
De la Reina defendiera:
Demas, que por ser mujer,
Era obligacion forzosa.

BONETE.

Sí; pero ahora no hay cosa
Como tratar de comer;
Que puede nuestra saliva
Sacar manchas.

DON JUAN.

Ya es mayor
De los bandos el rumor.

ESCENA XVI.

GENTE Y ARNESTO, *dentro*. — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva nuestra reina, viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el príncipe Roberto!

ARNESTO. (*Dentro.*)

Villanos, solo Clarinda
Es reina de Ingalaterra.

DON JUAN.

A un hombre dar solicitan
La muerte tropel confuso
De espadas.

BONETE.

¿Qué determinas?

DON JUAN.

Darle favor, aunque arriesgue
En su defensa la vida.

BONETE.

Mayor locura es aquesa
Que dar las joyas.

DON JUAN.

Desvía.

BONETE.

Ya metido en la pendencia,
Pues que la busca, la riña.
(*Sale Arnesto defendiéndose de unos que le persiguen, y Don Juan se pone á su lado.*)

DON JUAN.

Caballero, á vuestro lado
Me teneis.

UNO.

Eso le libra.
La Reina ha llegado: vamos;
Que nuestras vidas peligran
Por el bando.

(*Vase la gente.*)

ARNESTO.

Por él tengo
Tambien pena de la vida.
Caballero, perdonad
Que esa heróica bizarría
No agradezca con palabras,
Porque el recelo me obliga,
Aunque defiendo á mi reina,
A ausentarme; que es precisa
Mi muerte, si aquí me hallan.
Yo os buscaré. (*Vase.*)

BONETE.

¡Brava vida!

DON JUAN.

Pues entre Príncipe y Reina,
He de seguir la justicia
De quien...

ESCENA XVII.

CLARINDA, ROBERTO, SOLDADOS. — DON JUAN, TIBALDO, BONETE.

CLARINDA.

Prended á ese hombre,
Que su delito acredita
Con las voces del acero.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Hay suerte como la mia!

ROBERTO.

No permita vuestra Alteza,
Pues á castigar se obliga
Con el ejemplo, su yerro.

CLARINDA.

Roberto, no necesita
Mi justicia de advertencias.

DON JUAN.

Señora..

CLARINDA.

Nada me digas.
Un bando es pública ley;
Que la voz del Rey lo afirma.

DON JUAN.

Príncipe, si en el bajel,
Que lo perdió mi desdicha,
Os vine sirviendo...

ROBERTO.

Yo
No es bien que á la Reina pida
Lo que no ha de conceder,
Ni es razon que yo permita
Que quien fomenta un motin,
Aunque en mi favor sería,
Se quede sin el castigo,
Para que de ejemplo sirva;
Porque no me obliga á mí
Quien á vos os desobliga.

DON JUAN.

Señora, advertid...

CLARINDA.

Llevadle.

DON JUAN.

Que yo...

CLARINDA.

En vano solicitas
Mi piedad.

DON JUAN.

Que la intencion...

CLARINDA.

Ya la tengo conocida.

DON JUAN.

De sacar la espada...

CLARINDA.

Basta.

DON JUAN.

Fué en tu favor.

CLARINDA.

Mal podias,
A quien aclamas que muera,
Estar deseando que viva.

ROBERTO.

Prended á esos dos criados.

BONETE. (*Ap.*)

¿Que viniese de Galicia
A esto un hombre?

TIBALDO. (*Ap.*)

Su desgracia
Siento mas que mi desdicha.

CLARINDA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¡que mi libertad
No pueda llamarse mia!

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Oh si obligarla pudieran
Mis afectos á Clarinda!
Mas ¿qué importa su rigor...

CLARINDA. (*Ap.*)

Mas ¿qué temo su porfía...

ROBERTO. (*Ap.*)

Si está de mi parte el reino?

CLARINDA. (*Ap.*)

Si aquesta corona es mia?

ROBERTO.

Guarde Dios á vuestra Alteza.

CLARINDA.

El cielo guarde tu vida.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ah suerte siempre cruel!

CLARINDA. (*Ap.*)

¡Ah estrella siempre enemiga!

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Ah fortuna siempre avara!

BONETE. (*Ap.*)

¡Ah temor hácia las tripas!
Presos y sin blanca vamos,
Y ahora veré...

DON JUAN.

¿Qué imaginas?

BONETE.

Lo que en la prision te valen
Mohatras de la otra vida.

JORNADA SEGUNDA.

(DE DON FRACISCO DE ROJAS.)

Cárcel en Lóndres.

ESCENA PRIMERA.

TIBALDO Y BONETE, *atados.*

TIBALDO.

¡Cielos! ¡que yo venga atado
A un lacayo mal nacido!

BONETE.

¡Cómo no se ha conocido,
Hijo de un descomulgado?

TIBALDO.

¡Yo con un bufon! Reniego
De quien tan infeliz es.

BONETE.

¡Yo al olor de un irlandes!

TIBALDO.

¡Y yo al olor de un gallego!

BONETE.

Gallego; mas no me pesa.

TIBALDO.

Irlandes, yo lo pregono.

BONETE.

Pues ¿cómo me habla con tono,
Hijo de aquella irlandesa,
La que no se daba manos
A parir niños asaz,
La que en seis partos no mas
Te dió treinta y seis hermanos?

TIBALDO.

Y di, por obras piadosas,
¿No le dieron disciplina
A tu madre?

BONETE.

Era sanguina,
Y ordenáronla ventosas.
Pero mira no me emperre
Y me obligue á que te dé...
—Ya no te mato...

TIBALDO.

¿Por qué?

BONETE.

Porque mi amo no te entierre.

. . . .

TIBALDO.

Por truhan le estoy sufriendo.

ESCENA II.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

¿Siempre habeis de andar riñendo?

BONETE.

¿Qué quieres, si me han atado
A un hijo de un muertecillo?

TIBALDO.

¿Mas que tengo de pegarte?

BONETE.

¿Mas que tengo de enviarte
Con tu padre, Tibaldillo,
Si no te ahorcan primero?

DON JUAN.

Bonete, ¿heme de enojar?

BONETE.

¿Quiérenos usted dejar,
Ya que es un sepulturero?

DON JUAN.

Ese es mi mayor blason;
Que un amigo tengo allá.

BONETE.

Más le quisiera yo acá.

DON JUAN.

No lo fundas en razon.
Lo primero que te digo
Es, si esta opinion te llama,
Que en teniendo hermosa dama,
No tendrás seguro amigo.
Si un amigo en baja suerte
Viste, y se ve con poder,
Te llegará á aborrecer,
Hasta desear tu muerte.

Tu enemigo dirá que es
Al que en sus adversidades
Le hiciste dos amistades,
Porque no le hiciste tres.
Si á algun amigo has fiado
Un secreto, lo dirá;
Y si lo calla, te hará
Cargo de que lo ha callado.
No tendrás amigo fiel
Si no hay de interes resquicio,
Y quien te haga un beneficio
Querrá comprarte con él.
Luego, si aquesto es así,
Más puesto en razon está
Tener un amigo allá,
Que muchos destos aquí.

BONETE.

No sé mas de que te han puesto
Tus cosas en este estado;
Pues por solo haber librado
De sus contrarios á Arnesto,
Temiendo estoy cada instante
Que nos vienen á decir
Que presto hemos de salir
De la cárcel, Dios delante.
Y por Dios, que lo merece
Quien hizo locura igual.
Y mira Arnesto, ¡qué tal
El beneficio agradece!
Solo una vez ha venido
A verte, cuando por él
Estás así.

TIBALDO.

¡Qué cruel,
Señor, ha sido contigo!

BONETE.

¿Que por aclamarla tú
A Clarinda (aquí me enfado),
Con prenderte te ha pagado?
Ofrézcola á Bercebú.

DON JUAN.

Que no la culpes quisiera
De que paga mal mi fe;
Que ya me pagó.

BONETE.

¿Con qué?

DON JUAN.

Con dejarme que la viera.

BONETE.

¡Jesus, qué notable exceso!
¿Enamorado? ¡Eso mas!
¡Y sin blanca! ¡Bueno estás!

DON JUAN.

Esa verdad te confieso.

TIBALDO.

Por ti pregunta al alcaide
Un hombre.

DON JUAN.

Parece Arnesto.

BONETE.

Arnesto es, que trae sin duda
El perdon.

ESCENA III.

ARNESTO. — DICHOS.

DON JUAN.

Señor Arnesto...

ARNESTO.

Señor Don Juan, una nueva
Os traigo.

DON JUAN.

Si á vos os tengo
Tan de mi parte, ¿quién duda
Que tiene por vos efecto
Mi libertad?

ARNESTO.

Que serviros
Quisiera, sábelo el cielo,
Y que lo he solicitado.

DON JUAN.

Pues yo ¿cómo dudar puedo
De vos tan justa fineza?
Siendo noble vuestro pecho,
Claro está que seréis vos
El que, por mí intercediendo,
Habréis contado á la Reina
Que indigné el valiente acero
A vuestro lado en defensa
De su libertad.

ARNESTO.

Con eso
No os excusaba la culpa;
Y de mas á mas, es cierto
Que os criaba un enemigo
En el príncipe Roberto,
Que era fuerza daros muerte.

DON JUAN.

Pues no me tengais suspenso.
¿Qué nueva es la que decis?

ARNESTO.

Es que la Reina, creyendo
Que vos la espada sacasteis
Por el príncipe Roberto,
A muerte os ha condenado
Conforme al bando.

BONETE.

¡San Telmo!
Señor Don Juan, ¿qué decis?
¿Estamos ahora buenos?

DON JUAN.

¡Arnesto, Arnesto! ¿la Reina?

ARNESTO.

Vuestras voces sin aliento...
Sin color vuestro semblante...

DON JUAN.

No penseis, señor Arnesto,
Que aquestos efectos causa
De mi muerte el sentimiento.

ARNESTO.

Pues ¿qué fué?

DON JUAN.

Que el corazon
Se corre de verse á un tiempo
Herido de una desdicha,
Y amagado de un contento.
Pero vos ¿qué me debeis?

ARNESTO.

La vida diré que os debo,
Desde el dia que indignados
Darme la muerte quisieron
De Roberto los parciales,
Pues atrevido y resuelto,
Para defender la mia,
Pusisteis la vuestra á riesgo.

DON JUAN.

Y tambien os di...

ARNESTO.

Tambien
Me disteis lugar huyendo
De que no se averiguase
Mi culpa: yo os lo confieso.

DON JUAN.

Pues ¿cómo á quien dí la vida
Me trae la muerte? ¿Es bien hecho?
Mas porque veais que soy
Piedra que sufro, no siento,
Para derramar mi sangre,
Que afileis en mí el acero.
Que seais ingrato amigo,
Uso es, aunque no le apruebo;
Pero doble, de manera
Que vengais á ser vos mesmo
El que á ejecutarla venga,
Es crueldad que apénas creo,
Pues bastaba usar lo ingrato,
Sin estrenar lo sangriento.

ARNESTO.

Yo no he podido excusarlo,
Porque la Reina...

DON JUAN.

Yo vengo
En que la Reina os mandase
Esta crueldad; mas sabiendo
Vos que no intenté su agravio,
Recíprocamente atento,
Pues pongo yo la inocencia,
¿No pusierais vos el riesgo?

ARNESTO.

¿No veis que si os disculpara,
Me culpo á mí?

DON JUAN.

Pues ¿no hay medios,
Sin riesgo de vuestra parte,
Cuando en vos pudiera haberlo,
Para interceder por mí?

ARNESTO.

Sois infeliz, no me atrevo.
Aquel que está agonizando
En las espumas del mar,
Suele al que le va á ayudar
Llevarse tras sí arrastrando.
A pique os vais, fluctuando,
Borrascoso el mar teneis,
Y puede ser, si quereis
Que nos libremos los dos,
Que yo no os ayude á vos,
Y vos tras vos me lleveis.

DON JUAN.

Pero el que en la orilla está,
Si justa piedad le llama,
Un brazo afirma á una rama,
Y otro al que se anega da.
Si de vuestra parte está
La Reina, el temor villano
Podeis dejar, pues en vano
Es quereros disculpar;
Que teniendo en qué afirmar,
Bien podeis darme la mano.

ARNESTO.

Don Juan, no puedo ayudaros.

DON JUAN.

¿Por qué?

ARNESTO.

Porque no deseo
Que mis oidos y mis ojos
Vivan con el contrapeso
Del estar mirando siempre
Y á todas horas oyendo
A quien hace un beneficio,
Jactándose de haberle hecho.

DON JUAN.

Pues agradecedle vos
A quien le hace, y con esto
Vendréis á haber hecho mas.

ARNESTO.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque en estos tiempos,
Más que hacer el beneficio,
Es saber agradecerlo.

ARNESTO.

Pues porque ninguno haga
Mas que vos (con esto os dejo)
He de hacer que sea mayor

Ese beneficio mesmo
De aquí adelante.

DON JUAN.

¿Pues cómo,
Si es el mayor que hacer puedo?

ARNESTO.

Dejándome ser ingrato
Será mayor el que os debo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, TIBALDO, BONETE.

BONETE.

¡Bien habemos negociado!
¿Estamos ahora buenos?
Los diablos lleven el alma
Del difunto.

TIBALDO.

Pues de aquesto,
¿Qué culpa tiene mi padre?

BONETE.

Toda, pues por él nos vemos
En esta ocasion sin joyas.

TIBALDO.

Pues ya en este estado, necio,
¿De qué habian de servir?

BONETE.

Tibaldillo, tú eres lego.
En toda mi vida vi
Degollado con dineros.

DON JUAN.

¡Que el intentar defenderla
Castigue la Reina, cielos!

BONETE.

¡Oh Reina, mesa en figon,
Poca carne y mucho hueso!

ESCENA V.

EL ALCAIDE. — DICHOS.

ALCAIDE.

Bonete...

BONETE.

Señor Alcaide...

ALCAIDE.

Buenas albricias espero
De la nueva que he de daros.

BONETE.

(*Ap.* Desta vez libre me veo.)
Dígame apriesa la nueva.

ALCAIDE.

Que la Reina, ya sabiendo
De cierto que no teneis
Culpa alguna...

BONETE.

No la tengo:
Y ha andado muy bien la Reina.

ALCAIDE.

Mas que en cualquiera suceso
Haber seguido á Don Juan...

BONETE.

De aqueso mismo me precio.

ALCAIDE.

Manda que os saquen...

BONETE.

Y es justo.

ALCAIDE.

De la cárcel...

BONETE.

Volaverunt.

ALCAIDE.

A empalar.

BONETE.

¿A qué, señor?

ALCAIDE.

A empalar.

BONETE.

Pues ¿para eso
Me pide albricias?

ALCAIDE.

¿Pues no,
Si hoy moriréis por lo ménos
Como criado leal
Al lado de vuestro dueño?—
Vos tambien os prevenid.
(*A Tibaldo, y vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, TIBALDO, BONETE.

TIBALDO.

¡Oh cuánto esta muerte aprecio,
Porque pueda con la vida
Pagar á quien se la debo!

BONETE.

Amigo Tibaldo, en todo
Mi linaje no me acuerdo
Que haya habido un empalado.
Tú, que eres de aqueste reino
Natural, ¿no me dirás
Cómo empalan?

TIBALDO.

Lo primero,
Le atan con unos cordeles,
De piés y manos, y luego
Traen un palo puntiagudo
Y algo esquinado...

BONETE.

¡San Diegó!

TIBALDO.

Métensele al delincuente
Por detras...

BONETE.

¡San Nicodémus!

TIBALDO.

Cala es que le han de echar.

BONETE.

Despues y ahora lo siento.

TIBALDO.

Va hilando el palo las tripas...

BONETE.

Y saldrá amarillo el cerro.

TIBALDO.

Llega luego á la cabeza...

BONETE.

Haráme perder el seso,
Si allá llega.

TIBALDO.

Y poco á poco
Se asa al sol, y va vertiendo
Por todas las coyunturas,
El tal empalado...

BONETE.

¡Seho!

DON JUAN.

Bonete, ¿no callarás
Un rato?

BONETE.

Señor, no puedo:
Basta lo que he de callar
Despues.

DON JUAN.

¡Ah, cuánto me huelgo
De ir á ver tantos amigos
Como en la otra vida tengo!

BONETE.

Pues vé: ya estarán podridos
De esperar.

DON JUAN.

¿Ves como es bueno
Haber fiado el caudal
A aquellos que se partieron
A mejor patria? Pues hoy
Doblar el caudal es cierto.

BONETE.

¿No era mejor enviar
Un ejecutor á esos,
Con cuatrocientos responsos
De salarios, que ponernos
En un viaje tan largo
Sin un real?

TIBALDO.

Yo á lo ménos
Contento muero á tu lado.

DON JUAN.

Tibaldo amigo, muy presto
Hemos de ver á tu padre.

TIBALDO.

Que te ha de pagar espero
El socorro que le hiciste.

DON JUAN.

Esta muerte que padezco,
La doy por bien empleada,
Por haber llegado á tiempo
Que aquel sufragio le hiciera.
Y si otra vez...— Mas ¿qué es esto?
(*Llaman dentro.*)
¿Llamaron?

BONETE.

¡El confesor!
Abre, Tibaldo.

TIBALDO.

No puedo.

BONETE.

¡El verdugo!

DON JUAN.

¡Estás en ti!

BONETE. (*Á Tibaldo.*)

No tires.

DON JUAN.

Acaba, necio.

BONETE.

¡Los Cristos de la parroquia!

DON JUAN.

¿Quién llama con tanto estruendo
Á aquestas horas?
(*Apágase la luz.*)

ESCENA VII.

EL DIFUNTO LIDORO. — DICHOS.

LIDORO.

Yo soy.

DON JUAN.

El aire la luz ha muerto.

TIBALDO.

Esta es la voz de mi padre.

BONETE.

Muchacho, ¿has perdido el seso?

TIBALDO.

¡Padre mio!

BONETE.

Hijo de puta,
No tires tanto.

TIBALDO.

Si quiero.

DON JUAN.

¿Quién sois?

LIDORO.

El mayor amigo
Que teneis.

TIBALDO.

¡El es! ¿Qué espero?

DON JUAN.

Aguardad, y encenderé
Aquesta luz.

LIDORO.

Detenéos.

TIBALDO.

Déjame llegar, Bonete.

BONETE.

No llegarás, si yo puedo.

DON JUAN.

Tráeme una luz, Bonete.
(*Tirando de la cadena, llévase Bonete por fuerza á Tibaldo.*)

ESCENA VIII.

LIDORO, DON JUAN.

LIDORO.

Esperad, Don Juan, tenéos;
Que ya os he dicho que soy
El mayor amigo vuestro,
Que solo viene á ayudaros.

DON JUAN.

En Lóndres, fuera de Arnesto,
No sé que pueda ninguno
Decir que lo es. (*Ap.* ¿Si es Roberto?)

LIDORO.

¿No os acordais de que os deba
Otro amigo, sin Arnesto,
Una amistad, la mayor?
Miradlo bien.

DON JUAN.

No me acuerdo.

LIDORO.

Pues ya que vos olvidais
El bien que haceis, y estoy viendo
Que hicisteis el beneficio
Solamente por hacerlo,
Yo que cada instante estoy
Recibiéndole de nuevo,
Vengo á ser agradecido.

DON JUAN.

Y vos seréis el primero
Que lo haya sido conmigo.
Mas que me digais os ruego
Qué amistad es la que os pude
Hacer.

LIDORO.

A tan alto puesto
Llegué por vos, que ser mas
De aquello que soy, no puedo.
Mi esperanza ya no puede
Llegar á mas, ya no tengo
Deseo de conseguir
Mejor lugar ni mas premio;
Que donde llegué se acaban
Esperanzas y deseos.

DON JUAN.

Si mas señas no me dais,
Ménos ahora os entiendo.
¿No sabré quién sois?

LIDORO.

Ahora
No es posible; mas muy presto
Lo sabréis: y ofrezco mas:
Que en este y en cualquier riesgo
En que estéis, he de libraros,
Porque para todo tengo
Permision de quien teneis
Muy obligado.

DON JUAN.

(*Ap.* Roberto
Sin duda quiere librarme
De la prision, presumiendo
Que yo su faccion seguia.)
Pues ¿en qué obligado tengo
Al que esta permision da?

LIDORO.

Decíroslo ahora quiero.
Este Príncipe, que hoy
Con tal liberalidad
Quiere daros libertad,
De quien su valido soy,
Como yo en su gracia estoy,
Me dijo: «A tu amigo di
Que de lo que hizo por tí
Me he dado por satisfecho,
Pues lo que por tí se ha hecho,
Tambien lo ha hecho por mí.»

DON JUAN.

Gran príncipe será aquel
Que por uno premia á dos.

LIDORO.

Yo privé con él por vos,
Y hoy privais por mí con él.

DON JUAN.

Seré vuestro amigo fiel.

LIDORO.

Que os mostreis agradecido
Á aqueste Príncipe os pido.

DON JUAN.

Servirle mi lealtad piensa.

LIDORO.

Con solo no hacerle ofensa
Se dará por bien servido.
Libre la salida está:
Llevãos, aunque aprisionados,
Con vos esos dos criados;
Que nadie os lo impedirá.

DON JUAN.

¿Dónde el Príncipe estará
Que vida me quiere dar,
Para que pueda pagar
Lo que ha hecho por los dos?

LIDORO.

Adonde quiera que vos
Le busqueis, le habeis de hallar.

DON JUAN.

¿Y está en Lóndres?

LIDORO.

Don Juan, sí.
Lóndres y el mundo le adora.

DON JUAN.

¿Y por vos decis que ahora
Me da libertad?

LIDORO.

Por mí.

DON JUAN.

Pues si á verle me llevais,
Por vos la espero tener.

LIDORO.

Ya no me habréis menester
El dia que le veais.

DON JUAN.

Siempre vuestro amigo soy.

LIDORO.

No os detengais mas; que es tarde.
El cielo, Don Juan, os guarde.

DON JUAN.

Id con Dios.

LIDORO.

Con él estoy.

DON JUAN.

Y á ese Príncipe diréis
Cuánto quedo agradecido
Al favor que he recibido.

LIDORO.

Más espero que lo estéis;
Y porque podamos...

DON JUAN.

Di.

LIDORO.

Vernos de espacio los dos,
Pedidle que haga por vos
Lo mismo que hizo por mí.
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio de Clarinda.

ESCENA IX.

CLARINDA Y ROSAURA, *por una parte*; ROBERTO Y UN CRIADO, *por otra.*

ROBERTO.

¿Que en su cuarto me esperaba,
Te dijeron?

CLARINDA.

¿Avisaste
Al Príncipe?

CRIADO.

Sí, señor.

ROSAURA.

Y ya le tienes delante.

ROBERTO.

A saber qué me mandais,
Señora, como ordenasteis,
Vengo.

CLARINDA.

Seais bien venido.

ROSAURA. (*Ap.*)

Mal disimula el semblante
La aversion que siempre tuvo. (*Vase.*)

ROBERTO.

Fuera puedes esperarme.
(*Vase el criado.*)

ESCENA X.

CLARINDA, ROBERTO.

CLARINDA.

Yo tengo mucho que hablaros.

ROBERTO.

Pues ya, señora, mandarme
Podeis.

CLARINDA.

Que escucheis os pido.

ROBERTO.

Decid, aunque sean pesares.

CLARINDA.

Digo, señor, que llamado
De descontentos parciales
Desde Irlanda á Ingalaterra,
Ceremonioso ó amante,
A pretender que mi mano...

ROBERTO.

Esperad: vine á casarme
Con vos, y de no querer
Aceptarlo, á coronarme
De Ingalaterra por rey.

CLARINDA.

Y pregunto: ¿sois mi amante
O mi enemigo? ¿Venis
A servirme ó conquistarme?

ROBERTO.

Vuestro amante soy.

CLARINDA.

¿Y es bien
Que esta plaza inexpugnable
De la hermosura querais
Que á fuerza de armas se asalte?
Antes mucho que sitieis
La belleza, es importante
Que la fortificacion
De la voluntad se gane.
En el campo de mi frente
Es primero hacer ataques
Al fuerte, y ganar las medias
Lunas que las cejas hacen.
Mas allá es abrir la mina
Al alma; el amor constante
Es el ingeniero: á ruegos,
A merecimientos se abre.
Hacerle despues llamada
Al alma, para que trate,
Tan rendido, que se obligue
Con lo que se amenazare.
Si no quisiere rendirse
La hermosura al que sitiare,
Ruegue, padezca, suspire,
Y espere hasta que ella llame.
Esto sí que es ser soldado
Del amor: mayor alcance
Da el ruego que la amenaza.
El que con ella es cobarde,
Es quien rinde la belleza.
Por trato puede ganarse:
El oido es desta plaza
El segundo baluarte.
Pero que querais (¡oh pesia
Mi sentimiento!) que pase
El fuego de amor á ser
Fuego de ira penetrante;
Y esta sangre, tambien vuestra,
La que vuestro odio derrame,
No, señor; que aunque es forzoso
Que haga la guerra, quien ame,
A sangre y fuego, no es bien
Que á este fuego haya esta sangre.
Con retiros persuadirme,
Con despegos obligarme,
Es querer á la belleza
Quitar el triunfo, quitarle
A las estrellas su influjo,
Y á los cielos su dictámen.
Y si es vuestro amor no mas
Que á la corona, engañadme:
No me deis celos con ella;
Halagos dicte al semblante;
A la voz mienta finezas.
Ella no puede ajustarse
En vuestras sienes, sin que
Sea mi mano quien la iguale:
Sabed lisonjear la mano
Que os la ha de poner, sin que ántes
Que vos la ajusteis, se os caiga
Sobre los hombros por grande.
¿Engañar una mujer
No sabeis? Pues no hay amante,
Sea el mas fino, que no finja
Aun mucho mas de lo que ame.
Más quiero que me aborrezcan
Sabiendo bien engañarme,
Que sabiendo bien quererme
Que me baldonen y ultrajen.
No hay quien no diga á su dama
Sol, *estrella*, y ella sabe
Que es mentira; pero es
Mentira de muy buen aire.
¿Tanto arriesga vuestra voz
En dos lisonjas vulgares,
Que no le tienen al labio
Mas costa que pronunciarse?
Ea, Príncipe, ea, señor;
Que no es razon...

ROBERTO.

Perdonadme;
Que hasta ahora no sabia
Mi ignorancia, por ser grande,
Que ser lisonjero era
Lo mismo que ser amante.
Fuera desto, es otro rumbo
Por donde quiere guiarse
Mi amor: he dado en pensar
Que os merezco.

CLARINDA.

Linda parte
Es esa para jamas
Conseguirme.

ROBERTO.

¿Y es bien que ande
Quien es príncipe de Irlanda,
Cuidadoso y vigilante
Solicitando desprecios?
¿Qué os importa á vos que trate
De estimarme por quien soy,
Si el dia que yo os alcance,
Confiesa mi estimacion
El logro de vuestras partes?
Si digo que no os merezco,
Vos me aborreceis, y es fácil
Que lo creais: pues, señora,
Yo no pretendo quitarme
Con vos el merecimiento
Por fingidas humildades.
Vuestras mismas conveniencias
Por rey han de coronarme
De Ingalaterra y Escocia,
Pues está tan de mi parte
El reino, ya que con vos
Tan poco mi razon vale.

CLARINDA.

Pues primero que...

ESCENA XI.

ARNESTO. — DICHOS.

ARNESTO.

Señora...

CLARINDA.

¿Qué hay, Arnesto?

ARNESTO.

Vengo á darte
De una novedad aviso.

CLARINDA.

¿Y qué es?

ARNESTO.

Que de la cárcel
El español ha faltado,
Sin que pueda averiguarse
Ni quién le dió libertad
Ni cómo pudo escaparse.

CLARINDA.

Un bando echad, que ninguno
En Lóndres pueda ocultarle,
Pena de perder la vida.

ROBERTO. (*Ap.*)

Sin duda llegó á informarse
La Reina que el español
Siguió su voz...

ARNESTO.

No habrá nadie
Que á darle favor se atreva.

ROBERTO. (*Ap.*)

Y es ella quien por librarle
Ha fingido aquesta fuga.

CLARINDA. (*Ap.*)

Sin duda que ha sido parte
Roberto en su libertad,
Pues por él llegó á empeñarse
El español atrevido.

ROBERTO. (*Ap.*)

Pero yo sabré vengarme
De tan injustos desprecios.

CLARINDA. (*Ap.*)

Disimulemos, pesares.

ESCENA XII.

ROSAURA, *con un cartel*. — CLARINDA, ROBERTO, ARNESTO.

ROSAURA.

Señora, ¿qué haceis aquí?
Que un alboroto notable
Hay en el pueblo.

CLARINDA.

Rosaura,
¿De qué el alboroto nace?

ROSAURA.

De que esta mañana en Lóndres,
En plazas, palacio y calles
Carteles de desafío
Se han hallado; y es tan grande
El alegría del pueblo,
Amigo de novedades,
Que sin que alguno conozca
El dueño, á voces aplaude
La accion.

CLARINDA.

Pues di: ¿qué contiene
El cartel?

ROSAURA.

Dél informarte
Podrás.

CLARINDA.

¿Traes alguno?

ROSAURA.

Sí.

CLARINDA.

Léle pues.

ROBERTO. (*Ap.*)

Penas, dejadme.

ROSAURA.

(*Lee.*) «Don Juan de Castro, príncipe »de Galicia, señor de Sarria y Lémus, »defiende al mundo todo en campaña, »que él solamente merece la hermo»sura de Clarinda, y reta á la gala, »discrecion y valentía de todos los que »defendieren lo contrario.—*Don Juan »de Castro.*»

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué príncipe es este?

CLARINDA.

(*Ap.* ¡Oh si mi dicha tan grande
Fuera, que por este modo
Alivio en mi pena hallase!)
Y ¿no han sabido quién es
Ese gran príncipe?

ROSAURA.

Saben
Al ménos, que haber nacido
Español y de la sangre
De Castro, ya que no sea
Lo mas, es de lo mas grande.
(*Retíranse Arnesto y Rosaura.*)

CLARINDA.

¿Y en qué quedamos, señor
Roberto...

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Que así me ultraje!

CLARINDA.
De nuestra cuestion?
ROBERTO.
En que
Seguiré de aquí adelante
Vuestra opinion. (*Ap.* El fingir
Es fuerza para vengarme.)
CLARINDA.
¿Que ya aprobais mi consejo?
ROBERTO.
Desde hoy he de ver constante
Si mas que las altiveces
Pueden con vos humildades.
CLARINDA.
¿Sabeis lo que pienso?
ROBERTO.
¿Qué?
CLARINDA.
Que el seguir este dictámen
Ahora, no lo hace amor.
ROBERTO.
¿Pues quién?
CLARINDA.
Los celos lo hacen.
ROBERTO.
¿De quién?
CLARINDA.
De Don Juan de Castro.
ROBERTO.
Esos son celos mentales.
Yo no he visto ese Don Juan:
¿Qué sé yo si tiene partes
Para igualarme?
CLARINDA.
Peor es
Que os compita y no os iguale.
Los celos hacen discretos
Y humildes.
ROBERTO.
Mas no cobardes.
Verá el Príncipe en campaña
Quién soy.
CLARINDA. (*Ap.*)
¡Oh si fuera parte
Este español para que
De tu soberbia triunfase!
ROBERTO. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿que dos españoles,
Uno aleve, otro cobarde,
Desta suerte se me opongan?
Quiera el cielo que los halle,
Para que á un tiempo mi enojo
Uno prenda y otro mate.
CLARINDA. (*Ap.*)
Mas aunque me falte todo...
ROBERTO. (*Ap.*)
Mas pues tengo de mi parte
El reino...
CLARINDA. (*Ap.*)
No he de ser suya.
ROBERTO. (*Ap.*)
Por fuerza he de coronarme.
(*Vanse.*)

—

Plaza delante del palacio.

ESCENA XIII.

DON JUAN, BONETE Y TIBALDO, *embozados.*

BONETE.
¡Lindamente ha sucedido!
Sin género de embarazo
Salimos de la prision.
TIBALDO.
Sin duda que fué la mano
Poderosa.
DON JUAN.
Claro está.
BONETE.
Yo lo que mas he estimado
Es el no ser menester
Mandamiento ni escribano;
Que á no ser así, en la cárcel
Estuviéramos un año.
DON JUAN.
¿Por qué?
BONETE.
Porque entre los tres
No teníamos un cuarto.
DON JUAN.
¿Rompiste ya la cadena?
BONETE.
Eso es lo que me ha admirado
Mas que todo; que en mi vida
He visto hierro tan blando.
Pero dime: ¿no sabrémos
A qué vienes á palacio,
Cuando es fuerza que el alcaide
Nos busque?
DON JUAN.
Si nos ha dado
Libertad Roberto, ya
Es fuerza que esté avisado
El Alcaide, pues la puerta
Nos abrió. Seguros vamos:
Demas, que entre tanta gente
Ninguno ha de hacer reparo.
BONETE.
Ese sí que es buen amigo,
Y no aquel muerto endiablado,
Que sin blanca nos dejó.
TIBALDO.
¡Padre mio!
BONETE.
¿Que haya dado
En aqueste tema toda
Esta noche este muchacho?
DON JUAN.
¿Qué tema?
BONETE.
Que ve á su padre.
Pues si dejaran los diablos
Salir á un pobre difunto
A orearse, no tan malo.
DON JUAN.
¿No te he dicho que no gusto
De aquesas gracias?
BONETE.
Ya callo.
Pero ¿qué alboroto es este?
TIBALDO.
Gran concurso se ha juntado
En palacio: ¿qué será?
BONETE.
¿Habrá mas de preguntarlo?

ESCENA XIV.

UN ENMASCARADO, *con un cartel.* — DICHOS.

ENMASCARADO.
Este tengo de poner
A la misma puerta.
DON JUAN.
¡Ah hidalgo!
ENMASCARADO.
¿Qué mandais?
DON JUAN.
En cortesía
Quiero solo suplicaros,
La ocasion deste alboroto
Nos digais.
ENMASCARADO.
Es que ha intentado
Roberto que á su pesar
Le dé Clarinda la mano
De esposa; y esta mañana
Amanecieron fijados
Carteles de un español,
En que desafía á cuantos
Negaren que él solamente
La merece; y sus vasallos
Todos las resoluciones
Deste español celebramos,
Aqueste intento aplaudiendo.
Yo, el mas humilde entre tantos,
Este que hallé, fijar quiero
A las puertas de palacio.
DON JUAN.
¡Raro caso! ¿Y no sabrémos
Aqueste español bizarro
Que decis, cómo se llama?
ENMASCARADO.
Llámase Don Juan de Castro. (*Vase.*)
DON JUAN.
¿Oyes aquesto, Bonete?
BONETE.
Sin duda se levantaron
Estos señores ingleses
Esta mañana borrachos;
Que yo presumo que es gala
En este país.
TIBALDO.
¿Si acaso
Se equivocó?
DON JUAN.
Puede ser;
Mas con todo, sobresalto
Me dió el oirle.

ESCENA XV.

ENMASCARADO 2.°, *con una hacha.* — DON JUAN, BONETE, TIBALDO.

ENMASCARADO 2.°
¡Gran noche!
DON JUAN.
Caballero, aunque de paso,
Decid: ¿qué alegría es esta?
BONETE.
Y perdone usté el enfado.
ENMASCARADO 2.°
Es que hoy cumple nuestra reina
Años, y con un sarao
Esta noche los celebran,
Y aquí es costumbre que cuantos
Quieran entrar, entrar puedan
Con máscaras disfrazados,
En el *bran.*
DON JUAN.
¿Y qué es el *bran?*
ENMASCARADO 2.°
Es una danza que usamos
Los ingleses.
BONETE.
¿Y eso solo
Celebran?
ENMASCARADO 2.°
Pues ¿no está claro,
Si cumple hoy un año mas?

BONETE.

¿Y á que tenga mas un año
Le hacen fiestas á una dama?

ENMASCARADO 2.°

Pues ¿á qué han de ser?

BONETE.

Hermano,
A que tenga un año ménos.

ENMASCARADO 2.°

¡Buena locura!

BONETE.

Y sepamos,
¿Para qué efecto es el hacha,
Si no le disgusta?

ENMASCARADO 2.°

Estamos
Convidados para entrar
En el festin alumbrando,
Yo y otros amigos mios,
A un príncipe que esperamos,
De grande opinion y fama,
Que es un español gallardo,
Que aun no le he visto, y le sirvo.

DON JUAN.

¿Y quién es?

ENMASCARADO 2.°

Don Juan de Castro.
(*Vase.*)

BONETE.

Acabóse.

DON JUAN.

Algun misterio
Se encierra en esto.

TIBALDO.

¿Si acaso
De tu nombre se ha valido
Alguno?

ESCENA XVI.

ENMASCARADO 3.° — DON JUAN, BONETE, TIBALDO.

ENMASCARADO 3.°

Este es, retiráos.—
Dadme, Príncipe, los piés.
(*Híncase de rodillas.*)

BONETE. (*Ap.*)

¿Si andan por aquí los diablos?

DON JUAN.

Caballero, si por otro
Me habeis tenido, engañado
Venis. Levantáos del suelo.

ENMASCARADO 3.°

Con las señas que he de daros,
Veréis que sois á quien busco.
El mismo que fué á libraros,
Es de cuya parte vengo:
Por señas de que ayudaros
Ofreció, siempre que vos
Necesiteis de su amparo.

DON JUAN. (*Ap.*)

Roberto es: mucho le debo.
Pero ¿quién le habrá informado
De quién soy, si en Lóndres nadie
Me conoce?

BONETE. (*Ap.*)

El tiene pacto
Sin duda con el demonio.
¡Ay de mí!

ENMASCARADO 3.°

Y porque al festin
Podais esta noche hallaros,
A que os asista me envia
Con galas y con criados
Que os vistan.

BONETE.

Lóndres se ha vuelto
Pais de Pipiripao.

DON JUAN.

Pues ¿qué al Príncipe le mueve?

ENMASCARADO 3.°

Sobre estar tan obligado,
Es que no tan solamente
Príncipe tan soberano
Quiere daros libertad,
Pero un reino quiere daros.
Ya es hora de que os vistais.

DON JUAN.

Quiero obedecer.

ENMASCARADO 3.°

Al lado
Del Príncipe un grande amigo
Habeis tenido: acordáos
De agradecer sus favores;
Y advertid que un gran trabajo
Os espera para el tiempo
Que parezcais tan ingrato,
Que de Príncipe y amigo
A un tiempo estéis olvidado.

ESCENA XVII.

MÚSICA; CRIADOS, *que visten á* — DON JUAN, TIBALDO, BONETE, EL ENMASCARADO 3.°

MÚSICA.

Ya en aqueste siglo
Amigos y verdad
Del otro mundo vienen;
Que en este no los hay.
El que los buscare,
Si los quiere hallar,
Para conseguirlo,
Tenga caridad.
Que con ella sola
Socorro hallará
De amigos perfectos
En su adversidad.
Porque amigos buenos
En aquesta edad,
Del otro mundo vienen;
Que en este no los hay.

BONETE.

De sastre te has ahorrado.

DON JUAN.

El festin comienza ya.
Véte; que entre los primeros
Puesto pretendo tomar.
(*Vanse.*)

—

Salon regio.

ESCENA XVIII.

Salen CABALLEROS Y DAMAS, *de dos en dos, con sus máscaras, y comienzan el sarao, y métese* DON JUAN *entre ellos;* CLARINDA, ROBERTO, ARNESTO, ROSAURA, MÚSICA.

MÚSICA.

Años cumple el cielo,
Y para imitar
Los cielos, Clarinda
Cumple un año mas.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Si es aquesta que miro y ver no puedo,
Quién me infunde osadías en el miedo?

CLARINDA. (*Ap.*)

¿Quién es este, que al verle me da enojos,
Y sin verle no se hallan bien mis ojos?

MÚSICA.

Los del fénix viva,
Sin que á su beldad
Las hermosas flores
Marchite la edad.

ROBERTO. (*Ap.*)

¿Quién, cielos, será aquel que disfrazado,
Dueño es de mi temor y mi cuidado?

MÚSICA.

El dueño que espera
Tal dicha lograr,
Ufano celebre
Lo que ha de gozar.
(*Cáesele á Roberto la máscara, y conócele Don Juan.*)

ROBERTO. (*Ap.*)

La máscara perdí, cobrarla quiero.

DON JUAN.

(*Ap.* Roberto es: la ocasion lograr espero.)
Roberto, aquí teneis...

CLARINDA. (*Ap.*)

¡Hado enemigo!

ROBERTO.

¿A quién decís?

DON JUAN.

Vuestro mayor amigo,
Que á lograr esta dicha me adelanto.

CLARINDA. (*Ap.*)

Ojos, que cegaréis: no mireis tanto.

ROBERTO.

Decid quién sois; que aun no os he conocido.

DON JUAN.

Don Juan de Castro, vuestro agradecido.
(*Descúbrese y tórnase á poner la máscara.*)

ROBERTO.

(*Ap.* ¡Qué miro!) Arnesto... (*Ap. á él.*)

ARNESTO. (*Ap. á Roberto.*)

¿Cómo extremos haces?
Como que vamos á mudar disfraces,
De la sala salgamos.

ROBERTO.

Norabuena.

ROSAURA. (*Á la Reina.*)

Yo te sabré quién es, no tengas pena.

CLARINDA.

Di: ¿cómo?

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Oh españoles fementidos!

ROSAURA. (*Á la Reina.*)

Como que vamos á mudar vestidos.
(*Tornan á cantar, y éntranse todos, ménos la Reina y Don Juan.*)

ESCENA XIX.

CLARINDA Y DON JUAN, *con máscaras.*

CLARINDA.

(*Ap.* Sola he quedado. ¡Ay de mí!)
Hombre, que para mi mal,
Por impulso que no alcanzo,
Te atreves tras tí á llevar
A mi corazon por hierro,
Tus méritos por iman,
¿Quién eres?

DON JUAN.

Un ciego soy,

Que desde la obscuridad
Salió á la luz de tus ojos,
Para volver á cegar.

CLARINDA.

Descúbrete.

DON JUAN.

No es posible.

CLARINDA.

Pues yo haré que á tu pesar
Lo hagas.

DON JUAN.

¿Cómo ha de ser?

CLARINDA.

De aqueste modo será.
(*Quítase la máscara.*)

DON JUAN.

Estando tú descubierta
Fuera grosería estar
Cubierto. Si has de matarme,
Usa tambien del puñal. (*Descúbrese.*)

CLARINDA.

¡Qué es lo que miro! Pues ¿cómo
Te atreves á profanar,
Cobarde español?...

DON JUAN.

¡Cobarde,
Y me atrevo á conquistar
Tu cielo!

CLARINDA.

¡Tú! ¿De qué suerte?

DON JUAN.

¿No confiesa tu deidad
Mi adoracion?

CLARINDA.

¿Vienes loco?

DON JUAN.

Si te he visto, claro está.

CLARINDA.

¿Quién la libertad te ha dado?

DON JUAN.

¿Pues tengo yo libertad?

CLARINDA.

Déjame, hombre... No me dejes.
Véte. (*Ap.* Pero si te vas,
¿Cómo viviré sin verte?
¡Ah cobarde actividad
De mi fuego! ¿Para qué
Encender y no abrasar?)
Español, ya que te atreves
A mis ojos, ¿no dirás
Cómo á mi mano te puedes
Atrever?

DON JUAN.

Porque en mí hay,
Ya que no méritos, sangre
Para poderte igualar.

CLARINDA.

¿Quién eres?

DON JUAN.

Don Juan de Castro
Es mi nombre.

CLARINDA.

¿Tú serás,
Segun eso, quien defiende
Mi vida y mi libertad?

DON JUAN.

¡Así me pudiera yo
De tus dos soles librar!

CLARINDA.

Del príncipe de Galicia
Serás hijo.

DON JUAN.

Mal podrá
Ya mi amor por tu decoro
Negar aquesa verdad.

CLARINDA.

¿Cómo dejaste tu tierra?

DON JUAN.

Una traidora beldad
Fué la causa.

CLARINDA.

Pues dí, ¿cómo,
Si me quieres obligar,
De otra dama en mi presencia
Te acuerdas?

DON JUAN.

Oye, y sabrás
Que no fué...

CLARINDA.

No he de escucharte.

DON JUAN.

Oye, señora, y verás
Cómo primero que á enojo,
Te has de mover á piedad.

CLARINDA.

¿Tú la espada no sacaste
Contra mí?

DON JUAN.

Engañada estás;
Que fuera ir contra mí.

CLARINDA.

Dí, español, pues ¿no es verdad
Que oí tu voz y vi tu acero?
¿Cómo te disculparás?

DON JUAN.

Tus ojos y tus oidos
Se pudieron engañar.
De todo te informaré.

CLARINDA.

Desde esa reja; que hay
Riesgo en que juntos nos vean.

DON JUAN.

Favoreces mi humildad.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del palacio.

ESCENA XX.

ROBERTO, ARNESTO; DON JUAN, *junto á una reja; despues,* CLARINDA.

ARNESTO. (*Á Roberto.*)

En fin, ¿dices que el que hablaste
Es el español Don Juan,
Que de la cárcel huyó?

ROBERTO.

Y el mismo que en la ciudad
Fijó carteles; mas presto
Con la vida pagará
Su atrevimiento.

ARNESTO.

Yo soy
A quien ya le importa mas
Su muerte.
(*Sale Clarinda á la reja.*)

CLARINDA.

Don Juan, prosigue.

ROBERTO. (*Ap. á Arnesto.*)

Hablando en la reja está
Un hombre.

ARNESTO.

Véte acercando
Por si puedes escuchar.

DON JUAN.

Digo, señora, que soy
De la ilustre casa real
De Castro, hijo de Don Pedro,
De quien en Lóndres habrá
Tanta noticia.

ROBERTO. (*Ap. á Arnesto.*)

Tú puedes,
Que le conoces, llegar.

DON JUAN.

Casó dos veces mi padre:
La primera en Portugal,
Con hija del rey Dionís,
De quien nací.

ARNESTO. (*Ap. á Roberto.*)

Ya tendrás
Venganza; que esta es su voz.

ROBERTO.

Pues vuélvete á asegurar.

DON JUAN.

Casó pues segunda vez
En Castilla, por mi mal,
Con dama cuya belleza
Fué igual á su calidad.

ESCENA XXI.

LIDORO. — DON JUAN, *hablando con* CLARINDA, *á la reja;* ROBERTO y ARNESTO, *acechándolos.*

LIDORO.

¡Don Juan de Castro!

DON JUAN. (*Llégase á Lidoro.*)

¿Quién es?

LIDORO.

La Reina os envia á llamar.

DON JUAN.

Pues ¿cómo puede ser eso,
Si aquí escuchándome está?

ROBERTO. (*Ap.*)

De enojo no estoy en mí.

CLARINDA. (*Ap.*)

¿A qué se pudo apartar
Don Juan? (*Éntrase.*)

ARNESTO.

El es. (*Vase.*)

LIDORO.

De la reja
Se quitó su Alteza ya:
Solamente á vos os toca
Obedecer y callar.

DON JUAN.

Obedezco ya su órden.

LIDORO.

Idos con Dios.
(*Vase Don Juan.*)

ESCENA XXII.

LIDORO; CLARINDA, *que vuelve á salir á la reja;* ROBERTO, *retirado.*

LIDORO. (*Ap.*)

Pues me da
Aquesta licencia el cielo,
Su voz misma he de tomar
Para librar su persona.
(*Llega á la reja y habla á Clarinda.*)
Era pues su calidad,
Como dije á vuestra Alteza,
Solo á su hermosura igual;

Y en fin, ó por mi desdicha,
O ya por la larga edad
De mi padre, mi madrastra
Osó atrevida inclinar
A su afrenta sus deseos,
Y con torpe ceguedad
Al labio fió el secreto
De su amor.

ROBERTO.

Hoy pagarás,
Vil español, tu osadía.
(Llega Roberto, saca la espada Lidoro, y éntranse acuchillando.)

CLARINDA.

¡Soldados, guardas, llegad;
Que dan muerte á vuestra reina!

LIDORO. *(Dentro.)*

¡Príncipe! pues ¿tú me das
La muerte?

ROBERTO. *(Dentro.)*

¡Muere, traidor!

CLARINDA.

¡Cielos! ¿que aquesta crueldad
Permitais?

ROBERTO. *(Dentro.)*

Y con tu muerte
Aun satisfechos no están
Mis agravios.—Presto, ingrata,
(Sale y se dirige á Clarinda.)
Volver pretendo á vengar
Mi injuria: mis irlandeses
A fuego y sangre entrarán
Por tu reino, y de tus sienes
La corona he de quitar.
Hombres, fiéras, peces, aves,
Fuego, tierra, viento, mar,
¡Venganza os pido, venganza! *(Vase.)*

CLARINDA.

¡Piedad os pido, piedad!
Murió el sol, faltó mi dia.
Empiécense á desquiciar
Esos celestiales ejes,
Y su hermosa vecindad.
¡Don Juan de Castro!

ESCENA XXI.

DON JUAN.—CLARINDA, *á la reja.*

DON JUAN.

Señora...

CLARINDA.

¡Qué es esto que viendo están
Mis ojos! Enigma ó sombra,
Vida y muerte, alivio y mal,
Dime, ¿cómo á un mismo tiempo
Estás muerto y vivo estás?

DON JUAN.

Vivo estoy, pues que por tí
He vuelto ya á respirar;
Muerto, porque tú me matas
Con la vida que me das.

CLARINDA.

¿No eres tú con quien Roberto
Reñia?

DON JUAN.

Engañada estás;
Que como á llamarme envias...

CLARINDA.

Yo ¿cuándo te envié á llamar?
Aquí, juraran mis ojos
Que con bárbara crueldad
Te daba muerte Roberto.

DON JUAN.

Un hombre dió en porfiar
Que me llamabas.

CLARINDA.

Pues véte,
Español: mira que está
En gran peligro tu vida.

DON JUAN.

A tus ojos temo mas.

CLARINDA.

Mira que Roberto jura
Que ha de volver á asolar
A fuego y sangre mi reino.

DON JUAN.

Dame tu ayuda, y verás
Como tus ojos y yo
No dejamos en campal
Batalla enemigo vivo,
Yo á herir y ellos á cegar.

CLARINDA.

Pues dime, ¿tendrás valor...

DON JUAN.

Si tengo amor, claro está.

CLARINDA.

Para atreverte á regir
El baston?

DON JUAN.

Si sabes que hay
Sangre de Castro en mis venas,
No solo se atreverá
Mi mano al baston que ofreces,
Pero á tu mano, que es mas.

CLARINDA.

Pues ea, español valiente...

DON JUAN.

Ea, divina beldad...

CLARINDA.

Que si á mi enemigo vences...

DON JUAN.

Que si llego á acaudillar
Tus huestes...

CLARINDA.

Tambien mi mano
Será tuya.

DON JUAN.

Eso es reinar.

CLARINDA.

Hombres...

DON JUAN.

Fieras...

CLARINDA.

Peces...

DON JUAN.

Aves...

CLARINDA.

Fuego...

DON JUAN.

Tierra...

CLARINDA.

Viento...

DON JUAN.

Mar,
¡Venganza os pido, venganza!

LOS DOS.

¡Piedad os pido, piedad!

JORNADA TERCERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Acampamento de Roberto.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, ARNESTO, SOLDADOS.

ROBERTO.

Ya, gallardos irlandeses,
A tal miseria ha llegado
Lóndres, que ya no es victoria
La victoria que esperamos,
Pues de la hambre á los filos
Muriendo desesperados,
Mas segura la tenemos
Miéntras son mas los sitiados.
De vuestra injuria y la mia
Ya satisfacerme aguardo,
Siendo este mísero reino
De Troya un fatal retrato,
Pues sus pálidas cenizas
Sepulcro le están labrando.
Del rayo haced el efecto;
Solo dejad de ser rayos
En perdonar á lo humilde
Por herir á lo mas alto.
Y despues que esta ciudad
Padezca este último asalto,
Despida el postrer suspiro,
Y toda se anegue en llanto,
Sin que el acero reserve
Niños, mujeres ni ancianos,
No quede en toda la isla
Que circunda el mar británo,
Torre, edificio, muralla,
Fortificacion, palacio,
Choza humilde, alegre quinta,
Seco tronco, inútil árbol,
Rubia mies, verde cogollo,
Reliquia, sombra ni amago
De cuanta celebra el mundo
Fertilidad en sus campos.
No las provincias de Europa
Sean hormigas de sus campos;
Mariposas sean del fuego
En que la abrase mi agravio.
No se perdone ninguno:
Esto ordeno, aquesto mando.
(Vanse los soldados.)

ARNESTO.

Ya de tu venganza presto
Llegará el último plazo,
Segun las noticias tengo
De la ciudad.

ROBERTO.

Obligado,
Arnesto, al cuidado tuyo
Estoy, y espero pagarlo,
Pues por mí á Clarinda dejas.

ARNESTO.

Yo por mi rey la he dejado;
Y como yo, todo el reino
Besará, señor, tu mano,
Pues nuestro rey te dejó
Con ella en el mismo grado
De Ingalaterra heredero.

ROBERTO.

Premiar tu lealtad aguardo.

ESCENA II.

SOLDADOS, *que sacan á* BONETE *préso.*
—ROBERTO, ARNESTO.

UN SOLDADO.

Ande aprisa el bergante.

ROBERTO.

¡Hola! ¿Qué es eso?

SOLDADO.

Aqueste hombre, señor, habemos preso
Que á tu campo venía
De la ciudad, y me parece espía.

BONETE.

¿Yo espía? Engaño ha sido.
Solo á comer de Lóndres he salido;
Porque el hambre mortal que todos tienen,
Despuebla la ciudad, todos se vienen.

ROBERTO.

¿No hay allá que comer?

BONETE.

La hambre es tanta,
Que la vida se anuda en la garganta.
Á comer vengo; que la hambre mia,
No tu campo, señor, mi muerte espía,
Y es espía tan alta,
Que en mi estómago ve lo que le falta,
Pues de hambre muriendo,
La falta de la vida me está viendo.

ROBERTO.

Huélgome de escucharte;
Mas no es razon de estado acreditarte.
Esté preso, entre tanto
Que su miseria se consume en llanto,
Ó que afligido y preso
Pruebe á lo que salió.

BONETE.

Fácil es eso:
Y para que se vea
Que mi intencion solo comer desea,
Manda que me dén algo;
Que si lo pruebo, probaré á qué salgo.

ARNESTO.

Llevadle.

BONETE.

¡Gran favor le debo á Arnesto!

SOLDADO.

Si ha de morir de hambre, muera presto.

ROBERTO.

Eso no: en mi poder, cesen sus daños.
Dale que coma.

BONETE.

Vivas muchos años.
Permítanlo los cielos;
Que los duelos con pan son ménos duelos.
(Vanse el soldado y Bonete.)

ARNESTO.

En el muro han alzado
Seña de paz.

ROBERTO.

Habrá determinado
Tratar la Reina de la paz: entiendo
Que hoy he de conseguir cuanto pretendo.

ARNESTO.

Tres caballeros salen por la puerta,
Y su llegada aquí, señor, es cierta.

ROBERTO.

Será su intento vano,
Si hoy Clarinda no entrega reino y mano.
(Vase Arnesto.)

ESCENA III.

CLARINDA, *de hombre; y ella,* DON JUAN Y TIBALDO, *con bandas en el rostro.*— ROBERTO, SOLDADOS.

CLARINDA.

Guarde Dios á vuestra Alteza.

ROBERTO.

Aunque seguro te doy
Para hablarme, ántes que llegue
A mis oidos tu voz,
Te descubre y di quién eres,
Si he de escucharte.

CLARINDA.

Yo soy. *(Descúbrese.)*

ROBERTO.

¡De rebozo vuestra Alteza!
Pero ¿cuándo amaneció
Mas hermoso el sol que cuando
Salió de rebozo el sol?
La blanca luna, despues
Que la luz anocheció
Entre pardas nubes, goza
Mas apacible esplendor.
Si vuestra Alteza así viene,
Cuando ménos la esperó
Mi fortuna, vió en sus ojos
La luz, la luna y el sol;
Y á tanto flamante rayo
Rendida mi presuncion,
Ni de las armas me valgo
Ni me empeño en el rigor.
Amante y cortés pretendo
Desde la esfera en que estoy,
Donde atribuirme puedo
Las glorias de vencedor,
Reconocer como amante
Y reverenciar en vos
Tanta municion de rayos,
Y tanto severo arpon.
Bastan vuestros ojos, bastan
Para vencerme; que Amor
En ellos divino ostenta
El ser poderoso dios.
Ya como dueño os venero:
Poderosa juzgo en vos
Una hermosura invencible.
Cese el estruendo y rigor
De las armas; y pues ya
Tan grande poder os dió
Una beldad soberana
Que reconociendo estoy,
¿Pará qué son los rebozos?
¿Para qué las bandas son?
Pues si me buscais la muerte,
Y yo buscándola voy,
Para quien no se defiende,
Bastaba fuerza menor.

CLARINDA.

Deténgase vuestra Alteza;
Que gasta el tiempo, y no son
Los intentos á que salgo
A este fin.

ROBERTO.

Pues ¿cómo no?

CLARINDA.

Yo lo diré.

ROBERTO.

Ya lo escucho.

CLARINDA.

(Ap. ¡Ay de mí!) Dadme atencion.
Lóndres, corte de Inglaterra,
Desdichada porque yo
Sucediendo en la corona
Causa dí á su perdicion;
Viéndose con poca gente,
Y en tan pequeño escuadron,
Que para dar la batalla
A la circunvalacion
De vuestro campo, le faltan
Fuerzas, pero no valor;
Y considerando á un tiempo
Que al filo cruel y atroz
De la hambre muere el pueblo,
Ya que la nobleza no,
Y que intentar imposibles
Llega á desesperacion;
Juntándose á estas razones
La del derecho y accion
Que decís tener al reino;
Ó sea lisonja ó temor,
Dice *(Ap. ¡Qué pena! Qué agravio
¡Qué tormento! Qué dolor!)*
Que os dé la mano, Roberto,
Y que me case con vos.
Esto es lo que el reino dice;
Pero lo que digo yo,
Que soy dueño de mí misma,
Pienso que os está mejor.
Vos, Príncipe, pretendeis
Mi mano y el reino, dos
Cosas distintas, y tanto,
Que con ménos aversion
Vemos el dia y la noche,
La discordia y la razon,
La impiedad y la justicia,
La inconstancia y el amor.
Partamos la diferencia.
Cualquier concierto es mejor
Para quietud vuestra y mía,
Y para vivir los dos.
Dejad mi mano y tomad
La corona: yo os la doy.
No querais mujer por fuerza;
Que donde falta la union
De voluntades, el santo
Matrimonio es confusion.
Yo os aborrezco, y no hay cosa
Que os esté tan mal, señor,
Como casaros con quien
Sin cautela ni traicion
En vuestra cara publica
Y os dice este desamor.
Tomad el reino, si es vuestro;
Pero con tal condicion,
Que ántes que en Lóndres entreis,
En un bajel salga yo
Al arbitrio desos mares,
Sin baupres y sin timon,
Donde juguete del viento,
Donde escándalo del sol,
Sepulcro me dén las olas
En que él su ocaso buscó;
Y cuando eso no, me arrojen
A la mas fiera region,
Que el scita bárbaro ocupa,
Que pisa el libio feroz.
Mas si en esto no venis,
Desde aquí resuelta voy
A la batalla, aunque sea
Con un soldado ó con dos:
Moriré contenta, habiendo
Sustentado la opinion
Mia, y mi libre albedrío;
Que libres los hizo Dios.
Para que deis la respuesta
Dos dias de plazo os doy,
O piadosa ó rigurosa,
Con asombro ó con valor,
Con agravios ó con celos,
Con rabia, con ira y con
La fuerza de vuestras armas.
Yo os esperaré otros dos. *(Vase.)*

ESCENA IV.

ROBERTO, DON JUAN, TIBALDO, SOLDADOS.

ROBERTO.

Aguarda, hermoso portento:
Detente, espera.

DON JUAN.

Eso no; *(Descúbrese.)*
Que aun mas que de tu seguro,
Fiada de mi valor,
Se atrevió á tomar Clarinda
Tan ardua resolucion.

ROBERTO.

¡Qué es lo que mis ojos ven!

Viéndolo y dudando estoy.
¿No eres tú Don Juan de Castro?

DON JUAN.

¿Cuándo el que noble nació
Negar su nombre se ha visto?
Yo soy, Roberto, yo soy
Don Juan de Castro.

ROBERTO.

Pues ¿cómo
Un caballero español,
Cuya presuncion se atreve
Soberbia al tonante Dios,
Cobardemente rendido
A la infamia y al temor,
Fingió que quedaba muerto?
¿Tú tienes sangre y valor?
Tú blasonas, tú te atreves
A llegar donde yo estoy?

DON JUAN.

Ni entiendo lo que me dices,
Ni respondo á tu razon;
A tu sinrazon respondo
Que quien pensare que yo
Cobarde he sido, se engaña,
Y la respuesta mejor
(Si no ahí está el partido
Que Clarinda te ofreció)
Hallarás en esta espada,
Que de los rayos del sol
Para despedir centellas
Es acerado eslabon. (*Vase.*)

ROBERTO.

Tenedle, prendedle.
(*Siguen á Don Juan unos soldados.*)

TIBALDO.

¿Cómo
Es posible, estando yo
A todo trance dispuesto
Para impedir su prision?
¿Qué es prision ni detenerle?

ROBERTO.

¡Villanos! ¿á mi furor
Os atreveis?— Prendedle, ¡hola!

TIBALDO.

Por Don Juan y por quien soy
Sabré morir.
(*Prenden y quitanle la espada á Tibaldo.*)

ROBERTO.

¡Que esto sufro!

ESCENA V.

UN SOLDADO. — ROBERTO, TIBALDO, SOLDADOS.

SOLDADO.

Don Juan al fin se volvió
A la ciudad.

ROBERTO.

Yo seré
Ira, asombro y confusion
De cuantos en ella viven,
Y empezando por los dos,
Al sagrado de Clarinda
Llegará mi indignacion. (*Vase.*)

TIBALDO.

Ya no hay temor que me impida.
Suyo Don Juan me ha de hallar,
Y deseo aventurar
Por él libertad y vida.
Veneno el Príncipe vierte;
Mas contra su sinrazon
Despreciando la prision,
No me acobarda la muerte.

ESCENA VI.

UN CRIADO, *trayendo atado á* BONETE *de una pierna, con una cadena.* — TIBALDO, SOLDADOS.

CRIADO.

Roberto el príncipe ordena
(Que es un gran siervo de Dios)
Que lleveis entre los dos
Arrastrando esta cadena
Y estas esposas: dos cosas
Grandes, pues hoy viene á dar
Licencia para arrastrar
A vuestras mismas esposas.

BONETE.

La órden es, segun advierto...

CRIADO.

Dignísima del valor
De Roberto mi señor.

BONETE.

Y muy digna de Roberto.
(*Esposan y atan á los dos, poniendo á Tibaldo á la derecha de Bonete.*)

CRIADO.

Ya quedan bien desposados.

TIBALDO.

Esta igualdad me provoca.

CRIADO.

Yo he hecho lo que me toca.
Dios los haga bien casados.
(*Vanse el criado y los soldados.*)

ESCENA VII.

TIBALDO, BONETE.

BONETE.

No hará, porque siempre digo...

TIBALDO.

¿Qué?

BONETE.

Que es en toda ocasion
Lo cruel de mi prision
El verme atado contigo.

TIBALDO.

Lo mismo digo de mí.

BONETE.

Esto es lo que el diablo ordena.
Aunque atado á una cadena,
No estoy seguro de tí.
Si no es cierto, es presuncion
A que llego á persuadirme,
Que solo por perseguirme
Te has venido á la prision.

TIBALDO.

Eso fuera, si yo fuera
Como tú; pero es al fin
Pensamiento de hombre ruin;
Que yo de tí siempre huyera.

BONETE.

Sin duda que de otro estambre
El señor Tibaldo es;
Mas presto sabré quién es.

TIBALDO.

¿Cuándo?

BONETE.

En llegando la hambre;
Que esta es la piedra de toque
De los hombres linajudos.
Esta hace hablar á los mudos,
Esta es un buido estoque,
Que sin ingenio y sin arte,
En llegando á mediodía,
A la mayor hidalguía
La pasa de parte á parte,
Y en llegando la oracion,
Término crítico y fiero,
Al hidalgo y caballero
Le atraviesa el corazon.

ESCENA VIII.

SOLDADOS, *dentro.* — DICHOS.

UN SOLDADO. (*Dentro.*)

Brindo al Príncipe.

OTRO SOLDADO. (*Dentro.*)

Esta es corta
Salva; brindo al capitan
Arnesto.

BONETE.

En el rancho están
Comiendo.

TIBALDO.

Pues bien, ¿qué importa?

BONETE.

Cómo ¿qué importa? Vivir,
Que no hay vivir sin comer.

TIBALDO.

Dices bien; mas ver comer
Es tener mas que sentir.

UN SOLDADO. (*Dentro.*)

Miserables, alargad
A esa limosna la mano.
(*Por entre los lienzos de una tienda saca un soldado el brazo y un plato con algo que comer.*)

BONETE.

Sin duda algun buen cristiano
Usa de aquesta piedad.
Recibirlo quiero.

TIBALDO.

Necio,
Repara que estás conmigo.
De mano del enemigo
Cualquier socorro es desprecio.

BONETE.

Cualquier socorro es socorro,
Y he de agradecerlo yo;
Que tengo hambre.

TIBALDO.

Yo no.

BONETE.

Yo lo estimo.

TIBALDO.

Yo me corro.

BONETE.

Tu parecer es incierto.
(*Llega y toma el plato.*)
Pero ya el plato está acá;
Y quien un hueso me da,
No me quisiera ver muerto.

TIBALDO.

Vencióme aquesa razon.
Ya quiero comer contigo.

BONETE.

De mano del enemigo,
Será contra tu opinion
El humillarte á comer.
Eso es, Tibaldo, excusado;
Que debe el que es tan honrado
No comer, y padecer.
Ya que sin honra me ves,
Me comeré el plato ahora;
Tú comerás de aquí á un hora,
O mañana ó de aquí á un mes.

TIBALDO.

Aunque me haga mal provecho,
Por darte pesar lo haré.

BONETE.

El plato es mio, y yo sé
Que á él tengo mejor derecho.

TIBALDO.

Ahora lo verás.

BONETE.

Es dar
Como sobre no comer,
A tu hidalgo proceder.

TIBALDO.

¿Quién me lo puede estorbar,
Si tú la mano ocupada
Tienes, loco mentecato,
Y la tengo yo en el plato?

BONETE.

El no me ha de dejar nada.
(Váselo comiendo Tibaldo, porque Bonete no puede llegar sino con la boca. Tocan cajas dentro.)
Vamos, ¡pesia su linaje!
Verémos este rebato.
¡Qué vacío dejó el plato!
¡Oh cómo tira el salvaje!
Comióselo, sin poder
Reparar mi vida en algo.
¡Ah lo que come un hidalgo
En empezando á comer!

SOLDADOS. *(Dentro.)*

¡Arma, arma!

TIBALDO.

¡Rigurosa
Voz!

OTROS SOLDADOS. *(Dentro.)*

¡Viva el reino britano!

BONETE.

Gran falta me hizo la mano;
Pero dísela á un esposa.
(Vanse tirando uno de otro.)

Interior de un punto fortificado.

ESCENA IX.

CLARINDA, *desnuda la espada, mirando hácia dentro.*

CLARINDA.

Ea, valientes ingleses,
Ea, vasallos valerosos,
Ya á las fortificaciones
Embisten. ¡Valiente arrojo!
¿Valiente dije? Bien dije;
Pues de la gloria ambiciosos,
Sobre las trincheras ponen
El pecho desnudo al plomo.
Desesperados pelean.
Mas si su tumulto propio
Sigo, ¿qué mucho que pisen
Lo sangriento y lo dudoso?
Ya por una brecha abierta
Se arrojan... Pero ya un trozo
Del ejército enemigo
Los rechaza... ¡Ah fiero estorbo
De fortuna, que previenes
Contra mi fieros abortos!
Ya las balas de las piezas
Forman aparentes globos
De humo, y en nubes espesas
Son fieros del aire asombros.
La muchedumbre asegura
Del fracaso lo dudoso.
Muy fuerte está el enemigo.
¡Oh si el cielo, ménos sordo
A mis voces, concediese
En trance tan rigoroso
Camino para librar
Mi persona deste monstruo,
Huyendo á la soledad
Del mas duro promontorio,
Donde viviese contenta
Perdiendo el reino, pues todo,
Con el imperio del alma,
Cuando lo pierdo lo logro!
Pero ya vuelven valientes,
Y el español valeroso
Rompiendo dificultades,
Invencible como heróico,
Un fortin les ha ganado,
Haciéndole firme rostro
A la fortuna deshecha,
Cuando mas le juzgan roto.
Mas ¡ay! que atajó sus pasos
Para mi ventura cortos,
Alguna bala enemiga,
De tanto valor estorbo.
¡Cayó desde lo mas alto
Herido ó muerto! ¡Qué ahogo
Para la esperanza mia!
Ya en ella su falta lloro.

ESCENA X.

DON JUAN, *herido, y afirmándose en la espada.* — CLARINDA.

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

CLARINDA.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¿Quién me llama?

CLARINDA.

Quien el golfo
De tantos males pasaba
Sobre tus valientes hombros,
Y ya anegada en su llanto,
Fluctúa el estrecho angosto,
Donde el bajel de la vida
Se va á pique, se va á fondo.

DON JUAN.

¿Eres Clarinda?

CLARINDA.

Yo soy.

DON JUAN.

Señora, apénas conozco
El cielo que vi algun dia
En las luces de tus ojos.
Adios, Clarinda, yo muero.

CLARINDA.

¡Ah fortuna! ¿cómo, cómo
Con tanto tropel de males
Me sigues?

DON JUAN.

Finezas logro
Muriendo en servicio tuyo.

CLARINDA.

Yo te estimo...

DON JUAN.

¡Yo te adoro!
(Desmáyase.)

ESCENA XI.

Salen ROBERTO, ARNESTO, SOLDADOS. — CLARINDA; DON JUAN, *sin conocimiento.*

ROBERTO.

Soldados, ninguno llegue
Donde está la Reina: sólo
Sea la campaña toda
A sus piés.

CLARINDA. *(Ap.)*

¿Hay mas ahogos?

ROBERTO.

Señora, ya vuestra Alteza
Puede lograr los elogios
De mi retórica, pues
Ya á sus piés todos los pongo.
Y así la suplico admita
Por cuenta de sus enojos
Este rendimiento mio
A salud de victorioso.

CLARINDA.

Príncipe, señor, Roberto,
La aversion que reconozco
En las estrellas, con vos
Me niega lo cariñoso.
Ya la fortuna hizo cuanto
Pudo en mi daño; ya el logro
De vuestras dichas llegó:
Todo es vuestro; solo, solo
Mi afecto no puede ser.
Usad como poderoso
Del triunfo de la victoria,
Sin que os impida el decoro
De mi nombre.

ROBERTO.

Esa es en mí
La mayor.

CLARINDA.

Por eso propio.

ROBERTO.

Pues si cortesías mias
Merecen tales oprobios [1],
Dáos á prision.— Mas ¿qué es esto?
(Tropieza con Don Juan.)
Sombras piso, horrores toco.
¿No es este Don Juan de Castro?

CLARINDA.

El es.

ROBERTO.

Aun muerto, ¿es estorbo
De mis dichas? ¿Aun sin vida,
Se me opone, firme escollo?
Pero no lo podrá ser
Cuando es ya mísero polvo,
Cuando te tengo en mis brazos,
Cuando en él las plantas pongo.

CLARINDA.

Bien puedes; mas no podrás
Quitarme á mí lo penoso
De no sacar el cadáver,
De quien monumento angosto
Juzgo toda la campaña,
El pais y el reino todo. *(Vase.)*

ROBERTO.

Aquí no hay mas que esperar.
Tiemblen el furor odioso
Del último asalto, en quien,
Ya que ingrata vuelve el rostro,
Con el polvo de sus muros
Deshechos, cegaré el foso.

ARNESTO.

¡Viva el príncipe Roberto!

SOLDADOS.

¡Viva, y tiemblen los dos polos!
(Vanse, y empieza á volver en sí Don Juan.)

DON JUAN.

Clarinda, señora... ¡Ay cielos!
Sin vida estuve, y ya torno
De aquel desmayo á decirte
Que recibas por esposo
A Roberto, y que no pierdas
El reino... Mas yo estoy solo.
¿Hay hombre mas desdichado?

[1] Clarinda no le ha dicho oprobio ninguno: han de faltar versos.

ESCENA XII.

TIBALDO y BONETE, *atados á la cadena.* — DON JUAN.

BONETE.

Nosotros, señor, nosotros,
Que atados á esta cadena,
El uno del otro en corso,
Como bajeles perdidos,
Llegamos á estar á bordo
Con la hambre.

TIBALDO.

Mi desdicha
No siento, la tuya lloro.

DON JUAN.

Llegad, amigos, llegad;
Que aunque con alientos cortos,
Fuerzas me ha dejado el cielo
Para libraros. (*Desátalos.*)

TIBALDO.

Conozco
Tu valor en tu piedad.

DON JUAN.

Yo mi desdicha en vosotros.
Pero ¿sabeis de Clarinda?

BONETE.

A esa pregunta respondo
Que quien amarrado está,
Aun no sabe de sí propio.

DON JUAN.

Herido estoy; mas lleguemos
A la ciudad.

BONETE.

Poco á poco
Puedes llegar.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de los muros de Lóndres.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TIBALDO y BONETE. SOLDADOS, *en el muro; despues,* ROSAURA.

TIBALDO.

¡Ah del muro!

UN SOLDADO.

¿Quién llama?

TIBALDO.

Quien por vosotros
Su sangre derrama. Abrid
A vuestro general.

SOLDADO.

¿Cómo
Lo sabrémos?

TIBALDO.

Conociendo
Que es Don Juan de Castro.

SOLDADO.

¡Cómo
Debe de estar! pues se viene
Cobarde, vencido y roto,
Dejando....
(*Sale Rosaura al muro.*)

ROSAURA.

Apartad, soldados;
Que yo por todos respondo.—
(*Retíranse los soldados.*)
Cobarde, mal caballero,
Que del británico emporio
A ser estrago veniste,
Y de su paz alboroto,
Pues por tí su reina deja
De recibir por esposo
A quien su difunto padre,
Por la sangre y el consorcio
A la sucesion llamó
De su real patrimonio,
¡Tú!... Mas ¿para qué me canso
En recopilar oprobios,
Si con decir que á Clarinda
Te dejas, lo he dicho todo?
¡En poder de su enemigo
Dejas al sol! ¿Qué retorno
El reino te debe, cuando
Roberto goza el tesoro
Que perdiste, y cuando estás
Vencido, y él victorioso?
Vuélvete, ó diré que vienes
Donde, si no me reporto,
Quitándote yo la vida,
Seas sangriento despojo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, TIBALDO, BONETE.

DON JUAN.

Oye... ¡Oh crueldad nunca oida!
Hasta aquí pudo llegar
La desdicha y el pesar.
Fuése, y dejóme sin vida.
En sus voces el castigo
Mayor Rosaura libró;
Que no ofenden tanto, no,
Las balas del enemigo.
Y pues mi pena es tan fuerte
Y tan grave mi dolor,
Entre el sangriento rigor
Volveré á buscar mi muerte.
Cuando el honor se restaura,
En morir dichas advierto:
Muera á manos de Roberto,
Y no á voces de Rosaura.

BONETE.

Pues, señor, de vivir trata:
Deja opinion tan costosa;
Que la voz mas rigorosa
Asombra, pero no mata.

DON JUAN.

Ese es parecer incierto;
Que aquel que al suplicio va,
Antes que el cuchillo, ya
La voz del pregon le ha muerto.

BONETE.

¡Mal año! yo creer quiero
Que teme cualquier cristiano
Mas del verdugo la mano
Que la voz del pregonero.

TIBALDO.

Eso en los hombres cuitados
Corre; pero no en Don Juan.

BONETE.

Sí; que los pobres están
Muy léjos de ser honrados.

DON JUAN.

Hasta aquel amigo fiel
Que me prometió su ayuda,
Me ha olvidado, y es sin duda...

ESCENA XV.

MÚSICA. — DICHOS.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Porque tú te olvidas dél.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿qué voces escucho?

BONETE.

Clarísimo lo han cantado.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Cuando tú te has olvidado,
Que á tí te olviden, ¿qué mucho?

DON JUAN.

Sí, de la guerra el rigor
Causa olvido.

BONETE.

Los discretos,
En los mayores aprietos
Piden ayuda y favor.
Entónces no hay lengua muda.
Pide y clama sin embargo;
Que cuando está un hombre largo,
No ha de menester ayuda.

DON JUAN.

Deja la chanza.

BONETE.

Esperanza
Debes tener, confiando
Que quien te advierte cantando,
Quiere la respuesta en chanza.

DON JUAN.

Pues si la respuesta aguarda
Quien me busca, yo confieso
Que me olvidé. Voz divina,
Descuido fué no pequeño,
Que le ocasionó sin duda
De las armas el éstruendo;
Pero ya pido su ayuda,
Pero ya á buscarla vuelvo,
Para que en esta ocasion,
Desdicha, peligro y riesgo,
Me ayude, me favorezca,
Me socorra, me dé aliento,
Cumpliendo aquella palabra
Para ser al mundo ejemplo.
(*Dentro ruido de cajas y clarines.*)

TIBALDO.

Diversa música es esa,
Ya su motivo diciendo.

DON JUAN.

A mayor admiracion
Arrebata el pensamiento.

BONETE.

Si es del enemigo, ya
Nuestros discursos condeno.

TIBALDO.

Marchando un escuadron viene.

DON JUAN.

Y tan bizarro, que el verlo
Causa admiracion.

ESCENA XVI.

LIDORO. — DON JUAN, TIBALDO, BONETE.

LIDORO. (*Dentro.*)

Don Juan,
Sigue este escuadron.

DON JUAN.

Siguiendo
Iré, aunque sangre me falta,
Sus bélicos instrumentos.
Ya te conozco, Lidoro,
Y ya tu voz obedezco.—
Venid, amigos, conmigo. (*Vase.*)

BONETE.

Muchos peligros tenemos
Para que segunda vez
Nos encadene Roberto.

TIBALDO.

No temas, necio, cobarde.

BONETE.

Quien es cobarde no es necio,
Porque la desconfianza
Es hija de los discretos.
(*Vanse.*)

—

Acampamento de Roberto.

ESCENA XVII.

ROBERTO, ARNESTO, SOLDADOS, CLARINDA.

ARNESTO.

Toda la campaña ocupan.

ROBERTO.

¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
¿Quién alborota mi campo,
Cuando no hay quien pueda hacerlo,
Cuando apénas ha quedado
Un hombre, cuando ya muerto
Don Juan de Castro, es Clarinda
Dueño de su mismo dueño?

ARNESTO.

Un dilatado escuadron
Marchando viene, y huyendo
Toda tu gente.

ROBERTO.

Soldados,
¿Quién os engaña? ¿Qué nuevo
Ejército pudo al mio
Causar tan cobarde miedo?

ARNESTO.

Las trincheras desamparan...
Tus voces se lleva el viento...
Trata de escaparte.

ROBERTO.

¿Cómo,
Si dar un paso no puedo,
Ménos que el laurel pisando
De mis ganados trofeos?

ARNESTO.

Ya soberbio el enemigo
Viene sobre tí.

ROBERTO.

Aun con verlo
No doy crédito á los ojos.
Por imposible lo tengo.

ARNESTO.

Yo tambien; pero, señor,
Sin duda es obra del cielo.

ESCENA XVIII.

LIDORO, *con una hacha encendida, y trae de la mano á* DON JUAN, *y con él vienen* TIBALDO, BONETE Y SOLDADOS.—DICHOS.

LIDORO.

Esto es lo que te ofrecí,
Don Juan, y es divino premio,
Que da Dios por lo que hiciste
Conmigo.

ROBERTO.

¡Raro portento!

LIDORO.

Dale la mano á Clarinda;
Que esta es voluntad del cielo.

CLARINDA.

Yo la doy, pues Dios lo quiere.

DON JUAN.

Y yo, aunque no la merezco,
La doy.

ROBERTO.

Yo, si de Rosaura
Se me concede el empleo,
Quiero ser suyo, y me encargo
De los aumentos de Arnesto.

BONETE.

Tibaldo y yo (¿quién lo duda?)
Nuestra ventura tenemos
En una cadena atados,
Y es un gentil casamiento.

LIDORO.

Don Juan, entra en la ciudad,
Y entren todos conociendo
Que es Dios quien premia piedades,
Y el mejor amigo el muerto.

EL PASTOR FIDO[1],

COMEDIA DE DON ANTONIO SOLIS Y RIVADENEIRA, DON ANTONIO COELLO Y DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS.

MIRTILO.	CORIDON.	FABIO.	CORISCA.	LA VOZ DE UN ORÁCULO.
SILVIO.	NICANDRO.	AMARILI.	FLORA.	PASTORES Y PASTORAS.
SÁTIRO.	CARINO.	DORINDA.	CELIA.	MÚSICA.

La accion pasa en Élide y en Arcadia.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON ANTONIO SOLIS.)

El teatro ha de estar de bosque, y una fachada de templo[2].

MIRTILO, *dentro.*

¡Piedad, cielos, piedad! que ya no pue- [do
Rendirme á mas que á confesar el mie- [do,
Y parece que os cuesta algun cuidado
Hacer mas desdichado á un desdicha- [do.

Salen SÁTIRO Y CORISCA.

SÁTIRO.

De su estado en el templo se ha caido.
¡Pobre Mirtilo!

CORISCA.

Sátiro, ¿qué ruido
Es el que hay en el templo?

SÁTIRO.

Ahí es un muerto, y ahí es un ejemplo.
Mirtilo, aquel pastor tan afamado,
Honra desta region, hoy se ha informa- [do
Del oráculo, allá de sus pasiones;
Y como son los dioses respondones
En viéndose endiosados,
Y tienen tantos humos de incensados,
Le habrán sin duda ahora respondido
Alguna libertad que le ha aturdido.

CORISCA.

¿Mirtilo ha sido?

SÁTIRO.

El mismo.
Mas no sé si fué muerte ó parasismo.
El andaba estos dias
Muy embestido de melancolías,
Viendo dos mil visiones
Y requebrando el aire en los rincones;
Y lo mas lastimoso
Es que padece un mal muy asqueroso.

CORISCA.

¿Qué mal es?

SÁTIRO.

Mal de amor, señora mia.
Hablando con perdon.

CORISCA.

Como es el dia
Hoy de la ausencia de Dorinda bella,
Que se parte á la Arcadia, y yo con ella,
A festejar las bodas de su prima
Amarili, ese mal que le lastima
No será mal de amor, sino de ausencia,
Que es amenaza de mayor dolencia.

SÁTIRO.

¿Mirtilo por Dorinda?
Ya no la quiere: ya de otra mas linda
Ninfa, que diz que vió en esa montaña,
Se enamoró el simplon. ¡Gentil hazaña!

CORISCA.

¿Tan malo es el amor?

SÁTIRO.

Digo, señora,
Que es un loco de atar quien se enamo- [ra.

CORISCA.

Tú siempre has despreciado las verda- [des
De mi amor.

SÁTIRO.

Pues si en esas liviandades
Hablas, me iré.

CORISCA.

¿Por qué, Sátiro ingrato?

SÁTIRO.

Porque no le está bien á mi recato;
Que no hay humana ley que haya dis- [puesto
Que el Sátiro sea siempre deshonesto.
Nuesos señores padres han querido
Casarnos; pero yo lo he resistido,
Porque soy muy devoto de Diana,
Y tengo mucha gana
De juntar de mi dote algunos reales
Para entrarme en las vírgenes bestia- [les.

CORISCA.

¡Hay mayor bobería!
Casarte ¿no es mejor?

SÁTIRO.

Señora mia,
Yo soy pastor, y cabras he guardado,
Y muchísimas veces he notado
Sus travesuras, sus disoluciones,
Y lo que hacen sufrir á los cabrones.

(*Ruido de truenos.*)

Pero ¿qué es esto? Aguarda; que parece
Que otra vez en el templo el ruido cre- [ce.

MIRTILO. (*Dentro.*)

Esto es morir, amigos: nadie impida
El único refugio de mi vida.

SÁTIRO.

Su voz es esta: él ha resucitado.

CORISCA.

¿No le ves, qué confuso y qué turbado
Viene allí con Dorinda y con Carino,
Su viejo padre?

SÁTIRO.

Abriendo va camino
Entre la gente ya para escaparse;
Que esto resulta del enamorarse.

Sale MIRTILO, *forcejando con* CARINO Y DORINDA, *y ellos le detienen. Síguenle* PASTORES Y PASTORAS.

MIRTILO.

Dejadme. ¡Hay tal rigor! Padre inhu- [mano,
Cruel Dorinda, al cielo soberano
Os oponeis los dos con apartarme
De mi vision.

CARINO.

¡Que no hayas de escucharme!

DORINDA.

¡Que á una mujer que tanto te ha queri- [do,
Aun no quieras oir!

MIRTILO.

¡Pese á mi oido!
¿Atencion les pedis á mis enojos?
¿No veis que toda el alma está en los [ojos?
Dulcísima enemiga,
No te apartes.—Dejadme que la siga.—
Espera, si te obliga mi cuidado;
Que te llevas la vida que me has dado.
Detente, si esta dicha te merezco;
Que me dejas la vida que aborrezco.
Pero ya la perdí de vista. ¡Ay triste!
Ingrato sol, ¡qué presto te pusiste!
Toda mi dicha se ha llevado el viento.
¡Así te desvaneces, pensamiento!
Perdí mi bien, perdí mi compañía.
¿Con la vida te burlas, fantasía?

CARINO.

¡Hay desdicha mayor!

DORINDA.

¡Hay mayor pena!

SÁTIRO.

¿Qué apostamos que está la luna llena?

MIRTILO.

Pastores del sacro Alfeo,
Sátiro, Corisca, amigos,
Decidme si aquella ninfa,
Aquel hermoso prodigio,
Que llevaba entre los piés
Arrastrando mi albedrío,
Ha pasado por aquí.

CARINO.

Ninguno tal ninfa ha visto.

MIRTILO.

¿Y tú, Sátiro?

SÁTIRO.

Yo sí;
Pero no me ha parecido
Albedrío lo que arrastra,
Sino un cenojil pajizo
De unos listones de paño,
Que suelen llamarse orillos.

MIRTILO.

De aquese templo de Apolo,

[1] Se imprime en la forma antigua por tener señaladas las mutaciones.
[2] El drama principia en Élide.

¿No salió ahora? Decidlo.
¿No me volvia á llamar?
En sus ojos, ¿no habeis visto
Una piedad que era imperio,
Y parecia cariño?

CARINO.

Hijo, deja ya ilusiones;
Que no estás en tí.

DORINDA.

Mirtilo,
¿No escucharás á Dorinda?

CARINO.

¿No oirás á un padre afligido?

MIRTILO.

Decid, hablad: ¿qué quereis?

CARINO.

Hijo...

MIRTILO.

No me llames hijo.
Tú, padre, que este atributo
En mí extremar has sabido,
Tu, padre, ¿me has de poner
En la garganta el cuchillo?
Tú me diste el sér, ¿y quieres
Robármele? ¡Oh padre impío!
Si habias de hacer el robo,
¿Por qué hiciste el beneficio?

CARINO.

¿Yo quitarte el sér? Primero
Falte mil veces el mio.
No sabes cuánta ternura
Me debes.

DORINDA.

Señor, amigo,
Advierte...

MIRTILO.

Calla, enemiga,
Y no me llames amigo.
No fué amor, engaño fué
Tu amor: ya pasó aquel siglo
En que vencias mirando
Y triunfabas del vencido.

CARINO.

¿No nos dirás lo que sientes?

DORINDA.

¿Ni hablarnos quieres ni oirnos?

MIRTILO.

Yo os diré mi mal, y no
Por lograr vuestros alivios,
Sino porque me dejeis
Como incapaz de admitirlos.
Por un extraño accidente
A que me guió el destino,
Vi una hermosísima ninfa
Que me robó el albedrío;
Y aunque entónces tuve dicha
De librarla de un peligro,
Con rendirme y ausentarse
Me pagó este beneficio.
Quedé sin vida al perderla,
Y despues (ó sea prodigio
O ilusion; que mas parece,
Algun celestial aviso)
Una imágen suya traigo
Delante entre mal distintos
Celajes, que ya me llama
Con imperioso cariño,
Y ya me dice piadosa
Que tema el acero mismo
De mi padre. Esto vi ahora
Confirmado en el divino
Oráculo dese templo,
Y asombrado mi sentido,
(*Ruido dentro como de terremoto.*)
Empezó...— Pero ¿qué es esto?
Aguardad: ¿no habeis oido
Ese rumor espantoso?
¿No veis el templo vecino
Como forceja temblando
Con la tierra que ha oprimido?
¿No veis la grande techumbre
Que baja á ser con el ruido
Unas veces pavimento,
Y otras veces frontispicio?
¿No veis que se turba el sol,
Y que ya en sangre teñido,
Al horizonte le roba
Los fulgores matutinos,
Para que entrando en el aire
El imperio del abismo,
Le inflame con otros rayos
Otro dios mas vengativo?—
Grande oráculo de Apolo,
Que con altos vaticinios
Revelas sin tiempo al tiempo
Sus secretos escondidos,
Desengaña la ignorancia
Destos oyentes indignos,
Que truecan en ilusiones
La verdad de tus prodigios.
Dime, irritada deidad,
¿Quién amenaza mi suerte?

MÚSICA [1]. (*Dentro.*)

Conduciránte á la muerte
Tu padre y tu voluntad.

MIRTILO.

¿Mi padre y mi voluntad?
¡Oh fiera ley del destino!

DORINDA.

Habla á voces con el aire;
Mas nosotros nada oimos
Ni vemos de lo que él dice.

SÁTIRO.

Señores, pierdo el sentido.
¿Cómo el juicio le han quitado,
Habiéndole vuelto el juicio?

CARINO.

Dejémos, por si descansa,
Que lidie un rato consigo,
Porque no hay pena mayor
Que un consuelo intempestivo.

MIRTILO.

¿Dónde está, oráculo santo,
Este hermosísimo hechizo,
Que me ha muerto? ¿No respondes?
¿Tan presto has ensordecido?
(*Cesa el terremoto.*)
Pero ya se ha serenado
El cielo, y el dia, vestido
De mas luces, restituye
Al campo el verdor nativo.
(*Tocan dentro instrumentos.*)
Dulces instrumentos suenan...
Pero ¿qué es esto que miro?
Ojos, gozad lo que os toca,
Sin estorbar los oidos.

Cantan dentro los versos que se siguen, y miéntras dura la música, vaya pasando por el tablado AMARILI [2], *muy bizarra; y Mirtilo, como arrebatado, vaya volviendo los ojos á ella; y cuando acabe la música, estará Amarili cerca del paño, y se va.*

MÚSICA. (*Dentro.*)

No tendrá fin el daño que os ofende
Hasta que junte amor dos semideos,
Y de una infiel mujer los devaneos
La alta piedad de un pastor fido [3] *en-*
[*miende.*

AMARILI. (*Repitiendo.*)

«No tendrá fin el daño que os ofende
»Hasta que junte amor dos semideos,
»Y de una infiel mujer los devaneos
»La alta piedad de un pastor fido en-
(*Vase.*) [miende.»

MIRTILO.

¿Dónde vas, sombra divina?
No te entiendo... Yo te sigo...
Pero ¿la espalda me vuelves?
Otra vez de mis gemidos
Te apartas? ¿Tanto veneno
Tiene un infeliz consigo,
Que cuando ruega no informa
Sino hiere los oidos?—
Entre las ondas de Alfeo
Se arrojó, y se ha sumergido,
Dejando con nuevas luces
Su cristal mas cristalino.

CARINO.

¡Hay mas rara confusion!

DORINDA.

¡Hay mas extraño delirio!

MIRTILO.

Ya estaréis desengañados,
Ya, Dorinda, ya, Carino,
Habréis visto estos portentos.
Decid ahora que finjo
Ideas: decid que mienten
Las voces de mi destino.

CARINO.

Mirtilo, nadie te entiende.
Nosotros nada hemos visto.

DORINDA.

Si das á tu error licencia,
Vendrás á perder el juicio.

MIRTILO.

Déjame, padre cruel;
Que ya parece que miro
En mi garganta la sangre
Y en tus manos el cuchillo.
Déjame, Dorinda ingrata;
Que ya con no sé qué instinto
Me parece que eres tú
Quien me conduce al suplicio.
Yo me resuelvo á dejaros,
Y por incierto camino
Acercarme á la fortuna,
O alejarme del peligro.

CARINO.

¿Así pagas lo que debes...

DORINDA.

¿Así te apartas, Mirtilo...

CARINO.

A un padre que te ha criado?

DORINDA.

De una mujer que te quiso?

MIRTILO.

¿Qué te debo? Qué te debo?
A tí, padre, el nacer hijo
De un pescador, con alientos
Tan heróicamente altivos,
Que quisiera, para ser,
Conseguir el no haber sido.

CARINO. (*Ap.*)

¡Ah si pudiera decirle
Un secreto! Mas ¿qué digo?
Callando obedezco al cielo,
Y muriendo haré lo mismo.

[1] Esta música es fantástica; solamente la oye Mirtilo.

[2] Aparicion fantástica.

[3] La voz italiana *fido* significa *fiel*.

MIRTILO.

Y á ti, Dorinda, el prender
Estos naturales brios
De mi espíritu bizarro
Con el mísero artificio
De unos hierros que se forjan
Y se arrastran sin sentirlo.

DORINDA. (*Ap.*)

¡Ah si pudiera quitarte
La vida! Mas ¿qué imagino?
Hoy me partiré á la Arcadia,
Y la ausencia hará su oficio.

MIRTILO.

Élide, patria enemiga,
Alfeo, sagrado rio,
Montes que me habeis criado,
Campos que me habeis sufrido,
Padre, que de un hijo solo
Eres impropio enemigo,
Dorinda, á quien quise un tiempo,
Arrastrado ó conducido:
Adios; que el cielo me manda
Que me entregue sin arbitrio
Al rumbo por donde van
Las huellas de mi destino.

CARINO.

En fin, ¿me dejas?

MIRTILO.

Es fuerza.

DORINDA.

¿En fin te vas?

MIRTILO.

Es preciso.

CARINO.

Pues yo sabré lisonjear
Con mi muerte tus desvíos. (*Vase.*)

DORINDA.

Pues yo sabré castigar
Tu sequedad con mi olvido. (*Vase.*)

MIRTILO.

Y yo erraré por el mundo
Hasta hallar el dueño mio,
O encontrar con el sosiego
En el último suspiro.

(*Vanse Mirtilo, pastores y pastoras.*)

SÁTIRO.

¡Buenos van! Corisca, ¿veslo?
Esto es amar. Ahora digo
Que he de ser virgen bestial,
Aunque me muera de frio.

CORISCA.

Trátame como quisieres;
Que aunque te precies de esquivo,
Yo me parto hoy á la Arcadia
Con Dorinda, y es preciso
Sentir tu ausencia.

SÁTIRO.

Tambien
Pienso seguir á Mirtilo
Porque he comido su pan;
Pero no pienso sentirlo.

CORISCA.

¿Y no me permitirás
Que pueda el afecto mio
Quererte bien desde léjos?

SÁTIRO.

Aunque no es bien permitirlo,
Como sea con amor
Patónico, lo permito.

CORISCA.

¿Qué es patónico?

SÁTIRO.

¿Eso ignoras?

CORISCA.

Jamas ese nombre he oido.

SÁTIRO.

Yo no sé lo que es; empero
Sé lo que no es.

CORISCA.

Pues dilo.

SÁTIRO.

Amor patónico, amiga,
Es un encanto agostizo
Que no es voluntad ni es odio,
Que no es pena ni es alivio,
Que no es carne ni es pescado,
Que no es desden ni cariño,
Sino otra cosa, la cual,
Sin ser virtud ni ser vicio,
Anda invisible, á manera
De filigrana de vidrio;
Y aunque no es cielo ni infierno [1],
Y es algo ménos que limbo,
Diz que en él está penando,
Sin tener calor ni frio,
El alma de Garibay
Por los siglos de los siglos [2].

CORISCA.

¿No es mas fácil olvidarte?

SÁTIRO.

Vusted lo ajuste consigo.

CORISCA.

Pues adios; que yo sabré
Vengarme de tus desvíos.
Yo te arrojaré del pecho,
Y en tu lugar, descreido,
Pondré el primero que venga;
Y si hay mas lugar vacío,
Pondré á dos, para que cobres
El tercio de lo caido. (*Vase.*)

SÁTIRO.

¡Oigan la mujer! Por Dios
Que el respeto me ha perdido.
Desta manera nos tratan,
Y luego dirán que fulmos
Ingratos si las dejamos,
Y nos harán sonetícos
De quejas en que nos llamen
Arroyuelos fugitivos. (*Vase.*)

Un bosque de Arcadia.

Sale SILVIO, *con venablo.*

SILVIO.

Pastores, que en las montañas
De Arcadia seguís mis huellas,
Sin poder sumar en ellas
El número á mis hazañas:
Vosotros, que en las riberas
De Alfeo me habeis seguido,
Ya de las fieras temido,
Ya acosado de las fieras;
Y habeis visto al fatigallas
En las venatorias lides,
Mi destreza en los ardides
Y mi fuerza en las batallas;

[1], [2] En la *octava parte de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid, 1657), se halla este pasaje de otra manera. Dice así:

Que aunque no es cielo ni infierno,
Vendrá á ser muy parecido
Al alma que Dios ni el diablo
En uno ni en otro quiso,
Y dicen que anda penando
Sin tener calor ni frio,
Que es la alma de Garibay,
Por los siglos de los siglos.

Seguidme ahora: venid
A librarme de un cuidado;
Que nunca me habréis hallado
En mas peligrosa lid.
Libradme de la escondida
Violencia de una beldad,
Que ofende mi libertad,
Que es algo mas que mi vida.

Salen NICANDRO, *viejo venerable,* CORIDON *y* PASTORES.

NICANDRO.

Silvio, ¿qué es esto?

CORIDON.

Señor,
¿Dónde vas?

NICANDRO.

Aguarda, espera.
Hoy que es la estacion primera
De las dichas de tu amor,
Hoy que la Arcadia publica
En tus bodas su ventura,
Hoy que la rara hermosura
De Amarili se dedica
A ser tuya, para ser
Refugio desta region,
De cuya desolacion
Fué artífice otra mujer;
¡Dejas el banquete, rompes
La fe solemne que has dado,
Y con tu fuga ó tu enfado
Los festines interrompes,
Dejando á tu triste esposa
Que tu sequedad acusa,
O bien llorosa y confusa,
O bien confusa y llorosa!
¿Qué es esto, Silvio?

SILVIO.

No sé.

NICANDRO.

¿Dónde vas?

SILVIO.

A ser quien soy.

NICANDRO.

Vuelve en tí.

SILVIO.

Sin vida estoy.

NICANDRO.

¿Qué sientes?

SILVIO.

Yo lo diré.
Confieso, padre y señor,
Que el ser de Amarili esposo
Hiciera mi amor dichoso,
A haber nacido mi amor.
Pero yo, que me he criado
En las selvas, persiguiendo
Las fieras, y entre el estruendo
Belicoso que han formado
Cuando se eleva ó se abate
Sobre la garza el nebli,
Cuando gruñe el jabalí,
El leon ruge, el perro late,
¿He de vivir oprimido
En la cárcel de unos brazos,
Que mas que del hombro lazos
Son prisiones del sentido?
¿Yo para un pacto villano
La mano ahora he de dar,
Que es lo mismo que aherrojar
Mi libertad con la mano?
¿Yo he de idolatrar rendido
Los ojos de una mujer,
Y cuando puedo vencer,
Enseñarme á ser vencido?
Eso no, padre: perdona,
Porque el yugo no sufriera,

Aunque en el yugo viniera
Enlazada una corona.

NICANDRO.

Una fiera en ti engendré.
(*Ap.* Mas si yo he sido otra fiera,
Que á un hijo por la severa
Ley del destino arrojé
En la cueva portentosa
De Ericina, ¿qué me espanto
De ver en otro hijo tanto
De mi impiedad rigurosa?
Por no quitarle la vida
Cuando mas mi dolor fuese,
Le arrojé donde él muriese.
¡Oh piedad mal entendida!
Oh quién borrar esta historia
Con el olvido pudiera!)

SILVIO.

¿Lloras?

NICANDRO.

No sé. (*Ap.* ¡Oh si naciera
Un infeliz sin memoria!)

SILVIO.

Ves que mi inculta aspereza
Aun con la razon no domas,
¿Y para vencerme tomas
Las armas de la flaqueza?
No llores; que te condenas
A que te deje si lloras.

AMARILI, *dentro.*

Si llore: dejad, pastoras,
Que salga á decir mis penas.

NICANDRO.

¡Qué oigo!

Sale AMARILI, Y PASTORAS *con ella.*

AMARILI.

Llore y lloren cuantos
Supieren mi poca dicha;
Que para tanta desdicha
Aun no bastan muchos llantos.
A toda el Arcadia el cielo
Castiga conmigo: y ver
Padeciendo padecer
Es miserable consuelo.
Antes crece mi agonía
Viendo que es comun la pena,
Y me aflige como ajena
Mucho mas que como mia.

SILVIO. (*Ap.*)

De un padre y de una mujer
Entre dos llantos estoy.
Así... Pero ¿dónde voy,
Ojos, si os estorban ver?
Volved á mi inclinacion;
Que enternecerme no quiero,
Y os sabré sacar, primero
Que os encienda el corazon.

AMARILI.

Ya, Silvio, de mi amoroso
Empeño no te he de hablar.
Ya sé que enseña á negar
El que ruega temeroso:
Y así, solo tu atencion
Pido por un breve rato;
Que sin faltar á lo ingrato
Cumplirás con mi razon.

SILVIO.

Di; que ya se han reprimido
Mis naturales enojos.
(*Ap.* Mas yo cerraré los ojos
Y cuidaré del oido.)

AMARILI.

Pues escuchadme, pastores,
Y veréis por qué rodeos
Han llegado mis deseos
A sufrir estos rigores.
Diez lustros habrá cabales,
Si no engañan las historias,
Que una mujer de la Arcadia
(Cuya infelice memoria
Impresa con sangre, apénas
Con nuestro llanto se borra)
Faltó á la fe conyugal,
Manchó el tálamo y la honra
De Tirsi, que entónces era
Sacerdote desa antorcha,
Que iluminando la noche,
Viene á ser sol de la sombra;
Y por el justo decreto
Que ordenó la misma diosa,
Fué conducida á sus aras
Para ser víctima propria,
Que lavase con su sangre
La mancha de su deshonra.
Y porque en los sacrificios
(Segun nuestras leyes) toca
Al brazo del sacerdote
La cruenta ceremonia,
Vió Tirsi á sus piés rendida
A su hermosísima esposa;
Y como aun el agraviado
A la hermosura se postra
Siempre que la voluntad
Se aparta de la memoria,
Tres veces levanta el brazo
Para herir á la que adora,
Y tres se le cae la mano
Sin que el brazo lo conozca.
Pero venciendo el amor
(Que arrebata al que aprisiona),
Vuelve contra sí la punta,
Y con ira mas heróica
Hiere allá en su corazon
A la ingrata que le enoja.
Murió en fin, y desta muerte,
Que fué del amor lisonja,
Resultó (quizá por eso)
La indignacion de la diosa
De la castidad, que vió
Atado á Tirsi en la pompa
De los triunfos del amor
Con cadena ignominiosa.
Cubrióse el cielo de nubes,
Vistióse el aire de sombras,
Murió el sol por aquel rato,
O se le apagó la antorcha.
Rompió la cárcel el viento,
Y con furia sediciosa
Llevó tras sí tan lijeros
Los troncos como las hojas.
Flexible la tierra, arruina
Las casas y las personas,
Y al mas pesado edificio
Le niega el centro ó le arroja.
A tanto asombro sucede
La plaga mas horrorosa
Con que el cielo nos castiga
Cuando su piedad se enoja.
No sé qué constelacion
Malignamente inficiona
El aire, de suerte que es
La respiracion ponzoña.
El hombre es el basilisco
Del hombre: su vista sola
O su contacto, aun mas fiero,
Destruye su especie propia.
Siega á bulto las humanas
Mieses la guadaña corva,
Barajando la cizaña
Con la espiga y con la rosa.
Muere el médico primero
Que el enfermo; la piadosa
Madre desampara al hijo
En medio de tal congoja.
Todo es dolores el cuerpo,
El alma toda es zozobras:
¡Válgame Dios, qué batalla
De la materia y la forma!
De muchas voces confusas
Se compone una voz sola,
Que ó no dice lo que quiere,
O dice: ¡Misericordia!
El hombre se vuelve al cielo...
Grande es el mal que le ahoga;
Que cuando es leve el castigo,
Hácia otra parte solloza.
Oyó el cielo los clamores
De nuestra Arcadia, y la diosa
Mandó que todos los años
Con supersticion devota
Diese la vida en sus aras
Una de nuestras pastoras.
Y no contenta con esto,
Hizo una ley rigurosa
Contra el infelice sexo
De la mujer, en memoria
De aquella primera ingrata
Que tanto daño ocasiona,
Mandando que cualquier ninfa
Que la fe á su esposo rompa
O manche, en sus mismas aras
El cuello al cuchillo ponga,
Si con otra humana vida
No puede comprar la propia.
Medio siglo se ha pagado
Esta pension afrentosa,
Hasta que nuestra afliccion
Con nuevo fervor invoca
A Diana; y tú, Nicandro,
Como sacerdote, tomas
La voz del pueblo, y mereces
Que el oráculo la oiga,
La admita y se compadezca,
Y desta suerte responda:
«No tendrá fin el daño que os ofende
Hasta que junte amor dos semideos,
Y de una infiel mujer los devaneos
La alta piedad de un pastor fido enmiendo.»
Este vaticinio santo
Obliga á la Arcadia toda
A que ponga en mí los ojos
(Como indigna sucesora
De la gran deidad de Arcadia),
Y tambien á que los ponga
En Silvio, que por tu hijo
La sangre de Alcides goza,
Juzgando que ha de cesar
La calamidad penosa
De tantas calamidades
El dia de nuestras bodas.
Y yo, que de nada estaba
Mas léjos que de la ociosa
Política con que amor
Lisonjea al que aprisiona,
Di licencia á los primeros
Afectos desta alevosa
Pasion, que son las centellas
De que su incendio se forma.
Si á ser incendio llegaron
En mi pecho, poco importa
Publicarlo; ¡así no hablaran
Mis ojos con lo que lloran!
Silvio en fin me dió de esposo
La fe, y yo le dí de esposa
Algo mas, pues se la dí
Sin violencia (aquí se ahogan
Mis palabras con mi aliento,
Que hácia el alma las revoca
Pues el dia en que Himeneo);
Siguiendo la nupcial pompa,
Tuvo encendidas sus teas
Para ilustrar nuestras glorias,
Permite el amor que airado
Silvio con las manos rompa
El dulce yugo, primero
Que en la cerviz se le pongan.
Pastores, ninfas, Nicandro,
Silvio, (¡ah traidor!) lo que ahora

Discurro, no es en mi queja,
Sino en vuestro bien, que importa
Mas que mi vida, aunque fuera
Mi vida mas venturosa.
Segun la voz de Diana,
Cesará vuestra zozobra
El dia que amor uniere
Dos amantes de la heróica
Estirpe de nuestros dioses:
Amor lo es tambien, y estorba
Mi dicha; si esto no fuera
Contra lo que el cielo informa,
No contradijera un dios
Lo que aconseja una diosa.
Otra, sin duda, otra ninfa
O mas noble ó mas dichosa
Es la que merece á Silvio,
Y la que los cielos nombran.
Buscadla, pastores míos,
Aunque las selvas la escondan;
Que no quiero que compreis
Mi fortuna á tanta costa.
Esto mi razon os pide,
A esto mi amor os exhorta,
Y esto mi piedad os dicta;
Que yo ofendida, quejosa
Y despreciada, sabré
Sepultar en la mas honda
Region del alma estas penas,
Por no turbar esas glorias.
Y ahora me iré á llorar
Donde nadie reconozca
Estas lágrimas infames
Que ya á los ojos se asoman,
Cuando debieran quedarse
Heladas donde se forman. (*Vase.*)

NICANDRO.

Escucha, Amarili, espera.

CORIDON.

Tente: ¿dónde vas, señora?

NICANDRO.

Seguidla, porque no acabe
Con su vida su congoja.

SILVIO.

Seguidla. (*Ap.* Y no la llameis;
Que si vuelve tan hermosa
Y tan elocuente, hará
Que mi corazon la oiga,
Y le arrojaré del pecho
Si veo que se apasiona.)
(*Vanse pastoras y pastores.*)

NICANDRO.

Y tú ¿no la sigues?

SILVIO.

¿Yo?
Antes el huir me importa;
Que quien llega á batallar
Con una mujer que llora,
Solamente con la fuga
Conseguirá la victoria.

NICANDRO.

Pues ¿qué intentas?

SILVIO.

¿Yo? Seguir
Mi inclinacion belicosa.

NICANDRO.

¡Plegue al cielo que de amor
El blando imperio conozcas!

SILVIO.

Calla: no pronuncies, padre,
Maldicion tan rigorosa.

NICANDRO.

Dioses, corregidle, ó falte
Esta vida que me sobra. (*Vase.*)

SILVIO.

Selvas, amparadme, y mueran
Estas villanas lisonjas. (*Vase.*)

CORIDON.

A caza se va este novio
Por solo huir de la novia;
Y no hace mal, porque el ir
A caza (si bien se nota),
O nunca es fiesta, ó es fiesta
Para el dia de la boda. (*Vase.*)

Salen CORISCA Y SÁTIRO.

SÁTIRO.

Linda tierra es la Arcadia, y lindamente
Por el rio, siguiendo la corriente,
En dos barcos sin riesgo hemos venido.

CORISCA.

Dorinda este festin ha prevenido
Para las bodas de Amarili hermosa,
Que es su prima y con Silvio se desposa;
Y quiere entrar de máscara y de danza
A darla el parabien.

SÁTIRO.

De aquí se alcanza
A ver su barco, que algo atras venia.

CORISCA.

Ya á la orilla abordó.

SÁTIRO.

Yo no queria
Ver la fiesta; mas yendo tras Mirtilo,
Que iba llorando un hilo y otro hilo
Por la vision de que anda enamorado,
Huyó de mí tan ciego y arrojado,
Que en la pobre barquilla [orilla
De un pescador, que estaba allá en la
Como cosa entregada á la carcoma,
Viene, ¿y qué hace? Toma
Y déjase llevar el rio abajo;
Y yo, que me aturdí de su trabajo, [ta,
Despues de hacerle en voz una protes-
Tomo, ¿y qué hago? Véngome á la fies-
[ta.

CORISCA.

Pues ya que aquí los dos solos estamos,
Es menester que un poco nos oigamos
Miéntras llega la gente.

SÁTIRO.

Oigámonos por cierto atentamente.
Pero ¿has de hablar de amor?

CORISCA.

No será mucho.

SÁTIRO.

Protesto que te oigo y no te escucho.

CORISCA.

Señor Sátiro, vusted
En Elide nos hacia
La vista de señoría
Y la vida de merced.
A su desden y á sus fieros,
Fe, á falta de hombres, guardé;
Que es muy fácil guardar fe
Donde hay falta de corderos.
Ya á la Arcadia hemos llegado,
Que es la corte pastoril,
Donde es el amor redil
De muchísimo ganado.
Aquí tengo yo un garzon
Conocido, por lo ménos,
Que ama con rayos y truenos,
Y se llama Coridon.
Si adelante ha de pasar
Nuestro amoroso placer,
O ha de olvidar el comer,
O ha de enseñarse á tragar.
No ha de ver mis trampantojos
Si quiere aumentar sus bienes,
Y si dolieren las sienes,
Ponerse un parche en los ojos.
Y en fin, si esto ha de durar,
Ha de ser vuesa merced
Como pintura en pared,
Que adorna sin estorbar.

SÁTIRO.

¿Celos me das, atrevida?
¡Hay mayor disolucion!
¿Quieres que la tentacion
Se ria de mi caida?
¿Yo celos? ¡vano desden!
(*Ap.* Pero, honor, volved por mí.)
¿Coridon se llama?

CORISCA.

Sí.

SÁTIRO. (*Ap.*)

Uñas tiene el quedar bien;
Porque si él no fuera hombron,
Se llamara Coridito,
Y no puede ser chiquito
Quien se llama Coridon.

Sale CORIDON.

CORIDON.

O el deseo me ha engañado,
O he visto á Corisca allí.
¡Corisca!

CORISCA.

¡Amigo!

SÁTIRO. (*Ap.*)

Hélo aquí.
Por Dios, que se han abrazado.
No sé qué diablos es esto;
Que yo no podia vella,
Y ya me inclino á querella.
Pensamiento deshonesto,
Detente; que ya te has ido
En casa de Bercebú.
¿Vesme sin sentido, y tú
Quieres estar con-sentido?

CORIDON.

¿Quién es este?

SÁTIRO. (*Ap.*)

¡Qué partida!

CORISCA.

Es un pastor.

SÁTIRO.

Sí, señor,
Dice bien: yo so el pastor,
Y ella la oveja perdida.
Mas si dijere que es cosas
Mias, sepa usted que miente,
Y sepa que soldemente
Es una de mis quejosas.

CORISCA.

Si Dorinda no viniera,
Yo supiera castigarte.

SÁTIRO.

¡Qué! ¿querias alabarte,
Y que yo lo padeciera?

Sale DORINDA, *con* PASTORES, PASTORAS Y MÚSICOS.

DORINDA.

Venid todos; que ya es hora
De que la fiesta ensayemos,
Para que con ella entremos
A ver á Amarili ahora:
Y para que este contento
De mas garbo al parabien,
Tú, mi Corisca, preven
El tono y el instrumento
En ala todas, y cuando

Llégue la copla tercera,
Partiré yo la primera,
Y el primer coro bailando
Me seguirá, y al primero
El segundo y los demas.
Cuidado con el compas;
Que este ensayo es el postrero.

CORISCA. (*Canta.*)

Al dia mas alegre
Que ha visto el tiempo,
Vén, amor, vén, fortuna,
Vén, himeneo.
Las tres gracias no vengan;
Que siendo tantas
Las que tiene la novia,
Son pocas gracias.
Las dichas de Amarili
Cantad, zagales,
Y el aire se las llevé,
Pues son del aire.

(*Empiezan á bailar.*)

Sale AMARILI.

AMARILI.

¿Qué dichas decis, qué dichas
De Amarili? Los pesares
Decid; y si el pronunciarlos
Os duele, callad, zagales;
Y esas dichas que pasaron
Antes de perficionarse,
El aire se las lleve,
Pues son del aire.—
Pero ¡qué miro! Dorinda,
¿Tú vienes á acompañarme
En mi tragedia?

DORINDA.

Amarili,
¿Qué es esto? ¿Tus ojos salen
Llorosos á recibirme,
Cuando vengo á festejarte
Desde mi vecina patria
Con estos coros nupciales?

AMARILI.

Yo lo estimo; pero ya
No es tiempo de fiestas. Dame
Los brazos, y véte luego;
Que si no quieres dejarme,
Enfermará tu fortuna
Del contagio de mis males.

DORINDA.

Quien te buscaba en las dichas,
Tambien sabrá acompañarte
En las desdichas.— Pastores,
Debajo de aquellos sauces
Esperad.

SÁTIRO.

Luego lo dije:
Desjarretónos el baile.
¿Mas que anda el amor aquí?
Bien hago en no enamorarme,
Sino en ser un mancebito
Preciado de libertades.

(*Vanse Corisca, Sátiro, los pastores y pastoras.*)

DORINDA.

Ya estamos solas, ya puedes
Dar licencia á tus pesares.
¿Callas?

AMARILI.

¡Ay prima! Un agravio
Se renueva al pronunciarle.

DORINDA.

¿Tú agraviada?

AMARILI.

Yo agraviada.

DORINDA.

¿Qué puede haber que te agravie?

AMARILI.

¿Has tenido amor?

DORINDA.

¡Ay triste!

AMARILI.

¿Suspiras? Ya confesaste;
Que en la escuela del amor
No se aprende otro lenguaje.

DORINDA.

Amor tengo, pero amor
Muy desdichado.

AMARILI.

No hables
En desdichas del amor
Donde yo pueda escucharte.

DORINDA.

Nadie la corta fortuna
De mi amor iguala.

AMARILI.

¿Nadie?
Triste cosa es competir
En las infelicidades;
Pero mas triste es vencer,
Y siempre vencen mis males.

DORINDA.

¿Sabes lo que son desprecios
De un hombre ingrato?

AMARILI.

¿Eso sabes?
Llégate mas; que no sé
Qué parentesco contraen
Dos corazones enfermos
Que adolecen de un achaque.

MIRTILO, *dentro.*

¡Valedme, dioses!

AMARILI.

¿Qué es esto?

MIRTILO. (*Dentro.*)

¡Cielos santos, amparadme!

AMARILI.

¿No ves, Dorinda, no ves
Con qué furor se desase
La corriente deste rio
De los preceptos del márgen?

DORINDA.

De sus límites Alfeo
Ha salido en un instante,
Y con sus ondas usurpa
La jurisdiccion del valle.

AMARILI.

Un hombre... ¡Hay mayor desdicha!
¿No le ves? Un hombre sale
De entre aquellos dos peñascos,
Cediendo á los huracanes,
En una pobre barquilla.

DORINDA.

Ya con ímpetu arrogante
La resaca hácia la tierra
Le arroja. ¡Cielos, libradle!

Sale MIRTILO *como arrojado, cayendo en medio de las dos, y Amarili llega á levantarle.*

MIRTILO.

¡Valedme, dioses! No siempre
A un triste la tierra falte,
Pues no es contra la desdicha
El que cayendo la abrace.

AMARILI.

Levanta, jóven, levanta
Del suelo; que ya escapaste.

MIRTILO.

¿Quién eres tú, que la mano
Das á un hombre miserable,
Que arrojado?... (*Ap.* Mas ¡qué miro!
¿Tú aquí?) ¿Tú, prodigio amable,
Me das la mano? (*Ap.* ¡Ay amor!
Ya que los ojos burlaste,
¿Tienes tambien ilusiones
Para que el tacto se engañe?)

AMARILI.

¿Qué tienes?

MIRTILO.

Déjame un poco;
Que el pasar en un instante
De los males á los bienes
Es un bien intolerable.

DORINDA.

(*Ap.* ¿No es este Mirtilo, cielos?)
Mirtilo...

MIRTILO.

¡Hay mas raro lance!
¿Tú aquí, Dorinda, tambien?
(*Ap.* ¿De dónde á oponerte salés
A mis dichas? Ahora digo
Que es mal ménos tolerable
El pasar en un momento
De los bienes á los males.)

AMARILI. (*Ap.*)

Cielos, ¿no es este el pastor
Que tan osado á librarme
De aquel riesgo se arrojó?
Sin duda es él; mas delante
De Dorinda no conviene
Darme á conocer, ni hablarle
En lo que debo á su esfuerzo;
Porque, aunque no fué culpable
El riesgo, hay en él razones
Para que el riesgo se calle.

MIRTILO. (*Ap.*)

O no me conoce, ó finge
No conocerme. ¡Tan fácil
Es olvidar beneficios,
Porque un infeliz los hace!
Mas sin duda por Dorinda
No quiere hablar de aquel lance
Tan aventurado. ¡Ay triste!
Siempre hay algo que embarace
Mis dichas, y aun no son dichas
Una vez que son verdades.

DORINDA. (*Ap.*)

Con rara atencion se miran,
Como que se han visto ántes.
¡Ah traidor! ¿no tienes ojos
Para mí?... Pero delante
De Amarili no es bien dar
Ocasion á sus desaires.
Ya se llegará su tiempo:
Sufra el corazon y calle.

MIRTILO. (*Ap.*)

¡Bueno me ha puesto el amor
Entre dos extremos, que hacen
Contraria violencia á un tiempo
Al corazon vacilante!
Allí mis penas se aumentan,
Aquí se alivian mis males,
Allí mueren mis afectos,
Aquí mis suspiros arden;
Y tú, amor, cuando allí rompo
Tus hierros para librarme,
Y aquí con nueva prision
Me rindes, ¿quieres que calle,
Sin permitir á un cautivo
Aquel triste son que hace

Con arrastrar las cadenas
De una cárcel á otra cárcel?

AMARILI. (*Ap.*)

Con raro afecto me mira,
Y parece que al mirarme
Me persüaden sus ojos
Que en tales prendas repare.
¡Ay, Silvio, si tú supieras
Mirar así!

DORINDA. (*Ap.*)

Ambos semblantes
Mienten, ó es mas que atencion
Esto que en sus ojos arde.

AMARILI.

Forastero pastor, dinos
Cómo á la Arcadia llegaste.

MIRTILO.

Señora, el sagrado Alfeo,
Donde se arrojó la imágen
De un bien que sigo, me ha puesto
Con ímpetu favorable
A tus piés. (*Ap.* ¡Que por Dorinda
No pueda yo declararme!)

DORINDA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Si será Amarili
La causa de mis pesares?
Porque esto es hablar sin voz,
Y pasa ya de mirarse.

MIRTILO. (*Ap.*)

Ya que amor cierra mis labios
Porque su ardor no se exhale
Por la voz, dulce enemiga,
¿No entendieras el lenguaje
De los ojos?

AMARILI.

(*Ap.* Otra vez
Con los ojos persüade
A que yo... Mas ¿dónde voy?
Necias ideas, dejadme.)
Hombre, cualquiera que seas,
A raro tiempo llegaste...
(*Ap.* Pues cuando acabo de estar
Irritada de otro amante,
Vienes á que yo coteje
Tus prendas con sus desaires.
Mucho me importa el huir
Primero que aquí me arrastren
Impulsos que son violentos
Y parecen naturales.)
Vamos, Dorinda, de aquí.

DORINDA.

Bien dices. Vamos; que es tarde.
(*Ap.* Apartarlos me conviene.)

AMARILI. (*Ap.*)

El no volver á mirarle
Es el remedio mejor.

MIRTILO.

¿No esperarás un instante?
¿Así me dejas, ingrata,
A solas con mis pesares?

(*Vuelven las dos.*)

DORINDA.

¿Dices á mí?

AMARILI.

¿Hablas conmigo?

MIRTILO.

No lo sé. A entrambas... (*Ap.* Dejadme
Sufrir y callar, afectos.)
A ninguna... A mi inconstante
Fortuna llamaba ingrata.

DORINDA.

Sentí que así me llamases...
—Y ya conozco, Mirtilo,
De qué fortuna mudable
Te quejas. Guárdete el cielo.

AMARILI.

Extrañé que así me hablases,
Y ya siento que te enoje
Tu fortuna. Dios te guarde.

DORINDA. (*Ap.*)

Celos, mucho os atreveis,
Siendo enemigos cobardes.

AMARILI. (*Ap.*)

Valor, mucho has desmayado
En este primer exámen.

MIRTILO. (*Ap.*)

Amor, mucho te acobardas
Para tanto como ardes.

DORINDA. (*Ap.*)

Pero yo sabré vengar
Con mis iras sus desaires. (*Vase.*)

AMARILI. (*Ap.*)

Pero yo, para vencerme,
De quién soy sabré acordarme. (*Vase.*)

MIRTILO.

Pero yo sabré granjear,
Firme, rendido y amante,
Que por mi fidelidad
El pastor fido me llamen.

JORNADA SEGUNDA.

(DE DON ANTONIO COELLO.)

Bosque y caserías, y foro de rio con una barca.

Sale CARINO.

Quédese la barquilla
Varada en el regazo de la orilla;
Y dese tronco atada,
Aun mas que de la cuerda, asegurada
De la playa serena,
Sobre la fe descanse de la arena.
Aquí por donde Alfeo
Entra en el mar, y el líquido himeneo
Buscando de Aretusa,
Sin permitir que con el mar confusa
Se mezcle su corriente,
Bajel de plata intrépido y valiente
Navega el golfo, á su Aretusa llega,
Donde mezcla el cristal, y amor le ane-
Aquí, pues breve estrecho [ga;
De mar se forma, y de tan corto trecho,
Que la vista le mide,
Con que Elide de Arcadia se divide;
¡Oh Arcadia! A tí he venido
En demanda de un hijo que he perdido.
¡Hijo Mirtilo! en esta misma parte
Te hallé la vez primera: aquí he de ha-
Esta cueva profunda [llarte.
Que cuando crece Alfeo dél se inunda,
Fué por donde arrojado
De la resaca, y de su boca echado,
Te hallé, y con señas tales...
Mas ¡oh memoria! ¿de mi bien te vales
Para darme la muerte? Di: ¿no tienes
Harto en los males sin buscar los bie-
De hermosas caserías [nes?
(Que de Alfeo y Ladon las ondas frias
Baten) está poblada
Esta selva, y en fábrica imitada,
Frondoso templo allí se mira enfrente.

(*Música dentro.*)

Mas ¿qué rumor festivo dulcemente
De ninfas y pastores,
Tejiendo bailes y sembrando flores,
Discurre el valle? ¡Escuadra peregrina!
Parece que hácia el templo se encami-
Saber la causa quiero. [na.
A la puerta del templo los espero.

(*Vase.*)

Salen CORISCA, CORIDON, SÁTIRO, PASTORES, PASTORAS Y MÚSICA.

MÚSICA.

A las fiestas de Vénus divina
Que Arcadia celebra, pastores, llegad.
Venid y bailad,
Y ofrecedla guirnaldas de flores.
Solo llegue el que siente de amores:
Y oid lo que avisa la diosa inmortal.

CORISCA. (*Canta.*)

Aviso y pregono
Que lleguen los amantes,
Los amantes solo;
Y el grosero que de amor no sabe,
No venga, no llegue, deténgase aparte;
Que el que ignora su dulce rigor,
Ofende y profana la madre de Amor.

SÁTIRO.

¿Cómo? Torna (con licencia)
A repetir, pues es corta,
La copla.

CORISCA.

¿Por qué?

SÁTIRO.

Mé importa
Para un caso de conciencia.

CORISCA. (*Canta.*)

Que el que ignora, etc.

SÁTIRO.

Quédense ustedes con Dios;
Que no puedo concurrir.

CORISCA.

¿Por qué no? No te has de ir.

CORIDON.

Concurre.

SÁTIRO.

Concurrid vos.
Las fiestas no puedo ver.

CORISCA.

¿En qué tu opinion se funda?

SÁTIRO.

En dos causas: la segunda,
Porque yo no sé querer.

CORIDON.

Por la primera empezad;
Que es mejor gradüacion.

SÁTIRO.

Pues ¿hablo yo en procesion,
Para ir por su antigüedad?
La segunda causa fué
Por mi condicion severa:
¿No es verdad?

CORIDON.

Sí.

CORISCA.

¿Y la primera?

SÁTIRO.

La primera no la sé.

CORIDON. (*A Corisca.*)

¡Que quieras á este simplon
Mas que á mí! ¡Fiero pesar!

CORISCA. (*A Coridon.*)

¡Y que quieras tú ajustar
El gusto con la razon!—
Cuando aquí todas te aclaman,
¿Te vas, Sátiro, en efeto?

SÁTIRO.

Corisca, yo no me meto
Jamas donde no me llaman.

CORIDON. (*Ap.*)

¡Oh si la madre de Amor
Vengase en tí lo que lloro!

SÁTIRO.

Yo siento acá en mí que ignoro
Su dulcísimo rigor.
Solo los amantes hallo
Que llama; y, no hay que dudar,
No tengo en esto de amar
Mas ánimo que un caballo.
Como un Neron, deste modo,
Si la honestidad me toma,
Veré abrasar una roma,
Y una narigona y todo.

CORIDON. (*Ap. á Corisca.*)

¡Que gustes desto, bellaca!

CORISCA. (*Á Sátiro.*)

Corazon de piedra tienes.

SÁTIRO.

No hay que tratar: van desdenes
De mí como de una vaca.
Voime.

CORISCA.

No te puedes ir.

SÁTIRO.

¿Pues por qué?

CORIDON.

Porque allá dentro
Se están eligiendo ahora
Los tres oficiales nuevos
Para estas fiestas: por si
Te toca á tí alguno dellos,
Has de esperarte.

SÁTIRO.

Pues yo
¿Soy sastre ni zapatero,
Que me han de hacer oficial?

CORISCA.

¡Hay tal simple! Que no es eso.
Los tres oficios son...

SÁTIRO.

Diga.

CORIDON.

Alcalde...

SÁTIRO.

¿Alcalde?

CORIDON.

¿No es bueno?

SÁTIRO.

Helo sido muchas veces,
Y quisiera incienso.

CORIDON.

Ascenso
Dirás. El otro oficio es,
Miéntras las fiestas hacemos,
Ser sacristan de la diosa.

CORISCA.

Aquese sí que es de incienso.

CORIDON.

Mas no dura mas que un mes
Que dura la fiesta, y luego
Espira.

SÁTIRO.

¿De un mes espira?
¡Qué lástima!

CORISCA.

Sí por cierto.
Deben de darle viruelas
Como á niño.

CORIDON.

Y sin remedio.

SÁTIRO.

Sacristan de un mes, que espira,
Iráse al limbo derecho.

CORIDON.

El tercer oficio es...

CORISCA.

¿Cuál?

CORIDON.

El de prioste.

SÁTIRO.

¡Fuego!
¿En qué lengua está ese oficio?

CORIDON.

Derívase del caldeo
Y del tudesco mezclados.

SÁTIRO.

Pues dénselo al tabernero.

CORIDON.

¿Por qué?

SÁTIRO.

Porque cosa que
Se deriva del caldero
Y del tudesco, será
Vino aguado, y no le quiero.

CORIDON.

Si te tocare la suerte,
Será cosa sin remedio,
Porque es carga concejil,
Y eres vecino, aunque nuevo.

Sale UN PASTOR.

PASTOR.

Ya las suertes han salido.

SÁTIRO.

¿De dó salen?

PASTOR.

De un sombrero;
Que de allí las saca un niño.

SÁTIRO.

Pues ¿no hay dotor en el puebro?

CORIDON.

Sí.

SÁTIRO.

Pues á él le tocaba
Sacarlas.

CORIDON.

Pues ¿á qué efecto
Al dotor?

SÁTIRO.

Porque es dotor.

. . . .

VOCES. (*Dentro.*)

¡Vítor Bato, vítor Bato!

CORIDON.

¿Qué oficio?

PASTOR.

Alcalde, el primero.

SÁTIRO.

Temblando estoy no me toque.

. . . .

VOCES. (*Dentro.*)

¡Vítor Sátiro!

SÁTIRO.

¿Qué dicen?
Preboste soy, esto es hecho.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Vítor Sátiro!

SÁTIRO.

¿En qué oficio?

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva el sacristan!

SÁTIRO.

Laus Deo.

CORIDON.

¿Sacristan? ¡Brava prebenda!

SÁTIRO.

Es oficio de mi genio.
Digo: en Arcadia, ¿hay bodigos?

CORIDON.

¿Para qué?

SÁTIRO.

Para comerlos.

CORIDON.

Los pastores de la Arcadia
Ni comemos ni bebemos;
Todo es amar, suspirar
Y cantar.

SÁTIRO.

Pero en muriendo,
¿No se les ponen bodigos
Contra la hambre que tuvieron,
Como á los demas difuntos?

CORIDON.

No, señor.

SÁTIRO.

Pues, segun eso,
Cantarán, suspirarán
Y amarán despues de muertos.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Vítor Coridon!

CORIDON.

¡Qué escucho!

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva el prioste!

SÁTIRO.

Me huelgo.

CORIDON.

¿Yo prioste? ¡Hay tal desdicha!

CORISCA.

Pues ¿no es buen oficio?

CORIDON.

Bueno;
Pero está en costumbre que
Le dé una comida al pueblo,
Y yo soy pobre. Esta suerte
Estaba puesta.

SÁTIRO.

¿Hay fulleros
En Arcadia?

CORISCA.

Hay tantas flores,
Que no dejará de haberlos.

SÁTIRO.

Si la suerte te ha tocado,
Será cosa sin remedio,
Porque es carga concejil.

CORIDON.

¡Yo con gasto tan tremendo!

SÁTIRO.

¿Qué gasto, si en el Arcadia
Por aprehension comemos?
Gasta tú por aprension:
Se te dará poco deso.

CORISCA.

Ha dado famoso arbitrio.
Pon pavos de pensamiento,
Perdices de fantasía,
De imaginacion rellenos,
Y todo aquesto guisado
Con suspiros y con versos,
Y cátate la comida.

SÁTIRO.

No traigan mas, que reviento;
Que todo me lo he comido
Sin sentir, como es tan tierno.

PASTOR.

Ea, el baile se prosiga.

UN MÚSICO.

Vamos cantando y tañendo.

SÁTIRO.

¿Hácia dónde va la danza?

CORIDON.

A aquese portátil templo,
Que junto á la cueva misma
Donde fué ofendida Vénus,
Tejido de hojas y ramas,
Fabricó devoto afecto,
Porque mas cerca del daño
Aplique la fe el remedio.

CORISCA.

Pues ¿no dicen que una boda
Recetada desde el cielo
Era ungüento destos males?

CORIDON.

Sí; mas vase suspendiendo
Sin saber por qué. Y el hado
Se verificaba en ellos,
Porque la bella Amarili
Por legítimos abuelos
Desciende de Pan...

SÁTIRO.

¿De Pan?
Pues casémosla con queso.

CORIDON.

De Pan, deidad de la Arcadia,
Que al primor de su instrumento
Trajo suspensa á la luna,
De quien era amante ciego,
Hasta su cueva, y allí,
Triunfando de sus desprecios,
Se burló della.

CORISCA.

¡Ah buen Pan!

SÁTIRO.

A esto llaman pan de perro.

CORISCA.

Y Silvio, ¿de quién desciende?

CORIDON.

Silvio es generoso nieto
De Alcides.

SÁTIRO.

Y esos ¿son dioses
Iguales?

CORIDON.

No, un poco ménos:
Semidioses.

SÁTIRO.

¿Semidioses?

CORISCA.

Son los vizcondes del cielo.

CORIDON.

Prosiga la fiesta: vamos.

SÁTIRO.

Y al sacristan (por saberlo)
¿Qué le toca?

CORISCA.

¿Qué le toca?
Cuidar del altar de Vénus,
Y sacudiéndola el polvo,
Irla perdiendo el respeto.

SÁTIRO.

Pues el baile se prosiga.

CORISCA.

Vamos cantando y diciendo...

ELLA Y MÚSICA.

Que el que ignora, etc.
(*Vanse cantando y bailando.*)

Salen por distintas partes NICANDRO Y CARINO.

NICANDRO.

Celebrad con puro celo
Las fiestas de la gran diosa,
Y vuestra fe religiosa
Aplaque ofendido al cielo.
Mitiguen ya su rigor
Los males que á Arcadia afligen,
Y su sacrílego orígen
Borre vuestra fe.

CARINO.

Señor,
¿Qué festivas alegrías
Y qué alborotos son estos,
Que toda la Arcadia ocupan?

NICANDRO.

Pastor, que bien forastero
Te muestras en la pregunta,
Son las fiestas que hace á Vénus
Todos los lustros Arcadia,
Por templar el sacrilegio
De aquella adúltera ninfa
Que violó la fe al supremo
Sacerdote de Diana.

CARINO.

Pues ¿por qué los votos vuestros
Son á Vénus, si es Diana
La ofendida?

NICANDRO.

El adulterio
Se cometió en esta cueva,
Que fué consagrada un tiempo
Á Vénus, y de Diana
Tiene ahora el nombre. En su centro
Se daba culto á la diosa,
Y su oráculo en misterios
Daba respuestas divinas;
Mas hoy de asombros y miedos
Es un albergue horroroso.—
¿Qué voces se escuchan dentro?
Atiende.

MIRTILO, *dentro*.

¡Ay de mí!

CARINO. (*Asombrado.*)

¿Qué voz
Es esta?

NICANDRO. (*Asombrado.*)

¿Qué triste acento
Me asombra?

MIRTILO. (*Dentro.*)

Padre cruel,
¿Por qué me matas?

NICANDRO.

¡El cielo
Me valga!

CARINO.

De mármol soy.

NICANDRO.

Todo me ha cubierto un hielo.

CARINO.

¿Si fué ilusion?

NICANDRO.

¿Si fué engaño?

CARINO. (*Ap.*)

¡Oh fuerza del pensamiento!
Lo que me dijo Mirtilo
Al partirse, en devaneos
Me finge la fantasía.

NICANDRO. (*Ap.*)

La idea de lo que pienso
Me hace imaginar que escucho...

MIRTILO. (*Dentro.*)

Deten, deten el acero.

CARINO.

Ya esto no es imaginado.

NICANDRO.

Ya no es ilusion aquesto.

CARINO. (*Ap.*)

Conmigo estas voces hablan.

NICANDRO. (*Ap.*)

Contra mí estas voces fuéron.

CARINO.

Quiero examinar lo que es.

NICANDRO.

Yo lo averiguo. (*Ap.* Aunque temo
Que es la causa mi delito.)

CARINO.

Este puñal...

NICANDRO.

Este acero...

(*Para ir adonde suenan las voces, apartan unas ramas, y descúbrese Mirtilo dormido.*)

Mas ¿qué es esto?

CARINO.

Entre las ramas
Un hombre rendido al sueño
Está aquí... Y él es.— Despierta.

NICANDRO.

Despierta.

MIRTILO. (*Soñando.*)

Aguarda, sangriento
Homicida de tu hijo. (*Despierta.*)
No ejecutes...— Mas ¡qué veo!
Detente. ¡Oh cruel decreto
Del destino! Espera, aguarda.
Yo obedezco, yo obedezco
La sentencia de los hados.

CARINO.

Pero ¡válganme los cielos!
¡Qué fuerte aprension! ¡Hijo, hijo!
Aun soñando está.

MIRTILO.

No es sueño:
Avisos son de los dioses.
De mi padre voy huyendo.

CARINO Y NICANDRO.

Hijo, hijo...

MIRTILO.

Padre, padre...

NICANDRO.

¿A los dos un nombre mesmo,
Y los dos un mismo nombre?

CARINO.

Yo lo soy.

NICANDRO.

Yo lo parezco...
(*Ap.* Con lo que teme de mí.)

MIRTILO.

Ciego discurso, ¿á quién temo?
De dos aceros confuso
Se forma contra mi cuello
Un golpe tan indistinto,
Que vacilando el recelo,
No sabe á cuál declararse;
Y como obediente acero,
Llamado en igual distancia
De dos imanes á un tiempo,
Aquí temo, allí me asombro,
Porque igual mezclado el riesgo,
Conozco que está delante,
Pero dónde está no veo.

CARINO.

¿Qué hacias entre las ramas?

MIRTILO.

Rendido de mis desvelos,
Me hurtó el sueño un breve rato
Por quietar mis pensamientos;
Si bien en especies mudas
Me volvió al prodigio bello
Que adoro; mas tan mezclado
Este bien con los agüeros
Que me asombran, de un cuchillo
Que esgrimen contra mi cuello...

CARINO.

Sosiega tu temor, hijo
Perdido de pensamientos,
Y hallado de mi cuidado.

NICANDRO.

¿Es vuestro hijo, buen viejo?

CARINO.

Sí, señor, y huye de mí.

NICANDRO.

Pues ¿por qué, ingrato mancebo?

MIRTILO.

Porque en él mi muerte miro.

CARINO.

Porque locos devaneos
Me le ausentan de mis ojos.

MIRTILO.

Porque me avisan los cielos
Que ha de matarme.

NICANDRO.

¡Oh dichosos!
Dichoso estado es el vuestro.

MIRTILO.

¿Dichosos nosotros?

NICANDRO.

Sí.

MIRTILO.

¿Dichoso cuando esto temo?

CARINO.

¿Dichoso cuando de mí
Se teme un caso tan feo?

NICANDRO.

Sí; que mal tan comedido,
Que da á prevenirle tiempo,
No es desdicha, sino aviso:
Luego dichosos os veo.
Tú, porque en temer y huir
Te dan lugar para el miedo;
Y tú, en que huyendo, te quitan
La ocasion de cometerlo.

CARINO.

¿Qué importa, si ya me agravia
Con la infamia del recelo
De que doy muerte á mi hijo?
¿Padre pudo haber tan fiero
Que mate á un hijo?

MIRTILO.

Sí...

NICANDRO.

Sí...

MIRTILO.

Cuando lo avisa en misterios
El cielo.

CARINO.

Esa es ilusion.

NICANDRO.

Cuando lo manda el decreto
Del hado...

CARINO.

Nunca lo malo
Se ha mandado desde el cielo.

MIRTILO.

Cuando horrores lo amenazan...

CARINO.

Despreciarlos es vencerlos.

NICANDRO.

Cuando los astros lo influyen...

CARINO.

Si me inclinan, yo no quiero.

MIRTILO.

Cuando agüeros lo confirman...

CARINO.

Son liviandad los agüeros.

NICANDRO.

Cuando un poder invisible
Lo dispone así.

CARINO.

Ese imperio
Fuera contra el albedrío,
Que aun no reconoce al cielo
Jurisdiccion; y si Dios
Se reservara ese imperio,
No merecieran los hombres
Con lo malo ó con lo bueno.

NICANDRO.

Calla, calla; que penetras
Con tus razones el pecho,
Y mas cercano á los dioses
Que yo, sabes entenderlos.

MIRTILO.

Calla; que con tus palabras
Pronunciando estás veneno
Contra mi triste memoria.

CARINO.

Yo callaré, si os ofendo.
Adios, hijo: pues me huyes,
A mi pobre albergue vuelvo,
Que hallarás siempre seguro.

MIRTILO.

Son otros mis pensamientos.

NICANDRO.

¡Oh sabio pastor! ¡Qué humilde
Tu sana doctrina entiendo!
Tarde mi ignorancia he visto.
Muera yo, que en daño incierto,
Por curarle amenazado,
Le anticipé verdadero. *(Vase.)*

CARINO.

¡Oh Mirtilo! ¡qué obstinado
Entre vanos pensamientos
El amor de un padre olvidas!
Muera yo, pues de tu pecho,
Donde sembré beneficios,
Cosecha de agravios llevo. *(Vase.)*

MIRTILO.

Véte, estorbo de mi amor;
Que me parte el pensamiento
El temer tu muerte, y todo
Para estotro mal le quiero.
Asperos montes de Arcadia,
Ondas del sagrado Alfeo,
Pues sois palestra de amor,
Pues sois campaña de celos,
Pues sois teatro en que tantas
Transformaciones han hecho
Amando dioses y ninfas,
Que de sus ardores vemos
Dormido en tibias señales,
Pero aun no apagado, el fuego;
Troncos, pues vivis y amais,
En vuestras hojas teniendo
Mil lenguas vegetativas,
Que hablan cuando quiere el viento:
Decidme, pues en vosotros
Vive mi imposible bello,
¿Qué encanto es este que adoro,
Qué muerte es esta que muero,
Que recatea el matarme,
Y estoy de morir sediento?
¿Qué enigma es esta divina
Que asomándose y huyendo,
La entiende la voluntad,
La ignora el entendimiento?
¿Qué enfermedad fugitiva,
Que no hallada la padezco,
Y aun dentro de un golpe mismo
No tengo el dolor que tengo?
¿Qué infierno es este que sigo,
Qué gloria es esta que anhelo,
Qué asombro es este que busco,
Qué hechizo es este que siento?
¿Qué rayo es este?

DORINDA, *dentro.*

Amarili.

MIRTILO.

O el acaso ó el misterio
Han dado nombre á mi mal.
¡Dulce nombre! Dulce acento!

DORINDA. *(Dentro.)*

Amarili.

MIRTILO.

Esta es sin duda
Mi ingrata; que el mismo efecto
Que hizo al mirarla en mis ojos,
Nombrada en mi oido ha hecho.
¡Oh cuánto le debo al aire!
Yo tambien nombrarla quiero.—
Amarili, Amarili...
¡Su nombre en mi boca, cielos!
Labios, guardáos de los ojos,
Que de envidia están muriendo,
Y llorando hácia vosotros,
Quizá lloraran veneno.

DORINDA. *(Dentro.)*

Amarili, Amarili.

AMARILI, *dentro.*

Dorinda...

MIRTILO.

¿Tambien el eco
Sabe el nombre de Dorinda?
Ya cobró lo que le debo.
¡Que vivir no sepa el gusto
Sin el vecino tormento!

AMARILI. *(Dentro.)*

Dorinda, Dorinda.

MIRTILO.

Ahora
¡Qué liberal anda el viento!
Mas quiero con este nombre
Encubrir aquellos ecos.
Amarili, Amarili.

Sale AMARILI.

AMARILI.

Hácia aquí sonó el acento.
¿Quién me llama?

MIRTILO.

Yo te llamo.

AMARILI. *(Ap.)*

Dí en el riesgo (¡qué tormento!)
Mas recelado de mí.

MIRTILO. *(Ap.)*

Dí en la muerte que deseo.

AMARILI.

¿Tú, pastor, á qué fin tomas
Mi nombre en tus labios?

MIRTILO.

Eso
Es preguntar por qué el alma
Habita dentro del cuerpo.

AMARILI.

¿Qué pretendes, qué me llamas?
¿Qué dices?

MIRTILO.

Señora... (*Ap.* Tiemblo
De verla, de hielo soy.
Amor, que causaste el fuego
Que se entró por toda el alma,
Apártame de su aspecto.)

AMARILI.

Habla, ¿qué quieres?

MIRTILO.

Señora,
Preguntarte si por yerro
Has visto allá mi albedrío,
Que está perdido y es ciego.

AMARILI.

¿Yo tu albedrío, pastor?
Yo ni reparo ni veo...

MIRTILO.

¡Desdichado del esclavo
En quien no repara el dueño!
Y ¿sabes de mí?

AMARILI.

¿De tí,
Siendo de Arcadia extranjero?

MIRTILO.

¿Tampoco sabes de mí?
¡A qué poca costa muero!
¿Que no me hayas entendido?

AMARILI. (*Ap.*)

Menester es no entenderlo.
¡Cielos! ¿qué pastor es este
Que vaga en el pensamiento?

MIRTILO.

En fin, ¿qué dél ni de mí
No sabes?

AMARILI.

No sé en efecto.

MIRTILO.

Pues escucha; que esto sabes,
Y yo de ignorarlo muero.
¿Quién es un cielo de fuego
Donde está mi perdicion,
Una hermosa exhalacion
Que deslumbra y huye luego,
Una gloria sin sosiego,
De ángel vestida una fiera,
Una divina quimera,
Un pesar como placer,
Un cielo como mujer,
A quien vi desta manera?
Esa pequeña provincia
Que yace en la opuesta márgen
De Alfeo, y el mar y Alfeo
La ciñen por ambas partes,
Fuerte regular de flores
Cuyos rebellines bate
Liquido ingeniero el rio
Con pólvora siempre errante,
Es Elide, patria mia,
Mas no patria de mis males,
Que estos nacieron despues;
Mas con tal maña y tal arte,
Que vinieron extranjeros
Y se han hecho naturales.
Allí ignorada y oculta
La dura ciencia de Marte,
En la caza y en la pesca
Se imita, si no se sabe.
En esto mis verdes años
Pasaba; y porque es desaire
De un corazon bien nacido
No vestirse de pesares,
De una pastora los ojos
Hicieron que me aliñase
De unos cuidados al uso,
Que los padece el semblante
Sin saber el alma dellos;
Que solo sirven de traje.
Pasaba pues deste modo,
Afectando con el arte
Una esclavitud compuesta
De interiores libertades;
Cuando (pasando en silencio
Lo que al intento no hace
Del asunto de mi vida,
Y aquellos frívolos lances
Que sirvieron de episodio
Al poema de mis males)
Volviendo en mi barca un dia
Lleno de triunfos errantes
De escamosos prisioneros,
Al trasmontar de la tarde,
Por donde mas dilatado
De Elide y Arcadia se hace
Garganta undosa el Alfeo
Que escupe en el mar cristales;
Dando á la arena las redes
Y soltando por el márgen
Los palpitantes cautivos
(Libertad que no les vale),
Doy cabo al barco; y apénas
En breves seguridades
Fio el barco de la cuerda
Y encargo la cuerda á un sauce,
Cuando en repetido estruendo
De armas y voces distante,
Quejas oigo, ya remisas,
Y golpes que suenan tarde.
Atiendo mas, y el oido,
Que es árbitro deste exámen,
Averigua que el rumor
Dentro de las ondas nace.
Curioso valor me alienta,
Desato el barquillo frágil,
Y porque ya de las sombras
Se estaba vistiendo el aire,
Rústica antorcha de tea,
Prevencion que el barco trae,
De sus parajes incierto,
Me enciende centella fácil,
Que á tres preguntas de golpes
Responde en dos pedernales[1].
Hágome al agua resuelto,
Pulsa el remo sus cristales,
Y al rumor, norte elocuente,
Sigo el rumbo del viaje.
Mas y mas me acerco al ruido,
Y mas y mas formidable,
Ya crece, ya se percibe,
Ya se alcanza, ya se sabe:
Combate no numeroso,
Si bien sangriento combate,
Ya cuerpos, ya sangre arroja
Al mar, de un breve patache,
Que en un escaso bajío
Surto y encallado yace.
Poco á poco la contienda
Va sonando ménos que ántes,
Va reduciéndose á ménos
Y desmayando el coraje,
Y ya apurado el rüido,
Veo que llega á estrecharse
La lid solo á dos que restan
De tanta vertida sangre.
Subo al patache, resuelto
A dividir el combate,
Y en su plaza de armas breve
Veo anhelar por matarse
Dos obstinados mancebos.
Quito la espada á un cadáver;
Y cuando á golpes les pido
Con la espada que se aparten,
Oigo voces de mujer,
Que nueva piedad me hacen.

[1] Los catorce versos siguientes faltan en la edicion de 1657. Tambien faltan algunos ántes.

Acudo pisando horrores
Sobre mil huellas mortales;
Llego atrevido á la popa,
De donde las voces salen;
Hallo cerrada la puerta,
A mi ardor materia frágil
(Que á dos impulsos del pié
No fué menester la llave);
Y al entrar, una mujer
Llorosa á mis piés se abate;
Y ántes de escuchar sus penas,
Antes que las pronunciase,
La vista embarga al oido,
Que mirando hácia otra parte,
Vió un cielo, un sol con eclipse
Que desta manera yace.
Desmandado el cabello en ley incierta,
Al corazon la sangre retraida,
Desmayada con garbo de dormida,
Y dormida con aire de despierta;
Poco cierto el vivir, la beldad cierta,
El alma sin obrar, en sí encogida,
Para poder matar como con vida,
Y para no sentirlo como muerta;
La vi; y al irla á hablar, dije advertido:
«Si lo hermosa de ingrata es argumento,
Desmayada y beldad, no tendrá oido:
Luego en vano es decirlo lo que siento;
Que mal podrá sentirlo sin sentido,
Si aun con él no tuviera sentimiento.»
—Suspenso á tanta hermosura
Quedé en absortas piedades,
Como si naciendo ciego
Un hombre, vista cobrase,
Y viendo el sol de repente
Tan superior, tan distante
De la idea que habia hecho,
Dijera mudo y cobarde:
«¡Qué diferente es el sol
De lo que en la idea cabe!
¡Qué otro era el sol que veia
Allá en mis obscuridades!»
Así en un instante, docto
De amor, probé en un instante
La experiencia de las penas,
El saber de los pesares;
Que aquí entraron padecidas,
Y solo nombradas ántes.
Dudosamente suspenso
De tan equívoco trance,
Ya faltaba á su remedio,
De que recuerdo me hace
La otra mujer que me dijo:
«Mancebo, pues tus piedades
Se indician de tu valor,
Y casi difuntos yacen
Los dos que ya inútilmente
Por esa beldad combaten,
Sácanos destos horrores
A aquesa vecina márgen.»
Y yo asistiendo á su arbitrio,
Con justas temeridades
Cogí en mis brazos el cielo:
¡Muérase de envidia Atlante!
Reclinó el cuello en mis hombros;
Y como sentí abrasarme,
El rostro volví, creyendo
Que eran llamas materiales;
Y no era sino el cabello,
Que en dulces actividades,
Peinado elemento, ardia
Con incendios mas suaves.
En esto vi que su rostro
Del mio empezó á apartarse
Con unos como desdenes,
Que sin eleccion se hacen;
Y yo enamorado y loco,
Quise ver...

AMARILI.

Calla: no pases
Adelante; que no quiero

Saber licenciosos lances,
Que indefensa la ocasion
Dió con manos liberales;
Y si lograrlos fué culpa,
Referirlos es ultraje
De aquella infeliz belleza.

Sale y quédase al paño DORINDA.

DORINDA. (*Ap.*)

¿Qué es aquesto? No me salen
Muy inciertas mis sospechas.

MIRTILO.

Señora, escucha: no atajes
La justicia de mi queja.

DORINDA. (*Ap.*)

¡A solas le escucha! ¡Ah fácil!
Mas mi propio error condeno.

MIRTILO.

Déjale el bien de quejarse
A un infelice.

AMARILI.

Ya sé
Cuanto puedes alegarme:
Que la sacaste del riesgo,
Que absorto á su luz quedaste,
Que libre, nuevo accidente
Te la quitó de delante,
Que ignorada la quisiste,
Que acaso otra vez la hallaste,
Que como ilusion se huye
De tí, que quién es no sabes...
(*Llégase Dorinda á ellos.*)

DORINDA.

¡Qué informada estás de todo!

MIRTILO. (*Ap.*)

¡Esto faltaba á mis males!

AMARILI.

Dorinda, á buen tiempo llegas.
Este pastor, ignorante
De quién soy, es sombra mia,
Y temo que ha de matarme...
—Digo, del susto de verle.

DORINDA.

Menester era explicarte.

AMARILI.

Y pues que tú le conoces,
Quiero que le desengañes
Ó informes; que todo es uno.

DORINDA.

De atrevimiento tan grande
Poca pena es un desprecio.

MIRTILO.

Espera.

AMARILI.

Suelta: ¿qué haces?

MIRTILO.

No querer que por tercera
Persona me desengañes,
Ya que me debes la vida,
Que no quiero que me pagues.

DORINDA.

¿La vida te debe?

MIRTILO.

Sí.

DORINDA.

Ya me parece que hallaste
Aquella ilusion, Mirtilo.

MIRTILO.

Echale la culpa al lance,
En que negarlo no puedo.

AMARILI.

Mucho de Mirtilo sabes.
Sin duda que en sus niñeces
Con él te comunicaste.

DORINDA.

No sé mas dél sino que
Es un pescador su padre:
Con que ménos proporcion
Hay para que se declare
Con cualquiera que de dioses...

AMARILI.

Pues ya no quiero informarte
De lo que soy.

MIRTILO.

Pues ¿por qué?

AMARILI.

A fin solo de pagarte
La vida, vive en tu duda.

MIRTILO.

Pues ¿tanto esa duda vale?

AMARILI.

Lo que va de un bien dudoso
A unos evidentes males.

MIRTILO.

Aguarda: no el beneficio
Es justo que así me pagues.

AMARILI.

Por pagártele mejor
Me voy sin desengañarte.
(*Ap.* ¡Quién diera este amor á Silvio,
Ó á Mirtilo aquella sangre!) (*Vase.*)

MIRTILO.

Dorinda...

DORINDA.

¿Ahora me buscas?
Ingrato, ¿no ves que el áspid
De mis celos es veneno
Que está inficionando el aire?

MIRTILO.

Si el desengaño es ponzoña,
Muerda con desengañarme
El áspid.

DORINDA.

Pues porque bebas
El veneno hasta apurarle,
Esa hermosura que sigues,
Esa ocasion de mis males,
Esa ilusion de tus ojos,
Esa idolatrada imágen,
Es de tí tan diferente
Y está de tí tan distante,
Que la sangre de los dioses
Sagrada en sus venas arde,
Y de príncipes de Arcadia
Desciende por otra parte.
Demas de la obligacion
Que le ha dictado esta sangre,
Es cuidado de los dioses;
Que para extinguir los males
De Arcadia, es voz de los cielos
Que precisamente case
Con esposo cuya estirpe
Tambien de los dioses baje:
Y habiendo un gallardo jóven
Generoso por sus partes,
Amable por su persona,
Trata Arcadia que se casen.

MIRTILO.

Aguarda; que no juzgué
Con tanta ponzoña el áspid.
¡Muerto soy!

DORINDA.

Pues lo quisiste,
Tirano, hasta que se acabe
La has de beber. Sabe, en fin,
Que Silvio (que por su padre
Nicandro, honor de la Arcadia,
De Alcídes su orígen trae)
Es el ilustre mancebo;
Y por pactos generales
Desta provincia y del cielo,
Se han dado fe de casarse,
Tan inviolable y tan firme,
Que se juró en los altares,
Añadiendo fuerza á fuerza.

MIRTILO.

¡Válgame el cielo!

DORINDA.

Y añade
Que Amarili á Silvio adora,
Narciso galan del valle;
Y añade mas, que es ya Silvio
Marido hasta en los desaires,
Pues la paga con desprecios.
Con que ya, Mirtilo, sabes
Que es noble, honrada y ajena,
Y que quiere en otra parte.

MIRTILO.

¡Ah fiero, infame dolor,
Y no dolor, sino ultraje!
¡De otro enamorada, y luego
Despreciada de otro amante!
¡Qué desairado tormento!
¡Cielo! ¿hay mas fuertes pesares?
¡Fortuna! ¿hay mas imposibles?
Ondas de Alfeo, anegadme,
Fieras, hacedme pedazos,
Rayos, fulminad volcanes.

DORINDA.

Detente, aguarda, Mirtilo.

MIRTILO.

En vano me persüades.

DORINDA.

Olvidala.

MIRTILO.

Ese remedio
No se encuentra, aunque se sabe.

DORINDA.

Mira mi amor.

MIRTILO.

Estoy ciego.

DORINDA.

Oye mi pena.

MIRTILO.

Es en balde.

DORINDA.

Pues ¿qué has de hacer?

MIRTILO.

¿Qué? Imposibles.
Ajena, ingrata ó amante,
Quererla, sea como fuere;
Que de influjos celestiales
La inclinacion no se excusa.
Lluevan penas, vengan males. (*Vase.*)

DORINDA.

Pues yo buscaré remedio,
Ingrato, que el daño ataje,
Aunque sea á sangre y fuego.
Yo te borraré la imágen
Que de tí arrancó la mia,
Con los pinceles infames
De los celos, aunque moje
Los pinceles en su sangre. (*Vase.*)

Sale SILVIO.

SILVIO.

Ya la escasa luz avisa
Al dia en este horizonte.
¿Qué es esto? ¡El alba en el monte,
Y Silvio el monte no pisa!
Ea, amigos, ya la fria
Noche huyó del arrebol;

¡Aguardais á que os dé el sol
En la cara con el dia?
Aunque con cetro de horrores
De todo el mundo sea dueño,
No son vasallos del sueño
Amantes ni cazadores.
Prevenid las jabalinas
Y el sol se afeite en sus hierros,
Y del sueño de los perros
Sean clarin las bocinas.
Aquella espantosa fiera
Que es de la Arcadia el estrago,
Hoy morirá á vuestro amago:
Que al golpe, hazaña no fuera.
Ya el can mal despierto late
Presumiendo el jabalí,
Y soñándola el neblí,
Sobre la garza se abate.
Ea; valiente cuadrilla,
Vamos: impaciente y fiel
Gima y consienta el lebrel
La cárcel de la traílla.
La alcandara el sacre errante
Deje por la mano mia,
Y si en el sueño porfía,
Duerma otro rato en el guante.
¡Tirso! ¡Ergasto! ¿Con quién hablo?
Sacudid con lijereza
De vosotros la pereza,
Y de la funda el venablo.
Prevente ya contra mí,
Fiera espantosa y lijera.

Sale NICANDRO.

NICANDRO.

¿Dónde vas? Si buscas fiera,
¿No es mejor buscarla en tí?
Cuando en repetidos males
Arde Arcadia, y en tu boda
La salud pública toda
Ponen voces celestiales;
Cuando estragos, terremotos
Ves que el cielo nos envía,
Apostándose á porfía
Sus iras y nuestros votos;
Cuando por ver si el ejemplo
De los otros te movia,
Vivo en aquesta alquería,
Que está tan vecina al templo;
¡Tú con tan necios cuidados,
Huyendo de un ángel bello,
Hurtas á su yugo el cuello
Y haces burla de los hados!
¿No ves que á Vénus allí
En devotos escuadrones
Aplacan himnos y dones,
Que aun se escuchan desde aquí?

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Piedad, divina Vénus!
Calmen los rayos ya, cesen los truenos.
Cese del cielo el rigor;
Que para un pecho mortal
No es menester otro mal:
Bastante pena es amor.

NICANDRO.

Mira lo que tú ocasionas.

SILVIO.

Antes aviso mejor
Me dice allí que el amor,
Lazo en que tú me aprisionas,
Es el mas fiero tormento:
Y así voy huyendo dél.
¡Dulce libertad fiel,
En tí reside el contento! (*Vase.*)

NICANDRO.

Oye.

SILVIO. (*Dentro.*)

¡Diligencia vana!

NICANDRO.

Haz á Vénus sacrificio.

SILVIO. (*Dentro.*)

Ya, imitando su ejercicio,
Hago ofrendas á Diana.

NICANDRO.

Ya al oráculo divino
Van todos. (*Vase.*)

SILVIO. (*Dentro.*)

Ya piso el campo.
Llama á Barcino y Melampo.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Tó, Melampo! Tó, Barcino!

—

Altar de murta con una estrella encima, en el foro; afuera campo.

Tocan clarines, y salen DORINDA, MIRTILO, AMARILI, CORISCA, SÁTIRO, PASTORES, PASTORAS Y MÚSICA; *despues*, NICANDRO.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Piedad, divina Vénus, etc.

NICANDRO.

Por ver si remedio hallo,
La diosa consultar quiero.

DORINDA. (*Ap.*)

En Vénus remedio espero
Del mal que padezco y callo.

MIRTILO. (*Ap.*)

Veré si al error que aprecio
Es la esperanza posible.

AMARILI. (*Ap.*)

Sabré si será imposible
No haber de amar un desprecio.

CORISCA.

Ya al oráculo fiel
Todos quieren consultar.

SÁTIRO.

Ya van llegando al altar
Como moscas á la miel.

NICANDRO.

Madre de Amor, que adoro,
Y parto de las ondas de Anfitrite,
Un blanco, hermoso toro,
Que trasformado á Júpiter imite,
Degollaré en tus aras,
Si mi duda en tu Oráculo declaras.
Inobediente un hijo,
Patria y padre baldona.
Los males que ocasiona
Me hacen morir en un vivir prolijo.
¿Tendrá mi triste suerte
Remedio alguno, sin llegar la muerte?

LA VOZ DEL ORÁCULO, *dentro.*

Siempre y nunca homicida
Serás de la que piensas que no es vida.

NICANDRO.

Claro mi daño entiendo.
Esto es decir que viviré muriendo,
Sin remedio y cautivo
Dentro de aquesta vida que no vive.

MIRTILO.

¡Qué noticia tan trágica y funesta!

NICANDRO.

Ya los coros repiten la respuesta.

MÚSICA.

Siempre y nunca homicida
Serás de la que piensas que no es vida.

DORINDA.

Reina hermosa de Egnido,
Los de Arcadia y mis males
Son tan unos é iguales,
Que por ella y por mí remedio pido.
Ya conoces mi intento:
Un mal tan arraigado,
¿Podrá, dí, ser curado
Sin remedio violento,
Sin sangre, sin herida,
Sin derramar la vida
Que mi furor enciende?

ORÁCULO. (*Dentro.*)

No tendrá fin el daño que os ofende.

NICANDRO.

¡Oh infelice! Tus males
Y los de Arcadia aspiran á inmortales.

DORINDA. (*Ap.*)

¡Celos! clara respuesta, bien se entien- [de.

MÚSICA.

No tendrá fin el daño que os ofende.

DORINDA. (*Ap.*)

Esto es decir que solo medio fuera
De mi esperanza que Amarili muera.

AMARILI.

Hija de las espumas,
Dos palomas sagradas
Que de tu carro hurtadas
Te parezcan, mirándolas las plumas,
Te ofrezco en sacrificio
Si responde tu oráculo propicio.
Ya me tengo ofrecida
Al dueño ingrato que mandó el desti- [no.
¿Tendré marido fino?
¿Podré querer, querida?
Y si es preciso ser tan desdichada,
¿Hasta cuando ultrajada,
Serán mis males de un rigor trofeos?

ORÁCULO. (*Dentro.*)

Hasta que junte amor dos semideos.

AMARILI. (*Ap.*)

¡Oh fiera voz del hado!
¡Sangre de dioses yo, de bajo estado
Él!... Ya lloro burlados mis deseos...

MÚSICA.

Hasta que junte amor dos semideos.

MIRTILO. (*Ap.*)

Esto es decirla que por ley severa
Será de Silvio: mi esperanza muera.

NICANDRO. (*Ap.*)

Esto es decir que Silvio, aunque mas [huya,
Ha de enlazar mi sangre con la suya.

MIRTILO.

Bello origen hermoso
De amor, que es de la tierra
Dulce paz, dulce guerra:
Fiero animal cerdoso
Que con rayos de hueso
Ejecutó de Adónis el suceso,
Degollaré en tus aras, por vengarte
De los celos coléricos de Marte.
Por voces de los cielos
Huyo mi muerte; pero en otra he dado
De desprecios, de celos.
¿Podré olvidar? ¿Mejoraré de estado,
Ó para algun motivo del destino
Importo yo desesperado y fino?
¿Sirven para algun fin de la fortuna
Mi fineza importuna,
Mis celos, mis deseos?

ORÁCULO. (*Dentro.*)

Y de una infiel mujer los devaneos.

NICANDRO. (*Ap.*)

¡Pobre pastor, de un padre amenazado
Y una mujer infiel!

AMARILI. (*Ap.*)

¡Oh cielo airado!
Bien claro desengañas mis deseos.

MÚSICA.

Y de una infiel mujer los devaneos.

MIRTILO. (*Ap.*)

Esto es decirme que esta infiel belleza
Sin quererme, amenaza mi cabeza.

AMARILI. (*Ap.*)

Eso es decir que aunque hoy su amor le [rinda,
Padecerá en los celos de Dorinda.

NICANDRO.

Bellísimo lucero,
Que eres nocturna aurora,
Por Arcadia hablo ahora,
Si por mí hablé primero.
Si respuesta te debe
Nuestro mísero estado,
Tu altar verás manchado
Con la sangre de un cisne, tan de nieve,
Que dél vestirse pueda disfrazado
Un dios para otra boda,
Con que á la sacra esfera admire toda.
Dos progenies sagradas
Son remedio del mal, y Silvio huye
Las bodas ya tratadas:
¿Qué otro culto su efecto sustituye?
Conmútese este medio
En mas pronto remedio,
Y el sacrílego error que así os ofen- [de...

ORÁCULO. (*Dentro.*)

La alta piedad de un pastor fido en- [miende.

NICANDRO. (*Ap.*)

¿Pastor fiel? ¿Pues no dijo
Sangre de dioses?

MIRTILO. (*Ap.*)

Si de mí colijo
Lo fiel, de mí lo noble no se entiende.

MÚSICA.

La alta piedad de un pastor fido en- [miende.

AMARILI. (*Ap.*)

Lo fiel y lo pastor en él cabria;
Mas no sangre de un dios.

DORINDA. (*Ap.*)

¡Desdicha mia!
¿Si es por Mirtilo?

NICANDRO. (*Ap.*)

¡Confusion molesta!

ORÁCULO. (*Dentro.*)

Componed de las cuatro una respues- [ta.

DORINDA.

No tendrá fin el daño que os ofende...

AMARILI.

Hasta que junte amor dos semideos...

MIRTILO.

Y de una infiel mujer los devaneos...

ORÁCULO. (*Dentro.*)

La alta piedad de un pastor fido en- [miende.

NICANDRO. (*Ap.*)

La misma respuesta es esta
Que siempre á la diosa he oido.

MIRTILO. (*Ap.*)

O separado ó unido,
Mi muerte está en la respuesta.

AMARILI. (*Ap.*)

Que mi bien se cifra en ella
Claro el cielo me avisó.

. . . .
. . . .

NICANDRO. (*Ap.*)

Pues que se afirman los hados,
Buscaré á Silvio.

DORINDA. (*Ap.*)

Pues son
Los celos fiera pasion,
Yo curaré mis cuidados.

AMARILI. (*Ap.*)

Iré á buscar, á rogar,
A sentir y padecer.

MIRTILO. (*Ap.*)

Infiel y de otro ha de ser;
Mas no la puedo olvidar.

NICANDRO. (*Ap.*)

Mudaré su pensamiento.

DORINDA. (*Ap.*)

Estudiaré mi venganza.

AMARILI. (*Ap.*)

Moriré sin esperanza.

MIRTILO. (*Ap.*)

Viviré con mi tormento.
(*Vanse todos, ménos Corisca y Sátiro.*)

SÁTIRO.

Andad ya con Barrabas;
Que ya me dejais molido,
Y no vale con vosotros
Un maravedí el oficio.

CORISCA.

¡Fiero espigon llevan todos!

SÁTIRO.

¡Que no le hayan ofrecido
Estos hombres á la diosa
Cosa que valga un comino!

CORISCA.

Todo fué condicional.

. . . .
. . . .

«Si me das remedio, dijo,
Te daré un cisne, con tocas
De dueña de honor vestido.»
No hay bobos, ni aun con los dioses.
¿Qué hicieran estos benditos
Con una mujer? Sin *toma*,
El *daréte*, amigos mios,
Es futuro contingente,
Y no debe ser creido.

SÁTIRO.

Corisca, véte con Dios;
Que estamos los dos solitos,
Y darémos qué decir.

CORISCA.

Déjame, ingrato prodigio,
Hartarme de ver tus soles.

SÁTIRO.

Pueden darte un tabardillo.
Cierro el templo.

CORISCA.

Pues adios.
Dame un abrazo.

SÁTIRO.

Quedito;
Que quedas irregular,
Mujer.

CORISCA.

Pues dime: ¿no ha habido
Sacristanes abrazados?

SÁTIRO.

No saben hacer su oficio.

CORISCA.

Mas espera: desa aldea
Cuatro pobretes ó cinco
Del oráculo á la sopa
Vienen, del amor mendigos.

SÁTIRO.

Pan los provea, porqué
El oráculo ha escurrido...

CORISCA.

¡Vive Baco, que traen todos
Ofrenda!

SÁTIRO.

¿Ofrenda han traido?
Por Dios, que han de hablar á Vénus
Para que corra el oficio.

CORISCA.

Se fué el oráculo ya.

SÁTIRO.

Si á algun negocio se ha ido,
Que hable por procurador.

CORISCA.

Bien has dicho.

SÁTIRO.

Si escondido
Detras del altar respondo
Lo que me venga al capricho,
Como médico que á bulto
Manda sangrar á un ahito...

CORISCA.

Pasarás entre dos luces
Por el oráculo fino,
Siendo falso.

SÁTIRO.

Pues yo quiero
Ser chanflon á lo divino.

CORISCA.

Ya llegan. Éntrate presto;
Mas no digas desatinos.
Finge la voz, y habla en tiple.
(*Vase Sátiro detras del altar.*)
Ya llegan.— ¡Oh cielo esquivo!
¿Muerte y vida? ¡Oh voz confusa!
Sombras toco.

Sale CELIA.

CELIA.

¿Qué te ha dicho?

CORISCA.

Un no sé qué, un no sé cómo,
Y un no sé cuándo divino.
¡Difunta estoy!

CELIA.

¿Vaste?

CORISCA.

No;
Antes al altar me arrimo
En grado de apelacion.

CELIA.

Mala respuesta habrá sido.—
Madre de Amor, en tí pienso
Hallar remedio á mi mal:
Respóndeme, y en señal
De adoracion, este incienso
Quemo en tu lumbre sagrada,
Con que tus aras perfumo.
(*Échalo en el brasero.*)

SÁTIRO. (*Dentro, detras del altar.*)

Toda aquesa gloria es humo,
Y yo estoy desengañada.

CELIA.

Este laurel que á las llamas
Del rayo está verde, es bien
Tu altar honre.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Eso tambien
Es andarse por las ramas.

CELIA.

¡Qué ronca voz! ¿Si está airada?

CORISCA.

Como anda siempre de noche
Guiando el nocturno coche,
Anda un poco acatarrada.

CELIA.

Yo adoro á un pastor, con quien
Ahora casarme trato;
El me da celos, ingrato:
¿Daréle celos tambien?
Dame favor, porque aprenda
De tus liciones á amar.
—Muda está.

CORISCA.

No hay que tratar.
No responde sin ofrenda.

CELIA.

Responde, y mas prevenida
Otra vez, te serviré
Con mas.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Yo responderé
Cuando yo fuere servida.

CELIA.

¡Cielos! ¿que los labios abra,
Y no responda? Voy ciega.

CORISCA.

Nunca responde ni juega
Vénus sobre la palabra.
(*Vase Celia.*)
Ya estaba temblando.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

¿Fuése?

CORISCA.

Sí.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Pues bájome yo á la tierra
Un poco.— Todo se yerra.
(*Sale Sátiro por detras del altar.*)

CORISCA.

¡Que tal presente la diese!

SÁTIRO.

¡Que un laurel traiga con él,
Para que al culto aproveche,
Y no trajese escabeche
De donde sacó el laurel!

CORISCA.

Este lance se ha perdido.

SÁTIRO.

Otro viene á mas andar.

CORISCA.

Presto á la estrella.

SÁTIRO.

Al altar.

CORISCA.

Altar tomo. (*Pónese al lado del altar.*)

SÁTIRO.

Estrella pido.
(*Vuelve á ponerse detras del altar.*)

Sale FLORA.

FLORA.

Vénus sacra, á tu deidad
Acudo con mis pasiones,
Y te traigo humildes dones,
Que los disculpa mi edad.
Esta fruta hace muy bien
Mi madre, y te la tributa
Mi afecto.
(*Pone en el altar un plato con hojuelas y lo demas que va diciendo.*)

SÁTIRO. (*Dentro, detras del altar.*)

No quiero fruta.

CORISCA.

Tómala; que es de sarten.

FLORA.

Y porque de mí te duelas,
Te presento liberal
Aqueste vírgen panal.

SÁTIRO. (*Ap. dentro.*)

Aqueso es miel sobre hojuelas.

FLORA.

Oye mi pena amorosa,
Aunque el respeto me empacha.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Mira, devota muchacha,
Si allá te queda otra cosa.

FLORA.

Estos huevos darte quiero,
Que llevaba en buena fe
Á mi padre, y los pondré
Aquí, junto á este brasero
Donde el incienso se atiza.
Todo lo pongo á tus piés.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Quedito: mira no des
Con ellos en la ceniza.

FLORA.

Diosa, saliendo á coger
De berros una ensalada
Al arroyo, enamorada
Quedé (que al fin soy mujer)
De un pastor, que me pretende
Burlar, sin ser mi marido.
Yo no consiento, ni olvido;
Pero mi pecho se enciende.
Mucho temo hacer un yerro:
¿Qué haré para que mi honor
Conserve intacta su flor?

SÁTIRO. (*Dentro.*)

No andarte tú á la del berro.

FLORA.

Tu consejo agradecida
Tomaré. (*Vase.*)

SÁTIRO. (*Dentro.*)

¿Fuése ya?

CORISCA.

Sí.
Baja.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Ya bajo.— Aun así (*Sale.*)
Se puede pasar la vida.
Probemos la ofrenda.

CORISCA.

A ver.
Muy dulce está.

SÁTIRO.

¡Brava tacha!
¿Venlo aquí? Aquesta muchacha
Sabe lo que se ha de hacer.

CORISCA.

¿Todo te lo comes?

SÁTIRO.

Debo
De ser comilon feroz.
Quiero aclararme la voz.

CORISCA.

¿Cómo?

SÁTIRO.

Sorbiéndome un huevo.

CORISCA.

Otro viene.

SÁTIRO.

¡Oh suerte escasa!
Esos relieves recoge.

CORISCA.

Sube aprisa; que nos coge
Con las manos en la masa.
¿Y los huevos?

SÁTIRO.

Aquí están;
Que quiero por mi consuelo
Sorbérmelos en el cielo.

CORISCA.

Crudos, matarte podrán.
No hagas tal.

SÁTIRO.

Si tu querella
En aqueso solo estriba,
Yo los asaré allá arriba
Con el calor de la estrella.
(*Vase á colocar detras del oráculo.*)

Sale FABIO.

FABIO.

Hija sagrada del mar,
Esta liebre fugitiva,
Triunfo tuyo por esquiva,
Doy por ofrenda á tu altar.
En su cama la cogió
Mi industria ayér... Mas ¡ay triste!
(*Cáesele un gato con dineros.*)

SÁTIRO. (*Detras del altar.*)

Y dime: ¿adónde cogiste
Eso que ahora sonó?

FABIO.

Es un gato que he tomado
A mi padre con dinero;
Que soy hijo de ventero.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

¡Y á mí la liebre me has dado!
Si quieres que yo celebre
La ofrenda, ventero ingrato,
No me des liebre por gato;
Más quiero gato por liebre.

FABIO.

Toma, porque medicina
Me des ¡oh madre de Amor!
Para su fiero rigor
Que el corazon predomina.
Dame de alivio algun medio.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Pues úntate el corazon
Con alcrebite y limon.

FABIO.

Diosa, ese mismo remedio
Para la sarna me dijo
El dotor; yo pido alguno
Para el amor.

SÁTIRO. (*Dentro.*)

Todo es uno.
¿Qué mas sarna que mi hijo?

FABIO.

Yo quedo en la misma calma.

CORISCA.

No entiendes: entrambos son,
Sarna y amor, comezon,
Ya del cuerpo, ya del alma.
Más sabe que tú la diosa:
Rígete por su capricho.

FABIO.

Yo voy rendido al remedio. (*Vase.*)

CORISCA.

Anda, bonrado venterillo.
Pero ¿qué es esto? De nubes
Se cubre el sol, y un tupido
Nublado se va formando.

UNO. (*Dentro.*)

Recoge el ganado, Alcino.

OTRO. (*Dentro.*)

¡Aun duran estas venganzas!

OTRO. (*Dentro.*)

¡Socorro, cielos divinos!

CORISCA.

¿Qué es esto?

SÁTIRO.

Temblando estoy.
¿Si acaso es nuestro delito?

ORÁCULO, *dentro.*

Arcadia, desta manera
Dan los cielos el castigo
A un sacrilegio.
(*Trueno y rayo, y cae Sátiro.*)

CORISCA.

¡Ay de mí!

SÁTIRO.

¡Muerto soy! Todo es conmigo.

CORISCA.

¿Hate muerto?

SÁTIRO.

Claro está.

CORISCA.

¿Hácia adónde estás herido?

SÁTIRO.

No sé; mas de parte á parte
Me ha pasado como un higo
El rayo. Quemado estoy
Por de dentro, sin sentirlo.

CORISCA.

Levanta.

SÁTIRO.

Ten: no me toques;
Que, aunque hácia fuera estoy vivo,
Dentro estoy hecho ceniza.

VOCES. (*Dentro.*)

Los campos inunda el rio.

CORISCA.

Levanta. Vamos de aquí.

SÁTIRO.

Huyamos de aqueste sitio
Donde fué la culpa.

CORISCA.

Presto.

SÁTIRO.

¡Qué enojado el cielo miro!

CORISCA.

Vénus está que echa chispas.

SÁTIRO.

Es herrero su marido
Y echará cuantas quisiere.

CORISCA.

Gran delito cometimos.
(*Vanse.*)

MÚSICA, *dentro.*

¡Piedad, divina Vénus!
Calmen los rayos ya, cesen los truenos.

Sale UN PASTOR, *huyendo.*

PASTOR 1.°

Centellas el aire arroja,
Que abrasando van los trigos. (*Vase.*)

Sale OTRO PASTOR.

PASTOR 2.°

Céres sagrada, las mieses
Defiende, pues es tu oficio. (*Vase.*)

Sale OTRO PASTOR.

PASTOR. 3.°

Gran Minerva, á tu cuidado
Tocan los verdes olivos. (*Vase.*)

Sale CORIDON.

CORIDON.

Defiende á quien te corona,
Baco sagrado: el granizo
Tunde las viñas en cierne.
Ojo alerta con el vino. (*Vase.*)

Sale CELIA.

CELIA.

Sacra Pomona, tu amparo
Presta á los frutos opimos
Que abrasa el cielo. (*Vase.*)

Sale OTRO PASTOR.

PASTOR 4.°

El ganado,
Pan, está bajo tu arbitrio,
Y, el valle inundado, muere. (*Vase.*)

Salen NICANDRO Y SILVIO.

NICANDRO.

¡Qué es esto, cielos divinos!
¿Desta suerte nos tratais?
Son en efeto castigos.

SILVIO.

La tempestad excusemos
De aquesta encina al abrigo.

NICANDRO.

Ya no parece Dorinda,
Y Amarili se ha perdido
Con la obscuridad.

SILVIO.

El cielo
De amenazas se ha vestido.
(*Vanse.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Piedad, divina Vénus!
Calmen los rayos ya, cesen los truenos.

—

Bosque.

Salen AMARILI Y MIRTILO, *sin verse.*

AMARILI.

De horrores cubierto el sol,
Borró el dia, y me he perdido.

MIRTILO.

Vagando por estas selvas,
Salí á puerto, pues vecino
Del templo, escucho las voces
De los cánticos é himnos,
Y junto á la cueva estoy
De Ericina. Ya el vestido
De nubes va destejiendo
El aire.

AMARILI.

Ya del olimpo
Vuelve á encenderse la antorcha.
Volveré á buscar á Silvio.—
Mas ¡qué miro!

MIRTILO.

¡Cielo santo!
No en vano el ajado aliño
Cobró el dia, el sol no en vano
Volvió de su parasismo.

AMARILI. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿Que á cada paso
Me haya de hallar el peligro,
Me haya de buscar el riesgo?
Mucho de mis ojos fio.
Mas vale vencer huyendo
Que esperar y ser vencido.
Voime.

MIRTILO.

Exhalacion divina,
¿Dónde en rayos fugitivos
Dejas burlados los ojos,
Que han cegado de haber visto?
¿Adónde, cómplice hermoso
Deste mi mayor delito,
Mueves la planta, que llega
Sobre sendas de suspiros?
Si vas á ser de las flores
Bello planeta divino,
Pues que viven ó fallecen
De tu semblante al arbitrio,
Vuelve; que tambien te ofrezco
En mí, para hacer tu oficio,
Mi vida para influencias,
Para estragos mi albedrío.
Tambien es capaz de rayos
Mi vida que no resisto,
Y tambien capaz de miedos
Es mi placer, aunque es mio.
Déjate hallar de los ruegos,
Que á tu deidad los envío:
No quede en sospecha el serlo,
Si se vuelven no admitidos.
Si víctima y quejas dando,
Las quejas te han ofendido,
Escóndete de la queja,
Pero no del sacrificio.

AMARILI.

Pastor, á aquestas montañas
Tan para mí mal venido,
Que me sigues y me pierdes
Incrédulo á los avisos,
¿No sabes que en fe jurada
En las manos del destino
Soy ajena, y tengo honor?
Y hoy que desto me olvido
De esposa aun ántes de serlo;
La fe que juré al marido
Es fuerza cumplir, porqué
Se castiga en nuestros ritos
Con la vida; y tú no atiendes
A mi honor ni á mi peligro.
¡A escándalos me enamoras!
¿No hay amor sin desvario?
¿No hay sentimiento sin quejas?
Quiere, pero allá contigo;
Espera, pero sin mí;
Obliga, pero sin ruido;
Adora, mas sin que brote
Al humo del sacrificio
La publicidad fragante
Que diga la ofrenda á gritos.

MIRTILO.

¿No sabes, divina ingrata,
Que intentas hacer que el Nilo,
Que liberal se derrama
En undosos desperdicios,
Se contente con su márgen,
En cuyo coto prolijo
Caber intenta, y no puede,
Su gran corazon de vidrio?

¿No ves que mi amor no cabe
En coto, y se sale altivo
A explayarse por los labios,
Impaciente como el rio?
Yo no te pido piedades;
Crueldades solas te pido:
Si has de matarme con ellas,
Déjame hartar de delitos.

AMARILI.

¿Y mi honor?

MIRTILO.

Yerros de un loco
De la vida son peligros,
No del honor.

AMARILI.

(*Ap.* Este extremo
Apuesta con el de Silvio,
Y no sé si ha de vencer.)
Déjame por Dios, Mirtilo.

MIRTILO.

¿Podré adorarte?

AMARILI.

No sé.
(*Ap.* ¡Sin mí estoy!) Mas allí miro
Que viene Dorinda. ¡Ay cielos!

MIRTILO.

Es verdad.

AMARILI.

Aun no me ha visto,
Y no quiero que me vea
Hablar á solas contigo.
A la boca desta cueva
Quiero esconderme: así evito
Su sospecha. (*Éntrase en la gruta.*)

VOCES. (*Dentro.*)

Ataja, ataja;
Que se escapa hácia el camino.

SILVIO, *dentro.*

Seguidla, seguidla

Sale DORINDA.

DORINDA.

Yo
Por esta parte la sigo.
(*Ap.* Mas ¿qué es aquesto? Amarili
Aquí estaba con Mirtilo,
Y se ha escondido: pues quien
Se esconde, tiene delito.
Sin duda se entró en la cueva;
Y el pesar de haberla visto
La he de hacer.)

MIRTILO.

¿Adónde vas?

SILVIO. (*Dentro.*)

Ya los perros la han perdido
Con la espesura.

DORINDA.

Esta cueva
Quiero tomar por asilo.

MIRTILO.

Mira que se entró una fiera
En ella, y es desvarío.

DORINDA.

Déjame, traidor. ¿Qué fiera?

MIRTILO.

Tan fiera, que la he temido,
Aborreciendo la vida.

DORINDA.

¡Ah tirano!

Salen NICANDRO, SILVIO Y PASTORES.

NICANDRO.

Silvio, Silvio,
Hasta aquí llegan las huellas;
Mas desde aquí se han perdido.

SILVIO.

Pues por aquí la busquemos.

NICANDRO.

Vamos.

SILVIO.

¿Acaso habeis visto
Una perseguida fiera?

DORINDA.

En la cueva se ha escondido.
(*Ap.* Así vengaré mis celos.)
Este pastor me lo ha dicho.

SILVIO.

Entraré á matarla.

NICANDRO.

Espera.
No pises, no pises, hijo,
Los horrores desa cueva.

MIRTILO. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer?

AMARILI. (*Ap. á la entrada de la cueva.*)

¡Grave peligro!

NICANDRO.

Ruido suena entre las ramas.

SILVIO.

Pues yo desde aquí la tiro.

NICANDRO.

Deja; que en tí será hazaña
Matarla; en mí sacrificio.

MIRTILO.

Aguarda.

NICANDRO.

¡Vénus sagrada!...

MIRTILO. (*Ap.*)

Muriendo, su muerte evito.

NICANDRO.

Esta ofrenda...
(*Tira Nicandro, interpónese y cae Mirtilo, herido con la flecha.*)

MIRTILO.

¡Muerto soy!

Sale AMARILI *de la cueva.*

AMARILI.

¡Válgame el cielo!

SILVIO.

¡Qué miro!
Amarili...

NICANDRO.

¡Hija!...

DORINDA. (*Ap.*)

¡Dioses!
Pagué, por justo castigo,
El error con toda el alma.

AMARILI.

Recibió el golpe Mirtilo,
Y en mí el aliento desmaya.
(*Desmáyase.*)

SILVIO.

¡Ay cielos! ¿Si la has herido?

NICANDRO.

No; que este infeliz pastor,
Por acaso ó por destino,
Se interpuso al golpe. Llega...

SILVIO.

Dichosa desdicha ha sido.

NICANDRO.

Que esa lástima me llama
Con dolor tambien preciso.

DORINDA. (*Ap.*)

Contra mí se volvió el golpe
Que tiré á los celos mios.

NICANDRO.

¡Ah desdichado mancebo!
No ha muerto. Ayudad, amigos,
Y tratemos del remedio.
Llevadle al lugar vecino;
Que ya os sigue mi dolor.
¿Ha vuelto?

SILVIO.

Ya en calor tibio
Se va cobrando. — Amarili...
(*Llevan á Mirtilo.*)

AMARILI. (*Volviendo en sí.*)

¡Ay de mí! ¿Qué es esto, Silvio?

SILVIO.

Silvio soy, que del dolor
Y el susto de tu peligro,
Estoy sin vida.

AMARILI.

A mal tiempo
Te escucho el primer cariño.

DORINDA.

Si entraste huyendo la fiera,
(*Ap.* Así encubro mi delito)
Caro te pudo costar
El engañarse Mirtilo.

AMARILI. (*Ap.*)

La disculpa me ha trazado
Sin querer, con lo que dijo;
Mas ¿qué importara perder
Esto mas con lo perdido?

SILVIO.

Albricias: ya de sus ojos
Pasó el eclipse prolijo.

NICANDRO.

Vamos; que de aquel pastor
Llevo en el alma el peligro.

AMARILI.

¿Ha muerto?

NICANDRO.

Aun no.

AMARILI. (*Ap.*)

Respiremos,
Esperanza. ¡Dioses mios!
Asistidle, socorredle.

DORINDA. (*Ap.*)

Causa de mi muerte he sido;
Pero, pues nada remedio,
Callaré por encubrirlo.

SILVIO.

De mí se ha vengado Vénus.
¡Válgame el cielo! ¿si ha sido
Acaso el deste pastor?
Pero, ilusiones, ¡qué digo!
Contra mí y contra Amarili
La fantasía habrá sido.

NICANDRO. (*Ap.*)

La sangre deste pastor
Con idioma no entendido
Habla en mi pecho, y su riesgo
Es para mí gran cuchillo.
¡Oh ciegas obscuridades!
Oh confusos laberintos!
Cueva infausta de Ericina,
Toda eres siempre prodigios.

AMARILI. (*Ap.*)

Cielos, amparad mi vida

En la del hombre mas fino;
Que dos veces se la debo.
¡Dioses! ¿Si acaso en Mirtilo
Sagrada sangre se esconde?
¿Si es acaso el pastor fido
Que vuestras voces prometen?
O matadme, ó descubridlo
Antes que mi honor se anegue
En mares de beneficios.

JORNADA TERCERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Salen por una parte AMARILI Y CORISCA; *y por otra*, MIRTILO Y SÁTIRO, *y representan sin verse.*

AMARILI.
Corisca...

CORISCA.
Lo que me mandas...

MIRTILO.
Sátiro...

SÁTIRO.
Lo que me quieres...

CORISCA.
Di, bella Amarili.

SÁTIRO.
Di,
Galan Mirtilo.

AMARILI.
Oye.

MIRTILO.
Atiende.

AMARILI.
De la salud de Mirtilo
Tan cuidadosa me tiene
La accion con que reparó
Mi vida osado y valiente...

MIRTILO.
Tan vano me tiene aquella
Accion de llegar á verme
A las plantas de Amarili
En los brazos de la muerte...

AMARILI.
Que quiero, no de mi parte,
Sino como acaso, llegues
A saber dél á las ruinas
Dese pastoral albergue.

MIRTILO.
Que quiero que á saber vayas
Dónde hoy su luz amanece,
Para ofrecerla mi vida
Otra vez y otras mil veces.

CORISCA.
Yo iré; pero no quisiera
Que allá Sátiro me viese,
Y que acaso sospechare
Que hay más su escaso caletre.

SÁTIRO.
Yo iré á ver dónde anda; pero
No quisiera lo entendiese
Corisca, y que mis recatos
Motejase de alcahuetes.

CORISCA.
Ahora bien, obedecerte
Será forzoso.

SÁTIRO.
Ahora mal,
Fuerza es ir, aunque me pese.

AMARILI.
Pues en esta parte estoy
Esperando.

MIRTILO.
Pues en este
Mismo sitio me hallarás.
(*Retirahse Amarili y Mirtilo, quedándose al paño.*)

CORISCA. (*Sin ver aun á Sátiro.*)
¡Plegue á Dios que no me encuentre
Sátiro, y presuma que es
Coridon el que me mueve
A ir por aquí!

SÁTIRO. (*Sin ver á Corisca.*)
¡Pregue á Dios,
Corisca á saber no llegue
Que yo ando en tan malos pasos,
Y de mí en mi honor se vengue!
Mas dicho y hecho: héla aquí.
(*Ahora se ven.*)

CORISCA. (*Ap.*)
Mas hecho y dicho: aquí héle.

SÁTIRO.
Corisca...

CORISCA.
Sátiro...

SÁTIRO.
¿Adónde
Bueno tan sola por este
Valle?

CORISCA.
A buscarte.

SÁTIRO.
¿Es posible
Que á considerar no llegues
Que otros porque pierden buscan,
Y tú porque buscas pierdes?
¿Hasme tomado una mano
En tu vida? ¿Hasme en tu muerte
Merecido que á una reja
Me ponga siquiera á verte?
¿Paseo tu calle? ¿Hante dado
Los desechos de mi peine,
Para estar agradecida,
De mi cabello una liendre?
Pues ¿qué me quieres, Corisca?
No á que me vaya me fuerces,
Segun de desdenes pobre
Me tienen tus altiveces,
A la aldea de mi honor
A ahorrar mentales desdenes
Que vuelva á gastar contigo.

CORISCA.
¿Es posible que no pueden
Celos que te he dado, darte
Cuidado?

SÁTIRO.
No: no me mientes
Esa civil artimaña
De mujercillas soeces.

AMARILI. (*Ap. al paño.*)
Para quien está esperando,
Es muy buen discurso este.

MIRTILO. (*Ap. al paño.*)
Para quien aguarda, es buena
La conversacion que tienen.

CORISCA.
¿Los celos son artimaña?

SÁTIRO.
Artimaña son: ¿qué quieres
Para ello?

CORISCA.
Sean testigos
Prados, aves, flores, fuentes,
De que un sacristan de Vénus
Tanto el respeto la pierde.

SÁTIRO.
Pues ¿quién se le ha de perder
Sino el sacristan?

CORISCA.
¡Que llegue
Un simple á decir que son
Artimañas!...

SÁTIRO.
Tente, tente.

CORISCA.
¿No son hijos de amor?

SÁTIRO.
Son
Sus nietos, y un imprudente
Yo, que hasta ahora no sabía
Su abolengo dónde fuese.

AMARILI. (*Ap.*)
Si su plática no atajo,
Pondré que en todo hoy no cesen.
(*Sale.*)

MIRTILO. (*Ap.*)
Si no corto su discurso,
Pondré que en todo hoy no vuelve.
(*Sale.*)

AMARILI.
Corisca, ¿qué es lo que aguardas?

MIRTILO.
Sátiro, ¿en qué te detienes?

LOS DOS.
Cuando...

AMARILI. (*Ap.*)
Mas ¡qué veo!

MIRTILO. (*Ap.*)
¡Qué miro!

CORISCA.
¿De qué, Amarili, te ofendes...

SÁTIRO.
¿De qué, Mirtilo, te enojas...

CORISCA.
Si la respuesta mas breve...

SÁTIRO.
Si la mas veloz respuesta...

LOS DOS.
Esta es que pude traerte?

CORISCA.
Para esta, que has de ver
Lo que has dicho.

SÁTIRO.
Para este,
Que has de ver tú lo que has hecho.

AMARILI. (*Ap.*)
Suspensa he quedado al verle.

MIRTILO. (*Ap.*)
Absorto quedé al mirarla.

AMARILI. (*Ap.*)
Mas ¿qué es lo que me suspende?

MIRTILO. (*Ap.*)
Pero ¿qué es lo que me turba?

AMARILI. (*Ap.*)
Hablarle quiero; mas llegue
El primero; que no es
Decoro que por mí empiece
La plática.

MIRTILO. (*Ap.*)
A hablarla voy,
Y el respeto me detiene;
Que no es bien que empiece yo
Sin que ella hablando me muestre,
Si no el que de mí se obliga,
El que de mí no se ofende.

AMARILI. (*Ap.*)
Quizá es cortés cobardía.

MIRTILO. (*Ap.*)
Quizá es decoro prudente.

AMARILI. (*Ap.*)
Mi obligacion me disculpe.

MIRTILO. (*Ap.*)
Mi rendimiento me aliente.

AMARILI.
Mirtilo...

MIRTILO.
Amarili hermosa...

AMARILI.
Mucho me huelgo de verte
Convalecido.

MIRTILO.
Yo no
Me huelgo de que te huelgues.

AMARILI.
¿Por qué?

MIRTILO.
Porque de grosero
Es motejarme, pues quieres
Que parabienes reciba
De su salud el que alegre
Recibió de mejor gana
De su herida parabienes;
Que quien á tus ojos
Tan airoso muere,
O nunca sanara,
O muriera siempre.
¡Cuántas veces he culpado
Que hallado el estudio hubiese
De docto pastor la planta
Que me curó! y cuántas veces
Dije para mí: «¿Por qué,
Arcadia, antídotos tienes
Tan inútiles, que dan
Vida á un triste, y sanar pueden
La herida que hiere un brazo,
Y no la que un alma hiere?»
Que, aunque tus piedades
Es bien que confiese,
Piedades son, pero
Piedades crueles.

AMARILI.
Pésame de que sea fuerza,
Mirtilo, que yo me encuentre
Con tu discurso, y que haya
De no sentir lo que sientes;
Pues cuando tú, despechado,
El próvido estudio ofendes
De naturaleza, yo
Agradecida, he de hacerle
Eglogas que canten,
Elogios que cuenten
Que contra unos males
Se armó de otros bienes.
¿En qué se muestra mas diosa
La Providencia, que en verse
Tan árbitro de los hados,
Que á sus acasos enmiende
La fatalidad? Y así,
No, Mirtilo, desesperes;
Que donde hay venenos, hay
Antídotos que los vencen.
Espera y confía;
Que nadie padece
Pesares, que no
Puedan ser placeres.

MIRTILO.
¿Dasme licencia á que viva
Desa esperanza pendiente?

AMARILI.
Con una condicion.

MIRTILO.
¿Qué es?

AMARILI.
Que no al amor se la entregues.

MIRTILO.
Pues dime: ¿á quién?

AMARILI.
Al olvido;
Que decir que te consueles
Con que hay mudanza, no es
Decir que hay amor, si atiendes
A cuánto está el mio
A Arcadia obediente,
Pues ella y los dioses
Cautiva me tienen.
La esperanza que te doy,
Ese monte te la enseñe,
Pues en su mudanza estriba,
Y no en su amor.

MIRTILO.
¿De qué suerte?

AMARILI.
Bien ves, Mirtilo, ese monte,
Cuya fábrica eminente,
Expuesta al rigor del hielo
Y á la saña de la nieve,
Humilde, postrada,
Rendida padece
Helados rigores
Del cano diciembre.
Pues apénas el abril
Pisará su falda verde,
Cuando la verás ceñida
De rosas y de claveles,
Ufana gozando,
Contenta y alegre,
Matiz en las flores,
Cristal en las fuentes.
Pasará la primavera
Deshojando sus claveles,
Y el estío verás que
De oro la falda guarnece,
Trocando en provecho
Lo que era deleite,
Las flores á espigas,
Las rosas á mieses.
Vendrá tras él el otoño,
Y del árbol mas silvestre
Verás coronar la copa
El fruto que della pende:
Luego si mudanzas
A un monte mantienen,
¿Qué mucho que un hombre
Mudanzas espere?

MIRTILO.
Ya yo extrañaba, Amarili,
Que los favores viniesen
Sin que pisase su sombra
La huella de los desdenes.
De males á bienes, dicen
Que se pasa fácilmente;
Pero de males á males
Digo yo que es mas frecuente:
Y así no me digas
Que mudanzas pueden,
Sin trocar la tuya,
Mejorar mi suerte.
¿Qué importa que vea el otoño
De sus árboles pendientes
Mas frutos que hojas se ven,
Si al invierno le previene
Con ceño arrugado
Su mismo noviembre,
Secas las campañas,
Y hielo las fuentes?
¿Qué importa que vea el invierno
En sus ateridas sienes
El aurora de las flores
Que en el almendro amanece,
Si apénas rosado
Capillo las prende,
Cuando en el instante
Que nacen, fallecen?
¿Qué importa que de sus rosas
Los matices diferentes
Ciñan á la primavera
La guirnalda de su frente,
Si ya del estío
La saña impaciente,
A luces la embiste
Y á rayos la vence?
Y finalmente, ¿qué importa
Que el estío ufano ostente
Montes de oro, si las nubes
Se los llevan donde quieren,
Haciendo sus lluvias
En veloz corriente
Líquidos arroyos
Del monton mas fértil?
Y así, cuando el año mires
Cómo el mal en bien convierte,
Mira el bien en mal; que todo
Cabe en su círculo breve,
Si le anda y desanda
Aquella serpiente,
Símbolo del año,
Que su cola muerde.
Y ya que mas declarado
(Perdone tu honor) me tiene
Mi despecho, no interceda
Persona, y hablarte intente:
Corramos, hermosa
Amarili, el débil
Embozo, y el arte
De mis dudas cese.
Yo fuí quien te dió la vida;
Tú quien me has dado la muerte:
Y con ser las ferias tales,
No hay dicha á que yo las trueque;
Pues desde que en la ribera
Te despareciste, eres
Tan sombra y tan luz
De mi vista aparente,
Que nunca he dejado
De mirarte siempre.
(*Vuelve la cara Amarili llorando.*)
Pero ¿qué es esto? ¿La cara
Escondes? Si te enterneces,
Y es á llorar, no á tus solas
Te lo llores: vuelve, vuelve
A llorar conmigo;
Que no es bien te lleves
Tú el alivio, y solo
El dolor me dejes.

Sale al paño DORINDA.

DORINDA. (*Ap.*)
Llorando Amarili está...
Y aun Mirtilo me parece
Que llora tambien. ¡Qué malos
Testigos, para quien viene
A examinar celos, son
Las lágrimas que ambos vierten!
Porque son testigos
Que tachar no puede
Mi pena; que un llanto
Tarde ó nunca miente.

AMARILI.
Mirtilo, yo por decreto...

MIRTILO.
(Ya lo sé, no me lo acuerdes)
De los dioses, prometida
Y aun casada estás con ese
Monstruo racional,
Tan fiero y aleve,
Que niega al amor
La fe que le debe.
Sé que la paz de la Arcadia
Deste matrimonio pende;
Sé que si faltas á ella,

Estás condenada á muerte;
Sé que aunque quisiera el hado
Y quisieras tú, no puedes
Ser mia; que soy un pobre
Pescador, y eres quien eres;
Sé...

AMARILI.

Pues si tú has de decirlo,
¿Por qué que lo calle quieres?

MIRTILO.

Porque cuando cura
La herida mas fuerte
Propia mano, ménos
Que la ajena duele.

DORINDA.

(*Ap.* Pues si de la propia mano
A estar lisonjeado viene
El dolor, cúreme á mí
Mi misma mano, y empiece
Mi traicion á declararse:
A cuyo fin llamé á ese
Monte á Silvio, que me ayude.
A vengar de aquesta suerte.
. . . .
Aspid de los celos,
Que tan inclemente
Me deja la vida,
Y el alma me muerde.) (*Sale.*)
Mirtilo, un pastor extraño
De Arcadia, á lo que parece,
Por tí pregunta.

MIRTILO.

No tanto
Por él es bien que me ausente,
Como por tí. (*Ap.* Amor...)

AMARILI. (*Ap.*)

Fortuna...

DORINDA. (*Ap.*)

Celos...

MIRTILO. (*Ap.*)

Hado...

AMARILI. (*Ap.*)

Estrella...

DORINDA. (*Ap.*)

Muerte...

LOS TRES. (*Ap.*)

Sentid hácia el alma,
Porque no se quejen
Penas que se dicen,
De que no se sienten.
(*Vase Mirtilo.*)

DORINDA.

¿De qué, Amarili, tan triste
Has quedado?

AMARILI.

¿De qué quieres
Que lo esté, si mis desdichas
Sabes?

DORINDA.

No sé (*Ap.* Quiero hacerme
Desentendida.) la causa.
No sé bien de qué accidente
La relacion suspendiste,
Que ibas á hacer.

AMARILI.

Pues atiende.
(*Ap.* Aunque de Dorinda
No sé qué sospeche,
Me he de declarar,
Por ver si lo siente.)
Supe, Dorinda, un dia,
Que en Elide tu patria el valle hacia
Fiesta á la soberana
Deidad de la castísima Diana;
Y aunque á Vénus adora
La Arcadia, y de Diana el rigor llora,
A quien yo ¡desdichada!
Tengo mi libertad sacrificada;
O por ver si podia
Con el voto templarla,
O por llegar á darla
Quejas de la infelice suerte mia,
O porque fiesta habia [aquesta),
(Que esta es mi culpa, y mi disculpa
Dispuse ir disfrazada á ver la fiesta.
Y como solamente
Nos divide la líquida corriente
De Alfeo, sacro rio,
Del pastor de una amiga y dél me fio:
El me da su campaña,
Aquel el barco, y esta me acompaña.
Dejamos pues la orilla,
Y al impulso del remo
Ya pensaba tocar el otro extremo
De la opuesta ribera nuestra quilla,
Cuando vela mayor, á quien cubrilla
En su ensenada pudo
De juncos y algas el escollo rudo,
Sacre marino en su anchurosa plaza,
Vemos que á vela y remo nos da caza.
Ya verás cuán inútil resistencia
Haríamos las tres, y mas notando
Que el barquerol, por escapar nadan-
Nos dejó á la inclemencia [do,
De bárbaro pirata
Que vive infiel de lo que roba y mata.
¡Quién pues creyera ¡ay Dios! que aquí
Reservada desdicha la fortuna [tuviese
A quien la vida y libertad hubiese
Perdido, con quien fuese
La de la patria y libertad ninguna?
¡Oh! dígalo importuna
De mi suerte enemiga
La aun no apagada sed, ó yo lo diga.
Era el bajel, segun la pena mia
Despues notó, de dos iguales dueños,
Que, bárbaros isleños
Del Alfeo y Ladon, en compañía
Comerciaban la injusta mercancía
De humanas vidas: y estos,
Ninguno dueño ni inferior ninguno,
Sobre partir la presa, ambos dispuestos
A morir ántes que á ceder alguno
Que fuese el otro dueño de mi vida,
Uno fué de otro trágico homicida.
Vióle apénas la gente
Muerto á sus manos, cuando de repente
En bandos dividida,
Era la muerte la menor herida.
A tanto pues llegó el horror sangriento
De su encendida saña, que violento
El bajel, no en dos aguas zozobraba,
Sino en dos sangres, pues la que arro-
La cubierta del mísero trofeo, [jaba
Bastó á teñir las ondas del Alfeo.
¿Qué mucho, si de todos el que estaba
. . . .
Que es fuerza que se halle
Sin quien rija el timon, á gobernalle...
. . . .
Suelto de la cadena,
Encalló en un islote de la arena?
Considérame, en suerte tan esquiva,
En aquel panteon tan triste yerta, [va
Que entre los muertos me tenia por vi-
Y entre los vivos me juzgaba muerta,
Y mas cuando con sombras la desierta
Campaña undosa, ya de luces falta,
Con la noche otra vez me sobresalta.
Al cielo yo y mi amiga dimos voces.
¡Qué piadoso es el cielo,
Pues á nadie le niega su consuelo!
Ellas mismas lo digan, que veloces
Al oido llegaron
De un pobre pescador, segun me dijo:
Cuyos tristes lamentos le obligaron
A seguir el prolijo
Norte vocal de mi cansado aliento. [to.
Solo un bien tuve, y ese fué en el vien-
Llegó al bajel, llamó: no respondian...
. . . .
Y encendiendo una tea,
Subió al bajel, adonde [de.
Su horror mas que pregunta le respon-
Por no cansarte en fin, mal informado,
Aun mas que de mi voz, de mi semblan-
Si ya no fuese de mirar delante [te,
Tan no visto espectáculo del hado,
Sin que hubiese quedado
Quien nos hiciese resistencia alguna,
En peor bajel corrí mejor fortuna,
Pues me puso cortés en la ribera
De la patria, esta vez mas lisonjera.
Aquí ¡ay de mí! pensando
Que si era conocida
Peligraba mi honor mas que mi vida,
Por ser todo esto cuando
Mi boda se trataba,
Determiné, miéntras veloz andaba
El pescador buscando por la orilla
Tronco donde dar cabo á su barquilla,
Que huyésemos las dos á la espesura
De un bosquecillo, que la noche obscu-
Dejó ver en aquel pequeño rato. [ra
Que él volveria á buscarme,
¿Quién lo duda? y ¿quién duda que al no
Me seguirian veloces [hallarme,
Los últimos acentos de sus voces?
Ingrata me llamaba,
Y yo lo concedía;
Pero la suerte mia
El dejarlo de ser no me dejaba.
Pequeña luz, que apénas terminaba
Si era luz ó era estrella,
El norte fué de nuestra errada huella,
Donde de unos pastores albergadas,
Nos hallamos del todo aseguradas,
Sin que jamas supiese
El pescador quién fuese,
Hasta que el mismo Alfeo
Le arrojó entre las dos para trofeo
De su sacra piedad, como quien dice:
« Ves ahí un infelice,
Que viene donde en sus adversidades
Piedad encuentre, pues sembró pieda-
De suerte que ofendida [des.»
De ingrato esposo, al tiempo que obli-
De fino amante, de Mirtilo hallada [gada
Y de Silvio perdida,
De uno quejosa y á otro agradecida,
Soy el iman de dos afectos tales,
Que no pueden iguales
Hacer, entre este amor y aquel olvido,
Ni á este noble ni á aquel agradecido,
Ni en mal tan importuno,
Ya que de dos no soy, ser de ninguno.

DORINDA.

Dos daños, bella Amarili,
Padeces, segun me cuentas:
Que un ingrato te desdeñe,
Y un fino no te merezca.
Ninguno de los dos daños
Puedo yo enmendar; que á cuenta
Vive de superior causa
El rumbo de las estrellas.
Mas si por dicha imaginas,
Mas si por ventura piensas
Que con no ser de ninguno
Algo á tu fortuna enmiendas,
Eso es lo que yo podré
Por tí hacer.

AMARILI.

¿De qué manera
Si ves que esposa de Silvio
Soy, con tan sagrada fuerza,
Que el cielo y mi patria son
Testigos?

DORINDA.

¿Dasme licencia
A que lo que sé te diga?

AMARILI.

Sí doy.

DORINDA.

Mira que pudiera
Ser que despues te pesara.

AMARILI.

Ya no puede ser que sea
Mas el pesar que la duda.
Prosigue pues.

DORINDA.

Oye atenta.
(*Ap.* Aspid del alma, ya es tiempo
De que tu veneno viertas.)
Silvio huye de tí, no tanto
Porque tu amor aborrezca,
Cuanto porque de otro amor
Le arrastran las influencias.

AMARILI.

¡De otro amor!

DORINDA.

Pues bien, ¿qué sientes,
Si no ser suya deseas?

AMARILI.

La ofensa del alma, ya
Que no del gusto la ofensa,
Porque somos las mujeres
A nuestra altivez atentas
Tanto, que ofendiendo, aun no
Queremos que nos ofendan.

DORINDA.

El seguir siempre los montes,
El no salir de las selvas,
No es cariño de la caza,
Como toda Arcadia piensa.
Cariño es de una hermosura
Marítima ninfa bella,
Que de los coros de Tétis
Enamorada sirena,
A verse con él al monte,
Sacrílegamente ciega,
Cada noche del Alfeo
El sacro cristal navega.
Esta le tiene rendido
A su amor... Mas no quisiera
Darte pesar.

AMARILI.

Ya el pesar
Dado está: di lo que resta;
Que ese ántes es gusto.

DORINDA.

¿Cómo?

AMARILI.

Como ya una vez dispuesta
La vanidad al desaire,
Pienso que es la vez primera
Que se han de tomar los celos
De ser bien vistos licencia.
Prosigue pues, y di cómo
Tú sola, siendo extranjera,
Lo sabes.

DORINDA.

Muchos lo saben;
Pero nadie te lo cuenta
Por no alborotar á Arcadia,
Porque siendo así que en ella
Del mismo modo que es ley
Que sacrificada muera
Del sacerdote la esposa
Que hace á su marido ofensa,
Si ya otra víctima humana
En su lugar no se ofrezca
(Pero esto ahora no es del caso,
Tiempo vendrá en que lo sea),
Es ley tambien que la esposa
Que de su marido tenga
Comprobada la traicion,
El matrimonio disuelva:
Y así por esto se calla
Tu agravio, porque no quieras
Anular aquesta-union,
De quien los arcadios piensan
Que pende su salud; pero
Yo soy tu prima, y no pesa
Toda Arcadia para mí
Lo que tú. Y para que veas
Que lo que dice mi voz
Dirá mejor tu experiencia;
Ese antro de Ericina,
Esa pavorosa cueva,
Siempre á horrores destinada,
Siempre á delitos expuesta,
Porque ninguno los busque,
Es donde los dos conciertan
Verse: y como los espíes,
Los delates y los prendas,
Aunque lo llore la Arcadia,
Te podrás hallar exenta
Dese yugo que te ahoga,
Dese lazo que te aprieta,
Dese ingrato que te huye
Y esa patria que te fuerza.

AMARILI.

Dame, Dorinda, los brazos;
Que viendo que me aconsejas
Tan en mi favor, te pido
Perdones una sospecha
Que de tí tuve. Y pues eres
Quien mas mi esperanza alienta,
Vuelve á decirme otra vez
Y otras mil (aunque parezca
Cortesana vanidad
Hacer gala de la ofensa)
Que puede ser verme libre
De un ingrato; y pues deseas
Mis dichas, pasa adelante:
Di que puede ser que sea,
En viéndome una vez libre,
Aunque pese á Arcadia entera,
Casarme á gusto con quien
Me estime y no me aborrezca,
Me busque y no me huya: con...
Mirtilo iba á decir... Vuelva
Atras la voz.

DORINDA.

Tarde es;
Pero vuelva en hora buena.

AMARILI.

Porque, ¡si vieras, Dorinda,
(Ya que de tí satisfecha
Puedo hablar claro contigo)
Con qué rendidas ternezas,
Con cuán corteses afectos
(Dejo aparte la fineza
De haberme dado dos vidas,
En el barco y en la flecha)
Lo noble de su amor calla,
Lo hidalgo de su fe cuenta!
¡Si le vieras en los ojos
No sé qué lágrimas!...

DORINDA.

Cesa
De encarecerlas; que temo...

AMARILI.

¿Qué?

DORINDA.

Que has de llamarlas perlas.
Calla, por Dios: no me digas
Que llora un hombre.

AMARILI.

Si fuera
Hombre cobarde y llorara,
Yo acusara su flaqueza;
Mas ser valiente y llorar
Es una gala tan nueva,
Que solamente en un alma,
Y esa noble, es donde asienta.

DORINDA.

¡Noble un pastor!

AMARILI.

Como eso
Tiempo y fortuna conciertan.
Y ya que me has dado, prima,
La esperanza que me alienta,
Dame el medio. ¿Qué haré yo
Para averiguar si es cierta
Esta traicion?

DORINDA.

Yo no sé.
(*Ap.* Celos, movedme la lengua,
Porque no hemos hecho nada
Si no hacemos lo que resta.)
Pero lo que me parece
Es que primero lo veas
Por tus ojos, que lo digas;
Que puede ser que no sea
Verdad, y que yo me engañe.

AMARILI.

Dices bien: y así, encubierta
Entre las ramas del monte,
A la vista de la cueva
Todo el dia me he de estar,
Para ver si sale ó entra.

DORINDA.

Eso es exponerte al riesgo
De que tu exámen se vea,
Y viendo que las noticias
De sus traiciones te llevan
A averiguarlas, desde hoy
Viva atento á la sospecha,
Y tú para averiguarla
Ni tiempo ni ocasion tengas.

AMARILI.

Pues ¿qué me aconsejas?

DORINDA.

Yo
Una cosa te dijera,
Si pensara que tenias...

AMARILI.

Di: ¿qué?

DORINDA.

Ánimo para hacerla.

AMARILI.

Si una celosa no hay
Temeridad que no emprenda,
Si no hay temeridad que una
Enamorada no venza,
Enamorada y celosa,
¿Qué peligro habrá que tema?

DORINDA.

Pues el antro, segun dicen,
Tiene infinitas revueltas,
Que á modo de laberinto
Toda su bóveda cercan.
Si tú (pues que ya la noche
A lobreguear empieza)
Entrases dentro, y en uno
De sus senos encubierta
Tomases la hora y el sitio,
Con eso á otro dia pudieras
Públicamente llevar
Quien los siga y quien los prenda.

AMARILI.

Dices bien: y porque no
Hay para quien aconseja
Mas premio que obedecer,
Has de ver que mi respuesta,
Ya que quiso el cielo que
Nos hallásemos tan cerca,
Solo ha de ser arrojarme
A la boca desta cueva
A tocar mi desengaño
Determinada y resuelta.

(*Éntrase en la cueva.*)

DORINDA.

No empiezan mal mis ardides :
Así acaben como empiezan.

Sale MIRTILO.

MIRTILO. (*Ap.*)

Aquí Amarili quedó,
Y aunque Dorinda con ella
Quedó tambien, no me sufre
El corazon, que no vuelva
Donde á costa de un pesar
Mi amor un contento tenga.
Mas ¡ ay de mí, cuán en vano
Imaginé que pudieran
El contento y el pesar
Estar corriendo parejas,
Sin que el pesar se adelante
O el contento se detenga!

DORINDA.

Mirtilo, ¿por qué no pasas
Adelante? No, no tuerzas
El paso ; que si es porqué
Tienes de mí algunas quejas,
Ya es muy otro tiempo, ya
Estás seguro : no temas
Que te hable en mi amor. ¿Qué buscas?
Yo te daré la respuesta.
Amarili no está aquí,
Y no buscarla pretendas ;
Que te pesará de hallarla.
Adios.

MIRTILO.

Oye, aguarda, espera.

DORINDA.

No quiero.

MIRTILO.

Sin escucharme,
No te has de ir.

DORINDA.

No me detengas ;
Que no es mucho que una vez
De cuantas de mí te ausentas,
Me ausente yo de tí. Adios,
Señor Mirtilo.

MIRTILO.

Oye.

DORINDA.

Suelta.

MIRTILO.

¡Tú falsedades conmigo!
¿De cuándo acá?

DORINDA.

¡Buena es esa!
¿Piensas que tan desdichada
Habia de ser mi estrella,
Que no habia de haber dia
En que estuviese contenta?
Harto he estado triste.

MIRTILO.

Si es
Que con esa risa intentas
Decirme que te has mudado,
Daréme la enhorabuena.

DORINDA.

Puede ser que sea mudanza
Lo que hoy alegre me tenga;
Pero cree que no es mia.

MIRTILO.

Pues ¿cúya?

DORINDA.

No sé.

MIRTILO.

Oye.

DORINDA.

Deja...

MIRTILO.

No te has de ir, vive el cielo,
Aleve, sin que yo sepa
Qué quieres decirme.

DORINDA.

Mira
Que lo diré.

MIRTILO.

Pues ¿qué esperas?

DORINDA.

¿Buscas á Amarili?

MIRTILO.

Sí.

DORINDA.

Pues si es que hallarla deseas,
No la busques en el valle;
Búscala...

MIRTILO.

¿Dónde?

DORINDA.

En la cueva
De Ericina : á qué y con quién,
Tú lo verás, si allá entras. (*Vase.*)

MIRTILO.

Oye, espera, escucha, aguarda...
Mas ¡ay de mí! que aunque quiera
Seguirla, no puedo ; que
Tan fuera de mí me deja,
Que aun no le ha quedado al alma
El uso de sus potencias.
¡En el antro de Ericina,
Teatro de infames violencias,
Amarili, y mas ahora
Que ya de la noche negra
Desarrugándose va
El manto! Pero que mienta
Una ingrata ¿no es mas fácil
De creer, que no que sea
Impuro el rayo del sol
Y la luz de las estrellas?
Sí : claro está, claro está.
Mas ¡ay! que aunque uno no quiera
Dar crédito á lo peor,
Dársele á la duda es fuerza.
Y así, no porque presuma
Que es verdad, mas porque vea
Esta vez que miente, tengo
De entrar dentro. ¡Oh tú, funesta
Madre del horror y miedo,
Pues en tu seno le engendras,
Admíteme en tus entrañas,
Para sepultarme en ellas
Si es verdad ; ó si es mentira,
Para que tu asombro sea
Desde hoy puerto de la paz,
Si hasta aquí de la tormenta!
(*Vase á la cueva.*)

Sale DORINDA.

DORINDA.

Bien se va de mi venganza
Disponiendo la cautela.
En la cueva entró, y aunque
Decirle á Silvio que venga
A verme al monte, fué á otra
Causa, pues se logra esta,
Esta me valga. Ya es tiempo
De que responda á mi seña.—
¡Silvio, Silvio!

Sale SILVIO.

SILVIO.

Cuando tú
No me llamaras, viniera
Yo en las alas de mi fuego,
Dorinda, á vengar mi ofensa.

DORINDA.

Sabrás...

SILVIO.

No me digas nada.
Ya he visto á esa ingrata fiera
Entrar delante, ya he visto
Entrar ¡ay de mí! tras ella
A un hombre á quien no vi el rostro,
En cuyas vidas sangrientas
Verás que mi honor se lava.

DORINDA.

Advierte...

SILVIO.

No me detengas.

DORINDA.

Que si yo...

SILVIO.

Aparta.

DORINDA.

Te he dado...

SILVIO.

Quita.

DORINDA.

Aquesta ocasion...

SILVIO.

Suelta.

DORINDA.

Es porque la ley te vengue,
Sacrificándola á ella,
Y no al pastor, pues ya sabes
Que Arcadia á él no le condena
A la muerte.

SILVIO.

Pues ¿soy yo
Hombre de tan bajas prendas,
Que he de esperar que la ley
Tome mi agravio á su cuenta?
¡Vive el cielo, que has de ver
Cómo de entrambos se venga
Mi furor! Porque una cosa
Es el que yo la aborrezca,
Y otra el que me agravie. (*Vase.*)

DORINDA.

¡Ay cielos!
Siempre me salen sangrientas
Más que presumí, mis trazas.
Dígalo la de la flecha,
Pues por herir á Amarili
A Mirtilo le hirió, y esta,
Que pensando que parara
En sacrificarla á ella,
Pidiendo venganza Silvio
A la ley, á poner llega
Al mayor riesgo la vida
Que está de la ley exenta.

SILVIO. (*Dentro.*)

A mis manos una ingrata
Muera, y un aleve.

MIRTILO. (*Dentro.*)

Muera
A mis manos un dichoso.

AMARILI. (*Dentro.*)

¡Cielos, piedad!

DORINDA.

Ya en la cueva
Se han hallado : aquí no hay
Mas remedio de que venga
Quien lo estorbe.—¡Ah de la Arcadia!
Ah del monte! Ah de la selva!
Pastores, venid, venid
Todos.

Salen NICANDRO, CORIDON, SÁTIRO, CORISCA, *y otros* PASTORES.

TODOS.
¿Qué voces son estas?

NICANDRO.
¿Qué es esto, Dorinda?

DORINDA.
Entrad,
Entrad todos á esa cueva:
Sabréis lo que es, excusando
La mas infeliz tragedia
Que ha visto el sol.

NICANDRO.
Siempre infausta,
Siempre horrible y siempre abierta
Boca para pronunciar
Desdichas, ¿á quién encierras
Hoy en tu seno?

SILVIO. (*Dentro.*)
A mis manos
Muera un alevoso.

MIRTILO. (*Dentro.*)
Muera
A mis manos un dichoso.

DORINDA. (*Ap.*)
¡Quién vió confusion como esta!

Salen MIRTILO Y SILVIO, *y detras de ellos*, AMARILI.

SÁTIRO.
Mirtilo, Amarili y Silvio
Son.

CORISCA.
¿Quién allí los encierra?

SÁTIRO.
Algun galante capricho.

NICANDRO.
Suelta, Silvio; pastor, suelta;
Quita, Amarili; que habiendo
Yo llegado...

MIRTILO.
Deja...

SILVIO.
Deja
Que muera á mis manos. (*Ap.* ¡Cielos!
¿Qué es lo que miro?)

MIRTILO.
Que muera
A mis manos...(*Ap.* ¡Santos dioses!
¿Qué es lo que veo?)

NICANDRO. (*Ap.*)
Suspensa
En dos acciones el alma,
Tan igualmente violentas,
Ha quedado.

MIRTILO. (*Ap.*)
Silvio es
Quien con Amarili bella
En la cueva está.

SILVIO. (*Ap.*)
Mirtilo
El autor es de mi ofensa.

AMARILI. (*Ap.*)
Mirtilo ¿á qué fin, fortuna,
A matar á Silvio entra,
Cuando él viene á sus amores?

MIRTILO. (*Ap.*)
¿Quién el afecto me trueca,
Que masque de esposo al nombre,
Al verle, el brazo me tiembla?

SILVIO. (*Ap.*)
¿Quién, al verle, de mi acero
Hay que el impulso detenga?

NICANDRO.
(*Ap.* Suspensos los dos á un tiempo
Quedaron, y aunque debiera
Yo por Silvio apasionarme,
No sé qué causa secreta
Hácia el lado de Mirtilo
Me tira con igual fuerza.)
¿Qué es esto, Mirtilo? Silvio,
¿Qué es esto? Amarili bella,
¿Qué es esto? Hablad.

MIRTILO.
Yo no puedo.

AMARILI.
Tampoco yo.

SILVIO.
Aunque debiera
Con mayor causa mi honor
Callar, pues en tu presencia
Ya no es posible vengarme,
Véngueme de otra manera
Ménos noble mi desdicha.
Este es un agravio, esta
Es una rabia, una ira,
Una injuria, una violencia,
Un delirio, un frenesí,
Una pasion, una pena,
Un letargo, una afliccion,
Una deshonra, una afrenta
Tal, que aun es el pronunciarla
Mayor mal que el padecerla;
Y para decirlo todo
De una vez, es una ofensa
Hecha á los dioses y á mí,
Y á ti tambien, pues es fuerza
Que como padre te toque
Mi dolor. Y pues mi ciega
Cólera ya no es posible
Que á su venganza se mueva
Por sí, y por no sé qué causa
Con que este pastor la templa,
A despecho de mi honor,
A pesar de mi vergüenza,
Sabed que Amarili falta
A la fe y á la promesa,
Que comprometida esposa
Debe á la alta sangre nuestra.

AMARILI.
¡Yo, cómo!... si cuando á tí
Buscaba mi...

SILVIO.
Calla, fiera.—
Con ese pastor la he hallado
Encerrada en esa cueva.
Si entrar en ella es delito,
¿Qué será con él y en ella?
Yo no te pido venganza,
Padre; pero considera,
Pues eres padre y jüez,
Qué te toca hacer en esta
Desdicha; que yo no quiero
Ya de tí mas de que adviertas
Si huyendo de una mujer,
Hice bien de irme á las selvas;
Pues fiera por fiera, no hay
Otra para mí mas fiera. (*Vase.*)

AMARILI.
Oye, escucha, espera, aguarda...

MIRTILO.
Aguarda, oye, escucha, espera...

AMARILI.
Que no es bien quieras dejarme...

MIRTILO.
Que no es bien dejarme quieras...

AMARILI.
Con tu ofensa, cuando yo
Vengo á averiguar mi ofensa.

MIRTILO.
Con la culpa, y sin la dicha
Que me causara el tenerla.

NICANDRO.
¡Para aqueste trance, cielos,
Mi cansada edad conservas!

AMARILI.
Pastoras destas montañas...

MIRTILO.
Pastores de aquestas selvas...

AMARILI.
Yo celosa...

MIRTILO.
Yo ofendido...

AMARILI.
A él le buscaba en aquesa
Lóbrega estancia.

MIRTILO.
A buscar
Entré otro pastor.

SÁTIRO.
¡Qué vieja
Disculpa de dos amantes
A quien un marido encuentra!

AMARILI. (*Á Dorinda.*)
Dilo tú, pues tú lo sabes.

MIRTILO.
Vuelve tú por mi inocencia,
Dorinda.

DORINDA.
Yo no sé nada. (*Vase.*)

AMARILI.
¡Oh aleve!

MIRTILO.
¡Oh ingrata!

LOS DOS.
¡Oh fiera!

SÁTIRO.
Si no lo sabe, tambien
Y todo, ¿qué quieren della?

AMARILI.
Ya que tú me faltas, déme
Quien lo sabe la respuesta.
Pastores, pues en el valle
Hay quien las traiciones sepa
De una ninfa y Silvio, hablad:
¿Qué decis en mi defensa?
Escuche yo vuestras voces.

UNOS. (*Dentro.*)
Amarili muera.

OTROS. (*Dentro.*)
Muera.

AMARILI.
¡Oh nunca las escuchara!

MIRTILO.
¡Oh nunca yo las oyera!
Que aunque no soy el dichoso,
Basta ser quien lo parezca.

TODOS. (*Dentro.*)
Muera Amarili.

MIRTILO.
¿Qué es esto?

Sale FABIO.

FABIO.
Estar la Arcadia revuelta,
Diciendo que si un delito

Como este es quien la condena
A tantas calamidades,
Y cuando esperaba dellas
El fin, la vuelve al principio
Traicion que es tan manifiesta,
Pues nadie ignora por quien
Mirtilo á la Arcadia venga;
Es fuerza esperar mayores
Pestes, ruinas y miserias:
Y así que muera Amarili
Como las leyes ordenan,
Para hacer á nuestra diosa
Del mismo delito ofrenda:
A cuyo fin dicen todos...

UNOS. (*Dentro.*)

Amarili muera.

OTROS. (*Dentro.*)

Muera.

NICANDRO. (*Ap.*)

¡Qué mal pleito tiene (¡oh cielos!)
Quien el dia que á estar llega
Cómplice de algun delito,
Le da el pueblo la sentencia!

AMARILI.

¡Bueno es que yo la ofendida
De un aleve esposo sea,
Y su culpa!...

NICANDRO.

Calla, calla.

MIRTILO.

¡Bueno es que yo á buscar venga
A quien me ofende, y presuman
Que puedo ser!...

NICANDRO.

Cesa, cesa.
Al templo de nuestra diosa
Llevad á Amarili presa;
Y á ese jóven (*Ap.* Solo en esto
No anduvo la ley severa:
Parece que la hice yo,
Pues con la vida le deja)
En un barco el rio abajo,
Sin timon, remo ni vela,
Echad, á voz de pregon
Que publique la sentencia
De su destierro; que yo
Pude darla, mas no verla.
(*Ap.* ¡Ay juventud infelice!
Ay infelice belleza!
¡Qué de cuidados me debes!
Qué de pesares me cuestas!) (*Vase.*)

UN PASTOR.

Al templo vén, Amarili.

OTRO.

Vén, pastor, á la ribera.

AMARILI.

¡Mirtilo!

MIRTILO.

¡Amarili hermosa!

AMARILI.

¡Oh! cuánto á morir contenta
Voy, sabiendo que por tí
Muero!

MIRTILO.

No, no hacerme quieras
El cargo, sino al pastor
Que buscabas.

AMARILI.

Sola esa
Desdicha...

PASTOR 1.°

Vamos.

AMARILI.

Aguarda.
Le faltaba á mi tragedia,
Cuando yo, para ser tuya...

PASTOR 2.°

Mirtilo, vamos.

MIRTILO.

Espera;
Que sola una razon falta,
Y todo mi bien en ella.

PASTOR 1.°

Vamos de aquí.

PASTOR 2.°

De aquí vamos.

AMARILI.

¡Qué sinrazon!

MIRTILO.

¡Qué violencia!

AMARILI.

¡Qué agravio!

MIRTILO.

¡Qué tiranía!

AMARILI.

¡Qué sentimiento!

MIRTILO.

¡Qué pena!

PASTORES.

Vamos presto.

AMARILI.

Adios, Mirtilo.

MIRTILO.

Adios, Amarili bella.
(*Llévanlos, Coridon y los otros pastores.*)

AMARILI. (*Dentro.*)

Por tí á morir voy.

MIRTILO. (*Dentro.*)

Yo no,
Porque esa dicha no tenga.

AMARILI. (*Léjos, dentro.*)

Mirtilo, adios.

MIRTILO. (*Léjos, dentro.*)

Amarili,
Adios.

CORISCA.

¡Qué infeliz tragedia!

SÁTIRO.

En toda mi vida vi
Cosa mas puesta en razon.

CORISCA.

¿Qué va á decir el simplon?
¿Que esta ley le agrada?

SÁTIRO.

Sí:
Porque ley tan entendida,
Tan discreta y tan honrada,
Que habiendo sido mal dada,
Se ha hecho bien recibida;
Ley, si della otra vez hablo,
Que cogiendo en hurto á dos,
Al hombre le envia con Dios
Y á la mujer con el diablo;
Dentro de muesas entrañas
Habia de estar inmortal
En láminas de metal
Con letras de oro tamañas.

CORISCA.

Como los hombres pusieron
La ley á su parecer,
Dejaron á la mujer
Lo peor.

SÁTIRO.

Muy bien hicieron;
Porque ¿quién, Corisca, quién,
El dia que escudillara,
Muerto de hambre se quedara?
Y á tí quizá te esté bien.

CORISCA.

¡A mí! ¿Por qué?

SÁTIRO.

Porque cuando
Tan santa ley estoy viendo,
Te voy desaborreciendo
Y me vengo enamorando.
Alto, á casar: esto es hecho.
Aunque te vengues arisca,
Venga esa mano, Corisca.

CORISCA.

¿Por qué ahora?

SÁTIRO.

Porque sospecho
Que aun ántes que se pubrique
(Segun, Corisca, eres fiel)
La boda, harás un aquel
Por donde te sacrifique:
Y no es bien que por mí en nada
Pierda la diosa sus bienes,
Sabiendo de tí que tienes
Gesto de sacrificada.

CORISCA.

¡Malos años para quien
Eso pensare jamas!

SÁTIRO.

¡Oh qué degollada harás!
Y ¡cómo te estará bien
Sobre el cándido cristal
De la garganta, primero
La gargantilla de acero,
Y despues la de coral!

CORISCA.

Pues cuando eso sucediera,
¿Faltara en el mundo, di,
Quien por darme vida á mí,
La suya, Sátiro, diera?

SÁTIRO.

¿Cómo es eso?

CORISCA.

¿Ahora sabes
Que si la vida alguien da
Por aquella que ya está
Dispuesta á penas tan graves,
La libra de la tirana
Pena en que Vénus se emplea,
Como el que se ofrece sea
De alguna isla de Diana?

SÁTIRO.

Ahora digo que tienen
Asomos tambien las diosas
De señoras caprichosas.
Y supuesto que previenen
Tus temores ese medio,
Déjate sacrificar,
Si es dejarse otro matar
El mas eficaz remedio.
Ea, alto á casar: la mano
Me da.

CORISCA.

Porque veas que ha sido
Tan galante, tan rendido
Y tan fiel mi amor, que en vano
Teme esa ley y otras mil,
Cata aquí la mano mia.

SÁTIRO.

Espera; que no querria
Que anduvieses tan civil
Despues de haberme casado,
Que como quien no hace nada...

CORISCA.

¿Qué?

SÁTIRO.

Me salieses honrada,
Y me dejases burlado.

CORISCA.

¡Eso has de pensar de mí!
¿Puedo nunca faltar yo,
Sátiro, á ser quien soy?

SÁTIRO.

No;
Mas pudiera ser que sí.
En fin desde aqueste instante
Tuyo he de ser.

CORISCA.

Yo lo he sido
Tuya.

SÁTIRO.

Tu menor marido
Soy.

CORISCA.

Yo tu menor amante.

Sale CORIDON.

CORIDON. (*Amenazando á Corisca.*)
¿Siempre parlando he de vella?

SÁTIRO.

Déla usté, y no se esté quedo;
Que es temeraria, y no puedo
Averiguarme con ella,
Desque con ella casado
Estoy.

CORIDON.

¿Qué es casado? (*Ap.* ¡Oste !)

SÁTIRO.

¡Cuál viene el señor prioste!

CORISCA.

Advierte, si te he engañado,
Coridon, este que ves,
Con quien ya casada estoy,
Mi sátiro es desde hoy.

SÁTIRO.

Y ella mi sátira es.

CORIDON.

¿Casada con él?

CORISCA.

¿Pues no?

CORIDON.

¿Y es verdad?

SÁTIRO.

Como lo digo.

CORIDON.

Si es así, vénte conmigo.

SÁTIRO.

Por solo eso lo hice yo.

CORIDON Y CORISCA.

¿Por qué?

SÁTIRO.

Porque si culpada
Procediere en este estado,
Fuésemos, yo el buen casado,
Y ella la mal degollada.

CORISCA.

¡Qué ruindad!

CORIDON.

¡Qué bobería!

CORISCA.

¡Tonto!

CORIDON.

¡Simple!

CORISCA.

¡Mentecato!

CORIDON.

¡Vil!

CORISCA.

¡Loco!

CORIDON.

¡Necio!

CORISCA.

¡Insensato!
(*Vanse Coridon y Corisca.*)

SÁTIRO.

¡Gran cosa es la cortesía!
Mas ¡ay casado de mí!
Por Dios, que se la llevó.
Alma, ¿mataréllos? No.
Vida, ¿dejaréllos? Sí.
Veamos ahora el honor mio,
Entre alma y vida, qué dice.
Habla, honor.

MIRTILO, *dentro.*

¡Ay, infelice,
Que me han echado en el rio!

SÁTIRO.

Desde el rio respondió
Lastimosamente fiel:
Luego si se ahoga él,
Será desahogarme yo. (*Vase.*)

Sale CARINO, *con* MIRTILO *en los brazos.*

MIRTILO.

¡Ay de mí infelice!

CARINO.

Alienta;
Que ya de la orilla toco
Contigo el puerto, á pesar
De las injurias del golfo.
¡Dichoso mil veces yo!

MIRTILO.

Y yo ninguna dichoso,
Pues donde pierdo la vida
Me parece que la cobro.

CARINO.

¡Mirtilo, hijo, amigo!...

MIRTILO.

¡Padre!

CARINO.

No en vano, cuando me arrojo
De mi barca á socorrerte,
Sin saber quién eres, noto
Que la carga que traia
No me pesaba en los hombros.
¿Qué es esto? ¿Todo ha de ser
Fortunas, desdichas todo
Para tí, todo prodigios,
Todo pasmos, todo asombros?

MIRTILO.

Sí, padre, y aunque son tantos,
Al ansia con que los tomo
Y la sed con que los bebo,
Tal vez me parecen pocos.

CARINO.

Mira cómo de los hados
Sabe desmentirse el docto
Dictámen; pues cuando huyes
De mí, temiendo dudoso
Que te dé la muerte, es
La vida la que te otorgo.
¿Qué es esto? otra vez pregunto.
¿Quién en aquel pobre, roto
Barco, sin vela ni remo,
Te echó, donde ímpetuoso
El raudal te trastornó
En su piélago mas hondo?
Dime, ¿qué es esto?

MIRTILO.

Si yo
Sucesos tan lastimosos
Supiera decir, supiera
Cuántos son, y así es forzoso
No contarlos porque no
Quede su número corto.
¿Dónde estamos?

CARINO.

No lo sé;
Que yo tendiendo los ojos,
Al mas cercano celaje
Es donde la mira pongo.

MIRTILO.

Pues en tanto, ¡ay padre mio!
Que hallamos por este umbroso
Bosque albergue, mi fortuna
Sabrás.

CARINO.

Suspenso te oigo.

MIRTILO.

Yo de mi infeliz destino
(*Cajas destempladas dentro.*)
Arrastrado... Mas ¿qué roncos
Destemplados instrumentos
(Que alegres fueran en otros
Tiempos), llenando los aires
De escándalos pavorosos,
A soplos mi fuego avivan,
Debiendo matarle á soplos?

CARINO.

No léjos de aquí se escuchan.

MIRTILO.

Acerquémonos un poco.
(*Tocan dentro sordinas y cajas.*)

CARINO.

A los rudos instrumentos
Funestamente sonoros,
Parece que sobstituyen
Tristes endechas y tonos.

MIRTILO.

Oigamos, por ver si algo
Nos dicen sus ecos sordos.

MÚSICA. (*Dentro.*)
Piedad, divina Vénus,
Y templen tus enojos
De humano sacrificio
La fe, el culto y el voto.

CARINO.

Si ya mi cansada vista
No me miente, reconozco
Desde aquí que van saliendo
De aquel montecillo umbroso
Hácia una fábrica breve,
Pequeño templo del soto,
De pastores y pastoras
Una grande tropa.

MIRTILO.

Todos
Van de cipres coronados,
Arrastrando por despojos
Negros álamos.

CARINO.

Las teas
Encendidas dan á Apolo,
Que las ve, mas con el humo
Que con la luz en el rostro.

MIRTILO.

Atendamos, para ver
Si algo nos dicen los coros.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Piedad, divina Vénus,
Y templen tus enojos
De humano sacrificio
La fe, el culto y el voto.

MIRTILO.

Detras de todos viene una
Mujer, vendados los ojos
Con negro cendal, y atadas
Las manos.

CARINO.

Y al tiempo propio
Que ellos se van acercando
Con pasos bien perezosos,
Se abre del templo la puerta,
En cuyo atrio se ve solo
Un sacerdote, en la mano
Un puñal.

MIRTILO.

¡Dioses piadosos!...
Pero miento: ¡Crueles dioses!
¿Cómo, ¡ay infelice! cómo
Esto consentís?

CARINO.

Mirtilo,
¿Qué es esto?

MIRTILO.

No sé.

CARINO.

¿Estás loco?

MIRTILO.

Sí, pues no lo estoy. ¡Ay padre!
Que si la seña recorro
Al sitio, al bosque y al templo,
Y al alma que es mas que todo,
Aquel es Nicandro, aquella
Amarili. ¡Oh rigoroso
Hado, siempre y nunca! Mas
¿Cómo otra vez no me arrojo
Á morir desesperado
Desde este risco á ese golfo?

CARINO.

¡Mirtilo!

MIRTILO.

¡Para ver esto
Me libras, cuando me ahogo!
¿Qué mas muerte querias darme?
Cruel eres, no piadoso,
Padre injusto, pues me traes
Adonde esto miro y oigo.
(*Vanse.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

Piedad, divina Vénus,
Y templen tus enojos
De humano sacrificio
La fe, el culto y el voto.

—

Suenan cajas destempladas é instrumentos, y salen los PASTORES Y PASTORAS *con coronas de cipres y ramos arrastrando, y detras* AMARILI, *los ojos vendados con un tafetan negro;* CORIDON, CORISCA Y SÁTIRO. *Á este tiempo se descubre el templo y el altar, y delante de él* NICANDRO, *con un puñal en la mano; y por un lado del tablado sale* SILVIO, *y por otro,* DORINDA.

AMARILI.

Cuando la injusta saña
De Vénus siento y lloro,
Castísima Diana,
A tu piedad invoco.
Tú solamente sabes
Si ofendí mi decoro;
Tú, que inocente muero:
Advierte que es impropio
Que donde no hubo ofensa,
Sirvan de desenojo
La afrenta que padezco,
Las lágrimas que lloro.

SILVIO. (*Ap.*)

Aunque parezca impiedad,
Tronco vivo entre estos troncos,
Tengo de asistir á este
Espectáculo, piadoso
Y cruel á un tiempo.

DORINDA. (*Ap.*)

Aunque
Sea injusto desahogo,
Amparada de los verdes
Canceles de aquestos olmos,
Tambien he de ser testigo
De la venganza que tomo.

NICANDRO. (*Ap.*)

Nunca humano sacrificio
Dejó de causarme asombro
Al ejecutarle; pero
Este ¡ay de mí! mas que todos.
¡Qué diera yo porque hubiera
Para suspenderle, modo!

SÁTIRO.

Corisca, aprende el papel,
Por si te pasa lo propio.

Salen MIRTILO Y CARINO.

NICANDRO.

Pastores de Arcadia, ya
Que el holocausto es forzoso,
Cúmplase toda la ley.
Digan á voces los coros
Si hay extranjero pastor
En todos estos contornos,
Que de Diana en las islas
Siga el culto religioso,
Que quiera morir por ella.

MIRTILO.

¡Cielos! ¿qué es esto que oigo?
¿Esta ley hay en Arcadia?

CARINO.

Tente.

MIRTILO.

Suelta.

CORISCA.

Escuchad todos.
(*Canta.*) *Amarili, ninfa bella,*
Es, porque faltó á su honor,
Fuerza en víctima ofrecella;
¿Hay extranjero pastor
Que quiera morir por ella?

SÁTIRO.

¡Luego habrá tonto tan grande
Que diga que sí! ¡y qué poco!

MIRTILO.

Sí hay. Suspenda tu accion,
Nicandro, el golpe alevoso;
Que yo á recibir el golpe
Por ella á tus piés me postro.

NICANDRO.

¿De dónde ó cómo, pastor,
Has venido? ¡Siempre pronto
Entre mi acero y su vida
Te he de hallar!

MIRTILO.

Sí, pues del modo
Que entre tu flecha y su vida
Tal vez mi vida interpongo,
Entre su vida y tu acero
Lo he de hacer.

SILVIO. (*Ap.*)

¡Qué es lo que oigo!

DORINDA. (*Ap.*)

¡Qué es lo que veo!

SILVIO. (*Ap.*)

Mi agravio
Crezca.

DORINDA. (*Ap.*)

Crezcan mis enojos.

MIRTILO.

¿De qué suspenso has quedado?
¿De qué pasmado y absorto?
Extranjero pastor dices
Que ha de ser el que dichoso
Dé su vida, y dé á Diana
Cultos: yo lo tengo todo.
De Elide soy: á mí padre
Para testigo os propongo.
Y pues voluntariamente
Por ella á morir me arrojo,
Muera yo y viva Amarili.

CORISCA.

Viva Amarili, gozosos
Digamos todos de ver
Hecho de amor tan glorioso.

TODOS.

¡Amarili, viva!

SÁTIRO.

¡Viva
Amarili y muera el tonto!

NICANDRO.

¿De dónde otra vez has vuelto,
Extranjero prodigioso,
A doblarme las desdichas?

AMARILI. (*Ap.*)

Aunque en las voces que oigo
Oigo que hay quien por mí quiera
Morir, quién es desconozco,
Porque igualmente tapados
Los oidos con los ojos,
No me dejan percibir
Quién será el que generoso
Ofrece por mí su vida.

MIRTILO.

Descubre á Amarili el rostro...

TODOS.

¡Amarili viva!

SÁTIRO.

¡Viva
Amarili, y muera el tonto!

MIRTILO.

Pues si merezco mirarla,
Será dar mi vida á logro.
(*Descubren á Amarili.*)

AMARILI.

¿Quién es quien por mí?... (*Ap.* ¡Qué miro!
¡Ya no es vida la que gozo.)

MIRTILO.

Yo soy, Amarili bella,
Quien por tí á morir me expongo,
No cómplice en tu delito;
Que á serlo hiciera muy poco,
Sino ofendido, porqué
Sea mi amor mas heróico.

AMARILI.

Eso es querer obligarme
Y ofenderme á un tiempo propio:
Y porque ninguno crea
Que yo hice ofensa á mi esposo,
Y que con quien la presume
Me da la vida en retorno,

Si es que puedo deponer
La fineza, la depongo.

TODOS.

No es posible.

SÁTIRO.

¿No? Pues viva
Amarili, y muera el tonto.

NICANDRO.

A la ley te has entregado,
Y obedecerla es forzoso.

CARINO.

No es, porque él no puede ser
Sacrificio entre vosotros.

DORINDA.

No es; que siendo él el que muere,
Yo á la venganza me opongo.

NICANDRO.

¿Por qué, Dorinda? ¿Por qué,
Pescador?

LOS DOS.

Escuchad todos.

NICANDRO.

Habla tú primero.

CARINO.

Ese
Jóven, que de amores loco,
Se ha ofrecido al sacrificio,
Si bien dél las leyes noto,
No puede morir, porque es
Natural de Arcadia.

MIRTILO.

¿Cómo
Puede ser, si eres mi padre,
Y eres de Elide?

CARINO.

. . . .[1]
. . . .
. . . . Si rompo
Las cárceles de un secreto.
De Arcadia, infelice mozo,
Eres; no éres mi hijo;
Porque el dia que furioso
Saliendo Alfeo de sí,
Hizo piélago este soto,
Zozobrada mi barquilla,
Varó en el fatal contorno
Dese antro de Ericina,
Cuyo bostezo horroroso
Con la resaca del rio
Abortó de sus mas hondos
Senos á la vista mia
Un pequeño infante hermoso,
Que mis piedades llamaba
A gemidos y sollozos[2].
Este eres tú; y por mas señas,
Por si acaso entre vosotros
Puede haber quien le conozca,
Pendiente tenias al hombro
En este cordon de seda
Esta lámina de oro,
En cuya plancha grabado
Dice mote misterioso:
«Porque no te mate yo,
Muérete, infeliz, tú propio.»

NICANDRO.

¡Ay hijo del alma mia!
En este instante, no solo
La lámina, mas tambien
Mis ceguedades conozco;
Y en fin de aquel vaticinio
Que me dijo prodigioso:
«Siempre y nunca homicida
Serás de la que piensas que no es vida,»
Ahora felicemente
A ver el sentido torno.
Siempre tu homicida he sido.
Yo te arrojé riguroso
A morir, yo con la flecha
Te herí, yo te eché en el golfo,
Y yo levanté este acero
Contra tí: con que está todo
Cumplido el hado, pues nunca
Te mato y siempre te lloro.

CORIDON.

Pues si él no muere, volvamos
A decir ahora nosotros
Que muera Amarili.

SÁTIRO.

¡Muera
Amarili, y viva el tonto!

DORINDA.

Tampoco ella morir debe.

TODOS.

¿Por qué?

DORINDA.

Porque ya que cobro,
Viendo imposible á Mirtilo,
La razon de mi celoso
Rencor, confieso que fué
Su delito testimonio.

MIRTILO.

Así «de una infiel mujer
(El vaticinio horroroso
Me dijo) los devaneos
Darán á tu vida asombros».

SILVIO.

Yo, habiendo visto en Mirtilo,
Que por hermano conozco,
Tanto amor, no he de volver
Al pasado matrimonio.

NICANDRO.

Bien puedes; que pues no hubo
En tu pecho duro y bronco
Mas que sagrado contrato;
Y lo que obligaba á todos
Era unir dos semideos,
Cuyo descendiente heróico
Ha de libertar á Arcadia;
Y ya en Mirtilo lo propio
Conviene que en tí convino,
Por su esposa se la otorgo.

AMARILI.

Con que tambien de mi estrella
El vaticinio piadoso,
Que un Fido Pastor habia
De enmendar tantos enojos,
Se cumple felicemente,
Siendo Mirtilo mi esposo.

MIRTILO.

Barato con una vida
Tan grande ventura compro.

CORISCA.

Pues en canciones alegres
Vuelvan los funestos tonos
Cantando de *El Pastor Fido*
Los triunfos.

SÁTIRO.

Miéntras nosotros
Perdon pedimos, volved
Al oráculo vosotros.

TODOS Y MÚSICA.

No tendrá fin el daño que os ofende
Hasta que junte amor dos semideos,
Y de una infiel mujer los devaneos [de.
La alta piedad de un Pastor Fido enmien-

[1] No dice Carino qué razon tuvo para criar á Mirtilo como hijo suyo y ocultárselo siempre. Recuérdense aquellos versos del primer acto, página 490:

¡Ah si pudiera decirle
Un secreto! Mas ¿qué digo?
Callando obedezco al cielo,
Y muriendo haré lo mismo.

Pero ni entónces ni despues se expresa qué fué lo que le mandó el cielo, cómo ni cuándo.
Ademas, la frase aquí aparece incompleta: sin duda faltan algunos versos.

[2] Tambien han de faltar versos á este pasaje. El niño no habia de saber nadar: ¿cómo le sacó la resaca sin sumergirle? Algo habria aquí semejante á lo que hay en la misma situacion, acto 5.º, escena 5.ª, en el *Pastor fido* de Guarini, de que es imitacion esta pastoral:

MONTANO.

Hábil urdes mentiras y patrañas.
¿Con que las olas tan benignas fuéron
Que no le sumergieron?
Rios de buenas mañas
Hay en tu tierra, pues con tal cariño
Saben cuidar un niño.

CARINO.

La cuna en que yacia,
Y de próvida barca le servia,
Revuelta con materias diferentes,
Que recogen y arrastran los torrentes,
Le condujo á la mata por fortuna.

MONTANO.

¿En una cuna estaba?

CARINO.

En una cuna.

———

LA MARGARITA PRECIOSA,

COMEDIA DE DON JUAN DE ZAVALETA, DON JERONIMO CANCER

Y DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS.

EGEO, *que es* EL DEMONIO.	ROBERTO.	LIDORO.	ESEDIO.	LABRADORAS.
TROPEZON.	MARGARITA.	OLIBRIO.	MÚSICA.	CRIADOS.
	LIVIA.	FLORA.	LABRADORES.	GENTE.

La accion pasa en Antioquía y á media legua de esta ciudad.

JORNADA PRIMERA.

(DE DON JUAN DE ZAVALETA.)

Cercanías de un pueblo á media legua de Antioquía.

ESCENA PRIMERA.

Ábrese una peña, y sale EL DEMONIO.

DEMONIO.

[guerra
¿Qué es esto, Dios? ¡Yo habito en dura
Como ladron, los huecos de la tierra!
¡Yo, que fui desa máquina espantosa
La primer criatura y mas hermosa!
¿Por qué tengo de penas este abismo?
¡Porque me enamoré yo de mí mismo,
Porque consideré mis perfecciones,
Porque de solas las busqué blasones,
Porque tuve el rendirme por impropio!
¿Tan grande culpa es el amor propio?
Mas démos que lo sea,
Y que mi sér en su maldad se vea:
¿Qué razon hay, Señor, para que al hom-
Que es tierra hasta en el nombre, [bre
Cuando peca, os ofende y os agravia,
Vuestra piadosa mano, siempre sabia
Le socorra, le acuda y favorezca
Para que no perezca,
Y á mí, que soy inteligencia pura,
Mas perfecta criatura,
Una vez sola que os ofendí altivo,
Me dejasteis esquivo,
Y permitisteis ¡ay de mí! que fuese
Mi suerte tal, que vuestra faz no viese?
Mas ¿por qué esta pregunta hago mo-
[lesta,
Si sé que entre otras la razon es esta,
Y en tan dura fatiga
A mi pesar me mandan que la diga?
La vez que peca el hombre inadvertido,
Es de mí persuadido,
Es de mí provocado:
La traza es mia, y suyo es el pecado.
Duélese Dios de que el engaño mio
La espuela fuese de su desvarío; [cho,
Y aunque enojado, atento á su prove-
Destila auxilios en su errado pecho:
Ofrécele la mano, y si él se vale
De aquel socorro, de pecado sale.
Esto en mí no sucede,
Ni este bien á mí mal venirle puede;
Porque como mi culpa
No tiene la disculpa
De que consejo la empezase ajeno,
Y sola mi maldad fué mi veneno,
Sin derecho quedó mi desatino
Al derecho divino:
Y así razon ninguna hay de quejarme
De que Dios no me ayude á levantarme.
Mas sin razon se ha de quejar mi furia;
Que razon que maltrata se hace inju-
[ria.
De Dios he de vengarme: y pues mi in-
Eterno es, mi odio será eterno. [fierno
El mundo tengo ya lleno de errores,
Que con la obstinacion se hacen mayo-
Asia á la idolatría está entregada, [res.
De su Dios olvidada,
Y ahora pone en los pechos de Fenicia
Latebrosos engaños mi malicia.
Todos son mios, ménos esta bella
Mujer que me atropella:
Aquesa labradora
Que aquestos campos dora,
Aquesa Margarita,
Que el cielo me la quita
Con singular cuidado.
Mas su desvelo quedará olvidado,
Porque yo haré...

ESCENA II.

MARGARITA, OLIBRIO, TROPEZON. —EL DEMONIO.

MARGARITA. (*Dentro.*)

Zagales, desa fuente
Nos llama la corriente.

OLIBRIO. (*Dentro.*)

Este sitio es famoso.

TROPEZON. (*Dentro.*)

Miren que dia de agua es dia enfadoso.

DEMONIO.

Mas á este puesto sale acompañada
De muchos labradores. Extremada
Es la ocasion. Yo quiero introducirme
Con ellos, y vestirme
El traje, los acentos y el semblante
De Egeo, un labrador que en este ins-
Se ahogó en ese rio, [tante
Cuyo cadáver frio
No será descubierto, [to.
Porque mi engaño pueda ser mas cier-

OLIBRIO. (*Dentro.*)

Traigan los instrumentos, dénse prie-
[sa.

DEMONIO.

Mi odio nunca cesa.
Contra un Dios invisible,
Enemigo he de andar que sea visible.
(*Vase y toma la figura de Egeo.*)

ESCENA III.

MARGARITA, OLIBRIO, ROBERTO, TROPEZON, FLORA, LIVIA, *y otros* LABRADORES *y* LABRADORAS, *con instrumentos, sin tocarlos; y el Demonio, ya en figura de* EGEO, *tambien de labrador.*

MARGARITA.

La alegría deste arroyo
Nos solicita y halaga.

TROPEZON.

Sí, que el agua es muy alegre;
Pero á nadie alegra el agua.

MARGARITA.

Yo la quiero... (*Ap.* Porque es
Del santo bautismo santa
Materia, por quien de dia
Y de noche anhela el alma.)

OLIBRIO.

Pues que Margarita gusta,
Quedemos en esta estancia.

TROPEZON.

¿Tambien sois del agua amigo?

OLIBRIO.

Eso sin razon te espanta,
Supuesto que nací della.

TROPEZON.

No es la consecuencia llana;
Que el agua engendra al mosquito,
Y él tras el vino se anda.
Mas ¿vos del agua sois hijo?

OLIBRIO.

¿Pues agora lo ignorabas,
Tropezon? A esa ribera
Una nave derrotada
Me arrojó recien nacido.
Así lo afirman las canas
De los que en aquel trabajo
Me asistieron, y hoy me amparan.

EL DEMONIO Ó EGEO.

Al dios de Amor, dicen muchos
Que sirvió un cóncavo nácar
De cuna, sobre la espuma
Que los vientos arrollaban.
(*Ap.* Ya, ya empieza mi malicia
A encender aquestas llamas.)

OLIBRIO. (*Ap.*)

Si las ondas del amor
Son el solar y la patria,
No degenera mi pecho,
Que en muy fino amor se abrasa.
¡Ah, Margarita, con qué
Imperio en mi vida mandas!

MARGARITA.

¡Qué sonoramente corre
De aquesta fuente la plata!

OLIBRIO.

Esas son métricas quejas
De ver que de vos se aparta.

FLORA. (*Ap.*)

¡Que tanto el amor de Olibrio
Se declare por mi hermana,
Y que tanto me desprecie
Porque son ménos mis gracias!
¿De qué sirven las estrellas,
Si al desvalido no amparan?
Donde está el merecimiento,
La fortuna no hace falta.

ROBERTO.

Hija, con melancolía
Debeis de estar, pues con tanta
Vehemencia de las fuentes
Buscais las corrientes claras.
Y advertid que me da pena,
Porque esta pasion se pasa
Las mas veces á locura,
Aunque entre discretos anda.

OLIBRIO.

No hay entendido, Roberto,
Que no tenga esta cuartana.

MARGARITA.

Buscar de fuentes y arroyos
Las ondas que se desatan,
No es locura, padre mio;
La locura es no buscarlas.

EGEO.

(*Ap.* El agua que aquesta busca,
Es del bautismo, y halaga
Con el agua de las fuentes
El deseo la esperanza.
Con este elemento agora
Es preciso malquistarla.)
Pues en el agua, ¿qué hallais,
Que estáis tan enamorada
Della?

MARGARITA.

¿Qué? Que á las serpientes
El veneno les apaga.

EGEO. (*Ap.*)

¿Si me habrá esta conocido,
Que en el estilo me habla
Que el cielo, que en la culebra
Riguroso me retrata,
Despues que fué de mis voces
El órgano su garganta?

OLIBRIO.

No hay duda que á la serpiente
El veneno se embaraza,
Si entra en el agua.

MARGARITA.

¿Veis cómo
Yo digo bien?

TROPEZON.

¿Esto pasa?
¿Oís, Livia? Si con vos
Algun demonio me casa,
Os he de echar en la noria,
Por ver si estáis ménos brava.

LIVIA.

Antes que matrimoñemos,
Segun vuestras buenas mañas,
Caeréis vos en una cueva,
Y yo huiré desa desgracia.

EGEO.

Porque al gusto no creais
Que este elemento os alaba,
Sabed que entre todos cuatro
Es el solo en quien se halla
Imperfeccion.

MARGARITA.

¿De qué suerte?

EGEO.

Diréło en breves palabras.
Todo lo superior
Por naturaleza ampara
A su inferior. Los cielos
Que en mayor globo se ensanchan,
A los de menor esfera
Los rodean y los guardan.
El elemento del fuego
Cariñoso se dilata
Sobre el círculo del aire;
El aire defiende al agua
Por cualquiera parte suya;
Mas el agua, á quien tocaba
Favorecer á la tierra,
Por ser la parte mas flaca
De todos los elementos,
Desabridamente extraña,
Por muchas partes la deja
Sedienta y desamparada.
Pues si á la naturaleza
Los preceptos le quebranta,
Y por no hacer gusto huye,
Gusto errado será amarla,
Ceguedad no conocerla,
Y darla aplauso ignorancia.

MARGARITA.

El agua á toda la tierra
Desea amparar, ajustada
A los preceptos que en ella
Puso quien en ella manda.
Pero en algunas regiones
Hay una tierra tan mala,
Que de sequedad arisca
Y de frialdad obstinada
Se fortifica los poros
De tal suerte, y se los tapa,
Que al ir el agua apacible
A entrársele en las entrañas,
Solo halla quien la resista,
Quien la reciba no halla.
Entónces, como corrida
O como desconsolada,
Su curso encamina adonde
La admiten y la agasajan.
Mas ¿sabeis lo que sucede
En estas dos encontradas
Partes del mundo? Que aquella
Que en el cristal no se lava,
Escorpiones solo lleva,
Y unos áspides que guardan
Pálido mortal veneno
En cenicientas escamas.
Mas esotra, que la dió
Fácil y halagüeña entrada,
Yerbas de inmortal frescura,
Flores que el aire regalan,
Frutos que al mundo sustentan,
Y unas tan hermosas plantas,
Unos árboles tan bellos,
Que con dulce pompa escalan
El cielo, y él apacible,
Para que no se le caigan,
Con matizados celajes
A las estrellas los ata.

ROBERTO.

Labradores tan discretos
Hacen corte la campaña.
Los versos que ha escrito Olibrio
Y que los zagales cantan,
Os pueden gastar aquí
Lo que de la tarde falta
En suspensiones süaves;
Y yo doy la vuelta á casa,
Porque Liseno me ha dicho
Que há gran rato que me aguarda
De Antioquía un cortesano;
Y puede ser de importancia
Lo que me quiere decir.
(*Ap.* Mas lo que infiere mi alma
Es que es Olibrio al que busca;
Porque estando en la labranza
El otro dia, pasó
Un caballero con cartas
Del Emperador, buscando
Un labrador que no hallaba,
Y sin duda es este mozo;
Que cuando le arrojó el agua,
En los paños que traia
Señales de ilustre daba.)
Yo no lo entiendo. Adios, hijos.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, EGEO, OLIBRIO, TROPEZON, FLORA, LIVIA, LABRADORES Y LABRADORAS.

OLIBRIO.

Sentémonos.

(*Siéntanse.*)

EGEO.

Vaya, y diga
Olibrio en qué asunto hablan
Los versos.

OLIBRIO.

En un amor
Que arde siempre y siempre calla.

TROPEZON.

Esa es linda bobería.
¡Valga el diabro vuesa alma!
¿Quién os ha de agradecer
Ese amor, si no le alcanza?

EGEO.

Ea, silencio, señores.

OLIBRIO. (*Ap.*)

Agora el amor me valga.

LABRADORES Y LABRADORAS. (*Cantan.*)

Quien ama y dice sus penas,
Muy sin reverencia ama:
Mejor el clavel padece,
Que no se queja y se abrasa.

TROPEZON.

Mentis en cuanto habeis dicho.

LIVIA.

¿Qué haces, fiera alimaña?
¿A los músicos desmientes?

TROPEZON.

Por en medio de sus barbas.

OLIBRIO.

¿Por qué, amigo Tropezon?

TROPEZON.

Ya el poeta á la demanda
Sale. Mirad: el jumento
Es la bestia que mas ama
A sus hijos, y con él
Los poetas se comparan,
Porque aunque engendren pollinos,
Piensan que es cosa extremada.
Cuanto en esa copla hay,
Es todo enredo y patraña.
Repetidla, y lo veréis.

OLIBRIO.

Quiero hacer lo que me mandas.
—«Quien ama y dice sus penas,
Muy sin reverencia ama.»

TROPEZON.

Pues haga una reverencia,
Y cuéntele lo que pasa.

Harto bien medrára el mundo,
Si los amantes callaran!
Adelante.

OLIBRIO.

(*Ap*. Con aquesto
Mas mi pasion se declara.)
«Mejor el clavel parece,
Que no se queja y se abrasa.»

TROPEZON.

Catad ahí el disparate.
Porque, decid: ¿dónde guarda
Aqueste amor el clavel?
Debe de ser en la zanca.
El clavel, hermano mio,
Ni tiene aficion ni haca;
Que es solo una yerbecilla
Un poquito colorada.

OLIBRIO.

Nada la naturaleza
Hizo acaso; que ordenadas
Son sus obras á algun fin,
Y yo pienso, y no me engaña
La pasion, que hizo las flores
Solo para que explicaran
Los incendios con que amor
Suele atormentar las almas.
Ninguna flor hay que viva
Sobre tan derecha vara,
Que á alguna parte no incline
De su pompa la elegancia.
El jazmin hácia la rosa
Forceja, si no desata
Su prision; á la azucena
El clavel, haciendo alas
De las hojas, volar quiere;
Pero ni vuela ni alcanza.
Aquí no hay amor; mas hay
De amor una semejanza,
Con que el suyo manifiesta
El que huye de las palabras
Por no dar en lo grosero:
Infelicidad tan rara,
Que es mármol quien no se duele
De verdad tan desdichada,
Que ha menester la mentira
Para que se crean sus ansias.

TROPEZON.

Aun por ahí lleva camino.

MARGARITA.

(*Ap*. Olibrio conmigo habla,
Y por este mismo estilo
Le he de decir que se cansa
En vano, porque mi pecho
No atiende á cosas humanas.)
El cielo no hizo las flores
Para que simbolizaran
Al amor.

OLIBRIO.

Pues ¿para qué?

MARGARITA.

Para que fuesen vianda
Y alimento de la abeja.

OLIBRIO.

¡De la abeja!

MARGARITA.

Es cosa llana.
La abeja es un animal
De castidad tan extraña,
Que ignora sexo, y no rinde
De su pecho al amor náda.
En el panal y la especie
A un mismo tiempo trabaja,
Y con el pico oloroso
La miel y otra abeja labra.
Obligado pues el cielo
Desta pureza, á las plantas
Manda que la sirvan flores,
Que sabrosamente lama.
Tambien, á su sed atento,
Una estrella desmigaja
Cada aurora, y se la extiende
Sobre la yerba en escarcha;
Porque estima mucho mas
La castidad no manchada,
Que la duracion del mundo,
Con ser de tanta importancia.

TROPEZON.

¿Para que coma la abeja
Dice estotra mentecata
Que son las frores?

LIVIA.

Pues ¡qué!
¿No dice bien?

TROPEZON.

No, urraca,
Porque son para que coman
Los boticarios: sus cajas
Lo digan, pues que con ellas
Ellos viven y nos matan.

ESCENA V.

ROBERTO, *con una carta en la mano y un lienzo á los ojos.*—DICHOS.

MARGARITA.

Padre y señor, ¿qué teneis?

FLORA.

¿Vos con llanto?

OLIBRIO.

¿Qué desgracia,
Roberto, os ha sucedido?

TROPEZON.

¿Qué novedad os asalta?

ROBERTO.

Hijos, un gusto que es pena,
Y una pena que agasaja.

MARGARITA.

No os entendemos.

ROBERTO.

Ahora
Me explicaré. Aquesta carta
Es, Margarita...

MARGARITA.

¿De quién,
Señor?

ROBERTO.

De Esedio, que manda
Que al punto vais á Antioquía.

EGEO. (*Ap*.)

Esta novedad me agrada.

MARGARITA.

¿Y quién es Esedio?

ROBERTO.

Es
Un varon de prendas tantas,
Que en nobleza y dignidad
Ninguno se le aventaja
En todas estas provincias,
Y es demas desto...

MARGARITA.

(*Ap*. Turbada
Tengo la vida.) Acabad.

ROBERTO.

Vuestro padre.

MARGARITA.

Ya me espanta
Mas el suceso. Pues ¿cómo,
Si hija vuestra me llamaba
El mundo?

ROBERTO.

Porque ese nombre
El secreto y la crianza
Os dieron; que de dos años
Venisteis á que cuidara
De vos Licinia mi esposa,
Sin que jamas declarara
El que os trujo quiénes fuesen
Vuestros padres; bien que en tanta
Distancia de tiempo, siempre
Los socorros enviaban
Puntuales y numerosos
Con que fueseis sustentada
Y asistida; que mi hacienda
A hacer esto no bastaba.
Ya al fin se sabe que sois
Hija de Esedio, que clama
Por vos, y el obedecerle
Es fuerza. Carroza y galas
Con esta carta han venido,
Y órden para que mañana
Vais á comer á Antioquía;
Porque como la distancia
Es tan poca, que no hay
Sino media legua escasa,
Esto puede conseguirse.
Margarita, la que os llama
Es fortuna muy subida;
La que dejais es muy baja:
Alegráos, y llore quien
De vuestros ojos se aparta.

OLIBRIO. (*Ap*.)

Llore yo, que nací solo
A no tener esperanza.

MARGARITA. (*Ap*.)

Dios mio, en obedeceros
Mi corazon nunca tarda.

EGEO. (*Ap*.)

Lo que intentaba mi pecho,
Mejor por aquí se traza.

FLORA. (*Ap*.)

¡Bien haya, amen, la fortuna
Que tan mal á Olibrio trata!

LIVIA.

Margarita, no nos dejes.

TROPEZON.

Margarita, no te vayas.

ROBERTO.

Quien obedece, no elige.
Ea, volvamos á casa.

TROPEZON.

Todos hemos de ir contigo
Hasta dejarte entregada
A tu padre.

MARGARITA.

Y yo de todos
Seré eternamente esclava.

OLIBRIO. (*Ap*.)

Corazon, á padecer...

FLORA. (*Ap*.)

Ojos, á tomar venganza...

EGEO. (*Ap*.)

Astucias, á destruirla...

MARGARITA. (*Ap*.)

Mi Dios, á hacer lo que mandas...

OLIBRIO. (*Ap*.)

Que mi aficion...

FLORA. (*Ap*.)

Que mi enojo...

EGEO. (*Ap.*)

Que mi odio...

MARGARITA. (*Ap.*)

Que mi alma...

OLIBRIO. (*Ap.*)

Siempre arde.

FLORA. (*Ap.*)

Siempre vive.

EGEO. (*Ap.*)

Siempre ofende.

MARGARITA. (*Ap.*)

Siempre ama.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Esedio, en Antioquía.

ESCENA VI.

ESEDIO, LIDORO.

ESEDIO.

En fin he ya publicado,
Y el pecho se regocija,
Que es Margarita mi hija,
Y que con ella casado
Os tengo, sobrino mio.

LIDORO.

Señor, aqueste favor
Os constituye señor
Más que á mí, de mi albedrío.
Ya mi esperanza se mueve
Sin sosiego.

ESEDIO.

Hoy entra aquí;
Que es la priesa que yo di
Mucha, y la jornada breve.

LIDORO.

Vi á mi esposa, sin saber
Quién era, en ese lugar,
Y dió tanto que admirar
Que embarazó el entender.
Tal belleza en ella habia,
Que yo juzgué que la aurora
En traje de labradora
Quiso estarse allí aquel dia.
Mas, señor, yo ¿no sabré
Qué causa os movió á enviarla
A esa aldea, y ocultarla
De todos?

ESEDIO.

Yo lo diré.
Murió su madre y mi esposa
Entre accidentes extraños,
Dejándome de dos años
Esta prenda tan hermosa.
De aquesta pena que estoy
Refiriendo, y que en mí estaba,
A los dioses me quejaba,
Cuyo sacerdote soy.
Mas el cielo á mi tristeza
Se mostraba, y mis suspiros,
En lo hermoso de zafiros
Y de piedra en la dureza:
Con que en aquel accidente
Que mi pecho deshacia,
Nadie consuelo ponia
Sino el sueño solamente.
Huyendo de mis cuidados
Me entregaba á su beleño.
¡Ah, mortales, lo que al sueño
Le deben los desdichados!
Estando pues amparada
De sus alivios mi vida,
Una voz muy bien oida
Para ser mal escuchada,
Me dijo... Aquí titubea
El pecho y se precipita.
«Dale al campo á Margarita,
Si quieres que feliz sea.»
Yo desperté con dolor
Que aumentaba mi desvelo,
Pensando me hablaba el cielo
En otra pena mayor.
Templéme, y con singular
Cuidado al caso atendí,
Y al sueño el credito dí
Que á sueños se suele dar.
Volvió á llamarme á su abismo
Aquel letargo violento,
Y repitió el mismo acento
Otras dos veces lo mismo.
Consideré nuevamente
El caso, y dije: «Yo quiero
Mas la nota de lijero
Que el riesgo de inobediente.
Vaya, pues con él nació,
Adonde el hado la envía,
Margarita.» Y aquel dia
Un criado la llevó
A ese lugar, con tan cierta
Fidelidad y cuidado,
Que allá quién es se ha ignorado,
Teniéndola acá por muerta.
Mas tanto tiempo ha corrido
Sin que haya prodigio en ella,
Que he tratado de traella
Y de haceros su marido.

LIDORO.

Los sueños, sin mas intento,
Del sueño en la dulce calma,
Son unas burlas que el alma
Le hace al entendimiento.
Nunca el jüicio es seguro
De los que los interpretan,
Porque los dioses aprietan
En su seno lo futuro.
Verdad tan averiguada
Que aun hasta en vos se acredita.

VOCES. (*Dentro.*)

Pára.

ESEDIO.

Aquesta es Margarita.

LIDORO.

Sea mil veces bien llegada.

ESCENA VII.

ROBERTO, MARGARITA, OLIBRIO, FLORA, TROPEZON, LIVIA. — DICHOS.

ROBERTO.

Aquí teneis la querida
Prenda, que ya vuestra es.

MARGARITA.

Y rendida á vuestros piés.

ESEDIO.

Seais, hija, bien venida.
Levantáos, aunque el provecho
Perdais de la sumision,
Porque sois mi corazon
Y es vuestro lugar mi pecho.
Dadme los brazos: llegad.

MARGARITA.

No los merezco, señor.

ESEDIO.

Muy bien estrenais mi amor,
Que empezais con humildad.

MARGARITA.

De hija vuestra el blason,
Si lo soy, en mí no es nuevo;
Pero agradecerle debo
Como si fuera eleccion.
Y una pena aquí me aflige,
Que os la tengo de decir:
Y es, si he de saber servir
A quien me engendró y me elige.
Mas este empeño le dejo
Al amor que ha de moverme.

ESEDIO.

Dáos mucha priesa á quererme,
Hija, porque estoy muy viejo.

LIDORO.

Haberos llegado á ver,
A la fortuna lo estimo.

ESEDIO.

Es Lidoro vuestro primo,
Y vuestro esposo ha de ser.

OLIBRIO. (*Ap.*)

Muy mal el padre me estaba;
Mas peor me está el esposo.
¡Ah, bien haya el que es dichoso!

MARGARITA.

Sin eso, soy vuestra esclava.

LIDORO.

De una mano que es tan bella
Yo no aspirara al favor,
Si no tuviera mi amor
Un alma que dar por ella.

TROPEZON.

Señor, su merced ¿es loco?

ESEDIO.

¿Por qué?

ROBERTO.

Este es inocente.

TROPEZON.

Porque hoy empieza á ser padre,
Y luego á suegro se mete.
¿Piensa que es holgura un yerno,
Que para que no desee
Su muerte, ha de estar su vida
Siendo de provecho siempre?
Mire: Margarita es
Buena mujer, y bien puede
Tenérsela ahora en su casa.

ESEDIO.

Donaire el villano tiene.

OLIBRIO.

(*Ap.* De Tropezon en los labios
Mi amor habla, y por mí vuelve.)
Señor, á este labrador
A decir esto le mueve
El cariño, porque juzga
Que es, aunque entrambos placeres,
Dárosla hoy y casarla,
Enajenarla dos veces.
Y cierto que á mí tambien
(Y perdonad que me deje
Llevar tanto del afecto)
Me parece conveniente
El consejo que os ha dado;
Que no es bien que el mundo piense
Que la carga de una hija,
Porque pesada parece,
La arrojais el primer dia
A un marido que la lleve.
Mas vos lo entendeis mejor;
Lo que á mí me pertenece
Es desear que vuestras dichas
Por las estrellas se cuenten.

FLORA.

El novio que á Margarita
Le teneis, es excelente.
Casadla luego, señor,
Y no extrañeis que os lo ruegue,
Porque hasta ayer fuí su hermana.

ESEDIO.

Y mi hija seréis siempre.

FLORA. (*Ap.*)

De la ingratitud de Olibrio
Me vengo de aquesta suerte.

ESEDIO.

Y agora los labradores
A tomar refresco entren,
Porque á este acompañamiento
Mucho agasajo se debe.
Ea, entrad.

TROPEZON.

Y diga : ¿quién
Le ha de dar?

ESEDIO.

Bastante gente
Hay en casa que lo haga.

TROPEZON.

Si criados decir quiere
Eso de gente bastante,
Yo le prometo que suelen,
Cuando al amo no le importa,
Obedecer flojamente.
Entre con nosotros él,
Por su vida.

ESEDIO.

Gracia tiene
El labrador.

TROPEZON.

Acabemos.

ESEDIO.

Aqueste gusto he de hacerle.
Vamos.

TROPEZON. (*Ap. á ella.*)

Livia...

LIVIA.

¿Qué tenemos?

TROPEZON.

En almorzando que almuerce,
Tengo de andar acechando
Todo cuanto sucediere;
Que por acechar me muero.

OLIBRIO. (*Ap.*)

Este descanso es mi muerte.

(*Vanse todos, ménos Margarita.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

Mi Dios, las felicidades
Que este mundo nos ofrece,
Son rio que se despeña
Desde lugar eminente,
Que aquel á quien cerca coge,
Le salpica y le humedece;
Mas no es mas que salpicarle,
Que se seca fácilmente.
Pasa el rio, y como él
Tienen tambien estos bienes,
La presencia fugitiva
Y acelerado el corriente.
Vos solo sois el que dura,
Vos solo sois quien no puede
Faltar, y vos sois, en fin,
El bien que el alma apetece.

ESCENA IX.

LIDÓRO; *despues*, MÚSICA. — MARGARITA, *suspensa, sin verle ni oirle.*

LIDORO.

(*Ap.* A hablar con este prodigio
Turbado el labio se atreve.)
Margarita, por vencer
Las rosas y los claveles,
Sois fénix en la hermosura.

MÚSICA. (*Dentro.*)

En la palma muere el fénix.

LIDORO.

Dulces impensadas voces,
Que en la palma el fénix muere
Me dicen, y dicen bien,
Porque en su cogollo enciende
Este pájaro la hoguera
Que fué juntando prudente,
Y asidas con las dos manos
Del árbol dos ramas verdes,
Sobre la llama olorosa
Para renacer perece...
—Pero ¿qué tiene que ver
Esto con mi amor? (*Ap.* Mas suelen
Los acasos avisar
De lo que suceder quiere.
La palma es de la vitoria
Señal gloriosa y alegre:
Y si muere Margarita
Con palma, es señal que vence
Su castidad no violada
Del amor el fuego ardiente.
¡Ay de la esperanza mia!)

MARGARITA. (*Sin ver ni atender á Lidoro.*)

Enamora de tus leyes,
Señor, este corazon,
Porque á ellas se sujete.

LIDORO.

(*Ap.* Pero ¿cómo en ilusiones
El que no está loco cree?
Esto es chisme que al oido
Me traen para que me inquiete.
Yo quiero volver á hablarla.)
Cándida paloma, atiende.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Lo que tiene de azucena,
Eso de paloma tiene.

LIDORO. (*Ap.*)

Segunda vez estas voces
A mi aficion la defienden
El bien á que aspiro amante,
Porque han dicho dulcemente
«Lo que tiene de azucena,
»Eso de paloma tiene.»
La azucena significa,
En virtud de aquella nieve
Fragrante de que se viste,
Castidad resplandeciente.
Cándida paloma yo
La llamé: luego pretenden
Darme á entender que no mas
Del puro y limpio accidente
Del color hay de paloma
En ella, y que no se atreve
El amor á quebrantar
De su pecho el muro fuerte.
¿Yo hablo acaso con el cielo,
O con la que está presente?

MÚSICA. (*Dentro.*)

El cielo y la castidad
Uno son, y dos parecen.

LIDORO. (*Ap.*)

Este es infalible hechizo,
Este es encanto evidente.
Huyendo voy deste asombro
Que me mata y me enloquece. (*Vase.*)

MARGARITA.

Sola parece que estoy,
Y mi rudeza no entiende
Las salas de los palacios.

ESCENA X.

ESEDIO. — MARGARITA.

ESEDIO.

Aquella sencilla gente,
Hija, que te ha acompañado,
He querido se festeje;
Que dia tan feliz, es justo
Que en mi casa se celebre.
Ya he mandado los regalen...
Mas ¿qué es de Lidoro? Fuése
Sin duda, como te vió
Sola, que es mozo prudente.
Margarita, las acciones
Humanas es bien que empiecen
Por la adoracion divina.

MARGARITA.

Eso no habrá quien lo niegue.

ESEDIO.

Pues ántes que posesion
Tomes de cuanto contiene
Mi casa, á pedir entremos
A los dioses nos prosperen
La vida, y que de su amparo
Ni nos aparten ni dejen.

ESCENA XI.

EGEO, *invisible para* — MARGARITA Y ESEDIO.

EGEO. (*Ap.*)

Aquí soy yo menester.

MARGARITA.

Y dime: ¿á qué dioses quieres
Que aquese ruego le hagamos?
(*Ap.* ¡Dios verdadero, valedme!)

EGEO. (*Ap.*)

Ahora la guerra se traba
A que el triunfo he de deberle.

ESEDIO.

Júpiter, Mercurio, Apolo...

MARGARITA.

¿Esos son dioses?

ESEDIO.

Tú vienes
Muy ruda. Pues di: ¿qué son?

MARGARITA.

Unos maderos que mienten,
Y que porque están dorados
(¡Mira, mira lo que puede
La riqueza!) los adoran
Tantos pueblos ciegamente.

ESEDIO.

¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?

EGEO. (*Inspirando á Esedio.*)

Vuelve por tus dioses, vuelve.

ESEDIO.

Pues dime, errada mujer
(Que ya el nombre no merece
De hija la que su culto
Niega á los dioses aleve),
Si las que adora Fenicia
Deidades no te parecen,
¿Quién es Dios?

MARGARITA.

Es una esencia
Que tres personas contiene,
Padre, Hijo y Soberano
Espíritu, que procede
De entrambos.

ESEDIO.

Y esos ¿no son
Tres Dioses?

MARGARITA.

No.

ESEDIO.

¿De qué suerte?

MARGARITA.

Si yo supiera decir
Cómo es Dios perfectamente,
No fuera Dios.

ESEDIO.

¿La razon?

EGEO. (*Ap.*)

Este monstruo, ¿qué me quiere?

MARGARITA.

Porque fuera comprensible;
Y si pudiera cogerse
Dentro de un entendimiento
La noticia de sus bienes,
Lo infinito le faltara,
Sin lo cual ser Dios no puede.

ESEDIO.

En efecto, ¿ningun hombre
Esta dignidad comprende?

MARGARITA.

Uno solo.

ESEDIO.

¿Y cuál es?

MARGARITA.

Cristo...

EGEO. (*Ap.*)

Esta voz me hace que tiemble.

MARGARITA.

Que es la segunda Persona
De la Trinidad; y advierte
Que Dios solo á sí se sabe
Y que él solo á sí se entiende.
Pero porque no presumas
Que de todo punto viene
Esto á ignorarse, sabrás
Que algun ejemplo hay que enseñe
Algo de la superficie,
Aunque mucho no penetre.
¿Has visto una fuente?

ESEDIO.

En fin,
¿Esto es que á explicar te atreves
Qué es un Dios y tres Personas?

MARGARITA.

A eso solo el alma atiende.

ESEDIO.

Pues la fuente he visto: di.

MARGARITA.

Si cogiesen desa fuente
Tres vasos de agua, ¿serían
Tres aguas?

ESEDIO.

No habrá quien yerre
Eso: un agua es no mas
Y tres vasos diferentes.

MARGARITA.

Pues de aquese modo, aunque
De aquesta deidad se llenen
Las tres Personas que he dicho,
Quedan un Dios solamente.

EGEO. (*Ap.*)

¡Que esto escuchen mis oidos!

ESEDIO. (*Ap.*)

Ya no sé qué responderle.

EGEO. (*Ap. á Esedio.*)

Dale la muerte: ¿qué aguardas?

ESEDIO.

Impulsos me dan de hacerte
Mil pedazos, y acabarte
Con mis manos y mis dientes.
Vén acá. ¿Quién te enseñó
Aquesa ley que defiendes?

MARGARITA.

Licinia, que fué mujer
De Roberto, que ya tiene
Silla de gloria en el cielo.

ESEDIO.

¿Y estás bautizada?

MARGARITA.

Ese
Bien solamente me falta.

ESEDIO.

Pues ¿cómo dejó esa aleve
Esta inútil coremonia?

MARGARITA.

Porque piadosa y prudente
Me estaba catequizando
Cuando la cogió la muerte.

ESEDIO.

Y di: Roberto ¿es cristiano?

MARGARITA.

No, señor.

ESEDIO.

¿Luego no entiende
Lo que pasa?

MARGARITA.

No lo sabe.

ESEDIO.

¿Ni su hija?

MARGARITA.

Si supiese
Flora que cristiana soy,
Me acusara dos mil veces,
Porque no me puede ver.

ESEDIO.

¿De modo que solamente
Ella y tú erais cristianas?

MARGARITA.

Con un secreto tan fuerte,
Que para hablar en las cosas
Que á esta verdad pertenecen,
Lo enmarañado de un bosque
Era cerrado retrete.

ESEDIO. (*Ap.*)

¡Ah sueños! ¿Esta es la dicha
Que Margarita le debe
Al campo? Mas ¿por qué yo
Creí á quien siempre miente?

EGEO. (*Ap. á Esedio.*)

Con la autoridad de padre
Prueba á ver si la convences.

ESEDIO.

Margarita, yo te dí
Mi sangre, y de obedecerme
Ningunas leyes te libran,
Si son ajustadas leyes.
Y así, pues que nadie sabe
De tu error, no le conserves,
Sino á mi obediencia asida,
Sigue la verdad que pierdes.

MARGARITA.

Señor, esta humanidad
O se compone ó se teje
De alma y cuerpo: dos porciones
Unidas y diferentes.
Siendo vos mi padre, á vos
Estos humores se deben
De que el cuerpo está labrado,
Puesto que de vos descienden.
Esto es verdad infalible;
Mas que ahora sepais conviene
Que las almas de los padres
Ningun parentesco tienen
Con las almas de los hijos;
Porque de cosa tan tenue
Como es un alma, otra alma
Ni se deriva ni puede.
Asentado este principio,
Sin dificultad se infiere
Que el alma solo es de Dios,
Porque dél solo procede.
Por la deuda deste barro,
Yo confieso ingenuamente
Que os debo obediencia grande,
A que estoy dispuesta siempre.
Por la deuda desta alma
Debo al Dios omnipotente
La única adoracion
Que para sí solo quiere.
Vos que sois dueño del cuerpo,
Mandadle; que inobediente
Nunca le hallaréis, por graves
Preceptos que le impusiereis.
Si quereis que en vuestra casa
Haga los mas indecentes
Oficios y mas serviles,
Decídmelo, porque alegre
Iré á que vuestras criadas
Me manden y me desprecien.
Mas el alma, que de vos
Ni se origina ni pende,
A Dios, cuya hechura es,
Siempre ha de estar obediente;
Que por vos no he de quitarle
A Dios lo que á Dios se debe.

EGEO. (*Ap.*)

¡Que una mujer miserable
Tanto contra mí se esfuerce!

ESEDIO.

En fin, ¿no quieres rendirte?

MARGARITA.

La verdad no ha de perderse.

ESEDIO. (*Ap.*)

¡Aqueste mal le faltaba
Por pasar á mi edad débil!
El corazon se me parte.

EGEO. (*Ap.*)

Aqueste mal se remedie
Con otro mas fuerte arbitrio.

ESEDIO.

¿En tu engaño estás rebelde?

MARGARITA.

En mi verdad estoy firme.

ESEDIO.

¡Esta maldad se consiente!

EGEO.

(*Ap. á Esedio.* Haz lo que te inspiro [agora;
Que yo haré que tú te vengues.)
(*Ap.* Y á pesar de Dios será
Mia la que él tanto quiere.) (*Vase.*)

ESEDIO.

¡Hola, criados!

ESCENA XII.

LIDORO; *despues*, CRIADOS. — MARGARITA, ESEDIO.

LIDORO.

Aquí está
Lidoro, que te pretende
Decir...

ESEDIO.

Por ahora nada
Me digas.

LIDORO. (*Ap.*)

¡Ah dolor fuerte!

ESEDIO.
¡Hola!
(*Salen los criados.*)

UN CRIADO.
Señor, aquí estamos.

ESEDIO.
Llamadme...

MARGARITA. (*Ap.*)
Ya nada teme,
Dios mio, este corazon,
Sino es el ofenderte.

ESEDIO.
A esos villanos.
(*Va un criado á llamarlos, y vuelve.*)

CRIADO.
Aquí
A los labradores tienes.

ESCENA XIII.

ROBERTO, OLIBRIO, FLORA, LIVIA, TROPEZON.— MARGARITA, ESEDIO, LIDORO, CRIADOS.

ESEDIO.
¡Roberto!...

ROBERTO.
Señor...

ESEDIO.
¡Infame!...

ROBERTO.
No me hables desa suerte;
Que soy un hombre de bien.

ESEDIO.
¡Tú hombre de bien! (*Ap.* Con aqueste
Ardid, pues todos ignoran
El yerro que esta comete,
Le castigo la locura,
Y no la entrego cruelmente
A la justicia; que un hijo
Es parte que mucho duele.)
¡Tú, que osado y atrevido,
No solamente me pierdes
Una hija, mas traidor
Otra me entregas!

ROBERTO.
Atiende...

LIDORO. (*Ap.*)
Ya no soy yo solo quien
Tu sangre extraña y la teme.

LIVIA.
Señores... (*Ap.* ¿Qué es lo que pasa?)

OLIBRIO. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿qué es lo que sucede?

ESEDIO.
Aquesta no es Margarita.

MARGARITA. (*Ap.*)
Nada importa que me niegue
Mi padre, si tengo un Dios
Que me ampare y que me albergue.

ROBERTO.
Esa Margarita es.
Verdad he tratado siempre,
Y ahora la trato.

ESEDIO.
Llevadla.

ROBERTO.
No es posible la sustente
Yo, que con vuestros socorros,
Que agora forzosamente
Han de faltar, mantenia
Mi casa, que ya perece.

ESEDIO.
Pues arrojadla en un rio,
O haced lo que os pareciere.—
¡Hola! quitadla esas joyas.

MARGARITA.
Yo seré mas diligente,
Porque no gusto de albajas
Que no mas que al vicio penden;
(*Quítase las joyas.*)
Que este oro tan estimado
Es todo resplandeciente,
Que mancha á quien se le pone,
Y él piensa que le engrandece.

TROPEZON. (*Ap.*)
La mitad de la hermosura
En aqueste punto pierde.

FLORA. (*Ap.*)
Los celos que me habia dado
Hacen que su mal me alegre;
Que solo aquesta mujer
Mi corazon aborrece.

ESEDIO.
Quitadla aquese vestido.

MARGARITA.
Estímolo sumamente,
Porque las galas son hiedra
(*Desnudándose.*)
Traidora, que las mas veces
A quien abraza, derriba,
O en grande riesgo le tiene.
El vestido me quitais;
Mas que no podréis, creedme,
Desnudarme deste cielo
Que me cubre y favorece.

OLIBRIO. (*Ap.*)
¡Que esto pueda suceder
A nadie en tiempo tan breve!

ESEDIO.
Ea, llevádosla agora,
Y agradeced me contente
Con volvérosla no mas;
Mas castigo es suficiente
Añadirle gasto á quien
Sustentarse á sí no puede. (*Vase.*)

LIDORO. (*Ap.*)
La extrañeza deste caso
El juicio á mí me suspende. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

MARGARITA, ROBERTO, FLORA, OLIBRIO, LIVIA, TROPEZON.

ROBERTO.
Margarita, este infortunio
A los dos nos acontece;
Que ni yo podré ayudarte,
Ni tú á mí favorecerme.

OLIBRIO.
(*Ap.* ¡Ah necesidad infame,
Cuánto el ánimo escureces!)
Roberto, si en este punto
Me hallara dichosamente
Rey de todo el universo,
La corona de mis sienes
A los piés de Margarita
Diera por triunfo indecente.
A la fortuna me entrego,
Y me voy (aunque les pese
A mis ojos) por el mundo
A ver si enmiendo mi suerte,
Para que de Margarita
Sea cuanto yo adquiriere.
En este medio os suplico
La asistais benignamente;
Que yo haré por cumplir
Lo que mi labio promete.
Y si acaso esto faltare,
Ruego al cielo muchas veces
Que se caiga sobre mí
La estrella que lo impidiere.

MARGARITA. (*Ap.*)
Mi Dios, lo que pierdo ahora,
Para despues me enriquece.

FLORA.
En fin, Olibrio, ¿te vas?

OLIBRIO.
Sí; que nada me detiene.

ROBERTO.
¿Segundo dolor añades
Al dolor que está presente?

OLIBRIO.
Ahora he de ver si las dichas
Se hacen, ó si se deben.

ROBERTO.
Si dichas vas á buscar,
Advierte que son los reyes
La fuente de donde manan.

OLIBRIO.
Pues ¿qué en esto decir quieres?

ROBERTO.
Que á la corte, Olibrio, vayas,
Y al Emperador te acerques:
Quizá encontrarás allí
Las fortunas que pretendes.

OLIBRIO.
Adios, amigos pastores.

ROBERTO.
Astro benigno prospere
Tus alientos.

LIVIA.
De tu vida
Se encargue el cielo clemente.

TROPEZON.
Vamos, Margarita.

MARGARITA.
Vamos.

OLIBRIO. (*Ap.*)
Deidad de amor, no me dejes.

FLORA. (*Ap.*)
Penas de celos, matadme.

ROBERTO. (*Ap.*)
Fortuna, no me atormentes.

MARGARITA. (*Ap.*)
Auxilios, Señor, auxilios.

OLIBRIO. (*Ap.*)
Estrellas, favorecedme.
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

(DE DON JERÓNIMO CÁNCER.)

Cercanías del pueblo en que se crió Margarita.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, *vestida de pastora pobremente, con cayado.*

Soberano Señor de tierra y cielo,
¿Quién mas feliz que yo, pues á este es- [tado
Se reduce mi vida, y sin recelo

Guardo ese pobre y tímido ganado?
Ya todo me ha faltado; [so,
Mas como os tenga á vos, divino Espo-
Nada encuentro, Señor, que sea peno-
Para ganar el misero sustento [so.
A que obligasteis á la humana vida,
Un rebaño de ovejas apaciento,
Fatiga á tantas culpas merecida.
No lo digo, Señor, porque lo siento;
Y mas cuando averiguo en mis temores
Que todos unos de otros son pastores.
El sol, padre fecundo
De cuanto sér recibe y cuanto alienta,
Vigilante pastor asiste al mundo;
Y porque las ovejas que apacienta
Se regocijen con la luz del dia,
Tira el cayado á la tiniebla fria.
La primavera bella, entre primores
Vario pellico viste de colores,
Y con desvelo fiel, con silbo tierno
A estallidos de flores
Guarda los campos del voraz invierno.
El alma, que el gobierno
Tiene de las potencias y sentidos,
Porque á su voz cualquiera le respon-
Con süaves balidos [da,
Suele sonar de la razon la honda.
Todos guardan rebaños esparcidos,
Y vos, Señor, por inefable modo,
Infinito pastor, lo guardais todo.
Pastor sois soberano, [tro,
Y este cayado en que mi amor os mues-
Ya se ha visto otra vez en vuestra mano;
Que así parece mio, y así es vuestro,
A pesar del tirano...
(*Forma una cruz que trae encubierta en el cayado.*)

ESCENA II.

TROPEZON, EGEO, FLORA, LIVIA, MÚSICOS. — MARGARITA.

TROPEZON. (*Dentro.*)

Livia, vaya la música á la fuente [1].

EGEO. (*Dentro.*)

Y de Flora la hermosura
Celebre festivo el valle.

MARGARITA.

Quiero volver á encubriros,
Porque vienen á esta parte
Los pastores de mi dueño.

TROPEZON. (*Dentro.*)

Todos relinchen y canten.
(*Salen Livia, Tropezon, Flora y Egeo, y los músicos cantando.*)

MÚSICOS. (*Cantan.*)

La beldad de Flora
Celebren y alaben
Todos los pastores
Deste ameno valle;
Que de Margarita
La hermosura grande
Quemósela el sol,
Llevósela el aire.

EGEO.

Estas voces y estos ecos
En aquesta misma márgen
A Margarita aplaudian;
Mas ya su beldad, por frágil,
Quemósela el sol,
Llevósela el aire.

TROPEZON.

Quedo; que ella nos escucha.

[1] Verso suelto al fin de una escena rimada: alguno se ha omitido.

FLORA.

¿Qué importa? Muera á desaires,
Pues de la cruel fortuna
Es ejemplo miserable.

EGEO. (*Ap.*)

Las iras de aqueste pecho
El mayor triunfo han de darme.

FLORA.

Proseguid vuestra cancion
Para que muera á pesares.

MÚSICA.

Olvidóla Olibrio;
Que entre majestades
Ninguno se acuerda
De ser fino amante.
Pero su belleza
No es ya la que ántes:
Quemósela el sol,
Llevósela el aire.

FLORA.

Margarita, ¿has escuchado
Que las voces que me aplauden,
Tu desdicha te refieren,
Que oyen sin piedad los aires?

EGEO. (*Ap.*)

Furias le infundo en el alma,
Que ella respira á volcanes.

FLORA.

¿Quién mas infeliz que tú,
Pues el hado inevitable
Te ha traido á que ese humilde
Rebaño de ovejas guardes?

MARGARITA.

Si el cielo lo ordena así,
Su voluntad inviolable
Se cumpla en mí eternamente;
Que yo con igual semblante
He de admitir como bienes
Los que traen señas de males.
¿Tan malo es guardar ovejas?
El Hacedor inefable
De cielo y tierra las guarda;
Pues ¿por qué he de desdeñarme,
Siendo un gusano, de hacer
El oficio que Dios hace?

TROPEZON.

Y yo ¿no guardo cochinos?
Y no puede decir nadie
Que es mejor que yo, ni el rey;
Que es tan nobre mi linaje,
Que mi agüelo diz que fué...

LIVIA.

¿Qué fué?

TROPEZON.

Padre de mi padre,
Y esto es por mi varonía...

LIVIA.

Callá, que sos un salvaje.

MARGARITA.

Mucho mas merezco yo.

FLORA.

¡Qué fingidas humildades!
Claro está que mas mereces;
Que nunca los inmortales
Dioses envian acaso
Unas desdichas tan grandes.
¿Quién como tú es infelice,
Pues cuando los animales
Mas feroces reconocen
Sus hijos, á tí tu padre
Te niega, rompiendo todos
Los vínculos de la sangre?
Y hoy estás tan excluida
De las leyes naturales,
Que de tí propia has nacido,
Y para desdichas naces.

MARGARITA.

¿Y esa llamas tú desdicha?

FLORA.

La mayor que pueden darte
Los dioses.

MARGARITA.

Pues yo la tengo
Por felicidad muy grande.

FLORA.

Eso ¿cómo puede ser?

MARGARITA.

Oye un argumento fácil.
Hay una flor en Epiro
Que sola en los campos nace,
Sola crece, y sola está
Lozana, hermosa y fragrante.
Pero si plantalla quieren
En un jardin agradable,
Donde haya flores distintas
Que su hermosura acompañen,
Fuentes que la lisonjeen
Y agricultor que la halague,
Pierde el color, y marchita,
Las hojas al suelo abate.
Vuélvenla á la soledad,
Y en ella olores esparce;
Que es ejemplo que te advierte
Lo que en mí dicha dudares.
Llevábanme á otro jardin
Donde el cariño de padre,
Donde el halago de hija
Podrán de Dios olvidarme;
Y esto no me estaba bien.
Vuélvenme á mis soledades,
Donde viviré segura;
Que en dos extremos distantes,
Aquí siempre he de crecer,
Y allá pude marchitarme.

TROPEZON.

Dice muy bien Margarita.
¿De qué sirve á un hijo un padre,
Sino de que á todas horas
A azotes le abra sus carnes?
Si llora, dale, que llora;
Si canta, dale, no cante;
Dale si responde mucho;
Si responde poco, dale;
Dale porque se desnude,
Dale porque se levante,
Dale porque viene presto,
Dale porque viene tarde,
Y en fin siempre le aporrean
Por lo que hace y no hace.

FLORA.

Aquí has de vivir muriendo,
Y la inclemencia del aire
Y del calor la porfía
Borrarán de tu semblante,
Si es verdad que eres hermosa,
Aun las menores señales.
Todo te ha faltado en fin;
Que aunque Olibrio al ausentarse,
Del Emperador llamado,
Dijo que iba á hacer exámen
De su amor, por si podia
Desta desdicha sacarte;
Ya que le ha reconocido
Diocleciano, y como padre
Le trata, porque ajustó
Las ya perdidas señales,
Y hoy en Antioquía asiste
Por sus decretos reales,
Persiguiendo los cristianos
Que á los dioses no adoraren,
Habrá ya con la grandeza,
Entre tantas majestades,

Olvidádose de tí;
Que es en los hombres muy fácil.
Morirás de envidia y pena,
Y yo inventando crueldades,
Haré, pues está en mi mano,
Que hasta el sustento te falte.

MARGARITA.

Como yo encontrara el agua
Donde á nuevo sér renace
El alma, importara poco
Que lo demas me quitases.

FLORA.

Toda eres siempre misterios.
¿Qué agua es esa que ha de darte
Nuevo sér?

MARGARITA.

No estás capaz
De gozar de sus cristales.

FLORA.

¿Por qué?

MARGARITA.

Porque á Dios ofendes
Con esa ira implacable.

FLORA.

¿De suerte que es para tí
Y para mí no?

MARGARITA.

Es constante.

FLORA.

Pues eso ¿cómo es posible?

MARGARITA.

Sabráslo, si me escuchares,
Y el misterio explicarán
Dos ejemplos naturales.
Hay una fuente en la Grecia
De calidad tan notable,
De tan contrarios efectos,
De tan difícil exámen,
Que si meten una antorcha
Ardiendo en ella, al instante,
Como es natural, se apaga;
Pero si la antorcha yace
Muerta, se enciende en sus aguas,
Luce, brilla, vive y arde.
Pues de aquestos dos ejemplos
Puedes la razon sacarte.
Si tú llegas á estas aguas,
Que yo entiendo y tú no sabes,
Ardiendo en iras y enojos,
Y yo en muertas humildades,
Como esotras dos antorchas
Que una muere y otra nace,
Yo es preciso que me encienda,
Y tú es fuerza que te apagues.

FLORA.

Todo me induce á venganza
Cuanto dices, cuanto haces...
Y aun te quitara la vida:
Tanto allá en mi pecho late
Una ira, que me obliga
A ofenderte y á matarte.

LIVIA.

Tiene Flora mil razones.
¿Quién no la ve remilgarse?
Pues oye: no se mesure
Ni tan cabizbaja ande;
Que siempre las hazañeras
Dan que hacer. . . . .
Cantemos triunfos á Flora,
Y á Margarita pesares.

MÚSICA. (*Canta.*)

Que de Margarita
La hermosura grande
Quemósela el sol,
Llevósela el aire.

(*Vanse Flora, Livia y músicos.*)

ESCENA III.

MARGARITA, EGEO, TROPEZON.

EGEO. (*Ap.*)

La materia está dispuesta:
Harto ha de ser si no arde.

TROPEZON. (*Ap.*)

¿Hombre y mujer hay á solas?
Ea, inclinacion infame,
Acechemos un poquito.

EGEO.

(*Ap.* Aquí, aquí de mis volcanes.)
Mujer, ¿eres insensible?
Cuando los cielos te traén
A las manos la venganza
De tan resueltos desaires,
La dejas? ¿Eres de bronce?
Olibrio es tu firme amante,
Y á él le quiere Flora: muera
A recelos y á pesares.
Busca á Olibrio: en Antioquía
En solio firme y estable
El sumo poder ejerce
Del Emperador su padre;
Y porque no dificultes
La forma de declararse
Por hijo del César, oye
Lo que en tu noticia falte.
Diocleciano amó á Faustina,
De Olibrio infelice madre,
Tanto, que fué su hermosura
Gustosa prision süave
De sus sentidos, viviendo
A merced de su semblante.
Nació deste amor Olibrio:
Yo pienso que para amarte
Solo, y para que contigo
Parta sus felicidades.
Irene, esposa del César,
De quien no pudo ocultarse
Aqueste caso, celosa
Dispuso que desterrasen
A la cobarde Faustina
Y al recien nacido infante;
Y cerca destas riberas
Se anegó la infeliz nave,
Hallando inquieto sepulcro
Faustina entre sus cristales;
Y Olibrio, que en su inocencia
Halló defensa mas fácil,
Salió vivo de las ondas.
¡Ah qué de señas amantes
Tuvo Olibrio en su principio
Para que en tí se emplease,
Pues como el hijo de Vénus
De entre las espumas nace!
Crióse contigo, en fin,
Como has visto, en este valle,
Hasta que muriendo Irene,
Diocleciano, que la parte
Habia sabido ya
Del naufragio miserable,
Sin embarazo en su amor
Hizo que á Olibrio buscasen,
Y hallando de su principio
Las ajustadas señales,
Le admitió amorosamente
En su grandeza y su sangre.
Toda aquesta dicha es suya;
Y pues ya su afecto sabes,
Solicita su fineza;
Que él te adora tan constante,
Que él te desea tan fino,
Que si tú quieres casarte
Con él, lo conseguirás;
Que todo en su amor es fácil.
Saldrás de aquesta desdicha,
Y en yugo blando y süave
Lograrás frutos de amor,
Que á su peso te descansen.
No es ofensa, no, del cielo
Que tú en consorcio agradable
Vivas amando á tu esposo
Y que á su cuello te enlaces...
Y de mas á mas te vengas
De Flora; que si juntases
Cuantos gustos, cuantas glorias,
Cuantas delicias fragrantes
La tierra puede ofrecerte
De sus senos liberales,
Nada has de hallar tan gustoso
Como un rato de vengarte.

TROPEZON. (*Ap.*)

¿Alcahuetito es Egeo?
Vivirá como un infante
Hasta que encuentre un galan
Pobre, que le descalabre.

MARGARITA. (*Ap.*)

Siempre que me habla este hombre,
Al mal me induce; y señales
Mas que humanas en su estilo
Advierto y en su semblante.
Señor, en aquesta duda
De vuestra espada he de armarme.

EGEO.

¿Qué dices?

MARGARITA.

Que yo no aspiro
Á gustos mas deleitables,
A deleites mas gustosos
Que los sentidos regalen,
Que á aqueste pobre ejercicio
Y á este cayado, que esparce
Horrores al lobo hambriento,
A cuya seña triunfante
Se rinde... (*Forma la cruz.*)

EGEO.

Quítale allá.

MARGARITA.

El infierno, y se deshace
Su furia.

EGEO.

No me atormentes.
¡Ah! ¡que no puedo mirarle!
(*Ap.* ¿Que sea tan poca mi fuerza,
Que sea mi vista tan frágil,
Que tiemble de una señal,
Que es su fábrica tan fácil,
Que si falta de que hacella,
Entre los dedos se hace?)

TROPEZON.

(*Ap.* Loco parece que está.)
Egeo...

EGEO.

Villano infame,
En tí he de vengallo todo.

TROPEZON.

Que me ahoga.

EGEO.

Has de pagarme
Los desaires que he sufrido.

TROPEZON.

¡Santa Vénus, ayudadme!
(*Maltrata Egeo á Tropezon, y vase.*)
¡Qué mal le huelen las manos!
Parece que el hombre hace
Remedios para la sarna.
¡Cuánto va que ha de costarme
El acechar, que me lleven
Mas de dos mil Satanases! (*Vase.*)

MARGARITA.

Bien hice yo de ceñirme
Vuestra espada, esposo tierno,
Que contra todo el infierno
Es la defensa mas firme.
Pero peligros mayores
Con vuestra ayuda he vencido.

ESCENA IV.

OLIBRIO.— MARGARITA.

OLIBRIO. (*Dentro.*)

¡Ah pastores deste ejido!
¿No hay quien me escuche? ¡Ah pasto- [res!

MARGARITA.

De un caballo un hombre allí,
Quizá perdido, se apea.

OLIBRIO. (*Dentro.*)

Zagala, ¿sois desta aldea?

MARGARITA.

(*Ap.* Antes que se acerque á mí,
Le dejaré satisfecho.)
Aquesa loma pasad,
Y hallaréis su vecindad.

(*Sale Olibrio, vestido de gala.*)

OLIBRIO.

Mucho favor me habeis hecho.
Mas decidme: ¿acaso habita
Todavía esta espesura
La soberana hermosura,
La beldad de?... ¡Margarita!

MARGARITA. (*Ap.*)

Olibrio es. ¡Válgame el cielo!
Yo propia busqué mi mal.

OLIBRIO.

¡Tú entre ese tosco sayal,
Siendo el centro á quien anhelo!
¡Tú con traje tan grosero,
Tan indecente y tan vil!
¿Quién vió vestido el abril
Con las galas del enero?
¡Tú infeliz, y vivo yo!
El pecho consigo lidia.
Si del cielo ha sido envidia,
Muy poco le aprovechó;
Que yo con fuerza importuna,
Porque mis dichas celebre,
Feliz te haré, aunque le quiebre
Los ojos á la fortuna;
Que en mis amantes cuidados,
Por ostentar mi fineza,
Sabré poner tu belleza
Aun mas allá de los hados.
¿Qué ejercicio es el que aquí
Tienen tus claros luceros?

MARGARITA.

Guardo, como ves, corderos,
Y es gran dicha para mí.

OLIBRIO.

En ese traje parece
Que se excede tu arrebol;
Que sale mas bello el sol,
Si entre nubes amanece.
Entre la aspereza crece
Tu beldad y se señala.
Así ni aun el sol te iguala;
Y si es tu hermosura mas
Cuando disfrazada estás,
Guarda corderos, zagala.
Si algun pastor en mi ausencia
Ha logrado tu favor
(Y perdona el que mi amor
Se tome aquesta licencia),
Oblíguete mi presencia,
Pues que siempre te adoré;
Y si cuando mas te amé,
Por ausente te perdí,
Pues yo no la merecí,
Zagala, no guardes fe.
Poco debe de quererte
Quien te tiene en ese estado;
Que yo fortuna he buscado
Por mejorarte de suerte.
Riqueza hallé con que hacerte
Dueño del alma, y señora
De cuanto el sol atesora:
Luego en duda no pondrás
Que yo te he querido mas
Que quien te hizo pastora.
Dichas salí á conquistar,
Y ocupo el solio mayor:
Entre los dioses mi amor
Hoy te puede colocar.
De todos te haré adorar:
Deidad por mí te has de ver,
Porque nadie ha de entender,
O ignorante ó atrevido,
Que quien tanto te ha querido,
No te libró de mujer.

MARGARITA. (*Ap.*)

¿Con qué me defenderé,
Esposo y Señor, agora,
Porque aunque el alma os adora,
Siente el riesgo en que se ve?

OLIBRIO.

¿Ni aun respuesta no merece
Mi constancia y mi fineza?

MARGARITA.

Quien vive en esta aspereza
Ninguna dicha apetece.
Que me dejeis, os suplico,
Guardar mi pobre ganado;
Que este miserable estado,
Le estimo como el mas rico.
La hermosura es breve flor,
Y un solo instante de edad
Dura la mayor beldad.

OLIBRIO.

La tuya es más superior,
Y solo á esos bellos ojos
Consagro el alma y la fe.

MARGARITA.

(*Ap.* Cuando templalle pensé,
Más irrité sus antojos.)
Digo que es tan diferente
Nuestro estado, que es forzoso...

OLIBRIO.

Más preciaré ser tu esposo
Que el trono mas eminente.

MARGARITA.

(*Ap.* ¿Con qué le podré templar?)
Si mi padre me negó,
¿Quién mas indigna que yo?

OLIBRIO.

Más por eso te he de amar.

MARGARITA. (*Ap.*)

Todo le llega á encender,
Y he conocido en rigor
Que en las materias de amor
Es mejor no responder.

OLIBRIO.

Solo á una breve palabra
Tuya mi amor se destina.

MARGARITA. (*Yéndose.*)

¡Rita! acá, oveja malina.
¡Mírenla! Parece cabra.

OLIBRIO.

Oye, escucha, y no mi engaño
Deshagas para mas queja.

MARGARITA.

Rita, acá: perdida oveja,
No te apartes del rebaño.

OLIBRIO.

Templa ya, Dafne veloz,
Tantos desdenes tiranos.

MARGARITA. (*Ap.*)

Señor, tenedle las manos,
Pues le consentis la voz.
Nada á apartalle es bastante;
Que un espíritu infernal
Se asombra desta señal,
Y no se asombra un amante. (*Vase.*)

ESCENA V.

OLIBRIO.

Su beldad mia ha de ser;
Que los dioses celestiales
Me han dado en mi dicha iguales
El deseo y el poder.
Sin resistencia ninguna
Mi amor he de conseguir;
Que nadie basta á impedir
A quien manda en la fortuna.
Con un ardid he de hacer
Que á Antioquía me la lleven,
Pues precisamente deben
Mis leyes obedecer.
Rendiréle á su beldad
Cuanto soy, porque se arguya
Que no habiendo de ser suya,
No quiero la majestad. —
¡Ah pastores deste valle!

ESCENA VI.

LIVIA, TROPEZON. — OLIBRIO.

LIVIA. (*Dentro.*)

¡Oigan el ganso malino!

TROPEZON. (*Dentro.*)

No gruña tanto el cochino.

OLIBRIO.

¿No hay quien me responda?

LIVIA. (*Dentro.*)

¡Dalle!
(*Canta.*) *Que se le van los gansos, Barto-* [la:
Si ellos han de volver, ¿qué importa?

TROPEZON. (*Canta.*)

Puercos hay tan desgraciados
Que los matan sus obligados.

OLIBRIO.

¡Ah pastores!

LIVIA. (*Dentro.*)

¡Buen remanso
Se trae el muy majadero!... (*Sale.*)
¡Par diez, que es un caballero!
Habré por boca de ganso.

TROPEZON. (*Dentro.*)

¡Hanle vido, y cómo es terco! (*Sale.*)
(*Ap.* ¡Hola! Nobre es su presencia.)
Perdóneme su esquilencia;
Que habraba con ese puerco.

OLIBRIO.

Tropezon y Livia son.
¡Livia!

LIVIA.

¿Mi nombre sabés?

OLIBRIO.

¡Tan grande tu olvido es?
Llega, llega, Tropezon.

TROPEZON.

Muy bien le quiero mirar,
Por si el dimuño lo enreda.

LIVIA.

¡Ay que es Olibrio de seda!

TROPEZON.

El es hasta en el andar.

LIVIA.

¿Cómo estáis asi?

OLIBRIO.

Es mi padre
El máximo emperador,
De todo el mundo señor.

LIVIA.

No fué boba vuestra madre.

TROPEZON.

¡Ay qué vestido! y ¡qué bellos
Calzones! No ay son mirallos.
¡Qué justos! ¿Se os hacen callos
Alguna vez de traellos?

LIVIA.

¡Ay qué bigotes! Muy bien
Escarpias pueden llamarse.

TROPEZON.

Y puede dellos colgarse
Un perol y una sarten.

LIVIA.

Y en fin, ¿qué buscais agora?

OLIBRIO.

El honor de los sagrados
Dioses, como veis, me trae
Segunda vez á estos campos.
Llamadme á Egeo ó Roberto.

TROPEZON.

Parece que os ha escuchado,
Y ha venido ya.

ESCENA VII.

EGEO. — OLIBRIO, TROPEZON, LIVIA.

EGEO. (*Ap.*)

No es mucho,
Si de su error no me aparto.

OLIBRIO.

¡Egeo! Seas bien venido.
Llega otra vez á mis brazos.

EGEO.

Ya os he visto en Antioquía,
Y ya el parabien me he dado
De vuestra felicidad,
Que goceis por siglos largos.

OLIBRIO.

Pues, Egeo, yo he venido
A fiar de tu cuidado
El sacro honor de los dioses.
Ya, Egeo, sabes el cargo
Que en Antioquía ejercito
De perseguir los cristianos.
A la dignidad que asisto
Importa que luego cuantos
Viven estas caserías,
A mis decretos postrados
En Antioquía parezcan,
Porque noticia me han dado
Que en la casa de Roberto
Hay un oculto cristiano.
Y así, porque se averigüe,
Que todos se partan mando
A Antioquía, donde en trono
Majestuoso y sagrado
El honor les restituyo
A los dioses soberanos.
Y pues tan cerca de aquí
Está Antioquía, mis pasos
Vayan siguiendo, porque hoy
He de dejar comprobados
Los indicios del delito;
Que yo la gente que traigo
Te la dejaré, porqué
Te ayuden á ejecutarlo.
Y no exceptúes persona.

TROPEZON.

Pues ¿para qué heis de cansaros?
Yo os diré lo que hay en eso,
Y desde luego hago cargo
A Livia de que es cristiana.

EGEO.

¿En qué lo ves, mentecato?

TROPEZON.

En que no la mandan cosa
Que no la haga rezando.
Pero agora que me acuerdo.
Este es cristiano: agarradlo.

EGEO.

Pues yo no rezo jamas.

TROPEZON.

Eso es que sos mal cristiano.

OLIBRIO.

Haz lo que te ordeno, Egeo.
(*Ap.* Dueño seré de los brazos
De Margarita, y los dioses,
Mis fortunas envidiando,
Trocarán por mi ventura
El imperio de los astros.)

EGEO.

Iré al punto á obedecerte.

OLIBRIO.

Mira que por ningun caso
Ninguno se quede acá.

LIVIA.

Todos irán. ¡Oiga el diabro!

TROPEZON.

Y en fin, ¿han de ir todos?

OLIBRIO.

Sí.

TROPEZON.

Y pregunto: ¿ha de ir el gato?

OLIBRIO.

¿Cristiano el gato ha de ser?

TROPEZON.

Sí, señor, porque es romano.

EGEO.

Fiate, Olibrio, de mí;
Que en esto de que me encargo,
Más de lo que tú imaginas
Vengo á ser interesado.

OLIBRIO.

Haz lo que he dicho, y advierte...
(*Háblale bajo.*)

EGEO. (*Ap.*)

Hoy de Margarita el casto
Pecho ha de quedar vencido
De la riqueza al halago.
(*Vanse Egeo y Olibrio.*)

LIVIA.

Hoy me tien de pellizcar
Mas de cuatro cortesanos.

TROPEZON.

Hoy en cas de Olibrio el vientre
He de sacar de mal año.
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de Olibrio, en Antioquía.

ESCENA VIII.

ESEDIO, LIDORO.

ESEDIO.

Vengo, Lidoro, á saber
Para qué con tal cuidado
Que le vea me ha mandado
Olibrio.

LIDORO.

Debe de ser
Algo que toque al honor
De los dioses soberanos;
Que perseguir los cristianos
Es su cuidado mayor,
Y querrá encargarte alguna
Secreta averiguacion.

ESEDIO.

(*Ap.* El inquieto corazon
Receloso me importuna
A creer que Olibrio irrita
El castigo merecido,
Porque su culpa ha sabido,
Contra mi hija Margarita.
Mi hija dije, aunque á despecho
Del rigor que me provoca;
Que aunque lo niega la boca,
Siempre lo pronuncia el pecho.)
Eso debe de intentar.

LIDORO.

Nunca te he hablado, señor,
Del impensado rigor
Con que llegaste á arrojar
De tu casa á Margarita.

ESEDIO.

No era mi hija, y así,
Lidoro, no la admití.

LIDORO.

El no serlo la limita
Tanto, que atenta al trabajo,
Sus fatigas multiplica,
Y humilde y pobre, se aplica
Al ejercicio mas bajo.

ESEDIO.

No me espanto, si imagino
Que de sí propia nació,
Y su desdicha la echó
A las puertas del destino.

LIDORO.

Yo la vi el otro dia
Venir del monte al espirar del dia,
Fatigada del peso á la extrañeza...
Pero quiero pintarte su belleza.
Pues ya mi amor y mi fineza infieres,
Oyelo todo, pues su padre no eres;
Que cuando así te trato,
No me obligan las leyes del recato;
Y quizá al referirte yo sus penas,
La hallarás otra vez entre las venas.
Llevaba entre el afan y entre el sosiego,
De la materia que alimenta el fuego
Un haz al hombro, que con fiel fatiga
Mas su beldad y su hermosura obliga.
Oprimíale el cuello,
Y tal vez se enredaba entre el cabello;
Que como rayos todo y luces era,
Fué mucho que á su ardor no se encen- [diera
El dividido tronco que llevaba,
Pues la materia tan dispuesta estaba.
Mas como con las manos tan en breve
Redujo el peso y le cubrió de nieve,
En batalla neutral y igual porfía,
Estas templaban lo que aquel ardía.

ESEDIO. (*Ap.*)

El llanto encubriré que el pecho infla- [ma;
Que aunque su inobediencia así corri- [ja,
El corazon bien sabe que es mi hija.
(*Arrímanse á una parte Lidoro y Esedio, y van saliendo Tropezon y Olibrio.*)

ESCENA IX.

OLIBRIO y TROPEZON, *sin reparar en*—ESEDIO y LIDORO.

TROPEZON.

Yo que llegué el primero,
Ganarme agora las albricias quiero.

OLIBRIO.

Tropezon, seas bien venido.

TROPEZON.

Y vos seais bien hallado.
Lindamente he caminado,
Y malamente he comido.

OLIBRIO.

Di: ¿vienen ya?

TROPEZON.

En un bizarro
Carro.

OLIBRIO.

¿Y Margarita?

TROPEZON.

A pata.

OLIBRIO.

Pues ¿por qué?

TROPEZON.

Porque es ingrata.

OLIBRIO.

¿Así ha venido?

TROPEZON.

Si, á fe.

OLIBRIO.

Esa ofensa es de los dos.

TROPEZON.

El andar, dempues de Dios,
Es lo que la tiene en pié.

OLIBRIO.

(*Ap.* Pues yo por áccion tan vil
Pienso poner su arrebol
En los balcones del sol.
Un siglo es cada momento
En mi amorosa impaciencia.)
Parece que ya han venido.

TROPEZON.

Sí, señor: ya todos entran
Por esas salas, pasmados
De admirar tanta grandeza.

OLIBRIO.

Diles que entren, y serán
Testigos de mi fineza.
(*Vase Tropezon.*)
¡Ay amor! dame tu ayuda,
Y consagraré á tus flechas
El alma, si en tanta dicha
Es el alma digna ofrenda.

ESCENA X.

MARGARITA, EGEÓ, ROBERTO, FLORA, LIVIA, TROPEZON.—OLIBRIO, ESEDIO, LIDORO.

EGEO.

Obediente á tus mandatos...

ROBERTO.

A ver lo que nos ordenas...

FLORA.

A cumplir con tus decretos...

LIVIA.

Sin ganso á las plantas vuesas...

TROPEZON.

Muy bien puede habrar sin ganso;
Que es muy grande bachillera.

ESEDIO.

Lidoro y yo á tus preceptos
Damos rendida obediencia.

OLIBRIO. (*Ap.*)

Solo Margarita calla,
Cuando todos lisonjean
Mi estado; mas si he de ser
Tan presto de su belleza
Dueño, no es bien que me cansen
Tantos extremos de honesta.

EGEO. (*Ap.*)

¡Ah, pobre y frágil mujer,
Qué duro encuentro te espera!

OLIBRIO.

Ya que habeis venido todos
Sujetos á mi obediencia,
Y en vuestros pechos confusos
Mi imperiosa voz resuena,
Sabed que no os he llamado
Para averiguar quién sea
Entre vosotros cristiano,
Ni ocupar quiero esa régia
Silla, donde calífico
De los dioses las ofensas.
Más cariñoso es mi afecto;
Que lo que mi amor intenta,
Es que testigos seais
De la mas noble fineza.
Tú, Esedio, que á Margarita
Sacrílegamente niegas
Por hija, sin reparar
Que ha estrechado su belleza
Todo el imperio de Jove
A la luz de dos estrellas;
Vosotros, necios villanos,
Que á tan extraña miseria
La dejasteis reducir,
Sin ver que las duras piedras,
De su beldad condolidas,
Daban de lástima señas;
Todos en fin cuantos fuisteis
Cómplices de sus ofensas,
Hoy habeis de ser testigos
De la dicha que la espera.
El poder y la fortuna
Hoy pienso partir con ella.
No os admire; que ha de ser
Dueño de cuanta riqueza
Me repartieron los dioses,
Pues todo es sombra sin ella.
Cuantos tesoros el mar
En brutas conchas encierra,
Cuantos hermosos cambiantes
El rico Ceilan engendra,
Joyas que con desaliño
Se suele poner la arena;
El oro que Ofir produce,
La plata que el sur franquea,
He de ofrecer á sus plantas,
Y un alma amante y atenta,
Que es mas preciosa que todo;
Porque conozcan y entiendan
Los que así la han despreciado,
Que hoy la rinde mi firmeza
El alma como tributo
Y la dicha como ofrenda;
Porque es mas su belleza
Que todos los tesoros de la tierra.

TROPEZON.

¡Ay qué dicha!

LIVIA.

¡Hermosa estás!
Ponte bien esa gorguera.

ESEDIO. (*Ap.*)

Aun no se sosiega el pecho.

LIDORO. (*Ap.*)

Ya mi esperanza no alienta.

FLORA. (*Ap.*)

Solo pesares encuentro.

EGEO. (*Ap.*)

Hoy manchará su pureza.

OLIBRIO.

¿Qué es lo que respondes?

MARGARITA.

Digo
Que no he de darte respuesta,
Hasta que del trono augusto
Ocupes la silla régia.

OLIBRIO.

Todo lo he puesto á tus plantas.

MARGARITA.

Siéntate, ó muda mi lengua
No ha de responder palabra.

OLIBRIO.

Ya obedezco lo que ordenas.
(*Ap.* Esto es sin duda que quiere
Al darme la mano bella,
Para mayor vanidad
Verme en tan alta grandeza.)
Ya el tribunal mi altivez
Ocupa.

MARGARITA.

Pues ya es forzoso
Que no me oigas como esposo;
Óyeme como júez.
Diga mi voz de una vez
Lo que en el pecho retira;
Y aunque me exponga á la ira
Que con fe y amor resisto,
Digo que confieso á Cristo,
Que los dioses son mentira,
Que es vana su adoracion.

OLIBRIO.

Mujer, ¡qué dices! Espera.
¿Qué locura, qué quimera
Te ha turbado la razon?

MARGARITA.

Invente tu indignacion
Tormentos; que yo esforzada,
El cuello daré á la espada,
Y á mejor vida la vida.

OLIBRIO.

¡Ah infeliz, que vas perdida!

EGEO. (*Ap.*)

¡Ah feliz, que vas ganada!

OLIBRIO.

Oye, Margarita, advierte...

MARGARITA.

A Cristo el alma le he dado:
El es mi esposo adorado,
En él mi amor me convierte,
Porque le amo de suerte...

OLIBRIO.

Calla; que en celosas llamas
Todo el corazon me inflamas
Con ese Dios que posees.
Mujer, dime que le crees;
No me digas que le amas.

ESEDIO. (*Ap.*)

Llegó el fin de mi desdicha.

FLORA. (*Ap.*)

Halló desquite mi pena.

OLIBRIO.

Aqueste es algun delirio.
Idos todos allá fuera,
Y quede á solas consigo,

Para que mejor resuelva,
O su vida ó su rûina,
Si los dioses no confiesa.
Ea, idos todos aprisa.

LIVIA. (*Ap.*)

Mas ¿cuánto va que la tuestan?

EGEO. (*Ap.*)

No se rinde mi furor;
Que hoy la he de hacer nueva guerra.

ROBERTO. (*Ap.*)

A los ojos se me asoma
En lágrimas la terneza.

LIDORO. (*Ap.*)

No sé si aquesta desdicha,
O la celebre ó la sienta.

TROPEZON. (*Ap.*)

Yo he de quedarme á acechar,
Y lo que viniere venga.
(*Vanse Egeo, Esedio, Roberto, Lidoro, Flora y Livia; y Tropezon se va quedando.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, OLIBRIO, TROPEZON.

OLIBRIO.

Margarita, en dos balanzas
Tienes la dicha y la pena:
La dicha, si de los dioses
Sigues la ley verdadera;
Y la pena, si de Cristo
La fe engañosa confiesas.
Elige en los dos extremos;
Y pues contigo te quedas,
Tu felicidad resuelve,
Y no tu estrago resuelvas.

MARGARITA.

Yo he de morir por mi esposo,
Y será corta fineza.

OLIBRIO.

Dile, dile mas requiebros;
Que aunque de oillos me pesa,
Despues al atormentarte
Me serán de conveniencia;
Porque al quitarte la vida
Mi mano airada y resuelta,
Con la rabia de celoso
Podrá ser que no lo sienta. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARGARITA; TROPEZON, *acechando.*

MARGARITA.

Señor, mil gracias os doy
De que ya el tiempo se llega
De entregar por vos la vida,
Que es lo que el alma desea.

TROPEZON. (*Ap.*)

Hoy me he de dar bravo hartazgo
De acechar; que en la cabeza
Se me ha puesto que el Olibrio
Ha de volver á la media
Noche, y ha de hacer diabluras.
¡Qué frio bebe el que acecha!
No trocara aqueste rato
Por mil ducados de renta.

MARGARITA.

Esposo, con vos á solas
Mi amor y mi fe se queda.
Un rayo de vuestra luz
Mi pecho amoroso encienda.

ESCENA XIII.

EGEO, *apareciendo sobre un dragon.*— MARGARITA, TROPEZON.

EGEO.

¡Margarita!

MARGARITA.

¿Quién me llama?

EGEO.

Una desatada estrella
Del firmamento. Yo soy.
(*Baja, y viene á dar sobre Tropezon.*)

TROPEZON.

¿Qué es esto que tengo á cuestas?

MARGARITA.

Con vuestra ayuda, Señor,
Haced que este asombro venza.

TROPEZON.

Un dragon es como un monte,
Y rebullir no me deja.
¡Bravas uñas! El toca arpa,
Segun crecer se las deja.

EGEO.

No te asombres de mi vista.

MARGARITA.

Tengo yo quien me defienda.

TROPEZON.

¡Oh qué lindos dientes tiene!
Mas ¿qué mucho que los tenga,
Si se los limpia con sangre
De drago? ¡Ay que me revienta!

EGEO.

Ministro soy de los dioses,
Que por mi voz te amonestan
Que dejes la ley de Cristo,
Porque si prosigues ciega
En tu error, á infeliz muerte
Hoy su enojo te condena.
Yo, como instrumento suyo,
Si esa falsa ley no dejas,
He de hacerte mil pedazos,
Y de mi furia sangrienta
Ha de ser fácil despojo
Tu miserable belleza.
Teme, teme de los dioses
El castigo y la violencia,
Y tu vana adoracion
A aqueste horror se convenza.

TROPEZON.

¡Que me agarran, que me tiran!
¿Mas que el demonio me lleva
Por acechar?

EGEO.

¿Qué respondes?

MARGARITA.

Que ya entiendo tus cautelas,
Y que arbolando en mi mano
Esta triunfante bandera,
No temo tus amenazas.
Vuélvete, engañosa bestia,
A tus obscuras estancias.

EGEO. (*Ap.*)

¡Que no haya en mi resistencia
Contra esta seña enemiga!
Mi furia vencida vuelva;
Mas páguelo este villano.

TROPEZON.

¡Ay, que el demonio me lleva!
¡Que me llevan los demonios!
¡Ay, que me llevan de véras!

ESCENA XIV.

Arrebata á TROPEZON *el dragon sobre que está* EGEO, *y al mismo tiempo suena* MÚSICA CELESTE, *y va bajando* EL NIÑO JESUS, *y subiendo* LA SANTA.

MARGARITA.

La gloria os canten postrados,
Señor, el cielo y la tierra.

MÚSICA CELESTE.

¡Vitoria por Margarita,
Pues ha vencido la fiera!

EGEO, *ó el* DEMONIO.

¡Arma contra el cielo, arma!
¡Guerra contra el cielo, guerra!

MARGARITA.

¡Vitoria por vos, Señor,
Pues que venció vuestra diestra!
Que yo en fe desta señal
Diré atrevida y resuelta:
¡Arma contra el enemigo!
¡Guerra contra el mundo, guerra!

MÚSICA.

¡Vitoria por Margarita,
Pues ha vencido la fiera!

EGEO, *ó el* DEMONIO.

¡Arma contra el cielo, arma!
¡Guerra contra el cielo, guerra!

JORNADA TERCERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Otra sala del palacio de Olibrio.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, LIVIA Y MÚSICA, *dentro; despues,* OLIBRIO.

(*Truenos y terremoto.*)

ROBERTO. (*Dentro.*)

Huye, Livia...

LIVIA. (*Dentro.*)

Huye, Roberto...

ROBERTO. (*Dentro.*)

Dese asombro...

LIVIA. (*Dentro.*)

Dese horror.

MÚSICA CELESTE.

¡Vitoria por Margarita,
Pues ha vencido al dragon!
(*Sale Olibrio asombrado, oyendo el ruido y las voces.*)

OLIBRIO.

¿Qué confuso terremoto
Y qué dulce suspension,
Allí de horrorosos ecos,
Aquí de sonora voz,
Babilonia hacen la torre,
Que es de una deidad prision?

ESCENA II.

EL DEMONIO, *dentro, huyendo por los aires.* — DICHOS.

DEMONIO.

Yo lo dijera en su ruina,
A no atajar mi furor
La señal de quien huyendo
En mi misma forma voy,
A buscar nuevos disfraces,

En que pueda mi rencor
Vengarse de una mujer
Favorecida de Dios.

ESCENA III.

TROPEZON. — DICHOS.

TROPEZON. (*Dentro y en alto.*)

¡El que lo es de Margarita,
Me valga!

OLIBRIO.

¿Qué confusion
Segunda vez se repite,
Diciendo una y otra voz?...

ROBERTO. (*Dentro.*)

Huye, Livia...

LIVIA. (*Dentro.*)

Huye, Roberto.

ROBERTO. (*Dentro.*)

Dese asombro...

LIVIA. (*Dentro.*)

Dese horror.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Vitoria por Margarita,
Pues ha vencido al dragon!

OLIBRIO.

Todos huyen, y ninguno
Se atreve á darme razon
De la causa. ¿Quién sabrá
Decirme qué es esto?

(*Cae Tropezon de lo alto.*)

TROPEZON.

Yo,
Que testigo instrumental
De todo el fracaso soy.
Escondido en esa torre
Quedé; que es mi condicion
Tan amiga de saber,
Que pienso que me engendró
En las honras de su barrio
Un vecino acechador:
Con cuya curiosidad
Quise ver desde un rincon
Si la que es de tu odio presa,
Era presa de tu amor;
Cuando (tiemblo de decirlo)
Por el aire ¡ay de mí! entró
Hasta el último retrete
Un escamado dragon.
Hacerla intentó pedazos,
Amenazando feroz
Su vida; pero ella, apénas
El fiero vestiglo vió,
Cuando armada de una cruz,
Le hizo temblar á su voz.
El, huyendo, sobre mí
Amortecido cayó,
Un tropezon deshaciendo
Al dar otro tropezon;
Y cebando en mí las garras,
Me llevara á otra region,
A no decir yo en el aire...

OLIBRIO.

¿Qué?

TROPEZON.

Que me valiese el Dios
De Margarita.

OLIBRIO.

Villano,
Calla, calla; que es error
Querer que yo verdad crea
Lo que solo es ilusion
De tu miedo.

TROPEZON.

¿Cómo miedo?
Vive Baco, que es el dios
Por quien los pobres tenemos
Nuestro *lætificat cor*,
Que es verdad.

OLIBRIO.

¿Adónde está
Margarita?

ESCENA IV.

MARGARITA. — OLIBRIO, TROPEZON.

MARGARITA.

Humilde estoy
A tus piés; que aunque vencí
En el nombre del Señor
Una fiera, y tú lo eres,
No he de vencer á las dos;
Porque la mayor vitoria
Que ha de conseguir mi honor,
Es quedar de una vencido,
Cuando de otra vencedor.
¿Qué me quieres?

OLIBRIO.

Hasta oirte
Presumí que era temor
Deste villano, decir
Que entró aquí un monstruo.

MARGARITA.

Pues no
Lo fué; que ese terremoto,
A cuyo susto tembló
Todo este edificio, fué
Un gemido de su voz;
Que al ir huyendo de mí,
Pavoroso articuló
En mal pronunciados truenos
Las maravillas de un Dios,
A quien cantaron la gala
Músicas de otra region,
Confundiendo en cielo y tierra
La armonía y el horror.

OLIBRIO.

Ya no lo dudo, ni dudo
Que el supremo, el superior
Dellos, Júpiter divino,
De tu ciega presuncion
Ofendido, aquese asombro
A amenazarte envió
De su parte, como quien
Dice: «Teme mi furor,
Pues será mañana estrago
Lo que es amenaza hoy.»
Y supuesto, Margarita,
Que piadoso pretendió
Vencerte con el amago
Mas que con la ejecucion,
Mezclando en música y fiera
La dulzura y el terror,
Vuelve en tí, teme sus iras;
Que es sobrada obstinacion,
No creyendo la piedad,
Facilitar el rigor.
¿No fuera necio el que viendo
A un supremo emperador
En majestuosa pompa
Ceñir los rayos del sol,
Entre el trono y el cadalso
Equivocando la accion,
Adorase á un delincuente
Por su rey y su señor?
Pues lo mismo es, no adorando
Al que es de los rayos dios,
Los relámpagos y truenos,
Irse á dar adoracion
A quien por facineroso
Pendiendo está entre otros dos.
Deja ese engaño, siquiera
Por tu misma estimacion;
Que Dios y crucificado
No es buena señal de Dios.
Y para que de una vez
Lleguemos á la mayor
Experiencia que hacer pueden
Por tí mi cargo y mi amor,
Quiero, en una parte amante
Y en otra parte pretor,
Que obren iguales en mí
Mi afecto y mi obligacion;
Que si fuí, por merecerte,
A adquirir fama y honor,
Ser para ofenderte, fuera
Haber errado la accion.
Por Diocleciano soy juez
Contra los cristianos hoy,
Y hoy, hermosa Margarita,
Reo de tus ojos soy.
Que adoren los dioses es
El edicto que él me dió,
Y que te adoren á tí
Es el que yo á todos doy.
De suerte que en dos mitades,
Del puesto y la inclinacion,
Es fuerza que solicite
Satisfacer á las dos.
Y así, escucha de qué suerte,
Dividida la atencion,
Ministro, amante, reo y juez,
Atento á tu vida estoy.—
Salte, villano, allá fuera.

TROPEZON. (*Ap.*)

De mala gana me voy;
Que por saber en qué pára,
Esperara, no un dragon,
Mas toda una compañía
De dragones, vive Dios. (*Vase.*)

MARGARITA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué será su intento?

OLIBRIO.

¡Lidoro, Esedio!

ESCENA V.

Por una parte ESEDIO, *y por otra* LIDORO, *trayendo los dos dos fuentes cubiertas con dos tafetanes.* — MARGARITA, OLIBRIO.

LIDORO Y ESEDIO.

Señor...

OLIBRIO.

¿Traeis lo que he mandado?

LOS DOS.

Sí.

OLIBRIO.

¿Óyenos alguno?

LOS DOS.

No.

OLIBRIO.

Pues ya que á los dos fié
El alma de mi intencion
En la última experiencia
Que me ha dictado el dolor,
Con ella os quedad; que á mí
No me basta el corazon
Para escuchar la respuesta.
Representadla los dos,
Tú mi afecto, tú mi ira,
Tú mi fe, tú mi rigor,
Tú mi rendimiento, tú
Mi enojo, y ambos mi amor.
Y tú, hermosa Margarita,
Advierte que tu eleccion
Ha de darte la sentencia
Antes que la firme yo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, ESEDIO, LIDORO.

MARGARITA.

Oye, aguarda, espera, escucha;
Que es inútil prevencion
Darme á mí tiempo en que piense
La respuesta.

LOS DOS.

¿Porqué no?

MARGARITA.

Porque, aunque no sé el sentido
Que trae la proposicion,
Sé lo que he de responder.
Y para verlo mejor,
Decid los dos qué traeis.

(*Descubren las fuentes con un laurel y un puñal.*)

LIDORO.

Yo un laurel.

ESEDIO.

Un puñal yo.

MARGARITA.

Pues decid que del puñal,
No el laurel, hago eleccion.

LIDORO.

¿Tan presto respondes?

MARGARITA.

Sí.

ESEDIO.

¿No tomas mas tiempo?

MARGARITA.

No;
Que no es menester mas tiempo
Para elegir lo mejor.

LIDORO.

Pues primero, Margarita,
Que á Olibrio lleve mi voz
Esa respuesta, has de oir
La embajada que él me dió;
Porque no importa que tú
Cumplas contigo, si yo
No cumplo conmigo en todas
Las leyes de embajador;
Si bien no tanto por él,
Cuanto por ti, pretendió
Mi pena hablar. ¡Oh mal haya
Tan noble, infame pasion!
¿Noble dije? ¿Infame dije?
Pues, aunque es contradiccion,
No implica; que todo cabe
Dentro de un alma, en quien son
Nobles ¡ay de mí! los celos,
Infame ¡ay de mí! el amor.
Olibrio pues dice que él,
De tu rara perfeccion
Cautivo, pone á tus plantas
Este laurel vencedor,
Que, partiéndole con él
Diocleciano, mereció
Ceñir su frente: aquí entra
Lo noble de mi aficion,
Pues á precio de que tú
Seas dueño deste honor,
Y que él le parta contigo,
No importa que muera yo.
Admítele, pues que tienes
En la mano tu blason
Tan á poca costa, como
Dejar de adorar un Dios.
Él le ofrece, y yo le traigo
De su parte: en cuya accion
Ahora entra tambien aquí
Lo infame de mi pasion,
Pues te ruego que le admitas,
Cuando no hay ruindad mayor
Que en granjería de celos
Darse á partido el dolor.
Mira que si no le acetas,
Desta guirnalda el verdor
Salpicará con tu sangre
Aquel puñal.

ESEDIO.

Eso yo
Lo diré, pues yo tambien
Entre estos extremos dos,
De mi honor y de mi afecto,
Lidian mi afecto y mi honor.
Margarita, este puñal
Tu garganta amenazó;
Y aunque no soy padre tuyo,
Quien tuvo ese nombre soy.
Tan poderosa es la fuerza
Desta natural union,
Que aun por un rato prestada,
Dentro del pecho engendró
No sé qué oculto cariño,
Que está sintiendo en tu error,
Si como ajena la culpa,
Como propia la afliccion.
Presa estás, y yo el primero,
A pesar de mi dolor,
Daré á tu cuello el puñal;
Porque al fin ministro soy
De Júpiter, á quien toca
La sagrada ejecucion
De los sacrificios, y este
De tu vida es el mayor
Que puedo hacerle: y así,
Por última apelacion,
Los dos á tu vida atentos...

LIDORO.

Te prevenimos los dos...

ESEDIO.

Yo este sangriento puñal.

LIDORO.

Yo este laurel vencedor.

ESEDIO.

Aquí hay castigo.

LIDORO.

Aquí premio.

ESEDIO.

Aquí hay infamia.

LIDORO.

Aquí honor.

ESEDIO.

Aquí estrago.

LIDORO.

Aquí lisonja.

ESEDIO.

Martirio aquí.

LIDORO.

Aquí blason.

ESEDIO.

Aquí muerte.

LIDORO.

Y aquí vida.

LOS DOS.

Elige pues lo mejor.

ESEDIO.

Que yo padre...

LIDORO.

Que yo amante...

ESEDIO.

Hacer no podemos hoy...

LOS DOS.

Mas fineza que poner
En tu mano tu eleccion.

(*Dejan las fuentes en dos bufetillos.*)

MARGARITA.

No os vais; esperad, oid...

LOS DOS.

¿Qué?

MARGARITA.

La respuesta que os doy.

ESCENA VII.

OLIBRIO. — DICHOS.

OLIBRIO.

Yo la oiré: dímela á mí;
Que ya animoso el temor,
No duda que viendo el rayo
Y el laurel tan juntos hoy,
Huyendo aquel fuego, vengas
A ampararte á este verdor.

MARGARITA.

Tan al contrario has de ver
Burlada esa pretension,
Que has de ver que el laurel huyo,
Y á buscar el rayo voy.

OLIBRIO.

¿Por qué?

MARGARITA.

Porque sé que están
Tan encontrados los dos,
Que han trocado sus oficios.

OLIBRIO.

¿Cómo?

MARGARITA.

Como sé que son
Rayo el laurel, y corona
El puñal.

OLIBRIO.

Es necio error
Pensar que el laurel sea fuego,
Pensar que el puñal sea flor.

MARGARITA.

No es, si consideras que es
Humo ese verde esplendor,
Y corona del martirio
Ese acerado rigor.

OLIBRIO.

¿De qué suerte?

MARGARITA.

Desta suerte.
Desvanécete, blason
De los mortales...

(*Toca con el cayado la corona, y sale fuego de ella; y al mismo tiempo que vuela ardiendo y desaparece, baja una guirnalda de flores sobre el puñal.*)

OLIBRIO.

¡Qué asombro!

MARGARITA.

Y tú, florece...

OLIBRIO.

¡Qué horror!

MARGARITA.

Dulce instrumento...

ESEDIO.

¡Qué pena!

MARGARITA.

Mostrando...

LIDORO.

¡Qué confusion!

MARGARITA.

Juntos laurel y puñal
A la eterna duracion
De la gloria y de la pena,
Quién es fuego, y quién es flor.

OLIBRIO.

En humo el laurel, del aire
Fué caduca exhalacion.

ESEDIO.

Y á tiempo que el puñal ¡cielos!
De flores se coronó.

OLIBRIO.

Pero ¿qué os admira, qué
Os asombra y da pavor,
Si aquestos de los cristianos
Mágicos encantos son,
Con diabólicos impulsos
Asistidos de su Dios?

MARGARITA.

Eso fuera contra sí
Ser tus dioses, dando hoy
Demonios contra demonios
Diabólicas fuerzas.

OLIBRIO.

Yo
Sé vencer, no sé argüir;
Lidiar sé, discurrir no:
Y así no me toca mas
Que á pesar de mi pasion
De parte estar de los dioses.
Perdone, aunque lo sea amor.
Mas ¡ay de mí! mal podré,
Si viendo y amando estoy
Tu hermosura, resolverme
A mas que amar: y así hoy
Por él y por tí he de hacer
Otra experiencia mayor.

MARGARITA.

¿Qué es?

OLIBRIO.

Reducir á argumentos
La fuerza de esa cuestion.

MARGARITA.

Pues ¿quién juzgas que conmigo
A argüir se atreva?

ESCENA VIII.

FLORA, ROBERTO, LIVIA Y TROPEZON. — DICHOS.

FLORA. (*Dentro.*)

Yo,
Que empañaré con mi aliento
Todos los rayos del sol.

ROBERTO. (*Dentro.*)

Llegad, llegad todos.

TROPEZON. (*Dentro.*)

Tenla,
Livia.

LIVIA. (*Dentro.*)

Tenla, Tropezon.

LOS TRES.

¿Qué es aquello?

(*Sale Flora furiosa, y deteniéndola Roberto, Livia y Tropezon.*)

LIVIA.

¿Qué ha de ser?
Es una rabia, un furor,
Una cólera, una ira,
Que por la vista y la voz
Está exhalando del pecho
Pedazos del corazon.

TROPEZON.

¡Nunca por volver á entrar
Adentro, me hubiera yo
Encargado de tenerla!
(*Ap.* Mas no importa: mojicon
Mas ó ménos, he de ver
Cuanto pasa.)

LIVIA.

Tropezon,
No la sueltes; que está loca.

TROPEZON.

Días há que lo sé yo.

OLIBRIO.

Dejadla. ¿Dónde, villana,
Vas?

FLORA.

Oid, sabréis dónde voy.
—Margarita, nuestros dioses,
Mirando tu obstinacion,
Para vencerte han tomado
El instrumento menor
Y mas flaco que han podido.
Rústica villana soy,
Y siéndolo, he de vencer
Tus engaños, porque no
Se atribuya la victoria
A ingenio mas superior;
Que solo á su verdad huyas.

MARGARITA.

Ya conozco tu intencion.
(*Ap.* Y conozco que me da
Quien habla en ti, mas temor
Con voces de mujer, que
Con bramidos de dragon;
Porque demonio y serpiente
Ménos enemigos son
Que demonio y mujer: bien
La experiencia lo mostró
Alguna vez, pues sin ella
Aun no vencieran los dos.)
Pero no importa: la lid
No rehuso. (*Ap.* Ea, Señor,
Iluminad mis sentidos,
Y hablad en mí tambien vos.)
Ea pues, ¿qué intentas?

FLORA.

Saber
A quien adoras.

MARGARITA.

A un Dios
Solo, poderoso y fuerte.

FLORA.

¿Cómo á uno adoras, si son
Tres personas, segun dices?

MARGARITA.

Ya mi fe lo declaró
Otra vez con el ejemplo
De tres vasos y un licor,
Y ahora con otro. ¿Qué está
Engendrando siempre el sol?

FLORA.

Resplandor es el que engendra.

MARGARITA.

Y el sol y su resplandor
¿Qué producen?

FLORA.

Un activo
Calor producen.

MARGARITA.

¿Y son
Tres cosas distintas?

FLORA.

Sí.

MARGARITA.

¿Luego son tres soles?

FLORA.

No.

MARGARITA.

Luego, si un sol solo es
El que engendra el resplandor,
Y él y el sol los que producen
El calor, un solo Dios,
Luz de luz, engendrar puede
¿Quién lo duda? un esplendor,
De cuyo calor proceda
Un espíritu de amor;
Y siendo cosas distintas
Sol, resplandor y calor,
No ser mas que una en esencia,
Pues son todas tres un sol.

FLORA.

En las cosas materiales
Mal el discurso explicó
Las invisibles. No corre
La paridad, y es error
Creer que aquella engendrada
Luz de luz y Dios de Dios
Fuese posible, pues quien
Mas testifica su honor,
Dice que murió.

MARGARITA.

Es verdad;
Mas no dice que murió
En cuanto Dios, sino en cuanto
Hombre.

FLORA.

¿Y no implica hombre y Dios?

MARGARITA.

No; que si Dios se hizo hombre
Por la hipostática union,
En cuanto hombre morir pudo.

FLORA.

¿Quién lo explica?

MARGARITA.

La leccion
Por símbolo de la fe.

FLORA.

¿Cómo dice?

MARGARITA.

Aquestas son
Sus palabras. Ea, curiosos,
Cuidado á esta traduccion.

FLORA.

Di.

MARGARITA.

Católica fe solo llamamos [1]
Aquella con que solo un Dios tenemos,
Unidad en quien tres siempre adora- [mos,
Trinidad en quien siempre uno cree- [mos,
Sin que desta unidad que veneramos
Ni desta trinidad que defendemos,
Las personas confunda la ignorancia,
Ni el ciego error separe la sustancia.
Que una es del Padre la persona, es cla- [ro;
Que una es del Hijo la persona, es cier- [to;
Que una es del Santo Espíritu preclaro
La persona, la fe lo ha descubierto;
Mas, aunque en las personas tres re- [paro,
Una divinidad no mas advierto.
Que coeterna en los tres, sin duda algu- [na,
Una es la majestad, la gloria es una:
En cuyo igual misterio igual se queda

[1] En *El gran príncipe de Fez* (tomo III de CALDERON, página 346, columna segunda), se halla una confesion de fe, cuyas dos primeras octavas son iguales á las de esta. Despues de ellas, parece que falta una, que trate solo de la segunda persona de la Santísima Trinidad, ó concluya hablando solamente del Hijo.

En la divinidad al Padre; pero
Cuanto á la humanidad, fuerza es con-
[ceda
Ser menor del que igual era primero;
Y no porque hombre y Dios dos formar
[pueda;
Que Dios y hombre un supuesto es ver-
[dadero,
Mas, porque cuando padecer le vea,
Perfecto hombre, perfecto Dios le crea.
Esto, no porque fuese convertida
Su gran divinidad en carne humana;
Que ántes la humanidad fué la admitida
De la divinidad mas soberana,
Sin quedar la sustancia confundida [na
De la unidad, pues consecuencia es lla-
Que como cuerpo y alma hacer es visto
Solo un hombre, hombre y Dios un solo
[Cristo;
Solo en virgen purísima encarnado
Y de entrañas purísimas nacido,
Solo á pechos purísimos criado
Y en purísima víctima ofrecido,
Solo en leño purísimo clavado
Y en sepulcro purísimo escondido,
Desde donde al infierno hizo batalla,
Pues bajó...

FLORA.

No prosigas; calla, calla;
Que á tanta luz deslumbrado,
Que á tanto esplendor rendido,
A tanto abismo vencido
Y á tanta verdad postrado,
Confieso que me has dejado
Temblando...
(*Cae desmayada, y el Demonio acaba la razon dentro.*)

ESCENA IX.

EL DEMONIO, *saliendo del cuerpo de* FLORA.— DICHOS.

DEMONIO. (*Dentro.*)

Y pues nada ¡ay triste!
A tí ni á esa cruz resiste,
Del uno y del otro huyendo,
Por el aire iré diciendo (*Muy léjos.*)
Venciste, mujer, venciste.

OLIBRIO.

La voz que ella empezó aquí,
Otro en el aire acabó.
(*Livia y Tropezon levantan á Flora.*)

LIDORO.

¿Si ha quedado muerta?

LIVIA.

No.

ESEDIO.

¿Respira todavía?

TROPEZON.

Sí.

ROBERTO.

¡Flora, hija mia!

FLORA.

¡Ay de mí!
¿Quién me llama? ¿Dónde estoy?
¿Quién me trujo ó dónde voy?

OLIBRIO.

Retiradla; que ha quedado
Sin sentido.

ROBERTO.

¡Ay desdichado
De mí! Que en dos partes hoy
Dividido, no sé á cuál
Acudir; porque no sé,
Entre la hija que engendré,
O la que crié, neutral,
Qué amor es mas principal.
Pero son discursos vanos
Ser contra los soberanos
Dioses. — A Flora los dos
Retirad de aquí.

FLORA.

¡Gran dios
Es el Dios de los cristianos!
(*Vanse Livia y Tropezon, llevando á Flora, y Roberto con ellos.*)

ESCENA X.

MARGARITA, OLIBRIO, ESEDIO, LIDORO.

OLIBRIO.

Margarita, (¡estoy mortal!)
Ver á un tiempo (¡ansia cruel!)
Vuelto en pavesa un laurel,
Vuelto en guirnalda un puñal,
Tal encanto y ciencia tal,
De mi aficion á despecho,
Me hacen creer que en tu pecho
Espíritu asiste impuro,
Que obra en fe de algun conjuro
Las maravillas que has hecho.
Y así, pues ya asombro fuerte
Me da el verte, retirarte
Puedes; que si he de juzgarte,
Es fuerza que no he de verte.

MARGARITA.

Si el juicio ha de ser mi muerte,
Yo te suplico lo mismo.
Sácame de tanto abismo:
Muera yo... (*Ap.* Mas de manera,
Dulce esposo, que no muera
Sin el agua del bautismo.) (*Vase.*)

ESCENA XI.

OLIBRIO, ESEDIO, LIDORO.

OLIBRIO.

Esedio, Lidoro, amigos,
Pues los dos habeis llegado
A ser de cuanto ha pasado
Calificados testigos,
Decidme si con castigos
Venceré la saña esquiva
De aquesta mujer altiva.

LOS DOS.

No sé; que en pena tan fiera...

ESEDIO.

Los dioses dicen que muera. (*Vase.*)

LIDORO.

Solo amor dice que viva. (*Vase.*)

ESCENA XII.

OLIBRIO.

«¿Los dioses dicen que muera,
Solo amor dice que viva?»
Con mi mismo afecto, cielos,
Me han respondido los dos;
Mas si Amor tambien es dios,
¿Qué me afligen los desvelos
De su culto? Ea, recelos,
Ni haya rigor ni castigo:
Viva Amor; que si á Amor sigo,
Bien disculparme pretendo,
Pues si como dios le ofendo,
Tambien como dios le obligo.
Mas ¡ay de mí! Que aunque quiera
Solo Amor decir que viva,
Cuando otros votos reciba,
¿Qué dirán todos?

ESCENA XIII.

EGEO. — OLIBRIO.

EGEO.

Que muera.

OLIBRIO.

Egeo, ¡tú desa manera
Hablas!

EGEO.

Sí; que las inmensas
Deidades, de sus ofensas
Se quejan todas en mí.

OLIBRIO.

¿Pues qué te vá en esto á tí?

EGEO.

Vame mas de lo que piensas;
Que quizá del mayor dios
Que ofendes, vive en mi pecho
El espíritu, bien como
Dando vida y alma á un muerto.
Y pues oráculo vivo
Soy de su parte, te advierto,
(*Tómale la mano, y estremécese Olibrio.*)
Ya de mi tacto inflamado,
Ya inspirado de mi aliento,
Que castigues sus agravios
En esa mujer, haciendo
Con inventados suplicios
Que prevarique á tormentos.
Muera Margarita, y muera
Con ella el horror del pueblo:
Piérdase un alma, y no tantas
Como ha de arrastrar su ejemplo;
Porque de no hacerlo, yo,
Olibrio, seré el primero
Que, delatando de tí,
Al César diga que, atento
A un liviano amor, profanas
La religion del imperio.
Diréle que...

OLIBRIO.

Calla, calla.
No prosigas; ten, Egeo,
La voz, no tanto porqué
Tu loca amenaza temo,
Cuanto porque, arrebatado
De no sé qué oculto incendio
Que en mí introdujo el contacto
De tu mano ú de tu acento,
El corazon á latidos
Se quiere salir del pecho,
Y por caber por los ojos
Se está quebrando acá dentro.
Muera, muera Margarita;
Y pues te alimenta el celo
De los dioses, de tí fio
La ejecucion.

EGEO.

Yo la ofrezco;
Que no me he de desdeñar
De ser verdugo sangriento,
Una vez que quiere Dios
Que yo me precie de serlo.

OLIBRIO.

Pues desde aquel mirador
Que cae á ese jardin bello,
Ella, de sí enamorada,
Se está mirando al espejo
De un helado estanque, llega
Y despéñala en su centro.
(*Estremécese Egeo.*)
Muramos los dos, muramos
Como vivimos, yo en fuego
Y ella en nieve, yendo entrambos
Cada cual á su elemento.

Llega pues. ¿Qué es esto? ¡Agora
Turbado estás y suspenso!

EGEO. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Que aunque la sangre
Del martirio fuera cierto
Que en otra cualquiera muerte
La bautizara, supuesto
Que la sangre del martirio
Materia es de sacramento;
Que no muriera en el agua
Quisieran mis sentimientos,
Porque no lograra en ella
Aquel último consuelo.
Quizá el mirarse morir
Sin agua, al postrer aliento
La desesperara, que es
La esperanza que yo tengo.

OLIBRIO.

¿Qué es esto? ¡Ahora te retiras!
¡Ahora te apartas! ¿Qué es esto?
¿No eres tú quien pretendia
Su muerte?

EGEO.

Sí; pero ménos
Importa que viva ya.

OLIBRIO.

¿Cómo?

EGEO.

Como, á lo que pienso,
Podrá ser que otro castigo
Prevarique sus intentos.
Toma tiempo en que pensarlo.

OLIBRIO.

No des á mi furia tiempo
Para que lo piense: mira
Que vivirá si lo pienso.
Y pues tú con amenazas
Me has á su muerte dispuesto,
De no ejecutarla tú,
Diré yo al César que, atento
A los cristianos, profanas
La religion del imperio.
Diréle que...

EGEO.

Cesa, cesa;
Que ya conozco, ya advierto
Mi error, y ménos importa
(Si salvarse un alma es ménos)
Que ella se salve, que no
Dar á su doctrina esfuerzos.
Espérame aquí: verás
Cómo al agua la despeño,
(*Ap.* Por si el terror de la muerte
La desespera muriendo.) (*Vase.*)

ESCENA XIV.

OLIBRIO.

¿Quién en un punto ¡ay de mí!
Me ha trocado los afectos
De suerte, que en un instante
Lo que adoraba aborrezco?...
Si bien no tanto, que ya
Que de aquí se ausenta Egeo,
No me haya cobrado. ¿Cómo
A que muera me resuelvo
Lo que adoré? Una deidad
¿Ha de ser de otras desprecio?
Oye, Egeo, espera, aguarda.
Pero tarde me arrepiento;
Que ella está suspensa, y él
Se va acercando resuelto.
¡Mal haya mi voz! Mal haya
Mi resolucion! Ponéos
Delante, coposas ramas;
Arboles, ponéos en medio,
Para que no llegue á ver
Su tragedia; que, aunque tengo
Animo para mandarlo,
Me ha faltado para verlo. (*Vase.*)

—

Jardin, con un lienzo del palacio.

ESCENA XV.

MARGARITA, *en un balcon*, Y EGEO, *detras de ella.*

MARGARITA.

Señor, en estos cristales,
Donde se retrata el cielo,
Narciso azul desas ondas,
Vuestras grandezas contemplo.
¿Cuándo será el dia que yo
Merezca bañarme en ellos,
Para quedar mas hermosa
A vuestros ojos, teniendo
Agua de bautismo?

EGEO. (*Abrázala por detras.*)

Ahora,
Hermoso prodigio bello,
Por mas que al cielo des voces,
Verás si te vale el cielo.

MARGARITA.

Sí valdrá; que nunca él falta
A quien le llama muriendo.

EGEO.

Sí falta, y pues despeñada
Bajas á ese helado centro
Sin bautismo, desespera
De que no has de merecerlo.

MARGARITA.

No haré tal. Usad, Señor,
Conmigo del poder vuestro.

(*Cae y mantiénese sobre las aguas del estanque. Suenan instrumentos debajo de la tierra.*)

MÚSICA. (*Debajo de las aguas.*)

No muera en agua sin agua.

EGEO.

¡Ay de mí infeliz! ¿Qué es esto?
Sin anegarla las ondas
Sobre sí la recibieron
Con músicas, que del agua
Salen á ocupar el viento.
¿De cuándo acá saludaron
Los peces al alba? Pero
¿Qué mucho, si ya es Jordan,
Que tenga sirenas dentro?
Sin duda que su bautismo
Celebra el agua, pues veo
Que una cándida paloma
Sobre su frente se ha puesto.
¿Quién no viera igual prodigio,
Ni escuchara los acentos
De la música que forman
Cristales y aires, diciendo?...:

MÚSICA. (*Dentro.*)

Aunque es uno solo
El que obra el misterio,
Bautismo hay de agua,
De sangre y de fuego.

EGEO. (*Bajando al jardin.*)

«¡Aunque es uno solo
El que obra el misterio,
Bautismo hay de agua,
De sangre y de fuego!»
¿Por qué, cielos santos,
Hoy explicais esto?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Porque siendo tres,
Se conozca en ellos
Que no es mas que uno
Solo el Sacramento.

MARGARITA.

«¡Porque siendo tres,
Se conozca en ellos
Que no es mas que uno
Solo el Sacramento!»
Y así, aunque el de amor
Aquí hace el efecto,
Dios me da las aguas
Para mi consuelo.
Gracias doy por ellas
A los tres, diciendo...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

¡Gloria al Padre, al Hijo
Y Espíritu bello!

ESCENA XVI.

OLIBRIO; FLORA, LIVIA, Y TROPEZON, *teniéndole.* — MARGARITA, EGEO.

FLORA.

¿Adónde vuelves, señor?

OLIBRIO.

No sé, no sé dónde vuelvo.

TROPEZON.

Mira, otro dragon no haya.

OLIBRIO.

Yo he de examinar qué es esto
De escuchar sonoras voces
En vez de tristes lamentos.
Mas ¡ay de mí! ¿Qué prodigio
Es tan extraño, tan nuevo
El ver sobre las espumas
Nacer otra hermosa Vénus?

LIVIA.

Sin hundirse, sobre el agua
Está Margarita.

TROPEZON.

Eso
No es mucho. ¿Cómo ha de hundirse,
Si es cualquier mujer de viento?

MARGARITA.

Por mas que intentes, tirano,
Embarazar de los cielos
Las piedades, no podrás:
Mi gloria hallé en mi tormento.
Bañada sobre las aguas,
He logrado mis deseos,
Pues el Espíritu mismo
De Dios sobre mí se ha puesto.
Ya estoy bautizada, ya
Soy del católico gremio:
Inventa nuevos martirios
Para que muera diciendo...

ELLA; Y MÚSICA, *dentro.*

¡Gloria al Padre, al Hijo
Y Espíritu bello!

(*Suenan las chirimías, y ciérrase la apariencia.*)

ESCENA XVII.

OLIBRIO, EGEO, LIVIA, TROPEZON.

OLIBRIO.

¡Qué maravilla!

EGEO. (*Ap.*)

¡Qué rabia!

OLIBRIO.

¡Qué prodigio!

EGEO. (*Ap.*)

¡Qué tormento!

TROPEZON.

Libia, ¿qué haces tú? que yo
Estoy temblando de miedo.

LIVIA.

Pues si á aqueso va, yo y todo.

OLIBRIO.

Egeo, ¿qué dices desto?

EGEO.

No sé... No me lo preguntes;
Porque, aunque lo sé y lo entiendo,
No me estará bien decirlo.
(*Ap.* Y así, pues que me resuelvo
A darme ya por vencido
Al valor, á la fe, al celo
De una mujer prodigiosa,
Iré de su vista huyendo,
Desamparando, bien como
Desamparé el monstruo horrendo
Y el cuerpo infeliz de Flora,
Este pálido esqueleto,
Que asistí.)

OLIBRIO.

Detente, aguarda;
Que no te has de ir si primero,
Pues que dices que lo sabes,
No me lo dices.

EGEO.

No puedo,
No puedo.

OLIBRIO.

Tropezon, Livia,
Tenedle.

TROPEZON.

Ya yo le tengo.

LIVIA.

Yo tambien.

EGEO.

¿Cómo, villanos...
(*Ap.* Si soy fantástico cuerpo,
Que solo mantiene en sí
Fuego y humo, polvo y viento?)
(*Húndese entre los dos, sale fuego, y ellos se caen estremecidos.*)

TROPEZON.

¡Ay de mí!

LIVIA.

¡Y ay de mí y todo!

OLIBRIO.

¿Qué nuevo prodigio, cielos,
Es este, que entre las manos
En cenizas se ha resuelto?

TROPEZON.

Livia es sin duda quien tiene
La culpa de todo esto.

LIVIA.

¿Yo? ¿Por qué?

TROPEZON.

Porque eres Libia,
Y como tal, por momentos
Engendrando estás dragones,
Sierpes y bocas de fuego.

ESCENA XVIII.

LIDORO, ESEDIO, FLORA, ROBERTO y GENTE. — OLIBRIO, LIVIA, TROPEZON.

LIDORO. (*Dentro.*)

¡Viva Margarita!

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva!

OLIBRIO.

¿Qué alboroto es este nuevo?

ESEDIO. (*Dentro.*)

¡Muera Margarita!

GENTE. (*Dentro.*)

¡Muera!
(*Salen Lidoro y Esedio.*)

OLIBRIO.

¿Qué hay, Lidoro? Qué hay, Esedio?

LIDORO.

Que viendo tantos prodigios...

ESEDIO.

En bandos partido el pueblo...

LIDORO.

Unos dicen...
(*Sale Flora.*)

FLORA.

¡Margarita
Viva!

ESEDIO.

Y otros á este tiempo
Dicen...
(*Sale Roberto.*)

ROBERTO.

¡Margarita muera!

OLIBRIO.

¿Qué debo yo hacer en medio
Destos extremos?

LIDORO.

Librarla,
Pues la ves obrar portentos
Tan nuevos y tan extraños.

OLIBRIO.

Vosotros, ¿qué decis desto?
¿Qué debo hacer?

ESEDIO.

Darla muerte,
Pues ves en bandos á riesgo
Puesto el honor de los dioses.

OLIBRIO.

Pues yo á nada me resuelvo;
Que no he de tener la culpa
De la culpa que no tengo.
Y así, pues que de los dioses
Sacerdote eres, Esedio,
Yo te remito la causa
A tí, y en tus manos dejo
El sacrificio de aquesa
Mujer. Ya te dí el acero;
Pues la víctima te toca,
Haz della el ofrecimiento.

ESEDIO.

Sí haré: y porque el mundo vea
Mi religion y mi celo,
Publicaré que es mi hija,
Y que no la vale el serlo;
Pues para sacrificarla,
De que lo fuese me huelgo. (*Vase.*)

ROBERTO.

Yo, que tuve solo el nombre,
Iré tus pasos siguiendo,
Envidioso de tu accion.

TROPEZON.

Más cerca hallarás remedio.

ROBERTO.

¿Qué es?

TROPEZON.

¿Hay mas de degollar
A Flora, si envidias eso,
Y yo degollaré á Livia,
Con que todos quedarémos
Famosos degolladores?
(*Vase Roberto.*)

ESCENA XIX.

OLIBRIO, LIDORO, FLORA, LIVIA, TROPEZON; *despues*, MARGARITA, *dentro.*

LIVIA.

¡Malos años para el necio!

LIDORO. (*Ap.*)

¡Infeliz yo, si con ella
No mueren mis sentimientos!

FLORA. (*Ap.*)

¡Felice yo, si adorara
Dios que obra tantos misterios!

OLIBRIO.

¡Felice yo y infelice!
Felice, si á mirar llego
De mí obligados los dioses;
Y infelice, si la pierdo.
(*Terremoto.*)
Mas ¿qué nuevo terremoto,
Con relámpagos y truenos
Puebla de crinadas aves
Toda la region del viento?

FLORA.

Anticipada la noche,
Extiende su manto negro,
Lóbrega desabrochando
Los horrores de su seno.
(*Terremoto otra vez.*)

LIDORO.

El sol, sangrienta la faz,
En pardas nubes envuelto,
Se ve de lóbregas sombras
Asaltado ántes de tiempo.

LIVIA.

Todo es prodigios el dia.

OLIBRIO.

Grande Júpiter inmenso,
¿De qué enojado conmigo,
Rayos vibras á mi pecho?
Si te consagro lo mas
Que quise, ¿por qué severo
Flechas para mí tus iras?
Sepa yo, sepa qué es eso.
¿Qué quieren decir tus voces?

MARGARITA. (*Dentro.*)

¡Cristo es el Dios verdadero!

OLIBRIO.

¿Qué temeroso gemido
Respondió en triste lamento?

LIDORO.

No sé; que yo solo sé
Que me ha convertido en hielo.

FLORA.

A mí me ha pasmado.

LIVIA.

A mí
Me ha turbado.

TROPEZON.

A mí me ha muerto.

ESCENA XX.

ESEDIO, *con un puñal, ensangrentadas las manos.* — DICHOS.

OLIBRIO.

Esedio, ¿qué es eso?

ESEDIO.

Haber
Satisfaccion dado al cielo
De que, si engendré esta sangre,
Tambien esta sangre vierto.

(*Abre una puerta, y se ve degollada á Margarita.*)

Vuelve á ver en Margarita
El sacrificio que he hecho
A los dioses, aunque ella
Tan firme murió en su intento,
Que aun despues de muerta dijo:
«¡Cristo es el Dios verdadero!»

FLORA.

¡Qué maravilla!

LIDORO.

¡Qué asombro!

ESEDIO.

¡Qué prodigio!

OLIBRIO.

¡Qué portento!

TROPEZON.

Pues aun otro mayor falta.

TODOS.

¿Mayor?

TROPEZON.

Sí.

TODOS.

¿Qué es?

TROPEZON.

Que gocemos,
Siendo nuestros yerros tantos,
El perdon de nuestros yerros.

LA FINGIDA ARCADIA,

COMEDIA DE DON AGUSTIN MORETO, DON N. N.[1] Y DON PEDRO CALDERON DE LA BARÇA.

PERSONAS.

PORCIA.	CELIA.	FEDERICO.	CASCABEL.
CASANDRA.	ENRIQUE.	FILIBERTO.	CRIADOS.
JULIA.	CÁRLOS.	CHILINDRON.	GENTE.

La accion pasa en Chipre.

JORNADA PRIMERA.

Playa.

ESCENA PRIMERA.

CASANDRA, JULIA, CELIA; PORCIA, *muy triste.*

CASANDRA.

Porcia, prima, amiga, espera.
¿Dónde caminas tan triste?
Reina de Chipre naciste;
La fortuna lisonjera
Sigue ya tan sin desvío
De tu ventura los pasos,
Que parece que á sus casos
Los gobierna tu albedrío.
Fruto ópimo ó mies adusta
No dora el sol ó el mar baña
En esa fértil campaña
De Nicosia y Famagusta,
Que por rendido trofeo
De tu imperio soberano
No se permita á tu mano
Primero que á tu deseo.
Pues ¿qué tienes? Vuelve en tí;
Que dese jardin florido
A esta playa te has salido.
¿No respondes?

PORCIA.

¡Ay de mí!
(Apártanse Casandra, Julia y Celia, y hablan entre sí.)

CASANDRA.

¿Quién vió mas rara tristeza?

CELIA.

¿Hay mas extraña pasion?

CASANDRA.

Nadie sabe la ocasion.

JULIA.

Yo sé qué tiene su Alteza.

CASANDRA.

Di pues: ¿por qué está afligida?

CELIA.

Dínoslo pues, Julia, presto.

JULIA.

¿Venla ustedes? Pues todo esto
Es reventar de entendida.
Ella es mujer que se está
Leyendo de noche y dia:
Y teniendo librería,
Ya se ve lo que tendrá.
De modo que esta tristeza
Le da, sin mas ocasion,
Siempre que la discrecion
Se le sube á la cabeza.

CELIA.

De todo has de sentir mal.

JULIA.

¿Pues como tú habia de ser,
Que eres tan mala mujer
Que tienes buen natural?

CASANDRA.

De tu cordura me espanto...—
Porcia, amiga, espera, di.

PORCIA.

¿Tanto, tanto contra mí?
Pues no hay valor para tanto.

CASANDRA.

Prima...

JULIA.

Señora...

PORCIA.

Dejad
De afligir el alma mia;
Que no me haceis compañía,
Y estorbais mi soledad.
Pero canta, Celia, un rato:
Quizá podrás suspender
Mi pesar.

CELIA.

Quisiera ser...

PORCIA.

Canta, y calla. *(Ap.* ¡Ah cielo ingrato!
¡Que haya en mi pecho este aliento
De espíritu superior,
Y se vista mi valor
El traje del sufrimiento!)
¿No cantas?

CELIA.

Ya te obedezco.

PORCIA.

Algo triste.

CELIA.

El tono es nuevo,
Y la letra.

PORCIA.

Dila pues.
(Ap. ¡Oh qué de ahogos padezco!)

CELIA. *(Canta triste.)*

Calla, no te quejes mas,
Afligido corazon,
Porque si das tu razon,
Sin ella te quedarás.
Muere, y calla tu tormento,
Corazon, pues ya supiste
Que los suspiros de un triste
Aun no merecen el viento.
No aventures ese aliento
De que formas un gemido;
Que se quedará perdido,
Y cobrarle no podrás.
Calla, no te quejes mas.

PORCIA.

«¿Calla, no te quejes mas?»
¿Ves que de mis propias penas
Está incapaz mi sentido,
Y me echas por el oido
En el alma las ajenas?

CELIA.

Lo que mandaste canté.

PORCIA.

Creí que divertiria
Lo triste la pena mia.
Canta algo alegre.

CELIA.

Sí haré
(Canta alegre.) Calla, no digas tus dichas,
Alma; que se perderán,
Porque en viendo dónde están,
Las buscarán las desdichas.
Calla, no digas tus dichas.

PORCIA.

«¿Calla, no digas tus dichas?»
Vesme con ansias mortales,
¡Y ignorante me previenes
Aparatos de otros bienes
Para estruendos de mis males!

CELIA.

¿No dijiste?...

PORCIA.

Sí diria.
Déjalo; que es desigual
Mi dolor, y caben mal
Desigualdad y armonía.

CASANDRA.

Porcia, de afligirte deja,
No fomentes tu pasion,
Da el discurso á la razon
Y la razon á la queja.
Tu amiga soy; experiencias
Tienes, prima, de mi amor:
Divide pues tu dolor
Entre nuestras dos paciencias.

[1] Ignoramos quién escribió el acto segundo de esta comedia, atribuida en algunas ediciones á Moreto. Don Juan de Vera Tasis afirma que CALDERON compuso la última jornada, y en efecto parece suya.

PORCIA.
¡Ay mi Casandra!

CASANDRA.
Descansa.
¿Qué sientes?

PORCIA.
Un mal terible.

CASANDRA.
Resístele.

PORCIA.
Es imposible.

CASANDRA.
¿Lloras?

PORCIA.
El vivir me cansa.

CASANDRA.
Cobra el discurso.

PORCIA.
Está ciego.

CASANDRA.
Llama al cielo.

PORCIA.
No hay piedad.

CASANDRA.
¿Eres mi amiga?

PORCIA.
Es verdad.

CASANDRA.
¿Soylo tuya?

PORCIA.
No lo niego.

CASANDRA.
Pues fia el alma de mí.

PORCIA.
No sé cómo he de poder.

CASANDRA.
Esto ha de ser.

PORCIA.
Si ha de ser,
Dejadnos solas aquí.
(*Vanse Julia y Celia.*)

ESCENA II.

PORCIA, CASANDRA.

PORCIA.
Bien sabes, Casandra mia,
Que Alberto, mi heróico padre,
Rey de Chipre, habrá tres lustros
Que á la parca inexorable
Pagó aquel tributo, aquel
De quien se reserva nadie.
¡Oh fuera el hilo vital
De los reyes, no de estambre
Comun, sino de materia
Tan sólida y tan durable,
Que á la tijera fatal
Se le resistiera casi!
Dejóme pues de mi infancia
En los primeros umbrales
Cometida á Filiberto,
Mi heróico tio y tu padre.
Entre las últimas ansias
Le pidió que me criase,
Sin permitirme el gobierno
Deste reino, hasta casarme
Con digno esposo, que atento
Con sus sienes usurpase
Lo pesado á la corona,
Dejándome lo süave.
Crecí, y inclinada siempre
A la soledad amable,
Me dí á los libros, no á aquellos
Cuyas doctas facultades
En nuestra capacidad
O caben mal ó no caben,
Sino á aquellos que mezclando
Lo útil y lo süave,
Con lo mismo que divierten,
Enseñan y persüaden:
De los cuales, los que mas
Me llevaron el dictámen,
Fuéron esos pastoriles,
Cuyas desnudas verdades
Del siglo de oro repiten
Las purezas inculpables;
Debe de ser porque en ellos
Se pintan las soledades,
Que roban mi inclinacion
De suerte, que algun instante,
Persuadida á que era alguna
De aquellas rudas beldades,
Hube menester buscar
La memoria que borrase
De mi divertida idea
Alguna mentida imágen.
Deste pues ocio apacible
Gozaba yo, ya lo sabes;
Mas ¿cuándo pudo una pena
Sin preámbulos contarse?
Oye ahora mis desdichas,
Pues mis dichas escuchaste,
Y verás cuánto disuenan
Junto á los bienes los males.
La fama de mi hermosura...
Pero mal dije: lo grande
Deste reino me adquirió
Ciega multitud de amantes;
Pero mi tio, á quien toca
O la eleccion ó el exámen,
La resolucion dilata:
Claro está que por buscarme
El mas digno; aunque la envidia
Diga que por no quedarse
Sin el reino... Pero en esto
Ni se piense ni se hable;
Que el vulgo no es mas que un ciego
Preciado de vigilante.
Muchos de los que vinieron
A servirme y á obligarme,
De la tardanza impacientes,
Desfallecieron cobardes;
Pero el qué mas ha durado
Entre mis iras constante,
Sujeto entre mis rigores
Y fino entre mis crueldades,
Ha sido Enrique, (*Ap.* ¡Ay, Enrique,
Cuánta lisonja es nombrarte!)
Del rey de Nápoles hijo,
Que despues de varios lances
De su rendimiento, pudo
(Ya lo dije) enamorarme;
Bien que amor para rendirme
Tomó diferente traje,
Pues fué piedad al principio
Que abrigué en mi pecho fácil,
Y á pocos dias pagó
El abrigo como el áspid.
Oye cómo fué, y quizá
Te parecerá inculpable
Mi descuido. Ya, Casandra,
Te he confesado la cárcel:
Déjame dorar los hierros
Primero que los arrastre.
Una tarde que á esa playa,
Ley dese mar inviolable,
A cuyo duro precepto
Es su inobediencia frágil,
Salí á divertirme; apénas
Pisé su florida márgen,
Cuando Federico, aquel
Gran valido de tu padre,
Que mi agrado solicita
Con intentos desiguales,
Se me presentó á la vista:
Torcíla por no mirarle,
Y al ademan del enfado
Perdí descuidada un guante.
Vióle Federico, y tuvo
Osadía de guardarle,
A tiempo que llegó Enrique;
Y con celoso coraje
La espada fió á la diestra,
Sedienta ya de su sangre.
Cayeron ambos en fin
Heridos; pero la sangre
De Enrique (es real, no es mucho
Tuvo el valor mas durable,
Y rebujando el aliento,
Primero que desampare
Los cóncavos de su pecho,
Cuida de cobrar el guante.
Cobróle, y buscóme; (¡ay cielo!)
Que medrosa, (¡fuerte lance!)
Enojada (¡raro susto!)
Me retiré; (¡pena grande!)
Y dándome (¡accion valiente!)
Mi prenda, (¡atencion notable!)
Desta suerte (¡horror terrible!)
Sobre mis brazos se cae.
Respirando aliento vano,
Entre la vista el cabello,
Obediente al peso el cuello,
Rebelde al tacto la mano,
Sin ser todo el sér humano,
Desordenado el sentido,
Cárdeno el labio oprimido
Y vario el color violento,
Cayó en mis brazos, contento
De parecer mas rendido.
Yo, al ver tan dulces errores,
Sentí en el alma afligida
Una piedad mal nacida,
Hija de padres traidores;
Y templando mis rigores,
Le dije: «Vuelve á alentar,
Garzon, si quieres hallar
Indicios de mi sentir;
Que no es tiempo de morir,
Cuando yo empiezo á llorar.»
. . . .
De mi perdicion notable
Fuerza de estrella, que allí
Viese en el suceso iguales
A Enrique y á Federico;
Y atendiendo á entrambas partes
Al enternecerme Enrique,
Federico me indignase.
Hasta aquí, Casandra amiga,
Parece qué á mis pesares
No importan estos sucesos;
Pero tú verás que nace
Dellos mi pena, pues luego
Que los dos de sus mortales
Heridas convalecieron,
Quedó indignado tu padre
Tanto con mi Enrique (¡ay triste!)
De que á su valido ajase,
Que la plática rompiendo,
Dice que no he de casarme
Con él; y para cumplirlo
Hace que otra vez se trate
Que el príncipe de Sicilia
Vuelva á Chipre á festejarme,
Siendo de los que incurrieron,
Como dije, en el desaire
De venir, verme y volverse,
Impacientes ó cobardes:
De suerte que cada dia
Que ilustra el sol esos mares,
Espero verme en los brazos
De un fiero ambicioso amante,
Que con lazos infelices
Aprisionen y no abracen,
Perdiendo los de un rendido,
Que en dulce amorosa cárcel,

Fueran tejida cadena,
Que sin pesar adornase.
Y fuera desta fatiga,
Há dos dias que no hay parte
Donde no encuentren mis ojos
Con mil presagios mortales.
Dos papeles he tenido
Que me avisan de que guarde
Mi vida: de suerte, amiga,
Que en tal tropel de pesares,
El corazon dividido,
Como sin oficio yace.
Cárlos de Sicilia viene,
Enrique es mi fino amante,
Federico descompone
Nuestros intentos, tu padre
Me violenta el albedrío,
Los papeles que me guarde
Me avisan: mira, Casandra,
Si tengo causa bastante
Para manchar mis mejillas,
Para anegar esos aires
Con lágrimas, que del alma
Sacan destilada sangre.
Y si tantos sobresaltos,
Si tanta copia de afanes,
Tantas penas, tantos sustos
Y tantas dificultades
Alguna piedad te cuestan,
No disminuyas mis males
Para alabar tus alivios,
Pues en desdicha tan grande
Solo te toca el consuelo
De no poder consolarme.

CASANDRA.

Mis ojos, Porcia querida,
Te responden, pues ya salen
A confesar tu dolor
Mis lágrimas.

PORCIA.

No me mates;
Que ni la lástima sufro
Ni el consuelo.

CASANDRA.

¡A tí quitarte
La vida, Porcia!

PORCIA.

Esto pasa.

CASANDRA.

¿Y en quién sospechas?

PORCIA.

En nadie.
En mi desdicha.

CASANDRA.

¿Y no habrá
Quien dese riesgo te saque?

PORCIA.

¿Quién podrá si no es?...

ESCENA III.

CHILINDRON. — DICHAS.

CHILINDRON. (*Dentro.*)

Enrique.

PORCIA.

(*Ap.* ¡Oh qué á propósito el aire
Este nombre me repite!)
¿Qué voz es esta?

CASANDRA.

A esta parte
Entre los árboles suena.

CHILINDRON. (*Dentro.*)

Enrique, señor, no apartes
Tus pasos de lo que buscas.

PORCIA.

El viene, ó puede engañarme
Mi deseo.

CASANDRA.

El es, bien dices.

PORCIA.

Pues, prima, déjame hablarle.
Con las criadas que allí
Están, puedes retirarte.

CASANDRA.

Yo me voy.

PORCIA.

Y ten cuidado
Si acaso baja tu padre
A esta playa.

CASANDRA.

Habla segura. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, CHILINDRON.—PORCIA.

CHILINDRON.

Hácia aquí estaba.

ENRIQUE.

No pases
De aquí; que ya he visto el cielo
Todo reducido á un ángel.

CHILINDRON.

¿El cielo? ¡Lindo requiebro
De oro, y azul disparate!
Mas muy tiernos, saben poco
Los hombres, como los panes.

PORCIA.

(*Ap.* Triste viene. No me admiro:
Siente como fino amante
La nueva de que me pierde.
¡Quién pudiera consolarle)
¿No llegas, Enrique? (*Ap.* ¡Ay triste!)
Llega: ¿no quieres hablarme?

ENRIQUE.

Ya llego, Porcia, ya llego;
Que al mirar la perfeccion
Que pierdo, fué confusion
Lo que pareció sosiego.
O yo te miro mas ciego,
O tú para un desdichado
Mas hermosura has hallado...
Pero ya sé lo que ha sido;
Que el bien parece perdido
Aun mayor que deseado.
Ya viene tu esposo injusto:
Yo lloraré que sea espanto,
Y solo será mi llanto
Circunstancia de su gusto,
Como suele en triunfo augusto
Ir el mísero postrado
Vergonzosamente atado,
Para que haga mas pomposo
Al semblante del dichoso
El ceño del desdichado.
A la luz de su alegría
Nuevos resplandores dén
Mis tristezas; que tambien
La noche le importa al dia.
Pero, bella Porcia mia,
Sol cuyos rumbos seguí,
Ya que la luz que perdí
En otro horizonte está,
Pues soy tu noche, ¿no habrá
Una estrella para mí?

PORCIA.

Eso sí, Enrique: á acabar
De una vez mi sufrimiento;
Que yo tengo mucho aliento
Para poderte alentar.
Razon tienes; vuelve á usar
Otra vez de mi ternura,
Acábame el juicio, apura
Mi afligido corazon,
Pues ves que de tu razon
Se compone mi locura.
Yo soy la que te perdí,
Yo quien lo he solicitado:
Véate pues tan airado
Como rendido te ví.
Ea, arrójame de tí,
La mano y la accion alienta;
Que yendo tan descontenta,
Al tálamo voy postrada,
Y quizá yendo arrojada
Podré llegar mas violenta.
Si te he llegado á querer,
Díganlo las ansias mias;
Pero pues tú desconfías,
No lo debes de saber.
En fin, ¿no quieres creer
De mi aliento lo veloz,
De mis ahogos lo atroz,
Lo cruel de mis enojos?
Pues enmiéndense en mis ojos
Los defectos de mi voz.

CHILINDRON.

(*Ap.* Ya pararon sus enojos
En sollozos y suspiros,
Que son los mejores tiros
Para arrasar unos ojos.
Ambos lloran sus pasiones.)
Señora, advertid que es mengua
El remitir á la lengua
Del agua vuestras razones.
Señor, pues que no fué ayer
Cuando empezaste á barbar,
Si tus quejas has de dar,
Dálas seco y sin llover.
Ea, mudemos de estilo;
Que el corazon se me quiebra,
Y quisiera atar la hebra,
Pues me ayudais hilo á hilo.
Quejáos los dos mas enteros;
Que no está de amor, señores,
Que siempre aquestos hervores
Hayan de ser en pucheros.

ENRIQUE.

¡Ay, Porcia del alma mia!
En fin cada dia espero
Que de otro...

PORCIA.

Tente; primero
Llegue de mi muerte el dia.

ENRIQUE.

Pues ¡qué! ¿tendré confianza
De que tú?...

PORCIA.

¿Cómo podré?...

ENRIQUE.

Pues, ingrata, ¿para qué
Te burlas con mi esperanza?

PORCIA.

Queria engañarme así.
Perdona.

ENRIQUE.

Si á tí te engañas,
¿Por qué á mí me desengañas?

PORCIA.

Por quererte mas que á mí.
(*Ruido.*)
Pero ¿qué es esto? Parece
Que el mar alterado brama.

CHILINDRON.

Como se viste de lama,
Se encrespa y se desvanece.

PORCIA.

El viento se le hace estrecho
Al agua, y tras él se va.

ENRIQUE.

¿Si se habrá pasado allá
La tormenta de mi pecho?

CHILINDRON.

¡Mal año en la ola perra,
Cómo subió á lo postrero!
Si la hallara un tabernero,
¡Lo que hiciera!

ESCENA V.

GENTE, *dentro*.—DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Tierra, tierra!

PORCIA.

Allí el mísero lamento
De voz humana se escucha.

CHILINDRON.

Y un bulto á esta parte lucha
Con el salado elemento.

ENRIQUE.

¡Qué rara infelicidad!

PORCIA.

¡Quién socorrerle pudiera!

ENRIQUE.

Yo, Porcia mia: no muera
Quien mereció tu piedad. (*Vase.*)

PORCIA.

Aguarda.

CHILINDRON.

¿Qué es aguardar?
Dentro del mar se ha arrojado.

PORCIA.

Pues tú ¿no vas á su lado?

CHILINDRON.

Eso es hablar de la mar.

PORCIA.

¡Casandra, Julia!

ESCENA VI.

CASANDRA, JULIA, CELIA.—
PORCIA, CHILINDRON.

JULIA.

Señora...

PORCIA.

Enrique al mar se arrojó.

CASANDRA.

¿Cómo?

PORCIA.

¡Nunca hablara yo!

CHILINDRON.

Vesle allí, que saca ahora
Un hombre en brazos.

PORCIA.

Al hombro
Se echó el infelice peso.

CHILINDRON.

Señor, ¿quién te mete en eso?
¿Hiciste tú ese cohombro?

ESCENA VII.

ENRIQUE *con* CÁRLOS *en brazos*.
— DICHOS.

ENRIQUE.

Este es el infelice, Porcia bella,
Que en tu piedad quiso enmendar su [estrella.

CASANDRA.

Sin sentido, parece
Que de su propio peso desfallece.

PORCIA.

Arrímale á esta roca, y el cabello
Del rostro le retira; que con ello
Se congoja.

ENRIQUE.

Ya está de la manera
Que dices. Mas ¡qué miro!

CASANDRA.

Aguarda.

PORCIA.

Espera.

ENRIQUE.

¿No es Cárlos este, Porcia? ¿Nó es tu [esposo?
¿No es de Sicilia el príncipe dichoso?

PORCIA.

El es. ¡Válgame el cielo!

CASANDRA.

¡Raro suceso!

PORCIA.

Estatua soy de hielo.

JULIA.

Todas le conocemos desde cuando
Estuvo en Chipre, y de tu amor dejando
La primera fineza,
Desistió poco atento á tu belleza.

PORCIA.

Enrique, llega; mira si está vivo.

ENRIQUE.

¡Ah cruel! ¿Deso cuidas, y yo vivo?

PORCIA.

¿Qué sabes tú si acaso el alma mia
Lo preguntaba porque lo temia?

ENRIQUE.

Porcia, ya está aquí tu esposo:
Yo no he de volver á verte.
Adios, adios.

PORCIA.

Mira, advierte...

ENRIQUE.

Vé, y cuida dese dichoso.

PORCIA.

El alma me haces pedazos
Con lo que dices.

ENRIQUE.

De suerte
Que para darme la muerte
¿Te has valido de mis brazos?

PORCIA.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Esto que digo.
Dejárasle tú anegar;
Que yo no te he de pasar
Piedades con mi enemigo.

PORCIA.

Pues ¿púdele conocer?

ENRIQUE.

Que navegaba sabías
Tu esposo: discurrírias...

PORCIA.

Yo, Enrique...

ENRIQUE.

¿No puede ser?

PORCIA.

De natural compasion
Movida, me enternecí.

ENRIQUE.

Tienes siempre contra mí
Muy leal el corazon.

PORCIA.

Aguarda.

ENRIQUE.

Ya no hay consuelo.

PORCIA.

Pues ¿dónde vas?

ENRIQUE.

A morir.

PORCIA.

Enrique, tú me has de oir.

ENRIQUE.

¡Vive Dios!

CÁRLOS. (*Volviendo en sí.*)

¡Válgame el cielo!
¿En qué clima ó qué region
Me ha arrojado mi fortuna?

PORCIA. (*Ap.*)

¡Hay suerte mas importuna!

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Hay mas pesada ocasion!

CÁRLOS.

¿Qué playa?...— Pero ¡qué veo!
Porcia es esta. ¡Porcia aquí!
Perder la vida temí,
Y hallo cumplido el deseo.
Señora, el alma rendida,
Si érais vos quiso dudar;
Mas ¿cómo no habia de estar
Porcia donde hallé la vida?
Pero ya que he merecido
Veros, y á esos piés estoy,
No me negueis...

PORCIA.

(*Ap.* Muerta voy.)
Seais, Cárlos, bien venido.
(*Vanse Porcia, Casandra, Julia y Celia.*)

CÁRLOS.

¡Enrique!...

ENRIQUE.

¡Cárlos amigo!...

CÁRLOS.

¿Qué es lo que por mí ha pasado?

ENRIQUE.

Yo vuestra vida he librado
Dese mar: venid conmigo,
Porque os repareis.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Amor,
Favorable está mi suerte.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Amor, deja que mi muerte
Se valga de tu dolor.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio de Porcia.

ESCENA VIII.

FILIBERTO, FEDERICO, UN CRIADO.

FILIBERTO.
¿Vino Porcia?

CRIADO.
No, señor.

FILIBERTO.
El de Sicilia ¿ha llegado?

CRIADO.
Han dicho què derrotado
De una tormenta...

FILIBERTO.
(*Ap.* Mayor
Es ya el aprieto.) Este es
El sitio mas retirado
De palacio.

FEDERICO. (*Ap.*)
¡Qué cuidado!

FILIBERTO.
Aquí, Federico, pues,
Me has de acabar de escuchar.
Véte, Fabricio, allá fuera,
Y en esa pieza primera
Con gran cuidado has de estar
De que nadie escuche.

CRIADO. (*Ap.*)
¡Cielos!
¿Qué es esto? (*Vase.*)

ESCENA IX.

FILIBERTO, FEDERICO.

FEDERICO. (*Ap.*)
A alentar no acierta
El pecho.

FILIBERTO.
Cierro la puerta.
(*Ap.* La causa de mis desvelos
Ha de morir, vive Dios.)

FEDERICO. (*Ap.*)
De solo pensar en ello
Tengo erizado el cabello.

FILIBERTO.
Ya estámos solos los dos.

FEDERICO.
Aquí me tienes, señor,
Tan sujeto y tan rendido
Como siempre.

FILIBERTO.
Siempre has sido
Mi valimiento mayor.

FEDERICO.
Que mi obligacion es mucha,
No ignoro.

FILIBERTO.
Mi hechura eres.

FEDERICO.
No lo olvido.

FILIBERTO.
Bien me quieres.

FEDERICO.
Tu esclavo soy.

FILIBERTO.
Pues escucha.
Dos dias há, Federico,
Que fiarte mi cuidado
He querido, y siempre el tiempo,
De sus instantes avaro,
Dejó suspensa la voz
Entre tu oido y mi labio.
Bien sabes, vuelvo á decirte,
Que el rey Alberto, mi hermano,
Cuando al afan desta vida
Debió el último descanso,
El cetro dejó de Chipre
Sobre mi atencion librado,
Mandándome que criase
A Porcia, hasta que llegando
A edad capaz, diese esposo
Y cetro á una misma mano.
Esto visto á las obscuras
Luces del primer reparo,
Me pareció confianza,
Que en lisonjeros halagos
Me volvió la obligacion;
Pero despues, reparando
En ello, he visto que fué
Crueldad de mi injusto hermano,
Pues me obligó á que probase
El dulce veneno, el blando
Hechizo de una corona,
Y burlándome los labios,
En lo mejor de la sed
Quiso retirarme el vaso.
Al paso que iba creciendo
Porcia (tiemblo de pensarlo),
Viendo que el tiempo veloz,
Atleta precipitado,
Al término se acercaba,
Ya que el revocar sus pasos
Era imposible, tal vez
Quiso disponer mi brazo
Que ántes de tocar la meta
Se suspendiese, mirando
Con sangre de mi enemiga
Dos veces rojo el estadio.
A cuantos amantes suyos
El amor ha granjeado
O el interes conducido,
Apénas los miro, cuando
El semblante que me atiende
Cortés, apacible y manso,
Le considero imperioso,
Severo, absoluto, vario;
Y rehusando el terrible
Dilatadísimo espacio
Que hay de eminencias de rey
A humildades de vasallo,
Inconvenientes, estorbos,
Imposibles, embarazos
Busco, maquino, prevengo,
Solicito, persüado;
Y al de Nápoles (que ya
O en el amor ó el agrado
De Porcia se introducia)
Della le arrojé, tomando
Ocasion de tus heridas;
Y por cumplir con entrambos,
Traté otra vez que viniese
El de Sicilia, juzgando
Que á Chipre no volveria,
Habiéndose ido indignado.
El en fin está ya en Chipre;
El triste, el temido plazo
Se acerca; áspid es la envidia
Que me está haciendo pedazos
El corazon; todo el pecho
Arde en iras y en estragos:
Las puntas desta corona
Que fija en las sienes traigo,
Si hoy como rayos de luz
Están mi frente adornando,
Cuando caigan de mi frente
Han de caer como rayos.
Porcia, Federico, Porcia
Ha de morir... — Cierra el labio.
La ambicion es poderosa,
Ejemplos hay, no soy raro,
Rey soy, mi valido eres
Y mi pariente, obligado
Estás, tu conservacion
Estorbas con estorbarlo.
—Porcia ha de morir: la industria
Ha sido mia, la mano
Ha de ser tuya: no tengo
Otro amigo á quien fiarlo.
Este papel que en el pecho
(Nadie puede vernos) traigo,
De un tósigo tan maligno
Viene escrito, que en llegando
A fijar en él los ojos,
Por los visuales rayos
El corazon inficiona;
Y porque Porcia al mirarlo
Toda su atencion aplique,
(¡Mira qué extraño reparo!)
Discurriendo en que á los libros
Pastoriles se ha inclinado,
Una letra pastoril
En estos mortales rasgos
Hice escribir: con lo cual
Ingeniosamente airado,
Para apresurar su muerte
De su inclinacion me valgo.
Tú pues has de disponer
Que vea el papel, buscando
Medio que no sea violento;
Que yo no quiero intentarlo,
Porque caso que se yerre,
Quedarán aventurados
Mis designios; y esto en tí
Nunca viene á importar tanto
Cuando se sepa, pues yo
Soy quien he de castigarlo.
Este, Federico, es
(*Cáesele el papel al tomarle Federico.*)
El papel. ¿Qué te has turbado?
Mira que se te ha caido.
¡Ah pesia la torpe mano!
Cuando al golpe la dispongo,
¿Se desmaya en el amago?
Pues, Federico, ya hice
Confianza de mi engaño:
Partícipe en el delito
Te has de hacer, pues le he fiado
De tí, ó yo no he de quedar
Pendiente de tu recato.

FEDERICO.
Señor... (*Ap.* ¡Ay Porcia adorada!)
Mi obediencia (*Ap.* ¡Empeño extraño!)
Es ciega... (*Ap.* Mi amor tambien.)

FILIBERTO.
Esto nos importa á entrambos. (*Vase.*)

FEDERICO.
¿A quién habrá sucedido
Lance ¡ay cielos! tan pesado?
Yo, que en la beldad de Porcia
Rendidamente idolatro,
Y en decente sacrificio
Mi voluntad le consagro;
Yo que á pesar del amor
De Casandra y del airado
Rigor de Porcia, fomento
Las llamas en que me abraso,
¡A Porcia he de dar la muerte!

ESCENA X.

PORCIA, JULIA. — FEDERICO, *sin verlas.*

PORCIA.
Aquí en lo mas retirado,
Julia, pues nada te encubre
Mi pecho, quiero que hagamos...
(*Ap. á Julia.* Mas ¿no es Federico aquel?)

JULIA.
Suspenso está.
FEDERICO. (*Para sí.*)
¡Cielo santo!
¡Yo la muerte á quien adoro!
PORCIA. (*Ap. á ella.*)
¿Le oiste, Julia?
JULIA.
Llevado
Del afecto, aunque está solo,
Alzó la voz.
PORCIA.
¡Susto raro!
(*Ap.* A mí me adora: ¿si es este
De mi muerte otro presagio?)
JULIA.
¿He de dar la muerte, dijo,
A quien adoro? Casado
Ofendido de su esposa
Parece, que al ver su agravio,
Aquí le pesa la frente,
Y allí le pesan las manos.
FEDERICO.
(*Para sí.* Voy á hablarla. ¡Vive Dios,
Que ántes que pueda el tirano
Matarla!...) Pero, ¡señora!...
PORCIA.
Federico...
FEDERICO. (*Ap.*)
Estoy turbado.
PORCIA.
¿Dónde vais?
FEDERICO.
A hablaros iba.
PORCIA.
¿A mí? (*Ap.* En lo que le he escuchado
Debe de ser.)
FEDERICO.
A vos pues.
(*Ap.* ¡Qué hermosura!)
PORCIA.
(*Ap.* ¡Qué cuidado!)
Pues ¿qué quereis?
FEDERICO.
Un aviso
(Yo me pierdo) quiero daros
Que os importa.
PORCIA.
¿A mí me importa?
FEDERICO.
Sola he menester hablaros.
PORCIA.
Aguarda, Julia, allá fuera.
JULIA.
Ya me voy. (*Ap.* ¡Hay mas extraños
Misterios!) (*Vase.*)

ESCENA XI.

PORCIA, FEDERICO.

PORCIA.
Decid ahora.
¿Qué mirais? Solos estamos.
FEDERICO.
Bien sabeis que há muchos dias
Que esa hermosura...
PORCIA.
Dejadlo.
No es eso lo que os escucho.
FEDERICO.
Ni en lo que yo quiero hablaros.
PORCIA.
Pues al caso, Federico.
FEDERICO.
Pues, Porcia, vamos al caso.
Filiberto, vuestro tio,
Ambicioso de quitaros
El reino, daros la muerte
Intenta.
PORCIA.
¿Cómo?
FEDERICO.
Tratado
Está el modo.
PORCIA.
¿Qué decis?
FEDERICO.
Y es menester...
PORCIA.
¡Un hermano
De mi padre....
FEDERICO.
Acudir presto...
PORCIA.
Tal intenta!
FEDERICO.
A remediarlo.
PORCIA.
Vida me falta...
FEDERICO.
A mi aliento...
PORCIA.
Para oiros.
FEDERICO.
Para hablaros.
PORCIA.
¿Sabeislo cierto?
FEDERICO.
Dos dias
Habrá que empezó á tratarlo
Conmigo, aunque siempre en sombras.
Ya os advirtió mi cuidado.
PORCIA.
¿Fueron vuestros los avisos?
FEDERICO.
Mi piedad cuidó de darlos.
PORCIA.
Y en fin, ¿está ya resuelto?
FEDERICO.
Este papel que aquí traigo,
Está con letras mortales
Escrito y inficionado
Para quitaros la vida;
Y se ha valido su engaño
De mí para que os le dé.
Yo no intento ya obligaros;
Que amor en mí es atencion
Y no ceguedad, y el caso
Es tal, que para mover
No ha menester á los astros.
Busquemos, Porcia, el remedio,
Acudamos al reparo;
Que con esto quedará
Desvanecido su engaño,
Vengado el cielo, amparada
La inocencia, los vasallos
Contentos, el reino libre,
Vos segura, y yo premiado
Con hacer el beneficio
Sin ánimo de obligaros,
Porque vos al recibirle
Conozcais que no es la mano
Del liberal instrumento
Que templa la del ingrato.
PORCIA.
Federico, agradeciendo
Vuestro celo, os he escuchado;
Pero ¿para qué quereis
Que cuando persiguen tantos
Inconvenientes mi vida,
Excuse yo el duro plazo
De la muerte? Ese veneno
Me dad, yo quiero apurarlo
Con los ojos: no alargueis
La vida de un desdichado.
Dadme el papel.
FEDERICO.
¿Qué decis?
PORCIA.
Que he de morir.
FEDERICO.
Apartáos,
O vive Dios que en sus letras
Cebe la vista, gastando
En mis ojos el veneno
Desta suerte.
(*Va á llegar el papel á los ojos, y detiénele Porcia.*)
PORCIA.
Retiradlos
Del papel: no habeis de verle
FEDERICO.
¿Qué haceis?
PORCIA.
Teneros la mano,
Porque otra vez no digais
Que no la templa el ingrato.
FEDERICO.
Dejadle, Porcia.
PORCIA.
Dejadle,
Federico, ó en pedazos
Dividido...

ESCENA XII.

Están los dos asidos del papel, salen FILIBERTO Y JULIA, *y suelta* PORCIA *el papel, quedándose con él* FEDERICO.

FILIBERTO.
¿Qué es aquesto?
Apártate, Julia.
PORCIA. (*Ap.*)
¡Extraño
Aprieto!
FEDERICO. (*Ap.*)
Yo soy perdido.
PORCIA. (*Ap.*)
¡Que á este punto haya llegado!
FEDERICO. (*Ap.*)
¡Que ahora hubiese venido!
FILIBERTO.
Federico, sosegáos.
Pues ¿qué es esto?
FEDERICO.
(*Ap.* Desta suerte
He de intentar remediarlo.)
Señor, Porcia estaba aquí
Con grande atencion mirando
Aqueste papel, y apénas
Quitó dél los ojos, cuando

De algun súbito accidente
El juicio se le ha turbado.

FILIBERTO.

¿Qué dices?

FEDERICO. (*Ap. á Filiberto.*)

Que se ha hecho bien.

FILIBERTO.

¿El juicio ha perdido?

FEDERICO. (*Ap. á Filiberto.*)

Obrando
Va el veneno.

FILIBERTO.

Y ¿qué era aquello
De estar los dos altercando
Sobre el papel?

FEDERICO.

Querer yo
Quitársele de las manos,
Porque no nos lo averigüen.

FILIBERTO.

Pues guárdale.

FEDERICO.

Ya le guardo;
Que en mi poder queda bien.
(*Paséase Porcia con acciones desproporcionadas.*)

PORCIA.

(*Ap.* Ya es fuerza seguir el caso
Como dice Federico,
Pues en ello se ha empeñado.
Yo finjo : valor, paciencia;
Que tiempo habrá de vengarnos.)
Julia, apártate de mí;
Que soy el sol, y mis rayos
Te harán ceniza. ¿No miras
Cómo militan los astros
A mi órden?

FILIBERTO. (*Ap. á Federico.*)

Si se queda
Desta suerte, mas paliados
Quedarán nuestros designios.

JULIA.

Señora, aguarda. ¡Qué raro
Accidente!

FILIBERTO.

Porcia...

PORCIA.

Aparta.
Ea, ordénense los campos.
Los planetas y los signos
Ocupen aquel costado.

FILIBERTO.

El príncipe de Sicilia
Y el de Nápoles llegaron
A verme ahora, y ahí fuera
Están los dos aguardando,
Porque quiere el de Sicilia
Ver á Porcia. Haz que entren ambos.
(*Ap. á Federico.* Véanla así, y de su amor
Quedarán desahuciados.)

FEDERICO.

Bien has dicho.

FILIBERTO.

Pues yo empiezo
A fingir.

FEDERICO. (*Ap.*)

Bien se ha ordenado. (*Vase.*)

FILIBERTO.

Porcia, sobrina...

PORCIA.

¿Quién eres?
Pareces de los contrarios.
¡Ah traidor!

FILIBERTO.

Aguarda, espera.

ESCENA XIII.

FEDERICO, ENRIQUE, CÁRLOS, CHILINDRON, CASCABEL.—PORCIA, FILIBERTO, JULIA.

CÁRLOS.

¡Qué dices!

FEDERICO.

Esto ha pasado.

FILIBERTO.

Porcia, hija...

PORCIA.

Ya sé que eres
Espía doble: matadlo.

CÁRLOS.

¡Qué compasion tan notable!

ENRIQUE.

¡Qué espectáculo tan raro!

PORCIA.

(*Ap.* Cárlos y Enrique han venido.)
Ea, Julia, tú eres soldado
De valor...

CHILINDRON.

Con dos se tiene.

PORCIA.

Una compañía te encargo.

CASCABEL.

Una sola es cosa poca,
Dos tiene y anda buscando.

CÁRLOS.

¡Qué compasion! En el pecho
Se me está abriendo á pedazos
El corazon.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Dicha ha sido
El hallarla en este estado,
Cuando es ajena.

PORCIA. (*Ap.*)

El semblante
De los dos estoy notando.
Cárlos suspira afligido,
Enrique está consolado :
¿Qué es esto? ¿Tan poco debo
A Enrique, que debo á Cárlos
Mas compasion? De un amor
¿Se hace tan presto un agravio?

CÁRLOS.

Señor, si en tanta desdicha...

FILIBERTO.

No admite consuelo un caso
Tan lastimoso.

FEDERICO. (*Ap.*)

Bien fingen
Los dos.

ENRIQUE. (*Ap.*)

El cielo ha vengado
Mi amor de su ingratitud.

PORCIA. (*Ap.*)

Ira vierto, en vez de llanto.

FILIBERTO.

Sobrina...

CÁRLOS.

Porcia...

FEDERICO.

Señora...

PORCIA.

(*Ap.* Todos llegan, y él (¡ah falso!)
No se mueve; que hasta en esto
Quiere parecer de mármol.)
Dejadme todos; que soy
Ira, rabia, asombro y pasmo.
(*Ap.* ¡Valedme, cielos, valedme!
Que está mi aliento templando
Un volcan, y si esto dura,
Será verdad lo imitado.) (*Vase.*)

FILIBERTO.

Julia, síguela; á Casandra
Avisa. (*Ap.* Bien se ha ordenado.)

CÁRLOS.

¡Hay tan extraña desdicha!

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Hay consuelo tan extraño!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué apénas cumplo un deseo
Cuando encuentro un sobresalto!

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Qué apénas tengo un enojo
Cuando me venga un acaso!

CÁRLOS.

Porcia, mi llanto te ofrezco;
Pero es inútil mi llanto. (*Vase.*)

ENRIQUE. (*Ap.*)

Porcia, mucho te he querido;
Pero tú me habias dejado. (*Vase.*)

CASCABEL.

Chilindron, aquí enloquecen.

CHILINDRON.

Cascabel, eso es palacio.
(*Vanse los graciosos.*)

FILIBERTO.

Federico, bien se ha hecho.

FEDERICO.

Sí, señor, bien se ha trazado.

FILIBERTO.

¡Gran fortuna!

FEDERICO.

¡Rara suerte!

FILIBERTO.

Pues silencio.

FEDERICO.

Soy de mármol.

JORNADA SEGUNDA [1].

Arboleda y vista exterior de una quinta real.

ESCENA PRIMERA.

PORCIA Y CRIADOS, *dentro; y despues*, CASCABEL Y CHILINDRON.

PORCIA. (*Dentro.*)

¡Que se entra el lobo en el hato!
Anfriso, suelta los perros.

CRIADOS. (*Dentro.*)

¡Guarda el lobo! Guarda el lobo!

PORCIA. (*Dentro.*)

A la senda.
(*Salen Cascabel y Chilindron.*)

CASCABEL.

Malo es esto.

CHILINDRON.

De la cava de la Reina
Algun lobo se habrá suelto;
Que aunque son lobos cerriles,
Son lobos de lindo pelo.

PORCIA. (*Dentro.*)

Guarda los corderos, Silvio,

[1] Sin autor conocido.

Dispara la honda, Cardenio;
Que va hácia el cordero el lobo.

CASCABEL.

¡Vive Dios, que no lo entiendo!
¿Si el lobo hácia las mondongas
Se irá tambien?

CHILINDRON.

Si primero
Diera el lobo con las dueñas,
Nos ahorráramos de cuentos.

CASCABEL.

Y ahora de una hacanea
En que con curso lijero
Con el viento se igualó
Y dejó burlado el viento,
Se apea la Reina.

CHILINDRON.

Y ya
Por la márgen discurriendo
Desa campaña, que estéril
Le ha puesto al mar rubio freno,
Llega hasta aquí.

CASCABEL.

Dices bien.

ESCENA II.

PORCIA, CASANDRA, JULIA, FILIBERTO, CÁRLOS, ENRIQUE, FEDERICO, CRIADOS. — CHILINDRON, CASCABEL.

PORCIA.

Anfriso, Silvio, Cardenio,
¡A defender el ganado!

FILIBERTO.

Señora mia...

PORCIA.

¡Por cierto
Que haces lindo mayoral!

FILIBERTO.

Sobrina, mirad primero
Que no soy Cardenio, soy
Vuestro tio Filiberto.

PORCIA.

Mentís. — Anfriso, ¿qué haceis?
En ese arroyo sereno,
Adonde lascivamente
Se aliña el copete Vénus,
Podrá beber el ganado.
Vos, Salicio, id al momento
A hacer que nuestra cabaña
Adorne el pajizo techo
De aristas que fió el julio,
Para que gaste el febrero.
Vos, Olimpo, á mis dehesas
Mis cabras de ciento en ciento
Podeis bajar desde el monte;
Vos, Ergasto, haced que luego
Expriman su blanca leche:
Guardadme el líquido suero,
Para que bebido al alba
Sea triaca de mi fuego.
La pastora Belisarda
Soy; por mis vasallos tengo
Al marzo, al abril, al mayo;
Sujeta vive á mi imperio
La república frondosa
Desos robles y esos fresnos.

CASANDRA.

Mi Porcia...

CÁRLOS.

Reina...

PORCIA.

Dejadme. —
Pastores, soltad los perros.

FILIBERTO.

Di que eres Anfriso, Enrique,
Yo diré que soy Cardenio.

ENRIQUE. (*A Federico.*)

Llámate Olimpo.

FEDERICO.

Sí haré.

CASANDRA.

Loca está.

CÁRLOS.

¿Qué importa, cielos,
Que esté loca su hermosura,
Si está incapaz mi deseo?
Así la tengo de amar.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Hablar á Casandra intento.

PORCIA.

De las hondas al chasquido,
¿Cómo no se ajusta el eco?
Salicio, Anfriso, pastores,
¡A aquel enroscado ciervo,
Que es de los sucesos suyos
Coronista verdadero!
Asustad al oso, canes,
Que por la fuente del fresno
Discurre con la colmena.
¡Al oso, al oso! Fileno,
Anfriso, ¡á seguir el oso!

ENRIQUE.

Ya voy.

PORCIA. (*Á Federico.*)

Tú sigue primero
Al lobo.

FEDERICO.

Haré lo que dices.

PORCIA.

Junta el ganado, Cardenio.

FILIBERTO.

Obedecerte procuro.

PORCIA.

Bato y Chaparro, idos luego.

CASCABEL.

¿Yo Bato?

CHILINDRON.

¿Y Chaparro yo?

FILIBERTO.

Sígueme, hija.

CASANDRA.

No te entiendo.

CÁRLOS.

¡Al oso!

ENRIQUE.

¡Al venado!

FEDERICO.

¡Al lobo!

CÁRLOS.

¡A la selva!

TODOS.

¡Al llano!

CASCABEL.

¡Al cerro!

FILIBERTO.

Seguirla pienso el humor.

FEDERICO. (*Ap.*)

Merecer aguardo el premio.

ENRIQUE. (*Ap.*)

De hoy mas á Casandra adoro.

CHILINDRON.

Digo que un loco hace ciento.

CASANDRA.

¡Grande mal!

PORCIA.

Presto, pastores.

FILIBERTO. (*Ap.*)

¡Gran dicha!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Valedme cielos!

(*Vanse todos, ménos Porcia y Julia.*)

ESCENA III.

PORCIA, JULIA.

PORCIA.

Julia mia...

JULIA.

Porcia hermosa...

PORCIA.

¿Fuéronse ya?

JULIA.

Ya se fuéron.

PORCIA.

¿Podemos hablar?

JULIA.

Bien pueden
Tus voces desde el secreto
Del corazon hasta el labio
Dispensar sus sentimientos.

PORCIA.

Ya te dije esta mañana
Que mi tio Filiberto
Solicita...

JULIA.

Ya sé el alma
De todos sus pensamientos.

PORCIA.

Y que fingí este delirio
A mis vasallos...

JULIA.

Temiendo
Que mañana te dé muerte
De ambicioso ó de soberbio.

PORCIA.

Ya sabes que Federico...

JULIA.

O de leal ó de atento,
Si no es que fuese de amante,
Fió la vida al secreto.

PORCIA.

Ya sabes tambien que Cárlos,
Que es de Sicilia heredero...

JULIA.

Te quiere y te adora mas,
O de mas fino ó mas ciego,
Con ver tu nuevo delirio
Y ver tu accidente nuevo;
Que como el amor aspira
Del alma inmortal al premio,
No permite la pasion
De amor, que se entren sin riesgo
A la parte con el alma
Los accidentes del cuerpo.

PORCIA.

De Enrique, ya has conocido...

JULIA.

Que inadvertido y grosero,
De tu belleza olvidado,
Y que en tí puso primero
Los ojos de la aficion,
Ignorante y desatento
Huye de tus rayos puros,
Como sucede al que habiendo

Cegádole él sol, porqué
A examinarle se ha puesto,
Que como en la noche pudo
Usar de los ojos ciegos,
Se va á acoger á las sombras,
Huyendo de los reflejos.

PORCIA.

Ya sabes tú que en mi infancia
Todo mi divertimiento...

JULIA.

Era de los pastoriles
Libros lêr un claro ejemplo
Del desengaño de amor;
Y tan elevada en ellos
Continuaste su lectura,
Que estorbarte no pudieron
Ni de la aurora la risa
Ni de la noche el bostezo.

PORCIA.

Pues supuesto que ya sabes
De Filiberto el intento,
De Don Cárlos[1] la constancia
Y de Enrique los desprecios,
La lealtad de Federico,
Su amor y mis pensamientos;
Atiende sin divertirte,
Julia mia, porque quiero,
Al paso que mi locura,
Aprovechar tu consejo:
Y si no me estás atenta,
Será otro peligro nuevo
Que se malogre en tu oido
La voz de mi sentimiento.
Julia, yo he buscado un tema
(Puesto que llevarme dejo
Desta fingida locura
Y deste delirio cuerdo)
Para que sin riesgo mio
Mis parciales y mis deudos
En mi reino Chipre tengan
A mi delirio por cierto.
Si apunto á la vanidad,
Es locura sin provecho;
Que como yo soy tan vana,
La ficcion y el tema arriesgo,
Porque vendrá á ser cordura
Fingir lo mismo que tengo.
Si doy en fingir que todos
Me adoran, habrá algun necio
Que intente entre mi locura
Introducir mi deseo.
Si finjo que quiero bien
Y tambien digo á quien quiero,
Aunque exteriormente sea
Frenesí el amor que muestro,
Interiormente yo sé
Que quiero bien, y no quiero
Decir verdades fingidas;
Que pasiones del deseo
En mujeres como yo
Se criaron para el pecho:
Y cuando para mi vida
Solo esto fuera el remedio,
Antes que mi vida, es
Mi pundonor lo primero.
Pues, para que mas creido
Esté mi delirio nuevo,
Del extremo de un peligro
Pase á un eficaz extremo.
Aprovecharme presumo
De aquel ocioso desvelo
En que las tristezas mias,
Como sabes, me pusieron.
Una Arcadia haré fingida
En este monte, en que puedo
En el traje pastoril,
De la honda al escarmiento,
Regir en el monte y llano
De reses el vulgo incierto,
De quien el cayado sea
Rústico, aunque firme cetro.
Pondré nombres pastoriles
A mis vasallos, y luego
Aprovechar cuidaré
Ocasion en que los cielos,
Si no me hagan muy feliz,
Me hagan desdichada ménos.
A imitacion de la Arcadia,
Llamar Anfriso es mi intento
A Enrique, el amante mio;
A Cárlos, á quien desprecio,
Llamaré Salicio, pues
Me da el Arcadia este ejemplo.
Federico será Olimpo,
Aquel pastor en quien fuéron,
Para su lealtad y amor,
Poco imposibles los riesgos.
Será mi prima Casandra
La Anarda que con despecho
Solicitaba de Anfriso
Lazos del amor estrechos.
Tú, mi confidente, Flora
Serás; y porque ajustemos
De la Arcadia los pastores,
En ella, si bien me acuerdo,
Era la cisma del monte
Ingrato el pastor Cardenio;
Pues Cardenio ha de llamarse
El ingrato Filiberto,
Pues como aquel de la Arcadia,
Es este inquietud de un reino.
Divertiré mis tristezas
Con músicas y con juegos,
Que unas ajuste el oido
Y otras concierte el ingenio.
Sea esta casa de campo
Una idea ó un bosquejo,
Una metáfora sea
De la Arcadia: aquí pretendo
Que el alba cuando madrugue
Al crepúsculo primero
A dibujar cuanto el sol
Ha de bordar limpio y bello,
En mis pestañas por hebras
Ensarte el rocío neto.
Leer procuraré curiosa
En el volúmen del cielo
Cuál de sus estrellas es
La que con seguro imperio
Me manda servir á amor,
Y cuál de tantos luceros
Me ha influido la desdicha.
. . . .
. . . . . .

ESCENA IV.

FILIBERTO, CASANDRA, ENRIQUE, *dentro.* — PORCIA, JULIA.

FILIBERTO. (*Dentro.*)

Lleguemos.

CASANDRA. (*Dentro.*)

Aquí está la reina Porcia.

ENRIQUE. (*Dentro.*)

Yo he de llegar el primero.

FILIBERTO. (*Dentro.*)

Llegad todos.

JULIA.

Disfrazados
En pastoril traje veo
A Enrique y á Federico,
A Casandra y Filiberto
Y á Cárlos.

PORCIA.

Mi tio es.
El que ambicioso del reino,
Seguir quiere mi delirio.

JULIA.

Dices bien.

PORCIA.

Entre lo espeso
Destos árboles, las dos
Saber y entender podrémos
De mi tio los designios,
De Casandra los intentos,
De Don Cárlos las pasiones
Y de Enrique los desvelos.
Veré quién me quiere á mí.

JULIA.

Pues, señora, aprovechemos
Deste monte la espesura.

PORCIA.

Y pues con el movimiento
De las hojas, á quien mece
El favonio lisonjero,
No extrañarán el ruido,
Yo me retiro al secreto
De las ramas.

JULIA.

Quedo pisa.

PORCIA.

Julia, pisaré tan quedo,
Que los pasos del valor
Parezca que los da el miedo.
(*Escóndense.*)

ESCENA V.

CASANDRA y ENRIQUE, *de villanos, cada uno por su lado.* — PORCIA y JULIA, *escondidas.*

ENRIQUE.

Aquí está la Reina...

CASANDRA.

Aquí...

ENRIQUE.

Pero ¡qué miro!

CASANDRA.

¡Qué veo!

ENRIQUE.

¡Casandra!

CASANDRA.

¡Enrique!

ENRIQUE.

Señora,
Ya yo habia conocido,
Viendo el prado tan florido,
Que le pisaba la aurora.

PORCIA. (*Ap. al paño.*)

¡Ahora, penas, ahora!

CASANDRA.

Porcia hermosa no está aquí.

ENRIQUE.

Vos estáis, Casandra, sí,
Y pluguiera al ciego dios
Que estuviera tanto en vos
Como vos estáis en mí.

CASANDRA.

Quien adoró la luz pura
De Porcia, ¿otros rayos mira?

ENRIQUE.

El que es amante no aspira

[1] En la jornada primera y en la tercera no se nombra á Cárlos con *Don*: esta particularidad y la diferencia general del estilo prueban que este acto no es de Moreto ni de CALDERON. No sabemos quién le escribió; pero no puede dudarse que la comedia es de tres autores.

Solamente á la hermosura;
Aspira con fe segura
A su entendimiento atento,
Y á su belleza: y hoy siento
Que amarla no me conviene;
Que aunque su belleza tiene,
No tiene su entendimiento.

CASANDRA.

La Clicie que al sol amó,
Ni porque ingrato le viese,
Ni porque el sol falleciese,
La blanca luna eligió:
Pues ¿cómo inconstante?...

ENRIQUE.

Yo
Te doy otro ejemplo ahora.
La flor al alba enamora
El matutino arrebol;
Y en viendo al sol, quiere al sol,
Y se olvida de la aurora.
El que entra á ameno jardin,
Gozar el narciso quiso;
Y olvidó el azul narciso,
Porque vió el blanco jazmin.
Mira la rosa, y en fin
Olfato y fragrancia estrena
En rosa pura y amena;
Ve el clavel, cébase en él,
Y se olvidó del clavel
Porque encontró la azucena.
Pues si entenderme procuras,
El ejemplo, sin pasion,
Pon en las flores, pues son
Flores las mas hermosuras.
Quise con firmes ternuras
Una flor; vi otra flor llena
De luz y fragrancia amena,
Y olvidé por ella fiel
Al narciso y al clavel,
Rosa, jazmin y azucena.

CASANDRA.

Yo á la reina no he excedido
En belleza.

ENRIQUE.

Dices bien;
Pero el ingenio es tambien
La fragrancia del oido.
Cortés soy: no he preferido
Tu belleza, bien que siento...

CASANDRA.

Di todo tu sentimiento.

PORCIA. (*Ap.*)

¡Oh traidor!

ENRIQUE.

Pues diré yo.
Que tu beldad igualó,
Pero no tu entendimiento.

CASANDRA.

Hoy de tus lisonjas huyo.

ENRIQUE.

¡Que este castigo me des!

CASANDRA.

Yo tengo amor, y no es
Tan mudable como el tuyo.

ENRIQUE.

Feliz, si no fuere suyo,
Si tuyo es.

CASANDRA.

De mi desden
Solo has de saber.

PORCIA. (*Ap.*)

¡Ah quién!...

CASANDRA.

Ser estimado mereces;
Mas no ha de querer dos veces
La que una vez quiere bien.
Quédate, Enrique; que yo
Busco á la Reina.

ENRIQUE.

Si haré.
¿No me dirás si podré
Merecer, si espero?

CASANDRA.

No.
Hoy el ejemplo me dió
Tu fe y tu fineza poca;
Que si á amarte me provoca
Amor, delirio mayor,
Aunque esté loca de amor,
Me querrás dejar por loca.

ENRIQUE.

Esquiva Dafne mejor,
Que hoy tomas de mi venganza,
¿Puedo tener esperanza?

CASANDRA.

Ya dije que tengo amor.

ENRIQUE.

Hasta lograr un favor
No he de dejarte.

CASANDRA.

Es querer
Esa montaña mover.

ENRIQUE.

Yo, Casandra...

CASANDRA.

No me nombres.

PORCIA. (*Ap.*)

¡Que haya quien crea á los hombres!

ENRIQUE.

¿Sabes amar?

CASANDRA.

Sé querer.

ENRIQUE.

Quiéreme, Casandra; así
Te dé el premio el ciego dios.

CASANDRA.

La mujer que quiere á dos,
No quiere á ninguno.

ENRIQUE.

Y di:
¿Querrásme, Casandra, á mí,
Si á tu dueño aborrecieres?

CASANDRA.

Soy excepcion de mujeres.
Una vez quiero no mas.

ENRIQUE.

Voy tras tí. (*Vase.*)

CASANDRA.

Porfiado estás. (*Vase.*)

ESCENA VI.

PORCIA, JULIA.

PORCIA.

Astro infeliz, ¿qué me quieres?
¡Ay, Julia mia!

JULIA.

Procura
Tu sentimiento templar;
Porque esto es representar
Muy al vivo la locura.

PORCIA.

A todos quiero decir
Que es mi locura fingida,
Pues me ha de costar la vida
Disimular y fingir.

JULIA.

Templar el dolor procura.

PORCIA.

De Enrique lo que mas siento
Es, que amó mi entendimiento.
¡Que quien quiso mi hermosura,
No me ama!

JULIA.

Templanza ten,
Y de quién eres te acuerda.

PORCIA.

¿Cómo quieres que esté cuerda
La mujer que quiere bien?

JULIA.

Oye...

PORCIA.

¿No me dejarás?

JULIA.

Mira...

PORCIA.

No he de responder.

JULIA.

Loca te fingiste ayer,
Y hoy parece que lo estás.

PORCIA.

Fingese uno ciego, y luego
Que se cansa de fingir,
La luz quiere repetir,
Ver quiere, y hállase ciego.
De un dolor que no tenia,
Otro se quiere quejar,
Y despues suele pensar
Que tiene el mal que fingia.
Por escuchar ha fingido
Otro que en el lecho ves,
Que está durmiendo, y despues
Se viene á quedar dormido.
En mi delirio evidente
El ejemplo puedes ver:
Loca estoy, y hoy vengo á ser
Ciego, dormido y doliente.

JULIA.

¿Dónde vas?

PORCIA.

A revelar
A Enrique el intento mio.

JULIA.

Ese es mayor desvarío,
Y es tambien aventurar
Tu vida.

PORCIA.

Esto es forzoso.

JULIA.

No crerán la novedad;
Que peligra la verdad
En boca del mentiroso.

PORCIA.

A decirla á voces voy.

JULIA.

Allí viene Federico.

PORCIA.

Por aquí buscaré á Enrique.

JULIA.

A Cárlos tu amante he visto.

PORCIA.

¡Oh qué sobrados que andan
Siempre los aborrecidos!

JULIA.

Quiere á Cárlos, que te adora,
Con creer á tus delirios.

PORCIA.

La que ama de agradecida
Nunca tiene el amor fino.

JULIA.

Quiere, pues te dió la vida,
A Federico tu primo. (*Vase.*)

PORCIA.

¿Cómo le he de agradecer
La vida que ya no estimo?

ESCENA VII.

FEDERICO Y CÁRLOS, *de pastores, cada uno por su lado.* — PORCIA.

CÁRLOS.

Belisarda, luz del valle,
Que á ese prado y á esos riscos...

FEDERICO.

En hora feliz, pastora...

PORCIA.

¿Qué es esto, Salicio, Olimpo?
¿Cómo los dos desta suerte,
De obstinados ó de finos,
A mi fama poco atentos
Y á mi recato atrevidos,
Profanais con vuestras voces
El sagrado de mi oido?

CÁRLOS. (*Ap.*)

Del nombre he de aprovecharme.
Pues si me llamo Salicio...

FEDERICO.

Me da el cielo esta ocasion.

CÁRLOS. (*Ap.*)

En pastoril traje libro
En mis labios mi fortuna.

PORCIA.

Hablad: ¿qué os ha suspendido?

CÁRLOS.

Salicio soy, Belisarda,
Aquel pastor vuestro antiguo,
De quien escuchasteis tantas
Palabras como suspiros.

FEDERICO.

Olimpo soy, el pastor
Que fué tan leal y fino,
Que por daros una vida
Puso la suya á peligro.

PORCIA.

Pastores, supuesto que es
En la Arcadia permitido
Que á su pastora el pastor
Diga su amor, yo os permito
Que le digais.

FEDERICO.

Oye atenta.

PORCIA.

Diga primero Salicio
Su amor.

FEDERICO. (*Ap.*)

No me mateis, celos.

CÁRLOS.

¡Oh quién fuera el preferido
En tus ojos, de la suerte
Que lo es en tus oidos!
Yo te miré, Belisarda,
Yo cegué de haberte visto;
Mas como el deseo tiene
Tantos ojos prevenidos,
Aunque ahora te esté mirando,
Que no sean es preciso
Los ojos con que te vi,
Los ojos con que te miro.

FEDERICO.

Feliz yo, que con mirarte
Toda la corriente evito
Deste raudal de mis ojos,
Que desangrado hilo á hilo,
Por dos fuentes que eligió,
Riega el sentimiento mió,
Para que crezca el dolor,
Como si en el pecho mismo
No estuviese el corazon,
Que es un arroyo nativo
Que en este jardin del alma
Por sus líneas y caminos
Tiene á las penas en flor
Y en frutos á los suspiros.
Belisarda, yo te adoro;
Que ya que se ha permitido
La atencion á mis acentos,
No han de perder por remisos.
Una fineza me debes;
Que la agradezcas no pido:
Amantes quiere el amor,
Y no quiere agradecidos.

CÁRLOS.

Pues á mí un amor me debes,
Que le agradezcas te estimo;
Porque lo amante no está
Léjos de lo agradecido.

FEDERICO.

¡Qué dulcemente muriera,
Si en tus lazos repetidos...

CÁRLOS.

Viviera felicemente
Si, premiados mis designios...

FEDERICO.

Lograra...

CÁRLOS.

Gozar pudiera...

FEDERICO.

El premio dulce!

CÁRLOS.

El castigo.

PORCIA.

¿Cómo muriérais los dos?

FEDERICO.

Mira: el verde gusanillo
Que en la hoja del moral
Se hace mortaja á sí mismo,
El propio la va labrando
Con la boca hilo á hilo,
Y al paso que se sepulta
Se cuenta lo que ha vivido.

CÁRLOS.

El cisne que á las espumas
Se añade penachos rizos,
Y armiño al cristal se miente
Porque haya en el agua armiño;
Si le piden las sirenas
De las fuentes y los rios
Que con sonoras exequias
Dé su vida en sacrificio,
Todo cuanto acordó en voces,
Va olvidando en parasismos.

FEDERICO.

La viuda tortolilla,
Que haciendo instrumento el pico,
Ella se arrulló su muerte
Por los montes y los riscos,
Mucho mas que por lo amado,
Muere por lo que ha sentido;
Que no fué el dolor, y fué
La queja el mayor peligro.

CÁRLOS.

Tórtola, cisne y gusano...

FEDERICO.

Te dén el ejemplo mismo.

CÁRLOS.

Imitar quiero á los tres...

FEDERICO.

Puesto que á todos tres miro...

CÁRLOS.

A uno de su muerte voz...

FEDERICO.

Y á otra de la suya aviso.

CÁRLOS.

Y en fin, de amor y constancia...

FEDERICO.

Para imitarlos han sido...

CÁRLOS.

Ejemplos firmes el cisne...

FEDERICO.

La tórtola y gusanillo.

PORCIA.

Salicio, Olimpo, por cierto
Que ambos á dos habeis dicho,
Muy tiernos y sazonados,
Mas de dos mil desatinos.
Esas lisonjas dejád
Para la corte, Salicio;
Que allí en la corte serán,
En lenguaje muy pulido,
Requiebros las necedades,
Si se dicen con ahinco.
Sin esperanza me amais:
Idos á palacio, Olimpo;
Que allí se ama en un instante,
Y no se premia en un siglo.
Los pastores de mi Arcadia,
Sin sol, luna ni epiciclos,
Me han de hablar muy de lo claro
Y querer muy de lo fino.
Olimpo, yo os agradezco
Vuestro amor.

FEDERICO.

Otra vez digo
Que no os quiero agradecida,
Cuando amante os solicito.

(*Dentro ruido de grita.*)

ESCENA VIII.

JULIA. — DICHOS.

JULIA.

Los pastores de la Arcadia
A divertirte han venido
Esta noche de San Juan.

PORCIA.

Cardenio, Ergasto y Anfriso,
Bato y Chaparro tambien
Con Anarda y con Doristo
Vienen siguiéndolos.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Sed á mi dolor propicios.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Con el delirio de amor
Voy siguiendo este delirio.

ESCENA IX.

FILIBERTO, CASANDRA, ENRIQUE, CASCABEL, CHILINDRON, CELIA, CRIADOS Y GENTE, *todos de pastores,* Y MÚSICA. — DICHOS.

MÚSICA.

Pastores de la Arcadia,
Llegad, venid

A ver á Belisarda,
Pastora y serafin.
Al junio florido
Bordando le vi
Los verdes dibujos
De mayo y abril.
Al valle, pastores,
Veréis competir
El alba á llorar,
La noche á reir.
Pastores de la Arcadia, etc.

FILIBERTO.

Este valle ameno,
Zagala gentil,
Las tristezas tuyas
Podrá divertir.

ENRIQUE.

Músicas y juegos
Te podrán aquí
Celebrar por reina
De mayo y abril.

FILIBERTO. (*Ap.*)

Mas loca he de hacerla
Hoy con asistir
A que todos sigan
Este frenesí;
Que si me da el cielo
Ocasion feliz
Para que yo reine
Si ella vive así,
¿Para qué su muerte
Solicito aquí?
Que si he de reinar,
¿Por qué ha de morir?

PORCIA.

Noche es de San Juan:
Todos proseguid,
Y todos sentaros
Podeis junto á mí.
(*Siéntase Enrique junto á Casandra, Federico y Cárlos junto á Porcia, Cascabel y Chilindron junto á Celia.*)

MÚSICA.

Pastores de la Arcadia, etc.

PORCIA.

¿Qué es esto que miro?
No estáis bien así.
Levantad del suelo.
(*Levántase Porcia, y luego todos.*)

ENRIQUE.

¿Qué es esto?

PORCIA.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
Siéntese con Flora
Chaparro.

CHILINDRON.

Sea así.

PORCIA.

Y Bato con Celia.

CASCABEL.

Mi amor conseguí.

PORCIA.

Con Anarda, Olimpo.

CASANDRA.

Seré mas feliz.

PORCIA.

Salicio y Cardenio
Se sienten allí,
Y siéntese Anfriso...

ENRIQUE.

¿Dónde?

PORCIA.

Junto á mí.

FILIBERTO.

¿No haceis lo que manda
Belisarda?

ENRIQUE.

Sí.
(*Siéntanse como dice Porcia.*)

JULIA. (*Ap.*)

¡Frenesí notable!

CELIA. (*Ap.*)

¡Cuerdo frenesí!

FEDERICO. (*Ap.*)

A Enrique prefiere;
No me quiere á mí.

FILIBERTO. (*Ap.*)

Mia será Chipre.

ENRIQUE. (*Ap.*)

La ocasion perdí.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Para qué porfía
Quien nació infeliz?

MÚSICA.

Pastores de la Arcadia, etc.

PORCIA.

Flora, va un juego.

JULIA.

Yo quiero
Entre todos disponer
El juego del escoger.

CELIA.

Ese ha de ser el primero.

JULIA.

Y puede cualquier pastor,
Si quiere, decir ahora
A la serrana que adora.

ENRIQUE.

Juego es que tiene primor,
Aunque es usado.

CELIA.

Empezar
Puedes.

JULIA.

Atencion, señores.

CASCABEL.

Empieza, Flora.

JULIA.

Pastores,
Ninguno se ha de picar.
Anfriso, quiero saber...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Por Anfriso empezar quiso.

JULIA.

¿Qué quisieras ser, Anfriso,
Si tú dejaras de ser?

ENRIQUE.

Ser Olimpo deseara.

CASANDRA.

Ser vos, Olimpo, eligió.

FEDERICO.

¿Por qué quisierais ser yo?

ENRIQUE.

Para que Anarda me amara.

JULIA.

Si él pudiera, ¿qué escogiera
Olimpo?

FEDERICO.

Yo lo diré.
Ser Anfriso, para que
Belisarda me quisiera.

JULIA. (*Á Porcia.*)

¿Y tú?

PORCIA.

Si ahora es preciso
Elegir y responder,
Anarda quisiera ser
Para aborrecer á Anfriso.

JULIA.

Y Anarda, ¿qué deseara?

PORCIA. (*Ap.*)

¡Muerta estoy!

CASANDRA.

(*Ap.* Mi muerte vi.)
Ser Belisarda, y así
De Olimpo no me acordara.

MÚSICA.

Pastores, pastoras,
Dejad esos juegos;
Que jugais á escoger el amor,
Y escogeis á los celos.

CÁRLOS. (*Ap. á Filiberto.*)

Cuerda está la Reina ahora.
¿Cómo no delira ya?

FILIBERTO.

Siempre sosegada está
Cuando piensa que es pastora.

JULIA.

Qué quisiera ser, proponga
Bato.

CASCABEL.

Sábado confieso.

CELIA.

Pues ¿por qué?

CASCABEL.

Porque con eso
Me deseara mi mondonga.
Celia, si de ser dejaras,
Dime lo que ser quisieras.

CELIA.

Domingo, porque me vieras,
Pero nunca me alcanzaras.

JULIA.

Chaparro ¿qué fuera aquí,
Si no ser él escogiera?

CHILINDRON.

Retrete, porque estuviera
Mi Flora dentro de mí.
Si dejar de ser pudiera
Mi Julia...

JULIA.

Flora me llamo.

CHILINDRON.

¿Qué quisiera ser?

JULIA.

Su amo,
Para que él me aborreciera.

PORCIA.

Pastor Cardenio, el leal,
¿Qué elegis? Hablad sin miedo.

FILIBERTO.

Ser mayoral.

PORCIA.

Si yo puedo.
No habeis de ser mayoral.

JULIA.

Salicio, ea, á responder
La propuesta de las dos.
¿Qué quisierades ser vos,
Si vos dejarais de ser?

CASANDRA.
¿Quereis ser Olimpo?
CÁRLOS.
No.
JULIA.
¿Y Anfriso?
CÁRLOS.
¿Eso he de querer?
Si yo dejara de ser,
Volver quisiera á ser yo.
FEDERICO.
Dime la razon.
ENRIQUE.
Ya tarda
Ese argumento importuno.
CÁRLOS.
Porque como yo, ninguno
Tendrá amor á Belisarda.
Yo la adoro, y yo no espero
Ser otro; porque yo sé
Que si otro soy, la querré
Ménos de lo que la quiero.
FEDERICO.
Yo soy quien la quiere y ama.
CASANDRA. (*Ap.*)
¿Cómo este desprecio espero?
ENRIQUE.
Más la quise yo, primero
Que delirase su llama.
En su delirio escarmiento.
No está hermosa su locura.
CÁRLOS.
Mas quiero yo á su hermosura
Que quiero á su entendimiento.
FEDERICO.
Mas merezco. Infeliz fuí.
Luz y delirio adoré.
ENRIQUE.
Discreta beldad amé.
CASANDRA. (*Ap.*)
¡Que esto escuché!
PORCIA. (*Ap.*)
¡Que esto oí!
MÚSICA.
Pastores, pastoras,
Dejad esos juegos, etc.
JULIA.
Va otro juego de primor.
Doite esta flor.
PORCIA.
¿A qué efeto?
JULIA.
Al que fuere mas discreto
Quiero que des esa flor.
PORCIA.
Doila á Salicio.
ENRIQUE.
¿Prefieres
Su ingenio? ¿El de Anfriso no?
CÁRLOS.
¿En qué soy discreto yo?
PORCIA.
En que desconfiado eres.
CÁRLOS.
¿El favor he granjeado
Por desconfiado, en efeto?
MÚSICA.
Que no puede ser discreto
El que fuere confiado.

PORCIA.
Con condicion te la dí,
Que se la des al amante
Que aquí fuere mas constante.
CÁRLOS.
Doila á Anfriso.
ENRIQUE.
¿Por qué á mí?
CÁRLOS.
A tí te la debo dar.
ENRIQUE.
¿Por qué en dármela convienes?
Respóndeme.
CÁRLOS.
Porque tienes
La constancia en olvidar.
ENRIQUE.
Luego iguales son ahora
En constancia repetida...
MÚSICA.
Amante que siempre olvida,
Y amante que siempre adora.
CÁRLOS.
Porque la des te la doy
A la mas bella y gallarda.
ENRIQUE.
Pues dóisela á Belisarda.
PORCIA.
¿Yo la mas hermosa soy?
La eleccion es rigurosa.
Anarda es mas celebrada.
ENRIQUE.
Si eres la mas desdichada,
¿No has de ser la mas hermosa?
PORCIA.
Pues ¿tengo mas hermosura
Porque mas infeliz sea?
MÚSICA.
La mayor señal de fea
Es tener mucha ventura.
ENRIQUE.
Con condicion te la dí,
Que la des (tu amor empiece)
Al galan que te merece.
PORCIA.
Pues dóitela, Olimpo, á tí.
FEDERICO.
¿Cómo el mérito me ofreces,
Si tu amor me desdeñó?
PORCIA.
En que no te quiero yo
Conozco que me mereces.
FEDERICO.
Pues si merecer intento,
¿No tendré esperanza alguna?
MUSICA.
Quien quiere tener fortuna,
No tenga merecimiento.
PORCIA.
Y has de dársela tambien
Al mas feliz.
FEDERICO.
Sea así.
JULIA.
Pues dámela, Olimpo, á mí,
Que en mi vida quise bien.
(*Tómasela Julia.*)

FEDERICO. (*Á Porcia.*)
Que es la mayor dicha siento,
Belisarda.
CASANDRA.
Es grande error.
MÚSICA.
La que nunca tuvo amor,
Nunca tuvo entendimiento.
JULIA.
Con esta flor del amor
A un pastor has de premiar.
(*Dala á Casandra.*)
CASANDRA.
(*Ap.* Así me pienso vengar.)
Anfriso, toma la flor.
(*Dala á Enrique.*)
PORCIA. (*Ap.*)
A Enrique ha favorecido.
FEDERICO. (*Ap.*)
Parece que quiero bien,
Porque he sentido el desden.
PORCIA. (*Ap.*)
¡Oh celos!
ENRIQUE. (*Ap.*)
Feliz he sido.
PORCIA. (*Ap.*)
¡Oh quién matarle pudiera!
ENRIQUE. (*Ap.*)
¿Quién tal premio mereció?
FEDERICO. (*Ap.*)
Aunque no la quiero yo,
No quiero yo que le quiera.
JULIA.
(*Ap.* Que ha de descubrirse espero.
¿Cómo lo podré estorbar?)
Celia...
CELIA.
¿Qué?
JULIA.
Vuelve á cantar
Lo que cantaste primero.
CELIA.
Pastores, pastoras,
Dejad esos juegos, etc.
JULIA.
(*Ap.* Desta manera, no sé
Si divertirla podré.)
¿Cuál es la mejor fortuna,
Celia?
CELIA.
No tener ninguna.
JULIA.
¿Quién mejor fortuna alcanza?
CÁRLOS.
El que no tiene esperanza.
JULIA.
¿Cuál amante quiere bien?
FEDERICO.
El que mas siente el desden.
PORCIA.
¿Cuál es el mayor dolor?
ENRIQUE.
Tener celos con amor.
PORCIA.
Pues en mi pena inmortal
Celos es el mayor mal,

De la Arcadia los pastores
Han de probar mis rigores.
(*Embiste con todos, y dales con un cayado ú otra cosa.*)

FEDERICO.
¡Señora mia!

CASANDRA.
¡Ay de mí!

PORCIA.
Todos moriréis así.

FILIBERTO.
Hija, repara mejor...

PORCIA.
Véte, Cardenio traidor.

CHILINDRON.
Huye, Bato.

CASCABEL.
Ese es mi oficio.

CÁRLOS.
Mira...

PORCIA.
Déjame, Salicio.

JULIA.
Repara...

PORCIA.
Déjame, Flora.

CASANDRA.
Mira...

PORCIA.
Huye de mí, traidora.

ENRIQUE.
Dejarla sola es preciso.

PORCIA.
No os vais; esperad, Anfriso.

ENRIQUE.
Belisarda, ¿qué mandais?

PORCIA.
Lo que quiero es que me oigais.

FILIBERTO.
Habladla, todos nos vamos.
(*Quedan solos un momento Porcia y Enrique.*)

PORCIA.
Ahora, que solos estamos,
Traidor Enrique...

ENRIQUE.
¿Qué es esto?

CÁRLOS. (*Dentro.*)
Venid; llevémosla presto.
(*Vuelven á salir todos, ménos Filiberto.*)

PORCIA.
Villanos, ¿no me dejais?

FEDERICO.
Señora, advierte...

PORCIA.
¿No os vais?

ENRIQUE.
¡Enrique no me llamó?

CÁRLOS.
¿No venis, Anfriso?

ENRIQUE.
No.

PORCIA.
Porcia soy, traidor ingrato.
Tu olvido y tu aleve trato...

ENRIQUE. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿qué es esto que oí?

PORCIA.
Me tienen fuera de mí.

FEDERICO.
De aquí la hemos de llevar.

PORCIA.
¡Que aun no me dejeis hablar!

FEDERICO.
Vén, Belisarda.

PORCIA.
Ya voy.

CÁRLOS. (*Ap.*)
Muerto estoy.

ENRIQUE. (*Ap.*)
Confuso estoy.

CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Pluguiera al cielo muriera
Antes que del mar saliera!

FEDERICO. (*Ap.*)
¡Que yo la vida le dí,
Y me dé la muerte á mí!

CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Que esté loca su hermosura!

ENRIQUE. (*Ap.*)
¿Si es fingida su locura?

FEDERICO. (*Ap.*)
¡Que tambien finge conmigo!

CASANDRA.
Vén, Anfriso.

ENRIQUE.
Ya te sigo.

PORCIA.
(*Ap.* Con él se va á declarar.
¡Que aun no me dejen hablar!)
Sabe... Pero hablar no puedo.

ENRIQUE.
¿Qué dices?

PORCIA. (*Ap.*)
¡Oh mortal miedo!

CÁRLOS. (*Ap.*)
A Enrique quiere ¡Ay de mí!

FILIBERTO. (*Dentro.*)
¿No venis, pastores?

TODOS.
Sí.

ENRIQUE.
Pero hoy á voces diré...

CÁRLOS.
Yo á todos confesaré...

FEDERICO.
Pues decir podrá mi labio...

PORCIA.
Pues diga á voces mi agravio...

ENRIQUE.
Que hoy es la mejor fortuna...

MÚSICA.
No tener ninguna.

CÁRLOS.
Que mayor tormento alcanza...

MÚSICA.
El que no tiene esperanza.

FEDERICO.
Y que solo quiere bien...

MÚSICA.
El que mas siente el desden.

PORCIA.
¿Y cuál es mayor dolor?

MÚSICA.
Tener celos con amor.

TODOS Y LA MÚSICA.
Pues, pastores, pastoras,
Dejad esos juegos, etc.

JORNADA TERCERA.

(DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.)

Bosque inmediato á una quinta real.

ESCENA PRIMERA.

CASANDRA, FILIBERTO, ENRIQUE, FEDERICO, CÁRLOS, JULIA, CELIA, CASCABEL Y CHILINDRON; *todos deteniendo á* PORCIA.

PORCIA.
Dejadme todos.

CELIA.
Mira...

ENRIQUE.
Considera...

JULIA.
Advierte...

CÁRLOS.
Escucha.

CASCABEL.
Aguarda.

FEDERICO.
Tente.

FILIBERTO.
Espera.

PORCIA.
¿Qué he de advertir, si muero?
Qué he de esperar, si bien ninguno espero?
Qué he de ver, si estoy ciega?
Qué he de oir, si sorda á todo llega
Aquesta vida poca?
¿Y qué me he de tener, si estoy tan loca,
Que el juicio pierdo de dos veces? (*Ap.*
¡Cielos,
Primero de temor, y ahora de celos!)
Dejadme todos, digo.

FILIBERTO.
(*Ap. á los otros.* Pues el humor de sus locuras sigo
Por templar sus extremos,
Y sola quiere estar...) Sola dejemos
Su infelice hermosura.

PORCIA.
Tú sabes la ocasion de mi locura,
Pues solo tú deseas remedialla.

JULIA. (*Ap. á Porcia.*)
Mira que te declaras mucho.

PORCIA. (*Ap. á ella.*)
Calla,
Julia; que todo esto importa poco;
Que el loco con razon está mas loco.

CÁRLOS.
¿Quién remediar pudiera
Tus sentimientos, aunque á precio fuera
De su vida?

PORCIA.
Ya sé lo que te debo;
Pero tarde á pagártelo me atrevo.

FEDERICO.

Yo mas que todos siento tus pesares.

PORCIA.

Ya lo sé; pero es justo que repares
Que no hay fe mas inútil, mas perdida,
Que la fe que no es mas que agradeci- [da.

ENRIQUE.

Señora...

PORCIA.

Nada digas
Tú, Anfriso; nada me hables; no prosi- [gas.
Quítate de mis ojos,
Porque tú solo aumentas mis enojos,
De dos partos naciendo mis desvelos,
(*Ap.* Primero de temor, y ahora de ce- [los.)

CASANDRA.

Hermosa Belisarda,
Desta montaña la deidad gallarda,
¿Con qué divertirás tanta tristeza?

PORCIA.

Con no ver en mi vida tu belleza.

CASCABEL.

Nunca mas loca ha estado.

CHILINDRON.

¿Cómo?

CASCABEL.

Verdades son cuantas ha hablado.

PORCIA.

¡Que no querais dejarme!
Señor, habiendo todos de matarme,
¿De que me habrá servido
Loca estar? Que me dejen todos pido.

FILIBERTO.

Que la dejeis os ruego
Este instante que está furiosa, y luego
Podréis buscarla para divertilla.

CASCABEL.

¡Qué lástima! (*Vase.*)

CHILINDRON.

¡Qué pena! (*Vase.*)

CELIA.

¡Qué mancilla!
(*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pues incapaz á su hermosura quiero,
Desengañarla de su error espero.
(*Vase.*)

ENRIQUE. (*Ap.*)

Pues imperfecta su hermosura miro,
Bella Casandra, á tu favor aspiro.
(*Vase.*)

CASANDRA. (*Ap.*)

Pues ocasion hallé para vengarme,
De Federico á Enrique he de mudarme.
(*Vase.*)

FEDERICO. (*Ap.*)

Pues he dado la vida á la que adoro,
En vano, cielos, mis desdichas lloro.
(*Vase.*)

FILIBERTO. (*Ap.*)

Pues mi ambicion consigue su deseo,
No he de parar hasta el mayor empleo.
(*Vase.*)

ESCENA II.

PORCIA, JULIA.

PORCIA.

¿Fuéronse?

JULIA.

Ya se han ido.

PORCIA.

Pues hable mi sentido en su sentido.
¿No viste cuán variable
Enrique, cuán ingrato, cuán mudable,
En el juego pasado
Amante de Casandra se ha mostrado?

JULIA.

Sí vi; pero tambien vi cuán amante
Cárlos se mostró tuyo, y cuán constan- [te
Federico te adora.
Si uno es el que te ofende, dos, señora,
Son hoy los que te obligan.
A un sentimiento dos alivios sigan.

PORCIA.

¡Ay Julia! que es en vano
Hallar alivio en mí, pues está llano
Que hacer hasta hoy amor nunca ha sa- [bido
De muchos olvidados un querido.
Y pues morir me veo
A manos de mi bárbaro deseo,
Que verdugo tirano de mi estrella
Me da la muerte, por mandarlo ella,
Quiero salirle al paso
Y apagar este fuego en que me abraso.
Sepa Enrique que ha sido
Mi locura fingida, y que ha perdido
Por inconstante, por altivo y vano,
Hoy la ocasion de merecer mi mano.

JULIA.

Mira cuánto aventuras
En romper el secreto.

PORCIA.

Mal procuras
Persuadirme, sabiendo que en efeto
No peligra en los locos el secreto;
Pues con volverse á ser como ántes lo- [co,
Cuanto dijo primero importa poco.
Iré á buscarle, pues que mi esperanza
No tiene otra venganza.

JULIA.

El á esta parte con Casandra vuelve.

PORCIA.

En esto mi desdicha se resuelve.
Mas disimula (mal mi ardor resisto);
No démos á entender que le hemos vis- [to.

ESCENA III.

ENRIQUE, CASANDRA. — DICHAS.

ENRIQUE.

Bellísima Casandra,
De cuya luz, humana salamandra,
Se alimenta mi vida,
En el fuego, del fuego defendida,
Tu divina belleza,
Iman de mis sentidos, la fiereza
De Porcia...

CASANDRA. (*Ap. á él.*)

No prosigas
Ni los extremos de tu amor me digas;
Que Porcia escuchar puede.

ENRIQUE.

Pues suspensa la voz por ahora quede.

CASANDRA.

Yo, pues que no me ha visto, no quisiera
Que contigo me viera.

ENRIQUE.

Véte; que yo me quedo,
Por si ocultarte desta suerte puedo.

CASANDRA.

Yo volveré á buscarte
A aquesta misma parte
Despues... (*Ap.* Por ver si pueden mis [recelos
De Enrique castigar celos con celos.)
(*Vase.*)

JULIA. (*Ap. á Porcia.*)

Ya él solo se ha quedado.

PORCIA.

Pues declárese á voces mi cuidado.
Véte, y avisarás si alguien viniere.
Hablando viva quien callando muere.
(*Vase Julia.*)

ESCENA IV.

PORCIA, ENRIQUE.

PORCIA.

Anfriso, ¿dónde has dejado
El ganado?

ENRIQUE.

Tan perdido,
Que apénas dél he sabido,
Por irme tras mi cuidado.

PORCIA.

No es poco que haya llegado
A sentir algun rigor
Tan desahogado pastor,
Que apénas tiene esperanza
Cuando la trueca en mudanza,
Y hace olvido el que era amor.

ENRIQUE.

No entiendo lo que has querido
Decir en eso.

PORCIA.

Yo sí,
Que amante un tiempo te vi
De otra belleza.

ENRIQUE.

No han sido
Necios mudanza y olvido,
Si un defecto hizo el efeto.

PORCIA.

Si ha de ser tal el sugeto
Que has de amar, que no ha de haber
Defecto en él, ¿qué mujer
Has de hallar sin un defeto?

ENRIQUE.

Defecto en la perfeccion
Del alma, amarle es locura,
Pues no hay perfecta hermosura
Sin perfecta discrecion.

PORCIA.

Aquesa es falsa opinion;
Que la hermosura es objeto
De los ojos, y su efeto
En sola la vista está:
El mismo sol lo dirá,
Que es hermoso y no es discreto.
Luego en material criatura,
En quien no cabe razon,
Sin perfecta discrecion
Se halla perfecta hermosura.
Luego, Enrique, mi locura
Mi belleza no ofendió;
Y quien mi belleza amó,
Mudarse no habia cruel,
Pues le hace imperfecto á él
Su mudanza, y á mí no.

ENRIQUE.

Antes que me atreva aquí
A esa duda á responder,
Una pregunta he de hacer.
¿Enrique me llamas?

PORCIA.

Sí.

ENRIQUE.

¿Luego acuérdaste de mí,
Quién era y quién fuiste?

PORCIA.

Aunque hoy

Confieso que tal estoy
Que acordarme no debiera
De quién eres y quién era,
Sé quién eres y quién soy.
Y para probar mejor
Si lo sé, porque te espante,
Yo soy Porcia la constante,
Tú eres Enrique el traidor.
Yo soy la que de tu amor
Viví un tiempo agradecida,
Tú quien de mi amor se olvida;
Yo quien se sabrá vengar,
Y tú quien ha de llorar
Al ver la ocasion perdida.
No pretendas apurar
La causa que me ha movido
A haberme loca fingido,
Pues te ha bastado llegar
A entender y averiguar
Que el tiempo que cuerda fuí,
Con todos loca me ví
Por ti; pero al reves hoy,
Que loca con todos soy,
Y estoy cuerda para ti. (*Vase.*)

ESCENA V.

ENRIQUE.

Aguarda, detente, espera.
¿Qué es esto que escucho, cielos?
¡Porcia finge su locura!
Porcia tiene entendimiento!
¡Ay de mí, que neciamente
Pasé mi amor á otro objeto,
Pues neciamente perdí
La ocasion de tanto empleo!

ESCENA VI.

CASANDRA. — ENRIQUE.

CASANDRA.

A saber si de mí dijo
Porcia alguna cosa vuelvo.

ENRIQUE.

De tí no me dijo nada;
De sí mucho dijo: y puesto
Que su amor de mis sentidos
Es el acreêdor primero,
Primero debo pagarle.
Perdona, Casandra, viendo
Que violenta mi esperanza
En tí está, y vuelve á su centro. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CASANDRA.

¿Qué estrella, cielos divinos,
De todo ese azul imperio
Es la que tiene á su cargo
Apurar mi sufrimiento?
A Federico con poca
Suerte quise; y cuando quiero
Vengarme, fingiendo amor
A Enrique, uno y otro pierdo.
Un olvido sentí ántes,
Un desprecio ahora siento,
Pues por vengar un olvido
He caido en un desprecio.

ESCENA VIII.

FILIBERTO, FEDERICO. — CASANDRA.

FILIBERTO.

Casandra...

CASANDRA.

Señor...

FILIBERTO.

¿Adónde
Está Porcia?

CASANDRA.

Al mismo tiempo
Que todos, la dejé yo.

FILIBERTO.

Pues una cosa te ruego,
Y es que la busques, y trates
Mas de sus divertimientos
Que hasta aquí; porque me importa,
Hoy que del valle me ausento,
Que esté mas entretenida
Que nunca: yo vendré presto;
Que solo á la corte voy.

CASANDRA.

Obedecerte es mi intento,
Y hoy un modo de academia
Será su entretenimiento,
Ya que quiere mi fortuna
Que alegre á quien aborrezco. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FILIBERTO, FEDERICO.

FEDERICO.

¿A qué, señor, á la corte
Ahora vas?

FILIBERTO.

Oye atento.
Mejor nos sucede todo
Que imaginamos, supuesto
Que en la mitad de sus iras
Perdió la fuerza el veneno.
Ella en efecto en sus temas
Ha llegado á tanto extremo,
Que ya propios y ya extraños
Están de su entendimiento.
Desconfiados; y así
Me ha parecido que es tiempo
De que yo empiece á coger
El fruto de mi deseo.
A la corte, Federico,
Voy, para que el parlamento,
Por esta incapacidad
De Porcia, me entregue el reino,
Pues soy de su muerto juicio
El mas cercano heredero.
Tú has de quedarte en la selva
Fomentando y disponiendo
Todas las causas que hacen
Mas su locura, pues creo
Que yo en tu asistencia bien
Segura la espalda tengo.

FEDERICO.

Con justa satisfaccion
De mí te fias, pues puedo,
Señor, una y muchas veces
Repetir el juramento
De que tu secreto esté
Tan bien guardado en mi pecho,
Que otra persona ninguna
Llegue á saber tu secreto
Mas de aquellas que han llegado
Hasta este instante á saberlo.

FILIBERTO.

De tu lealtad no lo dudo.

FEDERICO.

De mi lealtad te lo ofrezco.
(*Vase Filiberto.*)

ESCENA X.

FEDERICO.

Y es verdad que mi lealtad
En la obligacion me ha puesto
De habérselo dicho á quien
Tan poco se lo merezco,
Vasallo y amante, pues
Pude merecer á un tiempo
Para lo que fué lealtad,
Nombre de fineza; pero
Fineza y lealtad han sido
En mí de tan poco efecto,
Que ni fino ni leal
Un solo agrado merezco.

ESCENA XI.

CASCABEL. — FEDERICO.

CASCABEL.

¡Ah, señor! ¿qué suspension
Es esta? Pero ¿qué necio
Lo dudará? pues dos causas
Tiene para estar suspenso
Quien es caballero andante
Y pastor parante á un tiempo,
Dos polos en quien estriba
La esfera del poco seso,
Pues no se habló en las historias
De pastor ni caballero
Capítulo que dijese
Que comieron y bebieron.

FEDERICO.

No vengas ya con locuras,
Sino dime dónde (¡ay cielos!)
Está Porcia.

CASCABEL.

Si de Porcia
He de hablarte, ¿cómo puedo
Dejar de decir locuras,
Diciendo, señor, y haciendo;
Que si un loco ciento hace,
Una loca hará doscientos?
Mas por esta parte viene
Enrique, y que dirá creo
Dónde queda.

FEDERICO.

Por no hablarle,
Ya no quisiera saberlo.
Vamos de aquí.

ESCENA XII.

ENRIQUE. — FEDERICO, CASCABEL.

ENRIQUE.

Federico...

FEDERICO.

¿Qué mandais?

ENRIQUE.

Decidme os ruego
Si acaso por esta parte
El sol habeis visto bello
De Porcia ir iluminando
Su fértil espacio ameno.

FEDERICO.

Aunque es verdad que de aquesa
Pregunta poco me ofendo,
Pues servir á Porcia vos
No lo extraño, aunque lo siento,
Preguntarme á mí por ella
Es especie de desprecio:
Y así os pido la busqueis,
Sin darme á mí parte dello;
Que no lo quiero saber
De vuestra boca: advirtiendo
Que si en alguna pasada
Ocasion pudo el respeto
De Filiberto hacer nuestras
Amistades, en habiendo
Nueva ocasion que me obligue,
Habrá tambien nuevo empeño

Que os escarmiente de andar
Siempre á mi esperanza opuesto.

ENRIQUE.

Al preguntar yo por Porcia,
Que no reparé os confieso
En que el escrúpulo pudo
Causar nuevo sentimiento.
Aquesta satisfaccion
Os doy, por lo que pretendo
No romper aquellas paces;
Pero ahora, respondiendo
Al haber dicho que vos
Podeis darme á mí escarmiento,
Solo os respondo que solo
Vos debiérades tenerlo,
Pues siempre debió quedar
Escarmentado el mal puesto.

FEDERICO.

No queda mal puesto quien
Sin sentido y casi muerto
Perdió un guante, qué tambien
Llegó en vuestra sangre envuelto
A manos de Porcia bella:
Y si habeis pensado que eso
Fué ventaja y no fortuna,
Habréis...

ENRIQUE.

Tened el acento,
Porque ántes que la palabra
Oiga, vengaré el intento.

FEDERICO.

Sin haberla pronunciado,
La sustentaré.
(*Empuñan.*)

ESCENA XIII.

PORCIA Y CHILINDRON.—ENRIQUE, FEDERICO, CASCABEL.

PORCIA.

¿Qué es esto?

CASCABEL. (*Ap.*)

La primera vez es que
Llegó la locura á tiempo.

CHILINDRON. (*Ap.*)

A fe que si no llegara,
Que habiamos de ir huyendo.

PORCIA.

Anfriso, Olimpo, pues ¿cómo
No han cesado los encuentros
Entre los dos?

ENRIQUE.

Yo...

PORCIA.

No mas.

FEDERICO.

Por mí no...

PORCIA.

Escuchar no quiero
Disculpas.

FEDERICO.

Mira, señora,
Que nos turba tu respeto...
(*Ap. á ella.* Y es decir á Enrique que es
Tu locura fingimiento.)

ENRIQUE.

Advierte... (*Ap. á ella.* Que me has fiado
De tu locura el secreto,
Y es decir á Federico
Que estás con entendimiento.)

PORCIA.

(*Ap.* La cólera me cegó.)
Y mas cuando considero
Que vos daréis la ocasion
Siempre á cualquier sentimiento.

ENRIQUE.

¿Yo? ¿Por qué?

PORCIA.

Porque vos sois
El mas vano, el mas soberbio
Pastor de cuantos la Arcadia
Contiene: y así idos presto
De mi presencia.

ENRIQUE.

Sí haré,
Si con irme os obedezco.
(*Ap.* Por Federico ha fingido.)

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Qué bien á su tema ha vuelto!

ENRIQUE. (*Ap.*)

Y así hasta que quede sola,
Bien que á mi pesar, me ausento.
(*Vanse Enrique, Cascabel y Chilindron.*)

ESCENA XIV.

PORCIA, FEDERICO.

FEDERICO.

Aunque el haberte mostrado
Tan de mi parte agradezco,
Tu enojo temí... Y ahora
Escúchame. Filiberto
Hoy á la corte se ha ido
A hacer con el parlamento
Que por tu incapacidad
Le jure su rey el reino:
Y si él se mira una vez
Ceñido corona y cetro,
Quitársela de las manos
Será mas difícil luego.
Mira qué es lo que has de hacer.

PORCIA.

No lo sé, si considero
Que todas las plazas fuertes,
Los cargos y los gobiernos
Están dados de su mano.
Siendo así, yo me contento,
Federico, con vivir.
Goce un tirano mi imperio,
Y viva yo en mi locura,
Pues mas sagrado no tengo.

FEDERICO.

Si tienes, y si me das
Licencia, propondré un medio.

PORCIA.

Di cual es.

FEDERICO.

Firma unas cartas
Que yo escribiré, y haciendo
Desta verdad sabidores
A los comarcanos reinos,
Pídeles favor y amparo;
Que si un ejército veo
A tu devocion en Chipre,
Podrás declararte luego,
Y la traicion castigando,
Satisfacerte venciendo.

PORCIA.

En las deshechas fortunas
No hay que elegir los remedios.
Las cartas escribe.

FEDERICO.

¡Y cuándo
De mis lealtades el premio
Podrá atreverse á tener
La esperanza que no tengo?

ESCENA XV.

CÁRLOS, CASANDRA, ENRIQUE, JULIA, CELIA, CASCABEL, CHILINDRON.— PORCIA, FEDERICO.

JULIA. (*Dentro.*)

Allí está.

CASANDRA. (*Dentro.*)

Lleguemos todos.
(*Salen.*)

FEDERICO.

¿Cuándo tendrán mis deseos
Mérito en tus sinrazones?
Mas no lo digas: más quiero
El alivio de dudarlo
Que la pena de saberlo.

CASANDRA.

¡Oh Belisarda! á buscarte
Todos venimos contentos
(*Ap.* Sino yo), por divertir
Tus tristezas.

PORCIA.

¿Qué es aquello?
Olimpo, acude al peligro:
Mira que anda el lobo haciendo
Diligencias de llevarte
Hoy todo el rebaño entero.
Corre, Olimpo, por tu vida,
Y estorba á ese lobo hambriento
Que en la cordera ensangriente
Las garras.

FEDERICO.

Yo te lo ofrezco,
Y hoy verás en su defensa
Mi cuidado.

PORCIA.

Corre presto.
(*Vase Federico.*)

ESCENA XVI.

PORCIA, CASANDRA, CÁRLOS, ENRIQUE, JULIA, CELIA, CASCABEL, CHILINDRON.

JULIA.

En tanto que Olimpo acude
De todo el rebaño al riesgo,
Todos queremos, zagala,
Divertir tus pensamientos.

CÁRLOS.

Y como siempre buscamos
Varios modos de festejos,
El desta tarde ha de ser
El divertirte con versos.

CASANDRA. (*Ap. á los otros.*)

Flora, fingiendo que está
Un capítulo leyendo
De los libros de pastores,
Dará á todos los sujetos.

ENRIQUE. (*Ap. á Porcia.*)

Advierte en el que me diere,
Que he de hablarte, respondiendo
A la queja de hoy.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Aquí
Hoy desengañarla pienso
Destas locuras.

PORCIA.

Pues todos
Id repartiendo los versos.
Empieza, Flora.

JULIA. (*Ap. á los otros.*)

Haced cuenta
Que ahora en un libro leo,
Y lo que fuere mandando,
Id al punto obedeciendo.

CASCABEL.

¿Qué nos mandará á los dos?

CHILINDRON.

Lo que nos mandare harémos.

JULIA.

(*Abre un libro y hace que lee.*)

«Era la estacion del dia
Mas ardiente, cuando Febo
Iba en la declinacion
Todas las sombras creciendo.
En el rigor de la siesta,
Al valle *Celia* saliendo,
Celosa de su pastor,
Desta suerte *cantó* al viento...»

CELIA. (*Canta.*)

Ruiseñor, que volando vas,
Cantando finezas, cantando favores,
¡Oh cuánta pena y envidia me das!
Pero no; que si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos, y tú llorarás.

JULIA.

«En esta contienda estaban
Los pastores, cuando vieron
En la cumbre de los montes
A *Anfriso*, consigo haciendo
Varios discursos de amor;
Y no los hacia tan quedo,
Que no oyesen estas voces,
Mal repetidas del eco.»

ENRIQUE.

Amor, si ha sido una estrella
Sola influjo de tu ardor,
Mal podrá segundo amor
Introducirse con ella.
Luego el que una beldad bella
Primero amó, aunque despues
Otra sirva, no ama, pues
Para ser amor perfecto,
Uno ha de ser el efecto,
Pues una la causa es.
Bien podrá esta inclinacion
Accidentes padecer;
Pero no dejar de ser
Mas poderosa pasion
Que otra alguna: y pues que son
Todas desta fija estrella
Solo un rasgo, una centella,
Imitarla podrá ser;
Mas no se podrán hacer
Tan eternas como ella.

JULIA.

«Mas dijera; pero vino
Su discurso interrumpiendo
Bato, un alegre pastor,
A quien todos le pidieron
Que algun cuento les contase,
Y él les contó aqueste cuento.»

CASCABEL.

Habia en una ciudad
Un loco: aqueste tenia
Tan gran tema, que decia
Ser toda la Trinidad.
Un hidalgo que gustaba
Dél, un vestido le dió;
Pero en dos dias quedó
Tan roto como se estaba.
El hidalgo le riñó,
Diciendo: «¿Cómo has rompido
Tan apriesa ese vestido?»
Y el loco le respondió:
«¿Cómo durar puede ser
En mi vestido ninguno,
Si el vestido solo es uno,
Y somos tres á romper?»
Esta respuesta sutil
Aplicar ahora me toca,
Pues una sola es la toca,
Y la rompemos tres mil.

JULIA.

»De la malicia de Bato
Los pastores se rieron,
Cuando *Belisarda* el valle,
Hermoso prodigio bello,
Apacentando pasaba
Un rebaño de corderos,
A quien Salicio seguia,
Desta manera diciendo.»

CÁRLOS.

Belisarda hermosa... Aunqué,
Pues nada á mí me acobarda,
No he de decir Belisarda;
Porcia sí, Porcia diré
En esta ocasion, porqué
Usar de nombre no quiero
Fingido, si considero,
Aunque vivas sin sentido,
Que disuena lo fingido
Donde habla lo verdadero.
Yo vi tu hermosura, y vi
El cielo abreviado en ella;
Que no bastara una estrella
Sola á avasallarme á mí.
Vida y libertad te dí;
Y aunque la mudanza lloro
Destos extremos que ignoro,
Tan firme me considero,
Que hablar como á Porcia quiero
A quien como á Porcia adoro.
Ni eres Belisarda, ni es
Arcadia esta selva bella:
Fingimientos son en ella
Todos los trajes que ves.
En tu acuerdo vuelve pues,
No te creas de un engaño:
Yo solo siento tu daño,
Pues cuando por tantos modos
Te están engañando todos,
Yo solo te desengaño.

ENRIQUE.

Todos los que deseamos
Su quietud, deseamos verla
Alegre; y desengañarla
Es tomarte mas licencia
De la que el juego permite.

CÁRLOS.

Es verdad; pero por esa
Razon el desengañarla
Es solamente quererla.

ENRIQUE.

Nadie mas que yo la estima.

CÁRLOS.

Mal tu mudanza lo muestra,
Pues que ya ingrato la ofendes.

ENRIQUE.

Ingrato es quien no se acuerda
De que me debe la vida,
Opuesto en mi competencia.

CÁRLOS.

Es tan hidalgo mi amor,
Que no se prende por deuda.

ENRIQUE.

Quien la dió, sabrá quitarla.

CÁRLOS.

Quien la tomó, defenderla.

PORCIA.

¿Qué es esto? Estando yo aquí,
Es muy sobrada licencia
Atreveros desta suerte.

JULIA.

Señora...

PORCIA.

Nada me adviertas;
(*Ap.* Que yo sé cuándo me importa
Estar loca y estar cuerda.)
¡Salicio, Anfriso! pues ¿cómo
Así alborotais la selva?
¡Así, Cárlos, así, Enrique,
Mi decoro se respeta!
¿Tan entendidos pastores
Hacen de las burlas véras?
¿Príncipes tan generosos
No atienden á mi presencia?
No me veréis en el valle
Otra vez para contiendas;
Y otra vez que me ofendais,
Sabré castigar mi ofensa.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Como la acordé quien es,
Con las especies diversas
Y confusas que la ocurren,
Majestad y humildad mezcla.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Como sabe que yo sé
Que está en su júicio, intenta
Como pastora reñirle,
Pero á mí como princesa.

CASANDRA. (*Ap.*)

Destos extremos no sé
Lo que mi discurso infiera.

PORCIA.

De amigos os dad las manos.

CÁRLOS.

Siempre estoy á tu obediencia.

ENRIQUE.

Ley es tu mandato.

ESCENA XVII.

FEDERICO. — DICHOS.

FEDERICO.

Ya,
Bella Belisarda, quedan
Del ladron de tu rebaño
Burladas las diligencias.
Vén adonde, de la suerte
Que trato prenderle, veas. (*Vase.*)

PORCIA.

Ya te sigo; que ya sé
Cuánto importa mi asistencia.
Ninguno me siga. (*Ap.* ¡Cielos!
Dadme remedio ó paciencia.) (*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

Hasta que la desengañe
Han de porfiar mis finezas. (*Vase.*)

ENRIQUE. (*Ap.*)

Aun no acabo de creer
Si está loca ó está cuerda. (*Vase.*)

CASANDRA.

Celia...

CELIA.

Señora...

CASANDRA.

Conmigo
Vén, porque quiero que sepas
El estado en que me han puesto
Mis ansias y mis sospechas.
(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

JULIA, CASCABEL, CHILINDRON.

CASCABEL.

Señora Julia...

CHILINDRON.

Señora
Agosta...

JULIA.

¿Qué es lo que intentan
Los dos?

CASCABEL.

Saber en qué estado
Está nuestra competencia.

CHILINDRON.

Y por cuál ha de quedar
Esa menuda belleza.

JULIA.

¿Cómo belleza menuda?

CHILINDRON.

Pues ¿no es una cosa mesma
Ser menuda que mondonga?

JULIA.

¿Hay tan grande desvergüenza?
¡Así, Chaparro, así, Bato,
Mi beldad se menosprecia!
¡Chilindron, Cascabel! ¿cómo
Se ofende así mi grandeza?
¿Dos lacayos tan pastores
Compiten en mi presencia?
No me verá este palacio,
No me escuchará esta selva
Otra vez, si aquí no os dais,
No digo las manos vuestras,
Sino mucha pesadumbre;
Y si no os rompeis apriesa
Las cabezas, os pondré
A las plantas las cabezas. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

CASCABEL, CHILINDRON.

CHILINDRON.

Alto á reñir; que lo manda
Juli-Flora.

CASCABEL.

¡Linda flema!
Pues ¿cuándo los que servimos,
Ya que es servirla quererla,
Hacemos lo que nos mandan?

CHILINDRON.

La razon no quiere fuerza,
Y así yo por esta parte
Me voy.

CASCABEL.

Y yo por aquesta.
(*Vanse.*)

—

Sala en la quinta.

ESCENA XX.

PORCIA, Y FEDERICO, *que trae escribanía y luz.*

FEDERICO.

Esta de la quinta es
La mas retirada pieza.

PORCIA.

¿Cerraste las puertas?

FEDERICO.

Sí.
Nadie podrá entrar por ellas,
Pues no está aquí Filiberto,
Que tiene llave maestra
Solamente.

PORCIA.

Pues las cartas
Me da apriesa, firmarélas.

FEDERICO.

En el pecho ocultas vienen.
Toma...

PORCIA.

¿Para quién es esta?

FEDERICO.

Es para el rey de Nicosia,
De Famagusta y de Creta.

PORCIA.

Y aquesta ¿para quién es?

FEDERICO.

Tente, aguarda, no la veas;
Que este es aquel basilisco
Que visto da muerte fiera.

PORCIA.

¿Cómo contigo le traes
Me di?

FEDERICO.

Como desde aquella
Ocasion en mi poder
Quedó, y porque nunca pueda
Tenerme sobresaltado
Con ninguna contingencia,
Siempre abrigado en mi pecho
Le he tenido.

PORCIA.

Al verle tiembla
El alma. Pues ¿por qué, dime,
No le abrasas?

FEDERICO.

Porque fuera
No poder dar cuenta dél
Mover alguna sospecha,
Y en mi pecho está tu vida
Segura.

PORCIA.

No te parezca
Que el leer aquestas cartas
Es dudar de tu fineza,
Sino advertirme de cómo
Disponer la diligencia.

ESCENA XXI.

FILIBERTO, *que sale sin ser sentido de* —PORCIA Y FEDERICO.

FILIBERTO. (*Ap.*)

Hice la proposicion
Con el Consejo, y apénas
La oyó, cuando la aceptó,
Y en tanto que se prevenga
El modo de coronarme,
Quise dar al monte vuelta,
Porque alguna novedad
No facilite mi ausencia.
Que en su cuarto Porcia está
Me dijeron: quiero verla,
Y asegurarla de que
No falto de su asistencia.
Mas ¿qué es esto? ¡Federico
Tan en secreto con ella,
Y ella leyendo! Escucharlos
Intento desde mas cerca.

PORCIA.

La carta está bien escrita.
Pero á una duda quisiera
Que me respondas. ¿Por qué
De Enrique y Cárlos no intentas
Valerte?

FEDERICO.

Porque los dos
Te sirven en competencia;
Y si de los dos, señora,
A un tiempo obligarte dejas,
Cuando á uno premies, quedar
Con otro enemigo es fuerza.
Fuera desto, no he querido,
Siendo mia la fineza,
Dar á mis contrarios hoy
Las armas con que me ofendan.
A ninguno has de deber
Nada, sino á mí.

FILIBERTO. (*Ap.*)

¡Qué llegan
A ver mis ojos!

PORCIA.

Vencida,
Federico, á tu respuesta,
Las cartas quiero firmar.

FILIBERTO.

Primero tengo de verlas.

PORCIA.

¡Ay de mí!

FEDERICO.

¡Cielos, qué miro!

FILIBERTO.

No las ocultes, espera.

FEDERICO.

Mira, señor...

PORCIA.

Filiberto,
Advierte...

FILIBERTO.

Nada hay que advierta.
¡Tú con juicio, y él traidor!

FEDERICO.

Yo, señor...

FILIBERTO.

Las cartas suelta.
Para informarme de todas,
Tengo de empezar por esta.

PORCIA. (*Ap.*)

¡Hay mujer mas infelice!

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Hay hombre de peor estrella!

FILIBERTO.

¡Qué carta es aquesta! ¡Cielos!
Turbado no acierto á lerla.
La cólera me ha quitado
La vista: confusa y ciega,
La letra apénas distingo,
Porque no forma las letras.
La sangre se hiela al pecho,
Y entre los labios la lengua
Balbuciente y tartamuda
Mal á articular acierta
Razon alguna... y pasando
Al corazon la violencia,
Siento abrasarme. ¡Ay de mí!
¡Hola!

ESCENA XXII.

CASANDRA, ENRIQUE, CÁRLOS, JULIA, CASCABEL, CHILINDRON, CRIADOS, GENTE. — PORCIA, FILIBERTO, FEDERICO.

TODOS.

¿Qué voces son estas?

FEDERICO.

Es un súbito accidente
Que á Filiberto atormenta.

PORCIA.

No es sino un justo castigo
Del cielo, porque se vea
Que así muere el que así mata.

FILIBERTO.

Pues ya que así muero, es fuerza
Decir la causa. Yo quise
Dar la muerte á Porcia bella,
Tiranamente ambicioso:
Dios castiga mi soberbia.
Un papel habia de ser
Su homicida: el cielo ordena
Que lo sea mio. Y pues hoy
Ejecuta su sentencia,
Muera yo rabiando, y viva
Porcia, vuestra invicta reina. (*Vase.*)

CASANDRA.

¡Qué desdicha es esta, cielos!

FEDERICO.

¡Cielos, qué ventura es esta!

. . . .

PORCIA.

¿Qué os admira? Qué os eleva?
Cuanto Filiberto ha dicho
Sabréis mas de espacio; y sea
Saber que ha sido fingida
Mi locura, la experiencia.

CÁRLOS.

Segun eso, á mí me estás
En obligacion mas cierta
Que á Enrique, pues quien te quiso
Loca, has de premiarle cuerda.

ENRIQUE.

De Porcia tuve esperanzas,
Y en nada el amor se muestra
Sino en perdonar, pues no ama
Quien del agravio se acuerda.

FEDERICO.

El reino y vida me debe,
Su deudo soy, y así es fuerza
Que dé premio á mi lealtad.

PORCIA.

Es verdad, porque se vea
En el *Arcadia fingida*
El premio de las finezas.
Cárlos, no puedes quejarte
De que mi vida agradezca.
No puedes quejarte, Enrique,
Pues por Casandra me dejas,
Que te deje con Casandra.

ENRIQUE.

Yo quedo feliz con ella.

CASANDRA.

Muerto mi padre, y casado
Federico, ya esto es fuerza.

CASCABEL.

Nosotros ¿en qué quedamos,
Hermosa Julia?

JULIA.

En tabletas.

CHILINDRON.

Uno escoge.

JULIA.

En ruin ganado
No hay que escoger: y así sea
Mi escoger, pedir humilde
Perdon de las faltas nuestras.

SAN FRANCISCO DE BORJA, DUQUE DE GANDIA,

COMEDIA DEL PADRE PEDRO DE FOMPEROSA, ESCRITA SOBRE UNA QUE ESCRIBIO DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA[1].

PERSONAS.

SAN FRANCISCO DE BORJA.
LA VIRTUD.
EL TIEMPO.
EL DEMONIO.
UN ÁNGEL.
DOÑA JUANA.
DON ANTONIO.
DON CÁRLOS DE BORJA.
NUÑO.
LUISA.
GASPAR.
CRIADOS.
CAZADORES.
ACOMPAÑAMIENTO.
PADRES DE LA COMPAÑÍA.

La accion pasa en Gandia, en Loyola y Oñate.

JORNADA PRIMERA.

Sala del palacio de San Francisco, en Gandía.

ESCENA PRIMERA.

LA VIRTUD, *bajando del cielo*, EL DEMONIO, *subiendo del abismo.*

VIRTUD.

Rompiendo esas doradas luces bellas
Que ornan al pabellon de las estrellas
Y á la rica techumbre
Del hermoso palacio de la lumbre,
A asistir á Francisco en este velo
La Virtud ha bajado desde el cielo.

DEMONIO.

Añadiendo mas nieblas á las nieblas,
Siendo el horror la guia en las tinieblas,
Desencajando con afan eterno
Los lóbregos candados del infierno,
Ahora subo á la tierra
Solo contra Francisco. ¡Oh qué vil guer-
(*Míranse.*) [ra!

VIRTUD.

Mas ¿qué miro? ¡Qué presto que se halla
El enemigo á presentar batalla!
Pero ¿qué importa, cuando el enemigo
De la vitoria es el mejor testigo?

DEMONIO.

Mas ¿qué miro? ¡Qué presto en mi tor- [mento
Es la Virtud opuesta de mi intento!
Pero ¿cuándo ha llegado
Tarde la oposicion á un desdichado?

VIRTUD.

¿Dónde vas, dueño del eterno abismo,
En nadie mas cruel que es en tí mismo,
Pues pruebas tus rigores
En el rigor mental de tus dolores?

DEMONIO.

¿Eso preguntas, cuando mi desvelo
Lidia en mortal coraje contra el cielo,
Y tanto, que no solo
Perder quisiera de uno al otro polo
Cuantas gentes parece que se sorbe
Esta robusta máquina del orbe,
Sino tambien quisiera
Dejar pobre de espíritus la esfera?

VIRTUD.

Ya yo sé que tu enojo, cruel tirano,
Opuesto es siempre del linaje humano,
Y sé tambien que ahora [llora,
Con quien ménos descuida y quien mas
Es Francisco de Borja, entre los hom-
Quien de Dios tiene... [bres

DEMONIO.

Calla, no le nombres;
Que solo con tu acento
Temo sentir aun mas de lo que siento.

VIRTUD.

Ya sé que conociendo por tu ruina
Los dulces pasos con que á mí camina,
Le intentas atajar con lo que hicieres.

DEMONIO.

Pues, Virtud, si lo sabes, ¿qué me quie-
[res?

VIRTUD.

Advertirte dos cosas: la primera,
Que es la Virtud su amiga verdadera,
Y venceré, no solo tus traiciones,
Sino que publicando sus acciones,
Como presto verás, será mi gloria
El buril inmortal de su memoria, [les
Con que escriba en eternos pederna-
La carrera feliz de sus anales.
La segunda, que sus inspiraciones,
Desde aquellas primeras vocaciones
Han crecido su grado, [mentado:
Con que su perfeccion mas se ha au-
Y creciendo su vida virtuosa,
Se hace tu pretension dificultosa.

DEMONIO. [do.

Aun mas me enojo en lo que estoy oyen-
Pues él ¿es algo mas del que naciendo
De real estirpe, y?...

VIRTUD.

Calla; que pues quieres
Atormentarte mas con lo que oyeres,
Me has de escuchar.

DEMONIO.

No solo he de escucharte,
Sino con la atencion acompañarte,
Aunque ya lo sé todo: y no embaraza
Ser yo quien le aborrezco; ántes es tra-
[za
Notar los triunfos de quien yo persigo,
Porque cuando es muy grande el ene-
[migo,
Sabe encenderse con afecto vario
El valor en la gloria del contrario.

VIRTUD.

Pues ahora me he de valer
De una prevencion.— ¡Ah Tiempo!
Tú, que llevando por alas
Dias, horas y momentos,
Examinas en tu curso
Obras, casos y sucesos,
Sal á mi voz; que bien puede
De la Virtud el precepto
Suponerte aquella forma
Que ella para sí ha dispuesto.

ESCENA II.

EL TIEMPO. — DICHOS.

TIEMPO.

Aquí me tienes, dudando
Y aun casi desconociendo
El verme aquí.

DEMONIO.

Es que lo raro
Se usa para mi tormento.

TIEMPO.

Pues ¡tanta moral figura
En cómica empresa!

VIRTUD.

Eso
Es reparo que despues
No le pondrás, en sabiendo
Para qué te llamo. Escucha,
Quedando el reparo puesto.
La Virtud, que es de Francisco
(Ese que por haber hecho
Grande su siglo, conoces)
El principal instrumento,
Baja á dos cosas: la una
A vencer á este soberbio
Monstruo que ahora está fraguando
Sus iras en su silencio;
Y la otra á dar noticia
De algunos de sus portentos.
Para esto me he valido
De tí, pues en tu concepto,
Como tan general, cabe
Referir lo que se ha hecho,
Pues nadie de todo da
Mejor noticia que el Tiempo.
Y habiendo una docta pluma[2]
En este mismo argumento,
Con pincel armonioso
Y colorido discreto,
Corrido tan bien, que nadie
Pasará ya de bosquejo,
Es menester que de tí
Y dél, por breve compendio,
Se tome lo que escribió
Para hacer memoria dello,
Y en síncopa disculpada
Recopilar los sucesos[3].
Este es el motivo: ahora
A tu duda voy. ¿No es esto
Una memoria de un grande
Varon, de un varon perfecto,

[1] Se atribuye á Don Melchor Fernandez de Leon, de quien no es; creemos que la escribió el Padre Fomperosa, de la compañía de Jesus: consta que es obra de un jesuita. Véase en el catálogo cronológico, que va en este mismo tomo, el artículo correspondiente.

[2], [3] Alusion, en nuestro concepto, á la comedia de CALDERON, de la cual dice el poeta jesuita que *es menester que tome.*

Que para que la enseñanza
Pase en el divertimiento,
Entra la moralidad
Con el disfraz del recreo?
Pues si esto es así, ¿habrá alguno
Que culpe que en un intento,
Cuyo fin de lo moral
El punto toca postrero,
Se valga de la figura
Moral para proponerlo?

TIEMPO.

Yo tan solo...

VIRTUD.

No prosigas,
Sino asísteme, advirtiendo
Que lo que habla la Virtud
Lo habla delante del Tiempo.

DEMONIO. (*Ap.*)

¡Que pueda junto á mi rabia
Asistir mi sufrimiento!

VIRTUD.

De Don Francisco de Borja,
Duque de Gandía excelso,
Contar la estirpe sería
Ajar, á poder hacerlo,
Sus luces; pues cuando son
Con repetidos trofeos
En las láminas del siglo
Su coronista ellos mesmos,
Lo tan sabido, quizás
Desestimara el recuerdo.
Nació... y aun ántes prodigio
Fué el suyo que nacimiento,
Pues por anuncios hablaron
Las profecías del cielo.
Crióse entre las delicias
De su grandeza; mas esto
Con las delicias tambien
De su virtud. ¡Cuán gran yerro
Será juzgar que no puede
Tener amigable asiento
El ejercicio virtuoso
En el trono de lo regio!
La música y caza eran
Los permitidos recreos
De que usaba con primores
Ejecutados dél mesmo,
Imitando armonioso
Con el acorde instrumento
Ya del ave la dulzura,
Ya de la rama el meneo,
Ya del céfiro el susurro,
Ya del arroyo el estruendo.
Doctrinóse en las escuelas,
Aprendió, no solo aquello
Que basta para añadir
Realce á lo caballero,
Sino lo que le sobraba
Para vivir del ingenio;
Que error será presumir
Que aquel que nació supremo
No ha menester estudiar
Mas que el inferior, supuesto
Que grandes obligaciones
Piden grandes desempeños;
Y en materia del saber,
Nadie dudará que es cierto
Que ha menester saber mas
El noble, que no el plebeyo.
Fué á la corte, halló privanza,
Granjeó aplauso, ocupó puestos...
—Pues con corte, con privanza
Y con aplauso, fué el mesmo
Que ántes era: el mismo caso
Sirva de encarecimiento.
Casóse con la igualdad
Que prometian hacerlo
Virtud y nobleza; dióle
Sucesion cumplida el cielo.
Fué á habitar su azul morada
La Emperatriz: á este tiempo
Encarga el Emperador
Al cuidadoso manejo
De Don Francisco de Borja
Que lleve á Granada el cuerpo.
Ejecutólo; y llegando
Dentro del panteon funesto,
Para hacer la entrega, abrió
La caja en que iba; y viendo
Que en la estacion abreviada
De seis dias se habia vuelto
Tan afeado lo lindo,
Tan horroroso lo bello,
Nada lo que ántes fué tanto,
Polvo lo que se vió cielo;
Le despertó el desengaño
Que oculto tenia dentro
Del corazon, donde estaba
Estorbando el mundo necio
Con este ruido fingido
Aquel ruido verdadero.
Considera sus acciones
El Emperador, y luego
Le envía del principado
De Cataluña al gobierno.
Ejercitó allí primores
De un muy mañoso precepto,
Ni despreciado por dócil
Ni temido por severo.
Fuéron sus santas acciones
De los súbditos maestro:
Y es este de doctrinar
El camino mas perfecto,
Pues solas palabras, suelen,
O por pronunciarse quedo
O por no ser muy activas,
Hacer sordo al mas atento;
Y ninguno se hizo sordo
A las voces del ejemplo.
Llególe la nueva triste
De que su padre habia muerto,
Y fué aun mas que del Estado,
Del sentimiento heredero:
¡Qué pocas veces se juntan
Estados y sentimientos!
Viene aquí á Gandía, adonde
Se halla ahora, y donde haciendo
De los doseles augustos
Desengañados desprecios,
Con su real familia vive,
No solo en estado quieto,
Sino en perfeccion, compuesta
De aquellos actos diversos
Que ejercita, virtuosos,
Esperando y previniendo
Que se aumente cada dia.—
Mira ahora si todo esto, (*Al Demonio.*)
Tan ayudado de varias
Circunstancias como el cielo
Tiene prevenidas, puede
Desmayar tu vil esfuerzo,
Desvanecer tu coraje,
Desesperarte en tu intento,
Pervertir tus intenciones
Y ajar tus atrevimientos.

DEMONIO.

Juzgarás que porque he estado
Esas glorias atendiendo,
Me desvia la razon
Del propio conocimiento.
Pues juzgarás mal. ¿Qué importa
Que en repetidos agüeros
Y en continuados prodigios
Que tan á mi costa temo,
Santo le llame esa voz
Que va su fama esparciendo,
Si estando entre los errores
Del mundo, vive sujeto
A mis iras? Tú ¿no sabes
Que basta solo mi aliento
A desbocar esos mares
De aquel arenoso freno?
¿A que con nieblas de humo
Se cubra de luto el cielo?
A que confundidas eruptan
Las tres regiones del viento?
A que deshecha en cenizas
Baje la region del fuego?
A que en átomos sutiles
Deshaga?...

VIRTUD.

Calla, soberbio.
¿Qué puedes tú mas que hacer
Una fantasía, un sueño,
Que se deshace con solo
Mirarse un hombre á sí mesmo?

DEMONIO.

Yo haré cómo tú conozcas
Los triunfos de mis trofeos:
Y con Francisco ha de ser,
Porque tu alabanza ha hecho
Que yo le aborrezca tanto
Cuanto es querido del cielo.

VIRTUD.

Yo haré que á mí solo atienda.

DEMONIO.

Pues porque veas cuán presto
Solo á mí me sigue, oye;
Que en corta experiencia intento
Que lo conozcas, fiando
Solo en las manos del sueño
Esta accion.

VIRTUD.

Espera, aguarda;
Que es justo que separemos
Los casos en que es preciso
Que asista el Tiempo.—Y supuesto
(*Al Tiempo.*)
Que ahora no eres menester,
Te puedes ir, conociendo
Que cuando es tiempo de acciones,
De las palabras no es tiempo.
Yo te llamaré otras veces.

TIEMPO.

Siempre á tu obediencia atento,
A tus órdenes serán
Suspension mis movimientos. (*Vase.*)

VIRTUD.

Prosigue tú.

DEMONIO.

Mirale
En esa cuadra durmiendo.

ESCENA III.

Córrese una cortina, y está SAN FRANCISCO *durmiendo en una silla.*—LA VIRTUD, EL DEMONIO.

DEMONIO.

Mira ¡con qué leve voz,
¿Qué digo voz? con qué eco,
Se viene tras mi bullicio,
Dejando allí su sosiego!—
(*Entra por una puerta y sale por otra, diciendo.*)
Sígueme, Francisco, aprisa:
Oye mi voz... Mas ¡qué veo!
¿Cómo estando tú dormido
No me escuchas, cuando creo
Que mis falsas voces solo
Los dormidos las oyeron?

VIRTUD.

En esa propia experiencia
Has de acreditar tu yerro.—
(*La Virtud entra por una puerta y sale por otra, y al hablar, se levanta San Francisco.*)
Francisco, sigue mi voz.

SAN FRANCISCO.

Aguarda, dulce portento;

Ignorado enigma, espera;
Que ya el apacible estruendo
De tu voz sigo.
(Éntrase San Francisco siguiendo á la Virtud; ciérrase la cortina, y vuelve ella á salir.)

VIRTUD.

Repara
Cómo con distinto afecto,
Para tí duerme dormido,
Para mí duerme despierto.

DEMONIO.

¿Qué importa que yo haya errado
Ésta experiencia, si veo
Que el errar una será
De buscar otras empeño?

VIRTUD.

El cielo le amparará,
Y yo á su lado asistiendo,
Solo serán tus traiciones
Lustre de sus lucimientos.

DEMONIO.

¿Qué importa, si le persigo?

VIRTUD.

¿Qué importa, si le defiendo?

DEMONIO.

Tú verás lo que yo valgo.

VIRTUD.

Tú verás lo que yo puedo.

DEMONIO.

Pues guerra contra el empíreo.

VIRTUD.

Pues guerra contra el infierno.
(Vanse.)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, LUISA.

DOÑA JUANA.

Luisa, miéntras que yo ahora
Hablo á Don Antonio aquí,
Ve si sale por ahí
La Duquesa mi señora.

LUISA.

Pierde, señora, el temor;
Que aquí por tu guarda quedo. *(Vase.)*

DOÑA JUANA.

¿Cómo ha de perder el miedo
Quien no ha perdido el amor?

ESCENA V.

DON ANTONIO.— DOÑA JUANA.

DON ANTONIO. *(Ap.)*

Por allí la soberana
Luz viene que me cegó.

DOÑA JUANA. *(Ap.)*

¿Que ame á un tiempo y finja yo?

DON ANTONIO.

Mi señora Doña Juana,
No os vais, esperad. La accion
Suspended; que es tiranía
Quitarle á la cortesía
Por el desden la atencion.
Si causa dulces enojos
Vuestra vista en mi temor,
Ya que yo siento el dolor,
¿No dejaréis ver los ojos?
No se esconde el homicida,
Ni su crueldad se lo advierte,
A aquel que ha de dar la muerte,
El rato que da la herida.
Nadie la vida deshecha
Tiene con arco severo,
Que no haya oido primero
Aquel ruido de la flecha.
Nadie con tósigo lleno
De rigor desapiadado
Muere, que no haya gustado
La confeccion del veneno.
Y así, pues que doy la vida
A rigores tan constantes,
Dejadme que adore ántes
Veneno, flecha y herida.

DOÑA JUANA.

(Ap. ¿Quién con esto que ha escuchado
Y con un afecto ansioso,
Podrá tener lo amoroso
Junto á lo disimulado?
Pero mi honor es primero.)
Antes el haberme ido
Mas piedad hubiera sido,
Señor, que rigor severo;
Porque si el hado terrible
Hizo imposible lo vario,
Se irrita mas el contrario
Con la venganza imposible.
Ninguno pierde la vida
A mano cruel, violenta,
Que aun mas que el golpe, no sienta
La vista del homicida.
Ninguno la sinrazon
Lloró del arco violento,
Que no quisiera en su aliento
Hacer ceniza el arpon;
Y á ninguno el cruel acaso
Dió veneno con rigor,
Que de rabia o de furor
No quiera beberse el vaso.
Luego si perdeis la vida
(Que quiero ignorante crêros),
Soy piadosa en esconderos
Veneno, flecha y herida.

DON ANTONIO.

Mas cruel ahora os considero
Que ántes, pues allí constante
Me matabais como amante,
Y ahora como grosero.

DOÑA JUANA.

¡Grosero!

DON ANTONIO.

Sí, por creer
Que he de llegar á sentir,
Más que el dolor del morir,
La felicidad del ver.
Si veis que no lloro, en tanto
Matarme de no mirar,
¿Habia yo de guardar
Para vuestrá vista el llanto?
Si siempre á mi cruel desdicha
Alumbró mi fuego ciego,
¿Quereis que yo apague el fuego
Cuando ha de alumbrar mi dicha?

DOÑA JUANA.

No paseis mas adelante,
Señor Don Antonio: cesen
Encarecimientos que
Tal vez la verdad ofenden;
Que en las pasiones de amor
Hemos visto las mas veces
Que el que mejor las explica
Es el que peor las siente.
No me quiero ahora valer
Desta razon; que bien pueden
En un sugeto juntarse
Lo amoroso y lo elocuente.
Yo creo que me quereis:
Y advertid que no se debe
El crêrlo á vos, sino á mí;
Y la presuncion depende
De diferencia que en esto
Hay de hombres á mujeres;
Pues dellos hay infinitos
Muy falsos y muy aleves;
Y no hay una de nosotras
Que juzgue que no la quieren.
Vuestro amor, vuelvo á decir,
No ya tan solo lo creo
Mi pecho, mas... *(Ap.* Tente, labio)
Iba á decir le agradece...
¿Lo dije? Busca tú allá
Modo de oirlo sin creerme;
Y si acaso no le topas,
Pues que no hay remedio, atiende.
Sabrás que los imposibles
Son quien causan mis desdenes:
Pues yo llego á confesar
Que los imposibles tienen
Mas fuerza que mi rigor,
Ahí verás lo que me debes.
A tí los piadosos hados
Llevaron á que nacieses
Hijo del marqués de Priego,
Cuya casa en los laureles
De la fama tiene escrita
Su generosa progenie;
A mí solo hidalga sangre
Me dieron mis ascendientes.
Tú del grande Don Francisco
De Borja, duque prudente
De Gandía, en esta casa
Por primo estimado eres;
Yo dama de la Duquesa.
Tú... el cariño que me tienes
No pasará de un deseo
Que nace, que vive y muere,
De una pasion que se acaba
Luego que mi amor se empiece.
Yo he nacido tan altiva,
Que no solo estará fuerte
Mi corazon á partidos
Que lo desigual ofrece,
Pero aun para ser tu esposa
La mano diera rebelde,
A no juntarse en un caso
Lo amoroso y lo decente.
Mira con lo que has oido,
Si con razon se resuelve
Mi pecho á ser firme roca
A los embates crueles
Del mar de tus persuasiones,
A ser encina valiente
Al aire de tus suspiros,
A ser mármol duro y fuerte
Al buril de tus halagos,
Y á que vencedores queden
La roca, la encina, el mármol,
De olas, aires y cinceles.

ESCENA VI.

EL DEMONIO, *invisible para*— DOÑA JUANA Y DON ANTONIO.

DEMONIO.

(Ap. Aquí de mi indústria, pues
Un engaño servir puede
Contra este y Francisco.) —Mira
(Al oido á Don Antonio.)
Que ella y el Duque se quieren.
(Ap. Pues ya le dejo celoso,
No hago falta.) *(Vase.)*

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

(Ap. ¿Qué previenen
Mis celos? pues celos solo
Son aviso indiferente
De un recelo.) Ingrata, ¿juzgas
Que porque el respeto tiene
Mudo mi labio, he ignorado
Que esa disculpa previenes
Contra mi amor, en favor
De otro que mas te merece?
Mas pues tu injusta crueldad

Hace que desencarcele
El sentimiento, á quien tuvo
Preso mi pasion dos veces,
Lo he de decir. No lo ignoro;
Y si el reparo pusieres
De que ¿cómo, si yo sé
Que á otro adoras, se resuelve
Mi pasion á proseguir?
A eso sabré responderte
Que el querer apurar yo
Toda la ponzoña aleve
A tu traicion, fué la causa
De que ántes te fingiese
Finezas, que siendo ingrata,
Ni aun fingidas las mereces.
Ya sé que el Duque es quien logra
Con mucha razon...

DOÑA JUANA.

Detente,
No prosigas; que á no ver
Que tu ceguedad te tiene
Tan sin tí, hiciera mi enojo
Que en mas átomos huyeses
Al aire, que aun con ser ántes
Injuria, nadie te viese.
Dejo á un lado ser quien soy:
Mira ¡cuán sin razon debe
De ser tu sospecha infame,
Pues para satisfacerte
Dejo tanto, y no me importa
Que de quien soy no me acuerde!
Solo con tu presuncion
Misma, quiero convencerte.
Si sabes que el Duque es
Un espejo donde pueden
Juntas todas las virtudes
Retratarse vivamente;
Si sabes que en esta vida
Temporal tan poco tiene,
Que della solo recibe
La memoria de que muere;
Si sabes que su ejercicio
Encontró lo penitente
En el camino difícil
Que nace de conocerse;
Si sabes su perfeccion,
¿Cómo, dime, así te atreves
A culpar?... Pero no quiero
Proseguir; que está indecente
La satisfacion adonde
Es culpable el defenderse.

ESCENA VIII.

EL DEMONIO, *yendo á la puerta donde está* LUISA.— DICHOS.

DEMONIO.

(*Ap.* Quiero ahora con otro engaño
Esta razon esconderle.)
¿Oyes? la Duquesa sale. (*Á Luisa, y vase.*)
(*Sale Luisa.*)

LUISA.

Señora, mira que viene
Mi ama.

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí! no me vea.
(*Éntranse las dos apresuradas; va Don Antonio á detener á Doña Juana, á tiempo que salen San Francisco, Nuño y acompañamiento.*)

DON ANTONIO.

Espera, aguarda, detente;
Que no basta... Mas ¡qué miro!
El Duque. ¡Ah celos crueles!
Como salia, ¡qué presto
Huyó de que aquí la viese!

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO, NUÑO, ACOMPAÑAMIENTO. — DON ANTONIO.

SAN FRANCISCO.

(*Ap.* Aunque he visto á Doña Juana
Y á Antonio hablar muchas veces,
No puedo crêr que á mi casa
Ingrato el respeto pierde;
Mas por lo que toca á Dios,
Disimular no se debe
Nada, aunque no haya evidencia;
Pues grande distincion tiene
El punto que toca á Dios
De aquel que toca á las gentes.)
¿En qué os divertiais, primo?

NUÑO.

Su señoría aquí suele
Divertirse en hacer coplas.

SAN FRANCISCO.

Pues ¿es poeta?

NUÑO.

Lo pretende,
Y ya para que lo sea,
Las pruebas hacerle quieren
De pobre, de loco y puerco.

SAN FRANCISCO.

Su mucha inocencia tiene
Gran disculpa en lo que dice.

DON ANTONIO.

A mí me han dicho que entiendes
Muy bien tú de versos, Nuño.

NUÑO.

Los dias de fiesta suele
Mi musa salirse al campo,
Y allí un poco se entretiene
En cazar algunas cosas
Para bailes y entremeses.

DON ANTONIO.

Preguntábaisme ¿qué hacia?
Miraba al campo desde este
Mirador, á quien sutiles
Murtas y jazmines tejen.

SAN FRANCISCO.

Bien mirabais si mirabais
Una enseñanza que ofrece
Desde el árbol mas copado,
Hasta la flor mas alegre.

NUÑO. (*Ap.*)

¿Sermoncico? Atencion, Nuño.
Ya sabes que te diviertes
Estos dias en ser santo:
Y así, pues de tu amo aprendes,
Cuidado con las liciones.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

¡Oh recelo, y quién pudiese
Sacarte de aquella cárcel
Donde mi pasion te tiene!

SAN FRANCISCO.

Mira aquella dulce rosa,
Pompa del mayo, encarnada,
Que tuvo lo desgraciada
Al primer paso de hermosa,
Y verás que apénas vierte
El alba su aljófar frio,
Cuando tiene aquel rocío
Por lágrimas de su muerte.
Mira aquel tierno jazmin,
Que con su meneo blando,
Parece que está jugando
Con cualquier flor del jardin;
Pues apénas al sol bebe
Su aliento, cuando ya llora,
Y se deshace en un hora
Toda la edad de su nieve.
Mira aquel roble pomposo,
Que muy galan y engreido,
Hizo que lo presumido
Diera la mano á lo hermoso;
Pues vuelve un aire á este roble
Pobre de hojas su eminencia.
No muere; mas diferencia
No hay de morir á estar pobre.
Rosa es este humano aliento:
Pompa y vida se le ofrece;
Mas en lo breve parece
Que está lo vivo violento.
Jazmin es el alentar
Del hombre, y tan cerca ves
Su muerte, que casi es
El respirar espirar.
Que el hombre es árbol advierte,
Planta que Dios poner quiso:
Cada soplo es un aviso
Del invierno de la muerte.
Y así, es cierto, nuestro fin
Está solo en este acento:
Que acaban soplo, sol, viento,
El roble, rosa y jazmin.

NUÑO. (*Ap.*)

Segun lo que ahora he escuchado,
Los hombres (¡qué linda cosa!)
A roble, á jazmin y á rosa,
Mi amo los ha comparado.
Con que desto saco al fin
Que con buen talle, aunque pobre
No me hicieron para robre:
Yo nací para jazmin.

SAN FRANCISCO.

De todo pues la virtud
Nos da ejemplo y desengaño,
Ya culpando nuestro engaño
Y ya nuestra ingratitud.
Tan ingratos pues estamos
A lo que de Dios tenemos,
Que ya con el vicio hacemos
Gala de que no pagamos.
¿Qué ave vuela en las sumas
Capacidades del viento,
Siendo en aquel elemento
Suave abanico de plumas,
Que no reciba el albor
Con acorde melodía?
Y es que encarga á su armonía
El dar gracias al Criador.
¿Qué fuente de risa llena,
Música dulce del prado,
De cuyo son ha llevado
Tan bien el compas la arena,
Viendo que debe la vida
Al Criador que en todo está,
El primer paso que da
No es correr agradecida?
¿Qué bruto á partes manchado,
En quien la naturaleza
Quiso que hasta la fiereza
Gozase de lo aliñado,
Al ver recogerse el velo
Que tendió la noche fria,
No reconoce del dia
El autor, mirando al cielo?
Pues con esto, considera
Cuánto á Dios desatisface
Que no hagamos lo que hace
La fuente, el ave y la fiera.

NUÑO. (*Ap.*)

¡Fiera dijo! ¿Somos bobos?
Aquí meterme no quiero,
Si no se sabe primero
Si es que son fieras los lobos.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

De oir su voz he quedado
Tan sin mí, que no he sabido
Si esto propio que he sentido,
Lo puedo haber escuchado.
Miente mi recelo esquivo,
Engañóme lo celoso;

Que un malo hácia lo virtuoso
No es nunca tan persuasivo.
Mas, razon, no está deshecha
Esta cruel duda en que estás;
Pues ¿por qué he de creer yo mas
Su voz que no mi sospecha?

NUÑO.

Señor, ya los intereses
De tu ejemplo has satisfecho,
Y una plática aquí has hecho
Para hijos de marqueses.
Porque esté la obra acabada,
Aunque te cueste trabajo,
Vaya otra por lo bajo,
De hombres de capa y espada.

SAN FRANCISCO.

A toda esfera de gente
Viene lo que has escuchado.

ESCENA X.

LUISA, *muy asustada.* — SAN FRANCISCO, DON ANTONIO, NUÑO, ACOMPAÑAMIENTO.

LUISA.

A mi señora le ha dado
Ahora un muy grave accidente.
Entra presto; que porfía
El mal de malicia lleno.

SAN FRANCISCO.

Perded el susto; que bueno
Será, pues que Dios le envia.
(*Vanse todos, ménos Nuño y Luisa.*)

ESCENA XI.

NUÑO, LUISA.

LUISA.

¿No entras?

NUÑO.

No.

LUISA.

¿Por qué razon,
Cuando nadie excusa tiene?

NUÑO.

Porque á mí mas me conviene
Estudiar esta licion. (*Saca un papel.*)

LUISA.

¿A qué ciencia tu desvelo
Se muestra tan aplicado?

NUÑO.

A ser poeta consumado,
Luisa, y á buscar el cielo.

LUISA.

¿El cielo?.

NUÑO.

Si; que he atendido
La virtud de mi señor,
Y he escrito este borrador
De lo que hallar he podido.
Si quieres, te daré un tanto.
Es bueno, por vida mia.
Dice así: «Jesus, María.
«Receta para ser santo.»

LUISA.

Mi amo viene por allí,
Y pasa por esta pieza
Para entrar al oratorio.

NUÑO.

Pues vámonos, no nos vea
Juntos; porque todavía
No estoy en esta carrera
De la virtud tan trocado,
Que no pueda dar sospecha.

LUISA.

¿Tú con ese talle?

NUÑO.

Sí;
Pues ¿quién la ha dicho á la puerca
Que, salvo lo santo, yo
No enamoraré á cualquiera?
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XII.

SAN FRANCISCO.

En medio de la congoja
Que le acometió violenta
A mi esposa, la he dejado
Por mas amor; que si pena
Lo que se adora, se pone
Delicada la fineza
Tanto, que á su vista está
Aun la lástima grosera.
Déjola entre los remedios
Que aplicados por la ciencia,
Alivian aquel instante
Que el que han de aliviar se espera;
Y conociendo cuán poco
Todo lo humano aprovecha
En quien es enfermedad
La misma naturaleza
(Dígalo este pobre barro,
En cuya frágil materia
Juzgo que asiste corrido
Aun el nombre de ser tierra),
Vengo á este único remedio,
(*Descúbrese un altar con un Santo Cristo.*)
Cuya piedad siempre atenta,
Cuando no le piden, viste
A su cariño de queja.
A vos, Señor, sobre tantos
Beneficios, tantas deudas,
Que aun no sabe mi obstinada
Ingratitud esconderlas...
—Dígalo haberme formado
De la nada y hecho della
Tanto, que capaz estoy
De verme en la gloria vuestra.
Dígalo aquel redimirme
De aquella culpa primera,
Que tan cerrada tenia
La gracia hasta á la inocencia.
Dígalo, siendo su precio,
La inocente sangre aquella
Que se sacó en mas martirios
Que halló en vuestro cuerpo venas.
Díganlo aquellos azotes,
En cuyas manos violentas
Aun siendo para hacer mal,
No sé cómo se halló fuerza.
Díganlo aquellas espinas
En su sagrada cabeza,
Cuyas puntas afilaba
El deshonor de la afrenta.
Dígalo... Pero ¡qué digo!
Pues ¿cómo mi voz intenta
Decirlo todo, si son
Mas que mis voces sus penas?
Solo este último prodigio
Lo diga todo, pues llega
A que la parte que toma
Para darnos vida, muera,
Y en una cruz afrentosa,
Para que infinita sea
La satisfacion que pague
Nuestras infinitas deudas.
—A vos, como dije ántes,
Señor, sobre todas estas
Mercedes, y otras á quien
Mi voz de corrida deja,
Llego hoy á pediros una,
Culpando mas mi bajeza
Que yo os pida, cuando vos
Tanto me franqueais la diestra,
Que el alivio llega á mí
Aun ántes que á vos mi queja.
Pero sirva de disculpa
Esta ignorancia tan necia,
Que no se sabe excusar
Aun del pedir la vergüenza.
La salud, Señor, os pido
De mi esposa la Duquesa,
Que de un violento accidente
Casi tan sin vida queda,
Que es á cuenta de la mia
Aquello poco que alienta.
Ved, Señor, que me la disteis
Porque fuese compañera
En este destierro, donde
Lo que se vive se pena.
Ved que es de mi corazon
Tanta parte, que no queda
Aliento que me le rija,
Cuando me faltare ella.
Ved esa flor de sus años
Que en fragrante primavera
Há tan poco que sus hojas
Del verde boton despliega,
Que parece que el ocaso
La aguarda por poco abierta.
Y ved, Señor, sobre todo
Este llanto, en que se encuentra
Un sentimiento muy vivo
Con unas voces muy muertas.

VOZ DEL CRUCIFIJO.

Si quieres, la daré vida;
Mas te conviene que muera.

SAN FRANCISCO.

»¡Si quieres, la daré vida;
Mas te conviene que muera!»
Ahora, Señor, registro ménos ciego
Los dulcísimos rayos de tu fuego,
Y de esplendores pueblas
Esta humana region de mis tinieblas.
Yo, mi Dios, ignorante y atrevido,
Llevado de la sangre, te he pedido;
Tú, misericordioso y apiadado,
Tanto, Señor, me has dado,
Que hace tu gran clemencia
Juez á mi gusto de mi conveniencia,
Y pones, con mis cortos sacrificios,
En sola mi eleccion tus beneficios.
Y pues he conseguido
El favor nunca oido
De dejar (¡gran ventura!)
Obra que es de un criador á una criatura;
Para cumplir con todo,
De tal favor hoy uso deste modo.
No solo de mi esposa tan querida
Os ofrezco la vida
(Que siendo para vos, llega á creerse
Lo que dichosa gana con perderse),
La de mis hijos, que pimpollos viven,
Y tiernas ramas della la reciben;
Sino os consagro con un firme intento
Esta vital carrera de mi aliento.
Córtese con un soplo, si conviene,
Esta hebra sutil que le detiene;
Y si en la cárcel deste mundo vano
De algo puedo servir á vuestra mano,
Sean todas mis acciones y sentidos
A vos tan reducidos,
Que haga para servir vuestra grandeza
Mi propósito paz con mi flaqueza.
(*Ruido dentro.*)
Mas ¿qué ruido es el que escucho?
¡Cielos!

ESCENA XIII.

DON ANTONIO, LUISA, NUÑO, CRIADOS, GENTE.—SAN FRANCISCO.

CRIADOS. (*Dentro.*)

¡La Duquesa es muerta!

LUISA. (*Dentro.*)

Éntrale á decir á mi amo.

CRIADO 1.º (*Dentro.*)

¡Gran lástima!

CRIADO 2.º (*Dentro.*)

¡Gran tragedia!

NUÑO. (*Dentro.*)

¿Que has visto en mí, que me haces
Nuncio de tan malas nuevas?

(*Salen Don Antonio, Nuño, Luisa, criados y gente.*)

DON ANTONIO.

Seguidme. (*Ap.* ¡Sin vida llego!)
Primo...

CRIADO 1.º

Señor...

LUISA.

La Duquesa...

CRIADO 2.º

Quiso el cielo...

DON ANTONIO.

Para sí...

SAN FRANCISCO.

No prosigas: cesa, cesa;
Que en este dolor conozco
Por qué esa voz titubea.
¡Ay de mí!

DON ANTONIO.

Mira...

LUISA.

Repara.

CRIADO 1.º

Que en lo humano...

CRIADO 2.º

Es propia deuda...

SAN FRANCISCO.

Dejadme todos, dejadme.
Idos todos allá fuera.

DON ANTONIO.

Primero, señor, advierte
Que el consolar...

SAN FRANCISCO.

No pretendas
Juzgar el que pueden ser
Alivio las voces vuestras.
Que me dejeis solo os pido.

DON ANTONIO.

Salgámonos; que en su pena
Solo le puede buscar
Alivio su gran prudencia.

(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

SAN FRANCISCO.

Ya que solo me han dejado,
¡Qué apriesa, Señor, qué apriesa
Vuestra órden se ejecuta!
Perdonadme tantas señas
De dolor; que tambien hay
Dolores en la paciencia.
Estas lágrimas no son
Sentimientos de que sea
Vuestra voluntad cumplida,
Porque son solo unas muestras;
Que no hubiera yo nacido
Humano á quedar sin ellas.
Mas pues han cumplido ya
Con esta precisa deuda,
A quien un necio dolor
Puso el nombre de primera,
Conformes, Señor, ahora
A vuestra piedad se vuelvan.
Ya me habeis dejado solo,
Y esa rara providencia
A impulso deste accidente
Más vuestro camino muestra.
Ya os sigo, Señor, ya os sigo...
—Mas perdonad; que la lengua,
No acordándose de que
Habla con vos, titubea.
Vos sois quien...—Pero mi llanto
En sus raudales me anega
Tanto, que juzgo no oye
Lo que digo ni aun mi queja.
Y así miéntras que prosigo
Con la voz, hablen las señas
De mi corazon; y pues
Le mirais, vereis impresas
Dentro de sí estas palabras,
Que en vos solo son enteras:
«Francisco de Borja, busca
De mi Jesus la bandera.»

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, LUISA.

NUÑO.

¿Posible es que no me dejes,
Luisa, un rato, cuando sabes
Que las dos ocupaciones
En que ahora estoy son grandes,
Que ha menester cada una
Un hombre como un gigante?

LUISA.

¡Tú ocupaciones! ¿Qué son?

NUÑO.

No empieces á preguntarme;
Que á tres vueltas de pregunta,
Ninguno niega el cansarse.
En la primera jornada
Te lo dije.

LUISA.

No te enfades,
Y vuélvemelo á decir.

NUÑO.

Ser virtuoso es lo importante,
Ser poeta tambien conviene.
En lo de santo, se hace
Lo que se puede; en estotro
De poeta, no es muy fácil,
Y mas con unas obrillas
Que ahora traigo.

LUISA.

Pues ¿qué haces?

NUÑO.

¿Qué hago? No me veo libre
De trabajos semejantes.
Dejo aparte diez octavas
Que mandaron ayer tarde
Que hiciera, y que en cada una
De las diez se disputase
Cuál era peor, ser bermejo
O ser calvo.

LUISA.

¿Y cuál probaste?

NUÑO.

Ninguno, porque se puso
Un corcovado delante
Pidiendo unas enderechas
Por poder enderezarse
Siquiera en verso. Tambien,
Luisa mia, dejo aparte
Décimas que me han pedido
Gran cantidad de galanes
Para regalar sus damas
En el dia que se sangren;
Coplas para cumplir años,
Y villancicos á pares,
Sonetos para sepulcros,
Redondillas para amantes
Gelosos, y otras cosillas,
Muchas, aunque no tan graves;
Y voy solo á una comedia
Que me da cuidado grande.

LUISA.

¡Comedia! ¿Qué dices?

NUÑO.

Sí,
Bobilla: pues ¿ahora sabes
Que en dando en ello, cualquiera
Con ser poeta se sale?

LUISA.

Y di: ¿cómo se intitula?

NUÑO.

Hasta ahora no puedo darle
El nombre, porque primero
Que esto se bautiza, nace.
Pero es á lo divino,
De algun santazo notable,
El primero que en abriendo
El *Flos sanctorum*, se halle.

LUISA.

¿Y tienes ya mucho hecho?

NUÑO.

Tengo hecho lo bastante,
Sabiendo yo unas cosillas
Con que ya no puede errarse.

LUISA.

Y ¿cuáles son?

NUÑO.

Lo primero,
Las tramoyas muy puntuales,
Con chirimías: y aquí
Les pongo vuelo á la márgen.
Lo segundo, entra la escala
De Jacob.

LUISA.

¿Para qué lance?

NUÑO.

Porque haya ángeles que suban
Y haya ángeles que bajen.
Lo tercero, en el tablado
Con cuatro clavos jemales
Me clavo, porque el gracioso
De las tablas no se aparte,
Sino es para que haya sopa
O porque á los pobres saque
La sopa; y porque si acaso,
Como es uso, se encontraren
Sobre el caldo el manco y ciego,
Que el lego ponga las paces.
Más, un diablo diligente
Que con el ángel se ande
A pleitos, sobre que quiere
La pobre ánima llevarse;
Pero á la postre ha de hundirse
El diablo y llevarla el ángel.
Más...

ESCENA II.

Por una puerta, DOÑA JUANA; *y por otra*, DON ANTONIO.—NUÑO, LUISA.

DOÑA JUANA.

Luisa, ¿has visto...

DON ANTONIO.

¿Viste, Luisa...

DOÑA JUANA.

Si Don Antonio?...

DON ANTONIO.

Si sale
Doña Juana? (*Ap.* Mas ¡qué miro!)

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

Pero ¿qué ven mis pesares?

NUÑO.

Vén, Luisa, te enseñaré,
Si quieres, siete romances
Que escribí en un dia á los
Siete pecados mortales.

(*Vanse Luisa y Nuño.*)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, DON ANTONIO.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Corazon, dime, ¿qué temes?
Esta turbacion ¿no sale
De celos? Pues ¿en qué tiempo
Ha habido celos cobardes?

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Nace en mí un temor de verle;
Mas como sin culpa nace,
Dime, pecho: ¿cuándo ha sido
Temeroso lo inculpable?

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Ya me ha visto, y no me mira.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Me ve, y no vuelve á mirarme.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
¡Oh desden! ¿Cómo el matar
A un infelice te es fácil,
Supuesto que aun no te pone
En la costa de mirarle?

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
De lo enojado á grosero,
¡Qué fácil que es el pasarse,
Pues al no atender, no hay quien
Desatencion no lo llame!

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Pues yo he de vencer con irme.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Venceréle con dejarle.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Pero no: vuelva mi queja
A dar su aliento á los aires,
Pues morirá, por lo ménos,
Suspiro, si razon nace.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Pero no: vuelva mi pena
A que publique sus males,
Pues hallarán, á lo ménos,
El alivio de quejarse.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Si mirara...

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Si volviera...

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Porque fuese...

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Porque hallase...

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Mas no resisto.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
No puedo...

DON ANTONIO.
¿Piensas, cruel...

DOÑA JUANA.
¿Juzgas, fácil...

DON ANTONIO.
Que vengo muy satisfecho
De lo que llegué á escucharte?

DOÑA JUANA.
Que me ha puesto tu mentira
Ménos rigurosa que ántes?

DON ANTONIO.
Pues piensas mal.

DOÑA JUANA.
Pues mal juzgas.

DON ANTONIO.
Porque vengo...

DOÑA JUANA.
Di: ¿á qué? Acabe
Tu lengua de referirlo,
Porque mi castigo aguarde
A que el nombre de ser justo
Se le dé el último exámen.

DON ANTONIO.
(*Ap.* ¿Quién podrá entibiar las voces
Al tiempo que el pecho arde?)
Vengo á que sepas, tirana,
A qué mi enojo me trae
Aquí, para que no juzgues
Que puedo desenojarme.
Mi desengaño es quien solo
Mi mudanza me persuade,
Y mi desengaño es
Quien me manda que aquí te hable,
Y te diga como ya
Se acabaron en mis males
Aquellas penas que hizo
Increibles ser verdades;
Aquellos dolores firmes
Que los hacia juntarse
Lo indigno de merecerte
Con lo ansioso de alcanzarte;
Aquella tan descontenta
Pasion, que no sabia hallarse
Gustosa con los favores
Ni triste con los pesares;
Que ya trato de vivir,
Y de que se desembargue
Un aliento que parece
Que solo llegó á formarse
Para servir, siendo mio,
De que tú siempre le mandes;
Que ya no atiendo en tus ojos
Aquel hechizo süave,
A quien era menester
Agradecer el matarme;
Que de tu traicion olvido,
Con ser traicion, los ultrajes,
Y por alivio propongo
El saber que me engañaste;
Y para decirlo todo,
Que extraño fénix renace
Mi vida de no quererte,
Pues que murió de adorarte.

DOÑA JUANA.
(*Ap.* ¡Ay de mí! Sin vida estoy.
No sé si podrémos, males,
A la pasion impedirla
El que desmienta el semblante.)
Ingrato, mal caballero,
Que desde que me escucháste
Que yo te queria, hiciste
Lo que los queridos hacen:
Tú, que en necias presunciones
Anduviste tan infame,
Que te fuiste á lo celoso
Por no proseguir lo amante:
Juzgará tu ingratitud
Que con mucha razon sale,
Y que será tu mentira
Motivo para dejarme;
Y que yo, muy pesarosa,
Vengo aquí solo á buscarte
Para que invente disculpas,
Aunque las culpas me falten:
Como si yo consiguiera
Tanto con desenojarte,
Que no hiciera para ello
Punto en parecer culpable.
Pues te engañas; que no vengo
A esto, ni tampoco á darte
Respuesta á lo que ahora has dicho,
Pues es respuesta bastante
En tus desvaríos necios
El castigo de escucharte;
Sino á decirte que ya
(*Ap.* Ahora, valor, no me faltes)
Dispuso el cielo piadoso
Que aun las cortas señas que ántes,
Llevada de tu porfía,
Ménos cruel me escuchaste,
No las volverás á oir,
Por dos cosas: porque sabe
Mi corazon tan de cierto
La línea del estimarse,
Que para ello, no solo
Podré resistir constante
Este engaño apetecido,
Este venenoso áspid
Que incauto alimentó el pecho
Y el alma abrigó ignorante,
Sino yo misma supiera
El corazon arrancarme,
Si supiera que habias sido
Tú tan feliz, yo tan fácil,
Que en él se viera corrida
De tanto culto tu imágen;
Y porque (*Ap.* ¡Ay de mí! el aliento
Aquí fallece cobarde),
Porque, como ya murió
La Duquesa, (¡pena grave!)
Al Duque ayer escribieron
Desde Navarra mis padres
Para que me dé licencia... (*Llora.*)
No puedo hablar; tú, pues sabes
Lo cruel, puedes...

DON ANTONIO.
¿Qué dices?

DOÑA JUANA.
Para decirlo ayudarme.

DON ANTONIO.
El Duque viene. ¡Ay de mí!
Entrate presto; que sale,
Y yo, porque no me vea,
Me voy por aquí.

DOÑA JUANA.
Piedades
Son de mi estrella no dar
Lugar de que en esto hable.

DON ANTONIO.
Tú verás presto...

DOÑA JUANA.
Yo haré
Que mi tormento me acabe.
(*Vanse los dos, cada uno por su puerta.*)

ESCENA IV.

SAN FRANCISCO.

¿Dónde estás, sombra mia,
Imágen dulce de la luz del dia?
Que al despertar, faltando tu luz pura,
Quedó mas soñolienta mi ventura.
¿Dónde estás hoy, repito, pues hoy fue-
Mas piadosa tu luz que la primera, [ra
Pues en dudoso abismo
Soy confusion yo mismo de mí mismo?
Murió mi esposa...Aquí el sentido pier-
[do.
Dolor, déjame tú; que ya me acuerdo;
Y para que en la lid tengas vitoria,
Bien sobrado enemigo es mi memoria.
Y habiéndome ya el cielo repetido
Con este golpe mas aquel rüido
De interior llamamiento verdadero,
Por ser tan grande, le creí el postrero.
En una religion la tabla fundo
Para salir de tanto mar de mundo,
Donde en representadas confusiones,
En las aguas se ven tribulaciones;
Y para que este intento
Pase á la ejecucion del pensamiento,
He dispuesto y tratado
Que mi hijo el mayor quede casado,
Y mis hijas tambien... Mas dejo ahora
De hablar en esto (porque ¿quién igno-
El suceso acertado [ra
Que llegará á tener quien ha llegado
A nacer por su gloria y por la mia
De un Don Francisco, duque de Gandía?
Pero ¡ay de mí! ¡qué vano desvarío!
¿Qué puede tener bueno siendo mio?)
Y voy solo á que nada
A mi atencion la trae tan desvelada

Como elegir la religion que pueda
Ser de mi salvacion útil vereda.
Mi inclinacion ha sido
Seguir al serafin tan encendido
En la llama amorosa,
Que, feliz mariposa
Del fervor, con la vista y de amor ciego,
Mereció cinco llamas de aquel fuego.
Pero hame embarazado
Este dictámen el haber llegado
De Ignacio de Loyola en mí la fama,
Que justo le publica y santo llama,
Y la correspondencia que tenemos,
Por donde há mucho que nos conoce-[mos,
A encender otra luz que mas me guia
A buscar la preciosa Compañía,
Su fundacion, que tan felice crece,
Que tanto como sube, mas florece.
Este vario sentir vencer pretendo
Muy apriesa, temiendo
Que de la vida breve y edad mia
Solo en deliberar se pierda el dia;
Y miéntras mas me entrego
A la luz del discurso, estoy mas ciego.

ESCENA V.

LA VIRTUD Y EL DEMONIO, *apareciendo en el aire, cada uno en su lado.*— SAN FRANCISCO.

DEMONIO. (*Para sí.*)
¿Qué mucho si yo, invisible,
Con fantasías te asisto,
Y tan probables, que fuera
La incredulidad delirio?

VIRTUD. (*Ap.*)
Presto las verás deshechas
Con ese proprio motivo
De que te vales, haciendo
Tu oposicion tu enemigo.

SAN FRANCISCO.
¡Válgame Dios! No tan solo
Ahora con la duda lidio
Que ántes dije, pero creo
Que rebeldes mis sentidos,
Huyendo de la razon,
Se van con el desvarío.
Mi memoria me atormenta,
Y revolviendo los libros
De mi vida, estoy notando
En cada hoja un peligro.

DEMONIO. (*Para sí.*)
Ea, espíritus rebeldes,
Todos asistid conmigo:
No quede pasion, idea,
Dolor, recuerdo ó aviso,
Que aquí no se le propongan
Nuestras voces; que si ha sido
A la música inclinado,
Como se advirtió al principio,
Ha de llegar mi rencor
A ejecutar el prodigio
De que contra él parezca
Armonía aun mi martirio.

VIRTUD. (*Ap.*)
Tambien la Virtud sabrá
En bien alternados ritmos
Reducir á consonancia
Las voces de los auxilios.
(*Instrumentos dentro.*)

SAN FRANCISCO.
Todo es temor cuanto pienso,
Todo horror cuanto imagino,
Y parece que los ojos
Se me andan tras los oidos.

DEMONIO. (*Canta.*)
Goza, goza la edad,
Goza la edad, Francisco,
Haciendo vida toda regocijo.

VIRTUD. (*Canta.*)
Goza, goza la edad,
Goza la edad, Francisco,
Muriendo el rato que estuvieres vivo.

SAN FRANCISCO.
Aquí de todo el esfuerzo.
Dadme hoy un favor, Dios mio,
Que á mi corazon le ponga
Fuerzas de favorecido.
Encontrados ecos cercan
A mi razon, y al oirlos,
Bien puede la traicion
Pasar por entre el aviso.

DEMONIO.
Goza esta vida alegre;
Que su agradable hechizo
Te da para gozarla
Por precepto la ley de haber nacido.

SAN FRANCISCO.
¡Cómo la naturaleza
Se llega fácil al vicio!

VIRTUD.
Ese gozar la vida
Es alto precipicio,
Donde asiste el engaño
Para desvanecer el albedrío.

SAN FRANCISCO.
¡Oh cómo esta voz, por cierta,
Se llega mas al oido!

DEMONIO.
Lo jóven se malogra,
Y dejando este siglo,
El tiempo tambien cuenta
Los años del tormento por vividos.

SAN FRANCISCO.
¡Qué cruel representacion,
Y qué casero enemigo!

VIRTUD.
El vivir bien es solo
Del nombre vida *digno,*
Y así, el que mas temprano
Fuere bueno, ese mas habrá vivido.

SAN FRANCISCO.
¿Cómo tanto me detengo,
Y tan dulce voz no sigo?

DEMONIO.
Mira esa varia pompa
De que haces desperdicio:
Si no es para gozarla,
Dime, ignorante, ¿para qué se hizo?
(*Baja un globo en que están pintados todos los vicios.*)

SAN FRANCISCO.
¡Ay de mí! ¡Mi Dios, valedme,
Pues solo por vos resisto!

VIRTUD.
A quien mas la desprecia
Lograr su gloria miro;
Que bienes que se acaban
Tienen la posesion en el olvido.

SAN FRANCISCO.
Pompa del mundo, ¡qué presto
Tu máquina se deshizo!

DEMONIO.
(*Ap.* Ahora de todo mi esfuerzo,
Para no quedar vencido.)
Tiempo en la vida queda;
No son grandes tus vicios,
Llega á lo delincuente
Para pasar mas bien lo arrepentido.

VIRTUD.
Francisco, no desmayes;
Que en presencia te asisto
Del nombre á quien se rinden
Toda la tierra, el cielo y el abismo.
(*Baja otro globo que cubre aquel, y tiene escrito el nombre de Jesus, muy adornado; y al bajar, se retiran el Demonio y la Virtud.*)

DEMONIO. (*Ap.*)
Dígalo yo, que ya huyendo
Me voy con haberlo visto. (*Vase.*)

ESCENA VI.

SAN FRANCISCO.

¡Válgame el cielo! ¿Es imágen
Del sueño? No; que imagino
Que un sueño no tiene fuerza
Para engañar los oidos.
Yo oí dos distintas voces
De dos conceptos distintos,
El uno encubriendo el riesgo,
Y otro mostrando el peligro.
El uno, con sus traiciones
Disfrazando aquel hechizo,
Tenia como violenta
La voz en lo persuasivo.
El otro, dulce tirano
De potencias y sentidos,
Dejaba con tanta fuerza
Sin mérito al albedrío;
Y esta voz se parecia
A aquella que en mal distintos
Acentos, en aquel sueño,
Que la siguiera me dijo.
Pues ¿cómo, tan perezoso,
No voy?... Mas ¡qué es lo que miro!
(*Va á entrarse, y ve el Jesus.*)
¿Qué hermosa cifra, del aire
Ocupa el diáfano sitio?
¡Oh Jesus! Ahora conozco
Que de vos solo asistido
Podia estar quien se libraba
De tan tirano enemigo.
Dos cosas os agradezco,
Y es que dos cosas admiro
En que está mi indignidad
Ajando tal beneficio:
La una es el haberme aquí
En un combate asistido,
Donde á mi contrario estaban
Ayudando mis delitos,
Reducida mi defensa
Al frágil aliento mio,
En cuya flaqueza es
Impropio lo resistido.
La otra, en que me confieso
Mas deudor (si no es delito,
Lo que me dais continuado,
Separar agradecido),
Es que, estando yo en la duda
De cuál religion ha sido
La que ha de tener esclavo
De méritos tan indignos;
Y llamándome de Ignacio
De Loyola el nuevo abrigo,
Que en vuestro nombre fundado,
Perpetúe el edificio;
Aun no resuelto del todo,
Habeis vos, Señor, venido
Tan piadoso á que una duda
La satisfaga un prodigio,
Siendo con silencio sabio
Mi consejero vos mismo,
Porque el acierto no quede
Escrupuloso por mio.
Y así, por no malograr
Favores tan excesivos,
Voy luego á escribir á Roma,
Pidiendo humilde y rendido
A Ignacio que me conceda
El que me llame su hijo.
Pediré la religion...
No os desdeñeis, os suplico,
El que esperen mis ofensas
El teneros tan propicio.
Dad mérito á mis acciones,
Haced mis deseos dignos,
Pues son solo los deseos

El caudal de los rendidos.
No salgan mis delitos
A ponerme embarazo en lo que os pido.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

NUÑO.

¡Válgame Dios! Si los hombres
Que se meten á ser poetas
De rumbo, ántes de empezar
Alcanzaran lo que cuesta,
¡Oh qué pocos oficiales
Este ejercicio tuviera!
Dígalo yo, que juzgaba
Que no tenia mas ciencia
Que andar siempre pensativo,
Estirar mucho las cejas,
Morderse todas las uñas
Y algunas veces la lengua;
Y despues de haber pasado
Por tan raras diligencias,
En cuatro dias cabales
No he hecho sino dos comedias.
Una obra me han encargado,
Y pues acabarla es fuerza,
Nuño, manos á la obra.
Aquí de toda mi vena.
(*Llega un bufete, saca tintero y papel, y siéntase á escribir.*)
Asunto: á un tuerto, quintillas.
—¡Maldito mil veces seas!
No quiere salir ninguna.
¡Válgame Dios! ¡Quién supiera
Qué ojo era el que le falta!
Pero vaya, sea el que sea.
(*Escribiendo y parándose á discurrir.*)
«Tuerto infernal, tuerto burdo,
»Tuerto, gesto contrahecho,
»Si te falta (aquí me aturdo)
»De los ojos el derecho,
»Llegarás á mirar zurdo.»
Esta salió tan redonda
Como vaciada en turquesa.
Veamos si es que la segunda
Sale como la primera. (*Escribe.*)
«Al sueño muy reducido
»A este señor tuerto advierto,
»Y esto muy fácil ha sido
»De creer, pues aun despierto,
»Está la mitad dormido.»
Señores, ¡el bien de Dios!
¡Qué prodigiosa afluencia!
Por Dios, que si no la pagan,
Que se han de ir á otra tienda.
«Cuando la fatalidad (*Escribe.*)
»Disparó su cruda saña,
»Fiel usó de la piedad
»De decirle á la pestaña:
»Busque usted comodidad.»
¡Ya escampa, y llovian quintillas!
Ahora discurramos esta.
(*Quédase pensativo.*)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, *con un papel.*—NUÑO.

DOÑA JUANA. (*Para sí.*)
Vengo hoy necia como amante
Y como amante resuelta,
A decir á Don Antonio
Los pesares que me cuesta;
Y que son tantos, tan crueles,
Que á fuerza del rigor llegan
A que el remedio le haya
De buscar en su fineza.
Consejo vengo á pedirle:
Muérame yo; pero muera
Sin que con mal y sin medio
Dos veces llore la pena.
En este papel le escribo,
Por excusarme siquiera
El pesar de que me oiga;
Que hay no sé qué diferencia
De decirlo cara á cara
A hacer la pluma tercera,
Que aunque se diga lo mismo,
Se dice de otra manera.
Aquí está Nuño; y yo quiero
Dársele, porque está fuera
Don Antonio, y él podrá
Buscarle; que mi impaciencia
No sufre las dilaciones
De que ahora aguarde que venga
Porque Luisa se le dé.

NUÑO.
¿Qué consonante habrá á vela?
Cazuela, chinela, etc.[1]

DOÑA JUANA.
Nuño, yo vengo...

NUÑO. (*Ap.*)
Acabóse.
Corrió la fama, y viene esta
A que escriba alguna obrilla.

DOÑA JUANA.
A que por mí hagas...

NUÑO.
Espera,
Señora; que no es posible
Servirte, porque me cercan
Así, así los asuntos,
Y ya no tengo cabeza.

DOÑA JUANA.
Que este papel...

NUÑO.
Lo que ofrezco
Es, señora, porque veas
Lo que te estimo, llevarlo
A un amigo de aquí cerca,
Mi discípulo, que es
De los mejores poetas
Que he sacado en esta vida...

DOÑA JUANA.
¿Qué dices?

NUÑO.
¿Es obra seria?
Porque si no, aunque ahora estoy
Ocupado, daré priesa
Para servirte.

DOÑA JUANA.
¿Hay tal necio?
Lo que encargarte quisiera
Es solo que á Don Antonio
Buscaras, y que le dieras
Este papel, recibiendo
Por hacer la diligencia
Esta sortija.

NUÑO.
Perdona,
Señora; que estoy tan fuera
Del mundo, que no sabia
Lo que las damas ordenan
A los graciosos; y pues
Ya lo sé, mi lijereza
Te responda.

DOÑA JUANA.
Pues adios.
Vé á buscarle.

NUÑO.
¿Oyes? Espera;
Que es menester que me digas...

DOÑA JUANA.
¿Qué?

NUÑO.
Si acaso estorbar pueda...
Dudoso estoy.

DOÑA JUANA.
Dilo, acaba.

NUÑO.
Lo alcahuete á lo poeta.

[1] No se cuenta por verso.

DOÑA JUANA.
Eso no es lo que presumes.
Vé aprisa.

NUÑO.
Ya voy.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
¡Ah penas!
O sed tan pocas que viva,
O sed tan muchas que muera. (*Vase.*)

NUÑO.
¿Si acaso aquesta sortija
Alcanzará tanta fuerza
Que la habilidad me quite?
Pues valiendo algo, pudiera
Destruirla, pues se opone
Al voto de la pobreza.
Mucho debe de valer:
Hagamos aquí la cuenta.

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO.—NUÑO.

SAN FRANCISCO.
(*Para sí.* ¿Cuándo será aquel dia
Que, vencidas las nieblas,
Deshechas las tinieblas
De tanta culpa mia,
Llegue á gozar dichoso
La deseada mansion de mi reposo?
¿Cuándo será?...) Pero, Nuño,
¿Dónde vas?

NUÑO.
(*Ap.* Ahora me pesca.)
Señor, aquí estaba haciendo...

SAN FRANCISCO.
¿Qué papel es ese? Muestra.

NUÑO.
No es mas de un borradorcillo.

SAN FRANCISCO.
Daca.

NUÑO.
Señor, no le veas;
Que todavía no está
En perfeccion, y quisiera,
Antes de sacarle á luz,
Alumbrarle con la enmienda.

SAN FRANCISCO.
Yo te le corregiré.

NUÑO.
Tú no eres ingenio.

SAN FRANCISCO.
Suelta.
No hagas el que me cueste
El tomarle una impaciencia.
(*Tómale San Francisco el papel, ábrele y lee quedo.*)

NUÑO.
¡Cuerpo de Cristo! Señor,
Pues ¿acaso entra en la cuenta
De la racion el quitarle
A un criado lo que le cuesta
Gotas de sangre? (*Ap.* Acabóse.
Ya le abrió.)

SAN FRANCISCO.
Salte allá fuera.

NUÑO.
Doña Juana...

SAN FRANCISCO.
No me hables:
Véte.

NUÑO.
Señor, considera...
(*Ap.* No hemos librado muy mal,
Pues hay sortija y cabeza.) (*Vase.*)

ESCENA X.

SAN FRANCISCO.

¿Cómo vuestra clemencia
Tolerar ha podido

Daño tan repetido,
Que ocupó la paciencia
De vuestro sufrimiento
Tanto, que ya se queja el escarmiento?
Mas ¿por qué yo concito
La justicia divina,
Pues contra mí se inclina,
Si atiende mi delito
El que el castigo nace
Para quien tanto culpa lo que él hace?
Doña Juana, imprudente,
O contra sí irritada
O ya de sí olvidada,
Aquí quien es desmiente,
Pues pone á sus acciones
En el confuso mar de sus pasiones.
Ciega mujer, ¿qué intenta
Tu vano desvario?
¿Haces que el albedrío
Corra infeliz tormenta
En golfo tan violento
Que cubre el norte del conocimiento?
No en vano yo aquel dia
Con Don Antonio hablaba;
Y es que esto sospechaba,
Y como lo temia,
Procuré sin arrojo
Consejo hacer las leyes del enojo.
Y habiendo proseguido
(Segun lo que he notado
Deste papel que he hallado)
Su error inadvertido,
Esforzaré la ausencia
De que su padre me pidió licencia.
Esto importa á mi casa,
Ocultando con priesa
Esta obscura pavesa,
Esta funesta brasa,
Que con tanto horror ciego,
Sin pasar á ser luz, quiere ser fuego.
Y veré si es que vale
Contra el camino errado
De un jóven engañado
La voz... Pero aquí sale.
¡Libradle, Dios amado,
De las duras cadenas del pecado!

ESCENA XI.

DON ANTONIO, Y EL DEMONIO, *tras él.* — SAN FRANCISCO.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Sin mí estoy.

DEMONIO. (*Ap.*)
¿Que este Francisco,
No solo me dé tormento
Por sí, sino que tambien
Quiera llevar á perfecto
Estado á este Don Antonio
Que obedece mis preceptos?

SAN FRANCISCO.
Primo...

DON ANTONIO.
Señor...

SAN FRANCISCO.
Quiero hablarte.

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Oh pese á mis sentimientos!
Que el hablarle y reducirle
Es todo uno.

SAN FRANCISCO.
Estáme atento.

DEMONIO. (*Ap.*)
Pero ¿para qué es mi industria?
Con fantásticos acentos
Que él solo escuche y no otro,
Confundiré los consejos
Del Duque.

DON ANTONIO.
Ya mi atencion
Pendiente está de tu aliento.
(*Ap.* Y tambien del respirar
Se me va olvidando el pecho.)

SAN FRANCISCO.
Enamorado Dios hombre
De tí, por tí en un madero
Dió la vida, y la fineza
La escribió con el tormento.
(*Al acabar San Francisco de representar cada copla, canta el Demonio una endecha á los oidos de Don Antonio.*)

DEMONIO.
Enamorado vive
De tí un dolor que ha hecho
Fineza con la vida
Como con el tormento.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Las cláusulas que mi primo
Empieza á articular, veo
Que las cierran poderosas
Las razones de otros ecos.

SAN FRANCISCO.
Tus culpas son las que están
Dándole él filo al acero.
Ya bien pudieran dejarle,
Siquiera por haber muerto.

DEMONIO.
Las culpas del cariño
Las paga con su aliento,
Pues no quiere dejarle
El dolor, ni aun por muerto.

SAN FRANCISCO.
No le ofendas mas: advierte
Que su piedad no se ha hecho
Para delitos que hacen
Obstinacion los recuerdos.

DEMONIO.
No ofendas la fineza
De tan nobles afectos,
Que son al venerarlos
Ociosos los recuerdos.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Quiero escuchar á mi primo,
Y todas sus voces pierdo
Con otras que de lo suave
Usan para lo violento.

SAN FRANCISCO.
Antonio, teme su enojo,
Mira que es muy corto el tiempo,
Y piden largos delitos
Largos arrepentimientos.

DEMONIO.
Teme que no se mude,
Aunque es tan corto el tiempo;
Que tambien el cariño
Sabe arrepentimientos.

SAN FRANCISCO.
Muévate verle clavado,
Tan herido, tan sangriento,
Que ya los golpes ignora
Donde ejecutar el yerro.

DEMONIO.
Muévante las verdades
De su constante pecho,
Que dejó á su albedrío
Esclavo de su yerro.

SAN FRANCISCO.
Más tenia que decirte;
Pero mi dolor ha puesto
Por recuerdo lastimoso
Grillos para mis acentos.
(*Éntrase llorando, y al sacar el lienzo, se le cae el papel de Doña Juana.*)

ESCENA XII.

EL DEMONIO, DON ANTONIO.

DEMONIO.
Más te dijera fina
Una ansia á quien ha puesto
El sentir lastimoso
Grillos á sus acentos.

DON ANTONIO.
De todo lo que he escuchado,
Solo lo que sacar puedo
Es que aquí acababa amor
Lo que allí empezó consejo.

DEMONIO. (*Ap.*)
El papel de Doña Juana
Al Duque se cayó: quiero
Con este acaso poner
A mi engaño mas esfuerzo.
(*Llega el papel donde Don Antonio le ve y le alza.*)

DON ANTONIO.
Este papel se caeria
Al Duque, al sacar el lienzo.
¿Si le dará á su virtud
Y á mi sospecha sosiego?
La letra de Doña Juana
Es. Sin respirar aliento.
Ea, ojos, idle apurando
Todo el rigor al veneno.
(*Lee.*) «Bien mio, ya mi recato
»Perdió el temor al silencio,
»Y aunque mi ausencia eres tú
»Quien la trata con esfuerzo,
»Pues tu sinrazon licencia
»Me da para que...» ¡Qué leo!
Mas sí, de que la permita
Irse, quejarse la veo.

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Ah, mortales, para cuántos
Engaños estáis dispuestos,
Pues llora este injuria lo que
Se formó para requiebro!)

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA. — DICHOS.

DOÑA JUANA.
(*Ap.* A ver si es que Nuño halló
A Don Antonio, aquí vuelvo.)
Señor...

DON ANTONIO.
¡Ah alevosa! qué
Bien hizo mi sentimiento
En hallar el desengaño
En las sombras del recelo!
¡Y qué bien hizo tambien,
Cruel injusto caballero,
En no creerte por solas
Las voces de lo modesto!
En fin, ingrata...

DOÑA JUANA.
¡Qué dices!

DON ANTONIO.
¿Este papel...

DOÑA JUANA.
No te entiendo.

DON ANTONIO.
Escribiste?

DOÑA JUANA.
Para tí.

DEMONIO. (*Ap.*)
Eso sí, sirvan sus celos
Contra todos.

DON ANTONIO.
¡Y le tiene
El Duque!

DOÑA JUANA.
¿Cómo, si es cierto
Que Nuño fué?...

DON ANTONIO.
Quien le trajo
A su amo: ya lo veo.

DOÑA JUANA.
Mira que yo...

DON ANTONIO.
¿De qué modo
De tí y dél á un mismo tiempo
Tomaré venganza?

ESCENA XIV.

Aparecen LA VIRTUD *y* SAN FRANCISCO, *sobre nubes, y van subiendo á un Jesus, que ha de estar arriba.* — DICHOS.

VIRTUD. (*Canta.*)
Así.

DON ANTONIO.
¡Qué oigo!

DOÑA JUANA.
¡Qué escucho!

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Qué veo!
¡Que contra Francisco no haya
De hallar el engaño tiempo!

VIRTUD. (*Canta.*)
Sube, feliz Francisco,
Al estado perfecto
Que alcanza aquel que sube
Por la virtud al premio.

DOÑA JUANA.
¿Qué asombro es este que miro?
En la admiracion tropiezo.

DON ANTONIO.
¡Válgame Dios! ¡qué de luces
Me ilustran, cuyos reflejos
Al borrar la ceguedad
Me van dejando mas ciego!

DEMONIO. (*Ap.*)
Rayos son, de quien no huyo
Porque me dén mas tormento.

VIRTUD. (*Canta.*)
Jesus te espera, sube,
Y hallarás en el centro
Desta amorosa llama
La region de tu fuego.

DON ANTONIO.
Francisco, perdona, espera:
No me dejes, pues has hecho
Lo mas, habiéndole dado
Luz á mi conocimiento.

DOÑA JUANA.
¿Quién á vista de un prodigio,
No hará el error escarmiento?

DEMONIO. (*Ap.*)
Eso sí; llegáos adonde
Yo tanto acercarme temo.

VIRTUD. (*Canta.*)
Conseguirás los triunfos
Que ha prometido el cielo,
Juntando sus piedades
Con tus merecimientos.

SAN FRANCISCO.
Piedad tuya es, Señor, toda,
Porque yo nada merezco.

DON ANTONIO.
Humildemente te sigo,
Y ya mi dolor se ha puesto
Mas vivo que en el engaño
En el arrepentimiento.

DEMONIO. (*Ap.*)
Ya ¿qué aguardo...

DOÑA JUANA.
Ya ¿qué dudo...

SAN FRANCISCO.
¿Que consigo?...

DON ANTONIO.
Pues ¿qué espero...

DEMONIO. (*Ap.*)
Que de afrentado no huyo?...

DOÑA JUANA.
Que agradecida...

DON ANTONIO.
Deshecho
En lágrimas...

DEMONIO. (*Ap.*)
Pues que oigo...

DOÑA JUANA.
No me postro? pues atiendo...

DON ANTONIO.
No me rindo? pues escucho...

TODOS.
Que repiten estos ecos...

TODOS Y LA MÚSICA.
Sube, feliz Francisco,
Al estado perfecto
Que alcanza aquel que sube
Por la virtud al premio.
(*Llegan el Santo y la Virtud donde está el Jesus, y se cubre todo.*)

JORNADA TERCERA.

Campo de Loyola.

ESCENA PRIMERA.

LA VIRTUD; *y despues*, EL TIEMPO, *cada uno por su lado.*

VIRTUD.
Oye mi voz, Tiempo: ¿adónde
Estás?
(*Sale el Tiempo.*)

TIEMPO.
¿Adónde? En cualquiera
Parte que tú me buscares,
Ya accion ya suceso sea,
Tan en todo (porque nada
Sin el Tiempo vivir pueda)
Que en ese término corto
Que dió tu palabra mesma,
Me pudiste hallar.—¿Qué quieres?

VIRTUD.
Acordarte (no te ofendas
De que en tí suponga olvido;
Que juzgo que á veces llegas
A olvidarte aun de lo mismo
Que hace grande tu carrera),
Acordarte pues que habiendo
Advertídote que á cuenta
De la virtud de Francisco
Corria el que se supiera
Alguna parte de tantos
Prodigios como le cercan;
Y valido de la traza
De que tú la parte fueras
Instrumental, pues tenias
Por ser Tiempo mas licencia
O mas noticia de dar
De sus obras clara muestra;
Te dije que prevenido
A otra ocasion estuvieras,
Porque yo te buscaria.
Y pues ha llegado, sea
Tu asistencia quien me ayude
En la jornada postrera
De su vida; y no, no extrañes
Que la voz *jornada* sea
Con que me explique, supuesto
Que, equívoca, saco della
La razon para valerme
De tí; pues la historia mesma
De la vida de Francisco
Nos le propone y le cuenta
Tan fervoroso en los actos
Propios y de su obediencia,
Que era su ejercicio andar,
Móvil contínuo, las tierras,
Con que su última edad
Fué una jornada perpetua.
Místicamente no hablo;
Que ya sé que en la tarea
De la humana vida es
Aun el sosiego carrera,
Sino corporal, que es
Lo material que aquí suena;
Pues de otro modo, imposible
Y tan imposible fuera,
Que aun siendo tú el Tiempo, dudo
Que decirlo todo puedas.

TIEMPO.
Dices bien; porque es tan rara
Dese varon la pureza,
Que temo que en el decirla
Ha de estar el ofenderla;
Y mas diciéndola el Tiempo,
Que es cómputo que se llena
De variedades, en cuyo
Espacio viven revueltas
De unos y otros las acciones,
Teniendo porque se sepan
Tan ocupado el lugar
Las malas, como las buenas.

VIRTUD.
Eso es para la memoria,
No para alabanza; y esta
Relacion á que te llamo,
Te obligará á que no atiendas
(Aun con tener tanto tú
A que atender) sino á ella.

TIEMPO.
Pues ya empiezo á obedecerte;
Y anudando aquella hebra,
Cuyo hilo se cortó
Cuando despues de resuelta
Por inspiracion divina
La Religion, siendo esta
La Compañía sagrada,
A Roma con santa priesa
Despachó Francisco propio,
Pidiendo que le admitiera
Por su compañero Ignacio.
Aquí quedó, y aquí empieza
El Tiempo á servirte. Ignacio
Le dió á esta carta respuesta
Con la ternura que supo
Granjearle tan dulce nueva.
Díjole que en el tomar
El hábito, sería fuerza
Haber dilacion, supuesto
Que aquellas precisas deudas
De dar estado á sus hijos
Impedian que se hiciera;
Mas porque á la dilacion
No la llamara tristeza,
Allí le daba permiso
Para profesar la regla,
Aunque el traje no mudara;
Y que le enviaba licencia
De regir y administrar
Sus estados y sus rentas
Por cuatro años, cuyo espacio
Era bastante á que diera
Cobro á sus cosas. Así
Lo ejecutó, y la presteza
Mostró bien cómo en el mundo
Era su vida violenta.
Casó primero á sus hijos,
Y estudió la clara ciencia
De teología, tomando
De doctor la borla en ella.
Viéndose ya casi libre
Del lazo en que se tropieza,
Pues con color de preciso
La virtuosa vida enreda,
Se resolvió en ir á Roma.
Dispúsolo así, y se lleva
Consigo los religiosos
De mas confianza y prudencia;
Y aunque duque, con familia
Para su estado pequeña,
Pues solo iba Don Antonio
Su primo, y...

VIRTUD.

Detente, espera;
Que le importa á la Virtud
Que en esta plana se lea
El paréntesis de que
No apagadas sino muertas
En el corazon de Antonio
Aquellas llamas violentas
De sú amor, por el ejemplo
Del primo, seguirle intenta,
Haciendo cuerdo el olvido
Con olvidar la belleza
De Doña Juana, la cual
Con dos ejemplos, se emplea
En un monasterio, adonde
Su desengaño aprovecha.
Y porque estas son las propias
Acciones que manifiestan
Su virtud, te he interrumpido.
Ya el paréntesis se cierra.

TIEMPO.

Con corta familia pues,
En Roma Francisco entra,
Comunica con Ignacio,
Conocen sus grandes prendas
Todos, y su fama al papa
Julio Tercero se llega
Con alas, que sin el viento
De las alabanzas vuelan.
Quiere hacerle cardenal,
Por quien es y en recompensa
De que fué él ántes hechura
De Alejandro Sexto, que era
Tan pariente de Francisco:
La púrpura le amedrenta,
(¡Qué miedo tan poco usado
Es el de las conveniencias!)
Y con consejo de Ignacio,
Huye el peligro en la ausencia.
Y dejando ya tratadas
Con él las cosas diversas
De la Religion y suyas,
Pedida ya la licencia
Al Emperador de hacer
Renuncia de su grandeza,
Sale de Roma, y pasando
Por Loyola...

ESCENA II.

SAN FRANCISCO, NUÑO Y UN CRIADO, *dentro*.—DICHOS.

SAN FRANCISCO. (*Dentro.*)

¡Jesus sea
Contigo!

UNO. (*Dentro.*)

¡Válgame Dios!

NUÑO. (*Dentro.*)

¡Mula maldita! ¡Ay mi pierna!

VIRTUD.

¿Qué es esto?

TIEMPO.

Es haber llegado
A que las acciones mesmas
Prosigan.

VIRTUD.

Pues, Tiempo, adios,
Hasta que preciso sea
Que desta vida el glorioso
Volúmen se desenvuelva.

(*Vanse el Tiempo y la Virtud.*)

ESCENA III.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO, NUÑO Y CRIADOS, *todos de color*.

NUÑO.

¡Ay Jesus!

SAN FRANCISCO.

¡Dios sea bendito!

DON ANTONIO.

¡Caso, señor, admirable!
Pues yendo por esas peñas,
Cayó el padre Bustamante
En un precipicio, donde
Ni la vista pudo hallarle
Fin; pero apénas oyó
Tus voces, cuando al instante
Se detuvo, sin que hiciera
En él el golpe señales.

SAN FRANCISCO.

A Dios se atribuya todo.

NUÑO.

Y dígame: ¿en qué ley cabe
¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Que haga milagros á pares
Con los extraños, y á mí
Que soy su criado, me trate
Como á un indio, pues me deja
Caer, y conmigo no hace
Un milagrillo siquiera
De pié quebrado, porque hable
En términos de poeta
Aun para caer?

SAN FRANCISCO.

Ignorante:
Dios remedios y castigos
Con su mano los reparte:
A este libra, á aquél aflige;
A uno ensalza, á otro le abate;
Pero son de su justicia
Dos testigos tan iguales,
Que tanto estimar debemos
Lo airado como lo afable.
Y así, ten paciencia.

NUÑO.

¿Cómo
Habrá paciencia que baste?

SAN FRANCISCO.

¿Dónde ha quedado la gente?

UNO.

De aquí bien poco distante
Está en un pajizo albergue,
Aguardando á que llegases.

SAN FRANCISCO.

Pues id todos á cuidar
Del regalo dese padre,
Que habrá hecho en la caida
Quizás de su susto achaque;
Que Antonio y yo vamos luego.

(*Vanse los criados.*)

ESCENA IV.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Deja, primo, que no acabe
De besar tus santos piés,
Pues cada dia se añaden
Prodigios á tu virtud.

SAN FRANCISCO.

Levanta, primo: ¿qué haces?
No me mortifiques tanto,
Ni tú tanto á tí te alabes.

DON ANTONIO.

¡Yo! ¿cómo?

SAN FRANCISCO.

¿Pues quién ignora
Que tu virtud es bastante
Para obrar prodigios, pues
Tanto en ella crecer sabes?

DON ANTONIO.

Cuando yo tuviera algo
Que la alabanza alcanzase,
A tu ejemplo se debia.

SAN FRANCISCO.

Antonio, deso no me hables,
Y dime: ¿cuándo tendré
Licencia de despojarme
Desta inútil apariencia,
Desta sombra, deste traje
Que hipócrita de mi vida,
Con este vestido hace
Que con el nombre de duque
Del de polvo no se trate?
La púrpura, el cetro, el mando
No son mas que unos culpables
Laberintos, donde vive
Oculto el sér de mortales;
Que rara vez el recuerdo
De la muerte asistir sabe
Entre las pompas que adornan
Solo del mundo la imágen.
El fausto camina solo
A vivir: pues ¿cómo cabe
Que en solo alargar la vida
Recuerdos del morir se hallen?
Este mundo es un pensil,
Que la ceguedad le hace
Una apacible armonía
De lo vistoso y lo suave.
Flores son cuantas delicias
Mueren al punto que nacen,
Y está el engaño fingiendo
A lo caduco durable.
Estas flores un ejemplo
Y un peligro juntos traen.
El ejemplo es ver lo poco
Que duran, pues es constante
Que ántes de la posesion
El deseo las deshace.
El peligro, áspid cruel,
Llega oculto á disfrazarse,
Y mata al que haciendo aprecio,
Las coge para recrearse.
Mira ahora, ¿quién podrá
Peligrar de dos que entraren
En un jardin, quien cogiere
Un desengaño, ó un áspid?

DON ANTONIO.

¡Cómo contigo ejecutas
Esa licion, pues que sabes
Hacer desprecio á las flores
De lo rico y de lo grande,
Y ya te olvidas de todo!
Y tanto, que estudio haces
De no pasar por Gandía,
Por si acaso de los reales
Aparatos el rumor
Quiere torcer tu dictámen.

SAN FRANCISCO.

Sí, primo; que pues resuelto
Vivo, no han de embarazarme
La voluntad destos bienes,
Memorias de aquellos males.
En un cóncavo profundo
Que el conocimiento hace,
Se han de arrojar por trofeo
Las humanas vanidades.

ESCENA V.

EL DEMONIO, *invisible para* — SAN FRANCISCO Y DON ANTONIO.

DEMONIO. (*Ap.*)

Primero te las pondrán
Mis engaños tan delante,
Que ese tu conocimiento
O se te esconda ó te falte.
Ea, espíritus valientes,
Aquí todos ayudadme.
Y tú no juzgues, Antonio,
Que de mis iras triunfaste;
Que tambien para tu ruina
Sabré yo fingir la imágen.



—

Aparece un bosque.

ESCENA VI.

GENTE Y MÚSICA, *dentro.* — DICHOS.

UNA VOZ. (*Dentro.*)
Venid á avisar al Duque,
Que el jabalí hácia esta parte
Se esconde herido.

VOZ 2.ª (*Dentro.*)
¡A la fuente!

VOZ 3.ª (*Dentro.*)
¡Al risco!

VOZ 4.ª (*Dentro.*)
¡A lo espeso!

VOZ 5.ª (*Dentro.*)
¡Al valle!

VOZ 1.ª (*Dentro.*)
Y la música le sirva
De senda entre estos jarales.

MÚSICA. (*Dentro.*)
De ninfas Diana cerca
Toda la florida márgen,
Y las fieras que no mata
Mueren de que no las mate.

SAN FRANCISCO.
¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¿Qué oigo? pues quedan iguales
Ojos y oidos confusos,
Pues igual confusion nace
Mirando este bosque ameno,
Que oyendo aquella voz suave.

DON ANTONIO.
Esta, señor, ¿no es la selva
Que junto á Gandía yace,
Donde tú á caza salias?

SAN FRANCISCO.
Y estas voces que escuchaste
(O es ilusion del oido),
Son de aquellos mas parciales
Criados, que entónces seguian
Mi inclinacion. ¡Cómo sabe
El cielo acordarme el tiempo
Que desperdicié ignorante!

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Que lo tentado le lleve
A lo arrepentido!

VOZ 1.ª (*Dentro.*)
¡Al valle!

VOZ 2.ª (*Dentro.*)
Señor, ¿dónde estás?

VOZ 3.ª (*Dentro.*)
¡Al monte!

VOZ 4.ª (*Dentro.*)
Buscadle todos, buscadle.

MÚSICA. (*Dentro.*)
Clori no aprovecha el arco,
Porque el arpon penetrante
De la vista de sus ojos
Vuelve el acero cobarde.

SAN FRANCISCO.
¡Oh humana pasion, qué presto
Peligro el recuerdo haces!

DON ANTONIO.
¡Rara confusion!

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Ahora,
Ilusiones!

ESCENA VII.

Por la parte de San Francisco, salen varias FIGURAS FANTÁSTICAS DE CAZADORES, *y se le arrodillan; y por la parte de Don Antonio, se oye la voz de* DOÑA JUANA.— SAN FRANCISCO, DON ANTONIO, EL DEMONIO.

CAZADOR 1.º (*Saliendo.*)
Aquí hallarle
Espero : seguidme todos.
¡A la llanura!

VOZ DE DOÑA JUANA. (*Dentro.*)
¡Amparadme,
Divinos cielos!

DON ANTONIO.
¡Qué escucho!
Doña Juana en lamentable
Voz se queja. Buscaréla...
Mas ¿cómo, si me persuade
La nueva vida á su olvido?

CAZADOR 1.º
Aquí está.
(*Sale la figura de Doña Juana como despeñada, y cae á los piés de Don Antonio.*)

DOÑA JUANA.
¡Desdicha grande!

DEMONIO. (*Ap.*)
Cada uno á su pasion
Atienda.

CAZADOR 1.º
Como mandaste
Está todo.

SAN FRANCISCO.
¡Yo!

DON ANTONIO.
¡Qué miro!

DOÑA JUANA.
¿Dónde llegaron mis males
A tomar puerto? ¡Qué veo!
¿En tí, ingrato? ¡En buena parte
Para acabar de morir!

CAZADOR 1.º
Advierte, señor, que es tarde :
Goza del dia.

DON ANTONIO.
¡Ay de mí!

SAN FRANCISCO.
Gozar es desperdiciarle.

DOÑA JUANA.
¡Que despues de mi peligro
Aun no te deba el mirarme!

SAN FRANCISCO.
Antonio, á Dios acudamos,
Porque en su auxilio se halle
Remedio.

DEMONIO. (*Ap.*)
¡Oh pese á mi rabia!

CAZADOR 1.º
Señor, mira...

DOÑA JUANA.
Antonio, sabe...

CAZADOR 2.º
Que estas voces...

DOÑA JUANA.
Que mi amor. .

CAZADOR 3.º
Te avisan...

DOÑA JUANA.
Te persüade...

SAN FRANCISCO.
En sacrificio te ofrezco
Mis sentidos, porque hallen
Un objeto, siendo tuyos,
Que sea tu vista agradable.

DON ANTONIO.
Señor, ayudadme vos,
Porque en mis voces no cabe
Fervor.

CAZADOR.
En fin, ¿no nos sigues?

DOÑA JUANA.
En fin, cruel, ¿me dejaste?

SAN FRANCISCO.
Por sacrificio, repito,
Mi sér te entrego : bien sabes
Que el ansia con que le doy,
Dora lo indigno de darle.

ESCENA VIII.

Cruza el tablado UN ÁNGEL *con una hacha ardiendo.*— DICHOS.

ÁNGEL.
Ese rayo envia el cielo
En señal de lo aceptable
Que es tu sacrificio. (*Vuela.*)

DEMONIO.
¡Siempre
Has de vencerme, cobarde!
Huyendo iré, pues consigo
Ménos dolor con dejarte.
(*Todas las figuras se hunden, y el teatro se vuelve como estaba.*)

—

Campo.

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.
¡Válgame Dios, qué prodigio!
En el viento se deshacen
Las sombras que nos cercaban;
Pero ¿qué mucho, si sale
Al opósito tu ruego
A hacer, señor, que se aparten?

SAN FRANCISCO.
Mira lo que á Dios debemos,
Pues nos libra de un combate,
Donde hacian nuestros vicios
La invasion incontrastable.
El medio fué la oracion;
Y si acaso yo me hallase
Con mérito de juzgar
Que en la mia pobre cabe
Fuerza de llegar al cielo,
Te dijera que es tan grande
El poder de la oracion,
Que ese rayo que, flamante
Cometa de luces, iba
En alas de sus celajes
Buscando á esferas las ondas
De la raridad del aire,
Era la misma oracion
Que se hizo á Dios, que al formarse
Del ruego, exhalacion breve,
Imaginado carácter,
Subió al empireo, y allí
Encendida en aquel grande
Piélago de luz, adonde
La esfera del amor arde,
Rayo bajó para alivio;
Porque es cierto que Dios hace
Que el que á él subió solo ruego,
Prodigio y remedio baje.
Antonio, vén : no nos busquen.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
Con cada accion tuya nace
Otro prodigio que pone
A la admiracion mas grande.

ESCENA X.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.
De una muy alegre nueva
Cuenta, señor, vengo á darte,
Y es que Don Cárlos, tu hijo
Y mi señor, en Oñate,
Lugar que de aquí se mira,
Queda; y dudando la parte
Por donde vienes, temiendo
Errar la senda, no sale.

SAN FRANCISCO.
Vamos á verle. ¡Ay mi Dios!
Nuevas gracias puedo darte
De ver cuán presto hacer quieres
Que mi deseo se alcance.

DON ANTONIO.
Su virtud atemoriza
Lo indigno del imitarle.
(*Vanse.*)

—

Casa de San Francisco, en Oñate.

ESCENA XI.

DON CÁRLOS DE BORJA, *mozo;* NUÑO, CRIADOS.

NUÑO.
Dame, señor, á besar
Tu excelentísima planta,
Si no es que se me ha perdido,
Despues de ausencia tan larga,
El modo como se besa.
¡Carlitos, señor!

DON CÁRLOS.
Levanta,
Nuño, y á mis brazos llega.

NUÑO.
Tú has crecido media vara
Y cinco dedos y medio.

DON CÁRLOS.
La cuenta, ¿de qué la sacas?

NUÑO.
Esto no puede faltar.
Tú há seis años me llegabas,
Salvo el lugar, hasta aquí.
Desde aquí aquí es cosa clara
Que hay cuatro palmos y medio:
Quitados dos que se sacan
De ponleviés, se quedan
En dos y medio: ahora falta
Poner lo que yo he menguado:
Con que, la cuenta ajustada
De lo que has crecido, monta
Lo que dije.

DON CÁRLOS.
¿Y no reparas
Que lo que tú te has bajado
No puede crecerme?

NUÑO.
Calla,
Señor: ¿cuántos hay que suben
Solo de lo que otros bajan?

DON CÁRLOS.
Como mi padre me tuvo
Estudiando hasta ahora, estaba
Desde que murió mi madre,
Fuera, y es esa la causa
De que juzgues que he crecido
Tanto. Mas ¿cómo te tardas
En decirme cómo viene
Mi padre?

NUÑO.
Si no mirara
Que eras su hijo...

DON CÁRLOS.
¿Qué dices?

NUÑO.
Que, vive Dios, que me trata
Como á su criado.

DON CÁRLOS.
Pues ¿qué
Te ha hecho?

NUÑO.
¡Ahí que no es nada!
No querer hacer conmigo
Un milagro, cuando anda
Dándolos por Dios á todos.
Esta pierna tengo mala
De una coz que puso en ella
Una mula que la llaman
La cigüeña, y es porqué
Toda ella es pescuezo y zancas;
Y no ha querido sanarme.
Pero dejando las chanzas,
¡Es un pasmo de virtud!

DON CÁRLOS.
¿No me dirás cómo pasa
Los dias?

NUÑO.
Muy brevemente
Lo diré, porque se tarda:
No venga y me oiga, porqué
Suele gruñir su alabanza.
Lo primero, no se sabe
A qué hora se levanta,
Y es porque hace en la oracion
Que sean las noches mañanas.
Lo cierto es que, segun cuenta
Que acá tenemos, no se halla
Que hora cabal noche alguna
La haya tenido en la cama.
Desde las dos, y aun desde ántes,
Hasta las ocho, elevada
Su alma con Dios, en continua
Oracion su celó abrasa.
A esta hora comulga siempre;
Y despues de dadas gracias,
Cuando no camina, á oir
Leccion de Escritura pasa;
Y hasta las doce, en negocios
Precisos da audiencias varias.
Come luego... Aquí, señor,
Quisiera yo que llamaras
Un paje que de hambre entienda,
Porque su dieta explicara.
Son los mas frecuentes platos
Que sirven á su vianda,
Ejemplos, y lo que come
Es solo por *verbi-gratia.*
En lo que pasa la tarde
Es en visitar las casas
De los pobres, dar limosnas,
Y en conversaciones santas
Con el padre espiritual.
Antes de la noche en casa
Se recoge, y es la cena
El rosario, y dos bien dadas
Disciplinas que á dos manos,
Sin temor de sí, se casca.
Disimula que se acuesta,
Y tiene junto á la cama
Dos colchones bien mullidos,
Que son de pluma de tabla,
Y en ellos el breve rato
Que el preciso feudo paga,
Con la esperanza de que
Durará poco, descansa.
Contarte otros ejercicios,
Mortificaciones raras
Que ejercita, no es posible,
Porque son tales y tantas,
Que ni hallaré voces, ni...

VOCES. (*Dentro.*)
Apéate presto, aparta.

NUÑO.
Tu padre, señor, es este.

DON CÁRLOS.
Deja que mi boca salga
A ser cariñosa, humilde
Alfombra de sus pisadas.

ESCENA XII.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO, Y CRIADOS. — DON CÁRLOS, NUÑO.
Todos se le arrodillan.

TODOS.
A todos nos da los piés.

DON CÁRLOS.
¡Padre, señor!

SAN FRANCISCO.
¡Prenda amada!
¡Hijo mio!

DON CÁRLOS.
¿Cómo vienes?

SAN FRANCISCO.
Primero que hable palabra,
Todos levantad del suelo:
Mirad que esa es reservada
Ceremonia para Dios;
Y aquel que de Dios la saca,
O ya sea en su conveniencia
O en su respeto, idolatra.
(*Levántanse todos.*)

TODOS.
¡Qué amor! ¡Qué virtud! ¡Qué agrado!

NUÑO. (*Ap.*)
¿Qué dirán desto las criadas?
Porque ya no hay sabandija
Que no quiera que en su casa,
Hasta el darles de vestir
Sea con la rodilla hincada.

SAN FRANCISCO.
Cárlos mio, bueno vengo.
Mas, hijo, ¿cómo no abrazas
A tu primo Don Antonio?
Dios, hijo, como él te haga.

DON ANTONIO.
Mi cortedad es indigna
De tanto como la ensalzas.

NUÑO.
Y á mí, señor, ¿no me das
A besar tus piés?

SAN FRANCISCO.
¿Qué causa
A eso te obliga?

NUÑO.
El venir
Sin ellos desta jornada,
Y querer que con los tuyos
Se me socorra esta falta.

DON ANTONIO.
Pues ¿no vienes á caballo?

NUÑO.
¿Venir á caballo llamas
El venir en una mula
Tan amarrida y tan flaca,
Que de una coz que tiró,
Dejó en la pared pegada
Toda la parte que hay
Desde la herradura al anca?

SAN FRANCISCO.
Tus hermanos ¿cómo están,
Mi Cárlos?

DON CÁRLOS.
Con la esperanza
De verte, los sentimientos
De que no te ven engañan.

SAN FRANCISCO.
(*Ap.* Quedo, pasion; ¿dónde vas?
No prosigas. ¿No reparas
En que mi resolucion
Desautoriza tu instancia?)
Puedo decirte, hijo mio,
Que há mucho que no se halla
Mi corazon tan alegre;
Porque, la causa dejada
De verte, que es de contento
Que dicta el amor al alma,
Alguna otra dicha ofrecen
Unas secretas instancias,
A quien no desacredita
La razon de no haber causa.
Y esta aprension es tan fuerte,
Que parece que...

ESCENA XIII.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.
Ahora acaba
De llegar aquel criado
Que despachaste á Alemania,

Y desde Roma siguiendo
Viene tus propias jornadas.

SAN FRANCISCO.

(*Ap.* Mi Dios misericordioso,
¡Con qué piedad que me tratas,
Pues haces que sean tus obras
Abono de mis palabras!)
Saldréle yo á recibir.

ESCENA XIV.

GASPAR, *de camino.* — DICHOS.

GASPAR.

Dichoso quien de tus plantas
La esfera goza.

SAN FRANCISCO.

¡Oh Gaspar!
Más dichosa tu llegada
Será. Dime: ¿cómo vienes?

GASPAR.

Señor, como quien aguarda
Recibir las honras tuyas.

SAN FRANCISCO.

No lo dilates. ¿Traes cartas
Del gran César mi señor?

GASPAR.

En las riberas pobladas
Del Danubio le encontré
En Augusta, que es fundada
Ciudad que ocupa los medios
De la Baviera la alta.

NUÑO. (*Ap.*)

No dijera yo Baviera
Aunque el lugar me dejara.

GASPAR.

Allí tu pliego leyó,
Y despues de acciones varias
Con que me honró, esta respuesta
Me dió.

(*Dale una carta, y San Francisco la besa, la abre y lee.*)

SAN FRANCISCO.

Despues de besada,
La abro, y tiene mi contento
Mi veneracion turbada.

(*Lee.*) «Ilustre Duque, primo: Con »Gaspar de Villalon recibí vuestra car»ta; y aunque la determinacion que »me escribís teneis de trocar lo del »mundo por lo del cielo, es santa, no »se excusa que yo la sienta; mas el »sentimiento no estorbará el daros la »licencia que me pedís, de renunciar »en vuestro hijo Don Cárlos el Estado; »que esta yo os la doy: y en dejar á »vuestros hijos me obligais á que yo »mire por ellos. Guie Dios vuestras »determinaciones: y encomendadle »mucho nuestras cosas y las cosas de »la cristiandad en vuestras oraciones. »Augusta, 12 de febrero de 1551.— El »Emperador.»

Mil veces selle mi gozo
Tal nueva, pues otras tantas
Da motivo á la ventura
El aprecio de estimarla.
Y pues ya llegó este dia
Que tanto yo deseaba,
No quiero que ponga pleito
A la dicha la tardanza.
Y asi hoy, pública escritura
Siendo mis fieles palabras,
Mi deseo quien la escribe,
Y testigos muestras tantas
Como, habiéndola ya hecho,
Di para ratificarla,
Supliendo otras ceremonias
Que hoy por hoy son excusadas;
Renuncio (escuchadme atentos)
En mi hijo todas cuantas
Grandezas, cuantos estados
Me ha dado la soberana
Mano de Dios, sin que deje
Para mí mas de aquella ansia
Que de haberlos poseido
Siendo indigno, me acompaña.
Y os ruego que le admitais

(*Lloran todos.*)

Por... Pero ¿qué tiernas ansias
Mi resolucion reciben?

TODOS.

Pues ¿así nos desamparas?

DON CÁRLOS.

Mira que á mi cortedad,
Mas que la subes, la agravias.

SAN FRANCISCO.

No lloreis: no os desamparo.
(*Ap.* ¡Ah valor! ¿por qué desmayas,
Llorando paz, vida, cielo,
Por polvo, por muerte y nada?)

NUÑO. (*Ap.*)

Adios, Nuño: tú te quedas,
De tu amo con la mudanza,
Criado de corregidor
Despues que dejó la vara.
Si no tuviera el oficio
De poeta, ¡bueno quedara!

SAN FRANCISCO.

Yo espero en Dios que mi hijo
Os consolará; y ya dadas,
Cárlos, todas estas glorias,
Que son las dichas mundanas,
Escucha, porque te dé
Unas postreras alhajas,
Que la fuerza de ser padre
Se las dictó á mi ignorancia.

NUÑO. (*Ap.*)

Mas estimará él ahora
La renta que la enseñanza.

DON CÁRLOS.

Dios, señor, ponga en mi oido
La fuerza que en tu palabra.

SAN FRANCISCO.

Cárlos, hijo, Dios, que es rey,
De los reyes poderoso,
Dice que será dichoso
El que anduviere en su ley,
Y asi, de tu corazon
Todo el lleno ha de ocupar:
Con eso no habrá lugar
Donde entre la sinrazon.
Los vasallos adoptados
Son hijos, y como en frutos
El señor lo es de tributos,
Es dueño de sus cuidados.
Y asi (pues no ajó el valor
Ni la grandeza desdijo
Que mandase como á hijo
Quien manda como señor)
Haz que á tu vista y oido
Mas veces hayan llegado
Los requiebros de estimado
Que los ceños de temido.
La igualdad el noble dueño
Sea que en tu gobierno mande:
Ni al grande mires por grande,
Ni al pequeño por pequeño.
Echar el vicio conviene:
En tu Estado no le admite,
Porque es el que le permite
Aun peor que el que le tiene.
En ti, por ser estimada,
La virtud halle acogida,
Y haz que la mas abatida
Sea la mas venerada.
Porque eres mas que otro, advierte
En no tener gloria alguna;
Que os hizo iguales la cuna,
Y os hará iguales la muerte.
Solo feliz, grande, es quien
Supo liberal medir
Al paso del adquirir,
La mano del hacer bien.
Pues que Dios, hijo, te ha dado
Entendimiento cumplido,
Sabe lucir lo entendido
Siempre con lo aconsejado.
No juzgues que toda accion
En tu entendimiento cabe,
Porque es potencia que sabe
Ajarla la presuncion.
Mas nombre de amigo adquiere,
Si en tí la duda se hallare,
El que un defecto culpare,
Que el que á un vicio persuadiere.
Más te podia decir;
Mas todo cuanto hay se encierra
En decirte que eres tierra,
Hijo, y que te has de morir.

DON CÁRLOS.

¿Qué pecho habrá, si ha escuchado
Lo que mi padre ha advertido,
Que lo mas endurecido
No lo vuelva aconsejado?

SAN FRANCISCO.

Dejadme aquí descansar,
Porque á esta naturaleza
Tiene la humana flaqueza
Sin aliento al respirar.

DON CÁRLOS.

La obediencia el responder
Sea, pues, que nos guie el paso.

SAN FRANCISCO.

Pues, hijo, adios, por si acaso

(*Abrázale y échale la bendicion.*)

Yo no te volviere á ver.

DON CÁRLOS.

¡Padre! Pues ¿cómo?...

DON ANTONIO.

Señor...

TODOS.

¡Qué decis!

SAN FRANCISCO.

Abrazamé.

DON CÁRLOS.

Pues ¿me dejas?

DON ANTONIO.

Pues ¿por qué?...

TODOS.

¡Qué ansia!

DON CÁRLOS.

¡Qué mal!

DON ANTONIO.

¡Qué dolor!

DON CÁRLOS.

Confuso mi corazon
No alienta.

DON ANTONIO.

¡Ay de mí infelice!

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

No sé qué el alma me dice.

SAN FRANCISCO.

(*Ap.* Presa tengo la razon.)
Salios.

DON ANTONIO.

Señor, los dos
Quisiéramos hoy saber
Qué es esto.

SAN FRANCISCO.

Esto es el hacer
Que no vuelva. Adios, adios.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

No sé de qué modo aliento.

SAN FRANCISCO. (*Ap.*)

El dolor pierde el suspiro.

DON ANTONIO. (*Ap.*)
¡Con qué confusion respiro!

TODOS.
¡Qué ansia! Qué mal! Qué tormento!
(*Éntranse todos, y queda el Santo.*)

ESCENA XV.

SAN FRANCISCO.

Mi Dios, ya he restituido
Lo que me disteis: bien creo
Que lo habrá menoscabado
Lo indigno de poseerlo;
Mas para esta cuenta, á toda
La misericordia apelo:
Mal deudor soy, recibid
Lo poco, ántes que sea ménos.
Bien sabeis vos que no solo
Os diera lo que es tan vuestro,
Pero si mio se hallara
Cuanto cubre ese azul velo
Ya en mansiones absolutas,
Ya en coronados preceptos,
Sacrificio vuestro humeara
En las aras de mi afecto.
¡Oh Señor! ¡Y quién supiera
Si acaso llegó al supremo
Dosel de tu aceptacion,
La cortedad de un deseo!

ESCENA XVI.

UN ÁNGEL, *en el aire, cantando invisible.*— SAN FRANCISCO.

ÁNGEL. (*Canta.*)
No tan solo ha llegado,
Pero ha dispuesto
Que la Virtud te ofrezca
Tendrás el cielo.

SAN FRANCISCO.
¿Qué dices, voz; que presagio
Siempre por feliz te tengo?
Mira que es mucho, y que en mucho
Se juzga el anuncio incierto.

ÁNGEL. (*Canta.*)
Tu salvacion segura
Lograrás, siendo
El premio anticipado
Dos veces premio. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

SAN FRANCISCO.

Quien tanto favor alcanza,
No espere ya mas, supuesto
Que ni la imaginacion
Llegará á mas con su anhelo.
Y pues tal dicha consigo,
Muérame ya, pues es cierto
Que á vista de tal favor
Está el vivir muy grosero.
¡No viva mas quien ve, Señor eterno,
De vuestra gran piedad el don inmenso!
(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

LA VIRTUD, EL TIEMPO.

LOS DOS.
«¿No viva mas quien ve, Señor eterno,
De vuestra gran piedad el don inmenso?»

VIRTUD.
Tiempo...

TIEMPO.
Virtud...

LOS DOS.
A los dos
Hoy nos arrastra este acento.

VIRTUD.
¡Que ya la vida rehusa!

TIEMPO.
Va así su fin previniendo.
Y si en la vida de un justo
Cualquiera caso es misterio,
Mal hará en no aprovecharse
De aquella voz nuestro acento,
Para decir como ya,
Viéndose en lo pobre absuelto
De aquella deuda en que estaba
Empeñado su sosiego,
Trocó vestido, y...

VIRTUD.
¿Qué dices?
Pues de tan raros portentos,
De tan gloriosas acciones
Y de actos tan perfectos
¿Quieres referir la suma?
¿No conoces, no estás viendo
Que tirando hoy á excusar
Algun reparo indiscreto
En quien no fuera disculpa
El ceñirse al argumento,
Dirian todos, si acaso
Se tomaba el instrumento
De tu relacion, que habia
Con facilísimo medio
A lo cómico buscado
Lo historial el desempeño?

TIEMPO.
Pues ¿cómo ha de ser?

VIRTUD.
¿No eres
Tú el Tiempo?

TIEMPO.
Sí.

VIRTUD.
Pues sea haciendo
Moralidad de la propia
Moral figura; y supuesto
Que ejecutoriado puede
Tener el conocimiento
El que una vida es tan breve
Cuando está delante el tiempo,
Que apénas vivir la vimos
Cuando ya morir la vemos,
Con pasarte tú á esta parte,
Se llegarán á oir los ecos
Que, llegada otra edad, dicen
Con mas felices acentos...

ESCENA XIX.

Da EL TIEMPO *una vuelta al tablado, y descúbrese* SAN FRANCISCO, *muriendo,* Y PADRES DE LA COMPAÑÍA *que le asisten, y él con el hábito de jesuita:* DON ANTONIO, NUÑO, MÚSICA CELESTE, *dentro.*

MÚSICA. (*Dentro.*)
Abrid las puertas, abrid,
Príncipes del claro reino.

TIEMPO.
Esto es robarnos la accion
El mismo caso.

VIRTUD.
Y esto,
Pues Francisco muere, abrirse
Por puertas de luz el cielo.

MÚSICA. (*Dentro.*)
Para que entre á gozarle
Francisco en todo lo eterno.

SAN FRANCISCO.
Adios, hijos, porque ya
Llegó mi hora.

DON ANTONIO.
¿Quién, viendo
A sus ojos tal pesar
Dará salida al aliento?

TIEMPO.
La música celestial
Es dulce estorbo á su acento.

DON ANTONIO.
¡Padre!

SAN FRANCISCO.
En tus manos, Señor,
El espíritu encomiendo.
(*Ha de haber bajado un Jesus por el alma de San Francisco, que la sube con música, que no cesa hasta acabar la comedia.*)

DON ANTONIO.
¡Ya espiró!

NUÑO.
¡Qué triste caso!
¿Cómo se hallará consuelo
Á tanto dolor?

DON ANTONIO.
Mirando
Que esos espíritus bellos
Á la gloria le trasladan.
Con eso feliz se ha hecho.

VIRTUD.
Mas felice será cuando
Con milagros y portentos
Le celebren sus virtudes.

TIEMPO.
Mas feliz será si haciendo
Urbano Octavo el exámen
Canónico, en su decreto
Le beatificare.

VIRTUD.
En eso
Mas feliz será, llegando
Aquel venturoso tiempo
En que le canonizare
El grande Clemente Décimo.

TIEMPO.
Y mas feliz...

VIRTUD.
Mas dichoso...

DON ANTONIO.
Mas durable...

NUÑO.
Mas eterno...

TIEMPO.
Si estos triunfos...

VIRTUD.
Si estas fiestas...

DON ANTONIO.
Si estas voces...

NUÑO.
Si estos ecos...

TODOS.
Persuadieren á que ha sido
En la historia de un perfecto
Varon, honrosa disculpa
La devocion de los yerros.

EL FENIX DE ESPAÑA, SAN FRANCISCO DE BORJA,

COMEDIA DEL PADRE DIEGO DE CALLEJA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS[1].

PERSONAS.

EL EMPERADOR CÁRLOS V.
SAN FRANCISCO DE BORJA.
DON SANCHO, *galan*.
DON ÁLVARO DE BORJA.
CÁRLOS, *bandolero*.
DOÑA BEATRIZ, *dama*.
MARCELA, *dama*.
JUANA, *criada*.
INES, *criada*.
CALVETE, *gracioso*.
EL HERMANO MÁRCOS.
UNA LABRADORA VIZCAÍNA.
UN ÁNGEL.
EL DEMONIO.
NIÑOS.
CRIADOS.
MÚSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.
NOVICIOS.—GENTE.

La accion pasa cerca de Oñate, en Valladolid y en Roma.

JORNADA PRIMERA.

Bosque á dos leguas de Oñate.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, *de bandido;* DON SANCHO, *galan;* CALVETE, *de camino*.

DON SANCHO.

Mil veces, amigo Cárlos,
Me da los brazos.

CÁRLOS.

Mil veces,
Señor Don Sancho, los vuestros
Me honran con lo que me prenden.

DON SANCHO.

¿Cómo estás?

CÁRLOS.

Para serviros,
Bien que entre trabajos siempre.

DON SANCHO.

¿Te busca el Virey?

CÁRLOS.

Me busca;
Que he dado en ser con vireyes
Mas desgraciado que con
Heródes los inocentes.
El primero que intentó
En Cataluña prenderme
Fué el gran duque de Gandía,
Don Francisco, que hoy suspende
A España con la mudanza
De vida; pues, los laureles
De su sangre y sus estados
Depuestos gloriosamente,
Se entró en una religion
Que nueva al mundo amanece.
Cuentan que la Compañía
De Jesus se llama: aumente
Dios su sagrado instituto;
Pues me dicen que el que tiene,
Es ayudar á salvarnos
En la vida y en la muérte.
Y ya que yo sea tan malo
Que en vida no me aproveche,
Quizás lo habré menester
Para el dia en que me cuelguen.

CALVETE.

Dios te oiga.

DON SANCHO.

Con los caballos
Retírate tú, Calvete.

CALVETE.

De muy buena gana, porque
Há ratillo que me vence
Cierto sueño tan mortal,
Que parece de los siete. *(Vase.)*

ESCENA II.

DON SANCHO, CÁRLOS.

CÁRLOS.

Pero dejando á una parte
Mis fortunas, ¿qué se ofrece,
Señor Don Sancho, en que pueda
Serviros quien tanto os debe?
La vida es no ménos; pues
En Barcelona, valiente,
De un suplicio amenazado,
La librasteis: y ahora viene
Llamada de vuestro aviso
A este bosque, por si puede
A su dueño, que sois vos,
Restituirse obediente.
Ya me teneis en Vizcaya:
Cuanto de provecho fuere
Mi persona, todo es vuestro.
Nada mandarme recele
Quien, si me pide la vida,
Cobra lo que se le debe.

DON SANCHO.

¿Trajiste los camaradas
Que te avisé?

CÁRLOS.

En diferentes
Cuadrillas, por todo el bosque
Disimulados se extienden.

DON SANCHO.

¿Quién los acaudilla?

CÁRLOS.

Yo;
Y miéntras estoy ausente,
Cierto catalan hechizo,
Beldad tratable, que viene
En airosos disimulos
Favoreciendo á quien vence.

DON SANCHO.

Pues ya que pueden mis ansias
Desahogarse libremente,
Cárlos, ¿sois mi amigo?

CÁRLOS.

Nada
Por vos habrá que no arriesgue.

DON SANCHO.

Cuando me vieras morir,
¿Qué hicieras?

CÁRLOS.

Dar yo mil veces
Mi vida por vuestra vida.

DON SANCHO.

Pues esa estriba en la muerte
De un hombre.

CÁRLOS.

Que mueran cuantos
Os agravian.

DON SANCHO.

¿Y si fuese
Tambien enemigo tuyo?

CÁRLOS.

Mejor que mejor.

DON SANCHO.

Atiende.
Si al dictámen de mis ansias[2]
Hubiera de resolverse
Aquella cuestion, de cuál
Amante es quien mas padece,
O aquel que sufre olvidado
O el que aborrecido siente,
¡Qué presto ¡ay de mí! al olvido
Coronara de laureles!
Pues há dos años que adoro
De un ángel, no los desdenes,
(Que á merecer yo sus iras,
¿Qué le faltaba á mi suerte?)
Sus olvidos sí: tan mudo
Ha estado en mi pecho siempre
Este, no amor, sino monstruo
De amor, pues de diferentes
Naturalezas compuesto,
Ni sé si hiela ó enciende
Mi corazon, que volcan
Arde entre llamas de nieve.
Si me atreviera á decir,
O bien loco ó mal prudente
(Pues en delirios tan sabios
No hay yerro que no se acierte,
Ni en tan cuerdos frenesíes
Acierto que no se yerre),
Que mi amor, cuantos la fama
Celebra finos, excede;
No me atrevo á mucho, pues
La causa á exceder se atreve
Cuantas beldades celebran
Las plumas y los pinceles.
Mienten los rayos del sol,
Si presumidos dijeren

[1] Creemos que el padre Calleja aprovechó trozos de la comedia de CALDERON, y por eso la damos aquí, á falta de la de este.
Véase en el catálogo el artículo *San Francisco de Borja*.

[2] Este romance parece enteramente de CALDERON.

Que de sus luces sus ojos,
Negros bozales, aprenden
A lucir... Mas ¡ay de mí!
Tampoco otros rayos mienten,
Si dicen que estudian dellos
La violencia con que hieren.
Mi prima Doña Beatriz
Enriquez, que por la muerte
De su padre el marquesado
Hoy de Alcañices posee,
Es el respetado templo,
De cuyas nobles paredes
Los hierros de mi cádena,
Bien como milagros, penden.
Ya os oigo el dificultar
La razon de no atreverme
A declararla mi amor
A mi prima, mayormente
Cuando por tan deudo suyo
Vivo desde mis niñeces
En su casa; pues sus padres
Con mira á que no anduviesen,
Pobre yo y pariente suyo,
Ajados indignamente.
Sus blasones, me acogieron,
Ni bien criado ni huésped,
Pasando plaza de hospicio
Lo que fué en sustancia albergue.
Bien desta razon la duda
Pudiera satisfacerse
Con que el ser pobre es mordaza
Que al mas discreto enmudece;
Pero no es esa la causa
De mi silencio: ¡cuál debe
De ser ¡ay Dios! pues con ella
No es ser pobre, inconveniente!
Con que dejando esta parte,
Paso á la que me detiene.
Muerto mi tio el Marqués,
Por mas cercano pariente
Se encargó de la tutela
De Beatriz, miéntras cumpliese
Su edad pupilar, el duque
De Gandía, español fénix,
Que de imperiales cenizas
Segunda vida establece.
Trataba entónces el Duque
De dejar, como lo tiene
Ejecutado, del mundo
Vanidades y altiveces,
Trocando en la humilde ropa
De la Compañía el siempre
Heróico blason de tantos
Generosos ascendientes,
Que aun de coronas reales
Se ciñó alguno las sienes.
A este efecto era su casa
Frecuentada comunmente
De hijos de su religion,
Cuya virtud... Pero cese
Su alabanza: que en mis labios
No poco á lisonja huele[1];
Pues no sé qué oculto hechizo
Me obliga á que los venere
Tan poco libre, que el alma
Su mismo afecto no entiende.
Fuese el trato de los padres,
Del Duque el ejemplo fuese,
Al fin mi prima creció
Tan escrupulosamente
Devota, y con tal recato
En sus acciones procede,
Que no saben sus oídos
Aun la plática mas leve
Sufrir de amores profanos;
Y en tanto extremo le ofenden,
Que levísimos descuidos
La he visto severamente
Castigar en su familia:
Ved pues, ¡qué apelacion puede
Hallar mi amor, que á otros medios
Cerrada la puerta tiene,
En los obsequios comunes
De ansias, finezas, papeles,
Con que amantes desvalidos
Sobornar la piedad suelen!
Tal vez, que, haciéndose sordo
A tantos inconvenientes,
Quiere mi amor declararse,
Necio y restado en perderse,
Un mal entendido miedo
Me embarga la voz; de suerte
Que si no es en ayes mudos,
No me permite que aliente.
En este estado me hallaba,
Padeciendo los desdenes
Del amor y la fortuna,
Dos verdugos tan crueles,
Que atormentan solo á fin
De que calle el delincuente;
Cuando los celos ¡ay Dios!
Vinieron á que entendiese
Que no hay mal donde no hay celos;
Y en el triste que padece,
A trueque de que ellos falten,
Todos los males son bienes.
Don Alvaro, hijo del duque
De Gandía, que prenderte,
Siendo su padre virey,
Ya sagaz y ya valiente,
Intentó por tantos medios,
Es el dichoso que tiene
Tan cerca su casamiento
Con Beatriz, que solamente
Esperan á que en el deudo
El Pontífice dispense.
Yo, que en mis males tenia
Sobrada causa á una muerte,
No del todo tan forzosa
Que no fuese contingente,
Por las ciegas esperanzas
Que soñarse un triste suele;
A vista ya de mis celos,
¿Qué remedio habrá que espere,
Qué mal á que no me exponga,
Qué despecho que no intente?
Yo me muero, amigo Cárlos;
Y el corazon que padece,
Pienso que para librarme
Quiere de una vez perderme.
Pues piérdame de una vez,
Y alivieme tantas veces
Cuantas de mis pensamientos
Me librare desta suerte.
Muera Don Alvaro, amigo;
Que aunque él no intenta ofenderme,
El que de celos me mata
Sobrada culpa comete,
Y mas en tribunal donde
Celos y envidia son jueces.
A visitar á su padre
Mañana dicen que viene,
Cerca de Oñate, á una ermita,
En cuyo devoto albergue,
Dos leguas de aquí distante,
Habita tan pobremente,
Humilde y mortificado,
Que ya de sus excelentes
Virtudes, por toda España
Nobles fragrancias se extienden.
Beatriz, que de sus virtudes
Tantas experiencias tiene,
A consultar no sé qué
Devocion, tambien á verle
Viene hoy con su familia,
Donde es fuerza que se encuentren
Alvaro y Beatriz. ¡Oh nunca
Lo quiera amor, si no quiere
Que la nube de mis celos
Rayos de enojo reviente!
De tu resolucion, Cárlos,
Toda mi vida depende.
Tu enemigo es mi enemigo;
Yo he de morir si él no muere.
Yo no puedo por mí mismo
Matarle, porque se pierden
De una vez las esperanzas
De mi triste amor; tú eres,
Por mas desimaginado,
Quien solo aliviarme puede.
Restitúyeme la vida,
No, Cárlos, la que me debes,
La mia sí, que á las manos
De ajenas dichas fallece.
Y si á tí ó á otro mi intento
Fiereza le pareciere,
Tome mi dolor, verémos
Si lo piensa mas prudente.

CÁRLOS.

Por cierto, yo estoy quejoso,
Señor Don Sancho, de vos,
Y me pesa, vive Dios,
Veros tan ceremonioso.
Para decirme: «Al momento
Este hombre habeis de matarme»,
¿Qué es menester enterarme
Tan por menudo del cuento?
Digo, señor, que os prometo
Matarle, y que al punto iré,
Y si es menester traeré
Testimonio del efeto.

DON SANCHO.

Amigo...

CÁRLOS.

Que no hay que andar
En cumplimientos conmigo.

DON SANCHO.

Mi pecho...

CÁRLOS.

Por un amigo
Me dejaré yo ahorcar:
Fuera de que son premisas
Que esto á Don Alvaro cuadre,
Y vaya luego á su padre
Que se lo diga de misas.

DON SANCHO.

Mi amor rendido...

CÁRLOS.

Ya veo
Que estáis muy enamorado,
Y os falta de confiado
Lo que os sobra de deseo.
El camino de Castilla
¿No ha de traer?

DON SANCHO.

Y con gente
Vendrá.

CÁRLOS.

Que no es tan valiente:
Yo tambien llevo cuadrilla.
Idos al instante vos.
¿Y ese criado?...

DON SANCHO.

Es secreto.

CÁRLOS.

Dígolo, porque en efeto
Es pícaro. Adios.

DON SANCHO.

Adios.

(*Vase Cárlos.*)

Como celoso me irrito,

[1] Aquí no habla Don Sancho, sino el poeta: ¿qué poeta es este? No debe ser el Padre Calleja, porque en él, siendo jesuita, no sería lisonja el alabar á la Compañía, sino obligacion, interes, ó espíritu de cuerpo; en CALDERON, sí, podria parecer lisonja, porque habia sido discípulo de los Padres, y acaso escribió esta comedia cuando solo hacia dos años que habia sido premiado en el certámen abierto por sus maestros para celebrar la canonizacion de San Ignacio y San Francisco Javier.

No veo mi sinrazon.
¡Qué violenta es mi pasion,
Pues obra mal sin delito!
Pero la senda he perdido
Del bosque. ¡Inculta maleza!
Todo mi pecho es tristeza.
¡Calvete! ¿Si se ha dormido?
¡Qué soledad! Cuanto toco,
Mas borrores me renueva.

ESCENA III.

CALVETE.— DON SANCHO.

CALVETE.

¡Señor, señor! que me lleva
El diablo.

DON SANCHO.

Detente, loco.

CALVETE.

¡Jesus, Jesus, qué modorra!

DON SANCHO.

¿De qué te asustas, Calvete?

CALVETE.

De que te soñé bonete,
Y te vuelvo á encontrar gorra.

DON SANCHO.

¿Estás borracho?

CALVETE.

Y lo infiero
De mi susto demasiado;
Que ser el sueño pesado
Es de cargar delantero.
¿Y Cárlos? ¿Qué pretendia?

DON SANCHO.

Travesuras suyas son.
En no sé qué pretension
Que le ayudase queria.
¿Qué soñabas?

CALVETE.

Mil quimeras.
Soñaba que Bercebú
A él le llevaba, y que tú
De la Compañía eras.
Mira ¡qué mas desatino
Pudo el diablo haber pensado,
Que hacerle á él condenado
Por hacerte a ti teatino!

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué de veces ¡ay de mí!
Lucha con mi pensamiento
Este religioso intento!
Pero es vano frenesí.
Alvaro muera, por mas
Que me intente reprender,
Pues tan fácil me ha de ser
Matarle.

ESCENA IV.

UNA LABRADORA VIZCAÍNA, *y despues*, UN NIÑO.—DICHOS.

LABRADORA. (*Dentro.*)

No matarás.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

CALVETE.

Una vizcaína,
Que á un muchacho le dió un grito.

DON SANCHO.

(*Ap.* Todo le asusta al delito.)
A nosotros se encamina.
Pon los caballos, y guia
A la ermita. (*Ap.* ¡Ay corazon!
¿Dónde hallará mi afliccion
Descanso?)

(*Sale la Labradora vizcaína con el niño de la mano.*)

LABRADORA.

En la Compañía
Doctrinas aprenderás,
Juanchos, ó te he de moler.
Santos Duques dijo ayer:
«El quintos no matarás.»

DON SANCHO. (*Ap.*)

De un casüal accidente
Locura es formar agüeros.

LABRADORA.

Bendigas Dios, caballeros.

CALVETE.

¿Dónde va la buena gente?

LABRADORA.

A ermitas de Oñates vas,
Donde padre Borja esperas,
Que aunque duque en cortes eras,
Muchísimo santo estás.
Enseñas las oraciones,
Y sabiendos á quien hallas,
Das rosariòs y medallas.

NIÑO.

Y con cañas coscorrones.

LABRADORA.

Tambien á los pueblos sales
Y riñes mucho el pecar,
Y luego vas á posar
Con pobres en hospitales.
Ayunas y azotas mucho,
Y en obras que tienes nuevas,
Tierra y agua á cuestas llevas.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Cielos! Todo esto que escucho,
Obra es de vuestra grandeza,
Porque al vernos acusados,
No tengan nuestros pecados
Excusa en nuestra flaqueza.

LABRADORA.

Emperador y señores
Vienes hoy á verle, y vamos,
Pues mucho há que deseamos
El ver cara á Emperadores.

DON SANCHO.

¿Que á verle viene?

CALVETE.

¿Qué espanto
Esto te causa? ¿Es, señor,
Mucho que un emperador
Venga á ver á un padre santo?

DON SANCHO.

Fué en el siglo su privanza
Justo premio de su celo.
(*Ap.* Esto que estorbe, recelo,
El logro de mi esperanza.)

LABRADORA.

Con que licencias nos das.
Nos vamos.— Juanchos, caminas.
Andas y dices doctrinas.

ELLA Y EL NIÑO.

El quintos, no matarás.

(*Vanse.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

Mudas aldabas han sido
Estas voces, que en su calma
Me están despertando el alma
Por las puertas del oido.

CALVETE.

Vamos á montar, señor.
¿Qué llevas? Démonos priesa;
Que llegará la Marquesa
Primero que tú.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ay, amor,
Y cuántas tragedias diste
De horror y melancolía,
Que representar al dia
En el corazon de un triste!

(*Vanse.*)

—

Vista exterior de la ermita de Oñate.

ESCENA V.

DON ÁLVARO DE BORJA Y UN CRIADO, *de camino,* EL HERMANO MÁRCOS.

MÁRCOS.

Muy bien venido á esta casa,
Señor Don Alvaro, sea
Vueseñoría.

DON ÁLVARO.

No es mucho,
Mi hermano Márcos, que venga
Con bien á esta casa, donde
Mi mayor dicha se encierra.

MÁRCOS.

Pues perdonará, señor,
Las faltas que hallare en ella,
Porque hasta mañana no
Le esperábamos.

DON ÁLVARO.

Fué fuerza
Adelantarme, sabiendo
Que el Emperador desea
Ver á mi padre; y como hoy
Pasa de Oñate tan cerca
Su Majestad, he querido
Prevenir la contingencia.
Tambien supe que mi prima
Hoy viene á verle, y hiciera
A mi sangre y á mi amor
Dos desaires en no verla.
¿Cómo está mi padre?

MÁRCOS.

Santo.
Tenemos en su modestia
Un vivo ejemplo de aquellos
Antiguos anacoretas
Que en Egipto y en Tebaida
Libros devotos nos cuentan.
Su oracion casi es continua,
Y el rato que della cesa,
Pide á Dios con lo que obra
Aun mas que con lo que ruega.
Desde media noche está,
Postrado el pecho por tierra,
Orando, hasta que á las cuatro
La comunidad despierta
A oracion, y otras dos horas
La prosigue, estando en ella
Con fervor de quien la acaba
Y ansias de quien la comienza.
Sus penitencias son tales
Y tantas, que la obediencia
Me ha hecho á mí su superior
Para que se las detenga,
Porque no acabe su vida:
Y no en vano lo recela,
Pues os prometo, señor,
Que de aquella gentileza
Y antigua robustez suya,
No tiene ni la apariencia.
Tan flaco está, que tal vez
Que aplicarle ha sido fuerza
Yo mismo unas medicinas,
Por sus continuas dolencias,
Le he visto que sobre el pecho,
Ya en arrugas y ya en vueltas,

Mas de media vara dobla
De piel amarilla y seca.
Su humildad no la crêrá
Sino es quien la experimenta.
Para este cuarto que hacemos,
Tierra por sí mesmo lleva;
Friega y barre en la cocina,
Y ajustado á nuestras reglas,
Al hermano mas humilde
Como á superior respeta.
Del amor que con los hijos
Puso la naturaleza,
Vive ya tan olvidado,
Que en la dispensacion vuestra
Hablándose cierto dia,
Le pedí que interpusiera
Su autoridad con el Papa,
Que tanto estima sus prendas;
Y solo me dijo: «Dios
Hará lo que mas convenga.
¿Qué hay en mi hijo mas que en otro
Para que le favorezca?»
Y en fin, descender á cosas
Particulares, que muestran
De sus heróicas virtudes
La perfeccion grande, fuera
No acabar nunca; y yo espero
En Dios que esta planta tierna
De la Compañía, tanto
Al abrigo suyo crezca,
Que hasta el indio mas remoto
Sus hermosas ramas tienda.

VOCES. (*Dentro.*)

Pára, pára.

DON ÁLVARO.

Este es el coche
De mi prima.

MÁRCOS.

A que prevenga
Lo forzoso á su hospedaje,
Me daréis, señor, licencia.

DON ÁLVARO.

Adios, y haced que mi padre
Que habemos venido sepa.

MÁRCOS.

Hora es de que esté en la obra
Trabajando. (*Vase.*)

DON ÁLVARO.

¿Habrá quien crea
Tan alta humildad de un hombre
Criado en tanta grandeza?

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, *honestamente vestida*; JUANA, INES.—DON ÁLVARO, UN CRIADO.

INES. (*Ap. á Juana.*)

Parece que no ha llegado
Don Sancho.

JUANA.

Que nunca venga,
Si ha de ser á entristecerlo
Todo.

INES.

Extraña tristeza
De unos dias á esta parte
Le ha dado.

JUANA.

No hay quien le entienda.
Escrupulosa nuestra ama,
Y él triste, por cierto, ¡buenas
Dos figuras hay en casa
Para alegrar una fiesta!

DOÑA BEATRIZ.

¡Gracias á Dios que me veo
En la compañía, y llega
Mi alma donde en el padre
Francisco de Borja tenga
Tantas virtudes que imite
En su ejemplo!

DON ÁLVARO.

Vuecelencia
Sea bien venida á hacer
Dos dichosos que la esperan.
Uno es mi padre, que tanto
De sus visitas se alegra:
Debe de ser porque estudia
Muchas virtudes en ellas.
Otro soy yo, que esperando
Sufro unas horas eternas;
Porque como los amantes,
Mal aritméticos, cuentan
La dilacion de sus dichas,
No en vano mi amor se queja
De que en dos instantes, há
Mas de mil siglos que espera.

JUANA. (*Ap. á Ines.*)

¿Qué apostamos que responde:
«Dios os pague la fineza?»

DOÑA BEATRIZ.

Aunque es preciso, señor
Don Alvaro, que agradezca
Vuestra atencion quien se halla
Indigna de merecerla,
Tambien os estimaria
Que á cierta súplica, puesta
En las capitulaciones,
Mas puntüal estuvierais.
Por ruego mas que por pacto,
Pedí á la cordura vuestra
Que el agasajo omitiese
De las públicas finezas,
Miéntras la dispensacion
Otorgada no viniera.
No fué ménos que del Duque
Mi señor esta advertencia;
Que su espíritu es de todas
Mis resoluciones regla.

DON ÁLVARO.

Hallarme acaso en la ermita,
Y esperar á que vinierais
Para besaros la mano,
No es galanteo, que es deuda,
Y excusa de obligaciones
Que por mi sangre me empeñan,
No debisteis de pedirla;
Que no pude yo ofrecerla.

DOÑA BEATRIZ.

Otra cosa he de pediros.

DON ÁLVARO.

¿Pues no sabeis mi obediencia?

INES. (*Ap. á Juana.*)

¿Qué le pedirá?

JUANA.

Que rece
Algunos salmos á medias.

ESCENA VII.

CÁRLOS; MARCELA, *de corto y con mantellina, los dos entre unas matas.*—DICHOS.

CÁRLOS. (*Ap. á Marcela.*)

Párate; que á quien buscamos
Hemos hallado, Marcela.

MARCELA.

¿Te conoce?

CÁRLOS.

No.

MARCELA.

Ventura
Fué que en la primera venta
Nos dijesen como habia
Pasado ya.

CÁRLOS.

La Marquesa
Es sin duda con quien habla.

MARCELA.

Pues en viendo ocasion, muera
Yo me retiro á la entrada
Deste bosque, donde esperan
Los camaradas de escolta.
Y ¿oyes, Cárlos? ojo alerta,
Y menear muy bien las tabas;
Pues mira que si te pescan,
Te ha de hacer aire el bederre.
Y otro mas; que como cerca
Tenemos á los teatinos,
Si acaso colgarte intentan,
Por falta de quien predique
No se quedará la fiesta.

CÁRLOS.

Mátele yo una por una,
Y lo que viniere venga.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA VIII.

DON SANCHO, *entre unas matas, á otro lado.*—DOÑA BEATRIZ, DON ÁLVARO, EL CRIADO, JUANA, INES; CÁRLOS, *oculto.*

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Alvaro y Beatriz! Sin duda
Que fué la noticia incierta
De que esta mañana no
Habia de venir. ¡Qué pena!
Volcanes respira el pecho.
Miente mil veces quien piensa
Que las iras de un celoso
De su albedrío dependan.
Estoy por ir y perderme
De una vez.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Si su Excelencia
No se aparta presto, estoy
Por tirarle junto á ella.

DON ÁLVARO.

En fin, ¿quereis que no os hable
Como amante?

DOÑA BEATRIZ.

Sola esa
Merced os pido, señor.
Debajo de la tutela
Me crié de vuestro padre,
Donde aprendí cuánto intenta,
Para introducirse el vicio,
Honestarse de apariencias.
Llamarse galanterías
No excusa que culpas sean
Los delirios de un amor,
Que cuando ménos, arriesgan.
Pues ¿es bien que el santo yugo
Que nuestros cuellos esperan,
Se le ofrezcamos á Dios
Manchado con sus ofensas?
No es poco lo que se vence
Mi pecho con vuestra ausencia;
Pues ¿por qué los agasajos
Han de añadirle otra guerra?
Ni vale decir que el uso
De semejantes finezas
Las hace lícitas, pues
Mi temor no las condena
Porque ya sean delitos,
Sino es porque los fomentan.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Aun el alivio de oirla
Mi desdicha no me deja.

DON ÁLVARO.

Palabra de obedeceros
Os doy, tanto, que parezca
Que aun mis ojos al olvido
Le han hurtado las tibiezas.

INES. (*Ap. á Juana.*)

Que no haya amores pretende.

JUANA.

Esta mujer ¿en qué piensa?

INES.

Es espíritu.

JUANA.

Es melindre,
Capricho, locura y tema,
Si ya no es querer sacar
De su quicio las comedias.

DOÑA BEATRIZ.

El Duque mi señor viene.

DON ÁLVARO.

¡Qué humildad!

DOÑA BEATRIZ.

¡Rara modestia!

DON SANCHO. (*Ap.*)

Yo me despeño, fortuna.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya me talta la paciencia.
(*Empuña Don Sancho, y Cárlos quiere tirar, y suspéndense viendo al Santo, que sale, ceñida la ropa con las mangas, un cubo en una mano y una espuerta de tierra en la otra.*)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO DE BORJA.—DICHOS.

SAN FRANCISCO.

A vuestra sabiduría
Gracias, Señor, doy inmensas
De verme como merecen
Mis culpas, como una bestia,
Como un brutillo de carga.
¡Qué venturosa tarea!
En la Compañía sí
Que conocen mis miserias.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡El corazon se me ha muerto!

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Muda estatua soy de piedra!

DON ÁLVARO. (*Ap.*)

No me deja hablar el llanto.

DOÑA BEATRIZ.

Déme á besar Vuecelencia
La mano.

DON ÁLVARO.

A tus piés, señor...

SAN FRANCISCO.

¡Jesus, Jesus! ¿Quién dijera
Que habian de estar al paso?
Hijos, Alvaro, Marquesa,
Levantáos. (*Ap.* ¡Válgame Dios!
¡Y cómo que son cautelas
Del enemigo traidor!
¿Qué harías con la grandeza,
Si de la misma humildad
Me fabricas la soberbia?)
¿No os levantais?

DOÑA BEATRIZ.

Sin lograr
Esta dicha, mal lo esperas.

DON ÁLVARO.

Vuestra bendicion pedimos.

SAN FRANCISCO.

Sea muy enhorabuena.
(*Suelta la espuerta y el cubo, y bendice á los novios.*)
Dios á entrambos os bendiga;
Y espero de su clemencia
Que el yugo que ya os aguarda
Muy de su servicio sea.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ay de mí, cielos!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Confieso
Que su presencia me hiela.

SAN FRANCISCO.

Vuestro impedimento ya
Le ha dispensado la Iglesia.
Muy presto vendrá el aviso,
Yo lo sé por cosa cierta.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Si contra el cielo se atreven
Mis pensamientos, ¿qué esperan?

CÁRLOS. (*Ap.*)

Más puede conmigo santo,
De lo que virey pudiera.

DON ÁLVARO.

De tal nueva os doy las gracias.

SAN FRANCISCO.

A Dios se las dad...— Y á cuenta
Tambien de que os ha librado
Hoy de un riesgo, en que murierais,
Si no os hubiera librado
Su altísima providencia.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué es lo que oigo! Mi traicion
Ya está ¡ay de mí! descubierta.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ni aun aliento me ha quedado
Para huir de su presencia.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Oh quién avisar á Cárlos
Desta novedad pudiera!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Queden hasta mejor tiempo
Todas mis iras suspensas. (*Vase.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

Parece que está empeñado
El cielo en que yo padezca. (*Vase.*)
(*Vuelve el Santo á tomar la espuerta y el cubo.*)

ESCENA X.

EL HERMANO MÁRCOS, *con una carta*, y CALVETE, *apresurado*. — SAN FRANCISCO, DOÑA BEATRIZ, DON ÁLVARO, JUANA, INES, UN CRIADO.

MÁRCOS.

Ahora de Roma un correo
Llega con cartas.

CALVETE.

Y buenas,
Porque con grande ansia está
Pidiendo que se las pela
No sé qué albricias.— Mas ¡oigan!
¡Por Dios, que está su Excelencia
Bravo peon de albañil!

MÁRCOS.

De su Santidad es esta:
(*Dale la carta al Santo, el cual lee para sí.*)
Veamos qué es lo que dice.
Lea vuesa reverencia,
Y diga si es bien el darle
Pésames ó norabuenas.

DON ÁLVARO.

De la dispensacion, ¿dice
Algo?

MÁRCOS.

Tambien viene en ella.

CALVETE.

Si la dispensacion viene,
¡Bravas albricias me esperan
De la Marquesa!

JUANA.

Un rosario
Te rezará por las nuevas.

CALVETE.

¿Piensas, Juana, que sería
Dádiva de poca cuenta?

SAN FRANCISCO.

(*Habiendo leido la carta.*)
¡Válgame Dios! Pues, Señor,
¿Otro castigo no hubiera
Que dar á este pecador?
¡Capelo á mí!

CALVETE.

¡Santa Tecla!

SAN FRANCISCO.

¡Yo cardenal!

DOÑA BEATRIZ.

¡Vos, Señor!

DON ÁLVARO.

Pues deso ¿tanto te pesa?
¿No es lustre para tu casa?

DOÑA BEATRIZ.

¿No es servicio de la Iglesia?

SAN FRANCISCO.

Hijos, no para que ciegue
Me estéis dorando la venda;
Que aunque es verdad que agradezco
Al Papa honra tan suprema,
La Compañía no admite
Estas dignidades; fuera
De que yo me hallo por mí
Incapaz de merecerla.
¡Cardenal yo!

JUANA.

Allí le duele.

CALVETE.

Pues digo, ¿qué mas hiciera,
A tener de una pedrada
El cardenal en la pierna?

SAN FRANCISCO.

Esa púrpura, Señor,
Dejo por vos, y quisiera
Que la de mi sangre fuera
Vertida por vuestro amor.
Vergüenza en mí su color,
Y no estimacion sería;
Pues muy mal parecería,
Aun al lustre de mis venas,
Mendigar honras ajenas
Cuando he dejado la mia.—
(*Á Don Álvaro y Doña Beatriz*)
Vuestra dispensacion viene
Concedida aquí: á la iglesia
Id al punto á darle gracias
Muy de espacio á Dios por ella.
(*Hablan el hermano Márcos y el Santo.*)

DON ÁLVARO.

Yo, señora, el parabien
Solo recibir debiera,
Pues sola es mia la dicha.

DOÑA BEATRIZ.

No tan sola, que no tenga

Mi ventura mas accion,
Señor, á las norabuenas.

DON ÁLVARO.

Muy cortesana codicia
Me ha parecido la vuestra.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué, señor?

DON ÁLVARO.

Porque hurtais
La dicha á quien no le pesa.
(*Vanse los novios.*)

CALVETE.

¿No reparas con el tiento
Que los novios se requiebran?

JUANA.

Y aun pienso que por huir
Tan graciosa impertinencia,
En la primera jornada
Los ha casado el poeta.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XI.

SAN FRANCISCO, EL HERMANO MÁRCOS.

MÁRCOS.

Padre, aunque junta se ve
Mucha gente vizcaina,
Hoy no puede haber doctrina.

SAN FRANCISCO.

Dios le haga santo. ¿Por qué?

MÁRCOS.

Porque á instantes esperamos
Que el Emperador, que pasa
A Flándes, llegue á esta casa;
Y no es bien le recibamos
Así, porque atribuirán
Muchos de su compañía
El recibo á hipocresía.

SAN FRANCISCO.

¿Luego teme el qué dirán?

MARCOS.

Y no faltará quien gruña
La caña.

SAN FRANCISCO.

Pues ¿eso extraña?
Mas estimo yo la caña
Que el baston de Cataluña.
Cuando con ella en la mano
De hombres y niños me veo
Cercado, entónces me creo
Príncipe mas soberano.
Si guerra el cielo y la tierra
Traen, va allí mi desvelo,
Como embajador del cielo,
A dar ajuste á esta guerra.
Como entónces Dios me ha dado
Sus veces, soy su virey;
Y amonestando su ley,
Soy consejero de estado.
A ser capitan me obligo
General en este empeño,
Pues allí á vencer enseño
Las armas del enemigo.
Y en esta guerra, el pendon
Es bandera, y al seguilla,
Trompeta es la campanilla
Que me esfuerza el corazon.
Pues decid: ¿trae algun rey
Quien sea con dicha igual,
Consejero, general,
Embajador y virey?
Y en efecto, hermano mio,
Cristo nuestro adalid es:
De su compañía somos,
Hagamos lo que hizo él.
Su ley á enseñarnos vino:
Pues enseñemos su ley.
Y no hay de humanos respetos
Que hacer caso: ¿para qué?
El mundo es ciego, y los ciegos
Que todo está obscuro crén.
Fuera de que Cárlos Quinto,
Mi señor, muy cuerdo es:
No haya miedo, hermano Márcos,
Que se ofenda de que esté
Ocupado un religioso
En lo que le toca hacer.
Los dos nos comunicamos
Cierto dia (á solas fué)
Que habiamos deste mundo
Hollar la loca altivez.
Yo he empezado ya á cumplir
Mi palabra, mal que bien;
En su Majestad no es tarde:
No me maravillo; que
Son cadenas tan de oro
Difíciles de romper.
Déme la caña, y los niños
Al punto llame.

MÁRCOS.

(*Ap.* ¡Este es
En un príncipe notable
Fervor!) Voy á obedecer.
(*Dale al Santo el manteo y una caña, y vase.*)

SAN FRANCISCO.

Mas la estimo que su cetro
El mas ambicioso rey.

ESCENA XII.

NIÑOS, GENTE.—SAN FRANCISCO.

NIÑOS.

Alabado sea el Señor.

SAN FRANCISCO.

Vengan, mis hijos, con bien.
¿Quién se ha de persignar?

NIÑO 1.°

Yo.

NIÑO 2.°

No, Padre; que no sabe él.

SAN FRANCISCO.

Pues ¿cómo acusa á su hermano?

NIÑO 2.°

Que no es mi hermano, que es
Mi vecino.

SAN FRANCISCO.

Luego ellos
¿No son prójimos tambien?

NIÑO 2.°

No, Padre, sino vecinos.

SAN FRANCISCO.

¡Qué graciosa sencillez!

ESCENA XIII.

EL EMPERADOR CARLOS V, DON ÁLVARO, DOÑA BEATRIZ, INES Y JUANA, *que se quedan retirados de*—SAN FRANCISCO, LOS NIÑOS Y GENTE.

EMPERADOR.

La priesa de mi viaje
No me permitirá ser
Padrino de vuestras bodas,
De que os doy el parabien.

DON ÁLVARO.

Para dicha nuestra basta,
Señor, besar vuestros piés.

DOÑA BEATRIZ.

En ellos logra su suerte
Nuestra fortuna.

EMPERADOR.

Por ver
Solo á vuestro padre vengo.
(*Ap.* Antes que yo cumplió, á fe,
Lo que nos comunicamos.)
¡Válgame Dios! ¿No es aquel?

DON ÁLVARO.

Sí, señor.

EMPERADOR.

El corazon
Se me ha enternecido al ver
Esta tan grande humildad.
Dejadle, no le llameis.
El no sabe quién le escucha:
Y pues se deja entender
Desde aquí lo que predica,
Llegadme una silla, oiré,
Sin ir mezclado en respetos,
El desengaño una vez.
Sentáos, Marquesa.
(*Siéntanse todos.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á ella.*)

No hables,
Juana, atiende.

JUANA.

Ya yo sé
La doctrina; que mi abuelo
Me la enseñó en mi niñez.

INES. (*Ap.*)

Por cierto, ¡muy linda holgura!

JUANA. (*Ap.*)

¿Para eso el traernos fué?
Bercebú lleve la vida
Que acá viniere otra vez.

SAN FRANCISCO.

Veamos si se han olvidado
De lo que les dije ayer.
¿Hemos todos de morir?

NIÑO 1.°

Padre, todos.

NIÑO 2.°

Hasta el rey.

SAN FRANCISCO.

Ni la majestad se libra.
¿Y el Emperador?

NIÑOS.

Tambien.

EMPERADOR.

¡Y qué apriesa me lo anuncian
Los males y la vejez!

SAN FRANCISCO.

La majestad, la hermosura
Que envidia á los ojos fué,
Reducida á polvo fácil,
Mortal horror vendrá á ser.
Esto lo prueba el ejemplo.
Nueve años habrá ó diez
Que al panteon de Granada
Yo mismo á enterrar llevé
El cuerpo de la señora
Emperatriz Isabel.

EMPERADOR. (*Llora.*)

¡Triste de quien la perdió!
Memorias, ¿qué me quereis?

SAN FRANCISCO.

Siendo en vida muy hermosa...

EMPERADOR.

Angel era, no mujer.

SAN FRANCISCO.

Al entregar el cádaver,
Trocado el semblante hallé,
Y en macilentas arrugas
Desfigurada la tez.

EMPERADOR.

¡Desfigurada! Pues yo
Me acuerdo que jazmin fué,
Donde hermosamente el nácar
Manchaba la candidez.

SAN FRANCISCO.

Era el olor de la boca
Al olfato tan cruel,
Que estorbando el respirar,
Quitó el gemirla tambien.

EMPERADOR.

¡Tanto infestaba! Pues della
Pudo algun dia aprender
Sus fragrancias el jazmin,
Sus ámbares el clavel.

SAN FRANCISCO.

Tan fea monstruosidad
Todos llegaron á ver
En sus ojos, que el espanto
Aun mas que la pena fué.

EMPERADOR.

¡Sus ojos!... Difuntos sí;
Feos no: no puede ser.
¿Quién dos astros de azabache
Apagar pudiera, quién? —
(*Levántase el Emperador con algun despecho, y vuélvese el Santo á él.*)
Callad, Francisco, callad.

SAN FRANCISCO.

¡Gran señor!...

EMPERADOR.

No me quiteis
La vida con las memorias
De mi difunta Isabel.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es esto?

EMPERADOR.

Sin libertad,
Del dolor me arrebaté.—
Dejadnos solos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Notable
Afecto!

DON ÁLVARO.

Despejad pues.
(*Vanse los novios, las criadas, los niños y gente.*)

ESCENA XIV.

EL EMPERADOR Y SAN FRANCISCO.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es esto, invicto señor?
¡Vos llorais!

EMPERADOR.

No os espanteis.
Secreto os estaba oyendo...
Triste una memoria es....
—Pero hablemos de otra cosa.
Muy alegre os vengo á ver;
Que aunque enojado al principio
Con vos estuve, porqué
Dejando otras religiones,
Resolvisteis escoger
La Compañía, que nueva
Y no conocida es;
Creo de vuestra cordura
Que lo habréis mirado bien.

SAN FRANCISCO.

No puede una religion,
Señor, por nueva perder;
Antes por eso será
Mas su observancia: la ley
Del evangelio lo diga,
Que mas bien guardada fué
Al principio.

EMPERADOR.

Esta materia
Tratarémos otra vez.
Ya se ha llegado, Francisco,
El tiempo de resolver
Lo que ya os dije, y que vos
Solo en el mundo sabeis.
A Bruselas voy, adonde
Mis reinos renunciaré
En Don Felipe mi hijo:
Tiempo es ya de recoger...
—Pero decidme, Francisco,
¿Tan fea estaba Isabel?
¿Es posible que aquel rostro
Donde el alba?... Mas tened.
No respondais: prosigamos.—
Ya os he dicho (aquí quedé)
Que á Bruselas voy, adonde
Mis reinos renunciaré
En Don Felipe mi hijo.
Tiempo es ya de recoger
Este leño, que cansado
De un vaiven y otro vaiven,
Se va á pique; y si aguardamos,
Nos habemos de perder;
Que siempre llegaron tarde
Los remedios de despues.

SAN FRANCISCO.

Yo no hallo cómo estimaros,
Gran señor, tanto placer
Como en tal nueva me dais,
Sin echarme á vuestros piés.

EMPERADOR.

Llegad, Francisco, á mis brazos.
¿Que al fin hemos de romper
Con el mundo?

SAN FRANCISCO.

Sí, señor:
Tratarle como quien es.

EMPERADOR.

Es un traidor.

SAN FRANCISCO.

Un ingrato.

EMPERADOR.

Es un aleve.

SAN FRANCISCO.

Un cruel,
Y tan injusto, que en tantos
Reinos como poseeis
De tan dilatado imperio,
Querrá en vuestra muerte él,
De tanta tierra que os quita,
Pagaros con siete piés.

EMPERADOR.

¡Ah Duque!

SAN FRANCISCO.

Que no soy Duque:
Un siervo inútil soy, que
Recogió la Compañía
Para fregar y barrer.

EMPERADOR.

¿Que el ver difunta á mi esposa
Os dió el desengaño?

SAN FRANCISCO.

El ver
Su cádaver fué mi vida.

EMPERADOR.

Fénix de España seréis,
Pues de tan nobles cenizas
Empezais á renacer.

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Don Sancho, en Valladolid.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS Y MARCELA, *dentro*; *despues*, DON SANCHO.

MARCELA. (*Dentro.*)

¡Justicia de Dios!

CÁRLOS. (*Dentro.*)

Marcela,
Primero es mi vida.

MARCELA. (*Dentro.*)

¡Ay!
¡Misericordia, Señor!
¡Pequé! ¡Dios mio, piedad!
(*Sale y cae muerta: tras ella sale Cárlos con un puñal en la mano.*)

CÁRLOS.

Comprar á costa de una
Dos vidas, no es mal comprar.
No te han muerto tus delitos,
Sino mi seguridad.—
(*Llaman dentro.*)
Malo es esto: de la cuadra
Golpes á la puerta dan.

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Cárlos, abrid.

CÁRLOS.

Don Sancho es.
Ya es menor ¡cielos! el mal.

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Abrid, Cárlos.

CÁRLOS.

¿Venis solo?

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Solo vengo.

CÁRLOS.

Pues entrad.
(*Abre una puerta, y sale Don Sancho.*)

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

CÁRLOS.

Cierro la puerta,
En tanto que os admirais.

DON SANCHO.

Esta ¿es Marcela?

CÁRLOS.

La misma.

DON SANCHO.

¿Quién la ha muerto?

CÁRLOS.

Este puñal.

DON SANCHO.

Pues ¿qué ocasion?...

CÁRLOS.

Si me oís,
Dejaréis de preguntar,
Y tomo el agua en su fuente
Para mayor claridad.
Despues que aquella funcion
De Oñate nos salió mal
(Que lo que no está de Dios,
Intentarlo es por demas),
La Marquesa vuestra prima
Se vino á la corte, ya
Con Don Alvaro casada:
Harto es lo que lo llorais.
¡Oh lleve el diablo el amor,
Que no se sabe mudar

A otra casa, aunque la busque
Prestada en un arrabal!
Por haber vos heredado
No sé qué hacienda, y estar
Ya en mejor fortuna, casa
Apartasteis; mi amistad
Tras vos se vino; Marcela
Me siguió; no lo ignorais:
Harto siento su desgracia;
Que por Dios, que era leal.
Mozo y recien heredado,
Empezasteis á triunfar,
Siendo vuestra casa abrigo
De travesuras; que iman
Son de semejantes hierros
Dineros y mocedad.
Dígalo yo; que á la sombra
De vuestro lado, no hay
En la corte quien me diga:
«¿Qué haceis aquí, catalan?»
Nada bastó á resfriaros
Del amor con que adorais
A Beatriz; ántes quisisteis
Tener de puertas allá
Confidente á una criada;
Que algunos en decir dan
Que es batería de amor,
Por cerca, mas eficaz.
A este fin entró Marcela
A servirla, con disfraz
De hija de buenos padres
Y moza de honestidad.
Yo me holgué, por tener quien
Me avisase puntüal
Para concluir la obra
Que en Vizcaya salió azar.
Y al fin, como el padre Borja
En Valladolid está,
Y en predicando convierte
Aun pechos de pedernal
(Esto dicen por ahí;
Que yo no le oigo jamás),
Parece ser que Marcela
Le oyó un dia predicar,
Segun dijo; y como cantan
Las coplas de Escarraman,
«No aguardó á que la sacara
Calavera, ni otro tal;
Que se convirtió de miedo
Al primero Satanas.»
Aquí vino esta mañana,
Diciendo que mi amistad
Se habia acabado, y que
Se queria confesar.
Hubo lo de «Arrepentida...
Yo propongo... no habrá mas...
El infierno... y algun dia
Se habia esto de acabar»;
Mezclando con su sequete
Su poco de eternidad.
Oíla; y como soy hombre
Que en dándome que me dá
Una cosa mala espina,
Nadie me la hace tragar;
La dije algo mesurado,
Y hecho el hígado un volcan:
«Valerte de la virtud
Para mudarte, es andar,
Marcela, la mi Marcela,
Haciendo hechizo el San Juan,
Seis años há que soy tuyo,
Y con fina voluntad
He sido todo este tiempo
Uno de aquellos que han
Menester los juéves santos
Reñir para confesar.
Pero ya que te resuelves
En quitarme el habla, y ya
Que soy yo el que está sin voz,
Y tú la que en muda estás;
Quiero, no por inquietarte,
Sino solo porque das,
Como salgo de lo obscuro,
En quererme deslumbrar,
Decirte que aunque mi gana
Engañarse dejará
De tu intento, que por justo
Pienso que ha de reventar,
No mi malicia, porqué
Se murmura por acá
Que hay mil virtudes que tienen
Veneno en la cualidad.
Hija, si en cas del Marqués
Algun rodrigote hay
Que te mira, es otra cosa.
¿Para qué es disimular?»
—«Yo no doy satisfacciones,»
Respondió, con ademan
Que me obligó á que la diese
Un torniscon venial.
Alzó el bramo, y díla otro;
Y aquí fué el descascarar,
Diciendo que á la justicia
Avisaria que estás
Trazando de dar la muerte
A su amo, por gozar
La Marquesa, y que yo era
Asesino criminal.
Yo, que ya estaba de hieles
Hecho un mismo rejalgar,
Y en no atender á razones
Tengo rabias de alcorán,
Viéndola que á voz en grito
Iba la puerta á tomar,
La tiré una puñalada;
Y pienso que fué al compas,
Por el lado de la ciencia,
Porque no ha vuelto á chistar.
Entrasteis vos: y este es
Todo el caso de pe á pa.
Lo que resta es que á un amigo
Que me la ayude á enterrar
Esta noche, á buscar voy.
Quedad con Dios.

DON SANCHO.
Esperad;
Que á no mirar, ¡vive Dios!...

CÁRLOS.
Pues aquí ¿qué hay que mirar,
Si aseguré así mi vida,
Y la vuestra, que es lo mas? (*Vase.*)

DON SANCHO.
No con lisonjas presumas,
Cárlos, que me has de quitar
El enojo que me ha dado
Tan bárbara crueldad.
(*Vase con la espada desnuda.*)

ESCENA II.

EL DEMONIO, *que se introduce en el cádaver de* MARCELA, *que se levanta.*

DEMONIO.
Pues la permision de Dios
Me deja ¡ay de mí! ocupar
El cuerpo desta mujer,
Con quien fué tan eficaz
La predicacion de Borja,
Que á despecho mio está
Gozando el bien que perdió
Mi rebeldía tenaz,
Cuando ángel de luz, mis ansias
Afectaron la deidad;
Valido de mi cautela
Y su forma, he de turbar
De sus obras la eficacia,
De sus virtudes la paz,
De su santidad lo heróico.
¡Oh, pese á tanta humildad,
Que siendo en Francisco luz,
Rayo es en mí!

ESCENA III.

DON SANCHO. — EL DEMONIO EN MARCELA.

DON SANCHO.
¡Que alcanzar
No le pudiese!—¡Marcela!
Pues ¿cómo?...

MARCELA.
¿Qué os admirais?
Por librarme de la furia
Deste bárbaro rufian,
Fingí cuanto os ha contado
De mi mudanza.

DON SANCHO.
¿Y estás
Herida?

MARCELA.
No: desmentido
De la cotilla el puñal
Pasó.

DON SANCHO.
Tu vida á mi muerta
Esperanza alientos da.
¿Qué hay de Beatriz?

MARCELA.
Que esta noche
Presumo que ha de lograr
Vuestro deseo el vencer
La primer dificultad
De declarar vuestro amor.

DON SANCHO.
Albricias, alma.

MARCELA.
Y quizás
(*Ap.* Quiéralo mi industria) el fin
Que atrevido deseais.

DON SANCHO.
Si por lisonja me engañas,
Marcela, miénteme mas;
Que en promesas que de parte
De los delitos están,
Por mas que engañen á un triste,
No echa ménos la verdad.

MARCELA.
¿Cómo en lo que habeis de ver
Os podia yo engañar?
Por embajador á Roma
Hoy Don Álvaro se va.

DON SANCHO.
Ya lo sé.

MARCELA.
A la puerta falsa
Del jardin habeis de estar
Esta noche, hasta que os haga
Yo una seña, que será
(*Ap.* Disimular solicito
Mi cautela mas sagaz
Con lo natural del lance)
Tocar un arpa y cantar
A una reja.

ESCENA IV.

CALVETE. — DICHOS.

CALVETE.
El Padre Borja
Pide licencia de entrar
A verte.

MARCELA. (*Ap.*)
¡Pese á mi rabia!

DON SANCHO.
De oir su nombre no mas,
Se me hiela el corazon;
Que teme en él un fiscal
Mi vida ¡Turbado estoy!

CALVETE.

Pidiendo limosna va
Con sus alforjas al hombro.

MARCELA.

Despedidle, no le oigais.

DON SANCHO.

¿Dijiste que estaba en casa?

CALVETE.

Sí, señor.

DON SANCHO.

Hiciste mal.

CALVETE.

Volveré á decir que dices
Que estás fuera.

MARCELA.

No le oigais.

DON SANCHO.

Pues ¿cómo á la cortesía,
Marcela, puedo faltar?

MARCELA.

¡Eso se quieren los padres!
Con capa de urbanidad
Vendrán á veros, y luego
La plática parará
En preguntaros que cuándo
Os habeis de confesar.

DON SANCHO.

Yo no me atrevo á negarme.
Véte, y prevenida está
En lo que has dicho, esta noche. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL DEMONIO EN MARCELA, CALVETE.

MARCELA. (*Ap.*)

Yo procuraré estorbar
La plática con dos lances
Que ahora sucediendo están.

CALVETE.

Miéntras por la puerta falsa
Te vacío, ¿no me dirás
En qué estado está contigo
Mi pretension de galan?

MARCELA.

(*Ap.* Sientan todos mi malicia.)
Si mata á Cárlos, tendrá
Su futura succesion.

CALVETE.

Pues mujer de Barrabas,
Siendo causa tan civil,
¿Te nos haces criminal?

MARCELA.

(*Ap.* ¡Que esto sufra mi soberbia!)
Toma, lacayo truhan. (*Dale.*)

CALVETE.

¡Ah, pícara, que de un golpe
Molido y quemado me has!

MARCELA.

¿Dirás que traigo abrasando
Las manos?

CALVETE.

Antes están
Frias, que quiebran los dientes.
Derribado me ha un quijar.

MARCELA.

Vaya con su amo esta noche. (*Vase.*)

CALVETE.

Pícara, ¿no me dirás
Qué mondonga te ha enseñado
Con la mano á requebrar?

ESCENA VI.

DON SANCHO, SAN FRANCISCO Y EL HERMANO MÁRCOS, *con manteos y las talegas de pedir limosna.*—CALVETE.

SAN FRANCISCO.

La visita extrañaréis.

DON SANCHO.

(*Ap.* No sé si es susto ó enfado.)
Siempre tiene en mí un criado
Vuecelencia.

SAN FRANCISCO.

No me hableis,
Señor, con tal reverencia;
Porque en un hombre que pide,
Ya lo veis, muy mal se mide
Limosna con excelencia.

CALVETE.

Pues no tiene que argüir;
Que en la corte perecieran
Mas de dos, si no tuvieran
Tanta excelencia en pedir.

SAN FRANCISCO.

A solas os quiero hablar.

DON SANCHO.

Llega unas sillas, y véte.
(*Saca Calvete sillas, siéntanse los dos, y habla Calvete con el hermano Márcos.*)

CALVETE.

Padre, con tanto zoquete
No va mala la talega.

MÁRCOS.

A pedirlos nos envia
La obediencia.

CALVETE.

Harto es, por Dios,
Que siendo zoquetes, los
Reciba la Compañía.
¿Y el Duque, destos retazos
Come?

MÁRCOS.

Amigo es con exceso
De pobreza.

CALVETE.

Y aun con eso
Se muere por sus pedazos.
(*Vanse el hermano Márcos y Calvete.*)

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

SAN FRANCISCO.

Dias há que solicito
(*Ap.* Déme su eficacia Dios.)
Que nos veamos los dos.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué cobarde es un delito!

SAN FRANCISCO.

¿De qué es vuestra turbacion?

DON SANCHO.

No os dé cuidado. (*Ap.* Porqué
Como teme lo que ve,
Se retira el corazon.
¡Qué enfado!)

SAN FRANCISCO.

Señor Don Sancho,
Sosegáos; que mi visita,
De vuestra inquietud, querrá
Dios que sea medicina.

DON SANCHO.

Este efecto es natural
De mis tristezas prolijas;
Que yo estimo mucho el veros.

SAN FRANCISCO.

¡Ah! si supierais la dicha
Que os aguarda, ¡cómo fueran
Gozos las melancolías!

DON SANCHO.

¿A mí dicha?

SAN FRANCISCO.

Dicha, y grande,
Que hoy de mí habeis de oirla.

DON SANCHO.

(*Ap.* ¿Dónde (¡Cielos muerto estoy!)
Estas prevenciones miran?)
No os entiendo.

SAN FRANCISCO.

No me espanto;
Mas porque de una vez os diga
A lo que vengo, y sepais
Cuánto de Dios ofendida
Teneis la Majestad...

ESCENA VIII.

EL HERMANO MÁRCOS, UN CRIADO Y CALVETE, *muy apresurados.* — SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

MÁRCOS.

Padre...

SAN FRANCISCO.

¡Válgame Dios! ¿qué le obliga
A entrar así?

MÁRCOS.

Que es la causa
Tan triste como precisa.
Este criado...

CRIADO.

A buscar
A Vuecelencia me envian,
Para que le dé una nueva
Harto amarga.

SAN FRANCISCO.

Pues decidla.

CRIADO.

Casi de repente acaba
De pasar á mejor vida...

SAN FRANCISCO.

¿Quién?

CRIADO.

La condesa de Lerma,
Mi señora y vuestra hija.

DON SANCHO.

¡Válgame Dios!

CALVETE.

¡Triste nueva!

MÁRCOS.

La prenda que mas quería
El padre Borja era.

SAN FRANCISCO.

Dios
Nos la dió, Dios nos la quita:
Démosle gracias por todo.
Cobró lo que le debia.—
Idos pues; decid que ya
Me habeis dado la noticia.

CRIADO.

¡Qué entereza!

MÁRCOS.

¡Qué constancia!

CALVETE.

¿Esta constancia os admira?
Cuando se murió mi suegra,
Tuve yo casi la misma.
(*Vanse el hermano Márcos, el criado y Calvete.*)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Este hombre es de mármol, cielos!

SAN FRANCISCO.

Pues como diciendo iba,
Muy irritada, señor,
Teneis de Dios la justicia.
Vuestra casa, dicen que es
De bandidos acogida
Todo el año, y vos, señor,
Quien sus duelos apadrina.
Esta y otras travesuras,
Que á la corte escandalizan
Por liviandades, y vos
Las llamaréis bizarrías,
Como si el mudarles nombre
Las quitara la malicia,
¡Oh cuánto de un Dios que sufre
Arman las tremendas iras!
¡Oh cómo debeis temer
Que su espada ejecutiva,
Que en los corazones duros
Bien como en piedra se afila,
Cansada ya!...

DON SANCHO.

No pretendo
Estorbaros; mas me admira
Que tanta pérdida os deje
Lugar, si no es á sentirla:
Que á mí, aun sin tocarme, el alma
Me hiere tanta desdicha.

SAN FRANCISCO.

¿Qué desdicha? Pues, señor,
Por haber muerto mi hija,
¿Se ha alzado Dios con su gloria?
Creedme, que en esta vida
No hay bienes que no sean males
Si de ver á Dios nos privan,
Ni males que no sean bienes
Si en su amor nos ejercitan.
No solo esta hija, prenda
De mi alma tan querida,
Que á hurto de la conciencia
Tierno el pecho la suspira,
Y por no darle á Dios celos,
La llora como á escondidas;
Si no es que todos mis hijos,
Y las mayores delicias
Que finge el mundo, por mas
Dulces que el traidor las finja,
Daré yo, y de buena gana,
Solo porque arrepentida
Llore un alma sus pecados.
«Porque una noche, decia
Mi gran patriarca Ignacio,
(¡Oh qué amor! ¡Qué fe tan viva!)
Deje de ofender á Dios
Una desas mujercillas,
Que aun cuando le sirven mas,
Las llama el mundo perdidas;
Daré por bien empleadas
Las penas y las fatigas
De toda mi vida.» Esto
Dice Ignacio, el que algun dia
Mozo y galan fué, el mirado
De la corte y la milicia
Por discreto y por valiente,
Como hoy vos, Dios os bendiga.
De suerte, señor Don Sancho,
Que en los males desta vida,
Si no es el pecado, nada
Se puede llamar desdicha.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Para el lance que esta noche
Aguardan las ansias mias,
¡Buena plática, por cierto!
Si no se despide aprisa,
Aunque grosero parezca,
Le he de acortar la visita.

SAN FRANCISCO.

En fin, abreviando lances,
¡Mirad cuál es la divina
Bondad de Dios, que despues
De hallarse tàn ofendida
De vos, (¡qué clemencia!) os quiere
Hacer de su Compañía...

DON SANCHO.

¿Qué? ¿Religioso?

SAN FRANCISCO.

¡Y qué bueno
Lo seréis!

DON SANCHO.

¿Y esa es la dicha
Que decis que me aguardaba?
(*Levántase enfadado.*)

ESCENA X.

EL HERMANO MÁRCOS. — DICHOS.

MÁRCOS.

De palacio á toda prisa,
Con un caballero, ahora
A llamar, Padre, os envía
El Emperador, que á Yuste
Pasa, donde se retira.

SAN FRANCISCO.

Que iré, le decid.—Volved,
Señor, á tomar la silla.
(*Vase Márcos.*)

DON SANCHO.

No me dejó la impaciencia
Mirar en la grosería. (*Siéntase.*)

SAN FRANCISCO.

¡Mirad qué ejemplo tenemos
En Cárlos Quinto á la vista!
¡Con qué valor deja un mundo
Quien todo lo poseia!

DON SANCHO.

Finalmente, Padre mio,
Si Dios quiere que le sirva,
Me llamará; que ahora tengo
Las vocaciones muy tibias.

SAN FRANCISCO.

¿Tibias son las vocaciones?
Pues por mas que se resista
Vuestra voluntad, y sorda
Se dé por desentendida,
Ha de ser.

DON SANCHO.

¿Cómo? ¿Por fuerza?

SAN FRANCISCO.

Reídos pues; que algun dia
Vos mismo, y con hartas ansias,
Me pediréis que os reciba
En la Compañía.

DON SANCHO.

¿Yo?

SAN FRANCISCO.

Sí, señor, y de rodillas.
Quedad con Dios.
(*Levántanse.*)

DON SANCHO.

Vuecelencia,
Que le acompañe permita
Hasta su casa.

SAN FRANCISCO.

Quedáos.
(*Ap.* ¡Gran Dios, bondad infinita,
No en esta dureza caiga
El rayo de vuestras iras!) (*Vase.*)

DON SANCHO.

Por mas ¡ay de mí! que el pecho
Afecta lo que se anima,
¡Oh en cuántos, de haberle oido,
Turbados miedos vacila!

ESCENA XI.

CALVETE.—DON SANCHO.

CALVETE.

Si has, señor, de despedirte
De Don Alvaro, vé aprisa;
Que aun pienso que ya ha partido.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ay, si pidieras albricias!

CALVETE.

Hace tanta falta en Roma
Su persona, y tan precisa
Es la priesa del viaje,
Que hoy á que parta le obligan,
Aun muerta su hermana: ó es
Que tiene la pena misma
El hermano de la hermana,
Como el padre de la hija.

DON SANCHO.

Vén; que si hubiere partido,
Daré el pésame á mi prima,
De la Condesa.

CALVETE.

Me huelgo
De ir allá... (*Ap.* Que á Marcelilla
La tengo á cargo una cosa
Que pienso restituirla,
Si la hallo á mano.)

DON SANCHO.

¡Qué torpe
Camina el curso del dia!
Mas ¡qué tarde le amanece
A un triste la sombra amiga!
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio del Emperador.

ESCENA XII.

EL EMPERADOR Y ACOMPAÑAMIENTO: DON ÁLVARO, *de camino*.

EMPERADOR.

Muy agradecida os queda
Mi voluntad, por la prisa,
Marqués, con que habeis dispuesto
A Italia vuestra partida.

DON ÁLVARO.

No es hazaña, gran señor,
Servir bien á quien obliga
Solo con mandar, premiando
No mas de con que le sirvan.

EMPERADOR.

¡Qué cortesano! Hijo al fin
Sois del duque de Gandía.

DON ÁLVARO.

Imitarle en agradaros
Serán mis mayores dichas.

EMPERADOR.

Un capelo á ruegos mios
El Pontífice le envia.
Nadie lo sabe; que quiero
Ganarme yo las albricias
En oraciones.

DON ÁLVARO.

Señor,
Puede ser que le resista;
Que otro de Julio Tercero
Dejó de Oñate en la ermita.

EMPERADOR.

¡Ah, qué buen padre os dió el cielo!
No hubo en su tiempo en Castilla
Caballero mas cabal:
Virtudes y bizarría
Hermanó tan felizmente,
Que á fe que me daba envidia.
Habla era en palacio entónces,
Que al entrar en las visitas,
Donde en lo hermoso, el deseo,
Si no cae, tal vez desliza,
De acero á raiz del cuerpo
Un cilicio se ponia.
Mirad ¡qué ejemplo! ¡Oh cuál temo
Que nos le ponga á la vista
El dia del juicio Dios
A muchos! y que nos diga:
«Si este fué santo, aun en medio
Del mundo y de sus delicias,
¿Por qué decis que la corte
Casi á obrar mal necesita?»
Id con Dios, Marqués; que he visto
Por entre esas celosías
A vuestro padre...— y en Roma
Os dé el cielo muchas dichas.

DON ÁLVARO.

De serviros bien dependen
Las felicidades mias. (*Vase.*)

EMPERADOR.

Llamad al Duque, y dejadnos
Solos.
(*Siéntase, y vase el acompañamiento.*)

ESCENA XIII.

SAN FRANCISCO.—EL EMPERADOR.

SAN FRANCISCO. (*Arrodíllase.*)

El suelo que pisa
Vuestra Majestad, señor,
A mis labios le permita.

EMPERADOR.

Sentáos, Duque.

SAN FRANCISCO.

Gran señor,
Muy bien estoy de rodillas.

EMPERADOR.

Francisco, alzad.

SAN FRANCISCO.

¡Con un pobre,
Favor tanto!

EMPERADOR.

¿Qué os admira?
Ya yo soy pobre tambien.

SAN FRANCISCO.

¡Gran señor!...

EMPERADOR.

Por vida mia.

SAN FRANCISCO.

Ya, señor, os obedezco;
Que importa mucho tal vida,
Y es bien que esta mi soberbia
Para sus aumentos sirva. (*Siéntase.*)

EMPERADOR.

Dícenme que comisario
General de las provincias
De las Indias y de España
Os ha hecho la Compañía.

SAN FRANCISCO.

Sí, señor; que son mis culpas
Aun de mas castigo dignas.

EMPERADOR.

¿Castigo llamais las honras?

SAN FRANCISCO.

Sí, gran señor; que son mias:
Y á quien le dan en que yerre,
Claro está que le castigan.

EMPERADOR.

Un capelo por mi órden
Su Santidad os envia;
Pero trae una pension.

SAN FRANCISCO.

Para mí, señor, la misma
Honra de la dignidad
Es la pension mas prolija.

EMPERADOR.

Pienso que la resistis
Por la carga.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es? Decidla.

EMPERADOR.

Que me encomendeis á Dios.

SAN FRANCISCO.

Esa en mí es deuda precisa;
Y si vuestra Majestad
De la dignidad me alivia,
Le ofrezco pagar doblada
La pension todos los dias.
Invictísimo señor,
Esa miseria que estima
El mundo tanto, y que al fin
Gozaba yo como mia,
Dejé por seguir á Dios:
Dejad que pobre le siga.
Mi hacienda dí por comprar
Esta bella margarita,
Que entre nácares humildes
Produce el Sol de justicia.
Ya la compré; y si la vendo
Por ménos, me perderia:
Fuera de que mi instituto
Con precepto nos obliga
A no admitir dignidades.

EMPERADOR.

Esa excusa no es precisa;
Pues con pasaros á otra
Religion que las admita,
Se vence.

SAN FRANCISCO.

¡Jesus! Señor,
Vuestra Majestad no diga
Tal, por el amor de Dios.
Hago yo tan alta estima
De mi religion amada,
Dulce prenda y madre mia,
Cuyos dulcísimos pechos
A vida mejor nos crian,
Que no solo ese capelo,
Pero aun la tiara misma...
No sé cómo lo encarezca.
¿Hay mas que ser en la vida
Que ser Cárlos Quinto? ¿Hay quién
Vuestra grandeza compita?
Pues aun la dejara, ántes
Que dejar la Compañía.

EMPERADOR.

No hablan muchos cortesanos,
Francisco, con tanta estima
Della.

SAN FRANCISCO.

Todo, señor, nace
De que no la comunican:
Fuera, señor, de que el mundo
Siempre con enojo mira
A los que desengañados
En lo que obran y predican
Reprenden sus vanidades
Y sus vicios fiscalizan.

EMPERADOR.

Muy bien lo creo: y de ahí
Sin duda nace el que digan
Que no es bien que algunas noches
(¡Mirad cuál es la malicia!)
Salgan con un santo Cristo
(Y aun dicen que vos salíais)
A predicar por las calles.
¿Qué hay en esto?

SAN FRANCISCO.

Que esta misma
Noche tengo de salir,
Señor, si Dios me da vida,
Porque importa.

EMPERADOR.

Para mí,
Cuanto hagais se santifica
Solo con ser obra vuestra.
Y ya que humilde no admita
Vuestra persona el capelo,
Quisiera que de órden mia
Fuérades á Portugal;
Que con Doña Catalina,
La Reina mi hermana, tengo
Que tratar cosas precisas,
Y tales, que si no es vos,
No es bien que otro las asista.
Mañana me parto á Yuste; (*Levántase.*)
Que no veo, Duque, el dia
De prevenirme á la muerte,
Que ya cercana me avisa.

SAN FRANCISCO.

Dios la vida os dé que tanto
La cristiandad necesita.

EMPERADOR.

Tan solo como ya estoy,
¿Qué puede haber en que sirva?
Mas decid; que reparé
(No sé, cierto, si lo diga)
Que al entrar, al compañero
Dabais no sé qué balija.
La verdad: ¿pedis limosna?

SAN FRANCISCO.

Sí, señor. ¿Por qué os admira...

EMPERADOR. (*Ap.*)

De ternura á hablar no acierto.

SAN FRANCISCO.

Que un pobre limosna pida?

EMPERADOR.

No tener mucho que daros
Es forzoso que me aflija.
Pobre estoy, ya lo sabeis.
Cien escudos, que os remitan
Haré: y creedme, que en cuanto
Os he dado en esta vida, (*Llora.*)
No os hice merced jamas
De agradecerme mas digna.

SAN FRANCISCO.

¡Vos de verme pobre á mí
Llorais! Y á mí de que diga
El máximo Cárlos Quinto,
Cuya valiente cuchilla,
Aun envainada, del orbe
El ámbito atemoriza,
Que está pobre, el corazon
No me cabe de alegría.

EMPERADOR.

Ya os entiendo.

SAN FRANCISCO.

Sí, señor.
Ladron llaman de la vida
A la muerte; y para que
No os asuste su codicia,
Será bien que cuando venga,
Halle la casa vacía.

EMPERADOR.

¡Ah, sí! De las penitencias,
¿Cómo os va? Que os certifica
Mi amor, que como estoy viejo,
Las siento mas cada dia.

SAN FRANCISCO.

No me espanto: Dios en cuenta

Os tomará las fatigas
Que en Alemania tuvisteis
Persiguiendo la herejía.

EMPERADOR.

Eso sí: la gloria á Dios,
Nada omití en perseguirla.
Acuérdome que una noche
(¡Y qué mal tiempo que hacia!)
Sobre un carro, armado, toda
La pasé, y el alba misma
A verme temblar de frio
Madrugó alegre sus risas,
Si ya no salió á mirarme
Galan, porque guarnecian
Mi arnes de flores de plata
Sus escarchas ateridas.
Mas pienso que mi trabajo
No se perdió; que á fe mia
Que llevó muy gentil rota
La canalla tornadiza,
Que á su Dios ántes que á mí
Volvió la espalda enemiga.
¡Cuál venía el de Sajonia!
(Sospecho que es muy sabida
Su historia, no la refiero)
Y el Lansgrave ¡cuál venía!
Selva hicieron la campaña
De mosquetes y de picas.
¡Y qué á punto el luterano
Jugaba la artillería!
Pero yo (dejad, Francisco,
Que esto no mas os repita)
Me entré por sus batallones
Con sola media lancilla
En la mano; y á fe, á fe,
Que nos llevamos el dia.

SAN FRANCISCO.

La gloria, señor, á Dios
Solo habeis de atribuirla.

EMPERADOR.

Decis bien: no me acordaba,
Llevóme la fantasía.
¿Qué quereis? No todos pueden
Aprender, y tan aprisa,
La perfeccion en que os pone
Allá vuestra Compañía.
(*Vanse.*)

—

Jardin de casa de Don Álvaro.

ESCENA XIV.

JUANA, INES; *despues*, EL DEMONIO EN MARCELA.

JUANA.

Amiga Ines, pues señor
Ya se ha ido, descansemos
De tanta cordura.

INES.

Extremos
Son de prudencia y honor
Los dos cuerdísimos amos
Que dió el cielo á mis enojos.
(*Sale Marcela.*)

MARCELA.

¿Qué hay, amigas de mis ojos?

JUANA.

Marcela, solas estamos,
La Marquesa está distante:
Canta un tonillo discreto
Y alegre; que te prometo
Bailarle el agua delante.

MARCELA.

¿Y si lo oye?

JUANA.

Está el jardin
De su oratorio apartado,
Y aun creërá, si se ha arrobado,
Que la habla algun serafin.

MARCELA.

(*Ap.* ¡Que Borja en tal perfeccion,
Contra los fueros de edad,
Hermosura y calidad,
La haya impuesto! ¡Qué afliccion!)
Venga el arpa. (*Ap.* Mis cautelas
Sus obras estorbarán,
Y si lo logro, serán[1]
Su misma luz mis tinieblas[2].)
(*Canta Marcela, y baila Juana.*)

MARCELA.

Amor es bandolero,
Y de esto lo conozco;
Que me roba y me mata
En la Sierra-morena de unos ojos.

INES.

¡Lindo va!

JUANA.

De cuando en cuando
Acecha; que estoy temiendo
Que lo que gozo riendo,
Lo venga á pagar rezando.

MARCELA. (*Canta.*)

Sus luces imposibles
Tan atrevido adoro,
Que á la voz del respeto
Mis deseos se están haciendo sordos.

INES.

La Marquesa.

JUANA.

¡Ay, que la fiesta
Pago ayunando este mes!

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ. — DICHAS.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Marcela? Ines,
Juana, ¿qué locura es esta?

MARCELA.

Del ocio son...

DOÑA BEATRIZ.

Ea, callad.

MARCELA.

Disculpados ejercicios.

JUANA.

Sí; que de todos los vicios
Es madre la ociosidad.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y emplearos (¡qué locura!)
Es bien, por no estar ociosas,
En canciones amorosas
Y en necias descomposturas?
No extraño que cuando ausente
Está mi esposo, canteis,
Ni que mas dolor mostreis
De la desgracia presente,
Como es ¡ay Dios! el morir
En tal edad tal señora;
Solo es lo que siento ahora,
Llegar en mi casa á oir
Versos de amores, que en calma
Son inquietud del sentido,
Y solo hiriendo el oido
Suelen dar la muerte al alma.
¿Cómo os atreveis?...

MARCELA.

Señora,
En un romance discreto,
La agudeza del conceto
Es solo lo que enamora.

[1], [2] Estos dos versos, que no se hallan en la edicion antigua, se han suplido en las modernas con poco acierto.

DOÑA BEATRIZ.

Siendo torpe el pensamiento,
Es vana seguridad.
Querer que á la voluntad
No arrastre el entendimiento.

MARCELA.

Si el entendimiento teme
La voluntad, no acertó;
Que aunque mas la alumbre, no
Está de Dios que la queme:
Y el albedrío es tan mio,
Que del mal sabe apartarme.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si le empleo en cegarme,
¿De qué sirve el albedrío?

MARCELA.

De resistir su violencia.

DOÑA BEATRIZ.

Luego es cierto que he empezado;
Pues en eso está el pecado,
Si no le hago resistencia.

MARCELA.

No empezó tal, ni se vicia
La voluntad; que en efeto
La deleita en lo discreto
Lo agudo, y no la malicia.

DOÑA BEATRIZ.

Siempre al daño me aventuro.

MARCELA.

Hay hasta él mucho intervalo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues doyte que no sea malo:
¿Negarás que no es seguro?

MARCELA.

Poco tu prudencia fia
De su entereza.

DOÑA BEATRIZ.

Es así:
Nada temo mas que á mí.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Qué en vano mi error porfía!

DOÑA BEATRIZ.

Esto, en fin, quede asentado.
Quien conmigo ha de vivir,
Ha de procurar huir
Aun la sombra del pecado.
Y porque veais las tres
Cuánto daño trae consigo,
(*Ap.* Así á enmendarlas obligo)
Traeme tú aquel libro, Ines,
Que el padre Borja ha compuesto,
Y *El espejo del cristiano*
Le intitula.
(*Vase Ines.*)

MARCELA. (*Ap.*)

Será en vano;
Que yo en su lugar he puesto
Otro que su intento tuerza.

JUANA.

Yo tengo que hacer ahora.

DOÑA BEATRIZ.

Juana, espérate.

JUANA.

Señora,
Yo ¿he de ser santa por fuerza?

DOÑA BEATRIZ.

Cuánto es peligroso y feo,
Os quiero lêr á las dos,
Un pecado.

JUANA.

Sea por Dios,
Señora, que yo lo creo.
Creo que es figura rara,
Y creëré (si es que ir me deja)

Que no hay en el mundo vieja
Que tenga tan mala cara.

DOÑA BEATRIZ.

Su monstruosidad espanta.

(*Vuelve Ines, y trae un libro de comedias.*)

INES.

Ya está aquí el libro, señora.

MARCELA. (*Ap.*)

¿Qué dirá viéndole ahora?

DOÑA BEATRIZ.

Sentáos; que es leccion tan santa
Digna de atenderla, pues
Tal pluma le escribe en suma.

(*Siéntanse.*)

JUANA. (*Ap.*)

¡Lindo regalo de pluma!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué libro traes aquí, Ines?

INES.

Yo no le abrí.: en una almohada
Del estrado le encontré.

DOÑA BEATRIZ.

Comedias son.

JUANA.

¡Lindo á fe!
Lé siquiera una jornada.

MARCELA.

En ellas se lên del bueno
Siempre las obras premiadas,
Y del malo castigadas.

DOÑA BEATRIZ.

Marcela, el peor veneno
En muy sabrosa bebida
Se suele disimular.—

(*Levántase, arroja el libro, y tómale Marcela.*)

Id al punto, hacedle echar
En el fuego.

MARCELA.

Por tu vida,
Que leas un rato en él:
Hallarás en sus escritos
Siempre odiosos los delitos,
La virtud siempre muy fiel,
Las palabras muy compuestas,
Muy atento el pundonor,
Y las pláticas de amor,
Aunque finas, muy honestas;
Que el ingenio, tan medido
Aun lo indecente dispone,
Que ó no lo escribe, ó lo pone
Como debiera haber sido.
Y el alma suele beber
En las historias divinas
Disfrazadas las doctrinas
Con máscara de placer.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ves cuánto has dictado bueno?

MARCELA.

Aun mas en silencio paso.

DOÑA BEATRIZ.

Pues todo es dorar el vaso
Para darnos el veneno.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Rabioso enojo me abrasa!

DOÑA BEATRIZ.

Al punto le has de quemar:
Y piensa que no ha de estar
Quien las leyere, en mi casa.

(*Vanse Doña Beatriz, Ines y Juana.*)

MARCELA.

Véte; y pues que ya se ve
Descender la sombra fria,
Bien mi cautela confia
Que fin esta noche dé
Don Sancho á tu honestidad;
Que fuertes contrarios son
Desta virtud la ocasion,
La noche y la soledad. (*Vase.*)

—

Calle con pared y rejas de jardin á un lado, y portales al otro.

ESCENA XVI.

DON SANCHO Y CALVETE, *con espadas y broqueles.*

CALVETE.

¡Obscura noche!

DON SANCHO.

Parece
Que de sus nublados negros
La cortó el vestido el aire
Al uso de mis deseos.

CALVETE.

Señor, vámonos á casa;
Que es tan bellaco este tiempo,
Que poniéndonos de lodo,
Tratándonos como negros
Y dándonos un catarro,
El se queda muy sereno.

DON SANCHO.

¿Qué temes?

CALVETE.

Entre mil cosas,
Señor, que al presente temo
(Dejando á una parte el frio,
Que es de lo que yo mas tiemblo),
Una es, que vi al pasar
En la Compañía abierto,
Y alguna gente á la puerta.

DON SANCHO.

Pues ¿qué dices?

CALVETE.

Yo me entiendo.

DON SANCHO.

No seas, Calvete, cobarde.

CALVETE.

Señor Don Sancho, si quiero;
Que ningun gallina he visto
Morir sin sus sacramentos.

DON SANCHO.

Por las rejas del jardin
A hablar á Marcela vengo,
Por si acabo el que con Cárlos
Ajuste su casamiento,
Y salgan de mal estado.

CALVETE.

¡Por convertir almas! Bueno.
Que sale, señor, parece
Mi sueño de marras cierto,
De que has de ser teatino.

DON SANCHO.

Deja esas locuras, necio.

CALVETE.

Que me dén dos mil azotes,
Si tú vinieres á eso.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¡Que aun buscando
Algun fingido pretexto
Con que ocultar mi delito,
Me hallase este pensamiento!

CALVETE.

Harto mas locura es
En un barrio tan desierto
Andar, señor, á estas horas
Solo y cargado de hierro
(Dije solo, porque si
Te embisten, yo no me cuento),
De noche, (¡y qué tal es ella!)
Pisando lodo, y á riesgo
De que un contrario, de tantos
(Que en la corte solos tengo
Los enemigos del alma
Por amigos de tu cuerpo),
Te dé al pasar de una esquina
Un hurgonazo, y *laus Deo*.
Pero al fin, ya me consuela
Tu conciencia; que en efecto,
Tú vives tan ajustado,
Que si te mataren, luego,
Sin tocar en purgatorio,
Te irás derecho al infierno.

DON SANCHO.

Vuélvete, Calvete, á casa.

CALVETE.

Aun peor que esótro es eso.

DON SANCHO.

¿Por qué?

CALVETE.

Por lo que dirá
A este propósito un cuento.
Decia un padre á un muchacho:
«Cuando vas por vino, pienso
Que te lo bebes», á que
Respondió el niño gimiendo:
«Yo nunca me bebo el vino,
Señor, cuando voy por ello;
Que así Dios me salve, que
No es sino cuando vuelvo.»
Aplico pues. Si al ir solo,
Que á palos me maten temo,
No está el riesgo en la salida,
Sino en la vuelta está el riesgo.

DON SANCHO.

¡Qué frialdad!

CALVETE.

Pues calentarla;
Que yo, si mal no me acuerdo,
Debajo destos portales
Creo que hay un poyo, y pienso,
Miéntras hablas á Marcela,
Dormirme. Pues, dicho y hecho.
Tiéndome, y saco el rosario.—
Por la señal... Ya bostezo. (*Échase.*)
No hay almendrada mejor
Que un rosario, para el sueño.

(*Duérmese.*)

DON SANCHO.

Mucho se tarda Marcela,
Y apénas mi pensamiento,
Confundido de mis ansias,
Sabe hacer firme concepto
De á qué vengo, si á perderme
Desesperado no vengo.
De Beatriz no hay que esperar
Que se rinda á mis deseos;
Mas de mi resolucion
Hay que esperar el remedio
De mi mal, si á verme á solas
Con ella en su cuarto llego.
Y ¿qué sé yo si á la vista
De la ocasion, del secreto,
De la fineza en mis ansias,
De la ternura en mis ruegos,
Se cansará su virtud
De sufrir su pensamiento?
¿No es mujer? Pues ¿qué sé yo
Si la noche, si el silencio?...
Mas ¡ay! que es ángel Beatriz,
Y ¿qué sé yo si al extremo
Menor de su resistencia,
Cobarde la espalda vuelvo?
¿Qué sé yo?... Mas nada sé;
Que en tanta lucha de afectos,
Amante y desesperado,
Yo solo sé que me muero.

ESCENA XVII.

EL DEMONIO EN MARCELA, *á la reja*.—DON SANCHO, *en la calle*; CALVETE, *durmiendo en un poyo*.

MARCELA. (*Toca un arpa y canta.*)

Quiero, y no saben que quiero...

DON SANCHO.

La seña es. Albricias, alma.

MARCELA. (*Canta.*)

Yo solo sé que me muero.

DON SANCHO.

Marcela...

MARCELA.

Señor Don Sancho,
Porque hay en la calle riesgo
(*Ap.* De malograrse mi engaño
Es solo, porque los ecos
Ya de las voces se escuchan,
Cuyo ruido ¡ay de mí! siento
Con no menor impaciencia
Que las penas que padezco),
Entrad por ese postigo
Del jardin, que ya está abierto;
Que yo por disimular,
A cantar otra vez vuelvo.
(*Ap.* No es sino porque no escuche
La enemiga voz que temo.)

DON SANCHO.

Marcela, mi amor...

MARCELA.

Aprisa.

DON SANCHO.

Te estima...

MARCELA.

Eso es perder tiempo.
(*Canta.*) *Á suspirar por la causa*
De mi dolor no me atrevo,
Porque no de lo que gimo
Conozcan lo que padezco.
Quiero, y no saben que quiero.

DON SANCHO.

Con el alborozo, apénas
Cobro de la calle el tiento.
Ya encontré el postigo. Amor,
En tu piedad me encomiendo.
(*Va á entrar, y se detiene oyendo al Santo dentro, tocando una campanilla.*)

ESCENA XVIII.

SAN FRANCISCO, *dentro*. — DICHOS.

SAN FRANCISCO. (*Dentro.*)

Temed, mortales, el castigo eterno.
¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

MARCELA. (*Ap.*)

Ya la voz de Borja he oido.
¡Que no haya un rayo del cielo
Para mí!

DON SANCHO.

¡Válgame Dios!
¡Qué amenaza, y qué á mal tiempo!
La voz del padre Francisco.
Me ha helado los movimientos.
¿Si entraré? Mas ¿por qué dudo?
Resuelto estoy... No me atrevo.
Pero ¿ocasion tan feliz
Tengo de perder? Yo entro.
Mas ¡ay! que si entro, me avisa
La voz que es mas lo que pierdo.
Mas ¿qué su terror me ha dicho,
Que yo no sepa? Estoy ciego.
Si no me resuelvo aprisa,
Las luces que trae el pueblo,
Que siguiendo al santo Cristo
Va con devoto silencio,
Me han de descubrir. Marcela
Me aguarda: á entrar me resuelvo.

SAN FRANCISCO. (*Dentro.*)

Temed, mortales, el castigo eterno.

DON SANCHO.

Ya su voz sobre mí tiene
Mas que natural imperio.
Un monte muevo ¡ay de mí!
En cada planta que muevo.

MARCELA. (*Ap.*)

(*Ap.* En vano á que se resuelva,
Si no le provoco, espero.)
(*Canta.*) *Desde que perdí cobarde*
La ventura con el tiempo,
Eché de ver que era muerte
La quietud de mi sosiego.
Yo solo sé que me muero.

DON SANCHO.

Pues si me muero, y me arrastra
Casi por fuerza mi afecto,
Por mas que el yerro conozca,
¿Por qué ha de ser culpa el yerro?
¿Pecaré yo porque ahora
Me asista un conocimiento,
Cuya pobre y tibia luz
Se confunde en tanto incendio?
¿Qué importa que la razon
Me esté tirando de un freno
Tan flojo, que aun sin querer,
Casi por uso le quiebro?
Doy que me despeño á entrar:
¿Quién me imputará el despeño
Á delito? El cielo. Pues
Quisiera saber del cielo,
¿Por qué, ó cómo me permite,
Ya en la luz, ya en el deseo,
Para gobernar lo bruto
De un apetito violento,
Aquel freno tan de seda
Y esta espuela tan de hierro?
Mas ¡ay! que bastante luz
Para refrenarme tengo
De mi yerro; que aunque mas
Sea torpemente feo,
¿Cómo le he de conocer,
Si me le doro yo mesmo?
Nada entiendo, y solo sé
Que inquietamente suspenso,
Ni aquella voz me detiene
Ni me despeña este acento,
Por mas que decir les oigo,
Luchando en confusos ecos...
(*Toca dentro y canta Marcela, y Don Sancho lo repite, como tambien lo que dice el Santo. Sigue sonando la campanilla.*)

MARCELA.

Quiero, y no saben que quiero.

SAN FRANCISCO. (*Dentro.*)

Temed, mortales, el castigo eterno.

MARCELA.

Yo solo sé que me muero.

SAN FRANCISCO. (*Dentro.*)

¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

CALVETE.

¿Que no dejarán dormir (*Levántase.*)
Á un cristiano? Mas ¡qué veo!
¡La procesion de los padres
Sobre nosotros! Ya tiemblo.
¡La campanilla y el Cristo!
Señor, ¿tú eres?

DON SANCHO.

Calla, necio.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí, qué vanamente
Sus cobardías aliento!

CALVETE.

Señor, señor, ¿eres tú?

DON SANCHO.

Sí soy.

CALVETE.

No hables tan quedo
A un hombre, que es mal criado.
¿No sabes responder recio?

DON SANCHO.

¡Con qué devocion camina
Mudo el acompañamiento!
Horror infunden las hachas.

CALVETE.

La cera es la que yo siento.
Ahora bien, yo estoy temblando.
Si tú te quedas, tras ellos
Me escurro, porque debajo
De la artillería, pienso
Que no hacen daño los tiros,
Por mas que aturdan los truenos.
(*Vase.*)

MARCELA. (*Ap.*)

Si se resuelve á dejar
Esta ocasion que le ofrezco,
Le ha de detener ahora
La voz de Beatriz, fingiendo
Que le llama.

DON SANCHO.

Me parece
Que habla con mis pensamientos
Cuanto el padre Borja dice.
¡Ay de mí! seguirle quiero.
Yo no puedo mas, amor.

ESCENA XIX.

DOÑA BEATRIZ, *dentro; despues*, SAN FRANCISCO. — DON SANCHO, EL DEMONIO EN MARCELA.

MARCELA. (*Ap.*)

Engaños, ahora es tiempo.

DOÑA BEATRIZ. (*Dentro.*)

¡Don Sancho, primo, señor!...

DON SANCHO.

Beatriz es. ¿Qué es esto, cielos?
¿Qué aguardo, que á conseguir
Tan alta dicha no entro?
(*Al entrar, le sale el Santo al encuentro con la campanilla, y le detiene.*)

SAN FRANCISCO.

¡Señor Don Sancho!...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ah pesares!

SAN FRANCISCO.

¿No seguis á Dios?

DON SANCHO.

Siguiendo
A Vuecelencia yo, Padre...
Como... Ya voy. (*Ap.* ¡Estoy muerto!)

SAN FRANCISCO.

Venid; que si Dios quisiera
Deshacer los fingimientos
De quien traidor os engaña
(Piedad que humilde le ruego)
Bien podía.

MARCELA. (*Ap.*)

Contra mí,
Claro está que ha de quererlo,
Pues de tu humildad me arroja
Vergonzosamente huyendo.
Y porque en España conste
Mi mal y tu vencimiento,
En los hierros desta reja
Quedará memoria al tiempo.
(*Vuela, saliendo por la reja, y deja quebrados los hierros.*)

SAN FRANCISCO.
No admiro que tu malicia
Huya de mí; que en efecto,
Aun el demonio se espanta
De un pecador tan soberbio
Como yo. Vamos, señor;
Que nos llama Dios.

DON SANCHO. (*Ap.*)
¿Qué es esto?
Tan sin uso el albedrío
Me arrastra á seguirle, ¡cielos!
Que ni yo percibo cómo.
Queriendo ya y no queriendo,
Los umbrales desta puerta
Dolorosamente dejo,
Solo ¡ay de mí! porque Borja
Me diga en confusos ecos...

LOS DOS.
Temed, mortales, el castigo eterno.
¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

JORNADA TERCERA.

Una calle en Roma.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, CALVETE.

CALVETE.
¡Lindo sermon!

CÁRLOS.
Para mí
Cierto es, Calvete, que ha sido
La primer cosa del mundo.

CALVETE.
¿Por qué?

CÁRLOS.
Porque, si te digo
La verdad, es el primero
Que en toda mi vida he oido.

CALVETE.
¡Ah buen cristiano! El amor
Que tuvo el padre Francisco
Al Emperador, que el cielo
Para sí llevarse quiso,
Bien le ha mostrado en sus honras.

CÁRLOS.
Mucho es haberse atrevido
En Roma, donde no era
El Emperador bienquisto,
A decir sus alabanzas.

CALVETE.
Esa es propiedad de amigo;
Que hablar yo bien de uno donde
Tengo de ser bien oido,
Y morderle mi pedazo
Si estoy con sus enemigos,
No es de santos, sino es
Ruin política del siglo,
Que refiere Saavedra
En su tomo bien escrito
A folio cuarenta...— Y aunque
Me mormure algun ladino
Que no cito bien, me estoy
En las hojas que ya he dicho,
Porque si no es de cuarenta,
Yo no sé lêr otro libro.

CÁRLOS.
No he sacado del sermon
Mas que salir bien mohino.

CALVETE.
¿Por qué?

CÁRLOS.
Porque el padre Borja,
Allá con los artificios
Del sermon, ó qué sé yo,
Me enfadó, diciendo á gritos:
«Cárlos, hoy has de morir;
Cárlos, el mayor peligro
Te amenaza;» y carleaba,
Encarándose conmigo.
¡Cuerpo de Dios! Tras el *Cárlos*,
Pues por el otro lo dijo,
Para no matarme á mí,
¿No se acordara del *Quinto?*

CALVETE.
Pues ¿oyes? suelen salir
Muy ciertos sus vaticinios.

CÁRLOS.
Pues que los tema Don Sancho,
Que va dando en aturdido.

CALVETE.
Dentro de la portería
Le esperarémos; que ha dicho
El hermano Márcos que
Hoy saldrá.

CÁRLOS.
Cierto que han sido
Estos ejercicios bien
Impertinente capricho
De Don Sancho.

CALVETE.
De conciencia
Dicen que andaba enfermizo,
Y para desopilarse
Se acogió á hacer ejercicios:
Fuera de que á las instancias
Que el padre Borja le hizo,
Ninguno se resistiera,
Ménos que á ser un precito.

CÁRLOS.
¿Que se venga un hombre; cielos!
Siguiendo el hermoso hechizo
De una mujer tan honrada
Y amante de su marido,
Que no sufriendo su ausencia,
A Roma seguirle quiso,
Y salga con esto al cabo
De un año que no ha sabido
Tomar, aun estando en Roma,
Una leccion de Tarquino?
¡Vive Dios, que no lo entiendo!
Porque si este hombre ha querido
Arrepentirse, no habia
Medio como el que yo he dicho.
Porque yo, como me enfado
Al instante que consigo,
No encuentro con el dolor,
Sino es buscando el fastidio.

CALVETE.
Mucho se tarda, y yo temo
Que se meta teatino.

CÁRLOS.
¿Por qué?

CALVETE.
Porque le ha de dar
En la conciencia algun frio,
Que le obligue á pedir ropa.

CÁRLOS.
De lo que yo mas me admiro
Es que Marcela (que á Roma
Tambien con nosotros vino,
Pues la casa del Marqués,
Por no sé qué, dejar quiso,
Y hechas ya las amistades,
Está corriente conmigo)
Persuadir no le pudiese
A dejar tal desvarío.

CALVETE.
¡Y cuál parló la bellaca!

CÁRLOS.
¿Qué llamas parlar? No he visto
Despues que Dios me crió,
Moza de tan bello pico.
¡Y qué airoso la está el traje
De hombre en que la he traido!

CALVETE.
¿Ves que de tan elocuente
La alabas? Pues yo malicio
Que la tal, para oraciones
No tiene muy buen estilo.

CÁRLOS.
El embajador de España,
Que á las honras ha asistido
Del Emperador, aquí
Sale ya.

CALVETE.
Como es buen hijo,
Los sermones de su padre
Estima.

CÁRLOS.
Yo me retiro,
Porque aunque no me conoce,
Ni yo temo ese peligro,
Miéntras no vengo mi ofensa,
Que estoy, confieso, corrido:
Y mas cuando considero
Que por él (¡un basilisco
El pechó me abrasa!) ando
Desterrado y fugitivo
De mi patria. Quiera el cielo
Lograr los intentos mios. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON ÁLVARO, *de luto;* EL HERMANO MÁRCOS. — CALVETE.

DON ÁLVARO.
Bien con las obligaciones
Del respeto y del cariño
Que á Cárlos tuvo mi padre,
En sus honras ha cumplido.

MÁRCOS.
Y es mas de alabar, en tiempo
Que las cargas de su oficio
La mayor parte del dia
Le ocupan.

DON ÁLVARO.
Bien lo colijo.
¿Cuándo se hace la eleccion
De general?

MÁRCOS.
Imagino,
Señor Marques, que mañana
Ha de quedar elegido.

DON ÁLVARO.
Y mi padre ¿ha de tener
Algun voto?

MÁRCOS.
Antes han dicho
Que para que no le nombren
Toma medios exquisitos.

DON ÁLVARO.
¡Buen pretendiente!

MÁRCOS.
Al capelo
Tres veces se ha resistido,
Y su Santidad le ama
Con muy singular cariño.

DON ÁLVARO.
¿Qué mucho, si de la liga
Que el católico Felipo
Y su Santidad han hecho
Con venecianos invictos,
Por su religioso celo
Promotor único ha sido?
Dios nos dé feliz suceso;
Que si vence el enemigo,

Temo que quede mi padre
Con la cristiandad mal visto.

MÁRCOS.

Algunos padres de casa
Temen, señor, eso mismo;
Y como sus reverencias
Son en todo tan leidos,
Refieren que á San Bernardo
Le tuvo muy afligido
Otro caso semejante.

DON ÁLVARO.

Y á eso mi padre ¿qué ha dicho?

MÁRCOS.

¿Qué ha de decir? Está loco,
Señor, con un regocijo
Que no le cabe, y les dice:
«No se aflijan, padres mios;
Que presto vendrá la nueva.»
Y esto va con un tonillo,
Que pienso que la victoria,
Mas que la espera, la ha visto.

DON ÁLVARO.

¿Qué hace ahora?

MÁRCOS.

Está Don Sancho
De Castilla en ejercicios...

DON ÁLVARO.

Ya lo sé.

MÁRCOS.

Pues le estará
Alentando; que imagino,
Si yo no me engaño, que...
Mas no me atrevo á decirlo.

DON ÁLVARO.

¿Quiere entrarse religioso?
La verdad.

MÁRCOS.

Yo solo digo
Que hace muchas penitencias,
Y lo sé porque le asisto;
Que de escrúpulos pregunta
Cosas que las sabe un niño;
Que está muy modesto, y anda
Entre santo y aturdido:
Con esto digo que no
Le falta para novicio
Sino la sotana parda,
Y quebrar jarras y vidrios.

DON ÁLVARO.

Diréselo á la Marquesa,
Que se ha de holgar infinito,
Porque como le criaron
En su casa desde niño,
Sentia notablemente
Verle andar tan distraido.
Adios. (*Vase.*)

MÁRCOS.

El cielo con bien
Os lleve.

CALVETE.

¿No habrá un resquicio,
Mi padre Márcos, por donde
Un amo que Dios me hizo,
Vea yo?

MÁRCOS.

Presto saldrá.
Dígame, Calvete...

CALVETE.

Digo.

MÁRCOS.

¿Cuándo se confiesa?

CALVETE.

¿Yo?

ESCENA III.

EL DEMONIO EN MARCELA, *de hombre.* — EL HERMANO MÁRCOS, CALVETE.

MARCELA.

Calvete...

CALVETE.

Este pajecillo
Dirá como él y yo nos
Confesamos el domingo.

MÁRCOS.

Mancebo, ¿es esto verdad?

CALVETE. (*Ap. á Marcela.*)

Di que sí, y el teatino
Quizá te dará un rosario.

MARCELA.

Vaya de ahí, Padre mio;
Que aquí no le piden nada.

MÁRCOS.

¡Oiganle, y qué sacudido!

CALVETE.

Tiene lindo entendimiento;
Pero es bravo picarillo.

MÁRCOS.

¿De dónde es?

CALVETE.

Es italiano.

MÁRCOS.

¿Cómo se llama?

CALVETE.

Perico.

MÁRCOS.

Una reliquia que traigo
De San Ignacio conmigo,
Se ha de llevar, señor Pedro.
Tómela, y le certifico...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Rabiando estoy de coraje!

MÁRCOS.

Que sé que es del santo mismo.

CALVETE.

Tómala; que está engastada.

MARCELA.

Padre Márcos, ya le he dicho
Que me deje.— En busca tuya
Ahora, Calvete, he venido.

MÁRCOS.

Mira que es de San Ignacio.

MARCELA.

(*Ap.* ¡De oir su nombre me irrito!)
Quítela de ahí. (*Ap.* ¡Qué rabia!
Mas almas quita al abismo
Que estrellas cuenta la noche.)

MÁRCOS.

Deja esos extremos, hijo.

CALVETE.

Y agarra los del engaste,
Que parecen de oro fino.

MÁRCOS.

¿No la quieres?

CALVETE.

No me espanto.
El muchacho es un perdido:
Démela á mí.

MÁRCOS.

Tome. Cierto
Que es lo personal muy lindo,
Y es lástima que no sea
Mas devoto el angelito. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL DEMONIO EN MARCELA, CALVETE.

CALVETE.

¿Pues esto arrojas, Marcela?

MARCELA.

¿Quieres que el aprecio mio
Haga estimacion de prenda
De un clérigo cojo y bizco?

CALVETE.

Pues harto fué, siendo cojo,
El no sanarse á sí mismo;
Pues cuentan que de patillas
Algunos males deshizo.
Mas ¿para qué me querias?

MARCELA.

Ya para nada. (*Ap.* Al peligro
En que va á ponerse Cárlos
Tambien exponerle quiso
Mi enojo; pero si lleva
Tan santa alhaja consigo,
¿Qué mal puede sucederle?)
Véte pues.

CALVETE.

¡Qué olor tan rico!
Si le llevo á la Marquesa,
Me ha de valer un vestido. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL DEMONIO EN MARCELA.

¡Aquí de todo mi enojo!
Don Sancho (¡tiemblo el decirlo!)
Casi reducido (¡qué ansia!)
Está (¡venenos respiro!)
A dejar (¡que no haya muerte
Para mí!) su amor y el siglo,
Hechizado del beleño
Destos santos ejercicios,
Que allá en Manresa escribió
Ignacio, aquel vizcaíno
Soldado, tan arrogante,
Que de Pamplona en el sitio
Los leones de Castilla
Tiñó de Francia en los lirios.
¡Oh! ¡Mal hubiese la bala
Que irritó alquitran benigno,
Pues partiendo para estrago
Llegó para beneficio!
¡Oh! los libros mal hubiesen,
Pues aun del ocio leidos,
De Ignacio, á la Compañía
Dieron felice principio.
Mas ¡qué acaso, que su sér
Hubo de empezar en libros,
Agüero que á mis cautelas
Amenazó los escritos,
Que en tanto docto volúmen
Me hacen guerra! ¿Quién ha visto
Que hayan de sudar las prensas
Las fatigas del abismo?
¡Oh cuánto me ofende Ignacio
En ver que corran sus hijos
Desde el anatema inglés
Al cismático abisino,
Los siempre helados del norte
Carámbanos ateridos,
Las siempre ardientes arenas
Que el Can enciende maligno!
¡Oh cómo Borja no ménos
Hoy me ofende, cuando miro
Que el tierno plantel de Ignacio
Tanto debe á sus cultivos!
¡Qué mucho, si de cuarenta
De sus mártires invictos,
Cuya sangre en solo un dia
Bebió sediento el cuchillo,

Hoy nuevamente se adorna
Este humano paraíso?
Tiernas flores, de que el cielo
A Borja un presente hizo,
Como quien dice: «No hayas
Miedo que el tiempo marchitos
Ponga los rojos claveles
Que ensangrentados te envio,
Si en el humor de su sangre
Llevan el riego consigo.
Mas ¡ay! que de cuantas glorias
Envidiosamente gimo
En Borja, la que mas siento
Es que el cielo mi enemigo
Me adelante las noticias
¡Ay de mí! del feliz siglo
En que ha de canonizarle
El gran vicario de Cristo.
Ya á Borja, desesperado,
De vencer me desobligo;
A Don Sancho no; que en él
A Borja un lauro le quito.
Invisible, al aposento
Donde está Don Sancho, asisto.

—

Una celda de la casa de la Compañía.

ESCENA VI.

DON SANCHO, *sentado á una mesa, leyendo en un libro.*—EL DEMONIO EN MARCELA.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Qué suspensamente yace
En la leccion divertido!
De sus antiguos cuidados
No muestra el menor indicio;
Yo se los despertaré,
Introduciendo en el libro
Los instrumentos que un tiempo
Fomentaron sus delitos.

DON SANCHO.

Que no vive el que peca, aquí he leido:
Luego si estuve siempre en mal estado,
Aun no he nacido yo: ¡tanto he pecado!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he perdido!
¡Qué bien *espejo* intitula
Borja este devoto libro!
No porque las fealdades
En él de mis culpas miro,
Ni porque á su luz mi alma
Componga sus desaliños,
Sino es porque estando en duda
Si estoy muerto en mis delitos
O vivo en mis desengaños,
Cuando á su cristal me aplico,
Pues á sollozos le mancho,
Bien se conoce que vivo.
Vuelvo á leer.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Oh si encontrase
El papel, que áspid nocivo,
Mordiéndole la memoria,
Vierta el veneno en el juicio!

DON SANCHO.

Dice que al pecador, no haber nacido
Le estuviera mejor: luego la nada
¡Aun es bien con la culpa comparada!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he perdido!

MARCELA. (*Ap.*)

El libro ya por las hojas
Abre donde está el peligro.

DON SANCHO.

¿Qué papel es este? Algun
Apuntamiento, imagino,
De algun devoto. No son
Sino versos, y son mios.
Retrato, dice, *á Beatriz.*
¿Quién los habrá aquí traido?
Acaso yo entre las hojas
Puse el papel por registro.
(*Toma el papel, se levanta, y lo rasga.*)
Ya es otro tiempo. ¡Qué ciegos
Obraban mis desvarios
Entónces! ¡Oh qué locuras!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he perdido!

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO.—DICHOS.

SAN FRANCISCO.

Señor Don Sancho...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

SAN FRANCISCO.

¿Cómo os va?

DON SANCHO.

Ya, Padre mio...

MARCELA. (*Ap.*)

Su vista huyendo, á mejor
Tiempo mi engaño remito. (*Húndese.*)

ESCENA VIII.

DON SANCHO, SAN FRANCISCO.

DON SANCHO.

Rotas veo las cadenas,
Quebrados siento los grillos,
Que de voluntarios hierros
Me hice prisiones yo mismo.
No imagino ya las cosas
Como de ántes; y en mi juicio
Otro nuevo sér parece
Que tiene cuanto imagino.
Miraba yo la hermosura
Como á deidad; ya la miro
Idolo, que de mi muerte
Compone sus sacrificios.
Al poderoso del mundo,
¡Qué poco ya que le envidio
Aquel deseado riesgo
De su alma! Si es preciso
Despeñarse en el sepulcro
Tanto el pobre como el rico,
¿Qué viene á ser el ser pobre?
Por cierto, yo no colijo
Que sea mas que tener
Mas bajos los precipicios.
Y en fin, Padre, que por tantas
Razones os llamo mio,
Ya que á quebrar con el mundo
De una vez me determino,
Y ya que mi pensamiento
Anda huyendo de mis vicios,
Quisiera en la Compañía
(Bien que me conozco indigno)
De vida tan mal gastada
Satisfacer los delitos.

SAN FRANCISCO.

(*Ap.* Aunque yo, Dios mio, nunca
Dudé de lo prometido,
Esto de cumplirse el plazo,
Cierto, me alegra infinito.)
Muy bien, señor, me parecen
(*Ap.* Y tanto, que el regocijo
Se derrama por los ojos)
Vuestros devotos designios.
Pero ¿sabeis vos si acaso
Querrán acá recibiros?
(*Ap.* Sí querrán; que ha de ser uno
De sus muy ilustres hijos.)

DON SANCHO.

Bien sé yo que no merezco
La felicidad que os pido;
Pero este llanto que arrojo, (*Llora.*)
Las véras con que os suplico,
Merezcan...

SAN FRANCISCO.

Y ¿qué sabemos
Si es ese llanto fingido?

DON SANCHO.

Padre, no he de levantarme
Desos piés donde me rindo...
(*Arrodíllase.*)

SAN FRANCISCO.

Acabemos; que eso solo
Faltaba á lo prometido.
Llegad, señor, á mis brazos;
Que pues toca esto á mi oficio,
Desde luego, y muy gustoso,
Digo, señor, que os recibo.
Pero mirad... De una vez
Hagamos burla del siglo.
¿Os atreveréis?...

DON SANCHO.

A cuanto
Sepa yo que en ello sirvo
A Dios, y de mis pecados
Descuento el justo castigo.

SAN FRANCISCO.

Eso sí. ¿Veis la alegría,
Que de haberos convertido
Hace el cielo? Pues mi parte
Tambien della participo.

DON SANCHO.

¿Qué mandais que haga?

SAN FRANCISCO.

A la puerta
De la calle los novicios
Van sacando aquel ribazo
De tierra: id, introducíos
Con ellos, tomad la espuerta,
Y con ese traje mismo
En que ahora estáis tan bizarro,
Que á Dios mil veces bendigo,
Ayudadles á sacar
Tierra. Y ved lo que os aviso,
Que los novicios reirán
Mucho de veros; reíos
Vos tambien; que así entraréis
En posesion del oficio.

DON SANCHO.

Voy á obedecer.

SAN FRANCISCO.

Ajadle
Sus vanidades al siglo.
(*Vase Don Sancho.*)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO.

¡Bendito sea Dios, que ya
Oyó su amoroso silbo
Aquesta perdida res!
Mas ¡ay Dios! ¿cómo me olvido
De rogaros por el alma
De mi señor Cárlos Quinto?
A esta capilla, en que tengo
Colocado un crucifijo,
(Mas ¡qué de favores debo
A su piedad!) me retiro.
¡Oh qué de cosas mi alma
Lleva, Señor, que pediros!
Rico sois, y somos pobres,
Padre sois, y somos hijos:
Claro es que no extrañaréis
En mis súplicas, Dios mio,
Ni que un hijo pida á un padre,
Ni que un pobre ruegue á un rico.
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ, INES, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

El alma se me obscurece
De dejar la Compañía.

INES.

¡Esto es mejor, á fe mia!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

INES.

Que no parece
El cochero, á lo que infiero.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿estarse no pudiera
En la iglesia?

JUANA. (*Ap.*)

¿Si quisiera
Tambien devoto al cochero?

INES.

¡Que esto, señora, permita
Tu paciencia! ¡Qué atrevido!

JUANA.

Sin duda que se habrá ido
A rezar á alguna ermita.

INES.

Miéntras que van á buscalle,
Quitémonos de aquí ahora;
Que andan sacando, señora,
Los novicios á la calle
Tierra; y con el polvo nos
Cegarán.

DOÑA BEATRIZ.

Antes deseo
Verlos; que en cada uno creo
Un templo vivo de Dios.

ESCENA XI.

Van saliendo algunos NOVICIOS *con espuertas de tierra, y* DON SANCHO *con ellos, y detiénese á la puerta.* — DICHAS.

JUANA.

¡Ay, qué bellos angelitos!

INES.

Todos son como una plata.

JUANA.

El corazon me arrebata
Verlos santos y bonitos.
Señora, llamemoslós.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué modestos van! Qué bellos!
Pero ¡Don Sancho con ellos!
¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!

INES.

¿No ves tu primo, señora?

DOÑA BEATRIZ.

¡Dudando estoy lo que toco!

INES.

¿Si se hubiese vuelto loco?

JUANA.

¡Esto tenemos ahora!

DON SANCHO. (*Ap.*)

Gente mirándome está...
No sé si á salir me atreva..;
—Pero ¿no es Dios quien me lleva?
¿Qué dudo?

INES.

Con ellos va.

JUANA.

Hoy salia de ejercicios.

INES.

O es devocion ó imprudencia.

JUANA.

¿Si le han dado en penitencia
Ayudar á los novicios?

DON SANCHO. (*Ap.*)

Pues séase quien se fuere,
Veamos si mi corazon
Puede hacer que la razon
Se salga con lo que quiere.

(*Sale y pasa.*)

DOÑA BEATRIZ.

¡Don Sancho! ¡Primo!...

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Señor, alentadme vos...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto?

DON SANCHO. (*Ap.*)

Que todo un Dios
Bien es menester aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué á salir así os obliga?
Que en una duda tan grave
Aun la admiracion no sabe
Ni qué piense ni qué diga.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Temblando, por Dios, estoy.

INES.

La duda el pecho me apura.
Preguntadle si es locura.

DON SANCHO.

Sí, señora, un loco soy,
Tan loco, que en cierto intento
La vida ¡ay de mí! perdiera
Y el alma, si no me hubiera
Atado mi encogimiento.
Loco tuve un pensamiento;
Y el faltarme hoy la cordura,
Lo conozco en que me dura
Terca, á mi pesar, su instancia;
Que alguna vez la constancia
Habia de ser locura.
Cierto dolor me tenia
Fuera de todo mi acuerdo;
Que en vez de ponerme cuerdo
La pena, me enloquecía.
Della sané, porque habia
Cuenta della á Dios de dar:
Ahora podeis vos pensar
Qué grande locura tuve,
Pues el juicio de Dios hube
Menester para sanar.

DOÑA BEATRIZ.

No os entiendo. Pero ¿qué
En esa tierra decis,
Con que en público salis?

DON SANCHO.

Yo, señora, os lo diré.
En alta mar embarqué
Aquel vano pensamiento;
Y Borja, al ver que mi intento
Me hizo por liviano guerra,
Me ha echado un lastre de tierra,
Porque no me pierda el viento.

ESCENA XII.

EL HERMANO MÁRCOS.—DON SANCHO, DOÑA BEATRIZ, INES, JUANA.

MÁRCOS.

La comunidad está...
Pero ¡Vuecelencia aquí!

DOÑA BEATRIZ.

Ménos ahora os entendí.

DON SANCHO.

Pues el Padre os lo dirá.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto?

MÁRCOS.

Que tiene ya
La sotana prevenida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué decis? que el alma herida
De placer, turba el sentido.
¡Gracias á Dios! No he tenido
Gozo mayor en mi vida.

JUANA.

¡Qué lástima!

INES.

¡Qué dolor!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué vuestra imprudencia llora?

JUANA.

Ruégale, por Dios, señora,
Que no haga tal.

MÁRCOS.

Si el Señor
Le llama, ¿quién su fervor
Impedirá?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te mete,
Juana, en eso?

INES.

¡Que en un brete
Tal mozo á meterse va!

JUANA.

¡Ay Dios, qué mal estará
Pelado y con el bonete!

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Sancho, aunque no
Entendí, ni hay para qué,
Qué locura aquella fué;
¡Gracias al cielo, que os dió
Feliz luz que os alumbró!
Llámola feliz, pues siento
Que no hace un entendimiento
Obra de bien mas extraño
Que comprar un desengaño
Sin costa de un escarmiento.
Ya me entendeis.

DON SANCHO.

Sí, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Discreto sois.

DON SANCHO.

Loco fuí.

DOÑA BEATRIZ.

Sed santo.

DON SANCHO.

Tiempo perdí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues logradle bien ahora.

DON SANCHO.

El alma por eso llora.
Adios pues.

DOÑA BEATRIZ.

Nada os impida.
Mas oid por despedida.
Primo, encomendadme á Dios.

DON SANCHO.

Que no me acuerde de vos
Será lo que yo le pida. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Tan santa resolucion,
¡Qué buen dia me ha traido!
Que verle andar tan perdido

Me quebraba el corazon.
Adios.

MÁRCOS.

Vuestra devocion
Esta dicha le ha logrado.
(*Vase Doña Beatriz con Ines.*)

JUANA.

Padre...

MÁRCOS.

¿Qué dice? ¿Ha callado?

JUANA.

En cortándole el cabello,
Guárdelo; que he de hacer dello
Dos trenzas para el tocado. (*Vase.*)

MÁRCOS.

En eso pensaba. Voy
A avisar al padre Borja,
Que ya Don Sancho estará
Recibido. Esta es la hora
De hallarle en esta capilla,
Donde la imágen devota
De un crucifijo, de hechura
Exquisita y primorosa,
Tiene colocada: aqui
Acude siempre con todas
Sus tribulaciones. No es
Maravilla, pues notoria
Fama es que hablarle suele;
Y como recela ahora
Que la Compañía nombre
Por general su persona,
Estará muy afligido. (*Vase.*)

—

Una capilla.

ESCENA XIII.

SAN FRANCISCO *en oracion delante de un crucifijo, y sobre la cabeza del Santo bajará una llama en figura de mitra; luego*, EL HERMANO MÁRCOS.

MÁRCOS. (*Ap.*)

Abierto está. ¡Qué medrosas
Mis plantas pisan el suelo,
Donde, de sangre que arroja
El Santo en sus penitencias,
Están con manchas que adornan,
No ménos que ennoblecidas,
Santificadas las losas!
¡Válgame Dios! En su frente
Llama de luces copiosa
Ardiendo está, y en el aire
Otra hermosa llama forma
Una mitra, que con brillos
Misteriosos le corona.
No la luz me maravilla;
Que muchos la han visto en otras
Ocasiones desta suerte:
La mitra sí; mas ahora,
¡Ay Santo glorioso mio!
El pecho temo me rompa
El corazon, que en ternuras
Por los sentidos se asoma.

SAN FRANCISCO.

Piadosísimo Señor,
De cuya divina boca
Este pecador recibe,
Sin mérito, tantas honras;
Pues me mandais que reciba
Este cargo, á vos os toca
Darme las fuerzas que basten
A no perderos la obra
Que en la Compañía hicisteis,
Señor, para vuestra gloria.
(*Suenan instrumentos, y acércase la mitra á la cabeza del Santo.*)

MÁRCOS. (*Ap.*)

La mitra, (¡válgame Dios!)
Sonando siempre canoras
Músicas, sobre su frente
Desciende su luz hermosa.

SAN FRANCISCO.

A gloria vuestra, Señor,
Aceptaré, si me nombran,
Este cargo, de que juzgo
Tan indigna mi persona.
(*Tocan dentro una campanilla.*)

MÁRCOS. (*Ap.*)

¡Que ahora en la portería
Llamen! Responder me toca
Por mi oficio; pero ¿quién
Dejará tan feliz gloria?
Ea; que allá querrá Dios
Que haya alguno que responda.
(*Levántase el Santo de la oracion.*)

SAN FRANCISCO.

Vaya, hermano, vaya aprisa.

MÁRCOS.

¡Padre mio!

SAN FRANCISCO.

Pues ¿ahora
(Dios le haga santo) anda en eso?
Sepa quién es, porque importa,
Si no me engaño.

MÁRCOS.

Ya voy.
(*Ap.* ¿Cómo, si Dios no le informa,
Supo que yo estaba aquí?)
Voy volando. (*Vase.*)

SAN FRANCISCO.

¡Extraña cosa!
Alvaro muriera á manos
De las balas rigorosas,
Si no lo hubiera estorbado,
Señor, tu misericordia.
Mas, Dios mio, si de un hombre
Peligra el alma, esta es hora
De hacer con él amistades;
Y tu piedad lo disponga
De suerte que no Don Sancho
Riesgo por cómplice corra.

ESCENA XIV.

EL HERMANO MÁRCOS, CALVETE.—SAN FRANCISCO.

MÁRCOS.

Aquí está.

SAN FRANCISCO.

¿Qué ha sucedido?

CALVETE.

(*Ap.* Pues las balas y las postas
Le desfiguran de suerte
Que no hay quien le conozca,
Yo callaré que era Cárlos.)
Que al bajar de la carroza,
A Don Alvaro tu hijo
Le disparó una pistola
Un traidor. No le dió lumbre:
Quiso huir; pero con otra
Un criado de tu hijo
Le disparó en tan buen hora,
Que le embarazó la fuga;
Y como el paso le corta,
Conocí que no son siempre
Buenas para huir las postas.
Allí le acabaran, si
La Marquesa, mi señora,
A este tiempo no llegara,
Que se lo estorbó piadosa,
Por si confesar podia:
A cuyo fin, que recojan
Mandó el herido en un cuarto;
Y dejándole en custodia,
Por quien le confiese envia;
Porque reniega y arroja
Unas blasfemias que espantan;
Que como al traidor ahora
En mal latin le cogieron,
Echa verbos por la boca;
(*Ap.* Que aun en salud, el Carlillos
Tuvo de ellos una copia.)

SAN FRANCISCO.

Traiga, hermano, mi manteo,
Y pues ya tendrá la ropa
El hermano Sancho, avise
Que va conmigo.

CALVETE.

¿Quién?

MÁRCOS.

Otra
Historia es esta, Calvete.

CALVETE

Cuénteme, Padre, esa historia.

MÁRCOS.

Ya es su amo jesuita. (*Vase.*)

CALVETE.

¡Que lo soñé! (*Ap.* Solo ahora
Falta que el diablo á Carlillos
Se le lleve por las costas.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

SAN FRANCISCO.

El alma, Señor, deste hombre,
Que está en lucha rigurosa,
De la muerte y de su culpa
Batallando entre dos sombras,
Hechura es vuestra, Dios mio:
Pues ¿cómo la imágen borra
El golpe de tu justicia,
Que hizo tu misericordia?
¡Piedad, Dios mio, piedad!
Rompan, Cristo mio, rompan
Los raudales de tu gracia
Esta empedernida roca
Que las corrientes la halagan
De tu auxilio, y las estorba.
A ganaros voy un alma,
Que dormida yace y sorda
En los brazos de la torpe
Ramera de Babilonia:
Vuestro auxilio me acompañe.
(*Habla la imágen del santo Cristo.*)

VOZ DEL CRUCIFIJO.

Llévame contigo, Borja.

SAN FRANCISCO.

¿Tanto es menester, Dios mio,
Que ese trono, en que os adora
Reverente la piedad,
Dejais gustoso, por sola
Su conversion? Mas ¿qué mucho,
Si el trono aun de mejor gloria
Por convertir la dejasteis?
Vamos, Señor. (*Toma el santo Cristo.*)

ESCENA XVI.

CALVETE; EL HERMANO MÁRCOS, *con el manteo.*—SAN FRANCISCO.

CALVETE.

Que responda
No es posible.

MÁRCOS.

Ya el hermano
Sancho espera.

CALVETE.

Si la boca
Guarda así en el refectorio,
No hará en casa mucha costa.

SAN FRANCISCO.

Encomiende, hermano Márcos,
Este hombre á Dios, y disponga
Que los hermanos novicios

Apliquen sus fervorosas
Penitencias á este intento;
Porque si ellos no lo logran,
Mucho me temo que Dios
Mis oraciones no oiga. (*Vase.*)

MÁRCOS.

Yo avisaré. (*Ap.* Gran cuidado
Lleva mi gran padre ahora:
Algun gran mal pronostican
Sus palabras y sus obras.
Tras él iré; que no sufre
Mi amor saber que le ahoga
Una pena, y no saber
Qué es lo que se la ocasiona.) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

CALVETE.

Vamos á ver en qué pára
Prevencion tan misteriosa.
Pero miéntras llego, tengo
Que discurrir en dos cosas.
(*Paseándose.*)
La primera es: ¿qué le habrá
Movido á Cárlos ahora
A intentar darle la muerte
Al Marqués? Mas ¿qué me importan
Estos discursos á mí,
Cuando sé que en Barcelona
A Cárlos el Marqués quiso
Despacharle con la horca?
La otra me importa mas.
¿Qué he de hacer de mi persona,
Ya que Don Sancho ha dejado
El mundo y sus vanaglorias?
¿Meterme fraile? Eso no;
Guarda, Pablo; que se azotan,
Y yo no me sé pegar,
Si no es cuando meto gorra.
Ahora bien, si Cárlos muere,
Marcelilla queda sola:
Pues acótola por mia. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Alvaro.

ESCENA XVIII.

CALVETE; *y despues*, DON ÁLVARO, DOÑA BEATRIZ Y UN CRIADO.

CALVETE.

Ya llegué entre estas y estotras
En cas del Embajador,
Que con la Marquesa ahora
Hablando viene: diréles
Como viene el padre Borja;
Y en todo acontecimiento,
Callar que es Cárlos me importa.
(*Salen Don Álvaro, Doña Beatriz y un criado.*)

DON ÁLVARO.

¿Que no le han conocido?

CRIADO.

El rostro, de las balas tan herido
Quedó y desfigurado,
Que no es posible.

DOÑA BEATRIZ.

Mas ¿si habrá llegado
Quien le confiese de la Compañía?

CALVETE.

Desesperado dijo que moria;
Y el padre Borja apénas lo oyó, cuando
Su manteo tomó, salió volando,
Y yo, por mas lijero,
Aunque tras él salí, llegué primero,
O porque tengo en el correr mas maña,
O porque así convino á la maraña,
Si ya no fuéron estas diligencias
Por darles una nueva á Vuecelencias.

DON ÁLVARO.

¿Y qué la nueva es?

DOÑA BEATRIZ.

Bien lo adivino.

CALVETE.

Que mi amo se ha entrado teatino:
Y veisle allí, de hermano compañero,
Que con el Santo viene.

DON ÁLVARO.

Salir quiero
A recibirlos. (*Vase.*)

CALVETE. (*Ap.*)

Bien en esto fundo
Que Dios le trae á ver que el moribundo
Es Cárlos, porque dé fiel testimonio
De cuál trata á los suyos el demonio.
(*Vase.*)

ESCENA XIX.

JUANA, INES. — DOÑA BEATRIZ, EL CRIADO.

INES.

¡Ay, qué reniegos el cuitado arroja!

JUANA.

Si aquí se muere, el miedo y la congoja
Me han de hacer esta noche, á lo que infiero,
Que me vaya á rezar con el cochero.

DOÑA BEATRIZ.

Encomendadle á Dios.

JUANA.

Oirle espanta.
Señora, pues el cielo te hizo santa,
Ruégale á Dios, porque mi miedo crece,
Que no me acuerde dél cuando le rece.

ESCENA XX.

EL HERMANO MÁRCOS.—DOÑA BEATRIZ, LAS CRIADAS Y EL CRIADO.

MÁRCOS.

Señora...

DOÑA BEATRIZ.

Hermano Márcos, ¡asustado
Parece que venis!

MÁRCOS.

En gran cuidado
El padre Borja puesto me tenia,
Al ver la turbacion con que salia;
Que es causa extraña la que puede tanto,
Que le hace mudar semblante á un santo.

INES.

En el cuarto de afuera
Luchando le hallarás con una fiera,
Cuyo pecho, mas duro que una roca,
Infiernos está echando por la boca.

MÁRCOS.

Voy á ver en qué pára. Santo cielo,
A su intento ayudad, pues veis su celo.
(*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON ÁLVARO; Y DON SANCHO, *de jesuita.*—DOÑA BEATRIZ, LOS CRIADOS.

DON ÁLVARO.

Resolucion, señor, ménos prudente,
Nunca esperé de vos.

DOÑA BEATRIZ.

No este accidente
Turbe el placer de veros empleado
En tan feliz, en tan dichoso estado.

DON SANCHO.

Al padre Borja siempre agradecido,
Confesaré que vuestra casa ha sido
El todo de mi suerte.
¡Gracias á Dios que mi dolor advierte
En los recuerdos de mi vana historia
Que anda sin mi deseo la memoria!

INES.

¡Qué feo está pelado!

JUANA.

¿Si Márcos el cabello habrá guardado?

INES.

El está que da miedo.

JUANA.

Pues ¿ves? Cierto,
Que yo tuviera mas temor á un muerto.

ESCENA XXII.

CALVETE. — DON ALVARO, DON SANCHO, DOÑA BEATRIZ, LOS CRIADOS.

CALVETE.

¡Triste cosa, señor!...

DON ÁLVARO.

¿Qué ha sucedido?

CALVETE.

No puede el padre Borja á ese perdido
Persuadirle á que deje con sus ruegos
Sus juros, sus blasfemias, sus reniegos.

DON SANCHO.

Socorreràle la piedad divina.

CALVETE.

Por Dios, que el hombre huele á chamusquina;
Y tal es de sus votos el exceso,
Que yo pienso que es ya diablo profeso.

DON ÁLVARO.

Pues ¿cómo su porfía
Se resiste á la recia batería,
Que con tan vivo celo
Por boca de mi padre le da el cielo?

CALVETE.

Como su terquedad extraordinaria
Siempre á Borja le da por la contraria.
Dícele que perdon pida rendido,
Y sale con decir: «Venganza pido.»
Ya con rígida voz, ya con voz tierna,
La muerte temporal, la muerte eterna
Le acuerda; mas con voces repetidas,
Si Borja echa por muertes, él por vidas.

BEATRIZ.

¿Posible es que á resistir se atreve
A aquel Dios puesto en cruz? ¿Que no le mueve
La ansia con que mi padre arrodillado
Clava los ojos en su Dios clavado?

CALVETE.

Eso no me lo acuerdes, porque es menguа
Que yo no le sacase allí la lengua.
Dos mil visajes al mirarle hacia,
Y si del santo Cristo se movia,
No dejando blasfemia que no ensarte,
Era solo á volverse hácia otra parte.

DON SANCHO.

¡Qué cierta es la verdad tan mal creida,
Que es la muerte del hombre cual la vida,
Y que á una vida en culpas empleada,
Corresponde una muerte desastrada!
No caiga en mí, Señor, ley tan severa:
Dame lugar que llore ántes que muera.

INES.

¿Qué hay, Juana?

JUANA.

¿Qué hay, Ines?

INES.

Estoy temblando.
Mañana, ántes que el sol, salgo volando,
Y á confesarme voy.

JUANA.

No hay que encubrillo:
A la verdad, Ines, ¿hay garbancillo?

INES.

Sí, y te toca tambien; que cada hora
Murmuramos las dos de mi señora.

JUANA.

Digo que dices bien. Y este Calvete,
Es muchísima bulla la que mete
Cuando entra y sale; y no sé si he pe-[cado,
Que mas veces me rio, otras me enfado.

INES.

El es un loco.

CALVETE. (*Ap.*)

A confesar se inclinan,
Y mis pecados son los que examinan;
Y en vez de *por mi culpa*, con golpete
Han de decir: *por culpa de Calvete.*

ESCENA XXIII.

EL HERMANO MÁRCOS, *muy asustado.* — DICHOS.

MÁRCOS.

¡Señor!...

DON ÁLVARO.

¿Qué hay, hermano Márcos?

MÁRCOS.

El caso mas lamentable
Que ha visto el mundo, y la fama
Guarda en eternos anales.

DON ÁLVARO.

¿Murió ese infeliz?

MÁRCOS.

Murió
Tan infeliz... Pero mande
Vuecelencia que despejen;
Que no quiere el santo Padre
Que tan aprisa el suceso
Por la ciudad se derrame.

DON ÁLVARO.

Idos, y cuidad, Calvete,
De que esa puerta se guarde.

CALVETE.

Bien está. (*Ap.* ¡Qué impertinencia!
Como si acaso importase
Que se supiese temprano
Lo que ha de saberse tarde.
Mas esto va tal, que pienso
Que sin poder remediarme,
Al fin, al fin tengo de
Venir á parar en fraile.)

INES.

¿Hemos de ir, Juana?

JUANA.

Antes que
Los señores se levanten.

(*Vanse Calvete, las criadas y el criado.*)

ESCENA XXIV.

DON ÁLVARO, DOÑA BEATRIZ, EL HERMANO MÁRCOS, DON SANCHO.

DON ÁLVARO.

Contadnos el caso ahora,
Que tan atónito os trae.

MÁRCOS.

Ya sabeis que el padre Borja
A ese agresor miserable
Vino en el lance postrero
El postrer socorro á darle;
Que procuró su remedio
Usando todas las artes
Que en Dios y en su amor estudia
Aquel espíritu grande;
Y que no pudiendo el Santo
Con la espada penetrante
De su palabra hacer mella
En un corazon de carne;
Viendo que por el oido
Le halla tan incontrastable,
Muda de intencion, é intenta
Por los ojos el combate.
Saca un santo Crucifijo,
Para que mire en su imágen,
No ménos sus culpas propias
Que las divinas piedades.
Mas tanta luz, tanto fuego,
En su duro pecho hacen
La impresion que en un escollo
Los blandos soplos del aire.
Hasta aquí sabeis, y yo
Prosigo; pero guardadme
Todas las admiraciones
Para lo que aun no se sabe.
Porque aquí el padre Francisco
Con ansias inexplicables,
De la obstinacion del hombre
Acude á Dios á quejarse.
«¿Habeis de querer, Señor,
Que se pierda aquel rescate
Con que en esa cruz las deudas
Deste infelice pagastes?
Si despues habia de ser
Su condenacion mas grave,
¿Para qué al hombro tomabais
La perdida oveja errante?
¿Qué costa os tiene, Dios mio,
De vuestros auxilios grandes,
Dejando los suficientes,
Pasar á los eficaces?»
A estas voces (¡raro asombro!)
El sagrado bulto abre
Los labios, y en dulces ecos
A sus quejas satisface:
«Pídame perdon, y harémos
Por tí, Francisco, las paces;
Que yo mi piedad le ofrezco,
Si él de mi piedad se vale.»
A tan amorosa oferta,
Aquella furia intratable,
Que estaba ya poseida
De las furias infernales,
«No quiero piedad, responde,
Ni perdon; que dél capaces
No son mis culpas, y solo
Siento morir sin vengarme.»
Mas aun con esto no cesa
De su empeño el Señor; ántes
Le da de su amor mas nuevas,
Mas evidentes señales,
Pues repitiendo prodigios
Que en la admiracion no caben,
Sus cinco heridas desata
En cinco rojos raudales:
Ya fuese sudor sangriento,
Que aquella alma vil le hace
Que vierta, con la congoja
Del peso de tanto ultraje;
Ya fuese apacible riego
Que en la ingrata tierra esparce,
Porque con él la dureza
De su obstinacion ablande;
Ya renovar las heridas,
Señalando así al infame
Agresor que le dió muerte,
El sacrosanto cadáver.
En fin, viendo que no basta
El haber rompido en mares
De la comun providencia
La misericordia el márgen;
Que á la sangre del Cordero
Aun se resiste, indomable
En su obstinacion, aquel
Endurecido diamante;
Del madero el Crucifijo
Suelta un brazo, y á la parte
Del roto costado aplica
La mano, que llena sale,
Y el rostro atrevido estrella
Con un puñado de sangre,
Diciendo: «Pues derramada
Por tu amor, la despreciaste,
Caiga sobre tí en rigores
La que se vertió en piedades.»
Desta accion y esta sentencia
A los dos rayos fatales,
¿Del cuerpo infeliz, qué mucho
Que la torpe alma se arranque?
Murió entre rabiosas ansias,
Y aun hay indicios bastantes
En el negro humo que deja,
Del fuego infernal en que arde.
Este es el caso, señora,
El cual es justo que pasme
Al mundo, y que ejemplo eterno
Dé á las futuras edades.

ESCENA XXV.

CALVETE. — DICHOS.

CALVETE.

¡Señor! ¡Señora!

DON ÁLVARO.

¿Qué es eso?

DOÑA BEATRIZ.

¿Unos sobre otros los males?

CALVETE.

Que en el oratorio está
Vertiendo tu santo padre
A mares el llanto, y los
Suspiros á tempestades.
Parecióme que no era
Razon dejar de avisarte;
Que pues él no lo ha pecado,
Es lástima que lo pague.

DON ÁLVARO.

Vamos allá, por si acaso
Sirviese el acompañarle
De que su dolor se temple,
O que su llanto se ataje.

(*Vanse Don Álvaro y el hermano Márcos.*)

DOÑA BEATRIZ.

Vamos todos. ¡Oh qué fuerte
Sobresalto me combate,
Viendo á Dios tan enojado!
Pero bien puedo ampararme
En presencia de Francisco
De las iras celestiales. (*Vase.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Oh cuánto debo, Señor,
A tu voluntad amante,
Pues cuando de tu consejo
El secreto inapeable
Permite que este se pierda,
Dispone que yo me salve!
¡Oh cuánto á tu amor me obliga
El ver que tu piedad trace
Que de castigos ajenos
Mis escarmientos se labren! (*Vase.*)

CALVETE.

¡Que se admiren tanto todos
De que el diablo se llevase
A un renegado, y no haya
Quien llore ni quien se espante
De que cada dia se lleve
Tanto número de sastres? (*Vase.*)

—

Oratorio de Don Álvaro.

ESCENA XXVI.

SAN FRANCISCO, *arrodillado delante del santo Cristo.*

¡Que en vuestros ojos, Señor,
Sean mis delitos tan graves,

Que el enojo de mis culpas
Aun á mi prójimo alcance!
¡Que no solo contra mí
Os provoquen mis maldades,
Sino que aun á herir en otros
Vuestra mano airada alarguen!
Mas no me espanto, Dios mio,
Que vuestro rigor se ensanche;
Pues cabiendo en mí la ofensa,
En mí el castigo no cabe.
Y dado que á culpas propias
Ajenos castigos cuadren,
Yo solo á condenar basto
Todo el humano linaje.
En fin, ¡se perdió aquel alma
Por mí! ¡qué cargo tan grande!
Quien tanto os llegó á quitar,
¿Cómo es posible que os pague?
(*Quédase como arrobado.*)

ESCENA XXVII.

Suena MÚSICA, *y baja* UN ANGEL *en un trono; y salen por un lado* DON ÁLVARO, DON SANCHO, EL HERMANO MÁRCOS Y CALVETE; *y por el otro*, DOÑA BEATRIZ, INES Y JUANA.— SAN FRANCISCO.

DON ÁLVARO.
Envuelto en tristes sollozos
Pensé encontrar á mi padre,
Y hallo que todo resuena
En músicas celestiales.

DOÑA BEATRIZ.
Pensé hallar el oratorio
Envuelto en obscuridades,
Y hallo que todo se viste
De resplandores el aire.

MÁRCOS.
No os admireis; que con Borja
Usa el cielo extremos tales,
Que estos que aquí veis, son ya
Favores en él vulgares.

DON SANCHO.
¡Oh qué dulce es Dios! ¡Y cuánto
En sus retiros amables,
Para aquellos que le buscan,
Esconde de suavidades!

CALVETE.
Pensé que venía á fruncirme
Entre llantos y pesares;
Pero este son ántes es
Cosa de venir al baile.

JUANA.
¡Jesus! Ines, ¡qué contento!
¡Qué hermoso que baja el Angel!
Bello tapapiés se hiciera
De aquella ropa que trae.
(*Llega el Ángel al suelo, y levanta al Santo de la mano.*)

ÁNGEL.
Levanta, Borja, del suelo,
Donde tu humildad te abate;
Que á quien como tú se humilla,
Justo es que Dios le levante.

SAN FRANCISCO.
¿Qué es esto, Señor? ¿Que el cielo
Á favorecerme baje,
Cuando indigno juzgo que
Sobre mí el cielo se cae?

DON ÁLVARO.
¡Hay favor tal!

DOÑA BEATRIZ.
¡Hay tal dicha!

DON SANCHO.
¿Hay gloria que á esta se iguale?

CALVETE.
¡Oh qué lindo era el ser santo,
Si fuera una cosa fácil!

ÁNGEL.
Llegad todos, porque el cielo,
Para que á todos alcancen,
De las glorias de Francisco
Quiere hacer público alarde.
No á culpa tuya atribuyas
¡Oh Borja! el que naufragase
El bajel que se perdió
Porque no quiso salvarse.
Dios hizo mucho por él,
Ya tú lo viste; y el darle
Tan recios toques, fué efecto
De tus ruegos eficaces.
Viendo tu afliccion humilde,
Me manda que de su parte,
Como á triste te consuele
Y como á humilde te ensalce.
General te quiere hacer
De su Compañía, y fiarte
El cargo de aquel tan suyo
Lucido escuadron volante.
Mañana, ántes que del sol
El carro luciente baje
A bañarse de la mar
En los cerúleos cristales,
Se hará la eleccion dichosa,
Y sin que un voto te falte,
El baston te entregarán
Los congregados vocales.
¡Oh, cuánto la Compañía
Crecerá á su sombra! ¡Cuáles
De las huestes del abismo
Serán los triunfos que alcance!
Por tu celo se verá
En todas sus cuatro partes
Bañado de luz el orbe,
Tintos de coral los mares.
El Evangelio esparcido
Desde el Danubio al Eufrátes,
Del hereje mas ladino
Hasta el indio mas salvaje.
Veránse entre los cristianos,
Por tu prudencia admirable,
Extinguidas las discordias
Y concordadas las paces.
Glorioso fruto será
De tus sagrados afanes
La victoria que en Lepanto
Han de conseguir sin sangre
De la católica liga
Los cristianos estandartes.
Pero aun á mas quiere el cielo
Que el feliz anuncio pase
De tu gloria, y que por ti
Hoy sincopada se halle
La sucesiva tarea
De los círculos solares;
Porque cuando vea España
Un Sol *segundo*, que nace
A consolar las memorias
De *Felipe Cuarto* el Grande
(Que tanto llanto no pudo
A ménos sol enjugarse),
Verá la española corte,
De reverentes altares,
De numerosos concursos,
Ya en sus templos, ya en sus calles,
Que á tu canonizacion
Hermosos verjeles nacen.
Aquel templo sumptüoso
Que en vuelos piramidales
Escalar pretende el cielo,
Pues para trepar al aire
Le prestaron su altivez
Las águilas imperiales,
Parecerá en sus adornos,
Milagrosamente grandes,
Hibleo mejor, adonde
Las flores, por desquitarse
De que á su costa la abeja
Fabrique hermosos panales,
Querrán de ceras hermosas
Ellas tambien fabricarse,
En cuyos honrados celos
Y enemigos maridajes
Contemple la admiracion,
A los aliños del arte,
No que las ceras florecen,
Sino que las flores arden.
Todo será fiesta el triunfo,
Tanto que llegue á violarse
El coto al melindre esquivo
De la farsa; y sin quebrarle
A la urbanidad sus fueros
Ni á lo natural sus frases,
Hasta tus hijos escriban
Comedias [1], para mostrarle
Al mundo que están ajenos
Aun de lo que están capaces:
Para que sepan todos los mortales
Cuánto honra Dios á quien procura [honrarle.
(*Vuela.*)

SAN FRANCISCO.
Aguarda, nuncio divino.
¡Vos á mí, Señor?... Mas calle
Mi lengua, cesen mis dudas,
Porque con favores tales
Bien mi indignidad declaran
Vuestras liberalidades;
Pues siempre elige el acuerdo
De vuestro sabio dictámen
Para el mas divino asunto
El instrumento mas frágil.

DON ÁLVARO.
Toda el agua ha echado el cielo
A las glorias de mi padre.
Marquesa, Don Sancho, todos,
¿Cómo no llegais á darme
Mil parabienes de que
Hijo de un hombre me llame,
A quien así Dios franquea
Sus tesoros celestiales?

DOÑA BEATRIZ.
En los dos, Marqués, las dichas
Las mismas son, que no iguales.

DON SANCHO.
Para mí los parabienes
Pienso yo, primos, tomarme,
Pues de tan crecidas glorias
Me toca la mayor parte.

MÁRCOS.
Pues yo se los doy á todo
El mundo, que ha de gozarse
De celebrar reverente
Sus grandezas, donde halle
En sus virtudes heróicas
Ejemplo el mas admirable,
Y en su poderoso auxilio
Remedio á todos sus males.

CALVETE.
Yo tambien; que no era justo
No salir yo en este lance;
Que esta es comedia sermon,
Y es bien que con gracia acabe.
Tenga pues fin la comedia
Del gran Duque, que si ántes
Entre los grandes fué santo,
Ya es entre los santos grande.

[1] Con esta declaracion no cabe duda en que las dos comedias de *San Francisco de Borja* son obra de dos padres jesuitas. Hay ademas otro testimonio que se citará en el catálogo cronológico. En la edicion suelta que comunmente se halla de esta obra, faltan muchos versos en esta relacion y en otros pasajes del acto tercero: aquí se han restituido, copiándolos de la *Parte* 43 *de comedias de los mejores ingenios de España.*

EL SACRIFICIO DE EFIGENIA[1],

COMEDIA ATRIBUIDA A DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, REFUNDIDA

CON TÍTULO DE TRAGEDIA, EN CINCO JORNADAS, POR DON CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS.

PERSONAS.

ORÉSTES, *griego, príncipe de Micena, hermano de Efigenia, galan.*
TÓAS, *emperador de Tauride, perjuro y tirano, elegido para esposo de Tomíris, y luego declarado amante de Efigenia, enemigo de Grecia, galan.*
PÍLADES, *rey de Fócis, auxiliar de Oréstes, amante de Efigenia, griego, galan.*
TÁGIS, *capitan de las guardias de Tóas, galan.*
IDÁSPES, *ministro y consejero de Tóas, barba.*
ANTENORO, *auxiliar de la plebe y confidente de Tomíris, barba.*
EFIGENIA, *desconocida princesa de Micena, sacerdotisa de Diana, dama.*
TOMÍRIS, *princesa de Tauride, heredera del imperio, dama.*
ARGÉNIS, *ninfa de Diana, confidente de Efigenia.*
NINFAS *de Diana.*
DAMAS *de Tomíris.*
Comparsa de SOLDADOS.
Comparsa de MÚSICOS *con instrumentos.*
MARINEROS.
ESCLAVOS.

La accion se representa en la ciudad de Tauride, corte del imperio de este nombre, y puerto de mar que la circunda, convecino al reino de Creta.

JORNADA PRIMERA.

La mutacion será una plaza de armas, con fachada de palacio.

Sale por el patio ó por un lado del teatro TROPA *formada, al compas de la* MÚSICA, *cajas y clarines. Varios* ESCLAVOS *conduciendo despojos, elefantes, tigres, etc. Estandarte con las armas reales;* Y TÓAS, *armado de acero, á caballo; y dicen con la salva:*

TODOS.

¡Vivan Tóas y Tomíris
Por largas eternidades!

Salen TOMÍRIS, DAMAS; IDÁSPES Y ANTENORO.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
El nunca vencido Marte,
Tóas, heróico monarca,
Donde su corte le aclame.
Llegue, llegue dichoso,
Para que enlace
La mano de Tomíris,
Que goce eternidades.

TOMÍRIS.

No cese la aclamacion
Debida á las inmortales
Hazañas de tan invicto
Monarca, de héroe tan grande:
Y así repetid, poblando
La vaga region del aire...

ELLA Y MÚSICA.

En hora dichosa venga
El nunca vencido Marte.
(*Tocan marcha.*)

TÓAS.

¡Qué bien suenan á mi oido[2],
Entre aplausos militares,
Las métricas armonías
Que acaudillas, para darme
El parabien, cuando vengo,
No sé si diga triunfante
O vencido! pues si pudo
En campaña mi coraje
Conquistar reinos, ganar
Batallas, vencer combates,
Todos son para rendirlos
A tus piés, haciendo alarde
De triunfante en lo que venzo,
Y de vencido en lo amante[3].
Y así, miéntras se disponen
Las ceremonias nupciales
En el templo, y en sonoros
Epitalamios se aplaude
De Tomíris y de Tóas
El mas venturoso enlace,
Llega á mis brazos, y digan
Por tí los ecos marciales...

ÉL Y TODOS.

¡Viva la hermosa Tomíris,
Porque reine, triunfe y mande!
(*Salva.*)

TOMÍRIS.

Bien corresponde ese afecto
Al que debes á mi amante
Cariño.

TÓAS.

Y mi obligacion;
Pues si Aristeo tu padre,
Que coronado de estrellas
En mejor imperio yace,
(*Ap.* Que yo dispuse su muerte
Por reinar, es bien que calle.)
Por sabia razon de estado
Me eligió, por el mas grande
O mas osado ó mas digno,
O por todo, que es mas fácil,
Por sucesor de este imperio;
Fué jurando en los altares
De Diana ser tu esposo,
Porque conmigo reinases.
No quise cumplir entónces
El voto; que era desaire
De mi soberbia ceñirme
El sagrado laurel, ántes
De dar á entender al mundo
Que quien sabe conquistarse
Reinos, debe poseerlos
A pesar de deslealtades
Que lo desigual en mí
Desestiman con ultraje.
Y dándome digno asunto
El de Scitia, dominante
De nuestras huestes salí,
No á oponerme á su arrogante
Orgullo, que eso sería
Corta empresa; á castigarle.
Con el reino le quité
La vida, y haciendo paces
Con el de Salmacia y Creta,
Que eran sus dos auxiliares,
Convecinos de este Imperio,
Juraron inseparable
Alianza, y en mis dominios
No causar hostilidades,
Viendo de Marte el furor
Tan en favor de otro Marte.
Ya soy digno esposo tuyo,
Pues pudo proporcionarme
Mi valor en las conquistas
De tres años, el esmalte
De lo regio, que podías
Echar ménos en mi sangre.

ANTENORO.

Siempre fuéron tus victorias
Merecedoras, por grandes,
De la gloria que te eleva
Al augusto trono.

IDÁSPES. (*Ap.*)

Aun laten
En sus venas los furores
De su inclinacion.

TÓAS.

Idáspes,
¿De humanas víctimas griegas
Se han poblado los altares
De nuestra diosa en mi ausencia?

IDÁSPES.

No hubo griego que arribase
A tus puertos, que á Diana
No se le sacrificase.

TOMÍRIS. (*Ap.*)

Por mas que un rigor tan fiero
Fuese contra mi dictámen.

TÓAS.

Con ese consuelo alivias
Las dudas que me combaten;

[1] Véase lo que se dice de este drama en el catálogo cronológico que va despues.

[2], [3] El lector recordará trozos de CALDERON muy parecidos á este.

Que hasta que Tágis, á quien
Esperando por instantes
Estoy de vuelta de Grecia,
Me ofrezca seguridades
De Oréstes, cruel enemigo
De mi corona, no cabe
Gusto que á mi corazon
Quite el temor con que late.

IDÁSPES.

Al magnánimo varon
Nada asusta.

TOMÍRIS.

¿De qué nace
Ese temor?

TÓAS.

De presagios
Que me amenazan fatales.

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Dadme vuestros piés; y vos,
Gran señora...

TÓAS.

Amigo Tágis,
Llega á mis brazos. ¿Murió
Oréstes ya? ¿Le mataste?
¿Triunfaste de él? ¿Son mis hados
Desde aquí mas favorables?
¿Le has preso? ¿Puede ya Tóas
Respirar? ¿Qué nueva traes?
Habla.

TÁGIS.

Corrí toda Grecia
Buscando á Oréstes.

TÓAS.

¿Le hallaste?

TÁGIS.

No le hallé.

TÓAS.

¡Noticia infausta!

TÁGIS.

Supe que, muerto su padre
Agamenon, de Micena
Rey augusto, formidable,
Sangriento, cruel, vengativo,
A las supremas deidades
De los dioses irritó
Por un delito execrable.
De tan ciego atrevimiento
Resultó el apoderarse
De él un furor que le ciega,
Una ira que le combate,
Una rabia que le oprime,
Y de tal modo á postrarle
Llega, que vive una vida
Destinada á ser ultraje
De los dioses, lastimoso
Objeto de los mortales,
De todos mal visto, y solo
Bienquisto de sus crueldades.
De sí mismo aborrecido,
No halla centro que le guarde
En la tierra; y solo mira
Con aspecto favorable,
Sacrílegamente impío,
Lo que es mas abominable.
De un su amigo acompañado,
Poco ántes que yo llegase
A Grecia, por cuya causa
No le encontré, en una nave
Se hizo al mar, sin llevar otro
Gobierno que su coraje.
Dicen que trae por destino,
No solo infestar tus mares,
Sino profanar el templo
De nuestra diosa, y llevarse...

TÓAS.

¡Bárbaro arrojo!

TÁGIS.

A Diana
De nuestros mismos altares.

TÓAS.

Calla, calla; que me has muerto
De herida tan penetrante.

TÁGIS.

Y así, teme, gran señor...

TÓAS.

¿Qué he de temer? ¿Es tan fácil
El lograr como emprender
Tan locas temeridades?
¿Qué consiguió Agamenon
En diez años con mil naves,
Sino volver derrotado?
¿Pues por qué un hombre ha de darme
Recelo?

IDÁSPES.

En la confianza
Está el peligro.

TÓAS.

Cobarde,
¿Podrá venir sino á ser
Víctima de mi coraje
Como todos sus patriotas?
(*Ap.* Por mas que quiero esforzarme,
Tímido el pecho, recela
Consecuencias muy fatales.)
Y porque mejor lo veas...
—Nobles vasallos leales,
Aquel odio declarado
Contra Grecia, si fué ántes
Razon de estado, ya es hoy
Religion revalidarle.
La ofensa es contra los dioses.
Cuantos griegos arribáren
A mi reino, á mi presencia
Se conduzcan, porque calmen
Con su muerte los recelos
Que Oréstes pudo causarme.
Tenga pena de la vida
Quien traidor los amparase:
Veamos si del furor
De Tóas puede librarse.

ANTENORO. (*Ap.*)

¡Oh, no llegue él y ese impío
Rencor á precipitarte!

TÓAS.

Y porque vea la diosa
Que están mis felicidades
A su arbitrio, al sacerdote
Dirás que en el terso jaspe
De sus aras, sacrificios
Prevenga, que al inmolarse
Víctimas por él, mi ardiente
Fervoroso celo abrase
Con la antorcha que himeneo
Encienda.

TOMÍRIS.

Luego ¿no sabes
Que por decreto del cielo
No tienen ya los altares
De Diana, sacerdotes?

TÓAS.

Pues su sagrado carácter
¿Quién sustituye?

TOMÍRIS.

Ignorada
Beldad, que de sus piedades
Conducida hasta su templo,
Logra el esplendor brillante
De ser su sacerdotisa;
Y tanto se satisface
De ella, que sus vaticinios
Son arcanos inviolables.

TÓAS.

¿Y es ella por quien probaron
La segur inexorable
De mis sañudos decretos
Cuantos viles griegos yacen?

IDÁSPES.

Ella es la que, enardecida
De aquel celo respetable
Que su augusta regia estirpe
La ha inspirado (pues se sabe
Que es de los dioses), vertió
Impíamente su sangre.

TÓAS.

Pues si concurren en ella
Prendas tan altas, mi enlace
Solemnice, y culto. (*Ap.* Deja,
Corazon, un breve instante
De afligirme.) Vén, Tomíris,
Dueño mio, á desposarte,
En regio carro triunfal,
Porque emperatriz te aclamen.

IDÁSPES.

Vamos; pero repitiendo
En alternados compases...

TODOS Y MÚSICA.

Llegue, llegue dichoso, etc.

(*Vanse.*)

—

Mutacion corta de marina confinante al templo.

En una nave, ORÉSTES Y PÍLADES, *en traje griego.*

PÍLADES.

Desmantelado bajel
Que por golfos cristalinos
Vuelas pensando que nadas,
Pára el curso fugitivo.

ORÉSTES.

Ya que zozobrando mares
Y atropellando peligros,
Despues de tan arriesgadas
Tormentas como corrimos,
Se descubre poblacion,
En el escaso bajío
De esta ensenada tomemos
Tierra; y en ella, instruidos

(*Saltan á tierra.*)

Del sitio en que nos hallamos,
Podrémos desconocidos
Repararnos, para que
Vuelva á tomar rumbo fijo
La osada atrevida idea
De nuestros nobles designios.

PÍLADES.

Valiente honor de la Grecia,
Siempre admirado y temido,
Noble hijo de Agamenon,
Oréstes, príncipe invicto
(Que no hay que buscarte mas
Renombres esclarecidos,
Pues no hay mas que ser, que ser
Oréstes), ambos seguimos
Igual fortuna, y la muerte
Aun no podrá dividirnos.

ORÉSTES.

¡Oh Pílades invencible!
(Que ya con nombrarte he dicho
Tu valor y cuántos timbres
Gloriosos te hicieron digno
De mi amistad, pues no tengo
Que ser mas que ser tu amigo,
Pues con serlo lo soy todo),
Si el simulacro consigo
Robar, que los de Tauride
Veneran, y conducirlo

A mi reino, porque calme
(Segun Vénus) este impío
Cruel delirio, verá el mundo
Que tu valor y mi brio
Son, á pesar de los dioses
Que contra mí vengativos
Se conspiran, noble asunto
Á los venideros siglos.

PÍLADES.

De esta ria á la otra parte
Se distingue un edificio
Que á orilla del mar se ostenta,
De la ciudad convecino.
¿Si será templo?

ORÉSTES.

Aunque sea
Mansion en quien el abismo
Furias aborte, ¿qué tienes
Que temer, yendo conmigo?
Entra en la nave, y pasemos
A reconocer el sitio,
Pues mi cólera sañuda
Solo tendrá por alivio
El despique del desaire
Con que Neptuno ha querido
Oponerse á mis ideas,
Turbando el vasto dominio
De las olas tantas veces
A costa de mi peligro.
Entra en la nave, y pasemos
A reconocer el sitio.

(*Entran en la nave.— Borrasca.*)

PÍLADES.

¿Qué es esto, cielos? La nave,
Combatida de improviso,
O ya zozobra encallada,
O ya, pájaro de lino,
Vuela veloz para ser
De la esfera desperdicio.

(*Desarbólase.*)

¡Piedad, dioses!

ORÉSTES.

No piedades
Invoques, pese á mi brio;
Y si hemos de morir, sea
A despechos, no á gemidos;
Que es la desesperacion
Medianera en los conflictos.

PÍLADES.

Ya el bajel toca en las peñas.

ORÉSTES.

Ya, en fragmentos dividido,
Se sepulta por instantes
En monumentos de vidrio.

PÍLADES.

Salvemos las vidas.

ORÉSTES.

Antes
De perderla, enfurecido
Mi valor, sabrá vengarme,
Si no del mar, del esquivo
Hado fatal siempre estable,
Que me ofende vengativo;
Y aun del mar, siendo mi acero
El iris del precipicio,
El freno de la borrasca
O azote de su castigo.

PÍLADES.

¡Piedad, dioses!

ORÉSTES.

Para mí
Ni la quiero ni la pido;
Que no he de deber al cielo
Lo que yo puedo á mí mismo
Deberme; y cuando una vida
Cercada de tan impíos
Contratiempos se perdiere,
Perdiéndola habré cumplido
Con la soberbia, tirana
Ojeriza del destino.

PÍLADES. (*Á nado.*)

Oréstes, adios.

ORÉSTES.

Tu muerte,
Yo la vengaré, si vivo.

(*Ocúltase la nave.*)

—

Atrio de templo con fachada suntuosa
y puerta: á un lado, arco.

Sale LA TROPA *con* MÚSICA, IDÁSPES, ANTENORO Y TÁGIS; *en un carro triunfal*, TÓAS, *con corona y manto*, Y TOMÍRIS; *y dan vuelta al tablado al compas de una sonora marcha.*

ANTENORO.

¡Ah del magnífico empóreo!

TÁGIS.

¡Ah del alcázar excelso!

TOMÍRIS.

¡Ah del reverente olimpo!

TÓAS.

¡Ah del religioso templo
De Diana!

TODOS.

Abrid las puertas.

IDÁSPES.

Y en métricos, halagüeños,
Sonoros, festivos himnos
Nupciales, con que á Himeneo
Se invoque, aplaudid alegres
El amoroso, el estrecho,
Firme lazo, indisoluble
Que Tóas, nuestro supremo
Monarca augusto (que viva
Triunfante siglos eternos),
Hoy celebra con Tomíris,
Heredera de este imperio.

EFIGENIA, *dentro.*

Abrid las puertas, y todas
Salid cantando y diciendo...

Abren las puertas del templo, y salen por ellas NINFAS *con guirnaldas de flores, y en azafates, palomas y otras aves entre flores, y forman lazos cantando y bailando.*

MÚSICA.

Sea enhorabuena,
Y enlace sus cuellos,
No el yugo que oprime,
Sino el blanco, terso,
Cándido cendal,
Cuajado de incendios.

NINFA 1.ª

Y porque benigno
Descienda, influyendo
El dios que invocamos,
Vén, vén, Himeneo.

CORO.

Vén, vén, Himeneo.

Sale EFIGENIA *por medio de todos, de sacerdotisa bizarra, con una antorcha en la mano.*

EFIGENIA.

Vén, Himeneo, y rasgando
La esfera, desde el supremo
Alcázar tuyo, fecunda
De luces este hemisferio.

TÓAS. (*Ap.*)

¡Qué peregrina beldad
Es esta que admiro, cielos!

EFIGENIA.

Y pues, perfumada el ara
De aromáticos inciensos,
No hay víctima que al impulso
De mi religioso celo
Se redima por veloz
(Por mas que altanera el viento
Corra lijera, ó por fiera,
Por mas que vuele el espeso
Umbroso espacio del soto),
De ser reverente objeto
Del culto que hoy á Diana
Se consagra, prosiguiendo
El ceremonial, vos mismo
(Que bien el ornato regio
Os declara)...

TÓAS. (*Ap.*)

¡Qué bizarra!...

EFIGENIA.

Habeis de aplicar el fuego
A la combustible, frágil
Materia, para que al tiempo
Que se disuelva en cenizas,
Fénix de sí mismo, el denso
Humo que exhalare, pueble
La vaga region del viento.
Tomad la antorcha, y cumplid
Con el rito. (*De rodillas.*)

TÓAS. (*Ap. á él.*)

Yo estoy muerto,
Idáspes.

IDÁSPES.

Pues, gran señor,
¿Qué os aflige?

TÓAS.

Quedar ciego
De haber visto.

IDÁSPES.

¿Quién la causa
Pudo ser?

TÓAS.

¿No la estás viendo?
De mármol soy.

IDÁSPES.

Disimula
Por Tomíris.

TÓAS.

Si fallezco
Entre mortales congojas,
Todo lo demas es ménos.

TOMÍRIS.

¿Qué os suspende, gran señor?

TÓAS.

No sé. (*Ap.* ¡Ay triste!) Alzad del suelo
(*Ap.* Yo estoy sin mí); que no es bien
Que esté á mis piés todo un cielo.

EFIGENIA.

Cuando de vuestra grandeza
Favorecida me veo
Con mercedes, que la esfera
Pasan del merecimiento,
Será la mas expresiva
Retórica mi silencio.

TOMÍRIS.

Esta es la sacerdotisa;
Yo Tomíris. (*Ap.* ¡Con qué afecto
Repara en ella! ¡Ah traidor!)

TÓAS.

Di la deidad que venero,
Di el sol que me vivifica...

TOMÍRIS. (*Ap.*)

Bien temí.

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

TÓAS.

Di el bello
Idolo de mi albedrío,
Y di el rayo que me ha muerto.

TOMÍRIS.

No diré sino que está
Vuestra Alteza loco ó ciego.

EFIGENIA.

(*Ap.* Dioses, ¡qué pasa por mí!
¿Es esto verdad ó sueño?)
Vuestra Majestad, señor,
Advierta que no me precio
De lisonjas cortesanas
Ni hipérboles halagüeños,
Porque ofenden aun las dignas
Alabanzas mis respetos.
(*Ap.* Pundonor mio, seguro
Estás, pues que yo te tengo.)

IDÁSPES. (*Ap. á él.*)

Señor, ¿tanto una pasion
Te arrastra?

TÓAS.

No puedo ménos.

IDÁSPES.

Véncete á no ver, si el daño
Está en mirar.

TÓAS.

No me atrevo,
Porque ya la voluntad
Triunfó del entendimiento.

IDÁSPES.

Ten valor.

TÓAS.

¿Cómo un rendido,
Quieres que pueda tenerlo?

TOMÍRIS. (*Ap.*)

¡Oh cuántas dudas están
Sobresaltando mi pecho!

EFIGENIA. (*Ap.*)

De esta suspension, alguna
Fatal consecuencia temo.

ANTENORO.

Prosiga el culto.

EFIGENIA.

Tomad
La antorcha, y entrad al templo.
(*Al arrodillarse para darle el hacha, la detiene y la toma la mano* [1].)

TÓAS.

Sí haré.

EFIGENIA.

¿Qué haceis?

TÓAS. (*Recatándose de Tomíris.*)

Si me abraso,
Mariposa de tu fuego,
¡Qué mucho que con la nieve
De esta mano...

EFIGENIA.

Soltad.

TÓAS.

Ciego
De tus luces, templar quiera
La actividad del incendio?

EFIGENIA.

Soltad, señor; y advertid
Que la vuestra tiene dueño
Tan digno, que no la puede
Competir otro.

TOMÍRIS.

¿Qué es esto?
(*Toma el hacha, interrumpiendo el lance, y quedan Tóas y Tomíris asidos de la mano de Efigenia, y ella en medio; y al tiempo de unir las manos de los dos, Tóas retira la suya con despecho.*)

EFIGENIA.

Darme la mano su Alteza,
Para que el vínculo estrecho
Celebre, cuando á la vuestra
La traslado.

TOMÍRIS. (*Ap.*)

A espacio, celos.

TÓAS. (*Ap.*)

No es sino morir, y cuando
Quiero acercarme al remedio,
Crecer el peligro, y solo
Poder hallarle...

ORÉSTES, *dentro.*

Muriendo
Satisfaré la ojeriza
De los hados.

PÍLADES, *dentro.*

¡Que me anego!
¡Piedad, dioses!

TÓAS.

¿Qué impensados,
Tristes, míseros lamentos
Han sido fiero, fatal
Presagio de mis acentos?

TÁGIS.

En el mar se oyen las quejas.
(*Tempestad.*)

TOMÍRIS.

¡Qué mucho, si el mar inquieto,
Y amotinadas las ondas,
Suben hasta el firmamento!

EFIGENIA.

Y es verdad; pues por instantes,
Al paso que va creciendo
La tempestad, apresura
El sol su curso lijero,
Para que llore la noche
Sus exequias.

PÍLADES. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

IDÁSPES.

Sin duda que algun errado
Navegante á los esfuerzos
De la tempestad fallece.

EFIGENIA.

Que salgan á socorrerlo,
Pues tan cerca de la orilla
Nos hallamos.

TÓAS.

Yo el primero
Seré en su amparo. (*Ap.* Así impido
El desposorio dispuesto.)

TOMÍRIS.

¿Y el sacrificio y el rito?

TÓAS.

Tambien es culto este afecto
Piadoso. (*Vase.*)

TOMÍRIS.

Oid, esperad.. (*Vase.*)

EFIGENIA.

Vamos en su seguimiento,
Diciendo...

TODOS Y MÚSICA.

Sacra Diana,
Oye el triste lamento
De quien halla afligido
Piedad en nuestros pechos.

JORNADA SEGUNDA.

Mutacion de marina.

Salen TODOS *en la disposicion que finalizó la primera jornada. Se ve la nave trastornada, y se obscurece el teatro: crece la tempestad; lluvia, relámpagos y truenos; nubarrones que se retiran á su tiempo, y descubren el arco íris marino.*

MÚSICA Y TODOS.

Sacra diosa Diana,
Oye el triste lamento
De quien halla afligido
Piedad en nuestros pechos.

IDÁSPES.

¿Cómo quereis que la encuentre,
Si aun nosotros no podemos
Aspirar á otra esperanza
Que á precaver nuestro riesgo?

EFIGENIA.

¿Qué mucho si obscura nube
El alcance va siguiendo
Al dia, y en horrorosos
Melancólicos bostezos
Rayos escupe, centellas
Aborta, y vomita truenos?

TODOS.

Toda es horrores la playa.

TÓAS.

Y todos los elementos,
Sublevados entre sí,
Se dan batalla á sí mesmos.

EFIGENIA.

Ninfas de Diana, el coro
Repita en dulces acentos...

ELLA Y MÚSICA.

El íris al aire
Tremola sereno.
(*Se van retirando las nubes, y se aclara el cielo.*)

TODOS.

¡Tutelar diosa! tu amparo
Invocamos.

PÍLADES. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

TOMÍRIS.

A la breve luz escasa
Que á pesar de los funestos
Vapores, va lentamente
Su esplendor restituyendo
Al dia, se deja ver
Un infeliz, que el inquieto
Golfo á la playa destina.

TÓAS.

Ya tropezando y cayendo,
A nosotros se encamina.

Sale PÍLADES, *asido á una tabla, y cae á los piés de Efigenia.*

PÍLADES.

¡Valedme, dioses supremos!

EFIGENIA.

Sí te valdrán; que no en vano
Tomaste seguro puerto

[1] Un lance muy parecido á este hay en la escena última del primer acto de *Teágenes y Cariclea.*

A mis piés. Jóven, levanta,
Y dinos qué rumbo incierto
A estas playas te condujo.

PÍLADES.

Sí haré... Pero el desaliento
No permite que la voz
Pase al labio desde el pecho.

EFIGENIA.

Respira y habla.
(*Dale la mano para que se levante.*)

PÍLADES.

Por mas
Que lo procuro, no puedo...
Que pasar desde los brazos
De la muerte... (*Ap.* Mas ¡qué veo!
A los de la vida, es bien
Que diga. ¡Raro portento!)

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Gallardo jóven!

PÍLADES.

Ha sido
Siempre favor tan inmenso,
Que la admiracion no deja
Que obre el agradecimiento.
Grecia es mi patria. (*Ap.* Mi nombre
Callaré.)

TÓAS.

¿Luego eres griego?

TÁGIS.

Bien su traje lo declara.

PÍLADES.

Griego soy.

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Hado funesto!

TÓAS.

Pues sabe que tu destino,
Si en favorable de opuesto
Se trocó, ya ha transformado
Lo favorable en lo adverso.

PÍLADES.

¿Cómo?

IDÁSPES.

Como de Diana,
Cuyo magnífico templo
Es el que ves, sacrificio
Vienes á ser.

EFIGENIA. (*Ap.*)

Si yo puedo,
No lo será.

PÍLADES.

¿Es de la fiera
Bárbara Libia este puerto?

ANTENORO.

Es de Tauride, gran corte
De Tóas.

PÍLADES. (*Ap.*)

Aquí está el bello
Simulacro que buscamos.

TÓAS.

Conducidle donde preso
Esté, en tanto que, suspensa
Mi boda, pues que ya tengo
Víctima humana que la haga
Mas digna...

TOMÍRIS. (*Ap.*)

En vano me aliento.

TÓAS.

Se disponen las cruentas
Ceremonias.

TÁGIS.

Extranjero,
Vén á la prision.

PÍLADES.

Espera.

IDÁSPES. (*Ap.*)

¡Qué formidable decreto!

PÍLADES.

¿Pues qué delito hay en mí,
Que merezca ese sangriento
Estrago? ¿Es este el favor
Que me ofreceis?

EFIGENIA.

Cuantos griegos
Con errada planta huellan
Los límites de este imperio,
Han corrido igual fortuna,
Sin mas delito que el serlo.

PÍLADES.

¿Por qué causa?

TÓAS.

Por el odio
Implacable que les tengo.
Y ¡ojalá que toda Grecia
En tí se cifrara!

PÍLADES.

Y eso
¿No es crueldad?

TÓAS.

Es religion.

PÍLADES.

Es rigor.

TÓAS.

Llevadle luego
A la prision.

PÍLADES. (*Ap.*)

Cruel fortuna,
Cuando me libras de un riesgo,
Me hallo cercado de dos
Mayores: uno tan nuevo,
Que á vista de esta hermosura,
No sé si vivo ó si muero;
Y otro el de haber de vivir
Para morir. Pero habiendo
Perdido á Oréstes, que es mas,
¿Para qué la vida quiero?
(*Vase con Tágis y soldados.*)

TOMIRIS. (*Ap.*)

¡Qué lástima!

TODOS. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

IDÁSPES. (*Ap.*)

¡Qué pena!

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Qué sentimiento!

TÓAS.

Vuestra Alteza se retire
A palacio, miéntras quedo
A averiguar si es Oréstes
Este hombre.

TOMÍRIS.

Bien está.
(*Vase Tomíris con las damas, y detiene Tóas á Efigenia.*)

TÓAS.

Bello
Prodigio, ¿de qué me sirve,
Si cuando te hallo te pierdo,
Haberte hallado?

EFIGENIA.

De solo
Aumentar mis sentimientos.

TÓAS.

Ten piedad de mí.

EFIGENIA.

No esperes
Piedades de un noble pecho,
Que siempre supo ostentar
Su vanidad con despegos.

TÓAS.

¿Y mi amor?

EFIGENIA.

Es de la Reina.

TÓAS.

Tú lo serás.

EFIGENIA.

Ella es dueño
De esta corona.

TÓAS.

Conmigo
Reinarás tú.

EFIGENIA.

No es un cetro
Capaz de hacer que yo quiera
Lo que resisto, ni es precio
De una mano que ha sabido
Despreciarlos y tenerlos.

TÓAS.

¡Y tenerlos! Pues ¿quién eres?

EFIGENIA.

Mas de lo que veis.

TÓAS.

Con eso
Crecen en mí las razones
De quererte.

EFIGENIA.

Por lo mesmo
Crecerán en mí las causas
De despreciar vuestro ruego.

TÓAS.

Te obligarán mis finezas.

EFIGENIA.

Resistirán mis esfuerzos.

TÓAS.

Sabré persuadirte.

EFIGENIA.

Nada
Me persuadirá á quereros.

TÓAS.

¿Y no tendrá mi esperanza
Aquel alivio pequeño
De lisonjearse en la duda
De que quieras con el tiempo?

EFIGENIA.

No. (*Ap.* Y es verdad, por la rara
Oposicion que te tengo,
Viendo el odio con que miras
A mis patricios.)

TÓAS.

Yo tengo
De adorarte siempre.

EFIGENIA.

Y yo
Nunca sabré agradecerlo.

TÓAS.

Todo lo vence el poder.

EFIGENIA.

Violentar no es vencimiento,
Y en tal caso tambien sabe
Vencer, morir resistiendo.

TÓAS.

Soy rey.

EFIGENIA.

Tambien pudiera
Deciros... Pero no quiero
Sino que tengais sabido
Que yo en mi albedrío reino.

TÓAS.

Yo tambien reinaré.

EFIGENIA.

¿Cómo?

TÓAS.

Siendo iman el embeleso
Del trono.

EFIGENIA.

Sin gusto, ¿cuándo
No fué esclavitud el cetro?

TÓAS.

¡Soberbia altivez!

EFIGENIA.

Los dioses
Os guarden.

TÓAS.

Guárdeos el cielo.
¿Y en qué quedamos?

EFIGENIA.

En que
En no rendirse, mi pecho
Será roca incontrastable.

TÓAS.

Y el mio en amarte.

EFIGENIA. (*Ap.*)

Ciego
Dios, niño...

TÓAS. (*Ap.*)

Tirano amor...

EFIGENIA. (*Ap.*)

Pues aspiro...

TÓAS. (*Ap.*)

Pues aliento...

EFIGENIA. (*Ap.*)

A dar la vida á este jóven...

TÓAS. (*Ap.*)

A tu apetecido fuego...

EFIGENIA. (*Ap.*)

Para poder conseguirlo,
Facilitame los medios. (*Vase.*)

TÓAS. (*Ap.*)

Yo erigiré á tu deidad,
Si me eres propicia, un templo.

IDÁSPES.

Gran señor, ¿así te dejas
Arrastrar de un devaneo?
¿No ves que, olvidando cuantas
Promesas juraste al cielo,
Ingrato á Tomíris, faltas
A su fe y al juramento?
Cuando sus nobles vasallos
Lo sepan, ¿qué dirán?

TÓAS.

Necio,
¿Qué han de decir?

IDÁSPES.

Que el jurado
Homenaje que te dieron,
Fué en la esperanza de esposo
De Tomíris.

TÓAS.

Y cuando ellos
Lo digan, ¿habrá bastantes
Cabezas en todo el reino,
Que sacien mi enojo y giman
A mis piés su atrevimiento?

IDÁSPES.

Eso será tiranía.

TÓAS.

No será sino ser dueño
De mis acciones; y mas
Siendo tan digno sugeto
El que elijo.

IDÁSPES.

¿Y qué dirá
Tomíris, bello portento
De hermosura?

TÓAS.

Lo que quiera,
Como haga yo lo que quiero.

IDÁSPES.

Mira que tu amor te ciega.

TÓAS.

¿Digo yo que no estoy ciego?

IDÁSPES.

Pues alumbre la razon
Tus sentidos.

TÓAS.

Siempre fuéron,
Desapasionados, poco
Favorables los consejos.

IDÁSPES.

Pues siente y calla.

TÓAS.

No es fácil
Callar tanto como siento.

IDÁSPES.

¿Es mas que un desordenado
Apetito?

TÓAS.

¿Y qué mas que eso?

IDÁSPES.

Más es tu poder.

TÓAS.

Te engañas;
Pues si á reprimirlo pruebo,
Cuando quiero no quererla,
No quererla quiero ménos...
Y déjame.

IDÁSPES.

Yo, señor...

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Ya en esa torre del templo
Queda el griego aprisionado.

TÓAS.

Está bien. (*Ap.* Entre recelos,
Temor y amor, ¡qué de especies
Batallan conmigo mesmo!)
(*Vanse.*)

—

Mutacion de jardin corto.

Salen EFIGENIA Y ARGÉNIS.

ARGÉNIS.

¿Con que estás resuelta á dar
Libertad á ese extranjero?

EFIGENIA.

No tanto porque á mis piés
Su fortuna tomó puerto,
Cuanto por no sé qué oculto
Lugar que se hizo en mi pecho.
Demas, que podrá tener
Noticia por este medio
Agamenon, padre mio,
De que Efigenia no ha muerto;
Y conducida á Micena,
Tendré tambien el consuelo
De vivir con Clitemnestra,
Mi madre; y si acaso ha vuelto
Mi hermano Oréstes, que siempre
Peregrino y extranjero
De la corte anduvo, el gusto
De tratarlo y conocerlo.

ARGÉNIS.

¿Por qué ántes no diste aviso
De los extraños sucesos
De tu destino, á tu padre?

EFIGENIA.

Si sabes que por decreto
De los dioses, en Aulide,
Ya el sacrificio dispuesto,
Me vi destinada á ser
Espectáculo funesto
De Diana, porque Cálcas
Predijo que así su ceño
Templaria, en desagravio
De haberla mi padre muerto
Una cierva, y que el cuchillo,
Si Aquíles no se ha interpuesto,
Iba á ejecutar el golpe,
Hasta que, piadoso el cielo
Conmigo, me redimió
Otra cierva de aquel riesgo;
Si sabes que, ya inspirando
En la armada el blando viento
Que ántes le negó Diana;
Despues de adquirir el regio
Blason de ganar á Troya,
Con Aquíles á su reino
Caminábamos gustosos,
Cuando, los mares inquietos,
Fué la nave desperdicio
De las cóleras del viento,
Sin que en su espacioso buque
Soldado ni marinero,
Ni aun Aquíles, con la vida
Pudiera escapar; si luego
Sabes tambien que las dos
Arribamos á este puerto
En una lancha, guiadas
De un infeliz pasajero,
A quien acaso los dioses
Destinaron á este efecto,
Y que hasta aquí no he tenido
Proporcionado sugeto;
Si sabes...

ARGÉNIS.

Ya lo sé todo;
Pero no discurro medio
De libertarle, pues va
Por tierra y por mar expuesto
A que le prendan. Mas él,
Como mandaste, á este puesto
Se acerca ya.

Sale PÍLADES, *con cadenas, conducido de* UN CABO Y SOLDADOS.

PÍLADES.

Si á las aras
De la deidad á quien debo
La vida, puedo, señora,
Mísero, abatido y preso,
Ofrecerla en sacrificio,
Vos sois de mi vida dueño.

EFIGENIA.

Dejadle solo. — ¿Qué suerte
(*Vase la guardia.*)
Te ha conducido á este reino
De Tauride?

PÍLADES.

El cruel destino
De un fuerte brazo, que el cielo
Armó contra los designios
De Tóas, bárbaro y ciego;
De un otro yo, en todo iguales.
Coronados de trofeos,
Pensamos salir dichosos
De una empresa; pero habiendo
Frustrado ya con su muerte
Neptuno nuestros progresos,
Solo el morir será alivio.

EFIGENIA.

¿Qué decis?

PÍLADES.

Que lo apetezco.

EFIGENIA.

¿Tendréis valor?

PÍLADES.

Para todo.

EFIGENIA.

¿Tan osado sois?

PÍLADES.

Soy griego.

EFIGENIA.

Pues yo os daré libertad,
Con calidad de que un pliego
Mio entregueis en Micena,
Con cuya noticia espero
Vengan por mí á conducirme
A mi patria. En este reino
Vivo violenta, pues me hallo
Precisada á ser sangriento
Ministro con mis patricios,
De ese impío: á tal extremo
Llega su rigor, que quiere,
Despreciando el himeneo
De la Princesa, casarse
Conmigo, y...

PÍLADES.

¡Qué escucho, cielos!
Pues, señora, mi valor
A todo trance resuelto
Hallaréis; y si gustais,
Mi brazo á su indócil pecho
Llevará el puñal.

EFIGENIA.

Eso era
Malograr el lance.

PÍLADES.

Dueño
Eres de mi vida: ordena
Lo que gustares. Mi esfuerzo
Debe á los dioses altiva
Progenie... Soldados tengo...
Mas no quisiera dejaros
Expuesta; que si hace empeño,
Pondrá á nobles resistencias
Bastardos atrevimientos.

EFIGENIA.

Yo quedo conmigo.

PÍLADES.

Y yo.

EFIGENIA.

¿Cómo, si os vais?

PÍLADES.

Porque creo
Que siempre estará con vos
Quien siempre os lleva en su pecho.

EFIGENIA.

¿Qué decis?

PÍLADES.

Que agradecido
A favores tan supremos,
Podrá ser el adoraros
Disculpa de no ofenderos.

EFIGENIA.

¿Qué es no ofender? ¡Vos conmigo
Procedeis tan desatento!
¡Hola!

Vuelven LOS SOLDADOS.

PÍLADES.

Señora...

EFIGENIA.

Volvedle
A la prision.

PÍLADES.

Ya obedezco.
(*Vase con los soldados.*)

EFIGENIA.

Aunque no me pesa oirlo,
Vea que siento saberlo.
(*Vanse Efigenia y Argénis.*)

—

Mutacion entera de peñascos: monte elevado en el foro.

Salen TÓAS É IDÁSPES, *de caza, con venablos.*

TÓAS.

Hoy con la sacerdotisa
Me he de casar, y ese griego
Será víctima á la diosa.

IDÁSPES.

Ya que puedo hablarte en eso,
Pues tan distantes se alejan
Cazadores y monteros,
Gran señor, ¿no es sinrazon
Ese tirano despecho
Que ostentas con esa ilustre
Nacion, faltando al derecho
De las gentes?

TÓAS.

No me acuerdes
La causa de mi tormento.
Al ceñirme la diadema,
Al oráculo supremo
De Júpiter consulté
Mis hados, y supe (tiemblo
Al decirlo), supe (¡ay triste!)
Que Oréstes, (¡valedme, cielos!)
Que Oréstes, griego atrevido,
El osado sacrilegio
Cometerá de robarnos
A Diana, y que á este tiempo
Será fuerza que yo pierda
La vida con el imperio.
Y porque él muera entre cuantos
Griegos pisaren mi reino,
A todos los sacerdotes
Sobornando y persuadiendo,
Hice decir que Diana
Apetecia este obsequio.
Bien conozco que irritado
Por impío tengo al cielo;
Pero, aunque veo que es grande
Mi maldad, no me arrepiento.

Sale ANTENORO.

ANTENORO.

Un embajador de Creta
Llega á tu corte, pidiendo
Audiencia.

TÓAS.

Pues á palacio
Le conducid.

ANTENORO.

Al momento
Voy á obedecerte. (*Vase.*)

IDÁSPES.

En fin,
Que el daño reconociendo,
¿Proseguis en verter tanta
Sangre inocente?

TÓAS.

No encuentro
Otro modo de impedir
El fatal golpe que espero,
Pues siempre sobresaltado
Estoy, dudando y temiendo
Dónde está Oréstes.

ORÉSTES, *dentro.*

¡Aquí
De mi valor y mi esfuerzo!

TÓAS.

¡Otro presagio!

ORÉSTES. (*Dentro.*)

Cobardes,
Huid ántes que mi acero
Pedazos os haga.

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Un hombre,
Al parecer extranjero,
Y aun griego, que en un escollo
Se libró, está combatiendo
Con tus guardias, amparado
De esas peñas.

TÓAS.

Vé á prenderlo
Antes que huya.

TÁGIS.

No es tan fácil.

TÓAS.

Pues yo iré en tu seguimiento. (*Vase.*)

Descúbrese ORÉSTES *en lo alto del monte acuchillando á algunos* SOLDADOS.

ORÉSTES.

Cobardes, de mi furor,
De mi enojo, de mi esfuerzo
Y mi cólera sañuda
Huid.

Sale TÁGIS Y SOLDADOS *por el tablado.*

TÁGIS.

Atrevido griego,
Rinde la espada.

ORÉSTES.

Antes todos,
A su invencible denuedo
Despedazados, veréis
Vuestra muerte.

TÁGIS.

¿Estás resuelto
En defenderte?

ORÉSTES.

Aunque aborte
Armadas huestes el centro
De la tierra, y todas juntas
Se atrevan á mí, no tengo
De rendirme: y así en vano
Lo solicitais.

TÁGIS.

Verémos
Si lo consigues.— Prendedle,
O muera.

ORÉSTES.

No es el empeño
Tan fácil... Pero la tierra
Mal segura, estremeciendo
Este peñasco, me falta.
¡Válgame todo el infierno!

Cae precipitado con el peñasco, que se desprende con estruendo por partes; van TÁGIS Y SOLDADOS *á asegurarle; y al acercarse, se levanta furioso y riñe con todos. Salen* TÓAS É IDÁSPES, *y bajan los de arriba al tablado.*

TÁGIS.

¿Eres hombre ó eres fiera?

ORÉSTES.

Soy fiera, y hombre tan fiero,
Que el mar me arroja, y la tierra
No me consiente.

TÓAS.

¿Qué es esto?

ORÉSTES.

Es una rabia, una furia,

Una cólera, un despecho,
Una desesperacion,
Una osadía, un incendio,
Una venganza, un impulso
Temerario, airado y ciego.

TÓAS.

(*Ap.* ¿Quién será este hombre, que al verle, [verle,
Casi asustado le temo?)
¿Quién eres tú, que á mis guardias
Te opones con tal denuedo?

ORÉSTES.

¿Quién eres tú, que has tenido,
Al mirar que me defiendo
Sañudo, osado, invencible,
Valiente y airado, aliento
De preguntarlo?

TÓAS.

¿No has visto
En mis señas que el excelso
Tóas soy, emperador
De Tauride...

ORÉSTES. (*Ap.*)

¡Albricias, cielos!
Que ya encontré el simulacro
Que buscaba.

TÓAS.

A cuyo esfuerzo
Aun la fortuna no puede
Oponerse?

ORÉSTES.

No, supuesto
Que tú no has visto en las mias
Que soy azote del cielo,
El terror de los mortales,
La ojeriza, el vituperio
De los dioses, y el estrago
Y asombro del universo.

TÓAS.

¿Luego eres Oréstes?

ORÉSTES.

Cuando
Yo lo fuera, ¿á ti el saberlo
Qué puede importarte?

TÓAS.

Mucho.

ORÉSTES.

Pues no lo sabrás; que quiero
Que dudes lo que saber
Te importa tanto.

TÓAS.

El acero
Rinde.

ORÉSTES.

Solo con la vida
Se ha de rendir; que aunque veo
Cuán ventajoso y altivo
Lidias contra mí, no tengo
De rendirme miéntras pueda
Blandir irritado y fiero
Este rayo, que al impulso
Del coraje en que me anego,
Es cruel, sañuda, sangrienta
Guadaña del mundo, es fiero
Basilisco de las gentes,
Y aun de ti...

TÓAS.

¡Bárbaro intento!

ORÉSTES.

Y tanto, que estará acaso
Tu muerte en él.

TÓAS.

¡De ira tiemblo!
Tente, tente, no me mates;
Suspende el golpe sangriento.

ORÉSTES.

Huid ántes que os abrase
El volcan que arde en mi pecho.

TÓAS.

Prendedle ó muera.

ORÉSTES.

Eso solo
Me servirá de consuelo;
Que á un horror desesperado
No le queda otro remedio.

TÓAS.

Matadle : no quede vivo
Quien está dándole al pecho
Tal susto.

ORÉSTES.

¡El cielo me valga!

TÓAS.

No te valdrá.

ORÉSTES.

Pues si cielo
No me ha de valer, ¡aquí
De mi rabia! ya que muero,
Sea matando, y las furias
Me reciban en su centro.

TÓAS.

¡Desesperado coraje!

ORÉSTES. (*Cae.*)

De mí y mi valor reniego.

TODOS.

Ya estás rendido.

ORÉSTES.

Mentis;
Que eso sería estar muerto.

TÓAS.

Llevadle á la torre.

ORÉSTES.

Ingrata
Fortuna, ya echaste el resto
A la implacable, tirana
Ojeriza de tu ceño.

(*Llévanle.*)

TÓAS.

¿Quién sino Oréstes pudiera
Turbar mi orgullo soberbio? (*Vase.*)

IDÁSPES.

¡Oh Rey, cuán precipitado
Vas desde un riesgo á otro riesgo!

JORNADA TERCERA.

Salon corto.

Salen TÓAS, TOMÍRIS, IDÁSPES, ANTENORO, TÁGIS, DAMAS Y SOLDADOS.

TÓAS.

Para poder responder
Al embajador de Creta,
Falta, Tomíris, saber
Tu resolucion.

TOMÍRIS.

¿Qué intenta
O solicita, que está
A arbitrio de mi respuesta?

TÓAS.

A tu blanca mano aspira
Su Rey, con cuantas promesas
Dignas de tu sangre le hacen
Acrédor de merecerla.

TOMÍRIS.

Ya yo tengo esposo.

TÓAS.

¿Quién?

TOMÍRIS.

Tóas, que en mi pecho reina.

TÓAS.

Tiene ya otra esposa.

TOMÍRIS.

¿Quién?

TÓAS.

La sacerdotisa bella.

TOMÍRIS.

Primero es Tomiris.

TÓAS.

Antes
Que todo es lo que yo quiera.

TOMÍRIS.

No, porque muerto mi padre,
Soy legítima heredera
De este imperio.

TÓAS.

Sí; mas yo
Soy quien absoluto reina.

TOMÍRIS.

Pero con la condicion
De esposo mio, y con ella
Os juró el reino.

TÓAS.

No es tiempo
De disputar lo que hiciera
El reino y tu padre.

TOMÍRIS.

El voto
Que juraste, es ley expresa
Que te obliga..

TÓAS.

Un soberano
A la ley no se sujeta.

IDÁSPES.

Mas no debe violentarla.

TÓAS.

Yo puedo hacer cuanto quiera.

TOMÍRIS.

No reinando yo con vos,
Tiranizais la diadema.

TÓAS.

No tiranizo, si os pongo
En las sienes la de Creta.

TOMÍRIS.

Teniéndola yo heredada,
No la necesito ajena.

TÓAS.

Ya es mia, pues he sabido
Dilatarla y merecerla.

TOMÍRIS.

Para usurparla.

TÓAS.

No usurpa
Quien elegido gobierna.
El de Creta os solicita :
Premiad sus nobles finezas,
Porque es mi gusto, y porqué
Conviene así á vuestra Alteza.
Yo, es imposible casarme
Con vos, por la resistencia
Que tengo á daros por propia
Un alma que es tan ajena.
Vos mereceis otro empleo;
Mi sangre no es á la vuestra
Igual; yo puse los ojos
En esa noble extranjera:
Estimad el desengaño,
Porque mas sensible os fuera
Llorar despues de casada
Desprecio, olvidos y ofensas,
Y celos quizá, hasta verme
En brazos de otra belleza.

TOMÍRIS.

Dioses, ¿cómo permitís
Que yo este ultraje padezca?

TÓAS.

Elegid á vuestro gusto
Cuanto oro, joyas y perlas
Hay en mis reinos, y aun cuantos
Tesoros Ceilan engendra:
Todo os lo doy, todo es vuestro;
Y si no os doy la diadema,
Es porque está con mi mano
Destinada para aquella
Que con imperio absoluto
Avasalla mis potencias.
Tú, Antenoro, haz aprestar
Una nave, donde sea
Tomíris, cuando rizando
La espuma, las blancas velas
Dé al viento, Vénus mejor
Que la que Chipre venera.
Su experta tripulacion
Vaya á arbitrio de su Alteza;
Y hasta dejarla embarcada,
No vuelvas á mi presencia.

TOMÍRIS.

Si hasta aquí, ingrato, tirano,
Pudo sufrir mi prudencia
Y el regio decoro mio
Tu desatencion grosera,
Fué por saber hasta dónde
Tu indócil, bárbara, ciega,
Loca, altiva presuncion
Temeraria te despeña.
Mas ya que tan á mi costa
Conozco hasta dónde llega;
No puedo disimular
Tu osadía y mis ofensas.
Ni tus alhajas admito,
Tus joyas ni tus promesas
Ni tesoros; porque cuando
Mi altivez los admitiera
De ti, cuando nada es tuyo,
¿Qué me dabas que no fuera
Mio? Demas, ¿quién te ha dicho
Que son capaz recompensa
Del trono, á que las deidades
Por mi derecho me elevan?
Teme tu castigo, teme
Que si perjuro te niegas
A la fe jurada, esté
Todo el reino á mi obediencia,
Y que ofendidos los dioses
De tu bárbara fiereza,
Correrá el despique mio
Y tu castigo á su cuenta.

TÓAS.

Sin razon fuera quitarte
El alivio de la queja.
Llora tú, y consiga yo
Mis designios con tu ausencia;
Que yo aplacaré á los dioses.
Disponte á embarcar, y deja
Que ellos te dén de mí cuantas
Satisfacciones deseas.

TOMÍRIS.

Por mi misma he de tomarlas,
Dando parte á la nobleza
Y la plebe de mi reino,
De que por una extranjera,
A quien quieres coronar
En mi trono, me destierras.

TÓAS.

Yo sabré impedirlo.

TOMÍRIS.

¿Cómo?

TÓAS.

Haciéndote que por fuerza
Renuncies toda la accion
(Si alguna tienes) en ella.
Y á quien piense ó solicite
Oponerse á mi grandeza
Contradiciendo mi gusto,
Pondré á mis piés su cabeza.

LOS TRES.

Señor...

TOMÍRIS.

No puede conmigo
Entenderse esa soberbia
Amenaza.

TÓAS.

A cuantos juzguen
Desvanecer mis empresas,
Comprende.

TOMÍRIS.

Advertid que cuando
A Tomíris comprendiera,
Tiene vasallos leales,
No solo que la defiendan
De tu tirana ambicion,
Sino que en llegando á verla
Sin esplendor, sin decoro,
Sin majestad ni decencia,
Y acaso por tus crueldades
Su inocente vida expuesta,
Si su cabeza peligra,
No está segura la vuestra.

TÓAS.

¡Qué escucho!

TOMÍRIS.

Que una mujer,
Si su pundonor la empeña,
No hay crueldad que no ejecute,
Temeridad que no emprenda,
Estrago que no disponga,
Violencia que no prevenga,
Ni venganza que no intente
Hasta quedar satisfecha.
Y así, por los sacros dioses
Que toleran mis ofensas,
Por ese azul firmamento,
Astros, sol, luna y estrellas,
Juro que verá mi reino
De la forma que se venga
De un tirano su infeliz,
Triste, afligida princesa.
¡Sagrados cielos! ó dadme
Venganza, ó dadme paciencia.

(*Vanse Tomíris y damas.*)

TÓAS.

¡Ah de mi guardia! ¡Soldados!

ANTENORO.

Gran señor, ¿qué es lo que intentas?

TÓAS.

Prended, prended á Tomíris.

IDÁSPES.

Mira que tu vida arriesgas.

TÓAS.

¿Tambien tú eres contra mí?

IDÁSPES.

Solicitar con prudencia
Templarte ¿es ser contra ti?

TÓAS.

¡Que á mi una mujer se atreva,
Sin que el ardiente volcan
Que el pecho brota en centellas,
Neciamente reprimidas,
La redujese á pavesas!

IDÁSPES.

Déjala esparcir al aire
Suspiros, y al cielo quejas,
Pues no tiene otro consuelo
Su desgracia.

TÓAS.

Gima, sienta;
Mas no profiera en mi agravio
Amenazas que me ofendan.
Pero pues tengo en mi mano
El despique, á mi presencia
Trae esos griegos infames,
Por si con una cautela
Averiguo si es Oréstes
Alguno de ellos: tú ordena
Por mí á la sacerdotisa
Que el sacrificio prevenga
De los dos; pues por vengarme
De esta infiel, quiero que sienta
El agravio de estar viendo
Que me desposo con ella.

TÁGIS.

Voy á obedecerte.

(*Vanse Tágis y soldados.*)

IDÁSPES.

Y yo.
(*Ap.* ¡Oh cuánto yerro encadena
El ciego estrago de un yerro!) (*Vase.*)

TÓAS.

Todos mis rigores teman;
Que si soy fiera, no es mucho
Que acredite mi fiereza. (*Vase.*)

ANTENORO.

¿Qué importa, si das motivos
De tratarte como fiera? (*Vase.*)

—

Mutacion de prision.

PÍLADES Y ORÉSTES, *con cadenas.*

PÍLADES.

Ya en las salobres espumas
Muerto te juzgaba, y cuando
Consigo volverte á ver,
Parece que es sueño.

ORÉSTES.

En vano
Podrá la suerte impedir
Que los dos en firmes lazos
Revalidemos la antigua
Amistad que profesamos.
¡Qué torre es esta, qué dura
Prision, en la que te hallo?
¿Es piadosa compasion
De Tóas, ese inhumano
Monstruo, á cualquier peregrino,
Que mísero y derrotado
Llega á sus costas, prenderlo,
Abatirlo y ultrajarlo,
En vez de favorecerlo?

PÍLADES.

No; que su furor airado
Es contra Grecia: de modo
Que á morir sacrificados
A Diana, que es la misma
Deidad que vienes buscando,
Sin mas culpa que ser griegos,
Estamos ya sentenciados.
Si otra deidad no se quiere
Doler de nuestros quebrantos.

ORÉSTES.

Pues ¿qué corazon de fiera
Late en el pecho tirano
De ese impío? ¿Cómo el cielo
No castiga desacato
Tan bárbaro y rigoroso?
¿Qué le han hecho los grecianos?
¡Pese á mi cólera, pésia
Mi rabia, pese á mi airado
Furor, vilmente oprimido
Para no poder vengarlo!

Salen EFIGENIA Y ARGÉNIS.

ARGÉNIS. (*Ap. á Efigenia.*)
¿A eso te resuelves?

EFIGENIA.

Sí.—

Valientes griegos, ya el plazo
De vuestra muerte se acerca.

ORÉSTES. (*Ap.*)

¿Qué motivo que no alcanzo,
A vista de esta deidad
Templa mi enojo?

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Gallardo
Parecer! No sé qué gozo
Siento en el alma al mirarlo.

PÍLADES.

Bien pudiera sorprenderme
Decreto tan inhumano;
Mas ya hallé á mi amigo, y todo
Es ménos que haberle hallado.

ORÉSTES.

Y yo á tí, porque es la muerte
Alivio al que es desdichado.

EFIGENIA.

¡Gran corazon!—¿Sois de Tébas,
Trecena, ó Micena?

ORÉSTES.

El claro
Oriente donde los dioses
Altiva cuna me han dado,
Es Micena.

EFIGENIA.

(*Ap.* ¡Qué alegría!
Corazon, descansa un rato.)
El excelso Agamenon
¿Reina entre glorias y aplausos?

ORÉSTES.

¡Ay infelice!

EFIGENIA.

¿Suspiras?

ORÉSTES.

Sí.

EFIGENIA.

¿Por qué?

ORÉSTES.

¡Destino infausto!

EFIGENIA.

¿Qué te sorprende?

ORÉSTES.

Una pena.

EFIGENIA.

¿De quién?

ORÉSTES.

No sé.

EFIGENIA.

Háblame claro.

ORÉSTES.

No puedo.

EFIGENIA.

¿Quién te enmudece?

ORÉSTES.

Yo mismo.

EFIGENIA.

(*Ap.* Penas, á espacio.
¡Ah, cuántas dudas están
Mi pecho sobresaltando!)
¿Borró los heróicos triunfos
De su gloria algun bastardo
Accidente?

ORÉSTES.

Siempre fuéron
Mas dignos que el desdichado,
Y al fin lo fué.

EFIGENIA.

¿De qué modo?
(*Ap.* ¡Valedme, dioses sagrados!)
Habla pues.

ORÉSTES.

En su real trono
Lleno de esplendor, cercado
De trofeos, y de triunfos
Y victorias coronado,
Hubo regicida aleve...

EFIGENIA.

¡Bárbara accion!

ORÉSTES.

Que violando
Las sacras leyes...

EFIGENIA.

¡Qué fiero
Delito!

ORÉSTES.

Puso en su mano
Dorada copa, y en ella
Un veneno...

EFIGENIA.

¡Astuto engaño!

ORÉSTES.

Con el cual rindió la vida.

EFIGENIA.

(*Ap.* ¡Oh qué lastimoso estrago!
¡Oh invicto Rey! ¡Oh esplendor
De la Grecia! ¡Oh padre amado!)
¿Y no tomaron los dioses
Por su cuenta de ese osado
Inícuo impulso el castigo?

ORÉSTES.

Y tan presto, que otro brazo
Vengativo, cuando no
Tan impío, mas airado,
Lavó con su sangre el mismo
Regio dosel profanado.

EFIGENIA.

Corto castigo. ¿Y se supo
La causa de un atentado
Tan atroz y fiero?

ORÉSTES.

Sí.
Triunfante de sus contrarios
Agamenon á su corte
Llegó victorioso, cuando
Egisto, de su castigo
Temeroso, con engaños
A la Reina persuadió
Que así vengaba el extraño
Amor que tuvo á Efigenia,
Que muerta estaba llorando,
Dando por cómplice al Rey,
Sin motivo, de su estrago.

PÍLADES.

Y esto, honestando su culpa,
Murió Egisto publicando.

EFIGENIA.

¡Oh Efigenia infeliz, mas
Cruel tu nombre que tus hados!
¿Clitemnestra (*Ap.* ¡Ay madre mia!)
Cómo quedó en tal quebranto?

ORÉSTES.

Clitemnestra le dió muerte.

EFIGENIA.

¡Clitemnestra! ¿Qué he escuchado?
¡Su esposa! ¡La Reina! (*Ap.* ¡Ay triste!
¡Oh padres desventurados!)
¿Clitemnestra? Mientes, mientes.
Vil impostor, cierra el labio.
Calla, calla; que no pudo
Cometer tal desacato.

ORÉSTES.

Sí pudo; mas le costó
La vida el ejecutarlo.

EFIGENIA.

¿Por qué murió Clitemnestra?

ORÉSTES.

Porque el lecho soberano
Violó con Egisto, y dió
Muerte al Rey.

EFIGENIA.

(*Ap.* ¡Oh qué impensado
Fatal martirio comprime
Mi espíritu! pues helado
El pecho, es cada suspiro
Un tósigo, que á pedazos
El corazon dividiendo,
Late con tal sobresalto,
Que á penas latiendo, apénas
Permite voces al labio.)
¿Qué suplicio se dió al reo
Del crímen?

ORÉSTES.

Vive obstinado
En su empresa vengativa.

EFIGENIA.

Pues los dioses soberanos
¡Sufren entre los mortales
A ese impío! ¿Para cuándo,
Supremo Júpiter, guardas
El torrente de tus rayos?

ORÉSTES.

Para castigar delitos;
Que no lo es vengar agravios.

EFIGENIA.

Y Oréstes, ¿supo la muerte
De sus padres? Su bizarro
Corazon ¿pudo animar
Con sosiego hasta vengarlos?

ORÉSTES.

De la sociedad humana
Prófugo, y de los sagrados
Derechos destituido,
Solo aspira á ser estrago
De sí mismo.

EFIGENIA.

(*Ap.* ¡Triste nueva!
Ojos, no enjuguéis el llanto.
¡Ay madre del alma mia!
Mas ¿cómo yo me acobardo?)
—¿Qué hazaña, si es que me estimas,
Harás por mí? (*A Pílades.*)

PÍLADES.

No es mi labio
Capaz de decir lo que
Haria por tí mi brazo.

EFIGENIA.

¿Y si soy yo misma el premio?

PÍLADES.

Dar la vida hasta alcanzarlo.

EFIGENIA.

¿Juras cumplirlo?

PÍLADES.

A los dioses.

EFIGENIA.

Pues si matas, puesto en salvo,
Al que dió muerte á la Reina,
Tuya seré.

PÍLADES.

¡Qué he jurado!

ORÉSTES.

Lo que has de cumplir, habiendo
Tu honor y tu fe empeñado.

PÍLADES.

¡Sin mí estoy!

LOS DOS.

Ya lo juraste.

PÍLADES.

¿Qué importa, si aunque es tan alto

El premio, y en mi hay valor
Para todo, ejecutarlo
No es posible?

EFIGENIA.

Pues ¿qué temes?

PÍLADES.

La infame nota de ingrato.

LOS DOS.

¿Y la de perjuro?

PÍLADES.

Es grande;
Pero todo lo subsano
Con morir. Señora, á él debo
La vida: á tus piés postrado
Pido la muerte; que es ménos
Que vivir con el bastardo
Carácter de ser aleve
Con él, ó con vos villano,
Perjuro y grosero.

EFIGENIA.

Calla,
Cobarde, infiel, griego falso,
Que no subsana tu muerte
Tu ofensa ni aquel agravio.

ORÉSTES. (*Ap.*)

¡Oh lealtad de un corazon
Heróico, noble y bizarro!

PÍLADES. (*Ap.*)

¡Oh, amistad! por ti he perdido
Vida, amor, honor y aplauso.

EFIGENIA.

Y pues cómplice y actor
Esta accion te ha declarado,
Dime quién fué infame reo
Del regicidio inhumano
De la Reina; porque juro
Vengarle, aunque dé la mano
En canje de su cabeza
A ese emperador tirano.

PÍLADES. (*Ap.*)

¡Ay de mí infeliz! ¡Ya aquí
Murió mi amor malogrado!

EFIGENIA.

¡Qué! ¿enmudeces?

ORÉSTES.

¿Por qué causa
Á vos os importa tanto?

EFIGENIA.

Por muchas.

ORÉSTES.

Pues no está léjos,
Si solicitais vengaros.

EFIGENIA.

¿No está léjos? Pues ¿quién es
Él que bárbaro y osado
La quitó la vida?

ORÉSTES.

Yo.

EFIGENIA.

Calla, infiel, monstruo inhumano;
Calla, impío, calla, fiero;
Y ántes que tu torpe labio
Tal pronuncie, teme, teme
Los rigores de este brazo.
¿Con que eres tú?

ORÉSTES.

Y solo siento
Que al tiempo de ejecutarlo
No tuviera muchas vidas,
Para habérselas quitado.

EFIGENIA.

¿Qué bruto, vibrando enojos,
Tal crueldad te ha inspirado?
¿Qué fiera la mas sangrienta,
Impulsó tu aleve mano?
Abismos, dadle sepulcro;
Fieras, hacedle pedazos;
Griegos, ¿cómo entre vosotros
Tolerasteis á un malvado?
Eterna noche tu infame
Corazon cubra de espanto
Antes de morir, y luego
Tu espíritu apoderando
Las tres furias infernales,
Te lleven á ser juzgado
De Pluton, y aun no estaría
Tu impulso bien castigado.
Una piedad compasiva
Me inclinaba á libertaros;
Pero ya en odios mortales
Las piedades se trocaron.

PÍLADES. (*Ap. á Oréstes.*)

¿Qué has hecho, Oréstes, que todo
Nuestro bien has malogrado?

ORÉSTES. (*Ap. á Pílades.*)

¿Qué he de hacer? Seguir la infausta
Ojeriza de mis hados.

Salen ANTENORO Y TOMÍRIS, *y quédanse escuchando.*

ANTENORO.

Esta es su prision.

TOMÍRIS.

¡Con ellos
La sacerdotisa! Oigamos.

EFIGENIA.

Quitáos ambos de mi vista,
O yo me quitaré, en tanto
Qué para daros la muerte
Os prefijo un breve plazo;
Pues me asusta tu presencia,
Me horroriza tu vil trato,
Te estoy viendo con asombro,
Te admiro con sobresalto,
Te temo con mortal susto,
Y te advierto con espanto.
(*Ap.* Mas ¿qué mucho, siendo mia
La sangre que has derramado!)

TOMÍRIS.

En tu busca vengo. Aguarda.

EFIGENIA.

(*Ap.* ¡Oh, á qué mal tiempo ha llegado!)
¿Qué me manda vuestra Alteza?

TOMÍRIS.

Que sepais cuán de mi agrado
Será dilatar la muerte
De estos griegos desdichados.

EFIGENIA.

Hoy morirán á mis iras
Mas que á su destino infausto.

TOMÍRIS.

No morirán, porque basta
Que sea yo quien lo mando.
Y advertid que soy Tomíris;
Y aunque pretenda un tirano
Ajar mi regio esplendor,
Tengo leales vasallos
Que vuelvan por él: y así,
Abatid el remontado
Vuelo, porque cuando son
Manifiestos los agravios,
Hay venenos que atosiguen
Y hay aceros despechados.

EFIGENIA.

Tambien hay nobles alientos
Y corazones bizarros,
Que desestiman un cetro
Por ponerle en vuestras manos,
Y tener la vanidad,
Que al què vos habeis mirado
Como esposo, no le admiten
Sino para despreciarlo.

TOMÍRIS.

¡Qué oigo, cielos!

Salen TÁGIS Y SOLDADOS.

TÁGIS. (*A los griegos.*)

Tóas manda
Conduciros á palacio.

EFIGENIA.

Con calidad de volverlos
A ser víctimas, llevadlos. (*Vase.*)

ORÉSTES.

No me asusta tu amenaza
Ni la muerte que ya aguardo;
Solo siento, ya que muero,
No poder morir matando.

TOMÍRIS. (*À Tágis.*)

Dile á Tóas que suspenda
Su desposorio, hasta tanto
Que me embarque.

ANTENORO. (*Ap. á ella.*)

¿Qué pretendes,
Gran señora?

TOMÍRIS.

Ir dilatando
Que el pueblo (á quien sé que tiene
Esa extranjera obligado
Por su virtud) llegue á verla
En el trono, miéntras gano
La noble, leal compasion
De muchos fieles vasallos,
Y así sacrificio y boda
Suspender hasta lograrlo.
Ya tengo escrito al de Creta,
Su heróico auxilio implorando;
Que despues... Pero mejor
Lo dirá el suceso.

ANTENORO.

El hado
Tu justicia ampare.

TOMÍRIS.

El cielo
Guie propicio mis pasos.

TÁGIS.

Venid.

PÍLADES. (*Ap.*)

Murió mi esperanza.

ORÉSTES.

Vamos á morir rabiando.

TOMÍRIS Y ANTENORO.

Heróicos griegos, valor.

LOS DOS.

¡Venganza contra un tirano!

TOMÍRIS.

Dioses...

ANTENORO.

Esferas...

PÍLADES.

Amor...

ORÉSTES.

Júpiter tonante airado...

TODOS.

Si castigais las violencias,
¿Para cuándo son los rayos?

JORNADA CUARTA.

Salon.

Salen TÁGIS Y SOLDADOS, *que conducen á* PÍLADES Y ORÉSTES.

TÁGIS.

Aquí esperad, miéntras que doy aviso
De que estáis ya en palacio. (*Vase.*)

ORÉSTES.

Si los cielos
Ménos sañudos cuanto mas piadosos,
La abatida fortuna en que nos vemos
Mejoraran, supiera este tirano,
Bárbaro emperador, que sus decretos
No deben entenderse con Oréstes.

Sale TÓAS, *sobresaltado, y despues,* TÁGIS Y ANTENORO.

TÓAS.

Pues ¿quién Oréstes es? Habla.

ORÉSTES.

En saberlo
¿O tienes interes, ó tienes gusto?
Yo solo aspiro á darte sentimientos.

TÓAS.

De que es Oréstes uno de vosotros
Evidentes indicios casi tengo.
El que no sea Oréstes, tendrá vida,
Honor y libertad, con cuantos premios
Pródiga mi grandeza generosa
Le puede dispensar: solo aborrezco
A Oréstes mi enemigo; y como él mue-
[ra,
Calmará mi rencor contra los griegos.

PÍLADES.

¿Con que quien no sea Oréstes está li-
ORÉSTES. [bre?

¿Con que solo lo bárbaro y lo fiero
Con Oréstes ostentas vengativo?

TÓAS.

Más estimo su muerte que mi imperio.

ORÉSTES. (*Ap.*)

Porque Pilades viva, me declaro.

PÍLADES. (*Ap.*)

Que soy Oréstes finjo, y lo liberto.

ORÉSTES.

Pues yo te lo diré.

PÍLADES.

(*Ap.* Sin duda quiere
Declararse por mí.) Pues yo resuelto
Estoy á que lo sepas.

TÓAS.

Dilo, acaba.
¿Quién es Oréstes?

LOS DOS.

Yo.

TÓAS.

¿Los dos á un tiempo
Respondeis?

PÍLADES. (*Ap.*)

Bien temí.

LOS DOS.

Yo soy Oréstes.

TÓAS.

Fuerza es dudar lo mismo que estoy
¿Quién Oréstes no es? [viendo.

LOS DOS. (*Señalando uno á otro.*)

Este.

TÓAS.

Mis dudas
En vez de sosegarse van creciendo.

PÍLADES. [tes,

¿Qué tienes que dudar? Yo soy Orés-
Que de Micena, patria mia, vengo
A una empresa sacrílega é impía.
Tu venganza ejecuta.

ORÉSTES.

Ese despecho
Es gloriosa ambicion de dar la vida
Por mí, que soy su amigo. En mi san-
[griento,
Frenético furor, ¿no me conoces?
La imágen de Diana es el objeto
Que á Tauride atrevido me condujo,
Y á matarte tambien, cuando otro me-
No pudiera encontrar para robarla. [dio

TÓAS. [to;

Hoy verás con tu muerte tu escarmien-
Que aunque esa voz mi corazon asusta,
No tengo que temer, viéndote preso.

PÍLADES.

Esa es cautela suya.

ORÉSTES.

No lo creas.

PÍLADES.

Solo porque yo viva se hace reo
De tu crueldad.

ORÉSTES.

Cuando él Oréstes fuera,
No lo publicaria, apeteciendo
Ignorado perder ántes mil vidas
Que vivir tolerando este desprecio.

PÍLADES.

Pues ¿por qué, si tú lo eres, te delatas?

ORÉSTES.

Porque me usurpas mis blasones re-
TÓAS. [gios.

Si cobardes los dos de puro osados,
Si astutos y engañosos, como griegos,
Con cautela y sagaz sofistería
Meditais confundirme, es vano intento.

PÍLADES.

Ese es bizarro ardid de su osadía.

ORÉSTES.

Ese es de su valor noble trofeo.

PÍLADES.

Yo soy Oréstes, tu mayor contrario.

ORÉSTES.

Yo soy Oréstes, tu mayor opuesto.

PÍLADES.

Tu venganza ejecuta.

ORÉSTES.

En mí te venga.

TÓAS. [cho

¿De suerte que en mi daño ó mi prove-
Ambos Oréstes sois para el castigo,
Y no lo sois ninguno para el premio?
¿Quién Oréstes se finge?

LOS DOS.

Este.

TÓAS.

¿Quién dice
Verdad, si cabe en ambos?

LOS DOS.

Yo.

TÓAS.

¿A quién debo
Crér en tal caso?

LOS DOS.

A mí.

TÓAS.

Bien habeis dicho.
Ambos aleves sois, á ambos os creo,
Y muriendo los dos, morir es fuerza
El Oréstes fingido y verdadero.—
Llevadlos á ser víctima á Diana.

TÁGIS.

Para ese fin con impaciente celo
Ya la sacerdotisa los espera.

TÓAS.

Pues dila de mi parte que en el templo
Me aguarde; y consumado el sacrificio,
Se ha de solemnizar nuestro himeneo.

PÍLADES. (*Ap.*)

Si los celos son muerte, ¿qué mas
ORÉSTES. (*Ap.*) [muerte?

Ménos mal es morir que mi tormento.

Sale IDÁSPES.

IDÁSPES.

Ya el trágico y nupcial regio aparato
De sacrificio y boda está dispuesto.

ORÉSTES. (*Ap. á Pílades.*)

¡Ay, Pílades, tu estrago es mi cuchillo!

PÍLADES. (*Ap. á Oréstes.*)

¡Ay, Oréstes, que el tuyo es mi tormen-
ORÉSTES. [to!

Muera yo, y vive tú.

PÍLADES.

Vive tú, y muera
Con ese gusto yo.

TÓAS.

Llevadlos presto.

LOS DOS.

Ya vamos á morir; pero el castigo
De tu inhumanidad teme del cielo.
(*Vanse con Tágis y soldados.*)

TÓAS.

Antenoro, mis órdenes se cumplan.

ANTENORO. [puesto.

Señor, mandad; que á todo estoy dis-

TÓAS. [ra,

Lleva al templo á Tomíris, donde mue-
Viéndome desposar, de envidia y celos.

ANTENORO.

Ya, señor, á embarcarse está resuelta.
En el palacio convecino al templo
(*Ap.* Esto conviene) aguarda á que la
Despliegue el negro manto. [noche

TÓAS.

¡Albricias, cielos!

IDÁSPES.

Déjala ir, gran señor, pues que tu dicha
No ha de hacerla mayor que sienta mé-
TÓAS. [nos.

Dices bien.—A la nave la conduce;
(*Á Antenoro.*)
Y si acaso te pide por consuelo
Que tambien hasta Creta la acompañes
Con toda su familia, lo concedo.
(*Ap.* Sin Tomíris, y preso mi enemigo,
Respira, corazon, y toma aliento.)
(*Vase.*)

IDÁSPES.

Y Tomíris, ¿qué dice?

ANTENORO.

Siente y calla.

IDÁSPES. [dio.

Bien hace, cuando ya no hay otro me-
¡Oh Princesa afligida y desgraciada!

ANTENORO.

No tanto que no espere algun consuelo.

IDÁSPES.

¿Y le tendrá?

ANTENORO.

Sí, Idáspes. Vamos, vamos,
Y todo lo sabrás.

IDÁSPES.

Désele el cielo.
(*Vanse.*)

—

Templo suntuoso de Diana. La diosa estará en un cenador ó pabellon estrellado; la pira encendida para el sacrificio.

Salen EFIGENIA *y todas las* NINFAS, *como ántes, y se oyen cajas y sordinas.*

MÚSICA.

¡Ay de quien viene á ser
Por superior decreto
Estrago del destino
Y de otros escarmiento!

EFIGENIA.

Supuesto que ya al atrio se avecinan
Las víctimas humanas, con el regio,
Ostentoso, aunque fúnebre aparato,
Que las conduce, alternen nuestros
En tristes acordadas melodías [ecos
Al mísero compas de sus lamentos.
Salid á recibirlos hasta el atrio.

TODAS.

En nosotras son leyes tus preceptos.

EFIGENIA.

Su infame, aleve sangre derramando,
Pagarán su delito torpe y feo.

Cajas destempladas y sordinas; y va saliendo la TROPA *formada, arrastrando negros pendones;* IDÁSPES, ANTENORO, TÁGIS; TÓAS, *con manto y corona;* LAS NINFAS, *con azafates de flores, y* OTRAS *con vasos dorados en fuentes de plata: y despues,* PÍLADES Y ORÉSTES, *cercados de tropa, con prisiones: y canta la* MÚSICA, *dando vuelta al tablado. Tóas se sienta á un lado, debajo del dosel.*

MÚSICA.

¡Ay de quien viene á ser, etc.!

EFIGENIA.

Antes de dar principio al sacrificio,
La invocacion empiece, dando al viento
Sonoras armonías que publiquen
De nuestro culto el religioso celo.

PÍLADES.

¡Ay de quien sin delito, su destino
Le conduce al suplicio como reo!

ORÉSTES.

¡Ay de quien, ojeriza de los dioses,
Apetece la muerte por consuelo!

TÓAS.

Oprimida bastarda trompa gima
Al promulgar mis leyes, repitiendo...

NINFA 1.ª (*Canta.*)

Silencio...

NINFA 2.ª (*Canta.*)

Silencio...

LAS DOS.

Silencio, silencio;
Que no tienen lugar las expresiones
Donde es la admiracion único objeto.

NINFA 1.ª (*Canta.*)

Tóas ofrece á Diana,
Porque ensalce sus progresos,
Humanas víctimas griegas
Para gloria de este imperio.

NINFA 2.ª

Silencio...

NINFA 1.ª

Atencion.

LAS DOS.

Silencio, silencio;
Que ya el sacrificio
Cruel y sangriento
Ostenta piedades,
Aromas é inciensos.

ORÉSTES.

Mentís; que no es piedad la tiranía.

PÍLADES. [sequio.

Mentís; que la crueldad nunca es ob-

TÓAS. [res,

Ya te vuelvo á entregar, pues tú lo quie-
Esos dos fementidos, que mi ruego
Despreciando, al cuchillo se destinan.

EFIGENIA.

Nunca mas empeñada en tus decretos
Me verás, pues me adulas con su muer-

TÓAS. [te.

¿Y es eso religion?

EFIGENIA.

No, sino efecto
De una noble venganza.

TÓAS.

¿Y podré amante
Aspirar á la dicha que apetezco
De ser tu esposo?

EFIGENIA.

Deja que ántes lave
En esta sangre infame el borron feo
De una ofensa, que asombra imagina-

TÓAS. [da.

Pues ¿qué esperais? Llevadlos al mo-

IDÁSPES. (*Ap.*) [mento.

¡Quién vió la tiranía disfrazada
En traje de piedad?

TÁGIS. (*Á Oréstes.*)

Vén tú primero.

ORÉSTES. [do

Bárbaro, de mí triunfas, porque el ha-
Me persigue cruel, no de mi esfuerzo.
Valor para morir tengo animoso;
No me asusta el cuchillo, ni le temo.
Mi altivo corazon no desfallece:
Y si lo quieres ver, dame un acero,
Y él decida (si acaso te resuelves)
El valor de los dos en campal duelo.
Pero no; que no es bien que de cobarde
Te censuren tambien como de fiero;
Pues con él, asustado me temiste,
Y sé que aun desarmado te doy miedo.

TÓAS.

Calla, calla; que solo al escucharte
De congoja mortal se cubre el pecho.

ORÉSTES. (*Á Efigenia.*)

Y tú, á quien por oculta simpatía [do,
Me inclina una aficion que no compren-
Pues de la ejecucion de los furores
Que contra mí fulminas llegó el tiem-
Sacia tu enojo: empuña vengativa [po,
Y airada ese fatal, vil instrumento.
Levanta el brazo, el cruel golpe ejecuta
Y mi sangre derrama.

(*Pónese de rodillas junto á la pira.*)

ANTENORO. (*Ap.*)

¡Heróico esfuerzo!

EFIGENIA. [pende

Sí haré. (*Ap.* Pero al tomarlo, se sus-
La accion, entorpecido el movimiento.)
Sacra Diana, admite en sacrificio
Esta inhumana víctima.

PÍLADES.

No el fiero
Golpe ejecutes: tente; y si sañuda
Quieres vengarte de él, sabed primero
Para gloria de todos vuestros triunfos,
Para eterno blason de vuestro imperio,
Que ese jóven que yace á vuestras
[plantas,
Es el héroe mayor de cuantos griegos
Dieron voz á la fama, honor á Grecia,
Lustre al mundo y asombro al universo.
No la muerte obscurezca sus hazañas,
Su valor y su augusto nacimiento. [fado
Triunfa de él, pero sabe que has triun-
Del invicto, del grande, del excelso
Hijo de Agamenon; pues solo Oréstes
Mereciera renombres tan supremos.

EFIGENIA.

¡Oréstes es!

PÍLADES.

Sí: corta ahora, inhumana,
La mejor rama de su tronco regio.

EFIGENIA.

¡Oréstes!... ¡Ay de mí!

TÓAS.

Bien recelaba
Que tú eras mi enemigo. (*Se levanta.*)

EFIGENIA. (*Ap.*)

¿Qué haré, cielos?

ORÉSTES.

Oréstes soy; pues ya ¿no te lo he dicho?

PÍLADES.

Él solo es el Oréstes verdadero.

EFIGENIA. (*Ap.*)

¡Oh Efigenia infeliz, pues á tu hermano
Condujo tu crueldad á tal extremo!

TÁGIS. (*Ap.*)

¡Oh príncipe abatido!

ANTENORO. (*Ap.*)

¡Oh desgraciado,
Valiente, noble jóven!

EFIGENIA. (*Ap.*)

Yo fallezco.
Ya en cariño y ternura se ha trocado
La venganza y rencor. ¡Oh en qué fu-
Triste, fatal, inesperado lance [nesto,
Mi espíritu afligido se halla puesto!
¡Oh hermano de mi vida! Oh cruel her-
[mano!
Oh fratricida fiera! Oh qué tormento!

IDÁSPES. (*Ap.*)

¡Oh violencia tirana del destino,
Pues respetar no sabes lo supremo!

EFIGENIA. (*Ap.*) [mio,

¡Quién pudiera abrazarte, hermano
Y con morir librarte de este riesgo!

ORÉSTES.

¿Qué te detienes? Ejecuta el golpe.

EFIGENIA. (*Ap.*)

Inspiradme, deidades, el acierto.

ORÉSTES.

Mi vida acabe.

TÓAS.

Muera mi enemigo.

EFIGENIA. [sangriento

Muera... (*Ap.* Pero ¡qué horror! ¡Yo vil,

Verdugo de mi sangre? ¡Piedad, dioses!
Pero ya, corazon, hallaste medio.)
Recibe, sacra Diana, en sacrificio [esto?
La sangre de este impío... Mas ¿qué es
¿No veis que al dar el golpe, el brazo in-
Y el simulacro pálido y funesto [móbil,
Riguroso se ostenta mas que nunca,
Como dando á entender que nuestro
[celo,
En lugar de aplacarla, más la irrita?

TÓAS.

El sacrificio templará su ceño.

ORÉSTES.

No suspendas la accion, y si te falta
Valor, dame el cuchillo: en mí hay es-
Desesperado... [fuerzo

TÓAS.

Muera.

EFIGENIA.

¿Y sus rigores?

TÓAS.

Despues serán piedades.

EFIGENIA.

Teme al cielo.

TÓAS.

Mi vida está en su muerte.

TODOS.

¡Extraño asombro!

TÓAS.

Acaba de matarle.

EFIGENIA.

No me atrevo;
Que acobardada á vista de horror tan-
El cuchillo me falta y el aliento. [to,
(*Deja caer el cuchillo, y lo levanta Tóas.*)

TÓAS.

Pues yo tengo osadía para todo.
Muera, cuando no víctima, trofeo
De mi venganza impía.

EFIGENIA. (*Deteniendo á Tóas.*)

¡Ay de mí triste!
¿Qué es lo que vas á hacer? Tente, y no
[fiero
Quieras que la deidad pueble de horro-
El sagrado recinto de este templo. [res
Ya fulminando rayos lo declara,
Ya amenaza castigos á tu imperio,
Ya predice á tu vida fatal golpe.—
Nobles taurides, no vengais en ello.
(*Conmoviendo al pueblo.*)
Diana desestima el holocausto:
Mi causa detended, que es la del cielo.

ANTENORO.

Cuanto alienta su espíritu inflamado,
Arcanidades son.

IDÁSPES. (*Persuadiendo á Tóas.*)

No hagas desprecio
Del amago.

TODOS.

No muera, pues la diosa
Lo resiste.

TÓAS.

Sí muera, pues yo quiero.

ORÉSTES. [fas

Tirano, pues ¿qué esperas que no triun-
De la infelice vida que aborrezco?

EFIGENIA.

Tente, señor, y teme tu castigo.

TODOS.

Templa á Diana el irritado ceño.

EFIGENIA.

Tuya seré; pero sin este susto. [tervo,
(*Ap.* Así pienso engañarle.) No pro-
Sacrílego é impío mas la irrites.
Pero embargada del asombro y miedo,
Tímido el corazon late oprimido,
Y me falta la voz. Huid del templo,
Antes que desplomado su edificio,
Que se desgaja en débiles fragmentos,
Caiga sobre vosotros (*Ap.* Bien lo fin-
A labraros infausto monumento. [jo)

ORÉSTES.

¡Que la muerte, que busco por alivio,
Cobarde ó temerosa, huya de miedo!

TÓAS.

Solo por la palabra que me has dado
De ser mia, forzado te obedezco.
Tágis, preven mis guardias, y con ellas
Cercado por afuera quede el regio
Templo, prision y alcázar; y sin mi órden
No salga de él ninguno, sino muerto.
Esos griegos me guarda.

TÁGIS.

A obedecerte
Voy al punto, señor. (*Vase.*)

EFIGENIA.

Pierde el recelo:
Y para investigar tan nuevo arcano
De la deidad, dejadme á mí con ellos.
Huid todos, huid.

ANTENORO.

¡Qué horror!

IDÁSPES.

¡Qué espanto!

TODOS.

¡Qué admiracion!

PÍLADES. (*Ap.*)

Yo dudo aun lo que veo.

TÓAS.

¿Con que al fin serás mia?

EFIGENIA.

Sí.

TÓAS.

Pues si eres
Tú mia, y muere Oréstes, nada temo.
(*Vanse todos, ménos Efigenia, Oréstes y Pílades.*)

EFIGENIA.

Ya que puedo, cobrada de aquel susto,
Alegre respirar, ¡alza del suelo,
(*Desátalos.*)
Querido hermano, Oréstes de mi vida!
Y á la triste Efigenia en lazo estrecho
Abraza una y mil veces.

ORÉSTES.

¡Tú Efigenia!
¿Qué dices?

PÍLADES.

¡Alma, albricias!

ORÉSTES.

¿Pues no ha muerto?

EFIGENIA. [pacio

Tu hermana soy: despues sabrás des-
De mi extraña fortuna los sucesos.

ORÉSTES. [cucho?

¿Qué es, sagradas deidades, lo que es-
¿Es esto realidad, dioses supremos?

EFIGENIA.

Sí, Oréstes mio.

ORÉSTES.

Déjame dudarlo,
Por no morir del gozo de creerlo.
¡Oh qué felicidad!

EFIGENIA.

¡Oh qué alegría!

ORÉSTES.

¿De cuándo acá benignos son los cielos
Conmigo? ¿Tú Efigenia?

EFIGENIA.

Sí: ¿qué dudas?
Dame los brazos.

ORÉSTES.

Y la vida en ellos.

PÍLADES. [digno

La enhorabuena os doy, pues se hace
Inesperado un bien, de mas aprecio.

EFIGENIA.

No en vano el corazon lo adivinaba.

ORÉSTES.

Y el mio al verte á tí.

EFIGENIA.

¿Con que en efecto
A Clitemnestra, Oréstes, diste muerte?

ORÉSTES.

Dígalo su delito torpe y feo.
Su nombre olvida, y la venganza noble
De un padre á quien mató, borre su
[afecto.

EFIGENIA.

¿Quién es quien te acompaña?

ORÉSTES.

Es tan mi amigo
Pílades, rey de Fócis, que en lo adver-
Y favorable mio va á la parte. [so
Ocupando mi espíritu un funesto
Desesperado, bárbaro delirio,
En Chipre me inspiró piadosa Vénus,
Que enrobar la deidad que los taurides
Veneran, de Diana, está el remedio:
Quizá porque con voz de sacrificios
La ultrajan inhumanos sacrílegos.
Peregrinos del mar, en busca suya
Caminamos los dos con este intento.
Permite el robo, pues está en tu mano,
Porque con él acaben mis tormentos.

EFIGENIA.

¿Cómo es posible? ¿No ves el tirano
Cuántas cautelas usa, precaviendo
Vuestra fuga?

ORÉSTES.

No importa: haz de tu parte
Lo que debes.

PÍLADES.

Valor los dos tenemos
Para todo; y, restados y con armas,
Decidirá la accion fortuna y tiempo.

ORÉSTES.

Con este de metal áspid bruñido,
(*Toma el cuchillo del sacrificio.*)
Seré rayo vibrado del supremo
Brazo de Jove.

Sale TOMÍRIS.

TOMÍRIS. (*Ap. al paño.*)

Al templo retirada,
Por lograr mas segura mis intentos,
A la sacerdotisa voy buscando,
Agradecida á un bien de tal aprecio
Como perder por mí cetro y corona
Y suspender la muerte de estos grie-
Mas aquí están los tres. [gos

ORÉSTES.

Bella Efigenia,
A nuestra patria huyamos.

TOMÍRIS. (Ap.)

¡Qué oigo, cielos!

EFIGENIA.

Suponed que conmigo fugitivos
De la prision huís: ¿no habrá en el [puerto
Quien á Tóas celoso nos delate, [tos,
Y os vuelva á conducir presos ó muer-
Donde yo, sin poder ya remediaros,
Muera tambien de lástima de veros?

TOMÍRIS. (Ap.) [nes

Albricias, alma; que estas prevencio-
Tambien se proporcionan á mi intento.

ORÉSTES.

Si un cauteloso ardid no lo dispone,
Arbitra es la violencia en tales riesgos.

EFIGENIA.

No solo por librarme de un tirano [do
Que me persigue, cuanto porque, vien-
Que falto, dé á Tomíris lo que es suyo,
Huyera con vosotros; pero temo...

TOMÍRIS. (Llegándose á ellos.) [ga:

No hay que temer, heróica, noble grie-
Que yo proporcionar sabré los medios.

LOS TRES.

¡Señora!...

TOMÍRIS.

No os turbeis. Llega á mis brazos;
Y en pago de lo mucho que te debo,
Sabe que ya la nave está apresiada
Donde ha creido Tóas que cumpliendo
Su órden, parto esta noche á desposar-
Con el de Creta, para ser tu dueño. [me
Tú, en mi traje, dirás que eres Tomíris;
Vosotros con disfraces mas groseros,
Entre los que conducen mi equipaje,
Seguros podeis ir, si desde el templo
Por esa puerta que entra á mi palacio
Con cautela pasais; y pues los densos
Vapores de la noche van poblando
De negras sombras todo este hemisfe- [rio,
Al disfraz; que Antenoro estará pronto
A conduciros hasta el mismo puerto,
Engañando á las guardias con mi nom- [bre.

EFIGENIA.

Espera, augusta Reina, y dáte el cielo
El logro á que diriges tus empresas.

LOS DOS. (De rodillas.)

A vista de favores tan supremos,
¿Qué gracias serán dignas?

TOMÍRIS.

Yo á mi misma
Me las doy, al ver que obro lo que debo.

ORÉSTES.

Pero ¿y vuestro peligro?

TOMÍRIS.

Mis parciales
Acaso el del tirano harán mas cierto.
(Vase.)

ORÉSTES.

Ya está echada la suerte, y ya el arbitrio
Está dado, Efigenia.

EFIGENIA.

Pues el bello
Simulacro ya es tuyo.

ORÉSTES.

¡Qué ventura!

EFIGENIA.

Solo lo que te falta es emprenderlo.

ORÉSTES.

Ea, valiente Pílades, restados
El hurto proyectado ejecutemos.

PÍLADES.

Pues á la empresa, Oréstes.

ORÉSTES.

Pues al triunfo.

PÍLADES.

Al robo.

ORÉSTES.

A la deidad.

PÍLADES.

Llega resuelto
Al ara.

EFIGENIA.

Sube al trono, y reverente
Disfraza la osadía con el velo
De culto.

ORÉSTES.

Sacra Diana, no es ultraje,
Sino veneracion, este violento,
Precipitado impulso: en recompensa
Te erigiré en Micena mejor templo,
Si te muestras propicia. Ya la imágen
(Baja la estatua.)
En mi poder está, y con nuevo aliento
Respiro.

PÍLADES.

El pabellon que la guarnece,
Su hermoso bulto encubra, hasta que
A bordo de la nave. [estémos

EFIGENIA.

Bien has dicho.
(Cúbrenla con el pabellon.)

PÍLADES.

¿Y podrán en Micena mis afectos
Lograr acaso veros mas humana?

EFIGENIA.

Vivid con esa duda por consuelo.

ORÉSTES.

Ya contigo todo es felicidades.

EFIGENIA.

Ya, habiéndote encontrado, nada temo.

PÍLADES.

¡Hado fatal!...

EFIGENIA.

¡Estrella siempre infausta!...

ORÉSTES.

¡Fortuna, para mí firme en lo adver- [so!...

PÍLADES.

Séme propicio.

EFIGENIA.

Influye favorable.

ORÉSTES.

Acredita lo vario en mi provecho.

LOS TRES.

Y pues la noche es madre de delitos,
Pálida, obscura noche, ampara el nues- [tro.

JORNADA QUINTA.

Mutacion de salon [1].

Sale TÓAS, *sobresaltado, á medio vestir, como huyendo, por una puerta que habrá en el medio del teatro.*

TÓAS.

Atrevida mano,
Suspende la airada,
Rigorosa, fiera
Accion temeraria,
Que contra mi pecho
Esgrimes osada.
¡Qué te ha hecho mi vida?
Dime: ¿por qué causa
Traidora me ofendes
Y aleve me matas?
Tente: no ejecutes
El golpe, inhumana.
Si maté á Aristeo,
Si ofendo á Diana,
No cumpliendo el voto
Que juré en sus aras,
Y á Grecia persigo,
Juro á las sagradas
Deidades...— Mas ¡cielos!
¿Con quién mi asustada,
Triste, temerosa
Fantasía habla?
Albricias, pesares;
Que ya disipada
La sombra que ofusca,
Calmó la borrasca.
Mas ¿no me vi ahora
Con mortales ansias,
Salpicado el lecho
De púrpura y grana
A impulsos de un golpe
Que el pecho traspasa?
Sí; pero seria
Fantasía vaga
De las que propone
Con tal eficacia
El sueño, que obliga
Despierto á dudarlas.
Ilusion seria.

Sale TÁGIS.

Ya queda embarcada,
Gran señor, Tomíris.

TÓAS.

¿Qué dices?

TÁGIS.

Que al agua
Hecho el bajel, riza
Las espumas canas.

TÓAS.

¿La hablaste? La viste?
¿Cómo ha sido? Acaba
De darme noticia
De tanta importancia.

TÁGIS.

Despues que cercaron
El templo tus guardias,
Recorriendo anduve
La corta distancia
Que hay desde él al muelle,
Con mi gente de armas,
Y vi que Tomíris,

[1] Desde aquí hasta la mutacion de marina falta en la tragedia impresa: se ha copiado este trozo del manuscrito que existe en Madrid en el archivo del teatro que fué del Príncipe. Tambien hemos copiado de allí otros menores trozos, que faltaban en el acto anterior.

Por la puerta falsa
Que tiene el palacio
Vecina á la playa,
El rostro cubierto
De un cendal de gasa,
Por no conmover
Acaso el mirarla,
Salió presurosa
Cuando mas opaca
La noche se viste
De sus sombras pardas.
Su real equipaje
Solo la escoltaba;
Y llegando al sitio
Donde yo me hallaba,
No quiso Antenoro
Permitirme hablarla,
Por no detenerla:
Y airosa y bizarra
Entró en el esquife
Con presteza tanta
Y con tal silencio,
Que hizo que dudara
Si huye fugitiva.

TÓAS.

No prosigas; calla,
Y pide en albricias
La vida y el alma.
Vé al templo, y conduce
A mi real alcázar
La que para esposa
Tengo destinada.
Lleva el regio adorno,
Prevén toda cuanta
Real magnificencia
Digna es de su sacra
Imperial grandeza.

Sale IDÁSPES.

Gran señor, ¿qué aguardas,
Que con tu presencia
Augusta no tratas
Contener la indócil
Plebe tumultuada,
Que al ver que Tomíris
Se oculta ó se extraña
De su vista, dice
Por calles y plazas...

ÉL; Y VOCES, *dentro*.

Que reine Tomíris,
Y viva la patria.

TÓAS.

¿Y es ese el motivo
Que te sobresalta?
¿Hay mas de que corran
De sangre villana
Arroyos, que tiñan
La argentada playa
Del mar en corales?
Tágis, toca al arma:
Intrépido embiste,
Y muera quien causa
Sedicion tan nueva;
Que yo con mi espada
Te abriré camino.

IDÁSPES.

Advierte...

TÓAS.

Ea, aparta;
Que ya tus caducos
Consejos me cansan. (*Vase.*)

TÁGIS.

Voy á obedecerte.

IDÁSPES.

Detente, no vayas.

TÁGIS.

¿Por qué?

IDÁSPES.

Porque cuando
Son las que se mandan
Crueldades, no deben
Ser ejecutadas.
Teme tu peligro.

TÁGIS.

Cuando en la demanda
Muera obedeciendo,
Cumplo con mi fama. (*Vase.*)

IDÁSPES.

Y yo con la mia,
La encendida llama
Del pueblo avivando,
Cuando es el que aclama
Legítimo dueño.
Y pues ya de nada
Sirven mis consejos,
Y en el templo aguarda
Tomíris que llegue
De Creta la armada
En defensa suya,
Que ya tan cercana
Casi se percibe,
Voy á presentarla
A todos, diciendo
Con cuantos la exaltan,
Que reine Tomíris,
Y viva la patria.

—

Marina.

ANTENORO, *saltando en tierra desde un esquife: en el foro la nave en que van* EFIGENIA, PÍLADES Y ORESTES, *con* SOLDADOS; *varias embarcaciones á los dos lados del puerto, y en lo exterior, vista de templo, por donde á su tiempo salen Tomíris y los demas. Ruido de armas dentro.*

ANTENORO.

Habiendo desde el mar visto el tumulto,
En un pequeño barco salto en tierra,
Por si Tomíris llega á verse en riesgo,
Que la pueda ser útil mi presencia.
A los griegos conduce aquel navío,
Y con tripulacion á su obediencia.
Mas voy á introducirme con el pueblo,
Que aclamando á Tomíris dice...(*Vase.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Guerra!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Tomíris viva y reine! pues del trono
Es augusta y legítima heredera.

TÓAS. (*Dentro.*)

Mentis; que yo lo soy: y quien altivo
Quiera contradecirlo ¡muera!

Salen TÁGIS Y SOLDADOS, *riñendo con el* PUEBLO.

TÁGIS.

¡Muera,
Soldados, quien no diga: Viva Tóas,
Invicto emperador, que nos gobierna!

PUEBLO.

¡Viva! pero casado con Tomíris.

Salen TÓAS Y ANTENORO.

TÓAS.

Ya Tomíris lo está con el de Creta.
Mas ¿qué es esto, Antenoro?

ANTENORO.

Tu peligro
Me hace desembarcar (*Ap.* Esta cautela
Me conviene fingir), pues ya á Tomíris
Conduce aquella nave que se aleja.

TÓAS.

(*Ap.* Eso sí, corazon.) Y ¿qué castigo
Merece ese vil pueblo?

ANTENORO.

Oye sus quejas.
El pueblo, gran señor, pide á Tomíris,
Noticioso de ver que la destierras
De su corte forzada, y que en su trono
Quieres sustituir una extranjera.

TÓAS.

Segun eso, Antenoro, de esa infame
Traidora sedicion hecho cabeza,
¿Tomas la voz del pueblo?

ANTENORO.

Solo aspiro
A exponer su razon, con la modestia
Debida al soberano.

TÓAS.

Y ¿qué pretende,
Contra mí conspirado?

ANTENORO.

Que le atiendas.
Con condicion de esposo de Tomíris,
Dicen que te juraron la obediencia,
Y hoy la juran tambien, si la coronas.

TÓAS.

Eso pretendo yo que hagais sin ella,
Incurriendo en la nota de traidores [za.
Quien se intente oponer á mi grande-

ANTENORO. [impulso,

No es traicion, es lealtad de un noble
Que la razon y el celo le gobierna.
Ocupe el trono, gran señor, Tomíris,
Y pon luego á tus piés nuestras cabezas.

TÓAS.

¿Quién te ha dicho que no es capaz mi
De poder abatirlas con la fuerza? [brazo
Y porque lo veais, Tágis, conduce [cia
Aquí á la Emperatriz; que á su presen-
La he de exaltar al trono con mi mano,
Porque aclamen despues la que des-

TÁGIS. [precian.

A obedecerte voy.

(*Vase por la puerta del templo.*)

ANTENORO.

Yo te suplico [das
En el nombre de todos, que no empren-
Exponerte á una accion tan arriesgada.

TÓAS.

¡Hola! Prendedle.

PUEBLO.

Tiene en su defensa
Nuestro favor.

TÓAS.

Soldados, mueran todos.

ANTENORO.

Nadie esgrima el furor contra la régia
Suprema majestad, aunque peligre.

PUEBLO.

¡Viva Tomíris!

TÓAS.

¡Los traidores mueran!

Sale IDÁSPES, *acelerado, del templo, con la espada en la mano, interrumpiendo el lance.*

IDÁSPES.

Ya, amigos, está aquí quien dignamente
Ocupar debe el trono.

TÓAS.

Esa fineza
Propia es de tu lealtad.—Llega á mis
IDÁSPES. [brazos...

No pretendo yo.

TÓAS.

Mi esposa es...

IDÁSPES.

Esta.

Saca á TOMÍRIS *de la mano por la puerta del templo, con corona, manto y cetro, y la presenta, acompañada de* DAMAS, Y GUARDIA *que la escolta.*

PUEBLO.

¡Viva Tomíris!

TOMÍRIS.

Si ella reinar debe,
Ya está en sus sienes la imperial diade-
TÓAS. (*Ap.*) [ma.

¡Cielos! ¿Qué es lo que miro?

IDÁSPES.

Esta es del trono
Sucesora aclamada; solo resta [posa.
Que la admitais, señor, por vuestra es-

TÓAS.

Vil caduco, sin duda no te acuerdas
De quien soy, pues mi enojo despre-
[ciando,
Te atreves á abusar de mi clemencia.
Ahora vendrá quien para esposa aguar-
[do.
¿Y tú, ya en el bajel (*Ap.* ¡A espacio, pe-
[nas!)
Cómo á frustrar mi dicha, (¡fiero agra-
Aborrecido objeto de mi idea, [vio!)
Sin temer mi rigor, con ese adorno
Te atreves á poner en mi presencia?

TOMÍRIS.

Como el cielo, volviendo por mi causa
(Pero ¿cuándo no ampara la inocencia?)
Y abatiendo tu orgullo, me restaura
Lo que injusto me usurpas y me niegas.

TÓAS.

Esas reales insignias, nadie puede,
Viviendo yo, ni usarlas ni tenerlas,
Sin que sufra la pena del que intruso,
Sedicioso traidor, la ley condena.

TOMÍRIS.

Yo sola puedo usarlas como propias.

TÓAS.

Yo las sabré arrancar de tu cabeza
Y tus hombros, ajando el regio esmalte
De su esplendor.
(*Quítaselas, y las arroja y pisa; y Tomíris quiere defenderlo.*)

TOMÍRIS.

¡Soldados!

ANTENORO. (*Ap. á ella.*)

Ten paciencia,
Señora; que aun no es tiempo.

IDÁSPES.

Advertid ántes
Que puede usarlas como esposa vues-
TÓAS. [tra.

Calla, traidor, ó empezarán contigo
A vengar mis rencores sus ofensas.
(*Arrójase á Idáspes, y al herirle, deliénele Antenoro de rodillas.*)

ANTENORO.

Detente, gran señor.

IDÁSPES.

¿Cómo este ultraje,
Si los dioses lo ven, no lo remedian?

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Todo el templo y palacio he registrado,
Y no solo de él falta la extranjera...

TÓAS.

¡Qué dices!

TÁGIS.

Y los griegos...

TOAS. (*Ap.*)

¡Fiero susto!

TÁGIS.

Sino Diana, nuestra diosa.

TÓAS.

¿Es esta,
Falso, aleve, traidor, la confianza
Que puse á tu cuidado?

TÁGIS.

Por las puertas
No han salido... Mas ¡cielos! ¿No es To-
TÓAS. [míris?

Pues ¿por dónde, villano? Pero sea
Tu estrago tu castigo. Muere, aleve.
(*Va á herirle Tóas, y huye Tágis hácia Tomíris, y tocan dentro clarines.*)

ANTENORO. (*Á Tomíris.*)

Ya se avista la armada.

TÁGIS. (*A Tomíris.*)

Mi inocencia,
Señora, ampara.

TOMÍRIS.

Tente; que no tiene
Parte en la accion.

TÓAS.

Pues ¿quién puede tenerla
(Rabio de enojo), sin temer mis iras?

TOMÍRIS.

Yo, que en la misma nave que se apresta
Para mi embarco, con mi traje y nom-
Y ellos con mi equipaje, la cautela [bre,
Dispuse de que huyesen á su patria,
Pílades, que es amante de Efigenia,
Con Oréstes su hermano.

TÓAS.

Calla, calla;
Que á golpe de noticia tan funesta,
Sobresaltado el pecho y receloso,
Casi teme su ruina como cierta.
Mas ¡cómo gasto el tiempo inútilmente
Pudiéndome vengar?

ORÉSTES, *dentro.*

Iza la vela.

TÓAS.

A Tomíris prended.

TOMÍRIS.

¡Ah de mis guardias!
Nobles vasallos, la ocasion es esta
De ver vuestra lealtad.
(*Levanta Idáspes un estandarte, que traerá oculto.*)

IDÁSPES.

¡Viva Tomíris!
Su real nombre aclamad.

TÓAS.

Idáspes muera,
Y á Tomíris prended.

IDÁSPES.

¡Viva Tomíris!

ANTENORO Y TÁGIS.

¡Viva Tomíris, nuestra real princesa!

TÓAS.

Prendedla, y mueran todos.

TOMÍRIS.

¡Piedad, dioses!
Nobles taurides, en mis reales venas
La augusta sangre anima de Auristeo.

TODOS.

Todos sabrán morir en tu defensa.

TÓAS.

¡Este desprecio mas, ¡furores mios!
¡Así mi real decoro se respeta!
Fementidos, perjuros y traidores,
¡Todos me abandonais! Pero á esta
[empresa
Yo solo basto. Cuantas naves surcan
De ese piélago undoso la ribera,
A aquel bajel, que nada fugitivo,
Procuren dar alcance á remo y vela;
Y por mas empeñaros, yo le ofrezco
La mitad de mi imperio á quien lo a-
TOMÍRIS. [prenda.

Tengo yo quien le guarde.

TÓAS.

¿Cómo puedes?

TOMÍRIS.

Como esa armada, que costeando afer-
El ancla, está á mi arbitrio. [ra

Clarines: la nave viene hácia el muelle con ORÉSTES, EFIGENIA, PÍLADES Y SOLDADOS.

ORÉSTES.

Hácia la orilla
Puesta la proa, timonel, te acerca;
Que el confuso rumor de armas y voces
Que en el puerto se escucha, manifies-
Que está Tomíris en algun peligro, [ta
Y nada ménos que con socorrerla
Cumple la obligacion de agradecido.

TÓAS.

Será para que llores tu tragedia,
Aleve griego, falso.

ORÉSTES.

A quien no asusta,
Bárbaro, impío, ni aun al padecerla,
La tirana invencion de tus crueldades,
¿Cómo ya, puesto en salvo, ha de te-
TÓAS. [merlas?

¡En mi poder Oréstes, y ya libre!
¡Yo con temores, y él con vida! ¡Pésia
Mi rabia! Vaya á pique aquella nave.

TOMÍRIS.

Valientes capitanes del de Creta,
Yo soy Tomíris: parte de la armada
Escolte aquella nave que se acerca,
Y el resto de la gente desembarque,
Formándose en batalla.
(*Varias embarcaciones dan escolta á la nave, y acércanse á tierra Pílades, Oréstes y Efigenia.*)

ORÉSTES.

A tierra.

PÍLADES Y EFIGENIA.

A tierra.

ORÉSTES.

Todo el mundo no basta á contrastarte,
Si está nuestro valor en tu defensa.

EFIGENIA.

Tomíris, tu peligro recelando,

Ansiosos nos conduce, donde veas
Tu riesgo anteponer á nuestras vidas.

TOMÍRIS.

No soy tan infeliz que, aunque agradez- [ca
Vuestro heróico socorro, necesite
Esta vez usar de él.

TÓAS.

Injusta griega,
¿Es esta la palabra que me diste
De ser esposa mia? ¿Mis finezas,
Ingrata despreciando, me has burlado?

EFIGENIA.

Si un riesgo causa fué que lo ofreciera,
Sería por salir de aquel peligro;
Mas no para cumplirte la promesa.
Y si ántes no creiste mis desvíos,
¿Por qué un fingido ardid te lisonjea?

TÓAS.

Emperatriz te haré.

EFIGENIA.

Tengo ya esposo
De augusta, generosa sangre régia;
Y si has de agradecerme el desengaño,
Pílades lo será en llegando á Grecia.

TÓAS.

¿Este desaire mas? ¡Qué nuevo abismo
De envidia y de rencor es el que hos- [peda
Mi pecho! ¡Ah griega infiel! ¿no me [bastaba
Al tósigo morir de mis afrentas,
Sino al de celos, que es mas ponzoño- [so?
Todos me han engañado. ¡Pena fiera!
¡De todos ultrajado y abatido!
Pues ¿á qué, corazon invicto, esperas,
Frustrados mis designios, sin esposa,
Sin imperio, sin gente, sin grandeza,
Que no emprendes la hazaña mas glo- [riosa
De cuantas ha intentado tu soberbia?

(Salen á tierra Oréstes, Pílades, Efigenia y soldados.)

ORÉSTES.

Ya estamos donde veas brazo á brazo
Que vengo con tu muerte mis ofensas.
Defiéndete.

TÓAS.

Sí haré.

(Riñen.)

PÍLADES.

Perdona, Oréstes;
Que yo le he de matar.

EFIGENIA.

No es gloria vuestra
Vengarse en un rendido; y tú, Tomíris,
Por tu decoro real no lo consientas.

ORÉSTES.

Yo tengo de matarle.

PÍLADES.

Y yo.

ORÉSTES.

Yo debo
Mis ultrajes vengar.

TÓAS.

Ea, fiereza,
Haz mi nombre inmortal, y nadie diga
Que hubo en el mundo quien á Tóas [venza.

(Va á meterse la espada, y le detienen Tágis, Idáspes y Antenoro.)

LOS TRES.

¿Qué haceis, señor?

TÓAS.

Morir desesperado.

IDÁSPES.

Esa no es digna accion.

TÓAS.

Pero es sangrienta.

ORÉSTES.

Déjadle que se mate, aunque le usurpe
A mi valor la gloria de esta empresa.

TOMÍRIS.

La espada le quitad: no á vista mia
Vuelva á precipitarse.

ORÉSTES.

Eso me empeña
A dilatar su muerte hasta que armado
Sienta ántes que le mate el que le ven- [za.

TÓAS.

Pues yo me haré pedazos á mí mismo,
Ya que es tan desdichada mi grandeza,
Que no hallo por piedad quien me dé [muerte,
Ni un áspid de metal tengo que muerda
El pecho al fiero impulso de mi brazo,
Porque respire de una vez el Etna
Que incombustible el corazon abrasa.

ORÉSTES.

Pues si solo con eso te contentas,
Y es el morir alivio á tus desdichas,
Tu bárbara impiedad no se detenga.
No es esta compasion, sino venganza.
Este infame instrumento, que tú or- [denas
Que sea cruel ministro de mi vida,
Y yo tomé del templo, es bien que tenga
Parte en tu muerte: solo este consuelo
Te facilita Oréstes, porque veas
Que ya que no te mata, por lo ménos
Te proporciona el medio de que mue- [ras.

TODOS.

No hagas tal.

ORÉSTES.

Ahí le tienes, y agradece
Que no vaya vibrado de mi diestra
Hasta tu mismo pecho; porque Oréstes,
De quien no tiene espada, no se venga.
Desesperado y cruel anima el brazo,
Y muera el que es tan fiero, como fiera.

(Tírale; y al quererle asir Idáspes y los demas, se adelante Tóas, y le levanta con despecho, amenazando á los que quieren detenerlo.)

LOS TRES.

¿Qué has hecho?

TÓAS.

Ya en mi diestra, con su amago
No habrá ninguno que impedirme pue- [da.
Y pues el vaticinio se ha cumplido
De Júpiter, cumplir yo solo resta. *(Dase.)*
Lo demas. Ya, Aristeo, ya, Tomíris,
Castigaron los dioses tus ofensas.
Ya irritados los dioses, Grecia infame,
Toman vuestro despique por su cuen- [ta:
Y pues muero rabiando, admitid, fu- [rias,
Otra mas irritada que las vuestras.

(Cae.)

PÍLADES.

Justo castigo es ese á tu perfidia.

EFIGENIA.

Al morir echó él resto su fiereza.

ORÉSTES.

Aun con su muerte no están bien ven- [gados
Vuestros ultrajes y el de toda Grecia.

TOMÍRIS.

Retirad ese asombro de mi vista.

EFIGENIA.

Ya, Tomíris augusta, no hay quien [pueda
Embarazar que ocupes de tu padre
El imperial dosel.

TOMÍRIS.

Bella Efigenia,
Casi á ti te lo debo, en despreciarle
Y en auxiliar constante mis empresas.

ORÉSTES.

Luego que yo en Micena me corone,
Y de Vénus se cumpla la promesa,
Te volveré á Diana; y nuestra alianza,
A pesar de los siglos, será eterna.

PÍLADES.

Y la mia tambien; pues favorables
Son por ti los influjos de mi estrella.

TOMÍRIS.

Esa palabra admite.

EFIGENIA.

Pues el rumbo
A Grecia el bajel tome.

TOMÍRIS.

Cuanto encierra
De riquezas y alhajas, todo es tuyo,
Y aun la nave tambien.

EFIGENIA.

De tu grandeza
Es generoso rasgo esa hidalguía,
Que admito por favor.

TOMÍRIS.

Invicta griega,
El cielo patrocine tus designios.

EFIGENIA.

Y los tuyos ampare.

ORÉSTES.

Y pues ya queda
Vengado sin vengarse tanto agravio[1],
Satisfaciendo él mismo las ofensas[2]
En sí mismo, á palacio te retira
Donde todos te juren la obediencia.

TOMÍRIS.

Allí premiar vuestra lealtad espero.

IDÁSPES.

Y la segunda parte de Efigenia
Tenga fin.

ORÉSTES.

Advirtiendo que merece
De los yerros perdon, aquel que yerra
Obedeciendo.

TODOS.

Al ver que la segunda
No imita en los aciertos la primera.

[1, 2] El manuscrito del teatro que fué del Príncipe, que hemos consultado para esta impresion, tiene el título de *Satisfacer por sí mismo, y venganza sin vengarse: la Efigenia, segunda parte.*

ENTREMESES, MOJIGANGAS

Y JÁCARAS ENTREMESADAS

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

NOTA.

Habiéndose encargado el señor Don Aureliano Fernandez Guerra de formar para la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES una coleccion, que será completísima, de las obras de Don Francisco de Quevedo, el tomo de entremeses varios que tenia dispuesto, y anunciámos ya en el prólogo de estas comedias, tardará en publicarse. Por este retraso incluimos aquí nueve entremeses, dos mojigangas y tres jácaras entremesadas, que es lo que hemos podido hallar de los cien sainetes ó entremeses que escribió CALDERON, segun Vera Tasis nos dejó dicho. El *catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español*, que Don Vicente García de la Huerta sacó á luz en 1785, contiene los títulos de seis entremeses de CALDERON, que son los siguientes:

1.° El Asturiano en el Retiro.	3.° El dragoncillo.	5.° La premática.
2.° Las carnestolendas.	4.° La plazuela de Santa Cruz.	6.° La tarasca de Alcorcon.

Y ademas el de la mojiganga titulada *La Muerte*.

La mojiganga y los entremeses 2.°, 3.° y 4.° van impresos aquí: no hemos hallado el 1.°, el 5.° ni el 6.°; pero en su lugar van otros, de que no sabemos que hubiese noticia. Casi todos estaban impresos con mil faltas de versificacion y de sentido, que no pueden atribuirse al autor: algunas han desaparecido en esta edicion, otras han debido quedar, por no ver medio de enmendarlas sin escribir de nuevo cláusulas enteras.

ENTREMESES.

EL DRAGONCILLO[1].

PERSONAS.

UN VILLANO, *gracioso.*
UN ALCALDE, *vejete.*
UN SACRISTAN.
TERESA.
UNA CRIADA.
UN SOLDADO.

Sala de casa de un labrador.

Salen el GRACIOSO, *de villano, y* TERESA, *graciosa.*

TERESA.

Huid, marido; que viene la justicia
Con grande gente acá, y trae codicia
Sin duda de prenderos,
Cumplido el plazo ya por los dineros
Que á Gil Barradas á deber quedasteis
De aquellas negras tierras que comprasteis.

GRACIOSO.

¿Y es verdad, mujer mia,
Que vienen hácia acá?

TERESA.

¡Qué boberia!
Pues si verdad no fuera,
¿Para qué os lo dijera?

GRACIOSO.

¿Fuera gran maravilla
Dejarlo de decir por no decilla?

TERESA.

Corred pues, y metéos en sagrado.

GRACIOSO.

Ya correré, mujer; que, Dios loado,
Lijero só.

TERESA.

Pues ¿cómo tan reacio
Os estáis?

GRACIOSO.

Como yo corro de espacio.

TERESA.

Con esas necedades han entrado
Ya en casa; y no hay corral, puerta ó terrado
Por donde os retireis; y así, esconderos
Es fuerza, si quereis preso no veros.

GRACIOSO.

Decidme vos: ¿adónde,
Cuando yo vengo y otro está, se esconde?

TERESA.

¿Malicias, mentecato?
En aquese pajar, por este rato
Os entrad; que quizá no dén en ello.

GRACIOSO.

Para otra vez me huelgo de sabello. (*Vase.*)

Sale el VEJETE, *con vara de alcalde.*

VEJETE.

¿Está en casa Parrado?

TERESA.

No, seor alcalde. Viendo que ha llegado
El plazo de la deuda, retraído
Le hallaréis en la iglesia.

VEJETE.

Necio ha sido;
Pues yo á eso no venia,
Sino á que sepa qué una compañía,
Que de tránsito pasa,
Alojándola voy de casa en casa;
Y á él le toca un soldado,
Que esta noche ha de estar aquí hospedado.
—Entre; que aquí el furriel que quede manda.

Sale un SOLDADO.

SOLDADO.

¡Gracias á Dios, que ya llegó mi tanda!

VEJETE.

Adios, soldado: en buena casa queda. (*Vase.*)

TERESA.

No muy buena, pues no hay con que le pueda
Servir, ni aun con la cena que se suele.

SOLDADO.

Seora patrona, no se desconsuele;
Que hecha á trabajos viene la persona.
(*Ap.* Por Dios, que es así así la tal patrona.)
Y con una ensalada,
Un jamon, una polla, una empanada,
Unos rábanos, y unas
Rajas de queso, y unas aceitunas,
Pan y vino, y de dulce algun bocado,
Como quiera lo pasa Juan Soldado.

TERESA.

Pues Juan Soldado crea y se persuada
Que de todo eso hay solo la en-pan-nada.

SOLDADO. (*Canta.*)

¿Qué importa que no tengas,
Patrona mia,
Mas regalo, si tienes
Esa carilla?

Sale el GRACIOSO *al paño, y quédase acechando.*

GRACIOSO. (*Canta, Ap.*)

Pajar mio, pues miras
Decirla amores,
Préstame aquí tu tranca
Para esta noche.

TERESA. (*Canta.*)

¡Ay! que no se desvele,
Por vida suya;
Que es muy sorda, aunque oiga,
La que no escucha.

GRACIOSO. (*Canta, Ap.*)

Sí, la tranca en la mano,
Quedito llego,
Hágolo por dar vado
Al pensamiento.

[1] Copiado de la obra titulada: *Flores del Parnaso, cogidas para recreo del entendimiento, por los mejores ingenios de España; en loas, entremeses y mojigangas.* En Zaragoza, por Pascual Bueno, impresor del Reino de Aragon. A costa de Jerónimo Ulot, mercader de libros.— Sin año en la portada ni al fin del tomo; pero tiene licencia del Virey, dada en Zaragoza á 11 de diciembre de 1708.
El Dragoncillo es una imitacion del entremes de Cervántes, titulado *La cueva de Salamanca.* Don Gaspar de Zavala y Zamora refundió el entremes de CALDERON, en el sainete conocidísimo *El soldado exorcista.*

SOLDADO. (*Canta.*)

Pues aunque te me enojes,
Si falta cena,
Pajaritos que vuelen
Traeré á tu mesa.

GRACIOSO. (*Canta, Ap.*)

De cenar la ha ofrecido:
Vuelve atras, tranca,
Hasta ver dónde vuelan
Mis esperanzas.

TERESA. (*Canta.*)

Pues me vende carocas
Que yo no merco,
Váyase noramala;
Que no le quiero.

GRACIOSO. (*Canta, Ap.*)

¡Que á mi esposa regalen,
Y ella no admita!
¿Quién ha visto, señores,
Tan gran desdicha?

SOLDADO. (*Canta.*)

Si es que desconfia
De que lo traigo,
Ir y venir con todo
Sabré en volandas.
Que aunque Juan Jaramillo
Solo me llamo,
Bien saben que soy todos
La piel del diablo.

Sale el GRACIOSO, *con una tranca.*

GRACIOSO.

¡Jesus mil veces! ¿Qué me ha sucedido?

SOLDADO.

¿Quién es este pazguato?

TERESA.

Mi marido,
Que tiembla cuando en casa ve alojado
De cualquier compañía algun soldado.

SOLDADO.

No tenga ni recelos ni aflicciones;
Que es una compañía de dragones.

GRACIOSO.

¡Hombre! ¿qué dices?

SOLDADO.

Que una compañía
Soy de dragones.

GRACIOSO.

¡Ay, Virgen María!
A retraerme vó.

TERESA.

¿Y á mí me dejas
A los dragones?

GRACIOSO.

Sin razon te quejas;
Que á ti no te harán mal; que sois parientes...

TERESA.

¡Parientes!

GRACIOSO.

Sí, dragones y serpientes.

SOLDADO.

Mas yo soy tan compuesto,
Tan santo, tan pacífico y modesto,
Que nada pediré.

GRACIOSO.

Pues ¿si no hubiera
Cama en mi casa?...

SOLDADO.

En el pajar durmiera.

GRACIOSO.

¿Si en ella no se hallara
Cena á esta hora?

SOLDADO.

Sin cenar quedara.

GRACIOSO.

Aquel que veis enfrente,
Es el pajar; yo es fuerza que me ausente:
Y así, pues que me vó, dejar quisiera
Atrancada la puerta por de fuera.

SOLDADO.

(*Ap.* Con la tranca en la mano,
¿Quién no obedece el ruego de un villano?)
Digo que soy contento:
Con pajar y tejado me contento,
Segun vengo rendido. (*Vase.*)

GRACIOSO.

(*Ap.* Aquí he de her un primor de gran marido.)
La llave de mi honor, mujer, es esta.
(*Dale una llave.*)
Cátala aquí. No quiero mas respuesta,
Porque la confianza
Es la que mas seguridad alcanza.
Toma: ciérrate tú. (*Ap.* ¡Oh, en esta ausencia,
No me muerdas, gusano, la conciencia!) (*Vase.*)

Sale una CRIADA.

CRIADA.

¡Gracias á Dios, señora,
Que llegó de acabar de irse la hora!

TERESA.

¡Qué importa, si ha quedado
El dragoncillo ahí?

CRIADA.

Ya está cerrado.
No hay que temer. Y mas, que está dormido.

TERESA.

Mira quién hace en esa puerta ruido.

Sale el SACRISTAN, *y trae unas alforjas al cuello, y todo lo que dicen los versos.*

SACRISTAN.

Teresa de las Teresas,
Y aun de las Marías y Auas,
Isabeles y Beatrices,
Juanas, Luisas y Catanlas:
Apénas tu retraido
Marido volvió la espalda,
Cuando éntrome acá que llueve.
Pues ¿qué es eso? ¿No me abrazas?
Quid habes, Domina mea?

TERESA.

¿Qué quieres, si tengo en casa
Un huésped?

SACRISTAN.

¡Huésped! *Quis est?*

TERESA.

Un soldadillo, que acaban
De alojar aquí esta noche.

CRIADA.

¡Oh! ¡qué de poco te espantas!
¿Qué importa, si está cerrado
En el pajar con la tranca,
Que esté ó no esté?

SACRISTAN.

Tú, Marica,
Reddidisti ad corpus almam.
Pon la mesa, porque quiero
Ir aliviando la carga.

CRIADA.

La mesa, véla aquí puesta,
Con sus platos y su taza,
Su salero y su candil.

(*Ha de haber una mesa, no muy pesada, con manteles, unos platos, vaso y salero, y un candil en un velador.*)

SACRISTAN.

Pues ves aquí una ensalada,
Que para italiana, solo
Le faltó venir de Italia.
Huevos duros para ella
En el bonete se guardan.
Una en-pan-algo está aquí,
Porque se hizo en mi casa;
Que á ser en la del figon,
No fuera sino en-pan-nada.
Con su jamon, una polla
Rellena y salpimentada.
Rabanitos y aceitunas
Para la postre, no faltan.
In pectore está la bota. (*Saca la bota del pecho.*)
Sede apud ego.

TERESA.

Sentada
Estoy... Y asiéntate tú
Tambien, Marica.

GRACIOSO, *dentro.*

¡Ah de casa!

TERESA.

¡Triste de mí! ¡Mi marido!

SACRISTAN.

¿Qué he de hacer?

TERESA.

¡Ay, desdichada,
Que no sé!

CRIADA.

Yo sí. Todo esto
Por esos rincones guarda.

GRACIOSO. (*Dentro.*)

¡Ah de casa!

CRIADA.

Cual dormida,
Responded.

TERESA.

¿Quién es quien llama?

GRACIOSO. (*Dentro.*)

El menor marido tuyo.

CRIADA.

No es tiempo este de demandas.
Ponte bajo de la mesa.

SACRISTAN.

Para una trampa otra trampa.
(*Escóndese debajo de la mesa.*)

GRACIOSO. (*Dentro.*)

¡Ah de casa!

CRIADA.

¡Ay, que es señor!

Abre Teresa, y sale el GRACIOSO.

GRACIOSO.

¿Tanto en esconderse tardan?

CRIADA.

Señor, seais bien venido.

TERESA.

¡Qué bien parecé en su casa
Un hombre tras una ausencia!

GRACIOSO.

Y mas ausencia tan larga.

TERESA.

¿A qué vuelves?

GRACIOSO. (*Ap.*)

¡Ay, polilla
Del honor, y cuánto escarbas!

TERESA. (*Ap. á la Criada.*)

¿No quitaras los manteles?

CRIADA.

Se viera, si los quitara.

TERESA.

¿A qué vienes?

GRACIOSO.

Solo á esto. (*Va hácia el paño.*)
Muy bien puesta está la tranca.
¡Lo que hace hacer un marido
De su mujer confianza!

SOLDADO, *dentro.*

¡Señor patron!

GRACIOSO.

¡Seo soldado!

SOLDADO. (*Dentro.*)

Sáqueme usted desta jaula.

GRACIOSO.

¿Qué quiere, señor soldado?

Abre el Gracioso el pajar, y sale el SOLDADO.

SOLDADO.

(*Ap.* Pues he visto cuanto pasa,
Les he de cenar la cena,
O me he de pelar las barbas.)
Porque le sentí, llamé.
Ya dormí: y como la gana
Del dormir se fué, se vino
La del cenar.

GRACIOSO.

Pues no hay nada.

SOLDADO.

No se aflija: no lo pido;
Que, si un secreto me guarda,
Yo haré que cenemos todos.

GRACIOSO.

Como él no se me vaya,
Yo le guardaré muy bien.

TERESA.

Y las dos. (*Ap.* ¿Qué es lo que traza?)

SOLDADO.

Pues como los tres me ayuden,
Yo haré que venga en volandas
Aquí la cena.

GRACIOSO.

¿Qué habemos
De hacer?

SOLDADO.

La señora ama
Ha de alumbrar con la luz,
Y alcanzarlo la criada;
Y el patron me ayudará
Al conjuro.

GRACIOSO.

Eso no: ¡guarda!
¡Yo conjuro!

SOLDADO.

¿Por qué no,
Si linda cena le aguarda?

GRACIOSO.

Eso de cena es el diablo.
Vaya por mi parte.

SOLDADO.

Vaya.

GRACIOSO.

Ten tú el candil.

SOLDADO.

Y tú, alerta;
Y hacer lo que se les manda,
(*Ap. á las dos.* Porque, si no, han de escuchar
Cómo el dragoncillo canta.)

TERESA.

Obedecer es forzoso.

SOLDADO.

Alumbrad bien; que las caras
Nos hemos de ver, porqué
Todo lo que hiciese haga.

(Toma el candil Teresa, y el Soldado hace como que conjura, y el Gracioso hace las mismas acciones, y la Criada va trayendo lo que escondieron.)

SOLDADO.

Quiririn quin paz.

GRACIOSO.

Quiririn quin paz.

SOLDADO.

Quiririn quin puz.

GRACIOSO.

Quiririn quin puz.

SOLDADO.

Aquí el buz.

GRACIOSO.

Aquí el buz.

SOLDADO.

Allí el baz.

GRACIOSO.

Allí el baz.

SOLDADO.

Tras.

GRACIOSO.

Tras.

SOLDADO.

Tris.

GRACIOSO.

Tris.

SOLDADO.

Tros.

GRACIOSO.

Tros.

SOLDADO.

Trus.

GRACIOSO.

Trus.

SOLDADO.

Quirilin quin paz, quirilin quin puz.

GRACIOSO.

Quirilin quin paz, quirilin quin puz.

SOLDADO.

¡Oh tú, que estás encerrado
(El dónde, yo me lo sé),
Vén de un bufete cargado;
Y mira que quiero que
No venga desmantelado.
A mi mandado
De obedecer no te alteres,
Porque te diré quién eres,
Y saldrá el enredo á luz.
—Aquí el buz.

GRACIOSO.

Aquí el buz.

SOLDADO.

Allí el baz.

GRACIOSO.

Allí el baz.

SOLDADO.

Tras.

GRACIOSO.

Tras.

SOLDADO.

Tris.

GRACIOSO.

Tris.

SOLDADO.

Tros.

GRACIOSO.

Tros.

SOLDADO.

Trus.

GRACIOSO.

Trus.

SOLDADO.

Aquí el buz.

GRACIOSO.

Aquí el buz.

(Viene el Sacristan, debajo de la mesa, andando con ella.)

SACRISTAN. *(Ap.)*

¡Que haya yo de obedecer!

TERESA. *(Ap.)*

¡Y que yo de alumbrar haya!

GRACIOSO.

¡Ay, señores! ¿Qué es aquesto?
¡Por su pié la mesa anda,
Y puesta y todo!

SOLDADO.

Chiton,
Y no del cerco se salgan.—
¡Oh tú, que de una empanada
Sabes, y de una ensalada,
Adonde escondida está!
A ese rincon donde va,
Dáselas á esa criada.—
Y tú, que me oyes con pena,
Pon en esotro rincon,
Como si fuera alacena,
Un pedazo de jamon
Y alguna polla rellena.
Y sea muy buena:
Mira que, si no lo es,
Ó de tajo ú de reves
Haré en tu cara una cruz.
—Aquí el buz, etc.

CRIADA.

Sin ver quién, allí me han dado
Ensalada y empanada,
Polla rellena y jamon.

GRACIOSO.

¿Dónde diablos te la hallas?

TERESA. *(Ap.)*

Yo bien lo sé.

SACRISTAN. *(Ap.)*

Y aun yo, y todo.

SOLDADO.

Ahora lo mejor falta.—
¡Oh tú, que buenas fortunas
Echas en espuerta rota!
Por las Estigias lagunas,
Trae rábanos y aceitunas,
Pan y queso y una bota.
Y no esté rota;
Porque si esto no me das,
Irán tras ti un zis y un zas,
Como trueno de arcabuz.
—Aquí el buz, etc.

CRIADA.

Ya está aquí cuanto ha nombrado

SOLDADO.

¿Basta esto, patron?

GRACIOSO.

No basta;
Porque esto ¿qué es, si no trae
Todo un menudo de vaca?

SOLDADO.

Pues va de menudo. ¡Oh tú!...

TERESA. *(Ap. al Soldado.)*

Hombre del diablo, repara
Que no hay mas.

SOLDADO.

Dice el demonio,
Que aquí al oído me habla,
Que comamos ahora esto;
Que despues, si hiciere falta,
Traerá lo demas.

GRACIOSO.

Comamos.

SOLDADO.

Los cuatro, amor y compañía,
Nos lleguemos.

GRACIOSO.

¿Y es seguro,
Señor soldado?

SOLDADO.

¿Eso extraña?
Para quien estaba hecho
Lo diga.

SACRISTAN. (*Ap.*)

Para mí estaba;
Y así yo quiero decirlo.

(*Alcanza el Gracioso que comer; y el Sacristan, que está debajo de la mesa, se lo quita.*)

GRACIOSO.

¡Ay, ay, ay! que me arrebatan
La comida.

SOLDADO.

Calle y coma.

GRACIOSO.

Otro es quien come y quien calla.

SOLDADO.

No se meta ahora en eso.
Ahí es un camarada.

GRACIOSO.

Par Dios. él sea quien fuere,
Que la polla está extremada.
¿No hay vino?

CRIADA.

Aquí está la bota.

SOLDADO.

Límpiese: haréle la salva.
(*Va á beber el Gracioso, y el Soldado le quita el vaso, y luego el Sacristan.*)

GRACIOSO.

Ya usted me limpia.

SOLDADO.

Beba ahora.

GRACIOSO.

¡Ay, que me llevan la taza!

SOLDADO.

Ya se la vuelven.

GRACIOSO.

Tizona
Fué aquella, si esta es colada.
¡Por mas vuelve!

SOLDADO.

Venga acá:
¿Es mucho, si hay quien lo traiga,
Que haya tambien quien lo coma?

GRACIOSO.

No por cierto, ni aun nonada.

SOLDADO.

Ahora, pues ya hemos cenado,
El mejor postre nos falta,
Que es ver á quien lo ha traido.

TERESA.

Hombre del diablo, ¿qué trazas?

GRACIOSO.

Yo no he de verlo.

TERESA.

Ni yo.

SOLDADO.

Pues ¿no le hemos de dar gracias?

GRACIOSO.

Yo no soy agradecido.

TERESA.

Y yo siempre he sido ingrata.

SOLDADO.

¡Oh tú, que diste la cena!
Licencia doy de que salgas;
Y dando un grande estallido,
Por donde veniste vayas.

SACRISTAN. (*Ap.*)

Eso solamente haré
Yo de bonísima gana.
(*Sale de debajo de la mesa el Sacristan, y lleva un cohete cebado, y dando el trueno apaga la luz, y danse golpes unos á otros.*)

GRACIOSO.

¡Jesus mil veces, Jesus!
La luz del candil se apaga.

SACRISTAN. (*Ap.*)

Deste soldadillo tengo
De vengarme.

GRACIOSO.

¡Ay, que me matan!

SACRISTAN.

(*Ap.* A buen bocado buen grito.)
Soldadillo, ¿dónde andas?

SOLDADO.

Aquí.

SACRISTAN.

Pues toma.

SOLDADO.

Pues toma.

GRACIOSO.

No toma sino mi espalda.

TERESA.

Yo me voy á mi cocina. (*Vase.*)

CRIADA.

Yo debajo de mi cama. (*Vase.*)

SACRISTAN.

Yo me voy á mi *profundis.* (*Vase.*)

SOLDADO.

Y yo á mi cuerpo de guardia. (*Vase.*)

GRACIOSO.

Y yo á mi guarda de cuerpo.
Y pues nadie á escuras baila,
A buscar un baile voy
Que sirva de mojiganga.

LA CASA DE LOS LINAJES.

PERSONAS.

DON LÉSMES.	DON GIL.	UNA DUEÑA.	UN MORO.	UNA TRAPERA.
DON TRISTAN.	UN SASTRE.	UN CORCOVADO.	UN BARBERO.	UNA MONDONGUERA.
JUANA.	UN ZURDO.	UN NEGRO.	UN HOMBRE.	VECINOS.

Calle con entrada á la Casa de los Linajes.

Salen DON LÉSMES *y* DON TRISTAN.

DON LÉSMES.

Don Tristan, ¿dónde vais tan enojado?

DON TRISTAN.

A matar ó morir desesperado,
Don Lésmes, voy: y pues que sois mi amigo,
Y no acaso os busqué, venid conmigo;
Porque tengo de entrar en cierta casa
No muy segura.

DON LÉSMES.

Sepa lo que os pasa,
Y á lo que voy tambien.

DON TRISTAN.

Ya habeis sabido
Que á un mal gusto rendido
(Que amor tal vez á lo peor inclina),
A Juanilla pasé de mantellina
A manto; á tafetan, de bocacíes;
De tú á don, de ramplon á ponlevíes,
De picote á sedilla,
Y de lámpara, al fin, á lamparilla.
Esta pues, picarona,
En habiendo dejado mi persona
Tan pobre como veis, y de mal talle,
Me ha puesto de patitas en la calle.

DON LÉSMES.

¿Y deso os ofendeis? Pues ¿qué fregona,
En viéndose alhajada, no desea
No ver á quien la vió, porque la vea
Quien no la vió?

DON TRISTAN.

En efeto, yo he sabido
El galan; y no solo me ha ofendido
Ella, pero él tambien, porque sabia
El ser ya Doña Juana cosa mia.
Y así, voy á buscarle
Con ánimo siquiera de matarle,
Si á mi justa querella
Donacion entre vivos no hace della.
Sé que vive en la casa
Que desta calle á esotra calle pasa,
Cuyo corral es todo aposentillos,
Llenos de vecinillos,
Por cuyas varias gentes,
De oficios y de estados diferentes,
Tratos, usos, naciones y lenguajes,
La *Casa* se llamó *de los Linajes*.
Y por si acaso en mi semblante nota
Algo la vecindad, y se alborota,
No es bien hallarme solo: y pues mi amigo
Sois y es esta la casa, entrad conmigo.

DON LÉSMES.

A todo trance tengo
De estar con vos; que con quien vengo, vengo.
(*Lléganse á la puerta de la Casa de los Linajes.*)

DON TRISTAN.

Pues quedáos á esta puerta.

DON LÉSMES.

¿Con qué órden?

DON TRISTAN.

De no mas que estar alerta.
—Aquel es que en el patio se pasea.

DON LÉSMES.

Alerta quedo, y lo que fuere sea.
(*Éntranse.*)

—

Patio de la Casa de los Linajes.

Sale DON GIL.

DON GIL. (*Para sí.*)

Hermosa Juana mia,
Si me dijiste que hoy tu amor vendria
A verme, ¿cómo tarda?
Mas ¿cuándo no tardó bien que se aguarda?

Salen DON TRISTAN Y DON LÉSMES: *este se queda á la puerta acechando.*

DON TRISTAN.

Mucho me huelgo de haberos
Hallado, señor Don Gil.

DON GIL.

No estaba perdido yo;
Y si pensasteis que sí,
Hubiéraisme pregonado,
Y supiérades de mí.

DON TRISTAN.

Ya lo hubiera hecho, á pensar
Que habia de hallar...

DON GIL.

Decid.

DON TRISTAN.

Quien diera por vos de hallazgo
Un solo maravedí. —
Esto no es del caso. Vamos
A lo que lo es.

DON GIL.

Proseguid.

DON TRISTAN.

Yo á la Juanilla de ayer,
Doña Juana de hoy, serví;
Y sabiendo vos que era
La dama de aqueste arfil,
Me la habeis soplado.

DON GIL.

Pues
¿De qué os quejais, si advertís
Que la dama que no come,
Se sopla?

DON TRISTAN.

Aunque eso sea así.
Quizá porque ella al Tristan
Dejó la hacienda en el tris;
Con todo, vengo á saber
Si accion tan baja, tan vil,
Haberse hecho con un sastre
Pudiera.

Sale UN SASTRE, *cosiendo.*

SASTRE.

¡Qué es lo que oí!
Pues ¿qué tienen, seor hidalgo,
Los sastres, para decir
Que no se hiciera con vos
Lo que con ellos?

DON GIL.

Oid;
Que este caballero habla
Conmigo.

SASTRE.

Tambien de mí;
Y vive Dios que si cojo
Una vara de medir...

DON TRISTAN.

¡Vara de medir, picaño!
Vos debeis de presumir
Que con algun zurdo hablais.

Sale UN ZURDO, *rebozado, con la espada á zurdas.*

ZURDO.

¿Y qué tienen, me decid,
Los zurdos, para que no
Deba el mismo Belianís
Hablar muy cortés con ellos?

DON TRISTAN.

¿Qué han de tener mas, si vi
Que aun ménos derechos son
Que un corcovado?

Sale UN CORCOVADO.

CORCOVADO.

Mentis;
Que un corcovado no puede
Ser derecho; un zurdo sí.

DON TRISTAN.

¡Mentis á mí!
(*Cáscanse.*)

DON GIL.

Deteneos.

DON TRISTAN.

¡Qué es detenerme, si oí
Lo que no sufriera un negro?

Sale UN NEGRO.

NEGRO.

Lo neglo, ¿sa gente ruin
Que sufliera lo que vos
No pudiérades suflir? (*Cáscale.*)

DON TRISTAN.

¡Vive Dios, que si del turco
Hablara, creo que aquí
El turco se apareciera!

Sale UN MORO.

MORO.

¿Qué vos del turco decir?
El turco ser gente noble;
Que estar cativo y servir,
Y mas á siniora duca,
No ser infamia. (*Cáscale.*)

DON GIL.

Advertid
Que estoy aquí yo... Y tenéos
Vos.

DON TRISTAN.

Sí haré, pues me impedis;
Mas no me las pele yo,
Aunque viva años cien mil,
En bacía de barbero
(Que es el potro mas civil
Del hombre), hasta que de todos
Me vengue.

Sale UN BARBERO, *y tras él* UN HOMBRE, *con paños y bacía, como que está haciéndose la barba.*

BARBERO.

¡Qué llego á oir!
¿Qué es eso de civil potro,
Caballero?

HOMBRE.

Hombre, no así
A media barba me dejes.

BARBERO.

¿Vos sabeis lo que os decis?
¡Metáfora de verdugo
Con barberos!

DON TRISTAN.

Acudid,
Don Lésmes: ved que cercado
Me veo de gente ruin.

DON LÉSMES. (*Sin moverse de su puesto.*)

Dejáos dar; que alerta estoy,
Que es lo que me toca á mí.

DON GIL.

Baste estar yo de por medio
A vuestros cuartos os id.

TODOS.

Agradezca á Dios estar
Por medio el señor Don Gil.

(*Vanse el Sastre, el Zurdo, el Corcovado, el Negro, el Moro, el Barbero y el Hombre que salió tras él.*)

DON GIL.

Ya estamos solos: ahora
Vuestro duelo proseguid.

DON TRISTAN.

Digo, pues, que yo á Juanilla...

Sale JUANA.

JUANA.

¿Quién dijo Juanilla aquí?
Pero ¿quién habia de ser
Sino un hombrecillo vil
De pocas obligaciones,
Sin urbanidad y sin
Cortesanía ni modo,
Hombre pobreton, en fin,
Que ignora que Doña Juana
Me suelen llamar á mí?

DON TRISTAN.

Pues ¿no te acuerdas, Juanilla,
De que yo te conocí
Hija de una mondonguera?

Sale UNA MONDONGUERA.

MONDONGUERA.

Cuando aqueso fuese así,
¿Hay persona de mas sangre
Que una mondonguera? Di,
Deslenguado... Pero yo
Sabré vengarme de tí.

DON TRISTAN.

¿Eres víbora ó serpiente?
Y agradece no decir
Dueña, que es mas venenoso
Animal.

Sale UNA DUEÑA.

DUEÑA.

Hombre civil,
¡Dueñas tomas en la boca!
A mi mano has de morir.

(*Aráñanle las tres.*)

DON TRISTAN.

Aquesto es peor. ¡Don Lésmes!
A socorrerme venid.

DON LÉSMES.

Dejáos dar: alerta estoy,
Que es lo que me toca á mí.

DON TRISTAN.

¿Oyes, pícara trapera?...

Sale UNA TRAPERA.

TRAPERA.

¿Qué tienen que ver, decid,
Las traperas, bribonazo,
Con vuestro duelo?

DON TRISTAN.

¡Ay de mí!
Si cuanto fuere nombrando,
Al instante ha de venir,
A nadie ya nombraré.

JUANA.

Hará bien. Y pues aquí
Tan defendida me hallo
En el poder de Don Gil,
No me canse. — Y porque advierta
Lo que tiene contra sí...
(*Canta.*) *¡Ah de los Linajes!*

VOCES. (*Dentro.*)

¿Qué quieres?

JUANA.

Salid,
Salid, porque vea,
Si me da en seguir,
Que en defensa mia
Tiene contra sí
La gente que encierra
Un patio en Madrid.

Salen LOS DE ÁNTES Y OTROS VECINOS, *y cantan.*

Salid, porque vea,
Si la da en seguir,
La gente que encierra
Un patio en Madrid.

Reimpreso por una edicion suelta, sin año ni lugar de impresion.

LA CASA HOLGONA[1].

PERSONAS.

ANTON.
AGUILITA, *niña.*
DAMA 1.ª
DAMA 2.ª
DAMA 3.ª
Músicos.

Calle.

Sale AGUILITA, *niña, delante,* Y ANTON, *capigorron, llamándola, y ella tapada de medio ojo.*

ANTON.

Ojitapada niña, que la cara
Traes como candilon, con antipara,
Y con la nube dese manto eterno
Haces á tu hermosura sol de invierno,
Dando luz tan escasa, que parece
Que estás á si amanece ó no amanece:
Descubre ese ojo y pon esotro alerta;
Que vive Dios, que pienso que eres tuerta.

AGUILITA.

Aqueso no; que en la opinion me toca.

ANTON.

Por eso tienes un baul por boca...

AGUILITA.

Yo apostaré que ahora te desdices.

ANTON.

Y un lomo de camello por narices.

AGUILITA.

Con ellas te desmiento, majadero.

ANTON.

Y las manos parecen de mortero.

AGUILITA.

¿Tan malas son aquestas?

ANTON.

Bella ingrata,
No trueques en menudos tanta plata.
Descúbrete por junto, niña mia,
Y no me escondas la mercadería,
Ni esperes novedad como otros necios;
Que son eternos, juro á Dios, los precios.

AGUILITA.

Abro la tienda, pues.

ANTON.

Eso me agrada.
¿Hay color?

AGUILITA.

Sí, señor, y de Granada.

ANTON.

¿Hay albayalde?

AGUILITA.

No; que no se gasta;
Pero habrá soliman.

ANTON.

Aqueso basta.
¿Hay miel, aceite, pasas y rasuras[2],
Cerilla, cardenillo y limas frescas[3],
Cabezas de carnero, vino tinto[4],
Calabazas, borrajas, huevos frescos[5]?

AGUILITA.

Hay todo eso y mas. Compre sin pena.

ANTON.

En el infierno esté tienda tan llena.
¿Cómo te llamas?

AGUILITA.

¿Yo? Aguilita.

ANTON.

¡Ay niña!
El nombre tienes de ave de rapiña.
¡Aguilita! Divórciome, aunque gruñas;
Que tras el pico enseñarás las uñas.

AGUILITA.

Licenciadon, ¿qué importará enseñarlas,
Si no descubro presa donde hincarlas?

ANTON.

Yo soy un estudiante pobre y feo.

AGUILITA.

Pase adelante; que eso ya lo veo.
¿De qué nacion?

ANTON.

Flamenco.

AGUILITA.

¡Ay manifranco!
Luego lo vide, en viéndole tan blanco.

ANTON.

Echáronme en naciendo en escabeche,
Y diéronme á mamar tinta por leche.
¿Hay mas que preguntar?

AGUILITA.

¿Cómo se llama?

ANTON.

Anton, á quien tentó el demonio tanto.

AGUILITA.

Muy mas parece el tentador que el santo.

ANTON.

Pues si demonio soy, llevarte quiero.

AGUILITA.

Abrenuncio, Satán. Si no hay dinero,
No tienes parte en mí.

ANTON.

¿Ya me conjuras?

AGUILITA.

Pues ¿qué tengo de hacer, si veo figuras?

ANTON.

Guarda, Aguilita, no te gane el pico
Cualque avechucho en forma de aguilico.

AGUILITA.

No hará; que entre las uñas de mi brío
Al sol del oro probaré si es mio.

ANTON.

¿Y si en dar no descubre algun quilate?

AGUILITA.

Soltaréle; y caerá donde se mate.

ANTON.

Todo me agrada, el trato y la persona.
¿Adónde vives?

AGUILITA.

En *La Casa Holgona.*

ANTON.

Esta es otra. ¿Qué dices?

[1] Hállase con los dos siguientes en un tomo en 8.º, como el de *Flores del Parnaso*, que se titula *Entremeses nuevos de diversos autores, para honesta recreacion*, en Alcalá de Henáres, por Francisco Ropero, año de 1643: es el cuarto de los veinte y dos que contiene el tomo.

[2], [3], [4], [5] Cuatro versos seguidos sin rima. CALDERON diria aquí otra cosa; algun cómico le enmendaría la plana, creyendo hacer mas gracia; del cómico pasaria al impresor el texto viciado; y el texto original ha desaparecido, quizá para siempre. No notarémos todos los defectos de este género por no molestar al lector.

AGUILITA.

¿Oye, amigo?
Sígame, si lo duda.

ANTON.

Ya la sigo.
¡La Casa Holgona! Vive Dios, que pienso
Dejarme buen humor en ella á censo.

(*Vanse.*)

AGUILITA. (*Dentro.*)

Esta es la Casa Holgona.

ANTON. (*Dentro.*)

¿Entraré dentro?

AGUILITA. (*Dentro.*)

¿Quién se lo impide? Yo estoy en mi centro.
¡Ah de casa!

MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)

¿Quién es?

ANTON. (*Dentro.*)

Otra es aquesta.
En vísperas me vuelven la respuesta.

—

Sala.

Salen LOS MÚSICOS *por una puerta, y* ANTON *por otra.*

MÚSICOS. (*Cantan.*)

¿Quién llama á la puerta, hallándola abierta?
¿Quién llama? ¿Quién viene, que así se detiene?
¿Qué quiere, qué busca en este lugar?
¿Por qué se retira, pudiéndose entrar?
Entre si quiere, y se podrá holgar.
¡Ay qué elevado y suspenso está!
Que si la casa es holgona,
Los dueños que tiene, lo son mucho mas.

(*Vanse los músicos.*)

Salen DOS DAMAS.

DAMA 1.ª

Sea muy bien venido el licenciado:
Siéntese luego; que vendrá cansado.
Quítenle ese sombrero y ferreruelo.
(*Regístrale los bolsillos y quítale todo lo que va diciendo.*)
Sudado viene: ¿trae algun pañuelo?
Sí, en verdad: limpiaréle el rostro bello.
Tráiganle colacion, si da para ello.
A ver: un real de á ocho es, en conciencia.
¡Hola! Conservas para su excelencia.
Huélguese. (*Éntrase con las prendas quitadas.*)

ANTON.

Así tengas la ventura
Como me aliñas, pícara, la holgura.
¡El pañuelo, la capa y el sombrero,
Con las costas pagadas en dinero,
Y el caudal hecho; ¡ay triste! una ceniza!
¿Hay juez pesquisidor que haga tal riza,
Cuando opinion y plus ganar intenta?
Esta no es Casa Holgona, sino venta.

DAMA 2.ª

¿Ve que se huelga, pues que dice chistes?

ANTON.

Voyme; que se me habia allá olvidado...

DAMA 2.ª

¡Jesus! Pues ¿hase de ir, si no se ha holgado?
¡Qué cara! ¡Qué hermosura!
Pues ¿con qué se la cura?
¿Qué se pone en el rostro, Don Quijote?

ANTON.

Una muda de pez y de cerote.

DAMA 2.ª

De leche son las manos, y aun la cara
Es toda leche.

ANTON.

No hay quien me soporte:
Soy el mayor lechon que hay en la corte.

DAMA 2.ª

Enseñe qué es aquello que hace brillo.

ANTON.

¡La gatatumba! Es cierto diamantillo.

DAMA 2.ª

Veamos, probarémele.

ANTON.

No puedo;
Que el oficial me le clavó en el dedo.

DAMA 2.ª

Yo sabré desclavalle.

ANTON.

¡Andallo, pavas!
¿No ves que en desclavándole, me clavas?

DAMA 2.ª

Ten y tengamos pues [1].

ANTON.

Sí haré, y en viéndole,
Volverémos al cántaro las nueces.

DAMA 2.ª

No le des, no le des [2]. (*Vase.*)

ANTON.

¡Jesus mil veces!
Oyeme, holgona niña, oye. ¿A quién digo?
¡Conmigo levas!

Sale LA DAMA 3.ª

DAMA 3.ª

¿Qué le han hecho, amigo?
Asiéntese, repórtese y escúcheme.

ANTON.

Asiéntome, repórtome y escúchola.

DAMA 3.ª

¡Qué gracia tiene! ¿Cómo no le huelgan?

ANTON.

Porque en lugar de holgarme...

DAMA 3.ª

¿Qué?

ANTON.

Me cuelgan.

DAMA 3.ª

Pues ¡en la Casa Holgona!

ANTON.

Damas bellas,
Lo holgon viene á ser solo para ellas.

DAMA 3.ª

El corazon me deja lastimado,
El bazo herido, el hígado llagado.

ANTON.

¿Llagado? Deje: escuche aqueste cuento.
En ciertas cañas que hubo en esta villa,
Sacó un galan pintada una esportilla
En la adarga, y la letra decia: *Gado*,
Y todo junto: *Es-por-ti-lla-gado.*
Mas cierta dama que lo vió, replica:
«Aquella ¿es esportilla ó esportica?
Porque si es esportica, y *gado* el mote,
Quedará el cifrador de bote en bote.»

DAMA 3.ª

¡Qué gracia que ha tenido! ¿Oyes, Francisca?

Asómase á una puerta LA DAMA 1.ª

Tráiganle con que beba.

DAMA 1.ª

Luego vengo. (*Éntrase.*)

ANTON.

Traigan qué beba; que con qué, ya tengo.

[1], [2] Parece que aquí la ninfa propone al capigorron que truequen anillos para darle ella uno falso; pero el texto, que estará corrompido, no lo expresa.

Salen AGUILITA Y LA DAMA 1.ª *con bizcochos y vino.*

AGUILITA.

Aquestos son bizcochos.
(*Las Damas 1.ª y 3.ª se apoderan de los bizcochos y se los comen.*)

ANTON.

¿Ois? ¿Qué digo?
¡Aguilita! ¿sois vos?

AGUILITA.

Yo soy, amigo.

ANTON.

Amiga seas del diablo.

AGUILITA.

¿Qué hay, cuitado?

ANTON.

Antes no hay; que ya me lo han quitado.

DAMA 2.ª

Coma.

DAMA 1.ª

Coma vusted.

AGUILITA.

¿Por qué no come?

ANTON.

Porque se lo han comido ántes que tome.

DAMA 2.ª

Beba vusted el vino, que es famoso.

ANTON.

Aunque en ayunas el beber es yerro,
Vaya un traguito.

Salen MÚSICOS.

UN MÚSICO (*Quitándole á Anton el vino.*)

Harále mal en cerro.

ANTON.

Guarde Dios á vusted por el cuidado
De mi salud. Si á los que aquí han entrado
Regalan como á mí aquestas señoras,
Sacarán los estómagos bien mochos.

DAMA 1.ª

¿A qué le supo el vino?

ANTON.

A los bizcochos.

AGUILITA.

Señor Anton, á los bobos
De aquesta suerte los pesco.

ANTON.

Tendiste la red por trucha,
Y pescaste un abadejo.

AGUILITA.

Nunca haréis vos buena harina.

ANTON.

Sí haré; que en la tolva puesto
Tengo el alma candeal,
Aunque es tan trechel el cuerpo.

DAMA 1.ª

Ya que entró en la Casa Holgona,
Justo será que le holguemos,
Pues capa y sombrero ha dado.

ANTON.

Y ocho reales y un pañuelo.
Cuenten como han de contar,
Pues la sortija no cuento.

DAMA 2.ª

Pues vaya de letra y baile.

ANTON.

Casa Holgona de recreo...

. . . .
. . . .

MÚSICOS. (*Cantan.*)

En la casa Holgona
Un capigorron
Hasta los vestidos
Por despojos dió.
El se ve rendido
De aquel ciego dios,
Que con cada una
Le tiró un arpon:
Cuando atento escucha
Que con dulce son
Preguntando Anfriso,
Celia respondió.

. . . .
. . . .

ANTON.

Yo conozco una dama
Tan grande holgona,
Que por ver una danza,
Fué hasta Lisboa.

AGUILITA.

Pues yo sé de una moza
De aquesta villa,
Que en habiendo ahorcado,
Ventana alquila.

DAMA 2.ª

¿Cuáles son los holgones
Mas propiamente?

ANTON.

Los que están sin cuidado
De lo que deben.

DON PEGOTE.

PERSONAS.

DON PEGOTE. | UN PAJE. | CRIADOS. | MÚSICOS.
DOÑA QUÍNOLA. | UN SECRETARIO. | DOÑA JIMENA.

Sala en casa de Don Pegote.

Salen DON PEGOTE, UN PAJE, *con un papel,* UN SECRETARIO Y CRIADOS.

DON PEGOTE.

¿Cúyo?

PAJE.

De mi señora Doña Quínola.[1]

DON PEGOTE.

Celos serán sin duda: pene y calle;
Que gloria es el penar por este talle.
Es prodigio no visto, es cosa rara
Ver las que mueren por aquesta cara.
Alabo su buen gusto: yo me gozo
De que todas me digan: «¡Qué buen mozo!».
(*Lee.*) «Sin duda, amigo mio, estoy preñada:
»Para cofietas, puntas y pañales,
»Con ese paje me énvi...
Me énvi... me énvi...»—¡Hay tal *énvi*? Hay tal enfado?
El coraje del *énvi* me ha cegado.
Dadme ¡hola! las muletas... De los ojos.
Digo.

SECRETARIO.

Ya yo las traigo, los antojos

[1] Este entremes, que principia por un verso suelto y tiene muchos así, debe estar lastimosamente desfigurado.

DON PEGOTE.

(*Lee.*) «Sin duda, amigo mio, estoy preñada:
»Para cofietas, puntas y pañales;
»Con ese paje me envi...»
Por Dios, ¡gentil empleo!
El diablo lleve, amén, lo que yo leo.
Leed vos el papel, mi secretario.

SECRETARIO.

(*Lee.*) «Sin duda alguna, amigo, estoy preñada:
»Para puntas, cofietas y pañales,
»Con ese paje me enviad cien reales.
»Doña Quínola.»

DON PEGOTE. (*Al paje.*)

El viaje habeis errado,
Porque en mi vida yo daré un cornado.

PAJE.

«A Don Pegote» dice el sobrescrito.

DON PEGOTE.

Errado viene; y tú muy majadero,
Si pensaste ó creiste, plebeyote,
Que ha de dar un ochavo Don Pegote.

PAJE.

Los caballeros...

DON PEGOTE.

Sí, ¡los caballeros,
Tras dejarse gozar, darán dineros!

PAJE.

Les deben á las damas...

DON PEGOTE.

Tener buenas ausencias de sus famas,
Corteses siempre, dalles del sombrero;
Mas de la bolsa no, ni del dinero.

PAJE.

Los que son tan galanes...

DON PEGOTE.

Deben ménos
Patrimonio al amor. ¡Qué gran locura!
Y yo no vivo, no, con esa usura.

PAJE.

Nunca creí...

DON PEGOTE.

Pues crea el muy barbado
Que en materia de dar soy un negado,
Tanto, que por no dar á las señoras,
Si yo fuera reloj, no diera horas;
Ni pascua, por no dar ni buenos dias[1],
Pésames, parabienes, bienvenidas[2].
Aquesto observo yo, sin que haya yerros;
Y si algo he dado, amigo, han sido perros.

PAJE.

No los nombre vusted; que son...

DON PEGOTE.

Lo justo;
Que buena paga es gusto por gusto.

PAJE.

A mi ama diré...

DON PEGOTE.

Cuanto aquí pasa[3],
Y que en mí resucita Don Tenaza[4].

PAJE.

No fué él tan observante.

DON PEGOTE.

¿Replicaisme?
Despejad, picaron, luego la sala,
Antes que yo os envie noramala.

PAJE.

Para vuesa merced era el billete. (*Vase.*)

DON PEGOTE.

¿Bufoniza tambien el alcahuete?
¡Hola, fámulos, hola!
De vestir.

UN CRIADO.

Al momento.
(*Vanse los criados.*)

DON PEGOTE.

No espero en todo hoy verme contento.

SECRETARIO.

¿Pues por qué, mi señor?

DON PEGOTE.

Porque es agüero
Que empiece el dia por pedir dinero.
La picarona, á fe, con gran despejo
El parto me encajó en el billetejo;
Mas que aborte y que pára por la ijada
Mujer que es en pedir tan desalmada.
¡Cien reales! ¡Ciento, ciento!
¿Hay sed mayor, mayor atrevimiento?
¿Ignora lo que valen hoy cien reales?
Pues si uno solo yo gastar quisiera,
La corte, el mundo mi serrallo fuera.—
(*Vuelven los criados y dan de vestir á su amo.*)
Dadme la espada, ferreruelo y guantes.
¡Qué mal servido estoy destos bergantes!
Pensé ver la tal Quínola esta noche,
Y agora quiero ir. Pongan el coche.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Quínola.

Salen DOÑA QUÍNOLA y DOÑA JIMENA.

DOÑA QUÍNOLA.

Fingiendo, como digo, estar preñada,
Le pegué á Don Pegote una gatada.
Cien reales le pedí, y agora espero
Con la respuesta traigan el dinero.

DOÑA JIMENA.

Doña Quínola, es hecho de discreta;
Porque miseros lindos y habladores
Han de pagar doblados los favores.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

Mi señor Don Pegote en la antecámara
Pide por mí licencia para veros.

DOÑA JIMENA.

El te trae sin duda los dineros.

DOÑA QUÍNOLA.

¿Licencia en esta casa, que es tan suya?
Decid que entre. — Jimena, de aleluya
(*Vase el criado.*)
Ponme la casa, del cimiento al techo:
Por ella tiende alfombras y almohadas,
Limpiame esos bufetes y esas sillas,
Y quema en el brasero dos pastillas.

Salen DON PEGOTE y CRIADOS.

DOÑA QUÍNOLA.

Silla, hola, presto: sillas, mi Jimena.

DON PEGOTE.

En cerro quiero hacer esta visita.
Ahorremos de parola y de cortejo;
Que muero por hablar del billetejo.
Por mi vida y á fe de caballero,
¿Fué de burlas aquello del dinero?

DOÑA QUÍNOLA.

Muy otro vienes de lo que pensaba,
Pues creí, por albricias del preñado,
Me pusieras al cuello una cadena...

DON PEGOTE.

Ca... ¿qué? Diga, ca... ¿qué?

DOÑA QUÍNOLA.

Cadena de oro.

DON PEGOTE.

¿Soy troglodita yo? Soy turco ó moro?
¿A qué cristiano, diga, en solo un dia

[1], [2], [3], [4] ¡Qué versos para suponerlos de CALDERON! ¿Faltarian consonantes á un poeta como él?

Se le piden cadenas y cien reales?
¡Ay, ay, carita mia! ¿Quién pensara
Qué por dinero nadie te trocara?

DOÑA QUÍNOLA.

¡Qué gusto y qué sal tiene el Pegotillo!
Baste la burla, y el dinero venga.

DON PEGOTE.

¡Dinero! ¿Qué dinero?

DOÑA QUÍNOLA.

Los cien reales.

DON PEGOTE.

¡A mí cien reales! ¿Hay mayor locura?
Aqueso á un jinoves, abad ó cura...
Mas ¿qué cura, qué abad, qué jinoves
Las ha de dar cien reales de una vez?

DOÑA JIMENA.

¡Caballero estreñido!

DOÑA QUÍNOLA.

No te asombre:
De caballero tiene solo el nombre.

DON PEGOTE.

Antes todo, pues guardo mis dineros;
Que así se usan ya los caballeros.

DOÑA QUÍNOLA.

Creo que das culebra,
Y te burlas.

DOÑA JIMENA.

Eso es: ¡y lo celebra!

DOÑA QUÍNOLA.

Ríndete, Faraon.

DOÑA JIMENA.

Dale los ciento..

DOÑA QUÍNOLA.

Dámelos, importuno.

DON PEGOTE.

El verdugo los da sin faltar uno.

DOÑA QUÍNOLA.

Bueno está. Daca, niño, daca, daca.

DON PEGOTE.

Daca tras, niño, caca.
Lo dicho dicho; y basta, mis arpías,
Madres en el tomar, en pedir, tias.

DOÑA QUÍNOLA. (*Ap. á Doña Jimena.*)

Esto va roto, hermana: óyeme aparte.
Aqueste es un bufon de mala mano
Y loco: es fuerza, siendo un picarote,
Que demos un peguéte al Don Pegote.
Mi intento aprueba: ya verás, hermana,
Cómo paga la burla su badana.

(*Pícanle con alfileres.*)

¡Buena ha sido la burla, buena, buena!

DOÑA JIMENA.

Todo ha sido burlitas y quimeras.

DON PEGOTE.

Pues agora lo digo mas de véras.

DOÑA JIMENA.

¡Qué galan!

DOÑA QUÍNOLA.

Eslo mucho, y gentilhombre.

DOÑA JIMENA.

Y muy discreto.

DOÑA QUÍNOLA.

Y viste muy al uso.

DON PEGOTE.

Si la verdad he dicho, infames brujas,
¿Por qué me dais tormento con agujas?

DOÑA QUÍNOLA.

Dícenme que vusted usaba mudas.

DON PEGOTE.

Mentido han, por la fe de caballero.
—Las lunadas me ponen como harnero.

DOÑA QUÍNOLA.

Sufra y calle; que mas honrados sufren.

DON PEGOTE.

Pues yo no sufro, no; que á ser sufridó,
Ya ocupara una plaza de marido.

DOÑA QUÍNOLA.

¡Qué lindo fuera pues para un encierro!

DON PEGOTE.

Bien vengado teneis, niñas, el perro.
El bullicio ostentad, dejad las tretas;
Que me parece que oigo castañetas.
Desfogad en guitarras; que es mas justo.

DOÑA QUÍNOLA.

Pues lo paga tan bien, démosle gusto.

DOÑA JIMENA.

¿Qué baile quiere? Pida por la boca.

DOÑA QUÍNOLA.

Mejor fuera pedir por las ijadas.

DON PEGOTE.

Al diablo dé vusted esas probadas.
Por mi contemplacion luego se cante,
Aunque se pierda todo el consonante.

Salen MÚSICOS, *tañen y bailan.*

MÚSICOS.

En un tono alegre
Vuelvan las mudanzas;
Que esto de lo grave
Con poquito enfada.
Vaya de lo alegre,
De lo fino vaya,
Y lo bullicioso
A los puestos salga.
Vaya en seguidillas,
Pues que son sus gracias
Las que dan el punto
A la miel colada.

DON PEGOTE.

A las hembras convido
Yo á no dar nada;
Que no es poca ventura
Ver esta cara.

LAS JÁCARAS.

PERSONAS.

MARI-ZARPA.
MARI-PILONGA.
EL ÑARRO.
UN VEJETE.
EL GRACIOSO.
EL ZURDILLO.
SORNAVIRON.
ZAMPAYO.
DOÑA PIZORRA.

Salen EL GRACIOSO Y EL VEJETE.

GRACIOSO.

Su enfermedad, ¿no es mas que esa locura?

VEJETE.

¿No es harta?

GRACIOSO.

No, para tan grande cura.

VEJETE.

¿Cómo no, si la tema en que ahora ha dado
Es en cantar con grande desenfado
Jácaras noche y dia?

En Castilla no hay ni Andalucía,
Ni mujer libre ni rufian valiente,
Cuya vida en tonada diferente
No cante. Si azotaron en la costa
Al Zurdillo, parece que fué aposta,
Solo porque se hallara
Otra jácara mas que ella cantara.
Si arrastrando la soga
Trae el Ñarro, y se la enfalda donde ahoga,
Cátale que ya el Ñarro en dos instantes
Su vida tiene puesta en consonantes.
Si á la vergüenza allá en Jerez sacaron
A la Pizorra y la desvergonzaron,
Solo fué porque hubiera
Otra jácara más que ella supiera
Zampayo y la Pilonga,
Sornaviron, Añasco y Serrallonga...
. . . .
De modo que ocupada
En esto solo una doncella honrada
Tiene. Ved ¡qué devoto *Flos sanctorum*,
Libro de vidas, que es *Flos latronorum!*

GRACIOSO.

¿Ve vuesarced todo eso?
El seso cobrará, ó perderé el seso.
La gente que he traido,
¿Dónde está?

VEJETE.

Por ahí la he repartido.

GRACIOSO.

Pues adios: y haga usted lo que le he dicho,
Y atencion á una cura de capricho.

VEJETE.

Ya ella viene tocando
Las castañetas.

Sale MARI-ZARPA, *tocando las castañetas.*

VEJETE.

Mari-Zarpa, ¿cuándo
Te has de cansar de andar toda la vida,
Entreteniendo mal entretenida?

ZARPA.

¿Mal entretenimiento
Es decir al compas deste instrumento?...

VEJETE.

Tente, espera: no cantes,
Porque una maldicion te he de echar ántes.
¡Plega á Dios, si cantares,
Se te aparezca luego á quien nombrares,
Quejoso á letra vista
De que seas infame coronista
De azotes y galeras,
De ladrones, de trongas y hechiceras! (*Vase.*)

ZARPA.

Aunque miedo me pongas
De hechiceras, ladrones y de trongas,
He de cantar: no temo tus razones.
Dénse á la maldicion las maldiciones;
Porque no fuera justo que cayera
Por mi miedo el cantar desta manera.
(*Canta.*) *Con el fieltro hasta los ojos,*
Con el vino hasta la boca
Y el tabaco hasta el galillo,
Pardo albañal de la cholla,
Columpiando la estatura
Y meciendo la persona,
Zampayo entró, el de Jerez,
En cas de Mari-Pilonga.

Salen MARI-PILONGA Y ZAMPAYO.

ZAMPAYO.

Si entré en casa de María,
A vuesarced ¿qué le importa?
Cada uno entra donde halla
Mas agrado á ménos costa.

PILONGA.

¿Es puerto seco mi casa,
Y es vuesa merced, señora,
La aduana, que el saber
Quién entra ó sale le importa?

ZARPA.

¿Hay tan grande atrevimiento?
¡Dentro de mi casa propia
Se entran!...

ZAMPAYO.

Sí, pues no nos deja
Estar vuesarced en otras.

ZARPA.

¡Padre! ¡Señor!

ZAMPAYO.

No dé voces;
Que aunque el mundo la socorra,
No nos verán.

ZARPA.

Diga: ¿cómo?

ZAMPAYO.

Como hemos venido en sombra,
Solo á decir que no sea
Vuesa merced tan curiosa,
Que vidas ajenas cante,
Pudiendo llorar la propia.

PILONGA.

Y cada vez que á Zampayo
O á mí nos tome en la boca,
Vendrémos... Pero esto baste. (*Amenazándola.*)
A darla... Pero esto bonda.
(*Vanse.*)

ZARPA.

Digo que en mi vida ya,
Por lo que á ustedes importa,
Diré: «Esta jácara es mia.»
Pero á bien...

Vuelven LOS DOS.

LOS DOS.

¿Qué?

ZARPA.

Que sé otras;
Que si ustedes están libres
Y hasta aquí se entran agora,
Preso está Sornaviron,
Y no vendrá.— Va de historia.
(*Vanse los dos.*)
(*Canta.*) *Enjaulado está en Sevilla*
Sornaviron el de Osuna,
Por gavilan de talegos,
Por gato de cerraduras.

Sale SORNAVIRON, *con prisiones en los piés y en las manos.*

SORNAVIRON.

Si estoy enjaulado ó no,
El diablo tuvo la culpa;
Que siempre es mañoso el diablo,
Y fué á avisar á la gura
De que sin armas estaba
Envainado en la bayuca;
Que á estar con ellas, volviera
Turbada toda la turba.
Demas de que estar un hombre
Enjaulado, no es injuria;
Que enjaulado está un leon.
Solo lo que ahora me atufa
Es que vusted me discante
Los casos de mi fortuna:
Y así, voto á lo que voto,
Que si otra vez me pernuncia
El nombre, que le he de hacer
Que me sueñe, y no me gruña;
Que soy muchísimo hombre
Para andar escrito en burlas.
El Zurdillo podrá ser
Que lo agradezca á las musas;

Que es vano: cánteme dél,
Si quiere templar mi furia;
Que quiero oir si como sabe
Mi historia, sabe la suya.

ZARPA.

Si vienes á oir cantar,
Dime: ¿para qué me asustas?

SORNAVIRON.

Para que soy vision.

ZARPA.

Pues,
Vision de buen gusto, escucha.
(*Canta.*) *Al Zurdillo de la costa*
Hoy otra vez le azotaron,
Con que tiene dos jubones
Papales como zapatos.

Sale EL ZURDILLO, *de cautivo.*

ZURDILLO.

La primera vez, mi reina,
Fué por un testigo falso,
Y la segunda por otro,
Si bien no mintieron ambos.

SORNAVIRON.

¿Oye usted? Ahí se la dejo:
Riña con ella otro rato. (*Vase.*)

ZURDILLO.

Padecí, porque no estuvo
En mi mano el remediarlo
La vez primera, y la otra
Estuvo en ajena mano,
Y... (*Amenázala.*)

ZARPA.

Tenga vusted la zurda;
Porque es dos veces agravio:
Y vuélvase á su galera;
Que no es bien que un hombre honrado
Sin licencia haya venido,
A su obligacion faltando;
Que yo le doy mi palabra
De no cantar sus trabajos.

ZURDILLO.

Yo lo aceto: y hará bien;
Que solo es bueno ese canto
Allá para la Pizorra,
Que há que pasó muchos años. (*Vase.*)

ZARPA.

En extremo le agradezco
Que me lo haya acordado;
Que con eso cantaré,
Sin que venga á darme espanto.
(*Canta.*) *Con mil honras, vive Cristo,*
Me llaman Doña Pizorra;
Que si en Jerez me azotaron,
Me azotaron con mil honras.

Sale DOÑA PIZORRA, *de dueña, cantando.*

DOÑA PIZORRA.

Por lo ménos no me vieron
En las espaldas corcova,
Ni dije esta boca es mia
Al levantar de la roncha.

ZARPA.

¡Jesus mil veces! ¡Qué miro!
¿De dónde sales agora?

DOÑA PIZORRA.

De mi buen retiro salgo,
No porque cante mis glorias,
Sino porque diga en ellas
Mas adelante mi historia
Que fui moza de servicio,
No habiendo yo sido moza.
Por lo cual, otra vez que
Te acuerdes de mi persona,
Te llevaré por los aires
Desde aquí á Constantinopla. (*Vase.*)

ZARPA.

No soy amiga de andar
En mal seguras tramoyas,
Haciendo ángeles en unas,
Y haciendo diablos en otras.
En fin, de ninguno canto,
Que no se aparezca en sombra.
Mas si están vivos, ¿qué mucho
Que hasta aquí se entren agora?
Ahorcado está y enterrado
El Ñarro: ¿qué me congoja?
Si yo no he de reventar
Y él no puede venir, oigan.
(*Canta.*) *Cansóse el Ñarro de Andújar,*
Que es aliñado en extremo,
De traer la soga arrastrando,
Y enfaldósela al pescuezo.

Sale EL ÑARRO, *con una horca en los hombros, ahorcado.*

ÑARRO.

Hice bien en enfaldarla;
Que era grande desacierto
Andar en mi misma soga
Tropezando por momentos.

ZARPA.

¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!
¿Muerto vienes?

ÑARRO.

Muerto vengo;
Que tu voz sola pudiera
Hacer levantar los muertos.
Y no vengo yo á quejarme
Como esotros majaderos,
Sino á darte muchas gracias
Del honor que por tí tengo.
¿Quién se acordara de mí,
Si no fuera por tu acento?
¿Qué mas honra un ahorcado
Tiene que andar entre versos?
Por ende, pues, cada vez
Que me hagas sufragios destos,
Te he de hacer una visita. (*Vase.*)

ZARPA.

Agradecido esqueleto,
Nadie negoció conmigo
Mejor que tú, ni mas presto,
Que no cantara su historia;
Pues ya cantaré primero
De la Pilonga y Zampayo,
De Sornaviron el fiero,
Del Zurdillo y Añasquillo
Y la Pizorra los hechos,
Que á tí te tome en la boca.

Salen TODOS, *cada uno por su puerta, y la cogen en medio.*

TODOS.

¿Qué nos quieres?

ZARPA.

Nada os quiero.

ÑARRO.

En nombrándonos, es fuerza
Que vengamos al momento.

ZARPA.

Ahora no os nombré cantando.

ÑARRO.

Ni aun rezándonos, queremos
Que nos tomes en la boca.

ZARPA.

Desa suerte lo prometo.

TODOS.

¿Das esa palabra?

ZARPA.

Sí.

ÑARRO.

Pues afuera el embeleco.—

Barahunda, ya está sana
Mari-Zarpa.

ZARPA.

¿Cómo es esto?

Sale EL VEJETE.

VEJETE.

Como yo, para quitarte
Tan mala maña, lo he hecho.

ZARPA.

¿No son visiones?

TODOS.

No.

ZARPA.

Pues
A mis jácaras me vuelvo.

EL DESAFIO DE JUAN RANA[1].

PERSONAS.

JUAN RANA.
GILA.
GIL PARRADO.
ALGUACILES.
MÚSICOS.

Sala en casa de Juan Rana.

Salen JUAN RANA Y GILA.

GILA.

¿Es hora de venir, marido, á casa?
¡Esto en el mundo pasa!
¡Vos tan tarde á comer! Pierdo el sentido.
Decid: ¿qué ha sucedido?
¿De qué estáis elevado?
¡Esto haceis, á tres meses de casado!
¡Descolorido vos y descompuesto!
Decidme: ¿es pesadumbre?

RANA.

No es mas desto.

GILA.

¿Qué teneis? que á escucharos me prevengo.

RANA.

Tengo honor, y no sé lo que me tengo.

GILA.

Hablad, y no calleis vuestra dolencia:

RANA.

Mujer, no traigo sana la conciencia.

GILA.

No os entiendo, marido.

RANA.

No me espanto.
Agora, esto ha de ser. Sacadme un manto.

GILA.

¿Para qué lo quereis? Rabio de enojo.

RANA.

Impórtame el reñir de medio ojo.

GILA.

Ya que de vuestra pena soy testigo,
¿Con quién vais á reñir?

RANA.

Con un amigo.

GILA.

¿Con un amigo? Estoy de enojo ciega.

RANA.

¿No veis que el mas amigo es quien la pega?

GILA.

Acabad de decillo;
Que de esperar estoy con tabardillo.

RANA.

Pues yo, aunque no me alabo,
De lo que tengo en vos estoy al cabo.

GILA.

Sé que podeis decir con mil placeres
Que en mí teneis un molde de mujeres.

RANA.

Esos son de mi pena los hechizos;
Que diz que me poneis algunos rizos.

GILA.

¿Rizos á vos, esposo?
No lo habeis menester; que sois hermoso.
¡Qué cintura teneis! Tomá una higa.

RANA.

Ya sé que soy galan, Dios me bendiga;
Pero danme en decir, que es lo que siento,
Que os parezco mejor cuando me ausento.

GILA.

Sois un terron de necedad, marido.

RANA.

Pues ya no lo seré; que me han molido.

GILA.

¡A vos! No os espanteis que me alboroto.
¡Vos molido! ¿Con qué?

RANA.

Con un garrote.
¿No conoceis, mujer, á Gil Parrado?
Pues tras con un garrote haberme dado,
Solo porque yo soy vuestro marido,
Díjome...

GILA.

¿Qué? Decid.

RANA.

Que era un sufrido.

GILA.

¿Que erais sufrido os dijo, en mi perjuicio?
Una locura tengo como un juicio.
¿Con palo os dió, que tanto la honra daña?

RANA.

En fin, gracias á Dios, no fué con caña.

GILA.

En fin, tonton, menguado,
¿Que á mis ojos venis apaleado?

RANA.

Cierto que la memoria tengo flaca,
Pues no sé si era palo ó si era estaca.

GILA.

Santíguome de veros reportado.

RANA.

Yo no, porque ya vengo santiguado.

GILA.

Vos no os podeis vengar, si vuestro brio
No le escribe un papel de desafío.

[1] Copiado de un manuscrito que posee el Señor Don Aureliano Fernandez Guerra: el entremes que suele hallarse impreso es muy diferente.

RANA.

¡Desafío decis! De vos me admiro :
Yo en el campo con nadie no me tiro.

GILA.

Mirad, marido : cuanto á lo primero,
Os habeis de calar bien el sombrero,
Sacar la espada con gentil despecho,
Entrar el pié derecho,
Poneros recto, firme y perfilado.

RANA.

¿Qué importa, si él me pone de cuadrado?

GILA.

Y luego echalle un tajo, con gran tiento
Recoger el aliento,
Y con brio, que en vos no es maravilla,
Zas, tirarle á matar por la tetilla.

RANA.

¿De suerte que he de entrar muy inhumano
Con el pié que tuviere mas á mano,
Y, el sombrero encajado,
Ponerme recto, firme y perfilado,
Entrar con tiento, y zas, darle una herida?
¿Es mas? Pues esto no lo erré en mi vida.

GILA.

Y el atajo que os dije.

RANA.

En mi trabajo,
No salir á reñir es el atajo.

GILA.

Si no salis, he de volverme loca.

RANA.

Desafialde vos; que á vos os toca.
Mas traed recado de escribir; que quiero
Desafiar por vos al mundo entero.

GILA.

Voy volando. (*Vase.*)

RANA.

Venid muy brevemente;
Porque á pausas me viene el ser valiente.

Sale GILA *con recado de escribir.*

GILA.

Ya el recado está aquí.

RANA.

Pues, mujer mia,
Doblá el papel y hacelde cortesía.
(*Paséase él, y pónese ella á escribir.*)

GILA.

Ya está. —Notá con brio.

RANA.

Poned de buena letra : « Amigo mio... »

GILA.

La cruz se me olvidó.

RANA.

No es maravilla.
Poné una cruz con una lamparilla.

GILA.

¿Con lamparilla? Sois un mentecato.

RANA.

Digo que la pongais, por si le mato.
(*Nota él, y ella escribe y repite.*)
« Por aquesta sabréis de buena mano
» Que soy vuestro enemigo, mas que hermano,
» Y aunque vos procurais hacerme tiros,
» De cualquier modo estoy para serviros;
» Si bien Gila, mi esposa,
» Se ha sentido estos dias achacosa. »

GILA.

Marido, ¡qué decis! ¿Estáis jugando,
Que no atendeis á lo que vais notando?

RANA.

Ello es caso bien cierto :
Si Dios quiere, mujer, dalde por muerto.
(*Nota.*) « Y así sabréis por este, amigo mio,
» Como plenariamente os desafio. »

GILA.

¿Plenariamente vos? ¿Qué es lo que veo?

RANA.

¿No veis que riño yo por jubileo?

GILA.

Por jubileo excusan las pendencias.

RANA.

Pues por eso hago yo mis diligencias.

GILA.

Errado va el papel, marido, en todo.

RANA.

Mujer, yo desafío deste modo.—
« En el campo os espero como un Marte. »

GILA.

¿Y adónde he de poner?

RANA.

En cualquier parte.

GILA.

Y si hallaros la suerte no dispone,
¿Qué hemos de hacer?

RANA.

Poned que me pregone.

GILA.

Son las señas pequeñas.

RANA.

Decid que yo le aguardo, por mas señas,
En el campo esta tarde;
Y acabad el papel con « Dios os guarde. »

GILA.

Este billete lo escribiera un manco.

RANA.

¡Ah sí! Ponedle ahí mi firma en blanco..,
—Y un real de porte le pondréis, que es treto;
Y haced que le echen...

GILA.

¿Dónde?

RANA.

En la estafeta.

GILA.

Nada escribis, marido, que os importe.

RANA.

Quiero que entienda que es papel de porte.

GILA.

El coleto os poned para este aprieto.

RANA.

Cuando voy á reñir, guardo el coleto.
Quedáos con Dios, mujer mia. (*Llorando.*)
A reñir voy : sabe el cielo
Que no lo puedo excusar.
¡Ah! ¡cuánto dejaros siento
Con achaques de viuda!
La reputacion me ha puesto
En lance tan apretado;
Que mi honor es lo de ménos.
Lo que os encargo, mujer,
Es que llameis al barbero,
Y me tengais prevenidos
Hilas, estopas y huevos,
Y que mireis por Juanico;
Que en fin só su padre, puesto
Que á tres meses de casado
Me nació en casa, de tiempo.
Y adios; que no puedo mas.

GILA.

Cobarde, villano, necio,
A enviar voy el papel:

Y mirad que os aconsejo
Que vengais á verme honrado,
O volvais á casa muerto. (*Vase.*)

RANA.

Por Dios, que esto va de véras.
No hay que dudar: esto es hecho.
¡Yo reñir! Yo desafio!
De solo pensarlo tiemblo.
Pero en fin, ello ha de ser. (*Vase.*)

—

Calle.

Sale JUAN RANA.

RANA.

Ya en la calle estoy: protesto
Que tomara de partido
Cien palos, real mas ó ménos.

Sale GIL PARRADO.

PARRADO.

Este papel de Juan Rana
He tenido... Mas ¿qué veo?
¿No es el que miro?

RANA. (*Ap.*)

Cogióme
Entre puertas: esto es hecho.

PARRADO.

Diga el muy tonto, el menguado,
¿Cómo tiene atrevimiento
De desafiarme á mí?

RANA.

Cierta opilacion que tengo
Fué la causa.

PARRADO.

¿Cómo así?

RANA.

Hanme dado por remedio
Que haga ejercicio, y que riña
Para tomar el acero.

PARRADO.

Sígame.

RANA.

¿Dónde me lleva?

PARRADO.

Al campo.

RANA.

Voy al momento
A prevenir la merienda.

PARRADO.

Yo solo á reñir le llevo.

RANA.

Es que ando buscando trazas
Para matarle con tiento,
Y ha de ser con un bocado.

PARRADO.

Gracioso está. Saque presto
La espada, y tire á matarme.

RANA.

¿Usted piensa que es buñuelo?
Espere.— Segun me dijo
Mi mujer, he de entrar recto,
Y he de echalle cierto atajo...

PARRADO.

Pues ¿agora mira en eso?

RANA.

Yo siempre en los desafios
Ninguna cólera tengo.
(*Ap.* Este es gallina: probar
A ser yo valiente quiero.)
Ya en efecto he de reñir.

PARRADO.

¿Qué aguarda? Riña al momento.

RANA.

Pues tome ese pantuflazo.

(*Riñen.*)

PARRADO.

Hombre, détente. ¿Qué es esto?
¿Tú eres Juan Rana?

RANA.

No soy
Sino un diablo del infierno.

PARRADO.

¡Aquí de Dios, que me matan!

Salen ALGUACILES.

UN ALGUACIL.

La justicia. ¿Qué es aquesto?

RANA.

Hé reñido con cien hombres:
Los noventa y nueve huyeron,
Y á este con la zambullida
Uñas abajo le he muerto.

ALGUACIL.

¿Cómo, si está vivo?

RANA.

Habrá
Resucitado de miedo.

ALGUACIL.

Venga á la cárcel al punto.
¿De cuándo acá ha dado en eso?

RANA.

Aquesto de valentía
Por línia recta lo tengo.

ALGUACILES.

Preso venga.

RANA.

¡Que me prenden!

Salen GILA Y MÚSICOS.

GILA.

De mi esposo son los ecos.
¿Qué es esto, marido mio?

RANA.

¿Ya no lo miras? Voy preso.

GILA.

¿Por qué?

RANA.

Porque so valiente.

GILA.

Señores, si vale el ruego,
Dejadle; que es mi marido.

ALGUACIL.

Ahora bien, por vos le dejo.

PARRADO.

Ea pues, acabe en baile
Lo que empezó en prendimiento.

GILA. (*Canta.*)

Por valiente, á Juan Rana
Prenderle quieren:
Eso es lo que se saca
De ser valientes.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Ya es valiente Juan Rana:
Ténganle miedo
Para cuando las ranas
Tuvieren pelo.

———

LAS CARNESTOLENDAS.

PERSONAS.

UN VEJETE.
RUFINA.
MARÍA.
LUISA.
EL GRACIOSO.
EL REY QUE RABIÓ.
UN HOMBRE AL REVES.
MÚSICOS.— DAMAS.

Sala.

Dentro EL VEJETE, RUFINA, MARÍA Y LUISA.

VEJETE.
¡Rufinica, Rufina, Rufinilla!

RUFINA.
¡Hay tal rufinear! ¡tal taravilla!
¿Llamas, padre?

VEJETE.
En tu cuerpo, respondona.

RUFINA.
¿Qué ménos? digo [1].

VEJETE.
Quémente, bribona.
¿Adónde estás, exenta?

RUFINA.
En esta sala.

VEJETE.
Venid: dadme la capa, noramala.

RUFINA.
Para vuesamerced ahí está puesta.

VEJETE.
¡Descarada respuesta!
¿Pullas me echais? Pedrada...
(*Salen las tres tras del Viejo.*)

RUFINA.
Ahí, señor, está: no hay decir nada.

MARÍA.
¡Padrecito del alma, lindo, hermoso!...

LUISA.
¡Amo, galan de cuerpo y talle airoso!...

RUFINA.
¡Padrecito, almacen de navidades!...

LUISA.
¡Inventor del *magüera* y el *sepades!*...

MARÍA.
Así tus años, que son cuatro veintes...

RUFINA.
En Tetüan los cuentes...

MARÍA.
Pues cosquilloso el tiempo nos convida
De las carnestolendas, por tu vida,
Que nos dejes hacer una comedia.

VEJETE.
¡Miren pues qué Riquelme ni qué Heredia
Para representar! Mejor sería
Gastar la noche y dia
En hacer su labor.

LUISA.
¡Lindo regalo!

RUFINA.
Escupa, padre; que ha mentado el malo.
Vaya arredro patillas.
La labor deste tiempo es casadillas.

VEJETE.
¿Yo gastar en comedias mi dinero?
Para comprarlos de comer lo quiero.

[1] *Quemen-os*, quiere decir la tal niña, segun lo entiende su padre.

MARÍA.
Si licencia nos das que la estudiemos,
A comedia, pan y agua ayunarémos.

VEJETE.
¡Oh loco tiempo de carnestolendas,
Diluvio universal de las meriendas,
Feria de casadillas y roscones,
Vida breve de pavos y capones,
Y hojaldres, que al doctor le dan ganancia,
Con masa cruda y con manteca rancia!
Pues ¿qué es ver derretidos los mancebos
Gastar su dinerillo en tirar huevos?...

LUISA.
En eso su locura manifiestan;
Que mejor es tirarnos lo que cuestan.

RUFINA.
¡Y cómo! Veinte huevos azâreños
Les cuestan veinte reales á sus dueños:
Tíranmelos, y máncharme un vestido:
Quedo yo triste y el galan corrido,
Sin alzar mas cabeza en todo el dia.

MARÍA.
Pues ¿cuál querré yo mas, por vida mia?
¿Estas galanterías criminales,
O en dineros civiles veinte reales?

RUFINA. (*Ap. á Luisa.*)
Luisa, ahora es tiempo de lograr mi traza.

LUISA.
Yo voy, y á tu galan clavo esta maza. (*Vase.*)

RUFINA.
Mucho que temer hay estas contiendas.

VEJETE.
No hay quien no tema en las carnestolendas.
El capon teme muerte supitaña,
El gallo ser corrido en la campaña,
El perro, de la maza el desconcierto,
La dama, de que el perro sea muerto,
Las estopas, de verse chamuscadas,
Las vejigas, de estar aporreadas,
La sarten, si su tizne alguno pringa,
El agua, que la sorba la jeringa,
El salvado, de andar siempre pisado,
Siendo á un tiempo salvado y condenado.
Cercan á nuestras ganas estos dias
Ejércitos de mil pastelerías;
Y tal hambre en el cerco padecemos,
Que hasta las herraduras nos comemos.

MARÍA.
Mas todo, padrecito, se remedia...

VEJETE.
¿Con qué, hijitas rollonas?

LAS DOS.
Con comedia.

RUFINA.
De otro entretenimiento no gustamos.

LAS DOS.
Comedia, como iglesia, nos llamamos.

Sale EL GRACIOSO, *con maza, tras* LUISA, *que se esconde detras de* RUFINA.

GRACIOSO.
¡A mi maza!

LUISA.
¡Socorro!

GRACIOSO.

¡Picarona!...
¡Tu á mí, convaleciente de fregona,
Que sin valer dos babas,
Hoy te enmoñas, y ayer fregonizabas!
¡Vive Dios, si no fuera (*Ap. á ella.* No te espante.)
Porque no tengo cólera bastante,
Que un disparate hiciera,
Y con saber las calles me perdiera!
¡Yo con maza! ¿Soy mona? ¡A mí mamola!
¿Tan despegado soy que me echais cola?
¡A mí cola! ¿He perdido alguna cátedra?
¿Soy escabeche, que vendido á solas,
Por un cuartillo mas es todo colas?

RUFINA.

¿Pues qué le han hecho? Diga.

GRACIOSO.

Estregadera
De cuantos barros hay en Talavera.
¡Hacer pulpo á un cristiano!

RUFINA.

A los cristianos
De cuando en cuando los querria paganos.

GRACIOSO.

¡Paganos! ¿Qué decis?

RUFINA.

Sois tonto, amigo;
Que no paganos, páganos, os digo.

GRACIOSO.

Beso tus piés; que rabio por besallos,
Por ver si las deidades crian callos.

VEJETE.

Señor, perdone usted á aquesta moza;
Que este tiempo en el cuerpo las retoza,
Y váyase con Dios. Cerrad aquí, ¡hola!
Que no quiero pendencias por la cola;
Y yo voy, pues con eso se remedia,
A buscar quien os haga una comedia.

GRACIOSO.

¿Comedia ha dicho? Pues ¿no hablarais ántes?
Comedia le daré y representantes,
Toda gente muy diestra.

VEJETE.

¿Búrlase vuesarced?

GRACIOSO.

Oiga la muestra.

VEJETE.

Tráiganle de almorzar; que darle quiero
Con que corte la cólera primero.
(*Vase Luisa.*)

GRACIOSO.

Primero, y aunque esté representando,
Comeré, y beberé de cuando en cuando;
Que soy hombre, por Dios, de digo y hago.
Tan presto represento como trago.

Sale LUISA, *con un plato con algo de comer y un jarro de vino.*

LUISA.

Aquí tiene usasted un desayuno.

GRACIOSO.

Poca cosa; mas basta para uno. (*Come aprisa y bebe.*)

MARÍA.

¡Ay cuál zampa! ¡Jesus! ¿Qué hambre es esta?

LUISA.

Parece que lo come por apuesta.

VEJETE.

Hombre, ¿comes, ó engulles?

GRACIOSO.

¡Lindo chasco!
Pocas cosas, señor, nunca las masco.

MARÍA.

¿Niño se le hace el jarro?

VEJETE.

Darle un pozo.

RUFINA

¡Qué bien que ensarta aljófares el mozo!

LUISA.

¡Los tragazos que echa! ¡Jesucristo!

GRACIOSO.

Pues lleve el diablo el que en mi boca he visto.
¡Ah, sí! que me olvidaba de decillo:
Vustedes ¿no querrán un bocadillo?

VEJETE.

¿Falta mas que comer?

GRACIOSO.

Nada me sobra.
Salga Prado, y empiece aquesta obra.
Seca está la boca: quiero
Echar una rociada;
Que entre col y col lechuga,
Dice un adagio en España.
(*Bebe, y remeda á Prado con una décima ó soneto.*)

VEJETE.

Lindamente le remeda.

MARÍA.

¡Muy bien!

RUFINA.

¡Muy bien! En mi alma,
Que le ha hurtado voz y acciones.

MARÍA.

A Prado le harán gran falta.

GRACIOSO.

(*Pónese una barbilla y gorra chata.*)

Sale un vejete arrugado,
Con barbilla y gorra chata,
Tan temblona la cabeza
Como papanduja el habla,
Y dice á dos hijas suyas: (*Remeda al Vejete.*)
«Por san Lésmes, por la lanza
De Longinos, que esta fiesta
Las retoza á las muchachas
En el cuerpo, y de cosquillas
Se concome la criada.»

VEJETE.

Esa habla es muy escura.

GRACIOSO.

¿Tiénela vusté mas clara?
La garganta tengo enjuta:
Rociemos la garganta. (*Bebe.*)

RUFINA.

No sé yo de qué está seca,
Estando tan bien regada.

GRACIOSO.

(*Pónese mascarilla negra y bonete colorado.*)

Agora sale el negrillo
Requebrando aquestas damas
Con su cara de morcilla
Y su bonete de grana.— (*Remeda á un negro.*)
¿Quelémole vuesancé,
Luica, Malia y Ruñana,
Que le demo colacione?
Que aquí la traemo gualdada,
Mucha de la ca-camueza,
Mucha de la ca-castaña.

RUFINA.

Yo por mi parte no quiero
Frutas tan cacareadas.

GRACIOSO.

(*Toma la espada por el hombro, y el jarro en la mano, bebiendo á menudo.*)

Agora sale un ñiñon

O tudesco de la guarda,
Hablando mucho y aprisa;
Y sin pronunciar palabra,
Con su tizona en la cinta
Y en el jarro la colada,
Dice echando treinta votos,
Como quien no dice nada...—

(Habla lo que quisiere á lo tudesco, y bebe; y luego hace que está borracho.)

¡Jesus! ¡qué buchorno! Quiten
Dese brasero las ascuas.
¿Dónde van tantas linternas?
¿No miraras cómo pasas,
Judigüelo, hijo de puta?
Por Cristo, si no mirara
Que eres clérigo...

VEJETE.

¿Yo clérigo?

GRACIOSO.

Sí, clérigo tú y tu alma;
¿A mí zancadilla? ¡Oh perro!
¡Qué donosa zangamanga,
Que paguen los tristes piés
Lo que la testa es culpada!.
Allá va: cómante lobos.
Vaya un sueñecillo, vaya.
Pero téngole lijero:
No hagan ruido, camaradas. *(Échase á dormir.)*

RUFINA.

Padre, cayó el pecador.

VEJETE.

Pues miéntras que se levanta,
Voy por un esportillero
Que á su casa guie la danza;
Que en esto viene á parar
El que de beber no pára.

(Vase, y levántase el Gracioso y habla en juicio.)

GRACIOSO.

¿Fuése el Viejo?

RUFINA.

Ya se fué.

GRACIOSO.

¡Lo que me cuestas, ingrata!

RUFINA.

Más me cuestas tú, pues pierdo
Por ti mi hacienda y mi casa.

LUISA.

¿No miran que vendrá el Viejo?
Váyanse ya: ¿qué se tardan?

RUFINA.

¿Y el dinero?

MARÍA.

Va en la bolsa.

GRACIOSO.

¿Y las joyas?

LUISA.

En la manga.

Vanse, y sale EL VEJETE.

VEJETE.

No se halla un esportillero
Por un ojo de la cara.
¡Mariquita!... Tararira.
¡Rufinica!... Zarabanda.
¿Y Luisica?... A esotra puerta.
¡Aun peor está que estaba!
¿Y mis joyas? *Volaverunt.*
¡Oh comedor de mis arcas!
Que me robes á mis hijas,
Vaya con el diablo, vaya;
Que eran prendas que comian;
Mas ¡mis joyas! Arre, parda;
Que estas cosas son del tiempo
Del rey que rabió en España.

Sale UNO *con una corona de* REY, *y una mano de mortero por cetro.*

REY. *(Cantando como mojiganga.)*

Yo soy el Rey que rabió.
Si tu hija te dejó,
Su trabajo le costó
Y sus tragos al pobrete.
¿Qué los quieres? Anda, véte,
Déjalos, avariento vejete.

(Repiten estos dos versos, y bailan los dos.)

VEJETE.

¡Vive Dios, que el sonecillo
Hará bailar una tabla!
Pero no se lo ha de haber
Allá con sus pollos Marta.

Sale RUFINA, *con sombrerete y mantellina, y una banastilla, y toca arrebozada.*

RUFINA. *(Cantando.)*

Yo soy Marta con sus pollos.
Librame destos escollos;
Que yo te daré pimpollos
Que te vuelvan mozalbete.
¿Qué nos quieres? Anda, véte,
Déjanos, avariento vejete.

VEJETE.

Despues que nací, no he visto
Hija tan desvergonzada.
Perico el de los Palotes
No viniera mas de chanza.

Sale EL GRACIOSO *con una sotanilla sembrada de palillos de randas y palos de tambor.*

GRACIOSO. *(Cantando.)*

Perico el de los Palotes
Soy yo: no te me alborotes,
Porque de dos capirotes
Serás de mis piés tapete.
¿Qué nos quieres? etc.

VEJETE.

¿Qué antiguallas son aquestas?
¿Qué es esto que por mí pasa?
Parece que estoy en el
Tiempo de Maricastaña.

Sale LUISA *con toca de viuda, y sombrerete y sayas enfaldadas, y con rueca hilando.*

LUISA. *(Cantando.)*

Ves aquí á Maricástaña:
Y si metes mas cizaña,
Como tuerzo esta maraña,
El pasapan torceréte.
¿Qué los quieres? etc.

VEJETE.

Al reves anda ya el mundo.
Por San Dimas, que no falta
Sino andar de hombres las hembras,
Y los hombres con enaguas.

Sale UN HOMBRE, *la mitad de mujer y la otra mitad de hombre, puesto al reves y andando hácia atras.*

HOMBRE. *(Cantando.)*

Ves aquí un Hombre al reves,
Que sirvo en este entremes
De la cabeza á los piés
A los novios de sainete.
¿Qué los quieres? etc.

VEJETE.

Todas las sombras me siguen;
Solo falta la fantasma
De la Dama Quintañona...
—Mas héla aquí, no hace falta.

Sale MARÍA *con gorra chata, cuellecito y ropa antigua, basquiña vieja y escurrida.*

MARÍA.

Esta Dama Quintañona,
Ni se afeita ni se entona;
Pero sirve de patrona
A quien este ruido mete.
¿Que los quieres? etc.

VEJETE.

Por Jesucristo, que temo
Que todos salgan con cañas,
Y me tiren como á gallo.
Dicho y hecho. ¡Santa Eufrasia!

Salen MÚSICOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Al Vejete, que ya de Cupido
No le ofenden y abrasan las llamas,
Uchoó, que le corran las damas;
Uchoó, que vaya corrido.

VEJETE.

Ya yo pasé mi carrera.
¿Adónde quieren que corra,
Si se ha metido de gorra
El novio en la madriguera?

TODOS.

¿Luego amor nunca te ha herido?

VEJETE.

Eso es andar por las ramas.

TODOS.

Uchoó, que le corran las damas, etc.

(*Salen damas con cañas y banderillas de papel, coronas y capotillos pintados, como muchachos que van á los gallos, y con varios instrumentos de la pandorga. Tocan, cantan y bailan.*)

LA PLAZUELA DE SANTA CRUZ.

PERSONAS.

DON GIL.
UN HERBOLARIO.
UN ESPADERO.
UN LIBRERO.
UN HOMBRE.
UNA FRUTERA.
UNA ENTREMETIDA.
UNA QUE VENDE PRENDAS.
UNO QUE SACA MANCHAS.
CUATRO PRESOS.

Calle.

Salen DON GIL Y UN HOMBRE.

HOMBRE.

¿Adónde vais tan de mañana?

DON GIL.

Amigo,
Voy hácia Santa Cruz.

HOMBRE.

Dios me es testigo
Que no he visto hombre que madrugue tanto.

DON GIL.

Yo si le he visto.

HOMBRE.

¿Vos? Mucho me espanto.
Mas, quién es, saber quiero.

DON GIL.

¡Que no lo echeis de ver! Vos, majadero;
Que si tanto no hubierais madrugado,
Fuera imposible haberme aqui encontrado.

HOMBRE.

Teneis razon. Mas á ir allá ¿qué os mueve?

DON GIL.

Tengo en la cárcel un negocio leve
Sobre el averiguar cierto disgusto:
Y mas, que para mí no hay mayor gusto
Que entre cuantos allí ponen sus tiendas
Ver cada dia cuatro mil contiendas.
Y pues hácia allá vais, no es conveniente
Referiros el número de gente,
Que á todos causa regocijo y risa.

HOMBRE.

Yo lo veré. Venid; que estoy de prisa.
(*Vanse.*)

Plazuela de Santa Cruz, con vista de la cárcel de Corte.

FRUTERA, *dentro.*

Sácame aquesta tienda. ¿Te haces ganga?
Servir ó no servir, ¿es mojiganga?

UNO. (*Dentro.*)

Aquí está ya, señora: no deis voces.

FRUTERA. (*Dentro.*)

Calla; que te daré cuatro mil coces.

PRENDERA, *dentro.*

Desátame esos líos.

FRUTERA. (*Dentro.*)

Pon el peso.

HERBOLARIO, *dentro.*

Llega acá esa banasta. ¡Pierdo el seso!

FRUTERA. (*Dentro.*)

Ten ese garabato, impertinente.

SACAMANCHAS, *dentro.*

Ya por las calles anda mucha gente.

Salen TODOS *con sus tiendas y mesas.*

LIBRERO.

Pues á vender; y sin hacer extremos,
Para ver si hay quien compre, pregonemos.
(*Los que supieren cantar, lo canten, y si no, represéntenlo.*)

FRUTERA.

Por fea y vender camuesas,
Serpiente todos me llaman,
Y por ser propio de sierpes
Engañar con las manzanas.

SACAMANCHAS.

Yo confieso que en mi oficio
Se encierra virtud muy rara;
Pues ya que no quita culpas,
Por lo ménos saca manchas.

PRENDERA.

Yo salgo aquí á vender prendas,
Y hallo en eso mi ganancia,
Porque en llegando á venderse,
Ya están todas rematadas.

HERBOLARIO.

Herbolario soy, señores;
Y todos de mí se cansan,
Por ver que soy de la hoja
Y ando siempre por las ramas.

ESPADERO.

A comprar espadas vengan,
Pues que son como las damas,

Que todas parecen bien
En estando acicaladas.

LIBRERO.

Yo soy librero, señores,
Oficio de virtud rara;
Porque todos los libreros
Siempre se inclinan á estampas.
(*Pregonan.*)

SACAMANCHAS.

Vengan á sacar manchas.

FRUTERA.

Ea, chiquillos,
A ocho doy camuesas.

LIBRERO.

Cómprenme libros.

PRENDERA.

Vayan viniendo todos
A comprar prendas.

HERBOLARIO.

Mis raices son muebles:
¿Quién me los lleva?

Sale LA ENTREMETIDA, *que es la Graciosa.*

ENTREMETIDA. (*Canta.*)

Con dos espadas tienen,
Si hay quien las compre,
Puños, vueltas y puntas
Y guarniciones.

Sale DON GIL.

DON GIL.

Vive Dios, que cuanto hubiere
Hoy he de concertar...

FRUTERA.

Calla;
Que no es este mala pieza.

ENTREMETIDA.

¿Que no haya quien compre nada,
Para entrar yo en el concierto
Por un lado? ¡Cosa rara!
Amigas, no pienso que hoy
Partirémos la ganancia.

PRENDERA. (*Á Don Gil.*)

¿Qué busca vusté?

DON GIL.

Pistolas
Quiero ver.
(*Tómalas, y en viéndolas las deja.*)

ENTREMETIDA.

Son muy bizarras.

DON GIL.

¿Cuánto valen?

PRENDERA.

Ocho escudos.

ENTREMETIDA.

Cierto que son bien baratas.
No se ha de ir vusté sin ellas.

DON GIL.

Sí haré tal.

ENTREMETIDA.

Ha de llevarlas.

DON GIL.

Yo no quiero.

ENTREMETIDA.

Yo sí quiero.

DON GIL.

Yo no, porque no es ganancia
Estar yo sin un sustento
Con dos bocas mas en casa.

ENTREMETIDA.

Pues férieme este brasero.

DON GIL.

Eso de muy buena gana. (*Llega al puesto.*)

ENTREMETIDA.

Ve aquí usted caja y bacía.
(*Saca una cajuela tiznada, y dásela.*)
(*Ap.* El me pagará la maula
Con seguirle.)

PRENDERA.

Digo, amigas:
El Jinoves no es muy rana.

TODAS.

No.

DON GIL. (*Llega al puesto de la Frutera.*)

Déme destas camuesas
Cuatro libras... y esas malas
No las eche.

FRUTERA.

Norabuena.
¿Adónde han de ir?

DON GIL.

En la capa.

ENTREMETIDA.

Lo que es camuesas mejores
No han de venir á la plaza:
Sin escrúpulo se pueden
Llevar.

DON GIL.

Mujer, ¿eres maza?
Ya no las quiero.

ENTREMETIDA.

¿Por qué,
Si comprándolas estaba?

DON GIL.

Porque no habia reparado
Que era esta fruta vedada. (*Va al Herbolario.*)

FRUTERA.

Vuelva otra vez á hacer burla.
¿Oye, seo gallina?

ENTREMETIDA.

Calla.
No parece que he salido
Hoy con tan buen pié de casa
Como otras veces... Mas ya
Con un herbolario habla.

DON GIL.

¿Tiene usté flor de tomillo?

HERBOLARIO.

Sí, señor.

DON GIL.

¿Y flor de malva?

HERBOLARIO.

Tambien.

DON GIL.

¿Y flor de romero?

HERBOLARIO.

Sí, señor: ¿qué es lo que manda?

DON GIL.

Que pues tiene tantas flores,
Se junte con esta dama.

HERBOLARIO.

¿Pues conmigo que las vendo,
Gasta el zamarrilla chanzas?

FRUTERA. (*Pregonando.*)

A ocho, á ocho camuesas.

LIBRERO.

¡Que no haya vendido nada!

SACAMANCHAS.

Hacen falta los terceros.

PRENDERA.

Los cuartos hacen mas falta.

ENTREMETIDA. (*Ap.*)

Yo tengo de perseguirle.

DON GIL.

(*Ap.* Yo tengo de atormentarla.)
Una espadita de lomo
Quisiera, no muy cargada.

ESPADERO.

¿Pide usted espada ó carne?

DON GIL.

¡Por Dios, que es hombre de chanzas!

ESPADERO.

Ve aquí una harto famosa.

DON GIL. (*Tómala y mírala.*)

Sí; mas no está bien sacada.

ESPADERO.

Mire usté que es de las viejas.

DON GIL.

La guarnicion lo declara.

ESPADERO.

¿En qué?

DON GIL.

En ser propio de viejas
El estar avellanadas.
Mas ¿es vaina abierta? Diga.

ESPADERO.

No: ¿por qué lo preguntaba?

DON GIL.

Porque si la traigo abierta,
Se verá luego tomada.

ENTREMETIDA.

Cómprela; que no ha de hallar
Otra tan buena y barata.

DON GIL.

Ya no quiero.

ENTREMETIDA.

Yo sí quiero.

DON GIL.

¡Hay mujer mas porfiada!

ENTREMETIDA.

Pues ¿por qué se ha de ir sin ella?

DON GIL.

Porque no quiero comprarla.

ENTREMETIDA.

Pues ¿por qué?

DON GIL.

Porque se queda,
Y yo me voy.— Camarada,
(*Deja la espada, y vase al puesto del Sacamanchas.*)
¿Óyeme?

SACAMANCHAS

¿Qué es lo que dice?

DON GIL.

¿Quiere sacarme una mancha?

SACAMANCHAS.

¿Adónde está?

DON GIL.

¿No la ve?

SACAMANCHAS.

Yo no la veo en la capa
Ni en la ropilla.

DON GIL.

Tenéos;
Que no es esa.

SACAMANCHAS.

¡Cosa rara!
¿Pues cuál?

DON GIL.

La desta mujer,
Que me ha vendido hasta el alma.

SACAMANCHAS.

Esa, aunque usté eche la hiel,
No quedará bien sacada.

ENTREMETIDA.

Pues ¿cómo me trata así,
Diga, señor limpia-capas?

SACAMANCHAS.

Si yo de limpiarlas vivo,
Otros comen de cortarlas.

PRENDERA.

Gran gusto es ver á los dos.
En seguirle está empeñada.

DON GIL. (*Al Librero.*)

¿Tendrá usted un libro bueno?

LIBRERO.

Sí. ¿De qué ha de ser?

DON GIL.

De chanzas.

LIBRERO.

Ahí hay infinitos cuerpos
De papel.
(*Tómalos Don Gil, y vuélvelos á dejar.*)

DON GIL.

No valdrán nada;
Porque cuerpos de papel
Tendrán de trapo las almas.

Vanse todos, y quédanse DON GIL Y LA ENTREMETIDA *en el tablado; y en lo bajo de él asoman dos hombres en cada ventana de la cárcel, con sombrerillos en unas cañas, pidiendo limosna, como* PRESOS, *y jugando al mismo tiempo.*

PRESOS.

Dén todos á aquestos pobres
Encarcelados.

ENTREMETIDA.

¡Santa Ana!
¿De dónde salió esta voz?

DON GIL.

Pues ya que en todo se halla,
Vaya en aquel sombrerillo
A meter gorra.

ENTREMETIDA.

¿Yo? Guarda.
¿No ve que estos son ladrones?

DON GIL.

¿En qué lo ha visto?

ENTREMETIDA.

En las cañas
De pescar.

PRESO 1.°

A estos pobres
Encarcelados... (*Ap. á otro preso.* ¿Qué páras?)

PRESO 2.°

Dé todo el mundo limosna.—
Dos cuartos. Alza la taba.

PRESO 3.°

A cuarto y cuarto y terceras.

PRESO 4.°

Duélales nuestra desgracia.

PRESO 3.°

Una, dos, tres: aquí llamo.

PRESO 4.°

Cuatro, cinco... Anda; que encaja.—
Dén limosna á aquestos pobres.—
Seis, siete, ocho.

PRESO 3.°

¡Mal haya
La pinta!—Dénnos limosna.

PRESO 2.°

Voyla, porque está rascada
Esta taba, y yo no pago.

PRESO 3.°

A cuarto y cuarto.

PRESO 4.°

Baraja;
Que es encuentro. A tres y tres,
Y lo que cayere en cuarta.

ENTREMETIDA.

Jugando están el dinero.
¿Quién vió cosa mas extraña?

Sale EL HOMBRE.

HOMBRE.

Pues Don Gil, ¿cómo tan solo?
Viendo lo poco que falta
Para las carnestolendas,
¿No prevenis mojiganga?

DON GIL.

A eso vine á la corte.

ENTREMETIDA.

Pues porque á su tierra vaya
Con alguna cosa nueva,
Le cantaré una tonada
Al son deste panderillo.

DON GIL.

Si es nueva, será bizarra
Para mi lugar.

ENTREMETIDA.

Escuche,
Porque va de arenga.

Salen TODOS.

FRUTERA.

Vaya;
Que todos ayudarémos
A bailar lo que tú cantas.

ENTREMETIDA

Una tonada nueva,
Niña, te traigo,
(Corriendo, volando por el aire)
Que si caigo con ella,
La descalabro.

TODOS. (*Repiten.*)

Corriendo, volandito, volando.

ENTREMETIDA.

Dale, que dale;
Que si el aire lo quiso,
Páguelo el aire.

TODOS.

Corriendo, volando por el aire.

ENTREMETIDA.

Si estas chanzas os gustan,
Que vaya el baile...

TODOS.

Corriendo, etc.

ENTREMETIDA.

Vaya, vayá, que vaya,
Vaya, que venga:
Repicad bien, muchachas,
Las castanetas.

TODOS.

Corriendo, volando, etc.

LA FRANCHOTA[1].

PERSONAS.

UNA FRANCHOTA. | TARAVILLA, *escribano.* | UN ALCALDE. | FRANCHOTES.

Calle.

Salen EL ALCALDE Y EL ESCRIBANO.

ESCRIBANO.

Señor Alcalde...

ALCALDE.

Hombre, ¿qué me quieres?

ESCRIBANO.

Quiérole mas que al oro las mujeres.
Señor Alcalde...

ALCALDE.

¿Qué me quieres, hombre?

ESCRIBANO.

Quiérole mas que título á su nombre.
Señor Alcalde...

ALCALDE.

¿Qué me quieres? Dilo.

ESCRIBANO.

Quiérole mas que crítico á su estilo.
Señor Alcalde...

ALCALDE.

¿Qué quieres? que me aguas.

ESCRIBANO.

Quiérole mas que dama á sus enaguas.
Señor Alcalde...

ALCALDE.

¡Al buen Jesus pluguiera
Que á ser alcalde nunca yo viniera,
Pues que pudo sin mí pasar la villa!
¡Así pasara yo sin Taravilla!
Y porque de pasearme
Dejes ya, juro á Dios que he de sentarme,
Aunque sea en el suelo.

ESCRIBANO.

Quédese usted con Dios.

ALCALDE.

Guárdeos el cielo.
Pero volved acá: ¿para qué ha sido
Lo que me habeis corrido y recorrido?

ESCRIBANO.

Vine á sacarle hoy de un gran cuidado.

ALCALDE.

¿Por qué no me sacais?

ESCRIBANO.

Se me ha olvidado.

ALCALDE.

¡Hay casos semejantes!
¿Pues no se os olvidara un poco ántes,
Y no despues que me teneis molido?

ESCRIBANO.

¡Ah, sí! ¡Válgame Dios! Ya sé que ha sido.
Señor Alcalde...

ALCALDE.

Mira que me caigo.
Acaba ya.

ESCRIBANO.

Es un soplo que le traigo
De una prision muy rara.

ALCALDE.

Y el soplo ¿es á traicion, ó cara á cara?

ESCRIBANO.

No seais mentecato.

[1] Se halla en el librito en octavo titulado *Ramillete de sainetes escogidos de los mejores ingenios de España.* Zaragoza, por Diego Dormer, año de 1672.

ALCALDE.

Decid: ¿y lo olerémos de aquí á un rato?

ESCRIBANO.

Al lugar ha venido,
Sin saber quién ha sido,
Una tropa de hombres y mujeres.

ALCALDE.

Pues bien, ¿qué importa? Hombre, ¿qué me quieres?
¿Será bien que interrompa
Un alcalde que jueguen á la trompa?

ESCRIBANO.

Hay muchas opiniones
De que estos son grandísimos ladrones;
Pues ni ellos son ingleses,
Ni alemanes, ni turcos, ni irlandeses,
Ni esgüízaros, ni medos ni romanos,
Ni cantones, ni persas, ni italianos,
Ni se les sabe patria, estado ó nombre.

ALCALDE.

Pues tanto que mijór. Déjame, hombre.

ESCRIBANO.

Importa mucho...

ALCALDE.

¿Qué?

ESCRIBANO.

Reconocellos,
Y saber luego dellos
Quién son, y dónde van, y cómo y cuándo;
Que no es bien que cantando
Anden por el lugar con tanta nota
Una lengua franchota,
En que tales gabachos
Piden limosna, y llámannos borrachos.

ALCALDE.

¿Eso pasa? Pues vamos luego al punto
A saber todo junto
Quién son, y dónde van, y cuándo y cómo:
Verán si Alcalde só de tomo y tomo.

ESCRIBANO.

Hélos aquí, que vienen ya cantando.

ALCALDE.

Mas parece que vienen rebuznando.

Salen LA FRANCHOTA Y FRANCHOTES, *cantando.*

FRANCHOTES.

Si ya me vach en Fransa, la sopa de Xesú,
Si yo me vach en Fransa, no tornaré ma piú.

ESCRIBANO.

Llegad ya.

ALCALDE.

Sí haré; pero
Primero...

ESCRIBANO.

¿Qué? Decid.

ALCALDE.

Rogaros quiero
Que no me dén con algo.

ESCRIBANO.

Llegad: yo quedo aquí, que á todo salgo.

ALCALDE.

¡Ay qué bellaco encuentro!
¿Qué importa quedar vos, si yo me entro?

FRANCHOTES.

Si yo me vach en Fransa, la sopa de Xesú,
Si yo me vach en Fransa, no tornaré ma piú.

ESCRIBANO.

Llegad, llegad.

ALCALDE.

¡Jesus, y qué visiones!
Escribano, ¿entendeis estas canciones?

ESCRIBANO.

Yo no.

ALCALDE.

Yo sí.

ESCRIBANO.

Qué dicen, ver pretendo.

ALCALDE.

No sé qué dicen; pero bien lo entiendo.

ESCRIBANO.

Llegad ya.

ALCALDE.

¿Ya no llego?
—Mis señores chanflones, decí, os ruego,
Quién sois, y dónde vais, y cómo y cuando.
(*Ap.* ¡Lo que puede un alcalde pescudando!)

FRANCHOTA.

Yo os lo responderé por nostra xente,
Mio Alcaldo.

ALCALDE. (*Ap.*)

¡Ay, señores, ¡qué Franchota!
En el alma me bulle la chicota.
Turbar hiciera á Bártulo y á Baldo.
Con qué sal por *alcalde* dijo *alçaldo*!

FRANCHOTA.

Y yo, y los peregrinos compañeros
Andamos ura, pobres extranxeros,
Vedendo Monserratos é San Xaco.

ALCALDE. (*Al Escribano.*)

Vos me sois un grandísimo bellaco,
Pues decis que ladrones
Son; y van á rezar sus devociones,
Y sin ningun desgarro,
Monos herrados beben en un jarro.

FRANCHOTA.

¡Bene mio, mio cor!...

ALCALDE.

¡Ay, mentecato
De mí!

FRANCHOTA.

Vos sois mio cor asucarato.

ALCALDE.

Tan triste estó, que de contento lloro.
En fin ¿yo soy su carreton de coro?

FRANCHOTA.

¿Qué vulite di me?

ALCALDE.

Franchota hermosa,
¿Bollos de miel decis? ¡Qué linda cosa!

ESCRIBANO.

Preguntad de qué vive.

ALCALDE.

El diabro os tome:
¿No es preciso vivir de lo que come?
(*Ap.* Mas por volver á hablalla sin dar nota,
Se lo he de pescudar. ¡Ay qué Franchota!)
¿De qué vivís? Decid.

FRANCHOTA.

No entender niente.

ALCALDE.

¿Veis? ¿No lo dije yo? De untar el diente.
¿De qué pasais la vida?

FRANCHOTA.

¡Oh, bagatela!
De cantare cantiña tarantela.

ALCALDE. (*Al Escribano.*)

Sois un pícaro vos...

ESCRIBANO.

¿Qué os alborota?

ALCALDE.

En decir que es ladrona (*Ap.* ¡Ay qué Franchota!)

Tan vertuosa niña
De tarantola y cántaro con tiña.

FRANCHOTA.

¡Ay, que no me hay entiso!
Que no es aquiso, frate, sino aquiso.
(*Canta y baila.*) *Adote música y la tarantela,*
Desota la polé de la gonela.
Alomar y alomar,
Que salta tú, si vui saltar.
Alomar chico de Xoya,
Folla capucha cocucetona.

ALCALDE.

Basta; que la cabeza tengo rota.

FRANCHOTA.

Que esta es la tarantela.

ALCALDE. (*Ap.*)

¡Ay qué Franchota!

FRANCHOTA.

Sí vole useñoría
Cualque altra cousa de la vita mia,
Diga cualque parola.

ALCALDE.

¡Quién se vió en semejante carambola!
¿Qué me quieres decir?

FRANCHOTA.

Que aquesta dona
De la vostra persona
Esquiava es, esquiavuza y esquiavota,
Y esquiavaza tamben.

ALCALDE.

(*Ap.* ¡Ay qué Franchota!
Pero no ha de salirle muy de balde,
Porque ¿soy yo el Alcalde, ó no só Alcalde?)
¿Qué mas teneis que hacer en esta villa?

FRANCHOTA.

El lanturú.

ALCALDE. (*Al Escribano.*)

¿Qué es esto, Taravilla?

FRANCHOTA.

Sino me avite entiso,
El lanturú es aquiso.
(*Canta y baila.*) *Monsiur de la Valeta,*
¿Por qué me mata vú,
Si soy tan bon soldat
En guerra cuanto tú?
Lanturú, lanturú.

ALCALDE.

Yo he de morir, si dura esta chacota.
De aquí todos os id. (*Ap.* ¡Ay qué Franchota!)

FRANCHOTA.

Fuchite tuti, que aquisto Alcalde
Nos volite matar.

(*Vanse los franchotes.*)

ALCALDE.

Vos huis en balde.
Tenéos á la justicia;
Que no os ha de valer vuestra malicia.
Y vos id á seguillos, Taravilla:
Ninguno se nos vaya de la villa.

(*Vase el Escribano.*)

FRANCHOTA.

Core mio, mia vita, bene mio,
Déxame ir libre [1],
Si nacho culpa estó [2]
Empender si te gano pietá tota [3].
¡Oh mio siñor, pietá!

ALCALDE.

(*Ap.* ¡Ay qué Franchota!)
Aunque mas os remilgueis
Con franchotes arrumacos,
Vos no os habeis de ir de aquí;
Presa habeis de estar en tanto
Que yo entienda vuesa lengua,
Y que sepa cómo y cuándo.

FRANCHOTA.

¿Cómo qué? Alcalde, alcaldillo,
Alcaldote y alcaldazo,
Vos no sabeis quién yo soy,
Pues os atreveis á tanto.
No hagais que llame un franchote
De los que conmigo traigo,
Que sin qué, ni para qué
Os mate á coces y á palos.

Sale el ESCRIBANO.

ESCRIBANO.

Señor Alcalde, ya todos
Los franchotes han volado.

ALCALDE.

Pues vos pagaréis por todos. (*Dale.*)

FRANCHOTA.

¡Pietá, pietá, per Diu santo!

ALCALDE.

No hay pietá, porque no es bien
Me deis en tan breve espacio
En franchote los favores
Y agravios en castellano.

FRANCHOTA.

Pois si aquesto no volite,
Por el aire iré volando.

ALCALDE.

No harás; que primero yo
Te sabré tener del faldo,
Si aquí no me desenojas,
Haciendo un baile extremado.

FRANCHOTA.

Tenga; que yo lo haré así,
Pues ya salen á ayudarnos.

[1], [2], [3] Ni los versos constan, ni se entiende qué quiere decir el pasaje. Otro tanto sucede ántes en la cancion de la tarantela

MOJIGANGAS.

LOS FLATOS[1].

PERSONAS.

DOÑA BLASA. | DON GIL. | DOÑA ALOJA. | UN NEGRO. | UN BORRACHO.
DOÑA LÁZARA. | DON TRISTAN. | COQUERON. | UN MORO. | CRIADAS.—MÚSICOS.

Sala en casa de Doña Blasa.

Salen DOÑA BLASA, Y DOÑA LÁZARA, *con manto.*

DOÑA BLASA.

Doña Lázara, ¿cómo por mi casa
Te pasas sin hablar?

DOÑA LÁZARA.

¡Ay Doña Blasa!
Como me voy muriendo.

DOÑA BLASA.

Para sentir tu mal, oílle pretendo.

DOÑA LÁZARA.

Como lo que se usa no se excusa,
Y lo que hoy mas se usa
En las damas son flatos,
No usarlos yo me da muy malos ratos.

DOÑA BLASA.

¿Qué son flatos?

DOÑA LÁZARA.

Amiga,
Ni sé qué son, ni sé lo que te diga,
Porque solo sé dellos
Que no hay, para decirlo sin arenga,
Dama de garbo ya que no los tenga,
O muera por tenellos.
Si voy á ver á Doña Hermenegilda,
Flatos tiene, tambien Doña Casilda
Tiene flatos, y flatos Doña Eufrasia,
Doña Faustina y Doña Antonomasia:
Con que tambien á mí de los cabellos
Me trae colgada el ansia de tenellos.
Así, por no afligirte,
Me pasaba sin verte y sin oirte.
Y pues desesperada,
No me dejan de gusto para nada,
Quédate adios.

DOÑA BLASA.

El te consuele y guarde.
(*Vase Doña Lázara.*)
¿Qué uso es este que á mí llega tan tarde?
¿Flatos hay en el mundo, (¡oh ansias fieras!)
Y no he entrado yo en él de las primeras,
Siendo tan primorosos y tan bellos
Que Lázara se muere por tenellos,
Y otras tan presto dellos se previenen,
Antes que sepa yo qué señas tienen?
¿Si serán perendengues ó tirantes
Con falsedad de hipócritas diamantes,
O hábitos á manera de rasillas,
De escarlatines ó de lamparillas?
Mas no; que el campanil nombre de *flato*
Mas parece que mira hácia brocato.
Sin duda entre la alfalfa de otras telas,
Extranjero inventor de bagatelas
Este nombre les puso,
Siendo su voz la hueca de su huso,
Por darnos, con el lustre de que es flato,
En vez de piel de liebre piel de gato.
Mas sea lo que fuere, el dia que pasa
Por uso nuevo, yo...

Salen DON GIL Y DON TRISTAN.

DON GIL.

Mi Doña Blasa,
¡Gracias á Dios que amaneció tu aurora
Al corazon que idólatra te adora,
Para convalecencia
De las eternidades de tu ausencia!

DOÑA BLASA.

¡Buen afecto por cierto, y á buen hora,
Si no trujera el susodicho afeto
Forzado el consonante del conceto!

DON GIL.

¿Cómo forzado?

DOÑA BLASA.

Como lisonjero
Es, y no mas, afecto tan grosero,
Tan vil, tan miserable y tan mezquino,
Que tenga, poco fino,
A una dama sin flatos á esta hora,
Y la venga diciendo que la adora.

DON GIL.

¿Qué dices?

DOÑA BLASA.

Lo que digo.

DON GIL.

Mira...

DOÑA BLASA.

No hay que argüir aquí conmigo.

DON GIL.

Que flatos son...

DOÑA BLASA.

Ya sé qué son, ingrato.

DON GIL.

Desengañarte trato:
Una cosa...

DOÑA BLASA.

Muy mala
Vas á decir, sabiendo yo que es gala;
Y sea mala ó buena,
De su uso nuevo está la corte llena.
¿Es bueno que los tenga Doña Eufrasia,
Doña Tiburcia y Doña Antonomasia,
Y con Doña Casilda,
Doña Lorenza y Doña Hermenegilda,
Tanto que aun Lazarilla,
Que ayer era una moza de mantilla
Harta de fregar platos,
De envidia muera hoy por tener flatos;
Y mujer de mi porte
Esté sin ellos? ¿Qué dirá la corte
Si cae en ello?

DON GIL.

Advierte...

DOÑA BLASA.

No hay qué advierta.
O flatos, ó no entrar por esa puerta.

DON GIL.

¿Que, en fin?...

DOÑA BLASA.

Para enmendar sus malos tratos,
Sor Don Gil, ó no verme, ó traerme flatos. (*Vase.*)

[1] Copiada de un manuscrito que posee el Señor Don Aureliano Fernandez Guerra. No tiene título: al fin de la obra dice: *De Don Pedro Calderon.*

DON GIL.

¿Qué decís desto, Don Tristan amigo?

DON TRISTAN.

Con reirme dello, cuanto siento digo.
Mas ¿qué pensais hacer?

DON GIL.

Cortesanías
Son desempeño de las boberías.
Traedme de aquel vidriero
Una redoma, y luego al latonero
Que está en frente, tomadle...

DON TRISTAN.

¿Qué?

DON GIL.

Un embudo.

DON TRISTAN.

Yo voy á obedeceros, aunque dudo
A qué fin. (*Vase.*)

DON GIL.

No hay criado
Mejor que un comilon entreverado,
Con honores de amigo,
Que hace lo que le digo,
Y por cariño el ser mandado toma.

Sale DON TRISTAN.

DON TRISTAN.

Aquí está ya el embudo y la redoma.

DON GIL.

Tráelo contigo, y guia...

DON TRISTAN.

¿Adónde? Dime.

DON GIL.

A la botillería
Que esté mas cerca.
(*Vanse.*)

—

Botillería.

Salen DON GIL Y DON TRISTAN.

DON TRISTAN.

Poco hallarla cuesta;
Que la de maese Coqueron es esta,
Que haciendo de frialdades maravillas,
Inventó las primeras garrafillas.

DON GIL.

¡Señor maese Coqueron!

Sale COQUERON.

COQUERON.

¿Qué es lo que vosté lo manda?

DON GIL.

¿Tendrá usted á aquestas horas
Una garapiña helada
De chocolate?

COQUERON.

¡E qué bona!
De chocolat de Joan Jaca,
Fato en Madrit por un negra,
Que á puro sudar, le labra
Con tal forza, que le corre
En pringa sobre la masa
Cuanto bebe.

DON GIL.

Segun eso,
Tambien tendrá limonadas.

COQUERON.

¡E piú belas!... De agua é vin
E de altras frígidas aguas,
Sin auroras y sorbetes.

DON GIL.

Pues mande usted que me vayan
Echando en esta redoma
La garapiña, y de cuantas
Limonadas y bebidas
Tenga á estas horas en casa.

COQUERON.

¿Tuti junti?

DON GIL.

Tuti junti.

COQUERON.

¡Oh Dio mio!

DON GIL.

¿Qué os espanta?

COQUERON.

De no trovar para qué es
Tan farfanté mezcolanza.

DON GIL.

A usted ¿qué le va en saber
Para qué? Yo he de pagarla,
Con que...

DON TRISTAN. (*Ap. á Don Gil.*)

Mira que no traigo
Yo un cuarto.

DON GIL.

(*Ap. á Don Tristan.* Ni yo una blanca;
Mas no importa.) Porque quepa,
De todas echando vaya
Hasta un cuartillo.

COQUERON.

Me piache.
(*Ap.* Así he de ver en qué pára
Este galante capricho.)
¡Dona de las limonatas!
¡Dona de las garapiñas!

UNA CRIADA, *dentro.*

¿Qué nos quieres?

OTRA CRIADA, *dentro.*

¿Qué nos mandas?

COQUERON.

Que una y altra é todas juntas
Aquí con su ópera salgan,
Hasta que á este gentilhomo
Rebose la sua garrafa.

Sale LA CRIADA 1.ª *con una túnica de lienzo hasta los piés, de color de chocolate, pintada de jícaras, con una en la mano, cantando y bailando,* Y MÚSICOS.

CRIADA 1.ª

Yo, que garapiña soy
De las garapiñas, hoy
Obedeciéndote voy,
A pura sal desalada...
(*Llega á Don Tristan, que tendrá la redoma, y vierte en ella la jícara.*)

ELLA Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho
Que á calabriada
Pase la que habia
De ser mojiganga. (*Cruzado, y vase bailando.*)

Sale UN NEGRO, *en jaquetilla colorada, arremangados los brazos, con un paño como avantal y un jarro.*

NEGRO.

Yo que, como moledor,
Vino tinto es mi sudor,
Para que sepa mejor,
Lleno de grajea su masa...

ÉL Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho
Que á calabriada
Pase la que habia
De ser mojiganga.
(*Vueltas: echa en el embudo el vino, y vase.*)

Sale LA CRIADA 2.ª *con túnica morada, pintada de copas, y dos en las manos.*

CRIADA 2.ª

Yo, para enmendar tan ruines
Intentos, traigo á otros fines,
De violetas y jazmines
Una y otra limonada..
(*Cruzado.*)

ELLA Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho
Que á calabriada
Pase la que habia
De ser mojiganga. (*Vase.*)

DON GIL.

¿Cómo va, amigo?

DON TRISTAN.

Tomando
Ya va color la opilada.

Sale UN MORO *ridículo, con otra vasija.*

MORO.

Yo que estar el moro Hamete,
De mi africano sorbete
Llenar pienso hasta el gollete
La pícara redomada...
(*Vueltas.*)

ÉL Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho, etc. (*Vase.*)

Sale LA CRIADA 3.ª *con túnica blanca pintada de nubes.*

CRIADA 3.ª

De agua de canela y leche
De almendras, sin que aproveche
Su candor, á perder se eche
La aurora garapiñada...
(*Corro.*)

ELLA Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho, etc. (*Vase.*)

Sale UN BORRACHO, *con una bota.*

BORRACHO.

La limonada de vino
Sin agua hacer se previno,
Desde la taberna aguada.
(*Cruzados.*)

ÉL Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho, etc. (*Vase.*)

Sale LA CRIADA 4.ª *con la túnica pintada de aguas.*

CRIADA 4.ª

De guindas, limon y agraz
Aguas traigo, porque en paz
No haya riña en tal solaz,
Con la cólera cortada..
(*Vueltas en cruz.*)

ÉL Y MÚSICA.

Pues quiere el capricho
Que á calabriada
Pase la que habia
De ser mojiganga.

DON TRISTAN.

Ya en la redoma no cabe
Mas.

DON GIL.

Con ello en cas de Blasa.
(*Vase Don Tristan.*)
Señor maese Coqueron,
¿Qué debo?

COQUERON.

Les limonatas,
Les aguas, les guarapiñes,
Sorbetes, auroras... nada:
Chincouta reales es todo.

DON GIL.

Cincuenta, que son en plata
Dos de á ocho.— Dos de á ocho...
Dos de á ocho...

COQUERON.

¿Quí le falta?

DON GIL.

Pues yo con él entré aquí.—
Un bolsillo (¡hay tal infamia!)
Desta faltriquera. ¿Esto
Sustenta y tiene en su casa
Un Coqueron tan honrado,
Que es honor de su prosapia?

COQUERON.

¿Qué diches, homo?

DON GIL.

Que usted
Para que parezca haga
Diligencias con sus negros,
Sus moros y sus criadas,
O yo me iré á la justicia.

COQUERÓN.

Mis dos de otto, é luego vaya;
Mas ¿sin pagar, afufon?
¿Conmigo cháncharras máncharras?

DON GIL.

Espere un poco, y verá
Si lo son ó no. (*Vase.*)

COQUERON.

Mochachas,
Seguidle todas, seguidle;
Que se va sin pagar blanca. (*Vase.*)

VOCES, *dentro.*

Todos irémos tras él.

Sala en casa de Doña Blasa.

Salen DOÑA BLASA Y DOÑA LÁZARA.

DOÑA BLASA.

Lázara, ¿á qué vuelves?

DOÑA LÁZARA.

Blasa,
A ver si se me cayó
Un abanico en tu casa.

DOÑA BLASA.

No, porque yo no lo he visto;
Y aunque esa ha sido la causa,
Cuya pérdida me pesa,
Me huelgo que vuelto hayas,
Porque á Don Gil esperando
Estoy, que flatos me traiga.
¡Si vieras cómo le puse
Como un trapo, por la falta
De no habérmelos traido
Antes!

DOÑA LÁZARA.

No entiendo lo que hablas.
¿Flatos te ha de traer?

Sale DON GIL, *con la redoma.*

DON GIL.

Y tantos
Cuantos en Madrid se hallan.
Toma, Blasa de mi vida;
Toma, y de flatos te harta
Hasta que revientes. Mira
Lo que debes á mis ansias.
Aquí vienen todos juntos.

DOÑA BLASA.

¡En redoma!

DON GIL.

¿Qué te espanta?

Que si estas son las bebidas
Familiares de las damas,
¿Qué mucho, si familiares
Son, que en redoma las traiga?

VOCES, *dentro.*

En aquesta casa entró.

COQUERON, *dentro.*

Pois entrate en questa casa,
Sea cuya for.

Salen COQUERON, EL NEGRO, EL MORO Y CRIADAS.

DOÑA BLASA.

¿Qué es esto?
Pues ¿cómo así se quebrantan
Mis umbrales, sin mirar
El que son de Doña Blasa
De Catiborratos?

TODOS.

Como
Venimos tras quien hurtada
Nuestra hacienda trae.

DOÑA BLASA.

¿Quién es?
Cierra, Lázara, esa sala,
Y no entren mas; que hartos somos.

COQUERON.

Ese hurta-limonadas.—
Llegad y peladle todas.

DON GIL.

Llegad, líquida canalla,
Que á la primera he de dar
Un redomazo en la cara.

COQUERON.

¡Oh traidor! ¿Mi artillería
Me vuelves contra la plaza?

DOÑA ALOJA, *dentro.*

Abrid aquí.

UNOS.

¿Quién será?

OTROS.

¿Quién llega?

DOÑA BLASA.

¡Qué pena!

DOÑA LÁZARA.

¡Qué ansia!

DOÑA ALOJA. (*Dentro.*)

Abrid aquí, ó echaré
La puerta en tierra.

DOÑA BLASA. (*A Doña Lázara.*)

Quién llama,
Mira. ¡Oh si fuese justicia
Que esto estorbe!

DOÑA LÁZARA. (*Abriendo.*)

¿Quién con tanta
Furia llama?

Sale DOÑA ALOJA, *de vieja zaparrastrosa.*

DOÑA ALOJA.

Doña Aloja,
Que viene tras estas falsas,
Tan potables asesinas,
Que viven de lo que matan.
¿Cómo, aleves, cómo, habiendo
Desterrádos yo, picañas,
Osais salir á la calle?
¿El consentiros no basta
Que os vendan en las trastiendas,
A merced de puertas falsas?

COQUERON.

Agradezca, Doña Aloja,
El que respeto sus canas...

TODAS.

Y á todas el conocer
Que somos originarias
Del solar de su aguamiel...

DOÑA ALOJA.

Contrabandos de garganta
Y embustes de paladares,
No mi ancianidad me valga,
Sino mi báculo.—Y tú,
Daca esa redoma, daca;
Que á vista de todos quiero
Desengañar á las damas,
Cuando médica de flatos
Soy calavera de ansias.
(*Canta.*) *¡Oh tú, dama galamera!*
En este líquido centro
Mira, advierte y considera
Que este vidrio por de fuera
Tu estómago es por de dentro.
(*Corro grande.*)

TODAS.

¡Oh fuerza de la razon,
Que á todas haces rendir
A tus piés!

DOÑA BLASA.

Pues decid todas,
Confesando que es así...
(*Cantan.*) *Que al cabo de los flatos mil*
Vuelve la Aloja por do solia ir.
(*Con esta repeticion, y todos con instrumentos de pandorga, acaban bailando* [1].)

[1] El pensamiento de este dramita se halla en la comedia *¿Cuál es mayor perfeccion?* escena VI del primer acto, donde se lee el siguiente diálogo:

INÉS.

¿Querrás agua de limon,
Guindas, ó canela?

ROQUE.

¿Luego,
Pues, todo el dia es de agua?

INÉS.

No; que tambien darte puedo...

ROQUE.

¿Qué? ¿Sorbete ó garapiña?

INÉS.

De aloja, que es lo que tengo
Para ántes del chocolate.

ROQUE.

Pues que me hagas, te ruego,
Del chocolate y de todas
Esas cosas un compuesto,
Y me llenes un gran vaso.

INÉS.

¿Estás loco?

ROQUE.

Hacer deseo
Un regalo, cual será
Ver el chocolate lleno
De guindas y de limon,
Sorbete y aloja.

INÉS.

Eso
Será una gran porquería.

ROQUE.

Mejor que mejor, pues luego
Les dirás á esas señoras,
Que yo las manos les beso,
Y que miren lo que son
Sus pulideces, supuesto
Que este vaso por de fuera
Su estómago es por de dentro.

LA MUERTE.

PERSONAS.

UN CARRETERO.	EL CUERPO.	EL DEMONIO.	JITANOS.
UN AUTOR.	UN CAMINANTE.	LA MUERTE.	COMEDIANTES.
EL ALMA.	UN ÁNGEL.	GALLEGOS.	MÚSICA.

Plaza.

Dentro MÚSICA, *castañetas é instrumentos; y sale el* CARRETERO.

MÚSICA. (*Dentro*)

Vaya de fiesta, vaya de gira,
Vaya de baile, vaya de chanza,
Vaya y venga la mojiganga.

CARRETERO.

El Señor sea loado,
Que ya la mojiganga se ha acabado,
Y que partir podrémos.
¡Señor autor!...

Sale el AUTOR.

Pues bien, y ¿qué tenemos?

CARRETERO.

Que há gran rato que el carro está esperando,
Y ese pobre ganado reventando:
Y voto á... Pero jurar no quiero;
Que es improprio el jurar de un carretero.
Vamos de aquí volando;
Que ya ve que le están allí aguardando
Antes de mediodía,
Y son mas de las dos.

AUTOR.

La compañía
Apénas ha acabado,
Pues está todavía en el tablado;
Y para legua y media...

CARRETERO.

Si no hubiera
Hecho usted el concierto de manera
Que haciendo el auto aquí por la mañana,
Le haria allá por la tarde, cosa es llana
Que prisa no le diera; mas ya tardan
Dos horas mas de las que allá le aguardan,
Y están las mulas sin comer, rendidas;
Y por vida...

AUTOR.

Dejemos los porvidas.

CARRETERO.

¿Usted ignora que es el heredero
De juros de por vida un carretero?—
(*Dirigiéndose á los comediantes, que están dentro.*)
Vamos de aquí, señores, acabemos.

COMEDIANTES, *dentro.*

Dénos lugar á que nos desnudemos
Los trajes con que el auto se recita.

AUTOR.

Nadie de desnudarse necesita;
Porque si han de empezar luego en llegando,
En andarse vistiendo y desnudando
Se pasará la tarde;
Y no es bien que un concejo nos aguarde,
Tan notable y bizarro.
Al carro cada cual como está.

COMEDIANTES. (*Dentro.*)

Al carro.

AUTOR.

Oid.

CARRETERO.

¿Qué mandais?

AUTOR.

Que vaya bien sentada,
Y en el mejor lugar acomodada
La que hace el Alma, encomendaros quiero.

CARRETERO.

Haceis bien, porque el alma es lo primero.

AUTOR.

No vaya el que hace el Cuerpo junto á ella,
Que es su esposo, ni aun donde pueda vella.

CARRETERO.

Ese es fácil remedio,
Con que el que hace la Muerte se entre en medio.

AUTOR.

La que hace el Ángel, si verdad os hablo,
Es mi mujer: echalda con el Diablo.

CARRETERO.

Así lo haré. (*Vase.*)

AUTOR.

Con esto me adelanto;
Que el que algo ve, no desespera tanto
De lo demas que tarda. (*Vase.*)

COMEDIANTES. (*Dentro.*)

Ya estamos aquí todos: ¿qué se aguarda?

CARRETERO, *dentro.*

Dales, Pedro, y camina,
A la parda, á la rucia, á la mohina.
(*Dentro ruido de carretería y campanillas.*)

ALMA, *dentro.*

Para que la jornada se entretenga...

ÁNGEL, *dentro.*

Vaya una tonadilla.

COMEDIANTES. (*Dentro.*)

Vaya y venga.
(*Cantan.*) *En el mas festivo dia,*
En que reina la alegría,
Y todo el orbe á porfía
Procura meterse en danza,
Vaya y venga la mojiganga.

Campo y camino.

Sale un CAMINANTE, *con alforjas y bota.*

CAMINANTE.

Muchísimo me enfada
Que haga calor en junio á mediodía,
Y que sabiendo que es jornada mia,
Me silbe la jornada
Ese enemigo de la gente honrada.
Pero vencer intento sus ardores.
Refresquemos un poco los sudores:
Vaya este trago contra sus estragos;
Que en efecto esta vida toda es tragos,
Y á un caminante nunca estorba el vino,
Que es cosa que se bebe de camino.— (*Bebe.*)
Caliente está del sol; mas no hago cuenta;
Que el vino es lo mejor que el sol calienta.
¿Si por estallo me dañó el bebello?
Pensémoslo, y durmamos sobre ello,
Haciendo cabecera de la bota..— (*Échase.*)
Si bien el miedo un poco me alborota;

Que há dias que entre sueños me amancilla
No sé qué pesadilla.
Yo me santiguo, y en dormir me empeño;
Que aunque es de ver visiones en el sueño,
Si sus fantasmas me han de dar enojos,
Para no verlas cerraré los ojos. (*Duérmese.*)

COMEDIANTES, *dentro*, *cantando*.

En el mas felice dia, etc.

CARRETERO. (*Dentro.*)

Porque no entre en el pantano,
Guia la reata, Pedro.

UNO. (*Dentro.*)

No es posible detenella.

ALMA. (*Dentro.*)

Borracho estás, Carretero.

ÁNGEL. (*Dentro.*)

Vuelcos me da el corazon.

CARRETERO. (*Dentro.*)

Y al carro le dió lo mesmo.
Volcóse con mil demonios.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Que me ahogo!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Que me muero!

CAMINANTE.

Fantasmas, ¿qué me quereis?
Visiones, dejadme quieto.

ALMA. (*Dentro.*)

¡Ay desdichada de mí!

CARRETERO. (*Dentro.*)

Acude, Perico, presto
A ayudarme á socorrerla;
Que al Alma todos los huesos
Una arca la está abrumando.

CAMINANTE.

No tuviera el Alma cuerpo.

CARRETERO. (*Dentro.*)

Quebróse una pierna el Diablo.

CAMINANTE.

Pues será el Diablo cojuelo.

UNO. (*Dentro.*)

La Muerte está sin sentido.

CAMINANTE.

Miren si la Muerte ha muerto.

MUERTE. (*Dentro.*)

Descalabrado está el Ángel.

CAMINANTE.

Estuviérase en el cielo.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Que me muero!

OTROS.

¡Que me ahogo!

CAMINANTE.

¡Ay de mí! ¡Qué extraño sueño!
No es decible cuán gustoso
Estoy de hallarme despierto.— (*Levántase.*)
Que me llevaba el Demonio
Soñé... y aun ahora le veo.

Sale el DEMONIO, *santiguándose*.

DEMONIO.

¡Jesus mil veces! Milagro
Ha sido no haberme muerto.

CAMINANTE. (*Ap.*)

Por su santiguada (¡ay triste!)
Me la jura, á mí viniendo.

DEMONIO.

Hombre, quien quiera que seas,
¡Gracias á Dios que te encuentro!

CAMINANTE. (*Ap.*)

Buen cristiano es este Diablo.

DEMONIO.

Pues aquí te hallas, vén presto:
Llevaréte á que me ayudes,
Para que mis compañeros
Tengan socorro en la grande
Pena que están padeciendo

CAMINANTE.

No me tocan los socorros;
Que yo no soy caballero:
Toreador soy de tinaja,
Y no mas.

DEMONIO.

Aunque huyas, necio,
Sabré por fuerza llevarte.

CAMINANTE.

¡Que me agarra, santos cielos!
¡Favor, ángeles benditos,
En tanta afliccion!

Sale el ÁNGEL, *con una cruz grande*.

ÁNGEL.

Reniego
De compañía con tantos
Azares.

CAMINANTE. (*Ap.*)

Aun peor es esto.
Renegando de mí viene,
Ya que viene, por traerlo
A tan mala compañía.

ÁNGEL.

Hombre, ¿tienes un pañuelo
Con que atarme esta cabeza?

CAMINANTE.

No solamente le tengo[1],
Mas no le tendré en mi vida.

ÁNGEL.

¿De qué huyendo vas?

CAMINANTE.

De miedo
De un Diablo que se persigna,
Y un Ángel que echa reniegos.

DEMONIO.

Tente, hombre.

ÁNGEL.

No te vayas.

CAMINANTE. (*Ap.*)

¿Si soy hombre de auto viejo,
Pues que me hallo contrastado
Del ángel malo y el bueno?
¡Valedme, ánimas benditas
Del purgatorio!

Saca el CUERPO *al* ALMA *en brazos*.

ALMA.

Ya vengo
Mas aliviada.

CAMINANTE.

Señora
Alma, que mire la ruego
Que no lo dije por tanto.

CUERPO.

Con todo, ir á ver pretendo
Si hay por aquí en que albergarte.—
Hombre, en tus manos te dejo
El Alma: cuídame della
Miéntras yo por ella vuelvo

ALMA.

No te vayas; que ya yo
He restaurado el aliento.

[1] No solamente *no* le tengo.

CAMINANTE.

Señor Diablo, aquí está el Alma;
Señor Angel, aquí el Cuerpo:
Repártanlo entre los dos,
Y déjenme á mí ir huyendo.

Sale la MUERTE, *con guadaña.*

MUERTE.

¿Dónde has de huir, si has de ser
Tú en quien me vengue el primero?

CAMINANTE.

Esto solo me faltaba.

MUERTE.

¿Con quién se pudo hacer esto
De no acordarse de mí,
Y dejarme hasta el postrero
Estar debajo del carro?

CAMINANTE.

Pues ¿por qué se enoja deso?
¿Quién no dejó para postre
Hacer de la Muerte acuerdo?

MUERTE.

Hoy morirás á mis manos...
—Pero ¿qué es lo que allí veo?
¿Qué bota es esta?

CAMINANTE.

La almohada
Sobre que yo estoy durmiendo
Todavía, pues estoy
Viendo que la vida es sueño.

MUERTE.

Agradécele á mi sed
El que en tu bota me vengo
Primero que en tí.

DEMONIO.

Pues fué
La que nos la ha descubierto,
A la salud de la Muerte
Bebamos todos.

CAMINANTE.

Me huelgo
Que la Muerte beba y viva,
Porque no me digan luego
Que mata el beber.

CUERPO. (*Al Alma.*)

El susto
Repara, cobra el aliento,
Y bebe siquiera un trago.

ALMA.

Por obedecerte bebo.

CAMINANTE.

Como el Alma es tan devota,
Se eleva mirando al cielo.

ÁNGEL.

Acabe, pese á su alma;
Que mas necesidad tengo
Yo.

CAMINANTE.

No bebe mal el Ángel.

DEMONIO.

Venga; que de sed reviento.

CUERPO.

Tambien tomaré yo un trago,
Si es que ha quedado.

DEMONIO.

Acabemos...
—Mas por Dios, que ya está enjuta.

CAMINANTE.

¡Mire el Diablo del infierno!
Aun hasta las botas tienta.

Sale el CARRETERO.

CARRETERO.

Vengan; que ya el carro puesto
Está.

DEMONIO.

¡Mal haya mi vida...

CUERPO.

Mal haya mi Alma...

ALMA.

Y mi Cuerpo...

LOS TRES.

Si en él otra vez entrare!

MUERTE Y ÁNGEL.

Yo tambien digo lo mesmo.

CARRETERO.

¡Muy lindo melindre es ese!
Volcarse un carro ¿es portento?

CUERPO.

No; que no es portento estar
Borracho su Carretero.

CARRETERO.

Mientes como Cuerpo humano.

CUERPO.

Tú como humano pellejo.
(*Embístense.*)

DEMONIO.

Ténganse con mil demonios.

MUERTE.

Baste estar yo de por medio.

LAS DOS.

¡Cielos! Favor, que se matan.

CAMINANTE.

Señores...

GALLEGOS, *dentro.*

Fugid, galegos;
Que en pos de nos los jitanos
Ya chegan.

JITANOS, *dentro.*

Idlos siguiendo,
Porque encerremos nosotros
Lo que traen segado ellos.

DEMONIO.

Gente se oye: y pues los dos
Despartirlos no podemos,
Démos voces unos y otros.

MUERTE Y ÁNGEL.

¡Segadores!...

DEMONIO Y ALMA.

¡Pasajeros!...

MUERTE Y ÁNGEL.

Venid.

DEMONIO Y ALMA.

Corred.

GALLEGOS. (*Dentro.*)

Allí hay gente
De que poder guarecernos.

JITANOS. (*Dentro.*)

Aunque se junten con otros,
No importa: llegar podemos;
Que á mas moros mas ganancia.

LOS CUATRO.

Acudid, acudid presto.

Salen los GALLEGOS *y los* JITANOS.

GALLEGOS.

Mas ¡ay cuitados de nos,
Que hemos dado con ú Demo!

JITANOS.

Mueran todos... Mas ¡ay! que es
Mi muerte la que yo encuentro.

GALLEGOS. (*Ap.*)

¡Qué parasismo!

JITANOS. (*Ap.*)

¡Qué pasmo!

CARRETERO.

¿De quién huis, majaderos,
Si esta es una Compañía
Que yo á representar llevo,
De que ese carro volcado
Es buen testigo?

CAMINANTE.

¿No es bueno,
Que desde que se lo oí,
He estado por dar en ello?

JITANOS.

En albricias de no ser
Verdad el susto, troquemos
En regocijo el espanto.

GALLEGOS.

Pase ó pesar á contento.

ALMA Y ÁNGEL.

Sí; pero ¿cómo ha de ser?

CAMINANTE.

¿No se está sabido eso,
Pues todas las mojigangas
Tienen un fin, advirtiendo
Que es disparatar adrede
Tal vez gala del ingenio?

UNA GALLEGA.

Si es así, va una cantiña
De jitanos y galegos.
(*Canta.*) *¡Ay por aquí, por aquí, galegos!*
¡Ay por aquí, por aquí, cantemos!

GALLEGO.

¡Ay por aquí, por aquí, Duminga!
¡Ay por aquí, por aquí, Lurenzo!

JITANA.

Vaya pues de bulla,
Pues que della es tiempo,
Que á las mojigangas
No da ser lo serio.
¡Ay por aquí! etc.

CAMINANTE.

Miedo á estas visiones
Tuve; pero luego
Que he mirado á estotras,
Mucho mas le tengo.

ALMA Y ÁNGEL.

Todo lo hagan bulla
Voces y instrumentos,
Que en fines de fiesta
Hay siempre mal pleito.

TODOS.

¡Ay por aquí, por aquí, galegos!
¡Ay por aquí, por aquí, acabemos!
(*Acábase con instrumentos de mojiganga.*)

Hállase impresa esta mojiganga en el libro *Flores del Parnaso,* donde está el entremes de *El Dragoncillo*, y una loa sacramental de CALDERON, titulada *El Reloj.*

JÁCARAS ENTREMESADAS.

EL MELLADO[1].

PERSONAS.

EL MELLADO.
LA CHÁVES.
UN ALCAIDE.
UN MÚSICO.

Cárcel.

Sale el MELLADO, *con grillos, y la* CHÁVES, *llorando,* Y UN MÚSICO.

MÚSICO.

Para ahorcar está el Mellado
Por cobrar de otros la renta,
Y la Cháves le lloraba;
Que su mal la desconsuela.

MELLADO.

Repita usted ese tono,
Aunque el alma me penetra.

CHÁVES.

Repita usted esa letra;
Que quiero hablar en su abono.

MÚSICO.

Para ahorcar está el Mellado...

MELLADO.

¿Soy yo verdugo, menguado?
¡Qué lindo modo de hablar!
¿Estoy yo para ahorcar,
O para ser ahorcado?

MÚSICO.

Por cobrar de otros la renta...

CHÁVES.

Ya ningun hurto le afrenta;
Que él ajusta su descargo,
Y de lo que está á su cargo
Dará muy presto la cuenta.

MÚSICO.

Y la Cháves le lloraba...

MELLADO.

Con razon; que yo la daba
Aun mas de lo que podia,
Y cuando no lo tenia,
Para dárselo lo hurtaba.

MÚSICO.

Que su mal la desconsuela.

CHÁVES.

Mi llanto no le desvela;
Y aunque ve que es cosa llana
Que le han de ahorcar mañana,
No me alivia ni consuela.

MÚSICO.

Para estar en un tablero
Son famosos él y ella;
Que es la Cháves linda dama,
Y el Mellado linda pieza.

MELLADO.

No llores; que el llanto fragua
En mi dolor mas crecido.

CHÁVES.

Toda mi vida he tenido
El ser tierna como el agua.
Deja que á puro llorar
Me ahogue en mi propio humor.

MELLADO.

En otra parte peor
Me tengo yo de ahogar.

MÚSICO.

Confesó un millon de culpas,
Pero todas tan lijeras,
Que solamente le han dado
Un credo de penitencia.

MELLADO.

No llores; que es burla, hermana.

CHÁVES.

Mañana el pueblo te mira...

MELLADO.

Si eso no fuere mentira,
Que á mí me ahorquen mañana.

CHÁVES.

¿Por qué lo has imaginado?

MELLADO.

Sé estas cosas de experiencia,
Porque desde otra sentencia
Estoy muy disciplinado.

MÚSICO.

Piensa el Mellado que es burla,
Y bien el Mellado piensa;
Que el decirle que le ahorcan
Es solo por darle cuerda.

CHÁVES.

¿Has visto lo que nos canta?

MELLADO.

Pues á fe que si me enfado...

MÚSICO.

Yo callaré...

MELLADO.

¡Lo que ha estado
En un paso de garganta!

CHÁVES.

Solo el no morir contigo
Sentiré; mas no soy fina.

MELLADO.

Ya que te precias de fina,
Haz que te ahorquen conmigo.

CHÁVES.

Es mi garganta muy tierna.

MELLADO.

Yo temo en caida tanta
Que á la nuez de mi garganta
Se le quiebre alguna pierna.

CHÁVES.

Ya que es cierta tu partida,
Muere muy arrepentido.
Que allá te enmiendes te pido;
No hurtes en la otra vida.

[1] Se halla en un tomito en octavo, cuyo título es este: *Ociosidad entretenida*, en varios entremeses, bailes, loas y jácaras, escogidos de los mejores ingenios de España. Dedicado á Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de Su Majestad y de los señores Reyes Nuevos de Toledo. En Madrid, por Andres García de la Iglesia, año de 1660.— Tambien se ha tenido presente un manuscrito que posee el Señor Don Aureliano Fernandez Guerra.

MELLADO.

Prenderánme luego allí,
Si acaso al infierno voy;
Que en él, informado estoy
Que hay mas corchetes que aquí.

CHÁVES.

Eso no te dé cuidado;
Que podrias escaparte;
Que en sagrado han de enterrarte,
Y te valdria el sagrado.

MELLADO.

No me librara su imperio:
Acá tambien le tenia;
Pero yo iglesia pedia...
Y me han dado cimenterio.

ALCALDE, *dentro*.

Recójanse al calabozo.

MELLADO.

Esta voz habla conmigo.

CHÁVES.

¡Oh cuánto siento yo, amigo,
Que mueras ladron tan mozo!

MELLADO.

Antes dicen en la villa
Que á mí ninguno me iguala.

CHÁVES.

¡Y teniendo voz tan mala,
Te meten en la capilla!

MELLADO.

Hoy ha de ser.

CHÁVES.

¡Qué pesar!
¿Que colgado te he de ver?

MELLADO.

Paciencia. ¿Qué le he de hacer?
No me tengo de ahorcar.

CHÁVES.

Vivirás en mi memoria.

MELLADO.

Tuyo seré eternamente.

LOS DOS.

Señor músico insolente,
Cante ahora nuestra historia.

(*Vanse.*)

MÚSICO.

Mañana al Mellado cuelgan,
Y es muy justo que le pongan
Donde le dé el sol un dia;
Que há mucho que está á la sombra.
Súpolo de un escribano,
Muy erudita persona,
Porque al decírselo, echaba
Sentencias de aquella boca.
No se perderán sus culpas,
Y presto se sabrán todas;
Que solo porque parezcan,
Mañana se las pregonan.
En viendo que capeaba,
Dije: El parará en la horca;
Porque era señal de muerte
Andar tentando la ropa.
Hablen dél con mucho tiento,
Y sepan que desde ahora,
En su casa, si la tiene,
No se ha de mentar la soga[1].

A continuacion de esta jácara hay en el mismo libro una loa sacramental de CALDERON, titulada *El juego de la Pelota*.

CARRASCO[1].

PERSONAS.

CARRASCO. | LA PEREZ.

Calle.

Sale CARRASCO.

CARRASCO.

Loado sea el hijo de Dios,
Y á quien no dijere *amen*,
Soga le dé, como á mí
Suele, un ministro del Rey.
Carrasco soy, el de Utrera,
El que me supe valer
Por lo breve de mis manos,
Por lo largo de mis piés.
Preso he estado algunos dias,
Porque cierto amigo, á quien
Le lié unas colgaduras,
Me cogió, aunque las lié.
Escapé; y busco á la Perez,
Mozuela de tanta ley,
Que se las puede apostar
Á los vecinos de Argel.

Sale LA PEREZ.

PEREZ. (*Sin ver á Carrasco.*)

Yo, señores matasietes,
Soy la Perez de Jerez,
Que en el fuego de mis ojos
Al mas crudo le asaré.
Quejoso tengo á Carrasco;
Y aunque lo hice mal con él,
Par diez que no pude mas,
Embarazada con diez.

CARRASCO. (*Ap.*)

Allí á la Perez he visto.

PEREZ. (*Ap.*)

Allí á Carrasco miré.

CARRASCO.

Seora honrada, ¿era ya tiempo
De ver al hombre de bien?

PEREZ.

Bien venido, seor Chinchilla...
—¡Ay de mí, que el nombre erré!

CARRASCO.

Muy bien puede confirmarme,
Pues ha obispado vucé.

PEREZ.

Una mitra no es milagro.

CARRASCO.

Antes milagrosa fué,
Pues estando el dia sereno,
Naranjas hizo llover.

PEREZ.

Pues tú fuiste cardenal
El dia que yo obispé,

[1] Esta jácara y la siguiente se han copiado de dos manuscritos. Es dudoso que sean de CALDERON.
Siendo tan breve esta jácara, se colige que debia ser toda cantada.
Hay una refundicion de ella, que parece de mano distinta: tiene muchos mas versos.

Y te dieron un jubon,
Que tú no mandaste hacer,
Con los golpes muy espesos
Y pegados del reves,
Tan justos, que por mil partes
Te hizo la sangre verter.

CARRASCO.

¡Amigo soy yo de burlas!
¿No sabe que me enfadé
Con un juez, porque á preguntas
Me daba bravo cordel?

PEREZ.

¡Linda flor la del Carrasco!

CARRASCO.

Pues, reina, perdonemé;
Que aunque sea mi respeto,
Se le tengo hoy de perder.
Diga: ¿por qué no me ha visto?

PEREZ.

Porque tuve un buen por qué.

CARRASCO.

¿Partirémos?

PEREZ.

Por entero.

CARRASCO.

Pues ya me desenojé.

LA CHILLONA.

PERSONAS.

LA CHILLONA. | AÑASCO. | Dos MUJERES.

Cárcel.

Salen LA CHILLONA Y DOS MUJERES.

MUJER 1.ª

Dinos la causa, Chillona...

MUJER 2.ª

De tu dolor y tu llanto.

CHILLONA.

¿Cómo puedo tener gusto,
Si tengo preso á mi guapo?

MUJER 1.ª

¿A Añasco, el de Talavera?

CHILLONA.

No es ese de quien os hablo;
Que solo por mi desdicha
Me habló ese Añasco dos años,
Y con ser de Talavera,
Nunca supo hacerme un plato.
Otro Añasco es, hijas mias;
Y porque sepais el caso...

Sale AÑASCO, *cantando.*

AÑASCO.

A la Chillona se queja
De sus desdichas Anasco.
—Por lijero me han prendido,
Y como soy algo flaco,
Me echaron con solo un soplo
Al calabozo de abajo.

MUJER 1.ª

¿Ha sido alguna pendencia?

MUJER 2.ª

¿Almagró usté algun peinado?

MUJER 1.ª

¿Fuéron algunas heridas?

AÑASCO.

No, sino algunos araños:
Y porque mis causas sepan,
A la Chillona las garlo,
(*Canta.*) *A quien dellas mucha parte*
Le cabe, por sus pecados.
—Desde que anduve á la escuela,
Salí tan bien inclinado,
Que siempre en la escuela hacia
La letra con garabatos.
De noche con ciertos mozos
Dí en andar traveseando,
Arañando las paredes;
Y por eso y por un salto,
Por maltratar los tabiques,
La Sala se me ha enojado.
Como me dan malas nuevas,
Tan desesperado me hallo,
(*Canta.*) *Que temo que una mañana*
He de amanecer ahorcado.

CHILLONA.

Dicen que en las casas entra;
Y muchos hombres honrados
Suelen entrarse en las casas,
Solo por buscar un cuarto.
Dicen que le quitó á un hombre
Unos doblones de á cuatro;
Y eso, por no errar la danza,
Fué acertar con los cruzados.

AÑASCO.

Por holgazan no me han preso.
Sabe Dios que he trabajado.
Por sustentar tu persona
Con honra, anduve anhelando,
Y á todas horas estaba
En esto tan ocupado,
(*Canta.*) *Que no pudiera vivir,*
Sin hurtar algunos ratos.
—¿Qué traes que almorzar, Chillona?

CHILLONA.

Solo unas migas té traigo.

AÑASCO.

¿Y están calientes?

CHILLONA.

Sí, amigo.

AÑASCO.

Yo te agradezco el regalo,
Porque no digan de tí
Plebeyos y cortesanos
(*Canta.*) *Que te falta habilidad*
Para dar migas á un gato.
—Dios te lo pague, Chillona;
Que el alma me has consolado.
Cuéntame, miéntras las como,
Lo que dice el escribano.

CHILLONA.

(*Dirigiéndose siempre en su relacion á las dos mujeres.*)

Dicen que quitó á una dama
Un déjame-entrar de garbo:
Comido fué por servido;
Que allí le echaron la mano.

AÑASCO.

Yo quité un déjame-entrar,
Y á mí el salir me quitaron:
Por eso en todos mis males
En el lugar no ha faltado

(*Canta.*) *Quien diga que todo aquesto*
Me lo tomé por mis manos.

CHILLONA.

Que se llevó una sortija
De gran valor, me han contado.

AÑASCO.

Eso fué caballería,
Y no hurto : aquesto es llano;
Que llevar una sortija
Es ser hombre de á caballo.

CHILLONA.

Por eso, y por muchas prendas
Que faltan á varios amos,
Dicen que le afrentarán.

AÑASCO.

Eso siento; y es mal caso
Que quieran esos señores
Por prendas hacerme agravio,
(*Canta.*) *Teniendo las prendas yo*
De muchos hombres honrados.

CHILLONA.

Una letra de doscientos
Mandan darle en el despacho,
Y porque cabales sean,
Diz que ha de dar de contado
El recibo en las espaldas.

AÑASCO.

Solo eso tiene de malo.
Pero aunque me dén azotes,
Yo no tengo de llevarlos;
Que aunque al hombre se los pegan,
Á cuestas los lleva el asno.

CHILLONA.

Mucho su salud procuran,
Pues despues de haberle echado
Las ventosas de baqueta,
Le han recetado unos baños.

AÑASCO.

A las galeras me llevan,
Y me han costado mis pasos.

CHILLONA.

¡Sabe Dios, porque usté reme,
Lo que he andado yo y remado!
Y porque el baile acabemos
En tono mas sazonado,
Para que usté se consuele,
Se lo he de decir cantando.
(*Canta.*) *La Chi lona le consuela*
Con que lleva hecho su gasto,
Porque si á la mar le envian,
Le dan crédito en un banco.

AÑASCO.

Con galeras me contento;
Que es mas gala en estos caso
Ver el chamelote de aguas,
Que el gorgoran aprensado.

ADVERTENCIA.

En el prólogo de esta coleccion dije que se compondria de ciento diez y ocho comedias, ó de ciento veinte, á lo sumó: de ciento veinte y dos ha venido á constar: con que mi promesa en cuanto al número queda mas que cumplida. *La venganza de Tamar*, impresa en el tomo II, no es de Calderon; pero habiéndola refundido él con el título de *Los cabellos de Absalon*, parecia conveniente, y aun necesario, reunir ambas obras para que pudiera el lector apreciar el mérito de la primitiva y la reformada. *La fingida Arcadia* no estaba ofrecida en el prólogo, por no hallarse en la lista de los dramas en que escribió Calderon un acto, publicada por Vera Tásis en la parte quinta; pero, habiendo advertido que añadió Vera ese título en los tomos siguientes, y que en efecto la jornada última de la comedia tiene trazas de obra de nuestro autor, me he tenido por obligado á reimprimirla. Con *El sacrificio de Efigenia* tampoco habia contado al principio; porque de las dos composiciones conocidas con ése título, constaba que la una era de Don José de Cañizares, niño de seis años cuando murió Calderon; y la otra parecia posterior aun á la primera, en atencion á estos versos con que concluye:

MÁSPES.
Y la segunda parte de Efigenia
Tenga fin...
ORÉSTES.
Advirtiendo que merece
De los yerros perdon aquel que yerra
Obedeciendo...
TODOS.
Al ver que la segunda
No imita en los aciertos la primera.

Sin embargo, habiendo leido en el catálogo de obras dramáticas del teatro que fué del Príncipe el título de una *Efigenia, refundida por Trigueros*, solicité y obtuve que se me franqueara, y vi que á pesar de tener un segundo título y una ó dos escenas diferentes, era la que se conocia por segunda parte de la de Cañizares, impresa dos ó tres veces en el siglo pasado. Examinada con atencion, descubrí que en efecto era una comedia antigua, cortada y adicionada por un moderno; que el refundidor habia versificado de nuevo los dos actos últimos, siendo suyos así los versos arriba copiados; pero que no podian serlo varios trozos de los tres actos anteriores, en el primero de los cuales creí distinguir algunos rasgos de la pluma de Calderon.

En este concepto, y siendo vanas mis diligencias para hallar la *Efigenia* antigua, me he resuelto á dar aquí la moderna, conforme al manuscrito del teatro. Vera Tásis atribuyó aquella á Calderon; yo creo que solo pudo escribir una parte, que probablemente sería una sola jornada; porque no la incluyó en la lista de sus obras hecha para el duque de Veragua.

Al escribir el prólogo estaba persuadido yo de que *El Fénix de España, San Francisco de Borja*, comedia que se representó en el colegio imperial de Madrid á la canonizacion del Santo, no podia ménos de ser obra de Calderon, al paso que otra comedia titulada *San Francisco de Borja, duque de Gandía*, era seguramente de Melchor Fernandez de Leon, sin que debiese á Calderon nada: casi todo lo contrario resulta de lo que despues he leido; y no obstante, algo me queda de mi primera opinion. En mi catálogo cronológico se verá que las dos comedias de *San Francisco* son obra de dos jesuitas, por lo cual ni la una debe pertenecer á Calderon, ni á Fernandez la otra; pero el autor de la primera, cuyos dos primeros actos valen muy poco, declaró que para ella se valia de lo que sobre el mismo argumento habia escrito una pluma docta, con la cual no cabia competencia: elogio que á nadie cuadrara mejor que á Calderon, príncipe de la poesía española. En la segunda no se dice eso; pero, habiendo en ella pasajes enteramente escritos en el estilo y lenguaje de Calderon, infiero que la declaracion hecha en la primera parte se hizo para ambas, y que los dos poetas jesuitas aprovecharon lo

que pudieron de la obra de CALDERON, segun la habilidad respectiva de cada uno. El segundo, que era muy buen poeta dramático, naturalmente habia de salir mas airoso que su compañero: así la segunda parece mas de CALDERON que la primera, porque es mucho mejor. A falta pues del original, he incluido en mi coleccion las imitaciones.

He incluido tambien los entremeses de CALDERON que he podido encontrar, aprovechándome desembarazadamente de la bondad de algunos amigos que los poseian, persuadido de que el lugar propio de estos dramitas es junto á aquellos con que serían representados.

De las nueve comedias de CALDERON que yacen ignoradas, todavía no ha parecido ninguna; aunque tengo esperanzas de un descubrimiento próximo y feliz. Si se realiza, si es cierto, como dicen, que uno de los herederos de aquel apellido posee manuscritos preciosísimos de nuestro insigne dramático, el dichoso dueño de tan rico tesoro será el que pueda hacer, ó facilitar que se haga, una edicion de las obras de CALDERON, fiel y completa y digna. La presente, aunque aventaja á las anteriores en contener trece composiciones mas, no contando *La venganza de Tamar* ni los entremeses; aunque lleva un razonable número de enmiendas y observaciones que pueden abrir camino á otras, deja sin embargo mucho que desear: carece, como las demas, de órden cronológico y de un texto legítimo. La primera falta se remedia en parte con el catálogo que mas adelante se incluye; pero los vicios de las ediciones antiguas de CALDERON no son los que puede enmendar un editor por sí. Forzoso es repetirlo: CALDERON no escribió sus comedias tales como nosotros las conocemos: él lo dijo, y ellas lo atestiguan sobrado. Aun despues de pasar por las celosas manos de Vera Tásis, quedaron plagadas de errores, que solo desaparecerán cuando se encuentren manuscritos correctos y fidedignos. Las once comedias que escribió CALDERON asociado con otros autores, como no fuéron recogidas por Vera, se hallan mucho mas estragadas: tres ediciones con variantes y un manuscrito he juntado para reimprimir la de *El pastor Fido;* y aun así han quedado mal varios pasajes: ¿qué sucederá con otras que han sido reimpresas por una sola edicion, y esa malísima? Cuando he creido conocer una errata, la he corregido; cuando he echado ménos un verso ó varios, he puesto una señal ó nota para advertirlo: mis diligencias no han debido ir mas allá.

Durante la impresion de los tomos I y II tuve que salir de Madrid dos veces, ausencias que han perjudicado bastante á la obra: de los tomos últimos estoy algo mas satisfecho. Para que se juzgue de mi trabajo, pondré aquí la nota de las impresiones ó manuscritos que he tenido presentes.

EDICIONES QUE SE HAN CONSULTADO PARA ESTA.

COLECCIONES.

Parte veinte y cinco de comedias recopiladas de diferentes autores é ilustres poetas de España. Segunda impresion, año 1633, en el hospital real y general de Nuestra Señora de Gracia de la ciudad de Zaragoza. — A costa de Pedro Escuer, mercader de libros.

Tomo en 4.°, como los otros de esta coleccion: contiene doce comedias, de las cuales la décima en órden es *El astrólogo fingido*, que en la lista colocada al principio del tomo lleva el título de *El amante astrólogo.*

El privilegio, que parece dado para la primera impresion, tiene la fecha en Zaragoza á 13 de marzo de 1632.

El editor dedica la comedia de *El astrólogo* á Don Francisco Jimenez de Urrea, coronista de su Majestad en los reinos de Aragon; y dice en el último párrafo de la dedicatoria:

«Esta comedia es una de las que peregrinaban entre los peligros de la ignorancia; he procurado con particular diligencia reducirla á su primer original; háse visto necesitada de amparo; yo he tenido el de vuestra merced en todas las ocasiones que se han ofrecido: y así, le suplico en esta me honre, y favorezca al autor, que es de los celebrados de España; que con el seguro de su patrocinio de vuestra merced, lo estará la comedia de las ordinarias calumnias de los mordaces, y quedará lograda mi intencion. Guarde Dios, etc.—*Pedro Escuer.*»

Parte veinte y ocho de comedias de varios autores. En Huesca, por Pedro Bluson, impresor de la Universidad, año de 1634.— A costa de Pedro Escuer, mercader de libros.

Contiene doce comedias. — La tercera en órden lleva el título de *La industria contra el poder, y el honor contra la fuerza,* y el editor se la atribuye á Lope de Vega; pero es la comedia de CALDERON titulada *Amor, honor y poder.* La octava es *De un castigo tres venganzas*, y la última *La cruz en la sepultura*, que es, con ciertas variaciones, *La devocion de la cruz.* El doctor Don Diego Amigo aprueba el libro en Zaragoza, á 27 de octubre de 1633.

La primera edicion de la *Primera parte de comedias de Calderon* tiene la aprobacion y licencia con fecha de 6 y de 10 de noviembre de 1635: yo las he copiado de la edicion de Vera Tásis; pero no he visto la original.

Segun Alvarez Baena en sus *Hijos de Madrid*, artículo *Pedro Calderon*, y segun Don Vicente García de la Huerta en su *Teatro Español* (Parte segunda, tomo 3.°), esta primera parte de las comedias de DON PEDRO fué publicada por Don José Calderon su hermano, y no salió á luz hasta 1640.

Parte treinta de comedias famosas de varios autores. En Zaragoza, en el hospital real y general de Nuestra Señora de Gracia, año 1636.

Consta el tomo de doce comedias. — La tercera es *La dama duende:* la cuarta, *La vida es sueño :* la novena, *El privilegio de las mujeres*, que allí se atribuye al Doctor Juan Perez de Montalvan.

De esta rarísima coleccion, quo ya constaba de treinta tomos en el año 1636, no conozco mas que los tres citados, y el 33, que no tiene comedia ninguna de CALDERON, impreso en Valencia por Claudio Macé, año 1642.

Segunda parte de las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca.

Tomo en 4.° sin principios ni fin, que se halla en la Biblioteca Nacional. La licencia del Ordinario, en Madrid á 2 de marzo de 637 años; la aprobacion á 22 de abril.

Segunda parte de las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, recogidas por Don José Calderon de la Barca, su hermano. Año 1641, Madrid.

Libro de igual tamaño; pero edicion distinta de la anterior. — Suma del privilegio, en Aranjuez á 3 de mayo de 1637.— Suma de la tasa, en Madrid á 28 de junio. — Remision del libro á censura, Madrid 12 de febrero. — Aprobacion de Juan Bautista de Sosa, 20 de febrero.— Licencia del Ordinario, 2 de marzo. — Aprobacion del maestro José de Valdivielso, 22 de abril.

Antonio Ribero dedica el libro á Felipe Lopez de Oñate, proveedor de la casa real, de la Reina nuestra señora y de los príncipes. Al fin :

En Madrid, por Cárlos Sanchez, año 1641.

El mejor de los mejores libros que ha salido de comedias nuevas. En Alcalá, en casa de María Fernandez, año de 1651. — A costa de Tomas Alfay, mercader de libros.

Tomo suelto en 4.°, con doce comedias. — La cuarta es *El garrote mas bien dado* (*El alcalde de Zalamea*) : la séptima, *Mañana será otro dia :* la octava, *Los empeños que se ofrecen* (*Los empeños de un acaso*) : la novena, *La guarda de sí mismo* (*El alcaide de sí mismo*.)

Tomas Alfay dice en una advertenia al lector :

«La principal causa que tuve para darte este tomo, no ha sido otra cosa sino ver tanta multitud de comedias tan mal impresas, como se imprimen fuera de esta corte, usurpando la gloria de sus dueños si son buenas, y si son malas, desacreditando á quien las atribuyen.»

Primera parte de comedias escogidas de las mejores de España. Año 1652, en Madrid, por Domingo García y Morrás. — A costa de Juan de San Vicente, mercader de libros.

Contiene doce comedias. — La segunda es *No siempre lo peor es cierto :* la cuarta, *La exaltacion de la cruz:* la octava, *Mejor está que estaba :* la última, *Con quien vengo vengo.*

La primera aprobacion es de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, dada en Madrid á 18 de mayo de 1652.

Juan de San Vicente dedica el libro á Don Francisco de Villanueva y Tejeda, caballero de la órden de Santiago, y le dice entre otras cosas :

«En reconocimiento de mis obligaciones, dedico á vuestra merced esta primera parte de comedias diferentes, escogidas con gran cuidado, y nunca impresas.»

Esta coleccion consta de cuarenta y ocho tomos en cuarto.

Segunda parte de comedias escogidas de las mejores de España. Año 1652, en Madrid, en la imprenta Real. — A costa de Antonio Ribero, mercader de libros.

Doce comedias, de las cuales la primera es *No guardas tú tu secreto*, que es la misma de *Nadie fie su secreto.*

Laurel de comedias : cuarta parte de diferentes autores. Año 1653, en Madrid, en la imprenta Real. — A costa de Diego de Balbuena, mercader de libros.

Doce comedias. — La primera, *Amigo, amante y leal:* la quinta, *Enfermar con el remedio.*

Fecha de la suma del privilegio, 11 de mayo de 1652.

Quinta parte de comedias escogidas de los mejores ingenios de España. Año 1653, en Madrid, por Pablo de Val. — A costa de Juan de San Vicente, mercader de libros.

Hay dos aprobaciones : la primera del doctor Don Sebastian de Soto, y la segunda de Don Jerónimo de Cáncer, ambas con la misma fecha de 23 de julio de 1653.

Doce comedias. — La décima, *Agradecer y no amar.*

Parte sexta de comedias varias de diferentes autores. Con licencia, año de 1649.

Tomo que se halla en la Biblioteca Nacional, formado de doce comedias, impresas sueltas, pero todas de edicion antigua y con la portada manuscrita. La comedia nona del tomo es *La banda y la flor.*

El año que se expresa en la portada debe estar puesto equivocadamente; porque la parte quinta es del año 1653, y la séptima del 1654. Segun Schack en el Apéndice á su *Historia de la literatura y arte dramática en España*, esta parte sexta fué impresa en 1654.

Teatro poético en doce comedias nuevas de los mejores ingenios de España. Séptima parte. Año 1654, en Madrid, por Domingo García y Morrás, criado de su Majestad. — A costa de Domingo de Palacio, mercader de libros.

El padre fray Diego Niseno, que aprueba el libro en Madrid á 2 de junio de 1654, dice :

«Estas comedias de diversos autores, que me manda censurar el señor doctor Don Juan de Narbona..., ya yo las tenia vistas y censuradas para otros particulares fines; y como entónces no hallé en ellas cosa alguna que se opusiese al verdadero sentir de nuestra católica fe y honestidad de las cristianas costumbres, agora juzgo lo mismo.»

La primera comedia del tomo es *Para vencer á amor, querer vencerle :* la undécima, *El monstruo de la fortuna.*

Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España. Octava parte. Año 1657, en Madrid, por Andres García de la Iglesia. — A costa de Juan de San Vicente, mercader de libros.

Fray Diego Niseno aprueba el libro en Madrid á 16 de octubre de 1656.

El doctor Don Pedro Fernandez de Parga da licencia para la impresion, á 21 de octubre del propio año, para que *segunda vez* se pueda volver á imprimir é imprima.

Comedia primera, *Darlo todo y no dar nada :* cuarta, *Gustos y disgustos son no mas que imaginacion :* sexta, *El pastor Fido :* octava, *Amado y aborrecido :* undécima, *Agua mansa.*

Parte nona de comedias escogidas de los mejores ingenios de España. Año 1657, en Madrid, por Gregorio Rodriguez. — A costa de Mateo de la Bastida, mercader de libros.

Con fecha de 17 de enero de 1657, Miguel Fernandez de Noriega, secretario de cámara, certifica que por el Real Consejo se ha dado licencia á Mateo de la Bastida para que por cuatro años pueda imprimir y vender un libro de doce comedias de diferentes autores, que con licencia ha sido impreso ántes de ahora.

Comedia primera, *Las manos blancas no ofenden ;* segunda, *El mejor amigo el muerto;* quinta, *El escondido y la tapada.*

De los mejores el mejor libro nuevo de comedias varias, nunca impresas, compuestas por los mejores ingenios de España. Parte trece. En Madrid, por Mateo Fernandez, impresor del Rey nues-

tro señor, año 1660. — A costa de Francisco Serrano de Figueroa, familiar y notario del Santo Oficio, y mercader de libros.

Cuarta comedia del tomo, *Fuego de Dios en el querer bien* : sexta, *Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor* : séptima, *El José de las mujeres*.

La primera aprobacion es del padre Benito Remigio Noydens, de los Clérigos Menores, dada en 12 de noviembre de 1659.

La segunda es de Don Antonio Solis, dada en Madrid á 9 de diciembre del mismo año.

Parte quince. Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España. Madrid, por Melchor Sanchez, año de 1661. — A costa de Juan de San Vicente, mercader de libros.

Comedia primera del tomo, *El conde Lucanor* : undécima, *Cada uno para sí*.

Parte diez y siete de comedias nuevas y escogidas de los mejores ingenios de Europa (sic.) Madrid, por Melchor Sanchez, año 1662. — A costa de Juan de San Vicente, mercader de libros.

Primera comedia del tomo, *Dar tiempo al tiempo* : cuarta, *Antes que todo es mi dama* : undécima, *No hay cosa como callar* : duodécima, *Mujer, llora y vencerás*.

Parte diez y ocho de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España. Madrid, por Gregorio Rodriguez, y á su costa, año 1662.

Primera comedia del tomo, *Dicha y desdicha del nombre* : décima, *Amigo, amante y leal*.

Parte diez y nueve de comedias nuevas y escogidas de los mejores ingenios de España. Madrid, por Pablo de Val, año de 1663. — A costa de Domingo Palacio y Villegas, mercader de libros.

La licencia del Ordinario está dada en 18 de octubre de 1662.

La última comedia del tomo es la de *Celos, aun del aire, matan*.

Parte veinte de comedias varias nunca impresas, compuestas por los mejores ingenios de España. Año 1663, Madrid, en la imprenta Real. — A costa de Francisco Serrano de Figueroa.

La primera aprobacion, que es del doctor Don Estéban de Aguilar y Zúñiga, está dada con fecha de 12 de diciembre de 1662.

Primera comedia del tomo, *El mágico prodigioso* : tercera, *Auristela y Lisidante*.

Parte veinte y una de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España. Año 1663, Madrid, por José Fernandez de Buendía.— A costa de Agustin Vérges, mercader de libros.

Primera comedia del tomo, *¿Cuál es mayor perfeccion?* segunda, *Fortunas de Andrómeda y Perseo* : undécima, *La Margarita preciosa*.

La *Tercera parte de comedias de Calderon* se publicó en 1664 : no he disfrutado esta edicion.

Parte veinte y cuatro de comedias diferentes de varios autores.

Tomo con portada manuscrita, que no merece fe; pero tiene impresas las aprobaciones, la licencia, la tasa y la suma del privilegio. Esta es de 10 de febrero de 1666; la tasa, de 28 de julio del mismo año; la primera aprobacion, de 8 de mayo de 1663; la segunda, que está dada por Calderon, es de 11 de mayo de 1663.

La primera comedia del tomo es *El monstruo de la fortuna*, de tres ingenios.

Parte veinte y cinco de comedias nuevas y escogidas de los mejores ingenios de España. Madrid, por Domingo García Morrás, impresor del estado eclesiástico, año de 1666.—A costa de Domingo Palacio y Villegas, mercader de libros.

Tercera comedia del tomo, *La fingida Arcadia*.

Parte veinte y ocho de comedias nuevas de los mejores ingenios de esta corte. Año de 1667, Madrid, por José Fernandez de Buendía.—A costa de la viuda de Francisco de Robles, mercader de libros.

La tercera comedia del tomo es *El sitio de Bredá*, dada ya á la imprenta en el año 1635 para el tomo primero de Calderon. El primer aprobante, que es el padre Manuel de Nájera, de la Compañía de Jesus, dice por eso, que ha visto un libro recogido de varias comedias *impresas ántes*, que no hay inconveniente en reimprimir. El padre Andres Mendo, de la misma Compañía, segundo aprobante, se expresa con mayor claridad aun, diciendo:

«He visto un libro de varias comedias, *que andaban ya sueltas impresas*, y ahora se pretende volverlas á estampar, recogidas en un tomo.»

De suerte que los dos censores desmienten al editor que en la portada llama *nuevas* á las comedias reunidas en el libro.

Parte treinta y siete de comedias nuevas escritas por los mejores ingenios de España. Año de 1671, Madrid, por Melchor Alegre.— A costa de Domingo Palacio y Villegas, mercader de libros.

Don Juan de Matos Fragoso dedica el libro á Don Jacinto Romarate y Varona, diciéndole :

«Estas doce comedias, donde hay algunas mias, y otras de los mayores ingenios de España, nunca buscaron dueño, pues desde el punto que las recogí, tenian legitimada su memoria en la proteccion de usted, pues confiriendo este dictámen con algunos que las escribieron, aprobaron mi eleccion de suerte, que me acusaran la tardanza, á no ver lograda mi diligencia.»

Esta dedicatoria tiene la fecha de 22 de diciembre de 1670.

La sexta comedia del tomo se intitula *El amor hace discretos*, y es la comedia de Calderon *De una causa dos efectos*.

Cuarta parte de comedias de Don Pedro Calderon de la Barca.

Tomo que se halla en la Biblioteca Nacional, sin portada y sin la segunda hoja del prólogo. Las aprobaciones, licencias y privilegio son de mayo y junio de 1672.

Cuarta parte de comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago.

Lleva un prólogo del autor, en que distingue las comedias que son verdaderamente suyas ó no. Enmendadas y corregidas en esta segunda impresion. Año 1674, Madrid, por Bernardo de Hervada.—A costa de Juan de Calatayud Montenegro, criado y librero del Rey nuestro señor.

El prólogo, que se anuncia en la portada, y que es ciertamente un documento curiosísimo, dice así :

«Comedias nuevas. Cuarta parte de Don Pedro Calderon de la Barca, dedicadas á un amigo ausente. — Mándame vuestra merced, señor y amigo mio, que para sobrellevar la soledad á que le han reducido sus desengaños, le remita los libros inclusos en la memoria de su carta; y dejando en primera estimacion aquellos que pertenecen á la continuada tarea de mayores estudios, á las generales noticias de la historia, y á la divertida curiosidad de las buenas letras, pasa á que tambien le remita aquellos que para desahogo de lo serio desocupen algun pequeño espacio á lo jocoso, en cuya línea especialmente pone los libros de comedias, en que andan algunas mias esparcidas. Yo, con el deseo de obedecer en todo, á pesar del dejo con que ya miro esta materia, y desimaginado (por el poco afecto que he puesto en andar en sus alcances) de lo que habia de encontrar en ella, acudí á buscarlos; y no solo hallé en sus impresiones que ya no eran mias las que lo fuéron, pero muchas que no lo fuéron, impresas como mias; no contentándose los hurtos de la prensa con añadir sus yerros á los mios, sino con achacarme los ajenos; pues sobre estar, como ántes dije, las ya no mias llenas de erratas, y, por el ahorro del papel, aun no cabales (pues donde acaba el pliego acaba la jornada, y donde acaba el cuaderno acaba la comedia), hallé, ya adocenadas y ya sueltas, todas estas que no son mias, impresas en mi nombre.

Los triunfos de José.	Las vísperas sicilianas.
La paciencia de Job.	La batalla de Sopetran.

La roca del honor.
La codicia rompe el saco.
La palabra en la mujer.
Mudanzas de la fortuna.
Séneca y Neron.
Saber desmentir sospechas.
San Juan de Dios.
La victoria de Fuenterrabía.
Del rey abajo, ninguno.
El escándalo de Grecia.
El casamentero.
La respuesta está en la mano.
Amor con amor se obliga.
El rigor de las dedichas.
Del mal pagador en pajas.
El mayor rey de los reyes.
El rollo de Ecija.
El tejedor de Segovia.
El conde Don Sancho Niño.
El imposible fácil.
El saco de Ambéres.
El mejor testigo el rey.
El prodigio de Alemania.
El venturoso por fuerza.
Enseñarse á ser buen rey.
El esclavo de María.
Los empeños que se ofrecen.
Los empeños de seis horas.
Los empeños de un plumaje.
El perdon castiga mas.
Haz bien y guárdate.
La tercera de sí misma.
Los desdichados dichosos.
La española de Florencia.
Las canas en el papel.

Y finalmente

El vencimiento de Turno y El conde Lucanor.

He dejado estas dos para postreras, por ser los ejemplares que mas afianzan la consecuencia de mis dos levantados testimonios: pues en cuanto á achacarme ajenos escritos, la de *Turno* lo firma de su nombre cuando, intitulada del mio, acaba con esta copla:

Y así, rindiendo al demonio
La roja sangre de Cristo,
Antonio Manuel del Campo
Da fin á *Turno vencido.*

Y en cuanto á no ser mias ni aun las que lo fuéron, la de *Lucanor* lo dirá á su tiempo. Preguntaráme vuestra merced que ¿cómo se permite esto? Y responderé yo que ¿quién quiere que se meta en remediarlo? Pues bien mirada al primer viso esta materia, ¿qué le importa á la república que la comedia de Juan ande en nombre de Pedro, ni que la de Pedro esté cabal ó adulterada? Y aunque mirada á segunda luz, tiene considerables inconvenientes en daño de tercero, ¿quién quiere vuestra merced que se meta en advertirlos, el dia que no los advierta la conciencia de quien no pudiendo ignorar que una comedia en su primera estimacion cuesta al autor [1] cien ducados, y si le sale mala, no vale el papel en que está escrita, y si buena, no hay precio con que pagarla, porque es un crédito abierto en todos los lugares donde llega nueva; y no pudiendo, digo otra vez, ignorar tampoco el ser hurtada, pues no es su dueño el que la vende, sino el apuntador que la traslada, ó el compañero que la estudia, ó el ingenio que la contrahace; con todo eso se la compra? Con que dada á la estampa, la que ayer valia cien ducados en casa del autor, vale hoy un real en casa del librero, cuyo menoscabo lleva tras sí el no averiguable precio de mañana. Y aun no es este solo el inconveniente que resulta de que haya quien las hurte porque hay quien las compre; pues creciendo precios los segundos daños, perjudican no ménos cantidades que cien mil ducados y mas, que vale su arrendamiento en cuatro años, con tan piadosa circunstancia como estar situados á hospitales y obras pías. Y siendo así que la impresa comedia deste año arranca la raiz, que repetida pudiera dar frutos el que viene, ¿quién duda que su perjuicio obligue á restitucion casi imposible?—¡Oh, señor, que son coplas, y no alhajas, y no hay que hacer escrúpulo de comprarlas ni venderlas!—¿Quién te ha dicho, ignorante, que hay tan baja materia, que como sea caudal de uno, pueda otro disiparla? Y si no, dime: si tú, con licencia de su dueño y privilegio del Consejo, imprimieras un libro de comedias, y otro subrepticiamente le sacara á luz, ¿no pudieras en justicia repetir el daño? Pues ¿cómo quieres que sea parva materia cuando las compras, y materia grave cuando las vendes, y con segundo fraude á quien las lleva, pues prometes el crédito de uno y entregas el de otro? Pero ¿quién me mete en ajenos procederes? Y pues á mí no me toca mas que perdonarles la parte que me toca, volvamos al intento.

Viendo un amigo mio que en la encomendada diligencia encontraba á cada paso los libros á docenas y los errados á millares, me dijo:—Pues no tiene remedio lo pasado, enmendad lo porvenir.—¿Cómo? le pregunté. Y él me respondió:—Imprimiendo vos vuestras comedias atajaréis la sinrazon de que otro las imprima.—Si veis, le dije, que ya no las busco para enviarlas sino para consumirlas, ¿cómo me aconsejais el aumentarlas? A que replicó:—Ni el recogerlas es posible, ni el que no crezcan fácil. Sabed que hay persona que de las últimas, que aun no han corrido esa fortuna, tiene para imprimir un libro, y es tan atento, que por no daros pesar, se ha valido de mí para que solicite vuestra permision.—No me hableis en ella, le dije, porque no he de darla.—Pues tened entendido, prosiguió, que no es sola la persona por quien os pido quien las tiene; y que de no imprimirlas él en Madrid, donde con mi asistencia salgan ménos erradas, será sin duda el que otros las envien á Zaragoza ó á Sevilla, de donde vendrán, sin poder vos remediarlo, como las demas, mal corregidas. Viendo yo que el que empezaba en ruego acababa en amenaza, y amenaza tan factible, dándome no sé si al partido ó al despecho:—Haced vos lo que quisiéredes (le dije); pero con condicion, si se imprimiere, que ha de ser la de *Lucanor* alguna de ellas. Aquí entra la citada prueba de que aun las mias no lo son; pues hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la *Parte quince*, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro: si buenos ó malos, remítome al cotejo. Tomóme la palabra, y á pocos dias me trujo el libro impreso, para que yo lo dedicase á quien me pareciese. Con que hallándome deudor al mandato, que no obedecí entónces, solicito enmendarle ahora, remitiéndosele á vuestra merced con esta carta, que sirva en él de dedicatoria, de prólogo y de disculpa. Cuya vida, etc.—De vuestra merced, que su mano besa, servidor y amigo.—*Don Pedro Calderon de la Barca.*»

Parte cuarenta y una de famosas comedias de diversos autores. Impreso en Pamplona, por José del Espíritu Santo.

Sin año de impresion, aprobaciones ni licencias. Parece edicion furtiva: hay dos ejemplares en la Biblioteca Nacional. La última comedia del tomo es, *Celos, aun del aire, matan.*

Quinta parte de comedias de Don Pedro Calderon de la Barca. Barcelona, por Antonio La Caballería, año 1677.

Calderon comienza el prólogo puesto al primer tomo de sus *Autos* en estos términos:

«Parecerá culpable especie de jactancia sacar á luz estos mal limados borradores, que desconfiada la modestia tuvo por tantos años á la censura retirados, siendo así que no solo no es jactancia nacida de propio amor, sino violencia, de ajeno agravio ocasionada; pues no contenta la codicia con haber impreso tantos hurtados escritos mios como andan sin mi permiso adocenados, y tantos como sin ser mios andan impresos con mi nombre, ha salido ahora con un libro intitulado *Quinta parte de comedias de Calderon*, con tantas falsedades como haberse impreso en Madrid y tener puesta su impresion en Barcelona; no tener licencia ni remision ni del Vicario ni del Consejo, ni aprobacion de persona conocida; y finalmente, de diez comedias que contiene, no ser las cuatro mias, ni aun ninguna, pudiera decir, segun están no cabales, adulteradas y defectuosas; bien como trasladadas á hurto para vendidas y compradas de quien ni pudo comprarlas ni venderlas. Este consentido abuso... me ha movido, etc.»

Las diez comedias que contiene son:

Fieras afemina amor.
La estatua de Prometeo.
El Tuzaní del Alpujarra.
La crítica del amor.
El rey Don Pedro en Madrid y Infanzon de Illescas.
Amado y aborrecido.
Cómo se comunican dos estrellas contrarias.
El jardin de Falerina.
Darlo todo y no dar nada.
Un castigo en tres venganzas.

En la expresion *no ser las cuatro mias*, debe ser un error de imprenta la palabra *cuatro*, en lugar de *dos*, porque de las diez comedias del tomo, las ocho son de Calderon, y las dos ajenas. *El Tuzaní de la Alpujarra* es *Amar despues de la muerte*, y *La crítica del amor* es *No hay burlas con el amor.*

Parte cuarenta y dos de comedias nuevas nunca impresas, escogidas de los mejores ingenios de España. Año 1676, Madrid, por Roque Rico de Miranda.—A costa de Juan Martin Merinero, mercader de libros.

Segunda comedia del tomo, *San Francisco de Borja, duque de Gandía.*

Parte cuarenta y tres de comedias nuevas de los mejores ingenios de España. Madrid, por Antonio Gonzalez de Reyes, año de 1678.—A costa de Manuel Melendez, mercader de libros.

[1] *Autor*, es aquí *jefe de la compañía, empresario.*

Cuarta comedia del tomo : *El fénix de España, San Francisco de Borja.*

Don Antonio Solis lo aprobó en Madrid, á 4 de mayo de 1679. El padre Martin de Cearrote habia dado su aprobacion con fecha de 20 de marzo.

Primavera numerosa de muchas armonías lucientes, en doce comedias fragantes, parte cuarenta y seis, impresas fielmente de los borradores de los mas célebres plausibles ingenios de España. Madrid.—A costa de Francisco Sanz, impresor del reino y portero de cámara de su Majestad, año 1679.

Quinta comedia del tomo : *Las armas de la hermosura.* Sétima : *La señora y la criada.*

Verdadera quinta parte de comedias, obra póstuma de Don Pedro Calderon de la Barca.

Volúmen en 4.° sin portada, que se halla en la Biblioteca Nacional.

La aprobacion, de fray Manuel de Guerra y Ribera, está dada en Madrid á 14 de abril de 1682.

El privilegio principia así :

«El Rey. Por cuanto por parte de vos, Don Juan de Vera Villarroel, Nos fué fecha relacion habiades recogido diferentes originales de comedias y *entremeses* de Don Pedro Calderon de la Barca, que estaban fuera de sus obras hasta ahora... etc.»

No sé que Vera Tásis publicara entremes ninguno de Calderon.

Sexta parte de comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca... sacadas de sus originales, que publica la amistad de Don Juan de Vera Tásis y Villarroel. Madrid, por Francisco Sanz, año 1683.

Séptima parte de comedias, obra póstuma de Don Pedro Calderon de la Barca.

Tomo sin portada que posee el señor Don Joaquin Artiaga.

Aprobacion y privilegio, año 1682.

Tercera parte de comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca, que nuevamente corregidas publica Don Juan de Vera Tásis y Villarroel, su mayor amigo. Madrid, por Francisco Sanz, año 1687.

Octava parte de comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca, que nuevamente corregidas publica Don Juan de Vera Tasis y Villarroel. Madrid, por Francisco Sanz, año 1687.

Novena parte de comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca... que nuevamente corregidas publica Don Juan de Vera Tásis y Villarroel. Madrid, por Juan García Infanzon, año de 1698.

Primera parte de comedias verdaderas del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca..... que nuevamente corregidas publicó Don Juan de Vera Tásis y Villarroel. Madrid, por la viuda de Blas de Villanueva, año de 1723.

Reimpresion de los nueve tomos en 4.° anteriores.

Comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos de la santa iglesia de Toledo, que saca á luz Don Juan Fernandez de Apóntes, y las dedica al mismo Don Pedro Calderon de la Barca. Madrid, en la oficina de la viuda de Don Manuel Fernandez, é imprenta del supremo Consejo de la Inquisicion, año de 1760.

Once tomos en 4.°, en diez volúmenes : el x y xi impresos en 1763.

En la dedicatoria, que está escrita en estilo extravagantísimo, dice el editor al autor :

«Hijas de vuestro fecundo y sano entendimiento fuéron todas las comedias, que enrôllando cuadernos ó quindèrnos de papel á manos llenas, y hilvanando compases, entre los continuos sudores de las nobles prensas, se enfajáron en dichos nueve libros ó hijos, porque *liber*, el libro, y *liber*, el hijo, son lo mismo : por tales han sido reconocidas, habidas y reputadas con pública voz, fama y comun opinion, sin cosa en contrario. Que aunque Vera Tásis quiso ultronear de bastardía ó adulterinato á alguna, y haya transfundido la vaga voz, es muy débil fundamento á tan exuberante prueba y posesion inconcusa y no interrupta ; y en duda, basta que, aunque haya sido en cueros (como están las mejores ejecutorias de cualquier fidalgo) se hubiesen puesto en sus principios por miembros de cada uno de dichos nueve encuadernados cuerpos, usuales y corrientes, sin lunar en sus rostros, para que sigan vuestros rastros, sin que nos las arrastren.

Por toda la redondez han dado sus vueltas, ya corriendo, ya andando, ya rodando, ya en antesalas, ya en cocinas, ya en estrados: unas veces retostándose al calor con los braseros, y otras tostándose el color con los frios y los polvos, y de *tanto te quiero*, os les han transformado en lo material de modo, que les dicen : *Verte no puedo.* Y aunque compasivos todos los mortales de capote y de copete, afirman ser lástima cómo se hallan los ilustres hijos ó libros de comedias de el fénix Don Pedro Calderon de la Barca, todos se echan á nado por no darles la mano.

Con que viendo yo que si ha convenido esta desidia para con la escasez acarrearos mas aplauso y apetencia á tenerlos cada cual en su compañía, seria bien adornarlos aun algo mas á la moda que cuando vos, maestro plausible, los echasteis á volar, y que sin vergüenza puedan echar su talle á la calle, resolví emplear mi caudal en reimprimirlos, saciando tantos de tan buen gusto y tan generales deseos, para que con el abasto y renovacion crezca y se colme el número de vuestras alabanzas, renaciendo como tal fénix de sus mismas cenizas, y no sufriendo otra dedicatoria ó restitucion que á vos, de vos y por vos, en eterna *memoria* de vuestro *entendimiento*, con mi propensa *voluntad*, etc.»

El prólogo de los tomos x y xi unidos principia así :

«Carísimo lector : Cuando te presenté los tres tomos de la edicion de esta obra, lo hice tambien de otro semejante prólogo, en el cual ya habrás advertido te dije que acaso echarias de ménos esta diligencia en los sucesivos ; pero me es forzoso prevenirte, como lo hago, de los varios entre los muchos motivos que me asisten para hacerlo así. Uno es el que has notado, que en cada tomo no hay aquel número de comedias, ni por el órden que las tienen los antecedentes ; y como quiera que yo te gradúo de juicioso, es preciso que me concedas que lo mas malo que hoy veas, es mejor que lo mas bueno que se halla en aquellos, á causa de registrarse, en los juegos que se encuentran, unas comedias impresas en Madrid, otras en Sevilla, y no pocas en Valencia, y en los grados de letra entredos, lectura gorda y chica, cuyo defecto es tan notorio como lo es el ser el papel que tienen de estraza, y del precio de nueve reales la resma : finalmente, yo no sé qué juego seria el que elegí para presentarle á la superioridad é impetrar las licencias, esto es, si el mas bueno ó si el ménos malo; pero sé que con acuerdo de los mas apasionados de Calderon, y con creer que me harian efectiva la oferta de darme las que se sabe dejó escritas, porque lo dijo Vera Tásis, resolví hacerlo, como lo has visto; pero me quedé, no solo con las buenas ganas de recibirlas, sino tambien libre de la buena paga que habia prometido. Tambien me dices que son caras, sin hacerte cargo de que hasta la hora en que te dí los tres primeros tomos por treinta reales, y á este respecto te he continuado los restantes, pagabas catorce, diez y seis y veinte pesos al librero que queria deshacerse del juego que buscabas, y te desentiendes de que por cada comedia suelta mal doblada dejas ocho cuartos lo ménos, cuando has ido á buscarla ; y mas bien puede darse una sola por seis cuartos, que un tomo por seis reales.»

Theatro Hespañol por Don Vicente García de la Huerta. Parte segunda. Comedias de capa y espada. Tomo II. Madrid, en la imprenta Real, 1785.

Un volúmen en 8.° que contiene dos comedias, de las cuales la primera es la *Dama duende.*

TOMO III.

Dar tiempo al tiempo.
Tambien hay duelo en las damas.

TOMO IV.

Bien vengas, mal, si vienes solo.
Los empeños de un acaso.

TOMO V.

No siempre lo peor es cierto.
Con quien vengo vengo.

TOMO VI.

Casa con dos puertas mala es de guardar.
No hay burlas con el amor.

TOMO VII.

Cuál es mayor perfeccion.
El escondido y la tapada.

TOMO VIII.

Mejor está que estaba.
Primero soy yo.

PARTE TERCERA. — COMEDIAS HERÓICAS. — TOMO I.

El secreto á voces.

TOMO II.

Eco y Narciso.

Comedias escogidas de Don Pedro Calderon de la Barca. Madrid, imprenta de Ortega. Cuatro tomos en 8.º

TOMO I. 1826.

Comprende :

No hay burlas con el amor.
La dama duende.
No siempre lo peor es cierto.
Mañanas de abril y mayo.

TOMO II. 1828.

El astrólogo fingido.
Dar tiempo al tiempo.
El tetrarca de Jerusalen.
¿Cuál es mayor perfeccion?

TOMO III. 1831.

Los empeños de un acaso.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
Amigo amante y leal.
La cisma de Inglaterra.

TOMO IV. 1833.

Peor está que estaba.
Mejor está que estaba.

Las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, cotejadas con las mejores ediciones hasta ahora publicadas, corregidas y dadas á luz por Juan Jorge Keil. En cuatro tomos, adornados con un retrato del poeta, grabado por un dibujo original. Leipsique, publicado en casa de Ernesto Fleischer.

Cuatro volúmenes en folio menor : el 1.º es del año 1827; el 2.º de 1828; el 3.º de 1829, y el 4.º de 1830.

Esta es la mejor edicion que hay de las comedias de Calderon.

Las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca : edicion cubana, corregida y aumentada. Habana, imprenta de R. Oliva, editor, 1839.

No salieron mas que dos tomos, que comprenden las siguientes :

TOMO I.

La vida es sueño.
El golfo de las sirenas.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
El purgatorio de San Patricio.
La gran Cenobia.
La devocion de la cruz.
La puente de Mantible.
Saber del mal y del bien.
Lances de amor y fortuna.
La dama duende.
Peor está que estaba.
El sitio de Bredá.
El príncipe constante.
El mayor encanto amor.
El galan fantasma.
El secreto á voces.
Júdas Macabeo.

TOMO II.

El médico de su honra.
Argénis y Poliarco.
La Virgen del Sagrario.
El mayor monstruo los celos.
Hombre pobre todo es trazas.
A secreto agravio, secreta venganza.
El astrólogo fingido.
Amor, honor y poder.
Los tres mayores prodigios.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
El maestro de danzar.
Mañanas de abril y mayo.
Los hijos de la fortuna.
Afectos de odio y amor.
La hija del aire, parte primera.

Tesoro del teatro español, arreglado y dividido en cuatro partes, por Don Eugenio de Ochoa. Tomo III. *Teatro escogido de Calderon de la Barca.* Paris, en la imprenta de Crapelet, 1838.

Contiene estas veintiuna comedias :

La vida es sueño.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
La devocion de la cruz.
El médico de su honra.
Mañanas de abril y mayo.
A secreto agravio secreta venganza.
La cisma de Ingalaterra.
Dicha y desdicha del nombre.
El mayor monstruo los celos.
El jardin de Falerina.
Agradecer y no amar.
El alcalde de Zalamea.
El José de las mujeres.
Fieras afemina amor.
Las armas de la hermosura.
El mágico prodigioso.
Los dos amantes del cielo.
Duelos de amor y lealtad.
No siempre lo peor es cierto.
La niña de Gomez Arias.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.

COMEDIAS SUELTAS.

EDICIONES DEL SIGLO XVII, SIN LUGAR NI AÑO DE IMPRESION, NI NOMBRE DE IMPRESOR.

Afectos de odio y amor.
Bien vengas, mal.
La cisma de Ingalaterra.
La cruz en la sepultura.
Darlo todo y no dar nada.
Los dos amantes del cielo. (Dos ediciones.)
Enfermar con el remedio.
El escondido y la tapada.
El fénix de España.
La fingida Arcadia.
El Jósé de las mujeres.
El laurel de Apolo.
El mejor amigo el muerto. (Dos ediciones.)
No hay burlas con el amor.
Origen, pérdida y restauracion de la Virgen del Sagrario.
Para vencer á amor, querer vencerle.
Primero soy yo.
La puente de Mantible.

CON AÑO DE IMPRESION.

El segundo Scipion. Nápoles, por Salvador Castaldo, año 1681.

Para vencer á amor, querer vencerle. Valencia, en la imprenta de Lorenzo Meisnier, año 1689.—A costa de Luis Lamarca, mercader de libros.

Las manos blancas no ofenden. Barcelona, por José Llópis, 1699.

MANUSCRITOS.

El acaso y el error: tres copias del teatro que fué del Príncipe, y una del señor Don Agustin Duran.

El condenado de amor: manuscrito de la Biblioteca Nacional.

Polifemo y Circe: dos manuscritos, ambos del señor Don Agustin Duran.

Hado y divisa de Leonido y de Marfisa: manuscrito de la Biblioteca Nacional.

El sacrificio de Efigenia: manuscrito del teatro que fué del Príncipe.

El pastor Fido: manuscrito del mismo teatro.

En esta vida todo es verdad y todo mentira: manuscrito del mismo teatro.

CATÁLOGO CRONOLÓGICO

DE LAS COMEDIAS

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Este es un ensayo muy imperfecto de una obra difícil : doy en él las noticias que he podido juntar ; pero no las que se necesitan. Constan el dia y año en que fuéron representadas algunas comedias ; puede fijarse el año en que fuéron escritas ó impresas otras : la fecha probable de las demas va fundada en conjeturas, de cuya exactitud juzgarán los eruditos.

1610.

El mejor amigo el muerto, comedia famosa de tres ingenios : la primera jornada, de Luis de Belmonte ; la segunda, de Don Francisco de Rojas ; la tercera, de Don Pedro Calderon.

En tales términos aparece encabezado este drama en la *Parte nona de comedias escogidas de los mejores ingenios de España*, impresa en Madrid, año de 1657. Don Juan de Vera Tásis y Villarroel confirmó la noticia, repitiéndola en los tomos v, vi y siguientes de Calderon, en que puso la lista de sus comedias. Si Calderon escribió realmente la jornada última de *El mejor amigo el muerto*, esta obra, de no muy alto valor en verdad, se convierte en una joya inestimable, porque hubo de ser sin duda su primer ensayo en la poesía escénica, hecho en la infantil edad de once años, aun no cumplidos. Dice Vera Tásis que principió Calderon su carrera cómica escribiendo, de poco mas de trece años, *El carro del cielo* ; pudo ser este el primer drama que trabajase Calderon por sí solo ; pero el tercer acto de *El mejor amigo el muerto* estaba ya escrito en 25 de diciembre de 1610, tres años ántes. Hállase la prueba en la escena xv del acto segundo, en la cual dice un interlocutor :

> Es que *hoy cumple nuestra reina*
> *Años*, y con un sarao
> Esta noche los celebran.

Y mas adelante canta la música :

> *Años cumple el cielo*,
> Y para imitar
> Los cielos, Clarinda
> Cumple un año mas.

La reina Doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, nació á 25 de diciembre, como Jesucristo : así, á principios del siglo xvii se celebraba en España en un mismo dia el cumpleaños de su reina y el cumpleaños del Rey del cielo : á esta singular circunstancia aluden los versos copiados arriba. Margarita murió en 3 de octubre de 1611, á los veinte y seis años de edad ; y no siendo verosímil que escribiese Calderon jornadas de comedia ántes de haber cumplido siquiera diez años, debemos inferir que *El mejor amigo el muerto* fué escrito para el cumpleaños de 1610, que fué el último de la Reina.

Infiérese tambien de los versos citados, que la comedia debió ser fiesta real, y representarse en la Nochebuena ó en el dia de la Natividad del Señor de 1610, cuando tendria Don Francisco de Rojas unos veinte años, y faltaban á Calderon, para cumplir once, unos veinte y tres dias.

Tres dificultades ocurren aquí : 1.ª Que diez años y meses son muy poca edad para escribir en el género dramático. 2.ª Que para una fiesta real, para una comedia de circunstancias, que se pediria con prisa, no es natural que los autores admitieran por colaborador á un niño. 3.ª Que ciertos pasajes del acto que se atribuye á Calderon, parecen obra, no ya de muchacho, sino de hombre hecho. — Sin empeño de sostener mi opinion, que anda en este caso muy vacilante, diré que se puede responder sin violencia á las tres objeciones. Hombres como Calderon de la Barca no deben medirse por la regla comun : quien de trece años escribió por sí solo una obra dramática, que Vera Tásis ofreció publicar, pudo á los diez y medio componer la tercera parte de una, con favor de vecinos. Acaso el padre de Calderon tenia con Belmonte y Rojas bastante amistad para pedirles y conseguir de éllos que dieran á su hijo lugar en la obra. Acaso Belmonte ó Rojas fuéron maestros de Calderon, y quisieron lucirse con su discípulo, dirigiéndole en algunos pasajes de la jornada, corrigiéndole en otros.

Sea lo que fuere, *El mejor amigo el muerto* es la comedia mas antigua de esta coleccion, y por ella debo principiar mi catálogo.

La edicion de 1657 no es la primera : en la suma de la licencia, dada en Madrid á 17 de enero, se permite á Mateo de la Bastida imprimir un libro de comedias, «que (se dice) ha sido impreso ántes de ahora.»

1613.

El carro del cielo, ó San Elías.

Don Juan de Vera Tásis dice en la *Fama, vida y escritos de Calderon*, que inserté en el tomo 1.º de esta obra : « Confírmenlo mas de cien áutos sacramentales, mas de ciento veinte comedias, sin descaecer en ninguna edad con ellas ; pues empezó grande con la de *El carro del cielo*, de poco mas de trece años, y acabó soberano con la de *Hado y divisa.*»

El carro del cielo era una de las trece comedias con que Vera se habia propuesto formar el tomo x de las de Calderon, que no llegó á ver la luz pública. Hoy permanece desconocida.

Desde el año de 1613 (décimotercio de la vida de Calderon, que nació con su siglo) hasta el año de 1622, ninguna noticia ni cierta ni probable se halla sobre las composiciones en que se ocupó durante aquel tiempo. Dícenos Vera, sin embargo, que al salir de la universidad de Salamanca, en edad de diez y nueve años, « tenia ya ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias.» Cuatro juzgo yo que pertenecen á esta época : *El alcaide de sí mismo, El astrólogo fingido, Hombre pobre todo es trazas*, y *Amor, honor y poder* : la primera, porque es entre las de Calderon la única á mi ver donde aparecen la inexperiencia y travesura de un ingenio muy jóven ; la segunda, porque el autor imita en ella conocidamente el estilo de Lope, con algun rasgo de Tirso de Molina ; las dos últimas, porque aun no pinta en ellas al caballero segun le concibió y representó casi invariablemente despues, y concluye castigando al personaje vicioso con tanta severidad como Alarcon, á quien parece tambien que trata de acercarse. Pero estas no pasan de conjeturas : conviene solo tener presente para mas adelante, que á los diez y nueve años era ya Calderon escritor cómico de fama, y que Felipe III, que murió en 31 de marzo de 1621, le conocia y honraba ; que es la mas reducida significacion que podemos dar á estas palabras de Vera Tásis : « Don Felipe III, el Piadoso ; Don Felipe IV, el Grande ; y Don Cárlos II, el Deseado... siempre con mano liberal derramaron en él copiosísimos favores.»

1622.

En esta vida todo es verdad y todo mentira. Fiesta que se representó á Sus Majestades en el salon de su real palacio.

Hállase impresa esta comedia en el tomo III de CALDERON, que se publicó en 1664, un año ántes que Felipe IV muriese; pero en mi entender fué escrita muy á los principios de aquel reinado.

Los principales personajes de *En esta vida todo es verdad y todo mentira* son los emperadores Fócas y Heraclio, primeros papeles tambien de la tragedia que Pedro Corneille tituló con ese último nombre. Singular analogía se halla entre la obra del autor español y el frances: el argumento de una y otra composicion va fundado casi en el mismo supuesto; hay una situacion igual en ambas; hay unos versos que dicen lo mismo en castellano y en frances, y son los siguientes:

¡Ah venturoso Mauricio!	Ser hijo de mi valor
¡Ah infeliz Fócas! ¿Quién vió	Uno, y que quieran del tuyo
Que para reinar no quiera	Serlo para morir, dos?

(*En esta vida todo es verdad y todo mentira*: jornada primera, escena X.)

> O malheureux Phocas! ô trop heureux Maurice!
> Tu recouvres deux fils pour mourir après toi,
> Et je n'en puis trouver pour régner après moi.

(*Héraclius*, acte IV, scène IV.)

Es evidente que uno de los dos autores ha imitado al otro; pero ¿quién á quién? Si juzgamos la cuestion por la fecha de las ediciones, CALDERON fué el imitador, y Corneille el original: su *Heraclio* fué impreso en el año 1647; al *Heraclio* de CALDERON no se le conoce hasta ahora edicion mas antigua que la de 1664. Si se atiende á una porcion de probabilidades, casi equivalentes á la evidencia, la obra de CALDERON es la que fué imitada por el autor de *Heraclio*. Tal creyó Voltaire cuando tradujo la comedia de CALDERON, cabalmente un siglo despues de impresa en el tomo citado; pero hace seis años que Monsieur Viguier, inspector general de la universidad de Ruan, y Monsieur Philarète Chasles, literato bien conocido por sus diferentes *Estudios*, fallaron el pleito en favor de su célebre compatriota. Su opinion no es la mia, ni creo que será la de mis lectores.

Dejando para mas adelante manifestar si la edicion de 1664 fué ó no la primera del *Heraclio* español, observaré primeramente que leyendo los dos entremeses de CALDERON titulados *La Franchota* y *Los flatos*, se ve que nuestro insigne dramático no sabia el frances: los franceses que introdujo en *La Franchota*, y el botillero *Coqueron* que figura en *Los flatos* (frances indudablemente por su apellido), hablan una jerigonza que nada se parece á la lengua francesa. Las expresiones: *fuggite tutti; signor, pietà; mi piace, bene mio, mio cor, mai più, più bellas, che dice, vedendo, donna, entrate, altra, niente, schiava, schiavuccia, schiavotta*, y otras, bien ó mal escritas, no pertenecen al idioma frances, sino al italiano. CALDERON pues, testigos sus entremeses, no sabia el frances; Corneille, testigo *El Cid*, *El mentiroso*, primera y segunda parte, y *Don Sancho de Aragon*, sabia el castellano. Poco verosímil parece que fuera CALDERON á buscar asunto para una comedia en un drama escrito en lengua que no entendia.

Pero ¿á qué buscar en el teatro frances tal asunto, cuando estaba ya manejado en el nuestro? En el libro impreso en 1616 con el título de *Flor de las comedias de España*, libro que suele servir de quinta parte al teatro de Lope, se halla el drama histórico titulado *La rueda de la fortuna*, produccion de Don Antonio Mira de Méscua, en la cual entran tambien los emperadores Fócas y Heraclio, y se halla el gérmen de la comedia de CALDERON y la tragedia de Corneille. De este drama sí que se valió CALDERON: en la primera escena de *En esta vida todo es verdad y todo mentira* se hallan ya estos versos que dice Fócas:

> *Leche de lobas*, infante,
> Me alimentó allí en mi tierna
> Edad, y en mi edad adulta
> El veneno de sus yerbas.

Palabras harto semejantes á estas del mismo personaje en *La rueda de la fortuna*:

Un pescador me sacó;	Y *leche de* mansas *lobas*,
Y como á mí me crió	Soy melancólico yo.
Con palmas y verdes ovas	

Palabras que careciendo como carecen de apoyo en la historia, son pura invencion de uno de los dos poetas, el cual debe ser Don Antonio Mira sin duda; á no suponer que la comedia de CALDERON estuviese escrita ántes del año 1616, cuando él contaba diez y seis años, y diez Corneille. Una breve idea de las alteraciones hechas á la historia de Heraclio desde Mira de Méscua á Corneille, no estará aquí fuera de lugar.

En *La rueda de la fortuna*, el emperador Mauricio, su esposa Aureliana y Heraclio son los personajes que mas veces ocupan la escena; Fócas hace poco papel. Fíngese allí que habiendo soñado muchas veces la emperatriz Aureliana que un hombre de nacimiento humilde le daba muerte á ella y á sus hijos y esposo, quiso salvar á Heraclio, recien nacido, y se le dió á criar á Heracliano, labrador que habitaba léjos de Constantinopla, poniendo en lugar del príncipe, y con el nombre de Teodosio, al hijo de un siervo, criatura que salió con perversas inclinaciones. Mauricio en *La rueda de la fortuna* es un soberano disoluto y sacrílego, y su hijo putativo Teodosio no le va en zaga: porque la Emperatriz defiende y oculta á una cautiva, de que el Emperador y el supuesto príncipe se han prendado á la vez, este da un bofeton á la augusta y paciente señora, y aquel la arrastra de los cabellos. Heraclio, testigo casual de la barbarie de Teodosio, emprende con él á palos, defendiendo á su madre sin saber que lo sea. Sublévase el imperio; Fócas, proclamado emperador prodigiosamente, se apodera de Constantinopla y de Mauricio, á quien poco ántes ha revelado Aureliana el trueque de Teodosio y Heraclio. Herido Mauricio de muerte, Fócas le deja con un soldado que presencie sus postreros instantes: este soldado es el mismo Heraclio, por cuyo nombre le reconoce su padre: situacion trágica, una de las pocas buenas que tiene el drama. Heraclio mata á Fócas, ahorcándole en su alcázar por su propia mano: huye, y se presenta al ejército con Aureliana; declara quién es, lo confirma su madre, conmuévense las tropas, y elévanle al solio imperial. Hay en medio de esto amores, atropellos, sueños con apariciones, escenas campestres y militares, lances que repugnan, alguna situacion patética, versificacion regular, y un desórden completo.

CALDERON dió otra forma al asunto: cuando su comedia principia, ya ha muerto Mauricio. El Fócas y el Heraclio de Mira de Méscua fuéron en su juventud labradores; CALDERON los quiso mas agrestes aun, y los hizo salvajes. Supone CALDERON que Fócas, criado entre fieras en los montes de Sicilia, capitan de bandoleros despues, tuvo amores con una aldeana, que dió á luz un hijo casi al mismo tiempo y cerca del sitio en que la Emperatriz malparia de Heraclio al saber la derrota y muerte de malaventurado Mauricio. Huyendo con el niño el anciano Astolfo, que lo recogió de la Emperatriz moribunda, la amante de Fócas, Irifile, fugitiva y moribunda tambien como la Emperatriz, confía al mismo anciano su hijo: Astolfo se retira á una selva, y en ella, léjos de todo comercio humano, cria como hijos propios al de Fócas y al de Mauricio. Viene Fócas á Sicilia muchos años despues á saber del fruto de sus amores y del hijo legítimo de Mauricio: da con Astolfo, y halla con él á los dos jóvenes, Heraclio y Leonido, que le llaman padre.

Fócas, que conocia á Astolfo y sabía que la Emperatriz habia puesto á su hijo en sus manos, comprende que uno de aquellos dos mancebos ha de ser el príncipe: ¿cuál es? Astolfo lo calla, y el tirano amenaza matar á los dos. «No hagas tal (dice el viejo), porque uno es tu hijo.» Las pruebas son tales, que Fócas tiene que suspender sus iras, y apelar al tiempo para descubrir la verdad. Ya se ve que esta combinacion es de mas artificio que la de Méscua; la de Corneille todavía es mas complicada, indicio vehemente de ser posterior. El trágico frances quiso combinar la fábula de CALDERON con la historia, y le resultó un embrollo que apénas se entiende.

En vez del Heracliano de Méscua ó del Astolfo de CALDERON, Corneille echó mano de una mujer, que en efecto quiso salvar de la muerte á un hijo de Mauricio, sustituyéndole el suyo propio. A esta mujer, que fué una nodriza, conviértela Corneille en una dama ilustre y sagaz, llamada Leontina: supone que entregó el niño á los verdugos de Fócas, los cuales le quitaron la vida creyendo matar al hijo del Emperador destronado; supone luego, como CALDERON, que vino parar á sus manos el hijo de Fócas, y que le cambió con Heraclio: de modo que al principiar la tragedia, Heraclio, hijo de Mauricio, lleva el nombre de Marciano y pasa por hijo de Fócas, al paso que Marciano, hijo de Fócas, lleva el nombre de Leoncio, y pasa por hijo de Leontina. Heraclio sabe quién es; pero no sabe que Fócas sea padre de Marciano, su amigo: este por su parte vive ignorante de todo. Como si tal complicacion no bastara, Corneille introdujo en su tragedia una hija de Mauricio, llamada Pulquería, y otra de Leontina, llamada Eudoxia: Heraclio la pretende, Marciano á Pulquería, á quien Fócas trata de casar con Heraclio. Él resiste, como es natural, un enlace incestuoso: peligro que Marciano cree correr mas adelante, cuando se persuade que es hijo de Mauricio, y es Pulquería su hermana. El drama de CALDERON, durante la jornada segunda y parte de la tercera, es una comedia de magia, con sus prodigios estupendos y su plazo fatal, ademas de los ordinarios adherentes de las fiestas reales de aquella época: á saber, la música obligada, y el certámen de ingenio; pero en cuanto al trueque de los príncipes, combinacion de que nace todo lo bueno que hay en la obra francesa y en la española, es mucho ménos complicada que la de Corneille, así como la de Mira de Méscua es tambien en esta parte mucho mas sencilla que la de CALDERON. Comparando los tres dramas, aparece evidente que Mira de Méscua escribió el primero, CALDERON le siguió, y á CALDERON Corneille, añadiendo estos mas artificio al nudo de la fábula. Así, aunque nos diga Corneille en el exámen de *Heraclio*: «No he conservado aquí mas verdad histórica que el órden sucesivo de los emperadores Tiberio, Mauricio, Fócas y Heraclio; he falsificado el nacimiento de este, haciéndole hijo de Mauricio... he prolongado la vida de la emperatriz Constantina,» es indudable que, sin tomar en cuenta la comedia de CALDERON, tenia ya hecho todo esto Mira de Méscua treinta y un años ántes[1]. Comparando tambien *El Cid* de Corneille, su *Mentiroso*, la *Segunda parte* de este, y *Don Sancho de Aragon*, que son imitaciones de comedias españolas, con las demas obras del mismo Corneille, se nota en esas cuatro piezas mucha mas accion y artificio que en todas las otras, á excepcion del *Heraclio*: ¿no deberémos inferir, ó por lo ménos sospechar, que el *Heraclio* tiene la misma procedencia que *El Cid, El mentiroso* y *Don Sancho?* Unamos esta sospecha, y la circunstancia de no saber CALDERON el frances, con los indicios que iré exponiendo.

Heraclio es tambien personaje de *La exaltacion de la cruz*, otra comedia de CALDERON, impresa en la *Primera parte de comedias escogidas*, año 1652. *La exaltacion de la cruz* fué compuesta, á mas tardar, en el año 1644, y entónces ya estaba escrita la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. Principiemos por demostrar que *La exaltacion de la cruz* es obra de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, pues hasta hoy era algo dudoso.

A peticion del almirante duque de Veragua, que deseaba saber con seguridad cuáles eran las comedias de CALDERON, formó este, con fecha de 24 de julio de 1680, una lista de todas ellas, en que hay una con el título de *El triunfo de la cruz;* pero *La exaltacion* no parece. Dije yo en el prólogo de esta coleccion que me inclinaba á creer que *El triunfo* y *La exaltacion de la cruz* fuesen una obra misma: estoy persuadido en efecto, de que en la copia que se hizo de la lista de CALDERON para darla á luz, equivocaron el título de la comedia; pero tambien pueden ser dos obras distintas de CALDERON: séanlo ó no, *La exaltacion de la cruz* es suya. En el prólogo del tomo IV de CALDERON, publicado en 1672, incluyó CALDERON una lista de cuarenta y una comedias ajenas que llevaban su nombre: *La exaltacion de la cruz* no se halla entre ellas. Se me replicará que acaso no sabria CALDERON que se hubiese impreso *La exaltacion de la cruz* con su nombre. Sí lo sabía; y tanto, que el libro en que se halla (edicion, como ya va expresado, de 1652), fué censurado precisamente por CALDERON mismo, de quien son tambien otras tres comedias de las doce que comprende. Leido y aprobado el libro por CALDERON, está fuera de duda que *La exaltacion de la cruz* es tan suya como *No siempre lo peor es cierto, Mejor está que estaba,* y *Con quien vengo vengo*, incluidas con su nombre en el mismo volúmen. Sin eso, la misma comedia lo declara de muchos modos: no solo es de CALDERON el estilo de toda ella, sino que sus primeras escenas, y las primeras de *El jardin de Falerina*, son iguales en el fondo, aunque distintas en formas; y el soneto que se halla en el acto primero, escena VII, de *La exaltacion de la cruz* es el mismo que se lee tambien en el acto primero, escena XXII, de *La señora y la criada. La exaltacion de la cruz* es de seguro obra de CALDERON: fué impresa en 1652; ¿cuándo fué escrita? Estos versos nos lo dirán:

HERACLIO.

Deudos, vasallos y amigos,
Heraclio, César augusto
De Constantinopla, os pide
Perdon del ocio en que os tuvo.
. . . .
Y yo he de ser el primero
Que, embrazado el fuerte escudo,
Que, el templado arnes trenzado
Y el limpio acero desnudo,
En la campaña resista
Los destemplados influjos
De las escarchas de enero
Y de los soles de julio.
. . . .

CLODOMIRA.

...Ea, invicto Heraclio...

ARNESTO.

Cristiano César augusto...

FLORA.

Sal á campaña; que todos
Te seguirán.

CLODOMIRA.

Y no dudo
Que ver en campaña al rey
Lleva asegurado el triunfo.
(*Acto primero, escena* IX.)

LIBIA.

Con extraña
Fe toda la gente espera
La ocasion.

ARNESTO.

Y es de manera
Lo que *verte en la campaña*
Les anima y les alienta,
Que el mas humilde soldado,
De tu valor inspirado,
Ser rayo de Persia intenta.

HERACLIO.

Por justa y natural ley,
Es preciso, es evidente
Que sea el soldado valiente
A la vista de su rey.
(*Acto tercero, escena* VIII.)

Muchos son los reyes que salen á campaña en las comedias de CALDERON; pero en ninguna se encarece con ahinco tal particularidad, sino en *La exaltacion de la cruz*. Ni en ella era propio semejante encarecimiento, atendida la época histórica; pues no era raro ciertamente, sino muy comun, á principios del siglo VII ver á los emperadores de Oriente acaudillar sus tropas. En España sí era muy nuevo, por los tiempos de CALDERON, espectáculo de igual especie; porque desde la entrada de Fe-

[1] Aureliana y Teodolinda, equivalentes en *La rueda de la fortuna* á Constantina y Pulquería, sobreviven á Fócas.

lipe II en Portugal, ó mas bien desde la batalla de San Quintin, hasta la salida de Felipe IV á Cataluña durante el levantamiento de aquella provincia, nuestros reyes no habian empuñado el baston militar. Véase en qué términos escribe de esto Don José Pellicer y Tovar en sus *Avisos históricos*, publicados por Don Antonio Valladares y Sotomayor, en el *Semanario erudito*, tomo XXXIII. —« 10 de mayo de 1644. Su Majestad salió de Zaragoza á Berbegal, viérnes á 29 de abril. El domingo en la noche llegó á Alfocea, que está de la otra parte de donde se juntan los rios Guatizalema y Alcanadre, desde donde á media legua habia de ver el ejército. Salió, dia víspera de la Cruz, á las siete de la mañana, y esperó en una ermita la seña para ponerse á caballo, que eran dos tiros : llegó, y á poco distrito le hicieron tres salvas... La alegría de las cajas, batir las banderas, volar los sombreros, fué grande. haciendo mas festivo el dia; pues desde el rey Don Felipe II, su abuelo, no se habia visto otro dia semejante, ni rey español en campaña..... A la tarde, yendo á Barbastro, pasó á ver los acuartelados, donde los vítores, y decirle que mil vidas perderian en su servicio, fuéron grandes ».— Comparando este trozo de *Gaceta* (digámoslo así) con los que se incluyen del drama, no aparece dudoso que se alude claramente en ella á la campaña de Felipe IV, á quien designa CALDERON sin ningun disimulo, diciendo :

Que de *católicos reyes*
Aun los vasallos son hijos.

Y repárese de camino, que si alguna vez llama CALDERON á Heraclio *Emperador* ó *César*, en todas las ocasiones en que se propone entusiasmar á sus oyentes, alza el embozo, y le llama *Rey*, para que la alusion no pase inadvertida. No lo pasaria la que (de otro género á la verdad) encierran los versos siguientes del gracioso Morlaco :

Entre tanta confusion
Podrémos dar á entender
Que en la guerra hemos estado
Y fuertemente peleado,
Como lo suelen hacer
Otros que en la corte están
Vestiditos de color,
Y no se sabe, señor,
Ni cuando vienen ni van.

Acusacion que parece fundada en el hecho referido por Pellicer en los *Avisos* de 28 de agosto de 1640, con estas palabras : « Hoy se ha echado bando, con pena de la vida, á todos los soldados milicianos, para que á 5 del que viene salgan de Madrid, por haber muchos escondídose, y otros rehusado la salida, despues de haberse valido muchos años de los fueros y exenciones militares. » — CALDERON sirvió en toda esta guerra : consta que en noviembre de 1641 vino de Tarragona con encargo de hacer presente al Rey el estado del ejército, á nombre de su jefe el marqués de Hinojosa : probablemente le mandaria entónces el Rey escribir *La exaltacion de la cruz*, pieza de circunstancias que produciria gran sensacion, representada ántes de la salida del Rey en 26 de abril del año siguiente, pieza que durante aquella campaña pudo ser muy bien recibida; pero que hubiera sido inoportuna despues; porque los resultados producidos por el viaje del Rey á Aragon, fuéron mucho menores que las esperanzas fundadas en él. Sépase ademas que la expedicion de Felipe IV, no efectuada hasta 1642, estuvo resuelta desde 1635 : así consta de una relacion impresa en el año siguiente, donde se lee : « Su Majestad, para dar principio á la defensa de la declarada guerra con que sus émulos le amenazaban, propuso salir personalmente en campaña.»— Hasta el año 1635 puede subir la fecha de *La exaltacion de la cruz*. Habiendo fallecido la reina Isabel de Borbon en 6 de octubre de 1644, cerráronse los teatros de España, y permanecieron así hasta que Felipe IV dió sucesora á la Reina difunta. (Véase á la página 216 el tomo II del *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, por Don Casiano Pellicer.)

Sin embargo, circunstancia hay en *La exaltacion de la cruz*, de que puede inferirse que no fué escrita sino doce años mas tarde : conviene pues decir algo sobre el particular. Las primeras palabras de Heraclio en la comedia son las siguientes :

HERACLIO. (*A unos músicos.*)
No canteis mas; que aunque bien
Concuerda vuestra armonía
Con el gusto y la alegría
En que mis dichas se ven,
Esperando cada instante
Ser dueño de la divina
Belleza de mi sobrina
Eudocia...

Felipe IV pasó á segundas nupcias con su sobrina Doña Mariana de Austria : las capitulaciones de la boda estaban hechas en 2 de abril de 1647, y se publicaron en Madrid á 17 de julio. Sigue la escena :

Tú, pues de mi madre (á quien
Vienen los avisos) eres,
Flora, la valida, ¿quieres
Darme nuevas de mi bien?

FLORA.
Por no hacer mayor tu pena,
Callé; que, á lo que he oido yo,
No vendrá tan presto.

En efecto, la tal Eudocia ó Eudoxia no viene en toda la comedia; y la reina Mariana, por ser aun muy niña, no vino á Madrid en dos años [1]. Parece que dan á entender estas cláusulas que la comedia fué escrita cuando, ajustada ya la boda de Felipe IV con su sobrina Doña Mariana, todavía no era de esperar que se celebrara pronto el enlace : de manera que hasta puede inferirse de tales indicios que *La exaltacion de la cruz* fué destinada á celebrar la publicacion oficial de las capitulaciones del Rey, hecha en Madrid á 17 de julio de 1647. Yo creo que la comedia fué en efecto representada en aquella ocasion; pero no por primera vez. Desde la muerte del príncipe Don Baltasar Cárlos, ocurrida en Zaragoza á 9 de octubre de 1646, Felipe IV se alejó del teatro de la guerra, y no pensó ya mas que en consolarse de la pérdida de su hijo, divertirse y casarse. Cuando el Rey, en vez de pelear, huia los campos de la pelea, no hubiera dicho un poeta de corte, que

Por justa y natural ley
Es preciso, es evidente
Que sea el soldado valiente
A la vista de su rey,
Por dos razones : la una
Por parte del Rey; porqué,
Como él mismo sabe y ve
Los trances de la fortuna,
Los estima y agradece;
La otra, del soldado; pues
Al mirar que su rey es
El primero que padece
Riesgos y incomodidad,
Hielo, sol, hambre y fatiga,
De ver iguales se obliga
La pena y la majestad.

En 1647 ni Felipe IV veia pelear á sus soldados, ni padecia mas incomodidades que las que pudiera ocasionar la vida regalona de sus palacios y reales sitios : con que habrémos forzosamente de suponer que, es-

1 Refiere todo esto muy bien CALDERON mismo en un romance que puso en el acto primero, escena VIII de su comedia *Guardate del agua mansa*. Hé aquí unos trozos de él :

Deudora Alemania estaba
A España de la mas rica,
De la mas hermosa prenda,
Desde el venturoso dia
Que *María, nuestra infanta*,
Generosamente altiva,
Trocó la española alteza
Por la majestad de Hungría.
Deudora Alemania estaba
(Otra vez mi voz repita)
De tanto logro al empeño,
De tanto empeño á la dicha,
Sin esperanzas de que
Pudiese su corte invicta
Desempeñarse con otra
De iguales méritos digna,
Hasta que piadoso el cielo
Ilustró su monarquía
De quien, si no la excedió,
Pudo al ménos competirla,
Para que nos restituya
En *Mariana* su hija
Tan una misma beldad,
Que parece que es la misma.
Despues de capitulado
El Rey, que mil siglos viva,
Se dilataron las bodas
Mas tiempo del que queria
La ansia de los españoles;
Mas no fueran conocidas
Las dichas, si no vinieran
Con su pereza las dichas.
Fué causa á la dilacion
Esperar que la festiva
Tierna edad de la niñez
Creciese, hasta ver que hoy pisa
De la juventud la márgen...
¡ Buen defecto es el de niña,
Pues se va, aunque ella no quiera,
Enmendando cada dia!

crita *La exaltacion de la cruz* por los años de 1635 á 1644, la escena VII del acto primero fué modificada por CALDERON en 1647 para acomodarla á las circunstancias del tiempo, como hizo con *El laurel de Apolo*, zarzuela escrita al nacimiento del príncipe Felipe Próspero, y refundida despues para celebrar los dias de Cárlos II. En el año 1647 fué impreso tambien el *Heraclio* frances; pero siendo el de CALDERON muy anterior á *La exaltacion de la cruz*, nada importaria que este drama, contra todas las probabilidades que hay, hubiera sido escrito en 1647.

La prioridad de *En esta vida todo es verdad y todo mentira* no admite duda: puesto que forma la primera parte de las aventuras de Heraclio, naturalmente debió preceder á la segunda. Ademas, cotejándola con *La exaltacion de la cruz*, se ve que al escribir CALDERON aquel drama, no sabía de la historia de Heraclio mas que lo que habia visto en *La rueda de la fortuna;* cuando compuso *La exaltacion de la cruz*, ya tenia estudiada la historia imperial. El Heraclio de *En esta vida* es hijo de Mauricio, como quiso hacerle Mira de Méscua, y se ha criado como salvaje, ignorando su orígen; el Heraclio de *La exaltacion de la cruz* calla prudentemente quién fué su padre, dónde y cómo pasó sus primeros años: aquel se casa con una reina siciliana, llamada Cintia; este ajusta su enlace con la princesa Eudoxia, que en efecto fué la primera mujer de Heraclio: aquel se habia quedado sin madre al nacer, segun Mira de Méscua; este la conserva, segun la historia. Si CALDERON la hubiera estudiado para escribir su drama *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, algo se le habia de conocer, como se le conoce que tenia estudiada la composicion de Mira de Méscua. CALDERON á los veinte y dos años estaba sin duda muy ajeno de figurarse que habia de componer algun dia una segunda parte de *Heraclio;* y así, apoyándose en la obra de su predecesor, dejó correr libremente la pluma. Cuando con mas años y mas estudios quiso volver á colocar en el teatro aquel personaje, que no tomó de la historia, vió que esta le desmentia, que no era posible armonizar una pieza con otra, y que lo mejor era dibujar al protagonista de nuevo. *En esta vida todo es verdad y todo mentira* es, repito, la primera parte de *La exaltacion de la cruz*, y hubo de ser escrita en la época indicada por estos versos, que son los últimos de la comedia:

Esperad
Que sea felice rey
El que *entra* con *desengaño*
De que no hay humano bien
Que no parezca verdad,
Con duda de que lo es.

Versos que seguramente aluden á los principios del reinado de Felipe IV, el cual sucedió á su padre en 31 de marzo de 1621: versos que recuerdan las palabras de Felipe III moribundo, á su hijo, próximo á heredarle: «Heos llamado para que veais en lo que fenece todo.» Aquel *desengaño* terrible, aquella memorable expresion, divulgada en varias relaciones contemporáneas que aun se hallan hoy impresas y manuscritas, debió inspirar al jóven poeta el grave pensamiento de que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, sobre el cual formó su comedia fantástico-filosófica, que se representaria en el año de 1622, en que se celebraron en Madrid muchas y grandes fiestas de todos géneros, ó poco despues. En 28 de julio de 1621 se habian abierto los teatros, y estrenádose en uno la comedia de Lope *Dios hizo los reyes y los hombres las leyes*, título de circunstancias tambien, como el de *En esta vida todo es verdad y todo mentira.*

Queda expuesta mi opinion, acompañada de los fundamentos en que se apoya: debo hacerme ahora cargo de la contraria. Sostiénenla Monsieur Viguier y Monsieur Philarète Chasles: aquel en un opúsculo impreso en Ruan, año de 1846, con el título de *Anécdotas literarias sobre Pedro Corneille*: este en sus *Estudios sobre la España* (Paris, 1847), donde se encuentra un discurso titulado: *Corneille en sus relaciones con el drama español.* La opinion de Monsieur Philarète Chasles parece hija de las observaciones de Monsieur Viguier: contestando á Viguier, Philarète Chasles queda contestado.

Los principales argumentos de Monsieur Viguier (porque los demas carecen de fuerza) se reducen á tres:

1.° La edicion primera del *Heraclio* es del año 1647: la primera edicion de *En esta vida todo es verdad y todo mentira* es de 1664.

2.° Los contemporáneos de Corneille, á pesar de la envidia con que le miraban, no le acusaron de plagio cuando publicó su tragedia.

3.° Corneille, que francamente confesó haber imitado á Guillen de Castro, Alarcon y Lope, no dijo haber imitado á nadie en el *Heraclio*, y habló de su obra como si exclusivamente le perteneciera.

Examinemos el valor del primer argumento. Dice Monsieur Viguier, tratando del tercer tomo de comedias de CALDERON, impreso en 1664: «Tengo la prueba, *casi* completa, de que las comedias de este volúmen, y especialmente la de que tratamos, no figuraban en las colecciones anteriores..... Esta prueba, que llamo *casi* completa, resulta de las explicaciones dadas por el mismo CALDERON al principio del tomo: véase su dedicatoria y la carta que sigue, á él dirigida por su editor, expresando que la publicacion está destinada á preservar aquellas comedias de la suerte que han experimentado otras del autor, desfiguradas por impresiones fraudulentas, *hurtadas, ajenas y defectuosas:*» en español estas palabras últimas.

Por mas diligencias que he practicado, no he podido hallar esa tercera parte publicada en 1664; pero yo doy entera fe á la cita de Monsieur Viguier: dudo, sí, que supiera lo que se decia el editor de CALDERON, que fué esta vez un Don Sebastian de Vergara. De él habla otro editor de CALDERON, Don Juan de Vera Tásis y Villarroel, en términos á la verdad poco satisfactorios. «Publicó (dice Vera en el prólogo puesto á la segunda edicion del tomo), publicó esta tercera parte de comedias en otro tiempo Don Sebastian Ventura de Vergara, con la vana ostentacion de amigo de nuestro DON PEDRO; y tambien por restaurarlas (segun dijo) de los acumulados yerros que le imputaban en las repetidas fatigas de la prensa; mas cuando su celosa solicitud quiso hacer á DON PEDRO una lisonja, su perezoso descuido le fraguó una injuria; pues ninguna de cuantas andan impresas con nombre suyo padecia tantos errores como estas: lo cual verificará el que, diligente ó curioso, cotejare la de *El laurel de Apolo*, que ahora sale, con la que él permitió imprimir; que, ademas de concluirla en un medio verso, faltándola mas de doscientos, los demas en los razonamientos están desfigurados. Las de *Tambien hay duelo en las damas*, y *La hija del aire*, primera y segunda parte, tambien estaban diminutas; y padecian la misma calamidad todas las otras.»

Por lo pronto, resulta de aquí evidentemente que Don Sebastian Ventura de Vergara no habia recibido de manos del autor las comedias que publicaba, sino que solo se habia proporcionado malas copias de las que circulaban por los teatros del Reino. Y en medio de aquella circulacion de traslados, ¿no era de temer que uno de *En esta vida* hubiera sido impreso furtivamente sin que lo supiera Vergara? ¿Habia visto él todas las comedias dadas á luz en la península? Árdua era la obra; sin embargo, hombre habia entónces que presumia haber hecho tan difícil registro, Don Juan de Vera: él afirma en una advertencia colocada al principio del tomo V de CALDERON, que habia practicado una escrupulosa pesquisa respecto á las obras de su amigo, «viendo (á mi parecer) cuantas comedias se han impreso en España.» Ahora bien, Don Juan de Vera Tásis, refiriéndose á Vergara, dice lo contrario que Monsieur Viguier: segun este,

Vergara imprimía las doce comedias del tomo III de CALDERON, para *preservarlas* de los yerros de una mala edicion; segun Vera Tásis, para *restaurarlas*, es decir, para remediar el daño, para corregir los errores de imprenta ya cometidos: luego estaban impresas ántes. Supongo, que Vera se equivocó al citar á Vergara: ¿de qué naceria su equivocacion? Probablemente de que Vera Tásis, que habia repasado tantas comedias en letra de molde, sabia que todas las del tomo III, ó parte de ellas, andaban ya impresas por separado, ántes que Vergara las juntase en un tomo con pereza y descuido. Tal pereza y descuido en averiguar ó decir la verdad eran harto comunes en los editores de aquella época: y así, daban sin reparo por nuevas ó nunca impresas, obras ya rancias en el comercio de libros. Las doce contenidas en la parte 8 de comedias *nuevas*, impresas el año 1657, en la cual hay cuatro de CALDERON, por *nuevas* se quedaron en aquella edicion, aunque se ve por la licencia del Ordinario que era ya la segunda. En la parte 10 de las propias comedias *nuevas*, publicada el año 1658, la primera es la de *San Alejo*, impresa cuatro años ántes en el primer tomo de las de Don Agustin Moreto, su autor. En la parte 13 de comedias *nunca impresas*, año de 1660, la tercera es la famosa fiesta real titulada *Triunfos de amor y fortuna*, obra de Don Antonio Solis, impresa con lujo dos años ántes, cuando se estrenó, acompañada de una relacion de las fiestas que se celebraron al nacimiento del príncipe Felipe Próspero. En la parte 28 de la propia coleccion de comedias *nuevas*, año 1667, remanece la de *El sitio de Bredá*, incluida con treinta y dos años de anterioridad en el tomo primero de CALDERON. En la parte 43 de la propia compilacion, año 1679, figura con el título de *Dejar dicha por mas dicha* la comedia de Don Juan de Alarcon inclusa en el primer tomo de las suyas, año 1628, con su verdadero título, *Mudarse por mejorarse*. Poca fe merece pues el aserto de Don Sebastian de Vergara, desmentido implícitamente por Vera Tásis: no es cierto, sino muy dudoso, que la edicion de 1664 sea la primera de *En esta vida todo es verdad y todo mentira*.

Pero demos de barato que sea la primera edicion, porque es la mas antigua que se conoce: estando ya la comedia hecha cuarenta años ántes, bien pudo pasar manuscrita á Francia, como la de *El segundo Escipion*, que fué impresa en Nápoles ántes que en Madrid. Veinte y siete años nada ménos mediaron entre la publicacion de la segunda y tercera parte de CALDERON: suponiendo que el drama *En esta vida* no estuviese ya escrito en el año 1637, fecha de la mencionada segunda parte, en los diez siguientes, hasta la publicacion del *Heraclio*, bien pudo CALDERON escribirlo, como escribió la comedia titulada *Mañanas de abril y mayo*, anterior seguramente al dia 6 de octubre de 1844. Se admiran de poco los que tienen por maravilloso que una comedia española aparezca impresa en una coleccion, despues de haber aparecido en Francia una imitacion suya: este milagro ha sucedido mas de una vez. Tomás Corneille, hermano de Pedro, confesó en la dedicatoria de su primera produccion dramática, *Les engagemens du hasard*, estrenada en 1647 como el *Heraclio*, «que el famoso DON PEDRO CALDERON habia manejado ántes aquel asunto, con el mismo título de *Los empeños de un acaso;*» á pesar de esto, la comedia española no aparece impresa en España hasta despues de la muerte de CALDERON; pues aunque forma parte del libro *Mejor de los mejores*, dado á luz en 1651, allí no está con el título que expresa Tomás Corneille. Otro tanto sucede con *L'amour à la mode*, imitacion de *El amor al uso*, de Don Antonio Solis, confesada paladinamente por el mismo Tomás: la imitacion fué estrenada en el año 1651, é impresa en el de 1653; la obra original no aparece impresa hasta 1681, en el tomo de obras dramáticas de Don Antonio. Con la comedia de Moreto *Lo que puede la aprehension* acontece otro tanto: el mismo Tomás la dió al teatro, imitada con el título de *Le charme de la voix*, en el año 1653; nosótros no la vemos impresa en español hasta 1654. *La magie sans magie* de Lambert, es, segun el Señor Adolfo de Puibusque, imitacion ó traduccion de *El encanto sin encanto* de CALDERON, impresa despues de haberse publicado su imitacion: aquella lo fué en 1658, y esta en 1672. Estos son hechos innegables: la explicacion que valga para ellos, vale tambien para la prioridad de *Heraclio* con respecto á *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. ¿Pasaron esas comedias á Francia manuscritas? Pasaron impresas? Yo no lo sé; pero ellas pasaron. Lo natural es que fuesen impresas; porque siendo costumbre de los editores de España imprimir las obras escénicas á hurto de sus autores siempre que podian, fácilmente se hacia una edicion suelta para enviarla á Indias y al extranjero, y no era tan fácil ni tan barato imprimir un tomo. Gastadas, consumidas las ediciones sueltas, aparecen como primeras las de coleccion, que tienen de todo, comedias impresas por primera vez y comedias impresas anteriormente. Desde que terminó la coleccion que llaman de *fuera*, porque fué hecha fuera de Madrid, hasta que principió la de esta villa, es decir, desde ántes de la publicacion del *Heraclio* hasta el año 1652, casi todas las comedias que se imprimieron en España salieron á luz sueltas. La anterioridad de publicacion del *Heraclio* no prueba de manera alguna que la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira* hubiese sido compuesta despues. Vámos al segundo argumento.

Corneille no ha tomado nada de CALDERON, porque sus émulos no le han acusado de plagio.

¿Y si no conocian la comedia de CALDERON?

A su hermano Tomás ¿le han acusado hasta ahora de plagio por las imitaciones del español que hay en sus dos comedias *Le Baron d'Albikrac* y *La Comtesse d'Orgueil?* ¿Ha dicho álguien que *Las tres Doroteas* y *La falsa apariencia* de Scarron, sean imitaciones de *No hay peor sordo que el que no quiere oir* y *No siempre lo peor es cierto?*

Tercer argumento. Silencio de Corneille acerca de imitaciones hechas en su *Heraclio*.

Su hermano, tan hombre de bien como él, su hermano, que confesó haber imitado del español *Les engagemens du hasard*, *Le feint astrologue*, *Don Bertrand de Cigaral*, *L'amour à la mode* y *Le charme de la voix*, calló que habia sacado *Les illustres ennemis* de *Amar despues de la muerte*, *El pintor de su deshonra*, y *Obligados y ofendidos:* calló que *Hombre pobre todo es trazas* le habia dado el argumento para *Le Galant doublé*; que *La Comtesse d'Orgueil* habia salido de *El señor de noches buenas*, y *Le Baron d'Albikrac* de *La tia y la sobrina*. Pedro y Tomás confesaron sus imitaciones cuando tomaron mucho de los originales; pero callaron cuando tomaron ménos, quizá por no dar á los críticos ocasion de decir que lo habian tomado todo. Pedro Corneille, que tan gran vuelta dió al argumento de CALDERON; que inventó el doble trueque de Heraclio, el riesgo de un casamiento incestuoso entre él y Pulqueria, los personajes de Leontina y Exúpero, y los amores de Heraclio y Marciano con Eudoxia y Pulqueria, cosas que nada tienen que ver con la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, pudo muy bien principiar el exámen de su obra, diciendo: «Esta tragedia tiene aun mas esfuerzo de invencion que la de Rodoguna, y puedo decir que es un feliz original, de que se han hecho muchas buenas copias desde su aparicion.» En efecto, grandes esfuerzos debió costarle idear un enredo mas complicado que el que llena la primera jornada de CALDERON. Respecto á lo de *feliz original*, cierto es que el *Heraclio* fué original para los dramáticos franceses que le imitaron; para los españoles, el original feliz ó infeliz es *La rueda de la fortuna*.

Estimados pues en su justo valor los argumentos de Monsieur Viguier en favor de la pretensa originalidad

del *Heraclio*, creo que de ninguna manera son suficientes para probarla contra las muchas y grandes probabilidades que militan en favor de nuestro poeta. CALDERON, ignorando la lengua de Corneille, mal podia conocer su *Heraclio*. CALDERON escribió la segunda parte del *Heraclio* español quizá en 1635, mas probablemente en 1642, sea en 1647 : ántes debia estar escrita la primera. Desde fines de 1644 á fines de 1649 los teatros de España estuvieron cerrados, y es de creer que no se representó en Madrid mas comedia que *La exaltacion de la cruz*. CALDERON no necesitaba el auxilio de un drama frances para el suyo, habiéndose servido de la comedia de Mira de Méscua. Un testigo coetáneo indica á las claras que la edicion de 1664 no es la primera de *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. Varias comedias españolas originales, imitadas en frances, aparecen impresas despues que sus respectivas imitaciones.... Véase si todo esto junto forma una suma de probabilidad bastante para mantener á CALDERON en el lugar que merece, y sostener que *En esta vida todo es verdad y todo mentira* imitó, sí, pero no á Corneille, sino á Mira de Méscua : Corneille fué quien imitó á CALDERON. Ni él ni dramático alguno español del siglo XVII, exceptuando á Diamante, debió sus bellezas ni sus defectos á escritores de fuera: estudiáronse los españoles, imitáronse, copiáronse á veces unos á otros; pero imitaciones y originales todo era nuestro. El teatro español antiguo no es frances, ni italiano, ni latino, ni griego: es lo que está diciendo su nombre, español.

1623.

La Virgen de los Remedios ó Nuestra Señora de los Remedios.

Comedia desconocida, que de seguro escribió CALDERON, porque se halla en la lista de las suyas formada por él. Don Juan de Vera Tásis iba á publicarla en el tomo x de CALDERON, que no salió á luz. Consta como impresa *suelta* en el *Índice* de Don Juan Isidro Fajardo: consta tambien en el cuaderno titulado : *Índice general alfabético de todos los títulos de comedias que se han escrito por varios autores antiguos y modernos*. Sigue la portada : «Este *Índice* y todas las comedias que se comprenden en él se hallarán en casa de los herederos de Francisco Medel del Castillo.— En Madrid, en la imprenta de Alfonso de Mora, año 1735.»

Valga por lo que valga, doy aquí la noticia que hallo en un manuscrito sin principio ni fin, propio del señor Don Augusto de Búrgos, especie de diario, que desde junio de 1621 llega hasta noviembre de 1627.

A 20 (marzo de 1623), lúnes, la congregacion de Nuestra Señora de los Remedios, sita en el convento de la Merced, celebró la fiesta de San José, y convidó al Rey nuestro señor. Mandó que se dilatase hasta otro dia, y fué Su Majestad á caballo con el infante Don Cárlos, con grande acompañamiento. Fuéron todos los grandes y títulos, y muchos caballeros de la corte; que con los de la Casa Real hicieron un muy lucido paseo con hermosos caballos, todas las guardas en cuerpo, porque lo viese el príncipe de Gáles, que aun no habia hecho su entrada en público.

Una festividad tan solemne parece que requeria, como se hacia á veces en tales casos, la representacion de una comedia á propósito, ó por lo ménos, debió dar ocasion á escribirla poco despues.

1623.

El privilegio de las mujeres, de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, del Doctor Juan Perez de Montalvan y Don Antonio Coello.

ACTO PRIMERO, ESCENA V.

El Senado,
. . . .
Viendo que el arte, el aseo,
La hermosura y el adorno
De las mujeres pudieron
Tanto estragar la milicia
Y el pasado valor nuestro...
Una ley han publicado,
Una premática han hecho,
Por bajar de las mujeres
El exterior lucimiento,
Moderándoles los trajes,
Galas, joyas y embelecos.

Esto no puede aludir sino á los capítulos de reformacion de la pragmática de 1623.

En fin, se publicó ayer
La premática en el pueblo,
Censurándoles su adorno,
Su estimacion desluciendo.

Véase lo que escribe un Juan de Manjarres, continuando unos apuntes manuscritos de su padre político, Antonio de Leon Soto, el mozo. (Biblioteca Nacional, estante H, códice 97.)

Dia del Ángel de la Guarda, 1.º de marzo de 1623, se puso por ejecucion la pragmática publicada á 11 de hebrero del mismo año, en que quitaban muchas cosas, como en ella se contiene; pero la que mas se sintió generalmente, fué el destierro de los cuellos, puntas de mantos y azul, y venida de valonas. Sería ridículo contar las diversas figuras que salieron, con cuellecillos y valonas, y las nueces de garganta que hubo vergonzantes; y lo que mas lo adobó, fué el dia, que lo hizo muy airoso y desabrido. Sin duda, de agraviado, les quiso á los hombres cortar la cara, y á las mujeres sepultallas en sus casas; pues siendo dia celebradísimo en Madrid, no osó nadie salir al campo; mas creo que fué por vergüenza.

El dia ántes habia ya ocurrido por la pragmática un lance serio. (Manuscrito del señor Don Augusto Búrgos.)

A 28 (de febrero), mártes de Carnestolendas, pasando Don Fernando de Contreras por la puerta del embajador de Francia, dijo: «Mañana es miércoles de ceniza, y se cumple el término de los cuellos, y hemos de salir todos gabachos, con valonas.» Oyéronlo los criados del Embajador; y pareciéndoles que lo decia por ellos, y que hacia burla de sus trajes, sacaron las espadas; y aunque Don Fernando no llevaba mas que dos criados, se defendieron de siete, y hirió á tres; y bajando otros criados del Embajador, le dieron por las espaldas una estocada, de que murió luego. Se hicieron grandes demostraciones sobre un caso tan lastimoso, y el embajador de Francia dió grande satisfaccion, así al Rey nuestro señor como á la parte, y despidió todos sus criados.

Dícese en el mismo códice, poco mas adelante :

A 7, dia de Santo Tomás de Aquino, fuéron el Rey y el señor infante Don Cárlos, á caballo, á oir misa y sermon al colegio de Santo Tomás, con grande acompañamiento *con valonas*; y por ser el primer dia que Su Majestad salia *con ella* en público, salió toda la corte á verle.

Se ve que se dió grandísima importancia en Madrid á la reforma suntuaria. Juan de Manjarres añadió al trozo que se ha copiado, estas palabras, que fuéron proféticas : «Ello, durará lo que Dios fuere servido la burla.» En efecto, con la venida del príncipe de Gáles, que entró de secreto en Madrid el 17 del propio mes por la noche, quedaron suspendidos los efectos de la severa ley. Manjarres dice :

Miércoles, 22 de marzo, se dió un pregon en la puerta de Guadalajara, en que mandaba el señor presidente de Castilla, que por haber venido el príncipe de Gáles á estos reinos, se alzaba y suspendia la premática que quitaba azul y puntas, por el tiempo que su alteza del Príncipe estuviese en España; y se entendia respecto de la corte, y no de los demas lugares : y así, se permitian cuellos con puntas, azul y otras cosas prohibidas por la dicha premática. Todo lo cual, como contenia ensanche, se puso bien presto en ejecucion.

Sin esta circunstancia, los autores de *El privilegio de las mujeres* no hubieran podido hacer en su comedia público alarde de oposicion á la pragmática : la suspension de sus efectos debió animarlos á escribirla. Como el motivo de la venida del príncipe inglés era tratar su boda con la infanta Doña María, hermana de Felipe IV, resultaba que ella, *una mujer*, era la que habia dado ocasion á que la pragmática quedara suspensa; por lo cual los tres autores se esforzaron diestra y galantemente á defender el derecho que asiste á *las mujeres*, de vestir á su gusto; porque de camino defendian ellos su traje, librándose de la valona que llamó *gabacha* Contreras á costa de su vida.

Detúvose en Madrid el Príncipe hasta 9 de setiembre

del mismo año 1625: en este intervalo debió, en mi concepto, ser escrita y representada la comedia *El privilegio de las mujeres*.

A 8 de febrero de 1625 (dice Antonio de Leon Pinelo en su *Historia de Madrid*, que se halla manuscrita en la Biblioteca Nacional) se prorogó un año mas, para gastar los vestidos que se prohibieron por la premática de 11 de febrero de 1623.

La comedia *El privilegio de las mujeres* se halla en la *Parte treinta de comedias famosas de varios autores*, impresa en Zaragoza, año 1636.

1625.

El sitio de Bredá.

Bredá fué entregada á los españoles á 8 de junio de 1625: en este mismo año debió ser escrita y representada la comedia de CALDERON, como pieza de circunstancias.

1625.

San Francisco de Borja.

El Santo fué beatificado en 1624, y canonizado en 1671. Para las fiestas de su canonizacion escribieron dos comedias el Padre Pedro de Fomperosa y el Padre Diego de Calleja, ambos de la Compañía de Jesus, que en mi entender se sirvieron de la comedia de CALDERON, escrita probablemente para las fiestas de la beatificacion, celebradas en Madrid á principios de octubre de 1625.

La comedia de CALDERON permanece ignorada: se hablará á su tiempo de las otras dos.

1629.

El jardin de Falerina, representacion de dos jornadas, que se hizo á Sus Majestades en el real sitio de la Zarzuela.

Conclúye de este modo:

Con que podrémos dar fin,
Todos á los piés rendidos
De dos vidas, de que el cielo
Nos deje gozar mil siglos.

Si CALDERON hubiese escrito la comedia en vida del príncipe Don Baltasar Cárlos, no hubiera dicho *dos vidas*, sino *tres*. Cuando murió el Príncipe á los diez y seis años, hacia dos que no se representaban comedias, por el fallecimiento de la Reina su madre, y por la guerra de Cataluña: ni se representaron hasta que Felipe IV ajustó sus segundas nupcias con la archiduquesa Doña Mariana, desde cuya época tambien fuéron tres las personas reales á quienes CALDERON debia dirigir sus cumplidos: el Rey, la Reina y la infanta Doña María Teresa, hermana menor de Don Baltasar Cárlos. Dedúcese pues, que la comedia *El jardin de Falerina* es anterior al nacimiento del príncipe Don Baltasar Cárlos, ocurrido en 17 de octubre de 1629.

1629.

Casa con dos puertas mala es de guardar.

En la segunda escena del primer acto de esta comedia se lee este diálogo:

LISARDO.
¿Y si la hubiera
Visto yo, y un ángel fuera?

CALABAZAS.
¡Vive Dios, que me has cogido!
La *Dama duende* habrá sido,
Que volver á vivir quiere.

Lo ménos que indica la respuesta de Calabazas, es que al principiar CALDERON la comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar*, pensaba escribir la de *La dama duende*, aprovechando alguna tradicion vulgar, ó quizá el pensamiento de alguna comedia anterior. En *La dama duende* se hace mencion del bautismo del principe Don Baltasar Cárlos, que nació á 17 de octubre de 1629.

En la escena III del tercer acto de *Casa con dos puertas*, hay una relacion de dama con estos versos:

Al mar de Antígola hoy
Salí con unas amigas,
Donde, aunque debió alegrarme
Su hermosa apacible vista,
No pudo; que para mí
Ya se murió la alegría:
Tanto, que ni el ver *la Reina*,
Que infinitos años viva,
Para que flores de Francia
Nos dén el fruto en Castilla,
. . . .
Me pudo aliviar.

Es claro que escribia CALDERON la comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar* durante el preñado de la reina Isabel de Borbon, que terminó con el nacimiento del Príncipe. Hallábase entónces la Reina en Aranjuez, sitio adonde suelen ir los reyes de España en primavera ó verano. En la primavera pues, ó á principios del estío de 1629, fué representada la comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar*: desde 17 de octubre hubiera sido inoportuno aludir al parto de Su Majestad. La flor habia dado ya el fruto.

1629.

La dama duende.

Principia así:

Por un hora no llegamos
A tiempo de ver las fiestas
Con que Madrid generosa
Hoy el bautismo celebra
Del primero Baltasar.

Habiendo anunciado CALDERON meses ántes el título de esta comedia, no será temeridad suponer que la concluyó á tiempo de que pudiera estrenarse en el domingo 4 de noviembre de 1629, dia en que fué bautizado el príncipe Don Baltasar Cárlos, primer hijo que les vivió á Felipe IV y su primera esposa Doña Isabel. Esta murió en 1644: su hijo dos años despues.

1630.—1631.

Peor está que estaba.

Peor está que estaba era en el siglo XVII, y es todavía, frase vulgar; *Mejor está que estaba* es una alteracion caprichosa de ella, en sentido contrario, hecha por CALDERON: parece que primero echaria mano del dicho comun, y despues le haria la enmienda. Habiendo escrito á principios de 1631 la comedia de *Mejor está que estaba*, debia estar ó debió ser escrita en 1630 la de *Peor está que estaba*, que naturalmente ha de ser anterior.

1631.

Mejor está que estaba.

Contiene estos versos en la primera escena:

Ya sabes las grandes fiestas
Que Alemania, agradecida
De su gloria á la fortuna,
Como al cielo de sus dichas,
Previno al recibimiento
De la gallarda María,
Feliz infanta de España
Y reina feliz de Hungría.

La infanta Doña María, hermana de Felipe IV, casó con el rey de Hungría Ferdinando, en 26 de febrero de 1631, habiendo salido de Madrid á 26 de diciembre de 1630. En marzo ó abril de 31 hubiera venido muy al caso la noticia de las fiestas de Viena, y probablemente por entónces, ó poco despues, la daria CALDERON en *Mejor está que estaba*.

1632.

El astrólogo fingido.

Impresa en la *Parte veinte y cinco de comedias recopiladas de diferentes autores*, libro cuyo privilegio tiene la fecha de 15 de marzo de 1632.

1632.

La banda y la flor.

ACTO PRIMERO, ESCENA V.

Bien ha declarado ántes
El deseo que la lengua,
Que fué la causa de tanto
Aplauso la jura excelsa
Del primero Baltasar,
Príncipe infante, que sea,
Hijo del alba y del sol,
Rayo de luz y belleza.

La jura del príncipe Don Baltasar Cárlos se celebró en

Madrid á 7 de marzo de 1632: *La banda y la flor* se representaria inmediatamente despues de cuaresma del mismo año; porque en la comedia se hace una relacion minuciosa de aquella solemnidad, que mas adelante no tendria ya ningun interes.

1633.

Amor, honor y poder.
Un castigo en tres venganzas.
La devocion de la cruz.

Estas tres comedias se hallan con diferente título en la *Parte veinte y ocho de comedias de varios autores*, impresa en Huesca, año 1634; pero con una aprobacion firmada en 27 de octubre de 1633.

1633.

El médico de su honra.

Impresa, segun el *Índice* de Don Juan Isidro Fajardo, en la parte veinte y siete extravagante de Lope, á quien allí se atribuye. Barcelona, 1633.

1633.

El monstruo de la fortuna, lá lavandera de Nápoles, Felipa Catanea, de Don Pedro Calderon de la Barca, del Doctor Juan Perez de Montalvan y Don Francisco de Rojas.

En la *Tercera parte de comedias del Maestro Tirso de Molina*, que tiene una aprobacion dada en Tortosa á 13 de setiembre de 1633, está la *Del enemigo el primer consejo*, que es la primera, en cuyo primer acto, escena VI, se lee este diálogo:

LUCRECIA.
¿Tiene mucha voluntad
A Serafina?
PORTILLO.
Eso es plaga.
Ni á Angélica el Paladin,
Sus bemoles á Jusquin,
Al hidalgo la biznaga,
A Doña Calvina el moño,
Al galan la bigotera,
A Perez la Lavandera,
A erizo, breva ó madroño,
Causan tan grandes cuidados;
Porque, aunque le divertimos,
Todos los que le servimos
Andamos serafinados.

Es clara la alusion al Doctor Juan Perez de Montalvan, uno de los coautores de *La lavandera de Nápoles*.

Las décimas del monólogo de Felipa, que forma la escena IX de la primera jornada, parecen tambien el original de las célebres décimas de *La vida es sueño*, que principian:

Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así.

1634.

Polifemo y Circe, del Doctor Mira de Méscua, del Doctor Juan Perez de Montalvan y de Don Pedro Calderon de la Barca.

Esta comedia, como ya se dijo en su lugar, se ha impreso por dos manuscritos que me ha franqueado generosamente el señor Don Agustin Duran: no he visto edicion alguna de ella.

Don Juan Isidro Fajardo, en su *Índice de todas las comedias impresas hasta el año de* 1716, que existe manuscrito en la Biblioteca Nacional, dice en el artículo PO lo siguiente:

Polifemo y Circe, de Calderon, Mira de Méscua y Montalvan. Parte segunda de *Varios*, antigua.

A continuacion del *Índice* hay una nota de los libros que se citan en él, en la cual, despues de haber dado cuenta de los cuarenta y siete tomos ó partes de comedias de *varios autores*, hecha en Madrid, añade:

Ademas de estas, hay otra parte segunda de *Varios*, aunque no la buena, impresa en Madrid, 1632.

Yo solo he tenido la de 1633, en que no está *El Polifemo*.

Polifemo y Circe es el original de *El mayor encanto amor*, pieza estrenada en la noche de San Juan del año de 1635: naturalmente *El Polifemo* debe ser anterior á dicho año; pero no mucho, á lo que se infiere de estos versos:

EL MAYOR ENCANTO AMOR, ACTO PRIMERO, ESCENA VII.

Llegué al pié del Lilibeo,
Ese gigante que opone
Al cielo sus puntas, siendo
Excelsa pira de flores,
Donde fuí de *Polifemo*
Mísero cautivo, y donde
Con su muerte rescaté
Mi vida de sus prisiones,
El trágico fin vengando
De Ácis, generoso jóven,
Y la hermosa Galatea,
Hija de Nereo y Dóris,
Que lágrimas de un peñasco
Al mar en dos fuentes corren,
Cuando... Mas deber no quiero
Tan poco á hazaña tan noble,
Que la desluzca en contarla,
Presumiendo que la ignores.

Esta reticencia ó pretericion del poeta parece indicar que no hacia mucho tiempo que se habia representado el *Polifemo*.

El auto sacramental que Montalvan escribió con el mismo título de *El Polifemo*, incluido en el *Para todos*, es muy anterior: al fin de él se dice:

Y aquí, villa ilustre, tiene
Fin *Polifemo*, y principio
El autor, que humildemente,
Con nombre de autor, empieza
A serviros como siempre.

Montalvan, que nació en 1602, componia comedias á los diez y siete años: con que, el auto de *Polifemo* no debe ser posterior al año 1619.

1635.

El mayor encanto amor, fiesta que se representó á Su Majestad, noche de San Juan del año de 635, en el estanque del real palacio del Buen-Retiro. (*Segunda parte de comedias de Calderon*, recogidas por Don José Calderon, su hermano.— Año 1641, Madrid.)

1635.

La vida es sueño, fiesta que se representó á Sus Majestades en el salon real de Palacio.

El mayor monstruo del mundo, ó *El mayor monstruo los celos* (el primero es el verdadero título de la comedia, pues con él la designó el autor en la lista de las suyas), fiesta que se representó á Sus Majestades.

Lope de Vega falleció en 21 de agosto de 1635. De él hay una loa en el libro en 8.° titulado: *Verdores del Parnaso, en diferentes entremeses, bailes y mojigangas, escritos por Don Gil de Armesto y Castro*. En Pamplona, por Juan Micon, año de 1697. Hállase la misma loa en el *Ramillete de entremeses de diferentes autores* (Pamplona, año de 1700), que es casi una repeticion de la obra anterior. *La vida es sueño* y *El mayor monstruo los celos* están citadas en dicha loa, que lo mas tarde que pudo ser escrita, fué en el año mismo en que Lope murió, y probablemente lo seria algunos ántes. Insértase aquí la loa íntegra, como documento bibliográfico útil y nada comun. En las impresiones citadas están distribuidos los versos de otro modo, que me ha parecido peor, entre las personas del poemita.

LOA SACRAMENTAL

DE LOS

TÍTULOS DE LAS COMEDIAS, DE LOPE DE VEGA.

PERSONAS.

UN LABRADOR. | TRES MUJERES.

LABRADOR.
Hoy, que de Dios es el dia,
Hoy, que de amor es la fiesta,
Pues este misterio ha sido
La mayor de sus finezas;
Hoy, entre tantos aplausos,
Hoy, entre tantas grandezas,
Representará su vida
El Autor de cielo y tierra.
Hoy, deste Autor soberano,

Con títulos de comedias
Curiosamente juntados,
Sus hechos se representan.

MUJER 1.ª

Representó lo primero
En su celestial esfera
Los tres diamantes, tan uno,
Que son los tres una piedra.

MUJER 2.ª

Para dar luz al teatro,
Que hasta allí fué de tinieblas,
Representó, lo segundo,
El dueño de las estrellas.

MUJER 3.ª

Hizo, despues de ilustrarle
Con faroles de planetas,
A *la creacion del mundo*,
Traza de su mano inmensa;
Y en *los favores del mundo*
A representar empieza
Sus grandezas, conociendo
Que han de acabar en tragedia.

LABRADOR.

Hizo Adan *el muerto vivo*,
Que en la jornada primera,
Estando vivo en la gracia,
Acabó muerto en la pena.

MUJER 1.ª

La fe rompida hizo un ángel,
Cuando fué criado apénas.

MUJER 2.ª

Miguel, *el leal criado*,
Que *la santa liga* ordena.

MUJER 3.ª

La batalla del honor
Vió el cielo en esta refriega,
Siendo *el palacio confuso*
El que fué campo de estrellas.

LABRADOR.

Los enemigos en casa
Quiso Lucifer que vieran;
Y *ello dirá* Miguel hizo,
Castigando su soberbia.

MUJER 1.ª

Despues que á Dios semejante
El hombre se vió en la tierra,
Con el título de autor
Empezó su inobediencia.
El primer hombre del mundo
Hizo Adan en todas ciencias,
Representando despues
No hay sin mujer cosa buena.

MUJER 2.ª

El tirano castigado
Representó su miseria.

MUJER 3.ª

Miguel *la venganza honrosa*
Con *el amigo por fuerza.*

LABRADOR.

El *despertar á quien duerme*
Hizo Adan, cuando despierta
Del sueño, y halló á su lado
El triunfo de la belleza.

MUJER 1.ª

El mayor monstruo del mundo,
Empezando á hacerle guerra,
Representó *el mentiroso;*
Y en una mujer comienza.

MUJER 2.ª

El engañarse engañando
A Adan representó Eva,
Y fuéron los dos á un tiempo
Silbados de la culebra.

MUJER 3.ª

Representaron los dos
De la fortuna la rueda;
Porque *la muerte de Abel*
Con *la vida es sueño* empieza.

LABRADOR.

El villano en su rincon
Hizo Adan entre sus penas;
Y Eva, como primer dama,
La serrana de la Vera.

MUJER 1.ª

El bien dado por perdido
Hicieron, y despues desta
Lo que son juicios de Dios,
Y *la vida de la aldea.*

MUJER 2.ª

El mayorazgo en la muerte
Adan á sus hijos deja,
Y *la fuerza lastimosa*
Hizo de un ángel la fuerza.

MUJER 3.ª

De un castigo dos venganzas
En los dos Miguel ostenta,
Y *de un yerro nacen mil*
Representó la experiencia.

LABRADOR.

Querer la propia desdicha
Perdiéndose, representan;
Cuando hizo el cielo piadoso
No hay mal que por bien no venga.

MUJER 1.ª

El remedio está en la mano
Hizo amor; y al punto ordena
Que *el mas verdadero amante*
Dios baje á hacer en la tierra.

MUJER 2.ª

La culpa del primer hombre
Representó tan de véras,
Que al pagarla pareció
Que era propia, siendo ajena.

MUJER 3.ª

La justicia en la piedad
Representó su clemencia;
Y *amor, honor y poder*,
Viniendo al mundo le muestra.

LABRADOR.

Sin pecado original,
De dones y gracias llena,
Hizo *la niña de plata*
Su Divina Providencia.

MUJER 1.ª

El favor agradecido
Fué la comedia primera
Que representó María
En nuestra naturaleza.

MUJER 2.ª

La mas constante mujer
Hizo con grande entereza
La pureza no manchada,
Comedia famosa y nueva.

MUJER 3.ª

La fortuna merecida
Hizo valiente en la guerra,
Cuando al soberbio dragon
Pisó la altiva cabeza.

LABRADOR.

Él soberbio y ella humilde,
Él lucero y ella estrella,
Representaron los dos
La humildad y la soberbia.

MUJER 1.ª

La obediencia laureada
Representó su obediencia,
Cuando, nombrándose esclava,
La hicieron del mundo reina.

MUJER 2.ª

El mejor esposo hizo
Para esta madre y doncella,
Que *el celoso de sí mismo*
Tan al vivo representa.

MUJER 3.ª

Con *la guarda cuidadosa*
Josef su jornada empieza;
Y haciendo al *hombre de bien*,
A *el cuerdo en su casa* muestra.

LABRADOR.

Cómo se engañan los ojos
Representaba en su idea;
Y *el desengaño dichoso*
El cielo quiso que viera.

MUJER 1.ª

El juramento cumplido
Hizo Dios con tantas véras,
Què por cumplir su palabra
La vida y honor arriesga.
Representó en un portal
La pobreza no es vileza,
El mal pagador en pajas,
Y *ofender con las finezas.*

MUJER 2.ª

Sufrir mas por querer mas
Hizo del cielo á la ofensa,
Y *la noche toledana*
Fué la que llamaron buena.

MUJER 3.ª

La ventura sin buscalla
Miró el mundo entre dos bestias,
Y *mejor está que estaba*
Se ha representado entre ellas.

LABRADOR.

La huida de Egipto hizo
La trinidad de la tierra,
Despues que hicieron tres Reyes
El servir con buena estrella.

MUJER 1.ª

La inocencia perseguida,
A costa de mil cabezas,
Hizo *Heródes*, que de nácar
Tiñó las rubias arenas.

MUJER 2.ª

Nunca mucho costó poco
Hizo el Verbo, dando muestra
Que haber redimido al hombre
Verter su sangre le cuesta.

MUJER 3.ª

El padre de su enemigo
Hizo, perdonando ofensas
De Adan; que todos sus males
Remedió con propias penas.

LABRADOR.

Todo es fácil á quien ama
Representó en una mesa,
Y *el imposible vencido*
En lo corto de una oblea.

MUJER 1.ª

Que *con su pan se lo coma*
Júdas hizo, y despues desta,
La horca para su dueño,
Y *el desconfiado* en ella.

MUJER 2.ª

Hizo *el príncipe perfecto*
Dios, pagando ajenas deudas,
Y *el amigo hasta la muerte*
En lo que sufre y espera.

MUJER 3.ª

Con *la fuerza de la sangre*
En el huerto á orar empieza.

LABRADOR.

Luego, al *pasar del arroyo*,
El Cedron vió su paciencia.

MUJER 1.ª

Hizo *la prision sin culpa*
Toda la canalla hebrea,
Y representó el Cordero
De *el justo Abel* la inocencia.

MUJER 2.ª

Obras son amores hizo,
Cuando temblando la tierra,
El árbol del mejor fruto
Al cielo dió franca puerta.

MUJER 3.ª

Dímas hizo *el Buen Ladron*,
Y su compañero Géstas
Hizo *la ocasion perdida*,
Encontrándose las penas.

MUJER 1.ª

La corona merecida
Y bien sufridas ofensas,
Representó aqueste autor,
Pisando globos de estrellas.

LABRADOR.

Yo pues, villa generosa,
Espejo de armas y letras,
Centro de la cortesía
Y origen de la nobleza,
Os pido en aqueste dia,
Que es todo favor, grandezas,
Mostreis, imitando al cielo,
Que á los mas humildes premia,
En aquesta compañía,
En aquesta hechura vuestra,
Perdon, amparo y piedad,
Hijos de vuestra largueza;
Que humillada á vuestros piés,
Por poco caudal, confiesa
Que á alcanzar á sus deseos
No pueden llegar sus fuerzas.

1635.

Bien vengas, mal.

Segun Vera Tásis, esta comedia se representó en el salon de Palacio. No hay inconveniente para creerlo; pero de seguro no fué escrita para Sus Majestades, porque el último verso dice *Perdonen vuesas mercedes.* No trataba CALDERON á los Reyes con tanta llaneza.

ACTO SEGUNDO, ESCENA IV.

ESPINEL.

Atrévete tú tambien,
Galantea en trance igual;
Que *tal vez un grande mal*
Viene por un grande bien.

DON JUAN.

Hoy de la opinion te sales
De todos. No digas tal,
Porque un mal fiero y fatal
Es nuncio de muchos males.

De modo que entónces no era opinion de todos, no era adagio comun en España que *no hay mal que por bien no venga*, título de una comedia de Alarcon, incluido por Lope en la loa que antecede. Me figuro por esto que *Bien vengas mal* es anterior á *No hay mal que por bien no venga*, anterior por consiguiente al 21 de agosto de 1633.

1635.

Para vencer á amor, querer vencerle. Fiesta que se representó á Sus Majestades en el salon de Palacio.

En *El galan fantasma,* acto segundo, escena VII, se lee:

LEONELO.
Ovidio dice, hablando del remedio
De amor, cuál es el medio :
Oye el verso.

DUQUE.
Holgaréme de saberle.

LEONELO.
«Para vencer á amor, querer vencerle.»

Creo que CALDERON citó á Ovidio para citarse mas decorosamente á sí propio, y que *Para vencer á amor* es anterior al *Galan fantasma*, anterior á *Basta callar*, anterior á *Saber del mal y del bien*, impresa en 1635.

En este año, y no en el de 1633, pongo la comedia *Para vencer á amor;* porque si bien se halla en dicho año citado su título en *La banda y la flor*, no es tan exactamente como en *El galan fantasma*. El pasaje es este.

LA BANDA Y LA FLOR, JORNADA TERCERA; *al principio.*

DUQUE.
No hay fuerza que venza á amor.

ENRIQUE.
Quererle vencer.

DUQUE.
¿Cuál es?

ENRIQUE.
Así lo dice, señor,
Una sola suele haber.
Garcilaso.

1635.

El galan fantasma, fiesta que se representó á Sus Majestades en el salon real de Palacio.

En la escena III del segundo acto de *Basta callar*, dice un criado :

Detenga
Los brazos uced, señor
Galan fantasma...

1635.

Basta callar. Fiesta que se representó á Sus Majestades en el real salon de Palacio.

JORNADA PRIMERA, ESCENA I.

Ya se ha visto caballero
Que favorezca á una dama,
Ya de una caza en acasos,
Ya en trances de una batalla...
Pero que la dama sea
La que, la suerte trocada,
En tan deshecha fortuna,
En tragedia tan extraña,
Halle un caballero, que
A la gente que ya anda
En alcance suyo, mande
Que á sus albergues le traigan;
Que curado convalezca;
Que convalecido, haga
Que su hermano le reciba...
Que sirviendo al Duque (gracias
A su ingenio y su valor),
Sea toda su privanza,
Viviendo amado de todos
Con vida, honor, lustre y fama,
Desde Angélica no tiene
Ejemplar...

En Don Alvaro de Viseo, protagonista de *Saber del mal y del bien*, concurren las principales circunstancias que se citan en la relacion. Herido en un bosque, viene á parar á los piés de Doña Hipólita de Lara, que le socorre : llega el Rey despues, le oye, se aficiona de él y llega á hacerle su favorito. Si la invencion de *Basta callar* era nueva para CALDERON, todavía no habia compuesto la fábula de *Saber del mal y del bien*, que es en esta parte parecidísima.

1635.

El purgatorio de San Patricio.
La gran Cenobia. Fiesta que se representó á Sus Majestades en el salon real de Palacio.
La puente de Mantible.
Saber del mal y del bien.
Lances de amor y fortuna.
El Príncipe constante.

Escritas ántes del 23 de noviembre de 1635, en que el maestro José de Valdivieso firmó la aprobacion del primer tomo de CALDERON, donde se hallan impresas.

1636.

Los tres mayores prodigios, fiesta que se representó á Su Majestad, noche de San Juan del año 636 en el patio del real palacio del Buen-retiro. (*Segunda parte de comedias de Calderon*, recogidas por Don José Calderon, su hermano.)

Relacion de las cosas mas particulares sucedidas en España, Italia, Francia, Flándes, Alemania y otras partes, desde febrero de 1636 hasta fin de abril de 1639. (Seis hojas en folio, sin lugar de impresion.)

Léese en este papel :

«La fiesta de San Juan celebró Su Majestad en el Retiro. La víspera en la noche hubo muchas músicas y embarcaciones en las exclusas, y en cada exclusa representantes; y el dia de San Juan en la noche una comedia de *una fábula, que se representó en tres teatros*. (Es la de *Los tres mayores prodigios*.) Y la noche de San Pedro hubo semejante fiesta; y se rompió un estanque con tal violencia, que causó no poco alboroto, y pudo ser peligro.»

En el códice 38, estante H de la Biblioteca Nacional, volúmen que es una coleccion manuscrita de noticias en forma de diario ó gaceta del tiempo, se lee en el pliego que principia por 28 de junio de 1636 :

«Mártes, dia de San Juan, despues de haber tenido la víspera ántes Sus Majestades gran fiesta en el Retiro, habiendo echado agua al estanque nuevo, con muchas barcas de músicas, y gran cantidad de luminarias, el propio dia de San Juan, fué la gran comedia de las tres compañías, en diferentes tablados, que duró cinco horas; y entre cada jornada hubo tres bailes y tres entremeses, y en particular uno de los monos, y un baile de treinta y ocho personas, dando principio á la fiesta una famosísima loa, que fué cosa superior.»

En el pliego siguiente, que principia en 4 de julio :

«Este dia en la noche (domingo 29), tuvieron Sus Majestades en el Retiro una gran comedia, tambien hecha de Don Pedro Calderon, poeta insigne, que hizo la comedia de la noche de San Juan, con la descripcion de las tres partes del mundo, Europa, Asia y África. Y por el gusto que se dieron por servidos Sus Majestades, se le hizo merced á dicho Don Pedro Calderon de un hábito de Santiago, cosa que ha parecido muy bien á toda la corte.»

En la edicion de Vera Tásis se dice que esta comedia fué representada en el real sitio de la Casa de Campo : tal vez lo sería en otra ocasion.

1636.

El escondido y la tapada.

ACTO PRIMERO, ESCENA VIII.

En Italia estaba, Celia,
Cuando la loca arrogancia
Del frances, sobre Valencia
Del Po...

Observa con mucha oportunidad el señor Adolfo Federico de Schack en su *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, página 288, que el haber tenido los franceses que levantar el sitio de Valencia del Po, fué un suceso de poca monta para que debiera hacerse mencion de él mucho tiempo despues de ocurrido. Así, habiendo tenido lugar en octubre de 1635, es de presumir que escribiese CALDERON los versos citados, poco despues de saber la noticia : pongo pues la comedia *El escondido y la tapada*, como del año 1636.

1636.

La desdicha de la voz.

Principia así :

DOÑA BEATRIZ. (*Leyendo un papel.*)
«Amiga mia, ya sabes
»Cuánto es hoy célebre dia
»En Madrid, porque los Reyes,
»Que eternas edades vivan,
»Salen en público á Atocha
»A ver su imágen divina,
»En hacimiento de gracias
»De sus victorias invictas.»

En la *Historia de Madrid*, inédita aun, escrita por Antonio de Leon Pinelo, se lee la siguiente noticia entre las del año 1636 :

«Por algunos buenos sucesos que Dios habia dado á las armas de esta monarquía, y en particular por la vitoria que la ciudad de Dola en Borgoña tuvo, librándose de las armas francesas que la sitiaron setenta y cinco dias, gobernadas por el príncipe de Condé; y por rogativa para los sucesos que se esperaban, fuéron Sus Majestades á Nuestra Señora de Atocha, el domingo 21 de setiembre, dia de San Mateo: la Reina en coche con el Príncipe, y el Rey á caballo al estribo, con el acompañamiento de la Casa Real y de la corte; *que fué dia muy célebre.*»

En el códice 38, estante H de la Biblioteca Nacional, ya citado, se hallan estos dos párrafos:

«Domingo á 21 de este (setiembre de 1636) fué *fiesta solemnísima en Madrid*, así por ser la fiesta principal de feria de Madrid, como porque Su Majestad resolvió ir á caballo, con su familia, títulos y grandes de su corte, á dar gracias á la Vírgen Santísima de Atocha, *por los buenos sucesos de esta corona*; y así, fué por la tarde, habiéndose colgado de ricas colgaduras todas las calles por donde habia de pasar: en particular los plateros sacaron una inmensidad de riquezas, y los mercaderes de sedas gran cantidad de telas de oro y plata y brocados, pendientes desde las ventanas. Salió Su Majestad á caballo al lado derecho de una riquísima carroza en que iba la Reina y el príncipe de España; seguia el Conde-Duque, bizarramente compuesto, y luego los señores de la cámara de Su Majestad; y delante de las personas reales iban los grandes, títulos y caballeros, singularizándose entre todos el conde Campesy, sobrino del nuncio de Su Santidad, caballero de muy buenas partes. Fué grandioso dia, digno de ser visto.»

»Este dia en la noche hubo grandes luminarias y invenciones de fuegos generalmente, singularizándose los afectos en los embajadores, más unos que otros; y finalmente, si la ocasion del dia fué grande por las grandezas, riquezas y aparatos reales, no le cedió la noche, con fuegos y alegrías que se hicieron en Palacio.»

Ni ántes ni despues se halla otra ida del Rey á Atocha en accion de gracias, á que se diese importancia tan grande: creo por tanto que á ella se refieren los primeros versos de *La desdicha de la voz*, que se representaria probablemente durante las ferias de aquel mismo año, 1636.

1637.

Don Quijote de la Mancha.

Comedia desconocida, que Vera Tásis iba á publicar en el tomo x de Calderon, y quedó inédito. Don Antonio de Leon Pinelo dice en sus *Anales de Madrid* esto:

«Mártes de carnestolendas (año 1637) la villa de Madrid hizo otra mojiganga de infinitas figuras é invenciones y novedades, hasta sacar los gigantes con mascarillas, por no incurrir en el bando. A la noche se representó comedia de *Don Quijote de la Mancha*: hubo fuegos, luminarias y otros festines, con que se dió fin y remate á todo.»

Hállase la propia noticia, con la de varias fiestas que se celebraron entónces, en la *Relacion* impresa, citada al tratar de la comedia *Los tres mayores prodigios*. Léese allí:

«Asegurado Su Majestad los postreros de setiembre (1636) de que los progresos de la dieta de Ratisbona caminaban prósperamente, determinó que sus afectos en celebrarla se manifestasen. Entendido este deseo del señor Conde-Duque, mandó hacer una gran plaza en lo alto del Prado, que no obstante la oposicion de los temporales, que fuéron grandes, se acabó felizmente con tan grande admiracion de todos, que pareció cosa de encantamento: obra elegantísima y de artificio admirable, parto del grave juicio de su autor, que supo pensar y ejecutar lo que la humana imaginacion jamas pudiera esperar ni presumir. Tenia mil quinientos pasos de circuito en cuadro; fabricadas de madera al rededor dos órdenes de ventanas con balaustres, y por el pié rodeadas de andamios y antepechos. Toda la madera pintada al ólio, de color leonado, con mascarones y brutescos de plata; y toda la cornisa superior coronada de faroles de vidrio, grandes y pequeños, con velas de cera blanca, y en cada coluna dos hachas blancas, repartidas con tal proporcion, que hacian agradable correspondencia. El balcon de la Reina nuestra señora era una gran sala de madera, verde y oro, resguardada con vidrieras cristalinas, y en la techumbre las armas reales y de la villa. Los colaterales, de las damas, todas las barandillas plateadas, con las armas de todos los reinos desta monarquía, y delante dellos las vallas, de azul, con dos estafermos, y por los lados de la plaza pintadas en lo alto, en tarjetas relevantes, las armas de los cuadrilleros de la máscara. Domingo en la noche, 15 de febrero (1637), Su Majestad, Dios le guarde, por la capacidad y vecindad, vino á vestirse cas de Cárlos Strata, que en adornos, perfumes, regalos, riquezas y dádivas, mostró la generosidad de su ánimo en servicio de su Rey. Salió de allí cerca de las ocho, precediendo á Su Majestad dos carros triunfales muy grandes, de tan admirable invencion y arquitectura, agujas, basas y pedestales, que la antigüedad romana no vió tan hermosas máquinas. Tiraban de cada uno veinte y cinco bueyes en yuntas de á cinco. Siguieron á Su Majestad diez y seis cuadrillas de á doce caballeros, con vaqueros, bonetes, capellares y jaeces de plata, bordados de seda negra, con penachos y hachas blancas; que entrando esta majestad en la plaza (donde se juzga que hubo mas de cinco mil luces), hizo tan hermoso y admirable espectáculo, que ni se puede describir ni creer. Hubo estafermo, y Su Majestad rompió tres lanzas de cuatro que corrió. Luego los galopes, con tales entradas y salidas, círculos, lazos y caracoles, que sola la atencion y solicitud de Su Majestad en guiarlos, pudo en tan intrincados tornos hacer que no se errasen. Volvió Su Majestad con todos los caballeros, con sus hachas, cerca de las once, á desnudarse.

»Continuáronse estos regocijos, y lúnes siguiente, Cortizo, portugues, tuvo á Su Majestad en la ermita de San Antonio, cuatro entremeses y una boda de gallegos con sus gaitas, y una folía portuguesa que constó de ocho mujeres y un hombre, traidos de Lisboa para este efecto; y un jardin de buena proporcion, todo fabricado de dulces exquisitos, árboles, frutas, plantas y cuadros de flores, con singular imitacion; que fué raro pensamiento, y de gran traza y artificio. Mártes, tuvo Pedro Martinez en su ermita gran merienda y dos comedias. Miércoles, Cristóbal de Medina en la suya cuatro entremeses y zapateadores lijerísimos. El juéves hubo toros de Zamora, que por el cansancio del camino y falta de pasto, se rendian luego. Torearon algunos caballeros, y sacaron muchos caballos heridos; y á Don Diego Carrillo, que dió lanzada, le mataron el caballo. Viérnes hubo una justa literaria en que Su Majestad se entretuvo con mucho gusto cuatro horas. El sábado fué la Reina nuestra señora á Atocha, y se previno una mojiganga de los secretarios y ministros de Estado, Hacienda, Indias y Cámara, que alegró mucho el domingo con la graciosa variedad de trajes, invenciones, carros, motes y letras, en que salieron mas de trescientas personas. Lúnes, corrieron de gala los señores y caballeros, y jugaron alcancías, y corrieron dos toros; y *á la noche se representó la comedia de* Don Quijote, con lindos bailes y entremeses. Mártes, por último festejo, sacó el corregidor la mojiganga de la villa, de alguaciles, escribanos y otros hombres, que fuéron mas de cuatrocientos, con graciosos disfraces é invenciones; y anduvieron muchos caballeros, damas y otras gentes con mascarillas.»

1637.

Argénis y Poliarco.
Júdas Macabeo.
Orígen, pérdida y restauracion de la Vírgen del Sagrario.
Hombre pobre todo es trazas.
A secreto agravio, secreta venganza: fiesta que se representó en el salon del real Palacio.

Anteriores á la fecha de la licencia dada por el Ordinario para la impresion de la *Segunda parte de comedias de Calderon*, en que fuéron incluidas. La licencia es de 2 de marzo de 1637.

Alguna de estas comedias habia de estar escrita desde 1636, cuando ménos, porque no es de creer que en los tres meses primeros de 1637 escribiera Calderon las cinco.

1637.

El mágico prodigioso.

Compuesta para la villa de Yépes, en las fiestas del Santísimo Sacramento, año de 1637.

Esta nota se lee en un manuscrito de la comedia, que existe en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna.

1637.

No hay burlas con el amor.

«Jocoseria, burlas véras, ó reprehension moral y festiva de los desórdenes públicos, en doce entremeses representados, y veinte y cuatro cantados. Van insertas seis loas y seis jácaras que los autores de comedias han representado y cantado en los teatros de

esta corte. Compuestos por Luis Quiñones de Benavente, natural de la imperial Toledo. En Madrid, por Francisco García, año 1645.»

En este libro, pequeño á la verdad para tan gran portada, pero muy estimable á pesar de ella, se halla una loa que representó Antonio de Prado, y principia así:

FRUTOS.
¡Qué descuidado que duermes!
Despierta, Prado, despierta;
Que á las puertas de la pascua
Se te ha muerto la cuaresma.

Cerca del fin se halla este diálogo:

PRADO.
Tres comedias traigo nuevas
De Don Pedro Calderon.
AUTORA.
Y es la primera que hacemos
No hay burlas con el amor.
PRADO.
Otra se dignó de darme
De tres ingenios la union.
AUTORA.
Y Don Antonio Solís
Trujo esta cuaresma dos.
PRADO.
Tambien el doctor Juan Perez
Me ha dado otra de *Sanson*.

Representóse pues la loa en una pascua de Resurreccion, cuando aun vivia Montalvan y estaba para escribir ó dar comedias. Ahora bien: Montalvan murió á 25 de junio de 1638, despues de haber estado loco medio año: con que la pascua en que se anunció su *Sanson*, debió ser la del año anterior, cuando ménos, en cuyo tiempo estaba ya tambien escrita la comedia *No hay burlas con el amor*.

Calderon lloró la pérdida de su amigo en esta breve composicion en

DÉCIMAS [1].

Aunque nuestro humano sér,
En llegándose á adquirir,
Nace sujeto á morir
Del achaque del nacer;
Y aunque es verdad que el tener
Vida nuestra humana suerte
Es accidente tan fuerte,
Que por ley establecida
Solamente el tener vida
Nos trae sentencia de muerte;
Dos consuelos ha tenido
Este inviolable, este cierto
Decreto del haber muerto
De achaque de haber nacido.
Es uno cuando ha vivido
El hombre tan ajustado,
Que en su muerte sea envidiado;
Y otro cuando se apercibe
Tal gloria, que muerto vive
En la fama que ha dejado.
Destos consuelos, es llano
Que ha sido el mejor crisol
Nuestro Terencio español,
Nuestro Plauto castellano.
Dígalo el ver cuán en vano
La muerte le halló, si es cierto
Cuánto en uno y otro advierto
Que deslucir no ha podido
La virtud con que ha vivido
Y la fama con que ha muerto.
La vida, siempre ocupado
En estudios, la gastó;
La muerte nunca le halló
Para morir descuidado.
Tanto pues habia ensayado
Morir y vivir, que atento
A no errar el fin violento
De tan dudoso camino,
Enviar delante previno
A todo su entendimiento.
No furioso frenesí,
No delirio riguroso
Su ánimo turbó piadoso;
Un blando letargo sí,
Para mostrarnos así
Cuánto la muerte severa
Sintió que se desluciera
Tanto sugeto; y llegó
De dos veces, porque no
Se atrevió de la primera.
Y supuesto que los cielos,
Si en sus piedades se advierte,
Nos dan hoy en una muerte
Vinculados dos consuelos,
No lloren nuestros desvelos,
No nuestro amor desespere;
Pues que mejor vida adquiere,
Pues que mas gloria recibe
Quien hoy en su fama vive,
Y á vivir eterno muere.

1638.

No hay cosa como callar.

Hubo de ser escrita esta comedia poco despues de haberse levantado el sitio que en el año 1638 puso á Fuenterrabía el príncipe de Condé, á quien se nombra en ella mas de una vez.

1638.—1639.

Apolo y Climene: fiesta que se hizo en el salon del real Palacio.
El hijo del Sol, Faeton: fiesta que se hizo en el estanque del Buen Retiro.

Al principio del segundo de estos dramas, Faeton y Epafo anuncian que Tétis sale del mar y viene á tierra, diciendo:

FAETON.
Hoy (ó miente *aquel escollo*
Que su triunfal carro es)
Costeando viene la orilla.

EPAFO.
Hoy (*si no es que miente aquel*
Peñasco, que su marina
Carroza otras veces fué)
Viene arribando á la playa.

En la jornada tercera hay unas escenas que pasan en el mar, por el cual viene Tétis con sus ninfas. Climene, madre de Faeton, habla de esta segunda salida de Tétis en los versos siguientes:

No ménos para mí es,
Galatea, el alborozo,
De que ántes que él salga Tétis
En el peñasco vistoso
Que ya otras veces la vimos.

Este carro marino, visto ya otras veces, debe ser el de la diosa *Agua*, que se construyó para la comedia *El mayor encanto amor*, estrenada sobre el estanque del Retiro en la noche de San Juan de 1635. (Véase el documento incluido en el tomo I de estas *Comedias*, página 387). De aquí se infiere que *El hijo del Sol, Faeton*, se representó sobre el mismo estanque, por lo cual esta debe ser la funcion de que hablaron, sin expresar el título (segun su costumbre), Antonio de Leon Pinelo y Don José Pellicer y Tovar, cuyas noticias dimos en el tomo I de Calderon. Ahora se trasladan aquí las de Pellicer solas, que son las fidedignas.

«Avisos de 14 de junio de 1639.

»Tenian hechas en el Buen Retiro grandes prevenciones de fiesta para la noche del primer dia de pascua (12 de junio): muchas tramoyas de Cosme Lotti, ingeniero; mas de tres mil luces; comedia dentro del estanque grande, en teatro que navegase; Su Majestad y señores de palacio, todo al rededor irian en góndolas, oyendo la representacion; y cena, tambien dentro de la agua: todo, segun dicen, por cuenta del señor Duque, virey de Nápoles. Apénas se empezó, cuando se levantó tal aire, borrasca y torbellino, que muerta mucha parte de las luces y tiestos, desbaratadas las góndolas, y á peligro de hundirse, asustado el Príncipe, fué fuerza retirarse y cesar la fiesta.»

«Avisos de 21 de junio de 1639.

»La solemnísima fiesta del Buen Retiro, que fué una imitacion de aquellas naumaquias de los romanos, se representó el juéves (16 de junio) á Sus Majestades y Alteza, que Dios guarde; viérnes se volvió á repetir al Consejo real de Castilla, y lúnes al convento de San Jerónimo, religiones y todo el pueblo, estando francas las puertas á todos los que quisieron entrar al espectáculo.»

Apolo y Climene es primera parte de *El hijo del Sol*: con que hubo de ser representada ántes, quizá en la velada ó en el dia de San Juan anterior. En el códice 38, del estante H de la Biblioteca Nacional, se lee al folio 239 esta noticia:

«Este dia, por ser víspera de San Juan, tuvieron Sus Majestades diferentes fiestas de comedias, bailes y entremeses en el Retiro, y despues muchas músicas á las ventanas del Prado, habiendo sido la primera de todas la del príncipe de Esquilache.»

Y mas abajo:

«Este dia, por ser fiesta de San Juan, tuvieron Sus Majestades diferentes fiestas y invenciones de gusto en el Retiro, en particular la representacion de *una fábula*.»

Fábula mitológica, presumo que se quiso decir.

1639.

Con quien vengo vengo.

En la escena V del primer acto se habla del duque de Lerma (Don Francisco Gomez de Sandoval, y nieto del célebre ministro de Felipe III) como si aun viviera. Habiendo fallecido en 11 de noviembre de 1635, la comedia *Con quien vengo vengo* no puede ser posterior.

1639.

Mañana será otro dia.

ACTO PRIMERO, ESCENA I.

Tu hermano, muerta tu madre,
Fué con mi gusto á las guerras
Del Monferrato, en servicio
Del señor duque de Lerma,
A cuya sombra sirvió
A Su Majestad en ellas,

[1] Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta y teólogo insigne, doctor Juan Perez de Montalvan... lloradas y vertidas por los mas ilustres ingenios de España: recogidas y publicadas por la estudiosa diligencia del licenciado Don Pedro Grande de Tena.—Madrid, en la imprenta del Reino, año de 1639.

Hasta que pasando á Flándes,
Que es de la milicia escuela,
Murió el Duque.—¡Oh quién aquí
Tocar de paso pudiera
Tal lástima, sin que el llanto
Embarazase á la lengua!

Afectos que parecen propios del tiempo en que estaba aun reciente la pérdida del segundo duque de Lerma, Don Francisco Gomez de Sandoval, que murió á 11 de noviembre de 1635.

1639—1640.

Los empeños de un acaso.

«Avisos (de Pellicer) de 8 de noviembre de 1639.

»En el condado de Aviñon en Francia, se dice por cierto que una labradora parió *un monstruo con dos cabezas* que se besaban una á otra, y un solo cuerpo. Bautizáronle, y murió luego; abriéronle, y le hallaron solo un corazon.»

LOS EMPEÑOS DE UN ACASO, JORNADA TERCERA, ESCENA V.

HERNANDO.

¡Cielos! ¿Qué es aquesto
Que hoy á mi amo en ocasion ha puesto
De llamar su enemigo?
Si fué á reñir con él, ¿cómo de amigo
Hace ahora finezas?
¿No fuera *el monstruo yo de dos cabezas?*
¡Oh, cuánto lo estimara mi fortuna,
Pues para discurrir tuviera una,
Y otra para aparar!

¿Escribiria CALDERON este chiste, fundado en la noticia que da Pellicer? Probable parece. Lo que no tiene duda es que en 1647 Tomás Corneille dió al teatro su imitacion de *Los empeños de un acaso*, en cuya dedicatoria dice:

«Je faisais dessein de n'en permettre jamais l'impression; mais vous vous y opposâtes si fortement, pour l'intérêt du fameux DON PEDRO CALDERON, qui a traité cette comédie avec tant d'esprit, sous le même titre de *Los empeños de un acaso*, que tout ce que je pus obtenir ce fut la liberté d'y changer ce que j'y croirois de plus faible.»

1640.

Certámen de amor y celos.

«El (año) de 40 (dice Vera Tásis en la biografía de CALDERON), al salir las órdenes militares, le excusó, mandándole escribir aquella célebre fiesta de *Certámen de amor y celos*, que se representó en los estanques del Buen-Retiro.»

«Avisos (de Pellicer) de 3 de julio de 1640.

»Ayer, dia de Santa Isabel, que cumplió años la Reina nuestra señora, se representó en el estanque del Buen-Retiro la comedia que estaba destinada para la noche de San Juan, compuesta por Don Antonio de Solis, Don Francisco de Rojas y DON PEDRO CALDERON: fué acto de gran celebridad.»

CALDERON, que excluyó de la lista de sus comedias, extendida en 1680, aquellas en que solo habia escrito una jornada, incluyó la de *Certámen de amor y celos*: parece, por tanto, que debió ser toda suya. No es hoy conocida.

1640.

Las manos blancas no ofenden.

«Avisos (de Pellicer) de 21 de febrero de 1640.

»El agua, que suele ser comun festejo de las Carnestolendas, se ha convertido en fuego, pues ayer lúnes (20) amaneció ardiendo lastimosamente el Buen-Retiro, de manera que aun dura el incendio. Quemóse todo el cuarto de la Reina y parte del del Rey. Ha sido cosa lastimosa las alhajas perdidas, quebradas y arrancadas. Los Reyes y las damas á medio vestir se ampararon en una de las ermitas; luego se fuéron á Nuestra Señora de Atocha, y de allí á Palacio.»

«Avisos de 28 de febrero de 1640.

»En el aviso pasado dí cuenta del incendio del Buen-Retiro, por mayor; ahora por menor hablaré de otras circunstancias. Tenia el Señor Conde-Duque prevenida una gran fiesta y dos comedias en el coliseo nuevo, con muchas tramoyas, y aquello tan bien aderezado, que no podia alcanzar mas la imaginacion; y para que se entretuviesen las damas, veintemil reales de huevos para tirar, todos plateados, con diversas aguas de olor. El domingo antecedente, estando ensayando las comedias, en unas cuchilladas que se levantaron, dieron algunas heridas á DON PEDRO CALDERON, su autor; que parece fué presagio de lo que sucedió el lúnes siguiente. Por la mañana á las siete y tres cuartos, empezaron á dar voces unos hombres, que se quemaba el cuarto de Su Majestad (que Dios guarde); y fué tan de improviso, que luego comenzaron á brotar las llamas por tres ó cuatro partes. Y porque el fuego prendió por lo alto de una torre, por donde era el paso de las damas, fué forzoso buscar modo para poderlas socorrer por otra parte. Subió el Protonotario, y los señores conde de Aguilar y marqués de Aytona, por el salon dorado; y rompiendo una puerta, fuéron llamando á las posadas de cada dama, y á medio vestir las iban sacando á toda prisa. A la señora Doña María de Córdoba, hermana del de Guadalcázar, ápénas la podian sacar de la cama. El Rey salió á socorrerlas en cuerpo, y la Reina no muy vestida... Quemáronse los cuartos del Rey y Reina, y el de las damas, que fuéron los dos lienzos de la plaza de las fiestas... Los Reyes se fuéron á la noche á Palacio. El mártes de Carnestolendas volvieron, y vieron las comedias prevenidas, con todos los Consejos.»

LAS MANOS BLANCAS NO OFENDEN, ACTO PRIMERO, ESCENA III.

A Palacio llegué, adonde,
Tambien informado, advierto
Que hacia un público sarao
Las vísperas al torneo,
Que habia de ser otro dia.
. . . .
Pasó el festin, y la noche
Quedó en su comun silencio.
Yo, que saqué del conmigo,
Sin saberlo yo, en mi pecho...
Un no sé qué... que aun hoy
Ni le descifro ni entiendo,
A las puertas del palacio
Me quedé absorto y suspenso,
Sin saber adónde irme;
(Mas ¿qué mucho, si violento
Estuviera en otra parte,
Pues ya era aquella mi centro?)
Cuando á no pequeño espacio,
Escucho decir al eco
En desacordadas voces
De mal formados acentos:
«¡Fuego!» No hube menester
Segundo informe, supuesto
Que para saber adónde,
Fué oirle y verle tan á un tiempo,
Que llegó á mí tan veloz
La llama como el estruendo.
El cuarto de Serafina
Era el que en breve momento
De alcázar pasó á volcan,
De palacio á Mongibelo.
Toda su fábrica hermosa,
Ruina del voraz incendio,
Pirámide era de humo,
Tan alta, que los reflejos
De sus erradas centellas,
Con presuncion de luceros,
A pesar del viento, ardian
De esotra parte del viento.
¡Mal hubiese el aparato,
Mal hubiese el lucimiento
De tanta encendida antorcha
Como le adornó primero!
Pues descuidada pavesa
Del abrasado festejo,
El asunto dió al acaso,
Y á mí el asunto y el riesgo;
Pues, como mas desvelado,
O mas cercano, creyendo
Que en otro incendio llevaba
Perdido á cualquiera el miedo,
Me arrojé á entrar; y pasando
Del hidrópico elemento
Las ya destroncadas ruinas,
Con que, voraz y sediento,
Hacia iguales desperdicios
De lo precioso y lo bello,
Sin que aquí al oro, allí al jaspe
Tuviese su sed respeto;
Sin que respeto tuviese
Su hambre aquí al pulido aseo
Ni allí al precioso menaje,
Abrasando y consumiendo
Desde el dorado arteson
Al chapeado pavimento,
Aquí estudios del telar,
Y allí del pincel desvelos...
«¡Cielos, piedad!» una voz
En desmayado lamento
Dijo, cuyo vocal norte
Me dió en una cuadra puerto,
Donde Serafina hermosa,
Casi en el último aliento
De su vida, sin sentido,
Duraba con sentimiento.
Ni bien desnuda ni bien
Vestida estaba (que á medio
Traje debió de cogerla
El sobresalto), y queriendo
Escapar, fué de la fuga
Rémora el desmayo. ¡Ah, cielos,
Y quién supiera pintarla!
Pero aun contado no quiero,
Cuando ella se está abrasando,
Estarme yo discurriendo.
Con ella cargué en los brazos,
Y Enéas de amor, rompiendo
Canceles de fuego y humo,
Salí al primer patio á tiempo
Que ya la lloraban muerta
Los que, así como la vieron,
Quitándola de mis brazos,
Cuidaron de su remedio.

El suponerse en la comedia que el incendio del palacio de Serafina fué en unas fiestas, y alguna otra circunstancia algo semejante á las del incendio del Retiro, me hacen creer que la relacion copiada arriba, en parte se formó sobre aquel suceso, al cual seria la comedia poco posterior.

1640.

Mujer, llora y vencerás.

En la escena IX del primer acto de esta comedia hay una alusion evidentísima á la escena III del primer acto

de *Las manos blancas no ofenden*, de la cual debe inducirse que escribiria CALDERON la de *Mujer, llora y vencerás* inmediatamente despues de aquella; pues si no, hubiera sido perdida la alusion, porque nadie recordaria el pasaje á que aludia.

1640.

Ni amor se libra de amor. Fiesta que se representó en el salon real de Palacio.

El argumento del drama son los amores de Cupido y de Psiquis. Miércoles 27 de febrero de 1638 se representó la comedia titulada *Triunfos de amor y fortuna*, «la mas portentosa (dice Leon Pinelo) que se vió en Madrid, y aun en Europa, formada de las fábulas de Psiquis y Cupido, Endimion y la Luna. Las mudanzas del teatro fuéron muchas y admirables... La obra fué de Don Antonio Solis, secretario del Rey y oficial de Estado; y la disposicion, de Don Antonio María Antonozzi, ingeniero romano. El viérnes y el sábado se representó á los Consejos, Reina y Villa de Madrid; y por acercarse la cuaresma no se pudo dar lugar á que la gozase el pueblo, reservándolo para tiempo mas oportuno: y así, se continuó despues que los Reyes vinieron de Aranjuez; y fué tanto el concurso, que aun faltaron dias, por atravesarse la fiesta del *Corpus Christi*, que la suspendió.»

La comedia *Ni amor se libra de amor* se halla en el tomo III de CALDERON, publicado en 1664. No es de creer que, habiendo producido tan grande efecto la obra de Solis, hubiese CALDERON puesto en escena el mismo argumento pocos años despues: con que su comedia debe ser anterior. Tampoco es probable que Solis hubiese echado mano de un argumento manejado poco ántes por CALDERON: luego la comedia de nuestro poeta, no solo debe ser anterior á la de Solis, sino serlo mucho. En el archivo del Ayuntamiento de Madrid hay un auto sacramental de *Psiquis y Cupido*, firmado por CALDERON á 12 de mayo de 1640: así pues, ó CALDERON escribió la comedia poco despues que el auto, ó ya la tenia escrita ántes, que me parece mas natural.

1640.

La Virgen de la Almudena, primera y segunda parte.

Comedias desconocidas, aunque constan como impresas, en el *Índice* de Don Juan Isidro Fajardo. Escribiríalas acaso CALDERON cuando la imágen de Nuestra Señora de la Almudena fué solemnemente colocada en el altar mayor de su iglesia. La ocasion fué muy para ello.

Dice Antonio de Leon Pinelo, en su *Historia de Madrid*:

«A 26 de agosto (de 1640) la milagrosa imágen de Nuestra Señora de la Almudena, que solia estar en capilla particular de su iglesia, fué trasladada, con procesion general y fiesta solemne, al altar mayor, en que se le dispuso decente santuario con retablo y adorno, y se fué dorando todo el cuerpo de la iglesia; y desde entónces se la dió el título de *Santa María la Real*, por ser obra de la reina Doña Isabel de Borbon.»

Y Don José Pellicer dice en sus Avisos de 28 de agosto de 1640:

«El siguiente dia, domingo 26 de este, fué solemnísimo: hízose en él la colocacion de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de esta villa de Madrid, imágen antiquísima, desde mucho ántes del siglo de San Isidro. Está en la parroquial de Santa María, que precede en antigüedad á todas las demas parroquias. Mudáronla el altar y capilla mayor, que aderezaron y reedificaron de nuevo. Dió la Reina nuestra señora el vestido, valuado en dos mil ducados, hecho á cuidado y diligencia del Señor Protonotario y Don Antonio Valdes, del Consejo Real. Asistieron con luces los oficiales de las Secretarías todas, las religiones cabales, la Villa en forma de Ayuntamiento, y (ménos Su Majestad) todas las danzas, gigantes y alegrías que el dia del Córpus. Lucióla una compañía de cien niños de seis á ocho años, hijos todos de plateros, mercaderes y escribanos, con maese de campo, capitan y oficiales, riquísimamente aderezados y vestidos. El alférez abatió con toda gracia la bandera al Rey y á los templos: las calles ricamente aderezadas, las ventanas pobladas de damas y señoras, las calles de caballeros, y todo de concurso y plebe... A la noche hubo grandes invenciones de fuego.»

1640.

Desagravios de María.

Comedia atribuida por Vera Tásis á CALDERON, que probablemente solo versificaría un acto de ella, por lo cual no la incluyó en la lista de las suyas. Permanece desconocida.

La ocasion de componerla ocurrió en el Juéves Santo de 1640, en cuya noche puso un hereje entre las puertas del cabildo de Granada un pasquin contra la pureza de la Vírgen. En desagravio de tanta ofensa se celebraron fiestas religiosas en aquella y otras muchas ciudades.

En un libro titulado *Triunfales celebraciones... á honor de la pureza virginal de María Santísima en sus desagravios...* dice á la página 88 su autor, el Padre Luis de Paracuellos Cabeza de Vaca:

«Muchos realces fuéron á las grandezas de fiesta tan grande los lucimientos que en los autos se adquirieron, por lo bien escrito de ellos: pensamientos, en fin, de los dos mejores ingenios de nuestra España: del mayor hijo de Madrid DON PEDRO CALDERON, vivo aliento de Apolo, y del mejor grano de nuestra Granada en la poesía, Alvaro Cubillo de Aragon, espíritu animado de Museo. Hablen los teatros de España, testificando sus escritos, y acredite esta verdad DON PEDRO CALDERON en su auto de *La hidalga*, hecho en diferente ocasion á la Concepcion de Nuestra Señora, que por venir en la presente tan á propósito se representó, excusándose el embarazo de escribir otro nuevo; pues solo el caudal grande de Alvaro Cubillo pudo hacer la costa á tanto desempeño, escribiendo en tres dias el segundo de *El hereje*, tan propio al suceso y tan ajustado al caso, que fué honrosa prueba de su ingenio cumplir en tal brevedad con lo que pedia mucho tiempo. La representacion de los dos autos tuvo Antonio de Prado; que aun esta parte no le perdonó á la fiesta lo grande, por ser el mayor representante de España, y su compañía la mejor de toda Europa.»

1640.

El maestro de danzar.

En ninguna edicion he visto que se califique á esta comedia de fiesta real; pero lo dicen sus últimos versos:

Pidiendo á esos reales piés
El perdon de nuestras faltas.

Léense estos otros en la escena VI del primer acto:

CHACON.
Hoy se verá, por lo ménos,
La novedad de un lacayo
Que no huye, y tira recio.

En la escena XII del acto segundo de *Los empeños de un acaso*, Lisardo, tan criado como Chacon, detiene á Don Alonso de Mendoza, y riñe con él de hombre á hombre. *El maestro de danzar* debe ser anterior á *Los empeños de un acaso*, que debió hacerse por el año 1640.

1643.

La Celestina, comedia de CALDERON, ignorada.

En el librito titulado: *Entremeses nuevos de diversos autores, para honesta recreacion*, impreso en el año 1643, se hallan los dos entremeses, *El exámen de maridos* y *La Celestina*: aquel es posterior á la comedia de Alarcon que lleva igual título; este ¿lo seria tambien á *La Celestina* de CALDERON?

1644.

La exaltacion de la cruz.

Recuérdese lo que se dijo tratando de *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. *La exaltacion de la cruz* pudo ser escrita en el año 1635; pero á lo ménos lo es-

taba ya en 1644, cuando Felipe IV volvió á Madrid con motivo del fallecimiento de la reina Isabel de Borbon, ocurrido en 6 de octubre. Tambien es muy probable que en el año 1647, época en que los teatros ó corrales de comedias estaban cerrados, CALDERON habilitase con algunas variaciones este drama para una fiesta real, dispuesta de pronto con el objeto de celebrar en Madrid la noticia de haberse ajustado en Viena las capitulaciones matrimoniales entre Felipe IV y la archiduquesa Mariana de Austria su sobrina.

1644.

Mañanas de abril y mayo.

ACTO PRIMERO, ESCENA XVIII.

Esta mañana salí	. . . .
A ese verde, hermoso sitio,	. . . .
A esa divina maleza,	*Esfera, en fin, de los rayos*
A ese ameno paraíso,	*De* ISABEL *y de* FILIPO...

Vivia entónces la reina Isabel, que falleció en 6 de octubre de 1644. No se hace mencion del Príncipe: ¿sería la comedia anterior á su nacimiento? En tal suposicion, estaba ya escrita en 1629.

1644.

Enfermar con el remedio, comedia de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, Luis Velez de Guevara y Don Jerónimo Cáncer.

No es posterior al dia 10 de noviembre de 1644.

«Avisos (de Pellicer) de 15 de noviembre de 1644.

»El juéves pasado murió Luis Velez de Guevara, natural de Écija, ujier de cámara de Su Majestad (Dios le guarde), bien conocido por mas de cuatrocientas comedias que ha escrito, y por su gran ingenio, agudos y repetidos dichos, y ser uno de los mejores cortesanos de España. Murió de setenta y cuatro años... Depositaron su cuerpo en el monasterio de Doña María de Aragon, en la capilla de los señores duques de Veragua, haciéndosele por sus méritos esta honra. Ayer se le hicieron las honras en la misma iglesia, con la propia grandeza que si fuera título, asistiendo cuantos grandes, señores y caballeros hay en la corte. Y se han hecho á su muerte y á su ingenio muchos epitafios, que entiendo se imprimirán en libro particular, como el de Lope de Vega y Juan Perez de Montalvan.»

1649.

Guárdate del agua mansa.

Descríbese en esta comedia menudamente el aparato con que fué obsequiada por Madrid la jóven Doña Mariana de Austria, cuando vino á casarse con su tio Don Felipe IV, y celebrados ya los desposorios, pasó en público del Retiro á Palacio, en 15 de noviembre de 1649. La comedia debió ser escrita para aquellas solemnidades.

CALDERON, que redactó una *Noticia del recibimiento y entrada de la reina nuestra señora Doña María Ana de Austria en la muy noble y leal coronada villa de Madrid* (impresion de 1650), dice en uno de los últimos párrafos:

«En este medio tiempo se hicieron tres comedias á Sus Majestades en el salon dorado: la una de criados del Rey nuestro señor, en que dieron muestra de su rendido afecto representándola ellos mismos; y dos de representantes, que ejecutaron la atencion de quien intentó tener parte en los festejos.»

El que intentó tener parte en ellos, y calla su nombre, debe ser CALDERON.

Don Casiano Pellicer, en su *Historia de la comedia en España*, afirma, refiriéndose á un autor anónimo del siglo XVII:

«Que cuando vino de Alemania Doña Mariana de Austria á casarse con su tio el mencionado Rey, la infanta Doña María Teresa, mujer despues de Luis XIV, y las damas de Palacio representaron, para festejar esta venida, una comedia que compuso Don Gabriel Bocángel.»

La comedia representada por *los criados del Rey*, no pudo ser la misma en que representó *la Infanta*.

1651.

El alcalde de Zalamea.
El alcaide de sí mismo.

Estas dos comedias están impresas con los títulos de *El garrote mas bien dado* y *La guarda de sí mismo*, en el volúmen suelto titulado *El mejor de los mejores libros que ha salido de comedias nuevas.*—Alcalá, 1651.—Creo, sin embargo, como dije en el segundo artículo de este catálogo, que *El alcaide de sí mismo* es una de las primeras producciones cómicas de CALDERON.

1651.

Amar despues de la muerte.
Amigo, amante y leal.
La aurora en Copacavana.
Los cabellos de Absalon.
Las cadenas del demonio.
La cisma de Ingalaterra.
El conde Lucanor.
¿Cuál es mayor perfeccion?
De una causa dos efectos.
Los dos amantes del cielo.
El encanto sin encanto.
Fuego de Dios en el querer bien.
El gran príncipe de Fez.
Los hijos de la Fortuna.
El José de las mujeres.
Luis Perez el gallego.
La Margarita preciosa.
Nadie fie su secreto.
La niña de Gomez Arias.
El pintor de su deshonra.
Primero soy yo.
La señora y la criada.
La Sibila del Oriente.
Tambien hay duelo en las damas.
Las tres justicias en una.

Ninguno de estos dramas fué fiesta real: ninguno de ellos por lo tanto es posterior al año 1651, en que recibió CALDERON las sagradas órdenes; porque despues no compuso mas que autos ó fiestas reales. Véase la siguiente carta del mismo CALDERON, de que se halla copia en la Biblioteca Nacional.

PAPEL DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, AL PATRIARCA.

Ilustrísimo Señor:

Mándame vueseñoría ilustrísima que, porque no pierda tiempo, me dé por advertido de que este año, en consecuencia de los pasados, haya de escribir las fiestas del Santísimo Sacramento; y aunque para mí, dejando siempre en su primera estimacion lo piadoso del asumpto, no puede haber felicidad mayor que obedecer á vueseñoría ilustrísima; con todo eso me asisten hoy razones, que no sin dolor me obligan á suplicarle, con cuanto debido rendimiento puedo, sea servido de hacerme merced de añadir á las honras que de su liberalidad confieso recibidas, la de tenerme esta vez por excusado. Y porque no parezca que sin grande disculpa pueden hallarse en mí aun menores señas de repugnancia á sus preceptos, suplico tambien á sus ocupaciones me permitan el breve espacio que tarde en motivar las causas que me mueven, con el seguro de que el ser de reputacion afiancen la excusa de lo uno y el embarazo de lo otro. Yo, señor, juzgué siempre, dejándome llevar de humanas y divinas letras, que el hacer versos era una gala del alma ó agilidad del entendimiento, que ni alzaba ni bajaba los sugetos, dejándole á cada uno en el predicamento que le hallaba; sin presumir que pudiera nunca obstar ni deslucir la mediana sangre en que Dios fué servido que naciese, ni los atentos procederes en que siempre he procurado conservarla; y aunque es verdad que, ocioso cortesano, la traté con el cariño de habilidad hallada acaso, no dejé de desdeñarla el dia que tomé el no merecido estado en que hoy me veo; pues para volver á ella fué necesario que el señor Don Luis de Haro me lo mandase de parte de Su Majestad en el festivo parabien de la cobrada salud de la Reina nuestra señora (que Dios guarde); y no con menor fuerza de razones convenció mis excusas, que con decirme en formales palabras: *¿Quién le ha dicho á vuestra merced que el mayor prelado no se holgara de tener una habilidad, y mas de ingenio, que tal vez fuese pequeño alivio á los cuidados de Su Majestad?* Con esta autoridad, honestados á luz de servicio los

decoros de mi nuevo estado, sin haber tomado la pluma para otra cosa que no sea fiesta de Su Majestad ó fiesta del Santísimo, obedecí entónces, y desde entónces á cuanto en esta buena fe se me ha mandado; hasta que habiendo puesto los ojos en una pretension que cabe en los límites de mi esfera, no desguarnecida de servicios propios y heredados; despues de publicada la merced, me la ha retirado la objecion de no sé quién, que juzga incompatibles el sacerdocio y la poesía; y aunque á mí me basta á saber que no lo sean el que Su Majestad lo admita, y sus mayores ministros me lo manden, pues incompatibilidad fuera constarles á ellos y no ser decente, siendo así que la censura ha de encontrar primero con su mandato que con mi obediencia; con todo eso, miéntras la duda se mantenga tolerada y no vencida, no deja de padecer mi reputacion considerable nota, de que solo puede, hasta la resolucion, ponerme en salvo el que, si erré engañado, con dejarlo, no erraré advertido; que nadie está obligado á enmendar defecto que no conoce, hasta que haya piedad que se le advierta. Diráme vueseñoría que las fiestas del Córpus no hacen consecuencias para otras; y responderé yo que si á mí me pusieran la objecion en los asumptos de cuanto hasta hoy he escrito, con mejorar los asumptos desvaneciera la objecion; pero quien me capitula, no me capitula, ni puede, lo que escribo, sino el que lo escribo: y lo digno de un objeto no enmienda lo indigno de un ejercicio; y miéntras no me dieren por digno el ejercicio, no me pueden dar por digno ningun objeto suyo; fuera, señor, de que darme al partido de que en particular es bueno, es darme al partido de que en comun es malo. Decláresе si lo es ó no; que siendo bueno, aquí estoy para servir y obedecer toda mi vida; y no lo siendo, ni á Su Majestad ni á vueseñoría ilustrísima le puede parecer mal que, conocido el yerro, trate de enmendarle; y aun el mismo misterio se dará por mas bien servido; pues lo que se califica indecoro de un altar, mal puede quedar festividad de otro. Y en fin, señor, dejándome á ser primero ejemplar del mundo en que se pudo desmerecer obedeciendo, reduzgamos á dos palabras el discurso; que no es justo que por mí se haga estorbo á mayores importancias. O este es malo, ó es bueno: si es bueno, no me obste; y si es malo, no se me mande.

Dios guarde á vueseñoría ilustrísima.

No tiene fecha la copia que hay de esta preciosa carta en la Biblioteca; pero de su contexto se infiere que fué escrita despues que en el año 1652 se celebraron las fiestas en celebridad de la mejoría de la reina Doña Mariana, que dada á luz su primera hija á 12 de julio de 1651, tuvo un sobreparto penoso.

Doce ó trece años despues, en 1664, cuando aquella misma Doña Margarita estaba ya capitulada con el emperador Leopoldo, daba Moreto, en la comedia titulada *La ocasion hace al ladron*, estas noticias de nuestro poeta:

DON PEDRO.
¿Qué hay de nuevo?
DON MANUEL.
Nunca faltan
Novedades. Del imperio
Es ya nuestra infanta aurora,
Cuyo divino portento
Las águilas la juraron
Por su emperatriz. Muy presto
Por Francia hará su jornada,
Dando á Paris rayos bellos,
Porque su hermana y su tia,
Cristianísimos luceros
Del orbe, esmalten sus luces
Con tan glorioso trofeo.
DON PEDRO.
Y ¿qué hay de comedias nuevas
En Madrid?
DON MANUEL.
Muy pocas vemos,
Sino cual y cual de alguno,
Que por superior precepto
Escribe para Palacio;
Pero con tan alto acierto
De novedad, que parece
Se está excediendo á sí mesmo.
DON PEDRO.
Ese es CALDERON.
DON MANUEL.
Sin duda;
Que solo puede su ingenio
Ser admiracion de cuantos
Bebieron el sacro aliento.

Parece por los dos testimonios preinsertos, que desde que fué CALDERON sacerdote, solo escribió comedias para Palacio.

El acaso y el error es el original de *La señora y la criada*, anterior por consiguiente á ella.

Los dos amantes del cielo, *El José de las mujeres*, *Las cadenas del demonio* y *Luis Perez el gallego* me parecen obras de la juventud de CALDERON.

1651.

La Virgen de Madrid, ó Nuestra Señora de Madrid.

CALDERON no hacia fiestas reales de asunto sagrado: así esta comedia, que no pudo ser fiesta real, debe ser anterior al año 1651.

1652.

Las armas de la hermosura. Fiesta representada en Palacio.

Impresa en la *Parte cuarenta y seis de comedias escogidas*, llamada por el editor *Primavera numerosa de muchas armonías lucientes*, año 1679.

La comedia concluye así:

Digamos todos, pues todos
Trocamos males á bienes,
A las plantas de *Sabinio*,
Astrea y *Coriolano* alegres...
TODOS Y MÚSICA.
¡Viva quien vence!
Que es vencer perdonando
Vencer dos veces.

Aquí el autor, al concluir su obra, dirige sus respetos á Sabinio, un rey; á Astrea, una reina; y á Coriolano, un general que merece ser atendido inmediatamente despues de los reyes, un general que *vence* y *perdona*. Creo que estas señas de personas y hechos corresponden exactamente á Felipe IV, la Reina Mariana, y Don Juan de Austria, despues de la rendicion de Barcelona, que fué seguida de una amnistía.

1652-1653.

Cada uno para sí. Fiesta que se representó en el salon de Palacio.

Probablemente escrita á fines de 1652, habiéndose rendido Barcelona á Don Juan de Austria en 13 de octubre del mismo año, acontecimiento de que se hace mencion en estos versos de la escena VII, jornada primera.

Despues que de Barcelona
Partimos juntos, habiendo
El señor Don Juan logrado
Las esperanzas de un cerco,
En que concurrieron todos
Los aplausos y trofeos
De la tierra y de la mar,
Del asalto y del asedio...

1652.

No siempre lo peor es cierto. Fiesta que se representó en el salon de Palacio.

Impresa en 1652 en la *Primera parte de comedias escogidas de las mejores de España.*

1652.

La fiera, el rayo y la piedra. Fiesta que se representó en el coliseo del Buen Retiro.

(Leon Pinelo, *Historia de Madrid.*)

«1652.—*Comedia en el Retiro.*—En el palacio del Buen Retiro y en su coliseo, por el mes de mayo, se representó una comedia á los años de la Reina nuestra señora, de las mayores y mas vistosas invenciones, adornos y perspectivas que se han puesto en el teatro, siendo el autor de la obra DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero del hábito de Santiago, aunque ya sacerdote; y el ejecutor de las apariencias el Vaggio, italiano. Fué la comedia de las durezas de *Anajarte*[1] y el amor correspondido: mudábase el tablado siete veces; representábase con luces, por dar la vista que pedian las perspectivas; duraba siete horas. El primer dia la vieron en público los Reyes, el segundo los Consejos, el tercero la Villa de Madrid, y despues se representó al pueblo otros treinta y siete dias, con el mayor concurso que se ha visto.»

1653.

Agradecer y no amar. Fiesta que se representó á Sus Majestades.

Impresa en el año 1653 en la *Quinta parte de comedias escogidas.*

[1] Personaje principal de *La fiera, el rayo y la piedra.*

1653.

Fortunas de Andrómeda y Perseo. Fiesta que se representó en el coliseo del Buen Retiro.

(Leon Pinelo.)

«Habiendo estado indispuesta la Reina nuestra señora, y con achaque de cuidado, á su buena salud se representó en el coliseo del Buen Retiro otra comedia como la del año antecedente, de la fábula de *Perseo*, escrita y adornada por los autores que la pasada; y excedió en muchas cosas. Representóse del mismo modo, por el mes de junio. (*Mayo* escribió Pinelo en la noticia á que se refiere, y consta por otro documento que fué á 18.)

El drama termina con estos versos cantados y representados á la vez:

¡Viva, viva la gala
Del gran Perseo,
Que de *Júpiter hijo*
Merece serlo,
Cuando á padre tan *grande*
Ponen sus celos[1]
Con dos monstruos vencidos
En paz dos reinos!

Es conocida la alusion á Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, *el Grande*, como Perseo, de Júpiter. La paz de los dos reinos es la de Castilla y Aragon, extinguida la guerra de Cataluña.

1653.

Darlo todo y no dar nada. Fiesta que se representó en el salon de Palacio.

Don Antonio Solis escribió una loa para *Darlo todo y no dar nada*, que se halla en sus *Poesías*, donde dice de este drama que se representó «en la fiesta de los años, del parto y de la mejoría de la Reina nuestra señora, del accidente que le sobrevino estando el Rey nuestro señor en las Descalzas, y con su presencia volvió del desmayo».

1656.

Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Amado y aborrecido.
El pastor Fido.

Tres fiestas reales representadas en Palacio, é impresas en la *Octava parte de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, que tiene dada la licencia con fecha de 21 de octubre de 1656, para que el libro se imprima *por segunda vez*. A pesar de llamarlas el editor *comedias nuevas*, ya llevaban una edicion.

Por los últimos versos de *Amado y aborrecido* se averigua que inmediatamente despues de esta comedia se iba á representar la de *El pastor Fido*.

1657.

El golfo de las sirenas.

Égloga piscatoria que se representó en el real sitio de la Zarzuela.

En la loa que precede á la fábula se manifiesta que se representó por el mes de enero; se nombra á la reina Mariana, á la infanta María Teresa, hija de la reina Isabel, y por último á la infanta Margarita, que nació en 1651.

Un Don Jerónimo de Barrionuevo, hombre de sana intencion y de genio adusto, que por los años de 1654 y siguientes escribia en forma de cartas unas noticias como los *Avisos* de Pellicer, dice lo siguiente, con fecha de 23 de enero de 1657. (Biblioteca Nacional, Estante *H*, Códice 100.)

«*Comedia en la Zarzuela.* — Miércoles 17 de este se hizo en la Zarzuela la comedia grande que el de Heliche tenia dispuesta para el festejo de los Reyes: costó diez y seis mil ducados, que pagó de su órden el conde de Pezuela. Fué dia infausto: llovió á cántaros; que parece se habian desgajado esos cielos, como lo han hecho en Madrid diez dias arreo. Cayó el cochero mayor en una balsa, y estuvo á pique de ahogarse, por cogerle el caballo debajo: púsose Heliche en uno suyo, y fué, para mayor festejo, haciendo su oficio y supliendo sus faltas. Hubo una comida de mil platos y una olla disforme en una tinaja muy grande, metida en la tierra, dándole por debajo fuego como á horno de cal. Tenia dentro un becerro de tres años, cuatro carneros, cien pares de palomas, ciento de perdices, ciento de conejos, mil piés de puerco y otras tantas lenguas, doscientas gallinas; treinta perniles, quinientos chorizos, sin otras cien mil zarandajas. Dicen que costó ocho mil reales, siendo lo mas de ello presentado. Todo cuanto aquí digo es la verdad, y ando muy corto, segun lo que cuentan los que allá se hallaron, que fueron de tres á cuatro mil personas, y hubo para todos, y sobró tanto, que á costales lo traian á Madrid, y yo alcancé unos relieves ó ribetes: todo esto fuera de las tostadas, pasteloues, empanadas, cosas de masa dulce, conservas, confituras, frutas, y diversidad de vinos y aguas extremadas. El embajador de Venecia le presentó quinientos ducados de vidrios, y Totavila otros tantos de barros, pareciendo otro cónvite como el del rey Asuero. Todas las tramoyas y aparatos se han traido al Retiro al nuevo Coliseo que se ha hecho en la ermita de San Pablo, para tornarla á hacer este carnaval, y que la vean los Consejos y señores en mejor dia. Dió Heliche á Don Pedro Calderon doscientos doblones por la comedia, y á los 20, dia de San Sebastian, le hizo cubrir Su Majestad y le dió la grandeza en su persona, y no por título ninguno.»

Copio á continuacion algunas noticias teatrales dadas por Barrionuevo, curiosas en sí y singulares por el estilo del que las da.

«10 de febrero de 1655. — Sábado y domingo representaron al Rey dos comedias de Don Antonio Solis, criado del de Oropesa. Hízole merced de oficial segundo de Estado y título de secretario suyo; que en esta era se premian solo los gracejos. Lúnes y mártes le hicieron otras dos, de Calderon la una, y la última de chanzas, de diversos ingenios. En esto se pasa el tiempo por acá.»

—

«Junio 23, 1655. — El dia de San Juan se hace en el Retiro á los Reyes una comedia burlesca: estos dias atrás la han probado en el jardin del Almirante. Cuestan los aparatos, ayudas de costa, vestidos, meriendas y limonadas cien mil reales: es cierto. Represéntanla los dos autores[2]; hanla hecho todos los mejores ingenios de la corte; hay diversidad de bailes, juguetes, entremeses, músicas; dura una tarde entera y mucha mas parte de la noche. En esto se pasa alegremente la vida por acá.»

—

«Junio 26, 1655. — *Bien tiene Vm. que leer y que admirar.* — Para que el gusano de seda no se muera al encapotarse el cielo y echar bravatas, así de truenos como de los rayos que arroja, el remedio único es tocar guitarras, sonar adufes, repicar sonajas y usar de todos los instrumentos alegres que usan los hombres para entretenerse. Esto acontece con el Rey; que en los mayores aprietos solo se trata de festines. Representóse en el Retiro *La restauracion de España*, comedia burlesca: la primera jornada de Monteser, la segunda de Solis, la tercera de Don Diego de Silva, álias abad de Salas, hijo de la princesa de Melito; el gracejo y sainetes, de Cáncer; entremeses y danzas, de otros ingenios selectos de la corte. Setenta mujeres fuéron las que la representaron, y Juan Rana tan solamente hizo de hombre y papel de rey. La Romerilla salió en una haca á decir la loa; y en un entremes donde se remedaba lo que pasa en el Prado aquella noche, entró un cochecillo pequeño en el salon alto donde se hacia, con cuatro mujeres en él y dos mulas que le tiraban, siendo otra mujer el cochero que le guiaba, subiéndose con una tramoya por las escaleras, como si lo hiciera en una de las calles del Prado: el dinero todo lo puede, el ingenio todo lo alcanza, y el poder todo lo acaba. Y es de notar que desde el domingo 20 deste, está en el Retiro el secretario Yangüren encerrado con seis oficiales, despachando correos á todas partes, sin haberse desnudado en todo este tiempo, ni reposado mas que sobre una silla, teniendo apénas lugar de comer un bocado; que los ahogos son muchos, y los correos que de todas partes vienen por instantes, no tienen cuento.»

—

«Julio 10, 1655. — El Rey se está todavía en el Retiro; que la Reina gusta mucho de aquel paraje y desenfado. El domingo que viene le hacen los labradores de Jetafe una comedia á instancia del marques de Heliche, que será de ver por lo ridículo y tosco de los personajes. Dales galas, tráelos en coche, mucha vitualla: con que se entretiene el tiempo y se gasta el dinero dulcemente, cuando no hay un cuarto.»

—

«Octubre 30 de 1655. — A instancia de la Reina se ha comenzado ayer á hacer la comedia de San Gaetano, habiéndola primero es-

[1] *Pone su celo*, escribiria Calderon.

[2] Los dos jefes de compañía, las dos compañías de Cruz y Príncipe.

cadrifiado muy bien la Inquisicion, que se ha abreviado por darle gusto. El concurso del pueblo es un dia del juicio: es de los mejores ingenios de la corte [1]; y fué tanta la gente que acudió á verla al corral del Principe, que al salir se ahogó un hombre, que cayó entre los piés de los demas. Buena ocasion tenia el Santo, si quisiera, de hacer aquí un milagro; no debió de convenir.»

—

«Enero 12 de 1656.—La comedia de las tramoyas se hace para carnestolendas: es cosa grande; paga el gasto el marques de Heliche; y para acabar de perficionarla, le pide el que la hace treinta mil ducados: es cosa cierta. Si yo los tuviera, los empleara mejor. Llámase Bacho (Vaggio) el tramoyista.»

1658.

El laurel de Apolo.

Fiesta de Zarzuela: hízose al nacimiento del príncipe Felipe Próspero.

El Príncipe nació á 20 de noviembre de 1657.

Hay en la Biblioteca Nacional un cuaderno en 4.°, de doce hojas, sin año ni lugar de impresion, con este título: *Fiestas que se celebraron en la corte por el nacimiento de Don Felipe Próspero, príncipe de Astúrias. Hace mencion dellas al Rey Nuestro Señor* (*Dios le guarde*), *poniéndolas en las manos del Excelentísimo Señor marques de Heliche, Don Luis de Ulloa.*—En esta relacion se dice que el lúnes 4 de marzo de 1658 se representó «*El laurel de Apolo*, escrita por Don Pedro Calderon, caballero del hábito de Santiago.»

Y se añade:

«Mártes de carnestolendas estuvo prevenida otra comedia de Don Pedro Calderon, gran artífice, ó por mejor decir, único maestro en esta ingeniosa facultad. No se representó por hallarse indispuesta la Reina nuestra señora.»

1659.

Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor. Fiesta que se representó en Palacio.

Incluida en la *Parte trece de comedias varias*, titulada: *De los mejores el mejor libro de comedias*. La primera aprobacion es de 12 de noviembre de 1659.

1660.

La púrpura de la rosa. Fiesta de Zarzuela: hízose en el coliseo del Buen Retiro, en la publicacion de las paces y felices bodas de la serenísima infanta de España María Teresa con el cristianísimo rey de Francia, Luis XIV.

Las paces se estipularon en noviembre de 1659; pero en la loa del drama dice el personaje alegórico de la Zarzuela:

Ya sabeis
Que esa humilde, esa pequeña
(Bien que real) pobre alquería,
Es (si en mí lo representa
Lo montaraz de mi traje)
La olvidada, la desierta,
La desvalida, la sola
Fábrica de la Zarzuela...
Y siendo así que pasaban
Engañadas mis finezas
Con la esperanza de un dia
De todo un año la ausencia,
Son ya *dos* los que de mí
Ni se duelen ni se acuerdan.

Habiéndose representado la zarzuela *El laurel de Apolo* en 1658, los dos años cumplian en 1660.

1662.

Dar tiempo al tiempo.
Antes que todo es mi dama.

Fiestas reales representadas, en el salon de Palacio: salieron impresas, año 1662, en la *Parte diez y siete de comedias nuevas y escogidas de los mejores ingenios de Europa.*

1662.

Dicha y desdicha del nombre. Representada en Palacio, impresa en la *Parte diez y ocho de comedias nuevas escogidas*, año 1662.

[1] De seis nada ménos, segun el *Índice* de Fajardo.

1662.

Auristela y Lisidante.
Celos, aun del aire, matan.
Céfalo y Pócris.

Representadas las dos primeras en el coliseo del Buen Retiro, la tercera en el salon de Palacio.

Céfalo y Pócris es una parodia de *Auristela y Lisidante* y *Celos, aun del aire, matan*, representada al otro dia que estas, en un carnaval. *Celos, aun del aire, matan* está en la *Parte diez y nueve de comedias escogidas*, que tiene licencia del Ordinario, dada en 18 de octubre de 1662: así, ninguna de las tres comedias es posterior al carnaval de dicho año.

1662.

El secreto á voces. Fiesta representada en Palacio.

Estaba ya escrita en 1662, porque en este año aparece citada en la *Descripcion de las fiestas que al primero y purísimo instante de la Concepcion de Nuestra Señora consagró el real convento de San Francisco de Granada... y academia que coronó las solemnidades.*—Granada, 1662.

El secretario de la academia, Don Sebastian Antonio de Gadea y Oviedo, lee las composiciones del certámen, y sobre cada una manifiesta su opinion en una quintilla, que concluye con un título de comedia. Leidos los versos de un Don Juan Antonio del Busto, dice el secretario:

Busto, en vos no diferencio
Silencio y voces veloces;
Antes en vos reverencio
Que sin romper el silencio,
Fiais *El secreto á voces.*

Tambien se cita otra comedia de Calderon en el mismo certámen. El secretario, habiendo leido la composicion de Don Gaspar Cárlos de Estremera y Arjona, añade:

Don Gaspar, tu discrecion
Ha movido á dos afectos,
Ya á aplauso, ya á devocion,
Viéndose en tu aclamacion
De una causa dos efectos.

1664.

Afectos de odio y amor.
La hija del aire, dos partes.

Representadas en Palacio, impresas en el tomo III de *Comedias de Calderon*, aprobado por Don Danuel Mollinedo y Angulo, en 15 de junio de 1664.

1667.

El postrer duelo de España.

No se expresa en ninguna edicion que este drama se representase á Sus Majestades; pero lo dicen sus últimos versos:

De cuyas faltas pedimos
Perdon á esas *reales* plantas.

En un tomo manuscrito que hay en la Biblioteca Nacional, compuesto al parecer para gobierno de la cofradía de Nuestra Señora de la Novena, se dan noticias, aunque breves, de muchos actores y actrices de España. Tratándose allí, folio 576, de Jerónimo de Heredia, se lee:

«A instancia y precepto del almirante de Aragon, en cuya casa estaba, representó solamente en la comedia de *El postrer duelo de España*, el año 1667.»

1671.

San Francisco de Borja, duque de Gandía.
El fénix de España, San Francisco de Borja.

El primer drama de estos fué impreso en la *Parte cuarenta y dos de comedias nuevas*, año 1676: allí se atribuye á Melchor Fernandez de Leon. El segundo fué publicado, sin nombre de autor, en la *Parte cuarenta y tres* de la misma coleccion, impresa en 1678: exprésase en-

pero que se representó en el Colegio Imperial, á la canonizacion del Santo.

En la de *El duque de Gandía*, acto primero, escena II, se hallan estos versos, en que la Virtud habla con el Tiempo:

Y habiendo una docta pluma
En este mismo argumento
Con pincel armonioso
Y colorido discreto
Corrido tan bien, que nadie
Pasará ya de bosquejo,
Es menester que de tí
Y *dél*, por breve compendio,
Se tome lo que escribió,
Para hacer memoria dello.

Aquí se alude á un autor célebre: CALDERON lo era como ninguno; CALDERON compuso una comedia de *San Francisco de Borja;* esta debia hallarse escrita ántes del año 1651, en que CALDERON se hizo clérigo; porque despues, únicamente trabajó comedias para su Majestad, entre las cuales no hay ninguna de santo: parece pues, que el autor de *El duque de Gandía* da á entender en el pasaje citado, haberse servido de la comedia de CALDERON.

El autor no fué Melchor Fernandez, sino un padre de la Compañía, como aparece de estos versos de *El fénix De Espana*, en que un ángel habla con San Francisco:

Todo será fiesta el triunfo,
Tanto que llegue á violarse
El coto al melindre esquivo
De la farsa; y sin quebrarle
A la urbanidad sus fueros,
Ni á lo natural sus frases,
Hasta tus hijos escriban
Comedias.

Y Don Ambrosio de Fomperosa y Quintana, capitan de la guardia de su Majestad, lo atestigua en su obra intitulada: *Dias sagrados y geniales, celebrados en la canonizacion de San Francisco de Borja*, Madrid, 1672. Al folio 89, vuelto, de dicho libro, despues de haber hecho un resúmen de ambas comedias, estampa:

«Salieron todos celebrando estos dias, con singulares elogios de la Compañía y estimacion de sus ingenios, nacidos para todo... que una vez que *escriben comedias*, saben predicar y enseñar en ellas, sin faltar á las leyes del poema ni al primor de las tablas.»

¿Quiénes serian pues los autores de *El duque de Gandía* y *El fénix de España?* En algunas ediciones de esta última composicion se le da por autor al Padre *Diego de Calleja*, que escribió varias comedias con el Maestro Leon Marchante, y alguna solo, mucho mejor hecha que las otras en que tuvo auxiliar. La Academia Española, citando al Padre Calleja en la primera edicion de su *Diccionario*, le designa tambien como autor de *El fénix de Espana*, *San Francisco*, y por tal se le debe tener.

Respecto al autor de *El duque de Gandía*, yo creo firmemente que lo debió ser el Padre Pedro de Fomperosa, hermano del capitan Don Ambrosio, porque á él atribuye Fajardo, en su *Índice*, la comedia de *Cadmo y Armonía*, representada tambien en el Colegio Imperial por entónces, y *El cerco de Viena*, años despues: el estilo de estos dramas se parece bastante (y no es un elogio) al de *El duque de Gandía*. En *El fénix de España* hay pasajes que parecen de CALDERON; por lo cual presumo que tambien le imitó el Padre Calleja; pues probablemente la comedia de CALDERON abrazaria las dos épocas de la vida del Santo, seglar y religiosa. La declaracion hecha por el un autor comprenderia á entrambos; y á la verdad, ménos se le conoce al primero que al segundo lo que ha imitado: el uno estaba cerca, el otro muy léjos de CALDERON. *El duque de Gandía* fué, segun Don Ambrosio de Fomperosa [1], representado en el dia de San Lorenzo, 10 de agosto de 1671, y *El fénix de España* en la tarde siguiente.

En estas fiestas hubo certámen poético, y CALDERON escribió para él una cancion y un soneto. De las canciones del certámen dice el capitan Fomperosa:

«Vinieron pocas, porque lo bueno no suele ser mucho: entre estas tuvo el primer lugar DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero del hábito de Santiago, ingenio tan habituado á los laureles, que parece nació con accion natural á ellos; pues en sus tempranos años no tuvieron que esperarle para ceñirle dos veces las sienes en el certámen de San Ignacio y San Fancisco Javier, celebrado en el otro siglo de la Compañía; y en estos presentes no ha podido el tiempo jubilarle los méritos, coronándose con las mejores hojas de la inmortalidad.»

[1] *Dias sagrados y geniales*, fólio 86 vuelto, y 87.

No me parece inoportuno juntar aquí el romance y las quintillas que compuso CALDERON á San Ignacio y á San Francisco Javier, cuando solo contaba veinte y dos años, y la cancion y el soneto que hizo á los setenta y uno. Insertáronse aquellos en el libro intitulado *Relacion de las fiestas que ha hecho el colegio imperial de la Compañía de Jesus de Madrid, en la canonizacion de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier*, por Don Fernando de Monforte y Herrera. — Madrid, 1622. Allí, describiéndose cómica y agudamente el certámen, se dice:

«Apénas desocuparon la sala las décimas, quejosas unas por el mal recebimiento que les habian hecho, otras ufanas por el buen despacho que se prometian, cuando asomó una procesion de penitentes bien ordenada, que por ser el tiempo tan poco á propósito, la extrañaron los señores jueces. Vestian todos sacos groseros; los piés descalzos, de donde se les ocasionó á muchos el venir tan lisiados en los piés, que sin poderse registrar se volvieron á sus casas; los rostros macilentos y pálidos. Vertian á trechos arroyos de sangre con la disciplina, y á veces con profundos suspiros rezaban. Pareció desaire en tiempo de tantas fiestas sacar invencion tan triste, hasta que mirados mas de cerca, hallaron ser los *Romances* que venian celebrando la penitencia rigorosa que San Ignacio hizo en Manresa, como pedia el sétimo certámen. Apénas entraron, cuando mandaron los señores jueces que se fuesen algunos á curar, por venir demasiado desangrados; y echaron á otros de la procesion, por las demasiadas galas que traian en procesion de penitentes. Entre los que quedaron, hallaron ser el principal DON PEDRO CALDERON, que dando muestras en tan cortos años, como lo ha hecho en muchas ocasiones, de su ingenio, dijo:

ROMANCE.

Penitencia de San Ignacio.

Con el cabello erizado,
Pálido el color del rostro,
Bañado en un sudor frio,
Vueltos al cielo los ojos,
Mas muerto que vivo, haciendo
De gemidos y sollozos
Los suspiros una esfera,
Las lágrimas dos arroyos;
A Ignacio su mismo cuerpo,
Helado, sangriento y roto,
Desta manera le dice
Con voz baja y pecho ronco:
—No te espantes si te trato
Como ajeno de tí propio;
Que es bien que como otro ha-
Pues ya contigo soy otro. [ble,
No es mucho ignore quién eres,
Si el mismo que soy ignoro;
Que tal tu rigor me ha puesto,
Que aun á mí no me conozco.
Siete dias há que muero,
Pues vivo sin saber cómo,
Y á mi torpe natural
Forzosas leyes le rompo.
Negando lo que te pido,
Siete dias há que solo
Agua de lágrimas bebo
Y pan de dolores como.
Duros abrojos tres veces
Castigan mis perezosos
Miembros: tan estéril tierra
¿Qué ha de tener sino abrojos?
Gastadas tengo las piedras
Donde las rodillas pongo,
Y porque cabales vivan
Cubro de sangre los hoyos.
Vivo cadáver me dejas,
Y en tu espíritu dichoso
Vas á gozar dulces gustos,
A gustar suaves gozos.
Todo en amor te transformas,
Porque vivas en Dios todo,
Con una gloria amorosa
Y con un amor glorioso.
Al alma solo regalas:
Quejas justamente formo,
Pues á tus gustos mis penas
Son manjar dulce y sabroso.
Dueño soy de los sentidos;
¿Qué importa si no los gozo?
Pues sin alma ¿qué me sirven
Boca, manos, oidos ni ojos?
Yo sus contentos no gusto,
Yo sus gustos no los toco,
Sus regalos no los veo,
Sus dulzuras no las oigo.
Mira no se ofenda Dios,
Que cargues sobre mis hombros
Murallas de penitencia,
Siendo el cimiento tan poco.
Una llama soy que vivo
Obediente á un fácil soplo,
Humilde barro, y al fin
Fuego y humo, tierra y polvo.

Siguiendo la descripcion del certámen, personificadas en él las composiciones, se lee al folio 71, vuelto:

«Dieron fin las octavas, si es que han acabado, y entró una cuadrilla de gente cenceña, afilada de rostro, ojos despiertos, breve en sus razones y viva en sus pensamientos. Apénas desplegaron las lenguas, cuando recelosos se acautelaron todos de ellas, porque las tenian tan malas, que venian desenterrando muertos. Entre estas dudas, aplicando mas la atencion á sus razones, cono-

cieron que eran las *Quintillas* que cantaban al gran poder de San Francisco Javier sobre la muerte... Tuvo el segundo lugar [1] DON PEDRO CALDERON, premiado en primero en los romances.

QUINTILLAS.

Resucita San Francisco veinte y cinco muertos.

Tirana la idolatría
A su imperio mal regido,
Igorante presidia,
En cuyo engaño el olvido
Muertas las almas tenia.
Y entre ciegos pensamientos
De adoraciones inciertas,
Los cuerpos como violentos,
Trayendo las almas muertas,
Eran vivos monumentos.
Nuevo sol resplandeciente
En oriente amaneció
A su sueño, dignamente;
Que como á dar luz salió,
Empezó por el oriente.
Y cómo del cielo dueño
Vertiese rayos de fe,
En tan luminoso empeño
Forzoso á las almas fué
Despertar del largo sueño.
Mucha fué la luz que dió;
Mas de la muerte júez,
Mayor gloria mereció
Con alma que ya una vez
Helado el cuerpo dejó.
Más luz le debe advertir
Quien llega á considerar
Que puede, á tanto dormir,
El que duerme despertar,
Y no el que muere vivir.
Allí la piedad se ve,
Que guia con pasos ciertos;
Pero aquí obrando la fe,
Para veinticinco muertos
Trompeta del cielo fué.
Suena, y á su voz rendida
La muerte su imperio siente,
Y vuelve el alma ofendida:
¿Quién vió á la muerte obediente?
¿Quién vió á la muerte dar vida?
¡Oh piadoso error del suelo!
¡Oh no merecida palma!
Que es mas con piadoso celo
Quitarle á la muerte un alma
Que darle tantas al cielo.
Vencedor divino y fuerte,
¿Quién habrá que no se asombre
Si vuestras glorias advierte,
Pues á Dios, en cuanto hombre,
Se pudo atrever la muerte;
Y en desafío los dos,
Vitorioso habeis salido?
¿Quién podrá atreverse á vos,
Pues os habeis atrevido
A la que se atreve á Dios?
¿Quién podrá miraros, quién,
Aunque al sol sus rayos pida,
Si dais para eterno bien,
No solo á las almas vida,
Pero á los cuerpos tambien?

En aquel mismo sitio cantaba el poeta, casi medio siglo despues, lo siguiente:

A SAN FRANCISCO DE BORJA.

CANCION.

Es imitacion de Garcilaso en la que empieza: *¡Cuán bien aventurado aquel puede llamarse!...*

Celebra por mayor triunfo el de San Francisco de Borja en sujetar el apetito y las pasiones á la razon, que el de los héroes de la antigüedad en domar y rendir las fieras á su valor.

Al que nace glorioso
No mas de porque nace
Destinado al dosel desde la cuna,
Y sin lid vitorioso,
Propio mérito hace
El que es gracioso don de la fortuna,
Poca gloria ó ninguna
Su espíritu ha debido;
Que el blason heredado
Es un tesoro hallado,
Sin el heróico timbre de adquirido;
Pues solo le merece
El que á ser mas de lo que nace, crece.
Es la vida batalla,
En que no se corona
Quien vencedor de sí no se apellida:
Luego aquel que se halla
Tan fuerte que abandona
Los militares riesgos de la vida,
Es el que merecida
Consigue la victoria.
Bien Francisco lo diga;
Pues contra la enemiga
Hueste que acaudilló la vanagloria,
Cercado de su abismo,
Vencido vencedor fué de sí mismo.
De cuantas venenosas
Fieras en real palacio
La sangre alimentó de mas nobleza;
De cuantas cautelosas
Astucias en su espacio
Monstruosos pastos son de la grandeza,
Supo su fortaleza
Arrastrar los despojos,
Negando sus sentidos
A la lisonja oidos,
Labios al ocio, séquito á los ojos.
¡Oh cuánto á sí se debe
Quien contra sí sus mismas armas mueve!
O mucha industria ó mucha
Cautela prevenia
Robusto gladiador, que sin abrigo,
Para entrar en la lucha,
Las armas deponia
Por no dar de que asir al enemigo.
De este ardid sea testigo
El mundo al mirar cuánto
Le lidia desasido
El que hollar ha sabido
Ducal corona, arnes, púrpura y manto:
Con que al verle desnudo,
A quien no pudo asir, vencer no pudo.
Humilde pluma mia,
Abate, abate el remontado vuelo;
Que es sobrada osadía
Seguir á quien ya es sol de mejor cielo;
Y bástele á tu celo
Que en su triunfante dia
Cuarto Francisco ve la Compañía
De aquellos tres, en cuyo paralelo
Cuatro astros que su eclíptica hermosean,
Asís, Paula, Javier y Borja sean.

A SAN FRANCISCO DE BORJA.

SONETO.

Que prueba cómo San Francisco de Borja, siendo virey de Cataluña, cumplió con los fueros de cristiano y caballero, en la ocasion de corregir á un caballero, sin castigarle el atrevimiento de sacar una daga contra su persona.

Jóven arrojo mal precipitado
Dos dignidades ofendió atrevido:
Marqués, pudo el valor verle rendido;
Virey, pudo el poder verle postrado.
Ni de uno ni otro se valió indignado,
Quien de uno y otro se valió advertido:
¿Qué mas poder que haberse reprimido?
¿Qué mas valor que haberle perdonado?
No á poca costa, pues, del sentimiento
Se vence una pasion: ¡oh quién dijera
La opresion con que fué, visto en el viento?
Mas ¿quién no lo dirá, si considera
Que no fuera acto heróico el sufrimiento,
Si el sufrimiento grave cruz no fuera?

Don Ambrosio de Fomperosa quiso publicar con estas poesías las dos comedias de *San Francisco;* pero su hermano se las negó, por modestia de autor, á lo que yo entiendo. El pasaje en que Don Ambrosio trata de esto es el siguiente:

«Bien sé que aquí me han de notar todos mis lectores la falta de no sacar á luz estos papeles, especialmente siendo mi hermano el Padre Pedro de Fomperosa de la Compañía de Jesus, prefecto de los estudios de humanidad y buenas letras, por cuya mano y disposicion corrieron todas las fiestas que hicieron los estudios de el Colegio Imperial; y si he de decir con ingenuidad lo que siento, veo el cargo tan asistido de la razon, que habiendo sido las comedias, en el voto mejor de los que las vieron, una dulce enseñanza de la virtud en un príncipe y un ejemplo discreto de la perfeccion en un religioso, no sé que falte por atarse al número el alma de la sentencia; ántes bien con no sé qué oculta fuerza suele dejar impreso el dictámen: con que hallándome el lector tan de parte de su curiosidad, no tengo que darle mas satisfaccion que mis buenos deseos, acompañados de exquisitas diligencias; y habiéndome salido vanas todas, solo me han servido de apurar que en los escrúpulos no hay que buscar la razon.»

[1] El primero le habia tenido el licenciado Juan Perez de Montalvan.

1672.

Eco y Narciso.
El monstruo de los jardines.
Fineza contra fineza.

Representadas las dos primeras en el palacio del Buen Retiro, la otra en Palacio: impresas en el tomo IV de *Comedias de Calderon*, aprobado por Don Francisco de Avellaneda, en 18 de junio de 1672.

1675.

Fieras afemina amor. Fiesta á los años de la Reina Madre, nuestra señora, en el coliseo del Buen Retiro.

En la loa dice el mes de Diciembre:

Y viendo que era de Cárlos	Puesto que siempre se queda
El obsequio, fué advertencia	A ser mio, porque fuese
. . . .	A dos luces la fineza,
. . . .	Como amante de su madre
Dejar yo pasar el dia,	Y galan de su belleza.

Hízose pues el drama á instancia de Cárlos II; pero aun debia ser de menor edad, porque se llama á la funcion *festejo de años de quien gobierna. Fieras afemina amor* hubo, pues, de representarse cuando aun gobernaba la Reina, esto es, ántes de 6 de noviembre de 1675, en que salió Cárlos II de minoría.

1677.

El segundo Escipion. Fiesta que se representó al cumplimiento de años del Rey nuestro señor.

En la *Gaceta ordinaria de Madrid* de 9 de noviembre de 1677, se lee:

«El sábado 6 del corriente, felicísimo dia en que nuestro monarca cumplió el año diez y seis de su edad, se festejó con solemnidad que no cabe en ninguna expresion..... A la tarde se representó á Su Majestad, en el teatro de Palacio, con la asistencia de todo lo mas calificado de la corte, la comedia belicosa y moral de *El segundo Escipion*, obra del fénix de los ingenios y lucero mayor de la poesía española, DON PEDRO CALDERON.»

A los diez y seis años de Cárlos II alude CALDERON en estos versos de la comedia (página 320 de este tomo, columna tercera) en que retrata al Rey bajo la figura de Escipion:

El parecido retrato	De tu semblante, lo amable
Que con boreales pinceles	De tu vista, y finalmente
En las láminas del viento	Lo florido de tu edad,
Copió tu imágen al temple,	Pues en *cuatro lustros breves*
En lo grave de su aspecto,	Caben valor y hermosura,
Lo afable y lo reverente	Me está diciendo quién eres.

Cuatro *lustros breves* eran en efecto los que entónces contaba Cárlos II de edad, pues apénas entraba en el cuarto: quizá CALDERON los llamó *breves*, haciéndolos de cuatro años solos, en vez de cinco. *El segundo Escipion* está en la *Parte sétima*, publicada en 1682 por Vera Tásis, que imprimió esta comedia por un manuscrito, ignorando quizá que habia sido impresa en Nápoles el año anterior.

1678.

Duelos de amor y lealtad, fiesta representada en el salon de Palacio.

Concluye con estos versos, que se cantan y recitan por todos los actores del drama:

El poderoso Alejandro
Magno, augusto, heróico César,
Hijo de Filipo el Grande,
¡Viva, reine, triunfe y venza!

Y poco ántes Alejandro ha dicho estos:

. . . De la guerra los triunfos
No hacen falta á mi grandeza;
Que el hacer *paces* tambien
Suele ser triunfos de guerra.

Parece que esto se escribia despues de la paz de Nimega, y ántes que Cárlos II, *hijo de Filipo el Grande*, tomara estado, porque no se hace alusion á la Reina.

1679.

La estatua de Prometeo, fiesta que se representó á los años la Reina madre, nuestra señora, etc.

Al fin del drama se leen estos versos:

Ya pues que á Apolo debemos	Memoria ni *sucesion*,
La paz, en su adoracion	De Prometeo y Pandora
Dediquemos este dia;	Han de celebrarse hoy
Y para que desta union	Tambien las *bodas*.
En el Cáucaso no falte	

Como se habla aquí de *paz*, de *bodas* y de *sucesion*, supongo que la comedia se hizo despues de la paz de Nimega (1678), á que siguió el casamiento de Cárlos II, y probablemente despues de la muerte de Don Juan de Austria, ocurrida en 17 de setiembre de 1679.

1680.

Hado y divisa de Leonido y de Marfisa: fiesta real representada en el coliseo del Retiro á 3 de marzo de 1680, en celebridad del casamiento de Cárlos II con María Luisa de Borbon.

Consta de la descripcion de la fiesta, publicada en este tomo. Vera Tásis afirma que esta fué la última comedia de nuestro poeta, diciendo en su *Fama, vida y escritos de Calderon*, que «empezó grande con la (comedia) de *El carro del cielo*, y acabó soberano con la de *Hado y divisa.*» *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa* fué impresa en la verdadera *Parte quinta*, publicada por el mismo Don Juan Vera Tásis en 1682.

Habiendo sido la de *Hado y divisa* última comedia de Calderon, es indudable que son anteriores á ella las cuatro siguientes, acerca de las cuales no he hallado noticia particular.

Primera: *El castillo de Lindabridis*, fiesta representada en Palacio por Carnestolendas.

Segunda: *El triunfo de la cruz*, comedia que Vera Tásis iba á publicar en el tomo X de CALDERON, y yace ignorada.

Tercera: *El condenado de amor*, comedia en que si tuvo CALDERON parte, solo debió escribir un acto.

Cuarta: *El sacrificio de Efigenia*, en que puede ser de CALDERON la primera jornada.

En el archivo del teatro que fué del Príncipe, legajo 13, hay tres manuscritos con el número 12, el primero de los cuales, que es el primer apunte, tiene en la tercera hoja este título: «Comedia nueva. *Satisfacer por sí mismo, y venganza sin vengarse: la Efigenia*, segunda parte.»

En el catálogo del propio archivo está señalada la pieza con estas palabras: «*Efigenia*, refundida por Trigueros.»

En la impresion de que nos hemos servido, aparece encabezada así: «Tragedia. *El sacrificio de Efigenia* de Don José de Cañizares, en cinco actos, segunda parte.»

En la *Biblioteca de escritores del reinado de Cárlos III*, formada por Don Juan Sempere y Guarinos, consta entre las obras de Don Cándido María Trigueros, un *Oréstes*, «tragedia imitada del griego.»

Vera Tásis tenia para publicar en el tomo X de CALDERON, un drama titulado *El sacrificio de Efigenia*, que no he visto.

Infiero de todos estos antecedentes que la antigua *Efigenia* que poseyó Vera Tásis, es el *Oréstes* de Trigueros, que no es imitacion del griego, sino refundicion del español.

Las alteraciones hechas por Trigueros deben haber sido muchas; porque en la obra corregida no quedaron versos en consonantes, los cuales en ninguna comedia antigua faltaban, y porque hay dos actos en romance endecasílabo, cosa que nunca se ve en el teatro de CALDERON ni én el de otro autor de su tiempo.

RESÚMEN DEL CATÁLOGO,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

Acaso (el) y el error. Comedia escrita antes del año 1651.
Afectos de odio y amor. Comedia dada á la imprenta en 1664.
Agradecer y no amar. Comedia impresa en 1653.
Alcaide (el) de sí mismo. Impresa en 1651.
Alcalde (el) de Zalamea. Impresa en 1651.
Amado y aborrecido. Impresa por segunda vez en 1656.
Amar despues de la muerte. Escrita ya en 1651.
Amigo, amante y leal. Escrita ya en 1651.
Amor, honor y poder. Censurada ya para la impresion en 3 de abril de 1633.
Antes que todo es mi dama. Impresa en 1662.
Apolo y Climene. Escrita ya en 1639.
Argénis y Poliarco. Dada á la imprenta en 2 de marzo de 1637.
Armas (las) de la hermosura. Escrita en 1652.
A secreto agravio, secreta venganza. Dada á la imprenta en 2 de marzo de 1637.
Astrólogo (el) fingido. Dada á la imprenta en 7 de marzo de 1632.
Auristela y Lisidante. Escrita ya en 1662.
Aurora (la) en Copacavana. Escrita ya en 1651.
Banda (la) y la flor. Escrita en 1632.
Basta callar. Escrita ya en 1638.
Bien vengas, mal. Escrita ya en 21 de agosto de 1635.
Cabellos (los) de Absalon. Escrita ya en 1651.
Cada uno para sí. Escrita en 1652 ó en 1653.
Cadenas (las) del demonio. Escrita ya en 1651.
Carro (el) del cielo, San Elías. Escrita en 1613.
Casa con dos puertas mala es de guardar. Escrita en 1629.
Castillo (el) de Lindabridis. Escrita poco despues que La púrpura de la rosa, que fué estrenada en 1660.
Céfalo y Pócris. Escrita ya en 1662.
Celestina (la). Escrita quizá antes de 1643.
Celos, aun del aire, matan. Dada á la imprenta en 1662.
Certámen de amor y celos. Estrenada en el estanque del Retiro, á 2 de julio de 1640.
Cisma (la) de Ingalaterra. Escrita ya en 1651.
Conde (el) Lucanor. Escrita ya en 1651.
Condenado (el) de amor. Escrita ya en 3 de marzo de 1680.
Con quien vengo vengo. Escrita en 1638.
¿Cuál es mayor perfeccion? Escrita ya en 1651.
Dama (la) duende. Estrenada probablemente en 4 de noviembre de 1629.
Darlo todo y no dar nada. Representada en 1653.
Dar tiempo al tiempo. Impresa en 1662.
Desagravios de María. Escrita probablemente en 1610.
Desdicha (la) de la voz. Estrenada en setiembre de 1636.
De una causa dos efectos. Escrita ya en 1651.
Devocion (la) de la Cruz. Escrita antes del año 1620; censurada ya para la impresion en 3 de abril de 1633.
Dicha y desdicha del nombre. Impresa en 1662.
Don Quijote de la Mancha. Estrenada en 16 ó en 17 de febrero de 1637.
Dos (los) amantes del cielo. Escrita ya en 1651.
Duelos de amor y lealtad. Escrita en 1678.
Eco y Narciso. Escrita ya en 1666.
Empeños (los) de un acaso. Escrita hácia el año 1640.
Encanto (el) sin encanto. Escrita ya en 1651.
En esta vida todo es verdad y todo mentira. Escrita hácia el año 1622.
Enfermar con el remedio. Escrita en 1644, cuando menos.
Escondido (el) y la tapada. Escrita á fines de 1636.
Estatua (la) de Prometeo. Escrita en 1679.

Exaltacion (la) de la Cruz. Escrita ya en 1644.
Fénix (el) de España, San Francisco de Borja. Estrenada en 11 de agosto de 1671.
Fiera (la), el rayo y la piedra. Estrenada en mayo de 1652.
Fieras afemina amor. Escrita ya en 1669.
Fineza contra fineza. Dada á la imprenta en 18 de junio de 1672.
Fingida (la) Arcadia. Escrita ya en 1651.
Fortunas de Andrómeda y Perseo. Estrenada en 18 de mayo de 1653.
Fuego de Dios en el querer bien. Escrita ya en 1651.
Galan (el) fantasma. Escrita ya en 1635.
Golfo (el) de las sirenas. Estrenada en la Zarzuela á 17 de enero de 1657.
Gran (la) Cenobia. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1633.
Gran (el) príncipe de Fez. Escrita ya en 1651.
Guárdate del agua mansa. Estrenada en noviembre de 1649.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion. Impresa por segunda vez en 1656.
Hado y divisa de Leonida y de Marfisa. Estrenada en 3 de marzo de 1680.
Hija (la) del aire: dos partes. Impresas en 1664.
Hijo (el) del Sol, Faeton. Estrenada en el estanque del Retiro, á 12 de junio de 1639.
Hijos (los) de la fortuna, Teágenes y Cariclea. Escrita ya en 1651.
Hombre pobre todo es trazas. Dada á la imprenta en 2 de marzo de 1637.
Jardin (el) de Falerina. Escrita en 1629, ó mas tarde.
José (el) de las mujeres. Escrita ya en 1651.
Júdas Macabeo. Dada á la imprenta en 2 de marzo de 1637.
Lances de amor y fortuna. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1635.
Laurel (el) de Apolo. Estrenada en 4 de marzo de 1658.
Luis Perez el Gallego. Escrita ya en 1651.
Maestro (el) de danzar. Escrita ya en 1640.
Mágico (el) prodigioso. Estrenada en Yépes, año 1637.
Manos (las) blancas no ofenden. Escrita probablemente hácia el año 1640.
Mañanas de abril y mayo. Escrita ya en 6 de octubre de 1644.
Mañana será otro dia. Escrita ya en 1636.
Margarita (la) preciosa. Escrita ya en 1651.
Mayor (el) encanto amor. Estrenada en el estanque del Retiro, á 24 de junio de 1635.
Mayor (el) mónstruo los celos. Escrita ya en 21 de agosto de 1635.
Médico (el) de su honra. Impresa en 1633.
Mejor (el) amigo el muerto. Estrenada en 23 de diciembre de 1610.
Mejor está que estaba. Escrita en 1631.
Mónstruo (el) de la fortuna. Escrita ya en 13 de setiembre de 1633.
Mónstruo (el) de los jardines. Escrita ya en 1666.
Mujer, llora y vencerás. Probablemente escrita hácia el año 1640.
Nadie fie su secreto. Escrita ya en 1651.
Ni amor se libra de amor. Escrita hácia el año 1640.
Niña (la) de Gomez Arias. Escrita ya en 1651.
No hay burlas con el amor. Escrita ya en 1637.
No hay cosa como callar. Escrita en 1638.
No siempre lo peor es cierto. Impresa en 1652.

Nuestra Señora de los Remedios. Escrita acaso en 1623.
Nuestra Señora de Madrid. Escrita ya en 1651.
Orígen, pérdida y restauracion de Nuestra Señora del Sagrario. Dada á la imprenta en 2 de marzo de 1637.
Para vencer á amor, querer vencerle. Escrita ya en 1635.
Pastor (el) Fido. Impresa por segunda vez en 1656.
Peor está que estaba. Escrita ya en 1630.
Pintor (el) de su deshonra. Escrita ya en 1651.
Polifemo y Circe. Escrita, cuando ménos, en 1634.
Postrer (el) duelo de España. Escrita ya en 1667.
Primero soy yo. Escrita ya en 1651.
Príncipe (el) constante. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1635.
Privilegio (el) de las mujeres. Escrita en 1623.
Puente (la) de Mantible. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1635.
Purgatorio (el) de San Patricio. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1635.
Púrpura (la) de la rosa. Escrita en 1660.
Saber del mal y del bien. Dada á la imprenta en 23 de noviembre de 1635.
Sacrificio (el) de Efigenia. Escrita ya en 3 de marzo de 1680.
San Francisco de Borja. Escrita probablemente en 1625.
San Francisco de Borja, duque de Gandía. Estrenada en 10 de agosto de 1676.
Secreto (el) á voces. Escrita ya en 1662.
Segundo (el) Escipion. Estrenada en 6 de noviembre de 1676.
Señora (la) y la criada. Escrita ya en 1651.
Sibila (la) del Oriente. Escrita ya en 1651.
Sitio (el) de Bredá. Escrita en 1625.
Tambien hay duelo en las damas. Escrita ya en 1651.
Tres (los) afectos de amor, piedad, desmayo y valor. Dada á la imprenta en 1659.
Tres (las) justicias en una. Escrita ya en 1651.
Tres (los) mayores prodigios. Estrenada á 24 de junio de 1636, en el palacio del Retiro, representándose cada jornada en teatro diferente.
Triunfo (el) de la Cruz. Escrita ya en 3 de marzo de 1680.
Un castigo en tres venganzas. Dada á la imprenta en 27 de octubre de 1633. (Esta comedia, *Amor, honor y poder*, *La cruz en la sepultura*, y *La devocion de la cruz*, aun son algo anteriores; la licencia del tomo en que están, es de 3 de abril de 1633.)
Vida (la) es sueño. Escrita ya en 21 de agosto de 1635.
Virgen (la) de la Almudena. Escrita probablemente en 1640.

CATÁLOGO

DE

LAS COMEDIAS DE CALDERON CLASIFICADAS.

PRIMERA CLASIFICACION, EN PIEZAS DE ARGUMENTO NO INVENTADO, Y PIEZAS INVENTADAS POR EL AUTOR.

COMEDIAS DE ARGUMENTO NO INVENTADO.

Históricas.

Alcalde (el) de Zalamea.
Amar despues de la muerte.
Armas (las) de la hermosura.
Aurora (la) en Copacavana.
Cabellos (los) de Absalon.
Cadenas (las) del demonio.
Carro (el) del cielo, San Elías.
Cisma (la) de Ingalaterra.
Darlo todo y no dar nada.
Desagravios de María.
Dos (los) amantes del cielo.
Duelos de amor y lealtad.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Gran (la) Cenobia.
Gran (el) príncipe de Fez.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
José (el) de las mujeres.
Júdas Macabeo.
Luis Perez el gallego.
Mágico (el) prodigioso.
Margarita (la) preciosa.
Mayor (el) monstruo los celos.
Niña (la) de Gomez Arias.
Nuestra Señora de los Remedios.
Nuestra Señora de Madrid.
Origen, pérdida y restauracion de Nuestra Señora del Sagrario.
Postrer (el) duelo de España.
Príncipe (el) constante.
Privilegio (el) de las mujeres.
Purgatorio (el) de San Patricio.
Sacrificio (el) de Efigenia.
San Francisco de Borja.
Segundo (el) Escipion.
Sibila (la) del Oriente.
Sitio (el) de Bredá.
Triunfo (el) de la cruz.
Vírgen (la) de la Almudena.

Mitológicas.

Apolo y Climene.
Céfalo y Pócris.
Celos, aun del aire, matan.
Condenado (el) de amor.
Eco y Narciso.
Estatua (la) de Prometeo.
Fiera (la), el rayo y la piedra.
Fieras afemina amor.
Fortunas de Andrómeda y Perseo.
Golfo (el) de las Sirenas.
Hijo (el) del Sol, Faeton.
Laurel (el) de Apolo.
Mayor (el) encanto amor.
Monstruo (el) de los jardines.
Ni amor se libra de amor.
Polifemo y Circe.
Púrpura (la) de la rosa.
Tres (los) mayores prodigios.

Sacadas de poemas y de libros de caballerías.

Castillo (el) de Lindabridis.
Conde (el) Lucanor.
Fineza contra fineza.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Jardin (el) de Falerina.
Mejor (el) amigo el muerto.
Puente (la) de Mantible.

Sacadas de novelas.

Amor, honor y poder.
Argénis y Poliarco.
Don Quijote de la Mancha.
Fingida (la) Arcadia.
Hijos (los) de la fortuna.

Sacadas de tradiciones.

Amado y aborrecido.
Devocion (la) de la cruz.
Mujer, llora y vencerás.
Un castigo en tres venganzas.

Formadas sobre dramas clásicos.

Celestina (la).
Pastor (el) Fido.

COMEDIAS DE INVENCION DEL AUTOR.

Todas las que no constan arriba.

SEGUNDA CLASIFICACION, EN COMEDIAS BÍBLICAS Y DEVOTAS, Y COMEDIAS PROFANAS.

Comedias bíblicas y devotas.

Cabellos (los) de Absalon.
Cadenas (las) del demonio.
Carro (el) del cielo, San Elías.
Desagravios de María.
Devocion (la) de la cruz.
Dos (los) amantes del cielo.
Exaltacion (la) de la cruz.
Gran (el) príncipe de Fez.
José (el) de las mujeres.
Júdas Macabeo.
Mágico (el) prodigioso.
Margarita (la) preciosa.
Mejor (el) amigo el muerto.
Nuestra Señora de los Remedios.
Nuestra Señora de Madrid.
Origen, pérdida y restauracion de nuestra Señora del Sagrario.
Príncipe (el) constante.
Purgatorio (el) de San Patricio.
San Francisco de Borja.
Sibila (la) del Oriente.
Triunfo (el) de la cruz.
Vírgen (la) de la Almudena.

Comedias profanas.

Todas las demas.

TERCERA CLASIFICACION, EN TRAGEDIAS, DRAMAS, COMEDIAS, ZARZUELAS Y ÓPERAS [1].

Tragedias.

Armas (las) de la hermosura.
Cabellos (los) de Absalon.
Cisma (la) de Ingalaterra.

[1] *Comedia* significaba en el siglo XVII cualquiera obra de teatro. Don José Pellicer y Tovar lo declara terminantemente en el libro titulado *Lágrimas panegíricas á la muerte de Montalvan.* «Aunque

Duelos de amor y lealtad.
Gran (la) Cenobia.
Hija (la) del aire : dos partes.
Júdas Macabeo.
Mayor (el) monstruo los celos.
Monstruo (el) de la fortuna.
Príncipe (el) constante.
Privilegio (el) de las mujeres.
Sacrificio (el) de Efigenia.

Dramas.

Afectos de odio y amor.
Alcalde (el) de Zalamea.
Amar despues de la muerte.
A secreto agravio secreta venganza.
Aurora (la) en Copacavana.
Cadenas (las) del demonio.
Conde (el) Lucanor.
Devocion (la) de la cruz.
Dos (los) amantes del cielo.
Gran (el) príncipe de Fez.
José (el) de las mujeres.
Luis Perez el gallego.
Mágico (el) prodigioso.
Margarita (la) preciosa.
Médico (el) de su honra.
Mejor (el) amigo el muerto.
Niña (la) de Gomez Arias.
No hay cosa como callar.
Orígen, pérdida y restauracion de Nuestra Señora del Sagrario.
Pintor (el) de su deshonra.
Postrer (el) duelo de España.
Purgatorio (el) de San Patricio.
Segundo (el) Escipion.
Sibila (la) del Oriente.
Tres (las) justicias en una.
Un castigo en tres venganzas.
Vida (la) es sueño.

Comedias de capa y espada.

Antès que todo es mi dama.
Astrólogo (el) fingido.
Bien vengas, mal.
Cada uno para sí.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
Con quien vengo, vengo.
¿Cuál es mayor perfeccion?
Dama (la) duende.
Dar tiempo al tiempo.
Desdicha (la) de la voz.
Empeños (los) de un acaso.
Escondido (el) y la tapada.
Fuego de Dios en el querer bien.
Hombre pobre todo es trazas.
Maestro (el) de danzar.
Mañanas de abril y mayo.
Mañana será otro dia.
Mejor está que estaba.
No hay burlas con el amor.
No siempre lo peor es cierto.
Peor está que estaba.
Primero soy yo.
Tambien hay duelo en las damas.

Comedias palaciegas.

Acaso (el) y el error.
Agradecer y no amar.
Amigo, amante y leal.
Amor, honor y poder.
Banda (la) y la flor.
Basta callar.
Darlo todo y no dar nada.
De una causa dos efectos.
Dicha y desdicha del nombre.
Encanto (el) sin encanto.
Enfermar con el remedio.
Fingida (la) Arcadia.
Galan (el) fantasma.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Lances de amor y fortuna.
Manos (las) blancas no ofenden.
Nadie fie su secreto.
Para vencer á amor, querer vencerle.
Saber del mal y del bien.
Secreto (el) á voces.
Señora (la) y la criada.

Comedias de tramoya ó dramas de espectáculo.

Amado y aborrecido.
Apolo y Climene.
Argénis y Poliarco.
Auristela y Lisidante.
Castillo (el) de Lindabrídis.
Condenado (el) de amor.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Estatua (la) de Prometeo.
Exaltacion (la) de la cruz.
Fiera (la), el rayo y la piedra.
Fieras afemina amor.
Fineza contra fineza.
Fortunas de Andrómeda y Perseo.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Hijo (el) del Sol, Faeton.
Hijos (los) de la fortuna.
Jardin (el) de Falerina.
Mayor (el) encanto amor.
Monstruo (el) de los jardines.
Mujer, llora y vencerás.
Ni amor se libra de amor.
Pastor (el) Fido.
Polifemo y Circe.
Puente (la) de Mantible.
Sitio (el) de Bredá.
Tres (los) afectos de amor, piedad, desmayo y valor.
Tres (los) mayores prodigios.

Comedias de figuron.

Alcaide (el) de sí mismo.
Guárdate del agua mansa.

Comedia burlesca ó parodia.

Céfalo y Pócris.

Zarzuelas.

Eco y Narciso.
Golfo (el) de las Sirenas.
Laurel (el) de Apolo.

Óperas.

Celos, aun del aire, matan [1].
Púrpura (la) de la rosa [2].

todas las acciones (dice) que se representan, ya sean históricas, ya novelas, ya fábulas, están por el uso comprendidas con el nombre genérico de *comedias*, no todas lo son; porque... la *tramoya* es *fábula*; aquella donde se introduce rey ó señor soberano, es *tragedia*; donde muere el héroe, que es el primer galan, es *tragicomedia*; y solo propiamente se llama *comedia* la que consta de caso que acontece entre particulares, donde no hay príncipe absoluto.» A las *tragicomedias* de Pellicer llamamos ahora *dramas*.

[1] En las ediciones antiguas lleva la calificacion de *fiesta cantada*.

[2] En las ediciones antiguas lleva la clasificacion de *fiesta de zarzuela y representacion música*.

Las *fiestas reales* casi constituyen una especie particular de drama. Algunas son puramente comedias de capa y espada; pero las demas son unos dramas palaciegos con espectáculo y música.

NOTAS É ILUSTRACIONES

Á

VARIAS COMEDIAS DE CALDERON.

Se ofreció en el Prólogo de esta coleccion, que en su tomo último se incluiria, despues del Catálogo cronológico de las comedias, todo lo siguiente:

«Imitaciones hechas por CALDERON, imitaciones que se le han hecho, juicios críticos nuestros y de otros.

» Opiniones de autores extranjeros notables acerca del mérito de CALDERON.

» Variantes de gran importancia.»

El tomo ha crecido de manera, que nos obliga á dar poco de lo ofrecido, y á juntarlo todo para que ocupe ménos. Despues de estampados los pliegos últimos, ha parecido un entremes de CALDERON, muy gracioso por cierto, que no debe quedar fuera de la coleccion: en él hay, pues, que emplear algunas páginas, que, si no, hubieran sido para estas notas.

Mas y mejor que lo que en ellas pudiera hacer yo, hallará el lector en dos obras notables: la *Historia de la literatura y arte dramática en España*, del señor Adolfo Federico de Schack, y la *Historia de la literatura española*, de Jorge Ticknor. Esta va muy pronto á ver la luz pública, traducida y anotada hábil y doctamente por los señores Don Enrique de Vedia y Don Pascual Gayángos; aquella lo será mas adelante, si Dios y algun editor quisieren, por el que ha formado esta coleccion.

Acaso (El) y el error.

Concluye esta comedia con los cuatro versos siguientes:

A vuestras plantas rendidos
Nos ponemos, suplicando
Que *lo que se escribe aprisa*,
No lo murmureis despacio.

Es particular que habiendo sido escrita con premura esta obra, saliese una de las mas largas de CALDERON: yo la creo la mas extensa de todas, porque tengo íntimo convencimiento de que en los manuscritos que me han servido para imprimirla, el acto tercero está considerablemente cercenado en mas de un pasaje: de modo que aunque ocupa veinte y seis páginas de la presente edicion, aun ocuparia mas si estuviese completa. Fuera de esto, creo hallar diferencia de estilo en varios trozos del drama. Uno y otro consiste, á mi ver, en que *El acaso y el error* no es de CALDERON solo, sino de él y otros dos á quienes acudiria para escribirla pronto. El plan es complicado; cada uno de los colaboradores se extenderia un poco, y así la comedia salió larga y no bien dispuesta: probablemente disgustaria, y CALDERON por eso la corrigió mas adelante, haciéndola suya del todo, tal como la vemos en *La señora y la criada*, título que pondrian los cómicos á la obra refundida, pues CALDERON en su lista no la señaló con este, sino con el primitivo de *El acaso y el error*. Realmente ambas comedias deberian imprimirse con el mismo título: la primera como de CALDERON y otros, la segunda como únicamente de CALDERON.

Vera Tásis escribió estas palabras en la Advertencia preliminar al tomo V de CALDERON.

«Aunque por el ceño grande que siempre tuvo con sus obras y con los que se las usurpaban, no condescendió con nuestros ruegos, ya vino á permitir á mi celosa instancia la pretendida licencia de darlas á la prensa y pasar las pruebas de ellas: vanidad que no podrán usurparme cuantos blasonan de mayores amigos suyos, pues pueden desengañarse viendo que empecé á usar de ella en las dos comedias que puse en la parte cuarenta y seis de varias.»

Una de las dos comedias de CALDERON, incluidas por Vera Tásis en la parte cuarenta y seis que cita, es *La señora y la criada*. Cuando en el Prólogo de esta edicion (página XVII) hice yo mencion del párrafo que dejo transcrito, discurrí sobre él en el supuesto de que CALDERON se habia prestado á dejar imprimir sus comedias, y á corregir las pruebas él mismo: tal vez eso fué lo que Vera quiso decir; pero lo que aparece del texto es que autorizó CALDERON á Vera para ambas cosas, para imprimir sus comedias y cuidar la impresion. Si CALDERON no vió las pruebas de *La señora y la criada*, nada tiene de extraño que saliera con ese título; si CALDERON las vió, hubo sin duda de consentir que se publicara con él, para que se distinguiera de *El acaso y el error;* aunque CALDERON, como se lee en su lista, preferia este. De todos modos *El acaso y el error* no parece obra de CALDERON tan completamente como *La señora y la criada*.

Alcaide (El) de sí mismo.

Pablo Scarron imitó esta comedia en frances, dándola con el título de *Le gardien de soi-même* (*El guarda de sí mismo*): fué representada en el año 1655 é impresa en 1658. En el mismo año 1655 escribió otra imitacion de ella Tomás Corneille, que se imprimió dos años despues con el título de *Le geôlier de soi-même* (*El carcelero de sí mismo*): las dos imitaciones fuéron hechas en cinco actos en verso. Tengo á la vista la de Tomás, edicion de Paris, 1662: contiene una dedicatoria en que da á entender que su obra fué bien recibida en la escena; pero no dice de quién la imitó. Sin embargo, en la Advertencia al lector, que precede á su tragedia de *Timócrates*, impresa en el año de 1657, declara que ha tomado de los españoles casi todos los asuntos cómicos que ha manejado ántes de aquel.

La comedia titulada *El leñador escoces*, que tantos aplausos ha proporcionado á nuestro eminente actor cómico Don Antonio Guzman, es una mala traduccion de una pieza extranjera formada sobre *El alcaide de sí mismo*.

En apoyo de lo que senté en el Catálogo cronológico, conviene añadir una observacion. Se halla en *El alcaide de sí mismo*, jornada segunda, escena XIII, esta expresion muy reparable:

Porque sepas
La novela mas notable
Que en castellanas comedias
Sutil el ingenio traza
Y gustoso representa...

No es de presumir que hubiese hablado así CALDERON despues de escrita la comedia titulada *La ventura con el nombre*, obra del Maestro Tirso de Molina que segun

todas las apariencias ya se habia hecho en 1635, cuando murió Lope. Insisto en que *El alcaide de sí mismo* es obra de la juventud de nuestro poeta. De ella dice el señor Adolfo Federico de Schack: «En esta agradable pieza parece haberse despojado CALDERON de su estilo propio, y haber seguido mas la manera de Lope.» Yo creo que siguió la manera de Lope, porque aun no tenia bien formada la suya propia.

—

Afectos de odio y amor.

El señor Don Alberto Lista, en su bello artículo *De Calderon considerado como poeta lírico*, impreso en el tomo III de la *Revista de Madrid*, año 1839, dice hácia el fin: «Veamos tambien la concision elegante con que sabe CALDERON ingerir las máximas, citando algunos ejemplos de ellas:»

Hombre, si por ser inútil
La mujer, no le fias nada,
¿Cómo todo se lo fias,
Puesto que el honor le encargas?»

Don Dionisio Solis hizo una buena refundicion de esta comedia, que permanece manuscrita.

—

Alcalde (El) de Zalamea.

Schack, *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, página 162.

«Aunque esta pieza ha sido traducida al aleman dos veces[1], no se le ha dado, que nosotros sepamos, la debida atencion: tratarémos por tanto de excitar algun interes en favor de ella, con la siguiente noticia de su argumento. (La da y continúa.) Por lo que toca á la composicion, que de escena en escena va caminando á un efecto trágico que estremece, así como por sus caractéres marcados y vivos, no hay drama de CALDERON que aventaje á este. El anciano Don Lope de Figueroa, endurecido y áspero por sus largas campañas, pero humano en el fondo; el honrado Pedro Crespo despues, representante legítimo del labrador español en su figura mas noble, fiel á su rey y á su obligacion, y con un ánimo de fortaleza invencible; el disoluto y altanero capitan, la alegre vivandera Chispa, las gallardas y graciosas fisonomías de Juan é Isabel, y en fin los diversos soldados, inmorales y crueles, pero valientes... hé aquí una galería de las figuras mas varias y con mas viva verdad trazadas, que pueden mencionarse del gran pintor de caractéres inglés.»

Monsieur Luis de Viel-Castel, *Revista de ambos mundos*, tomo XXV, cuarta serie, Paris, 1841, artículo titulado *Del honor como recurso dramático*.

«Lo que era la fatalidad para los trágicos griegos, es en cierto modo el honor para los poetas dramáticos españoles, que nos le muestran como un misterioso poder que se cierne sobre toda la existencia de sus personajes, arrastrándolos imperioso á sacrificar sus afectos é inclinaciones naturales, inspirándoles tan pronto actos del mas sublime rendimiento, como crímenes y maldades verdaderamente atroces, pero que pierden este carácter por efecto del impulso que los produce, de la terrible necesidad cuyo resultado son...

»Digamos empero, para justificar á estos poetas, que en sus mayores extravíos tenian una excusa de que absolutamente carecen sus modernos y frenéticos imitadores. Aquella exaltacion delirante que nos representan, respondia, á lo ménos hasta cierto punto, al carácter de su nacion y siglo.... Hay ademas una señal inequívoca para conocer si lo que nos parece singular y extraordinario en los poetas de otra edad que la nuestra, era en realidad un capricho arbitrario de su imaginacion, ó representaba de véras, con mas ó ménos exageracion en las formas, afectos é ideas existentes entónces. Esta señal es cierto vigor, cierta fuerza de vitalidad, que solamente la verdad de los datos generales imprime á las obras de imaginacion, que el talento y aun el genio, cuando se pierde en concepciones facticias, no pueden darles: sin las cuales se puede obtener un crédito de infatuacion, por necesidad pasajero; pero no asegurar un éxito estable. En una palabra, los poetas no viven en la posteridad ni obran eficazmente en ella, sino con la sola condicion de haber representado afectos é ideas reales, siendo fieles intérpretes de su generacion.

[1] Por Schræder y Stephani, segun el mismo Schack.

»Esta condicion ha sido sin duda satisfecha por los autores de los dramas españoles, cuya accion se funda en el móvil del honor: en efecto, ningunos se apoderan mas fuertemente de la imaginacion, ni dejan en lo íntimo del alma impresiones mas hondas, ya de admiracion, ya de terror.

. . . .

»Una comedia de CALDERON, *El alcaide de Zalamea*, no tan conocida fuera de España como estas dos obras maestras (*Las mocedades del Cid* y *La estrella de Sevilla*), no les es inferior; y aun quizá merece, por ciertos respetos, fijar mas la atencion. El honor, con los rigorosos, los terribles deberes que á veces impone, forma tambien el asunto de ella; pero se presenta con un aspecto enteramente nuevo y harto extraño á las costumbres de la escena española, y aun á la naturaleza misma del genio de CALDERON, tan aristocrático en la mayor parte de sus concepciones. No recae el interes aquí en un guerrero ilustre, en un caballero bizarro; no se trata ya de esas susceptibilidades delicadas, melindrosas, algo facticias, tan dispuestas á alborotarse al mas leve toque, imaginario muchas veces; el héroe es un hombre sencillo y recto, un plebeyo dotado de sana razon y cordura, de valor firme y templado, en quien el honor es solo el sentimiento de la dignidad humana, y que no se decide á vengar la mas sangrienta injuria, sino despues de perdidas tódas las esperanzas de reparacion. El ofensor, al contrario, es un caballero mozo, militar obcecado por las orgullosas preocupaciones de su nacimiento y profesion, el cual desdeñando á unos oscuros plebeyos, en términos de no imaginarlos capaces de sentir mucho una afrenta, se propasa con ellos, casi sin escrúpulo, á violencias cuyo terrible resultado ni aun lo presume. Esta combinacion, ensayada con fortuna ya por Lope de Vega, que en su célebre comedia *El mejor alcalde el Rey* se habia servido para desarrollarla de un hecho tomado de los anales algun tanto fantásticos de la edad media y del feudalismo, está muy de otra manera profundizada en el drama de CALDERON, cuyo argumento pertenece á una época mas cercana y verdaderamente histórica, al reinado de Felipe II.

»Escogió el poeta el momento en que Felipe II, extinguida la casa real de Portugal, mandó ocupar militarmente aquel pais, para establecer en él su dominio. Un cuerpo de ejército á las órdenes de Don Lope de Figueroa, atraviesa la Extremadura y marcha sobre Lisboa: parte de esta division se acantona por unos dias en Zalamea. Los oficiales y los soldados se alojan en el pueblo: hay allí una pintura viva, franca y animada de la vida y costumbres del campo: cuadro completo en que no se omite ningun pormenor, por minucioso que parezca; y el poeta sin embargo nunca desciende á la bajeza ni á la trivialidad. Nótese de paso que para evitar este escollo no hubiera bastado quizá su talento, á no escribir por fortuna en uno de esos idiomas privilegiados en que siempre es lícito ser sencillo sin ser comun, porque las expresiones mas familiares son tambien las del lenguaje poético.

»Hállase toda la valiente originalidad de CALDERON en el modo de concebir el papel de Don Lope de Figueroa. Tenia que pintar un personaje histórico: Don Lope era uno de los mas ilustres caudillos de aquellas tropas que en el siglo XVI pusieron tan alta la gloria de las armas españolas. Ignoramos si CALDERON ha sacado de la tradicion los rasgos que le ha prestado á Don Lope; pero nos le muestra tan animado y vivo, que no puede uno resolverse á mirarle como pura ficcion poética. El afecto y temor unidos que inspira á sus soldados; sus preocupaciones militares, mezcladas con tanta rectitud, bondad y grandeza; su urbanidad noble y fina, que vence, sin poder contenerlos del todo, los arranques de impaciencia brusca á que sus achaques le llevan: este es ciertamente el ideal del antiguo guerrero: no conocemos en el teatro carácter mas acabado ni mejor sostenido.

»En frente á esta enérjica fisonomía puso CALDERON otra figura no ménos notable ni con ménos vigor dibujada. Pedro Crespo, huésped de Don Lope, es un villano rico, firme, prudente, sagaz, en quien un vivísimo afecto de independencia y honor se oculta bajo el aspecto de una deferencia respetuosa y aun humilde con todos cuantos le son superiores en jerarquía; pero que, segun se conoce al instante, no sufrirá que tomen muy de véras aquella humildad y traten de abusar de ella.

»Apénas se ven estos dos hombres, tan diferentes al parecer, cuando se sienten recíprocamente atraidos por una especie de simpatía; pues en efecto su naturaleza es la misma en el fondo, á pesar de la suma desigualdad de su posicion y la diversidad que de ella resulta en sus actitudes. Nada mas interesante, mas verdadero, mas fuertemente cómico (empleamos la expresion á propósito) que las varias escenas en que figuran juntos. Atento á cumplir generosamente los deberes de la hospitalidad, Crespo recibe con respetuosa reserva las muestras de cordialidad y benevolencia que le prodiga Don Lope; pero cuando el antiguo soldado, atormentado por un ataque de gota, ó acalorado por cualquiera contrariedad, se propasa á una explosion viva de mal genio, pronto le da á entender

que no está dispuesto á dejarse tratar de aquella manera: su lenguaje toma entónces el sello de una ruda familiaridad, de una simplicidad socarrona, que apaciguan al momento á Don Lope, terminando todas las reyertas con una explicacion franca y amistosa. Todas estas escenas, cuyo encanto sería imposible conservar en una traduccion, son de efecto grandísimo; y al leerlas olvida uno que tal vez ocupan demasiado lugar en un drama donde solo se unen á la accion de un modo harto indirecto, como medio para dar bien á conocer el héroe principal.

»Crespo es padre de una doncella de notable hermosura. Al llegar los soldados, tomó la prudente precaucion de retirarlá á un aposento apartado; pero uno de los oficiales que estaban á las órdenes de Don Lope, Don Alvaro de Ataide, oyó alabar las gracias de Isabel, consiguió verla, y persuadiéndose, con la confianza propia de su edad y profesion, que una lugareña no podia ménos de acoger los rendimientos de un hombre como él, se apresuró á ofrecérselos. El poco fruto de su primera tentativa no le desalienta; al contrario, su vanidad ofendida hace casi pasion lo que al pronto era mero capricho. Sus esfuerzos para penetrar hasta el cuarto de Isabel, y una serenata que le da, despiertan las inquietudes de Crespo y su hijo: ya ha habido vivas explicaciones y aun vias de hecho; los aldeanos defienden á Crespo, los soldados á su capitan, y es necesario que medie Don Lope. Las gracias que le da Crespo con este motivo y lo que él le responde, son cosas sumamente característicos.

CRESPO.
Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis,
De excusarme la ocasion
De perderme.

DON LOPE.
¿Cómo habiais,
Decid, de perderos vos?

CRESPO.
Dando muerte á quien pensara
Ni aun el agravio menor...

DON LOPE.
¿Sabeis, vive Dios, que es
Capitan?

CRESPO.
Sí, vive Dios;
Y aunque fuera el general,
En tocando á mi opinion,
Le matara.

DON LOPE.
A quien tocara,
Ni aun al soldado menor,
Solo un pelo de la ropa,
Viven los cielos, que yo
Le ahorcara.

CRESPO.
A quien se atreviera
A un átomo de mi honor,
Viven los cielos tambien,
Que tambien le ahorcara yo.

DON LOPE.
¿Sabeis que estáis obligado
A sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas?

CRESPO.
Con mi hacienda,
Pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.

DON LOPE.
¡Vive Cristo, que parece
Que vais teniendo razon!

CRESPO.
Sí, vive Cristo, porqué
Siempre la he tenido yo.

»Don Lope, temiendo que la irritacion de los ánimos venga á producir alguna desgracia, se decide á mandar que la tropa salga de Zalamea cuanto ántes: dase la órden, y despídese de sus huéspedes con la mas fina atencion. En memoria regala á Isabel una cruz de diamantes, y consiente en llevar consigo y tomar bajo su proteccion al hermano de la muchacha, que desea abrazar la carrera de las armas.

»Por fin los soldados se han ido. Isabel, libre de la especie de cárcel donde su padre la tuvo por precaucion, sale á tomar el fresco de la noche á la puerta de la calle, bien ajena dél peligro que le amenaza. El capitan Don Alvaro, mas enardecido que desalentado por los obstáculos que su loca pasion ha ido sucesivamente encontrando, se ha propuesto satisfacerla á toda costa. A boca de noche vuelve en secreto á Zalamea con varios soldados, y sorprende á Isabel en un bosque vecino. Crespo, que al oir los gritos de su hija, fué corriendo por una espada, y acudió en su defensa, trata en vano de libertarla: desármanle los cómplices de Don Alvaro, y para estorbarle que vaya á pedir socorro, le atan á un árbol, de que en vano pugna por desasirse. Su hijo, que se disponia á reunirse con Don Lope, advertido ya tarde, va tambien en persecucion de los robadores: cuando los halla al romper el dia, ya no es tiempo de salvar el honor de la triste Isabel: solo puede tratar de vengarla. Miéntras se arroja con furor á Don Alvaro, el cual queda herido de una cuchillada, Isabel despavorida huye de los brazos de su culpable galan, sin saber adónde ir con el peso de su afrenta: el acaso la guia al paraje mismo donde su padre está amarrado desde la víspera. La situacion traida así por CALDERON es nueva en verdad y atrevida, tan atrevida que no sé si era posible vencer todas las dificultades que tiene, y prestar á aquella jóven, arrodillada y llorando delante de Crespo, un lenguaje que mas ó ménos no ofendiese al decoro. En todo caso, la primera condicion de tal lenguaje debia ser la mayor sencillez: CALDERON no lo comprendió: nada mas prolijo y ménos natural que la relacion que Isabel hace á su padre. La metáfora y la antítesis abundan en ella: todo se vuelve declamaciones sentimentales contra la grosería de un afecto que consiente en deber á la violencia el premio solamente debido al amor pagado. Esto, aunque dicho en muy buenos versos, es ciertamente muy ridículo en tal momento[1]; pero CALDERON vuelve á dejarse ver en la respuesta de Crespo. A vista de un mal ya irreparable, aquel noble anciano, cuya cólera no tenia límites miéntras conservaba todavía alguna esperanza, ha vuelto á su sosiego ordinario: él consuela á su hija, y le dice:

Alzate, Isabel, del suelo:
No, no estés mas de rodillas;
Que á no haber estos sucesos
Que atormenten y que aflijan,
Ociosas fueran las penas,
Sin estimacion las dichas.
Para los hombres se hicieron,
Y es menester que se impriman
Con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa:
Démos la vuelta á mi casa;
Que este muchacho peligra,
Y he menester hacer
Diligencias exquisitas
Por saber dél y ponerle
En salvo.

»En este momento el escribano de Zalamea viene á anunciar á Crespo que los vecinos le han nombrado alcalde, y le felicita de que su toma de posesion va á ser señalada con dos acontecimientos notables: el Rey llega á Zalamea aquel dia, y unos soldados han traido secretamente á Don Alvaro, herido, no se dice por quién: esto, como advierte el escribano con cierta satisfaccion, podrá dar lugar á una gran causa.

»Crespo no pierde instante para aprovechar la ocasion que se le presenta. Acompañado de unos aldeanos, él en persona detiene al Capitan, que ménos gravemente herido que se creyó al principio, y comprendiendo el peligro de su posicion, se disponia á partir, hecha la primera cura á la herida. Grita Don Alvaro que la justicia ordinaria nada tiene que ver con un oficial; Crespo le ruega que se tranquilice, y manda que se retiren los circunstantes, porque quiere tener (dice) una explicacion importante con el Capitan á solas. Aquí hay una escena verdaderamente admirable. (Es la VIII de la jornada tercera.)

CRESPO.
Ya que yo, como justicia,
Me valí de su respeto
Para obligaros á oirme,
La vara á esta parte dejo,
Y como un hombre no mas,
Deciros mis penas quiero.
(*Arrima la vara.*)
Y puesto que estamos solos,
Señor Don Alvaro, hablemos
Mas claramente los dos,
Sin que tantos sentimientos
Como han estado encerrados
En las cárceles del pecho
Acierten á quebrantar
Las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
Que á escoger mi nacimiento,
No dejara (es Dios testigo)
Un escrúpulo, un defecto
En mí, que suplir pudiera
La ambicion de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
Me he tratado con respeto:
De mí hacen estimacion
El Cabildo y el Concejo.
Tengo muy bastante hacienda,
Porque no hay, gracias al cielo,
Otro labrador mas rico
En todos aquestos pueblos
De la comarca; mi hija
Se ha criado, á lo que pienso,
Con la mejor opinion,
Virtud y recogimiento
Del mundo: tal madre tuvo:
Téngala Dios en el cielo.
Bien pienso que bastará,
Señor, para abono desto,
El ser rico, y no haber quien
Me murmure; ser modesto,
Y no haber quien me baldone;
Y mayormente, viviendo
En un lugar corto, donde
Otra falta no tenemos
Mas que saber unos de otros
Las faltas y los defectos,
¡Y pluguiera á Dios, señor,
Que se quedara en saberlos!
Si es muy hermosa mi hija,
Díganlo vuestros extremos...
Aunque pudiera, al decirlo,
Con mayores sentimientos
Llorarlo, porque esto fué
Mi desdicha.—No apuremos
Toda la ponzoña al vaso;
Quédese algo al sufrimiento.
—No hemos de dejar, señor,
Salirse con todo al tiempo;

[1] Hoy sí lo es; pero en el siglo de CALDERON no lo era. Entónces el honor valia mas que la vida: quien le perdia, naturalmente debia poner el grito en el cielo: toda ponderacion era poca para encarecer semejante pérdida. La sencillez que apetece Monsieur de Viel-Castel, se halla donde debe: las declamaciones que vienen despues, eran precisas, porque las exigia el espíritu del siglo. Isabel, que así que ve á su padre, y él le dice que le desate, replica que no se atreve,

Porque si una vez te miras,
Con manos y *sin honor*,
Me darán muerte tus iras,

no puede expresarse con mas sencillez ni concision. Con dos palabras, con tres sílabas dice CALDERON lo grave del caso, y no hubiera pasado á mas si hubiera vivido en la época actual; en la suya era preciso recargar vivísimamente sobre ello; porque en primer lugar no habia peligro, y en segundo se trataba de justificar á un plebeyo que daba garrote á un noble, militar por añadidura.

Algo hemos de hacer nosotros
Para encubrir sus defectos.
Este, ya veis si es bien grande;
Pues aunque encubrirle quiero,
No puedo; que sabe Dios
Que á poder estar secreto
Y sepultado en mí mismo,
No viniera á lo que vengo;
Que todo esto remitiera,
Por no hablar, al sufrimiento.
Deseando pues remediar
Agravio tan manifiesto,
Buscar remedio á mi afrenta,
Es venganza, no es remedio:
Y vagando de uno en otro,
Uno solamente advierto,
Que á mí me está bien, y á vos
No mal, y es, que desde luego
Os tomeis toda mi hacienda,
Sin que para mi sustento
Ni el de mi hijo (á quien yo
Traeré á echar á los piés vues-
Reserve un maravedí, [tros)
Sino quedarnos pidiendo
Limosna, cuando no haya
Otro camino, otro medio
Con que poder sustentarnos;
Y si quereis desde luego
Poner una S y un clavo
Hoy á los dos y vendernos,
Será aquesta cantidad
Mas del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinion
Que habeis quitado. No creo
Que desluzcais vuestro honor,
Porque los merecimientos
Que vuestros hijos, señor,
Perdieren por ser mis nietos,
Ganarán con mas ventaja
Señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla, el refran dice
Que el caballo (y es lo cierto)
Lleva la silla.— Mirad
(*De rodillas.*)
Que á vuestros piés os lo ruego
De rodillas, y llorando [cho
Sobre estas canas, que el pe-
Viendo nieve y agua, piensa
Que se me están derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
Que me quitasteis vos mesmo;
Y con ser mio, parece,
Segun os le estoy pidiendo
Con humildad, que no es mio
Lo que os pido, sino vuestro.
Mirad que puedo tomarle
Por mis manos, y no quiero,
Sino que vos me le deis.

CAPITAN.

Ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
Agradeced que no os doy
La muerte á mis manos hoy,
Por vos y por vuestro hijo;
Porque quiero que debais
No andar con vos mas cruel,
A la beldad de Isabel.
Si vengar solicitais
Por armas vuestra opinion,
Poco tengo que temer;
Si por justicia ha de ser,
No teneis jurisdiccion.

CRESPO.

¿Que en fin, no os mueve mi llan- [to?

CAPITAN.

Llanto no se ha de creer
De viejo, niño y mujer.

CRESPO.

¿Que no puede dolor tanto
Mereceros un consuelo?

CAPITAN.

¿Qué mas consuelo quereis,
Pues con la vida volveis?

CRESPO.

Mirad que echado en el suelo,
Mi honor á voces os pido.

CAPITAN.

¡Qué enfado!

CRESPO.

Mirad que soy
Alcalde en Zalamea hoy.

CAPITAN.

Sobre mí no habeis tenido
Jurisdiccion: el Consejo
De guerra enviará por mí.

CRESPO.

¿En eso os resolveis?

CAPITAN.

Sí,
Caduco y cansado viejo.

CRESPO.

¿No hay remedio?

CAPITAN.

Sí, el callar
Es el mejor para vos.

CRESPO.

¿No otro?

CAPITAN.

No.

CRESPO.

Pues juro á Dios
Que me lo habeis de pagar.—
¡Hola!
(*Levántase y toma la vara.*)

UN LABRADOR. (*Dentro.*)

¡Señor!

CAPITAN. (*Ap.*)

¿Qué querrán
Estos villanos hacer?
(*Salen los labradores.*)

LABRADORES.

¿Qué es lo que mandas?

CRESPO.

Prender
Mando al señor Capitan.

CAPITAN.

¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
Y en servicio del Rey, no
Se puede hacer.

CRESPO.

Probarémos.
De aquí, si no es preso ó muerto
No saldréis.

CAPITAN.

Yo os apercibo
Que soy un capitan vivo.

CRESPO.

¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Dáos al instante á prision.

CAPITAN.

No me puedo defender:
Fuerza es dejarme prender.
Al Rey desta sinrazon
Me quejaré.

CRESPO.

Yo tambien
De esotra:— y aun bien que está
Cerca de aquí, y nos oirá
A los dos.—Dejar es bien
Esa espada.

CAPITAN.

No es razon
Que...

CRESPO.

¿Cómo no, si vais preso?

CAPITAN.

Tratad con respeto...

CRESPO.

Eso
Está muy puesto en razon.
Con respeto le llevad
A las casas, en efeto,
Del Concejo; y con respeto
Un par de grillos le echad
Y una cadena; y tened,
Con respeto, gran cuidado
Que no hable á ningun soldado;
Y á esos dos tambien poned
En la cárcel; que es razon,
Y aparte, porque despues,
Con respeto, á todos tres
Les tomen la confesion.
Y aquí, para entre los dos,
Si hallo harto paño, en efeto,
Con muchísimo respeto
Os he de ahorcar, juro á Dios.

» Crespo no piensa mas que en terminar rápidamente el proceso del Capitan. Interroga á los soldados presos con él, y obtiene su confesion, amenazándoles con el tormento; obliga á la desdichada Isabel, que querria sepultar su afrenta en el silencio, á declarar contra su robador; manda prender á su hijo por el delito de haber sacado la espada contra su jefe; y como se admiren de tal rigor, «no hubiera reparado, responde, en tratar lo mismo á mi padre, á exigirlo la ley,» añadiendo á media voz con aquella astucia socarrona, que es uno de los rasgos de su carácter:

Aquesto es asegurar
Su vida, y han de pensar
Que es la justicia mas rara
Del mundo.

» Un soldado fugitivo de Crespo ha ido á dar cuenta á Don Lope de lo que pasa en Zalamea. El general viejo no vè en la prision de un oficial suyo mas que un ataque á los privilegios y al honor militar. Acalórasele la cabeza, acude, y sin presumir el papel que hace en el negocio su amigo Crespo, se apea en su casa. Es menester oirlos hablarse.

DON LOPE.

Vuestro hijo no ha parecido
Por allá.

CRESPO.

Presto sabréis
La ocasion: la que teneis,
Señor, de haberos venido,
Me haced merced de contar;
Que venis mortal, señor.

DON LOPE.

La desvergüenza es mayor
Que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
Que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
Y me dijo en el camino...
— Que estoy perdido, os confie- [so,
De cólera.

CRESPO.

Proseguí.

DON LOPE.

Que un alcaldillo de aquí
Al Capitan tiene preso.—
Y ¡vive Dios! no he sentido
En toda aquesta jornada
Esta pierna excomulgada,
Sino es hoy, que me ha impedido
El haber ántes llegado
Donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
Al grande desvergonzado
A palos le he de matar!

CRESPO.

Pues habeis venido en balde,
Porque pienso que el alcalde
No se los dejará dar.

DON LOPE.

Pues dárselos, sin que deje
Dárselos.

CRESPO.

Malo lo vèo;
Ni que haya en el mundo creo
Quien tan mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?

DON LOPE.

No; mas sea lo que fuere,
Justicia la parte espere
De mí; que tambien sé yo
Degollar, si es necesario.

CRESPO.

Vos no debeis de alcanzar,
Señor, lo que en un lugar
Es un alcalde ordinario.

DON LOPE.

¿Será mas que un villanote?

CRESPO.

Un villanote será,
Que si cabezudo da
En que ha de darle garrote,
Par Dios, se salga con ello.

DON LOPE.

No se saldrá tal, par Dios;
Y si por ventura vos,
Si sale ó no, quereis vello,
Decid dónde vive ó no.

CRESPO.

Bien cerca vive de aquí.

DON LOPE.

Pues á decirme vení
Quién es el alcalde.

CRESPO.

Yo.

DON LOPE.

¡Vive Dios, que si sospecho...

CRESPO.

¡Vive Dios, como os lo he dicho!

DON LOPE.

Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO.

Pues, señor, lo hecho hecho.

DON LOPE.

Yo por el preso he venido,
Y á castigar este exceso.

CRESPO.

Pues yo acá le tengo preso
Por lo que acá ha sucedido.

DON LOPE.

¿Vos sabeis que á servir pasa
Al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO.

¿Vos sabeis que me robó
A mi hija de mi casa?

DON LOPE.

¿Vos sabeis que mi valor
Dueño desta causa ha sido?

CRESPO.
¿Vos sabeis cómo atrevido
Robó en un monte mi honor?
DON LOPE.
¿Vos sabeis cuánto os prefiere
El cargo que he gobernado?
CRESPO.
¿Vos sabeis que le he rogado
Con la paz, y no la quiere?
DON LOPE.
Que os entrais, es bien se argu- [ya,
En otra jurisdiccion.
CRESPO.
El se me entró en mi opinion,
Sin ser jurisdiccion suya.
DON LOPE.
Yo sabré satisfacer,
Obligándome á la paga.
CRESPO.
Jamas pedí á nadie que haga
Lo que yo me puedo hacer.
DON LOPE.
Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
CRESPO.
Yo por acá he sustanciado
El proceso.
DON LOPE.
¿Qué es proceso?
CRESPO.
Unos pliegos de papel
Que voy juntando, en razon
De hacer la averiguacion
De la causa.
DON LOPE.
Iré por él
A la cárcel.
CRESPO.
No embarazo
Que vais: solo se repare
Que hay órden que al que llegare,
Le dén un arcabuzazo.
DON LOPE.
Como esas balas estoy
Enseñado yo á esperar.
Mas no se ha de aventurar
Nada en esta accion de hoy.—
Hola, soldado, id volando,
Y á todas las compañías
Que alojadas estos dias
Han estado y van marchando,
Decid que bien ordenadas
Lleguen aquí en escuadrones,
Con balas en los cañones
Y con las cuerdas caladas.
UN SOLDADO.
No fué menester llamar
La gente; que habiendo oido
Aquesto que ha sucedido,
Se han entrado en el lugar.
DON LOPE.
Pues vive Dios, que he de ver
Si me dan el preso ó no.
CRESPO.
Pues vive Dios, que ántes yo
Haré lo que se ha de hacer.
(*Vase.*)
DON LOPE.
Esta es la cárcel, soldados,
Adonde está el Capitan:
Si no os le dan, al momento
Poned fuego y la abrasad,
Y si se pone en defensa
El lugar, todo el lugar.

»Cuando los soldados van á acometer á los labradores que ha reunido Crespo, se anuncia la llegada del Rey, á quien desde la mañana se está esperando. Admírase el Rey de aquel alboroto, y pregunta la causa. Don Lope responde que todo nace de la increíble audacia de un alcalde de pueblo, que ha preso á un capitan y no quiere entregarle.

REY.
¿Quién es el alcalde?
CRESPO.
Yo.
REY.
¿Y qué disculpa me dais?
CRESPO.
Este proceso, en quien bien
Probado el delito está,
Digno de muerte, por ser
Una doncella robar,
Forzarla en un despoblado,
Y no quererse casar
Con ella, habiendo su padre
Rogádole con la paz.
DON LOPE.
Este es el alcalde, y es
Su padre.
CRESPO.
No importa en tal
Caso, porque si un extraño
Se viniera á querellar,
¿No habia de hacer justicia?
Si: pues ¿qué mas se me da
Hacer por mi hija lo mismo
Que hiciera por los demas?
Fuera de que, como he preso
Un hijo mio, es verdad
Que no escuchara á mi hija,
Pues era la sangre igual.
Mírese si está bien hecha
La causa, miren si hay
Quien diga que yo haya hecho
En ella alguna maldad,
Si he inducido algun testigo,
Si está escrito algo de mas
De lo que he dicho, y entónces
Me dén muerte.
REY.
Bien está
Sentenciado; pero vos
No teneis autoridad
De ejecutar la sentencia
Que toca á otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
Remitid el preso.
CRESPO.
Mal
Podré, señor, remitirle,
Porque como por acá
No hay mas que sola una audien- [cia,
Cualquiera sentencia que hay,
La ejecuta ella, y así
Está ejecutada ya.
REY.
¿Qué decis?
CRESPO.
Si no creeis
Que es esto, señor, verdad,
Volved los ojos, y vedlo.
Aqueste es el Capitan.
(*Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el Capitan.*)
REY.
Pues ¿cómo así os atrevisteis?..
CRESPO.
Vos habeis dicho que está
Bien dada aquesta sentencia:
Luego esto no está hecho mal.
REY.
El Consejo ¿no supiera
La sentencia ejecutar?
CRESPO.
Toda la justicia vuestra
Es solo un cuerpo no mas:
Si este tiene muchas manos,
Decid, ¿qué mas se me da
Matar con aquesta un hombre,
Que estotra habia de matar?
¿Y qué importa errar lo ménos,
Quien ha acertado lo mas?
REY.
Pues ya que aquesto es así,
¿Por qué, como á capitan
Y caballero, no hicisteis
Degollarle?
CRESPO.
¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
Viven tan bien por acá,
El verdugo que tenemos,
No ha aprendido á degollar.
Y esa es querella del muerto,
Que toca á su autoridad,
Y hasta que él mismo se queje,
No les toca á los demas.
REY.
Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está;
Que errar lo ménos no importa,
Si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
Alguno, y haced marchar
Con brevedad; que me importa
Llegar presto á Portugal.—
Vos por alcalde perpetuo
De aquesta villa os quedad.
CRESPO.
Solo vos á la justicia
Tanto supierais honrar.
(*Vase el Rey y el acompañamiento.*)
DON LOPE.
Agradeced al buen tiempo
Que llegó su Majestad.
CRESPO.
Par Dios, aunque no llegara,
No tenia remedio ya.
DON LOPE.
¿No fuera mejor hablarme,
Dando el preso, y remediar
El honor de vuestra hija?
CRESPO.
En un convento entrará;
Que ha elegido y tiene esposo,
Que no mira en calidad.
DON LOPE.
Pues dadme los demas presos.
CRESPO.
Al momento los sacad.
DON LOPE.
Vuestro hijo falta, porqué
Siendo mi soldado ya,
No ha de quedar preso.
CRESPO.
Quiero
Tambien, señor, castigar
El desacato que tuvo
De herir á su capitan;
Que aunque es verdad que su ho- [nor
A esto le pudo obligar,
De otra manera pudiera.
DON LOPE.
Pedro Crespo, bien está,
Llamadle.

»Lo que es mas de notar que todo en este desenlace tan terrible y tan original á la vez, es que el medio á que ha recurrido Crespo para vengar su honor, nada tiene que nos repugne, por irregular y cruel que sea: el ultraje fué tan atroz, el castigo es en sí tan justo, y tan verosímil que sin él se hubiese librado el culpable; en fin, Crespo obra con tanta firmeza y valor, y aun con tanta moderacion, durante todo el tiempo que entreve posibilidad de obtener una reparacion sin sangre; que es imposible rehusarle una completa simpatía, y no aplaudir una venganza que tiene todos los caractéres de la justicia. En esta parte nuestras impresiones todavía son, á pesar de la diferencia de ideas y de lo que las costumbres se han suavizado, lo que eran las de CALDERON y sus contemporáneos; y la manera que el rústico héroe del drama tiene de entender el sentimiento y obligaciones del honor, en nada es extraña para nosotros. Dada la situacion, su comportamiento nos parece completamente recto y natural: el sentimiento y la razon se unen para sancionarle.»

Nada hay que añadir á lo que tan juiciosa y oportunamente observa Monsieur de Viel-Castel al concluir su bellísimo exámen del *Alcalde de Zalamea;* pero se pueden citar algunos datos en apoyo de sus opiniones.

Desde luego es de notar que siendo CALDERON noble y soldado, haya escrito un drama en que un capitan, noble por supuesto, es ajusticiado por un alcalde de monterilla: mucha razon debia tener de su parte el plebeyo.

Los desafueros de los militares de España eran frecuentes en los tiempos de CALDERON, y urgia reprimirlos: CALDERON los castigó en la escena con la autoridad del ingenio y la filosofía. Léanse las noticias siguientes, que son de hechos anteriores á la publicacion de la comedia, y se verán soldados parecidos á los de Don Lope, y un alcalde que se vengó como el de Zalamea, aunque no con igual razon ni fortuna.

«Avisos (de Pellicer) de 24 de mayo de 1639.

»La noche antecedente mató un capitan, sobre el juicio de cierta suerte, á Don Pedro de Vega, caballero del órden de Santiago; y el mismo dia á Don Alonso de Ayala, alférez de la armada, sobre

unos cintarazos que dió á un cochero, castigando el haberle salpicado.»

«Avisos de 31 de mayo de 1639.

»Distinto ha sido el suceso de una religiosa de Zamora... que festejada, á título de devocion, del maestre de campo Cordero, soldado de valor, que mereció le diesen el hábito de Santiago, haciéndole en Madrid las pruebas en tres dias, llegaron á los últimos lances que pudieran tener si fuera seglar. Estaba levantando en aquel distrito un tercio á costa de Su Majestad, y queriendo prenderle por el e calam ento del monasterio y demas circunstancias, huyó... Hásele embargado la hacienda.»

Rectificacion.

»Avisos de 14 de junio de 1639.

»Cuanto se dijo del maestre de campo Cordero, fué patraña. El ha remanecido en Madrid, libre, viniendo á desmentir la voz que corrió de su fuga y delito. Y aun dicen que fué traza suya para venir á la corte.»

Este buen Maestre, capaz de comprometer así la reputacion de una religiosa, no hubiera reparado en fingir una riña, para introducirse, como Don Alvaro de Ataide, en la habitacion de una doncella. Siguen los avisos de 31 de mayo.

»No hay mañana que no amanezcan ó heridos ó muertos por ladrones ó soldados; casas escaladas, y doncellas y viudas llorando violencias y robos: tanto puede la confianza que tienen los soldados en el Consejo de Guerra.»

«Avisos de 22 de julio de 1642.

»El viérnes (18) entró aquí una compañía de Antequera, con ciento ochenta hombres, muy lucida, y por capitan Don Diego de Castro: alojáronla junto á Anton Martin. Hoy se han trabado unos soldados de ella con los del tercio de Madrid, porque sobre una gallega mataron un andaluz. Queda actualmente revuelto Madrid, porque se han acometido unos á otros mas de doce veces, y ha sido preciso sacar el Santísimo Sacramento de San Sebastian.»

«Avisos de 26 de julio de 1639.

»En Madrid han muerto atrozmente en quince dias setenta hombres, y están heridas en los hospitales cuarenta mujeres · hazañas todas de soldados.»

«Avisos de 16 de agosto de 1639.

»Azotaron aquí una mujer de buena cara, que ayudaba á cierto capitan, su galan, á buscar soldados. Conducia esportilleros con cosas de comer, de la plaza; cerrábalos con arte en una cueva; dejábalos sin comer, hasta que sentaban plaza y tomaban paga; y de este modo tenia ya remitidos infinitos.»

«Avisos de 20 de setiembre de 1639.

»Está lastimadísima la corte con la muerte que en Málaga dió tan apresurada Don Pedro de Olabarría, teniente de corregidor, á Don Alvaro de Torres y Sandoval, sobre haberle llamado cabron, sustanciándole la causa en seis horas, y haciendo le degollase un esclavo de noche, y dicen, sin confesar.»

«Avisos de 24 de enero de 1640.

»Mandó Su Majestad suspender la sentencia dada contra el Alcalde mayor de Málaga, en que fué condenado á degollar.»

«Avisos de 14 de febrero de 1640.

»Dícese que al señor marqués de Poza se le encomienda la custodia y defensa de Málaga, donde poco há fué degollado en público su Alcalde mayor.»

«Avisos de 16 de octubre de 1640.

»Esta semana pasada, el juéves, quemaron un hombre... y el dia siguiente (12) ahorcó el Consejo de Guerra un soldado (alférez dicen que era), porque cometió uno de los mayores delitos que supo inventar el horror. No queriendo consentir en sus torpezas una doncella honrada, la mató, y despues de muerta, cometió una y otra vez el delito que ella no quiso consentir estando viva, perdiendo primero la vida que la virginidad: caso atroz y apénas visto sino entre bárbaros.»

Sismonde de Sismondi, *Historia de la literatura española*, traducida por Don José Amador de los Rios, tomo II, página 242:

«Hemos debido á Calderon en nuestros dias el *Villano magistrado*, que no es mas que una traduccion de *El alcalde de Zalamea*.

Monsieur d'Esménard, de quien es la version de *El alcalde de Zalamea*, incluida en el tomo 17 de la Coleccion titulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers* (Paris, 1829), se expresa en estos términos en la breve noticia que precede á la traduccion:

«Los inteligentes no dudan en citar esta pieza como una de las mejores de Calderon... Collot-d'Herbois ha hecho de ella *El aldeano magistrado*: aquí va el original, que es bien superior á la copia, á pesar de los adornos con que se ha tratado de enriquecería.

»A excepcion de algunas bufonadas triviales; de ciertas invocaciones al sol, la luna y las estrellas, etc. y de una media docena de equívocos, defectos que necesariamente se encuentran en toda comedia española, *El alcalde de Zalamea* es una obra llena de ingenio, de razon y de chiste: el interes es vivo y no decae; la accion no es muy complicada y camina derecha á su desenlace.

»Fué valor el poner en escena un hidalguillo para cubrirle de ridículo, y un oficial para entregarle á la justicia civil, despojándole del privilegio de ser juzgado por los tribunales militares: esto era atacar á la vez á la nobleza y al ejército, que en todos los paises monárquicos forman dos clases temibles; pero los autores cómicos españoles todo lo han dicho y representado. La mayor parte de las comedias de Calderon se ejecutaron en la corte de Felipe IV, como las de Molière en presencia de Luis XIV. Aquellos reyes absolutos eran ménos severos que los censores de oficio.»

En el tomo XXXIII de la obra italiana titulada *Il teatro moderno aplaudido*, que á principios de este siglo se imprimia en Venecia, hay una imitacion del *Alcalde de Zalamea*, hecha por Andolfati.—Tambien está traducida en frances por Monsieur Damas-Hinard.

—

Amado y aborrecido.

La situacion desenvuelta en la escena XXII del tercer acto, aparece ya poetizada en nuestro idioma en el siglo XV, por Anton de Montoro, del cual hay un cuadernito de poesías en la Biblioteca Nacional, que principia con esta noticia:

«Está el original en la biblioteca de la santa iglesia patriarcal de Sevilla.— Este poeta del siglo XV, nombrado *Anton de Montoro*, segun lo que se deduce de las varias piezas aquí insertas, tenia su residencia en Córdoba, aunque no podemos inferir de ellas si era natural de la misma ciudad, ó de la villa de Montoro, de quien pudo tomar el sobrenombre. Él fué casado, y seguia las jornadas de la guerra contra los moros. Fué contemporáneo del célebre Don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, y Juan de Mena, señalados poetas de aquel siglo. Vivia ántes del medio de él, pues tenemos aquí un poema, dirigido al corregidor de Córdoba en el año de 1447. No hace mencion de Anton de Montoro ningun escritor nuestro, ni hay mas noticia de él, que el ver estampado su nombre á la frente de estas poesías. Son coetáneos el papel y caractéres al medio siglo XV.

Pregunta sobre dos Donsellas.

Vn escudero andaua
Por el grande occeano,
Y pasado el verano
Contra Norte naueguaua;
El susodicho leuaua
En su guarda dos Donsellas
E yendo ansy con ellas
Tormenta los afincaua.
Destas donsellas la vna
Amaua al escudero
De amor bien verdadero
Muy mas firme que colupna;
El mas que cosa alguna
A la segunda queria,
Y por ella padescia
Grandes penas, y fortuna.
La tormenta non cesaua
Nin los sus vientos contrarios,
Antes andauan tan varios
Que á muerte los allegaua,
Que las ouas arrancaua,
Y las arenas voluia,
Y la vela les rrompía,
El entena ya quebraua.
Non quedó el papafigo
Nin quedaron las bonetas,
Muy mas rresias que saetas
Las leuó el viento consygo,
Ya non tenian abrigo
De la fusta que trayan,
E de coraçon desian
Señor libranos contigo.
En esta presecucion
Y tormenta peligrosa
Vna vos muy pauorosa
Oyeron á la sason,
Que como en rreuelacion,
Dixo conviene lançar
Vna destas á la mar
Sy quieres consolacion.

Cabo.

Señor, pues vos he contado
Toda la mi intencion,
De vuestra grand discrecion
Sea esto declarado;
Este tal enamorado,
Segund rrason, y derecho,
¿Qual deue lançar de fecho
Para complir lo mandado?

Respuesta.

El fidalgo que syngiaua
De peligro bien cercano
Al Dios grand soberano
Deuotamente llamaua,
Quando pauor lo espantaua
Con sus esquinas centellas;
El vigor de las estrellas
Muy poco los conortaua.
Desis que la tribuna
En que yua el marinero

Con el mastel todo entero
Andaua bien como Luna,
Y dos mas claras que luna
Donsellas de grand valia
Yuan en su compañia
Syn otra persona alguna.
Y de mientra que enduraua
Los tiempos tan aduersarios
Que todos los gouernarios
Fortuna los desordenaua;
Vna dellas lo amaua
Sin error nin villania,
El á la otra seruia
E lealmente adoraua.
Deste argumento antigo,
Solegismo de Poetas,
Por dos rrasones discretas
Deuemos tomar castigo;
Que tened, señor y amigo,
Que muchos lo contendian,
Pero non lo distinguian,
Ciertamente vos lo digo.
Entendida la question
Syn faser mas luenga prosa,
A la donsella fermosa
Quel amaua en perfeccion,
Aquella deue guardar,
Y la otra condepnar
A cualquier tribulacion.
Cabo.
Mas cuanto al seso dado
Non vale esta conclusion,
Que Dios ama con rrason
Aquel de quien es amado,
Y quien lo tiene oluidado
Con entendimiento estrecho
Non le quita su despecho,
Nin le perdona el pecado.»

—

Amar despues de la muerte.

Monsieur Luis de Viel-Castel dice en su artículo titulado *Teatro español*, *el drama histórico*, impreso en la *Revista de ambos mundos*, tomo XXIV, cuarta série, 1840:

«Lo que el Cid y Gonzalo de Córdoba fuéron para sus tiempos, lo fue despues el duque de Alba para el suyo... No conozco drama alguno en que represente el papel principal; pero figura en muchos de una manera episódica, donde su nombre no se pronuncia sin esa especie de respeto que acompaña á los hombres extraordinarios, que formó la naturaleza para reinar sobre sus contemporáneos. Citaré en particular una escena de una comedia de Calderon, en que otro héroe de la época, el vencedor de Lepanto, el ilustre Don Juan de Austria, al tomar el mando del ejército que marcha contra los moriscos rebeldes, pasa revista á los cuerpos que le componen, y quiere que le nombren sus jefes...

»El drama á que pertenece esta escena, presenta un cuadro tan verdadero como animado é interesante de uno de los grandes acontecimientos del reinado de Felipe II, la insurreccion de los moriscos de Granada, que apurados por las providencias vejatorias de que el gobierno habia echado mano para obligarlos á abandonar hasta los últimos vestigios de sus antiguos usos, tomaron de improviso las armas, abjuraron la fe cristiana, se retiraron á las asperezas de la Alpujarra, nombraron un rey, y se defendieron tres años contra todos los esfuerzos de la monarquía española. Una de las cosas que me dan golpe en esta pieza, es que evidentemente ha sido escrita bajo la impresion de un afecto de preferencia en favor de la causa de los moriscos. Á pesar de algunas declamaciones vulgares, que mas parecen dictadas por ciertos respetos, que por un convencimiento firme, Calderon parece penetrado de la idea de que habian sido injustos con ellos, y de que con medidas ménos violentas se hubieran evitado los males de aquella insurreccion: presta á sus personajes palabras de moderacion, casi de tolerancia, muy notables en un poeta español del siglo XVII, y particularmente en quien, en la mayor parte de sus obras, se muestra animado, mas que otro alguno, de aquella indiferencia por la vida humana, consecuencia natural de la supersticion religiosa y del fanatismo del honor.»

Jorge Ticknor, *Historia de la literatura española*, tomo II, capítulo XXIII. Traduccion, todavía inédita, de los señores Don Enrique de Vedia y Don Pascual de Gayángos, que han tenido la bondad de facilitármela.

«Admitiendo pues que las comedias de Calderon son realmente dramas, y que es preciso buscar su fundamento en la estructura de sus planes, podrémos al ménos examinarlas con el espíritu que las dictó; y si al investigar su mérito y carácter fijamos la atencion y consideramos los grados diferentes en que el amor, los celos, el honor altivo y la lealtad caballeresca entran en su composicion y dan movimiento y vida á sus respectivas acciones, no andarémos lejos de calcular con algun acierto lo que Calderon hizo por el teatro de su patria.

»En primer lugar, y tratando de la pasion del amor, se presenta una de las comedias mas notables de Calderon, que es la intitulada *Amar despues de la muerte*: el argumento es un suceso ocurrido en la rebelion de los moriscos de Granada, que estalló en 1568; y aunque hay trozos algun tanto parecidos á la historia de Mendoza, está tomado de la narracion semi-grave y semi-heróica de Gines Perez de Hita; pero los hechos principales son positivos. Ocupa la accion el espacio de unos cinco años, pues comienza tres ántes de la sublevacion y concluye con ella.

»La primera jornada pasa en Granada, y en ella se expone la resolucion de los conspiradores, de sacudir el yugo español, que habia llegado á ser intolerable. Tuzaní, que es el protagonista, aparece enamorado ciegamente de Clara Malec, cuyo anciano padre, maltratado por un español, hace estallar la conjuracion ántes de tiempo. Tuzaní busca con afan al ofensor del padre de su amada: hay un desafío, descrito con vigor y valentía; pero se interrumpe, y los adversarios se separan para encontrarse en un campo todavía mas sangriento.

»Tres años despues comienza la jornada segunda en unas montañas al sur de la ciudad, donde están atrincherados y fortificados los insurgentes, á quienes ataca Don Juan de Austria, que se supone recien llegado de ganar la insigne batalla de Lepanto, aunque, como el mismo Calderon y su auditorio sabian, este suceso importante ocurrió un año despues de sofocada la rebelion de los moriscos. Acaba de celebrarse el casamiento de Tuzaní con Clara; y en el momento, uno de aquellos lances tan comunes en la guerra le separa de ella: la fortaleza en donde se ha verificado la ceremonia, cae en manos de los españoles. Clara, que habia quedado allí, es asesinada en la confusion del asalto por un soldado codicioso de robar sus ricas joyas; y aunque Tuzaní llega á tiempo para ser testigo de su muerte, es tarde para reconocer y detener al asesino.

»Desde este momento envuelve toda la composicion una tinta sombría; el carácter de Tuzaní se cambia, ó al ménos parece que se transforma, reconcentrándose y adquiriendo nuevo fuego y violencia su índole morisca; la superficie es siempre la misma, tranquila y quieta en apariencia. Se viste de guerrero cristiano, y se introduce furtivamente en el campo enemigo, buscando la venganza con aquella resolucion y sangre fria que indica, tanto el poder irresistible de una pasion vehemente, como la excitacion de las demas, que han reunido su fuerza y enerjía en un solo punto. Las joyas de Clara le sirven de guia para buscar al asesino, y por último asegura y acierta la víctima oyendo con serenidad la pintura de la hermosura de Clara y las circunstancias de su muerte; y cuando el español concluye diciendo «la atravesé el pecho», Tuzaní se arroja sobre él como un tigre, diciendo: «¿Fué como esta la puñalada?» y le deja muerto á sus piés. Inmediatamente rodean al moro, y los españoles le reconocen como uno de sus mas feroces enemigos; pero en presencia del mismo Don Juan de Austria se abre paso por en medio de todos, y huye á los montes. Hita dice que despues le conoció personalmente.

»La fuerza de esta tragedia, sentida y dolorosa, consiste en la impresion vivísima que presenta de un amor puro y sublime, luchando con la fiereza y barbarie del siglo en que pasó el caso: hecho que manejado por la lozana fantasía de Calderon, se idealiza, y sin embargo tiene por base y cimiento la verdad. Bajo este aspecto el drama es una pintura solemnísima de violencias, desastres y rebelion desesperada, por cuyas sombrías escenas nos va guiando como pensamiento capital el amor ardiente que caracteriza al árabo do quiera que le encontramos, y el aguijon delicado y punzante del honor, que no le abandona cuando desalentado y vencido se retira y tiene que renunciar al imperio poderoso de occidente, que gozó por espacio de tantos siglos. La rapidez de la accion nos conduce hasta presenciar lo mas odioso y repugnante de la guerra, pues vemos con nuestros propios ojos sus últimos excesos y horrores; y sin embargo en medio de este cuadro aparece Clara, dulcísima forma, símbolo hermoso del amor de la mujer; y su ternura parece que calma todos los elementos de discordia y conflicto, miéntras en toda la composicion los caractéres de Don Juan de Austria, Lope de Figueroa y Garcés, por una parte; y el venerable Malec y el fiero Tuzaní por otra, nos deslumbran, presentándonos los tiempos de Calderon y el contraste de las pasiones y enerjía de los dos pueblos singulares que han estado siglos y siglos envueltos en una lucha encarnizada.

»En cuanto al plan, la comedia *Amar despues de la muerte* se funda en el amor de Tuzaní y Clara, sin mezcla alguna de celos, ni mas sentimientos ni obstáculos á dicha pasion que un punto de honor altivo, y si se quiere, exagerado: cosa muy rara en Calderon, cuyas composiciones dramáticas ofrecen siempre una intriga muy complicada, formada con dichos recursos, que unas veces viene á término feliz y otras á desgraciado fin.»

Monsieur Angliviel de la Beaumelle: tomo 18 de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*, que contiene una traduccion de *Amar despues de la muerte*.

«Considerando *El sitio de la Alpujarra* como una pieza histórica, tomando por objeto principal la pintura de la insurreccion en general, que relegada al segundo término, solamente parece accesoria al pronto, hay para admirar la profundidad de miras del poeta de Madrid. Así, al abrirse la escena, se vé á los moriscos reunidos, y á Malec procurando animarlos contra el gobierno que los oprime: tal diligencia parece que no da resultado, y ya las esce-

nas siguientes solo son relativas á la venganza particular de la ofensa que ha recibido el viejo. Esta falta, si lo es, contra el arte dramático, es un alto pensamiento político. La sublevacion es el resultado de las leyes opresivas: ellas la producen; pero para estallar, necesita una ocasion ó un pretexto, que las personas poco entendidas toman luego por el verdadero motivo.

«La misma idea se halla otra vez en la relacion que da principio al segundo acto.

«La manera de convertirse en guerra civil la cuestion particular de Malec y Mendoza, no está ménos ingeniosamente indicada al fin del primer acto. Desde que el corregidor (que deja la vara para tomar la espada y sostener, no la accion, sino la opinion del ofensor) tambien afecta menospreciar á los moriscos, ya Válor y Tuzaní dejan de ser caballeros particulares; erígense representantes de sus compatriotas, y deben renunciar á batirse de hombre á hombre, pues ven á los castellanos, representados por el corregidor, sostener mancomunadamente el agravio que se les hace.»

Dije en la página 665 que Tomás Corneille se habia servido de la comedia titulada *Amar despues de la muerte* para la que tituló en frances *Les illustres ennemis*: cotéjense para muestra estos dos trozos, omitiendo otros en obsequio de la brevedad.

AMAR DESPUES DE LA MUERTE, ACTO PRIMERO, ESCENA III.

DOÑA CLARA, BEATRIZ.

DOÑA CLARA.

Déjame, Beatriz, llorar
En tantas penas y enojos;
Déban les algo á mis ojos
Mi desdicha y mi pesar.
Ya que no pu la matar
A quien llegó á destruir
Mi honor, déjame sentir
Las afrentas que le heredo;
Pues ya que matar no puedo,
Pueda á lo ménos morir.
¡Qué baja naturaleza
Con nosotras se mostró,
Pues, cuando mucho, nos dió
Un ingenio, una belleza
Adonde el honor tropieza,
Mas no donde puede estar
Seguro! ¿Qué mas pesar,
Si á padre y marido vemos
Que quitar su honor podemos,
Y no le podemos dar?

LES ILLUSTRES ENNEMIS, ACTE PREMIER, SCÉNE III.

JACINTE, BLANCHE.

BLANCHE.

Madame, vous pleurez?

JACINTE.

Qui ne pleurerait pas?
Souffre à mon déplaisir dans d'inutiles larmes
La funeste douceur de chercher quelques charmes,
Et qu'au défaut du sang qu'exigent nos malheurs,
A mes tristes ennuis mes yeux donnent des pleurs.
Mais si je pleure, hélas! c'est le désavantage
Que reçoit en naissant notre sexe en partage.
Il semble qu'en effet la nature en courroux,
Mère partout ailleurs, est marâtre pour nous;
Les plus riches présents que nous obtenions d'elle
Sont de faibles appuis sur qui l'honneur chancelle;
On flatte nos beautés, nous croyons ce qu'on dit,
Et notre front alors n'est pas seul qui rougit,
Nous en voyons la preuve, et tous les jours infame
Un père par sa fille, un mari par sa femme.
Défaut honteux pour nous, pour eux injurieux!
L'honneur de tous les biens est le plus précieux,
Et par un vieil abus, difficile à comprendre,
Nous le pouvons ôter, et ne saurions le rendre.

Tambien ha traducido Monsieur Damas-Hinard este drama.

—

Amigo, amante y leal.

En el tomo III de las *Comedias escogidas de Don Pedro Calderon de la Barca* (Madrid, imprenta de Ortega, 1831.) hay un exámen de *Amigo, amante y leal*, escrito, si no me engaño, por Don Pedro de Gorostiza, del cual se copia lo que sigue:

«En esta, como en las demas comedias, siguió CALDERON su manía favorita de enmarañar bien el asunto, de modo que pareciese imposible el desenlace, el cual sin embargo fuese feliz y bien preparado. Esto gustaba mucho en su tiempo; pero son estas unas piezas en cuya representacion ó lectura no puede haber la menor distraccion, sin exponerse á perder la inteligencia de la marcha de la accion. La de esta comedia es una, girando sin apartarse un momento sobre las pruebas continuas que da el protagonista de amante, amigo y leal. Los episodios son pocos, y nacen de la misma accion, en la que es tan importante Meco; pero la parte moral está bastante sacrificada á la fantasía del poeta. Toca mucho en lo inverosímil, y es llevar las cosas al extremo, haciendo lo que se llama un mal papel, el andar proporcionando Don Félix al Príncipe entrevistas con su propia amante, y querer probar con esto la lealtad. Sin duda el mismo CALDERON hubo de caer en esta cuenta, pues hace que Aurora diga, y con muchísima razon, á Don Félix, cuando este le dice «que nació para criado, y el honor era el que le obligaba:»

Ese es un segundo error;
Que tampoco hay ley de honor
Que disponga ni que diga
Que debe un hombre dejar
Su dama por otro hombre,
Amigo ó señor se nombre;
Que aun allí el disimular
Bajeza y ruindad se llama:
Y bien se podrá creer
Que dispense en la mujer
Quien lo consiente en su dama.

»Pegósele á CALDERON, como á los demas dramáticos de su tiempo, el hacer á sus galanes y damas unos disertadores metafísicos que los constituian verdaderos Gerundios, como se ve en el diálogo entre Aurora y Don Félix, que empieza diciendo ella: «No esperé mas feliz dia», y concluye la sutileza de todo su contexto con:

Hay dos modos de decir:
Uno que es decir diciendo,
Y otro que es decir sintiendo.
Quien dice por divertir,
Dice; mas quien por sentir
Dice, siente: así verás,
Cuando escuchándome estás,
Que con la amante fatiga
Hallarás quien mas te diga,
Mas no quien te diga mas.

»Lo mismo se repite en otro parlamento entre Don Arias y Estela, que empieza:

Tú me ofreces
Un argumento con que al orbe asombre.

»Muy de moda eran tambien los cuentos en boca de los criados, y no deja de ser discreto el que dice Meco para probar á su amo que la mujer cuanto mas hermosa está mas segura:

Un astuto mercader
Suele en su tienda poner
Mil telas buenas y malas, etc.

»La versificacion en general queda definida con decir que es de CALDERON; y tiene cierta donosidad la conclusion de la pieza con el diálogo entre los dos amantes, que expresan los mas dulces afectos de pundonor y de sensibilidad.»

—

Amor, honor y poder.

Está formada esta comedia, dice el señor Adolfo Federico de Schack, sobre una novela de Bandello, que es de origen histórico.

—

Apolo y Climene.

Repítense aquí las palabras de Don Alberto Lista, copiadas en el artículo *Afectos de odio y amor*.

«Veamos tambien la concision elegante con que sabe CALDERON ingerir las máximas, citando algunos ejemplos de ellas.»

(*Página* 161 *de este tomo*, *columna primera*.)

Al delincuente aseguran
Yerros de juez delincuente.

(*Página* 157 *de este tomo*, *columna segunda*.)

Que no es la primera vez
Que ha creido el vulgo necio
Trasgos, duendes y fantasmas;
Y apurado su embeleco,
El hurto de amor los finge,
Y los califica el miedo.

—

Argénis y Poliarco.

Sacada de la novela *Argénis*, que escribió en latin Juan de Barclayo, y fué traducida al castellano por Gabriel Correa y Don José Pellicer.

—

Armas (las) de la hermosura.

Don Alberto Lista: *De Calderon, considerado como poeta lírico. Revista de Madrid*, tomo III. Madrid, 1839:

«Nadie ignora que CALDERON tomó al pié de la letra el *quidlibet audendi* de Horacio, en materia de historia, de cronología y de geografía, y las desfiguró á su placer muchas veces, sin que se conozca ningun motivo plausible de su infidelidad; pero en la comedia de *Las armas de la hermosura*, en la cual abusó quizá mas que en otras, y en todos los sentidos posibles, de aquella libertad, hay un pasaje en que describe con arreglo á la tradicion co-

mun los primeros dias de Roma. El pasaje está en boca de una reina, enemiga de los romanos, y por tanto, su tono es apasionado y lírico.

¡Oh tú, de la fortuna
Transmutado teatro, cuya escena,
No sé si diga de piedades llena
O llena de crueldades
(Que tal vez son crueles las piedades),
En *yerto albergue* dió primera cuna
A aquellos que, arrojados
De *ignoradas entrañas*,
Hambrienta loba halló, que en sus montañas
Recien nacidos, ya que no abortados,
Eran *espúrios hijos* de los hados!
¡Oh tú, que en lo voraz de su fiereza,
Mudando especie la naturaleza,
Viste, en vez de ser ellos de su hambriento
Furor destrozo, en cándido alimento
Trocar la saña, haciendo que ellos fuesen
Los que della al reves se mantuviesen!
Si á sus pechos criados,
Si *á su calor dormidos*,
Si *de roncos anhélitos gorjeados*,
Crecieron, *arrullados á bramidos*,
¿Qué mucho que bandidos,
Sañudamente fieros,
Se juntaran con otros bandoleros,
Para vivir sin Dios, sin fe, sin culto,
Del homicidio, el robo y el insulto?
Desta, pues, compañía
Pómulo capitan, temiendo el dia
De tu mudanza, á fin de resguardarse,
Trató fortificarse,
Para cuyo seguro
El surco de un arado lineó muro...

«Nos hemos contentado con subrayar las expresiones mas felices y pintorescas de este trozo de poesía excelente, á pesar de las *piedades crueles*, cuyo principal defecto está en la repeticion de las palabras sin desenvolver la idea, y de algunos versos poco felices.»

—

A secreto agravio secreta venganza.

Dios veda vengarse: una obra en que se declara lícita la venganza, va derechamente contra la ley de Dios: esta comedia, pues, ofende á la moral, contradice á la doctrina cristiana. Fué, sin embargo, escrita, fué aprobada para representar, y aplaudida en un siglo mas religioso que el nuestro: ¿qué explicacion cabe á tan raro fenómeno? Una muy fácil: Calderon, que compuso el drama, el censor que le expidió la licencia, y los espectadores que vitorearon la obra, no eran solo católicos; eran tambien hombres de honor, hombres de mundo, hombres en fin, séres imperfectos, mezcla de espíritu y de tierra, dotados de razon, combatidos por pasiones. Para cristianos perfectos, que todo lo posponen al servicio de Dios, este drama es horrible; para cristianos pecadores, para caballeros que estiman su honor mas que la vida, el drama es altamente recomendable y simpático. De estos, y no de aquellos, se componia el auditorio de Calderon; para estos escribió, y ellos le comprendieron; para aquellos no hubiera escrito así: entre cristianos puros de culpa no era tolerable un Don Lope de Almeida que matara á su esposa por tener un amante; pero entre tales cristianos tampoco habria galanteos adulterinos: donde los hay, útil es que aparezca tambien quien los escarmiente: hé aquí el pensamiento de Calderon, su disculpa, su justificacion completa. El Salvador perdonó á la esposa delincuente porque ella se arrepintió; Leonor y Don Juan, ofensores de Dios y Don Lope, no trataban de arrepentirse: dióles muerte el celoso marido como caballero; probablemente se acusaria como cristiano: si Don Juan y Leonor hubieran procedido como cristianos ó como nobles, no hubieran agraviado á Don Lope. Por eso un público católico aprobó su condena: entre ellos y su matador, á ellos les faltaba disculpa; y él, humanamente hablando, la tuvo muy grande. Falsa y desagradecida Leonor, pérfido y temerario Don Juan; amante, confiado y generoso Don Lope, sentimos su afrenta y aprobamos el castigo. Por grande y cruel que este sea, comprendemos que fué necesario: sin él quedaria el vicio triunfante, y la virtud atropellada y envilecida: la osada pareja convirtió en fiero verdugo al galan amoroso. Así discurririan los contemporáneos de Calderon, en cuyo tiempo la pena de los adúlteros no era la de hoy; así discurririan, añadiendo quizá que las dos víctimas aun habian librado mejor que merecian, porque si perdieron la vida, quedó libre de mancha su reputacion: ahora no pudiera alegarse esta excusa; ahora Calderon no hubiera trazado así el drama: las opiniones han variado mucho. Respondiendo anticipadamente á los reparos de los siglos futuros, dijo ya en la tercera escena del primer acto, con lógica inflexible:

¡Injusto engaño
De la vida! O su pasion
No dé por infame al hombre
Que sufre su deshonor,
O le dé por disculpado
Si se venga; que es error
Dar á la afrenta castigo,
Y no al castigo perdon.

El matrimonio es indisoluble: si Leonor, amonestada, amenazada ya por Don Lope, le vende, ¿se hubiera corregido despues perdonándola? Antes la impunidad la hubiera animado á seguir en el vicio. Pero Lope hubiera podido encerrarla en un claustro. Entónces hubiera tenido que publicar su deshonra; y miéntras hubiera vivido Leonor, él habria sido esposo sin mujer, no habiéndose casado para eso. No siendo posible romper el vínculo, la muerte debia ser (á lo ménos tal se creia en el siglo xvii) el castigo de la que faltaba á la fe conyugal. Una opinion general, pues, que, justa ó injusta, dominaba irresistible los espíritus, embebió en rigores la pluma de Calderon y armó de crueldad el brazo de Don Lope de Almeida: sin aquella opinion este drama no existiria.

Don Lope de Almeida, caballero portugues principal, va á casarse, loco de amor, con Doña Leonor de Mendoza, doncella de lo mejor de Castilla, que habia tenido amores con un Don Luis de Benavides, el cual, militando en Flándes, fué dado por muerto, en cuya creencia prestó Leonor su consentimiento á la boda con el portugues. Vivia Don Luis; y cuando van á ratificarse los desposorios de Leonor y Don Lope, se presenta en Portugal á los novios, no á cara descubierta y reclamando los derechos de su amor con la espada en la mano, sino fingiéndose mercader, para hablar en secreto á la desposada. Ella le da á entender que sus relaciones se han acabado; y él se empeña en seguirlas á toda costa. Estas pocas escenas, precedidas de una muy breve en que Don Lope solicita del rey Don Sebastian licencia para ir á recibir á Leonor, y otra muy larga en que un Don Juan de Silva cuenta á Don Lope que viene fugitivo de Goa por haber dado muerte á un caballero que le desmintió, son las que componen el primer acto de este drama, sencillísimo en la accion, para dar cabal ensanche á las pasiones y afectos.

El casamiento se ha consumado. Leonor y Don Lope de Almeida viven en Lisboa, y Don Luis asiste de continuo en la calle donde tienen su casa: Leonor lo ha notado, su esposo tambien, y aun el mismo Don Juan, huésped de Lope. Determínase Leonor á enviar á Don Luis un recado, pidiéndole que se vuelva á Castilla: prudente resolucion, si otra posterior no la inutilizára, y aun la indiciase de sospechosa. Es el caso que el rey Don Sebastian está próximo á partir con un ejército al Africa; síguele su corte, y quiere ir con él tambien Don Lope de Almeida. Consulta con su esposa, y ella conviene en que parta: rasgo muy expresivo, porque todavía no sabe si Don Juan convendrá en salir de Lisboa. Quedarse sin esposo, habiéndose ya retirado el amante, pudiera pasar: quedar sin esposo, ignorando si permanecerá frente á ella el amante, no es mirar mucho por la seguridad de la fe conyugal: lo conveniente hubiera sido hacer que el marido se detuviese y el ga-

lan partiera. Así ve Don Juan la cuestion, y por eso dice á Lope con énfasis:

No os vais, amigo, y creedme,
Aunque un hombre os acobarde,
Y una mujer os aliente.

Aquí se despierta un vivo interes. A vista de pareceres tan encontrados como son el de la esposa y el del amigo; al recordar que un hombre le acecha dia y noche la casa, Don Lope no sabe qué pensar, teme equivocarse, quisiera dividirse en dos para conferenciar consigo, sin que otro supiera sus pesares y la vergüenza que tiene de sí: trabajo le cuesta acertar á decirse á sí propio que tiene celos; pero hecha esta confesion repugnante, forzoso es que discurra, diciendo:

¡Válgame Dios! ¿Quién es este
Caballero castellano
Que á mis puertas, á mis redes
Y á mis umbrales clavado,
Estatua viva parece?
En la calle, en la visita,
En la iglesia, atentamente
Es girasol de mi honor,
Bebiendo sus rayos siempre.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
Darme Leonor fácilmente
Licencia para ausentarme,
Y con un semblante alegre,
No solo darme licencia,
Sino decirme y hacerme
Discursos tales, que aun ellos
Me obligaran á que fuese,
Cuando yo no lo intentara?
Y ¿qué será, finalmente,
Decirme Don Juan de Silva
Que ni me vaya ni ausente?
¿En mas razon no estuviera
Que aquí mudados viniesen
De mi amigo y de mi esposa
Consejos y pareceres?
¿No fuera mejor si fuera
Que se mudaran las suertes,
Y que Don Juan me animase
Y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor.

Y natural es que resuelva

Proceder
Callado, cuerdo, prudente,
Hasta tocar la ocasion
De mi vida y de mi muerte.

Ajena Leonor del peligro en que la ponen los celos de Almeida, recibe una carta de Don Luis, y aun le recibe á él mismo, porque declara que si le oye una vez, se ausentará de Portugal. Es de noche; Don Luis, el huésped, tropieza con Don Juan cuando va á retirarse á oscuras; sacan las espadas y alborotan aquella mansion, hasta aquel dia tan quieta. Don Lope, que oye decir que ha entrado en ella un desconocido, mira por sí y dice que el desconocido era él: registra la casa, da con Don Luis, y le trae delante de Leonor. Ni le pregunta quién es, ni le dice que en él ha conocido al que ronda sus puertas: deja que se disculpe, admite sus excusas, fingidas por supuesto, y aun casi las cree: adviértele empero...

Que si llegara á creer...
¿Qué es á creer? Si llegara
A imaginar, á pensar
Que alguien pudo poner mancha
En mi honor...
No tuviera, vive Dios,
Vida que no le quitara,
Sangre que no le vertiera,
Alma que no le sacara.

Con esta advertencia, que es para la dama tambien, acompaña al galan á la calle, y concluye el acto segundo, quedando la suerte de Don Luis y Leonor enteramente fiada al arbitrio de ambos: será de ellos lo que ellos quisieren.

Acto tercero. ¿Cómo han aprovechado Leonor y Don Luis el tremendo aviso de Don Lope de Almeida? Escandalizado el pundonoroso Don Juan, nos lo dice al principio de la jornada:

¿Podré ver y murmurar
Que este castellano *adore*
A Leonor, que la *enamore*,
Y *le dé lugar Leonor*,
Y padeciendo su honor,
Yo lo sepa y él lo ignore?

Y no es solo Don Juan quien lo sabe: la noticia ha llegado hasta el Rey. Aquí ha de notarse que, si bien Calderon dió á su drama el título de *A secreto agravio secreta venganza*, título que es ya por sí solo un pensamiento dramático de primer órden, quiso, no obstante, que el agravio hecho á Don Lope tuviese cierto principio de publicidad, para que la muerte simultánea de los dos cómplices fuese interpretada en su verdadero y terrible sentido y produjera saludable escarmiento. Don Juan con una misteriosa consulta, el Rey con decir á Don Lope que hace falta en su casa, le ponen en el caso de entrar consigo en cuentas en un largo monólogo como el del acto segundo. Los soliloquios son precisos en un asunto que no permite diálogo: materias de tal especie no se hablan con nadie. ¡Cuánto no interesa Don Lope al decir estas sentidas y prudentes razones!

Toda mi vida, ¿no he sido
Con el humilde, cortés,
Con el caballero, amigo,
Con el pobre, liberal,
Con el soldado, bienquisto?
Casado, (¡ay de mí!) casado,
¿En qué he faltado? ¿En qué he sido
Culpado? ¿No hice eleccion
De noble sangre, de antiguo
Valor? Y ahora á mi esposa
¿No la quiero? No la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
Si en mis costumbres no ha habido
Acciones que te ocasionen
Con ignorancia ó con vicio,
¿Por qué me afrentas? Por qué?
¿En qué tribunal se ha visto
Condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
Informaciones sin cargo?
Y sin culpas ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
Cuanto pudo para honrado,
No sepa si está ofendido!
¡Que de ajena causa ahora
Venga el efecto á ser mio
Para el mal, no para el bien,
Pues nunca el mundo ha tenido
Por las virtudes de aquel,
A este en mas! ¿Pues por qué
(Otra vez) han de tener (digo
A este en ménos, por los vicios
De aquella que fácilmente
Rindió alcázar tan altivo
A las fáciles lisonjas
De su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
Que es tan frágil? ¿Y quién hizo
Experiencias en redoma, (drio?
No habiendo experiencia en vi-
Pero acortemos discursos;
Porque será un ofendido
Culpar *las costumbres necias*,
Proceder en infinito.
Yo no basto á reducirlas
(Con tal condicion nacimos),
Yo vivo para vengarlas;
No para enmendarlas vivo.

¡Mal haya el primero que hizo ley tan rigurosa! exclama Calderon en otra comedia, repitiendo de varios modos este pensamiento en muchos lances parecidos ó análogos al presente. Así se prueba que Calderon, adelantándose á su siglo, desaprobaba un rigor que *la necia costumbre* hacia necesario: aun diciendo por boca de Lope que no trataba de enmendarlas, iba hácia la enmienda, porque denunciaba el error.

Va pues á vengarse Don Lope. Tiempo era ya, pues Leonor habia escrito á Don Juan un papel citándole á su casa, *para que acabara de quejarse*. Ve Don Lope el papel: yo hubiera querido que lo leyera. Juntos el galan y el marido, este aun procede noble hasta cierto punto con su ofensor. Mirad, le dice, que vuestro enemigo

Pretende daros la muerte
Cuando estéis mas descuidado.

—Ya somos amigos, ya estoy seguro de él, responde el confiado galan. ¡Confianza funesta! Lope se entra con él en un barco, le vuelca, y en medio de las olas mata á Don Luis. Sale á nado, va á su casa, quita á su mujer la vida tambien, y pega fuego al edificio. Así hace creer que el trastorno casual del barco y la casualidad del incendio han dado la muerte á los dos amantes. El Rey y Don Juan, que sospechan la verdad, aprueban en silencio los dos homicidios alevosamente perpetrados. Ahora bien: Lope, que es valiente, ¿por qué es traidor? ¿Por qué al ver á Don Luis con la carta de Leonor, no se la arranca de las manos y emprende con él á estocadas, combatiendo noblemente de hombre á hombre? ¡Ah! Calderon queria dar una leccion provechosa, un escarmiento fuerte: queria castigar el crímen con sus propias armas. Traidora y cobardemente ofendia Don Luis á Don Lope: traidora y cobardemente le fué dado su merecido. No habia dicho Don Luis á Don Lope: «Yo amo á vuestra esposa y voy á deshonraros; ved cómo lo impedís:» no le dijo Don Lope: «Voy á echaros al mar, si entrais en el barco.» La muerte de Leonor, considerada la época, tambien era precisa: la opinion ofendida reclamaba sangre: *dura lex, sed lex*. Este drama, en fin, es una obra no para la imitacion, sino para el escarmiento; no es preceptiva, sino conminatoria; no es para mostrar lo que se debe hacer, sino para advertir lo que debe evitarse: no

para insultar á la moral evangélica predicando el asesinato, sino para recordar que el que siembra viento cogerá tempestades, el que ama el peligro, en él morirá. ¿No es mas delito hacer una ofensa que vengarla? dijo el poeta por boca de Absalon en un caso análogo.

Su accion, como ya se ha dicho, es sencilla: son pocos los lances; pero la pasion y la pintura del carácter principal llenan la obra de vivo interes. Pocas son tambien las personas que en la accion intervienen: rueda esta entre Don Lope, Doña Leonor, Don Luis y Don Juan; las otras figuras, aunque útiles á la accion, sirven solo en momentos dados. El personaje de Don Lope es uno de los caractéres que trazó CALDERON con mas grandeza y tino: dulce, expansivo, generoso, amantísimo desde la primera escena, tiernamente celoso despues, terrible en su venganza luego, nunca la dignidad del esposo, del hombre, se ha pintado mas alta: coloso imponente, achica todo lo que le rodea. Muy pequeños aparecen á su lado Leonor y Don Luis; pero así debe ser: realzándolos algo mas, ó serian mejores ó serian peores: en el primer caso interesarian con perjuicio de Lope; en el segundo repugnarian. El pundonoroso, el quisquilloso Don Juan, colocado con sumo acierto para justificar anticipadamente á Don Lope, es muy buen carácter. Este caballero tan cabal; cosa bien rara en el teatro de CALDERON! no tiene dama; no hay mas que una en la accion. El Rey habla poco; pero sus palabras son verdaderamente de rey. El gracioso y la graciosa carecen de importancia, y aquel todavía mas que esta.

Las bellezas principales de la obra quedan citadas ó indicadas ya: sus defectos son las impertinencias del gracioso, los sonetos de Don Lope y Doña Leonor en el primer acto, no porque sean sonetos, sino porque no es muy propio lo que en ellos se dice; tal cual resabio de afectacion, comun á todas las obras dramáticas del tiempo, y haber puesto sobrado disimulo, sobrados versos en boca de Don Lope despues de la doble catástrofe: defectos de no grave monta, á pesar de los cuales queda la obra por una de las mejores de CALDERON y aun por una de las mejores del teatro.

Á secreto agravio secreta venganza está traducida por Monsieur Damas-Hinard, en el tomo II ó segunda série de CALDERON, formando parte de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre du théatre espagnol.*

Astrólogo (el) fingido.

Con motivo de representarse la refundicion que de esta comedia hizo Don Dionisio Solis, escribió Don Alberto Lista, año de 1822, en el periódico titulado *El Censor* (tomo XVII, página 423), esta crítica:

«Don Diego, caballero, y amante despreciado de Doña María, en un momento de humor celoso le descubrió que sabia sus amores secretos con Don Juan; y no tuvo mas recurso para disculpar esta impertinencia, que fingirse astrólogo y decir que debia á sus conocimientos en esta admirable ciencia las noticias que habia adquirido por medio de una criada chismosa. Esto bastó para que se divulgase su sabiduría astrológica, la cual se confirmó en varios lances. Todo el artificio dramático de esta pieza consiste en proporcionar al *astrólogo fingido* medios naturales y sencillos de saber lo que venian á preguntarle sus preocupados admiradores; llegando lo *maravilloso* hasta el extremo de hacer que se apareciese á una dama su amante, que estaba militando en Flándes.

»Esta comedia es de las primeras que escribió CALDERON. Su estilo y versificacion se acercan mas á la fluidez sencilla de Lope que á la artificiosa urbanidad que caracterizó su diccion cuando llegó á perfeccionarla; pero en cuanto á la conducta y disposicion de la fábula, fué siempre muy superior á Lope, aun desde sus primeras composiciones. ¡Ojalá que hubiera dedicado sus superiores talentos á comedias de carácter como la presente, y que no se hubiese cebado tanto en los lances de amor y celos, y en la generosidad caballeresca, que aunque siempre agradan por la portentosa variedad de las situaciones que supo crear, sin embargo producen el defecto de la uniformidad en la parte mas esencial de la dramática, que son los caractéres!

»El enlace de *El astrólogo fingido* consiste en haber fiado Doña María su secreto, de Beatriz su criada. Esta á la verdad resuelve callarlo; y cuando Moron la insta á que le diga por qué su amo Don Diego es desdeñado de Doña María, Beatriz le responde:

...Por ser fuerza callo.
MORON.
Pues yo no he de procurallo;
Que tú por decirlo mueres,
Tan liberal, que aun no quieres
Que me cueste el preguntallo.
Mas di: ¿qué causa la obliga?
BEATRIZ.
Mi señor es el que viene.
Basta decir que la tiene,
Sin que la causa te diga.
MORON.
¿Luego en vano es que prosiga
Aqueste intento?
BEATRIZ.
Jamas
De mi boca lo sabrás.
MORON.
Pues de tí lo he de saber.
¿No sirves y eres mujer?
BEATRIZ.
Sí.
MORON.
Pues tú me lo dirás.

«En efecto, se lo dijo, y se lo dijo con tantas y tan bien explicadas circunstancias, que el curiosísimo Moron la interrumpe, diciéndola:

Espera;
Que no quiero saber mas.
De algun músico *civil*[1]
Tu relacion me parece,
Que le dan mil porque empiece,
Y porque acabe cien mil.

»El secreto que pasó de Beatriz á Moron, pasó de este á su amo, de este á Don Antonio su amigo, y de Don Antonio á Don Cárlos, amigo de Don Juan, á quien tenia encubierto en su casa; pero de mano en mano se iba exagerando y aumentando el número de años del amorío entre Doña María y Don Juan: es decir, la circunstancia mas agravante y que mas podia comprometer la reputacion de aquella dama. Los rasgos que hemos citado prueban que CALDERON conocia muy bien el cómico profundo de lo moral, y que lo hubiera cultivado con mucha felicidad, si hubiera dado la ley al gusto de su siglo, en lugar de recibirla de su auditorio.

»Los siguientes versos prueban que en la época en que escribió esta pieza, conocia y gustaba de la verosimilitud dramática, y que no ignoraba cuál es la esencia del poema cómico. Beatriz, habiendo oido el secreto de su ama, le dice:

En tu amor y en tu eleccion
Dos novedades me ofreces,
¡Querer el de ménos fama,
Hacienda y nobleza! Dama
De comedias me pareces;
Que toda mi vida vi
En ellas aborrecido
Al rico, y favorecido
Al pobre; *donde* advertí
Su notable impropiedad:
Pues si las comedias son
Una viva imitacion
Que retrata la verdad
De lo mismo que sucede,
A un pobre verle estimar
¿Cómo se puede imitar,
Si ya suceder no puede?

»Don Antonio describe en los versos siguientes el modo con que se extendió por Madrid la fama de la sabiduría astrológica de Don Diego:

Astrólogo excelente
Sois, divulgado ya de gente en gente.
Sea justo ó injusto,
Por Dios, Don Diego, que el mentir es gusto.
Al punto que de vos me aparté, luego
Fuí á la casa de juego:
Díjelo á dos mirones,
Que es lo mismo llamaros á pregones.
Salí de allí, y entréme en los corrales
De las comedias, donde
La mas oculta cosa no se esconde.
Pasé adelante á aquellas cuatro esquinas
De la calle del Lobo y la del Prado,
A quien por nombre ha dado
Una discreta dama, *mentidero*
De varones ilustres. Lo primero
Fué hablar de vos: ya habia
Allí quien por astrólogo os tenia;
Y como si no fuera
Yo quien mejor que todos lo *supiera*,
(¡A quién esto no admira?)
Por verdad me contaron mi mentira.
Tanto una novedad Madrid esfuerza,
Que la mentira la creí por fuerza.

»En la tercer jornada hay una imitacion muy bien hecha del *Avaro* de Plauto. Leonardo, padre de Doña María, reclama de Don Juan una joya que cree que ha robado; y el amante juzga que

[1] Esta palabra significaba en aquella época, *vulgar, bajo, despreciable*. La historia del lenguaje de un pueblo, si se sabe bien, es la de su espíritu y legislacion.

Leonardo ha descubierto sus amoríos, y en esta inteligencia ofrece casarse con su hija, á lo que dice Leonardo:

Porque él ladron no sea,
Quiere que yo le case con mi hija.

»En los versos que hemos citado se habrá echado ménos el principal mérito de la elocucion de Calderon, que es el artificio de sus períodos: lo que prueba, como ya hemos dicho, que aun no se habia perfeccionado su estilo cuando la escribió. Es verdad que tampoco se habia pervertido su gusto; y así no es de extrañar que esta pieza tenga muy pocos versos en el género lírico. Apénas hay mas que los siguientes:

¡Que tan veloz, Beatriz, sea
El tiempo! No me parece
Que há un hora que anocheció,
Y presumo que envidioso
De mi gloria el sol hermoso
Mas temprano descubrió
Entre nubes de oro y grana
Los reflejos con que dora
Sus lágrimas el aurora.
BEATRIZ.
¿Requiebros á la mañana?

»En la refundicion ha desaparecido una escena, en que un escudero crédulo monta en un banco para hacer un viaje á su tierra. No está mal imitada una parte de la aventura del caballo *Clavileño*.»

Douville hizo en el año 1646 una imitacion del *Astrólogo fingido* con el título de *Jodelet astrologue;* dos años despues hizo otra Tomás Corneille; con el título original *Le feint astrologue:* Dryden imitó la imitacion de Tomás Corneille.

Hay tambien una imitacion italiana, obra de Rafael Tauro, con el título de *La falsa astrologia.*

—

Aurora (la) en Copacavana.

Don Alberto Lista: *De Calderon, considerado como poeta lírico. Revista de Madrid,* tomo III, Madrid, 1839.

»La poesía de sus descripciones puede verse en la siguiente, del proyecto de los indios para incendiar una ciudad conquistada por los españoles.

Los mas principales cabos
Desa española canalla
Con los mas soldados suyos
Se alojan en ese alcázar
De los Ingas: este tiene
Al reparo de las aguas
Que suelen de la ciudad
Inundar calles y plazas,
Entre otras muchas surtidas,
Una mina que desagua
Cerca de aquí, cuya boca
Es preciso que, ignorada
De hombres tan recien venidos,
Esté á estas horas sin guardas;
Y si por ella, eligiendo
El cabo de mayor fama,
Hicieses que con la gente
Tambien de mas importancia,
La mina entrase llevando
Seca fajina á la espalda
Y oculto fuego, no dudes
Que si por el pié la llama
Prende una vez, vuele todo,
Pues su arquitectura rara
Toda es preciosas maderas;
Y mas si á este tiempo mandas
Que se inficionen las flechas,
En vez de nocivas plantas,
De embreadas cuerdas que,
Entre piedra y pluma, al asta
Pendientes, el aire corten,
Y medida la distancia
Por elevacion, hicieses
Darlas fuego al dispararlas;
Siendo como son los techos
Solamente de enea y paja,
Será fuerza que volando
En cada saeta una ascua,
Sean tambien rayos nuevos
A donde quiera que caigan.»

»Todo en este trozo, sin dejar de tener la correspondiente poesía es notable por su sencillez y la verdad de la descripcion: no se notan en él ni antítesis marcadas, ni otro ninguno de los adornos con que en aquella época se solian afear los mejores pensamientos, á fuerza de engalanarlos.

—

Banda (la) y la flor.

Fué imitada por Lambert, en 1658, con el título de *Les Sœurs jalouses, ou L'écharpe et le bracelet.* Tambien la ha traducido, y muy bien, Guillelmo Schlegel.

—

Casa con dos puertas mala es de guardar.

Del tomo III de la coleccion titulada *Comedias escogidas de Don Pedro Calderon de la Barca* (Madrid, 1831), copio los siguientes párrafos de un breve juicio que al fin de la comedia *Casa con dos puertas,* puso Don Pedro de Gorostiza, segun entiendo:

«Esta comedia es, en el concepto de todos los literatos, la mejor que compuso Calderon en este género; y efectivamente tiene un mérito singular, ya sea por el plan, por la invencion, por la distribucion de los lances, ó por el estilo y versificacion.»

Recorre el crítico el argumento, y añade luego:

«Por esta breve exposicion se conocerá fácilmente la meditacion y el acierto con que el poeta formó el plan de la pieza, el órden admirable de los sucesos, su verosimilitud y la claridad con que están presentados, y últimamente los progresos de la fábula, que camina sin interrupcion á su fin. Para que nada faltase á la perfeccion de esta comedia, el lenguaje y estilo que empleó en ella Calderon, están exentos de los lunares que se hallan frecuentemente en otras piezas suyas. La versificacion es muy escogida; á veces sencilla y fácil, y siempre propia de los personajes que hablan. Las décimas de la primera escena encantan por su ingenuidad urbana, y por los trozos admirables que se encuentran de lozanía y belleza de ejecucion.»

Lista: *Calderon, considerado como lírico.*

«Para que se conozca el lenguaje caballeroso, sin dejar de ser poético, de los amantes de Calderon, citarémos los versos de un galan que enamora á una tapada segun la costumbre del siglo.

Seis auroras esta aurora
Hace que en este camino
Ciego el amor os previno
Para ser mi salteadora:
Tantas há que á aquella hora
Os hallo á la luz primera,
Oculto sol de su esfera,
De su campo *rebozada*
Ninfa, deidad *ignorada*
De su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
Que á hablaros llegara yo;
Que no me atreviera, no,
Tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Aspid ya de sus verdores,
No deidad de sus primores,
Desde entónces fuisteis; pues
Aspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.

Historia filosófica y literaria del teatro frances, desde su origen hasta nuestros dias, por Monsieur Hipólito Lucas, Paris, 1843.

«Vióse entónces aparecer una rara figura en el mundo, la de Bois-Robert, que debió su importancia á su posicion mas que á su talento. El cardenal de Richelieu ambicionaba el título de protector de las letras, y aun el de poeta... Bois-Robert, dotado de todas las cualidades necesarias para medrar, vino á hacerse en alguna manera el primer lacayo de Richelieu... Las piezas de Bois-Robet carecen totalmente de mérito: su *Desconocida* es una mala imitacion de la *Casa con dos puertas* de Calderon.

La *Desconocida* (*L'Inconnue ou l'esprit follet*) de Bois-Robert, fué representada en 1646.

Tesoro del teatro español desde su origen hasta nuestros dias, por Don Eugenio de Ochoa, tomo III.

«*Casa con dos puertas mala es de guardar.* En esta comedia se ve, en nuestra opinion, la pintura mas exacta que nos han dejado los escritores del gran siglo de Felipe IV de las costumbres de aquella época...

»Mas no fué esto lo único que se propuso, ni lo único que consiguió. Se propuso tributar un holocausto á la religion del siglo, al honor...

»Tambien en sus comedias de capa y espada, que muchos críticos han afectado mirar como unos meros juguetes de una imaginacion vagamunda, tiene Calderon un pensamiento social, grande, dirigido á influir directamente en el alma, no á recrear solo la curiosidad y á cautivar la imaginacion. Un genio tan vasto como el de nuestro gran poeta, no podia satisfacerse con un resultado tan mezquino.»

La pieza francesa de los señores Duvert y Lauzanne titulada *Renaudin de Caen,* traducida en castellano con el título de *El ramillete y la carta,* es una imitacion de *Casa con dos puertas,* hecha, segun he entendido, de segunda mano, habiendo los autores aprovechado una novelita formada sobre la comedia. — Monsieur Hinard la tradujo tambien.

—

Castillo (el) de Lindabridis.

Argumento sacado del libro de caballerías titulado *El caballero del Febo.*

—

Cisma (la) de Ingalaterra.

Monsieur Damas-Hinard tradujo esta tragedia en el tercer tomo ó tercera serie de las obras de Calderon (*Chefs-d'œuvre du théatre espagnol*), impreso en Paris, en 1843. Precede á la traduccion una *noticia*, de que copiamos los trozos siguientes:

«Si el poeta no se ha atenido escrupulosamente á reproducir

las realidades de la historia, ha expresado, en nuestro entender su carácter y espíritu con mucha fuerza y profundidad. En el continente, la reforma, que salió de las jerarquías inferiores de la sociedad, fué una protesta contra los abusos de Roma, denunciados ya en los siglos anteriores por los primeros escritores de Italia; en Inglaterra ofrece la particularidad de ser obra del monarca y de los grandes poderes del Estado, teniendo por punto de partida un rey vicioso. Paréceme que esto lo ha comprendido admirablemente el poeta español, y que nos lo presenta con colores vivísimos.

»Aunque en general el talento característico no sea la cualidad dominante de los dramaturgos españoles, varios caractéres nos parecen trazados de un modo que merece la atencion del lector. El Enrique VIII de CALDERON es ciertamente el Barba-azul coronado, el teólogo voluptuoso que repudiaba ó mandaba decapitar á sus mujeres, para poderse casar con seguridad de conciencia. Su Volseo es ciertamente el ministro ambicioso, codicioso y avaro, insolente en la prosperidad, y sin ánimo en el disfavor. En Catalina se hermanan felizmente la resignacion de la mujer virtuosa y la altivez de una española. Algunas palabras proferidas por María dejan entrever la princesa que ha de esforzarse á producir con medios violentos una reaccion católica. Pero, á nuestro parecer, el personaje en cuya pintura ha empleado CALDERON mas genio, es el de Ana-Bolena. La mayor parte de los historiadores, conmovidos sin duda por la suerte de esta mujer, que pereció desastradamente en la flor de la edad y hermosura, muestran por ella gran simpatía, y nos la representan como una mártir. Para el poeta español, Ana es una mujer impía, cuyo aciago fin fué harto merecido: él nos la muestra sécuaz secreta de los errores de Lutero, vana, altanera, corrompida ántes de casarse, y dispuesta, despues de casada, á formar de nuevo con su primer galan tratos adulterinos, como si, envileciéndola así, hubiese creido envilecer al mismo tiempo el cisma, á cuyo nacimiento contribuyera. Cruel y quizá injusto es esto; pero en el punto de vista español y católico, el pensamiento nos parece superior á todo elogio.

»..... En la última escena... se ve el cadáver de Ana puesto por almohadon al pié del trono que ocupan el rey Enrique VIII y María....... ¿Habria querido el poeta dar así el postrer castigo á aquella mujer, causa primera del cisma, exponiéndola á la vista como objeto de horror, é indicar con un símbolo que en subiendo María al trono habia (digámoslo así) de pisotear y estrujar á la herejía? Al juicio del lector sometemos la idea.»

—

Con quien vengo vengo.

Fué imitada en italiano con el mismo título, *Con chi vengo vengo*, por Ángela d'Orsi, y despues por Miguel de la Marra. (Schack.)

—

¿Cuál es mayor perfeccion?

Juicio de Don Manuel Bernardino García Suelto, que se halla en el tomo II de las *Comedias escogidas de Don Pedro Calderon de la Barca.*—Madrid, imprenta de Ortega, 1828. En 8.°

«Para probar el autor que la discrecion es mas poderosa que la hermosura, imaginó dos caractéres opuestos: el de Beatriz, fea, discreta y entendida; y el de Ángela, hermosa, pero necia: formó la intriga presentando á Don Félix y á Don Luis enamorados de esta, y á Doña Beatriz del primero, y distribuyó las situaciones de modo que Doña Ángela quedase desairada de los dos sugetos que la pretendian, su prima alcanzase la mano de su amante, y Don Luis cumpliese á Doña Leonor la palabra de esposo que le habia dado ántes de conocer á Doña Ángela. Este asunto es interesante, y está desempeñado con la ingeniosidad propia del poeta. La accion, sin embargo, es ménos ingeniosa, y no tiene tantos incidentes como otras comedias suyas: los amores de Don Luis y Doña Leonor están bien enlazados con el asunto principal, y contribuyen al desenlace. Tiene lances y situaciones muy oportunos y verosímiles: véanse particularmente las últimas escenas del primer acto, la V y siguientes del segundo, y la VII y VIII del tercero. No se reparten con profusion en esta comedia, como en otras de CALDERON, las estocadas, ni se repiten en cada acto los desafíos: el de los dos amigos, Don Félix y Don Luis, no se verifica por las acertadas y cuerdas reflexiones de Don Antonio. La escena en que los reconcilia es una de las mejores de esta pieza, está bien imaginada, y perfectamente desenvuelta y dialogada.

»Desde la primera escena conoce el espectador los dos caractéres principales, pintados en pocos versos, con admirable exactitud, por Doña Leonor. De Doña Beatriz dice:

En mi vida
Vi mujer mas entendida
Que lo es la Beatriz: testigo
Sea con aplauso justo,
En las burlas, el buen gusto;
En las véras, la cordura;
En lo que cuenta, el donaire;
En lo que dice, el cariño;
En lo que viste, el aliño,
Y en todo en fin el buen aire,
Tanto, para que concluya
Los méritos de Beatriz,
Que me tengo por feliz
Solo en ser amiga suya.

La descripcion del carácter de Doña Ángela, ademas de ser muy propio, tiene una gracia tan fina é ingeniosa en la expresion, que encanta.

La hermosura para mí
No es alhaja, mayormente
Hermosura solamente,
Tan á solas, que no vi
Sentidos que mas en calma
Digan: «Hermosa me soy,
Y no mas.» Mil veces voy
A ver dónde tiene el alma,
Creyendo que es escultura,
Y solamente la encuentro
Una fantasma que dentro
Anda de aquella hermosura, etc.

»Don Antonio es un personaje agradable y gracioso: no está enamorado, ni lo ha estado nunca, y se burla de las exageraciones de los amantes. DON PEDRO CALDERON, que agotó su ingenio en la expresion alambicada de estos caractéres en muchas comedias suyas, parece que quiso criticar este defecto por boca de Don Antonio. Así dice en la escena VI del primer acto;

De esos hipérboles, llenos
De crepúsculos y albores,
El mundo cansado está:
¿No los dejarémos ya
Siquiera por hoy? Señores,
¡Que nunca me pase á mí
Esto de una mujer ver,
Que sea mas que una mujer!
En cierta ocasion me vi
En casa de una señora,
De quien decian que era
El alba su pordiosera
Y su mendiga la aurora:
A obscuras quedé algun rato,
Y su luz no me alumbró,
Hasta que en la cuadra entró
Un candil de garabato.
Mirad ¡qué sol tan civil
El que arrastrando despojos,
No puede hacer que sus ojos
Alumbren lo que un candil!

»Y mas adelante, hablando de Doña Ángela:

La cándida beldad leve,
Que sierpecilla de nieve,
Tigrecito de cristal,
Como á negros nos trató
El dia del Angel.

»El poeta, sin embargo de haber pintado á Don Antonio con un carácter independiente y libre del amor, le casa con Doña Ángela, á quien no tiene la menor inclinacion. Es verdad que Don Alonso, defendiendo el pundonor caballeresco y escrupuloso de aquel tiempo, no podia permitir que su hija quedase sin marido, y debia serlo el único hombre que se hallaba soltero entre los tres que habia sorprendido en su casa. Don Antonio, en quien parecia natural la resistencia, se conforma sin ninguna dificultad, y esto es, á nuestro parecer, un poco violento, á pesar de la reflexion que le hace Don Félix, mayormente cuando el espectador ignora hasta aquel momento su pobreza. El poeta pudo haberla indicado ántes en el curso de la accion, y haber presentado á este personaje con alguna inclinacion al interés, por su necesidad, al mismo tiempo que indiferente á la hermosura, por su carácter. Creemos que el desenlace hubiera sido entónces mas verosímil y natural. La versificacion es fácil y armoniosa, y el estilo ménos artificioso que en la comedia anterior: quizá sería la presente una de las que compuso en su juventud.»

—

Dama (la) duende.

Juicio de Don Alberto Lista, publicado en el tomo VII del *Censor.*— Madrid, por Don Leon Amarita, 1821.

«Esta comedia prueba lo que ya hemos dicho de CALDERON, á saber, que fué el primer autor de nuestros dramáticos antiguos que enseñó á sacar todo el partido posible de la fábula, y á subordinar con verosimilitud los incidentes y escenas al enlace de la pieza. Una alacena, que ocupada por vidrios corta la comunicacion entre dos habitaciones, es la que forma toda la intriga de esta comedia; y de este primer supuesto ha sabido el autor deducir toda la série de acontecimientos, ya cómicos, ya extraordinarios, que componen la fábula hasta el fin.

»El enlace está en la escena en que Doña Ángela y su criada pasan al cuarto de su huésped Don Manuel por el paso secreto de la alacena: la intriga se continúa en el acto segundo, por las dos escenas en que Don Manuel, creyendo haber á sus manos la Dama Duende, que le escribe cartas tan bien sentidas y le envía tantos regalos, se halla sin nadie en el cuarto, sin ver por dónde ha desaparecido. El desenlace está en la escena del tercer acto, en que Don Luis, yendo á perturbar los amores de su hermano Don Juan y de Doña Beatriz, halla el paso escondido al cuarto de Don Manuel.

»La fábula está bien conducida, á pesar de ser tantos y tan variados los incidentes. Mas el autor no debiera haber admitido á los hermanos de Doña Ángela á la escena, en que Cosme, criado de Don Manuel, se queja de la trasformacion de sus sisas en carbones; porque Don Juan y Don Luis no ignoraban la situacion de la alacena y su movilidad, pues Rodrigo, criado de Don Luis, dice á este en el primer acto:

...Para su cuarto [1] ha dado
Por otra calle la puerta;
Y la que salia á la casa,
Por desmentir la sospecha
De que el cuidado la habia
Cerrado, ó porque pudiera
Con facilidad abrirse
Otra vez, fabricó en ella
Una alacena de vidrios.

»De modo que los hermanos no ignoraban cuán fácil de vencer era la incomunicacion de los dos cuartos, y por tanto las quejas de Cosme debieron excitar en ellos algunas sospechas. Es verdad que el autor se ha preparado para evitarlas, con la promesa que Cosme habia hecho á los amigos de su señor, de *inventar alguna burla;* pero esto no bastaba á personas tan cosquillosas en materias de honor. La presencia de Don Juan y Don Luis de nada sirve para la fábula: la accion continúa, sin que ellos sepan nada de la correspondencia entre la Dama Duende y Don Manuel, el cual, á pesar de su curiosidad, observa como buen caballero el silencio mas religioso, y se lo encarga estrechamente á su criado.

»Tambien es pobre y mezquina la invencion por la cual sabe Don Luis en el segundo acto la intriga que tienen preparada Doña Ángela y Doña Beatriz, aunque se equivoca en su objeto; pues cree que se dirigia á favorecer los amores de Beatriz y de su hermano Don Juan. El recurso de aparecer sin motivo al paño, para saber lo que se habla en la escena, á pesar de ser tan comun en nuestros cómicos antiguos, pocas veces produce buen efecto. Segun nuestras costumbres y la moral de nuestro siglo, ese recurso tiene un defecto mas, porque el acecho es una vileza, de la misma especie que la interceptacion de cartas. Parece que en el siglo XVI y XVII no habia tanta delicadeza como en nuestros dias, para abstenerse de averiguar los secretos ajenos. ¿Procederia esto del principio anti-moral, establecido desde el nacimiento de la Inquisicion, por el cual se consagraba como un deber la pesquisa y la delacion de los pensamientos y palabras de los otros? Nos inclinamos á creer que sí; y aunque en muchas comedias de CALDERON se pinta como una cosa muy mal hecha leer cartas dirigidas á otras persona, en casi todas hay lance de acecho, siendo los pesquisidores, no solo los criados, sino muy frecuentemente los amos y personas principales. Esto prueba que aquella especie de curiosidad no era censurada en su siglo; porque ningun autor cómico atribuye á los personajes interesantes acciones bajas é indecentes.

»La carta que Don Manuel escribe en castellano antiguo á su desconocida favorecedora, imitando el estilo de los caballeros andantes y haciendo donaire del susto, es una hermosa imitacion de la de Don Quijote á su Dulcinea.

»Como nuestros antiguos poetas cómicos acostumbraban usar de toda su erudicion en sus comedias, hallamos al principio de esta dos alusiones á dos piezas de aquella época, una intitulada *Píramo y Tisbe*, y otra del doctor Mira de Mescua, sobre la fábula de Leandro y Hero:

Como esas cosas se aciertan,
O se yerran por un hora.
Por una hora que fuera
Antes Píramo á la fuente,
No hallara á su Tisbe muerta,
Y las moras no mancharan;
Porque dicen los poetas
Que con arrope de moras
Se escribió aquella tragedia.
Por un hora que pensara
Si era bien hecho ó no era
Echarse Hero de la torre,
No se echara, es cosa cierta [2]:
Con que se hubiera excusado
El doctor Mira de Méscua
De haber dado á los teatros
Tan bien escrita comedia,
Y haberla representado
Amarilis [3] tan de véras,
Que *volatin del carnal*,
Si otros son de la cuaresma [4],
Sacó mas de alguna vez.
Las manos en la cabeza.

»Por mas que CALDERON alabe de bien escrita la comedia de Mira de Méscua, la expresion *volatin del carnal* es satírica, y censura la impropriedad de presentar á los ojos de los espectadores la caida de Hero. No conocemos la tragedia de *Píramo y Tisbe*, ni la comedia de Leandro y Hero; mas no se puede dudar que esta última se representó muchas veces en los teatros, y que algunas se lastimó al caer la actriz que representaba á Hero.

1 El de Don Manuel.

2 Este rasgo cómico es propísimo del estilo de CALDERON.

3 Este es el nombre poético de la principal actriz de aquel tiempo.

4 Alude á la costumbre de ocupar el teatro con volatineros en el tiempo de cuaresma en que no habia representaciones.

» La comedia de *La dama duende*, que se representa siempre con aplauso en nuestros teatros, fué compuesta por CALDERON en su edad juvenil. Muévenos á creer esto la versificacion, que en lo general es floja, el diálogo ménos noble y urbano que en otras piezas, y el estilo, que se acerca mas á la sencillez de Lope y á la osadía de Tirso de Molina; aunque siempre se deja conocer en él el carácter caballeresco que imprimió CALDERON á la comedia española.

»En la tercera jornada cuenta el gracioso Cosme un cuento, que se omite en la representacion muy justamente, porque es una mezcla de horror, de ridiculez y de indecencia, que parece muy extraña en la pluma de CALDERON.»

Douville imitó en 1641 *La dama duende* con el título de *L'esprit follet*. En 1684 la imitó Hauteroche con el de *La dame invisible ou l'esprit follet*. Está traducida por Mr. Damas-Hinard en el tomo III de las obras de CALDERON. (*Chefs-d'œuvre du théâtre espagnol.*)

—

Darlo todo y no dar nada.

Don Alberto Lista, en su artículo *De Calderon como poeta lírico*, dice:

«Hállanse en CALDERON máximas políticas y filosóficas expresadas con suma felicidad..... En la comedia *Darlo todo y no dar nada*, Diógenes, amenazado por Alejandro el Grande, le dice:

Esclavo de tus pasiones,
La destemplanza te agrava,
La lascivia te posee
Y la ira te arrebata...
Y siendo así que esa ira,
Ambicion y destemplanza,
Lascivia y envidia, yo
Esclavas traigo á mis plantas,
¿Cuál será mas poderoso?
¿Yo que mando á quien te manda,
O tú que sirves á quien
Me sirve á mí? Con tan clara
Consecuencia, logra ahora
Mi muerte; pero al lograrla,
¡Mira quién eres, pues eres
Esclavo de mis esclavas!

»En la misma comedia dice Diógenes en desprecio de la fama póstuma:

¿Qué me importa
Que fama ó no fama tenga,
Si un aliento de la vida
Hoy *calladamente suena*
Mas, que despues todo el ruido
De sus trompas y sus lenguas?

—

Dar tiempo al tiempo.

Juicio de Don Manuel Bernardino García Suelto, impreso en el tomo II de las *Comedias escogidas de Calderon.*— Madrid, 1828.

«Una de las prendas mas admirables en DON PEDRO CALDERON, es la distribucion y conducta de sus fábulas. A pesar de la complicacion que resulta de los incidentes que acumula en ellas, están colocados con tal subordinacion, que no ofuscan la accion principal. No solo acredita en esta parte la fecundidad de su ingenio, sino tambien el arte y esmero con que trabajaba los planes de sus piezas. Esta es una de las muchas que confirman esta opinion. La mudanza de casa que hizo Doña Leonor en ausencia de Don Juan, es el origen de la intriga, y produce una multitud de lances interesantes y verosímiles. Don Juan va á la casa en que vivia Doña Leonor, y habita despues Doña Beatriz: de aquí resulta su fuga, los celos de Don Juan, la sorpresa de este, cuando le halla Don Luis hablando con su hija, el engaño de fingir que es el amante de Doña Beatriz, y los lances sucesivos, que son el resultado natural de los primeros. Esta complicacion la explica bien Juana al fin del acto segundo:

JUANA.
¡Brava trama se va urdiendo!
Allí está en gran puridad
Con Beatriz hablando el viejo;
Don Juan escondido aquí;
A nuestra puerta Don Diego;
Leonor en obligacion
De decir segundo enredo;
Chacon celoso, culpada
Yo... ¿Ven ucedes todo esto?
Pues en qué pára verán,
Solo con dar tiempo al tiempo.

»En el tercer acto se aumentan los obstáculos sucesivamente, de tal manera y con tal arte, que no dejan distraer al espectador hasta que llega al desenlace. Hay escenas sumamente interesantes: pueden citarse, entre otras, la X, XI y XII del segundo acto, y casi todas las del tercero. Los caractéres principales son nobles y están bien desenvueltos. Todos ellos cautivan la atencion; pero están presentados de modo que, á pesar de la situacion de Doña Beatriz y Don Pedro, siempre sobresalen Don Juan y Leonor, que son los principales. Si otro poeta ménos ingenioso que CALDERON hubiera escrito esta comedia, sin duda hubiera tenido dos acciones.

»Algunas de las escenas entre los criados están puestas únicamente por obedecer la ley inviolable que habian establecido nues-

tros antiguos poetas, de presentar al pueblo en todas la comedias uno ó mas personajes que le excitasen la risa, aunque se destruyese el interes de la situacion mas patética.

»El estilo de esta comedia es el propio de CALDERON, y no tiene resabio alguno del mal gusto que se advierte en otras, exceptuando sin embargo el principio de la escena primera del segundo acto, en que Don Pedro y Don Diego hablan á coro, y sin verse ni oirse expresan ambos los mismos pensamientos; pero variando ingeniosamente la expresion:

DON DIEGO.

¡Habrá hombre mas infeliz!

DON PEDRO.

¡Habrá hombre mas desdichado!

DON DIEGO.

¡Que no haya una ingrata hallado!

DON PEDRO.

¡Que no haya hallado á Beatriz! etc.

»Esto es inverosímil y de mal gusto.»

—

Devocion (la) de la Cruz.

En la *Parte veinte y ocho de comedias de varios autores* (Huesca, 1634), donde se halla esta con el título de *La cruz en la sepultura*, y como obra de Lope de Vega, se notan muchas variantes, de mas ó ménos monta, y una escena que falta en el tomo primero de CALDERON. Es la siguiente, y corresponde á la III del tercer acto.

Salen RICARDO, Y JULIA, *de hombre;* UN PINTOR, UN POETA Y UN ASTRÓLOGO.

RICARDO.

En lo bajo del camino
Que esta montaña atraviesa,
Ahora hicimos esta presa,
Que, segun es, imagino
Que te dé gusto.

EUSEBIO.

Está bien:
Despues della tratarémos.
Sale agora que tenemos
Un nuevo soldado.

RICARDO.

¿Quién?

GIL.

¿No me ven?

EUSEBIO.

Este villano,
Aunque parece inocente,
Conoce notablemente
Desta tierra monte y llano.
En él será nuestra guia.
Fuera desto, al campo irá
De mi enemigo, y será
En él mi perdida espía.
Vestido le podeis dar,
Y armas tambien.

RICARDO.

Ya está aquí.

GIL.

Tengan lástima de mí,
Que me quedo á bandolear.

EUSEBIO.

¿Quién eres tú?

PINTOR.

Yo, señor,
Soy de nacion jinoves:
A Florencia paso, y es
Mi ejercicio el de pintor.
Llevo á Celio Batistela,
Un florentin poderoso,
Aqueste retrato hermoso,
Que es de Madama Florela;
Que él me mandó que lo hiciese.

EUSEBIO.

Muestra, á ver. ¡Hermosa dama!
¿Cómo dice aquí? *Madama Florela.*

GIL.

Oye: el cuento es ese
De un pintor que hizo un retrato
De un gato; y porque supiese
De quién era quien le viese,
Puso abajo: «Aqueste es gato.»

PINTOR.

No es defeto en la pintura
Traer escrito su nombre;
Que nadie habrá á quien no asombre
Esta imitada figura.
Y yo soy el que pintar
Enseñó los naturales
Arboles y frutas, tales
Que se pueden admirar
Los hombres; pues cuando imito
La variedad, y la veo,
Queda sin hambre el deseo,
Sin deseo el apetito.

EUSEBIO.

Si en ti perfecion tan bella
Ha alcanzado la pintura,
Gran género de locura
Es no aprovecharte della.
Atalde aquí; y si mirare
La variedad de las flores,
Dadle paleta y colores:
Coma de lo que pintare.

RICARDO.

Vamos.

GIL.

Llevad de camino
Aquesta epigrama brava,
Que. . . . . .
Hizo un ingenio divino.
«Galanes, damas hermosas,
Baratas sueles vender,
Saliendo de tu poder
Estas y otras muchas cosas.
Fabio, con mano no escasa
Pon tu mujer en la tienda,
Que aunque mil voces se venda,
Siempre se te queda en casa.»

EUSEBIO.

Tú ¿quién eres?

ASTRÓLOGO.

Señor, soy
Astrólogo.

EUSEBIO.

Buen oficio.

ASTRÓLOGO.

Aunque se tiene por vicio;
Pero ahora á Francia voy
A enseñar astrología.

EUSEBIO.

¿Y tú la sabes?

ASTRÓLOGO.

Yo he sido
Quien los pasos ha medido
Al sol que ilumina el dia.

EUSEBIO.

Si pudo tu ciencia ver
Tanto, ¿por qué no previno
Lo que en aqueste camino
Te habia de suceder?

ASTRÓLOGO.

Ya tenia yo mirado
Que en el camino que sigo
Habia de topar contigo.

EUSEBIO.

Pues dime qué has alcanzado
De lo que he de hacer aquí.

ASTRÓLOGO.

Ya he visto en efetos llanos
Que he de morir á tus manos.

EUSEBIO.

Vete libre, porque así
Conozcas de tu ignorancia
El error; que desde el suelo
No se ha de medir el cielo,
Que es infinita distancia.

GIL.

Escúcheme. A un licenciado
En estrellas, mató un dia
Una bestia: así decia
Adonde estaba enterrado:
»Yace un astrólogo, cuya
Ciencia á todos anunciaba
La suerte, y nunca acertaba
A pronosticar la suya.
Un cadáver vió en cenizas
Su cadáver; que desvelo
Tal entender pudo el cielo,
Mas no á las caballerizas.»

EUSEBIO.

¿Y tú?

POETA.

Español; mi ejercicio
Hacer versos: soy poeta
En efeto; que esta seta
Algunos la han hecho oficio.

EUSEBIO.

Muchos he oido decir
Que ocupan aquesa parte.

GIL.

Como se escriben sin arte,
Son fáciles de escribir.

POETA.

¿Qué mas arte han de tener,
Señor, que haber de agradar
Entero á todo un lugar,
Pues jueces vienen á ser
El discreto, y ignorante,
Que juzgan sin atencion
De mirar á cúyos son;
Pues quieren que un principiante
Tenga el mismo estilo y ciencia
Que un anciano, sin mirar
Que á eso se han de aventajar
Ochenta años de experiencia?

EUSEBIO.

En tus razones se ve
Que siempre en vosotros lidia
Envidia y pasion.

POETA.

Si envidia
Quien no tiene para qué,
Dejen de envidiarme á mí.

EUSEBIO.

. . . .
Con irte vivo y dejarte.

GIL.

Copla hay tambien para ti.
De la comedia es dudoso,
En fin; que indeterminado,
Lo que al ignorante agrado,
Cansa al fin al ingenioso.
Busca, Lisardo, otros modos,
Si fama quieres ganar;
Que es difícil de cortar
Vestido que venga á todos.

EUSEBIO.

¿Y quién es el gentil hombre
Que el rostro cubre?

RICARDO.

No ha sido
Posible que haya querido
Decir la patria y el nombre,
Porque al capitan no mas
Dice que lo ha de decir.

(*Vanse todos.*)

EUSEBIO.

Bien te puedes descubrir:
Con el capitan estás.

Si es de CALDERON este trozo mutilado y mendoso, *La devocion de la Cruz* es una de las comedias que escribió cuando principiaba, probablemente cuando estaba en Salamanca estudiando, donde permaneció hasta los diez y nueve años.

Schack, *Historia de la literatura y arte dramática española*, tomo III, página 54:

«En *La devocion de la Cruz* se echa de ver, así en el todo de la accion como en varias partes, que CALDERON imitó *El esclavo del demonio*, de Mira de Méscua; y Tieck observó ya que se hallan en CALDERON algunos pasajes casi á la letra, que Mira de Méscua escribió ántes. En dicha pieza está la escena del *Mágico prodigioso*, en que Cipriano, creyendo poseer á su amada, descubre luego que en lugar de ella, estrecha entre sus brazos un esqueleto; y en *El ermitaño galan*, del propio autor, se halla el modelo de la larga relacion del demonio, en el segundo acto de aquella tragedia de CALDERON.»

Ticknor, *Historia de la literatura española*, tomo II, cap. XXII:

«A la verdad bajo muchos puntos de vista no es (*El purgatorio del San Patricio*) tan repugnante como la famosísima de *La devocion de la Cruz*, cuyo argumento se funda en las aventuras de un hombre, que despues de haber vivido cometiendo los crímenes mas

atroces, adquiere el particular favor de Dios, porque ha mirado siempre con reverencia exterior todo lo que tiene forma de cruz: así es que muere en una reyerta de pícaros y ladrones como uno de ellos, y sin embargo su devocion á la Cruz hace que recobre milagrosamente la vida, se confiese, reciba la absolucion, y se vaya derecho al cielo. Todo parece invencion pura de la fantasía de CALDERON, y el tono ferviente y poético de algunos interlocutores la ha hecho de gran nombre y favor en España; siendo todavía mas notable que el número de sus admiradores en la cristiandad protestante sea tambien considerable. (Está bellísimamente traducida al aleman por A. G. Schlegel.)»

Tambien la ha traducido con acierto al frances Monsieur Damas-Hinard en el tomo I ó primera série de las comedias de CALDERON, como parte de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre du théâtre espagnol.*

—

Dos (los) amantes del cielo.

Drama traducido al aleman en verso por el señor Adolfo Federico de Schack. *Teatro español,* tomo II.—Francfort del Mein, año de 1845.

—

Duelos de amor y lealtad.

Don Alberto Lista, en su artículo *De Calderon considerado como poeta lírico:*

«Hállanse en CALDERON máximas políticas y filosóficas expresadas con suma felicidad. Un cautivo, para mover á sus compañeros á levantarse contra sus amos y matarlos, les dice:

Con las preciosas riquezas
Que de Fenicia han traido,
Quedarémos, no tan solo
Libres, vengados y ricos,
Pero absolutos señores,
Eligiendo á nuestro arbitrio
Rey que nos gobierne; pues
Siendo de nosotros mismos,
Es fuerza en paz y justicia
Mantenernos, advertido
Que podrémos deponerlo,
Pues púdimos elegirlo.

»Veamos tambien la concision elegante con que sabe ingerir las máximas, citando algunos ejemplos de ellas:

Con que, casero enemigo,
Vendrá á tener mas ventaja
Que él tuyo, pues mas distrito
Que hay del desnudo al armado,
Hay del despierto al dormido.»

—

Eco y Narciso.

Fábula imitada en italiano con el mismo título, por Cárlos Gozzi.

Lista: *Calderon considerado como poeta lírico:*

«Su lenguaje abunda en imágenes, como ha podido observarse en los ejemplos anteriores, á los cuales añadirémos el siguiente, en que expresó el pensamiento, comun entre los poetas de su tiempo, de que pocas veces las hermosas son felices:

Que de amor en el templo,
Por culto á sus altares,
De felices bellezas
Pocas lámparas arden.»

—

Empeños (los) de un acaso.

Juicio de Don Manuel Bernardino García Suelto, que se halla en el tomo III de *Comedias escogidas de Calderon.*

«La accion de esta comedia principia en la escena XII del acto primero, cuando Don Félix de Toledo sorprende al criado de Don Juan de Silva, al entregar á Ines el papel de Don Diego, y le hiere, y desafía á su amo. Esta casualidad, que da el título á la comedia, produce despues la competencia de Don Diego y Don Juan en la escena XXII, sobre cuál ha de reñir primero con Don Félix, y la escena VI y siguientes del segundo acto, en las cuales se pinta perfectamente la delicadeza urbana y el pundonor caballeresco de los amantes del tiempo en que escribia el autor. Los amores de Don Félix con Laura, y la ficcion de Ines, que arrastrada de la codicia, hace creer á Don Diego que su amá le corresponde, dan lugar á la sorpresa de la intriga. Se aumenta el interes y los obstáculos, cuando Don Alonso, que se halla escribiendo en casa de Don Félix para evitar el desafío, ve entrar en ella á su hija Laura, á quien salva de su furor el criado de Don Félix. La amistad que Don Juan le ofrece y el favor que le da, suspendiendo el desafío hasta encontrar á Laura, y los lances sucesivos que ponen á Don Juan en una situacion muy apurada con Don Diego, en la escena III del tercer acto, en las X, XI y sucesivas, producen un interes progresivo hasta el fin de la pieza, cuyo desenlace nada deja que desear á los espectadores.

»Los caractéres están bien pintados; pero el principal, el que cautiva la atencion y absorbe el interes, es el de Laura, porque padece inocentemente los injustos celos de su amante, causados por la perfidia de su criada, y se halla expuesta á ser víctima del furor de su padre. No son ménos interesantes Don Félix y Don Juan, aquel por la pureza de su amor y los tormentos que sufre, y este por la situacion apurada en que le ha puesto un acaso.

»Los sentimientos de los principales personajes son nobles, caballerescos y pundonorosos. El de Ines es interesado y bajo; por mas que le disculpe el poeta, diciendo en la escena VI del primer acto:

Si supiera que fui quien
A Don Diego le avisó
Que á aquestas horas viniera
A darme un papel, ¿qué hiciera?
Mas buena disculpa yo
Me tengo, para quedar
Del lance desempeñada,
Con decir que soy criada
Y sirvo para medrar.

»Este medio, de que se han valido otros poetas antiguos para formar y desenvolver la accion de una comedia, es débil, nada teatral, y de mal ejemplo, cuando el personaje no recibe el castigo que merece por su perfidia.»

—

Encanto (el) sin encanto.

La comedia de Tirso, *Amar por señas,* debió sugerir á CALDERON el pensamiento de esta, que fué imitada en frances por Lambert, con el título de *La magie sans magie* (1660); y en italiano por Leonardo de Leonardis, con el título de *Il finto incanto,* 1674.

—

En esta vida todo es verdad y todo mentira.

En el prólogo al *Teatro español,* por Don Vicente García de la Huerta, se lee todo lo que sigue, y mucho mas, á propósito de esta comedia:

«Voltaire, aquel ingenio audaz y bullicioso, que se juzgaba degradado siempre que no se producia con novedad, aunque fuese á pesar de su mismo conocimiento; aquel de quien era el principal dote el explicarse con bastante gracia, aunque sacrificando las mas veces para ello la verdad y la decencia, publicó en el año 1764 el *Teatro de Pedro Corneille,* con ciertos comentarios, que dedicó á la Academia francesa, en doce tomos.

»Una de las mas célebres tragedias de Pedro Corneille es el *Heraclio,* colocada en el tomo V de esta coleccion. Créese con bastante fundamento que este trágico frances imitó algunos pasajes de la comedia de CALDERON, intitulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira,* forjada sobre el mismo suceso, de la historia imperial, así como trasladó de otros poetas nuestros lo mas digno y sublime de sus tragedias. Propúsose Voltaire no averiguar la verdad, porque estas indagaciones no le eran geniales, sino buscar razones con que desfigurarla. Para esto, valiéndose del abate Bellardi, cónsul general de Francia en esta corte, remitió á ella, en el año 1764, cierta especie de interrogatorio, para que por su contexto se recogiesen algunas especies y noticias que exigia para la comentacion del *Heraclio,* que estaba disponiendo. Yo fui acaso de los primeros á quienes se intentó encargar estas averiguaciones, á que hallé conveniente negarme, previendo el triste uso que habia de hacerse de mis noticias y trabajo. Con este motivo mejoró de mano el encargo, no de fortuna; pues segun parece, se fió á Don Gregorio Mayans, el cual, por lo que el mismo Voltaire afirma en la prefacion de esta tragedia, y por otras especies que en ella se advierten, no solo le envió un ejemplar de la comedia de CALDERON, sino tambien le comunicó en desempeño del encargo algunas anécdotas, que si fuéron exactas, tuviéron la desgracia de haber parecido en aquella obra muy ridículamente desfiguradas; pues no es creible que Mayans incurriese en los absurdos que se hallan en una disertacion del comentador sobre la expresada comedia, *En esta vida todo es verdad y todo mentira,* puesta al fin de la traduccion de ella por el propio Voltaire.....

»Dice pues en el párrafo segundo de la disertacion «que la comedia de CALDERON es una novela ménos verosímil que todos los cuentos de las *Mil y una noches,* fundada sobre la mas crasa ignorancia de la historia, y llena de todo lo mas absurdo que puede concebir una imaginacion desenfrenada». Poco despues

hace subir de grado estas alabanzas (y son las expresiones mas veniales que suele usar cuando habla de los españoles), añadiendo que, aunque hay algunos pedazos sublimes en CALDERON (confesion debida al deseo de pasar por inteligente en la lengua), «cuasi nunca hay verdad ni verosimilitud, ni ménos propiedad: y que aunque los franceses tienen muchas piezas enfadosas en su lengua, con todo eso no tienen cosa que se parezca á esta demencia bárbara.» En el mismo lugar, dice que «hay quien asegure que CALDERON no sabía el frances (no perdia gran cosa en eso), ni ménos tenia conocimiento alguno del latin y de la historia; comprobándose bastante su ignorancia, en suponer una reina de Sicilia en tiempo de Fócas, y un duque de Calabria, feudos del Imperio, y sobre todo en hacer disparar artillería en aquel tiempo.»

»Estas son las principales acriminaciones de Voltaire contra CALDERON en esta disertacion. No puedo negar ni defender algunas de las impropiedades que aquí apunta el crítico, ni otras que él no pudo conocer, por carecer de la propiedad de la lengua, y se hallan en la comedia del poeta español; pero esto no exime de la tacha de injusta su crítica. Pues ¿quién sino el que esté abismado en la mas profunda ignorancia del estado, estudios y circunstancias de CALDERON, ó quien por una malicia vergonzosa se obstine en desfigurar las verdades mas claras, puede atribuir á falta de instruccion del autor de la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, unos extravíos, que se reconocen manifiestamente por hijos de la extravagancia y del capricho? Las mismas obras de CALDERON, sin exceptuar las mas defectuosas, están manifestando, no solo el ingenio sublime de su autor, sino la extension maravillosa de sus estudios y conocimientos; y es esto de suerte que, cotejadas sus obras con las de su crítico, y atendidas las circunstancias de los diversos tiempos y paises en que florecieron, nadie que juzgue sin envidia y emulacion, negará á CALDERON la superioridad y primacía en cuanto á instruccion; pues en cuanto á juicio y solidez, sería agravio notorio del ingenio español el traerle al parangon del mas superficial é inconsecuente de los hombres.

»Esto supuesto, ¿cómo podrá creerse que CALDERON ignorase aquellas ridículas trivialidades, cuales son el orígen de los reyes de Sicilia, el de los duques de Calabria, los feudos del Imperio y el primer uso de la artillería? Pocos habrá que no sepan tambien que el famoso inglés Milton hace jugar la artillería en su célebre poema del *Paraiso perdido*. En el mismo se hallan algunas otras impropiedades, acaso mas graves que las notadas en la comedia del poeta español. ¿Y se atreverá no obstante alguno á calificar de ignorante en la historia á Milton por semejantes extravagancias? A lo ménos, si alguno se atreve á semejante calificacion, será seguramente quien carezca de toda buena lógica y de raciocinio; pues la que merecen estos dos sublimes ingenios en este caso, es la de haber, acaso con igual atrevimiento que felicidad, sacrificado la historia á la poesía, y pospuesto lo propio á lo sublime y maravilloso. Pero esta buena lógica no era de la cosecha de Voltaire, ni suele agradar á sus secuaces y admiradores, porque les priva del placer de brillar con sus mordaces capciosidades y paradojas.

»Si la induccion del crítico frances tuviese alguna fuerza, ¡con cuánta mas razon merecería Pedro Corneille el título de ignorante en la historia! ¿Cuál de los defectos historiales de CALDERON se puede comparar con los muchos que en aquel trágico frances se hallan, aun en sus mas celebradas composiciones? Sin distraernos á historias ajenas, son muy notables los que se le advierten en la nuestra; y acaso sería ménos temeridad el atribuir á Corneille sus descuidos á falta de conocimiento de los asuntos históricos en este caso, pues al fin son relativos á España (de cuya historia no son los mas exactos los escritores franceses), que á gallardía de su ingenio.

»En su famoso *Cid* empieza por establecer la escena en Sevilla, pasando la corte de Fernando I, rey de Castilla y Leon, desde esta ciudad, en que tenia su residencia, á aquella que estaba poseida de reyes mahometanos, y era tambien su corte, y cometiendo un trastorno tan enorme de cronología, cual es el de cerca de doscientos años, pues tanto tiempo medió precisamente entre la venganza del Cid y la conquista de Sevilla. Pero lo mas digno de reparo, á mi parecer, es que ni Monsieur Scudéry, ni los muchos críticos que se armaron contra Corneille, luego que se hizo pública esta pieza, ni la Academia francesa, que la censuró con tanto magisterio, ni (lo que es mas que todo) el mismo Voltaire, que perennemente le fiscaliza en sus notas los mas leves descuidos, tropezaron en una negligencia tan de bulto.

»Acaso es mayor absurdo histórico, y no ménos notable anacronismo, el que comete el mismo Corneille en su *Don Sancho de Aragon*, comedia imitada, segun él mismo dice, de una española, intitulada *El palacio confuso*. Entre los actores coloca principalmente á una reina propietaria de Castilla, hermana y heredera de un rey Don Alonso, que, segun se expresa en ella, conquistó á Sevilla: al mismo tiempo se introducen algunos ricos-hombres, que ni habia en Castilla, ni ménos tenian el título de grandes que les da Corneille: siendo cierto que este poeta frances no halló estos absurdos en los originales españoles; pues ni Guillen de Castro supone la escena de su *Cid* en Sevilla, ni el doctor Mira de Méscua da actores castellanos ni aragoneses, sino italianos, á su *Palacio confuso*. Es verdad que hay otra comedia con el mismo título de Lope de Vega, que no me ha sido posible adquirir, aunque tampoco es creible que este incurriese en los desbarros históricos que son tan frecuentes en *Don Sancho de Aragon*.

»Pero, aun sin salir del mismo *Heraclio*, se ve que Corneille alteró en él muy notablemente la historia y la cronología. El mismo lo confiesa en el exámen que publicó al pié de esta tragedia, procurando disculparse en los siguientes términos: «Yo no he conservado en esta tragedia mas verdad histórica que el órden de la sucesion de los emperadores Tiberio, Mauricio, Fócas y Heraclio. He falsificado el nacimiento del último, para darle un orígen mas ilustre, haciéndole hijo de Mauricio, no habiéndolo sido sino de un pretor en África, de igual nombre. He prolongado doce años mas la duracion del imperio de Fócas, y le he dado un hijo llamado Marciano, no obstante que la historia no le da sino una hija llamada Domicia, etc.» De esto se infiere que estas alteraciones en la historia, ó premeditadas ó involuntarias, las cuales ni alabo ni disculpo, no prueban ignorancia crasa, como pretende Voltaire, sino que tanto CALDERON como Corneille, creyeron pudieran contribuir al mayor mérito de sus composiciones dramáticas. En la *divina Eneida* no faltan ejemplos: con todo eso nadie ha atribuido á ignorancia en Virgilio el haber hecho coevos á Dido y Enéas, ni dejará por eso de ser este sublime poema el modelo mas exacto de la epopeya. Es cosa bien digna de admiracion el ver tan celosos observadores de la verdad histórica en las fábulas, á los que acostumbran despreciarla tanto en sus historias.

»Sería acrecentar la injuria hecha á CALDERON por quien le atribuye que ignoraba enteramente la lengua latina, el detenerse siquiera un punto á desmentir esta calumnia [1]. No extrañaré yo que tanto esta noticia, cuanto otras no ménos ridículas y faltas de verdad que se hallan en la citada disertacion, se enviasen á Voltaire de España. Ni sería la mayor temeridad sospechar que el autor de ellas fuese el mismo que cometió la bajeza y alevosía, en cierta dedicatoria á un ilustre personaje frances, de estampar que «era necesario pasar los Pirineos para hallar á quien dedicar una obra en lengua latina», expresando que este era un fenómeno, en tiempo en que habia ciertamente en España infinitos que entendian y escribian mejor que él aquella lengua: almas bajas que no reparan en comprar, al precio de faltar á la patria y á la verdad, las alabanzas de los extranjeros, cuasi siempre jueces inicuos del mérito de nuestros escritores, ó los alaben ó los vituperen.

»No son ménos bizarras otras especies que envuelve esta graciosa disertacion. Sería demasiado molesto pasar revista á todas ellas, no obstante que algunas la exigen por su ridiculez. Tal es el dar el título de «juez eclesiástico» á Fray Manuel Guerra, religioso trinitario calzado, contemporáneo de CALDERON, y bien conocido por la defensa que hizo de sus comedias en la *Apelacion al tribunal de los doctos*. ¿Quién sino Voltaire ignoraría que los regulares no pueden ser jueces eclesiásticos? Mayans, ó cualquiera otro, que le suministró las noticias para la disertacion, le apuntó probablemente «que Fray Manuel Guerra habia sido nombrado por el juez eclesiástico censor de las comedias de CALDERON:» y como Voltaire entendia ciertamente mucho ménos la lengua castellana que nuestro poeta la francesa, cuya posesion le niega absolutamente, comprendió que *Guerra* era el *juez eclesiástico*, y no el *censor*, nombrado por aquel para el exámen de las comedias, que en efecto ejecutó, y se halla impreso en un tomo de la coleccion, del cual pudo tambien haber tomado Voltaire la indigesta especie de su graciosa anécdota.

»Pero ninguno de los muchos errores que se hallan en aquel corto escrito iguala al de atribuir á Lope de Vega el ejercicio de comediante. Estas son sus expresiones [2], despues de haber mal traducido y mal copiado algunos versos del *Nuevo arte*: «El gran mal de Lope y de Shakespeare fué el de haber sido comediantes; pero Molière lo fué igualmente, y en vez de sujetarse al mal gusto de su siglo, le obligó á que tomase y siguiese el suyo.» Anécdota estupenda, digna de la laboriosidad y acostumbrada exactitud de

[1] Huerta, en medio de su destemplanza excesiva, suele tener razon. ¡Un teólogo, un eclesiástico, un capellan de honor de los Reyes Nuevos no saber latin!

[2] Página 84. Le grand malheur de Lopez (tienen los franceses gracia particular en desfigurar nuestros apellidos) et de Shakespeare était d'être comédiens: mais Molière était comédien aussi, et au lieu de s'asservir au détestable goût de son siècle, il le força à prendre le sien.



quien hizo su descubrimiento, y la estampó para la instruccion pública y general.»

Anécdotas literarias sobre Pedro Corneille, por Monsieur Viguier.

«Señálase un *Heraclio* español: ¿quién ha tomado á préstamo? ¿quién ha prestado? ¿CALDERON, ó Corneille?

»Hubo un jesuita frances, hombre de ingenio é instruccion, uno de los maestros de Voltaire en su primera juventud, y despues uno de sus corteses adversarios sobre cuestiones de teodicea, que tuvo curiosidad de verificar este punto de prioridad..... Escribió á España (á su compañero el confesor de la Reina católica, segun se cree), pidiéndole instruccion sobre estos dos puntos: primero, la fecha del *Heraclio* español; segundo, si CALDERON habia venido á Francia..... Dejemos hablar al mismo Padre Tournemine: «No me dieron respuesta positiva sobre lo primero; solo me aseguraron que su edicion habia sido hecha despues de 1647; pero me afirmaron muy positivamente que CALDERON habia venido á Francia, y aun á Paris, y que habia hecho versos castellanos en elogio de la reina-regente Ana de Austria.»

»Admitiendo por hipótesis este viaje, corregirémos el título de reina-regente dado á Ana de Austria, que solo era reina-madre en la época en que la paz podia permitir á CALDERON ir á Paris.»

Ninguna noticia hay en España de este viaje de CALDERON; pero si lo hizo en efecto por los años de 1660, despues de la paz de los Pirineos, la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira* estaba escrita mucho ántes. Véase lo dicho en la página 662 de este tomo. Sigue Monsieur Viguier:

«Para explicarse esta rara pero indudable imitacion del frances en el *Heraclio* español, me parece lícito conjeturar que Felipe IV tuviese alguna parte en ello; que dispuesto, desde la paz y las conferencias de los Pirineos, á tratar benévolamente las artes é ideas francesas, quiso tener en su teatro alguna muestra del nuestro; y en fin, que encargó á su mas hábil poeta, probablemente tan extraño como él mismo á nuestro idioma, vistiese á la española un pensamiento del célebre Corneille.»

Rara aprension hubiera sido la de Felipe IV, si deseando conocer una tragedia del poeta de Ruan, hubiese dado el encargo de españolizársela á quien no sabia el idioma en que estaba escrita: mas natural era servirse de cualquier autor que entendiera el frances. Diamante, que no lo ignoraba y que escribió alguna fiesta real, era ya conocido: *El honrador de su padre* está impreso en 1659.

Monsieur Hipólito Lucas, en su *Historia filosófica y literaria del teatro frances*, dice á la página 66.

«Se ha agitado la cuestion de saber si Corneille habia tomado de CALDERON el asunto de *Heraclio*, ó si CALDERON, que lo manejó tan bien, lo tomó de Corneille; pero es muy probable que Corneille lo haya sacado del español, mina tan curiosamente beneficiada en su tiempo y por él.»

—

Estatua (la) de Prometeo.

Lista: *De Calderon, considerado como poeta lírico:*

«CALDERON, dejando á los dioses su poder y sus afectos en las composiciones mitológicas, los trasforma en amantes, en caballeros, en príncipes castellanos, y ni aun se toma el trabajo de disimular lo que él mismo opina de los personajes que introduce en la escena. En la comedia de *La estatua de Prometeo*, Epimeteo se lisonjea de ocultar á la diosa Pálas entre las sombras de la noche un hurto de amor; y haciéndole su confidente la objecion de que eso es suponer ignorancia en las soberanas deidades, responde:

Que deidad que tiene envidia,
¿Por qué no tendrá ignorancia?

—

Exaltacion (la) de la Cruz.

Lista: *Calderon, considerado como lírico:*

«El que llamó á la Cruz

Iris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo[1];

[1] Acto primero, escena IX.

y *jóven infeliz* al sol eclipsado en medio del dia, era digno de colocarse al lado de Herrera y Leon, si hubiese trabajado en su género.»

—

Fortunas de Andrómeda y Perseo.

Lope de Vega habia manejado ántes este asunto en la comedia titulada *La bella Andrómeda.*

—

Galan (el) fantasma.

Imitada en frances por Quinaut, año 1659, con el título de *Le fantôme amoureux.*

—

Gran (la) Cenobia.

Imitada en frances por Montauban, año 1650.

—

Gran (el) príncipe de Fez.

Lope de Vega escribió sobre este personaje una comedia anterior á la de CALDERON.

—

Guárdate del agua mansa.

Monsieur Angliviel de la Beaumelle, tomo XVII de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvres des théâtres étrangers*, donde se halla traducida por dicho señor la comedia de CALDERON:

«Obligado á establecer una comparacion para justificar el título de esta comedia, CALDERON ha necesitado dos heroinas y un doble enredo; pero ha conservado la unidad de intencion desde el principio al fin.

»Su Clara, con una apariencia de tranquilidad, es una de esas mujeres de entendimiento y resolucion que él se complacia en pintar. Se apasiona algo pronto; pero en las circunstancias arriesgadas no duda en tomar su determinacion: todo lo arrostra, fiándose en su capacidad y valor para salir del apuro.

»Eugenia no es exactamente una atolondrada; CALDERON ha distinguido con delicadeza cierto viso que la caracteriza. Sus lijerezas no le salen del corazon; ella no tiene inclinacion ninguna; su coqueteria es puramente intelectual; su cabeza se divierte con enredos á los cuales su corazon permanece extraño...

»Fácilmente se verá cuánto partido sacó Molière de esta obra para la *Escuela de los maridos*, y quizá se sienta que no se haya acercado mas á su modelo. Por lo demas, la idea fundamental de que el atolondramiento es mejor que la reserva falsa, ha dado lugar á una porcion de novelas y comedias. Sobre tal cimiento están construidos el *Tom Jones*, y *Los ladrones* de Schiller, y tal vez se hallaria el dato primitivo de todas estas composiciones en el fin de la parábola del Hijo pródigo.

»Siéntese que Don Félix, que en las primeras escenas tiene un carácter de indolencia muy señalado, no lo recuerde mas con la jovialidad de su lenguaje en el resto de su papel: el contraste de sus ideas lijeras con el amor que siente á pesar suyo, y las apuradas situaciones en que se halla empeñado, hubieran dado ocasion á rasgos cómicos excelentes.

»Don Toribio es el bufon de la pieza: este carácter análogo al de Pourceaugnac y al de tantos amantes ridículos, ha salido varias veces al teatro español; pero me parece que en esta comedia, única donde le presentó CALDERON, está desenvuelto con habilidad notable. Es ridículo, es juguete de todos: su vanidad, su cobardía y su ignorancia aparecen en toda ocasion, y todo sucede naturalmente por el giro que lleva la accion, sin que sea víctima de una trama urdida contra él. La obra está en general perfectamente conducida.»

Doña Eugenia, como dama que se vestia á la moda, usaba guarda-infante. Rara fué la suerte de este ahuecador de faldas en el siglo XVII: unas veces se le ve proscrito, otras veces muy en favor: la reina Mariana le llevó de enorme tamaño. Pellicer nos conservó estas noticias del tiempo de su persecucion:

«Avisos de 26 de julio de 1639.

»Solo hay en Madrid de alegría la risa que hace ver colgados mas de cien guarda-infantes, que han quitado á mujeres, y puesto á la vergüenza en los balcones de la cárcel de Corte.

»Avisos de 11 de setiembre de 1640.

»Queda Madrid alborotado porque el señor presidente nuevo ha

querido llevar adelante la pragmática de los guarda-infantes: fué ayer dia de gran risa en Madrid, que se comenzó á ejecutar.»

—

Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.

La comedia de Cárlos Gozzi, *Due notte affannose*, está sacada de esta.

—

Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.

Argumento tomado de Mateo Boyardo, ó del Ariosto, ú otro de los varios autores italianos que han celebrado á estos personajes caballerescos.

—

Hija (la) del aire.

En el tomo XIII de los *Escritos de Cárlos Immerman* (Hamburgo, imprenta de Voigt, 1843) se leen los párrafos siguientes, que principian á la página 247. La traduccion está hecha por mi amigo el señor Don Heriberto García de Quevedo.

«Enero de 1837. — Goethe, en un escrito sobre Shakespeare y CALDERON, muy digno de leerse, dice que el poeta inglés nos presenta el racimo maduro tal como lo ofrece la cepa, miéntras que el español nos da el jugo, no solo ya exprimido, sino en el estado de refinadísima bebida. Hasta aquí estoy conforme con él; permitiéndome empero añadir, que para la forma de nuestro moderno teatro, es mas adecuado el licor que el racimo.

»Sin embargo, cuando Goethe asegura que si bien el argumento de la *Hija del aire* es encantador, su ejecucion es absurda, no encuentro yo en esta opinion ni fundamento ni verdad.

No es posible separar el argumento y ejecucion en ningun poeta, porque la ejecucion es solo la expresion de la idea que él tenia de su argumento, de cuya idea debemos penetrarnos toda vez que nos propongamos hablar de su obra. Pero ménos aun que en las de ningun otro poeta, es posible hacer esta separacion en las obras de CALDERON, el cual, con su genio creador imprime desde el principio y con tanta fuerza á sus argumentos su sello especial, que todo lo que podríamos saber sobre el asunto, considerado bajo otros aspectos, debemos olvidarlo si nos interesa conservar una idea de su nueva forma.

»Ahora bien: en *La hija del aire* se ven acumuladas una multitud de singularidades: en torno á un argumento de la mas remota antigüedad, campean las mas singulares y artificiosas intrigas; el énfasis de la descripcion y narracion va hasta lo infinito; el arte cómico moderno acompaña constantemente el complicado poema al traves de su accion mitológica; pero puede asegurarse que estas cualidades que aparecen en todas las obras de CALDERON, están mas justificadas, diré mas, casi son necesarias en *La hija del aire* por la naturaleza de su argumento; y que por su mayor armonía relativa debian aparecer mezcladas y como confundidas en ella.

»*La hija del aire*, de CALDERON, es una fábula maravillosa, cuyo punto céntrico es un carácter aventurero y extraño en sumo grado; pero si hay aun mayor gradacion en el terreno de lo excéntrico, sin duda alguna la produce la marcha de la accion: esta pasa en Ninive y Babilonia, sitios en donde la fantasía celebra sus fiestas mas espléndidas y pródigas. A semejante argumento cuadran maravillosamente locas arbitrariedades, chocantes enredos y singularísimos contrastes: y si examinamos el fondo y la forma con mas detencion, hallarémos que el poeta ha andado con gran moderacion en su favorito elemento, manejando la parte excéntrica con tino y precaucion.

»La idea principal de la obra es de extremada belleza. A una ninfa, á una semidiosa, objeto de amor y odio para dos distintas divinidades, la ocultan á la vista del mundo, á fin de frustrar las tremendas profecías que anunciaban horribles crueldades que sucederian por ella, amenazada tambien con una ignominiosa caida. Empero la voluntad del destino es irrevocable. La guerra y la victoria conducen reyes y generales á las inmediaciones de la cueva que oculta al monstruo divino: un caudillo coronado por la victoria descubre á la mujer prodigiosa; y avasallado por sus poderosos atractivos, y á pesar de las profecías, la arranca de la oscuridad en que hasta entónces ha vivido.

»Pero el destino de aquella mujer no era permanecer en aquel escalon: sus secretos pensamientos la llevan mas allá de su presente situacion, por mas ventajosa y feliz que aparezca, comparada con su estado anterior: de los labios de la sencillez oye casualmente de nuevo su profetizado destino, cuyo principio comienza á realizarse. Salva al Rey en una cacería, y con la rapidez del relámpago se hace dueña de su corazon: de aquí el principio de una lucha tan desigual como encarnizada entre el Rey y el General, cuyo término es quedar este último reducido á la mayor miseria, pues pierde la vista por órden de su cruel soberano. La misma Semíramis, despues de una corta lucha, se decide por aquel príncipe, castigando de este modo al General por su propia infidelidad contra otra.

»CALDERON, con exquisito tino, ha cuidado en este punto de que por medio de las escenas de engaño entre Semíramis y Menon, mandadas representar por la Princesa y el Rey, y á las cuales asisten ambos desde una emboscada, no aparezca el cambio de Semíramis demasiado repentino ni repugnante, ennobleciéndola ademas con la conducta que observa para con el Rey, puesto que prefiere la muerte á pertenecerle sino como esposa suya. El monstruo se halla pues al lado de Nino, y al parecer en el punto culminante de la fortuna; pero así como la pompa de Ninive no le admiró, algunas palabras, que acaso se le escapan, hacen presentir que no se detendrá allí tampoco su prodigioso destino.

»Entre tanto el ciego Menon la maldice involuntariamente, y el cielo confirma su maldicion.

. . . .

»Raupach tuvo el mérito de llamar la atencion de los teatros hácia este poema de CALDERON. Salió hace algunos años á luz una *Hija del aire*, en cuya portada se decia ser una tragedia mítica de nuestro fecundo autor, formada sobre un *pensamiento de Calderon*. Por desgracia, aunque innegablemente hizo una buena obra despertando la memoria de aquella, su trabajo no merecia mucho agradecimiento; pues yo dudo que haya salido nunca peor parada la obra de un gran poeta: difícilmente se conocerá el *pensamiento de Calderon* en la obra de Raupach, á pesar de haberse aprovechado en globo de todo el asunto.

»Aunque Raupach toma algo de la catástrofe de la segunda parte, la fábula de la primera es la que le ha proporcionado lo mas esencial del argumento. No he podido comprender cómo un hombre, á quien á pesar de ser muy débil en poesía, no se puede negar talento y destreza, pudo obrar así, puesto en el caso de elegir entre ambas partes. Por mas bellezas que se hallen en la primera, la segunda le aventaja muchísimo en concentracion trágica, novedad de la invencion é inagotable encanto. Se dice que Raupach entendió que el público no soportaria cosas así como el trueque de Semíramis con su hijo: yo bien creo que despues de haber escrito docenas de tragedias enfadosas y sin empuje, puede uno figurarse que no haya quien guste de otra cosa mejor; pero tal creencia revela involuntariamente tambien un secreto temor al poder del ingenio.

»Luego que adquirí el convencimiento de que difícilmente podrian aparecer en nuestra escena las dos partes de la *Hija del aire*, una tras otra, me decidí al momento por la segunda, con un prólogo en que el destino maravilloso y el horóscopo de Semíramis y su traslacion desde la caverna á la felicidad y esplendor fuesen representados á los espectadores. Aquí hube necesariamente de emprender una trasposicion. Como las aventuras de Menon no cuadraban á la economía de mi trabajo, no debia ya encontrar él á Semíramis, sino ser el mismo Rey quien la hallase y la sublimara al trono de Asiria: formé pues el prólogo sobre la primera jornada de la primera parte.

. . . .

»Un acaso vino á resolver la distribucion de los principales papeles. Al principio traté de dar el de Semíramis á la Versing, y el de Ninias á la Lauber, su hermana, que tanto se le parece; pero cuando la enfermedad de aquella artista me hizo temer que me estorbaria poner en escena una pieza para mí tan preciosa, me ocurrió de repente que podria hacer los papeles de la madre y el hijo una sola actriz, madama Limbach. En mi dictámen, este arbitrio debia realzar la rara belleza de la obra; y aun me pareció verosímil que CALDERON lo hubiese tenido presente, porque nunca saca juntos á la escena á los dos personajes, lo que no hubiera dejado de hacer en otro caso, siendo tan amigo de los contrastes fuertes. El público pidió las dos noches que saliera la Limbach á recibir sus aplausos; y Reger, que hacia de Lidoro, tambien fué llamado en la primera.

—

Hombre pobre todo es trazas.

Imitada en 1660 por Tomás Corneille, con el título de *Le galant doublé*.

—

Jardin (el) de Falerina.

Lope de Vega escribió con el mismo título otra comedia que no se ha conservado.

—

Lances de amor y fortuna.

Imitada en frances, año de 1656, por Bois-Robert y por Quinaut: aquel dió á su obra el título de *Les coups de l'amour et de fortune, ou L'heureux infortuné;* este la intituló simplemente *Les coups d'amour et de fortune.*

—

Laurel (el) de Apolo.

Lista: *De Calderon, considerado como poeta lírico:*

«La zarzuela, ú ópera, como se llama en el dia, intitulada *El laurel de Apolo*, mezclada de representacion y canto, fué compuesta por Calderon para las fiestas que se hicieron en el Buen Retiro, con motivo del nacimiento del príncipe Felipe Próspero, hijo de Felipe IV. Consta de dos actos, y se representa en ellos la muerte de la serpiente Piton, el amor de Apolo y Dafne, y la conversion de esta ninfa desdeñosa en laurel.

»Dafne, despues de describir la avenida del Peneo, que asoló á Tesalia, pinta así la serpiente Piton:

Esa pues ni ave ni fiera
Ni pez, siendo así que en agua,
En tierra y aire, pez, fiera
Y ave, corre, vuela y nada,
Sirviéndose para todo,
En el aire de las alas,
En la tierra de los piés,
Y en el mar de las escamas;
Con su anhélito el ambiente
Infesta, siempre que brama;
Y siempre que pace ó bebe,
Con su espuma, ondas y plantas:
Tanto, que apénas hay flor
Que no sea avenenada
Cicuta, siendo ya en todo
El orbe ponzoña amarga,
Para el abuso de hechizos,
De ilusiones y fantasmas,
La ménos tocada yerba
De los montes de Tesalia.

»El buen gusto hallará mucho que censurar en el pensamiento de ser y no ser ave, pez, fiera, y mucho mas aun en la distribucion simétrica de las palabras en los ocho primeros versos; pero tambien hallará mucho que elogiar en el escogimiento y riqueza de la diccion, y en la poesía de imágenes de los versos que siguen. Los epítetos *avenenada* y *ménos tocada* son admirables, señaladamente este último.

»Aun mejor es, en nuestra opinion, la descripcion de Apolo matando á la serpiente:

¡Qué valiente á salir
Al paso va á la fiera!
Y ¡qué fiera (¡ay de mí!)
Ella le mira, entrambos
Vibrando á un mismo fin,
Ella sus aceradas
Navajas de marfil,
Y él de su arco la cuerda!
¡Qué tiro tan feliz!
Que falseando á la escama
Las conchas que bruñir
Pudo, al temple del sol,
Del aire el esmeril,
Al corazon penetra,
A cuyo tiro vi,
Revoloteando el ala,
De la inhiesta cerviz
El crinado copete
Desmelenar la crin.
Por boca y por heridas
Ya verter, ya escupir
De venenosa nieve,
De infestado carmin
Dos fuentes ven las flores;
Y tanto, que al teñir
Su tez, lo que topacio
Nació, muere rubí.
Túmulo es de esmeralda
El risco, al sacudir
La cola, pues le hace
Sus bóvedas abrir,
En cuyo seno ya
Rendido, convertir
Se oye el fiero bramar
En tímido gemir.

»Si se exceptúa la palabra *tiro*, no hay en todo este trozo ningun lunar que lo afee. Versificacion armoniosa y robusta, escogimiento de voces gráficas, exactitud en la descripcion, son dotes que anuncian el gran poeta. *Las aceradas navajas de marfil, revoloteando el ala, el copete crinado de la cerviz enhiesta, desmelenar la crin, el infestado carmin vertido por la herida, y el fiero bramar convertido en tímido gemir,* son rasgos todos del pincel de un gran maestro.

»Oigamos los versos con que Apolo enamora á Dafne y solicita sus favores:

Bellísima hermosa Dafne,
¿Ves ese monte eminente
Que expuesto al rigor del hielo
Y á la saña de la nieve,
Humilde, postrado y rendido padece
Helados rigores del cano diciembre?
Pues apénas el abril
Bordará su esfera verde,
Cuando le verás ceñido
De rosas y de claveles,
Ufano gozando, contento y alegre
Matiz en las flores, cristal en las fuentes.
Pasará la primavera,
Y en jóven edad ardiente
El estío, su esmeralda
Verás que en oro guarnece,
Brotando la falda del rústico albergue
Campañas de flores en golfos de mieses.
Llegará el otoño, y no
Habrá yerto árbol, que fértil,
De varios frutos no vea
Todas sus ramas pendientes,
Brindando á la vista y al gusto igualmente
Hermoso el agrado y goloso el deleite.
Deste pues círculo entero
Del año, soy rey, y deste
Compuesto triunfo de horas,
Dias, semanas y meses,
El dueño serás, bella Dafne, si quieres
Feriarme á tan solo un favor tus desdenes.
¿Qué lágrima que la aurora
En líquido aljófar vierte,
Y en cuajada perla guarda
La concha que se la bebe,
No será á tu oido, si al zarcillo pende,
Susurro que diga que de mí te acuerdes?
¿Qué oculta vena en sus minas
De plata ú de oro, obediente,
O ya al yunque que la ablanda,
O ya al torno que la tuerce,
No será tratable esplendor cuando llegues
A ver que en tus ropas se borda ó se teje?
¿Qué rebelde piedra, dócil
No pulirá lo rebelde,
Si cuando el cincel la gasta,
Y cuando el buril la muerde,
Es para que sea, blanca, roja ó verde,
Ya flor en tu pecho, ya estrella en tu frente?
El ignorado perfume,
Que hasta hoy ninguno entiende
Si la ballena le aborte,
O si el escollo le engendre,
Despues que te sirva en curadas pieles,
Fénix de tu olfato, le haré que se queme.

»No se sabe qué admirar mas en esta excelente composicion, si el artificio y la armonía de los versos, la riqueza de la poesía, ó la nobleza con que está presentado el soborno amoroso. Y debe advertirse que el tono y el lenguaje no son del sér mitológico á quien llamaron *Apolo* los antiguos, sino de un caballero de la corte de Felipe IV, que se hallase en la misma situacion que el amante desdeñado de Dafne. Pueden notarse en estos versos algunas incorrecciones, como el pleonasmo de *bellísima hermosa*, comun en Calderon, quizá para distinguir dos ideas unidas á estos dos epítetos, la de admiracion, que excita la belleza, y la de deseo, que corresponde á la hermosura. Más nos disgusta el *fénix de tu olfato:* la alusion es ingeniosa, pero algo lejana, y no fácil de percibir.»

Queda impreso en la página 679, que esta composicion, *El laurel de Apolo*, fué representada en el año 1658; léese despues de su título, que se hizo al nacimiento del príncipe Felipe Próspero, ocurrido en 1657, y alúdese al nombre del Príncipe desde los primeros versos de la loa: sobre estos y otros datos ciertos, vaya una conjetura. En una *Relacion* (impresa) *de lo mas particular sucedido en España, Italia, Francia, Flándes, Alemania y en otras partes, desde abril del año pasado de 635, hasta fin de febrero de 636*, hállanse estas líneas:

«En 29 de julio se representó en el Retiro [illegible] comedia de la fábula de *Dafne*, con notables tramoyas, de gr[illegible] costa y artificio, que ordenó Cosme Lot (Lotti), peregrino ingen[illegible]ra ellas.»

Esta comedia de *Dafne* ¿sería *El l[illegible] Apolo*, escrito por primera vez en 1635, reducid[illegible] un acto para solemnizar el nacimiento del príncipe [illegible]spero, y puesto en dos para celebrar los dias de Cárlos II?

—

Luis Perez, el gallego.

Comedia traducida por Monsieur Damas-Hinard, en la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre du théâtre espagnol: Calderon, troisième série.* De ella dice el traductor:

«Luis Perez, héroe de la pieza, es lo que los españoles llaman

un bandolero, un hombre que, habiendo tenido que ver con la justicia, ha abandonado la ciudad por vivir en el monte, y se procura medios de subsistencia sacando un préstamo á cada caminante que pasa; pero (digámoslo cuanto ántes) circunstancias infelices, y no malos instintos ó malas acciones, han traido á Luis Perez á tal vida. Y su valor intrépido, su audacia sin igual, su serenidad en los peligros, su agradecimiento y adhesion á los que le favorecen, y en fin, la abnegacion generosa con que arriesga su vida para socorrer al débil y al oprimido, le elevan á proporciones heróicas, y reclaman cierta especie de interes en su favor.

»El papel de Luis Perez no es el solo importante de la pieza, aunque sí el mas: el del juez era dificilísimo, y CALDERON lo ha trazado con infinito arte. Todo el de Pedro, y sus continuos encuentros con Luis Perez, á quien teme y huye, son del mejor cómico. Hay, en fin, en el carácter de Isabel una resolucion que anuncia la digna hermana de Perez, y en el de Juana algunos rasgos de hechicera dulzura.

»Notaráse, sin duda, el pasaje en que Juana dice á Manuel [1]:

Cuando yo dejé mi tierra
Y padres por tí, salí
A mas desdichas dispuesta.
No salí yo por vivir
Eligiendo esta ni aquella
Provincia, sino por solo
Vivir contigo.

»¿No es este el lenguaje del amor mas tierno y generoso?

»En cuanto á Don Alvaro y Manuel, llevan sobrado léjos, particularmente el último, su agradecimiento á Perez. Protéjanle, socórranle y dénle asilo en buen hora; pero ¿por qué defenderle á mano armada de la justicia? Y sobre todo, ¿por qué sale Don Manuel con él al camino á apoyar con su presencia las preguntas algo imprudentes que hace á los viajeros?

»Esta pieza no tiene objeto moral; pero á lo ménos, cosa notable, no encierra máximas subversivas ni paradojas peligrosas; y si se la compara con los dramas escritos en nuestros tiempos sóbre asuntos análogos, con *Los ladrones* de Schiller, por ejemplo, de seguro que parecerá la obra mas moral y social, y juntamente la mas alegre, entretenida y amable.»

En las escenas XVII y XVIII del segundo acto, Luis Perez entra en la habitacion del juez que tiene su causa, se entera de ella y arranca una hoja del proceso: lance que recuerda otro de mas entidad y peores consecuencias, que refiere Don José Pellicer y Tovar.

«Avisos de 5 de julio de 1644.

»De Murcia ha venido nueva que amaneció muerto Don Lázaro Usodemar, caballero allí de gran porte y deudos, pero mal inclinado y foragido, cuya vida estaba pregonada, para que no tuviese pena ninguna el que le matase. Dicen que este caballero era tan resuelto, que se entró en casa de Don Jerónimo de Medinilla, corregidor de Murcia, y cerrándose con él, le rompió la causa que tenia escrita, y le dijo que á sus ojos le violaria su mujer: despues de esto le hallaron muerto. Su madre dice que el corregidor le hizo matar asesinamente, no como juez, sino como particular. Ha pedido juez, y está nombrado el alcalde Don Enrique de Salinas, que partirá muy presto.»

—

Maestro (el) de danzar.

CALDERON en esta comedia se sirvió de la que Lope compuso con el mismo título.

—

Mágico (el) prodigioso.

Escritos de Cárlos Immermann, tomo XIII (Hamburgo 1843), pág. 219. Traduccion del señor Don Heriberto García de Quevedo.

»Pero se acercaba poco á poco una grave novedad teatral, el *Mágico prodigioso*, de CALDERON (21 de noviembre de 1836). Ya en el verano habia principiado yo la refundicion de esta pieza, y habia pensado varias veces en su representacion. Queria esta vez poner en movimiento, á par del trabajo crítico mas cuidadoso, todos los medios de escena y maquinaria de que podia disponer, y para los cuales ofrece esta pieza anchísimo campo. Un secreto presentimiento me decia que mi trabajo no seria infructuoso, y que con esta representacion podia dar un golpe maestro.

»Cumplíame obrar con suma reserva en la refundicion, limitándome únicamente á abreviar algo el lujo en los razonamientos del demonio, cortar acá y allá los chistes de los dos graciosos, y limitar en cierto modo la dialéctica escolástica de las explicaciones de Cipriano. Por lo demas el texto se acomodaba bastante á nuestros hábitos y gusto escénicos.

»Mayor trabajo hube de emplear en el arreglo teatral. Consagré toda mi atencion á que las entradas y salidas se hicieran conforme á las reglas de cierta simetría alegórica; que los grupos parecieran cuadros; que el diablo no apareciese sino como saliendo del abismo ó viniendo por los aires, y que se retirase por uno de aquellos caminos; que la mar rebramante y el náufrago navío no se asemejasen demasiado á figuras de nacimiento; que el monte ambulante, con sus llamas y su rugido volcánico, se moviese, y que la fantasma fuese bastante horrible para despertar en los espectadores ideas de penitencia. Para el final habia dispuesto una fantasmagoría especial, para cuya ejecucion me ayudaron no poco algunos amigos pintores.

»Puse por lo tanto en gran movimiento á los maquinistas y empleados del guardaropa, y tuve, despues de acabados los ensayos de lectura, ensayos particulares de decoraciones y trajes, hasta satisfacerme de que todo saldria con la mayor perfeccion y exactitud. Aun recuerdo con placer aquella confusa agitacion.

»El público vió los dos primeros actos con bastante tranquilidad, aunque se notaba una gran atencion; pero en la grande escena del tercer acto, cuando Cipriano y Satanas disputan sobre las cualidades de Dios, y en la cual, á las palabras de: *A Satanas adoraste*, se le caen á este el manto y la capa mágica, y se presenta súbitamente trasformado en el dios del fuego, rojo, cornudo, y extendidas las alas de murciélago, hubo una gran animacion, que se convirtió en estruendoso aplauso cuando el diablo, batido por Cipriano, se escapa hendiendo los aires. Siguieron luego su curso las últimas escenas: la santidad de Justina no dejó de enternecer al público; pero aun le estaba reservado lo mas precioso. Cuando los mártires sufren el último suplicio, y una desaforada tormenta conmueve con sus rayos la casa del perverso pagano, levantóse el telon de fondo, dejando ver el cadalso sobre el cual yacian los cadáveres de los decapitados. Alrededor del cadalso mirábase tendido un horrible dragon, y sobre él y hollando su cabeza el arcángel San Miguel, cubierto con una armadura de oro, é inclinando la lanza del mismo metal en actitud de darle el último golpe, en la misma posicion que tiene en el cuadro de Rafael que se conserva en el Museo de Paris. Veíanse formando semicírculo y cercados de nubes en la region del aire varios ángeles con palmas y lirios. El verdugo, hombron de furioso aspecto, y vestido enteramente de colorado, habia caido del cadalso, y apoyado en el hacha reluciente, cubríase los ojos con la mano izquierda como deslumbrado por la gloria de la celeste aparicion; miéntras en el proscenio el pueblo, los guerreros, los nobles y el gobernador formaban un grupo de la mas variada sorpresa y horror.

»En tanto que rodeaba el apoteósis el fuego blanco, encarnado y verde de una maravillosa gloria; que el grupo de paganos proyectaba fuertes sombras, el diablo pronunciaba su último discurso, y las arpas celestiales hacian resonar el *Gloria in excelsis*, caia majestuosamente el telon.

»Un frenético aplauso conmovió el teatro; y en efecto, el brillo encantador de este último cuadro sobrepujaba á cuanto hasta entónces se habia visto aquí. Todos fuéron llamados á la escena, y el público quiso ver otra vez el cuadro final. Nuevos aplausos resonaron, y en seguida fuéron llamados á la escena el mágico y el demonio en particular.

»Jamas ha obtenido pieza alguna el éxito que esta. El dia siguiente se repitió á peticion universal, y llenó otra vez el teatro de bote en bote. En el mismo invierno fué repetida otras dos veces con numerosísimo auditorio: único ejemplo de esta clase que se haya visto en Düsseldorf. El pueblo hablaba del mágico en las calles, y habia muchos que decian que irian á ver la pieza cuantas veces se representase.

»No soy empero de la opinion de los que quieren deducir de este hecho el sentido poético de los habitantes de Düsseldorf; pues en aquel entusiasmo tuvieron mas parte que la poesía, el naufragio, el monte ambulante, el demonio alado, los ángeles y arcángeles, el fuego de Bengala, y en una palabra todos los accidentes de ornato que yo habia sabido introducir.»

Este drama, representado en Düsseldorf el año de 1836 con tal magnificencia, habia sido escrito doscientos años ántes (en 1637) para la villa de Yépes, que no contaria mil vecinos entónces.

—

Manos (las) blancas no ofenden.

El pensamiento de la pieza francesa, en dos actos, traducida al español con el título de *Llueven bofetones*, está sacado de esta comedia de CALDERON.

—

Mañanas de abril y mayo.

Juicio de Don Manuel Bernardino García Suelto, que

[1] Jornada segunda, escena I.

se halla en el tomo I de las *Comedias escogidas de Calderon*, Madrid, 1826 :

«El título de esta comedia excita por sí solo la sensacion del placer. La fantasía se traslada al instante á la corte de Felipe IV, príncipe tan desgraciado en sus empresas políticas, como bondoso y amable en su vida particular. Acompañamos á CALDERON al Parque, adonde las damas de aquel siglo, no tan perezosas como las del nuestro, bajaban á lucir sus gracias y respirar el ámbar de la mañana en los mas floridos meses del año. Se ve la impresion que haria en el alma del poeta un espectáculo tan bello; y cuán preferibles le parecerian los tesoros del campo á las tumultuosas distracciones de la capital. Restituido á su morada, la necesidad de pintar lo que sentia, le haria tomar la pluma, y entónces un tropel de imágenes y de afectos encontrados enseñorearian su espíritu. Restaba el trabajo de elegir los cuadros y de combinar la fábula, corto para el peregrino ingenio de CALDERON, y del cual habian de resultar una multitud de nuevas bellezas. Escogido ya el sitio, y condescendiendo con su corazon, era forzoso que colocase en el punto principal de vista á dos amantes virtuosos y poseidos de una pasion verdadera. Al momento su imaginacion le sugeriria la idea de otros dos enamorados al uso, que se correspondieran por vanidad y cuyo mayor recreo fuese el de engañarse. Este contraste tan gracioso no podia ménos de divertir á los espectadores; pero no hablaba al corazon, porque destruia cada impulso con el impulso contrario. Era preciso dar interes á la fábula; y el primor del arte consistia en sacarle de ella misma. Fué un rasgo de genio hacer que las locuras del pisaverde y su querida ocasionasen mil penas á los verdaderos amantes; y una vez concebido este feliz pensamiento, en los medios é incidentes no podia encontrar CALDERON ninguna dificultad. Quiere decir que estaba hecha una de las comedias mas lindas de aquel célebre autor, una de las que inspiran mayor interes y presentan mas originalidad y fuerza cómica.

»En cuanto á la versificacion y el estilo, tambien son admirables. Exceptuando dos ó tres pasajes en que el autor pierde la cabeza, todo lo demas es elegante y oportuno. Hay situaciones y diálogos extremadamente cómicos: sobre todo, lo es en sumo grado el de Arceo y Doña Lucía, en que el primero la abruma con esta sola frase: «Eres dueña;» hasta que ella encuentra una injuria equivalente, y le llama nada ménos que mal poeta.

»Los caractéres son, como hemos visto, variados y agradables. Don Juan y Doña Ana se hacen amar casi tanto como ellos mismos se aman. En efecto, no se puede inventar un cuadro mas interesante que el de una pasion vehementísima unida á una extremada virtud. Doña Ana reune ademas tal conjunto de buenas prendas, que ni aun en las damas de teatro suele ser comun. Su discrecion, su paciencia, aquel genio tan suave, tras de suponerla un dechado de hermosura y virtud, y tan ilustre como rica, hacen de ella una especie de ave fénix, que no está, sin embargo, fuera de la línea de la posibilidad; pero que, si existe, debe caer en suerte á un tonto. Don Juan merece su corazon; y es tal el interes que inspiran estos dos amantes, que aunque se infiere evidentemente que se casan al fin de la comedia, siente uno que no se diga en términos formales, y que no se dén materialmente las manos.

»No son inferiores en la expresion y el colorido los papeles de Don Hipólito y Doña Clara, y exceden á los primeros en novedad. Arceo y Doña Lucía valen lo que pesan, y nada hay en ellos que añadir ni quitar. En cuanto á Don Pedro, Don Luis, Ines y Pernia, no sobresalen; pero son lo que deben ser.

»Toda la comedia respira la frescura de su título; pero el tercer acto está demasiado cargado de incidentes, entradas y salidas. Estudiando á nuestros poetas antiguos, se ve que meditaban un enredo complicado, y cuando se ponian á escribir, en los dos primeros actos daban la extension debida á la pintura de los lances y afectos; pero como les quedaba todavía mucha maraña, y no querian renunciar á ninguna parte de su invencion, amontonaban todo lo demas como podian en el último acto.»

—

Mayor (el) encanto amor.

Traducida en aleman por Augusto Guillelmo Schlegel.

—

Mayor (el) monstruo los celos.

Juicio de Don Manuel Bernardino García Suelto. *Comedias escogidas de Calderon*, tomo II.

«CALDERON, que casi en todos los géneros de poesía dramática descolló sobre sus contemporáneos, en el romántico, á que pertenece esta composicion, tiene otras dignas del mayor aprecio, entre las cuales lo merece muy particularmente la del Tetrarca. Para juzgar de su mérito es inútil decir que por ahora nos olvidarémos, como su autor cuando la escribia, de que existian reglas clásicas; y que dejarémos para otro lugar el exámen de los principios en que se funda el género *romántico*, y de la consideracion á que es acreedor.

»La fábula del Tetrarca de Jerusalen pertenece exclusivamente á la tragedia, es de sumo artificio, y está llena de invencion fantástica. Aquel vaticinio del astrólogo hebreo, referido por Mariene; aquel puñal terrible, instrumento de la fatalidad, que el poeta mantiene hasta el fin suspenso sobre la cabeza de los dos personajes principales; la accion de arrojarle al mar y clavarse en el hombro del náufrago, que viene á participar á Heródes la derrota de Antonio y de Cleopatra; la partida de aquel á Egipto, los agravios que recibe, sus celos al ver la imágen de su esposa en manos de Octaviano, su resolucion desesperada de matarle, la caida del retrato, que la impide, y confirma los funestos presagios que le amenazan, y de la cual resulta su prision y el nudo de la pieza; todo esto es grande, magnífico y poético; y si no se hallan rasgos de esta especie en las tragedias comunes, se hallan en los poemas épicos mas célebres, que considerados filosóficamente, no son otra cosa que tragedias mucho mas extensas, con éxito en parte venturoso.

»El gran poeta CALDERON no tomó de la historia sino lo que únicamente necesitaba para desempeñar su objeto; y sin desfigurar los hechos ni los caractéres, ocultó cuanto podia perjudicarle. De esta manera consiguió lo que ninguno de los que trataron el mismo argumento, que fué hacer á sus héroes interesantes y eminentemente trágicos. Heródes es el modelo de los amantes ideales. Sentado sobre el trono de Judea, todavía no se considera digno de poseer á su esposa. Mariene, dice, es la produccion mas perfecta de la naturaleza; solamente el que sea dueño del mundo merece su mano. Con este designio toma parte en la guerra civil de Roma, y espera levantarse sobre las ruinas de Antonio y Octaviano. Su amor no se parece al de los demas hombres; es una pasion exclusiva que absorbe todas sus potencias, y la posesion de Mariene es el único bien que desea, y siente perder.

No pues mi ambicion, Filipo,
No mi atrevida arrogancia,
No el ser parcial con Antonio,
No mi poder, no mis armas,
Me aflige, me desespera,
Me precipita y me arrastra.
Sino el ser de Mariene
Esposo.

»Sus celos tienen, por consiguiente, un carácter particular: no sospecha ni puede sospechar de la inocencia y virtudes de su esposa; pero al oir que Octaviano marcha á Jerusalen, su amor arrebatado le inspira la resolucion de matarse, y quiere quitarle la espada á Filipo para ejecutarlo. El diálogo rápido entre los dos manifiesta la agitacion de Heródes y los celos que le devoran. No ama el trono ni la vida: la idea de que Mariene podrá despues verse en brazos de Octaviano, es la que despedaza su alma.

Viendo, en fin, que apénas hoy
En una pública plaza
Seré horror de la fortuna,
Seré del amor venganza,
Cuando él sea ¡ay infeliz!
(Pues á Jerusalen marcha,
Donde es fuerza que la vea)
En tálamos de oro y grana
Heredero de mis dichas,
Dueño de mis esperanzas,
Muero de agravios y celos, etc.

»Cree que la pasion que le atormenta le ha de seguir mas allá de la vida: quiere arrancar del cielo la estrella bajo cuyo influjo ha nacido, para que ningun mortal ame como él.

¿Quieres ver cuál es la mia?
Pues si pudiera apagarla
Hoy con el último aliento,
Lo hiciera porque faltara
Del cielo, y otro ninguno,
En su gracia ó su desgracia,
No naciera como yo,
Porque como yo no amara.
Y en fin, ¿para qué discurre
Mi voz? Para qué se cansa?
Otra pena, otro dolor,
Otro tormento, otra ansia
En el corazon no llevo,
Sino solo ver que aguarda
Mariene á ser empleo
De otro amor, de otra esperanza.

»Encarga á Filipo que la mate inmediatamente que llegue á sus oidos la nueva de que á él le han quitado la vida, para que ningun mortal llegue á poseerla; pero no quiere ser aborrecido de la que adora, ni un solo momento.

No sepa que yo (le dice á Filipo)
Soy el que morir la manda:
No me aborrezca al instante
Que pida al cielo venganza.

»Cuando ella, despues de acriminarle por su resolucion sangrienta, se encierra en su habitacion, resuelta á no verle jamás, Heródes lo sufre con gusto, porque así cree que estará mas segura de los demas hombres, y aun de él mismo. Últimamente,

luego que la mata, no se queja de su destino ni se lamenta de su desgracia: calla y se arroja al mar.

»Esta rápida exposicion basta para manifestar que el carácter de Heródes es profundamente trágico, y que el poeta que supo pintarle con tanta originalidad y enerjía, era capaz de haber igualado por lo ménos á los clásicos extranjeros en este género, aun sujetándose á las unidades, si hubiera nacido en tiempos de mejor gusto.

»Mariene es amante, es esposa, es reina: nada aprecia en el mundo sino á Heródes; pero no le perdona que haya encargado á otro que le quite la vida si él perece. Su inocencia y su virtud cautivan la atencion de los espectadores, y su muerte desgraciada arranca lágrimas de compasion. Si se compara este carácter con el de Jaira, no habrá ninguno que dude un momento el dar á Mariene la preferencia. Aquella, aunque es inculpable, da á Orosman motivos aparentes para dudar de su fidelidad; pero á la esposa de Heródes ni aun las apariencias la condenan. Es víctima de la fatalidad: es una heroina digna del teatro griego. Octaviano aparece algo mas pequeño que debiera; pero en los pasajes principales habla y obra con la dignidad propia de un gran monarca.

»Algunos incidentes están manejados con poco acierto. La larga prision de Libia, necesaria á la intriga, no se halla bastante motivada. El personaje y la expedicion de Aristóbulo son demasiado episódicos, ó á lo ménos no están suficientemente enlazados con la accion principal. Desagrada sobremanera el medio de que se vale el poeta para ocasionar el error de Heródes y la muerte de Mariene. Es un recurso muy mezquino el de apagar las luces para desenlazar una tragedia, y solo pudiera tolerarse en las comedias de capa y espada. Hay tambien un gracioso que, á pesar de las ocurrencias que tiene, muy cómicas y graciosas, destruye en muchas partes el efecto trágico de la obra.

»Las ideas y sentimientos que pone el autor en boca de los principales personajes, serian admirables si no estuviesen recargados con el peso de los adornos, y se expresaran con ménos ingeniosidad y mas sencillez. La versificacion es llena y robusta. El estilo en general es mas artificioso que elegante: á veces degenera en hinchado, y otras en conceptuoso. El lenguaje es puro y vigoroso; y en las relaciones de aparato se hallan metáforas é imágenes hermosas, otras atrevidas, y otras descabelladas.

»CALDERON no ha sido el único que ha tratado este argumento. Algunos extranjeros le han puesto en la escena, y entre ellos el célebre autor de *Mérope;* pero no ha sido tan feliz en esta obra como en otras composiciones suyas. El juicio de *Mariamne*, hecho por La Harpe, es bien conocido de todos los aficionados á la literatura, y nada podríamos nosotros añadir á las observaciones de este famoso crítico; ademas de que la tragedia citada no tiene conexion alguna con el *Tetrarca de Jerusalen*. Entre nosotros, Ripoll Fernandez de Ureña escribió una comedia, que no hemos leido, con el título de *El bárbaro Ascalonita y tirano de Judea*: Lozano y Montesinos, autor de las *Soledades de la vida*, otra de poco mérito con el de *Heródes Ascalonita y la hermosa Mariana;* y Tirso de Molina la de *La vida y muerte de Heródes*, que, aunque muy inferior á la de CALDERON, no carece de grandes bellezas, tanto en punto á la composicion de la fábula, caractéres, etc., cuanto á la versificacion y estilo.»

Jorge Ticknor: *Historia de la literatura española*, tomo II, cap. 23.

«Para presentar la pintura de los celos y dar una prueba del vigor y robustez con que CALDERON sabia describir dramáticamente sus espantosos efectos, ninguno de cuantos dramas ha dejado puede compararse con el de *El mayor monstruo los celos y Tetrarca de Jerusalen*...

»Verdaderamente parece imposible llevar esta fiera y violenta pasion en el teatro á tan alto grado: los celos de *Otelo*, con los que muchas veces se han comparado los del Tetrarca, son mas groseros y materiales, y no tienen una causa tan noble; pero en la comedia de CALDERON los de Heródes están fundados únicamente en el temor que despues de su muerte posea á su esposa un rival á quien ella nunca ha visto, y esta idea intensa le arrastra hasta atentar á la vida de una esposa virtuosa é inocente.

»A pesar de la diferencia que hay entre ambos dramas, hay puntos accidentales de semejanza entre ellos. En la comedia española vemos una escena de noche, en que desnudando á Mariene sus doncellas, y viéndola pensativa y preocupada con el pensamiento del fatal destino que la amenaza, cantan para distraerla aquellos sentidos versos del comendador Escribá, que se encuentran entre las joyas primitivas de la poesía popular española, atesoradas en el primer *Cancionero general:*

Vén, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

»Versos y canto bellísimo que recuerdan la escena de la tragedia inglesa, en la que poco ántes de la muerte de Desdémona, cuando habla con Emilia, que la está desnudando, entona esta la antigua cancion del sauce.

»Tambien recuerda la defensa que hace de Otelo Desdémona hasta los últimos instantes, la respuesta de Mariene á Octavio, cuando este le aconseja apelar á la fuga para salvarse de la cólera de su esposo.

El labio mudo
Quedó al veros, y al oiros
Su aliento le restituye,
Animada para solo
Deciros que algun perjuro,
Aleve y traidor, en tanto
Malquisto concepto os puso:
Mi esposo es mi esposo, y cuando
Me mate algun error suyo,
No me matará mi error,
Y lo será si dél huyo.
Yo estoy segura, y vos mal
Informado en mis disgustos:
Y cuando no lo estuviera,
Matándome un puñal duro,
Mi error no me diera muerte,
Sino mi fatal influjo;
Con que viene á importar ménos
Morir inocente, juzgo,
Que vivir culpada á vista
De las malicias del vulgo.
Y así si alguna fineza
He de deberos, presumo
Que la mayor es volveros.

»Pudiéramos citar otros trozos; pero aunque notabilísimos, no entran en el plan é interes general del drama: este consiste en la pintura del carácter heróico de Heródes, devorado por unos celos horribles, de los cuales solo pueden triunfar la belleza é inocencia de su esposa en el momento de morir; miéntras durante la composicion vemos suspendida constantemente sobre ambos la daga fatal, como el destino implacable de la antigua tragedia griega, que solo observan los espectadores, presenciando al mismo tiempo los inútiles esfuerzos de las víctimas para escapar de la suerte que las aguarda, esfuerzos que los conducen mas y mas al fin á que están predestinados.»

Don Agustin Duran: *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del* Teatro antiguo español, *y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar.* Madrid, 1828.

«Si consideramos bien las cosas, ¡qué diferencia tan grande no debe existir, para la expresion de sus respectivos sentimientos, entre Orosman y el Tetrarca! El uno, todo clásico, representa los afectos celosos, como pasion inherente al corazon humano, expresándolos con acciones que en igual caso y situacion harian todos los hombres. El otro los reconcentra dentro de su alma, y retrata los tormentos y combates que la despedazan interiormente, no solo como perteneciente á la especie humana, sino como cierto y determinado individuo de ella. Todos los hombres celosos se reconocerán en Orosman; solo el Tetrarca puede sentir, obrar y pensar como el Tetrarca.

»Para sospechar Orosman de la fidelidad de su querida, es preciso que ella le inspire desconfianza con sus acciones, inocentes, es verdad, pero equívocas, que pudo haber evitado. Jaira, sin dejar de ser Jaira, podia tranquilizar á su amante; miéntras Mariene, sin dejar de ser hermosa, mujer amante, virtuosa y amada, no podia librarse de los celos de su esposo. Jaira motiva las sospechas del suyo formando una intriga clandestina semejante á las de amor, y con decir una sola palabra puede acabar con ellas; al contrario, Mariene es inocente, no solo á los ojos del espectador, sino á los del mismo Heródes; y la ocasion de los celos de este desgraciado, no debe buscarse fuera de él mismo, porque reside en el centro de su alma, circula por sus venas, y en fin estriba en cuanto constituye su existencia moral. Así, para decidir la catástrofe en esta sublime tragedia, no es necesario que Mariene aparezca criminal á los ojos de su esposo; bástale á este saber que es mujer, que es hermosa, y que nadie puede verla sin amarla, y sospechar aun remotamente que puede ser inconstante. El Tetrarca de CALDERON no será, enhorabuena, el mismo Heródes de la Palestina: será, si se quiere, un español puesto en iguales circunstancias á aquellas en que la historia nos le pinta. CALDERON nos presenta en él un personaje histórico, pero revestido de un carácter profundamente ideal y nacional en la expresion de sus sentimientos íntimos é individuales. ¿Quién desconocerá en el héroe, ó el tirano de Jerusalen, los vestigios de la sangre árabe, y las reconcentradas y furiosas pasiones que se albergan en el corazon de los habitantes del Africa, que tantos siglos dominaron en España?

»Aparece Heródes en la escena ciegamente enamorado de su esposa: para él no hay en la naturaleza otro placer que exceda al de amar, sino el de ser correspondido: nada le turba ni distrae de su pasion; los anuncios siniestros que le cercan solo sirven para proporcionarle medios de manifestar su ternura á Mariene. ¡Feliz

miéntras aun ignore que alberga escondido en su corazon el monstruo impío que ha de devorar sus dichas, y clavar el agudo acero en el seno inocente de su amada! Cuando los furiosos vientos aprisionados en hórridas cavernas dejan la mar en dulce y apacible calma, el novicio navegante duerme tranquilo y sin recelo de las crueles tempestades; mas si desencadenado el rudo Aquilon se precipita sobre los procelosos mares; si rotos los mástiles y perdido el timon sirve la nave de juguete á las furiosas olas, entónces el descuidado pasajero despierta despavorido de su letargo para conocer su horrible situacion, y para saborear penosamente la muerte que le amaga. Tal aparece Heródes á la vista del espectador reposando en el regazo halagueño de su querida, y en la confianza de su amor, sin sospechar apénas que pueda albergarse en su alma apasionada el crudo afecto de los celos; pero al ver realizados en parte los presagios funestos que ántes despreciaba; al mirarse prisionero de Augusto, y condenado á morir; cuando llega á temer que un poderoso rival, disputándole el corazon de su amada, consiga acaso ser correspondido; entónces se abandona todo á las roedoras sospechas, entónces las pasiones se desencadenan en su pecho, entónces se enciende una obstinada lucha entre el amor propio, el honor y el cariño, y entónces en fin conoce los excesos á que pueden los rabiosos celos conducirle. ¿Y el hombre que pocos momentos ántes hubiera sacrificado su existencia por libertar de una leve molestia al objeto de su amor, es el mismo que ahora inexorable le destina una muerte horrorosa y sangrienta? Luchan en su pecho el amor y los celos, la lucha es obstinada y profundamente interior, el alma es el campo de batalla, y allí, allí y no en otra parte, es donde el espectador busca y encuentra siempre al desdichado Heródes. Ausente del objeto de su cariño y de sus penas, destronado, próximo á subir en un cadalso, el Tetrarca es un héroe sobrehumano, y tal apareceria siempre, si las pasiones que devoran y despedazan sus entrañas no diesen á conocer que es hombre. ¡Pero qué hombre! ¡Cuán sublime é ideal es la expresion de sus pensamientos! Cuán noble y espiritual la de sus afectos! No es su pena mayor el contemplar á Mariene en otros brazos; pero no puede soportar la idea de ser olvidado y aborrecido. A tal extremo le reduce este pensamiento, que ya nada le importa su existencia ni la de su esposa: y en tan dura situacion solo atiende á que esta ignore la mano de donde parte el golpe que la destina, para no ser odiado de ella ni un solo momento de su vida. El amor es para el Tetrarca una pasion del alma, y por lo tanto cree que es tan eterno como ella.

»En el teatro clásico se hubieran puesto en relacion la mayor parte de las hermosas escenas motivadas por las situaciones de esta tragedia; pero como en el romántico todo debe ser accion y desenvolvimiento, el espectador solo se interesa por Hérodes, á él ve en todas partes, á él escucha sus mas íntimos sentimientos, él mismo es quien retrata los combates de su alma, y él en fin el que le confía y manifiesta los dolores y amarguras que abriga su inflamado corazon. Con tal interes, ¿habrá un solo hombre que se halle en estado de reparar si la escena es siempre la misma, ó si la accion cabe en uno ó muchos dias? El que sea capaz de repararlo será muy á propósito para calcular la cuadratura del círculo; pero no para sentir ni juzgar el mérito de la verdadera y buena poesía.»

El señor Luis de Viel-Castel ponderó en su análisis de *El alcalde de Zalamea* la dificultad enorme de hacer en la escena una confesion de deshonra, sin incurrir en el ridículo. Obsérvese con qué facilidad, con qué tino y grandeza de ingenio venció CALDERON este obstáculo en uno de los lances últimos de este drama, cuando penetra furtivamente Heródes en la habitacion de su esposa, y halla esparcidas por el suelo sus galas, y todo el aposento en desórden:

¡Tarde hemos llegado, celos,
Tarde, tarde! pues no dudo
Que quien arrastró despojos
Habrá celebrado triunfos.

Imposible parece expresar la idea del deshonor de una manera mas poética y noble.

CALDERON se quejó de que le habian hurtado y echado á perder esta composicion. Véanse unos versos del que se propuso enmendarle la plana: corresponden á la jornada tercera.

Sale MALACUCA, *con muletas, y manco.* (*Malacuca* es el *Polidoro* de CALDERON.)

MALACUCA, *á Octaviano.*

Señor, ya que tu piedad
Con todos cuantos tuvieron
Parte en estos alborotos
Es tan liberal, te ruego
Que mandes que se me quiten
Los tratos que se me dieron,
Que son muy bellacos tratos.

UN SOLDADO.

Aparte de aquí.

OCTAVIANO.

¿Qué es eso?

SOLDADO.

No es nada.

MALACUCA.

No es sino mucho.

OCTAVIANO.

¿Quién sois?

MALACUCA.

Un príncipe huero,
Un capitan de la legua,
Un caballero de viejo:
En efecto soy un Aristóbolo contrahecho,
Que sin haberme mojado,
A enjugar estuve puesto
En tal maroma, que apénas
Me vió levantar del suelo
(Que siempre yo me levanto
A semejantes sucesos),
Cuando rechinó entre sí,
Como quien dice: «Yo quiero
Hacerle á aqueste una burla,»
Y se quebró, dicho y hecho:
Con que despues de sacarme
Los brazos por el pescuezo,
Me hizo quebrar ambas piernas:
Y en dos muletas parezco
Al tiempo, y bien parecido,
Segun que anda ruin el tiempo.

Médico (el) de su honra.

Debió sugerir á CALDERON el pensamiento de este drama la lectura de una comedia de Claramonte, titulada *De esta agua no beberé*. Los personajes son casi los mismos; los caractéres diferentes ó contrarios.

Monsieur Hipólito Lúcas, imitador de este drama, dice en el prólogo puesto á su obra:

«Un sabio crítico aleman, Guillermo Schlegel, ha tributado á CALDERON el homenaje que se le debe, llamándole, como á Lope de Vega, *un milagro de la naturaleza*. CALDERON en efecto, no ménos grande en sus creaciones que ingenioso en su poesía, es un ingenio raro y divino, que ha merecido tambien el nombre dado á Lope de Vega por sus contemporáneos.

»Entre las grandes composiciones de CALDERON, la mas célebre es *El médico de su honra*, drama que ha sido traducido en muchas lenguas y representado con buen éxito en varios paises. Solamente la escena francesa no lo poseia: nosotros hemos tratado de naturalizarle en ella.

»Linguet no habia comprendido esta pieza en sus traducciones, tan incompletas, del teatro español. Monsieur Damas-Hinard es el primero que se ha empleado en él para una reciente edicion de las obras maestras de CALDERON, publicada por Gosselin. Monsieur Damas-Hinard, escritor elegante y correcto, mucho mas erudito y cuidadoso que Linguet, ha creido no obstante que debia algunas veces atenuar la exuberancia de CALDERON.

»Déjase discurrir que escribiendo para la escena, para oídos siempre tan delicados, teniendo de habérnoslas con un público impaciente, necesariamente hemos de haber tomado mas precauciones todavía que el nuevo traductor. Sin embargo, permítasenos hacernos justicia: ninguna dificultad del original nos ha detenido: hemos probado á introducir en el tejido del drama toda la fantasía poética, todos los elementos líricos que el estado actual de nuestro teatro consiente.»

Don Lope de Almeida, en *A secreto agravio secreta venganza*, quita la vida á su esposa, que habia consentido ya en deshonrarle, castigo realmente harto duro para una culpa que todavía solo era de pensamiento; Don Gutierre Alfonso Solis mata, en *El médico de su honra*, á Doña Mencía, consorte fiel, que no habia pensado en ofender á Gutierre: se dió una disculpa á Don Lope; á Don Gutierre ya no le alcanza. Cuando el sentimiento del honor conduce á la inhumanidad, á la barbarie; cuando el sentimiento de la lealtad conduce á la bajeza, ya esos nobles impulsos dejan de serlo, y degeneran en criminales abusos. Barbarie es matar á una esposa inocente; bajeza es respetar á un infante culpado: Mencía no debia pagar las culpas de Enrique. Sin embargo, esta condenacion del principio en que va fundado *El médico de su honra*, no recae sobre CALDERON, sino sobre su siglo, siglo de festines incesantes y de atropellos perpetuos, época de galantería y de mortandad, en que todo poder, desde el real al doméstico, abusaba de sus facultades, ó usaba sin piedad de su fuerza, ocasionando tal vez una venganza horrible. Cuando una marquesa mandaba azotar y pelar á sus criadas por una leve falta; cuando un marqués abofeteaba á la mujer de un lacayo, y el lacayo mataba al marqués; cuando jueces á quienes la ley vedaba condenar á muerte á una muchachuela ladrona, la

mandaban desorejar despues de azotada, y colgarla de la horca por los cabellos, castigo aun mas cruel que la muerte, y que se la daba en efecto; por último, cuando hasta el enteco y apocado Cárlos II sacaba la daga contra un criado que le impedia realizar una burla: natural era que en medio de tanto abuso y de tanta sangre, fuese aplaudida la crueldad de un esposo, que iba escudada con la respetable egida del honor, aunque exagerado ya y pervertido.

—

Mejor (el) amigo el muerto.

Hállase la idea fundamental de esta comedia en el libro de caballerías titulado *Olivéros de Castilla y Artus de Algarbe.* Tambien escribió Lope sobre este asunto su comedia de *Don Juan de Castro.*

—

Monstruo (el) de la fortuna, comedia de tres ingenios.

Juicio de Don Alberto Lista, impreso en el periódico titulado *El Censor*, tomo XV, 1822.

«Se observan en esta pieza intenciones y movimientos trágicos, y algunas escenas á las cuales solo falta un lenguaje mas sostenido y un estilo ménos afectado, para ser dignas de Melpómene. Tal es la escena del segundo acto entre la reina Juana, su confidenta Felipa y el rey Andres. La versificacion de toda ella es armoniosa y noble: el odio de la Reina y las sospechas de su marido están muy bien descritas: las sentencias son graves y concisas, y el interes dramático que excita es muy grande; porque se ven entre las caricias conyugales todas las pasiones funestas del corazon que dieron motivo al asesinato de Andres, á las calamidades de una guerra extranjera, y á la condenacion de Felipa.

»Reprendiendo Andres la osadía de Felipa, esta le responde:

Señor,
Estos cargos no son mios;
Del Reino son: yo los oigo,
El los siente, y yo los digo.
REINA.
¿Son justos los cargos?
ANDRES.
Sí.
REINA.
Pues si son justos, oidlos
Por justos, no por el dueño.

»A lo que responde Andres, como buen tirano:

Yo no repruebo los cargos,
Sino la voz que los dijo:
No culpo yo las verdades,
Sino el traje en que han venido.

»Felipa le responde comparando al Rey con un clavel que no repara en el conducto por donde viene el agua que le riega; y para hacer mas agradable la comparacion dice que

De la verdad se alimentan,
Como el clavel del rocío,
Los reyes.

»Andres le replica que el agua suele viciarse en los conductos, y concluye con un desatino, tan desatino en moral como en política:

Que aunque ellas por sí son buenas,
Si el instrumento es indigno,
Se les pega á las verdades
El sabor de quien las dijo.

»Es verdad que estas expresiones están bien colocadas en el discurso de un usurpador. Pero se debe confesar que la comparacion del clavel y la fuente es alevosa en una escena trágica. Mucho mejores son estos versos de Felipa:

Y así, mandad como amado,
No forceis como temido,
Y obedezcamos nosotros,
No de asustados, de finos.

»El razonamiento en que Andres promete licenciar su ejército, tiene la grandilocuencia propia de la tragedia.

Pues yo por soldado he sido,
Para ser rey, muy violento,
Para esposo, poco fino;
Hoy, colgando aqueste acero
De tantas lides invicto,
Dejaré de ser soldado.
Salgan los húngaros mios
De Nápoles; calle el parche,
No suene una trompa, un tiro
En toda Italia: de paz
Hoy se coronen sus hijos...
Ya empiezo á ser rey piadoso:
Ya empiezo á ser buen marido:
Ya con la paz os granjeo,
Ya con la fineza os sirvo...
Ya dejé de ser soldado:
Ya mi altivez mortifico:
La mayor fineza es
Dejar de ser lo que he sido:
Cada uno mire bien
Que le toca hacer lo mismo;
Que volveré á ser soldado
Si cortesano no obligo.

»En esta comedia está el célebre verso:

Madruga, y mata primero.

»Y esta sentencia, tan noble y generosa como la anterior, es atroz:

¿Quién tiene mayor nobleza?
¿Quien dice injurias sin causa,
O quien puede y no se venga?

»Esta pieza debe quedar en nuestro teatro; pero es necesario refundirla. Han de desaparecer los dos graciosos y la graciosa, y reservarse para el género cómico las escenas en que se representa con bastante fidelidad la mutacion que causa la fortuna en los corazones viles.

»Es preciso tambien dar mas influencia en la condenacion de Felipa á su amor hácia Cárlos, amante antiguo y correspondido de la Reina. El carácter de esta es poco dramático, y lo será mucho mas haciéndola resistir á las amenazas de Luis, infante de Hungría, y á las imprudentes revelaciones de Felipa, de modo que no firme el suplicio de su favorita, sino arrastrada por una pasion celosa. Para conseguir este resultado, es menester desenvolver con mas estudio el carácter de Cárlos, y la pasion que ha inspirado á las dos amigas, y por consiguiente, la pieza debe empezar en la segunda jornada.

»Obsérvese que siempre le quedará el defecto de la duplicidad de accion. En efecto, la muerte de Andres es una accion completa trágica, producida por pasiones trágicas y vehementes, mas importante que el suplicio de una mujer comun, elevada al valimiento por su ambicion propia y por la debilidad de la Reina; pero á pesar de este defecto, no nos debemos resolver á perder el segundo acto y dos escenas del tercero; ántes bien debemos conservarlas, aunque no sea mas que como monumentos de nuestra tragedia del siglo XVII. Los poetas en quienes se notan mas disposiciones para el arte de Melpómene son Rojas y CALDERON.»

—

Monstruo (el) de los jardines.

Lista: *Calderon, considerado como lírico:*

«Veamos la concision elegante con que sabe ingerir las máximas.

ACTO PRIMERO, ESCENA II.

LIDORO.
Bien que este no es desierto juzgo ahora;
República es entera, pues con tanta
Variedad, ya se canta, ya se llora.
LIBIO.
¿Adónde no se llora y no se canta?»

—

Nadie fie su secreto.

Comedia cuyo título no se halla en la lista de CALDERON: parece una refundicion de *Basta callar,* hecha por Moreto, á quien se atribuye en alguna edicion. Es de notar que el refundidor aprovechó pensamientos de otras comedias de CALDERON, y dió á los tres galanes los nombres mismos de los tres de *Amigo, amante y leal.*

—

Niña (la) de Gomez Arias.

Schack: *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, pág. 57.

«Para *La niña de Gomez Arias* CALDERON ha tomado mucho de la pieza que escribió con el mismo título Luis Velez de Guevara.»

—

No hay burlas con el amor.

García Suelto: *Coleccion de las piezas dramáticas de los autores españoles*, tomo I de las *Comedias de Don Pedro Calderon de la Barca.* — Madrid, imprenta de Don Antonio Fernandez, 1826. En octavo.

«El público conoce esta comedia, y la aprecia como una de las mejores producciones del ingenio de CALDERON; y efectivamente merece este concepto.

»El deseo de mantener siempre vivo el interes de los espectadores, excitando su curiosidad, hizo adoptar á nuestros autores

antiguos el sistema de recargar sus fábulas con una multitud de incidentes, que ofuscan la accion y la desfiguran. Muchas veces, para entenderla y seguir la marcha del poeta, es necesario una atencion asidua, que molesta en vez de recrear. Pero la comedia de que tratamos no tiene este defecto. La accion es sencilla, sin episodios extraños al asunto principal, está bien concebida y graduada, y camina á su fin directamente. Los amores de Don Juan y Doña Leonor son el medio de que se vale el autor para formar la intriga y desempeñar la intencion dramática que se propuso, probando que los hombres mas enemigos del amor apasionado, y mas indiferentes á los atractivos del bello sexo, se ven al fin sujetos á su imperio, cuando ménos lo temian y mas blasonaban de su independencia y libertad. Los caractéres son variados y están perfectamente sostenidos. En el de Doña Beatriz ridiculiza CALDERON con mucha gracia y lijereza á las mujeres cultas y afectadas; y aunque Molière se propuso y consiguió lo mismo en *Las mujeres sabias*, no hay punto de comparacion entre los dos poetas; porque el primero lo hizo por incidencia y para realzar mas el vencimiento de Don Alonso, y el segundo formó su comedia únicamente con el objeto de censurar aquel vicio. Ninguno de los dos poetas, ni Don Francisco de Quevedo Villegas en su *Culta latini-parla*, fuéron enteramente originales. El pensamiento es de Juvenal, en su sátira contra las mujeres; pero esta observacion no disminuye el mérito de aquellos escritores.

»Las situaciones de esta comedia son propias del asunto y muy interesantes: los diálogos, lijeros, naturales y animados. Son dignas de notarse por su gracia, su viveza y sales cómicas, las escenas I, II, VI y XI del acto primero; las V, VIII, X, XI y XIII del segundo, y la IV del tercero.

»Los personajes de Don Diego y Don Luis, de quien se vale CALDERON para acuchillar á Don Alonso y dar celos á Don Juan, pudiera haberlos suprimido, buscando en el fondo de la accion misma los medios de suplirlos.

»Hubiera entónces hallado el modo de desenlazar la intriga, sin necesidad de esconder por segunda vez á Don Alonso y á Moscatel. El abuso de esta situacion, que repitió muchas veces en sus comedias, lo conoció el mismo CALDERON, cuando, en la escena XIII del segundo acto, dice en boca de Don Alonso:

¿Es comedia de Don Pedro
Calderon, donde ha de haber
Por fuerza amante escondido
O rebozada mujer?

»La versificacion es robusta y armoniosa generalmente, aunque mas artificiosa que permite el lenguaje familiar de la comedia; y el estilo urbano y gracioso. Sin embargo, se notan algunas veces resabios del mal gusto de su tiempo, introducido por Don Luis de Góngora. Las cinco décimas en que Don Alonso quiere persuadir á Doña Beatriz de la verdad de su amor, en la escena XV del tercer acto, son detestables. ¿Cómo olvidaban CALDERON y los poetas célebres de aquella época, llenos de instruccion y de talento, que el lenguaje de las pasiones es siempre sencillo y natural, y nunca falso ni pomposo? ¿Cómo se les podrá disimular tal desacierto? Nosotros creemos que los disculpa el siglo en que nacieron. Sin duda la afectacion del culteranismo, que era entónces gala en las mujeres finas, obligaba á los amantes á buscar pensamientos alambicados, sutilezas, frases retumbantes y aun disparates intolerables, para manifestarlas su cariño de un modo, estudiado é ingenioso á la verdad, pero muy opuesto á la razon, al buen gusto y á la naturaleza. ¿Qué hicieron pues los poetas de aquel tiempo? Pintar, conforme la observaban, la sociedad en que vivian.»

—

No siempre lo peor es cierto.

García Suelto, tomo I de las *Comedias de Calderon*.

«Aunque el amor ha sido el asunto de la mayor parte de las composiciones de nuestros poetas dramáticos, ninguno de ellos le ha presentado en el teatro con tanta decencia como Lope y CALDERON. Le pintaron con delicadeza y decoro; evitaron cuidadosamente hasta las expresiones mas indiferentes, si podian atribuirse al deseo sensual; le espiritualizaron, por decirlo así; pero sin dejar por eso de retratar con mucha verdad y enerjía la pasion que arrebata al hombre con mayor vehemencia. Un modelo de esta clase es la presente comedia, que pertenece al género *sentimental*; y CALDERON muestra en ella el profundo conocimiento que tenia del corazon humano, y la sensibilidad de un alma generosa.

»Los personajes de Don Cárlos y Doña Leonor son en su especie los mas perfectos que pueden verse en la escena. Una mujer inculpable, á quien las apariencias acriminan á los ojos de su amante; que no tiene medio alguno de desvanecerlas, y sufre resignada su dolor, sin mas alivio que la esperanza de que el tiempo aclare la verdad, es preciso que inspire un interes vivo y duradero. Al punto que se presenta, cautiva la atencion; y cuando el espectador la oye decir, en tono suplicante y dolorido:

Escúchame, y no me creas
Despues de haberme escuchado,

la declara inocente en su interior. En este rasgo pinta ya CALDERON á Doña Leonor, y pinta su amabilidad, su inocencia y la pureza de su amor. En el curso de la accion aumenta gradualmente el mérito de su carácter, por las situaciones en que coloca á su heroina: ya sea cuando ruega á Don Juan que la admita en su casa, ya cuando la recibe Doña Beatriz, cuando se encuentra con Don Diego, y pasa por su amante á vista de Don Juan, siempre conmueve é interesa vivamente.

»¡Qué dulzura, qué sensibilidad, qué amor manifiesta cuando dice á Don Cárlos!...

Si en algun tiempo
Te llegare el desengaño
De la culpa que no tengo,
¿Me has de cumplir la palabra
Que me diste?

»¡Qué enérjica y apasionada es la respuesta de su amante!

No solo eso
Ofrezco á ese desengaño,
Leonor; pero hacerte ofrezco
Víctima el alma y la vida.

»¡Qué reconvencion tan dulce y tan justa hace á Don Cárlos!

Si airado una vez, si tierno
Otra vez me hablas, ¿por qué,
Mas al mal que al bien atento,
No te pones de mi parte,
Y crees, Cárlos, que puedo
Estar sin culpa?

»Toda esta escena está llena de ternura y de sentimiento. Pero la mas interesante para los espectadores es la XII del acto tercero, en que ven á Don Cárlos convencerse de la inocencia de Leonor. Tales han sido las apariencias que la condenaban, que Don Cárlos no podia desengañarse sino oyendo la declaracion de su enemigo. El poeta supo preparar esta escena con mucho ingenio y una naturalidad inimitable.

»¡Cuánto placer recibe el espectador, que ha visto desde el principio la inculpabilidad de Leonor, condenada por las apariencias, y ha disculpado al mismo tiempo los celos de Don Cárlos, cuando considera que van á ser felices estos amantes puros y virtuosos!

»La amabilidad y dulzura de Leonor brilla constantemente en toda la comedia, y solo desaparece al proponerle Doña Beatriz el casamiento con Don Diego. Entónces muestra enfurecida la pasion con que adora á Don Cárlos, y el odio que profesa al hombre que ha sido causa de todos sus infortunios.

DOÑA LEONOR.
Aspid pisado
Entre las flores de abril,
Víbora herida en los campos,
Rabiosa tigre en las selvas,
Cruel sierpe en los peñascos,
No es tan fiera para mí
Como él lo es.

»Don Cárlos es un modelo de generosidad: ama con la mayor vehemencia; pero su pasion es tan noble y pura, que jamas, ni en sus palabras ni en sus acciones, manifiesta el menor deseo. Solo CALDERON pudo desenvolver con tanto acierto el carácter pundonoroso de Don Cárlos. ¿Qué hombre puede tener pensamientos mas virtuosos que los siguientes?

Que desde Madrid aquí
Sino es hoy, juraros puedo
Que no la hablé dos palabras.
. . . .
Que es hombre bajo, que es necio
Es vil, es ruin, es infame
El que solamente atento
A lo irracional del gusto
Y á lo bruto del deseo,
Viendo perdido lo mas,
Se contenta con lo ménos.

»Estos versos expresan perfectamente los sentimientos morales de Don Cárlos. Pero la resolucion de casar á Leonor con Don Diego para restaurar su honor, que juzga perdido, es un rasgo que da al carácter de Don Cárlos la última perfeccion.

Si en este estado pudiera
Yo conseguir que á Leonor
Don Diego satisfaciera;
Que honrada y en paz volviera
Con su padre á su lugar,
Fuera la mas singular
Venganza.

»Así lo dice á Don Juan en la escena I del acto tercero, y ya resuelto, añade:

Ganemos á Leonor, ya
Que á Leonor hemos perdido.

»Don Juan conoce y aprecia estos sentimientos tan desinteresados.

DON JUAN.
Es vuestra resolucion
Tan honrada como vuestra,
Y bien en su efecto muestra
Ser hija de una pasion
Tan noble.

»No solo son interesantes Don Cárlos y Leonor: lo son asimismo Doña Beatriz y Don Diego, Don Juan, Don Pedro y los criados; pero está tan perfectamente graduado el interes respectivo de cada uno en el curso de la accion, que no debilita el que causan los dos amantes. Son las principales figuras de un excelente cuadro; están colocadas en el primer término, y se llevan la atencion de los espectadores, sin impedirles que observen y examinen las demas que forman el todo de la composicion. La fábula está combinada con mucho acierto. La llegada de Don Diego á Valencia, y sucesivamente la de Don Pedro, producen situaciones muy interesantes: el primero aumenta el peligro y los pesares de Leonor, las apariencias de su delito y los celos de Don Cárlos; y el segundo, comprometiendo á Don Juan para que favorezca su venganza, pone á todos en la situacion mas apurada, y es el que produce el desenlace.

»Muchos pasajes de mérito pudieran citarse, ya por el pensamiento, ya por la ingeniosidad de la expresion; pero por no alargar demasiado este juicio, nos limitarémos á los siguientes:

ACTO PRIMERO, ESCENA IV.

Que estas son las cuatro edades
De cualquier amor, pues vemos
Que en brazos del desden nace,
Crece en poder del deseo,
Vive en casa del favor,
Y muere en la de los celos.

ACTO SEGUNDO, ESCENA XI.

Entre el alboroto huyó
Una hija mia... Al decirlo
Me embaraza la vergüenza.
¡Mal haya el primero que hizo
Ley tan rigurosa, pacto
Tan vil, duelo tan impío,
Y entre el hombre y la mujer
Un tan desigual partido,
Como que esté el propio honor
Sujeto al ajeno arbitrio!

»La urbanidad del estilo, el lenguaje y la versificacion son propios del autor, y tienen pocos lunares, si se exceptúan los seis versos que dice Leonor al fin de la escena II del primer acto, y los malhadados ovillejos de la escena VI del tercero.

Schack: *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, página 447.

«Compárese *La fausse apparence* de Scarron, con *No siempre lo peor es cierto*, y se verá en cuán alto grado poseia este hombre desapiadado el talento de corromper todo lo que tocaba, y de estropear los originales á quienes hacia el ultraje de traducirlos.»

Monsieur Damas-Hinard tradujo la comedia *No siempre lo peor es cierto*, incluyéndola en el segundo tomo ó segunda serie de las comedias de Calderon en la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre du théâtre espagnol*.

Peor está que estaba.

Schack: *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, página 53.

«*Peor está que estaba* está sacada escena por escena de otra composicion mas antigua, de Luis Alvarez, impresa en 1630 con el mismo título, suprimiendo solo algunas cosas inoportunas, y cambiando el texto literal. Se ha indicado la presuncion de que fuese tambien Calderon autor de la comedia antigua, y hubiese tenido alguna razon para tomar un nombre supuesto, cosa que no darémos por imposible, una vez que no aparece ántes ningun Luis Alvarez como poeta cómico; pero al final de la antigua *Peor está*, se dice que su primer padre la habia llamado *Todo sucede al reves*: de modo que tambien esta pieza es refundicion de otra anterior.»

Ticknor: *Historia de la literatura española*, tomo II, capítulo XXIV.

«Hay entre ellas dos muy notables, que son *Peor está que estaba* y *Mejor está que estaba*, que se sabe tradujo Lord Bristol con el título de *Mejor que mejor* y *Peor que peor*.»

De Brosse imitó, en el año 1645, la comedia *Peor está que estaba*, con el título de *Les innocents coupables*. En 1655 la imitó Bois-Robert, con el de *Les apparences trompeuses*; y en 1707 *Le Sage*, con el de *Don César Ursin*. Ultimamente la tradujo Monsieur Damas-Hinard.

Pintor (el) de su deshonra.

«Avisos (de Pellicer) de 28 de julio de 1643.

»Ha sucedido estos dias un caso que tiene escandalizada la corte, por el hecho y las circunstancias. Este fué el robo de la hija de un tratante en lienzos, muy rica y con treinta mil ducados de dote. Hízole un hermano de la madrastra de la moza, que desahuciado de que se la diesen por mujer, intentó la fuerza; y acompañado de amigos con armas de fuego y un coche de cuatro mulas, llegó á la casa; y armando de noche una pendencia, saliendo á la tienda la moza y la madrastra, la cogieron, y metiéndola en el coche, dispararon pistolas para atemorizar la gente y que no los siguiesen. Corrió el coche muchas calles de Madrid, dando por todas grandes gritos la robada, de suerte que todos creyeron, segun el aparato y estruendo, que solo algun gran señor podia atreverse á caso semejante y tan violento. Pararon en la casa prevenida, donde la moza, dicen, se defendió con arte, del hombre, diciendo que supuesto que habia de ser su mujer, no queria parecerlo hasta estar desposada. Hizo una cédula, y á la mañana, por el rastro de un notario del Vicario, cogió al agresor y á otros dos cómplices el alcalde Don Enrique de Salinas. Están en la cárcel, y se entiende los ahorcarán el juéves; y por ahora no se habla sino en esto y en *dos mujeres que han muerto á manos de sus maridos por adúlteras; el uno pintor*, y el otro bodeguero.»

Este acontecimiento pudo inspirar á Calderon la idea de *El pintor de su deshonra*. Al año siguiente murió, por causa bien distinta, la esposa de otro pintor, cuyo nombre no omitió Pellicer.

«Avisos de 14 de junio de 1644.

»Sucedió cuatro dias há que Alonso Cano, pintor de gran fama, tenia un pobre que acudia á su casa para copiar de él los cuerpos que pintaba; y estando él fuera de casa, y su mujer en la cama sangrada (virtuosísima criatura), el pobre se quedó cerrado en el obrador; y saliendo al aposento de la mujer, la mató con quince puñaladas con un cuchillo pequeño. Escapóse, y á ella la hallaron con matas de los cabellos del pobre en la mano. Vino su marido, y por los indicios de disgustos que tenia con ella sobre mocedades suyas, le prendieron y le han dado tormento: negó en él haberla hecho matar, y háse recibido la causa á prueba, y se cree está sin culpa.»

Sigue otra noticia aun mas atroz.

«Vino tambien nueva del suceso lastimoso de Ecija, en que dicen que un religioso requirió de amores á una doncella, hija de confesion suya, y que habiéndola tenido cerrada en el convento algunos dias, la mató y enterró.»

Al considerar la valiente defensa que hizo de su honor la hija del mercader de lienzos, la mas heroica y ménos feliz de aquella mártir que murió á manos del brutal alférez, de que se dió cuenta en la pág. 692, columna primera; y suponiendo por último, como las circunstancias lo hacen creer, que la virtuosa Margarita Velli, muger de Alonso Cano, y la doncella asesinada en Ecija perecieron víctimas de la castidad y pureza, no puede uno ménos de creer que el principio del honor, profundamente arraigado en España por aquellos tiempos, hacia bárbaros á algunos maridos celosos, hacia heroínas sublimes á algunas mujeres, y probablemente honradas á casi todas. Ellas valian mucho mas que ellos.

Este drama de *El pintor* está traducido por Monsieur Angliviel de la Beaumelle, en el tomo XVII de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*.

Postrer (el) duelo en España.

Traducido por Monsieur Angliviel de la Beaumelle, en el tomo VII de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*.

Príncipe (el) constante.

Monsieur Damas-Hinard incluyó una traduccion de esta tragedia en el tercer tomo ó tercera serie de comedias de Calderon, en la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre du théâtre espagnol*. A la version precede una noticia, donde se lee esto:

«La parte mas notable del drama, ó por mejor decir, todo él es el papel de Don Fernando. Calderon, con un genio y arte maravillosos, ha hecho del infante prisionero un Régulo cristiano.... ¿Nos será lícito confesarlo? Una vez admitida como histórica la invencion del poeta, el infante de Portugal nos parece mas grande, mas noble, mas digno de admiracion y simpatía que el general

romano; porque si es bello el morir por la patria (y cierto que lo es, y bien léjos estamos nosotros de querer entibiar el amor cívico), aun es mas bello, segun creemos, morir por la religion y la fe. *El príncipe constante* fué traducido al aleman por el gran crítico Guillelmo Schlegel, y el drama obtuvo gran éxito en todos los teatros de Alemania.»

Ticknor : *Historia de la literatura española*, tomo II. capitulo XXIII.

«Otras comedias de CALDERON tienen librado exclusivamente su buen éxito en el principio noble de la lealtad, sin mezcla alguna, ó muy poca, de la pasion del amor y de los celos. La mas notable en este género es *El príncipe constante*. Su argumento es la expedicion contra los moros de Africa, hecha en 1438 por el infante Don Fernando de Portugal, que terminó con la completa derrota de los invasores al frente de Tánger, quedando prisionero el mismo Infante, que murió cautivo y miserable el año de 1443, permaneciendo todavía por espacio de treinta años sus huesos en poder de los infieles, hasta que por último fuéron rescatados y conducidos á Lisboa, donde recibieron honrada sepultura, y la misma reverente adoracion que los de un mártir ó santo. Encontró CALDERON esta historia en la antigua y agradable *Crónica* de Juan Alvares y Rui de Pina; pero con sumo talento hizo voluntarios los disgustos y tormentos del Príncipe, dando á su carácter la resignacion heróica de Régulo, y haciéndole un héroe cabal, para hacerle el protagonista de un profundo drama, fundado en el honor de un patriota cristiano.»

Lista : *De Calderon, considerado como poeta lírico :*

«Entre las comparaciones numerosas que se encuentran en CALDERON, nos parece preferible la del siguiente soneto, uno de los mas hermosos de nuestra lengua, y acaso el mejor acabado, por la valentía del pensamiento final :

Estas, que fuéron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fria.
Este matiz que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana :
¡Tanto se emprende en término de un dia!
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron :
Cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron :
En un dia nacieron y espiraron ;
Que pasados los siglos, horas fuéron.»

Monsieur de La Beaumelle : *Noticia sobre el Príncipe constante*, puesta al frente de la traduccion hecha por dicho señor, impresa en el tomo XVIII de la coleccion titulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers* (Paris, 1829).

«No se hallan aquí disfraces, ni cambios de nombre, ni aun amor, porque la pasion de Fénix y de Muley desaparece ante los grandes intereses que se agitan en la pieza. El papel de Fernando es bellísimo, y todos los otros casi están sacrificados á él. Desde que Fernando considera la cesion de Ceuta como cuestion de carácter religioso, ya no cabe duda sobre su resolucion.....

»Sin embargo, es de notar que á pesar de la propension del poeta á la exageracion, no ha dado á su héroe aquella impasibilidad que otro autor ménos hábil hubiera quizá creido necesaria á la pintura de tal carácter. Fernando es sensible, y mucho, á sus males; y léjos de debilitar por eso el interes, lo inspira mayor cuando se queja de cansancio y de hambre. CALDERON conocia el corazon humano, y sabía que la insensibilidad del infeliz que padece, aunque excita un momento la admiracion, produce luego la indiferencia.»

Nótese la sencillez, verdad y fuerza de expresion de este diálogo entre Muley y Fénix, con que principia la escena VI de la primera jornada.

MULEY.
Aunque de paso, no quiero
Dejar, Fénix, de decir,
Ya que tengo de morir,
La enfermedad de que muero;
Que aunque pierdan mis rece-
El respeto á tu opinion, [los
Si celos mis penas son,
Ninguno es cortés con celos.
¿Qué retrato ¡ay enemiga!
En tu blanca mano vi?
¿Quién es el dichoso, di?
Quién?... Mas espera, no diga
Tu lengua tales agravios :
Basta, sin saber quién sea,
Que yo en tu mano le vea,
Sin que lo escuche en tus labios.

FÉNIX.
Muley, aunque mi deseo
Licencia de amar te dió,
De ofender y injuriar no.

MULEY.
Es verdad, Fénix : ya veo
Que no es estilo ni modo
De hablarte; pero los cielos
Saben que en habiendo celos,
Se pierde el respeto á todo.
Con grande recato y miedo
Te serví, quise y amé;
Mas si con amor callé,
Con celos, Fénix, no puedo.
No puedo.

FÉNIX.
No ha merecido
Tu culpa satisfaccion;
Pero yo por mi opinion
Satisfacerte he querido;
Que un agravio entre los dos
Disculpa tiene; y así,
Te la doy.

MULEY.
Pues ¿hayla?

FÉNIX.
Sí.

MULEY.
¡Buenas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.
Este retrato ha enviado...

MULEY.
¿Quién?

FÉNIX.
Tarudante, el infante.

MULEY.
¿Para qué?

FÉNIX.
Porque ignorante
Mi padre de mi cuidado...

MULEY.
Bien.

FÉNIX.
Pretende que estos dos
Reinos...

MULEY.
No me digas mas.
¿Esa disculpa me das?
¡Malas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.
Pues ¿qué culpa habré tenido
De que mi padre lo trate?

MULEY.
De haber hoy, aunque te mate,
El retrato recibido.

FÉNIX.
¿Pude excusarlo?

MULEY.
¿Pues no?

FÉNIX.
¿Cómo?

MULEY.
Otra cosa fingir.

FÉNIX.
Pues ¿qué pude hacer?

MULEY.
Morir;
Que por tí lo hiciera yo.

No dirán los señores Viguier y Philarète Chasles que imitó CALDERON este último rasgo del famoso *Qu'il mourût*, de Corneille : su *Horacio* fué impreso en 1641; *El Príncipe constante* fué dado á la imprenta en 1635.

En la escena XII de la misma jornada hay otra expresion parecida :

DON ENRIQUE.
Aquellos ecos,
Ejércitos de Fez y de Marruécos
Son; porque Tarudante
Al rey de Fez socorre, y arrogante
El Rey con gente viene.
En medio cada ejército nos tiene :
De modo que cercados,
Somos los sitiadores ya sitiados.
Si la espalda volvemos
Al uno, mal del otro nos podemos
Defender; pues por una y otra parte
Nos deslumbran relámpagos de Marte.
¿Qué harémos pues, de confusiones llenos?

DON FERNANDO.
¿Qué? Morir como buenos.

Citados estos versos, no es posible omitir aquel otro, quizá el mas característico y sublime de esta tragedia :

REY.
¿Por qué no me das á Ceuta?

FERNANDO.
Porque es de Dios y no es mia.

—

Puente (la) de Mantible.

Argumento sacado de la conocidísima *Historia del emperador Carlo-Magno y de los Doce Pares de Francia, y de la batalla que hubo Olivéros con Fierabras, rey de Alejandría*, ó de los romances formados sobre dicho libro, que tan populares han sido y son todavía en España.

La puente de Mantible es una de las comedias de CALDERON que tradujo Guillelmo Schlegel.

—

Purgatorio (el) de San Patricio.

ACTO TERCERO, ESCENA VIII.

LUDOVICO.
. . . .
. . . . ¡Cielos piadosos,
Escondedme de mí mismo,
Y en el centro mas remoto
Me sepultad; ¡no me vea

Á mí, pues no me conozco!
Pero si conozco, sí,
Pues sé que fuí yo aquel mons- [truo
Tan rebelde, que á Dios mismo
Se atrevió soberbio y loco;
Aquel que tantos delitos
Cometió, que fuera poco
Castigo que Dios mostrara
En él sus rigores todos,
Y que, miéntras fuera Dios,
Padeciera rigurosos
Tormentos en los infiernos.
Mas despues desto conozco
Que son hechos contra un Dios
Tan divino y tan piadoso,
Que puedo alcanzar perdon,
Cuando arrepentido lloro.
Yo lo estoy, Señor; y en prueba
De que hoy empiezo á ser otro,
Y que nazco nuevamente,
En vuestras manos me pongo.
No me juzgueis justiciero;
Pues son atributos propios
La justicia y la piedad,
Juzgad misericordioso:
Mirad vos qué penitencia
Puedo hacer, que yo la otorgo.

Este acto de contricion responde á todas las críticas que se han hecho del drama, calificándolo de absurdo y abominable, por la peligrosa idea que da del poder de la fe. Ludovico es *un monstruo;* pero Ludovico se arrepiente, y Dios le perdona. Desde la escuela nos enseña en su catecismo el padre Ripalda, que por la contricion perfecta se perdonan todos los pecados, aunque sean sin número: el catecismo justifica á Calderon. Los que se escandalizan de que en el teatro español antiguo maten los maridos agraviados á sus mujeres; los que se duelen de que el honor castellano sea inexorable, ¿cómo extrañan que Dios sea misericordioso? El drama no será político; pero es religioso, como que fué escrito en un tiempo en que la política estaba subordinada á la religion.

Estas reflexiones pueden aplicarse tambien á *La Devocion de la Cruz*, drama de que hacen varios críticos igual censura.

Ticknor: *Historia de la literatura española*, tomo II, capítulo XXII.

«Ademas de la parte puramente religiosa, tiene *El purgatorio de San Patricio* su correspondiente enredo amoroso, tal que pudiera acomodarse sin dificultad ninguna á una comedia profana, y un gracioso, desvergonzado é insolente como el que mas. Pero la intencion del poeta solo se dirige á producir un efecto religioso, y no hay motivo para suponer que el resultado fallase.»

—

Secreto (el) á voces.

La comedia de Tirso *Amar por arte mayor* pudo inspirar muy bien á Calderon el pensamiento de esta. El plan y disposicion de *El secreto á voces* son muy superiores á los de la obra de Tirso; pero la base del enredo, aunque muy cómica, es impracticable. Laura y Federico discurren hablarse en público, conviniendo en que hecha una señal, la primera palabra *de cada razon nueva* corresponde al secreto, lo demas no. Esto no puede improvisarse en medio de la rapidez de la conversacion; y ademas Calderon falta á su propósito, porque no son las primeras palabras de cada oracion las que emplea para el diálogo oculto, sino las primeras de los versos, sean las primeras de la oracion ó sean las segundas. A pesar de esto Monsieur Damas-Hinard dice con razon: «Cuando se considera en su conjunto esta brillante composicion, la variedad de los episodios, su marcha y su enlace, es preciso colocar *El secreto á voces* entre las mejores comedias de enredo de nuestro poeta.»

Carlos Gozzi imitó en italiano esta comedia con el título de *Il publico secreto.*

La comedia francesa moderna *Le gant et l'évantail*, traducida á nuestro idioma con el mismo título de *El guante y el abanico*, es una imitacion de *El secreto á voces.*

—

Sitio (el) de Bredá.

Dice el señor Adolfo Federico de Schack (*Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, página 172) que en esta comedia de circunstancias, el odio contra los enemigos de la fe se expresa con terrible enerjía: algo de ello hay miéntras dura el sitio; desde que los defensores de Bredá tratan de rendirse, el lenguaje de Calderon es el de la tolerancia: la escena de la capitulacion, en la cual el personaje que brilla es un hereje, es la mejor de la comedia. Si en la escena XII del primer acto dice Alfonso Ladron:

¡Oh qué maldita canalla!
Muchos murieron quemados,
Y tanto gusto me daba
Verlos arder, que decia
Atizándoles la llama:
«Perros herejes, ministro
Soy de la Inquisicion Santa,»

véase como trata Calderon á esos mismos herejes, cuando se estipula la entrega de la plaza entre Justino de Nasau por ellos, y el conde Enrique de Vergas, el marqués de Barlanzon y el inglés Morgan por los españoles.

ENRIQUE DE VERGAS.
Vivir en su religion,
Nadie quitárselo puede.
. . . .
En su religion cualquiera
Pueda vivir quietamente.
. . . .
JUSTINO DE NASAU.
¿Y de qué modo la gente
De guerra saldrá? porqué
No saliendo honrosamente,
No saldrán.
BARLANZON.
Señor, de eso
Todo cuanto ellos quisieren.
VERGAS.
Honrar al vencido es
Una accion, que dignamente
El que es noble vencedor,
Al que es vencido le debe.
Ser vencido no es afrenta:
Luego no fuera prudente
Acuerdo que no salieran
Honrados. Sus armas lleven,
Sus cajas y sus banderas.
Miéntras mas lucidos fueren,
Será mayor la victoria;
Porque esto se les concede
A oficiales y á ingenieros;
Y los demas dependientes
De los ejércitos, saquen
Sus familias y sus bienes.
BARLANZON.
Solo así por la señal
De ser vencidos, no lleven
Cuerdas caladas, ni balas
Sino en la boca.
JUSTINO.
Más debe
Honrarse al vencido, ya
Que á esto nos trajo la suerte.
BARLANZON.
Pues esta, ¿no es harta honra,
Y mucha mas que merecen?
JUSTINO.
Merecen mucho.
VERGAS.
Es verdad.
JUSTINO.
Y si no sacan, por ese
Desprecio, la artillería,
No saldrán.
BARLANZON.
Pues que se queden
Con hambre y sed. (*Ap.* En mi vida
Ví flamenco tan valiente.)

Y en acto de entregar Justino las llaves de la ciudad, pone Calderon en su boca estos nobles y sentidos acentos, que estarian bien en boca del mas grande héroe:

Aquestas las llaves son
De la fuerza, y libremente
Hago protesta en tus manos,
Que no hay temor que me fuerce
A entregarla, pues tuviera
Por ménos dolor la muerte.
Aquesto no ha sido trato,
Sino fortuna, que vuelve
En polvo las monarquías
Mas altivas y excelentes.

En esta comedia pues aparecen dos hombres distintos: Calderon, español y católico del siglo XVII, Calderon caballero y filósofo de todos los siglos.

—

Vida (la) es sueño.

Ensayos literarios y críticos por Don Alberto Lista y Aragon.— Sevilla; 1844, tomo II, pág. 83.

«*La vida es sueño*, que es indisputablemente la mejor de las comedias ideales de Calderon, no tuvo sin embargo el honor de la traduccion ni de la imitacion en los primeros tiempos del teatro clásico frances [1]. Tomás Corneille, que tradujo el *Alcaide de sí mismo*, *El Astrólogo fingido y Los empeños de un acaso*, de nuestro poeta; *El convidado de piedra*, de Tirso de Molina; y *Lo que puede la aprension*, de Moreto, no se atrevió sin embargo á arrostrar la grande idea del carácter de Segismundo: y este príncipe misterioso, en el cual está simbolizada la vida humana, no apareció en la escena de Paris hasta que en 1732 la presentó Boissy con grande aplauso del público.

»Boissy habia comenzado su carrera escribiendo versos satíricos contra los hombres mas sabios de su tiempo; pero el peligro y la infamia de esta profesion le obligó á corregirse y á dedicarse al teatro. En él ocupó un lugar distinguido despues de los grandes maestros, por su comedia *Las exterioridades engañosas*, una de las mejores que tienen los franceses en el género urbano. Escribió

1 Sí: en el año 1646 la imitó en frances Gillet de la Tissonnerie con el título de *Sigismundo, duque de Varsovia*. Hay tambien una imitacion alemana, hecha, segun Schack, por M. J. F. Scharfenstein, y otra por Bertrand.

otras de mérito inferior, pero llenas de sal y de facilidad. Otras en fin, en que introdujo personajes alegóricos, prueban que habia leido mucho á Calderon; pero nada lo demuestra como su comedia *La vie est un songe*, en la cual los principales personajes tienen hasta los nombres de la comedia española.

»La francesa llamó la atencion de los literatos y aun de los filósofos; y Rousseau dijo que *el héroe de esta pieza era el verdadero misántropo*. Este juicio prueba que el ciudadano de Ginebra no comprendió el objeto moral de aquel carácter. El autor de la noticia biográfica de Boissy, puesta al frente de la última edicion de sus obras escogidas en la Biblioteca de los clásicos franceses, dice que «la idea de la comedia es extraordinaria, y que su ejecucion no carece de nobleza ni de enerjía;» pero calla quién fué su primer propietario: segun todas las apariencias, porque no lo sabia. Boissy pudo callarlo, porque ya en su tiempo casi nadie estudiaba en Paris el idioma español, ni ménos leia nuestras comedias, desde que Boileau llamó *grosero* á nuestro teatro. Así juzga la mayor parte de los hombres, por una frase. Peró semejantes hurtos no nos admiran, cuando somos testigos de los que ahora se hacen en España, de autores franceses bien conocidos en toda la república literaria; y sin embargo, los traductores se llaman *originales*. Tambien es verdad que no dejan de ser *originales* estas traducciones, pues dejan el texto tan en frances como se estaba.

»No nos acordamos si es en Boccacio ó en las *Mil y una noche* donde hemos leido el cuento de un príncipe que por entretenimiento hizo que embriagasen á un mendigo; que cuando despertase se le hiciese creer que era monarca durante un dia; y que vuelto á embriagar, se le restituyese á su primer miseria. En esta conseja trivial descubrió el genio de Calderon bastante campo para representar las dos situaciones mas importantes de la vida humana: á saber, la ilusion y el escarmiento. En la primera Segismundo no es mas que el hombre fisiológico. Tiene poder, y quiere emplearlo en la venganza: insulta á su padre, se enamora sucesivamente de dos mujeres que ve, resiste al consejo, arroja al mar desde un balcon uno de los consejeros, y quiere dar muerte al otro: no hay razon, no hay honor, no hay respeto que le atajen; solo la adulacion, solo lo que lisonjea sus pasiones le es bueno y agradable.

»Segismundo vuelve á dormir, y vuelve á despertar en su prision con la cadena al pié y el carcelero al lado. Aquí empieza una nueva existencia, la existencia del hombre moral, ilustrado por el escarmiento y la razon. Desconfia de los bienes de la vida que le buscan de nuevo: gózalos, pero con timidez: reprime sus pasiones, que quieren sublevarse otra vez, y hace buen uso de la felicidad, porque sabe que ha de perderla, y que ha de despertar en otra region, con respecto á la cual la vida actual no es mas que *un sueño*.

»Tal es el magnífico plan que desenvolvió Calderon con todo el genio de un gran poeta, y con toda la profundidad de un gran filósofo. ¿Qué son despues de esto algunos defectos de expresion, hijos del mal gusto de su siglo, y muy fáciles de corregir, como efectivamente lo ha hecho el imitador frances? ¿Quién se pára en ellos cuando se ve descrita con tanta perfeccion la historia del hombre?

»Boissy, mas correcto en cuanto al estilo, destruye casi el pensamiento del cómico español. Segismundo, al despertar la primera vez, no es el hombre de las pasiones sensuales. Ve á la princesa Sofronia, y se enamora de ella; pero este amor es un sentimiento puro y virtuoso, que le mueve hasta á perdonar la sinrazon de su padre en haberle tenido tanto tiempo preso y aherrojado; y solo vuelve á sus furores cuando sabe que el Rey ha prometido á otro la mano de su sobrina.

»¡Cuánto mas profunda es la idea de Calderon! En él apénas manifiesta el Príncipe otro amor que el sensual: ve á su prima, y quiere tomarla la mano: ve despues á Rosaura, y quiere forzarla. En una palabra, todas sus pasiones son brutales é hijas de la ilusion de los sentidos, sin freno alguno, ni aun el que unos afectos suelen imponer á otros. *La vida es sueño*, de Calderon, en sus dos primeros actos, es un drama romántico de nuestros dias. ¡Qué lástima que Segismundo, cuando despierta en la prision, no se suicide! En ese caso nada le faltaria para ser el modelo del romanticismo actual. Pero Calderon no queria someter el hombre al ímpetu ciego de las pasiones: creia en la razon y en la moral, y ese es su defecto á los ojos de los modernos dramaturgos.

»Boissy falseó pues el pensamiento de Calderon, inspirando á su héroe ideas grandes y generosas, sugeridas por el amor, y atribuyendo á los celos sus nuevos furores. Así queda desvirtuada en su fábula la grande leccion del escarmiento, que en la comedia española es completa, terrible y eficaz. Suprime tambien gran parte de las reflexiones de Segismundo en uno y otro estado. El drama frances es una copia débil de un excelente cuadro, hecha por un profesor dotado de mas finura que genio. Observemos que lo mismo sucedió á Molière imitando *El desden con el desden*, de Moreto. A la verdad Molière tenia mucho genio, pero no de la especie que era necesario para escribir la comedia del Plauto español.

»Boissy dejó subsistir en su drama un gracioso llamado *Arlequin*, personaje preciso en el teatro italiano, donde se representó, porque el de la comedia francesa, esclavo entónces de las formas de Boileau, no lo hubiera admitido. Tambien en la comedia de Calderon hay un gracioso, á quien el pueblo quiere libertar, teniéndole por Segismundo, y aclarado el yerro, responde á los que le acusaban de haberse fingido el príncipe:

Vosotros fuisteis los que
Me *segismundeasteis*.

»Este verbo grotesco, inventado por Calderon, le pareció á Boissy un diminutivo castellano, y su Arlequin, convencido del error, dice que es el príncipe Segismundinet, y hermano menor de Segismundo.

»Concluirémos este artículo diciendo que Calderon manejó esta misma fábula en uno de sus autos sacramentales, intitulado tambien *La vida es sueño*. En él, el carácter de Segismundo es el del hombre en general: prueba evidente de que su plan en la comedia era el de describir la naturaleza humana, entregada primero á sí misma, y amaestrada despues por el desengaño.»

En el segundo acto de la *Medea* de Séneca se halla este diálogo entre la protagonista y su confidenta:

NUTRIX.

Abiere Colchi, conjugis nulla est fides,
Nihilque superest opibus è tantis tibi.

MEDEA.

Medea superest: heic mare et terras vides,
Ferrumque et ignes et deos et fulmina.

Corneille, imitando al poeta español-romano, dice en su *Medea*, acto primero, escena v:

NÉRINE.

Votre pays vous hait, votre époux est sans foi,
Dans un si grand revers, que vous reste-t-il?

MÉDÉE.

Moi,
Moi, dis-je, et c'est assez.

NÉRINE.

Quoi? Vous seule, madame?

MÉDÉE.

Oui, tu vois en moi seule et le fer et la flamme,
Et la terre et la mer et l'enfer et les cieux,
Et le sceptre des rois et le foudre des dieux.

Voltaire, en sus *Comentarios á Corneille*, hace sobre este diálogo la observacion siguiente:

«Este *moi* (yo) es célebre, es el *Medea superest* de Séneca: tambien es traducido de Séneca lo que sigue. Pero en el original y en la traduccion, estos versos debilitan la grande idea que da el *yo, yo, digo*, y *basta*. Toda explicacion de un afecto grande lo enerva. Se pregunta si el *Medea superest* es sublime: yo responderia á esta cuestion que en efecto seria un sublime rasgo, si expresara grandeza y valor. Por ejemplo, si cuando Horacio Cócles defendió él solo un puente contra un ejército, le hubieran preguntado *¿qué te queda?* y hubiese respondido *yo*, esto hubiera sido verdaderamente sublime; pero aquí no significa mas que el poder de la magia; y si Medea dispone de los elementos, no es maravilloso que ella, sola y sin mas auxilio, pueda vengarse de todos sus contrarios.»

Ahora bien: Rosaura, una doncella particular, sin mas apoyo que su ánimo firme, viene, en *La vida es sueño*, buscando á un príncipe para vengar en él una ofensa de honra. Dícele un anciano:

¿Quién ha de ayudarte?

y responde ella misma:

Yo.

¿Será este el *verdadero sublime* que Voltaire queria?

En una *Medea* de autor español, que pereció inédita, en la cual la protagonista no era mágica, sino solamente vengativa y celosa, concluia de este modo el acto primero, imitando tambien á Séneca.

HELENO.

. . . .
. . . . . Extranjera en este suelo,

Sin padre, sin esposo, sin asilo,
¿Qué te ha quedado?

MEDEA.

Mi furor, mis celos.

En la *Parte treinta de comedias famosas de varios autores* (Zaragoza, 1636) se halla impresa *La vida es sueño* con variantes singularísimas, que dan lugar á creer se hiciese esta edicion por un manuscrito mas antiguo que el que sirvió para el primer tomo de CALDERON, principiado á imprimir en 1635. Véase este trozo:

ROSAURA.

¿Qué puedo responderte,
Clarin, si compañera de tu suerte,
Es fuerza que lo sea
De tus dudas tambien?

CLARIN.

¿Habrá quien crea
Sucesos tan extraños?

ROSAURA.

Si allí la vista no padece engaños
Que hace la fantasía,
A la dudosa luz que observa el dia
Me parece que veo
Un edificio. . . . .
. . . .
La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está; y como se esconde
El sol, y á sus espacios no hay por donde
La luz se comunique,
Es fuerza que el temor se multiplique;
Que deste rudo centro
Nace la noche, pues se engendra dentro.
. . . .

SEGISMUNDO. (*Dentro.*)

¡Ay mísero de mí! Ay infelice!

CLARIN.

¡Temerosos clamores!

ROSAURA.

Clarin, huyamos penas y rigores.

CLARIN.

En tal estado vengo,
Que ya ni aun para huir ánimo tengo.

ROSAURA.

Y cuando le tuvieras,
La puerta no acertaras ni supieras,
Como suele decirse en frásis ruda
Que está uno entre dos luces cuando duda.

CLARIN.

Es al reves en mí...

ROSAURA.

¿De qué te asombras?

CLARIN.

Porque yo estoy dudando entre dos sombras.
Ya no puedo mover el paso helado.
. . . .
Sepamos lo que dice.

SEGISMUNDO.

¡Ay mísero de mí! Ay infelice!
Que si pago muriendo,
Cielos, ¿qué culpa cometí naciendo?

Y principian las famosas décimas por la de

Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,

continuando así hasta concluir la del *arroyo*, despues de la cual entra la que se conoce como primera,

Apurar, cielos, pretendo,

y en seguida va la última del monólogo, la de

En llegando á esta pasion,

que allí principia *en llegando á esta ocasion*.

—

Concluimos estas noticias con las siguientes, unas por ser curiosas, y otras porque prueban lo que ya se dijo al tratar de *El Médico de su honra*.

Manuscrito del señor Don Augusto de Búrgos, citado en la página 667, columnas primera y segunda de este tomo.

«A 2 de setiembre de 1622 se mandó prender al marquès de Cañete, y á mi señora la marquesa, su mujer, en su casa, con cuatro alguaciles de corte por guardas. La causa, dicen, fué una moza de retrete, que se llamaba Catalina Duran. Hablaba á un albañil, que habia ido á hacer algunos reparos cerca de la cocina; y por casarse con este albañil, se salió despues de media noche, estando todos recogidos, y abrió tres puertas; y pareciéndole á mi señora la marquesa que no podrian dejar de ser cómplices en encubrir esta bellaquería otras tres criadas, dicen las tuvo mas de un mes en unos sótanos de su casa, dándolas de comer por tasa; y al cabo mandó llamar á un barbero para que las rapase á navaja hasta las cejas, y hecho esto mandó llamar á un mozo de silla para que las desnudase y azotase, el cual respondió que no era verdugo, y no lo quiso hacer; y despues llamó á Andres Beltran, criado de su casa, y él obedeció, y las desnudó y azotó con unos cordeles encerados, y las dió en su presencia mas de cien azotes, hasta que saltó la sangre; y aun dicen que tomó una hacha y las lardeó; pero no se cree. Despues de esto, aquella noche las envió á sus casas. Tomólo muy mal Su Majestad y toda la corte.

»A 26 del mismo setiembre se vió en el Consejo Real el caso de mi señora la marquesa de Cañete, sobre el castigo que hizo en las tres criadas. Condenáronla en tres mil ducados, que se los sacaron de contado: mil para una de las azotadas, y otros mil para las otras dos, que eran de ménos calidad, y mil para la Cámara del Rey. Al que las azotó se le condenó á que le sacasen á la vergüenza; y por grandes favores salió con cuatro años de destierro, y treinta mil maravedís »

Avisos de Pellicer.

«Avisos de 5 de julio de 1639.

»Esta noche misma (la de San Pedro) cruzaron cruelmente la cara á Juan Varela, sastre del Rey, añadiéndole dos estocadas; y juntamente amaneció herido de muerte (pues le enterraron el viérnes) Gregorio de Hervas, oficial de libros de la Contaduría mayor, mozo de grandes alientos. Los puestos tan distintos de estas dos desgracias, dieron á entender eran diferentes los motivos; y fué uno mismo, porque Don Antonio Muñoz, contador entretenido, tuvo celos de que el Varela miraba á su mujer; y encomendó que le matase al Hervas, que se determinó á hacerlo, ó por dinero ó por respeto de amistad. Llegó á la ejecucion con otros dos, y abrazándose con el sastre, le dió las heridas en cara y brazos; pero él quedó herido de muerte en las tripas, con un puñal que acertó á llevar en la mano el contrario. Murió dentro de dos dias; el sastre está cerca de ello; el Don Antonio Muñoz llevó á confesar á su mujer á otro dia, con ánimo de matarla; ella por medio del confesor avisó á la justicia: está en un convento; y el marido en la cárcel, culpado del asesino. Hace tanto ruido en la corte este caso, que me ha parecido no indigno de ocupar lugar en estos *Avisos*.»

«Avisos de 19 de julio de 1639.

»En Alcalá un hijo del relator Bravo, canónigo de Valladolid, hallándole un marido con su mujer en traje de hembra, le mató lastimosamente á puñaladas.»

«Avisos de 14 de febrero de 1640.

»Los Reyes se entretienen en el Buen-Retiro, oyendo las comedias en el Coliseo, donde la Reina nuestra señora, mostrando gusto en verlas silbar, se ha ido haciendo con todas, malas y buenas, esta misma diligencia. Asimismo, para que viese todo lo que pasa en los corrales, en la cazuela de las mujeres, se ha representado bien al vivo, mesándose y arañándose unas, dándose vaya otras, y mofándolas los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas, que abiertas saltaban; y ayudado este alboroto de silbatos, chiflos y castradores, se hace espectáculo mas de gusto que de decencia. El Rey nuestro señor reparte los aposentos á grandes, por sus turnos.»

«Avisos de 9 de octubre de 1640.

»Tambien se dice que en Jerez de la Frontera amanecieron carteles de desafío, en nombre de una dama, retando á otra, señalando sitio y armas, y que la desafiada está presa.»

«Avisos de 12 de marzo de 1641.

»La causa de la salida del señor duque del Infantado, dicen es haberle hallado con llaves falsas en Palacio, para entrar al aposento de una dama que servia: y añaden que le encontró el Rey; que por no ser ocasion para el castigo, se disimula, y va en son de libre á Mérida; pero en la realidad va preso. Al cerrajero, que dicen se llamaba Sierra, y vivia á la bajada de las casas del duque

de Lerma, que era el que hacía las cerraduras de Palacio, y dicen tenia la futura sucesion de cerrajero del Rey, se habla en que le llevó con estrategema á su casa Don Juan de Quiñones, presidente de Alcaldes; y allí confesó haber hecho la llave doble; y le dieron garrote secretamente, y enterraron en San Luis.»

«Avisos de 23 de abril de 1641.

»Estos dias ha andado el lugar desgraciadísimo: hirieron á Don Pedro Rosete Niño, poeta de opinion, por haber escrito una comedia intitulada *Madrid por de dentro*, donde pintaba la vida de tahures, rufianes, mujeres de mal vivir, y gallinas con apariencia de valientes, con otros interlocutores semejantes. Sintiéronse algunos; y no contentos con hacer que no se representase sino solas dos veces, le aguardaron y maltrataron.

»El siguiente dia murió desgraciadamente Don Luis de Trejo, caballero del órden de Santiago, señor de Grimaldo, capitan de corazas españolas, y maestre de campo de un tercio de españoles en Italia, sobrino de los señores cardenal de Trejo, y marqués de la Rosa, y hermano de la señora condesa de Casarrubios. Habia poco há venido de Italia; y el dia ántes le nombró Su Majestad por gobernador de la caballería de Andalucía. Era hombre, sobre muy bizarro y lucido, temerario, y de los que aquí llaman *crudos*. Parece ser que ántes de su ida á Italia galanteó en esta corte á una dama principal y de porte, viuda. En su ausencia se dejó festejar de Don Diego Abarca Maldonado, contador mayor de la Cruzada, hombre que pasó á Italia y Flándes, donde fué capitan de infantería, por achacarle por cómplice en la muerte, siete años há, de un hijo de Don Diego de Zárate Landi, caballero de Santiago y gobernador de Aranjuez: este hablaba hoy á esta señora. Con la venida de Trejo volvió á entrar tambien en su casa, á lo que dicen, de cortesía. Halló el domingo 14 del corriente el Abarca, yendo en casa de la dama á deshora, un hombre que bajaba de su cuarto. Queriendo reconocerle, le apretó de modo que vino á confesar ser criado del Trejo, con que le dejó ir libre. El mártes, á las doce de la noche, se encontraron ambos cerca de casa de Abarca. Acompañaban á Trejo Don Fadrique de Valladares Sarmiento, Don Pedro de Mendoza y otro. Pidióle Abarca con todo comedimiento y cortesía desistiese de aquel empeño, pues le constaba que gastaba su hacienda. Resolvióse Trejo en que no habia medio sino el de las espadas: con esto dió Trejo el broquel á un amigo, y pidió los dejasen solos, supuesto que Abarca no iba acompañado: quedáronse aquellos caballeros, y salieron los dos al Prado. Trejo iba con ánimo de quitarle la espada al contrario; pero sucedió muy al reves de lo que pudo imaginar; pues Abarca le atravesó de una estocada hígado y bazo: cayó Trejo mortal, y Abarca le ayudó á levantar y le llevó á los Clérigos Menores. Estando batiendo á las puertas, llegaron los amigos; y viendo á Trejo en aquel estado, quisieron acometer á Abarca: esforzóse Trejo y se les puso delante, diciendo no sería su amigo quien tal hiciese, porque Abarca habia procedido como buen caballero, pues le dió la vida y la salvacion; que de ambas cosas fué dueño. Así se sosegaron, y juntos le metieron en aquel convento: en cuanto le confesaban y curaban, hizo Abarca traer de su casa su misma cama. Puso en salvo la dama; estuvo con Trejo hasta otro dia á las diez, á quien ofreció pagar sus deudas, y que en su testamento dispusiese todo lo que quisiese de su hacienda largamente. Y sabiendo venia á buscarle Don Gregorio de Mendizabal, alcalde de corte, se fué en un caballo á casa del señor embajador de Inglaterra, donde está. Su hacienda la embargó el Consejo de Cruzada y de Inquisicion al punto. Sacóse buleto del Señor Nuncio para que Doña María del Barco, madre de Don Luis, entrase á verle: dicen fué tiernísimo espectáculo; pidióla perdonase á Abarca, y se lo ofreció. En su testamento le dejó descargado cuanto fué posible, diciendo cuánto le provocó: suplicó á Su Majestad, en premio de sus servicios, le perdonase. Ayudóle á bien morir, entre otros, su amigo el señor Don Sancho de la Cerda, hijo de los señores marqueses de la Adrada, religioso descalzo de San Francisco en San Gil. Falleció á la tarde, miércoles 17, con grandes muestras de dolor de sus pecados, con lástima general.»

«Avisos de 11 de agosto de 1643.

»Don Francisco de Luzon ha casado con una hermana del señor conde de la Puebla del Maestre, que habiendo sido monja profesa catorce años en Santa Clara, probó la fuerza y salió del convento.

«Avisos de 1.º de diciembre de 1643.

»Han sucedido estos dias algunas muertes desgraciadas. Ochoa de Samaniego, y Lezcano, oficiales de la contaduría de Mercedes, siendo muy amigos, sobre ciertas diferencias de su oficio se desafiaron, y quedó Lezcano muerto. Don Juan Enriquez, sobre haberle faltado catorce reales en una partida de dinero que le pagó el cajero de Alejandro Palavesin, le trató mal de palabra, y no contento, le esperó al salir de su casa, y queriendo matarle, quedó el Enriquez muerto. Tambien de Valencia han avisado que allí degollaron á Iñigo de Velasco, un comediante de opinion, porque olvidado de la humildad de su oficio, galanteaba con el despejo que pudiera cualquier caballero.

»Los años pasados avisé como Don Diego Abarca, contador mayor de la Cruzada, habia muerto á Don Luis Trejo, caballero de grandes bríos, con espanto de la corte; y que fué sobre amores con una dama de calidad, llamada Doña Francisca de Ayala. Perdonóle la parte, y el Abarca quedó libre; y tratando de casarse con otra, le ordenó el señor presidente de Castilla de parte de Su Majestad, se casase con Doña Francisca, en quien tiene un hijo, y cumpliese esta obligacion, ó saliese desterrado del reino: hubo de obedecer y casarse.»

«Márcos de Encinillas, aposentador de Palacio, y un hombre muy bien recibido en él y querido de los Reyes, mató de noche á su mujer, y se huyó á sagrado. Dicen que tuvo celos de un enano de Palacio, y que por la mañana le aguardó para matarle. Pero sucedió que habiendo madrugado el Príncipe nuestro señor para ir al campo, habia ido con Su Alteza, con que se escapó; si bien la voz universal es que la difunta era santa, y que murió inocente de las sospechas.»

«Avisos de 19 de enero de 1644.

»Ya avisé como por Pascua mataron de un carabinazo á Don Iñigo de Mendoza, corregidor de Cuenca. Ahora por indicios que se han descubierto, está preso á título de matador Gavino Penducho, recetor del Consejo de Aragon, y con él su mujer y su madre, porque se entiende que el muerto galanteaba á su mujer, y que el marido le hizo matar por intervencion de un criado, que con su fuga ha hecho el negocio mas sospechoso. El preso podrá escapar de delincuente, ó con la inocencia ó el favor; pero no escapará de desdichado, respecto del estallido que ha dado la voz y el título de su carcelería.»

«Avisos de 16 de febrero de 1644.

»El miércoles de ceniza ahorcaron á dos mozos de sangre bien conocida, por ladrones; y una mozuela que era cómplice con ellos, por no tener edad no los acompañó; mas diéronla doscientos azotes, y debajo de la horca la cortaron las orejas, y la tuvieron todo el dia colgada de los cabellos á vista del pueblo; y del castigo quedó tal, que murió dentro de dos dias.

»Gavino Penducho, el que prendieron por la muerte de Don Iñigo de Mendoza, está ya libre; mas su mujer en el convento de las monjas de Pinto.»

Biblioteca Nacional, estante *H*, códice 100, que contiene *Cartas de Don Jerónimo de Barrionuevo, presbítero*, las cuales principian en 1.º de agosto de 1654.

«Madrid y agosto 15 de 1654.— Admirable es Dios en sus acciones. Amaneció ayer viérnes hecho un cadalso en la plaza para dar garrote á Don Antonio de Amada, natural de Benavarre, hijodalgo, cuyo padre es médico en Cariñena, aragones, mozo de muy linda disposicion, talle, cordura y modestia, y sobre todo de extremado entendimiento, y á quien parece quitó de industria la naturaleza el ojo derecho, para que, mirándose con dos de los piés á la cabeza, no se llegase á desvanecer, mirándose con partes naturales tan buenas: estaba ordenado de corona y grados, y con un beneficio ó capellanía eclesiástica en su tierra. Pedíale el Vicario muy aprisa los términos; se le daban por horas; sacáronle á ajusticiar enlutado en mula, á las diez y media, apresurando la ejecucion. Habia ido el Cardenal al Rey, que mandó le oyesen despacio, sin innovar: llegó la nueva á la Platería, cuando de la cárcel de la Villa, donde estaba preso, le sacaron. Iban los alguaciles con carabinas en los arzones, y las espadas desenvainadas; metiéronle luego en la plaza sin llevarle por las calles, subiéndole tan aprisa al cadalso, que unos á otros se atropellaban, turbándose el verdugo de suerte, que dieron lugar, aunque muy limitado, á que llegase un obispo de anillo, fraile francisco, en un coche, y cosa de veinte clérigos, que saltando en el tablado, le quitaron el argolla de hierro de la garganta, que es un instrumento ingenioso, con que, á dos vueltas de un tornillo, en un cerrar y abrir de ojos se está en la otra vida. Fué cosa admirable, que hallándose el Corregidor á pié presente, y infinitas espadas con la suya brillando en el aire, parece que Dios los cegó; pues sin poderlo resistir, le metieron en el coche, y á paso descompuesto y muy largo, azotando las mulas, partieron de carrera por la calle de Toledo, metiéndole por una puerta falsa de la casa del Cardenal, que le abrazó en llegando, y sacó bizcochos y vino, haciéndole acostar en una cama muy bien aderezada, al que medio cuarto de hora ántes esperaba verse en siete piés de tierra: estas son las fortunas del mundo. Ha espantado la corte; pues al paso que el Condestable mató su criado y quitó los presos al Alcalde de corte con la insolencia acostumbrada de señor, permite Dios que otro criado venga á matar á su amo, y que al quererle ajusticiar se le quiten de las manos, sa-

cándole de ellas, sin tener valor de volverle á la cárcel y no dejársele llevar, quedándose todos tan embobados, que no parecian hombres sino estatuas de piedra.»

Al fin de la hoja :

«Despues de escrita esta, á las diez de la mañana, sábado, dia de la Asuncion de la Madre de Dios, fuéron todos los Alcaldes de Corte con mas de doscientos hombres con carabinas y otras armas ofensivas y defensivas en casa del cardenal de Toledo, y sacaron de ella á Don Antonio de Amada, llevándose presos de camino todos cuantos criados suyos hallaron : dicen que el lúnes le ajusticiarán. Todo parece entremes : cátalo muerto, cátalo vivo. Ténganos Dios de su mano, y guarde á usted como puede, deseo, y se lo suplico.

»Madrid, agosto 19 de 1654. — Declaró el Consejo que el Vicario hacia fuerza en el negocio de Don Antonio de Amada, ayer mártes á las dos del dia, mandando Su Majestad no saliesen dél sin definirlo, remitiendo la ejecucion á la Sala de Alcaldes. Dicen que le metieron hoy á las once en la capilla : viérnes se ejecutará la sentencia, dándole garrote, y cortándole la mano despues de muerto. Desde el viérnes pasado se quedó hecho el cadalso, que parece pronosticaba su infeliz suceso : tienen algunos para azotar, de los que se hallaron á quitarle del suplicio; muchos han huido, y á otros han echado de los reinos, en particular al Padre Ortigas, de la compañía de Jesus, que le ayudaba á bien morir, y al obispo sufragáneo que le metió en el coche : hasta á un pobrete que puso un banquillo para que subiese un clérigo en el tablado, dicen le palmearán. Llevaránle por las calles acostumbradas, con tanta prevencion, que nadie se atreva : la verdad es que el pueblo está muy de su parte, y que solo los señores claman. Al duque de Pastrana dijo un cochero, respondiendo á unas malas palabras, que mirase lo que hablaba, que todos eran hombres, y que cada uno se tenia por hijo de su padre : con que todos tiemblan y se prometen desdichas.

»Madrid, agosto 22 de 1654. — Ayer, viérnes, á las diez y media, sacaron de la cárcel de Corte á Don Antonio de Amada al suplicio : llevaba solos cuatro alguaciles y con poquísima prevencion en lo exterior, si bien á la deshilada la chusma toda de escribas y fariseos, armados como relojes, llenos de carabinas encubiertas, con órden de matar á quien se descompusiese. Iba tan galan, que hombres y mujeres lloraban como niños : murió muy bien y con grande valor en un abrir y cerrar de ojos, con un artificio de hierro de una argolla que estrechaba un tornillo á la primera vuelta. Cortáronle despues de muerto la mano, en cuya ejecucion hubo grande dilacion, porque parecia que ni el brazo se la daba de buena gana, ni que en él encontraba con la coyuntura : finalmente la llevó el verdugo á la casa del marqués de Cañete, dejándola clavada en un palo, que estaba enfrente para este propósito. Halleme á todo presente, y así he contado todas las menudencias y particularidades que en esto hubo.

»Al cardenal de Toledo notificaron por órden del Consejo, el juéves, saliese de Madrid; no lo ha hecho hasta ahora : dícese le ha mandado el Rey detener. Muchos presos hay de su familia; y á los que no lo están, se dice tratan de apartarlos de su lado por hombres sediciosos y mal intencionados, que le hacen precipitar en muchos consejos que le dan, ocasionándole á perderse, como se ha visto ahora de presente en este tumulto inopinado.

»Al Condestable no solo le han quitado las guardas, sino que le han dado la ciudad de Segovia por cárcel, y se espera le dén muy presto licencia de venir á Madrid. Sucesos son de fortuna : ¡cuando se esperaba un castigo ejemplar!

. . . .

»Esta mañana han soltado los lacayos, cocheros y la demas gente de la escalera abajo, que estaban presos, del Cardenal. Al notario echaron por seis años á galeras; al fiscal Arriaga y al teniente de San Miguel y otro capellan del Arzobispo, las temporalidades; y á otro del hábito de San Juan le escapó la Asamblea, de la noche á la mañana, disfrazado en hábito de fraile; otros cinco ú seis hombres, desterrados porque decian *¡viva la Iglesia!* Hales parecido no hacer mayores demostraciones en tiempo tan revuelto. Olvidábaseme de decir que no quedó señor grande ni chico que no se hallase al suplicio, pareciéndoles no se habia de ejecutar, si no se hallaban ellos presentes; y aun se presume iban prevenidos de armas defensivas y ofensivas por lo que podia suceder, haciendo cada cual duelo propio la muerte del Marqués.

»Madrid 2 de setiembre de 1654. — Lúnes, 31 de agosto, volvió el Consejo Real á notificar al cardenal de Toledo se saliese de Madrid : respondió, como la primera vez que se lo notificaron, que responderia. Ha hecho una junta de hombres graves, donde entra el Nuncio : dícese han resuelto, si le aprietan, de decir saldrá como lo manda el concilio, á pié, las cruces enlutadas, tirando piedras atras sin volver el rostro, dejando consumido el Santísimo Sacramento en todas las parroquias. Todo el infierno se ha soltado : y porque dió unos beneficios simples al Obispo de anillo que se halló al quitar el delincuente, han ido á Toledo por él, y llamado á pregones á todos los clérigos que se han huido y se hallaron con él, para echarlos de los reinos.

»Madrid, setiembre 5 del año 1654. — Juéves, 3 deste, tornó á enviar el Consejo Real á mandar al cardenal de Toledo se saliese de Madrid : respondió que era vasallo de Su Majestad, y de su Consejo de Estado, y que si se lo notificaban y mandaban como á tal, era menester hacerlo con cédula del Rey, como se acostumbra con los grandes; y que si solo el Consejo se lo decia, que no era su juez, por ser cardenal y príncipe de la Iglesia : mucho se teme un arrojo. La Iglesia de Toledo ha enviado que le asistan cuatro prebendados, los mas doctos y graves que tiene, y escrito que en el Sagrario hay tres millones de joyas para que se gasten en defensa de la inmunidad eclesiástica. Dios nos dé paz por quien es, amen.

»Madrid, setiembre 9 de 1654. — Señor mio : Horribles y espantosas son las nuevas que hay : estéme usted atento. En la muerte del marqués de Cañete dije [1] que sucedió arrojarse un lacayo por una ventana y perniquebrarse, con que no pudo librarse de la justicia. Lleváronle á la cárcel de Corte; y habiendo ajusticiado á Don Antonio de Amada, no hallándose contra él cosa de importancia, le soltaron luego. Fuése á curar; y permitió Dios que de las llagas y detencion que hubo en acudir á ellas, llegó á morir ántes de ayer, sobreviniéndole un pasmo y calentura que le acabó. Estando ya para espirar, llamó el que le ayudaba á bien morir testigos, delante de los cuales dijo que él era el que habia muerto al Marqués, porque saliendo su mujer á pedirle de rodillas no hiriese á su marido, la habia dado de coces y bofetadas; y que lo confesaba así por descargo de su conciencia, y que por el paso en que estaba, era esta la verdad; y que como era al anochecer, se puso detras del dicho Don Antonio de Amada, y que sin que nadie le viese ejecutó la herida; y que como luego le oyó decir que le habian muerto, se subió la escalera arriba, y se echó por una ventana para escaparse. ¡Mire usted los juicios de Dios y el atropellamiento que la justicia tuvo con él, dándole términos por horas (que si se hubiera dilatado, pudiera ser que no muriera), y la razon que tenia el pobre en decir que estaba inocente á todos! de que soy testigo de oidas y vista; porque le fui á ver, y me lo dijo así estando en la capilla para sacarle á ajusticiar el dia siguiente; añadiendo que si él no se metió por su espada, otro ejecutó la herida; que él no lo habia hecho; que con la escuridad de la noche y ser en la escalera pudo encubrirse el malhechor. Líbrenos Dios de hora menguada. La mano han quitado ya del palo donde estaba clavada. Hanme dicho dos criados del Rey, que lo ha sentido mucho luego que se lo refirieron así.

. . . .

»Los rigores con el Cardenal parece que se han aplacado, por los muchos inconvenientes que pueden resultar de ambas partes, y porque el Arzobispo se dice hace de la suya todo cuanto puede por no llegar al rompimiento del último lance; no obstante que los clérigos que se hallaron allí lo pagan todo, habiéndoles echado á cuestas las temporalidades sin remedio humano.»

Biblioteca Nacional, estante *H*, códice 161, páginas 188 y 189.

»Viérnes 15 de octubre de 1677. — El Rey nuestro señor se está en el Escurial, divirtiéndose en la caza. Sucedió este dia que saliéndose de su Cámara el duque de Medinaceli y el conde de Talara, les preguntó dónde iban, y le dijeron que á la posada del Patriarca, que les tenia convidados á una música; y les respondió el Rey : «Pues no vais.» Dijeron : «Pues enviarémosle un recado, para que no espere. — Tampoco : dejadle esperar, y lleve ese chasco.» Toda esta plática la oyó un ayuda de cámara del Rey, del órden de Santiago, criado que fué de Medinaceli, y se puso á un balcon, desde donde se veia la posada del Patriarca, y hizo señas como avisando lo que habia pasado. Vióle el Rey; y diciéndole cómo se oponia á lo que era gusto suyo, le dió una bofetada, y sacó el puñal para darle; y lo hubiera ejecutado, á no interponerse y templarle estos dos señores. Mandó que no entrase mas en Palacio : accion que, á carecer de haberle puesto la mano, lograra todo aplauso por lo resuelta; mas tampoco la disminuye mucho, porque la edad [2] obró allí mas que la prudencia y dignidad real, cuyas manos son solo para honrar á sus domésticos y vasallos.»

[1] No existe en la Biblioteca Nacional esta carta : el códice que contiene las de Barrionuevo principia con la de 1.º de agosto, como ya se ha dicho.

[2] Cárlos II iba á cumplir diez y seis años.

APÉNDICES.

N.° 1.°

ENTREMES DE LA RABIA[1],

DE DON PEDRO CALDERON.

PERSONAS.

DOÑA BÁRBULA	UN ALGUACIL.	UN ESCUDERO.	UN NEGRO.
DOÑA ALDONZA.	CASILDA.	UN MANCEBO DE TIENDA.	UN PORTUGUES.
DOÑA HERMENEGILDA.	LUISA.		UN FRANCES.
UN SALUDADOR.	UNA DUEÑA.	UN SASTRE.	BARBEROS MÚSICOS.

Sala en casa de Doña Bárbula.

DOÑA BÁRBULA, *dentro.*

¡Casildilla! ¡Muchacha! Abre esta puerta
Presto.

Salen DOÑA BÁRBULA, *vestida de dama*, Y CASILDA, *de fregona.*

CASILDA.

¿Qué traes?

DOÑA BÁRBULA.

¡No es nada! Vengo muerta,
De un braco (¡ay Dios, que he de rabiar!) mordida,
Para todos los dias de mi vida.
¡Confesion, testamento, uncion, entierro!

CASILDA.

Sosiega; que quizás rabias por yerro.
¿Qué ha sido, pues?

DOÑA BÁRBULA.

Fuí á visitar, Casilda,
(Ya lo sabes) á Doña Hermenegilda:
Es inclinada á perros de manera...

CASILDA.

¿Qué amiga tuya no es una perrera?

DOÑA BÁRBULA.

Que tenia en su casa... ¡Ay que me aflijo!
Mas ¿qué pudiera haber en un cortijo?
Apénas pues llamé, cuando á la orilla
De la puerta salieron en cuadrilla
Un gozque, un perro de agua, un perdiguero,
Un lanudillo, un chino y un faldero;
Un mastin, un lebrel, un galgo, un dogo,
Un sabueso, un ventor (¡ay que me ahogo!),
Y entre ellos un ladron de un perro braco

CASILDA.

No hay braco que no sea un gran bellaco.

DOÑA BÁRBULA.

Este, sin mas ni mas, á mí acomete:
Voyle á dar un cachete;
Vuelve, por no le haber, como un alano,
Y quiéreme morder en esta mano.
Esto es lo que me agravia;
Que diz que el susodicho braco rabia
Siempre que se le antoja;
Y habrásele antojado, (¡ay qué congoja!)
Segun toda la mano tengo hinchada
Como una bota ya.

CASILDA.

Yo no veo nada,
Si no es que para el mal que te alborota,
Pez con pez estuviese la tal bota.

DOÑA BÁRBULA.

¿Cómo no? Haré una apuesta
Que pesa mas diez libras esta que esta.
¡Ay de mí! Vé volando como un trueno,
Antes que al corazon corra el veneno,
Por un saludador que me salude.

CASILDA.

Yo la taberna sé donde uno acude.

DOÑA BÁRBULA.

¿Qué esperas, Casildilla?

CASILDA.

No hago mas que ponerme la mantilla.

DOÑA BÁRBULA.

Dile que ya la mano se me abrasa.
Si no está allí (que sí estará), la casa
(¡Ay de mí!) deja dicha al tabernero;
Y porque no la yerre (¡ay que me muero!),
Ya que, recien venida,
No soy en este barrio conocida,
Dale por señas desta la de enfrente,
Que vive Doña Aldonza Equivalente,
Nuestra vecina bella;
Que ella dirá de mí, puesto que ella
Mas conocida es.

CASILDA.

Iré corriendo.

DOÑA BÁRBULA.

Pues mira, aunque me ves quedar muriendo,
Porque no te detengas;
Que no me he de morir ántes que vengas.

CASILDA.

Harás muy bien; que es cosa que desdora
Morirse sin criada una señora.

(*Vanse.*)

—

Calle con taberna.

Sale CASILDA.

CASILDA.

¡Pobre de mí, que quedo
Huérfana de ama, con el justo miedo,
Si ella una vez se azufra,
De que no he de hallar otra que me sufra.
Y así me toca hacer por conveniencia
La tal salutatoria diligencia.
¿Qué virtud esta es, si considero
Que nunca Dios la ha dado á caballero?
Mas esta es la taberna... y no le encuentro.
¿Si se habrá muerto fuera de su centro?

[1] Ha parecido despues de impresos los anteriores. Manuscrito de letra del siglo XVII.

Dicho lo dejaré á mi amiga Luisa,
Que es la que mide, por volver aprisa
A mi ama: no quiera
Dios que por no esperarme, se me muera.

Sale LUISA, *vestida de moza de taberna.*

CASILDA.

¡Luisa mia!

LUISA.

¡Casilda de mis ojos!
¿Qué traes?

CASILDA.

Traigo tantísimos de enojos.
Mi ama queda rabiando.

LUISA.

¿Qué ama no queda así?

CASILDA.

Vengo buscando,
Porque á curarla acuda...

LUISA.

¿A quién?

CASILDA.

A maese Andres, el que saluda.

LUISA.

Ahora se fué de aquí...

CASILDA.

Desdicha es mia.

LUISA.

Mas dijo que al momento volveria.

CASILDA.

Pues dile, porque allá no haga yo falta,
Que hácia la casa alta
Vaya, y frente por frente
De en cas de Doña Aldonza Equivalente,
Por mí pregunte.

LUISA.

Harélo
Como tú lo verás.

CASILDA.

Guárdete el cielo.
No se olviden las señas que te he dado. (*Vase.*)

LUISA.

No se me olvidarán, pierde el cuidado;
Que ya sé que ha de ir, frente por frente,
En cas de Doña Aldonza Equivalente. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Doña Aldonza.

Salen DOÑA ALDONZA Y DOÑA HERMENEGILDA.

DOÑA ALDONZA.

¿Era hora que cupiese
Esta ventura á mi casa?

DOÑA HERMENEGILDA.

La ventura, Aldonza, es mia.

DOÑA ALDONZA. (*Llamando.*)

¡Beltran!

Sale UNA DUEÑA.

DUEÑA.

¿Qué es lo que me mandas?

DOÑA ALDONZA.

Que le quite el manto á Doña
Hermenegilda Casaca;
Que ya que ha sido mi dicha
Tal, que á aquestas horas haya
Venido, no ha de volverse
Sin que penitencia haga.

DUEÑA. (*Ap. á su ama.*)

Y bien será penitencia.
Mira de lo que te encargas;
Que aun encendida no hay lumbre
En casa á estas horas.

DOÑA ALDONZA. (*Ap. á la Dueña.*)

Calla;
Que ella se irá, y yo he cumplido.

DOÑA HERMENEGILDA.

Fuerza es que fineza tanta
Admita; que el venir hoy
A verte tan de mañana
Es que vengo á retraerme,
Como á sagrado, á tu casa...

DOÑA ALDONZA. (*Ap.*)

¡Buena hacienda habemos hecho!

DOÑA HERMENEGILDA.

Porque estoy tan acosada
De deudas, que hasta que venga
Una letra de Vizcaya,
Parar no puedo en la mia.

DOÑA ALDONZA. (*Ap. á la Dueña.*)

El envite quiso.

DUEÑA. (*Ap. á su ama.*)

Calla;
Que ella se irá, y tú has cumplido.

DOÑA ALDONZA.

(*Ap.* ¡Muy buena estoy para gracias!)
Tú seas muy bien venida.—
¡María! (*Llamando.*)

Sale UN ESCUDERO, *vejete.*

ESCUDERO.

¿Qué es lo que mandas?

DOÑA HERMENEGILDA.

¿Sabes lo que he reparado?

DOÑA ALDONZA.

¿Qué, amiga?

DOÑA HERMENEGILDA.

Que *Beltran* llamas
A la criada, y *María*
Al escudero.

DOÑA ALDONZA.

¿Eso extrañas?
No es autoridad que démos
Las señoras de mi casta
A los criados los nombres;
Los sobrenombres les bastan.
Llámase Doña Teresa
Beltran aquesa criada,
Y ese escudero Don Lúcas
María: con que te hallas
Ya respondida.

DOÑA HERMENEGILDA.

Está bien.

DOÑA ALDONZA.

Beltran...

DUEÑA.

Señora...

DOÑA ALDONZA.

¿Qué tarda?
¿No la quita el manto?

DUEÑA.

Sí.

DOÑA ALDONZA.

María...

ESCUDERO.

Señora...

DOÑA ALDONZA.

Vaya
A ver si por dicha hay
Algo de fresco en la plaza
Que añadir á lo ordinario.

DOÑA HERMENEGILDA.

¿Con cumplimiento me tratas?

DOÑA ALDONZA.

No es cumplimiento.—¿No va?

ESCUDERO.

Fresco, señora, no falta;
Que siendo ahora primavera,
No hay dia que no le traiga.
(*Ap. á ella.* Lo que falta no es el fresco,
Sino el refresco. No hay blanca.)

DOÑA ALDONZA.

Si la hubiese, majadero,
¿Qué hiciérades vos? La gracia
De servir y merecer
Es, no habiéndola, buscarla.
Empeñad algo.

DUEÑA.

María...

ESCUDERO.

¿Qué dice, Beltran?

DUEÑA. (*Ap. á él.*)

Que traiga
Desde el carbon á la especia,
Porque no hay un sus en casa.

ESCUDERO.

Sí traeré, como me dé
Que empeñar alguna alhaja.

DUEÑA.

Tome: empeñe aqueste manto.

ESCUDERO.

Con que á la tal convidada
De sus brazos sus narices
Me parece que la sacan. (*Vase.*)

DOÑA HERMENEGILDA.

¿Hay pena como deber,
Aldonza?

DOÑA ALDONZA.

Yo, al cielo gracias,
Nada á estas horas, amiga,
Debo.—(*A la Dueña.* Mire allí quién llama.)
(*Llaman.*)

UN ALGUACIL, *dentro.*

Mi señora Doña Aldonza
Equivalente ¿está en casa?

DUEÑA.

En casa está.

ALGUACIL.

Con licencia
De usté. (*Sale.*)

DOÑA ALDONZA.

¿Qué es esto? ¡Con vara
Hasta el gabinete!

ALGUACIL.

Es fuerza;
Que ahí fuera la parte aguarda.

DOÑA ALDONZA.

¿Qué parte?

ALGUACIL.

El casero, que
A usté ejecutar me encarga
Por dos años de alquileres.

DOÑA ALDONZA.

Agradezca que se halla
El secretario mi primo
A estas horas en Carácas;
Que si él estuviera aquí...
—Mas yo haré que por él vaya
Un correo á toda prisa.
Espere y verá.

Sale UN MANCEBO, *con unos papeles.*

MANCEBO.

¡Ah de casa!

DUEÑA.

¿Quién es?

MANCEBO.

Mi amo el mercader
Envía aquesta libranza,
Y si no se paga hoy,
Se ejecutará mañana.

DOÑA ALDONZA.

¡A una mujer, á diez vidas
Heredera en la montaña,
De una casa solariega,
Tal recado!

Sale UN SASTRE.

SASTRE.

¿A cuándo aguarda
A pagarme las hechuras
Usté de aquellas enaguas
Y cotilla y guardapié
Que la hice desde la pascua?

Sale UN PORTUGUES, *con un fardo.*

PORTUGUES.

Voacé me dé mi dineiro
O miña peza de holanda,
Que aquí fiquei l'otro dia.

Sale UN FRANCES, *con randas.*

FRANCES.

Mande ucé que aquellas randas
Se me paguen ó se vuelvan.

Sale UN NEGRO.

NEGRO.

Siola, aquellas seis cajas
De chocolate me mandè
Pagar, pues que las di hasta
A siete reales, tiniendo
Tanta parte de Guacaca.

DOÑA ALDONZA.

¿Habrá pasado en el mundo
A otra lo que á mí me pasa?

DOÑA HERMENEGILDA.

¡Dichosa tú que no debes,
Amiga, á estas horas nada!

Sale el ESCUDERO.

ESCUDERO.

Bien puede vuesamerced
Regalar la convidada;
Que ya sobre el manto dieron
Todas estas zarandajas.

DOÑA ALDONZA.

¿Qué manto, infame?

ALGUACIL.

Señora,
Esto va muy á la larga.
Nombre usté bienes en que
Quede, ó raíces ó alhajas,
Trabada la ejecucion.

DOÑA ALDONZA.

Trabada tengas el alma.

MANCEBO.

Sea tambien por mi amo,
En virtud de esta libranza.

SASTRE.

Primero son mis hechuras.

PORTUGUES.

Primero son mis holandas.

FRANCES.

Primero han de ser mis puntas.

NEGRO.

Primero son mis guajacas.

DOÑA ALDONZA.

Primero es que el diablo á todos
Lleve.

Sale el SALUDADOR.

SALUDADOR.

Dios sea en esta casa.
Doña Aldonza Equivalente
¿Vive aquí?

TODOS.

Sí.

SALUDADOR.

Pues *Deo gratias.*
Perdonen vuesas mercedes
No venir ántes; que estaba
Saludando unos borregos.

DOÑA ALDONZA.

Aquesto solo me falta.
(*Ap.* ¿Si debo al Saludador
Algo tambien?) ¿Quién le manda
Preguntar por mí, ni entrar
Estas puertas?

SALUDADOR.

Ya quién rabia
Se conoce. ¡Luego á mí
El semblante me engañara!
Santa Quiteria bendita
Te favorezca y te valga.

DOÑA ALDONZA.

Hombre, ¿quieres que te quite
Dos mil vidas?

SALUDADOR.

La mas clara
Señal de que esta señora
Sea aquí la del mal tocada,
Es enfurecerse al verme,
Temiendo la *gratis data*
Que Dios me dió.

DOÑA ALDONZA.

¿Cuánto va
Que te quito dos mil almas?

DOÑA HERMENEGILDA.

Yo no tengo corazon
Para ver estas desgracias.
Déme mi manto, Beltran.

DUEÑA.

Le puse aquí... y de aquí falta.
Con tantos como han entrado...

DOÑA HERMENEGILDA.

¡Ay mi manto!

DOÑA ALDONZA.

Ya otra rabia
Mas que yo: acudan allá.

SALUDADOR.

Todo se andará, si pasa
Adelante el mal. Tenella,
Si tengo de santigualla,
Pues ya ven el homecillo
Con que de verme se espanta.

ALGUACIL.

Nunca yo, á saber que usté
Tenia enfermedad tan rara,
Viniera á esta diligencia;
Pero ya que aquí se halla
Mi piedad, acudiré
A la cura... Y todos hagan
Lo mismo que yo.

DOÑA HERMENEGILDA.

¡Ay mi manto!

DOÑA ALDONZA.

¿Qué han de hacer?

TODOS.

Asegurarla.

DOÑA ALDONZA.

Por el hábito bendito
De un tio que tuve en Malta,
Que á todos haga pedazos.
(*Asenla y sujétanla.*)

TODOS.

Llegue usté.

SALUDADOR.

No se les vaya.

DOÑA ALDONZA.

Hombre, mira que me rucias,
Y no con azár ni ámbar.

SALUDADOR.

No se queje; que el mostillo
No es malo para la cara.
—Por la insignia singular
Que á sabor del paladar
El cielo me quiso dar
A la orilla de aquel cedro
Por donde iba San Juan con San Pedro,
Te conjuro, mal de la peste,
Aunque me cueste lo que me cueste,
Que no me penetres ese corazon,
Sino que al son
Te vayas huyendo de mí retintin;
Dilin, dilin,
Pues ves que tocan en San Martin;
Dilon, dilon,
Pues que tocan en San Anton.

DOÑA ALDONZA.

Soltad...— Dejad que pedazos
(*Suéltase, y embiste con el Saludador.*)
Aqueste embustero haga.

SALUDADOR.

¡Bravo efecto voy haciendo!
¡Mírenla cómo descansa!

DOÑA HERMENEGILDA.

¡Ay mi manto!

Salen DOÑA BÁRBULA Y CASILDA.

CASILDA.

Entra.

DOÑA BÁRBULA.

No sé
Que sea accion cortesana
Ni buena vecindad, sora
Doña Aldonza, que yo haya
Llamado al Saludador,
Y usté le tenga en su casa,
Siendo yo quien necesita
Dél.

CASILDA.

Pues ¡es muy linda gracia
Ir yo por él, para estarse
Con tanta flema!

DOÑA ALDONZA.

Esto falta.
El y uced y todos váyanse
De aquí en mal hora.

DOÑA BÁRBULA.

¿Qué aguarda?
Venga á saludarme á mí,
Que soy quien esta mañana
El perro quiso morder.

SALUDADOR.

Déjeme; que eso no es nada,
Y estotro importa; que usté
No sabe lo que se rabia.

DOÑA BÁRBULA.

Yo puedo aquí y en cualquiera
Parte rabiar con mi cara
Descubierta.

TODOS.

Tenganse.

DOÑA HERMENEGILDA.

Señores, esto no se haga
Bulla, y mi manto perezca.

DOÑA BÁRBULA.

Ingrata amiga, ¡aquí estabas!
¡Quieren morderme tus perros
A mí, y es otra á quien tratas
Traer Saludador!

DOÑA HERMENEGILDA.

No sé
Mas que toda es gente honrada,
Y mi manto no parece.

Salen UNOS BARBEROS, *con guitarras.*

UN BARBERO.

¿Qué ruido es el que aquí anda?

ALGUACIL.

Pues el vecino barbero,
Sin que deje su guitarra,
Lo pregunta, vuesarcedes,
Vuelta la cólera en chanza,
Se lo respondan cantando,
Pues que ya queda trocada
La ejecucion en festejo.
Vaya de música.

TODOS.

Vaya.

DOÑA ALDONZA. (*Canta.*)

Yo, señor Saludador,
Rabio de ver que mi casa,
No siendo yo negra en ella,
Ella amanezca sin blanca.

SALUDADOR.

¡Ay qué bien rabia!

BARBEROS.

Mas ¡ay qué bien rabia!

ALGUACIL.

Yo rabio el que no hay efectos
Para mí, porque no hay causas.

DOÑA HERMENEGILDA.

Yo de que sea á mi costa
Cualquiera que me regala.

SALUDADOR.

¡Ay qué bien rabia!

BARBEROS.

Mas ¡ay qué bien rabia!

CASILDA.

Yo rabio de que á cualquiera
Cosita, rabie mi ama.

MANCEBO.

Yo de que mi amo tenga
Sus caudales en libranzas.

SALUDADOR.

¡Ay qué bien! etc.

LUISA.

Yo rabio que mi taberna
Esté en tierra y viva en agua.

SASTRE.

Yo que pierdo las hechuras,
No habiendo vendido plata.

SALUDADOR.

¡Ay qué bien! etc.

DUEÑA.

Yo que siendo dueña en todo,
No venga á ser dueña en nada.

NEGRO.

Yo que, aunque venga la flota,
Lo mismo el cacao se valga.

ESCUDERO.

Yo rabio ser escudero,
Sin que nunca escudos traiga.

DOÑA BÁRBULA.

Yo rabio de hambre perruna;
Y hasta saber en qué pára,
Para la segunda parte
Convido á una mojiganga.

SALUDADOR.

¡Ay qué bien rabian!

BARBERO.

¡Mas ay qué bien rabian!

N.° 2.°

A instancias de algunos amigos se incluyen aquí estas POESÍAS DE CALDERON, *recogidas con otras de ménos importancia por mi amigo y constante favorecedor, el Señor Don Adolfo de Castro.*

Á SAN ISIDRO.

Soneto [1].

Los campos de Madrid, Isidro santo,
Emulacion divina son del cielo,
Pues humildes los ángeles su suelo
Tanto celebran y veneran tanto.
Celestes labradores son, en cuanto
Con amorosa voz, con santo celo
Vos enviais en angélico consuelo
Dulce oracion, que fertiliza el llanto.
Dichoso agricultor, en quien se encierra
Cosecha de tan fértiles despojos,
Que divino y humano os da tributo,
No receleis el fruto de la tierra,
Pues cogerán del cielo vuestros ojos,
Sembrando aquí sus lágrimas, el fruto.

—

Á SAN ISIDRO.

Octavas.

Túrbase el sol, su luz se eclipsa cuanta
Medroso esparce hasta el segundo oriente.
El viento con suspiros se levanta;
Présaga España su desdicha siente:
Y en tanta confusion, en pena tanta
Filipo al fatal golpe está obediente:
¡Oh justo llanto, oh justo sentimiento!
Tema España, el sol llore, gima el viento.
Mas cese el sentimiento, cese el llanto,
Y en vez, España, de funesto luto,
Fiestas publica, que te ensalcen cuanto
Te oprimió de los ojos el tributo;
Pues ya Madrid piadosa á Isidro santo
Vuelve á sus campos á coger el fruto
Que sembró de piedad y desengaños,
Al fin dichoso de quinientos años.
Ya mas gloriosa con humilde celo
Vuelve, piadosa al Labrador divino,
A ver el prado, el rio, fuente y suelo,
Donde á la tierra y cielo abrió camino,
Porque de nuevo en ella obligue al cielo,
En tanto que su Rey sugeto es dino
A su piedad, volviendo á su porfía
Sol á España, al sol luz, á la luz dia.
Dichosa, insigne villa, y mas dichosa
Cuanto por mas piadosa te señalas,
Vuele tu fama al viento licenciosa;

[1] Esta y la siguiente composicion se hallan en el tomo XI de las *Obras sueltas de Lope de Vega.*— Madrid, por Sancha, 1777.

Sirviendo á tu piedad de amor las alas;
Vive, ¡oh! mas que la muerte poderosa,
Pues no solo el arado al cetro igualas,
Pero aun exceden por divinas leyes
Tus pobres labradores á tus reyes.

—

Á LOPE DE VEGA CARPIO.

Décima.

Aunque la persecucion
De la envidia tema el sabio,
No reciba della agravio;
Que es de serlo aprobacion.
Los que mas presumen, son,
Lope, á los que envidia das,
Y en su presuncion verás
Lo que tus glorias merecen;
Pues los que mas te engrandecen,
Son los que te envidian mas.

—

Á MADRID, POR LA DICHA DE SER SU PATRONO SAN ISIDRO LABRADOR.

(Texto ajeno.)

Madrid, aunque tu valor
Reyes le están aumentando;
Nunca fué mayor que cuando
Tuviste tal labrador.

Glosa.

Aunque de glorias se viste,
Madrid, tu dichoso suelo,
Nunca mas gloria tuviste
Que cuando, imitando al cielo,
Pisado de ángeles fuiste.
No igualará aquel favor
El que hoy ostenta tu honor,
Aunque opongas tu trofeo,
Aunque aumentes tu deseo,
Madrid, aunque tu valor.
No tendrás glorias mayores,
Que cuando en las manos bellas
De angélicos labradores,
Eran tus flores estrellas,
Los rayos del sol tus flores.
En vano están laureando,
En vano están coronando
Tu frente, en vano el honor
Que te ha dado un labrador,
Reyes le están aumentando.
Dirán que ¿cuándo tuviste
Mas gloria que en t*se encierra?
Di que cuando ángeles viste
Labrar humildes tu tierra;
Di que cuando cielo fuiste;
Que cuando al cielo imitando
El sol te estaba envidiando,
Pues su luz tu luz prefiere:
Y así sabrá quien dijere
Nunca fué mayor que cuando.
Mayores triunfos, mayores
Lauros tu poder advierte,
Pues con divinos favores
Respetas, como la muerte,
Mas que reyes, labradores.
Hagan inmortal tu honor
Jaspes, mármoles y bronces;
Pues para gloria mayor
Hoy tienes tal rey, y entónces
Tuviste tal labrador.

—

DESCRIPCION DEL CARMELO, Y ALABANZAS DE SANTA TERESA.

Romance.

En la apacible Samaria,
Hácia donde el sol se pone,
En túmulo de esmeraldas
Yace un gigante de flores.
Verde Atlante de los cielos,
Tanto á su beldad se opone,
Que, siendo cielo en la tierra,
Parece en el cielo monte.
Cerrándole al viento el paso,
Sube hasta la esfera, donde
Pedazo del cielo fuera,
A ser unas las colores.
Sin que el sol se albergue en ondas
Se le niega al horizonte,
Y hace anochecer el dia
Cuando amanecer la noche.
Aqueste pues cuyas plantas,
Aun en variedad conformes,
Son cultura celestial
De aquel jardinero noble,
De aquel venerable sol,
Que en mas luminoso coche,
Por eclíptica de viento
Planeta de fuego corre,
De aquel que rigiendo rayos
Quemó los vientos veloces,
Cuando abrasado el Carmelo,
Eclipse vió de dos soles,
Este en la mas eminente
Punta que en su luz se esconde,
Virgen rosa planta bella,
Porque del sol se corone:
Casta azucena ó jazmin
Süave, cuyos olores
En viva aroma los cielos
Piadosamente recogen.
Santo Cármelo, tu planta
Es Teresa, porque logres
Su hermosura, sin que el viento
O la marchite ó la borre.

—

Á SAN ISIDRO.

Ya el trono de luz regía
El luminoso farol,
El fénix del cielo, el sol,
Cuya edad es solo un dia.
Ya desde la tumba fria
En su fuego vuelve á ser
Hoy lo mismo que era ayer;
Que, *si en todo es de sentir*
Que nace para morir,
El muere para nacer.
Veloz la vida se quita,
Con que mas gloria se adquiere;
Pues cuando en el agua muere,
En el fuego resucita.
Las aves, á quien incita
La luz de sus resplandores,
Cantando dulces amores,
Eran, con belleza suma,
Al campo flores de pluma,
Cuando al viento aves de flores.
Entre las rosas cantaban,
Y el aura que las movia,
Solamente conocia
Por aves las que volaban.
Todas á Isidro esperaban,
Cuando el labrador dichoso
Se quedaba perezoso
De su trabajo olvidado:
¿Quién vió vicioso al cuidado
Y al descuido virtuoso?
Antes de labrar el suelo,
(¡Oh tardanza de amor llena!)
En la Virgen de Almudena
Labraba piadoso el cielo;
Y como su santo celo
En el sol le suspendia
De la celestial María,
Divertido, no pensaba,
Como siempre al sol miraba,
Que pudo pasarse el dia.

—

Á UN ALTAR DONDE ESTABA UNA IMÁGEN DE SANTA TERESA EN UNA NAVE.

Soneto.

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,

Argos de estrellas, imitada nave,
Nubes vence, aire rompe y toca al cielo.
Esta pues que la cumbre del Carmelo
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,
Con muda admiracion muestra süave
Casto amor, justa fe, piadoso celo.
¡Oh militante Iglesia, mas segura
Pisa tierra, aire enciende, mar navega,
Y á mas pilotos tu gobierno fia!
Triunfa eterna, está firme, vive pura;
Que ya en el golfo que te ves, se anega
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

—

Á FELIPE IV.

Tercetos.

¡Oh tú temprano sol, que en el oriente
De tus primeros años has nacido
Coronado de luz resplandeciente,
Salve! y en tanto que á tu grato oido
De mi voz, por cantarte, los acentos
Labios son de metal contra el olvido,
Con presagios de ilustres vencimientos
Escucha el fin que tu principio encierra,
Rendidos á tus piés los elementos.
La tierra te consagra el que á la tierra
Sujetó, cuando, próvida á su celo,
Los líquidos tesoros desencierra,
Y lloviendo al reves, salpicó el cielo,
Desangrando á Neptuno en rica fuente
Por venas de cristal sangre de hielo.
El mar te rinde aquel cuyo tridente
Tantas veces venció su orgullo fiero,
Segunda vez á límite obediente.
Aquel del mar Neptuno verdadero,
Que en varias partes no se distinguia
Cuándo segundo fué, cuándo primero.
Del dulce viento la region vacía
Favorable te ofrece aquella ave,
Que en extásis de amor vientos bebía.
Ave amorosa, pues, que con süave
Pluma llegó hasta el sol, en su sosiego
Volando dulce y suspendiendo grave.
El fuego te asegura el que del fuego
Nombre tomó, y el luminoso espacio
Arrebatado vió, turbado y ciego.
Vive ¡oh Filipo! en celestial palacio;
Pues á tu admiracion el cielo atento,
La tierra te da Isidro, el fuego Ignacio,
Francisco el mar, cuando Teresa el viento.

—

Á SAN ISIDRO.

Cancion.

Coronadas de luz las sienes bellas,
Conduce el sol su luminoso coche
A la estacion donde madruga el dia:
Quitó el prestado honor á las estrellas,
Y en campañas de luz venció á la noche
Con los ardientes rayos que regía:
Castigo á su osadía
La tierra fué, que nuevo sol le opuso,
Estera de verdor, campo de fuego,
Cuando en sus rayos ciego,
Querúbicas deidades vió confuso
Sembrar por rubios granos esmeraldas,
Por espigas coger verdes guirnaldas.
Los campos de Madrid ya cielos bellos,
Y los cielos del sol campos hermosos
Eran con los opuestos resplandores;
Porque asistiendo ó cultivando en ellos,
Ya labrador, ya espíritus dichosos,
Campos de estrellas son, cielo de flores:
Vestida de esplendores
Acredita la tierra al sol desmayos,
Que paga el sol en rayos á la tierra;
Y en luminosa guerra,
Espigas compitieron á sus rayos,
Porque el cielo y el suelo en sus fatigas
Mieses de rayos son, globos de espigas.
El viento, entre los varios arreboles
Del resplandor, Madrid, que á ti reduces,
Cielo humano te vió, divino suelo:
Dudó dos cielos y creyó dos soles,
Admirando, confuso entre dos luces,
Brillado el campo y cultivado el cielo;
Que con santo desvelo
Isidro le labraba con el llanto,
Angeles con su gloria le ilustraban;
Y el viento, que abrasaban
Mansos eclipses, en abismo tanto
Ignora á quien incline su destino,
A ángel cultor ó á labrador divino.
Este pues en su espíritu dichoso,
Arrebatado hasta los cielos sube,
(¡Qué bien la tierra por el cielo olvida!)
Y espíritus del trono luminoso,
Rayos de luz en abrasada nube,
Bajan al suelo á darle nueva vida.
La tierra, agradecida
Al favor de los cielos soberano,
Sin esperanzas del abril florece:
Tanto, tanto agradece
El beneficio de la culta mano;
Y estrellas produciera entónces bellas,
Si nacieran sembradas las estrellas.
Rompe la tierra el paraninfo alado
Y el rústico instrumento que la oprime;
Nunca mas dulce, nunca mas süave,
A la mano obediente, no al arado,
El surco estima que en su centro imprime
Celeste autor de su esperanza grave.
¿Quién habrá que te alabe,
Angel ó labrador, si ofrece el suelo
A celestial cultor humano fruto,
Y celestial tributo
A humano agricultor ofrece el cielo?
Y aunque use el hombre angélico ejercicio,
¿Quién vió al Angel usar rústico oficio?
¿Quién mas dichoso está, quién mas ufano?
¿Con ángeles el suelo en este dia,
Ó con un labrador, no mas, el cielo?
Más gloria tiene el cielo soberano,
Pues humildes dos ángeles envía
Que próvidos por él labren el suelo:
Tanto pudo tu celo,
Tanto, Isidro, tu amor maravilloso,
Tanto tus oraciones celestiales.
Por dos ángeles vales:
Dos suplen tu descuido virtüoso;
Y pues de flores ves los campos llenos,
Porque se aumenten mas, trabaja ménos.
Deje mi pluma el vuelo,
Mi torpe acento el canto,
Mi voz aliento tanto;
Que aunque alaba á Madrid, Madrid es cielo;
Y es bien que á tanto empleo se presuma
Suave voz, dulce acento y veloz pluma [1].

—

LÁGRIMAS QUE VIERTE UN ALMA ARREPENTIDA.

Ahora, Señor, ahora
Que ya este humano edificio
En el polvo de su fin
Se reduce á su principio;
Ahora que, descompuesto
Este vital artificio
Que un suspiro gobernó,
Le va faltando un suspiro;
Ahora que á mis alientos
Está el número cumplido,
Pues sin esperanza de otro,
Respiro este que respiro;
Ahora que rebelados
Mis potencias y sentidos,
Son, parciales de mi muerte,
Mis mayores enemigos;

[1] Estas siete poesías de CALDERON se leen en la «Relacion de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonizacion de su bienaventurado hijo y patron San Isidro, con las comedias que se representaron y los versos que en la justa poética se inscribieron. Dirigida á la misma insigne villa por Lope de Vega Carpio.— Año de 1622.— En Madrid, por la viuda de Alonso Martin.

Ahora que al desatarse
Esta lazada que hizo,
La naturaleza, el alma
Está pendiente de un hilo;
Ahora que el pulso débil,
Torpe la voz, yerto el brío,
En parasismos se emboza
El último parasismo:
Es tiempo, Señor, es tiempo
De conocer los amigos,
Pues el amigo mayor
Se ve en el mayor peligro.
¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido,
Pues si nacemos llorando,
Tambien llorando morimos!
Un gemido la primera
Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que
Le hacemos, es un gemido.
Entre cuna y ataud
Solo esta distancia ha habido,
Hácia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.
¿Vive el hombre ó muere el hombre?
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porqué
Todo se hace de un camino.
¿Qué mas ejemplo que yo,
A este letargo rendido,
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?
Pero si para morir
No ha menester mas deliquio
Ni mas crítico accidente
El hombre que haber nacido,
¡Oh felice yo, felice,
Que morir he merecido
En vuestra fe, recibiendo
Tantos mortales avisos!
Y aunque es preciso el morir,
Con lo que os pago os obligo,
Pues resignado en vos, hago
Voluntario lo preciso.
No justiciero cerreis
A mis voces los oidos,
Sino misericordioso
Atended al llanto mio.
Justicia y misericordia
Dos atributos son dignos,
Que uno y otro en vos están
Igualados, no excedidos.
Pues ¿por qué habeis de mostraros
Riguroso y no benigno,
Siendo rigor y piedad
En vos, Señor, uno mismo?
El castigo y el perdon
Una costa os han tenido:
Pues echad ántes la mano
Al perdon, que no al castigo.
Que, puesto que vos moris
Para que yo viva, indigno
Será, Señor, que un Dios muerto
No salve á un pecador vivo.
¿Indigno dije? ¡Ah, Señor!
No supe cómo decirlo,
Al verlo en vos intentado,
Sin verlo en mi conseguido.
Mas ¡ay de mí! que vos siempre
Salvarme habeis pretendido;
Pero aunque sin mí me hicisteis,
Me habeis de salvar conmigo.
Mi redentor sois, Señor;
Que aunque el hebreo atrevido
Pudo quitaros la vida,
No pudo nunca el oficio.
Mas ¡ay de mí! que cualquiera
Es bastante á hacer delitos,
Y á satisfacer no basta
El infeliz que los hizo.
De Adan la ofensa primera
Me echó á esta cárcel que animo,
Y ántes de nacer, la herencia
Que tuve dél fué un delito.
Ya veo que no es disculpa
Nacer sujeto á este impío
Feudo, pues nada pactaron
Las culpas y el albedrío.
Pero si el ser ó no, fuera
A mi arbitrio permitido,
Y ántes de ser experiencia,
Mas que exámen fuera aviso,
¡Qué dulcemente en la nada
Durmiera en ocio tranquilo,
El que no tiene, si nace,
Respiracion sin gemido!
Porque, si haber hecho al hombre,
Que á vos os pesó examino,
¡Qué mucho que á mí me pese
El haber, Señor, nacido!
Pues apénas me criasteis,
Cuando, ingrato al beneficio,
Ya di á entender que era hombre
Con ser desagradecido.
Que me pesa nacer, dije,
¡Ah, Señor! y no es delirio,
Pues tan sin juicio he pecado,
Como si no hubiera juicio.
Porque, habiéndome criado
Para amaros y serviros,
Temo no me conozcais,
Señor, por desconocido.
Por eso esta postrer línea
De la vida, que ya piso,
Me aflige, pues está en ella
El triunfo ó el precipicio.
Mas si vos morir temisteis,
Siendo de la gracia archivo,
¿Qué hará este infelice, siendo
Archivo mortal de vicios?
Mas ¡vos pendiente de un leño,
Y yo necio desconfio!
¡Vos clavado, y yo recelo
El mas mínimo peligro!
¿Quién el que os hicieseis hombre
Se atrevería á pediros?
Nadie: por la gran distancia
Que hay de Dios á hombre pasivo.
Y vos lo hicisteis por mí,
De amor y piedad movido:
Luego bien, Señor, espero,
Luego bien, Señor, confio.
Pues sois mi sangre, advertid,
Al esgrimir el cuchillo,
Lo que os costó el ser mi deudo:
Quizá embotaréis los filos.
No me diera confianza
El veros en el empíreo
Glorioso, mas que en la Cruz
Veros humano y pasivo.
Porque esa sangre que corre
En arroyos fugitivos,
Corre por lavar mis manchas,
Siendo segundo bautismo.
Pues, Señor, gasto tan grande,
Tan sumo, tan excesivo,
¿Se ha de perder por mis culpas,
Cuando por ellas se hizo?
Y siendo yo vuestra hechura
Y á quien tanto me asimilo,
¿Cómo el vidrio romperá
Quien ve su hechura en el vidrio?
Mucho, Señor, os costé,
Y por lo mismo confio
De que me habeis de salvar,
Pues ya la costa se hizo.
Si cuanto es mayor el riesgo,
El triunfo es mas aplaudido,
Cuanto la culpa es mayor,
¿No tendrá el perdon mas brillo?
Pues yo soy el delincuente
Que torpe y desconocido,
Os puse en este madero,
Pagando vos yerros mios.

Yo el hijo pródigo soy,
Que ingrato y desvanecido,
De infinitos bienes hice
Cambio á males infinitos.
Yo soy la oveja perdida
Que huyendo de vuestro aprisco,
Con balido á buscar vuelve
A quien siempre le ha valido.
Grande es mi ofensa, Señor;
Confieso que no he podido
Satisfacer por mí solo
El número de mis vicios.
Pero por eso, por eso,
De la Iglesia en los archivos
Tambien infinitos son
Vuestros méritos divinos.
Ellos por mí satisfagan,
Pues mi fiador habeis sido,
Y en vuestros méritos pague
Lo finito á lo infinito.
Y así, gran Señor, ahora
Os pretendo compasivo,
Porque si pierdo esta hora,
Todo, Señor, lo he perdido.
¡Oh cuánto el mortal, oh cuánto
Debe vivir prevenido
Para este paso, en que está
Lo crítico del camino,
De cuyo confuso instante
Depende lo decisivo
De eternidades de gloria
O eternidades de abismos!
¡Oh quién os hubiera amado
Tan reverente, tan fino,
Como si no hubiera en vos
Clemencia, habiendo castigo!
Arrepentido, Señor,
Que me perdoneis suplico:
Y no sé qué alegar mas
Que ruegos de arrepentido.
Que, aunque son muchas mis culpas,
Y aunque es mucho lo que pido,
Vos sois Dios, y yo soy hombre,
Y uno es vuestro y otro es mio.
Por ser vos quien sois, tan solo
Siento haberos ofendido,
Pues aunque cielo no hubiera
Ni infierno, hiciera la mismo.
Y así, contra mí ¡oh Señor!
Templen el justo castigo
Los rios de vuestra sangre
Y de mi llanto los rios.
Salvadme en vuestra virtud;
Que yo á vuestros piés resigno
Este cuerpo sin accion
Y esta alma sin albedrío.
Pues aunque vivir pudiera,
Estando libre, á mi arbitrio,
Hoy os hiciera en mi muerte
De mi vida sacrificio.
Mas si es vuestra voluntad
Que padezca en los abismos,
Para que en mí se ejecute,
Este espíritu os envio.
Y padeciendo, diré
Por los siglos de los siglos:
¡Quién siempre os hubiera amado!
¡Quién no os hubiera ofendido[1]!

El mismo romance con variantes.

Ahora, Señor, ahora
Que ya este humano edificio
En el polvo de su fin
Se reduce á su principio;
Ahora que, descompuesto
Este vital artificio
Que un suspiro gobernó,
Le va faltando un suspiro;
Ahora que á mis alientos
Está el número cumplido,
Pues sin esperanza de otro,
Respiro este que respiro;
Ahora que rebelados
Mis potencias y sentidos,
Son, parciales de mi muerte,
Mis mayores enemigos;
Ahora que el corazon,
Por alegar que él ha sido
Quien quiso vivir primero,
Morir el postrero quiso;
Ahora que al desatarse
Esta lazada que hizo
La naturaleza, el alma
Está pendiente de un hilo;
Ahora que al despedirse
Del cuerpo donde ha vivido,
En vez de darle los brazos,
Le lucha á brazos partidos;
Ahora, en efecto, ahora
Que ya el pecho helado y frio,
Descompasado el aliento,
Los miembros estremecidos,
El pulso desnivelado,
Torpe la voz, yerto el brio,
En parasismos se emboza
El último parasismo:
Es tiempo, Señor, es tiempo
De conocer los amigos,
Pues el amigo mayor
Se ve en el mayor peligro.
¡Oh dulce Jesus mio!
No entreis, Señor, con vuestro siervo en juicio
¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido,
Pues si nacimos llorando,
Llorando tambien morimos!
Un gemido la primera
Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que
Le hacemos, es un gemido.
Entre cuna y ataud
Sola esta distancia ha habido,
Hácia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.
¡Qué bien en sus confesiones
Lo significó Agustino,
Cuando á esta proposicion
No le averiguó el sentido!
¿Vive el hombre ó muere el hombre?
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porqué
Todo se hace de un camino.
¡Qué mas ejemplo que yo,
A este letargo rendido,
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?
Y si al fin para morir
No ha menester mas deliquio
Ni mas crítico accidente
El hombre, que haber nacido,
¡Oh felice yo, oh felice,
Que morir he merecido
En vuestra fe, conociendo
Tantos mortales avisos!
Y aunque es preciso el morir,
Con lo que os pago os obligo,
Pues resignado en vos, hago
Voluntario lo preciso.
Y así aunque vivir pudiera,
Mi vida estando á mi arbitrio,
Hoy os hiciera en mi muerte
De mi vida sacrificio.
¡Oh dulce Jesus mio! etc.
No justiciero cerreis
A mis voces los oidos,
Sino misericordioso
Atended al llanto mio.
Justicia y misericordia,
Dos atributos son dignos,
Que uno y otro en vos están
Igualados, no excedidos.

[1] Segunda parte de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, ordenada por Don Juan Nicolas Böhl de Faber, de la Real Academia Española. — Hamburgo, en la librería de Perthes y Besser, 1823.

¿Pues por qué habeis de mostraros
Riguroso y no benigno,
Siendo rigor y piedad
En vos, Señor, uno mismo?
El castigo y el perdon
Una costa os han tenido:
Pues echad ántes la mano
Al perdon, que no al castigo.
Job ¿no dijo que era el hombre
En pecado concebido?
¿Qué maravilla que amase
Maldad que nació conmigo?
Mas ¡ay de mí! que tambien
David á este intento dijo
Que siempre contra mí está
Mi pecado por testigo.
Yo le confieso, y confieso
Que mis culpas y delitos
Son infinitos, por ser
Obrados y cometidos
Contra un infinito Dios;
Confieso que no he podido
Satisfacer por mí solo
El número de mis vicios.
Pero por esto, Señor,
De la Iglesia en los archivos
Tambien infinitos son
Vuestros méritos divinos.
Ellos por mí satisfagan,
Pues mi fiador habeis sido,
Y en vuestros méritos pague
Lo infinito á lo infinito.
¡Oh dulce Jesus mio! etc.
¡Qué dignamente, qué bien
En vuestra piedad confio,
Si cuando llego á rogaros
Clavado en la Cruz os miro!
No me diera confianza
El veros en el impíreo
Glorioso, mas que en la Cruz
Veros humano y pasivo.
Que esa derramada sangre
Que en arroyos fugitivos
Tiñe en púrpura la nieve,
Deshoja el jazmin en lirios,
A lavar mis culpas corre,
Cuyo segundo bautismo
Hará que esta piel manchada
Venza el candor del armiño.
Y puesto que vos morís
Para que yo viva, indigno
Será, Señor, que un Dios muerto
No salve á un pecador vivo.
¿Indigno dije? ¡Ah Señor!
No supe cómo decirlo,
Al verlo en vos intentado,
Sin verlo en mí conseguido.
Mas ¡ay de mí! que vos siempre
Salvarme habeis pretendido;
Pero aunque sin mí me hicisteis,
Me habeis de salvar conmigo.
Salvadme en vuestra virtud;
Que yo á vuestros piés resigno
Este cuerpo sin accion
Y este alma sin albedrío.
Y si es vuestra voluntad
Condenarme á los abismos,
Para que en mí se ejecute,
Este espíritu os envío.
Y padeciendo diré,
Por los siglos de los siglos:
¡Quién siempre os hubiera amado!
Quién no os hubiera ofendido!
¡Oh dulce Jesus mio!
No entreis, Señor, con vuestro siervo en juicio [1].

[1] *Avisos para la muerte, escritos por algunos ingenios de España*, recogidos y publicados por Don Luis Ramirez de Arellano, y añadidos en esta séptima impresion. — Año 1672, Madrid, por la Viuda de Melchor.

—

Á LA MUERTE.

Décimas [2].

¡Oh tú, que estás sepultado
En el sueño del olvido,
Si para tu bien dormido,
Para tu mal desvelado!
Deja el letargo pesado;
Despierta un poco, y advierte
Que no es bien que desa suerte
Duerma, y haga lo que hace,
Quien está desde que nace
En los brazos de la muerte.
Da lugar al pensamiento
Para que discurra, y veas
Que lo mas que tú deseas,
Es todo un poco de viento.
No labres sin fundamento
Máquinas de vanidad,
Pues la mayor majestad
En un sepulcro se encierra,
Donde dice, siendo tierra:
«Aquí vive la verdad.»
Mira cómo pasó ayer,
Veloz como tantos años:
Evidentes desengaños
Del limitado poder.
Lo que fué dejó de ser,
Y no quedó dello mas
Del *ha sido*: tú, que vas
Por este mundo inconstante,
Mira que el que va adelante
Avisa al que va detras.
La corona y la tiara
Que tanto el mundo estimó,
¿Qué se hizo? ¿En qué paró
Sino en lo que todo pára?
¡Oh mano del mundo avara!
Si tanto bien nos limitas,
¿Para qué, di, nos incitas
Á aspirar á mas y mas,
Si lo que despacio das,
Tan de prisa nos lo quitas?
Si te engaña el propio amor
Para que no veas el daño,
La muerte, que es desengaño,
Sirva de despertador.
Hoy nace la tierna flor,
Y hoy su curso se termina:
Todo á la muerte camina:
La estatua del mas bizarro,
Como está fundada en barro,
La deshace cualquier china.
¿En qué piensas ó á qué aspiras
Cuando tras tu gusto vas,
Pues dél no te queda mas
Que enemigos que conspiras?
Si es que adelante no miras,
Mira la vida pasada;
Que si en tan corta jornada
Lo mas pasa desa suerte,
Hasta llegar á la muerte,
¿Qué te queda? Poco ó nada.
Desde el nacer al morir
Casi se puede dudar
Si el partir es el parar,
O el parar es el partir.
Tu carrera has de seguir:
Y pues con tal brevedad
Pasa la mas larga edad,
¿Cómo duermes y no ves
Que lo que aquí un soplo es
Es allá una eternidad?
Mira el tiempo volador
Cómo pasa, y considera
Cómo van tras su carrera
Desde el menor al mayor.
El esclavo y el señor

[2] *Varias centellas de amor divino, compuestas por los mejores ingenios de España*: recogidas por la devota curiosidad de Dón Juan Nuñez de Velasco. — En Madrid, año de 1656, por Maria de Quiñones.

Corren parejas iguales,
Que como nacen mortales,
Iguales van á la hoya,
De cuya deshecha Troya
Aun no quedan las señales.
La juventud mas lozana
¿En qué paró? ¿Qué se hizo?
Todo el tiempo lo deshizo,
Y anocheció su mañana.
La muerte siempre es temprana
Y no perdona á ninguno:
Goza del tiempo oportuno,
Granjea con tu talento;
Que aquí dan uno por ciento,
Y allí dan ciento por uno.
¿Qué eternidades te ofrece
La mas dilatada vida,
Pues que apénas es venida
Cuando se desaparece?
Hoy piensas que te amanece,
Y es el dia de tu ocaso.
¡Término breve y escaso!
Mas ¿qué mucho, si volando
Te va la muerte buscando,
Cuando tú vas paso á paso?
La dama mas celebrada,
Lazo en que todos cayeron,
Ella y ellos, di, ¿qué fuéron
Sino tierra, polvo y nada?
¡Oh limitada jornada!
Oh frágil naturaleza!
La humildad y la grandeza
Todo en nada se resuelve:
Es de tierra y á ella vuelve,
Y así acaba en lo que empieza.
¿De qué te sirve anhelar
Por tener y mas tener,
Si eso en tu muerte ha de ser
Fiscal que te ha de acusar?
Todo acá se ha de quedar;
Y pues no hay mas que adquirir
En la vida, que el morir,
La tuya rige de modo,
Pues está en tu mano todo,
Que mueras para vivir.

—

ROMANCE AMOROSO Á UNA DAMA[1].

¿No me conoceis, serranos?
Yo soy el pastor de Filis,
Cera á su pecho de acero,
Esclavo á sus ojos libres.
Huésped en vuestras riberas,
Oponer de amor me visteis
A las armas vencedoras
Resistencias invencibles.
Mas ¡ay! ya muero, serranos;
¡Ay amor! ya me venciste;
Los incendios de mis hielos
Tus poderes acrediten.
Para matarme, tus ojos,
Filis, el amor elige;
Que á mayores vencimientos
Bastan los rayos que visten.
A cuyo imperio süave,
A cuya fuerza apacible
No hay libertad que se exente,
No hay exencion que se libre.
A tu beldad las beldades
Desconocidas se rinden,
Desde las que el Tétis beben,
Hasta las que el Gánges viven.
Cuyo nombre al Gata ufano
Gloria le da mas felice
Que sus arenas al Tajo,
Que sus imperios al Tíber.
En tu alabanza mi afecto,
Entre efectos imposibles,
Epiciclos fatigara;
Mas temo que espumas pise.
Retírase pues cobarde,
Y tanta empresa remite
O de un águila á los vuelos
O á los acentos de un cisne;
Que una voz ronca no puede,
Ni puede una pluma humilde
Ultrajarte; que te ignora
Quien se atreve á describirte.
Mis deseos igualmente
Que por divina te admiten,
Como á deidad te veneran
Y como á deidad te piden.
Así pues, el tiempo nunca
En tí con mudanza triste
Las rosas aje del rostro
Ni del cuello los jazmines;
Y la primavera hermosa
Que en tus mejillas asiste,
En siempre floridos mayos
Goce perpetuos abriles;
Que admitas unos deseos,
Que una voluntad estimes,
Como atrevida en quererte,
Acordada en elegirte.
Si tienes dueño, á tu dueño
Te hurta: mi mal te obligue,
Para que mi ardor aplaque
Nieve que á mi cuello apliques.
Yo vi que hurtados á un muro
A que pudieran asirse,
Le repartieron abrazos
A un árbol unos jazmines.
Tú verás que á mis deseos
Solicitan persuadirte
Yedra que dos olmos trepa,
Vid que dos álamos ciñe.
Prisiones rompe el capullo,
Avaramente sutiles
El clavel, y fuera dellas
Con púrpura el aire tiñe.
Pues te incitan sus ejemplos,
Filis, sus ejemplos sigue;
Que si tú mi amor retornas,
Cierto estoy que Amor me envidie.

—

Á UN RIO HELADO.

Romance[2].

Salid ¡oh Clori divina!
Al Tórmes, que ofrece hoy
Fija puente á vuestra planta,
Su inquieto cristal veloz.
Esta vez pudo el diciembre
Lo que mil pudisteis vos;
Que tienen fuerzas de escarcha
Poderes de admiracion.
No su nieve á vuestra vista
Quieto el cristal se paró;
Que si aquí suspende el hielo,
Hiela aquí la suspension.
Salid; que el rio os espera,
Que juzga discreto hoy
La suela del chapin vuestro
Corona ya de favor.
Y pues su honor os aclama,
Restituiréisle su honor,
Si cuando le huellan tantos,
Vos corona suya sois.
Sobre la cama de campo
Solícito el aquilon
Tiende sábanas de nieve,
Do se acueste enfermo el sol.
Desmayos pues de sus luces
Mejóranse en vuestras dos;
Que mayores rayos visten
En ecliptica menor.
Bien que en tantos cielos puestos
Como deidad superior,
Los que son rayos de luz,

[1] *Delicias de Apolo, recreaciones del Parnaso, por las tres musas Urania, Euterpe y Caliope.* Hechas de varias poesías de los mejores ingenios de España.— En Zaragoza, por Juan de Ibar, año de 1670.— (El colector de esta obra fué José Alfay.)

[2] Delicias de Apolo, etc.

De fuego fulminais vos.
Si el mundo ardiendo callara,
Diré, pues ardiendo estoy,
Que son incendio sus luces
Y que es fuego su esplendor.
Que le holléis el campo aguarda,
Porque vuestras huellas son
Las que previenen abriles,
Las que producen verdor.
Y en pascua de Nacimiento,
Cuando en la muerte se vió,
Tendrá en vuestro pié florido
Pascua de Resurreccion.
Yo mis glorias solicito,
Pues á quien ha dado soy
A vos vista las libranzas
De sus glorias el amor.
Salid pues, ¡oh Clori bella!
No os neguéis, ingrata, no,
A las voces de los ojos,
Al llanto del corazon.
Y tendrémos esta vez,
Si lo merece esta voz,
Honor Tórmes, luz el dia,
Vida el campo y gloria yo.

—

DISCURSO MÉTRICO-ASCÉTICO, SOBRE LA INSCRIPCION PSALLE ET SILE, QUE ESTÁ GRABADA EN LA VERJA DEL CORO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO[1].

Canta y calla, dice aquel
Mote, cuya soberana
Inscripcion, sacro buril
En grabado bronce estampa:
Bien como inscribió de versos
En sobrepuestas medallas
Salomon, de sus columnas
Los capiteles y basas.
Canta y calla, otra vez leo
Y otra vez suspensa el alma
Duda cómo se reduzca
A un precepto *canta y calla*.
Porque si el callar es muda
Prision del silencio que ata
Con el uso de las voces
El rumor de las palabras;
Y el cantar, no solo es
Romperlas, pero entonarlas
Al concertado compas
De métrica consonancia:
¿Cómo, compuesto de dos
Proposiciones contrarias,
Sagrado precepto, á un tiempo
Cantar y callar me manda?
Ignorante peregrino
Soy, que á las piadosas aras
Del sagrario de María
Condujo, no errante planta,
Fijo norte, sí, en aquella
Aguja, que sobre tantas
Cervices, ya de edificios,
Ya de montes, se levanta
A ser en el desvelado
Eco de sus atalayas,
Cada clamor un sonoro
Clarin de la fe cristiana,
De cuyo animado bronce,
Aun mas que del de la fama,
Conducido, llegué apénas
Al pié de sus torres altas,
Cuando inspirado del mismo
Boreal iman de mis ansias,
Saludé el umbral, diciendo:
»¡Salve, basílica santa,
»Salve, primer metrópoli de España,
Pues hasta coronar tu frente altiva,
Ni en su dosel ciñó la paz oliva,
Ni la guerra laurel en su campaña!
»¡Salve, oh siempre católica montaña,
Y tan siempre á la luz de la fe viva,
Que, aun entre los horrores de cautiva,
Ajena te alumbró, pero no extraña!
»¡Salve, erario feliz de glorias tantas,
Que hoy en tu angelical cámara bella,
Aun los mármoles son reliquias santas!
»¡Salve, y permite al adorar la huella
Que enterneció una piedra con sus plantas,
No esté mi corazon mas duro que ella!»
Dije, y con temor tocando
Del perdon la primer grada
(Que líneas del perdon nadie
Pudo sin temor tocarlas),
Al ámbito pasé, en cuyas
Naves, la vista engolfada,
Sin peligro de tormenta
Corrió achaques de borrasca.
¡Oh cuántas muertas noticias,
Vivas memorias, oh cuántas,
Ofuscado el pensamiento,
Revolvió al verse en su estancia!
Desde aquella primitiva
Edad, que en la tierna infancia
De la fe, Diego y Torcuato,
En ella sus raices plantan,
Eulogio las fertiliza,
Julian y Eladio las labran,
Un Eugenio las florece,
Y otro Eugenio las consagra;
Hasta que estrellas sus flores,
Ya en los rizos de Leocadia,
Ya en las vestes de María,
Las mira Ildefonso; y hasta
Que, mudando la fortuna
El semblante de dos caras
(Que no es heróico el valor
Que no se examina en ambas),
Entre las góticas ruinas
Que con sangre las esmaltan,
Un Rodrigo las deshoja,
Y otro Alfonso las restaura.
Haciendo, restituida
De los oprobrios de esclava
A aplausos de emperatriz,
Que al sacudir su garganta
La mozárabe coyunda,
Vuelva, en honor de su patria,
Esta española Sion,
Esta Salen castellana,
A ser, ceñida de olivas,
Laureles, cedros y palmas,
Segunda Roma de Europa
Y primer silla de España.
¡Oh santo rey! Oh Fernando!
¡Qué presto á tus triunfos pasa
La memoria! Mas ¿qué mucho,
Si corre á darte las gracias
De tanta fábrica excelsa,
A quien tus piedades sacan
De soterrada mezquita
Para sumptuoso alcázar?
En cuya admiracion (ya
Lo dije), absorta y turbada
La vista, corrió tormenta;
Mas no, que todo es bonanza
De María, en puntos donde,
Aunque extranjero en su playa,
Saber su colocacion
No me costó preguntarla;
Que muchas señas de cielo
Me dió el íris de unas armas,
De quien zodiaco y signos
Fuéron estrellas y bandas.
Ni es sin misterio que á un Sando
Timbres de otro Sando-val-gan;
Ni la primera vez que
Estrellas digan del Alba.
Con que en su antigua eminencia
Llegué á verla colocada.
¡Qué bien parece que sea
Su eminencia quien la ensalza!
Si fuera cuarto Bernardo

[1] Lo publicó Don Antonio Fernandez de Acevedo, escudero de la Reina nuestra señora, dedicándolo al serenísimo señor Don Luis de Borbon, arzobispo de Toledo.— Madrid, 1741.

Yo, á los tres que en tres distancias,
Amantes de su pureza,
Uno escribe en alabanzas,
Otro en gozos la descubre,
Otro en tronos la levanta,
¿Quién con su espíritu duda
Que hubiese dicho al mirarla:
«Retrato favorecido
Tanto del sol celestial,
Que en tí, como en un cristal,
Reverberó parecido?
¿Quién, si no tú, ha merecido
Ser tan perfecto traslado,
Que, á su dueño cotejado,
Pueda dar el cielo fe
De que él solamente fué
Bien y fielmente sacado?
»Ignórese tu venida,
Porque en la suya se crea,
Que allá parecida sea
La que acá fué aparecida;
Y si de ángeles traida
Fuiste, imágen celestial,
Bien en premio del leal
Afecto que lo creyó,
Lo que tu orígen calló,
Nos dijo tu original.
»Original dije, y fiel
Al nombre me estremecí,
Pues supo dél para tí,
Sin saber para sí dél.
Sea el cielo tu dosel,
La tierra tu alfombra, pues,
Por quien dijo David, es
La peana de tu altar:
Adorémos el lugar
Donde estuvieron tus piés.»
¿Qué dijera? Más dijera,
Si á voces no me llamara
Aquella primera duda
Que tras sus ecos me arrastra.
Si ya no es que porque crea
En la perfecta elegancia
De su docta arquitectura,
Cuánto es misteriosa y rara
Esta joya, de quien son
Mayores templos la caja,
Bien como preciosa perla
Que cupo dentro del nácar,
Su perfeccion solicita
Persuadir á mi ignorancia
Que es tan grande, que aun lo son
Sus menores circunstancias.
Y así, cerrando el no ocioso
Paréntesis (pues si hablara
Del mote, sin que del mote
Diera el cincel que le graba,
Fuera dejar sus noticias
Al escrúpulo de vagas),
Vuelvo á la inscripcion, en que
Cantar y callar me mandan.
Aquí quedé; y convencido
A que son acciones varias
Imposibles de que á un tiempo
Pueda el coro ejecutarlas,
Y habiendo de seguir una
De dos leyes tan sagradas,
Como son silencio y canto,
Habré de alegar por ambas.
Es el silencio un reservado archivo
Donde la discrecion tiene su asiento;
Moderacion del ánimo, que altivo
Se arrastrara sin él del pensamiento;
Mañoso ardid del ménos discursivo
Y del mas discursivo entendimiento;
Pues á nadie pesó de haber callado,
Y á muchos les pesó de haber hablado.
Es, contra el mas colérico enemigo,
El mas templado freno de la ira;
De la pasion el mas legal testigo,
Pues dice mas que el que habla el que suspira;
De la verdad tan familiar amigo,
Que á la simulacion de la mentira
Le destiñe la tez, pues cuanto errante
Mintió la lengua, desmintió el semblante.
Es quietud del espíritu divina,
A quien el mundo contrastar no pudo;
De la modestia imágen peregrina,
Que una mano da al labio, otra al escudo:
De cuantos sacrificios vió la indina
Adoracion, el pez, animal mudo,
Prohibido fué; que á luz de sacrificio,
Aun no estragó á esta virtud el vicio.
Y si de hablar y de callar le dieron
Tiempo al que mas la perfeccion codicia,
Fué porque al corazon árbitro hicieron
De su sinceridad ó su malicia;
No porque del silencio no creyeron
Ser el culto mayor de la justicia;
Pues si á Dios en sus obras reverencio,
El idioma de Dios es el silencio.
Dígalo el cielo en el primero dia,
Que el poder del Criador manifestaba;
Pues en el cielo gran silencio habia,
Miéntras Miguel con el dragon lidiaba;
Pues la tierra y la noche helada y fria
Que humano le adoró, en silencio estaba;
Y ya que árbitro fué de paz y guerra,
Lo que le amaron digan cielo y tierra.
La escuela de Pitágoras cinco años
Sabiamente leccion de callar daba;
La Tebaida, en sus cuerdos desengaños,
A callar solamente se juntaba:
Pues si á proprios filósofos y extraños
Retórico el silencio doctrinaba,
¿Qué gimnasio se orló de mas laureles
Que el que cursaron fieles y no fieles?
Confieso que es una interior batalla;
Por eso se corona el que pelea,
Y para aquel que ménos fuerte se halla,
Consejo fué de iluminada idea,
Sacro proverbio en que se escribe: «O calla,
O algo di que mejor que callar sea;»
Y si ha de ser mejor, calle entre tanto
El silencio, hasta ver si lo es el canto.
Es la blanda armonía...
—No hablo en comun de aquella,
Que áspid del aire en flores escondido,
La fragrancia que envía,
Hubo quien dijo della
Que era un hermoso estiércol del oído;
De aquella, sí, que ha sido
El aura de la nube
En quien el humo del incienso sube.—
Es pues el armonía
Que fervoroso afeto
A Dios dedica en culto reverente,
Interior alegría
De inspirado conceto,
Que exultacion divina de la mente,
Prorumpe lo que siente,
En conceptos veloces
De organizados números y voces.
Bien como amante llama
Que tras su impulso lleva
Las pasiones del ánimo, y activa
El corazon que inflama,
Espíritu que eleva,
Prorumpe en llanto; que aunque compasiva
Suene allí, aquí festiva,
No distan canto y llanto;
Que el llanto del amor tambien es canto.
Su nombre se deduce
Del docto frase griego,
Cuya etimología interpretando,
Al cántico traduce
Voz herida, á que luego
Añade el himno, que es orar cantando;
De manera que cuando
Solo en sonido acaba,
Es canto, y himno cuando á Dios alaba.
De himno y canto trasciende
Su unísona blandura
A ser *salmo* despues, cuyo concento

De *salterio* desciende,
Que es cuando su dulzura
Se acompaña de músico instrumento:
De suerte que el acento
El canto es, la voz pia
El himno, y el salterio la armonía.
Bien su origen pudiera
Alegar en el cielo,
Sin que antiguo al silencio ceda el canto;
Pues en la empírea esfera,
Al sacrílego duelo
El himno sucedió del *Santo, Santo*,
Y en la tierra, pues cuanto
Calló la noche fria,
Dijo la *Gloria* en métrica alegría.
Mas ahora no resuelvo,
Pues solo alego ahora,
Para despues, dejando el magisterio.
Al primer punto vuelvo:
Y pues ya nadie ignora
Qué es cántico, qué es himno y qué salterio,
Vamos á otro misterio,
Tantos siglos oculto,
De cuándo el canto se introdujo al culto.
En Oriente, hay quien diga,
Tuvo origen: bien fuera
Que la luz nos viniera del Oriente,
Si no hubiera quien siga
Que David la primera
Vez al arca cantó; y es mas decente
Crêr que pastor invente
Que sagrados loores
Canten con sus rebaños los pastores.
La salmodia acredita
Esta opinion (que al genio
Sigue el afan que tras su iman le lleva,
Y nadie facilita
Trabajos al ingenio
Sin que interior espíritu le mueva):
Cuya aficion comprueba
No haber hasta él ejemplo
De que entrase la música en el templo.
Que aunque canciones fuéron
Las que á Dios dedicaron
Los hijos de Israel en voces claras,
En Débora se oyeron
Y en Barac se escucharon,
No en verbal sacrificio de las aras,
Que amablemente caras,
Veneraron rendidos,
Del fervor entonados los gemidos.
En David pues el canto
Introducido al templo,
Bien la opinion de continuarse fundo,
Hasta que Ambrosio santo,
Con el anciano ejemplo,
De ser devota aclamacion del mundo,
Le dió (David segundo,
Y prelado primero)
Al arca del maná mas verdadero.
Mas si las perfecciones
Del canto soberano
Acordar al silencio solicito,
¿Para qué de opiniones
Me valgo? pues en vano,
Por mas autoridades que repito,
Su mérito infinito
Dirá la pluma mia,
Si el cántico me acuerda de María.
Calle Israel, y calle
Moises, calle su hermana
Con Débora y Barac, calle Isaías,
Calle David, y no halle
Aplauso el canto de Ana,
Habacuc, Simeon y Zacarías;
Callen las jerarquías;
Que si María canta,
¿Qué afecto mereció dignidad tanta?
Luego si el silencio tiene
Perfecciones tan sagradas,
Que son la tierra y el cielo
Solares de su prosapia;
Si perfecciones el canto,
Tan divinamente humanas,
Que en la suma perfeccion
De la perfeccion se hallan;
¿Cómo se dan dos virtudes
Opuestas? Pues la que extraña
Con otro estar, no será
Virtud, sino repugnancia.
Mas ¡ay! qué necio discurro
En dar á entender que haya
Entre el canto y el silencio
Desavenencia contraria!
Pues el silencio de aquella
Intelectüal batalla,
No le interrumpió la voz
Que á Dios la victoria canta.
Bien como no interrumpió
Al silencio de la helada
Noche la voz de la Paz,
Que oyó el hombre en voces altas;
Pues ántes, para que mas
Sonasen sus alabanzas,
Aplaudidas del silencio,
Las hizo el silencio espaldas.
¡Oh si hubiera texto que
Probase cuánto se aman
Silencio y voz! Y sí habrá,
Si en Juan nos le acuerda Marta
En silencio, dice el sacro
Texto, que dijo á su hermana
Entrando en Magdalo Cristo:
«María, el Maestro te llama.»
¿En silencio se lo dijo?
Luego es consecuencia clara
Que habla y no rompe el silencio
El que á propósito habla.
Con que la cuestion decide
La evangélica enseñanza,
Pues para ir á hablar con Cristo
La habló con la circunstancia
De que la hablaba en silencio,
Dando á entender, recatada,
Que el que vaya á hablar con Dios,
A hablar en silencio vaya.
Y siendo así que ni uno ni otro cede,
Y el corazon al labio conformando,
Callar, la mente en Dios, hablando puede,
Quien puede, en Dios la mente, hablar callando,
Por ambas partes asentado quede
Cuánto el silencio y voz se avienen, cuando
Tan atento el espíritu se halla,
Que cumpliendo con todo, canta y calla.
Y así, ¡oh tú en dignidad constituido
Tan sobrenatural, que, ángel humano,
Ejercer venturoso has merecido
Oficios que él ejerce soberano!
No en tanto ministerio divertido,
Desaproveches la ocasion; que en vano,
Del mas sabio sugeto al ménos sabio,
Si no ora el corazon, trabaja el labio.
Tal vez con ronca voz desentonaba
Al coro uno que en Dios se suspendia,
Y al destemplado acento en que cantaba,
Disonante la música armonía,
Con irrision el rapto murmuraba,
Cuando se oyó que el cielo repetia:
«De vuestro canto, aunque la tropa es mucha,
Acá sola la ronca voz se escucha.»
A otro tal vez, que en Dios arrebatado,
Cuidaba mas del salmo que el concento,
Aventando una parva, revelado
Le fué el demonio, que llevaba el viento.
«¿Qué haces?» del santo monje preguntado,
—«Lo que otros (dijo): inútil mies aviento,
Que en aristas se lleva el aire vano,
Dejando apénas de provecho un grano.»
De suerte que no está en la consonancia
La perfeccion; no está en la residencia;
Que entonar y asistir es circunstancia,
Pero asistir y meditar esencia.
Del órgano lo diga la asonancia,
Del tímpano lo diga la cadencia,

Que asistiendo y sonando sin sentido,
Solo les queda el mérito del ruido.
Cuando que atienda á Dios su voz me advierte,
Yo, que me atienda, á Dios tambien le digo;
Y siendo así que de una misma suerte
Hablamos, yo con Dios y Dios conmigo,
¿Cómo, si mi descuido me divierte,
Me quejaré de lo que no consigo?
Pues descortés injuria es que pretenda,
No atendiendo yo á Dios, que Dios me atienda.
Si á hablar al rey en un negocio fueras,
El mas considerable, y á él llegaras
Tan desatento que te divirtieras,
Y por hablar con otro no le hablaras,
Dime: á la majestad ¡cuánto ofendieras!
¡Cuánto la pretension tuya agraviaras!
Pues advierte, si obrases sin decoro,
Que la audiencia de Dios es ese coro.
El negocio á que vas, no es ménos grave;
Que toda tu república fiada
En que es tu oficio orar, y orar es llave
Que á siete horas del dia te da entrada,
¿Qué fatiga no esperan ver süave,
Noble el baston y rústica la azada,
Al ver en los afanes de la vida
Su medra en tu oracion comprometida?
No tan de balde sirves, que no sea
Logro tuyo lo que uno y otro gana;
Pues el soldado por tu paz pelea,
Y el labrador por tu sustento afana.
Lo que hay de una tarea á otra tarea
Mide, y verás cuánto es mas soberana
La de tratar y conversar al cielo,
Que arder al sol y tiritar al hielo.
Y pues te cupo la mejor en suerte,
No, ingrato á Dios y al hombre, la desdores:
A Dios, cuando el descuido te divierte;
Al hombre, cuando impides sus favores.
De los proprios descansos ser, advierte,
Las ajenas fatigas, acrêdores;
Y ¿qué mas dicha que deber tus bienes
A otros la hambre y sed que tú no tienes?
Y aun mas felicidad goza tu estado;
Pues quiere Dios tus deudas satisfagas
Con un caudal tan bien aprovechado,
Que te quedas con mas miéntras mas pagas.
No divertido pues, no descuidado
Culpa de lo que fué mérito hagas,
Y mas cuando el precepto es tan süave,
Que en la union del cantar y callar cabe.
Tres vias ó tres grados de excelencia
Tiene en sí la oracion: la purgativa,
Que se reduce al canto, y la asistencia;
Luego al silencio, la iluminativa;
Luego al silencio y canto la eminencia
Sigue de unirse á Dios, que es la unitiva;
Y así para el valor que en las tres se halla,
Asiste, ora, medita, *canta y calla.*
Que si asistes, en Dios el pensamiento,
Y orando, solo en él la confianza,
Meditas el silencio y no el acento,
Cantando como suya su alabanza,
Verás, vacando á lo demas, que atento
El cielo al alto fin de tu esperanza,
Te muestra cuánto encierra, incluye cuánto,
La union felice de silencio y canto.

Cuarenta y dos citas latinas lleva este discurso en la impresion que nos ha servido de original: si la hubiese visto Voltaire, no hubiera dudado que sabía latin Calderon.

TABLA ALFABÉTICA

DE

LAS COMEDIAS COMPRENDIDAS EN ESTA COLECCION,

EXPRESANDO EL TOMO EN QUE SE HALLAN.

	Tomo.
Acaso (el) y el error.	II
Afectos de odio y amor.	II
Agradecer y no amar.	II
Alcaide (el) de sí mismo.	II
Alcalde (el) de Zalamea.	III
Amado y aborrecido.	III
Amar despues de la muerte.	III
Amigo, amante y leal.	II
Amor, honor y poder.	I
Antes que todo es mi dama.	III
Apolo y Climene.	IV
Argénis y Poliarco.	I
Armas (las) de la hermosura.	III
A secreto agravio, secreta venganza.	I
Astrólogo (el) fingido.	I
Auristela y Lisidante.	III
Aurora (la) en Copacavana.	IV
Banda (la) y la flor.	II
Basta callar.	III
Bien vengas, mal.	IV
Cabellos (los) de Absalon.	II
Cada uno para sí.	III
Cadenas (las) del demonio.	III
Casa con dos puertas mala es de guardar.	I
Castillo (el) de Lindabridis.	II
Céfalo y Pócris.	III
Celos, aun del aire, matan.	III
Cisma (la) de Inglaterra.	II
Conde (el) Lucanor.	III
Condenado (el) de amor.	III
Con quien vengo vengo.	II
¿Cuál es mayor perfeccion?.	I
Dama (la) duende.	I
Dario todo y no dar nada.	III
Dar tiempo al tiempo.	III
Desdicha (la) de la voz.	IV
De una causa dos efectos.	IV
Devocion (la) de la Cruz.	I
Dicha y desdicha del nombre.	III
Dos (los) amantes del cielo.	III
Duelos de amor y lealtad.	IV
Eco y Narciso.	II
Empeños (los) de un acaso.	II
Encanto (el) sin encanto.	III
En esta vida todo es verdad y todo mentira.	II
Enfermar con el remedio.	IV
Escondido (el) y la tapada.	I
Estatua (la) de Prometeo.	III
Exaltacion (la) de la Cruz.	II
Fénix (el) de España, San Francisco de Borja.	IV
Fiera (la), el rayo y la piedra.	II
Fieras afemina amor.	II
Fineza contra fineza.	IV
Fingida (la) Arcadia.	IV
Fortunas (las) de Andrómeda y Perseo.	II
Fuego de Dios en el querer bien.	III
Galan (el) fantasma.	I
Golfo (el) de las sirenas.	II
Gran (la) Cenobia.	I
Gran (el) príncipe de Fez.	II
Guárdate del agua mansa.	II
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.	III
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.	IV
Hija (la) del aire.	III
Hijo (el) del Sol, Faeton.	IV
Hijos (los) de la fortuna.	III
Hombre pobre todo es trazas.	I
Jardin (el) de Falerina.	II
José (el) de las mujeres.	III
Júdas Macabeo.	I
Lances de amor y fortuna.	I
Laurel (el) de Apolo.	II
Luis Perez el Gallego.	II
Maestro (el) de danzar.	II
Mágico (el) prodigioso.	II
Manos (las) blancas no ofenden.	III
Mañanas de abril y mayo.	II
Mañana será otro dia.	I
Margarita (la) preciosa.	IV
Mayor (el) encanto amor.	I
Mayor (el) monstruo los celos.	I
Médico (el) de su honra.	I
Mejor (el) amigo el muerto.	IV
Mejor está que estaba.	I
Monstruo (el) de la fortuna.	IV
Monstruo (el) de los jardines.	IV
Mujer, llora y vencerás.	III
Nadie fie su secreto.	IV
Ni amor se libra de amor.	III
Niña (la) de Gomez Arias.	IV
No hay burlas con el amor.	II
No hay cosa como callar.	I
No siempre lo peor es cierto.	II
Orígen, pérdida y restauracion de Nuestra Señora del Sagrario.	I
Para vencer á amor, querer vencerle.	III
Pastor (el) Fido.	IV
Peor está que estaba.	I
Pintor (el) de su deshonra.	IV
Polifemo y Circe.	IV
Postrer (el) duelo de España.	IV
Primero soy yo.	IV
Príncipe (el) constante.	I
Privilegio (el) de las mujeres.	IV
Puente (la) de Mantible.	I
Purgatorio (el) de San Patricio.	I
Púrpura (la) de la rosa.	II
Saber del mal y del bien.	I
Sacrificio (el) de Efigenia.	IV
San Francisco de Borja, duque de Gandía.	IV
Secreto (el) á voces.	I
Segundo (el) Scipion.	IV
Señora (la) y la criada.	II
Sibila (la) del Oriente.	IV
Sitio (el) de Bredá.	I
Tambien hay duelo en las damas.	II
Tres (los) afectos de amor: piedad, desmayo y valor.	III
Tres (las) justicias en una.	III
Tres (los) mayores prodigios.	I
Un castigo en tres venganzas.	III
Venganza (la) de Tamar.	II
Vida (la) es sueño.	I

FIN DEL TOMO IV Y ÚLTIMO DE LAS COMEDIAS DE CALDERON.

INDICE.

PÁGINAS.

Primero soy yo. 1
La niña de Gomez Arias. 23
Nadie fíe su secreto. 45
El pintor de su deshonra. 65
La desdicha de la voz. 87
De una causa dos efectos. 109
El postrer duelo de España. 127
Apolo y Climene. 151
El hijo del Sol, Faeton. 175
La sibila del Oriente. 199
El monstruo de los jardines. 213
La aurora en Copacavana. 235
Fineza contra fineza. 261
Duelos de amor y lealtad. 283
Bien vengas, mal. 309
El segundo Scipion. 329
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa. 355

COMEDIAS QUE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA ESCRIBIÓ EN COMPAÑIA DE OTROS AUTORES.

El privilegio de las mujeres. 397
Polifemo y Circe. 413
Enfermar con el remedio. 429
El monstruo de la fortuna, la lavandera de Nápoles, Felipa Catanea. 449
El mejor amigo el muerto. 471
El pastor Fido. 489
La Margarita preciosa. 517
La fingida Arcadia. 537
San Francisco de Borja, duque de Gandía. 557
El fénix de España, San Francisco de Borja. . . . 573
El sacrificio de Efigenia. 595

ENTREMESES, MOJIGANGAS Y JÁCARAS ENTREMESADAS DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

ENTREMESES.

El dragoncillo. 615
La casa de los linajes. 619
La casa holgona. 622
Don Pegote. 624
Las jácaras. 626
El desafío de Juan Rana. 629

PÁGINAS.

Las carnestolendas. 632
La plazuela de Santa Cruz. 635
La Franchota. 633

MOJIGANGAS.

Los flatos. 641
La muerte. 645

JÁCARAS ENTREMESADAS.

El Mellado. 649
Carrasco. 650
La Chillona. 651

ADVERTENCIA. 653
Ediciones que se han consultado para esta. 654
Catálogo cronológico de las comedias de Don Pedro Calderon de la Barca. 661
Resúmen del catálogo por órden alfabético. 683
Catálogo de las comedias de Calderon, clasificadas. . . . 685
Notas é ilustraciones á varias comedias de Calderon. . . 687

APÉNDICES.

N.º 1.º

Entremes de la rabia. 720

N.º 2.º — POESÍAS.

A San Isidro. 724
A id. . . . . ibid.
A Lope de Vega Carpio. 725
A Madrid, por la dicha de ser su patrono San Isidro labrador. ibid.
Descripcion del Carmelo, y alabanzas de Santa Teresa. . . ibid.
A San Isidro. . . . . ibid.
A un altar donde estaba una imágen de Santa Teresa. . . ibid.
A Felipe IV. 726
A San Isidro. . . . . ibid.
Lágrimas que vierte un alma arrepentida. . . . . . ibid.
A la muerte. 729
Romance amoroso á una dama. 730
A un rio helado. . . . . ibid.
Discurso métrico-ascético sobre la inscripcion PSALLE ET SILE, que está grabada en la verja del coro de la santa iglesia de Toledo. 732
Tabla alfabética de las comedias comprendidas en esta coleccion, expresando el tomo en que se hallan. 735